

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Antigua 



TESIS DOCTORAL

La romanización de Ciudad Real

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Carmen García Bueno

Director

José María Blázquez Martínez

Madrid, 2017



TESIS DOCTORAL

LA ROMANIZACIÓN DE CIUDAD REAL

Carmen García Bueno

Prof. Dr. José María Blázquez Martínez (RAH)

Departamento de Historia Antigua

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, 2014

La romanización de Ciudad Real

LA ROMANIZACIÓN DE CIUDAD REAL

Carmen García Bueno

Tesis Doctoral dirigida por

Prof. Dr. José María Blázquez Martínez (RAH)

Departamento de Historia Antigua

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, 2014

A mi madre.

A la memoria de mi padre.

ÍNDICE

Agradecimientos	14
I. INTRODUCCIÓN METODOLÓGICA, OBJETIVOS Y ESTRUCTURACIÓN	16
1. Consideraciones preliminares	21
II. MARCO HISTÓRICO Y ADMINISTRATIVO	
1. Antecedentes históricos	27
2. Sustrato de población	34
3. La administración provincial	48
4. Vías de comunicación	55
5. La presencia romana	62
 LA VILLA ROMANA DEL BARRIO DE STA. MARÍA (ALCÁZAR DE SAN JUAN)	
 III. El marco geográfico de Alcázar de San Juan. Estudio del territorio	69
IV. El marco histórico. Breve apunte sobre la evolución histórica de Alcázar de San Juan	76
V. Alcázar de San Juan a través de la tradición historiográfica	78
VI. Intervención arqueológica realizada en la <i>villa</i> romana de Alcázar de San Juan	92
1. Análisis de la intervención realizada en 1953-1954	94
2. Los pavimentos de mosaico	100
VII. Intervención arqueológica realizada en 1982	136
1. Análisis de la intervención	137
2. Los pavimentos de mosaico	140
2.1. Descripción	147
2.2. Características generales de los mosaicos	152
2.3. Paralelismos	155
2.4. Consideraciones finales sobre el conjunto musivo	164
VIII. Intervenciones arqueológicas realizadas en 1992-1993	167
1. Análisis de la intervención	170
2. Cultura material	
2.1. Materiales edilicios	177
2.2. Piedra	190
2.3. Material óseo. Hueso trabajado	198
2.4. Metal	205
2.4.1. Material numismático	218

2.5. Vidrio	245
2.6. Cerámica	251
2.7. Varios	279
3. La alimentación	283
4. Interpretación diacrónica	289
5. Valoración de conjunto y observaciones sobre las características arquitectónicas de la <i>villa</i>	296
6. Consideraciones generales	299
IX. Poblamiento romano del territorio: yacimientos arqueológicos de Alcázar de San Juan y su entorno	306

LA VILLA ROMANA DE PUENTE DE LA OLMILLA (ALBALADEJO)

X. El marco geográfico de Albaladejo. Estudio del territorio	321
XI. El marco histórico. Breve apunte sobre la evolución histórica de Albaladejo	326
XII. Circunstancias del descubrimiento de la <i>villa</i> . Documentación relativa a las intervenciones arqueológicas	335
XIII. Emplazamiento de la <i>villa</i> . Aspectos de la vida en el medio rural durante el Bajo Imperio	341
XIV. Análisis arqueológico	371
1. Técnica y materiales edilicios	374
1.1. Los ladrillos	378
1.2. La cubierta y los pavimentos	383
2. La decoración pictórica	388
3. Descripción de la <i>villa</i> . Su organización planimétrica	396
4. Interpretación funcional	524
5. Los pavimentos de mosaico	559
5.1. Sistema de excavación de los mosaicos	559
5.2. Características generales de los mosaicos	562
5.3. Descripción	571
5.3.1. Mosaico de la habitación n.º 1	572
5.3.2. Mosaico del espacio intermedio entre las habitaciones n.º 1 y 2	590
5.3.3. Mosaico de la habitación n.º 2	594
5.3.4. Mosaico de la habitación n.º 4	638
5.3.5. Mosaico del pasillo n.º 11	658
5.3.6. Mosaico del pasillo n.º 10	678

5.3.7. Mosaico del pasillo n.º 3	687
5.3.8. Mosaico del pasillo n.º 5	700
5.3.9. Mosaico del pasillo n.º 14	709
5.3.10. Mosaico de la habitación n.º 15	721
5.4. Consideraciones finales sobre el conjunto musivo	736
XV. Interpretación diacrónica: evolución arquitectónica de la <i>villa</i>	745
XVI. Valoración de conjunto y observaciones sobre las características arquitectónicas de la <i>villa</i>	754
1. <i>Villae rusticae</i> en la musivaria romana	770
XVII. Estudio comparativo de la planta de Puente de la Olmilla con la de otras <i>villae</i> de la Península Ibérica	786
XVIII. Cultura material	879
1. Metal	
1.1. Material numismático	881
1.2. Otros materiales metálicos	910
2. Cerámica	930
2.1. <i>Terra sigillata</i>	930
2.2. Cerámica común	945
2.3. Material cerámico constructivo	956
2.4. Terracota	957
2.5. Pieza cerámica	959
3. Vidrio	971
4. Varios	974
5. La alimentación y los cauces de distribución de los productos	976
XIX. Cronología de la <i>villa</i>	978
XX. Suministro y distribución del agua en la <i>villa</i> de Puente de la Olmilla. Aprovechamiento de los recursos hídricos en el mundo romano	987
XXI. El sistema viario	1040
XXII. Consideraciones generales	1070
XXIII. Poblamiento romano del territorio: yacimientos arqueológicos de Albaladejo y su entorno	1073

ANEXOS

Anexo I.

1. Resultados de las intervenciones arqueológicas realizadas en 1992-1993 en la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan	1087
2. La intervención arqueológica realizada en 2008-2010 en el barrio de Sta. María	1219

Anexo II. Materiales arqueológicos de la Plaza del Torreón:

1. Dibujos y estudio de materiales arqueológicos 1229
2. Dibujos de plantas, secciones y materiales arqueológicos del yacimiento de la Plaza del Torreón 1291
3. Listado de materiales arqueológicos del Anexo II.2 y dibujos (en CD)

Anexo III. Informes de restauración de materiales arqueológicos de la Plaza del Torreón (en CD):

1. Informes de restauración de material numismático (ESCRBC)
2. Documentación gráfica de materiales restaurados (TEDAR)
3. Piezas de metal (MP)
4. Conchas de molusco (MP)

Anexo IV.

1. Diarios de excavación de Puente de la Olmilla (1974-1978 y 1980) (en CD)
2. Estudio para *Pyrenae* del mosaico n.º 2 (en CD)

Anexo V. Informes de la restauración de mosaicos y materiales metálicos de Puente de la Olmilla (en CD):

1. Dibujos de J. A. Díaz Pintiado (Mérida)
2. Informes de la restauración de los mosaicos (ESCRBC):
 - Documentación gráfica intervención
 - Documentación gráfica restauración
 - Documentación gráfica mosaico A.2169
 - Informe A.2167
 - Informe A.2169
 - Informe A.2171
 - Informe A.2288
 - Informe A.2289
 - Informe A.2289-2
 - Informe 1991
 - Informe 2000
3. Documentación gráfica e Informe de la restauración de un anillo de bronce

Anexo VI. Documentación archivística (en CD):

1. Documentación AGA
2. Visita Comisión de Monumentos
3. Noticia de prensa
4. Expediente administrativo
5. Memoria 1977 UAB
6. Documento MP de Ciudad Real

7. Solicitud declaración BIC (2004)	
8. Solicitud declaración BIC (2012)	
CONCLUSIONES	1521
NOTAS	1537
EDICIONES CONSULTADAS PARA LAS FUENTES CLÁSICAS	1552
ABREVIATURAS	1557
BIBLIOGRAFÍA	1559
ABSTRACT	1611

AGRADECIMIENTOS

Deseo recordar aquí y expresar mi más profundo agradecimiento a todas aquellas personas que, directa o indirectamente, han facilitado de forma decisiva la labor de preparación y elaboración de esta Tesis Doctoral. En primer lugar, al Director de la misma, Prof. Dr. José M. Blázquez Martínez, cuya inestimable ayuda ha hecho posible la realización de este trabajo, por sus constantes manifestaciones de apoyo, sus orientaciones y sabios consejos. De manera muy particular, a la Dra. Guadalupe López Monteagudo, Investigadora del CSIC, por su valioso asesoramiento, las acertadas sugerencias aportadas a este estudio y las facilidades concedidas para la consulta de diversos fondos bibliográficos, y de cuya cordialidad personal quiero dejar constancia. Igualmente, debo una especial referencia de gratitud a la Dra. M. Dolores Fernández Rodríguez y a D. Francisco Javier López Fernández, que generosamente me permitieron utilizar dibujos, fotografías y datos inéditos de la primera campaña de excavación del yacimiento de la Plaza del Torreón (Alcázar de San Juan). Asimismo, sirvan estas líneas para hacer constar mi más sincero agradecimiento al Prof. Dr. Manuel Abad Varela, quien tuvo la amabilidad de revisar la parte relativa al material numismático, aportando informaciones de gran interés para su análisis. Una mención muy especial a D. Esteban Moreno Guerrero, que desinteresadamente se brindó a realizar el tratamiento informático de algunos de los dibujos presentados y cuya colaboración en este sentido ha sido absolutamente fundamental. Del mismo modo, deseo mostrar todo mi agradecimiento al Prof. Dr. Juan Manuel Abascal Palazón, por atender pacientemente mis consultas. También quiero hacer patente mi agradecimiento a la Escuela de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Madrid, especialmente al Prof. D. Ángel Gea, que se ofreció a restaurar diversos materiales arqueológicos y me proporcionó los Informes sobre su proceso de restauración, junto al material gráfico correspondiente. Hago llegar mi agradecimiento a D. José Fernando Sánchez Ruiz, Director del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan, a D. Francisco Atienza, Archivero municipal de dicha localidad, a D. Juan Ángel Ruiz Sabina, D. Andrés Ocaña Carretón y D. Jesús Lizcano Tejado, quienes me facilitaron diversa documentación sobre Alcázar, de gran utilidad para mi investigación. Este agradecimiento debo hacerlo extensivo a los responsables y al personal del Museo Provincial de Ciudad Real, por la ayuda prestada durante la búsqueda de documentación gráfica y materiales arqueológicos depositados en el mismo, y a la Dirección del Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), por concederme la autorización pertinente para utilizar datos y material gráfico de diversos Informes arqueológicos del yacimiento de Puente de la Olmilla (Albaladejo) allí depositados, además de a los técnicos, por las facilidades puestas a mi disposición durante su consulta. De igual forma, mi más cordial reconocimiento al Dr. Jesús Bermejo Tirado, por el interés mostrado en el tramo final de este trabajo. Quiero agradecer a D^a Nieves Sánchez de la Torre su amistad a lo largo de tantos años y por haberme alentado durante todo el proceso. Finalmente, a mi madre, por su continuo e incondicional apoyo, su paciencia y comprensión.

A todos ellos, a quienes tanto debo y sin quienes no habría logrado finalizar esta Tesis Doctoral.

I. INTRODUCCIÓN METODOLÓGICA, OBJETIVOS Y ESTRUCTURACIÓN

El objetivo principal de esta Tesis Doctoral es dar a conocer los resultados de una serie de intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en los yacimientos romanos del barrio de Sta. María y Puente de la Olmilla, de la provincia de Ciudad Real. Las referencias a ambos serán las más habituales a lo largo de las siguientes páginas, dado que son los que hemos investigado con mayor intensidad, sirviéndonos como modelo metodológico. A tal fin, hemos abordado de forma integradora tanto el análisis arquitectónico de las construcciones descubiertas, como sus programas decorativos (pavimentos musivos, pinturas murales...) y otros vestigios de su cultura material, con especial incidencia en los materiales cerámicos y numismáticos (capítulos VI-VIII, XIV, XVIII y Anexos I-III, V).

El cuerpo de la Tesis se divide en 23 capítulos y 6 anexos. Como preámbulo y marco referencial, hemos creído oportuno presentar inicialmente una síntesis de los antecedentes históricos y el sustrato étnico de este ámbito territorial, a la llegada de los romanos (capítulo II.1-2). Para una mejor comprensión de ambos asentamientos, previamente esbozamos a grandes rasgos su relación con el medio físico -la edafología, la hidrología, los factores geomorfológicos, climáticos, etc.-, enmarcando de ese modo los enclaves estudiados (capítulos III y X). En esa línea, también hemos prestado atención a la tradición historiográfica y la evolución histórica de Alcázar de San Juan y Albaladejo, dentro de cuyos respectivos términos municipales se inscriben sendos yacimientos (capítulos IV-V y XI). Igualmente, nos ocupamos de su sistema de comunicaciones, constatando que algunas rutas naturales y caminos protohistóricos fueron reutilizados por el posterior entramado viario romano, auténtica red vertebradora a cuyo alrededor nacieron innumerables núcleos poblacionales urbanos y rústicos (capítulos I.3 y XXI). Asimismo, ya que guardan entre sí una coherencia cultural, hacemos un recorrido por otros yacimientos romanos de sus respectivos entornos, con algunos de los cuales pudieron mantener contactos (comerciales o de cualquier otra índole), pese a que, en términos generales, la información disponible es muy desigual, con algunas zonas prospectadas más o menos intensivamente, frente a otras muy poco conocidas. A lo largo de una amplia labor de reconocimiento y exploración

llevada a cabo en algunas de ellas durante un prolongado periodo de tiempo hemos detectado la existencia de numerosos hábitats romanos. Fruto de esos años de trabajo de campo hemos conseguido recabar una ingente cantidad de datos sobre su distribución, algunos de los cuales nos proponemos ofrecer en este estudio (capítulos II.4, IX y XXIII).

Nos centramos fundamentalmente en la época tardoimperial de esta entidad espacial perteneciente al *conventus Carthaginiensis*, por ser su etapa menos investigada hasta el momento. Nuestro propósito es intentar llenar ese vacío, en la medida de nuestras posibilidades.

La documentación arqueológica constituye la base primordial de esta Tesis Doctoral, pero, además, hemos contado con las fuentes literarias y epigráficas, procurando en lo posible contrastar la información suministrada por una y otras, a pesar de que, en ocasiones, la debida a los autores grecolatinos, al margen de su escasez, adolece de ciertas imprecisiones y graves problemas interpretativos, dificultando dicha tarea. A su vez, hemos realizado una exhaustiva consulta bibliográfica de diversas publicaciones que tratan tanto de forma global como parcial sobre la materia y el área objeto de nuestra investigación, junto a otras que nos han servido para establecer paralelismos y relaciones culturales, incorporando las obras más recientes a nuestro alcance que han ido viendo la luz en los últimos años.

La musivaria nos ayuda a completar el panorama, al aportar una visión bastante reveladora de aquella realidad histórica, permitiéndonos profundizar en el conocimiento de diversos aspectos del quehacer cotidiano en establecimientos como los aquí estudiados (la labranza, la siega, la trilla, la vendimia, el pastoreo...). Las escenas plasmadas en algunos mosaicos, pinturas y relieves del arte romano configuran un verdadero catálogo de la vida material (la economía, la indumentaria adoptada por los *domini* y sus servidores, las viviendas de unos y otros...) y de los paisajes agrarios, es más, nos ilustran sobre distintas circunstancias de la existencia de los habitantes de las *villae* (sus ocupaciones, aficiones, creencias religiosas, rituales festivos como las *vinalia*...), siendo un claro exponente de un modo de vida y de producción vigentes en el Imperio a lo largo de un dilatado periodo de su historia (en el denominado “sistema de la *villa*”). Estos expresivos documentos musivos, pictóricos y plásticos componen una imagen muy concreta de aquel

mundo rural y nos permiten vislumbrar retazos de su día a día, dada su gran riqueza iconográfica y su extraordinaria concepción visual. Inclusive con el filtro de su contenido ideológico, es decir, aun teniendo en cuenta ciertas consideraciones sobre las que más adelante incidiremos (la simbología de estas representaciones, la proyección a través de ellas de una posible carga propagandística...), es indudable su valor documental, pues, en última instancia, pueden ayudarnos a reconstruir algunas facetas del *modus vivendi* de quienes residían en complejos solariegos como éstos de Alcázar de San Juan y Albaladejo.

Confrontando los textos clásicos con la semblanza del medio rural dibujada en esos pavimentos, podemos comprobar puntualmente su coincidencia -o no- con lo que narran las fuentes escritas, complementado por las evidencias materiales proporcionadas por las excavaciones arqueológicas. Merece destacarse que en el Norte de África (y hasta hace unas décadas, en otros países mediterráneos como es el nuestro) todavía se practica la siega, la trilla o el cultivo de la tierra de manera idéntica a como se puede ver en algunos de esos mosaicos. La musivaria, por lo tanto, pone de manifiesto la pervivencia de costumbres seculares, mantenidas en las tradiciones de algunas de las provincias que integraron el Imperio romano (capítulos XIII y XVI.1).

Todas esas fuentes de diversa naturaleza nos han permitido un acercamiento al tema del poblamiento rural de las zonas investigadas, en particular, al patrón de asentamiento romano en torno a las *villae*.

Con todo, debemos tener muy presente el condicionante que supone la deficiencia informativa ofrecida por las primeras campañas de excavación en el casco urbano de Alcázar de San Juan (en 1953-1954 y 1982, respectivamente). De las más antiguas, dirigidas por J. San Valero Aparisi (1956, 195-199; 1957, 215-218), ni tan siquiera hemos logrado confirmar si las Memorias de excavación llegaron a ser elaboradas y tampoco nos ha sido posible averiguar el paradero de los materiales arqueológicos recuperados entonces (de los que se habla escuetamente en sendas publicaciones citadas más arriba), salvo el de algunos de los paneles del elenco musivo, en parte expuestos en el Museo Municipal de Alcázar. Nuestras indagaciones al respecto en el Servicio de publicaciones del Ministerio de Cultura y en el Archivo General de la Administración, de Alcalá de Henares, donde están

depositados expedientes e informes de esos años, resultaron infructuosas, aunque sí pudimos tener acceso a documentación epistolar, telegramas y noticias de prensa que nos han permitido conocer algunas circunstancias del hallazgo de dichos mosaicos y estructuras. Por lo que atañe a la segunda intervención (la de 1982), no se elaboró Memoria de excavación ni se publicaron los resultados, según comunicación verbal de su Director, R. García Serrano.

En este sentido, debemos hacer hincapié en el gran inconveniente de no poder contar con el material gráfico ni los dibujos de campo y de los ajuares domésticos de esas campañas de excavación en el casco antiguo de Alcázar durante los años 1953-1954 y 1982. De esta última campaña, afortunadamente, conseguimos que los técnicos restauradores, J. Escalera y J. Gago, nos facilitaran un croquis de los dos mosaicos descubiertos durante la misma y las fotografías del proceso de extracción, hasta ahora inéditos (capítulo VII.2). También presentamos algunos datos obtenidos en otras intervenciones más recientes, llevadas a cabo por J.A. Ruiz Sabina y A. Ocaña Carretón (2011-2012, 241-252) en las calles de Gracia y Mosaicos, en las que se han exhumado algunas estructuras y nuevos pavimentos musivos muy fragmentarios.

En cuanto a las intervenciones realizadas entre 1974 y 1980 en Puente de la Olmilla (Albaladejo), disponemos de escasa documentación gráfica y apenas algunos dibujos, entre ellos, los siete que aparecen en los artículos publicados por M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (1975, 133-143; 1978, 9-10; 1979, 923-930), algunas fotografías de los mosaicos de las habitaciones 1-2, depositadas en el Museo Provincial de Ciudad Real, y las incluidas en los breves Informes finales de las campañas de los años 1974-1978, que tras una laboriosa búsqueda logramos localizar en el Archivo General de Alcalá. También hemos podido consultar una copia de sus Diarios de excavación, inéditos (reproducidos en el Anexo IV). Sin embargo, tras una revisión minuciosa de dichos Diarios e Informes, no hemos podido encontrar entre los fondos del Museo muchos de los materiales arqueológicos mencionados en ellos, con excepciones dignas de reseñar, como son algunas piezas metálicas (cerraduras, una hoz, un cuchillo, un cuenco metálico, un

brazalete, anillos, una estatuilla de bronce, material numismático, etc.), fragmentos de *terra sigillata*, de cerámica común...

Evidentemente, la clasificación y descripción tipológica que hemos llevado a cabo de todos esos restos arqueológicos supone una importante contribución a nuestro análisis, así, la abundancia o escasez del repertorio formal del servicio de mesa de un determinado periodo, en comparación con otros, puede ser indicativo de un aumento o, en su caso, disminución de las producciones de *terra sigillata* y, desde luego, la presencia de ejemplares procedentes de determinadas *figlinae* (Andújar, Tricio, Norte de África, etc.) está relacionada con los intercambios comerciales de larga o media distancia, mantenidos incluso hasta fechas bastante tardías, como acreditan la TSC, la TSHt..., de las que hay constancia en el registro arqueológico de los yacimientos que nos ocupan, demostrando la inserción de estas tierras del interior peninsular en sus redes de distribución.

Esencial para nuestro estudio ha sido la larga y paciente labor de inventario, dibujo y fotografía que hemos debido acometer. El criterio para el dibujo del material arqueológico ha consistido en una selección de los fragmentos cerámicos (bordes, fondos, asas y galbos pintados o con algún otro tipo de decoración) más característicos o significativos, absteniéndonos de dibujar los que no nos aportaban información de especial interés (galbos de cerámica común, informes...). También hemos dibujado y/o fotografiado materiales metálicos, líticos, vidrios, etc.

Hemos creado una ficha para la clasificación del material numismático. De acuerdo con esa ficha, no siempre ha sido posible cumplimentar todos los apartados debido al mal estado de algunos ejemplares (incompletos o muy desgastados), por lo que sus leyendas son ilegibles o no se conservan íntegras, en otros casos no se han preservado las marcas de ceca...

En lo estrictamente formal, a continuación haremos algunas puntualizaciones sobre ciertas normas adoptadas.

En lo que respecta a las referencias bibliográficas, utilizamos el sistema Harvard de citas, para agilizar la exposición. Al hacer mención a un autor determinado, hemos optado por incluir cuando procede, entre paréntesis, el nombre en mayúsculas, con la intención de resaltarlo, mientras que a lo largo del texto figura el nombre en minúsculas, con el fin de no introducir elementos

discordantes en la redacción, quedando así mejor integrado en el relato discursivo, a nuestro entender.

En otro orden de cosas, desde el punto de vista metodológico, hemos recurrido con frecuencia a incluir citas textuales de autores antiguos y también de diversos investigadores, reproducidas literalmente para ilustrar o ampliar nuestra exposición, o bien para avalar un postulado, reforzando nuestra línea argumental.

A modo de conclusión, en el apartado final abordamos de manera global las afinidades y divergencias de ambos yacimientos, junto a una serie de observaciones generales sobre los mismos, sintetizando los resultados de los análisis previamente desarrollados.

Por último, se acompaña la bibliografía utilizada y las ediciones de las fuentes clásicas citadas.

I.1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Hecho este preámbulo, pasamos a desarrollar algunos de los puntos enumerados en las páginas precedentes.

De acuerdo con el planteamiento antes esbozado, nuestro propósito básico es investigar la época tardorromana en dos áreas geográficas del extremo oriental de la actual provincia de Ciudad Real, concretamente en el Sureste y Noreste de ésta, un periodo histórico por ahora poco conocido, siendo nuestras principales zonas de estudio los términos municipales de Albaladejo y Alcázar de San Juan, a los que pertenecen, respectivamente, los yacimientos de Puente de la Olmilla y barrio de Sta. María, lo que justifica un tratamiento unitario de los mismos. Nuestras observaciones sobre el terreno, llevadas a cabo a lo largo de varios años en nuestra faceta como arqueóloga profesional, nos han conducido a intentar corroborar ciertas hipótesis de partida, dilucidar algunas de las dudas suscitadas sobre las trayectorias vitales de estas *villae* (su secuencia cronológica, su evolución arquitectónica, las posibles reestructuraciones sucesivas, su enlace con el engranaje viario...) y aportar nuevos datos sobre las mismas. Para ello hemos tomado en consideración varias cuestiones muy concretas.

Tal como ya habíamos anticipado, nos hemos atendido fundamentalmente a los indicadores arqueológicos constatados en sendos asentamientos. Según

esta perspectiva, las referencias a dichas *villae* y sus restos materiales, inéditos hasta el momento casi en su totalidad (salvo varios artículos publicados sobre algunos de los mosaicos y la canalización hidráulica de Puente de la Olmilla) y mayoritariamente recuperados dentro de un registro estratigráfico, son el hilo conductor de esta Tesis. Así pues, nuestra labor ha abarcado el trabajo de campo, con la correspondiente interpretación de los vestigios que han salido a la luz, e incluido el análisis topográfico y geológico, contando también con el apoyo de las fuentes clásicas. Pese a que los autores antiguos suelen hacer alusión sólo en sentido amplio al marco territorial objeto de nuestra atención, en ocasiones los hemos traído a colación para ilustrar oportunamente determinada problemática, teniendo en cuenta las similitudes con lo que probablemente debía de suceder en este contexto, ya que los usos, sistemas y costumbres de la civilización romana solían presentar una gran homogeneidad en todo el espacio geográfico que constituyó su Imperio, pudiendo apreciarse, en líneas generales, marcadas semejanzas en los más variados ámbitos de las provincias que lo integraban (en lo social, urbanístico, legal, artístico, lingüístico, etc.).

Todo ello nos permite reconstruir en cierta medida el panorama histórico existente en esa etapa de transición entre la Antigüedad y el Medievo, cuando la mayoría de la población no dispondría de más bienes que los suministrados por las tierras de labor, siendo el latifundio la unidad principal de explotación en el mundo rural al que pertenecen *villae* como las del barrio de Sta. María y Puente de la Olmilla u otras de sus inmediaciones (*vid. infra* capítulos IX y XXIII). En esta clase de asentamientos meseteños, cuya base económica era primordialmente cerealística, la ganadería sería un valioso complemento, ya que se había impuesto un sistema tendente a la autarquía (una extensión considerable de su superficie estaría dedicada a la explotación agrícola y ganadera). Como es sabido, ese modelo económico, conjuntamente con una organización social basada en el patronazgo, determinaron las relaciones de dependencia establecidas entre hacendados y campesinos.

Aun siendo el modo de ocupación del territorio estructurado en torno a estas *villae* el eje vertebrador de nuestra investigación, no pretendemos contraponer los conceptos de campo y ciudad, dado que ambos se complementaban. Los núcleos urbanos romanos, centros de la actividad pública (política, administrativa...), además de ser la sede de talleres de artistas y

artesanos, desde los que se exportaban sus obras y manufacturas, a su vez, eran receptores de parte de la producción agropecuaria de las propiedades rústicas. Existía una interdependencia entre ambos sectores de población, indispensable para la subsistencia de unos y otros. Este es el planteamiento defendido por autores como M.I. Finley (1978, 175-176): “la unidad aislada ciudad-campo sólo existe en sociedades muy primitivas, o en la imaginación de escritores utópicos”. Esa concepción integradora, opuesta a tal dicotomía, nos ha servido de orientación en nuestro trabajo. Queda perfectamente reflejado, p. ej., en el trazado de la red de caminería romana, que permitía mantener fluidas relaciones con entidades urbanas de mayor o menor envergadura situadas tanto en lugares no excesivamente alejados de estas *villae* como en otros más distantes e igualmente con algunos de los complejos rústicos romanos coetáneos detectados en sendas comarcas aquí estudiadas (*vid. infra* capítulos IX y XXIII).

Sin duda, este sector de la Meseta meridional tenía para los romanos un carácter eminentemente estratégico por su privilegiado emplazamiento geográfico dentro de la Península Ibérica, eso condicionó que lo incluyeran en su sistema de comunicaciones. Esa magnífica infraestructura viaria cumplía múltiples funciones, como facilitar el avance de la aplastante maquinaria bélica imperial, impulsar los planes políticos de Roma y sus actividades económicas, favoreciendo el transporte y comercialización de las más diversas mercancías, pero también servía de cauce para el intercambio de ideas e información, convirtiéndose las calzadas en auténticas arterias de romanización.

A tenor de los resultados de las mencionadas excavaciones y prospecciones arqueológicas realizadas en Alcázar de San Juan, por ahora es imposible saber con absoluta certeza si el yacimiento del barrio de Sta. María era una *villa* (posiblemente evolucionada hasta convertirse en un gran *vicus*) implantada en un área periurbana, pues hasta la fecha no disponemos de restos arqueológicos que avalen de forma contundente la existencia de una ciudad romana en sus cercanías. En este sentido, hemos indagado sobre la localización de algunos enclaves de los que tenemos noticia escrita en la obra de geógrafos e historiadores grecolatinos (*Alces, Murum, Alternia*, etc., *vid. infra* un desarrollo más amplio del tema en los capítulos V y XI). De las numerosas hipótesis manejadas sobre la posible ubicación en el ámbito provincial de Ciudad Real de algunas poblaciones citadas por las fuentes literarias, varias de ellas se han visto

refrendadas por intervenciones arqueológicas, que han deparado pruebas fehacientes al respecto, como las practicadas, p. ej., en Cerro Domínguez, muy cerca de la Ermita de Nuestra Señora de Oreto-Zuqueca (Granátula de Calatrava), La Bienvenida, Villanueva de la Fuente, Alhambra y Puebla del Príncipe, identificadas, respectivamente, como **Oretum** (Ptol., *Geog.* II, 6, 58; Plin. *NH* III, 25; MORALES, 1577, 76r; LÓPEZ, 1787, 34-35; TOVAR, 1989, 181-182; CARRASCO, 1989-1990, 174; 1993, 415-416; 1997b, 304-305; 2002, 200-202; 2003, 238-239; 2004, 122-123; 2013, 280-281; ARIAS, 1992, 12; GARCÉS, ROMERO y FUENTES, 2000, 244), **Sisapo** (Ptol., *Geog.* II, 6, 58; Estrab., III, 2, 3; Plin., *NH* III, 14; XXXIII, 118, 121; Cic., *Phil.* II, 48; Vitruv., VII, 9, 4; *CIL* X, 3964; CEÁN BERMÚDEZ, 1832, 351; SAAVEDRA, 1862/1967, 103; HERVÁS, 1890, 251; MILLER, 1916, 159; ALBERTINI, 1923, 35, 114-115; THOUVENOT, 1940/1973, 164-165, 248, 729; GARCÍA BELLIDO, 1947, 228, 277; CORCHADO, 1968, 621-634; 1969, 137-138; 1982, 43; GARCÍA IGLESIAS, 1971, 103-104; ROLDÁN, 1975, 268, con referencias de fuentes literarias y epigráficas; TOVAR, 1989, 29; CARRASCO, 1987, 30-31; 1989-1990, 175-176; 1990a, 87-88; 1993, 417-418; 1996, 72; 1997b, 310-313; 1999a, 320; 1999b, 252-254; 2003, 234-237; 2004, 124-126; 2007a, 23-27; 2007b, 363-367; 2013, 279-280; FERNÁNDEZ OCHOA y CABALLERO, 1988, 201-210; VENTURA VILLANUEVA, 1993, 49-61; GARCÍA BUENO, MANSILLA, GALLARDO y BLANCO, 1995, 77-88; CARRASCO, 1987, 30-31; 1989-1990, 175-176; 1997b, 310-313; 1999a, 320; 2007a, 23-27; PINTADO, 2008, 236-237; ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 169, 171, 180-181, con la bibliografía anterior, a la que remitimos), **Mentesa Oretana** (Ptol., *Geog.* II, 6, 58; Plin., *NH* III, 3, 25; Liv., XXVI, 17, 4; *CIL* XI, 3281-3284; SAAVEDRA, 1862/1967, 88, 98; HERVÁS Y BUENDÍA, 1890, 487; MILLER, 1916, 181; PORTUONDO, 1917/1971, 153; SCHULTEN, 1931, *RE* XV, I, col. 963; GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 220; FERNÁNDEZ GUERRA, 1859, 658; ROLDÁN, 1975, 250; SILLIÈRES, 1977, 75; ALFÖLDY, 1987b, 39-41; TOVAR, 1989, 178; CARRASCO, 1987, 37-38; 1989-1990, 173; 1990a, 92; 1993, 414; 1996, 76; 1997b, 303-304; 1999a, 320-321; 1999b, 257-258; 2001, 513; 2002, 204-205; 2003, 237; 2004, 123; 2007a, 22; 2010, 285-286; 2011, 333-334; 2013, 277; PINTADO, 2008, 251-252; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2004b; 2011, 69-124; ABASCAL, 2012, 166-168, 172-174), **Laminium** (Ptol., *Geog.* II, 6, 56; Plin., *NH* III, 4, 25; *It. Ant.* 445,4; 446,4; 446,8-448,1; *Rav.* IV 44 [313, 17];

CIL II, 3228; 3251-2; CEÁN-BERMÚDEZ, 1832, 42-43, 78-79; SAAVEDRA, 1862/1967, 98; HOSTA, 1866, 93; HERVÁS, 1914, 67-75; PORTUONDO, 1917/1972, 29-32; BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA y SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1917, 22; GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 210; ARIAS, 1963, 32; 1964, 85; 1966, 288-291; 1987, 129-152, 499-500, 512-514; 1988, 3-4; 1992, 11, que ofrece una alternativa diferente, La Pasadilla, en Albacete; CORCHADO, 1969, 149; 1971, 39-46, 95; ROLDÁN, 1975, 93-95, 245; ALFÖLDY, 1987b, 34; CARRASCO, 1987, 33; 1989-1990, 171-172; 1990a, 89-90; 1996, 74; 1997b, 302-303; 1999a, 309-310; 1999b, 256-257; 2002, 199-202; 2003, 232-233; 2004, 121-122; 2007a, 27-29; 2010, 279-282; 2011, 324-327; 2013, 274-275; MENA, 1988, 29; PALOMERO, 1988, 154; TOVAR, 1989, 180, quien reúne algunas de las propuestas sobre la localización de *Laminium*, resolviendo, la mayoría de ellas, que estaba en Alhambra, *vid. infra* capítulo XXI; FERNÁNDEZ OCHOA, ZARZALEJOS y SELDAS, 1990, 165-182; DOMINGO, 2000, 45-63; 2001, 151-170; HURTADO, 2005, 25-26, 292-294; PINTADO, 2008, 240-243; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011; ABASCAL y GARCÍA BUENO, 2013, 296-298) y *Mariana* (*It. Ant.* 444,3; 445,3; 446,3; *Rav.*, 313, 18, con el nombre de *Marimana*; Vasos de Vicarello I, II, III, IV; MADOZ, 1848, XI, 487; SAAVEDRA, 1862/1967, 97; COELLO, 1889, 21; PORTUONDO, 1917/1971, 143; FERNÁNDEZ GUERRA, 1859, 658; CORCHADO, 1963, 31; 1971, 96-97, 140-141; CARRASCO, 1987, 32-33; 1989-1990, 172-173; 1990a, 88-89; 1999b, 255; 1996, 73; 1999b, 255; 2002, 205-206; 2004, 130; 2007a, 29-30; 2010, 278-279; 2011, 323-324; 2013, 277; ARIAS, 1992, 12).

Todo ello abona la idea de un grado de romanización mucho mayor del supuesto hasta no hace demasiado tiempo. A impulsos de estas urbes y de algunas otras algo más lejanas, verdaderos focos colonizadores, se produjo su promoción, divulgándose la cultura romana e introduciéndose notables cambios y mejoras en la explotación del campo. En efecto, al amparo de esas ciudades proliferaron *villae* y *vici* en el medio rural, contribuyendo todo ello a sentar las bases de dicho fenómeno. Los establecimientos residenciales aquí estudiados son un claro testimonio del profundo proceso romanizador sufrido por esta zona, que se extiende paulatinamente desde su conquista, a finales del primer tercio del siglo II a.C., hasta el V d.C., imponiendo una radical transformación de la misma.

En definitiva, hemos intentado que el examen de toda la información extraída tanto de las fuentes escritas como de las campañas de excavación y prospección acometidas, nos lleve a un mejor entendimiento de la forma de vida de las gentes que ocuparon esta demarcación geográfica durante aquella época, contemplando, a modo de estudio de conjunto, la circulación monetaria, el entramado vial, cuyo papel dinamizador de dicha latinización también fue decisivo, favoreciendo las relaciones mercantiles (importación de cerámicas, de productos suntuarios, alimenticios...), etc. La documentación de estas y otras cuestiones, tales como la asimilación y arraigo de las estructuras, pautas de comportamiento e instituciones de la metrópolis, pueden ayudarnos a reconstruir en cierta medida la situación de este territorio. El análisis de estos temas es, obviamente, un requisito básico para desentrañar algunas claves de nuestro pasado, que podría contribuir a despejar algunas de las numerosas incógnitas aún planteadas y revelarnos datos esenciales para comprender la evolución histórica de sus antiguos pobladores, particularmente durante el Bajo Imperio.

Para finalizar este comentario introductorio, en el que hemos señalado nuestros objetivos, metodología, fuentes, límites cronológicos y geográficos, debemos insistir en que este trabajo pretende cubrir un vacío existente hoy día en el conocimiento de ciertos aspectos del periodo tardío en el espacio acotado de la provincia de Ciudad Real (hablando en términos de geografía moderna), ya que son escasas las publicaciones específicas sobre esa fase de su historia, contrastando con el abundante material bibliográfico producido respecto a otras próximas como son Córdoba y Jaén. Asimismo, también es nuestra intención sentar las bases que faciliten el desarrollo de posteriores proyectos de investigación en la misma línea, con la finalidad de dar a conocer la profunda raigambre del fenómeno de la romanización en nuestro ámbito de estudio.

II. MARCO HISTÓRICO Y ADMINISTRATIVO

II.1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Antes de entrar en materia, para enmarcar el tema hemos abordado muy brevemente la evolución histórica desde el periodo prerromano y el contacto con la civilización romana a partir de la conquista (fig. 1).

La Oretania fue dominada por Asdrúbal Barca en el año 228 a.C. (sobre el área de influencia cartaginesa, HURTADO, 2005, 441, fig. 5). Polibio (III, 14, 2) menciona a los carpetanos con motivo de las campañas de Aníbal en el centro peninsular, en los años 221-220 a.C., quien sufrió un ataque de los mismos, coaligados con olcades y fugitivos de Helmántica, sobre el Tajo, del que salió victorioso. En otro pasaje (X, 7, 4) hace referencia a una ciudad carpetana asediada en el 210 a.C. por el ejército cartaginés de Asdrúbal.

La dureza de las levas provocó en el año 218 a.C. el descontento de carpetanos y oretanos, que “apresaron a los reclutadores y amenazaron con sublevarse” (Liv. XXI, 11). Además, numerosos carpetanos que integraban las filas del ejército de Aníbal se negaron a seguir avanzando cuando éste se dirigía a Roma (Liv. XXI, 23). En 209 a.C., Asdrúbal alistó tropas indígenas en Carpetania y Celtiberia para ayudar a su hermano Aníbal, que luchaba en la Península Itálica (App., *lb.* 24); en su avance atravesaría posiblemente la Meseta meridional, como se desprende de un texto de Tito Livio (XXVII, 19,1).

Las primeras relaciones de los romanos con los habitantes del área estudiada se produjeron a partir del siglo II a.C., afianzándose a partir de entonces con el propósito de explotar las zonas más ricas desde el punto de vista metalogenético y las vastas llanuras cerealísticas, que fueron prioritariamente ocupadas.

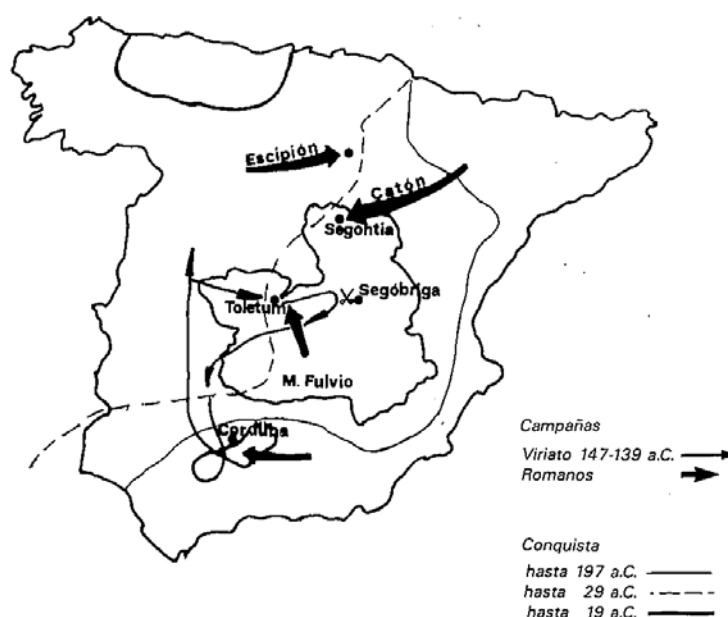


Fig. 1. Plasmación gráfica de algunos de los acontecimientos históricos de la conquista, según Pozuelo, 1988, 87, fig. 5.

En los años 193-192 a.C. tiene lugar la campaña de Marco Fulvio Nobilior en la Oretania (CORCHADO, 1971, 25; MUÑOZ VILLARREAL, 2005, 130-132, fig. 4, donde refleja el desarrollo de estos hechos; SALINAS, 2007, 39-41). Dentro de una serie de incursiones en la Celtiberia exterior, en la que estaba incluida la entidad espacial que actualmente corresponde a La Mancha, M. Fulvio Nobilior, pretor de la *Ulterior*, asedió la ciudad carpetana de *Toletum*, que conquistó tras vencer a una coalición de pueblos, entre ellos, los carpetanos (Liv. XXXV, 7; 22, 5). Como explica G. Carrasco (2009a, 84), convenía tomar *Toletum* por su “situación estratégica, llave de caminos de la Meseta hacia el sur, y puesto clave para el establecimiento de comunicaciones entre la Citerior y la Ulterior”.

El cónsul Flaminio tomó *Litabro* e *Illucia* en el año 190 a.C.

En 186-185 a.C., los pretores L. Quinctio Crispino y C. Calpurnio Pisón, gobernadores de las dos provincias hispanas, actuando conjuntamente (Liv. XXXIX, 20, 3), reunieron sus efectivos en la Beturia y marcharon hacia la Carpetania. Fueron derrotados en *Dipo* (Liv. XXXIX, 30) y posteriormente avanzaron hacia el Norte. Los hechos son narrados por A. Schulten (1963, II, 74): “los romanos conquistaron la Meseta partiendo de la Bética, sufriendo en el 185 una gran derrota (...)”. En el 184 a.C. vencieron a celtíberos, lusitanos y otras

tribus, una vez cruzado el Tajo (Liv. XXXIX, 30-31; al respecto, pueden consultarse los trabajos de SALINAS, 1986, 131; 2007, 39-41).

Q. Fulvio Flaco, pretor de la *Citerior*, controló en el 181 a.C. el territorio de los oretanos y los túrdulos de la Beturia. Atravesó con sus tropas la Carpetania, en dirección a la Celtiberia, y entabló batalla en *Aebura*, donde venció a las tribus indígenas (Liv. XL, 30-33, *PHA* III, 211-212).

Hacia el 180-179 a.C. Tiberio Sempronio Graco desplegó un ejército de 14.000 hombres para terminar de subyugar esta zona, que en buena medida se resistía contumazmente (Liv. XL, 35-36; 47-50). En el año 179 T. Sempronio Graco y L. Postumio Albino sometieron numerosas plazas oretanas y carpetanas, entre ellas, *Alce(s)*, consolidando así el dominio romano en el interior peninsular. Se estableció el límite fronterizo en el curso medio del río Guadiana y al Oeste del Tajo (fig. 2), pretendiendo, con ello, afianzarlo para conseguir pacificar toda la Celtiberia (las referencias históricas sobre las campañas de Graco son recogidas por MONTENEGRO y BLÁZQUEZ, 1996, 68-72, a cuya obra remitimos). Viene al caso un texto de A. Blázquez y C. Sánchez Albornoz (1917, 27-28, 30, sea o no acertada la identificación propuesta por dichos historiadores): “las ruinas de La Hidalga corresponden a *Alces*, que fue sitiada por Sempronio Graco (...), una ciudad indígena importante”.



Fig. 2. Territorios conquistados (entre los que figura la ciudad de Alces), según Montenegro, en Montenegro y Blázquez, 1996, 66, fig. 42.

A partir de entonces, salvo una operación militar emprendida por L. Licinio Luculo, que en el 151 a.C. se dirigió contra *Cauca* desde la Carpetania (App., *lb.* 50-52), estas tierras se mantuvieron en paz hasta mediados del siglo II a.C., en que se vieron afectadas por las denominadas Guerras Lusitanas. Después de vencer al pretor Vetilio, en el 146 a.C. Viriato saqueó la Carpetania, “que era un país rico”, según afirma Apiano (*lb.* 64). Con la llegada desde la capital del Imperio del nuevo pretor Cayo Plautio, Viriato cruzó el Tajo y acampó en algún lugar de esta región. Tras obtener una victoria aplastante sobre C. Plautio, devastó varias de sus poblaciones, estableciendo alianzas con algunas comunidades indígenas carpetanas.

Roma reaccionó enviando a Fabio Máximo Emiliano, hijo de Emilio Paulo, vencedor del rey macedonio Perseo, pero también fue derrotado (App., *lb.* 65). Viriato se enfrentó después con otro general, Quintio, y se retiró a la Carpetania (App., *lb.* 66).

Al año siguiente llegó F. Máximo Serviliano, sucesor de Quintio y hermano de Fabio Máximo Emiliano. Al no poder dar alcance a Viriato en su retirada a

Lusitania, invadió la Beturia y saqueó cinco ciudades que se habían puesto de parte del jefe lusitano (App., *Ib.* 67-68). Posteriormente fue vencido, firmando un tratado de paz con Viriato en el año 140 a.C. Los territorios controlados por éste fueron declarados independientes.

En el 139 a.C., el procónsul de la *Ulterior*, Q. Servilio Cepión, hermano de Serviliano, rompió el pacto y reanudó las hostilidades contra Viriato, acampado en la Carpetania (App., *Ib.* 70). Al finalizar la guerra estas tierras meseteñas quedarán definitivamente bajo el control de Roma, siendo frecuentemente elegidas para que los soldados se avituallaran y pasaran el invierno, como atestigua Apiano (*Ib.* 83) al narrar las acciones militares de Q. Calpurnio Pisón, quien después de atacar a los vacceos se retiró aquí con esa intención (un desarrollo más pormenorizado del tema puede verse en BLÁZQUEZ, 1975c, 71; CARRASCO, 2009a, 81-90).

Esta región también se vio implicada en las luchas sertorianas, acaecidas en el primer cuarto del siglo I a.C. y que tanta inestabilidad causaron en todo el espacio peninsular, de la que da fe Varrón (*rust.* I, 16, 2). En el 79 a.C., el lugarteniente de Sertorio, L. Hirtuleyo, venció en las proximidades de *Consabura* a M. Domicio Calvino, gobernador de la *Citerior* (es de subrayar que *Consabura* = Consuegra dista 35 km de Alcázar de San Juan).

En el año 68 a.C. llega a Hispania C. Julio César, designado *cuestor* de la *Ulterior* (Plut., César 12). En el 45 a.C. cruza la Oretania camino de *Munda*, escenario de un episodio crucial en su enfrentamiento con los hijos de Pompeyo, pero las fuentes escritas no dan ninguna noticia relativa a cómo afectó la guerra civil a nuestra zona o a si se vio directamente involucrada en ella. No obstante, una reciente intervención arqueológica llevada a cabo en las inmediaciones de la localidad de Alcázar de San Juan y unas prospecciones en la colindante Campo de Criptana arrojan alguna luz sobre ese periodo histórico (*vid. infra* capítulo IX). A ese respecto, un estudio de campo del paraje denominado El Real ha permitido recabar valiosa información sobre un campamento romano cercano a un poblado indígena, en plena Carpetania meridional. Ya en 1916 A. Blázquez y Delgado Aguilera, en una carta dirigida al alcalde de Campo de Criptana, se hace eco de una secular tradición según la cual había un campamento romano junto a las ruinas del castillo (VAQUERO *et alii*, 1984, 89), hoy día desaparecidas, con toda probabilidad subsumidas bajo la Ermita de la Virgen de Criptana. A. Martínez

Velasco (2011, 57-94) ha identificado en El Real dos estructuras campamentales. La primera de ellas, de planta cuadrada con cierta tendencia alargada, “pudo establecerse para asediar y/o asaltar el poblado indígena” del vecino Cerro de la Virgen de Criptana y es definida por dicho arqueólogo como “un modelo genéricamente republicano”, sin ser factible una mayor precisión. No parece “un campamento provisional levantado con prisa”. La tipología de la segunda, rectangular con esquinas redondeadas para evitar salientes muy expuestos (Pseudo-Higinio 54), que empieza a documentarse a partir de César, le hace desestimar cualquier conexión con las Guerras Sertorianas. Aunque se desconoce si su objetivo era el mismo poblado indígena citado líneas arriba, plantea este autor (MARTÍNEZ VELASCO, 2011, 78-79, 87-88), a modo de hipótesis, que pudiera haber servido para el asalto de un enclave romanizado por parte de un contingente militar romano, supuestamente relacionado con el enfrentamiento entre cesarianos y pompeyanos.

De la solidez de sus estructuras se infiere que fueron levantados en campaña, pero dotados de una cierta estabilidad. Podría tratarse de campamentos estables o semiestables para las tropas romanas que operaban en territorio carpetano, un lugar protegido donde invernar... A grandes rasgos, sopesa la capacidad teórica de los dos reductos (5,8 y 2,8 ha² respectivamente), de la que puede derivarse que acogían “unidades inferiores a una legión”. La primera fase campamental podría vincularse a la campaña de Sempronio Graco en el 179 a.C., que prosiguió después con la devastación de la Celtiberia (Liv. XL, 49). En palabras de A. Martínez, es una opción posible que requiere confirmación, al margen de que *Alce(s)* se halle en Alcázar de San Juan o en sus contornos. Según argumenta, “Livio habla de asedio y ataque cuando se refiere a Certima y Alces, por lo que el Cerro de la Virgen de Criptana puede encajar en la descripción”. Con todo, no descarta que ese primer *castrum* pueda asociarse a hechos posteriores, p. ej., las Guerras Sertorianas. En cuanto al segundo campamento, a tenor de la morfología general de la planta, que se generalizó en tiempos de César y “se ha puesto en relación, junto a otras novedades, con las reformas” de Cayo Mario, fija este arqueólogo una fecha *post-quem* en época de César, si bien no le “parece razonable llevarlo más allá del *Bellum Civile*” o de los sucesos desarrollados en los años siguientes, pues “los conflictos bélicos posteriores a estas fechas que se produjeron en Hispania (p.e. el *Bellum*

Cantabriculum) tuvieron unos escenarios muy alejados de estas tierras”. A. Martínez opina que el Campo de Montiel posiblemente sirvió durante la época republicana “como zona de abastecimiento, de tránsito y como punto estratégico para el control de los pasos hacia el sur”. Al ser efectivos de un ejército en tránsito, tras finalizar la contienda continuarían la marcha. Puesto que el eje de comunicación más directo entre el Campo de Montiel y El Real es la vía 29, a través de *Laminium*, este investigador sugiere que desde allí se pudieron dirigir a *Mariana*, la siguiente *mansio* de esta calzada, donde confluía la Vía Heraklea, ruta que les permitiría llegar a la Bética, por *Castulo*.

Otros establecimientos de supuesto carácter militar del Campo de Montiel son El Gollizno (Almedina, cronológicamente inscrito entre los periodos ibérico reciente y romano republicano, PÉREZ AVILÉS, 1985, 192-193) y Cabeza del Buey (Torre de Juan Abad, una plaza ibérica que presenta continuidad ocupacional en época republicana), bastante próximos entre sí. Podría tratarse de fortificaciones (*propugnaculum*) o de *turres speculae* (MARTÍNEZ VELASCO, 2011, 86).

A su vez, la excavación del yacimiento de Pozo Sevilla (Alcázar de San Juan) ha puesto parcialmente al descubierto una serie de estructuras, algunas de ellas pertenecientes a la etapa tardorrepublicana (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 287-321, figs. 9, 10 y 13). Han sido interpretadas por los arqueólogos como una “casa-torre” o “casa fuerte destinada a servir de apoyo a la instalación de elementos latinos o romanizados en el campo manchego” y podrían estar relacionadas con el clima de inseguridad generado en el siglo I a.C., cuando surgieron, entre otros, problemas de bandolerismo, “es quizá en ese escenario aparentemente hostil donde la utilización de una arquitectura de cariz defensivo estaría plenamente justificada, materializándose en la edificación de pequeños núcleos de funcionalidad diversa, de los cuales no estarán tampoco desvinculadas funciones de cariz militar o de vigilancia”, siendo preciso proteger bienes y cosechas en el campo (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 319-320). Este asentamiento, provisto de una torre, estaría en la línea de los establecimientos fortificados de la Hispania republicana estudiados por P. Moret (2004, 13-29), que fueron erigidos en momentos críticos, como el final de las Guerras Sertorianas (década de los años 40 a.C.) o al acabar las luchas intestinas entre cesarianos y pompeyanos. A partir de época tardorrepublicana

posiblemente se desarrolló un “nuevo modelo de poblamiento rural caracterizado por un aumento del hábitat disperso”, para hacer frente a la inestabilidad social que afectaba al medio rural. El complejo de Pozo Sevilla podría ser un buen ejemplo del mismo. El momento del proceso histórico en que nace este tipo de poblamiento estaría “relacionado con la romanización del mundo agrario y con las primeras ocupaciones de carácter rural”, impulsadas por el poder romano, pero presumiblemente no son fruto de una planificación previa de la colonización (una política colonizadora incentivada por César). Durante el Principado y época de Tiberio se acometió un amplio programa de creación de ciudades e instalación de colonos en Hispania. Este sería probablemente el marco histórico en el que fueron construidos numerosos fortines, “recintos-torre” y “casas fuertes” (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 319-320).

II.2. SUSTRATO DE POBLACIÓN

A modo introductorio, tan sólo esbozaremos sucintamente unos apuntes sobre la configuración étnica del ámbito geográfico estudiado, a la llegada de los romanos, pues ha sido objeto de diversas investigaciones con anterioridad, por lo que no consideramos necesario extendernos demasiado sobre esta cuestión (remitimos a GONZÁLEZ-CONDE, 1992, 299-309; sobre la conquista y romanización de la Meseta meridional, SALINAS, 1986; 1986-1987, 27-36; 1988, 13-19; 2007, 37-66; GOZALBES, 2004, 104-111, con amplia bibliografía específica).

Como es de sobra conocido, dicho ámbito se vio envuelto, a partir del momento en que fue conquistado y colonizado por los romanos, en un proceso de aculturación y asimilación de las costumbres, gustos, formas de vida y organización que traían los itálicos, quienes se mezclaron con los pobladores autóctonos, dando origen a los hispanorromanos, dentro del proceso general de etnogénesis de los diversos pueblos de la Península.

En el vasto territorio perteneciente a la actual circunscripción administrativa de la provincia de Ciudad Real había en aquella época un sustrato de población indígena de diversa entidad. No carece de dificultad intentar delimitar

geográficamente los pueblos prerromanos que lo habitaban, entre otros motivos, por las vacilaciones y contradicciones de los autores antiguos.

Por un lado estaban los oretanos, por otro, los pertenecientes a la tribu de los beturios túrdulos (GARCÍA IGLESIAS, 1971, 86-108; CANTO, 1991, 275-298; 1993, 171-183; VV.AA., 1995; PÉREZ GUIJO, 2000-2001, 105-121), que estaban asentados en el área suroccidental, llegando hasta el Valle de Alcudia. Aunque los confines no se conocen con absoluta precisión debido a la insuficiente o ambigua información proporcionada por las fuentes escritas (al respecto, cfr. FERNÁNDEZ-GALIANO, 1988, 29-37; CARRASCO, 1988, 413-419; SAN MARTÍN MONTILLA, 1988, 5-11), parece ser que la zona de contacto de beturios y oretanos estaba en las estribaciones de la Sierra de Puertollano y el curso del río Tirtea fuera, que marcarían la frontera entre ambos grupos étnicos. Los dos son considerados pueblos ibéricos por J. Maluquer (1954, 25-26, 310-312), quien, a propósito de los carpetanos, la tercera tribu asentada en este contexto espacial, sostiene que es un pueblo emparentado con los vettones, si bien otros especialistas en la materia señalan sus rasgos diferenciadores, tanto en lo económico, como en lo social y lo político (LÓPEZ DOMECH, 1979, 21-29; SALINAS, 1988, 13). E. Sánchez-Moreno (2007, 124-132, fig. 1) se pregunta si los límites entre vettones y carpetanos eran, más bien, una demarcación cultural.



Fig. 3. La población prerromana de la Meseta Sur, según Pozuelo, 1988, 83, fig. 1.

Diodoro (*Hist.* V, 33,1) designa como celtíberos a todos los pueblos de la Meseta, incluyendo, por tanto, a beturios túrdulos, oretanos y carpetanos (fig. 3, acerca del sustrato de la Carpetania y el mundo celtibérico, cfr. LUCAS y BLASCO, 1998, 239-252; sobre los carpetanos, FUIDIO, 1934; SALINAS DE FRÍAS, 1986-1987, 27-36; 1988, 13-19; GONZÁLEZ-CONDE, 1986, 87-93; 1987, 25; ABASCAL y GONZÁLEZ-CONDE, 2007, 291-301, para el tema de los carpetanos en las fuentes históricas; GOZALBES, 2004a, 104-111; HURTADO, 2005; TORRES RODRÍGUEZ, 2005, s/p.; 2012; CARRASCO, 2007a, 15, nota 11, con una breve selección bibliográfica; SALVADOR, 2012).

Polibio (III, 13, 5) y Tito Livio (XXI, 5, 2) reseñan que el país de los carpetanos estaba al Sur del de los vacceos y al Este de los olcades, siendo atravesado por el Tajo, como también comenta Estrabón en su *Geografía* (III, 3, 1-2): “Los oretanos (...) son los más meridionales y llegan hasta la costa comprendida dentro de las Columnas. Después de ellos están los carpetanos, hacia el Septentrión”.

En virtud de estas lacónicas referencias, Carpetania iría, al Oeste, desde la Sierra de Guadarrama y el río Alberche hasta el curso fluvial del Tajo (VALIENTE y BALMASEDA, 1983, 135-142; GONZÁLEZ- CONDE, 1986, 87-93). Además, posiblemente habría algunos grupos carpetanos dentro de la Turdetania oriental, junto con algunos otros de oretanos. Los límites son confusos: al Sur, quizás llegaba hasta el cauce del Guadiana (fig. 4).



Fig. 4. Pueblos prerromanos de la Península, según Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992, 478, fig. 9.

Uno de los traductores de Estrabón, J. López (1787, 33-35, 42-45) trae a colación los escritos del “P. Flórez tom. IV de la España Sagrada (...)”: ‘Consta por los límites de los Carpetanos, que al Oriente confinaban con los Celtíberos llegando hasta tierra de Cuenca, y por tanto *Ocaña* quedaba dentro de la Carpetania, mirada esta por su línea Oriental, que llegaba hasta el Río *Xucar* exclusive. Por el Mediodía empezaba desde Somosierra y acababa en Alcaráz y Campo de Montiel (...) el último lugar de los Carpetanos era *Laminio*, según Ptolomeo. (...) cerca de Montiel’ (...). El sitio donde Plinio puso á la Región llamada *Oretania*, y el nombre Griego, que significa *país verdequeante*, obligan á colocar sus habitantes hácia las montañas del Guadiana y Tajo, donde está hoy día el *Rosetan*. Recibieron los Oretanos este nombre de una Ciudad, (lugar llamado Granátula, donde hoy está la Ermita de *Nuestra Señora de Oreto* (...). Comprehendía su territorio la Sierra de Segura y el Adelantamiento de Cazorla. Los *Carpetanos* y *Oretanos*. (...). Parece que los Carpetanos son aquellos que los Griegos llaman Carpesios. Estéfano (...). Polybio lib. III, llama Carpesios á los que Livio llama Carpetanos (...). Lo que se halla en medio de este Río [el Guadiana] y el Guadalquivir, principalmente hácia el Oriente y junto á los

Oretanos, tenía el nombre particular de Beturia. (...) Pasaba después la línea [de la Bética] sobre Almadén por las cuestas que desde Guadalupe vienen á *Sierra Morena*, adonde está *Fuencaliente*. (...) los *Turdetanos* y *Túrdulos* formaban Provincias diferentes”.

Por lo que atañe a los beturios, de manera un tanto vaga dice Estrabón (III, 2, 3): “Este es, asimismo, el aspecto de la Beturia, cuyas áridas planicies se extienden a lo largo de la corriente del Anas”.

En tiempos del *Periplo* de Marsella (s. VI a.C.), como siglos después recoge Avieno (*Ora Mar.* 205, 223), el *Anas* “separaba a los cynetas de ‘*Hiberia*’ (...), después a los celtas de la orilla occidental, de los turdetanos de la oriental” y, a su vez, en su desembocadura servía de frontera entre las provincias de la Lusitania y la Bética, aunque, al decir de A. Schulten (1963, II, 67), aguas arriba dicha línea divisoria discurría algo más al Sur de este cauce fluvial, contraviniendo así a Mela (*De Ch.* II, 87) y a Plinio (*NH* IV, 116), que fijan el límite entre ambas provincias precisamente en el *Anas* (“ello sólo es verdad en parte”, apostilla A. Schulten).

Por consiguiente, Plinio denomina “*Baeturia*” a la zona que media entre el Guadalquivir y el Guadiana, distinguiendo en esa *regio* dos sectores, la B. Céltica (la occidental) y la B. Túrdula (la oriental), cada una de ellas con sus peculiaridades culturales, lingüísticas, religiosas y toponímicas (CANTO, 1991, 275-298; 1993, 171-183; sobre estas etnias, la definición y caracterización de este territorio, su numismática y epigrafía, cfr. VV. AA., 1995). Para L. García Iglesias (1971, 87, 104-108, fig. de la p. 96), otro elemento distintivo sería la antroponimia. A su juicio, esa subdivisión probablemente no tendría una delimitación clara, aunque sustenta que la Beturia céltica no sobrepasaría mucho hacia el Este el trazado de la calzada romana que enlazaba Mérida con Itálica; por lo demás, la Beturia no abarcaría realmente toda la extensión consignada en el texto pliniano, debiendo excluirse algunas de las poblaciones citadas en el mismo, y no habría en ella unidad étnica ni geográfica.

Su desdibujada frontera con la Bética era una especie de línea cultural que surcaba por la Beturia dejando a un lado la Túrdula, perteneciente a la provincia senatorial, y al otro, la Céltica, asignada a la Lusitania. Al tratar de la Beturia, Plinio distingue tres grupos de ciudades, el segundo de ellos es el de la B. Túrdula, confinante con Lusitania y Tarraconense y, en lo judicial, dependiente del

conventus Cordubensis. “Incluye seis ciudades, que Plinio define como *non ignobilia*” (CANTO, 1993,175).

Al analizar los límites administrativos y la organización territorial de los conventos jurídicos de la Bética, a través de la *Historia Natural* de Plinio, R. Corzo y A. Jiménez (1980, 28) indagan sobre la compleja problemática de la estructura étnica y la articulación administrativa de esta demarcación. En opinión de ambos, el naturalista se ciñe a un estricto criterio geográfico en su relación de ciudades, encuadrando la zona de la Beturia que correspondía al *conventus Cordubensis* y al pueblo túrdulo: “Plinio pone la etiqueta general que veía en un mapa (*Orbis Pictus?*), pero las ciudades las tomó de una ‘fórmula étnica’ que no coincidía plenamente con la región definida gráficamente”.

En cuanto a sus vecinos, los oretanos, se expandirían por el Norte hasta el Guadiana, confinando, así, con los carpetanos.

En su *Geografía*, Estrabón (III, 1, 6) menciona en varias ocasiones a oretanos y carpetanos al describir, a finales del siglo I a.C., las delimitaciones de la Bética, que se extendía por el Este hasta la Oretania, una región limitada al Oeste y al Norte por el curso del *Anas* y al Este por algunos oretanos, tal como especifica más adelante (III, 2, 1), englobando, pues, a los habitantes de la orilla superior del río Guadiana y parte de sus vecinos. De ello se desprende que ocupaban el Guadiana medio: “(...) formando entre ambos una ‘mesopotamia’, cuya población está integrada en su mayor parte por *keltikoi* y algunas tribus de *lysitanoi*. (...) los carpetanos limitan con Turdetania por el Oriente, junto con los oretanos”. Añade Estrabón (III, 1, 3) que en las áreas altas de la Meseta vivían los carpetanos, oretanos y vettones “en gran número”. Cabe deducir, por tanto, que la densidad de población indígena de ese marco geográfico era alta. Según A. Schulten (1952, 201), el geógrafo griego se basó en los escritos de Artemidoro de Éfeso (a través de Esteban de Bizancio), quien viajó a la Península hacia el 100 a.C., dando noticias de algunas ciudades de la Oretania (CONTRERAS, 1961, 66-71; TOVAR, 1976, 30; CARRASCO, 1990b, 131-140; 2007a, 13-15). A. Schulten (1952, 200) cree que Estrabón se equivoca al hacer llegar los reductos oretanos hasta áreas muy meridionales de la Península (cfr., al respecto, CONTRERAS, 1961, 67-68; CARRASCO, 1988, 21). A. Schulten (1963, I, 284), al estudiar la geografía y etnografía antiguas de la Meseta, alude de nuevo al anteriormente citado pasaje de Estrabón relativo a algunos de sus moradores, los

oretanos y carpetanos, vecinos por el Norte de los turdetanos y túrdulos, habitantes de la cuenca del *Betis* (Turdetania). En comparación con esta última, al investigador alemán le parece que el *Flumen Anas* es “un río muerto, ya que en sus márgenes crecieron y crecen pocas ciudades importantes” (SCHULTEN, 1963, II, 67).

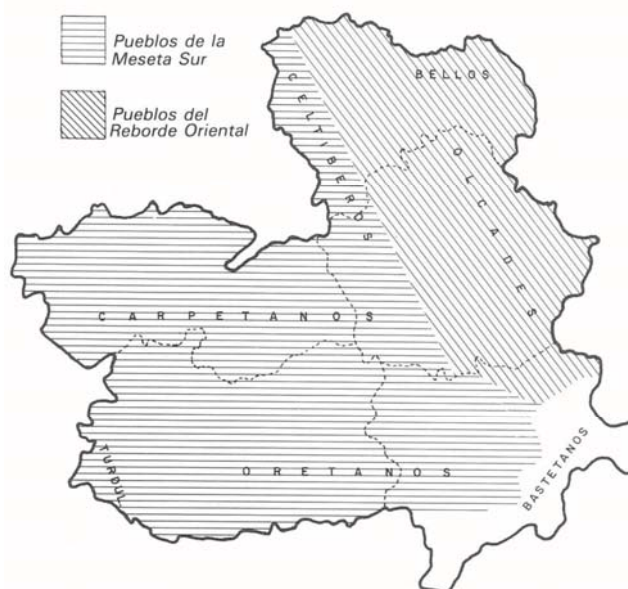


Fig. 5. Pueblos prerromanos de la Meseta meridional, según Mena, 1988, 39.

P. Mena (1988, 27-28) puntualiza que los oretanos estaban situados al Sur del Guadiana y en el extremo suroccidental de Albacete, extendiéndose por las provincias de Ciudad Real, Jaén y Córdoba (fig. 5). Advierte dicha investigadora que los datos recabados en las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en algunas de las ciudades mencionadas por Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 58), como son *Mentesa Oretana*, *Oretum*, *Sisapo*..., permiten sospechar que “los oretanos de Ciudad Real se sometieron con facilidad y muy pronto a la política romana, cuya presencia fue fuerte e importante”. Esta afirmación está en consonancia con lo referido por Tito Livio (XL, 48) a propósito de que oretanos y carpetanos fueron subyugados por el pretor Tiberio Sempronio Graco hacia el 179 a.C.

Autores como G. Carrasco (1988, 21; 1990b, 131-140) o S. Palomero (1988, 153) reconocen la complejidad de establecer con exactitud las distintas áreas de ocupación de estos pueblos prerromanos, de las que nos ofrecen exiguos datos las fuentes clásicas, con detalles muy imprecisos sobre las líneas

de las divisiones tribales e incluso discrepancias notables. S. Palomero sugiere que algunos de esos pueblos, como son los oretanos, carpetanos o celtíberos, “debían gozar ya de una gran unidad cultural, y quizás administrativa y política, estando en pleno periodo de fusión entre unos y otros y de desarrollo urbano (...)”. Tanto de estos pueblos como de otros menores como (...) mentesanos, bastetanos, túrdulos de la *Baeturia* es difícil definir sus fronteras y áreas de expansión” (algunas de ellas son escuetamente enunciadas por POZUELO, 1988, 79-80).

Numerosos investigadores han revisado el desplazamiento hacia el Sur de las ciudades oretanas apuntado en la *Geografía* de Ptolomeo (II, 6, 56), a mediados del siglo II d.C., entre ellas, *Mentesa Oretana*, *Laminium* y *Libisosa* (las dos primeras bastante próximas a Albaladejo, en cuyo término municipal se encuentra la villa de Puente de la Olmilla). Por ende, Ptolomeo habría clasificado a *Laminium* como una ciudad carpetana, seguido por varios “geógrafos modernos”, algunos de los cuales la colocan “no lejos” de Fuenllana, “en la región de los *carpetanos*”, como evoca J.A. Ceán-Bermúdez (1832, 78-79). G. Alföldy (1987b, 32-33) remarca que Ptolomeo habría cometido un error. A diferencia del criterio de G. Alföldy, J. Hurtado Aguña (2005, 25-26, 292) propugna que *Laminium* es una de las ciudades carpetanas. En lo concerniente a la identificación de *Laminium*, sede de una *mansio*, punto de confluencia de varias vías del *Itinerario de Antonino* (445,4; 446,4 y 8; 448,1) y del *Anónimo de Ravenna* (IV 44, 313, 17), J. Hurtado sintetiza algunos de los supuestos de anticuarios e historiadores, basados en las fuentes literarias y epigráficas, decantándose la opinión más generalizada por las cercanías de Alhambra.

Entre los importantes enclaves carpetanos también figuraba *Alce(s)*, “posiblemente cerca del actual Alcázar de S. Juan” (HURTADO, 2005, 15). Para M. Salinas (1988, 14-15), *Alce* es una de las “pequeñas ciudades” de la Meseta central, situada en la Carpetania (por su cercanía a los celtíberos, contra los que se dirigió la campaña de Postumio y Sempronio Graco en 179 a.C.), “debían ser ciudades de cierta importancia, y no poblados más o menos extensos”, a tenor de lo transmitido por Tito Livio (XL, 48-49): “*Inde iam duxit ad Alcem urbem, ubi castra Celtiberorum erant, a quibus venerat nuper legatis (...). Ab hoc proelio Gracchus (...) convertit inde agmen retro unde venerat ad Alcem atque eam urbem oppugnare institit*”. Estas palabras evidencian un desarrollo urbano de esta

zona ya en época prerromana. M. Salinas (1988, 19) arguye que *Alce* era probablemente carpetana, apoyándose en el texto de Livio: “Graco se dirigió *ad depopulandam Celtiberiam* y luego regresó de nuevo para culminar el asedio de la ciudad”, de lo que se puede deducir su proximidad al ámbito celtibérico; “(...) de *Alce* Graco se dirigió a *Ercavica*, cerca de Sacedón, en Guadalajara” (Plin., *NH* III, 24). La problemática de la identificación de las ciudades enumeradas por Livio ha sido, asimismo, abordada por G. Fatás (1975, 305).

Otros textos escritos aportan más información sobre algunos de estos antiguos pobladores. Así, Plinio (*NH* III, 25) señala que al Sur se encontraba el pueblo de los oretanos, entre los que vivían unos *germanici*. Los bastetanos, con los oretanos, llegaban hasta las proximidades de *Malaka* (*NH* III, 4,14); los segundos ocupaban, además, la región del alto Guadiana (*NH* III, 3, 2). Según el relato pliniano (*NH* III, 13), los celtas del Guadiana eran gentes oriundas de la Celtiberia, como delataría su lengua y la toponimia. Es de subrayar que Plinio (*NH* III, 13-14) cita *Sisapo* como el *oppidum* más occidental de los túrdulos. Al hilo de este testimonio, hacemos notar que, para algunos estudiosos del tema como Madoz, *Sisapo* es una voz céltica cuyo significado es “la mina”, lo que podría ser un indicio de su origen. De hecho, P. Madoz (1849, II, 16-47) asevera que “fueron los celtas sin duda quienes la denominaron *Sisapo*, que equivale a ‘mina’. Entre nosotros mismos se conserva la raíz céltica de este nombre con igual aplicación en el verbo ‘zapar’ (...). Su proximidad a la región habitada por los celtas, en la Beturia, hubo de darle el nombre de *Sisapo*”.

En contraposición a Plinio (*NH* III, 3, 14), que describe *Sisapo* como un *oppidum* túrdulo habitado por célticos, Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 58) se refiere a *Sisapo* como ciudad oretana, figurando, junto con *Mirobriga*, en la *Citerior*, perteneciente al *conventus Carthaginiensis*, lo que ha inducido a algunos investigadores a pensar que se produjo alguna variante en la población en el siglo transcurrido entre una y otra noticia, o a cuestionar tales delimitaciones, o bien pudiera ser que un sector de la Beturia Túrdula hubiera pasado de estar integrada en la Bética a estarlo en la *Citerior*, lo que justificaría esa diferencia de criterio entre Plinio y Ptolomeo (al respecto, se pueden consultar los trabajos de ALBERTINI, 1923, 114; GARCÍA IGLESIAS, 1971, 102; GOZALBES, 2004a, 88, notas 3 y 4; OZCÁRIZ, 2009, 324; ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 26-27; *vid. infra* capítulo II.3).

El listado de Ptolomeo ha sido traído a discusión (SORIA, 2000, 57-58), ateniéndose a motivos de temporalidad, esto es, en función de la pertenencia de estas ciudades a una circunscripción administrativa, cuando previamente “formaban parte de las dos provincias de la República”, por lo que no estaría marcando los verdaderos límites de la etnia prerromana (LÓPEZ DOMECH, 1996, 25). Es sintomático *per se* que R. López Domech se refiera más bien a la “región oretana”, que a “Oretania”, en el sentido de que debe entenderse como un escenario geográfico y no una entidad estatal.

Como pone de relieve G. Carrasco (1988, 21-22), el apelativo de *Germanorum* “es claramente indicativo de estas infiltraciones de celto-germanos (...), que se desplazarían buscando los centros mineros de Sierra Morena”. Haciéndose eco de lo expuesto líneas arriba, aduce este autor que un topónimo típicamente indoeuropeo como es *Mirobriga* corrobora dichas infiltraciones (sobre esta cuestión, cfr. GARCÍA IGLESIAS, 1971, 102; ROLDÁN, 1975, 250; TOVAR, 1976, 195-196).

Estrabón (III, 4, 16) relata que al Sur, en la *Baeturia*, vivían unos *celtici* de economía pastoril, parientes de los pueblos del mismo nombre asentados en el Noroeste (Estrab., III, 3, 5). Viene al caso la bien conocida mención de Plinio (*NH* III, 25): “*Oretani qui et Germani cognominantur*”.

Se infiere de estos pasajes que esas comunidades étnicas ocuparían la vertiente norte de Sierra Morena, es decir, el centro de la Oretania (BLÁZQUEZ y GARCÍA GELABERT, 1992, 45-56), pero la cultura oretana no puede ser considerada como propiamente céltica. Tal vez podamos aventurar que la presencia de esos “germanos” en la Oretania se deba a la supervivencia de elementos germánicos que se entremezclaron o, quizás, se desplazaron con los celtas, en un movimiento migratorio que les habría llevado desde el Rhin hasta cruzar el Guadiana. Los *germanici* citados por Plinio serían, pues, individuos arrastrados hasta estas tierras del interior (comprendidas en lo que es hoy día la provincia de Ciudad Real), que se habrían infiltrado entre los oretanos y acabaron viviendo entre ellos.

El geógrafo J. López (1787, 29-33), al traducir el libro III de Estrabón incluye algunos comentarios sobre el particular: “El P. Flórez tom. 13, cap. I: ‘Es muy afamado el nombre de los Celtas por la mucha extensión con que se difundieron desde el Danubio á Guadiana, (...) llegando hasta Lusitania, de

donde pasaron á la Bética, según refiere Plinio lib. III. cap. I, hablando de los Célticos entre Guadiana y el Betis, (...) se verifica que entre el Tajo y Anas, y entre este y el Betis, hubo Célticos, como también en otra parte de la Bética' (...). La Martiniere en su Diccionario escribe: (...) 'el país que estaba entre el Río Anas y el Tajo se llamó la Céltica' (...). El P. Flórez tom. III. cap. I. dice: 'Desde el Tajo arriba empezaba la Región de los Lusitanos. Después que los Romanos empezaron á dominar aquellas gentes, hicieron que pasasen á la banda Meridional del tajo; y desde entónces quedó la mayor parte de la tierra que hay entre los dos Ríos Tajo y Guadiana, habitada de los antiguos Celtas; (...) Ptolomeo (...) á los Célticos les da la Occidental [la porción sita entre los dos Ríos], en la conformidad que vemos en su Mapa”.

L. García Iglesias (1971, 105) nos brinda algunos datos sobre la temprana llegada de celtas a la Beturia: “los arqueólogos han propuesto dataciones de hacia los siglos VI-V antes de J. C. para determinadas manifestaciones artísticas del sector, de indudable carácter o influencia céltica (...)” y hace hincapié en que algunos textos antiguos “nos hablan de diversas *gentes* en la zona”.

M.P. González-Conde (1992, 299-309) incide en la idea de que algunos autores grecolatinos parecen distinguir dos etnias dentro de la Oretania: una céltica y otra ibérica (fig. 6). A la primera de ellas correspondería “la parte meridional de la Meseta Sur, limitada por Sierra Morena”, de acuerdo con un pasaje de Polibio (III, 33, 7-9).

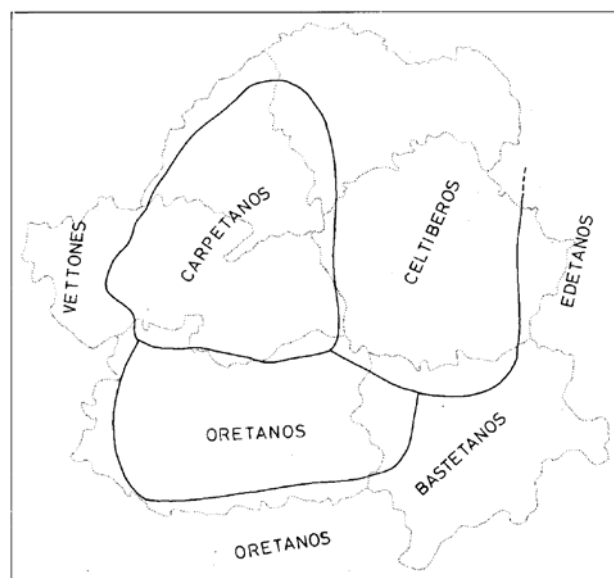


Fig. 6. Etnias prerromanas de la Meseta meridional, según González-Conde, 1992, fig. 1.

A. Tovar (1989, 28-30) trata en profundidad sobre los oretanos, que tenían a los túrdulos por el Sur, los bastetanos y contestanos por el Este y los carpetanos por el Norte: “K. Müller ad Ptol. I 181 dice que Ptolomeo pone Sisapo en Tarraconensis y no en Bética (...). Excluimos de Oretania Miróbriga (*Landesk.* 96) y Sisapo (*ibid.*). (...). Es muy difícil decidir, pues en estos pueblos hay una debilitación de su personalidad política y étnica (...). Obemaier y García y Bellido p. 320 los consideran iberos. Lo mismo defiende Schulten, *RE* XVIII 1, 1018s., quien por otra parte cree, *FHA* III, 47, que los *Oretani germani* eran verdaderos germanos, llegados con los celtas, de manera que había un elemento indoeuropeo incluido en este pueblo. La presencia de celtas y otros posibles indoeuropeos (desde luego no germanos, de los que no se puede hablar al S. del río Main en la época de las grandes invasiones célticas en España) no está excluida en esta región, que como la de los bastetanos puede considerarse la cuna de la civilización y del pueblo ibérico”. A. Tovar remite a Estrabón (III, 4, 1-2) y, respecto a la controversia derivada de este pasaje, está convencido de la existencia de una confusión de Sierra Morena con Sierra Nevada, imprecisión que habría llevado ocasionalmente a creer que los oretanos se extendían hasta la costa mediterránea. A. Tovar (1989, 181-182) recoge diversas fuentes literarias y epigráficas sobre “Oria, Orisia, Oretum”, nombre, a su parecer, más “indígena que indoeuropeo”, pues aunque A. Schulten entendió que algunos germanos podrían haber llegado con celtas y otros invasores indoeuropeos, “con las ideas más modernas sobre las invasiones indoeuropeas es difícil suponer germanos tan lejos de su patria en épocas de las que llamamos hallstáticas o ‘posthallstáticas’, a las que pertenecen los oretanos”. Bajo esta perspectiva, A. Tovar pone objeciones a que dichos oretanos sean considerados germanos en sentido estricto.

M. Almagro (1966, 215) postula que las denominadas estelas extremeñas son obra de los *cempsí*, un grupo étnico procedente del Hallstatt B centroeuropeo (a propósito de la germanidad o no del pueblo de los *cempsí*, cfr. TOVAR, 1976, 195-196; en el *Periplo de Marsella* no se dice que los *cempsí* sean celtas [*Ora Mar.* 195, 200, 257, 301]). El descubrimiento de ese tipo de estelas decoradas en la provincia de Ciudad Real amplía el marco geográfico de las mismas (BLANCO FRAGA y GARCÍA BUENO, 2009, 67-89). Entre ellas, concretamente, se han documentado tres ejemplares en Aldea del Rey (VALIENTE y PRADO, 1977-

1978, 375-389; VALIENTE, 1979, 27-32; CELESTINO, 2001, 411-413), cerca de Granátula de Calatrava, donde se ha localizado la *Oretum Germanorum* citada por Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 58) y Plinio (*NH* III, 25), reducción aceptada tradicionalmente (TOVAR, 1989, 181-182; GARCÉS, ROMERO y FUENTES, 2000, 244; ya Ambrosio de Morales [1577, 76r] observó que el nombre de esta antigua ciudad se había conservado en la ermita de Granátula, conviniendo con él T. López [1787, 34-35] y otras muchas autoridades en la materia). Basándose en los textos clásicos y en paralelos de los escudos representados en dichas estelas, J. Valiente y S. Prado (1977-78, 375-388) defienden la hipótesis de un origen germánico de las comunidades que las esculpieron, atribuyendo su autoría “a grupos germánicos que se superpusieron, como aristocracia guerrera, al pueblo de los cempsos”, como explica G. López Monteagudo (1987, 531), quien mantiene, igualmente, que todos esos testimonios acreditan “la presencia germánica en la Península Ibérica, bien como consecuencia de una oleada distinta a la celta o bien, como sugiere A. García y Bellido, como acarreo de cualquiera de las penetraciones célticas (...) en Hispania y confirman, en fin, la cita de Séneca: *Pyrenaeus Germanorum transitus non inhiuuit* (Sen. *Ad Heluiam matrem de consol*, 7, 2)”.

En efecto, A. García y Bellido (1950, 487-496) desarrolla ampliamente esta cuestión, centrando su interés en la descripción de ciudades oretanas realizada por Plinio (*NH* III, 25), entre ellas, *Mentesa Oretana*. También Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 58) hace alusión a una *Mentesa* en la región de los oretanos, cuya posición establecen los Vasos de Vicarello a XXIV millas de *Libisosa* y a XX de *Mariana* (al respecto, cfr. CORCHADO, 1971, 105, 147; TOVAR, 1989, 178; ABASCAL, 2012, 172-173, con una recopilación de las fuentes clásicas y distintas versiones de anticuarios e historiadores sobre su emplazamiento, mayoritariamente reconocido en Villanueva de la Fuente).

De la demarcación geográfica-administrativa del Campo de Montiel, en la que se halla Albaladejo, M. Corchado Soriano (1971, 11) pone de manifiesto que “pertenecía por entero a la región oretana en la época anterromana, y es casi seguro que una de sus cabeceras, la *Mentesa Oretana*, esté situada en su área, posteriormente fue comprendido en la *Tarraconense* y después en la *Cartaginense*”. Más adelante retoma de nuevo este asunto: “el origen racial de la población que compone actualmente el Campo puede suponerse sea, en primer

lugar, el elemento oretano indígena, que a través, sucesivamente, de pasar a ser hispano-romanos (...)" (CORCHADO, 1971, 20).

La población iberorromana parece haber estado mucho más dispersa durante el periodo de dominación romana que en la Edad Media y en los tiempos modernos. Prueba de ello son los múltiples restos de hábitats aislados insertos en ese horizonte cultural encontrados por los arqueólogos en toda esta zona, cuya presencia en ocasiones también había sido previamente constatada por diversos eruditos locales en el entorno de numerosos núcleos urbanos, como iremos exponiendo (*vid. infra* capítulo V).

Así pues, recapitulando los datos que pueden resultarnos orientativos, la información proporcionada por Polibio (III, 33, 7-9), Estrabón (III, 1, 6), Plinio (*NH* III, 25) y Ptolomeo (*Geog.* II, 6) permite vislumbrar la región oretana en la Meseta meridional y el Alto Guadalquivir (en este último tendría su frontera meridional y, al Norte, el límite fronterizo estaría en torno al Guadiana), circunscribiéndose la Oretania septentrional al espacio ubicado al Norte de Sierra Morena, cuyo centro urbano más importante era *Oretum* (Estrab. III, 2; Ptol., *Geog.* II, 6, 58; Artemidoro, a través de Esteban de Bizancio, cfr. SCHULTEN, 1925, 157; TOVAR, 1976, 30), en tanto que su capital al Sur de esos escarpes rocosos era *Castulo*. Sin embargo, esta cadena montañosa no supondría una "frontera infranqueable para ambos ámbitos oretanos, siendo recíprocas las influencias y las relaciones y contactos" (CARRASCO, 2007a, 14-15).

Por otro lado, A.A. Pozuelo (1988, 79-80) avala la tesis de que, dentro de "la región de Beturia nos encontramos dos pueblos" (...) los túrdulos, que haciendo frontera con la Lusitania y la Tarraconense, pertenecen a la jurisdicción de *Corduba*. En la región que ocupaban los túrdulos había oppidas tan importantes como (...) *Sisapo*, etcétera. En otro orden de cosas, la expansión celtíbera en Carpetania, la Bética y el Levante en los siglos III y II a.C., son más bien filtraciones de bandas de mercenarios o contactos comerciales, con intercambio de elementos culturales".

Resulta igualmente complicado concretar los límites de la Carpetania histórica. En líneas generales, comprendía el sector septentrional de la actual provincia de Ciudad Real, el más occidental de la de Cuenca, además de las de Toledo y Madrid, colindando con los vettones por la Sierra de Guadarrama y sus estribaciones hasta el Tajo (FUIDIO, 1934; SALINAS DE FRÍAS, 1986-1987, 27-

36; 1988, 13-19; GONZÁLEZ-CONDE, 1986, 87-93; 1987, 25; ABASCAL y GONZÁLEZ-CONDE, 2007, 291-301, para el tema de los carpetanos en las fuentes históricas; LUCAS y BLASCO, 1998, 239-252; GOZALBES, 2004a, 104-111; HURTADO, 2005; TORRES RODRÍGUEZ, 2005, s/p.; 2012; CARRASCO, 2007a, 15, nota 11; SALVADOR, 2012).

Las fuentes clásicas revelan que su conquista fue bastante rápida, pues se llevó a cabo entre el 193 y el 179 a.C., concluyendo con las victoriosas campañas militares de T. Sempronio Graco en diversos lugares de la Meseta meridional, salvo algunos levantamientos posteriores en la Carpetania, cuando sus tribus se aliaron con Viriato a raíz de las incursiones de los lusitanos en estas tierras, controladas definitivamente por Roma al finalizar las Guerras Lusitanas.

II.3. LA ADMINISTRACIÓN PROVINCIAL

Sin necesidad de profundizar aquí en el tema de la estructura provincial romana, pues ya ha sido ampliamente investigado por autoridades de reconocido prestigio (algunas de ellas citadas más arriba), daremos unas pinceladas ilustrativas, a grandes rasgos, del marco administrativo de la zona de interés (fig. 7).

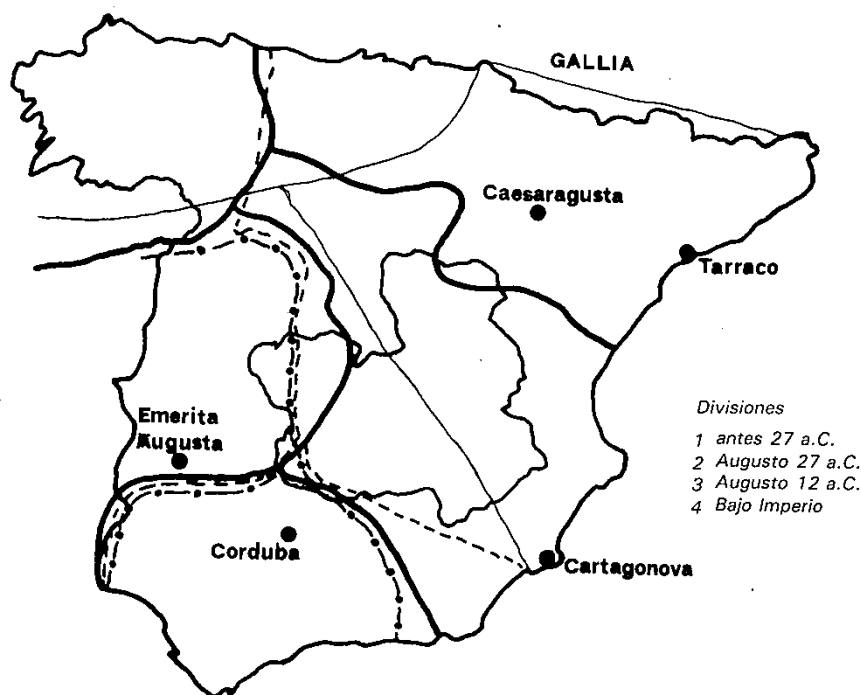


Fig. 7. Evolución administrativa de Hispania, según Pozuelo, 1988, 85, fig. 3.

Una vez conquistado este territorio por los romanos, la mayor parte del mismo quedará administrativamente encuadrado en la *Provincia Citerior*, cuando hacia el 197 a.C. éstos dividieron en dos la Península Ibérica.

Julio César ideó un programa de reformas político-administrativas que, dada la brevedad de su mandato, fue desarrollado después, durante el Principado.

Según Estrabón (XVII, 3, 25), Augusto decretó la reforma administrativa de las provincias del Imperio en el año 27 a.C. (PÉREZ VILATELA, 1990, 99-125) y Dión Casio (LIII, 12, 4-5) deja constancia de ello para Hispania. Sin embargo, las opiniones sobre esa fecha no son unánimes, pues hay otras propuestas que varían dentro de un arco cronológico comprendido entre los años 16 y después del 7 a.C. A juicio de E. Albertini (1923, 34-36) y de A. García Bellido (1961, 130), sería posterior al 7 a.C. R. Thouvenot (1940/1973) considera que se produjo a finales del Principado o quizás algo más tarde, pero en la actualidad muchos autores, como C. Domergue (1990, 200), creen que el cambio habría tenido lugar en el 13 a.C., junto con la división de la Lusitania. Apoyándose en la carencia de documentación epigráfica que avale la fecha del 27 a.C., P. Ozcáriz (2009, 324) la pone en duda.

La reorganización provincial acometida por Augusto respondería al propósito de delimitar tres unidades provinciales, subdividiendo la *Ulterior* en dos provincias (Lusitania y Bética), en función de su grado de pacificación. A resultas de ello, podía darse el caso de que una entidad espacial de la Península hubiera sido repartida entre dos demarcaciones administrativas, quedando fraccionada por dichos límites la comunidad étnica allí asentada, así, en la Lusitania y la Bética vivían los *celtici* y los *turduli* a uno y otro lado del *Anas*. En las postrimerías del siglo I a.C. la línea divisoria entre la *Citerior* y la *Ulterior* habría sido fijada aproximadamente al Sur del *Anas*. En época de Plinio, la frontera entre la Tarraconense y la Bética partiría en dos las tierras de los *bastetani* y de los *oretani*, mientras que Carpetania se integró por entero en la *Citerior* (GONZÁLEZ-CONDE, 1987, 17).

Un tiempo después de la primera habría tenido lugar una segunda actuación de Augusto en el mismo sentido (MONTENEGRO y BLÁZQUEZ, 1996, 179, fig. 108). Esta nueva redistribución territorial conllevó la integración en la *Provincia Citerior Tarraconensis* del *saltus Castulonensis*. Aduce P. Ozcáriz

(2009, 324) que eso ocurriría algo antes del 2 a.C., como testimonian varios miliarios erigidos en la zona de *Castulo* (CIL II, 4701-4711).

Así pues, los límites provinciales habrían sido rectificados, al menos, en dos puntos de este espacio geográfico. Como ya hemos comentado y ha sido repetidamente señalado por numerosos investigadores (*vid. supra* capítulo II.2), Plinio (NH III, 14) nombra entre las poblaciones de la Bética las de *Mirobriga* (Capilla) y *Sisapo* (La Bienvenida), en tanto que Ptolomeo (Geog. II, 6, 58) las sitúa en la *Provincia Citerior*. Por consiguiente, en ese intervalo de tiempo habría tenido lugar un desplazamiento hacia el Suroeste de la delimitación entre la Bética y la *Citerior* (ALBERTINI, 1923, 114; GARCÍA IGLESIAS, 1971, 102; GOZALBES, 2004a, 88, notas 3 y 4; ABASCAL, 2014, 725-740). A partir de entonces, la Oretania y la mayor parte de la *Baeturia Turdulorum* quedaron adscritas al *conventus Carthaginiensis*. La historiografía tradicional atribuía esta política de ajuste de lindes interprovinciales efectuada en el siglo I d.C., que afectó también a las áreas de *Mirobriga* y *Sisapo*, al deseo imperial de poseer las ricas minas de galena argentífera, cinabrio, plomo y cobre de la región sisaponense y Sierra Morena. Esa era, p. ej., la tesis de R. Thouvenot (1940/1973), para quien la variación de límites durante el periodo augusteo respondería a la intención de hacer pasar las minas de cinabrio del distrito minero de *Sisapo* a una provincia imperial, con el objetivo de que pudieran ser directamente controladas por el emperador (además de las vías de comunicación por las que se exportaban metales y minerales al resto del Imperio). No obstante, hoy día esa argumentación ya no está en vigor, pues a la mayoría de los estudiosos del tema les parece carente de fundamento.

A su vez, el geógrafo J. López (1787, 32, 42), traductor de Estrabón, indica que a partir de la división provincial realizada por Augusto se limitó la Lusitania (...) “por el Mediodía con el Anas (...). No es fácil señalar los límites de la Bética del lado de Oriente, porque diversos Príncipes los alteraron”.

En efecto, los límites provinciales indicados por los autores antiguos son muy imprecisos, ya que generalmente tan sólo hacen referencia a las circunscripciones administrativas a las que pertenecen los núcleos poblacionales mencionados por ellos. Debido a ello es frecuente que no sean muy orientativos a la hora de establecer a qué provincia correspondían ciertos enclaves de menor entidad (sobre la organización administrativa de Hispania, cfr. ALBERTINI, 1923;

CEPAS, 1995-1996, 143-151; acerca de la integración administrativa de Castilla-La Mancha, CARRASCO, 2009a, 90-95, con bibliografía relativa al tema; en lo que concierne a las etnias y los *conventus iuridici* según Plinio y Ptolomeo, cfr. GÓMEZ FRAILE, 1997, 113-128; sobre su origen y naturaleza histórica, DOPICO, 1986, 265-283).



Fig. 8. Límites conventuales, según Alföldy, 2007, lám. XVII.

En época de Augusto las provincias hispanas experimentan una compartimentación en *conventus iuridici*, dada la gran extensión de algunas de ellas, que dificultaba su eficiente administración (fig. 8, cfr. ALFÖLDY, 2007, 325-356, donde resume la cuestión).

El concepto mismo del *conventus* (“reunión”) implica que los romanos, para determinar esta división conventual, debieron de tener en cuenta los límites geográficos, como son las cadenas montañosas o la red hidrográfica, y también los medios de comunicación existentes (la descripción de R. Thouvenot nos sirve de base). Así, en el territorio de *Ossigi*, ciudad de la Bética, la frontera seguía el

curso fluvial y se confundía con él durante bastantes kilómetros. Era por allí por donde la Vía Augusta atravesaba el Guadalquivir para entrar en la Bética. Después, alejándose del río, se dirigía hacia el extremo oeste del *saltus Castulonensis*, en la parte oriental de Sierra Morena (probablemente hacia el desfiladero de El Hoyo, en el valle del Jándula, dentro de la actual provincia de Ciudad Real). A continuación seguía hacia la Oretania, hasta el río *Anas*, *Oretum* (Granátula de Calatrava), en la *Citerior*, y *Sisapo* (La Bienvenida), en la Bética. En este último tramo, a partir del *saltus Castulonensis*, la delimitación no había sido alterada desde época republicana. La frontera entre la *Citerior* y la Lusitania era la misma desde el Norte del Guadiana hasta el Darro (THOUVENOT, 1940/1973).

Aunque no es nuestra intención describir exhaustivamente el sistema administrativo de las provincias hispanas, merecedor de un trabajo específico, para poder hacer una valoración más precisa del área geográfica estudiada nos centraremos en su contexto administrativo, a fin de dar una idea aproximada de la estructura provincial en que se hallaba integrada, particularmente durante la Tardoantigüedad.

La reorganización realizada por Augusto en dos ocasiones permaneció sin alteraciones destacables hasta Diocleciano (298 d.C.), salvo ciertas modificaciones, como la emprendida por Caracalla (hacia el 211-217 d.C.), que procedió a crear la provincia Hispania Superior (ALFÖLDY, 2000), caracterizada por su brevedad.

Dejando atrás el periodo de la Anarquía del siglo III, Diocleciano llevó a cabo una nueva redistribución territorial, probablemente con el propósito de imponer un orden en su administración. Por lo que atañe a Hispania, aumentó el número de sus provincias y reestructuró el sistema de comunicaciones, en sintonía con su regulación general del Imperio. Todo el centro de la Península quedó incluido en la *Carthaginiensis* (SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1930, 29-83), una de las dos nuevas provincias constituidas (junto a la *Gallaecia*), siendo desde entonces necesario desplazarse a su capital, *Carthago Nova*, para buscar solución a los problemas administrativos y militares (GONZÁLEZ BLANCO, 1990, 210-211). Efectivamente, el territorio de la *Carthaginiensis*, que había formado parte de la *Tarraconensis* como uno de sus *conventus iuridici*, fue segregado de la misma entre el 297 y el 314, con el rango de provincia. Otra de las medidas desarrolladas por Diocleciano fue crear la *diocesis Hispaniarum*

(donde se incluyó la provincia de Lusitania en el año 298 d.C.), que luego pasaría a depender de la prefectura de las Galias, pero no sólo modificó el sistema organizativo de las provincias romanas. Bajo su gobierno, aumentó el número de oficinas para la recaudación de tributos “en cada región y casi en cada ciudad”, según Lactancio (*De mortibus persecutorum* 7, 4). Asimismo, como es de sobra conocido, en el transcurso del siglo III la situación de los gobernadores de provincias experimentó diversas transformaciones (los *praesides* ecuestres reemplazaron a los *procuratores* y *pro praetores*). El *Breviarium Rerum Gestarum Populi Romani*, de Rufio Festo, pone de manifiesto que la *Carthaginiensis* estaba gobernada por un *praeses*, dependiente del *vicarius Hispaniarum* o *vicarius praefectorum per Hispanias*.

La lista de Polemio Silvio nos permite conocer la ordenación provincial en tiempos de Diocleciano y de Constantino I, figurando en ella la *Carthaginiensis*, provincia en la que permanecería el territorio estudiado durante todo el periodo tardío. *Toletum* e *Hispalis* habían reemplazado a *Carthago Nova* y *Corduba* como diócesis administrativas.

Durante el siglo IV d.C., al que parece corresponder la principal fase de ocupación de las *villae* del barrio de Sta. María (Alcázar de San Juan) y de Puente de la Olmilla (Albaladejo), toda la Península y las Islas Baleares pertenecían a la *diocesis Hispaniarum* (sobre el particular, remitimos a los estudios de ALBERTINI, 1923, 118, 123; TORRES, 1935, 372-389; SAYAS, 1984, 44-50). A comienzos de esa centuria (hacia el 312 ó 314 d.C.), las Tablas de Verona (*Laterculus Veronensis*) consignan que la *diocesis Hispaniarum* consta de VII provincias: *Baetica*, *Lusitania*, *Carthaginiensis*, *Gallaecia*, *Tarraconensis* y *Mauritana Tingitana* (KLEIN, 1999, 1745-1746). En realidad únicamente se enumeran seis, por ese motivo, cabe suponer que el copista cometió el error de considerar la última de ellas como dos provincias diferentes, al estar compuesto su nombre por dos palabras. En el siglo IV se creó una nueva provincia, la *Balearica*. Además, la Bética, Lusitania y *Gallaecia* pasaron una después de la otra a manos de los *consulares*, según refiere la *Notitia Dignitatum* (WEIDMANN, 1876). Dicha fuente nos informa de que, durante el Bajo Imperio, las regiones vecinas del Mediterráneo retroceden ante la preponderancia de las regiones de Occidente. Por lo tanto, es en época tardía cuando, por vez primera, la administración romana trata a la Península Ibérica como una unidad, como se

desprende de la existencia del *vicarius*, del *comes Hispaniarum* -representante extraordinario del emperador-, de los *rationales Hispaniarum*, del *rationalis summarum Hispaniae* y del *rationalis rei privatae per Hispanias*. Los emperadores del siglo IV concedieron a los provinciales la autorización para formar una asamblea representante de todas las diócesis, pero no hay certeza de que tuviera regularidad, al modo de los *concilia* provinciales.

Posteriormente, una de las consecuencias de las invasiones bárbaras fue dividir la Península entre muchos dominios. Con todo, algunos investigadores, como L. Pérez Vilatela (1997a, 16-17), opinan “que a mediados del siglo V se mantenía el aparato administrativo romano en un grado muy superior al que nos pudieran hacer pensar las invasiones bárbaras”. Recopila éste algunas fuentes tardías e incluso de la Alta Edad Media, sirviéndole su revisión para concluir que “ni siquiera está muy clara la supervivencia de los ‘conventos jurídicos’ altoimperiales en los dos últimos siglos del Imperio Romano (IV-V), al menos con las funciones que habían tenido hasta entonces, fundamentalmente la de administración de justicia. La (...) *Notitia Dignitatum* no menciona ningún funcionario (...) en las antiguas cabezas conventuales (...). Sin embargo, al margen del texto que estamos mencionando [la *passio Sanctorum Servandi et Germani*, redactada en el siglo VII] hay otras menciones tardoimperiales a los ‘conventos’ (...) y son las de Hidacio Aquilaviense (...), con indudable sentido territorial”. Por lo demás, reconoce que no es fácil asociar la terminología jurídico-administrativa empleada en fuentes literarias y epigráficas altoimperiales con la utilizada durante la baja romanidad para designar funciones similares, “a la par que se multiplican las funciones y la cantidad de personal total al servicio [civil] del estado”. Todo este planteamiento previo le lleva a creer que la estructura conventual de la provincias hispánicas se perpetuó en el Bajo Imperio, por lo menos en la *Baetica* y la *Gallaecia*, si bien lo considera más dudoso, p. ej., “en la Cartaginense, que tomó su territorio de los antiguos conventos Cartaginense y Cluniense”. En las últimas fuentes citadas, el *conventus* es el territorio bajo la influencia de una sede urbana, “incluso cuando la administración romana está decayendo”. Bajo el dominio visigodo y suevo, los antiguos *conventus iuridici* romanos ya no tenían utilidad y la organización territorial pasó a obispados y parroquias en materia religiosa, en tanto que en lo civil recayó en provincias y condados.

E. Hübner (1869/1956) sostiene que un exhaustivo análisis de las divisiones eclesiásticas de la España visigótica contribuiría a un mejor conocimiento de los límites de los *conventus iuridici* romanos. Dicha división eclesiástica se basaría en la delimitación provincial de Diocleciano, que obvió la estructura conventual altoimperial.

II.4. VÍAS DE COMUNICACIÓN

Es de subrayar la argumentación esgrimida por S. Palomero (1988, 151), resaltando que el estudio de la trama viaria debe ser “uno de los puntos de partida del análisis del proceso de romanización”, como paso previo al mismo.

Al hilo de este enunciado, cabe señalar que las comarcas de Alcázar de San Juan y Albaladejo quedaron integradas dentro de la red itineraria construida por los romanos con el fin de cubrir sus necesidades bélicas y económicas. Esa serie de vías de penetración en la región, cuyo objetivo, en un principio, era prioritariamente político-militar, sobre todo para facilitar los movimientos del ejército, como es lógico también impulsó las relaciones mercantiles. En el proceso de conquista, paralelamente al trazado y articulación de ese impresionante engranaje de caminos se había ido produciendo de forma paulatina la aculturación y organización de este ámbito geográfico. De ese modo, las calzadas y rutas secundarias que lo recorrían favorecieron enormemente a sus zonas rurales, convirtiéndose en un medio básico para el flujo de mercancías, al permitir la comercialización de los productos de los *fundi*, hasta entonces muy dificultosa, lenta y, por consiguiente, costosa. Así pues, la mejora del sistema de comunicaciones bajo la dominación romana promovió una vida económica más intensa.

A cambio de la exportación de sus materias primas, esta área importaba fundamentalmente manufacturas, aunque su cuantía era mucho menor que la de aquéllas (cfr. POZUELO, 1988, 84, fig. 2). Algunos de los artículos más demandados eran cerámica y vino. Pese a que el acceso a algunos recónditos y aislados enclaves dio lugar a “una estructura de mercado cerrado” (GARCÍA-BELLIDO, 1986, 34), ello no es en absoluto aplicable a la totalidad del territorio. El hallazgo en los yacimientos estudiados de cerámicas itálicas, gálicas, africanas (ánforas, TSI, TSG, TSC...), además de objetos suntuarios y artesanales de todo

tipo, demuestra esa penetración comercial hasta estas tierras del interior y su inserción en los mencionados canales comerciales, así como el numerario documentado en ellos, procedente de cecas tanto orientales como occidentales, pone de manifiesto su participación en el movimiento monetario, del que nos ocuparemos más detenidamente después (*vid. infra* capítulos VIII.2.4.1 y XVIII.1.1).

A continuación tratamos brevemente sobre los diversos viales que, tanto vertical como horizontalmente, unían algunos de los importantes asentamientos romanos existentes en este contexto geográfico. En este capítulo y en el XXI (*vid. infra*) presentamos un resumen del estado de las investigaciones sobre estas arterias de comunicación y una recapitulación de fuentes itinerarias troncales como el *Anónimo de Ravenna*, el *Itinerario de Antonino* y los Vasos de Vicarello (autoridades de reconocido prestigio han abordado reiterada y detenidamente su estudio, además, sobre el tema de las vías de comunicación de la Meseta Sur puede consultarse una obra reciente, con un amplio desarrollo del mismo, por lo que no nos ocuparemos de él en profundidad, cfr. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 2012, 67-117, figs. 22-36).

Cualquier intento de acercamiento a esta cuestión se enfrenta con la dudosa identificación de algunas de las *mansiones* viarias que jalonaban las calzadas, algo “insoluble”, como indicaba hace años J.M. Roldán (1975, 90), quien hacía referencia a la, por entonces, “ausencia de exploraciones y excavaciones arqueológicas en La Mancha, que hace imposible” fijarlas con seguridad, al menos en ciertos casos. Aunque desde la publicación de esa conocida síntesis sobre las vías romanas se haya avanzado en esta materia, algunas de esas incertidumbres todavía no se han resuelto satisfactoriamente en la actualidad, al no ajustarse a las distancias establecidas en las fuentes literarias.

Según M. Corchado Soriano (1969, 140-141, 149), por Alcázar de San Juan atravesaba la calzada “Toledo-Santa María del Guadiana y Alhambra, por Tembleque, (...) Continúa por el camino de Villacañas y Alcázar. Sigue por el Camino Real de Alcázar y Camino de la Plata, (...) por el Carril de la Plata y Camino de Madrid, hasta pasar por la ciudad de Alcázar de San Juan. Sigue el camino de Alcázar a Tomelloso, (...) y continúa por el camino de Alcázar a Argamasilla, pasando por la Alameda de Cervera (...) hasta el Molino de Santa

María, donde confluye la vía que viene desde Consuegra y Villarta de San Juan; continúa por el camino de Santa María y camino de Alhambra. Sigue el Cordel de Ganados y camino de Argamasilla de Alba a Alhambra, donde se une a la Vía o Camino de los Berones”. Consigna, además, este historiador que “en la topografía urbana de Alcázar de San Juan se conserva el trazado de la vía”, al ser un “paso” de dicha vía, en el que “existen positivos restos romanos”.

La nomenclatura “de la Plata” que ha pervivido en algunos de esos topónimos es un claro indicio de su origen romano (cfr. RODRÍGUEZ MORALES, 1999, 7-8; 2000b, 16-23), a lo que se suma la existencia de abundantes restos romanos en la localidad alcazareña y en sus contornos.

J. Ramos (1988, 60-61) describe algunos de esos trayectos, en particular los ubicados en los ejes de comunicación entre *Toletum* y *Castulo*, reproduciendo parcialmente los postulados de M. Corchado Soriano. Así, un posible itinerario iría de Toledo a Santa María del Guadiana por Villarta de San Juan, que “se va a contabilizar como una separación de la vía de Toledo-Andújar en el pueblo de Villarta (...). Seguirá por camino real de Alcázar y camino de la Plata (...). Pasa por la ciudad de Alcázar de San Juan en Alameda de Cervera, cruce de Argamasilla de Alba, fundando un trazo paralelo al Guadiana (...) camino de Alhambra. Va a continuar el cordel de ganados y un camino de Argamasilla de Alba a Alhambra en confluencia de la vía hasta Consuegra”. Otro ramal conduciría de Toledo a Córdoba, por Villarta de San Juan, “enfilaría el camino de Santa María y el camino de Argamasilla de Alba y Alhambra con unión al camino de los Berones. En las proximidades del río Algodor van a aparecer fragmentos de calzada”. La desviación de esta vía en la venta de La Serrana seguía hasta Consuegra, cruzándose con la que iba de Toledo a Andújar. Haciéndose eco de lo anteriormente expresado por M. Corchado, J. Ramos observa que el trazado de la misma perdura en la topografía de Alcázar de San Juan.

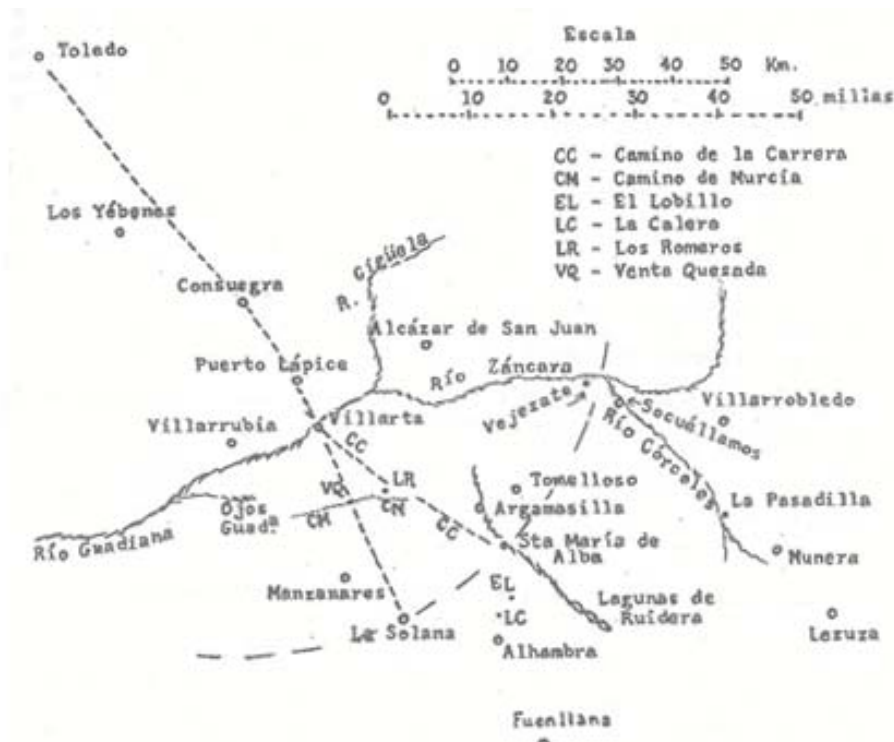


Fig. 9. Vía *Laminium-Toletum*, según Arias, 1987, 147.

J.J. Muñoz Villarreal (2005, 188-144) sugiere varios trazados para la vía 30. Uno de ellos coincide con el propuesto por M. Corchado, en el tramo que irradiaba de Consuegra en dirección Norte, transcurriendo paralelo a la carretera Toledo-Alcázar de San Juan hasta llegar al río Algodor, para tomar dirección a Manzanique.

Uno de los caminos que discurrían por esta área geográfica se dirigía desde *Laminium* hacia el Norte, a *Toletum*, y a la altura de *Alces* salía otro ramal hacia *Titulcia*, importante encrucijada de la que nos ocuparemos de nuevo más adelante (fig. 9). A.A. Pozuelo (1988, 82) plantea a nivel de hipótesis la posible existencia de otro tramo con dirección E-O, que enlazaría *Toletum* con *Valentia* a través de *Segobriga* (fig. 10).



Fig. 10. Reconstrucción de las vías romanas del territorio de CLM, según Pozuelo, 1988, 88, fig. 6.

J. Montero Vítóres (1990, 111) presta especial atención a “la vía más oriental de la Carpetania, que llevaba desde Alcázar de San Juan hasta *Titulcia*” (cfr. ARIAS, 1987, 383-384; ABASCAL y CEBRIÁN, 2009, 206-207, notas 536 y 539). De su lectura del *Itinerario de Antonino* (436, 1-438, 1; 438, 8-439, 4; 439, 11-4), J. Mangas y J. Alvar (1990, 90) deducen que *Titulcia* parece ser el núcleo principal de la Carpetania, desde donde se podía llegar a *Laminium* y *Castulo* por *Vico Cuminario* y *Alces* (cfr., asimismo, DELGADO, 1912, 359-370; ROLDÁN, 1975, 92-93; TOVAR, 1989, 237, 180, 173-177, 216, respectivamente). También rastrean en el *Anónimo de Ravenna* otros caminos que surcaban estas tierras, como el que iba de *Complutum* a *Castulo*, por *Moroin* y *Morum*, entre otros muchos centros urbanos que, en opinión de ambos autores, gozarían de “los más antiguos estatutos de municipalidad”. Por lo que respecta a la *mansio Ad Morum* (Vicarell. I-IV; Rav. IV 44 [314, 2]), E. Saavedra (1862/1967, 101) la sitúa en Navas de San Juan, tesis que recoge J.M. Roldán (1975, 251). Este investigador opina que el *Anónimo de Ravenna* tomó en consideración, “aunque con cierto desorden”, una vía que unía *Complutum* con *Castulo*, inexistente en el *Itinerario*, pero susceptible de ser

reconstruida en base a distintas fuentes, entre ellas, los Vasos de Vicarello: “de *Complutum* a Libisosa se sigue la vía a *Laminio alio itinere Caesaraugusta* de Antonino, en dirección contraria, casi en su totalidad (*It.* 446, 8-448, 1). De aquí continúa la ruta por *Consabron*, *Moroin* y *Lamini*, que corresponden a *Laminio*, *Murum* y *Consabro* de la calzada a *Laminio Toletum* de Antonino (*It.* 446, 4-7) y sigue con las ciudades de *Marimana*, *Solaria* y *Morum* que corresponden a tres *mansiones* sucesivas de los vasos de Vicarello, inmediatamente anteriores a *Castulo*: *Mariana*, *ad duo Solaria* y *ad Morum*” (sobre los Vasos de Vicarello, cfr. ROLDÁN, 1975, 149-159).

A. Tovar (1989, 159, 171) también trae a colación “*Ad Morum*” como estación de los Vasos de Vicarello, situada a XXIV millas al Norte de *Castulo* en la vía que confluía en *Mariana* con la calzada *Emerita Augusta-Caesaraugusta*, localizándola en Navas de San Juan o “Aldea (antes Venta) de los Santos”, en la Oretania. De igual manera, M. Corchado (1969, 147, 154) cree que la vía Córdoba-Sagunto transita “frente a Navas de San Juan, probable mansión *Ad Morum*”, que después sigue “el Camino Real de Andalucía a Villanueva de la Fuente, pasando muy próxima a Terrinches y Albaladejo. (...) identificada por Fernández Guerra y Saavedra en Venta Quesada; por Blázquez en Zubacorta y por Blázquez en el puerto del Muradal”. P. Sillières (1977, 74) defiende la idea de que *Ad Morum* radica no demasiado lejos de Las Navas de San Juan. El descubrimiento de un yacimiento arqueológico cerca del Cortijo de Rubializas le lleva a precisar más exactamente el lugar.

La problemática del *Item a Laminio Toletum* ha sido abordada con frecuencia por G. Arias (1963, 32; 1964, 85; 1965, 258-261; 1966, 288-291; 1987, 129-152, 499-500, 512-514; 1988, 3-4) y por otros muchos estudiosos del tema.

En el *Itinerario de Antonino* se cita tanto la vía que arrancaba de *Emerita Augusta* en dirección a *Caesaraugusta* (*Per Lusitaniam ab Emerita Caesaraugusta*), cruzando *Lamini*, desde donde giraba hacia el Norte, para alcanzar, entre otras, la *mansio* de *Alces* (*It. Ant.* 445, 5; sobre la vía 29, cfr. ARIAS, 1963, 29-33), como el *Item a Laminio Toletum* (la vía 30), que pasaba por las *mansiones* de *Murum* y *Consabro* (*It. Ant.* 446, 4-7; ARIAS, 1965, 258-261; 1966, 288-291; ROLDÁN, 1975, 129, lám. V; CARRASCO, 2013, 274-275). En cambio, en este compendio de las vías del Imperio no se hace alusión a la que

Tardía, no sólo propiciaban el intercambio de productos, sino también el tránsito cultural, p. ej., las innovaciones constructivas y decorativas procedentes de las ciudades, que los *domini* proyectaron en sus residencias solariegas.

II.5. LA PRESENCIA ROMANA

Para completar la visión general de esta entidad territorial, haremos un breve repaso de la presencia romana en ella, a manera de estado de la cuestión.

El ámbito de la Meseta meridional comprendido en la actual provincia de Ciudad Real tenía para Roma el atractivo de su extraordinaria riqueza metalífera (plata, plomo, cinabrio...), unida a la fertilidad de grandes extensiones de terreno, apropiadas para cultivos tan apreciados en el mundo antiguo como eran el viñedo, el olivo y los cereales, e igualmente para la explotación ganadera, dado que su economía ha sido tradicionalmente mixta.

Como quedó reflejado en páginas precedentes (*vid. supra* capítulo II.1), las primeras relaciones de Roma con los pobladores indígenas de esta área geográfica se produjeron a partir del siglo II a.C., cuando los romanos trataban de afianzar las fronteras en torno al *Anas* para propiciar el desarrollo económico de los fértiles valles del *Betis* e iniciar la explotación de las minas de Sierra Morena y de otras zonas inmediatas (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y GARCÍA BUENO, 1993, 25-50; GARCÍA BUENO, MANSILLA, GALLARDO y BLANCO, 1995, 77-88). Desde los primeros momentos del proceso de conquista de la Península, cuya intención era cortar a Cartago su fuente de aprovisionamiento de mercenarios y dinero, Roma comprendió las ventajas que podría obtener anexionándose y explotando sus variados recursos, anteriormente dentro de la órbita de dominación bárquida. El mismo Catón exploró sus posibilidades económicas (Liv. XXXIV, 18). G. Gossé (1942, 57 y 68) considera que el beneficio de las minas hispanas puso a Roma “en condiciones para emprender sus guerras de conquista”, ya que, según dice, fue con la plata de la Península Ibérica “con la que los romanos vencieron a las demás naciones y extendieron su imperio por el mundo entero”.

De ese modo, al penetrar en la Meseta los romanos tuvieron constancia directa de la abundancia en minerales de su subsuelo, que era proverbial. Desde

un principio, geógrafos e historiadores griegos y latinos la ensalzaron repetidamente con auténtico entusiasmo. Entre los diversos testimonios con los que contamos, seleccionaremos algunos textos clásicos. Estrabón, en su *Geografía* (III, 2,3), refiere que el país de los oretanos es “regularmente fértil (...). Las comarcas donde abundan los metales son por naturaleza ásperas y estériles, así son también las contiguas a Carpetania”. Más adelante, hace la siguiente observación: “A tanta riqueza como tiene esta comarca se añade la abundancia de minerales. Ello constituye un motivo de admiración, pues si toda la tierra de los íberos está llena de ellos, no todas las regiones son a la vez tan fértiles y tan ricas, y con más razón las que tienen abundancia de minerales, ya que es raro se den ambas cosas a un mismo tiempo, y raro es también que en una pequeña región se halle toda clase de metales. Pero la Turdetania y las regiones limítrofes abundan en ambas cosas y no hay palabra digna para alabar justamente esta virtud. Hasta ahora, ni la plata (...) se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes” (Estrab., III, 2,8). En otro pasaje, Estrabón (III, 142) comenta que el río *Anas* está bordeado por montes metalíferos. Asimismo, reitera que la Oretania es rica en diversos metales (III, 157) y que toda la tierra de los íberos está llena de metales, particularmente la Bética y la región colindante, resaltando que en la comarca de *Sisapon* existía gran cantidad de plata (III, 146).

Otras alusiones a la plata hispana, de forma más genérica, pues no se habla concretamente de esta región, están contenidas en la Biblia (*Libros de Ezequiel, Isaías, Jeremías, Libro I de los Reyes...*), en Herodoto, Estesícoro, Polibio, Posidonio, los *Himnos* de Hesíodo, etc. Igualmente, en los libros XXXIII y XXXIV de su *Historia Natural*, Plinio escribe sobre la proliferación en Hispania de filones de plata, plomo, cinabrio... En los capítulos 49-50 del libro XXXIV, el naturalista insiste de nuevo en la abundancia en plomo de amplias zonas de la Península. En lo concerniente a la plata, afirma que no hay otra mejor (Plin., *NH* XXXIII, 96). También Diodoro (*Hist.* V, XXXVI) nos da noticia de las minas de plata de Hispania. Mela (*De Ch.* II, 5,86) corrobora que ésta abunda en plata, oro, plomo, etc. Son varias las fuentes literarias que aportan valiosos detalles sobre la explotación del cinabrio sisaponense (Plin., *NH* XXXIII, 118; Cic., *Phil.* II, 48) y la galena argentífera de la Oretania (más información en CARRASCO, 1988, 22; 2007a, 23-27; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y GARCÍA BUENO, 1993, 25-50;

1994, 195-210; GARCÍA BUENO y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1995, 24-31; 1997, 193-198; GOZALBES, 2004, 112).

Como es bien sabido, Hispania era identificada por los antiguos como el país de la plata por excelencia, de la que extrajeron cantidades fabulosas, llevando a cabo para ello ingentes labores e impresionantes obras de ingeniería. Al ser un tema extensamente tratado por distintos especialistas en la materia, no vamos a detenernos más en su estudio.

Pero, en contraste con otras regiones, hasta hace apenas unas décadas se había investigado escasamente este contexto espacial de la Meseta inferior. Diversas prospecciones y algunas excavaciones arqueológicas, entre las que figuran las llevadas a cabo en Albaladejo, Alcázar de San Juan, Valderrepisa (Fuencaliente), Alhambra, Granátula de Cva., La Bienvenida, Terrinches y Villanueva de la Fuente, por citar algunas, atestiguan la alta densidad de asentamientos romanos en este marco geográfico (CABALLERO y FERNÁNDEZ OCHOA, 1981, 233-261; TOVAR, 1989, 171, 178-182; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y GARCÍA BUENO, 1993, 25-50; 1994, 195-210; GARCÍA BUENO y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1995, 24-31; 1997, 193-198). Esos yacimientos, entre otros, son de una significación excepcional para el conocimiento de nuestra historia y ponen de manifiesto que los establecimientos rústicos dispersos por esta área geográfica estaban integrados en un entorno intensamente romanizado, donde había algunos importantes enclaves urbanos. Por este motivo, siguiendo la línea argumental de M.C. Fernández Castro (1982, 25), la detección de las *villae* de una comarca y el estudio de sus características es fundamental para documentar la implantación de los nuevos patrones de asentamiento romanos. Ciñéndonos concretamente a las descubiertas en los términos municipales de Albaladejo y Alcázar de San Juan, demuestran que estos parajes estaban totalmente inmersos en el modo de vida y de producción del Imperio romano.

Son ilustrativas a este respecto las palabras de M.C. Fernández Castro (1982, 25): “En el análisis de los aspectos definitorios de una villa, el primero y más elemental presupuesto es el de ser una edificación romana, un hecho de romanización. (...) Es su romanidad, pues, el rasgo más general de la villa (...), tan sólo los edificios reconocidos como romanos son específicamente titulados “villas”. Es bajo esta perspectiva, ante la compleja infraestructura de la presencia

de Roma, cuando el concepto de villa se desvela”.

Todos los hallazgos descritos a lo largo de las páginas de este trabajo son claves para el conocimiento de la implantación humana en este territorio, especialmente en el medio rural, dentro de un paulatino proceso que se extiende desde el siglo II a.C. hasta la Antigüedad Tardía, a la par que se opera una radical transformación de sus estructuras socioeconómicas, creencias, tipo de hábitat, etc. Que estaba completamente arraigado aquí el modelo cultural romano se desprende, asimismo, del hecho de que estuviera incluido en el ámbito de dispersión de las producciones de TSH y TSHTM, presentes, p. ej., en los yacimientos de la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan y de Puente de la Olmilla, en Albaladejo. El aprovisionamiento cerámico es uno de los factores primordiales para intentar definir las relaciones mercantiles de estos enclaves, sus afiliaciones culturales con otros más o menos próximos y su adscripción cronológica, con bastante precisión. No obstante, el frecuente expolio de la mayoría de estos yacimientos ha afectado a materiales arqueológicos tan sumamente significativos como el numismático u otros elementos metálicos y también al material cerámico, codiciado por tantos coleccionistas privados.

Los restos cerámicos clasificables dentro de esas categorías tipológicas son sumamente indicativos de las corrientes comerciales del Alto y el Bajo Imperio, puesto que nos permiten conocer los lugares de procedencia, es decir, los alfares donde se produjeron las distintas piezas recuperadas en dichos yacimientos. Estos descubrimientos acreditan la pervivencia de la tradición alfarera de algunos centros de producción de TSH bien conocidos durante la época altoimperial, como Andújar, *Singilia Barba*, Antequera, etc.

A continuación enumeraremos una serie de yacimientos romanos citados en la publicación de los resultados de la primera fase de elaboración de la Carta Arqueológica de la provincia de Ciudad Real (GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 17-35), aunque no se describe la acotación temporal de cada uno de ellos (fig. 12). Es más, sus autores (GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 33) señalan que existe un elevado número de yacimientos romanos no encontrados durante la realización de sus trabajos de campo, atribuyendo la causa a que trece de estos yacimientos corresponden a poblaciones actuales cuyo origen remontan al periodo romano algunos estudiosos, si bien, sobre el terreno, no se han descubierto restos romanos en los respectivos cascos urbanos. A ello se debe que el número de

yacimientos romanos no localizados durante sus prospecciones casi duplique al resto: “No localizados.- 31 (47%); Localizados.- 36 (53%). Total: 67 (13%)”.

La relación de los mismos es la siguiente:

Luciana: 286.- Castillo de Morillas. (El Chiquero).

Malagón: 287.- Puente del Molino Carrillo.

Alcázar de San Juan: 288.- Barrio de Santa María. (Fontanarejo).

289.- Toñal de los Emperadores.

Membrilla: 290.- Molino de Santa Ana.

El Robledo: 291.- Las Casas de las Islas.

Almodóvar del Campo: 292.- Carril de las Viñas (Paleolítico-Romano).

293.- Cerro Marín.

Argamasilla de Calatrava: 294.- Villar de Turruchel.

Villamayor de Calatrava: 295.- Necrópolis de las Viñuelas.

Moral de Calatrava: 296.- La Solanilla.

Caracuel: 297.- Caracuel.

Villarta de San Juan: 298.- Villarta de San Juan (Romano-Medieval).

Puerto Lápice: 299.- Las Ventas.

Montiel: 300.- Los Calares (Romano-Medieval)

Terrinches: 301.- Ermita de N^a Señora de Luciana (Romano-Medieval).

302.- El Sumidero.

Santa Cruz de Mudela: 303.- Las Virtudes (Romano-Medieval-Moderno).

Villamanrique: 304.- Molino del Marqués.

Valdepeñas: 305.- Valdepeñas.

Albaladejo: 306.- Villar de la Casa Paterna (Romano-Medieval).

307.- Puente de la Olmilla.

Santa Cruz de los Cáñamos: 308.- Torrejones.

Villarrubia de los Ojos: 309.- Lote.

Solana del Pino: 310.- Minas de Diógenes.

Daimiel: 311.- Venta Borondo (Romano-Medieval).

312.- Zacatena.

Almedina: 313.- El Gollizno (Romano-Medieval).

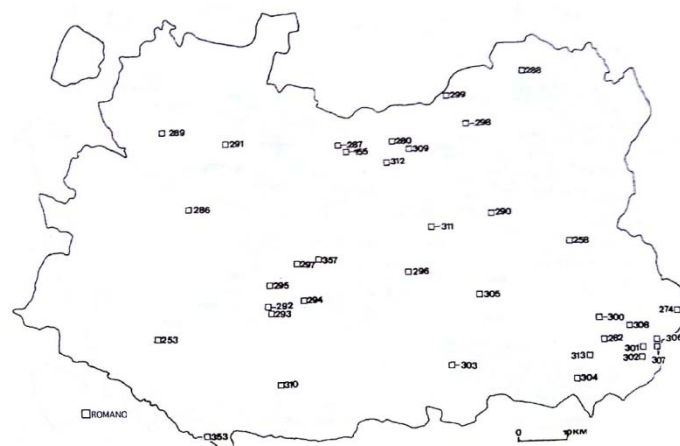


Fig. 12. Mapa de dispersión de yacimientos romanos de la provincia de Ciudad Real, según García Huerta *et alii*, 1994, 38.

Por nuestra parte, debemos hacer constar que el yacimiento de Mina Diógenes (n.º 310) sólo ha proporcionado materiales arqueológicos de época republicana y no presenta un estadio de ocupación tardoimperial, extralimitando el marco cronológico y geográfico de nuestra investigación.

A su vez, los yacimientos romanos catalogados por A. Caballero Klink, R. García Serrano y A. Ciudad Serrano (1983, 220-225) tampoco son desglosados por etapas concretas, de manera que nos limitaremos a reproducir su listado: Alameda de Cervera (Alcázar de San Juan), Albaladejo, Alcázar de San Juan, Alcoba, Alcolea de Calatrava, Alcubillas, Aldea de Santa María o Santa Marina (Villahermosa), Alhambra, Almagro, Almedina, Almodóvar del Campo, Almuradiel, Altopaso (Luciana), ¿Allozosa? (San Carlos del Valle), Argamasilla de Pilas Buenas (Membrilla), La Bienvenida (Almodóvar del Campo), Cabezarados, ¿Los Calares? (Montiel), Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava), Calzada de Calatrava, Calle del Agua (Villanueva de los Infantes), Camino entre Bolaños y Almagro (Bolaños de Calatrava), Campo de Criptana, Las Cañadillas (Albaladejo), Caracuel, La Caridad (Almagro), Casa de los Castillejos (Porzuna), Casa de los Duendes (Almodóvar del Campo), Casa de Don Pedro (Malagón), Casa de las Islas (Porzuna), ¿El Castilla? (Ballesteros de Calatrava), Castillo de Bolaños de Calatrava, ¿Castillo de Castilrubio? (Luciana), Castillo de Montizón (Villamanrique), Castillo de Peñarrolla (Argamasilla de Alba), Castillo de Rochafriada (Osa de Montiel), Cerro de Don Rodrigo (Alcoba de los Montes), Cerro del Gollizno (Ballesteros de Calatrava), Cerro de Martín (Almodóvar del Campo), Cerro de la Mesa (Argamasilla de Alba), Cerro de Navalmore (Almodóvar del Campo), Cerro de Valmayor (Piedrabuena), Cerro de la Virgen (Campo de Criptana), Ciudad de Lagos (Osa de Montiel), Cortijo de las Torres (Almagro), Cristo de Villajos (Campo de Criptana), Chillón, Dehesa de Alcudia (Almodóvar del Campo), La Encarnación (Abenójar), Ermita de Nuestra Señora de Luciana (Terrinches), Ermita de la Virgen de la Cabeza (Torrenueva), Fontanosas (Almodóvar del Campo), Fuenllana, Fuente el Fresno, Gargantiel (Almadenejos), El Gollizno (Almedina), La Hidalga (Campo de Criptana), Horcajo de los Montes, Huerta de Don Reyes (Villamanrique), ¿Letar?, ¿Lote? (Villarrubia de los Ojos), Luciana, ¿Malagón?, Masegosa (Alhambra), Membrilla, Minas de Diógenes (Solana del Pino), Minas de San Quintín (Abenójar), Los Minguitos (Almodóvar del Campo), La Moraleja (Argamasilla de Alba), Morillas del Chiquero (Luciana),

Morro del Castillo (Fontanarejo), Motillejo del Ciervo (Membrilla), Navacerrada (Almodóvar del Campo), Necrópolis entre Bolaños y Torralba (Bolaños de Calatrava), Nuestra Señora de Criptana (Campo de Criptana), Nuestra Señora de Mairena (Puebla del Príncipe), Los Palacios (Alhambra), ¿Peña del Miradero? (Ballesteros de Calatrava), Piedrabuena, Plaza de los Moros (Malagón), La Poblachuela (Ciudad Real), Poblado de Malagón, Puebla de Don Rodrigo, Puente de Carromolón, Puente de la Olmilla, Puerto de Valhermoso o Valle Hermoso (Albaladejo), ¿Revales o Rannales? (Villarrubia de los Ojos), Ruidera (Argamasilla de Alba), Sabiote (Villamanrique), Saceruela, Salidiello (Montiel), San Cristóbal (Villamanrique), Santa Elena (San Carlos del Valle), Santa María (Argamasilla de Alba), ¿El Sembrano? (Membrilla), Sierra de la Ermita de San Andrés (Luciana), Sierra del Pradillo (Bolaños de Calatrava), Sierra del Puerto Marchez (Retuerta del Bullaque), La Solanilla (Moral de Calatrava), El Sumidero (Terrinches), Terrinches, Torralba de Calatrava, Torre de Juan Abad, Torrejones (Santa Cruz de los Cáñamos), Valdeazogue (Almadén), Valdepeñas, Venta Quesada (Manzanares), Venta de los Santos (Villanueva de los Infantes), Las Ventas de Puerto Lápice, Villagutiérrez (Abenójar), Villamanrique, Villanueva de la Fuente, Villar de San Antón (La Solana), Villar de Turruchel (Argamasilla de Calatrava), Villarrubia de los Ojos, Villarta de San Juan y Las Virtudes (Santa Cruz de Mudela).

A continuación nos centramos en varios de estos enclaves romanos, fundamentalmente las *villae* de Puente de la Olmilla (Albaladejo) y del barrio de Sta. María (Alcázar de San Juan). La zona donde se exhumó esta última también es conocida como barrio de El Palacio (SAN VALERO, 1956, 196), si bien en la Carta Arqueológica del t. m. de Alcázar figura con la primera denominación, como yacimiento de adscripción romana/medieval/moderna, por lo que nos referiremos a ella como tal.

Los resultados de las intervenciones arqueológicas realizadas en ambos yacimientos nos han llevado a plantearnos el desarrollo de este trabajo, al haber comprobado, en el curso de nuestras investigaciones, la escasez de estudios sobre la época tardía en esta zona.

LA VILLA ROMANA DEL BARRIO DE STA. MARÍA DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

III. EL MARCO GEOGRÁFICO DE ALCÁZAR DE SAN JUAN. ESTUDIO DEL TERRITORIO: GEOMORFOLOGÍA, HIDROGRAFÍA, LITOLOGÍA, VEGETACIÓN Y FAUNA DE LA ZONA

Para poder comprender mejor el yacimiento objeto de nuestra atención (fig. 13) conviene considerar algunos aspectos de su entorno, como son los geofísicos, por ese motivo nos ocupamos seguidamente de su localización y de su relación con el medio geográfico. Factores como el régimen hidrológico de ríos y lagunas, la orografía, la calidad del suelo o el clima, entre los muy diversos requisitos necesarios, resultaron decisivos en la implantación de los establecimientos agrícolas romanos de la Península Ibérica. Su conocimiento nos permite hacer una valoración de la potencialidad del territorio y su incidencia en la economía (rendimiento, actividades practicadas...). El lugar donde fue construida la villa estudiada reunía una serie de condiciones generales favorables, como exponemos a continuación.

DISTRIBUCION GENERAL DE LAS MAS SIGNIFICATIVAS VILLAS ROMANAS EN ESPAÑA

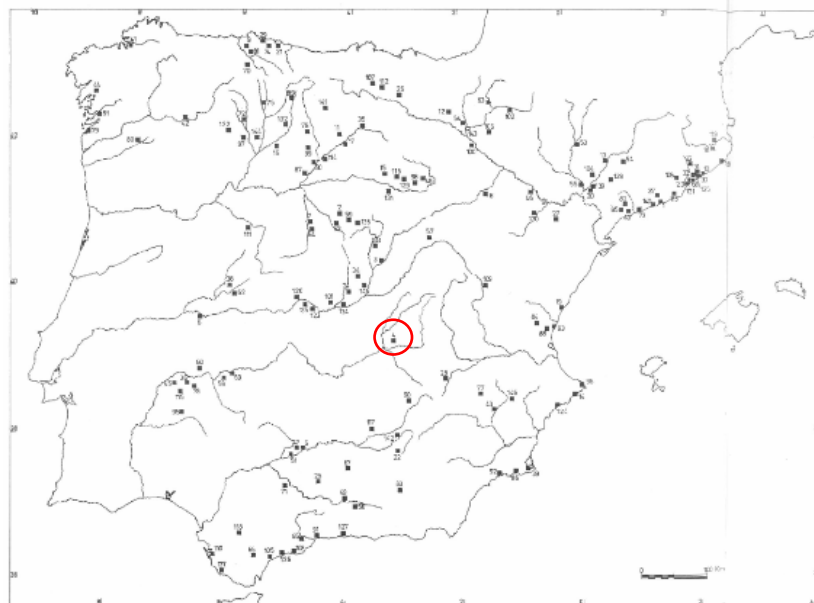


Fig. 13. Localización de la villa de Alcázar de San Juan, a partir de Fernández Castro, 1982, 42-43, fig. 1 (n.º 4).

Alcázar de San Juan, cabeza de partido judicial, se halla en el extremo noreste de la provincia de Ciudad Real, lindando con las de Toledo, Cuenca y Albacete. Pertenece a la comarca del Campo de San Juan y confina con los municipios de Villafranca de los Caballeros, Quero, Campo de Criptana, Argamasilla de Alba, Manzanares y Herencia. Sus coordenadas son 39º 23' 25" N / 3º 12' O (Hoja 713).

El término municipal de Alcázar de San Juan está situado en el centro de la Cuenca Alta del Guadiana, oscilando su altitud en torno a los 630/644 m. De su superficie total de alrededor de 67.780 ha, el 81,6% de su territorio se extiende por las zonas de llanuras de inundación de los ríos y por el área central del acuífero 23, allí donde los recursos hídricos subterráneos son más importantes en cantidad y calidad. Este acuífero tiene una depresión morfoestructural rellena de materiales calizos en época miocena y pliocena (Terciario Superior, desde los últimos 25 millones de años), sobre un zócalo diferenciado de materiales paleozoicos (pizarras y cuarcitas) y mesozoicos (materiales detríticos y carbonatados), en sentido Oeste-Este (PLAZA, 2003, 25-42, cuyo trabajo nos sirve de base para abordar este tema). Esta importante reserva de agua abarca buena parte de su subsuelo.

La **red hidrográfica** superficial está constituida por los ríos Gigüela, Záncara (al Sur de la localidad) y Alto Guadiana, dirigiéndose su desembocadura hacia Las Tablas de Daimiel. También atraviesa el término de Alcázar el río Amarguillo. Todos ellos son tributarios del Guadiana. Dos de estos afluentes, el Cigüela y el Záncara, son muy irregulares. El Alto Guadiana, que nace en las Lagunas de Ruidera con el nombre de Pinilla, es menos irregular que los otros. Asimismo, en el pasado fluía un arroyo por el casco urbano, al Norte del barrio de Sta. María, donde fue construida la *villa* romana.

Al confluir los tres cursos fluviales anteriormente mencionados se crea una extensa llanura de inundación conocida como “la cárcel o junta de los ríos”, que se expande por más de 6.650 ha. A esta zona palustre se suman las lagunas de los Carros, Pajares, Camino de Villafranca y Las Yeguas, pertenecientes al Complejo Lagunar de Quero-Villafranca-Alcázar de San Juan, además de la laguna del Cerro Mesado (única de origen hidroeólico en La Mancha). Algunas de ellas son de tipo salino. Son el principal exponente de La Mancha Húmeda, especialmente el Complejo lagunar de Alcázar de San Juan,

cercano al núcleo poblacional, que se compone de tres de las citadas lagunas: La Veguilla, la del Camino de Villafranca y la de Las Yeguas.

Al hilo de esta cuestión viene al caso lo explicado por A. Schulten (1963, II, 65-66) sobre la formación del Guadiana mediante la confluencia de tres ríos fuentes que brotan en el sector meridional de la Meseta: el Cigüela, el Zánacara y el Alto Guadiana. Este último nace mucho más al Sur, en las lagunas de Ruidera, al Este de Ciudad Real. Estos tres cauces “se unen por Alcázar de San Juan, formándose así ya el Anas propiamente dicho. (...) Los romanos derivaron el nombre Anas de este buceo de ríos porque al ánade lo llamaban *anas*, lo que es un disparate. A partir de Alcázar de San Juan corre el Anas entre los Montes de Toledo al Norte y la Sierra Morena al Sur, camino del Oeste, hasta Badajoz, donde tuerce hacia el Sur (...). Los antiguos (Estrab., p. 152) se dieron cuenta que tanto el Anas como el Baetis torcían hacia el Sur en el último tramo de su curso. (...) El nombre Anas es probablemente líbico-ibérico, ya que en la costa marroquí, (...) se citaba un río de nombre Anatis (...). La más importante de las noticias sobre el Anas la da Plinio en 3, 6. Dice que viene de la comarca de Laminium (...). Laminium está cerca de Ruidera (...). Según el *Itin. Ant.* 446,10, el *caput Anaë* está a siete millas de Laminium. Estrabón conoce (por Posidonio) que el Anas procede de Celtiberia, es decir, de la Meseta (...); que las comarcas al N. y S. del Anas son mineras”.

La abundancia de zonas palustres y acuíferos debió de ser aún mayor en el pasado que hoy día (*vid. infra* capítulo XX, p. 989), no obstante, el agua es bastante escasa en La Mancha y, con frecuencia, suele contener un alto grado de salobridad. En opinión de los excavadores del yacimiento de Pozo Sevilla, el paisaje de los contornos de Alcázar en época romana dibujaba una orografía de escasos resaltes, con pequeñas ondulaciones del terreno, que experimentaba repetidas inundaciones. Abundarían las charcas, arroyos, canales e inclusive, quizás, cañaverales (MORÍN DE PABLOS, J. *et alij*, 2010, 290, 320).

En cuanto al **relieve**, es predominantemente llano y nos permite diferenciar cuatro grandes conjuntos paisajísticos. Al tercio septentrional de este ámbito geográfico corresponde el conjunto topográfico más complejo, formado por relieves de cuevas y mesas. Presenta una orientación general Sur-Suroeste y altitudes que oscilan aproximadamente entre los 700 y los 650

m, destacando los cerros Torina (702 m) y Verengüillo (673 m), entre algunos otros de escasa altitud, como los de Martín Juan, de la Horca, de San Antón y de Vallejo. En el área central, el segundo conjunto tiene como protagonistas las referidas llanuras de inundación de los ríos Cigüela y Záncara, con alturas entre los 650 y los 642 m del Puente de Buenavista, en el lado occidental del término municipal. La orientación es prácticamente nula, pues la pendiente media entre los extremos oriental y occidental es inferior al uno por mil. Finalmente, en la zona meridional se imponen de nuevo los terrenos llanos, esta vez con una suave orientación Sureste-Noreste y altitudes que varían entre los 650 m del contacto con la llanura aluvial y los 657 m del vértice geodésico de Cobeteras, cerca del límite municipal con Argamasilla de Alba. El cuarto conjunto topográfico se encuentra en las proximidades de la localidad de Alcázar de San Juan, que a pesar de tener muy poca extensión superficial se define perfectamente, identificado con la ciudad. Se trata de los cerros de San Antón (730 m) y Horca (701 m), relieves residuales del conjunto de sierras de los Montes de Toledo.

La calidad del **suelo** es el factor más determinante a la hora de buscar el lugar idóneo donde instalar un asentamiento rural de tipo *villa*, dedicado fundamentalmente a la explotación agrícola.

La **litología** aflorante es detrítica, producto del carácter sedimentario de la subregión manchega, y se corresponde con los conjuntos topográficos anteriormente descritos. Los materiales más antiguos son las cuarcitas de los cerros paleozoicos de Horca y San Antón. Alrededor de estos afloramientos se extienden colusiones de cantos, gravas, arenas y limos arcillosos procedentes de los primeros.

En el Norte de este término predominan las margas, yesos y areniscas del *Bunt* y del *Keuper* (Triásico Inferior y Superior), asimismo, brechas de calizas, dolomías, además de areniscas jurásicas y cretácicas, en ocasiones cubiertas por formaciones miocenas de conglomerados y limos, recientes abanicos aluviales de limos y arcillas...

En los parajes de Cerros y Altamira, respectivamente al Oeste y Sur de Alcázar de San Juan, los materiales aflorantes son pliocuaternarios (limos, costras y arcillas), que cubren materiales triásicos más antiguos. Son enclaves elevados, situados entre la población y los ríos, definiendo una pequeña

cuenca vertiente que desemboca en la zona de la Veguilla. Desde aquí se hace patente la transición geológica y geomorfológica hacia el contexto espacial central.

Al Sur y Suroeste hay vastos arenales alineados de Este a Oeste. Su formación se debe a la acción eólica de los vientos de Poniente, que arrastran las arenas, limos y arcillas de las extensiones de playa existentes en las cuencas del Záncara y del Cigüela, hacia sus bordes, expresión de la aridez y continentalidad de estas zonas semipalaústres.

Al coincidir la sequía estival con las máximas temperaturas alcanzadas en la estación del verano, los índices de aridez son bastante elevados.

Hasta este término municipal alcanzan, en su avance más occidental, materiales calizos plegados provenientes del Sistema ibérico, lo que ha generado pequeñas alturas cuya dirección es Norte-Sur, siendo más visibles en la carta geológica que en la topografía. El casco urbano de Alcázar se asienta sobre un importante paquete de materiales terciarios y pliocuaternarios, compuesto por gravas finas de cantos poligénicos y polimétricos de calia, dolomías, pizarras, cuarcitas..., empastados por una matriz esencialmente arenoso-arcillosa, conjunto del que resaltan algunos crestones silúricos. Con todo, por lo general, prevalece la topografía llana (VV.AA., 1982, I, 116).

Sobre esta base litológica se desarrollan suelos con problemas de pedregosidad, salinidad o profundidad. Su escasa potencia reduce la capacidad de retención de agua destinada a las plantas y suscita la inmediata aparición del sustrato rocoso.

El marco geográfico septentrional se caracteriza por suelos de textura franco-arcillosa, pedregosidad nula y acusada retención de agua, asociados a las formaciones geológicas triásicas, y suelos calizos de textura igualmente franco-arcillosa, aunque con pedregosidad media-baja, asociados a los materiales mesozoicos (calizas, dolomías y carniolas). En el sector central de las llanuras aluviales y los campos de dunas, los suelos dominantes son los de vega (*solonchaks*) de gran profundidad, con problemas de drenaje y elevada salinidad; también los arenosoles, que presentan excesivo drenaje y ausencia de materia orgánica. En la parte meridional nos encontramos con calcisoles de color pardo, gran pedregosidad y escaso espesor (de 25 a 40 cm).

La **vegetación natural** se concentra en los tramos húmedos y en contados puntos del territorio, debido a la intensa y prolongada ocupación humana, siendo reseñable su especialización agraria y ganadera. En general, en las áreas calizas la vegetación corresponde a los encinares mesomediterráneos constituidos por encinas, coscojas, olivillas, cornicabras, esparragueras, tomillos, etc. La degradación de esta formación vegetal es tal que sólo aparecen algunas pequeñas manchas de matorral al Norte (Piédrola y El Acebrón) y al Sur de Alcázar, donde están las principales manchas (en las Casas de Guerra y en Valdivieso). La vegetación de la zona central, en las llanuras del Cigüela y el Záncara y en las lagunas, es la propia de los humedales y saladares, destacando en el estrato arbóreo el taray, si bien son la flora acuática y la marginal las que tienen un indudable interés por su adaptación a la salinidad de las aguas y los suelos.

Las repoblaciones forestales llevadas a cabo en los últimos años se concentran en el área de confluencia de los ríos Záncara y Cigüela. Las especies arbóreas más comunes son el taray, el álamo blanco y el cinamomo. En los arenales se combinan el pino carrasco con el pino piñonero y arbustos del tipo de las retamas, mientras que en las zonas de caliza se impone el pino carrasco, ocasionalmente combinado con encina.

El cultivo principal es el vitícola. En 1982 el viñedo cubría casi 27.000 ha, perviviendo algunos grandes latifundios. A su vez, el olivar es menos representativo en la actualidad. En lo que respecta a la agricultura de secano, tiene mucho mayor peso que la de regadío, pues existen amplias extensiones cerealistas, aunque tradicionalmente también se han cultivado productos hortícolas, recurriéndose a las norias para la extracción del agua necesaria a tal fin (VV.AA., 1982, I, 116).

Las lagunas poseen una gran riqueza biológica. Concretamente, el Complejo de las de Alcázar de San Juan tiene un alto valor natural, convertido en un refugio faunístico (de garzas, flamencos...), como consecuencia de su acopio permanente de agua, al no padecer el estiaje; en cambio, a las lagunas de los Carros, de Pajares y del Cerro Mesado sí les afecta la sequía estival. Dentro de la avifauna cabe mencionar la presencia de especies esteparias como la avutarda en el ámbito geográfico septentrional de este término municipal, frente al central, donde dominan las especies vinculadas a los

humedales, con significativas colonias de gaviota reidora, pagaza piconegra o charrancito común. En cuanto al área meridional, la práctica de labores agrícolas sólo permite la presencia de especies que aceptan en mayor o menor grado la presencia humana.

Por su emplazamiento en plena Meseta meridional, el **clima** es de tipo mediterráneo continental. Alcázar de San Juan pertenece a la “España seca”, con lluvias generalmente poco abundantes, donde tan sólo se suele recibir entre 600 y 350/300 mm de agua anualmente, siguiendo un patrón similar al del clima mediterráneo típico. De hecho, al estar situado en el dominio climático mediterráneo, el efecto de la continentalidad produce una amplitud térmica anual muy elevada y fuertes contrastes diurnos-nocturnos. Estos rasgos son resultado de las interrelaciones entre los factores geográficos más arriba descritos y otros dinámicos, como la altitud, la latitud, su ubicación dentro de la Península, etc. La climatología extrema, con fuertes oscilaciones térmicas, inviernos rigurosos y altas temperaturas veraniegas, unida a la irregularidad en las precipitaciones, afectaría a las características agrobiológicas del terreno y, por consiguiente, condicionaría notablemente la existencia de los habitantes de una *villa* romana como la estudiada.

J.-G. Gorges (1979, 90-93) nos ofrece una síntesis de los criterios que se pueden apreciar en este tipo de hábitat rural: solía estar en el centro del dominio que explotaba, a lo largo de un curso fluvial, tanto sobre pequeñas elevaciones de algunos metros, apenas perceptibles, como en pequeños cerros, protegida de los fríos vientos, orientada al Sur (Colum., *De r.r.* I, 6) o al Este (Colum., *De r.r.* I, 5; Varro, *rust.* I, 12; Pal., *Opus agriculturae* I, 12)... De hecho, la exposición más habitual de las *villae* hispanas es al Suroeste o al Sureste (*vid. infra* capítulo XVII). La belleza del paisaje es otra premisa importante, al contribuir a la *amoenitas* de la vida en el campo (Cic., *Att.* XVI, 3, 4).

IV. EL MARCO HISTÓRICO. BREVE APUNTE SOBRE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

En su término municipal se han documentado vestigios de los tiempos más remotos, aunque no se han reconocido yacimientos del Paleolítico, según Carta Arqueológica, si bien algunos estudiosos locales creen haber encontrado diversas muestras de su cultura material en enclaves próximos a Alcázar, como son Piédrola y el Cristo de Villajos, “en número poco considerable como para (...) especular con la posibilidad de la existencia de un asentamiento o de una industria”, por lo que quizás cabría suponer que se tratara de “útiles dejados por grupos nómadas o cazadores ocasionales” (VAQUERO *et alii*, 1984, 17-18).

La Edad del Bronce está representada por yacimientos como el de Las Saladillas (GARCÍA HUERTA y MORALES, 2004, 233-274), que corresponde a unos fondos de cabaña en llano. Otros restos fueron detectados mediante diversas prospecciones realizadas por W. Schüle y M. Pellicer (1963, 75-76; VAQUERO *et alii*, 1984, 30), p. ej., Motilla de la Casa de Pedro Alonso o el Villar de Las Motillas, entre Alcázar y Manzanares, inscrito en un horizonte cronológico del Bronce Pleno o Final. Otro tipo de hábitats característicos del llamado Bronce Manchego son ciertos poblados en altura como El Navajo, Picazuelo, Atalaya, Los Galayos, Horca de los Moros y Sierra de los Molinos, u otros en llanura, como El Arenero y Pozo Ambrosio. En ocasiones, se observa una superposición de elementos pertenecientes al sustrato ibérico (VAQUERO *et alii*, 1984, 34-36, 51-78, con un amplio catálogo de yacimientos).

En la Carta Arqueológica de este término consta la adscripción cronológica al Calcolítico/Hierro/Romano del yacimiento denominado Casa de San Julián y la del conocido como Piédrola II a la Edad del Hierro, con una ulterior fase romana.

J. Hurtado Aguña (2005, 16), al abordar el tema de la romanización de Carpetania, alude escuetamente a “la importante villa” ubicada en Alcázar de San Juan, con indicios de “un *hipocaustum* y seis grandes mosaicos policromados con decoración geométrica. Está datada a fines del siglo II d.C. o inicios del III d.C. (...) también hay restos en Alcázar de San Juan de época romana en el cerro de San Antón y de la Hidalga”.

Más adelante nos ocuparemos con mayor detenimiento de los yacimientos de época romana, entre otros, aparte de los acabados de citar, los de El Chano y La Peseta (habitado también después, durante el Medievo), algunos de los cuales figuran en Carta Arqueológica (*vid. infra* capítulo IX).

En la Edad Media estos territorios fueron dominados sucesivamente por musulmanes y cristianos, siendo conquistados por Alfonso VI y posteriormente por los almorávides. Dependiente de Consuegra (la antigua *Consabura*, que en época flavia adquirió la condición de municipio latino, Plin., *NH* III, 25; Frontino, IV, 5, 19; *Consabro*, *It. Ant.* 446, 6; *Consabron*, *Rav.* 313, 15; *CIL* II 4211; cfr. TOVAR, 1989, 222-224; CARRASCO, 1999a, 310-312; 2013, 275; MUÑOZ VILLARREAL, 2005, 107-150; ABASCAL, 2014, 726), tras su reconquista, Alcázar de San Juan fue entregada en 1150 por Alfonso VII a Juan Muñoz, caballero de la Orden del Hospital. Permaneció vinculada a la Orden Militar de San Juan de Jerusalén hasta el siglo XIX. Dicha Orden impulsó su repoblación. En 1241, Rodrigo Pérez, comendador de Consuegra, concedió su fuero a quienes se establecieron en Alcázar. En el siglo XIII se acredita la existencia de una iglesia parroquial, la de Sta. María, donde se conservan restos de distintas épocas, siendo uno de los monumentos emplazados en el área de nuestra intervención arqueológica (*vid. infra* capítulo VIII y Anexo I.1). En 1292 Sancho IV autorizó a Fernán Pérez, gran comendador de la Orden, a otorgar el título de villa a este núcleo poblacional de Alcázar. De su antiguo castillo se han preservado dos torreones. Del primitivo alcázar que, según la creencia mayoritaria, dio nombre a esta ciudad, queda en pie el torreón del palacio del Gran Prior, llamado de Don Juan de Austria. Construido probablemente en el siglo XIII (con añadidos en el siglo XVII), pasó a pertenecer a la Orden de San Juan (VV. AA., 1982, 117-118). En este ámbito espacial, entre el Torreón y la Iglesia de Sta. María, se encuentra el sector del yacimiento arqueológico que excavamos en 1992-1993.

V. ALCÁZAR DE SAN JUAN A TRAVÉS DE LA TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA

Abordamos previamente esta cuestión con el fin de enmarcar el yacimiento objeto de nuestro estudio en el contexto de los antecedentes historiográficos del lugar.

Sobre la etimología del nombre de Alcázar y su hipotética fundación arcaica, desde hace siglos se han elaborado las más diversas teorías. Numerosos autores han especulado e incluso fantaseado ocasionalmente, alimentando una controversia que ha llegado hasta nuestros días, pues su posible identidad durante la Antigüedad permanece aún en debate. Por ello nos hemos limitado a trazar la evolución de dichas corrientes historiográficas.

La población de Alcázar de San Juan, cuya denominación árabe “Al-Kasar” puede traducirse por “Palacio fortificado”, “Casa fuerte” o “Fortaleza”, entre otras acepciones, ha sido identificada por algunos investigadores con la ciudad de *Alce(s)* citada en las fuentes clásicas. Parece ser que uno de los primeros en relacionar la localidad de Alcázar de San Juan con ese enclave prerromano fue M. Cortés y López (1836, II, 122; III, 119), basándose en la similitud fonética y en su interpretación del *Itinerario de Antonino*. Este erudito no alberga ninguna duda al transcribir el primitivo apelativo con el que supuestamente se conocía dicha ciudad en el pasado, aduciendo, en este sentido, que es un topónimo de origen griego, referido a un núcleo urbano limítrofe entre el territorio celtíbero y el oretano, gobernado por el régulo *Thurros*¹. Por tanto, a su entender, se trataría de un término formado sobre la misma raíz de ese antiguo vocablo, parentesco lingüístico que, a tenor de ello, revelaría una continuidad toponímica (*Alces* = Alcázar). No obstante, al decir de I. Hervás y Buendía (1890, 33): “Recibió Alcázar su nombre de los árabes, siendo voz que algunos traducen por *casa fuerte* y el *Bulario de Santiago* por *cárcel de todos*”. También B. Portuondo (1917/1972, 16) trae a colación el *Bulario de Santiago*, según el cual “Alcázar” significa “Cárcel de todos”.

El nombre *Alces* puede ser acusativo plural de la palabra latina ‘*alces-is*’, que se documenta en Plinio (*NH* VIII, 16) y César (*Gall.* 6, 27), cuando el primero alude a un cérvido y el segundo, a una especie de cabra o corzo. J. Rodríguez Morales (2000, 24) deduce de ello que la expresión vernácula en la

lengua celtibérica hablada por los naturales de estas tierras -los carpetanos- podría haber sido adaptada por los romanos para referirse a un animal que les recordaba al alce del Norte de Europa. En tal caso, *Alces* sería un topónimo prerromano (céltico, para ser más exactos).

Alces es mencionada en el *Itinerario de Antonino* (29, 445,5) como la octava *mansio* de la vía *Per Lusitaniam ab Emerita Caesarea Augusta*, distante XL millas de *Laminium* y XXIV de *Vico Cuminario*. M. Cortés y López (1836, III, 119) establece una correspondencia de estos dos últimos asentamientos antiguos con Daimiel y Ocaña, respectivamente. A. Blázquez y Delgado Aguilera (1892, 100), por su parte, señala que la posición de *Laminio* habría de buscarse en los alrededores de Argamasilla de Alba y la de *Vico Cuminario* en las proximidades de Dos Barrios (esta última es respaldada por Palomero, 2001, 318; cfr. TOVAR, 1989, 237), entre Ocaña y La Guardia. El mismo A. Blázquez (1917, IX, 29-30; 1921, XL, 10), después de sustentar diferentes ideas sobre el emplazamiento de *Alces*, como, por ejemplo, en las orillas del Riansares, en una zona intermedia con el río Cigüela, o en Casas Romanas (Villacañas, por donde cruzaría la vía *Laminio-Titulciam*), finalmente la ubica en el cerro de La Hidalga, cerca de la laguna (entre Quero, Campo de Criptana, Alcázar y Villacañas): “De las poblaciones (...) que estaban enclavadas en el territorio que hoy comprende la provincia de Ciudad Real, (...) en cuanto a las ciudades celtibéricas, no ha faltado quien sitúe Alce y Certima en Alcázar y Criptana, mas dada la distancia a que la primera se encontraba de Laminio es imposible aquella reducción” (BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, 1898, 38-39).

Según M. Cortés y López (1836, II, 122-125), *Alces* estaría en Alcázar de San Juan. A su vez, P. Madoz (1847, I, 436-437/1987, I, 111-115) comenta que la actual Alcázar, “teatro de grandes sucesos militares”, era “denominada antiguamente *Alces*”, apoyándose en un texto de Tito Livio (XL, 48, 1; 49, 2) donde se relatan las campañas bélicas llevadas a cabo por Tiberio Sempronio Graco en el año 179 a.C., que condujeron a la derrota de los celtíberos ante dicha plaza: “*duxit ad Alcem urbem, ubi castra celtiberorum erant; (...) convertit (...) agmen retro (...) ad Alcem*”. La *Crónica General de España* (HOSTA, 1866, 77) nos transmite una versión de esa misma noticia: “Graco (...) se presentó de nuevo sobre *Alces* (...). Sus moradores sostuvieron con valor los

primeros ataques, pero (...) se retiraron de Alcázar (...). Al poco tiempo tuvo lugar la famosa batalla de las faldas del Cauno, (...) *Alces* perdió toda su importancia, no volviendo a figurar en la historia hasta la dominación agarena, en la que se le dio la denominación de Alcázar (= palacio)". En opinión de Ambrosio de Morales (1577, X, 126), que también conocía este pasaje de Livio, su posible ámbito geográfico se hallaba entre Quero y El Toboso. A Hübner (*RE*, 1893, I 1338) le parece plausible que la *Alce* citada por Livio sea la misma estación de *Alces* del *Itinerario de Antonino*, ubicada a XL millas al Norte de *Laminium* y a XLVII al Sur de *Titulcia*. En cambio, a juicio de J.M. Roldán (1975, 211) no es segura la equivalencia de la *mansio Alces* de las fuentes itinerarias (*It. Ant.* 445, 5; 447,6, *vid. supra* capítulo II.4) con la *Alce* a la que alude Tito Livio, pese a la innegable analogía de ambos términos, prácticamente homónimos. J.M. Abascal y R. Cebrián (2009, 207, nota 539) se hacen eco de lo expuesto, entre otros, por J. Cornide, que a finales del siglo XVIII viajó por estas tierras y recogió algunas de las variadas indicaciones relativas al tema: "Sobre Alce o Alces, cf. Cornide 1799, 110-112; González-Conde 1987, 15-16: En cuanto a Alce (o Alces) es difícil precisar si esta ciudad estaba en territorio carpetano o no. (...). En cualquier caso, si perteneciera a Carpetania, lo que no se puede asegurar, formaría, con *Consabura*, el límite sur". En esta línea, añaden J.M. Abascal y R. Cebrián: "(...) no sabemos con precisión el sitio de Alces, célebre por sus asedios. Flórez quiere reducirlo a Zuero, y el Padre Higuera a Miguel Esteban. Pero supongámoslo en el primero, que sólo dista del segundo como legua y media y que dista casi lo mismo que el segundo de Santa Cruz" (para un acercamiento a la definición de dicho territorio puede consultarse ABASCAL y GONZÁLEZ-CONDE, 2007, 291-301; ABASCAL, 2014, 726).

Al igual que J.A. Ceán-Bermúdez (1832, 117-118, 469), F. Fuidio (1934; cfr. LÓPEZ-BONILLA, 1951, 31), en su obra *Carpetania romana*, concluye que *Alces* está en El Toboso. E. Saavedra defendió en uno de los *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia* (1862/1967, 84) la tesis de una localización de *Alces* "al Oeste de Miguel Esteban, donde se conserva un arco romano". I. Hervás y Buendía (1890, 33) explica que aunque los habitantes de Alcázar se denominan de *Alce* por una antigua tradición, él se decanta por Villajos (Campo de Criptana), como transcribimos seguidamente: "La

generalidad de los historiadores hacen de esta ciudad la antigua *Alces*, que nosotros situamos en Villajos, coincidiendo con el Sr. Fernández Guerra (*Bol. de la Acad. de la Hist.*- t. 1.º, pág. 137). Campaner y Fuertes pretende que Alcázar sea *Olais*, de la cual registra una moneda ibérica (...); pero es lo cierto, que ni en esta ciudad ni en sus inmediaciones se hallan vestigios de antigua población” (la investigación arqueológica se ha encargado de contradecir posteriormente esto último). M. Corchado Soriano (1969, 149, 151, 153) disiente de I. Hervás respecto a que, para A. Fernández Guerra, *Alces* estaría en Villajos, y da constancia de las conjeturas de otros autores, como A. Blázquez o E. Saavedra. Es M. Corchado quien está en lo cierto, de hecho, Fernández Guerra (1859, 48, 658) sí se aviene con la reducción *Alces* = Alcázar. Ante la disyuntiva, B. Portuondo (1917/1972, 15-16) no se pronuncia por ninguna de ellas, limitándose a reproducir las de eruditos como I. Hervás, A. Blázquez o E. Cuadrado: “Otros autores fijaron esa misma *Alces* en Villajos, o en las cercanías de Miguel Esteban, cerca de Quintanar de la Orden, al Norte de Alcázar de San Juan”. R. Thouvenot (1940/1973, 114) se basa en Frontino (*De aquaed.* III, V,2) para argüir que *Alce* estaría en la región de La Mancha, concretamente en Alcázar de San Juan. A. Schulten (1963, II) coloca *Alces*, *mansio* del camino romano que enlazaba Segovia con Cartagena, a 70 km al Sureste de Toledo. J.M. Blázquez (1986c, II, 427) especifica que *Alce* está en la vía de “Segovia a *Carthago Nova*”, pero a 20 km al Sureste de Toledo. Según A. Montenegro y J.M. Blázquez (1996, II, 1, 68), “Graco inició un itinerario incierto, pues no se han podido identificar las ciudades que se dice conquistó, (...) Munda, Certima, Alce. Es casi seguro que Sempronio Graco atacara primero el territorio de los oretanos, (...); siguió por entre los carpetanos, a los que tomaría la mencionada Alce, donde se le sometió el rey Thurro”. J. Muñiz Coello (1994, 86) difiere sustancialmente de los enfoques precedentes, ofreciendo otra alternativa: “Fulvio Flacco tomó numerosos *castella* al atravesar Celtiberia, y los legados que llegaron a la *urbs Certima* venían desde los *castra celtiberorum*, en *Alce*, y tardaron en llegar varios días, por lo que parece más razonable ubicar aquella ciudad en el sur, donde al río Guadalquivir los indígenas llamaban *Certis*. Los pobladores (...) de *Alce* son llamados *oppidani* y finalmente fueron reducidos por Sempronio Graco tras la toma de su *arx*”.

C. López-Bonilla (1951, 30-32) sintetiza algunos de estos postulados y alega a continuación: “sólo cabe afirmar que Alces debió de estar no lejos de la actual ciudad de Alcázar, pero querer fijar el sitio exacto sin ayuda de la Arqueología, es una quimera”.

Asimismo, para M.A. Rabanal y J.M. Bragado (1990, 34): “Alces no es identificable, pero probablemente pertenece a algún lugar de la provincia actual de Ciudad Real”.

A. Tovar (1989, 216), tras rememorar el episodio bélico de T. Sempronio Graco, mediante el que atrajo a los celtíberos “con una estratagema y venció”, apostilla sobre *Alces*: “donde estaba el campamento de los celtíberos (...), el propretor atacó la ciudad. Los de Alce resistieron primero el asalto romano, pero terminaron por refugiarse en la ciudadela (...). Fernández Guerra *BRAH* 1 (1877) 136 la localiza hacia Alcázar de San Juan. Aproximadamente ahí la sitúan en su mapa Kromayer-Veith, *Atlas Röm. Abt.* 19,1”.

Dado que T. Sempronio Graco prohibió a los indígenas construir nuevas ciudades fortificadas y los reasentó donde convenía a Roma, según un texto de Apiano (*Ib.* 44), A. Vaquero y sus coautores (1984, 45-46) reflexionan al respecto: “puede haber ocurrido que los habitantes de la antigua Alces hayan sido forzosamente trasladados de su antiguo campamento a otras tierras. Y esto podría concordar con el hecho de que se hayan encontrado vestigios romanos en Alcázar”.

G. Carrasco Serrano (1987, 33-34; 1989-1990, 169-170; 1990a, 90; 1996, 74; 1997, 316; 2003, 240; 2004, 129) hace un somero repaso de algunas de las identificaciones tradicionales anteriormente formuladas.

D. Urbina Martínez (1998, 187) compara la reducción tradicional de *Alce* = Alcázar de San Juan con la de Campo de Criptana, sobre la que J. Montero Vítóres (1990, 97-111), por su lado, no hace ninguna sugerencia.

J. Hurtado Aguña (2005, 15-16, 291) también recopila algunas de ellas y remarca la dificultad de determinar la posición concreta de esta urbe “dentro del territorio carpetano (...), Alce (posiblemente cerca del actual Alcázar de S. Juan)”, e insiste nuevamente: “Alces (...). Parece situarse en las cercanías del actual Alcázar de S. Juan”.

Muchos de estos autores siguen, pues, la corriente de opinión más común, sin embargo, J. Rodríguez Morales (2000, 24-34; 2002, 28) la rebate y

abona la idea de que *Alces* estaba en Ocaña, no en Alcázar. Reconoce este investigador que “hasta ahora no ha sido localizada”, si bien “el *Alces* del Itinerario podría pervivir en el topónimo actual Ocaña” (RODRÍGUEZ, 2000, 25, fig. de la p. 27, donde proyecta este tramo de la A-29). Con posterioridad suscribe lo que ya había anticipado dos años antes, esto es, que etimológicamente, “Ocaña derivaría de (*civitas*) *Alcanea*, donde el nombre adjetivado y derivado del de la ciudad: *Alcanea* de *Alce* (...)”. A tal efecto, aporta alguna documentación para justificar esa supuesta evolución de una denominación a otra, de *Alcanea* a Ocaña, con los pasos intermedios del proceso, y se pregunta si la *mansio Alces* del *Itinerario de Antonino* sería el mismo núcleo del texto de Tito Livio o si podría haber un error del copista (RODRÍGUEZ, 2002, 28, a cuya bibliografía sobre Ocaña remitimos).

A. Martínez Velasco (2011, 79-87) ha intentado contextualizar los restos arqueológicos de El Real en el marco de la geografía histórica de la zona de Campo de Criptana (a 5 km al Este de Alcázar de San Juan), cuya filiación carpetana es aceptada de forma prácticamente unánime, pero no pasa por alto la polémica surgida en torno a la distribución de algunos núcleos poblacionales antiguos de la Meseta meridional, especialmente a tenor de los pasajes de Livio sobre la campaña de T. Sempronio Graco contra *Alces* y *Certima*. Sobre la primera, no “disponemos de ningún dato directo, un epígrafe por ejemplo, que permita una identificación directa y clara de *Alces*. Hay diversas opiniones, pero el único dato disponible es que se encuentra a 40 millas de *Laminium*”. El teatro de operaciones de Graco ha sido traído a discusión desde distintas perspectivas. Para quienes priorizan la referencia expresa a Celtiberia (Liv. XL, 47-49), la campaña debió de desarrollarse en la Carpetania y el valle del Jalón (FATÁS, 1975, 301; SALINAS DE FRÍAS, 1996, 30). Quizás partió de *Contrebia Carbica* (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1988, 32; SAN MARTÍN MONTILLA, 1988, 7-8), desde donde se encaminó a *Certima* y después a *Alces*, dirigiéndose posteriormente a *Ercavica*. Todas esas ciudades, por lo tanto, debían de estar próximas. Centrándonos en el *Itinerario de Antonino*, ya que la vía 29 enfila desde *Lamini* hacia el Norte, *Alces* estaría en algún punto de dicha calzada, a 40 millas al Norte de esa *mansio*. La identificación de *Laminium* con Alhambra le parece razonable a Martínez Velasco (2011, 83-84), a la vista de diversos testimonios arqueológicos. A partir del hallazgo de la *villa* romana que estamos estudiando,

“se acepta la identificación de Alcázar de San Juan con la Alces romana, pero no con la prerromana (Roldán, 1975: 221; González-Conde, 1987: 46; 1992: 306; Carrasco, 1996: 74; 1997: 307-308), seguramente porque aún prevalece la mención a Munda en el pasaje de Livio (XL, 47) y su presunta adscripción andaluza”.

Las discrepancias a propósito de las raíces históricas de Alcázar de San Juan también se reflejan en otras teorías que describimos a continuación (incluyendo algunas meras elucubraciones sin ningún fundamento).

Unos viejos manuscritos mencionados en el siglo XVIII en las *Descripciones del Cardenal Lorenzana* (GRUPO AL-BALATITHA, 1984, 40), aunque de forma crítica al no otorgarles ninguna credibilidad, remontaban el origen de Alcázar hasta los tiempos del legendario rey Tago, quien supuestamente le habría dado el nombre de *Alternia*. Un coetáneo de las mismas, el geógrafo real Tomás López (1778-1796, I), sospechó igualmente la falsedad de tales documentos, adhiriéndose al argumento esgrimido en las *Descripciones* de que el Padre Mariana (1650, facs. 1867, I, VII) había incluido a Tago en su relación “De los reyes fabulosos de España”, título de uno de sus capítulos.

J.A. Ceán-Bermúdez (1832, 73) asienta esta plaza en el despoblado toledano de Dancos. *Alternia* es una de las comunidades de la Carpetania a las que J. Montero Vítóres (1990, 108) asigna otras posibles localizaciones. M. Salinas (1988, 15), al revisar la lista transmitida por Ptolomeo, la incluye entre las urbes carpetanas desconocidas o de atribución muy dudosa. En palabras de M.A. Rabanal y J.M. Bragado (1990, 33), “de las ciudades recogidas por C. Ptolomeo (...) como carpetanas, desconocemos la ubicación de Alternia (...); de ellas ni siquiera podemos corroborar si efectivamente son carpetanas”. En cambio, J. Mangas y J. Alvar (1990, 89) sí aceptan *Alternia* como población carpetana, al figurar como tal en la lista de *poleis* de Ptolomeo. *Alternia* es nombrada por Ptolomeo en su *Geografía* (II, 6, 56) como ciudad de la Carpetania, sin dar más detalles, salvo el dato de sus coordenadas: 10° 30' 40° 25'. A. Tovar (1989, 233) da estricta cuenta de la cita del geógrafo griego relativa a *Alternia*, “que no es conocida por otra referencia”.

Las mismas *Descripciones del Cardenal Lorenzana* (GRUPO AL-BALATITHA, 1984, 40), utilizadas por T. López (1778-1796) como base de su

Diccionario, hacen alusión a unos manuscritos que sitúan en Alcázar la ciudad griega de *Erocon* o *Eroten*, pero ambos están convencidos de la fantasía de estos mitos helénicos arraigados en tantos pueblos de la Península Ibérica, como también lo estaban los Padres Toledanos, a cuyo acertado criterio se recurre en la descripción de Alcázar de San Juan (GRUPO AL-BALATITHA, 1984, 37-50), lo que les lleva a descartar dicha posibilidad por inadmisible.

Contrariamente a esta sensata convicción, cabe reseñar que en un muro de la antigua Casa Consistorial había en el pasado una inscripción cuyas últimas líneas decían que “esta villa de Alcázar de San Juan la fundó el rey Tago, rey de España. Tiene de antigüedad 3.519 años hasta éste”. Este falso epígrafe respondía a las fantasías historicistas tan en auge en el siglo XVII. La inscripción desapareció en 1928, cuando fue urbanizada la Plaza de España, donde se erige el actual edificio del Ayuntamiento.

Rodrigo Méndez de Silva (LÓPEZ-BONILLA, 1951, 31) sostiene que Alcázar fue fundada por los romanos con el nombre de *Murum*: “Alcázar (...) cuyo principio fue romano, llamándose *Murum*, que el corriente es impuesto de sarracenos”. T. López, de acuerdo con las *Descripciones del Cardenal Lorenzana* (1984, 40-41), considera tan incierta esta atribución como las anteriores, a falta de pruebas fidedignas que las confirmen, por lo que se manifiesta en contra de todas ellas: “Alcázar (...) no puede gloriarse de haber sido ni la ciudad del *Muro* (...), ni la de *Alternia* (...), y no ser la griega *Eroten*”, retrasando sus inicios “a últimos del siglo doce”. Ambrosio de Morales (1577, X, 127) propone que *Murum* estaría enclavada entre Quesada y Villarta, como después asume Ceán-Bermúdez (1832, 107, 491): “La venta de Quesada (...). Entre ella y la villa de Villarta hay un despoblado, en el que existen vestigios de antigua ciudad de la *Carpetania*, que pudo ser *Murus*, primera mansión del camino militar que iba de Fuenllana a Toledo”. En su *España Sagrada* (1747-1862, V, 22), E. Flórez sugiere que *Murum* se halla entre Manzanares y Villarta de San Juan, sin referirse en concreto a Alcázar de San Juan. M. Cortés y López (1836, III, 213, 526) se inclina por Villarta, secundado por P. Madoz (1848, XI, 722) y por A. Schulten (1932, *RE* XVI, I, col. 679), a cuyo parecer está “en Villarta de San Juan, un poco al S. de Puerto Lápice”. R. Martínez de Carnero piensa que las ruinas de “*Morum*” están cerca de las Navas de San Juan, “a la izquierda del camino que desde la Venta de las Navas sube á la

población por su parte del Norte”, dejando constancia de ello el 23 de mayo de 1859 en una “*Ampliación a la Memoria y rectificación de los planos en su segunda hoja*”, con el título de *Vía Romana de Libisosa a Castulone*, adjunta a una “*Memoria, que tiene el honor de presentar á la Academia de la Historia, según su programa, el profesor de primera enseñanza de la Villa de Almedina, acompañando el correspondiente plano*”, fechada el 10 de marzo de 1859. También E. Saavedra (1862/1967, 98, 101) propugna que *Murum* está en Las Navas de San Juan, en unas ruinas a dos leguas de Villarta, “yendo desde *Laminium* para Argamasilla”. A. Blázquez (1892, 101) la supone próxima a la desembocadura del Azuer, en el “camino de Zubacorta (...) sobre el Guadiana”; posteriormente matiza esa apreciación y puntualiza que *Murum* estaba cerca de los Ojos del Guadiana (1898, 38), abogando años más tarde por una sede distinta, la de Venta Quesada, al intentar reconstruir el trazado del *Item a Liminio Toletum* (1917, IX, 22). Por otro lado, I. Hervás y Buendía (1890, 37-38) llega a la conclusión de que pudo radicar en La Hidalga: “La Hidalga.- El *Murum*, primera mansión del camino de *Laminio* á Toledo á 27 millas del célebre municipio romano y 28 de Consuegra. Don Alfonso Téllez de Meneses (...) hizo donación á D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, (...) el castillo (...) de *Murum sobre el Guadiana- 1222*” y pone de relieve que el nombre primitivo de *Murum* desapareció, “pero no los vestigios de su antigua población, pues éstos abundan (...), y aunque situada al S de Alcázar y confinando con el término de Argamasilla los restos de edificación, sepulcros y monedas halladas rodean a este sitio”. Prácticamente de idéntica manera se expresa B. Portuondo (1917/1972, 16): “La inmediata aldea de la Hidalga, según I. Hervás, se juzga heredera de la antigua *Murum* de los Romanos, sin duda por restos que conserva de edificación y sepulcros, y por las monedas encontradas”. J.M. Roldán (1975, 251) reproduce lo dicho por E. Saavedra (1862/1967, 98, 101), K. Miller (1916, 181) y M. Corchado (1963, 31) acerca de *Murum* = Las Navas. G. Arias (1987, 512) añade algunas precisiones a los estudios de A. Blázquez (1917, IX, 22) y de P. Sillières (1977, 74) sobre el “Camino de Aníbal” y cree que la localización de *Ad Morum* dada por este último, en el Cortijo de Rubializas (Las Navas de San Juan, *vid. supra* capítulo II. 4), a XXIV millas de *Castulo*, “conviene perfectamente”. Sus propias indagaciones y las de sus colaboradores llevan a G. Arias (1966, 291; 1987, 147-148, fig.) a disentir de A.

Blázquez respecto a que *Murum* estuviera en Venta Quesada, en particular porque las distancias no concuerdan, al estar demasiado lejos de Consuegra (fig. 9; para ilustrarlo, traslada a un mapa los resultados de sus pesquisas, confrontándolas con un párrafo de A. Blázquez, que transcribe). Plantea entonces la opción de Alcázar de San Juan: “Las distancias del *Itinerario* apuntan a un lugar que caería a dos o tres kilómetros de Villarta. Pero no olvidemos que *Murum* es acusativo: pudo estar muy apartado de la vía, por ejemplo en Alcázar de San Juan...”. Años más tarde reitera de nuevo la misma ecuación: “Muro (A 30) = Alcázar de San Juan (C. Real). Su empalme “Murum”, cerca de Villarta (...)”, si bien hace una distinción respecto a “Ad Morum (...) = hacia Navas de San Juan (Jaén). SILLIÈRES, 1990”, como deja reflejado en su Mapa de vías de Hispania (ARIAS, 1992, 12, 7 y 21, respectivamente).

En efecto, en el *Itinerario de Antonino* (446,5), dentro de la calzada que conducía de *Emerita* a *Caesaraugusta* (*Item a Liminio Toletum*), *Murum* figura como *mansio* que dista XXVII millas de *Laminium* (Alhambra) y XXIV de *Consabro* (Consuegra, sobre su distancia a *Toletum*, cfr. ABASCAL, 2014, 726). Asimismo, es evocada bajo la variante de *Moroin* en el *Anónimo de Ravenna* IV 44 (313,16), la antigua fuente itineraria que le sirve de base a J.M. Roldán (1975, 129, 251) para su análisis de esta arteria de comunicación, y también es denominada como *Morum* (Vicarell. I, II, III, IV; *Rav.* IV 44 [314, 2]; sobre la vía 30, cfr., FERNÁNDEZ OCHOA, ZARZALEJOS y SELDAS, 1990, 165-182). M.A. Rabanal y J.M. Bragado (1990, 33, 35) valoran ambas citas de sendas fuentes itinerarias, con todo, *Murum* (o *Moroin*) no les parece identificable por ahora, salvo que “pertenece a la provincia de Madrid”, en abierta contradicción con la idea tradicional de Villarta de San Juan (FERNÁNDEZ OCHOA y CABALLERO KLINK, 1986, 50). Ateniéndose al parámetro de la distancia, A. Tovar (1989, 180) infiere que “había que llevarlo un poco más al S. o E.” de Villarta, “(Ad) *Murum* (...) estaba a 27 millas en dirección a Toledo desde *Laminium*, y luego a la bien conocida *Consabura* había 24. (...) El *Moroin* de Ravenate 313,16, entre Consabron y *Laminium*, no cabe duda de que es esta estación” y, en cuanto a la versión de F. “Fita *BRAH* 42 (1903) 283 de ponerlo en Argamasilla de Alba, (...) tiene algunos visos de verosimilitud; pero aunque la vía pudo ir por ahí, queda demasiado cerca de *Laminium*”.

La situación de *Murum* “resulta en la actualidad todo un enigma” (MUÑOZ VILLARREAL, 2005, 138). No existe, por tanto, acuerdo al respecto (cfr. HURTADO, 2005, 293)

G. Carrasco Serrano (1987, 35; 1989-1990, 173-174; 1990a, 90; 1996, 75; 1997a, 310; 2004, 131; 2013, 275) reconoce que la ubicación exacta de muchas de estas *mansiones* da pie a todo tipo de disquisiciones y reúne algunas de ellas, entre otras, las concernientes a *Murum*, “de dificultosa identificación”.

M. Corchado Soriano (1969, 149-158) enumera algunos de los posibles emplazamientos de varios de esos núcleos poblacionales acabados de mencionar, al igual que C. Fernández, M. Zarzalejos e I. Seldas (1990, 165-182).

En definitiva, el tema de la identificación de la mayoría de estos lugares y también el del valor de la milla romana (ARIAS, 1968, 391-394; 1987, 473-474) han sido desde siempre bastante controvertidos e incluso hoy día aún suscitan una cierta polémica, por lo que tan sólo se puede hipotetizar al respecto, en espera de nuevas aportaciones arqueológicas y una intensa exploración sistemática de la red viaria romana, actualmente incompleta. En este apartado hemos procurado compilar diversas opiniones emitidas a lo largo del tiempo sobre la denominación y distribución espacial de algunas de estas ciudades antiguas. En ese contexto hemos intentado dar cabida a diferentes enfoques sobre la localización en Alcázar de San Juan de alguna de las poblaciones citadas en las fuentes literarias y epigráficas, sea *Alces*, *Murum*, *Alternia* u otras, pese a que carecen de pruebas irrefutables a su favor y ninguna de esas propuestas ha conseguido una aceptación unánime de los conocedores del tema. En consecuencia, por el momento no se ha demostrado la exacta correspondencia de Alcázar de San Juan con alguno de los enclaves nombrados por ellos.

El examen de los textos clásicos no nos ha servido tampoco para clarificarlo, pues son a todas luces insuficientes y sumamente inconcretos; por ese motivo, el resultado de su lectura no ha desvelado si alguna de esas antiguas entidades urbanas barajadas estuvo afincada aquí. Faltan datos sólidos que permitan establecer con plena garantía una equivalencia entre éstas y algunos de los restos prerromanos exhumados en la comarca. Las distintas

teorías recogidas en las páginas precedentes sobre el poblamiento original y el presunto nombre que habría podido tener Alcázar de San Juan en la Antigüedad no pasan de ser precisamente eso, supuestos. En suma, con la información disponible hasta la fecha es muy aventurado pronunciarse sobre esa posible identidad y, al carecer de argumentos arqueológicos de peso, no es factible llegar a unas conclusiones rigurosas al respecto.

Por el contrario, sí existe un cierto consenso sobre la localización de otras *civitates* de este territorio (*vid. supra* capítulo I), como son *Mariana* (Puebla del Príncipe), *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente) o *Laminium* (Alhambra), aunque B. de Ayala (1996, 52, nota 9) recalca las discrepancias existentes sobre la identificación de la mayoría de sus *mansiones*, con excepción de las de *Carcuvium* (= Caracuel) y *Consabro* (= Consuegra). De las restantes, dice que únicamente puede indicarse “una situación relativamente aproximada. (...) *Laminium* (= en Sta. M^a del Guadiana, Alhambra, Daimiel...), *Alces* (= cerca de Quero, Alcázar de S. Juan...), *Murum* (= en torno a Villarta), *Mariana* (= en Bolaños o en las cercanías de Puebla del Príncipe), *Mentesa Oretana* (= cerca de Villanueva de la Fuente, al SE del Campo de Montiel, en el castillo de Montizón...)”, etc. Sin embargo, en el transcurso de los últimos años se han disipado algunas de esas dudas (*vid. infra* capítulo XXI).

Como advierte A. Martínez Velasco (2011, 85), muchas de las hipótesis esbozadas desde la disciplina de la Historia Antigua “no tenían una contrastación en la geografía real”, a través de la arqueología.

El arqueólogo González Simancas (*Memorias de excavación* de los años 1932 y 1933), inspirado en las teorías de M. Cortés y P. Madoz (*vid. supra*), excavó infructuosamente en Ocaña con la intención de exhumar el *Vicus Cuminarius* reseñado en el *Itinerario de Antonino* (445,6) a XXIV millas al Norte de *Alces*, pero nos brinda una valiosa noticia relativa al tema estudiado, pues asegura haber descubierto en las afueras de Alcázar de San Juan, junto al ruinoso castillo, un mosaico romano de grandes dimensiones (LÓPEZ-BONILLA, 1951, 31; acerca de la reducción de *Vicus Cuminarius*, cfr. TOVAR, 1989, 237; CORNIDE *apud* ABASCAL y CEBRIÁN, 2009, 206-207; ABASCAL, 2012, 174). Anteriormente a esa fecha no se tenía constancia arqueológica de la presencia romana en Alcázar, como se puede deducir de la observación que transcribimos a continuación: “la zona en que debía encontrarse *Alces* (...) es la

que se extiende desde Alcázar a Pedro Muñoz (...). Reconocido y explorado Alcázar de San Juan, nada se encontró allí que pudiera indicar la existencia de población romana, ni siquiera monedas (...), las ruinas de La Hidalga corresponden a *Alces*, que fue sitiada por Sempronio Graco (...), una ciudad indígena importante” (BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA y SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1917, 27-28, 30).

Obviamente, los resultados de las excavaciones que aquí presentamos dejan patente que sí hubo un asentamiento romano en Alcázar: una *villa* (la del barrio de Sta. María), que probablemente fue evolucionando hasta convertirse en un *vicus*, y varias *villae* más en su entorno (*vid. infra* capítulo XXIII). Una posibilidad a tener en cuenta es que hubiera algún otro tipo de hábitat..., aunque sólo nuevas y más amplias intervenciones arqueológicas permitirán en el futuro dilucidar esta cuestión.

En el pasado, debido a la escasez de datos proporcionados por las fuentes escritas y a las insuficientes excavaciones arqueológicas realizadas en este ámbito geográfico, la mayoría de los investigadores se habían sentido inducidos a pensar que esta zona, perteneciente a la circunscripción político-administrativa del *conventus Carthaginiensis*, estuvo menos romanizada que otras de la Península Ibérica, que el efecto del proceso romanizador había sido superficial, sin apenas incidencia en ella. En ese sentido hay que entender las palabras del Comisario General de Excavaciones, J. Martínez Santa-Olalla, quien al visitar en 1953 las ruinas de la *villa* romana recién descubierta en Alcázar de San Juan se sorprendió de su riqueza, que él no podía “suponer en este punto de la Mancha” (SAN MARTÍN, 1953, 32).

Hasta hace poco numerosos tratadistas coincidían en afirmar que la Meseta Sur fue para los romanos prácticamente una mera área de paso hacia la Bética, la Lusitania o el resto de la Tarraconense. No obstante, diversas prospecciones e intervenciones arqueológicas, como las llevadas a cabo en la comarca de Alcázar de San Juan y otras limítrofes, testimonian la alta densidad de asentamientos romanos en este marco geográfico y su integración en el nuevo sistema organizativo (*vid. infra* capítulo IX), permitiéndonos rebatir ese discurso recogido en buena parte de la literatura científica de antaño, un discurso durante largo tiempo bastante generalizado y en la actualidad totalmente desfasado (como ilustra gráficamente la fig. 14).



Fig. 14. La presencia romana en Carpetania, según Hurtado, 2005, 437, fig. 1.

J.-G. Gorges (1979, 151) sostiene que las invasiones del siglo V acentuaron “el carácter de refugio y de lugar de defensa de las grandes villas”. Reagrupadas alrededor de éstas y de sus muros protectores, sus poblaciones fueron el germen de nuevos y numerosos *vici*, a su vez origen de pueblos y ciudades modernas, que encerrarían el recuerdo de un establecimiento hispano-romano del que, en ocasiones, sólo se ha perpetuado “una supervivencia toponímica”.

En nuestro caso, la secuencia histórica documentada evidencia una superposición de culturas, una prolongada ocupación de este emplazamiento, pero, por ahora, no es posible confirmar que exista una continuidad toponímica entre *Alces* y Alcázar.

VI. INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA REALIZADA EN LA *VILLA ROMANA* DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

Una vez realizado el análisis previo del engranaje viario de esta entidad territorial, de su medio geográfico y del problema de la identificación de Alcázar de San Juan en la historiografía, a continuación damos a conocer los resultados de una serie de excavaciones arqueológicas acometidas en el yacimiento objeto de nuestra atención (fig. 15).

Las coordenadas geográficas que enmarcan este yacimiento corresponden a los 39° 23' 20" N / 0° 28' 50" E (Hoja 713), con una altitud de 630 m sobre el nivel del mar.



Fig. 15. Plano con la zona documentada durante las campañas de excavación de 1982, 1992-1993 y 2008-2010. Dib.: Elaboración propia, a partir de los planos de PMC (1982), Fernández Rodríguez y López Fernández (1992), García Bueno (1992-1993), Ruiz y Ocaña (2008-2010).

VI.1. ANÁLISIS DE LA INTERVENCIÓN REALIZADA EN 1953-1954

Las primeras actuaciones para la recuperación del patrimonio histórico alcazareño tuvieron lugar en los años 1953-1954. Con motivo de unas obras de alcantarillado y plantación de arbolado llevadas a cabo a finales de 1952 en el casco antiguo, concretamente en las calles Carmen, Gracia y la plaza que forman éstas en su confluencia con la de Don Quijote (fig. 16), situadas en el barrio tradicionalmente conocido como de Sta. María, fueron descubiertos varios mosaicos, por lo que se decidió excavar esta zona, bajo la dirección arqueológica de J. San Valero Aparisi (1956, 195-199; 1957, 215-218), Colaborador Técnico de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas Delegado en Valencia (quien se refiere a ella como barrio de “El Palacio”, SAN VALERO, 1956, 196).

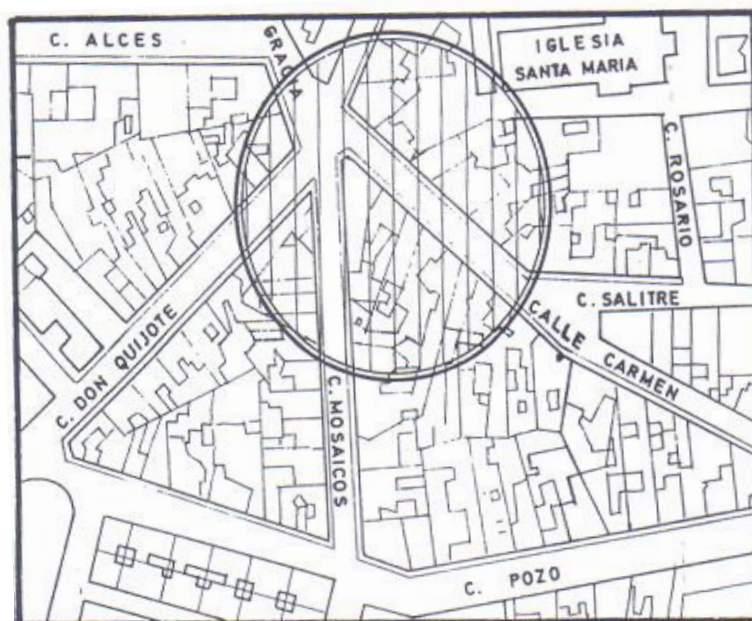


Fig. 16. Área de los primeros hallazgos, según Vaquero *et alii*, 1984, 80.

En una carta del alcalde de la localidad, T. Quintanilla Garrido, fechada el 26 de diciembre de 1952, se da cuenta de los pormenores del hallazgo: al efectuarse unos hoyos para plantar árboles en la calle Gracia se exhumó “un magnífico mosaico romano en perfecto estado de conservación, a una profundidad de 70 cm”. Esta noticia llevó a Martínez Val, Comisario Provincial, a visitar el lugar, tras lo cual envió un telegrama el 17 de enero de 1953,

confirmando la calidad del mosaico y, a su vez, en un escrito de ese mismo mes ponía de relieve sus considerables dimensiones y brillante colorido. Posteriormente, el 5 de marzo de ese año, en el periódico *Arriba* se incluye una crónica de Ciudad Real, firmada por Martín de Villarreal, quien recoge el dictamen técnico del Comisario J. Martínez Santa-Olalla, y se pregunta si el nombre de Alcázar (palacio, en árabe) pudiera tener su origen en la “villa o palacio seudourbano” al que, según éste, pertenecerían dichos mosaicos, “(...) cuya trascendencia no es posible predecir de momento, pero que muy bien pudieran abrir insospechados horizontes a los historiadores para reconstruir todo el ciclo de la dominación” romana en La Mancha. Asimismo, en la *Revista de Barcelona*, con fecha 12-18 de marzo, se reseña que en los términos de Alcázar y Torre de Juan Abad “acaban de aparecer unos restos arqueológicos de la época romana a los que se concede extraordinaria importancia. Estos descubrimientos pueden desempeñar un papel análogo a los de Itálica y Mérida”, haciéndose eco de lo expresado por J. Martínez Santa-Olalla, quien aseguró que era “el hallazgo más importante en España en los últimos veinticinco años” (documentación depositada en el Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, caja 248).

En sucesivas campañas salieron a la luz unos 400 m² de diversos ejemplares musivos -uno de ellos particularmente destacable por sus proporciones, de unos 90 m²-, procediéndose entonces a su consolidación y extracción. También aparecieron una reducida superficie pavimentada con un *opus spicatum* y algunos suelos de tierra apisonada, a una cota de profundidad de unos 60-80 cm bajo el nivel de superficie (correspondiente al nivel de calle y aceras, respectivamente). En ciertos puntos no se había conservado más de 30 cm de alzada de los muros, mientras que su anchura oscilaba entre 50 y 60 cm. Construidos con mampuestos de arenisca local, fueron enlucidos con argamasa y revestidos con estuco pintado, que conservaba rastros de su antigua decoración policroma, cuyo “plan del dibujo no es visible”, según desvela J. San Valero (1956, 196-197). La paleta de vivos colores de los fragmentos preservados comprendía los tonos verde, rojo, amarillo, siena, azul, blanco y negro. Sobre los zócalos de piedra se levantaban paredes de adobe, “cubiertos por lechadas de cal”. Conviene resaltar el hallazgo en la calle Gracia de un sector “del *hipocaustum*, de construcción poco cuidada”, al que

alude muy sucintamente (SAN VALERO, 1956, 196). Muy posiblemente era un vestigio del conjunto termal, aunque no da ninguna noticia de la presencia de una instalación hidráulica, bañeras, piscinas o demás infraestructuras propias de un *balneum* doméstico (no obstante, es considerado como tal por GARCÍA-ENTERO, 2005, 52). Durante dicha intervención arqueológica se recuperaron únicamente algunos fragmentos cerámicos adscribibles a distintos momentos de ocupación (romano, musulmán...): “fragmentos de cerámica tosca, con digitaciones; otros menores de tazas y cuencos, un trozo minúsculo de *terra sigillata* y en nivel superior un fragmento de ánfora árabe y un hacha de hierro”. La casi total ausencia de determinados elementos arquitectónicos (columnas...) fue interpretada por su excavador como una consecuencia del completo saqueo al que habría sido sometido el establecimiento. A su juicio, esto habría provocado el desmantelamiento de los materiales constructivos de alzada y explicaría la escasez de restos muebles. En su opinión, todas estas estructuras y pavimentos musivos pertenecían a una gran *villa* romana, a la que se superponían los citados restos del periodo islámico. Esta sección del yacimiento se erigía en una zona de ladera, un pequeño promontorio de roca arenisca que presentaba un ligero buzamiento en sentido Noreste-Suroeste. Su excavación ofrecía muchas dificultades al encontrarse bajo los edificios habitados de varias calles². Como habíamos anticipado, este barrio (o, más bien, una parte del mismo, articulada alrededor de una plaza, fig. 17) era conocido desde tiempo atrás con el significativo y elocuente nombre de “El Palacio”, evocadora reminiscencia del edificio palaciego que se levantaba aquí en el pasado, al que ya hemos hecho referencia (*vid. supra* capítulo IV). En 1284 se construyó un castillo, con su torre del homenaje (el actualmente llamado “Torreón de Don Juan de Austria”), que más adelante se convirtió “en un recinto amurallado con torres y un castillo-palacio” (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 244). Según J. San Valero (1956, 196), “El barrio en que aparecen los restos tiene, sin sentido actual apreciable, la denominación de ‘El Palacio’, que tal vez haya de ponerse en relación con la existencia de restos arquitectónicos de apariencia monumental, hallados con motivo de la edificación de las modestas viviendas que hoy cubren la zona”.



Fig. 17. Zona de la Plaza de Palacio. Foto: PMC de Alcázar de San Juan.

J. San Valero Aparisi (1957, 216) catalogó este espléndido ciclo musivo dentro de un arco cronológico comprendido entre finales del siglo II-comienzos del III d.C., al igual que J. Martínez Santa-Olalla, quien, tras visitar personalmente el lugar, emitió un Informe en el que consideraba este conjunto musivo uno de los más importantes hallazgos arqueológicos de las últimas décadas en España, datándolos provisionalmente a “fines del siglo II, principios del III”, si bien puntualizaba que no se podía aún zanjar definitivamente la cuestión cronológica (SAN MARTÍN, 1953, 33).

En cambio, la Real Academia de la Historia dictaminó, a petición de Martínez Val, que todos estos restos pertenecían al siglo IV, como consigna C.M. San Martín (1953, 36).

J. San Valero (1956, 196) pone de manifiesto que, como es lógico, los pisos de mosaico corresponden a los sectores cubiertos de la *villa*, al igual que un pequeño recinto solado con el mencionado *opus spicatum*, mientras que en ciertas áreas, algunas de ellas descubiertas o de exterior, los suelos serían de tierra batida. Este horizonte más antiguo de habitación se hallaba a unos 0'60 m bajo el nivel actual de calle y a unos 0'80 m del nivel de las aceras.

Basándonos en la parca información suministrada por su excavador (SAN VALERO, 1956, 198), uno de los mosaicos hallados en la calle del Carmen tapizaba lo que parecía ser una antecámara o zona de ingreso,

comunicada con una pieza colindante también pavimentada en *opus tessellatum*, en cuya temática se percibe una continuidad de la precedente. La sección principal del mosaico decoraba una amplia dependencia de unos 7 x 7 m que probablemente era una de las salas ceremoniales de la *villa*. Durante la Tardoantigüedad era habitual engrandecer este tipo de ambientes dotándoles de un vestíbulo de acceso, por lo que presumiblemente a éste se le confirió de ese modo una especial significación como habitación de alcurnia (al igual ocurre en las habitaciones 1-2 de la *villa* de Puente de la Olmilla, *vid. infra* capítulo XIV.3). Esa unidad constructiva complementaria y un elemento de prestigio como es el piso de mosaico denotan un intencionado afán de acentuar la importancia de dicho espacio. De este mosaico se puso al descubierto una ancha banda de roleos confeccionada con teselas cuya gama cromática abarcaba los tonos verde, rojo, gris y blanco. Al prolongarse por debajo de una casa del casco urbano moderno no se pudo documentar el resto, pero, según J. Martínez Santa-Olalla, podría tener “en el centro una composición de figuras mitológicas o de animales” (SAN MARTÍN, 1953, 34), es decir, un emblema figurativo. Otro mosaico, del que se conservaban unos 85 m² aproximadamente (salvo los desperfectos de época), cubría una enorme estancia rectangular de, al menos, 5 x 17 m, cuya magnitud sugiere una correspondencia con el *oecus*, pues ese considerable tamaño, realzado por el elegante pavimento musivo, le daría la preeminencia que solía distinguir a los aposentos señoriales, como los *oeci* (o los *triclinia*). Resulta bastante verosímil, por tanto, que tuviera un valor de representación. Estaría así en consonancia con la práctica, especialmente usual durante el Bajo Imperio, de otorgarles una absoluta primacía al *triclinium* y al *oecus* dentro del planteamiento arquitectónico de la *villa*, adornándolos con bellas creaciones pictóricas y musivas u otras manifestaciones plásticas que contribuyeran a su magnificencia y destacándolos mediante sus grandes dimensiones u otros parámetros formales. En ellos se concentraba el mayor esfuerzo decorativo. Siguiendo esta línea argumental parece lógico pensar que estos ambientes solados con ricos mosaicos tuvieran una presencia dominante y una situación preferencial en el esquema de la vivienda, aunque J. San Valero no ofreció una interpretación concreta de los mismos (excepto que algunos de los mosaicos pertenecían a un peristilo), ni publicó el plano general³, de hecho,

desconocemos la ubicación de las dos dependencias antes referidas dentro de la estructura orgánica del inmueble, a falta de una excavación más completa, en el futuro. Rasgos definitorios como su traza arquitectónica, ornamentación, amplitud, orientación y la posición que ocupan en la planta son indicativos de la funcionalidad de algunas habitaciones, pero en este caso resulta sumamente complicado identificarlas debido a su parcial recuperación, insuficiente para establecer una segura atribución de destino, si bien las particularidades apuntadas más arriba nos inclinan a asignarles hipotéticamente las finalidades propuestas de *triclinium* y *oecus*. Por el mismo motivo, al haber quedado inacabada la excavación, tampoco es posible determinar si arquitectos, estucadores, pintores y artesanos musivarios colaboraron conjuntamente en el diseño de esta mansión, como ocurrió en tantas otras, o si trabajaron por separado, con programas decorativos no coordinados (acerca de estas cuestiones, cfr. GUIRAL y MOSTALAC, 1993, 365-392).

La edificación parece ajustarse a la tipología arquitectónica más común de las *villae* hispanorromanas tardías, esto es, la de peristilo (*vid. infra* capítulo XVII). En torno a ese núcleo central se distribuirían los ámbitos de recepción y descanso. A los primeros podían tener acceso personas del círculo no estrictamente familiar: invitados, clientes u otro tipo de visitantes..., por lo que estaban concebidos para impresionar, exhibiéndose en ellos obras de arte y objetos valiosos mediante los que se hacía ostentación de la fortuna propia del alto *status* de los *domini* y, además, se ponía de relieve su nivel cultural, materializándose así un mensaje de autoafirmación, conectado con la ideología de ese estamento social privilegiado; los segundos eran más cerrados o reservados, por lo general, de índole privada (si bien a veces eran plurifuncionales y existía una diversificación de las actividades desempeñadas en ellas). Habitaciones señeras, que en ocasiones llegaron a ser muy suntuosas, pero sin alcanzar la relevancia de las más nobles, respecto a las que tenían un rango secundario, eran el *cubiculum* del dueño y el *tablinum* (este último en las casas de atrio). Con frecuencia, determinados rasgos distintivos ayudan a reconocerlos durante una excavación, pues normalmente pertenecen a una categoría de habitáculos de menores pretensiones suntuarias que los de aparato, dentro de la marcada jerarquización de los diferentes reductos, característica de las unidades domésticas romanas,

reflejada en los aspectos decorativos internos (p. ej., de paramentos, suelos y techos), en las proporciones, en los volúmenes externos... En el caso de la *villa* del barrio de Sta. María, las conclusiones que podemos extraer del análisis de los datos disponibles están condicionadas por las propias limitaciones de los restos constructivos descubiertos hasta la fecha, a buen seguro, muy reducidos respecto a la extensión potencial del yacimiento y demasiado exiguos para perfilar una visión panorámica más precisa de la misma.

VI.2. LOS PAVIMENTOS DE MOSAICO

En la sección de efemérides del periódico provincial *Lanza* (23 enero 1975) se recoge una interesante noticia relativa al descubrimiento de este conjunto musivo a finales de 1952: “los arqueólogos, señores San Valero y Martínez Santa-Olalla, más don Gratiniano Nieto, entonces Conservador del Museo Arqueológico Nacional, coincidieron en calificar los mosaicos de Alcázar como ‘uno de los mejores hallazgos de la nación en los últimos veinticinco años’. Las teselas diminutas del fragmento, medianamente reproducido en el grabado adjunto, son dignas de compararse con las de los más bellos mosaicos. (...) Los mosaicos alcazareños debían formar parte de un amplio peristilo que tendría 26 por 28 metros. No pudieron proseguir las excavaciones porque afectaban ya a los cimientos de domicilios particulares (...)”.

J. San Valero Aparisi (1956, 195-199) nos brinda valiosa información sobre los pavimentos en *opus tessellatum* excavados a mediados de los años ‘50. A grandes rasgos, refiere que éstos se asentaban sobre una base preparatoria de entre treinta y sesenta centímetros de potencia, integrada por cinco capas superpuestas de materiales diversos:

- sobre el suelo terrizo perfectamente alisado había un compacto nivel de arcilla muy pura, con el que se niveló toda la superficie, creando así una fundamentación uniforme,
- después, una capa de “firme” de diez a quince centímetros de espesor, consistente en un conglomerado de fragmentos de piedra prensada y cantos rodados de mediano tamaño, cohesionados con cal y barro (*statumen*),

-por encima, otra capa de piedras más pequeñas (grava), prensadas y mezcladas con cal, constituyendo un mortero de seis a ocho centímetros de grosor (*rudus*),

-le sucede un piso de argamasa compuesto de cal, arena y cerámica molida, de unos cinco centímetros de espesor (*nucleus*),

-finalmente, una lechada de cal pura, de dos centímetros de espesor, sobre la que van incrustadas las teselas, cuyas medidas oscilan entre poco más de un centímetro cuadrado y dos de longitud, fabricadas con piedras de la región.

Por lo tanto, estos paneles musivos, que cubrían el suelo de un número indeterminado de habitaciones y corredores, se disponían sobre un sólido y bien nivelado soporte (a propósito del proceso de preparación de la solera del tapiz teselar, es muy ilustrativa la canónica descripción de Vitruvio, *De Arch.* VII, 1-4; cfr. su plasmación gráfica en REGUERAS, 2013, 77, lám. 44). Su excavador (SAN VALERO, 1956, 197) atribuye a este potente lecho de base y a su cuidada factura la buena conservación y consistencia de los mosaicos, que en el transcurso del tiempo sufrieron todo tipo de situaciones adversas.



Fig. 18. Pavimento musivo descubierto en el casco antiguo de Alcázar. Foto: PMC.

Se trata de composiciones de marcado geometrismo, caracterizadas por su simetría, en las que se combinan las figuras geométricas con motivos vegetales y florales esquematizados, cuyo patrón estilístico está articulado por una relación narrativa bien estructurada (fig. 18). En el espacio musivo se desarrolló un profuso repertorio ornamental, regido por una pauta armoniosa, presentando un tratamiento decorativo muy elaborado. Son mosaicos de gran calidad técnica, cuya homogénea ejecución parece responder a un programa unitario, producto de un solo taller. Fueron confeccionados con teselas de piedra caliza, de diferentes tamaños (1 x 2 cm aprox.) y brillantes tonalidades, utilizándose un amplio espectro de colores en el que dominan básicamente el blanco, negro, rojo, amarillo, azul, verde, siena, morado y gris, e incluso en algunos ejemplares se despliega una policromía aún más rica. En la mayoría de estos lienzos de mosaico se emplearon de seis a ocho tonos, siendo destacable, en especial, una alfombra -la de más fino diseño y perfecto trazado, realizada con teselas de un menor tamaño-, a la que J. San Valero asignó el número VI (1956, 197), cuya gama cromática abarca doce colores distintos. La equilibrada alternancia de éstos lograba un efecto armónico. Otra peculiaridad reseñable, respecto a los seis restantes, además de un colorido más completo, era la singularidad de su dibujo, de un estilo distinto.

Se aprecian trazos geométricos y rectilíneos en las líneas maestras del modelo, que ofrece una cierta variedad temática. Los elementos vegetales y geométricos conforman guirnaldas, orlas o aparecen aislados. Se repiten fundamentalmente dichas estilizaciones vegetales inscritas en cuadrados y rectángulos, complementadas por tallos ondulados, sogueados contiguos, cenefas de roleos y un fragmento de circunferencia punteada. La combinación de motivos florales encerrados en cuadrados, con tallos ondulados, es uno de los temas más habituales en la musivaria romana (figs. 19-20).



Figs. 19-20. Detalles del mosaico III. Foto: PMC.

Ninguno de los seis mosaicos hallados⁴ era figurativo, si bien J. Martínez Santa-Olalla sugirió que en el ámbito central de uno de ellos pudo haber una representación “de figuras mitológicas o de animales” (SAN MARTÍN, 1953, 34), pero, de acuerdo con J. San Valero Aparisi (1957, 216): “Ninguno de los mosaicos descubiertos hasta ahora tiene figuras humanas o animales”.

Para analizar estas espléndidas creaciones musivas nos basaremos en la somera descripción que de ellas hizo J. San Valero (1956, 198-199).

Una franja de toscas teselas de unos 3 ó 4 cm, fabricadas con ladrillo, circunda el perímetro exterior de algunos de estos mosaicos.

MOSAICO I

Tiene unas dimensiones de unos 85 m² (17 x 5 m). Se organiza como una secuencia de cuadrados de un metro de lado aproximadamente. El campo de la alfombra, de unos 5 m, está cubierto por cuatro de estos grandes recuadros, bordeados por una cenefa recorrida por una esquematización vegetal con hojas de hedera, alternativas a la curva de la rama. Cada uno de los cuadrantes está delimitado, a su vez, por otra greca y consta de un espacio central donde se alojan unas aspas en tonos siena y gris sobre fondo blanco, remontadas en el centro por un rosetón de cuatro hojas de teselas de color azul grisáceo. Las orlas de enmarque son de dos tipos (en ambos casos, de muy fina traza y efecto): una de ellas es “una ancha filacteria, retorcida en curvas regulares, en las que el relieve se ha conseguido plenamente con el sombreado. Con la misma manera artística se consigue en las otras franjas dar la sensación de una especie de paño de bordes ondulados que se cierran hacia el cuadro central”. Además de la gama policroma referida hay manchas de color rojo en pequeñas cruces que llenan los espacios vacíos entre las aspas y las hojas de hedera o “el sombreado de paños y filacterias” (SAN VALERO, 1956, 198, láms. CLIX, 1, CLVIII, 2).

MOSAICO II a)

Es uno de los más dañados de todo el lote. Tapizaba el suelo de una aparente antesala que daba acceso a otra dependencia pavimentada con el mosaico II propiamente dicho, a tenor de los vestigios arqueológicos exhumados, en plena coherencia con la banda de roleos que se prolongaba desde una estancia a la otra, del mismo tamaño, policromía y orientación. Este fragmento musivo mide unos tres metros de ancho, pero no pudo averiguarse su longitud total debido a que se prolongaba por debajo de una vivienda habitada, quedando por ello incompleta su excavación.

Con un contraste de tonalidades roja, blanca, gris y verde se compuso un mosaico esencialmente geométrico (SAN VALERO, 1956, 198, lám. CLIX, 1).

MOSAICO II

La misma cinta de roleos mencionada más arriba se desenvuelve en torno al campo central de la alfombra, que J. San Valero (1956, 198, lám. CLX)

sospechaba sería cuadrado. De ser así, las proporciones del aposento serían de 7 x 7 m, de manera que este mosaico mediría aproximadamente 49 m².



Fig. 21. Mosaico II b). Foto: PMC.

MOSAICO II b)

El esmerado trazado del dibujo y su equilibrado repertorio decorativo, ordenado en una cadenciosa trama, se conjugan creando un magnífico tapiz, en el que se empleó la más amplia y cálida paleta de colores de todo el elenco musivo: blanco, siena, marrón, rosa, rojo, verde, negro azulado y dos tonos de gris. El cerco exterior es una guirnalda en que “aparecen enlazados unos barrocos crecientes, que como navecillas aisladas, con una cruz central y las mismas terminaciones en espiral” (figs. 21-22, SAN VALERO, 1956, 198-199, lám. CLIX, 1), repetidos en el **mosaico IV** de este ciclo pavimental (SAN VALERO, 1956, 199). Una ancha cenefa floral, compuesta de florones y capullos, está ribeteada por un doble filete de teselas en rojo y verde. La otra franja tiene una ornamentación de roleos como los previamente descritos (SAN VALERO, 1956, 199, fig. 3).

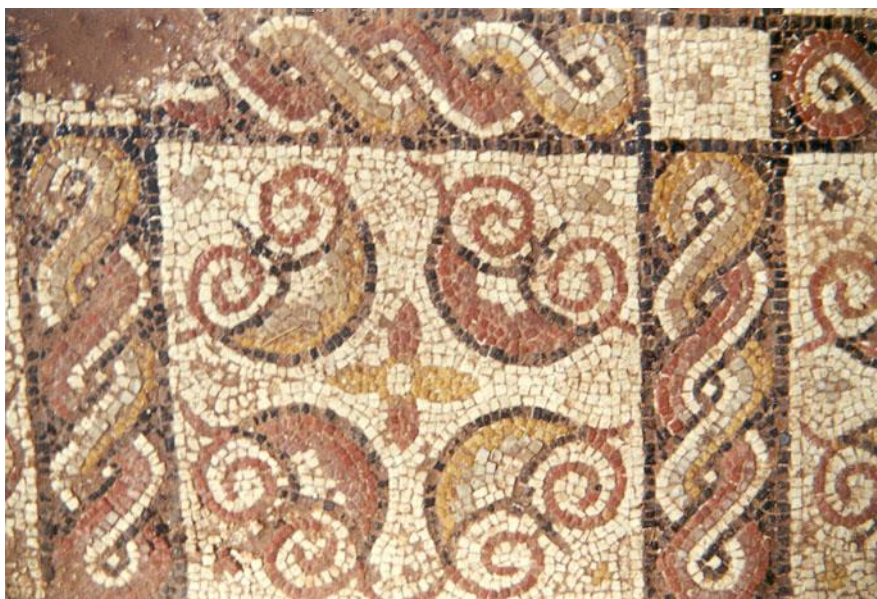


Fig. 22. Detalle del mosaico II b). Foto: PMC.

MOSAICO III

Descubierto en la calle Gracia, ostenta unos cuadrantes definidos por una greca trenzada, cuyo motivo decorativo central son aspas cruzadas o cuadros de rebordes con elementos vegetales estilizados (fig. 23). Cada uno de los lados de estos recuadros mide 50 cm. (SAN VALERO, 1956, 198, lám. CLXII).

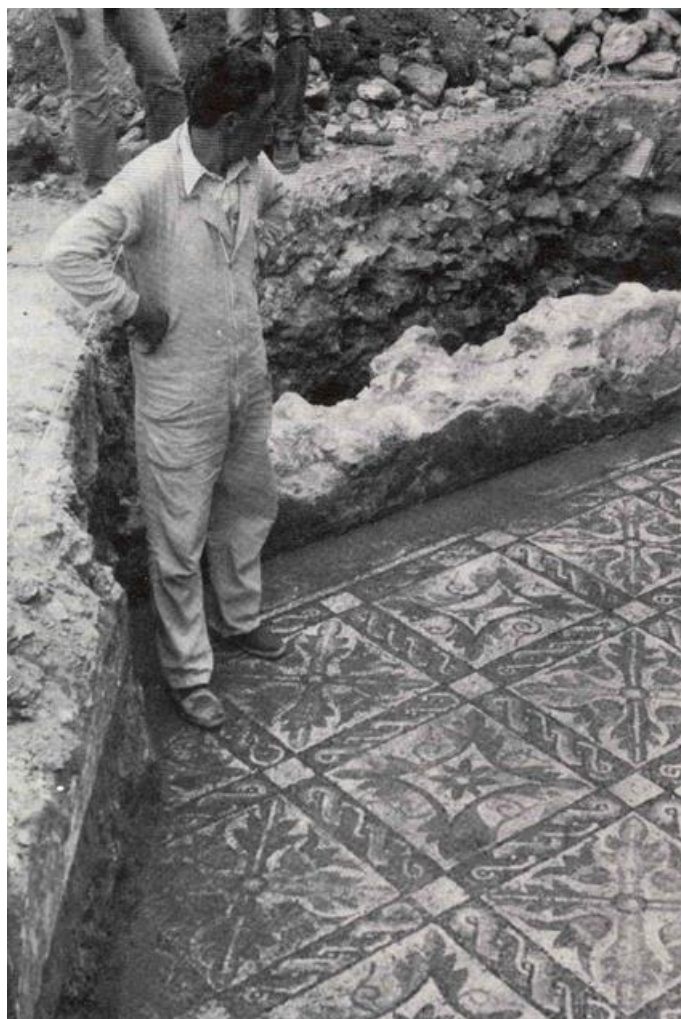


Fig. 23. Mosaico III. Foto: PMC.

Hasta aquí la descripción de J. San Valero Aparisi. Todos estos pavimentos musivos fueron consolidados y extraídos por el equipo de J. San Valero (1957, 216-217), que esboza muy brevemente en una de sus publicaciones la metodología seguida⁵, con el asesoramiento de J.C. Serra Ráfols.



Figs. 24-25. Proceso de excavación. Foto: PMC.

Entre esta serie de mosaicos, que se hallaban en distinto grado de conservación, destacan particularmente algunos por el perfecto estado en que se

habían preservado hasta mediados del siglo pasado (figs. 24-25). Fueron depositados en la sede del Ayuntamiento de Alcázar y en el Museo Fray Juan Cobo, donde sufrieron un notable proceso de deterioro con el paso del tiempo, llegando incluso a perderse algunos de los paneles almacenados en estas dependencias, debido a causas de diversa naturaleza. Relata J. San Valero (1956, 196) que “es propósito de esta ilustre Corporación [de Alcázar] darles una adecuada exposición en las paredes y suelo del propio Salón de Sesiones, como gala del mismo”, sin embargo, se quedó simplemente en la intención, pues no se llevó a término tal proyecto. Más adelante fueron trasladados al Museo Municipal de esta localidad, en cuyas salas se exponen varios actualmente.

C.M. San Martín (1953, 35) explica que, asociados a estos pavimentos musivos, aparecieron diversos elementos arquitectónicos y que en este yacimiento también se exhumaron sepulturas con restos humanos, contenidos en “urnas de piedra berroqueña”, sin dar más detalles al respecto. A. Caballero (1974, 28) reproduce esta noticia recogida por C.M. San Martín.

J.-G. Gorges (1979, 247) se apoya en los dos citados trabajos de J. San Valero Aparisi (de los años 1956 y 1957) para aludir escuetamente en su magnífico catálogo a los seis mosaicos sacados a la luz en Alcázar, entre los que resalta la existencia de uno de 90 m², remitiéndose a la datación atribuida a los mosaicos por su excavador: finales del siglo II o comienzos del III d.C., pese a que anteriormente la RAH había emitido un dictamen a requerimiento de Martínez Val, concluyendo que “los restos arqueológicos de Alcázar pertenecen al siglo IV” (SAN MARTÍN, 1953, 36).

Por su parte, J.M. Blázquez (CMRE V, 1982c, 23-27) incluyó estos ejemplares en el *Corpus de Mosaicos romanos de España*, profundizando en su estudio al aportar algunos paralelismos (de los que carecían las publicaciones de J. San Valero) y ofreciendo la misma cronología que la RAH: el siglo IV d.C. Para entonces, a principios de los años '80, los paneles musivos estaban muy fragmentados, debido a las ya mencionadas inadecuadas condiciones de almacenamiento y a otras circunstancias de diversa índole.

Como indica J.M. Blázquez (2008, 92, 94), “el uso del mosaico fue un fenómeno urbano en Hispania hasta la Tetrarquía (284-311). (...) En los dos primeros siglos y medio del Imperio, el mosaico fue en Hispania un fenómeno urbano”. De hecho, la mayoría de los pavimentos musivos del ámbito

meseteño han aparecido en *villae* tardías, lo que ha sido puesto en relación con un desplazamiento del eje económico del Mediodía peninsular al centro durante ese periodo (BLÁZQUEZ, 2008, 92, con abundante bibliografía sobre estas cuestiones).

Al estudiar el fragmento musivo con rectángulo y lanza de la *villa* de Los Quintanares (Soria), de la segunda mitad del siglo IV d.C., J.M. Blázquez y T. Ortego (*CMRE* VI, 1983, 34, lám. 34, n.º 27) traen a colación uno de los mosaicos de Alcázar de San Juan, que lleva incorporada una guirnalda dentro de un rectángulo, tipológicamente similar.



Fig. 26. Mosaico decorado con peltas contrapuestas. Foto: PMC.

En su análisis de los fragmentos que habían sobrevivido a distintos avatares desde su extracción en los años '50, J.M. Blázquez (*CMRE* V, 1982c, 23-24, fig. 13, láms. 1, 2, 44, n.º 13, a cuyas referencias bibliográficas remitimos) aporta una amplia relación de paralelos, pertenecientes, sobre todo, al siglo IV d.C. Así, el mosaico decorado con cuatro peltas contrapuestas entre cuyas espirales se intercala una cruz, comprendidas en cuadrados enmarcados a su vez por rectángulos con cables de doble cuerda en su interior y bandas laterales

constreñidas por una cenefa de línea ondulada (fig. 26), es equiparable a un ejemplar de Liédena (Navarra), a otro de Aguilafuente (Segovia), con el mismo tipo de cinta serpentiforme, como consigna dicho autor, y a un ejemplar de la *villa* de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia). El sistema de calles horizontales logradas a base de cuadrados definidos por trenzas insertas en rectángulos está muy repartido geográficamente, p. ej., se documenta en la *villa* de Solana de los Barros (Badajoz). Motivos de rosetas cuatripétalas y flores de loto aparecen en un pavimento de Jimena de la Frontera (Cádiz). Encontramos términos de comparación de este mosaico de peltas alcazareño en uno de la Casa del Mitrreo (Mérida), de fines del siglo II o principios del III d.C., y en otro de Lyon, de la segunda mitad del siglo II d.C., lo que demuestra la dilatada vida de estos arquetipos, que adquirieron un éxito ininterrumpido.



Fig. 27. Fragmento musivo con flores de loto, hojas de acanto y de hiedra. Foto: PMC.

La temática compositiva de otro de los pavimentos musivos de Alcázar es un entramado de recuadros contorneados por cintas onduladas o bien por capullos de loto alternos, a su vez bordeadas por largos tallos con zarcillos y

hojas de hedera contrapuestas. En los cuadrados se inscriben rosetones de cuatro pétalos sobre aspa de cuatro hojas de acanto, con cruces aisladas o en grupo intercaladas entre las hojas (fig. 27). De este ejemplar se conservan apenas unos fragmentos (BLÁZQUEZ, *CMRE V*, 1982c, 24, láms. 3-4, 44, n.º 14 y 15). Es obvio su parentesco con otro procedente del yacimiento arqueológico de Los Cipreses (Jumilla, Murcia), remontable a mediados del siglo IV, aunque muestra algunas variantes (BLÁZQUEZ, *CMRE IV*, 1982a, 76-77, lám. 35, n.º 82).

M.C. Fernández Castro (en BLÁZQUEZ, *CMRE IV*, 1982a, 71) afirma que “es relativamente frecuente en habitaciones de un cierto lujo la cuadriculación del espacio mediante dos ejes transversales”. Por lo tanto, siguiendo ese hilo argumental, ese tipo de subdivisión del solado que cubría este ambiente podría ser indicativo de su posible carácter preeminente.



Fig. 28. Composición con motivos vegetales y peltas. Foto: PMC.

Otros dos paños de mosaico procedentes de este enclave alcazareño, a los que J.M. Blázquez (*CMRE V*, 1982c, 24-25, láms. 5 y 44, n.º 16) adjudica

una cronología del siglo IV, están decorados con capullos y tallo enrollado en espiral (figs. 28-29). Algunos detalles recuerdan a un mosaico de Cherchel, en Argelia (DUNBABIN, 1978, 114-115, 254, lám. XL, 102), para el que se ha propuesto una datación en torno al 200-210 d.C. Esos mismos motivos florales se hallan en el mosaico del *Dominus Iulius*, de Cartago (DUNBABIN, 1978, 62, 119-121, 252, lám. XLIII, 109), fechado entre el 380 y el 400, también en un segundo mosaico de Cartago, el de los Meses y Estaciones, adscrito a la segunda mitad del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 121, 251, lám. XLIII, 110) y en tres ejemplares de Tabarka, de cronología avanzada (fines del siglo IV o principios del V, DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, láms. XLIV, 111-112; XLV, 113). Muy parecido es el mosaico paleocristiano de San Leucio, en Canosa.

Dentro de nuestras fronteras, esta decoración vegetal se puede cotejar con la de un mosaico de la *villa* de El Romeral (Albesa, Lérida), del último cuarto del siglo IV (PITA y DÍEZ-CORONEL, 1964-65, 185, láms. XXXIII 4, XXXIV; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 16-18, láms. 1-3, 5, 21-22, n.º 4 y 9), también con otros de la *villa* toledana de Rielves (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, figs. 35 y 39), de la navarra de El Ramalete (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 62-63, fig. 9, lám. 55, n.º 43; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 194), de la de El Hinojal (Mérida), de análoga cronología (BLANCO, 1978b, 51-52, fig. 5, n.º 64), asimismo, del siglo IV son los de la *villa* leonesa de Quintana del Marco (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, lám. 13, n.º 22-23) y de la vallisoletana de Almenara de Adaja (MAÑANES y NEIRA, *CMRE* XI, 1998, láms. 6-7, n.º 6; lám. 8, n.º 7; lám. 11, n.º 15).



Fig. 29. Tres fragmentos musivos. Foto: PMC.

Algunas de esas guirnaldas vegetales muestran ciertas particularidades. Es el caso de unos cuernos vegetales ceñidos en su parte más ancha por un aro o zarcillo, mientras que en el borde de los roleos de acanto hay líneas paralelas algo curvadas que acaban en un apéndice perpendicular (fig. 29 izq.), indicando de ese modo la inclinación de las plantas, similar a la temática utilizada por la *officina* artífice de numerosos mosaicos del área noroccidental de la Península, para evocar el movimiento de las aguas (ACUÑA, 1974, 24-27). Este motivo floral es bastante peculiar (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 24-25, láms. 5 y 44, n.º 16), si bien recuerda a uno representado en dos tapices de La Olmeda y en otro de Cabezón de Pisuerga (Valladolid), encuadrados entre mediados y segunda mitad del siglo IV (TORRES CARRO, 1988, 187-188; MAÑANES y NEIRA, *CMRE* XI, 1998, láms. 14-15, n.º 17), también con hojas de acanto bordeando cuadrados de lados curvos como las de algunos de estos mosaicos de Alcázar (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, fig. 15, láms. 7-8, n.º 17), incluidos los dos inéditos que denominamos A y B, descubiertos en 1982 (*vid. infra* capítulo VII.2).



Fig. 30. Mosaico con hojas de acanto y flores de loto. Foto: PMC.

Varios fragmentos pertenecientes a tres mosaicos alcazareños distintos, pero semejantes en su contenido gráfico, exhiben esquematizaciones vegetales y florales (hojas de acanto y flores de loto) delimitadas por cuadrados (fig. 30), con variantes tales como zarcillos, cuadrados curvilíneos con flores de ocho pétalos en el centro... (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 25-26, figs. 14-15, láms. 6-9, n.º 17). Alcanzó particular fortuna en la musivaria tardía, en mosaicos como el de Orfeo, de *Leptis Magna* (AURIGEMMA, 1960, 32, lám. 106), tres de Lyon (STERN, 1967, 21, 49 y 95, láms. III-IV, XXXV, LXIX), uno de Biches (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 127, lám. LXXIV) y los de Montmaurin (BALMELLE, 1980, 105, lám. XLIV). El motivo de las flores de loto entre hojas puede verse en algunos mosaicos de Lyon, del periodo severiano

(STERN, 1967, 107, lám. LXXVIII), de Valentine, que basculan hacia finales del siglo IV (BALMELLE, 1980, 122, láms. LXI, LXVIII, LXX) y uno de Lescar, cuya cronología ronda entre fines del IV o principios de la siguiente centuria (BALMELLE, 1980, 138, láms. LXXVI, LXXIX-LXXX), todos ellos en Aquitania. Cuatripétalas entre flores de loto se reproducen en un pavimento de la *villa* de Pedrosa de la Vega y las peltas en otro de los mosaicos de La Olmeda, donde también se atestigua la orla con flores de loto (PALOL y CORTES, 1975, 114, figs. 10 y 21, láms. LXXVII- LXXI, LXXIII-LXXVI), e igualmente en uno de Sousse (FOUCHER, 1960, 37, lám. XVII c). Rosetones con hojas de acanto y círculo en el centro aparecen en ejemplares de Lyon, Langres y otros de la provincia gala de la *Belgica* (STERN, 1967, 43, lám. XXXVIII; 1963, 115, lám. LXXI). Las hojas lanceoladas combinadas con zarcillos son muy habituales en mosaicos bajoimperiales, como los de la Basílica de la Isla de Ilissos, de mediados del siglo V, de idéntica cronología que los de la *villa* del Jardín Nacional de Atenas, el del *Gymnaseion* (Atenas), fechado en la primera década del siglo, y uno de Delfos, de los siglos VI o VII (SPIRO, 1978, 26, 45 y 251, láms. 23, 45 y 47, 289-290, respectivamente). El cuadrado de lados curvos, con hojas y zarcillos, es afín al de un mosaico emeritense de la Casa del Anfiteatro, del siglo III (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 44, láms. 72-73, 101 A, n.º 39), y la banda de cuadrados enrollada tiene concomitancias con la de un pavimento de la *villa* soriana de Los Quintanares (BLÁZQUEZ, *CMRE* VI, 1983, 22-23, lám. 4, n.º 6).

La banda ondulante con flores de loto (o a veces sin ellas) se asemeja a la del mosaico de la tumba de *Theodoulos*, en Sousse, con flores de loto alternas (DUNBABIN, 1978, lám. F), asimismo, a la del lienzo musivo de la *prothesis* de la Iglesia de Santa Maria delle Grazie, en Grado (MIRABELLA-ROBERTI, 1975, 203, lám. LXX), a la de otro de Constantina, el del Triunfo de Neptuno, datado en torno al 315-325 d.C. y Tabarka (ROMANELLI, 1965, lám. 284 a). Tampoco falta en Utica, en un ejemplar de los siglos III-IV (ALEXANDER y ENNAÏFER, 1973, 14, lám. II, 8), en uno de Baalbek, fechado a finales del siglo IV, *Sabratha* (Libia, AURIGEMMA, 1960, lám. 21), en mosaicos italicenses de principios del siglo III (BLANCO, 1978a, 32, láms. 20, 23-27) o en la *villa* de Las Tamujas, en Malpica de Tajo, Toledo (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 47, fig. 22, n.º 33).



Fig. 31. Mosaico con motivos geométricos, vegetales y florales. Foto: PMC.

La ornamentación de otro de los fragmentos musivos alcazareños consta de rectángulos en espiral, como los de un mosaico de Huerta del Otero (Mérida) y otro de la *villa* de Los Quintanares (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 26-27, lám. 10, n.º 18). Tiene, además, una ancha onda de cinta con corolas tetrapétalas, hojas lanceoladas, zarcillos y flores de seis pétalos (fig. 31). Está acotado por una serie de rombos y elipses.

A su vez, en la orla se despliega una hilera de peltas alternantes, de apariencia muy próxima a la de un mosaico de Mérida, del siglo IV (BLANCO, 1978b, 47 ss., lám. 52), junto a una franja con tallos en espiral, como la de otros dos mosaicos de Lyon (STERN, 1967, 21 ss., láms. III-IV; 43 ss., lám. XXV), datados, respectivamente, en la primera mitad del siglo III y en la segunda mitad del siglo II d.C.

Otro fragmento de este mismo mosaico corresponde a una de sus esquinas, cuyo borde recorre una greca de guiloché (fig. 32). En el ángulo interior hay una flor de loto (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27, lám. 44, n.º 19).

En la cenefa perimetral del mosaico del pórtico de Apamea (Siria) se interponen círculos entre flores de loto (DULIÈRE, 1969, 127-128, láms. LV 1; LVII-LVIII, 1; 1974, láms. II, 1, 3-4; III-V, 2-3; VI; XIII, 1; XVIII; XIX, 2; XXII; XXIV, 1; XXVI). Parejas de flores de lis que guardan cierto parecido con éstas constituyen el motivo central de algunos hexágonos en un mosaico de la *villa* leonesa de Campo de Villavidel (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 21-23, láms. 5 y 25, n.º 5). La guirnalda que se ajusta al perímetro de la exedra del *oecus* de la *villa* cordobesa de Fuente Álamo tiene flores de lis incluidas entre los roleos de hojas de acanto (SAN NICOLÁS, 1994, 1299). Uno de los lienzos musivos de la espléndida vivienda señorial de Los Quintanares (Soria) está decorado con estilizadas flores de loto idénticas a las de Alcázar, pero combinadas con hojas lanceoladas, dentro de cuadrados (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 28-29, lám. 29, n.º 16).



Figs. 32-33. Diversos paneles musivos. Foto: PMC.

En otros tres fragmentos de un pavimento en *opus tessellatum* recuperado por J. San Valero (fig. 33), el modelo está organizado mediante una serie alternativa de filas de rombos y otras de hexágonos alargados, enmarcados por una línea de postas de enrollado múltiple (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27, láms. 11-12, 45, fig. 16, n.º 20). Estas ondas de giro múltiple del cerco exterior (BALMELLE *et alii*, 1985, 156, lám. 101 c) constituyen una sencilla decoración ampliamente utilizada por los musivarios romanos. Sin ir más lejos, la orla de un ejemplar de una *domus* de La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real) es análoga a ésta (ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 72, fig. 25).



Fig. 34. Mosaico con coronas, *in situ*. Foto: PMC.

De entre los pavimentos musivos exhumados por J. San Valero (1956, 195-199) y estudiados después por J.M. Blázquez (*CMRE* V, 1982c, 23-27, figs. 13-17, láms. 1-13, 44-45, n.º 13-21), éste describe, por último, un **mosaico con coronas** (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27, fig. 17, láms. 13 y 45, n.º 21), de dimensiones desconocidas (“no se ha podido medir”, explica el autor). Al respecto, el único dato concreto del que disponemos es que los cuadrados alternan con coronas de 0,82 m de diámetro.

De temática homogénea, el campo musivo está repartido en una serie de guirnaldas y cuadrados que comprenden representaciones florales (figs. 34-35).



Fig. 35. Mosaico de las coronas. Foto: PMC.

J.M. Blázquez nos proporciona algunos paralelismos, que le sirven de orientación a la hora de atribuirle una cronología del siglo IV d.C. Este sistema compositivo está emparentado con el de varios mosaicos paleocristianos de

Misis Mopsuhstia, en Cilicia (BUDDE, 1969, figs. 26-27, 45-48, 50-58, 64, 71, 112) y con otros de Aquitania, en Montmaurin, La Hillère..., pertenecientes al segundo cuarto del siglo IV d.C. (BALMELLE, 1980, 84 ss., láms. XXXIV-XXXVII). Las flores son idénticas a las de un mosaico de Carpentras (Narbona), datado en la primera mitad del siglo III (LAVAGNE, 1979, 85 ss., lám. XXVI, 2). Puede reconocerse el mismo patrón en un ejemplar de Liédona, aunque lleva guiloches en el contorno de todas las figuras geométricas, que albergan cruces de Malta o cuatro flores de lis unidas (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 44-48, lám. 28, n.º 24, donde dichos investigadores hacen alusión a este mosaico alcazareño “con sogueados en los rombos y coronas en los círculos”, cfr. otras referencias en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 33-34; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 41; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 23).

La descripción y recopilación de paralelos formales realizada por J.M. Blázquez (*CMRE* V, 1982c, 23-27) complementa y amplía el estudio llevado a cabo años antes por J. San Valero, difiriendo, no obstante, en la datación adjudicada por cada uno de ellos a la serie musiva, como ya hemos comentado.



Fig. 36. Mosaico de las coronas de laurel. Dib.: García Bueno.

Hasta aquí hemos seguido el análisis de J.M. Blázquez. Profundizando en el mismo podemos añadir, por nuestra parte, que el marco de este mosaico, recreado aquí⁶ (fig. 36), consiste en una ancha faja recorrida por un tallo ondulante continuo dibujado con una fila de teselas negras y otra de teselas rojas, del que brotan zarcillos entrelazados con hojas de hiedra, alternativamente en oposición de colores rojo y negro. El abigarrado diseño de este lienzo se plantea como una secuencia de coronas de laurel y grandes cuadrados apuntados, en cuyo derredor se distribuyen cuatro peltas. Forman una composición ortogonal confeccionada a base de colores cálidos, con triángulos y medios círculos (coronas de laurel partidas) adosados a uno de los laterales. Las coronas de laurel son de cuatro hojas sobre fondo rojo, con bordes dentellados. Engloban círculos trazados, respectivamente, de fuera a dentro con tres filetes de teselas blancas, un hilo de teselas negras y otro de teselas rojas, donde se inscribe una cruz de Malta (cuatro triángulos

dentellados ribeteados por una hilera de teselas negras y enlazados por una tesela de color negro, sobre fondo blanco, fig. 37).



Fig. 37. Detalle de una de las coronas. Foto: PMC.



Fig. 38. Detalle de algunos motivos decorativos. Foto: PMC.

En esta sucesión de coronas y cuadrados al bias, alternan un cuadrante que ostenta un cable de dos cabos, sobre fondo oscuro, a continuación una corona y después otro cuadrado con una cenefa ondulada. En ambos casos, los recuadros encierran otro cuadrado apoyado sobre el vértice que acoge en su interior una flor estilizada policroma de ocho pétalos lanceolados, con

círculo en el centro. Como decoración subordinada, en cada uno de los lados exteriores de estos cuadrados hay una pelta rematada en espiral, formando cuatrilóbulos de peltas afrontadas en torno a dichos cuadrantes. Un elemento floral complementario (flores de lis muy esquemáticas) llena los espacios vacíos que se generan entre las guirnaldas de laurel y las parejas de peltas contrapuestas, enfrentadas por sus lados convexos en el intermedio de un cuadrado y el consecutivo (fig. 38).

Pertenece a un esquema organizativo muy extendido en la musivaria romana. Algunos de los más allegados al sentido decorativo del nuestro son un mosaico báquico de Valencia de Alcántara (Cáceres), fechado a finales del siglo III o principios del IV d.C. (GONZÁLEZ CORDERO *et alii*, 1990, 317 ss., figs. 3, 9, 10, 20), y el mosaico con busto de Talavera de la Reina (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 43-46, fig. 21, n.º 31, con paralelos), aunque en éste los círculos no contienen hojas de laurel, sino guiloches, e igualmente difieren los motivos geométricos que llevan al centro las coronas y los cuadrados sobre el ángulo. Asimismo, este modelo se puede cotejar con el de un mosaico geométrico de la villa de Las Tamujas, en Malpica de Tajo, Toledo (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 47, fig. 22, n.º 33; PALOMEQUE, 1955, 305-317), en el que se suceden alternativamente coronas de hojas con una circunferencia en su interior y cuadrados de lados recorridos por cenefas de ondas, envolviendo una flor cuatripétala o bien diversas figuras geométricas, pues la decoración interior presenta algunas variaciones (nudos de Salomón, cruces...) respecto a la del mosaico alcazareño. En los espacios intermedios entre las coronas y los cuadrados hay peltas similares a las de este ejemplar y también flores de loto intercaladas entre las peltas contrapuestas. En otro pavimento musivo de la villa de Las Tamujas, configurado a base de peltas (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 47-48, láms. 36-37, n.º 34), aparece una orla de hojas de hiedra exacta a la del mosaico de las coronas de Alcázar. En opinión de este especialista en la materia, todas estas creaciones musivas son obra de la misma *officina*, al igual que el mosaico de las Cráteras de la villa vallisoletana de Prado, datado en la segunda mitad del siglo IV d.C. (TORRES CARRO, 1988, 181-192, figs. 1-3, láms. II-III), donde se combinan círculos y cuadrados al bias. A lo largo de su ancha banda de demarcación se desarrolla un repertorio de círculos circundados por cables de dos cabos, alternando con

cuadrados sobre el vértice, tangentes. En vez de peltas, aquí los espacios vacíos se rellenan con triángulos. El centro de algunos de esos círculos está recargado con cuadrifolios sobre cruces rojas. En el cuadrado situado en medio hay guirnalda de laurel de cinco hojas, con bordes dentellados como las de Alcázar, discurriendo entre dos círculos concéntricos. Guirnalda circular de hojas y flores de lis se pueden contemplar en varios mosaicos de este mismo establecimiento rural (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 53-56, láms. 20, 39, n.º 22; 61-62, láms. 24, 40, n.º 25, con paralelos). Coronas de laurel que comprenden capullos y flores cuatripétalas decoran un pavimento de otra villa vallisoletana, la de Almenara de Adaja (DELIBES y MOURE, 1973, 29, láms. I-III). En uno de sus mosaicos, el de las cuatro guirnalda circular, hay coronas de laurel de cinco hojas sobre fondo oscuro. La corona de los medallones que ocuparían la sección central de la alfombra de esa sala rectangular es del mismo tipo de la documentada en Alcázar y similar, asimismo, a las de algunos pavimentos musivos de la villa de Cuevas de Soria, diseñados a base de círculos sogueados secantes a rombos delimitados también por sogueados (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 63-65, 76-77, figs. 6, 19, n.º 55 y 70). En los ángulos de los cuadrados de un mosaico de Almenara, alrededor de la corona de laurel de los medallones hay flores de lis esquemáticas flanqueadas por dos hojas de acanto muy geometrizadas, semejantes a las del mosaico estudiado. El cerco circular menor de uno de los medallones está centrado por una roseta y otro, por una flor de ocho pétalos (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 21-23, láms. 7, 27, n.º 6), variantes de la decoración interior de los denominados, respectivamente, mosaico de las coronas y mosaico A de Alcázar (*vid. infra* capítulo VII.2), donde el elemento ornamental es una cruz de Malta. En el piso de la estancia octogonal se combinan franjas de cálices opuestos y otras de hojas de laurel (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 29-34, lám. 11, n.º 15). En otro pavimento de ese mismo conjunto musivo vallisoletano, del siglo IV d.C., dos flores de lis contrapuestas, muy estilizadas como éstas de Alcázar, se insertan dentro de hexágonos oblongos que configuran una retícula en “nido de abeja” (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 19, fig. 4, lám. 4, n.º 4). Hexágonos y guirnalda confeccionadas con hojas de laurel se reproducen en un ejemplar de El Romeral (PITA y DÍEZ-CORONEL, 1964-65, láms. LXXXIV,

4; XXXVI, 1). A su vez, la disposición general del mosaico emeritense de la calle del Salvador consiste en una serie de seis coronas de laurel y cuatro recuadros alternos, decorados con aves y definidos por un sogueado de dos cabos (BLÁZQUEZ, 2005-2006, 267-269, fig. 5). Coronas, algunas de ellas de hojas, cubrían el mosaico itálico del Circo (BLANCO, 1978a, 55-56, láms. 61-67). También tiene ciertas similitudes compositivas con el nuestro un ejemplar de Magazos, depositado en el Museo de Ávila, donde las coronas de hojas están comprendidas en cuadrados bordeados por cables (BLÁZQUEZ, 2005-2006, 268-269, figs. 6-7). El campo musivo de un ejemplar de Villafranca ofrece un temario de cuadrados y octógonos, con coronas de laurel y otros motivos en el interior de estos últimos (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 75-77, fig. 12, láms. 44-45, 47, n.º 50). Cabe reseñar puntos en común con el mosaico de Azuara, en Zaragoza (BLÁZQUEZ *et alii*, 1993), el de Sta. Cristina de la Polvorosa, en Zamora (REGUERAS, 1990, 651-654, fig. 9, lám. V, n.º 2), el mosaico de Leda y el cisne, de Alcalá de Henares (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984), pese a que se observen algunas variaciones respecto al de Alcázar.

Esa alternancia de círculos y cuadrados, aunque los primeros enmarcados por un cordón sustituyendo a las guirnalda de laurel, está atestiguada en la cenefa del citado mosaico de Liédena, como hemos señalado líneas arriba (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 44-48, lám. 28, n.º 24; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 29-31, lám. XI). La misma combinación (inclusive con motivos florales de hojas lanceoladas, flores de lis...) se da en un pavimento de la villa leonesa de Campo de Villavidel: “el esquema compositivo de este pavimento se encuadra en el grupo denominado por Salies Bandkreuzgeflecht III, que a partir de mediados del s. II se concentra en la mitad occidental del Imperio, documentándose en las provincias del N. en los ss. II y III, en África con ejemplares que se datan del s. II al V, y en Italia - concretamente Aquileia- con una cronología en los ss. IV al VI (Salies, 1974, pp. 5, 117-120)” (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 23-24, fig. 6, láms. 6 y 25, n.º 6, que nos suministran algunos paralelos más, entre ellos, éste de Alcázar). Varios pavimentos de la villa de Los Quintanares (Rioseco de Soria), fechados en el siglo IV, nos recuerdan el diseño estilístico del nuestro, con la diferencia de

que en los sorianos está formado por círculos con guiloches perimetrales, centrados por cruces de Malta. En uno de ellos los huecos intermedios se rellenan con cuadrados apuntados de lados curvos (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 25-26, lám. 6, n.º 10), un segundo ejemplar presenta una secuencia de coronas de guiloches alternadas con otras que exhiben un dibujo de triángulos (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 26, lám. 7, n.º 11), en un tercero se reitera la combinación de coronas y cuadrados, aunque complementada con octógonos (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 26-27, lám. 28, n.º 12). Del mismo modo, coronas de guiloches, cuadrados de lados curvos y cruces de Malta decoran otro de sus mosaicos pavimentales (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 30, lám. 30, n.º 19). En uno de estos mosaicos de Los Quintanares la guirnalda de laurel delimita un rectángulo, no un círculo, como en el ejemplar estudiado (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 32-34, lám. 34, n.º 26, quienes observan la semejanza de este tipo de guirnaldas en sendos yacimientos de Los Quintanares y Alcázar). Orlas de guiloches, flores de loto, una corona de hojas de laurel y círculos concéntricos similares se pueden reconocer en otro ejemplar de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 35-37, lám. 11, 35-36, n.º 30). Asimismo, en un pavimento de otro complejo residencial soriano, Santervás del Burgo, se desarrolla una temática de peltas, cuadrados y círculos de guiloches con cruces de Malta en el centro (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 41-42, lám. 14, n.º 37). De nuevo, se suceden coronas de guiloches y cuadrados en un tapiz de Cuevas de Soria conocido tan sólo por un dibujo de Taracena, al que se ha adjudicado una cronología “en la frontera entre el siglo IV y el siglo V d.C.” (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 76-77, fig. 19, n.º 70).

Un pavimento musivo de la *villa* de Balazote (Albacete) tiene el mismo tratamiento estilístico, con círculos y cuadrados al bias, estos últimos flanqueados por cuatro peltas (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE VIII*, 1989a, 40-42, fig. 8, láms. 12, 23-25, n.º 31, donde se menciona precisamente el mosaico que nos ocupa como paralelo del albaceteño: “coronas sustituyen a círculos”). Series de círculos y cuadrados sobre la punta son las líneas maestras de un ejemplar de la *villa* de Torre Albarragena, en Valencia de Alcántara, Cáceres (GONZÁLEZ CORDERO *et*

alii, 1990, 320, fig. 3; 322, fig. 10; 328, fig. 20) y en otro de Figueira da Foz (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 72, n.º 28).

Se pueden rastrear formas de hacer similares más allá de nuestras fronteras, p. ej., en un mosaico galorromano de Ause (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 37-40, láms. VII-VIII, X), en pavimentos de distintas provincias de la Galia, como la *Belgica*, en Beçanson, Membrey, Orbe..., datados entre el siglo II e inicios del siguiente; igualmente, en uno de Saint-Colombe (LANCHA, 1977, 96, fig. 48).

En un mosaico de El Vilet (Lérida), actualmente desaparecido, pero del que nos ha llegado un dibujo de J. Folch y Torres, se representan guirnaldas de hojas de laurel donde se introducen diversas figuras geométricas, varias de las cuales son círculos circunscritos en cenefas onduladas parecidas a las que bordean algunos de los cuadrados del mosaico objeto de nuestra atención (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 23-24, lám. 9, n.º 24). Ese tipo de guirnalda se puede poner en relación con la de un ejemplar de la *villa Fortunatus* de Fraga, en Huesca (SERRA RÁFOLS, 1943, 20, lám. X). En un mosaico de San Martín de Losa (Navarra) volvemos a ver otra corona de laurel (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 76).

La trama musiva de un ejemplar de Villafranca (Navarra) son coronas de laurel -entre otra clase de orlas, tales como líneas onduladas gemelas a las que se despliegan en los cuadrados del mosaico alcazareño- dentro de círculos comprendidos en hexágonos combinados con cuadrados (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, lám. 44, n.º 50; láms. 45, 47, n.º 50 y 59). Dichas cenefas llevan al centro diversos motivos decorativos. Coronas de hojas constriñen motivos ornamentales en mosaicos de Navarra como el de las Musas (Arellano) o el de la habitación n.º 5 del Soto del Ramalete (Tudela), ambos del siglo IV (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 15-22, lám. 14, n.º 2; 69-73, 101-103, fig. 11, láms. 41-42, n.º 45). Dos guirnaldas constituidas por grupos de tres hojas lanceoladas, de entre las que sobresalen otras dos, con tonalidades contrapuestas, adornan el pavimento del vestíbulo de la *villa* de El Ramalete, sin embargo, difieren de las del mosaico de Alcázar al estar enlazadas (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 62-63, fig. 9, lám. 55, n.º 43). El campo del mosaico de la habitación octogonal de esa

misma *villa* está cubierto por ocho medallones dispuestos en torno a un gran medallón central, todos ellos circulares y ceñidos por guirnaldas de hojas con bordes dentellados (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 63-64, 68-69, fig. 10, láms. 39-40, n.º 44, con algunos paralelos africanos). En efecto, los autores ponen de relieve que la decoración vegetal del mosaico de *Dulcitius* responde a modas africanas, pues son habituales las cenefas de laurel en pavimentos tardíos del Norte de África, como más adelante tendremos ocasión de ver. También hacen referencia ambos investigadores a “un gusto por el tema de los círculos en la musivaria del Bajo Imperio” (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 47). Las guirnaldas de hojas forman parte de composiciones musivas norteafricanas de cronología muy avanzada, p. ej., la que enmarca un crismón en una basílica cristiana de Guelma (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 71).

Una banda de hojas lanceoladas bordea un cuadrado en torno a un círculo concéntrico delimitado por un guilche y una guirnalda de hojas en uno de los mosaicos de la galería n.º 76 de Liédena (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 48-49, lám. 30, n.º 25). P. de Palol (1975, 228, láms. LXXXVI-LXXXVII) pone de manifiesto que los “entrelazos y coronas de laurel constituyen un motivo muy rico y brillante”, consideración que podemos hacer extensiva al ejemplar alcazareño.

Coronas de laurel, flores y roleos vegetales decoran mosaicos de gran variedad cromática de la *villa* de La Malena (Azuara, Zaragoza), siendo uno de sus elementos más representativos (ROYO, 2001, 46-57, con la bibliografía especializada).

Tenemos otro exponente de coronas de laurel que albergan círculos de ondas en un mosaico de El Masnou, en Barcelona (BARRAL, 1978, 92, lám. LIII, n.º 71). Los temas de la guirnalda de laurel y de la onda figuran en el catálogo de C. Balmelle (BALMELLE *et alii*, 1985, lám. 89, f; 2002, I, 110, lám. 60). En opinión de A. Blanco (1978b, 30), es una derivación de la “cinta doblada”.

Un detalle compartido por el mosaico de Alcázar y otro de la *villa* de Aguilafuente (Sauquillo, Segovia), del que se conservan dos dibujos en la sede de la RAH (BLÁZQUEZ, 2005-2006, 272-275, figs. 11-12), es el motivo ondulado que define por el exterior algunos cuadrados. Éste se idéntico al de

un mosaico de Mérida del siglo III (BLANCO, 1978b, 30, lám. 11, n.º 8), al que rodea algunos de los elementos decorativos de otro mosaico emeritense, de la Huerta de Otero (BLANCO, 1978b, 49, lám. 88 B, n.º 57), datado a fines del siglo II o inicios del III, y al de otro de Balazote (Albacete), donde recorre el contorno de algunos de los círculos englobados en casetones en uno de los tres paños que integran su campo musivo (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, láms. 26-27). El mismo tipo de línea serpentiforme, pero determinada por dos círculos concéntricos y, a su vez, circunscribiendo otros dos motivos circulares, se plasma en un tapiz geométrico de la *villa* de La Sevillana (Esparragosa de Lares, Badajoz), del siglo IV, donde los círculos alternan con cuadrados de lados curvos (AGUILAR, 1991, 277, fig. 10).



Fig. 39. Detalle de la orla. Foto: PMC.

El follaje de hiedra de la orla perimetral es un motivo muy popular en la musivaria romana (fig. 39, a propósito del festón de hojas de hiedra, cfr.

BALMELLE *et alii*, 2002, I, 114, lám. 64 d; específicamente sobre el follaje de laurel y diversas variaciones de la guirnalda de laurel, 114, lám. 64 c; 141, lám. 89 b-e). Por poner un ejemplo hispano, entre la nutrida serie existente, está presente en el cerco exterior del mosaico decorado con una escena de caza en la villa de El Hinojal, del siglo IV (BLANCO, 1978b, 51-52, fig. 5, n.º 64).

Las cruces de Malta inscritas en coronas de hojas son igualmente un comodín que gozó de gran aceptación entre los musivarios, así, se registra su presencia en un mosaico de la Casa del Anfiteatro (Mérida), datado en el siglo III, en el centro de marcos circulares realizados con dos filetes de teselas negras (BLANCO, 1978b, 42, láms. 56 B, 57-61, n.º 31) o en otro lienzo de ese mismo ciclo musivo (BLANCO, 1978b, 44, láms. 72-73, 101, n.º 39), salpicado de cruces de Malta tanto en el ámbito central como en una de las franjas del contorno.

La decoración de cuadrados o rectángulos rodeados por peltas también disfrutó de una amplia acogida en todo el Imperio (cfr. BALMELLE *et alii*, 1985, 356, lám. 228 a-c; 229, lám. 230 d). Las peltas rematadas en espirales del mosaico estudiado tienen una apariencia muy próxima a las de algunos mosaicos lusitanos (DEL AMO, 1973, 117 ss., láms. XXIV-XXV), por citar un ejemplo (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.3, donde recopilamos algunos otros).

Son muy expresivos los puntos de contacto de este efectista mosaico con ejemplares extrapeninsulares. Círculos y cuadrados de lados cóncavos decoran el pavimento de una habitación de la *Domus* di Amore e Psiche en Ostia (BECATTI, 1961, lám. CCXXI). En el suelo de un corredor de Piazza Armerina, cuya cronología ronda el 310-330 d.C., hay guirnalda de laurel circundando prótomos de animales (CARANDINI *et alii*, 1982, foglio XIV). Están muy repartidos por el Norte de África los testimonios musivos de bandas de laurel entrecruzadas que determinan círculos u otras figuras geométricas, como es el caso de uno de Dougga (DUNBABIN, 1978, 99, 257, lám. XXXIII, 87), inscrito en un momento avanzado del siglo IV, otro de Thamugadi (ROMANELLI, 1970, lám. 266), el del Zodiaco, de *Hippo Regius* (DUNBABIN, 1978, 133, nota 11, 158-159, nota 117, 262, lám. LXII, 156), remontable a finales del siglo III o inicios del IV. Coronas de laurel que definen cuadrados curvilíneos adornan el mosaico de las Estaciones de la Casa de los Caballos, en Cartago (DUNBABIN, 1978, 159, 165-166, 253, lám. LXVI, 166-167) y en

otro ejemplar de Cartago con escena de ceremonia, fechado en torno al 320-340 d.C. (DUNBABIN, 1978, 142-144, 252, lám. LV, 139), unos *puttei* sostienen guirnaldas parecidas a las del mosaico que nos ocupa o a las de otro de *Lixus*, del siglo III, asimismo, a las de un ejemplar de Djebel Oust (FENDRI, 1965, 169, fig. 7) e igualmente pueden contrastarse en dos mosaicos de Utica (ALEXANDER *et alii*, 1973, láms. XXI A, XXXIV), el primero de ellos datado a finales del siglo IV o principios del V y el segundo, en la segunda mitad del siglo IV. Concretamente, en el de la Casa de la Caza de Utica, una orla de hojas de laurel rodea el campo de la alfombra (DUNBABIN, 1978, lám. K). Marcos de guirnaldas de laurel abundan en Sousse (FOUCHER, 1960, 204, lám. XLVI, 204, de finales del siglo II; 111, láms. LIX-LX, 244, de principios del siglo III) y se pueden contemplar en varios ejemplares de El Djem, uno de ellos de la segunda mitad del siglo III y otro acotado temporalmente entre el 280-300 d.C., también en la Casa del Océano, de Sfax, de mediados del siglo III, en el de Venus y las Estaciones, con línea de onda y guirnalda de laurel (DUNBABIN, 1978, 74, 126, lám. XXIV, 59; 122, lám. XLIV, 112; 125, 170, lám. XLVII, 118; 157, lám. LX, 153; 132, lám. LII, 132; 157, nota 110, 170, 258, lám. LX, 153), en uno de Tebesa, cronológicamente adscribible a comienzos del siglo IV, y en un mosaico de Tabarka, de las postrimerías del siglo IV o inicios del V. A su vez, en el mosaico de Venus y las Estaciones de El Djem, bandas de laurel confinan todo el panel rectangular y los casetones laterales, en tanto que una cinta ondulada envuelve el cuadro central (DUNBABIN, 1978, 157, nota 110, 170, 258, lám. LX, 153).

Otros testimonios de este estilo ornamental los encontramos en el Norte de África, entre ellos, enumeraremos uno de la *villa* del Nilo, en *Leptis Magna*, varios pavimentos de las basílicas cristianas de *Sabratha* (AURIGEMMA, 1960, 29-30, 46, láms. 35, 43, 76), un fragmento musivo conservado en el Museo de Cherchel u otro en el Museo del teatro de Guelma, procedente de las termas de una casa de Khamisa (BALLU, 1906, 187-189, fig. 1; BLANCHARD-LEMÉE, 1980, 50-51), de la Tripolitania, asimismo, algunos de Utica y de El Djem (FOUCHER, 1963, lám. VI b), en Túnez. Entre los de Utica cabe destacar uno que se puede encuadrar entre fines del siglo II-principios del III (ALEXANDER-ENNAÏFER *et alii*, 1973, 41-42, lám. XVIII, 44) y otro coetáneo del mismo (ALEXANDER *et alii*, 1980, 6-7, lám. IV; 50, lám. XXIX).

El detalle decorativo central de un mosaico pavimental localizado entre el *frigidarium* V y el *apodyterium* IV de *Pupput* (Hammamet) es un medallón circular con una corona de laurel de cinco hojas sobre fondo dentellado negro, que incorpora un círculo donde se incluye un florón de cuatro hojas y sépalos azules (ABED, 2005, I, 509-510, fig. 7 a). En este mismo complejo termal, el fondo del panel b del *frigidarium* V está poblado por círculos concéntricos con motivos ondulados como los del mosaico de Alcázar, combinados con cuadrados enmarcados por un cable de dos cabos (ABED, 2005, I, 508, fig. 6 b). Coronas de ondas embellecen un mosaico de *Thuburbo Majus* (ALEXANDER *et alii*, 1980, 111-112, lám. XLIII, n.º 87), datado por estos investigadores a comienzos del siglo III. Otros ejemplares de *Thuburbo Majus* reproducen, con algunas variaciones, este patrón geométrico en el que se plasman círculos, cuadrados apuntados y peltas (ALEXANDER *et alii*, 1980, 138, lám. LIII, de la primera mitad del siglo II I; 41-42, lám. XV, de finales del siglo II o inicios de la siguiente centuria; 82-83, láms. XXXII, LXXVIII; 54-55, láms. XXII-XXIII, n.º 42A, de idéntica cronología que el anterior).

Se aprecia en la estructuración del contenido gráfico de este tapiz una tendencia al *horror vacui* típica de las composiciones bajoimperiales.

Cabe sugerir, siguiendo la línea argumental de J.M. Blázquez (1993, 70-92, 219-222; 2005-2006, 271), que detalles decorativos como las coronas de laurel sean de raigambre norteafricana y cronología avanzada. A su juicio, acorde con el de otros especialistas (BLÁZQUEZ, 1986a, 474; 2008, 105-106; 2012, 84; BRUNEAU, 1984, 241-272), aunque no sea una opinión unánime (DUNBABIN, 1978, 220), esa influencia en la musivaria hispana tuvo lugar a través de los dibujos de cartones y no de artesanos llegados del África romana, pues los nombres que hasta ahora conocemos de los musivarios que trabajaban en la Península no le parecen de origen norteafricano, a excepción de un posible par de casos (BLÁZQUEZ, 1993, 91; LANCHÁ, 1984, 45-61; 1997, 165, lám. LXXI; sobre las intensas relaciones entre dichas provincias romanas, especialmente durante la Antigüedad Tardía, cfr. BLÁZQUEZ, 1977b, 467-494; 1978a, 647; 1992, 1186; 2005-2006, 280, con abundante bibliografía).

Los cuantiosos ejemplares, citados a modo ilustrativo, equiparables con estos mosaicos de Alcázar de San Juan, su homogeneidad estilística y la presencia reiterada de un repertorio ornamental común, evidencian, en suma,

una fuerte vinculación de las series musivas producidas por talleres que trabajaron en numerosos puntos de la Meseta, en Navarra, en Mérida... Tras analizar la selección de ejemplos que hemos ofrecido en las páginas precedentes, cabe resaltar, ante todo, las concomitancias apreciables entre pavimentos de las *villae* palentinas de Pedrosa de la Vega (PALOL y CORTES, 1974, 164, láms. LXXIV-LXXVI; 119, fig. 103, lám. LXXIII; PALOL, 1982, láms. 33-34, 41) y Quintanilla de la Cueva (GARCÍA GUINEA, 1977, 187-191), los de la vallisoletana de Almenara de Adaja (DELIBES y MOURE, 1973, 29, láms. I-III), los de las *villae* sorianas de Los Quintanares, Cuevas de Soria y Santervás del Burgo (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 25-26, lám. 6, n.º 10; 26, lám. 7, n.º 11; 26-27, lám. 28, n.º 12; 30, lám. 30, n.º 19; 41-42, lám. 14, n.º 37; FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 76-77, fig. 19, n.º 70), con los conjuntos pavimentales de Alcázar de San Juan y Puente de la Olmilla. Todos ellos constituyen algunos de los paralelismos más allegados a la estética de ambas series musivas de la Meseta meridional, dejan patente su pertenencia a la misma corriente artística y ponen de manifiesto que el ámbito geográfico objeto de nuestro estudio comparte las tendencias generales de la musivaria tardorromana hispana, fundamentalmente la de la Meseta Norte (Soria, Burgos, Valladolid, León...) y Navarra. Más adelante abordaremos de nuevo esta cuestión (*vid. infra* pp. 165-166 y capítulo XIV.5.2).

Todo el elenco descubierto en Alcázar tiene correlación con modelos de los siglos II-V d.C. e incluso reconocemos aspectos estilísticos similares en mosaicos de los siglos VI y VII, no obstante, debemos tener en cuenta la larga pervivencia de estos prototipos, con motivos subordinados utilizados durante un amplio lapso temporal, por lo que no ofrecen en sí mismos un criterio exclusivo de datación.

Sin embargo, el acendrado barroquismo con que se combinan esos elementos geométricos y vegetales en estos paneles musivos, produciendo una impresión de repetición al infinito, corresponde plenamente al gusto estético del Bajo Imperio. Concluyendo, a tenor de las características estilísticas de este ciclo musivo, nos adherimos a la propuesta de J.M. Blázquez de atribuirles una cronología tardía.

VII. INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA REALIZADA EN 1982

En junio de 1982, tras ser derribado un inmueble situado en el n.º 3 de la calle Carmen, con objeto de construir una casa, aparecieron nuevos vestigios arqueológicos y otros dos mosaicos pavimentales, que ahora pretendemos dar a conocer. Inmediatamente se acometió una intervención con carácter de urgencia⁷, llevada a cabo por un equipo técnico integrado por Rafael García Serrano, Alfonso Caballero Klink y Antonio Ciudad Serrano.

En un expediente depositado en el Archivo General de la Administración (caja 248), fechado el 8 de junio de 1982, Rafael García Serrano, Alfonso Caballero Klink y Antonio Ciudad Serrano solicitaron a la Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura autorización para practicar excavaciones “en los restos de la villa romana sita en el casco urbano de la localidad de Alcázar de San Juan, en el interior de una casa situada en la calle Carmen, que forma parte del conjunto descubierto y parcialmente excavado en el año 1952. (...) en fecha inmediata [el propietario] va a construir un edificio de nueva planta”.

En el diario provincial *Lanza* (17-7-1982) se reseña una noticia de interés, por lo que a continuación reproducimos un extracto de este breve artículo de prensa: “al realizar unas excavaciones para cimentar, hallaron los productores unos dibujos raros sobre unas planchas de diminutas piedras. Advertido el jefe de la obra, y ya empleando las debidas prevenciones, lograron extraer dichas planchas con el mínimo deterioro. Se llegó a la conclusión de que se trataba de otra serie de mosaicos romanos, similares en formato y colorido a los del siglo III, que fueron hallados en la inmediata calle hace treinta años. Notificado el hallazgo a las autoridades locales (...). Procediendo ahora a una mayor explanación del descubierto que ha dado un balance de controlar (...) una treintena de modelos, que formarán ya, con los extraídos en 1952. Fueron asistidos y asesorados por (...) Jerónimo Escalera, técnico de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura de Madrid (...)”.

VII.1. ANÁLISIS DE LA INTERVENCIÓN

Estos dos últimos mosaicos, que hasta el momento han permanecido inéditos y de los que más adelante ofrecemos un análisis pormenorizado, estaban cubiertos por una espesa capa de tierra arcillosa, de color rojizo. Ocupaban una superficie de aproximadamente 40 m².



Fig. 40. Dos tramos de los mosaicos A y B. Foto: PMC.

Pavimentaban sendos pasillos convergentes, formando un ángulo recto (fig. 40). Esto nos hace pensar que pertenecían a los brazos del peristilo de una residencia señorial, correspondiendo probablemente a la *pars urbana* de una *villa*. Así pues, aunque carecemos de confirmación arqueológica al no haberse emitido un Informe de los resultados de esa campaña de excavación, basándonos en los escasos datos disponibles, dichos mosaicos tapizarían dos de las galerías de circulación situadas en los flancos de un patio en el que quizás habría un *impluvium* para captar el agua de lluvia o bien un jardín, e inducen a suponer que esta edificación tendría un tejado a cuatro aguas, dejando libre la abertura del *compluvium* para permitir el paso de la luz y la lluvia, como generalmente sucedía en la tradicional casa romana. Este patio interior articularía

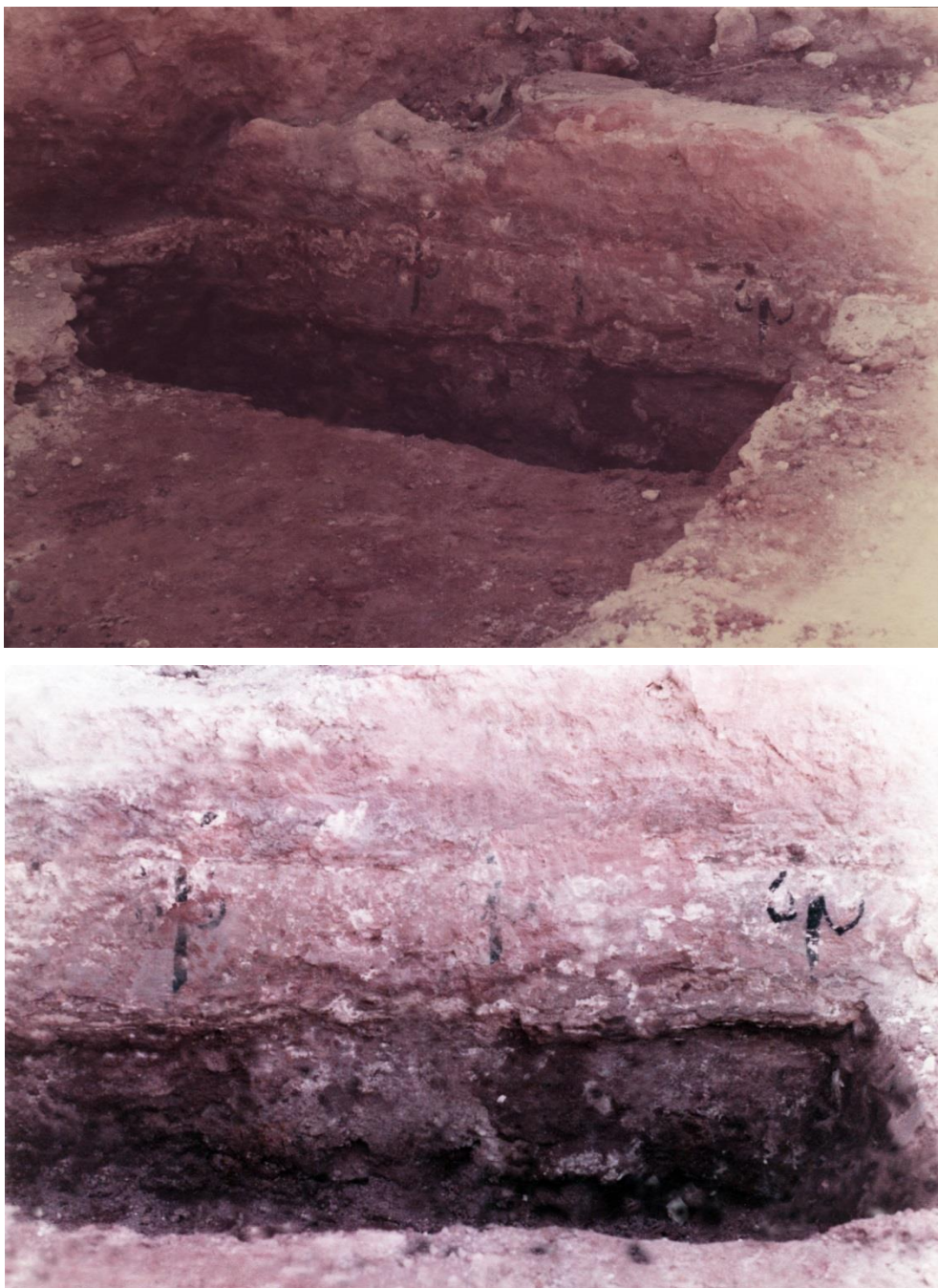
el área central de la vivienda (o, al menos, una sección de la misma), funcionando como núcleo determinante de la misma y distribuyendo el tránsito mediante esos elementos de vialidad interna que son los corredores que lo rodeaban.



Fig. 41. Estratigrafía del yacimiento. Foto: PMC.

Los mosaicos se hallaban a una cota de profundidad de -1 m respecto al nivel de superficie (como ya hemos indicado, sobre ellos había una potente capa de arcilla, fig. 41) y estaban delimitados por muros de mampostería de los que se habían conservado los cimientos y los zócalos, hasta una altura de unos 40 cm.

La anchura de dos de esos muros era de 0,52 m y la de una estructura asociada al mosaico al que denominamos B era de 0,66 m (les hemos asignado las letras A y B para referirnos a ellos). Estas estructuras, construidas con piedra local, tenían un revestimiento interior de estuco pintado, aunque apenas conocemos los esquemas de diseño de la decoración pictórica (figs. 42-43).



Figs. 42-43. Decoración pictórica parietal. Foto: PMC.

La fábrica de estos paramentos se componía de bloques de arenisca

(unos, amarillo-verdosos y, otros, rojizos) bastante irregulares, sin desbastar y de tamaño mediano. Como conglomerante se utilizó cal o barro. El alzado de estas estructuras murarias posiblemente se completaría con material latericio y tapial, dispuesto sobre los zócalos de piedra. También en el yacimiento de la Plaza del Torreón encontramos abundantes ladrillos romanos, deparándonos una prueba del empleo de esa técnica edilicia.

Asimismo, se recuperaron algunos materiales arqueológicos, bastante escasos, entre otros, cerámicas (común y de cocina, tanto romana como medieval, vajilla de mesa de *terra sigillata*, etc.), tejas, agujas de hueso, ruedas de molino, fragmentos de estuco con restos de pintura de intensa y variada policromía... (Lanza, 22 junio 1982).

VII.2. LOS PAVIMENTOS DE MOSAICO DESCUBIERTOS EN 1982

Así pues, la extensión documentada de los dos nuevos ejemplares era de unos 40 m² (fig. 44) y estaban relativamente bien conservados (figs. 40 y 45), por lo que se decidió proceder a su extracción, tarea que corrió a cargo de los restauradores Jerónimo Escalera Ureña y Francisco Gago Blanco (*vid. infra* nota 7). Después de su arranque fueron depositados en el Museo Fray Juan Cobo, siendo consolidados en los años '90 por la Escuela Taller *Complutum* (TEAR, de Alcalá de Henares), al haber sufrido un proceso de gran deterioro.

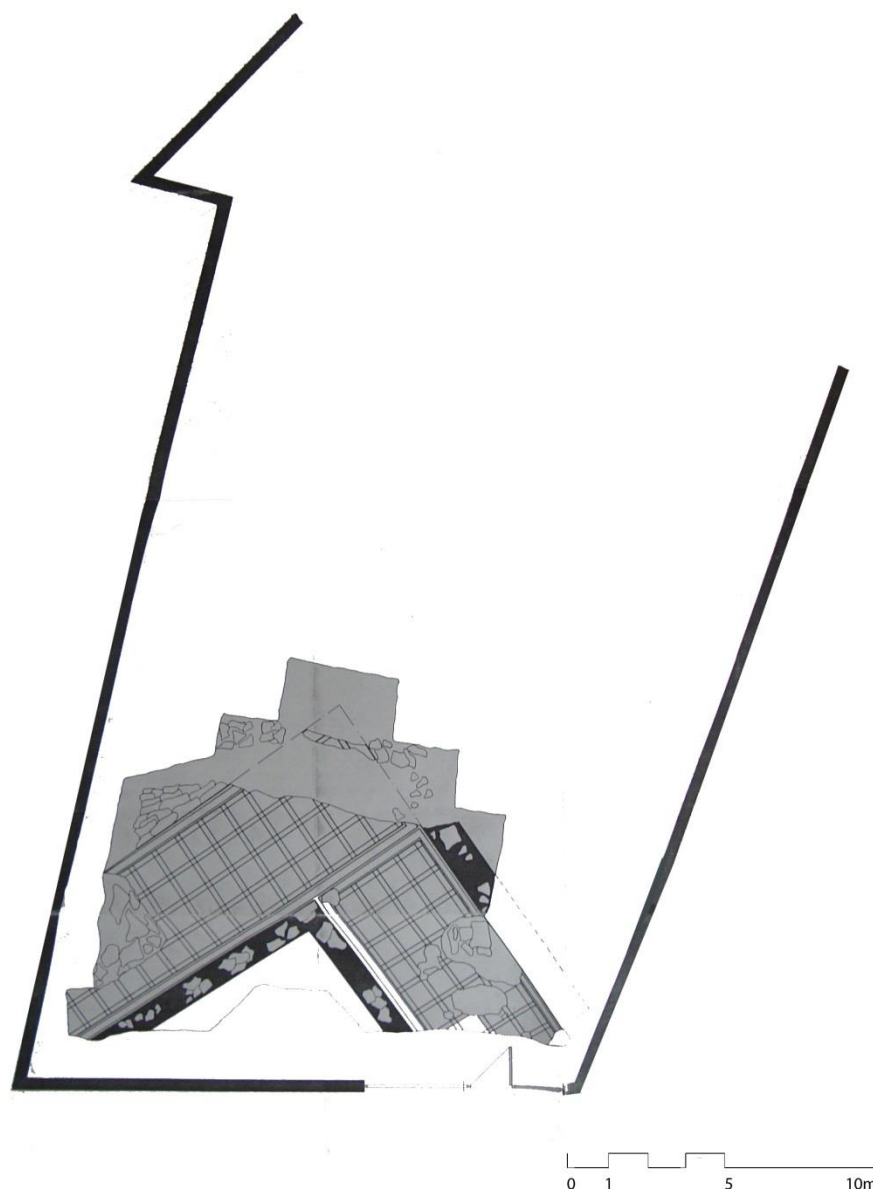


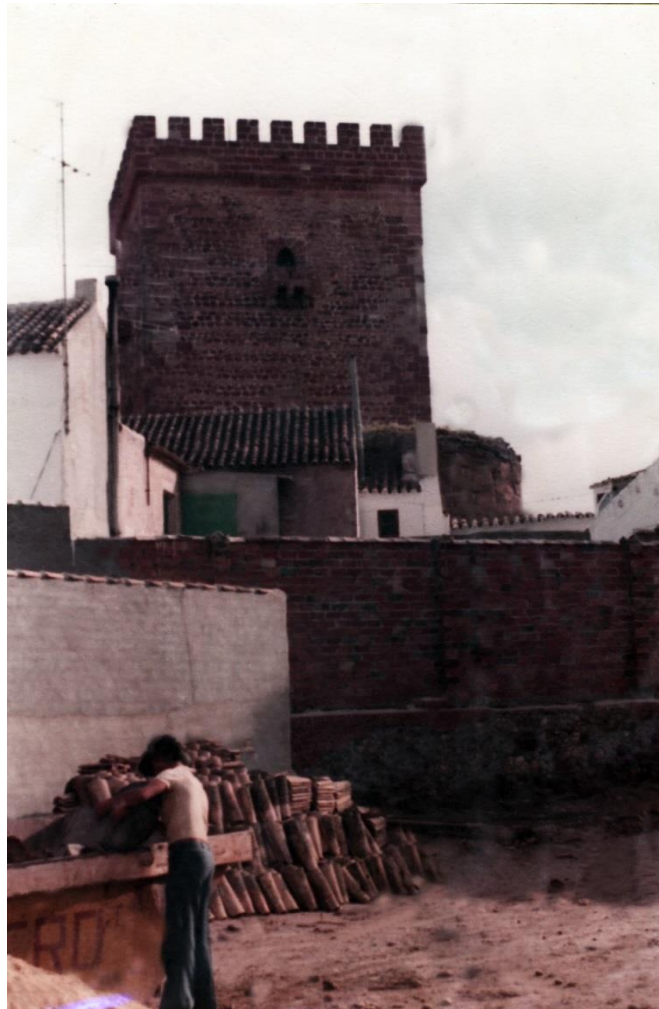
Fig. 44. Croquis de situación de los pasillos decorados con los mosaicos A y B. Dib.: PMC.

A ambos mosaicos se les adjudicó la misma cronología del primer ciclo musivo recuperado por el equipo de J. San Valero, en función de sus características estilísticas comunes, pues tenían una temática similar a la de los descubiertos en los años '50 (representaciones vegetales esquematizadas y motivos geométricos, muchos de ellos idénticos, baste contemplar las figs. 18-20, 50, 53 o 21 y 55). Cabe recordar, en este sentido, la opinión del excavador del primer lote de mosaicos (SAN VALERO, 1957, 216), en sintonía con la del Comisario General de Excavaciones, J. Martínez Santa-Olalla (SAN MARTÍN, 1953, 33), respecto a que el conjunto aparecido en 1952-1954 correspondía a

finales del siglo II o principios del III d.C., cronología que, insistimos, no concuerda con la emitida por la RAH y por J.M. Blázquez, esto es, el siglo IV d.C., que, también a nuestro entender, es la acertada, por las razones anteriormente expuestas.

Como se refleja en la documentación gráfica, ambos lienzos musivos presentaban una superficie regular bastante completa, salvo en el tramo de intersección, seguramente a causa de las referidas obras de cimentación, pues se podía observar la existencia de una zanja abierta a tal efecto, que había destruido el extremo de uno de ellos. Además, en algunos puntos, especialmente en las zonas más distantes entre sí, había algunas lagunas coincidiendo con la línea de fachada del inmueble moderno, una de cuyas paredes rompió la superficie musiva, como también puede apreciarse en algunas fotografías inéditas del hallazgo (figs. 46-47), resultando ser éstos los espacios afectados por mayores pérdidas de teselas.

Para proceder a su descripción les hemos asignado las letras A y B, con las que los denominaremos a partir de ahora.





Figs. 45-47. Mosaicos A y B. Foto: PMC.

Jerónimo Escalera Ureña, restaurador del Instituto del Patrimonio Histórico Español (Ministerio de Cultura, Madrid), que en colaboración con Francisco Gago Blanco (técnico del Departamento de restauración del MAN) procedió a la extracción de los mosaicos descubiertos en 1982, nos comunicó personalmente una esclarecedora noticia: una vez levantados los paneles musivos pudieron verse vestigios del estucado que recubría las superficies parietales; bajo uno de ellos apareció el fondo completo de una vasija cerámica con restos de pintura y otros muchos fragmentos de bases de recipientes cerámicos con pintura de colores rojo, ocre, amarillo, verde..., que los constructores romanos dejaron entre los materiales de relleno sobre los que se asentaría el piso elaborado en *opus tessellatum* (figs. 48-49). Estos hallazgos demuestran que el proceso de trabajo consistía en pintar primero las paredes y posteriormente pavimentar las superficies de circulación (acerca de esta problemática, cfr. GUIRAL y MOSTALAC, 1993, 365-392; GUIRAL, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 25-27; REGUERAS, 2013, 98-100). Igualmente, según sus informaciones, había un

rodapié con molduras estucadas y pintadas, que adornaba la zona inferior de los muros (fig. 50), y en el alzado de dichos paramentos había “líneas intermedias de ladrillos”.



Figs. 48-49. Cama del mosaico, con un relleno de fragmentos cerámicos. Foto: PMC.



Fig. 50. Restos del zócalo pintado, junto a la banda de enlace del mosaico A. Foto: PMC.

Jerónimo Escalera puso a nuestra disposición un boceto del dibujo (fig. 51), realizado *in situ*, de los pavimentos musivos que tapizaban sendos ambulacros y Francisco Gago, a su vez, nos facilitó las fotografías del proceso de arranque que obraban en su poder. Todo ello, junto a algún otro material gráfico depositado en la Casa de Cultura de Alcázar de San Juan, nos ha permitido restituir el diseño de estos mosaicos (figs. 52 y 54, con los dibujos elaborados a partir del croquis original) y estudiar su programa narrativo.

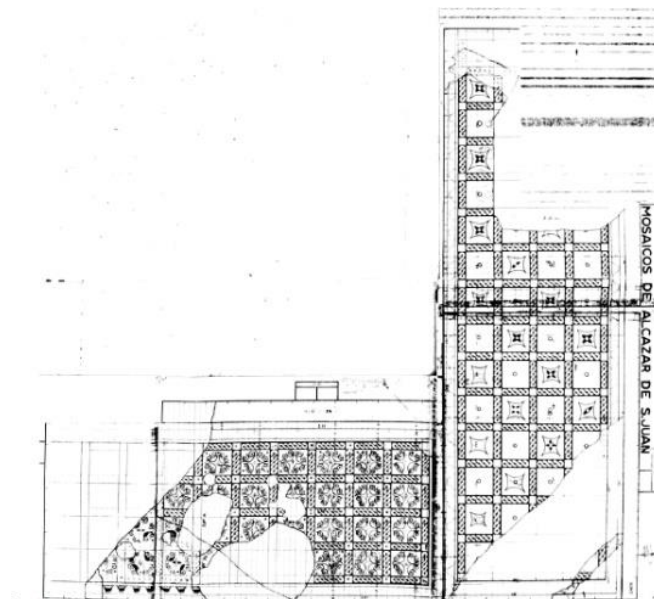


Fig. 51. Croquis de los mosaicos A y B. Dib.: Escalera Ureña.

VII. 2.1. DESCRIPCIÓN

MOSAICO A (fig. 52)

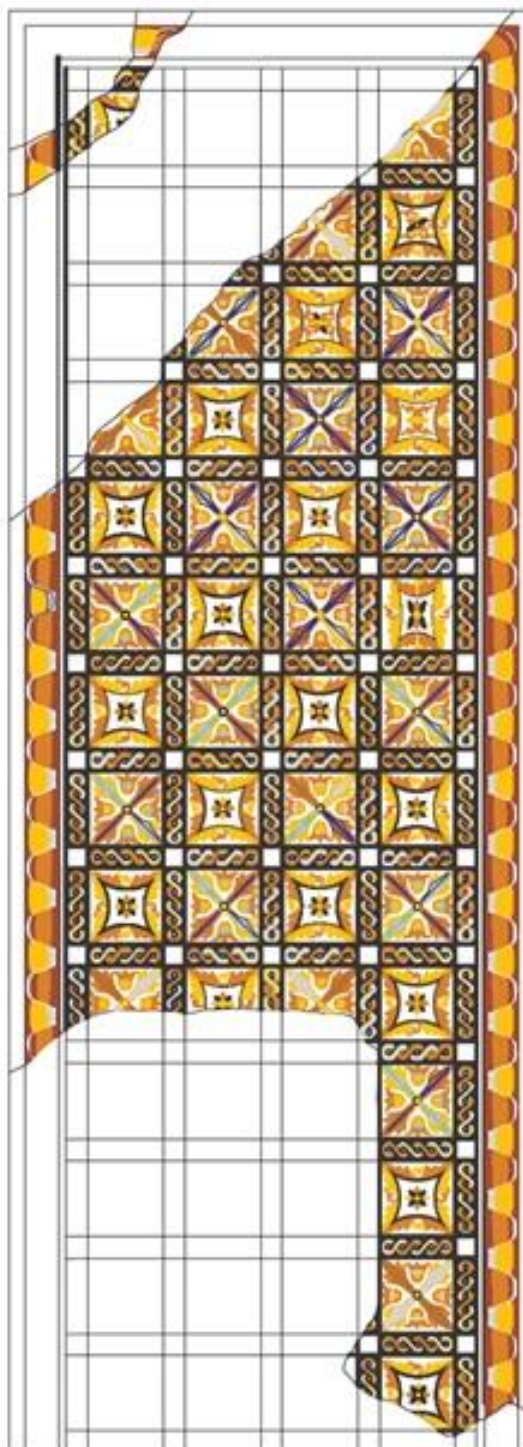


Fig. 52. Mosaico A. Dib.: García Bueno.

Mide 9,18 m de largo por 3,10/3,15 m de ancho (la anchura oscila ligeramente). Un marco rectangular de grandes teselas define, a modo de orla, el perímetro exterior de la alfombra, recorriendo los ejes longitudinales de la galería a lo largo de los muros. Se trata de una composición ortogonal rodeada por un filete de teselas blancas, de entre 3 y 3,5 cm de ancho, secundada al exterior por una cenefa de línea ondulada (ésta se va ensanchando desde los 14 cm que mide en un extremo del panel hasta alcanzar los 22 cm en el otro).

El extenso campo de la alfombra está cubierto por una serie de franjas paralelas de cuadrantes que forman un entramado de red donde se distribuyen motivos geométricos, vegetales y florales, a su vez bordeados por cordones de dos cabos encerrados en rectángulos cuyas dimensiones oscilan entre 46,5 y 50 cm de longitud por 12 o 13 cm de anchura. El espacio musivo está repartido en sesenta casillas de dimensiones mínimamente variables (unas de 46,5 x 49 cm, otras de 47,5 x 48,5 cm e incluso de 48,5/49 x 50 cm), dispuestas en cuatro calles horizontales superpuestas constituidas por quince casillas cada una (algunas de ellas desaparecidas debido a la existencia de varias lagunas), con pequeños cuadrados en blanco en los cruces de las calles. Inscritas en su interior se repiten secuencialmente dos estilizaciones vegetales distintas, de configuración folicular y floral. Una de ellas consiste en cuatro cálices trifidos bicromos, en ocre y rojo, contrapuestos, de los que no se representan los tallos. Muestran una variación cromática rotativa y se hallan intercalados entre cuatro largas hojas de acanto en aspa unidas por el botón central (representado como un pequeño círculo formado por cuatro hiladas concéntricas de teselas). Por la mitad de cada una de estas hojas se prolonga un marcado nervio realizado con una fila de teselas blancas. La corola de la flor consta de tres pétalos, siendo el del medio más corto y ancho que los laterales. Se distingue del cáliz propiamente dicho por el contraste de colores.

Esta combinación de elementos vegetales y florales alterna regularmente con un motivo de hojas de acanto trazado en torno a un cuadrado curvilíneo, emergiendo las puntas de estas hojas de sus cuatro ángulos y del centro de cada uno de los lados nacen tallos retorcidos en espiral. Estos cuadrados contienen flores estilizadas de ocho pétalos en los que se utilizan teselas de tres colores, con una rotación cromática en los rosetones de los diferentes cuadrantes (fig. 53).



Fig. 53. Detalle de la composición. Foto: PMC.

Estos dos prototipos se suceden alternativamente por todo el tapiz, con una pauta sistemática de concepción totalmente regular. En función de ese patrón general que articula la relación narrativa del dibujo, se puede hacer la reconstrucción ideal de toda la superficie musiva, pese a haberse perdido la decoración de ambos extremos del pavimento, dañado por unas obras hace varias décadas, como ya hemos comentado.

Finalmente, el mosaico de este corredor, al igual que el colindante, está delimitado por una ancha bordura donde se desarrolla el trazo continuo de una onda de semicírculos en alternancia de colores rojo-negro y ocre-negro, con el fondo en bandas horizontales. De tal forma, en la junta de los dos lienzos discurre una doble línea serpentiforme, que servía de demarcación espacial entre ambos. Es la representación esquematizada de una alineación horizontal de cálices alternativamente invertidos y adyacentes, a cada lado de una sinusoide. Mediante las variaciones de su policromía sus creadores procuraron darle relieve. Este detalle decorativo de la orla ondulada es una solución muy común en el repertorio musivo bajoimperial, como hemos podido observar en innumerables ejemplos (*vid. infra*).

MOSAICO B (fig. 54)

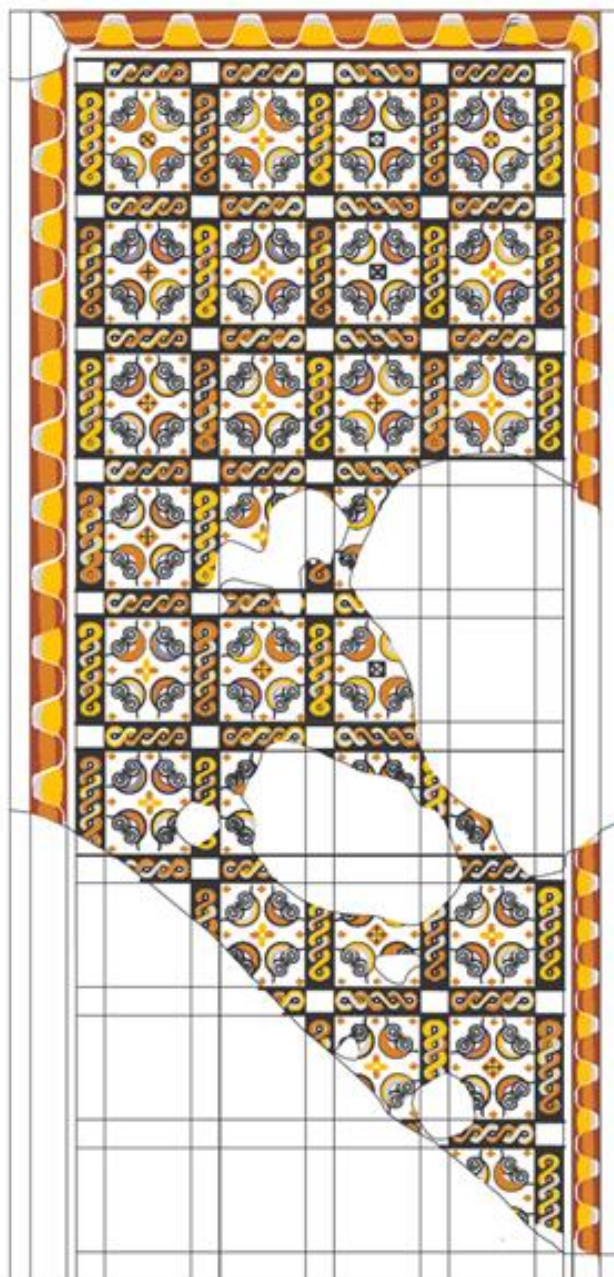


Fig. 54. Mosaico B. Dib.: García Bueno.

Por el lado más corto se ensambla transversalmente con el anterior, del que está separado por el mencionado festón de cinta ondulada, utilizado en la zona de unión de estos dos posibles deambulatorios de un peristilo. Decora un pasillo cuya longitud no se puede conocer con exactitud, pues durante la intervención realizada en 1982 sólo se descubrió un tramo de unos 5,75 m de

longitud por 2,88/3 m de anchura. Al igual que el primer mosaico, presenta una faja exterior de enmarque (de 6 a 9 cm de ancho) realizada con grandes teselas.

Se estructura como un cuadriculado homogéneo ceñido por una cenefa atravesada por una amplia onda de unos 12-13,5 cm de ancho, a la que sigue un filo de teselas blancas (de 3,5 cm de anchura) que determinan el contorno rectangular del lienzo. La unidad directriz del campo central son cuadrados de teselas blancas fileteadas por otras negras, combinados con trenzas englobadas en rectángulos (de 46,5/50 cm de largo por 12/14 cm de ancho), que funcionan como elementos de coordinación y también de separación del motivo representado en todo el conjunto de la retícula. Se plantea como una malla de cuatro filas paralelas, con pequeños cuadrados en blanco en los cruces de las mismas. De algunas de ellas apenas se han conservado nueve recuadros, aunque habría varios más, pues el mosaico está malogrado en su tramo final. Circunscrito en estos casetones, sobre un fondo de teselas blancas, aparece un único tema repetitivo: cuatrilóbulos de peltas contrapuestas cuyos extremos se dividen en dos puntas, unas rematadas por bucles ondulados hacia dentro, llenando el espacio de la curvatura de los arcos, mientras las otras se alargan inclinándose hacia fuera, con una cruz latina en su sección media. La rotación cromática de las peltas transmite una impresión de desplazamiento en función de este giro. Como apéndice central presentan flores cuadrifolias policromas o bien cruces, unas veces insertas en círculos y otras en cuadrados. Como detalle subordinado, en las cuatro esquinas de las casillas se disponen pequeñas cruces griegas: tres crucecitas en dos de los ángulos opuestos y un par de cruces en los otros dos; otra cruz de brazos iguales está intercalada entre cada una de las parejas de peltas confrontadas. Por consiguiente, solamente existe una variación dentro de la uniformidad del estampado, esto es, la alternancia en uno de cada dos cuadrantes del complemento decorativo central, pues en el espacio intermedio entre las cuatro peltas se incorpora un motivo geométrico consistente en un cuadrado policromo apuntado recargado con una crucecita central. Ambas versiones del mismo cliché se acoplan en el campo de la alfombra con una ordenación homogénea.

Al igual que sucede con el mosaico descrito previamente, el esquema simétrico adoptado y su diseño unitario, a modo de composiciones reiterativas

dotadas de una armoniosa continuidad a lo largo de toda la alfombra, permiten restituir la decoración de las lagunas existentes (fig. 55).



Fig. 55. Mosaico B. Foto: PMC.

VII.2.2. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LOS MOSAICOS A y B

Contamos con alguna información relativa a la base preparatoria de estos dos mosaicos, gracias a Jerónimo Escalera Ureña. En palabras textuales suyas, tenían un buen fundamento, de unos 35-40 cm de potencia estratigráfica: sobre la tierra apisonada se disponía arcilla, una capa de ripios y cantos rodados, mezclados con argamasa, después, otra de arena, cal y polvo de ladrillo, a continuación una gruesa capa de mortero de cal y finalmente una fina lechada de cal pura, bien conservada. El firme de piedra prensada tenía unos 20 cm de espesor. Entre la compacta tierra batida había fragmentos de fondos de recipientes cerámicos con restos de pintura, usados como material de relleno para nivelar el piso de mosaico. Es prácticamente idéntica a la cama de los ejemplares descubiertos con anterioridad en sus inmediaciones (pues, aparentemente, todos ellos debían de pertenecer al mismo elenco), que fue minuciosamente descrita por J. San Valero Aparisi (1956, 197). Se trataba de

una solera de entre 30 y 60 cm de espesor, compuesta por cinco capas de diferentes materiales (arcilla, cantos rodados, guijarros, mortero de piedra y cal, cal y arena, cal pura..., formando, respectivamente, el *statumen*, el *rudus* y el *nucleus*), fuertemente unidas entre sí para conseguir un buen nivelado de la superficie sobre la que se asentaban los teselados. A través de Vitrubio (*De Arch.* VII, 1-4) conocemos los pasos de esta fase previa a la instalación de los paneles musivos (a propósito de esta cuestión, cfr. MAÑAS, 2007-2008, 95-97; REGUERAS, 2013, 77-78).

En cuanto a sus características petrográficas, estos dos últimos mosaicos fueron confeccionados con teselas de piedra caliza de menos de 1 cm (miden entre 0,5-1 cm), bastante regulares y de un vistoso colorido, en una gama cromática de cinco o seis tonalidades (gris, rojo, amarillo, blanco, negro...). La combinación rotativa de la coloración de los motivos acentúa el efecto ornamental del modelo elegido.

Al respecto, traemos a colación lo que ya percibieron especialistas en la materia como A. Blanco (1978b, 20): “La nota más general y característica de los mosaicos del siglo IV parece ser la viveza de los colores. Están dominados por los tonos cálidos del rojo y el amarillo”. Esta apreciación se confirma en los pavimentos musivos que salieron a la luz en la calle Carmen.

Se hace patente en ambos su buena factura, muy esmerada, por lo que podemos observar a simple vista examinando el material gráfico disponible.

Los mosaicos A y B siguen patrones documentados en alguno de los pavimentos exhumados cerca de éstos a mediados del siglo XX, que parecen tener su fuente de inspiración esencialmente en producciones norteafricanas, pese a no ser las únicas. Es digno de reseñar que de entre todo el repertorio musivo de aquéllos se seleccionó uno de los prototipos cuya variedad temática es más reducida, sobre todo si lo comparamos con algunos de los otros ejemplares de ese primer ciclo, en su mayoría más complejos y de los que, por otro lado, dice su excavador: “la fábrica de todos los mosaicos es coetánea y obra del mismo grupo artesano, pues motivos idénticos se utilizan en unos y otros, combinándose en dibujos diferentes” (SAN VALERO, 1956, 197). Concretamente, observó en aquéllos “dos o tres estilos diferentes, más de mano artesana, que por diferencia cronológica” (SAN VALERO, 1957, 216). En definitiva, sostiene que sus artífices pertenecían a una misma *officina*.

En consonancia con la opinión de J. San Valero, parece ser que un mismo equipo de *musivarii* elaboró todo el conjunto pavimental alcazareño, incluyendo los dos que ahora nos ocupan.

Recapitulando, ambos tapices comparten la misma estructuración mediante casillas en cuyos ángulos hay pequeños cuadrados ribeteados por un filete de teselas negras y rellenos de teselas blancas, que separan sogas confinadas en rectángulos perfilados por varias hileras de teselas negras.

Se asemejan, a grandes rasgos, al mosaico que cubre el pasillo n.º 14 de la *villa* de Puente de la Olmilla, en Albaladejo (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.9). Los musivarios que trabajaron para los propietarios de la *villa* de Alcázar de San Juan ejecutaron un diseño casi idéntico a aquél en las líneas maestras de su decoración, igualmente desarrollada sobre una trama geométrica integrada por varias bandas horizontales superpuestas, aunque en el primer caso se compone de cinco franjas paralelas y en los de Alcázar son únicamente cuatro. Se trata de tres variantes de un mismo modelo, muy difundido por todo el Imperio durante la Tardoantigüedad, llegando a ser uno de los cartones más copiados por los talleres de esa época. Los tres lienzos musivos se organizan, pues, como un reticulado dividido por trenzas policromas, pero mientras que las del mosaico de Puente de la Olmilla son cadenetas contiguas, las de los dos pavimentos alcazareños son cables de dos cabos encerrados en rectángulos. Como ya habíamos anticipado, este sogueado define una serie de cuadrados donde se imbrican distintos motivos accesorios.

Por lo tanto, los dos ejemplares de la calle Carmen guardan un gran parecido entre sí, diferenciándose sólo en el repertorio subordinado contenido en cada uno de ellos, con la evidente intención de conferirles cierta diversidad. Dicho temario secundario está en ambos casos bien articulado con un cuidadoso tratamiento estilístico, de marcado geometrismo -a pesar de la presencia de elementos florales y vegetales-, mediante una fórmula simétrica que transmite una sensación de orden y armonía.

Con todos esos recursos se logró dar una impresión de repetición al infinito. Es de subrayar, en suma, su gran calidad técnica y su notable sentido estético, dentro de una concepción próxima al esquematismo.

Sus connotaciones estilísticas tienen una interpretación cronológica bastante tardía, pudiendo ser datados en el siglo IV d.C.

VII.2.3. PARALELISMOS

MOSAICO A

Es exactamente idéntico a uno de los descubiertos en los años '50 (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 25-26, fig. 15, lám. 7, n.º 17), cuyo sistema compositivo también está realizado a base de casetones separados por calles de trenzas y una alternancia decorativa en los recuadros: mientras que unos están rellenos con aspas de hojas de acanto y flores de loto intercaladas, los otros incluyen polígonos romboidales de lados curvos reforzados externamente por hojas de acanto realizadas en silueta y complementados por rosetas de ocho pétalos en su interior. En el centro de estos cuadrados curvilíneos brotan zarcillos (fig. 56).



Fig. 56. En esta fotografía de uno de los mosaicos exhumados en los años '50 se puede apreciar que el diseño es idéntico al del Mosaico A (1982). Foto: PMC.

La disposición general en largas filas paralelas de cuadrados decorados con diferentes motivos geométricos (o, en otros casos, figurativos) es muy común. Así, cuatro calles horizontales paralelas con cuadrículado trazado en guilche tiene un término de comparación en un mosaico del Edificio de los

Augustales, de Ostia (BECATTI, 1961, lám. LXIII, n.º 421), aunque con la variante de que las cuatro hojas de acanto alternan con nudos de Salomón y otros motivos.

Una retícula (en esta ocasión dividida por una guirnalda de laurel) conforma el mosaico de los Jugadores de dados, de El Djem, cuya cronología corresponde al siglo III (DUNBABIN, 1978, 125, 170, 260, lám. XLVII, 118). La atestiguamos también en otro mosaico de El Djem, el del Calendario, de la Casa de los Meses, datado entre el 210-235 d.C. (DUNBABIN, 1978, 111, 260, lám. XXXVIII, 99), en el mosaico de los Caballos, de la Casa de los Caballos (Cartago), del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 44, 95-96, 253, láms. XXXII, 84; XXXIII, 85), el de Admeto en la corte del rey Pelias en Yolcos (Nîmes), fechado en el siglo III (LANCHA, 1997, 98-99, lám. XXXV), el de Aquiles en Sciros, de Saint-Romain-en-Gal (LANCHA, 1982, 191-199, láms. C-CI; 1997, 120-121, lám. XLIX), en uno de Tréveris (LANCHA, 1997, 139-141, lám. LXVII) y varios de Lyon (STERN, 1967, 21-24, láms. III-IV; 53-56, láms. XXXIII-XXXVIII, XLI).

Entre los ejemplares hispanos la relación de casos conocidos es bastante amplia. Podemos cotejar la estructuración de estos dos mosaicos con el de un ejemplar de la *villa* de El Romeral (Albesa, Lérida), donde se desarrollan hileras de rectángulos separados por cenefas de guiloches, cuyos casetones ostentan diversa decoración floral, siendo destacables por su similitud las cuatro flores de loto alternas con cuatro hojas lanceoladas, aunque, a diferencia del mosaico A de Alcázar, en este otro sí están unidas por el tallo al botón central (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 13-14, lám. 1, n.º 1). Se puede establecer una equivalencia con un pavimento en *opus tessellatum* de la *villa* de Aguilafuente (Sauquillo, Segovia), formado por el mismo tipo de entramado de red constituido por hileras superpuestas de cuadrados (BLÁZQUEZ, 2005-2006, 271-279, figs. 11-12). Un sogueado contiguo se desenvuelve en torno a los cuadrados (en vez de cables incluidos en rectángulos, como en los dos mosaicos que nos ocupan) y ofrece variantes en la decoración geométrica interior. Asimismo, está constreñido por una greca similar a la cinta ondulada que delimita estos dos ejemplares y se repite, además, en el ribete de algunos cuadrados de otros mosaicos alcazareños, como el de coronas de hojas de laurel, entre otros (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 23-27, figs. 13-15, 17, láms.

2-4, 7-8, n.º 13, 17, 21). Tampoco falta dicha decoración ondulante en Mérida, p. ej., en un mosaico de procedencia desconocida actualmente expuesto en la Alcazaba, orlado con una cenefa como ésta, que se representa a lo largo de una faja rectangular (BLANCO, 1978b, 30, lám. 11, n.º 8), o en un pavimento de la Casa del Anfiteatro, del siglo III d.C., donde este elemento geométrico se utiliza para circunscribir círculos que, a su vez, encierran figuras de fauna marina (BLANCO, 1978b, 42, láms. 56 B-61, n.º 31), de nuevo, la podemos ver en el mosaico italicense de la Fuente de los Tritones (BLANCO, 1978a, 32-34, láms. 20, 23-27, n.º 8). Discurre entre varios círculos en un mosaico geométrico de la villa de La Sevillana (Esparragosa de Lares, Badajoz), perteneciente al siglo IV (AGUILAR, 1991, 277, fig. 10), y la volvemos a encontrar bordeando algunos de los círculos encerrados en cuadrados que decoran uno de los tres paños de un lienzo musivo, bastante degradado, de la villa albaceteña de Balazote (BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, CMRE VIII, 1989a, 40-42, fig. 8, láms. 26-27, n.º 31). Se asemeja, igualmente, a una de las bandas de un mosaico de la villa leonesa de Navatejera (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, CMRE X, 1993, 30, fig. 11, láms. 28-29, n.º 15). En un pavimento de la villa de Arellano (Navarra), esta línea serpentiforme acoge en sus ondulaciones flores de loto, contraponiéndose a ambos lados de la misma (MEZQUÍRIZ y UNZU, 2005, 988), como en los nuestros. En el mosaico n.º 1 de la calle Armañá de Lugo se despliega una cenefa formada por cálices opuestos de flores de loto en torno a la escena figurativa central (TORRES CARRO, 2005, 482-483, fig. 5).

Está muy repartida fuera de nuestras fronteras, así, contamos con testimonios en varios mosaicos antioqueños, p. ej., en el de un baño de la habitación 2, IE, en uno que tapiza la habitación 3 de la Casa de los Misterios de Isis, en otro de la Casa de los Vendedores ambulantes de *Erotes*, en la Tumba de Amerimnia, en el Vestíbulo de *Philia* y en el mosaico del Narciso, donde una onda como ésta enmarca la decoración floral (LEVI, 1947, I, 452, fig. 174; 271, fig. 106; II, láms. XXXIIIa; XLIIIa; LIId; CXXXc; CXLIIc). Se puede confrontar también con un ejemplar de Tréveris (PARLASCA, 1959, 35, lám. 8,1). La reconocemos, nuevamente, en el mosaico de Venus y las Estaciones

de El Djem, enmarcando el cuadro central (DUNBABIN, 1978, 157, nota 110, 170, 258, lám. LX, 153), etc.

M. Fendri (1965, fig. 17) trata el tema de la evolución de las ondas y recoge algunas variantes, incluyendo, entre otras, la que estamos analizando (respecto a los tipos de línea ondulada de cálices, cfr. BALMELLE *et alii*, 2002, I, 110, lám. 60 d; 112, lám. 62 a-c).

Es de subrayar que este esquema organizativo apenas se documenta en la musivaria de algunas otras zonas del Imperio, tales como Siria (BALTY, 1977) y Cilicia (BUDDE, 1969).

Cables en el interior de rectángulos se reproducen en innumerables pavimentos, como alguno de los de Puente de la Olmilla, en Albaladejo (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.1, 5 y 7), en uno de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 32-34, lám. 34, n.º 26) o en algunos mosaicos norteafricanos, p. ej., uno de la Casa del Tesoro, de *Bulla Regia* (DUNBABIN, 1978, 83, nota 80, 250, lám. XXIX, 74) u otro de Cartago, fechado en la segunda década del siglo IV d.C., con una escena ceremonial (DUNBABIN, 1978, 142-144, 252, lám. LV, 139-141).

Por recordar algunos ejemplos de cenefas onduladas de cálices en el ámbito meseteño, podemos mencionar varios pavimentos de la *villa* de Almenara de Adaja (NIETO, 1942-43, 197-198, lám. X). Así, entre la multiplicidad de orlas del mosaico de la exedra semicircular (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 23-24, lám. 8, n.º 7), en el de la sala de cabecera pentagonal (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 19-21, lám. 4, 5, 26, n.º 5; 21-23, lám. 6, n.º 6) y en la sala octogonal (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 29-34, lám. 11, n.º 15), todos ellos del siglo IV d.C., se puede ver flores de loto similares a las del mosaico A de Alcázar, aunque en los dos primeros casos se alinean en una fila de cálices adyacentes, alternativamente contrapuestos en oposición de colores, formando parte de diversos festones de enmarque del campo central de sendas alfombras. Con esa misma disposición aparecen en pavimentos de otras *villae* vallisoletanas, como las de Prado y Santa Cruz (TORRES CARRO, 1988, 181-192, figs. 1-3, láms. II-III; NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 53-56, láms. 20-21, 39, n.º 22, con paralelos) o en la *villa* palentina de La Olmeda (PALOL y CORTES, 1974, 65, lám. V a; PALOL, 1990, 50), asimismo, en una banda decorada con cálices trífidos de

flores de loto perteneciente a un mosaico de la *villa* leonesa de Navatejera (TORRES CARRO, 1988, 229, lám. III-1; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 30-31, fig. 11, láms. 10, 28-29, n.º 15). En opinión de estos autores, coincidiendo con la de M. Torres Carro (1988, 175-202, láms. XIII-XVI; 1990, 229; 2005, 484), ese tipo de guirnaldas posiblemente serían obra de un mismo taller musivario. Al analizar un mosaico lucense (de la calle Armañá), M. Torres considera que la franja de cálices opuestos pone en relación dicho ejemplar con las producciones de *officinae* que trabajan en el área noroccidental de la Meseta durante el siglo IV d.C., como los citados de la habitación n.º 4 de La Olmeda (PALOL, 1990, 50), algunos de Almenara de Adaja, de Navatejera (TORRES CARRO, 1988, 229, lám. III-1, n.º 18), El Requejo (REGUERAS, 1984, 48), el mosaico de la Catedral de Santiago de Compostela, remontable a las postrimerías del siglo IV d.C. (ACUÑA, 1973, 39-41, figs. 12-14, n.º 15), etc. A este listado debemos añadir Alcázar de San Juan, en la Meseta Sur, evidenciando que tuvo una amplia difusión geográfica.

Contamos con una variante de este tema floral en un pavimento de Vega del Ciego (Lena, Asturias), datado en el siglo V, cuyo campo musivo está dividido en cuadrados mediante un sogueado de dos cabos, encerrando algunos de ellos un motivo constituido por cuatro pétalos entre los que se intercalan cuatro flores de lis, centrado por un círculo concéntrico (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 51-53, láms. 18, 20, n.º 32). El diseño de un mosaico de Los Quintanares (Soria) se funda en una trama de cuadrados donde se introducen flores de loto entre cuatro pétalos lanceolados, aunque en la zona de contorno no hay trenzas, sino peltas cuyos extremos terminan en espirales (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 28-29, lám. 29, n.º 16, dichos especialistas ofrecen algunos paralelos de estos rosetones, a los que remitimos). En un mosaico de Cuevas de Soria, de fines del siglo IV d.C. (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 60-63, lám. 25, n.º 54; BLÁZQUEZ, 2001, 29) hay bandas de capullos de loto y lis contrapuestos insertas en octógonos concéntricos que llevan en el centro diversos elementos decorativos, tales como flores tetrapétalas. La citada investigadora nos proporciona algunos interesantes datos sobre la procedencia de esta clase de

motivos florales: “cuatripétalos separados por flores de loto o flores de lis apuntan hacia un origen nórdico. Conforme a modelos itálicos, y desde Aquileia, este tipo de florones llegaría a la Galia narbonense, aquitana y belgica y a la región de los Alpes” (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 61). Las volvemos a encontrar en Suiza (en Orbe, en Avenches, adscribibles a mediados del siglo III d.C., etc.). Al siglo II d.C. pertenecen algunos mosaicos germanos que presentan gran diversidad de cálices y en Tréveris se documenta esta temática floral a lo largo de los siglos III-IV d.C. (PARLASCA, 1959, 31, lám. 4; 59, lám. 56,1). Este sistema estructural, con distintas variaciones, tuvo una gran expansión en el Norte de África, p. ej., en Timgad (GERMAIN, 1969/1973, lám. LXXXV, n.º 235) y en Cartago (HINKS, 1933, 89, n.º 21).

La decoración de cálices contrapuestos tuvo una gran difusión en la Galia. Las flores de loto están atestiguadas en pavimentos musivos de numerosas *villae* tardoimperiales de la Aquitania, fechados principalmente en las postrimerías del siglo IV d.C. (BALMELLE, 1980, 60-62, lám. XIII, 2, n.º 51; 67-69, láms. XVII-XVIII; 105-107, lám. XLVI, n.º 102). Se constata igualmente la presencia de flores de loto en varios ejemplares de Antioquía (LEVI, 1947, I, 452, fig. 174; II, lám. CXXVI; lám. CXXIXd). Ya en el siglo VI d.C., en algunos mosaicos del Palacio de Teodorico (Ravenna) se combinaron rosetas cuatripétalas, orlas de cálices y flores de loto (BERTI, 1983, 55-56, lám. XXVII, n.º 26; 75, láms. XLIII-XLIV), lo que demuestra la larga pervivencia de esta composición floral.



Fig. 57. Motivos florales y vegetales del mosaico A. Foto: PMC.

En el mosaico que cubre el suelo del pasillo A de la *villa* de Alcázar, los cálices se emplean como motivo subsidiario aislado, incorporados en los espacios intermedios de las cuatro hojas de acanto dispuestas en forma de aspa (fig. 57). La representación de dichas flores de loto es aquí más naturalista que la de las flores de lis de otro mosaico alcazareño, el de las coronas (*vid. supra*). C. Balmelle recopila un amplio repertorio de florones unitarios con elementos no contiguos, de lis, algunos de los cuales tienen una base formada por hojas o pétalos longuiformes, lanceolados, con bisel central, entre los que se intercalan cuatro cálices (BALMELLE *et alii*, 2002, II, 54, lám. 256 f; cfr., a propósito de las flores de loto, I, 112, lám. 62 c). Muchos de los términos de comparación de este diseño floral los hallamos en mosaicos norteafricanos, p. ej., en Djemila y en *Hippo Regius*, asimismo, en algunos pavimentos musivos de Antioquía, como es el caso de la Casa de la Cena Buffet (habitaciones 2 y 5, LEVI, 1947, I, 470; II, lám. CXXVIb y e) o de la Casa Cuartel (Sector DH 27-H, LEVI, 1947, I, 317, fig. 132; II, lám. CXXXa-b; mosaico del pórtico, con una sucesión de flores de loto invertidas, I, 441, 454; II, lám. CXXIXd), también en mosaicos paleocristianos de Chipre y Grecia (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 30-31).

El tema floral comprendido en el interior de cuadrados curvilíneos del mosaico A nos recuerda al de un pavimento de la *villa* de Cabezón de Pisuerga (Valladolid), ornamentado igualmente con flores policromas de ocho pétalos,

cuya cronología oscila entre mediados y la segunda mitad del siglo IV d.C. (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 36-46, fig. 5, láms. 15, 17, n.º 17). Un mosaico de la *villa* de Bares (A Coruña) tiene una composición de cuadrados de lados curvos en torno a los que se desenvuelven hojas de acanto y llevan insertas flores de apariencia similar, aunque cuatripétalas; además de esta variante respecto al mosaico objeto de nuestra atención, se diferencia del mismo en que su campo musivo está ocupado por círculos secantes (TORRES CARRO, 2005, 479). Esta autora lo fecha “quizá en la segunda mitad del siglo IV”. En La Olmeda contamos con otro ejemplo de hojas de acanto sobresaliendo de los lados de cuadrados (PALOL, 1990, 41), si bien su modalidad es distinta a la del nuestro.

Las florecillas policromas de ocho pétalos del mosaico A son idénticas a las que ostentan en su interior los cuadrados apuntados del mosaico de las coronas de laurel, también aparecido en el casco antiguo de Alcázar, pero durante la primera fase de excavaciones (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27, fig. 17, láms. 13, 45, n.º 21), algunos de cuyos paralelismos ya han sido enumerados anteriormente, del mismo modo que los de las flores de lis representadas en otro de esos fragmentos musivos (*vid. supra* capítulo VI.2). Como ya habíamos indicado, es muy significativo el hecho de que el lenguaje icónico y disposición general de este ejemplar hasta ahora inédito se repita en alguno de los mosaicos exhumados en sus inmediaciones a principios de los años '50 (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 25-26, fig. 15, láms. 6-8, n.º 17), pues ello revela su pertenencia a un mismo conjunto pavimental.

MOSAICO B

Análoga imagen visual a la del mosaico B presenta uno de los fragmentos musivos descubiertos por J. San Valero en el barrio de Sta. María (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 23-24, fig. 13, láms. 1-2, 44, n.º 13) y las peltas son idénticas a las del mosaico de las coronas de ese mismo primer lote (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27, fig. 17, láms. 13 y 45, n.º 21; *vid. supra* un amplio listado de paralelos), confirmando, insistimos una vez más, que todos ellos forman parte del mismo elenco.

Pese a la sencillez del modelo, no es uno de los que tuvo mayor profusión, aunque tampoco carece de paralelos. Uno de los más afines al

nuestro es un mosaico de La Olmeda (CORTES, 2008, láms. de las pp. 74-75, foto 33). La trama musiva del pavimento de la habitación V-17 de esta *villa* se organiza a base de cuadrados que confinan cuatro peltas, separados por trenzas, en alternancia de colores rojo y negro, sobre fondo blanco. Al buscar sus puntos en común, J. Cortes defiende la idea de que se trata de un cartón original, si bien hace referencia a “dos paralelos en villas hispánicas: Alcázar de San Juan (Ciudad Real) y San Julián de la Valmuza (Salamanca)”, por lo tanto, este autor ya había puesto de manifiesto las concomitancias estilísticas entre el mosaico palentino y el aparecido en Alcázar en los años '50. Al cotejarlo con el nuevo ejemplar alcazareño que ahora estamos analizando, apreciamos unas mínimas variaciones, pues mientras éste tiene en unas ocasiones como apéndice central flores cuadrifolias y, en otras, cruces incluidas en círculos o en cuadrados, el pavimento de la *villa* de Pedrosa de la Vega presenta únicamente tetrapétalas, asimismo, es distinto el detalle complementario de los ángulos de las casillas, ya que en vez de pequeñas cruces griegas se recurre a un motivo floral.

En el mosaico de la habitación n.º 1 de la calle Armañá de Lugo (TORRES CARRO, 2005, 482-483, fig. 5) hay cuadrados rellenos con cuatro peltas opuestas entre las que asoman hojas trilobuladas de acanto, combinándose de ese modo elementos de los mosaicos A y B de Alcázar.

Las peltas rematadas en espiral que decoran el mosaico B son similares a las de un mosaico de la Casa del Mitreo (Mérida), de las postrimerías del siglo II-comienzos del III d.C., igualmente encerradas dentro de un cuadrado y, a su vez, dispuestas en torno a un cuadrado inscrito en el centro o bien, en el umbral, una pelta incluida en un rombo (BLANCO, 1978b, 40-41, láms. 49-51, n.º 25). Estas peltas rematadas en volutas nos recuerdan a las de algunos pavimentos lusitanos (DEL AMO, 1973, 117 ss., láms. XXIV-XXV).

La presencia de los cuatrilóbulos de peltas se acredita sobre todo en ejemplares cuya ejecución se fecha en los siglos III-IV d.C. e incluso posteriormente (BECATTI, 1961, 210; HIDALGO, 1991, 340-341).

A diferencia del mosaico del pasillo n.º 3 de Puente de la Olmilla, donde los cuatrilóbulos se componen de peltas afrontadas (GARCÍA BUENO, 1994, 104-107; *vid. infra* capítulo XIV.5.3.7), las del mosaico B están contrapuestas, además, justo al contrario que éstas, aquéllas se disponen alrededor de cuadrados, no en su interior, y tampoco acaban en espirales.

En suma, por razones estilísticas y teniendo en cuenta su evidente parentesco con ejemplares mayoritariamente bajoimperiales, adjudicamos a los dos mosaicos que ahora presentamos la misma cronología tardía de los aparecidos años antes, para los que se aducen numerosos paralelos fechados en los siglos finales del Imperio.

VII.2.4. CONSIDERACIONES FINALES SOBRE EL CONJUNTO MUSIVO

Sintetizamos a continuación algunos pormenores de la información recabada hasta ahora. Los dos últimos pavimentos aparecieron en relativo buen estado de conservación, pese a que el mosaico A había sido parcialmente dañado a consecuencia de la construcción de una vivienda durante el pasado siglo, y también se encontraba afectado en el lado opuesto, pues algunas obras lo seccionaron al acometerse tareas de cimentación.



Figs. 58-59. Detalles de los daños sufridos por los mosaicos. Foto: PMC.

A su vez, el mosaico B presentaba dos grandes lagunas y algunas otras menores, habiéndose perdido por completo el tramo final, como ya hemos comentado. Por lo tanto, los fallos de estos mosaicos afectaban fundamentalmente a los sectores más alejados entre sí, correspondientes a la línea de fachada del inmueble moderno (figs. 58-59).

En otro orden de cosas, su análisis formal nos revela que todo el lote de mosaicos descubierto en Alcázar es coetáneo y muy probablemente fue

elaborado por una misma *officina*, dada su uniformidad, como argumentamos más ampliamente en páginas anteriores (*vid. supra*).

Conviene destacar que se eligieron los modelos más repetitivos y relativamente sencillos de toda la serie musiva para tapizar los suelos de estos dos deambulatorios, cuyo campo presenta una composición lograda a base de elementos geométricos y vegetales esquematizados introducidos en compartimentos, organizados mediante una marcada pauta simétrica que les aporta regularidad, imprimiendo esa secuencia decorativa un ritmo reiterativo.

Como expone D. Fernández-Galiano (1984b, 197-198, notas 67-74), a partir de finales del siglo IV d.C. se impuso paulatinamente en la musivaria del Occidente mediterráneo y concretamente en Hispania “una tendencia a la simplicidad que se manifiesta por una parte en la reducción de la gama cromática”, limitada a cuatro tonos, y, por otra, al predominio del geometrismo, “prescindiendo de los motivos decorativos ‘de relleno’ que en los periodos anteriores sobrecargaban los pavimentos (...). Esta tendencia se aprecia en ciertos mosaicos hispánicos de fines del siglo IV y comienzos del siglo V d. de J.C., como en un pavimento de la villa de Alcázar de San Juan (SAN VALERO, 1956, lám. CLXI), con un paralelo muy próximo en la de Pedrosa de la Vega (Palencia) e igualmente en otros de Villafranca (Navarra) y Aguilafuente (Segovia). Esta corriente de simplicidad geométrica, que se suele acompañar con una cierta pobreza cromática y desinterés general por el elemento figurado, tiene en los mosaicos de otros países su reflejo correspondiente, (...) paralelamente la musivaria muestra un grado de gran complejidad en la elaboración de esquemas decorativos”.

Al hilo de este postulado, en consonancia con la primera de esas tendencias rastreadas a lo largo de un amplio recorrido geográfico, debemos resaltar el hecho de que ninguno de los mosaicos de Alcázar sea figurativo, aunque, como ya habíamos reseñado, en el ámbito central de uno de los descubiertos en los años ‘50 pudo haber una representación “de figuras mitológicas o de animales”, al decir de J. Martínez Santa-Olalla (SAN MARTÍN, 1953, 34).

Sin embargo, en contraposición a la premisa sostenida por D. Fernández-Galiano sobre la reducida paleta de colores habitualmente utilizada en la etapa tardía, es notoria la rica expresión cromática de la mayoría de los

pavimentos musivos de Alcázar, alguno de ellos no precisamente sobrio (*vid. supra* p. 102).

En un estudio de conjunto de los mosaicos de Castilla-La Mancha, J.M. Blázquez (2008, 91) advierte que todos ellos “participan de las características generales del resto de los mosaicos de Hispania y del resto del Imperio Romano, pero con algunas peculiaridades especiales”.

En definitiva, este ciclo de mosaicos alcazareños y la serie musiva de la *villa* de Puente de la Olmilla (salvo un par de ejemplares figurativos, en este caso) constituyen una prueba más de que los mosaicos geométricos son particularmente abundantes en la Hispania del Bajo Imperio, como han observado los investigadores de la musivaria peninsular (cfr. BLÁZQUEZ, 2005-2006, 276, con una relación muy ilustrativa al respecto). Los pavimentos musivos de ambas residencias señoriales permiten definir las tendencias estilísticas vigentes durante la Antigüedad Tardía, a través de su lenguaje icónico, la combinación de los diversos elementos ornamentales...

Podemos concluir que los ejemplares de la primera serie y los dos rescatados en 1982 ofrecen una completa semejanza estilística, lo que confirma su pertenencia a un mismo conjunto musivo y, según todos los indicios, son obra de un único taller. Tal vez, el mismo que ejecutó algunos de los mosaicos, previamente citados, de las *villae* de Las Tamujas (Malpica de Tajo), Talavera de la Reina, etc. (*vid. supra*), cuya concepción es muy parecida. En todo caso, el equipo de musivarios que los realizó conocería, muy probablemente, las experiencias musivas de otras zonas, como puede constatarse a través de la selección de ejemplos presentada en páginas precedentes. Todos ellos nos proporcionan los paralelismos más allegados al gusto decorativo de los de Alcázar de San Juan y nos permiten vislumbrar contactos artesanales entre diferentes ámbitos geográficos, ya señalados anteriormente. Por lo que concierne a estas cuestiones, resultan de gran interés algunas publicaciones de J. Lancha (1994, 119-136) y M.F. Moreno (1995, 113-143).

VIII. INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS REALIZADAS EN 1992-1993 EN LA PLAZA DEL TORREÓN DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

En el contexto del plan urbanístico de recuperación y conservación del patrimonio histórico local, la Corporación municipal de Alcázar decidió construir una plaza empedrada que agrupara cuatro de los principales monumentos erigidos en el casco antiguo de la población: la Iglesia de Sta. María la Mayor⁸, el Torreón⁹ (fig. 60), el “Cubillo”¹⁰ (como localmente se denomina una torre semicircular de mampostería, posible torre albarrana de época medieval, fig. 61) y el Museo Fray Juan Cobo, vestigio del Palacio del Gran Prior de los Hospitalarios. El conjunto arquitectónico formado por la Iglesia de Sta. María y los restos aún conservados en pie del Palacio están ubicados en esta céntrica zona, la más antigua del casco urbano de Alcázar de San Juan, que creció en torno a dicha parroquia.



Fig. 60. Iglesia de Sta. María y Torreón. Foto: Luce.

Del citado edificio monumental pervive el primer cuerpo de una de sus torres, el llamado “Torreón de Don Juan de Austria”, y lo que fue su capilla, además del nombre tradicionalmente adjudicado a una parte de este barrio: “El Palacio” (fig. 17).



Fig. 61. "Cubillo". Foto: García Bueno.

Al plantearse el mencionado plan urbanístico surgió la necesidad de acometer previamente una intervención arqueológica con el fin de documentar probables vestigios antiguos allí enterrados (fig. 62). No en vano, la memoria colectiva alcazareña se hacía eco de la existencia de un primitivo poblamiento en este lugar. En ese sentido se expresa M. Rubio Herguido (1968, 39-40): "Santa María no fue templo cristiano en su origen, así se recoge en la memoria, y esa es también la tradición popular. (...) Por haber sido templo pagano en sus comienzos, Santa María (...)". Algunos otros eruditos locales también han defendido la teoría relativa a la antigüedad de la Iglesia de Sta. María, que, a su entender, fue un templo pagano en origen, aunque no disponemos de ninguna prueba histórica que avale esa extendida creencia.

Al ejecutarse algunas obras en su interior a finales del siglo pasado¹¹ aparecieron estructuras y materiales arqueológicos pertenecientes a distintas etapas, algunos restos muebles de la Edad de Bronce y otros posteriores a la Edad Media. La prensa provincial nos ofrece la siguiente versión de los hechos: "se han encontrado restos romanos y visigóticos, además de elementos propios de la arquitectura árabe (...), se descubrieron unos restos

en el subsuelo de la parroquia que, según los técnicos, carecían de valor arqueológico” (Lanza, 18-9-1992, 11). A la vista de los exigüos datos obtenidos se decidió realizar una amplia excavación que permitiera subsanar, en lo posible, tal deficiencia informativa.



Fig. 62. La Plaza del Torreón en proceso de excavación. Foto: García Bueno.

En 1992¹² se hicieron varios sondeos en la Plaza del Torreón, aflorando, efectivamente, estructuras y materiales que atestiguaban una amplia secuencia de habitabilidad, desde la época tardorromana hasta nuestros días, con algunas prolongadas interrupciones. Recuperamos también algunas piezas arqueológicas, muy escasas y aparentemente descontextualizadas, pertenecientes a la Edad del Bronce y la Edad del Hierro II. Todo ello tenía un notable interés, lo que determinó la iniciativa adoptada por la Comisión de gobierno municipal de emprender una segunda campaña de excavación en 1993¹³ (*vid. infra* Anexos I y II, con una exhaustiva descripción).

La segunda fase del proyecto tuvo una duración de tres meses, en el transcurso del verano de 1993, y dio continuidad a algunas de las estructuras documentadas con anterioridad. Se abrieron varias cuadrículas, llegándose hasta el sustrato rocoso, cuya cota de profundidad es de aproximadamente - 5,15/5,30 m respecto al punto 0, situado en la cimentación del “Cubillo” (fig. 63), que se erige en un lateral de la plaza.



Fig. 63. Cimentación "Cubillo". Foto: Fernández Rodríguez.

VIII.1. ANÁLISIS DE LA INTERVENCIÓN

A lo largo de dichas intervenciones arqueológicas (1992-1993) no se puso al descubierto ninguna unidad habitacional completa (fig. 64), en consecuencia, no sabemos cómo era su distribución, el tamaño, la morfología y funcionalidad de las mismas, por lo que algunos de los datos recabados al respecto tienen un carácter provisional.

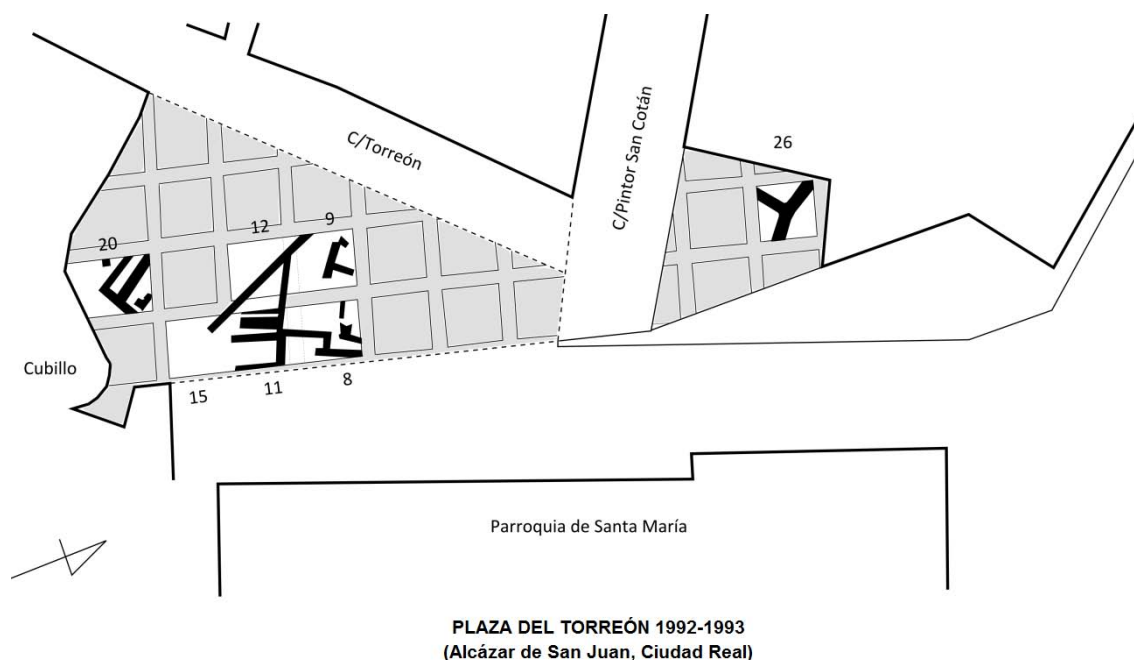


Fig. 64. Planimetría del yacimiento. Dib.: García Bueno.

Con todo, durante ambas campañas se pudo constatar la existencia de varias estructuras superpuestas: unas bajoimperiales, de las que se conservan relativamente bien algunos espacios de habitación y abundantes materiales arqueológicos; sobre ellas se disponen otras de las etapas medieval y contemporánea, que destruyeron parcialmente las anteriores, pertenecientes a una posible *villa* romana de considerables dimensiones, probablemente una de las mayores de las conocidas hasta el momento presente en la provincia de Ciudad Real, de la que ya habían salido a la luz estructuras, pavimentos musivos y diversos materiales arqueológicos durante los años 1952-1954 y 1982.

A raíz de los importantes descubrimientos efectuados durante las primeras excavaciones arqueológicas, algunos estudiosos locales se aventuraron a identificarlos como vestigios de la antigua *Alces*, sin más argumentos que la similitud etimológica de ambos apelativos (*Alces* = Alcázar), pero esta asociación no deja de ser una mera elucubración imposible de comprobar por ahora. A mediados del siglo pasado C.M. San Martín (1953, 35) formulaba la siguiente hipótesis: “En el terreno de la especulación, surgen opiniones para todos los gustos, pues hay quienes afirman, nada menos, que estos hallazgos pueden esclarecer el origen misterioso de Alcázar de San Juan. Si lo hallado es un palacio y este palacio, al ser conquistado por los

moros en su invasión, tomó el nombre de Al-kasar (fortaleza, torre, castillo o palacio) tendríamos que los restos ahora encontrados podrían darnos la clave de muchas cosas”.

En un intento de acercamiento al verdadero significado de éstos, las intervenciones arqueológicas realizadas hasta la fecha nos han permitido vislumbrar algunos aspectos de lo que parece ser una *villa* romana de notable envergadura (o un *vicus*), tal vez un establecimiento importante. Los vestigios encontrados (una extensa área solada con mosaicos de gran calidad, el hipocausto, fragmentos de estuco pintado, alabastro, mármol y otros ricos materiales...) revelan que era una espléndida construcción. No obstante, queda por dilucidar si ésta corresponde a una *villa* periurbana, esto es, situada en los alrededores de un enclave poblacional.

Sobre este particular, J. Martínez Santa-Olalla precisó en el Informe que emitió en 1952, tras la visita que hubo de realizar en su condición de Comisario General de Excavaciones, una vez inspeccionados los restos arqueológicos recién exhumados: “caso de tratarse de una ‘villa’ pseudo urbana, lo descubierto y delimitado es aproximadamente una sexta parte; si fuese una villa rústica, nos encontramos ante la casa-palacio –‘alcázar’- de los dueños, y entonces no tenemos delimitada más que una parte mínima” (SAN MARTÍN, 1953, 32). En este sentido, su primer excavador (SAN VALERO, 1956, 196; 1957, 216) refiere que son “restos arquitectónicos pertenecientes, al parecer, a una gran villa romana, sin que falten indicios de obras de otra época, por lo menos. (...) El conjunto de lo que consideramos una lujosa villa romana (...), “se trata de una extensa villa romana”.

Todo ello nos suscita algunas reflexiones sobre el tema. Este yacimiento muestra una gran complejidad interpretativa, pero es indudable que buena parte de estos restos pertenecían a un asentamiento tardorromano. Creemos que se trata de un complejo rústico, basándonos en algunos hallazgos arqueológicos. Durante la excavación del yacimiento de la Plaza del Torreón en 1992-1993 aparecieron numerosos dientes de hoz, tallados en sílex o en cuarcita, que evidencian la práctica de una actividad agrícola, junto a diversos fragmentos de molederas de mano y molinos rotatorios, además de algunos objetos relacionados con la ganadería (p. ej., varios cencerros, figs. 65 y 109-112), lo que respaldaría la interpretación de esta *villa* como núcleo

centralizador de una explotación agropecuaria. Sea como fuere, en tanto no se realicen nuevas intervenciones en otros puntos de la localidad y de sus inmediaciones, que permitan corroborarlo o desestimarlos, actualmente carecemos de pruebas arqueológicas inequívocas de la existencia en este emplazamiento o en sus cercanías de una población de cierta entidad y aún menos de una sede urbana, como alguna de las citadas por las fuentes clásicas e itinerarias en relación a este ámbito geográfico de la Meseta meridional, un asunto que está todavía por discernir (*vid. supra* capítulo V).

A pesar de la deficiencia informativa, podemos inferir de todo lo consignado previamente que se trataba de una impresionante mansión señorial, de grandes dimensiones, lujosamente construida y decorada, donde sus privilegiados usuarios disfrutarían de todo tipo de comodidades, incluido un sistema de hipocausto. No sabemos con absoluta certidumbre a qué funciones se destinarían las dependencias en las que éste apareció, pues su excavador no aporta ningún otro dato y en la actualidad están enterradas (calle Gracia). Con mucha probabilidad, dicho hipocausto caldearía unas termas privadas. La mayoría de las *villae* hispanas solían estar provistas de instalaciones balnearias, unas veces modestas y otras espectaculares, resplandecientes con sus revestimientos de ricos mármoles, mosaicos y espejos; tanto unas como otras consagradas al placer del baño y el masaje (*vid. infra* capítulo XX). Seguramente la dificultad para identificar algunos de los espacios habitacionales en las intervenciones arqueológicas, sumada a la parcialidad de los restos descubiertos, impidieron a J. San Valero (1956, 197) determinar si se trataba o no de un *balneum*. En cualquier caso, este hipocausto sirvió para protegerse de las inclemencias climáticas del crudo invierno que caracteriza estas tierras del interior peninsular.

Además de disponer de un circuito termal, había otros departamentos correspondientes a las esferas representativa y doméstica. Al hilo de esta cuestión, conviene recordar que durante las campañas de los años 1953-1954 y 1982 salieron a la luz unos 440 m² de mosaico de vivaz policromía, que ornamentaban la *pars urbana* de la vivienda, asociados a pinturas parietales de variadas tonalidades. Los mosaicos A y B posiblemente tapizaban dos de las cuatro galerías que circundaban un patio. También tenemos constancia del

empleo de costosos materiales como el alabastro y el mármol, de los que se han recuperado algunos fragmentos.

Las mencionadas limitaciones del área excavada (como se ve en el plano general, fig. 64) no nos permiten precisar la ubicación de los recintos complementarios destinados a establos, gallineros, palomares, almazaras, lagares, graneros, etc., con los que la *villa* debía de contar, quizás anexos a la zona residencial o integrados en un sector utilitario independiente de la edificación principal, cuya presencia delataría algunas de las actividades productivas llevadas a cabo en este lugar. Hemos recuperado algunos fragmentos de ánforas y *dolia* (p. ej., abundan en la cata 26, habitación 2, nivel IV, habitación 1, nivel VI), los típicos grandes envases cerámicos que se utilizaban para almacenar y transportar vino, aceite, grano..., productos tradicionalmente básicos de la economía meseteña (láms. LXXIX, C, CLXXX s, CLXXXVIII..., Anexo II.2). De hecho, como ya hemos comentado, el hallazgo de un buen número de dientes de hoz revela la realización de labores agrícolas, a su vez, el de algunas piedras de molino está relacionado con una actividad secundaria como es la molienda del cereal y el de algunos cencerros apunta a la práctica de la ganadería.

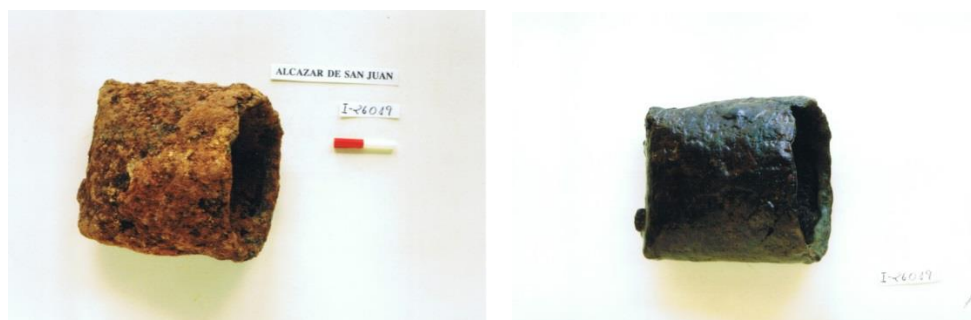


Fig. 65. Cencerro de bronce, con restos de hierro (antes y después de su restauración). Foto: TEDAR.

Al describir sus trabajos de excavación, J. San Valero (1956, 197) nos brinda una noticia de gran interés: que la calle de Don Quijote “desemboca, en ligero declive, hacia las tierras de cultivo al O. (...) La construcción romana estaba, pues, en una zona de ladera”. Parece desprenderse de ello que, en efecto, sería una quinta ubicada en un paraje con cierto resalte orográfico, desde donde gozaría de un amplio control visual del predio circundante.

Este establecimiento probablemente estaría en contacto con otros diseminados por su entorno (Piédrola, Alameda de Cervera, La Hidalga, etc., *vid. infra* capítulo IX), cuya prospección ha puesto de manifiesto que no se trataba de simples casas de labranza o granjas, sino de magníficas *villae* de tipo mixto.

Como explicamos con mayor detenimiento al hacer el estudio comparativo de la planta de Puente de la Olmilla (*vid. infra* capítulo XVII), en algunas *villae* se han localizado diversas unidades constructivas relacionadas con ocupaciones encaminadas a garantizar el autoabastecimiento característico del medio rural durante la Antigüedad Tardía, tales como talleres de cerámica y vidrio u otras industrias artesanales, además de una *pars fructuaria*. Los aperos de labranza, instrumentos pertenecientes al utillaje agrícola y otros objetos empleados en tareas domésticas o susceptibles de interpretación económica proyectan nueva luz sobre los quehaceres cotidianos y la forma de explotación de la tierra. En definitiva, constituyen una sólida prueba arqueológica de que estos asentamientos estarían esencialmente vinculados a la misma.

Por otro lado, los habitantes de la *villa* se distribuirían según se encargaran de atender las necesidades de la *pars urbana*, la supervisión del abastecimiento y de la bodega (*pars rustica*), el cultivo del campo, la preparación y elaboración de los productos derivados de la explotación de la finca, etc. Debía de haber, pues, algún reducto para dar cobijo al personal de servicio de la vivienda señorial y a los trabajadores de la hacienda.

Asimismo, a tenor de lo hasta ahora expuesto, cabe plantearse a modo de hipótesis que algunos de los ambientes aparecidos al excavar la Plaza del Torreón fueran instalaciones subsidiarias (si, como creemos, se trataba de una residencia campestre, centro de una explotación agropecuaria). Sin embargo, debemos ser conscientes nuevamente de la limitación que supone para nuestro estudio la parcialidad de los datos arqueológicos obtenidos hasta el momento, ya que la superficie excavada es relativamente pequeña, al menos, en comparación con lo que debía de ser la planta original completa¹⁴, como hemos comentado repetidamente.

Al coincidir la ubicación de multitud de yacimientos arqueológicos con núcleos urbanos que han pervivido hasta nuestros días, suele ser sumamente

difícil, cuando no imposible, su excavación, al levantarse sobre las ruinas construcciones habitadas en la actualidad, tal como sucede con éste. Según esta perspectiva, en varios puntos del casco antiguo de Alcázar de San Juan (las calles Carmen, Gracia, la Plaza del Torreón...) surgió en distintas ocasiones la oportunidad de excavar un asentamiento tardorromano que tuvo su continuidad topográfica en la ciudad altomedieval islámica y posteriormente en la cristiana medieval y moderna.

El excelente estado de conservación de algunos de los elementos constructivos de alzada y la presencia de abundantes materiales arqueológicos de diferentes etapas históricas, tales como cerámica común romana y medieval (mereciendo destacarse, por su representatividad, la *terra sigillata*, incluyendo algunos fragmentos de cerámicas de importación, como TSA, TSG...), piezas monetales, diversos objetos metálicos, vidrios, fragmentos de alabastro y mármol, estuco pintado, etc., son claros exponentes del valor de los restos aparecidos. No obstante, la interpretación de los hallazgos es muy parcial, pues la finalización de la intervención arqueológica en 1993 nos impidió completar el proceso de documentación. Habría sido necesaria una ampliación de esta segunda fase de excavación con el propósito de realizar nuevos sondeos en el solar de la plaza, que nos hubieran permitido elaborar íntegramente la planimetría de las construcciones existentes. Puede apreciarse la limitación del sector exhumado, a la vista del plano general del yacimiento (fig. 64).

En el Anexo I (*vid. infra*) exponemos detalladamente los resultados de las excavaciones practicadas en la Plaza del Torreón. A través de la descripción pormenorizada de la estratigrafía, de la técnica edilicia, de la cultura material, etc., puede extraerse un cúmulo de información muy valiosa para los fines de este trabajo. Todo ello, en suma, reviste especial interés a la hora de interpretar este yacimiento, con todas las reservas expresadas anteriormente, es decir -insistimos una vez más-, teniendo siempre presente que algunos de los datos obtenidos en estas campañas deben ser considerados como provisionales. A pesar de ello, son suficientemente significativos para ser utilizados como soporte documental en futuros trabajos de campo y así poder completar la investigación emprendida hace años, tal y como sería deseable.

Abordamos seguidamente el estudio específico de los restos arqueológicos descubiertos durante las campañas de excavación de 1992-1993 en la Plaza del Torreón.

VIII.2. CULTURA MATERIAL

VIII.2.1. MATERIALES EDILICIOS

LOS SUELOS

En el registro arqueológico figuran numerosas teselas de cerámica y de piedra, de dimensiones diferentes, algunas de ellas de tamaño considerable (6 x 9 cm, 6 x 4 cm...) e incluso alguna de pasta vítrea, más pequeña (p. ej., una azul, en la cata 15, nivel VII). Las primeras podrían haberse utilizado para confeccionar las cenefas perimetrales de algunos lienzos musivos (como las grandes teselas cerámicas que se emplearon en la elaboración de las orlas de enmarque de los mosaicos de Puente de la Olmilla, *vid. infra* capítulo XIV.5.2), pero ninguna apareció formando parte de los pisos originarios, ya se tratara de mosaicos o de algún *opus signinum* (por poner un ejemplo, a modo ilustrativo, en Pompeya han salido a la luz pisos de hormigón sembrados de teselas blancas en la superficie, cfr., al respecto, ADAM, 1996, 253). La mayoría de ellas están regularmente talladas y son cúbicas o prismáticas. Dichas teselas están diseminadas por diversos puntos del yacimiento (p. ej., en la cata 20, nivel II, Sector A, nivel II, Sector B, niveles X y XV, Sector C, nivel II, habitación 3, niveles XI y XIII; cata 8, niveles III, V, IX y XIV; m. t. entre las catas 11 y 8, nivel III; cata 9, niveles II, V, VII, IX, habitaciones 2 y 3; cata 12, niveles IV y V, habitación 2, niveles VII y IX, etc.). Algunas de ellas posiblemente pertenecerían, por lo tanto, a pavimentos musivos, como los descubiertos en el pasado en otro sector de la *villa*, sin embargo, en esta zona concreta no se ha conservado ninguno *in situ*, puesto que, lamentablemente, las distintas remociones de tierra efectuadas a lo largo del tiempo durante los sucesivos asentamientos humanos que tuvieron lugar en este emplazamiento podrían haberlos destruido. Una observación de J. San Valero (1957, 196-197) en relación a aquéllos abona esta idea: “En los bordes de algún mosaico, como terminación del mismo (...), hay unas cuantas filas de teselas toscas de tres o

cuatro centímetros, recortadas sobre ladrillo fino” y puntualiza que los mosaicos se hallaban “en muy distinto grado de conservación”, además, hace alusión a los tramos preservados, que no habían sido destruidos “catastróficamente”, pues el conjunto arquitectónico estaba “arrasado”.

Pese a que no hallamos en el área intervenida de la Plaza del Torreón ningún pavimento en *opus tessellatum* ni *signinum*, en cambio, según apuntan ciertas evidencias materiales, sí hemos documentado la solera de algunos de esos pavimentos. Así, un lecho de argamasa, asociado a algunas teselas disgregadas, podría ser interpretado como la cama de un mosaico, roto por la ulterior construcción de un hogar (cata 20, Sector C, habitación 3, nivel XI, fig. 66). La argamasa de cal y arena, los guijarros o grava gruesa, cantos rodados, etc. atestiguados aquí, son algunos de los componentes habituales del soporte sobre el que se asentaban los paneles musivos, como explica Vitrubio (*De Arch.* VII, 1-4). A su vez, el descubrimiento de la techumbre desplomada tras su incendio avala la idea de que, después de producirse un episodio destructivo ocasionado por el fuego (casual o intencionado), se procedió a reacondicionar el lugar, levantándose encima nuevas estructuras que habrían afectado a las más antiguas, inclusive a suelos tapizados en *opus tessellatum*, también deteriorados por el derrumbe de la cubierta.



Fig. 66. Cata 20, Sector C, habitación 3, nivel XI, hogar (a la derecha).

Igualmente, un relleno de piedras pequeñas y tejas (entre ellas, un gran fragmento de *tegula*) debió de tener la función de nivelar el terreno sobre el

sustrato rocoso, que experimenta un buzamiento. Es muy significativo que algunas teselas de piedra estuvieran entremezcladas con dichas tejas (cata 15, nivel XVIII). Una homogénea capa de cal, argamasa y tejas trituradas conforman, de nuevo, un relleno que parece ser la base de preparación de otro suelo (cata 15, nivel XVI), similar a algunas otras detectadas en este yacimiento (cata 15, nivel XVIII...).

Otros suelos son de tierra batida (cata 15, niveles III y XIX). Una de las superficies de circulación es una capa de marga gris verdosa, de unos 2-3 cm de espesor, cuya cota de profundidad es de -4,62 m (cata 11, habitación 2, nivel X). Otro suelo aparece sobre un consistente relleno de tejas, gravilla, cantos..., a fin de conseguir una superficie bien nivelada donde cimentar las construcciones, dados los acusados declives de la roca natural del terreno (cata 12, habitación 1, nivel VIII). También aflora algún suelo revocado con una fina capa de cal, de gran dureza (p. ej., cata 8, nivel VII). Varios recintos están solados en *opus caementicium*. Así, bajo un potente nivel de derrumbe compuesto por abundantes tejas y fragmentos del recubrimiento parietal revestido de estuco, a una cota de profundidad de -4,39 m, se dispone una delgada capa de argamasa, que parece ser un pavimento (cata 11, habitación 2, nivel XI). De igual manera, bajo materiales de derrubio, un relleno de guijarros, cantos y grava arenosa, además de una capa de argamasa de 4 cm de espesor, cuya cota de profundidad es de -3,77 m, constituye el basamento del piso embaldosado que se asienta encima, asociado a una estructura tardorromana, el muro C (cata 8, nivel XI). A mayor cota de profundidad (-4 m) encontramos algunos fragmentos de ladrillo, junto a otra capa de argamasa (cata 8, nivel XII), que debía de ser la base preparatoria de un suelo de similares características a las del anteriormente descrito (figs. 67-68). Una baldosa de barro y dos fragmentos de teja pertenecían a otro posible suelo (cata 8, nivel XIII). Es reseñable que otro relleno de pequeños cantos y argamasa, de unos 20 cm de potencia, tendría el propósito de igualar la roca madre para instalar encima un piso de ladrillos colocados en plano (cata 8, nivel XV).



Figs. 67-68. Restos de un suelo embaldosado y detalle del mismo. Foto: García Bueno.

Una valoración específica merece el hallazgo de algunos enlosados. Varios fragmentos de piedras planas y regulares, probablemente corresponden a un pavimento de losas (p. ej., en la cata 20, Sector C, habitación 4, niveles IX y XII), lo mismo que algunas baldosas cuadradas de piedra (cata 8, nivel X) o una loseta triangular de piedra localizada junto a una tesela también de piedra (cata 12, habitación 2, nivel IX). Estos enlosados estaban formados por piedras planas de diferentes dimensiones, bien asentadas en un subsuelo constituido por guijarros, tejas y quizás trabadas con otras piedras más pequeñas, que aparecieron muy repartidas espacialmente. Además, cabe mencionar la presencia de algunas piedras pequeñas trabajadas, que tal vez formaban parte de un *opus sectile* o de un *opus signinum* (cata 15, nivel XVII), destruido desde antiguo, pues estaban dispersas y entremezcladas con otros restos. Asimismo, varios fragmentos de losas quemadas pertenecían a otro piso enlosado, que se vio afectado por un incendio (cata 20, nivel IX), al igual que unos fragmentos de lajas de piedra quemada, de otro posible suelo (cata 20, nivel XII).

J.-P. Adam (1996, 251) señala que la forma “más sencilla de garantizar un suelo de circulación consiste en cubrirlo con losas de piedra asentadas directamente sobre el suelo natural o, aún mejor, sobre una capa preparatoria de arena o de gravilla”. Recomendación acorde con los testimonios que nos ofrece el registro arqueológico de este yacimiento.

LOS REVESTIMIENTOS

Recuperamos varios fragmentos de alabastro blanco (figs. 69 y 78, n.º inventario 20018), lisos (tres fragmentos en la cata 12, nivel I; otro en la cata 15, nivel XVI; uno en la cata 20, Sector C, nivel IV, varios fragmentos más en el nivel IX) o con molduras (cata 8, nivel III; cata 20, nivel III...), de distintas dimensiones y documentamos algún otro fragmento de alabastro trabajado (cata 20, Sector A, nivel VIII...). Algunos de ellos pertenecen a vasos u otro tipo de recipientes, otros, tal vez, a láminas utilizadas para recubrir las paredes de algunas estancias de prestigio de la *villa*, lo que sería indicativo de la riqueza ornamental de esta residencia y del refinado sentido estético de sus dueños.

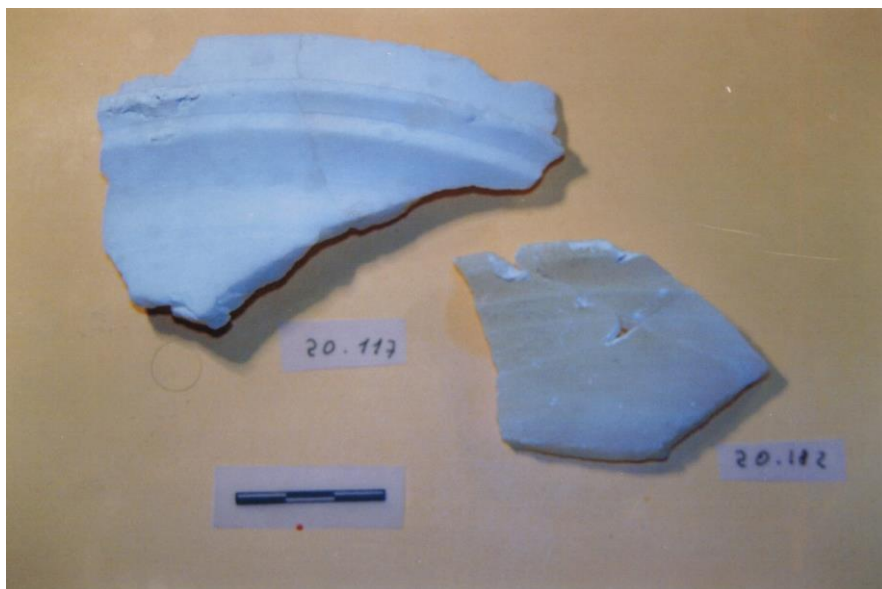


Fig. 69. Fragmentos de alabastro (cata 20). Foto: Fernández Rodríguez y López Fernández.

También contamos con algunos fragmentos de mármol trabajado (uno de color blanco, en la cata 12, nivel II; otro de un tono gris verdoso, en la cata 26, habitación 2, nivel VI...), pero, dado su estado fragmentario, no es posible determinar si eran parte integrante de revestimientos interiores (de muros, más bien que de suelos, como pudiera ser un enlosado o un *opus sectile*, a la vista de su escaso grosor), de elementos de sustentación (columnas) o de alguna clase de manifestación plástica (escultura...), pieza de mobiliario u otros enseres.

Esta clase de revestimientos tenían el propósito de camuflar las estructuras de mampostería y tapial con materiales nobles, en forma de lajas, tiras o *crustae*, fijadas a la superficie parietal mediante grapas metálicas u otros

métodos, en función del peso y el equilibrio de la lámina que hubiera de fijarse en dicho soporte. El corte de plaquetas delgadas, con diversas dimensiones y formas geométricas, permitía adaptarlas a la decoración de cualquier paramento (ADAM, 1996, 247).

Si algunos de los fragmentos de alabastro y mármol encontrados en este yacimiento fueran vestigios de esa supuesta decoración mural de la vivienda, cabe pensar que, al ser placas bastante finas, no habría necesidad de colocarlas con grapas, pues, en tales casos, lo habitual en las construcciones romanas era aplicarlas a la pared con una capa de mortero mediante la que quedaban bien adheridas. En cambio, cuando se trataba de pesadas losas (de mármol...), era preciso recurrir a sistemas de fijación como las grapas. En este tipo de ornamentación se podían emplear diferentes elementos dispuestos conforme a algún dibujo, combinando paneles de vivos colores, franjas donde se alternaban mármoles moteados, veteados, jaspeados, fragmentos ovalados e incrustaciones circulares y romboidales con variados sistemas compositivos, a modo de taracea, lo que crearía bellos efectos cromáticos.

El recubrimiento parietal con costosos materiales lapídeos (no sólo marmóreos, sino también con las denominadas rocas nobles) solía estar reservado para adornar salas de elevada categoría, recintos termales...

El hecho de ser el alabastro y el mármol materiales costosos explicaría que únicamente se hayan salvado unos cuantos fragmentos en este yacimiento de Alcázar de San Juan, pues desde antiguo fue una práctica corriente la recuperación de los mismos para ser reutilizados en otras construcciones posteriores. En general, son escasos los conjuntos decorativos de esta índole llegados hasta nuestros días debido a la acción de los saqueadores, sobre todo durante el Medievo. Vienen a colación unas palabras de J. San Valero (1956, 196), quien refiere que “El conjunto de lo que consideramos una lujosa villa romana aparece arrasado y (...) hace suponer el saqueo absoluto de sus restos muebles y aun el arranque de sus elementos constructivos de alzada - muros, columnas, tejas, etc.- que no fueron hallados al excavar”.

Baste recordar unos cuantos casos ejemplares: habitaciones revestidas con grandes placas marmóreas de recuadros policromos se han conservado en algunas *domus* de Ostia, como la de Amor y Psique, fechada hacia el 300 d.C., también hay revestimientos de mármol en algunas dependencias termales, tal es

el caso del *caldarium* de las termas del Foro de esa misma ciudad (ADAM, 1996, 247-248, figs. 531-532) y todavía puede contemplarse un *opus sectile* de mármol en uno de los muros de la Casa del relieve de Télefo, en Herculano (MAIURI, 1968, 68-71, lám. XL, fig. 72). Durante las excavaciones de la *villa* romana de Carranque aparecieron algunas piezas de mármol que probablemente pertenecían a composiciones decorativas murales (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1989, 255-270), etc.



Figs. 70-71. Fragmentos de pintura mural. Foto: TEDAR.

En lo concerniente a otros aspectos del programa decorativo de la *villa* alcazareña, consignamos la presencia de numerosos fragmentos de estuco pintado, la mayoría monocromos, de colores azul, amarillo, verde, ocre, rojo, etc., pero también otros policromos, entre los que cabe mencionar algunos pintados con decoración de bandas paralelas de tonos rojo, negro y ocre; los hay que presentan franjas rojas, verdes y azules (cata 11, nivel X) e incluso ondas tricolores en rojo, negro y blanco (cata 11, nivel X). Son copiosos los vestigios del estucado parietal de la edificación romana (p. ej., cata 20, Sector C, habitación 3, nivel X, habitación 4, niveles IX y XI, etc.), que posee una capa pictórica estable y fija, al decir de los restauradores del TEDAR, quienes la consideran de buena calidad (figs. 70-71).



Fig. 72. Fragmento de estuco pintado. Foto: García Bueno.

La aplicación de un enlucido pintado a los lienzos de pared de algunos recintos de la *villa* produciría un vistoso efecto mediante el empleo de esas intensas tonalidades (fig. 72).

Ocasionalmente localizamos muros desplomados (cata 11, habitación 2, muro G...), que conservaban aún la capa originaria de argamasa revocada con una lechada de cal, además, frecuentemente documentamos pequeños nódulos de argamasa y cal dispersos alrededor de otras estructuras derruidas, deparándonos una prueba de su antiguo recubrimiento. En la misma habitación 2

de la cata 11, bajo un estrato de tejas, se documenta un suelo de argamasa, a una cota de profundidad de -4,62 m (nivel XIII), sobre el que hay varios fragmentos de estuco, uno de ellos con decoración de ondas rojas, blancas y negras, mientras que los restantes están pintados con franjas rojas, verdes y azules. Están asociados a *terra sigillata* y a las monedas romanas n.º de inventario 11128, 11129 y 11130 (la primera de ellas es un *minimus*, *vid. infra* apartado 2.4.1, n.º 15 del catálogo).

LOS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

MATERIALES DE CUBIERTA

En cuanto al material constructivo de cubrición, hallamos una enorme cantidad de tejas romanas, procedentes del derrumbe de la cubierta de los diferentes espacios habitacionales. Es más, en los niveles romanos de todos los sondeos realizados aparecieron estratos de tejas. Sin embargo, a pesar de la abundancia de este material, en su mayoría están fragmentadas y apenas descubrimos alguna pieza completa, algo que cabía esperar al haberse producido el desplome de la techumbre.

Las tejas planas son escasas en este yacimiento, no obstante, eventualmente constatamos la existencia de algunas *tegulae* (cata 8, nivel XIV; cata 11, niveles X y XIV; cata 15, nivel XVIII; cata 20, Sector A, niveles VIII y XI...). Mayoritariamente encontramos la característica teja curva, con uno de los extremos más estrecho. Algunas *imbrices* presentan una serie de líneas trazadas con los dedos sobre el barro fresco, tal vez como marca del alfarero del tejar que las fabricó (miembro de un taller de la propia *villa* o de una *figlina* cercana). Son bastante frecuentes, ya sean digitaciones de trazo paralelo u ondulado (fig. 73, por poner algún ejemplo, son numerosas en la cata 9, nivel XII, habitación 2, y un fragmento de *imbrex* de 32 cm de largo x 23 cm de ancho, con marcas paralelas en su dorso curvo, fue recuperada en la cata 12, nivel VIII, habitación 1).



Fig. 73. Tejas con digitaciones (cata 9). Foto: García Bueno.

La cocción de *tegulae* e *imbrices* es generalmente bastante imperfecta. Las circunstancias de ese proceso de cocción se reflejan en la variedad de colores de la pasta: amarillo, gris, rojo, etc. Algunas de ellas están quemadas (cata 20, Sector A, nivel VIII, Sector B, niveles VI y VII, etc.). De hecho, dentro de la potente estratigrafía del yacimiento documentamos varios niveles de incendio (p. ej., en la cata 20, Sector B, niveles VI, VII, VIII y IX, Sector C, nivel V...), en los que se entremezclan elementos cerámicos de cubrición y restos carbonizados de los entramados de madera que los sustentaban.

Resultan dignos de mención un par de fragmentos de tejas que tenían un objeto de hierro adherido, en avanzado estado de corrosión, tal vez un clavo (cata 8, habitación 2, nivel XIII y cata 9, habitación 1, nivel XI, respectivamente). Si lo fuera, podríamos pensar que son tejas de alero, aunque es imposible confirmarlo al no conservarse la zona horadada en la que solía introducirse el clavo para fijarlas. En efecto, las tejas de alero romanas tenían un orificio en la parte inferior, realizado en el barro antes de su cocción, que servía para sujetar la teja mediante un clavo al alero de la casa, pues, al ser la primera de su canal, no había otra en la que pudiera apoyarse y, además, debía soportar el empuje de las restantes, superpuestas en el sentido de la pendiente y yuxtapuestas en sentido longitudinal. Quizás también pueda interpretarse como tal un grueso

fragmento rectangular de barro cocido, horadado en el borde, que apareció en la cata 20, Sector A, nivel XI. Por su singularidad dentro de lo atestiguado en el registro arqueológico de este yacimiento cabe destacar la presencia *in situ* de varias *tegulae* colocadas horizontalmente, conformando el umbral del vano que da acceso a uno de los ambientes descubiertos (cata 12, habitación 1, nivel VIII). Están trabadas con argamasa y asentadas sobre una base de tierra compactada.

Como advierte J.-P. Adam (1996, 230-231), las dimensiones de las *tegulae* “no conocen ningún tipo de normalización y cada región tendrá sus modelos. (...) A finales de la época romana, Galia abandonará la fabricación de las *tegulae*, que requería moldes complejos a causa de los ajustes, para no quedarse más que con la *imbrex* de sección de cono (...) (‘teja árabe’ española)”. Esto explicaría el notable contraste entre el volumen de ejemplares de *imbrices* encontrados en el yacimiento de la Plaza del Torreón frente al de tejas planas. Por lo tanto, más que tener la función de cubrejuntas (de los empalmes de las *tegulae*), estos elementos cerámicos de perfil semicircular (o “laconio”, el más extendido en el Imperio romano) serían el componente prácticamente exclusivo de las techumbres, utilizándose quizá sólo puntualmente las tejas planas de borde.

EL OPUS TESTACEUM

En todo el yacimiento abundan los típicos ladrillos romanos de grandes dimensiones, si bien éstas son muy irregulares. Atestiguan un sistema constructivo consistente en completar el alzado de los muros con tongadas de ladrillo superpuestas a las bases de mampostería. El hallazgo frecuente de ladrillos romanos entre los materiales de derrumbe de los muros y, particularmente, la conservación *in situ* de algunos ladrillos, colocados uniformemente sobre una de las estructuras (cata 8, nivel IX, muro C), nos ha permitido constatar el empleo de esta técnica edilicia en los ambientes de ocupación romanos (fig. 74).



Fig. 74. Muro con ladrillos *in situ*. Foto: García Bueno.

En algún caso también han aparecido restos de muros de tapial en dichos niveles romanos (cata 15, nivel XVIII). El *opus latericium* se utilizaría entonces para regularizar las hiladas de mampuestos de los zócalos y a continuación, coronando los paramentos, se levantarían los tapias, como es característico durante el Bajo Imperio (fig. 75, a propósito de esta cuestión, cfr. CHOISY, 1873/1999, 18-19; de la fábrica de tapias de tierra nos da información Varro, *rust. I*, 14).



Fig. 75. Muro de tapial desplomado (m. t. catas 11-15). Foto: García Bueno.



Fig. 76. Ladrillos. Foto: García Bueno.

Al carecer de sellos de fabricación, estos materiales constructivos cerámicos no tienen un valor cronológico demasiado preciso, pero, aunque hay una cantidad ingente de fragmentos pequeños (un fragmento con superficie estriada, otros con digitaciones...), contamos con algunos ladrillos completos, grandes y cuadrados (formato característico de los ladrillos romanos), por lo que

podemos, al menos, adscribirlos a ese horizonte cultural. Sus módulos no son homogéneos, sino bastante dispares, por lo que no haremos ahora una prolija relación de los mismos (*vid. infra* Anexo I; sobre las variadas medidas y denominaciones de estas piezas del *opus testaceum*, nos da noticia Plin., *NH* XXXV, 170; asimismo, cfr. GARCÍA Y BELLIDO, 1979, 50-52; ADAM, 1996, 159).

Las marcas digitales que presentan un buen número de ejemplares fueron trazadas con los dedos en el barro antes de la cocción. Las más comunes son las líneas paralelas.

En diversas ocasiones se recurrió al material latericio para solar algunas dependencias de este complejo tardorromano (cata 8, nivel XII..., *vid. supra*). También recogimos ladrillos de menores proporciones (fig. 76), de los que solían conformar los pavimentos de *opus spicatum*.

VIII.2.2. PIEDRA

La piedra es un material que ha sido tradicionalmente empleado para construir, pero también se ha utilizado para la elaboración de objetos y ornamentos, de los que existen algunas muestras en este yacimiento.

Funcionalidad constructiva tienen varios sillares de arenisca roja local, p. ej., uno moldurado, que perteneció al alero de la Iglesia de Sta. María, desplomado en el siglo XIX (cata 15, nivel I). Asimismo, en niveles romanos encontramos otros sillares de arenisca, de grandes dimensiones (p. ej., en la cata 26, niveles II y III, el primero de éstos estaba caído en medio de una estancia, fig. 77). No ostentan ninguna marca ni decoración.



Fig. 77. Sillar de arenisca (cata 26, nivel II). Foto: García Bueno.

Una quicialera labrada en arenisca roja fue descubierta junto a un muro de la cata 9 (nivel VII), asociada a TSht burilada, teselas y otros materiales arqueológicos romanos.

Con anterioridad hicimos referencia al hallazgo de fragmentos de alabastro que quizás podrían ser vestigios de placas originariamente empleadas para revestir algunos paramentos. Otros fragmentos pertenecían a pequeños recipientes de alabastro para contener perfume o ungüento (cata 12, nivel VIII; cata 15, nivel XIV), se trata de probables objetos suntuarios de importación, al igual que un vaso de alabastro, del que también apareció un fragmento (cata 20, nivel VIII). Es destacable uno que presenta una acanaladura rectilínea en su cara externa y tiene 1 cm de espesor (cata 15, nivel XIV). De hecho, en la cuadrícula 20 se han documentado tres fragmentos de alabastro pertenecientes a dos contenedores distintos (figs. 69 y 78), sin duda, de adscripción cronológica romana, a tenor de su tipología y de su contexto arqueológico. El alabastro es un elemento de lujo, escaso en la Península Ibérica, lo que, una vez más, nos habla de la riqueza que tuvo este enclave en época romana.

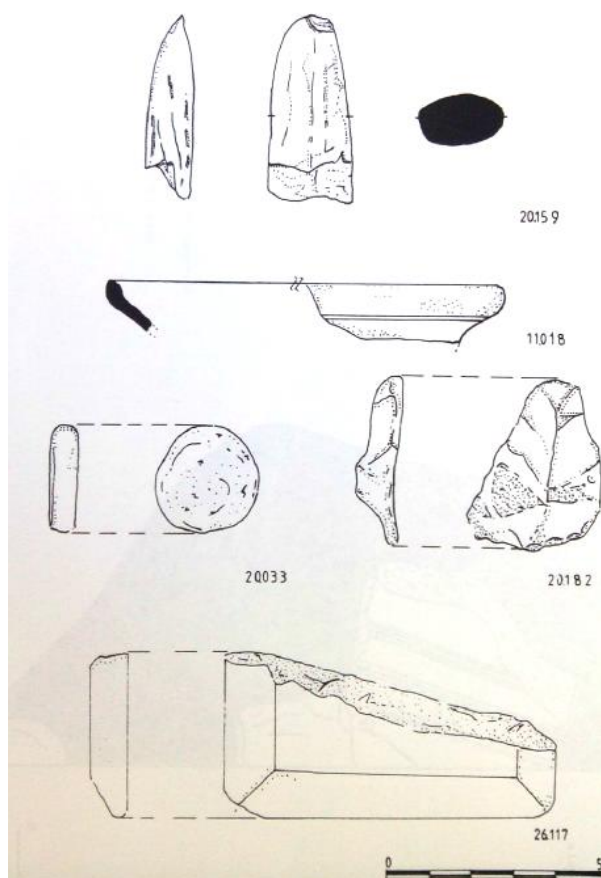


Fig. 78. Material lítico. Dib.: Fernández Rodríguez y López Fernández.

La última pieza de la figura que acompaña estas líneas y la de la esquina superior derecha de la siguiente figura (figs. 78-79, n.º inv. 26117, cata 26, habitación 1, nivel VI) es una paleta mezcladora perteneciente a un set de tocador romano, estudiado, entre otros, por J. Bermejo Tirado (2014, 355-358, con bibliografía). Constituye otra evidencia material de los bienes de prestigio que eran propiedad de alguno de los moradores de esta *villa*.

El material lítico ofrece una amplia repartición espacial en este yacimiento. Resulta muy significativo el descubrimiento de numerosas lascas de sílex asociadas, fundamentalmente, a niveles romanos, aunque también, en algún caso, a los medievales. Se trata de un sílex de color beige claro con vetas ocre, talón bifacial y poco trabajado, apenas unos pequeños retoques planos en ambas caras (figs. 78-79, n.º inv. 20182, cata 20, habitación 3, nivel IX). La presencia de estas piezas (hojas o láminas) con pequeños retoques en el borde y brillo en el mismo, que puede indicar un contacto con vegetales, nos hace pensar en un aprovechamiento de los recursos agrarios por parte de los

habitantes de la *villa*, quienes las usarían en labores agrícolas (siega, trilla), típicas de estas tierras cerealísticas. Por consiguiente, la mayoría de estos fragmentos de sílex trabajado podrían ser identificados como dientes de hoz o elementos de un trillo.



Fig. 79. Material lítico. Foto: Fernández Rodríguez y López Fernández.

De tal modo, la actividad agrícola llevada a cabo en este establecimiento queda reflejada en el registro arqueológico del yacimiento a través de esas abundantes lascas de sílex y cuarcita (de esta última, en cata 9, nivel VI; cata 15, niveles XVI y XIX; m. t. entre las catas 11 y 12, nivel III...). Por poner un ejemplo, a modo ilustrativo, escogeremos de entre todas ellas una lámina de sílex de sección trapezoidal y base plana, que tiene un retoque denticulado (cata 11, nivel XIV, bajo el muro B, figs. 80-81, lám. CCXXXVII, 2, Anexo II.2).

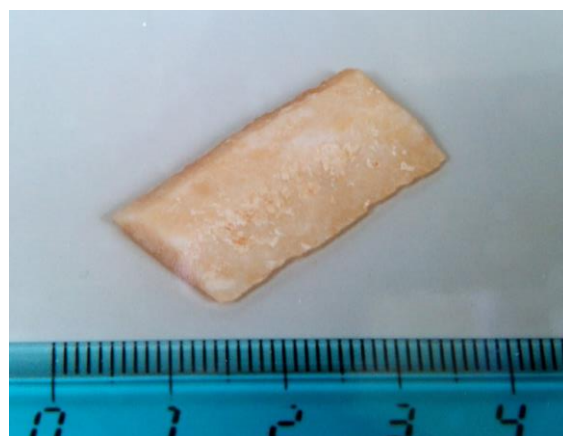


Fig. 80. Lámina denticulada de sílex. Foto: García Bueno.



Fig. 81. Lámina de sílex y fragmento de cerámica romana. Foto: García Bueno.

Los molinos de rotación y molederas nos deparan una prueba arqueológica inequívoca de que en algunas de las dependencias descubiertas se molía el cereal recolectado. Recuperamos un buen número tanto de molederas pasivas como de molinos rotatorios, fragmentados o enteros: cuatro fragmentos en la cata 12, nivel VI; uno en la cata 8, nivel VII y otro en la cata 9, nivel I. La cata 9 nos ha proporcionado varios molinos rotatorios más, de granito y de arenisca roja (nivel II), hallados uno cerca del otro, igualmente, una moledera fabricada en arenisca blanca (nivel III). Algunos de estos molinos son de basalto (m. t. entre las catas 11 y 12, nivel III; m. t. entre las catas 11 y 8, nivel V; de basalto vesicular, en cata 12, nivel IV), etc.

Las llamadas “piedras de molino” son, por tanto, un valioso testimonio de ciertas tareas secundarias relacionadas con la economía agraria (la molienda), de enorme importancia al ser el cereal la base de la alimentación, un producto vital para todas las culturas antiguas.

Hay gran cantidad de material lítico con retoques, algunas pequeñas piezas trabajadas, de forma semiesférica, redondeada en uno de sus lados y lisa por el otro, que podemos interpretar como machacadores o molederas activas (cata 8, nivel III; cata 12, habitación 2, nivel VII; m. t. entre las catas 11 y 12, nivel III); asimismo, una piedra negra con marcas de golpes, aplastada y redonda (m. t. entre las catas 11 y 12, nivel VIII), probablemente tendría una funcionalidad similar.



Fig. 82. Hacha votiva. Foto: García Bueno.

En el elenco de útiles de piedra figura un hacha votiva pulimentada de piedra negra basáltica (cata 8, nivel VIII, figs. 82-83, lám. CCXXXVII, 1, Anexo II.2). Se trata de un hacha o azuela plana de cara trapezoidal, con el filo vivo, pese a que, según parece, era una extendida costumbre romana dejar el filo romo y, por ello, generalmente se lo truncaban al recogerlas. Recibían el nombre de *ceraunia*. También se las denominaba “piedras del rayo” o “del trueno”, porque los romanos creían que protegían de los rayos y, a su vez, se las suponía producto del fenómeno atmosférico del relámpago-rayo. Posiblemente podamos ponerlas en conexión con el ámbito de la espiritualidad y la superstición, al ser consideradas poderosas protectoras contra influencias nefastas y elementos para atraer buena fortuna, por lo que eran objeto de veneración.



Fig. 83. Hachas votivas pulimentadas. Foto: García Bueno.

Además de este ejemplar de roca ígnea volcánica, que no presenta huellas de uso, hay otras hachas pulimentadas, una de ellas, de piedra basáltica beige, erosionada en sus extremos, estaba muy próxima a la anteriormente descrita (cata 8, nivel VIII, fig. 83, lám. CCXXXVII, 3, Anexo II.2). Otra hachita, de color blanco con vetas marrones, con huellas de uso en el filo, apareció fracturada y quemada después de su fragmentación (cata 20, Sector C, habitación 3, nivel VIII, figs. 78-79, n.º inv. 20159), igualmente, junto a varios molinos rotatorios, hay un hacha plana de basalto vesicular, que carece de talón (m. t. entre las catas 9 y 12, nivel II), otra toscamente tallada (cata 8, nivel VIII, lám. CCXXXVI, 1-2, Anexo II.2) y una pieza tallada que identificamos con otra hacha (cata 9, nivel II).

El repertorio de piezas líticas abarca algunas pulimentadas (posibles afiladores..., p. ej., m. t. entre las catas 11 y 15, nivel XVII), una piedra pintada, de forma esférica (m. t. entre las catas 11 y 12, nivel VI) y abundantes fichas de piedra (cata 15, nivel XIX; cata 20, nivel XV..., figs. 78-79, n.º inv. 20033, *vid. infra* apartado 2.7 de este capítulo).

Mención especial merecen varios fragmentos de granito (cata 9, niveles sup. y I; cata 12, nivel IV; cata 15, niveles X y XX; cata 20, nivel XIV, etc.), ya que no es una piedra natural de las canteras locales, como tampoco el mármol procede de la comarca, por lo tanto, en ambos casos son de carácter foráneo. Uno de esos fragmentos de granito podría pertenecer a un fuste de columna (cata 15, nivel X).

Un conjunto de cuentas de azabache (cata 8, nivel III, fig. 84) apareció en uno de los estratos superiores del yacimiento. Debido a la intensa alteración estratigráfica que ha sufrido este solar resulta arriesgado datarlas como romanas, pues también podrían ser medievales.

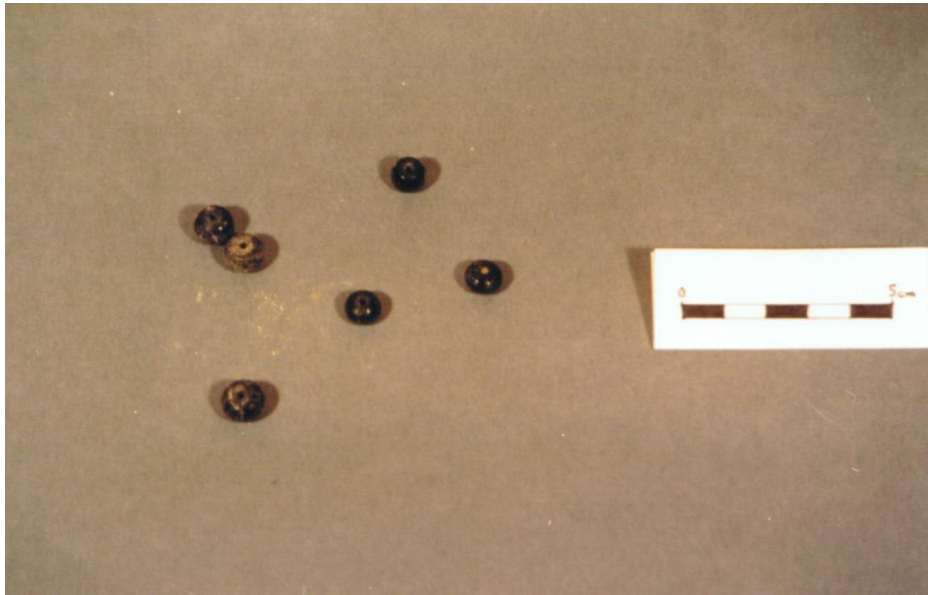


Fig. 84. Cuentas de azabache. Foto: García Bueno.

Algunas sepulturas están revestidas con lajas de piedra, como la tumba 1, en la cuadrícula 11 (nivel I), donde se usó piedra arenisca roja tallada.

Son varios los testimonios del mundo funerario, fundamentalmente en los niveles superiores del yacimiento (cata 8, niveles I, II, III y IV; cata 9, niveles I y II; cata 12, niveles III y V, etc.). Se trata de tumbas muy pobres, con rituales funerarios bastante sencillos y carentes de ajuares. Su adscripción cronológica es medieval, por lo que no nos extenderemos más sobre el tema, salvo destacar un hallazgo realizado en uno de los estratos más profundos (cata 15, nivel XIX), junto a materiales arqueológicos romanos (TSht, cerámica común romana, un posible cuchillo, etc.). Consiste en una mandíbula inferior humana de un individuo de edad avanzada, como puede deducirse del hecho de que se hayan cerrado los alvéolos de los dientes al habersele caído las piezas dentales de ambos lados, quedándole sólo las frontales. Por su contexto, estos restos humanos corresponden al periodo tardorromano.

VIII.2.3. MATERIAL ÓSEO. HUESO TRABAJADO.

En el capítulo del material óseo, consignamos que parte del mismo está trabajado. Cabe subrayar su calidad y relativa escasez.



Fig. 85. Espátula de hueso y anillo de bronce. Dib.: Fernández Rodríguez y López Fernández.



Fig. 86. Fragmentos de vidrio, espátulita de hueso, aplique foliforme y anillo de bronce.
Foto: Fernández Rodríguez y López Fernández.



Figs. 87-88. Cajita de hueso. Foto: TEDAR.

Un alto porcentaje de las piezas se concentraban en una misma habitación: una pequeña espátula, de 1,5 cm, plana por uno de sus lado (cata 11, habitación 2, nivel X, figs. 85-86, n.º inv. 11125), localizada junto a una cajita con broche de plata aleada con cobre y tapadera redonda (cata 11, habitación 2, nivel X, figs. 87-88, lám. IV, 9-10, Anexo II.1), que probablemente fueron utilizadas para aplicar y contener, respectivamente, algún tipo de crema o

ungüento, también una pieza circular de hueso, posible tapadera (cata 11, nivel XI, figs. 89 y 90, n.º inv. 11095), etc.

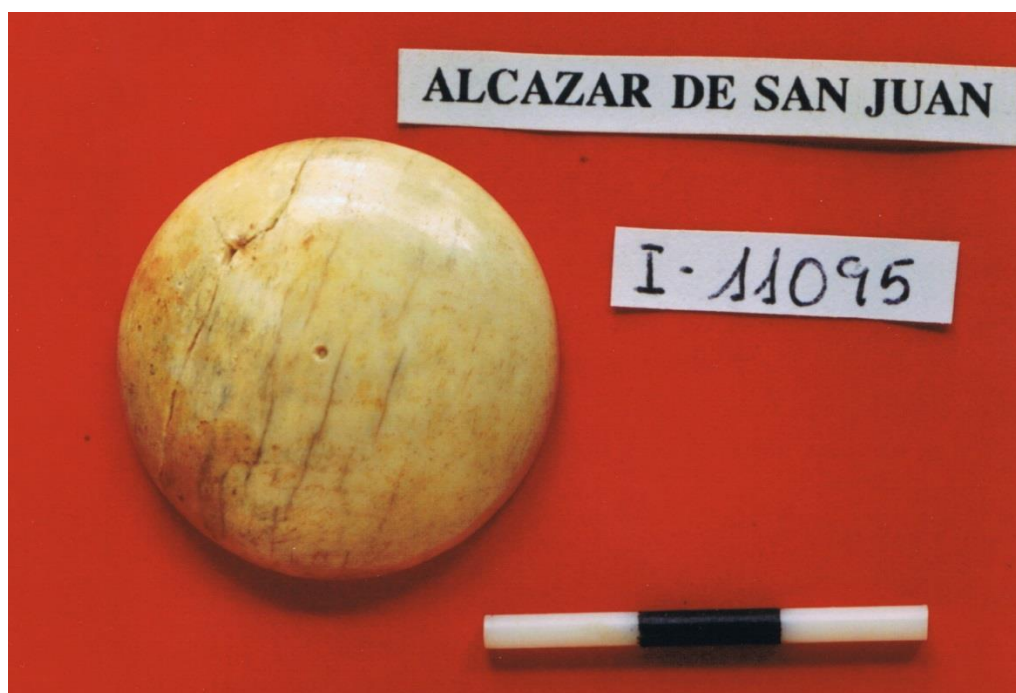
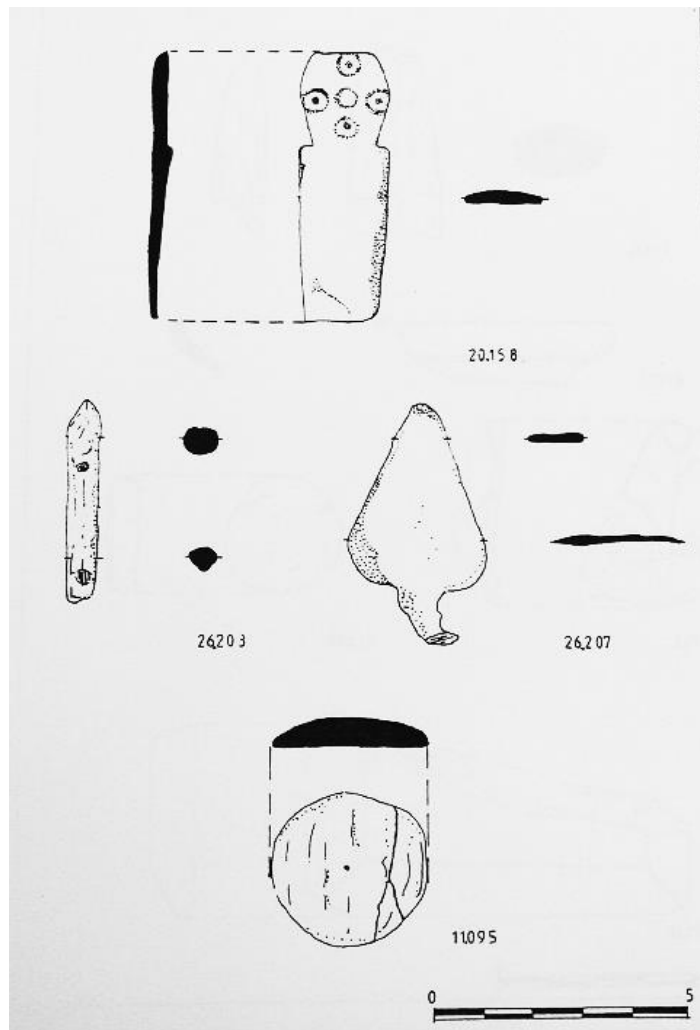


Fig. 89. Tapadera de hueso. Foto: TEDAR.

En distintos sondeos aparecieron varios punzones de hueso, uno de ellos incompleto (cata 20, Sector C, habitación 3, nivel VIII; cata 26, habitación 2, nivel IV, fig. 90, n.º inv. 26203), objetos indeterminados de hueso trabajado (cata 11, nivel XI; cata 20, nivel VIII...), otro objeto de función incierta, con decoración incisa (cata 20, habitación 3, nivel VIII, figs. 90-91, n.º inv. 20158), un hueso vaciado y cortado en forma de cuña en su extremo (cata 8, nivel X), huesos pulimentados (cata 8, nivel V; cata 20, nivel II), entre ellos, un fragmento fino, posiblemente perteneciente a una aguja. En algunos casos, esos fragmentos óseos pulimentados están endurecidos al fuego (cata 8, nivel VII; cata 9, nivel VIII; m. t. entre las catas 11 y 8, nivel III, etc.).





Figs. 90-91. Material óseo y metálico. Foto y dib.: Fernández Rodríguez y López Fernández.

El listado incluye algunas tabas (huesos de las articulaciones de algunos animales), utilizadas por los romanos como elementos de un juego muy popular llamado *talus*. Recuperamos varias en diversos puntos del yacimiento: una en la cata 11, nivel XII, una taba de gran tamaño, al excavar el muro testigo entre las catas 11 y 15, nivel XVIII, una gran taba pintada de color naranja (cata 15, nivel XX) y un juego de tabas (cata 20, Sector B, nivel IX).

Plinio (*NH* XXXIV, 19, 2) hace referencia al juego de las tabas. En él participaban tanto hombres como mujeres. Algunas representaciones pictóricas ilustran cómo se desarrollaba el juego. Se tiraban las tabas al aire y se recogían en el dorso de la mano. Según cayera el astrágalo por uno u otro lado, los jugadores obtenían una determinada puntuación: por el lado plano valía un

punto, por el sinuoso, seis, por el cóncavo, tres, y por el convexo, cuatro (RAMOS FOLQUÉS, 1956, 767-768). Ya en la Grecia clásica fue un juego muy popular, representado incluso en obras escultóricas (en una de éstas, conservada en el Museo de Berlín, puede verse una joven jugadora) y pictóricas, p. ej., un fresco de Rosina, en Grecia. Asimismo, en el Museo de Nápoles se exhibe una pintura sobre mármol, procedente de Herculano, con un grupo de mujeres jugando a las tabas (BLANCO, 1975, 285-286, fig. 172).

Relacionados también con estas aficiones lúdicas estarían los numerosos hallazgos de fichas circulares de cerámica, de piedra e incluso algunas elaboradas con tejas (láms. LXIV, 3, CLXIV, CCXVII, Anexo II.2). Al igual que las tabas, serían usadas para jugar, lo que nos permite vislumbrar algunas facetas del ocio de los pobladores de este asentamiento (sobre las *tesserae lussoriae*, *vid. infra* apartado 2.7 de este capítulo).

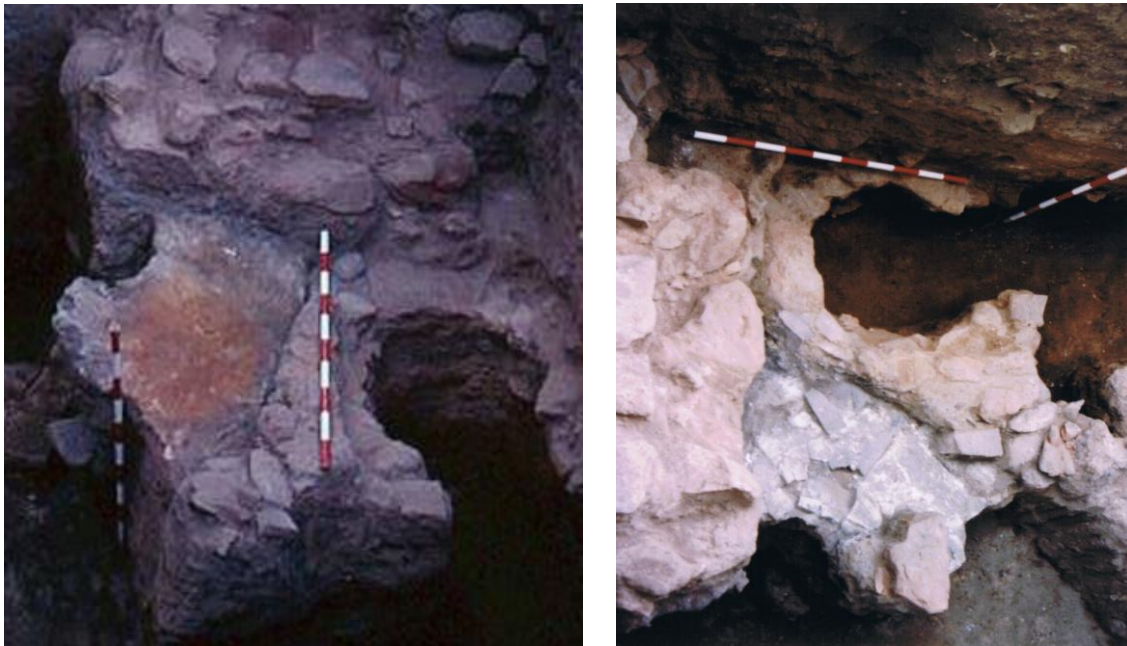


Fig. 92. Proceso de consolidación de una esterilla o alfombra de esparto trenzado, dispuesta en torno a un hogar (cata 20). Foto: Fernández Rodríguez.

Conviene resaltar por su interés algunas cuestiones observadas durante la excavación de la Plaza del Torreón. En su transcurso detectamos algunas pequeñas bolsadas formadas por diminutos fragmentos de carbón y fosas colmatadas con materiales procedentes del derrumbe de la techumbre (tejas quemadas...). En toda el área sondeada se aprecian indicios de la acción del

fuego, a tenor de los cuantiosos vestigios de madera carbonizada (vigas, postes de sustentación...), estratos de cenizas, tejas, fibra vegetal trenzada (esparto) e igualmente quemada. Identificamos una esterilla o alfombra de esparto trenzado, que se extiende en torno a un hogar, en la cata 20, Sector C, habitación 3, nivel VI (figs. 92 y 543) y puntualmente documentamos otros fragmentos de esta misma fibra. Se trata de potentes niveles de incendio, que provocaron el derrumbe de la cubierta (tanto del armazón de madera como de las tejas que éste sustentaba).

En algunos sectores abundan particularmente los materiales cerámicos de cubrición entremezclados con carbones disgregados y dispersos. Así, en la cata 8 (nivel VIII) descubrimos unas tejas colocadas con una cierta inclinación, a cuyo alrededor son muy densas las cenizas y carbones, de lo que se colige la existencia de un hogar. En las inmediaciones de éste localizamos varias piedras que conforman una estructura circular -otro hogar, al que denominamos E-. Junto a dicha estructura apareció un gran cuerno de vaca agujereado en la punta, si bien, al no haber sido vaciado por su otro extremo, cabe deducir que su función era contener algún líquido, convirtiéndose, una vez taponado, en un recipiente bastante rústico pero práctico. En el interior de ese hogar (estructura E) encontramos huesos de ave, fragmentos de cerámica de cocina y de *terra sigillata* quemada, también hay gran cantidad de carbón perteneciente a una hoguera y en sus proximidades documentamos un potente estrato de cenizas, muy compacto (figs. 93-94). Al Sur del mismo se dispone otro conjunto de tejas desplomadas, como sucede en muchos otros puntos del yacimiento. Restos de otro gran herbívoro (una mandíbula y una pieza dental) estaban asociados a materiales arqueológicos romanos, tales como fragmentos de *terra sigillata* y una tesela, cerca de abundante madera quemada (cata 20, Sector B, nivel XV).



Figs. 93-94. Hogar (estructura E). Foto: García Bueno.

Una fuerte concentración de fragmentos óseos apareció asociada a otros hogares (cata 11, nivel II; cata 20, nivel IV...). Hallamos restos de materia orgánica en varios puntos del yacimiento (cata 11, nivel VIII; cata 20, Sector A, nivel VI). En el primero de los casos (cata 11, nivel VIII), consiste en una bolsada de forma rectangular, cuyas dimensiones son 70 cm de ancho por 44 cm de alto, delimitada por una fina capa de materia orgánica quemada, de la que únicamente queda la impronta. Se trata de una posible caja de madera.

VIII.2.4. METAL

La presencia de hierro y de bronce es extraordinariamente abundante en el yacimiento, sobre todo en los niveles inferiores, correspondientes a la época tardorromana, lo que denota la considerable riqueza de este establecimiento. En el interior de algunas unidades estructurales pertenecientes a dicha fase cultural recogemos varios recipientes de hierro y bronce, tales como calderos, vasos, fuentes..., que han llegado hasta nuestros días en un lamentable estado de conservación al tener el terreno un alto grado de humedad, que ha contribuido a su corrosión. Además de estos recipientes aparecen otros objetos más pequeños, como cuchillos, cinceles y argollas de hierro, objetos de adorno personal (pendientes, anillos, fíbulas de bronce, etc.), numerosos objetos indeterminados, escorias y algunas muestras

numismáticas. En cuanto a estas últimas, les dedicamos más adelante un apartado con su análisis específico.

Al margen del material numismático, contamos con diversos fragmentos informes de bronce e hierro y todo tipo de piezas fabricadas con ambas clases de metal. Dentro de este grupo heterogéneo, cabe enumerar un fragmento alargado y plano de hierro, redondeado en un extremo, tal vez un cuchillo (cata 15, nivel XIX), la hoja de otro cuchillo (cata 20, nivel XI), un objeto de hierro de 10 cm de longitud, que puede interpretarse como el mango de otro cuchillo (cata 9, nivel III), varios fragmentos grandes de hierro pertenecientes a un objeto indeterminado, de forma alargada (¿una herramienta, quizás?, cata 11, nivel XI, habitación 2), otro objeto alargado y fragmentado de ese mismo metal (cata 11, nivel X), un objeto alargado de hierro, de sección circular, uno de cuyos extremos está rematado por una cabeza de animal (¿un carnero?, cata 12, nivel V). Se conserva en pésimo estado debido a la corrosión, por lo que no podremos identificarlo claramente hasta que no haya sido sometido a un proceso de limpieza y restauración. Podría ser un mango de llave como el que apareció en Puente de la Olmilla (*vid. infra* capítulo XVIII.1.2; AURRECOECHEA, 1990, 321-324).



Fig. 95. Argolla de hierro. Foto: TEDAR.



Fig. 96. Argolla de hierro. Foto: TEDAR.

El repertorio comprende varios fragmentos de hierro que definimos como apliques metálicos (cata 8, nivel VII), argollas de hierro (cata 26, niveles sup., III y IV, habitación 2, nivel IV, esta última, asociada a abundantes restos faunísticos, figs. 95-96), varias anillas de hierro (cata 8, niveles sup. y I; cata 11, niveles X y XI), una de esas anillas apareció junto a una argolla de hierro (¿posibles asas de caldero?), recipientes de este mismo metal, de tres de los cuales sólo se ha preservado el fondo (respectivamente, cata 8, nivel XIV, fig. 97, cata 9, nivel I y cata 26, nivel IV, fig. 98, entre los mampuestos de los cimientos del muro A), el borde de otro (cata 9, nivel II) y varios en la cata 20, Sector C, nivel II (fig. 99), calderos de bronce que contenían algunas monedas (p. ej., cata 11, niveles X y XI, habitación 2), un arranque de asa de caldero de bronce, perforado en el extremo, del que sobresale parte de una argolla (cata 8, nivel VI), un largo clavo

de bronce (m. t. entre las catas 9 y 12, nivel III), además, una ingente cantidad de clavos de hierro, en su mayoría utilizados para reforzar el entramado de vigas que sustentaban la cubierta de tejas de esta construcción (por poner un ejemplo, mencionaremos uno de ellos, de 15,5 cm de largo, doblado, procedente de la cata 26, nivel III, fig. 100).



Fig. 97. Recipiente de hierro fragmentado. Foto: TEDAR.



Fig. 98. Recipiente de hierro fragmentado. Foto: TEDAR.



Fig. 99. Recipiente de hierro. Foto: Fernández Rodríguez.



Fig. 100. Clavo de hierro. Foto: TEDAR.

El elenco de piezas metálicas incluye arandelas de bronce (cata 11, fig. 101), un disco de bronce (cata 11, nivel X, habitación 2, fig. 102), una fíbula de bronce, incompleta (cata 11, nivel XIV, fig. 103), una fíbula anular de bronce, fragmentada (cata 12, nivel III), varios fragmentos de bronce que pertenecen a diversas fíbulas (cata 15, nivel XIV), algunos alfileres de fíbula (cata 9, nivel XII, habitación 2; m. t. entre las catas 11 y 8, nivel I), una pulsera de bronce decorada

con dos cuentas de pasta vítrea, fragmentada en uno de sus extremos, mientras que por el otro acaba en forma de gancho (cata 8, nivel IV, figs. 104 y 107, lám. CCXXXV, 1, Anexo II.2), un posible anillo de bronce (cata 9, nivel I), varios fragmentos de otro objeto de bronce, muy mineralizado, por lo que es difícil interpretar si se trata de un anillo o de un pendiente (cata 9, nivel IX, habitación 1), un anillo de bronce con forma de serpiente enroscada sobre sí misma y boca entreabierta, cuyo diámetro es de 2 cm (cata 20, Sector C, habitación 4, nivel VII, figs. 85-86, n.º inv. 20167), un resorte de bronce, de un posible pendiente (cata 20, Sector C, habitación 4, nivel VII, fig. 105), un aplique foliforme de bronce (cata 26, habitación 2, nivel IV, figs. 90 y 106, n.º inv. 26207), un objeto de bronce que probablemente sea un aplique decorativo (cata 9, nivel XII, habitación 1, fig. 107, lám. CCXXXV, 2, Anexo II.2), junto al que hallamos un objeto de hierro muy mineralizado y otro objeto metálico alargado, de sección cuadrada, con el extremo curvo, semejante a un gancho (cata 9, nivel XII, habitación 1), una placa de bronce de 12 x 5 cm, con cuatro remaches y un orificio en uno de los lados (cata 11, habitación 3, nivel VIII, fig. 108), junto a otras placas y fragmentos metálicos (cata 11, habitación 2, nivel VIII), un *pondus* de plomo (cata 12, nivel X), unas finas tiras de zinc aplastadas y enrolladas (cata 8, nivel III), etc.



Fig. 101. Arandela de bronce. Foto: TEDAR.



Fig. 102. Disco de bronce. Foto: TEDAR.



Fig. 103. Fíbula de bronce. Foto: TEDAR.



Fig. 104. Pulsera de bronce con cuentas de pasta vítrea. Foto: García Bueno.



Fig. 105. Resorte de bronce. Foto: TEDAR.



Fig. 106. Aplique decorativo de bronce con forma de hoja. Foto: TEDAR.



Fig. 107. Aplique y pulsera de bronce. Foto: García Bueno.



Fig. 108. Placa de bronce con remaches. Foto: TEDAR.

En esta breve reseña de los materiales metálicos (cuyas medidas son consignadas en los apartados correspondientes del Anexo I, *vid infra*), merece destacarse un objeto de bronce muy deteriorado, con manchas de óxido de hierro, que parece ser un cencerro cuyo badajo podría ser de hierro (cata 11, habitación 2, nivel X, fig. 109), similar a un fragmento de otro probable cencerro de bronce con manchas de óxido de hierro (cata 11, habitación 2, nivel XIII, junto al muro D, fig. 110), a otros dos cencerros de bronce con badajo del mismo metal (cata 11, esquina noreste entre las habitaciones 2 y 3, nivel XI, figs. 111 y 112; cata 26, nivel III, fig. 65) y a un cencerro de hierro descubierto bajo un hogar (cata 8, nivel XI). Podemos relacionar su presencia con la práctica de la ganadería. En conjunción con algunas piezas de material lítico descritas anteriormente, nos permiten documentar el carácter productivo (agropecuario) de este complejo.

Uno de los paralelos más cercanos, geográfica y tipológicamente hablando, son dos cencerros de hierro descubiertos en otro yacimiento romano alcazareño, el de Pozo Sevilla (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 314-315, lám. 9). Alguno de los de la Plaza del Torreón guarda cierta semejanza con varios cencerros de bronce pertenecientes a la colección de Antonio Vives Escudero (GARCÍA-BELLIDO, 1993, 97, 247, lám. n.º 97).





Figs. 109-112. Cencerros. Foto: TEDAR.

Abundan los objetos indeterminados de hierro, en muy deficiente estado de conservación (cata 8, niveles I, VI, XII; cata 9, niveles IV, VI...), al igual que los de bronce (cata 9, nivel X; cata 11, niveles XI y XIII; cata 12, nivel VI; cata 26, nivel IV..., fig. 113), fragmentos de cobre (cata 9, niveles VIII y IX), etc.

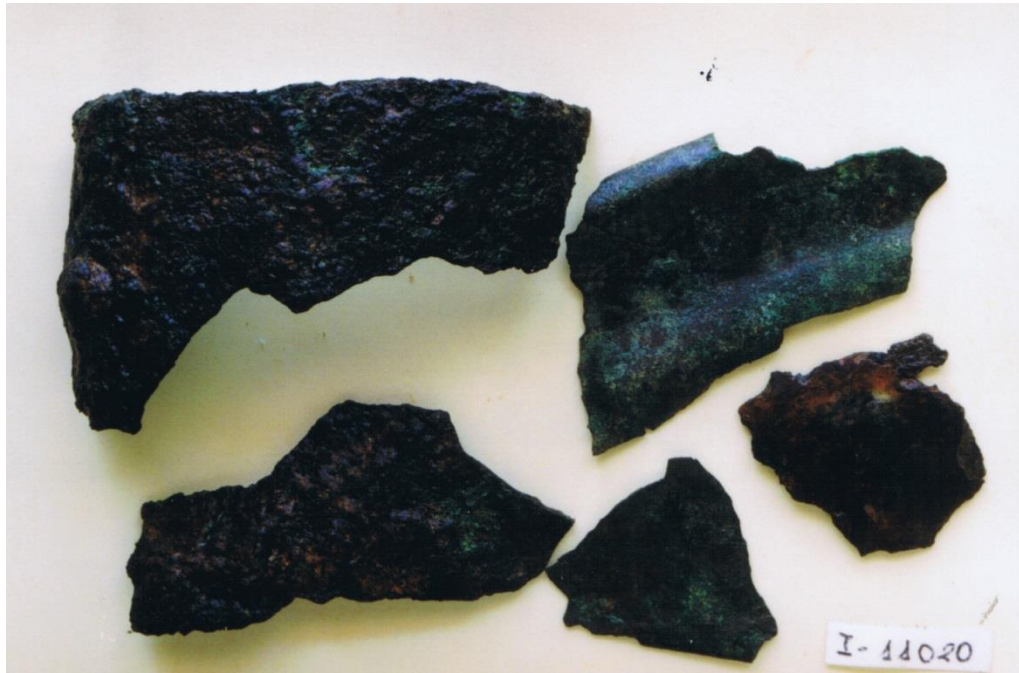


Fig. 113. Fragmentos de bronce. Foto: TEDAR.

A tenor de este amplio repertorio, queda patente que el material metálico está bien representado tanto cuantitativa como cualitativamente en el yacimiento de la Plaza del Torreón. Constituyen un extenso muestrario de objetos de la vida cotidiana aquí desarrollada durante la época romana.

ANÁLISIS POR FLUORESCENCIA DE RAYOS X
(I.C.R.B.C., Ministerio de Cultura)
Valores expresados en % en peso (nd=no detectado tr=trazas)

YACIMIENTO	ANÁLISIS	OBJETO	INVENTARIO	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
Pza del Torreón	PA6436	Aplicue foliforme	26207	0.408	nd	74.20	nd	nd	nd	9.632	0.018	15.71
Pza del Torreón	PA6435	Pendiente	20167	1.003	nd	89.16	nd	nd	nd	3.850	0.391	5.592
Pza del Torreón	PA6434	Lámina remachada	11031	0.428	nd	86.28	10.66	nd	0.066	0.286	0.056	2.204
Pza del Torreón	PA6416	Disco	11063	0.140	nd	73.05	nd	nd	0.053	15.59	0.247	10.92
Pza del Torreón	PA6415	Fíbula	11108	0.035	nd	80.04	nd	nd	nd	16.84	0.056	3.012
Pza del Torreón	PA6409	Lámina (frag.)	11301	nd	nd	92.17	nd	nd	nd	6.900	0.046	0.842
Pza del Torreón	PA6391	Fondo recipiente		det						det		
Pza del Torreón	PA6390	Lámina	11020	0.110	nd	67.79	29.67	nd	nd	0.251	0.022	2.105
Pza del Torreón	PA6389	Aplicue	9282	0.131	0.118	29.60	0.171	nd	0.052	3.086	0.046	66.77
Pza del Torreón	PA6388	Pulsera	8029	0.584	0.423	86.43	8.234	4.123	0.063	nd	0.053	0.081

Fig. 114. Cuadro de análisis metalográfico (I.C.R.B.C.).

Asimismo, aparecieron numerosos fragmentos de escoria mineral de plomo y de hierro (a veces en forma de grandes bloques y frecuentemente entremezclados con cenizas y carbones), además de algún fragmento de plomo vitrificado fundido. Estos restos, producto de una actividad metalúrgica, parecen ser indicativos de la existencia de una fundición, aunque en el área excavada no hemos encontrado ningún horno, pero en otra cercana (la calle Gracia, n.º 9; *vid. infra* Anexo I) sí se exhumó una herrería de la Antigüedad Tardía (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 246-243, fig. 2).

Era frecuente en las *villae* la existencia de talleres dedicados a la fabricación de toda clase de útiles de metal, especialmente durante el Bajo Imperio. Teniendo en cuenta que aquella sociedad rural vivía esencialmente de la agricultura y la ganadería, cabe imaginar que la actividad artesanal destinada a elaborar las herramientas y otros elementos comunes, de carácter práctico, empleados en las explotaciones campestres, debió de ser muy importante.

J. Arce (1990, 24-25) reseña que para aquellas gentes, familiarizadas “con el mundo de los animales domésticos y con el transporte, los arreos y jaeces del caballo, los adornos del carro o los instrumentos de labranza, siega, poda y faenas agrícolas, constituyen otras tantas especialidades de los artesanos del bronce”, que no sólo los fabricaban, sino que los reparaban continuamente. Esta sería, por tanto, una de las industrias más pujantes.

VIII.2.4.1. MATERIAL NUMISMÁTICO

Actualmente, un pequeño porcentaje del material numismático procedente de las campañas de excavación acometidas a lo largo de 1992-1993 en la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan sigue a la espera de ser restaurado.

El lote está integrado por 25 ejemplares, hasta ahora inéditos (y probables fragmentos de algunos otros). Lo componen emisiones romanas del siglo I d.C. y del Bajo Imperio, además de algunas medievales. Por lo general, se hallan en pésimo estado de conservación (gravemente erosionadas, con un alto grado de oxidación, presentando numerosas alteraciones, tales como roturas y grietas, por lo que varias están incompletas) o muy desgastadas por el prolongado uso. En consecuencia, muchas de ellas son inclasificables¹⁵. Inclusive una vez sometidas a un proceso de consolidación y limpieza (*vid. infra* Anexo III. con los informes de restauración), es prácticamente imposible catalogarlas y, por tanto, determinar de forma más precisa su cronología, los talleres donde fueron acuñadas... Del total de 25 muestras que ha librado este yacimiento, únicamente hemos podido clasificar 16 como romanas (las n.º 1-15 del catálogo y la n.º de inventario 20147, fig. 138, *vid. infra*). La mayoría de sus leyendas son ilegibles o no se conservan íntegras (si bien algunas son deducibles), al igual que apenas se han preservado las marcas de ceca.

Tras los análisis por fluorescencia de Rayos X realizados por el CSIC y el I.C.R.B.C. del Ministerio de Cultura¹⁶, cuyos cuadros y gráficos con su composición acompañan estas líneas (fig. 115), se llegó a la conclusión de que cinco de las restantes también son romanas, aun cuando la mala calidad de su conservación nos ha impedido clasificarlas, de ahí que únicamente las hayamos contabilizado e incorporado al final del catálogo.

ANALISIS POR FLUORESCENCIA DE RAYOS X
(I.C.R.B.C., Ministerio de Cultura)
Valores expresados en % en peso (nd=no detectado tr=trazas)
MONEDAS DE ALCAZAR DE SAN JUAN

LOCALIDAD	VACIAMIENTO	ANALISIS OBJETO	INVENTARIO	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
Alcazar de San Juan	Piedrola	PA6662 Moneda romana	1	0.238	nd	71.15	nd	nd	1.887	9.793	0.103	16.79
Alcazar de San Juan	Piedrola	PA6643 Moneda romana	2	0.092	nd	89.83	nd	nd	0.230	1.636	0.095	8.109
Alcazar de San Juan	Piedrola	PA6663 Moneda romana	3	0.148	0.309	50.52	nd	nd	0.017	7.601	0.075	41.31
Alcazar de San Juan	Pza del Torreón	PA6642 Recorte	11072	nd	nd	39.20	nd	nd	0.017	0.822	0.041	59.40
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6551 Moneda romana	11053	0.048	0.376	83.16	nd	nd	0.071	1.178	0.083	15.06
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6547 Moneda romana	11086	0.180	nd	20.80	nd	nd	0.023	0.317	0.070	78.66
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6639 Moneda	11089	0.285	nd	90.59	nd	nd	0.070	0.790	0.039	8.218
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6641 Moneda	11128	nd	nd	51.07	nd	nd	0.018	0.303	0.030	48.56
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6552 Moneda romana	11129	0.123	nd	26.30	nd	nd	0.023	0.270	0.038	73.22
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6549 Moneda romana	11130	0.145	nd	55.06	nd	nd	0.120	0.814	0.094	43.77
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6640 Moneda	20146	0.296	nd	65.90	nd	nd	2.100	9.314	0.107	22.24
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6550 Moneda romana	20147	0.167	nd	63.71	nd	nd	0.071	0.035	0.036	35.98
Alcazar de San Juan	Pza. del Torreón	PA6548 Moneda romana	26001	0.398	nd	99.25	nd	nd	0.020	nd	0.038	0.230

Reading #28 01-Jul-2010
Analytical Mode

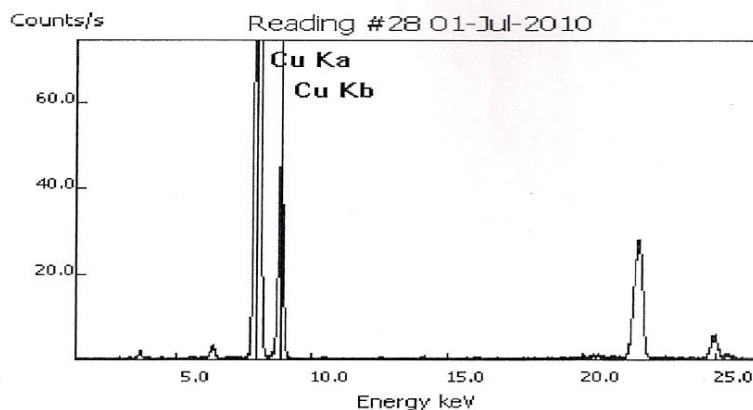
NO MATCH

Element	%	+/-
Fe	0.86	0.04
Cu	86.55	0.29
Pb	0.34	0.03
Ag	12.08	0.10
Sn	0.18	0.05

Test Information

Usuario: Salvador
N°Análisis: PA20116
Objeto: Moneda Alfonso VI
Procedencia: Plaza del Torreón-
Alcazar de San Juan
Notas: 15120

Spectrum



Reading #30 01-Jul-2010
Analytical Mode

NO MATCH

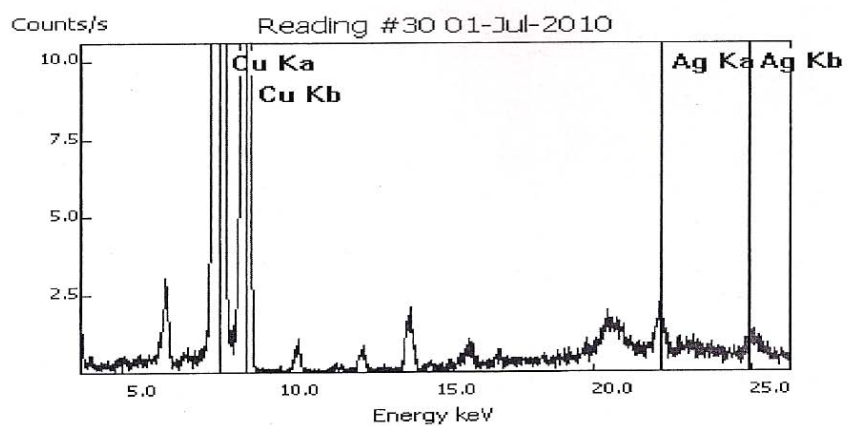
Element	%	+/-
Fe	0.32	0.02
Cu	98.98	0.27
Pb	0.46	0.03
Sn	0.24	0.04

Test Information

Usuario: Salvador
NºAnálisis: PA20117
Objeto: Moneda mineralizada
Procedencia: Plaza del Torreon-
Alcazar de San Juan
Notas: 12152

ROM?

Spectrum



Reading #31 01-Jul-2010
Analytical Mode

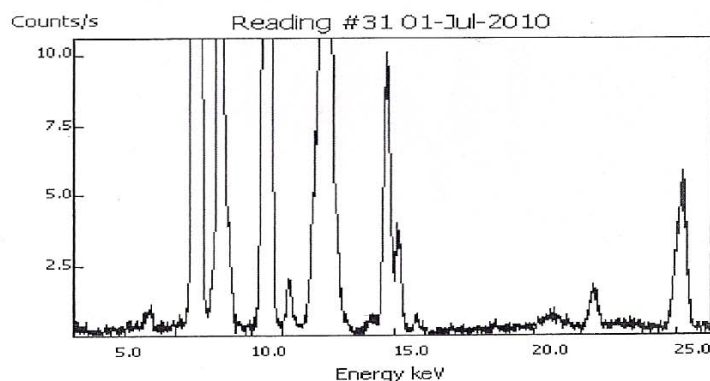
NO MATCH

Element	%	±%
Fe	0.09	0.03
Cu	55.85	0.21
Zn	0.17	0.02
Pb	40.07	0.22
Sn	3.82	0.09

Test Information

Usuario: Salvador
NºAnálisis: PA20118
Objeto: Moneda
Procedencia: Plaza del Torreón-
Alcazar de San Juan
Notas: 12154

Spectrum



Análisis por Fluorescencia de rayos X (ED-XRF) de monedas de la Plaza del Torreón (Alcazar de San Juan)

Los análisis para conocer la composición del metal se ha realizado mediante Fluorescencia de rayos X con el espectrómetro INNOV-X Alpha equipado con tubo de rayos X, instalado en el Museo Arqueológico Nacional. Los tiempos de adquisición se fijaron en 40 Sg y los valores cuantitativos fueron calculados a partir de patrones certificados. Los análisis se expresan como porcentaje en peso de cada uno de los elementos detectados. Los resultados se recogen en la Tabla y van expresados como % en peso (nd= no detectado, tr= trazas). En el caso de la plata (Ag) y antimonio (Sb) el límite de detección es 0.20 %, para el resto de elementos se sitúa en el 0.02 %.

NUM_ANALIS	TIPO	Cronología	Inventario	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
PA20118	Moneda	ROM?	12154	0,09	nd	55,85	0,17	nd	nd	3,82	nd	40,1
PA20116	Moneda Alfonso VI	MED	15120	0,86	nd	86,55	nd	nd	12,08	0,18	nd	0,34
PA20116B	Moneda Alfonso VI (más limpia)	MED	15120	0,73	nd	89,25	nd	nd	9,56	nd	nd	0,46
PA20117	Moneda mineralizada	ROM	12152	0,32	nd	98,98	nd	nd	nd	0,24	nd	0,46

En Madrid, a 05 de octubre de 2011

Ignacio Montero Ruiz

Fdo: Ignacio Montero Ruiz
Investigador Científico CCHS-CSIC

Fig. 115. Cuadros y gráficos de resultados del análisis metalográfico.

Nos ceñiremos al estudio analítico de la serie romana, si bien en el

catálogo¹⁷ incluimos las cuatro que hemos podido clasificar de la serie medieval (n.º 16-19 del catálogo), puesto que pretendemos que dicho catálogo pueda servir como elemento de consulta para futuros trabajos de investigación sobre este yacimiento, cuya acotación temporal excede la del periodo bajoimperial.

Todas las monedas suministradas por este yacimiento fueron acuñadas en bronce, salvo una de oricalco, altoimperial (n.º 2 del catálogo) y otra del tercer cuarto del siglo III, que es dudosa, quizás de vellón¹⁸ (n.º 3 del catálogo). El predominio de los broncees está dentro de la tónica general en la etapa tardía (ROYO y MORENO, 2008).

Entre las piezas monetales recuperadas al excavar la cuadrícula 12 (habitación 2, nivel X, n.º 1 del catálogo) cabe mencionar un cuarto de moneda de bronce, en un estado de conservación muy deficiente. Se trata de una moneda cívica, es decir, de una ceca hispánica, un as datable, probablemente, en el siglo I d.C. (anterior al gobierno de Calígula).

Otras fueron importadas. Proviene de cecas itálicas (tres de Roma, una de ellas, con algunas dudas), galas (una de *Lugdunum*) y orientales (una de Nicomedia y otra de Nicomedia o Cícico).

Según M. Abad (1987-1989, 206; 1994, 156), la explicación de la circulación monetaria en Hispania y de los centros emisores que la abastecían se debería más a razones comerciales que políticas, habida cuenta “que no era un objetivo militar primordial de cara al resto del Imperio, y que por eso también, escasean los hallazgos de monedas en metales nobles”.

Al ser tan pequeña la proporción de piezas recogidas que hemos podido catalogar y no haberse dado a conocer hasta la fecha los hallazgos esporádicos producidos en esta zona, las primeras resultan claramente insuficientes para permitirnos emprender un estudio sobre el movimiento monetario en este contexto territorial. Al hilo de lo expuesto, viene a colación una observación de L.A. Curchin (2001, 183), quien se lamenta de que “la Carpetania ha sido descuidada en la literatura numismática”, afirmación aplicable a buena parte de la Meseta Sur.

Varios *minimi* atestiguan el fin del aprovisionamiento monetario de este asentamiento, como, en general, sucede en el resto de la *pars occidentalis* del Imperio. De su enorme desgaste cabe inferir que siguieron utilizándose durante algún tiempo en el transcurso del siglo V. A comienzos de esa centuria deja de

llegar numerario, pero eso, en ningún modo, implica forzosamente que se interrumpiera la vida en este enclave, pues es un fenómeno común tanto en los núcleos urbanos como en los rurales. Como es sabido, las invasiones afectaron al suministro de moneda. Algunos investigadores, como J. Gurt (1985, 167), sostienen que los circuitos quedaron bloqueados, manteniéndose en uso la misma masa monetaria del siglo IV d.C. en los ámbitos locales, especialmente en el medio rural (cfr., sobre el particular, CASTELO *et alii*, 1997, 77). No obstante, en la nómina de ejemplares del yacimiento alcazareño contamos con 6 ó 7 emisiones del siglo V.

Iconográficamente hemos podido reconocer la efigie de cinco emperadores en el anverso de las monedas catalogadas. La relación es la siguiente:

Calígula. Un dupondio, encuadrado cronológicamente entre el año 37 y el 41 d.C., emitido en Roma.

Claudio II. Antoniniano del 269-270 d.C., posiblemente acuñado en Roma.

Del emperador **Valentiniano II** disponemos de tres ejemplares. Dos de ellos son *minimi* cuya fecha de emisión es el 383 d.C., uno con marca de la ceca de Nicomedia, mientras que la del otro puede ser la misma o la de Cícico. El tercero es un *centenionalis* del 375-392 d.C.

Graciano. Una *maiorina* del 378-383 d.C., cuyo centro emisor es *Lugdunum*.

Teodosio II. *Minimus* del 423-425 d.C., acuñado en un taller de Roma.

En cuanto a la moneda n.º de inventario 20147 (cuadrícula 20, Sector A, habitación 2, Nivel VII, fig. 138, *vid. infra*), un bronce cuyo módulo es de 15 mm, podría tratarse de un *centenionalis* de Juliano II (361-363 d.C.), por la orientación del busto y su iconografía (KENT, 1950, 109-118; ROYO MARTÍNEZ, 2009, 161-186), aunque también podría atribuirse al usurpador Procopio (365-366 d.C.) e incluso, por lo que dan a entender algunos signos que parecen letras y la orientación de la figura, no tanto por su iconografía, podría tratarse de un anverso de VRBS ROMA (330-347 d.C.).

En suma, el conjunto monetario comienza con un numisma de la primera mitad del siglo I d.C. (n.º 1 del catálogo, *vid. supra* el último cuadro de resultados, fig. 115) y acaba con varios *minimi* del siglo V. La fase más ampliamente documentada es la que abarca desde mediados del siglo IV (con cinco o seis

muestras, n.º 4-8 del catálogo y, quizás, la n.º de inventario 20147) hasta el siglo V d.C. (con 6 ó 7, n.º 9-14 y, probablemente, 15 del catálogo). Por lo tanto, el mayor volumen del circulante corresponde al periodo tardorromano, que se encuentra cubierto en el yacimiento de la Plaza del Torreón con trece ejemplares, al menos.

El hallazgo del antoniniano de Claudio II acredita que ese nuevo valor, implantado paulatinamente en la Península, también estuvo representado en esta zona del interior. Apuntamos la posibilidad de que esta pieza conviviera con las series más tardías aquí documentadas, dado que su peso y módulo convirtió los antoninianos en piezas muy cotizadas durante las dos centurias siguientes, cuando ambos parámetros disminuyeron notablemente.

Pese a ser relativamente escaso el número de ejemplares consignados, su principal interés radica en la información que aportan sobre cuestiones muy diversas. Así, demuestran la persistencia de la circulación monetaria en este emplazamiento durante la Antigüedad Tardía, vinculada a los intercambios mercantiles, y confirman la existencia, aún entonces, de un cierto desarrollo económico. Al abordar anteriormente el estudio del entramado viario de esta área geográfica rastreamos los cauces seguidos en su distribución por las cerámicas importadas (TSA, TSG...) y ciertos productos suntuarios (vidrios, objetos de alabastro, etc.). Todo ello nos permite conocer algo mejor la dinámica económica de este ámbito espacial y las corrientes comerciales (*vid. supra* capítulo II.4).

Como sustenta L.A. Curchin (2001, 196-197), la escasez de ejemplos tempranos en la Carpetania revela que la adopción de una economía monetaria “no debe fecharse antes del siglo II a.C.” (...). Aunque las monedas del Alto Imperio y del Bajo Imperio están bien distribuidas por todo el territorio carpetano, pocos sitios tienen hallazgos monetales de ambas épocas. En la mayoría de sitios se han hallado o monedas altoimperiales, o bajoimperiales”. No es el caso del yacimiento objeto de nuestra atención, donde están representadas ambas etapas (aunque la proporción de las del Alto Imperio es muy reducida: tan sólo dos). De ello, según creemos, se deriva que hubo una reocupación durante el Bajo Imperio de este enclave, cuya vida habría comenzado en el siglo I d.C., con un paréntesis intermedio. En este sentido, el amplio arco cronológico comprendido por las monedas (y también por el

material cerámico) reflejaría una discontinuidad en su habitación y su posterior permanencia hasta un momento bastante tardío.

Especial atención merecen las acuñaciones pertenecientes a varios depósitos pecuniarios (cata 8, nivel XIV; m. t. entre las catas 11 y 8, nivel IV; cata 11, nivel XI). En todos los casos se trata de bronce, por lo que descartamos que se trate de una tesaurización, dada su baja ley (acerca de esta problemática, cfr. BALIL, 1957, 131; SAGREDO, 1981-1985, 94; ABAD, 1987-1989, 203-208; 1993, 13-31; 1994, 149-166). Además, son pocas piezas, consiguientemente, no parece demasiado probable que hubieran sido escondidas por alguno de los residentes de este establecimiento con la intención de salvaguardar sus ahorros, ante una potencial situación amenazante.

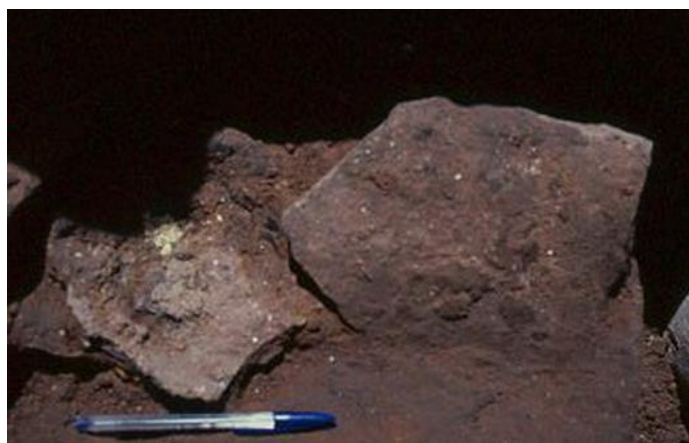


Fig. 116. Fragmentos de un recipiente metálico aparecido entre los mampuestos del muro C (cata 8).
Foto: García Bueno.

Mediante el análisis de los datos que se pueden extraer de la intervención realizada en este yacimiento empezamos a vislumbrar algunas circunstancias de la vida de sus antiguos pobladores. Al excavar la zona inferior de uno de los muros (cata 8, nivel XIV, muro C) apareció un *clavus coptil* empotrado entre los mampuestos (para canalizar el aire caliente mediante el sistema de calefacción parietal de doble muro, fig. 180, *vid. infra*) y junto a unos ladrillos de esta misma estructura exhumamos el fondo de un pequeño caldero de hierro muy mineralizado, que contenía algunas piezas monetales (fig. 116). A su lado había otro par de bronce, al igual que varias tejas romanas dispuestas horizontalmente. Aunque no nos ha sido posible clasificarlos, al estar muy fragmentados y presentar un avanzado estado de corrosión, todo parece indicar

que son bajoimperiales, a juzgar por el módulo de las piezas y, primordialmente, en función de su contexto arqueológico. Es aventurado suponer que se trate de un ocultamiento llevado a cabo en un momento conflictivo o de desconcierto. Desde luego, este nivel arqueológico presenta indicios de destrucción por fuego, ya que en esos estratos profundos había abundantes fragmentos de tejas y esparto quemados, madera carbonizada, además de estructuras rotas (fig. 117), si bien no hay evidencias de un completo arrasamiento del edificio, sino, por el contrario, de una perduración y reaprovechamiento de este hábitat posteriormente a ese incendio generalizado, como se deduce del hecho de que sobre esa capa homogénea de carbones disgregados y cenizas se dispongan inmediatamente otras unidades de uso también de adscripción cronológica tardorromana.



Fig. 117. Cata 8. Muros C y D. Foto: García Bueno.

En sus inmediaciones (m. t. entre las catas 11 y 8, nivel IV), entre los mampuestos de otro de los muros (C) encontramos siete monedas apiladas y unidas a causa de su alto grado de mineralización, por lo que fue preciso extraerlas formando un solo bloque, excepto una que se desprendió durante el proceso de excavación (probablemente se guardaron dentro de una bolsa de cuero u otro material perecedero, que se descompuso a lo largo de los siglos, como le suele ocurrir a la materia orgánica). Estaban asociadas a abundantes

fragmentos de TSht, algunos de ellos poco rodados y de tamaño considerable, fragmentos de vidrio romano, etc. Aparecieron entremezclados con las cenizas y carbones de un potente nivel de incendio (son las n.º 4 y 9-14 del catálogo, n.º inv. 8396).

Algunos pequeños bronce fueron descubiertos en el interior de un recipiente de bronce -probablemente un caldero- o junto al mismo, bajo un nivel de derrumbe, en las últimas hiladas del muro A de la cata 11 (nivel XI, UC perpendicular a la C, con la que converge), es decir, en los niveles inferiores de ocupación documentados en este yacimiento, correspondientes a la Antigüedad Tardía (n.º inv. 11128, 11129, 11130, 11086 y 11089, la primera de ellas es la n.º 15 del catálogo).

Con todo, no parece que el registro numismático nos haya proporcionado una prueba material de que los habitantes de este asentamiento hubieran atravesado alguna etapa de inquietud y confusión. De haber percibido alguno de ellos una sensación de inseguridad que le incitara a esconder su dinero ante el temor de que le pudiera ser sustraído, con toda probabilidad habría una cantidad mayor de monedas, no sólo unos pocos bronce.

Como reconoce M. Abad (1987-1989, 205-207), que presenta un catálogo de ciento setenta y cinco tesorillos, éstos no siempre se debieron a un grave peligro exterior. Subraya este investigador, al comparar el volumen de hallazgos “sueltos”, por periodos, con el número de depósitos encontrados, que se da una relación inversa, esto es, “a mayor número de monedas en circulación corresponde” uno menor de depósitos y “a menor número de monedas se produce una tendencia a atesorar”. Aun así, sopesa el autor otras causas, como son las de índole política, p. ej., los acontecimientos generados por el usurpador Máximo (en Puente de la Olmilla apareció una *maiorina* emitida bajo su mandato, la n.º 16 del catálogo, *vid. infra* capítulo XVIII.1.1, pero no pertenecía a un ocultamiento). Un clima de inestabilidad generalizado sería el motivo por el que se escondieron algunos de esos tesorillos en el interior peninsular, aunque no siempre esa impresión de pánico tendría justificación en haber vivido una situación crítica.



Fig. 118. Niveles de incendio (cata 15). Foto: García Bueno.

Los potentes niveles de incendio documentados en los sondeos realizados en el subsuelo de la Plaza del Torreón son una prueba inequívoca de la existencia de una considerable destrucción por fuego (fig. 118). Sin embargo, no parece que la destrucción de esta *villa* fuera total, ya que muchos de los muros se hallan bien o relativamente bien conservados y la continuidad estratigráfica nos permite constatar que no fue abandonada (al menos, no después del primero de los depósitos mencionados, en cambio, no está tan claro en el segundo caso, asociado a grandes fragmentos de *terra sigillata* poco rodados), de manera que las monedas aparecidas en las paredes de la casa, correspondientes al Bajo Imperio, no constituyen *per se* un argumento sustantivo para hablar de la incursión de invasores o de bandas de asaltantes en este lugar. Es más, en palabras de A. Balil (1957, 125), “no siempre el tesoriillo es demostración del paso directo o vecindad de los invasores, sino fruto y reflejo del estado de intranquilidad de una época. (...) Añadamos a ello la inseguridad social, la debilitación de guarniciones, con la lógica consecuencia del incremento del bandidaje (...), y los movimientos de tipo bagáudico, todo ello ofrece marco más que sobrado para crear un estado de espíritu favorable a la creación y multiplicación de escondrijos”.

En plena coherencia con dicho postulado, para L. Sagredo (1981-1985, 93-94) la ocultación de los llamados tesorillos es un “signo de una época de inseguridad (...); no obstante, solamente la vinculación directa a posibles destrucciones o la proximidad a zonas afectadas por posibles tensiones puede ser considerado como señal del paso de grupos incontrolados”.

En realidad, desconocemos si un miedo repentino indujo a los usuarios de esta *villa* a ocultar parte de su dinero, originado por la inestabilidad social (¿ataques de bandidos...?), política (enfrentamientos entre partidarios de Honorio y de Constancio III) o por la irrupción de invasores, que sembraban la destrucción y la muerte en su progresión geográfica. Si nos planteáramos que la última de esas causas teóricas hubiera sido el desencadenante, el resultado posiblemente habría sido mucho más devastador (muros completamente arrasados...) y podría haber provocado el abandono definitivo de la *villa*.

En contraposición al siglo IV, una época aparentemente pacífica y próspera, el siglo V estuvo marcado por acontecimientos caóticos que implicaron la destrucción o cierre de algunas de estas instalaciones rurales. Un fenómeno desestabilizador fue precisamente el de las revueltas de bagaudas, que se dedicaban a la depredación en campos y ciudades de la *Tarraconensis*, aunque no sabemos si las destrucciones de algunas *villae* puedan deberse a ellos (Hidacio, *Chron.* 125, 141; Mamertino, *Pan. Lat.* II,4,5; Oros., *Hist. adv. pag.*; Salviano, *De gub. Dei* V,VI,24). Hubo también levantamientos de siervos contra sus propios señores, que no se pueden identificar propiamente con el movimiento bagáudico (“*rustici, agrestes, agricolae...*”). Agustín de Hipona (*Epíst.* 108) habla de “ociosos y vagabundos de los campos” que habían dejado de ser esclavos, llegando a convertirse en señores. Si bien es cierto que en el siglo IV hay un paréntesis en el discurso historiográfico relativo a los bagaudas, son numerosos los investigadores que lo atribuyen a una pretensión de ocultar la importancia de esos movimientos (G. Bravo Castañeda, curso de Doctorado de Historia Antigua, 1984-1985, UCM), de ahí que no se diera noticia de ellos (Amiano Marcelino, en el libro XXVII de su *Rerum Gestarum* alega que “no todo es digno de ser narrado”).

Nos enfrentamos a una dificultad de primer orden: la habitual escasez de fuentes escritas para el estudio de este periodo, además, las existentes son muy fragmentarias y ambiguas, por lo que debemos basarnos fundamentalmente en

la información arqueológica, mas ni siquiera apoyándonos en estos indicadores arqueológicos estamos en condiciones de poder afirmar que hubiera un ambiente de incertidumbre en este territorio, hasta el punto de promover a estas personas a poner a buen recaudo una pequeña parte de sus ahorros. Como ya hemos comentado, el hecho de que tanto en el sector donde estaba uno de los calderos con monedas (cata 8, nivel XIV) como en el de otro de los conjuntos localizados (m. t. entre las catas 11 y 8, nivel IV), integrado por siete *minimi*, apareciera gran cantidad de madera quemada, tejas romanas, lienzos de muros desplomados, etc., podría sugerir que su recelo estaba bien fundado y que alguien prendió fuego a la vivienda (o, cuando menos, a una sección de la misma), quemando las vigas y ocasionando la caída de la techumbre, pero tampoco podemos descartar que el incendio fuera producto del puro azar. Hemos detectado algunos focos compuestos exclusivamente por carbones, resultado de un intenso fuego. También el depósito monetario de la cata 11 (niveles X y XI) fue encontrado bajo potentes estratos de derrumbe, constituidos por tejas, paredes que aún conservaban restos del enlucido de estuco pintado, etc. Todo ello, en efecto, se puede entender como signos de niveles de destrucción intencionada o, como acabamos de decir, podría ser resultado de un simple incendio fortuito, por lo que no es un criterio absolutamente concluyente.

Desde esta perspectiva, un asunto complejo es determinar las causas a las que podríamos atribuir una hipotética destrucción violenta de la *villa*. L. Sagredo (1981-1985, 103-104), en relación a una etapa anterior (el siglo III d.C.), aduce que los ocultamientos pudieron responder “a una situación de inestabilidad interna o de bandidaje, (...) como resultado de enfrentamientos sociales por motivos económicos” (cfr. también SAYAS y ABAD, 2013, 44-46). Tal vez éstos sean igualmente válidos para lo sucedido en este enclave tiempo después (ya en el siglo V), o pudieron tener otro cariz. En algunas *villae*, como la de Els Munts (Altafulla, Tarragona), se puede colegir de los indicios arqueológicos la existencia de un episodio de devastación en el siglo III (SAYAS y ABAD, 2013, 44-46), sin embargo, no se sabe con certeza si se vio afectada por algún disturbio social o por los invasores francos... El punto de vista de J.-G. Gorges (1979, 43-44) es menos dubitativo: Els Munts habría sido incendiada por los bárbaros antes de poder ser evacuada (los excavadores encontraron en la ergástula restos óseos humanos calcinados). Admite este investigador la

existencia de devastaciones llevadas a cabo por los invasores germanos en *villae* del Valle del Ebro y Cataluña, al ser “incapaces de asegurar su propia defensa”. En el *conventus Tarraconensis*, *villae* como la del Romeral, en Albesa, o la de Alcarrás, probarían según él las destrucciones y rapiñas que desde el año 260 afectaron a *Ilerda* y su entorno. Da este autor una larga lista de *villae* arrasadas entonces, como la de Els Ametllers, San Andrés de Llavaneras, La Salut de Sabadell, Sant Romá, Pared Delgada, etc. Desde Gerona a Tarragona, en el curso de veinte años de rápido avance de estas oleadas, habrían sido asoladas por centenares. Igualmente, sitúa en el último cuarto del siglo III el pillaje de establecimientos agrícolas del *conventus Cluniensis* como el Cercado de San Isidro, en Dueñas, y la *villa* vallisoletana de Prado, o el abandono de Los Villares, en Santervás del Burgo. Hasta el 285 el periodo de hallazgos monetarios se debería a la presencia de los bárbaros y, quizás, de grupos de descontentos (es una teoría sobre la que no existe consenso entre los historiadores).

Por otro lado, quizá se deba contemplar otra posible interpretación de las monedas depositadas entre las piedras de algunas estructuras de la Plaza del Torreón: ¿podrían ser los depósitos pecuniarios alcazareños denotativos de la fecha en que se construyó (total o parcialmente) ese sector de la unidad doméstica?. Si estas monedas fueron un recuerdo de la misma, cuya intención era conmemorar dicho momento fundacional, serían un elemento clave de datación de esa fase edilicia.

Sea como fuere, como es obvio, estas monedas no fueron (¿no pudieron ser?) recuperadas por quienes las guardaron. En última instancia, esa circunstancia en sí misma no es demostrativa de que algún acto violento les hubiera impedido hacerlo. En caso de haberse marchado temporalmente sus propietarios, algo ocurrió que les impidió volver para recobrarlas o bien pudiera ser que lo complicado de acceder a ellas, bajo los escombros, les hubiera desalentado, dado su escaso valor...

Debido a la mala conservación de la mayoría de las piezas, que ha dificultado la identificación de algunas de ellas, y al carecer de información textual explícita para recrear los hechos acaecidos en esta zona (de carácter socioeconómico, p. ej.), no podemos llegar a conclusiones más precisas ni a una explicación más concreta de esos depósitos monetarios.

Para finalizar, por lo que concierne al horizonte cultural del asentamiento romano, basándonos en la numismática y la cerámica, la ocupación de este enclave parece arrancar en el siglo I d.C., aunque los restos conservados de la *villa* se levantarían en el IV y ésta habría continuado siendo habitada hasta el V, sin poderse precisar mucho más. En el estado actual de las investigaciones tan sólo podemos enmarcar de forma amplia su momento principal de uso en el siglo IV d.C. y comienzos o primeras décadas de la siguiente centuria. Pese a que la cronología de finales del siglo II-principios del III d.C. asignada por J. San Valero Aparisi (1956, 195-199) a la ejecución del primer lote de mosaicos podría retrotraernos hasta la etapa en que se inició el proceso de ruralización del mundo romano, en nuestra opinión, acorde con la de otras autoridades en la materia ya citadas, el ciclo musivo alcazareño pertenece al siglo IV, ateniéndonos a su estilo compositivo y en sintonía con la datación de la mayoría de los testimonios materiales de la *villa*, incluyendo los hallazgos monetarios. Confrontadas, pues, todas las fuentes, son coincidentes y complementarias.

CATÁLOGO



Fig. 119. As.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 1

Serie: Romana.

Cronología: ¿Siglo I d.C., anterior al gobierno de Calígula?.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: Probablemente hispana (moneda cívica).

Oficina: -

Tipo: As.

Soporte: AE.

Técnica: Acuñación.

Peso: 2 g

Módulo: -

Grosor: 2,55 mm

Posición de cuños: -

Conservación: Mala. Incompleta, gran desgaste.

Procedencia: Cuadrícula 12. Habitación 2. Nivel X.

N.º de inventario: 12154.

Observaciones: Corresponde a un cuarto de moneda (as), cuya circulación fue frecuente desde Augusto hasta Calígula.

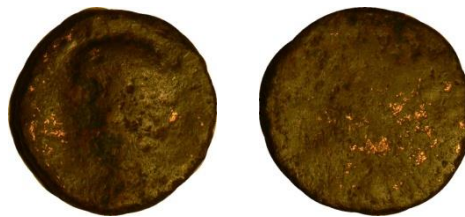


Fig. 120. Dupondio.

CALÍGULA

N.º 2

Serie: Romana.

Cronología: 37-41 d.C.

Leyenda anverso: [div]VS AV[gvstvs] S C

Descripción del campo: Cabeza radiada a la izquierda.

Leyenda reverso: [consensv senat et eq ordin p q r]

Descripción del campo: [Augusto laureado sentado a la izq. sobre silla curul, con el brazo derecho extendido, sosteniendo en su mano una rama].

Ceca: Roma.

Tipo: Dupondio.

Soporte: Oricolco.

Técnica: Acuñación.

Peso: 9 g

Módulo: 27,40 mm

Grosor: 2,79 mm

Posición de cuños: 2.

Conservación: Mala, muy gastada, apenas se aprecian algunas letras.

Referencia bibliográfica: *RIC I*, 112, n.º 56.

Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-15. Sector: Muro G, al Sur.

Nivel XVIII.

N.º de inventario: 11217.



Fig. 121. Antoniniano

CLAUDIO II

N.º 3

Serie: Romana.

Cronología: 269-270 d.C.

Leyenda anverso: IMP C CLAVDIVS AVG

Descripción del campo: Busto radiado a la derecha, con paludamento.

Leyenda reverso: Se desconoce.

Descripción del campo: Se desconoce.

Exergo: -

Ceca: Roma, posiblemente.

Oficina: -

Tipo: Antoniniano.

Soporte: ¿AE o Vellón?.

Técnica: Acuñación.

Peso: -

Módulo: 20 mm

Grosor: -

Posición de cuños: -

Conservación: Regular.

Referencia bibliográfica: DOYEN, 1985, 108-113; *R/C V.1*, 212-219, 222-233.

Procedencia: Cuadrícula 20. Sector A. Habitación 2. Nivel VII.

N.º de inventario: 20146.



Fig. 122. *Centenionalis*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 4

Serie: Romana.

Cronología: Probablemente de mediados del siglo IV d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: Pudiera tratarse de una iconografía con soldado alanceando a jinete caído.

Leyenda reverso: ¿(FEL TEMP REPARATIO)?

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: -
Tipo: *Centenionalis*.
Soporte: AE 4.
Técnica: Acuñación.
Peso: 1,29 g
Módulo: 14,51 mm
Grosor: 1,77 mm
Posición de cuños: -
Conservación: Está incompleta, con gran desgaste.
Referencia bibliográfica: *LRBC*, 108.
Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.
N.º de inventario: 8396.



Fig. 123. *Centenionalis*.

VALENTINIANO II

N.º 5
Serie: Romana.
Cronología: 375-392 d.C.
Leyenda anverso: DN VALENTIANVS PF AVG
Descripción del campo: Busto diademado a la derecha, con paludamento.
Leyenda reverso: Se desconoce.
Descripción del campo: Se desconoce.
Exergo: -
Ceca: -
Oficina: -
Tipo: *Centenionalis*.
Soporte: AE 4.
Técnica: Acuñación.
Peso: -
Módulo: 17,2 mm
Grosor: -
Posición de cuños: -
Conservación: Buena.
Referencia bibliográfica: *RIC* IX, 48, n.º 28, a.
Procedencia: Cuadrícula 11. Habitación 2. Nivel IX.
N.º de inventario: 11053.



Fig. 124. *Minimus*.

VALENTINIANO II

N.º 6

Serie: Romana.

Cronología: 383 d.C.

Leyenda anverso: (DN V)ALENTINIANVS PF AVG

Descripción del campo: Busto del emperador diademado y perlado a derecha.

Leyenda reverso: VOT / V / MVLT / XX

Descripción del campo: Lleva la leyenda dentro de una corona de laurel.

Exergo: SM¿N o K?

Ceca: Nicomedia o Cícico.

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 0,97 g

Módulo: 13,10 mm

Grosor: 1,18 mm

Posición de cuños: -

Conservación: Mala, con desgaste.

Referencia bibliográfica: *R/C IX*, 259, n.º 38, a o 244, n.º 21, b.

Procedencia: Cuadrícula 12. Nivel V.

N.º de inventario: 12068 / 1.



Fig. 125. *Minimus*.

VALENTINIANO II

N.º 7

Serie: Romana.

Cronología: 383 d.C.

Leyenda anverso: (DN VALENT)INIANVS PF AVG

Descripción del campo: Busto del emperador diademado y perlado a derecha.

Leyenda reverso: VOT / V / MVLT / XX

Descripción del campo: Lleva la leyenda dentro de una corona de laurel.

Exergo: (S)MN

Ceca: Nicomedia.

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 0,96 g
Módulo: 13,46 mm
Grosor: 1,48 mm
Posición de cuños: -
Conservación: Mala, incompleta y con gran desgaste.
Referencia bibliográfica: *R/C IX*, 259, n.º 38, a.
Procedencia: Cuadrícula 12. Nivel V.
N.º de inventario: 12068 / 2.



Fig. 126. *Maiorina*.

GRACIANO

N.º 8
Serie: Romana.
Cronología: 378-383 d.C.
Leyenda anverso: ... - NVS [p]F AVG
Descripción del campo: Busto diademado a derecha, con paludamento.
Leyenda reverso: ...repar]ATIO REIPVB
Descripción del campo: Emperador en pie dando su mano derecha a una mujer con corona torreada, que se postra con una rodilla en tierra, mientras con su mano izquierda sostiene a una victoria que le está imponiendo una corona de laurel.
Exergo: LVG P
Ceca: *Lugdunum*.
Oficina: Primera.
Tipo: *Maiorina*.
Soporte: AE 3.
Técnica: Acuñación.
Peso: 1 g
Módulo: 21,6 mm
Grosor: 1,22 mm
Posición de cuños: 2.
Conservación: Mala e incompleta.
Referencia bibliográfica: *R/C IX*, 48, n.º 28, a.
Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-15. Sector: Muro G, al Sur.
Nivel XVIII.
N.º de inventario: 11218.



Fig. 127. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 9

Serie: Romana.

Cronología: Siglo V d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: -

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,03 g

Módulo: 12,66 mm

Grosor: 1,56 mm

Posición de cuños: -

Conservación: Incompleta, gran desgaste.

Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.

Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.

N.º de inventario: 8396.



Fig. 128. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 10

Serie: Romana.

Cronología: Siglo V d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: -

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,76 g
Módulo: 12,56 mm
Grosor: 2,70 mm
Posición de cuños: -
Conservación: Completa, gran desgaste.
Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.
Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.
N.º de inventario: 8396.



Fig. 129. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 11
Serie: Romana.
Cronología: Siglo V d.C.
Leyenda anverso: Ilegible.
Descripción del campo: -
Leyenda reverso: Ilegible ¿VI...?.
Descripción del campo: ¿Probablemente una victoria?.
Exergo: -
Ceca: -
Tipo: *Minimus*.
Soporte: AE 4.
Técnica: Acuñación.
Peso: 0,82 g
Módulo: 13,28 mm
Grosor: 1,74 mm
Posición de cuños: -
Conservación: Incompleta y muy desgastada.
Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.
Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.
N.º de inventario: 8396.



Fig. 130. *Minimus*.

TEODOSIO II

N.º 12
Serie: Romana.
Cronología: 423-425 d.C.

Leyenda anverso: Posiblemente (DN THEODOS-IVS PF AVG, por interpretación de los espacios de la leyenda).

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha con diadema perlada.

Leyenda reverso: VICTOR-IA (AUGG)

Descripción del campo: Victoria en pie hacia la izquierda.

Exergo: P |

¿...?

Ceca: Roma.

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 0,80 g

Módulo: 10 mm

Grosor: 1,78 mm

Posición de cuños: 11.

Conservación: Mala.

Referencia bibliográfica: *RIC X*, 361, n.º 1909.

Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.

N.º de inventario: 8396.

Observaciones: Creemos que no se trata de una moneda de Valentiniano III (*RIC X*, 1981, 378, n.º 2133 de Roma, 1er. periodo 425-435), puesto que si la posible leyenda correspondiera a Valentiniano III (DN VALENTINIANVS PF AVG) no se interrumpiría, como aquí sucede.



Fig. 131. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 13

Serie: Romana.

Cronología: Siglo V d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: -

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,31 g

Módulo: 13,71 mm

Grosor: 2 mm

Posición de cuños: -

Conservación: Mala, incompleta y con gran desgaste.

Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.

Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.

N.º de inventario: 8396.



Fig. 132. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 14

Serie: Romana.

Cronología: Siglo V d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: -

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,62 g

Módulo: 12,83 mm

Grosor: 2,58 mm

Posición de cuños: -

Conservación: Muy mala, con gran desgaste.

Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.

Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-8. Nivel IV. Muro C.

N.º de inventario: 8396.



Fig. 133. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 15

Serie: Romana.

Cronología: Siglo V d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -
 Leyenda reverso: Se desconoce.
 Descripción del campo: Se desconoce.
 Exergo: -
 Ceca: -
 Oficina: -
 Tipo: *Minimus*.
 Soporte: AE 4.
 Técnica: Acuñación.
 Peso: -
 Módulo: 11 mm
 Grosor: -
 Posición de cuños: -
 Conservación: Mala e incompleta.
 Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.
 Procedencia: Cuadrícula 11. Habitación 2. Nivel XI.
 N.º de inventario: 11128.



Fig. 134. Noven.

ALFONSO X

N.º 16
 Serie: Medieval.
 Cronología: 1252-1284.
 Centro emisor: Reino de Castilla
 Leyenda anverso: [cas] TELLE + MON[eta]
 Descripción del campo: Castillo dentro de gráfila lobular, debajo la marca de ceca.
 Leyenda reverso: [+ et : le]GIONI[s]
 Descripción del campo: León a la izquierda dentro de gráfila lobular.
 Exergo: B retrógrada.
 Ceca: Burgos.
 Tipo: Noven.
 Soporte: Vellón.
 Técnica: Acuñación
 Peso: 0,33 g
 Módulo: 17,43 mm
 Grosor: 0,93 mm
 Posición de cuños: 6.
 Conservación: Regular, con incrustaciones e incompleta.
 Referencia bibliográfica: ÁLVAREZ BURGOS, 1998, III, 66-67, 263.1; RAMÓN BENEITO, ÁLVAREZ BURGOS y RAMÓN PÉREZ, 1974, n.º 25.05.07.

Procedencia: Cuadrícula 12. Sector S0. Nivel VI.
N.º de inventario: 12088.



Fig. 135. Cornado.

ALFONSO XI

N.º 17

Serie: Medieval.

Cronología: 1312-1350.

Centro emisor: Reino de Castilla y León.

Leyenda anverso: [Alfons rex]

Descripción del campo: Busto a izquierda.

Leyenda reverso: [Castelle et Legionis]

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: Burgos.

Tipo: Cornado.

Soporte: Vellón.

Técnica: Acuñación.

Peso: -

Módulo: 17-19 mm

Grosor: 1,01 mm

Posición de cuños: 11.

Conservación: Incompleta, gran desgaste.

Referencia bibliográfica: ÁLVAREZ BURGOS, 1998, III 80-83, lám. n.º 335-1.

Procedencia: Muro testigo entre cuadrículas 11-12. Nivel I.

N.º de inventario: 12201.



Fig. 136. Noven.

ALFONSO XI o ENRIQUE II

N.º 18

Serie: Medieval.

Centro emisor: Reino de Castilla y León

Cronología: 1312-1350 / 1369-1379.
Leyenda anverso: Ilegible.
Descripción del campo: Castillo.
Leyenda reverso: Ilegible.
Descripción del campo: -
Exergo: -
Ceca: -
Tipo: Noven.
Soporte: Vellón.
Técnica: Acuñación.
Módulo: 19,20 mm
Posición de cuños: -
Conservación: Mala. Incompleta, gran desgaste.
Procedencia: Cuadrícula 12. Sector NE. Nivel VI.
N.º de inventario: 12102.
Observaciones: Atribuible a Alfonso XI o Enrique II.



Fig. 137. Moneda medieval.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

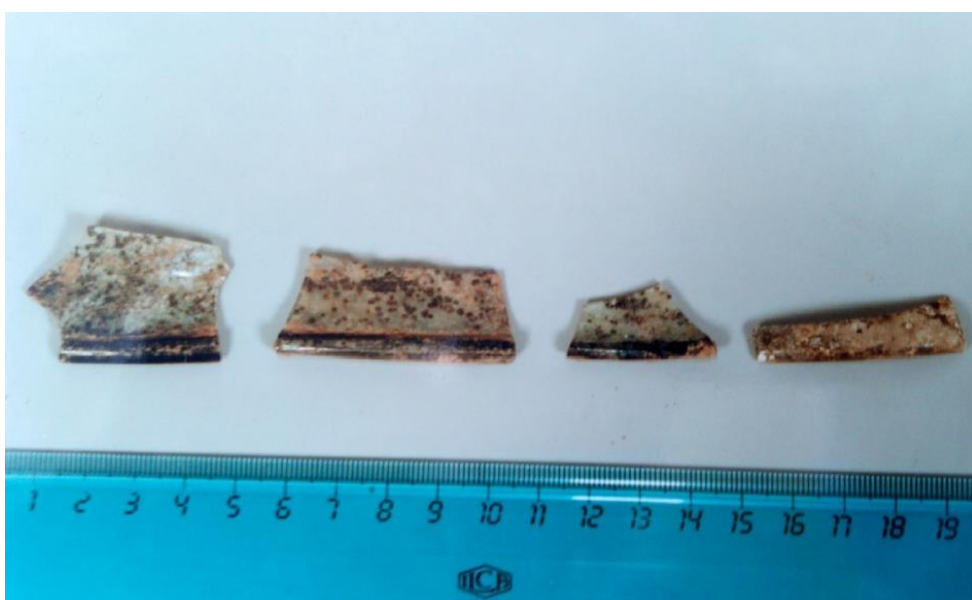
N.º 19
Serie: Medieval.
Centro emisor: Reino de Castilla y León.
Cronología: -
Leyenda anverso: Ilegible.
Descripción del campo: -
Leyenda reverso: Ilegible.
Descripción del campo: -
Exergo: -
Ceca: -
Tipo: -
Soporte: Vellón.
Técnica: Acuñación.
Módulo: 19,70 mm
Posición de cuños: -
Conservación: Mala. Incompleta, gran desgaste.
Procedencia: Cuadrícula 15. Sector E. Nivel XVI.
N.º de inventario: 15120.



Figs. 138-143. Monedas de atribución dudosa o indeterminable.

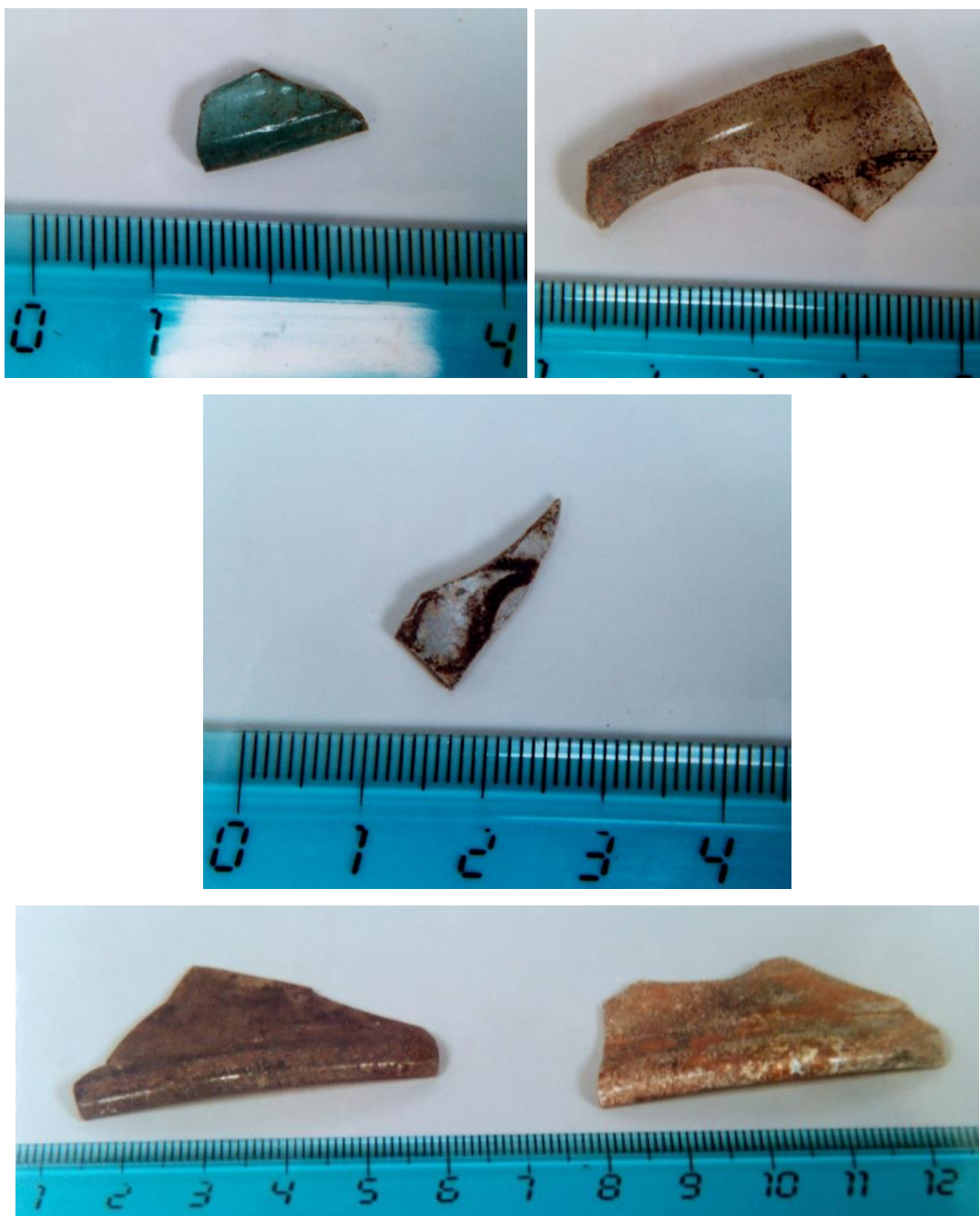
VIII.2.5. VIDRIO

Los objetos de vidrio recuperados en este yacimiento pertenecen mayoritariamente a la época romana. Están sumamente fragmentados y dispersos, por lo que son de imposible reconstrucción.



Figs. 144-145. Fragmentos de vidrio romano. Foto: García Bueno.

Aparecen con cierta profusión fragmentos de vidrio (figs. 144-151) de diversos colores: verde (el mayoritario), azul, azul verdoso, translúcidos con matices de tonalidades azules o verdosas, algunos de ellos con decoración pintada (figs. 147-148), como es el caso de un fragmento decorado con bandas blancas (m. t. entre las catas 11 y 15, nivel XVIII), un fragmento de vidrio verde con decoración de círculos concéntricos (cata 26, habitación 2, nivel IV), otros fragmentos de vidrio blanco pintados con decoración lineal negra (cata 8, nivel VI). Ocasionalmente, algunos están quemados (en niveles de incendio o bien dentro de hogueras).



Figs. 146-149. Fragmentos de vidrio romano. Foto: García Bueno.

En su práctica totalidad se trata de pequeños fragmentos, fácilmente exfoliables, que se descascarillan al tocarlos. Son muy finos y están engrosados en los bordes. Al ser fragmentos de tan reducido tamaño, no nos permiten adscribirlos a formas concretas de la clasificación tipológica del vidrio romano. Tan sólo podemos apuntar que pertenecían a pequeños recipientes, de los que ninguno nos ha llegado completo, en consecuencia, no podemos

definirlos más específicamente con criterios morfotécnicos, ni hacer una restitución formal de los mismos, excepto decir que podría tratarse tanto de piezas relacionadas con el servicio de mesa, como de ejemplares con otras funcionalidades, tales como contener ungüentos y perfumes, que tuvieron una larga perduración temporal.



Figs. 150-151. Fragmentos de vidrio romano. Foto: García Bueno.

Es destacable un objeto de vidrio alargado, curvo y muy fino, de color negro, con una decoración torneada (cata 9, nivel sup., fig. 152, lám. CCXXXIX, 1, Anexo II.2). También encontramos una pulsera de bronce con dos cuentas de pasta vítrea (cata 8, nivel IV, fig. 104, lám. CCXXXV, 1, Anexo II.2), cuentas de collar de pasta vítrea (lám. CCXXXIX, 3, Anexo II.2), entre ellas, una cuenta de color azul grisáceo (cata 20, Sector C, nivel II) y alguna tesela de pasta vítrea también (cata 15, nivel VII...).

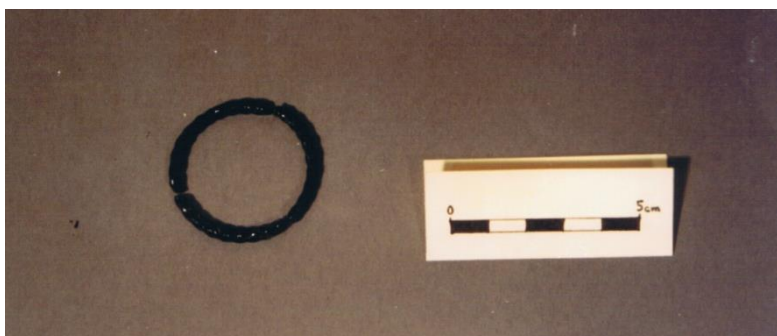


Fig. 152. Adorno circular torneado de vidrio. Foto: García Bueno.

A partir del siglo III d.C. se produce un cambio apreciable en la evolución del vidrio: surgen nuevas formas y suele presentar una calidad más baja que en las dos primeras centurias de nuestra Era. Técnicamente consiste, por lo general, en vidrio soplado, de un tono verdoso o incoloro.

El color natural del vidrio es el azul-verdoso, ya que uno de sus componentes, la arena de sílice, suele contener impurezas de hierro que le confiere esa tonalidad. Solía emplearse como colorantes óxidos metálicos: con el cúprico o el de cobalto se conseguía la gama cromática de los azules, con el óxido ferroso, el color verde; el óxido de estaño permitía obtener un blanco opaco; el hierro o cobre mezclado con manganeso, en alta concentración, producía el negro y el bióxido de manganeso o antimonio daba el vidrio incoloro. Este último probablemente se generalizó a partir del 70 d.C., según explica C. Redondo Ferrero (en BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2004b, 201-242), haciéndose eco de la opinión de J. Alarçao. C. Redondo seleccionó un número considerable de fragmentos de vidrio de *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente, Ciudad Real) para llevar a cabo un estudio pormenorizado de los mismos. Al igual que ocurre con el material vítreo del yacimiento de la Plaza del Torreón, no es posible saber el diámetro de las piezas, para poder determinar si se trata de una forma abierta (un cuenco...) o cerrada (esencieros, botellas, ungüentarios, etc.). Esta investigadora les atribuye una cronología altoimperial (siglos I-II d.C.) y, atendiendo a ciertos datos, se plantea si pudo existir en ese enclave un taller donde se fabricaba o, al menos, se reciclaba el vidrio, por lo que algunos podrían ser producciones locales. En el yacimiento de Alcázar carecemos de cualquier indicio similar.

M. Vigil (1969, 141) pone de relieve que durante los siglos III y IV d.C. continuaron en funcionamiento los centros vidrieros ya arraigados desde época anterior en todo el Imperio romano. Al margen del foco productor más importante, el de Siria, donde se crearon los nuevos tipos propios del periodo bajoimperial, probablemente había otro en la Península Itálica, que empezó a fabricar vidrio a finales del siglo III d.C. y siguió activo en el siglo IV. “El vidrio pintado sigue produciéndose con una notable perfección en la ejecución y belleza de resultados”, afirma este investigador. A lo largo de los siglos III y IV d.C. prosiguió la producción de algunas formas preexistentes, tal es el caso de los ungüentarios del tipo más común, a su vez, los tubulares con un

ensanchamiento en el centro son típicos del siglo IV, aunque se habían originado en la centuria anterior. Los ungüentarios de vidrio verdoso son representativos de la industria siria de la época. Igualmente, los cuencos decorados con cabujones son característicos del siglo IV, presentando una decoración distinta a la anteriormente conocida. Asimismo, un tipo de cuenco con la boca un poco abierta, exvasada, se difunde fundamentalmente durante el siglo IV y comienzos del V, pese a que se creó en el siglo III. Se halló una muestra en esta misma región castellano-manchega, en Ontur (Albacete). También son muy abundantes en esta etapa de la baja romanidad las botellas de vidrio, utilizadas para envasar vino y otros líquidos. Como ya hemos comentado, debido a la enorme fragmentación que presentan los vidrios recuperados en el yacimiento de la Plaza del Torreón, no podemos constatar si alguno corresponde a ejemplares de las tipologías características de la Antigüedad Tardía, descritas más arriba.

Al decir de M. Vigil (1969, 171, 174), con las invasiones bárbaras no se interrumpió la elaboración del vidrio, sino que siguió produciéndose, manteniendo, en general, las peculiaridades de la tradición romana. No obstante, en el siglo IV se aprecia un proceso que determina una escasa variedad formal y decorativa, a la vez que una menor perfección técnica, especialmente en la calidad de la pasta: “se tenía menos éxito en la eliminación de las burbujas y del color producido por los óxidos naturales que se hallaban en las tierras empleadas para su fabricación”.

Es sabido que las piezas de vidrio, por su bajo precio de coste desde el siglo IV, tenían un carácter económicamente asequible para buena parte de la población tardorromana, lo que se refleja en su representación cuantitativa (RODRÍGUEZ GONZÁLEZ y RODRÍGUEZ, 1994, 48, 68). Ambos autores, que realizan un análisis de los vidrios del yacimiento de Santomé (Tibiás), llegan a la conclusión de que su abundante presencia en éste durante la época bajoimperial (comparada con la altoimperial) y el escaso repertorio formal del servicio de mesa, muy reducido respecto al periodo anterior, que ofrecía una relativa diversidad morfológica, están relacionados con la disminución de las producciones de *terra sigillata*, sustituidas en buena medida por recipientes de vidrio. Atribuyen esa misma explicación a “la total ausencia de lucernas” durante la fase tardía, ya que algunos tipos de vasos cónicos fueron utilizados

para iluminar el interior y el exterior de los espacios habitacionales. Quizás este último argumento sea extrapolable al yacimiento de la Plaza del Torreón, dado que únicamente han aparecido aquí dos fragmentos de lucerna (cata 8, nivel IV). Por el contrario, en absoluto es válido en cuanto a la sustitución por piezas de vidrio de las cerámicas finas pertenecientes a la vajilla de mesa, tan copiosas en el yacimiento que nos ocupa. En efecto, el material arqueológico documentado en mayor cantidad es el cerámico (tanto cerámica común y de cocina, como *terra sigillata*).

VIII.2.6. CERÁMICA

Es el material predominante en este yacimiento, tanto por su cantidad, como por su variedad (fig. 153). Pertenecen a momentos muy diferentes, desde piezas de factura manual de época prehistórica hasta cerámicas vidriadas y restos de vajillas contemporáneas, pasando por cerámicas del Ibérico tardío, romanas y medievales.



Fig. 153. Fragmentos de cerámica. Foto: TEDAR.

VIII.2.6.1. CERÁMICA A MANO

Con contados fragmentos (su número es sumamente escaso), la documentamos en los niveles superiores de la cuadrícula 20, pero está descontextualizada. Se trata de pequeños fragmentos de galbos, lo que no permite clasificaciones formales.

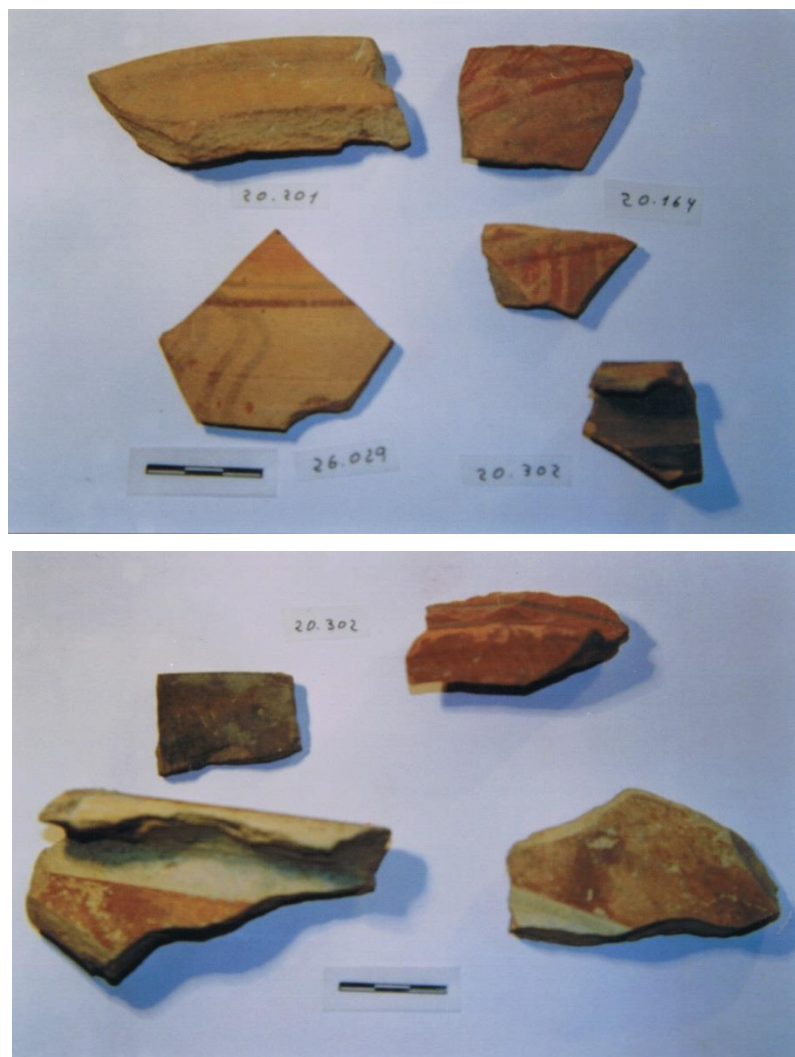
Se trata principalmente de cerámicas de pastas oscuras, con gruesos desgrasantes, de cocción oxidante, que presentan superficies lisas y bruñidas.

Son un testimonio de la existencia de una fase cultural prehistórica, la Edad del Bronce, que ya se consignó en años anteriores durante la excavación de la sacristía de la Iglesia de Sta. María (*vid. infra* nota 11). Sobre la procedencia de estas cerámicas halladas en la Plaza del Torreón cabe proponer dos hipótesis de trabajo: podrían pertenecer a un yacimiento de la Edad del Bronce ubicado en esta zona, que habría sido arrasado durante la ocupación romana, o bien podrían provenir de un asentamiento situado en un lugar diferente, del que se acarrearón tierras hasta aquí para la construcción de tapiales o como relleno para nivelar suelos.

VIII.2.6.2. CERÁMICA IBÉRICA

Ese mismo planteamiento podría tener validez para la presencia de cerámica ibérica.

Es algo más abundante que la cerámica a mano, si bien, como ella, aparece fuera de contexto y no está asociada a estructuras coetáneas. Este tipo de cerámica lo encontramos desde las UU.EE. superiores (I-II) hasta las inferiores (XIII-XIV), siendo algo más abundante en las primeras (figs. 154-155).



Figs. 154-155. Cerámica ibérica. Foto: Fernández Rodríguez y López Fernández.

Las piezas recuperadas corresponden por lo general a pequeños fragmentos, en ocasiones muy rodados, de bordes, bases y galbos de vasos globulares, urnas, cuencos y vasitos. Está representada también la cerámica gris (cuencos y platos), utilizada como vajilla doméstica.

Estas cerámicas tienen una pasta muy decantada, compacta, de tono ocre anaranjado, de cocción oxidante y a veces mixta. Las superficies externas van engobadas y a menudo tienen decoración pintada policroma. La pintura es de colores rojo burdeos, naranja y negro. Los motivos decorativos son de tipo geométrico, consistentes en bandas horizontales, semicírculos concéntricos, líneas onduladas verticales (zig-zags o bucles), reticulados y una estampilla.

Estos tipos cerámicos pertenecen a los repertorios propios del Hierro II.

Como señala A. Martínez Velasco (2011, 84), el hecho de que se hayan localizado materiales arqueológicos de época ibérica en el casco urbano de

Alcázar de San Juan no implica necesariamente una identificación de este núcleo poblacional con la ciudad de *Alce(s)* citada por las fuentes escritas (*vid. supra* capítulo V). Por otro lado, en el cercano yacimiento de Pozo Sevilla se ha constatado la existencia de una primera fase ocupacional perteneciente a un sustrato tardorrepblicano, cuya fecha final ronda los comienzos del segundo tercio del siglo I a.C. o el I d.C., y se han recogido abundantes fragmentos que pueden adscribirse a cerámica de tradición e incluso a producciones “con claras connotaciones de un *Ibérico tardío*”, en los mismos estratos donde fueron halladas cerámicas romanas. Esta circunstancia hace pensar a sus excavadores en la pervivencia de las tradiciones alfareras locales en una época en que este territorio ya estaba bajo el dominio de Roma (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 302). Se ha atestiguado también allí una fase bajoimperial, al igual que en la Plaza del Torreón.

VIII.2.6.3. CERÁMICA ROMANA

Pese a documentarse en todos los estratos, en los niveles superiores está fuera de contexto (posiblemente formaba parte de los tapiales medievales o bien fue removida hasta llegar allí al excavar las fosas de construcción de algunos muros de dicho periodo). En los estratos inferiores aparece asociada a estructuras de época romana.

Hay que distinguir entre la cerámica común, que presenta gran variedad de pastas y formas, y una cerámica más selecta, la *terra sigillata*.

CERÁMICA COMÚN

Junto a la cerámica ibérica aparece otra de tradición local, que estaría a caballo entre el mundo ibérico y el romano (más información sobre la cerámica como reflejo de la integración del mundo indígena y el romano en la Meseta Sur, en ABASCAL, 1988, 125-130). Es una cerámica que presenta formas y motivos decorativos similares a los ibéricos, pero cuyas pastas y engobes se aproximan ya más a las producciones de ámbito romano. Contamos con algunos fragmentos de este tipo de cerámica pintada (fig. 156, lám. CLXX, Anexo II.2), habitualmente denominada “común romana de tradición indígena” (ABASCAL, 1986, 149-170). Sobre los talleres de la Meseta Sur que produjeron esta clase de cerámicas durante el Bajo Imperio trata ampliamente

J.M. Abascal (1986, 161-170). Teniendo en cuenta su relativa proximidad geográfica, las piezas documentadas en el yacimiento de la Plaza del Torreón podrían proceder de alguno de los centros alfareros estudiados por dicho investigador o fueron adquiridos a través de las redes de abastecimiento local.

Cuando la TSH empiece a dominar el mercado hispano, “la producción de cerámicas pintadas se irá eclipsando para permanecer en estado latente durante los últimos años de los siglos II y III, y renacer en el siglo IV” (ABASCAL, 1988, 128).



Fig. 156. Fragmento de cerámica pintada en tono rojo burdeos. Foto: García Bueno.

La cerámica común romana hallada en este yacimiento tiene valores muy significativos (cfr., al respecto, la clásica obra de VEGAS, 1964). La perduración aquí de ciertas formas del Hierro y el parecido entre algunas producciones romanas posiblemente locales o regionales y las del acervo anterior dificulta notablemente distinguirlas entre sí, a lo que viene a añadirse la alteración de la secuencia estratigráfica de este yacimiento, como ha sido repetidamente señalado.

TERRA SIGILLATA

Este yacimiento de Alcázar de San Juan se ha revelado francamente fecundo en un tipo de material cerámico minoritario dentro del conjunto de las cerámicas finas de mesa bajoimperiales, que imita formas de la denominada TSCD y de las cerámicas grises y anaranjadas paleocristianas, pero con técnicas de fabricación propias más cercanas a estas últimas. Las producciones cerámicas de TSA D abarcan desde principios del siglo IV hasta la segunda mitad del siglo VII. X. Aquilué (2003, 11-12) precisa que los alfares donde se producían estas piezas se hallaban en las provincias romanas del África Proconsular y de la *Byzacena*. De estas *figlinae* salían también cerámicas comunes de cocina, contenedores anfóricos de aceite y salsa de pescado, lucernas, etc. (CARANDINI, 1970, 95-123; 1986, 3-19). La distribución de esas cerámicas en todo el ámbito mediterráneo se constata mediante la identificación de “los motivos y composiciones decorativas” propias de estos talleres, que ofrecen un rico repertorio de “formas estandarizadas aptas para la producción en serie”, como pone de manifiesto X. Aquilué (2003, 12). Así, los productos de diversos centros alfareros tunecinos se comercializaron a lo largo de los siglos IV-VI d.C. en numerosos puntos de la Península Ibérica, siendo muy apreciados por su cuidada técnica y su calidad, aunque durante la primera mitad del siglo VII ésta descendió notablemente y se redujo de modo significativo el repertorio tipológico y compositivo, desapareciendo en la segunda mitad de la centuria.

En la *villa* de Alcázar de San Juan no hemos encontrado ningún ejemplar decorado con crismones, cruces inscritas en el interior de un corazón u otros motivos relacionados con la iconografía cristiana (figuras orantes, palomas, cruces gemadas...), en definitiva, decoraciones estampadas o espatuladas representativas de la TSA D del siglo VI. Probablemente esta circunstancia sea indicativa de que la ocupación de este asentamiento no se prolongó hasta una fecha tan tardía o quizás se deba a que esas mercancías norteafricanas apenas llegaron a estos territorios de la Meseta. En este sentido, X. Aquilué (2003, 16) se pregunta cuál sería la causa de que no tuviera lugar en dirección al interior de la Península la misma comercialización regular atestiguada en la franja costera levantina, es decir, por qué los circuitos comerciales que proveían a dichos núcleos de población no se prolongaron

hacia el centro o el Noroeste peninsular. La respuesta, en su opinión, sería que esos canales comerciales se limitaban a abastecer la zona costera mediterránea o bien que, al reducirse la producción durante el siglo VI, sólo llegaron regularmente a los puertos y lugares próximos a éstos. Sea como fuere, pese a que algunas de las formas de la *terra sigillata* documentada en este yacimiento alcazareño, de modo genérico, perduraron hasta el siglo VI, ésta no constituye por sí sola y sin estar asociada a otros restos coetáneos de datación absoluta una prueba suficientemente sólida como para poder ampliar hasta esa centuria la trayectoria vital de este complejo. Con todo, este lote de cerámicas es el que permite hacer una acotación temporal más ajustada de este enclave.

A propósito de este tema, nos sirve de base para nuestro estudio el de R. Járrega (1987, 338 y 343), por lo que a continuación reproducimos textualmente algunas de sus conclusiones: “la sigillata clara D en sus formas propias de la segunda mitad del siglo V y la primera del VI (Hayes 91, 99, 104 A, etc.) aparece con relativa frecuencia en las ciudades de la costa mediterránea hispánica (...). En contraste, las que son propias de la segunda mitad del siglo VI y el siguiente tienen una representación muy reducida en esta área (...). “Las cerámicas Africanas de la época a que nos hemos referido nos permiten aproximarnos a la historia económica de este periodo. (...) Todo ello se explica por la presencia activa en nuestras costas de mercaderes del Mediterráneo oriental, que se encuentran en este periodo bien establecidos en los principales centros urbanos de las zonas costeras. (...). Más problemática es la cuestión de otros productos, como las cerámicas estampadas del sur de Francia, de las cuales sabemos aún hoy en día muy poco sobre su comercialización y su cronología concreta, así como de las sigillatas hispánicas tardías del interior (...) de la Península Ibérica, que representan un tipo de producción local, el final de la cual no podemos datar con precisión. De las producciones del Mediterráneo oriental (...) la datación se sitúa sobre todo en la segunda mitad del s. V y el VI, sin llegar probablemente al momento cronológico que aquí nos interesa. Es de esperar que en futuras investigaciones, tanto en lo que atañe a la puesta en valor de materiales procedentes de excavaciones antiguas como, sobre todo, a la realización de nuevas investigaciones con buena base estratigráfica, el

conocimiento acerca de este periodo histórico, hoy por hoy bastante limitado, pueda enriquecerse con buenos y más fundamentados elementos de juicio”.

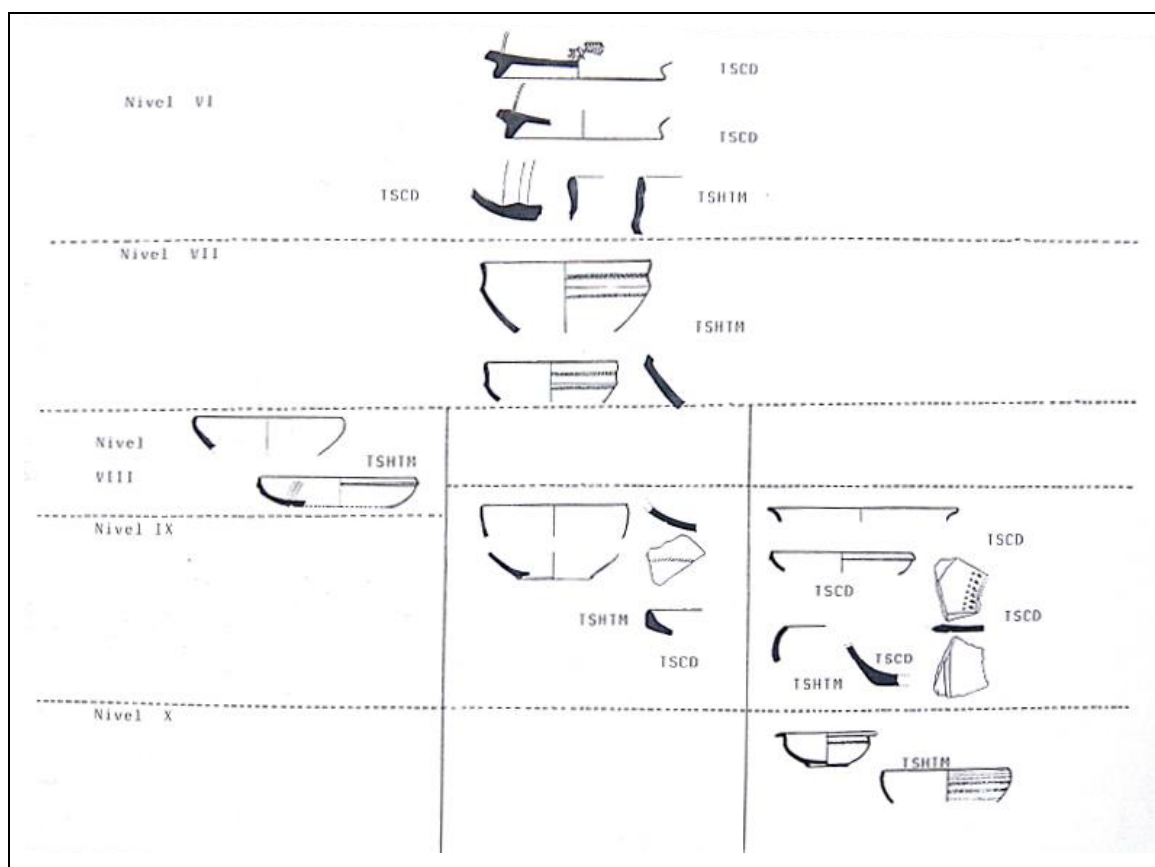


Fig. 157. Repertorio formal de *terra sigillata* en la secuencia estratigráfica del yacimiento.
Dib.: García Bueno.

Algunos de los fragmentos de *terra sigillata* recuperados en el transcurso de las dos campañas de excavación llevadas a cabo en la Plaza del Torreón de Alcázar son de un tamaño considerable y nos permiten reconstruir la tipología de las piezas a las que pertenecen (fig. 157). Más adelante ofrecemos una amplia selección de estas cerámicas, con las formas más asiduamente representadas en este yacimiento (*vid. infra* Anexo II.1 y 2, donde se incluyen las láminas correspondientes), pero seguidamente formulamos algunas consideraciones de carácter global sobre las mismas.





Figs. 158-162. Fragmentos de *terra sigillata*. Foto: García Bueno.

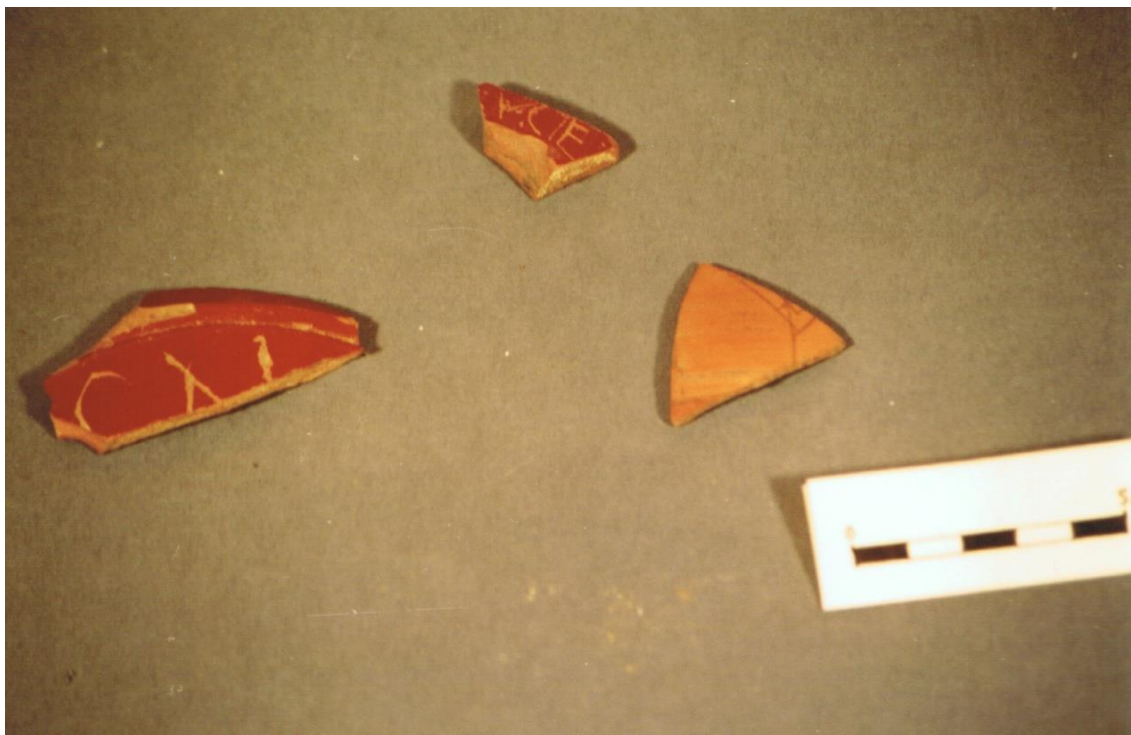


Fig. 163. Fragmento de *terra sigillata* con barniz gris. Foto: García Bueno.

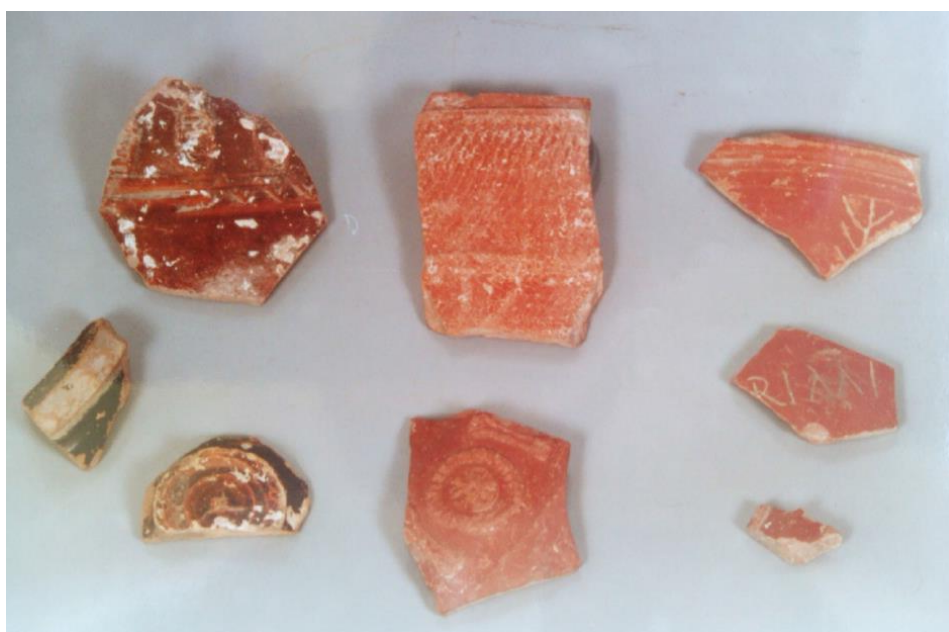
Contamos con una ingente cantidad de *terra sigillata* (figs. 158-175). El barniz es predominantemente rojo, aunque también hay algunos fragmentos grises (fig. 163) y otros quemados como resultado de una deficiente cocción o incluso prácticamente carentes de barniz, acabados con un simple alisado. Tan sólo haremos alusión ahora a algunos de los más significativos, tales como una base decorada con una figura de ánade (cata 15, nivel XX) u otras aves, como son palomas, cigüeñas... (láms. I, 13; XVII, 2; XVIII, 8-9, Anexo II.1) u otros animales, p. ej., liebres (lám. XVII, 3, Anexo II.1) o leones (láms. XVII, 1, Anexo II.1; CCXXXIII, 1, Anexo II.2), un galbo pintado con bandas paralelas (m. t. entre las catas 11 y 15, nivel XV), otro fragmento decorado con una banda de pintura negra (cata 20, nivel XII), el fondo de un plato que en su cara externa muestra el

grafito C X I, correspondiente a valores numéricos romanos, quizás una posible marca de propiedad (cata 11, nivel XIV, figs. 164-165, lám. CCXXXIII, 2, Anexo II.2), junto al que descubrimos otro fragmento del mismo plato, además, hay otros fragmentos con grafitos (figs. 165-167, en los que se puede leer CRAIV[S], VCIE, RIMI..., el primero de ellos, de la cata 20, Sector C, nivel VII, habitación 4, lám. VIII, 9, Anexo II.1, el segundo, de la cata 8, nivel IX, lám. XVII, 8, Anexo II.1, el tercero, lám. CCXXXIII, 3, Anexo II.2), uno de los cuales fue descubierto dentro de un hogar (cata 8, nivel IX). Un plato prácticamente completo de TSH apareció roto *in situ* (cata 11, habitación 2, nivel X, fig. 168) y algunos otros platos de *terra sigillata* estaban más o menos enteros (cata 20, nivel XIII; cata 26, nivel VI...). Hay, asimismo, algunas bases con sellos de alfarero (fig. 169, lám. XVII, 9, Anexo II.1). En el registro arqueológico consignamos alguna *terra sigillata* decorada con ungulaciones (cata 8, nivel XII, habitación 2), otro fragmento de *terra sigillata* pintada (m. t. entre las catas 11 y 12. nivel VI), un borde decorado con puntos incisos (cata 9, nivel X, habitación 2), algún fragmento con decoración a molde de motivos seriados, de rosetas, círculos dobles... (cata 20, nivel VIII; cata 15, fig. 170, lám. CXXIX, Anexo II.2) y un galbo de TSA C decorado con medallones, uno de los cuales engloba una figura de león, ya citado (cata 12, nivel IX, habitación 1, figs. 171-172, lám. CCXXXIII, 1, Anexo II.2). Presenta una doble fila de medallones separados por una banda en altorrelieve. Al estar fragmentado no podemos distinguir claramente la especie del animal que figura en el medallón derecho. Tan sólo se ha conservado, casi completo, el izquierdo, que tiene dos círculos concéntricos.





Figs. 164-165. Fragmentos cerámicos (dos de TS con grafitos, el de la parte superior apareció en la fosa noroccidental de la cata 8 y el de la izquierda en la cata 11, nivel XIV, bajo el muro B, y otro de CC pintada).
Foto: García Bueno.





Figs. 166-167. Fragmentos cerámicos, algunos de ellos de *terra sigillata* con grafitos. Foto: García Bueno.

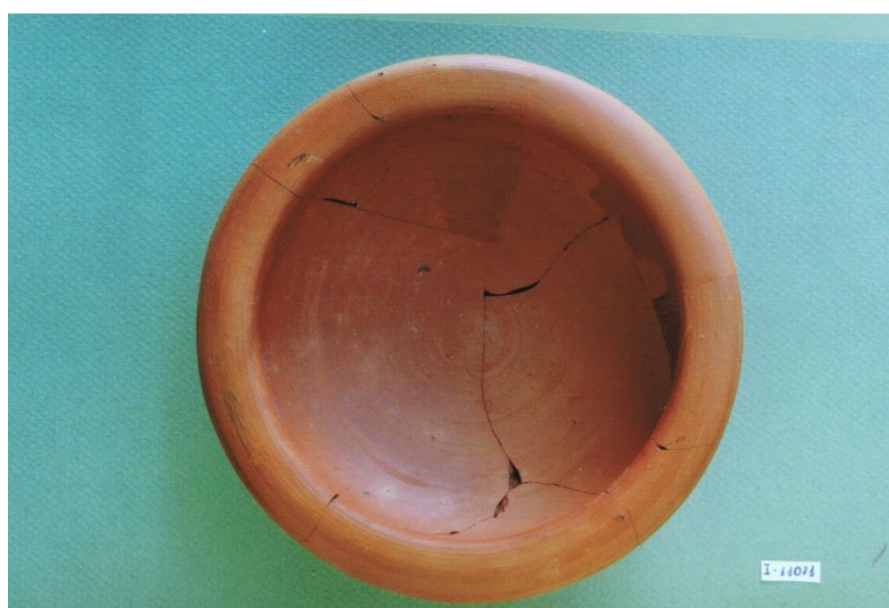


Fig. 168. Plato de TSH. Foto: TEDAR.

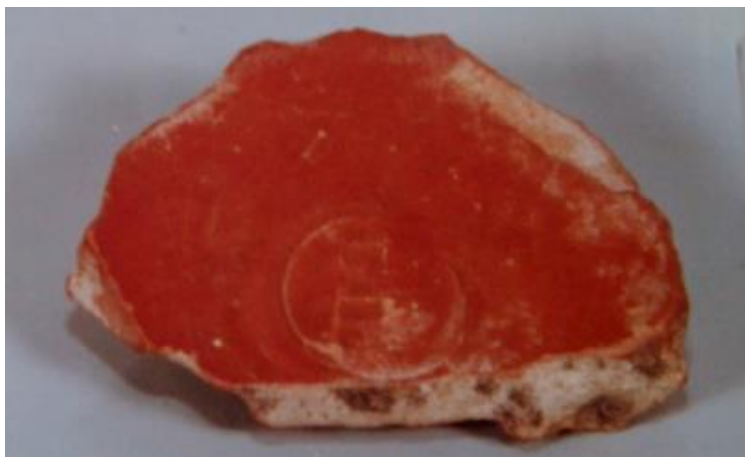


Fig. 169. Base de *terra sigillata* con sello. Foto: García Bueno.



Fig. 170. *Terra sigillata* con decoración a molde: motivos circulares y de rosetas. Foto: Fernández y López.



Figs. 171-172. Fragmento de TSA C. Foto: García Bueno.

Este yacimiento nos ha proporcionado abundante TSC, recubierta por un barniz cuyo color tiende al rojo anaranjado, en su mayoría poco brillante, más bien mate. La pasta, ocasionalmente de textura escamosa, es de un tono rojo ladrillo. Entre sus formas más frecuentes mencionaremos las páteras o cuencos carenados de borde ligeramente exvasado y los cuencos de labio vuelto.

La mayoría de esta vajilla de mesa de *terra sigillata* podría clasificarse según la sistematización tipológica de la TSC o de la antes denominada TSP, sin embargo, una serie de características propias, que enumeraremos más adelante, y una distribución geográfica muy específica, podrían hacernos pensar en su procedencia de alfares locales o regionales, lo que planteamos aquí como hipótesis de trabajo. Por consiguiente, no todas las cerámicas de ese tipo serían de importación, sino probablemente imitaciones. Únicamente un análisis de las arcillas podría servirnos para determinar con certeza el punto de origen concreto de estas piezas.

No obstante, debido a ciertas características comunes, sugerimos la posibilidad de que varias de ellas provengan de alguno de los talleres localizados en la zona de Cástulo (Jaén), así como, quizás, de otro de las inmediaciones de Talavera de la Reina (Toledo). Sea como fuere, los paralelismos apreciables apuntan a que este enclave alcazareño se abastecía en buena medida de producciones de alfares hispanos, con los que debía de mantener relaciones comerciales bastante fluidas, pero sin quedar al margen del panorama de las importaciones (figs. 173-174).





Figs. 173-174. TSA. Foto: Fernández Rodríguez y López Fernández.



Fig. 175. Fragmentos de *terra sigillata*. Foto: Fernández Rodríguez y López Fernández.

La superficie de las piezas de TSH de la Plaza del Torreón está recubierta por un barniz algo más oscuro que la pasta, poco brillante, careciendo a veces de él. En muchos casos no tienen decoración; en otros el único motivo existente es el de las propias líneas del torno. La decoración burilada es la más común, ya sea a modo de círculos en su interior o en el borde, aunque en algunos casos también se utiliza la técnica del estampado. En la decoración a molde, heredada de la tradición altoimperial, se emplean

motivos seriados, de rosetas, círculos dobles, pequeños motivos circulares, etc., siendo bastante excepcional dentro de este conjunto el estilo de metopas.

Así pues, las decoraciones identificadas en nuestro estudio, que aparecen sobre los especímenes de TSH, son muy sencillas, no destacan por una gran originalidad ornamental, empleándose repetidamente la ruedecilla, formando franjas y combinando a veces con la rueda del torno más marcada. En efecto, es reseñable lo marcadas que están las estrías del torno, como si fueran intencionadamente un elemento decorativo *per se*.

La decoración incisa es una de las características que mejor definen estas producciones. Realizada a ruedecilla o burilada, son muy frecuentes las formas ovales, sobre todo en sentido horizontal, constituyendo franjas alrededor del borde y en el cuerpo (tanto en las paredes interiores como en las exteriores, láms. XXXI, XXXIV, CXIII, CXV, CXVII, CXXV, CXXVIII..., Anexo II.2). En algunas ocasiones tienen decoración impresa a modo de círculos (láms. XXXV, 3-4, CX..., Anexo II.2, por poner un ejemplo, la hemos constatado en algunos fragmentos recuperados en la cata 8, nivel XIV).

La cocción, en términos generales, suele ser bastante buena, aunque no siempre es así. A veces la cocción fue de tipo reductor, lo que dio a esas piezas un color grisáceo, llegando incluso a quemarse en algunos casos (fig. 175), en otras ocasiones la cocción era mixta, pero habitualmente utilizaron una cocción de tipo oxidante, presentando muchos ejemplares una sección a modo de “sandwich”, con un color oscuro en el interior y anaranjado en los exteriores (*vid infra* Anexo II.1, con ejemplos de todas ellas).

La base de la mayoría de estas piezas es plana o bien tiene un pie ligeramente señalado.

La circunstancia de que la mayoría de los yacimientos en los que han aparecido materiales cerámicos análogos a los de la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan estén ubicados en el Sur de la Península Ibérica y de que esta cerámica pueda ser anterior a la *terra sigillata* gris y anaranjada paleocristiana producida en la Galia (como era conocida según la antigua sistematización), llevó a Margarita Orfila (1993, 125-147) a un nuevo estudio y clasificación, con la denominación de “*Terra Sigillata* Hispánica Tardía Meridional” (TSHTM), cuya terminología y línea argumental incorporamos a nuestra investigación.

Las características descritas por M. Orfila en la obra acabada de citar son prácticamente idénticas a las de las piezas de *terra sigillata* hispánica tardía descubiertas en la Plaza del Torreón, por lo que las clasificaremos como TSHTM.

A continuación sintetizamos los rasgos generales de este grupo cerámico:

- Pasta de consistencia dura y compacta, con fractura a veces escamosa, que contiene partículas, por lo general, bastante grandes. Su gama cromática oscila entre el anaranjado y el negro, eventualmente incluso en la misma pieza.
- Barniz más bien mate, en el mismo tono de la pasta; en ocasiones puede tratarse de un simple engobe. El barniz que habitualmente cubría las piezas de *terra sigillata* con frecuencia no existe en las del yacimiento alcazareño, quizá por no haberlo poseído nunca, ni tan siquiera en su origen.
- La cocción de estas piezas es mayoritariamente oxidante, pero con grandes manchones reductores que, a veces, se extienden por gran parte de su superficie.
- La decoración de la *terra sigillata* de este yacimiento es casi siempre incisa burilada o a la ruedecilla, con motivos cuadrados o triangulares, ocupando una o más franjas en zonas determinadas de las piezas. Esta decoración a la ruedecilla, típica de la TSHTM, la identifica y distingue con respecto a otras cerámicas similares aparecidas en la mitad septentrional de la Península, que llevan decoración impresa. No obstante, esta ruedecilla es, en la mayoría de los casos, muy descuidada en su factura, apareciendo en algunos puntos borrada por los posteriores alisados de la pared del recipiente. Este elemento ornamental es bastante común en todo el conjunto (cuencos, fuentes...). Las marcas de torno, especialmente resaltadas, juegan un papel muy destacado dentro de la decoración, como sucede en algunas formas 37 y 8 de TSHT.

En cuanto al repertorio formal, la forma 2 de Orfila (1993, 132-134) es la más representada porcentual y numéricamente en este yacimiento, equivalente a la Rigoir 18 de TSP y más alejada de la forma 37 de TSHT, a las que quizá intente emular (¿variantes morfológicas: reproducciones de ámbito local o

regional?)... Existen ejemplares con carena marcada y con carena redondeada, con o sin decoración a la ruedecilla, y el pie de sección rectangular, con fondo plano.

Le sigue en importancia cuantitativa la forma 1 de la citada autora, originada quizá por la Lamb. 8 de TSC y por la forma 8 de TSht, siendo parecida a la Rigoir g 5 de TSP.

La forma Hayes 61 africana, Rigoir g 8 Paleocristiana y Mezquíriz 76 de TSht tienen aquí una réplica casi exacta en la forma Orfila 9, de fondo plano y círculos incisos concéntricos en el interior.

La forma 6 de TSHTM, que recuerda a la forma 5 de TSht e imita a la Lamb. 34 de TSA, está representada por un vaso completo con decoración a la ruedecilla. El pie es aquí circular y algo biselado en la superficie de apoyo.

También están presentes la forma 3 de TSHTM, con un fragmento de fuente que nos da el perfil completo, y otra forma similar a la Rigoir 21 de TSP, desgraciadamente muy fraccionada.

La unidad formal de la muestra, su criterio uniforme en cuanto al trato dado a las superficies y a la decoración, sumado a la homogeneidad de las pastas usadas en su elaboración, hacen pensar en la posible existencia de un alfar próximo que comercializaría sus productos a escala local, tomando modelos de la TSC y la antes denominada TSP, junto a las técnicas de cocción mixta de estas últimas.

El hecho de que la TSHTM se halle en contacto con tipos más conocidos de TSht, tales como formas 37 con decoración a molde de grandes círculos, propias de la segunda mitad del siglo IV, y formas 27, de amplia cronología, así como que se encuentre con formas africanas tipo Hayes 61, con una cronología del 325 al 450 d.C., además de la moda definida por la vuelta a los fuegos reductores, típica de comienzos del siglo V, hace que la principal etapa de ocupación de esta *villa* romana pueda fecharse entre el siglo IV y aproximadamente primeras décadas o inclusive mediados del V. La decoración burilada parece perdurar en la Península hasta mediados o último tercio del siglo V. A tenor de la fragmentación de la cerámica de la Plaza del Torreón (poco rodada y, en ocasiones, quemada después de rota) y de la existencia de potentes niveles de incendio en el yacimiento, podríamos pensar que este establecimiento sufrió algún episodio de destrucción por fuego, pero

no sabemos si fue intencionado o esporádico, puramente casual. Cabe cuestionarse si esos niveles de incendio estarían relacionados con situaciones de saqueo y violencia. Los estratos profundos, desde luego, presentan señales de destrucción por efecto de un fuego intenso. Con todo, el estado de las ruinas no parece indicar una devastación completa de la *villa*, ni se advierte que a consecuencia de dicho incendio se abandonara ésta definitivamente, sino que fue reocupada, acometiéndose entonces una segunda fase constructiva. Como ya hemos comentado (*vid. supra* capítulo VIII, apartado 2.4.1), no es demasiado probable que las monedas pertenecientes a un sustrato tardío descubiertas entre las piedras de algunos muros (m. t. entre las catas 11 y 8, nivel IV; cata 8, nivel XIV; cata 11, niveles X y XI) sean un indicio de que se atravesaran tiempos de inestabilidad y zozobra, que pudieran enmarcarse en el contexto de los críticos acontecimientos políticos y sociales desencadenados en el siglo V d.C. Ciertamente, en algunos yacimientos arqueológicos los escondrijos de conjuntos monetarios suelen delatar la sensación de inseguridad que se apoderó de quienes los ocultaron, promovidos por el pánico reinante en un momento puntual de la vida del asentamiento, sin embargo, en éste, al ser tan exigua la cantidad de numismas que componen los depósitos pecuniarios y dada su baja ley, no parece muy verosímil tal interpretación. La inexistencia de precisiones documentales concretas sobre esta zona nos impide llevar más allá las observaciones apuntadas. Por consiguiente, no podemos sino plantearlo como hipótesis, inducida por analogía con lo que, a grandes rasgos, las escasas fuentes escritas refieren sobre la época del Bajo Imperio en Hispania, e igualmente en sintonía con las conclusiones extraídas por algunos especialistas al analizar ocultamientos de monedas durante la baja romanidad (BALIL, 1957, 131; SAGREDO, 1981-1985, 89-104; ABAD, 1987-1989, 203-208; 1993, 13-31; 1994, 149-166).



Fig. 176. Iglesia de Sta. María y Plaza del Torreón en la actualidad. Foto: García Bueno.

Retornando al asunto de la *terra sigillata*, nuestra propuesta de reanudar la excavación de la Plaza del Torreón fue desestimada debido a los inmediatos planes de urbanizar el solar¹⁹ (fig. 176), pero no debemos dejar pasar la oportunidad de recalcar que su continuación habría sido fundamental tanto para intentar confirmar si en todo el yacimiento había una escasa presencia de TSA (en tal caso, denotaría posibles dificultades de abastecimiento comercial de este enclave por las vías periféricas), como para dilucidar su relación con la TSP producida en alfares galos (anterioridad, coetaneidad o posterioridad), así como también para desvelar otros aspectos de la pervivencia de la TSht en este ámbito, entre otros muchos temas de la más diversa índole. Quizás, incluso, habría permitido averiguar algo más acerca de cómo y/o en qué medida afectaron a este lugar ciertos hechos históricos acaecidos en el siglo V: invasiones bárbaras, revueltas sociales, etc. (SÁNCHEZ LEÓN, 1990, 251-258).

En este orden de cosas, debemos tener en cuenta que el número de formas cerámicas constatadas hasta la fecha puede verse ampliado de realizarse futuras campañas de excavación en las inmediaciones de la Plaza del Torreón, con lo que seguramente se identificarían otras nuevas. Esto nos permitiría un mejor conocimiento del menaje doméstico utilizado por los habitantes de esta *villa* romana.

Por lo demás, que esta entidad territorial estuviera incluida en el marco geográfico de dispersión de las producciones de TSHTM acredita que estaba

plenamente integrada en el sistema económico romano aún durante el periodo tardío. No sólo están presentes en este yacimiento de Alcázar de San Juan, sino en otros de la provincia de Ciudad Real, p. ej., en los de Oreto, Sedano y La Peana (Granátula de Calatrava), en el de San Miguel (Valdepeñas), etc.

Profundizando en la diversidad morfológica de este conjunto cerámico, en la Plaza del Torreón hemos identificado especímenes que se pueden adscribir a la forma I de TSHTM, correspondiente, según M. Orfila (1993, 129-142), a las formas Rigoir 5b y 11 de Molina (1977, 1005) y al cuarto grupo de Ramallo (1984, 76). M. Orfila (1993, 130) la considera una forma Ritt. 8, que, en opinión de M.A. Mezquíriz (1985b, 146), perduró hasta el siglo IV d.C., aunque en algunos yacimientos aparece incluso en contextos posteriores (siglos V-VI d.C.). En cuanto a la forma 2, que corresponde a la forma Rigoir 18 de Molina (1977, 1006) y al tercer grupo de Ramallo (1984, 75), M. Orfila la asocia a la forma 37B de TSHT (PALOL y CORTES, 1974, 139). Es una de las formas predominantes, una de las más comunes conjuntamente con la 1 y la 9, siendo datada hacia el siglo V. Como ya habíamos anticipado, al haberse encontrado en la Plaza del Torreón, nos permite ampliar hasta esa centuria la ocupación de esta *villa*. A su vez, la forma 3, igualmente localizada en este yacimiento, corresponde a la forma I de Molina (1977, 1006). M. Orfila aduce que es una Lamb. 58, Hayes 80 (*Atlante*, 1985, 104). Su cronología abarca desde la segunda mitad del siglo IV hasta las postrimerías del V. Asimismo, la forma 4 podría corresponder, a juicio de M. Orfila (1993, 135), a la forma Rigoir 1 de Molina (1977, 1005) y la considera similar a la Lamb. 51, Hayes 59 e incluso Hayes 67. Su datación se puede encuadrar entre el 320-470 d.C. y, en un caso concreto (*Atlante*, 1985, 89), en el siglo VI. En la provincia de Ciudad Real se ha registrado su presencia en Oreto, Granátula (NIETO *et alii*, 1980, 159). M. Orfila (1993, 136) relaciona la forma 5 con la Lamb. 57, Hayes 73B, pero también con la forma 8 de TSHT (PALOL y CORTES, 1974, fig. 42) y la 5 de TSH (MEZQUÍRIZ, 1961). Las fechas propuestas para las producciones norteafricanas a las que se asemeja oscilan entre el 420 y el 475 d.C. La forma 6 ha sido asociada a la forma Rigoir 3b de Molina (1977, 1005), que habría evolucionado de la Drag. 35. M. Orfila se decanta por la Lamb. 35, Hayes 44. Su acotación temporal llega hasta finales del siglo IV d.C. Hemos hallado recipientes cerámicos de esta tipología en la Plaza del Torreón de Alcázar. Respecto a la forma 7, por el momento, al menos hasta

donde sabemos, está ausente en nuestra zona de estudio. En cambio, M. Orfila (1993, 138) ha reconocido una pieza de vajilla de la forma 8 entre las recuperadas en Oreto, correspondiendo a la forma III de Molina (1977, 1007). En lo concerniente a la forma 9, corresponde a la forma Rigoir 8 de Molina (1977, 1005) y al segundo grupo de Ramallo (1984, 73). Según M. Orfila (1993, 139), es una Hayes 61, Lamb. 53. Perduró hasta mediados del siglo V y es otro indicador arqueológico de que la *villa* objeto de nuestra atención fue habitada hasta fechas bastante tardías, al haber testimonios de la misma en la Plaza del Torreón. Por último, la forma 10 ha sido asociada a las formas IV y V de Molina (1977, 1007). M. Orfila (1993, 142) atribuye, en términos generales, una datación en torno a los siglos IV-V d.C. para estas familias cerámicas, en consonancia con el criterio de S. Ramallo (1984, 79), que amplía la cronología de algunas piezas oriundas de Begastri (Murcia) hasta la primera mitad del siglo VI.

Una decoración burilada, que presenta semejanzas con la documentada en la Plaza del Torreón, se reproduce en ejemplares estudiados por J. Rigoir (1968, 177-244, láms. XIII-XIV).

Nos hemos extendido sobre el tema de los tipos cerámicos y su presencia en esta área, pese a ser su descripción algo ardua, por lo determinante que resulta para establecer la secuencia cronológica del yacimiento de la Plaza del Torreón, dado que la cerámica suele ser el fósil director principal para cualquier investigación arqueológica. En última instancia, el aprovisionamiento cerámico es uno de los factores claves para intentar definir las relaciones mercantiles de este complejo, sus filiaciones culturales con otros más o menos próximos y su horizonte cronológico, con bastante precisión. Formas similares a las nuestras han aparecido en Oreto (Granátula de Cva., Ciudad Real), *Castulo* (Jaén), *Complutum* (Alcalá de Henares), *Segobriga* (Cuenca) y en otros puntos de la geografía meridional hispana, aunque no siempre en la cantidad y variedad con que se dan las sigillatas en este yacimiento de Alcázar de San Juan (*vid. infra* Anexo II).

En definitiva, el hallazgo de material cerámico clasificable dentro de estas categorías tipológicas es sumamente ilustrativo de las corrientes comerciales del Bajo Imperio en este sector de la Meseta meridional, puesto que nos permite conocer algunos de los lugares de procedencia, es decir, las *figlinae* donde se produjeron las distintas piezas encontradas. Desde esta perspectiva, pone de

manifiesto la continuación de la tradición alfarera en algunos centros de producción de TSH, activos ya durante el periodo altoimperial, tales como Andújar, *Singilia Barba*, Antequera, etc. En palabras textuales de M. Orfila (1993, 126): “las piezas identificadas como TSHTM tienen unas características comunes que nos permiten hablar de unas cerámicas finas de vajilla en un marco geográfico de localización básicamente en el sur de la península ibérica, con identidad propia, estando justificada su inclusión dentro de la familia de sigillatas por las propias formas de las piezas, que da pie a formular una tipología, y por su funcionalidad de vajilla”.

Recapitulando lo expuesto hasta ahora, la profusión de piezas de vajilla de *terra sigillata*, los pavimentos musivos y algunos selectos materiales recuperados durante el proceso de excavación, atestiguan un alto poder adquisitivo de los dueños de la *villa*, quienes estaban plenamente inmersos en las corrientes económicas y culturales de su tiempo. La posesión de bienes de prestigio dejaba patente a los ojos de sus contemporáneos la capacidad económica detentada, convirtiéndose en señas de identidad de la élite a la que pertenecían. Estos acomodados propietarios importaron artículos de lujo y encargaron a un cotizado taller musivario un buen número de lienzo de mosaico para cubrir los suelos de su casa solariega, todos ellos elementos suntuarios que servían de exponente de su riqueza, sus gustos estéticos y su receptividad de las innovaciones artísticas urbanas. De esa manera, esta residencia se convirtió en reflejo del estilo de vida refinado y confortable que era característico del estamento social de los *domini*, acorde con el criterio de autoafirmación imperante entre ellos. Por otro lado, la presencia de cerámicas finas, ánforas, alabastro, vidrios, objetos de metal, etc., acredita la inserción de esta *villa* en los circuitos comerciales de la época, pese a la tendencia predominante a la autosuficiencia. Se deduce de ello que no se practicaba una economía totalmente cerrada, de mera subsistencia, como pudo suceder en algunas otras *villae* tardorromanas, cuyo aislamiento y lejanía de las urbes propició su autarquía, sino que se mantenían contactos económicos con el exterior, no sólo con los mercados de las ciudades más próximas y posiblemente con otras *villae* y *vici* de su entorno, sino también con algunos centros de producción de ámbitos más alejados, cuyos canales de distribución alcanzaban un amplio radio geográfico. Buena prueba de ello son las sigillatas

documentadas en este yacimiento, que nos aportan una información fundamental sobre dichas relaciones comerciales de media o larga distancia (por ejemplo, con el Norte de África y la Galia).

Por lo tanto, de la abundancia de cerámicas finas romanas, especialmente de la *terra sigillata*, se desprende que la zona de Alcázar de San Juan se hallaba integrada en el ámbito geográfico de comercialización de estas producciones de lujo en la Meseta meridional. De hecho, la existencia de ejemplares de TSCC confirma que llegaban hasta aquí esas producciones norteafricanas y no tan esporádicamente como cabría esperar *a priori* al tratarse de un área del interior (sobre el africanismo de la Península Ibérica y la difusión de las corrientes artísticas y económicas originarias de esa zona del Imperio, cfr. BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 29).

CERÁMICA VIDRIADA

Creemos que la mayoría de los fragmentos de cerámica vidriada encontrada en este yacimiento deben catalogarse como medievales e incluso pueden atribuirse algunos de ellos a inicios de la Edad Moderna y época contemporánea. No obstante, las continuas remociones de tierra llevadas a cabo en este solar han alterado los niveles estratigráficos (sobre todo los superiores), dando lugar a que se entremezclen fragmentos pertenecientes a periodos diferentes, por lo que el contexto arqueológico (unidades constructivas y otros materiales documentados en los mismos ámbitos espaciales) no nos ha sido de gran utilidad para establecer su adscripción crono-cultural, al no poder precisarse su verdadera disposición estratigráfica. A esto se suma su notable fragmentación. Por todo ello resulta una tarea muy complicada distinguir entre unas y otras.

Así pues, únicamente diremos que las cerámicas vidriadas romanas han sido estudiadas en profundidad por algunos grandes especialistas, como A. Balil (1964, 658-662), quien arguye que las causas de la desaparición de este tipo de material probablemente fueron su mayor coste respecto a la *terra sigillata*, que no precisaba la segunda cocción propia de la cerámica vidriada, lo que abarataba esas producciones. Sin embargo, como observa acertadamente A. Balil (1964, 661), “la técnica del vidriado poseía notables ventajas, y de ahí su recuperación y ulterior difusión en la Edad Media hasta

llegar a nuestros días” (cfr. RIBAS, 1965, 155-172; SERRANO RAMOS, 1979, 147-156). A su vez, A. Castro y sus coautores (1997, 117-123) tratan con un enfoque novedoso esta problemática y nos informan de que la etapa de mayor expansión de los productos vidriados fueron los siglos II y III d.C., aunque, según reconocen, se han producido escasos hallazgos de esta clase de cerámica, induciéndoles este hecho a suponer que hubo pocos talleres dedicados a su manufactura.

VIII.2.6.4. CERÁMICA DE COCINA

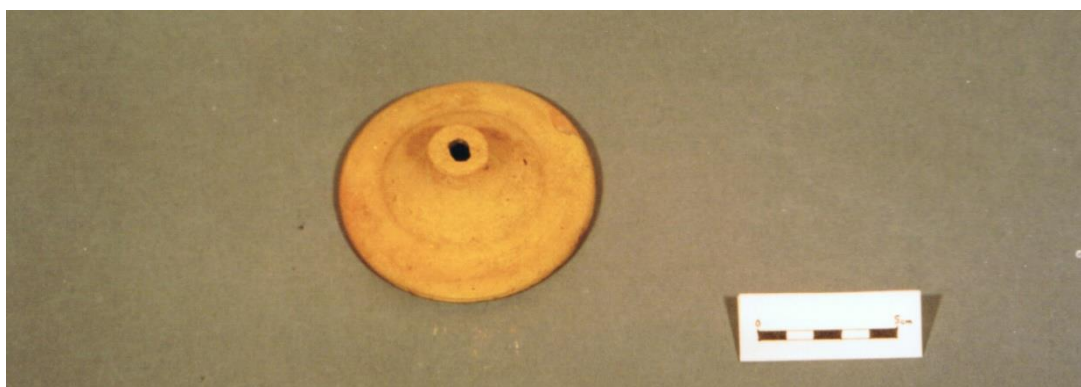
Este tipo de cerámica merece un estudio específico debido a su abundancia (es la 3ª desde el punto de vista cuantitativo, después de la medieval y la romana) y a su difícil adscripción cultural. En efecto, las formas y las técnicas de la cerámica de cocina se han mantenido desde la aparición de la cerámica a torno y su generalización en época ibérica, prácticamente hasta nuestros días, por lo que con frecuencia pueden corresponder indistintamente a diversas etapas.



Fig. 177. Tapadera y nivel de cenizas (cata 15). Foto: García Bueno.

Suelen presentar pastas oscuras, de cocción generalmente reductora, con gruesos desgrasantes. Al estar especialmente diseñadas para resistir el fuego puesto que eran empleadas para la preparación culinaria, sus superficies no están bien cuidadas, apareciendo a menudo quemadas, como es lógico dado su uso (fig. 177).

Las formas predominantes en este vasto conjunto de recipientes son las que se pueden definir genéricamente como cerradas. Suelen ser ollas con acanaladura en el borde para poder apoyar una tapadera y casi siempre tienen elementos de sujeción -una o más asas-, que arrancan del borde y apoyan en el cuerpo de la pieza (recipiente y tapadera, m. t. entre las catas 11 y 8, nivel III; cata 8, nivel V, figs. 178-179, láms. CCXXXIV, 3 y LXXXII, 2, respectivamente, Anexo II.2).



Figs. 178-179. Recipiente de cocina y tapadera. Foto: García Bueno.

VIII.2.6.5. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CERÁMICA

El estudio realizado del material cerámico es suficientemente representativo para permitirnos formular ciertas consideraciones generales.

Como ya hemos explicado, la existencia de numerosas fosas ha contribuido a mezclar los materiales, ocasionando que las cerámicas más modernas aparezcan a la misma cota de profundidad que otras más antiguas. Una de estas fosas es, p. ej., en la cuadrícula 20, la de fundación del “Cubillo” y otra es la situada en el ángulo nororiental de la misma, además, se documenta aquí la superposición de estructuras (muro C, que rompe el A, el D y el E, el “Cubillo”, que rompe el muro C...). Se puede apreciar, sin embargo, la importancia de la cerámica medieval en los niveles intermedios, a los que corresponde el muro C.

La cerámica medieval arroja un cómputo total de fragmentos más elevado que la romana, que ocupa un segundo lugar. La cerámica de cocina es la tercera en importancia, seguida muy de lejos por la cerámica de tradición local, ibérica y de factura manual, que tienen una presencia meramente testimonial en el yacimiento.

Así pues, el mayor porcentaje de materiales arqueológicos proporcionados por la Plaza del Torreón corresponde al cerámico, principalmente la cerámica común y de cocina, cuya cuantía y variantes son notables (*dolia*, ollas, platos...).

Especial interés reviste la *terra sigillata*, que es particularmente numerosa, como hemos señalado reiteradamente a lo largo de las páginas precedentes. Constituye un grupo bastante homogéneo, aunque con una cierta diversidad formal.

La mayoría de las formas cerámicas de *terra sigillata* descritas anteriormente pueden atribuirse claramente a una etapa bastante tardía, siendo, en este sentido, un conjunto muy coherente. En efecto, estas producciones cerámicas indican que el momento de apogeo de este establecimiento corresponde al siglo IV d.C. y delatan una pervivencia del mismo, cuando menos, hasta comienzos de la centuria siguiente, prolongándose muy probablemente durante algunas décadas, siendo el momento final bastante impreciso.

Una datación directa a tenor de los materiales arqueológicos descubiertos, fundamentalmente los cerámicos y numismáticos, nos lleva a

sugerir la adscripción de la *villa* a ese horizonte cronológico. No obstante, aunque apenas queda reflejado en el registro arqueológico de la Plaza del Torreón, el hallazgo de algún fragmento de *terra sigillata* altoimperial y de un par de piezas monetales del siglo I d.C. podría indicar la existencia de una fase de ocupación previa, que aparentemente no iría más allá del siglo I. En tal caso, en el siglo IV se habría producido un reasentamiento en este lugar.

En lo concerniente a la existencia de una mayor cantidad de cerámica medieval que romana, debemos tener en cuenta que la ocupación durante la Edad Media comprende un periodo de tiempo que, en el yacimiento de la Plaza del Torreón abarca, al menos, desde el siglo X al XV, mientras que la etapa de uso romana documentada se desarrolla esencialmente a lo largo de un periodo inferior a dos centurias. También influye el tamaño de las piezas, ya que al tener un mayor volumen se fracturan en un número sustancialmente más grande de fragmentos, en tanto que las piezas de cerámica romana recuperadas suelen corresponder a recipientes más pequeños y, por tanto, se fracturan en un número menor de fragmentos.

VIII. 2.7. VARIOS

CLAVUS COPTIL

Destaca en particular una pieza de forma tubular troncocónica, con una moldura próxima al extremo inferior, que está fragmentado, al igual que el opuesto. Realizada a torno, está fabricada en arcilla bastante depurada, de tonalidad rojiza.

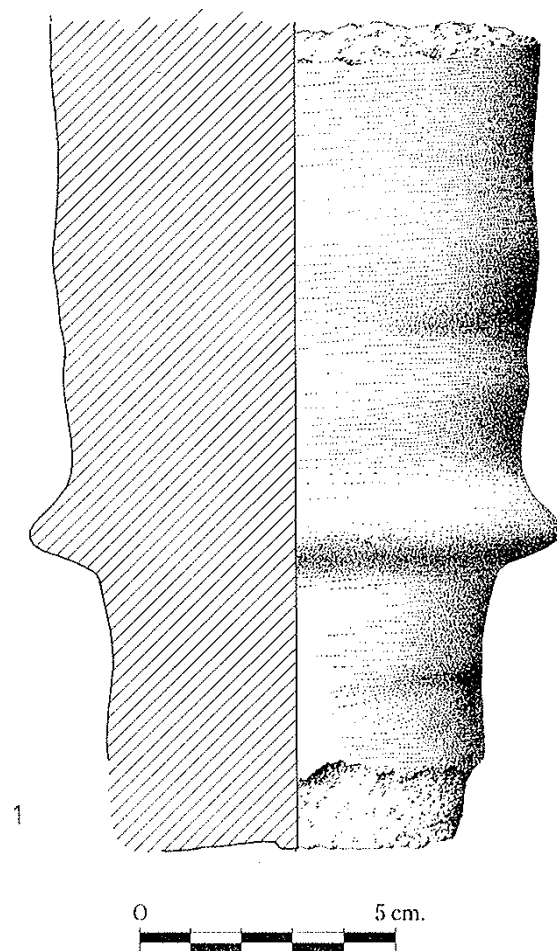


Fig. 180. *Clavus coptil*. Dib.: García Bueno.

El hallazgo de este *clavus coptil* (fig. 180, lám. CII s, Anexo II.2), perteneciente al dispositivo de la *concameratio* de la *villa*, pone de manifiesto la existencia de un sistema de calefacción parietal de doble pared y cámara hueca, pero no podemos asegurar con certeza que el espacio calefactado al que debió de pertenecer pueda vincularse a la noticia facilitada por J. San Valero (1956, 196) sobre el descubrimiento de un hipocausto en los alrededores de la Plaza del Torreón. Podría, inclusive, tratarse de la reutilización de uno de los *clavis coptile* procedentes del sector balneario en este complejo arquitectónico (¿reaprovechado, quizá, de otra unidad estructural?), pues en el contexto arqueológico en el que fue encontrado no hay otras evidencias que nos permitan interpretar como dependencia termal ese ambiente, en uno de cuyos muros de mampostería apareció (figs. 181-182, *vid. infra* Anexo I, cuadrícula 8, nivel XI), o tal vez pudiera ser uno de los elementos de un hipotético sistema con el que se caldeaba la zona doméstica.



Figs. 181-182. Detalles del *Clavus coptil* aparecido en uno de los muros. Foto: García Bueno.

A tenor de ambos indicios arqueológicos, cabe suponer que este inmueble pudiera contar con un sistema de calefacción horizontal, soterrado bajo el pavimento (hipocausto), y otro vertical (*tubulatura*), destinado a permitir la circulación vertical del aire caliente y la evacuación de humos al exterior a través de chimeneas o de cámaras huecas existentes en las estructuras murarias, que solían ser construidas con *tegulae mammatae* (citadas por Vitr., *De Arch.* VII, 4, 13), si bien a partir de las postrimerías del siglo I d.C. la salida de humos se hacía, más frecuentemente, mediante *tubuli* o clavijas (*vid. infra* capítulo XX).

R. Sanz Gamó (1987, 223-236) estudia algunos materiales de construcción romanos empleados en recintos calefactados, concretamente en las dobles paredes laterales de los hipocaustos, y hace alusión a las conducciones de aire cálido que iban colocadas en los lados de la *suspensura*, poniendo en comunicación el *hypocaustis* con las *concamerationes*. Al analizar algunos ejemplares de clavijas o fijas, entre los que distingue cinco tipos, esta autora aduce que serían empotradas en los muros maestros para servir de sustento a los ladrillos que formaban las dobles paredes, pero no descarta la alternativa de que su borde moldurado actuara de tope o freno donde podrían descansar las esquinas recortadas de dichos ladrillos, con un segmento inmediato estrangulado para su mejor asiento. La tipología de estas clavijas cerámicas es muy variada (más información sobre algunos subtipos y su diferenciación geográfica en CASTELO *et alii*, 1997, 69-70, 73-75, con algunos

paralelismos). En palabras de estos últimos investigadores, ese “sistema de calefacción fue usado en el ámbito de las *villae* tanto para calefactar las habitaciones ‘en seco’ como para caldear algunas salas termales (...). Las ventajas aportadas por el nuevo sistema de calefacción se traducen en la doble sujeción que proporcionaban las clavijas”. De tal manera, el aire caliente que circulaba entre las *pilae*, bajo las *suspensurae*, asciende con mayor fluidez por la doble pared, favoreciendo un buen tiro y evitando turbulencias. Se producía así un calentamiento uniforme de la pared. J.-P. Adam (1984, 292; 1996, 287-299, figs. 630-635) ofrece valiosa información sobre las técnicas de caldeo de las viviendas romanas, algunas de las cuales tenían instalaciones equipadas con *tegulae mammatae*, *tubuli* para la calefacción, etc. (a propósito de los tubos espaciadores de cerámica, cfr. GINOUVÈS, 1992, 213).

FICHAS (*TESSERAE LUSSORIAE*)

Hemos recuperado en el yacimiento objeto de nuestra atención un número notable de fichas circulares, de los más diversos tamaños. Están realizadas de manera muy simple y tosca con fragmentos de cerámica, teja o piedra, en forma de disco (láms. CLXIV, CCXVII, Anexo II.2). En cuanto a su utilidad, algunas de ellas quizás fueron utilizadas como pesas o tapaderas y otras como elementos de juegos tanto infantiles como de adultos. Destacan entre las demás algunas que presentan perforaciones (cata 9, niveles III y IV...) y otras pulidas por ambas caras. Las hay también de *terra sigillata* (una ficha en la cata 9, nivel XII, habitación 2, otra ficha de *terra sigillata*, en este caso con decoración estampillada, en la cata 8, nivel XII, habitación 3, lám. LXIV, 3, Anexo II.2). Estos últimos ejemplares son de mediano tamaño y están más elaborados. La pieza con decoración a molde presenta tres motivos ornamentales seriados, el del centro, rectangular, y los de sus flancos, triangulares, rellenos de un elemento complementario en forma de puntas de flecha. Tiene un estampillado de acusado relieve y dos molduras paralelas (lám. LXIV, 3, Anexo II.2).

Este tipo de *instrumenta* de carácter lúdico es bastante abundante en el yacimiento de la Plaza del Torreón.

PESAS DE TELAR

Varias pesas de telar, de las que existe una cierta diversidad, al ser de formas prismáticas o de sección rectangular, con una o dos perforaciones, atestiguan la existencia de una producción de tejidos en este enclave (láms. XX-XXI, Anexo II.1). Un mayor desarrollo del tema de la actividad textil en época romana puede verse en el capítulo XVIII.2.5.

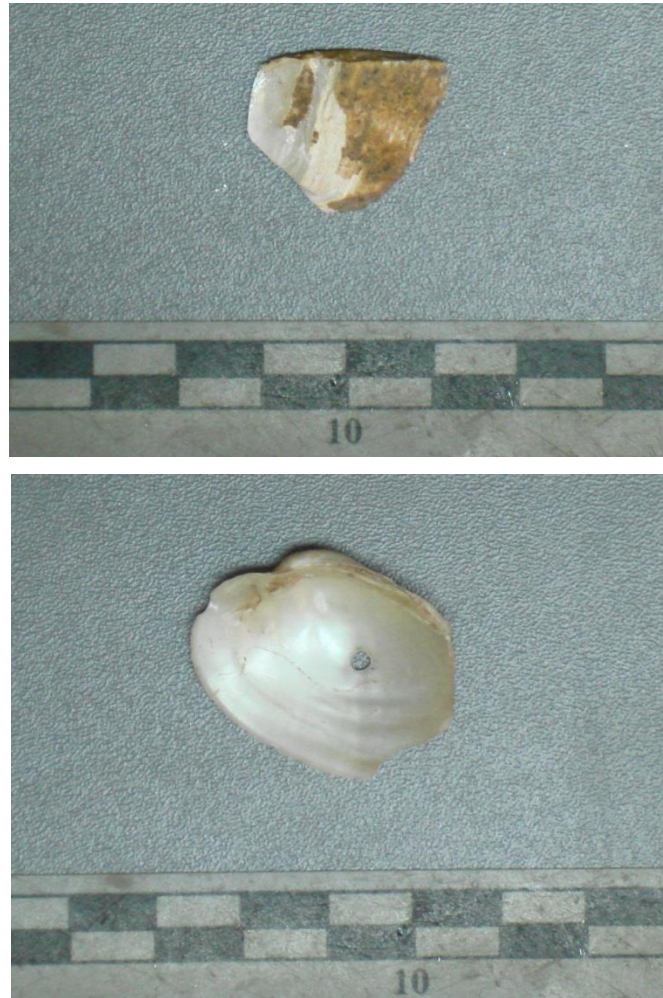
EPIGRAFÍA

Apareció una estela romana en el contexto de excavación de la calle Gracia, n.º 7, reutilizada en la construcción de un edificio de época visigoda (debemos la noticia sobre su hallazgo a J.A. Ruiz Sabina y A. Ocaña Carretón, con quienes tenemos previsto realizar el estudio de dicho epígrafe, que daremos a conocer en breve).

VIII.3. LA ALIMENTACIÓN

El hallazgo de numerosos restos faunísticos pertenecientes a animales de diversas especies (ovicápridos, aves, ganado vacuno, moluscos marinos, etc.) nos brinda la posibilidad de reconstruir, en cierta medida, la variada dieta alimenticia de los habitantes de este enclave, en la que también se incluían productos del mar, pues, con relativa frecuencia, documentamos la existencia de valvas de molusco (figs. 183-184, p. ej., nueve en la cata 8: dos en el nivel V, cuatro en el nivel VI, una en el nivel VII, otra en el nivel VIII, una más en el nivel IX y otra en el nivel XII; un ejemplar en la cata 9, nivel IV; otro en la cata 11, nivel XIV; dos en la cata 12, niveles VI y XII; uno en la cata 15, nivel XVI; cata 20, Sector C, habitación 4, nivel VII; en el m. t. entre las catas 11-15, nivel XIV; en la cata 26, habitación 1, nivel VI..., *vid. infra* Anexo III), cuyo consumo demuestra el refinamiento de algunos de sus moradores en lo que concierne a su alimentación y, asimismo, permite constatar la inclusión de esta zona de la Meseta meridional en las redes de distribución de dichos productos procedentes del litoral, que llegarían a estas tierras como un valioso artículo de importación. Entre los *bivalvia* (*cardium glaucum*, *pectunculus glycimeris*...) destaca algún fragmento con nácar, que pudo tener un segundo uso decorativo (cata 8, nivel VI; cata 15, nivel XVI..., sobre las conchas marinas trata Plin., *NH* IX, 52; respecto a la

clasificación de las conchas, cfr. CAYÓN y GARCÍA, 1984). Como es lógico, algunos de ellos se concentran fundamentalmente en torno a hogares (cata 8, niveles V y VI...).



Figs. 183-184. Conchas de molusco. Foto: Racionero Núñez.

M. Abad (1992, 318), en su estudio de la *villa* romana de La Pila, en Altea (Alicante), reconoce que no son muy habituales las referencias a moluscos en las publicaciones de resultados de excavaciones arqueológicas, “bien sea porque no se tienen en cuenta o porque en la zona excavada al no ser escombrera son muy pocos los que aparecen” (sobre los moluscos y otros vestigios de fauna vertebrada e invertebrada recogidos en el yacimiento curso de Mariana, situado al Sur de Bastia y datado entre los siglos I-IV d.C., cfr. GINSBURG, 1973, 1-12, por su similitud con algunos de los ejemplares mencionados en estas páginas).



Fig. 185. Hogar (cata 8, Estructura E).

Los pobladores del lugar no sólo se valieron de las relaciones comerciales para proveerse de lo que carecían (alimentos exógenos...). Ha quedado demostrada también la utilización de otros recursos dentro de su alimentación, como son la práctica de la ganadería y de la caza. Resultó especialmente ilustrativa del tema en cuestión la aparición, al excavar un estrato compuesto de carbones y cenizas (cata 8, nivel VIII, fig. 185), de parte de las extremidades de un bóvido de gran tamaño (figs. 186-187), en cuyas inmediaciones se encontraban sus cuernos, uno de ellos reaprovechado como posible contenedor de algún producto. Bajo esos restos óseos descubrimos varios fragmentos de *terra sigillata*, cerámica de cocina, abundante carbón y cenizas, vestigios de la preparación de un festín.



Fig. 186. Restos óseos faunísticos (cata 8). Foto: García Bueno.

Exhumamos otra gran mandíbula y un diente de herbívoro (cata 20, Sector B, nivel XV), asociados a fragmentos de *terra sigillata*, una tesela y gran cantidad de carbón; asimismo, otras cornamentas de ejemplares de ganado bovino (dos en la cata 9, nivel IV, además de otras especies y de una concha de molusco), un cuerno pequeño con muescas paralelas incisas en su extremo más ancho (cata 20, nivel XIII, fig. 187) u otros restos óseos de grandes herbívoros, probablemente ejemplares de ganado vacuno (cata 9, habitación 3, nivel XI, fig. 188), etc. En el registro arqueológico figuran varias mandíbulas y colmillos de jabalí (cata 8, niveles VI y XI; cata 9, nivel VIII), sobre todo en el entorno de algún hogar (cata 8, nivel XI...). Igualmente, consignamos algunos de cerdo (cata 12, habitación 12, nivel IX). Constatamos también la presencia de restos óseos de aves (son abundantes, junto a otros de ganado bovino, en la cata 12, habitación 2, niveles VII y IX), quijadas de equino (cata 12, habitación 2, nivel IX; junto a un hueso de ave, en la cata 12, habitación 1, nivel IX), de ovicáprido (m. t. entre las catas 11 y 15, nivel XVIII), molares de rumiantes (cata 12, habitación 2, nivel X; cata 15, nivel XV), etc.

Esos vestigios corroboran el consumo de animales provenientes del territorio circundante (al margen de los foráneos mencionados al principio). Algunos, como son los de jabalí, confirman que se llevó a cabo una de las actividades lúdicas favoritas de los *domini*, la cinegética (*vid. infra* capítulo XIII, sobre la iconografía musiva con *venationes*). En el registro arqueológico de numerosas *villae* hispanas abundan los restos osteológicos de liebres, jabalíes, etc., algunos de los cuales han sido objeto de análisis faunísticos (CHAVARRÍA, 2007, 82; específicamente sobre la ganadería, 81-82).



Figs. 187-188. Restos óseos faunísticos. Foto: García Bueno.

Localizamos otros hogares dispersos por varios puntos del yacimiento de la Plaza del Torreón (cata 11, nivel II; cata 20, Sector C, nivel IV; cata 12, habitación 2, nivel IX...), asociados a restos óseos de diversos animales, que

debieron de ser cocinados en ellos. Al hilo de lo expuesto, traemos a colación la gran cantidad de cerámica de cocina recuperada, empleada para la cocción de alimentos, que ya ha merecido anteriormente una valoración específica (*vid. supra* apartado 2.6.4 de este capítulo)

Como es lógico, del ganado ovino, caprino y vacuno no sólo obtendrían carne, sino también leche, que cabe suponer se aprovecharía, además, mediante su transformación en queso y otros productos derivados.

En otro orden de cosas, las molederas y molinos de rotación descubiertos son indicativos del proceso de molienda del cereal llevado a cabo en este asentamiento (*vid. supra* apartado 1.1.3 de este capítulo), un producto básico en la alimentación de nuestros antepasados.

Por otro lado, en la cercana calle de Gracia se halló un posible *torcularium* (*vid. infra* Anexo I.2), que delata la existencia de olivos (y posiblemente también de viñedos) en estos parajes durante la Antigüedad Tardía. La producción de dichas instalaciones oleícolas y/o vitivinícolas estaría destinada al consumo de los pobladores de este establecimiento e inclusive, tal vez, el excedente pudo ser vendido a otros mercados vecinos, proporcionando beneficios económicos a su propietario, con los que podría adquirir objetos suntuarios y de todo tipo.

Todo ello nos aporta valiosa información sobre la dieta de quienes lo habitaban y nos permite aproximarnos a su modo de vida, en el que la explotación del olivar, el cultivo de cereales y la práctica de la ganadería constituían sus principales medios de subsistencia, complementados por algunos productos de los que se abastecían a través de los intercambios mercantiles.

VIII.4. INTERPRETACIÓN DIACRÓNICA DEL YACIMIENTO Y CRONOLOGÍA DE LA VILLA

Con frecuencia, la arqueología urbana entraña numerosas dificultades, muchas de ellas inherentes al trabajo en un lugar habitado y, en el caso concreto de la intervención llevada a cabo en la Plaza del Torreón, fue sumamente complicada, como en cierta medida queda reflejado en la descripción de la misma (*vid. infra* Anexo I.1).

Con esta reflexión de fondo, hemos intentado reconstruir la secuencia cronológica de este yacimiento ateniéndonos a los restos arqueológicos descubiertos, pero debemos tener en consideración que tan sólo contamos con unos resultados parciales proporcionados por los sondeos practicados en el espacio acotado en 1992-1993: siete cuadrículas, de un total de veintiséis, y las zonas intermedias correspondientes a algunos muros testigos, es decir, aproximadamente algo más de una cuarta parte del área objeto de la intervención (fig. 64).

La roca natural aflora a una cota que oscila entre -5,15 y -5,30 m de profundidad con respecto al punto 0 (situado en la torre del Cubillo, *vid. infra* nota 63). Se trata de una arenisca cuyo color varía entre el amarillo-verdoso y un tono rojizo. Es bastante uniforme, pese a no ser absolutamente horizontal. Sin duda, una vez nivelada esa sólida base, era idónea a la hora de cimentar el/los edificio/s erigido/s en estos terrenos.

El resumen de su compleja estratigrafía pone de manifiesto la existencia de varias fases culturales y una prolongada ocupación de este emplazamiento. Nuestra propuesta de lectura es la siguiente:

I.- Los restos más antiguos recuperados (en las cuadrículas 8, 20...) pertenecen a época protohistórica, estando representados por varias hachas de piedra, cerámica ibérica pintada con decoración geométrica, un fragmento de cerámica estampillada y cerámica gris. Estas piezas carecen de un contexto arqueológico claro, pues aparecen en diferentes estratos mezcladas con otros materiales de datación muy dispar. No están asociadas a muros, ni a ningún otro tipo de elemento arquitectónico, bien porque esas supuestas estructuras fueron demolidas cuando se erigieron nuevas construcciones posteriormente, o bien porque están o estaban situadas en un área distinta de la que fue objeto

de nuestra intervención. De tal manera, esos exigüos vestigios de cultura material serían la única huella que habría quedado en el registro arqueológico de la existencia de otros asentamientos precedentes, aunque también resulta verosímil que pudieran llegar a este lugar procedentes de otros parajes, entre la tierra acarreada hasta aquí para levantar muros de tapial, rellenar fosas constructivas, nivelar la roca madre o por otros motivos.

Al hilo de este asunto, traemos a colación el polémico tema del emplazamiento de una antigua urbe prerromana en la zona de Alcázar de San Juan (*Alces, Murum...*). Como puntualiza A. Martínez Velasco (2011, 84), el hecho de que se hayan localizado materiales arqueológicos de época ibérica en Alcázar no implica necesariamente una identificación de esta localidad con la ciudad de *Alces* citada en las fuentes clásicas e itinerarias (*vid. supra* capítulo V).

Siguiendo esta línea argumental, esos materiales de la Edad del Bronce y del Hierro II, a los que hemos hecho mención en páginas precedentes y en los Anexos I-II, podrían corresponder a simples intrusiones.

II.- De ser cierta la última hipótesis planteada, habría sido durante la época romana cuando se construyeron los primeros ambientes de habitación sobre el suelo de arenisca virgen. El espacio comprendido entre la roca natural y el plano de circulación estaba cuidadosamente nivelado con un homogéneo relleno de guijarros, fragmentos de teja, tierra, ripios, etc.

Se han preservado diversas estructuras que delimitan varios compartimentos, si bien de ninguno de ellos se han exhumado todos sus muros de cierre. A pesar de que en ningún caso se hayan puesto al descubierto unidades habitacionales completas, circunstancia derivada de la parcialidad del área excavada y las numerosas remociones del terreno, puede observarse que se trata de dependencias de planta rectangular.

Los muros son de mampostería y estarían coronados por tapiales (de los que tenemos constancia, p. ej., en la cata 15, nivel XVIII...). Para regularizar los mampuestos, el tramo superior de algunos zócalos también estaba formado por tongadas de ladrillos, que eventualmente se han conservado *in situ* (fig. 117), aunque, por lo general, aparecieron en los niveles de derrumbe, junto a elementos cerámicos de cubrición (fundamentalmente *imbrices*, pero también algunas *tegulae*), documentados en gran número. En la fábrica de los muros se utilizó la piedra arenisca local (de color rojizo o verde amarillento). Estos bloques

suelen ser bastante irregulares, muchos de ellos apenas sin desbastar, de dimensiones variadas, predominando los de mediano tamaño. El material conglomerante empleado era el barro. Algunos de los muros fueron enlucidos y revestidos de estuco, del que hemos recuperado numerosos fragmentos pintados con una amplia gama de colores (azul, rojo, verde, amarillo, negro, ocre, etc.). Desafortunadamente, no es posible reconstruir el diseño compositivo de ninguna de esas decoraciones pictóricas parietales, pues las placas de estuco, desprendidas de su soporte original, aparecieron muy fragmentadas. Pueden servirnos como referente, no obstante, las descubiertas en una zona próxima durante las excavaciones emprendidas en 1982 (fig. 189).



Fig. 189. Decoración mural. Foto: PMC.

El periodo tardío está muy bien representado en el yacimiento de la Plaza del Torreón, como atestiguan el material cerámico y el numismático. En lo que concierne a una posible ocupación previa durante la República o el Alto Imperio, tan sólo encontramos una muestra de cerámica campaniense, unos escasos fragmentos de *terra sigillata* altoimperial (*vid. infra* Anexo II.1, láms. XVII-XIX) y un par de piezas monetales del siglo I d.C. (n.º 1 y 2 del catálogo, figs. 119-120, *vid. supra* capítulo VIII.2.4.1), que parecen estar descontextualizados, pues,

insistimos, salvo los consignados líneas arriba, no hay ninguna otra clase de vestigios de un poblamiento anterior al Bajo Imperio.

A su vez, el hallazgo de teselas es indicativo de la primitiva existencia de pavimentos de *opus tessellatum* u *opus signinum*, destruidos posteriormente por nuevas edificaciones e inclusive quizás por el desplome de la techumbre. Asimismo, documentamos suelos de tierra batida, de argamasa, embaldosados... y soleras preparatorias para asentar otros pisos.

Dentro de la fase bajoimperial podemos distinguir dos sub-fases diferentes, que se suceden prácticamente sin solución de continuidad, aparentemente determinadas por algún episodio de destrucción, sugerido por la existencia de potentes niveles de incendio y de derrumbe de muros, tejados, etc.

II.1.- Las estructuras de la primera etapa tienen unos 60 cm de ancho y no se asientan directamente en el sustrato rocoso del terreno, sino sobre una capa de tierra de unos 20-30 cm. Estas unidades constructivas se hallan a una cota de entre -3,45 y -3,95 m de profundidad, salvo la cimentación del muro F de la cata 11, que se halla a -4,38 m.

II.2.- La anchura de los muros del segundo momento constructivo es de unos 80 cm de ancho. Se caracterizan porque su técnica edilicia es más descuidada, con escasas excepciones (p. ej., algunos de la cuadrícula 11). Se encuentran por encima de los anteriormente descritos, a una cota de entre -2,70 y -2,90 m, aunque algunos alcanzan la misma profundidad que aquéllos.

Los trabajos arqueológicos han revelado que la *villa* disfrutó de momentos de esplendor que, en efecto, alternaron con otros de destrucción, como delatan algunos estratos con notable presencia de cenizas, madera carbonizada, tejas y ladrillos quemados, ocasionalmente asociados a depósitos pecuniarios. La cerámica (muy abundante, especialmente la común, pero también la TSht) y otros elementos de la cultura material fechan este horizonte cultural entre el siglo IV y, cuando menos, comienzos del V.

A la vista de la relativa cercanía de varios aposentos pavimentados con mosaicos (a algo más de 200 m de la Plaza del Torreón), debió de ser una *villa* de enormes dimensiones, quizás convertida con el tiempo en el núcleo centralizador de un *vicus* o, como sugieren M. Fernández Rodríguez y F.J. López Fernández (1993, 123), una verdadera aglomeración, perfectamente

organizada, de modo que los restos exhumados pertenecerían a una o a varias viviendas, si bien hasta la fecha “no se han encontrado indicios de la existencia de una trama urbana (edificios públicos o calles)” que refrenden esta última hipótesis. Como ya hemos apuntado previamente, al tratarse de una excavación inconclusa de un sector muy limitado, carecemos de pruebas irrefutables que avalen una u otra opción con absoluta seguridad, pero unas vastas proporciones no son óbice para que fuera una *villa*. A. Blanco Freijeiro (en FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 14) arguye que había *villae* “tan grandes como pueblos; (...) la existencia misma de la *villa* depende de la existencia de ciudades (...); en caso de que las ciudades no se hallen próximas, la *villa* ha de tener a su alcance las vías de comunicación por donde comercializar sus productos”. Ciertamente, algunas de las principales rutas de la red de caminería romana transitaban por este territorio de la Meseta (*vid. supra* capítulo II.4).

Los habitantes de este lugar mantenían algunos contactos comerciales, incluso con otras provincias del Imperio, y detentaban un elevado nivel económico, como pone de manifiesto la presencia de abundante vajilla de *terra sigillata* procedente de distintas *officinae* hispánicas y extrapeninsulares, además de recipientes de vidrio, objetos metálicos muy diversos y otros elaborados en hueso (p. ej., una pequeña espátula, figs. 85-86, n.º inv. 11125, una cajita con broche de plata aleada con cobre, figs. 87-88, que probablemente fueron utilizadas para aplicar y contener, respectivamente, algún tipo de crema o ungüento), o en piedra, tales como una paleta mezcladora perteneciente a un set de tocador romano (figs. 78-79, n.º inv. 26117), vasijas y fragmentos de placas de alabastro (material escaso, costoso e inexistente en las canteras locales) y mármol, entre otros productos suntuarios.

III.- Sobre los niveles de la Antigüedad Tardía se levantaron las construcciones de época islámica, tal es el caso de la torre conocida como el “Cubillo”, en cuya cimentación hallamos un candil de piquera toledano del siglo X. Contamos con otros ejemplares de candiles similares, enteros o fragmentados, dispersos por distintos puntos del yacimiento, y algunos fragmentos cerámicos del periodo de ocupación musulmán (algunos de ellos posteriores al siglo X, p. ej., cerámicas vidriadas de color verde con decoración de manganeso). Igualmente, documentamos algunos muros asentados sobre tierra y no sobre la

roca natural del terreno. Estaban asociados a material cerámico medieval, aunque, al ser estratos sumamente revueltos, aparecieron entremezclados fragmentos de la etapa musulmana, de la medieval cristiana e incluso, también, de la bajoimperial. Algunas fosas constructivas del Medievo, colmatadas con materiales arqueológicos tanto islámicos como cristianos, rompieron los estratos tardorromanos. Eso ocasionó que algunos materiales de dicha fase cultural afloraran hasta los niveles superiores del yacimiento de la Plaza del Torreón. Además, comprobamos que se suceden los arrastres y derrumbes de las construcciones, lo que dificulta aún más la lectura de la estratigrafía. Debido a tantas alteraciones, que han afectado a todos estos vestigios, resulta muy difícil precisar más la datación de algunos de los mismos.

A partir del siglo XIII²⁰ los repobladores cristianos se asentaron sobre las estructuras islámicas y romanas (excepto la referida torre, que, resistiendo toda clase de avatares, se ha conservado bastante bien hasta el momento presente, pese a haber sido reutilizada como vivienda, figs. 61 y 63). A este periodo pertenecen algunos muros de tapial desplomados (cuyo zócalo es de mampostería) y los enterramientos individuales o colectivos localizados en el sector más cercano a la Iglesia de Sta. María (cuadrículas 8, 9, 11 y 12), siendo significativa su ausencia en otros sondeos más distantes (20 y 26). Dichos enterramientos, que no están asociados a ajuares funerarios, testimonian un fenómeno muy común en esta clase de complejos rurales, consistente en el ulterior reaprovechamiento como lugar de inhumación de un edificio ya inutilizado. Se reproduce de ese modo lo ocurrido en otras *villae* hispanas (*vid. infra* capítulo XVII, con las referencias bibliográficas correspondientes), como son las de La Ontavia (Terrinches, Ciudad Real), Aguilafuente (Segovia), La Cocosa (Badajoz), Baños de Valdearados (Burgos), Torre Llauder (Mataró, Barcelona), Fraga (Huesca) y en las de otras provincias del Imperio, p. ej., en numerosos establecimientos rústicos galorromanos, cuyas ruinas fueron igualmente amortizadas.

Este horizonte temporal abarca, por tanto, la Alta y la Baja Edad Media (e incluso, tal vez, inicios de la Edad Moderna), etapa en la que se desarrolló un nuevo sistema de vida sobre el espacio de habitación romano. La presencia de fragmentos de cerámica vidriada, principalmente de algunos tipos de “cuerda seca” y de “loza dorada” (datados en torno al siglo XV y estudiados por M.

Fernández Rodríguez y F.J. López Fernández, 1993, 110-114), respaldan esa adscripción cronológica.

IV.- Finalmente, descubrimos los restos de una ocupación más reciente, con materiales constructivos (ladrillos, baldosas, azulejos...) y cerámicos de la época contemporánea. Se define así un tercer (¿o cuarto?) horizonte, al que pertenecían varias casas adosadas al “Cubillo”, derruidas a comienzos de la última década del siglo pasado, al igual que otras viviendas de una antigua calle que ocupaba un amplio sector de la plaza actual (figs. 62 y 176). Los restos acabados de mencionar corresponden a los escombros de su demolición, removidos por obras de explanación del solar (o, más propiamente dicho, de los dos solares excavados, A y B, *vid. infra* Anexo I.1).

Esta superposición de culturas se traduce, a su vez, en una compleja secuencia estratigráfica, como ya habíamos anticipado. Su diversidad queda reflejada en la siguiente relación, donde figuran niveles de incendio, frecuentes derrumbes de muros, grandes concentraciones de escombros, niveles de tejas procedentes, asimismo, del desplome de la cubierta de diversas estancias y fosas que seccionaron o arrasaron algunas estructuras de los niveles más profundos (los romanos):

Tierra Marrón. T. Marrón claro.
T. Marrón oscuro. T. Marrón rojizo.
T. Marrón rojizo claro. T. Marrón rojizo oscuro.
T. Marrón oscuro con cal. T. Marrón claro con cal.
T. Marrón rojizo con grava y cal.
T. Marrón rojizo con cal. T. Marrón con argamasa y cal.
T. Marrón con restos óseos. T. Roja. T. Roja clara.
T. Quemada. T. Verde. T. Verdosa cenicienta.
T. Verde oliva. T. Marrón verdoso.
T. Verdosa cenicienta con carbón.
T. Gris. Ceniza blanca. Carbón. Cal.
T. Verde con carbón. T. Crema.
T. Beige. T. Ocre. T. Parda. Relleno de Piedras.
Derrumbe. Escombros. Tejas. Arena. T. Verde con cal.
Muro.

Esta relación y las fotografías que acompañan estas líneas pueden dar una idea de la dificultad interpretativa de este yacimiento, afectado por numerosas destrucciones y resultante de esa larga evolución histórica (fig. 190).



Fig. 190. Varias secciones de la cuadrícula 9. Foto: García Bueno.

VIII.5. VALORACIÓN DE CONJUNTO Y OBSERVACIONES SOBRE LAS CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LA VILLA

Recapitulando los datos que pueden resultar más orientativos, el estudio de los vestigios arqueológicos registrados durante las intervenciones de los años 1992-1993 en el yacimiento de la Plaza del Torreón nos permite apuntar la acotación temporal de la principal etapa de uso de esta *villa*: el siglo IV d.C. y probablemente algunas décadas del V, en consonancia con la datación tardía de sus pavimentos musivos. No obstante, como ya hemos señalado, las fechas propuestas por J. San Valero Aparisi (1957, 216), J. Martínez Santa-Olalla (SAN

MARTÍN, 1953, 33), la RAH (SAN MARTÍN, 1953, 36) y J.M. Blázquez (*CMRE* V, 1982c, 23-27) varían dentro de un arco cronológico comprendido entre finales del siglo II-comienzos del III (sugerido por los dos primeros investigadores) y el siglo IV (según el análisis estilístico de los últimos especialistas citados).

Para el estudio de las primeras intervenciones arqueológicas contamos únicamente con algunas noticias escuetas y fragmentarias, proporcionadas fundamentalmente por los dos breves artículos publicados por J. San Valero Aparisi (1956, 195-199; 1957, 215-218) y el de C.M. San Martín (1953, 32-37), además de la prensa nacional, provincial y local (Diario *Lanza*, 23 enero 1975, 22 junio y 17 julio 1982; *El País*, 26 junio 1982, etc.) y los expedientes administrativos depositados en el AGA, citados más arriba.

Pese a no disponer de la documentación planimétrica de las campañas más antiguas (las de 1953-1954, *vid. infra* nota 3), creemos que lo entonces descubierto sólo constituía una pequeña parte de la planta de este establecimiento romano, pues se excavó un gran bloque del espacio señorial (en páginas anteriores hemos intentado definir la identidad de algunas estancias y las funciones que supuestamente cumplían, *vid. supra* capítulo VI.1), permaneciendo intactos otros ambientes domésticos y de servicio no menos relevantes. En cuanto a estos últimos, carecemos de pruebas arqueológicas que acrediten fehacientemente si estaban diseminados alrededor de la residencia del *dominus* o quizás aunados en un inmueble aislado de ésta (que en tal caso tendría una entidad como unidad independiente), o si, por el contrario, formarían un conjunto arquitectónico adyacente a la misma, aunque, dada la gran extensión de los restos exhumados en las siguientes actuaciones, esta segunda opción parece más improbable. A nuestro entender, cabe la posibilidad de que las dependencias sacadas a la luz al excavar la Plaza del Torreón y sus aledaños pertenecieran a otro sector de esta *villa* (*vid. infra* nota 14).

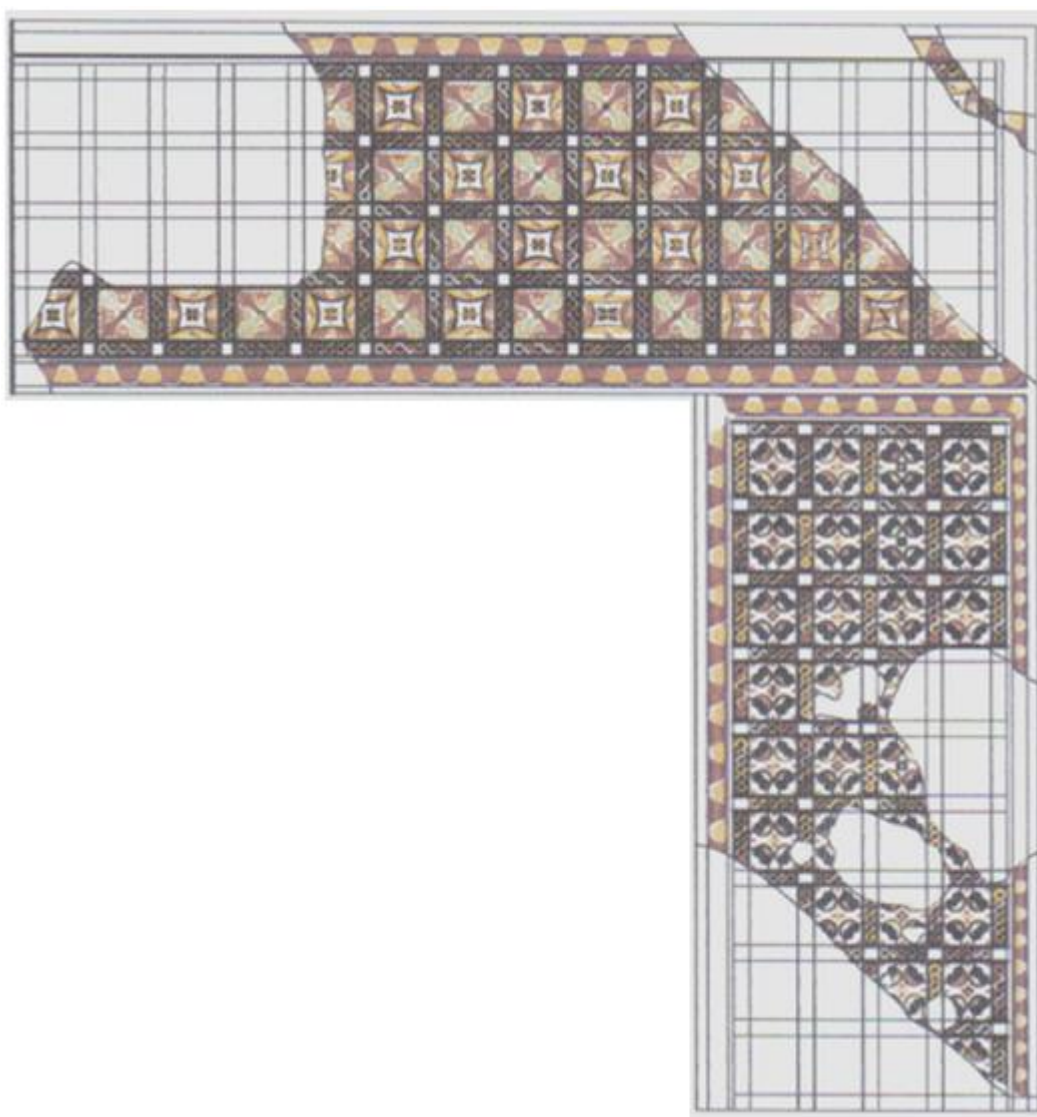


Fig. 191. Mosaicos A y B. Dib.: García Bueno.

Los dos tramos pavimentados con los mosaicos A y B, enlazados en escuadra (fig. 191), flanquearían probablemente un patio desde el que se accedería a diversas estancias de la vivienda y sería un foco de aireación e iluminación de las mismas. Poco más se sabe de los descubrimientos realizados durante la segunda fase de excavación (en 1982), salvo que los mosaicos entonces rescatados muy posiblemente decoraban dos alas del peristilo de una magnífica mansión y que, asociados a ellos, aparecieron algunos fragmentos de *terra sigillata*, cerámica común romana y medieval, objetos tallados en hueso (agujas...), estuco, tejas y molinos rotatorios.

Por lo tanto, con toda probabilidad ambos ejemplares musivos pertenecerían al cuerpo central de la unidad doméstica, como alguno de los

seis (o siete, *vid. infra* nota 5) mosaicos restantes, que solaban otros departamentos y corredores de la casa, cuyas dimensiones debían de ser considerables, teniendo en cuenta que la superficie total de la serie de mosaicos recuperados en Alcázar de San Juan es de unos 440 m². En plena coherencia con este planteamiento, J. San Valero Aparisi (1956, 196, 198; 1957, 216) se expresa en términos tales como “gran villa romana”, “tan gran construcción”, “un mosaico de 49 m² no resulta descomunal en esta villa alcazareña, ya que el mosaico (...) nos dio en la excavación unas medidas de 5 por 17 m”, “extensa villa romana, (...) la importancia de la villa está asegurada por la aparición de seis mosaicos de gran tamaño”... Igualmente, la prensa se hizo eco de algunas otras apreciaciones de este arqueólogo, que resultan ilustrativas al respecto: “Los mosaicos alcazareños debían formar parte de un amplio peristilo que tendría 26 por 28 metros” (*Lanza*, 23 enero 1975).

De todo lo expuesto se infiere que el sector residencial se ajustaba a la estructura característica de las construcciones domésticas tardorromanas, pareciendo seguir los cánones más comunes en la Península Ibérica (*vid. infra* capítulo XVII). En definitiva, sería un conjunto arquitectónico de gran desarrollo en torno a uno o varios patios interiores (según fuera la extensión de la vivienda), que funcionarían como eje de varios recintos, cuya comunicación se articularía mediante las galerías circundantes.

VIII.6. CONSIDERACIONES GENERALES

Durante el Bajo Imperio ya está plenamente asimilada la cultura romana en el territorio estudiado, se han adoptado costumbres e ideas procedentes de la metrópolis, en última instancia, se ha extendido el fenómeno que los historiadores de la Antigüedad han definido como romanización. Ya no son únicamente las ciudades, sino también las *villae*, los focos de irradiación de la cultura romana, que se ha ido difundiendo en el mundo rural de este ámbito desde el siglo II a.C.

A partir de la segunda mitad del siglo III d.C. son escasas en Hispania las construcciones urbanas importantes, aunque se conocen ciertas remodelaciones ejecutadas en el tejido urbano de algunas ciudades, como, p. ej., las reformas urbanísticas llevadas a cabo en Mérida durante el siglo IV,

época en que se acometió la restauración de la mayoría de los edificios públicos existentes (MATEOS, 1993, 264-267). A su vez, A. Cepas Palanca (1997, 252) aporta numerosos datos relativos a elementos de arqueología urbana en evolución pertenecientes a sesenta y siete ciudades hispanorromanas, a lo largo del siglo III. En el marco geográfico de la actual provincia de Ciudad Real disponemos de información acerca de la persistencia de la vida urbana durante el Bajo Imperio en La Bienvenida (Almodóvar del Campo) (FERNÁNDEZ OCHOA y CABALLERO KLINK, 1988, 204-205, 208; FUENTES, 1994, 184; ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 36). Este último trabajo contiene algunos datos ilustrativos al respecto: “En el terreno numismático (...) Un sextercio de Antonino Pío y otro de Septimio Severo marcan el límite cronológico de las acuñaciones encontradas para estos momentos pues ya no hay más hallazgos hasta los bronce de Graciano en pleno s. IV d.C. (...), llama la atención la escasa presencia de la *Sigillata* Hispánica Tardía, aunque hay algunas sigillatas claras o africanas bien importadas o de imitación”. Tras un amplio lapso temporal durante el siglo III d.C., en el que se “constata un deterioro progresivo de las estructuras arquitectónicas de la época anterior y el asentamiento, si bien no debe llegar a abandonarse”, da la impresión de que languidece, después hubo “una recuperación de la actividad como lo ponen de manifiesto las construcciones tardías (...) y los materiales, especialmente las monedas y los bronce cronológicamente atribuibles al s. IV d.C.”.

En cuanto a *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente), se han documentado materiales arqueológicos datables en el siglo IV d.C., e incluso la tipología de algunas cerámicas presenta paralelismos en contextos de los siglos V-VII y posteriores, lo que delata la pervivencia de su ocupación en época tardía y medieval (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2004b, 162, 190). A su vez, en la Ermita de Nuestra Señora de Oreto-Zuqueca, muy próxima a Cerro Domínguez (*Oretum Germanorum*, la capital septentrional de la Oretania, en Granátula de Calatrava), también se han descubierto estructuras arquitectónicas y materiales arqueológicos de los siglos IV-V (p. ej., TSCD), además de importantes restos visigodos, islámicos... (GARCÉS, ROMERO y FUENTES, 2000, 248).

En opinión de A. Fuentes Domínguez (1994, 185), las destrucciones, abandonos y reocupaciones que tuvieron lugar en las ciudades del Occidente

romano no deben entenderse “casi nunca como la crisis definitiva o el comienzo de la *debacle* general (...), pero la suerte corrida por las ciudades de la Meseta Sur fue muy diversa”. Por lo general, estas destrucciones han sido atribuidas a las invasiones franco-germánicas de los años 260-270 d.C., sin embargo, parece ser que esta región no fue afectada por dichas invasiones, a la luz de ciertas investigaciones (ARCE, 1978, 257-269).

Mucho se ha hablado de la “crisis del siglo III” y del decaimiento de la vida ciudadana a partir de entonces, un concepto debatido y revisado desde hace décadas (una amplia bibliografía referente a la misma presentan FERNÁNDEZ UBIÑA, 1982; BRAVO, 1998, 493-500), no obstante, es un hecho incuestionable que hubo una reactivación del sector agrario durante la Antigüedad Tardía, atestiguado arqueológicamente por la implantación o reocupación de innumerables *villae rusticae*. En efecto, se hace patente en el registro arqueológico que dicho fenómeno adquirió un gran impulso desde las postrimerías del siglo III. Fue a partir de entonces cuando renació esta clase de hábitats, si bien algunos, como el de Camesa-Rebolledo (Valdeolea, Cantabria), por citar uno a modo de ejemplo, estuvieron en uso precisamente desde el siglo I d.C. hasta mediados del III (GARCÍA GUINEA *et alii*, 1985, 207-229; GONZÁLEZ DE LA TORRE *et alii*, 2004, 49-66).

Las *villae* objeto de nuestra atención probablemente se especializaron en el cultivo extensivo de cereales, olivos y viñedos, que combinarían con el policultivo, así, los huertos les proporcionarían hortalizas y verduras, las plantaciones de árboles frutales les permitían abastecerse de frutos, complementado todo ello por la práctica de la ganadería, pues cabe imaginar que contaban con granjas de animales (*vid. supra* el apartado 3 de este capítulo). La explotación agropecuaria y las tareas secundarias derivadas de ella, como son la fabricación de queso y la elaboración de vino, han sido desde antiguo las principales fuentes de ingresos de la población local.

Esa concentración de actividades relacionadas con la economía agraria supuso que estos complejos rurales tardorromanos fueran, en buena medida, autosuficientes, por consiguiente, el sistema organizativo de la *villa* resultó ser eficaz para cubrir la mayoría de las necesidades materiales de sus habitantes.

Con todo, en las *villae* situadas en el entorno de Alcázar de San Juan (*vid. infra* capítulo IX) hemos podido comprobar la presencia de abundantes

fragmentos de *terra sigillata*, ánforas, *dolia*... Así pues, es evidente que persistieron algunas relaciones comerciales, a las que hemos hecho alusión repetidamente. El hallazgo de recipientes de vidrio, piezas de vajilla fina de mesa, vasos de alabastro u otros objetos suntuarios, demuestra que existió una interrelación económica con distintas provincias hispanas y que pervivieron ciertos contactos con otras regiones del Imperio, p. ej., con el Norte de África, la Península Itálica, Galia, etc.

Por lo general, las *villae* alcazareñas sobre las que tratamos aquí se atienen en su ubicación a las recomendaciones de los antiguos tratadistas en agronomía, incluyendo su proximidad al entramado viario que servía de cauce para dichos intercambios mercantiles.

Algunos otros factores claves para la elección del emplazamiento de estos hábitats rurales romanos fueron la feracidad del predio, su salubridad, la disponibilidad de agua, la posibilidad de disfrutar de una bella vista... Hemos podido comprobar que estas reglas básicas se cumplen habitualmente en las *villae* del área estudiada (*vid.* capítulos III y XIV.4). Los condicionamientos geográficos y meteorológicos, claro está, determinaron su localización.

La *villa* del barrio de Sta. María seguía bastante fielmente esa normativa, como es su posición preeminente sobre los terrenos circundantes, al alzarse en una zona de ladera (un pequeño promontorio), además, según parece, en lo que atañe a su configuración arquitectónica se impusieron los cánones estéticos venidos de Roma, pese a que el clima meseteño, con crudos inviernos y altas temperaturas estivales, no es el más adecuado para una estructuración abierta en derredor de un patio.

M.C. Fernández Castro (1982, 23) pone de relieve que la mayoría de las *villae* tenían un carácter urbano y rural simultáneamente, sin caer en la contradicción, pues reunían elementos de ambos sistemas de vida: “Varrón no puede concebir una villa sin los ornamentos de la ciudad ni sin dependencias rústicas” (Varro, *rust.* III, 2,9).

En este marco argumental, la documentación de las construcciones relacionadas con la actividad productiva y los habitáculos de siervos y peones nos aportaría una información primordial para comprender mejor el funcionamiento de estas propiedades rústicas y el esquema de vida rural de esta entidad territorial, escasamente investigados hasta el momento.

G. Bravo (1997a, 196-197) resume en los siguientes puntos el “modelo de explotación” que, a su juicio, en términos generales estaba vigente en estas haciendas:

- 1.- un territorio (*pars rustica*): nucleado en torno a una *villa urbana*;
- 2.- unidades de explotación (*fundi, praedia, agri*): de desigual extensión (grandes, medianas, pequeñas);
- 3.- propietario de la tierra (*dominus fundi*): ausente o residente en la ciudad; residente en el campo; con residencia temporal o permanente;
- 4.- mano de obra (*rustici*): de condición servil (*servi*) o libre en régimen contractual (*coloni*) o temporal (*operarii*);
- 5.- personal subalterno (*procuratores*): de condición esclava (*vilicus*) o libre (*procurator, praesul*).

Algunas de las variables contenidas en este esquema reflejan importantes diferencias en el denominado “sistema de la *villa*” (respecto a este sistema económico, cfr. PERCIVAL, 1976). Al decir de G. Bravo (1997a, 197-198), “la contrastación de algunos textos paralelos sugiere que las transformaciones operadas no se reducen a cambios cuantitativos sino que han modificado la estructura productiva en aspectos tan esenciales como la extensión de las explotaciones y el *status* de la mano de obra. En este sentido, mientras que la explotación descrita por Columela se corresponde con lo que *grosso modo* se identifica con *latifundium* (...), Paladio se refiere más bien a pequeñas explotaciones (*fundus, ager*), que sería arriesgado considerar simples ‘unidades’ constitutivas de la ‘gran propiedad’ bajoimperial, y en las que la presencia de mano de obra servil es ya virtualmente inexistente. (...) la tradicional estructura en *partes* de la ‘villa’ columeliana de mediados del siglo I (*pars urbana, pars rustica, pars fructuaria*) con sus correspondientes viviendas para el propietario, *rustici* y personal subalterno, se ha transformado en un conjunto territorial dominado por la residencia del propietario (*praetorium*)”. El análisis de los escritos de Columela y de Paladio permite advertir que el modo de producción romano había evolucionado considerablemente en esos prácticamente cuatro siglos transcurridos entre una y otra obra. En tiempos de Columela los campos son trabajados básicamente mediante mano de obra servil; el *dominus fundi* es propietario de esclavos (*familia rustica*), a los que considera una “inversión” rentable, sin embargo, los arrendatarios libres (*coloni*)

todavía son minoritarios. Por el contrario, en época de Paladio (*Opus agriculturae* I, 6,1) el panorama parece ser distinto: el *dominus* vive en el campo (frente al absentismo predominante en el Alto Imperio), rodeado de *operarii* que trabajan las tierras. Las cultivadas por los colonos están situadas en la periferia del territorio (Pal., *Opus agriculturae* I, 6,6). Se pone así de manifiesto la transformación socioeconómica que tuvo lugar en época tardía (el tema de la existencia de *coloni* en Hispania ha sido abordado por CHAVARRÍA, 2007, 56, entre otros muchos investigadores).

Podemos imaginar a estos propietarios, retirados en sus casas solariegas, donde estaban instalados permanentemente o, al menos, visitaban con frecuencia. Esta situación se generalizó durante el Bajo Imperio, al igual que el *vilicus* fue paulatinamente sustituido por un *agri praesul* (Pal., *Opus agriculturae* I, 6,18), cuyas competencias están “mal definidas” (BRAVO, 1997a, 198).

En este contexto hay que enmarcar el auge de las *villae* romanas tardías, donde se refugió buena parte de la élite municipal (a propósito de la trayectoria histórica de Hispania en el siglo IV d.C., cfr. GARCÍA DE CASTRO, 1995, 327-361). Como es bien sabido, muchas de ellas estuvieron en funcionamiento desde finales del siglo I d.C., aunque su momento de mayor apogeo se remonta a finales del siglo III, bajo el reinado de Diocleciano, culminando en tiempos de la dinastía constantiniana y de Teodosio, sin descartar la perduración de un buen número de éstas durante el siglo V, como posiblemente sea el caso de la *villa* del barrio de Sta. María, pues es de subrayar de nuevo la existencia en el yacimiento de la Plaza del Torreón de muestras monetarias y cerámicas muy tardías (se documentan formas cerámicas cuya producción está acreditada todavía en el siglo VI d.C.), prueba de que este enclave romano tuvo vida hasta el siglo V. Las fechas finales de este asentamiento habría que buscarlas, por tanto, en esas últimas centurias, como ha quedado igualmente contrastado en otras zonas de la Península (ALONSO SÁNCHEZ *et alii*, 1992, 87).

J. Hurtado (2001, 80), al estudiar el área carpetana, llama la atención sobre la escasez de *villae* “carpetanas” documentadas hasta la fecha, mencionando, entre ellas, la de Alcázar de San Juan, y consigna la fecha ofrecida por J. San Valero (1957, 216) para sus pavimentos musivos (hacia las

postrimerías del siglo II o comienzos del III), sin embargo, no alude a los estudios posteriores, de los que hemos hablado más extensamente en páginas precedentes y cuya propuesta cronológica es más tardía (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 23-27, quien ofrece la misma datación general previamente establecida por la RAH, esto es, el siglo IV d.C.).

En este orden de cosas, los continuos descubrimientos que se han producido a partir de 1952 en torno a la Iglesia de Sta. María, un barrio en cuyo subsuelo se encuentra el yacimiento en cuestión, ponen en evidencia el notable valor histórico del mismo. Al respecto, traemos a colación el Informe emitido en 1953 por el Comisario General de Excavaciones, J. Martínez Santa-Olalla, después de visitar el solar donde habían salido a la luz varios mosaicos. En él, afirmaba que “se trata de unas ruinas de altísimo interés, que dan una ‘villa’, ignoro por el momento si pseudo urbana o rústica, de extraordinaria riqueza; mucho más rica de lo que hubiera cabido suponer en este punto de la Mancha. (...) si fuese una ‘villa rústica’, nos encontramos ante la casa-palacio –‘alcázar’- de los dueños, y entonces no tenemos delimitada más que una parte mínima, ya que todas las dependencias de casa de labor serían muy dilatadas. La ruina parece muy prometedora, ya que sólo la realidad de los mosaicos descubiertos, puede calificarse de uno de los mejores hallazgos de la nación en los últimos 25 años” (...). El criterio a seguir con las ruinas romanas de Alcázar de San Juan es en mi opinión la siguiente: (...) hacer la excavación metódica y sistemática, teniendo en cuenta, no sólo los mosaicos, sino los restos de muro y edificación y los hallazgos cuantiosos de fragmentos cerámicos, etc..., que pueden dar la historia más por menudo del monumento” (SAN MARTÍN, 1953, 32-36).

Según esta perspectiva, un mejor conocimiento del periodo bajoimperial de la zona de Alcázar de San Juan está subordinado a la reanudación de las excavaciones, pues podrían contribuir a desentrañar algunas de las claves históricas que aún permanecen enterradas. De lo contrario, se imposibilitaría corroborar o descartar, en suma, esclarecer definitivamente algún día las teorías relativas a una importante ciudad preexistente (*vid. supra* capítulo V). Por todo ello, sería de gran utilidad proseguir las intervenciones arqueológicas, para así poder ahondar en el devenir de este enclave en épocas pasadas. Además, dar totalmente por concluida la excavación de este yacimiento, en el que está atestiguada una larga secuencia cronológica, supondría limitar

radicalmente la posibilidad de comprender algunas facetas del modo de vida local durante la Antigüedad Tardía y de explicar la transición entre el Bajo Imperio y la Edad Media, contribuyendo a desvelar algunas circunstancias de esa etapa en que se generaron unas estructuras socioeconómicas constituidas por señores y siervos en un sistema de relaciones que sentó las bases del feudalismo.

IX. POBLAMIENTO ROMANO DEL TERRITORIO: YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS DE ALCÁZAR DE SAN JUAN Y SU ENTORNO

La antigüedad de numerosos asentamientos humanos detectados en este territorio está ampliamente atestiguada por los más variados hallazgos arqueológicos (útiles líticos, fondos de cabañas de la Edad del Bronce, etc.), aunque nos hemos limitado exclusivamente a dar unas pinceladas ilustrativas sobre los pertenecientes a la época romana, en particular los adscribibles al Bajo Imperio, que constituye nuestro principal objeto de estudio.

Optamos por seleccionar fundamentalmente algunos de los yacimientos que se encuentran en relación espacial más directa con el del barrio de Sta. María, esto es, dentro de un ámbito geográfico cercano, con el propósito de intentar establecer, dentro de lo posible, paralelismos culturales con los restos aparecidos en la Plaza del Torreón y sus aledaños, que nos pueden servir como marco referencial para los mismos.

Como ya habíamos avanzado (*vid. supra* capítulo IV), el acervo documental de enclaves arqueológicos de este término municipal es notable. En las inmediaciones de la localidad de Alcázar de San Juan existen varias estaciones arqueológicas pertenecientes a distintos horizontes culturales, entre las que cabe destacar la Motilla de Los Romeros, la Motilla de la Casa de Pedro Alonso (1-5), Cerro de San Antón, Cerro de Martín Juan, Cerro de la Horca, Alameda de Cervera, Cervera (MADOZ, 1847, VI, 349), Piédrola (CABALLERO KLINK, 1983, 18-23), El Chano, La Peseta, Casa de Julián... (de algunas de las cuales recabamos información en el Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, caja 332, que contiene un catálogo de yacimientos arqueológicos de la provincia de Ciudad Real; a tal efecto, para completarlo, también hemos consultado la Carta Arqueológica de este término

municipal; estos datos bibliográficos se complementan con otros que proceden de nuestras entrevistas con algunos aficionados locales y de las visitas a la mayoría de los yacimientos de los que tratamos aquí).

En 1965 se produjo un descubrimiento de interés en el propio casco urbano de Alcázar de San Juan, aunque no podemos precisar su adscripción cronológica, pues tan sólo tenemos sucinta información oral del mismo: al excavar los cimientos de una vivienda unos operarios exhumaron antiguas estructuras de piedra y abundantes tejas, que describieron como “hechas a mano y con marcas de dedos”. Aparecieron en el entonces denominado “Callejón de la Tía Negra”, la actual calle Moral, asociados a numerosos fragmentos de lo que nuestros informadores califican como “muñequitos de barro”, la mayor parte de los cuales habían perdido brazos y cabezas. Uno de los operarios (del que, a través de un informante local, únicamente sabemos su apellido: Fernández) rescató varias de esas figurillas, antes de que se procediera a cubrir dichos vestigios con cemento. Según esas mismas referencias, hoy día un familiar suyo aún conserva una figurita con la representación de un perro, que suponemos podría ser, por la descripción que nos han facilitado, del periodo ibérico o romano, aunque simplemente a modo de conjetura y sin ninguna certeza, pues la mera noticia es a todas luces insuficiente para sustentarlo con rigor, al no haber sido posible ver directamente la pieza. Con posterioridad, en sucesivas remodelaciones realizadas en algunos de los edificios de ese barrio, según parece, se han encontrado otros restos arquitectónicos y piezas arqueológicas de diversa índole, de los que no hemos podido obtener más detalles.

Son varios los historiadores que hacen referencia al descubrimiento de restos antiguos en esta localidad, como P. Madoz (1847, I, 443; VI, 349), J. de Hosta (1866, 77), I. Hervás y Buendía (1890, 33), B. Portuondo (1917, 16) y M. Corchado Soriano (1969, 124), además de los ya citados anteriormente (*vid. supra* capítulo V).

En el *Catálogo de bibliografía arqueológica de la provincia de Ciudad Real* (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 21-22), Alcázar de San Juan figura como yacimiento romano (39° 24' N / 0° 29' E), de manera genérica, sin especificar etapas históricas concretas.

Por otro lado, insistimos nuevamente, nuestras indagaciones en el término municipal de Alcázar y su entorno más próximo nos han permitido localizar varios

asentamientos romanos en cuyo registro arqueológico se acredita una fase de ocupación tardoimperial, a tenor de algunos materiales arqueológicos de superficie. Estudiamos algunos de éstos *in situ*, teniendo siempre presente que son piezas descontextualizadas, al no provenir de una excavación arqueológica, por consiguiente, carecen de posición estratigráfica y únicamente tienen valor tipológico (*vid. infra* nota 43). Tampoco podemos dejar de señalar que el continuo expolio de la mayoría de estos yacimientos ha afectado primordialmente a materiales tan sumamente significativos como el numismático y otros elementos metálicos, aunque también al material cerámico, codiciado por tantos coleccionistas privados (*vid. infra* nota 15).

Los enumeramos a continuación:

- Piédrola (39° 27' N / 0° 26' E). *Villa* de extraordinaria riqueza arqueológica. Al pasear por el lugar, situado al Noreste de Alcázar, a unos 8 km, se puede contemplar gran cantidad y variedad de vestigios diseminados, tales como abundantes fragmentos de cerámica ibérica, *terra sigillata* (hispánica, itálica...), ánforas, cerámica común y de cocina romana, dientes de hoz de sílex, algunos de ellos con pátina brillante a causa de un prolongado uso, numerosas molderas de mano y molinos rotarios de basalto vesicular (un tipo de roca que no proviene de esta zona, fig. 192), indicio de la actividad agrícola aquí desarrollada. Al ser roturado este paraje en repetidas ocasiones han salido a la luz estructuras, sillares bien labrados, fragmentos de mármol, de vidrio romano, lucernas, pesas de telar, cuentas y teselas de pasta vítrea, etc. De singular interés es una figura femenina de terracota, de pequeño formato, definida por su descubridor como “un exvoto tardorromano hecho con molde, (...) con el pelo liso de puntas onduladas y raya en medio, con las manos juntas sobre el pecho” (VAQUERO *et alii*, 1984, 72). ¿Cabría deducir la introducción de la religión cristiana en el territorio de Alcázar de San Juan de la presencia de esa figura orante?.

A. Vaquero (1984, 54, 70-72), que distingue tres sectores en este yacimiento (Piédrola I, II y III), da noticia de algunas piezas de vajilla de *terra sigillata* con cruces y marcas de alfarero en Piédrola II. Se colige que el paso de la fase cultural ibérica a la romana no implicó una ruptura apreciable en el hábitat, por el contrario, debió de haber una coexistencia temporal, implantándose

paulatinamente las nuevas formas culturales traídas por los itálicos, al compás de la expansión por todo este territorio del proceso romanizador.



Fig. 192. Molino rotatorio de Piédrola. Foto: García Bueno.

Una valoración específica merece un epígrafe tallado en un bloque de arenisca de origen local, roto en buena parte de su perímetro (figs. 193-195). Debido a ello y a que está muy desgastado, probablemente a consecuencia del rodamiento, la inscripción, de la que se conservan cuatro líneas, es de difícil lectura. Sus dimensiones son (63) x (53) x 43/33 cm. Las superficies están bien desbastadas, en especial la frontal, que tiene una anchura variable entre 43 y 33 cm (en la zona media), pues al estar fragmentado no se trata de un bloque perfectamente regular. Presenta marcas de labra. Los caracteres no son uniformes en cuanto a forma y tamaño. Tan sólo hemos podido reconocer algunas de las letras inscritas, ya que la mayoría son ilegibles, por lo que nos ha resultado imposible transcribir el texto completo.

En la primera línea conservada: IV, que admite distintas interpretaciones, la más obvia, un numeral, a continuación hay una letra de imposible lectura, ya que apenas es visible, después, una H y el numeral XI, por último, separada por una interpunción aparece lo que parece ser la fórmula F.C (*faciendum curavit*).

Las interpunciones son circulares.

Por las proporciones del soporte, en teoría, podría corresponder al pedestal de una estatua.



Figs. 193-195. Inscripción de Piédrola. Foto: García Bueno.

Los clandestinos vienen actuando asiduamente en el expolio de este magnífico establecimiento rural, que ha nutrido las colecciones privadas de algunos aficionados locales. De hecho, hemos tenido oportunidad de ver varias piezas que forman parte de algunas de ellas, p. ej., un gran brasero de metal, botones de bronce, una campanilla de este mismo metal, una fíbula, monedas de bronce, tubos de plomo, etc.

Todo parece indicar que era una gran *villa*, en virtud de la extensión espacial de los restos, en la que residiría una familia con un elevado *status* socioeconómico. Por lo tanto, debió de constituir un importante núcleo de romanización de esta zona.

Basándonos en un análisis toponímico, es reseñable que los términos relativos a la piedra pueden ser indicativos de la cercanía de un camino romano. Así, D. Plácido (1990, 124-125) refiere que en Petrusa (Sicilia), coincidiendo con una *statio* de la vía, hay una *villa* romana y, al hilo de esa circunstancia, recoge algunos otros topónimos relacionados con el tema. Cabe preguntarse, siguiendo esa misma línea argumental, si el nombre de Piédrola deriva de la presencia de alguno de los ejes de comunicación romanos que atravesaban esta área geográfica (*vid. supra* capítulo II.4).

- Alameda de Cervera (39° 16' N / 0° 33' E). Es una *villa* de reducidas dimensiones, ubicada cerca de un pequeño curso de agua, en los alrededores de Alcázar de San Juan. Algunos eruditos, como I. Hervás y Buendía (1890, 37), A. Blázquez y Delgado Aguilera (1898, 34) o A. Fernández Guerra (1951), identifican este lugar como la antigua población de *Cervaria*, citada por Ptolomeo (VI, 2) entre las ciudades oretanas. Parece ser que se hallaba en una zona intermedia entre la circunscripción del obispado de *Mentesa Oretanorum* y el de *Ercavica*. Al respecto, I. Hervás (1890, 37) dice textualmente: “Alameda de Cervera.- *Cervaria* en la España antigua, situada según Tolomeo entre *Mentesa* y *Beacia*, límite de *Oretania* y *Celtiberia* y de los obispados de *Mentesa* y *Ergavica*. (...) es aldea de Alcázar y anejo de su parroquia de Santa María (...), situada a 2 leguas y media al S de la matriz y sobre el camino de Tomelloso”. A su vez, A. Blázquez (1898, 34) puntualiza que “la ciudad de Cervaria ha sido colocada en el Castillo de Cervera, junto al antiguo cauce del río Guadiana, cerca de la reunión con el Záncara, en sitio donde se conservan ruinas y por donde pasaban algunas calzadas romanas”.

Aparece una breve reseña sobre este yacimiento en la *Crónica General de España* (HOSTA, 1866, 74): “Cervera:- Granja (...) con dos fuentes (...). Hubo allí en lo antiguo una población bastante considerable”. También lo menciona P. Madoz (1847, VI, 349). En opinión de M. Corchado Soriano (1969, 140, 149), por aquí discurría el tramo viario que enlazaba Toledo con Santa María del Guadiana y Alhambra, pasando por Villarta de San Juan: “Sigue el Camino de la Carrera y

el de Santa María, hasta el Molino del mismo nombre, en cuyas inmediaciones se encuentran ruinas de población y confluye la vía que viene desde Toledo por Tembleque y Cervera, continuando hacia Alhambra (...). Alameda de Cervera.- Antigua *Cervaria*, según Hervás y otros”. Este yacimiento está incluido en el *Catálogo de bibliografía arqueológica de la provincia de Ciudad Real* (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 21).

- En la vega del Arroyo del Albardial, detrás de los Molinos de San Marcos, dentro del término municipal de Alcázar de San Juan, hay una *villa* pequeña, pero muy rica en vestigios arqueológicos, tales como tejas, ánforas, *dolia*, cerámica común romana, diversa *terra sigillata* (TSht...).

- *Villa* de Cinco Casas, en Alcázar de San Juan, igualmente bastante rica, con abundante material cerámico, *tegulae*, ladrillos romanos, etc.

- Otro yacimiento alcazareño adscrito cronológicamente a la época romana es el Toñal de los Emperadores (GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 31, n.º 289).

- Pozo Sevilla (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 287-321) podría ser una “casa fuerte” que serviría de apoyo a la instalación de población itálica o romanizada en esta zona de Alcázar y probablemente estaría relacionada con el control de un pozo, dentro del clima de inseguridad surgido en el siglo I a.C. a raíz de la culminación de las guerras civiles entre cesarianos y pompeyanos. Ese escenario hostil estaría en consonancia con una arquitectura de carácter defensivo, no pudiendo excluirse una funcionalidad de vigilancia o de índole militar. Se han identificado dos fases de ocupación, la primera de ellas está cronológicamente inscrita en el periodo tardorrepblicano, en concreto, su fundación habría tenido lugar a finales del mismo, entre comienzos del segundo tercio del siglo I a.C.-siglo I d.C., a tenor de los materiales arqueológicos, tales como cerámicas finas romanas y comunes de tradición de la Edad del Hierro. Tras su abandono durante un amplio lapso de tiempo, en el Bajo Imperio se reaprovecharon o remodelaron puntualmente algunas de las estructuras precedentes, sobre niveles de incendio y abandono (derrumbes, arcillas rubefactadas...). En el registro arqueológico del yacimiento se detectaron niveles de uso, restos de tapiales desplomados (ocasionalmente alterados por acción del fuego), suelos, alguno de los cuales fue amortizado *posteriori* como capa preparatoria para servir de base a otro, y una estructura ciclópea, reutilizada en la etapa tardía (los arqueólogos barajan la hipótesis de

que sostuviese más de una altura). Esa robusta estructura ha sido interpretada como torre, de la que hasta la fecha no se conocen ejemplos parangonables en este ámbito geográfico. A la Fase II corresponde un hogar de ladrillo que se superponía a un estrato de incendio. En sus inmediaciones se hallaba un gran contenedor de tipo tinaja, fragmentado, en cuyo fondo había dos cencerros de hierro, que ponen de manifiesto la actividad agropecuaria desempeñada en este enclave. Para colocar otro recipiente cerámico se destruyó parcialmente una estructura anterior de *opus signinum*, también tardorromana, pero de un momento previo, que parece ser una pequeña zona de prensado y presenta huellas de haber sufrido continuas reparaciones con mortero de cal. Asimismo, apareció un brocal de pozo rodeado por un área empedrada.

Sus excavadores hacen referencia a fortines y “recintos-torre” o “casas fuertes” de la zona meridional de la Península (al respecto, traen a colación diversos estudios de síntesis sobre este tema). Los primeros suelen estar emplazados en puntos estratégicos, destinados a controlar un determinado territorio o a su defensa interna, frecuentemente en terrenos áridos y agrestes. En cuanto a los segundos, por lo general están ubicados en tierras propicias para la producción agropecuaria. Se trata, por tanto, de dos modelos distintos de implantación y explotación, coincidiendo en que “la ‘torre’ se encuentra acompañada a menudo de otras construcciones de menor entidad que pueden ser interpretadas como estructuras habitacionales y/o de apoyo a las actividades desarrolladas en la propia torre. (...) este tipo de estructuras parece evidenciar una situación de inestabilidad en la región entre los finales de la República y el inicio del Imperio, reflejo quizá de la propia dinámica de integración del elemento indígena dentro de la economía romana” (MORÍN DE PABLOS *et alii*, 2010, 316). Por lo general, alrededor de estos establecimientos proliferaron las *villae*. No descartan los arqueólogos que, en ocasiones, esa clase de recintos turriformes hubieran sido integrados más adelante dentro de las estructuras de una *villa rustica*, como edificaciones de prestigio. Ese pudo ser el caso de Pozo Sevilla. Es de subrayar la gran cantidad de materiales arqueológicos descubiertos en este yacimiento, algunos de ellos encuadrados entre mediados del siglo III y el IV d.C. Así pues, es parcialmente coetáneo de la *villa* del barrio de Sta. María.

P. Moret (2004, 14-16) ha llevado a cabo investigaciones sobre las torres aisladas o de vigilancia (atalayas), las torres de recintos fortificados, de las que procederían los núcleos urbanos amurallados y, por último, las torres de asentamientos rústicos, de donde derivarían los palomares y casas con torre. A su entender, las “casas fuertes” de la Bética tendrían una función agrícola, lo que bien pudiera ser aplicable a la de Pozo Sevilla.

Existen numerosas representaciones de *villae* fortificadas en la musivaria romana, que nos permiten recrear diversos modelos tipológicos (*vid. infra* capítulo XVI.1).

- En Arenales de San Gregorio (vega del río Záncara) hay, al menos, otras tres *villae*, en cuya superficie se encuentra diseminada gran cantidad de fragmentos de cerámica romana (común, *terra sigillata*, etc.).

- Arqueológicamente, el límite término municipal de Campo de Criptana es uno de los más ricos de este ámbito geográfico. Tradicionalmente se ha identificado esta localidad con la poderosa ciudad de *Certima* que, según Tito Livio (XL, 47), se entregó a Tiberio Sempronio Graco tras la toma de *Munda*. P. Madoz (1845-50, V, 371) coincide en la idea de esta correspondencia y en la analogía de ambos nombres. También la *Crónica General de España* (HOSTA, 1866, 78) recoge la misma tesis: “parece no debe admitir duda que el actual Campo de Criptana, con igual denominación entonces, fue fundado sobre las ruinas de la antigua y poderosa ciudad de Certima, sorprendida y tomada por dicho Sempronio, antes de emprender el sitio de Alces”. Por otro lado, A. Blázquez (1898, 38-39) sostiene que “no ha faltado quien sitúe Alce y Certima en Alcázar y Criptana, mas dada la distancia a que la primera se encontraba de Laminio es imposible aquella reducción” (en referencia a *Alce* = Alcázar).

- La Ermita de Ntra. Sra. de Criptana (39º 24' N / 0º 36' E), a unos 2 km de Campo de Criptana, tiene una fase de ocupación romana, aunque este estratégico Cerro de la Virgen de Criptana ya estaba ocupado durante el Ibérico Pleno (MARTÍNEZ VELASCO, 2011, 77-79, fig. 13). Para este investigador, pudo haber sido objetivo de una campaña militar romana en época republicana. P. Madoz (1845-50, V, 371; VII, 170) cita este asentamiento, relacionándolo con la antigua población de *Quitrana*. Aparecen aquí con cierta profusión fragmentos de *terra sigillata*, de cerámicas grises, fusayolas, etc. Hoy día aún se pueden observar rastros de la calzada romana que se dirige hacia Argamasilla de Alba,

comunicando *Laminium* con *Titulcia*, por *Alces* (BLÁZQUEZ y DELGADO AGUILERA, 1898, 47). Precisamente en esta loma se ha situado especulativamente la ciudad de *Alces* (cfr. VAQUERO *et alii*, 1984, 63).

- A Campo de Criptana pertenece también La Hidalga (39° 28' N / 0° 31' E), cuya fama ha atraído a numerosos expoliadores, por lo que está muy saqueada. Pese a ello, todavía se constata la presencia de abundantes materiales cerámicos (TSht, algunos fragmentos estampillados, TSC, tejas, fragmentos de ánforas, pesas de telar de forma troncopiramidal...), vidrios muy fragmentados, molinos de rotación realizados en basalto vesicular, monedas romanas, un fragmento de broche de bronce..., dispersos por una enorme extensión de terreno (cfr. VAQUERO *et alii*, 1984, 66), y afloran largas alineaciones de muros. Está enclavada sobre un cerrete de escasa elevación. B. Portuondo (1917, 16) considera que la aldea de La Hidalga “se juzga heredera de la antigua Murum de los Romanos, sin duda por restos que conserva de edificación y sepulcros, y por las monedas encontradas”. Otros historiadores se decantan por *Alces*. Estas teorías, al igual que las de algunos otros historiadores, han quedado reflejadas en las primeras páginas del capítulo V (*vid. supra*).

- Cristo de Villajos (39° 26' N / 0° 33' E) es un asentamiento bastante pequeño, pero pueden apreciarse cuantiosos restos arqueológicos esparcidos por su superficie. Se halla a 4 km al Norte de Campo de Criptana, a la izquierda de la carretera que une Alcázar con Miguel Esteban (cfr. VAQUERO *et alii*, 1984, 68). A juicio de I. Hervás (1890, 196), aquí estaría *Alces*, como ya comentamos anteriormente (*vid. supra* capítulo V). En las inmediaciones del Santuario del Cristo de Villajos (a menos de 1 km), en la subida a los Losares y en el Pico de la Solana se han exhumado sepulturas, urnas cinerarias, fragmentos de cerámica romana, etc. Al Norte, en la Huerta o Casa de Treviño, se descubrió un túmulo o monumento funerario. Son vestigios de dos necrópolis romanas. A. Blázquez (1890, 46) describe restos de muros de una construcción romana e indica la existencia de una necrópolis, donde se encontraron fíbulas de bronce y pequeñas fusayolas de distinta tipología, desde la elipsoidal estriada, hasta la característica bitroncocónica o la más común, esferoidal (en relación a esta clase de objetos, cfr. CASTRO CUREL, 1980, 127-146; 1985, 230-253).

- Cerca del Cristo de Villajos, al Este de Campo de Criptana, hay un paraje conocido como “El Real” (39° 24' N / 0° 35' E), donde se han recuperado

monedas romanas, fragmentos de armas, puntas de flecha, etc., según explica A. Blázquez y Delgado Aguilera en una carta manuscrita dirigida el 6 de mayo de 1916 al alcalde de Campo de Criptana (VAQUERO *et alii*, 1984, 62, 89, que también dan noticia del hallazgo de materiales que estos estudiosos atribuyen a la Edad del Bronce). Esos indicios arqueológicos han inspirado a algunos autores, como A. Caballero Klink (1974, 67), la idea de que allí estuvieran posiblemente “acampados los ejércitos celtíberos y carpetanos confederados, en la guerra contra T. Sempronio Graco”. Una reciente prospección del lugar ha contribuido a esclarecer la identidad de este yacimiento, donde habría dos estructuras campamentales romanas (MARTÍNEZ VELASCO, 2011, 57-94, fig. 1). La proximidad al poblado indígena sobre el que se erige el citado Santuario de la Virgen de Criptana induce a este investigador a “plantear un escenario de asedio/asalto” (MARTÍNEZ VELASCO, 2011, 57-58). Además, desde su posición elevada se domina visualmente la llanura circundante, lo que guarda relación con el concepto de visibilidad del terreno y control del mismo. El campamento se extiende por un área de 5,8 ha² aprox., con una orientación que se adapta a la topografía del lugar. Tan sólo se han preservado las cimentaciones, ya que, al margen de la fuerte erosión, los paramentos han sufrido un intenso expolio, para reaprovechar los materiales constructivos. A. Martínez no ha advertido la existencia de torres, de refuerzos en las esquinas o de fosos. A su criterio, “es posible que su ausencia se compensara engrosando la línea de defensa”, dada la solidez del perímetro. La carencia de una compartimentación interna podría interpretarse en el sentido de que “ambos campamentos fueran empleados como base de operaciones en el contexto de una campaña militar en curso”, es decir, serían una base de operaciones temporal. Al ponerlo en supuesta conexión con el asalto al poblado indígena del Cerro de la Virgen de Criptana, dicho autor sugiere que en éste pudo haber otro campamento, sin embargo, reconoce que la fotografía aérea no desvela la presencia de ninguno. Con todo, insiste, el “establecimiento de un dispositivo de asedio implica más de un campamento”, si bien cabe la alternativa de que el asalto se llevara a cabo “sin establecer un dispositivo de asedio como tal”. En la actualidad no son perceptibles restos muebles en una simple prospección superficial del yacimiento de El Real, por lo que A. Martínez (2011, 70, 76, 79, fig. 12.A) se basa en paralelismos arquitectónicos y en las descripciones de las

fuentes clásicas para intentar fecharlo. Tipológicamente, el primer campamento, de planta cuadrada, ligeramente alargada, corresponde a un “modelo genéricamente republicano”. Más adelante estas estructuras fueron reutilizadas y se construyó un cierre en el sector medio del reducto previo, dando como resultado un recinto rectangular, con ángulos de 90º y esquinas biseladas, cuyo modelo ideal es “más propio del Principado y de época altoimperial”. No obstante, su cronología es probablemente tardorrepublicana y no sería posterior al *Bellum Civile* o los episodios ulteriormente desencadenados, ya que los enfrentamientos acaecidos tiempo después en suelo hispano se desarrollaron lejos de esta área geográfica (*vid. supra* capítulo II.1). Pone de relieve este investigador que no ha encontrado similitudes del detalle estructural de las esquinas redondeadas del segundo campamento en ninguno de los *castra* republicanos conocidos, lo que podría deberse a no haberse documentado otros casos hasta el momento.

- Puente Alto. Ubicada en la confluencia de los ríos Záncara y Cigüela, entre las poblaciones de Alcázar de San Juan y Herencia, es una *villa* de reducidas proporciones.

- Cuesta de Bernardillo, en la orilla del río Cigüela. Se trata de un establecimiento rústico romano de tamaño medio.

- El Arenero (38º 18' N / 0º 19' E). Se halla en la margen izquierda del río Cigüela, dentro del término municipal de Herencia, que confina con el de Alcázar de San Juan. En una simple inspección visual de este yacimiento se aprecian dos etapas de ocupación distintas: una emplazada en el arenero, junto al curso fluvial mismo, y otra ubicada a una cota más alta, a unos doscientos metros de la primera, donde aparecen materiales arqueológicos del Bronce Pleno, además de fragmentos cerámicos ibéricos y de *terra sigillata*, siendo destacable, en particular, el hallazgo de una espuela romana y un ejemplar monetario con la leyenda *savina augusta* (VAQUERO *et alii*, 1984, 82). Esta pieza numismática, que hace referencia a la esposa del emperador Adriano, nos remite a época altoimperial, pero debe tenerse en cuenta que el numerario pervivía mucho tiempo en circulación, especialmente en las áreas rurales del interior peninsular.

- También en el término municipal de Herencia se encuentra el yacimiento de Buenavista (39º 20' N / 0º 24' E). Está situado junto a la carretera que conduce de Herencia a Cinco Casas, en las inmediaciones de un puente. Hay testimonios

materiales de diversos horizontes culturales. De la época romana se documentan fragmentos de *terra sigillata*, ánforas, tejas, etc., aunque el lugar está muy alterado por las faenas agrícolas. En sus alrededores se recuperó una fíbula iberorromana bastante bien conservada (VAQUERO *et alii*, 1984, 85).

- Valdespino, igualmente en la zona de Herencia (39° 21' N / 0° 21' E), es un asentamiento localizado junto al arroyo del que recibe su denominación, no muy lejos de la Ermita de San Cristóbal. Pese a no ser muy abundantes, sí se constata la existencia de vestigios del periodo romano, tales como material cerámico, pesas de telar, fusayolas (una punteada y otra lisa), etc. A su vez, cerca de dicha Ermita de San Cristóbal se descubrió un fragmento de brazalete de bronce, otro de un sello, un molino de rotación, pesas de telar prismáticas... (VAQUERO *et alii*, 1984, 85).

- Falcón, en Villarta de San Juan, cerca del río Cigüela, es otro interesante complejo rústico romano.

- La Vega, igualmente en el término municipal de Villarta.

- En el vecino término municipal de Pedro Muñoz, junto al río Záncara, se encuentra un asentamiento de grandes dimensiones, con numerosas *tegulae*, fragmentos de ánforas y de *terra sigillata* dispersos por una amplia extensión de terreno.

La comarca de Pedro Muñoz, situada en la principal zona endorreica de la Península, en la que las aguas se acumulan en depresiones sin desagüe extracontinental, tiene varias fértiles vegas (El Retamar, Navalafuente, Alcahozo, la propiamente dicha de Pedro Muñoz y la Veguilla del Hoyo) y un lago formado en la actualidad por las tres lagunas de Navalafuente, El Retamar y del Pueblo. La abundancia de la pesca y su riqueza cinegética atrajeron a primitivos pobladores que se establecieron en las orillas del mencionado lago y en el Cerro de la Nieve. En los yacimientos de “El Raso”, la Motilla de los Romeros y el Cerro de la Nieve se documenta una secuencia cronológica que abarca desde época prehistórica hasta la romana. De esta última han subsistido un puente sobre el río Záncara y un tramo de calzada. Al respecto, M. Tirado Zarco (1984, 29-33) reproduce algunos pasajes de una obra manuscrita del Doctor Zarco, titulada *Curiosidades y leyendas de mi tierra*: “En el Cerro de la Nieve hubo un Castro iberorromano que sirvió en su época de fortificación, tenía un pozo que desaguaba en la laguna, así como unos depósitos que utilizaban para guardar

trigo. Este Castro quedó casi destruido y sobre él, en la Reconquista, los vecinos de Pedro Muñoz o por orden de ellos, se construyó una Torre que hacía las veces de Castillo”.

En el llamado “Camino o Carretera de guerra”, en las vegas del río Záncara, hay dos puentes con cimentación romana. En cuanto al puente romano de “El Ojuelo”, lamentablemente, fue derribado. Dentro de este breve repaso, esbozaremos en unas pinceladas algunas características del puente de origen romano que se halla en Pedro Muñoz. M. Tirado Zarco (1984, 32-33) relata que hay signos evidentes del paso de una ruta romana por tierras de Pedro Muñoz: “Sobre el Záncara hay un puente y hasta hace unos años se podían contemplar más de doscientos metros de calzada romana, con una anchura de seis metros. Esto demuestra que fue una vía importante, además la robustez y belleza del mismo, puede todavía apreciarse. Las labores agrícolas han destruido lo que había de calzada y la incuria de los hombres está haciendo posible que este bello puente de tres ojos desaparezca en cualquier momento. Sus piedras milenarias aún se conservan, ya muy desgastadas por el uso, sin unión alguna entre ellas, sólo la fuerza que entre las mismas se ejercen. La existencia de este puente con sus losas basálticas nos confirma la importancia del mismo y no cabe duda que por él pasarían desde el pesado *carrus* a la ligera *rheda* y a la lujosa *carruca*”. Este autor cita nuevamente los escritos del Dr. Zarco para defender la existencia de una *mansio* en este punto, pasaje que reproducimos seguidamente: “En el lugar, al otro lado del Záncara, junto al puente, había una estación o *mutatio* para el cambio de tiro de caballos; estas *mansiones* o fondas se encontraban a lo largo de las principales vías, las cuales se veían así facilitadas por una organización por etapas. Allí se habían encontrado restos evidentes de la existencia de una *mansio*. La construcción era de piedra y ladrillo de un solo piso. Tenía una especie de soportales, una dependencia grande y tres más pequeñas. En la parte de atrás un recinto descubierto y cuadras en donde estaban los caballos con los que se hacía el cambio de tiro. Junto a ella la calzada que unía *Complutum* y *Carthago Nova*, pasando por *Segobriga*. A través de esta vía se llevaban cantidades considerables de lana, trigo y miel. Así como millones de litros de vino y aceite, los cuales fueron transportados en ánforas” (TIRADO ZARCO, 1984, 32-33). Igualmente, hace referencia al hallazgo de monedas romanas, en concreto, “denarios republicanos”, mezclados con acuñaciones

ibéricas, generalmente de bronce. Este erudito nos da noticia también de la aparición de algunas tumbas en el paraje conocido como “Casa de la Torre”. Se trataba de enterramientos en fosa recubierta de losas de piedra, en forma de caja, anepígrafas. Estos interesantes datos ponen de manifiesto que hubo aquí algún establecimiento romano, de mayor o menor entidad, aunque actualmente se han preservado escasos restos del mismo y no es posible concretar más su datación dentro del horizonte cultural romano. Como acredita la *Crónica General de España* (HOSTA, 1866, 79): “Es población antiquísima, si hemos de juzgar por los vestigios de edificios que cada día se descubren en sus alrededores”.

En última instancia, la comarca de Alcázar de San Juan y otras de sus proximidades presentan una notable densidad de asentamientos correspondientes a las más diversas fases culturales, aunque con frecuencia resulta difícil localizar elementos arquitectónicos y apenas pueden rastrearse algunas alineaciones de muros o piedras trabajadas aisladas. Cabe pensar que muchas de estas construcciones, una vez en estado ruinoso, serían utilizadas como cantera de extracción para edificar otras, por lo que probablemente tan sólo se conservarán los zócalos de piedra y los cimientos de algunas estructuras. Además, debemos tener en cuenta la técnica constructiva común en los edificios de tipo doméstico: sobre un basamento de mampostería de piedra local, se levantaban paredes de tapial o de ladrillo, cuya resistencia al paso del tiempo y a la destructiva acción de los arados es menor que la de los aparejos realizados en piedra. Por esa razón han llegado en mejor estado hasta nuestros días algunos puentes, como vestigio de ese sistema de comunicaciones al que hemos hecho referencia.

Todos estos hábitats romanos nos invitan a replantearnos la premisa tradicionalmente sustentada de que este territorio fue para los romanos una simple zona de paso hacia otros más romanizados, pues, en definitiva, ponen de manifiesto el rico patrimonio arqueológico de estas tierras y su plena incorporación al modo de vida y de producción romanos.

Indudablemente, existen muchos otros enclaves romanos en este ámbito geográfico, dada esa alta densidad ocupacional, pero aquí aportamos una escueta selección de algunos de los más representativos, que hemos visitado personalmente.

LA VILLA ROMANA DE PUENTE DE LA OLMILLA (ALBALADEJO)

X. EL MARCO GEOGRÁFICO DE ALBALADEJO. ESTUDIO DEL TERRITORIO: GEOMORFOLOGÍA, LITOLOGÍA, HIDROLOGÍA, CLIMATOLOGÍA Y VEGETACIÓN.

A modo de introducción, ofreceremos una visión general del medio físico de Albaladejo, con el propósito de completar el análisis particular del espacio que fue objeto de explotación en el periodo romano.

Como acertadamente señala J.-G. Gorges (1979, 59-76), debe tenerse en cuenta la influencia de muy diversos factores en la implantación de una villa romana, entre ellos, los de orden geográfico, siendo fundamentalmente determinante la calidad del suelo.

Comenzaremos, por tanto, el estudio del yacimiento de Puente de la Olmilla con una caracterización de su territorio, vertebrado por la red hidrográfica (fig. 13, n.º 90), entre otros condicionantes, como los fisiográficos.

El término municipal de Albaladejo está situado en el extremo suroriental de la provincia de Ciudad Real, colindando con las de Jaén y Albacete. Tiene una extensión de 48,5 km² y una altitud sobre el nivel del mar que oscila entre 810 y 960 m, ocupando un escalón superior a la llanura manchega. Se trata de una altiplanicie fuertemente basculada de Este a Oeste, que se encuentra en la confluencia de Sierra Morena y la Sierra de Alcaraz, emergentes en la parte meridional del Campo de Montiel. Algo más lejos está la Sierra de Segura. En la zona septentrional presenta una accidentada **topografía**, con algunos montes de escasa altitud, mientras que la restante es llana, con valles cultivables, entre ellos, el que acoge a la *villa* de Puente de la Olmilla. Desde ésta se puede divisar un horizonte de montañas constituido por los perfiles serranos de Alcaraz y del Relumbrar, que enlazan con la Sierra de Villanueva de la Fuente, si bien predomina la planicie en el paisaje circundante, con suaves lomas y alguna otra pequeña elevación orográfica (fig. 196).

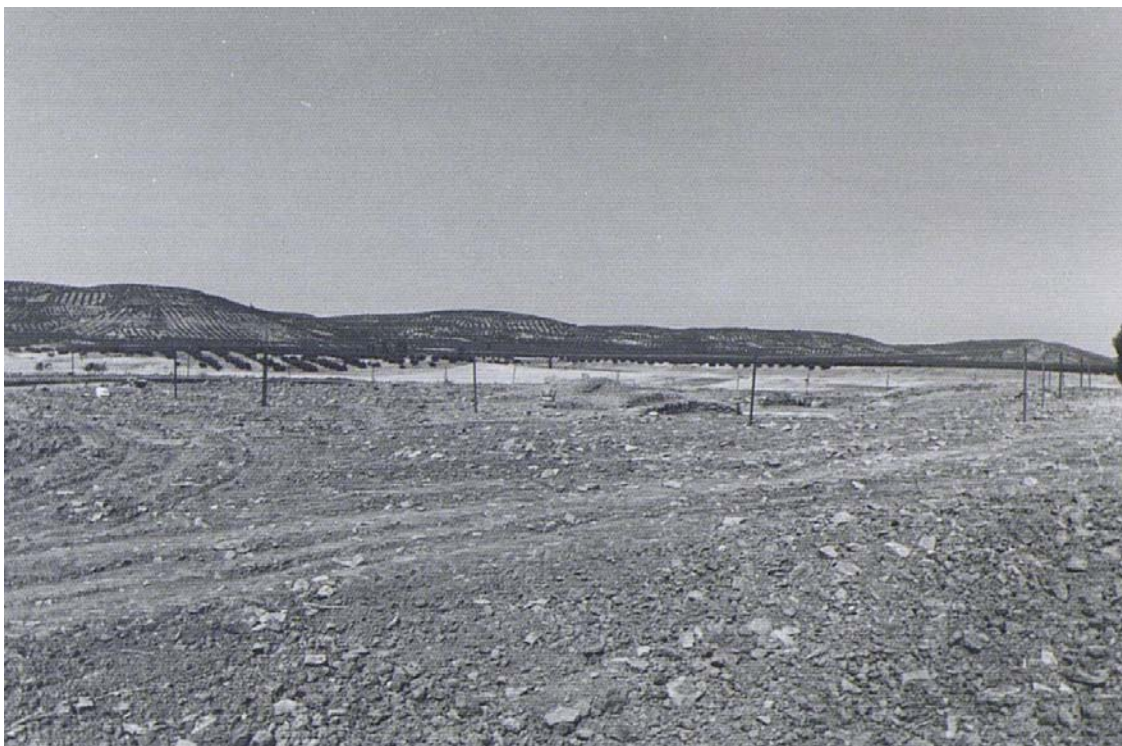


Fig. 196. Vista general de la zona de implantación de la villa. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En palabras de I. Hervás y Buendía (1890, 16), Albaladejo se halla “en una meseta al S. de la cordillera, que desde Almedina corre á Villanueva de la Fuente y confina al N. con Montiel, E. Villanueva de la Fuente, S. río Guadarmena y O. Terrinches”. Por su parte, M. Corchado Soriano (1971, 31-32) dice de Albaladejo que es un “Municipio del partido de Villanueva de los Infantes, con (...) un término de 4.000 hectáreas. (...) por el Este lindan Villanueva de la Fuente y Alcaraz”.

En el aspecto **geológico**, el Campo de Montiel, donde se localiza Albaladejo, se asienta sobre un roquedo triásico, entremezclándose lo erosivo con lo estructural. Concretamente, el sustrato geológico de Puente de la Olmilla consiste en material calcáreo sobre margas yesíferas del Triásico.

En el Campo de Montiel hay un basamento paleozoico recubierto por las series sedimentarias del Secundario, abarcando desde los niveles de Keuper hasta las calizas triásicas y secundarias (PÉREZ AVILÉS, 1985, 178-179). A su vez, G. Planchuelo (1954) consigna que el terreno del Campo de Montiel es muy homogéneo en su conjunto. Sobre esta cuestión, J. Fernández Martínez

(1977) precisa que existen tres niveles geológicos, si bien poseen homogeneidad por sí mismos, uniformidad conferida por unos materiales detríticos del Paleozoico, el Triásico y el Jurásico.

El anticlinal cretácico fracciona La Mancha, quedando Albaladejo integrado en La Mancha Baja, como el resto de la provincia de Ciudad Real.

En cuanto a su **hidrología**, la red de drenaje pertenece a la cuenca del Guadalquivir. El casco urbano de Albaladejo está enclavado sobre las laderas de un cerro amesetado, a cuyo pie mana la Fuente de la Bola (o de El Santo) y fluye el Arroyo de la Cañada. Atraviesa este término municipal el río Guadalmena, además de algunos otros arroyos como el de La Comendaora, del mismo nombre que la finca por la que circula, o el de la Fuente de la Bola, muy próximo al anterior, que surca el paraje de Puente de la Olmilla (*vid. infra* capítulo XX). Sobre la ribera izquierda de este último arroyuelo fue erigida la *villa* romana objeto de nuestra atención.

El río Villanueva discurre a unos 3 km, en las faldas de la Sierra de Alcaraz (concretamente, en El Rodeo) y desemboca en el Guadalmena. Se da la circunstancia de que el Campo de Montiel “se comporta como un nudo dispensor de aguas: hacia la cuenca mediterránea a través del Júcar, hacia la atlántica a través del Guadalquivir y (...) del Guadiana. En la Comarca se emplaza esa maravilla que son las Lagunas de Ruidera” (VV. AA., 1982, II, 552).

Su **climatología** es la típica de la Meseta meridional, un clima mediterráneo matizado por una fuerte continentalidad, con precipitaciones máximas en las estaciones equinocciales, aunque en el Campo de Montiel son particularmente acusadas las oscilaciones térmicas, con prolongados y duros inviernos (el promedio es de hasta 100 días de helada, dándose incluso en el mes de mayo), en contraste con veranos muy secos. No obstante, la pluviometría alcanza los 700 mm anuales, uno de los valores más altos de La Mancha, donde las precipitaciones no suelen superar los 400 mm de media.

Esas características climático-edáficas condicionarían decisivamente el uso del suelo desde tiempos remotos. En función de ellas, su economía

tradicionalmente se ha basado en una agricultura de secano olivarera y cerealista, practicándose el regadío muy puntualmente, sobre todo en algunos valles (VV. AA., 1982, II, 552).



Fig. 197. *Villae* de la provincia de Ciudad Real (n.º 1), según Gorges, 1979, lám. XXI.

Al analizar el relieve y los suelos de la Península, J.-G. Gorges (1979, 67, nota 7, 68) explica que un ámbito estéril, “donde las villas son inexistentes, está representado por la Mancha. Los suelos calcáreos absorben el agua, determinando la formación de una capa infértil de 60 cm de espesor, imposible de poner en valor en la época romana. Casi todo el sudoeste del *conventus*

carthaginensis se encuentra así [un tanto] abandonado”, aunque el autor reconoce que dicha infertilidad del territorio manchego puede matizarse, pues algunas zonas presentan condiciones favorables, como Albaladejo y Villanueva de la Fuente, en particular (fig. 197). Es más, según hace constar expresamente, la “tierra oscura meridional”, que es el suelo típico de las provincias meridionales, como la de Ciudad Real, conviene para el cultivo del cereal, el viñedo, etc.

Por lo que concierne a la **vegetación**, las importantes roturaciones realizadas a partir de la Baja Edad Media han ocasionado la degradación del bosque, haciendo que la vegetación natural sea en la actualidad un elemento casi inexistente (fig. 207), pero carecemos de datos concretos acerca de la misma durante la Antigüedad.

Es sumamente complicado extraer conclusiones de las consideraciones previas que nos permitan proponer una reconstrucción hipotética del entorno inmediato de la *villa* de Puente de la Olmilla (fig. 198), pues el proceso de cambio climático y la actividad antrópica han debido de afectar considerablemente al paisaje, a su verdadero entorno natural (coordenadas UTM 518180 / 4273632, Polígono/parcela: P. 9, p. 134-137, 248-253).

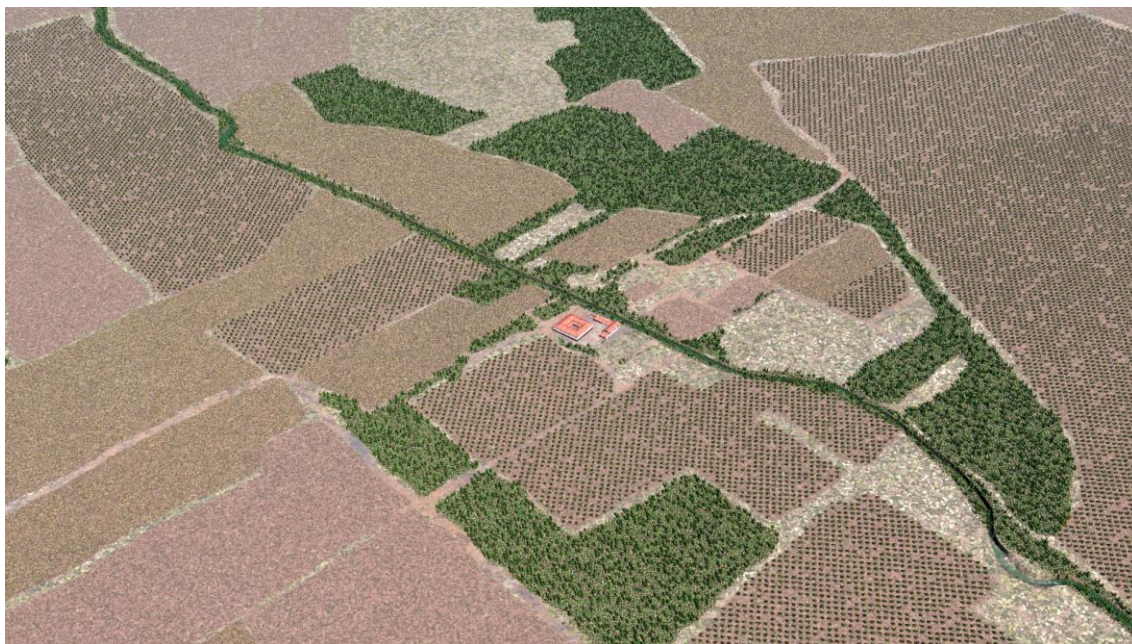


Fig. 198. Vista general virtual de Puente de la Olmilla. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

XI. EL MARCO HISTÓRICO. BREVE APUNTE SOBRE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE ALBALADEJO

Diversos vestigios atestiguan una amplia secuencia de habitabilidad en el término municipal de Albaladejo, que abarca desde el Paleolítico hasta la Edad Media, con escasas interrupciones, constituyendo un referente espacial e histórico de gran continuidad poblacional. Por consiguiente, este territorio ya fue ocupado por diversos grupos humanos durante la Prehistoria y la Antigüedad. Así, varias cuevas, como Las Cuestas -donde se han encontrado restos cerámicos y óseos-, la del Horcajo, la del Masegoso..., son mencionadas en una encuesta realizada para elaborar la Carta Arqueológica española, que se conserva en el archivo documental del Museo Provincial de Ciudad Real. También tenemos noticias de la existencia de un posible yacimiento del Bronce Medio denominado Albaladejo 2, cuyas coordenadas son: 38° 37' N / 0° 53' E de la Hoja n.º 840 del MTN a escala 1:50.000, Bienservida²¹ (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 15), si bien un equipo de investigadores de la Facultad de Historia de Ciudad Real, tras llevar a cabo diversas prospecciones, afirma que los restos superficiales “no se corresponden con la cronología citada en la bibliografía” (GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 25, n.º 38). Destaca en particular el yacimiento iberorromano de Casa Paterna (*vid. infra* capítulo XXIII, donde damos detalle del mismo).

En el Informe arqueológico correspondiente a la campaña de 1975 en Puente de la Olmilla (AGA), M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer señalan que, alternando con los trabajos de excavación, hicieron algunas prospecciones, cuyo fruto fue la localización de “una necrópolis, seguramente la de la *villa* que excavamos, una necrópolis medieval con tumbas de tipo olerdolano y una necrópolis de tipo argárico”, que fueron objeto de una comunicación en el XIV CNA (MONTANYA, 1977, 1133-1142).

A su vez, acreditan cierta densidad de poblamiento antiguo en esta zona varias *villae* y otros restos arqueológicos pertenecientes a distintos horizontes culturales, aparecidos fundamentalmente durante la realización de labores

agrícolas²² (no obstante, sería una densidad más bien baja, como explicaremos posteriormente, *vid. infra* capítulo XVI, pp. 767-768). Con ellas guarda relación el hecho de que algunos vecinos de Albaladejo y de la cercana Terrinches hayan coleccionado desde hace décadas abundante material numismático, constructivo, cerámico, etc. A este respecto, cabe reseñar la presencia de algunos asentamientos rurales romanos dispersos por los términos municipales limítrofes, como se desarrollará con mayor detenimiento después (*vid. infra* capítulo XXIII), e igualmente hay constancia de vestigios romanos en el propio perímetro urbano de Albaladejo. Se trata del yacimiento conocido como Albaladejo 1 (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 15), cuyas coordenadas son: 38° 37' N / 0° 53' E (Hoja n.º 840 del MTN a escala 1:50.000, Bienservida), aunque el equipo de investigadores de la Facultad de Historia de Ciudad Real no pudo corroborarlo durante sus indagaciones “al estar dentro del casco urbano del actual pueblo de Albaladejo” (GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 26, n.º 54).

Asimismo, algunos tramos de caminos seculares (Camino Real de Andalucía...) atravesaban este sector suroccidental del *conventus Carthaginensis*. Al decir de I. Hervás y Buendía (1890, 13-14), Albaladejo estaba “cercano á la Calzada (...), que desde Cádiz se dirigía a Roma por *Laminio*, es fácil por lo tanto el suponer que la seguridad y refugio de los caminantes, que los romanos confiaron aquí á la antigua *Paterniana*, despoblada ésta, recayó en Albaladejo, y dió sino origen, por lo menos crecimiento á su población”. De manera similar se expresa B. Portuondo (1917, 15), quien la identifica con la *Paterniana* romana, refrendado por M. Corchado Soriano (1971, 32): “Se cree que en su término existió la romana población de Paterniana, después evolucionada en Paterno, y por él cruzaba la Vía Hercúlea, por donde se comunicaba desde Cádiz a Roma, pero ningún otro resto de épocas anteriores a la reconquista hemos comprobado”. En otro de sus trabajos hace de nuevo alusión a una posible “Paterniana” romana, cuyas ruinas se encontrarían en el término de Albaladejo, a su parecer (CORCHADO, 1974, 25).

Esta *Paterniana* sería diferente de la ciudad homónima citada por Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 56) y, según él, ubicada en la Carpetania.

Desde luego, el nombre de Albaladejo sugiere el paso de un antiguo camino por el lugar, al formar parte de su propia denominación (compuesta sobre la raíz árabe “albala” = “camino empedrado”, con el añadido ulterior de un diminutivo como sufijo), tema en el que incidiremos más adelante (*vid. infra* capítulo XXI).

En el estado actual de nuestras investigaciones resulta difícil añadir nada más por el momento sobre esos tiempos remotos, excepto que estas tierras fueron habitadas ya desde la Prehistoria, comunicadas por algunas rutas ancestrales, como el Camino de Aníbal, llegando a convertirse *a posteriori*, efectivamente, en un contexto espacial integrado en la red de caminería romana, al transcurrir por ellas parte del trazado de tres importantes calzadas (29, 30 y 31), además de otros ramales secundarios y segmentos de enlace con esos ejes viarios principales, como veremos después durante su análisis específico (*vid. infra* capítulo XXI; en general, MADDOZ, 1848, XI, 282; HERVÁS, 1890, 73; ARIAS, 1963, 32-33; 1966, 288-291; 1987; 1988, 3-4; 1991a, 8-9; 1991b, 22-24; 1992, 7-19; 1997, 13-15; 2001, 33-38; 2002a, 1-16; 2002b, 1317-1322; CORCHADO, 1963, 9-40; 1968, 621-634; 1969, 124-158; 1971, 39-40, 45-46, 63, 67, 79-80, 96-97, 106, 114, 128-130, 140, 155, 163, 169, 173; ROLDÁN, 1975, 92, a cuya bibliografía sobre el entramado viario remitimos; ALFÖLDY, 1987b, 34; GONZÁLEZ-CONDE, 1987, 37; PALOMERO, 1988, 151-160; 2001, 305-332; RAMOS, 1988, 62; BLÁNQUEZ, 1990, 65-76; LÓPEZ DOMECH, 1990, 75-96; BLÁZQUEZ, 1992b, 13-24; CARRASCO, 1987, 25-39; 1990a, 85-93; 1996, 71-83; 1997a, 181-191; 1999b, 251-258; 2001, 511-517; 2007b, 363-373; 2010, 275-287; 2011, 321-335; CARRASCO, 2013, 273-282; PÉREZ VILATELA, 1997, 20-24; RODRÍGUEZ MORALES, 2000, 24-34; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2004a, 127; 2011b, 70-73). Muy a tener en cuenta es la proximidad a Puente de la Olmilla de destacados enclaves, nudos básicos de comunicación que jalonaban dichas calzadas, como son **Laminium** = Alhambra (citado en su *Geografía* por Ptol. II, 6, 56; también por Plin. *NH* III, 4, 25, que

describe a los laminitanos como los más conocidos de los *stipendiarii* del *conventus Carthaginensis*; figura en el *It. Ant.* 445,4, como *Lamini*; 446,4, como *Liminio*; 446, 8-448,1, como *Laminio*; *Rav.* IV 44 [313, 17], como *Lamini*, y de cuya promoción jurídica tenemos testimonio epigráfico: *CIL* II, 3228, *municipi Laminiani*; *CIL* II, 3251-2, *municipium Flavium Laminitanum*; HOSTA, 1866, 93; CORCHADO, 1971, 39-46, 95; ROLDÁN, 1975, 245; PINTADO, 2008, 240-243; CARRASCO, 1987, 33; 1989-1990, 171-172; 1997b, 301-303; 2002, 200-202; 2004, 121-122; 2007a, 27-29; 2013, 274-275; ABASCAL y GARCÍA BUENO, 2013, 296-298), **Mentesa Oretana** = Villanueva de la Fuente (mencionada como población oretana por Ptol., *Geog.* II, 6, 58 y como ciudad estipendaria por Plin., *NH* III, 25; FERNÁNDEZ GUERRA, 1859, 658; SAAVEDRA, 1862/1967, 98; HERVÁS Y BUENDÍA, 1890, 487; MILLER, 1916, 181; PORTUONDO, 1917/1971, 153; GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 220; CORCHADO, 1971, 105-106; ROLDÁN, 1975, 250; ALFÖLDY, 1987b, 39-41; TOVAR, 1989, 178; CARRASCO, 1987, 37-38; 1989-1990, 173; 1993, 414; 1997b, 303-304; 2001, 513; 2002, 204-205; 2004, 123; 2007a, 22; 2013, 277; PINTADO, 2008, 251-252; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2004b; 2011, 69-124; ABASCAL, 2012, 166-168, 172-174) y **Mariana** = Puebla del Príncipe (*It. Ant.* 444,3; 445,3; 446,3; Vasos de Vicarello I-IV; *Rav.* IV 44 [313, 18], con la variante de *Marimana*; MADOZ, 1848, XI, 487; FERNÁNDEZ GUERRA, 1859, 658; SAAVEDRA, 1862/1967, 97; COELLO, 1889, 21; PORTUONDO, 1917/1971, 143; CORCHADO, 1971, 96-97, 140-141; ROLDÁN, 1975, 248; CARRASCO, 1987, 32-33; 1989-1990, 172-173; 2002, 205-206; 2004, 130; 2007a, 29-30; 2013, 277; ARIAS, 1992, 12), entre otros (remitimos a diversas aportaciones de FITA, 1902, 258; HERVÁS, 1914, 67-75; PORTUONDO, 1917, 29-32, 143; PEÑALOSA y MARTÍNEZ, 1962, 127-130; DOMINGO, 2000, 45-63; 2001, 151-170; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2000, 167-189; ARIAS, 2001, 33-38; CARRASCO, 2002, 199-210; 2013, 278; GOZALBES, 2004a, 99; ABASCAL-CEBRIÁN, 2009, 206-207; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011a; ABASCAL, 2012, 166-168, 172-174; ABASCAL y GARCÍA BUENO, 2013, 293-298). Todo ello suscribe la idea de un grado de romanización mucho mayor del supuesto hasta

no hace mucho tiempo. Esos núcleos urbanos y algunos otros localizados algo más lejos, como **Libisosa** = Lezuza, a unos 60 km (Ptol., *Geog.* II, 6, 58; *It. Ant.* 446, 11 y *Rav.* 313, 14, donde es nombrada como *Lebinosa*), que obtuvo rango de colonia y el *ius Italiae* (*colonia Libisosana Foroaugustana*, Plin., *NH* III, 25; *colonia Libisosanorum*, *CIL* II, 4254), contribuyeron a promover dicho proceso romanizador, siendo auténticos focos del mismo (SAAVEDRA, 1862/1967, 97; MILLER, 1916, 181; GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 238; ROLDÁN, 1975, 246; SILLIÈRES, 1977, 75; TOVAR, 1989, 178; ALFÖLDY, 1987b, 31-32; SALINAS DE FRÍAS, 1988, 15-16; ARIAS, 1992, 11; GOZALBES, 2004a, 102, 111-115; ANDREU, 2008, 225-260; CARRASCO, 1993, 414-415; 2004, 117-119; 2007a, 19-21; 2009b, 98; 2009-2010, 157-167; 2011, 329-332; 2012, 29-55; UROZ y MÁRQUEZ, 2002, 239-244; UROZ *et alii*, 2002, 245-251; UROZ, 2012, 87-130). Al amparo de estas ciudades proliferaron *villae* y *vici* en el medio rural, contribuyendo todo ello a sentar las bases de ese fenómeno que divulgó aquí la cultura romana e introdujo notables cambios y mejoras en la explotación del campo. Las *villae* de las que tratamos en este trabajo son un claro testimonio del profundo proceso romanizador sufrido por este ámbito meseteño, con un poblamiento rural estructurado en torno a ellas.

Posteriormente, toda esta comarca fue conquistada por los musulmanes, que quizás construyeron la primera fortaleza en el siglo IX, de la que no se ha preservado nada (RUIBAL, 1988, 288). Tras el intento de Alfonso VI de recobrar estas tierras a finales del siglo XI, la derrota sufrida por el bando cristiano en Alarcos (1195) las dejó de nuevo bajo el dominio árabe. I. Hervás y Buendía (1890, 13-16) recoge algunas referencias históricas relativas a Albaladejo por aquel entonces: el señorío del castillo de Albaladejo era una de las posesiones del caballero toledano D. Esteban Illán, recibidas de Alfonso VIII en 1170, aunque, a juicio de A. Ruibal (1988, 288), “se trata de una confusión de emplazamiento”, de modo que la noticia no concerniría al Albaladejo de Ciudad Real, sino a otro pueblo homónimo. A. Blázquez y Delgado Aguilera (1898, 143-145) data la conquista cristiana en el año 1182. Parece ser que en 1187 fueron donadas por el conde D. Pedro de Lara al “Convento y Freires” de

Calatrava sus heredades de “Asbaladejo” (molinos, casas, viñas...). Un escudo con las letras HJS preside la fachada de la llamada “Casa grande”, situada en la calle del Arco. Todavía conserva en buena medida su estructura original y, según algunas de esas referencias, sería donde se hospedarían algunos de los miembros de esta Orden Militar mientras se encargaban de la administración del lugar. Sin embargo, A. Ruibal (1988, 288) también pone en duda que esta Orden hubiera ocupado temporalmente Albaladejo y aún más en esas fechas tan tempranas. G. Planchuelo y Portalés (1954, 129) apunta que posiblemente la Orden de Santiago lo conquistara antes de la batalla de Alarcos, pero M. Corchado Soriano (1971, 32) cree más probable “que ello ocurriera posteriormente a la batalla de Las Navas en 1212”.

Durante la Edad Media, época en la que tuvo una gran importancia estratégica, en unas ocasiones se designa este enclave como Albaladejo y, en otras, como Villar de Casa Paterna o con diversas variantes de dichos nombres. A criterio de A. Ruibal (1988, 288 y 294), proviene de la primera mitad del siglo XIII “la confusión de nombres de este término, pues unas veces se cita (...), Patero, Paterno, Villar de Casa Paterna, otras Albaladejo o Alvaladiello”, pero discrepa de quienes opinan que Albaladejo era el Villar de Casa Paterna, más bien se decanta por una situación alternativa, la de Casica Paterna.

Esta área geográfica pasó a pertenecer al Campo de Montiel, que históricamente es consecuencia de la colonización medieval de la Orden de Santiago, a partir de la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), en la que dicha Orden participó de forma destacada, al igual que estuvo presente en todas las campañas de conquista de lo que hoy día constituye la región castellano-manchega, no obstante, según algunos historiadores, esta entidad territorial presentaba una homogeneidad histórica que se retrotraería a la dominación romana, visigoda e islámica, durante las que ya adquirió una cierta coherencia o unidad en varios sentidos: administrativo, económico, geoestratégico, etc. (VIÑAS y PAZ, 1971, 8; HERVÁS, 1899, 13). La altiplanicie del Campo de Montiel tenía en el pasado una extensión mayor que la actual, pero le afectaron

diversos acuerdos de límites suscritos por la Orden de Santiago, bajo cuyo control estaba en el siglo XIII, como ya se ha dicho, quedando reducida a unos 7.740 km². En esta llanura bordeada al Sureste por la Sierra de Alcaraz, al Sur por las estribaciones de Sierra Morena y al Oeste por la Sierra de Alhambra, destacan numerosos cerros testigos, resultado de la erosión geológica, donde se establecieron diversas comunidades humanas desde antiguo y en cuyas cumbres se levantaron castillos y torres fortificadas en el Medievo, que integraban la compleja organización defensiva del Campo de Montiel. Entre las fortalezas de esa cadena de bastiones está incluida la de Albaladejo, ubicada en la parte más elevada del cerro (de 949 m de altitud, desde el que se domina visualmente una vasta extensión de terreno, sobre todo hacia el Sur y el Este). Fue mandada reconstruir por los caballeros de dicha Orden militar, a quienes les fue cedida la población tras su conquista, siendo un enclave de carácter militar durante largo tiempo. En 1223, en la *Bula Confirmatoria* del Papa Honorio III (*Bullarium O. S. Iacobi*, 1223, 81), figuraba entre las propiedades de la Orden con el nombre de “*Castellum de Paterno*” o “Castellón de Patero”, describiéndolo las crónicas de la época como un despoblado (HERVÁS, 1890, 14), debido a que sus habitantes habían huido de allí. En 1245 el Concejo de Alcaraz lo reclamó a Fernando III como de su pertenencia: “Castiellos é Aldeas (...), Alvaladeio...” (*Bullarium O.S. Iacobi*, 1245, 127, 130, 150). El rey zanjó el pleito reconociendo el derecho de posesión de los Caballeros de Santiago, en sentencia aprobada por Inocencio IV. Más adelante se agregó el término de Albaladejo al Concejo de Segura. Hasta comienzos del siglo XV seguía siendo considerado un despoblado, salvo algunas casas de labor. En 1404 consta la “Alcaría de Albaladejo” (es decir, alquería, HERVÁS, 1890, 15) como aldea dependiente de Segura de la Sierra (Jaén). Tiempo después, Carlos V le otorgó el título de villa, independizándose de la encomienda de Segura. Recibió la nueva villa el nombre de “Albaladejo de los Freires”, en recuerdo de sus antiguos señores, los monjes-soldados integrantes de la Orden de Santiago, sobrenombre perdido en la actualidad. A partir de entonces pertenecería al Campo de Montiel. Las *Relaciones Topográficas de Felipe II* (1575, III, fol. 317

ss., contestación a la pregunta 36; VIÑAS y PAZ, 1971, 8) dan cuenta de que Albaladejo era villa inmemorial: “en el término de la dicha villa parece que en Villar de la casa paterna que dicen ha habido población, y que dicen que era tiempo de moros, aunque ellos no lo alcanzaron a saber”. Por último, definen el castillo como “una Torre muy antigua”, sin precisar más su cronología. Se han preservado sus dos torres rectangulares, en cambio, se ha derruido parte de alguno de los lienzos de muro (fig. 199). Se alza junto a la Iglesia de Santiago Apóstol (fig. 200). La Orden de Santiago hizo construir una pequeña ermita durante la segunda mitad del siglo XIII. En las postrimerías del siglo XV y a lo largo del XVI se erigió sobre ella un templo de mayores dimensiones. En tiempos de las *Relaciones Topográficas* aún proseguía su construcción.



Fig. 199. Castillo de Albaladejo. Foto: Pozo Leal.



Fig. 200. Puerta de la Iglesia de Albaladejo, con el escudo de la Orden de Santiago.

Foto: MP de Ciudad Real.

El trazado urbano de Albaladejo refleja su origen medieval.

En páginas anteriores ha quedado reflejada la prolongada ocupación humana de este ámbito geográfico, de gran tradición agraria desde antiguo. Al esbozar sucintamente su marco histórico, nos hemos extendido en el tiempo (hasta la Edad Media), sobrepasando la etapa concreta a la que se adscribe cronológicamente la *villa* romana de Puente de la Olmilla, pues creemos que esa perspectiva de su dinámica histórica puede ayudarnos a tener una visión más clara de esta zona, por lo general bastante desconocida. Hasta tal punto lo ha sido, que M. Corchado Soriano (1971, 12-13) reflexionaba sobre la misma en los siguientes términos: “Puede considerarse que el periodo histórico comienza, para el Campo de Montiel (...) cuando su Reconquista, a principios del siglo XIII; (...) ya que durante las dominaciones cartaginesa y romana, las guerras púnicas, las civiles entre los romanos, las invasiones bárbaras (...), aunque se suponen algunos hechos como ocurridos en este territorio, sólo muy ligeros indicios o suposiciones los justifican. Sin embargo, las civilizaciones anteriores a la reconquista (...) han dejado cada una su parte de herencia, si bien en muy pequeña cuantía; (...) un número apreciable de lápidas escritas, restos de construcciones ornamentales, vías empedradas, monedas y otros objetos metálicos de la época romana, alguno de ellos estudiados, pero la

mayoría no dados a conocer a los investigadores en esta especialidad arqueológica”. Nuestro objetivo es intentar cubrir ese vacío, al menos parcialmente y en la medida de nuestras posibilidades, estudiando a tal fin el yacimiento de Puente de la Olmilla y otros de sus inmediaciones.

XII. CIRCUNSTANCIAS DEL DESCUBRIMIENTO DE LA VILLA DOCUMENTACIÓN RELATIVA A LAS INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS

El hallazgo de la *villa* hispanorromana de Puente de la Olmilla fue casual. En 1973 un agricultor encontró un mosaico mientras araba una parcela de tierra de labor aproximadamente a 1,5 km al Sur de la localidad de Albaladejo, a cuyo término municipal pertenece, lo que condujo a una excavación de urgencia y, posteriormente, a varias sistemáticas.

En efecto, como acostumbra suceder con frecuencia, el hallazgo se produjo fortuitamente, a finales de agosto de 1973, mientras se roturaba una finca de Justo Leal Rodríguez, vecino de Albaladejo (*vid. infra* Anexo VI, 3; en el Diario *Lanza* de 5 de noviembre de 1976 figuran como descubridores Daniel Lillo Castellanos, Nemesio Campos, Jacinto e Ignacio Macías). Fue comunicado a la Comisaría General de Excavaciones, para su conocimiento. El día 1 de septiembre se desplazaron hasta allí varios miembros de la Comisión de Monumentos de Ciudad Real (*vid. infra* Anexo VI, 2). En un breve informe de dicha visita se notificó que los descubridores del yacimiento habían exhumado parcialmente un mosaico y recogido algunos fragmentos de cerámica, dos piedras de molino, una de ellas rota, algunas monedas, una pesa de telar de piedra, una basa de columna, un fragmento de otra (probablemente de su fuste), etc.

Se decidió entonces excavar este yacimiento, dado su gran interés.

La *villa* fue excavada a partir de 1974, a lo largo de nueve campañas, las seis primeras de muy corta duración (M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer realizaron seis breves intervenciones entre 1974 y 1980), con una

nueva fase emprendida a comienzos de 1985, cuando se reanudó la intervención arqueológica tras cinco años de interrupción. Ésta fue intermitente y finalizó en 1990. Pese a quedar inconclusa, desde entonces no ha tenido continuidad.

El 12 de junio de 1974 comenzó la primera campaña de excavación, hasta el día 20 de ese mismo mes. Se sacó a la luz dos salas pavimentadas en *opus tessellatum* (las habitaciones n.º 1 y 2, figs. 201-202), acometiéndose después el arranque de los suelos de mosaico (unos 40 m²), realizado por dos técnicos del equipo de mosaístas de Mérida pertenecientes a la Dirección General de Bellas Artes (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.1 y Anexo V, 1). El 25 de junio de ese mismo año comenzaron los trabajos pertinentes para su levantamiento y el 28 se procedió a su extracción, llevándose a cabo su consolidación el 4 de julio.





Figs. 201-202. Excavación en 1974 de los pavimentos musivos de las habitaciones n.º 1 y 2.
Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

En lo que concierne a las campañas de 1975, 1976, 1977, 1978 y, finalmente, 1980, siguieron la misma tónica de duración: aproximadamente 9 días o alguno más (*vid. infra* Anexos IV y VI, 1).

Después de un paréntesis de cinco años, con el patrocinio de la Consejería de Educación y Cultura de la JCCM, se reemprendieron los trabajos de excavación, de los que nos hicimos cargo²³. Dichos trabajos no fueron consecutivos, pues tuvieron lugar en 1985, 1986 y 1990, a lo largo de varios meses.

Al reanudarse la intervención arqueológica en 1985 nos planteamos acometer la excavación en área, pero previamente fue preciso realizar labores de limpieza y acondicionamiento del yacimiento, que había sufrido un gran deterioro en el lapso de tiempo transcurrido. No sólo estaba cubierto de maleza, al haber crecido la vegetación por toda la superficie del mismo, dañando a estructuras y pavimentos, sino que, desgraciadamente, era objetivo del furtivismo. La actividad antrópica ha ocasionado el expolio de materiales muebles e inmuebles (algunos de los elementos constructivos han sido reutilizados o pasado a ser parte integrante de colecciones privadas). Además, hubo que retirar las piedras que cegaban algunas habitaciones, para poder continuar la excavación (ésta había quedado inacabada en algunos ambientes,

por ese motivo procedimos a la reexcavación propiamente dicha de los mismos). Otro factor negativo a tener en cuenta es el extremado clima meseteño, que ha producido una notable erosión. Así pues, debido a esas circunstancias nuestra tarea inicial durante la primera campaña fue la limpieza del área excavada y el levantamiento planimétrico, comprobando, una vez eliminados los restos de vegetación de suelos y muros, que las decoraciones pictóricas habían desaparecido casi totalmente por la acción devastadora de los agentes atmosféricos. Actualmente el yacimiento se encuentra en ese mismo estado de abandono o incluso en una situación aún más deplorable (figs. 203-206), pese a nuestros reiterados intentos de que fuera nuevamente sometido a una excavación sistemática y, a la par, se tomaran medidas para preservar lo que aún no ha sido destruido. A fin de salvarlo de ese completo desamparo es preciso consolidar y restaurar las unidades constructivas expuestas a las inclemencias climatológicas, para ralentizar el proceso destructivo que padecen, y debería procurarse recuperar otros pavimentos musivos, de cuya existencia tenemos sólidos indicios, evitándose así pérdidas irreparables. En nuestra opinión, lo más aconsejable sería que las actuaciones prosiguieran a partir del perímetro descubierto, establecer la delimitación extensiva de la *villa* e intentar resolver ciertos interrogantes de interpretación que han ido surgiendo al revisar los resultados de los anteriores sondeos estratigráficos y que, por el momento, quedan en el aire. Todo ello no sólo ampliaría nuestro conocimiento sobre este hábitat rural romano, sino que, a través de una absolutamente necesaria labor de consolidación y rehabilitación de sus restos arquitectónicos, permitiría su recuperación integral, pero esto requeriría llevar a cabo varias campañas, a ser posible, de forma continuada, algo muy improbable en la situación actual. Según parece, la indagación arqueológica va a quedar irremisiblemente incompleta, dejando numerosas incógnitas sin resolver.

Afortunadamente sí tuvo eco nuestra propuesta de rescate de los restantes mosaicos descubiertos (GARCÍA BUENO, 1994, 95-116). Durante una campaña de verano, en 1991, un equipo de la Escuela Superior de

Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Madrid, dirigido por el Prof. Carlos Álvaro Chirveches, merced a un convenio de colaboración con la JCCM, procedió a un primer tratamiento *in situ* y posterior extracción de buena parte de los teselados, que mayoritariamente están depositados en el almacén del Museo Provincial de Ciudad Real (*vid. infra* Anexo V, 2: Informe 1991). Más adelante se les proporcionó soportes rígidos (para fijar la posición de las teselas) y se llevaron a cabo diversas intervenciones enfocadas a la consolidación de algunos paneles a lo largo de varios cursos académicos, durante los años 1992 (dirigidas por el Prof. Miguel Peinado) y 1997 en adelante (bajo la dirección de Ángel Gea, también profesor del centro, GEA, 2000, 51-55; ARROYO *et alii*, 2001, 88-95; *vid. infra* Anexo V, 2: Informe 2000).

Asimismo, se consiguió dotar a la zona excavada de un elemento de protección, cercándola con una valla metálica (fig. 193), a fin de intentar preservarla de nuevas acciones expoliadoras y del laboreo agrícola, que han proseguido en los terrenos adyacentes, por los que también se extiende el yacimiento -consistente en un vasto campo de ruinas-, alterando su estratigrafía y arrasando parte del mismo. En 1990 los propietarios de esas parcelas colindantes empezaron a replantar con olivos los alrededores, afectando gravemente a estructuras, pinturas murales y mosaicos. A partir de 1991 el yacimiento ha quedado abandonado a su suerte, pese a sus grandes posibilidades de explotación didáctica, ocasionando una verdadera dilapidación patrimonial (desde el Excmo. Ayto. de Albaladejo se solicitó su declaración como BIC, estando a la espera de respuesta, *vid. infra* Anexo VI, 7 y 8). Tras cuatro décadas de exposición a un duro clima, este asentamiento romano sigue sufriendo actualmente una acusada degradación, se encuentra en lamentables condiciones e incluso el vallado está caído, por lo que el yacimiento está absolutamente desprotegido. Las lamentables condiciones en que se encuentra actualmente quedan reflejadas en las fotografías aquí presentadas. Su futuro, en consecuencia, no puede ser más sombrío.



Figs. 203–206. Estado actual del yacimiento. Foto: Lillo Castellanos.

Aproximadamente unos veinte años antes de producirse el descubrimiento de la *villa* algunas parcelas fueron vendidas por el Ayuntamiento de Albaladejo a varios de sus vecinos. El hecho de ser propiedad particular (son varios los titulares) ha dificultado la posibilidad de proseguir los trabajos arqueológicos.

Con todo, no queremos dejar pasar la oportunidad de señalar nuevamente la conveniencia de proseguir las excavaciones. En definitiva, los restos constructivos exhumados y algunos detalles significativos localizados en un simple reconocimiento superficial de sus inmediaciones merecen, por su evidente interés arqueológico, que esta *villa* sea objeto de un programa de excavación sistemático o, cuando menos, de una amplia intervención puntual, para poder ultimar los estudios en curso, pues la parcialidad de los trabajos desarrollados tan sólo nos permite tener una visión fragmentaria de la misma. Podríamos así disponer de la máxima información posible que dé respuestas a algunas de las incógnitas surgidas durante las intervenciones llevadas a cabo hasta la fecha. Efectivamente, proseguir dichas actuaciones contribuiría a esclarecer dudas, descartar o confirmar algunas de las hipótesis formuladas en las páginas siguientes y alcanzar conclusiones que por ahora no siempre es posible certificar con suficiente rigor. Igualmente, insistimos, convendría realizar la consolidación de todas las estructuras descubiertas, debiendo acometerse las tareas de restauración necesarias, a fin de preservarlas.

XIII. EMPLAZAMIENTO DE LA VILLA. ASPECTOS DE LA VIDA EN EL MEDIO RURAL DURANTE EL BAJO IMPERIO

La situación topográfica de este yacimiento queda comprendida en las coordenadas 38° 36' 10" N / 0° 55' 20" E (referidas a la Hoja n.º 840 del MTN a escala 1:50.000, Bienservida), oscilando su altitud media sobre el nivel del mar en torno a los 800 m. Este predio es conocido entre los habitantes de la población vecina como Puente de la Olmilla, pero carecemos de noticias antiguas sobre el mismo.

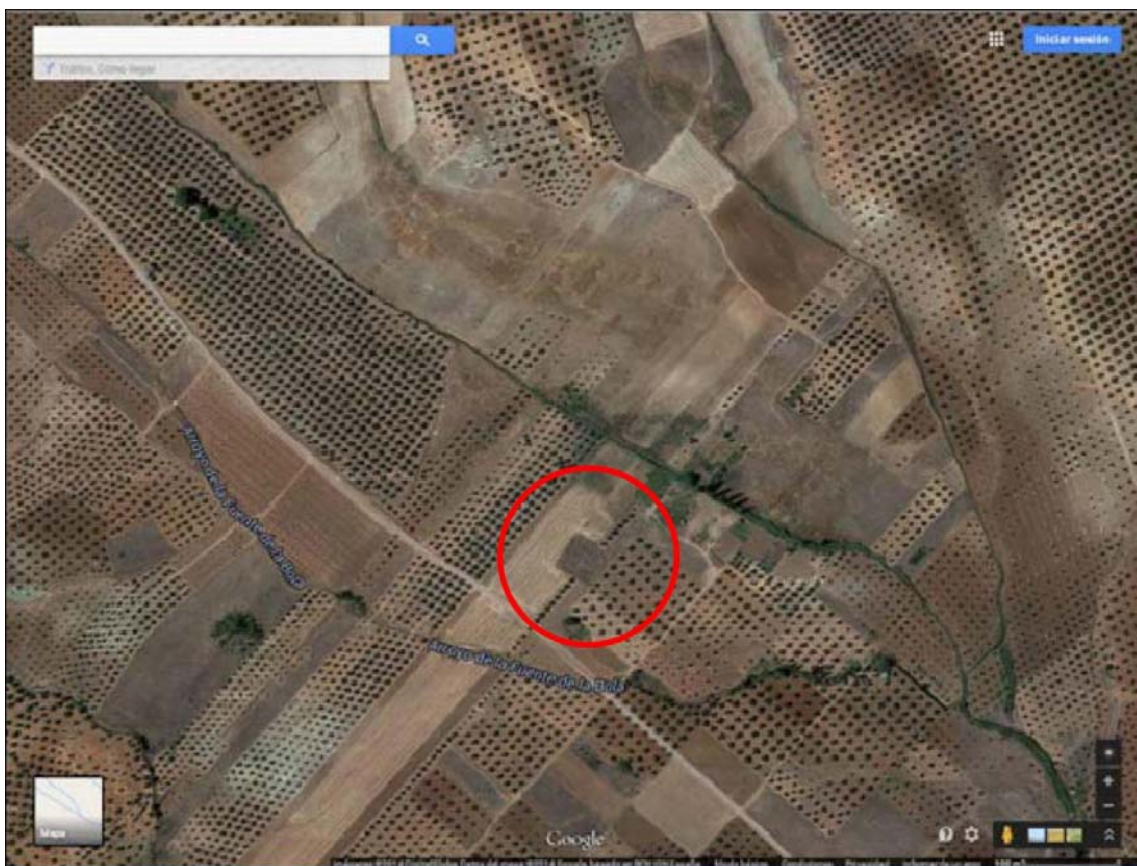


Fig. 207. Vista aérea del paraje de Puente de la Olmilla, con indicación de la ubicación de la villa.

Está enclavado en el centro de un valle muy llano que corresponde a uno de los sectores más fértiles del lugar (fig. 207). Como es habitual en la mayoría de los ámbitos geográficos de las *villae* romanas, la tierra es propicia tanto para el cultivo (del que tenemos rigurosa constancia arqueológica por algunos elementos de utillaje agrícola aparecidos, p. ej., una hoz, un fragmento de otra, sílex, de una posible hoz o trillo..., fig. 286), como para la práctica de la ganadería. Es un paraje muy ventilado, que recibe muchas horas de sol al año²⁴, circunstancia determinante en la organización de los espacios de habitación que conforman la planta de la vivienda. Además, tiene una relativa abundancia de lluvias a causa de las favorables condiciones orográficas del terreno, por la proximidad de las Sierras de Alcaraz y del Relumbrar, cuyos escarpes rocosos resaltan en esta planicie, recortándose al fondo. Las necesidades de agua estaban cubiertas por el Arroyo de la Fuente de la Bola, a

unos 100 m al Este de la *villa*, y muy probablemente también por otro torrente que fluye por sus inmediaciones: el Cañico de La Comendaora, en una finca del mismo nombre atravesada por el Camino Real de Andalucía (su fuente, muy caudalosa, nace a unos 20 m del Arroyo de la Bola, siendo paralelos ambos cursos fluviales). Debían de suministrar el agua suficiente para el consumo doméstico y el regadío de la propiedad²⁵. La fácil disponibilidad de este preciado recurso, indispensable para cualquier establecimiento humano, condicionó con toda seguridad la elección del emplazamiento de éste (fig. 208). Esos manantiales y el ameno panorama contribuirían a hacer más agradable la vida de sus pobladores, pues se logró, además, una buena visibilidad de los terrenos circundantes erigiendo la *villa* sobre una suave ondulación del relieve, en un punto clave para el control de un bien tan escaso como es el agua, de cara a la explotación agrícola.



Fig. 208. Entorno de la *villa* de Puente de la Olmilla, con olivares y campos cerealísticos, junto al Arroyo de la Fuente de la Bola. Foto: Pozo Leal.

En este espacio físico idóneo se desarrolla un modelo de asentamiento característico del mundo romano, ejemplo de la forma de vida y del sistema

productivo propios del Bajo Imperio, que dejó su impronta en el medio rural durante largo tiempo (en la región manchega siguen siendo típicas las quintas o quinterías, que funcionan como núcleo centralizador de grandes haciendas).

Para abordar el estudio de esta *villa* conviene tener en cuenta algunas observaciones previas, con el propósito de acercarnos, en la medida de lo posible, a la realidad cotidiana de quienes la habitaban.

Este tipo de establecimientos agropecuarios solía instalarse en *pagi* fecundos. En este sentido, el aprovechamiento de las tierras que rodean la *villa* de Puente de la Olmilla ha continuado hasta los tiempos actuales (figs. 207-208), basado fundamentalmente en el olivo y el cereal (trigo, cebada...). Viene al caso un texto de Apiano (*Ib.* 64) sobre la existencia de abundantes plantaciones de olivo en la Meseta meridional. Los agrónomos latinos (Cato, *agr.* I, 1,2; Varro, *rust.* I, 12,1, entre otros) aconsejaron reiteradamente la adquisición de fincas fértiles con el fin de obtener la mayor rentabilidad posible en su explotación. Conforme a las orientaciones de dichos tratadistas, este espacio geográfico tiene unas condiciones naturales favorables y reúne varios de los requisitos de habitabilidad indispensables al decir de los mismos (Cato, *agr.* V, 2; Colum., *De r.r.* I, 6,1; Varro, *rust.* III, 2,9), incluyendo la belleza del paisaje circundante, para que el *dominus* pudiera gozar de la naturaleza, descansando en este remanso de paz, un lugar apacible y apartado, pero no completamente aislado, ya que mediante algún camino secundario se relacionaría con los principales ejes de comunicación (más adelante hablaremos de su inserción en el engranaje viario romano, *vid. infra* capítulo XXI, fig. 521). Además de disfrutar de la tranquilidad que le proporcionaría este retiro, inmerso en el profundo sosiego de estos campos, podría dedicarse a diversas ocupaciones (CARANDINI *et alii*, 1982, 67-89), entre otras, a una de las actividades lúdicas favoritas de los *possessores*: la caza (LAVIN, 1963, 179-286; GORGES, 1979, 155-158; CHAVARRÍA, 2007, 82), tradición que ha llegado hasta nuestros días, pues es una magnífica zona cinegética, aunque en la actualidad no sólo tiene un carácter de ocio, sino también económico. Remontándonos en el tiempo, sabemos por las fuentes literarias que la afición

a la caza estaba muy extendida en Hispania, hasta tal punto que en la *Historia Augusta* (SHA, Tyr. Trig. XXX.18), obra de finales del siglo IV, se habla de ella como un rasgo típico común entre los hispanos. Marcial (*Epigr.* I 49) también comenta que este antiguo deporte era uno de los preferidos de los hispanos. Lo fue, p. ej., para Adriano, como se refleja plásticamente en los relieves adrianeos del Arco de Constantino, en Roma (GARCÍA Y BELLIDO, 1979, 419-420, figs. 721-722, 724-726), y es corroborado por la documentación textual (SHA. Vit. Hadr. II.1). Contamos, además, con un nutrido grupo de estelas en la provincia de Burgos (GARCÍA Y BELLIDO, 1949, 340) donde aparece este tema, que gozó igualmente de gran predilección en la musivaria romana (entre otros soportes), sobre todo a partir del siglo III, continuando vigente hasta fechas muy tardías (GUARDIA, 1992, 132). Esas escenas cinegéticas eran un símbolo del alto *status* social alcanzado por el *dominus* y evocan las virtudes civilizadoras que la caza conllevaba en la cultura romana. A través de los mosaicos de este género se deja constancia gráficamente de la práctica de cacerías de prestigio, eventos de complicada organización donde participa todo un colectivo, “quizás en conexión con la revitalización del mundo rural en la *pars occidentalis*, y más concretamente de las *villae*”, durante la época bajoimperial (NEIRA, 2009, 20; 2007, 267-270, 273, 275; 2008, 61-65), pero no siempre harían referencia a un hecho real protagonizado por el dueño de la *domus* o *villa* decorada con dichos ejemplares musivos, sino que con frecuencia serían, más bien, una demostración de su poderío económico e incluso de su identificación con los ideales y valores propugnados por el Estado romano (pilares tradicionales del sistema), con los hábitos propios de la élite de la que formaba parte (fuera o no verdaderamente un aficionado a la caza). Es más, J. Arce (2006, 9-15) piensa que el absentismo de los *domini* alcanzaría un grado tal que sólo residirían esporádicamente en sus *villae*, por consiguiente, a su juicio, las escenas de caza mayoritariamente serían de repertorio o sólo “simbólicas y alusivas”. El ciclo musivo venatorio sería una “exaltación de la vida heroica, en la guerra como en la caza” (REGUERAS, 2013, 96).

Como es bien conocido, al haber sido prolijamente estudiadas, son numerosas las representaciones de *venationes* en mosaicos de la Tardoantigüedad, integradas en una atmósfera rural, por lo que son de enorme interés al ilustrarnos sobre algunos aspectos de la vida cotidiana en las *villae* y sobre ciertos conceptos que se pretendía transmitir a través de ellos. Sin ánimo de ser exhaustivos recordemos, entre otros ejemplares, el de Carranque (Toledo), de mediados del siglo IV (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1989, 260, lám. IV; 1991, 32; BLÁZQUEZ y LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 66, lám. II; BLÁZQUEZ, 1993, 87; 1994, 1175; 2012, 87; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 241-243, fig. 10), el de *Thalassius* de Córdoba (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 241, fig. 9), de la misma fecha, el de Bellerofonte y la Quimera, de la *villa* de Jardines de Puerta Oscura (Málaga), perteneciente al siglo IV (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 325; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981, 77-80, lám. 61, n.º 53 y 54; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 242, fig. 12), El Ramalete (Navarra), de idéntica cronología (BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 193; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 52; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 63-69, láms. 39-40 y 56, n.º 44, con paralelos; BLÁZQUEZ, 1993, 89, 227-244; 2012, 87; GUARDIA, 1992, fig. 35; NEIRA, 2008, 57, 61, fig. 2), el de Atalanta y Meleagro, de Cardeñajimeno (Burgos), datado a finales del siglo IV (BLÁZQUEZ *et alii*, 1986, 561, figs. 1, 7; LANCHÁ y BARTOLOMÉ, 1988, 313, fig. 14, 314, fig. 15; GUARDIA, 1992, 130-132, figs. 44-45; LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 21-28, fig. 5, láms. 7, 9-10, 35-41, n.º 9; SAN NICOLÁS, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 74; NEIRA, 2008, 62, 65), el del Triunfo báquico de Baños de Valdearados (Burgos), de la primera mitad del siglo V, con animales carnívoros persiguiendo a herbívoros (ARGENTE, 1975, 899-912; 1979, 50-51, fig. 18, láms. III-VII A; BLÁZQUEZ, 1982d, 407-423, FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984, 107-108, fig. 6; GUARDIA, 1992, figs. 39-40, 43; LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 13-16, fig. 2, láms. 1-3, 31-33, n.º 1; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 41, figs. 3-5, 8 y 10; 2010, 242, fig. 11; NEIRA, 2008, 62, 65), La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia), cuya

cronología ronda entre finales del siglo IV o inicios del siguiente (PALOL y CORTES, 1974, 55-61, fig. 20, láms. L-LXXII; GUARDIA, 1992, figs. 66-71; SAN NICOLÁS, 1998, 894-895; NEIRA, 2008, 61-62, 64, fig. 8; BLÁZQUEZ, 2012, 87; REGUERAS, 2013, 91, 94, láms. 59 y 61), Campo de Villavidel, León (BLÁZQUEZ, 1985b, 107-124; 1993, 234; 2012, 87), Centcelles (Tarragona), de mediados del siglo IV (SCHLUNK-HAUSCHILD, 1962, láms. 14-15; BLÁZQUEZ, 1993, 89; 1994, 1175, 1184; 2012, 85-86; BLÁZQUEZ, 2012, 88, fig. 12), el de San Pedro del Arroyo, en Ávila (CABRERO, 2008, 1270, fig. Vb), El Olivar del Centeno (Millanes de la Mata, Cáceres), enmarcado cronológicamente en el siglo IV (GARCÍA-HOZ *et alii*, 1991, 387-402; BLÁZQUEZ, 2012, 86), el de la *villa* de Panes Perdidos (Solana de los Barros, Badajoz), remontable a principios del siglo IV (GARCÍA SANDOVAL, 1966, 194-196; ÁLVAREZ MARTÍNEZ y NOGALES, 1994-1995, 89-106; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 193), El Hinojal, en la Dehesa de Las Tiendas (Mérida), de época constantiniana (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1976, 433-488; BLANCO, 1978b, 52, láms. 95-98, 107, n.º 65; GUARDIA, 1992, figs. 96-97; BLÁZQUEZ, 1994, 1176; 2012, 80, 87), el mosaico de *Aura*, hallado en una *domus* emeritense de los siglos III-IV (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 241-244, figs. 7-8), en otra *domus* de esa misma ciudad, descubierta en la calle Holguín, el *Dominus Marianus* tiene una cierva abatida a sus pies (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1990, 79-92; 2012, 87; BLÁZQUEZ, 2012, 87, fig. 13) y en otro mosaico emeritense de inicios del siglo V hay un emblema de caza de jabalí con perros (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1990, 60-65, n.º 10, fig. 4, lám. 27; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 191).

Fuera de nuestras fronteras, tenemos un ejemplo del jabalí abatido con la ayuda de perros en el mosaico de la pequeña cacería de Piazza Armerina (PACE, 1955, 63-76; CARANDINI *et alii*, 1982, 178, fig. 100; BLÁZQUEZ, 1994, 1175; 2012, 81). Un pavimento de la Casa de Baco, de Djemila (la antigua *Cuicul*, en Argelia), encuadrado entre fines del siglo IV-comienzos del V (o quizás algo después), está presidido por el *dominus* triunfante, montando a caballo, y un edificio porticado como telón de fondo de la cacería, además,

presenta en el friso inferior unos *venatores* luchando con felinos (DUNBABIN, 1978, 62, 76, 118 [en nota 32, la investigadora expone la teoría de J. Lassus interpretando el edificio como anfiteatro], 256, lám. XIX, 45; BLÁZQUEZ, 1994, 1174, 1176; 2012, 80). Otros mosaicos exhiben magníficas escenas cinegéticas, como el de la Casa de Surtidores (Conimbriga), de época severiana, perteneciente a un tipo de representación realista (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 66; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 206-207, 213-218, 222-225, figs. 15-20); el de la habitación 1 de la *villa* constantiniana de Daphne, en Antioquía (LEVI, 1947, II, 248, láms. LVI a y b, LVII a y b, LIX; CIMOK, 2000, 297; BLÁZQUEZ, 2012, 81) u otro antioqueño, conocido como the Worcester Hunt, con diversos episodios cinegéticos en los que animales de distintas especies son alanceados por jinetes (LEVI, 1947, II, láms. CLXX, CLXXI, CLXXII a y b, CLXXIII b, CLXXXVI b, CLXXVII a y b; CIMOK, 2000, 297; BLÁZQUEZ, 2012, 81). Según P. San Nicolás (en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 74, figs. 14-15), algunos mosaicos hispanos, como los mencionados de Cardeñajimeno y La Olmeda, están relacionados con estas producciones musivas de Antioquía. Los mosaicos norteafricanos, por su parte, constituyen un capítulo fundamental dentro de este género. En uno de Zliten (Libia), con un paisaje salpicado de edificaciones rústicas, los pájaros son el objeto de la caza (LEVI, 1947, I, 590-591, fig. 218), como en el ya citado de Piazza Armerina, en el que las aves son atrapadas con liga (DUNBABIN, 1978, 243-245, lám. LXXVI, 198; CARANDINI *et alii*, 1982, 178, fig. 91; BLÁZQUEZ, 2012, 81). Otras *venationes* pueden verse en uno de los mosaicos de Cherchel, de mediados del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 56, 254, lám. XV, 31), y en el de Orléansville (Al-Asnam, antiguo *Castellum Tingitanum*, Argelia), de idéntica cronología (DUNBABIN, 1978, 56, 265, lám. XV, 30; BLÁZQUEZ, 1994, 1175; 2012, 80; SAN NICOLÁS, 1997, 173). En un pavimento musivo de las termas de la *villa* de *Pompeianus*, de Oued Athménia (Argelia), fechado en el siglo IV y actualmente perdido, jinetes, perros y escenas de caza con red aparecen delante de una mansión rural (TISSOT, 1884, I, 361, lám. I; 495, láms. III-IV; DUNBABIN, 1978, 62, 94, 123, 267; BLÁZQUEZ, 1994, 1179, 1184, lám. IV).

Entre los ejemplares tunecinos, merece destacarse el del *Dominus Iulius* (Cartago), datado hacia el 380-400 d.C., donde un personaje a caballo, acompañado por otros que llevan una red, un cesto y una larga vara, se dirige hacia una residencia señorial campestre (DUNBABIN, 1978, 62, 119-121, 252, lám. XLIII, 109; PARRISH, 1984, 111-113, n.º 9 y 49, láms. 15 y 67; BLÁZQUEZ, 1994, 1180-1182, lám. Vb; 2012, 79-80; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 672-673). En uno de Constantina (la antigua *Cirta*), de la segunda mitad del siglo IV, se desarrollan diferentes lances de caza en el entorno de una *villa* (DUNBABIN, 1978, 56-57, 255, lám. XVI, 34; BLÁZQUEZ, 1994, 1173-1174; 2012, 83, 90) y otros son reproducidos en el de Henchir Toungar, del segundo cuarto del siglo III (DUNBABIN, 1978, 50, 61-62, 262, lám. XII, 23; BLÁZQUEZ, 1994, 1172-1173; BLÁZQUEZ, 2012, 83, fig. 7), en el de Bir-el-Ksour, Henchir M'Rira (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 242-243, fig. 16), en un mosaico de Cartago expuesto en el Museo de El Bardo (YACOUB, 1975, 41-54, lám. XVII, *Inv.* II n.º 771), donde figura un jinete cazador, entre ciervos y árboles, o en varios ejemplares de Bordj-Djedid (Cartago), en uno de los cuales, del siglo V, un halcón participa en la caza de liebres, hostigadas por perros, ante una red; en otros fragmentos musivos, de las postrimerías del siglo V o del VI, un jinete se halla junto a una *villa* fortificada y otro persigue a una gacela (DUNBABIN, 1978, 59, 251, lám. XIX, 42-43; 59-62, 250, lám. XVIII, 40-41; *Inv. Tun.* 763, 886-887; BLÁZQUEZ, 1994, 1174). Un mosaico de Khéreddine (Cartago), probablemente del 390-410 d.C., dividido en cinco registros, nos muestra el sacrificio propiciatorio a Apolo y Diana, en un santuario flanqueado por grupos de cazadores, después, la partida de éstos y la posterior cacería; en segundo plano hay una construcción rústica (DUNBABIN, 1978, 57-58, 62, 144, 253, lám. XVII, 36-37; BLÁZQUEZ, 1994, 1171-1172; 2012, 81). En uno de *Althiburos* (Medeina), de la segunda mitad o fines del siglo III, varios sirvientes²⁶ ayudan a unos jinetes a cazar liebres y zorros (ENNAÏFER, 1976, 112, lám. CXXVIIIa; BLÁZQUEZ, 2008, 107; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 212; 2010, 242, fig. 13; 2012b, 673-674, 687). En el de *Thuburbo Majus*, dos cazadores a caballo van, junto a un par de perros, tras una liebre (DUNBABIN,

1978, 60, 274; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 242, fig. 15). En un mosaico de Utica, adscrito al siglo III, también participan perros en la cacería, alrededor de una torre erigida en el marco de un paisaje montañoso, mientras que en primer término hay una pequeña *villa* con un huerto de árboles frutales (DUNBABIN, 1978, 112, 276, lám. XXXIX, 100) o, tal vez, una plantación de olivos (BLÁZQUEZ, 1994, 1177, lám. III; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 480-482, fig. 90; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 678, lám. II). K.M.D. Dunbabin pone de relieve el tratamiento realista de esta escena. En otro mosaico de Utica, de la Casa de la Caza, fechado en la segunda mitad del siglo IV, puede contemplarse cómo se captura unos ciervos valiéndose dos *venatores* de una red (DUNBABIN, 1978, 57, 62, 277, láms. K; 32). En un pavimento de la Casa de los *Laberii* (Oudna, la antigua *Uthina*), de la segunda mitad del siglo II d.C. (hacia el 160-180), se han captado detalles de la caza del león perseguido por tres jinetes; un jabalí alanceado, liebres, perros, además de algunas labores agrícolas y pastoriles, todo ello en las cercanías de edificaciones rústicas (ROMANELLI, 1965, 282, figs. 9-10; DUNBABIN, 1978, 51, 112-114, 240-241, 265, lám. XXXIX, 101; BLÁZQUEZ, 1994, 1178-1180, lám. Va; 2008, 106-107; 2012, 80, fig. 3; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 242, fig. 14; 2012b, 672, lám. I, 2); en otro de la misma procedencia, dos jinetes y perros persiguen a unas liebres (DUNBABIN, 1978, 60-61, 266, lám. XIX, 44). A propósito de estos temas de cacerías y diversos quehaceres llevados a cabo en los *fundi*, contamos con un amplio repertorio musivo, tratado en profundidad por distintas autoridades en la materia, por lo que no vamos a detenernos demasiado en su análisis (entre los numerosos estudios al respecto, cfr. LASSUS, 1950, 141-146; BALTU, 1969, 131-135; ENNAÏFER, 1976, 110-127; 1978, 80-92; DUNBABIN, 1978, 46-64, 109-123; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 78; *CMRE* IV, 1982a, 30; 1993, 79-82, 245-271; 1994, 1171-1184; 2008, 106-107; 2012, 79-87; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 66-67; BLÁZQUEZ y LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 59-88; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1991a, 497-512; 1991b, 245-262; 2010, 242-243; 2012b, 669-690). Según J.M. Blázquez, unánimemente con P. Romanelli (1965, 275-285), en la mayoría de ellos el

mosaísta simplemente plasmaba retazos de la realidad y el hecho de que dichas cacerías frecuentemente tengan lugar en los alrededores de *villae* respondería a un afán intencionado de remarcar la elevada condición socioeconómica de esos grandes propietarios de la tierra (cfr. AYMARD, 1951; LAVIN, 1963, 178-286; SÁENZ DE BURUAGA, 1974, 179-180, 184; ENNAÏFER, 1976, 110-127; 1978, 80-92; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1991a, 497-512; BLÁZQUEZ, 1994, 1173, 1184). G. López Monteagudo (2010, 243) opina que a éstos les gustaba “verse representados en los pavimentos de sus casas tomando parte en cacerías reales, a veces acompañados de sus amigos, sus caballos, sus perros y sus criados”, por esa razón, en ocasiones se indican sus nombres mediante inscripciones³⁵ (BLÁZQUEZ, 1992a, 956-960; MAYER, 2005, 109-125). De acuerdo con K.M.D.Dunbabin (1978, 46), G. López Monteagudo (1990, 217) hace constar que “esta moda de identificar a las figuras por sus nombres”, aparecida en la musivaria del Norte de África en el siglo III, conlleva “un incremento del control del propietario sobre el contenido de los pavimentos que decoraban su casa”. Esa recurrencia a la inscripción del nombre del *dominus*, cuando no su propia imagen, parece revelar su aspiración a “dejar constancia” de su identidad, “pasar a la posteridad”, “figurar” como un poderoso hacendado, exaltando su persona (NEIRA, 2007, 276; 2008, 56, 61).

Inclusive en los casos en que se trata de cacerías mitológicas, se procura comunicar la idea de que estos terratenientes cazaban a imitación de seres míticos y de dioses, además de acreditar así su profundo conocimiento de la cultura clásica. La caza se habría convertido en algo identitario. Enriquecidos con la explotación agrícola y ganadera de sus latifundios, querían hacer alarde de su distinción social, de su pertenencia a un grupo privilegiado, de su elevado nivel intelectual, a través de los mosaicos que encargaban para adornar sus lujosas moradas en el campo (sobre las representaciones alegóricas de esa abundancia que éstos dejan traslucir, cfr. LÓPEZ MONTEAGUDO, 1996, 359-360; se percibe también en dos lienzos musivos de las *villae* sorianas de Los Quintanares y Santervás del Burgo, respectivamente [BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 16-19, láms. 1 y 26, n.º 1; 42-44,

lám. 18, n.º 41], o en uno de Aranjuez [LÓPEZ MONTEAGUDO y BLÁZQUEZ, 2002, 138-139, lám. 7.1]; en lo concerniente a otros símbolos de la riqueza material generada por estas propiedades rústicas, cfr. CABRERO, 2008, 1265-1269).

Como advierte A. Balil (1965a, 35), “dentro de lo reducido de sus dominios” el *dominus Vitalis* se hizo representar a la manera de los *potentiores* africanos y galos en un mosaico de su *villa* de Els Ametllers (Tossa de Mar, Gerona), “rodeado de un imponente marco ornamental”. Probablemente, esa “puesta en escena” encierra un mensaje relativo al modo en que éste (como tantos otros miembros de su mismo acaudalado estamento) quería ser visto por sus visitantes: parientes, *amici*, clientes... Es un mensaje de autoafirmación. El “friso de caza” de Centcelles y los restantes mosaicos citados líneas arriba nos proporcionan toda una serie de imágenes de clara impronta realista de aquella sociedad, pero, además, son un vehículo de expresión de ciertas pretensiones de los demandantes de estas creaciones suntuarias, que desean trasladar a quienes las contemplen, en el presente y quizás también en el futuro, seleccionando deliberadamente, a tal efecto, algunos temas muy concretos. Todo ello está en consonancia con las importantes transformaciones de toda índole acaecidas durante los siglos finales del Imperio, entre otras, las culturales, asociadas a ciertos códigos eficazmente transmitidos mediante esos temas específicos (sobre la problemática que rodea a la Antigüedad Tardía, CHASTAGNOL, 1976; 1981; ALFÖLDY, 2012, 235-341).

En las siguientes páginas nos centramos en algunas de estas obras musivas, por cuanto resultan ser una inestimable fuente de información sobre ese ambiente rural y sobre la ideología de dicha élite, que trasciende de las mismas. No obstante, todas estas cuestiones son objeto de un intenso debate, que ha llevado a algunos especialistas a relativizar el valor documental de esos mosaicos, hasta el punto de reducirlos a simples modelos arquetípicos, copiados de forma repetitiva y tan sólo adaptados al lugar de destino, en consecuencia, estarían más cerca de una realidad ilusoria que del contexto auténtico de la actividad o posesiones representadas (sobre esta controversia,

cfr. NEIRA, 2007, 263-290; 2009, 11-53; 2011, 267-282). Como señala esta investigadora en el último trabajo citado, la extensión, la diversidad geográfica, cultural y cronológica del Imperio romano, en sí mismas, suponen una complejidad histórica que se refleja en las producciones musivas; éstas, a su vez, tendrían diferentes grados de fidelidad a una situación y marco histórico determinados. Al tratar sobre algunos cambios sociales perceptibles a través de ellas (en unas ocasiones avaladas por los textos clásicos y en otras en cierta contradicción con los mismos), L. Neira hace hincapié en que, sin caer en generalizaciones, posiblemente no reproducen de un modo exacto u objetivo el panorama local contemporáneo, al estar condicionadas por la visión que, interesadamente, los influyentes comanditarios querían difundir; eso explicaría la inserción de representaciones que para ellos no tenían especial relevancia *per se*, sino por su contribución a la construcción de esa imagen anhelada, siendo la musivaria el soporte idóneo a tal fin. En el caso, p. ej., de las figuras de esclavos y libertos incluidas en muchas de estas composiciones musivas, usualmente no muestran signos inequívocos que permitan distinguirlos, probablemente porque no era voluntad de esa élite “ plasmar su diferenciación. Salvo en el caso de los condenados (...)” (NEIRA, 2011, 281), pero, al mismo tiempo, la autora matiza estas apreciaciones al argumentar que todas esas representaciones musivas se inspiran “en sujetos, objetos y situaciones” de los que, además, suele haber constancia arqueológica, literaria o iconográfica, ratificando, según los casos, su mayor o menor grado de correspondencia al periodo histórico y entidad geográfica a los que se adscriben (NEIRA, 2007, 275; 2008, 61; ARCE, 1993, 265-274). Sea como fuere, lo cierto es que por medio de ellas nos es posible profundizar en el conocimiento de ese mundo rural tardío.

En efecto, diversas escenas del acontecer diario en las *villae* se recrean en un número considerable de mosaicos, evocando en unas ocasiones los placeres de la vida en el campo, mientras que en otras tienen connotaciones económicas, como el de Torre de Palma (BLÁZQUEZ, 1980, 135-136, fig. 1,4; 1994, 1177), donde se describe gráficamente la recogida de frutos en un

huerto. Una estampa de este estilo, en un contexto de cacería, ilustra un mosaico de Panes Perdidos (Badajoz): un *eros* lleva un cesto con frutos, mientras que una figura femenina teje guirnaldas de flores, haciendo clara alusión a los productos estacionales que da la tierra (ÁLVAREZ y NOGALES, 1994-1995, 89-106, láms. 9-1, 11-2 y 13-1; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 193). Un lenguaje icónico análogo tiene el mosaico emeritense de *Opora* (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2005-2006, 347-364; 2006-2007, 185-222, láms. V, 2, VII, 1-2 y VIII, 1; 2010, 237-241, figs. 1-4; 2012b, 684), del siglo IV, con rebaños de animales pastando cerca de una *villa*, abundante vegetación, un cesto repleto de frutos..., o el mosaico itálico de Oderzo, donde se llevan a cabo actividades agrícolas y cinegéticas en derredor de una *villa* amurallada (ROMANELLI, 1965, 281; BERTACCHI, 1983, 65-73, láms. XLVI y CCXXXI; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 197; 2010, 240, 243, figs. 6 y 17; otros ejemplares norteafricanos y orientales, que guardan una apariencia muy próxima, son citados por esta última autora en nota 16). Todo ello acorde con el enfoque de la *villa* romana como centro de producción agrícola, ganadera e industrial. Es más, Ph. Leveau (1990, 129-141) considera que en el África septentrional se produjo una “romanización agrícola”, ya que la conquista romana estaría ligada a “un desarrollo agrícola conectado al establecimiento de una red de *villae*, de propiedades rurales sobre las que se asienta la riqueza de la aristocracia urbana romana”.

En este sentido, un buen número de las pavimentaciones musivas norteafricanas (DUNBABIN, 1978, 109-123), algunas de Oriente, de las Penínsulas Ibérica e Itálica y de otras provincias del Imperio, fundamentalmente de género realista, pero también mitológico, narran visualmente tareas agrícolas como la labranza, la siembra, el trabajo de escardar las vides colgadas en alto, la recolecta y prensa de la uva, etc., realizadas por el personal al servicio de los *domini*. Una amplia secuencia conjunta de varias de ellas (arada de la tierra, ganado pastando, ordeño de una cabra, junto a una cabaña de pastor hecha con retamas, transporte de ánforas...) se despliega en el mosaico del Gran Palacio de Constantinopla

(DUNBABIN, 1978, 229, LXXX, 206; BLÁZQUEZ, GARCÍA GELABERT y LÓPEZ MONTEAGUDO, 1989, 29-37; BLÁZQUEZ, 1994, 1178; 2012, 82, nota 32). Diferentes tipos de prensas de aceituna se distinguen en algunas pinturas de Roma y en un mosaico de la Galia (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 496-498). Prensas de uva se documentan en varios pavimentos en *opus tessellatum*, como uno de Qabr Hiram (Líbano), otro de Piazza Armerina (Sicilia) o el de la Iglesia de San Jorge, Mukhayyat, en el Monte Nebo, Jordania (BALMELLE-BRUN, 2005, 909, fig. 12 b; 910, fig. 13 a; 911, fig. 14 a)... No podían faltar en este repaso dos ejemplares de la Casa de *Sorothus* en *Hadrumetum* (Argelia), cronológicamente inscrito entre fines del siglo II e inicios del III, en uno de los cuales destaca una *villa* emplazada en las inmediaciones de un manantial y dedicada a la cría de caballos, mientras que en el otro figuran un bóvido, una cabra y varios caballos, de lo que se infiere la importancia de la ganadería en esa zona (FOUCHER, 1964, 237; SQUARCIAPINO, 1987, 193-200; BLÁZQUEZ, 1994, 1182, lám. IXb; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 683-686, fig. 11, *vid. infra.* capítulos XIV.5.3.3, pp. 606-607 y XXI, p. 1068), lo mismo que en la de *Althiburos*, uno de cuyos mosaicos, el de los barcos (Museo de El Bardo), abona la idea de que esta ciudad exportaba caballos de carreras y aceite (ENNAÏFER, 1976, 71-101, lám. XCI-XCVII; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 686-688, figs. 12-13). En el mosaico de la Casa de los *Laberii*, en Oudna, la antigua *Uthina*, datado entre el 160-180 d.C., podemos ver un pastor con su ganado, otro ordeñando una cabra, un campesino labrando los campos con un arado tirado por una pareja de bueyes, unos caballos abrevando agua que un hombre acaba de sacar de un pozo, una *venatio*, etc. (ROMANELLI, 1965, 282, figs. 9-10; DUNBABIN, 1978, 51, 112-114, 240-241, 265, lám. XXXIX, 101; BLÁZQUEZ, 1994, 1178-1180, lám. Va; 2008, 106-107; 2012, 80, fig. 3; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 242, fig. 14; 2012b, 672, lám. I, 2). Otras escenas pastoriles y costumbristas se plasman en el suelo de la habitación 1 de la *villa* constantiniana (Antioquía), como el cuidado de ovejas y cabras, su ordeño o la recolección de frutos de los árboles, acumulados en cestos (LEVI, 1947, II, lám. LIX a-d). De forma similar,

un lienzo musivo de la antigua *Caesarea*, conservado en el Museo Arqueológico de Cherchel (Argelia) y dividido en cuatro registros superpuestos, nos muestra imágenes de campesinos arando unos olivares con yuntas de bueyes, sembrando cereal entre los olivos (uno de ellos, provisto de un cesto colgado al cuello, esparce las semillas en los surcos que abre el arado), escardando las vides... (LEVI, 1947, I, 540-541, fig. 204; ROMANELLI, 1965, 280, fig. 6; BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 252, figs. 234, 236; DUNBABIN, 1978, 114-115, 254, lám. XL, 102-104; BLÁZQUEZ, 1994, 1179, 1181; 2012, 82, fig. 6; FERDI, 2005, 138-143, n.º 94, lám. LXXXVII; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 479-480, figs. 85-86; 2012b, 679, lám. III). Hay tanto cepas emparradas en altura como viñas enrolladas sobre sí mismas a ras de suelo (esta es la modalidad más común), de las que nos dan noticia Columela (*De r.r.* V, 2) y Plinio (*NH* XIV, 10, 14). Por lo que atañe a su cronología, es de los años 200-210 d.C., según K.M.D. Dunbabin (1978, 114, nota 22, donde explica que la atribución a comienzos de la tercera centuria fue propuesta por Bérard y hubo una cierta tendencia a aceptarla, al ser una obra característica de tiempos de los Severos), o de finales del III-principios del IV, como mantiene S. Ferdi (2005, 138). En otro ejemplar procedente de *Caesarea*, el de la Casa oriental del Club de Tennis (Parque del Mosaico de Cherchel), datado a finales del siglo IV o inicios del V, la vendimia, un carro que transporta cestos con uvas, la preparación de un ovino para un banquete, un personaje masculino que lleva un gran cesto con uvas en una mano y una liebre en la otra, bajo un emparrado, ocupan la superficie musiva (DUNBABIN, 1978, 116, 255, láms. D; XLII, 107-108; BALMELLE-BRUN, 2005, 907, fig. 10; FERDI, 2005, n.º 86, lám. XXXIX; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 682, fig. 10). En el mosaico del calendario de El Djem, diversos trabajos campestres efectuados en determinados meses del año están distribuidos a lo largo de una serie de pequeños cuadros (DUNBABIN, 1978, 111, 260, lám. XXXVIII, 99; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 671). Cultivos combinados, como el de olivo y cereal u olivo y vid, aparecen en numerosos mosaicos (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 479-480, figs. 85-88; 2012b, 679-680, lám. III), como en el acabado de citar de

la Casa de las Labores agrícolas de Cherchel, en uno de Saint-Germain-en-Gal, fechado en la primera mitad del siglo III, en el de las Estaciones del Museo Arqueológico de Córdoba, datado en la segunda mitad del siglo IV o en el de la villa de *Cardilius* (Torres Novas, Portugal). Recientemente, esta investigadora (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 669-690) ha retomado el estudio de los paisajes productivos del agro en la musivaria norteafricana: los feraces campos cultivados, la cría de ganado, la comercialización de los productos agropecuarios (vino, aceite, cereales, frutos, lana, etc.), las estructuras de las *villae rusticae*... y define como escenas “globalizadoras” aquellas con distintos espacios rurales representados simultáneamente en un mismo lienzo musivo (el de Oudna, el del *Dominus Iulius*, etc.). En algunos de esos mosaicos hay plantaciones mixtas de olivos y viñas emparradas, enseñándonos ocasionalmente el procedimiento denominado de “ordeño” para arrancar la aceituna sin dañar las ramas, recomendado en sus tratados por Varrón (*rust.* I, 55, 1-3) y otros agrónomos latinos, que ha perdurado hasta hoy día, por sus ventajas frente al vareo, que rompe las ramas jóvenes y los tallos. Tanto el vareo como la recogida “a mano” de este fruto, a veces mediante escaleras, protagonizan la relación narrativa de varios mosaicos (sobre éstos, cfr. LÓPEZ MONTEAGUDO, 1998, 359-376; 2002, 256; 2004, 311-313; 2007, 448-449; 2012b, 678). De hecho, la recolección “a mano” es reproducida en las más diversas obras plásticas (pinturas, relieves...) de diferentes provincias del Imperio (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 484, 486), como un fragmento de mármol del Museo Arqueológico de Córdoba, fechado entre finales del siglo III y principios de la siguiente centuria, también en sarcófagos de Roma y Ostia, en una pintura de Roma del 332 d.C. y en especial en los pavimentos musivos (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 488, 490, fig. 99). El ya mencionado de la Casa del *Dominus Iulius* está conformado por distintos episodios, como la recogida de aceitunas (tanto en el suelo como vareándolas en el árbol), la cría de patos y corderos, el pastoreo, ofrendas de animales, flores, frutos y otros presentes a los *seniores* (alguno de esos episodios reproducidos en mosaicos como éste de Cartago, conservado en el Museo de El Bardo, se documentan

también en un pasaje de Marcial, *Epigr.* III 58, 33-40; VII 31, 9, donde un colono saluda a los *domini* y les ofrece presentes), permitiéndonos conocer algunas de las costumbres sociales de la época (DUNBABIN, 1978, 62, 119-121, 252, lám. XLIII, 109; PARRISH, 1984, 111-113, n.º 9 y 49, láms. 15 y 67; BLÁZQUEZ, 1994, 1180-1181; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 481, fig. 103; 2012b, 672-673). En el mosaico tunecino del Triunfo de Neptuno de La Chebba (Museo de El Bardo), de mediados de la segunda centuria, se recolecta aceitunas del suelo, haciendo simbólica referencia al invierno, mientras que una guirnalda floral envuelve la figura representativa de la primavera, espigas circundan la del verano y ramas de vid rodean la del otoño (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 256; 2007, 463, 490-491, fig. 104; 2012b, 671, 673, lám. I, 1). Encontramos imágenes alusivas a diferentes productos de la tierra y a diversas ocupaciones de los colonos y los dueños de la finca, asociadas a los bustos de las Cuatro Estaciones inscritos en las esquinas de este tapiz (también en algunos mosaicos hispanos, como el de la *villa* de Comución, en Álava, junto a los bustos alegóricos de las Cuatro Estaciones hay espigas, racimos de uvas..., que son los atributos usuales en esta clase de composiciones). En uno de los paneles musivos de Tabarka (la antigua *Thabraca*), fechado a finales del siglo IV o inicios del V, se contempla un paisaje rural con una vivienda e instalaciones subsidiarias rodeadas de olivos, viñedos y aves diversas (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, lám. XLV, 113; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1998, 359-376; 2007, 480; 2012b, 676, fig. 7), que P. Romanelli (1965, 280, fig. 7) considera un ejemplo explícito del triple complejo compuesto por *villa dominica*, *villa rustica* y *villa fructuaria* descrito ya en el siglo II por Columela (*De r.r.* I, 6). Los otros dos paneles de Tabarka son muy similares (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, láms. XLIV, 111-112). En el de la Casa de los Prótomos, de Utica, datado en el siglo III, se da la característica combinación de olivos y vides (DUNBABIN, 1978, 112, 276, lám. XXXIX, 100; BLÁZQUEZ, 1994, 1177; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 481, fig. 90; 2012b, 676-678, lám. II). En un pavimento de El Djem, de mediados del siglo III (Museo de El Bardo), un olivar deja entrever una cacería de liebres con perros

(DUNBABIN, 1978, 49, 257, lám. XI, 22; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 256; 2012b, 673). Las escenas campestres con presencia de olivos y viñas abundan especialmente en los mosaicos norteafricanos: consignaremos dos de *Thysdrus*, uno de ellos de temática báquica, con dos figuras del *thiasos* descansando bajo un olivo, y ramas de vid que brotan de cántaros (Museo de El Djem, procedente de la Casa de Sileno), fechado en la segunda mitad del siglo III (FOUCHER, 1961, 23-30, lám. XI; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 674), y otro con una lechuga posada entre dos de estos árboles o un mosaico procedente de Utica (Museo de El Bardo), donde Diana cazadora está acompañada de un ciervo, cerca de un gran olivo; en el mosaico de *Scorpianus*, procedente de Cartago (Museo de El Bardo), un personaje masculino planta un ejemplar de esta especie arbórea en un tiesto (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 476-478, figs. 80-83, respectivamente). Esta autora recopila una serie de mosaicos del África romana decorados con coronas o guirnaldas de hojas de olivo, ramas, cestos de aceitunas y diversas operaciones relacionadas con este fruto, las distintas fases de su procesamiento y transporte, alusivos a la riqueza olivarera de la zona y la producción del aceite (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 256; 2007, 433-520). Este compendio pormenorizado incluye, p. ej., pavimentos tunecinos de los siglos II al IV d.C., como son algunos de Achola, Henchir M'Rira, Cartago, Djebel Oust, El Djem, Cartago, Dougga, *Hippo Regius*, Lemta, Sbeitla y Sfax, el argelino de Aïn-Babouch, del periodo severiano, etc. En la misma línea, también contienen figuraciones similares mosaicos de otras provincias del Imperio, sobre todo de la *pars occidentalis*, como Hispania: el de El Hinojal, en Mérida, el de las Estaciones de Tarragona, el de Baco, en Córdoba (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 455-456, 462); algunos están decorados con ramas de olivo, como el de los Peces, de la Vega Baja de Toledo (BLÁZQUEZ, CMRE V, 1982c, lám. 47, n.º 26; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 465, 478). Todo el proceso de la oleicultura, desde la cosecha de la aceituna a su transporte y molturación, se documenta en el sarcófago de Ampurias, del Museo Arqueológico de Gerona, igualmente, en el relieve Rondanini (Roma), de

mediados del siglo II, y en otros relieves, sarcófagos, pinturas, terracotas romanas... (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 487-488, 491, 492-496, fig. 97), que complementan las descripciones de tratadistas en agronomía como Catón (*agr.* XX-XXII), Varrón (*rust.* I, 55, 2-7) y Columela (*De r.r.* XII, 52, 6).

Los temas de las plantas estacionales y diversos motivos vegetales, vinculados con el calendario agrícola, entre ellos el olivo, hacen referencia a etapas concretas del año (el invierno...), tal es el caso del citado mosaico de las Estaciones de Córdoba, con las personificaciones alegóricas de las mismas provistas del utillaje adecuado para recolectar los productos estacionales típicos (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 36-38, láms. 22-23, 84, n.º 19; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 462, fig. 163; 2012b, 679-680) o el de un pavimento de la villa de Fraga (Huesca), igualmente de la cuarta centuria, el de las Estaciones de la Casa de Surtidores (Conimbriga), con la iconografía habitual (el Verano, tocado de espigas en la cabeza y hoz sobre el hombro; el Otoño, cuya cabeza lleva corona de pámpanos y uvas..., LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 212, figs. 12-13) e incluso el de algunos de la Galia u otro conservado en el Museo Tegerstino de Trieste, el de la Medusa del Museo de las Termas, en Roma, el de las Cuatro Estaciones de Piazza Armerina, el de Tarento, del siglo IV, etc. (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 460, 463, 455, figs. 66, 64, 60, 46, 47, respectivamente). Esta investigadora pone de manifiesto que el árbol y el fruto del olivo no sólo se utilizaban en el arte romano para representar la estación invernal, sino como símbolo de la provincia de Hispania (como describe Claudiano, *de cons. St.* II 28; cfr. también, en lo concerniente a su iconografía, la publicación de ARCE, 1980, 77-102), por su importante economía oleícola. En palabras textuales suyas, salvo en estas alegorías (como la de la riqueza olivarera de Écija, en un mosaico datado hacia los siglos II-III, donde se incluye además un cesto de frutos asociado bajo la fórmula de las *xenia*, LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 193), el olivo únicamente aparece en los mosaicos romanos “como uno más de los componentes de aquellas escenas referidas a ambientes agrícolas o de transporte del producto, (...) sin otra lectura que no sea la propiamente agrícola” (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007,

473, 467). Ésta es aplicable a las restantes actividades agrícolas desarrolladas en ellos. Abundan los mosaicos donde hay cestos de frutos y guirnalda vegetales con un contenido simbólico relacionado con la renovación del ciclo anual y la prosperidad que genera la tierra (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 193-195; SAN NICOLÁS, 2008, 2569-2587). En otros tiene cabida la representación del origen mítico que en el imaginario romano se atribuía a la tríada mediterránea (olivo, vid y cereal; cfr. DURÁN, 2010, 501-526). G. López Monteagudo (2012b, 670-671) revisa algunos de esos mitos y de esas representaciones alegóricas de los conceptos relativos al Tiempo y al paso de los meses. Así, en un mosaico de Cartago, perdido, adscrito a la primera mitad del siglo IV, *Tellus*, la Tierra madre, divinidad propiciatoria de la fecundidad del suelo, ligada a ancestrales ritos de fertilidad de la tierra, porta la cornucopia, en alusión a la riqueza que surge de ésta.

Este conjunto de pavimentos, relieves, pinturas y otras manifestaciones plásticas es para nosotros un expresivo documento de una forma de vida y un modo de producción vigentes en distintas provincias del Imperio a lo largo de un extenso periodo de su historia, pues aunque dichas representaciones tengan con frecuencia un carácter alegórico para significar la estaciones o el paso cíclico del Tiempo, dentro del calendario agrícola (Colum., *De r.r.* IX, 50; *CIL* I2, 281), en última instancia, con independencia de su semántica, nos suministran imágenes fidedignas del medio rural romano de buena parte del ámbito mediterráneo, que son susceptibles de ser analizadas para saber más sobre su “intrahistoria”, inclusive con el filtro de su componente ideológico. Podemos extraer de las mismas una ingente cantidad de datos de gran utilidad para comprender mejor aquella realidad socio-económica.

En ellas no sólo aparecen olivares, sino otras producciones agrícolas características de todo ese espacio geográfico (ya ha sido mencionada con anterioridad la típica asociación de varios cultivos), constituyendo un valioso testimonio gráfico de ese contexto rústico. A modo de escenario, contienen los más diversos elementos de la naturaleza y sugieren el paisaje circundante de muchas de las *villae*²⁸, aun cuando no necesariamente fuera el verdadero

entorno de aquélla que decoraban. Se presta especial atención al mismo en mosaicos ya citados, como el del *Dominus Dulcitius* de la villa de El Ramalete (Tudela, Navarra), con arbustos y árboles de aspecto ornamental, “rodeado de formas vegetales esquemáticas” (BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 193; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 63-69, láms. 39-40, 56, n.º 44), muy similares a los motivos fitomórficos de otros mosaicos tanto peninsulares como de fuera de nuestras fronteras, así, contamos con términos de comparación en los cuadros de cacería de Baños de Valdearados (ARGENTE, 1979, 50, fig. 18, lám. VII A), en Pedrosa de la Vega (PALOL y CORTES, 1974, 55-61, láms. L-LXXII), en el de las Estaciones, de la Casa de Surtidores, Conimbriga (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 212), en dos ejemplares de Cartago, uno con leones (FRADIER, 1986, 81), otro de mediados del siglo IV, con Apolo y Diana presidiendo una cacería (BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 250, fig. 232; DUNBABIN, 1978, 57-58, 62, 144, 253, lám. XVII, 36-37), en uno de Henchir Toungar, del segundo cuarto del siglo III, de nuevo con una *venatio* (DUNBABIN, 1978, 50, 61-62, 262, lám. XII, 23), en escenas cinegéticas de la Casa de *Isguntus*, en *Hippo Regius*, probablemente del 310-330 d.C., en otros de Constantina, Bordj-Djedid (DUNBABIN, 1978, 55, 262, lám. XIV, 29; BLÁZQUEZ, 1994, 1174; DUNBABIN, 1978, 56-57, 255, lám. XVI, 34; 59, 62, 250-251, láms. XVIII, 40; XIX, 42-43, respectivamente), etc.

En el pavimento tunecino de Sidi Abdallah (en las termas de *Sidonius*), de mediados del siglo IV, se distingue al fondo un campo de espigas, árboles, una cabaña de pastor y varias edificaciones rústicas (DUNBABIN, 1978, 129, 268, lám. L, 125, que propone una datación de finales del siglo IV o del V; BLÁZQUEZ, 1994, 1181). Otro de Sidi Ghrib (Túnez), de las postrimerías del siglo IV-comienzos del V, reproduce algunas labores campestres (ENNABLI, 1986, 42-44, lám. XIV; BLANCHARD-LÉMÉE *et alii*, 1995, fig. 116). Un rebaño de cabras y ovejas al cuidado de un pastor, junto a una estructura campestre, y los *domini* delante de su villa ocupan sendos espacios del mosaico de Orfeo de Leptis Magna (Museo de Trípoli, Libia), que se fecha hacia finales del siglo II d.C. (AURIGEMMA, 1960, 52-60, láms. 114 y 123; DUNBABIN, 1978, 278;

LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 675-676, figs. 4-5). En uno de los cuatro paneles musivos de Zliten (Museo de Trípoli), de época flavia, unos labradores cavan la tierra con azadones delante de una construcción rústica, entre olivos, mientras varios animales están pastando; en otro de los cuadros de este supuesto calendario agrícola procedente de la *villa* romana de Dar Buc Ammèra, unos pastores guardan el ganado y otro ordeña a una oveja en el establo, teniendo como fondo una espléndida mansión de varios cuerpos adosados. En un tercer panel varios gañanes trillan la mies en una era, supervisados por la *domina* cerca de una grandiosa residencia porticada (LEVI, 1947, I, 521, fig. 194; AURIGEMMA, 1960, 55-60, láms. 123 y 125; ROMANELLI, 1965, 279, fig. 4; BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 252, figs. 234-236; DUNBABIN, 1978, 109, 278, lám. XXXVI, 95-96 [sobre su cronología, 235-237]; BLÁZQUEZ, 1994, 1181-1182, 1184, láms. VI-VII; 2012, 83; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 478-479, fig. 84; 2012b, 674, figs. 1-3). De ese mismo modo de trillar, desgranando las espigas mediante las pisadas de dos pares de bueyes y caballos, que dan continuas vueltas, nos ofrecen información Columela (*De r.r.* II, 20) y Plinio (*NH* XVIII, 72), lo que nos permite contrastar la documentación textual con la semblanza del mundo rural dibujada en estos pavimentos. Podemos comprobar de esa manera su coincidencia con lo que narran los autores clásicos. En la misma línea, un campesino siega las mieses en un relieve procedente de Niebla (Huelva), conservado en el MAN (FERNÁNDEZ CHICARRO, 1953, 442-443, fig. 5; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 194). Asimismo, los trabajos estacionales relacionados con la vendimia y el pisado de la uva se recrean en composiciones musivas de Hispania, Península Itálica, Norte de África... (a propósito de este particular, cfr. BLÁZQUEZ, 1994, 1178-1184; 2012, 82-83; específicamente sobre las técnicas agrícolas, BLÁZQUEZ, 1996, 517-528). El tema de la vendimia tuvo una gran difusión desde el siglo II al V d.C., conociéndose al respecto un buen número de ejemplares tardíos: los de Alcalá de Henares, Calpe, Sagunto, Mérida, Piazza Armerina, Argos (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 24-25; BLÁZQUEZ, 2012, 82, con

bibliografía), *Hadrumetum*, El Djem (DUNBABIN, 1978, 111, 260, lám. XXXVIII, 99), Oudna, *Hippo Regius*, Cherchel (ROMANELLI, 1965, 280, fig. 6; BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 258-259; DUNBABIN, 1978, 115, 254, lám. XLI, 105; 116, 255, láms. D, XLII, 107-108; BALMELLE-BRUN, 2005, 900, fig. 1 a; 905, fig. 7), en uno de estos últimos, proveniente de la Casa oriental del Club de Tenis, de finales del siglo IV o principios del siguiente, hay diversas escenas del proceso de producción vitivinícola, asiduamente representadas en la serie musiva dionisiaca del Occidente del Imperio (DUNBABIN, 1978, 116, 255, láms. D; XLII, 107-108; BALMELLE-BRUN, 2005, 907, fig. 10; FERDI, 2005, n.º 86, lám. XXXIX; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 682, fig. 10), entre otros, aunque los hay más tempranos, como uno de Duratón, fechado hacia el 200 (BLÁZQUEZ, 2012, 82), el de Ibarra, en Itálica, de la segunda mitad del siglo II o comienzos del III (BLANCO, 1978a, 29-30, láms. 15-16, n.º 5), o el de Saint-Romain-en-Gal (LANCHA, 1977, fig. 7; 1981, lám. CXVIII, n.º 368). Volvemos a encontrar escenas similares en mosaicos italicenses del siglo III: el de Galatea, el de las Cuatro Estaciones de la Casa de Hylas y el de la Casa de las Eras del Monasterio (BLANCO, 1978a, 54-55, lám. 77, n.º 42; 30-31, láms. 17-18, n.º 6; 43-44, láms. 50, 1-2; 51, 1), así, en el primero de ellos hay un personaje con un pato y un racimo, una joven que carga una gavilla y una fruta... La temática compositiva del mosaico báquico de Alcalá de Henares, de las postrimerías del siglo IV o principios del V, son hojas de parra, un lagar y varios vendimiadores, algunos de ellos transportando cestos de uvas, otros prensándolas con los pies, cuyo mosto cae a unos *dolia*. En otro de los paneles de que consta este tapiz, decorado con las Cuatro Estaciones, la alegoría del verano lleva una hoz y la del otoño está coronada con pámpanos y racimos (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 22). Un mosaico de Villaviudas (Palencia) es bastante parecido al de Alcalá (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 23). El del calendario de Hellín, datado en la primera mitad del siglo III, nos muestra las Cuatro Estaciones, un bóvido, varios pastores cuidando cabras... (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989b, 49-54,

láms. 18-19, 34-39, n.º 39; BLÁZQUEZ, 2008, 112). Otro calendario, en un mosaico de Fraga, está asociado a fiestas religiosas de carácter agrícola y familiar (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 73-86, láms. XXXIV-XXXV; BLÁZQUEZ, 2008, 112). Como acertadamente ha observado K.M.D. Dunbabin (1978, 111), en la mayoría de los mosaicos con calendarios (los de la Galia, Tréveris, Cartago, El Djem, Dermech, etc.) abundan las escenas costumbristas y los trabajos del campo, entre éstos, los relacionados con la vid. El tema de la vendimia se repite en un pavimento en *opus tessellatum* de la Casa del Anfiteatro de Mérida, datado en el siglo III (BLANCO, 1978b, 44, láms. 73-74, n.º 39), en dos de la Iglesia de Santa Constanza, en Roma (STERN, 1958, fig. 33), en otro de Dougga (DUNBABIN, 1978, 170, 184, nota 64, 257, lám. LXXII, 184), en un mosaico de la Iglesia del Diácono Thomas, del Monte Nebo, donde vemos una pareja de vendimiadores junto a un asno que lleva las alforjas repletas de racimos de uvas y, a su vez, roleos de vid con su fruto envuelven las figuras (BALMELLE-BRUN, 2005, 906, fig. 8). En el ya mencionado de Piazza Armerina, datable entre 310-330, varios *erotes* recogen uvas de unas parras, uno de los cuales lo hace subido en una escalera (DUNBABIN, 1978, 198, lám. LXXVIII, 202). *Erotes* vendimiadores o participando en la prensa de la uva son habituales en sarcófagos romanos del siglo III y en pilastras, en alusión dionisiaca al Más Allá, p. ej., en una pilastra del Tetrapylon de *Leptis Magna*, un sarcófago judío expuesto en el Museo de las Termas y el Sarcófago de las Estaciones (GARCÍA Y BELLIDO, 1979, 559, fig. 989; 605, fig. 1074; 710, fig. 1215; BLÁZQUEZ, 2012, 82).

Del sistema de cultivo de la vid consistente en suspenderla de pértigas - la *vitis compluviata*-, hablan Columela (*De r.r.* IV, 1-8; V, 4-5), Paladio (*Opus agriculturae* III, 2) y Plinio (*NH* XIV, 13; XVII, 164, 166). Este último refiere que dicho método de sostener las cepas en alto ayudándose de varas era practicado en Hispania. Está atestiguado en pavimentos lusitanos, como el citado de Torre de Palma, en Monforte (BLÁZQUEZ, 1980, 135-136, fig. 1,4; 1994, 1177), de época constantiniana, asimismo, en mosaicos orientales, como algunos de la Iglesia del Diácono Thomas, del Monte Nebo (Jordania), en uno

de los cuales las viñas están apoyadas en árboles frutales (BALMELLE-BRUN, 2005, 902, fig. 3), también en varios norteafricanos, p. ej., en uno de los de Cherchel, el de las Bodas de Tetis y Peleo, del siglo IV, unos *erotes* están subidos a una escalera para vendimiar, mientras otros lo hacen desde el suelo (FERDI, 2005, n.º 52, láms. XVI y XX; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 681, fig. 8). En otro ejemplar de la Casa del mosaico de las Labores agrícolas, de idéntica procedencia y cuya cronología se encuadra entre los siglos III-IV según Ferdi (2005, n.º 95, lám. LXXXVII), bajo unas viñas en alto, un vendimiador, con un cesto, desciende por una escalera. Un enorme emparrado cubre buena parte de un pavimento de la Casa oriental del Club de Tenis de Cherchel (DUNBABIN, 1978, 116, 255, lám. XLII, 107, *vid. supra*).

También se utilizaban otros sistemas, como acreditan la trilogía de Tabarka (Túnez) o el mosaico de la Casa de los Prótomos, de Utica, donde se sostienen los sarmientos en soportes bajos circulares (*vites characatae*), intercalados entre olivos o, en otros casos, asociados a árboles frutales (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, lám. XLV, 113; BLÁZQUEZ, 1994, 1184; BALMELLE-BRUN, 2005, 903, fig. 5; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 676, figs. 6-7, lám. II), lo que concuerda con las descripciones de Paladio (*Opus agriculturae* III, 11) y Columela (*De r.r.* IV, 17,1-8; V, 4, 6-7). Este último, además de a la *vitis compluviata*, hace referencia a cultivos combinados de diversas especies (higueras y granados...), al igual que Plinio (*NH* XIV, 3, 10-11; XVI, 141; XVII, 35, 200-202). Las noticias proporcionadas por estas fuentes literarias constituyen un sólido argumento de que todo ello habría sido originariamente copiado del natural. Tanto es así que P. Romanelli (1965, 280) los define como “elementos traídos de la realidad” y califica de “vigoroso expresionismo” el modo en que los *musivarii* trazaron conjuntos iconográficos como los de *Caesarea*.

También podemos suponer cómo se hacía el prensado de la uva a través del estudio de algunos mosaicos, muchos de ellos vinculados con el ciclo dionisiaco, como los más arriba mencionados de Alcalá de Henares (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX,

1989b, 22), de la Casa del Anfiteatro, en Mérida (GUARDIA, 1992, fig. 87), el mosaico del Calendario, de la Casa de los Meses, en El Djem (FOUCHER, 1961, 29-50, láms. XXXI-XXXIV; DUNBABIN, 1978, 111, 260, lám. XXXVIII, 99), un ejemplar de Minturnes (Italia), uno de los cuadros del mosaico del Calendario de Saint-Romain-en-Gal (LANCHA, 1977, fig. 7; 1981, lám. CXVIII, n.º 368), otro de Sepphoris (Israel), dos del Monte Nebo (Jordania), uno de la villa del Casale, de Piazza Armerina, en algunos de los cuales se disponen en primer plano unas tinajas para recoger el mosto o hay prensas de vino entre los pisadores de uva (BALMELLE-BRUN, 2005, 908-911, figs. 11 a y b, 12 a y c, 13 a y 14 a) u otro de Cherchel (Casa del pavimento de tema báquico), donde unas vides emparradas en altura crecen sobre las cabezas de dos figuras masculinas que están pisando la uva, siendo vendimiadas por otro personaje (FERDI, 2005, n.º 45-46, lám. XIII; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 681, fig. 9), insertos en un horizonte cronológico comprendido entre los siglos III-IV.

La vid y el vino se utilizan en muchos de esos ejemplares musivos “con el mismo contenido alegórico” y de reflejo de la realidad agrícola que el olivo y el aceite (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 520). En el mosaico de Santa Colombe, *Lycurgus* se halla entre viñas cargadas de racimos (LEVI, 1947, I, 511, fig. 188) y en el de Vault de Santa Costanza (Roma), un busto humano está rodeado de vides (LEVI, 1947, I, 512, fig. 189), en un mosaico de Piazza Armerina, unos *erotes* recogen uvas (DUNBABIN, 1978, lám. LXXVIII, 202), al igual que en otro de Dougga (DUNBABIN, 1978, 170, 184, nota 64, 257, lám. LXXII, 184. Una bucólica estampa con racimos de uvas y gran variedad de pájaros embellece un mosaico del *Martyrion* de Seleucia (LEVI, 1947, II, lám. CLXXXIC). En uno de los lienzos musivos que decoran la villa constantiniana de Daphne (Antioquía) destaca una guirnalda de frutos, entre ellos, un racimo de uvas, orlando la alegoría de *Ananeosis* (la renovación), alusiva a la prosperidad ligada a la renovación del ciclo estacional (LEVI, 1947, I, 320-321, fig. 73b; CIMOK, 2000, 244; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 195). Otro ejemplar antioqueño, el de la habitación 3 de la Casa del Barco de Psyches, está adornado con vides, racimos, un vendimiador con un gran cesto en la

cabeza... (LEVI, 1947, II, láms. XXXVII a-XXXVIII a). Viñas y racimos cubren la superficie pavimental en Beisan, Hamman (LEVI, 1947, I, 515, fig. 191) y en otro mosaico de la misma procedencia aparece un personaje masculino vendimiando (LEVI, 1947, I, 516, fig. 192). Detalles de vides repletas de racimos ocupan una de las paredes pintadas de la tumba de *Clodius Hermes*, en Roma (LEVI, 1947, I, 509, fig. 187), transmitiendo seguramente un mensaje esperanzador y vitalista. J.-G. Gorges (1979, 158-161) considera que en el registro artístico romano la viña, reproducida frecuentemente en mosaicos aplicados al revestimiento de suelos de *villae* hispanas, se ha convertido en el símbolo del conjunto de faenas agrícolas desempeñadas en esas haciendas. Fuente de riqueza, alegría y nobleza, es emblema y testimonio de todo un estilo de vida. Asociada a la iconografía dionisiaca (p.ej., en el citado mosaico báquico de Alcalá de Henares, CABRERO, 2008, 1267, fig. IIc), ilustra un modelo económico y unas corrientes tanto religiosas como filosóficas imperantes entre muchos de los terratenientes hispanos, al igual que sucede con los mosaicos de tema cinegético, manifestación de las aficiones y la mentalidad de este grupo social, puesto que la caza exalta la *virtus* (al servir para ejercitar la virtud heroica), además de poseer un valor religioso y místico, entre otras connotaciones. Por todo ello, las escenas cinegéticas y las dionisiacas se prodigan en los mosaicos de las *villae* de la Península, respondiendo la elección de las mismas no a una simple opción decorativa, sino al gusto de los latifundistas por el vino, los banquetes, la caza, todo ello conectado con una espiritualidad pagana y una ideología propias de esa sociedad rural tardorromana, reivindicadas a través de ellos (BLÁZQUEZ, 1975a, 18-25; GORGES, 1979, 155-162; WEITZMANN *et alii*, 1979; 1980; MORAND, 1994; SANZ, 2007, 443-480; ALFÖLDY, 2012, 293-341; REGUERAS, 2013, 95-96), lo que nos permite saber algo más de su trayectoria vital en el contexto de las *villae* (una amplia recopilación bibliográfica relativa a las mismas y quienes las habitaban, en BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, 1985, *CMRE* VII, 79-81)

Como es de sobra conocido, en diversas narraciones de escritores de época tardía (Sidon., *Epist.* II, 2, III, 3, VIII, 4; Geroncio, *VM* 11 y 18; Amm., *R.G.* 27, 11,1; Aug., *Contra academicos* I, 1-2) se describe el amor al campo sentido por la mayoría de los *domini*, que vivían en sus posesiones rústicas, cuando menos, durante largas temporadas (CHASTAGNOL, 1976, 200-203), si no era permanentemente, en muchos de los casos (una interesante confrontación de los textos clásicos contemporáneos con los restos arqueológicos de *villae* del siglo IV nos ofrece SFAMENI, 2006, 61-72). Allí no sólo se dedicarían a cazar, pescar o a relajarse mediante otras formas de ocio, de cariz intelectual (lectura, declamación...), sino también a la supervisión y administración de sus producciones agropecuarias (Varro, *rust.* III, 2, 5 y 13), que les proporcionaban cuantiosos ingresos (DUNBABIN, 1978, 46-64, 109-130). La ostentación tanto real como simbólica de la riqueza de los *possessores* se exhibe en muchos de los mosaicos del llamado “ciclo de los *latifundia*” (GRABAR, 1962, 394-395; BLÁZQUEZ, 1997, 395-405; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 244), es obvio, por tanto, que para ellos era importante dejarla patente, utilizando la musivaria como uno de los cauces de expresión más idóneos. Todo ello refuerza la idea del significado cultural de los mosaicos y nuestra percepción de que el extenso imaginario visual al que los *musivarii* recurren, con toda probabilidad, puede atribuirse a una deliberada intencionalidad de quienes los encargaron, traspasando el plano de lo meramente ornamental.

Dado que, en general, la sociedad romana tenía un carácter esencialmente agrario y, al ser la agricultura la base de la economía en el mundo antiguo, todas estas cuestiones relativas a la vida en el campo se convirtieron en constante fuente de inspiración de estas verdaderas obras de arte (al respecto, la musivaria del Norte de África es analizada por especialistas como PRÉCHEUR-CANONGE, 1963, 29 ROMANELLI, 1965, 275-284; DUNBABIN, 1971, 52-65; 1978, entre otros). Esa variedad de actividades que protagonizan tantos mosaicos, pinturas y relieves se llevarían a cabo habitualmente en *villae* como la de Puente de la Olmilla, en una de cuyas

principales habitaciones se instaló un pavimento musivo con un diseño figurativo que podemos poner en relación con el panorama expuesto a lo largo de las últimas páginas, pues probablemente estaba vinculado al ciclo báquico e incluso parece apreciarse en él influencias de cartones de cacería tardoimperiales (fig. 209).



Fig. 209. Mosaico de la habitación n.º 2 de Puente de la Olmilla. Foto: MP de Ciudad Real.

De la serie de ejemplares musivos (también pictóricos y plásticos) mencionados en esta síntesis podemos extraer una visión bastante reveladora de aquella realidad histórica, al servirnos para conocer mejor diversos aspectos del quehacer cotidiano y de las condiciones de vida en estos establecimientos rústicos²⁹. Estos referentes de la cultura material componen una imagen muy concreta de los mismos y nos permiten vislumbrar retazos de su día a día, por ese motivo los hemos traído a colación en esta especie de preámbulo, pese a haber sido repetidamente estudiados por autoridades de reconocido prestigio,

citadas más arriba. Aun teniendo en cuenta las consideraciones ya comentadas (su simbología, la proyección a través de ellos de una presumible carga ideológica propagandística...), es indudable su valor documental y, con su fantástica concepción visual, pueden ayudarnos a reconstruir algunas facetas del *modus vivendi* de los habitantes de *villae* como ésta de Albaladejo.

XIV. ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO

En el proceso de excavación se ha descubierto un patio central, el peristilo que lo circunda, más de una treintena de recintos de distinto rango, un posible pórtico exterior y el pasillo de entrada, permitiéndonos conocer bien el sistema de circulación de la *villa*. Algunos de esos ambientes están ricamente decorados con paredes estucadas, de amplia variedad cromática, y pavimentados con mosaicos policromos de gran diversidad ornamental, en diferentes grados de conservación, que conjuntamente crearían bellos efectos de luz y color (fig. 210).

En el inventario de *villae* realizado por J.-G. Gorges (1979, 246-247), en el que está incluida la de Puente de la Olmilla, este autor hace referencia a los cuatro grandes corredores que “delimitan un patio interior (peristilo [?])” y a cuatro habitaciones documentadas en las primeras campañas (a las que se ha asignado en el plano general los números 1, 2, 4 y 15, fig. 220).

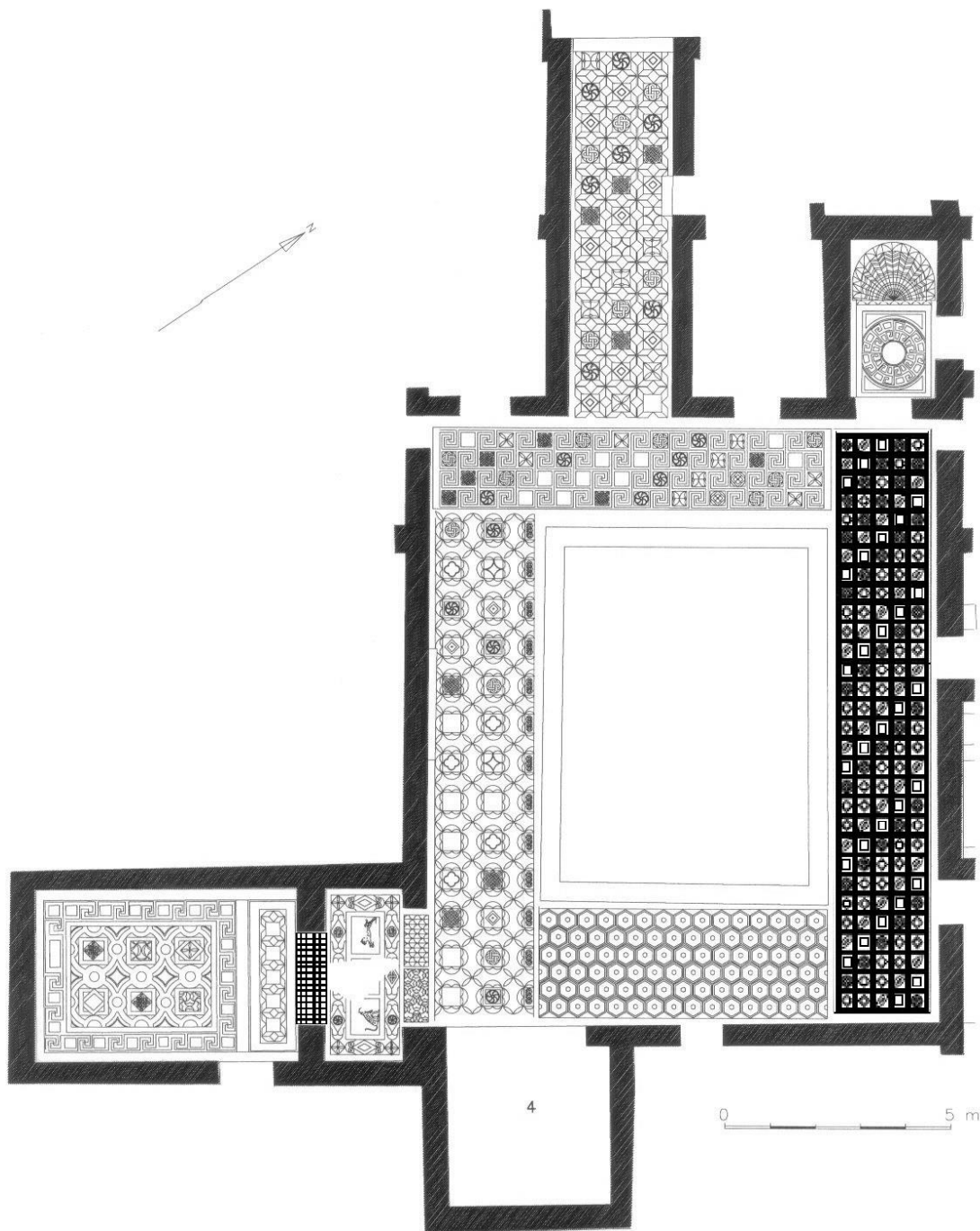


Fig. 210. Zona pavimentada con mosaicos. Dib.: García Bueno.

La superficie total excavada es de unos 1.225 m² aproximadamente; un solar de considerable entidad que, no obstante, constituye una pequeña parte en relación con el potencial del yacimiento, pues la extensión de los restos

arqueológicos detectados en las inmediaciones, basándonos en las prospecciones realizadas para su demarcación, sobrepasa con mucho el área donde se ha intervenido hasta ahora, que pertenece mayoritariamente a la *pars urbana* (excepto cinco o seis posibles ámbitos utilitarios), si nos atenemos a la clásica división formulada por Columela (*De r.r.* I, 6,1). En este sentido, algunas alineaciones de estructuras que apenas afloran al exterior, permaneciendo semienterradas debido a la acción niveladora de las rejas de arado, y la dispersión superficial de la cerámica, del material latericio y de cubrición en un perímetro de unos 300 m en derredor de las ruinas exhumadas, apuntan a una ocupación mucho más amplia. Además, al observar los muros exteriores de la zona delimitada podemos comprobar que la edificación se prolonga por los cuatro costados, con la salvedad del frente noroccidental, donde apenas localizamos (al Norte) una estructura más allá de la galería porticada que interpretamos como fachada principal de la residencia (n.º 13, fig. 220).

Puente de la Olmilla corresponde, por tanto, al tipo de *villa* de peristilo, ampliamente difundido en la Península Ibérica (GORGES, 1979, 125-126; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 70-77, 171, figs. 84G, 90, n.º 30, 96B; CHAVARRÍA, 2007, 208-209, n.º 36, fig. 62), pero también está caracterizada por el referido pórtico exterior³⁰. Este esquema arquitectónico, en el que se combinan ambos elementos, no es demasiado usual en Hispania (cfr. los ensayos de síntesis de GORGES, 1979, láms. XXIV-LXX y CHAVARRÍA, 2007, 167-297, con sus respectivos catálogos). En contraposición a lo expresado por esta última investigadora (CHAVARRÍA, 2007, 108) respecto a que algunas de estas residencias responden “a una concepción de edificio muy compacto cerrado al exterior (prácticamente todas las *villae* de peristilo)”, la de Albaladejo rompe dicho esquema, abriéndose al medio externo a través de una *loggia* (*vid. infra* capítulo XVII).

XIV.1. TÉCNICA Y MATERIALES EDILICIOS

En la fábrica de las unidades constructivas se emplearon piedras locales (fundamentalmente arenisca), sin trabajar o toscamente desbastadas, de formas y dimensiones variadas, predominando las de tamaño mediano, bien trabadas con mortero de argamasa y colocadas en hiladas más o menos regulares. Son estructuras muy consistentes, con recias cimentaciones sobre las que, según parece deducirse de ciertas evidencias arqueológicas, se alzaban paredes de adobe (así, p. ej., se acredita en las habitaciones n.º 8 y 19) y, probablemente, aunque no se hayan conservado, de tapial. De la mayor parte de los muros tan sólo se han preservado las fundaciones. Las superficies parietales estaban revestidas con un enlucido de cal y frecuentemente decoradas con pinturas de rico colorido.

La anchura de esos muros contruidos en mampostería no es totalmente uniforme, pero suelen medir 0,70 m y hay algunos tabiques de adobe de 0,40 m de ancho (habitaciones n.º 8 y 33).

Así pues, en lo que concierne a la técnica edilicia, el muro de mampostería de bloques se alternaría con ladrillos (utilizados para regularizar las hiladas de piedra del zócalo, fig. 260), al menos en algunos casos, y con adobes, lo que no debía de restar solidez al inmueble, mayoritariamente de muy buena calidad constructiva (en algunas otras *villae* se ha constatado el uso del ladrillo como material complementario de machones y esquinas, p. ej., en Las Mezquitillas, cfr. SANTOS, 1955, 47-48).

La piedra no sólo se aplicó en Puente de la Olmilla a los cerramientos, sino también a algunos umbrales y elementos de sustentación, como las columnas (figs. 211-212, 238, 255 y 299). En efecto, han aparecido algunas basas, fustes³¹ y escasos fragmentos de capitel, entre éstos es de reseñar uno de orden dórico y otro con molduración corintia o tal vez podríamos decir que es de estilo “corintizante”, cuya ejecución es bastante tosca (*vid. infra* Anexo IV, 1980, 1), quizás labrado por canteros locales. Podría tratarse de una posible variante regional, que intenta aproximarse al modelo clásico.





Figs. 211-212. Fragmentos de columnas. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

En algunos puntos del conjunto doméstico encontramos vestigios de esos tabiques de adobe o restos de los mismos entremezclados en el nivel de derrumbe, p. ej., a la entrada de las habitaciones 8 y 33, en la 19 u ocluyendo algunos vanos, como el de una antigua puerta de la habitación 12 (*vid. infra* Anexo IV, 1976, 2; 1977, 5). Ocasionalmente fueron erigidos en función de alguna reforma ulterior, pero, por lo general, completaban el alzado de los muros, a veces apoyados directamente sobre los zócalos de piedra u otras superpuestos a tongadas de ladrillos empleadas para proporcionar una base regular encima de los mampuestos, de modo que el remate de las estructuras se realizaría con adobes, sistema bastante común durante la Antigüedad Tardía, al igual que lo fue el paramento de tapia terriza. A diferencia del *opus testaceum*, esos muros terreros han desaparecido.

En palabras de F. Regueras (2013, 50), la “construcción en tierra es la arquitectura mediterránea de mayor confortabilidad y eficiencia energética, como demuestra su persistencia en la arquitectura popular. El gaditano Columela se detiene en explicar las paredes de adobe (...). Abundante, económica, plástica y reciclable, excelente reguladora de las variaciones de temperatura y humedad, antisísmica, aislante acústica y térmica, absorbe

lores y no es atacada por el fuego, la arquitectura en tierra cruda que define nuestras villas fue, sin duda, el mejor sistema constructivo para soportar los tórridos estíos y los gélidos inviernos de la Meseta”.

Un pasaje de Varrón (*rust.* I, 14, 4) nos ilustra elocuentemente sobre la construcción de tapias de tierra mediante encofrados y de un texto de Plinio (*NH* XXXV, 14-4) se deriva que estaba muy extendida en Hispania (acerca de la construcción encofrada, cfr. CHOISY, 1873/1999, 18-19).

Por consiguiente, la obra de Puente de la Olmilla consiste básicamente en una combinación de piedra, tierra, cal y arena, materiales fácilmente disponibles. De los aparejos destacarían sobre todo las potentes cimentaciones de mampuesto, cuya anchura es de unos 0,70 m de media. Algunos de los zócalos alcanzan una altura de unos 0,50 m. En cambio, de algunas de las estructuras meridionales apenas quedan los fundamentos de piedra, que han sufrido un arrasamiento notable. Este sector del edificio, profundamente dañado por las modernas vertederas de los tractores y la plantación de olivos, ha sido mínimamente excavado, por lo que no se ha podido determinar su disposición y tampoco podemos señalar nada sobre la finalidad que cumplía.

El análisis de los paramentos nos ha permitido advertir que no todos ellos son contemporáneos. En una fase de ocupación bastante tardía se levantaron algunos muros de distinta factura y escasa calidad, que presentan gran cantidad de fragmentos de *tegulae* e *imbrices* intercalados entre los mampuestos. La reutilización de esos materiales delata una larga ocupación de la *villa*. Las diferentes técnicas constructivas, entre otros indicios, denotan algunas remodelaciones y ampliaciones del proyecto arquitectónico inicial (fig. 308). Llevadas a cabo en diversos lugares de la vivienda, determinaron cambios puntuales en ella, en función de las necesidades surgidas a lo largo de la vida de sucesivas generaciones de propietarios y también de sus gustos, adaptados a las modas urbanas imperantes durante el Bajo Imperio, en congruencia con el concepto de *urbanitas* anhelado por las élites provinciales, muchos de cuyos miembros se habían trasladado al campo (al hilo de esta cuestión, cabe preguntarse si se mantuvo en manos de una misma familia,

pasando de una generación a otra de su linaje; una pregunta para la que no tenemos respuesta, con los datos disponibles). Los añadidos realizados sobre la primera planta de la *villa* no supusieron una transformación radical de la misma, sino que, a juzgar por los resultados de las excavaciones, en lo esencial ésta fue bastante respetada, obedeciendo, parece ser, a un plan continuista, en cuyo transcurso se fue moldeando formalmente.

XIV.1.1. LOS LADRILLOS

Habitualmente los ladrillos aparecieron entremezclados con el restante material procedente del derrumbe de la *villa*, por lo que buena parte de ellos no estaban enteros. Tan sólo eventualmente se hallaron *in situ*, p. ej., en el suelo de la habitación 12, junto a la puerta de la n.º 34 y de la n.º 35 o en la entrada de la n.º 25 (figs. 284-285, 288, 290 y 294), asimismo, hay varios cohesionados con mortero en la última hilada conservada del zócalo septentrional del pórtico exterior (n.º 13, figs. 260 y 265, *vid. infra* Anexo IV, 1978, 8), consistente en una capa colocada uniformemente sobre la sólida base de mampostería, seguramente con objeto de nivelarla. Son un testimonio de la técnica constructiva romana que permitía regularizar las hiladas de piedra con verdugadas de ladrillo, por lo general para recrecer el muro con adobe. Con todo, los ladrillos documentados son insuficientes para analizar la regularidad de los paramentos, que suele ser determinada “a través de la desviación media con respecto a la moda. (...) Se puede interpretar la moda como la tendencia general a una medida a la hora de fabricar los ladrillos” (ROLDÁN, 1987, 104). No nos es posible, por tanto, describir más exhaustivamente las características del aparejo de Puente de la Olmilla, al estar derruidas las zonas medias y altas de sus estructuras. Únicamente se conserva algo más del alzado de las pertenecientes a los pasillos n.º 31 y 32, en una altura que ronda 0,50 m. Por lo demás, debemos tener en consideración que posteriormente el yacimiento ha servido como cantera de aprovisionamiento de materiales, provocando esto la pérdida de muchos de sus elementos constructivos.

Como pauta morfológica, se utilizaron ladrillos rectangulares y de dimensiones dispares, en todo caso, menores que los estándares del *bipedalis* (de 59,2 cm de lado, esto es, dos pies romanos). Es de notar que no hemos constatado la existencia de ninguno cuadrangular.

En el registro arqueológico de Puente de la Olmilla figura un gran número de estas piezas cerámicas y contamos con muchas variantes tipológicas, de manera que no podemos hablar de un “ladrillo tipo”, por ese motivo, como era predecible al tratarse de una *villa rustica*, resulta difícil establecer un patrón, unos cánones similares a los mencionados en el ensayo de L. Roldán, basados en los rasgos distintivos de los ladrillos y los morteros de los edificios de algunas ciudades de la Península Ibérica. Esta autora tampoco pudo reconocer una secuencia cronológica ni una tipología válida para todo el territorio peninsular, debido a la carencia de sellos y a la diversidad de los ladrillos según su procedencia. En el trabajo que venimos citando reiteradamente se llega a la conclusión de que ciertas diferencias técnicas, como la cantidad de pasta en la composición de cada ladrillo o el proceso de cocción, secado y cortado, pudieron influir en la alteración de sus dimensiones, a pesar de que se utilizaban moldes. Asimismo, esta investigadora ha comprobado que suelen ser más regulares los módulos de los ladrillos en edificios públicos que en los privados, como es el aquí estudiado (acerca del *opus testaceum* o *latericium*, cfr. ROLDÁN, 1987, 101-122; 1988, 119-140; LEÓN, 1977-78, 143-153; MARTA, 1981, 10).

Así pues, las medidas de los ladrillos de Puente de la Olmilla no son homogéneas (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 5, 11, 16, 19; 1978, 5, 10, 24, 26; 1980, 3), además, al estar muchos de ellos fragmentados y, en consecuencia, encontrarse incompletos los bordes, sus proporciones pudieron ser mayores, como en el caso de algunos de los descubiertos al excavar la galería de fachada, cuyas dimensiones son 48 cm de largo por 34 cm de ancho por 5 cm de espesor, 50 x 16 x 4 cm, 52 x 33 x 6 cm, 52 x 35 x 5 cm, etc. (merece destacarse que algunos otros, *in situ*, no estaban fraccionados). Tan sólo por enumerar algunos de los recuperados en otras zonas, diremos que los hay de

48-50 cm de largo por 16 ó 32 cm de ancho, con un espesor de 4 cm. Varios de los aparecidos en la habitación 22 tienen un módulo diferente: miden 32 cm de largo por 27 cm de ancho y su grosor es de 5 cm. También en el departamento 39 hay alguno de 32,1 x 26,5 x 3,8 cm, mientras que otros miden 48 x 32,2 x 5 cm... y en la habitación 28 se tapió un vano con piezas latericias de 33 x 26,5 x 6 cm, 32 x 27 x 6 cm, 52 x 31 x 6 cm, etc. En la habitación 12 salió a la luz un suelo embaldosado con grandes ladrillos de forma rectangular, cuyas medidas son 50 cm de largo por 35 cm de ancho, con un grosor de 4 cm. En otra dependencia, la n.º 34, se conservan *in situ* dos ladrillos, colocados sobre el suelo, a un lado de la puerta, que miden 58 cm de largo por 33 cm de ancho y 6,5 cm de espesor; igualmente, otro, de 49 x 32 x 5,5 cm, se dispone de modo similar junto a un muro de la habitación n.º 35, sobresaliendo del solado. Varias baldosas de barro rectangulares pavimentaban el pasillo n.º 32, al menos parcialmente, dándose así un uso secundario a los ladrillos. En resumen, pese a la manifiesta disparidad de sus módulos, un alto porcentaje de ellos se ajusta a una medida que oscila entre 48 y 52 cm de largo, siendo más variable el ancho; con todo, no resulta posible reconocer una seriación tipológica de los mismos y, como era previsible, ninguno sigue los módulos normalizados en Roma (ADAM, 1992, 159; LUGLI, 1957; HOFFMAN, 1975, 111-120).

Plinio (*NH* XXXV, 170) describe tres tipos de ladrillos, pero durante la baja romanidad ya se había perdido esa idea del módulo, por lo que no sería posible extrapolar aquí dicha tipología, máxime teniendo en cuenta que estamos en un contexto territorial provincial situado en uno de los confines del Imperio y, por añadidura, en el medio rural (sobre las *figlinae* de Roma, cfr. STYLOW, 1998, 135-141). En plena coherencia con esta premisa está el estudio de los de la *villa* de El Saucedo (CASTELO *et alii*, 1997, 72-73). Es más, a juicio de P. León (1977-78, 152), inclusive en una importante ciudad como Itálica no pueden establecerse “bases cronológicas precisas” relativas a la técnica edilicia, pese a ser factible fechar algunas técnicas italicenses en las que se usa el ladrillo, sin embargo, por ahora no permiten asegurar “que sean válidas para la arquitectura hispanorromana en general”.

Aunque comúnmente “se recurría al sistema metrológico para facilitar la tarea del albañil” (ADAM, 1996, 64), los materiales de construcción se fabricaban según las costumbres locales. Cabe suponer que los *domini* de Puente de la Olmilla encargarían producciones de esa clase para su casa de campo (a no ser que contaran con un alfar propio, de cuya existencia, al menos hasta la fecha, no hay indicios arqueológicos). En Hispania había numerosos talleres locales especializados en materiales constructivos y anfóricos e incluso en algunas *villae* se han encontrado alfarerías anejas, como, p. ej., J.C. Serra Ráfols (1952, 26) sugiere que ocurría en La Cocosa y en muchas otras “fincas romanas”. Dependientes de varias de las *villae* del Duero, había tejares dedicados a su fabricación, uno de los cuales fue excavado en las proximidades de la de Requejo (Zamora). “En realidad, hubo de ser habitual la existencia de hornos cerámicos en las *partes rusticae*, como los de Navatejera y La Olmeda, destinados a cubrir las necesidades -incluida la vajilla de mesa- de la numerosa población vilicaria” (REGUERAS, 2013, 48-49). En estos casos, los centros de producción estarían en los propios lugares de consumo.

Por todo lo expuesto, no es factible establecer una sistematización cronológica y formal del ladrillo en el ámbito peninsular (BENDALA, 1992, 222), al contrario que sucede en Roma (LUGLI, 1957). Según A. García y Bellido, hasta época antoniniana el grosor medio de los ladrillos era de 2 a 3 cm y posteriormente fue aumentando, llegando a ser de unos 5 cm en tiempos de Diocleciano y Constantino (GARCÍA Y BELLIDO, 1979, 50-52). El espesor de los de Puente de la Olmilla oscila entre 4 y 6,5 cm.



Figuras 213-215. Ladrillos con digitaciones. Foto: García Bueno.

El color de la pasta de las piezas recuperadas no es exactamente uniforme, pudiendo haber sido alterado tanto por algunas particularidades de su proceso de elaboración como por las condiciones atmosféricas. A grandes rasgos, suelen ser de color ocre claro y estar bien cocidas. Con frecuencia

presentan marcas digitales (figs. 213-215), que son de distintos tipos: las más comunes son líneas entrecruzadas en el centro formando aspas, casi siempre trazadas con tres dedos, o bien un zig-zag realizado con dos dedos unidos, también hay líneas rectas u onduladas, que a veces se cruzan en el centro, etc. (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 5, 11, 16, 19; 1978, 5, 10, 24, 26; 1980, 3). En todos los casos fueron dibujadas con los dedos en el barro aún fresco. No hemos documentado marcas realizadas después de la cocción, ni tampoco el sello de ninguna *officina*.

XIV.1.2. LA CUBIERTA Y LOS PAVIMENTOS

En casi todos los ambientes excavados en Puente de la Olmilla aparece un nivel de derrumbe compuesto por gran cantidad de cerámica constructiva (tejas, tanto planas como curvas, ladrillos...), fragmentos de estuco, cal, argamasa, ripios, numerosos clavos...

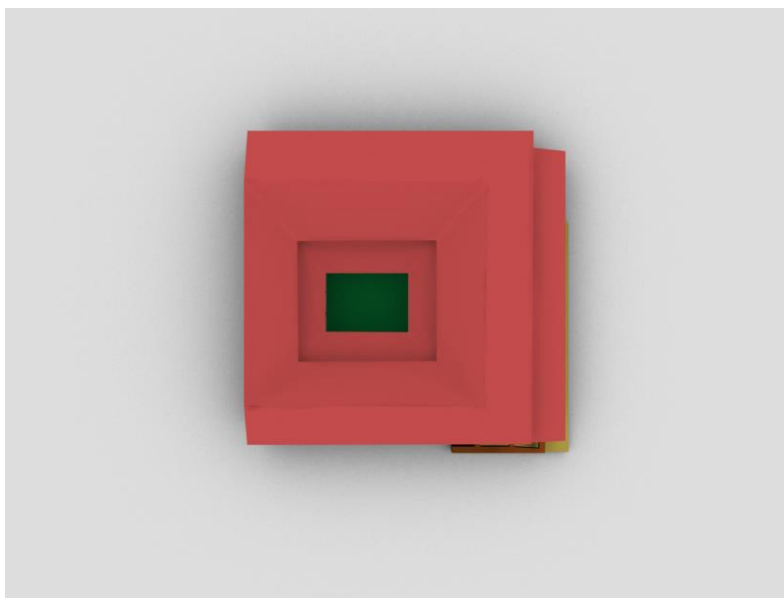


Fig. 216. Propuesta de reconstrucción virtual de la cubierta, según García Bueno.
Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Así pues, la techumbre (fig. 216) estaba mayoritariamente formada por un armazón de madera claveteada y, sobre él, *tegulae* e *imbrices*, utilizadas para su impermeabilización y muy abundantes en todo el yacimiento (a

propósito de los elementos de cubrición, cfr. ADAM, 1996, 230-232). Prácticamente en su totalidad estaban tan fragmentadas que no fue posible medirlas, salvo una *imbrex* que apareció entera (en la puerta de la habitación n.º 17, por donde se comunicaba con la galería n.º 5, *vid. infra* Anexo IV, 1975, 21), cuyas dimensiones son 58 x 27 cm. En la habitación n.º 2 se recuperó un gran fragmento de *tegula* de 34 x 32 cm y 5 cm de grosor, que en su origen mediría, al menos, 48 cm de largo, y otro fragmento de 32 x 27 x 16 cm, con un grosor de 4 cm (*vid. infra* Anexo IV, 1974, 6). Algunas de ellas tienen marcas digitales, tales como líneas entrecruzadas en un extremo. Ocasionalmente, alguna estaba quemada, p. ej., en el patio, donde hay un potente nivel de incendio, apenas detectable en otras zonas.

Un ejemplo significativo viene al caso: en la habitación E de la villa de Marbella, los restos exhumados han permitido reconstituir el ensamblaje de *tegulae* e *imbrices*, unidas con mortero de cal, “que le es propio a estas construcciones” (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 316; cfr. POSAC, 1971, 94, láms. I-XII). En su estudio de síntesis sobre las villae del Duero, F. Regueras (2013, 50-51) advierte que son raras aquéllas en las que se confirma el empleo de ambos tipos de teja simultáneamente, siendo más usual la curva, y evoca un pasaje de San Isidoro (*Etimologías* 19.10.15), que traemos a colación: “*Tegulae vocatae quod tegant aedes, et imbrices quod accipiant imbrex*”.

En lo que respecta a la carpintería de armar (ADAM, 1996, 222-230, 233), no tenemos ningún indicio del procedimiento usado en Puente de la Olmilla. Únicamente se han conservado pequeños fragmentos de madera carbonizada, muchos de los cuales pertenecerían a las vigas y el resto de la estructura sobre la que descansaban las tejas.

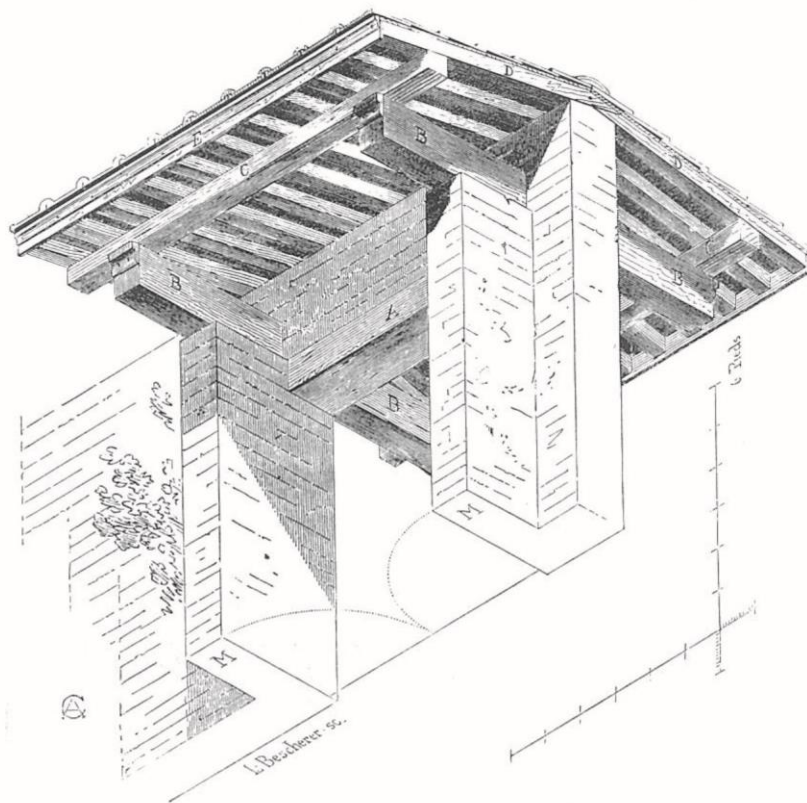


Fig. 217. Restitución hipotética de la cubierta de un cobertizo de Pozzuoli, según Choisy, 1873/1999, 126, fig. 85.

Las referencias relativas a esta cuestión proporcionadas por los autores antiguos son muy imprecisas o están incompletas (CHOISY, 1873/1999, 125, nos facilita una breve relación de las mismas). Tan sólo contamos con descripciones de algunas armaduras de madera, que podrían resultarnos ilustrativas, pese a corresponder a lugares geográficamente distantes, como es el caso de una cubierta toscana o la de un cobertizo de Pozzuoli (fig. 217), de las que sí se conocen los métodos o programas mediante los que se organizaban las piezas de la techumbre (CHOISY, 1873/1999, 125-143, figs. 85, 86 y 96). Tiene especial interés la restitución que nos ofrece A. Choisy de un tipo de cubierta “frecuentemente utilizado en la antigüedad romana” (1873/1999, 143, fig. 96), pudiendo servirnos de referente, al menos a modo de hipótesis de trabajo (fig. 218).

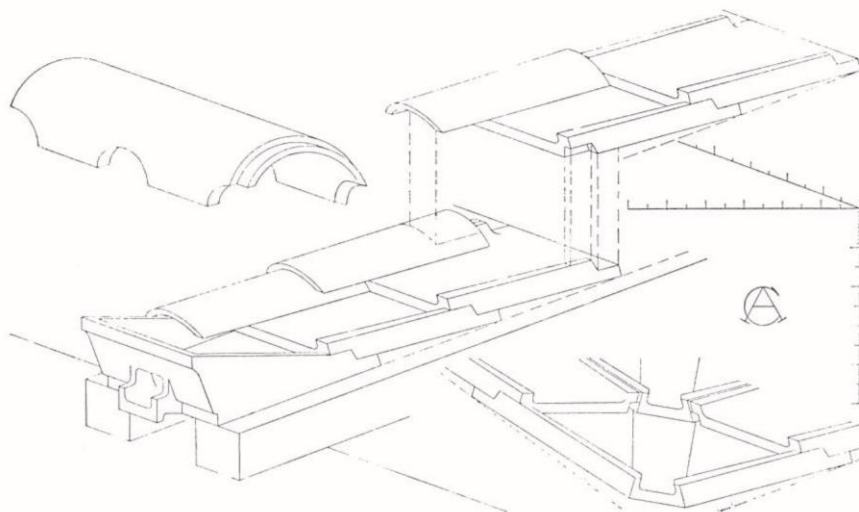


Fig. 218. Restitución de un tipo de cubierta frecuentemente utilizado en construcciones romanas, según Choisy, 1873/1999, 143, fig. 96.

El desplome del tejado, tras quedar deshabitada la *villa*, provocó el deterioro o destrucción de algunas de las superficies de circulación, p. ej., las de las habitaciones n.º 19, 22 y 39, donde los fragmentos del *opus caementicium* se hallaron entremezclados con los restantes materiales de derrubio, pero, ocasionalmente, la gruesa capa de tejas que cubrió la mayoría de los ambientes sirvió de protección de agresiones posteriores, hasta que comenzó la actividad de los tractores, cuyas potentes rejas de arado arrancaban a su paso mosaicos, muros...

Por lo demás, como es típico en la arquitectura doméstica romana, uno de los pocos espacios sin techar fue el patio, en función del que se concibe y ordena esta edificación de carácter residencial, centralizando el circuito de acceso a diversas dependencias aglutinadas a su alrededor. Por medio de la galería porticada en la que se inscribe se facilita la comunicación e interrelación entre ellas. Convertido en eje que estructura buena parte de esta vivienda, constituye la principal fuente de luz y aireación de las habitaciones interiores de la misma.

Para erigirla, sus constructores se surtieron fundamentalmente de materias primas procedentes de los alrededores (arcilla, yeso, piedra calcárea y silíceas de las canteras locales, etc.), relativamente fáciles de extraer y de

trabajar, siendo muy exigüos los materiales foráneos cuya presencia ha sido constatada, tales como algún pequeño fragmento de mármol, claramente insuficiente para poder saber si alguna de las superficies estaba revestida por placas marmóreas (*sectilicia* parietales...) o corresponde a algún enser realizado en mármol. Como argumenta L. Roldán, la elección de los materiales y de las técnicas constructivas suele estar relacionada con los sucesos históricos y los condicionamientos técnicos locales (ROLDÁN, 1987, 101). A ello hay que añadir el poder adquisitivo del cliente, el *dominus*, habida cuenta del alto precio que tenía esta clase de importaciones. J.-G. Gorges (1979, 151) contrapone la lujosa decoración interior de las *villae* hispanas a la pobreza de los materiales empleados en “el cuerpo de los edificios” de la mayoría de estos hábitats rurales. Obviamente, resultaba más económico proveerse de materiales que estaban “a mano”, que acarrear otros desde largas distancias.

Por ese motivo, en Puente de la Olmilla se utilizó fundamentalmente barro cocido, pizarra y piedras calizas de la zona para fabricar las teselas con las que fueron confeccionados los mosaicos pavimentales, aunque el resultado fuera un colorido no demasiado extenso. De ello se desprende un intento de economizar en su producción, que parece ser local, a tenor de lo expuesto. El variado repertorio musivo, de impecable factura, destaca especialmente en cuanto a las características ornamentales de la *villa*, siendo una de las principales manifestaciones de su cultura material. Como más adelante explicamos con mayor detenimiento (*vid. infra* capítulo XIV.5), estos mosaicos son de estilo geométrico, a excepción de un panel con el emblema de dos felinos localizado en la habitación 2 y otro figurativo, con el tema de los Cuatro Vientos, que tapizaba la habitación 4, lamentablemente arrasado un tiempo después de salir a la luz. Además, se han documentado numerosos pisos de *opus caementicium*, restos de un *opus signinum* en la habitación n.º 15, un *opus spicatum* en una sala con columnas (n.º 45), enlosados de baldosas de barro en un compartimento y un corredor (n.º 12 y 32, respectivamente). Los restantes suelos son de tierra batida, lo que induce a pensar en una dedicación a fines utilitarios (de servicio o de almacenaje) de los departamentos donde

aparecieron. Por consiguiente, se hace patente una jerarquía funcional de los pavimentos.

XIV.2. LA DECORACIÓN PICTÓRICA

Antes de colocar los lienzos de mosaico se enlució y pintó los paramentos. Al ser extraídos algunos de aquéllos se pudo observar que la preparación de la pintura quedaba “ligeramente por debajo de los mismos” (PUIG, 1979, 924), superpuestos al *rudus* (vid. *infra* Anexo IV, 1975, 2).

La *villa* ofrecería un aspecto bastante elegante, a juzgar por los pavimentos musivos y las pinturas murales, que enriquecían notablemente el programa decorativo de la *pars urbana*. Combinadas con los mosaicos, a los que estaban asociadas, conferían al conjunto un variado cromatismo. En efecto, en ellas se empleó una paleta de colores base tales como el azul, rojo, amarillo, verde, gris, rosa, blanco, negro... (algunas consideraciones sobre estos temas, en BARBET, 1983, 43-53; 1990, 255-271). Según permiten inferir los datos proporcionados por el registro arqueológico³² de este yacimiento, las paredes de los espacios residenciales no estaban recubiertas de placas marmóreas (su uso solía ser frecuente en las salas termales y en algunas de las de aparato, siendo “la forma de decoración máspreciada de época romana”, como dice CHAVARRÍA, 2007, 108). Dado el elevado coste que habría tenido la adquisición de este material lapídeo, se optó por uno mucho más modesto: el estuco, imitando puntualmente esa lujosa decoración arquitectónica mediante pinturas murales de estilo *crustae* o “falso mármol”. La mayoría de las planchas de estuco pintado aparecieron desprendidas del soporte original, fragmentadas o muy deterioradas, no obstante, se conservaban *in situ* algunos paneles con un revoco pintado, a nivel del zócalo. Debido a ello sabemos que dentro de su repertorio temático había simulaciones de piedras ornamentales y de ricos mármoles. Además de las *crustae* marmóreas, se plasmaron diversos motivos geométricos (hasta la fecha no contamos con ningún testimonio de elementos figurativos), pero, por su estado

fragmentario, sólo se ha logrado identificar muy parcialmente el desarrollo de esa decoración pictórica, de la que quedan pocas huellas.

Algunas de las piezas molduradas de estuco halladas en varios departamentos entremezcladas con los materiales de derrubio, corresponderían a cornisas que remataban la parte alta de las paredes, en su unión con el techo, y otras son indicativas de la existencia de rodapiés de estuco pintado que embellecían la zona inferior de los muros, en contacto con el suelo. Por poner algún ejemplo, se constató la presencia *in situ* de las molduras estucadas del rodapié en la habitación n.º 26 (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 8) y la habitación n.º 2 tenía un rodapié en forma de semi-toro, de unos 20 cm de ancho.

El revestimiento interior de estuco pintado con una amplia gama cromática contribuiría a dar mayor realce y suntuosidad a muchas de las dependencias, pues es digno de reseñar que no sólo estaban pintadas las estancias de representación social, aunque, como sucedía con frecuencia en las casas romanas acomodadas, posiblemente variara el tipo de decoración en función de la categoría de los ámbitos (lisa, con recreaciones de mármoles u otras composiciones; a propósito de esta cuestión, cfr. ABAD CASAL, 1977-78, 189; NOVELLO, 2003, 356-360; CHAVARRÍA, 2007, 108, *vid. infra*), recalcando de ese modo su diverso rango, tal como comenta Vitrubio (*De Arch.* I, 2,5).

En uno de los recintos de la *villa* de Albaladejo, el n.º 9, quedaba aún en pie parte del enlucido y, a su vez, se recogieron algunos fragmentos de desigual tamaño con restos pictóricos (de colores amarillo, línea blanca sobre fondo amarillo, línea blanca sobre fondo rojo burdeos...). Se trataba de una pintura de muy buena calidad, con dos capas de preparación. En la habitación n.º 2 aparecieron numerosos fragmentos policromos de estuco parietal (en rojo, negro y amarillo) e incluso se pudo reconocer uno con apariencia de piedra (como consta en el diario de la campaña de 1974 dirigida por M.R. Puig y R. Montanya, quienes añaden que el arranque de los muros estaba revestido de estuco pintado de rojo).

Entre las llamadas imitaciones de *crustae* (cuyo espectro no se reduce al mármol propiamente dicho), R. Hidalgo (1990, 113) presta atención a las rocas nobles, dado que se utilizaban también en la arquitectura romana para recubrir las estructuras. Estudia este autor las distintas técnicas pictóricas empleadas en la ornamentación de la *villa* cordobesa de El Ruedo (HIDALGO, 1990, 113-119). Una de ellas, la que simula el mármol moteado, se ejecutó igualmente en el departamento n.º 17 de Puente de la Olmilla, donde, con una brocha o pincel impregnado de pintura se realizaron aspersiones sobre un fondo liso. Este recurso se puso en práctica en las dos capas sucesivas documentadas: inicialmente, en toda la superficie preservada de la primera de ellas, de una tonalidad gris, con salpicaduras en blanco y negro; después, cuando se procedió a renovar su decoración en una etapa más avanzada, se aplicó una segunda capa (de 0,5 cm de espesor), reservándose el fondo de color gris, con moteado en blanco y negro, al zócalo, cuyo límite superior fue fileteado en negro. El friso fue pintado en un rosa intenso, salpicado en blanco y negro. Asimismo, esta solución decorativa se utilizó en alguno de los lienzos parietales de los corredores que bordean el patio interior.

En lo que concierne al porche de entrada (n.º 13), su decoración consistía en una banda negra (de 5 cm) con una franja blanca atravesada por grupos de tres líneas negras separados en torno a 20 cm uno de otro (cada trazo medía unos 2 cm de ancho). El zócalo estaba delimitado por dos líneas negras sobre fondo blanco, con unos pequeños dibujos en negro. Por encima de esos dos trazos lineales negros la superficie central del paramento era de color blanco.

En la habitación n.º 35 se combinaron los colores negro, verde y blanco sobre fondo rojo burdeos.

Algunas paredes de la casa fueron pintadas en un tono monocromo, otras simplemente serían cubiertas con una capa de cal, de la que tenemos profusa constancia arqueológica en el yacimiento. La habitación n.º 4 es el único ejemplo en el que está representado el color azul en una amplia superficie. Su excavación reveló que las placas de estuco pintadas de azul

estaban desplomadas sobre el piso de mosaico, a consecuencia del derrumbe de los muros (fig. 243, *vid. infra* Anexo IV, 1977, 2-3).

M.R. Puig (1979, 923-930) analizó estilísticamente y clasificó algunos restos encontrados en la campaña de 1976, pero, desafortunadamente, la mayoría de los que permanecían en su ubicación primitiva ya se habían perdido casi en su totalidad cuando nos hicimos cargo de la intervención arqueológica años más tarde (al estar insuficientemente protegido, el estucado había desaparecido por efecto de las lluvias y demás inclemencias climatológicas), sin que se hubieran publicado testimonios gráficos de ese conjunto pictórico (tan sólo se incluyeron en dicha publicación algunos dibujos de las tres zonas a que se hace referencia en el texto; pese a no haber ilustraciones, es el único documento con que contamos para su estudio y por esa razón los reproducimos aquí). Nos remitimos, por tanto, al examen que M.R. Puig acometió y dio a conocer en dicho trabajo. En el ángulo de contacto entre los ambientes n.º 9 y 24 (A, en el plano adjunto, fig. 219) había vestigios de pintura mural, bastante perdida. Originariamente se pintó de blanco, pero más adelante se aplicó sobre ella una decoración consistente en un zócalo blanco con un cuadrado o rectángulo en negro. En el registro superior a éste había un friso corrido de color rojo. El espesor de la preparación de las dos capas de pintura era de 1,5 cm por término medio, cada una.

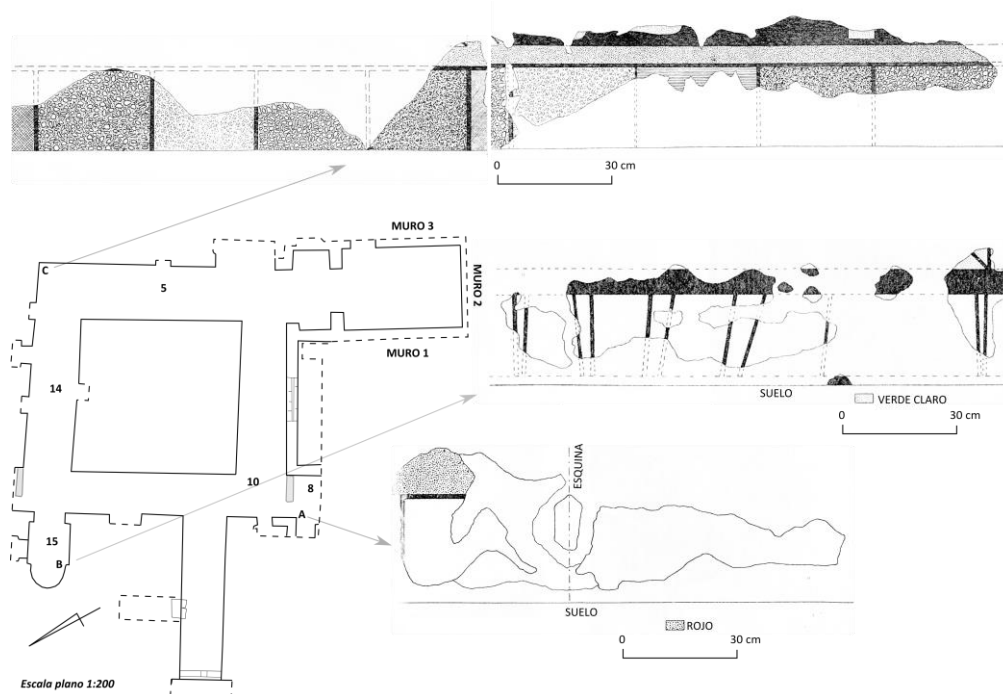


Fig. 219. Decoración parietal de Puente de la Ollilla. Dib.: Elaboración propia, a partir de Puig Ochoa, 1979, 923-930.

Igualmente, la habitación n.º 15 (B en el plano adjunto, fig. 219) estuvo en un principio pintada por entero de blanco y posteriormente se superpuso en el zócalo una composición de bandas en alternancia cromática: una en negro, otra blanca cruzada por rayas negras oblicuas y, a modo de límite intermedio, otra franja negra. Más arriba, la sección central del lienzo de pared fue decorada con líneas negras sobre un fondo verde claro. La preparación previa de esta pintura adolecía de una calidad bastante defectuosa, de ahí su pésimo estado de conservación.

La intervención arqueológica nos ha deparado, por tanto, pruebas de la existencia de dos fases pictóricas, lo que supone la constatación material de la renovación de su programa decorativo en distintos momentos.

Según M.R. Puig (1979, 924), los pórticos del peristilo estaban decorados con diversos esquemas de diseño, de los que sólo se había preservado, relativamente bien, la zona inferior (I), esto es, el zócalo. En la esquina de los pasillos n.º 5 y 14 (C en el plano adjunto, fig. 219) había una serie de “rectángulos más o menos regulares con imitaciones de piedras duras

o *crustae*” de viva policromía: círculos de colores verde claro y rojo sobre fondo amarillo; círculos en rojo sobre un fondo igualmente amarillo (imitando el “giallo antico”); fondo de un tono rosa intenso o violeta con motas blancas; fondo blanco salpicado en negro; fondo rojo con salpicaduras en negro. Todos estos paneles estaban divididos por líneas verticales negras y, a su vez, separados del friso superior mediante una franja en rojo y negro. En la zona II quedaban indicios del uso de los colores verde claro, negro y blanco.

Por lo demás, los fragmentos de estuco pintado rescatados durante las campañas que, por nuestra parte, llevamos a cabo años después, fueron depositados en el Museo Provincial de Ciudad Real. Sobre sus características y particularidades damos detalle a lo largo de las siguientes páginas.

Es de subrayar que los sistemas compositivos descritos son bastante comunes en la decoración pictórica romana a partir del siglo I (puede consultarse, al respecto, ABAD CASAL, 1982, 189-208; MOSTALAC, 1992, 9-22; GUIRAL, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 44-51, con bibliografía y un amplio muestrario de ejemplos).

La representación de lajas de mármol con veteados, bandeados, moteados o círculos y óvalos de diversos tipos, tamaños y tonalidades, que imitaban el mármol jaspeado o el brocatel “es algo consustancial a la pintura romana” (ABAD CASAL, 1977-78, 189). L. Abad puntualiza que entre los restos conservados en Hispania abundan las tres variedades, adscritas fundamentalmente a los zócalos, aunque las simulaciones de mármol jaspeado y el brocatel en ocasiones alcanzaban la parte central de la pared, por lo general dividida en compartimentos. “Se observa una gradación según la cual el mármol moteado queda reservado para las habitaciones de menor importancia, por ser el más fácil de imitar. En cambio, el veteado y sobre todo el brocatel se utilizan en las decoraciones de las dependencias principales” (ABAD CASAL, 1977-78, 189). A su vez, cuando se imitaban incrustaciones, se representaban piezas o tiras marmóreas, recortadas en distintas figuras geométricas y combinándolas conforme a algún dibujo. Dentro de estas últimas, M. Rostovtzeff (1919, 149) distingue dos estilos: uno “estructural

helenístico” y otro de procedencia oriental. Todas ellas están insertas en paneles rectangulares, con bandas de encuadramiento de diverso color, a modo de taracea. El motivo predominante es el rombo con un círculo central inscrito en un rectángulo. Este esquema compositivo se difundió ampliamente durante los siglos III y IV. A esta última centuria pertenecen algunas estancias pintadas con incrustaciones en forma de círculos y rombos comprendidas en el interior de paneles rectangulares en la *villa* de El Ruedo (HIDALGO, 1990, 116-117 y 119). Ese mismo tipo de decoración es el que más abunda en Mérida (ABAD CASAL, 1977-78, 192, 194-197, 202; 1982, 304). En el zócalo de una sala de la *villa* de La Quintilla (Lorca, Murcia) se distingue una decoración marmórea a base de moteado (RAMALLO, 2005, 1015-1016). Las imitaciones de mármoles, representadas ya en las pinturas del I estilo (BARBET, 1985), fueron muy apreciadas durante la Antigüedad Tardía, por lo tanto, cuentan con una dilatada tradición, con gran profusión a lo largo y ancho del Imperio (un extenso inventario de edificios donde hay testimonios pictóricos nos brinda ABAD CASAL, 1977-78, 189-208; a algunos otros hacen mención BORDA, 1958, 135-141 y ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, 1974, 182-183). Este último investigador las considera propias de los siglos III y IV d.C., pues, pese a tener un origen más antiguo: “es a partir del periodo de Diocleciano cuando comienza a generalizarse de una manera clara su empleo en la decoración de zócalos. Son muy frecuentes también en la pintura constantiniana. El procedimiento sigue en vigor durante todo el siglo IV” (ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, 1974, 183). Esa misma datación es atribuida por M.R. Puig (1979, 924) a las pinturas de Puente de la Olmilla y aunque ya se conocía anteriormente ese tipo concreto de ornamentación pintada (esta misma autora [PUIG, 1977, 869-870] ha constatado su uso en Clunia, en decoraciones pictóricas más tempranas, de los siglos I-II d.C.), es en época bajoimperial cuando tuvo una mayor difusión, perviviendo incluso hasta el siglo V, como se acredita en la basílica paleocristiana conservada en el Museo de Historia de la Ciudad de Barcelona (ABAD CASAL, 1977-78, 203-204; GUIRAL, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 45-46).

Desde luego, los coloridos paneles que ornaban la galería desarrollada en torno al patio central (n.º 6), las imitaciones de mármol moteado, etc., están en consonancia con el gusto predominante en la pintura del siglo IV d.C.

Los ejemplos analizados, a partir de los restos conservados en Puente de la Olmilla, demuestran que se decoró algunas paredes de esta *villa* (p. ej., las del peristilo) con un esquema basado en una división tripartita muy usual en el mundo romano: la parte inferior (I) se subdivide en un rodapié o plinto de estuco pintado y un zócalo de imitación marmórea, consistente en una sucesión de paneles policromos divididos por líneas verticales negras, si bien en otras ocasiones no estaba compartimentado, sino que era continuo, simulando un mármol moteado o presentando ocasionalmente una decoración de bandas de contrastada coloración; más arriba, el sector medio (II), separado del zócalo por un ancho trazo negro o rojo y negro..., pudiendo vislumbrarse escasos restos pictóricos de diferentes tonalidades; finalmente la zona más alta (III), rematada por una cornisa moldurada en estuco, en contacto con el techo.

En cuanto a su técnica, únicamente sabemos que las pinturas tenían dos capas preparatorias, cuyo espesor no sobrepasaba los 5 cm en total. En este sentido, no se siguió los consejos de Vitrubio (*De Arch.* VII, 3), que recomendaba aplicar al muro un revestimiento compuesto de siete capas, ni las pautas de Plinio (*NH* XXXVI, 23), que proponía reducirlas a cinco. Como expone C. Guiral (en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 18-20), en la pintura provincial suele observarse la existencia de tres capas previas, de lo que cabe deducir que el trabajo de los artesanos no se ajustaba tanto a las directrices teóricas de los autores clásicos como a su experiencia cotidiana. M.R. Puig (1979, 925) supone que “el mortero estuvo adherido a la pared (...) mediante incisiones o golpes en la misma”. Con ello se lograría una mejor sujeción del mismo (acerca de los procedimientos para aplicar el enlucido al paramento y aumentar su adherencia, cfr. GUIRAL, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 19-22).

El estucado es, en definitiva, una de las principales artes decorativas romanas aplicadas a la construcción y, en el caso de la *villa* objeto de nuestra

atención, ejemplifica perfectamente el grado de desarrollo alcanzado por esta técnica.

Los diferentes sistemas ornamentales (pictórico, musivario, arquitectónico...) se suceden en la decoración de algunos ambientes, acentuando su importancia y distinción. No era inhabitual la existencia de un programa unitario, elaborado conjuntamente por arquitectos, estucadores, pintores y mosaístas, que se adecuaban a la moda vigente, si bien a veces no trabajaban de forma coordinada, sino separadamente (GUIRAL y MOSTALAC, 1993, 365-392; sobre los talleres dedicados a la pintura, integrados por artesanos especializados, cfr. GUIRAL, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 25-27; REGUERAS, 2013, 98-100). Todo ello servía de manifestación de los gustos estéticos y posición económica del *dominus*.

XIV.3. DESCRIPCIÓN DE LA VILLA. SU ORGANIZACIÓN PLANIMÉTRICA

Uno de los principales objetivos de la intervención arqueológica realizada en este lugar era intentar definir su planta, de la que conocemos una parte significativa, aunque fragmentaria, pues sólo ha sido completada el área central. Esa parcialidad de la documentación planimétrica condiciona nuestra valoración de este enclave, del mismo modo que la relativa escasez de los ajuares de los diferentes ambientes hace más difícil interpretar la funcionalidad de éstos.

Villa de Puente de la Olmilla

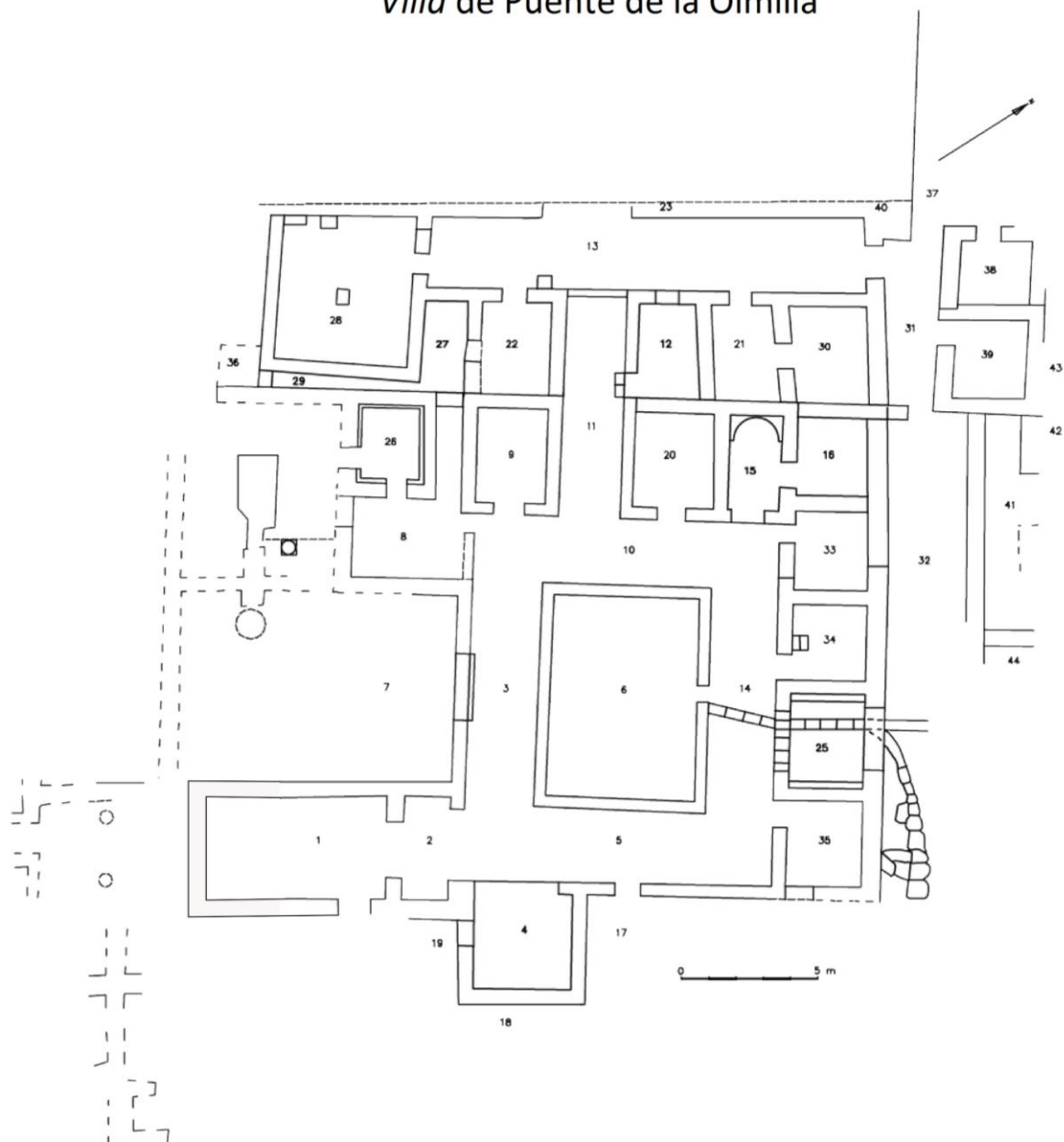


Fig. 220. Planta general de la villa, según García Bueno.

La orientación general de la villa es al Noroeste, dirección por la que creemos se efectuaba la entrada a la misma, diferenciándose de la mayoría de las otras que, por lo común, solían estarlo respecto a los puntos cardinales Este o Sur, como explicaremos posteriormente (*vid. infra* capítulo XIV.4, p. 527).

Realizamos a continuación un análisis pormenorizado de las estructuras exhumadas. Siguiendo un orden metodológico, adjudicamos un número consecutivo a cada recinto conforme se fue descubriendo a lo largo de las diversas campañas de excavación, como está reflejado en el plano general (fig. 220). Asimismo, con el fin de simplificar la descripción de las distintas dependencias de la vivienda, dado que no están alineadas frontalmente con el eje del punto cardinal Norte (éste coincide con la esquina), denominamos muro oriental a la estructura que delimita por el lado Noreste cada habitación, muro meridional a la ubicada al Sureste, occidental a la localizada al Suroeste y septentrional a la que cierra por el Noroeste.

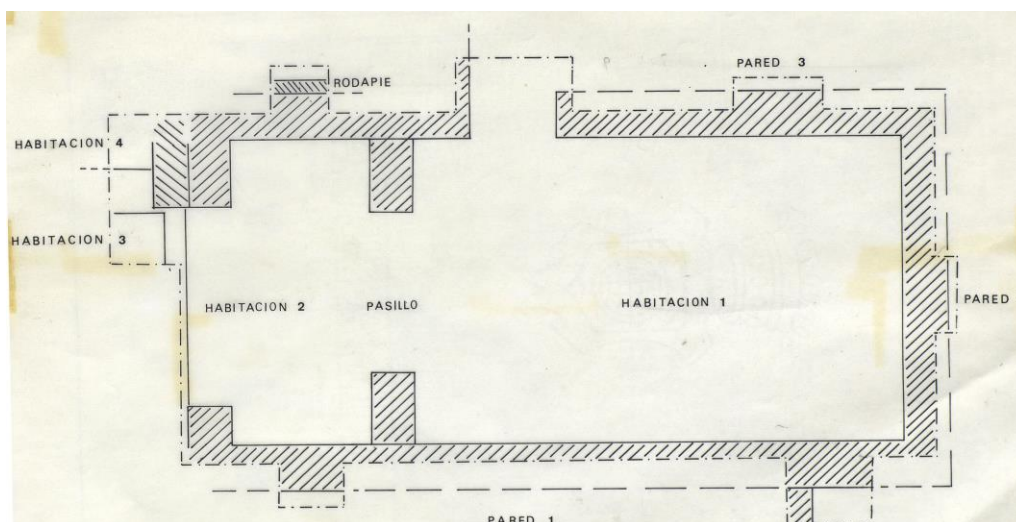
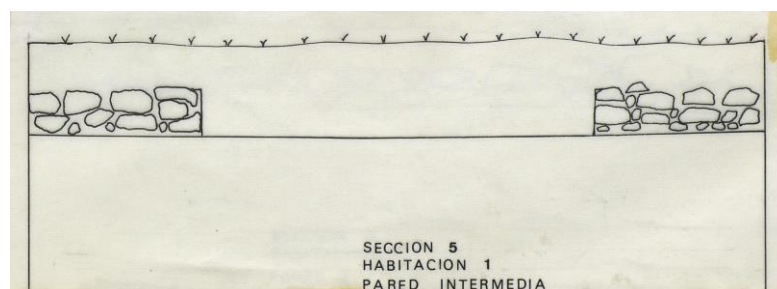
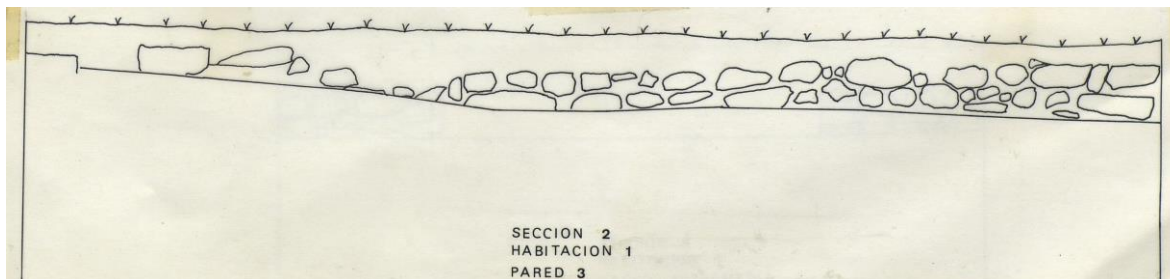
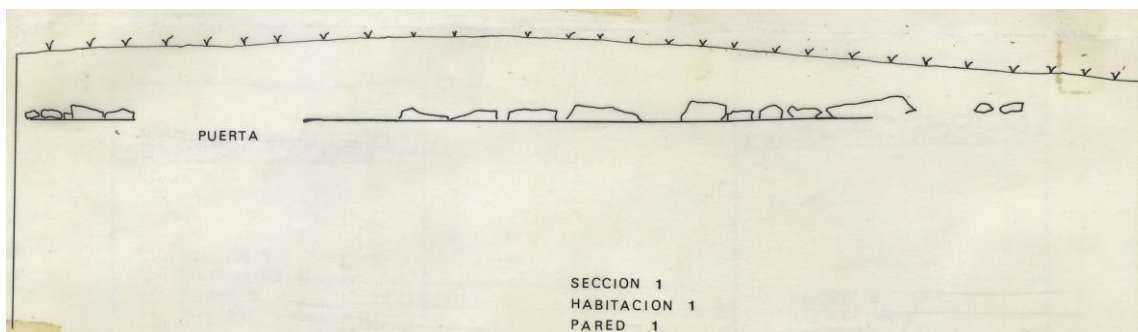


Fig. 221. Planta de las habitaciones 1 y 2. Dib.: Puig y Montanya (AGA).

La **habitación** marcada con el **n.º 1** en el croquis planimétrico que acompaña estas líneas se halla al Mediodía. Es de planta rectangular y tiene dos accesos (al Noreste y al Este, respectivamente, fig. 221). Sus dimensiones son 7,40 m de largo por 4,67 m de ancho. Únicamente se conservan algunas hiladas de la cimentación (alguna más en el muro 3 que en los restantes). Como el resto de la casa, la parte conservada de los firmes muros fue construida en mampostería de arenisca, piedra local llamada “asperón” o “moliz” en la comarca. Tienen una anchura uniforme de 0,70 m. (figs. 222-224).



Figs. 222-224. Secciones de la habitación 1. Dib.: Puig y Montanya (AGA).

El muro septentrional recibe el n.º 1 (*vid. infra* Anexo IV, 1974, 1-8). En esa estructura medianera entre esta cámara y la inmediata por el Sureste (más allá del perímetro sondeado) se abre una puerta que las pone en comunicación. Sólo es visible el paramento interior, al permanecer el exterior aún sin excavar. El muro occidental es el n.º 2. Del muro meridional, n.º 3, cerca de la esquina noroeste (a 0,40 m de ésta) arranca otro en sentido Noroeste. Por el Noreste se realiza el tránsito a otra pieza aneja, la n.º 2, mediante un amplio vano practicado en el centro del muro n.º 4, donde hay una especie de pequeño pasillo solado con un damero policromo, delimitándose así tanto decorativa como estructuralmente la división entre ambas. Esa zona de paso mide 2,37 x 0,97 m de ancho y tiene algunos desperfectos en el centro, con reparaciones de época, para las que se utilizó argamasa.

La habitación 1 tiene un pavimento musivo de tipo geométrico en el que se desarrolla un fastuoso barroquismo. Como todos los demás, estaba cubierto por un estrato de terreno arcilloso (fig. 225). Al estar protegido tan sólo por una capa de tierra de poco menos de medio metro, el teselado se encontraba deteriorado en algunos puntos, ya que fue éste el que salió a la luz accidentalmente a finales de 1973, al ser roturada la parcela (PUIG y MONTANYA, 1975, 134-138, 140-141, fig. 2; BLÁZQUEZ, 1982, 27-30). No obstante, debido a que hasta entonces apenas se había trabajado con arados potentes, sólo una pequeña parte del mosaico estaba seriamente dañada, sobre todo en su sección suroeste, muy afectada por las vertederas del tractor.



Fig. 225. Mosaico de la habitación n.º 1 y corte estratigráfico. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Lo integran tres temas distintos (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.1). La banda perimetral del panel principal consiste en una ancha cenefa en la que se desenvuelve un meandro de esvásticas bicolor (en blanco y negro) en torno a cuadrados intercalados rellenos con diversos motivos de repertorio policromos.

En el interior de esta greca queda confinada una abigarrada composición de círculos de trenzas orlada por cables de dos cabos, bastante bien conservada, a diferencia de los otros dos tapices subordinados, parcialmente perdidos. En uno de éstos hemos detectado un posible intento de restituir algunos de los eslabones de la cadena que lo rodea, a buen seguro, fruto de una torpe restauración realizada en un momento más tardío. El dibujo del mismo está logrado a base de medias estrellas de losanges, adaptándose al espacio disponible (fig. 226). El otro lienzo ostenta un nuevo ajedrezado policromo.



Fig. 226. Detalle de uno de los tapices subordinados del pavimento musivo de la habitación n.º 1, donde se aprecian las diferencias entre algunos eslabones de la cadena circundante, probablemente fruto de una reelaboración posterior. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En el muro meridional (el n.º 3) es perceptible un fallo que se corresponde, a su vez, junto al mismo, con una parte muy dañada del piso musivo. El muro septentrional (n.º 1) presenta otro fallo en el tramo que confluye con el muro n.º 2 (el occidental). Cerca de la zona de la entrada y del muro n.º 4 apareció una moneda (la n.º 17 del catálogo, *vid. infra* capítulo

XVIII.1.1). Es un *centenionalis* acuñado en la ceca de Cícico durante el reinado de Honorio, entre el 393-395 d.C. (*RIC IX*, 247, 29,c). En la esquina meridional de la estancia, a su vez, se recuperó un fragmento de vidrio.

Al poner al descubierto el suelo en *opus tessellatum* se constató que la parte inferior de los paramentos estaba recubierta de estuco pintado en un cálido tono rojo.

En el registro arqueológico figuran, además, abundantes *imbrices*, *tegulae*, escasísima cerámica romana, mezclada con alguna vidriada contemporánea (evidenciando la alteración de la estratigrafía) y restos del enlucido que revestía las superficies parietales (estuco muy fragmentado, cal, etc.). Las tonalidades de dichos fragmentos de estuco son el rojo y el amarillo, de lo que se infiere que las paredes tendrían un zócalo de color rojo y la parte media de las mismas estaría pintada de amarillo. Podemos imaginar que el contraste de ese colorido tan vivo, unido al hermoso mosaico haría resaltar especialmente este aposento, seguramente uno de los de mayor rango, dadas sus características constructivas y ornamentales. P. San Nicolás (1992, 1293), en lo concerniente al *oecus* de la *villa* cordobesa de Fuente Álamo, se apoya en la opinión emitida por A. Balil (1974, 35-36), quien argumenta que tal ubicación puede deberse a la intención de protegerlo de la irradiación solar directa, algo bastante habitual en las *villae* occidentales y en *domus* urbanas norteafricanas e hispanas.



Fig. 227. En primer término, la habitación n.º 1, al fondo, la habitación n.º 2. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

El departamento n.º 1 forma parte de un conjunto unitario con otro más pequeño (n.º 2), que antecede a éste, a modo de antesala (fig. 227). Esa configuración arquitectónica acentúa su relevancia. La atribución de destino de ambos podría estar vinculada al desempeño de actividades sociales, puesto que se les incorporó diversos elementos de prestigio y además, aunque estén emplazados en un lateral (en el ángulo sur, no en el eje axial de la casa, frente al patio porticado y la entrada principal), ocupan una posición importante dentro del esquema orgánico de la vivienda, por su proximidad al peristilo y a otras habitaciones preeminentes, concentrándose en ellas la mayor riqueza decorativa (mosaicos figurativos en las n.º 2 y 4, etc.). Esa es, a nuestro entender, la hipótesis que podría tener más visos de certeza. Sin embargo, también cabe la posibilidad de que fuera el *cubiculum* del *dominus*. Lo cierto es que sus excavadores interpretaron la habitación n.º 1 como “un *cubiculum* con dos entradas” (PUIG y MONTANYA, 1975, 134). Pese a que su programa

ornamental, su tamaño y el de sus respectivas puertas (de gran anchura), parecen conferirles un valor de representación, no podemos descartar tajantemente esa otra opción, de hecho, hay algunos *cubicula*, especialmente de época republicana, que presentan una bipartición zonal entre alcoba y vestíbulo, estando por lo general la primera ligeramente elevada en relación al segundo (GUIRAL y MOSTALAC, 1993, 367; URIBE, 2007, 100-101, remitimos a los ejemplos citados en ambos trabajos), si bien las habitaciones 1 y 2 de Puente de la Olmilla tienen la misma cota y, por lo tanto, no se inscriben en esos parámetros formales, al no estar ninguna de ellas realzada para señalar expresamente la compartimentación o una distinción funcional. Otra alternativa sería que fuera una combinación de comedor privado y sala de reposo, de lectura..., de los que se conocen algunos (MORENO, 1994, 227). Así, la antecámara (n.º 2) pudo servir para preservar la supuesta privacidad de la habitación principal, si se tratara de un comedor familiar o de un dormitorio, proporcionándole un cierto grado de reserva al separarlo de un espacio tan transitado como es el vecino peristilo (lo que podría ocasionar molestias a quien intentara conciliar el sueño o conversar...).

P. Uribe (2007, 101), al analizar este tipo de “espacios reservados” se pregunta si existieron diferencias entre los *cubicula* que se utilizaban estrictamente para dormir y los destinados a alguna ocupación diurna. Entre la documentación textual al respecto contamos con Plinio el Viejo (*NH* XX, 52) y Plinio el Joven (*Epist.* V, 6, 21; II, 17, 22), que califican los primeros como “*cubiculum dormitorium, cubiculum noctis et somnis*”.

Por seleccionar algún ejemplo análogo al nuestro, citaremos la habitación XIX de la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), conectada con la XXXIII. A juicio de D. Vaquerizo, es un *cubiculum*, basándose en la división decorativa de su pavimento musivo, mediante la que se marcaría el lugar ocupado por el *lectus* (VAQUERIZO *et alii*, 1994, 112). M.F. Moreno (1994, 227), al intentar definir otra de las habitaciones (la LIX) de ese complejo rústico cordobés, a la que da paso una colindante (la LXI), se hace eco de las teorías de Y. Thébert (1988, 349-350), quien “entiende este tipo de estancias

yuxtapuestas, en las inmediaciones del peristilo, como un binomio entre salas de recepción y *cubicula*, esquema muy repetido en el África romana” (Plin., *Epist.* II, 17, 6 y 10, nos brinda información sobre *triclinia* correlativos a *cubicula*). En cambio, otros investigadores tienen un enfoque diferente y consideran esa tipología más propia de *triclinia*, de espacios residenciales dedicados en invierno a la representación, a los que se llega desde una antecámara (ENNABLI BEN OSMAN, 1983, 133). Según J.R. Carrillo (1992, 296), quien identifica como dormitorio el recinto LIX de El Ruedo, al haber ya en la *villa* cordobesa varias dependencias de aparato, esa pluralidad sería innecesaria. Este último planteamiento por ahora no es aplicable a Puente de la Olmilla, pues sólo se ha descubierto hasta la fecha otro ámbito con esa atribución primordial, el n.º 4, o tal vez dos, en el caso de que lo sea el n.º 15, como expondremos más adelante. Al hilo de lo expresado por E. ben Osman (*vid. supra*), a cuyo criterio nos adherimos, no debemos pasar por alto que la habitación n.º 1 estaba más protegida del frío al anteponerse a ella la n.º 2 y, además, ambas estaban al Sur.

A propósito de la ya mencionada habitación XIX de la *villa* de El Ruedo, asociada a una adyacente (XXXIII), como las aquí estudiadas, J.R. Carrillo (1992, 295) sostiene que es un espacio “polivalente, sin función definida y sin una relación directa entre forma y función”, perteneciente al sector privado de la casa, aunque no cree que fuera un *cubiculum*, pues al estar los vanos de ambas situados en el mismo eje, la luz incidiría en ella directamente desde el patio porticado (CARRILLO, 1992, 297; PACKER, 1967, 136, n.º 31), una circunstancia nada propicia para dormir. Idéntica disposición se reproduce en las habitaciones n.º 1-2 de Puente de la Olmilla, por lo que dicho inconveniente ha de ser igualmente tomado en cuenta a la hora de asignarles a éstas un uso concreto. Habría sido más adecuado para favorecer el descanso que el amplio hueco de comunicación de la habitación n.º 2 a la n.º 1 estuviera desplazado respecto al precedente, a fin de resguardarla de la luz, que de esa manera entraría matizada desde el peristilo, como sucede en un grupo de habitaciones de El Ruedo (LXI, LIX, LX y LXII; cfr. PACKER, 1967, 136, n.º 31). No obstante,

M.F. Moreno (1994, 231), siguiendo propuestas sustentadas en los detalles ornamentales ya apuntados, esto es, los llamados “marcadores de uso” (VAQUERIZO *et alii*, 1994, 112, *vid. supra*), defiende la idea de que la habitación XIX era un *cubiculum dormitorium*. Esa discontinuidad en el diseño pavimental se atestigua en el solado de la nuestra, donde un estrecho lienzo complementario, al fondo de la misma, con un dibujo bastante más simple que el del paño principal (donde se concentra el mayor esfuerzo decorativo), podría haberse reservado para colocar allí un lecho o cualquier otro mueble (un armario, una mesa...), dado que esa subdivisión del campo musivo no solamente ha sido constatada en alcobas, sino también en habitáculos de otra clase. I. Mañas (2007-2008, 103) hace alusión a la indefinición funcional de éstos, pese a lo cual suelen ser interpretados como *cubicula*, asimilándolos, de modo genérico, con los dormitorios actuales. La gran variedad de las decoraciones, de las ubicaciones dentro de la vivienda y de los tamaños de esos mosaicos hacen suponer, más bien, que se trata de ámbitos cuyo uso podía ser heterogéneo, p. ej., al decir de la citada autora, “el recibimiento de amigos y la celebración de pequeños banquetes privados” (puede consultarse, al respecto, DUNBABIN, 1994, 171; ZACCARIA, 2001, 81; URIBE, 2007, 95). Pese a estar ligado a la esfera privada, no necesariamente siempre se le puede aplicar a un *cubiculum* el concepto contemporáneo de dormitorio, esto es, la estancia más personal e íntima, pues en la casa romana era habitual la multiplicidad de actividades que se podían desempeñar en sus distintos reductos (sobre la moderna utilización, eventualmente mecánica e incorrecta, de los términos clásicos con los que los antiguos denominaban cada unidad estructural, a algunos de los cuales hicimos referencia en páginas anteriores, cfr. ALLISON, 2001, 185-192; MAÑAS, 2007-2008, 101-102). La investigación arqueológica ha permitido comprobar que incluso algunos de los dotados de la mayor distinción y con aparente carácter de representación, sirvieron a veces como instalaciones industriales, almacenes... (ALLISON, 2004), algo difícil de extrapolar a la realidad de nuestros tiempos, donde suele primar la exclusividad.

Consiguientemente, los diferentes modelos ornamentales desarrollados en el pavimento musivo de la habitación n.º 1 quizá podrían haberse empleado para deslindar dos zonas, pero ello no implica que el contenido gráfico de la alfombrilla de su extremo suroccidental forzosamente sirviera para señalar la posición de una cama (sobre estas cuestiones, cfr. WITTS, 2000, 291-324; ZACCARIA, 2001, 59-101).

Por lo que atañe a los materiales arqueológicos, son muy escasos y no arrojan ninguna luz sobre la posible lectura de este espacio habitacional. Como ya se ha dicho, se trata fundamentalmente de cerámica común bajoimperial, mezclada con algún fragmento vidriado moderno (no olvidemos que estos campos han sido frecuentemente removidos durante la realización de trabajos agrícolas), y el referido *centenionalis* de Honorio (*vid. infra* capítulos XVIII.1.1 y XVIII. 2.1-2).

Una vez extraído este mosaico (que fue denominado piso 1), se planteó una cata de 3 x 3 m en el centro de la habitación, para excavar la solera (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 23-24). El propósito de romper estas capas preparatorias del tapiz teselar era hacer un corte estratigráfico y así conocer tanto la base sobre la que se asentaba el pavimento musivo como los niveles inferiores de este ámbito doméstico, estableciendo así la estratigrafía cultural del mismo. Se constató la existencia de un *nucleus* de 3 cm y un *rudus* de 6 cm, que fueron levantados con el fin de proseguir el sondeo. Debajo se disponía un piso de unos 10 cm de espesor, profundizándose a continuación hasta los 90 cm. Tras documentar un estrato en el que predominaban todavía los cantos de río mezclados con arena cribada (el asiento del *rudus*), arqueológicamente estéril, afloró después una capa de tierra fértil, con cerámica y algún fragmento de vidrio.

Bajo dicho *rudus* había, por tanto, un segundo piso, del que partía el enlucido que recubría las paredes -quedando al descubierto el arranque del estucado de los muros 1 y 3-. Así pues, el *rudus* del mosaico se superponía al mencionado punto de inicio o arranque de la capa de estuco (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 2).

Por debajo del piso 2 apareció una serie de “galerías de sección circular”, de unos 20 cm de diámetro, cuya función es difícil de explicar. Con los pocos datos disponibles (únicamente una escueta anotación en el Diario de la campaña de 1975, *vid. infra* Anexo IV, 1975, 3), proporcionados por los arqueólogos que excavaron la habitación n.º 1, resulta aventurado atribuirles una finalidad determinada. Tan sólo recordaremos un hallazgo realizado en la villa de El Saucedo (CASTELO *et alii*, 1997, 68), por si quizás pudiera guardar alguna relación con el tema en cuestión: en el denominado ambiente “B” de sus termas se apreció la existencia de tres orificios circulares de unos 15 cm de diámetro en un pavimento de *opus signinum*, que fueron interpretados como indicios de un “posible hipocausto o de algún tipo de canalización”, aunque en Puente de la Olmilla no se dan otras particularidades que sí reúne esa sala de la villa toledana, como el buzamiento del suelo o la presencia de una estructura de dobles paredes... En definitiva, tampoco sabemos si, a mayor profundidad, el subsuelo de esta habitación 1 era macizo o si esas pequeñas galerías u oquedades son indicativas de que el piso 2 se asentaba originariamente sobre una infraestructura de hipocausto (*suspensura*), de la que ya no quedaría nada en pie cuando se excavó este inmueble.

Es de notar que la cerámica de pasta gris homogénea encontrada tanto aquí como en el resto del yacimiento está elaborada con arcilla de procedencia local. De ello se podría colegir que la villa debió de disponer de algún horno para su fabricación.

A tenor de un fragmento 24/25 de TSH, al que se hace referencia en el Diario de excavación del año 1975 (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 3), algunas muestras de la cultura material de esta UE pueden adscribirse al siglo I d.C.

Al profundizar por debajo de la cota del piso se descubrió un nivel de relleno consistente en tierra muy fina, cribada, mezclada con abundante arena, algún adobe y piedras. Lo más relevante de su material arqueológico, típico de un relleno, era alguna cerámica con una cronología del siglo I d.C.-principios del II, lo que denota la existencia de una fundación de esa época. Merece destacarse especialmente un fragmento de TSG con el sello OF. VITA (del que

no disponemos de un dibujo o fotografía, ni nos ha sido posible localizarlo entre los fondos del Museo Provincial de Ciudad Real, siéndonos conocido tan sólo por una breve noticia de PUIG y MONTANYA, 1975, 140). Según los excavadores, en el nivel arqueológico asociado a esos fragmentos cerámicos no apareció ninguna estructura, pero piensan que “por las proximidades debe haber un asentamiento de esta fecha” (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 23).

Cabe reseñar que Albaladejo no figura entre los lugares citados por M. Beltrán (1990, 95) en cuyo registro arqueológico hay constancia de producciones pertenecientes al taller de *Vitalis*, de La Graufesenque.

Estos fragmentos cerámicos, junto a algunos otros igualmente del siglo I- principios del II d.C., y varias monedas recuperadas en diversos puntos de este yacimiento, corroboran que la *villa* tardía de Puente de la Olmilla tuvo un antecedente altoimperial, del que provendría dicho material. Aún más antigua es una pieza monetaria hallada en el pasillo entre las habitaciones 1 y 2 (n.º 1 del catálogo). Se trata de un as de época augustea emitido en *Carthago Nova* el 12 a.C. (VIVES, 1924-1926, 36, n.º 28, lám. CXXXI-10; VILLARONGA, 1979, 264, n.º 992; *RPC*, 1992, 167; GARCÍA-BELLIDO y BLÁZQUEZ, *DCyP* II, 2001, 98, *Carthago Nova* 13ª 22), que ha sufrido un gran desgaste, atestiguando una prolongada circulación. A esta circunstancia viene a sumarse que a partir de una sola muestra numismática no podemos fijar el origen de este enclave en esa fecha, como es lógico, pues carecemos de otros referentes arqueológicos coetáneos (salvo un fondo de posible cerámica campaniense o de barniz negro de imitación ática descubierto en el pasillo n.º 10 durante la campaña de 1976; *vid. infra* capítulo XVIII, apartados 1.1 y 2.1-2).

Estos datos concuerdan con la afirmación de J.M. Blázquez en el sentido de que la mayoría de las *villae* hispanas tardorromanas “ya existían en los dos o tres primeros siglos del Imperio” (BLÁZQUEZ, 2012, 77), fenómeno bastante común, ampliamente acreditado por las intervenciones arqueológicas realizadas en nuestro país (*vid. infra* capítulo XVII).

De este breve análisis podríamos extraer la conclusión de que posiblemente hubo un abandono temporal de ésta.

Ni en el sondeo llevado a cabo en 1974 ni en los siguientes se detectaron con claridad vestigios arquitectónicos de un asentamiento de época republicana, cuyas evidencias, de haber existido, podrían haber sido borradas por obras posteriores.

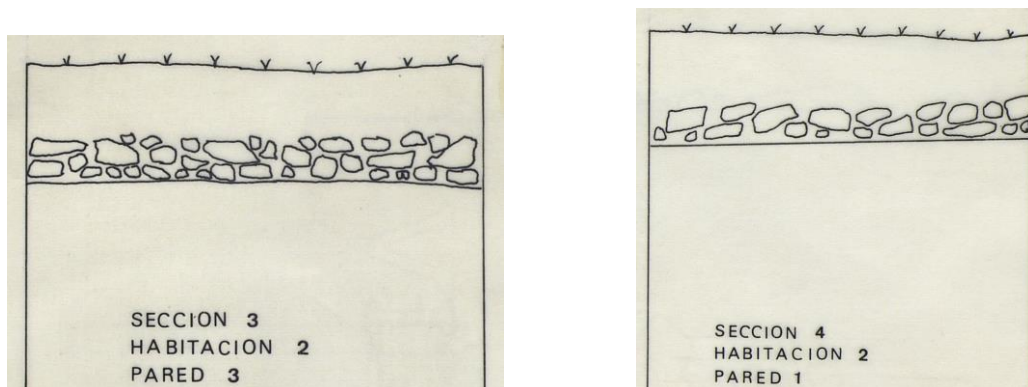
Retomando la descripción del corte estratigráfico, el material resultó ser más exiguo cuanto más se profundizaba. Se alcanzó una cota de -87 cm bajo el piso 2, interrumpiéndose la excavación al no aparecer ya ningún elemento de cultura material.



Fig. 228. Detalle de los elementos decorativos del mosaico de la habitación n.º 1.
Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

En suma, tanto la mayoría del material cerámico, como el ejemplar numismático (n.º 17 del catálogo, *vid. infra* capítulo XVIII.1.1) y el repertorio de motivos que adorna este recargado mosaico (nudos salomónicos, cenefas de esvásticas, flores tetrapétalas..., fig. 228), nos sitúan cronológicamente en el siglo IV d.C.

En la línea del umbral por el que se accede a la habitación n.º 2 el solado ostenta la ya mencionada decoración en damero, típica de los pasos de un ambiente a otro en la *musivaria* romana.



Figs. 229-230. Secciones de la habitación n.º 2. Dib.: Puig y Montanya (AGA).

La **habitación n.º 2** queda en dirección Noreste. Tiene igualmente planta rectangular y mide 4,70 m de ancho por 2,10 m de fondo. Al excavarla se descubrió una línea de cimentación, prolongación del muro meridional (muro 3) de la contigua habitación n.º 1 (figs. 229-230). Decorando ese lienzo de pared, a nivel de su zócalo se halló un fragmento de estuco *in situ* y, en el muro 1, un rodapié en forma de semi-toro, de unos 20 cm de ancho. El pavimento de mosaico de este suntuoso, aunque pequeño, compartimento estaba bastante bien conservado, presentando tan sólo alguna laguna menor, salvo en el centro, completamente destruido.

Como expusimos anteriormente, forma parte de una doble estructura arquitectónica integrada por cámara y antecámara.

También aquí los materiales arqueológicos escasearon, excepto los de cubrición, ya que las tejas eran abundantes, por lo demás, contamos con un número muy reducido de cerámica común (una tapadera...), un solo fragmento de *terra sigillata*, una tapadera de vidrio fragmentada, clavos de hierro, algunos restos de estuco de colores negro, rojo y amarillo y otro de imitación de piedra.

Gracias a la combinación de esas fuertes tonalidades del revestimiento parietal se lograría un vistoso efecto en este ámbito que debía ser atravesado para acceder al principal.

En el área noroccidental hay una mancha de tierra cenicienta cuyas dimensiones son 1,60 x 1,30 m. Se extiende por toda la esquina noroeste,

entre el muro septentrional (el n.º 1) y un murete lateral de 0,50 m de largo por 0,70 m de ancho (el n.º 5a), perpendicular al primero. Afrontado a este último se dispone otro tramo de muro (el n.º 5b), de 1 m de largo por 0,70 m de ancho; ambos enmarcan una amplia puerta de ingreso desde el peristilo, al Este. En este sector, a diferencia del resto, hay una mayor concentración de materiales: algún fragmento de metal (hierro...), cerámica común, vestigios del estucado que recubría los paramentos, *tegulae* -una de ellas con marcas digitales, consistentes en varias líneas que convergen formando ángulos rectos y se entrecruzan en la parte interior de dichos ángulos, dando lugar a un reticulado-, una basa de columna, algún material óseo (fauna), varios fragmentos de un vaso de vidrio y una pieza monetar, un “pequeño bronce”, según se reseña en una anotación del Diario de excavación (*vid. infra* Anexo IV, 1974, 6). Es una *maiorina* de Teodosio I (n.º 14 del catálogo), acuñada en una ceca oriental, la de Constantinopla, entre el 378 y el 383 d.C. (*RIC* IX, 54,c). Llama la atención que las habitaciones 1 y 2 nos hayan proporcionado numerario de finales del siglo IV d.C., tan distantes temporalmente del as de época augustea (para ser más exactos, del 12 a.C.) recogido en el pasillo por el que ambas están intercomunicadas (*vid. infra* capítulos XVIII.1.1 y XVIII. 2.1-2).

SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA. En todo el recinto se ha documentado la siguiente estratigrafía:

- unos 40 cm de tierra vegetal
- una capa de tejas, entremezcladas con algunas piedras, restos de estuco con decoración pintada, cerámica... (nivel de colmatación)
- el piso en *opus tessellatum*.

Tras finalizar el 20 de junio de 1974 la primera campaña de excavación, se procedió a la extracción del mosaico por parte de dos técnicos restauradores del equipo de Mérida pertenecientes a la Dirección General de Bellas Artes (uno de ellos, J.A. Díaz Pintiado, *vid. infra* Anexo V, 1).

En una campaña posterior (1978), levantado ya el teselado, se documentó la base en que éste se asentaba, rompiendo a tal efecto el *nucleus*

y el *rudus* (fig. 231). Se encontró debajo un relleno compuesto por cantos de río mezclados con arena cribada (el asiento del *rudus*), que a su vez se disponía sobre una capa de tierra arqueológicamente fértil, donde se recuperaron cuatro galbos de cerámica común y algunos fragmentos de vidrio, pero no había estructuras subyacentes. A una cota de -0,95 m de profundidad afloró el sustrato rocoso, sobre el que apoyan los muros.



Fig. 231. Cata estratigráfica realizada en la habitación n.º 2, una vez extraído el mosaico.
Foto: Puig y Montanya (AGA).

El conocido mosaico de la habitación 2 está acoplado con otros tres: dos pequeños paneles rectangulares dispuestos uno junto al otro en el costado oriental de ésta, es decir, en la zona de paso desde uno de los pórticos del peristilo, y la alfombrilla con un damero que cubre el breve espacio intermedio a través del que se entraba por el Noreste a la habitación 1, remarcando la separación entre ambas piezas (a propósito de estos ejemplares musivos, cfr. PUIG y MONTANYA, 1975, 133-143, cuya descripción nos sirve de base para un estudio analítico más amplio en el capítulo XIV.5.3.1-3). El lienzo principal de que consta esta serie tapiza el suelo de la habitación 2 propiamente dicha y las figuras del emblema están orientadas hacia su entrada, como pretendiendo que no pasaran desapercibidas a los ojos de quienes transitaran por allí. Desde

esa perspectiva se divisa todo el conjunto pavimental de estas dos habitaciones consecutivas n.º 1 y 2 (fig. 232).

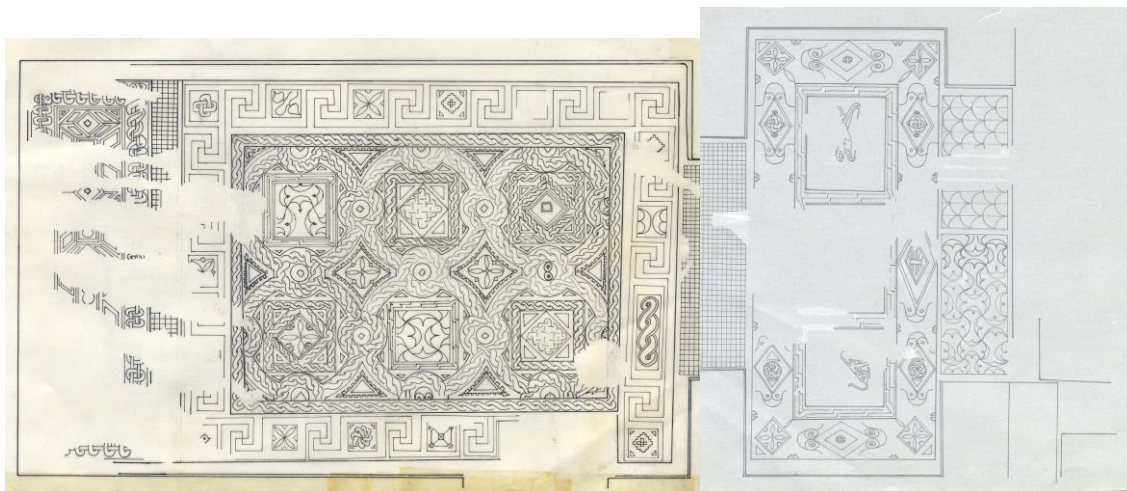


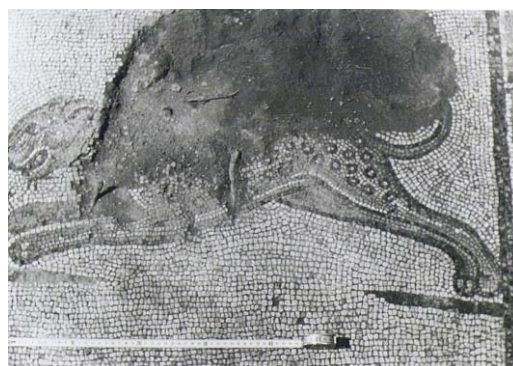
Fig. 232. Mosaicos de las habitaciones n.º 1 y 2. Dib.: Puig y Montanya (AGA).



Fig. 233. Zócalo y detalle de la orla periférica. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El campo musivo está dividido en tres casetones comprendidos en una amplia banda exterior de rombos con peltas y motivos complementarios (geométricos y vegetales, fig. 233). En los dos laterales, respectivamente encerrados en sendos rectángulos, se representan dos leopardos, uno de ellos plasmado en movimiento -corriendo o saltando hacia el centro- y el otro

sentado sobre sus cuartos traseros, con la parte anterior de su cuerpo alzada, apoyada sobre las patas delanteras, que mantiene rectas (figs. 234-235). El modelado de las figuras se hace a base de una variada gama cromática, con gradaciones de color, presentando una tendencia al claroscuro, lo que les hace destacar aún más sobre el fondo blanco. De gran calidad artística, su tratamiento estilístico les confiere un aspecto muy natural.



Figs. 234-235. A la izquierda, figura del felino en reposo. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real). A la derecha, detalle del felino en movimiento. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Aunque falta el cuadro central (dañado desde antiguo), son notorios los rasgos comunes de esas figuras con los de muchos mosaicos báquicos (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.3), por lo que es difícil sustraerse a la idea de su relación con ellos. Esta escena formada (originariamente) por una triple composición donde aparecen animales que suelen ser miembros del séquito de acompañamiento del dios Baco, vinculado a la difusión de la agricultura y el vino, parece hacer alusión a un tema idóneo para una *villa* rústica, más aún al estar estrechamente ligados los cultos dionisiacos a la fecundidad, una cuestión clave para toda explotación agropecuaria y, por ende, de interés prioritario para el dueño de ésta (cfr. DURÁN, 2010, 501-526; sobre las Cuatro Estaciones asociadas a motivos dionisiacos, GUARDIA, 1989, 53-76; acerca del culto a Dionisos, cfr. GARCÍA SANZ, 1990, 308-321; 1991-1992, 105-114; 1994, 327-332). Actividades propias de la finca, como la cosecha, la vendimia, etc., están asociadas a ese contexto. Este es, tal vez, el espíritu que anima al cuadro e incluso podría entrañar un concepto bastante más complejo,

implicando que el *dominus* estaba imbuido de unas determinadas creencias e ideas filosóficas, ya comentadas con anterioridad (*vid, supra*). De ser así, este mosaico pudo haberle servido precisamente para exteriorizar sus convicciones o algunos de sus principios existenciales, si bien no es seguro que podamos realizar una lectura más allá del simple aspecto estético o una temática de moda, adecuados a la sensibilidad artística del propietario. A pesar de contar con esta última posibilidad, la primera, relativa a la semántica de las imágenes, en un mensaje encriptado, resulta bastante verosímil. Según J.-G. Gorges (1979, 159), la iconografía dionisiaca revela la aspiración a la felicidad prometida a los iniciados del dios, pone de manifiesto sus interrogantes, sus inquietudes religiosas y metafísicas. En esa misma línea coincide con K.M.D. Dunbabin (1978, 182-183), que igualmente atribuye una intencionalidad religiosa a algunos mosaicos dionisiacos. Por el contrario, A. Blanco (1952, 15-16) cree que no tenían ningún significado trascendente, sino que eran meros adornos, carentes de “valor simbólico”. Sea como fuere, el diseño figurativo elegido subraya, sin duda, la importancia del recinto que decora, definiéndolo como uno de los de mayor alcurnia de la *villa*. Atendiendo a que el *thyasos* se reproduce asiduamente en los programas pavimentales de los *triclinia*, dada la sagrada conexión entre Dionisos y el banquete, esta clave podría ayudarnos a su identificación.

Además, con este mosaico se conseguiría fijar la atención del espectador desde su llegada a esta antesala, tanto si se pretendía transmitirle consciente y tácitamente un mensaje (lo que parece probable), como si no.



Fig. 236. Mosaico de la habitación n.º 2, con los dos tapices del lado oriental.
Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

A su vez, los dos paños de mosaico adosados al Este, que afrontan el acceso a la sala, están bordeados por una ancha faja de teselas de barro cocido. En uno de ellos se desarrolla un tema de medias escamas imbricadas y en el contiguo hay peltas yacentes y erguidas entrelazadas (fig. 236).

Su límite oriental está constituido por la zona de confluencia de dos de los pasillos que rodean el espacio central de la vivienda. Al Noreste de la habitación 2 se halla la galería n.º 3 del peristilo, que gira ensamblándose en ángulo recto con otro corredor, el n.º 5, y al Este de la misma hay otra estancia, la n.º 4, accesible desde el eje de circulación que recorre por el Sureste el rectángulo del patio.

Por consiguiente, de los cuatro deambulatorios que se disponen en torno al patio, **el n.º 3** es el occidental (fig. 237).

SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA. Es idéntica a la de la vecina habitación 2:

- Unos 40 cm de tierra vegetal
- una capa de tejas y restos de argamasa (nivel de derrumbe)
- el piso de mosaico.

Las dimensiones de este pavimento son 12,90 m de largo por 2,80 m de ancho.

El muro medianero entre los ambientes 2 y 3 tiene una anchura de 0,70 m. A una distancia de 2,80 m de éste aflora el muro occidental del patio, paralelo al mismo y, por tanto, de idéntica orientación, que corresponde a uno de los lados mayores de esta estructura arquitectónica porticada.



Fig. 237. Pasillo n.º 3 y puerta de acceso a la habitación n.º 7. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Entre el material arqueológico hay que resaltar la presencia de tres monedas de bronce (las n.º 3, 13 y 15 del catálogo): un sestercio de Trajano, que ha sufrido un gran desgaste, cuya cronología comprende desde el 98 al 117 d.C., posiblemente emitida en Roma; un *centenionalis* de Constancio II, del 352-355 d.C., acuñado en Roma (*RIC* VIII, 274, n.º 272 ó 276) y otro

centenionalis, esta vez de Teodosio I, acuñado en la ceca de Cícico entre el 388 y el 392 d.C. (*RIC IX*, 68, 29,a), conservado en buen estado; además, una chapita de bronce, otra de hierro, clavos, fragmentos indeterminados de metal (bronce, hierro y plomo), alguno de vidrio, diversos fragmentos de estuco de variado colorido, como el rojo, el blanco, otros con una alternancia cromática de rojo y negro, blanco y rojo combinado con negro... No se conserva *in situ* el revestimiento de estuco de las paredes, pero los restos documentados nos permiten suponer la utilización de, al menos, tres tonos en su decoración pictórica. Ese contraste de colores base (rojo, blanco y negro) aportaría gran vivacidad a este corredor.

Se ha recuperado alguno de los elementos de sustentación del mismo, destacando, entre otros, un fragmento de columna que mide 60 cm de alto (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 14). Se trata de una media columna de arenisca local, que en origen iría parcialmente adosada a la pared, como denota el tosco desbastado posterior. En esa parte, que no sería visible en su momento de uso, tiene una especie de pestaña que la recorre de arriba abajo e iría incrustada en el paramento (corresponde al tipo de columna empotrada, a modo de pilastra). La basa de esta columna tiene una altura de 14 cm. Labrada en un solo bloque pétreo junto con el fuste, está compuesta por un plinto cuadrado (de 9 cm de alto y cortado por la mitad), el toro, que mide 7,5 cm de alto, el himoscapo, de 7 cm, y parte del fuste (de 36,5 cm de altura), que es liso (fig. 238).



Fig. 238. Fragmento de columna monolítica del pasillo n.º 3. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El piso en *opus tessellatum*, enmarcado externamente por una banda de grandes teselas rojas de cerámica, tiene numerosas reparaciones de época realizadas con argamasa. Algunos de esos desperfectos son de considerables proporciones. Asimismo, hemos podido detectar que una zona del teselado está quemada, incluido el parche de argamasa con el que se rellenó una laguna de mediano tamaño, tal vez resultado de un fuego fortuito que habría provocado el derrumbamiento de la techumbre sobre el pavimento o quizás, cuando la *villa* estaba ya en desuso, gentes de paso o pastores, en busca de refugio, podrían haber ocupado temporalmente este asentamiento rústico, encendiendo alguna hoguera para calentarse o cocinar, lo que explicaría ese calcinamiento puntual del suelo, pues no hemos advertido huellas de un incendio total ni signos de destrucción deliberada del lugar. Las llamas parecen haber afectado tan sólo a algunas partes del maderamen del edificio, sin llegar a devastar todo el complejo doméstico, dado que únicamente hemos constatado la existencia de exiguos niveles de incendio en algunos puntos,

dejando al margen el patio, donde la capa de carbones y cenizas tiene mayor potencia (de su formación hablaremos más adelante).



Fig. 239. Detalle del mosaico del pasillo n.º 3. Foto: Gómez Lozano

El campo musivo contiene catorce cuadrados en cada fila y la franja oriental, próxima al patio, está recorrida por catorce rectángulos con sogas dobles inscritas. Está articulado por una composición geométrica de cuatrilóbulos de peltas en torno a cuadrados, combinados con estilizaciones florales, que es susceptible de la restitución prácticamente completa de su repertorio decorativo, al seguir una pauta reiterativa y simétrica. En su elaboración se utilizaron teselas de las mismas tonalidades que las pinturas murales (cuya ejecución es anterior), armonizando así la policromía de suelos y paredes. La preponderancia del color rojo en este lienzo está en concordancia con la concepción particularmente colorista del ambulacro n.º 3 (fig. 239, *vid. infra* capítulo XIV.5.3.7).

La banda de enlace con el mosaico del contiguo **pasillo n.º 5** es muy sencilla, constituida por teselas cerámicas. Sus medidas son 7,70 m de largo por 2,90 m de ancho, por lo que es el más pequeño de los cuatro que cubren los laterales del peristilo. El prototipo estilístico unitario de la alfombra son celdillas hexagonales, semejando un panal (fig. 240). Está organizado en filas

de 16 hexágonos y medio. Presenta numerosos fallos, apreciándose algunos arreglos probablemente llevados a cabo en los últimos tiempos de habitación de la casa. Pese al deterioro que afecta a la superficie musiva, muy erosionada, su temario repetitivo permite recomponer totalmente el esquema (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.8).



Fig. 240. Mosaico del pasillo n.º 5. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Hay restos de estuco con molduras (de las cornisas que rematarían la parte alta de las paredes o quizás de un rodapié), fragmentos de metal (hierro, bronce y plomo), varios clavos de hierro y algún fragmento de vidrio.

En la esquina con el pasillo n.º 14 se conserva un lienzo de pared de unos 3 m de longitud por 0,50 m de altura con restos pictóricos (fig. 241). El zócalo está decorado con *crustae*, como es típico en la pintura mural del siglo IV d.C. De la zona media únicamente se ha preservado el inicio. La gama cromática abarca el verde claro, rojo, amarillo, rosa intenso, violeta, blanco y negro. La técnica pictórica empleada es el moteado, con salpicaduras de un color sobre un fondo de otra tonalidad, y la imitación del “giallo antico” (*vid. supra* capítulo XIV.2).

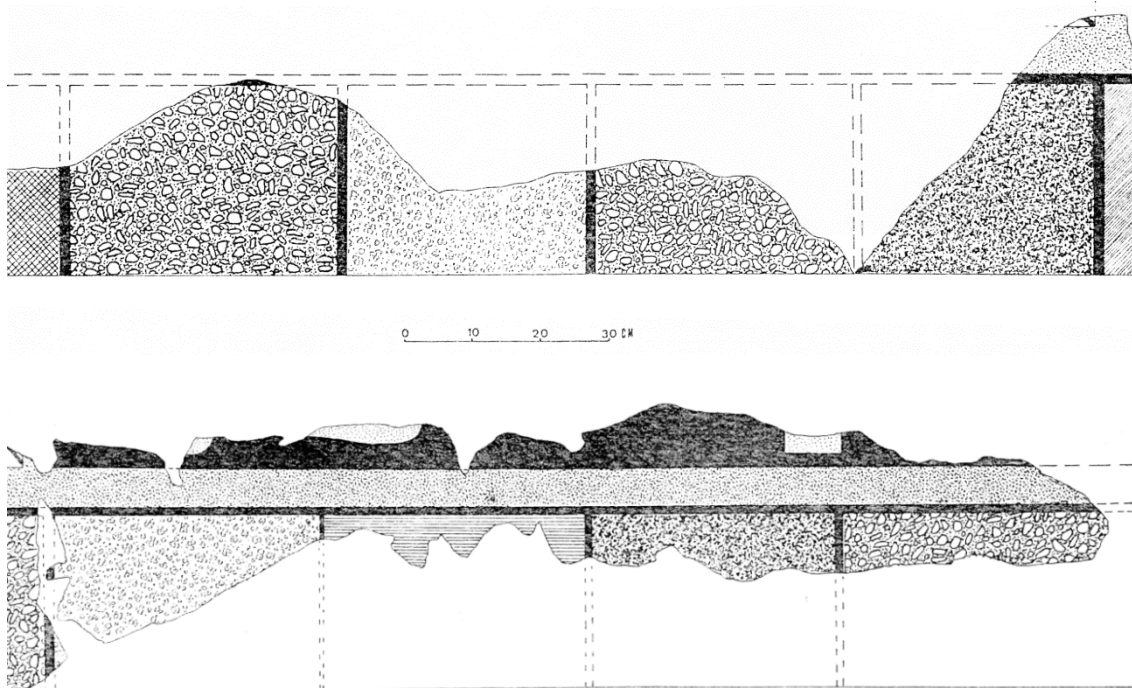


Fig. 241. Decoración pictórica de la esquina de los pasillos n.º 5 y 14, según Puig, 1979, fig. 4.

Inmediatamente al Sureste de ese espacio de tránsito está ubicada la **habitación n.º 4**, algo desviada hacia el Oeste en relación al eje longitudinal definido por las *fauces* y el patio porticado. Es de planta cuadrada y sus medidas interiores son 4,70 x 4,30 m. Por un amplio vano en su muro septentrional comunica con el peristilo. Su piso musivo está 20 cm sobreelevado respecto al de la galería de circulación colindante (fig. 242). Ese desnivel entre sendos ambientes se salva mediante un escalón revestido con un enlucido de estuco, parcialmente conservado.



Fig. 242. Detalle del desnivel entre los pisos de los ambientes n.º 3 y 4. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Esa diferencia de cota de 20 cm no sólo existe en relación al suelo del pasillo n.º 3, sino también al del limítrofe corredor n.º 5 y de las habitaciones n.º 1-2, que igualmente quedan por debajo del pavimento de la habitación n.º 4. Por ese motivo, al hallarse éste a un nivel algo superior, estaba más expuesto a sufrir posibles alteraciones. De hecho, la superficialidad del teselado, solamente cubierto por una fina capa de tierra (de unos 30-40 cm), ocasionó que apareciera en un estado bastante precario. Además de algunas lagunas, presentaba en dos de sus extremos varias reparaciones realizadas ya en la Antigüedad.

Sus excavadores comprobaron que esta estancia, donde intervinieron a lo largo de dos breves campañas en los años 1975 y 1977 (*vid. infra* Anexo IV), había sido seriamente dañada por las tareas agrícolas, viéndose muy afectados tanto la estratigrafía como el mosaico.

De sus muros sólo quedaba la cimentación, con algunos restos del enlucido parietal *in situ*, en muy mal estado de conservación, pero en su mayoría el estucado estaba desprendido. Las esquinas interiores eran redondeadas. Algunos fragmentos del recubrimiento de estuco, cuyo color era azul, nos permiten determinar que el alzado de las paredes estaría decorado con pinturas de esa tonalidad (fig. 243, *vid. infra* Anexo IV, 1975, 22).

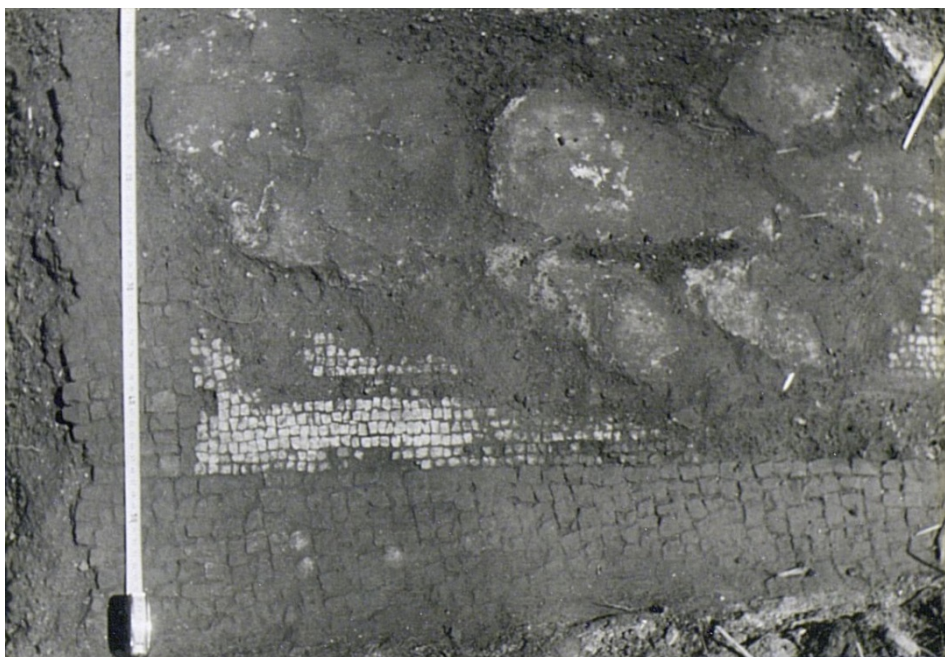


Fig. 243. Fragmentos del revestimiento de estuco, sobre el piso musivo. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El material arqueológico consistió en escasa cerámica común, algún fragmento de *terra sigillata*, uno de metal, varios clavos, tejas, ladrillos, teselas y un fragmento de vidrio, además de fragmentos de estuco caídos, como ya hemos mencionado. Al haberse encontrado algún fragmento de cerámica vidriada moderna, incluso sobre el piso, se evidencia que era un estrato muy removido.

Estaba pavimentada con un bello mosaico confeccionado con teselas de pequeño tamaño, lo que hizo pensar a los arqueólogos que podría tener algún emblema, según unas escuetas notas manuscritas de éstos (M.R. Puig y R. Montanya, *vid. infra* Anexo IV, 1977, 2-3), el breve Informe arqueológico de ese año, que afortunadamente pudimos recuperar (en el AGA), y una breve alusión recogida en la *Memoria* del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona correspondiente a ese mismo año (PUIG y MONTANYA, 1977, IV, 20). Durante las labores de limpieza pudieron confirmar que el mosaico se hallaba muy degradado, habiéndose preservado únicamente una pequeña porción de él (fig. 244). Estaba estructurado en torno a un cuadrado en cuyo interior se circunscribía un octógono central y, entre ambas formas geométricas, tenía una representación alegórica de los Cuatro Vientos en las esquinas, coincidiendo con los puntos cardinales, de los que se habían perdido totalmente dos de las figuras y parte de una tercera, colocadas sobre

sus respectivos nombres, también incompletos. Uno de ellos era *Septentrio*, el viento del Norte, y el otro, probablemente, *Zephyrus*, el viento del Oeste.



Fig. 244. Mosaico de la habitación n.º 4. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El espacio musivo más cercano al pasillo presentaba un tema de palomas alternadas con cráteras y con otros motivos ornamentales que, debido a la fragmentación de la maltrecha superficie musiva, eran de difícil identificación, al decir de M.R. Puig y R. Montanya. Según su versión, unos desaprensivos destruyeron este mosaico un tiempo después de ser descubierto, sin que se pudiera rescatar ni un solo fragmento de él (fig. 245). En una nota final del Informe de la campaña de 1978 lo explican de la siguiente manera: “el mosaico del ambiente n.º 4, descubierto el año anterior, ha sido totalmente destruido por manos vandálicas”, aunque un vecino de Albaladejo (uno de los descubridores del yacimiento, asiduo visitante y colaborador durante todo el transcurso de la intervención), atribuye su pérdida exclusivamente a la acción “del tiempo y de la labranza”³³.



Fig. 245. La habitación n.º 4, tras la destrucción de su pavimento musivo. En primer término, la habitación n.º 19. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Al disponer de escasa documentación gráfica del mismo, poco más podemos añadir en relación al programa decorativo de esta pieza (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.4).

A tenor de sus características, tales como su amplitud (tiene una superficie útil ligeramente inferior a los 21 m²), su situación preeminente dentro del conjunto arquitectónico (al estar prácticamente en posición axial respecto a la entrada a la *villa*), su ancha puerta, el revestimiento de sus paredes con paneles pictóricos de elegante colorido y de su suelo con un rico mosaico figurativo, a lo que se agregó un elemento específicamente ennoblecedor al ponerla en un plano más alto, con objeto de hacer patente su primacía funcional, todo ello, en suma, la hace susceptible de ser interpretada como una de las salas de aparato, posiblemente el *oecus*. Esta opción parece muy verosímil, por el hecho de estar realzada, como suele suceder en las habitaciones áulicas, y tener un solo punto de ingreso, cuya anchura supera a la de los restantes, como ocurre en muchos ámbitos de representación (MORERE, 1989, 23). Asimismo, el mosaico seleccionado es idóneo para transmitir la imagen especialmente distinguida que requería un salón de recepciones. No obstante, habida cuenta de que las cráteras simbolizaban en la cultura romana la invitación a comer y estaban vinculadas con el ritual del *convivium*, dada la costumbre de utilizar esta clase de vasijas para mezclar el

vino con agua y especias (bebida indispensable en cualquier banquete), y teniendo en consideración que los detalles ornamentales de los mosaicos solían ser elegidos para decorar adecuadamente cada recinto de acuerdo a la funcionalidad de éste (WITTS, 2000, 291-324), la particularidad de incluir cráteras en su composición musiva podría avalar, tal vez, otra lectura, la de ser el *triclinium*, aun cuando no le otorgan inequívocamente ese destino específico. En efecto, las cráteras tienen fuertes connotaciones dionisiacas, pero no son definitorias. También conviene destacar que en innumerables mosaicos se evocan espacios ajardinados mediante la representación de cráteras combinadas con aves y ciertos elementos geométricos o naturalistas. En ese sentido, desde la habitación n.º 4 se puede ver el *hortus*, que se inscribe en el peristilo y, a su vez, este mosaico pavimental podría pretender lograr una prolongación simulada del *viridarium* hasta el interior de la misma. A través del ancho vano, quienes se hallaran en ella disfrutarían contemplando ese espacio abierto, rebosante de flores y plantas fragantes. Otra alternativa posible es que aunara una diversidad de usos, pues el concepto contemporáneo de exclusividad de las actividades desempeñadas en una habitación no siempre se puede trasponer al mundo antiguo (cfr. DUNBABIN, 1994, 171; ZACCARIA, 2001, 81; URIBE, 2007, 95), al no coincidir con sus valoraciones culturales.

En todo caso, sus marcados rasgos diferenciales denotan que es una de las estancias señoriales. En numerosas residencias romanas había dos habitaciones claves que se encontraban alineadas una en eje y otra en codo respecto a su entrada (p. ej., en la de Almenara de Adaja, REGUERAS, 2013, 32, lám. 9 a), disposición que se reproduce en las n.º 4 y 1-2 de Puente de la Olmilla. De tal forma, era habitual la multiplicación de unidades estructurales nobles (MAÑAS, 2007-2008, 98), que tenían un papel señero dentro de la esfera pública de la casa, como escenario donde se desarrollaba la convivencia, el protocolo, etc.

En el muro meridional del corredor n.º 5 se abre un hueco de 1 m de ancho (fig. 240), por donde se accede a otra **dependencia**, a la que se asigna el n.º 17, correlativa a la habitación n.º 4. En esa zona de paso aparece una *imbrex* entera, que mide 58 cm de largo por 27 cm de ancho y presenta diversas marcas trazadas con los dedos sobre la arcilla antes de la cocción (vid. *infra* Anexo IV, 1975, 21). El pavimento es de *opus caementicium* y está a

la misma cota que los suelos de los deambulatorios 3 y 5. Durante su excavación sólo fue posible documentar, en parte, dos de los muros que la delimitan, por lo que no puede precisarse su morfología (se excavó hasta algo más de 5 m a partir de la UC común con el pasillo 5, sin que aflorara la estructura de cierre por el Sur, y tampoco la oriental, pese a llegarse hasta unos 8 m en dirección Este, cerca ya de la habitación n.º 35). En una de las paredes de la esquina noroccidental se conservan restos pictóricos, que nos permiten conocer parcialmente su programa decorativo. Como es usual, sobre el enlucido de cal y arena se ejecutó la decoración parietal. Hay dos capas de pintura superpuestas, que nos advierten de la existencia de diferentes etapas. La más antigua tiene un fondo gris, salpicado de motas blancas y negras. Por encima de ésta se aplicó posteriormente una segunda (de medio centímetro de espesor), que presenta dos registros. El inferior, correspondiente al zócalo, fue pintado de color gris, con salpicaduras en blanco y negro. Dicho zócalo está separado de la zona media por el trazo de una línea negra. Ese friso superior es de un tono rosa intenso, con salpicaduras en blanco y negro. El esquema decorativo descrito se basa en una imitación del mármol moteado, aunque éste, particularmente, es un tipo poco frecuente, dándose en la naturaleza con mayor abundancia las variedades de mármoles monocromos y policromos con vetas o bandas, por lo que en ocasiones únicamente se empleó esta técnica pictórica del moteado como una mera solución ornamental, al no imitar una verdadera *crusta* marmórea, tal como sucede en la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), donde se atestigua en lienzos de pared datables en el siglo IV, pero también en uno perteneciente a su primera fase constructiva, del siglo I d.C., según R. Hidalgo (1990, 113-114).

El procedimiento seguido consistía en efectuar aspersiones con una brocha empapada de pintura (de una o más tonalidades, así, en la habitación n.º 17 de Puente de la Olmilla se emplearon dos colores: blanco y negro) sobre un fondo liso (gris, en este caso).

Tuvo lugar, por tanto, una renovación decorativa de este espacio situado enfrente de uno de los laterales menores del patio porticado, prácticamente en el eje de visión desde la puerta principal de la *villa*, y adyacente a uno de los aposentos ceremoniales, probablemente el de mayor rango (el n.º 4). Con todo, L. Abad (1977-78, 189) afirma que la imitación del mármol moteado se

reservaba para las habitaciones de menor relevancia, por tener menos dificultad técnica su realización. De ello y del solado en *opus caementicium* puede deducirse que la n.º 17 no tenía una elevada categoría.

Recuperamos alguna cerámica común, dos fragmentos de *terra sigillata* (uno de ellos es una base), varios fragmentos óseos (fauna) y metálicos, indeterminados, además de uno de mica.

El muro de cierre por el costado sur de la n.º 4 linda con otra que está ubicada justo en el límite meridional de la superficie sondeada del yacimiento. Esta **habitación, n.º 18**, apenas pudo ser excavada, por lo que no nos permite hacer ninguna apreciación sobre su carácter y finalidad. Únicamente sabemos de ella que tiene un suelo de argamasa, como la anteriormente descrita.

En el muro occidental de la habitación n.º 4, cuya anchura es de 0,70 m, hay una puerta sellada con ladrillos. En un determinado momento, ese vano la pondría en comunicación con el **compartimento n.º 19**, donde se conserva *in situ* un rodapié de estuco, de 20 cm de ancho, aunque está cortado en un punto concreto (al Este de la habitación 2). Originariamente no tendría acceso directo al mismo, fue más tarde cuando se abrió uno, que después fue clausurado. El piso se hallaba destruido, documentándose a ese nivel un relleno compuesto por ripios, fragmentos de la primitiva pavimentación de *opus caementicium* y tejas. Cabe inferir de dichos vestigios que el derrumbe de la cubierta ocasionó esos daños en el solado.

Entre las piezas arqueológicas más expresivas de esta UE figura una placa de bronce con una perforación, una pulsera de bronce, un clavo de hierro, varios fragmentos indeterminados de metal, algunos restos óseos (fauna), un alfiler para el cabello de hueso pulimentado (*acus crinalis*), algún fragmento de *terra sigillata*, escasa cerámica común entremezclada con alguna contemporánea, unos fragmentos de mica y tres de vidrio.

Ese estrato se superpone a otro de tierra menos compacta y restos de adobes, resultantes del desplome de los paramentos, lo que constituye una prueba contundente de que los alzados de sus muros debieron resolverse mediante adobes y tapial, completando la base de mampostería, esto es, apoyados en la sólida cimentación de piedra.

La referida puerta, completamente ocluida con ladrillos, permitiría en un primer momento constructivo transitar desde esta estancia a la n.º 4, siendo

inutilizada posteriormente por alguna razón difícil de discernir. Las medidas de estos ladrillos, que fueron colocados horizontalmente, oscilan entre 48-50 cm de largo por 16 ó 32 cm de ancho y tienen un espesor de 4 cm. Presentan distintas marcas trazadas con los dedos, como es habitual en el material latericio de este yacimiento.

Dentro de este ámbito n.º 19 hallamos una cloaca con un albañal, que cruza en sentido Este-Oeste, por debajo de la pared medianera entre los departamentos 4 y 19, por lo tanto, es contemporánea de esta estructura (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 5). La cloaca queda interrumpida a 0,90 m de dicho muro y probablemente fue destruida al mismo tiempo que el suelo de *opus caementicium*. Discurre paralelamente al denominado muro 1 de las habitaciones n.º 1 y 2, confinando esta última por el Este con la n.º 19. Del muro 1 arranca otro, perpendicular, cuya anchura es de 0,90 m, que delimita por el Este un acceso de la habitación 1 a un espacio aún sin excavar. A su vez, corre en paralelo respecto al paramento -de 0,70 m de ancho- decorado con un rodapié de 20 cm, mencionado líneas arriba.

Este sector meridional es deficientemente conocido al haber quedado incompleta la intervención en el mismo. La cloaca podría ser indicativa de la localización aquí del *balneum* (al Sureste).

El **patio (n.º 6)** porticado, orientado según el eje longitudinal de la *villa*, se configura como punto culminante de todo el conjunto constructivo descubierto. En torno a él se abren diversas habitaciones, en particular, algunas de las principales de la casa (el *oecus*, el *triclinium*...), mayoritariamente concentradas a su alrededor. Este patio presenta traza rectangular y mide 9,85 m de largo por 7,70 m de ancho, con exclusión de la galería que lo circunda. Sus proporciones (75,85 m²) están en consonancia con el tamaño de la *pars urbana* que preside, aun siendo más reducidas que las de algunos patios de otras *villae* hispanas equiparables a ésta (*vid. infra* capítulo XVII; asimismo, CHAVARRÍA, 2007, 95, da las dimensiones de los peristilos de algunas de ellas). Esta investigadora recalca que “los peristilos tenían un importante papel en el juego de representación desarrollado en la residencia”.

Este espacio arquitectónico aportaría luminosidad y ventilación a las habitaciones inmediatas, una cuestión de gran importancia para cualquier casa

de campo, aunque curiosamente la de Puente de la Olmilla no abría al Mediodía, sino al Noroeste.

SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA:

UE I: capa de tierra vegetal

UE II: corresponde al derrumbe. Una acumulación de tejas y otros materiales de derrubio colmataba algunos sectores. Recuperamos alguna cerámica común (dos galbos pintados...).

UE III: se detecta un potente nivel de incendio, con fragmentos de *tegulae*, *imbrices*, alguna cerámica común, dos teselas, restos de argamasa y de estuco. Los escombros y tejas aparecen tanto sobre la extensa capa de cenizas y carbones (UE II), como entremezclados con ella. En otras zonas se documentan diversas manchas de ceniza asociadas a fragmentos de metal, fundamentalmente clavos de hierro. Otros materiales arqueológicos dignos de mención son: cerámica común, varios fragmentos de *terra sigillata*, algunos de vidrio (el fondo de un pequeño recipiente...), un asa de caldero de hierro, dos pulseras y un arete de bronce, dos monedas de vellón, de Galieno, acuñadas en la ceca de Roma (n.º 7 y 8 del catálogo), un *centenionalis* de Constancio II fechado entre 335-341 d.C. (n.º 11 del catálogo), posiblemente de la ceca de *Siscia* (LRBC, lám. I, similar n.º 1028), fragmentos metálicos indeterminados (de hierro, de bronce, etc.), restos óseos faunísticos, conchas de molusco (entre ellas, alguna valva de ostra) y un fragmento de marfil tallado (a una cota de profundidad de -58 cm).

Es de subrayar que los dos ejemplares numismáticos encuadrados cronológicamente entre 257-259 y en el 266 d.C. (*RIC* V, 1ª, 154, n.º 267; *RIC* V, 330 variante, respectivamente) aparecieron a una cota de profundidad de -48 cm, mientras que la emisión de Constancio II, del 335-341 d.C., fue descubierta a -45 cm. De ello parece desprenderse que los dos antoninianos circularon simultáneamente con el *centenionalis* del siglo IV.

UE IV: bajo el estrato de cenizas se dispone otro que nos proporciona algunos fragmentos de cerámica común.

De todo el yacimiento, es en el patio donde se hace más perceptible la acción destructiva del fuego. Esta circunstancia no es un hecho arqueológico lo suficientemente evidente como para inclinarnos a pensar en un episodio violento generalizado, al carecerse de pruebas fehacientes del mismo. Tal vez,

si se encendió una hoguera para cocinar (lo que explicaría la presencia de huesos de animales, conchas de molusco y cerámica), pudo prenderse la armadura de madera de la cubierta de alguno de los deambulatorios del peristilo, provocando el derrumbamiento de la techumbre, que en parte cayó al patio. También pudo haber en éste una pérgola de madera, siendo entonces algunos de esos carbones y cenizas vestigios de su armazón calcinada, incluyendo los postes que la sostenían. Sucediera o no así, ese incidente puntual protagonizado por el fuego sería posiblemente uno de los últimos capítulos de la historia de esta *villa*. Como en tantas otras, pudo ocurrir que, tras ser supuestamente abandonada, tuviera lugar un posterior incendio.

En el área central a cielo abierto no hay rastro de la existencia de un *impluvium*, una cisterna o un piso (con una salvedad, *vid. infra*), lo que parece avalar la teoría de que se trata del *hortus* de la casa (en relación al *hortus* como origen del jardín romano, dedicado en un principio al cultivo de hortalizas para consumo propio, flores y plantas medicinales, cfr. SAN NICOLÁS, 1997, 137; “la primitiva palabra para designar el jardín entre los romanos era *hortus*”, como refiere BLÁZQUEZ, 2001, 21). Al no haber un depósito o estanque donde se pudiera recoger el agua de lluvia para regarlo (Paladio, *Opus agriculturae* I, XXXIV, 2), el abastecimiento hídrico de este jardín se alimentaba mediante una canalización subterránea que recorría el pasillo oriental (n.º 14, figs. 284-285 y 288), y, con toda probabilidad, uno de los ramales en que se bifurca (hacia el Sur) serviría también para su drenaje, con el fin de evitar que el peristilo se inundara.

Alcanzamos una cota de profundidad de -1,20 m desde el nivel de superficie, aunque excavamos un sector a mayor profundidad buscando un posible suelo, sin resultado alguno. En esa exploración no detectamos indicios materiales de su existencia, excepto una pequeña laja triangular y lisa de mármol blanco (¿de una loseta o de una placa?), a todas luces insuficiente para concluir que el patio estaba pavimentado. No obstante, podríamos manejar algunas hipótesis: quizás pertenecía a una franja de revestimiento pavimental compuesto de este material lapídeo, un enlosado que bordearía parcial o totalmente el espacio ajardinado, o bien se usó en la elaboración de *sectilicia* parietales e inclusive pudo formar parte de una fuente... (sobre el uso de mármoles en la arquitectura romana, cfr. CISNEROS, 1988; GNOLI, 1988;

BORGHINI, 1998). Siguiendo esta línea argumental, en una habitación termal de la *villa* de El Saucedo apareció una plaqueta sumidero de mármol blanco comunicada con un canal de desagüe (BENDALA *et alii*, 1998, 304; CASTELO *et alii*, 2006, 185), pero no sabemos si en el patio de Puente de la Olmilla había algo similar, al contar únicamente con un fragmento de difícil interpretación.

Es de imaginar que estaría adornado con zonas verdes y plantas aromáticas. J.M. Blázquez (2001, 27-31) nos brinda algunos datos sobre la ornamentación de los jardines romanos, como la habitual presencia de fuentes en los *horti* de las *villae* (Plin., *Epist.* V, 6, 36 y 40). Por su parte, P. San Nicolás pone de relieve las balaustradas, esculturas, veneras, cráteras, etc., que también solían instalarse para embellecerlos (a propósito de los tipos de fuentes documentados en los pavimentos musivos, cfr. SAN NICOLÁS, 1997, 138-157; acerca del programa decorativo de los jardines en las *villae* hispanas, STORCH, 2010, 376).

Columela intercaló en su obra *De re rustica* un libro en verso sobre el cultivo de los jardines. Pese a que no ha llegado hasta nuestros días ningún tratado antiguo completo relativo a esta cuestión, tanto indirectamente en algunos textos clásicos (Liv., I, 56; Cato, *agr.* 8; Teophr., *H. Plant.* I y III; Plin., *NH* XIX, 50-53; XXI, este último, con indicaciones sobre plantas y flores de carácter utilitario, empleadas para confeccionar coronas), como en las representaciones de jardines en pinturas y mosaicos (MAIURI, 1953; GRIMAL, 1969; JASHEMSKI, 1979), se evocan diferentes tipos de árboles y plantas habituales en sus parterres, tales como las coníferas, el ciprés, el plátano, el manzano, el limonero, el peral, el granado, el membrillo, el melocotonero, el olivo, el boj, el mirto, el laurel (Plin., *NH* XV 130-137; Verg., *Ecl.* II 54; Ov., *Ars. Am.* III 690), el culantrillo, la hiedra, el acanto (Plin., *NH* XXII, 76; Plin., *Epist.* V, 6), flores variadas, como la de lis, la margarita, el clavel, el alhelí, el jazmín, el rosal, etc. (cfr. SAN NICOLÁS, 1997, 138, con referencias de escritores de la Antigüedad relativas a las distintas especies de rosa; sobre las alusivas a otras flores, BLÁZQUEZ, 2001, 22, 27, quien sugiere que la costumbre de cultivarlas en los jardines procedería de Egipto). Incluso se obtuvieron especies enanas de cipreses y plataneras para conseguir dar mediante ellos la impresión de un gran parque, en un ámbito limitado. En algunos ejemplares musivos romanos se puede identificar una variada flora, combinada con arbustos, frutales... En

palabras de P. San Nicolás, este tipo de mosaicos, cuya existencia se ha atestiguado desde el siglo I hasta el Bajo Imperio e inclusive posteriormente, representan simbólicamente la naturaleza, por influencia del mundo oriental y, bien con un aspecto estilizado o naturalista, son “documentos botánicos, hasta cierto punto “realistas” de la estética del jardín romano, espacio conocido a través de las fuentes literarias y los restos arqueológicos. Al mismo tiempo tienen un valor simbólico en relación con la prosperidad y bienestar del propietario” (SAN NICOLÁS, 1997, 174-175, remitimos a la amplia bibliografía compilada por esta autora sobre los jardines romanos).

Al reflexionar sobre el papel del arte en la vivienda romana, A.-A. Malek ofrece nuevas perspectivas de análisis de algunos mosaicos norteafricanos, que reproducimos por su interés. A su juicio, “el arte puede abrir el espíritu a la contemplación de los dioses, pero le falta la vida; el jardín es la expresión misma de la vida, pero los dioses no se dejaban ver allí. Es, pues, la dialéctica del arte y el jardín lo que constituye el horizonte de la vida doméstica en las casas romanas del Norte de África y la variedad de las formas del arte y, sin duda, del jardín, permitía a los africanos pensar en sí como miembros de familias diferentes unas de otras, fuertemente individualizadas” (MALEK, 2005, 1346). Para la mentalidad romana, según explica A.-A. Malek (2005, 1343), el crecimiento de las plantas y su floración son manifestaciones de la presencia de la fuerza de la vida que transportan las aguas infernales, remontando de las profundidades de la tierra para hacer revivir las semillas muertas de la estación precedente. El jardín sería, para los romanos, una expresión material del poder creador de la naturaleza, del mundo en continuidad con la experiencia cotidiana del género humano y, simultáneamente, la revelación de las fuerzas del *Numen*. Del mismo modo, “la flor es a la vez materia y manifestación de lo divino. A diferencia del mosaico, en el que la verticalidad surge de la imagen virtual, la verticalidad del jardín está encarnada en lo vegetal”. Todo ello nos lleva a pensar en el simbolismo que encerraban los jardines en la cultura romana.

Algunos de esos jardines a los que hace alusión A.-A. Malek han sido excavados por W. Jashemski (1995, 559-576), como, p. ej., uno de *Thuburbo Majus* (Túnez), quien, asimismo, ha estudiado los de Pompeya, Herculano y las

villae destruidas por la erupción del Vesubio (JASHEMSKI, 1979), aportando información muy ilustrativa sobre este tema.

Uno de los propósitos de sembrar estos vergeles era introducir la naturaleza dentro de la residencia solariega, creando así un lugar de esparcimiento, tan del gusto de los romanos (sobre el amor e interés que éstos sentían por el campo, ampliamente testimoniados en su literatura, FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, 6). Por ello, no solían faltar espacios ajardinados en las grandes propiedades rurales tardorromanas, donde se podía reposar o pasear. Dadas las altas temperaturas estivales que se alcanzan en esta región de la Mancha, cabe suponer lo agradable y relajante que resultaría deambular al cobijo del pórtico central, divisando un exuberante jardín sembrado con multitud de fragantes flores, plantas decorativas, árboles... y escuchando los trinos de los pájaros. Igual panorama se presentaría cuando los rigores del crudo invierno meseteño obligaran a buscar refugio y permanecer dentro de casa, a resguardo de los elementos. Se convertía, así, en un verdadero *locus amoenus*.

Sin embargo, han perdurado escasos indicios arqueológicos de espacios verdes en el entorno de las *villae* hispanas o en su interior (*vid. infra* capítulo XVII, donde enumeramos varios). Afortunadamente contamos con la musivaria, que nos ayuda a visualizarlos. Así, en algunos pavimentos bajoimperiales se bosquejan frondosos jardines integrados en peristilos o pórticos, como sucede en el del vestíbulo de la *villa* de Carranque (Toledo), de mediados del siglo IV (FERNÁNDEZ-GALIANO *et alii*, 1994, 322), en otro de la *villa* narbonense de Loupian (Hérault), datado en el último cuarto del siglo IV (BALMELLE, 1994, 267) o en el de la Casa del Peristilo de *Pupput* (Hammamet), adscrito cronológicamente al primer cuarto del siglo V (BEN ABED y BESCHAOUCH, 1994, 175-180, 184-185, figs. 9 y 12). A veces quedan reducidos a un esbozo de extrema simplicidad, intercalando la vegetación entre unos arcos que representan esos espacios arquitectónicos ajardinados. Así, dentro de una composición de arcadas, un tapiz musivo de El Romeral (Albesa, Lérida), perteneciente al último cuarto del siglo IV, está ilustrado con diversa vegetación y aves, emulando un jardín (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 117-118; BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 17-18, láms. 1-2, 5, 21- 22, n.º 9). En un mosaico de Sousse, Dar

Zmela, una arquería que comprende cráteras y plumas de pavo real nos recuerda a un peristilo ajardinado (*Inv. Sousse* 57275; DUNBABIN, 1978, 167, 271, LXVII, 169). La misma imagen se intenta crear en mosaicos de las *villae* de El Val, en Alcalá de Henares (RASCÓN *et alii*, 1997, 670-672), Gárgoles, en Guadalajara (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 20-22, láms. V y VI), Rienda (Artieda de Aragón), de las postrimerías del siglo IV o comienzos del V (OSSET, 1965, 97-106; 1967, 123, fig. 4; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 32-33, n.º 21), Albalate de Cinca, en Huesca (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 62-63, lám. XXIX), en el mosaico del vestíbulo de El Ramalete (Tudela, Navarra), del siglo IV, con guirnaldas de hojas de laurel entrelazadas, cuyos espacios libres ostentan flores y frutos tales como granadas, manzanas y peras; otras guirnaldas, roleos vegetales imbricados, rosáceas y jarrones con plantas aparecen en un segundo ejemplar de idéntica cronología e igualmente del siglo IV es el de la habitación n.º 5, en el que se entretejen tallos ondulantes, flores, hojas de vid, frutos y revolotean pájaros en torno a un *kantharos* (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 62-63, fig. 9, lám. 55, n.º 43; 63-69, fig. 10, láms. 39-40, n.º 44; 69-73, fig. 11, láms. 41-42, n.º 45; BLÁZQUEZ, 2001, 28; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 194). El primero de esos modelos se repite en el mosaico de las flores de Torre de Palma, adornado con frutas, motivos florales y pájaros, bajo arcos (PALOL, 1975, 219-226, lám. LXXXIV, 1; HELENO, 1979, 144-148, fig. 18), y en uno de El Hinojal (Mérida), del siglo IV, que en algunos de los vanos y enjutas de la orla periférica incorpora flores de Malta (BLANCO, 1978b, 51-52, fig. 5, n.º 64), de nuevo, en uno de la Casa de Volière, en Cartago (*Inv. Tun.* 640; LAVIN, 1963, figs. 31-33; DUNBABIN, 1978, 125, nota 58, 167 y 253), contemporáneo del ya citado de El Romeral, con un jardín en el centro del peristilo, donde crecen numerosos árboles frutales y flores, también en *Thuburbo Majus* (ALEXANDER *et alii*, 1980, 40, 46-47, lám. XVIII, 38B; 149, láms. LIX y LXXIII, 119 a; BEN ABED, 1987, 39, lám. XVI, 272c) y en Djebel Oust (FENDRI, 1965, 162-163, fig. 4). En un lienzo musivo de Sidi Ghrib (conservado en el Museo de Cartago), de comienzos del siglo V (BLANCHARD-LEMÉE *et alii*, 1995, 155, 290, figs. 117-118), se puede ver un jardín de rosas rodeado por una cerca, con una galería de personajes diversos... En el *oecus* de una casa de El Djem la superficie musiva está

cubierta con una sinfonía multicolor de rosas (*Inv. Tun.* 71,b; DUNBABIN, 1978, 125, nota 58).

En varios ejemplares musivos de Aquitania fechados entre los siglos IV-VI podemos reconocer algunos árboles frutales (BALMELLE, 1994, 261-272). Otros árboles sobresalen de uno de los recintos de un edificio representado en uno de los mosaicos de Zliten, procedentes de una *villa* de Dar Buc Amméra (LEVI, 1947, I, 521, fig. 194; AURIGEMMA, 1960, 55-60, lám. 123; ROMANELLI, 1965, 279, fig. 4; BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 252, figs. 234-236; DUNBABIN, 1978, 109, 278, lám. XXXVI, 95-96; BLÁZQUEZ, 1994, 1181-1182; 2012, 83; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 479, fig. 84). En un ejemplar de Utica ocupa el primer plano una *villa rustica* con olivos, cuyo fruto recolecta un personaje masculino, mientras en segundo término tiene lugar una cacería; todo ello, como pone de manifiesto K.M.D. Dunbabin (1978, 112, 276, lám. XXXIX, 100), se desarrolla en un entorno natural cuyo tratamiento es muy realista. Esa decoración fitomorfa rompe la rígida geometría de las construcciones representadas. Otras veces, por el contrario, en estas obras musivas se emplean fórmulas esquematizantes, podríamos decir que, incluso, estereotipadas, para plasmar la vegetación, p. ej., árboles de copas redondeadas... y toda una gama de recursos plásticos que llegan a distorsionar en cierta medida las formas reproducidas (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 325-326). En un mosaico perdido de Oued Athmenia, del siglo IV, tiene lugar una escena en el jardín de una mansión rural (TISSOT, 1884, I, 495, lám. III; DUNBABIN, 1978, 62, 94, 123, 267). En el hipocausto de la *villa* de Desenzano aparecen flores y arbustos (SCAGLIARINI *et alii*, 1992, 70-72, fig. 51). En dos mosaicos de La Olmeda (Pedrosa de la Vega) se combinan guirnaldas de laurel, elementos florales y peltas, que es un modo esquemático de representar un espacio ajardinado (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 189). En un reciente trabajo sobre La Olmeda, esta investigadora interpreta la profusión naturalista que se despliega en los mosaicos de dos de los corredores del peristilo, algunas habitaciones de su alrededor y del *balneum*, como una referencia a los jardines internos de la *villa* “o como una forma de visualizar ambientes lúdicos imaginados. (...) los vegetales, las flores, las aves, las fuentes, la fauna marina y el agua, que figuran de manera más o menos explícita en los suelos y en las pinturas de las paredes, inducen a estimular

nuestra imaginación y a soñar lugares placenteros animados por los sonidos y los aromas de los jardines” (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012a, 101). La cenefa periférica de uno de los lienzos en *opus tessellatum* de la *villa* de El Reguer (Puigvert de Agramunt, Lérida), de finales del siglo IV, presenta en las esquinas cráteras con ramos de laurel, entre hojas de acanto (BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 20-21, lám. 7, n.º 20; BLÁZQUEZ, 2001, 30). En dos pavimentos musivos de la *villa* de Piazza Armerina la escenificación tiene como telón de fondo jardines (CARANDINI *et alii*, 1982, 274-281, lám. 43b, figs. 172 y 173, 284-287, lám. 45b).

Las quintas a menudo tenían otros espacios ajardinados al exterior. Paladio (*Opus agriculturae* XXXIV) señala que los había en sus proximidades. Numerosos mosaicos nos permiten conocer diversos aspectos que conformaban el paisaje natural o antropizado en que las *villae* se insertaban y nos proporcionan una vívida recreación del mismo, en ocasiones mediante figuraciones más o menos esquematizadas. Por mencionar algunos casos ejemplares, en el mosaico de *Vitalis*, de Els Ametllers (Tossa de Mar, Gerona), que ronda entre fines del siglo IV y comienzos del V, varios elementos fitomórficos están recortados entre las columnas del pórtico de una *villa* (RODÁ, 1994, 35-40, fig. 1), siendo considerado por J.M. Blázquez (2001, 25) el mosaico hispano con “la representación más innovadora de un jardín”. A su vez, mosaicos del Norte de África, Grecia y la Galia, de los siglos V-VI, muestran pórticos con arcos entre los que asoman árboles frutales y flores (SAN NICOLÁS, 1997, 173). En uno de los mosaicos de Centcelles (Tarragona) destaca una *villa* de planta rectangular (como también parece ser la de Puente de la Olmilla), con tejado a dos aguas y una torre a cuyo alrededor hay un jardín con árboles (SCHLUNK, 1988, 19-20, 112-113; BLÁZQUEZ, 2001, 33; 2012, 85-86). En un teselado de Santisteban del Puerto (Jaén), datable en el siglo VI, una casa de ladrillo está enmarcada por una decoración exterior constituida por una “hilera de árboles estilizados con los brazos curvos, tema que se encuentra en un mosaico inédito de Alcalá de Henares del s. IV, aunque aquí los árboles son más grandes” (BLÁZQUEZ y GONZÁLEZ NAVARRETE, 1972-74, 426). Árboles de diversas especies rodean varias *villae* en pavimentos de Tabarka (Túnez), cuya cronología se puede encuadrar entre finales del siglo IV y principios del V, concretamente en uno de ellos se puede

contemplar un jardín exterior alrededor de la unidad doméstica, con rosaledas, árboles frutales, aves... (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, lám. XLIV, 111-112; XLV, 113; SARNOWSKI, 1978, 89, lám. 4; ROBERT, 1992, 74; BLÁZQUEZ, 2012, 79). En el mosaico de la Casa del *Dominus Iulius* (Cartago, Museo de El Bardo), del 380-400 d.C., la escena se desarrolla en un jardín exterior y se entreve otro interior (DUNBABIN, 1978, 62, 119-121, 252, lám. XLIII, 109; BLÁZQUEZ, 2012, 79-80, fig. 2). En un mosaico de Arróniz (Navarra), de finales del siglo III o inicios del IV (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 15-22, láms. 3-17, n.º 2; BLÁZQUEZ, 1993, 85; BLÁZQUEZ, 2001, 33-34; 2012, 84-85, fig. 8), figuran las nueve musas delante de mansiones rústicas bordeadas de árboles que posiblemente simbolizan jardines, en opinión de J.M. Blázquez (2001, 33-34). En dos de ellas (las de los compartimentos II y IV), integradas por tres cuerpos adosados, asoman las copas de unos árboles entre los espacios intermedios de sus respectivos tejados, lo que delata, además, la existencia de un jardín interior (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, láms. 4, 51, n.º 2). Por su parte, P. San Nicolás (1997, 171; 1998, 900) describe detenidamente los jardines interiores sugeridos en algunas de ellas, con árboles, palmeras, etc., o los paisajes arbolados y palmeras plantadas al exterior que se distinguen en otras. Bosques y árboles frutales se vislumbran también en algunos episodios cinegéticos (LEVI, 1947, II, láms. CLXX, CLXXI, CLXXII y CLXXIII b).

En el mosaico de los Peces de la Vega Baja de Toledo, de principios del siglo IV, se representan dos *villae*, una de las cuales tiene un jardín en cuyos extremos hay dos edificaciones y resalta un posible templete que alberga una estatua erigida sobre un pedestal, seguramente con la imagen de Príapo, muy habitual como elemento decorativo de las zonas ajardinadas, al ser un dios tutelar de la vegetación (SAN NICOLÁS, 1997, 163-166, con una recopilación de ejemplos de mosaicos con esta imagen presidiendo paisajes rurales). Esta investigadora apunta, no obstante, la posibilidad de que se trate de Mercurio, en caso de que no fuera Príapo (SAN NICOLÁS, 1998, 901). La segunda construcción mencionada, de traza rectangular, quizás sea un pabellón de dicho jardín. La otra residencia, de corredor o galería, tiene un peristilo semicircular que encierra igualmente un jardín (MÉLIDA, 1923, 19-23; BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 36-38, láms. 20, 22 y 47-48, n.º 26; 2012, 89-90,

figs. 16-17; GORGES, 1986, 183-187, lám. I, fig. 1; láms. II-III, fig. 1; SAN NICOLÁS, 1998, 901-902, lám. VIII a, esta última autora recoge paralelos de edificios con algunos elementos similares).

Resulta de interés para la cuestión que nos ocupa la relación de los *horti* romanos con temas de contenido báquico. J.M. Blázquez (2001, 30-31) sostiene que “el elemento dionisiaco juega un papel importante” en muchos de los jardines representados en mosaicos, (...) “con la introducción del *thiasos* en los jardines, la naturaleza entró en el ciclo dionisiaco, y con él las viejas deidades griegas de la fecundidad”, como Dionisos. Siguiendo esa línea argumental, dicho carácter dionisiaco está atestiguado por la presencia de cráteras y de guirnalda de máscaras en los jardines de los alrededores del mausoleo de Augusto en Roma o de discos de piedra o terracota ornamentados con composiciones báquicas (*oscilla*), que eran colgados en los árboles de los jardines (Verg., *Georg.* II, 388-389), documentados, p. ej., en Córdoba, *Carthago Nova*, Herculano, Pompeya (donde numerosas pinturas también muestran jardines con estatuas del dios y de miembros de su cortejo)..., asimismo, este investigador nos da detalles de varios hallazgos de esculturas de Baco y de personajes del *thyasos* (ménades, sátiros, faunos, estatuillas de ninfas, etc.), mayoritariamente procedentes de jardines urbanos. Algunas de las figuras escultóricas del ciclo báquico descubiertas en la Península Ibérica decorarían jardines, como ponen en evidencia varios pavimentos musivos hispanos en los que se representan jardines de recreo con imágenes y símbolos dionisiacos (*vid. infra*). En este sentido, conviene recordar que los dos mosaicos figurativos hasta el momento descubiertos en Puente de la Olmilla contienen motivos decorativos que suelen interpretarse como de asunto dionisiaco, tales como leopardos (habitación n.º 2) y palomas posadas junto a cráteras (habitación n.º 4), dándose la circunstancia de que ambos ejemplares estaban instalados en las inmediaciones del patio ajardinado objeto de nuestra atención. Además, podría abonar esta idea el hecho de que la paloma también estaba vinculada a la diosa Venus, protectora de los vergeles, los jardineros, los vendimiadores... En la Roma antigua los jardines privados gozaban de gran importancia, al poseer “un cierto carácter religioso”, que jurídicamente los asimilaba al hogar doméstico, donde se daba culto a los Lares y a diversos dioses (BLÁZQUEZ, 2001, 21).

Acontece en Puente de la Olmilla, siendo como es una vivienda típica tardorromana, que el patio porticado se erige en núcleo principal, articulador de diversas unidades arquitectónicas destinadas a los distintos usos domésticos, creándose de esa manera un centro de distribución de la circulación entre ellas. Pese a no haberse excavado apenas la sección ubicada al Sur del peristilo, dado que en la crujía³⁴ meridional hemos diferenciado una serie de, al menos, seis dependencias (correlativamente, las n.º 1, 2, 19, 4, 18 y 17, descritas *supra*), suponemos que así sucedía también en este flanco de la *villa*, pues ciertos indicios arqueológicos y referencias orales de los dueños de los terrenos abogan por la existencia de varias más aquí, situadas en las proximidades de algunas de las pertenecientes a la esfera representativa de la *villa*, como son las n.º 1, 2 y 4.

Cercada por un murete de mampostería, a esta área espacial abierta se entraba por el Este, a través de un hueco localizado en el centro de su estructura oriental, desde el corredor al que asignamos el n.º 14. En dicha estructura, bajo la que discurre una canalización hidráulica de *imbrices* adosadas, hay un albañal. De ello se infiere que la conducción y los muros del patio son coetáneos.



Fig. 246. Puerta de entrada a la habitación n.º 7, desde el pasillo n.º 3. Foto: García Bueno.

Frente al patio, pero en el lado opuesto a dicho acceso, se perfila la planta cuadrada de la **habitación n.º 7**, la más vasta de las descubiertas hasta

ahora, lo que, *per se*, le da un carácter excepcional. En el muro occidental del pasillo n.º 3 se abre un amplio vano de 2,80 m de anchura, con un umbral formado por dos alineaciones de grandes bloques de arenisca bien trabajados: una primera fila de cinco lajas perfectamente alisadas, a modo de escalón, en la parte exterior de la estancia, y a continuación hay un alto borde o resalte, labrado en piedra (figs. 205, 237 y 246). Es el marco, en cuyos extremos todavía pueden verse las quicaleras talladas en la piedra. A la misma altura de éstas, la piedra central está horadada para encajar la barra de cierre. Una segunda fila está compuesta por tres losas del mismo material (de las tres, la del centro es la de mayor longitud). Al excavarla apareció una bisagra, un gancho de hierro, probablemente de una cerradura (figs. 247-248), dos clavos y algunos otros fragmentos de hierro, además, aún se conservaban en el interior de las quicaleras unas placas de hierro redondas, los goznes de la puerta, de la que quedaban *in situ* todos esos vestigios metálicos. El desgaste de las lajas de piedra denota un constante trasiego por este punto. La transición desde el peristilo a esta pieza se realizaba, por tanto, a través de unas puertas que constarían de dos hojas. Dado el mayor grosor del muro donde fueron instaladas y las características del umbral, creemos que en un comienzo pudo ser una de las entradas generales de la *villa*, en cuyo caso esta habitación sería una especie de vestíbulo secundario (o quizás el principal, en un primer momento de ocupación de este hábitat). Según parece, en una etapa más avanzada se habrían añadido nuevas estructuras al Oeste, al igual que parece haber sido ampliado por el costado oriental, como veremos más adelante. Cabe la posibilidad de que entonces la habitación n.º 7 perdiera su supuesto carácter de espacio de recepción, como zaguán.



Figs. 247-248. Cerradura. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

Las considerables dimensiones de la sala a la que ese gran umbral da paso y su privilegiada posición dentro de la planta, presidiendo el lateral oeste del peristilo, la hacen susceptible de ser una de las estancias primordiales de la casa, tal vez dedicada a las relaciones sociales, al ser la de mayor capacidad, aunque tiene un sencillo piso de *opus caementicium*, no de mosaico, como cabría esperar en un aposento de esa categoría. Una propuesta acerca de su identidad funcional, siquiera como hipótesis de trabajo, sería que se tratara de un lugar donde desarrollar actividades intelectuales, conversar, leer..., a modo de *tablinum*, en tal caso, seguiría haciendo las veces de recibidor, pese a no accederse ya directamente a él desde el exterior, aunque quizás había dejado de desempeñar ese papel definitivamente.

No debe ser pasado por alto lo que dice K.M.D. Dunbabin (1994, 171) sobre el uso de ciertos espacios en las viviendas de peristilo tras desaparecer el *tablinum*, característico de las *domus* de atrio. Ceremonias como la *salutatio* matutina, que antes se realizaban en éste, habrían sido asumidas por otros

habitáculos localizados junto al patio columnado y de mayor tamaño que los demás.

La *salutatio* podía tener lugar en el *vestibulum*, restringiéndose así el ingreso al interior de la casa de la clientela y personas no allegadas (THEBERT, 1991, 348, 367). Con ello se conseguiría deslindar distintas clases de visitantes.

J.C. Serra Ráfols (1952, 57) puntualiza que “en las *villae* hispano-romanas y extrahispanas de patio central, como en las casas urbanas de la misma clase, es común que el *oecus* esté emplazado con entrada por el peristilo, más o menos bien centrado dentro de una de las galerías de éste o del atrio”. Según esta perspectiva, la concepción general de una habitación, tanto en la planimetría como en el aspecto ornamental, suelen definirla funcionalmente, sin embargo, en la n.º 7 nos faltan algunos de esos elementos clarificadores, al carecer de un programa decorativo acorde con tal fin, pese a responder a un planteamiento arquitectónico similar al expuesto por J.C. Serra Ráfols. Consiguientemente, algunas de sus características no encajan con ese destino de habitación principal de la casa. Además, no pudimos poner enteramente al descubierto este ambiente, por lo tanto, no tenemos información suficiente para formular conclusiones más sólidas.

La pared divisoria entre el pasillo 3 y la habitación 7 tiene un grosor de 0,70 m, al igual que la mayoría de los muros de esta *villa*, salvo casos excepcionales (p. ej., hay algunos muretes de 0.50/0,55 m de ancho, uno de 0,80 m, del que hablaremos después, etc.). Como señalamos previamente, tanto los muros maestros como la mayor parte de los tabiques medianeros de este edificio son bastante consistentes, compuestos de sólida mampostería en su basamento, por lo general de buena calidad constructiva, con las particularidades ya reseñadas.

El muro de cierre en el extremo opuesto tiene una anchura de 0,80 m. Al haber quedado incompleta la excavación del sector suroeste, apuntamos la posibilidad de que pudiera haber aquí otro espacio habitacional (el n.º 47), ya que se observa el arranque de un nuevo muro y una línea de estuco de aproximadamente 0,94 m de longitud. Si bien en esta parte el suelo es de tierra, se distinguen dos zonas: una donde la tierra no tiene intrusiones y otra con abundantes guijarros, cubiertos en una pequeña extensión con una capa

de *opus caementicium* de unos 6 cm de espesor, vestigio del pavimento originario que poseía. Quizá a consecuencia de alguna remodelación más tardía, en la alineación que presumiblemente debía de seguir dicho muro (por ahora sólo parcialmente descubierto) hay una depresión circular en la superficie de cemento, enlosada con lajas de piedra (sector suroeste de la habitación 7). La solera está algo rehundida para servir de asiento a un recipiente de tipo tinaja, p. ej., para colocar un *dolium*, o para poder encastrar algún otro objeto de gran tamaño, de cuya posición es indicativa esa impronta.

En el centro de la mitad occidental de la habitación 7 (o quizás dentro de la supuesta habitación 47, cuya existencia aún no hemos podido confirmar) hay una bancada compuesta de guijarros (de $\pm 1,20$ m de ancho, en planta), que interpretamos como un fogón. Sobre esa plataforma alargada pueden apreciarse dos grandes manchas de ceniza. Se encuentra a una cota algo más alta que el solado del resto de este ámbito.

La superficie del área adyacente es terriza, no obstante, aparece una concentración circular de grava y argamasa muy disgregada, indicio de la existencia de un *opus caementicium* perdido.

Junto a la plataforma de guijarros, en la misma línea del arranque del muro y el círculo de cemento enlosado anteriormente mencionados, hallamos una acumulación de cal delimitada por ladrillos en dos de sus laterales (Este y Oeste). Parece ser un hogar sobreelevado, el único atestiguado hasta la fecha en la zona residencial. De acuerdo con lo descubierto, en particular, la presencia del hogar, se trataría de una cocina. Está ubicada cerca de algunas de las estancias preeminentes (n.º 1-2, 4...), pero este espacio para la preparación culinaria no tiene comunicación directa con ninguna de ellas. Podría corresponder a una transformación muy tardía de esta parte de la *villa*, tal vez sincrónica con algunos muros de compartimentación próximos. La intervención arqueológica nos ofrece algunas limitaciones, ya que, al quedar parcialmente fuera del perímetro excavado, la identificación de algunas de estas estructuras y de su finalidad es imprecisa.

Merece destacarse el hallazgo de un alfiler para el cabello de hueso pulimentado (*acus crinalis*), alguna cerámica común, restos óseos (fauna), varios fragmentos de vidrio y de metales diversos, indeterminados (uno de ellos, de plomo), un clavo de hierro, escoria mineral y, cerca de la esquina

noroeste, una ficha de pizarra pulimentada cuyo diámetro es de 13 mm (fig. 249).



Fig. 249. Pequeña ficha de pizarra. Foto: García Bueno.

En esta zona meridional de la *pars urbana* se concentran, por tanto, tres de las salas más extensas: las n.º 1-2, 4 y 7, muy próximas entre sí, y a algunas otras de buen tamaño (n.º 8, 45, 46...), que describiremos más adelante.

El **pasillo** n.º 3 gira en ángulo recto en dirección Noreste, confluyendo con otro lateral del peristilo, al que asignamos el **n.º 10**, cuyas dimensiones son 13,60 x 2,70/2,85 m e igualmente pavimentado con un *opus musivum* de estilo geométrico, de 11,40 m (es contiguo por el costado nororiental con el mosaico circunscrito en una orla perimetral de cadeneta, *vid. infra* capítulo XIV.5.3.6 y 9). La línea divisoria entre los mosaicos de los corredores 3, 10 y 14 consiste en una franja de grandes teselas de cerámica, como es habitual en todos los ambientes de esta *villa* solados con mosaicos. El tapiz está diseñado a base de un entramado de esvásticas combinadas con motivos accesorios tales como nudos de Salomón, estilizaciones florales y figuras geométricas, constituyendo cuatro anchas cenefas. Cada uno de esos detalles decorativos está enmarcado en un cuadrado, dispuesto alternativamente entre las líneas de esvásticas. De todo el lote musivo es el que muestra un mayor predominio del trazo recto. Su estado de conservación es bastante deficiente y tiene numerosas *refecciones*, habiendo sido reparado ya de antiguo (fig. 250). Presenta una factura similar a la del mosaico de la habitación n.º 1.



Fig. 250. Mosaico del pasillo n.º 10. Foto: ESCRBC.

Las paredes del pasillo n.º 10 estaban enlucidas en su cara interior, quedando a la vista en el momento de su excavación algunos fragmentos del revestimiento de estuco, *in situ* a nivel del zócalo. El arranque de los mismos fue un proceso bastante complicado, a causa de su frágil estado de conservación -así, p. ej., al levantar una parte del estucado que recubría el muro noroccidental, localizada junto al nudo de Salomón del extremo de la calle superior del mosaico, sólo se pudo arrancar con suma dificultad y muy fragmentada-. Otros restos de las placas de estuco parietal estaban desplomados; algunos de ellos, con molduras, pertenecían probablemente al zócalo que recorría todo el perímetro del corredor, en la unión del piso musivo con los muros.

Aparece una basa de columna, abundante cerámica común (114 galbos, siete de ellos pintados, cinco asas, 26 fondos, 70 bordes), *terra sigillata*, un fragmento de cerámica campaniense (un fondo), otros cuatro de cerámica vidriada, una pesa de telar de arcilla, cuatro fragmentos de vidrio, clavos de hierro, fragmentos indeterminados de este mismo metal y un anillo de bronce de sección circular, un tanto irregular, de unos 2 mm de espesor. Su diámetro exterior es de 20 mm y el interior es de 15 mm. Tiene una superficie lisa, carente de ornamentación, inscripciones o incrustaciones. Esta sencilla

tipología es la más común en las alianzas matrimoniales, aunque, dado su pequeño tamaño, podría tratarse de un anillo infantil (fig. 251).



Fig. 251. Anillo de bronce. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

El deambulatorio septentrional se comunica por el Oeste con un **recinto** de planta rectangular, el **n.º 8**, al que se accede a través de un vano de 1,50 m de ancho. Ambas unidades constructivas están separadas por un tabique de adobe de 1,55 m de largo por 0,40 m de ancho, que parece haber sido añadido *a posteriori* cuando se remodeló esta sección de la vivienda, cambiando parcialmente su organización interna primitiva, como veremos más adelante. Es muy posible que en un principio el lateral septentrional del peristilo se prolongara hacia el Oeste, sin una puerta intermedia entre sendos espacios. Hasta entonces, el paso a la habitación 8 sería diáfano.

Sus medidas interiores son 4,90 x 3,60 m.

Reseñamos brevemente el material arqueológico: un *centenionalis* de Crispo, emitido en el 320 d.C., de la ceca de Tréveris (moneda n.º 10 del catálogo, *RIC* VII, 186, n.º 255), diversos fragmentos de hierro, otro de vidrio, varios de estuco pintado y moldurado, cerámica común (45 galbos, dos de ellos pintados, 15 bordes y 4 fondos), escasa *terra sigillata*, algunas conchas de molusco y abundantes tejas.

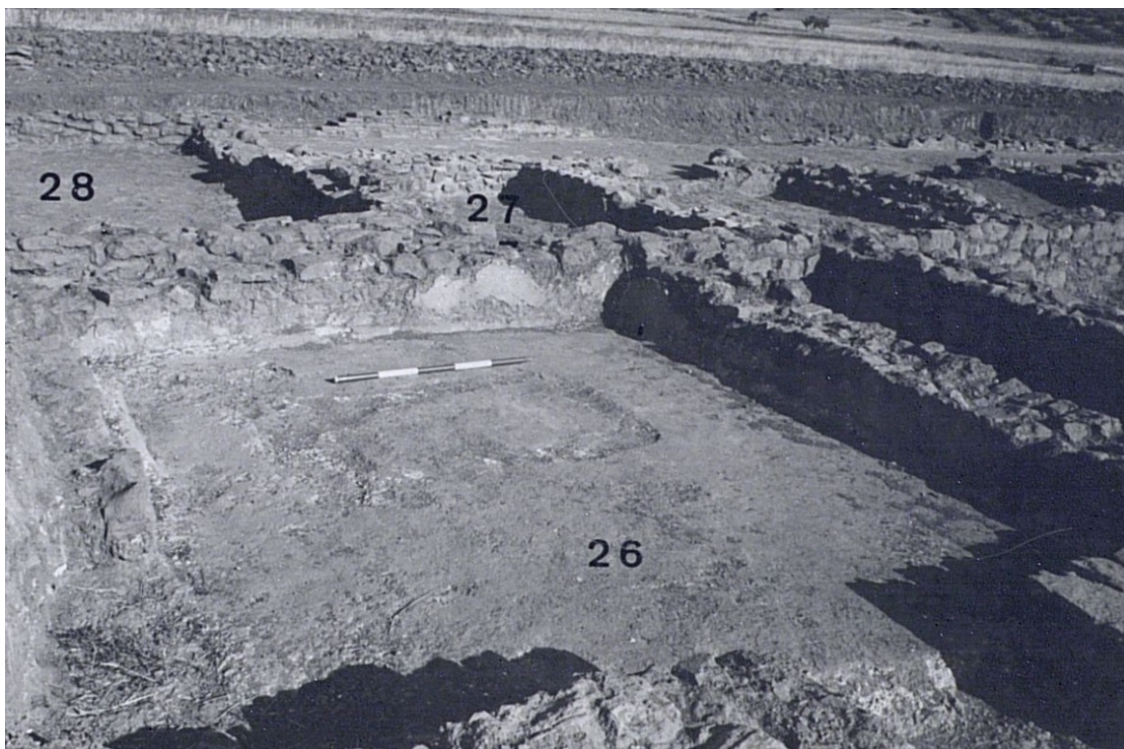


Fig. 252. Ambientes n.º 24, 26, 27 y 28. Puede apreciarse la impronta rectangular marcada en el piso de la habitación n.º 26. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En el muro que define la habitación n.º 8 por el Noroeste se abre un hueco por donde se ingresa a otra pieza, la **n.º 26**, así pues, ésta tiene dos entradas, una al Sureste, mediante la que se accede desde la habitación n.º 8, y otra a Poniente, por donde se realiza el tránsito a una pieza aledaña, la n.º 45. Esta segunda puerta pertenece a un momento ulterior. El suelo se halla a una cota más alta que los de las dependencias correlativas a ésta, incluida la n.º 8, quizás como consecuencia de la modificación efectuada en este flanco del edificio (*vid. infra*). Se trata de un compacto *opus caementicium*, bien conservado. Asimismo, se ha preservado el rodapié y parte del zócalo enlucido de sus paredes septentrional y oriental. A la restante zona inferior (I), revestida de estuco pintado de blanco, corresponden varios fragmentos moldurados, entremezclados con otros materiales de derrubio, abundantes tejas, algún resto óseo, un fragmento de hierro, otro de vidrio (un fondo) y escasa cerámica común (14 galbos). Dicha moldura de cuarto bocel recorrería todo el perímetro de esta entidad habitacional, en contacto con el pavimento.

Hacia el centro, aunque algo desviada, se aprecia una leve impronta rectangular en la solera (fig. 252), que hace sospechar la existencia de algún elemento cuya naturaleza desconocemos, probablemente correspondiente a

una etapa posterior a la del primer nivel de uso de la habitación, dado que rompe el pavimento. No se ha preservado nada del mismo (quizás fue completamente depredado más adelante).

Las dimensiones de la habitación 26 son más reducidas que las de los aposentos de su entorno (4,10 x 3,50 m) y, pese a estar su piso ligeramente sobreelevado, no disponemos de ningún otro indicio que le confiera un valor de representación y aparato.

Al Este de la misma, como continuación del ambiente n.º 8, hay un estrecho espacio de 4,10 x 1 m, cuyo n.º de orden es el **24**, que se encuentra cerrado al fondo por un muro perteneciente a una fase constructiva más tardía, por lo tanto, inicialmente tendría la comunicación abierta al Noroeste (n.º 27). En cambio, queda descartado interpretarlo como un pasillo que pudiera conducir de la habitación 27 a la 8 en la última etapa de uso de la vivienda, al estar tapiado (figs. 252 y 265). En nuestra opinión, ambas unidades estructurales (n.º 8 y 24) formaban parte originariamente de una misma estancia, hasta que con posterioridad ésta, bastante amplia y de traza rectangular, fue parcialmente compartimentada para construir la habitación n.º 26, alterándose de ese modo su configuración primigenia.

La parquedad de materiales arqueológicos es notoria: algunos restos óseos (fauna), escasa cerámica común (22 galbos) y un fragmento de hierro.



Fig. 253. Habitación n.º 9 y vista general del sector occidental de la villa. En segundo plano, habitación n.º 22 y galería de fachada (al fondo, la localidad de Albaladejo). Foto: Puig y Montanya (AGA).

Más al Este se dispone la **habitación n.º 9**, de planta rectangular, con la que el corredor n.º 10 comunica por el Noroeste a través de una puerta de 1 m de anchura, enmarcada por un muro de 0,55 m de espesor (fig. 253). El piso musivo del referido pasillo se corta a la entrada de este posible *cubiculum*, cuyo suelo probablemente era de argamasa. Mide 4,10 x 2,90 m.

Ha quedado constancia del habitual nivel de derrumbe, compuesto por tejas, gran cantidad de ladrillos, ripios y fragmentos de estuco pintado que recubría las paredes (de colores amarillo, línea blanca sobre fondo amarillo, línea blanca sobre fondo rojo burdeos...). Se trata de una pintura de muy buena calidad, con dos capas de preparación, pero está bastante perdida. El enlucido sólo se conserva parcialmente *in situ*.

En la esquina de los ambientes n.º 9 y 24 había vestigios de pintura mural, bastante perdida (fig. 254). Originariamente se pintó de blanco, pero más adelante se aplicó sobre ella una decoración consistente en un zócalo blanco con un cuadrado o rectángulo en negro. En el registro superior a éste había un friso corrido de color rojo. El espesor de la preparación de las dos capas de pintura era de 1,5 cm por término medio, cada una.

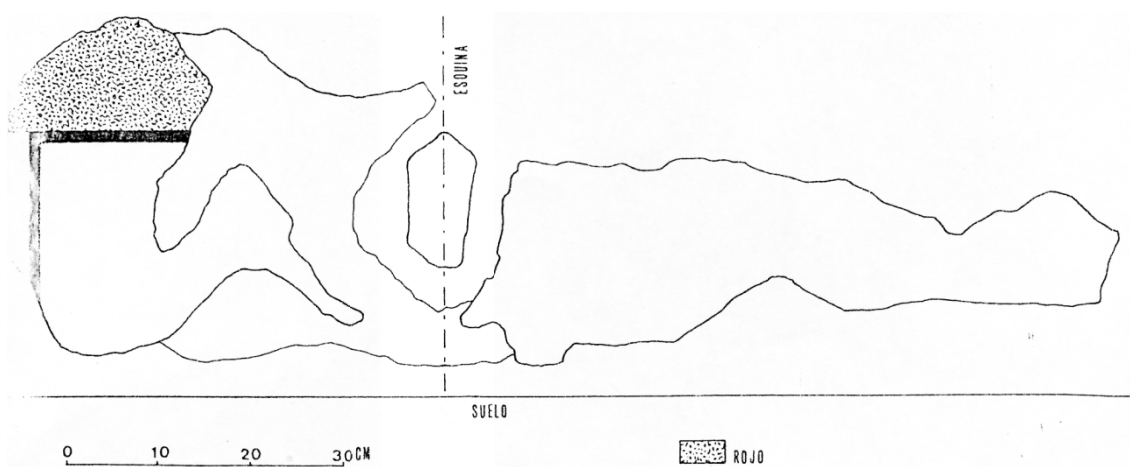


Fig. 254. Decoración pictórica de la esquina de la habitación 9 y pasillo 24, según Puig, 1979, fig. 2.

Lo más relevante del material arqueológico es una moneda de bronce (la n.º 18 del catálogo, un *centenionalis* atribuible a Arcadio, Honorio o Teodosio II, fechada entre el 394-395 d.C. [R/C IX, 135-136], quizás acuñada en la ceca de Roma), además de unos fragmentos de hierro (uno de ellos es un fragmento indeterminado de este metal, chapado en bronce), un puñal, un pequeño clavo,

alguna cerámica común (39 galbos, doce de ellos pintados, 11 bordes, uno de los cuales también está pintado, 2 fondos y un asa), *terra sigillata* y un fragmento de vidrio.



Fig. 255. Habitación n.º 22, con columnas *in situ*, y vista general del yacimiento, junto al arroyo, en cuya margen crece abundante vegetación. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El **habitáculo** inmediato por el Noroeste es el **n.º 22**, también rectangular, aunque de tendencia ligeramente trapezoidal (fig. 255). Sus dimensiones son 2,90 x 3,90 m. Se documentan restos del desplome de la cubierta de tejas (*imbrices* y algunas *tegulae*) y de los muros (fragmentos del enlucido de su recubrimiento interior, argamasa, etc.), entremezclados con abundantes vestigios del piso de *opus caementicium*, que se halla completamente destruido por el impacto del derrumbe. Asimismo, hay gran cantidad de ladrillos, algunos conservados enteros. Entre ellos destacan tres cuyas medidas difieren de las de la mayoría del material latericio recuperado en este yacimiento. Miden 32 cm de largo por 27 cm de ancho y su grosor es de 5 cm.

El potente estrato de derrubio se deja de excavar al alcanzar unos 70 cm de profundidad respecto al nivel de superficie, por lo que aún aparecían tejas y

ladrillos pertenecientes al mismo cuando finalizó la campaña arqueológica, quedando inconcluso el registro arqueológico de esa UE.

A través de un vano abierto en el muro septentrional de la habitación 22 se ingresaba a ella directamente desde la galería de fachada (n.º 13). En su exterior, dicha entrada estaría flanqueada por sendas columnas. A un lado estaba aún *in situ* una gran losa adosada a la pared, que serviría de pedestal a uno de esos elementos sustentadores, y junto a la misma apareció un tambor del fuste, desplomado en esta cámara. Sus dimensiones son 62 cm de largo por 22 cm de diámetro. Fue tallado en un solo bloque de piedra arenisca local y es liso. A menos de medio metro descubrimos una basa de columna del mismo material, que probablemente estaba en el otro flanco y es tipológicamente muy similar a otras localizadas en sus inmediaciones (en el ambiente n.º 13). En el muro oeste hay otro hueco, que en un primer momento constructivo permitiría el paso a un cuarto colindante, el n.º 27, pero al ser ocluido con ladrillos en una fase posterior ambos dejaron de estar intercomunicados.

La relación del material arqueológico también incluye cerámica común (90 galbos, dos de ellos pintados, 17 bordes, 6 fondos, 2 asas), *terra sigillata*, un fragmento de cerámica decorada a la ruedecilla (que confirma una cronología tardía), cerámica de cocina, tres fragmentos de cerámica vidriada (1 galbo y 2 bordes), una piedra de pulir (canto rodado), una concha de molusco (ostra), varios fragmentos de vidrio, otros indeterminados de hierro, clavos de este mismo metal, un recipiente de hierro, un fragmento de cinta de bronce y una estatuilla de pequeño formato de la diosa Minerva, esculpida en bronce, a la que le faltaba el pie izquierdo y parte del brazo derecho, con el que podría sostener una lanza o algún otro de sus atributos (una victoria, p. ej.). Está vestida con una túnica larga y tocada con casco rematado en una alta cimera (fig. 493, *vid. infra* Anexo IV, 1977, 18 y su análisis específico en el capítulo XVIII.1.2). Fue hallada cerca de la puerta occidental.



Fig. 256. Pasillos n.º 10 y 11 (en éste se aprecia la existencia de una puerta de acceso a la habitación n.º 12 y otra al pórtico n.º 13). En primer término, habitación n.º 15. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En el ambulacro que bordea el patio por el Norte desemboca otro **corredor (n.º 11)**, perpendicular al mismo y de parecidas características, aunque no recae exactamente en el centro de aquél (el n.º 10), sino que está algo desplazado hacia su parte occidental (fig. 256). Por este circuito interno de tránsito se accede al peristilo. De ese modo, estaría iluminado tanto desde el patio interior (n.º 6) como a través del pórtico de la fachada (n.º 13), que lo precede. Está limitado a derecha e izquierda por sendos cuerpos constructivos, articulados como un bloque arquitectónico en el que se introdujeron diversas modificaciones a lo largo del tiempo, probablemente con el propósito de adaptar algunos de los espacios domésticos que lo componen a las necesidades que se habían ido presentando a los moradores de la *villa*.

Mide 9,80 m de largo por 2,65/2,70 m de ancho y está pavimentado con uno de los lienzos de diseño más barroco de todo el conjunto musivo de Puente de la Olmilla, cuyo patrón es un dibujo de estrellas de ocho puntas romboidales combinadas con cuadrados que ostentan motivos geométricos muy variados (figs. 257, 356-357, *vid. infra* capítulo XIV.5.3.5). Está bastante bien conservado, aunque se notan algunas pequeñas reparaciones antiguas

realizadas con argamasa y una restauración a base de teselas blancas, muy posiblemente anterior a las restantes.

En su extremo noroccidental cierra el pasillo n.º 11 una amplia puerta, de unos 2,60 m de luz, abierta en toda la anchura del mismo (figs. 256 y 258). Está señalada en el suelo por un umbral construido con grandes bloques pétreos (de piedra arenisca local) y con los quicios tallados en la piedra. Junto a esta puerta de entrada al interior de la vivienda señorial -el portal propiamente dicho- documentamos un arranque de muro que se superpone a una de las quicaleras. Se trata de una variación de estructura, indicio de un reajuste llevado a cabo en este punto. Queda así de manifiesto que paulatinamente se realizaron cambios en la configuración arquitectónica de esta zona -en los que profundizaremos más adelante-, entre otros, la ampliación de esta galería. En un principio debía de cortarse probablemente a la altura del muro que delimita por el Norte las habitaciones 9, 20, 15,... y se prolongó después hasta duplicar su longitud inicial. A la vez, se adosó otra fila de departamentos al costado noroccidental de la casa, comunicándose con uno de ellos (el n.º 12) mediante un nuevo vano en un lateral del pasillo. Para salvar el desnivel entre ambos se colocó un escalón de piedra directamente sobre el mosaico, cubriendo varios elementos decorativos (fig. 355).

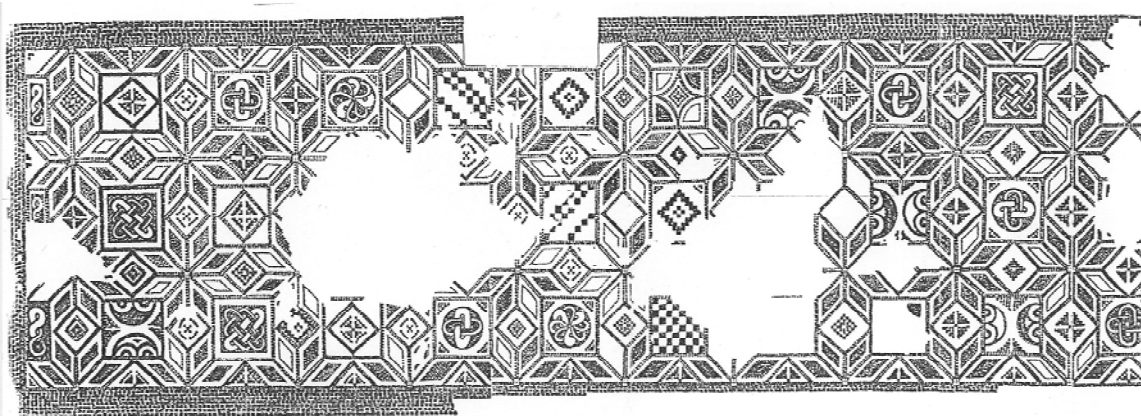


Fig. 257. Pavimento musivo del pasillo n.º 11. Dib. García Bueno.

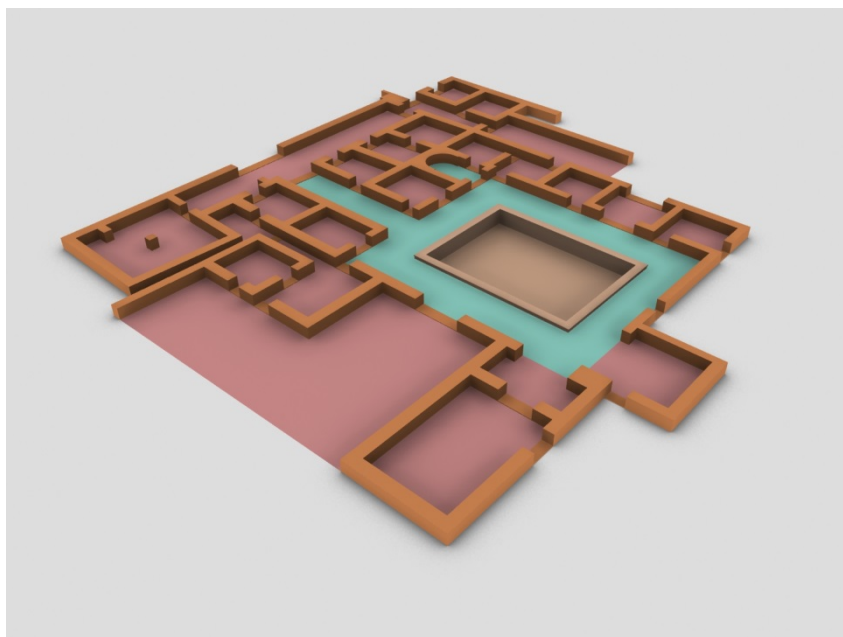


Fig. 258. Representación virtual parcial de la planta de la villa: pasillo n.º 11, peristilo y habitación n.º 15 marcados en azul. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Los materiales arqueológicos descubiertos en el transcurso de su excavación son dos numismas (los n.º 2 y 12 del catálogo), un arete, un brazalete (fig. 473) y una placa de bronce, dos fragmentos indeterminados de este mismo metal, otros de hierro, algunos clavos y una placa de hierro, seis fragmentos de vidrio (entre ellos, un borde), abundante cerámica común (282 galbos, doce de ellos pintados, 97 bordes, 44 fondos y 8 asas), una ficha, varios fragmentos de TSH y TSC, asimismo, aparece un clavo de hierro junto a la zona de ingreso a la habitación 12, quizás perteneciente al portaje.

Uno de los mencionados ejemplares monetales es un as de Tito dedicado a su padre, Vespasiano, una emisión del 72 ó 77-78 d.C., de la ceca de Roma, muy desgastado (*RIC* II, 622 ó 684), y un *centenionalis* de Constancio II, acuñado en la ceca de Cícico hacia 336-337 d.C. (*RIC* VII, 659, n.º 141; *LRBC*, n.º 1266). Esta última muestra numismática parece sugerir que la alteración sufrida por el sector noroccidental del pasillo correspondería a una etapa tardía.

Traspassando ese acceso, en el eje transversal, al Oeste, se encuentra un espacio **porticado** rectangular (n.º 13, fig. 259) que, según ciertos indicios, sería directamente accesible desde el exterior. Sus medidas interiores son 19,35 x 3 m. Durante su excavación recuperamos varios elementos de sustentación de la cubierta (basas de columna, fragmentos de tambor del

fuste...), que suponemos tendrían una distribución regular, pese a no poder corroborarlo al faltar algunos y estar otros fuera de su sitio primitivo de emplazamiento. En algunas *villae*, como la de La Cocosa, los fustes estaban revestidos de estucos, posiblemente “coloreados (...), para cubrir la aspereza” de la piedra. Esta función plástica del estuco está atestiguada en diversos lugares, como Mérida, donde incluso servían para moldear la forma de basas y capiteles (SERRA RÁFOLS, 1952, 33-34), o Córdoba, en cuyo subsuelo salió a la luz una *domus* romana con varios fustes labrados en caliza pertenecientes al peristilo, que tenían un revestimiento de estuco pintado en rojo (FERNÁNDEZ CHICARRO, 1952, 404). M.C. Fernández Castro estudió varias *villae* romanas béticas en las que los fustes de las columnas estaban enlucidos y recubiertos de estuco, en tanto que para los capiteles y pilastras se reservaron materiales nobles como el mármol o el alabastro. En todos los casos investigados por dicha autora, estas columnas sirvieron de soporte a una techumbre a doble vertiente (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 316).



Fig. 259. Propuesta de reconstrucción virtual de la fachada de la *villa*, según García Bueno. Vista desde el Norte, antes de su ampliación por el flanco nororiental. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

En la musivaria romana tenemos representaciones de mansiones rurales con galería en la fachada, cuyas columnas están unidas por una baranda enrejada (de madera o de fábrica de mampostería) y frecuentemente recorridas por elegantes arquerías (sobre este particular, *vid. infra* capítulos XIV.5.3.10, pp. 731-733 y XVI.1, pp. 770-780).

También aquí constatamos el derrumbe del tejado compuesto de *imbrices* y *tegulae*, caído sobre el pavimento. Pudo ser a una vertiente al exterior, para favorecer la escorrentía del agua de lluvia. Entre los escombros del sector occidental hallamos dos fragmentos de tambor de una columna de fuste liso, concretamente, junto al muro septentrional de la consecutiva habitación 22, desplomados cerca de su entrada y en paralelo. El mayor de ellos mide 65 cm de largo por 24 cm de diámetro. Otro tambor del fuste de una columna está desplomado en el tramo del pórtico que antecede a los ambientes 11 y 22, siendo sus dimensiones 84 cm de largo por 24-21 cm de diámetro. Además, descubrimos un basamento correspondiente a la cimentación de una columna, situado a un lado de la puerta que da paso a la habitación 22; asimismo, en el otro flanco de dicho vano hay una losa cuadrangular de superficie plana en su parte superior, cuya función debía de ser idéntica. Son las bases de las dos columnas a las que ya hicimos referencia. Todos esos elementos constructivos de soporte están tallados en piedra local (arenisca). Junto a los tambores de columna, e igualmente entremezclado con los restos del derrumbe, aparecen algunos ladrillos, varios de ellos fragmentados, cuyas medidas son 48 cm de largo por 34 cm de ancho por 5 cm de espesor, 50 cm de largo por 16 cm de ancho y 4 cm de grosor, 52 cm de largo por 33 cm de ancho por 6 cm de espesor, 52 cm de largo por 35 cm de ancho y 5 cm de grosor, por mencionar algunas. Tienen marcas digitales de dos tipos distintos, las más comunes son espas trazadas con tres dedos, que se cruzan en el centro; las otras consisten en ondulaciones, formando un zig-zag realizado con dos dedos unidos, en ambos casos, sobre el barro aún fresco, como es habitual en el material latericio de este yacimiento.

En la zona oriental de este porche alargado se dispone otra basa a la altura de la habitación n.º 12, desplazada de su lugar original. Tiene un plinto cuadrado que mide 29 cm de lado por 11 cm de alto y dos molduras circulares,

el toro, de 5 cm de alto, con un diámetro de 29 cm, y el himoscapo, de 3,5 cm de alto, que tiene un diámetro de 25 cm.

El repertorio de restos muebles comprende abundante cerámica común (384 galbos, once de ellos pintados, tres decorados y uno que presenta una perforación, 42 fondos, 6 asas y 105 bordes, once de ellos pintados), escasa *terra sigillata*, dos fragmentos (galbos) de cerámica vidriada, clavos de hierro, algún fragmento indeterminado de este metal, una chapa de bronce, unos aretes, varios vidrios, un hueso pulimentado, algunos restos óseos de fauna diversa (un colmillo, un asta de cérvido...) y conchas de molusco, uno de cuyos fragmentos de valva tiene restos de nácar. En la zona próxima a las habitaciones n.º 12 y 21 aparece una moneda de vellón (la n.º 6 del catálogo), un antoniniano de Treboniano Gallo emitido en la ceca de *Mediolanum* entre el 251 y el 253 d.C. (*RIC* IV, 3ª, n.º 50 y 70).

Se documenta una bolsada de cenizas, entre las que únicamente recuperamos una concha de molusco (ostra), algún fragmento de hierro y plomo... Aparentemente son los rastros dejados por una hoguera encendida para cocinar.

El suelo es de *opus caementicium*, de buena calidad. Está bastante deteriorado en el área suroeste, en cambio, está bien conservado en todo el sector oriental y se corta en su extremo noreste, en la línea de separación con el contiguo corredor n.º 31. Asimismo, se han preservado en el porche restos de pintura mural. Se puede observar que el enlucido sigue de modo ininterrumpido en toda la longitud del lienzo de pared exterior de la habitación n.º 12, a la altura del zócalo. La decoración pictórica se conserva parcialmente, consistiendo en una banda negra (de 5 cm) con una franja blanca atravesada por grupos de tres líneas negras oblicuas, separados en torno a 20 cm uno de otro (cada trazo mide unos 2 cm de ancho). El zócalo está delimitado por dos trazos lineales negros sobre fondo blanco, con unos pequeños dibujos en negro. Por encima de esas dos líneas negras la superficie parietal central está pintada de color blanco, así pues, podemos reconstituir en buena medida el programa decorativo que se desarrollaba en la parte inferior y media (I-II) del alzado de los muros laterales.

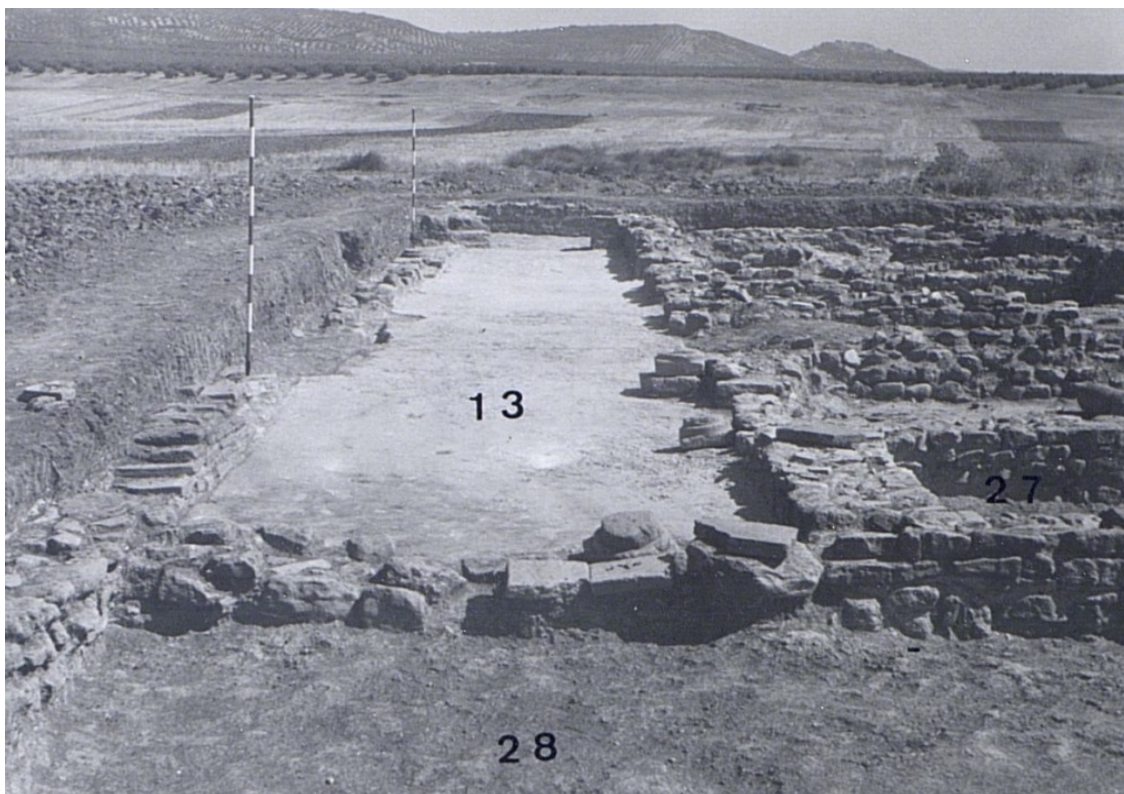


Fig. 260. Pórtico de fachada (n.º 13). En primer plano, habitación n.º 28. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En el tramo noroccidental del zócalo, frente a la habitación 27, hay una serie de ladrillos enteros colocados con cierto esmero, formando una hilada regularizadora sobre el alzado de mampostería (fig. 260), como ya habíamos comentado (*vid. supra* capítulo XIV, apartado 1.1). Esta estructura no está excavada en su totalidad, tan sólo ha quedado definido el careado interior, pero parece ser uno de los muros perimetrales de cierre, en cuyo caso marca el límite del edificio por el Noroeste.

Al intentar interpretar este ámbito n.º 13 caben dos posibilidades: o bien, como creemos, se trata de una galería porticada que en una fase posterior a la fundacional fue reacondicionada -se suprimió parte del porche, tanto al ser construidas nuevas unidades arquitectónicas, como al reestructurarse esa ala occidental un tiempo después, incluyendo la gran habitación n.º 28, en el lateral oeste-, o bien es uno de los brazos de un segundo peristilo, con su correspondiente patio interior, a cuyo alrededor se ordenaría otro cuerpo del edificio, distribuyendo diversos habitáculos, acaso relacionados con la *pars rustica*. Esta última opción supondría que ha salido a la luz menos de la mitad de la planta de la vivienda, sin embargo, nos parece menos verosímil que la primera alternativa o, en todo caso, por ahora carecemos de suficientes

pruebas arqueológicas para refrendarla. En los sondeos llevados a cabo en el sector septentrional del yacimiento sólo localizamos una estructura muraria que discurre hacia el Noroeste (n.º 37, probablemente erigida en un último momento ocupacional) y una canalización hidráulica, cuyo sentido es el mismo. Esta cañería se prolonga más allá de los límites excavados de la *villa*. Podría ser un conducto de abastecimiento proveniente de alguno de los cercanos arroyos, pero no podemos descartar que sirviera para suministrar agua a diversas dependencias septentrionales, independientes o conectadas de alguna manera con el área descubierta (ya sea a través de algún pasillo o de un patio duplicado...). Al no poder contar con otros apoyos en la documentación arqueológica, a falta de completar la intervención, sólo podemos movernos dentro del campo de la hipótesis y aunque en el estado actual de la misma no podemos llegar a conclusiones seguras al respecto, la coherencia de los datos analizados nos induce a identificar este ambiente (n.º 13) con un pórtico abierto al exterior, por el que se efectuaría la entrada a la *pars urbana* del establecimiento y proporcionaba iluminación a una serie de habitaciones aledañas. Asimismo, puede reconocerse innumerables fragmentos de cerámica, tejas, ladrillos, bloques de piedra y otros materiales constructivos diseminados por una extensión considerable en torno al perímetro excavado. De ello se desprende que muy posiblemente existirían otros complejos arquitectónicos en las inmediaciones (tal vez de tipo doméstico o instalaciones funcionales...), esto es, en el espacio extramuros. Únicamente la realización de nuevos trabajos arqueológicos podrá darnos respuestas certeras a esos interrogantes y aclararnos si se hallaban segregados o no del sector residencial conocido.

Frente a la habitación 30, en el límite septentrional del perímetro excavado de la *villa*, arranca del porche un muro que tal vez pertenecía a otro posible **recinto**, al que adjudicamos el **n.º 23**, donde los únicos hallazgos significativos, al margen de las tejas, son algunos fragmentos de metal (hierro y plomo), quizás vestigios de una puerta, pues en el costado nororiental de este pórtico se abre un hueco de transición mediante el que se comunica con los ambientes añadidos al Noreste-Este en una fase ocupacional avanzada.

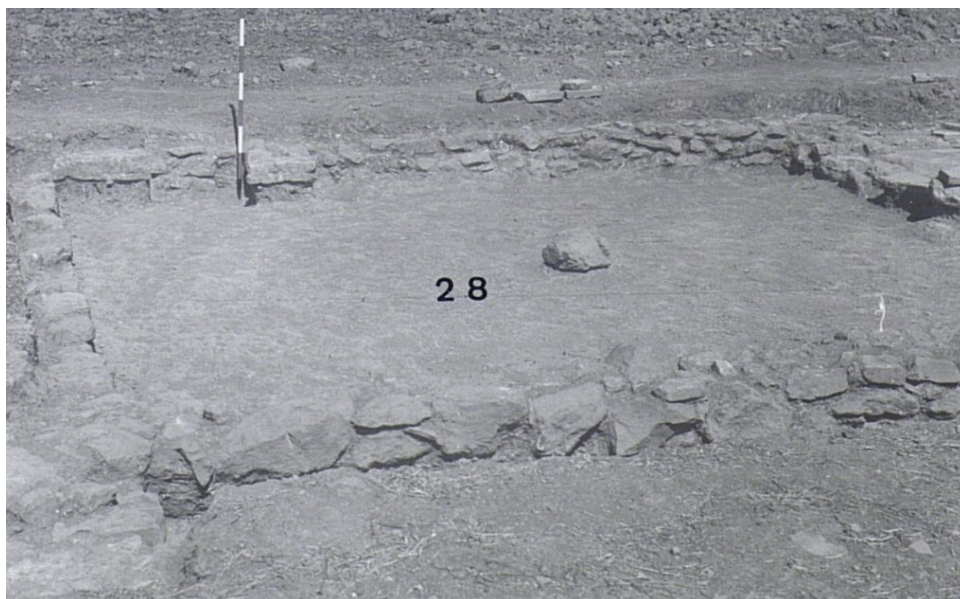


Fig. 261. Habitación n.º 28, con una basa de columna en el centro. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Como acabamos de anotar, en su costado oeste el porche está flanqueado por una amplia **estancia** de planta cuadrada, la **n.º 28**, cuyas medidas interiores son 6,10 x 6,10 m (fig. 261). El muro que divide los ambientes n.º 13 y 28 está muy deteriorado. En un extremo tiene un vano sellado con ladrillos. Junto a ese acceso inhabilitado se descubre una basa de columna, movida, cuyo plinto cuadrado mide 33 cm de lado por 10 cm de alto, con dos molduras circulares superpuestas, la altura del toro es de 4 cm y la del himoscapo, 7 cm, con un diámetro de 23 cm. Este elemento labrado en piedra es idéntico a los anteriormente descritos. En cuanto a las dimensiones de algunos de los ladrillos, son las siguientes: 33 cm de largo por 26,5 de ancho y 6 cm de espesor, 52 x 31 x 6 cm, 52 x 35 cm, 32 x 27 x 6 cm... Mayoritariamente presentan marcas de líneas entrecruzadas en aspa, trazadas con los dedos.

En el centro de esta espaciosa sala hay una basa conservada *in situ*, cuyo plinto mide 38 cm de lado por 17 cm de alto, el toro tiene una altura de 6 cm y el himoscapo, 2 cm, con un diámetro de 26 cm. Es, por tanto, ligeramente mayor que las restantes. Está en línea con los muros de la primera crujía de habitaciones que confinan con el pórtico. Seguramente soportaría una viga de carga (fig. 262). Otra basa de columna, que en esta ocasión no se encontraba en su emplazamiento originario, estaba junto al muro oeste, en línea con el correlativo ambiente n.º 13. Su plinto mide 31 cm de lado por 10 cm de alto, el

toro, 3,5 cm de alto y el himoscapo, 3,5 de alto por 22 cm de diámetro. También hay dos fuertes lastras o sillares de arenisca adosados al muro septentrional, aparentemente colocados allí, que podrían haber servido de punto de apoyo para otras dos columnas o bien para sostener unos tablones -e inclusive instalar una tarima de madera- sobre los que depositar cereales u otros víveres, con el fin de aislarlos de la humedad del suelo. Cerca del más oriental de esos basamentos aparece un plato de hierro, asociado a una bolsada de carbones y cenizas. Además, cabe destacar el hallazgo de una moneda de bronce muy desgastada (la n.º 5 del catálogo, un as de Marco Aurelio o Cómodo, cuya cronología estaría comprendida entre el 140-192 d.C.), varios fragmentos de un ungüentario (coordenadas: 31'70 x / 9'20 y / -3 z), el fondo de un pequeño recipiente de vidrio, otros tres fragmentos de vidrio, abundante cerámica común (240 galbos, de los que 16 están pintados, 86 bordes, 24 fondos y 9 asas), algunos fragmentos de *terra sigillata* (un fondo...), restos óseos (fauna), un contenedor de hierro en estado fragmentario, varios fragmentos de este mismo metal pertenecientes a objetos de filiación indeterminada, clavos, un fragmento de escoria mineral, una placa broncea, un fragmento de roca volcánica (tal vez de un molino rotatorio) y otro de mármol.

Se documenta gran cantidad de fragmentos de un piso de *opus caementicium* destruido, del que no quedan restos *in situ*.

La cara de la estructura orientada al espacio abierto no pudo ser completamente puesta al descubierto. Se encuentra casi en el límite de la parcela vallada.

Los paramentos de la habitación 28 responden a otra técnica edilicia, consistente en la utilización de numerosas tejas intercaladas entre los mampuestos, que son de un tamaño muy desigual. Esa alternancia de tejas y piedras tan irregulares denota que se trata de un tipo de construcción diferente, más descuidada, probablemente fruto de una renovación llevada a cabo en fecha bastante posterior a aquélla en que fue erigida la *villa*, cuyos muros son mayoritariamente de buena factura. La fábrica de estas otras estructuras es de peor calidad, quizás incluso podríamos decir que más pobre. A esta diferencia técnica (de la que también hablaremos al describir el ala nororiental de la vivienda, de características similares) se suma que son muros carentes de

paralelismo con respecto a los inmediatos, pertenecientes a una etapa anterior. Es claramente perceptible una cierta asimetría. Esa variación en la tipología y disposición de los muros nos sirve para delimitar fases constructivas.

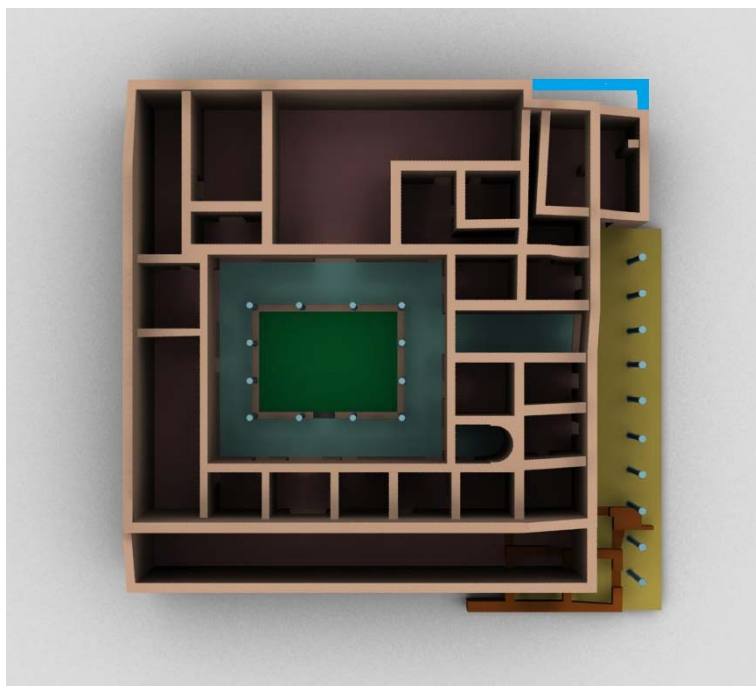


Fig. 262. Representación virtual de la remodelación de la zona occidental del pórtico exterior al construirse la habitación n.º 28 (fase IV), según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Atendiendo a todo lo expuesto, planteamos como teoría interpretativa que para construir la habitación 28 en esa última etapa arquitectónica se hubiera cortado el pórtico exterior (n.º 13) por el lado occidental, rompiendo, asimismo, varios compartimentos ubicados a Poniente, colindantes con dicho pórtico y con la habitación 22. Al rehacerse esta zona, la n.º 28 queda como un cuerpo saliente en relación a las restantes habitaciones que constituyen la primera hilera a continuación de la galería de fachada. A consecuencia de esta reforma de los sectores norte y oeste del edificio probablemente fueron destruidos los pavimentos primitivos de esas dependencias y se crearon algunos reducidos espacios (n.º 24, 27 y 29), de escasa o nula funcionalidad. Esas modificaciones estructurales parecen resultado de un reajuste puntual dentro del plan general de la vivienda.

En lo que concierne a la atribución de la n.º 28, podría haber tenido un uso de almacenaje u otros fines utilitarios, a juzgar por el repertorio de materiales arqueológicos y los elementos constructivos de soporte repartidos por su

interior. Acaso para facilitar las tareas a las que esta extensa cámara estaba destinada, se la hizo directamente accesible desde el exterior, haciendo innecesario penetrar en la casa. Seguramente, la gran columna que tenía en medio habría sido un obstáculo o, cuando menos, un elemento incómodo, si esta pieza hubiera ostentado una función de carácter social. Desde luego, pese a sus grandes dimensiones, carece de un programa ornamental adecuado a la categoría de los aposentos de representación y, teniendo en cuenta su ubicación a la entrada de la unidad doméstica, no parece probable que pudiera ser un *cubiculum dormitorium*, pues por lo general se reservaba para los dormitorios espacios más íntimos de la *villa* (no obstante, la problemática de los espacios privados, seguramente no tan restringidos en época romana como cabría pensar desde nuestro punto de vista actual, se está revisando en las últimas décadas, cfr. DUNBABIN, 1994, 171; ZACCARIA, 2001, 81; URIBE, 2007, 95, este último investigador distingue entre *cubacula* diurnos y nocturnos).



Fig. 263. Remache de bronce. Foto: García Bueno.

La habitación 28 comparte su muro oeste con la **n.º 36**, localizada en el límite noroccidental del área intervenida. Junto a esa estructura muraria recogemos cuatro fragmentos amorfos de cerámica común y, al Noroeste, a una cota de profundidad de -40 cm, un punzón de hueso pulimentado y fragmentado, algunos fragmentos óseos (fauna), varios fragmentos de cerámica común y de *terra sigillata*, tres de vidrio, dos de ellos pertenecientes a un ungüentario, una cuenta de collar de pasta vítrea, unos clavos de hierro, fragmentos metálicos diversos, tanto de hierro como de plomo, y dos de escoria mineral. Es destacable un pequeño remache circular de bronce,

estampado, probablemente un embellecimiento, cuyas coordenadas son las siguientes: 34'15 x / 1'01 y / -40 z (fig. 263, *vid. infra* capítulo XVIII.1.2).

Su excavación es muy parcial, apenas fue posible proceder a descubrir dos de los muros que la delimitan, por lo que nada más se puede especificar sobre ella (fig. 264).

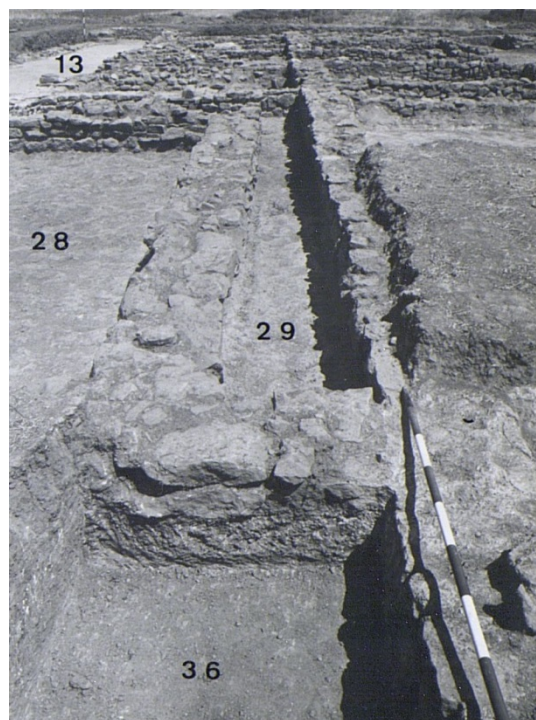


Fig. 264. Pórtico de entrada (n.º 13) y ambientes n.º 36, 28 y 29. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Como ya hemos comentado, la habitación 22 estaba en un principio comunicada con el departamento n.º 27 mediante una puerta que posteriormente fue cegada. Un tiempo después ya no se podía entrar al mismo, pues una especie de angosto “**pasadizo**” (n.º 29) ubicado en su lado suroeste fue, a su vez, delimitado al Oeste por un murete transversal, imposibilitándose de tal forma el paso desde aquí a la habitación 36, situada inmediatamente al Oeste. Discurre en sentido Este a Oeste entre los recintos 26 y 28, pero su estrechez lo hace inutilizable como zona de tránsito (mide 6,70 x 0,65 m). Un detalle diferencial significativo es que el muro sureste fue levantado directamente sobre una veta dura de la roca natural, sin zanja de cimentación, como, en cambio, sí las hay en las estructuras más antiguas del edificio, que apoyan en una firme solera de mampostería. No obstante, debemos tener en

consideración que la desigualdad del terreno puede ser un factor determinante a la hora de asentar los cimientos de un muro.

El material arqueológico es escaso: tan sólo alguna cerámica común (14 galbos y un borde).

No hay indicios de la existencia de un pavimento en ese estrecho espacio (n.º 29), sino que tiene un suelo de tierra. Lo mismo sucede en la **habitación n.º 27**, cuyas medidas interiores son 4 x 1,85 m. Como ya hemos anticipado, en su ángulo suroccidental abre al pasadizo que corre entre los ambientes 26 y 28, cuyo extremo oeste fue tapiado más adelante (fig. 265). Recogemos algunos restos óseos (asta de ciervo...), cerámica común (63 galbos, uno de ellos pintado, 17 bordes, 14 fondos, un asa y un cipo de ánfora), varios fragmentos de *terra sigillata*, un fragmento de hierro, un aro y un platito de bronce de 11 x 12 cm de diámetro (fig. 479), además de un fragmento de vidrio (un borde).



Fig. 265. Ambientes n.º 22, 24, 26, 27, 28 y 13. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En nuestra opinión, los ambientes 26, 28 y 29 corresponden a una etapa ulterior al proyecto inicial, basándonos en ciertas diferencias arquitectónicas perceptibles a simple vista respecto a las piezas anejas. En esa época más tardía se tabicó parte de la habitación 8 para edificar una nueva, la n.º 26.

Quedó así definido al Este un espacio alargado (el referido n.º 24), a modo de “pasillo”, pero aparentemente sin ninguna funcionalidad, debido a su estrechez y a estar cerrado al fondo, impidiéndose de esta manera el ingreso a la habitación 27, consecutiva por el flanco noroccidental, que quedó entonces convertida en un pequeño ámbito rectangular inaccesible. En definitiva, al ser construida la n.º 26 se subdividió la antigua habitación 8 en tres reductos diferentes: por un lado, el n.º 8 y el n.º 24, pertenecientes a la dependencia original, por el otro, un nuevo habitáculo, el n.º 26.

Todo ello supuso una transformación parcial del ala occidental (fig. 266). Además de ésta, mientras la *villa* estuvo en uso se registraron diversas obras, unas de mayor envergadura que otras, que han dejado constancia en su traza, como iremos exponiendo a lo largo de esta descripción.

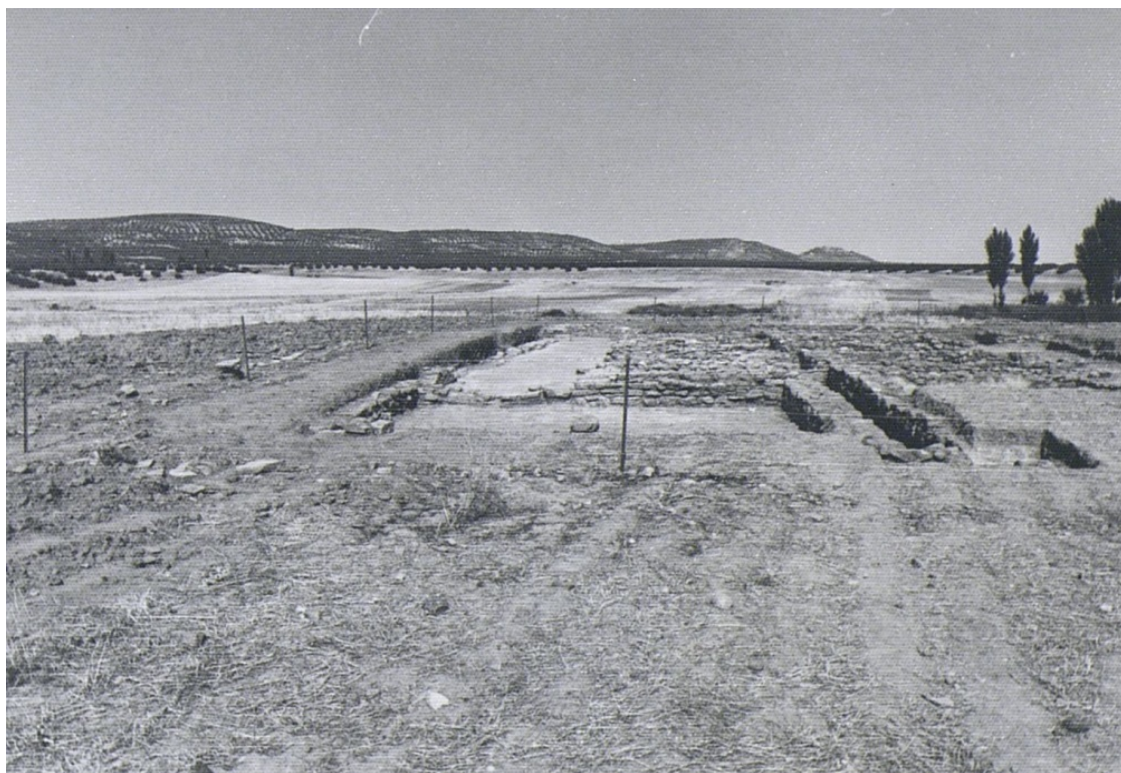


Fig. 266. Vista del área noroccidental (ambientes n.º 28, 29, 13...). Foto: Puig y Montanya (AGA).

Al Oeste de las habitaciones 8 y 26 se dispone una **sala** rectangular, la n.º 45, a la que se da entrada a través de esta última, si bien, alineado con ella, hubo otro hueco de comunicación (con la habitación n.º 8), clausurado muy probablemente al reestructurarse este sector. Está pavimentada en su mayor parte con un suelo de *opus spicatum*, en la esquina limítrofe con los ambientes

n.º 26 y 29, que está bastante deteriorado (sobre las características y tipología de esta técnica constructiva, cfr. MARTA, 1981, 7). Entre dicho pavimento y los muros hay una franja de unos 35 cm consistente en un suelo de tierra, bordeando el piso de *opus spicatum*, excepto en una pequeña zona, donde no descubrimos ninguna loseta de barro (es posible que también aquí la superficie estuviera en un primer momento enlosada, perdiéndose después a consecuencia de la citada refacción) y se halla a un nivel ligeramente más bajo. El estuco que revoca la pared occidental se encuentra igualmente a mayor profundidad. Al Sureste del *opus spicatum* hay una basa de columna y otra está emplazada al Noroeste, ambas *in situ* (figs. 267-268).



Fig. 267. Detalle del *opus spicatum*. Foto: Lillo Castellanos.

Entre los materiales arqueológicos más expresivos figura un fragmento de pulsera de bronce, varios de vidrio, un fragmento de cuenta de collar, clavos de hierro, fragmentos metálicos diversos e indeterminados (uno de plomo, láminas de bronce y hierro...), escoria mineral, alguna cerámica común, escasa *terra sigillata* (7 fragmentos), material óseo (fauna), un fragmento de concha de molusco, uno de hueso trabajado apuntado y otro de hueso pulimentado.

Inmediatamente a Poniente está el **ambiente n.º 46**. El suelo es de *opus caementicium* y está muy afectado en algunas zonas. Se trata de un espacio de traza rectangular, al que se accede desde el anterior, probablemente mediante un escalón, con el fin de salvar el desnivel existente. Ambos (n.º 45 y 46) están divididos por un muro medianero que se halla alineado con el paramento occidental de los ambientes 28 y 29 (su excavación quedó inconclusa, por esa razón no nos ha sido posible confirmar si realmente había un peldaño o si dicho muro quedaba cortado...). A su vez, el lienzo que cierra por el Oeste es una potente estructura de 0,80 m de ancho. La robustez de ese paramento se aviene con la conjetura manejada de que pudiera ser el muro que delimitaba el inmueble por el Oeste tras su ampliación en una segunda fase.

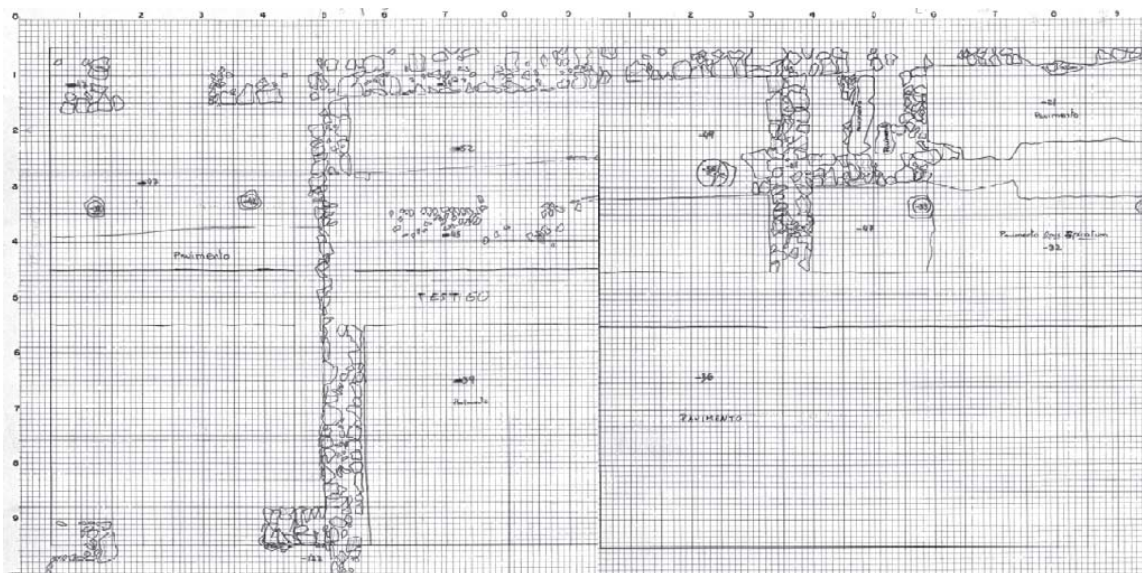


Fig. 268. Sector occidental de la villa.

En el actual estado de las excavaciones, no queda totalmente esclarecida la existencia de la habitación a la que asignamos el n.º 47, ya mencionada. En todo caso, está delimitada al Oeste por el referido muro de 0,80 m de ancho, a su vez cortado al Sur por otro perpendicular, que la separaría del **departamento n.º 48**. El suelo de este último es de *opus caementicium* y está bastante dañado en algunos puntos. Hay restos de un muro en el que se abre una puerta de comunicación con el Suroeste, más allá del perímetro excavado. Frente a esta entrada, de 1,60 m de ancho, hay dos

basas de columna conservadas *in situ*, como enmarcándola o decorándola, aunque también pudieron servir para deslindar dos zonas, definidas así más nítidamente. El espacio intercolumnio mide 2,20 m. Al Este de sendas basas se ha preservado en buen estado una franja del pavimento. De la presencia de esos elementos de sustentación y del repertorio material se puede inferir que esta pieza debía de tener una cierta importancia.

Recuperamos alguna cerámica común, varios fragmentos óseos (fauna), de mica y tres fragmentos de vidrio.

Estas últimas habitaciones del costado occidental de la *villa* tienen una morfología similar, al ser de planta rectangular (como la cercana n.º 8, tanto antes como después de ser compartimentada) y algunas de ellas están intercomunicadas, dando unas entrada a las otras, sin pasillos que las pusiera en interrelación.

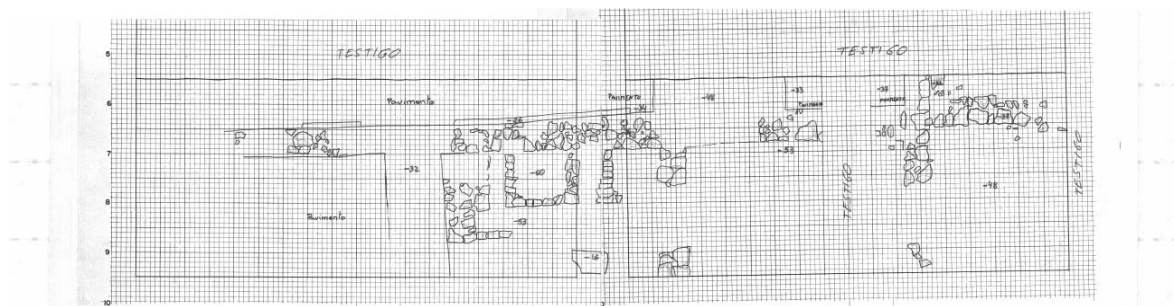


Fig. 269. Sector meridional y oriental de la *villa*.

Más allá, en el extremo meridional de la parcela vallada, al Sureste de las habitaciones 1 y 2, hay otras cuatro estancias, sectorialmente exhumadas (fig. 269). Se adentran en el área no excavada, pero los trabajos no han podido proseguir hacia el Sur, debido a la proliferación de plantaciones de olivo. Una de ellas está solada con un piso de *opus caementicium*. De sus muros, muy arrasados por las labores agrícolas modernas y quizá también afectados por el desmantelamiento de los elementos constructivos, sólo se conserva la primera hilada de piedras de sus sólidas cimentaciones e incluso algunas han desaparecido totalmente. Teniendo en cuenta la falta de definición en el careado interior y exterior de esas estructuras, no podemos comprobar si el posible hueco que se advierte en una de ellas (N-S) corresponde a una puerta

o simplemente es resultado de la gran destrucción y expolio sufridos por toda esta zona. Tampoco poseemos datos de la posición de los restantes accesos.

Al comenzar a aflorar el suelo de uno de esos recintos descubrimos alguna cerámica común, un borde y un galbo de *terra sigillata*, varios fragmentos óseos (fauna), una concha de molusco, clavos de hierro, diversos fragmentos metálicos indeterminados (plomo...), varios fragmentos de vidrio y otro de mica. Nada de esto es lo suficientemente significativo para ayudarnos a desentrañar su funcionalidad, por lo que ésta es imprecisable.

En cuanto a la somera hilada de piedras documentada al Sur del muro 2 de la habitación 1, si bien los mampuestos están muy hundidos en el suelo, no parecen pertenecer a ningún muro, pues éste se dispondría en diagonal respecto a la alineación general de las paredes del edificio, lo que resultaría extrañamente anómalo o discordante con la uniforme orientación del conjunto.



Fig. 270. Reconstrucción hipotética virtual de las zonas meridional y oriental de la *villa*, antes de su ampliación en la fase más tardía, según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Estas últimas estructuras arquitectónicas del ala situada al Mediodía apenas fueron delimitadas, por ello no es posible reconocer su configuración ni su identidad, pero al menos nos permiten confirmar una mayor extensión de la *villa* (fig. 270). Al estar incompleta la excavación de los sectores occidental y meridional, pasamos a describir seguidamente el septentrional.

Seis unidades habitacionales de pequeñas dimensiones y planta cuadrangular o rectangular (algunas, incluso, de tendencia ligeramente trapezoidal) se ordenan en una doble hilera a la derecha del pasillo de entrada (n.º 11). Algunos de los muros de las de la primera fila son menos uniformes en su trazado (comparados con otros inmediatos al peristilo), de ahí la irregularidad de varias de sus plantas.

En el muro oriental de dicho eje de circulación hay una puerta de luz, con goznes de piedra tallada, que presenta un resalte similar al de la habitación n.º 7, si bien este otro umbral es de menores dimensiones. La piedra utilizada es igualmente la arenisca local. Permite el paso desde ese corredor a la **habitación n.º 12**, de planta ligeramente trapezoidal, cuyas dimensiones son 4 m de largo por 2,50/2,80 m de ancho. Dos grandes lajas bien labradas forman un escalón de unos 20 cm de altura, que permite salvar el desnivel entre ambos (fig. 271).

SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA:

La UE I corresponde al terreno natural.

La UE II consiste en un potente derrumbe, con restos de estuco pintado, gran cantidad de material cerámico y diversidad de restos de animales. En cambio, no se documenta la capa de tejas en su densidad habitual, pues éstas aparecen en menor cantidad de la acostumbrada. Este estrato nos proporciona una *maiorina* de Magno Máximo, datable entre el 383 y el 388 d.C., acuñada en la ceca de *Lugdunum* (la n.º 16 del catálogo, *RIC IX*, 49, n.º 32), varias chapas de bronce, tres fragmentos indeterminados de hierro, un objeto de hierro con una anilla en el extremo (posiblemente, una llave), dos clavos metálicos, dos fragmentos de bronce, otro de plomo, *terra sigillata*, abundante cerámica común (252 galbos, cinco de ellos pintados, 75 bordes, uno de los cuales está pintado, 30 fondos, cuatro asas y un fragmento de lucerna, del que desconocemos sus características, al no haber sido posible localizarlo en el Museo Provincial de Ciudad Real), cerámica vidriada, dos fragmentos de vidrio, un caracol marino, un colmillo de jabalí y huesos de vaca, cabra, cerdo y liebre.

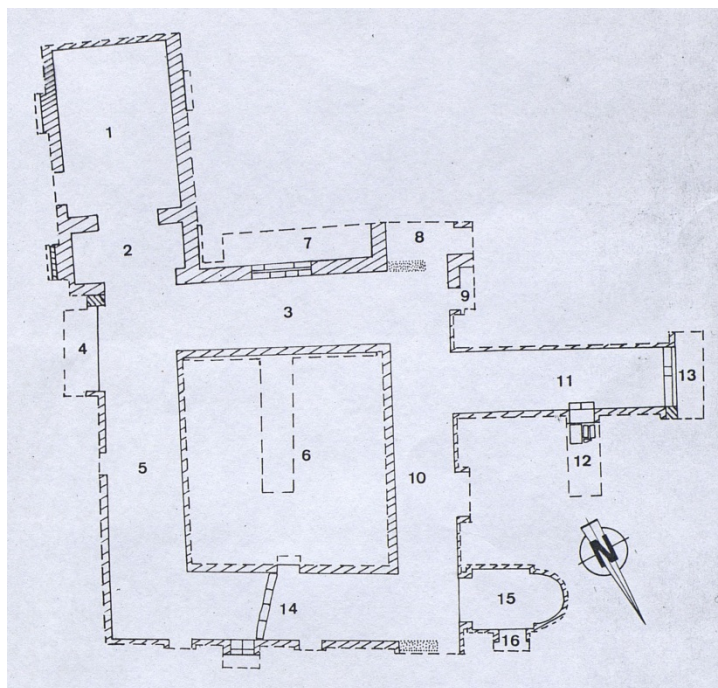


Fig. 271. Al Oeste, habitación n.º 12, accesible desde el pasillo n.º 11, mediante un escalón. Bloque de piedra y baldosas de barro (UE II). En una trama diferente se han representado los tabiques de adobe de ambos extremos del pasillo n.º 10. Dib: Puig y Montanya (AGA).

En el muro meridional se conserva a nivel de zócalo parte del enlucido que lo recubría. Esta dependencia tiene un suelo embaldosado con grandes ladrillos rectangulares, cuyas medidas son 50 cm de largo por 35 cm de ancho y un grosor de 4 cm. Se conservan *in situ* y en buen estado. Las baldosas tal vez tuvieran una finalidad puramente utilitaria, esto es, como defensa contra la humedad, para así proteger los bienes almacenados. Cabe destacar la existencia de un gran bloque escuadrado de piedra, entre el piso de baldosas de barro y el muro divisorio de los ambientes 11 y 12, a la altura del referido peldaño localizado junto al umbral (figs. 271-272 y 277). A modo de hipótesis, suponemos que pudo servir para sustentar unos tablones de madera donde depositar sacos de trigo u otros productos, aunque el cereal solía almacenarse en *horrea* o bien en espacios pavimentados con *opus signinum*, con el mencionado propósito de preservarlo de la humedad, sin embargo, no hay ningún vestigio de un piso con ese tipo de textura, esto es, un revestimiento impermeabilizante.

UE III. Por debajo del pavimento de baldosas de barro, a una cota de profundidad de -35 cm respecto al nivel de superficie, aflora una capa

cenicienta, cuya potencia oscila entre 50 cm en el sector sureste del recinto y 35 cm en la mitad noroccidental del mismo, cubriéndolo por entero.

UE IV. Este nivel de ceniza pura se dispone sobre un relleno de piedras (fig. 272), algunas de ellas de considerable tamaño (de hasta 80 cm de largo), sin desbastar. No hay rastros de un horno, escoria mineral ni canalizaciones, por lo que carecemos de pruebas contundentes para relacionarlo con una actividad metalúrgica o termal...



Fig. 272. Habitación n.º 12. Relleno de piedras (UE IV). Foto: Puig y Montanya (AGA).

Hacemos una breve reseña de los materiales arqueológicos del estrato de cenizas: cerámica común (cinco galbos y un borde), varios fragmentos de un *dolium* (boca y fondo) y de un ánfora, una ficha de cerámica, TSH, vidrio, un fragmento de bronce (una cinta, tal vez perteneciente a un cubo), varios fragmentos de hierro, dos fragmentos de un molino rotatorio, huesos de vacuno, cerdo, cabra, conejo y jabalí (un colmillo, etc.). Estos restos óseos nos permiten rastrear la dieta alimenticia practicada por los habitantes de la *villa* (*vid. infra* su análisis específico en el capítulo XVIII.1.5). Algunas de las características constructivas descritas, asociadas a los materiales recuperados

(recipientes de almacenamiento, fauna, etc.) sugieren que la habitación 12 era una estructura funcional.

Como anteriormente avanzamos, en el muro occidental hay una puerta de ingreso desde el pasillo n.º 11, provista de un escalón, dada la diferencia de cota de unos 20 cm. Presenta la particularidad de que su piedra quicialera está colocada directamente sobre el mosaico pavimental del ambulatorio. Este hecho es indicativo de que la abertura de ese vano tuvo lugar en un momento posterior al de la instalación del piso en *opus tessellatum*, debido a una remodelación de los accesos en esta parte de la casa, quizás motivada por algún cambio de destino. En contraposición, otro hueco localizado en el muro septentrional fue tapiado con adobes (a propósito del *opus latericium*, cfr. ADAM, 1996, 64), probablemente al tiempo que se abrió uno a Poniente, que comunica directamente los ambientes 11 y 12. Así pues, la primera puerta pertenece a la fase constructiva más antigua de la habitación 12, a la que entonces se daba paso desde el porche exterior. Más adelante se rediseñó su entrada, cerrando ésta y abriendo otra en el muro común con el pasillo principal, al tiempo que se ocluía con mampuestos otro acceso situado en este mismo lado del deambulatorio n.º 11, por donde en un principio se realizaba el tránsito desde ese corredor a la habitación n.º 20, vecina de la n.º 12 por el Sureste.

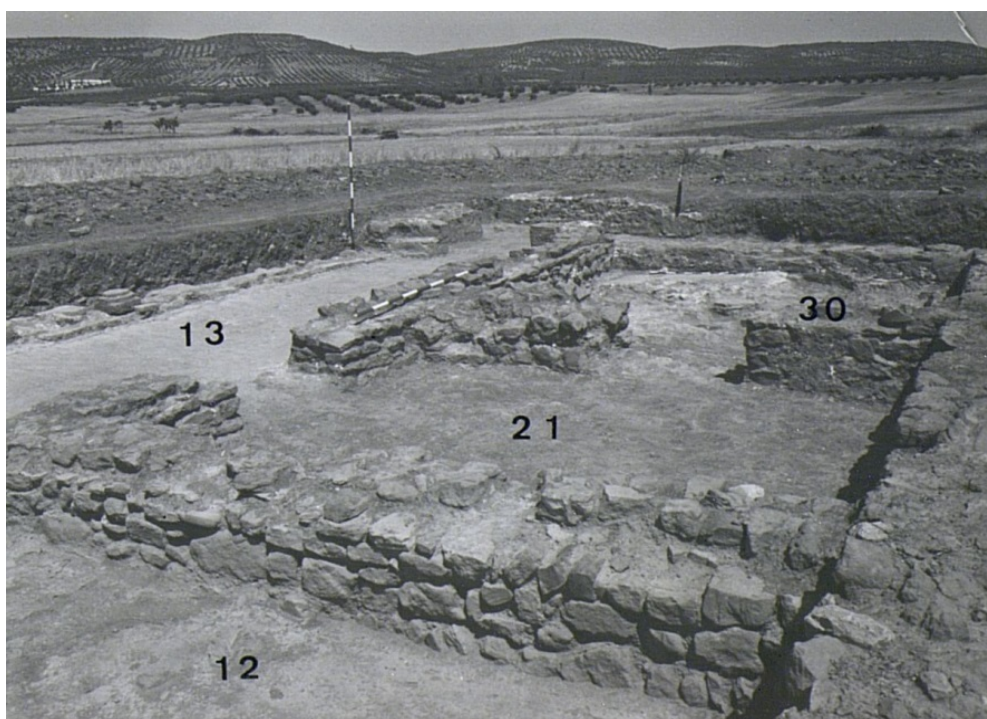


Fig. 273. Ambientes n.º 13, 12, 21 y 30. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Al Este de la habitación n.º 12 y al Norte de la n.º 15 se encuentra otro **departamento**, que da al porche. Recibe el **n.º 21** y mide 4 x 3 m (fig. 273). Este espacio de ocupación es clave para esclarecer de qué manera encajan o se produce la integración de las paredes de la habitación rematada en exedra semicircular (n.º 15) con las estructuras murarias de las n.º 12, 20 y 21. Así, el tramo de muro, rectilíneo, que delimita esa forma arquitectónica absidiada, cierra la habitación 21 por el Sur y está adosado al muro meridional de la habitación 30. A su vez, el muro oriental no está bien alineado con el correspondiente de la habitación n.º 15, sino algo desplazado hacia el Oeste; irregularidades que delatan fases edilicias distintas.

Presenta la usual capa de tejas, muy abundantes, con numerosos ladrillos, restos de la pintura blanca que recubría sus paredes y alguna cerámica común. En la habitación 21 no se ha conservado ningún pavimento, por lo que posiblemente tendría un suelo terrizo. Está comunicada mediante sendas puertas con los ambientes 13 y 30, al Noroeste y al Este, respectivamente. De este modo, se repite el esquema del n.º 15, igualmente abierto por el lado oriental a un cuarto contiguo, sólo accesible desde el anterior. Por lo tanto, todas estas entidades habitacionales son producto de una planificación que busca una organización más o menos simétrica de este complejo constructivo.



Fig. 274. Fragmento de molino rotatorio (habitación n.º 21). Foto: Puig y Montanya (AGA).

En la esquina septentrional se halló un fragmento de molino rotatorio fabricado en roca volcánica (fig. 274), material que no procede de esta comarca. Tiene un sistema de enganche del mango distinto al de otro molino rotatorio encontrado en la habitación n.º 35 (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 14, 26). Asimismo, en el elenco de materiales arqueológicos figura un hacha de hierro, varios clavos, cerámica común (117 galbos, 1 borde y 2 fondos), escasísima *terra sigillata*, dos fragmentos de vidrio, otros de estuco pintado y algunos restos óseos faunísticos.

Se profundiza hasta una cota de -1 m por debajo del nivel superficial.

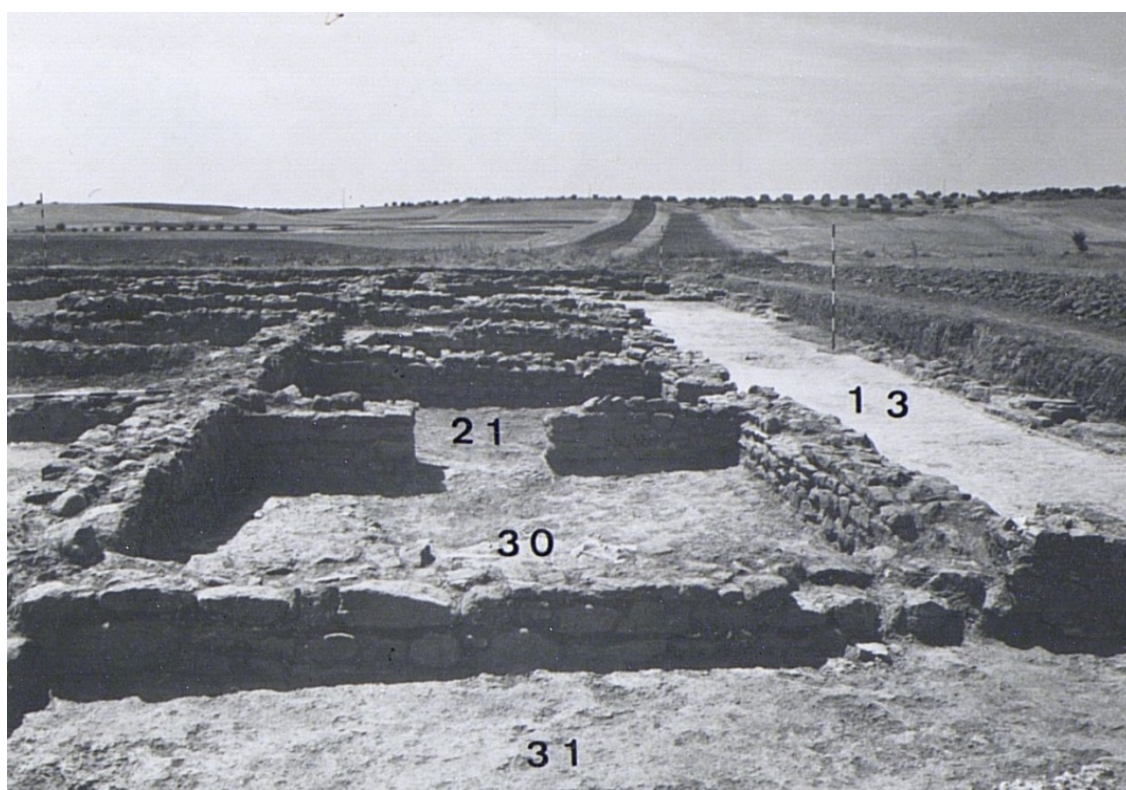


Fig. 275. Ambientes n.º 13, 31, 30 y 21. Foto: Puig y Montanya (AGA).

A diferencia de esta última **habitación** (n.º 21), la consecutiva por el Este, a la que asignamos el **n.º 30** (fig. 275), tuvo un fuerte solado de *opus caementicium*, del que tan sólo queda *in situ* una pequeña parte en su esquina nororiental. Al estar disgregado, hemos podido conocer las distintas partes que lo integran (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 17). La sección de este pavimento nos permite comprobar que consta de una capa de sustentación formada por grandes piedras unidas con argamasa, a la que se superpone una capa

compuesta por una lechada de cal y arena, mezclada con guijarros, habiéndose alisado perfectamente la superficie de este compacto piso.

Estaba pintada de color blanco.

Su disposición, al ser necesario pasar a ésta desde la colindante (n.º 21), sin otro acceso posible, denota la intención de resguardarla, quedando así protegida, o bien podría ocurrir que hubiera sido dedicada a un servicio accesorio a la función de aquélla. Esa misma distribución se repite en las limítrofes n.º 15 y 16, debiendo atravesarse la primera para llegar a la segunda. Como la 12 y la 21, la 30 tiene una planta con cierta tendencia trapezoidal y está precedida por el pórtico exterior (n.º 13). Sus dimensiones son 4 x 3,10 m.

La relación de los principales hallazgos arqueológicos comprende un cuchillo de hierro (fig. 276), cerámica común (42 galbos, uno de ellos pintado, 14 bordes y 3 asas), un fragmento s/f de *dolium*, varios fragmentos de *terra sigillata* y otro de escoria mineral de hierro adherido a la parte inferior de un bloque del suelo fragmentado.



Fig. 276. Cuchillo. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

El tipo de materiales (herramientas como el hacha, utensilios como el cuchillo, cerámica común y de almacenamiento, piedras de molino, restos óseos faunísticos, etc.) descubiertos en el transcurso de la excavación de los departamentos 12, 21 y 30, además de la localización de éstos, con acceso inmediato desde el pórtico (al menos inicialmente, en el caso del n.º 12), y los suelos de cemento o tierra batida, parecen indicar que se trata de una zona de servicio (*pars rustica*), unificada en un segundo momento ocupacional con el sector residencial de la *villa*. Esta crujía fue conformada por yuxtaposición de

las habitaciones n.º 36, 27, 22, 12, 21 y 30 al cuerpo primitivo del edificio, cuya disposición procuran reproducir miméticamente.

Una segunda alineación arquitectónica, perteneciente a dicho núcleo fundacional, está integrada por las habitaciones n.º 20 y 15, ubicadas frente al ambulacro septentrional (n.º 10), a las que más adelante se añadió la n.º 16. Todas ellas se suceden de manera ordenada y homogénea, pese a haber sido erigidas en etapas diferentes.



Fig. 277. Habitaciones n.º 20 y 12. Foto: Puig y Montanya (AGA).

En el flanco norte del deambulatorio n.º 10 hay un hueco de 1 m. Este vano da paso al **compartimento n.º 20**, que mide 4,05 x 3,65 m (fig. 277). Está situado al Noreste del pasillo n.º 11 y linda por el Oeste con la habitación n.º 12. Como señalamos líneas arriba, al haberse cegado con piedras la entrada al mismo desde el pasillo n.º 11 y quedar así inhabilitada dicha puerta, a partir de entonces ya únicamente se podía acceder a este ámbito desde el pórtico septentrional del peristilo. Se utilizó mampostería regular en la zona del corredor (n.º 11), esto es, en su parte exterior, mientras que en la cara interna de ese muro occidental han desaparecido los mampuestos. Las estructuras tienen un grosor de unos 55 cm.

Esta habitación n.º 20, de traza aproximadamente cuadrangular, poseyó un piso bastante tosco, de argamasa, parcialmente perdido. También se

conservaba parte del enlucido de sus paredes. El listado del material arqueológico se reduce a varios fragmentos de *terra sigillata* (un borde decorado...), cerámica común (76 galbos, diez de ellos pintados, 15 bordes, 11 fondos, 3 asas) y vidriada, además de unos fragmentos de hierro y dos de vidrio.

Al Este de la habitación 20 quedan otras dos que están intercomunicadas: las n.º 15 y 16.

En su extremo septentrional, el pasillo 14 conduce a la **habitación n.º 15**, cuyo piso musivo ocupa una posición algo más elevada que la del resto de las dependencias de su entorno (fig. 278). Ese desnivel se salva mediante un peldaño de unos 10 cm de altura, toscamente tallado en piedra arenisca. A buen seguro, fue un añadido posterior al mosaico, pues en el borde del lienzo rectangular se ha preservado en parte un antiguo motivo de diábolo, muy destruido.



Fig. 278. Habitación n.º 15 y escalón de acceso desde el pasillo n.º 14. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Está presidida al fondo por una exedra semicircular (de 2,20 m de diámetro) que no se reproduce al exterior, por el contrario, parece haber sido adosada a la cara interna del muro de cierre septentrional, consistente en una estructura rectilínea. La asimetría de la planta se repite en el mosaico, de

configuración bipartita, con temas geométricos diferentes en cada una de las dos áreas -una rectangular y otra con terminación absidiada- en que esta pieza se subdivide. Es uno de los de mejor factura de todo el repertorio musivo y el de más variada coloración.

Nos detendremos ahora en el análisis de esta unidad habitacional, aunque profundizaremos más en él al realizar el estudio de conjunto de la *villa* (*vid. infra* capítulo XIV.4). No resulta fácil averiguar cuál debía de ser su funcionamiento primario. A juzgar por las características ornamentales y formales de que está dotada, era una de las más privilegiadas de la casa, pero la consideramos algo pequeña para poder asumir la representación pública, como *oecus*. Por la misma razón, tampoco nos convence totalmente la interpretación como *triclinium* ofrecida por M.C. Fernández Castro (1982, 108, 206) y recogida por otros investigadores (FERNÁNDEZ-GALIANO, GARCÍA-GELABERT y RUS, 1989, 143), pues no parece lo suficientemente amplia como para que pudiera acomodarse una extensa familia en torno a la mesa (si fuera el *triclinium* privado del *dominus*) y no digamos ya para albergar confortablemente a un grupo de invitados a comer, en cuyo caso se requeriría un tamaño más acorde con un número importante de comensales. Ponemos en duda que los *lecti triclinares* pudieran tener cabida holgadamente alrededor de la mesa en una sala con una superficie de 11,44 m². Desde luego, podríamos suponer el uso del *stibadium*, aduciendo que si hubiera uno el *triclinium* no requeriría ser tan espacioso. Este compacto mueble de banquetes en forma de lecho semicircular (fijo o movable), que reemplazó a los convencionales divanes rectangulares cuando se pusieron de moda las mesas “en sigma” (fundamentalmente a partir del siglo III d.C. y sobre todo en el IV, cfr. FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 204, 206, 212; ELLIS, 1991, 119, nota 6; MORVILLEZ, 1996, 126), habría precisado, en efecto, menos espacio que los tres *klinai* (MORVILLEZ, 1996, 119-158, fig. 4; al principio, este dispositivo fue empleado en los jardines, según REGUERAS, 2013, 64, lám. 35). Al describir la *villa* de Rielves (Toledo), M.C. Fernández Castro (en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 65-66) explica que la línea curva no es un elemento extraño a la arquitectura doméstica romana, sobre todo a la bajoimperial, rompiendo así con la rigidez, en una búsqueda de “efectos barroquizantes” mediante la contraposición de curvas y rectas. La presencia generalizada del *stibadium* es

un concepto plástico-arquitectónico “de protocolo y efectismo connaturales” a la Tardoantigüedad, cuando este tipo de mueble se hizo tan popular entre las clases aristocráticas (ARNAU, 2006, 22), proliferando entonces múltiples “sigma rooms” en las casas, con *stibadia* como los de la villa gala de Loupian (en la *Narbonensis*) o las *villae* lusas de Arneiro de Maceira Lis (PESSOA, 2011, 787-789, figs. 23-24) y Quinta das Longas, en Elvas (ALMEIDA y CARVALHO, 2005, 305-306, fig. 11).

Durante el Bajo Imperio aumenta el número de estancias pavimentadas con mosaicos ubicadas en las inmediaciones del patio porticado y concretamente muchas de las de recepción son enriquecidas con formas arquitectónicas monumentales (BALDINI, 2001, 58-65), con frecuencia ábsides para colocar el *stibadium*, adaptándose entonces el piso musivo a la cabecera semicircular. Al tratar sobre los “marcadores de uso” pavimentales, I. Mañas (2007-2008, 102-103) aborda el tema de la señalización del *stibadium* en los pisos musivos de habitaciones con función hospitalaria, como ya lo hizo anteriormente K.M.D. Dunbabin (1991, 121-148). La decoración musiva con una venera u otros motivos ornamentales en la zona semicircular de *triclinia* de *villae* como las de San Julián de Valmuza (Salamanca), Prado (Valladolid), Fuente Álamo (Córdoba), Daragoleja (Granada), etc., ha sido interpretada como una manera de marcar la posición del *stibadium* a través de la misma (ARNAU, 2006, 23; PESSOA, 2011, 788, fig. 20; REGUERAS, 2013, 13, lám. 1) y de igual modo ocurre con algunos espacios sobreelevados, p. ej., en la villa de Carranque (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1991, 26-36; PATÓN, 1992, 30-38). Es muy ilustrativo el repertorio musivo recabado por M. Pessoa (2011, 779-792) en su estudio de la villa de Rabaçal (Penela, Portugal), donde el *stibadium* se hallaba sobre un *podium* de 30 cm, en el ábside frontal del *triclinium* triabsidiado, que estaba así separado del área rectangular (de 10 x 9 m), decorada con un tradicional mosaico en T + U, y en conexión con el ritual del *convivium* (sobre las secciones del piso, dependiendo de la cantidad máxima de participantes en dicho *convivium*, cfr. MORVILLEZ, 1996, 131). Otro buen ejemplo nos lo proporciona la villa de El Ruedo (Córdoba), donde se construyó “una estructura de ladrillo de forma ultrasemicircular -*stibadium*”, situada a un nivel más alto y además concebida como fuente (HIDALGO, 1991, 343; cfr. CARRILLO, 1990, 93; VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 70, lám. 20;

CHAVARRÍA, 2006, 22). En la habitación 15 de Puente de la Olmilla no queda ninguna huella de un *stibadium* de obra, aunque pudo haber uno de madera y, a diferencia de lo que sucede en el yacimiento cordobés o en el de Rabaçal, toda ella está realzada, no sólo una parte de la misma. No hay una plataforma en el ábside.

Insistimos, no obstante todo lo dicho, en que se trata de un ámbito de proporciones más bien pequeñas (5,20 m de largo por 2,20 m de ancho), de hecho, es el menor de todos los integrantes de este bloque noroccidental. No se aviene, por tanto, con las directrices vitrubianas, que establecen unas dimensiones de 3,60 x 6,50 m (Vitrubio, *De Arch.* VI, 3), si bien un alto porcentaje de los *triclinia* y *oeci* de *villae* tardorromanas conocidos las superan sobradamente (*vid. infra* capítulo XVII). A este respecto, traemos a colación el comentario de J.C. Serra Ráfols (1952, 43-44), quien excluye una de las dependencias de la *villa* de La Cocosa (Badajoz) como posible *triclinium* debido a que mide tan sólo 4 x 3,40 m, es decir, algo más que la de Puente de la Olmilla. Por poner algún otro ejemplo, comparando ésta con una estancia de Almenara de Adaja acabada en hemicíclo (DELIBES y MOURE, 1973, 9-50; NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 13-16), es notable la diferencia de escala de ambas, pues solamente el ábside del yacimiento vallisoletano mide más (esto es, 5,20 x 2,60 m, dentro de un aula de 7,02 x 7,80 m) que toda la habitación 15. El referido ábside central de la *villa* de Rabaçal tiene un diámetro de 6,6 m (PESSOA, 2011, 782, figs. 12-13; sobre las medidas y características de algunos *stibadia*, cfr. MORVILLEZ, 1996, 127, 158, siendo el menor de los diámetros consignados en su listado el de una casa de Cartago, de 3,10 m, y siempre hay un espacio libre disponible en sus extremos para alargarlo en caso de necesidad, si se incrementaba el número de comensales). M. Guardia Pons (1992, 134, figs. 44-50) sostiene que la riqueza de la decoración de una cámara biabsidiada de Cardeñajimeno (Burgos) sugiere “un uso de representación, no obstante las dimensiones son relativamente reducidas para tal fin”. Nos apoyamos en esos mismos argumentos para cuestionar la lectura de la habitación 15 de Puente de la Olmilla como *triclinium*.

Con todo, queremos matizar nuestra apreciación. En el mundo romano se utilizaba frecuentemente el ábside para resaltar un espacio primordial dentro del conjunto doméstico, fuera éste urbano o rústico. Durante la Antigüedad

Tardía surge un “significado ritual y de etiqueta (...)”, responde a un intento de exhibir prestigio”, que se traslada desde la ciudad al contexto rural (CERRILLO *et alii*, 1986, 126). Es muy común su empleo a tal efecto en las *villae* hispanas bajoimperiales. Numerosos ejemplos vienen al caso. El *oecus* de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia) tiene un mosaico pavimental datado a finales del siglo IV o principios de la siguiente centuria, donde se representa una *villa* de planta rectangular con un remate semicircular (PALOL y CORTES, 1974, 55). M.A. Mezquíriz y M. Unzu (2005, 988) centran su atención en el *oecus* de la *villa* de Arellano (Navarra), una impresionante aula con amplia exedra, en la que el pavimento musivo de ésta se halla a un nivel superior. En la *villa* de La Malena (Azuara, Zaragoza), un gran *triclinium* absidial, al Sur, se contrapone a un *oecus* cuadrangular (ROYO, 2001, 46-57), a la manera de los departamentos n.º 15 y 4 de Puente de la Olmilla, aunque aquéllos están prácticamente afrontados y su articulación es inversa a la de éstos. Pese a presentar una imagen visual análoga, volvemos de nuevo al tema de las medidas de la habitación 15, que a todas luces supondrían un problema para poder ser un espacio de acogida (ya sea el comedor principal o un salón de aparato), escenario de actos sociales potencialmente muy concurridos (Vitr., *De Arch.* VI, 5,3). En el siglo IV dichos actos (banquetes, audiencias, asambleas, reuniones particulares...), se habían convertido en eventos esenciales para la autoafirmación del *dominus*, permitiéndole afianzar los lazos con otros miembros de su mismo estamento o hacer ostentación de su riqueza y poderío ante su clientela, campesinos dependientes, etc. Por eso, uno de los inconvenientes de esta sala es que en ella no se habría podido exhibir con suficiente holgura obras de arte u objetos valiosos, al margen de que el ábside apenas habría podido alojar un mueble semicircular de unos 2 m, sin dejar espacio a ambos lados.

A propósito del ábside, P. San Nicolás (1998, 894-895) pone de manifiesto que “fue un fenómeno arquitectónico imperial”, transmitido a las viviendas de época tardía y utilizado en los aposentos socialmente relevantes, como los de recepción, los comedores... (al hilo de esta cuestión puede consultarse el trabajo de DUVAL, 1984, 447-470; numerosos ejemplos de estancias representativas con extremo en exedra son recogidos por BALDINI, 2002; REGUERAS, 2013, 64-65, lám. 35).

E. de Albentiis (2007-2008, 29-55) nos ofrece una visión diacrónica del ábside, haciendo constar su valor ideológico-funcional en el Imperio, y trata a lo largo del capítulo I 3 de la *domus* tardoantigua con estructura absidiada.

Esta fórmula arquitectónica se aplicó con frecuencia a habitaciones preexistentes, como ocurre, entre otras, en la *villa* de Monroy, en la de Bencáliz (CERRILLO *et alii*, 1986, 126) y, según creemos, en la de Puente de la Olmilla. M.C. Fernández Castro (1978, 204, 318-319) habla de la costumbre generalizada en época tardía de adicionar ábsides a los *triclinia* y *oeci*, siendo a partir del siglo III cuando la arquitectura doméstica muestra “una especial afición por las salas absidadas y los espacios curvos”. En la ya mencionada *villa* de Daragoleja el *musivarius* adaptó el *stibadium* al suelo de mosaico, permitiendo eso reconocer la ubicación del *triclinium* en una segunda fila de habitaciones, precedida de otra a la que se ingresaba desde un corredor, una disposición que, al parecer de esta autora, “no resulta familiar a la casa de peristilo”, aviniéndose más bien a un modelo de residencia señorial con fachada abierta a través de una galería porticada, reproducido en mosaicos norteafricanos de Tabarka, Cartago, etc. (*vid. infra* capítulo XVI.1). Advertimos en esta descripción ciertas concomitancias con la *villa* de Puente de la Olmilla.

En una segunda etapa constructiva, la intención expresa de remarcar este reducto mediante su diseño arquitectónico y ornamental, con la exedra y un hermoso mosaico, define su elevada categoría, a pesar de sus dimensiones y de no ocupar una posición preeminente dentro de la planta general de la *villa*, que son dos de los rasgos a tener en cuenta a la hora de asignar a cualquier ambiente una identidad entre las habitaciones principales (algo motivado, quizás, por ser originariamente uno más de los *cubicula* de la primera crujía noroccidental).

También refuerza ese postulado el hecho de que este recinto de Puente de la Olmilla se encuentre en un plano un poco más alto que los de alrededor, realizado para señalar su alcurnia. En el caso, p. ej., del *oecus* de la *villa* de Fuente Álamo (Puente Genil, Córdoba), la diferencia de altura responde a “un concepto ceremonial que implica un cambio de mentalidad no mediterránea”, atestiguado también en las *domus* norteafricanas (SAN NICOLÁS, 1994, 1293; cfr. BALIL, 1974, 44). Con esa perspectiva, la cota superior y la configuración absidiada pueden inducir a pensar que la habitación 15 era el *oecus*, pero,

como ya expusimos previamente, su tamaño no es acorde con dicha atribución, al igual que para servir de sala de banquetes, donde pudiera reunirse un grupo numeroso de asistentes al convite. Es cierto que está cerca del jardín, como sucede en muchos *triclinia*, y su orientación al Norte podría convenir para un comedor de verano, e incluso el aditamento del ábside en un momento dado podría abonar esa idea, suponiendo que se hiciera para instalar un *stibadium*, pero, en nuestra opinión, si se hubiera decidido realizar obras, ya fuera para acondicionar un comedor o un salón de recepciones, probablemente se habría elegido un ambiente de mayores dimensiones y situado en un eje axial respecto a la entrada a la *villa*, como solía ser normal, mas no lo descartamos por completo, pues tampoco podemos afirmar que sea absolutamente incompatible con cualquiera de esas finalidades. Por otro lado, no es inadmisibles que convergieran varios usos, pudiendo tratarse de una dependencia destinada a actividades sociales diurnas, a ocupaciones intelectuales... y que albergara, además, rituales de culto en el ábside. En la práctica, pudo ser polivalente, una realidad bien contrastada en la cultura romana.

La habitación XXXVII de la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba) es, según J.R. Carrillo (1992, 281; cfr. VAQUERIZO *et alii*, 1994, 110), “una exedra de recepción”, basándose en el estudio de Y. Thebert (1988, 362) sobre ese tipo de estancias, cuyo ingreso se realiza directamente desde el peristilo, son de mayor tamaño y tienen más rica decoración que las restantes (“exedra”, no obstante, es una denominación un tanto ambigua, al ser polisémica, como reflexiona DUNBABIN, 1994, 171). La exedra vitrubiana (Vitr., *De Arch.* VI, 3,8) “no es tampoco en rigor parangonable en la villa (...) y no es siempre de proporciones cuadradas, como es preceptivo en la exedra” (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 202). Asimismo, tal como han observado algunos especialistas en arquitectura doméstica romana, suelen tener únicamente una puerta, de anchura considerable (MORERE, 1989, 23), y estar situadas en eje perpendicular al *triclinium*, siendo dedicadas a conversar, leer, celebrar ceremonias familiares, o/y como despacho del *dominus*, donde éste podría retirarse también para atender sus asuntos, gestionar sus negocios... (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 202; MORENO, 1994, 229; ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 124). No olvidemos que los *tablina* de las casas de atrio

ocasionalmente tenían tendencia circular. De las características y parámetros formales enumerados por estos especialistas, tan sólo algunos de ellos se acreditan en la habitación 15 de Puente de la Olmilla, pero ni es la mayor de todas (sino lo contrario), ni tiene una única puerta, al menos en un segundo (o más bien tercer) periodo de uso, cuando se abrió otro vano al Este. En cambio, esas premisas sí se cumplen en algunas de las habitaciones meridionales, que además fueron pavimentadas con mosaicos figurativos, mientras que el de la n.º 15 era geométrico.

Otra de las hipótesis que se puede barajar es que, antes de la abertura de los huecos de transición, fuera un receptáculo relacionado con el empleo del agua. En realidad, si hubiera estado impermeabilizado, tuviera conducciones y todos los ángulos rematados en curva, podríamos pensar que estamos ante una piscina de carácter decorativo, sin embargo, aquí no se dan esas circunstancias. Por ello, esta opción no es factible, dado que era inherente a las instalaciones acuáticas romanas el revestimiento con mortero hidráulico, además de la mencionada ausencia de tuberías y de la aplicación de un estucado a las paredes interiores, en vez de un recubrimiento con argamasa hidráulica.

En otro orden de cosas, como ya hemos avanzado, es muy posible que originariamente fuera un departamento de traza rectangular, al que más adelante se le habría agregado el ábside, acaso debido a un cambio de funcionalidad o simplemente con el propósito de darle mayor relevancia y distinción mediante su diseño arquitectónico. Aunque los datos de que disponemos no permiten verificarlo, podríamos aventurar la teoría de que primitivamente fuera un *cubiculum* (o un ámbito de cualquier otra índole, pero, desde luego, de menores pretensiones decorativas), transformado después en un *lararium* tipo *sacrarium* (acerca de esta terminología, cfr. PÉREZ, 2007-2008, 212-213; 2014, 78 y 90-92), o desde el principio podría haber sido un larario, con algunos añadidos posteriores para dignificarlo y hacerlo sobresalir entre los habitáculos de su entorno, mediante ciertos componentes ennoblecedores (¿con el fin de subrayar su valiosa significación, como espacio reservado al culto?, esto último en el caso de haberse mantenido ese supuesto uso, es decir, si hubo una continuidad, perdurando la misma función religiosa). Por contra, todo apunta a la referida variación de destino, sea éste el que fuere,

o bien, si no tuvo inicialmente otro diferente (*cubiculum...*), podría deberse al deseo de priorizar por algún motivo este recinto en un segundo periodo constructivo, en el que habría adquirido nuevos elementos de realce: el pavimento musivo, una decoración pictórica policroma y la exedra. Eso explicaría que ésta fuera incorporada *a posteriori*, cuando se cubrió la habitación con un solado en *opus tessellatum* (fig. 279), como ya dijimos.



Fig. 279. Detalle del mosaico del ábside. Foto: García Bueno.

La entrada principal se abre frente a la cabecera, donde quedaban restos del revestimiento parietal de estuco pintado, en muy precarias condiciones (fig. 280). La preparación de la pintura era de escasa calidad, lo que ha contribuido a su mal estado de conservación. Hay dos capas superpuestas de pintura: la más antigua era de color blanco, mientras que la segunda consta de un zócalo (I) en cuyo registro inferior presenta una franja de color negro, a continuación, una banda blanca cruzada por trazos oblicuos e irregulares en negro, delimitada por una ancha faja negra en la parte superior. Más arriba (zona media o II), la decoración pintada se componía de líneas negras “de difícil interpretación” sobre un fondo verde claro (PUIG, 1979, 924). La renovación del programa decorativo de la habitación 15 afectó, por ende,

tanto a las paredes como al suelo, coincidiendo con otras alteraciones estructurales y, quizás, de las actividades desempeñadas en ella.

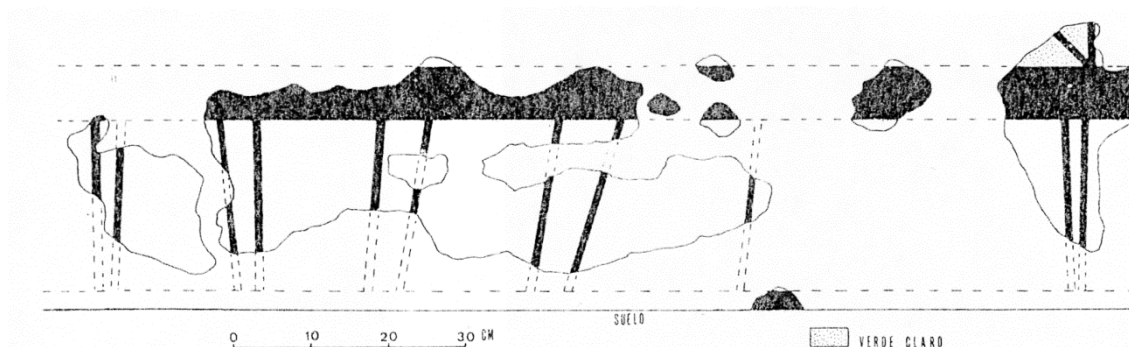


Fig. 280. Decoración pictórica de la exedra, según Puig, 1979, fig. 3.

En el lateral oriental hay otra puerta, posterior al momento de instalación del mosaico, ya que al excavarla apareció cortada la línea de arranque del enlucido parietal (la pintura seguía el margen del piso musivo), así como la cimentación del muro seccionado en este punto, descubriéndose *in situ* algunos restos de un antiguo *opus signinum*, a una cota superior a la del teselado de esta habitación 15. Dicha particularidad desvela que ésta fue objeto de una repavimentación. Del suelo precedente, un lecho de cal y ladrillo machacado que debía de tener su continuación por toda la superficie, únicamente se conserva una pequeña porción. En vez de superponerlos, se optó por romper el *opus signinum*, que quedó cortado en dicha puerta, y aplicar una decoración musiva, acaso por haber perdido aquél su función o en razón de un criterio estético. Este indicador arqueológico corrobora la existencia de esas diferentes fases a las que ya hemos hecho alusión.

Por lo que atañe al material arqueológico, es relativamente exiguo y no arroja ninguna luz para esclarecer la finalidad de este compartimento. Consiste en cerámica común (un galbo pintado, 15 bordes, 6 fondos y 2 asas), alguna *terra sigillata*, varios clavos de hierro y un gancho de este mismo metal, diversos fragmentos metálicos indeterminados, restos óseos faunísticos y un fragmento de vidrio (un borde). Sus excavadores no dan más detalles de los restos muebles, ni tenemos documentación gráfica de los mismos, por lo que no es posible saber si pertenecen a piezas de vajilla y objetos rituales (páteras, jarros...), habitualmente asociados a los lararios y a los ritos o devociones desarrollados en ellos. Su escasez y características no ayudan a la

identificación de este habitáculo, como, por otra parte, suele ocurrir en muchas capillas domésticas (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 220; 2014, 103-109, 277-358, sobre los objetos de culto y del ritual doméstico, “indicadores de sacralidad”, siguiendo la denominación de BASSANI, 2008, 9). Sin embargo, aunque la cultura material recuperada en su interior no es concluyente, durante las labores de prospección de las inmediaciones de este enclave se halló una figurilla fragmentada de terracota (figs. 281, 503-504 *vid. infra* capítulo XVIII.2.4, pp. 957-958), que probablemente pertenecería al ajuar de un *lararium* y, por tanto, sería un claro indicio de la existencia de uno. Pese a estar descontextualizada y, en consecuencia, desconocerse su procedencia exacta, sugerimos que pudiera estar relacionada con la habitación 15 (si, como proponemos, ésta fuera una capilla). Además, cerca de la puerta occidental de la n.º 22, en dirección a la inmediata salida de la casa, se descubrió una estatuilla en bronce de la diosa Minerva (*vid. infra* capítulo XVIII.1.2), lo que quizás podría ser fruto del desorden producido cuando fue definitivamente abandonada la *villa*, mientras era tal vez acarreada desde otro lugar (¿acaso desde el *larario*, donde, supuestamente, podría haber estado depositada en un altar, en un nicho de la pared o en uno de los posibles *armaria lararia* allí instalados?). Aun siendo conscientes del cariz un tanto especulativo de nuestra argumentación y, al mismo tiempo, de la complejidad de intentar adentrarnos en el mundo de la espiritualidad, ambas imágenes parecen ser vestigios materiales de las creencias íntimas del *dominus*, el *paterfamilias*, pudiendo formar parte de las prácticas religiosas cotidianas celebradas en la *villa* (de los *sacra privata-sacra publica* da noticia Fest., 245, 28-31; sobre el ritual doméstico y las festividades familiares, cfr. PÉREZ RUIZ, 2014, 109-115).

J. Arce (1990, 23-24) trata sobre las representaciones de las divinidades protectoras y de los lares, que solos o en grupo, “están en casi todas las casas. (...) Los ídolos a los que alude el Concilio de Elbira, como los que todavía adoraban los esclavos en sus casas, debían ser de terracota. (...) San Agustín, al comentar y reproducir la obra del anticuario Varrón, se refiere a la multitud de dioses y diosas que presidían y estaban insertos en la vida romana”.



Fig. 281. Terracota. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

Los lararios, en los que se llevaban a cabo los ritos preceptivos de veneración a los antepasados familiares, los Lares, los Penates, el *Genius*, Vesta y otros dioses tutelares, encargados de garantizar la subsistencia y perpetuación de la estirpe, eran lugares específicos en el interior de la casa, desde los que esos *numina* y divinidades del panteón romano, “que habían salido del campo (...)”, se mantuvieron vigilantes hasta los últimos estertores del paganismo” (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 200; 2012, 246-247; 2014, 39-73). Algunos de ellos, ligados con el ciclo agrícola y vital, tenían un fuerte arraigo a la tierra. M. Pérez (2014, 35-44, 371-374) indaga sobre los componentes primarios de la religión doméstica romana, en la que deidades como el Lar familiar concentraban ambas vertientes en su génesis y aunque el culto romano llegó a la Península mucho después de esos “momentos arcaicos”, subsistían los conceptos que lo impregnaban en sus orígenes, al estar imbuido de un marcado conservadurismo. Entiende esta autora que “la esencia más agrícola, más cercana y más primitiva” de las creencias familiares y de algunos dioses pervivió en dicho culto doméstico. No sólo Silvano, la pareja complementaria del Lar familiar, sino el *Genius*, Vesta o algunas divinidades de la fertilidad y la abundancia, tienen conexiones con la búsqueda del bienestar de la familia, al propiciar la feracidad y protección de los campos, de los que se obtenía el sustento... Revisten especial interés varias inscripciones en las que el Lar familiar es invocado con el epíteto *agrestis* o está acompañado de Silvano,

protector de la naturaleza semisalvaje (*CIL* VI, 646; III, 3491), recordando, aparentemente, su origen como fuerza protectora del *fundus*, lo que resulta plenamente congruente con la dimensión productiva de las *villae*. En el *sacrarium* de la de Vilauba (Camós, Gerona) había cuatro estatuillas en bronce, datadas tipológicamente en el siglo I d.C. y en uso todavía en el siglo III, de lo que colige M. Pérez (2014, 372-373, fig. 11) que el larario estaba cumpliendo la misma función que las capillas domésticas más antiguas, es decir, “proteger la propiedad agrícola y garantizar la prosperidad familiar. (...) la intencionalidad del culto desarrollado por los propietarios de la *villa* no se alteró durante más de dos siglos”. Las tradiciones vernáculas de la población hispana habrían podido reactivar y potenciar la raigambre agraria de algunos dioses romanos, relativamente perdida ya en Roma.

Lararios como el de la *Villa Filosofiana* (Piazza Armerina, Sicilia), de comienzos del siglo IV d.C., demuestran que incluso cuando el cristianismo se había difundido en buena medida por el Imperio, las capillas domésticas no habían perdido importancia dentro de la casa romana, sino que ésta perduró y hasta se acrecentó, “apareciendo totalmente visibles en las zonas y en los ejes de circulación principales y monumentalizándose” (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 225; 2008, 281-283). Es más, la veneración de los dioses del hogar fue prohibida en el *Codex Theodosianus* (XVI, 10, 12), en pleno siglo V, dado que todavía entonces los romanos seguían dedicándoles ofrendas (más información sobre los Lares en la Hispania romana, en PORTELA, 1984, 153-180).

Al decir de autoridades en la materia como M. Van Doren (1958, 69) o M. Bassani (2008, 66-68), las dimensiones de los *lararia* son variables, pero generalmente no muy grandes. Si bien es cierto que la mayoría de los documentados en Hispania son más pequeños que esta estructura n.º 15, también hay algunos otros de mayor amplitud (PÉREZ RUIZ, 2010).

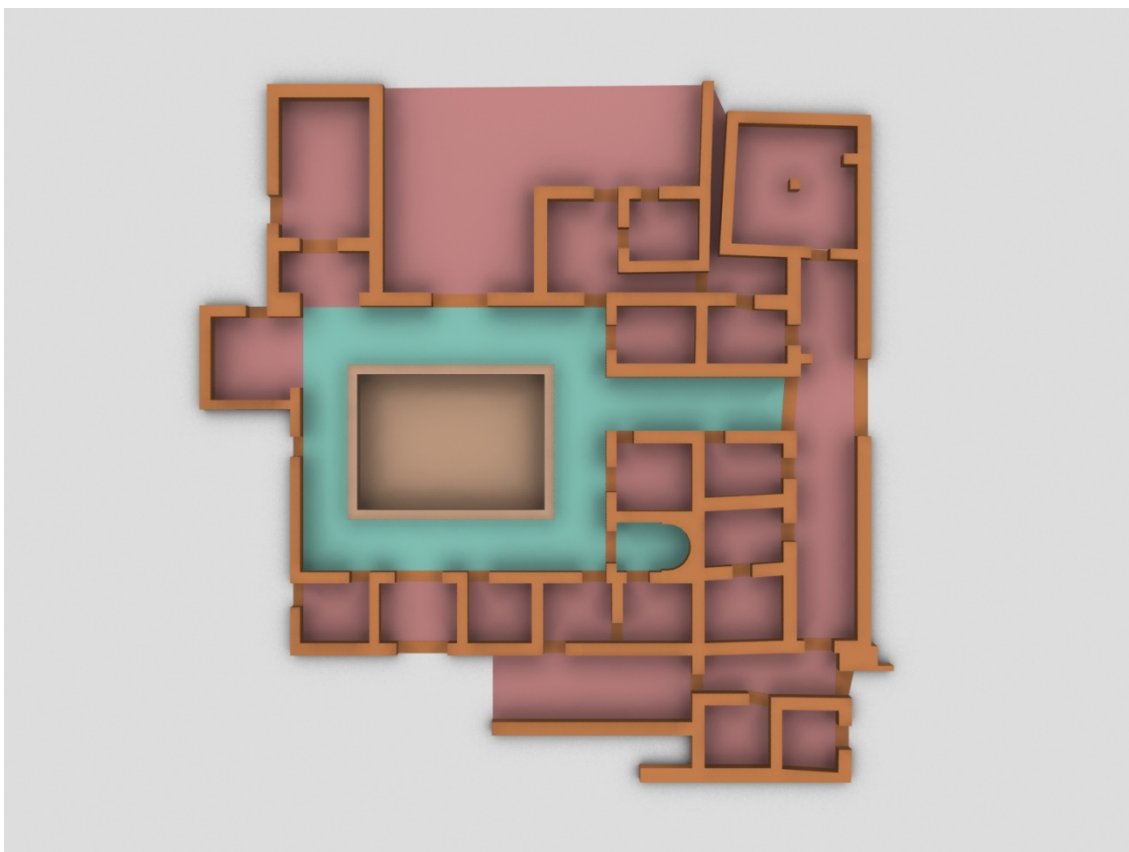


Fig. 282. Marcados en azul en la representación virtual, la habitación n.º 15, situada en ángulo de 90º respecto a la entrada a la *villa* (a través del pasillo n.º 11) y accesible desde el peristilo. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Plantearemos ahora otro elemento de reflexión. Llama la atención su emplazamiento en una sección del edificio que parece relativamente modesta, al estar rodeada esta habitación por otras utilitarias y por dormitorios. En origen, los *lararia* se colocaban en el atrio de las casas romanas y en la galería próxima, pasando posteriormente al peristilo y al jardín. En las *domus* pompeyanas, los vergeles, arreglados a la manera de santuarios rústicos, se vinculaban con los Lares (el Lar agreste, el Lar familiar...) y una serie de deidades (Pomona, Silvano, Dionisos, Apolo, etc.), bajo cuya protección estaban (BLÁZQUEZ, 2001, 21).

M. Pérez (2008, 283) consigna que los *sacraria* de época tardía suelen estar “en la parte pública y oficial” de la residencia, visibles desde su entrada, por la que se ingresa a ellos directamente. La pieza estudiada (n.º 15) está situada junto al patio ajardinado y no se posiciona frente a la puerta principal, sino en ángulo recto respecto a ella (fig. 282), en cambio, se ajusta más a lo que dicha autora comenta de los *lararios* altoimperiales del área vesubiana, donde es común su presencia “en espacios de acceso público, pero muy

frecuentemente algo apartados de los principales recorridos y ejes visuales de la casa, ligeramente descentrados respecto a éstos”. Esta investigadora atribuye lo primero a la voluntad del *dominus* de dejar patente a los ojos de los visitantes (huéspedes, clientes...) la observancia y continuidad en su *villa* de los ritos religiosos y las antiguas tradiciones romanas. En este sentido, el *larario* sería un exponente de la evolución del culto doméstico, que había dejado de ser “un espacio eminentemente privado” para convertirse en “una de las estancias de representación y prestigio que, mediante su hipertrofia, sirven a la aristocracia para sancionar y ratificar su posición social en su propia morada”. Obviamente, debemos ser cautos ante lo que implica trasponer o extrapolar modelos de una época muy anterior (el siglo I d.C.) y de un medio urbano (en la propia Península Itálica), a pesar de lo cual, aun con las distancias evidentes, remitimos a las palabras de M. Pérez (2007-2008, 213): “(...) los testimonios pompeyanos y herculaneses, que siguen siendo la referencia principal para cualquier estudio de este tipo y que serán la base para la tipología presentada (...)” y para su caracterización en cualquier otra parte del Imperio, aun siendo necesario complementarla con hallazgos arqueológicos de otros lugares y otros periodos. En esa línea, al revisar los *lararia* pompeyanos, M. Pérez (2014, 94) llega a la conclusión de que “podían encontrarse en casi cualquier ambiente, desde los atrios hasta las cocinas, pasando por peristilos, *cubicula* o zonas de paso”, preferentemente en los peristilos/*viridaria* y en las cocinas (donde está el fuego del hogar, relacionado con los dioses protectores de la familia, entendida a la manera romana, es decir, abarcando servidores y esclavos manumitidos, cfr. DAREMBERG-SAGLIO, 1877-1919/1969, II.2, 972), pero también en los atrios, los aposentos señoriales..., e inclusive podía haber más de uno, dándose la circunstancia de que los del tipo *sacraria* “están vinculados casi exclusivamente a los espacios públicos y de representación de la casa, principalmente a los peristilos (...) y a los atrios (...)” (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 220). Algunos especialistas en el tema ponen de relieve “el simbolismo que encierra la colocación exacta” de los *lararia*, con frecuencia relacionados con una dimensión social y cuestiones de autorrepresentación, aunque en ocasiones dan la impresión de haber sido “apartados intencionadamente” (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 221; cfr. BASSANI,

2008, 111-112), como procurando preservar la privacidad de las divinidades tutelares y las prácticas rituales domésticas.

La habitación 15 de Puente de la Olmilla está abierta al peristilo, la zona más transitada, algo bastante habitual en las capillas privadas, cuya situación planimétrica suele obligar a pasar delante de ellas. En algunos casos, como el mencionado de la *Villa Filosofiana*, en Piazza Armerina (*circa* 320-330 d.C.), el *sacrarium* se dispone en la parte oriental del primer peristilo y tiene planta cuadrangular acabada en ábside (CARANDINI *et alii*, 1982, 123-125). En la *cella vinaria* de la *villa* de Arellano (Navarra) se descubrieron restos de un larario (MEZQUÍRIZ, 1995-1996, 318-321). En la llamada Casa de los juegos de agua, de *Conimbriga*, hay una dependencia contigua al peristilo, organizada como parte del jardín, que tiene un pequeño larario (BLÁZQUEZ, 2001, 34). En la Casa de los Delfines de *Thysdrus* el larario se encuentra al fondo del patio, frente a la puerta de la *domus* y se compone de una sección rectangular y otra absidiada (PÉREZ RUIZ, 2008, 281), asemejándose en esa configuración arquitectónica a la de Puente de la Olmilla. Existe, por lo tanto, cierta diversidad en las ubicaciones y en las plantas. La utilización de la exedra terminal no sólo se da en algunos de la Península Itálica y de Túnez, como los enumerados anteriormente, sino también dentro de nuestras fronteras, p. ej., en el *sacrarium* de la Casa de los Pájaros, en Itálica (GARCÍA Y BELLIDO, 1960, 85-86, figs. 22 y 25; BASSANI, 2005, 77-78, 84-85, 89, figs. 3-4), del siglo II d.C. Asimismo, en un buen número de *villae* bajoimperiales hispanas se ha querido reconocer lararios, como en las de Los Quintanares (ORTEGO, 1969; 1976, 362; 1977), Los Villares, en Santervás del Burgo (ORTEGO, 1961, 226), El Saucedo (AGUADO *et alii*, 1999, 203), etc., pero no se puede asegurar contundentemente, ya que algunos de esos supuestos *lararia* podrían ser perfectamente ambientes señoriales (REGUERAS, 2007, 41), al igual que ocurre con éste.

Algunos de ellos nos deparan evidencias de la intención subyacente de singularizarlos, materializada mediante ciertos elementos como son su cota superior, los escalones de acceso..., con los que se quería lograr una dignificación del espacio, al modo en que se constata, p. ej., en la capilla de la *villa* de Vilauba, en Camós, Gerona (CASTANYER y TREMOLEDA, 1997, 163-175; BASSANI, 2005, 80-81; PÉREZ RUIZ, 2010, II, 184-193; 2012, 244).

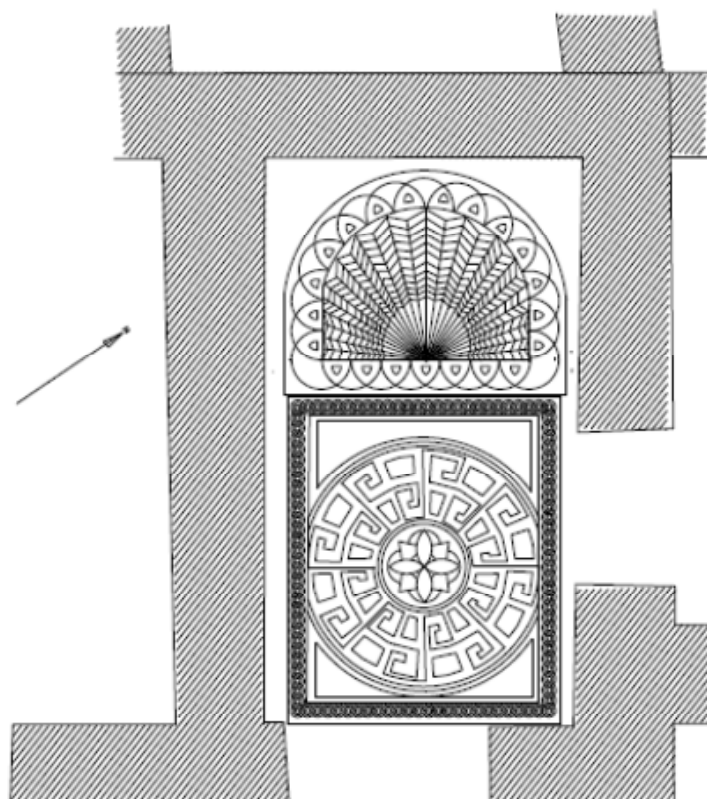


Fig. 283. Mosaico de la habitación n.º 15. Dib.: García Bueno.

Era relativamente frecuente que los *sacraria* recibieran un solado en *opus tessellatum*. A grandes rasgos, la ornamentación desarrollada en esos mosaicos comúnmente se organiza a base de motivos geométricos y/o vegetales e incluso un sencillo teselado blanco, siendo rara vez de estilo figurativo (BASSANI, 2008, 93; PÉREZ RUIZ, 2008, 284; 2007-2008, 219; 2014, 91-92). El de Puente de la Olmilla ostenta una decoración propia en cada uno de sus campos: en la exedra, una armoniosa composición multicolor, imitando un abanico, mientras que la del panel rectangular está centralizada en torno a un emblema floral circunscrito por un motivo circular de meandro de esvásticas alternas con cuadrados policromos, delineado con teselas negro azuladas, sobre fondo blanco y en los cuatro ángulos lleva un motivo de pétalos y volutas (fig. 283). Su formato no es novedoso, recuerda al de la Casa de los Delfines, en *Thysdrus*, igualmente fechado en el siglo IV (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.10, p. 733), que está dividido en dos paños con esquemas distintos y articulado por un repertorio geométrico y vegetal.

Se puede apreciar la finura y el rico cromatismo con que fue confeccionado este mosaico. La belleza de su diseño y de su colorido, unido al

de las pinturas murales, recrearía la vista de quienes lo contemplaran. La suntuosidad que se le confirió a este ambiente es un factor a tomar en consideración, al estar ligada, por lo general, a estancias claves.

Todos estos indicios y las similitudes de los ejemplos citados en nuestra búsqueda de paralelismos nos sirven de orientación a la hora de intentar establecer su misión específica. Fundamentada nuestra argumentación en estos datos, cabe proponer que fuera posiblemente un espacio para acoger las ceremonias rituales de culto doméstico, coexistiendo, quizás, con otras actividades perfectamente compatibles aunque heterogéneas (realizar actos culturales, reunirse con invitados selectos, amigos...), por lo que pudo haber una multiplicidad de las mismas e inclusive pudieron ir cambiando a lo largo de los años. No obstante, esta sugerencia es en cierta medida arriesgada, pues carecemos de pruebas concluyentes para determinar, con un razonable grado de certeza, a qué se destinaría la habitación 15. Su identificación funcional no es definitiva.

Mediante un vano se comunica por el Este con un **habitáculo** correlativo, el **n.º 16**, que está pintado de blanco y conserva el suelo de *opus caementicium* en toda su superficie. Tiene planta cuadrangular, siendo sus medidas 3,60 x 3 m. En su muro meridional hay otra puerta, la primitiva, que está clausurada. El paramento oriental está semiderruido, habiendo cedido hacia el exterior (al Noreste), probablemente a consecuencia de la humedad.

Recuperamos escasa cerámica común (27 galbos, uno de ellos pintado, 1 borde y 4 fondos), algún fragmento de *terra sigillata*, un fragmento de hueso pulimentado, otro de roca volcánica, un clavo de hierro y escoria mineral. Estos limitados materiales no nos ayudan a establecer la naturaleza del lugar en el que aparecieron.

Una vez más, podemos vislumbrar la existencia de varias etapas constructivas:

1º.- En un principio, esta habitación n.º 16 tendría una sola entrada, que daba paso por el Sureste a la n.º 33.

2º.- *A posteriori* se procede a abrir otra puerta, que permite realizar el tránsito desde la habitación 15 -hasta ahora independiente de ella-, y se inutiliza la anterior (¿acaso simultáneamente o en un intervalo más o menos breve?).

Después de ser construida una nueva ala de habitaciones al Este, se habría roto el muro oriental de la n.º 15 para acceder a una de ellas, la n.º 16, por lo que cabe la posibilidad de que, durante un tiempo, se hubiera practicado el ingreso a ésta mediante cualquiera de los dos huecos y podría haber sido más adelante cuando se cerró el meridional. Desde entonces había que atravesar la precedente (n.º 15) necesariamente para llegar a ella.

Nos planteamos, como hipótesis de trabajo, si esta modificación de los accesos pudo deberse a la necesidad de ampliar la habitación 15, que sólo ocupa una superficie de 11,44 m² y tal vez resultaba demasiado pequeña para la función que se le otorgó en una fase ulterior, por lo que se le habría incorporado ese otro espacio aledaño (el n.º 16). Al anexionarlo pudo ser dedicado a un servicio accesorio del colindante, o quizás se hizo simplemente con la intención de crear una comunicación directa entre los recintos 15 y 16, por la razón que fuere. Una de las alternativas posibles es que en un momento ocupacional avanzado, el primero de ellos dejara de cumplir la supuesta función de capilla doméstica, pues generalmente los *lararia* no sirven de antesala (aunque pudo mantenerse un uso religioso del ábside), eso podría haber provocado cambios puntuales del esquema previo, y a partir de entonces podría haberse convertido en un *cubiculum* compuesto de cámara y antecámara, como el conjunto de la *villa* de Els Munts (PÉREZ RUIZ, 2014, catálogo en CD)³⁵, recuperando su posible identidad primigenia (en el caso de haber sido inicialmente un *cubiculum* y no un *sacrarium* o un aposento noble desde su origen), pero ahora asociado al n.º 16. De no ser ésta la explicación o la de que la habitación de mayor rango de las dos (la n.º 15) dispusiera de un cuarto complementario, el motivo concreto de la abertura de un nuevo vano se nos escapa y, sin más datos, creemos inútil especular al respecto. El prolongado periodo de ocupación de la *villa* acrecienta la dificultad de desentrañar tales aspectos (reacondicionamientos, variaciones en la finalidad de algunas habitaciones...).



Fig. 284. Pasillo n.º 14, que desemboca en la habitación n.º 15. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El **cuarto brazo del peristilo**, que bordea el patio por el Este, recibe el **n.º 14** y mide 15,30 m de largo por 2,70 m de ancho (fig. 284). Su piso musivo está separado de los mosaicos de los pasillos 5 y 10 por una banda de enlace simple, formada por grandes teselas de cerámica. La superficie pavimental está orlada por un cable que se desenvuelve en torno a un reticulado definido por trenzas de dos cabos, circunscribiendo cuadrantes en cuyo interior se inscriben profusamente variados motivos de repertorio (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.9). Al estar organizados mediante una cadencia repetitiva, podemos reconstituir el esquema compositivo en su totalidad, pese a las groseras reparaciones realizadas con mortero de cal para evitar la disgregación del tapiz teselar. La presencia de esos parches delata que la *villa* sufrió un proceso de declive, no pudiéndose contar ya en esa última etapa de su trayectoria vital con operarios capaces de restaurar los mosaicos erosionados por el desgaste cotidiano.

Por el centro de esta galería oriental, aproximadamente sobre el eje Este-Oeste y ligeramente en diagonal, atraviesa la canalización subterránea que drenaba el *hortus* (figs. 284-285). Por consiguiente, ésta es anterior al mosaico instalado encima.



Fig. 285. Tramo de canalización. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Aparecen algunos fragmentos indeterminados de hierro, gran cantidad de clavos de sección cuadrada, un fragmento de plomo, vidrio (un fondo, un borde...), una ficha semiesférica de piedra arenisca, abundante cerámica común (128 galbos, dos de ellos pintados, 18 fondos, 43 bordes, dos de ellos decorados, 5 asas y el cuello de una vasija), escasos fragmentos de *terra sigillata*, otros de estuco (del recubrimiento de las paredes y de un friso moldurado, correspondiente a la cornisa), varias conchas de molusco y, sobre el piso de mosaico, bajo la gruesa capa de tejas de la cubierta desplomada, una hoz de hierro en magnífico estado de conservación (fig. 286) y fragmentos de otra, prueba inequívoca de la actividad agrícola llevada a cabo en este establecimiento rural. La presencia de hoces en este contexto arqueológico concreto podría interpretarse, en teoría, como una consecuencia del desorden generado en el momento final de abandono de la *villa*, teniendo en cuenta la cercanía, al Este, de varios ámbitos que hemos identificado con espacios de servicio, almacenamiento... (*vid. infra*). Por último, merece mención aparte una

moneda de vellón (la n.º 9 del catálogo). Es un antoniniano de Claudio II, fechado en el 269 d.C. y acuñado en la ceca de Roma (*RIC V*, 1ª, n.º 48).



Fig. 286. Hoz. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

En este deambulatorio se abren varias puertas. Una de ellas (de 1 m de ancho), en el centro de su lado occidental, da paso al jardín interior. A través de otras cuatro, situadas a Levante, se ingresaba a las respectivas unidades de habitación n.º 33, 34, 25 y 35, todas ellas de planta cuadrada. En cuanto a la entrada a la n.º 25, cuyas características describiremos con mayor detenimiento (*vid. infra*), avanzamos ahora un dato de interés para nuestro análisis arquitectónico, ya que presenta una modificación de estructura. En un comienzo era prácticamente idéntica a la localizada en el corredor n.º 3, por donde se realizaba el tránsito desde el peristilo a la habitación n.º 7, que está emplazada en dirección opuesta (ambas son equidistantes respecto al patio central), pero después se redujo el tamaño del vano de la n.º 25, sellándolo parcialmente con ladrillos. Es más, no sólo se estrechó, sino que también se talló nuevos quicios en uno de los bloques de piedra del umbral, en función de la nueva puerta de una sola hoja que habrían de instalar, reemplazando a la anterior, de dos batientes.

El ala oriental (inmediata al Este del peristilo) está particularmente caracterizada por su regularidad. Las cuatro dependencias anexas que la

integran, bastante homogéneas (con alguna salvedad, como ya explicaremos), son resultado de la compartimentación interna de una zona contigua al pasillo 14, desde el que son practicables, acometida en una segunda etapa constructiva, tal vez con el objetivo de ampliar el espacio habitable de la *villa*. Las n.º 25 y 33 tenían otra abertura al Este, que posteriormente se ocluyó. En todas ellas, como en la mayoría de las restantes, se documenta un nivel de derrumbe con abundantes elementos de cubrición (tejas). Asimismo, en estas cuatro estructuras arquitectónicas había vestigios del revestimiento de sus paredes con estuco pintado.

Por el Sureste la **habitación** 16 linda con la **n.º 33**, que tiene forma aproximadamente cuadrada, siendo sus medidas interiores 3,15 x 3,50 m. La pintura de sus paredes es de color blanco y no se ha conservado el piso. Su muro occidental, que enmarca la puerta, es de adobe, como también lo es el de la entrada a la habitación simétricamente opuesta en el eje longitudinal, la n.º 8 (ambos, de 0,40 m de ancho, fueron un añadido posterior, quedando patente su contemporaneidad a la vista de sus analogías). Los otros dos accesos (tanto a la habitación n.º 16 como al corredor n.º 32) habían sido inhabilitados en cierto momento y a partir de entonces se comunicaría con los departamentos circundantes sólo a través del peristilo (mediante el vano que da al pasillo n.º 14).

Al igual que sucede en la vecina habitación n.º 16, comprobamos que el muro oriental de la n.º 33 (prolongación en línea recta de la misma estructura, ininterrumpida desde la habitación n.º 30) ha cedido hacia el pasillo n.º 32, por efecto de la humedad. Parece tratarse de un muro terminal, que delimita por Poniente una serie de piezas añadidas en un último episodio constructivo (la sección más oriental de la casa, articulada mediante largos pasillos, los n.º 31 y 32).

Encontramos alguna cerámica común (7 galbos), fragmentos de estuco con moldura y, en la puerta, una basa de columna caída, cuyo plinto mide 31,5 cm de lado por 4 cm de alto, el toro tiene una altura de 3 cm y las dimensiones del himoscapo son: 2 cm de alto y un diámetro de 23,5 cm. Es del mismo tipo que las anteriormente descritas.

El siguiente **habitáculo** recibe el **n.º 34**. Es de planta cuadrangular. Sus dimensiones son 3,35 x 3,20 m. La pared de cierre por el Este tiene vestigios

de haber recibido una capa de pintura en su cara interior (con decoración de características desconocidas, ya que en el Diario de excavación no se aporta más datos al respecto, *vid. infra* Anexo IV, 1978, 24). También está deformada, como en las habitaciones 16 y 33. Lo más significativo son dos ladrillos conservados *in situ* junto al muro occidental, a un lado de la entrada. Están colocados sobre el suelo terrizo, horizontalmente, quizás para poner encima alguna vasija u otros objetos. Las medidas de ambos son idénticas: 58 cm de largo por 33 cm de ancho y tienen 6,5 cm de espesor.

Nos proporciona unos exiguos fragmentos de cerámica común (19 galbos), huesos (fauna), restos del estuco parietal, algunos de ellos con molduras (pertenecientes probablemente al rodapié que recorrería todo el perímetro de la habitación), varios fragmentos de bronce e hierro y un par de fragmentos de vidrio.

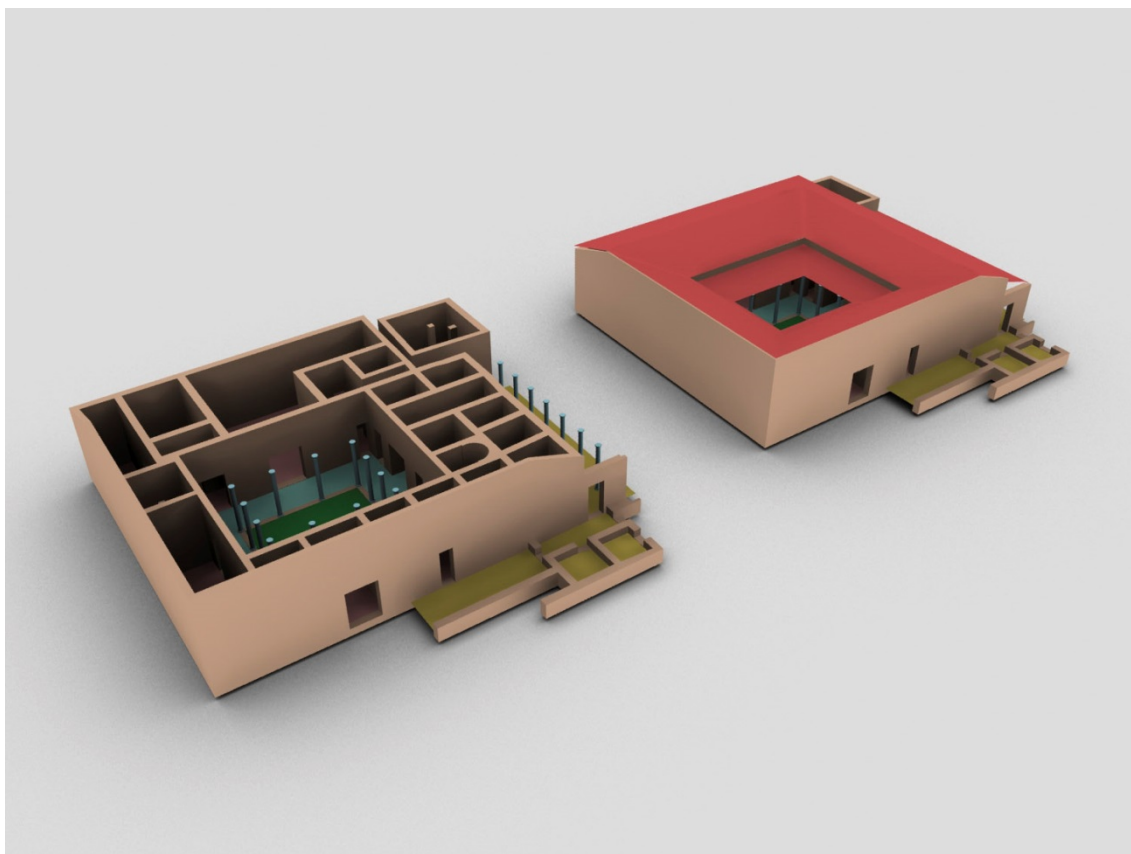


Fig. 287. Maquetas que muestran una reconstrucción virtual parcial del sector oriental, con puertas de acceso a las habitaciones n.º 25 y 33, según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Comparte su muro meridional con una **estancia** a la que ya hemos aludido brevemente, la **n.º 25**, cuya puerta está semitapiada. En sendos lados

del umbral de piedra se disponen horizontalmente unos ladrillos, hasta quedar un hueco una cuarta parte más estrecho que el primitivo. El reajuste sufrido por dicho acceso, unido a otros detalles (que originariamente se advertían al haberse preservado parte del estucado de las paredes, como después detallaremos), podría estar relacionada con la reutilización de este espacio y denota la existencia de dos fases constructivas:

1º- Posiblemente, en un principio esta gran puerta con escalón abriría al exterior del edificio (o a un porche...), por lo que podría ser entonces una de las entradas generales de la casa.

2º- Más adelante se habría acometido una ampliación de la vivienda por este flanco, añadiéndose nuevas estructuras habitacionales (fig. 287). En esa otra etapa arquitectónica la entrada tal vez resulta demasiado grande para el destino que se da a la pieza y por ello se reduce su anchura, siendo necesarias otras piedras quicialeras para acoplar una puerta más pequeña.

Esto nos lleva a pensar que la zona residencial de la *villa* contaba inicialmente, cuando menos, con tres puntos de transición, que daban paso a su interior por el Noroeste (n.º 13), por el Este (n.º 25) y por el Oeste (n.º 7), respectivamente.



Fig. 288. Detalle de la conducción de agua, a su paso por debajo de la puerta semitapiada con ladrillos de la habitación n.º 25, procedente del pasillo n.º 14. Foto: Puig y Montanya (AGA).

La ya mencionada conducción de agua, cubierta con argamasa, fragmentos de tejas y de ladrillos para proteger el frágil canal cerámico compuesto por una batería de *imbrices*, discurre por debajo del suelo a lo largo de todo este recinto (fig. 288), atraviesa el pasillo 14, bajo cuya rasante circula, y desemboca en el patio, aunque, al tener por finalidad desaguar éste, su itinerario, más propiamente, debería describirse a la inversa, esto es, en sentido retrógrado, así, su recorrido se completa en dirección Oeste-Este: traspasa el muro oriental de la habitación n.º 25, sin romperlo, y reaparece en una galería de circulación localizada al Este (n.º 32), donde confluye con otro tramo de cordón hidráulico, también soterrado (fig. 289), que realiza un pequeño quiebro en su orientación, desviándose hacia el Sur (*vid. infra* capítulo XX; Anexo IV, 1978, 30). En efecto, tenía por objeto recoger y drenar el líquido sobrante del riego de la zona ajardinada e igualmente el agua de lluvia caída por el *compluvium*, cuyo excedente debía evacuarse para evitar inundaciones. Con todo, es muy posible que uno de los brazos de esta canalización doble sirviera para suministrar agua al *hortus* (*vid. infra* capítulo XX), pues, como acertadamente apunta F. Regueras (2013, 45), “el jardín implica riego”.

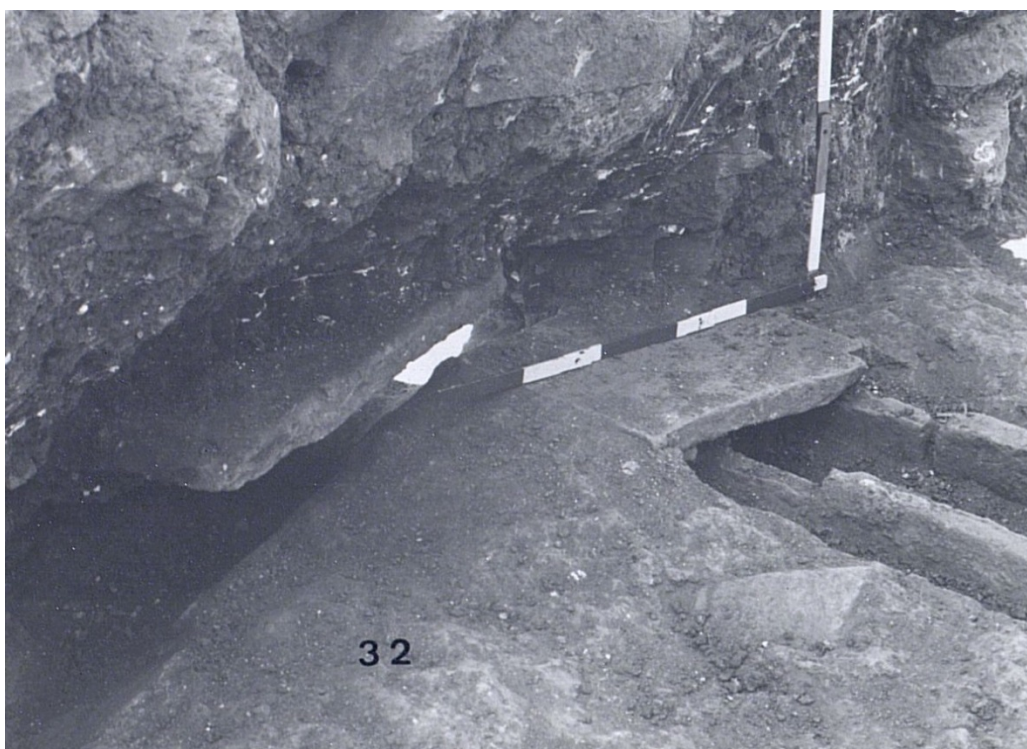


Fig. 289. Detalle del punto en que se bifurca la canalización. Foto: Puig y Montanya (AGA).

A la vista de todo lo expuesto, la habitación 25 destaca considerablemente en este eje oriental inmediato al peristilo, debido a algunas de sus características. Las superficies murarias conservan *in situ* parte de su revestimiento de estuco pintado de blanco, pero una plancha de estuco, paralela a la pared, está fuera de su emplazamiento primitivo. Además, a lo largo de los muros septentrional y meridional, en un momento posterior difícil de precisar, se adosaron dos estructuras que parecen ser sendos bancos corridos, tapando el estucado originario que recubría ambas paredes. Estos posibles bancos de obra fueron, a su vez, enlucidos en su cara externa (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 24). Su construcción podría deberse a la adaptación de este espacio a un nuevo uso, ya que pudo haber sido dedicado al almacenamiento de productos alimenticios y de otra índole. Ello implicaría su conversión en una instalación utilitaria.

Mide 4,10 x 3,20 m.

Hay abundantes tejas, alguna cerámica común (51 galbos, dos de ellos pintados, 7 fondos y 12 bordes, uno de ellos pintado), un cipo de ánfora, *terra sigillata* (un borde), material óseo (fauna), unos fragmentos de hierro y vidrio.

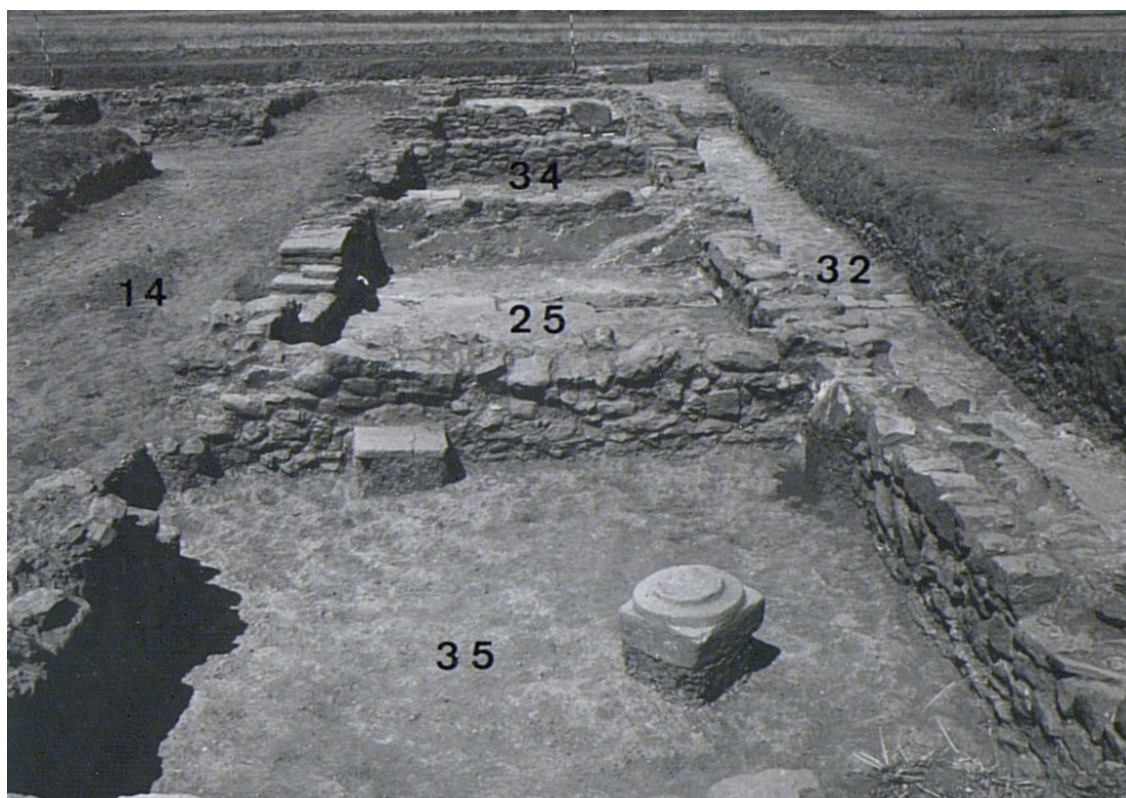


Fig. 290. Sector oriental de la villa. En primer término, la habitación n.º 35. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Adyacente a la anterior por el Sureste hay otra **dependencia** de planta aproximadamente cuadrangular, la **n.º 35**, cuyas dimensiones son 3,60 x 3,25 m (fig. 290). El suelo es de tierra batida. En la decoración pictórica parietal se emplearon los colores negro, verde y blanco sobre fondo rojo burdeos.

Lo más destacable, al margen del estrato de tejas documentado, como en la mayor parte del área excavada, es el hallazgo de una basa de columna (con un plinto de 39 cm de lado, tiene una altura total de 18,5 cm, fig. 291), un molino rotatorio fragmentado en dos (mide 36 cm de diámetro exterior, 10 cm de diámetro interior, por 8 cm de alto, fig. 292, *vid. infra* Anexo IV, 1978, 26), varios ladrillos, uno de ellos colocado sobre la tierra, junto a un muro (sus medidas son 49 x 32 x 5,5 cm y presenta una marca digital de líneas entrecruzadas formando un aspa), cerámica común (69 galbos, un borde y una tapadera), restos óseos de fauna diversa (asta de cérvido, etc.), una concha de molusco (ostra), vidrio, estuco pintado, abundantes fragmentos de hierro, algunos de bronce y de plomo. Registramos la presencia de varios fragmentos de *terra sigillata*, en particular, una base de TSH con un grafito (figs. 496-497) y otra con la marca de alfarero EX OFP o quizás EX OF PT, cuya última letra está parcialmente perdida (fig. 495, lám. I). Como es habitual, el sello es rectangular, de extremos redondeados, estampado en el fondo del recipiente después del secado de la arcilla (postcocción). El barniz de esta pieza, lisa, probablemente una 27, es de buena calidad. Muy posiblemente fue producida en un alfar de Andújar (*vid. infra* capítulo XVIII.2.1). Se encontró al limpiar uno de los muros.



Fig. 291. Basa de columna. Foto: Puig y Montanya (AGA).

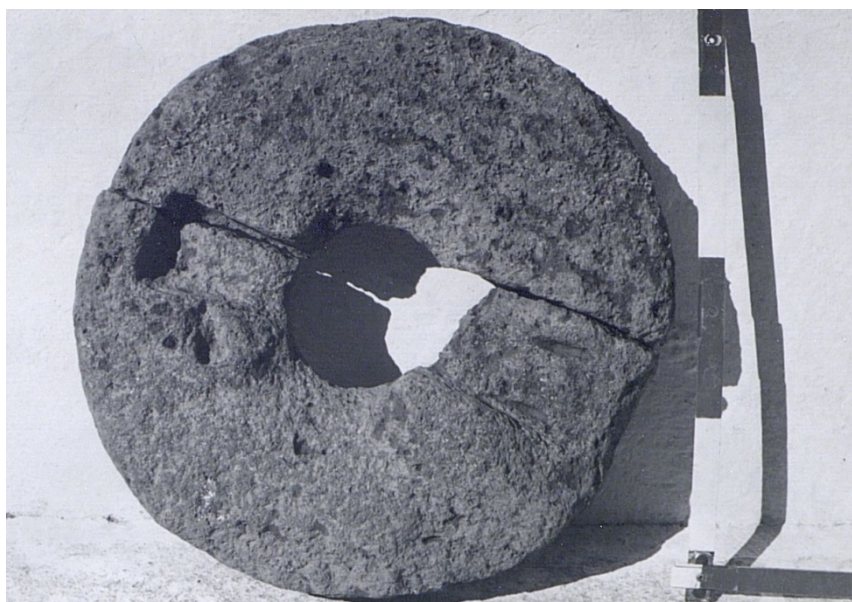


Fig. 292. Molino rotatorio. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Asimismo, aparece una bolsada de cenizas y, en el muro oriental, algunos vestigios de la pintura que lo decoraba.

Por el material recuperado, cabe atribuirle un carácter funcional, al igual que a la habitación anterior.

En el muro sur hay una segunda entrada, cegada, con una basa de columna adosada a la pared, cuyo plinto cuadrado mide 30 cm de lado por 10 cm de alto, el toro tiene 4,5 cm de alto y el himoscapo, también 4,5 cm de alto por 23,5 cm de diámetro decoración (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 26). Su

presencia, al haber sido reutilizada, desvela las sucesivas fases edilicias de esta zona.

Se reproduce aquí el mismo fenómeno constatado en el sector septentrional de la *villa*, donde, en un principio, las habitaciones n.º 12 y 21 están comunicadas con el pórtico exterior (n.º 13) mediante sendas puertas, aunque la de la primera fue inhabilitada *a posteriori*, como hemos señalado al describirla.

Al Noroeste de dicho pórtico sale parcialmente a la luz otra estructura, paralela al muro septentrional de la habitación 12. Probablemente delimita un **ambiente** de construcción más tardía, el **n.º 23**, donde apenas se pudo intervenir. Al nivel superior del pequeño murete que separa la galería de fachada de este otro espacio sin excavar descubrimos una serie de fragmentos de hierro y otro de plomo.

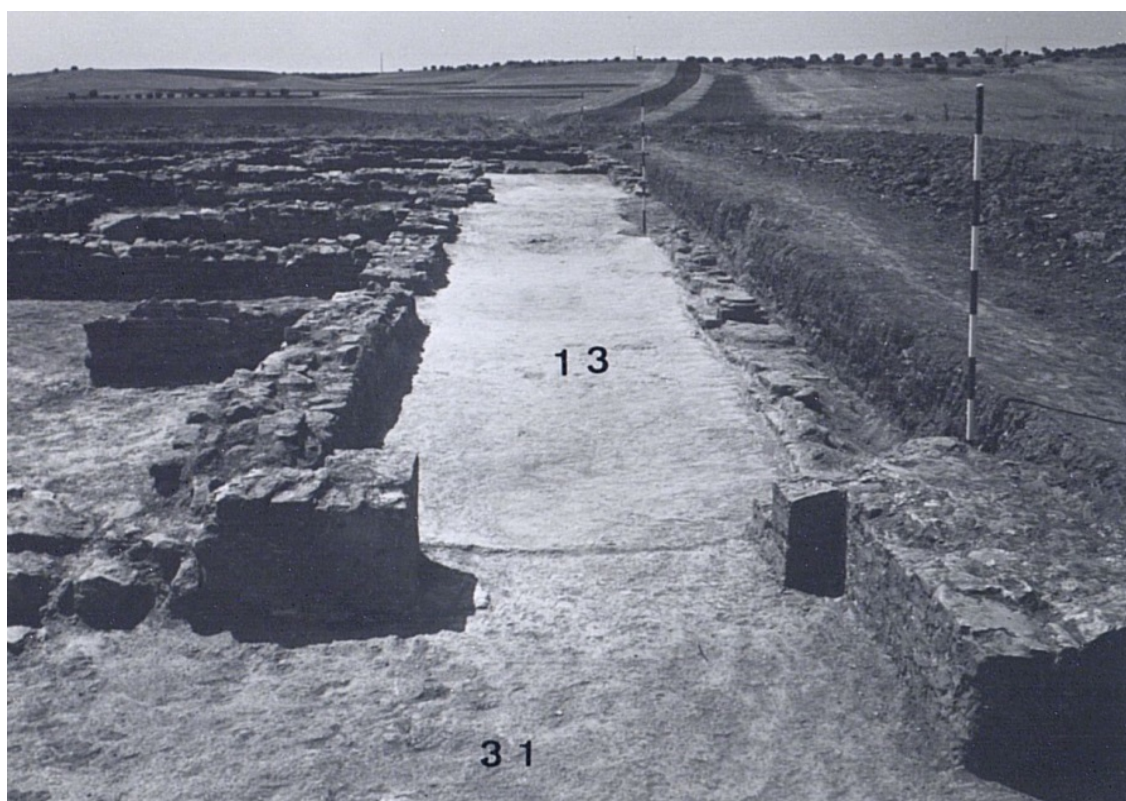


Fig. 293. Pórtico de fachada (n.º 13) y puerta de acceso al pasillo n.º 31. Pueden verse, igualmente, los ambientes n.º 30, 21, 12, 11, 22, 27, 28... Foto: Puig y Montanya (AGA).

El ala nororiental está compuesta por las unidades arquitectónicas n.º 31, 32, 37, 38, 39, 41, 42, 43 y 44, algunas de las cuales pudieron ser totalmente excavadas, mientras que otras sólo lo fueron en parte o

mínimamente. Difiere constructivamente de las técnicas empleadas en el resto de la edificación, salvo la de su costado noroeste (n.º 28, 29...), cuyos paramentos presentan bastantes analogías con éstos, de factura algo tosca y fabricados con mampuestos trabados con abundante argamasa, entre los que se intercaló gran cantidad de fragmentos de *tegulae* e *imbrices*, reutilizadas con ese fin. Los datos arqueológicos revelan que este módulo, articulado por los circuitos de circulación n.º 31 y 32, probablemente fue agregado al recinto doméstico primitivo, pudiendo identificarse fases distintas. Pese a ello, aun teniendo presente la limitación antes señalada de su parcial descubrimiento, parece que se procuró mantener la misma orientación y disposición de las habitaciones correspondientes a un momento ocupacional más antiguo de la villa. Así, a cada lado del pasillo 31 están alineadas algunas piezas más o menos simétricas, aunque no estrictamente uniformes (42, 39, 30, 21...) intentando dar una continuidad a las dependencias de esa etapa más tardía respecto a las de la precedente.

El acceso a esa zona de vitalidad interna (**n.º 31**) tiene lugar a través de un amplio vano abierto en el límite nororiental del pórtico (n.º 13, fig. 293). Las jambas están formadas por mampuestos perfectamente desbastados. Junto a una de ellas hay dos escalones tallados en piedra (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 14). Este bloque constructivo se halla a una cota de profundidad ligeramente inferior a la de las habitaciones aledañas (al Oeste de dicho corredor), de ahí la necesidad de una pequeña escalera para salvar esa inflexión del terreno. Uno de los tramos de muro que flanquean ese ingreso desde el porche es una prolongación de la estructura oriental de cierre de la habitación n.º 30 (figs. 273, 275 y 294).

Al Noroeste está parcialmente cerrado por una unidad constructiva cuya técnica edilicia es distinta, de lo que se deriva que es una adición más reciente (n.º 40). A su vez, un pequeño tabique perpendicular al muro occidental del corredor n.º 31, que cierra la habitación n.º 30 por el Este, es un añadido al mismo, como si fuera una prolongación de la estructura medianera entre las habitaciones n.º 16 y 30, a modo de saliente, del que sólo quedan los cimientos. Por lo tanto, acota el pasillo n.º 31, cortándolo por el lado suroeste, y deja una abertura que da paso a otro, el n.º 32, igualmente longitudinal.

El corredor n.º 31, de 7 x 2,90 m, está solado con un *opus spicatum*, del que se conservan varios ladrillos *in situ*. El material arqueológico consiste en cerámica común (80 galbos, 1 fondo, 1 asa y el cuello de una vasija), algunos restos óseos, una concha de molusco y un arete de bronce.

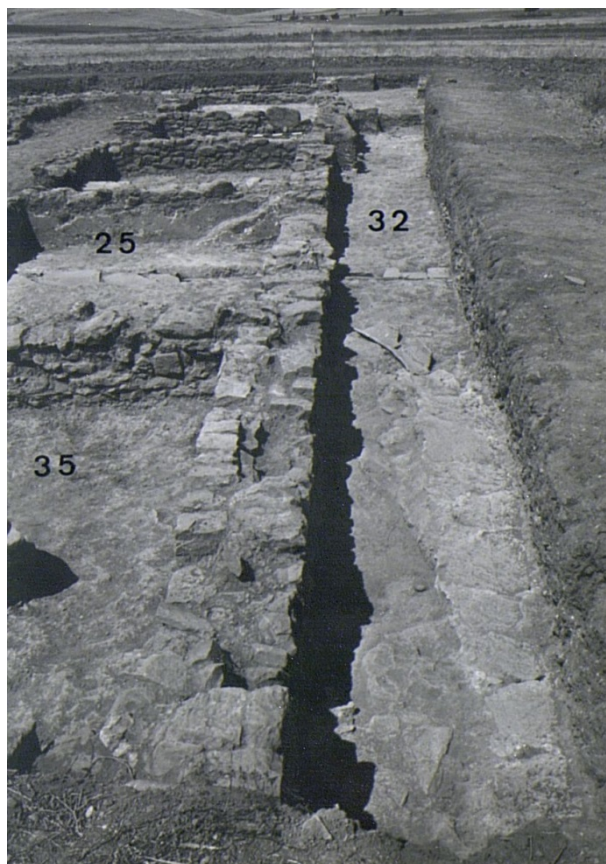


Fig. 294. Pasillo n.º 32, surcado por la doble conducción de agua. Foto: Puig y Montanya (AGA).

El **pasillo n.º 32** es más ancho que el anterior, ya que mide 3,55 m. Se profundiza en su excavación hasta -0,85 m. Los muros se erigen en su punto más alto a una cota de unos 0,50 m sobre el nivel de suelo.

En un principio comunicaba con la habitación n.º 33 a través de una puerta, que tenía un escalón para salvar el desnivel.

Desplomada a lo largo de esta amplia zona de tránsito documentamos la cubierta de tejas prácticamente intacta, formando una gruesa capa. Asimismo, encontramos una basa de columna caída (cuyas dimensiones son las siguientes: el plinto, 24 cm de lado por 13,5 de alto; el toro, 2,5 cm de alto y 17 cm de diámetro), cerámica común (174 galbos, doce de ellos pintados, 30 bordes, 19 fondos, el cuello de una vasija y 2 asas; algunos de estos

fragmentos pertenecen a un mismo recipiente, fracturado *in situ*), también hay varios fragmentos s/f de *dolia*, otros de *terra sigillata*, un pequeño fragmento de una chapa de bronce, algunos fragmentos de hierro y plomo, material óseo (fauna), dos fragmentos de vidrio y otros del estucado pintado de blanco. Además, se conservan *in situ* restos del revestimiento de estuco de las paredes norte y este del pasillo, que estaban blanqueadas.

En la esquina noroeste hay una bolsada de cenizas, entre las que aparecen un vaso de hierro, cerámica y restos de pintura quemada, que decoraría alguno de los paramentos limítrofes (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 22).

Bajo el estrato de tejas se detecta otra bolsada de cenizas entremezcladas con carbones, muy cerca de la anterior. Son los restos del incendio de la techumbre, que se precipitó al quemarse la armadura de madera. No se observa ningún signo de destrucción violenta de los muros, por lo que esos rastros de fuego pudieron deberse a una combustión esporádica.

Otros materiales arqueológicos del nivel de cenizas son: cerámica común (29 galbos, 8 bordes y un fondo), restos óseos de fauna diversa (costillas...), clavos de hierro, una placa de bronce y varios fragmentos de una fíbula de arco, de bronce, incompleta, ya que le falta el alfiler (fig. 474).

El sector sureste es atravesado por la canalización de agua ya mencionada. Está formada por *imbrices* unidas con argamasa al suelo y tapadas con lajas de piedra, fragmentos de teja y de ladrillo. Cruza desde el patio (en sentido ligeramente oblicuo), a la altura de la habitación 25 (a partir de cuya entrada prosigue en línea recta, en dirección O-E), y se bifurca después en dos cordones hidráulicos, uno de los cuales se dirige hacia el Sureste, quizás para confluir con el desagüe general de las termas, y el otro se encamina hacia el Este, por donde fluye el torrente de la Fuente de la Bola.

Un área restringida de dicho suelo está revestida por unas losetas rectangulares de barro pertenecientes a un pavimento, que aparecieron sueltas. Las baldosas son del mismo tipo que algunos de los ladrillos empleados como elementos constructivos en los muros.

Los pasillos 31 y 32 discurren de Norte a Este desde la zona nororiental del pórtico exterior hasta, al menos, la que confina con la habitación 35 (donde concluye la parte por ahora excavada del pasillo n.º 32). Al Este de ellos se distribuyen varios ambientes, claramente diferenciados del resto de la vivienda.

Como ya hemos comentado, según todos los indicios, son un aditamento a la misma en una de sus últimas etapas constructivas. Con todo, al menos en lo que podemos ver, se intenta seguir las directrices arquitectónicas generales, adaptándose las unidades estructurales de este módulo lateral del edificio a las del núcleo central.

La **entidad espacial** a la que se da el **n.º 37** está ubicada al Noroeste de la n.º 31 y al Noreste de la galería de fachada. Parece ser un largo corredor, perteneciente con toda probabilidad a la etapa de uso más tardía de la *villa*. Se documenta un tramo ininterrumpido de casi 10 m de longitud de una potente estructura que discurre en dirección Noroeste y realiza un quiebro en ángulo recto en su extremo noroccidental. En ese punto de dicho muro divisorio entre los espacios 37 y 40 descubrimos un posible basamento de pilar o columna, que parece estar marcando el cambio en su orientación. Los bloques de mampostería están unidos con abundante argamasa. Esta UC no presenta solución de continuidad que delate la existencia de una puerta, por ese motivo desconocemos dónde está su entrada.

Todavía no excavado en su totalidad, se alcanza una cota de profundidad de -0,70 m.

En el registro arqueológico figura tan sólo alguna cerámica común y una anilla de hierro.

Este ámbito no posee ninguna otra característica especial. Como quiera que la excavación no prosiguió por este lado, nada sabemos respecto a la naturaleza de las posibles construcciones que se extendían en esa dirección. Podemos sugerir, a modo de hipótesis, que este supuesto pasillo conectara con un cuerpo arquitectónico exterior. De ser así, éste quizás se proveería de agua mediante la canalización detectada a poca distancia.

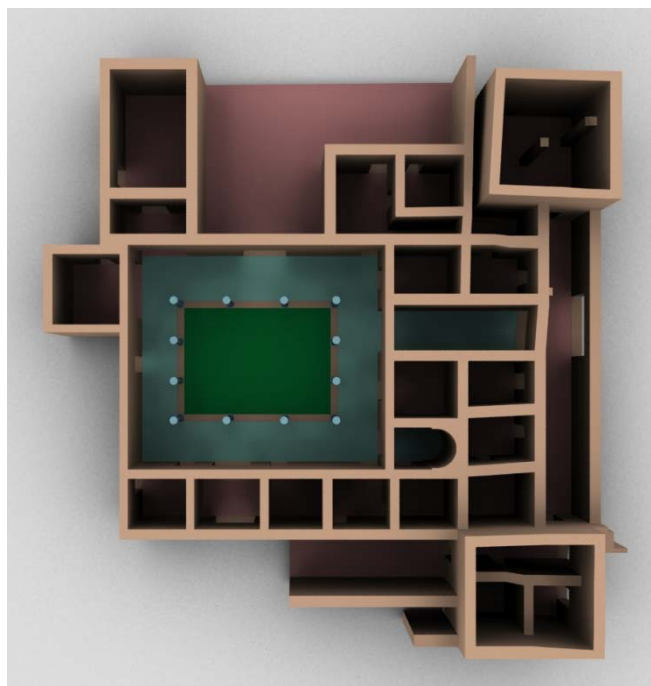


Fig. 295. Habitaciones n.º 28, 38, 39 y pasillo n.º 31, en sendos flancos del pórtico (n.º 13). Los ambientes referidos están sobreelevados en la representación virtual, para diferenciarlos. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Prácticamente en el mismo eje longitudinal del porche, en cuyo otro extremo se abre enfrente la **habitación** n.º 28, está situada la **n.º 38**, a la que se accede por el Norte, desde un espacio cuyo número de orden es el 37 (ambos están en el ángulo septentrional del área descubierta). Tiene planta cuadrangular. Sus muros se apoyan sobre los de la habitación n.º 39, delatando esta particularidad que la 38 fue erigida después, como si se hubiera ido añadiendo nuevas piezas conforme lo iba imponiendo la necesidad de obtener más espacio habitable (fig. 295). Entre la cerámica constructiva hay restos de tejas y diverso material latericio de diferentes medidas. En línea con su estructura occidental hay unos ladrillos, que parecen estar caídos (*vid. infra* Anexo IV, 1978, 18), acreditando el sistema constructivo utilizado, a base de añadir tongadas de material latericio sobre los zócalos de mampostería, para regularizarlos. Los alzados se resolverían mediante adobes. Los referidos ladrillos podrían ser producto del derrumbe de la parte media de uno de los muros del entorno.

Al Este del pasillo 31, al Sur de la 38 y alineado con los departamentos 27, 22, 12, 21 y 30, como intentando prolongarlos hasta aquí, se dispone otra **dependencia**, la **n.º 39**, también de traza cuadrangular. A diferencia de la

anterior, a ésta se pasa desde el corredor n.º 31, es decir, por el Oeste, en lo que coincide con la habitación 30, justo al otro lado del mismo. El piso de *opus caementicium* está completamente destruido a consecuencia de los golpes recibidos durante el desplome de la cubierta, por ese motivo no se conserva un solo fragmento *in situ*, sino que forma parte del nivel de remoción. La sección de dicho suelo nos permite estudiar su composición: la capa inferior, de sustentación, tiene 7 cm de espesor y está constituida por piedras cohesionadas con mortero de argamasa. A esta base preparatoria se superpone una densa lechada de argamasa, de 10 cm de espesor. Esta última capa tiene un acabado muy cuidado y está homogéneamente alisada, al ser la superficie de circulación (*vid. infra* Anexo IV, 1980, 2).

Hallamos, por tanto, el nivel de colmatación usual, con numerosas *tegulae* e *imbrices*, ladrillos (algunos enteros o casi completos, generalmente con marcas digitales de líneas rectas u onduladas, entrecruzadas en el centro, en aspa) y vestigios del enlucido de las paredes. Las dimensiones de algunos de estos ladrillos son: 32,1 x 26,5 x 3,8 cm, 48 x 32,2 x 5 cm, etc. Entre el restante material arqueológico cabe enumerar un fragmento del borde de un vasito de vidrio, una aguja de coser tallada en hueso y otra para el cabello (*acus crinalis*), ambas con la punta partida.

En la esquina norte se ha preservado el enlucido de yeso y cal que recubría las superficies murarias. En los muros sureste y suroeste también quedan leves restos pictóricos *in situ*.

En la puerta por la que se ingresa desde la galería 31 a la habitación 39 hay una basa de columna y un capitel, fuera de su emplazamiento primitivo. Probablemente procedían de dicha galería n.º 31, un espacio porticado. La basa, que estaba caída en la misma entrada, a la altura de la cara exterior del muro occidental, es tipológicamente idéntica a los restantes elementos congéneres. El plinto cuadrado mide 33,5 cm de anchura máxima por 20,5 cm y 9 cm de altura, el toro tiene 4,5 cm de alto y el himoscapo, un diámetro de 21 cm por 7 cm de alto (esto es, una altura total de 20,5 cm). En cuanto al capitel, apareció desplomado en línea con la basa y con el citado muro oeste. Está toscamente labrado en piedra arenisca, fácil de esculpir al ser blanda. De molduración corintia (podríamos decir, quizás, “corintizante”, esto es, una reinterpretación del modelo clásico) y forma aproximadamente troncocónica, en

su base mide 23 cm de ancho. Se conserva la parte correspondiente a las dos primeras coronas de hojas de acanto, que están envolviendo el *kalathos*. Muestra una decoración vegetal de ocho hojas de acanto sumamente estilizadas, apreciándose el intento de marcar unas nervaduras mediante líneas onduladas. Cabe deducir de la somera descripción contenida en el Diario de excavación del año 1980 (*vid. infra* Anexo IV, 1980, 1, donde se reproduce de manera esquemática en uno de los dibujos) que se trata de un trabajo de carácter muy local y bastante tardío, en definitiva, una pieza de arte provincial, presumiblemente obra de canteros autóctonos.

Por lo demás, el material arqueológico es similar al del resto del yacimiento, quizá con una mayor proporción de cerámica moderna. Estas intrusiones son resultado de la acción de los arados, que han removido el terreno.

En el hueco de comunicación entre los ambientes 39 y 31 hay algunas cenizas bajo los materiales del nivel de colmatación.

Prácticamente alineada con la pared medianera entre las habitaciones 38 y 39, a bastante profundidad, tras el muro de fondo (el nororiental), aflora otra estructura que arranca perpendicularmente al mismo y se prolonga hacia el Noreste, delimitando otros dos habitáculos, n.º 42 y 43, parcialmente excavados.

Al Este del pasillo 32 hay una larga estructura paralela a la que lo delimita por el lado occidental. Es perpendicular al muro meridional de la habitación 39, desde el que arranca. En su recorrido no presenta ningún vano. A su vez, otra estructura paralela a la primera está adosada por el Sur al muro oriental de la pieza anteriormente descrita. Las tres, junto a otra transversal situada al Mediodía, definen un nuevo **ámbito**, el **n.º 41**, donde constatamos la existencia de gran cantidad de material de derrumbe, perteneciente al hundimiento del tejado y de la parte superior de los paramentos (*imbrices*, ladrillos, argamasa, restos de estuco con pintura mural...). Algunos de esos materiales están entremezclados con cenizas. En este estrato de tejas (UE II) la cerámica común es bastante abundante, asimismo, son especialmente dignos de mención un fragmento del puente de una fíbula de bronce, decorado con líneas onduladas incisas, un punzón de hierro en perfecto estado de conservación, con empuñadura de sección cuadrada, y un recipiente de bronce

fracturado *in situ*, de fondo curvo y cuerpo troncocónico, posiblemente un jarro, que se podía recomponer a partir de los fragmentos recuperados (*vid. infra* Anexo IV, 1980, 4). A propósito de este último objeto, traemos a colación el descubrimiento de un vaso metálico (de hierro) en el contiguo corredor n.º 32, con el que el n.º 41 no tiene comunicación.

Se aprecian restos de pintura parietal conservada *in situ*.

Por debajo de la capa de tejas se advierte un cambio, aflorando un estrato de tonalidad amarillenta-rojiza y de diferente textura. En esta UE III, inmediatamente inferior al nivel de derrumbe de la cubierta, recuperamos una moneda, un pequeño bronce bien conservado, pero recubierto de concreciones calcáreas, por lo que era inclasificable (nuestro propósito habría sido intentar clasificarla una vez hubiera sido restaurada, pero no ha sido posible localizarla entre los fondos del Museo Provincial de Ciudad Real, cuando posteriormente la buscamos a tal fin). Le hemos asignado el n.º 21, aunque no hemos podido incluirla en el catálogo, por las razones expuestas.

El recinto está solado con tierra apisonada. Su planta, pese a estar incompleta, parece ser rectangular.

Se alcanza una cota de profundidad de -1,30 m, excepto en el lado oriental, donde, explorando el subsuelo, se profundiza aún más con la intención de localizar algún vano en esa estructura. Dicha puerta se abre en su zona noreste, dato revelador de que el inmueble continúa por ese lado. Alineados al Sureste hay varios grupos de piedras -tres, para ser exactos-, de diferentes dimensiones, que podrían ser interpretados como basamentos de pilares o columnas.

La **habitación 42** se dispone al Este de la n.º 39, prolongando la hilada de piedras a la que hicimos alusión anteriormente. La traza descubierta está inconclusa. Es significativa la escasez de tejas, en contraste con la gran cantidad de elementos de cubrición hallados en casi todo el yacimiento. A tenor de ello, podría tratarse de un espacio sin techar o tal vez pudo tener una cubierta vegetal, aunque, al haber quedado inacabada su excavación, no hemos podido ratificarlo.

Más allá se extiende la **habitación 43**, que está emplazada inmediatamente al Oriente de la 38 y, por tanto, en el mismo eje del pórtico

exterior (n.º 13). Por ahora, las n.º 42 y 43 son las últimas exhumadas al Noreste.

El muro meridional de la n.º 41 separa esta **dependencia** de otra, la n.º 44, cuya excavación fue muy sumaria, de hecho, tan sólo en una mínima parte y hasta una profundidad de -0,45 m respecto al nivel de superficie, proporcionando un único fragmento amorfo de cerámica común, muy rodado e inexpresivo.

En el límite septentrional de la superficie sondeada localizamos otro supuesto reducto, que recibe el n.º 40. Cabe la posibilidad de que éste y otro situado junto al porche (a la altura de la habitación 12), al que se le adjudicó el n.º 23 y únicamente fue exhumado en una pequeña porción, pudieran pertenecer a una sola pieza. En ambos casos apenas pudieron ser excavados, impidiéndonos comprobarlo. Asimismo, resta aún el problema de dilucidar el lugar por donde tendrían entrada, siendo uno más de los interrogantes que quedaron sin resolver al finalizar la intervención arqueológica. Desconocemos si existe algún tabique intermedio, tratándose entonces de dos unidades arquitectónicas distintas; tal vez en el área septentrional del yacimiento haya otro patio, con su correspondiente peristilo (uno de cuyos brazos sería el posible pasillo n.º 37), distribuidor de nuevas estancias repartidas por esta ala, o, más bien, se trata tan sólo de algún departamento añadido en una etapa bastante tardía de ocupación de este asentamiento, resultado de una ampliación realizada al Norte del pórtico de fachada, concretamente en su extremo noreste, como ya habíamos avanzado (*vid. supra*). A falta de confirmación mediante nuevos sondeos estratigráficos, la idea de que hubiera algún otro patio secundario supeditado a la articulación espacial e iluminación de las diferentes entidades habitacionales dispersas al Noreste es una mera hipótesis.

De este análisis descriptivo se pueden extraer varias conclusiones: en el momento de su descubrimiento casi todo el bloque nororiental de la *villa* tenía abundante cerámica constructiva y restos de estucado procedentes del desplome de la cubierta y de los muros, pero, salvo en la habitación 39 (pavimentada con un *opus caementicium*), no se ha detectado la presencia de pisos, que probablemente eran terrizos. Esos suelos de tierra batida, junto a otros detalles ya señalados, inducen a pensar en funciones de servicio, de

almacenamiento... El empleo de ladrillos en la parte superior de los lienzos de pared queda constatado en los niveles de derrumbe (es de subrayar la cantidad de ladrillos enteros o casi completos, de diferentes medidas, encontrados, principalmente en los ambientes 32, 38 y 39). Al igual que en el flanco más noroccidental de la edificación, se atestigua la inclusión entre los mampuestos de tejas fragmentadas y argamasa en abundancia. Esta peculiar técnica, caracterizada por el reaprovechamiento de *tegulae* e *imbrices*, singulariza ambas secciones de la vivienda, emplazadas fuera del ámbito del peristilo (es decir, del núcleo central) y en las que se registraron obras de cierta envergadura. Dichas obras respetaron la mayor parte del conjunto arquitectónico previo en lo fundamental, especialmente al Este y Noreste, donde se limitaron a adosar nuevos espacios de ocupación. La reutilización de esos materiales cerámicos es uno de los indicadores arqueológicos de la vida relativamente larga de la *villa*. A la vista de ello, quizás podríamos datar sincrónicamente los muros más arriba mencionados.

En este sentido, entre otras circunstancias, los distintos tipos de fábrica nos permiten identificar varios momentos constructivos:

1º.- A él pertenecerían los ambientes 39, 41, 42, 43 y 44.

2º.- Se construye la habitación 38, cuyos muros se apoyan directamente sobre los de la n.º 39. Basándonos en esa superposición de las estructuras (como se observa en el croquis planimétrico, fig. 220), la n.º 38 correspondería al último periodo de reformas de que fue objeto la casa.

Todo ello nos ofrece elementos de juicio que parecen corroborar la existencia de una ampliación llevada a cabo en una época bastante posterior a la fundacional. Se trata de una de las novedades más importantes que presenta el esquema de la *villa* en su evolución.

Por último, **al exterior del porche (y de la habitación n.º 28)** excavamos un área de 20 m de largo por 5 m de ancho, llegándose al nivel del suelo original. En el sector noroccidental documentamos dos bolsas de ceniza y una acumulación de materiales de cubrición, un fragmento de tambor del fuste de una columna, tres fragmentos de un capitel (probablemente desplazados por los modernos arados desde la vecina galería columnada), entremezclados con abundantes escombros (piedras, ladrillos, fragmentos de

tejas...), que se concentran en una pequeña franja de terreno, pues la mayor parte de éste es arqueológicamente estéril.

En el resto de esta zona limítrofe con dicha galería porticada (n.º 13), la relación del material arqueológico es bastante extensa por lo variado del mismo, aunque no precisamente por su abundancia, por el contrario, tan sólo se compone de algunos fragmentos de cerámica común (entre ellos, una ficha), varios de *terra sigillata* (muy escasa), de vidrio (un asa, la base de una copa...), bronce (una tira y una lámina de este metal, una pequeña espátula, además de algunos fragmentos indeterminados), hierro (clavos, un fragmento de cerradura, unos eslabones de cadena, un regatón, fig. 482, etc.), un fragmento de plomo, escoria mineral, una cuenta de collar, un fragmento de piedra pulida, un objeto de hueso trabajado, restos óseos faunísticos (a destacar, un colmillo de jabalí, fig. 517), varias conchas de molusco (una de ellas con restos de nácar), una caracola (fig. 518), un *minimus* (fig. 468, n.º 19 del catálogo, coordenadas: 16'50 x / 2'25 y / -0,25 z), y, en el nivel superficial removido por los arados, un sestercio de Antonino Pío, del 140-144 d.C., acuñado en la ceca de Roma (la n.º 4 del catálogo, fig. 453, *RIC* III, n.º 641).

Al Norte hay un gran relleno formado por materiales de derrumbe, al haberse desplomado en esta dirección una parte del techo y algunas paredes aledañas. A una cota de profundidad de unos -60 cm bajo el nivel de superficie exhumamos parcialmente un posible muro y unas lajas de piedra de considerable tamaño, una estructura de dudosa identidad, justo en el límite del perímetro excavado, por lo que es aventurado plantear alguna hipótesis concreta hasta que sean totalmente puestos al descubierto. Están asociados a varios fragmentos de *terra sigillata*.

No aparece ningún otro muro, avalando este hecho la teoría interpretativa, previamente expuesta, de que el ambiente n.º 13 era un pórtico exterior, pues únicamente había alguna estructura muraria al Norte del mismo, probablemente construida *a posteriori*. Con todo, al quedar inconclusa la intervención no fue posible completar la planta de ese/os ámbito/s septentrionales, impidiéndonos esta circunstancia clarificar si estaban integrados o no en el mismo volumen arquitectónico del edificio residencial (acaso yuxtapuestos por medio de otros pasillos, como sucede en el módulo oriental) o si había un patio duplicado (con o sin peristilo)... A este respecto,

debemos recordar nuevamente que, rebasando con holgura la zona excavada, hasta varios metros de distancia, en el nivel superficial removido por los arados puede verse gran cantidad de escombros (ladrillos, tejas, mampuestos, etc.), vestigios constructivos que delatan la existencia de otros reductos aún soterrados, quizás erigidos en el espacio extramuros de la vivienda. En algunos puntos su abundancia es tal que dificulta ocasionalmente las faenas agrícolas.

Por lo demás, es reseñable la presencia de otra conducción hidráulica en el frente septentrional de la *villa*, que viene a sumarse a la referida doble canalización de agua localizada al Este, cuyos dos cordones hidráulicos se unen bajo el muro oriental de la habitación n.º 25, discurriendo por debajo del pavimento musivo del pasillo 14, hacia el patio porticado (*vid. infra* capítulo XX). Esta otra se pierde al Norte, ya que la intervención no se ha extendido más allá en esa dirección. A consecuencia de ello desconocemos si se comunicaban.



Fig. 296. Fusayola de arcilla. Foto: García Bueno.

Durante las labores de limpieza y prospección de este yacimiento encontramos algunos otros restos mobiliarios, tales como un cuchillo (fig. 480), una moneda de cobre, acuñada durante el reinado de Isabel II (la n.º 20 del catálogo, fig. 469, CAYÓN y CASTÁN, 1991, 846, n.º 14993-15007), varios fragmentos de vidrio (figs. 511-512), de metal (bronce, plomo, hierro, p. ej., numerosos clavos, figs. 470-471) y de sílex, una figurita de terracota (figs. 281, 503-504), una fusayola de arcilla (figs. 296, 505-510), varias pesas de telar, valvas de molusco, etc.

No hay ningún rastro de una ocupación humana de este paraje anterior al periodo romano.

XIV.4. INTERPRETACIÓN FUNCIONAL

Todos estos datos arqueológicos nos ilustran sobre las particularidades constructivas y decorativas de la *villa*.

Una vez descritas todas las dependencias documentadas a lo largo del proceso de excavación, en el transcurso de las diversas intervenciones de las que Puente de la Olmilla ha sido objeto intermitentemente, dedicamos las siguientes páginas a desarrollar con mayor detenimiento nuestras propuestas de identificación, esto es, de asignación de usos del espacio, y a hacer un estudio de conjunto de su planta, que presenta traza aparentemente rectangular.

Si bien la información obtenida hasta ahora no basta para hacer un análisis tan exhaustivo como quisiéramos de las características arquitectónicas de este establecimiento rústico, teniendo en cuenta las limitaciones impuestas por el hecho de que únicamente han salido a la luz parte de las estructuras del edificio principal de la *villa*, nos proponemos hacer una valoración de los diferentes sectores que lo componen y de la posible funcionalidad de las unidades constructivas descubiertas, aun siendo conscientes de que la parcialidad de la superficie excavada conlleva una cierta provisionalidad de algunas de las consideraciones expuestas a continuación.

Un acercamiento interpretativo la define como una casa de peristilo con un patio central bordeado por cuatro amplias galerías de circulación, distribuidoras de diversas alas de habitaciones que presentan una disposición bien cohesionada. Esta concepción espacial abierta, de tipo mediterráneo, muy frecuente en las residencias romanas, no era la más adecuada para proteger este edificio de las inclemencias climatológicas, ya que fue construido en una llanura poco resguardada de las corrientes de aire y de los rigores del frío invierno meseteño³⁶. Pese a no tener un emplazamiento acorde con la pauta de buscar un sitio abrigado en la estación invernal, lo cierto es que recibía muchas horas de insolación, un factor especialmente propicio para sus habitantes. Además, probablemente se tuvo en cuenta que estaba bien aireado en verano, circunstancia muy conveniente durante la época de estío en esta zona del interior peninsular, cuyo clima es continental, es decir, bastante extremado. En ese sentido, Columela (*De r.r.* I, 4,4) prescribía que, previamente a la

instalación de cualquier *villa*, se estudiara la dirección y variabilidad de los vientos. A la hora de escoger el lugar donde erigir ésta debió de ser determinante la proximidad de pequeñas corrientes, como el Arroyo de la Fuente de la Bola o el de La Comendaora, no sólo para proveer de agua la vivienda señorial y la hacienda (Varro, *rust.* I, 11,2), sino para atemperar el intenso calor veraniego, como aconsejaba Columela (*De r.r.* I, 5,4). Al estudiar la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), D. Vaquerizo y J.M. Noguera (1997, 33) explican que este modelo de planta, el más extendido en Hispania, donde proliferó especialmente y gozó de gran éxito sobre todo durante el Bajo Imperio, “parece obedecer más a razones socio-culturales que regionales o climáticas”. Se entiende así que la *villa* romana de Puente de la Olmilla siga este patrón. M.C. Fernández Castro (1978, 316) recalca la raigambre helenística de la configuración de numerosas *villae* (de la Bética, del Norte de África, de Pompeya...), arguyendo que el tipo mediterráneo de casa “de peristilo” se adaptaba bien “a las exigencias de luz y espaciosidad” de una vivienda rural. Según K.M. Swoboda (1924, 20, 27), este imperativo lumínico se impuso desde los inicios de la época imperial, sustituyendo entonces el peristilo helenístico al atrio toscano, e igualmente concibe la *villa* como el resultado del perfeccionamiento de la casa helenística.

En sus tratados, los ya citados agrónomos latinos (Catón el Viejo, Varrón, Columela, Paladio, entre otros) recomendaban que se tuvieran en cuenta la bondad del clima, la topografía, la riqueza del *pagus* y toda una serie de premisas para la elección del espacio físico idóneo de asentamiento. Por lo general, las *villae* de la Península Ibérica siguieron bastante fielmente estos principios básicos en cuanto a su ubicación. Los condicionamientos geográficos y meteorológicos, claro está, fueron decisivos en este sentido. Paladio (*Opus agriculturae* I, 8,2) sugería buscar un lugar desde el que el *dominus* pudiera disfrutar tranquilamente contemplando un hermoso paisaje (*ut laeto fruatur aspectu*). Desde luego, así sucedía en esta *villa* de Albaladejo, con las imponentes estribaciones de las Sierras del Relumbrar, Alcaraz y Villanueva de la Fuente al fondo, interrumpiendo el horizonte natural abierto de la vasta llanura circundante (fig. 297). Además, al haber sido levantada sobre una suave ondulación del terreno, en un paraje con escaso resalte orográfico, nada entorpecía la vista del torrente que fluía al Este y estaba garantizado un amplio

dominio visual de los contornos (por consiguiente, también el control sobre la finca), a pesar de haber algunos altozanos más o menos alejados, pequeñas prominencias del relieve. Esta bella panorámica sería una más de las delicias de la vida en el campo que contribuirían a amenizar la existencia de los propietarios.



Fig. 297. Entorno de la *villa*. Foto: Pozo Leal.

En la planimetría (fig. 220) se advierte una concepción unitaria de las distintas dependencias, agrupadas en un bloque compacto mediante un planificado diseño de conjunto, salvo algunos añadidos y remodelaciones estructurales parciales. El esquema general está caracterizado por su organicidad y una acusada simetría espacial, con ambientes bien integrados, esto es, sin secciones aisladas, aunque puntualmente, como es el caso de las zonas oriental y occidental, presentan alguna diferencia en su disposición y en el sistema constructivo de los paramentos, atribuible a que son posteriores al proyecto primitivo, pese a lo cual se procura articularlos aproximadamente en el mismo orden arquitectónico, p. ej., enlazándolos mediante pasillos para así no dejar desconectada la nueva ala nororiental.

En el estado actual de los restos exhumados no podemos confirmar con total seguridad la posición de la entrada principal, aunque son suficientes para inducirnos a pensar que la puerta estaba situada al Noroeste, si bien pudo contar, al menos, con otras dos secundarias, durante un tiempo de su larga ocupación. De tal forma, ateniéndonos a lo que hasta ahora conocemos de la *villa*, su *pars urbana* no estaba orientada al Sur o al Levante, como solía ser habitual, pues, aparentemente, se accedía por el lado noroccidental.

Los tratadistas en agronomía reservaban la orientación al Norte para los predios poco saludables (Colum., *De r.r.* I, 5,5), debido a que tradicionalmente se ha considerado el aire del Norte “como purificador y ahuyentador de gérmenes nocivos” (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 51). Sin embargo, no creemos que ese criterio sea aplicable a este paraje de Albaladejo, al ser, por el contrario, bastante salubre, en opinión de los habitantes de la localidad. Tal vez haya que buscar el motivo de esa alineación en razones topográficas o de exposición a una perspectiva espacial abierta. A éstas podríamos añadir la conveniencia de que la fachada estuviera expuesta a los vientos (Colum., *De r.r.* I, 5,4), que arrastrarían las nieblas eventualmente producidas por el arroyo más cercano, el de la Fuente de la Bola (¿y también los insectos atraídos por el agua?). Todo ello justificaría que no se respetara aquí la habitual norma de construcción. M.C. Fernández Castro (1982, 51) enumera los escasos ejemplos de *villae* orientadas al Norte existentes en Hispania, cuya nómina se incrementaría con éste o, en su caso, más concretamente, al Noroeste, como apuntan todos los indicios.

Una entrada de carácter monumental era muy común en las mansiones rurales de la Península durante la Antigüedad Tardía, aunque no todas la tenían, como la *villa* de La Malena (Azuara, Zaragoza), a la que se accedía por las termas, contando con otra de servicio (ROYO, 2001, 46-57). F. Regueras (2013, 47) incide en que uno de los rasgos de “las quintas tardías es el énfasis creciente en los ámbitos de ingreso (...) que ritualizarían el *adventus* del *dominus* a su solar”. En algunas de ellas, como la de Carranque o La Olmeda, un zaguán, precedido por una galería, daba paso al peristilo, y en la de Almenara (Valladolid), desde el Noreste, por un discreto *vestibulum*, se llegaba al patio. Esos vestíbulos y fachadas debían de ser “imponentes” para reflejar el

poderío económico del *dominus* “ya desde el exterior” de la *villa* (CHAVARRÍA, 2007, 95).



Fig. 298. Reconstrucción volumétrica virtual de la *villa* porticada de Puente de la Olmilla, según García Bueno. Vista desde el Oeste. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

La fachada de la *villa* de Puente de la Olmilla, a tenor de las evidencias arqueológicas, consistía en un gran pórtico rectangular (n.º 13, fig. 298), de cuya columnata se han conservado varios elementos (basas toscanas, fustes y un par de capiteles, *vid. infra* nota 31). Su cubierta, por lo tanto, se apoyaba en una hilera de columnas de piedra arenisca de diferentes módulos, con sus correspondientes basamentos, que suponemos irían simétricamente colocadas, pero desconocemos si los intercolumnios estaban clausurados con cancelas de madera, como en las *villae* reproducidas en algunos mosaicos (*vid. infra* capítulo XVI.1). Desde el mismo partía un corredor (n.º 11) en dirección al interior de la casa, conduciendo hacia el peristilo, que se erige en centro de distribución. Así pues, una vez traspasada la puerta, el ingreso se realizaba a través de dichas *fauces*, que estaban flanqueadas a derecha e izquierda por dos filas de habitáculos integrados en un gran bloque (algunos de ellos probablemente de carácter utilitario y otros, *cubicula*, pertenecientes a fases distintas, como explicaremos seguidamente). De esta manera el patio porticado no queda encerrado en sí mismo, se abre al cuerpo noroccidental del edificio a través de ese eje de circulación, un eje que no está bien centrado respecto a

dicho núcleo, sino algo desplazado al Oeste. Se combinaría aquí, en efecto, el tipo de *villa* de peristilo con el de fachada porticada. Este diseño constructivo le otorga cierta originalidad, pues no se repite demasiado en Hispania, como constatamos al comparar su planta con la de otras *villae* peninsulares (aunque guarda ciertas similitudes con algunas de ellas, por lo que el patrón seguido no es completamente singular, p. ej., la valenciana de Puig de Cebolla tiene un ambulacro perpendicular al porche, *vid. infra* capítulo XVII, fig. 408). Tampoco comparte con muchas de ellas la frecuente disposición axial frente al Mediodía o Levante, ya comentada.



Fig. 299. Basas de columnas de Puente de la Olmilla. Foto: García Bueno.

Varios circuitos internos de tránsito, en los que hemos recuperado algunos de los componentes de sus soportes (figs. 211-212 y 299), tienen la

función de articular los distintos ambientes de habitación, enlazando diversas secciones de la vivienda. Así, el pasillo principal (n.º 11) arranca de lo que parece ser el mencionado pórtico exterior y desemboca en el lateral septentrional del peristilo (n.º 10), conectando ambas áreas. Estaría de esa forma iluminado tanto desde el patio interior como a través del porche. En un comienzo, o no existía ese porche o pudo ser más profundo que como lo conocemos hoy. En este último caso, más adelante habría sido parcialmente cortado con tabiquería para adosar otra hilera de habitaciones al costado noroeste y simultáneamente se habría prolongado dicho pasillo (fig. 300).



Fig. 300. Propuesta de reconstrucción virtual. Detalle de las puertas de acceso a las habitaciones n.º 21, 12 y 22, desde el pórtico (2ª fase constructiva), según García Bueno.
Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

La modulación de esta crujía noroccidental sigue el mismo criterio de simetría presente en casi todo el conjunto doméstico, con algunas alteraciones puntuales, resultado de varias obras efectuadas en un momento ulterior, cuya fecha es difícil de precisar, pero cabe suponer que algunas de esas refacciones no estarían separadas entre sí por un largo espacio de tiempo. A consecuencia de ese replanteamiento de la primera planta, esta zona experimentó algunos cambios apreciables. Como ya hemos avanzado, al Noroeste se añadió una serie de departamentos a los que, en su mayoría, se podía pasar desde el porche al principio (salvo al n.º 30, sólo accesible desde el n.º 21, y al n.º 27,

inicialmente practicable desde el n.º 22). A partir de entonces, todos ellos constituyen un complejo arquitectónico con los colindantes (16, 15, 20, 9...), de dimensiones y morfología más o menos similares (cuadrados, ligeramente rectangulares o casi trapezoidales, excepto la habitación 15), organizados en lo que ya va a ser una segunda alineación y, a su vez, abiertos al deambulatorio n.º 10, menos los de sendos extremos, los n.º 16 y 26, este último agregado en una etapa constructiva posterior.

Se procedió después a inhabilitar algunos accesos en las habitaciones 12, 16, 20 y 22, de este modo, ya no se pudo entrar desde el pórtico exterior (n.º 13) a la habitación 12; igualmente fue ocluida con mampuestos la puerta que hay en el muro occidental de la habitación n.º 20, concretamente en la esquina entre los pasillos 10 y 11, asimismo, se abrieron otros vanos en las habitaciones 12 y 16. También se reformó la galería de la fachada (se tabicó al Noroeste un espacio antes ocupado por dicha galería y por otras dependencias, para edificar la habitación n.º 28, lo que significó la anulación de la n.º 27) y se compartimentó la habitación 8 cuando se construyó la 26, levantándose además un nuevo murete divisorio, de adobe, entre la n.º 8 y el ambulacro septentrional del peristilo (n.º 10). Paralelamente a este último, el meridional se prolonga sin ninguna interrupción hasta las habitaciones n.º 2-1, como al comienzo ocurriría al otro lado, que tampoco tendría cerramiento alguno, por consiguiente, ese pequeño tabique de adobe introduce un elemento discordante en la regularidad con que fue concebida la planta de la *villa*, siendo resultado de la remodelación de este flanco.

Del hallazgo en los recintos 12, 21 y 30 de materiales arqueológicos tales como ruedas de molino, ánforas y *dolia* en estado fragmentario (entre otras cerámicas de acabado grosero), un hacha y un cuchillo de hierro, restos faunísticos, etc., se desprende que se trata de habitaciones de servicio, relacionadas con el almacenaje y procesamiento de productos de la explotación agrícola (quizás para el triturado del cereal...). La primera está embaldosada, la segunda tendría un suelo de tierra apisonada y la tercera, uno de *opus caementicium*, lo mismo que la habitación 28, todos ellos apropiados para dichas funciones (alguna, como la 12 o la 28, incluso pudo ser acondicionada para colocar tablones o tarimas de madera, donde el grano u otros víveres estarían preservados de la humedad). La disposición de las

cuatro, precedidas por el porche (n.º 13), desde el que tienen entrada directa o indirectamente, sin necesidad de penetrar en el espacio más privado ni en el de carácter representativo de la *villa*, inclina a pensar en este sentido.

La excepción más arriba señalada es una pequeña sala rectangular rematada al fondo en ábside (n.º 15), que rompe la referida homogeneidad del bloque septentrional, seguramente con el propósito de realzar este ambiente³⁷, objetivo también conseguido mediante una ligera sobreelevación (con un peldaño de unos 10 cm de altura), unida a la presencia de un bello mosaico y de pinturas murales, cuya policromía se complementaba. Un escalón precede su entrada desde el peristilo, contribuyendo a subrayar su importancia. Tiene dos sectores dispares, desigualdad que se refleja incluso en su pavimento, decorado con una doble alfombra. El piso musivo se adapta al contorno semicircular de la exedra y se encuentra a una cota más alta que los de sus aledaños (salvo uno más antiguo de *opus signinum*, localizado al excavar la puerta oriental, que presumiblemente en un principio tendría su continuación por todo el recinto). Tanto las trazas de cimentación de una estructura rota para crear ese nuevo punto de ingreso lateral, como las de dicho pavimento primitivo -sustituido por el elaborado en *opus tessellatum*- y dos capas diferentes de pintura superpuestas, entre otras evidencias arqueológicas, demuestran que se introdujeron algunos cambios a lo largo del tiempo. Es muy probable que inicialmente no tuviera una cabecera en hemiciclo, sino que ésta fuera añadida *a posteriori* a la planta rectangular, según creemos, con el fin de resaltar dicho espacio dentro del contexto doméstico, quizás ligado a una reconversión funcional. De hecho, el muro posterior es recto, conformándose la exedra como una estructura adosada a la cara meridional del mismo, por lo que no desborda esa alineación al exterior.

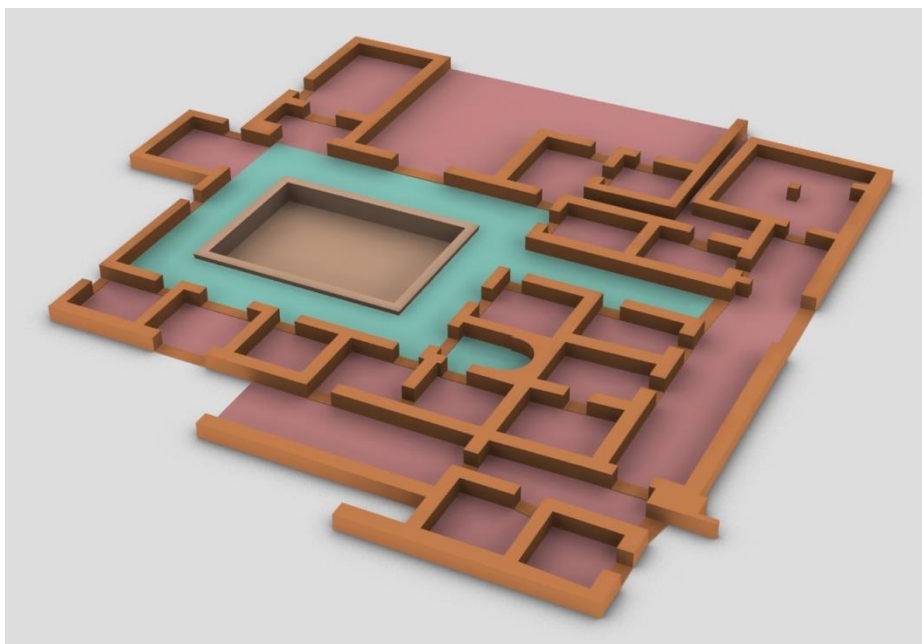


Fig. 301. Representación virtual. La habitación n.º 15, dentro del contexto planimétrico de la *villa*.
Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Esta construcción no ocupa una posición preferente en el conjunto edilicio, sino que está un poco arrinconada en el ángulo norte del peristilo, totalmente fuera del eje principal de visión de la vivienda (el eje de acceso, según la clásica ordenación axial, fig. 301), por lo que su emplazamiento dentro de la planimetría es un tanto peculiar para ser, como parece, una de las más notables. Ello puede deberse a la intención de protegerla de los rayos solares, como A. Balil (1974, 35-36) y P. San Nicolás (1994, 1293) arguyen en el caso de los *oeci* de numerosas *villae* occidentales y de *domus* urbanas del Norte de África e Hispania. Hay otra posibilidad aún más simple: cuando se hizo necesario contar con una nueva sala donde desarrollar actividades sociales, culturales o de otro tipo, sencillamente, se habría decidido reacondicionar uno de los departamentos ya existentes, esa podría ser la causa de que la habitación 15 no esté claramente dissociada de los espacios domésticos vecinos, como sucede con frecuencia cuando se trata de estancias de prestigio. Con todo, pese a no asumir una prevalencia espacial en la *villa*, está situada en el cuerpo central de la residencia y abierta al peristilo; por otra parte, el despliegue de un bien cuidado programa ornamental, junto a sus características arquitectónicas, nos hacen considerarla una de las habitaciones señeras. En efecto, en una segunda fase, cuando fue objeto de una completa renovación, se le habría agregado la exedra decorada con pinturas y un

mosaico geométrico de gran calidad (uno de los de más rico colorido de cuantos hoy se pueden contemplar, procedentes de Puente de la Olmilla, en el que se suceden entramados de tonos amarillo, rosa, violeta, verde, rojo terracota, negro azulado, blanco crema, pardo, marrón oscuro..., creando un conjunto perfectamente coordinado), consiguiéndose así destacar la n.º 15 de las de su entorno inmediato, constituido por habitaciones de servicio y dormitorios.

Pertenece al núcleo fundacional del edificio, ampliado en una segunda etapa constructiva con sendos módulos al Este (n.º 16, 33, 34, 25 y 35) y al Oeste (n.º 30, 21, 12...).

F. Regueras (2013, 64-65) hace un repaso de algunos ejemplares absidiados de la Meseta y aduce que el ábside confiere un “carácter de prestigio, casi sacral (...), lo que explica su primera aparición en la *Domus Flavia* del Palatino y en las basílicas forenses (...), para sede del juez, donde antes probablemente iba la imagen de un dios protector”. Su gran desarrollo durante la Antigüedad Tardía “debe ligarse al uso del *stibadium*”, un diván que permitía “dejar buena parte de la estancia despejada para el servicio y representación de espectáculos (teatro, música, recitales poéticos)”, amenizando así los banquetes. F. Regueras (2013, 67) relaciona cierto tipo de plantas (cruciformes biabsidiadas o sus variantes) “dentro de la corriente de dilatación curvilínea por la que atravesó la arquitectura tetrárquica y una de las formas adoptadas para enfatizar el valor del *triclinium*, una vez que el *stibadium* sustituyó al viejo mobiliario tradicional”. Éste permitía acomodarse en él a siete u ocho comensales ante la mesa preparada para comer. El *triclinium*, que solía ser “pequeño y simple en sus orígenes, acabó convirtiéndose en la más importante sala de la casa (...), enriquecida y aislada para subrayar así su presencia. La evolución de la planta se acompañó, o mejor, se originó por un cambio de estilo de vida (...) hasta transformarse en una sala de recepción ceremonial a imitación de las imperiales”.

En consonancia con lo primero (el supuesto empleo aquí del *stibadium*) estaría su identificación con el *triclinium* por parte de algunos investigadores³⁸ (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 108, 206; FERNÁNDEZ-GALIANO, GARCÍA-GELABERT y RUS, 1989, 143), sin embargo, no tiene la amplitud habitual en los comedores romanos, necesaria para albergar confortablemente a un cierto

número de comensales, lo que podría hacer dudar de esa definición funcional. Al respecto, es significativo el dato de sus dimensiones, bastante reducidas: 5,20 m de largo por 2,20 m de ancho, hasta el punto de ser la menor de las seis dependencias de que consta esta agrupación septentrional. La exigua superficie útil de la zona de la exedra no es ciertamente idónea para una sala de banquetes, en todo caso, como mucho podría serlo para un comedor privado, pero difícilmente cabe imaginar que pudieran celebrarse en ella espectáculos como los que evocan F. Regueras o A. Chavarría (2007, 100, 103). Esta última comenta que las habitaciones con ábsides se suelen interpretar “unánimemente en conexión” con ese nuevo mueble (sigma o *stibadium*), pero reconoce que no todas deben identificarse mecánicamente como tales, porque el tamaño de la cabecera de algunas apenas habría permitido instalarlo. “La presencia de ábsides tampoco implica que la sala fuera un triclinio puesto que esta forma arquitectónica era también usual” en otros espacios de representación y, por contra, algunos comedores rectangulares alojaron un *stibadium*, como el de las *villae* de El Ruedo y Daragoleja.

Más adelante se comunicará con una cámara adicional (la n.º 16) mediante la abertura de un vano en el lado oriental. En teoría, esta reestructuración podría responder a la necesidad de ampliar la habitación n.º 15, que quizás se les había quedado pequeña (¿tal vez debido a desempeñar entonces ésta un papel diferente al primigenio o a que se hizo preciso facilitar el tránsito a la segunda por algún otro motivo, aun manteniéndose una continuidad de destino de la sala absidiada?). Curiosamente, la n.º 16 tenía un sencillo suelo de *opus caementicium*, no fue cubierta con un mosaico, pese a que así se habría logrado darle una mayor distinción, en armónica sintonía con la primera. Contemplamos la posibilidad de que esta pieza aneja cumpliera alguna función al servicio de la contigua, como apéndice de la principal. No excluimos la idea de que en un comienzo ambas hubieran sido *cubicula*, dado su pequeño tamaño, asumiendo después un nuevo uso, al menos la primera de ellas. A modo de hipótesis de trabajo, nos planteamos que en un momento dado se hubiera optado por agrandar la n.º 15 mediante la anexión de la habitación n.º 16, convirtiéndose en estancias asociadas (¿adquiriendo entonces la condición de *cubiculum* del *dominus*, p. ej.), o que se hubiera llevado a cabo la reforma descrita *supra* debido a la conveniencia de poder

pasar directamente de una a otra, por alguna otra razón. P. Uribe (2007, 101) compara algunas habitaciones de este tipo, tanto las que estaban en partes de la morada de acceso restringido como otras en las que se recibiría a determinados visitantes, p. ej., en el *tablinum* de las *domus* de atrio, y nos ofrece varios ejemplos de *tablina* flanqueados por uno o dos dormitorios. No debemos pasar por alto que algunos *tablina* acababan en ábside. A su vez, A. Zaccaria (2001, 81) distingue entre *cubicula* nocturnos y diurnos, propugnando una multifuncionalidad de éstos.

Nuestra propuesta es interpretarla como un *lararium* tipo *sacrarium*, aunque también (incluso a la par) puede ser una segunda sala perteneciente a la esfera pública o el despacho del *dominus*... Así las cosas, podría concordar con cualquiera de esos destinos. En consecuencia, su atribución no es en absoluto segura. No disponemos de suficientes datos para avalar que estuviera dedicada a prácticas religiosas privadas (su cultura material es de difícil análisis y nada homogénea), por tanto, no descartamos ninguna de las otras opciones o una polivalencia, basándonos en los argumentos anteriormente expuestos.

Como acertadamente declara M. Pérez (2014, 77), la “arquitectura doméstica romana no puede comprenderse en toda su complejidad si se analiza solo desde el punto de vista formal y se despoja de todo su valor simbólico e ideológico pues (...) su verdadero significado no está en sus escenarios de vida sino en la idiosincrasia de sus moradores”.

En su caracterización de los lararios, M. Pérez (2014, 90-92) enuncia la terminología latina empleada para referirse a los espacios domésticos entendidos como capillas: *sacraria*, aunque extensivamente ésta era válida para cualquier habitación donde se guardaran los objetos sagrados, a salvo así de potenciales profanaciones. El *sacrarium* estaba dedicado al culto, pero no necesariamente estaba consagrado (*Dig.* I, 8, 9, 2). En su interior podía haber pinturas, altares, “mesas o bancos corridos para el asiento de los participantes en el ritual” (sobre estos espacios revestidos de sacralidad, cfr. VAN DOREN, 1958, 31-33; BASSANI, 2008, 49-52; 72-81). Al hilo de este último asunto, surge un interrogante: ¿podría haberse acoplado una mesa o un banco al área semicircular con ese fin?, pues si probablemente era demasiado reducida para sentarse cómodamente a comer un grupo de convidados, no lo sería tanto para

que asistieran algunos miembros de la comunidad familiar a la celebración de los ritos que allí pudieran celebrarse.

Para M. Pérez (2012, 245-247), es llamativa la inserción de *sacraria* en recintos de recepción y banquete, en particular en Hispania, donde es más usual que en Pompeya y Herculano, e infiere de ello la coexistencia de influjos locales, del acervo anterior, con los foráneos, traídos por los itálicos. En la base del culto doméstico estarían entremezcladas tradiciones prerromanas y romanas: la veneración de los antepasados entre los pueblos iberos, los cultos dinásticos y gentilicios, los comunitarios, etc. Las nuevas tradiciones romanas habrían favorecido “la generalización del culto doméstico (...), creencias vernáculas” que también perduraron en el culto (sobre el culto doméstico y dinástico-gentilicio tanto en el mundo ibérico como en la Hispania indoeuropea y céltica, cfr. PÉREZ RUIZ, 2014, 123-212). Apoyándonos en el discurso de esta autora acerca de un conjunto de compartimentos parecidos al nuestro, incluido un *sacrarium*, en la *villa* de Els Munts (Altafulla, Tarragona, del último cuarto del siglo III), aunque de distribución distinta a los de Puente de la Olmilla, podríamos pensar que hubiera pervivido un uso religioso, al menos en el ábside, compatible con la referida pluralidad de tareas que pudieran realizarse en la n.º 15.

F. Regueras (2013, 135) arroja alguna luz sobre el tema, al recordarnos que “en las sociedades tradicionales, la estricta segregación entre profano y sagrado, que tanto apreciamos en el mundo contemporáneo, era tan tenue y difusa que cualquier actividad utilitaria estaba impregnada de valores trascendentes, paganos o después cristianos. (...) A fines del siglo IV amplios sectores del campo continuaban practicando ritos paganos, sobre todo aquellos relacionados con la fertilidad de la tierra”. No serían meras supersticiones rústicas, sino “empeño de las élites que reafirman su paganismo con la construcción de santuarios (...), enfatizando así su poder e identidad señorial”.

Tenemos constancia de la utilización habitual del ábside en la arquitectura romana como fórmula para acentuar el significado funcional y simbólico de un espacio valioso dentro del diseño de la vivienda. Por seleccionar algunos ejemplos, entre los muchos existentes, traeremos a colación el *tablinum* con exedra terminal curva de la *villa* de Monroy (Cáceres), el *triclinium* absidiado de la vallisoletana de Almenara de Adaja (DELIBES y

MOURE, 1973, 9-50; NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 13-16) o los *oeci* de Cuevas de Soria (TARACENA, 1930, 78-80; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, 1983, 59-106; en lo que concierne al ábside en las *villae*, cfr. ALONSO SÁNCHEZ, 1983, 203; DUVAL, 1984, 447-470). Éste es muy frecuente tanto en las edificaciones públicas como en las de tipo doméstico. P. San Nicolás (1994, 1290), al describir una habitación con cuatro ábsides de la *villa* de Fuente Álamo (Córdoba), centra su interés en este “fenómeno arquitectónico transmitido por el ceremonial tetrárquico a las residencias privadas, no utilizándose en las provincias occidentales antes del siglo III” y añade que estaba reservado a los salones, *triclinia*, aulas basilicales de honor..., dependencias señoriales, en suma, donde se recibía o se celebraban reuniones privadas, como explica Vitrubio (*De Arch.* VI, 5,3). Lo emplearon también en *villae* del Sur de la Galia, el Danubio, el valle del Rhin, etc. (FERNÁNDEZ CASTRO, 1981, 381-389; 1982, 204-207; ALONSO SÁNCHEZ, 1983, 203), siendo una importación de la arquitectura oriental, a partir del siglo III d.C. (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 319).

No obstante, las habitaciones con atribuciones ceremoniales solían tener la suficiente capacidad como para que el *dominus* pudiera congregarse en ellas a la población dependiente de la finca o a otros miembros integrantes de su propio estamento y no sólo tenían mayor tamaño, sino más rica decoración que las restantes (THEBERT, 1988, 362), datos a tomar en consideración a la hora de intentar entender a qué fue dedicada ésta, pues no reunía esos requisitos (en Puente de la Olmilla hay otras estancias bastante más amplias, algunas de ellas ornadas con mosaicos figurativos...).

Otro detalle sobre el que llamamos la atención es que al ser tapiada la puerta de paso de la n.º 33 a la 16, esta última ya sólo será practicable desde la n.º 15. Al alterar las entradas a ambos recintos (n.º 15 y 16) se va a repetir la organización de los dos reductos colindantes por el Noroeste (n.º 21 y 30), igualmente intercomunicados, dotándoles así a los cuatro de cierta simetría arquitectónica.

Parece ser que durante un tiempo, tras su adición al Este de la primera planta de la *villa*, la habitación 16 sería independiente de la 15 y no fue hasta algo más tarde cuando se rompió la pared medianera entre ellas. No resulta fácil dirimir desde cuándo la n.º 16 contó con ese hueco de transición y si el

que daba acceso a la correlativa habitación 33 fue clausurado sincrónica o posteriormente a la abertura de este otro.

Una de las alternativas posibles es que en un momento ocupacional avanzado, cuando se abrió al Este, dejara de ser una supuesta capilla doméstica, pues generalmente los *lararia* no sirven de antesala. Eso habría provocado cambios puntuales del esquema previo, y a partir de entonces podría haberse convertido en un *cubiculum* compuesto de cámara y antecámara, recuperando su posible identidad originaria (en el caso de haber sido primeramente un *cubiculum*), pero ahora conectado con el n.º 16. De esa manera la habitación de mayor rango (la n.º 15) dispondría de un cuarto complementario.

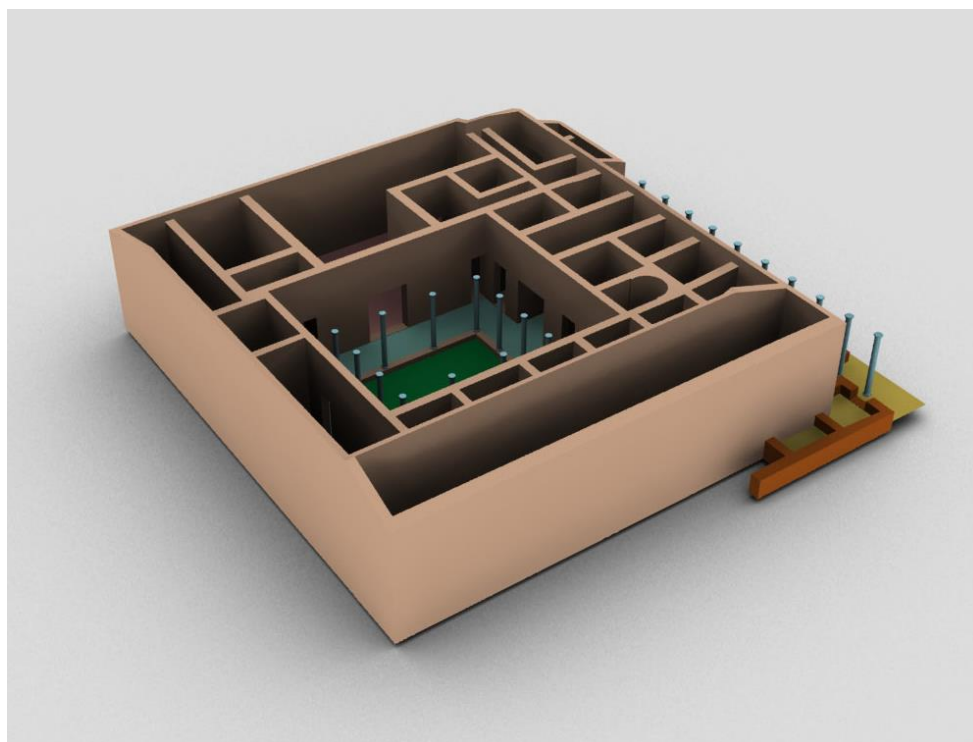


Fig. 302. En la maqueta se representan virtualmente algunas de las reestructuraciones de la villa, según García Bueno. Sobresale la habitación n.º 28, al Oeste del pórtico.
Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Al Oeste del pasillo n.º 11 se reproduce el mismo esquema de diseño de ambientes dispuestos en doble hilera descrito en páginas anteriores, con la salvedad de la mencionada habitación 28, que seguramente a consecuencia de un reajuste puntual difiere por su ubicación algo más avanzada, por la fábrica de sus muros y por sus grandes proporciones respecto a esta sucesión de

compartimentos caracterizada básicamente por la regularidad (fig. 302). Al construirse la n.º 28, que rompió la disposición de la planimetría de la *pars urbana* en su sector noroccidental, éste posiblemente se convirtió en un almacén u otro tipo de zona de servicio. Dos angostos espacios alargados (n.º 24 y 29) quizás tenían la finalidad de buscar el frescor de las habitaciones próximas, como ocurría en la *villa* murciana de El Castillet (GORGES, 1979, 309, fig. XXVIII.1), o podrían ser un eficaz recurso contra la penetración directa del aire (este sistema de estrechos pasillos se empleó con ese objetivo en Cuevas de Soria, cfr. REGUERAS, 2013, 48), o bien no tenían ningún propósito concreto, sino que fueron simplemente resultado de una remodelación carente de criterio estético, como expusimos al realizar su análisis pormenorizado y se refleja en el plano general (fig. 220). Sea como fuere, ambos “pasillos” ciegos consiguen aislar ámbitos anteriormente consecutivos.

Al otro lado de la crujía constituida por las habitaciones que acabamos de analizar se extiende el patio rectangular, situado aproximadamente en el eje central de la casa, a modo de *atrium* de luces. Tipifica esta modalidad de *villa*, estructurada en función del mismo, un sistema de organización bastante común, tal como constatamos en el estudio comparativo de su planta (*vid. infra* capítulo XVII). Los habitáculos principales tienen acceso desde el peristilo y se ponen en relación a través de él. Es el núcleo primitivo de esta residencia. Como sucede en tantas otras *villae*, a lo largo de su existencia ésta va a sufrir de forma progresiva la redistribución de algunos espacios, la yuxtaposición de otros..., pese a lo cual la ordenación de la mayoría de ellos sigue girando en derredor del peristilo.

Al excavar la zona sin techar no encontramos restos de pavimento (de baldosas o musivo) ni de un *impluvium* para almacenar el agua de lluvia, sólo un pequeño fragmento de placa marmórea. Esto nos induce a pensar que la canalización subterránea doble localizada al Este del patio probablemente serviría para el drenaje de un *viridarium* y la irrigación del mismo (cuando escasearan las lluvias, especialmente durante la estación seca). Según las necesidades del momento, se proveería mediante uno de esos conductos, que circula transversalmente por debajo de las soleras del corredor 32, la habitación 25 y el pasillo 14, prolongándose, aparentemente, desde el cercano arroyuelo. Lo más lógico es que procediera de él, aunque desconocemos cuál

era el punto exacto del que supuestamente arrancaba. En tal caso, el otro brazo permitiría desaguar el jardín, impidiendo que el peristilo se inundara, quizás revirtiendo a dicho torrente o siendo evacuada hacia la cloaca meridional. Ambos ramales se bifurcan bajo el muro oriental de la habitación 25, continuando después cada uno de ellos con un recorrido diferente. Es en el pasillo n.º 32, atravesado por la mencionada conducción hidráulica, donde se separan los dos tramos.

Desde el siglo I d.C. el patio columnado con *impluvium* central se generalizó en todo el contexto mediterráneo (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 316-317), documentándose en innumerables *villae*, pero, insistimos nuevamente al hilo de esta cuestión, en el caso de la de Puente de la Olmilla no hay constancia arqueológica de la existencia en el recinto doméstico de una pileta o depósito para la recogida de las aguas pluviales (al menos en el área excavada hasta la fecha).

J.-P. Gorges (1979, 144-145) habla de las huellas constructivas de parterres que aún existen en el interior de algunos peristilos de *villae* hispanas (p. ej., Cuevas de Soria); en otras, los jardines ornaban los alrededores y su interior, como delatan varias inscripciones, sobre todo de la región levantina, p. ej., la estela de Puig de Cebolla. Lo vincula este autor al gusto romano por el arte de los jardines. Los hacendados estarían ligados a la naturaleza por estrechos lazos, unión que encontró un vehículo de expresión en la musivaria, al plasmar “la entrada de la foresta y del verdor” en las residencias rurales. Esa afición por el arte de los ricos propietarios tuvo otros cauces de expresión, como la escultura, decorando sus casas de campo con estatuas y pequeños bronce (sobre las esculturas de las *villae* hispanas, CHAVARRÍA, 2007, 111-112; REGUERAS, 2013, 106-120). Marcial (*Epigr.* XII, 31) nos ofrece una estampa que puede ayudarnos a recrear ese tipo de paisajes: “Este bosque, estas fuentes, esta tupida sombra de alto emparrado, esta corriente de agua (...) fertilizante, estos prados, estas rosaledas que en su doble cosecha no ceden a las de Pestum, estas verduras lozanas en Enero que no se hielan, estas anguilas domésticas que nadan en cerrado estanque, este blanco palomar que aloja palomas tan blancas como él, todo esto es regalo de mi dueña a mi retorno después de siete lustros. Marcela fue la que me dio esta casa y este pequeño

reino. Si Nausicas me ofreciese los jardines de su padre, pudiera yo decir a Alcineo: “Prefiero los míos”.

En Puente de la Olmilla se materializan los valores arquitectónicos reseñados por M.C. Fernández Castro (1982, 28-29), pues el patio porticado, con jardín, “representaba la absorción del paisaje en la mansión y consagraba así dos tendencias: el gusto romano por la belleza de la naturaleza” y “la apertura del espacio interno hacia un medio panorámico”, mediante la *loggia* en la fachada, “de procedencia helenística”.

En rigurosa prolongación axial, el costado occidental del peristilo (n.º 3) define un eje entre dos piezas de planta cuadrada simétricamente opuestas (n.º 4 y 9), destacando la meridional (la n.º 4) por sus mayores dimensiones (4,70 x 4,30 m), su decoración suntuaria y la diferencia de cota de su pavimento respecto a los demás (20 cm sobre los de su entorno y 10 cm sobre el de la habitación 15), una característica intencionadamente jerárquica. En virtud de todo este cúmulo de elementos, se puede reconocer en ella inequívocamente una de las estancias de alcurnia. Originariamente tenía dos puertas, una de las cuales fue después sellada con ladrillos. Se halla al lado (al Sureste) de otra habitación clave, formada por el conjunto de las n.º 1 y 2, a la que también se ingresa directamente desde el peristilo. Las paredes, cuyas esquinas fueron interiormente redondeadas al recubrirlas con estucos, estaban pintadas de color azul, tonalidad que no se repite en ninguna otra parte de la *villa*, singularizándola también así. El suelo, sobreelevado, estaba cubierto con un hermoso mosaico, muy a flor de tierra. Por lo poco que conocemos de este lienzo musivo, tenía un diseño centralizado por un octógono, cuyo campo interior estaba bastante deteriorado, y ofrecía una representación parcial de los Cuatro Vientos, figurados en los ángulos, junto a otra zona con motivos tales como cráteras, palomas, un medallón... Desafortunadamente, un acto vandálico no dejó ni rastro del mismo, según unos sucintos apuntes de los propios arqueólogos que lo excavaron (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 2-3).

Era una habitación de prestigio social, donde el *dominus* ofrecería su hospitalidad, basándonos en factores tales como su representatividad y la posición que ocupa en la planta: una vez traspasado el pórtico de fachada se avanza por los pasillos n.º 11 y 3 para llegar a la n.º 4, situada prácticamente frente a la puerta principal (figs. 220 y 301), al Sureste del patio (ligeramente

descentrada respecto a ambos, acaso para protegerla de la irradiación solar directa). A este rasgo definitorio vienen a sumarse su amplitud (20,21 m²), la elegante decoración pintada que recibió, la particularidad de estar en un plano más alto y tapizada con un mosaico figurativo (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.4), entre cuyo repertorio ornamental había una combinación de diversos elementos con cráteras y aves, evocando tal vez un jardín con una fuente. Muy a tener en cuenta, si el tema musivo se adaptaba a la utilidad dada a esta estructura, como solía suceder (WITTS, 2000, 291-324), es que desde ella se divisa el *viridarium*. Podría subyacer en la elección de esta composición la idea de extender el vergel hasta aquí, como queriendo ofrecer a la familia propietaria y a sus invitados la posibilidad de disfrutar (tanto dentro como fuera de esta sala) de un refrescante espacio verde, envolviéndoles en una agradable atmósfera, transmitiéndoles la esencia de las flores, el rumor del agua... A la misma intención y sensibilidad simbolista respondería el mosaico del pasillo aledaño (n.º 3), donde se despliega una bella gama de estilizaciones florales (flores tetrapétalas, rosetones rojos, pequeñas flores cruciformes, etc.). Así, la naturaleza sería introducida dentro de la unidad doméstica tanto de forma real, mediante el *hortus*, como simulada, a través de los motivos fitomórficos que salpican las superficies musivas, para deleite de quienes vivían en esta residencia o la visitaban, no sólo durante la estación invernal, cuando las inclemencias climatológicas impedirían reposar y pasear por los jardines exteriores (de los que hablan los escritores antiguos, como Pal., *Opus agriculturae* XXXIV) e incluso dedicarse a otros pasatiempos al aire libre (p. ej., cazar...), sino también en verano, pues dadas las altas temperaturas estivales que se alcanzan en estas tierras manchegas, al buscar los usuarios de la *villa* un lugar de asueto y esparcimiento, algunas de las alternativas posibles serían deambular al cobijo de las galerías del peristilo, contemplando el exuberante *hortus* sembrado con variedad de flores, plantas olorosas y comestibles, árboles frutales..., o bien reunirse en acogedoras estancias como ésta, a la vista de las esquematizaciones vegetales desplegadas en su piso y en el del corredor al que abre, recreando con ellas la naturaleza (cfr. LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012a, 101-107, que trata sobre los jardines y la representación en pavimentos “ajardinados”, como los denomina la autora, de elementos naturalistas, fauna acuática o motivos geométricos que recuerdan el

movimiento del agua; acerca del amor al campo, ampliamente atestiguado en la literatura latina, puede consultarse el trabajo de FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, 6).

En la *villa* de Quintanilla de la Cueva (Palencia), el contenido gráfico de los mosaicos varía según la finalidad de cada uno de los ambientes. De la misma manera, en las *villae* toledanas de Rielves y Carranque o en otras como Las Tiendas (Mérida), “la iconografía de sus mosaicos guarda relación con el probable uso de las salas que decoraban (...)”, concretamente, la de Carranque tenía “un programa iconográfico coherente pensado para que a cada habitación le correspondiese el motivo adecuado al tipo de actividad que se desarrollaba en ella. (...) Normalmente, se buscaba adaptar los motivos de las representaciones a los usos de las estancias a que estaban destinados” (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, 18, III y V). En la *villa* de Los Quintanares (Rioseco de Soria), la técnica y elaboración de sus mosaicos “están estrechamente relacionados con la función e importancia de las dependencias” (REGUERAS, 2007, 41). En el mismo sentido se expresan M.A. Mezquíriz y M. Unzu (2005, 988, 999) a propósito de los mosaicos de la *villa* de Arellano (Navarra), postulado que hacen extensivo a todos los mosaicos romanos, aduciendo que sus composiciones se seleccionaron intencionadamente “con un programa determinado”, apropiado para el lugar que los iba a albergar. Estos argumentos están en consonancia con el concepto romano de *decor* y *utilitas*, sobre el que reflexiona A. Balil (1965a, 25).

En palabras de F. Regueras (2013, 81), “el diseño de un mosaico no es nunca aleatorio y su imaginería ilustra el significado y función de la estancia que adereza, es, pues, un auténtico marcador espacial”.

Con frecuencia, una localización singular dentro del esquema arquitectónico doméstico, unos determinados parámetros formales o una específica ornamentación pictórica y musiva permiten distinguir las habitaciones de recepción (*triclinium* y *oecus*), constituyendo algunas de las líneas fundamentales que las caracterizan (cfr. FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 317). Se aprecia entonces “un afán premeditado en arquitectos y artesanos por sugerir la funcionalidad” mediante los programas decorativos de suelos, paredes y techos (GUIRAL y MOSTALAC, 1993, 391). La misma M.C. Fernández Castro (1978, 324) refrenda este enfoque, al hacer alusión a ciertas

temáticas musivas, reservadas “a las habitaciones de mayor capacidad y habitabilidad”, en su estudio de mosaicos como el de Alcolea, con el séquito de acompañamiento del dios Baco, figuras mitológicas, etc. M.F. Moreno (1994, 233) pone en evidencia que en la disposición de los mosaicos prima “el valor de representación y aparato” o “el componente de privacidad que rige” en los diferentes espacios donde eran insertados.

Al margen de estos datos, podría surgir alguna duda respecto a si era el *oecus*. Una de las hipótesis manejadas por sus excavadores es que fuera un espacio triclinar (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 2). No en vano, podía haber varios en las casas de los ricos romanos, según las estaciones. Columela (*De r.r.* I, VI, 1) cuenta con la existencia de un comedor de invierno en la distribución de la *villa*, del que también nos da noticia Sidonio Apolinar (*Epist.* II, 2,11). La orientación de la habitación n.º 4 al Mediodía podría concordar con ese planteamiento. Pese a no adoptarse en ésta la pauta aconsejada por Vitrubio (*De Arch.* VI, 3,8) de que la longitud del *triclinium* sea dos veces mayor que su anchura, en la realidad este tipo de ambiente señorial no siempre se ajustaba a ese “molde teórico”. Además, no se destinaba siempre un mismo ámbito a un único y excluyente uso, sino que a veces era susceptible de ser empleado para distintos fines, según se requiriera. Petronio (*Sat.* 21, 5) hace referencia a un espacio doméstico que se habilitó temporalmente para esta práctica; con ese propósito, a la hora de cenar se tendieron tres *lecti*, sirviendo así de *triclinium* provisional: “nos llevaron a una habitación contigua, en la que se habían dispuesto tres lechos y todo lo necesario para celebrar un banquete en todo su esplendor (...)”. Sin embargo, en algunas habitaciones de casas romanas quedan en el suelo las improntas de las tres camas clásicas (SERRA RÁFOLS, 1952, 53; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 202; CHAVARRÍA, 2007, 103), algunas con basamento de mampostería, que en esos casos concretos son una prueba irrefutable de lo contrario, como lo son igualmente los pavimentos donde se marcan los puestos de los *klinai* y la mesa mediante su formato (GUIRAL y MOSTALAC, 1993, 388; MAÑAS, 2007-2008, 101-103; URIBE, 2009, 153-189). Una opinión emitida por diversos investigadores, en el sentido de que pudiera establecerse una correspondencia entre los elementos decorativos y la funcionalidad de determinadas estructuras domésticas, es decir, si hubo modelos y colores reservados con exclusividad a algunas de

ellas en particular, lleva a I. Mañas (2007-2008, 112) a repasar distintos ejemplos, concluyendo que tan sólo se advierte la existencia de ciertas afinidades, debidas más a la tradición o la moda que a alguna regla instituida, por lo que no se puede generalizar al respecto.

¿Podrían ponerse las cráteras del mosaico de la habitación 4 en relación con el hábito de mezclar agua y vino durante las comidas?. Precisamente, la “*cratera* indica el acceso al *triclinium*” en un pavimento de la *villa* cacereña de Torre Albarragena (Valencia de Alcántara, GONZÁLEZ CORDERO *et alii*, 1990, 328, fig. 22), al igual que en otro de la Casa del Mitreo de Mérida (BLANCO, 1978b, 185, nota 26), etc.

Sea como fuere, cualquiera de las dos lecturas (*oecus* o *triclinium*) tiene suficiente base arqueológica, como también la alternativa de una diversificación de las actividades que pudieran realizarse en ella (nos decantamos más bien por la primera o por una heterogeneidad funcional). Todo sugiere que tuvo una proyección social: la aludida ubicación preeminente, su especial decoración pictórica y musivaria, su proximidad a otras habitaciones importantes...

De acuerdo con esta línea de trabajo, el brazo meridional del peristilo desemboca por el Suroeste en la unidad arquitectónica constituida por un amplio aposento precedido de lo que parece ser una antecámara del mismo (n.º 1 y 2), comunicados entre sí mediante una escueta zona de paso cubierta con un ajedrezado. Esa traza constructiva, unida a su programa ornamental, debió de conferirles un especial carácter distintivo y ennoblecedor, pues aunque no tengan la preeminencia arquitectónica dentro de la planta (están situados en ángulo recto respecto a la entrada a la vivienda), destacan por sus pretensiones suntuarias. Ambos están enriquecidos con magníficos mosaicos, siendo reseñable la calidad de su ejecución, que revela la destreza de los musivarios artífices de los mismos. El n.º 2, al que se accede directamente desde el peristilo, posiblemente sirvió de vestíbulo del otro (n.º 1). La paleta de colores utilizada en la decoración pictórica de las superficies parietales estucadas abarca el negro, el rojo y el amarillo (también apareció un fragmento de estuco con imitación de piedra). Esa combinación cromática contribuiría a hacer resaltar visualmente esta antesala, pavimentada con el mosaico más notable de todo el elenco conservado en Puente de la Olmilla. Como esbozamos anteriormente, en este ejemplar, perfilado por una hermosa orla de

demarcación, se representa un leopardo sedente y otro en movimiento, que flanquean un emblema central perdido (fig. 303). Algunos cartones parecidos suelen utilizar motivos convencionales tales como una crátera o la figura de Baco apoyado en un sátiro, presidiendo la composición (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.3), por lo que este cuadro figurativo posiblemente seguiría un modelo similar, ostentando un temario característico del ciclo musivario de asunto dionisiaco, que gozó de gran predilección entre las élites tardorromanas demandantes de estas producciones suntuarias para embellecer los suelos de sus *villae*. El repertorio del *thyasos* les transmitía toda una suerte de vivencias idílicas y, a la par, traslucía su conocimiento de la cultura grecohelenística.



Fig. 303. Mosaico de la habitación n.º 2, en proceso de restauración. Foto: MP de Ciudad Real.

El recinto adyacente (n.º 1) es rectangular y mide 7,40 m de largo por 4,67 m de ancho. Tiene dos puertas, una de acceso desde el colindante n.º 2 y otra lateral. Sus paramentos fueron revestidos de estuco pintado con intensos tonos rojo y amarillo, efecto bicromático que produciría una viva sensación por su luminosidad. Completaba su decoración un abigarrado mosaico de estilo geométrico, parcialmente deteriorado a consecuencia de la acción de los arados. Consta de tres paneles, quizá para definir distintos usos del espacio (fig. 304, sobre los denominados “marcadores de uso” pavimentales, *vid. supra* capítulo XIV.3, pp. 404, 406-407).



Fig. 304. Panel principal del mosaico de la habitación n.º 1 y detalle del umbral pavimentado con un damero. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

A tenor de todo lo expuesto, planteamos la interpretación de esa construcción unitaria (n.º 1 y 2) como uno de los ambientes de elevado rango: el *triclinium* (sin descartar que pudiera ser el *oecus* o el *cubiculum* del *dominus*). Si bien antes sugerimos la posibilidad de que la primera de esas funciones pudiera haber sido asumida por la habitación n.º 4, conviene recordar, no obstante, la referida norma vitrubiana (Vitr., *De Arch.* VI, 3,8) relativa a la configuración ideal de las salas de banquetes. Aun no siendo una

condición estandarizada, numerosos *triclinia* tienen unas proporciones que se rigen por la siguiente escala: la zona de ingreso representa 1/3 de la longitud y la de recepción los 2/3 restantes (estimada por GUIRAL y MOSTALAC [1993, 384] para muchos de los de época republicana y altoimperial). Además, otra cuestión a tener en cuenta es que el tema dionisiaco “se adaptaba perfectamente al uso de habitaciones de tipo triclinar” (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, 26) y es una constante en su decoración musiva. Por poner un ejemplo de los más allegados, entre tantos posibles, traemos a colación el mosaico báquico del *triclinium* de la Casa de Baco de Alcalá de Henares (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 148-186; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989, 21, n.º 2), cuyas representaciones de leopardos nos recuerdan a las de Puente de la Olmilla. P. Witts (2000, 291-324) y otros especialistas ponen de relieve la decisiva contribución de las composiciones musivas a la identificación de los *triclinia*. Ya que la disposición y temática de los mosaicos “estaban concebidas en estrecha relación” con su marco arquitectónico, los cortejos dionisiacos eran muy adecuados para estos ámbitos (CHAVARRÍA, 2007, 108-109). Al analizar la iconografía dionisiaca en los mosaicos romanos, A. Blanco (1952, 16) afirma que “parecen todos ellos alegres adornos del triclinio o del baño”. La primera de estas opciones estaría en sintonía con la asociación del dios Baco a ese ritual social de celebración que es el banquete (DUNBABIN, 2003), a la manera griega del *symposium* (Plinio, *NH* 34, 14 nos da noticia del *convivium*). Sin embargo, esta clave no siempre sirve de orientación, p. ej., en la *villa* de La Malena (Azuara, Zaragoza) es el *oecus* el que está solado con un mosaico báquico (ROYO, 2001, 46-57). La misma P. Witts (2000, 302) nos apunta el camino: en algunas *villae* británicas se tipifica como *triclinia* ciertos espacios bipartitos en los que su subdivisión podría obedecer a la intención de separar a los partícipes en el convite de quienes se ocupaban de hacer los preparativos pertinentes, antes de servir los manjares. Esta propuesta podría ser aplicable a nuestro caso.

M.C. Fernández Castro (198, 202) ratifica que el *triclinium* fue una habitación engrandecida progresivamente desde el siglo II d.C., con corredores o vestíbulos de acceso como “signo de distinción” y ofrece varios ejemplos de ello. Sidonio Apolinar (*Carm.* XXII, 207-208) habla de alguna de esas notas

diferenciadoras. La habitación 2, que antecede a la n.º 1, parece imprimir ese signo.

Por lo que atañe a la presencia en la n.º 1 de varias entradas (la mayor en el flanco nororiental y la otra abierta a una habitación adosada al Este), convendría más en el caso de ser el comedor, por contra, como certifican algunos autores, los salones de recepción suelen tener solamente una puerta, bastante ancha (MORERE, 1989, 23), y estar ubicados en eje perpendicular al *triclinium* (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 202; MORENO, 1994, 229), disposición que puede reconocerse en estas habitaciones meridionales (n.º 1-2 y 4), situadas en codo. Por otra parte, no puede obviarse que algunas dependencias a veces reunían sendas atribuciones ceremoniales (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 321), como el *oecus* de la *villa* de Monroy, que según sus excavadores pudo servir también de comedor (CERRILLO *et alii*, 1986, 127). E.B. Smith (1956, 144) habla de la interrelación entre la audiencia dominical y el aula *triclinaris*. Huelga decir que la multiplicación de habitaciones de representación y aparato está contrastada en numerosas *domus* y *villae*, por lo que podían contar con varios salones, comedores, etc. En nuestro afán por comprender las actividades desempeñadas en ellos, ocasionalmente los arqueólogos les adjudicamos alguno de los términos manejados en los textos clásicos, ajustados a sus características concretas desde nuestra perspectiva moderna, pero olvidando que aquéllas podían variar, y más aún con el paso del tiempo, o diversificarse, como se ha podido corroborar arqueológicamente (p. ej., en Pompeya, donde habitaciones muy elegantes se usaron simultáneamente de almacenes o para otros fines utilitarios, cfr. ALLISON, 2004).

Sobre los motivos de la *conduplicatio* acreditada en algunas mansiones, F. Regueras (2013, 68-71), siguiendo a S.P. Ellis (2000), recuerda que durante el Principado las viviendas acomodadas estaban centradas por un patio porticado y en el costado opuesto al punto de ingreso tenían un *triclinium*, sala de audiencias y banquetes a un tiempo. Diferían en esto de las tardorromanas, tendentes a segregar las funciones públicas de representación y las privadas de convivialidad “con el doble propósito de amparar una mayor privacidad de la casa y deslindar” distintas clases de huéspedes. Se lograba mediante la *conduplicatio*: un salón de protocolo, para impactar a “los clientes menos

prestigiosos”, y otro “para obsequiar a (...) los amigos más privilegiados y cercanos”, a otros miembros de la élite..., como un medio para garantizar el control social y estrechar vínculos. Esos cambios arquitectónicos corrieron parejos a las muchas otras transformaciones acaecidas durante el Dominado.

Por lo demás, ciñéndonos a Puente de la Olmilla, el *dominus* y sus familiares o sus visitantes (clientes, *amici*...) podrían entretenerse contemplando la escena musiva que se desarrollaba ante ellos (en el suelo de la pieza aneja, la n.º 2), acaso seleccionada expresamente para trasladarles un sutil mensaje, como partícipes del mismo o convertidos en meros espectadores. Su supuesto contenido espiritual e ideológico, presumiblemente cargado de una alta dosis de simbolismo, sería idóneo para un espacio de acogida, tomando en consideración la habitual adecuación de los programas ornamentales a la arquitectura doméstica. Este es otro criterio a valorar al intentar desentrañar la identidad de la habitación que recibió esa decoración pavimental específica (el cortejo báquico) y que no sería, entonces, un simple espacio intermedio, un lugar de paso, sin más. A.-A. Malek (2005, 1335) centra su interés en varios mosaicos del África romana para mostrar cómo estas manifestaciones de la cultura material creaban “ambientes singulares” en las casas y hace hincapié en su función visual.

No podemos desechar, con todo, la idea mantenida por M.R. Puig y R. Montanya (1975, 134) de que fuera el *cubiculum* principal, como ya comentamos anteriormente. Sin embargo, cabe hacer una objeción: al estar los amplios vanos de ambas piezas alineados en el mismo eje, la luz incidiría directamente desde el patio porticado, lo que no parece muy favorecedor para conciliar el sueño (cfr. CARRILLO, 1992, 297; PACKER, 1967, 136, n.º 31). Es más, A. Zaccaria (2001, 81) explica que los llamados “cubículos de noche” estarían siempre alejados del ruido y de la circulación. En contraposición, M. Novello (2003, 144) denomina “*cubiculi d'apparato*” a ciertos dormitorios accesibles desde el peristilo, que frecuentemente ostentaban una imponente monumentalidad. Un buen ejemplo de ello tenemos en el *cubiculum* 24 de *Sollertiana Domus* (*Thysdrus*), de 5,95 x 4,75 m, encuadrado entre finales del siglo II y el IV d.C., en el que, a diferencia de las habitaciones n.º 1-2 de Puente de la Olmilla, la alcoba estaba a mayor altura respecto al resto del pavimento

(URIBE, 2007, 100). P. Uribe analiza la bipartición zonal entre algunos dormitorios y sus antecámaras, en cuyos parámetros no parecen encajar éstas.

Tiene razón A. Chavarría (2007, 100) al decir que cuando existen varias estancias señeras en una *villa* “es complicado (cuando no imposible) determinar cuál de ellas era la más importante”.

Las tres últimas habitaciones descritas, muy próximas entre sí, destacan por su posición preferencial, sus dimensiones, sus ricas pinturas murales, de vistoso colorido, y la buena factura de sus suntuosos mosaicos, lo que las dota de una relevancia señorial dentro del conjunto doméstico. En unión al peristilo, a cuyo alrededor se desarrollan todas ellas, y a la n.º 15, que preside el lado oriental del mismo, configuran el núcleo que concentraba la primacía y esencia funcional dentro del sector residencial, donde se recurrió a sistemas decorativos pictóricos, musivos o arquitectónicos que les aportaron rasgos diferenciales. Como puede observarse, los aposentos mayores de la casa están al Sur (salvo el n.º 28, cronológicamente posterior a los mismos), donde se localiza la parte más noble de la *villa*.

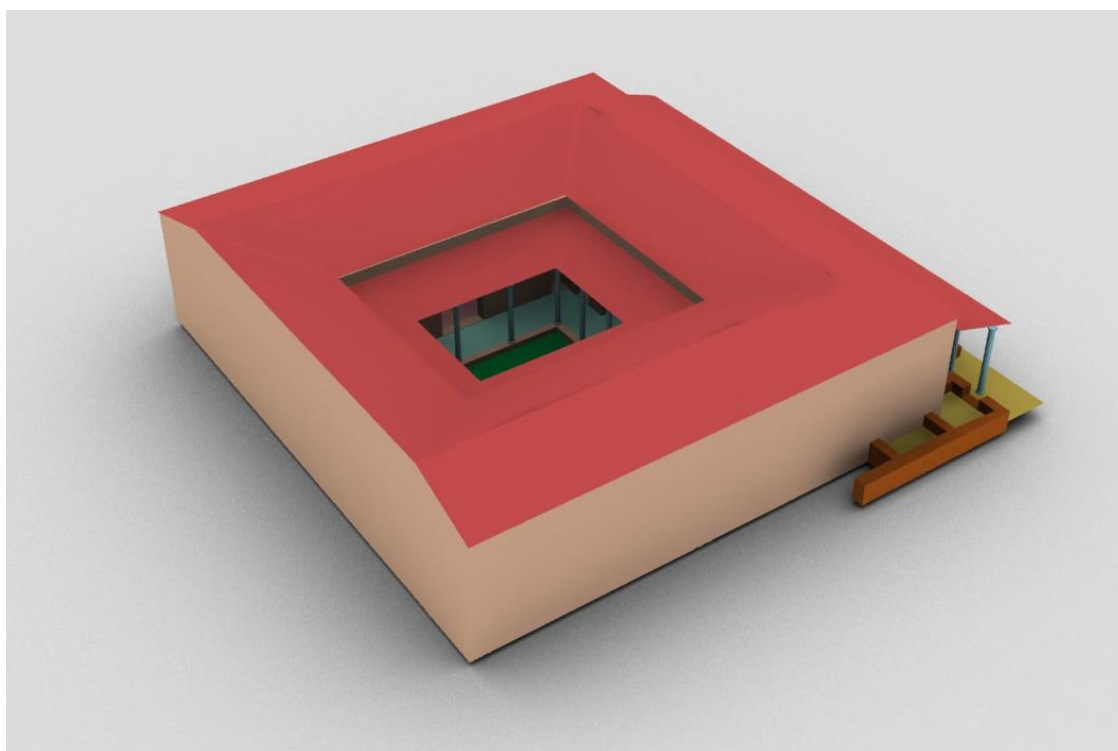


Fig. 305. Restitución hipotética virtual parcial de la *villa*, según García Bueno. En el centro del corredor occidental del peristilo se abre la gran puerta de la habitación n.º 7.
Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

También pertenece a ese contexto meridional la habitación n.º 7. Al Oeste del patio porticado, frente al jardín interior (fig. 305), se dispone esta espaciosa y bien proporcionada estancia cuadrangular a la que se pasaba por el Este a través de una puerta de doble hoja, de 2,80 m de anchura, de la que se ha conservado el imponente umbral, formado por grandes bloques de piedra labrada, con un rebaje para los goznes, varios huecos para asegurar el cierre y, entre los elementos para su anclaje, los quicios de hierro, una bisagra, clavos..., junto a algunas otras piezas metálicas, como una cerradura (figs. 247-248, 306, 490-491). Ese gran umbral que la precede, donde se pueden apreciar las huellas de uso tanto en el marco de piedra como en las losas del escalón (muy desgastadas), nos hace pensar que en un principio era un vestíbulo de acceso desde el exterior, por el Oeste (al menos hasta que, quizás posteriormente, se amplió esta ala). Es la mayor de las habitaciones conocidas hasta la fecha, lo que, a simple vista, la hace sobresalir entre las demás. Sus peculiares características (su amplitud, su emplazamiento...) realzaban su importancia, en el plano arquitectónico, pudiendo inducir a interpretarla como un ámbito destinado al desarrollo de actividades sociales. Por su situación privilegiada y su extensión podría ser perfectamente un salón de recepción y reunión, sin embargo, no está pavimentado en *opus tessellatum*, sino con un piso de *opus caementicium*, lo que le resta distinción. Desde luego, podría haber tenido un suelo lúgneo, cubierto con una alfombra textil. Pese a haberse perdido por su carácter perecedero, es sabido que tapices y alfombras contribuían a adornar las habitaciones de las *villae*, formando parte de la decoración ideada para convertirlas en símbolos de prestigio. Al faltar una parte por excavar, carecemos de elementos de juicio suficientes para dilucidar con certeza si era otra de las cámaras notables.



Fig. 306. Cerradura. Foto: MP de Ciudad Real.

Justo en el lado opuesto, al otro extremo del peristilo, se levanta una habitación de morfología semejante, la n.º 25, pero mucho más pequeña que la de enfrente (la n.º 7). Así, se integra en el esquema organizativo simétrico de la *pars urbana*. Junto a los compartimentos 33, 34 y 35, el n.º 25 forma un conjunto habitacional bastante uniforme al que se da entrada desde el corredor n.º 14, aunque en un comienzo también se accedería a esta área inmediatamente por el Este, a través de dos vanos localizados en el largo muro oriental, hasta que ambos fueron tapiados. En su origen, dicha zona tal vez pudo dar al exterior e incluso tener otra configuración. Más tarde habría sido subdividida en una sucesión de unidades: 35, 25, 34, 33, 16 y, continuando hacia el Norte, la 30 (enlazando mediante esta última con las de la primera alineación). Creemos que en un segundo momento ocupacional éste sería el término de la casa por el Levante, considerando el mayor grosor de dicha estructura muraria, aparentemente, uno de los antiguos muros perimetrales. Por lo que concierne a cuál pudo ser la utilización de este grupo constructivo, disponemos de evidencias materiales de que algunos recintos pudieron servir para procesar y almacenar cereales u otros productos, existiendo indicios de una nueva adecuación de la habitación n.º 25, que a partir de entonces va a contar con dos bancos fijos, contruidos contra sus paredes transversales. También se estrecha su puerta, probablemente al no ser ya necesaria una tan grande debido a un cambio de destino, una vez pudo haber dejado de tener un carácter de punto de transición desde el exterior. La presencia de estas piezas

“subalternas” junto al peristilo discrepa de la norma por la que este tipo de habitaciones de importancia secundaria deben quedar detrás de las propiamente residenciales, en ocasiones comunicadas por medio de corredores situados a derecha e izquierda (como, p. ej., en una *domus* de *Baetulo* excavada por SERRA RÁFOLS, 1952, 37-38). El no sujetarse a este canon puede deberse a la sugerida variación de funcionalidad en una etapa más tardía. Según el mismo J.C. Serra Ráfols (1952, 62), el hallazgo de un hogar y una piedra de molino en unas construcciones de la *villa* de La Cocosa que estaban en contacto directo con el peristilo, indica que éstas “se destinarían a menesteres muy humildes, poco en consonancia con su emplazamiento”, considerando ese uso fruto “de un momento de decadencia de la villa”, circunstancia quizás extrapolable a la nuestra. Un posible reaprovechamiento de materiales constructivos queda acreditado en la habitación n.º 35, donde se cegó un hueco de comunicación, junto al que apareció una basa adosada. *Tegulae* e *imbrices* fueron igualmente reutilizadas al levantar nuevos muros en los ángulos nororiental y noroccidental, intercalándolas entre los mampuestos.

Por lo tanto, al peristilo de Puente de la Olmilla se abrían, al menos, trece dependencias (seguramente, alguna más ubicada en el sector suroriental, aún sin excavar). De hecho, estaba rodeado de buena parte de los ambientes, salvo algunos yuxtapuestos al Este de los pasillos 31 y 32, añadidos con posterioridad, a los que se accede desde el lado noreste del pórtico de fachada (y quizá también por el Norte). El primero de ellos (n.º 31) desemboca en otro más ancho (n.º 32), a su vez paralelo al ambulacro n.º 14, discurriendo de Noreste a Sureste. Se prolongan a lo largo de todo el flanco oriental de la casa, que parece tener una disposición modular, formando otro plano de edificación, aunque no independiente. Ambos corredores longitudinales coordinan y, al tiempo, sirven de área de dispersión de una serie de nuevos departamentos en este cuerpo lateral de la *villa*, de los que se ha puesto al descubierto, en mayor o menor medida, siete (n.º 37, 38, 39, 41, 42, 43 y 44), algunos de ellos solados con tierra batida y, al menos uno, con argamasa. Estos habitáculos conectan con el resto del complejo doméstico por medio de esos dos ejes de circulación (31 y 32), a través de dicho vano nororiental del porche (n.º 13), dado que fueron clausuradas las puertas a Poniente de esa zona (localizadas

en las habitaciones 25 y 33, tras ser posiblemente compartimentado el espacio situado al Este-Noreste de la galería 14), haciéndola inaccesible desde el interior de la vivienda a partir de entonces. Aquí tuvo lugar uno de los últimos episodios constructivos detectados en ella. El cambio de la técnica edilicia y otros indicios arqueológicos (*vid. supra*) confirman que se llevó a cabo otra ampliación del edificio primitivo, mediante el adosamiento del ala más oriental. Pese a que se intentó mantener la disposición simétrica imperante en el mismo, p. ej., repitiendo parcialmente la distribución interna existente al otro lado del pasillo 31, son notorias algunas diferencias (fig. 220). Junto al hueco de comunicación de éste hay dos peldaños tallados en piedra con el fin de salvar la ligera pendiente y en el que abre la habitación 33 al pasillo 32 hay otro, ya que la *villa* fue erigida sobre una pequeña inflexión del terreno, sin allanarlo, de ahí la necesidad de esos escalones que llevaban a esta zona situada a una cota de profundidad algo inferior.

Más allá tal vez existiera algún otro patio supeditado a la articulación e iluminación de algunas de las habitaciones del extremo Este-Noreste, que podrían configurar otro bloque arquitectónico de la parte noble o de la dedicada a actividades productivas, a albergar a la población servil...

En conclusión, dentro de la dicotomía de las unidades domésticas romanas, con su doble dimensión pública y privada, en esta *villa* las funciones públicas de representación están, según parece, en cierta medida segregadas de las más privadas, como intentando diferenciar los lugares a los que tenía acceso la comunidad de los reservados a lo cotidiano (destinados a habitación de la familia propietaria). Los primeros (1, 2, 4...) son accesibles desde los principales circuitos internos de tránsito y están dotados de una serie de elementos de prestigio, entre los que consignamos una mayor amplitud tanto de esos espacios del ángulo meridional como de los vanos de entrada a ellos, los pavimentos musivos más selectos, etc.

Aunque los límites de esta residencia quedan fuera del solar excavado al no haber salido hasta ahora a la luz todos los muros perimetrales, como reiteradamente hemos comentado, en sus alrededores la labor de los arados ha hecho aflorar a superficie otras posibles alineaciones de muros y el acostumbrado material de derrumbe, vestigios de otras construcciones (contiguas o aisladas, fig. 307), que en algunos casos podrían tener un carácter

subsidiario, por ser inherentes a los establecimientos rurales como éste, en los que, además de estancias pertenecientes a las mencionadas esferas representativa y privada, solía haber otras de servicio, específicas de la actividad agrícola desarrollada en ellos, e igualmente las que servían de vivienda para los trabajadores de la finca (sobre las denominadas “dependencias agrícolas” y los “cuartos serviles” de las *villae* hispanas, cfr. GORGES, 1979, 147-149; acerca de los lugares donde vivían “los campesinos dependientes”, CHAVARRÍA, 2007, 61-64).



Fig. 307. Reconstrucción virtual ideal de la *villa*, según García Bueno. Al fondo, posibles estructuras utilitarias. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Por otro lado, pese a que no hemos recuperado ningún ladrillo-dovela y carecemos de cualquier otra evidencia material de la existencia en el conjunto exhumado de alguna estancia con cubierta abovedada (típica de los complejos termales, mas no sólo de éstos), como es lógico en una *villa* de estas características, la de Puente de la Olmilla estaría equipada con un *balneum* privado, diferenciado o no del ámbito doméstico propiamente dicho, tal vez al Sureste del mismo (sobre este particular, *vid. infra* capítulo XX). Los primeros excavadores de este yacimiento afirman haber descubierto “el lugar donde estuvieron situadas las instalaciones termales” (PUIG y MONTANYA, 1978, 10), sin aportar datos concisos y orientativos al respecto.

A tenor de la información proporcionada por las diversas prospecciones arqueológicas realizadas en las inmediaciones tenemos indicios del posible emplazamiento de la necrópolis (tal como exponemos en el capítulo XXIII, *vid. infra*), no muy distante, justo al otro lado del Arroyo de la Fuente de la Bola, pero sería preciso comprobarlo mediante sondeos arqueológicos metódicos, que nos permitirían corroborarlo con total certeza.

En último término, la recuperación de las estructuras funcionales, de las termas y de la necrópolis serían claves fundamentales para conocer mejor el sistema de organización romano en torno a *villae* como ésta y comprender algunas de las circunstancias cotidianas en las que se veían inmersos sus pobladores (sobre las necrópolis de las *villae* hispanas, en términos generales, cfr. CHAVARRÍA, 2007, 117-124, 158).

XIV.5. LOS PAVIMENTOS DE MOSAICO DE LA VILLA ROMANA DE PUENTE DE LA OLMILLA

Uno de los aspectos más notables de esta *villa* son sus mosaicos, que, complementados con pinturas murales de rico colorido, contribuirían a crear un ambiente decorativo refinado, confiriendo suntuosidad al sector señorial y concentrando la expresión de la riqueza y gustos estéticos del propietario.

Con toda probabilidad, la zona solada con mosaicos es (o al menos lo era originariamente) más extensa que la descubierta hasta el momento, de hecho, cuando algunos de los propietarios de las parcelas por las que se extiende el yacimiento realizaron plantaciones de olivos hace unos años, al excavar los correspondientes hoyos aparecieron teselas disgregadas.

La acumulación de tierras en el solar de la *villa* no ha protegido suficientemente las estructuras soterradas y los pavimentos musivos más superficiales, que en algunos puntos han sido removidos o afectados por los arados (*vid. supra* capítulo XIV.3, nota 41). El laboreo agrícola ha provocado que varios mosaicos nos hayan llegado arañados y también ha dado lugar al afloramiento de algunas cimentaciones, que han quedado expuestas como cantera para la extracción de sus materiales constructivos.

Como preámbulo al estudio de este repertorio musivo, daremos algunos detalles sobre su sistema de excavación.

XIV.5.1. SISTEMA DE EXCAVACIÓN DE LOS MOSAICOS

Los mosaicos de esta *villa* se hallaban bajo algo más de medio metro de tierra (en algunos casos, aproximadamente unos 40 cm, fig. 318), abundantes *imbrices*, *tegulae*, restos del estucado de las paredes, cal, argamasa...



Fig. 318. Excavación del mosaico de la habitación n.º 1. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

El procedimiento utilizado para poner al descubierto dichos mosaicos es el siguiente:

1. Se deja una fina capa de tierra de unos 4 ó 5 cm por encima del nivel del piso.
2. Se descubren progresivamente pequeños fragmentos del tapiz (de 1 m de lado aproximadamente).
3. Inmediatamente, el tramo destapado se limpia, primero en seco (paleta extremeña y cepillo metálico), para después mojarlo con agua abundante, rascando con el cepillo metálico y la paleta.
4. Se destapa otro cuadro al lado del que ya se ha limpiado y se repite el mismo procedimiento.

Este sistema de excavación de los mosaicos en cuadrícula se reveló como el más práctico de cara a su rápida interpretación y estudio, llevados a cabo conforme avanzaba paulatinamente su limpieza y descubrimiento.

Posteriormente adoptamos una vía de investigación basada en el

tratamiento informático de los lienzos musivos con el fin de obtener su reconstitución ideal (puede verse un desarrollo más detallado en MINGARRO *et alii*, 1986, 163-190), buscando los elementos y puntos homólogos que organizan su relación temática, además de los patrones o pautas generales que determinan la disposición de los motivos ornamentales de cada uno de sus dibujos (recreados en la fig. 319).

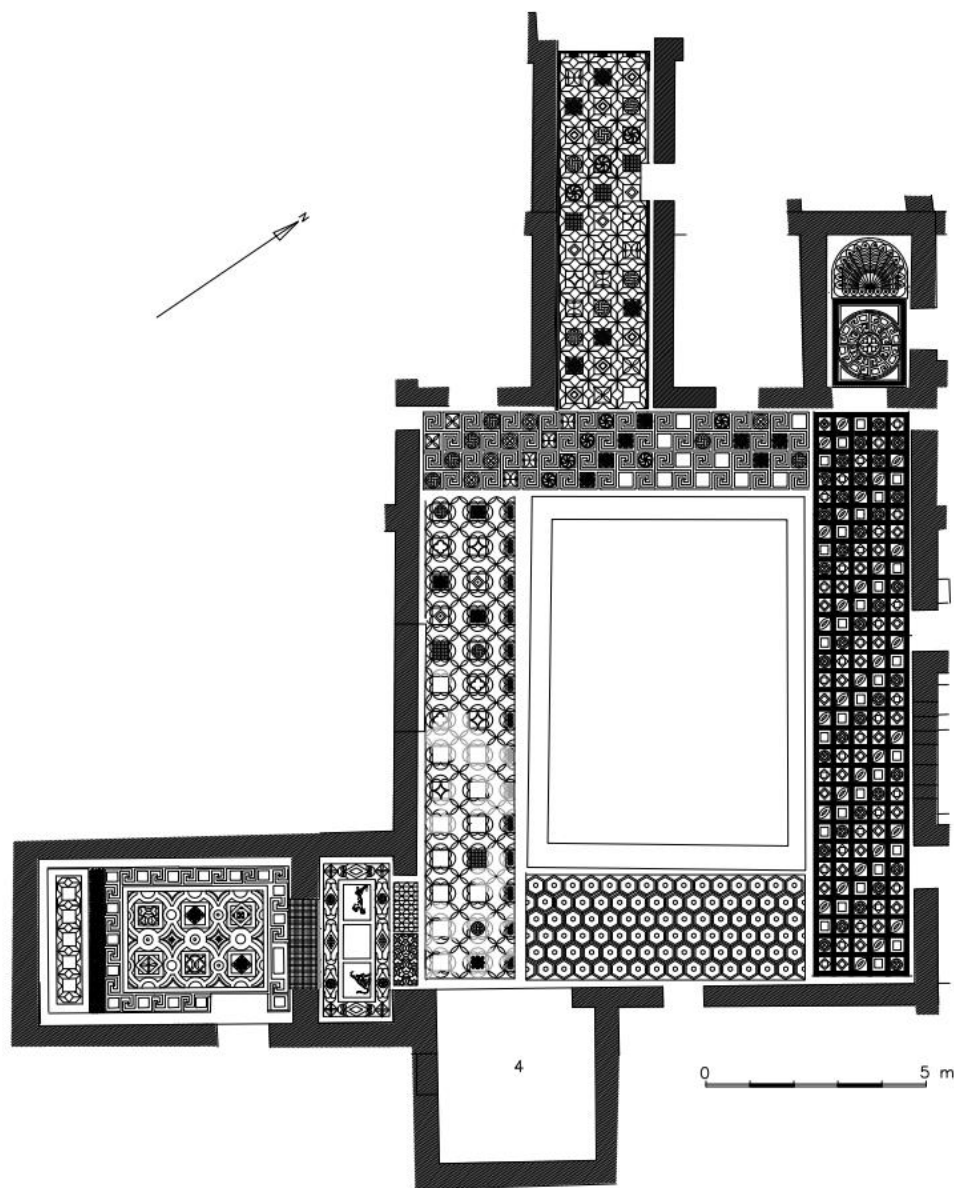


Fig. 319. Restitución de la decoración musiva. Dib.: García Bueno.

XIV.5.2. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LOS MOSAICOS DE PUENTE DE LA OLMILLA

La serie de pavimentos musivos conservados se eleva a ocho. En lo concerniente a sus características petrográficas y aspecto técnico, para confeccionar estos mosaicos, todos ellos diferentes y policromos, se emplearon teselas cuya longitud media es de 1,2/1,5 x 1,5/2 cm. Están elaboradas a partir de piedras locales (calizas de diferentes tipos, pizarra...) o con material cerámico, salvo algunas teselas de los emblemas del mosaico de la habitación n.º 2, realizadas con pasta vítrea, con el fin de introducir colores que no suelen encontrarse entre las materias primas naturales. Abunda el barro cocido en la manufactura de las teselas rojas, como es frecuente en la musivaria tardía. Se pueden reconocer acusadas diferencias en el tamaño de las teselas, en función del lugar que ocupan, así, las de las franjas de enmarque varían entre 1,5 y 2,4 cm de lado, con una forma tendente a rectangular, si bien hay algunas cuadradas. Esas grandes teselas cerámicas se disponen -a veces con una cierta irregularidad- en las orlas perimétricas, al ser los laterales las áreas de menor desgaste, habida cuenta que son menos resistentes, comparadas con las pétreas, en cambio, las teselas cerámicas que integran motivos decorativos son más pequeñas, asimilándose en sus proporciones a la mayoría de las restantes (1,5 cm por término medio). Las teselas de pizarra tienen unas medidas que oscilan entre 1,2-1,7 cm de lado y las de caliza se ajustan a esas mismas dimensiones, aunque ocasionalmente son menores, en particular, las de las figuras de los leopardos, comprendidas entre 0,50-1 cm, o las de la exedra semicircular de la habitación 15, que, como norma, no suelen alcanzar el centímetro. En lo que respecta a la morfología de las de piedra, algunas son cúbicas, pero por lo general son prismáticas, más o menos rectangulares. El procedimiento de implantación de teselas es el lineal.



Figs. 320-321. Dos detalles de las teselas. Mosaico n.º 11. Foto: García Bueno.

El estado de conservación de las teselas es muy variable dependiendo de la materia con la que fueron fabricadas y de la sección del mosaico donde se ubican (figs. 320-321). Las más degradadas son las negro azuladas y verdosas, que padecen la exfoliación propia de las pizarras, cuya estructura y porosidad las hace muy vulnerables a los cambios de temperatura y humedad, disgregándose en estratos, por esa causa, en algunos puntos su estado es absolutamente pulverulento, ocasionando pérdidas totales de las mismas (*vid. infra* Anexo V, 2: Informe 1991, 11, foto 3). Las teselas calcáreas (de calizas micríticas) son las más resistentes. Las de barro cocido tienen superficies y aristas bastante desgastadas, salvo en la cabecera absidiada de la habitación n.º 15, donde las *tessellae*, de menor tamaño (0,40-1 cm) y más fina factura que las de los pavimentos de las galerías de circulación, se han preservado mejor, exceptuando siempre las piezas de pizarra, que muestran un deterioro similar en todo el conjunto musivo. Los restauradores que trataron algunos paneles musivos extraídos de dicha estancia afirman que su técnica de

elaboración “es de una calidad superior a la común” en muchas producciones bajoimperiales, “algo que se aprecia en el tamaño de las teselas y en el pequeño espacio que las separa”. A grandes rasgos, dichos especialistas destacan que el tapiz teselar presenta su cara superior bien alisada y homogénea, a consecuencia no tanto del desgaste como de su “acabado con abrasivos” para regularizar la superficie y no dejar desniveles entre las teselas (*vid. infra* Anexo V, 2: Informe A. 2171, 5). Atribuyen la buena conservación de amplias zonas de los mosaicos al empleo de materiales de calidad y a la adecuada preparación de la solera, con un consistente mortero en el que están incrustadas las teselas. El soporte estaba constituido, como es usual, por capas superpuestas de argamasa de cal, arena y rellenos pétreos (*nucleus*, *rudus* y *statumen*).

Los colores dominantes en estas creaciones musivas son el blanco crema, el rojo terracota o teja y el negro azulado, además, aunque sin ser los principales, hay otros básicos, como el verde, el rosa, el marrón oscuro, el castaño claro, pardo u ocre, una gama no excesivamente amplia, resultado del uso de las materias naturales disponibles en el entorno, que, a buen seguro, denota un afán por economizar costes de producción, al ser fácilmente asequibles en las cercanías y, por consiguiente, bastante baratas. Ese cromatismo está en armónica concordancia con el de las pinturas parietales de la villa (*vid. supra* capítulo XIV.2). Hablando en términos generales, A. Balil (1965a, 33, 37) explica la variedad de la paleta de colores de los pavimentos musivos en función de razones de suministro de los materiales, cuya limitación sería determinante para que numerosos mosaicos hispanos “se reduzcan a simples tricromías o tetracromías y el blanco amarillento, el ocre, el negro y el rojo” sean las únicas tonalidades empleadas en su confección. Este factor, sin embargo, no implica en absoluto que la policromía de los mosaicos de Puente de la Olmilla pueda ser calificada de apagada. Los mosaístas recurrieron aquí a la alternancia cromática rotativa, introduciendo cambios en el colorido de un motivo a otro, en el caso de utilizarse continuamente los mismos arquetipos subordinados, de esta manera evitaron caer en la monotonía de una regularidad absoluta y, a su vez, procuraron amortiguar los efectos de esa

limitada riqueza en su expresión cromática.

Las teselas de pizarra perfilan casi todos los elementos, por lo que predominan los trazos de tono negro azulado, sobre fondo blanco.

Son mosaicos de factura bastante cuidada, con una amplia variedad compositiva, pues en ninguno (de un total de nueve) se repite el mismo patrón, como veremos a continuación. Mayoritariamente son de tipo geométrico y ofrecen un repertorio muy diverso. De los dos figurativos que salieron a la luz durante las primeras intervenciones arqueológicas, el de la habitación n.º 4 sólo nos es conocido por una breve descripción de sus excavadores y tres fotografías del mismo, al haber sido destruido después. Los pavimentos de los pórticos del peristilo y del pasillo de entrada se organizan en composición continua ocupando la totalidad del campo. Todo el elenco, de notable valor, presenta un acusado barroquismo, tan repleto de motivos decorativos que apenas deja espacios vacíos en la superficie musiva, preponderando los geométricos sobre los vegetales y florales (a propósito de esta decoración, cfr. SALIES, 1974; BAUM-VOM FELDE, 2003; MAÑAS, 2007-2008, 110-111; 2010, 92-106).

Están inspirados por las mismas tendencias estilísticas de algunos de la Meseta Norte y Navarra, que contienen detalles ornamentales idénticos. D. Fernández-Galiano (1980, 128-137), secundando a P. de Palol (1975, 228), constata un mismo ambiente musivario en una serie de mosaicos que han aparecido en varias regiones (abarcando desde Soria a Zaragoza, Lérida, Badajoz...) y amplía aún más ese contexto consignado por P. de Palol hasta las *villae* de Albaladejo y Alcázar de San Juan, algunas de Madrid, Alcalá de Henares, Cuenca, Guadalajara, etc. En la misma línea interpretativa, J.M. Blázquez (*CMRE V*, 1982c, 48-50) considera que un mosaico de Talavera de la Reina, otro del complejo rústico de Las Tamujas (Malpica de Tajo) y los de la *villa* de Prado (Valladolid) proceden “muy probablemente del mismo taller”. Estos últimos “están bajo la misma corriente artística que los de Toledo, Ciudad Real, Madrid o Guadalajara. Igualmente, es casi cierto, al mismo artesano u *officina* se deben los mosaicos de Alcázar de San Juan (...). A la misma corriente artística, por lo menos, pertenece el mosaico con las panteras de

Puente de la Olmilla. (...); todo lo cual confirma plenamente la tesis de P. de Palol, que relaciona dentro de un mismo ambiente artístico pavimentos de muy diferente procedencia (...). Ha sido también una gran intuición de D. Fernández Galiano (...) el hacer extensiva esta zona artística y temática hasta los pavimentos de Albaladejo, Alcázar de San Juan, Carabanchel y Villaverde, Tres Juncos, Huete y Gárgoles”. En una atinada visión de conjunto, J.M. Blázquez hace hincapié en que ese vasto espacio geográfico (la Meseta, parte de Portugal, Zaragoza, Lérida...) formaba una unidad económica y social que se corresponde con la “uniformidad artística, temática y técnica” de sus mosaicos. Al buscar los paralelismos de pavimentos musivos de Liédena, J.M. Blázquez y M.A. Mezquíriz (*CMRE VII*, 1985, 47) siguen su rastro por toda la Meseta, a través de los ejemplares de Alcázar de San Juan, Talavera de la Reina, Las Tamujas, Cuevas de Soria..., concluyendo que todo ello es indicativo de una “fuerte vinculación” de los talleres que los produjeron. Profundizando de nuevo en esa idea, este investigador, junto a otros especialistas en la materia (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE IX*, 1989b, 26), señala algunos puntos de contacto entre mosaicos bajoimperiales de una entidad territorial “que comprende desde los Pirineos, Norte y Centro de la Meseta, hasta Ciudad Real y Mérida”. Tanto en la capital lusitana, que era un foco artístico de gran importancia, como en la Meseta, trabajarían “talleres musivarios muy semejantes”. Es más, J.M. Blázquez y T. Ortego (*CMRE VI*, 1983, 23 y 36) se hacen eco de la existencia “de una misma moda artística y posiblemente de una misma comunidad de taller” e insisten en que todas esas concomitancias entre ellos se deben a que eran obra “de unos talleres de mosaístas muy uniformes o a un solo taller con diferentes artesanos”.

Ciertamente, del notable parentesco de algunos de esos mosaicos parece desprenderse que fueron ejecutados por la misma *officina*, con cartones y técnicas similares. Los argumentos previamente esgrimidos apuntan a que las *villae* de Albaladejo y Alcázar de San Juan también formaban parte de esa área cultural, siendo obvio el trasvase de soluciones decorativas en toda ella. En suma, los esquemas estructurales de los mosaicos de ambos

establecimientos solariegos se encuentran entre los más frecuentes de la musivaria romana y, desde luego, entre los de mayor éxito en la Península Ibérica, aunque su tratamiento en alguno de ellos es un tanto peculiar, como sucede con los de las unidades constructivas n.º 2 y 4 de Puente de la Olmilla, y precisamente eso los hace más interesantes (este último, el de los Cuatro Vientos, tiene inclusive algunos detalles novedosos o inusuales, *vid. infra* el apartado 5.3.4). Con todo, en términos generales, adolecen de un marcado “conservadurismo”, a pesar de que en la musivaria romana no se pueden aducir ejemplos parangonables en los que se haya interpretado un prototipo exactamente del mismo modo.

Recapitulando, como hemos expresado líneas arriba, esos conjuntos musivos, al igual que el de Puente de la Olmilla, están caracterizados por su estilo abigarrado, policromo y geometrizado (no obstante la combinación con temas vegetales y florales), provienen posiblemente del mismo círculo artístico e incluso podrían ser obra del mismo equipo ambulante o de otros afines al creador de éstos, al responder a idéntico gusto por la decoración recargada y presentar muchas otras similitudes en su lenguaje icónico (aspectos formales, conceptuales...), pero es también evidente la equiparación que puede establecerse con otros ejemplares de la Bética (especialmente del bajo Guadalquivir) y del Levante (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 37), pudiendo observarse una común tendencia al *horror vacui*.

M. Torres Carro (2005, 487) hace alusión a varios de los talleres que han sido identificados entre aquéllos cuya actividad se centró fundamentalmente en la Meseta Norte, pudiendo detectarse dos núcleos. En la zona soriana y burgalesa está el de Cuevas-Valdanzo o el de Clunia-Uxama-*Asturica Augusta*. En el área occidental, el que trabajó en Prado-Almenara, documentado también en La Olmeda, Navatejera, Quintana del Marco, Dueñas, “e incluso en la Meseta Sur, en Alcázar de San Juan”. Los mosaicos de esta *officina* participan de unas características análogas, que se distinguen igualmente en ejemplares toledanos, de Talavera de la Reina, Cabañas de la Sagra... De ello cabe inferir una misma procedencia artesanal (pudiendo haber llegado quizás hasta aquí esos mosaístas que trabajaban de manera itinerante)

o, al menos, que sus artífices conocían las experiencias musivarias de esos otros lugares.

El examen de la ornamentación de estos ejemplares nos sirve para su adecuada clasificación, permitiéndonos vislumbrar no sólo esos posibles contactos acabados de mencionar, sino sus connotaciones cronológicas. Pese a tener los mosaicos de Puente de la Olmilla diseños y motivos de repertorio de larga tradición, que se mantienen inalterados durante varias centurias, sin interrupción (casi se podría hablar de su perennidad), es sobre todo en la musivaria tardía donde se popularizan y tienen mayor auge. Por otro lado, es en particular durante el siglo IV y comienzos del V cuando cobran mayor protagonismo y proliferan especialmente estas manifestaciones plásticas en el centro de la Península. Muchos de los mosaicos antes citados han sido fechados en la segunda mitad del siglo IV y algunos de ellos a principios del V (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 37). Por lo demás, todo el lote de Puente de la Olmilla, técnicamente uniforme, parece ser coetáneo y obra de una sola *officina*.

En otro orden de cosas, en las composiciones musivas de Puente de la Olmilla se percibe un marcado influjo norteafricano. Como refiere J.M. Blázquez, durante la Tardoantigüedad el África septentrional no sólo gozaba de una intensa actividad económica, gracias a la exportación de aceite y grano, sino también de un alto nivel artístico, que le llevó a ser un importante centro difusor del mismo, abasteciendo a la Península Itálica, Sicilia, Oriente y, por supuesto, Hispania (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 28-29; CARANDINI, 1967, 93). El “africanismo” de los mosaicos hispanos es asumido por numerosos investigadores, como A. Balil y X. Barral, entre otros (BALIL, 1965; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 45-46; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 69), atribuyéndolo a la amplia difusión de cartones procedentes de talleres africanos en la Hispania del Bajo Imperio, un fenómeno lógico teniendo en cuenta los intensos intercambios comerciales y de la más diversa índole que ésta mantenía con el África romana (cfr. BLÁZQUEZ, 2005-2006, 280; sobre las importaciones de ánforas, cerámicas, sarcófagos y otros productos norteafricanos, BLÁZQUEZ, 1994, 1186 y la bibliografía a la que éste remite;

MORENO, 1994, 226-227; otro tipo de relaciones, como la introducción del cristianismo, quedan patentes en BLÁZQUEZ, 1977b, 467-494; 1978a, 647-668). A. Blanco Freijeiro (1952, 16) sustenta que, como en otros campos, Hispania “se relaciona por sus mosaicos con África más que con otras provincias”. Al respecto del evidente parentesco entre los mosaicos de ambas procedencias, tanto K.M.D. Dunbabin (1978, 198, 219-222) como J.M. Blázquez (1978a, 647-668; 1986a, 471, 474-475, nota 23; 1991, 911-926; 1993, 70-92) defienden una probable raigambre africana de los hispanos. Sin embargo, ambos autores difieren acerca de la manera en que esas influencias estéticas llegaron hasta aquí. K.M.D. Dunbabin (1978, 220) sostiene que los propios musivarios norteafricanos se trasladaron hasta la Península Ibérica, mientras que, en opinión de J.M. Blázquez (1986a, 474; 2008, 105-106; 2012, 84), sólo “vinieron *copy-books*”, basándose en los nombres escritos en estos teselados, pues no le parecen originarios de África. Asimismo, otros especialistas se decantan igualmente por la opción de los cartones importados (cfr. BRUNEAU, 1984, 241-272; LANCHÁ, 1984, 45-61; sobre los mosaístas en el Occidente del Imperio, LANCHÁ, 1994, 119-136). A. Balil (1965a, 36-37), al tratar el tema de los musivarios que trabajaron en el *conventus Tarraconensis*, reconoce lo problemático de averiguar su origen, dada la escasa documentación disponible, y supone que unas firmas pueden ser griegas, otras hispanas, otras, acaso, africanas... En este sentido, A. Balil no niega la posibilidad de que “artesanos de origen africanos actuaran en Hispania”, pero, a su criterio, el concepto del “africanismo” de los mosaicos hispanorromanos debe ser objeto de revisión y, en todo caso, podría buscarse en “los motivos de relleno y las orlas” (por lo que atañe a ese revisionismo, puede consultarse ESPINOSA, 1990, 245). Posteriormente, J.M. Blázquez (1993, 89) retomó de nuevo esta cuestión, manteniendo su discurso: “Si no se sigue la tesis de D. Fernández Galiano, la ausencia de nombres africanos entre los musivarios hispanos nos obliga a descartar la presencia de artesanos africanos generalizada en el Bajo Imperio en Hispania”.

P. San Nicolás (1992, 1296), al abordar el estudio del mosaico con el tema de la *pompa triumphalis* de Dionisos de Fuente Álamo (Córdoba), ha

llegado a la conclusión de que el musivario copió un cartón previo, a su vez procedente de un original pictórico, y seleccionó los modelos del repertorio adaptándose al espacio disponible (cfr. también SAN NICOLÁS, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 75-76). Según esa misma perspectiva, M. Guardia Pons (1992, 133), a propósito de un mosaico de Cardeñajimeno (Burgos), puntualiza que la propia forma de transmisión de los cartones de *venationes* favorecía la variada reagrupación de las figuras de ese tipo de ejemplares musivos.

D. Fernández-Galiano (1984a, 411) advierte que no debe caerse en un excesivo “africanismo” a la hora de analizar los mosaicos hispanos. La disparidad de las corrientes artísticas en circulación por toda la órbita del Imperio queda reflejada en nuestra musivaria, pero la reiterada presencia de esos modelos decorativos en el Norte de África, donde se centran preferentemente los paralelismos de todos ellos, nos depara una prueba irrefutable de su conexión. R. Hidalgo (1991, 347) pone de relieve que ésta tiene lugar a partir de finales del siglo III y a lo largo del IV, etapa durante la que los talleres africanos habrían ejercido su ascendencia en Hispania. A su entender, “no es preciso plantear la presencia de mosaístas foráneos, venidos posiblemente para obras de mayor envergadura, ya que la mera difusión de cartones es razón suficiente para explicar la aparición de esquemas de origen norteafricano. (...) A pesar de que queda clara la relación, no debe pensarse en la existencia de una influencia directa o dependencia de estos mosaicos con las producciones norteafricanas. Más bien debe considerarse la presencia de motivos con este origen que, aun siendo abundantes, conviven con otros claramente vinculables a producciones de otras provincias y a creaciones propias hispanas”.

Del cotejo de un gran número de mosaicos navarros, M.A. Mezquíriz y M. Unzu (2005, 999) deducen que los hicieron musivarios norteafricanos y orientales o “artesanos locales que seguían modelos de inspiración” y, de acuerdo con los postulados de D. Fernández-Galiano, reconocen un gusto decorativo oriental en diversos mosaicos hispanos.

D. Fernández-Galiano (1984a, 427) se inclina a creer que el predominio de la decoración geométrica sobre la figurativa es la principal característica de

la corriente orientalista apreciable en los mosaicos hispanos de la segunda mitad del siglo IV y del V. A su juicio, la tendencia de los mosaicos hispanos hacia el aniconismo, en contraste con el gran desarrollo de la ornamentación complementaria, es lo más definitorio de los elementos de raíz oriental que asimilaron (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984a, 411-430; sobre las relaciones de Hispania y el Oriente, tanto comerciales como artísticas, incluyendo la musivaria, cfr. BLÁZQUEZ, 1998, 163-178; 2008, 93, 120, 124). En sintonía con lo indicado por S. Ramallo (1985, 165) para *Carthago Nova*, R. Hidalgo (1991, 348) sugiere que la decoración musiva de la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba) habría sido realizada por artistas hispanos itinerantes, que irían de un complejo residencial a otro, atendiendo los encargos de sus propietarios y cubriendo lo que este último autor estima serían “necesidades básicas”. Al hilo de lo expuesto, R. Hidalgo reflexiona sobre ese carácter “utilitario” de los mosaicos, que explicaría el predominio de la temática geométrica sobre la figurativa (cfr., asimismo, HIDALGO, 1994, 15-25).

En mayor o menor grado, los mosaicos de Puente de la Olmilla también evocan otras corrientes artísticas provenientes de distintos lugares del Imperio (la Península Itálica, Galia, Oriente, etc.), de las que son fiel reflejo, o con otras propiamente hispanas, como iremos reseñando en las próximas páginas. Todas ellas se dejan sentir aquí de forma palpable.

XIV.5.3. DESCRIPCIÓN DE LOS MOSAICOS

Los ambientes excavados hasta el momento han deparado, en total, una serie de nueve mosaicos de buena calidad y gran diversidad ornamental, cuyo interés compensa la escasez de materiales muebles aparecidos en este yacimiento, dado que son uno de sus elementos más representativos. Elaborados con la técnica de *opus tessellatum*, cubren la superficie de los espacios que pavimentan a modo de alfombra, distinguiéndose entre todos ellos el de la habitación n.º 2, que encierra dentro de dos de los paneles del campo central sendas figuras de animales, y el de la habitación n.º 4, con una alegoría de los Vientos.

XIV.5.3.1. MOSAICO DE LA HABITACIÓN N.º 1 (fig. 322)

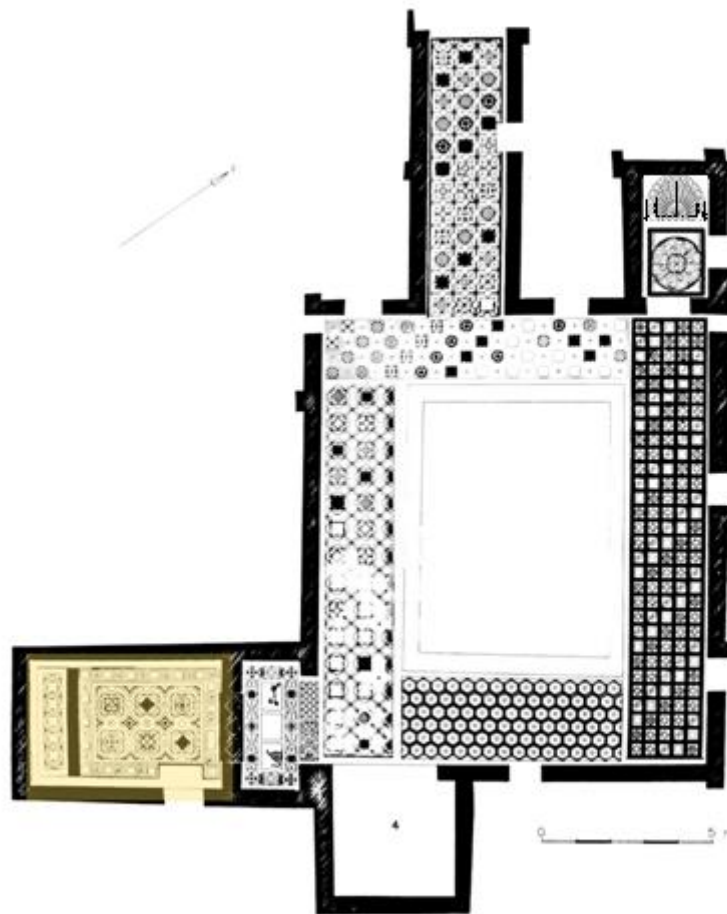


Fig. 322. Situación del mosaico de la habitación n.º 1.

Este mosaico, al igual que el que pavimentaba la habitación aneja, n.º 2, ya fue estudiado por M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (1975, 134-138, 140-141, fig. 2), a cuyo cargo corrió su excavación. Para ello contaron con la ayuda científica de los miembros de la AIEMA (Asociation Internationale pour l'Etude de la Mosaïque Antique) y la colaboración de Juan Antonio Díaz Pintiado (PUIG y MONTANYA, 1978, 10), quien, junto a otro miembro del equipo de Mérida, llevó a cabo la extracción de ambos paneles⁴⁵ (*vid. infra* Anexo V, 1), a cuyo traslado se procedió por motivos de conservación. Tras su consolidación, el de la habitación 1 fue reubicado en la Casa de Cultura de Albaladejo, en una de cuyas paredes está instalado actualmente (fig. 323, *vid. infra* Anexo VI, 1).

Posteriormente fue incluido en el *CMRE* (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27-29, fig. 19, n.º 22 y 23).



Fig. 323. Panel principal del mosaico n.º 1 y detalle de la cadena de eslabones del tapiz subordinado (Casa de Cultura de Albaladejo). Foto: López Monteagudo.

La estancia en que se inserta este efectista mosaico, situada en el ala suroeste del peristilo, tiene dos puertas, una lateral y otra mediante la que se accede desde otra cámara más pequeña (la n.º 2) comunicada con ésta por un pequeño espacio de tránsito. Estructuralmente ambos recintos configuran una unidad arquitectónica (*vid. supra* XIV.4, pp. 398-410). M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (1975, 134) la interpretaron como el *cubiculum* principal, pero cabe plantearse la alternativa de que fuera una sala de prestigio o bien una diversificación de las actividades desempeñadas en ella. Sea cual fuere su finalidad, en virtud de sus características arquitectónicas y ornamentales, debía de ser uno de los ambientes más distinguidos de la *villa* (quizás, el *triclinium*).

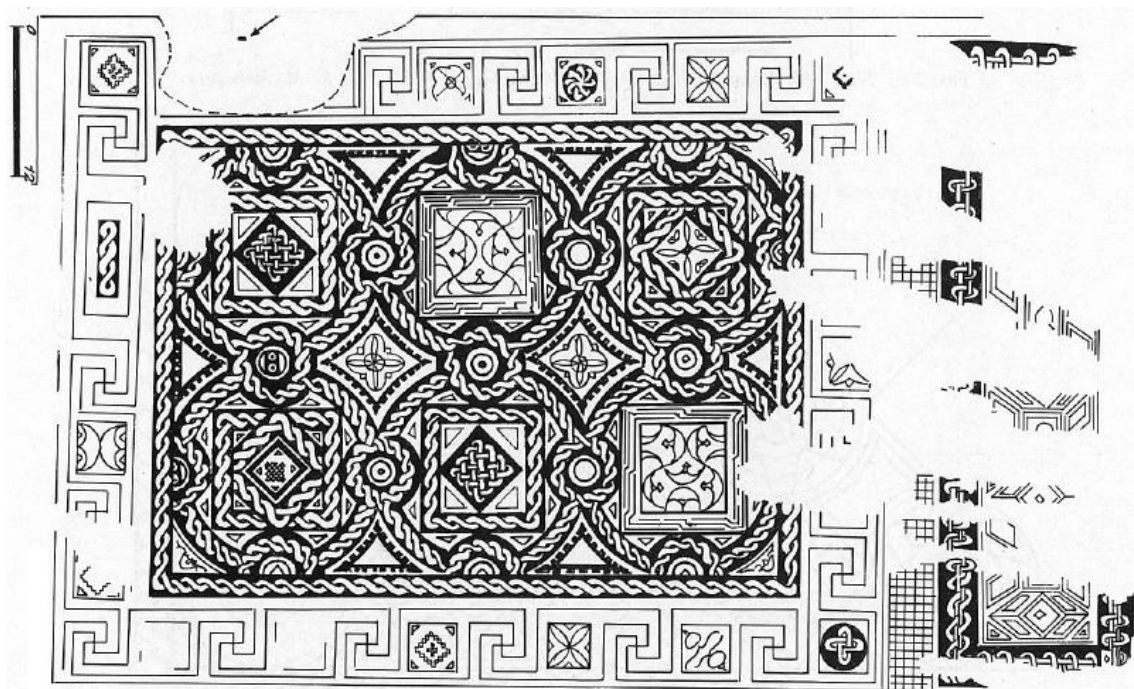


Fig. 324. Mosaico de la habitación n.º 1, según Puig y Montanya, 1975, 137, fig. 2.

Este mosaico rectangular mide unos 30 m² (7,40 m de largo por 4,60 m de ancho) y tiene un tratamiento estilístico muy barroco (fig. 324). Las teselas, de aproximadamente 1,5 cm de lado y 2 cm de altura, están fabricadas con piedras de la comarca. Se emplean los colores rojo, verde, ocre, blanco y negro. Cerrando todo el conjunto, un cerco de gruesas teselas rojas de barro cocido (unas cuadradas y otras rectangulares, de 1,5 a 2 cm de lado) envuelve tres composiciones yuxtapuestas y diferenciadas: la primera, de mayores dimensiones, está encuadrada por un meandro de esvásticas que se doblan formando rectángulos en las esquinas del ámbito musivo, a continuación se define una estrecha franja decorada con un damero policromo y, finalmente, al fondo de la habitación, junto al muro occidental, hay otra alfombrilla de menores proporciones, muy deteriorada por las labores de labranza, pues, como ya hemos comentado, este es el primer mosaico que salió a la luz en 1973, al paso de las vertederas del arado, y dio motivo a la excavación del yacimiento de Puente de la Olmilla.

Esa división reflejada en el solado de *opus tessellatum* podría servir para distinguir espacios con un uso específico, de manera que la zona localizada al

fondo de la dependencia pudo estar reservada para albergar un lecho u otra pieza de mobiliario (un armario, una mesa...), cuyo emplazamiento habría sido señalado mediante la ornamentación musiva. La propia conformación del mosaico nos puede ayudar, en tal caso, a atribuirle un destino específico a este aposento, sin ser, no obstante, claramente definitoria, dada la heterogeneidad funcional de muchas de las estructuras de las casas romanas.

El último paño de los que consta el mosaico está rodeado por una cadena de eslabones contiguos, cuya gama cromática abarca el verde, el ocre y el rojo sobre fondo negro. Entre ellos serpentean dos cintas de las mismas tonalidades, que en los ángulos del panel rectangular se convierten en cuadrados blancos rellenos con una flor geométrica en cruz, conservándose tan sólo uno de ellos. La factura descuidada y desigual de uno de sus lados parece indicar un intento de restauración en la Antigüedad, llevado a cabo con una impericia manifiesta, que contrasta con la buena ejecución de la parte original (se aprecia un trazado irregular de cinco de los eslabones e incluso puede que se tratara de remedar alguno más, pues la pequeña laguna existente en ese tramo no nos permite ver la secuencia entera, figs. 226 y 323-324). El sencillo esquema estructural se articula mediante una secuencia de rombos secantes con una alternancia cromática, perfilados por hiladas de teselas negras que delinean rombos regulares blancos con una flor policroma en cruz, y paralelogramos donde se incluyen rectángulos, en los que mayoritariamente falta la ornamentación interior, salvo un nudo de tres bucles policromo sobre fondo negro. En un lateral, que nos ha llegado completo, hay un cuadrado sobre la punta, concéntrico, acotado por cuatro losanges. Los *musivarii* intentaron adaptar el prototipo de medias estrellas de ocho puntas romboidales al estrecho campo que cubre este tapiz, determinando rectángulos en los espacios intermedios. Las cuatro esquinas se llenarían con triángulos regulares policromos (de los que se han preservado dos). Todos los elementos decorativos están contorneados por dos o tres filas de teselas blancas y una o dos negras.



Fig. 325. Detalle del ajedrezado y de la banda de eslabones del mosaico de la habitación n.º 1. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Colindante con el lienzo anteriormente descrito se dispone el referido damero de colores (fig. 325), una banda de enlace de casetones rectos, a modo de espacio de transición entre las alfombras subordinada y principal. Frente al linearismo simple de aquélla, que prescinde de detalles accesorios en el interior, imbuida de un gusto bastante sobrio, se despliega un modelo que refleja el acendrado *horror vacui* de la musivaria tardía.

La diferenciación espacial de la superficie musiva corresponde a lo que se ha denominado “marcadores de uso” (VAQUERIZO *et alii*, 1994, 112), así se explicaría que el dibujo más elemental se destinara a la zona donde suponemos estaría colocado un mueble y, en consecuencia, quedaría oculta; por el contrario, estaría expuesto a la vista el lienzo decorativamente más elaborado, que ocupa algo más de los dos tercios delanteros de la sala.

En efecto, dentro de la configuración tripartita de este mosaico, el primero de los paneles es el mayor y más complejo (fig. 326).



Fig. 326. Panel principal del mosaico de la habitación n.º 1. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Consiste en una representación geométrica muy recargada, que apareció en bastante buen estado de conservación. Tiene un formato rectangular y está rodeado por una cenefa (de 43 a 46 cm de ancho) de esvásticas contiguas dibujadas en negro sobre un fondo blanco, alternadas con una serie de cuadrados y algún rectángulo en los que se inscriben motivos geométricos y vegetales esquematizados. El tamaño de estos cuadrantes es de unos 30 x 30 cm, pero en la zona próxima a la entrada que da paso desde la habitación 2 hay rectángulos y recuadros de 34 x 33, 59 x 33 y 40 x 33 cm, respectivamente. El profuso repertorio decorativo interior de los mismos se distribuye como sigue: junto al muro sureste aparecen un cuadrado apuntado en blanco, rojo, ocre y negro, una flor de cuatro pétalos en aspa realizada con teselas de colores rojo y ocre, en cuyos espacios intermedios se intercalan pequeños triángulos, sobre los cuatro lados del recuadro, a continuación, un nudo de Salomón múltiple, de ocho bucles, en tonos verde, ocre y rojo, con triángulos equiláteros en las esquinas, después se documenta un flor geométrica en blanco, verde y ocre, trazada en un cuadrado lobulado rojo, con círculo central e idénticos triángulos equiláteros. En este punto presenta un

retranqueo, para adaptarse a una de las puertas de acceso, por el Sureste, que interrumpe la secuencia. Las grandes teselas rojas de enmarque del mosaico llegan aquí hasta el borde del campo central. En el lado por el que se ingresa a la antecámara se reanuda el programa ornamental con un cuadrado dentellado sobre la punta que contiene un pequeño motivo cruciforme y triángulos en los cuatro ángulos, luego, un rectángulo con un sogueado de dos cabos dentro, formado por cuatro bucles en ocre, verde y rojo, sobre fondo negro, más adelante se ve una pareja de peltas afrontadas que tocan con sus extremos los bordes del cuadrante, en rojo y ocre, con dos pétalos dobles triangulares entre ambas, le sucede un cuadrado dentellado apoyado sobre el vértice, del que falta el comodín interior, consistente en una pequeña cruz griega, por comparación con los otros. Se han perdido los dos motivos siguientes (afectados por las mencionadas labores agrícolas), junto al muro septentrional. Los restantes son, de nuevo, un cuadrado dentellado apuntado, con una crucecita en el centro, en tonos ocre, negro y rojo, una flor cuadrifolia en rojo y ocre ribeteada por teselas negras, con triángulos entre los pétalos, dos granadas unidas por un tallo alargado, en colores verde y rojo, un nudo de Salomón sencillo con un lazo rojo, blanco y negro. El siguiente recuadro está destruido, después se incluye un florón de cuatro pétalos lanceolados en ocre y verde, perfilada en blanco e inscrita en un cuadrado lobulado de color verde, configurando cuatro elementos contiguos de loto exvasado bífido con apéndice; finalmente, parece haber un motivo con semicircunferencias y una flor geométrica en ocre, rojo, blanco y negro, casi perdidos. El predominio de los trazos rectos de esvásticas y cuadrados es contrarrestado por las líneas curvas de muchos de los elementos complementarios enumerados (figs. 327-330).

El campo central de la alfombra está ceñido por un guilche policromo de trazado corrido de 14 a 15 cm de ancho, que ofrece una combinación de tonos ocre, rojo, verde y blanco sobre fondo negro. Este marco rectangular engloba en su interior una serie de círculos grandes y pequeños de sogas entrelazadas de dos cabos, con semicírculos en los laterales, que constituyen la pauta simétrica principal del dibujo. Los espacios vacíos generados por ellos están ocupados, en el ámbito central, por dos cuadrados curvilíneos. También

son curvos dos de los lados de los seis triángulos equiláteros adyacentes al rectángulo trenzado, mientras que la base adosada a éste es recta. Los círculos mayores encierran seis cuadrados: dos de ellos bordeados por un festón de línea quebrada y los otros cuatro dibujados por un cable de doble cuerda. En ellos se inscriben otros cuadrados. Los triángulos de los huecos se rellenan con teselas verdes, ocre o rojas, definidas por una línea almenada negra. En el cuadrado del sector sureste (86 x 85 cm), confeccionado con un sogueado sencillo, se incluye un rombo de cadeneta, dos de cuyos ángulos se superponen al marco del cuadrante, en tanto que los otros dos son cortados por éste. Alberga una flor cuatripétala de colores verde y rojo, perfilada en negro sobre fondo blanco. Entre los pétalos lanceolados hay intercalados triángulos de tonos blanco, negro y rojo. El recuadro del Suroeste (84 x 88 cm) está contorneado por un meandro de esvásticas en fracciones, de ángulos rectos en verde, ocre y rojo, con teselas negras en las esquinas para conferirle mayor sensación de profundidad. Delimita un esquema de pares de peltas yacentes y erguidas entrelazadas que dan lugar a una composición de aspas, de tonalidades ocre, verde y roja, rematadas por pequeños triángulos blancos en el área central, mientras las puntas son de colores ocre o rojo, sobre un fondo blanco. En cuanto al siguiente par de casetones, el oriental (90 x 85 cm), en sentido diagonal respecto al previamente descrito, presenta un diseño similar de rueda de peltas con apéndice de punta de flecha, pero algo más elaborado. El occidental (89 x 85 cm) está envuelto por un sogueado que incorpora al centro un cuadrado apuntado con un motivo de espartería de cinco cabos en tonos verde, rojo y ocre. Los triángulos que llenan los vértices son de colores verde, blanco y rojo. Un elemento decorativo idéntico se reproduce en el siguiente cuadrado, al Noreste, trazando una diagonal, aunque hay variaciones cromáticas en los triángulos laterales, donde se combinan las tonalidades ocre, verde y blanca. La última casilla, situada al Noroeste (88 x 84 cm), comprende un cuadrado en punta semejante al suroriental, pero en este caso se ha introducido una flor cruciforme sobre fondo blanco, en la que se utilizan los colores verde, ocre y rojo, con teselas blancas en el centro, mientras que las de los ángulos son ocre, verdes y rojas, formando triángulos

recargados con otros más pequeños. En el eje central de esta composición ortogonal se disponen dos cuadrados de lados curvos decorados en su interior con sendos motivos florales, cuatripétalos, de teselas verdes, negras y rojas, con un núcleo negro, ribeteados por un hilo de teselas blancas. Dichas flores están confinadas en un recuadro lobulado, con pequeñas hojas verdes exvasadas, en los intervalos. A su vez, esos elementos están acotados por un rombo almenado de lados curvos en negro sobre fondo blanco. Los temas complementarios son pequeños círculos y semicírculos, sobre fondo blanco, con flores geométricas en negro, rojo, verde, blanco y ocre, cuyo colorido va cambiando, dentro de un círculo de teselas negras. Algunos de estos semicírculos y círculos acogen otros círculos concéntricos, mientras que los semicírculos tangentes a la banda en lacería de cables que enmarca la alfombra ofrecen una alternancia de un círculo donde se encaja un triángulo con otros que ostentan una pelta. Únicamente en dos de estos semicírculos y en un círculo se integran una y dos peltas, respectivamente, con una estilización floral en los vanos intermedios. Aunque sólo se ha conservado en dos de las esquinas del lienzo, cabe suponer que en los otros dos triángulos de las escuadras había también una flor de la que se representa el cáliz tricolor, rojo, verde y ocre, con largos tallos de tonalidad verde.





Figs. 327-329. Detalles del panel principal del mosaico. Foto: Puig y Montanya (AGA).



Fig. 330. Detalle de la decoración del mosaico n.º 1. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Como expusimos al describir las características generales de este lote de mosaicos de Puente de la Olmilla, todos ellos están emparentados con

pavimentos musivos que jalonan los más diversos lugares del Imperio romano. El bien cuidado diseño estilístico del magnífico mosaico geométrico objeto de nuestra atención nos recuerda al de numerosos otros ejemplares. Sin ir más lejos, en el suelo del pasillo n.º 11 de esta misma *villa* (cuyos paralelos ofrecemos más adelante, *vid. infra*) se desarrolla una trama musiva en torno a estrellas de losanges tangentes por dos de sus puntas, parcialmente reproducidas (mediante su desglose, para adaptarse así al espacio disponible) en la alfombrilla complementaria de la habitación 1. Cuadrados sobre la punta acotados por cuatro rombos y triángulos se plasman en un ejemplar de Alcalá de Henares, que data de la segunda mitad del siglo V (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 197-200, fig. 12, lams. CVII-CVIII; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 31-32, fig. 14, n.º 10). D. Fernández-Galiano (1984b, 198) aduce que “este tipo de composición (...) no parece haber alcanzado gran popularidad en la musivaria romana”, si bien será a partir de finales del siglo IV cuando la propensión a esta tipología lineal alcance paulatinamente mayor difusión en el Occidente mediterráneo y enumera diversos mosaicos con rombos y cuadrados incluidos en el interior de otros.

La cadena de eslabones contiguos delimitativa de ese mismo paño es un elemento poco común (figs. 226 y 323-324). No la encontramos entre el repertorio de composiciones ofrecido por C. Balmelle *et alii* (2002, I, 127, lám. 77 d), donde lo más parecido a ésta, sin ser estrictamente idéntica, es una banda de espartería con bucles redondos, pudiéndose establecer tan sólo una ligera semejanza entre ambas.



Fig. 331. Mosaico de la habitación n.º 1 y detalle del umbral pavimentado con un damero.
Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

El lienzo mayor de este mosaico (fig. 331) presenta las mismas tendencias decorativas de seis pavimentos de Rielves (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 31-50), a cuyo círculo artístico parece pertenecer. Guarda cierta similitud en su configuración con un mosaico de Comuña (Cabriana, Álava) y también con un fragmento de otro ejemplar hallado en ese mismo yacimiento (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 17-18, lám. 43, fig. 9, n.º 9; fig. 10, n.º 10), constituidos ambos por una malla de círculos de dos tamaños, de guiloches, alternos con cuadrados de lados curvos y triángulos en las esquinas. Este tipo de ornamentación es una creación romana, a juicio de A. Ovadiah (1980, 154) y, dentro de nuestras fronteras, se inserta en una tradición iconográfica que en Itálica se remonta a la segunda mitad del siglo II d.C. (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 25-26, láms. 1-7, n.º 1). La vemos en un mosaico de Reims (STERN, 1957, 30 ss., lám. IX), de los siglos II-III, en las Termas de Diocleciano y en las proximidades de la Iglesia de Santa M^a de los Ángeles, en Roma (BLAKE, 1940, 99, lám. 19, 1), en Ravenna, en Grecia, en Tréveris (PARLASCA, 1959, 56, lám. 54), en *Thysdrus* (FOUCHER, 1960, lám. VI), en el mosaico DH 27-H de Antioquía (LEVI, 1947, I, 317, lám. CXXX a-b, d), etc.

M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (1975, 140-141, con las referencias bibliográficas correspondientes, a las que remitimos) nos ofrecen algunos paralelos, de los que dejamos constancia a continuación, y cuya relación, por nuestra parte, ampliaremos seguidamente. El modelo de esvásticas enlazadas que se extienden alrededor de cuadrados era ya conocido desde época republicana (siglo II a.C.) en Ostia, documentado en un mosaico igualmente rectangular. A lo largo del tiempo adquirió gran popularidad entre los clientes que demandaban esta clase de obras suntuarias, en toda la órbita del Imperio. En Hispania está atestiguado en Baños de Valdearados (Burgos), en la nave central de la Basílica de Elche, adscrito a la segunda mitad del siglo IV, un mosaico cuyas figuras geométricas nos recuerdan a las del pavimento de Puente de la Olmilla, así, conjuntos de peltas formando una circunferencia, con un motivo floral estilizado de relleno, no faltan en mosaicos norteafricanos y del valle del Ródano. Por su parte, las parejas de peltas yacentes y erguidas son muy frecuentes en mosaicos del Norte de África y del Occidente del Imperio. Muy extendido en la Península, se empleó en la *villa* de Quintanilla de la Cueva (Palencia), entre otros muchos lugares. El tema de la greca fraccionada, consistente en un esquemático sogueado de dos cabos ejecutado a base de líneas rectas, se puede contemplar demarcando todo tipo de figuras ornamentales en numerosos mosaicos norteafricanos, aunque menos en nuestro continente, pudiendo citarse, con todo, algunos paralelos hispanos, entre otros, el ciclo musivo de la *villa* de Santervás del Burgo (Soria) y también un pavimento de la Casa de Mitra (Cabra, Córdoba).

Podemos añadir varios ejemplos más a los enumerados por estos autores. Algunos de los mosaicos de Alcázar de San Juan, tanto de la primera serie descubierta (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 23-26, figs. 13-15, láms. 1-2, 6-8, n.º 13, 14 y 17), como de la segunda (*vid. supra* capítulos VI.2 y VII.2), ostentan rectángulos que contienen sogas, gemelos de los de la franja que circunda el campo principal de este pavimento de Puente de la Olmilla. La red dibujada mediante trenzado es idéntica a la que decora el tapiz subordinado del mosaico itálico del Nacimiento de Venus, de mediados del siglo III d.C. (MAÑAS, 2011, 74-76, figs. 152-153, n.º 72). Es uno de los más allegados al

sentido decorativo del nuestro, excepto en los motivos de relleno. En otro mosaico de Itálica, el de Ibarra, y en uno con peces de la Casa del Anfiteatro (Mérida), del siglo III (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 42, lám. 57, n.º 31), algunos de los elementos representados están confeccionados con trenzas como en éste. Su esquema estructural consistente en una malla de círculos entrelazados formados por sogueados, alternando con cuadrados (cfr. BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 28-29, fig. 19, remitimos a la bibliografía compilada por el autor relativa a este modelo), se asemeja al de un mosaico de Besançon, fechado en la primera mitad del siglo III (STERN, 1963, 50 ss., lám. XXI; BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 28). Por otra parte, la combinación de círculos de mayor y menor tamaño, entrelazados, responde a una concepción ornamental parecida, con variaciones en su disposición y en la guirnalda (de laurel, en vez de guilche como en el nuestro), en el mosaico de *Dulcitius*, en uno de la *villa* navarra de El Ramalete (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 63-69, fig. 10, lám. 39, n.º 44), en mosaicos paleocristianos del Odeón de Tesalónica, en un ejemplar de la Iglesia de Herbert Muqa, cuya cronología oscila entre el 378 y el 385 d.C., etc. En opinión de J.M. Blázquez (2008, 94), esa estética basada en el entrelazado se atestigua en “regiones fronterizas a Castilla-La Mancha”, como Soria, concretamente en las *villae* de Los Quintanares y de Santervás del Burgo, “que acusan influjos orientales. D. Fernández Galiano concluye (...) que, a partir del siglo III, se afincan artesanos orientales en Hispania, o gentes cuya formación artística estaba en contacto con las creaciones del Mediterráneo oriental. Este influjo oriental se acusa en los mosaicos geométricos de Castilla-La Mancha”. Cuando J.M. Blázquez (2008, 124-125) explica que varios de los mosaicos de esa región “ofrecen particularidades notables con respecto a los pavimentos del resto de Hispania y de otras provincias del Imperio”, menciona “la orla de dos barras paralelas enlazadas con líneas ondulantes” de Puente de la Olmilla, secundando a D. Fernández-Galiano (1984a, 427), a cuyo parecer, ese elemento delata una influencia oriental en los mosaicos (1 y 2) de esta *villa* de Albaladejo, “sin paralelos en mosaicos de Hispania ni del Occidente”, pero sí en ejemplares musivos de basílicas paleocristianas de Grecia, como Hermione, Éfeso, Kos y

Tebas.

El meandro fraccionado en porciones oblicuas biseladas que decora el filo de dos de los seis cuadrados interiores del mosaico estudiado (rodeando las composiciones de peltas) está emparentado, sin ir más lejos, con el del borde de los paneles centrales del pavimento de otra de las estancias de Puente de la Olmilla, el de la n.º 2, donde esa especie de trenza de dos cabos realizada con líneas rectas se utiliza para separar las tres zonas decorativas figuradas (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.3); también con el que decora mosaicos de las Casas del Mitreo (de finales del siglo II-principios del III) y del Anfiteatro (del siglo III), en Mérida (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 40-41, lám. 51 A, n.º 25; 42, láms. 56 B-58, 61-62, n.º 31, respectivamente), con el marco interior de los cuadrados y losanges adyacentes del mosaico n.º 1 de la calle Armañá de Lugo (TORRES CARRO, 2005, 482-483, fig. 5), el de la banda exterior del mosaico con imbricaciones de hojas de la *villa* de Los Quintanares, el de la cenefa perimetral del mosaico de octógonos secantes y el del rectángulo con guirnalda de laurel de ese mismo enclave soriano, asimismo, con el fragmento musivo con rectángulo y lanza (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 22-23, lám. 4, n.º 6; 24-25, lám. 6, n.º 9; 32-33, lám. 34, n.º 26 y 27) y el de la segunda de las orlas que flanquean el tapiz principal del mosaico III de Cuevas de Soria, de mediados del siglo IV (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 63-65, fig. 6, n.º 55), con el del *oecus* de la *villa* de Prado (Valladolid), de la segunda mitad del siglo IV, donde acota espacios trapezoidales que giran en torno a una rueda floral (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 57-60, fig. 10, láms. 23, 39, n.º 24), o con el de uno de los sectores occidentales del mosaico C de la habitación n.º 5 de Baños de Valdearados (Burgos), remontable a la primera mitad del siglo V (LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 18-19, fig. 4, n.º 3). Es un detalle ornamental frecuente en mosaicos norteafricanos, así, se documenta en algunos de Sousse (FOUCHER, 1960, láms. XXXIII, 140, 143; XXXIV, 148-149; XLV, 203), de Utica (ALEXANDER *et alii*, 1973, lám. 54, XXXII-XXXIII)... Está presente en el marco de algunos recuadros de un mosaico de Tréveris

(PARLASCA, 1959, 32, láms. 32,4 y 33,2-4) y en el mosaico dionisiaco de Colonia (PARLASCA, 1959, 77, láms. 74,1 y 75,2), entre otros referentes formales (al respecto de lo que algunos especialistas franceses denominan “grecque fractionée”, cfr. BALMELLE *et alii*, 2002, I, 74, lám. 32 e).

Algunos de los otros motivos geométricos utilizados en el ejemplar estudiado son comodines muy corrientes en la musivaria romana, con un desarrollo continuado a lo largo de varios siglos. Las peltas entrelazadas se generalizaron con extraordinario éxito por todo el Imperio, así, se encuentran en el mosaico cordobés del auriga vencedor, fechado en el siglo III (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 38-40, lám. 24, n.º 20), en otro de Itálica, con rectángulos que albergan trenzas (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 26-27, láms. 8-10, n.º 2), en la banda exterior de uno de El Requejo (Zamora), de las postrimerías del siglo IV o del V (BLÁZQUEZ, 1990, II, 359-368; REGUERAS, 1990, II, 637-696; 1991, 167, fig. 2); entre los germanos, en alguno de Tréveris (PARLASCA, 1959, 80, lám. 3,2; 38, lám. 6,3; 35, lám. 8,1; 105, 117, lám. 14B,1; 8, lám. 15,2; 9, lám. 29,6; 33, lám. 34,2; 58, lám. 57,3-4), de Fliessem, Maguncia, Tétung... (PARLASCA, 1959, 16, lám. 19,3; 92, lám. 92,2); en la Basílica de Hermione (Grecia), de la segunda mitad del siglo V (SPIRO, 1978, lám. 179), prueba evidente de su larga pervivencia, entre otros muchos ejemplos (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 29).

En cuanto a los motivos florales de la orla, volvemos a ver algunos de ellos en el mosaico del pasillo n.º 3 de esta misma *villa*, a cuyos paralelismos remitimos (BALMELLE *et alii*, 2002, I, 107, lám. 57, p. ej., se reproduce en este catálogo el florón contenido en uno de los cuadrados del festón perimetral, cfr. BALMELLE *et alii*, 2002, II, 73, lám. 273 a; a propósito del rosetón que rellena otro de esos recuadros, cfr. LANCHÁ, 1983, lám. CLIV, 5, n.º 257).

La banda decorada con meandro de esvásticas, alternando con cuadrados, fue muy popular entre los mosaístas romanos y gozó de una dilatada trayectoria, remontándose a época republicana en el mundo itálico, baste recordar varios pavimentos de Pompeya (BLAKE, 1940, 84 ss., láms. 20, 1-3; 21-22, 2). Tenemos otros términos de comparación, sin ir más lejos, en el mosaico del pasillo n.º 10 de Puente de la Olmilla (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.6),

también en la orla de un mosaico con bustos báquicos de Itálica, de la segunda mitad del siglo II o comienzos del III, que presenta grandes similitudes con la del nuestro (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 27-28, láms. 11 y 13, n.º 3), como sucede en uno de Los Quintanares, del siglo IV (ORTEGO, 1977, fig. 13) u otro de tipo geométrico de la *villa* de La Sevillana (Esparragosa de Lares, Badajoz), de idéntica cronología (AGUILAR, 1991, 277, fig. 10).

M. Torres (2005, 483) aduce que los marcos de cable o de grecas fraccionadas remarcando compartimentos responden a un gusto tardío, sirviéndonos ese dato de orientación a la hora de fechar el mosaico de Puente de la Olmilla.

En definitiva, la combinación de todos estos motivos decorativos tiene una interpretación cronológica bastante tardía, probablemente en un momento avanzado del siglo IV. Las fórmulas esquematizantes se incrementaron especialmente durante la cuarta centuria. Esta composición pertenece plenamente a la estilística de ese periodo, caracterizada, entre otros aspectos, por su complejidad y la elección de modelos muy sobrecargados, en los que se evitan las zonas sin decorar. Todo ello nos inclina a fecharla, concretamente, en la segunda mitad del siglo IV.

Al analizar este mosaico, M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (1975, 143) ya propusieron su datación en la segunda mitad de esa centuria, seguidos por J.-G. Gorges (1979, 247) y J.M. Blázquez, quien incorporó este ejemplar al *CMRE* (V, 1982c, 27-29, fig. 19, n.º 22 y 23).

Finalmente, es de subrayar que para documentar la base preparatoria sobre la que se asentaba este pavimento, tras su extracción se excavó una cata de 3 x 3 m en el centro de la estancia (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 23-24). El lecho de base consistía en un *nucleus* de 3 cm y un *rudus* de 6 cm, que se disponía sobre un piso de 10 cm de espesor. Como ya habíamos anticipado, en los estratos inferiores fueron recuperados algunos fragmentos cerámicos altoimperiales (a lo sumo, no superaban los comienzos del siglo II), que dan testimonio de una ocupación más antigua del lugar, pese a no haber sido descubiertas estructuras de esa fase constructiva al practicarse esa calicata, ateniéndonos a la escueta información proporcionada por los arqueólogos

(PUIG y MONTANYA, 1975, 140). El sondeo llevado a cabo en el subsuelo de la *villa* no sólo pretendía documentar el tipo de solera del mosaico y averiguar si se ajustaba a las prescripciones canónicas, sino que también iba encaminado a constatar arqueológicamente vestigios más antiguos y poder así establecer una estratigrafía cultural del yacimiento.

XIV.5.3.2. MOSAICO DEL ESPACIO INTERMEDIO ENTRE LAS HABITACIONES 1 y 2 (fig. 332)

Otro mosaico de menores dimensiones precede al anteriormente descrito (PUIG y MONTANYA, 1975, 138). Instalado en la línea del umbral de la puerta que pone en comunicación los habitáculos n.º 1 y 2, separa los pavimentos musivos de ambos. Es un estrecho panel rectangular de 2,37 m de largo x 0,78 m de ancho, formado por 16 filas de casetones rectos, y enmarcado externamente por un doble hilo de teselas negras, a su vez, orladas por una ancha banda de grandes teselas de ladrillo rojo. El centro de la alfombrilla está parcialmente dañado, presentando un arreglo antiguo con mortero de cal.



Fig. 332. Mosaico con decoración en damero *in situ*. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Se trata de un cuadriculado de filetes policromo, con casillas en oposición de cuatro colores, verde, negro, ocre y rojo, alternados con recuadros blancos. Dejan entrever cuadrados apuntados formados por líneas oblicuas monocromáticas. Tres cuadrados tangentes son resultantes de la intersección de hiladas de teselas negras, a las que suceden otros concéntricos, en los que se emplea un mismo tono, y están centrados por una tesela blanca rodeada por otras cuatro negras (fig. 333).



Fig. 333. En segundo término, el panel del damero. Proceso de restauración. Foto: MP de Ciudad Real.

La decoración en damero se repite a lo largo de toda la geografía musivaria romana, que nos ha suministrado numerosísimos paralelos. Plinio (*NH* XXXVI, 185) refiere que se utilizó por vez primera en el templo de Júpiter Capitolino, después de la tercera guerra púnica (sobre su origen, cfr. OVADIAH, 1980, 129-131, quien sugiere que pudo haber sido copiada de la cerámica pintada).

El tema del ajedrezado aparece, por citar algún ejemplo a modo ilustrativo, en Ostia, donde es bastante común (a propósito de tres mosaicos

datados en los siglos II, III y IV, respectivamente, cfr. BECATTI, 1961, 123, 129, lám. XXXV, n.º 224; 102, lám. XXXIV, n.º 187; 181, lám. LVII, n.º 334), en Pompeya, Reggio Emilia, Shatbi, Solunto, Delos, Franeolise, Gordion, Masada, Thmvis (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 52), en *Thysdrus* (FOUCHER, 1961, 29, lám. XXX), en Utica (ALEXANDER-ENNAÏFER, 1974, 6, lám. III), con una cronología del siglo III, en Tréveris, donde cubre todo el campo musivo (PARLASCA, 1959, 50-51, lám. 51,1), Cirencester (NEAL, 1981, 66) y en Iasos (BERTI, 1983, 236, fig. 4). Dentro de Hispania está bien representado en varios ejemplares emeritenses (como es el caso de uno conservado en la Alcazaba, otro procedente de la Casa del Mitreo, fechado en el siglo II, y tres de la Casa del Anfiteatro, del siglo III [BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 34, lám. 27 B, n.º 16; 40, láms. 45 B-48, n.º 22; 43, lám. 67 A, n.º 33; 43, lám. 68 B, n.º 36; 43, lám. 69, n.º 37], entre otros), se reproduce en la *villa* emeritense de El Hinojal (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 51, lám. 92 A, n.º 60), en la palentina de Quintanilla de la Cueva (GARCÍA GUINEA, 1982, 30, fig. 7, lám. 24), en Astorga, en las termas de la calle Santiago Crespo, del siglo III (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 17-18, fig. 2, lám. 22, n.º 1), en la *villa* de Vega del Ciego (Lena, Asturias), de inicios del siglo V, con una orla periférica que comprende una retícula (BLÁZQUEZ, 1987b, 53-62; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 51-53, láms. 17-19, n.º 32), en las *villae* de Cabra (Córdoba), de principios del siglo III (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 49-50, fig. 17, n.º 31 B, con paralelos), de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 35-37, lám. 35, n.º 30), Liédena (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 51-52, lám. 32, n.º 31), El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), del siglo IV (HIDALGO, 1991, 334-335), lo vemos, de nuevo, en el mosaico C de la habitación n.º 5 de la de Baños de Valdearados (Burgos), fechado en la primera mitad del siglo V (LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 18-19, fig. 4, n.º 3), etc. Estos testimonios, entre otros muchos posibles, demuestran que es un esquema sumamente habitual en los mosaicos hispanos, sobre todo en los bajoimperiales.

H. Lavagne (1979, 117) señala que este elemento decorativo, derivado del *opus sectile*, pervivió hasta época muy tardía, como acredita un pavimento de la Basílica de Santa Eufemia, en Grado (Italia), fechado en el último cuarto del siglo VI.

Entre las composiciones de superficie, C. Balmelle recoge diversos tipos de dameros (BALMELLE *et alii*, 2002, I, 43, lám. 14 b; 168, lám III; 172-173, lám. 114; 184, lám. 121 e).

El ajedrezado es típico de los espacios de transición de un recinto a otro en todo el mundo romano, como es el caso del mosaico objeto de nuestro estudio.

XIV.5.3.3. MOSAICO DE LA HABITACIÓN N.º 2 (fig. 334)

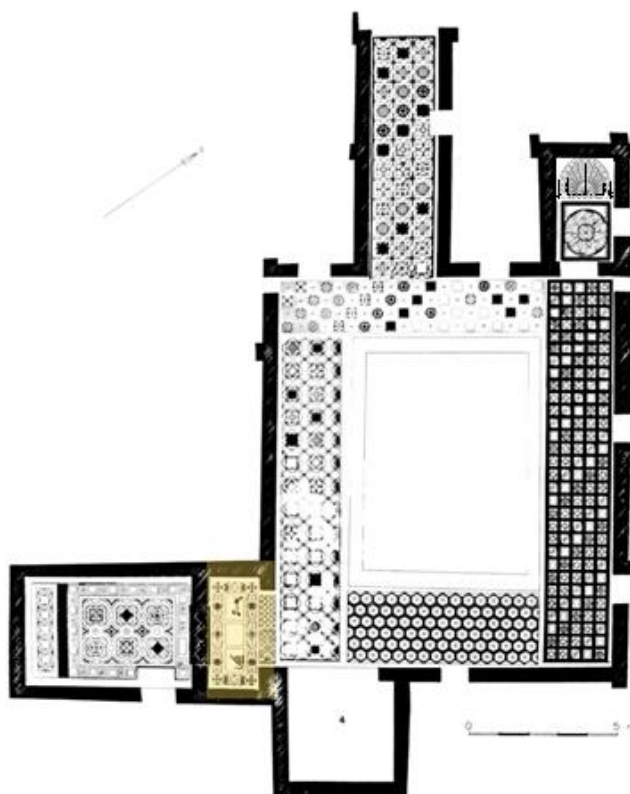


Fig. 334. Situación del mosaico de la habitación n.º 2.

Es conocido como el “mosaico de las panteras”, aunque en realidad los animales representados son leopardos, a juzgar por la piel con manchas moteadas de ambos felinos (fig. 335).

Apareció a unos 40 cm bajo el nivel de superficie. Cubría el suelo de un aposento de 2 x 4,70 m, un ámbito que precede y da paso a la dependencia n.º 1, a modo de antecámara. Asociado a la decoración pictórica parietal crearía un conjunto elegante y luminoso, proporcionando a ese espacio una notable distinción. Es el único mosaico figurativo conservado en Puente de la Olmilla, destacando especialmente por su gran calidad artística y su interés iconográfico. Se halla expuesto en el Museo Provincial de Ciudad Real y ha sido anteriormente estudiado (PUIG y MONTANYA, 1975, 138-139, 141-142, fig. 3; BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 29-30, fig. 20, láms. 14-15 y 45, n.º 24; 1984, 78, fig. 15; 1993, 329), pero vamos a detenernos de forma más exhaustiva en su análisis descriptivo (como hemos hecho con el n.º 1 y el de la zona del umbral) y a ocuparnos de otros aspectos que consideramos importantes para su valoración específica en el contexto de los mosaicos dionisiacos.

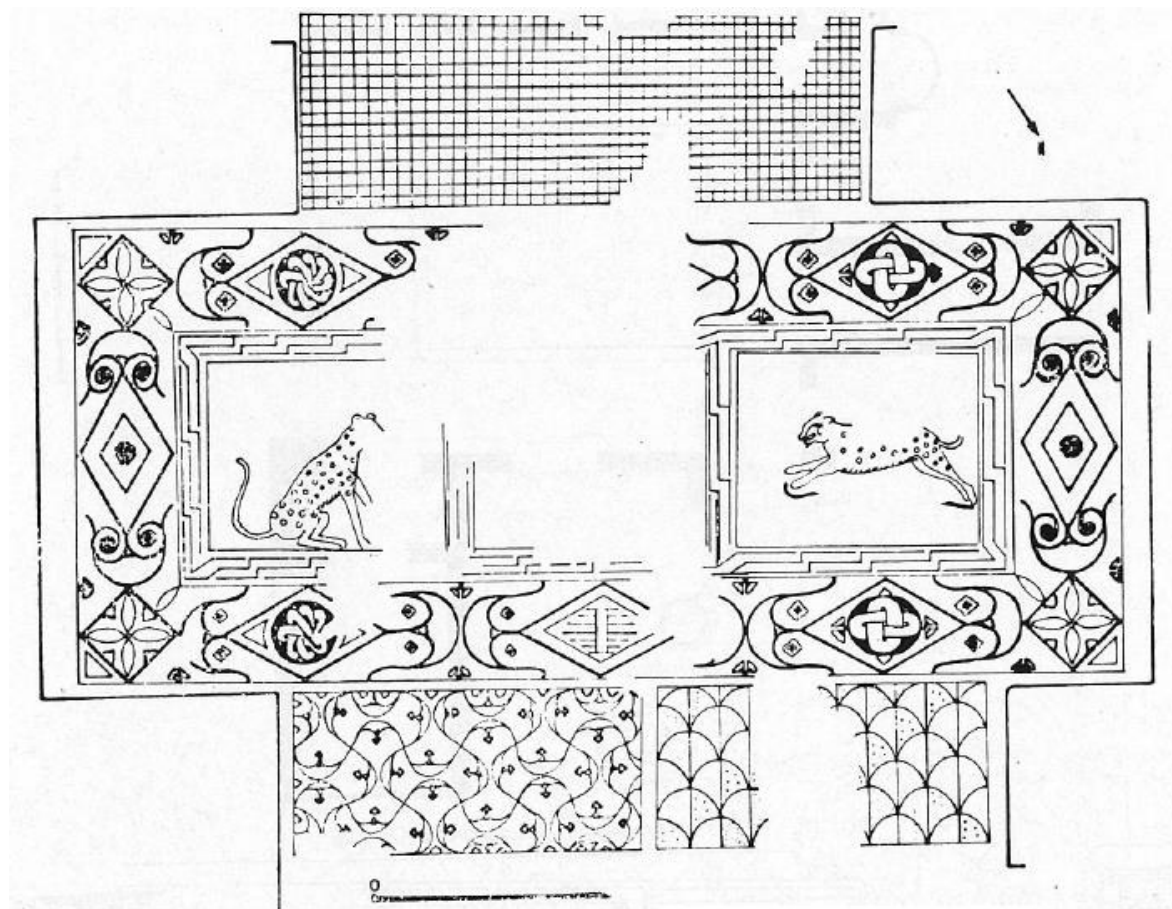


Fig. 335. Mosaico de la habitación n.º 2, según Puig y Montanya, 1975, 139, fig. 3.

Enlazaba con las paredes por medio de una banda de teselas rojas de cerámica cuyo tamaño oscila entre 1,5 y 2,5 cm de lado. El campo de la alfombra, acotado por un rectángulo inscrito en otro, está decorado con tres casetones rectangulares rodeados por una greca policroma formada por una serie de líneas quebradas en zig-zag, realizadas con teselas de aproximadamente 1,2 cm de lado, de colores verde, rojo y ocre, a su vez, delimitada por un elaborado festón exterior de 40 cm de ancho, cuya gama cromática reúne los tonos verde, rojo, negro, ocre, blanco y marrón castaño. Las cuatro esquinas de esta franja rectangular incluyen otros tantos cuadrados sobre la punta que comprenden una roseta cuatripétala en rojo y verde (con alternancia cromática rotativa), perfilados por dos hileras de teselas negras y enlazados con los cuatro vértices de la orla interior mediante una hoja lanceolada en verde, ocre o rojo. Intercalados entre los cuatro pétalos en aspa de este motivo floral, pequeños triángulos dentellados en blanco, rojo y negro se yuxtaponen interiormente a los lados del cuadrado (las dimensiones del situado a la derecha son 31 x 34 cm y las del cuadrado de la izquierda, 31 x 31,5 cm). Asimismo, para rellenar las escuadras de este rectángulo se ha introducido cuatro triángulos equiláteros en rojo, verde y ocre. Se combinan con siete grandes rombos (originariamente serían ocho, pero uno de ellos, el de arriba, se ha perdido, como buena parte del área central del lienzo), rematados por peltas en sendos extremos del eje mayor. Los rombos contienen temas distintos que se articulan de la siguiente manera (de derecha a izquierda): un nudo de Salomón simple en rojo y negro ribeteado por un hilo de teselas blancas y envuelto por círculos de teselas negras, complementado por dos pares de pequeños detalles accesorios consistentes en dos medias cruces de el menor Malta tricolores (rojo, blanco y negro) y dos triángulos, adosados a dicho círculo y encajados en los cuatro ángulos del romboide. A continuación, en medio (pese a haberse salvado sólo el correspondiente a la secuencia inferior, cabe deducir que se reproduciría en la superior, siguiendo la ordenación simétrica vigente en el dibujo), un rombo concéntrico que confina una especie de bastón rectangular de color ocre delineado por una fila de teselas negras (mide 16,5 cm de alto x 5 cm de ancho). De cada uno de sus

lados sobresalen siete apéndices rectos en verde y castaño, el central más largo (40 cm) y los demás decrecientes (19, 16 cm..., el de arriba es el menor, fig. 336).

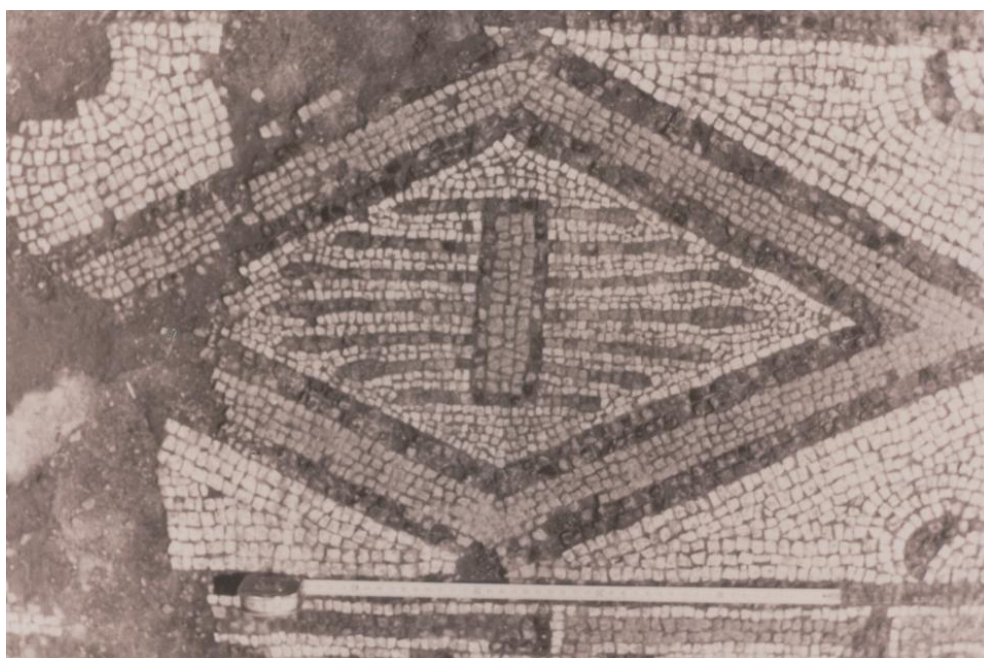


Fig. 336. Detalle de uno de los rombos de la orla. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Por último, un nudo múltiple, de ocho bucles en rojo y negro, contorneados por una hilada de teselas blancas, dentro de un círculo de teselas negras que está ceñido por dos triángulos de base curva (uno rojo y otro ocre). Esta secuencia se repite en el tramo superior de la cenefa, mientras que en ambos laterales de la misma se incorporan sendos rombos circunscritos, con una florecilla cruciforme en rojo y negro. Las dos peltas afrontadas entre las que están colocados estos dos últimos rombos (contiguos a las paredes) se subdividen en dos puntas (fig. 337), prolongándose unas mediante una línea curva hacia fuera (sus medidas son 42 cm de largo x 29,5 cm de ancho) y las otras se ondulan en dos volutas que se convierten en los tallos de flores geométricas (de 32/34 cm de largo), mientras que las de los restantes rombos miden unos 30/35 cm de alto y son de otro tipo: las puntas, de 44 cm de altura máxima, se alargan inclinándose hacia fuera, hasta tocar ambas líneas de la banda de demarcación, pero no están terminadas en

espirales, sino que los intervalos de la curvatura de los arcos están cargados con pequeños cuadrados dentellados policromos. Varios pétalos dobles (medias cruces de Malta formadas por dos pequeños triángulos dentellados tangentes) se unen mediante una tesela a los bordes de esta ancha orla perimetral.

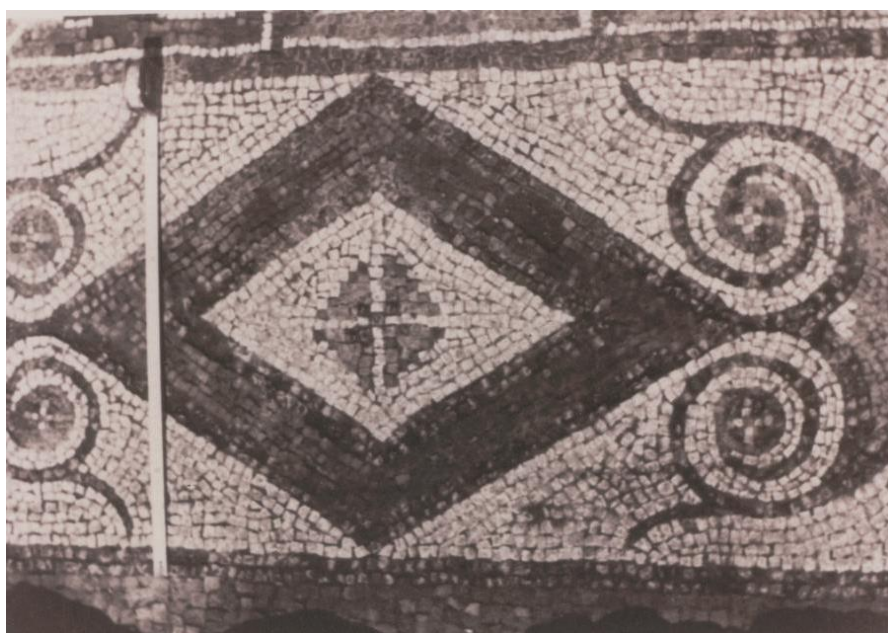


Fig. 337. Detalle de las peltas afrontadas y rombo con cruz de Malta.
Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Las peltas funcionan como elemento de conexión de las figuras geométricas, que están organizadas con una pauta simétrica. Se interpone una pelta entre el rombo y el cuadrado alternos de los extremos, asimismo, se dispone en los ejes longitudinales una pareja de peltas enfrentadas entre rombo y rombo, sobre los lados de éstos (fig. 338). Trazados con un doble filete de teselas negras, el rombo izquierdo mide 82 cm de largo x 42,5 cm de ancho, el de en medio, 85 cm de largo x unos 44 cm de ancho (hay una pequeña laguna que afecta al ángulo de la derecha) y, por último, el de la derecha, 69,5 cm de largo x 42 cm de ancho.



Fig. 338. Detalle de la orla de uno de los laterales menores. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Los motivos geométricos y vegetales descritos enmarcan una fragmentaria escena compartimentada, que muestra una unidad temática. Se conservan dos figuras zoomorfas, oponiéndose cara a cara: sobre fondo blanco destacan dos leopardos colocados de perfil en sendos paneles laterales, flanqueando el cuadro principal. Uno de ellos en reposo, mientras que el otro fue captado en actitud de correr o saltar. Están silueteados por dos hiladas de teselas negras, de aproximadamente un centímetro de lado (algunas miden entre 60 y 80 mm), que definen las marcadas líneas de contorno. Se colocaron las teselas blancas del fondo en filas más o menos regulares y, conforme se aproximan a dichas figuras, las ribetea entre tres y siete hileras. La mayoría de las teselas del campo central miden algo menos de 1 cm de lado e inclusive las hay de 0,5 / 0,6 cm. El medallón central de este conjunto fue destruido, por lo que no sabemos qué composición albergaba en su interior, pero, por analogía con otras relaciones narrativas afines, muy usuales en la musivaria romana, podría consistir en una crátera; otra posibilidad es la inserción de una escena de Baco apoyado en el tirso o en un sátiro, tal vez acompañado de otros personajes típicos de su séquito (silenos, ménades, sátiros...), e incluso quizás podría ostentar la imagen del propio dios, solo (p. ej., en forma de busto), sosteniendo una crátera o un *rython* en la mano u ofreciendo una libación, acaso vertiendo su contenido (FOUCHER, 1975, 57), o bien llevando otros atributos (como el mencionado tirso), en definitiva, con cualquiera de sus símbolos tradicionales. En un mosaico de Sétif (Argelia), Dionisos es coronado por la Victoria, situada a su lado (BLANCHARD-LEMÉE, 2005, 295, fig. 4 a; sobre los otros tipos iconográficos, cfr. DUNBABIN, 1971, 52-65; FOUCHER, 1975, 55-61; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS,

CMRE IX, 1989b, 23-24; LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, CMRE XII, 1998, 15-16, con paralelos). El tema se presta a múltiples variantes y, basándonos en paralelos bien contrastados, cabe suponer que alguna de ellas pudiera haberse desarrollado en el cuadro intermedio. Con todo, dado que las dimensiones de éste son 96 x 71 cm, no parece que haya espacio para una escena muy compleja. Posiblemente habría una gran crátera, de acuerdo con dicho argumento y con el hecho de que la iconografía más repetidamente utilizada es la de los felinos afrontados a una crátera.

Sin embargo, la rotura del pavimento en esa zona impide conocer más detalles de la secuencia decorativa, salvo que alrededor del campo central se desenvuelve la misma línea quebrada descrita *infra*, dotando de homogeneidad ornamental al filo exterior de estos tres paneles rectangulares interiores.

El recuadro del lado izquierdo mide 72 x 97,5 cm. Está orlado por una franja de unos 13-14 cm de grosor consistente en unos elementos geométricos mixtilíneos en rojo, verde y ocre, con teselas negras en los ángulos, mediante los que se consigue una simulación de relieve. Dicho festón de tacos encierra la representación de un felino sedente, en posición rampante, que apoya la parte anterior de su cuerpo sobre las patas delanteras rectas y separadas. Está parcialmente dañada la zona de la cabeza y también falta la mitad de la extremidad superior izquierda, a causa del crecimiento de algunas raíces, según explican sus excavadores (PUIG y MONTANYA, 1975, 139), al igual que le había sucedido a la otra figura, con el consecuente perjuicio por el desprendimiento y pérdida de teselas. En su confección se empleó una gama de seis colores (fig. 339).



Fig. 339. Detalle del felino sentado. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

El compartimento de la derecha, bordeado por idéntica greca fraccionada, tiene unas dimensiones de 69 x 94 cm. En este cuadro musivo se combinan siete tonalidades distintas (ocre, blanco, negro, verde, castaño, rojo y azul), con las que se obtiene una escena de gran belleza y dinamismo, logrando conferir al dibujo una sensación de profundidad al jugar con la paleta cromática, pues se suceden filas de teselas rojas, ocre, verdosas..., de entre 0,2 y 0,7 cm. Varias teselas vidriadas rojas componen la lengua y una tesela vidriada azul de 0,5 cm da forma al ojo. El artífice de esta obra musiva intenta suscitar una impresión de movimiento mediante unos trazos lineales de teselas de color marrón castaño bajo las patas del animal (uno de ellos se curva alrededor de su pata delantera izquierda, por lo tanto, no parece una indicación de sombra proyectada), que presenta la cuatro extremidades extendidas, con las dos posteriores juntas, para darse así impulso en el salto o carrera. Están sombreadas sendas extremidades derechas, convención utilizada para marcar distintos planos y crear de ese modo la referida ilusión de profundidad. Está deteriorado en la parte del lomo y la mitad de la extremidad delantera derecha,

de las que se han perdido algunas teselas por la razón antes expuesta (fig. 340). Se detecta otro fallo en la cola, levantada para ayudarle a mantener el equilibrio en su veloz movimiento.



Fig. 340. Detalle del felino en movimiento (se puede apreciar la existencia de raíces que han dañado el mosaico). Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

En los dos recuadros donde se inscriben los felinos predomina el fondo blanco, que contribuye a resaltar los brillantes tonos verde claro y oscuro, el azul y el rojo de las teselas de pasta vítrea con las que, respectivamente, se dibujó el ojo y la boca (al menos, en el leopardo de la derecha). Las manchas de la piel se consiguieron rodeando dos teselas de color marfil con seis o más teselas negras. El pelaje de ambos animales presenta claroscuros, siendo más claras las zonas del cuello y la parte inferior del cuerpo. Esos contrastes realzan el modelado de las figuras, que en absoluto son planas o acartonadas, por el contrario, fueron tratadas con un estilo naturalista y su elasticidad es igualmente notable. Los detalles anatómicos de ambas fieras están bien marcados. Es considerable la minuciosidad en el detalle, la destreza y el buen

arte del musivario (a propósito de los diferentes oficios de quienes intervenían en la elaboración de los mosaicos, la nomenclatura con que se les designaba, formas de producción y otros aspectos de su ejecución material, cfr. BRUNEAU, 1984, 241-272; BALIL, 1986, 235-253; BALMELLE y DARMON, 1986, 235-253; RAMALLO, 1990, 135-180; LANCHÁ, 1994, 119-136; MORENO, 1995, 113-143; DUNBABIN, 1999, 269-278; NEIRA, 2010, 483-498; REGUERAS, 2013, 78-81; VARGAS y LÓPEZ MONTEAGUDO, 2014, 125-141).

Destaca por su intensidad gráfica la confrontación visual entre la fiera en pleno salto o carrera, dinámica, y la otra, sentada, en actitud plácida (fig. 341).



Fig. 341. Mosaico de la habitación 2 *in situ*. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Como ya habíamos avanzado (*vid. supra* capítulo XIV.3, pp. 415-416), esta iconografía induce a pensar en un contenido dionisiaco, en cuyo caso entroncaría con el dios vinculado a la difusión de la agricultura y el vino, tan propios del mundo rural en la Antigüedad Tardía, aún más, siendo el cultivo de la vid -uno de los productos básicos de la tríada mediterránea- típico de la zona

en cuestión (DURÁN, 2010, 501-526; sobre las Cuatro Estaciones asociadas a motivos dionisiacos, GUARDIA, 1989, 53-76; acerca del culto a Dionisos, cfr. GARCÍA SANZ, 1990, 308-321; 1991-1992, 105-114; 1994, 327-332). Así, este último autor (GARCÍA SANZ, 1994, 329) enmarca en el contexto de la recolección de la vid el mosaico báquico de Sagunto (BALIL, 1979, 21).

Cabe plantear la posibilidad de que este mosaico de Albaladejo fuera un vehículo de expresión del espíritu pagano del propietario de la *villa*, que habría dejado también su huella en el registro material mediante una estatuilla de la diosa Minerva y una terracota con la imagen de una antepasada o una divinidad (*vid. infra* capítulo XVIII.1.2 y 2.4, pp. 922-929, 957-958, figs. 281, 493, 503-504), a través de los que parece quedar patente. Estos hallazgos refrendarían, a nuestro entender, la teoría interpretativa previamente enunciada. Habida cuenta de todo ello, probablemente no se eligió este tema por puro azar, sino por su simbolismo, para adornar el suelo de uno de los ambientes más señeros de la casa. Tal vez fue específicamente seleccionado para proclamar las creencias religiosas y filosóficas del *dominus*, en estrecha conexión con la ideología imperante entre un amplio segmento de los latifundistas tardorromanos (GORGES, 1979, 158-161), a la que hemos hecho referencia en páginas anteriores. Es más, no sólo entre los terratenientes hispanos. En algunos enclaves norteafricanos, miembros pertenecientes a un nuevo grupo social (*possessores*, *negotiatores*, etc.), que habían conseguido amasar importantes fortunas gracias a la producción y comercialización de vino, aceite, trigo u otras mercancías, se hicieron levantar espléndidas mansiones, ornamentadas con valiosos conjuntos musivos. Así, en *Thysdrus* y en otras ciudades que deben su prosperidad al comercio oleícola (como es el caso de Écija, la antigua colonia *Augusta Firma Astigi*), se percibe un predominio de los temas báquicos, dejando traslucir “la alegría de vivir” propia de una situación de bonanza (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2004, 316). Como pone de manifiesto esta investigadora, son asiduas las representaciones de Dionisos y de distintos integrantes de su cortejo habitual en los mosaicos encargados por esa élite: “puede decirse que en todas las casas de *Thysdrus* había una o más escenas de inspiración báquica” (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2004, 316). El

hecho de que esos temas báquicos estén frecuentemente acompañados de elementos marinos es interpretado por H. Slim (1995, 87-119) como una evidencia de la vinculación de Dionisos con el agua, de la que emana la vida, atribuyéndole un carácter alegórico. También este mosaico figurativo de Puente de la Olmilla podría tener alguna connotación de ese cariz para los dueños de la *villa* o bien éstos pretendían demostrar su identificación con los valores tradicionales romanos y su formación en la cultura clásica a quienes acogían en este espacio doméstico; no obstante, sólo podemos formularlo a modo de hipótesis, de lo contrario, simplemente habrían optado por este modelo entre un repertorio de diseños iconográficos muy populares en su época, impuesto, además, por la oferta del mercado, con una variedad disponible más o menos restringida.

K.M.D. Dunbabin (1978, 182-183) afirma que algunos mosaicos de tema dionisiaco tenían un sentido religioso (p. ej., los de El Djem, Sousse...). En cambio, A. Blanco, al referirse a los mosaicos de este género, sostiene que “nada autoriza la sospecha de que sus representaciones hayan tenido jamás un significado religioso trascendental, sino que más bien parecen todos ellos alegres adornos del triclinio o del baño” (BLANCO, 1952, 16). Sin embargo, los argumentos esgrimidos por K.M.D. Dunbabin y J.-G. Gorges parecen bastante convincentes, inclinándonos a relacionar estos mosaicos, al menos en algunos casos, con lo ultraterreno o con unos principios establecidos, una corriente de pensamiento en boga entre muchos de los *domini*. En cuanto al grado de implicación de éstos en la elección del programa decorativo de sus casas, L. Neira (2007, 276-286; 2008, 63-67; 2009, 27-34) reflexiona sobre la contextualización de los mosaicos figurativos (en especial los de temática mitológica, pero no exclusivamente éstos), que suelen pavimentar un número muy reducido de estancias e incluso a veces una sola⁴⁶, en cuyo caso se destina a una de las habitaciones principales, adquiriendo esa excepcionalidad decorativa “su máxima expresión”, dentro de un conjunto predominantemente geométrico. Esta autora asume que dicha elección de escenas mitológicas es “resultado de una decisión consciente y acorde, posiblemente representativa de las inquietudes” de algunos de ellos. También considera que debe

profundizarse en el contenido intrínseco de las imágenes musivas, más allá de su aspecto meramente ornamental, como simples ilustraciones de una realidad cultural, religiosa... O. García Sanz (1994, 328) hace constar que la finalidad de los mosaicos del ciclo dionisiaco es una cuestión muy debatida, contrastando su enfoque como “objetos utilitariamente decorativos”, regidos “por la moda” y circunscritos a “los modelos que un *dominus* podía ver a su alrededor”, con otro que les arroja una carga religiosa. O. García Sanz ve “graves inconvenientes” en esto último, al entender que los recintos pavimentados con esta clase de mosaicos “no son sagrados, ni aún dentro de una *domus*, sino atrios, *tablina*, *triclinia*, etc. Su carácter decorativo, frente a otras obras de carácter sacro, se muestra entre otras cosas en la vulgarización y simplificación de los elementos míticos que tan escrupulosamente se daban en las representaciones de las *villae* “místicas” en las que las figuras eran parte del ritual”.

Diversas escenas plasmadas en pavimentos de *Hadrumentum* reflejan el elevado nivel intelectual de algunos propietarios de suntuosas residencias, enriquecidos con la producción agrícola y ganadera, que después comercializaban (FOUCHER, 1964, 293; DUNBABIN, 1978, 242; SQUARCIAPINO, 1987, 193-200; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 264-265, láms. 7-8; 2012b, 683-686, fig. 11). En todos estos casos parece obvio que escogieron o sugirieron conscientemente la iconografía a desarrollar en las obras musivas que engalanaban sus *domus*. Especialistas como A. Balil (1986, 148-151) han revisado la supuesta existencia de bocetos previos, entre los que la clientela haría sus encargos según sus preferencias personales, o si podrían ser posteriores a la contratación de los mosaicos.

Como puntualiza J.M. Blázquez, quien ha estudiado prolijamente los mosaicos hispanos decorados con temas mitológicos, éstos “indican un buen conocimiento de la mitología en los *possessores*, que eran los que elegían los cartones con los temas que se iban a representar” (BLÁZQUEZ, 2008, 96; 1987c, 361-403; 1992, 386-444). Tras repasar los muy diversos temas mitológicos reproducidos en mosaicos hispanos, J.M. Blázquez y M.A. Mezquíriz (CMRE VII, 1985, 47, láms. 28-29, n.º 24), concluyen que “los latifundistas de Hispania (...) mantenían todavía un buen conocimiento de la

mitología clásica, no inferior al de otras regiones del Imperio Romano”.

J.C. Elorza (en BLÁZQUEZ *et alii*, 1982b, 723-724) observa que en Hispania, a partir del siglo IV, “especialmente en torno al llamado “círculo de los latifundistas”, el mosaico ornamental cambia en cuanto a temática y localización. Son frecuentes las escenas de cacería, las grandes composiciones mitológicas (...), las escenas de recolección, etc. El mosaico deja de ser fundamentalmente un hecho urbano para convertirse en el pavimento normal de las grandes villas rústicas, ocupadas por los *potentiores*”.

A su vez, D. Fernández-Galiano (1992, 26) señala que los mosaicos de carácter mitológico y religioso son los que predominan en la musivaria hispana, abundando especialmente “los de asunto dionisiaco”, de gran difusión dentro de nuestras fronteras. Sirvan de ejemplo, entre otros, el de la *villa* burgalesa de Baños de Valdearados (ARGENTE, 1975, 899-912; 1979, 46, láms II-IV; BLÁZQUEZ, 1982d, 407-423; 1986, 466-469; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984c, 107-108, fig. 6; GUARDIA, 1992, figs. 39-43; LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 13-16, fig. 2, láms. 1-3, 31-33, n.º 1; 1999, 40-45, figs. 3-5, 8 y 10), la Casa de Mitra, en Cabra, Córdoba (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 102, fig. 32; BLANCO, 1981b, 698, fig. 398), Alcalá de Henares (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1975, 929; 1984b, 148-186, fig. 10; láms. LXXXII- LXXXIII, LXXXV-LXXXVIII, LXXXIX, XCI-XCII; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 21-26, fig. 7, láms. 8-11, 33-37, n.º 2), la *villa* del Olivar del Centeno, en Cáceres (GARCÍA-HOZ, 1991, 387-402), Tarragona (BLANCO, 1952, 34-36, fig. 15; BALIL, 1965, 32, fig. 8; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984c, 109-110), Torre de Palma, en Monforte, Portugal (BLÁZQUEZ, 1980, 125-162; HELENO, 1962, 313; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984c, 97-121, figs. 3 y 5), Liédena (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 44-48, láms. 28-29, n.º 24), Valencia de Alcántara, Andelos (MEZQUÍRIZ, 1987, 59-61), El Ramalete (BALIL, 1965, fig. 8; GUARDIA, 1992, fig. 35), Itálica (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 40-41, láms. 44-45, n.º 19), Écija (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 13-19, láms. 1-2, 38-39), Alcolea de Córdoba (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 40-43, fig. 14, láms. 25-26, n.º 21), Cártama (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 43, 50), Ena, Zaragoza

(BLANCO, 1952, 17-24, fig. 4), etc. En el mosaico emeritense de *Anni Poni* o *Annius Ponius*, fechable hacia el 400 d.C. (GARCÍA Y BELLIDO, 1965, 201; BLANCO, 1952, 47-50; 1978b, 34, lám. 26 A), se aprecia una pérdida o descomposición de los modelos clásicos, percibido por R. Bianchi-Bandinelli (1971, 193) respecto a los mosaicos hispanos de finales del siglo IV (cfr. BALIL, 1965b, 281 ss.; BLÁZQUEZ y GONZÁLEZ NAVARRETE, 1972-74, 419 ss.; BLÁZQUEZ, 1986a, 464; 1987a, 25-37). Este último autor coincide con R. Bianchi-Bandinelli en su planteamiento: “Cada vez se pierden más, poco a poco, los modelos y las influencias clásicas, aunque se mantengan en Hispania los temas mitológicos” (BLÁZQUEZ, 1986a, 471). Al estar incompleto el pavimento de Puente de la Olmilla, es aventurado aplicarle este concepto del alejamiento paulatino de los cánones clásicos por parte de las producciones musivas peninsulares del Bajo Imperio, una época en la que precisamente éstas tuvieron su mayor auge.

Los profundos cambios políticos, socioeconómicos, religiosos y de toda índole acaecidos en esa época tuvieron también su repercusión en el arte, no sólo en el aspecto técnico, sino por propiciar la desaparición de ciertas temáticas, la reelaboración de otras, la introducción de algunas novedosas... (a propósito de la continuidad y las transformaciones graduales de las estructuras del Bajo Imperio romano, contamos con numerosos trabajos de conjunto, remitimos, pues, a la amplia bibliografía compilada por ALFÖLDY, 2012, 293-294, notas 654-655).



Fig. 342. Se puede apreciar que el cuadro central del mosaico ya estaba cubierto con argamasa cuando salió a la luz. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Otra cuestión nos ofrece nuevas perspectivas de análisis del mosaico que nos ocupa. La destrucción de su panel central se debió presumiblemente a daños producidos en la Antigüedad, pues la documentación gráfica (fig. 342) y una anotación manuscrita de los arqueólogos (*vid. infra* Anexo IV, 1974, 7) nos aportan una información esclarecedora (de la que no hacen mención en su posterior publicación): “el centro se ha perdido, quedando el fallo recubierto con *opus caementicium*” (a pesar de estar tachado, podemos leer lo siguiente: “fue reparado mediante una especie de cemento antiguo”). No creemos que ese dato pueda ser interpretado como un indicio de la penetración de los

iconoclastas hasta este territorio, aunque es sabido que algunas representaciones paganas de la musivaria hispana sufrieron en ocasiones acciones intencionadamente devastadoras, fenómeno ligado a la expansión progresiva del nuevo culto desde las entidades urbanas hasta el medio rural (a propósito de la destrucción de mosaicos a manos de los cristianos, particularmente de los báquicos, cfr. LÓPEZ MONTEAGUDO y BLÁZQUEZ, 1990, 353-365; sobre la introducción del cristianismo en las zonas rústicas de Hispania durante la época tardía, cfr. SOTOMAYOR, 1982, 639-670; LORING, 1986-1987, 195-204).

Un detalle significativo viene al caso: un tema repetitivo en el repertorio musivo de Puente de la Olmilla es el de las esvásticas, elemento que tiene connotaciones propiciatorias de buena suerte (CAMPBELL, 1994, 293-299, figs. 3-5, 10-11), recurriéndose a ellas en la orla del mosaico de la habitación n.º 2, además, en composición continua, ocupan todo el campo del pasillo n.º 10 y en la sección inferior del piso de la habitación n.º 15 se desarrolla un tratamiento distinto de dichas esvásticas; asimismo, el abundante empleo de los nudos de Salomón -símbolos apotropaicos- o el de las peltas, a las que los romanos atribuían un sentido profiláctico (GERMAIN, 1969, 117), para preservar la casa y a sus habitantes de influencias perniciosas, conjuntamente con las dos figuras (en arcilla y bronce) ya citadas, podrían ser un claro exponente de la pervivencia del paganismo en estas tierras del interior, de la que hablan implícitamente. A todo ello viene a sumarse que no son perceptibles signos evidentes de violencia deliberada en otros puntos de este yacimiento, como hemos venido reiterando en páginas anteriores (*vid. supra* capítulo XIV.3). Avala nuestro supuesto la tesis sustentada por J.M. Blázquez (1986, 470, 475, nota 18, con abundante bibliografía relativa a esta problemática), a cuyo criterio la mayoría de la sociedad hispanorromana de los siglos IV-V era aún pagana, de acuerdo con los postulados de M. Díaz y Díaz: “el cristianismo no hizo hasta el siglo VII un intento fuerte de cristianizar a la población, como lo indica la obra *De correptione rusticorum*, de Martin Dumense. J.N. Hillgarth es de la opinión de que en el Bajo Imperio el cristianismo había dado pocos avances y éstos se habían concentrado en la

Bética principalmente. Otra de las causas de esta pervivencia pagana está seguramente en que la sociedad hispana del Bajo Imperio era conservadora en sus gustos". Arguye J.M. Blázquez que el cristianismo tenía entonces poca fuerza en Hispania (sobre el cristianismo en el siglo IV, cfr. BLÁZQUEZ, 1982b, 415-447; VV.AA., 2002). "Al final del siglo IV hay una moda de temas paganos en el arte, que responde a un recrudescimiento del paganismo" (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 88), circunstancia reflejada en la notable representación del ciclo dionisiaco en la musivaria peninsular de esa época. M.A. Mezquíriz y M. Unzu (2005, 999) se hacen eco de estas mismas ideas: las capas altas de la sociedad residentes en el campo, como en general toda la población rural, "fueron las más tradicionales y apegadas a las prácticas religiosas paganas", por lo que su cristianización se produciría muy tardíamente (en cuanto a la cristianización de la aristocracia hispana, cfr. PALOL, 1977-78, 281-300; acerca de la demografía hispana paleocristiana, cfr. PALOL, 1967). Las ideologías dominantes se proyectaron "en el ámbito más amplio, flexible y permisivo de las *villae*". Muchas de ellas se convirtieron "en escenario para la proliferación de círculos de creyentes e iniciados en creencias filosóficas y religiosas que llevarían, en último término" y con el paso del tiempo, a su cristianización (BENDALA y ABAD, 2008, 30). J. Hurtado (2005, 367-371) recopila las fuentes disponibles sobre la cristianización de la vecina Carpetania y hace alusión a la escasez de documentación epigráfica y arqueológica para los primeros siglos del Imperio, ya que parece haber sido a partir del siglo III cuando la nueva religión empezó a cobrar una presencia importante, penetrando lentamente en la Península Ibérica, aunque al principio se difundió sobre todo en las sedes urbanas. Tras el cese de las persecuciones decretado por Constantino, será fundamentalmente en éstas donde se concentró el cristianismo durante la segunda mitad del siglo IV y en el V. La existencia en ellas de un cada vez mayor número de cristianos y del clero, cuyo poder iba en aumento, unida a otros factores, provocaron un éxodo al campo de las élites urbanas, que con frecuencia mantendrán allí vivas las *mores antiquae*. Por poner algún ejemplo, hacia mediados del siglo IV la *villa* de La Malena (Azuara, Zaragoza) parece haberse convertido en un centro de carácter religioso dedicado a los ritos místicos de

Samotracia (ROYO, 2001, 46-57) y la de Arellano en un lugar de culto a Cibeles y Attis, durante esa misma centuria (tenía un pequeño santuario doméstico, un *taurobolium* en el que se realizarían los rituales, donde las funciones sacerdotales serían ejercidas por algunos miembros de la comunidad familiar, cfr. MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 61, 63, 81, 90, fig. 8). F. Regueras (2013, 155) califica a esta villa navarra de paradigma de una clase de ámbitos en los que se celebraban reuniones paganas (anatematizadas en el I Concilio Caesaraugustano, del año 380). En su breve repaso de los espacios sagrados de las *villae*, este investigador selecciona algunos de los rastros materiales del cristianismo en las *villae* rústicas (en su pavimentación musiva, piezas cerámicas, etc.), que no son anteriores a mediados del siglo IV y están relacionados siempre con “grupos de escasa relevancia social” (artesanos, miembros de la servidumbre de la casa...). En efecto, a esa centuria pertenecen los primeros testimonios arqueológicos del cristianismo en suelo hispano, irradiando desde un contexto urbano al rural, “muy tímidamente (...) de la mano de las aristocracias urbanas”, dueñas de haciendas como las de “Prado y Fortunatus” (CHAVARRÍA, 2007, 143; sobre las iglesias y las *villae*, 143-152, 158). La presencia de templos monumentales asociados a algunas de éstas, en funcionamiento durante todo el siglo IV, ratifica que la pervivencia de los cultos paganos no sólo se debe “al carácter primitivo de las clases campesinas sino que, al menos en Hispania, el paganismo fue mantenido y potenciado por propietarios de las grandes villas, personajes que pertenecían a los más altos estratos de la sociedad” (CHAVARRÍA, 2007, 104).

Se colige de la cultura material de algunas quintas de mediados del siglo IV y del V la cristianización de sus *domini*, aunque abundan todavía los textos religiosos y legales que condenan la connivencia de muchos de ellos en la celebración de rituales paganos. De ello se desprende que el cristianismo no era aún la religión dominante en el siglo V. F. Regueras (2013, 135) se detiene en la cuestión de la trascendencia que se otorgaba a cualquier actividad en una sociedad tradicional como la romana, así, el *dominus* era el intermediario entre los campesinos que trabajaban sus tierras y las divinidades agrarias, renovándose anualmente el rito con la ofrenda de las primicias de la cosecha. “Una práctica que, en realidad, reforzaba la estructura jerárquica del dominio,

después cristianizada por el feudalismo”.

Conforme se fue afianzando la nueva doctrina, chocaría con el renacimiento de las prácticas mágicas y supersticiosas que se produjo en el siglo IV. Será a partir del reinado de Teodosio cuando se prohíban y persigan dichas prácticas, al igual que los cultos paganos, con los que estaban muy vinculadas (SALINAS, 1990, 240). El interés por la magia en los ambientes paganos había progresado especialmente desde el siglo III, como se puede apreciar tanto en la literatura como en la filosofía de la época (TORIJANO, 2000, 544; HURTADO, 2005, 370-371). Se intentó contrarrestar todo ello mediante diversas disposiciones imperiales, que culminaron con el reconocimiento del cristianismo como religión oficial del Estado romano (a propósito de los cristianos en la sociedad tardorromana, cfr. ALFÖLDY, 2012, 294-295, nota 656, con bibliografía específica).

Al indagar sobre las personificaciones alegóricas en mosaicos del Oriente y de Hispania, G. López Monteagudo (1997a, 349-350) dice que algunos de ellos parecen ser “un manifiesto filosófico de afirmación de los valores helénicos y de rechazo implícito del cristianismo”; se podría hablar, así, de una “exégesis alegórica o simbólica de las imágenes, un ‘enigma’ iconográfico codificado”, cuya lectura abordaría el espectador en función de su nivel cultural. No olvidemos, al hilo de este enunciado, el alegato de Amiano Marcelino (28,4,14) en contra de algunos contemporáneos suyos, miembros de la élite, a los que calificaba de incultos e ignorantes.

Recientemente, F. Regueras (2013, 90, 94) nos ha brindado su percepción de “los mosaicos del Duero” con escenas mitológicas, que en su mayoría están bien conservados, exceptuando deterioros provocados por las labores agrícolas, pues “no suelen ser resultado de una voluntad destructora de los inquilinos (...). Son daños aleatorios (derrumbes) (...), en ningún caso resultado de la saña iconoclasta contra ‘ídolos’ gentiles”. Para este autor, esas escenas formaban parte de una misma cultura de las élites, fueran cristianas o paganas, y “la nueva religión dominante no tuvo el carácter excluyente que luego se arrogó. (...) paganos y cristianos compartían una común ideología visual, que podía prestarse a distintos significados”.

En contraposición a este enfoque, debemos tener presente una nueva contribución de J.M. Blázquez (2008, 108-111), donde examina algunos mosaicos hispanos con temas paganos. En palabras de este autor, entre los que “se picaron por los cristianos” estarían éste de Albaladejo, algunos albaceteños, de Tarazona de la Mancha, Hellín o Balazote: “Castilla-La Mancha ha dado algún mosaico de tema mitológico, en parte perdido, pues se ha picado, probablemente de manera intencionada, el recuadro central. Quedan dos panteras corriendo hacia el centro, donde se encontraba Dionisos. El mosaico se halló en la villa romana de Puente de La Olmilla (Albaladejo, Ciudad Real), fechado en la segunda mitad del s. IV. En el Bajo Imperio, las composiciones báquicas decoraban frecuentemente los mosaicos. Baste recordar, por mencionar pavimentos próximos a Castilla-La Mancha, los ejemplares de Alcalá de Henares, Dionisos entre Ménade y Sátiro; Carabanchel, Dionisos conduciendo una pantera; de Augusta Emerita, con Dionisos y Ariadna (...); de Fuente Álamo, con Dionisos y los indios. En Noheda, Cuenca (...) Se representa un cortejo dionisiaco, con Dionisos coronado por una Victoria alada (...). Probablemente, el propietario era devoto de Dionisos”. También declara J.M. Blázquez que, aunque la *villa* de Carranque (Toledo) era propiedad de un cristiano (como atestiguaría el cercano edificio de planta basilical), éste la hizo decorar con pavimentos musivos de temática predominantemente pagana. Igualmente, como advierte D. Fernández-Galiano (1987, 73-86, láms. XXXIV-XXXV), en el mosaico del calendario de Fraga (Huesca), fechado hacia el 400, los meses están asociados a fiestas religiosas y divinidades paganas (Baco, Diana...), evocando el ambiente rural propio de su época, no obstante, la presencia de un crismón sobre uno de los mosaicos acredita que la *villa* pertenecía a un cristiano (SCHLUNK y HAUSCHILD, 1978, 137, lám. 28 a; NEIRA, 2008, 57-58, fig. 3). La explicación de este aparente contrasentido se encuentra en la adscripción de esos ejemplares a diferentes etapas de uso del edificio, de lo que se derivaría la conversión de su dueño. Hacia la mitad del siglo IV se hizo una remodelación y fue entonces cuando se insertaron pavimentaciones musivas acordes con las nuevas creencias.

Una inscripción de San Salvador in Corte (Roma) tiene al final de cada

línea motivos tales como las esvásticas, que suelen invocar buena fortuna y protección, por lo que a S. Campbell (1994, 296, fig. 5) le parece improbable poder atribuirle un significado cristiano. En una visión de conjunto de los temas mitológicos en los mosaicos hispanos (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, 1986, 101-161), este grupo de investigadores incide en que muchos de ellos “dan la impresión de estar dañados a propósito, posiblemente por los cristianos”, pero eso habría sucedido a partir del siglo VI o, como pronto, de finales del siglo V, ya que la propagación del cristianismo en la Península no sería muy temprana. Según comentan, “Es probable que estos deterioros en los mosaicos sean recientes, pues villas con muchos cristianos, como Fraga o Torre de Palma no ofrecen daños. Seguramente en el siglo IV prevalecieron entre los latifundistas cristianos unos criterios amplios, en lo referente al arte, como los expresados por Prudencio en su *Contra Simmaco* I, 502-505” (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, 1986, 133, con bibliografía relativa a estas cuestiones; cfr. también ALFÖLDY, 2012, 293, 295, nota 656, 313-314, 394-395, 407-408). De ello podría deducirse que los cristianos no siempre rompían radicalmente con la religión pagana o que, en ocasiones, su adhesión fue meramente “oficial”. L. Neira (2007, 277-286; 2008, 62-77; 2009, 44-48) valora los abundantes hallazgos de mosaicos mitológicos como una probable manifestación del mantenimiento de las antiguas tradiciones del mundo clásico, que habrían pervivido entre muchos de los miembros de ese privilegiado estamento, conscientes de los cambios provocados por la nueva doctrina en el orden instituido y preocupados por su alteración, al intuir “un cierto ataque” hacia el mismo. A su juicio, son escasos los ejemplos de meros motivos de repertorio, carentes de algún significado religioso o conceptual para los *domini*, contrariamente a lo que propugnan otras teorías, basadas prioritariamente en fuentes literarias, más en la línea de dar cuenta del gran avance de la difusión del cristianismo en nuestra Península, pareciendo minimizar la importancia del alto porcentaje de temas mitológicos y símbolos paganos incluidos en mosaicos figurativos bajoimperiales, conстриñéndolos a lo puramente ornamental, sin más. Como sospecha esta autora, el ascenso gradual del cristianismo pudo desencadenar la reacción de

algunos de esos comanditarios, firmes defensores de los principios establecidos, quienes estarían demostrando su fidelidad hacia éstos mediante esas representaciones musivarias, mientras que, por otro lado, de ciertos detalles de la decoración musiva de sus residencias se infiere la conversión de algunos otros, como el de Carranque y el de Fraga (*Fortunatus*), si bien esto lleva a dicha investigadora a abordar un último asunto: en el caso de haber heredado sus haciendas, algunos de los *domini* conversos, como los acabados de citar, posiblemente habrían resuelto renovar parcialmente el programa ornamental originario de sus viviendas (adaptándolo, rehuyendo la figuración humana en él..., cfr. FERNÁNDEZ CASTRO, 1982; CHAVARRÍA, 2006, 25-26), y otros, quizás, optaron por conservarlo.

Al hilo de estas últimas consideraciones, retornando a una hipotética destrucción intencionada del emblema musivo central de la habitación n.º 2, ciertamente ésta no se aviene bien con ese contexto de aparente abandono pacífico del lugar, suscitándonos una duda que deja en el aire lo expuesto hasta aquí, pero tampoco podemos descartar que hubiera sido “picado” (usando la terminología de J.M. Blázquez, *vid. supra*) por voluntad del *dominus* en la fase final de uso de la *villa* de Puente de la Olmilla, pese a no haber constancia arqueológica o cualquier otro tipo de prueba inequívoca de una posible cristianización de su propietario, ¿o podría ser precisamente ese “cemento antiguo” con el que se cubrió el cuadro “perdido” susceptible de ser interpretado en ese sentido, esto es, materializaría explícitamente su transformación religiosa o la de un nuevo dueño de la *villa*?, en cuyo caso, si había en medio una representación de Dionisos (ya fuere solo o con otros personajes de su cortejo), en vez de decidir repavimentar toda la habitación, habría solventado el problema de forma menos costosa, rompiendo esa zona del mosaico y cubriéndola con argamasa, aunque no es la única afectada, pues la rotura se extiende por el tramo contiguo de la orla de enmarque. De ser así, huelga decir que tanto si este mosaico dionisiaco tuvo realmente en el pasado alguna implicación simbólica para quien promovió su realización, como si no, esa iconografía estaría en desacuerdo con su supuesta nueva fe. Por otra parte, bien pudo ocurrir, sencillamente, que se hubiera deteriorado con los años

esa porción central del pavimento, por donde sería más frecuente el tránsito hacia la habitación 1, haciendo necesaria una reparación, como se hizo en otros puntos del área solada con mosaicos geométricos, rellenos igualmente con mortero de cal. Esta última explicación sería más coherente con la presencia de la estatuilla de Minerva, la terracota y el posible larario, los signos supersticiosos aplicados a la decoración musiva, para protegerse ante el infortunio, etc.

J.M. Blázquez (*CMRE* V, 1982c, 30, láms. 14-15 y 45, fig. 20; 1984, 78, fig. 15) secunda la idea de los excavadores de este mosaico respecto a que estaría presidido por una composición báquica (a su parecer, una crátera o Dionisos apoyado en un sátiro) y añade algunos paralelos a la lista aportada por dichos arqueólogos, que, por nuestra parte, completamos con varios más, permitiéndonos todos ellos seguir el amplio recorrido geográfico de este tema. Felinos afrontados, flanqueando una crátera, se reproducen en un buen número de mosaicos, como uno de Saint-Paul-Trois-Châteaux (LAVAGNE, 1979, lám. LXII, n.º 118), otro de Cerdeña (ANGIOLILLO, 1981, lám. XLII, n.º 65), el de la Catedral de Apolonia, del siglo VI (FARIOLI, 1975, 212, fig. 110), dos de Halicarnaso (HINKS, 1933, fig. 155, n.º 540) y uno de Sheikh Zouède (Sinaí, Egipto), muy tardío (fechado entre mediados del siglo IV y mediados del V), donde se representa un felino con las patas delanteras apoyadas en una crátera (CARANDINI, 1962, lám. C,1; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 46; OVADIAH, 1991, 181-191; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 46-47, fig. 6). Las panteras corriendo hacia una crátera en un mosaico británico de Rudston también son parangonables con la iconografía del de Puente de la Olmilla (TOYNBEE, 1964, 287). En un ejemplar de Constantina (*Cirta*) aparece un leopardo bebiendo de otra (DUNBABIN, 1978, 178, 255, lám. LXVIII, 174). En otro de Cherchel (Argelia), con una cronología de fines del siglo III o incluso algo posterior, uno de los dos tigres que arrastran la carroza del dios bebe en una crátera (FOUCHER, 1975, 60, lám. XXII, 2). En un pavimento de *Hadrumetum*, de época severiana, puede verse en primer plano un leopardo bebiendo de un vaso, delante del carro de Dionisos tirado por varios felinos (FOUCHER, 1975, 58-59, lám. XXI, 1; 1964, 216, nota 805). Se le ha atribuido un carácter igualmente dionisiaco a una pantera plasmada en actitud de

caminar en un mosaico de Sousse, del siglo II, procedente de la Casa de *Sorothus* y conservado en el Museo de la Marina de París (FOUCHER, 1960, 53, lám. XXVI a; *Inv. Sousse* 57.110, lám. XXVI), que G. López Monteagudo (2002, 262, lám. 12) identifica como “emblema de una de las facciones de *venatores* del anfiteatro”. En un pavimento de la Casa de la Procesión dionisiaca de El Djem, un leopardo avanza al final del cortejo (DUNBABIN, 1978, 175-176, 260, lám. LXIX, 175), similar a los que aparecen en sendos extremos de un mosaico de temática dionisiaca de *Thysdrus*, de las postrimerías del siglo III (FOUCHER, 1975, 59, lám. XXI, 2), cada uno de ellos encaminándose hacia una crátera, aunque en el conservado en El Bardo están contrapuestos en los laterales (con el carro tirado por dos tigres, en el plano inferior central, y un león en el superior), a diferencia de los de Puente de la Olmilla, situados uno frente al otro. En otro pavimento descubierto en *Hadrumetum*, de finales del siglo II, Dionisos cabalga sobre una pantera (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 265); del mismo modo (montado sobre un león, un tigre, una pantera...) es representado en varios mosaicos de El Djem (DUNBABIN, 1978, 175-176, 260-261, lám. LXIX, 175-177) y en otro de la habitación E de la Casa de las Máscaras, en Delos (130-188 d.C.), donde Dionisos está sentado sobre un leopardo con una de las patas delanteras levantada (BRUNEAU, 1972, 240-260, figs. 182-183; DUNBABIN, 1999, 37, fig. 38). Son notorias las afinidades que presenta un leopardo que salta o corre, con Dionisos a su espalda, en un pavimento de la Casa I,1 de Pella, fechado en el siglo IV (DUNBABIN, 1999, 10, 12, fig. 10). En un mosaico de Saint-Romain-en Gal, Dionisos es el eje central de una escena en la que varias panteras se dirigen hacia él (incluidas en dos cuadros laterales, como en el mosaico de Albaladejo), composición a la que quizás se asemejaría la de éste. Además, podemos citar un mosaico de Esparta, donde también se puede contemplar panteras afrontadas, otro de San Antioco (Sulci, Italia), datado en el siglo II, en el que éstas saltan sobre una crátera (BLÁZQUEZ, 1984, 78), varios ejemplares ostienses, como el de las Termas de Cisiari, el del *Horrea Epagathiana et Epaphroditiana*, con felinos en actitud de saltar o caminar, y en un pavimento de la Schola del Traiano, un leopardo con las patas delanteras

extendidas está iniciando el salto o carrera (BECATTI, 1961, láms. XC, n.º 62; XCI-XCII, n.º 18; XCVI, n.º 379). Un mosaico dionisiaco de Colonia exhibe la figura de un leopardo (que aparenta ir caminando), enmarcado por un cuadrado (PARLASCA, 1959, 77, lám. 74,1), a la manera de los de Puente de la Olmilla. Otro aparece en un ejemplar de Tréveris (PARLASCA, 1959, 42, lám. 47,2).

En suelo hispano, uno de los paralelos geográfica y estilísticamente más cercanos se encuentra en el referido mosaico de Baco de Alcalá de Henares, de finales del siglo IV o principios del V, con dos leopardos saltando sobre una cratera colocada entre ambos, que tienen una apariencia muy afín al del panel derecho del mosaico estudiado (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1975, 221; 1984b, 148-186, fig. 10, láms. LXXXII-LXXXIII, LXXXV-LXXXVIII, XCI-XCII; BLÁZQUEZ, 1984, 78, fig. 7; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 21-26, fig. 7, láms. 11 y 36, n.º 2). Cabe mencionar algunos otros, cuyas concomitancias son evidentes, como el de la calle Mazona de Mérida, cronológicamente adscrito a la segunda mitad del siglo IV (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 45, lám. 79 A, n.º 43; GUARDIA, 1992, fig. 93; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 53-54, figs. 15-16). En este mosaico dionisiaco emeritense se plasma la carrera o salto de un felino, cuya iconografía ofrece un parentesco notable con la del leopardo que contiene el recuadro derecho del mosaico objeto de nuestra atención, variando, entre otros detalles, en que aquél se dirige hacia una cratera en sentido contrario al de Puente de la Olmilla. En el de *Annius Ponius*, datado en torno al año 400, un leopardo vuelve la cabeza para beber el líquido derramado del jarro que Baco lleva en una de sus manos (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 34, láms. 26 y 27 A, n.º 15). En uno de la Casa de Hylas, en Itálica (GARCÍA Y BELLIDO, 1960), y en otro de Quintanilla de la Cueva (GARCÍA GUINEA, 1977, 187-191) se repite el tema de los felinos afrontados a una cratera. En dos medallones de un fragmento musivo de la colección de la Casa de la Condesa de Lebrija en Sevilla, remontable al siglo II d.C., Baco está acompañado de una pantera (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 39, lám. 41,2, n.º 17 B). Otra pantera y un tigre báquico que posa su pata en una cratera, aparecen en el mosaico de Ganímedes, de esa misma colección, fechado hacia el 150 d.C. (BLANCO,

CMRE II, 1978a, 28-29, lám. 14, n.º 4). El mosaico con bustos báquicos de Itálica está decorado con diferentes felinos (BLANCO, CMRE II, 1978a, 27-28, láms. 11-13, n.º 3). Dionisos niño monta una pantera en un mosaico de Sagunto (BALIL, 1979, 21; GARCÍA SANZ, 1994, 329), al igual que en otro italicense de principios del siglo III d.C., conservado en la colección de la Casa de la Condesa de Lebrija (BLANCO, CMRE II, 1978a, 39, lám. 42, n.º 18). A. Blanco (CMRE II, 1978a, 39) refiere que los componentes del ciclo báquico presentan “sensibles diferencias” a la vez que “rasgos comunes”. Al coincidir algunos de ellos “en la posesión de un tigre o pantera como cabalgadura se ha generalizado el nombre de *Tigerreiter*, “jinete del tigre”, con que Leonhard designó (...)”. En el mosaico de Orfeo, de Zaragoza, un leopardo está acompañado de un león, un tigre... (GUARDIA, 1992, fig. 23; cfr. también BLANCO, 1952, 36). En una pieza procedente de la estación de ferrocarril de Mérida tenemos otro modelo de leopardo (GUARDIA, 1992, fig. 95). En Écija hay dos mosaicos de temática báquica -Dionisos en el carro-, que incluyen en la orla el tema de los felinos: felino y ave a ambos lados de una crátera, en un caso (ROMO, 2003; GARCÍA-DILS, 2004), dos felinos afrontados, en el otro (LÓPEZ MONTEAGUDO *et alii*, 1999, 516, lám. CLXXII-1).

Al margen de estas creaciones suntuarias que son los mosaicos, hallamos el tema del felino bebiendo de un *kantharos* en sarcófagos de contenido dionisiaco, como uno del Museo Chiaramonti, Vaticano, y en otro de Hever Castle, entre muchos otros (TURCAN, 1966, 441-472; SAN NICOLÁS, 1994, 405-420, con una completa bibliografía). De manera similar, un freno de caballo descubierto en *Conimbriga* está decorado con una crátera entre panteras rampantes (BLÁZQUEZ, 1984, 78 nota 52). Las representaciones de felinos asociados a temas dionisiacos en las más diversas manifestaciones artísticas del mundo romano son, por tanto, muy abundantes, pero particularmente en la musivaria (respecto a la del Norte de África, cfr. DUNBABIN, 1971, 52-65; 1978, 173-187).

Así pues, el formato de este mosaico, con la contraposición de dos felinos, no es novedoso; existe, además, una serie iconográfica muy variada dentro del ciclo báquico, pudiendo encontrarse a veces en ella analogías con

las figuras del mosaico estudiado. Diversidad de felinos tiran del carro triunfal del dios en numerosos pavimentos musivos (sobre este tipo de escena, cfr. FOUCHER, 1975, 58; DUNBABIN, 1978, 181-182), tales como dos lienzos de *Thysdrus*, en uno de ellos, de finales del siglo III, expuesto en el Museo del Bardo, dos tigres son conducidos por Pan y están rodeados por otros felinos, entre ellos, sendos leopardos situados en ambos laterales, mientras que Baco es coronado por una Victoria, llenando unos pámpanos casi todo el campo musivo; en el otro mosaico, descubierto en la Casa de *Tertulla*, sólo se ve la cabeza de uno de los tigres del atalaje (FOUCHER, 1975, 59, lám. XXI, 2; XXII, 1). Del mismo modo, el de la Casa de la Caza, en El Djem, cuenta con un par de tigres (DUNBABIN, 1978, lám. LXXI, 181) y en un pavimento de la Casa del Arsenal, en Sousse, cuatro tigres, en segundo plano, arrastran una cuadriga precedida por Dionisos niño cabalgando sobre un león, en la parte inferior, seguido por un leopardo que bebe de un gran recipiente (FOUCHER, 1975, 58-59 nota 18, lám. XXI, 1; DUNBABIN, 1978, 181-182, 269, lám. LXXI, 182; una selección de bibliografía en FOUCHER, 1960, *Inv. Sousse* 57099, lám. XXIII; sobre su cronología, cfr. FOUCHER, 1964, 216, nota 805). Este mosaico de *Hadrumetum*, a cuyo alrededor hay una banda de sarmientos, *erotes* vendimiando y pájaros, es de tiempos de los Severos. En un mosaico de Cherchel, que no parece anterior a finales del siglo III, dos tigres componen el yugo de una biga y uno de ellos bebe de una crátera (FOUCHER, 1975, 60, lám. XXII, 2). En el mosaico dionisiaco de Sétif (Argelia), un león abre la marcha del cortejo, seguido por otros miembros del *thiasos*, entre ellos está el dios Pan, tirando de las bridas de uno de los dos tigres que arrastran el carro del vencedor (BLANCHARD-LEMÉE, 2005, 295, fig. 4 a). En un ejemplar de Tréveris datado en el segundo tercio del siglo III, otra pareja de tigres está uncida a la carroza y al fondo hay un cesto de uvas (FOUCHER, 1975, 59-60, lám. XXIII, 2; PARLASCA, 1959, 40, láms. 40,1; 41,4). También muestran grupos semejantes mosaicos de *Sabratha* (Libia), de la *Insula* del Dioniso, en Ostia (BECATTI, 1961, LXXXIII, n.º 377), de la *Domus Sollertiana*, en El Djem (DUNBABIN, 1978, 40, 46-47, 66, 259, lám. X, 20), *Nea Paphos* (Chipre), Tarragona y Saint-Leu (FOUCHER, 1975, 60-61, láms. XXIV, 1-4,

respectivamente).

Asimismo, una yunta de tigres mueve el carro de Dionisos en un mosaico de Écija, de época de los Severos (BLANCO, 1952, 29-34, fig. 14; BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 13-19, láms. 1-2, 38-39, n.º 1), al igual que en otro de Andelos (MEZQUÍRIZ, 1986, 238-242, 248-249, lám. 3) o en el del Triunfo de Baco de *Caesaraugusta* (SAN NICOLÁS, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 72, fig. 12). A los ejemplares musivarios hispanos consignados anteriormente podemos agregar otros, como el mosaico dionisiaco que adorna el *oecus* de Fuente Álamo, en Córdoba (SAN NICOLÁS, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 75-76, fig. 16), donde unos tigres y el carro tienen una apariencia similar a los de Torre de Palma (BLÁZQUEZ, 1980, 125-162; GUARDIA, 1992, figs. 109, 118), Liédena, *Thysdrus* y Tréveris (SAN NICOLÁS, 1994, 1296; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 36-40, figs. 1-2, 12-14). Una pareja de tigres integra el tiro del carro de Dionisos en el pavimento de la habitación A de la *villa* de Torre Albarragena, en Valencia de Alcántara, Cáceres (GONZÁLEZ CORDERO *et alii*, 1990, 322-324, figs. 3 y 4). En el mosaico de la loba y los gemelos, de Villacarrillo (Jaén), datado en el siglo II, un león, un leopardo, un tigre y una pantera forman parte del cortejo del dios (ROMÁN, 1914, 117-120; FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 324; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 72-73, lám. 60, n.º 52). Es de reseñar la presencia de varios de estos animales del ciclo báquico en el mosaico tardoseveriano de Aquiles y Penthesilea, de Alcalá de Henares (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 11-89, fig. 1, láms. I-LVIII). A. Blanco (1952, 13-14) desvela que los mosaicos del Triunfo de Dionisos mantenían una tradición iconográfica por la que a éste, con “la categoría de vencedor a la romana”, se le otorgaba “más bien que panteras, una yunta de tigres de la India”, pero los leopardos aparecen en muchos de ellos. Para no alargarnos demasiado, no nos extenderemos más en esta enumeración, pese a que nuestro país ha dado otros mosaicos dionisiacos (al respecto, cfr. BLANCO, 1952; BLÁZQUEZ, 1984, 69-96; GARCÍA SANZ, 1990, 308-321; 1994, 332, figurando el de Puente de la Olmilla con el n.º 11 en el cuadro de mosaicos báquicos hispanos; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984c, 97-121; MAÑAS, 2011, 367-380; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 35-60).

Tal como indica J.M. Blázquez (CMRE IV, 1982a, 17-18), “el tema dionisiaco gozó de gran aceptación en Hispania (...). Al final de la Antigüedad seguía contando con gran predicamento (...)”.

Al estudiar los mosaicos hispanos bajoimperiales, M. Guardia Pons (1992, 382-383) se refiere al que estamos analizando como el de “Panteras y cráteras”, pero lo ubica erróneamente en una *villa* rural de Almendralejo, en vez de Albaladejo, aunque sí emplaza dicha *villa* en la provincia de Ciudad Real. No está específicamente incluido en el capítulo que dedica a la serie musiva dionisiaca (GUARDIA, 1992, 351-370), sino en el Apéndice A, donde tan sólo sintetiza muy escuetamente sus dimensiones y la fecha propuesta por sus excavadores (*vid. supra*).

J.M. Blázquez (1993, 329) hace alusión al mismo como una de las dos representaciones en mosaicos hispanos de “panteras dionisiacas que se dirigen a beber a los cántaros” (la otra es la de Alcalá de Henares). Si bien apunta que posiblemente en el medallón central había un cántaro, no descarta que “estuviera ocupado por el propio Dionisos”. O. García Sanz (1994, 332) también utiliza el término de “panteras báquicas” al hablar de éste.

En definitiva, el gran número de pavimentos musivos del ciclo báquico estilísticamente similares nos lleva a interpretar como tal el ejemplar de la habitación n.º 2 de Puente de la Olmilla, dadas las afinidades de sus figuras laterales con las de muchos de los mosaicos dionisiacos citados.

Por lo demás, J.-G. Gorges (1979, 247) apunta que la representación de panteras en mosaicos, “a medio camino entre el tema del *thiasos* báquico y el de la *venatio*”, es típica de la instalación en el campo de un gran *possessor* del Bajo Imperio.

En efecto, las imágenes musivas de panteras (o, más propiamente dicho, felinos, por hablar de modo genérico de esta especie animal, cfr., al respecto, DORIGO, 1966, 129) se relacionan con los cartones de *thiasos* báquicos o con los de *venationes* norteafricanos⁴⁷. Así, el tipo icónico de los leopardos de Puente de la Olmilla se documenta también en escenas de cacería o de combate con fieras. Por seleccionar algún ejemplo, citaremos un pavimento de la Casa de *Isguntus*, de *Hippo Regius*, probablemente del 310-330 d.C., donde unos

hombres armados capturan leones y leopardos para el anfiteatro (DUNBABIN, 1978, 55, 262, lám. XIV, 29; BLÁZQUEZ, 1994, 1174), o un ejemplar de Khéreddine (Cartago), cuya cronología ronda el 390-410 d.C., donde las presas son también leopardos, tigres, un león... (DUNBABIN, 1978, 57-58, 62, 144, 253, lám. XVII, 36-37; BLÁZQUEZ, 1994, 1171-1172), otro de la Casa de Baco, en Djemila (la antigua *Cuicul*, Argelia), datado a fines del siglo IV o principios del V, con un leopardo en pleno salto, unos leones..., que luchan con dos *venatores*, probablemente formando parte de juegos de anfiteatro (DUNBABIN, 1978, 62, 76, 118, 256, lám. XIX, 45; BLÁZQUEZ, 1994, 1174, 1176; 2012, 80), un segundo ejemplar de Djemila, con un leopardo y otros felinos (DUNBABIN, 1978, lám. XXVI, 67), asimismo, aparecen leopardos saltando en dos pavimentos de la *Domus Sollertiana*, de El Djem, uno de los cuales, el mosaico de Diana y los animales, adscrito al último cuarto del siglo II, fue colocado en el *triclinium* (DUNBABIN, 1978, 66, 259, lám. XXI, 50-51; 46, 259, lám. X, 20; BLÁZQUEZ, 1994, 1171, lám. la). Tanto en escenas de anfiteatro de Zliten (Libia) como en otras de *Thysdrus*, unos leopardos participan en el suplicio de *damnati ad bestias* (ROMANELLI, 1965, 277-278, figs. 2-3; FOUCHER, 1961, 19, figs. XXI-XXII). En una pieza del espléndido conjunto musivo de Piazza Armerina pueden verse diversos felinos (CARANDINI *et alii*, 1982, 178), al igual que en un pavimento de la *villa* constantiniana de Daphne, en Antioquía (LEVI, 1947, II, 248, láms. LVI a y b, LVII a y b, LIX; CIMOK, 2000, 216). Un leopardo corre, perseguido por un cazador a caballo, en un mosaico de la *villa* emeritense de El Hinojal, fechado en el siglo IV (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 51-52, fig. 5, lám. 94 B, n.º 64; GUARDIA, 1992, figs. 96-97). Otros son abatidos en la *venatio* representada en el *oecus* de La Olmeda (PALOL y CORTES, 1974, 55-61, fig. 20, láms. L-LXXII; GUARDIA, 1992, figs. 66-71; SAN NICOLÁS, 1998, 894-895; NEIRA, 2011, 61-62, fig. 8; REGUERAS, 2013, 91, 94, láms. 59 y 61). En el mosaico de Bellerofonte y la Quimera, de *Conimbriga* (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 204, fig. 4), puede contemplarse la carrera de Bellerofonte, muy parecida a la de uno de los leopardos de Puente de la Olmilla.

Los leopardos del ejemplar complutense citado previamente en la

relación de paralelos son algunas de las figuras de felinos que nos recuerdan más de cerca a las del mosaico estudiado (concretamente al animal situado a la derecha). La datación propuesta abarca un lapso temporal entre finales del siglo IV o comienzos del V (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1975, 221 ss.; BLÁZQUEZ, 1984, 78, fig. 7; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 21-26, fig. 7, láms. 11 y 36, n.º 2). Por otra parte, es ciertamente significativo que ese referente formal tan parecido al nuestro se halle precisamente en una entidad geográfica relativamente próxima. Las afinidades que se observan en su imagen visual dan consistencia a la idea anteriormente expuesta de su pertenencia a un mismo contexto musivario y tal vez a una misma comunidad de taller (*vid. supra* capítulo XIV.5.2).

Según O. García Sanz (1994, 327), para entender los mosaicos dionisiacos hispanos debe tenerse en cuenta la transmisión que tuvo lugar desde el Norte de África, como se desprende del examen de prototipos y paralelismos, poniendo de manifiesto la participación de Hispania de todas las tendencias artísticas que circulaban por la *pars occidentalis* del Imperio. Es más, H. Jeanmaire (1954, 476) apostilla que mosaicos de asunto dionisiaco han sido encontrados hasta en los confines del Imperio. Ello se traduce en un tratamiento análogo de algunos temas, p. ej., las representaciones de panteras, las distintas figuraciones de Baco, representado en medallones (cfr. también FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 161-162, n.º 272-278). Actualmente, sin embargo, se aboga por un origen más diversificado de dichas corrientes de influencia, pese a carecerse de certeza sobre las razones que generaron la introducción de variantes a lo largo del tiempo. L. Foucher (1975, 61) propone algunas, que abarcan desde la mera fantasía a las modas de las *officinae* o los desplazamientos de los equipos de musivarios.

En síntesis, el repertorio ornamental del mosaico que nos ocupa presenta numerosos puntos de contacto con el temario de muchos otros ejemplares musivos romanos (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 29-30, láms. 14-15, 45, fig. 20, con paralelos). Así, la armoniosa greca tratada en meandro de esvásticas fraccionadas que define el campo emblemático de los tres cuadros

centrales (fig. 343), logrando de ese modo darles continuidad, la podemos ver enmarcando todos los recuadros del mosaico de las Musas de Tréveris (PARLASCA, 1959, 32, láms. 32,4; 33,2-4), en una de las orlas de un pavimento de la *Domus* Accanto al Serapeo, de Ostia (BECATTI, 1961, láms. CCXII-CCXIII, n.º 283), en otro de la Casa de las Antigüedades, de *Volubilis* (LIMC, 2009, *Suppl.* 2, 236, lám. 1), también en algunos de Mérida, como uno de la Casa del Mitreo, de finales del siglo II o inicios del III (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 40-41, láms. 49 A; 51 A, n.º 25) u otro de la Casa del Anfiteatro, datado en el siglo III (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 42, láms. 56 B-58 A; 61 A; 62 A, n.º 31), en un pavimento de la *villa* vallisoletana de Prado (WATTENBERG, 1964, fig. 1), en otro de Quintana del Marco (León), del siglo IV, donde ciñe octógonos (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 33-34, láms. 11 y 31, n.º 19) o en otro de Requejo (Zamora), de las postrimerías del siglo IV o del V, donde esa misma cenefa recorre el borde de los cuatro triángulos de las esquinas (BLÁZQUEZ, 1990, II, 359-368; REGUERAS, 1990, II, 637-696; 1991, 167, fig. 2), entre otros muchos ejemplos (FOUCHER, 1960, láms. XXXIII-XXXIV, LVIII), algunos de los cuales enumeramos en el estudio de los mosaicos de los ambientes 1 y 5.



Fig. 343. Detalle de la orla periférica y del festón de líneas quebradas en zig-zag. Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

La banda perimetral de la alfombra, integrada por rombos horizontales en cuyos ángulos extremos hay sendas peltas verticales (cfr. algunas variaciones en BALMELLE *et alii*, 2002, I, 109, lám. 59 b; 221, lám. 145 c; 225, lám. 147 f; 299, lám. 189 b) se documenta en mosaicos ostienses en blanco y negro de la primera mitad del siglo I d.C. (BECATTI, 1961, 130, lám. XXX, n.º 255; 144-145, 148, lám. CIII, n.º 283). Peltas afrontadas a cada lado de un rombo son asiduamente utilizadas en mosaicos emeritenses, como sucede en dos descubiertos en la Casa del Mitreo, respectivamente del siglo II y de las postrimerías de esa misma centuria, o en otro de la calle de Oviedo, del siglo IV (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 39-40, láms. 44 B-45 A, n.º 21; 40, lám. 48 A, n.º 24; 33-34, láms. 24 B-25, n.º 14). En forma muy parecida a la de nuestro ejemplar, el detalle ornamental de los rombos horizontales colocados entre peltas verticales se incluye en el cerco exterior del mosaico de las Cuatro Estaciones de Córdoba, datado en la segunda mitad del siglo IV (BLÁZQUEZ,

CMRE III, 1981a, 36-38, láms. 22-23, n.º 19, con paralelos, entre los que el autor cita precisamente este mosaico de Puente de la Olmilla), de nuevo, en el pavimento de la habitación 4 de la *villa* cordobesa de Fuente Álamo (SAN NICOLÁS, 1992, 1300-1301), respecto al que P. San Nicolás considera probable “la existencia de un taller musivario o de artistas ejecutores del motivo” en esa zona (SAN NICOLÁS, 1992, 1301). Volvemos a encontrar rombos acabados en dos peltas en uno de los cuatro campos en que se divide el *opus tessellatum* del lateral oriental del peristilo de la *villa* de Liédena, concretamente el A 7 (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, CMRE VII, 1985, 35, fig. 21, lám. 22, n.º 11), y en una alfombrilla adyacente al panel con las Cuatro Estaciones del mosaico báquico de Alcalá de Henares, de finales del siglo IV o inicios del V (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, CMRE VIII, 1989b, 21-26, fig. 7, láms. 8-9, 33, n.º 2) y en la faja que determina un mosaico geométrico de Jumilla (BLÁZQUEZ, CMRE IV, 1982a, 64, fig. 22, n.º 56), aunque los rombos carecen de la variada decoración interior del nuestro. Las composiciones de peltas son muy usuales en mosaicos de Pompeya, de Olimpia (Termas de *Cladeus*), de Corinto, de Lyon (BLAKE, 1930, 104; BALMELLE *et alii*, 2002, I, 109, lám. 59 b) y del África septentrional, como son algunos de Sabratha, Leptis Magna, Zliten, Cartago, Timgad (AURIGEMMA, 1960, 58, láms. 2, 75, 119), etc.

A causa del carácter profiláctico de la pelta, con frecuencia se empleaba para cubrir el suelo de zonas de paso. Fue una de las figuras geométricas más constantes y repetidas en el arte musivario romano. Muy popular en el Norte de África (AURIGEMMA, 1960, I, MCMLX, láms. 2, 75, 118-119; FOUCHER, 1960, láms. 18, 36), la hallamos, asimismo, en multitud de lugares de nuestro continente, por el que se difundió profusamente: en Germania, p. ej., en Tréveris (PARLASCA, 1959, 8, lám. 15,2; 11, lám. 17,2-3; 41, lám. 42,2; 46, lám. 48,3; 58, lám. 57,3-4) y en Fliessem (PARLASCA, 1959, 15, lám. 20,2), unas veces flanqueando rombos y otras en forma de ruedas de peltas; se expandió hasta Britania (SMITH, 1975, figs. 5,6), alcanzando con gran éxito Hispania, donde se puede establecer, entre otros, un paralelo en la Basílica de Es Fornás de Torelló (Menorca), a la entrada de su ábside rectangular,

fechable a mediados del siglo VI (PALOL, 1967, fig. 69), que, junto al Palacio de Teodorico en Ravenna (FARIOLI, 1971, 459, fig. 27), constituyen algunas de las interpretaciones más tardías de este cliché decorativo, lo que evidencia su larga vida. Así pues, este motivo experimentó un inusitado auge en la musivaria romana de los siglos IV-VI d.C., perdurando posteriormente. Por consiguiente, esa cronología tan amplia de la pelta no nos permite utilizarla por sí sola como criterio de datación, pero fue ciertamente un recurso muy común en la musivaria bajoimperial.

Es más, en la orla que delimita el contorno exterior de este mosaico de la habitación 2 de Puente de la Olmilla se conjugan elementos ornamentales que se pueden poner en relación con los repertorios de época tardía. Según sus descubridores, “flores geométricas (enteras o medias) intercaladas entre los motivos para rellenar espacios, aparición de líneas almenadas para cerrar espacios geométricos, triángulos policromos en la punta de las peltas, etc.”, se inscriben cronológicamente en la segunda mitad del siglo IV (PUIG y MONTANYA, 1975, 143, con paralelos).

Recapitulando, ciertos aspectos compositivos de este pavimento musivo son característicos de ejemplares tardíos, en especial de la segunda mitad del siglo IV d.C., lo que invita a considerar esa adscripción cronológica como la más adecuada para él.

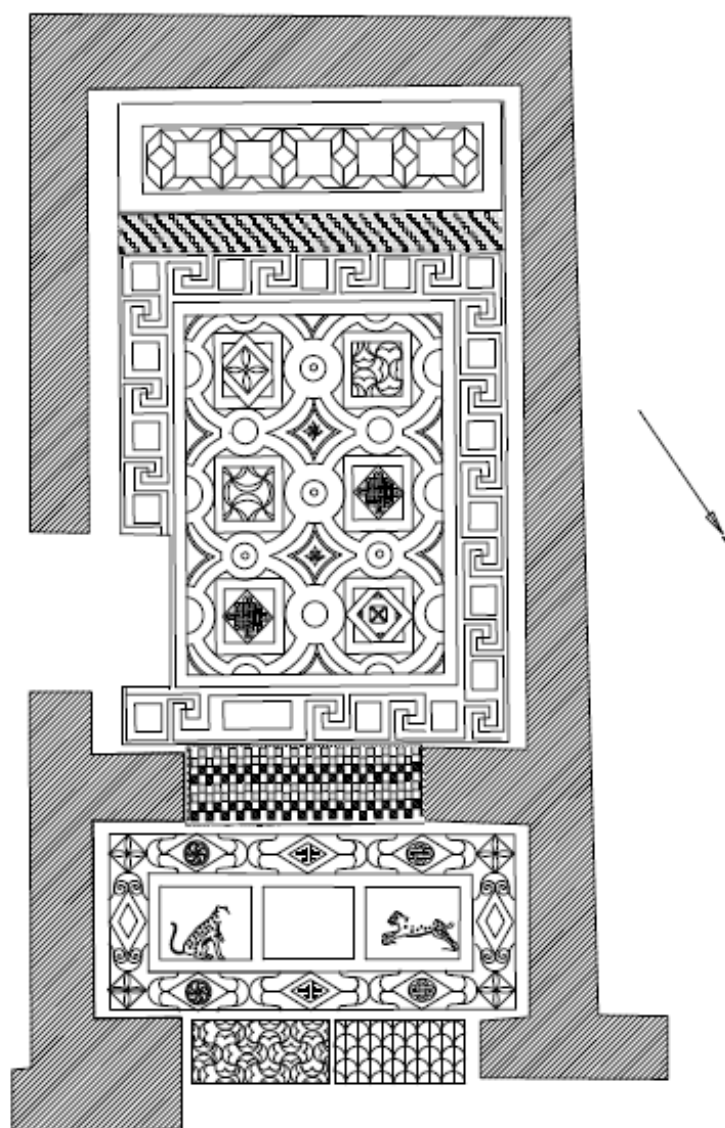


Fig. 344. Restitución de los mosaicos de las habitaciones 1 y 2. Dib. García Bueno.

En otro orden de cosas, se cuidó que su disposición se adaptara al punto de vista del espectador, quien lo contemplaría al acceder desde el peristilo a la habitación n.º 1, como invitando así a recorrerla (fig. 344). Su orientación hacia la colindante galería de circulación seguramente pretendía también dar visibilidad a esta escena de cara a quienes se dirigieran a la vecina habitación n.º 4, posiblemente la sala de mayor alcurnia. Se exponía así, no sólo ante los ojos de los usuarios de la *villa*, sino también de sus visitantes. Es habitual que se fijara la posición de quien miraba el mosaico creando “una única perspectiva privilegiada en toda la estancia”, mediante “la ubicación de un grupo figurativo visible sólo desde uno de los lados” de la misma,

particularmente en las cámaras localizadas en el interior, al fondo de la vivienda, en los *triclinia*, *cubicula*, *oeci*, etc. (MAÑAS, 2007-2008, 101). Por lo que atañe a la iconografía musiva dionisiaca, I. Mañas (2005, *CMRE* XIII, 33-35, n.º 12; 2007-2008, 106, 112) explica su reiterada presencia en los ámbitos domésticos “por la fosilización de una tradición cultural y decorativa”, al propiciar este dios la prosperidad, además de su sacra conexión con una costumbre romana de gran relevancia social, el banquete, siendo considerada dicha iconografía muy apropiada para las salas donde se llevaba a cabo esa práctica social introducida en todo el mundo romanizado, “por su potencial para crear una atmósfera diferenciada”. Contamos con un ejemplo de ello en el denominado edificio del mosaico italicense de Neptuno, en un posible pavimento musivo triclinar donde se despliega el imaginario dionisiaco, proyectando un mensaje concerniente a la ebriedad, estado relacionado con el dios del vino (acerca de las representaciones del *convivium*, cfr. DUNBABIN, 2003). Sin embargo, algunos mosaicos báquicos decoran unidades habitacionales de otra índole (p. ej., en la *villa* de La Malena es el *oecus* el que está solado con un mosaico báquico, ROYO, 2001, 46-57), por ello no podemos establecer una identificación automática, al no existir una vinculación excluyente entre ciertas temáticas musivarias y los espacios donde se insertan.



Fig. 345. Alfombrillas que decoran la entrada a la habitación 2.
Foto: Puig y Montanya (MP de Ciudad Real).

Adosado al mosaico previamente descrito hay un panel rectangular de dimensiones más reducidas (3,01 x 0,62 m), subdividido en dos paños compartimentados mediante un filete de 7 cm de teselas rojas (fig. 345). Se trata de dos tapices ornamentalmente independientes y ubicados en el extremo nororiental de este recinto n.º 2, donde se halla la puerta (brevemente descritos por PUIG y MONTANYA, 1975, 140). Ambos están envueltos por una franja de grandes teselas de cerámica (cuya anchura es de 5 cm entre el mosaico de la

habitación n.º 2 y éstos; en el tramo inferior se conservan unos 13 cm, a la derecha 7 cm y a la izquierda 10 cm), seguida por dos hileras de teselas negras, de 2 cm de ancho. Dentro de ese marco de teselas cerámicas, el lienzo de la derecha mide 1,35 m de largo x 0,66 m de ancho y está dañado en la parte central (la laguna se extiende de arriba a abajo y tiene una longitud de entre 26 y 57 cm). Presenta una composición dividida longitudinalmente en cinco bandas con escamas bipartitas adyacentes, en alternancia de colores ocre, rojo y verde, sobre fondo blanco. El otro, de 1,59 m de largo x 0,69 m de ancho, se ha conservado casi íntegramente. Está diseñado a base de peltas yacientes y erguidas de tonos verde, rojo y ocre sobre fondo blanco, consecutivamente unidas por las puntas, con el centro cubierto de teselas blancas y rematadas en el apéndice por pequeños triángulos, unos rojos y otros ocre. Los espacios libres de la curvatura de los arcos de las peltas se llenan con medias cruces de Malta policromas (dos pequeños triángulos dentellados tangentes), adosadas a tres de los lados del rectángulo. La paleta de colores abarca, por tanto, los tonos verde, ocre, rojo, blanco y negro.

El esquema geométrico formado por una serie de líneas paralelas de escamas imbricadas, partidas por la mitad, cuenta con una gran tradición (BALMELLE *et alii*, 1985, 336-337, láms. 215 a-f-216 a-f; 338, lám. 217 a-e; 219; 106, lám. 56 d-e, este último ejemplo, concretamente, sobre variantes de escamas superpuestas, generando escamas y semiescamas). Está documentado en numerosos mosaicos datados en las dos últimas centurias del periodo tardío, pero ya está atestiguado en pavimentos musivos arcaicos, en blanco y negro, tanto de Pompeya (*Domus* del Laberinto [BLAKE, 1930, 85, 119, lám. 33, 4], del siglo I d.C.), como de Ostia (*Insula* de Baco y Ariadna [BECATTI, 1961, 158, lám. XLV, n.º 294], fechado en torno al 120-130 d.C., *Insula* delle Muse [BECATTI, 1961, 159-164, lám. LXIX, n.º 296], de mediados de la segunda centuria de nuestra Era), el del Palacio Imperial, de idéntica cronología [BECATTI, 1961, 159-164, lám. LXIX], que son los antecedentes más antiguos conocidos de este motivo ornamental. Se repite en otros mosaicos ostienses, como los de la *Domus* del templo redondo, Caseggiato del Thermopolium, Caupona del pavone e *Insula* delle Pareti Gialle (BECATTI,

1961, láms. XLV, n.º 30; XLIV, n.º 2; XLIV, n.º 324; XLV, n.º 226; XLVI, n.º 165, 214, 396; LXVII, n.º 263; CCXX), existiendo variantes del mismo (BECATTI, 1961, láms. XLV, n.º 294; XLVI, n.º 165, 214, 396; LXVII, n.º 263; CCXX). Lo encontramos, igualmente, en mosaicos de Roma, p. ej., en las Termas de Caracalla (BLAKE, 1940, 89, lám. 16, 4), y en un ábside de Hippona (FENDRI 1965, 167 nota 39, fig. 12). Aparece en Grecia, en la Basílica alfa de Demetrias, de la primera mitad del siglo V (SPIRO, 1978, 385, lám. 441), podemos verlo en mosaicos de algunas circunscripciones galas, como la *Belgica* (STERN, 1960, 75-78, lám. XLIV, n.º 255) y la *Narbonensis* (LAVAGNE, 1979, 99, láms. XXXVI, 1-XXXVII, 3-4), todos ellos datados en los siglos III y IV d.C., p. ej., uno de Saint-Paul-Trois-Châteaux, fechado hacia el año 400, con una punta de lanza como elemento subsidiario (LAVAGNE, 1979, 99, láms. XXXVI, 1-XXXVII, 3-4). Esta sencilla decoración ortogonal ocupa la superficie de un ejemplar en *opus tessellatum* de Tréveris (PARLASCA, 1959, 9, lám. 1,1). Entre los mosaicos norteafricanos, citaremos uno de *Thysdrus* con imbricaciones que tienen en el interior plumas de pavo real (FOUCHER, 1961, 56, lám. XXXIX a, c) y en otro pavimento tunecino, el del ábside principal de la llamada “sala de juegos” de Djebel Oust, dichas escamas biconvexas están recargadas con rosas. También se puede contemplar este diseño de origen itálico en la *villa* de Dar Buc Ammerà, de Zliten (AURIGEMMA, 1960, 57-58, láms. 118, 122), en 23 mosaicos de Utica (ALEXANDER *et alii*, 1973, 85, n.º 40), en Timgad (Argelia), Dar Zumela (cerca de Sousse), El-Djeur (STERN, 1977, 23)... Se constata su presencia en Ptolemais (Cirenaica) y en la *Domus* de Aquiles y Casiopea, de Palmira (STERN, 1977, 23, fig. 36).

Contamos con otros paralelos más próximos, particularmente en la Meseta castellana. Por poner algún ejemplo a modo ilustrativo, cabe mencionar el mosaico báquico de Alcalá de Henares (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 21-26, fig. 7), varios pavimentos de las *villae* burgalesas de Baños de Valdearados (ARGENTE, 1975, 899-912; 1979, 46-58, fig. 19; LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 13-16, fig. 2, lám. 1, n.º 1; 18-19, fig. 4, n.º 3, pertenecientes ambos a la primera mitad del

siglo V) y Cardeñajimeno, donde dicho tratamiento decorativo se desarrolla en otros dos ejemplares, así, los laterales del mosaico de Atalanta y Meleagro exhiben una composición de escamas trazadas en ribete doble negro, que confinan en su interior otras más pequeñas, combinando los colores ocre, rojo y blanco (LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 22, fig. 5, láms. 7-8, 12 y 42, n.º 9), en cuanto al otro tapiz, se da la variación de incluirlas en el centro, aquí en blanco o negro (LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 29, láms. 14 y 43, n.º 11). Se recurre de nuevo a este esquema en la ornamentación de los suelos de otros establecimientos burgaleses, como Villavieja de Muñó, Barruelo de Villadiego o Sasamón (LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 22; 37, lám. 44, n.º 16 b), asimismo, lo reconocemos en un pavimento de la *villa* palentina de Quintanilla de la Cueva, de mediados del siglo IV (GARCÍA GUINEA, 1977, 190, lám. VII) y en el mosaico policromo del *cubiculum* n.º 22, ubicado en la zona del peristilo ajardinado de la *villa* de Almenara-Puras (Valladolid), del siglo IV (GARCÍA MERINO, SÁNCHEZ SIMÓN, 2004, 192-193, lám. IV.2). Se reproduce en un mosaico del lado septentrional del peristilo de Liédena (Navarra), fechable en el siglo IV (MEZQUÍRIZ, 1956, 9-35, fig. 4, lám. IV; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 34, fig. 19, lám. 21, n.º 9, con paralelos), en las *villae* sorianas de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 22-23, lám. 4, n.º 6, con una amplia relación de paralelos), Santervás del Burgo (donde las imbricaciones están dentadas, BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 42, lám. 17, n.º 40) y Cuevas de Soria (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 60-63, lám. 25, n.º 54), uno de cuyos mosaicos tiene una configuración tripartita, con planteamientos estilísticos diferentes en cada uno de los registros, ostentando el paño situado en el vestíbulo de entrada una temática de semiescamas de colores alternados -como las del lienzo musivo objeto de nuestra atención-, cronológicamente adscrito a finales del siglo IV o principios del V. Las imbricaciones suelen ir sin decoración interna, pero las del referido mosaico de Los Quintanares contienen hojas de

hiedra. Tenemos otros testimonios en Fraga y en Tarrasa, con variada policromía (BARRAL, 1978, 31-33, lám. XCI, n.º 144). Tampoco falta en Mérida (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 26; BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 33, lám. 24 A, n.º 13), p. ej., en una de las alfombras musivas de la Casa del Mitreo (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 40-41, lám. 49 A, n.º 25), en un ejemplar de la calle Masona, con flores dentro de cada escama (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 45, lám. 76, n.º 43), en un mosaico conservado en la Alcazaba, procedente de la prolongación de la calle Calderón de la Barca, cuya cronología oscila entre finales del siglo III-comienzos del IV (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 33, lám. 24 A, n.º 13), entre otros mosaicos emeritenses, o en dos de la *villa* de El Hinojal (Dehesa de Las Tiendas, Mérida), del siglo IV (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1976, 447, lám. IX, 1; BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 50, lám. 91 B, n.º 59; 51, fig. 4, lám. 93 B, n.º 63). Otros mosaicos hispanos tienen campos de imbricaciones de doble colorido, tal es el caso de algunos de Córdoba, como uno descubierto en la Plaza de la Corredera, donde medias escamas cubren algunos cuadrados, alternos con otros que acogen peltas entrelazadas, datado en la segunda mitad del siglo II o primera del siguiente, y otro ejemplar del siglo IV d.C. (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 24-25, fig. 1, lám. 10, n.º 8; 55, lám. 90, n.º 36, con paralelos), o uno de Comuni3n, en Cabriana, 3lava (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 13), en oposici3n de colores blanco y negro.

Este tema, muy t3pico en la musivaria romana, ha sido ampliamente estudiado por A. Ovadiah (1980, 154), P. Bruneau (1972, 52) y G. Becatti (1961, 12, 21, 153, 176, láms. XLI-XLVI), que nos dan detalles de su presencia en pavimentos fechados entre los a3os 120-130 d.C., primera mitad del siglo III y mediados de esta centuria, no obstante, en la *Domus del templo rotondo* su cronolog3a se prolonga hasta la mitad del siglo IV (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 13).

Por lo que respecta al motivo de las peltas entrelazadas, algunos de sus paralelismos ya han sido indicados anteriormente para el mismo arquetipo aparecido en el mosaico geom3trico de la habitaci3n 1 (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 29; 1984, 78). Los ejemplos se extienden a lo largo de todo el Imperio,

con una gran amplitud geográfica y cronológica. Fue asiduamente empleado en mosaicos norteafricanos y de la *Citerior*, no tanto en los de la Bética, aunque lo encontramos en el mosaico con busto de Baco de Itálica (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 26-27, láms. 8-10, n.º 2) y en ejemplares cordobeses, como el citado de la Plaza de la Corredera (rellenando algunos de los cuadrados) u otro del Convento de la Merced, de la primera mitad del siglo III (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 24-25, fig. 1, lám. 10, n.º 8; 38-40, lám. 24, n.º 20, el autor aporta una amplia recopilación de ejemplares con este tipo de decoración en la que los círculos de peltas inscriben, a su vez, otras peltas), también en un pavimento de Sabinillas (Manilva), del siglo III (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 99, lám. 77, n.º 70), por mencionar alguno. A los últimos decenios del siglo IV d.C. son atribuibles dos mosaicos de Cuevas de Soria, con peltas entrelazadas rematadas en un pequeño triángulo (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 71-72, fig. 12, n.º 63; 78, fig. 21, n.º 72). Ruedas de peltas decoraron frecuentemente paneles rectangulares, al adaptarse bien a este tipo de superficies, al igual que numerosas orlas, y pervivieron hasta época muy tardía, como acredita su presencia en la Basílica de Hermione (Grecia), durante la segunda mitad del siglo V (SPIRO, 1978, lám. 179; ESPINOSA, 1990, 230-232, con paralelos).

XIV.5.3.4. MOSAICO DE LA HABITACIÓN N.º 4 (fig. 346)

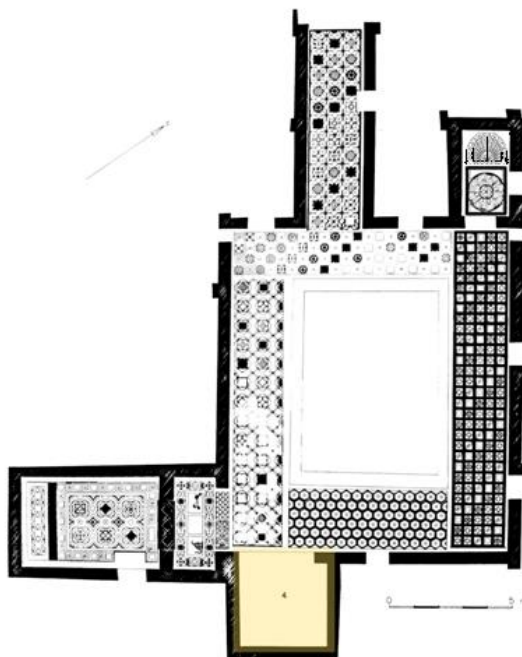


Fig. 346. Situación del mosaico de la habitación n.º 4.

Como ya comentamos anteriormente, a tenor de una sucinta noticia recogida en los diarios de excavación de R. Montanya y M.R. Puig (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 3), complementada por el breve Informe arqueológico de ese año (con tres fotografías), y apenas cinco líneas alusivas al tema en la *Memoria* del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad Central de Barcelona (PUIG y MONTANYA, 1977, IV, 20, *vid. infra* Anexo VI, 5), había un mosaico decorado con las figuras de los Cuatro Vientos en la habitación n.º 4, contigua a la señalada en el plano general con el n.º 2 (precisamente donde se instaló el otro mosaico figurativo conocido hasta el momento en Puente de la Olmilla).

Según sus excavadores, este ámbito, cuyas dimensiones son 4,70 x 4,30 m, había sufrido una intensa remoción como resultado de las labores mecánicas agrícolas, lo que desde un principio les hizo temer que el piso estuviera muy afectado, pues, además, se encontraba 20 cm por encima de los otros dos pavimentos musivos descubiertos anteriormente (n.º 1 y 2) y tan sólo a unos 30-40 cm bajo el nivel de superficie. En efecto, durante los trabajos de limpieza pudieron observar el alto grado de deterioro del solado,

conservándose tan sólo alrededor de la mitad de los 20,21 m² que tendría originariamente (fig. 347).



Fig. 347. Pavimento musivo de la habitación 4. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Son fundamentalmente esas tres fotografías del citado Informe de 1977 las que nos sirven de base para nuestro análisis descriptivo, a pesar de las lagunas que ya presentaba en aquel momento. El *opus musivum* era policromo, con el fondo en blanco. Los colores que empleó el mosaísta en su confección son el rojo, ocre, verde, blanco y negro (este último ribeteaba la mayoría de los motivos). Estaba realizado con teselas de pequeño tamaño y los arqueólogos sospechaban que podría haberlo presidido algún emblema.

La decoración se distribuía espacialmente en el interior de un cuadrante (aunque sus lados no eran exactamente iguales, no podría hablarse propiamente de un rectángulo), definido por una greca perimetral de meandros de esvásticas en doble paletón de llave, con cuadrados intercalados cuyos elementos subordinados eran algunos de los mismos utilizados en los mosaicos de las habitaciones n.º 1 y 2: entrelazos de varios cabos, nudos de varios bucles... Cuatro de los lados de dicho octógono eran tangentes con el

cerco exterior de esvásticas, mientras que a los otros cuatro se adosaban triángulos equiláteros.

A su vez, dentro de ese marco, que cubre las cuatro bandas laterales del pavimento, estaba comprendido un octógono central delimitado por dos cenefas sucesivas. La primera de ellas consistía en una cinta de guiloché sencilla, secundada por una fila de pequeños triángulos sobre la punta (puntas de flecha). Llevaba inscrita una cruz formada por esa misma doble cenefa paralela, que seccionaba el octógono. A resultas de ello, como puede verse en primer término en la fotografía (fig. 347), se crea un hexágono oblongo contorneado por otra cadeneta y separado, mediante la referida línea de puntas de flecha, de sendos triángulos equiláteros, encajados en los flancos superiores del mismo. Únicamente se aprecia con claridad el tratamiento decorativo de uno de esos triángulos, recargado con una pelta a la izquierda y un rombo concéntrico bicolor conectado por un vértice con el ángulo derecho (en medio hay una laguna). El triángulo está determinado por un cable de doble cuerda, que parece enlazarlo con el otro, adoptando un trazado curvilíneo en su recorrido sobre el mencionado hexágono. En éste hay otra laguna, si bien, de los motivos de relleno que llevaba, se ha salvado un cuadrado central y una pelta unida por las puntas al filo (en el ángulo inferior derecho). Los espacios libres de la curvatura de los arcos de las peltas incorporan pequeños triángulos dentellados, adyacentes al borde trenzado (tanto en el caso del triángulo como en el del hexágono). El sogueado que envolvía el octógono tenía mayor grosor que el de las otras figuras geométricas incluidas dentro de éste y entre ambos cables continuos quedaba constreñida la línea de puntas de flecha, interrumpida al Este del hexágono por el guiloché curvilíneo.

Presumiblemente, la simetría imperaría en este esquema geométrico, en consecuencia, lo que falta puede ser restituido sin dificultad.

En el campo de la alfombra más cercano al pasillo n.º 5, a modo de franja de separación, se desarrollaba una temática compositiva de palomas alternadas con cráteras, interponiéndose entre ellas motivos en cinta ondulada o quizá circulares, ya entonces difícilmente verificables debido a la fragmentación de la superficie musiva. Se podía reconocer una paloma entera

y parte de otra, también el dibujo parcial de una cratera, un colgante de joyería (un medallón) y otro elemento decorativo que los arqueólogos no pudieron identificar. La ejecución de este segmento musivo, perdido en buena medida, era más esmerada que la del resto del mosaico y, asimismo, mayor su gama cromática.

Los espacios triangulares generados entre la orla circundante cuadrangular y el octógono ostentaban la representación alegórica de los Vientos, de los que sólo se había preservado uno completo y, parcialmente, otro, acompañados de sus respectivos nombres debajo, también incompletos. Uno de ellos, de cuyo nombre quedan solamente las cuatro letras finales (la 't' no es segura), probablemente era [*Septen*]*trio*, el viento del Norte, inusual con esa denominación en otros mosaicos de esta temática. De los restantes no es posible especificar sus apelativos. Cabe deducir de la circunstancia de que *Septentrio* estuviera ubicado al Norte que dichas personificaciones de los Vientos estaban orientadas en función de los puntos cardinales. De hecho, en la mitología griega los *Anemoi* se correspondían con los cuatro puntos cardinales, desde los que venían sus respectivos vientos, relacionándose con las distintas estaciones y estados meteorológicos (*LIMC*, 1986, III.1, 133; 1997, VIII.1, 186-192; 2009, *Suppl.* 1, 494-495; *Suppl.* 2, 236; sobre la etimología de los *Anemoi*, *LIMC*, 1997, VIII.1, 191).



Fig. 348. Representación alegórica del viento del Oeste. Foto: Puig y Montanya (AGA).

De lo conservado destacan sus cabezas, tocadas con cascos alados y representadas de frente. Los *Venti* fueron evocados, como es habitual, en actitud de soplar. El del Oeste, un personaje joven, muestra las facciones con bastante grado de detalle y una cierta naturalidad (fig. 348). Los caracteres que definen sus rasgos fisonómicos son un rostro redondo (silueteado con teselas de tonalidad ocre), sin barba, de gruesas mejillas, hinchadas al exhalar aire a través de la boca entreabierta, permitiendo ver los dientes (dos filas de teselas blancas), entre los que se escapa el soplido, dibujado con siete hilos de teselas donde se combinan los tonos negro azulados con otros más grisáceos, suscitando a través de ese efecto de degradación cromática un sentido de movimiento. Los pómulos y el surco nasogeriano están bien marcados, como el mentón, delineado con una hilera de teselas más oscuras, de color ocre, secundada por otras (oscilan entre cuatro y ocho) para dar sensación de

carnosidad. Los grandes ojos almendrados, perfilados en negro, están enmarcados por amplias y densas cejas curvas, trazadas con una doble hilada de teselas de pizarra en la parte media y una sola en los extremos, prolongándose hasta la sien. En el centro, pequeñas teselas negras forman las pupilas. La nariz es ancha, de apariencia respingona, aunque no demasiado prominente, con tabique nasal curvilíneo y sin señalar los orificios en la fila de teselas negro azuladas que la bordea. Las orejas son pequeñas y están coloreadas en ocre.

La inscripción con su nombre resulta de dudosa lectura, pero, pese a no llevar atributos indicativos de sus peculiaridades, en virtud de su localización debería ser *Zephyrus*, el dios-viento del Oeste de la mitología griega, que traía las brisas de la primavera y comienzos del verano (*LIMC*, 1986, III.1, 134; 1997, VIII.1, 190-191; 2009, *Suppl.* 1, 494-495). Era el más suave de todos ellos y en el imaginario romano se le consideraba el viento fructificador, mensajero de la primavera. Marido de Iris (la diosa del arco iris), raptó a la diosa Cloris, a la que dio el dominio de las flores. Se le solía representar como un hombre joven y sin barba, descalzo, semicubierto por un manto sostenido entre sus manos, donde llevaba gran cantidad de flores, que iba esparciendo. A *Zephyrus* hacen mención Homero (*Od.* 5, 296) y Hesíodo (*Theog.*, 870-871). Su equivalente en la mitología romana era *Favonius* ('favorable'), que tenía el dominio sobre plantas y flores (*LIMC*, 1997, VIII.1, 186).



Fig. 349. Representación alegórica del viento del Norte. Foto: Puig y Montanya (AGA).

La figura situada al Norte está esbozada de manera frontal, como la anterior (fig. 349). Tan sólo se conserva su parte diestra (desde el punto de vista del espectador): oreja, pómulos y ojo, con largas pestañas, ceja ancha y curva..., similares a los descritos más arriba, aunque en este caso la ceja está alzada en su extremo, lo que le imprime cierta dureza a la mirada. Su expresión es atenta y un tanto severa. A la altura de donde estaría la boca de *Septentrio* sale una ráfaga de viento, formada por nueve hiladas de teselas policromas, justo sobre el nombre. Los diferentes colores se armonizan en su casco alado, como también sucede en el otro, predominando las tonalidades rojizas y ocras, con las alas en blanco y negro.

A pesar de parecernos más improbable, no podemos desestimar otra opción de lectura de ese rótulo incompleto: que se tratara de *[Zeph]yrio*, suponiendo que el artesano musivario hubiera cometido un error y escrito el

nombre en dativo o ablativo (de la segunda declinación). En latín, este vocablo (*Zephyrius*) se empleaba también a veces como sustantivo adjetivado, sobre todo en textos literarios (poesía...). Aparte del dios-viento que sopla desde el Oeste, tiene un segundo significado, el de viento como tal, es decir, uno de los elementos de la naturaleza, un fenómeno atmosférico⁴⁸. De ser así, la figura occidental, obviamente, no sería *Zephyrus* o *Zephyrius*, y esta otra no se correspondería con su respectivo punto cardinal, al estar al Norte, lo que sería menos coherente que la primera alternativa propuesta. Nos decantamos, pues, por *Septentrio*. Su semblanza concuerda mejor con la iconografía un poco adusta o inclemente de la alegoría aquí representada (síntoma del mal tiempo que lleva aparejado) que con la del suave y primaveral *Zephyrus*, más acorde con el otro personaje, cuya imagen es tranquila y afable.

Normalmente es *Boreas* el teónimo elegido en las creaciones musivas para acompañar la representación del viento del Norte, como un hombre joven y barbado (QUET, 1981, 114-115; *LIMC*, 1986, III.1, 133-142; III.2, 108-122; 1997, VIII.1, 186, 190-191; 2009, *Suppl.* 2, láms. 1-2; específicamente, una relación de obras plásticas en mármol y bronce, vasos cerámicos, etc., en *LIMC*, 1986, III.1, 135-139), que traía el frío aire invernal (Hom., *Il.* 15, 170-171; 19, 357-358; *Od.* 5, 295-296; Hes., *Theog.*, 870-871; Ov., *Met.* VI, 675-721). Homero (*Il.* 9, 5) relata que *Boreas* sopla desde Tracia, donde habita, siendo éste el país frío por excelencia (GRIMAL, 1981, 72). No podemos dejar de consignar que en el *LIMC* (1997, VIII.1, 186-192) no se hace referencia a *Septentrio* entre los *Venti*.

Aristóteles (*Meteor.* II, 6) habla de *Boreas* o *Aparctias* y de los otros tres Vientos principales, de los que en este mosaico faltarían probablemente *Eurus* y *Notus*. Estos cuatro, hijos de Astreo y Eos, eran los vientos beneficiosos, al decir de Hesíodo (*Theog.* 379-380, 870-871; cfr. WEST, 1966, 271), citados también por Ovidio (*Met.* I, 265), Filóstrato (*Im.* I, 24) y en los *Himnos órficos*, 79. Había otros dioses menores de los vientos, plasmados en la Torre de los Vientos del ágora romana de Atenas. El nombre griego de uno de ellos, *Skirion* (*Coro*), el dios-viento del Noroeste (*LIMC*, 1997, VIII.1, 186), no puede ser identificado con el que estudiamos, [*Septen*]trio, al carecer de la 'N' final,

además, su iconografía era la de un anciano barbudo, a diferencia de la de éste, joven, por lo poco que podemos ver.

En los Museos Capitolinos (en el Pío-Clementino) de Roma hay un altar de mármol en forma de *columna rostrata*, el *Ara Ventorum* (LIMC, 1997, VIII.1, 189, n.º 15), en el que se mencionan los *Venti* con sus nombres griegos y latinos: *Achilleus* (*Boreas*) está entre *Eurus* y *Septentrio* (*Aparctias*) y entre éste y *Favonius* (*Zephyrus*) se encuentra *Circius* (*Tracio*).

En la actualidad no queda absolutamente nada del mosaico de Puente de la Olmilla, ya que, según refieren sus descubridores, fue vandálicamente arrasado un tiempo después de ser excavado y carecemos de más información al respecto. Una fotografía tomada con posterioridad nos permite comprobar que ya no había ningún vestigio del mismo (fig. 245).

A partir de estos datos y del escaso material gráfico disponible enumeraremos algunos ejemplos que constituyen valiosos términos de comparación del mosaico que ahora damos a conocer.

Una extensa nómina de paralelismos de las peltas, trenzas, rombos, motivos de espartería y demás ornamentación geométrica, ha sido recabada en nuestro estudio de los mosaicos de las habitaciones n.º 1 y 2 (*vid. supra*).

Los paletones alternativamente verticales y horizontales evidencian concomitancias con los de una de las alfombras que pavimentan una habitación de la *Domus dei Dioscuri*, otra de la *Cassette Republicane*, Casa B, de Ostia (BECATTI, 1961, láms. CCXXIII; V, n.º 26, respectivamente) o con los de algunos mosaicos de la *villa* de Torre-la Cruz (Villajoyosa, Alicante), por citar alguno (ESPINOSA, 1990, 233-234, fig. 8; 235, fig. 9).

Son innumerables los ejemplos de cenefas con líneas de puntas de flecha, como la de un mosaico de la *Domus di Giove Fulminatore* (BECATTI, 1961, lám. XXXI, n.º 345), por seleccionar uno a modo ilustrativo.

En el Informe arqueológico del año 1977 (Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares), R. Montanya y M.R. Puig sugieren una simbología paleocristiana para la cratera entre palomas, interpretación de la que discrepamos, por el contrario, le atribuimos un posible contenido dionisiaco. La asociación de crateras (un probable símbolo dionisiaco) con

palomas (un ave consagrada a la diosa Venus, que la llevaba en su mano) es muy usual en la musivaria romana. Fuera de la Península la encontramos, p. ej., en un mosaico de la *Villa Adriana* (GUSMAN, 1908, 220, lám. II), en el mosaico de Orléansville (antigua *Castellum Tingitum*, Al-Asnam, actual Chlef, Argelia), de mediados del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 56, 265, lám. XV, 30; SAN NICOLÁS, 1997, 173), en otro de una *domus* de Burdeos, de finales de esa misma centuria (BALMELLE, 1994, 265, fig. 5) y en un pavimento de la Casa del Peristilo de Pupput (Hammamet), del siglo V (BEN ABED, 1983, 61-64; BEN ABED y BESCHAOUCH, 1994, 175, fig. 5). Una crátera, pavos reales y otras aves cubren la superficie de un mosaico de la tumba de Theodoulos, en Sousse (DUNBABIN, 1978, lám. F). Cráteras, palomas y pájaros decoran el cuadro central de un mosaico de la *Insula* delle Pareti Gialle, de Ostia (BECATTI, 1961, láms. LXVIII, n.º 228; CCXXIV). En un mosaico dionisiaco de Colonia se documenta una crátera entre dos palomas (PARLASCA, 1959, 78, lám. 76,2). En Hispania, la presencia de palomas y diversos pájaros se constata en el mosaico del Nacimiento de Venus, de Cártama (Málaga), fechado en el siglo II (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 85-88, láms. 70-71, n.º 61). Paloma y felino flanqueando una crátera figuran en el citado mosaico báquico de Écija (ROMO, 2003; GARCÍA-DILS, 2004; *vid. supra* p. 620). Un ejemplar procedente de la Huerta de Otero (Mérida), que se puede encuadrar entre las postrimerías del siglo II y principios del siguiente, tiene en el centro un medallón octogonal rodeado por un meandro de esvásticas donde se intercalan hexágonos con pájaros (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 49, lám. 88 B, n.º 57). En otro mosaico emeritense, de la Casa del Anfiteatro, datado en el siglo III, se puede contemplar pájaros y cráteras (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 44, láms. 73-74 B, n.º 39; CAMPBELL, 1994, 298, fig. 8). En un ejemplar de Estepona, un pájaro está posado sobre un gran jarro, frente a una paloma (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 98, lám. 75 A, n.º 66 D). De este último dice el autor que la composición de aves sobre ramas es común en la musivaria bajoimperial. También en uno de los tapices de la galería n.º 76 de la *villa* de Liédena (Navarra), de comienzos del siglo IV, se combinan *kantharoi* y pájaros (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 48-49, lám. 30, n.º 25;

FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 118, lám. LIX, 1; BLÁZQUEZ, 2001, 30), al igual que en la orla del mosaico de Aquiles en Skiros, de la *villa* palentina de Pedrosa de la Vega (PALOL y CORTES, 1974, 50-54, 81, figs. 13-19, láms. XXXVI, XLVI), con jarrones entre patos y otras aves. En uno de los laterales de la cenefa que ciñe el mosaico del Nacimiento de Venus, de la *villa* de La Quintilla (Murcia), remontable al siglo IV d.C., se recurre a este tema de la cratera entre aves (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 62-63, fig. 21, n.º 55). En las esquinas de la composición que bordea el círculo interior del tapiz del *oecus* de la *villa* de Prado (Valladolid), de la segunda mitad del siglo IV, se introdujo crateras de las que brotan motivos vegetales y se incluyó perdices o tórtolas en alguno de los espacios trapezoidales que giran en torno a una rueda floral (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 57-60, fig. 10, láms. 23, 39, n.º 24; BLÁZQUEZ, 2001, 30). El medallón central del pavimento de la habitación n.º 5 de la *villa* del Soto del Ramalete (Tudela, Navarra), del siglo IV avanzado, está decorado con la representación de un jardín, repleto de símbolos dionisiacos, como son una cratera, palomas, flores, hojas de vid, cestos de frutos... (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 69-73, 101-103, fig. 11, lám. 42, n.º 45; BLÁZQUEZ, 2001, 29), algunos de los cuales aparecen, asimismo, en un mosaico del peristilo de la *villa* de Fraga (Huesca), fechado hacia el año 400, donde puede verse una cratera, un pavo real, perdices y otras aves (GUARDIA, 1992, fig. 32; BLÁZQUEZ, 2001, 29). Una cratera agallonada y palomas adornan un ejemplar de El Vilet (Rocafort de Vallbona, Lérida), cuya cronología ronda entre fines del siglo IV y principios del V (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 23-24, lám. 9, n.º 24; SAN NICOLÁS, 1997, 150, fig. 11; BLÁZQUEZ, 2001, 29). En un pavimento musivo de la Basílica de Illeta del Rey (Mahón), de las postrimerías del siglo IV, se distingue un jardín con crateras, frutos, rosas, zarcillos, patos y otros animales (BLÁZQUEZ, 2001, 30). Algunos de los cuadrados en que se subdivide parte del campo de un mosaico del siglo V de la *villa* de Vega del Ciego (Lena, Asturias) llevan dibujos de cántaros y pájaros (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 51-53, láms. 18, 20).

En la *villa* de Baños de Valdearados (Burgos) se exhumó un mosaico figurativo con un emblema octogonal central y cuatro bustos colocados en los vértices, que ofrece un repertorio ornamental de cráteras, aves, rosetas, hojas de hiedra, racimos de vid, etc. Podría establecerse un parangón de éste con el nuestro, pues, en líneas generales, se asemeja al desaparecido en Puente de la Olmilla. El mosaico báquico de Baños de Valdearados, de principios o mediados del siglo V, contiene igualmente inscripciones latinas con los nombres de los Vientos *Eurus*, *Zephyrus*, *Notus* y *Boreas*, junto a representaciones de perros persiguiendo a diversos animales (ARGENTE, 1975, 899-912; 1979, 50, fig. 18, láms. III-VII A; BLÁZQUEZ, 1982d, 407-423; 1984, 73-74; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984c, 107-108, fig. 6; LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 13-16, fig. 2, láms. 1-3, 31-33, n.º 1; GUARDIA, 1992, 121-127; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1999, 41, figs. 3-5). El pavimento musivo de otro aposento de esta *villa* burgalesa, identificado con el *triclinium*, está realzado con el dibujo de una crátera.

Los rasgos faciales de los Vientos del mosaico que estamos tratando son propios de la iconografía bajoimperial. Uno de los principales son los ojos, que tipológicamente nos recuerdan a los de los sabios del mosaico de las Musas de la *villa* de Arellano, Navarra (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, láms. 3-13, 15-17), también con grandes ojos enmarcados por amplias y anchas cejas, o a los de las figuras del mosaico de Centcelles (SCHLUNK, 1988; BLÁZQUEZ y LÓPEZ MONTEAGUDO, 1990, 59-88; ARCE, 2002).

Existen varias representaciones de Vientos en la musivaria hispana, que nos permiten el cotejo con las de este ejemplar. Si bien la imagen visual es distinta, vienen al caso el mosaico cosmogónico de Mérida, de la segunda mitad del siglo II, con los Vientos como figuras barbadas, de cuerpo entero (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 35-38, fig. 1, láms. 28-31, n.º 17), otro pavimento musivo emeritense (de la calle Masona), el de los aurigas, acotado temporalmente en la segunda mitad del siglo IV, con los bustos de los Vientos, de perfil, como jóvenes sin barba ni alas en las sienes, a diferencia de los anteriores (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 45-46, lám. 79 B, n.º 43; BLÁZQUEZ,

1986b, 89-99, figs. 1, 6; 1993, 380-385; QUET, 1981, 124-130, lám. XII; CIOBANU, 2005, 954, fig. 9), un mosaico báquico de Alcolea (Córdoba), datado entre el 160-170 d.C., y otro de Villacarrillo (Jaén), del siglo II (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 40-43, fig. 14, láms. 25, 29-30, 85, 88, n.º 21; 72-73, lám. 60, n.º 52, respectivamente). Asimismo, forma parte de esta relación el mosaico de círculos secantes de la *villa* soriana de Santervás del Burgo, del siglo IV, con una cabeza alada (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 45-49, lám. 21, n.º 46). Una cabeza de Océano (de carácter apotropaico) aparece en el campo emblemático de un mosaico de Balazote (Albacete), en cuyas escuadras se alojaban los Vientos, aunque tan sólo se conserva un busto con la fisonomía de un joven imberbe, de perfil (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 45-46, fig. 11, láms. 14, 30-31, n.º 34; BLÁZQUEZ, 2008, 114). Entre los mosaicos de El Pomar (Jerez de los Caballeros, Badajoz) destaca uno policromo procedente de la estancia central del frente septentrional de la *villa*, posiblemente un *oecus* con función de *triclinium*, compuesto por tres paneles con representaciones de los Vientos (encerrados en cuadrados curvilíneos), ménades, máscaras báquicas, tritón y fauna íctica como motivo de *xenia* (GORGES, 1979, 191; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1989, 341-351, láms. 74-82). Pertenece a la primera mitad del siglo IV y se halla en la Alcazaba de Mérida.

Algunos ejemplares musivos tienen inscripciones con los nombres de los Vientos: uno de Santa Vitoria de Ameixial (ENCARNAÇÃO, 1984, 481), los ya citados mosaico cosmogónico emeritense (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 37, fig. 1, láms. 28-31, n.º 17) y de Baños de Valdearados (ARGENTE, 1979, 50, lám. VII; LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 13, fig. 2, láms. 1-3, 31-33, n.º 1), así como el del Nacimiento de Venus, de Itálica (CANTO, 1976, 308, 331, láms. XV, XVII b; MAÑAS, 2011, 74-76, figs. 152-153; lám. XXV, fig. 155, n.º 72), de mediados del siglo III d.C. De este último se han preservado únicamente el busto barbado y el rótulo con el nombre de *Euros*, escrito en letras griegas, que ocupa una de las cuatro esquinas del tapiz principal. Junto a los otros tres Vientos, desaparecidos, fue plasmado alrededor de un gran octógono central delimitado por una trenza, a semejanza del

mosaico destruido en Puente de la Olmilla. Otro detalle digno de reseñar es la analogía que presentan el lienzo complementario de dicho mosaico itálico y el pavimento de la habitación n.º 1 de la *villa* de Albaladejo, muy próxima a la habitación n.º 4. A ello cabe añadir que el esquema estructural de esvásticas englobando cuadrados de la orla perimetral del mosaico de Itálica es idéntico al del pasillo n.º 10 de Puente de la Olmilla, si bien aquí en diseño continuo de bandas superpuestas. Esa serie de afinidades nos permite apreciar ciertas influencias estilísticas comunes e inferir su pertenencia al mismo círculo artístico; resulta obvio el trasvase de soluciones expresivas, lo que parece avalar la pervivencia de éstas durante largo tiempo, dada la distancia cronológica entre estos dos mosaicos.

También contamos con ejemplos extrapeninsulares, tal es el caso de un mosaico de una *villa* de *Apulum* (Dacia), con decoración vegetal, cántaros y personificaciones de los Vientos, de perfil, acompañados de sus nombres inscritos en latín (CIOBANU, 2005, 951-957, figs. 2-3), otro de la Vía Nomentana, de Roma (CIOBANU, 2005, 956, fig. 10), precisamente conocido como el mosaico de los Vientos por las cuatro figuras confinadas en los ángulos del pavimento cuadrangular, uno de Dougga, de las postrimerías del siglo II, expuesto en el Museo del Bardo (DUNBABIN, 1978, 257), una escena mitológica con sus bustos, de principios del siglo III, procedente de *Hadrumetum* y conservado en el Museo de Sousse (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 265; FOUCHER, 1960, *Inv. Sousse* 57244, láms. LIX b; LX; DUNBABIN, 1978, 271), o uno de la Casa de las Antigüedades, de *Volubilis* (con los bustos de perfil, uno de los cuales, *Boreas*, es un joven barbado, LIMC, 2009, *Suppl.* 2, 236, lám. 1), entre otros mosaicos norteafricanos e itálicos (GUARDIA, 1992, 348).

M. Guardia no hace referencia a este ejemplar de Puente de la Olmilla, que había sido mencionado por sus descubridores de forma muy somera en la citada *Memoria* del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona (PUIG y MONTANYA, 1977, IV, 20) y en el sumamente escueto Informe arqueológico del año 1977, aunque no llegaron a publicar una descripción del mismo, ni ningún material gráfico.

M. Guardia (1992, 348-350; 382-383), al estudiar los mosaicos hispanos con representaciones de los Vientos, afirma que, habitualmente, sus modelos tuvieron larga vida y que su distribución geográfica pone de manifiesto una concentración en la Bética durante el Alto Imperio, en cambio, durante la época tardía, ese fenómeno se da “en tono a *Emerita*, pero, no obstante, no podemos ver la utilización de un mismo cartón. (...)”, por otra parte, señala su vinculación con el ciclo báquico, como se advierte en los referidos pavimentos de Baños de Valdearados, Alcolea, El Pomar, calle Masona, etc., donde elementos o figuras báquicas aparecen junto a los Vientos (GUARDIA, 1992, 349-350). A propósito del tema de los Vientos en ese último ejemplar -el mosaico cosmogónico de Mérida-, dicha autora remite al trabajo de M.H. Quet (1981, 124-130) y centra su interés en la relación que existe entre vientos y estaciones para generar una abundante producción agrícola, cuestión tratada también por M.H. Quet al analizar el mosaico de Ameixial. En éste y en otros ejemplares, esa asociación es percibida como una “clara connotación de riqueza -bonanza para las cosechas-; concretamente de la conjunción de los distintos momentos del año y los vientos indicados para cada una” (GUARDIA, 1992, 350, nota 13).

Todo ello nos sugiere, de nuevo, que la elección de este modelo para tapizar el suelo de uno de los principales espacios señoriales de Puente de la Olmilla no fue casual, sino intencionada, respondiendo, como el de la cercana habitación n.º 2, a una tendencia de los *domini* a decorar sus residencias campestres con temas propios del mundo rural, alusivos al dios de la agricultura y el vino, a la fertilidad de la tierra, los vientos favorables que la hacen fructificar, etc. A ello apuntaría también la presencia del medallón o colgante de joyería en el panel de la cratera y las palomas, que puede vincularse a la personificación alegórica de *Tyché/Fortuna*, la abundancia. Ese concepto de prosperidad derivada de la feracidad de los campos que podría llevar implícito este mosaico resultaría muy adecuado para ornamentar la sala ceremonial de una *villa rustica* del Bajo Imperio. Concuerda con la interpretación como sala de recepción que hemos propuesto para la habitación n.º 4 de Puente de la Olmilla, la mejor posicionada en la planta de esta vivienda, al estar en el lado opuesto a su ingreso, presidiendo el eje principal

(*vid. supra* capítulo XIV.3, pp. 423-428). Era, desde luego, una de las estancias más suntuosas y privilegiadas, por esa razón creemos que debió de estar destinada al desarrollo de actividades sociales, perteneciendo, consiguientemente, a la esfera pública. Sus excavadores la identificaron con el *triclinium* (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 2), aunque al hallarse el solado a una cota superior al de las restantes dependencias de la *villa*, sugerimos que pudiera ser el *oecus*, pero no podemos descartar un carácter polivalente, multifuncional...

Por lo demás, G. López Monteagudo (1997a, 349-350) recoge la opinión de algunas autoridades en la materia, para quienes “los mosaicos con inscripción están destinados a un público general, por el contrario, los que carecen de leyenda pero contienen un sentido alegórico en relación con ideas filosóficas, van dirigidos a espíritus cultivados expresando con imágenes conexiones mucho más sutiles”.

Este planteamiento y lo anteriormente expuesto sobre la temática escogida para pavimentar el suelo de los ambientes de mayor rango (n.º 4 y 2), sacada del repertorio grecohelenístico, abren diversas posibilidades de estudio de los mosaicos figurativos de esta *villa*, cuyos propietarios pretendían dejar patente su conocimiento de la cultura clásica, además de su alto poder adquisitivo (*vid. supra*).

Sus características intrínsecas, la mayoría de los paralelismos que hemos recopilado, atendiendo a los escasos datos de que disponemos, y su contexto arqueológico, coinciden en asignarle una cronología tardía a este interesante mosaico, cuya singularidad, en definitiva, radica en su iconografía poco común y en las inscripciones con los nombres de los Vientos, sobre todo, la peculiar designación del viento del Norte como *Septentrio*.

MOSAICOS DEL PERISTILO Y PASILLO DE ENTRADA

En 1985, 1986 y 1990 se reanudaron los trabajos de excavación en la *villa* de Puente de la Olmilla, siendo dados a conocer en 1994 los seis restantes mosaicos descubiertos (fig. 350, GARCÍA BUENO, 1994, 95-116; 2000, 191-203; 2001, 212-217), que merecen ahora un análisis más amplio y detallado.

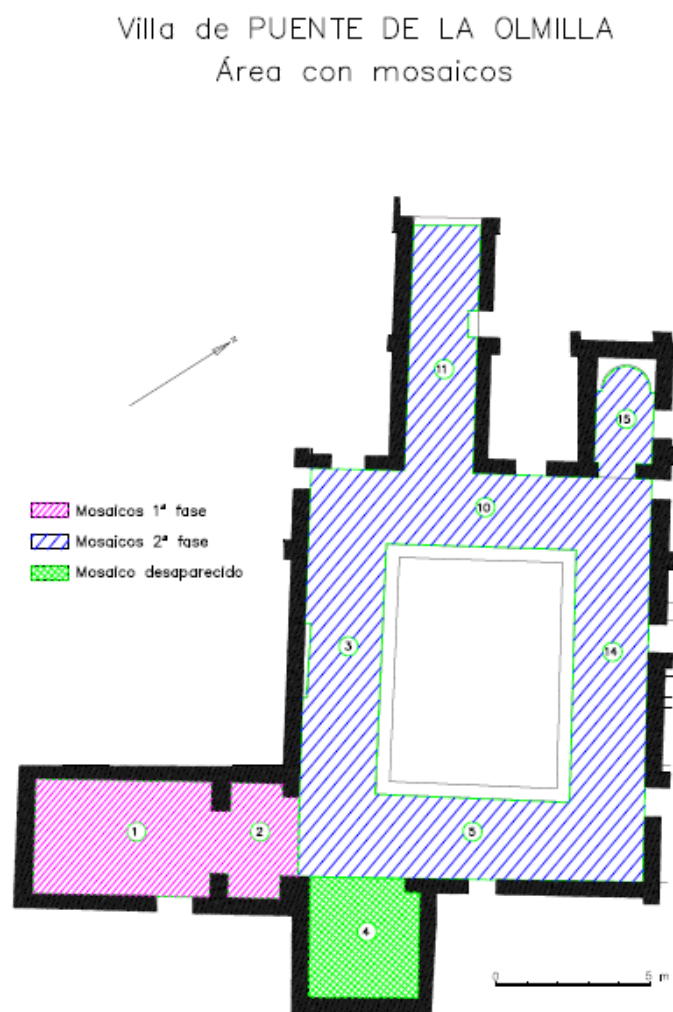


Fig. 350. Fases de descubrimiento de los mosaicos. Dib.: García Bueno.

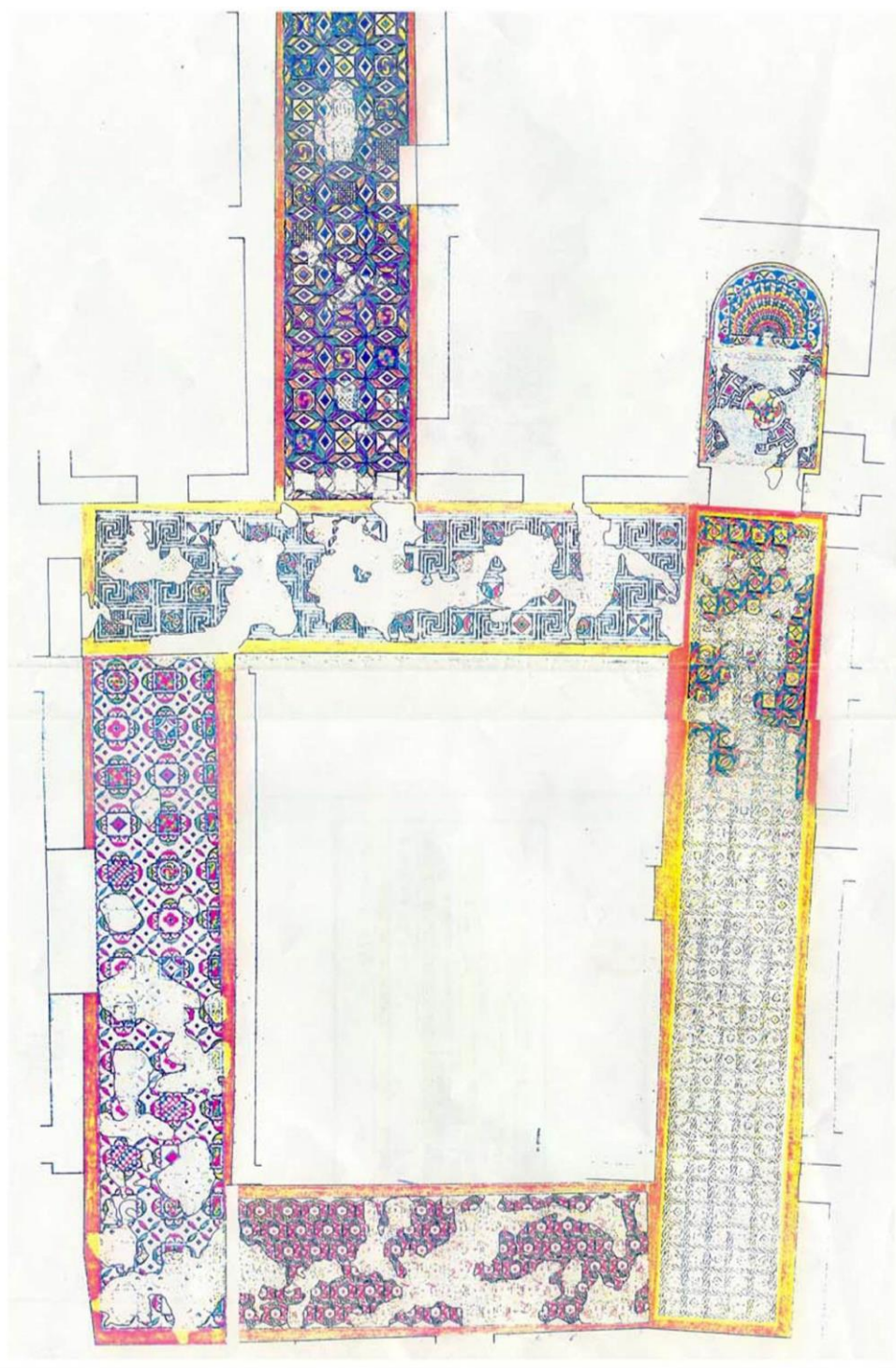


Fig. 351. Mosaicos extraídos por la ESCRBC. Dib.: ESCRBC.

Restauradores de la Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de la Comunidad de Madrid, mediante un convenio de colaboración con la Consejería de Educación y Cultura de la JCCM, llevaron a cabo la extracción de buena parte de ellos durante la campaña de verano de

1991 (fig. 351). Con posterioridad han realizado diversas intervenciones para la consolidación, restauración y reintegración de quince de los paneles extraídos, proporcionándoles también soportes rígidos, que los hicieron más resistentes (GEA, 2000, 51-55; ARROYO *et alii*, 2001, 88-95; *vid. infra* Anexo V, 2). Estaban deteriorados a causa de diversos factores medioambientales, a los que se halla expuesto el yacimiento, como el clima extremo de la Meseta, cuyas variaciones de temperatura habían producido la degradación del mortero, asimismo, las plantas, al crecer, taladraron los pavimentos musivos (fig. 352; *vid. infra* Anexo V, 2: Informe 1991, 10, fotos 1 y 2); de igual manera, roedores e insectos habían excavado túneles por debajo del tapiz teselar, provocando hundimientos puntuales. En el Informe arqueológico correspondiente al año 1975 (AGA), M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer explican que al finalizar esa campaña de excavación cubrieron un amplio sector de la *villa* “con una gruesa capa de arena, según las normas seguidas por los técnicos” del AIEMA. El problema surgió al ser arena de río, que contenía semillas, provocando la proliferación de vegetación sobre estructuras y pisos de mosaico, cuyas raíces los dañaron gravemente.

Actualmente están depositados en el Museo Provincial de Ciudad Real, en cuyos almacenes permanecen, excepto algún panel que continúa siendo tratado en la ESCRBC y un pequeño fragmento del mosaico del pasillo n.º 10 (fig. 353), expuesto en el Museo Municipal de Alhambra (Ciudad Real).



Fig. 352. Disgregación del tapiz teselar por el crecimiento de raíces. Foto: García Bueno.



Fig. 353. Fragmento del mosaico del pasillo n.º 10. Foto: García Bueno.

XIV.5.3.5. MOSAICO DEL PASILLO N.º 11 (fig. 354)

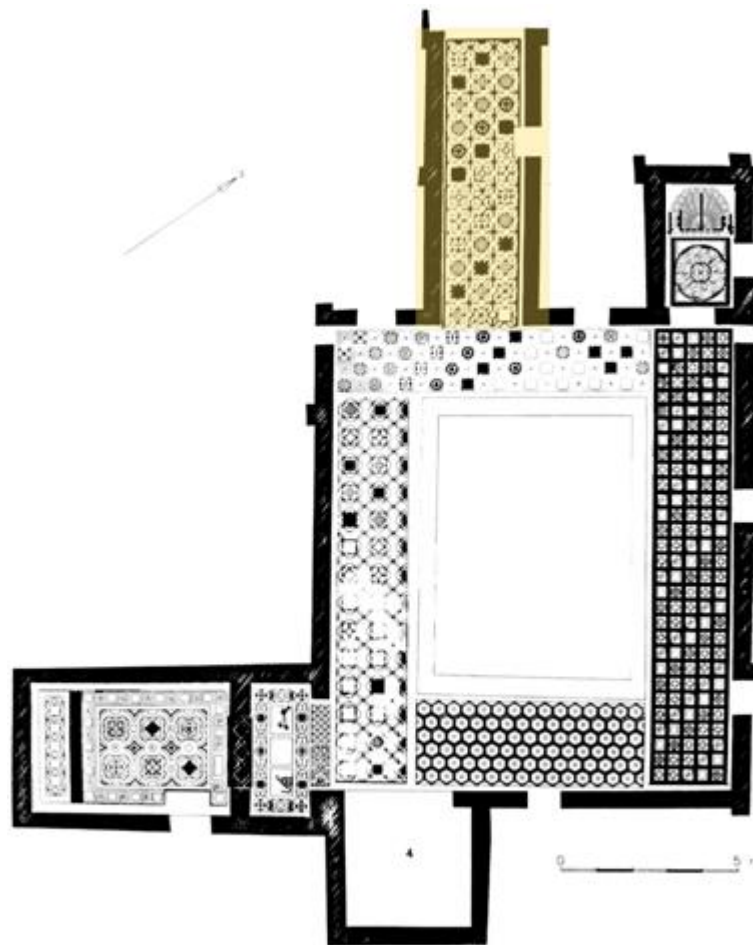


Fig. 354. Situación del mosaico del pasillo n.º 11.

Cubre el suelo del eje principal de acceso al interior de la *villa*, que arranca del frente septentrional de la misma, donde se dispone un gran pórtico (n.º 13) perpendicular a este corredor.

Sus dimensiones máximas son 9,80 x 2,65/2,70 m, lo que totaliza una superficie de unos 26 m², de los que se conservan 21,60 m². Pese a tapizar una zona de tránsito, se halla en relativamente buen estado de conservación, con excepción de dos grandes desconchados en el centro y algún otro desperfecto menor (fig. 355). De hecho, es uno de los mosaicos más completos de los recuperados, lo que llama la atención al pavimentar precisamente el pasillo por medio del que la galería de la fachada se comunica con el peristilo, confluyendo con su deambulatorio transversal (n.º 10) y, debido a que sirve de paso desde ese cuerpo lateral del edificio al sector central, sería utilizado con

gran asiduidad.



Fig. 355. Mosaico del pasillo n.º 11 y, en primer término, detalle del escalón en la puerta que da acceso a la habitación n.º 12. Foto: Puig y Montanya (AGA).

Se trata de un mosaico muy elaborado, sin espacios libres intermedios, uno de los más abigarrados y complejos de todo este conjunto musivo.

Está confeccionado en un colorido que va del rosa al rojo, el blanco y el negro.

Lo recorre un ancho borde de 22 cm creado con grandes teselas rojas de barro cocido, secundado por una doble fileta de teselas negras, que delimitan el perímetro rectangular de la alfombra. Sobre las líneas interiores a lo largo de este fino marco negro hay una sucesión de unidades integradas por dos rombos, cada uno de los cuales contiene otras dos figuras romboidales en distintos colores, dispuestos a ambos lados de un espacio triangular (de 15 cm de mediatriz) que alberga dos pequeños triángulos dentellados tangentes, enlazados por una tesela de pizarra al borde del mosaico (a modo de pétalos dobles), constituyendo todo ello la decoración marginal del lienzo musivo.

Sigue un extenso campo cuyo esquema ortogonal está articulado en torno a estrellas policromas formadas por ocho losanges adyacentes que conectan unos con otros a través de sus extremos, con cuadrados (unos

derechos y otros al bies) utilizados como elemento de separación. Cada losange, perfilado por una hilada simple de teselas negras, acoge otro de teselas blancas que, por último, encierra otro menor, alternativamente coloreado en rojo, blanco o negro.

El dibujo geométrico del pavimento presenta distintos planos. Así, podemos entrever varias composiciones, basadas en el cruce de líneas horizontales y oblicuas que, cada cierta distancia, determinan cuadrados o rombos. Entre las calles de estrellas de ocho brazos, situadas dos a dos, en que se divide el mosaico, éste se organiza a base de tres largas filas de doce cuadrados rectos, donde se incluyen otros menores (concéntricos o en punta), círculos, etc., decorados interiormente con diversos motivos sobre fondo blanco. De este modo, los cuadrados de mayor tamaño están rodeados por cuatro de estas estrellas sobre diagonales contiguas por dos vértices y, a su vez, en derredor hay hexágonos que circunscriben cuatro espacios romboidales, acotando cuatro pequeños cuadrados apuntados sobre las medianas. Otra de las posibles relaciones narrativas que nos ofrece esta trama musiva está lograda a partir de la confluencia de ejes de cinco rombos, en unas ocasiones con la diagonal mayor en horizontal y, en otras, en vertical, dando como resultado alineaciones en zig-zag. Este mosaico es susceptible de otros niveles de lectura, p. ej., cada grupo de cuatro cuadrados grandes exhibe en el centro una estrella de ocho puntas, configurando una cuadrícula cuyas intersecciones ocupan dichas estrellas.

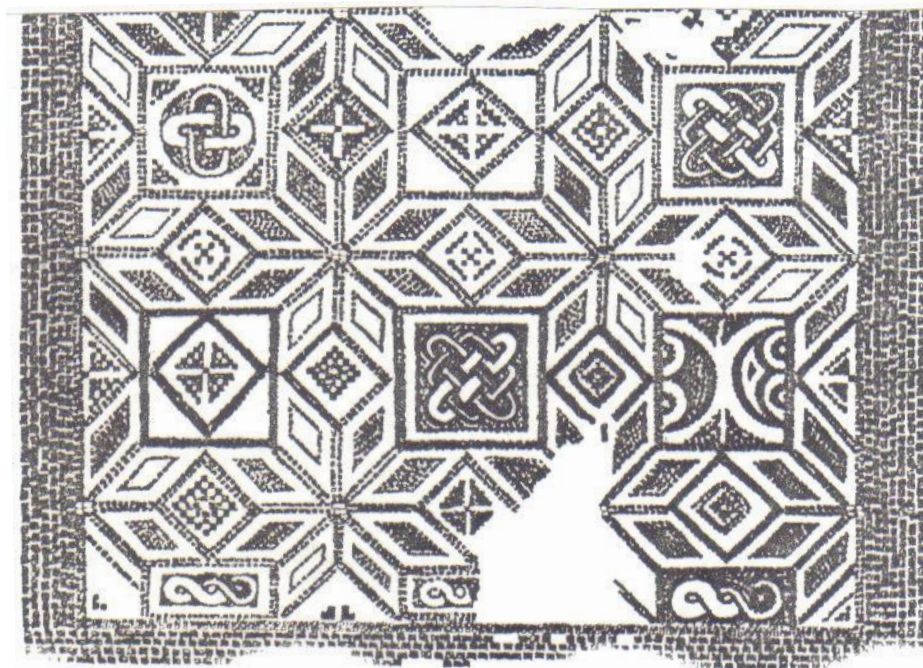


Fig. 356. Detalle del mosaico. Dib.: García Bueno.

El programa decorativo de los treinta y seis paneles cuadrados interpuestos entre las estrellas rombiformes ofrece un temario muy rico (figs. 257 y 356-357). En ellos se plasman entrelazos definidos por teselas negras, dobles peltas confrontadas, rombos curvilíneos encajados entre triángulos equiláteros de base curva, en tonos rosa y rojo alternantes, florecillas cuatripétalas (en cuadrados concéntricos de vértices opuestos, recargados con cuatro triángulos dentellados tangentes unidos en el centro por una tesela, que dan lugar a una cruz de Malta), ajedrezados, nudos de Salomón sencillos y múltiples englobados en círculos de teselas negras, que están contorneados por otras blancas, entre cuatro triángulos equiláteros dentellados. En los ángulos de los que encuadran nudos de Salomón simples y múltiples hay pequeños triángulos dentellados, al igual que en los casetones con una crucecita de teselas negras como apéndice central. Alrededor de ellos se disponen cuatro espacios hexagonales oblongos trazados por cuatro rombos con un cuadrado sobre la punta en medio.

Los cuadrantes rectos (de 38/39 cm de lado) se combinan con otros más pequeños apoyados sobre el vértice, a modo de rombos (de entre 23 y 25 cm

de diagonal menor), que comprenden motivos ajedrezados, cuadrados dentellados apuntados y cruces de Malta, respectivamente. Esta pauta simétrica se aplica en todo el campo musivo: doce alineaciones horizontales de tres rombos se intercalan con otras doce de tres cuadrados entre los que median sendos rombos (con idéntica modalidad de cuadrados dentellados, flores cruciformes o motivos ajedrezados, al interior), hasta un total de veinticuatro bandas, siempre con las estrellas de losanges yuxtapuestas como nexo de unión.

Adoptando también una disposición en diagonal, el trazado de rombos y cuadrados coincide regularmente en su repertorio ornamental.

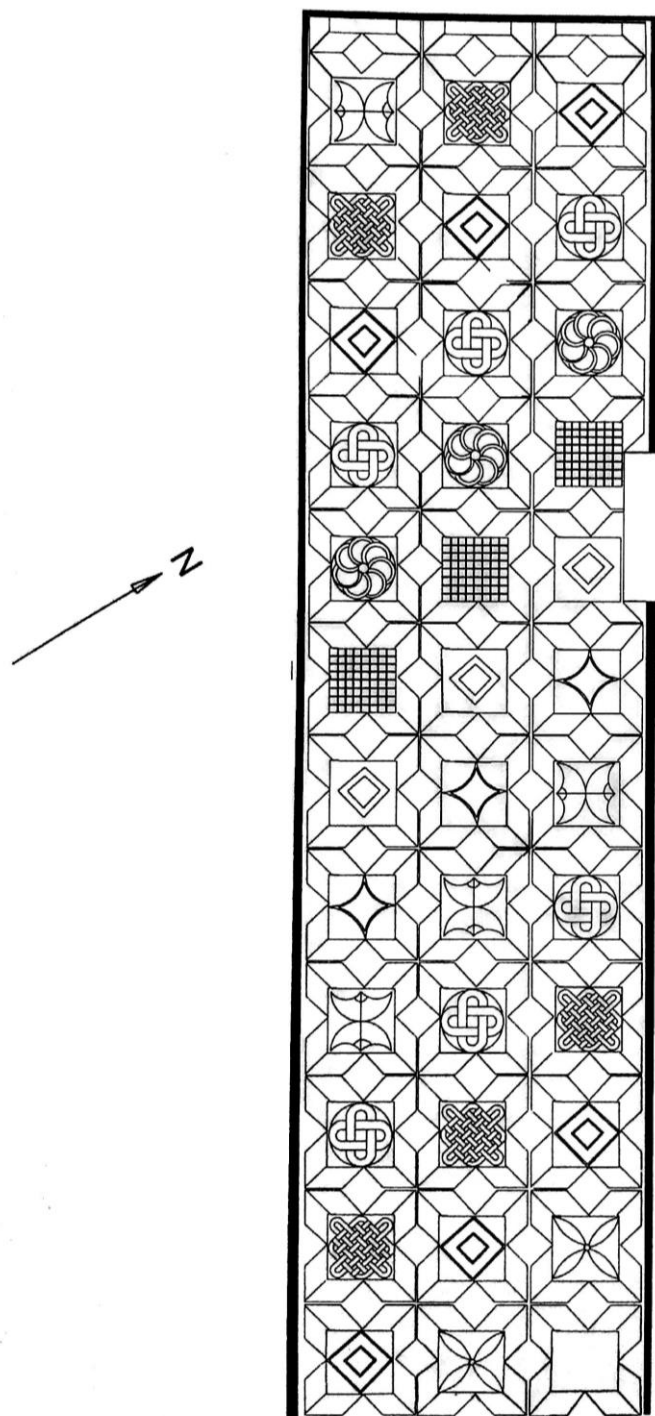


Fig. 357. Mosaico del pasillo 11. Dib.: García Bueno.

Iniciamos la descripción pormenorizada del mosaico de Norte a Sur, en la dirección del recorrido a seguir una vez traspasado el porche de entrada que preside el flanco noroccidental de la vivienda (fig. 357). En el lado más corto, adosados a la doble hilera de teselas de pizarra que enmarca la alfombra,

aparecen tres cordones de dos cabos bicromos de teselas rojas y blancas confinados dentro de rectángulos rellenos de teselas negras, ribeteados por filetes de teselas blancas y dos hilos de teselas negras. La trenza situada en medio está dañada en su extremo izquierdo. En segundo lugar encontramos tres cuadrados apoyados sobre el ángulo, que se complementan (de izquierda a derecha) con un cuadrado dentellado al bies, una cruz de Malta y un motivo ajedrezado delimitado por un cuadrado dentellado sobre la punta, de teselas rojas superpuestas a otras blancas, con un núcleo de teselas de pizarra alrededor de una sola blanca. Después, una serie de tres cuadrados cuyo campo fue ocupado, respectivamente, por un par de peltas confrontadas (una blanca y otra roja), unas sogas entrelazadas en el interior de otro cuadrado de menores dimensiones, delineado por teselas negras sobre fondo blanco y un cuadrado apuntado centrado por una flor cruciforme. Entre las tres casillas se interponen dos rombos, con un cuadrado dentellado sobre el vértice y un motivo ajedrezado (como ocurre en el resto del mosaico, con la variación ya señalada de alguna cruz de Malta al centro, por lo que no los mencionaremos de nuevo para no ser demasiado repetitivos). La cuarta columna horizontal consiste en tres rombos homólogos con cuadrados dentellados sobre el ángulo, en los que se inscriben sendas cruces de Malta. Posteriormente están representados otros tres cuadrantes con un cable, un cuadrado apuntado con una flor cruciforme y un nudo de Salomón de doble lazo entre cuatro triángulos equiláteros. A partir de la secuencia de rombos que hay más adelante faltan varios temas centrales, pues el mosaico muestra algunos fallos, aunque esos signos de deterioro son esporádicos. Dichos rombos reproducen en todos los detalles el patrón de los de la primera secuencia, pero con un orden diferente: un cuadrado dentellado apoyado sobre el vértice, en el central iría un motivo ajedrezado, hoy día desaparecido, y a la derecha hay una cruz de Malta. La séptima banda, por ende, también está incompleta: se han salvado los cuadrados de ambos flancos, en los que figuran un cuadrado apuntado con una florecilla en aspa en su interior y un nudo de Salomón múltiple, respectivamente (en medio debía de haber un nudo de Salomón sencillo). De los rombos que les suceden únicamente se conserva, en el de la izquierda, un

cuadrado dentellado sobre el ángulo en cuyo interior lleva inserta una cruz de Malta, en tanto que su opuesto fue reconstruido con simples teselas blancas. De la novena alineación quedan los cuadrados de sendos laterales, que ostentan un nudo de Salomón simple y un damero (con casillas en oposición de tres colores), mientras que en el centro habría un nudo de Salomón de triple lazo. Vienen después otros tres rombos con un motivo ajedrezado, un cuadrado dentellado al bias y una flor cruciforme, en el límite de la interrupción del *opus tessellatum* por un peldaño colocado en este punto para poder acceder a la habitación aledaña (n.º 12), localizada al Este. A continuación, una franja de tres cuadrados cubiertos con un nudo de Salomón múltiple, un damero y un cuadrado dentellado apuntado, con una crucecita central de cuatro teselas negras. La duodécima fila está formada por otros tres rombos, con cuadrados dentellados y cruces dentro en los dos laterales, y el otro en blanco. Consta luego otra hilera de cuadrados rectos decorados con un damero, un cuadrado dentellado con una crucecita en el centro y un cuadrado curvilíneo en punta encajado entre cuatro triángulos equiláteros de base curva, que llenan las esquinas del recuadro. En esta sección hay otra gran laguna.

Prosigue la misma secuencia decorativa, con estrellas tangentes de gran tamaño que estructuran asociaciones equidistantes de cuadrados y rombos. Los motivos geométricos contenidos en éstos, ordenados sistemática y regularmente, se distribuyen constituyendo líneas diagonales, una cadencia que sigue siempre criterios de axialidad y simetría, lo que nos permite reconstituir los arquetipos ornamentales ausentes, si bien presentan una variación cromática rotativa, e incluso, en el caso de las peltas, un giro que las invierte de una posición vertical a otra horizontal, imprimiendo así cierto dinamismo a todo el tapiz, pues ese efecto crea una impresión de movimiento. Podemos interpretarlo como un intento de contrarrestar la monotonía producida por la reiteración de los elementos subordinados que incorporan al interior los campos cuadrangulares y romboidales.

La parte restante no es sino una repetición exacta del área precedente, por lo que a partir de ahora tan sólo daremos una relación del temario de los cuadrados grandes: la columna decimoquinta tendría un cuadrado dentellado,

otro de lados curvos y dos peltas confrontadas (estas últimas son lo único que se ha preservado), de la decimoséptima ha desaparecido un cuadrado cóncavo, habiendo subsistido una pareja de peltas contrapuestas y un nudo de Salomón sencillo. En la decimonovena pueden verse otras dobles peltas, un nudo de Salomón y un motivo de espartería. En la vigésimo primera, de nuevo, un nudo de Salomón, en medio hay una ruptura de teselas, donde seguramente iría un cable, y del siguiente apenas son perceptibles unos trazos de un cuadrado dentellado. Terminamos nuestra descripción mencionando un motivo de cestería, un cuadrado apoyado sobre el vértice y una flor en aspa, de la que se han conservado dos de sus cuatro pétalos. Pese a que el mosaico se prolonga algo más, la última serie se ha perdido, en consecuencia, tan sólo cabe suponer que habría un cuadrado dentellado apuntado y otra roseta cuatripétala (desconocemos qué iba en el tercer cuadrante).

La presencia de la referida flor cuadrifolia introducida en uno o dos de esos últimos cuadrados no tiene continuidad en el dibujo del mosaico, a diferencia de los demás motivos de repertorio, quizás como resultado de una adaptación del cartón copiado al espacio disponible, llevada a cabo por el equipo de *musivarii*. De hecho, los tres rectángulos con trenzas del extremo opuesto, al igual que las medias estrellas de los laterales, se adecuan a los límites y dimensiones concretas del pasillo, al ser un ámbito de formato alargado.

La mayoría de las calvas producidas *a posteriori* se arreglaron con *opus caementicium*, si bien, como ya hemos señalado, es perceptible una mala restauración antigua efectuada en uno de los cuadrados del extremo, que se rehizo sin tan siquiera tratar de imitar el modelo que había sufrido desperfectos. Esta solución, ocasionalmente adoptada en los pavimentos musivos de Puente de la Olmilla cuando se procedió a reparar algunos tramos afectados por el desgaste natural con el paso del tiempo, a lo largo del paulatino proceso de decadencia de la *villa*, corresponde, según creemos, a un momento anterior a aquél en que se empleó la argamasa como relleno, un sistema más “grosero” que la reposición de teselas.

Dicha improvisación es indicativa de que en esa época ya no se

sobrepasa el nivel de artesanado local. El artífice de este trabajo se vio reducido a suplir con teselas blancas la zona erosionada, sin completar la decoración original, por lo que sólo nos ha llegado un triángulo equilátero de base curva en una esquina del recuadro. A pesar de estar parcialmente malogrado, es perfectamente identificable, ya que está colocado en la misma diagonal del cuadrante que exhibe en su interior un cuadrado curvilíneo complementado por triángulos homólogos a éste, por lo tanto, inicialmente incluiría ese mismo comodín. La tendencia diagonal acabada de citar amortigua el efecto producido por los ejes rectos resultantes de la intersección de cuadrados y rombos. Es un recurso que posibilita una doble lectura del esquema musivo, al presentar una secuencia ordenada en sentido tanto oblicuo como perpendicular, donde las estrellas de rombos sirven, a la vez, de elemento de unión y de separación de los cuadrados que ocupan los espacios intermedios de la alfombra, ceñidos por líneas paralelas y quebradas, todo ello muy en consonancia con el recargado gusto romano de época tardía.

Este mosaico sigue un modelo extraordinariamente conocido en la musivaria romana. La estrella rombiforme posiblemente surgió durante el siglo I en la Península Itálica, quizás como adaptación de una ornamentación propia del *opus sectile* al *tessellatum* (HIDALGO, 1991, 331). Los ejemplares más antiguos son de *opus signinum*. Es muy típica en mosaicos tempranos, de los siglos I y II d.C., realizados en *opus tessellatum*. En Ostia y Pompeya se utilizó este sistema en blanco y negro (los losanges delineados en negro sobre fondo blanco), estando ampliamente representado en ambas ciudades (BLAKE, 1936, 80, lám. 112; 105-106, láms. 16,3, 21,1; 109, láms. 19,3; 102, 191, lám. 20,4; BECATTI, 1961, 131, 205, láms. XXIII, n.º 261; 132-133, n.º 266; lám. XXVI, 108-109, n.º 205; lám. XXVII, 196, n.º 374; lám. XXVIII; SALIES, 1974, 5, fig. 2, 16; BARBET, 1983, 51-52, láms. XXXIII-XXXIV). Durante el periodo augusteo decoraba la finca sabina del poeta Horacio (BLAKE, 1930, 111; BLANCO, 1952, 26; CMRE II, 1978a, 27; BLÁZQUEZ, CMRE IV, 1982a, 24). De comienzos del Imperio es un ejemplar ostiense en blanco y negro, el de la *Domus Fulminata* (BECATTI, 1961, 106, lám. XXVII, n.º 197 y 205), otro pompeyano, de la Casa de los Amores Dorados (BLAKE, 1930, 105 y 115, lám.

36,2) y algunos de Aquileia (BLAKE, 1930, 105-192, láms. 22,1 y 3), datados en el siglo I d.C. También en blanco y negro es el de la habitación 8 de la *villa* de los *Volusii Saturnini*, en *Lucus Feroniae*, que se encuadra entre el 10 a.C.-20 d.C. (DUNBABIN, 1999, 58, fig. 56).

M.E. Blake la denominó “estrella de rombos”, al estar compuesta por dichas figuras geométricas, entre las que usualmente se intercalan rectángulos, cuadrados y otros motivos decorativos. Tuvo una enorme repercusión en todo Occidente a partir del siglo II d.C. y por entonces se generan muchos de los habituales elementos de relleno de los cuadrados distribuidos a lo largo de esta trama compositiva, de trazado menos sencillo que en sus inicios. Se documenta en numerosos ejemplares itálicos de la segunda centuria, p. ej., nuevamente en algunos de Aquileia (BLAKE, 1936, 105, 16,3), en Ostia (en la *Insula* delle Muse, fechado hacia el 130 d.C., en la *Domus* de *Apuleio*, de mediados de siglo, en la *Insula* del Dioniso, de fines del siglo II, en la *Insula* di Giove e Ganimede [BLAKE, 1936, 88-89, lám. 11, fig. 4; 90, lám. 15,1; BECATTI, 1961, 131, láms. XXVI, n.º 266; XXIII, n.º 261 y CCXXV; 132-133, XXVI, n.º 266; 89, lám. XXV, n.º 152; 108-109, XXVII, n.º 205; 196, lám. XXVIII, n.º 374; 282]) y en Trieste (BLAKE, 1936, 109, láms. 19,1; 22,3). En su versión blanquinegra se puede contemplar en un mosaico de Tívoli, en *Villa Adriana* (BLAKE, 1936, 80, 103, láms. 11,1-2 y 16,3). A finales de época altoimperial había perdido el rigor lineal que acusó en la Península Itálica durante las dos primeras centurias. Se adopta a partir de entonces una técnica menos sobria, una mayor variedad de detalles complementarios, subsistiendo con plena vigencia hasta bien entrado el siglo V. A ese contexto tardío pertenece otro mosaico paragonable de la *Domus Fulminata*, de la primera mitad del siglo III (BECATTI, 1961, 108-109, lám. XXVII, n.º 205).

K. Parlasca (1959, 41, 123, 125, lám. 42,2) la atribuye a época tardoconstantiniana en la *villa* de Euren, mientras que en Pfalzel (PARLASCA, 1959, 52, láms. 9 y 52,1) y en Fliessem (PARLASCA, 1959, 15, lám. 20,2), a su juicio, no es anterior al primer tercio del siglo III d.C. También Tréveris nos ha suministrado un paralelo, con una cronología del siglo IV d.C. (PARLASCA, 1959, 8, lám. 16,3; 58, lám. 57,3-4). Aparte de los citados ejemplares de

Germania, multitud de mosaicos localizados fuera de la Península Ibérica recuerdan muy de cerca el pavimento de Puente de la Olmilla (SALIES, 1974, 5, figs. 16a-17; LANCHA, 1977, 150-156; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 25, 65, 84; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 72-73; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 39; HIDALGO, 1991, 330-333, todos ellos con paralelos). R. Hidalgo Prieto (1991, 348) relaciona este elemento decorativo con los talleres rodaneses. De acuerdo con ello, esta composición, encuadrada en el tipo del “Rautensternsystem 1 a, Zentralkomposition” (SALIES, 1974, 5-7, 52-54), está muy repartida en la Galia, donde se hizo célebre (LANCHA, 1977, 137-142; LAVAGNE, 1979, III,1, 30, 33-34, lám. III, n.º 6, con una amplia recopilación de paralelos; FERNÁNDEZ OCHOA, 1982, 362, n.º 22-23), en ocasiones como motivo accesorio, p. ej., en uno de Lyon, cuya cronología oscila entre los siglos II-III (STERN, 1967, 29-30, lám. XII, n.º 13), en otro de la villa de Biches, de época de los Severos (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 127-128, lám. LXII-LXIV, n.º 335), en Ouzouër-sur-Trézée, del mismo periodo que el anterior (DARMON y LAVAGNE, 1977, 93-94, láms. LXVIII-LXXIII, n.º 467), Champuert, de la primera mitad del siglo III (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 122-123, láms. LXVI-LXVIII, n.º 326), Autun, cronológicamente adscrito a la primera mitad del siglo III (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 270-271, láms. XXXII-XXXIV, n.º 229)..., y muy frecuentemente aparece como un diseño continuo, sirvan de ejemplo uno de las postrimerías del siglo I de Orange (LAVAGNE, 1979, 62-63, láms. XIV-XV, n.º 47), otros de Vienne (LANCHA, 1977, III, 72-79, láms. XXII-XXIII, XXV-XXVII, n.º 266-267, 273-274), Saint-Bertrand-de-Comminges, de finales del siglo I o primera mitad del II (BALMELLE, 1980, 50-51, láms. VI-VIII, n.º 33), Reims, datable entre los siglos I-II (STERN, 1957, 36-37, lám. XV, n.º 42), Feurs, de la primera mitad del siglo II (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 21-24, lám. I, n.º 157 y 161), un pavimento de la villa de Nizy-le-Comte, del siglo II (STERN, 1957, 39-40, láms. XVI; XVII a; XVIII, n.º 49 a), otro de Saint-Paul-Trois-Châteaux, fechado en torno al 130-150 d.C. (LAVAGNE, 1979, 105-106, láms. XL-XLI, n.º 111, en este último mosaico el esquema se presenta en disposición diagonal, menos común que la ortogonal), Avignon, de la primera mitad del siglo III, Cavaillon,

cuya cronología oscila entre los años 130-150 (LAVAGNE, 1979, 30-34, láms. I-III, n.º 6; 77-78, lám. XXIII, n.º 75, respectivamente), uno de Sens, de principios del siglo III (DARMON y LAVAGNE, 1977, 63-64, láms. XLI-XLV, n.º 425), un ejemplar de Paisy, probablemente de la primera mitad de esa misma centuria (DARMON y LAVAGNE, 1977, 143-144, láms. CVII-CXII, n.º 509), mientras que otro de Souzy-la-Briche, con losanges dentados en el interior, se puede fechar en el siglo IV o incluso inicios del siguiente (DARMON y LAVAGNE, 1977, 115-116, láms. LXXXIV-LXXXVII, n.º 483; 125-129, láms. XCV-XCVII, n.º 489). Asimismo, circuló bastante por Britania, perviviendo del 160 al 280 d.C. en pavimentos de Fishbourne (75-80 d.C.), Eccles, Caerwent, Colchester (anterior a época antoniniana), *Verulamium* (de mediados del siglo II), Kent (SMITH, 1975, 270-272, láms. CVII, 1; CVIII 2; CIX), Lincolnshire, de donde procede un mosaico datado en el tercer cuarto del siglo IV (JOHNSON, 1982, 49), etc.

Igualmente, se puede reconocer este patrón en mosaicos de Olimpia, Ptolemais (Cirenaica, mosaico con la cabeza de Medusa, STERN, 1977, 23), Cilicia (del periodo severiano y postseveriano, BUDDE, 1972, 22, 28, figs. 19-22, 195, 231) y Antioquía. En un mosaico de la Casa DH 25-L de esta última ciudad vemos estrellas de ocho rombos combinadas con cuadrados y rectángulos en un extremo (LEVI, 1947, I, 56, fig. 19), idénticos a los del pasillo de Puente de la Olmilla. A diferencia de nuestro mosaico, toda la alfombra está enmarcada por un guilche de dos cabos semejante al de la galería oriental (n.º 14) de la *villa* que estamos estudiando. En otros ejemplares antioqueños se desarrolla una trama compositiva parecida de estrellas formadas por ocho losanges: en un tapiz de la Casa 2 DH 35-U (LEVI, 1947, I, 222, fig. 84), en la habitación 1 -zona suroeste- de la Casa de Dionisos y Ariadna, con sogueados y otros elementos ornamentales comprendidos en rectángulos, en los límites del pavimento (LEVI, 1947, I, 143, fig. 57; II, láms. XXVII a; CI a); del mismo modo, el de la habitación 1 de la Casa del Barco de Psyche presenta estrellas de rombos en derredor de cuadrados, como sucede también en su vestíbulo 7 y, en el borde del tapiz, podemos identificar cables incluidos en rectángulos (LEVI, 1947, II, 190, láms. XXXVIII d; CIII e), idénticos a los de Puente de la

Olmilla. En el mosaico pavimental de la habitación 1 de la Casa del Concurso de Bebedores, del siglo II, los rectángulos llevan diversos motivos decorativos, pero no guilches (LEVI, 1947, II, láms. XXX, XXXI a-XXXII y CI b; MORVILLEZ, 2005, 1328, fig. 2), similares todos ellos a los del pasillo n.º 11 de Puente de la Olmilla. Estrellas de losanges figuran en el Mosaico del Éufrates, descubierto en Mas 'udije, al Este de Alepo, evidenciando el amplio recorrido geográfico de este tema decorativo, que llegó hasta las tierras bañadas por el Éufrates (LEVI, 1947, I, 395, fig. 154).

Los talleres norteafricanos probablemente adoptaron este diseño en el siglo II d.C. y durante la siguiente centuria proliferó en aquella zona: en la Casa del Pavo Real de El Djem, en la Casa de las Máscaras de Sousse (FOUCHER, 1964, 10, lám. 13; 1965, 29, fig. 43), en un columbario de comienzos del siglo II de Utica (ALEXANDER-ENNAÏFER, 1973, 62, lám. XXXVII, n.º 208), en Thina, Túnez (FENDRI, 1965, 170, fig. 19, n.º 2), etc. La policromía caracteriza estos mosaicos, al igual que ocurre en Siria, p. ej., en uno de Apamea, de la segunda mitad del siglo III d.C. (BALTY, 1977, 26, fig. 8).

Este fue uno de los grandes temas de la musivaria clásica y a partir de finales del siglo II d.C. gozó de una especial predilección entre los hacendados que encargaban este tipo de obras suntuarias para solar sus mansiones campestres. Por ello, la estrella de ocho brazos, conjugada con distintas figuras geométricas, es muy habitual en el Occidente del Imperio, sobre todo en época tardía y, en particular, en Hispania (BARRAL, 1978, 55-56; FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 72-74; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1980, 11 ss.; 1984b, 83-84, quienes recogen un amplio listado de paralelos). Contamos con multitud de ejemplos representativos en la Península. Inicialmente aparece aquí en su modalidad en blanco y negro, p. ej., en Ampurias, pero con el tiempo se introduce la policromía y la decoración subordinada más en boga, alcanzando su mayor auge en el siglo IV (MONDELO, 1984-85, 129). Tiene correlación con varios mosaicos emeritenses, como los descubiertos en la Casa del Mitreo (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 39, lám. 42 B, n.º 20) y en la calle de Sagasti (Mérida), si bien éste difiere del nuestro en que las estrellas están formadas por cuatro romboides

(BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 30-32, fig. 12, láms. 13 y 20, n.º 9), igualmente proceden de Mérida otros ejemplares parecidos, descubiertos en las calles Pontezuelas y Holguín, cuya cronología se sitúa en la segunda mitad del siglo III y a mediados del siglo IV, respectivamente (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1990, 65-66, fig. 5, n.º 11; 79-91, figs. 7-8, n.º 14). También está atestiguada en diversos mosaicos de Clunia (Burgos), entre ellos, el de una *domus* cercana al Foro (BARRAL, 1976, 61), en pavimentos de algunas otras habitaciones de la Casa Taracena y otro situado delante de una de las puertas de la Basílica del Foro (NAVARRO y PALOL, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 56-60, fig. 14, láms. 23 y 46, n.º 8; 67, fig. 17, lám. 25, n.º 15). El mosaico del triclinio de la *Domus* de la Gorgona/Medusa de *Carthago Nova* (FERNÁNDEZ DÍAZ y QUEVEDO, 2007-2008, 290-291, fig. 5, lám. 8), tal vez de época trajanea, responde a parecida concepción ornamental que el nuestro. Se emplea este mismo tratamiento decorativo en un ejemplar de Alcolea del Río (Sevilla), de la segunda mitad del siglo II (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 24-25, lám. 6, n.º 9), en varios mosaicos de Itálica (MAÑAS, 2010, 93; 2011, 32, fig. 30, n.º 9; 36, fig. 50, n.º 14), p. ej., en el mosaico del busto de Baco, de idéntica cronología que el anterior (BLANCO, 1952, 291, figs. 10-11; *CMRE* II, 1978a, 26-27, láms. 8-10, n.º 2), de nuevo, en algunos de Barcelona (uno de ellos procedente de la Plaza de Antonio Maura [FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 69 nota 56], otro fechado en la primera mitad del siglo III, etc. [BALIL, 1962, 54, 57, fig. 6; BARRAL, 1978, 54-58, láms. XXI-XXIV 4, n.º 8, 21, 23, 25 y 72]), en Tarragona (NAVARRO, 1980, n.º 14; MONDELO, 1982-83, 129), en Elche (MONDELO, 1984-85, 129). Contamos con más testimonios de este modelo en mosaicos de *villae* lusitanas como la de Torres Novas (PAÇO, 1964, 81 ss.), donde sirve de fondo a una escena figurativa, lo que no es muy usual. Asimismo, con ligeras variaciones, lo hallamos en pavimentos de Rielves (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 220, fig. 10; FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 68-69, fig. 30), en varios de Córdoba, como uno de la Plaza de La Corredera, de la segunda mitad del siglo II o primera del III (GARCÍA Y BELLIDO, 1965, 183-196; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 24-25, fig. 1, lám. 10, n.º 8) y otro de la calle

Ramírez de las Casas-Deza (HIDALGO, 1991, 332). Se reproduce en el mosaico con la cabeza de Medusa y las Estaciones, de Carmona (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 31-34, lám. 11, n.º 15), en uno de la *villa* de Río Verde (Marbella, Málaga), con una disposición diagonal, donde las estrellas de ocho losanges determinan cuadrados grandes y otros pequeños apuntados sobre el vértice, datado en el siglo II o inicios del siguiente (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 323, fig. 17; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 83-84, lám. 68 A, n.º 58; MONDELO, 1984-85, 125-129, n.º 4), en el de la habitación CI de la *villa* de la Estación, de Antequera, Málaga (ROMERO-VARGAS, 2011, 823-828, figs. 5-6), en otro de la *villa* de Bruñel, de Quesada, Jaén (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 323, fig. 18, con paralelos; BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 65-66, lám. 55 B, n.º 48), en el mosaico de las Cuatro Estaciones, de Comuña (Cabriana, Álava), del que tenemos noticia a través de un dibujo perteneciente a la colección de la Real Academia de la Historia, con variantes tales como un sogueado contiguo, varios círculos... (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 18-19, fig. 11, lám. 43, n.º 11). En uno de la *villa* asturiana de San Martín de Andallón, del siglo IV, calles de estrellas de losanges separan los diferentes motivos decorativos y los cuadrados ostentan nudos de Salomón de doble o triple lazo, cuadrifolias, etc., similares a los del mosaico que analizamos. La propuesta cronológica para este ejemplar asturiano es una fecha comprendida entre principios y mediados del siglo IV (FERNÁNDEZ OCHOA, 1982, 360-364, lám. I; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 50-51, fig. 18, n.º 31). Se constata su presencia en Uxama, Soria (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 53, fig. 5 G, n.º 52) y en dos habitaciones de Cuevas de Soria, donde cubre los suelos de sendos espacios rematados en ábside (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 72-74, figs. 14-15, n.º 65-66). Como han observado algunos autores (BALMELLE *et alii*, 1985, 176), es un tema muy común en la musivaria de la Meseta Norte, con diversas variantes (TORRES CARRO, 1990, 225-226). El patrón del mosaico estudiado presenta muchas similitudes con el que decora uno de los ambulacros de la *villa* de Navatejera (León), donde hay cuadrados rodeados por cuatro hexágonos oblongos. En el interior de estas figuras

geométricas se inscriben otros cuadrados y flores cruciformes, en aspa (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO, MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE X*, 1993, 29-30, fig. 10, n.º 14). Se repite en dos mosaicos del peristilo y en uno de los tapices de la galería n.º 76 de la *villa* navarra de Liédena, pero en este último caso los losanges están dentados en el interior (MEZQUÍRIZ, 1956, 34, fig. 13, lám. XI; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE VII*, 1985, 39-40, figs. 4 y 28, A-16, lám. 25, n.º 18; 51, lám. 31, n.º 28; 51, lám. 32, n.º 29), donde, al igual que en Puente de la Olmilla, los rectángulos encierran trenzas (MEZQUÍRIZ, 1956, 34, fig. 13, láms. XI y XXX, 1; 190, láms. I-XII). La volvemos a encontrar en un mosaico de Almenara de Adaja (Valladolid), que consta de cuatro rombos (NEIRA y MAÑANES, *CMRE XI*, 1998, lám. 31, n.º 12). Estrellas de ocho puntas, cuadrados y rectángulos ocupan la superficie musiva de uno de los pavimentos de la *villa* de Baños de Valdearados (Burgos), de la primera mitad del siglo V d.C. (LÓPEZ MONTEAGUDO, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE XII*, 1998, 16-18, fig. 3, lám. 3, n.º 2).

Losanges y cuadrados se combinan de distintas formas en mosaicos muy tardíos de Alcalá de Henares, como uno de la Casa de Cupidos II, de la primera mitad del siglo V (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE IX*, 1989, 31, fig. 13, n.º 9) y otro ejemplar complutense, de la segunda mitad del siglo V (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE IX*, 1989b, 31-32, fig. 14, n.º 10), también en un pavimento de Villafranca (Navarra), con algunas variaciones, ya que las estrellas son seccionadas por rectángulos con dibujo de damero, además, algunos motivos de relleno son diferentes (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE VII*, 1985, 74-75, fig. 12, láms. 43-44, 57-58, n.º 49).

Estrellas de ocho rombos, repartidas puntualmente, salpican la superficie pavimental de un mosaico figurado de Vilet (Lérida), en la actualidad conocido a través de un dibujo de J. Folch y Torres (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE VIII*, 1989a, 23-24, lám. 9, n.º 24). Como detalle aislado se documenta, por poner algún ejemplo, en la *villa* soriana de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE VI*, 1983, 36, lám.

11, n.º 30; LANCHA, 1977, 138, 141-143, figs. 67, 69-70) y en un mosaico emeritense descubierto en la calle de Pizarro (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 29-30, lám. 10, n.º 7). En un pavimento del siglo IV de la villa de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba) campea una gran estrella de ocho brazos romboidales combinada con cuatro cuadrados donde se insertan nudos de Salomón, situados en sendas esquinas del panel, y cuatro peltas intercaladas entre los rombos (HIDALGO, 1991, 330-333, lám. IV; MORENO, 1994, 227-228, fig. 1), que nos recuerda a la de dos mosaicos galos: uno de Membrey, del siglo II (STERN, 1963, 94-95, láms. LII-LVII, n.º 366) y otro de Saint-Paul-Trois-Châteaux, de las postrimerías del siglo IV o principios del V d.C. (LAVAGNE, 1979, lám. XXXIV, n.º 107).

La nutrida serie de ejemplos citados evidencia la enorme proliferación de este modelo, que se extendió de Occidente a Oriente.

Líneas de triángulos tangentes por el vértice como las del mosaico que nos ocupa se reproducen en el mosaico báquico de Alcalá de Henares (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989, 21-26, fig. 7, láms. 8-9, n.º 2). El repertorio de C. Balmelle *et alii* (2002, I, 170, lám. 113 c) recoge una composición de filetes no contiguos con medias crucecitas, aunque, a diferencia de las que recorren internamente los lados mayores del marco circundante de este pavimento musivo de Puente de la Olmilla, se representan en oposición de colores y con puntos en los espacios vacíos.

Rectángulos que acogen cordones de dos cabos abundan en mosaicos de Liédana y Villafranca (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 39-40, fig. 28, n.º 18; 74-75, láms. 43, 44, 57 y 58, n.º 49, respectivamente), de Alcázar de San Juan (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982, 23-24, fig. 13, láms. 1-2, n.º 13, y los dos ejemplares hasta ahora inéditos, *vid. supra* capítulo VII.2), etc. En ocasiones, la adaptación del contenido gráfico al marco musivo da lugar a la inclusión en el área periférica de rectángulos decorados con alguno de los clichés que adornan el interior de los cuadrados en el resto del mosaico, sin embargo, otras veces “no hay relación directa entre la decoración de uno y otro tipo de espacio” (MONDELO, 1984-85, 130), como sucede en este pavimento

de Puente de la Olmilla.

Peltas contrapuestas ilustran pavimentos de Mérida (Casa del Anfiteatro, BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 42-43, lám. 65, n.º 32), de Alcázar de San Juan (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982, 23-24, lám. 1, n.º 13), de la villa de Panes Perdidos, Badajoz (GARCÍA SANDOVAL, 1966, 194-196), de La Olmeda (PALOL, 1990, 40), de *Heraclea Lynkestis*, Sousse, *Thysdrus* (FOUCHER, 1960, 32, lám. XVa; 39, lám. XVIII; 1961, lám. XIII), etc.

Son innumerables los testimonios de cuadrados cuyo campo llenan sogueados múltiples, como los del mosaico del *frigidarium* V de las termas de *Pupput*, en Hammamet, Túnez (ABED, 2005, 508, fig. 6 b). Al estudiar A. Blanco el ya mencionado mosaico italicense con busto de Baco, afirma que las trenzas múltiples fueron importadas de Oriente por los soldados de Trajano (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 27).

En lo que al tema del ajedrezado respecta, está ampliamente representado tanto en el ámbito peninsular como en el extrapeninsular, como vimos al cotejar la decoración del mosaico del pasillo intermedio entre las habitaciones 1 y 2, por lo que remitimos a lo ya dicho. Es un elemento subordinado muy frecuente en la musivaria hispana de época tardía.

Una definición rigurosa de esta decoración organizada a base de estrellas de losanges separadas por cuadrados y rombos nos la proporcionan J. Lancha (1977, 141-143, 152, figs. 67, 69-70), M. Fendri (1965, 170, fig. 19, n.º 2) y otros autores (BALMELLE *et alii*, 2002, II, 236-237, lám. 413 a). G. Salies (1974, 5-7) recopila numerosos ejemplos cuya cronología abarca desde el siglo I d.C. hasta la Antigüedad Tardía, sirviendo de argumento a investigadores como R. Hidalgo (1991, 333) para alegar que la estrella de ocho losanges no es válida “como criterio de datación” debido a su empleo durante “un amplio espacio de tiempo”. Por otro lado, está incluida en la Tabla de dibujos geométricos de los mosaicos de la Bética elaborada por M.C. Fernández Castro (en BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982, 99, fig. 19, cuyo modelo es un pavimento de la villa de Bruñel, en Jaén), quien considera que losanges y rombos “fueron fundamentalmente motivos tardíos”, asiduamente utilizados en la musivaria norteafricana. Es más, los cuadrados separados por losanges

constituyen un esquema con una prolongada aplicación hasta el siglo V d.C.

La alternancia de tantos motivos de repertorio diferentes, que se van repartiendo a lo largo y ancho del solado, consigue un notable efecto de riqueza ornamental.

En suma, todos estos elementos decorativos (cables, peltas, nudos de Salomón, rombos...) fueron de uso corriente y aunque se generalizaron ya desde el siglo II d.C., experimentaron un fuerte incremento durante los siglos IV-V d.C. Su naturaleza tardía está respaldada por el gran número de ocasiones en que éstos aparecen con dicha cronología en el Norte de África, p. ej., en la ciudad de Djemila (BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 234).

La datación de este efectista mosaico viene dada también en razón a su densidad ornamental, un acentuado geometrismo y la presencia reiterada de un mismo tema decorativo, rasgos que sugieren una fecha avanzada para su confección. De hecho, está marcado por un predominio del *horror vacui*, fenómeno que caracteriza las creaciones musivarias bajoimperiales. Concluyendo, todos los aspectos formales descritos acotan el marco cronológico en la segunda mitad del siglo IV.

XIV.5.3.6. MOSAICO DEL PASILLO N.º 10 (fig. 358)

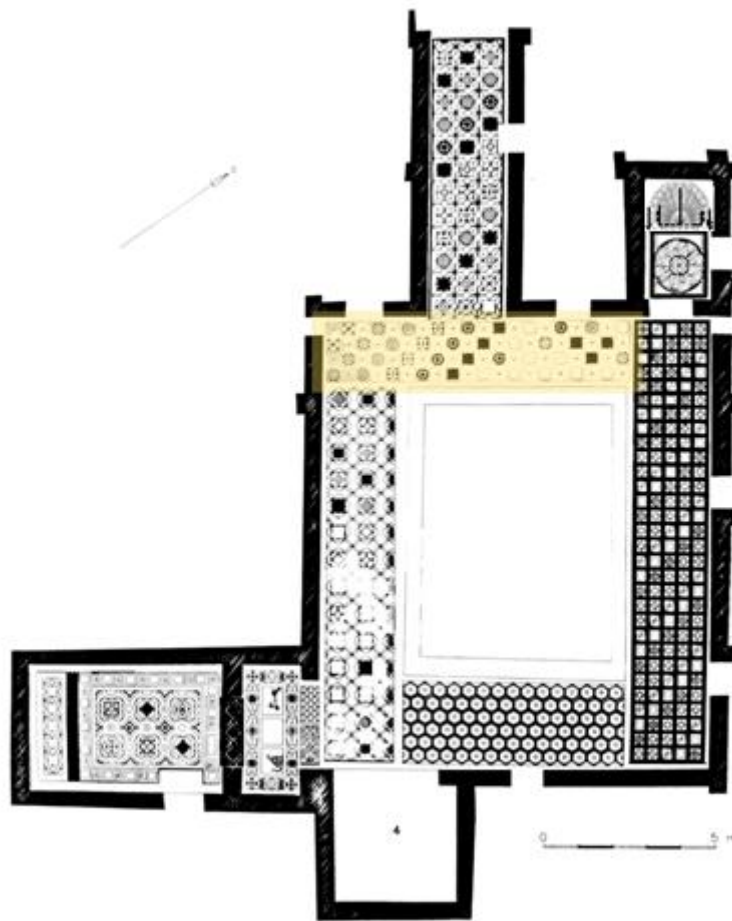


Fig. 358. Situación del mosaico del pasillo n.º 10.

El corredor principal, por el que se entra al interior de la vivienda, desemboca en el lateral septentrional del peristilo (n.º 10). Este mosaico pavimenta, por tanto, uno de los cuatro amplios corredores que circunscriben esa área espacial común (fig. 256). Tiene 11,40 m de longitud por 2,70/2,85 m de anchura. Con una superficie total de unos 32,50 m², de los que quedan unos 21,80 m², el *opus tessellatum* está bastante degradado, especialmente en su tramo central (vid. *infra* Anexo V, 2: Informe 1991, 14, foto 7). No obstante, las partes conservadas hacen posible reintegrar casi todo el repertorio temático originario, que se lee claramente en una extensa sección (fig. 359). Pese a requerir este solado una amplia restauración cuando estaba en uso, tan sólo fue burdamente reparado en la Antigüedad rellenando las faltas con argamasa (una especie de *opus signinum* de mala calidad, fig. 250).

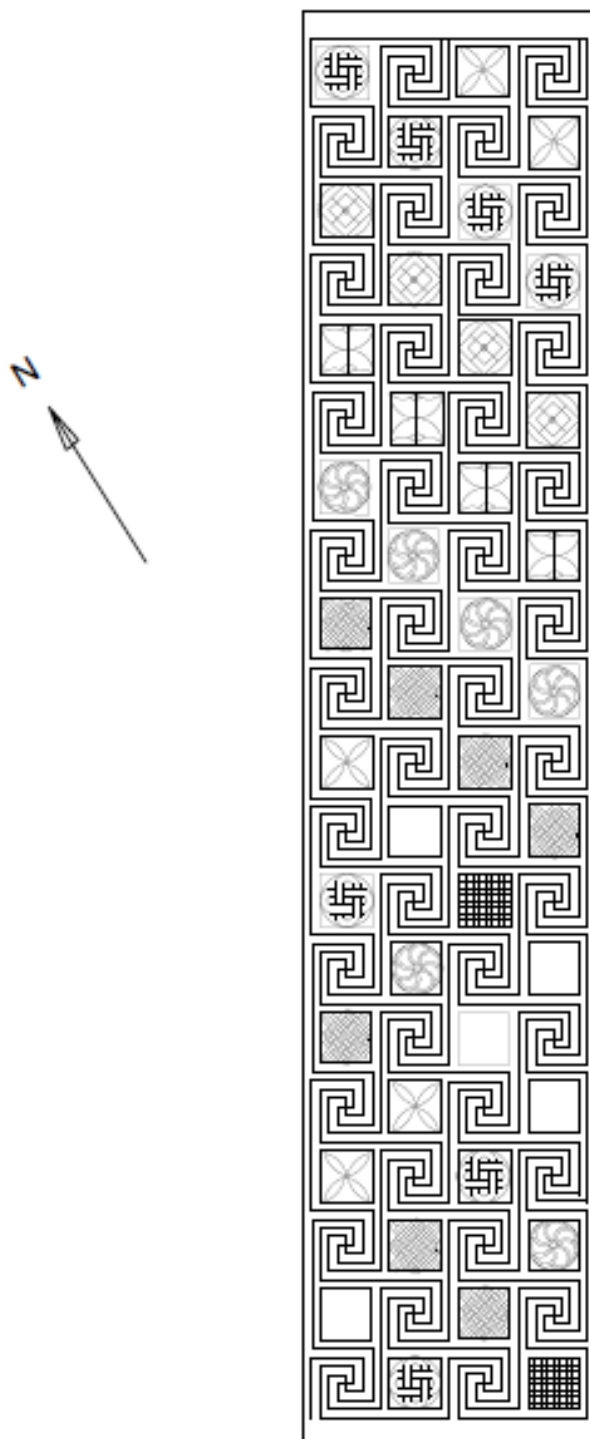


Fig. 359. Mosaico del pasillo n.º 10. Dib.: García Bueno.

Los tonos dominantes son el blanco, el rojo y el negro, con algunos toques de verde y ocre. El tapiz se inscribe en un marco rectangular de teselas de pizarra que, a su vez, está ribeteado por una banda exterior de gruesas

teselas rojas de cerámica (de 2 a 2,4 cm de lado). El campo musivario es atravesado por líneas que siguen un trazo recto. En su ejecución, éstas se entrecruzan, logrando una composición ortogonal basada en un meandro de esvásticas contiguas, con doble vuelta, de teselas negras sobre fondo blanco, que engloban cuadrados en cuyo interior se imbrican diversos motivos ornamentales. Las dimensiones de los cuadrados exteriores son 36 cm de lado, con un intervalo de 15 cm hasta la línea divisoria de las esvásticas. Estas esvásticas sucesivas, orientadas siempre en el mismo sentido, se doblan formando rectángulos en las esquinas del mosaico y funcionan como unidad directriz del mismo. Es uno de los más sencillos de todo el elenco musivo, con una concepción próxima al esquematismo. La disposición del conjunto consiste en cuatro calles horizontales paralelas recorridas por una serie de representaciones geométricas y florales estilizadas. En la calle superior las esvásticas se extienden alrededor de diez cuadrados decorados (de derecha a izquierda), respectivamente, con un nudo de Salomón sencillo, un cuadrado dentellado sobre el vértice, con un pequeño motivo cruciforme central, dos peltas afrontadas que tocan con sus puntas los bordes del recuadro, con dos pétalos dobles triangulares entre ambas, un nudo de Salomón de triple lazo, un motivo de cestería de distintos colores, una flor en aspa, otro nudo de Salomón con un lazo bicromo, un sogueado multicolor y otra flor cuatripétala, estando la última casilla destruida. La segunda fila comienza con un nudo de Salomón, seguido por un cuadrado apuntado, unas dobles peltas, un nudo múltiple, un motivo en lacería de cable de varios cabos (el siguiente detalle accesorio se ha perdido), a continuación, otro nudo múltiple con variación cromática respecto al anterior, una flor en aspa, un entrelazo policromo y un nudo de Salomón. La tercera franja consta de un motivo floral de cuatro pétalos, un nudo de Salomón sencillo, un cuadrado al bias, dos peltas confrontadas, un nudo múltiple, un cable, un damero (el siguiente elemento complementario ha desaparecido), un nudo de Salomón y unas sogas entrelazadas. A lo largo de la calle inferior hay una flor en aspa, un nudo de Salomón con un lazo bicromo (en rojo y negro), un cuadrado dentellado sobre la punta, dos peltas afrontadas (una roja y otra negra), un nudo de triple lazo, un motivo de espartería policromo (los dos

siguientes se han perdido), un nudo de Salomón múltiple y, por último, un damero.

Regidos por una fórmula simétrica y repetitiva (salvo en su lado occidental), los mismos temas se combinan en todo el ámbito de la alfombra, la mayoría de ellos ordenados en diagonal con todo tipo de alternancias de color, ya que la policromía no se utiliza de manera uniforme, sino cambiante (figs. 360-362).



Figs. 360-362. Tres detalles de los motivos decorativos. Foto: García Bueno.

Los ángulos de algunos de los cuadrados albergan pequeños motivos triangulares en oposición de colores, de lados iguales dentellados y con la base cóncava, aunque no aparecen en el caso de los cables múltiples, como tampoco en el de las peltas, que en ambos semicírculos comprenden diminutos triángulos equiláteros dentellados tricolores, ni en el de las rosetas, ya que aquí se agrupan de dos en dos entre sus pétalos (son medias cruces de Malta formadas por triángulos tangentes por el vértice, intercalados y unidos a los lados del cuadrado mediante una tesela negra). El fondo de todos los cuadrantes es de color blanco. Los nudos de Salomón, sencillos y múltiples, están contorneados por un círculo de teselas negras perfiladas por otras blancas. En cuanto a los entrelazos, rodeados por varias hiladas de teselas negras, se insertan dentro de un recuadro encerrado en otro. Las flores en aspa y las peltas se integran en cuadrados fileteados por teselas negras, contrastando sobre el fondo blanco, excepto una flor tetrapétala inscrita en un cuadrado concéntrico, con un espacio intermedio de teselas blancas, localizada en uno de los bordes de la alfombra (fig. 363).

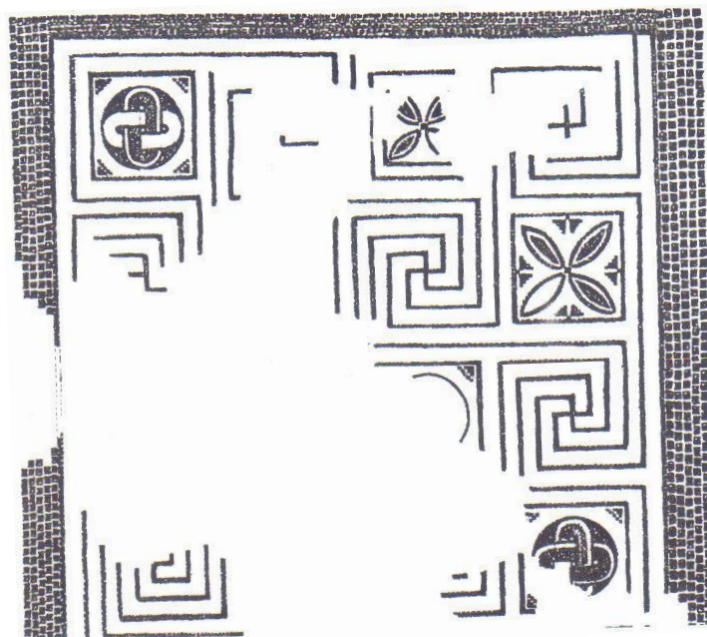


Fig. 363. Detalle del mosaico. Dib.: García Bueno.

El tema de los meandros de esvásticas que se entrecruzan y contienen

cuadrados estuvo muy en boga entre los mosaístas romanos, gozando de una larga tradición (BALMELLE *et alii*, 1985, 80-81, lám. 38 c; 300, lám. 190 b). Ya era conocido en Pompeya, donde destaca su presencia en mosaicos en blanco y negro coetáneos del primer, segundo y tercer estilos pompeyanos (BLAKE, 1930, 25-27, 71, 80, 83-84, láms. 3, 3,1, 3,4, 4,1-2, 5,4, 17,1, 20,1-3, 21,1-2, 22,2; 1940, 84, láms. 20,1-3; 21-22,2; BECATTI, 1961, 19, lám. IV, n.º 23). Se documenta en pavimentos de Ostia (*Domus* A, Palacio imperial, la Casette Republicane, en una de las orlas de un mosaico de la *Domus* Accanto al Serapeo [BECATTI, 1961, 118, n.º 312, láms. XIX; CCXII-CCXIII, n.º 283], etc.), en otros de la vivienda republicana localizada debajo del sector meridional de la *Domus* Augusta (MORRICONE, 1971, 12, lám. I,4), de la Basílica posteodosiana septentrional de Aquileia (MIRABELLA-ROBERTI, 1975, 203, lám. LXIX 3) y de Hippona (LASSUS, 1975, 337, lám. CLIX 1). Figurando en composiciones varias se repite con singular énfasis en mosaicos de la Galia: Lyon, Vienne, Saint-Romain-en-Gal, Besançons y Avenches (STERN, 1965, 238-240, figs. 1, 16-19; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 57-58; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 23-24; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 38). La serie de parelismos abarca también mosaicos norteafricanos, como es el caso de uno de los que solaban la Casa de Neptuno, en *Acholla*, por mencionar alguno.

Contamos con ejemplos más cercanos, en la propia Península Ibérica, donde disfrutó de una amplia acogida. Se utilizan esvásticas prolongadas como elemento de coordinación y, al mismo tiempo, de separación de filas de motivos geométricos en disposiciones muy diversas (cenefas perimetrales, composiciones de superficie, como ésta de Albaladejo...). Este modelo se puede reconocer en la orla de otro de los mosaicos de Puente de la Olmilla, el de la habitación n.º 1 (PUIG y MONTANYA, 1975, 133-143, fig. 2; BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 28-29, fig. 19, n.º 23). Igualmente, se puede contemplar en Itálica (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 27-28, láms. 11 y 13, n.º 3). Está, de nuevo, atestiguado en la banda de enmarque de un lienzo musivo de la *villa* albaceteña de Balazote (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 45-46, fig. 11, lám. 31, n.º 34) y en el tapiz

central de otro de sus pavimentos, que difiere del nuestro al alternar meandros de líneas rectas con otros de líneas dobladas (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 44-45, fig. 10, lám. 29, n.º 33). El yacimiento de la Vega Baja de Toledo ha proporcionado un mosaico con decoración de este tipo, variando en que incluye octógonos, en vez de cuadrados (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 36-40, lám. 23, n.º 26). Encontramos afinidades en el cerco exterior del mosaico del *oecus* de la *villa* cordobesa de Fuente Álamo (SAN NICOLÁS, 1992, 1293, láms. I.2, VI-VII), en otro procedente del yacimiento de Los Cipreses (Jumilla, Murcia), de mediados del siglo IV (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 78-79, fig. 25, n.º 85), en uno de Elche (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 38, lám. 19, n.º 20) y en un ejemplar de Santervás del Burgo (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 40-41, lám. 13, n.º 35; ORTEGO, 1965, 90, fig. 6). Una variante consistente en esvásticas enlazadas que delimitan octógonos, hexágonos y pequeños cuadrados se emplea en la alfombra que cubre la galería L de Rielves (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 70, fig. 36) o en otra de Quintanilla de la Cueva (Palencia), donde engloban octógonos (GARCÍA GUINEA, 1982, lám. 31). Una cenefa consituida por dos filas de meandros de esvásticas ocupa todo el campo musivo del corredor septentrional de la Casa de Baco de Alcalá de Henares, de las postrimerías del siglo IV (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 118-119, fig. 6; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 29, fig. 9, lám. 14, n.º 5). Este modelo se interpreta con alguna variación en un mosaico tardío de la *villa* soriana de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 23-24, lám. 5, n.º 8), pues en lugar de un trazo continuo se utiliza un meandro de guiloches que circunscribe coronas y rectángulos. Se reproduce el meandro de línea de cable en Cuevas de Soria, en esta ocasión con hexágonos (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 65-67, lám. 25, n.º 57). De manera similar, en la habitación VI de la *villa* de Dueñas (Palencia), las esvásticas simples de sogueado de dos cabos se organizan en torno a cuadrados rellenos con nudos de Salomón y otras figuras (GUARDIA, 1992, fig. 75), mientras que en la orla de bordura del mosaico

báquico de Baños de Valdearados contienen tanto cuadrados como rectángulos (LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 13-16, fig. 2, láms. 1-3, 31, n.º 1). Asimismo, se puede establecer una equivalencia de esta greca de esvástica de cable dispuesta alrededor de un cuadrado con la de mosaicos de las *villae* navarras de El Ramalete (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 69-73, lám. 41, n.º 45), Liédena y Villafranca (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 38, fig. 27, n.º 17; 32, lám. 20, n.º 7; 58, fig. 6, lám. 37, n.º 40, en este último caso se trata de un pavimento de *opus signinum*), también de *opus signinum* es uno de Andelos decorado con meandro de esvásticas alternando con cuadrados, cuya ejecución probablemente pueda datarse en la primera mitad del siglo I a.C. (MEZQUÍRIZ, 1986b, 237-238, lám. 1). El mismo tratamiento de meandros de esvásticas de guiloché con cuadrados encajados entre ellos se desarrolla en un mosaico de Tarazona de la Mancha, del siglo IV (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 56-59, fig. 17, láms. 41 y 44, n.º 41, con paralelos). Algunos de estos ejemplares tienen una evidente relación tipológica con el que estudiamos, pero otros tan sólo se diferencian en pequeños detalles, ya que las variaciones sobre el tema de las esvásticas son numerosas, como sucede en uno de la *villa* zamorana de Requejo, de época bajoimperial (REGUERAS, 1991, 163-177).

Sobre este esquema decorativo nos ofrecen amplia información los trabajos de M.L. Morricone (1971, 24, figs. 3e-4) y C. Balmelle *et alii* (1985, 77, 80-81, lám. 35; 2002, 81, lám. 38 c), presentando la publicación acabada de citar un ejemplo de meandro de esvásticas con vuelta simple.

La esvástica es usada con un carácter complementario en mosaicos ostienses: uno de mediados del siglo II, dos del Edificio de los Augustales, de fines del siglo III o principios del IV, otro de la *Domus* de los Dioscuros, datado en la segunda mitad del siglo IV (BECATTI, 1961, 17-18, lám. XIX, n.º 18; 222-223, láms. XLII-LXIII, n.º 420-421; 123, lám. XLVII, n.º 218). Asimismo, está representada en otros de la Galia: uno de Orange, fechado a mediados del siglo I, otros de Cavaillon, Saint-Paul-Trois-Châteaux y Apt, de la primera mitad del siglo II (LAVAGNE, 1979, 60-61, lám. XIII, n.º 45; 77-78, lám. XXIII, n.º 75;

105-106, láms. XL-XLI, n.º 111; 145-146, láms. LIV-LVI, n.º 199), uno de Auriébat, del siglo IV o algo más tardío aún (LAVAGNE, 1979, 105-106, láms. XLIV-XLVI, n.º 102), y en algunos ejemplares norteafricanos: de la Casa de Catón, en Utica, datable hacia finales del siglo III (ALEXANDER-ENNAÏFER, 1974, 46-47, láms. XXXI-XXXII, n.º 201), otro de Tipasa (Argelia), con una cronología que oscila entre la segunda mitad del siglo IV y la primera del V (DUVAL, 1975, lám. XXXI 2). Estos últimos y uno de la Basílica de Santa Eufemia, en Grado (Italia), del último cuarto del siglo VI (MIRABELLA-ROBERTI, 1975, lám. LXVII), se pueden poner en relación con el mosaico n.º 5 de la *villa* cordobesa de El Ruedo (HIDALGO, 1991, 341).

Las figuras -geométricas y florales- interiores de los recuadros envueltos por los brazos de las esvásticas en este mosaico de Puente de la Olmilla son algunos de los comodines más típicos y convencionales, a los que los musivarios romanos recurrieron con asiduidad (*vid. supra* el estudio pormenorizado de algunos de ellos, presentes en el mosaico del pasillo n.º 11). Contamos con testimonios de cuadrados con cuatripétalos en mosaicos ostienses de la *domus* junto al *Serapeon*, en un pavimento de Sens, en otro de Apt y, por citar un ejemplo del ámbito peninsular, en uno de Tres Juncos, Cuenca (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 57-58, lám. 39, n.º 39). En cuanto a las peltas, es uno de los motivos subordinados más antiguo del repertorio romano, documentándose ya en mosaicos del siglo I d.C. (BALIL, 1962, 54-56). A partir de finales de la segunda centuria se emplearon sobre todo para decorar cenefas u orlas, aunque también se dan casos, como este *opus tessellatum* de Puente de la Olmilla, en que se incorporan al campo musivo. Su pervivencia está acreditada hasta época bizantina.

Las connotaciones estilísticas del mosaico en estudio acotan el marco cronológico a la segunda mitad del siglo IV d.C. Sus elementos ornamentales no son tan indicativos como su factura, que presenta un gusto por la sobrecarga. Si bien la mayoría de los motivos complementarios que llevan en su interior los cuadrados fueron utilizados de forma continuada durante un dilatado periodo, muchos de los términos de comparación de su esquema general pertenecen fundamentalmente a finales del Imperio y, teniendo en

cuenta las dataciones mayoritariamente propuestas para ellos, creemos que esa es la fecha que le corresponde.

Este recurso decorativo de las esvásticas, un símbolo celeste tradicional, se empleó con frecuencia en la musivaria bajoimperial, ya que era considerado un signo de buena suerte. S. Campbell (1994, 293, 296-299, figs. 3-5, 10-11) pone de relieve que la esvástica era elegida por su cualidad de procurar buena fortuna y protección ante cualquier amenaza, de ahí que este elemento geométrico aparezca repetidamente en los mosaicos romanos desde muy antiguo, como es el caso de algunos de Ostia. A su juicio, no hay duda de los poderes benéficos y positivos invocados mediante este tema en la decoración musiva.

XIV.5.3.7. MOSAICO DEL PASILLO N.º 3 (fig. 364)

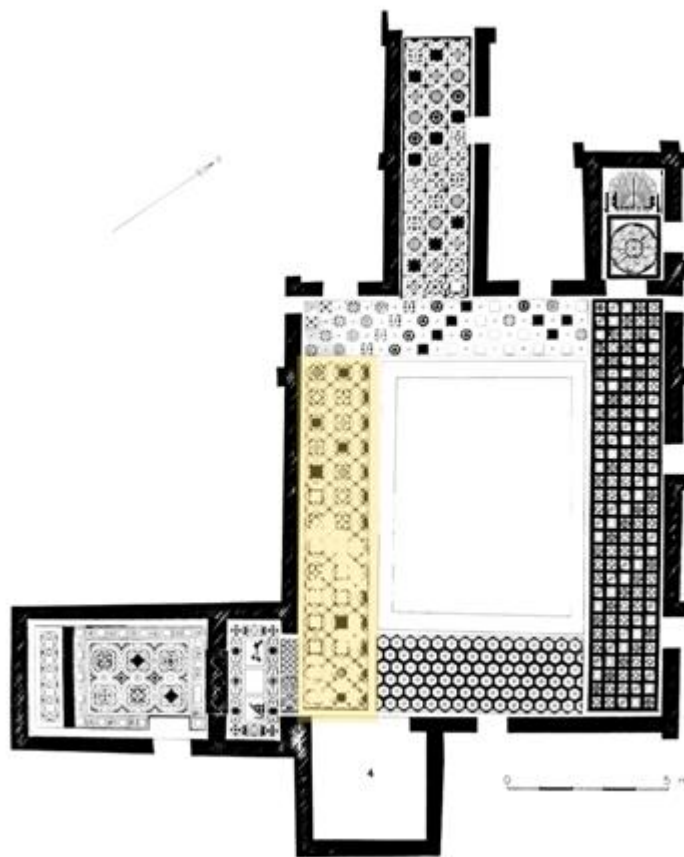


Fig. 364. Situación del mosaico del pasillo n.º 3.

Pavimenta el brazo occidental del peristilo y mide 12,90 x 2,80 m, lo que totaliza una superficie de 36,12 m², de los que se han conservado, aproximadamente, unos 26 m², sobre todo en la mitad norte, que se halla en considerable buen estado, en contraste con la zona sur, donde faltan amplias zonas, con reparaciones de época (figs. 237 y 365; *vid. infra* Anexo V, 2: Informe 1991, 13, foto 6; Informe 2000). Al excavarlo se apreciaban en la superficie del mosaico algunas huellas de la acción del fuego.

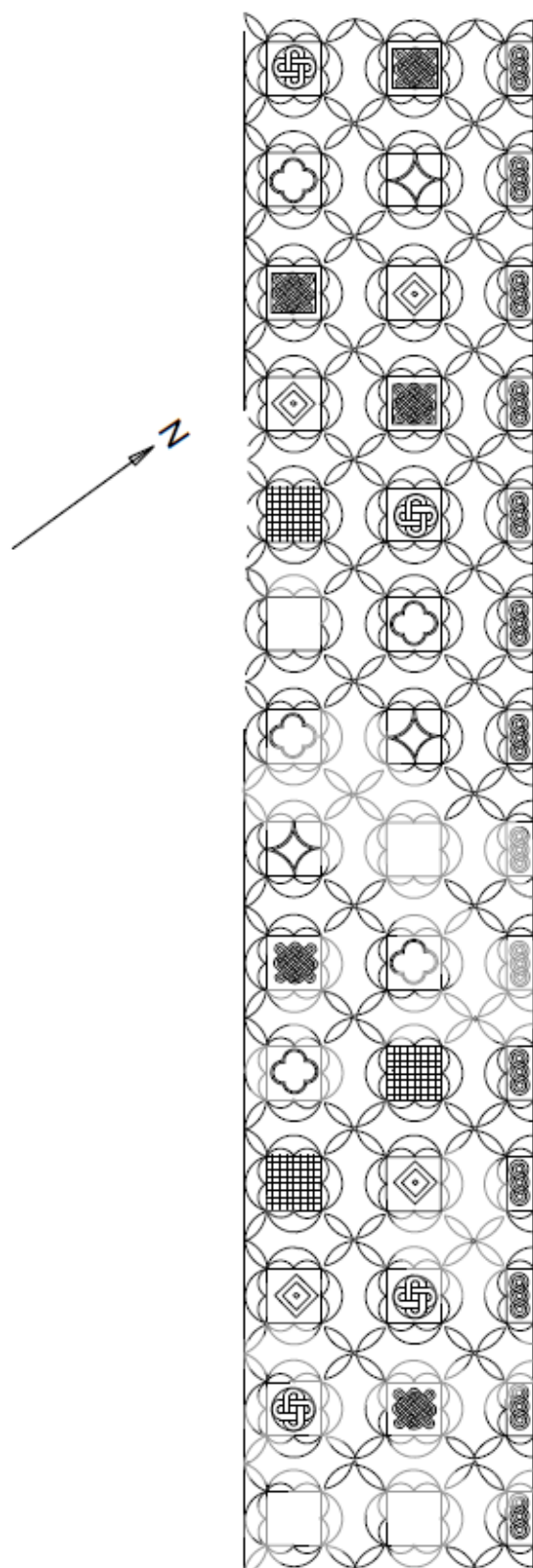


Fig. 365. Mosaico del pasillo n.º 3. Dib.: García Bueno.

Presenta una ancha banda de demarcación de 17 cm integrada por grandes teselas rojas de cerámica. Ese recuadro circunda dos hiladas de teselas de pizarra, formando así un doble rectángulo alrededor de todo el lienzo. En el aspecto colorístico, es un mosaico de gran viveza, pese a que la gama cromática utilizada es bastante reducida, abarcando el blanco, el ocre, el rojo y el negro. Con teselas de este último tono se delinean los ribetes de todos los elementos, salvo los rosetones rojos, que aportan esa vivacidad acabada de aludir (fig. 366).



Fig. 366. Detalle del mosaico del pasillo n.º 3. Foto: Gómez Lozano (ESCRBC).

Las grandes líneas de la composición se plantean como un entramado con varios planos. El principal está constituido por tres secuencias longitudinales de catorce cuatrilóbulos de peltas, distribuidas por parejas de tal modo que siempre se encuentran afrontadas, dando lugar a ejes de peltas respectivamente horizontales y verticales. Se desenvuelven en torno a cuadrados rectos que ostentan diferentes motivos geométricos y vegetales estilizados. En la curvatura de los arcos, las peltas llevan insertos triángulos equiláteros dentellados, yuxtapuestos a los lados de los cuadrantes. Este tema alterna con flores cuatripétalas en aspa que llenan los espacios vacíos y conectan los cuatrilóbulos, pues cada uno de los husos está unido por una

tesela a los vértices de los cuadrados. Sus pétalos se colorearon mediante un efecto bicromático (dos blancos y dos rojos o negros, con las tonalidades invertidas, para dar variedad), a excepción de una flor en aspa policroma. Subordinadas a ellas, en los huecos intermedios de las hojas fusiformes se incorporan cruces de Malta diminutas formadas por cuatro triángulos dentellados tricolores (en blanco, rojo y negro) que convergen en una tesela negra, salpicando todo el campo musivo, cuyo fondo es blanco.

En la elección del repertorio decorativo se busca su homogeneidad, con una estructuración relativamente tendente a la simplicidad, que transmite una sensación de orden.

Los elementos complementarios que adornan el interior de los cuadrados se disponen como sigue: enlazando con el marco de teselas de pizarra, sobre la línea lateral interior del lado mayor derecho del tapiz se adosan catorce cordones de dos cabos en oposición de colores (de los que se han perdido tres), introducidos en rectángulos que, a su vez, están comprendidos dentro de semicírculos de peltas, adaptándose de este modo al formato alargado del pasillo rectangular donde se instaló el piso musivo. En una segunda franja, que describiremos en sentido Norte-Sur, se dispone una fila de cuadrados circunscritos en cuatrilóbulos de peltas. Contienen, respectivamente, un motivo de cestería en rojo y negro, un cuadrado curvilíneo al bias -de teselas blancas, recargado con una crucecita central-, que se asemeja a una estrella de cuatro puntas cuyos extremos tocan los bordes del recuadro, encajado entre cuatro triángulos equiláteros de base cóncava en blanco y negro alternos, a continuación, un cuadrado dentellado sobre el ángulo con una cruz al centro, otro motivo de espartería combinado en rojo, blanco y negro, un nudo de Salomón sencillo con lazos de teselas blancas y negras, un rosetón rojo, que exhibe en su núcleo central una cruz de Malta perfilada por teselas negras, en concordancia con los ejes de simetría de la flor, complementada por cuatro pequeños triángulos equiláteros en las esquinas, y otro cuadrado de lados curvos homólogo al anterior. Después hay una laguna (tal vez con un cable), otro florón rojo, un damero, un cuadrado dentellado sobre el vértice, un nudo de Salomón en rojo y negro, finalizando esta

alineación con unas sogas entrelazadas de las que únicamente quedan algunos trazos de su silueta, al haber nuevamente otra ruptura de teselas. La tercera, y última, serie de dos pares de peltas confrontadas alberga cuadrados en los que se representan un nudo de Salomón bicromo en blanco y negro, otra roseta roja igual a las precedentes, un motivo en lacería de cable tricolor, un cuadrado apuntado en negro, rojo, blanco y ocre, un ajedrezado (el siguiente motivo ha desaparecido, posiblemente era un nudo de Salomón), se reanuda con otro rosetón en tonos rojizos que lleva incluida una cruz de color negro, hay otra extensa calva en su zona media, que se enmendó, como las otras, con una capa de mortero (una vez más, indicio evidente de que la larga tradición artística se ha extinguido por la carencia o dificultad para conseguir *musivarii* especializados). Se pueden distinguir luego, en las esquinas superiores de otro cuadrado, dos triángulos equiláteros de base curva que acotan un cuadrado cóncavo fraccionado, pues sólo se atisba una parte del mismo, otro desconchado que afecta parcialmente a un cuadrado con un entrelazo de varios cabos, un nuevo motivo floral rojo, un damero, un cuadrado dentellado sobre la punta y un nudo de Salomón, que completan esta descripción (en la última casilla podría haber otro cable). Desconocemos qué elementos accesorios había en los dos recuadros del flanco meridional, al no ser factible llevar a cabo con certeza su restitución hipotética. A pesar del predominante carácter reiterativo de este patrón simétrico, existen algunas variaciones, p. ej., al inicio de la sección septentrional. En todo caso, si se mantuvo la pauta repetitiva perceptible en el resto del ámbito de la alfombra, a tenor de los detalles colocados en la misma diagonal, como ya se ha dicho, podríamos suponer que en el octavo cuadrado de la segunda fila había un entrelazo, un nudo de Salomón en el sexto cuadrante de la tercera columna y otro cable en el último.

Como elemento de relleno de algunos de los cuadrados se utiliza un rosetón rojo, con una cruz de Malta dibujada en negro, cuyos brazos coinciden con los ejes de simetría de la flor, que también aparece en la cenefa periférica del mosaico de la habitación n.º 1 (con la variante de una flor cuatripétala inscrita en vez de una cruz, cfr. LANCHÁ, 1983, lám. CLIV, 5, n.º 257).

Se completa el espacio al Oeste con pétalos dobles y motivos triangulares sucesivos unidos por una tesela de pizarra al margen izquierdo del mosaico. Se trata de dos de los pétalos lanceolados policromos que convergen en el centro de la flor -a manera de aspa-, partida por la mitad para adaptarse a las dimensiones del pasillo (fig. 367).

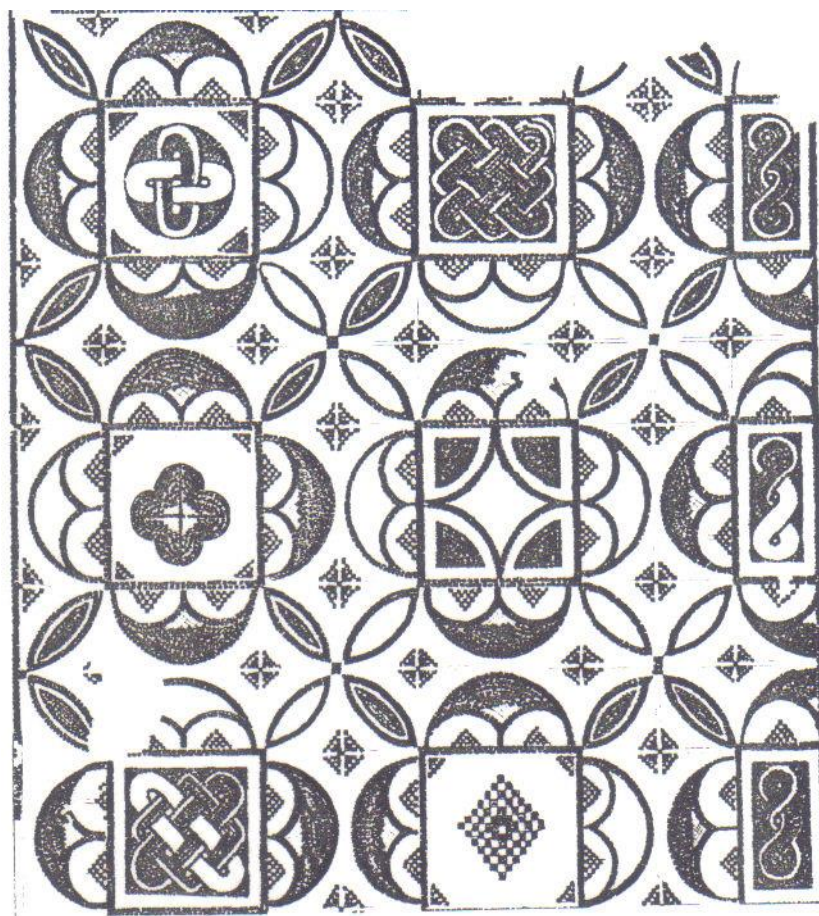


Fig. 367. Detalle del mosaico. Dib.: García Bueno.

Estos motivos decorativos se acoplan en el campo de la alfombra con una alternancia sistemática y regular que proporciona organicidad al conjunto, habiendo sido tratados según un modo bastante convencional. Todos ellos pueden ser reconocidos tanto en ejemplares norteafricanos tardíos, como en otros de la Galia. En este modelo, por lo tanto, confluyen corrientes estilísticas norteafricanas (las peltas contrapuestas) y otras de raigambre centroeuropea (las flores de cuatro pétalos). La composición ortogonal de cuatrilóbulos de peltas entrelazadas alrededor de un cuadrado recto, con cuatripétalas en aspa,

tangentes, y cruces de Malta (BALMELLE *et alii*, 2002, I, 356, lám. 228 c), se usó recurrentemente en la ornamentación musiva.

Recapitulando los datos que pueden resultar orientativos, el tema de las peltas, uno de los elementos accesorios más antiguos y estereotipados de la musivaria romana (OVADIAH, 1980, 145), al que se atribuía un valor profiláctico (GERMAIN, 1969, 117), se aplicó con extraordinario vigor en la Península Itálica y en la Galia ya en el siglo II-principios del III d.C., sin embargo, en su versión policroma apenas se empleó hasta época bajoimperial, persistiendo inclusive en la Edad Media. En este mosaico de Puente de la Olmilla las peltas experimentan una rotación cromática que transmite una impresión de desplazamiento en función de ese giro en su colorido.

En Hispania alcanzó particular fortuna. Existe aquí gran número de testimonios del uso de cuatrilóbulos de peltas enmarcando cuadrados, de cuya extensa relación seleccionaremos alguno. Peltas flanqueando cuadrados son frecuentes en mosaicos italicenses, como uno de cruces de cable conservado en la Casa de la Condesa de Lebrija, datado a finales del siglo II, donde los cuatrilóbulos están confinados dentro de algunos de los cuadrados e incluyen, asimismo, casillas decoradas (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 36, lám. 30, n.º 11) y, con distintas versiones, se prodigan en otros emeritenses, p. ej., uno descubierto en la calle de Oviedo y conservado en la Alcazaba, perteneciente al siglo IV como el nuestro, consiste en una combinación de octógonos y cuadrados rodeados de peltas (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 33-34, láms. 24B-25, n.º 14). Uno de los fragmentos conservados de un mosaico de Libreros (Vejer, Cádiz), del siglo IV, muestra un diseño estilístico prácticamente idéntico al que estamos analizando, aunque no exacto, pues está englobado por un sogueado de dos cabos (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 53-56, lám. 41, n.º 50, con paralelos). Otros mosaicos ofrecen diversas variantes del mismo, p. ej., uno de Quintanilla de la Cueva (Palencia), donde círculos de cuatro peltas llevan al centro sendos motivos acorazonados (GARCÍA GUINEA, 1982, fig. 39), pavimentos de la villa navarra de Liédena (MEZQUÍRIZ, 1956, 30, láms. XVI-XVII), de Puig de la Cebolla, Valencia (BALIL, 1966, 338; 1970, 9, lám. II,1), de Panes Perdidos, en Solana de los Barros (GARCÍA SANDOVAL, 1966, 194, fig.

5) o de La Bienvenida, en Almodóvar del Campo, Ciudad Real (ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 72-73, 138-139, figs. 22-23, 25, 59)... Un pavimento en *opus tessellatum* de la villa segoviana de Paradinas (REGUERAS, 2010, 288-292, fig. 4) está cubierto con un esquema de cuatrilóbulos de peltas que circundan motivos florales en vez de cuadrados y, además de rosetas en los interespacios, semejantes a las de Puente de la Olmilla, hay círculos con nudos de Salomón. Responde a una concepción ornamental parecida un mosaico de la villa de Comución (Cabriana, Álava), con flores de cuatro pétalos alternas con cuatrilóbulos unidos por los bordes, situados en torno a cuadrados, en este caso curvilíneos (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 17, fig. 8, n.º 7). Se reproducen los cuadrados entre peltas, con fusiformes en los ángulos, en la orla del mosaico de las Cuatro Estaciones, de Córdoba, fechado en época de Constantino (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 36-38, láms. 22-23, n.º 19), igualmente en otros mosaicos cordobeses, como uno procedente del Cortijo del Alcaide (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 48, n.º 27 A) o el n.º 5 de la villa de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), con dos pétalos dobles triangulares en el interior de las peltas (HIDALGO, 1991, 337-341, láms. IX-X; MORENO, 1994, 231-232, figs. 5-6). También están presentes en la villa malagueña de La Estación (MAÑAS y VARGAS, 2007, 318, fig. 2). Tienen una equivalencia más o menos precisa en dos pavimentos de la villa soriana de Los Quintanares, en uno de ellos, cuatro pequeñas peltas se disponen alrededor de un cuadrado con un motivo floral y en el otro encontramos rosetas definidas por dobles peltas partidas, entre las que hay cruces de Malta introducidas en cuadrados de lados curvos, alternando con círculos (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 28-29, lám. 29, n.º 16; 30-31, lám. 31, n.º 21). Algunas figuras del ciclo musivario de la villa de Santervás del Burgo (Soria) presentan ciertas concomitancias compositivas con este mosaico de Albaladejo (ORTEGO, 1965, figs. 5, 7, 19), del mismo modo, éste nos recuerda a un ejemplar de Los Torrejones (Yecla, Murcia), del siglo IV, aunque se utilizan peltas como nexo de unión entre los cuatrilóbulos, en lugar de flores cuatripétalas (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 65, lám. 22, n.º 58; 68-69, lám. 26, n.º 67, con diversos paralelos; RAMALLO, 1985, 149-151, fig. 30, láms. LXXV-LXXVI, n.º 118). En varios fragmentos

musivos procedentes del yacimiento arqueológico de Los Cipreses (Jumilla, Murcia), cronológicamente adscritos a la mitad del siglo IV, aparecen cuatrilóbulos de peltas circunscribiendo cuadrados (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 73-75, láms. 31-33, n.º 79; 75-76, lám. 34, n.º 80), pero, a diferencia de los del ejemplar que estudiamos, éstos se combinan con círculos, no obstante, están más próximos al mosaico objeto de nuestra atención en el tratamiento de los espacios intermedios, rellenos con husos y cruces de Malta. Se documentan de nuevo los cuatrilóbulos en un mosaico de Elche, de la segunda mitad del siglo IV (PALOL, 1967, 201-202). La *villa* del Camino Viejo de las Sepulturas (Balazote, Albacete) ha suministrado un paralelo del siglo IV, que ofrece una gran similitud estilística con el nuestro, desplegándose peltas opuestas a cada lado de los cuadrantes, si bien tiene figuras geométricas distintas entre los cuatrilóbulos y, además, los cuadrados alternan con círculos (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 42-44, fig. 9, láms. 13 y 28, n.º 32, con paralelos). En un mosaico lucense de la calle Batitales se alinean círculos y cuadrados (unos rectos y otros sobre la punta) envueltos por cuatro peltas (TORRES CARRO, 2005, 486, fig. 7).

Podemos citar un amplio elenco de mosaicos con este mismo esquema dispersos por la *pars occidentalis* del Imperio. En Ostia es utilizado en composición continua en uno perteneciente a la segunda mitad del siglo III (BECATTI, 1961, 210, lám. XLIII, n.º 400) y como motivo subsidiario en otra pieza, de las postrimerías del siglo III o comienzos del IV, en blanco y negro (BECATTI, 1961, 223, lám. LXIII, n.º 421). Está atestiguado en otros dos ejemplares de Cerdeña, respectivamente de fines del siglo II o principios del III y de mediados de esta última centuria (ANGIOLILLO, 1981, 138-139, lám. XX; 155, láms. XII y XLIV), asimismo, en un pavimento de Ravenna, del segundo cuarto del siglo VI (MAREC, 1958, 198). Ejemplos a los que cabe añadir varios del Norte de África, entre ellos, tres mosaicos de *Bulla Regia* (RAMALLO, 1985, 125), un pavimento de Trípoli (AURIGEMMA, 1960, 39-40, lám. 60), el de *Asinus Nica* de Djemila, datado a comienzos del siglo V (BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 97-98, láms. XXIII-XXVI), etc. Según R. Hidalgo (1991, 347),

este elemento ornamental, “de raigambre netamente africana”, es “el que más se aproxima” a la corriente artística norteafricana, donde se difundió durante los siglos III y IV d.C., preferentemente en el IV, en particular la variedad que incorpora hojas fusiformes enlazadas con los vértices de los cuadrados, a la que pertenece este ejemplar de Puente de la Olmilla.

Otro tipo clásico en la ornamentación de los pavimentos romanos son las flores cuadrifolias, en diferentes disposiciones (BALMELLE *et alii*, 2002, I, 94, lám. 46 b; 356, lám. 228 c), que en el mosaico de Albaladejo se sitúan entre las filas de cuatrilóbulos de peltas. Está muy repartido geográficamente. En la Península Itálica empezó a usarse en el siglo I y estaba plenamente enraizado en el área nórdica. Rosetas de cuatro pétalos lanceolados tuvieron una alta representación en la Aquitania de la segunda mitad del siglo IV d.C. Consiguientemente, el mosaico estudiado fue partícipe de la tendencia expansionista que dejó su impronta en la musivaria romana desde el Norte de África a Aquitania y alcanzó incluso el Oriente (AURIGEMMA, 1960, 30 ss., lám. 47; LANCHA, 1977, 131, fig. 65; BLANCO, 1978b, 30, lám. 11, 40 ss, lám. 44; OVADIAH, 1980, 176 ss. y, sobre su origen, 157 ss.). Las rosetas cuatripétalas ponen en relación este mosaico de Puente de la Olmilla con numerosos mosaicos del territorio peninsular. Se pueden ver en Quintanilla de la Cueva (GARCÍA GUINEA, 1977, 187-191, fig. 7), en la orla de uno de los pavimentos de la *villa* de Balazote (Albacete), con ruedas de peltas en derredor de cuadrados unidos entre sí por aspas de hojas lanceoladas en las esquinas, combinados con círculos, cuya decoración complementaria son cruces de Malta y pequeños cuadrados concéntricos intercalados (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 42-44, fig. 9, láms. 13 y 28, n.º 32), en dos mosaicos de la *villa* de Daragoleja (Granada), uno con rosetones, que está enmarcado por una ancha banda de peltas invertidas sobre los bordes (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982, 42, fig. 7, n.º 31, con paralelos) y otro combinado con cuadrados y rectángulos en el sector inferior (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 42-43, fig. 8, n.º 32), en mosaicos sevillanos (Cortijo de Paterna, Paradas), uno de ellos con carrera de carros (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 19, lám. 3, n.º 2) y otro con cuadriga, del siglo IV

(BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 19-21, lám. 3, n.º 3, con paralelos), que en ambos casos presentan cruces de Malta en los intervalos de los pétalos, como en el nuestro o en el báquico de Alcalá de Henares, de finales del siglo IV o principios del V (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989b, 21-26, fig. 7, láms. 8-9, 33, n.º 2), cubriendo toda la alfombra, al igual que en Liédena, datado en el siglo II (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 41-43, lám. 27, n.º 21), en Andelos, también con cruces de Malta (MEZQUÍRIZ, 1986, 238-242, 248-249, lám. 3), en uno de Batitales (ACUÑA, 1973, 20 ss., fig. 9), en un pavimento de la villa de las Torres, de Estepona (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 93, fig. 28,1, E), en Bruñel, Jaén (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 65, lám. 55 A, n.º 47), en varios ejemplares de Córdoba, entre otros, uno de la Plaza de la Corredera (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 25-26, lám. 11, n.º 9), datado en la primera mitad del siglo III, en la villa de El Ruedo (HIDALGO, 1991, 346, lám. XVII), en Mataró (BARRAL, 1978, 104 ss., láms. LVII-LXI), en los mosaicos italicenses del *sacrarium* (MAÑAS, 2011, 41, fig. 62, n.º 23) y de Galatea (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 54-55, lám. 77, n.º 42), en la Casa del Anfiteatro (Mérida), donde decoran una de las franjas que enmarcan la alfombra central, con cruz de Malta en el centro (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 44, lám. 72, n.º 39; lám. 101, n.º 39), o en otro mosaico emeritense de procedencia desconocida (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 30, lám. 11, n.º 8). En Clunia (Burgos) son la base de una composición de círculos secantes, con cruces de Malta insertas dentro de pequeños cuadrados (NAVARRO y PALOL, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 54-56, fig. 12, lám. 45, n.º 7, con paralelos).

Por citar algún ejemplo extrapeninsular, entre la infinidad existente, encontramos estas flores tetrapétalas en la *Domus Fulminata*, de Ostia, con una cronología de la segunda mitad del siglo I (BECATTI, 1961, 106, lám. XLI), en mosaicos antioqueños como el de Afrodita y Adonis de la Casa de Polifemo (LEVI, 1947, II, lám. II b y c), el de la Casa del Fénix (LEVI, 1947, II, lám. IX a), el de uno de los espacios porticados de la Casa de los Pórticos (LEVI, 1947, II, lám. XCIX d) o en otros muchos ejemplares de esa misma ciudad fechados

entre el siglo I y época antoniniana (LEVI, 1947, I, 54 ss., lám. IX a; 141 ss., lám. XXVII b; 28 ss. lám. XCIII d). También observamos este motivo decorativo en Sousse (FOUCHER, 1960, 34, lám. XVI c) y en un pavimento de la *villa* portuguesa de *Cardilius*, en Torres Novas (DO PAÇO, 1964, 87), con cruces entre los pétalos. Se repite en Carpentras, Narbona (LAVAGNE, 1979, 85 ss., lám. XXIV). Floráceas con cuatro pétalos y cruces de Malta aparecen en mosaicos de Lyon (STERN, 1967, 93 ss., lám. LXVIII; 25 ss., lám. LXIX), de la segunda mitad del siglo II y de época severiana, respectivamente, en otros de Sainte-Colombe (LANCHA, 1981, 43 ss., lám. LXIV; 165 ss., lám. LXXXVI b), de la segunda mitad del siglo II y de la primera mitad de esa misma centuria, en Saint-Romain-en-Gall (LANCHA, 1981, 229 ss., láms. CXXVI-CXXVII), del último cuarto del siglo II, en Saint-Bertrand-de-Cominges (BALMELLE, 1980, 41 ss., lám. IV), en Souzy-la-Briche, del siglo IV o puede que algo posterior (DARMON y LAVAGNE, 1977, 110 ss., lám. LXXXII), en los laterales del mosaico con escenas mitológicas de Saint-Leu (DUNBABIN, 1978, lám. VII, 14), etc. Así pues, esta temática tuvo una alta repercusión en la musivaria romana y pervivió hasta muy tardíamente, ya que se documenta en el Palacio de Teodorico, en Ravenna (BERTI, 1976, 62, lám. XXXII, n.º 35; FARIOLI, 1975).

En lo que a la cronología del mosaico objeto de nuestra atención se refiere, podemos asignarle la misma que se les ha dado a mosaicos copiados del mismo cartón o, al menos, con numerosas características comunes, así, la presencia de los cuatrilóbulos de peltas se acredita sobre todo en ejemplares cuya ejecución se fecha en los siglos III, IV e incluso posteriormente (BECATTI, 1961, 210; HIDALGO, 1991, 340-341). Tanto en este mosaico, como en los que tapizan los restantes deambulatorios de Puente de la Olmilla, se advierte una propensión a la repetición de los detalles ornamentales del dibujo. La composición del conjunto, tendente al barroquismo, junto a su factura, armoniosa y simétrica, es sintomática de una fecha de elaboración tardía, basculando preferentemente hacia la segunda mitad del siglo IV.

XIV.5.3.8. MOSAICO DEL PASILLO N.º 5 (fig. 368)

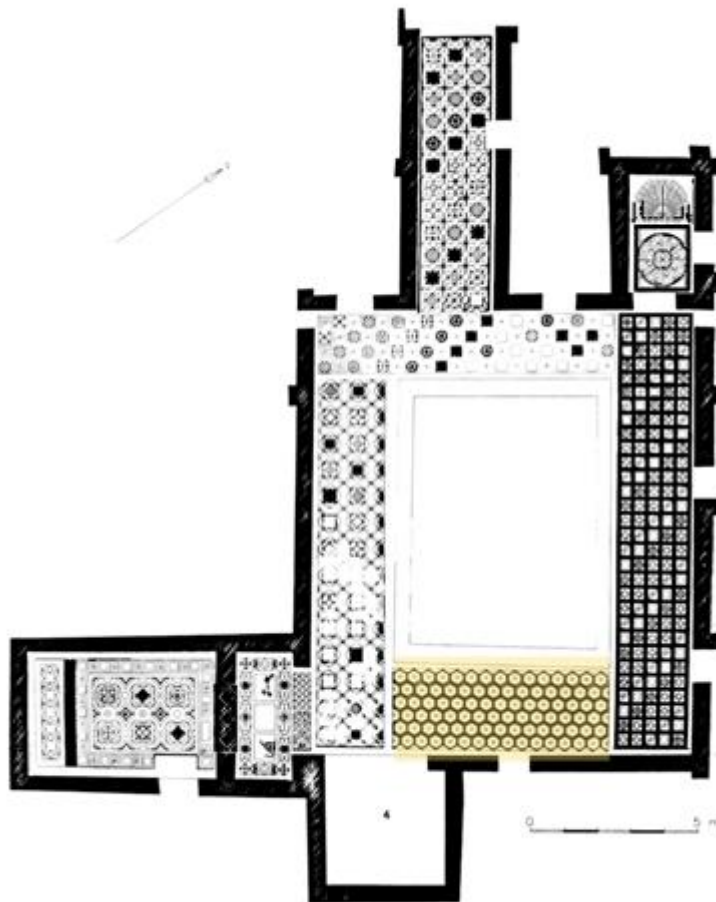


Fig. 368. Situación del mosaico del pasillo n.º 5.

Esta galería de circulación está situada en uno de los laterales menores del patio porticado (fig. 240). Sus medidas no exceden los 7,70 x 2,90 m. El mosaico presenta graves desperfectos, que fueron puntualmente rellenados con mortero de cal, salvo al Sureste, donde se aprecia una especie de “reparación” del solado llevada a cabo con una tosquedad inaudita en algún momento bastante evolucionado de uso de esta residencia. Ya ni tan siquiera se procuró completar con teselas blancas el espacio dañado, simplemente se colocó un gran ladrillo a fin de cubrir esa laguna, lo que suscribe la idea repetidamente apuntada de la carencia de una capacidad técnica local a la hora de reconstruir la superficie musiva afectada. Esta actuación parece denotar una absoluta dejadez de las labores de mantenimiento, cuya práctica debería haber sido más asidua o continua para evitar tales estragos. El

deterioro del pavimento debía de ser considerable cuando se procedió a esa sustitución, que probablemente responde a una improvisación. El autor de este burdo “arreglo” demuestra no tener preocupaciones estéticas o, al menos, no las antepone a la necesidad urgente de solucionar el problema del mal estado del suelo de mosaico.

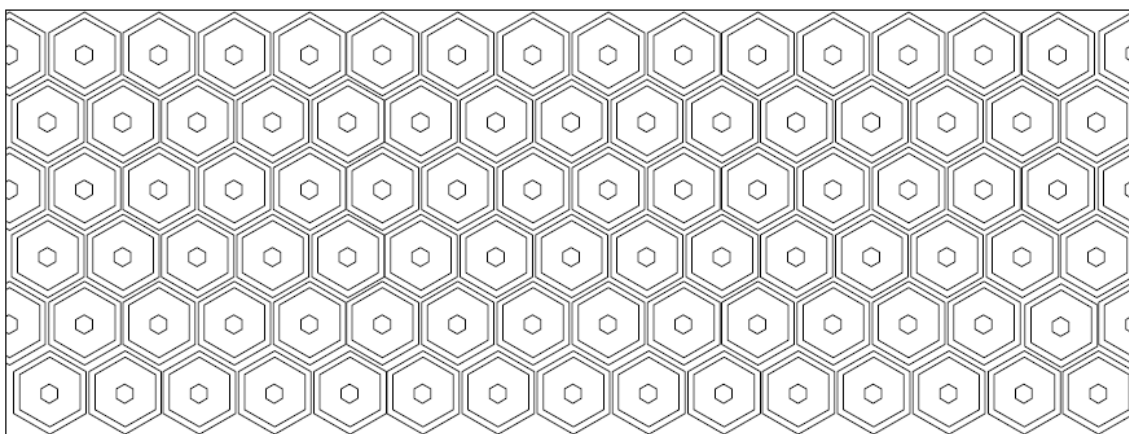


Fig. 369. Mosaico del pasillo n.º 5. Dib.: García Bueno.

Ocupa una superficie total de unos 22,30 m², de los que se conservan aproximadamente 12,50 m². La paleta de colores se reduce al rojo, el blanco y el negro.

Consta de un marco exterior de teselas rojas de cerámica de mayor tamaño que las restantes, dispuestas alrededor de un rectángulo trazado con teselas negro azuladas en el que el campo musivo queda definido. La ornamentación de este mosaico es casi totalmente geométrica, sin complementarla elementos vegetales ni florales (excepto unas flores cruciformes). Tiene como unidad de diseño una serie de 16 hexágonos regulares yuxtapuestos, de 44 cm cada uno. Este motivo se repite en esquema continuo configurando una retícula en “nido de abeja”, trazado en filetes dobles de teselas de pizarra, que a su vez contiene otros hexágonos inscritos más pequeños (fig. 369; *vid. infra* Anexo V, 2: Informe 1991, 12, foto 5). Ambas unidades hexagonales concéntricas están separadas entre sí por una banda de meandros fraccionados en secciones biseladas dentelladas e imbricadas que semejan escuadras de albañil. Dentro de los hexágonos de menor tamaño, sobre fondo blanco, se han introducido en el centro, alternativamente, cruces

de Malta, estrellas o cuadrados dentellados sobre la punta recargados con una cruz de teselas negras, rompiendo así la uniformidad del patrón artístico seguido (fig. 370). Los colores de las teselas se combinan de manera distinta en cada hexágono, lo que le imprime cierta diversidad y dinamismo al conjunto.

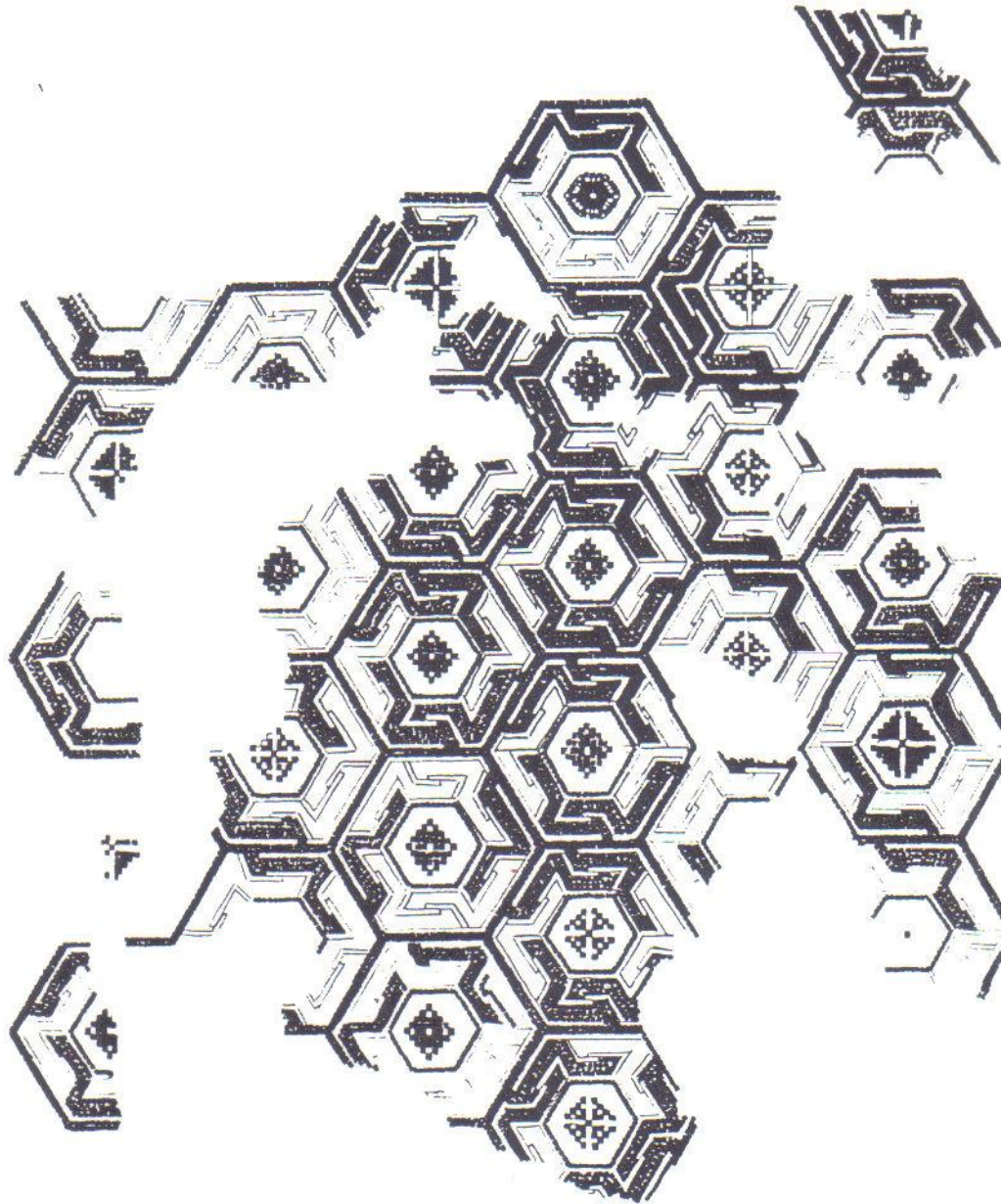


Fig. 370. Detalle del mosaico. Dib.: García Bueno.

La greca formada por una serie de líneas quebradas en zig-zag es un elemento decorativo que despertó gran interés entre los mosaístas que

trabajaron en Hispania. El paralelo más próximo se halla en otro de los mosaicos de Puente de la Olmilla, el de la habitación n.º 2 (*vid. supra*), donde una variante de este motivo policromo rellena las esquinas del rectángulo que sirve de marco a los tres emblemas del campo central de la alfombra (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 29, fig. 20, láms. 14-15 y 45). También puede confrontarse con algunos pavimentos de la *villa* de Los Quintanares (Soria), donde este tema ornamental tuvo una notable incidencia (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 22-24, láms. 4-5, n.º 6 y 8, respectivamente). Una réplica que guarda alguna similitud con dicho festón de tacos está acreditada en dos pavimentos de la *villa* de Santervás del Burgo (Soria), con peculiares variaciones tales como la alternancia de hileras de peltas y coronas, encajadas en círculos en vez de en hexágonos (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 41-42, lám. 14, n.º 37; 42-44, lám. 18, n.º 41; ORTEGO, 1965, 87, 89, figs. 8 y 15). Muy parecido al meandro de esvásticas del mosaico objeto de nuestro estudio es el del interior de los hexágonos de dos ejemplares de Cabra, uno geométrico con nudos de Salomón, de la Casa de Mitra, y el del tapiz inferior del mosaico del Triunfo de Baco (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 50, fig. 19, n.º 31 D; 102, fig. 32), ambos del siglo III. En el de la cabecera del *oecus* de la *villa* navarra de Arellano se utilizó la misma técnica para construir algunas de las figuras geométricas del interior (MEZQUÍRIZ, 2003, 228, 232; 2005, 989, fig. 2), si bien, a diferencia de nuestro ejemplar, el campo musivo no está ocupado por hexágonos, sino por octógonos alternos con rombos y círculos. Otros paralelismos han sido ya señalados al estudiar los mosaicos de las habitaciones 1 y 2 (*vid. supra*).

Las florecillas cuatripétalas en aspa constituyen uno de los detalles complementarios más comunes en la musivaria romana (cfr. BALMELLE *et alii*, 2002, II, 40), sin ir más lejos, se pueden contemplar en los mosaicos n.º 3 y 11 de Puente de la Olmilla (en el primero de ellos, ocupando un plano secundario, mientras que en el segundo se trata de un motivo central, como en este otro), en el mosaico B de Alcázar de San Juan (*vid. supra* capítulo VII.2, fig. 191), en uno de la Casa de Mitra, en Cabra (Córdoba), con cruces de Malta y aspas confinadas dentro de hexágonos (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 49, fig. 16, n.º

30 A), etc.

El reticulado en “nido de abeja” alcanzó una gran perduración en el espacio y en el tiempo. Hizo su aparición durante la época helenística en Malta, en Pérgamo, en Pheneos, en Delos... (BRUNEAU, 1972, 53). Tuvo una gran aceptación en torno al cambio de Era en la Península Itálica. Baste recordar mosaicos de Ostia (Casette Republicane, Casa B, en *opus sectile* y sin decoración al interior de las celdillas [BECATTI, 1961, 20, lám. V, n.º 27], de finales del siglo I a.C., *Insula delle Muse* [BECATTI, 1961, 132, láms. XXI, n.º 262 y CCXXV], del siglo II d.C. e igualmente con los hexágonos en blanco), de Pompeya (en las Casas del Centenario, del Cinghiale, de Meleagro [BLAKE, 1930, I, 98, 100, 109, láms. 26,4; 27,2; 32,1, respectivamente], adscritas a la transición del siglo I a.C. al siglo I d.C., en la Casa del Jabalí [BLAKE, 1930, I, 99, 109, lám. 27,2], del siglo I d.C.), de Herculano (en la Casa dell' atrio a Mosaico [GUIDOBALDI, 1985, 211, lám. 15,5], en *opus sectile*), Ravenna (BERTI, 1976, 32, lám. III, 2, fig. 5), Aquileia (BLAKE, 1930, lám. 37,7), *Alba Fucens* (FA X, 1955/1957, 338-339, fig. 106, n.º 4.269)... Al igual que en Pompeya, en Roma se documenta entre los siglos I a.C y I d.C. (BLAKE, 1940, 98, lám. 19,4; en el *Palatinum*, Casa de Livia [MORRICONE, 1967, 56, lám. XII, n.º 52], entre César y Augusto). R. Navarro y P. de Palol (LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 50) opinan que esta composición isótropa pudo surgir de la técnica de *opus sectile*, como parece apreciarse en Ostia y Herculano (*vid. supra*). Por su parte, se atestigua en los suelos de diferentes edificios de Antioquía, p. ej., en la Casa de Menandro (LEVI, 1947, 29-30, lám. XXII, n.º 184; 66, lám. CIV). Encontramos asiduamente el dibujo de hexágonos en mosaicos del Norte de África desde finales del siglo I al siglo III d.C.: en Utica (ALEXANDER-ENNAÏFER *et alii*, 1973, I, 42, lám. XVIII, este último ejemplar es de la segunda mitad del siglo II o principios del III; 110, láms. XLIX, de la primera mitad del siglo II), *Hadrumetum* (FOUCHER, 1960, 31, lám. XIVc; 1963, fig. 2; 1965, II, 50, fig. 42, este último, procedente de la Casa de las Máscaras, es del siglo II d.C.), *Thysdrus* (FOUCHER, 1961, 23, láms. VIII; XXXVI a y d; ROMANELLI, 1970, lám. 278 a), etc., decayendo su uso a lo largo del siglo III. En cuanto a los ejemplares de las

provincias septentrionales del Imperio, generalmente están comprendidos en el marco cronológico de la segunda-tercera centurias de nuestra Era (SALIES, 1974, 135-137).

A juzgar por su amplia representatividad y difusión geográfica en todo el mundo romano, el esquema de la red de hexágonos fue uno de los más populares (LANCHA, 1977, 162 ss., figs. 87 bis-89, para variantes, 159, figs. 79-82; OVADIAH, 1980, 137, 139). Por Occidente se extendió primero en su versión bicroma (en blanco y negro) durante la época altoimperial. Pervivió considerablemente, tanto en la Península Itálica (es uno de los más frecuentes desde fines del I a.C. hasta la primera mitad del siglo II d.C., esa última cronología es atribuible a uno de la *Villa Spigarelli, Antium* [MORRICONE, 1975, 53, lám. X, n.º 43]; de inicios del siglo III es otro de Ostia, cuya decoración interior son cruces de Malta [BECATTI, 1961, 241, lám. LIX, 443]), como en la Galia, donde incluso tuvo más éxito. Se constata su presencia durante el Alto Imperio en varios ejemplares de Orange, de época flavia (LAVAGNE, 1979, 67, lám. XVIII), de Vienne, en alguno de Avignon, de mediados del siglo II, decorado con una línea de hexágono doble y cruces de Malta en el interior (LAVAGNE, 1979, 45, láms. IX, XI), al igual que el de Puente de la Olmilla, e inclusive perduró en esa provincia de la *Narbonensis* durante la primera mitad del siglo III d.C., centuria a cuyos comienzos pertenece un mosaico de Overbeis (STERN, 1960, láms. E; 31 VII) u otro de Carpentras, también adscrito a la primera mitad del siglo III d.C. (LAVAGNE, 1979, 85-87, láms. XXV,1-XXVI). Se reproduce en un mosaico de Taponas, Lyon (STERN y BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 45 ss., lám. XIII). Muchos de los ejemplares citados por J.M. Blázquez y T. Ortego (CMRE VI, 1983, 77) fueron elaborados en blanco y negro, poniendo de manifiesto que los norteafricanos participan de “esta tendencia lineal sobre fondo blanco que tuvo siempre” la malla hexagonal.

Por lo tanto, este diseño geométrico ortogonal, perteneciente al grupo definido por G. Salies como “Hexagonssystem I”, gozó de gran favor en la musivaria romana desde inicios de la primera centuria hasta la sexta (SALIES, 1974, I, 8-9, 135-137, lám. 2,30). En el siglo V se recurre al mismo en las

Basílicas paleocristianas de Parenzo y Aquileia (SALIES, 1974, 9-10, 55-56, 139-140, fig. 2,33).

Como muestra de su amplia difusión dentro de nuestras fronteras, tenemos valiosos términos de comparación en mosaicos emeritenses de los siglos II al IV d.C., como uno de la Casa del Mitreo, otro de la calle Masona... (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 38-39, lám. 40, n.º 18; 42, lám. 63 A, n.º 31; 45-46, lám. 76 A, n.º 43, respectivamente), que responden a una concepción ornamental similar. Hexágonos regulares en nido de abejas ocupan la superficie del pavimento de uno de los corredores de la Casa n.º 1 o Casa Taracena de Clunia, del siglo II (NAVARRO y PALOL, en LÓPEZ MONTEAGUDO, NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 50-51, fig. 11, lám. 22a, n.º 1), y la de varios ejemplares italicenses, p. ej., uno de la Casa del mosaico de Neptuno o Casa 3, de mediados del siglo II d.C., en blanco y negro, con hexágonos ribeteados por una línea blanca que comprenden otros hexágonos negros donde se incluyen estrellas de seis puntas (MAÑAS, 2011, 33, fig. 33, n.º 11); igualmente de Itálica y de la segunda centuria es el mosaico del Planetario, de la Casa del mismo nombre, en cuyo lienzo central hay una composición triaxial en nido de abeja, con ornamentación figurativa integrada en los hexágonos (MAÑAS, 2011, 69-71, fig. 134, lám. XXII, n.º 66), o un mosaico de pasillo de la Casa de los Pájaros, con hexágonos blancos de línea simple, cuya decoración subordinada son rosetas cuatripétalas (MAÑAS, 2011, 37, fig. 52, n.º 16), fechado hacia el 150-175 d.C. Asimismo, un pavimento de la villa de la villa de La Quintilla (Lorca, Murcia) está decorado con hexágonos adyacentes rellenos de teselas blancas y contorneados en negro (RAMALLO, 2005, 1010, fig. 6). Se repite en un mosaico conservado en el Museo de Carmona, en otro de la villa de Las Torres (Estepona), con cruz en el centro (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 92-93, fig. 26, B) y en uno de la villa de Marbella, con cuadrados intercalados (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 84, lám. 68 B, n.º 59). Abundan los ejemplares con variantes, como es el caso de dos pavimentos de la Casa de Mitra, en Cabra (Córdoba), uno de ellos con aspas bicolores y cruces de Malta dentro de los hexágonos, en el otro, ya mencionado, se desarrolla una trama de hexágonos concéntricos rodeados de cuadrados y

triángulos, que se distingue de la del mosaico de Puente de la Olmilla por su disposición en la superficie musiva y por el motivo vegetal central de los hexágonos, en cambio, es idéntica la “grecque fractionée” que bordea a ambos interiormente (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 49, fig. 16, n.º 30 A, con paralelos; 50, fig. 19, n.º 31 D). Se registra la presencia de hexágonos en ejemplares de Navarra, como uno de *opus signinum* de Cascante, configurado por hexágonos secantes (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 23-24, fig. 1, lám. 18, n.º 3), de nuevo, en mosaicos de Liédena, uno de ellos con hexágonos circunscritos entre los que hay rombos intercalados, ostentando los hexágonos más pequeños tres líneas negras cruzadas en aspa, complemento usado también en el otro *opus tessellatum*, donde estrellas de seis puntas albergan hexágonos (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 34-35, fig. 20, lám. 21, n.º 10; 35-36, fig. 23, lám. 23, n.º 13, respectivamente). Semejantes al nuestro en su inspiración decorativa son un mosaico procedente de Comunió (Cabriana, Álava), conocido a través de un dibujo, con cruces de Malta incorporadas en los hexágonos (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 17, fig. 8, n.º 8), y un gran número de mosaicos de la Meseta, sobre todo de un contexto bajoimperial. Lo identificamos en un ámbito geográfico cercano, en un mosaico de La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real), donde decora una alfombrilla complementaria de la *Domus* de las Columnas Rojas (ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 98, fig. 41). En una de las orlas de un lienzo musivo de la *villa* de Balazote (Albacete), filas de hexágonos tangenciales alternan con hileras de rombos (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 44-45, láms. 14 y 29, n.º 33, con estudio de paralelos). Contamos con otro testimonio en Cuevas de Soria (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 77-78, fig. 20, n.º 71, con paralelos). En Los Quintanares (Soria), las figuras geométricas hexagonales se disponen alrededor de un emblema con el busto de la Abundancia confinado en el hexágono central (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 16-19, láms. 1 y 26, n.º 1). Podemos ver una composición de nido de abeja oblongo en un mosaico de la *villa* de Prado (Valladolid), adosado a modo de umbral al tapiz principal, que ofrece una representación de Diana (NEIRA y

MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 48-53, fig. 8, lám. 18, n.º 21). Con ese mismo procedimiento decorativo (sobre este tipo en concreto, cfr. BALMELLE *et alii*, 2002, I, 321, lám. 204 a) se cubrió el pavimento de uno de los ámbitos de otra villa vallisoletana, la de Almenara de Adaja (NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 49, fig. 4, n.º 4), en estrecha sintonía con un ejemplar de Navatejera (León), que exhibe una ornamentación interna de cuadrados dentellados y florecillas cruciformes (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 31, fig. 12, lám. 29, n.º 16), datado hacia la mitad del siglo IV. El sistema compositivo de un pavimento de otra villa leonesa, la de Campo de Villavidel, consiste en hexágonos oblongos combinados con otras figuras geométricas (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 21-23, láms. 4-5 y 25, n.º 5). Una representación muy sencilla del mismo se trasladó a un mosaico del peristilo de Torrox (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 323, fig. 13). Podríamos añadir muchos otros ejemplos, principalmente mosaicos tardoimperiales de la Meseta, lo que implica un resurgimiento en ese periodo del modelo formado por filas de hexágonos adyacentes.

Sin embargo, pese a que, en líneas generales, son numerosos los mosaicos con la misma base decorativa del nuestro o, al menos, relativamente próximos a su configuración (al respecto, cfr. BALMELLE *et alii*, 2002, I, 321, lám. 204 a; BLAKE, 1930, 98, 109, lám. 26,4; MORRICONE, 1975, 53, lám. X; FOUCHER, 1961, 25, lám. VIII b; II, 50, fig. 42; LANCHÁ, 1977, 71, figs. 27-30), no conocemos ningún otro con esa misma combinación de elementos, correspondiendo a una interpretación particular del mosaísta, como, por otra parte, es habitual en la musivaria romana. Este dato concuerda con la idea de que el pintor que hacía el dibujo de un mosaico se inspiraba en un modelo determinado, pero no lo copiaba exactamente, más bien mezclaba el rico repertorio temático, por esa razón no hay ejemplares completamente idénticos, pues todos son obras únicas (MEZQUÍRIZ y UNZU, 2005, 999; NEIRA, 2009, 14).

Tras su análisis, cabe situar cronológicamente este mosaico pavimental en el siglo IV, ya avanzado, pues aunque es un patrón que se remonta, al

menos, a cuatro siglos antes y, por consiguiente, no ofrece en sí mismo un criterio exclusivo de datación, los motivos ornamentales alternan de manera reiterativa, produciendo una impresión de repetición al infinito, rasgo estilístico que tiene un marcado acento bajoimperial, fundamentalmente asociado a esa etapa. Igualmente, su densidad ornamental, sin dejar espacios libres, ratifica esa acotación temporal.

XIV.5.3.9. MOSAICO DEL PASILLO N.º 14 (fig. 371)

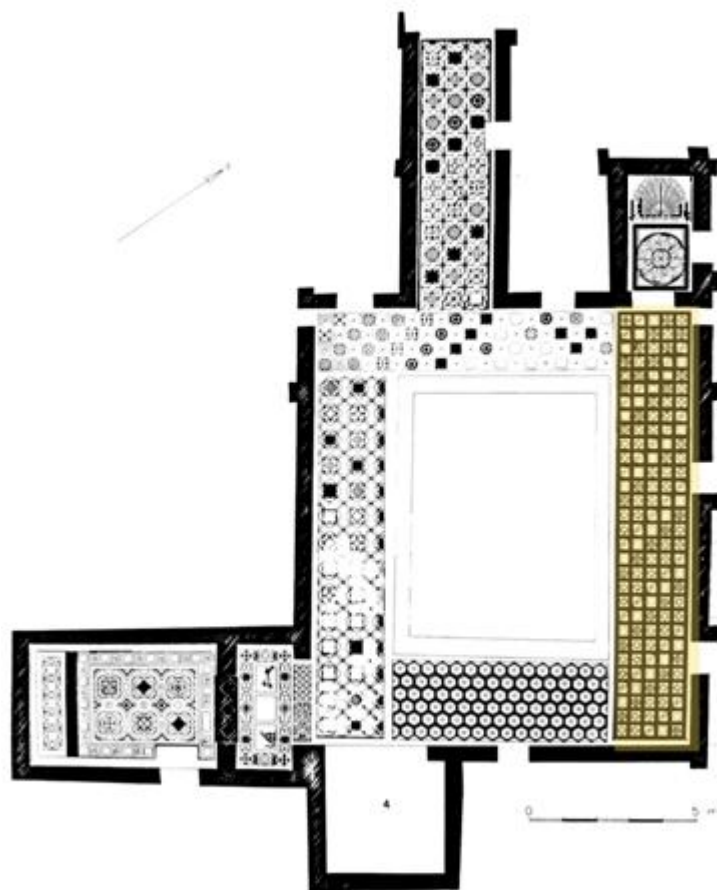


Fig. 371. Situación del mosaico del pasillo n.º 14.

Tapiza el suelo del deambulatorio que recorre el lado oriental del peristilo (fig. 284). Se ensambla en su extremo meridional con el mosaico de hexágonos y, en su costado noroccidental, con el de las esvásticas. Mide 15,30 x 2,70 m de ancho y se prolonga hasta su confluencia con el mosaico del aula coronada por un ábside (n.º 15). Una canalización de agua discurre por debajo

del piso musivo, de lo que se desprende que es anterior a la pavimentación. Con el transcurrir del tiempo, el mosaico cedió, al ser más débil el asiento de la solera sobre dicha conducción hidráulica, hasta desaparecer totalmente en ese tramo (hacia la mitad de la galería).

Tiene una superficie total de 41,30 m², de los que a lo sumo se han conservado unos 20 m². Es el mosaico mayor y más dañado de todos. Las lagunas son abundantes en el sector septentrional de este largo corredor, que en ciertos puntos se perdió ya de antiguo, mientras que está perfectamente acabado en su parte meridional (fig. 372). Pese a estar tan degradado, no se pudo contar, en una etapa ya algo distante a la de su creación, con alguien lo suficientemente experto para rehacer con teselas el repertorio de elementos decorativos originarios, por esa razón, en las zonas más destruidas se llevó a cabo un “arreglo” consistente en rellenarlas con una capa de mortero de cal, como en otros mosaicos pavimentales de Puente de la Olmilla.

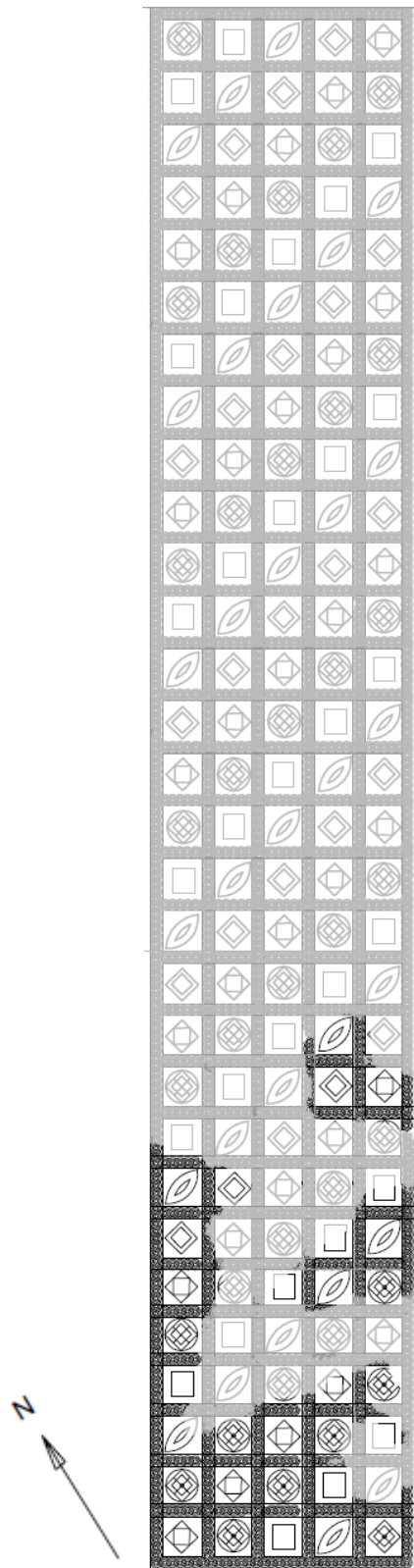


Fig. 372. Mosaico del pasillo n.º 14. Dib.: García Bueno.

Un filo de 22 cm de grandes teselas de barro cocido determina el contorno del mosaico, a modo de bordura, a la que siguen dos hiladas de teselas de pizarra. El campo central de la alfombra se cierra con un sogueado contiguo de dos cabos, que lo separa de la orla de teselas cerámicas. Esta greca de cable genera una retícula, concebida como un sistema de cinco bandas paralelas superpuestas horizontalmente. Cada una de ellas contiene 23 cuadrados de 30 cm de lado, ligados entre sí por esta trenza (de 12 cm de ancho), que les otorga una unidad de conjunto. El mosaico se organiza en 73 cuadrados acordonados, inscritos, a su vez, en un rectángulo enmarcado por la mencionada cinta de cable. El esquema del pavimento musivo, con una rigurosa disposición ortogonal, se centra en el interior de cuadrantes envueltos por un sogueado tricolor de dos cabos sobre fondo negro, que realza los campos de estos recuadros. En este tapiz se emplea la policromía usual en la mayoría de los mosaicos de Puente de la Olmilla, con un contraste de colores-base en blanco, rojo y negro (con este último se perfilan todos los motivos ornamentales), más el ocre y el verde.

Una serie de figuras geométricas y esquematizaciones vegetales llenan los espacios decorativos encuadrados por un trenzado sencillo, avanzando en sentido Norte-Sur. Los elementos complementarios que aparecen confinados en los cuadros de la calle superior se ordenan de la siguiente manera: un cuadrado sobre la punta que incluye una florecilla en aspa (a continuación, una gran laguna), otro cuadrado homólogo, un cuadrado-ajedrezado dentellado sobre la punta con una crucecita central de teselas negras y cuatro triángulos equiláteros dentellados en las esquinas del cuadrante exterior, un huso coloreado en negro, con una fileta intermedia de teselas blancas, una hoja cordiforme en oposición de colores rojo y blanco (una nueva laguna), un cuadrado curvilíneo en punta recargado con otro concéntrico, ambos rellenos de teselas negras y separados por un hilo de teselas blancas, encajado entre cuatro triángulos dentellados sobre fondo blanco, otro cuadrado apuntado con una cruz de Malta inscrita, un diminuto cuadrado central de teselas negras sobre fondo blanco, dispuesto entre cuatro triángulos dentellados, otro huso delimitado por teselas negras y relleno de teselas rojas (faltan los dos

recuadros sucesivos), prosigue con un cuadrado sobre la punta adornado con una flor cruciforme (se ha perdido el siguiente motivo), un huso exactamente igual al que le precede y, por último, una hoja cordiforme o hederá en oposición de colores rojo y negro.

Las otras tres franjas muestran el mismo temario en el interior de sus casillas. Todas las alineaciones de los cuadrados están articuladas por un programa narrativo similar, con variaciones cromáticas e intercambios en su disposición, que se repiten secuencialmente, pues todo el conjunto está regulado por una pauta (figs. 373-374). Debido a ello, aunque muchos de los cuadrados han perdido total o parcialmente su decoración, al prevalecer una normativa simétrica, podemos leerla sin dificultad, no obstante su precario estado, hasta tal punto que es posible restablecer íntegramente el repertorio completo.





Figs. 373-374. Detalles del mosaico. Foto: ESCRBC.

Esta composición de cuadrantes bordeados por una cadeneta de trazado corrido, que conforma un cuadriculado homogéneo y divide rígidamente la superficie pavimentada, parece no conocer límites en el tiempo. El cable de doble cuerda tiene un origen muy remoto (OVADIAH, 1980, 113 ss.), pues su extensión cronológica entronca con Mesopotamia. Más adelante se utilizó en Grecia, a partir de la época arcaica. Según J.M. Blázquez (1987b, 61, nota 5), en la musivaria tendría una raigambre itálica. Quizás pueda asociarse, también, a una corriente proveniente de la Galia, que aportó el gusto por las figuras distribuidas en compartimentos (SOGORB, 1987, 26). Según M.C. Fernández Castro (1978, 322), la trama de cuadrados ortogonal se remontaría al estilo “blanco y negro” de los mosaicos de Ostia, sin embargo, tal como G. Salies (1974, 3) afirma, “un esquema tan sencillo y tan repetido es

muy difícilmente datable, si no es en relación al estilo de los motivos que rellenan los campos”. Probablemente esta ornamentación se hizo eco de un original arquitectónico, del que pudo ser una mera réplica o trasposición. De hecho, algunos especialistas (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE X*, 1993, 51), al analizar un mosaico de Vega del Ciego (Lena, Asturias), opinan que es “una imitación de la decoración de los techos repartidos en casetones cuadrados o rectangulares. Este sistema facilitaba la decoración de una superficie grande subdividiéndola en paneles geométricos que podían insertarse en número variable según las dimensiones del ambiente (SALIES, 1974, 4, figs. 1-6; A.A. V.V., 1989, p. 60)”. Igualmente, M.C. Sogorb (1987, 26) hace referencia al origen arquitectónico del reticulado formado por cinta de guiloché. Por su parte, A. Ovadiah (1980), secundado por otros investigadores (GONZÁLEZ CORDERO *et alii*, 1990, 327), sugiere que podría estar inspirado originariamente en una abstracción de la red de pescadores.

Este diseño con tratamiento en trenzas de dos cabos que seccionan un espacio en cuadrados de dimensiones regulares experimentó un inusitado auge en Hispania, donde se difundió profusamente (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 43 ss., con un amplio catálogo de ejemplos). Aparece en un mosaico de la Casa Basílica de Mérida, de la segunda mitad del siglo II, tal vez el más antiguo (BLANCO, *CMRE I*, 1978b, 46, fig. 9 F, lám. 80, n.º 44 A), también en varios italicenses, como los de las Casas de los Pájaros, del Laberinto, de Hylas, del Planetario, de la Exedra (GARCÍA Y BELLIDO, 1960, 2-3, 84-85, 89 y 92, figs. 29 y 31, láms. VIII y IX), en uno del peristilo trasero de la Casa Palacio o Casa Segunda de Itálica, fechado en la segunda mitad del siglo II d.C. y actualmente desaparecido (MAÑAS, 2011, 59, fig. 118, n.º 52). Cuadrados con orla de cables se reproducen en Cártama (Málaga), tanto en el mosaico del Nacimiento de Venus, probablemente de finales del siglo II (con una disposición distinta), como en el mosaico con una representación de los Trabajos de Hércules, de principios del siglo III (BLÁZQUEZ, *CMRE III*, 1981a, 85-88, láms. 70-71, n.º 61; 88-92, lám. 72, n.º 62), en Jimena de la Frontera (Marchena, Cádiz), del siglo IV (BLÁZQUEZ, *CMRE IV*, 1982a, 56, lám. 22, n.º

51), en el mosaico de las Musas de Moncada (Valencia), del primer tercio del siglo III (BALIL, 1979b, 19 ss.), en el de Bellerofonte y la Quimera de Torre Bell-Lloch, Gerona (BALIL, 1960, 98 ss.), en uno de la *villa* del Camino Viejo de las Sepulturas (Balazote, Albacete), variando en que las filas de calles estructuradas a base de cuadrados, algunos de ellos con un marco de cable, están separadas por una combinación de espirales, peltas y otros motivos geométricos, en vez de un guilche alargado (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 40-42, fig. 8, lám. 26, n.º 31), en Tarazona de la Mancha (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 59, fig. 18, láms. 42 y 44, n.º 42), donde se aprecia una división interna del *opus tessellatum* en cuadrados y hexágonos determinada por una red de cable, formando octógonos. Se constata su presencia en pavimentos cronológicamente tardíos de las *villae* palentinas de Quintanilla de la Cueva (GARCÍA GUINEA, 1977, lám. III, n.º 6; 1982, láms. 13, 21, 25 y 27) y Pedrosa de la Vega (PALOL y CORTES, 1974, 67, lám. IIa), de los yacimientos rurales sorianos de Los Quintanares (donde, a diferencia del nuestro, la superficie es atravesada por bandas estrechas de cuadrados y rectángulos, con un sogueado perimetral), Santervás del Burgo y Cuevas de Soria, con retículas de cuadrados en las que se aporta diversidad en las líneas del trazado y el relleno de los casetones (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 29, láms. 8-9, n.º 17; 29-30, lám. 30, n.º 18; 32-34, lám. 34, n.º 26; FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 67-68, fig. 7, n.º 58; 69-70, fig. 9, n.º 60; 70-71, fig. 11, n.º 62; 72-73, fig. 14, n.º 65 y 75-76, fig. 17, n.º 68). Lo encontramos en un panel de la sala O de Rielves (Toledo), de la primera mitad del siglo IV, delineado a su vez por una guirnalda de hojas (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 71, fig. 39, lám. 49), en el mosaico de Aquiles y Penthesilea de Alcalá de Henares, de época tardoseveriana (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b, 11-89, fig. 1, láms. I-LVIII; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 12-21, figs. 2 y 6, láms. 2-4, n.º 1), en uno paleocristiano de Alfaro (Logroño), datado entre 326-361 d.C., con una cenefa trenzada que genera una malla de casillas con representaciones diversas en su interior (una venera, un

busto, un crismón..., BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 32, lám. 9, n.º 12), en otro de Hellín, rodeando octógonos cóncavos (SOGORB, 1987, 2, figs. 1-2), en uno de Liédena, combinándose cuadrados y octógonos (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 49-50, lám. 30, n.º 26), en el ya citado de la villa de Vega del Ciego (Lena, Asturias), del siglo V, aunque éste presenta, como variante, un emblema central (BLÁZQUEZ, 1987b, 53-62; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 51-53, láms. 18 y 20, n.º 32, con paralelos), en un ejemplar de Puente Almuhey (León), datado en el siglo IV, que también ostenta una composición de cuadrados ceñidos por una trenza de dos cabos (FERNÁNDEZ-ALLEZ, 1976, figs. 4-5; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 32-33, fig. 15, lám. 31, n.º 18), asimismo, se repite en varios fragmentos musivos de Quintana del Marco (León), uno de ellos delimitado por un sogueado policromo de dos cabos sobre fondo negro, como el de Puente de la Olmilla, y de idéntica cronología que el anterior (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 40, lám. 14, n.º 25), en tanto que en la otra pieza, fechada también en el siglo IV, se imbrican casetones y octógonos definidos por una banda similar (BLÁZQUEZ-MONTEAGUDO-MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, 33-34, láms. 11 y 31, n.º 19), en dos pavimentos de la villa de El Romeral (Albesa, Lérida), con cuadros que contienen distintos motivos florales (PITA y DÍEZ-CORONEL, 1964-1965, 184, láms. XXXII 1, XXXIII 4, XXXIV 1; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 13-14, lám. 1, n.º 1, donde dichos investigadores mencionan el mosaico de las coronas de Alcázar en referencia al cable de doble cuerda que recorre los lados exteriores de algunos de los cuadrados), en efecto, se emplea en varios de Alcázar de San Juan, con la variante de que los cordones se inscriben en rectángulos, intercalando cuadrados en los puntos de cruce de dos calles (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, figs. 13-15, láms. 1-2; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 29), de la misma manera, los mosaicos A y B de Alcázar de San Juan constan, respectivamente, de cuatro filas de cuadrados bordeados

por trenzas, entrecortadas por pequeños recuadros (*vid. supra* capítulo VII.2, figs. 191 y 375), igualmente, en otros mosaicos de Badajoz, como los de las *villae* de Panes Perdidos (Solana de los Barros) y El Hinojal, en la Dehesa de Las Tiendas (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1976, 433 ss.; GARCÍA SANDOVAL, 1966, 194-196, figs. 6-8), etc. En suma, el guiloché continuo que separa cuadrículas donde se introducen diferentes motivos decorativos está ampliamente documentado en suelo hispano, especialmente en mosaicos del siglo IV d.C.



Fig. 375. Mosaico A de Alcázar de San Juan. Foto: PMC

El paralelismo es aplicable a numerosos mosaicos del Imperio romano, por citar alguno del ámbito extrapeninsular podemos traer a colación varios de Oriente, como uno del siglo II que tapiza el pasillo 2 b de la Casa del Concurso de Bebedores, de Antioquía, donde unos cables rodean las figuras de las Estaciones, confinadas en rectángulos (LEVI, 1947, II, láms. XXXI a-XXXII), también algunos de Grecia, como el conjunto pavimental de la Fase I de la Basílica Delta de Nea Anchialos y de la Basílica Gamma, datados ambos en la segunda mitad del siglo V (SPIRO, 1978, I, 352, 649, 367-374, láms. 400-401), el mosaico de la Basílica de Hermione, que ofrece la misma cronología del anterior (SPIRO, 1978, 150, láms. 170-176) u otro de la Basílica de Delfos,

cuya ejecución puede datarse a finales del siglo V o principios del VI (SPIRO, 1978, 229, láms. 240, 242-248). El esquema de cuadriculado trazado en guilche a lo largo de varias calles superpuestas del mosaico que nos ocupa es idéntico al de mosaicos ostienses como el de la *Domus dei Pesci*, la *Domus Accanto al Serapeo* y el del Edificio de los Augustales (BECATTI, 1961, láms. CCXXVII; CIII-CIV y CCXII-CCXIII, n.º 283; LXIII, n.º 421). La composición de hileras de cuadrados cubiertos con temas diversos que integran varias calles orladas por una cenefa trenzada se emplea frecuentemente en ejemplares de Ravena (del Palacio de Teodorico, fechado en el primer cuarto del siglo VI [FARIOLI, 1975, 204, fig. 104; BERTI, 1976, 68-69, lám. XXXVIe, fig. 12; XXXVII], de la Basílica de San Severo *in classe* [FARIOLI, 1975, 204, fig. 102], etc.) y de Germania, así, la vemos en el mosaico de los gladiadores, de Augsburgo (*Augusta Vindelicorum*), en el mosaico de las Nueve Musas, de Tréveris, etc. (PARLASCA, 1959, 1, lám. 97; 32, lám. 31, respectivamente). Asimismo, un marco de cadeneta como éste adorna mosaicos africanos cuyo campo estaba repartido de forma similar al de Puente de la Olmilla, como es el caso de algunos de las termas de Djebel Oust, en Túnez (FENDRI, 1965, 163-167), uno de la Casa del Tesoro, de *Bulla Regia* (DUNBABIN, 1978, 83 nota 80, 250, lám. XXIX, 74) u otro descubierto en El Djem, el de los Jugadores de dados, del siglo III, diferenciándose del nuestro en que los casetones están delimitados por una guirnalda de hojas de laurel y rellenos con motivos de *xenia* (DUNBABIN, 1978, 125, 170, 260, lám. XLVII, 118).

La trama de cuadrados de cable como elemento organizador de la superficie pavimental es, por tanto, recurrente en la musivaria romana y está muy generalizada, acreditándose hasta el siglo VI.



Fig. 376. Detalle del mosaico. Dib.: García Bueno.

Acerca de los distintos tipos de orlas de trenza nos aporta valiosa información el catálogo de C. Balmelle *et alii* (1985, 120-126, láms. 70-76, específicamente sobre el cable de dos cabos, trazado, BALMELLE *et alii*, 2002, 120, lám. 70 c).

La gran diversidad de figuras geométricas acogidas en los campos cuadrados, buscando variedad, no rompe el cadencioso ritmo de la composición, por el contrario, su alternancia consigue un efecto decorativo caracterizado por la regularidad, remarcada por la simétrica compartimentación de toda la superficie musiva (fig. 376).

Pese a que la vida de algunos de estos conocidos motivos de repertorio no tiene una datación precisa, debido a su dilatado uso, la presencia del sogueado en los mosaicos hispanos denota una cronología baja. El tratamiento decorativo de este mosaico, muy sobrecargado, corrobora esa valoración. En definitiva, parecen ser datos suficientes para remontarlo a un momento avanzado del siglo IV d.C., contexto al que corresponden otros ejemplares de diseño similar.

Los teselados de los cinco corredores previamente descritos están alojados actualmente en el almacén del Museo Provincial de Ciudad Real, salvo algunos paneles aún en proceso de restauración en la ESCRBC de Madrid.

XIV.5.3.10. MOSAICO DE LA HABITACION N.º 15 (fig. 377)

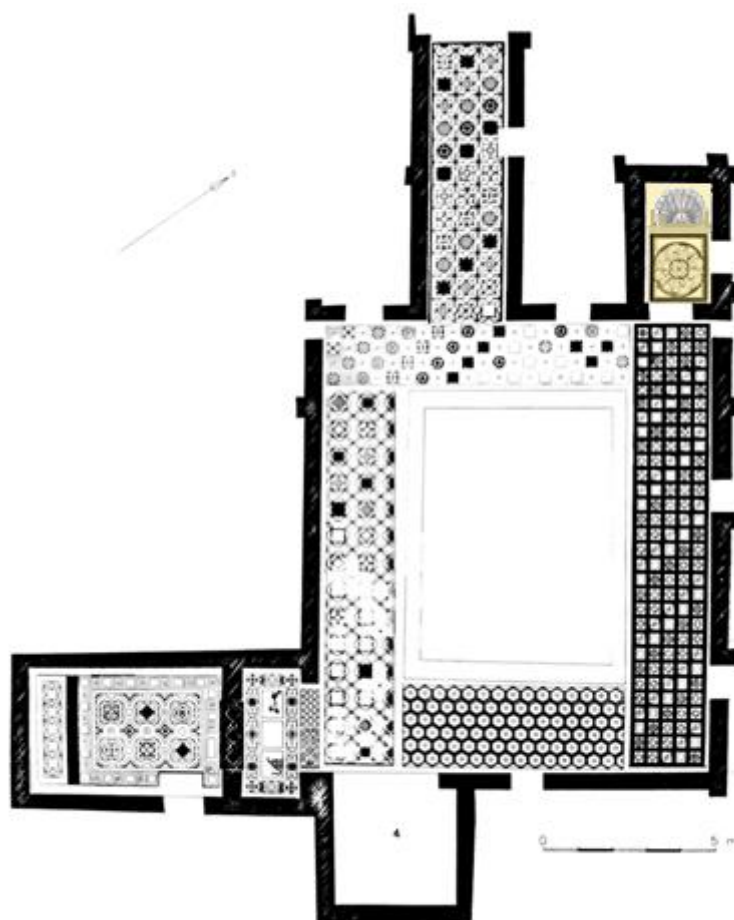


Fig. 377. Situación del mosaico de la habitación n.º 15.

Es un mosaico de impecable factura y, sin duda, el de mayor belleza cromática de cuantos presentamos aquí. Tiene una superficie total de 9,60 m², de los que se han preservado unos 5,10 m², estando prácticamente completo en la exedra. Las teselas, de piedra caliza (diversas calizas micríticas), pizarra y cerámica, suelen ser prismáticas. Las de la parte inferior del recinto miden entre 1 y 1,7 cm de lado, mientras que las de la exedra son de menor tamaño (entre 0,40 y 1 cm) que las de los otros pavimentos musivos de la *villa*. No se

trata propiamente de un *opus vermiculatum*, aunque está elaborado con una técnica de tesela pequeña, bien cortada. Ese tamaño reducido de las teselas empleadas pone de manifiesto un trabajo llevado a cabo con gran delicadeza. La esmerada ejecución que advertimos en este lienzo respecto a algunos de los del elenco de mosaicos de estilo geométrico, no tiene por qué ser indicativa de la intervención en su manufactura de una *officina* distinta a la de los otros ejemplares de Puente de la Olmilla, sino que podemos atribuirle a un diferente tratamiento de los paneles musivos según el espacio al que estaban destinados, pues los suelos de las zonas de circulación se confeccionaron con teselas de buen tamaño para cubrir una amplia superficie, en cambio, el de un habitáculo de reducidas dimensiones como es éste podía ser realizado con teselas más pequeñas y una mayor minuciosidad o calidad artística. A propósito de este último aspecto (tamaño y calidad), es denotativo de que el mosaico decoraba un aposento valioso.

Como habíamos anticipado, en él se despliega la gama de colores más amplia y las tonalidades más brillantes de todo el repertorio musivo: amarillo, rosa, violeta, verde, rojo terracota, negro azulado, blanco crema, pardo, marrón oscuro..., con algunos matices en su variada policromía. Estaba asociado a unas pinturas murales que nos han llegado en pésimas condiciones de conservación (*vid. supra* capítulo XIV.2). La suntuosidad de la ornamentación de paredes y suelo haría destacar esta cámara dentro del conjunto doméstico. Como ya expusimos anteriormente, algunos autores han propuesto su identificación con el *triclinium* (*vid. infra* nota 38). Si bien resulta complejo hipotetizar sobre su destino, creemos que podría ser un *lararium* tipo *sacrarium* o algún otro de los ambientes especialmente privilegiados de la *villa*, como, p. ej., una segunda sala para las actividades sociales, cuya función primordial estaría en consonancia con este rico mosaico. Aunque no tiene la suficiente capacidad para que pudiera congregarse un grupo muy amplio, sí podría acoger a los participantes en los rituales del culto doméstico o a un pequeño número de visitantes, ya se tratara de clientes o de selectos invitados del *dominus*. Esta pieza se halla en el ala septentrional del edificio, en el eje del lado oriental del peristilo. Además de su acceso principal, desde una de las

galerías, tiene una puerta lateral mediante la que se comunica con otro departamento, el n.º 16, que podría ser un anejo de ésta, pero carente de un solado en *opus tessellatum* (dispondría así, tal vez, de una habitación adicional, al servicio de la 15).

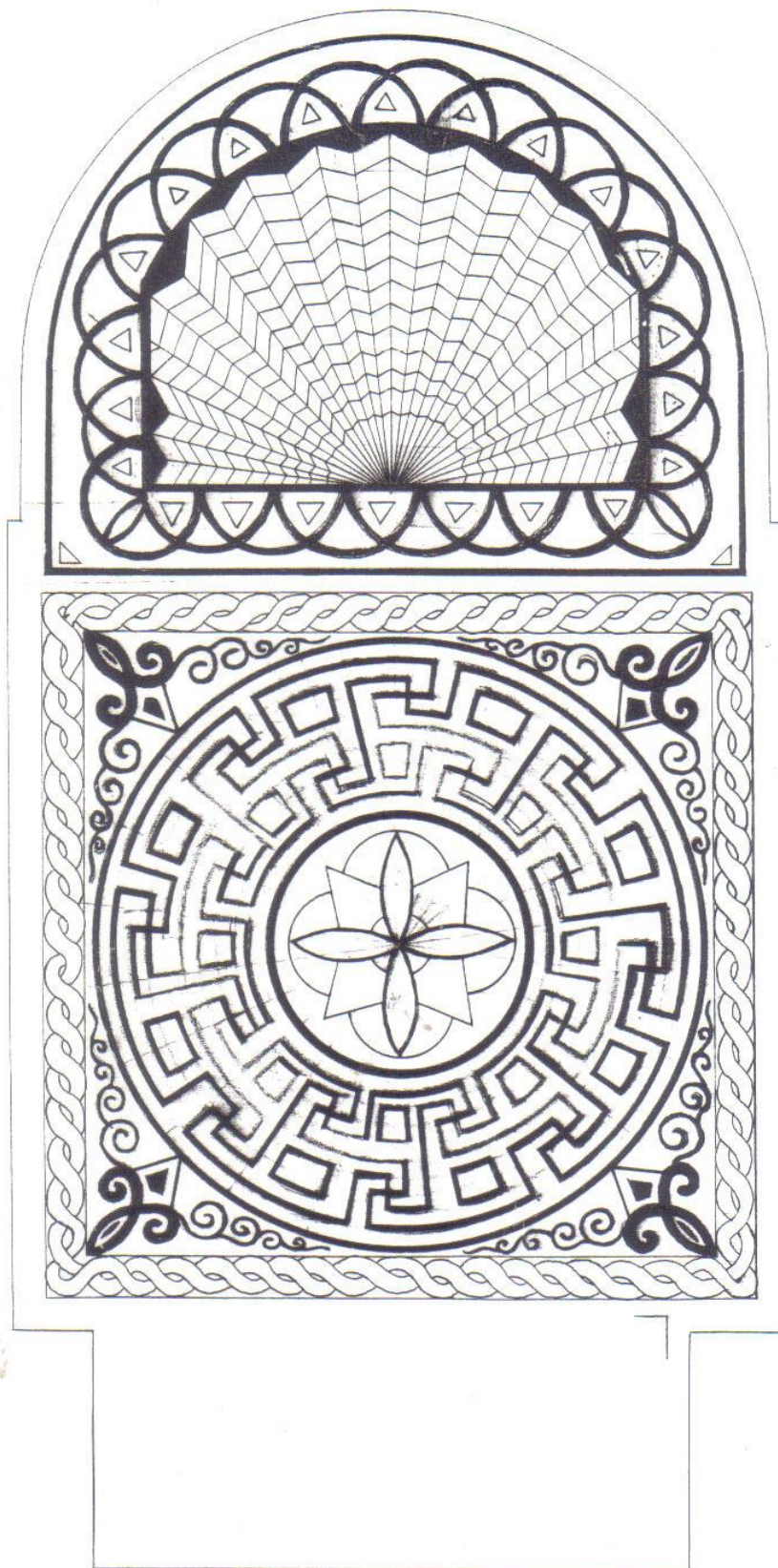


Fig. 378. Mosaico de la habitación n.º 15.

El mosaico está presidido por un área semicircular combinada con otra rectangular, en las que se desarrollaron dos modelos geométricos distintos (fig. 378). Se buscó, por consiguiente, diferenciar las dos secciones de que consta la estancia mediante sus respectivas decoraciones musivas. Ambas están divididas por la misma franja de grandes teselas rojas de cerámica que bordea todo el mosaico (de entre 16 y 20 cm por término medio), como banda de enlace.

La cabecera de esta sala, a la vez que la realzaba, condicionó la configuración de su pavimento, cuya temática se adecua perfectamente a la marcada forma curva de la exedra (fig. 379, *vid. infra* Anexo V, 2: Informe 1991, 15, foto 8). Sobre la línea negro azulada de enmarque de este mosaico absidial, a la que sigue una estrecha faja de teselas blancas, sendos triángulos equiláteros llenan las dos esquinas inferiores. A continuación, un prototipo ornamental bastante común: un festón de semicírculos secantes y tangentes que dan lugar a ojivas en cuyo interior se inscriben otras de menor tamaño (alternativamente rojas, negras y blancas), ejecutado sobre el fondo de una serie de escamas adyacentes en oposición de colores, generando un contraste de superficies cromáticas. Hay siete ojivas en el lado recto de esta banda y quince en el semicircular. Las dos semicircunferencias de los extremos incorporan en su parte media sendos motivos vegetales lanceolados. Esa cadena de ovas y triángulos curvilíneos podría asimilarse con la representación estilizada de los arcos de un espacio porticado, decoración acorde con el hecho de que la habitación donde está instalado este mosaico se abra a la galería columnada que circunda el vecino patio ajardinado.



Fig. 379. Lienzo musivo de la zona semicircular, *in situ*. Foto: García Bueno.

En otros ejemplares análogos, la greca de ojivas y enjutas frecuentemente contiene una estrella, que suele ser elegida como emblema del mosaico (por citar alguno, traeremos a colación el n.º 6 de la *villa* cordobesa de El Ruedo [HIDALGO, 1991, 342], cuyo campo ocupa una estrella de ocho puntas formada por la intersección de dos cuadrados), pero no es éste el caso. El sistema de diseño interior utilizado aquí consiste en un abanico abierto orlado por la mencionada fila de ojivas dentro de semicírculos secantes trazados. Dicha cenefa determina una composición de medio círculo con veintisiete líneas de paralelogramos adyacentes, de tamaño decreciente, policromos, que dejan entrever cheurones bipartitas con efecto de relieve, dando la impresión visual de un desplegado. Hemos apreciado cierto parecido con una banda decorativa descrita por C. Balmelle *et alii* (2002, I, 36-37, lám. 9 g), aunque ésta es horizontal y todos los paralelogramos son de igual tamaño, mientras que los del mosaico de Puente de la Olmilla van disminuyendo al ir acercándose a la parte inferior del panel semicircular.

Los cuatro lados del paño cuadrangular están delimitados por un filo de

teselas de pizarra ceñido internamente por un sogueado ininterrumpido de dos cabos. En cada uno de los ángulos, como detalle de relleno, hay una estilización floral de cuyo tallo brotan zarcillos o roleos, de pizarras verdosas y calizas marrones o blancas, despuntando un doble triángulo concéntrico bicolor apoyado sobre el centro de la flor y conectado por el vértice opuesto con un círculo que circunscribe la trama musiva central (*vid. infra* Anexo V, 2: Informe A.2167, fig. de la p. 3). Ésta se organiza, de fuera adentro, a base de un motivo circular de meandros entrecruzados, con rectángulos o cuadrados policromos incluidos en el interior, alternados con las esvásticas enlazadas entre sí, envolviendo, a su vez, otro círculo, para cuya elaboración se utilizaron pizarras negro azuladas y calizas micríticas de color blanco (*vid. infra* Anexo V, 2: Informe A.2288, fig. de la p. 1 e Informe A.2289, fig. de la p. 28). Ambos círculos concéntricos albergan un esquemático rosetón de cuatro pétalos, en el que se inserta una flor cuadrifolia de pétalos lanceolados (perfilados por teselas blancas), exvasada, superpuesta a un cuadrado de lados curvilíneos (de teselas marrones, verdes y rojas, contorneado por dos hileras de pizarra, sobre fondo blanco, fig. de la p. 17, *vid. infra* Anexo V, 2, Informe A.2169). Sus dimensiones aproximadas son 67 x 90 x 4 cm. Este elemento, integrado en el centro del tapiz y en torno al que gira el resto de la decoración, constituye un grado más de complejidad con respecto al modelo de flores de ocho pétalos (LANCHA, 1983, láms. CLIV, 5, n.º 257; CLVIII, 5, n.º 348, 7, con motivos florales semejantes). Está confeccionado con teselas de cerámica, pizarra y piedra caliza de tonos marrón y blanco, cuyo tamaño oscila entre 1-1,5 cm. Ofrece un notable parentesco con el que ostenta uno de los octógonos que componen la trama de un mosaico de Cuevas de Soria, de finales del siglo IV, conservado en el MAN (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 60-63, lám. 25, n.º 54; BLÁZQUEZ, 2001, 29). Podemos ver una amplia variedad de florones en el repertorio de C. Balmelle *et alii* (2002, II, 61, lám. 262 a y c; 73, lám. 273 a), sin embargo, entre el muestrario de los de doce pétalos, como es el caso del nuestro, ninguno es idéntico a éste.

Técnicos de la Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Madrid concluyen que se trata de un mosaico de buena

calidad y consideran el motivo floral acabado de citar obra de artesanos relacionados con la Galia, filiación que también atribuyen a las esvásticas entrecruzadas (*vid. infra* Anexo V, 2).

Es destacable que esta mitad inferior del mosaico, parcialmente conservada, no ofrece un predominio tan acusado de la temática geométrica sobre la vegetal y floral como sucede en algunos otros de este conjunto pavimental. En su margen más próxima al confinante pasillo 14 conserva algunos vestigios de un antiguo motivo de diábolo muy destruido, salvándose los 10 cm de desnivel entre uno y otro ambiente mediante un escalón de piedra (fig. 278).

Existen multitud de ejemplos en los que, en el mismo ámbito, un sector terminado en planta absidial se yuxtapone a un espacio rectangular o cuadrado, cubierto cada uno de ellos con una alfombra musiva distinta, como en el de Puente de la Olmilla, cuyo piso de mosaico está dividido en dos registros. Por mencionar algún otro a modo ilustrativo, la subdivisión en dos campos seccionados e independientes en su decoración se repite en varias dependencias de la *villa* de Cuevas de Soria (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, figs. 10, 12, 13, 14, 17), en una de Clunia (Burgos), de mediados o segunda mitad del siglo II d.C. (NAVARRO y PALOL, en LÓPEZ MONTEAGUDO-NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 62-65, fig. 15, n.º 10), rematada ligeramente en arco de herradura, etc. En uno de los dos tapices musivos del supuesto *triclinium* de la *villa* de Daragoleja (Granada), definido por un guilche, se representa una venera (comunmente asociada a la diosa Venus o con espacios acuáticos), simulando una parte semicircular en esa estancia rectangular (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 43, fig. 9, n.º 34), al igual que en espacios afines de las *villae* de Prado (Valladolid), Fuente Álamo (Córdoba), San Julián de Valmuza (Salamanca), etc. (ARNAU, 2006, 23; PESSOA, 2011, 788, fig. 20), sin embargo, esa decoración tan usual en reductos con extremo en exedra, y específicamente en numerosos *stibadia*, no es identificable con la de nuestro mosaico, cuyo dibujo, con el espacio dividido radialmente, tan sólo se asemeja en su disposición a la representación de la venera, pero formalmente es distinta a la concha de marcadas estrías.

El mosaico de Dionisos de la calle Hermanos González Murga de Córdoba (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 26-27, fig. 8, n.º 10), del siglo II, tiene un medallón central con una composición parecida a la del campo mayor de éste, consistente en una gran rueda con decoración lineal radiada concéntrica, formando meandros, acotada por un cable de dos cuerdas que recorre el cuadrado externo, con zarcillos en las esquinas, aunque presenta algunas variantes y su *emblemata* está prácticamente destruido, salvo parte de la figura del dios. Otro expresivo paralelo de la rueda dentada nos lo suministra un fragmento musivo procedente de la Vía Ensanche, de Mérida, fechado en el siglo II o inicios del III (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 29, lám. 7 B, n.º 6). Se documenta en las *villae* tardorromanas del Camino Viejo de las Sepulturas (Balazote, Albacete) y Los Quintanares (Soria), si bien en este último caso los meandros unidos están confinados dentro de círculos (ORTEGO, 1977, lám. IV). En lo que a su difusión fuera de la Península Ibérica se refiere, este esquema de meandros se vuelve a encontrar, con muchas similitudes, en un mosaico de la *Villa Spigarelli*, de la primera mitad del siglo II d.C. (SCRINARI, 1975, 51, lám. VII) y se interpreta de una forma muy próxima en un mosaico de *Thysdrus* (FOUCHER, 1961, 41, lám. IX e).

El dibujo de la orla exterior del lienzo que se ajusta a la cabecera en hemicíclo de la habitación n.º 15 de Puente de la Olmilla (fig. 380) fue un elemento generalizado en toda la geografía musivaria romana durante los siglos III y IV d.C., pero, aunque alcanzó su máximo auge durante el Bajo Imperio (PALOL, 1967, fig. 92, lám. 36), esta versión lineal se conoce desde el siglo II d.C. en una nutrida serie de mosaicos bicromos, en blanco y negro, de tradición itálica (de Roma, Nápoles, etc., BLAKE, 1936, 83-85, láms. 11,4, 17,1, 25,1, 39,1). Se emplea en oposición de colores en mosaicos ostienses como uno de la *Domus* de la Gorgona (BECATTI, 1961, 25, lám. LXXII) u otro, rectangular, del Edificio de los Augustales (BECATTI, 1961, lám. XLII, n.º 420), fechados a finales del siglo III o en la primera mitad del IV.

En Hispania tuvo una alta repercusión, especialmente a partir de la tercera centuria. En el mosaico con red de círculos intersecantes de Alcalá de Henares hay escamas y ojivas en semicírculo (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984b,

217-222, fig. 15, láms. CXIII-CXV). Un tratamiento muy similar tiene en el mosaico de la loba y los gemelos de Alcolea (Córdoba), del siglo II (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 43-46, fig. 14, lám. 89, n.º 23). Se desarrolla, con cierto parecido a la estudiada, en un fragmento musivo de la Dehesa de Murga (Cástulo, Jaén), del siglo II, en el que se alternan triángulos de dos tonos, cuya anchura va descendiendo conforme se acercan al centro geométrico (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 66, lám. 58, n.º 50), pero le faltan las ojivas comprendidas en el interior, atestiguadas en el mosaico de Albaladejo, como tampoco las contiene la guirnalda periférica de un pavimento de la Casa n.º 3 de Clunia (Burgos), datable en el siglo II, que está constituida por ojivas blancas y escamas negras (NAVARRO y PALOL, en LÓPEZ MONTEAGUDO-NAVARRO y PALOL, *CMRE* XII, 1998, 70, fig. 19, lám. 26). Se puede cotejar esta franja de semicírculos entrelazados con la de un ejemplar de Badalona, con la de otro de Mataró (BARRAL, 1978, 83, lám. XLVII; 105, láms. LXII 2-LXIII 3; 112, lám. LXXI 1) y uno rectangular de La Bienvenida, en Almodóvar del Campo, Ciudad Real (ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 59-63, figs. 16, 18, 21, 54, 64). Un festón de arquerías ojivales se desenvuelve alrededor de una escena figurada en el mosaico de los Trabajos de Hércules, de Liria (Valencia), de época severiana (FERNÁNDEZ AVILÉS, 1947, lám. XL-VIII; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 42-44, láms. 22, 25, 42 y 44, n.º 26). De Itálica proceden el mosaico de Neptuno y otro fragmento, con este mismo prototipo (BLANCO, *CMRE* II, 1978a, 33, lám. 24 A, n.º 13). Una fila de ovas circunscritas, en oposición de colores, del mosaico astigitano del Triunfo de Dionisos, cronológicamente adscrito a tiempos de los Severos, muestra cierta similitud estilística con la del nuestro (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 13-19, láms. 1-2, n.º 1), y en otro ejemplar descubierto en Écija recientemente se reproduce casi con exactitud (LÓPEZ MONTEAGUDO, VARGAS, BRAVO, HUECAS y SUÁREZ, 2010, 255-260, fig. 3, quienes resaltan el gran parecido de sendas bandas de ojivas y aportan diversos paralelos). En Mérida han salido a la luz varios ejemplares con este tema, uno de ellos del siglo II, otro de fines del siglo III o principios del siguiente... (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 33,

lám. 22, n.º 11; 33, lám. 24 A, n.º 13). Aparece, de nuevo, en otros mosaicos emeritenses, como el de los peces, de la Casa del Anfiteatro (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 42, láms. 56-57, 60 y 62, n.º 31), adscrito al siglo III, donde se dispone en torno a octógonos que incluyen círculos decorados con representaciones de animales marinos, o uno del siglo IV (ÁLVAREZ, 1990, lám. 26). Se constata su presencia en el mosaico con cazador de pantera de El Hinojal (Mérida), del siglo IV (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, 51-52, fig. 5, lám. 94 B, n.º 64), también en el mosaico de círculos intersecantes de la villa de Barrugat (Bítem, Tarragona), perteneciente a un momento avanzado del siglo III o incluso a la primera mitad del IV (JÁRREGA, 1993, 275-284, fig. 1). Otro adorna el mosaico de Galatea, de Elche, datado en el siglo IV (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* IX, 1989b, 36-37, fig. 17, n.º 17), como el mosaico de peces de la villa de Balazote (BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 40-42, fig. 8, n.º 31), el mosaico n.º 6 de la villa cordobesa de El Ruedo (HIDALGO, 1991, 342-343, con paralelos) u otro de Comunión (Cabriana, Álava), en uno de cuyos laterales hay semicírculos continuos en blanco (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 16, fig. 4, n.º 3). Un fondo de semicírculos secantes determinando ovas como el de Albaladejo, pero de trazado rectangular, configura el cerco exterior de un ejemplar de la villa soriana de Santervás del Burgo (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 45-49, lám. 21, n.º 46). Igualmente, se puede comparar con la orla que ciñe tres de los lados de una alfombrilla complementaria del mosaico n.º III de Cuevas de Soria, fechado en la segunda mitad del siglo IV, y con la que rodea parte de la superficie musiva del n.º IX de esa misma villa (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 63-65, fig. 6, n.º 55; 69-70, fig. 9, n.º 60, respectivamente), asimismo, con la del llamado mosaico de peltas de la villa de Torre-la Cruz (Villajoyosa, Alicante), difiriendo esta última en algunos detalles, como las florecillas en aspa que campean en los espacios intermedios de los semicírculos secantes y tangentes (ESPINOSA, 1990, 228-234, fig. 7).

Fuera de nuestras fronteras, podemos confrontar esta greca con el trazado lineal de ojivas y escamas de algunos mosaicos norteafricanos, tal es el caso de uno de la zona del jardín de la Casa de las Ninfas de Nabeul

(MALEK, 2005, 1.343-44, fig. 7 a), un ejemplar de El Djem (BALMELLE *et alii*, 1985, 99, lám. 49 b) u otro de *Heraclea Lynkestis*, de la segunda década del siglo VI (TOMASEVIC, 1975, 393, lám. XLXXXVII 2), lo que evidencia su perduración hasta época muy tardía. D. Fernández-Galiano (1984b, 219, notas 3 y 4) nos ofrece una selección de paralelismos estilísticos en pavimentos del Norte de África y de Esparta (Grecia). Asimismo, la reconocemos en dos mosaicos del tiempo de los Severos de Souzy-la-Briche, uno de ellos de las postrimerías del siglo IV o incluso un poco posterior (DARMON y LAVAGNE, 1977, 115-116, láms. LXXXIV-LXXXVII, n.º 483) y el otro, del siglo IV (DARMON y LAVAGNE, 1977, 125-129, láms. XCIV-XCVII, n.º 489). Este dibujo de ojivas generadas por la intersección de semicírculos se documenta escasamente en el Norte de la Galia y en Germania (en algunos mosaicos de los siglos III-IV), algo más en Suiza (DARMON y LAVAGNE, 1977, 125-126; HIDALGO, 1991, 343).

En general, resultan muy ilustrativos los estudios de A. Ovadiah (1980, 144, figs. 3-4, 82) y C. Balmelle *et alii* (2002, I, 98-99, lám. 49 a-b) sobre este tipo de decoración, que se suele utilizar para confeccionar las cenefas perimetrales de innumerables mosaicos. La presencia de este motivo ornamental en la musivaria hispana delata un notable influjo norteafricano durante el periodo bajoimperial (HIDALGO, 1991, 347). Muy extendido en el Norte de África, viene a sumarse a algunos otros que relacionan el ciclo de mosaicos de Puente de la Olmilla con los norteafricanos (sobre el “africanismo” de los mosaicos hispanos, *vid. supra* el apartado 5.2 de este capítulo), pues constituyen algunos de los paralelismos más allegados a su gusto estético. A los ejemplares consignados líneas arriba cabe añadir otro de *Thysdrus* (FOUCHER, 1960, 20, lám. VII b; 1961, 16, lám. XIX a). De particular interés, al recordarnos al nuestro, es un mosaico de *Thysdrus* con un arco de imbricaciones, diferenciándose por exhibir en el interior del mismo una representación de plumas de pavo real (FOUCHER, 1961, 56, lám. XXXIX a,c). Esa ornamentación de plumas de pavo real intercaladas debajo de arcadas se puede contemplar en varios pavimentos norteafricanos de los siglos II-III, p. ej., en Sousse, Dar Zmela, Uzzita y El Djem, perviviendo en mosaicos bizantinos

de los siglos IV-VI (DUNBABIN, 1978, 167, nota 168, lám. LXVII, 169; BLANCHARD-LEMÉE *et alii*, 1995, fig. 199; SAN NICOLÁS, 1997, 162, fig. 24; sobre esta composición, cfr. BALMELLE *et alii*, 1985, láms. 215-216).

La belleza de ese animal, ensalzada por Ovidio (*Met.* I, 722), podría haber sido evocada en este pavimento, que parece simular la cola extendida de un pavo real mediante un plumado multicolor, figurando quizás los cambios de color del plumaje, bosquejado mediante un diseño semicircular a base de coloristas elementos geométricos, como una abstracción del mismo. Esa apariencia de un abanico de plumas de pavo real, que nos transmite a modo de impresión visual, sin embargo, se plasma de forma realista en otros mosaicos romanos. Por citar algunos, en un mosaico parietal de Baiae, conservado en el Museo de Cambridge (JASHEMSKI, 1979, 67, fig. 108; SAN NICOLÁS, 1997, 141, fig. 3), hay un pavo real posado en la balaustrada de un jardín y otras dos aves flanquean una crátera en un pavimento de la *villa* de Artieda de Aragón (Zaragoza), de finales del siglo IV o principios del V (SAN NICOLÁS, 1997, 151, fig. 12). Con la cola desplegada decora un ejemplar hispano de Portman (Murcia), de las postrimerías del siglo IV (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 83, láms. 44-45, n.º 93). En otros mosaicos tardoantiguos se representan pavos reales con la cola abierta en abanico, así, contamos con varios norteafricanos, como el de las Estaciones de la Casa de los Caballos, en Cartago, de la primera mitad del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 165-166, 171, 253, lám. LXVI, 166), el de la Casa del Pavo Real de Cartago, de mediados del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 103-104, 168-169, 252, lám. XXXV, 92), otro de la habitación 18 de la Casa del Pavo Real de El Djem, fechado en torno al 180-200 d.C. (DUNBABIN, 1978, 168, 259, lám. B) y un mosaico de Bir-Chana, de finales de la segunda centuria (DUNBABIN, 1978, 168, 249, lám. LXVII, 170). En el mosaico de *Asinus Nica*, de Djemila, vemos otro pavo real (DUNBABIN, 1978, 117 nota 28, 184 nota 64, 256, lám. LXXII, 185), al igual que en el de la tumba de Theodoulos, Sousse, donde hay dos pavos reales afrontados a ambos lados de una crátera (DUNBABIN, 1978, lám. F), o en un ejemplar dionisiaco de Colonia (PARLASCA, 1959, 78, lám. 79,1). Pavos reales decoran pavimentos de un pabellón de la *villa* toledana de El Saucedo (BENDALA *et*

alii, 1998, 302). En el mosaico emeritense de la Medusa, de una *domus* de la Huerta de Otero, datado a finales del siglo II o principios del III, se reproducen aves exóticas, entre otras, un pavo real (BLANCO, *CMRE* I, 1978b, lám. 88, n.º 57; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 190). En otro ejemplar de Mérida procedente de la calle del Salvador se combinaron coronas de laurel con pájaros y pavos reales (BLÁZQUEZ, 2005-2006, 268, fig. 5). Este autor alude al “amor que los romanos sentían por la naturaleza” en relación con la presencia de aves en el repertorio ornamental de numerosos mosaicos, sobre todo, en producciones africanas. Asimismo, según J.M. Blázquez, de acuerdo con K.M.D. Dunbabin, las aves como figuras decorativas tanto en la musivaria hispana como en la itálica probablemente se deban a una influencia norteafricana en época bajoimperial (BLÁZQUEZ, 1993, 70-92, 219-222; 2005-2006, 271; DUNBABIN, 1978, 212-222).

El pavo real es asiduamente representado en las pinturas pompeyanas, p. ej., en la Casa de Rómulo y Remo (VII 7, 10), también en los parques de Roma (GRIMAL, 1969, 290), en la decoración parietal de las termas de Stabies, donde aparecen jardines con aves diversas, como en las del ninfeo de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo), del siglo IV, asimismo, en otras obras pictóricas y en relieves hispanos se atestigua la presencia de multitud de aves que solía mantenerse en los jardines romanos (BLÁZQUEZ, 2001, 24, 26, 28). El pavo real ha sido interpretado como atributo de Venus, que, entre otras advocaciones, era una de las divinidades vinculadas con los jardines y protectora de los jardineros (BLÁZQUEZ, 2001, 21; 2005-2006, 269). Por lo demás, K.M.D. Dunbabin (1978, 166-169) considera que el pavo real es un símbolo mágico benéfico.

Este interesante mosaico de Albaladejo es un fiel exponente del *horror vacui* característico de tantos otros de baja época, en los que se evitan los espacios sin decorar. En función de las consideraciones expuestas, relativas a su esquema compositivo y, sobre todo, basándonos en paralelos conocidos de este diseño, creemos poder adjudicarle una datación tardía y, haciendo una mayor precisión cronológica, la segunda mitad del siglo IV.

El sector semicircular de este mosaico está expuesto en el Museo

Provincial de Ciudad Real.



Fig. 380. Panel musivo de la exedra de la habitación n.º 15. Foto: Gómez Lozano (ESCRBC).

XIV.5.4. CONSIDERACIONES FINALES SOBRE EL CONJUNTO MUSIVO

Aunque el conocimiento actual del área residencial de Puente de la Olmilla sea parcial, podemos extraer algunas conclusiones del estudio de la decoración musiva aplicada a algunos de sus espacios domésticos. Recapitulando, cuatro de los ejemplares en *opus tessellatum* tapizan los suelos de la amplia galería apoyada sobre columnas que circunscribe el patio. A este cuerpo central de la vivienda se accede por un pasillo solado con otro mosaico (fig. 354), mediante el que tiene comunicación con el pórtico exterior, en el ala noroeste del inmueble, abriéndose a través de esos cinco corredores a diversos habitáculos, cuatro de ellos pavimentados, asimismo, con paneles musivos de diseños varios. Esta concentración de los pisos musivos en el ámbito del peristilo y de su entorno es habitual en numerosas *villae*, ya que, como especifica I. Mañas (2007-2008, 98), detenta “un mayor valor de control visual de la casa”, aparte de acoger la mayoría de los “ritos y ceremonias de la vida social doméstica”.

El dueño de una de las parcelas por las que se extiende el campo de ruinas nos informó del hallazgo hace años de otro mosaico que cubría una habitación “bastante grande”, situada en el sector sureste del yacimiento. Desgraciadamente, como pudimos deducir de sus comentarios, lo más probable es que esté, en mayor o menor medida, destrozado, al haber sido esa zona rellenada con tierra para plantar un olivar. Este dato revela la existencia de un área más amplia adornada con suelos de mosaico, pese a que ignoremos su naturaleza. Además de esas noticias orales, también abona esta idea el afloramiento de abundantes *tessellae* al cavarse más adelante los hoyos para la plantación de nuevos olivos en las inmediaciones, durante la última década del siglo pasado. No sabemos con certeza si los trabajos agrícolas posteriores han afectado o destruido alguno de esos teselados, pero, según parece, algunas de las entidades habitacionales que aún permanecen soterradas probablemente están ornadas con mosaicos que corren peligro de desaparición si no se lleva a cabo una labor de salvamento⁴⁹. La misma

impresión debieron de tener sus primeros excavadores: en una carta dirigida a A. Blanco Freijeiro, Inspector Técnico de la comisaría de Excavaciones, con fecha 13-6-1977, R. Montanya Maluquer le notifica que esta *villa* “tiene un enorme interés para la arqueología de la meseta sur, (...) es lógico suponer que existen mosaicos de mayor calidad (...)” en la parte sin excavar, “muy probablemente figurados” (caja 248, Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares).

La superficie total de la pavimentación musiva de los deambulatorios que delimitaban el núcleo central, el pasillo de entrada, las dos cámaras intercomunicadas n.º 1-2 y la habitación n.º 15, es de unos 190 m², a los que hay que añadir los 20,21 m² del mosaico perdido de la habitación n.º 4. Están dañados en algunos puntos, habiendo sido reparados sin apenas ningún criterio estético. La mayoría son lagunas de época, pero en vez de optarse por restituir los motivos de repertorio deteriorados, éstos fueron enmendados descuidadamente, en unas ocasiones, con una capa de mortero de cal, en otras, sustituyéndolos por grupos de teselas blancas e incluso, en uno de los corredores (n.º 5), por un ladrillo entero, tras ser objeto de alguna obra puntual o como relleno de faltas producidas a consecuencia del continuo trasiego en el curso de los años. Como es lógico, el desgaste fue mayor en las zonas de tránsito más frecuente, es decir, en las galerías, algunas de las cuales presentan numerosas refacciones. Tan sólo hemos observado algún posible intento ulterior de reconstrucción, por ejemplo, en un lateral de la composición delimitada por una banda de eslabones que decora el lienzo subordinado de la habitación n.º 1. El irregular trazo de cuatro o cinco de esos eslabones podría delatar una reelaboración llevada a cabo con escasa fortuna, de lo que se colige una incapacidad de reproducirlos fielmente. Asimismo, en el pasillo de entrada (n.º 11) detectamos alguna restauración que denota poca solvencia, al reponerse con simples teselas blancas algún elemento geométrico perdido, un “arreglo” probablemente no demasiado distante en el tiempo al de su confección. A buen seguro, esta tarea sería acometida por artesanos u operarios locales desconocedores de la técnica de la tradición musivaria anterior. Por el lado técnico, la incorrección o improvisación de esos detalles

contrasta con la cuidada ejecución y buen arte de toda la serie, haciendo patente la excelente calidad de quienes fueron sus artífices. A su vez, las toscas reparaciones de los desperfectos con argamasa serían realizadas durante la etapa de ocupación más tardía de la *villa*. Distinguimos, por consiguiente, dos fases en esos intentos de subsanar la erosión sufrida por los mosaicos.

Se advierte que los esquemas geométricos más repetitivos corresponden primordialmente a los pasillos, mientras que los dos mosaicos figurativos se disponen en estancias nobles. El de la habitación 15 (un posible larario o sala de prestigio) consta de dos campos adornados con sendos modelos geométricos complementados con elementos vegetales y florales, realizados con un fino estilo y una paleta de colores más extensa que la de los mosaicos de los corredores. Las distintas trazas de diseño de estos pavimentos en *opus tessellatum* se adaptan así a la categoría de cada pieza (a propósito de la pavimentación como jerarquizador del espacio doméstico, en consonancia con el concepto de la *villa* convertida en espacio de representación del comitente, siendo el “lenguaje musivo (...) cauce de expresión”, cfr. MAÑAS, 2007-2008, 97-101, 112-113). Existe, por lo tanto, cierta diferenciación ornamental según su funcionalidad, como apuntamos al interpretar alguna de esas dependencias, pudiendo servirnos de orientación acerca de su uso (*vid. supra* capítulo XIV.3-4).

Un nutrido grupo de investigadores plantean que, en efecto, los mosaicos “actúan como diferenciadores” de los espacios representativos y son indicadores de la productividad de una hacienda, pues, a tenor de los ambientes decorados con ellos, podrían inferirse los beneficios proporcionados por el *fundus*: si no eran excesivos los recursos con los que contaba su propietario, sólo las principales habitaciones de recepción tendrían esta clase de pavimentación, si eran más abundantes, ésta se extendería a otros aposentos y los circuitos internos de circulación (CERRILLO *et alii*, 1986, 126). Indudablemente, su capacidad adquisitiva puede estimarse por la cantidad de unidades arquitectónicas que recibieron decoración musiva, entre otros factores a tener en cuenta (también su calidad es un marcador de la riqueza

detentada). Si era menor la inversión en estos programas ornamentales, los brazos del peristilo tendrían pisos de *opus caementicium*, sin más preocupación que aislarlos de la humedad procedente de los *horti* y zonas compluviadas (MAÑAS, 2007-2008, 98). De acuerdo con este enfoque, los de Puente de la Olmilla probarían la condición adinerada del *dominus*.

El lote de mosaicos que engalanaba diversos ambientes de Puente de la Olmilla es representativo del extraordinario desarrollo decorativo de buen número de *villae* tardorromanas hispanas. Como en todas ellas, su temática es una manifestación de la tradición cultural, de las modas artísticas vigentes, los recursos económicos (dado el elevado precio de estas producciones) y las tendencias estéticas de mayor aceptación entre los latifundistas que constituirían la demanda de estas costosas creaciones suntuarias. Al participar la musivaria del movimiento general de renovación vigente durante la baja romanidad, refleja los cambios que afectaron a muy diversos campos en ese periodo (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 30), evolucionando a la par de esas transformaciones. Los mosaicos de la *villa* de Albaladejo presentan sistemas compositivos bien conocidos y muy populares entre esa clientela de grandes propietarios. En ese sentido, son un claro exponente de las corrientes artísticas en boga y están inspirados en principios distintivos de ese grupo social (BLÁZQUEZ, 1997, 395-405; 1990). Por ende, nos ilustran sobre el poder económico de los terratenientes, sobre sus inquietudes espirituales e intelectuales, sus intereses, su formación cultural... (cfr. FONTAINE, 1972, 571; MORAND, 1994; ALFÖLDY, 2012, 293, 313-314), como tal vez es el caso del que tapiza el suelo de la habitación n.º 2, presidido por una escena con connotaciones dionisiacas. En torno a mediados del siglo IV se aprecia un mayor predominio de los temas mitológicos, circunstancia que podría interpretarse como una defensa expresa de “los valores del mundo clásico” por parte de los *possessores* (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, 27) o, si no estaban en congruencia con sus auténticas creencias religiosas, al menos, es indicativa de sus gustos decorativos y de su conocimiento de la mitología (en su pretensión de ser identificados como partícipes de la *paideia*). La inclusión de personajes míticos en los mosaicos elegidos sería uno de los “mecanismos de

exaltación del *dominus* mediante su identificación con una figura mítica y su exhibición en la casa” (MAÑAS, 2007-2008, 109).

Como hemos podido ver en las páginas precedentes, la mayoría de las tramas musivas y los arquetipos decorativos que conforman los mosaicos geométricos de Puente de la Olmilla son muy usuales en la musivaria romana, de hecho, son algunos de los más generalizados a finales del Imperio. Obviamente, en su elección primaria la oferta de cartones de que disponía el taller encargado de realizarlos. Es de subrayar, con todo, la predilección por algunos de los que mostraban un alto grado de complejidad. Por otro lado, en Puente de la Olmilla no existe ese desinterés por el elemento figurativo que puede desprenderse de su total ausencia en los mosaicos de otras *villae* de la Península (*vid. supra* pp. 615-616), sino que se escogieron dos temas propios de la iconografía tradicional del mundo rural.

A lo largo de este capítulo hemos ofrecido una amplia relación de paralelos formales de los mosaicos de Puente de la Olmilla con los documentados en una cantidad considerable de yacimientos tanto del ámbito peninsular como extrapeninsular, pudiéndose seguir a través de ellos el amplio recorrido geográfico de estos sistemas compositivos, que circularon extraordinariamente. Si bien la información disponible es ingente, hemos seleccionado un buen número de ejemplos de entre la extensa nómina existente, intentando que esa recopilación sea, al menos, lo suficientemente completa y significativa como para poder determinar las preferencias por ciertas temáticas o establecer las conexiones estilísticas de dichos mosaicos, basándonos, entre otros, en datos cuantitativos. Ello nos ha permitido constatar que participan de ciertas características generales, pues en el ciclo musivo objeto de nuestra atención se perciben influjos artísticos de muy diversa procedencia. Aparte de los ya citados del Norte de África, cabe mencionar algunos centros hispanos, especialmente Mérida, que durante el Bajo Imperio adquirió un gran prestigio cultural (BLANCO, 1978b; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1990). Los talleres musivarios emeritenses irradiaron su estilo al ámbito meseteño, destacando por la gran calidad de sus producciones (NOGALES, 2002, 265; ÉTIENNE, 1982, 201-207; BLÁZQUEZ, 2005-2006, 269, 277).

Como reseña este último especialista en la materia, “nada tiene de particular que detalles muy concretos de la musivaria del centro de la Meseta lleven a la capital de Lusitania”, circunstancia probablemente extrapolable a los nuestros, pues son muchos sus puntos de contacto. Otros importantes focos de influencia fueron el mundo musivario itálico (Pompeya, Ostia, a través de cuyo puerto Hispania mantenía un intenso tráfico comercial con Roma...) y el oriental, con el que Hispania tuvo buenas relaciones durante la Antigüedad Tardía (cfr. FERNÁNDEZ-GALIANO, 1984a, 411-430; BLÁZQUEZ, 1998, 163-178). A la vista de todo ello, aunque los mosaicos de Puente de la Olmilla fundamentalmente dejan traslucir un fuerte influjo estetizante de las corrientes artísticas norteafricanas, también son apreciables algunas de filiación itálica, otras originarias de distintos lugares de la Península Ibérica (la Bética, el área levantina, etc.) e inclusive de la *pars orientalis*, confluyendo con las de raigambre centroeuropea (de la Galia...).

En su síntesis sobre los mosaicos romanos de Castilla-La Mancha, al tratar concretamente de los de tipo geométrico, J.M. Blázquez (2008, 124-125) centra su interés en los esquemas y motivos comunes con los de *villae* de Navarra (Liédena, Villafranca, El Ramalete...), Palencia (La Olmeda, Quintanilla de la Cueva...), Soria (Santervás del Burgo, Los Quintanares, Cuevas de Soria), etc., e incide el autor en que esos modelos “están también en el Oriente”.

Según A. Balil (1965, 36), el gusto de esa sociedad de grandes propietarios de la tierra, que se puede deducir de los mosaicos de sus *villae*, es ecléctico. En virtud de lo expuesto más arriba, esa estimación puede confirmarse plenamente en el conjunto musivo de Puente de la Olmilla.

En otro orden de cosas, todos ellos parecen ser coetáneos y obra de una sola *officina*. Numerosos detalles, como la orla exterior de grandes teselas de cerámica, colocadas siguiendo la alineación de los muros, que bordea cada uno de los mosaicos, la utilización del mismo tipo de elementos complementarios en varios de estos mosaicos, la uniformidad de la paleta de tonalidades empleada (aunque algunos de los ejemplares muestran una mayor variedad)..., pormenores que, en suma, sugieren un proceso unitario de

trabajo.

El examen estilístico de todo el elenco se ve aquí ratificado por la documentación arqueológica. Con algunos matices ya señalados, el análisis de las composiciones, unido al de la tipología cerámica y la clasificación del material numismático, definen el marco cronológico de este enclave, cuyo máximo esplendor correspondería a la segunda mitad del siglo IV d.C., si bien algunos de los motivos ornamentales de estos mosaicos encajan en una datación más amplia que abarca desde finales del siglo III e incluso se remontan aún más en el tiempo, contando con varios siglos de existencia. Debido a su extenso desarrollo cronológico no constituyen por sí solos un criterio riguroso para fechar estos solados, en consecuencia, debemos tomar en consideración no sólo el repertorio subordinado (estrellas de losanges, nudos de Salomón, esvásticas, flores tetrapétalas, combinaciones de dos o más peltas entrelazadas, contrapuestas o afrontadas, etc.), sino otras cuestiones como su tratamiento estilístico barroquizante, su policromía y su complejidad decorativa. Este último rasgo es determinante, al haber ido aumentando gradualmente a lo largo del tiempo, proceso que culmina en el Bajo Imperio, cuando se promovió la realización de mosaicos muy abigarrados (como los de los ambientes n.º 1 y 11). Atendiendo igualmente a su evolución cronológica, es un hecho contrastado que estos temas experimentan un inusitado auge en la musivaria tardía, alcanzando entonces su mayor difusión geográfica; lo mismo sucede con los esquemas marcados por un ritmo reiterativo, muy acentuado en los mosaicos de Puente de la Olmilla. Así pues, pese a hallarse en un contexto territorial periférico, estas manifestaciones plásticas no están al margen de las tendencias generales predominantes durante la Tardoantigüedad en toda la órbita romana y en Hispania en particular, por el contrario, comparten un sentido estético muy similar al de muchas otras coetáneas. Esos aspectos formales, en definitiva, nos sitúan en los siglos finales del Imperio, siendo precisamente el IV d.C. el de mayor representatividad productiva en la Península.

La caída en desuso de esta *villa* acaecería en el siglo V, pues algunos fragmentos cerámicos y un *minimus* con el que se cierra la serie numismática

(n.º 19 del catálogo) confirman que su ocupación se extiende, cuando menos, hasta comienzos o incluso algo más adentrada esa centuria, una época marcada por un declive paulatino, teniendo lugar posiblemente un abandono progresivo de la misma. Sería sobre todo en esos últimos tiempos de lento proceso de decadencia cuando se intentó arreglar con evidente torpeza los espacios donde se habían perdido las teselas originales, rellenando las lagunas con parches de cemento u otros medios para evitar que siguieran disgregándose, al no poderse contar ya con el buen hacer de mosaístas especializados, como el de los expertos artesanos a los que se debe la elaboración de estos mosaicos.

Existe una coincidencia entre la cronología de estos mosaicos y la datación propuesta por M.R. Puig (1979, 924) para las pinturas murales. Con el objetivo de completar la visión del programa decorativo de esta residencia señorial, los valoraremos conjuntamente, para finalizar. Nos ocuparemos brevemente del procedimiento de ornato puesto en práctica en la misma (que mereció ya un análisis específico más detallado, *vid. supra* capítulo XIV.2), mediante el que dichos mosaicos estaban combinados con pinturas. En el transcurso de las excavaciones pudimos comprobar que antes de ser colocados los paneles musivos en las superficies de circulación se preparó previamente las paredes para ser decoradas con distintas composiciones pictóricas. El interior de algunas dependencias se revistió con placas de estuco y sobre ese recubrimiento se plasmaron pinturas policromas, donde se utilizó un relativamente amplio espectro de colores. Los que se han conservado *in situ* (en escasas ocasiones), además de algunos de los fragmentos desplomados, nos han permitido reconstruir parcialmente la decoración mural de la casa. Ésta tenía zócalos con molduras estucadas y lienzos parietales en los que se pintaron imitaciones de *crustae* marmóreas, algunos motivos geométricos..., aunque también monocromías o bicromías. Las malas condiciones en que han llegado hasta nuestros días nos impiden conocer otros posibles esquemas de diseño de su hipotéticamente más amplia variedad tipológica. Por esa causa ignoramos si en ambos soportes (pintura y pavimentos musivos) se reprodujeron eventualmente algunos de los motivos de repertorio, dándoles

una continuidad decorativa a paredes y suelos, como sucedía en otras unidades domésticas, que los compartieron, p. ej., en la *villa* murciana de La Quintilla, reforzando “la contemporaneidad y concepción global de todo el programa ornamental” (RAMALLO, 2005, 1019; para más información sobre estas cuestiones, cfr. GUIRAL, en GUIRAL y SAN NICOLÁS, 1998, 17-53). La decoración pintada de los paramentos, asociada a los mosaicos de gran calidad técnica que embellecían los suelos de algunos ambientes, cuya policromía se complementaba armoniosamente, creando hermosos efectos de luz y color, debió de conferir a esta *villa* un alto valor ornamental, como vehículo de proyección de la riqueza y refinamiento de sus dueños.

XV. INTERPRETACIÓN DIACRÓNICA: EVOLUCIÓN ARQUITECTÓNICA DE LA VILLA

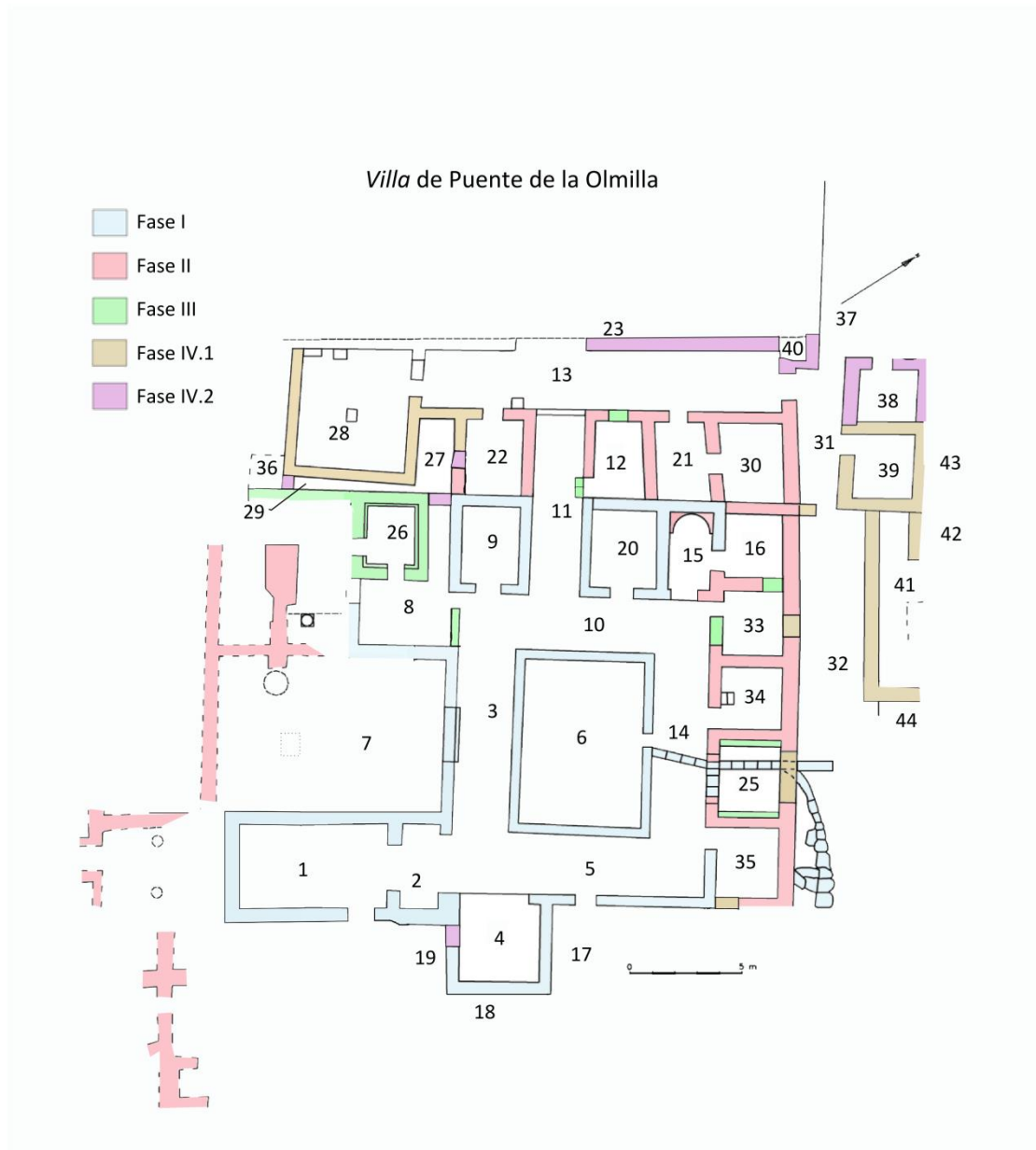


Fig. 308. Plano de la villa, con indicación de las fases constructivas que lo caracterizan, según García Bueno.

La planta de este edificio solariego, reformada en el transcurso de su ocupación, es el resultado de diversos reajustes y ampliaciones llevados a cabo a lo largo de los años, por lo que, en ese sentido, al no haber sido erigida de una sola vez, no es un complejo residencial cronológicamente unitario, aunque sí lo sea en su disposición arquitectónica, bien coordinada y de carácter bastante compacto, según puede apreciarse en el plano general. Hemos intentado determinar su historia mediante el reconocimiento de las

diversas fases edilicias (fig. 308), confirmando que la *villa* de Puente de la Ollilla tuvo una dilatada existencia y, por lo tanto, fue habitada durante varias generaciones (con la información disponible, no resulta posible saber si pasó de una familia a otra o se mantuvo siempre la propiedad en manos de un mismo linaje), si bien la ocupación no fue continua, al menos en virtud de los hallazgos numismáticos y cerámicos.

La hipótesis de lectura propuesta es la siguiente:

I.- La primera fase constructiva comprende el patio porticado y la mayoría de los ambientes que abren al mismo.

- Las grandes puertas localizadas al Este (en lo que después será la habitación n.º 25) y al Oeste del peristilo (en la habitación n.º 7: ¿un recibidor?), conducirían entonces posiblemente al exterior.

- La habitación 15 inicialmente no tendría aún la exedra semicircular, sólo tenía un punto de ingreso (desde el peristilo) y estaría cubierta con un *opus signinum*. Sus paredes estaban blanqueadas.

- El corredor n.º 11 concluía a la misma altura de las habitaciones n.º 9 y 20.

- Dado que el repertorio temático, la técnica de dibujo empleada en los mosaicos descubiertos y los rasgos esquemáticos de estas composiciones, pertenecen al siglo IV, podemos deducir de ello que en un principio el peristilo y los ámbitos estructurados a su alrededor no estaban tapizados con paneles musivos o, al menos, no con los que conocemos (la excavación nos ha suministrado un importante elenco integrado por nueve lienzos del siglo IV d.C., obra de un mismo taller, uno de ellos destruido tras ser exhumado).

- No sabemos si en la etapa fundacional parte del patio estaba empedrado, solado con mármol, si había una fuente o una piscina..., o bien desde su origen todo él fue un espacio ajardinado. La canalización hidráulica realizada con una batería de *imbrices* es coetánea de los muros de dicho patio, ya que el albañal fue construido expresamente en su pared oriental, bajo la que discurre.

Todo ello corresponde al núcleo más antiguo del conjunto doméstico, que parece pertenecer a la primera edificación del mismo, si bien pudo haber sido parcialmente rehabilitado más tarde, durante el periodo bajoimperial, reaprovechando los materiales útiles.

El peristilo nos ha proporcionado seis muestras numismáticas: un as de Tito, del 72 ó 77-78 d.C. (*RIC* II, n.º 622 ó 684), un sestercio de Trajano, con un gran desgaste, cuya cronología comprende desde el 98 al 117 d.C., un antoniniano de Claudio II emitido en el 269 d.C. (*RIC* V, 1ª, n.º 48), dos *centenionales* de Constancio II fechados, respectivamente, en 336-337 d.C. (*RIC* VII, 659, n.º 141; *LRBC*, n.º 1266) y 352-355 d.C. (*RIC* VIII, 274, n.º 272 ó 276) y un *centenionalis* de Teodosio I acuñado entre 388-392 d.C. (*RIC* IX, n.º 29, a). En el registro arqueológico del patio destacan tres ejemplares monetarios: dos antoninianos de Galieno, del 257-259 d.C. (*RIC* V, 1ª, 154, n.º 267) y del 266 d.C. (*RIC* V, n.º 330 variante), respectivamente, y un *centenionalis* de Constancio II, datado entre 335-341 d.C. (*LRBC*, lám. I, similar n.º 1028).

De la zona de paso de la habitación 1 a la 2 procede un as emitido en el 12 a.C. (VIVES, 1924-1926, 36, n.º 28, lám. CXXXI-10; VILLARONGA, 1979, 264, n.º 992; *RPC*, 1992, 167; GARCÍA-BELLIDO y BLÁZQUEZ, *DCyP* II, 2001, 98, *Carthago Nova* 13ª 22). A su vez, en la n.º 1 se recuperó un *nummus centenionalis* de Honorio, del 393-395 d.C. (*RIC* IX, n.º 29, c). Cuando ya se hubo realizado la extracción del mosaico por parte de técnicos del equipo de restauradores de Mérida, se excavó el sustrato de dicha estancia, donde había un nivel de relleno, que proporcionó materiales cerámicos altoimperiales, pero no estructuras subyacentes asociadas a ellos (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 23). De la habitación n.º 2 proviene una *maiorina*, del 378-383 d.C. (*RIC* IX, 54,c), que fue acuñada durante el reinado de Teodosio I.

Nos ayuda a precisar la cronología *post quem* de esta primera fase el hallazgo de un fragmento de TSH en un muro de la habitación n.º 35 contiguo al peristilo (es una probable forma 27 con la marca de alfarero EX OF PT, producida en Andújar).

II.- Al Norte y Este del pasillo n.º 14 parece que hubo una reestructuración del espacio, siendo distribuido en una serie de nuevas dependencias dotadas de cierta uniformidad: 35, 25, 34, 33 y 16. En un comienzo la 16 está intercomunicada con la 33, hasta que más tarde se clausura ese acceso, ingresándose a partir de entonces a la n.º 16 únicamente desde la n.º 15 (en una 3ª o 4ª fase, como expondremos seguidamente). Tras procederse a reconvertir esta sección, se estrecha la gran puerta ubicada al

Sureste, que tal vez deja de dar paso al exterior (¿a un pórtico exterior?) o a otro patio para ser la entrada a una de esas habitaciones, la n.º 25.

- A la par, en el eje transversal se yuxtapone una hilera de nuevas unidades estructurales (n.º 30, 21, 12, 22, 27...) a la, hasta entonces, primera crujía noroccidental. Acompañando esa ampliación se prolonga también el corredor n.º 11 (hasta duplicar su longitud), donde consignamos el hallazgo del citado as de Tito del 72 o del 77-78 d.C. (*RIC* II, n.º 622 ó 684), muy desgastado, y de un *centenionalis* de Constancio II emitido hacia 336-337 d.C. (*RIC* VII, 659, n.º 141; *LRBC*, n.º 1266). Aunque alineados en el mismo sentido, algunos de esos muros carecen de paralelismo con respecto a los inmediatos, pertenecientes a la planta primigenia, mucho más regular a simple vista.

- Igualmente, se añaden nuevos habitáculos en el ala occidental del inmueble, de manera que el gran umbral de la habitación n.º 7 tampoco permite ya el tránsito al exterior de la vivienda desde lo que cabe suponer habría sido, al principio, un vestíbulo.

- Un tiempo después de haber sido construido el amplio peristilo columnado en el área central, organizador del primer bloque arquitectónico, al final de la segunda fase constructiva, ya avanzado el siglo IV, fueron instalados pisos de mosaico en el pasillo de entrada (n.º 11), en los cuatro deambulatorios que rodean el patio y en algunas de las entidades habitacionales a las que se accede desde ellos, como son las n.º 1, 2, 4 y 15. Circunstancias económicas favorables debieron de impulsar al *dominus* a ornamentar su casa de campo con esos ricos mosaicos. Este ciclo pavimental es uno de los elementos más seguros para fijar la cronología del segundo periodo de florecimiento de la *villa*, que basándonos en sus connotaciones estilísticas, es más breve que el documentado por el material cerámico, el numismático y los restos arquitectónicos. Si bien es cierto que los temas y estilo decorativo de este lote de mosaicos tuvieron una amplia vigencia, el predominio de paralelos tardíos y su representatividad de las corrientes artísticas de baja época invita a datarlos en la fecha señalada.

- Probablemente entonces se agregó un ábside en la parte septentrional de la habitación n.º 15, que preside al Norte el ambulacro oriental del peristilo. Se redecoró con pinturas murales de colores negro, verde..., sobre fondo blanco. Por el Este, tras haber sido instalado un pavimento en *opus tessellatum*

(rompiendo a tal efecto uno anterior de *opus signinum*), durante un 3º o 4º momento se abrió una puerta para comunicarla con un cuarto aledaño, el n.º 16 (al comienzo independiente, en la fase II, y ahora tal vez asociado como un reducto complementario), pues en la zona del vano se descubrió la cimentación del muro que se seccionó para crear esa nueva entrada lateral y, además, la línea de arranque del enlucido de la pared, entre otros cambios, incluido quizás el de funcionalidad, transformándose en tal caso en un aposento de mayor rango (cabe plantearse si antes de convertirse en un posible larario o sala de prestigio fue otro más de los *cubicula* o departamentos secundarios distribuidos por el lado noroeste). El proceso de excavación, por consiguiente, puso de manifiesto la existencia en esta cámara n.º 15, y en algunas otras, de fases constructivas distintas, a las que nos hemos referido reiteradamente.

III.- En la habitación n.º 25 se construyen dos largos bancos, adosados a las paredes septentrional y meridional, cuyas superficies están decoradas con pintura que ahora quedará en parte oculta detrás de ellos.

- La puerta de la habitación n.º 12, que daba al porche (n.º 13), fue cegada y se habilitó otra en el muro que confina con el pasillo n.º 11, colocándose un escalón encima del piso musivo (en esta 3ª fase o quizás en la 4ª). Entre el material arqueológico figura una moneda de Magno Máximo (383-388 d.C.), un dato que debemos tomar con cautela en cuanto a la posible cronología de esta refacción, puesto que era habitual que el numerario siguiera en circulación durante largo tiempo, pero, al menos, esa *maiorina* (RIC IX, 49, n.º 32) es un indicio de que la *villa* estaba en uso a finales del siglo IV d.C.

- El brazo septentrional del peristilo (n.º 10) es delimitado en ambos extremos por sendos muretes de adobe (de 40 cm de ancho), añadidos para definir la entrada a las respectivas habitaciones n.º 8 y 33, confrontadas entre sí. Seguramente fueron levantados de forma sincrónica, dada su analogía.

- Se construye la habitación n.º 26, cortando para ello parcialmente la n.º 8, donde se descubrió un *nummus centenionalis* de Crispo, del 320 d.C. (RIC VII, 186, n.º 255). A un lado queda un estrecho pasillo (n.º 24), que comunica la parte noble con varias habitaciones al Oeste. Después fue cerrado al fondo, ya en una 4ª etapa.

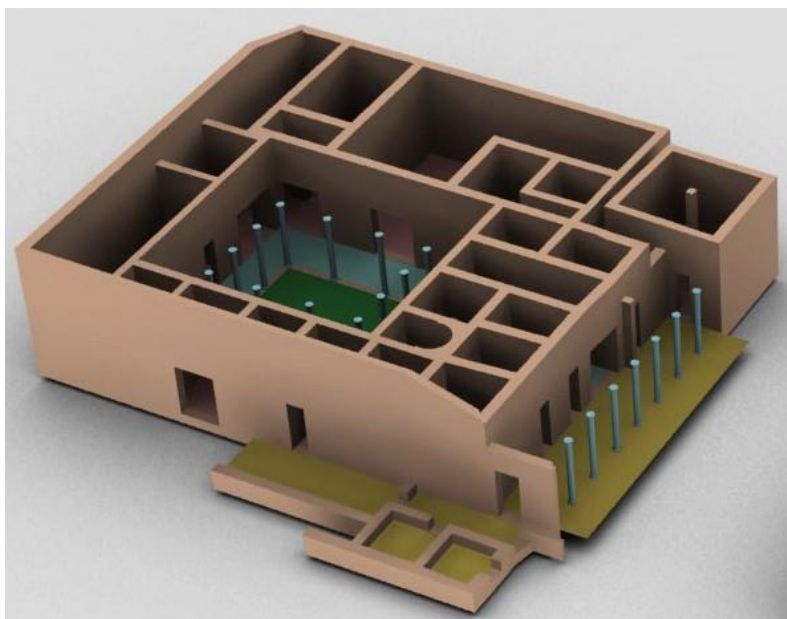


Fig. 309. Representación virtual. En la maqueta destaca la habitación n.º 28. Se añade una nueva ala a la villa, al Norte y Este (fase IV). Las puertas de las habitaciones n.º 25 y 33, hasta entonces, posiblemente daban al exterior (quizás a un porticado) o bien a otro patio. Se abre una puerta entre la galería de la fachada y el pasillo n.º 31. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

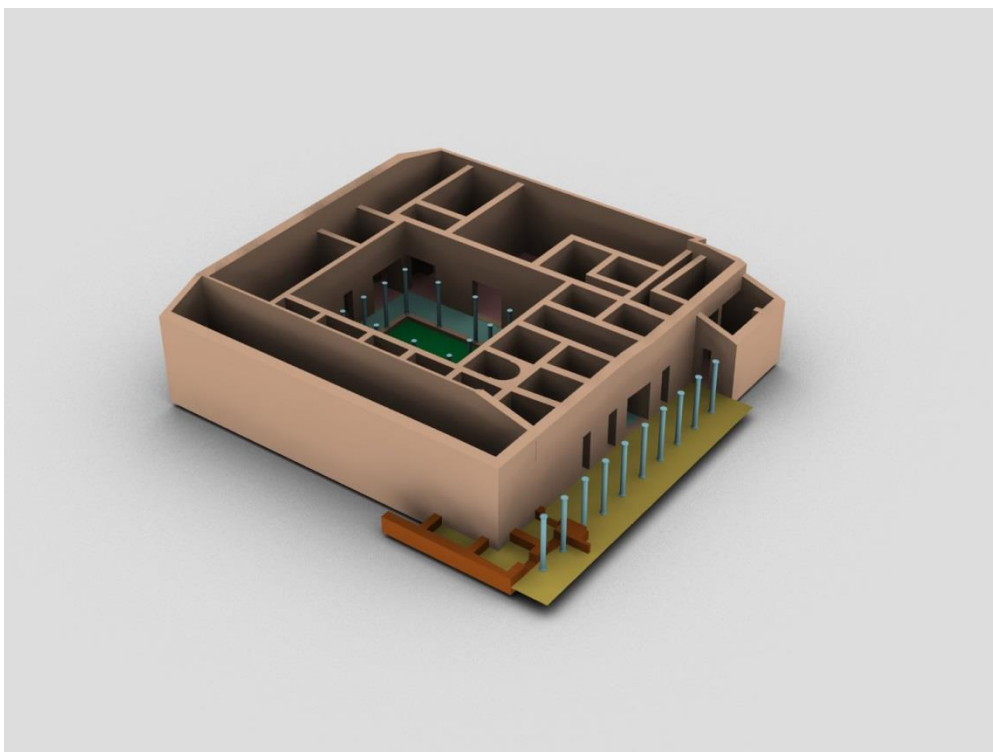


Fig. 310. Maqueta con la representación virtual parcial de la fase IV, según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

IV.- Se adosa otro módulo al Norte y Este, accesible desde la abertura nororiental de la galería de fachada, al inhabilitarse dos zonas de paso por el flanco oriental (en las habitaciones n.º 25 y 33, figs. 309-310). Sus muros

tienen fábrica distinta, difieren en algunos de los materiales empleados (reutilizados), lo que les da una peculiar apariencia, siendo de factura más tosca. Esa diversidad en la tipología edilicia y una cierta asimetría da la pauta para distinguir diferentes épocas de habitación. Aparentemente pudo haber allí un porticado lateral (aparecieron fragmentos de columnas) u otro patio rectangular, que ahora se compartimenta parcialmente mediante tabiquería (n.º 39, 42, 43...) para hacerlo habitable. Los muros de la habitación 38 se apoyan directamente sobre los de la n.º 39. Basándonos en esa superposición de las estructuras, la n.º 38 correspondería al último periodo de reformas de la *villa*.



Fig. 311. Reconstrucción hipotética virtual de la fachada de la *villa* (la habitación n.º 28, al Oeste), según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

- Se rehace el porche (n.º 13) en su costado oeste, dando lugar a una estancia emergente, la n.º 28 (fig. 311), y a un angosto pasadizo, el n.º 29, que después es sellado, al igual que el n.º 24. Del mismo modo acabado de citar, también aquí la variación en la técnica constructiva y una cierta irregularidad en su disposición nos permiten detectar fases distintas. Se tapia, además, el vano entre las habitaciones 22 y 27, quedando esta última inutilizada. En el lado oriental del pórtico exterior, cerca de las habitaciones n.º 12 y 21, se encontró

una moneda de vellón, un antoniniano de Treboniano Gallo, emitido entre el 251 y el 253 d.C. (*R/C* IV, 3ª, n.º 50 y 70), y al Noroeste del mismo, en el nivel superficial removido por los arados, afloró un sestercio de Antonino Pío, del 140-144 d.C. (*R/C* III, n.º 641). En la habitación 28 apareció un as de Marco Aurelio o Cómodo, del 140-192 d.C., con un gran desgaste, prueba de su prolongada circulación.

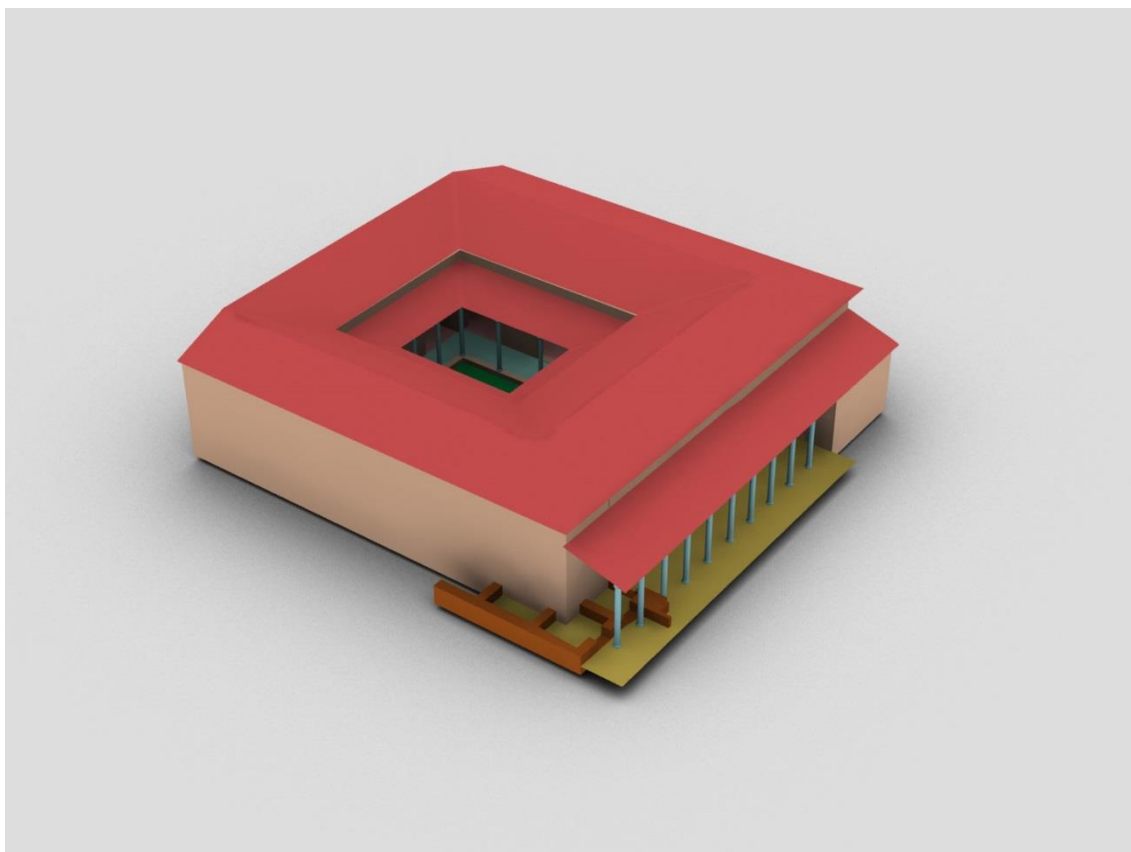


Fig. 312. Evolución arquitectónica de la *villa*, según García Bueno. Representación virtual (en ocre) de los departamentos septentrionales n.º 38 y 39 (fase IV). Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

- Todo parece indicar que los recintos ubicados en el sector oriental y algunos del occidental fueron una adición posterior a la primera planta. Los espacios 23 y 40 (figs. 220 y 312), apenas excavados, podrían corresponder a un mismo ambiente perteneciente a esa etapa final de la *villa*, pero todavía - hasta completar su descubrimiento- no puede determinarse con certeza.

Como ya habíamos señalado, estas y otras reestructuraciones puntuales no afectaron de forma determinante a la axialidad ni a la configuración de la casa, que se mantuvo básicamente fiel al proyecto primitivo, pero con una mayor superficie construida y ciertos reajustes de diversa envergadura; una

serie de actuaciones, en algunos casos, probablemente poco distantes en el tiempo, en contraste con otras, sin que por ahora podamos definirlas con mayor concreción, dada la parcialidad de los datos obtenidos, p. ej., la oclusión de algunos accesos y la abertura de otros a veces resultan difíciles de atribuir a uno u otro momento. Así pues, cuando la *villa* llevaba un tiempo edificada, la propia evolución de la vida cotidiana de sus habitantes conllevó algunos cambios en su estructura, al surgir *a posteriori* nuevas necesidades, lo que motivó que se fueran introduciendo modificaciones graduales al esquema inicial, pese a no haber llegado a ser íntegramente remodelada. Al compás del devenir de dichas necesidades y gustos de los sucesivos usuarios de la *villa*, ésta fue reacondicionándose paulatinamente, lo que le imprimiría una identidad propia y distintiva.

Sería a partir de la segunda fase cuando se emprendieron importantes obras de embellecimiento de la misma.

En efecto, su decoración pictórica sufrió una notable renovación, de modo que a través de ella también tenemos constancia arqueológica de momentos diferentes, pues en algunas paredes conservadas, como las de las habitaciones 8, 15, 17..., se observa la existencia de dos capas de pintura superpuestas, habiendo sido aplicada la más reciente, por lo general, simultáneamente a algunas alteraciones estructurales.

Otros detalles, como la reutilización de cerámica constructiva en la elaboración de algunos muros o los numerosos arreglos efectuados en la Antigüedad de los desperfectos que el uso a lo largo de los años produjo en los suelos de mosaico son un claro testimonio de un periodo de ocupación de la *villa* relativamente amplio.

Diversos materiales arqueológicos acreditan una dilatada pervivencia histórica de este asentamiento. Parece evidente, a la vista de algunos hallazgos cerámicos y numismáticos, que sus orígenes se remontan al Alto Imperio. Si bien los principales restos conocidos pertenecen a la Antigüedad Tardía, esos otros materiales documentados certifican la existencia de una etapa previa, representada por algunos fragmentos de *terra sigillata* del siglo I-principios del II d.C., además de algunas piezas monetales coetáneas (e incluso hay una más antigua, acuñada en el 12 a.C., la n.º 1 del catálogo, insuficiente por sí sola para establecer con rigor las fechas iniciales de aquel

primer hábitat). Asimismo, contamos con varios ejemplares emitidos entre los siglos III y V d.C. En el amplio arco cronológico que comprende el bloque de monedas se advierte algún lapso temporal relativamente extenso, como más adelante tendremos ocasión de ver durante su análisis específico (*vid. infra* capítulo XVIII.1.1).

XVI. VALORACIÓN DE CONJUNTO Y OBSERVACIONES SOBRE LAS CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LA VILLA

Puede decirse, de modo genérico, que a partir del siglo IV se observa un mayor empeño en monumentalizar las *villae* (FUENTES, 1999, 37; SFAMENI, 2006, 61-72; CHAVARRÍA, 2007, 112-114). Los grandes hacendados se mantienen receptivos a las modas e innovaciones, las soluciones constructivas y decorativas procedentes de las ciudades, que se reflejan en sus casas de campo (CERRILLO *et alii*, 1986, 126; BENDALA y ABAD, 2008, 18), por lo tanto, conocen bien las corrientes artísticas que circulan a través del Imperio (BLÁZQUEZ, 2009, 617). Todo ello forma parte de un fenómeno de autorrepresentación de esos integrantes de la élite, especialmente consolidado en los últimos siglos del Imperio (a propósito del auge de los hispanos en la administración del Imperio, sobre todo a partir de las postrimerías del siglo IV, cfr. CHAVARRÍA, 2006, 19-24). M. Bendala y L. Abad (2008, 23) ponen de relieve la “gran contundencia material” de numerosas *villae*, relacionada con una traslación de las circunstancias socio-políticas a la arquitectura, al convertirse ésta “y los programas iconográficos que cualificaban sus significados y sus mensajes en un ingrediente sustantivo del juego político”. Frente a la percepción de la historiografía tradicional de una dicotomía entre campo y ciudad en el mundo romano, los planteamientos actuales, asumidos por los citados investigadores, consideran que la *villa* es la expresión de la ciudad en el medio rural (*urbs in rure*), adoptando aquélla dimensiones y características proyectadas desde el ámbito público urbano (suntuosidad, *dignitas...*) al privado (residencias suburbanas y rústicas de dicha élite). En este sentido, la plasmación de las tendencias aristocráticas triunfantes durante el Bajo Imperio en la “cultura arquitectónica” romana, desplazadas ahora a las *villae*, y asimismo la organización axial de los núcleos urbanos, con calles bien

trazadas, conformando una retícula, de la que hablan M. Bendala y L. Abad (2008, 21-25), quienes arguyen que era un “microcosmos” a escala humana, nos lleva a reflexionar sobre la concepción de complejos como el de Puente de la Olmilla. Por ello vamos a detenernos en su análisis, a modo de síntesis final.

Respecto a su esquema de disposición estructural, como habíamos señalado anteriormente, las *villae* con galería son más frecuentes fuera del ámbito mediterráneo, pero conocemos algunas en Hispania, de las que tratamos con mayor detenimiento en el estudio comparativo (*vid. infra* capítulo XVII), no obstante, algunas de ellas son de interpretación dudosa: Daragoleja (Granada), El Castillet (Cartagena, Murcia), Villaverde Bajo (Madrid), Pared Delgada (Tarragona), Murias de Beloño y Memorana (Oviedo), Navatejera (León)..., relación a la que añadiremos la de Puente de la Olmilla. Algunos autores sostienen que este tipo de *villa* podría ser fruto de la mezcla de influencias de origen mediterráneo y céltico (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 154-164; SAN NICOLÁS, 1994, 1299; 1998, 898). M.C. Fernández Castro (1982, 28-29) arroga a imperativos de tipo suntuario la incorporación de esas columnatas en las *villae* mediterráneas, ya que el pórtico es “específico de la villa de bloque rectangular de la región nórdica, mientras que el patio-peristilo” tiene “raigambre helénica”. K.M. Swoboda (1961, 79), Th. Prêcheur (1963, 29) y otros especialistas creen que las *villae* con fachada porticada muestran el elevado *status* social de sus dueños y su pertenencia a un minoritario grupo acaudalado, además, para T. Sarnowski (1978, 111), también ponen de manifiesto su romanización.

Otro factor a tener en cuenta es que una *loggia* era idónea para una *villa* como ésta, al propiciar su apertura al paisaje circundante.

Así pues, recapitulando, en el transcurso de las excavaciones ha aparecido una serie de cámaras de habitación jerarquizadas, a tenor de su diverso rango (unas residenciales, otras de servicio...). Algunas de las más notables están orientadas al Mediodía (n.º 1, 2, 4), aunque al Norte destaca la rematada en exedra semicircular (n.º 15), cuya funcionalidad no es fácil de determinar (¿cultural, quizás de aparato, o tuvo una diversidad de usos, pudo hacer las veces de despacho y de segunda sala de representación del *dominus*...?). Sea como fuere, es evidente que se dio plasmación a esta fórmula del ábside para enfatizar su importancia mediante esa especial

configuración, pese a estar en un eje de circulación acodado y no frente a la puerta. La combinación de un probable *oecus* rectangular o cuadrangular con estancias absidiadas es una manifestación más del sincretismo que entre la *domus* tradicional y la del Bajo Imperio parecen presentar las *villae* de la Península, como se puede deducir de la obra de M.C. Fernández Castro (1982) y, en nuestro caso, parece aplicable a la de Puente de la Olmilla.

A los ambientes de alcornia se les otorgó una exclusiva relevancia ornamental y arquitectónica, dejando traslucir de ese modo el alto poder adquisitivo de los propietarios y su intencionalidad de hacer patente que eran miembros de un estamento privilegiado. En ellos se concentraban algunos elementos de prestancia que suelen caracterizar los aposentos señoriales de innumerables *villae*, tratados según programas constructivos y decorativos de moda en época tardía. Buena parte de las piezas excavadas estaban estucadas, presentando composiciones pictóricas diversas, con diseños geométricos o de tipo arquitectónico (*crustae*), en las que se utilizó una variada paleta de colores, aunque sólo se ha conservado eventualmente *in situ* la decoración parietal del zócalo. La terminación de las paredes aplicando esos revestimientos denota un considerable esmero, que responde a una preocupación estética de quienes promovieron su ejecución. Los efectos cromáticos de algunos de esos paneles estucados evocarían la impresión de lujo de los paramentos marmóreos imitados. Otras tantas estaban, además, ricamente pavimentadas con mosaicos, todos ellos distintos, mereciendo especial mención un tapiz en el que se representa una escena relacionada con el círculo dionisiaco y otro con una alegoría de los Cuatro Vientos. Se materializa a través de esa ostentación decorativa su primacía funcional. El embellecimiento de suelos y paredes es uno de los rasgos diferenciales a tener en cuenta, pues, junto con su ubicación planimétrica, por lo general indican una separación entre las salas de prestigio y las de acceso más restrictivo (dormitorios...) o de otra naturaleza (subsidiarias, utilitarias, etc.). A la hora de su interpretación, resulta bastante orientativo que los espacios de habitación privada suelen estar menos decorados y ser de menores dimensiones (sobre lo “privado” y lo “reservado” o la polivalencia de algunos de esos espacios, cfr. DUNBABIN, 1994, 171; ZACCARIA, 2001, 81; URIBE, 2007, 95).

Las dependencias de la crujía noroccidental están delimitadas por el mencionado porche (n.º 13), uno de los brazos del peristilo (n.º 10), paralelo al mismo, y el corredor de entrada (n.º 11), desde los que son accesibles. Se organizan consecutivamente en hilera y en doble fila. Las de la primera alineación recibían luz y ventilación desde el exterior a través de la galería sostenida por columnas a la que abrían, en tanto que las de la segunda se iluminaban y aireaban gracias a un espacio abierto: el patio interior. Están agrupadas en un bloque más o menos homogéneo, a excepción de la habitación n.º 28, que se distingue tanto por su mayor tamaño, como por su planta cuadrangular, saliente de ese cuerpo (fig. 313), pues las restantes son de proporciones reducidas y aproximadamente rectangulares. Difiere en factura y forma, lo que delata su adscripción a una fase posterior.

La vida doméstica se desarrollaba en torno a dicho peristilo, concebido como lugar de distribución de buena parte de las habitaciones, a la manera tradicional romana. Al adornar el espacio abierto con un *hortus* se conseguía obtener un *locus amoenus*, introduciendo así la naturaleza dentro de la propia residencia. Su probable existencia en el patio de Puente de la Olmilla es, en sí, un signo de refinamiento.

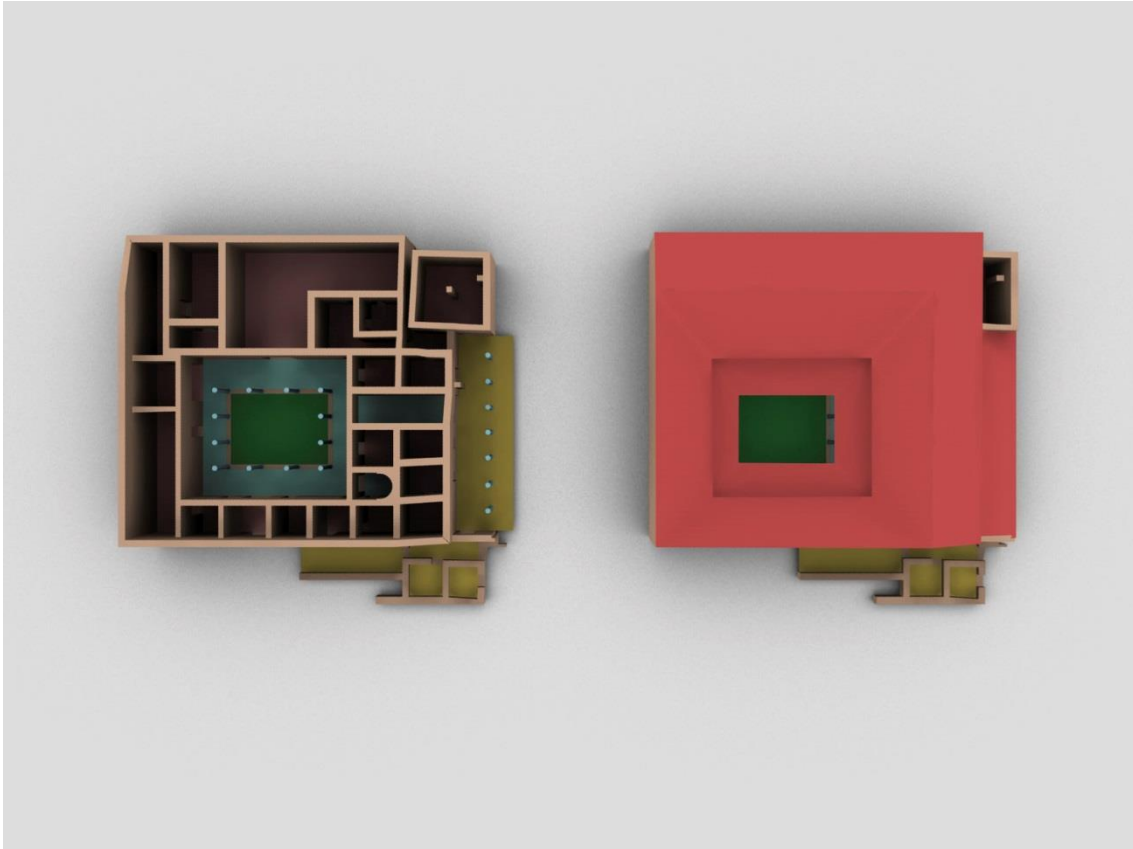


Fig. 313. Representación virtual parcial de la planta de la *villa*, según García Bueno. A diferente altura se ha representado la zona adosada al área septentrional en la última etapa constructiva y, en el lado opuesto de la maqueta, la habitación 28 está sobreelevada para distinguirla de las restantes. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

El eje ceremonial de la vivienda parece estar marcado en sentido Noroeste-Sureste: se prolonga por el pasillo n.º 11 y atraviesa el patio ajardinado hasta la habitación n.º 4, que lo preside. En ángulo respecto a ésta se encuentran las habitaciones 1 y 2. Son tres de los cuatro ambientes más señeros de la *villa*. Cabría pensar que estamos ante el “eje público”, empleando un criterio de K.M.D. Dunbabin (1994, 166).

ESTABLECIMIENTOS EN LAS VILLAS ROMANAS EN ESPAÑA

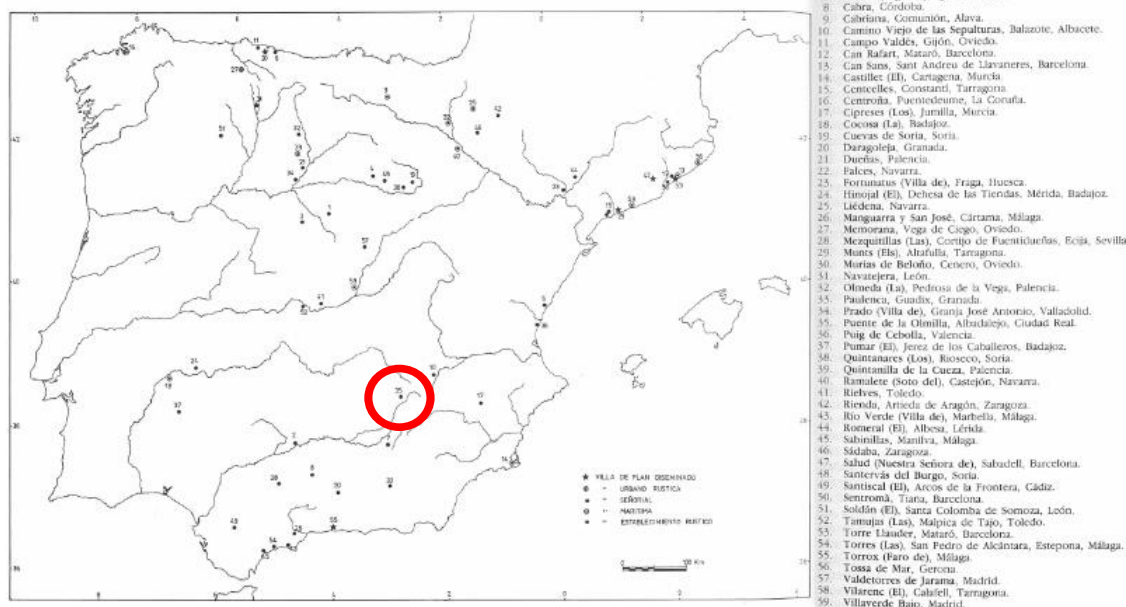


Fig. 314. Mapa en el que figura la villa de Ponte de la Olmilla como establecimiento señorial, según Fernández Castro, 1982, 84, fig. 78 (n.º 35).

Todo ello define la categoría del complejo rural de Ponte de la Olmilla. Se trata de una villa de tipo señorial, a tenor de las estructuras descubiertas (fig. 314). M.C. Fernández Castro (1982, 42-43, 62-63, 84-85, fig. 78, n.º 35) la incluye en su mapa de distribución general de las villae romanas más significativas de Hispania, con importantes restos constructivos, pese a que en el año de publicación de su obra de síntesis únicamente se había dado a conocer una pequeña parte de su planta (PUIG y MONTANYA, 1975, 133-143; 1978, 9-10). De hecho, en la citada monografía hace constar que la villa de Ponte de la Olmilla tiene una “extensión no totalmente definida” (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 108, fig. 46; cfr. también, 105, fig. 84 G; 183, fig. 96 B), mencionando, concretamente, la zona del peristilo, el pasillo de acceso, el habitáculo absidiado y los dos departamentos meridionales comunicados entre sí (fig. 315). En su opinión, “la estructura primera y última” de esta villa corresponde a la primera mitad del siglo IV (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 108, 304-305).

Como resultado de las excavaciones que llevamos a cabo en fechas posteriores (GARCÍA BUENO, 1994, 95-116; 2000, 191-203), nos es posible tener una visión de conjunto más amplia de la misma, empezando por su planimetría general, presentada en páginas anteriores (fig. 220). Además,

atendiendo a sus características formales y a su cultura material, ahora sabemos que hubo dos niveles de habitación (el primero de ellos durante el Alto Imperio) y, al menos, cuatro fases constructivas diferentes.

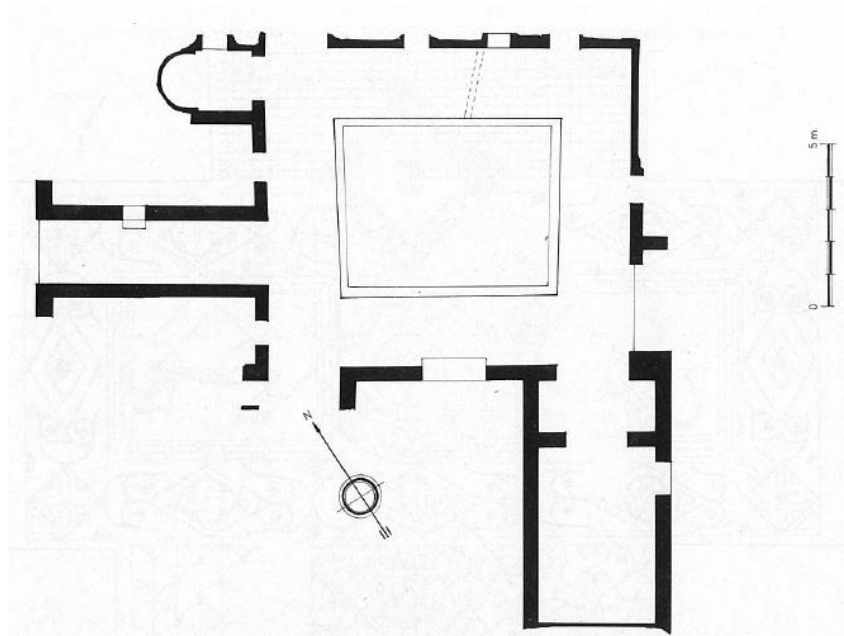


Fig. 315. Plano de la *villa* de Puente de la Olmilla, según Fernández Castro, 1982, fig. 46.

Es significativo el dato relativo a la extensión ocupada por el sector donde se ha intervenido hasta ahora. Calculamos por los restos de superficie que el edificio superaba con holgura los 1.225 m² de superficie útil, pero aun estando incompleta la planta excavada, basta para comprender que no era una modesta casa de labor, sino una importante *villa* de cierta envergadura (fig. 316). Estimamos que lo exhumado sólo representa poco más del 50% del total, aproximadamente, si juzgamos por las huellas arqueológicas perceptibles a simple vista, tales como cerámica constructiva (ladrillos, tejas fragmentadas), mampuestos, etc., dispersos por un área que sobrepasa con mucho ese solar, si bien sería necesario realizar nuevos sondeos con el fin de identificarla de forma más precisa.



Fig. 316. Propuesta de reconstrucción volumétrica virtual de la *villa*, antes de añadirse el ala nororiental, según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Al analizar el término “villa”, A. Aguilar Sáenz (1991, 261-279) recoge diversas definiciones, ya sea las que hacen referencia a un asentamiento señorial en el campo, dotado de elementos de ornamentación urbanos, esto es, un lugar eminentemente residencial, enfocado al descanso y el ocio (Marcial, *Epigr.* I, 55, 1-4), o bien las que se decantan por considerarla una instalación agropecuaria o industrial (Cato, *agr.* V, 2; Colum., *De r.r.* I, 6,1, Varro, *rust.* III, 2,9...). Podemos aplicarle, por tanto, toda una pluralidad de valores, aun teniendo en cuenta “las limitaciones documentales con las que el estudio de la ‘villa’ se enfrenta en la Península” (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 309; 1982, 61-148, 217-221). La diversidad de esa terminología es consignada por P. Gros (2001, II, 265 ss.). B. Taracena (1944, 337-347) pone de relieve que la *villa* con peristilo son una reproducción agrandada de la *domus*. A. Aguilar Sáenz (1991, 262-264) habla de “Estructura Señorial”, por su carácter residencial a la par que urbano, pero incide en la identidad rústica de las *villae* hispanas, interesándose especialmente por esta última vertiente. Tras examinar un buen número de ellas, llega a la conclusión de que la mayoría estaban orientadas a la productividad (con un predominio “de la agricultura sobre la cría del ganado”), función primordial a la que se adecuaron tanto los edificios domésticos como los dedicados a fines utilitarios, imponiéndose una determinada morfología arquitectónica, en su opinión. G. A. Mansuelli (1971, 15-28) es del mismo

parecer, como se desprende del hecho de denominarlas “organismos de potencialidad económica”. J. López Quiroga y F.G. Rodríguez Martín (2000-2001, 137-190) también han abordado el estudio de la entidad morfogenética que se conoce de forma genérica como *villae* y su evolución durante la Tardoantigüedad.

B. Taracena (1944, 337-347) afirma que en el medio rural hispano predominaban las *villae* sobre los *vici*, es decir, el poblamiento aislado sobre el agrupado. Asimismo, hace una distinción entre las mansiones rurales de uso temporal, las granjas visitadas esporádicamente por sus propietarios y las explotaciones agrícolas permanentes. Siguiendo esa línea de investigación, realiza una clasificación de las estructuras rústicas descubiertas hasta la fecha. J.C. Serra Ráfols, en cambio, sostiene que la mayoría de estas *villae*, incluso las más ricas, debieron de ser básicamente centros de vastos *fundi*, localizándose más o menos cerca los ambientes de servicio, que están enlazados económicamente con ellas y cuya existencia explican, a su juicio. Sólo excepcionalmente habría “palacios campestres, exclusivamente residenciales” (SERRA RÁFOLS, 1947, 454). Se apoya este autor en varios argumentos, como la elección de ciertos emplazamientos, p. ej., inhóspitas llanuras (Cuevas de Soria, Almenara de Adaja, etc.), tierras de severa climatología, donde no se entendería la construcción de una quinta de recreo, *sensu stricto*. Estos supuestos agro-topográficos inducen a J.C. Serra Ráfols (1947, 454-455) a considerar que el motivo determinante de escoger ciertos lugares para erigir una *villa* fue esencialmente la fertilidad del predio en cuestión, aunque en ocasiones se sumaran otras razones, paisajísticas o de otra índole, como puede ser su conveniente ubicación en los alrededores de un centro urbano.

La dimensión conceptual y arquitectónica del término *villa* también fue estudiada por M.C. Fernández Castro (1982, 23, 25). En un trabajo más reciente, J. Arce (2006, 9-15) repasa la nomenclatura polisémica relativa a los dominios agrícolas (*villa*, *villula*, *fundus*...), reflexiona sobre los apelativos y la caracterización de estos hábitats rurales hispanos, sobre la relación campo-ciudad... Respecto a este último concepto, es muy sugestiva la revisión de esa problemática planteada por M. Bendala y L. Abad (2008, 17-30). Las modificaciones del vocabulario referente a la *villa* (*villula*, *castellum*...) son

valoradas también por A. Chavarría (2007, 153-156). Esta investigadora trata igualmente sobre otras transformaciones de las *villae* acaecidas a partir del siglo IV, como, p. ej., las funcionales, y propone una interesante interpretación acerca de la sustitución “de la función residencial original” por una nueva, “de tipo productivo”. Desde las postrimerías del siglo III y principalmente en el IV tiene lugar, en el litoral levantino y meridional, un fenómeno que implicó la reconversión de ambientes habitacionales en otros de carácter utilitario. Lo atribuye A. Chavarría (2007, 114-115, 125-133, 137-141, 157) a un proceso de concentración de tierras que indujo a los propietarios “a monumentalizar algunos de los edificios residenciales y a reutilizar las *villae* restantes con fines prácticos (...) se convirtieron en *partes rusticae* o establecimientos dependientes de una propiedad mayor”. La desintegración de ese carácter residencial se extendió al interior peninsular a comienzos-mediados del siglo V o ya en el VI, pero las mutaciones responderían, según su punto de vista, a razones distintas.

En muchas de las *villae* hispanorromanas no se ha puesto hasta la fecha al descubierto las dependencias relacionadas con la explotación agropecuaria³⁹, pero, en términos generales, aun siendo muy parciales la mayoría de las intervenciones realizadas, son numerosos los indicios de explotación agrícola y abundantes los datos historiográficos (BLÁZQUEZ, 1964). A propósito de este particular, las investigaciones de A. Blanco Freijeiro (1981, 54-55), de M.C. Fernández Castro (1978, 315; 1982, 61-148, 217-221), de A. Aguilar Sáenz (1991, 261-279), de M. Villanueva (1994, 105-139) y de V. Revilla Calvo (2007-2008, 311-329) nos ofrecen un panorama de gran interés para profundizar en el tema que nos ocupa. V. Revilla aporta nuevos detalles sobre los rasgos básicos definitorios del llamado “sistema de la *villa*” y sobre algunos factores concretos relacionados con su implantación y evolución en el Noreste de la Península Ibérica, pero aplicables a buena parte de la Hispania romana, incluyendo su conexión con las tipologías de estos establecimientos y su organización. En algunos casos, como el de la *villa* de Sta. María de Sales (Viladecans), se ha excavado la *pars rustica* y se ha podido estudiar algunas prácticas llevadas a cabo en ella, vinculadas a la viticultura (SOLIAS, 1985, 113-122; sobre la viticultura y la propiedad rural, cfr. REVILLA, 1995, 305-338), lo mismo que en algunas *villae* navarras, como la de Arellano (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 55-100; MEZQUÍRIZ, 1995-1996, 318-321), etc.



Fig. 317. Representación hipotética virtual de algunas dependencias de carácter agrícola y ganadero. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

A pesar de que los trabajos llevados a cabo sobre el terreno en Puente de la Olmilla nos han permitido conocer fundamentalmente el sector residencial de la *villa*, como ha quedado constatado a lo largo de su descripción, ésta tenía estancias utilitarias, algunas de ellas integradas en su mismo volumen arquitectónico, pues a tenor de los materiales encontrados interpretamos como tales varias habitaciones, como son las n.º 12, 21, 30, 28, 25, 35... (fig. 220), todas ellas pertenecientes a fases constructivas posteriores al plan primigenio. La actividad agrícola de este complejo rural queda perfectamente contrastada en el registro arqueológico a través del hallazgo de útiles metálicos como un par de hoces y un hacha, además de piedras de molino, algunos dientes de hoz o de trillo, tallados en sílex, etc. Por lo tanto, no sólo contamos con elementos representativos de la esfera de ocupación señorial.

La investigación sistemática del yacimiento ha revelado la existencia de otras construcciones en el entorno del edificio principal, acaso subsidiarias, aunque desconocemos si éstas ocupaban un área independiente o si estaban incluidas en su mismo perímetro mediante una sucesión de patios, corredores, etc., que las unificarían en un conjunto coordinado. Al prospectar las inmediaciones de la *pars urbana* exhumada hemos detectado en una amplia superficie abundantes restos de fábrica, ladrillos, escombros, tejas... Pese a que por ahora no sabemos con certeza la funcionalidad de esas otras

estructuras (únicamente la realización de sondeos estratigráficos nos permitiría verificarlo), tal vez podrían corresponder a otras instalaciones destinadas al almacenamiento y procesamiento de productos agrícolas y ganaderos, pero no sólo las relacionadas con la producción y elaboración de los mismos (*pars fructuaria*), sino también los establos, los corrales, las viviendas de los campesinos y encargados, es decir, todo lo que constituía la *pars rustica* (fig. 317), estuviera o no dissociada de la parte noble propiamente dicha. Como cualquier *villa* típica del Bajo Imperio, ésta habría sido concebida para el desarrollo de dichas actividades económicas y funcionaría como centro de la explotación agraria del *possessor* aquí asentado temporal o permanentemente. Cabe plantearse la hipótesis de que no fuera un simple lugar de descanso y esparcimiento ocasional de algún miembro destacado de la sociedad, con sede habitual en uno de los núcleos de población de la zona, donde podría tener intereses económicos, sino que éste se hubiera trasladado a vivir aquí. J.M. Blázquez (2009, 617) alega que el hecho de estar dotadas las *villae* de toda clase de elementos confortables y embellecidas con “excelentes mosaicos” es indicativo de que “los *domini* vivían en ellas”. Al hilo de esta cuestión, viene al caso un pasaje de Ausonio (*Idyll.* III, 31-32) donde el poeta explica que cambia alternativamente del campo a la ciudad cuando le invade el “fastidio” (“*Et quotiens mutare locum fastidia cogunt, / transeo et alternis rure vel urbe fruor*”). Por consiguiente, los desplazamientos de algunos *domini* tendrían un carácter periódico. J. Arce (2006, 14) considera muy probable que los *curiales*, los hombres acaudalados de las comunidades urbanas en cuyo *ager* se hallaban estos complejos rústicos, fueran sus propietarios (sobre este tema, cfr. CHAVARRÍA, 2007, 41-49, quien también alude a diversos personajes aristocráticos o de la jerarquía eclesiástica que residían sucesivamente en el campo y en la ciudad, específicamente en 114, notas 491-492). Algunas disposiciones recogidas en el *Codex Theodosianus* atañen a los miembros de ese colectivo social, formado mayoritariamente por terratenientes, y nos proporcionan una valiosa información al respecto. Así, una ley del año 317 (*Cod. Theod.* 12,1,5) hizo extensiva la integración en el estamento curial de una ciudad a quienes, “no perteneciendo a la misma ni residiendo en ella, poseyeran tierras en sus proximidades” (ALFÖLDY, 2012, 315). En este contexto, los *curiales* tenían su libertad de movimientos muy restringida y se les

prohibió establecerse a largo plazo en sus haciendas, como explica G. Alföldy (2012, 314-318), e incluso necesitaban una autorización del gobernador para poder vender sus propios bienes. Las cargas que debían soportar estos *ordines* de *curiales* llegaron a ser inasumibles para muchos de ellos, provocando su huida con el fin de librarse de tales obligaciones, y entre los distintos métodos empleados con ese propósito figuraba conseguir la protección de algún *potentior*. A consecuencia de esto, para financiar la organización municipal fue preciso recurrir a algunos de esos potentados, que vieron en el mecenazgo o “patronato urbano” una manera de conseguir aumentar su prestigio y reputación.

F. Regueras (2013, 61) asume que lo “ignoramos casi todo de estas gentes” y se pregunta si las *villae* fueron “el solar de aristocracias provinciales vinculadas a la Administración del Imperio? ¿a la recaudación fiscal, (...)?”, si vivirían de continuo en sus quintas, al haber dejado de monopolizar las ciudades la vida pública de las élites. Es más, habla de “la escasez y pobre entidad” de las urbes meseteñas y de “las élites municipales que solían poseer tierras en el área de las ciudades que administraban”.

Las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en Puente de la Olmilla no nos han aportado ningún dato sobre la identidad y el *status* del *dominus*. Si éste fue o no un notable, un poderoso e influyente personaje procedente de la élite local de alguno de los enclaves urbanos cercanos (*Mariana, Mentesa Oretana...*), si le afectó alguna de las normas y restricciones recogidas líneas arriba, es algo que no estamos en condiciones de dilucidar, ni tampoco la extensión del *fundus*, es decir, de los territorios dependientes de esta *villa*, si bien el hecho de que, hasta el momento, en las prospecciones realizadas apenas hayan salido a la luz otros tres asentamientos rurales de época tardorromana en todo este término municipal⁴⁰ parece avalar la idea de que se trataba de una gran propiedad. A buen seguro, lo que se producía en la finca reportaría unos beneficios considerables y esa rentabilidad económica permitiría a su dueño gozar de un alto nivel de vida, reflejado en la espléndida casa solariega que se hizo construir.

La recuperación de esas otras unidades estructurales secundarias, contiguas o dispersas alrededor del ámbito doméstico señorial, sería determinante para la reconstrucción de los comportamientos del medio rural

tardorromano en este marco espacial e imprescindible para profundizar en el conocimiento del sistema organizativo de este establecimiento rústico. La magnitud de los terrenos circundantes potencialmente puestos en explotación sugiere la existencia de una agricultura de tipo latifundista, dedicada fundamentalmente al cultivo cerealístico y olivarero (han aparecido fragmentos de *dolia* para almacenar grano, vino y aceite), aunque la actividad ganadera también pudo suponer un importante aporte complementario a la economía de esta *villa*, como a la de tantas otras (sobre la estructura y explotación de la propiedad durante la baja romanidad, las producciones agrícolas de las *villae* hispanas, la ganadería..., cfr. CHAVARRÍA, 2007, 53-57, 79-84). En ese sentido, la capacidad productiva de este pago ha tenido una continuidad hasta nuestros días, con grandes plantaciones de olivo -que aún hoy dan elevados rendimientos- y cultivos de secano, cereales, sobre todo, además de aprovecharse los pastos para la cría de ganado, principalmente ovino y cabrío⁴¹. Esto nos permite vislumbrar algunas pervivencias del modelo económico agrario predominante en la Meseta desde la Antigüedad.

J.C. Serra Ráfols observa que en el territorio extremeño del valle del Guadiana “la situación de las villas es semejante topográficamente a la de los cortijos modernos; sólo que aquéllas son más extensas y parecen presidir *fundi* de economía más compleja”. A su entender, los grandes terratenientes hispanorromanos de esa región eran menos absentistas que los actuales y probablemente por esa razón se preocupaban de dotar sus casas de campo de todas las comodidades posibles, además de dar trabajo a mucho más personal, albergando en sus haciendas una población más densa que la contemporánea (SERRA RÁFOLS, 1947, 466-467). M. Corchado Soriano (1971, 11) hace alusión a la altitud elevada en que casi todo el Campo de Montiel “está situado, desde ochocientos a mil metros, y que determina la divisoria de cuencas fluviales origen del paso natural entre la meseta, levante y el Guadalquivir, obliga a un clima muy extremado, sobre todo de inviernos muy fríos, que han impedido un aumento de población acorde con las medias fijadas para toda España; asimismo, la facilidad que proporcionó en otras épocas históricas el paso de las vías de comunicación hacia zonas de clima más benévolo, hizo que no se fijara el número de inmigrantes que la bondad del suelo permitía”. En Albaladejo y otros municipios aledaños es notoria hoy día la escasez

demográfica⁴², al haber sufrido una intensa pérdida de habitantes, sobre todo a partir de los años '60 del pasado siglo, sin embargo, carecemos de datos suficientes para saber si durante la Antigüedad Tardía los índices de poblamiento y las circunstancias eran similares o si alguno de los postulados de J.C. Serra Ráfols previamente expuestos es igualmente aplicable a este contexto geográfico.

Aún más, siguiendo esta línea argumental, al revisar la relación en Carta Arqueológica de yacimientos de este término municipal y del vecino Terrinches (a 3 km al Oeste), comprobamos que hay 19 puntos localizados en el mapa de esta zona (8 y 11, respectivamente), pero también grandes desiertos debidos, creemos, a falta de ocupación en época romana (*vid. infra* capítulo XXIII), pues al haber sido ya realizada la Carta Arqueológica de sendos términos⁴³, cabría interpretarlos efectivamente como vacíos en la habitación de esta vasta extensión territorial (es decir, una baja densidad) y no como lagunas atribuibles a la investigación llevada a cabo. Con todo, si existía aquí un modelo de asentamiento en tierras de alta calidad, que aproximaba o alejaba estas unidades de poblamiento rural, es algo que por ahora resulta bastante complicado dirimir, dada las insuficientes excavaciones realizadas -por lo general, muy parciales- y los exiguos datos aportados por la mayoría de los trabajos de campo acometidos hasta la fecha. En el futuro, es de esperar que esta situación cambie y podamos contar con los resultados de otras intervenciones arqueológicas, lo que, sin duda, abrirá nuevas perspectivas para el conocimiento del fenómeno de implantación rural romana en este ámbito geográfico durante el Bajo Imperio e igualmente sobre la ordenación territorial del mismo, completando así este panorama.

C. de Ayala (1996, 51) remarca la “desertización histórica” sufrida por el territorio manchego, que se extiende por La Mancha histórica, parte de la provincia de Toledo, los términos del Campo de Montiel y de Calatrava. Además, advierte que para comprender el proceso de ocupación del mismo es necesario partir del binomio enunciado por E. Cabrera (1985, 132-133): “tradicional debilidad demográfica de la zona y correlativa escasez en ella de entidades urbanas”. En esa línea, aduce que las dificultades para localizar la mayoría de las *mansiones* viarias de esta región evidencian su escasa entidad.

E. Gozalbes (2004, 212) pone de manifiesto que la Meseta meridional era una zona relativamente pobre en época romana, con una baja densidad demográfica, “como ya señalara Beloch en el siglo XIX”, y un tejido urbano menos denso que el de otras áreas más ricas, situadas al Sur y al Este.

La descripción que hace Ausonio (*Idyll.* XII, 2, 9; 21-23) de su “pequeña heredad” en la Aquitania, cuya cronología coincide con la de la etapa de mayor esplendor de Puente de la Olmilla, en la segunda mitad del siglo IV, nos permite acercarnos a la realidad de una de estas explotaciones agrícolas del Bajo Imperio, que en ese caso concreto aseguraba el trabajo a una treintena de familias.

A partir del siglo III se aceleró en Hispania el fenómeno de la concentración de tierras. J.-G. Gorges (1979, 93-107) revisa el complejo problema de la extensión de la propiedad, dado que un único *fundus* pudo en ocasiones tener varias *villae*, y afirma que, conforme se descende hacia el Sur, los *fundi* se hacen mayores, constituyendo el centro peninsular una zona de transición, con establecimientos minúsculos y vastas explotaciones, pero reconoce que es muy complicado hacer la evaluación de los mismos y de la propiedad agrícola sobre la que se encuentra la *villa* de la que dependen los *vici* (acerca del latifundismo, el minifundismo, la mediana propiedad y la centuriación hispánica, cfr. GORGES, 1979, 94-105, específicamente sobre los grandes dominios del Bajo Imperio, 104-105; también sobre los pequeños propietarios y las grandes posesiones rurales de las élites, que obtenían de ellas los ingresos necesarios para mantener su *status* y acceder a los altos cargos de la administración, durante los siglos IV-V, CHAVARRÍA, 2007, 41-49); a propósito del sistema de ordenación del territorio hispano mediante las centuriaciones, BENDALA y ABAD, 2008, 26-29).

A juzgar por el escaso número de instalaciones rurales coetáneas de la de Puente de la Olmilla acreditadas en la Carta Arqueológica, como venimos reiterando, suponemos que se trataba de un latifundio, cuya función económica primordial debía de ser la agricultura extensiva.

XVI.1. *VILLAE RUSTICAE* EN LA MUSIVARIA ROMANA

Como ya referimos anteriormente (*vid. supra* capítulo XIII), algunas de las condiciones socioeconómicas en que se desarrollaba la vida cotidiana de los habitantes de la mayoría de las *villae* romanas están reflejadas en la musivaria, al igual que determinadas características arquitectónicas y su entorno natural o las formas del paisaje antropizado, de ahí su gran interés iconográfico para nuestra investigación, por esa razón nos centraremos de nuevo en estos documentos musivos a lo largo de las siguientes páginas, sobre todo en los que nos deparan ejemplos paralelizables al de la *villa* de peristilo y porticada de Puente de la Olmilla.

Así, algunas composiciones musivas norteafricanas de época bajoimperial, entre ellas, tres de Tabarka, de las que después nos ocuparemos más detenidamente, nos suministran imágenes de estructuras rústicas de diversa tipología: una con un porche apoyado en columnas, otra compuesta por varias instalaciones de planta rectangular, además de almacenes o casas de colonos... (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, láms. XLIV, 111-112; XLV, 113; BLÁZQUEZ, 1994, 1182, láms. VIII-IXa; 2012, 78-79, fig. 1; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 255; 2004, 312; 2007, 480, 482, fig. 89; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 676, figs. 6-7). También en otros mosaicos ya mencionados se representan establecimientos rurales de manera más o menos simplificada (*vid. supra* capítulo XIII, pp. 346-364), p. ej., en uno de los paneles musivos de Zliten (Libia), procedente de la *villa* de Dar Buc Ammèra, se puede ver un imponente complejo que consta de varios cuerpos adosados, con un gran pórtico recorrido por columnas, en otro de los cuadros supervivientes de los nueve originarios aparece una construcción rústica más pequeña y en un tercero, tras el establo, se erige una hermosa *villa* de dos plantas, con un bloque más bajo adosado (LEVI, 1947, I, 521, fig. 194; AURIGEMMA, 1960, 55-60, láms. 123 y 125; ROMANELLI, 1965, 279, fig. 4; BIANCHI-BANDINELLI, 1971, 252, figs. 234-236; DUNBABIN, 1978, 109, 235-237, 278, lám. XXXVI, 95-96; BLÁZQUEZ, 1994, 1181-1182, 1184, láms. VI-VII; 2012, 83; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2007, 479, fig. 84; 2012b, 674-675, figs. 1-3). En el mosaico de *Pupput* (Hammamet), del primer cuarto del siglo V, se distingue un peristilo cuya arquería descansa en los capiteles de las columnas. Dentro de un

rectángulo central hay una fuente con surtidor. Entre las columnas se atisba las plantas del jardín (BEN ABED y BESCHAOUCH, 1994, 175-180, 184-185, figs. 9 y 12). Un mosaico de la Casa de *Isguntus* conservado en el Museo de la antigua *Hippo Regius* (Argelia) y perteneciente al 210-260 d.C. (*Inv. Alg.* 49; DUNBABIN, 1978, 128, 238-239, 262, lám. XLIX, 123; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1994, 1241-1242; 1997, 454, fig. 2), ofrece una probable panorámica de esta ciudad, cercana a una *villa* de dos pisos (en el primero de ellos hay un portalón rematado en arco y, en el superior, una galería), que recuerda a modelos iconográficos análogos, presentes en varios mosaicos norteafricanos (AURIGEMMA, 1960, 45-47, láms. 29-32), con varias estructuras rodeadas por el mar y barcos de pescadores. En un ejemplar argelino hoy día perdido, procedente de las termas de *Pompeianus* (Oued Athménia, próximo a Constantina), datable en siglo IV, se desarrolla un lance de caza delante de una *villa* con torres rectangulares; a su vez, en un mosaico del *caldarium*, varios caballos de raza se hallan frente a los establos y otros edificios (TISSOT, 1884, I, 361, lám. I; 495, láms. III-IV; DUNBABIN, 1978, 62, 94, 123, 267; BLÁZQUEZ, 1994, 1179, 1184, lám. IV; 2012, 81-82, fig. 5; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 683). Tras un sacrificio propiciatorio y otra *venatio*, un grandioso pórtico semicircular destaca en el friso superior de los tres que componen un mosaico de Henchir Toungar, del segundo cuarto del siglo III (DUNBABIN, 1978, 50, 61-62, 262, lám. XII, 23); pertenece a una *villa* de dos pisos formada por tres cuerpos y definida por la autora como convencional, poniendo en duda que recreara una vivienda real (cfr. al respecto BLÁZQUEZ, 1994, 1172; 2012, 83, fig. 7, quien hace alusión a la ausencia de este tipo en la musivaria hispana y siciliana, pero se repite, con algunas diferencias, en otra *villa* representada en un mosaico de Uzalis, El Alia, del siglo II). Exclusivamente la zona del pórtico cuyas columnas sustentan arquerías se reproduce en pavimentos tardíos de Al-Asnam, Skhira... (DUNBABIN, 1978, 56; SAN NICOLÁS, 1998, 905), sugiriéndose de ese modo minimalista la existencia de una estructura doméstica. En un mosaico de Cartago tenemos otro ejemplo de casa solariega con galería de columnas en la planta alta, amplios ventanales y torreones angulares (YACOUUB, 1975, 41-54, lám. XVII, *Inv.* II, n.º 771). El del *Dominus Iulius* (Cartago), cuya ejecución está comprendida entre los años 380-400 d.C., nos muestra una magnífica *villa* con un largo cuerpo central,

flanqueada por dos torreones y alto corredor con arcadas en la segunda planta, en segundo plano hay cuatro edificios abovedados (el *balneum*, posiblemente) y otra construcción de planta rectangular, con tejado a doble vertiente (DUNBABIN, 1978, 62, 119-121, 252, lám. XLIII, 109; PARRISH, 1984, 111-113, n.º 9 y 49, láms. 15 y 67; BLÁZQUEZ, 1994, 1180-1181, lám. Vb; 2012, 79-80, fig. 2; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1997b, 455-456, fig. 5; 2012b, 672-673). En uno de los citados mosaicos de Tabarka, cuya cronología ronda entre finales del siglo IV o inicios del siguiente, se puede observar una espléndida *villa* rodeada de vides, árboles y animales diversos (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, lám. XLIV, 111; BLÁZQUEZ, 1994, 1184, lám. VIIIa; 2012, 78-79, fig. 1; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 676, fig. 6); en otro hay dos construcciones interpretadas como viviendas de los colonos, almacenes y establos ubicados delante del edificio central de la hacienda, con vides colgadas de los postigos, proliferando por sus inmediaciones olivos, viñedos... (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, XLV, 113; BLÁZQUEZ, 1994, 1184, lám. IXa; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 255; 2004, 312; 2007, 480, 482, fig. 89; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 676, fig. 7; BLÁZQUEZ, 2012, 79), un entorno característico de amplias extensiones geográficas del África romana y del Sur de la Península Ibérica. En un mosaico de la Casa de los Prótomos de Utica (Túnez), adscrito al siglo III, se deja entrever en un paisaje rocoso una pequeña *villa* y una torre cuadrada, con tejado plano, de cuya pared frontal sale agua a través de una abertura semicircular (un supuesto molino hidráulico, según FRADIER, 1986, 56-57; torre de defensa, a criterio de BLÁZQUEZ, 1994, 1177, o un posible *castellum aquae*, si seguimos el de LÓPEZ MONTEAGUDO, 1997b, 463, fig. 20; 2002, 255; 2007, 480-482, fig. 90; cfr. LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 676-678, lám. II), ambas emplazadas junto a viñedos y olivares o frutales (DUNBABIN, 1978, 112, 276, lám. XXXIX, 100). En otro pavimento tunecino, el de Sidi Abdallah (termas de *Sidonius*), encuadrado entre mediados-finales del siglo IV o ya en la siguiente centuria, contamos con la presencia de una serie de edificios pequeños, la mayoría de ellos con forma de cabaña muy simple o rectangular, excepto uno más grande perteneciente a una probable *villa* marítima porticada, dotada de salas termales y en una de cuyas inscripciones se habla de un *fundi* (DUNBABIN, 1978, 129, 268, lám. L, 125; BLÁZQUEZ, 1994, 1181; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1994, 1247-1248, lám. V, 2;

1997, 454-455, fig. 3). De nuevo, se han captado detalles de construcciones marítimas porticadas en paneles musivos de Cartago, como el de la Gran escena marina, de la primera mitad del siglo IV (DUNBABIN, 1978, 129, nota 79, 254, lám. L, 126-127; *Inv. Tun.* 631). La *villa* que decora el del Triunfo de la Venus Marina, de Djemila (*Cuicul*, Argelia) consta de varias edificaciones, unas de planta cuadrangular, con cubierta a dos aguas, grandes ventanales y un amplio pórtico con arcos soportados por columnas, en tanto que otras son circulares, pudiendo identificarse dos estructuras abovedadas con la zona balnearia. Su acotación temporal corresponde a finales del siglo IV-principios del V o algo posterior (BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 66-67; DUNBABIN, 1978, 43, 134, 156, 256, lám. L, 128; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1994, 1245-1246, lám. IV, 1; 1997, 455, fig. 4), Otro modelo de *villa*, con un gran portalón, se documenta en un mosaico con escenas rurales de la Casa de los *Laberii* en Oudna, que ilustran distintas actividades, p. ej, un pastor se cobija en una casa de reducidas dimensiones, delante de un rebaño de ovejas, mientras un campesino azuza a un caballo con un palo, un labriego ara la tierra, etc., ROMANELLI, 1965, 282, figs. 9-10; DUNBABIN, 1978, 51, 112-114, 240-241, 265, lám. XXXIX, 101; BLÁZQUEZ, 1994, 1178-1180, lám. Va; 2008, 106-107; 2012, 80, fig. 3; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 242, fig. 14; 2012b, 672, lám. I, 2). K.M.D. Dunbabin (1978, 62) habla específicamente de las pequeñas granjas representadas en Oudna. En un mosaico de Khéreddine, la mansión del *dominus* tiene un torreón, grandes ventanales y una galería con arcos en la planta superior. Al decir de J.M. Blázquez, las *villae* cartaginesas con torres que podemos admirar en mosaicos de Khéreddine y Bordj-Djedid (cuyas fechas varían dentro de un arco cronológico comprendido entre los años 390-410 d.C., el primero de ellos, y el segundo, entre finales del siglo V o inicios del siguiente, DUNBABIN, 1978, 57-58, 62, 144, 253, láms. XVI, 35; XVII, 36; 59, 62, 250, lám. XVIII, 40; BLÁZQUEZ, 1994, 1171-1172, 1174, respectivamente), típicas del periodo tardío, no tienen paralelos reales ni están representadas en la musivaria de nuestro país, como tampoco la del friso inferior de un ejemplar de Constantina (*Cirta*), de la segunda mitad del siglo IV, caracterizada por su forma rectangular, con tres puertas, y una segunda planta con grandes ventanas en los laterales, en cuya parte central hay una galería abierta, apoyada en varias columnas (DUNBABIN, 1978, 56-57, 255, lám. XVI, 34;

BLÁZQUEZ, 1994, 1173-1174; 2012, 83, 90). Torreones enmarcan residencias rústicas en sendos mosaicos de la Casa de *Sorothus* en Sousse, la antigua *Hadrumetum*, de finales del siglo II o principios del III (DUNBABIN, 1978, 93-94, 113, 270, lám. XXXI, 81-82, con un detalle de los caballos criados en la hacienda; BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982a, 38; 1994, 1183, lám. IXb; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 683-686). P. San Nicolás, por su parte, opina que la *villa* con galería y dos torres angulares, situada delante de otra edificación en el mosaico de Arróniz (Navarra, *vid. infra*), es similar a las de Constantina y Tabarka (SAN NICOLÁS, 1998, 897-898; cfr. DUNBABIN, 1978, láms. XVI, 34; XLIV, 111-112, XLV, 113; SARNOWSKI, 1978, figs. 5, 8, 19, 21). No se trata de simples estereotipos, pues en el registro arqueológico se ha constatado la existencia de construcciones con dos torres en la fachada en Germania, Galia, Britania (PERCIVAL, 1976, 51-52) e incluso en Hispania, como es el caso de Murias de Beloño (Oviedo), por poner un ejemplo, prácticamente testimonial, al no ser ésta sino la planimetría típicamente mediterránea dominante en la Península (GORGES, 1979, 123, específicamente sobre las torres y otros elementos supuestamente defensivos de las *villae* hispanas, 150; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 158-164, figs. 38 y 92; BLÁZQUEZ, 1994, lám. XI; SAN NICOLÁS, 1998, 898-899). Con todo, en el repertorio musivo hispano la figuración de la *villa* es poco frecuente, aunque se atestigua este tema, entre otros, en el pavimento del *vestibulum* de Carranque (Toledo), de mediados del siglo IV, donde se puede contemplar un peristilo con arcos soportados por columnas y un *cancellum* delante de una zona ajardinada (FERNÁNDEZ-GALIANO *et alii*, 1994, 317-326), que ha sido interpretada como el *viridarium* de la propia *villa* (CABRERO, 2008, 1265, fig. 1b). Varias unidades arquitectónicas aparecen en el mosaico de Centcelles (Constantí, Tarragona). Una de ellas, con tejado a dos aguas, se halla en primer término, detrás hay un edificio construido con grandes sillares y techado a una sola vertiente, a su vez, próximo a otros con cubierta a doble vertiente, ventanas en el piso superior... (SCHLUNK-HAUSCHILD, 1962, 43, fig. 3, lám. XXIV; BLÁZQUEZ, 1994, 1175, 1184; 2012, 85-86, fig. 11). Uno de los puntos en común entre las *villae* plasmadas en estas obras musivas norteafricanas (p. ej., de Oued Athménia, Thina, Khéreddine, Tabarka, Djemila, Cartago..., datadas en torno al siglo IV, cfr. DUNBABIN, 1978, 57-58, 62, 122-123, 144, 253, 267, láms. XVI, 35; XVII,

36-37; XLIII, 109; XLIV, 111-112; XLV, 113; SARNOWSKI, 1978, 84; BLÁZQUEZ, 2012, figs. 1, 2 y 5) e hispanas es el detalle de las ventanas, de las que acostumbra haber varias alineadas en las fachadas, para que las estancias de ese lado reciban iluminación y ventilación. Se abren en buen número en el frente y los laterales de las viviendas representadas, de ello cabe deducir que fue una cuestión muy tenida en cuenta por los constructores, preocupados por tales consideraciones. En el yacimiento de la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan y, algo menos, en el de Puente de la Olmilla abundan los fragmentos de yeso translúcido, al hilo de lo cual traemos a colación el estudio sobre la industria artesanal radicada en *Segobriga*, especializada en la extracción y comercialización del *lapis specularis* (Plinio, *NH* XXXVI, 160-161), cuyos bloques se supone serían después preparados para su exportación, entre otros fines, para el cerramiento de ventanas (ABASCAL, 2012, 345-346); podemos mencionar otras minas de *lapis specularis* en la región castellano-manchega, como la de *Opta* (Huete, Cuenca, cfr. TORRECILLA y SIERRA, 2001, 119-130), o la también conquense de Osa de la Vega, con un tipo de yeso cristalizado cuyo tamaño y transparencia lo hicieron idóneo para estas aplicaciones (BERNÁRDEZ *et alii*, 2002, 291-302), si bien la explotación de algunas de estas minas se desarrolló sobre todo durante los siglos I-II d.C.

En un mosaico de la *villa* de El Reguer (Lérida), del siglo IV, figura un conjunto de edificios provistos de amplios ventanales, dos de ellos de planta rectangular, otro de fachada cuadrada y, por último, uno techado a una sola vertiente (BALIL, 1965b, 281-292; BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 21-23, lám. 9, n.º 21; BLÁZQUEZ, 1994, 1185). En un ejemplar contemporáneo de este último, descubierto en la *villa* de Arellano (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 15-22, láms. 3-17 y 50-54; BLÁZQUEZ, 1993, 85; 1994, 1185, láms. XIII-XVa; 2001, 33-34; 2012, 84, fig. 8) y conservado en el MAN, las nueve musas posan delante de varias *villae*: una de ellas tiene un pórtico con cuatro columnas, flanqueado por dos edificaciones y tejado piramidal, otras tienen una galería cerrada por una baranda en su sección inferior, cuya columnata sustenta la techumbre plana; más singular es una compuesta por dos cuerpos cilíndricos, con sus respectivas ventanas. Entre las que están integradas por tres construcciones o

cuerpos adosados, con sendas ventanas y un pórtico delantero sobre el que se apoya el tejado, hay una cuyo cuerpo central, de planta rectangular, tiene un gran portal de medio punto. Algunas de esas unidades domésticas de este mosaico procedente de Navarra tienen torres laterales (uno o dos torreones cilíndricos, con tejados cónicos), semejantes a las representadas en varios paneles musivos, ya mencionados, de Zliten, de Cartago (uno de los de Tabarka, el de la Casa del *Dominus Iulius...*), etc., por tanto, corresponden al modelo de *villa* turriforme con galería, pero J.M. Blázquez y M.A. Mezquíriz (1985, *CMRE* VII, 21) piensan que no se trata de un tipo real de *villa* hispana o africana.

Al estudiar las *villae* hispanas, A. Chavarría (2007, 104-108) se pregunta si existían *villae* fortificadas, cuestionando que la presencia de torreones en las del periodo tardío conlleve forzosamente una finalidad defensiva, pues ya existían en viviendas rurales griegas y romanas desde mucho antes. A ello viene a sumarse la referida representación de torres en los flancos de pórticos abiertos al exterior, discordante con el propósito de una verdadera fortificación, o de puertas a nivel del suelo en algunos mosaicos (p. ej., el del *Dominus Iulius*). Basándose en el estudio de T. Sarnowski (1978, 57) sobre la musivaria norteafricana, concluye la autora que podrían ser estructuras funcionales o “un componente más para exaltar la monumentalidad del edificio”.

En lo concerniente a las *villae* con torres, conviene recordar la de Pozo Sevilla (Alcázar de San Juan), que ha sido interpretada como una posible casa-fuerte, destinada a proteger un punto de aprovisionamiento de agua y controlar la explotación agrícola del territorio circundante (*vid. supra* capítulo IX). Los excavadores de este yacimiento arqueológico (MORÍN *et alii*, 2010, 317, 319), basándose en P. Moret (2004, 24-28), cuya segunda fase de ocupación pertenece a los siglos III-IV d.C., explican que la presencia de torres en la Península ibérica debió de ser “una constante a lo largo de la historia”, desde época prerromana. Posteriormente, la influencia de modelos itálicos dio lugar a la construcción de viviendas rectangulares compactas y *villae* de aspecto fortificado. En la perduración de ese influjo hasta mediados del siglo I d.C. fueron vitales “factores ideológicos vinculados al propio modelo de romanización que impone, también en el ámbito rural, una determinada arquitectura de prestigio y poder: la casa-torre o casa-fuerte. En algunas áreas

(...) la casa-fuerte parece haberse impuesto como alternativa a la *domus* urbana, preparando el camino a las *villae*". Esa línea de investigación es avalada por las fuentes clásicas. En algunas ocasiones, el término '*turris*' puede hacer referencia a un complejo rústico dotado de torre, de tradición helenística, pues era "característico del paisaje rural" griego, si bien en la literatura latina es una acepción más propia de los textos poéticos que de las obras históricas. Un pasaje de Tito Livio (XXII, 19) nos permite una aproximación a aquella realidad: "*Multas et locis altis positas turris Hispania habet*", un fenómeno que P. Moret (2004, 15) considera era particular de tierras hispanas. Para este historiador, los "recintos-torre" (p. ej., los de la Bética) se asimilan perfectamente a dichas *villae* fortificadas.

Es de notar, a este respecto, que en un segundo mosaico de Arellano se desarrolla un pasaje mitológico, protagonizado por Afrodita y Adonis, delante del torreón de una *villa* (BLÁZQUEZ, 2012, 85, fig. 9). Resultan de gran interés las reflexiones de M.C. Fernández Castro (1982, 158-164, 170) acerca de las *villae* de corredor, frecuentemente con esquinas realzadas. Si, como pensamos, Puente de la Olmilla tenía un pórtico frontal, supondría una apertura de ese sector noroccidental al medio externo y, por ende, a la vegetación de su entorno, a la luz del sol y al aire, pero, a tenor de lo hasta ahora exhumado, no corresponde al tipo de *villa* con "fachada torreada" del que habla M.C. Fernández Castro.

Asimismo, en un mosaico conocido como el de los Peces, de la Vega Baja de Toledo (BLÁZQUEZ, CMRE V, 1982c, 36-38, láms. 20, 22 y 47-48, n.º 26; 1994, 1185-1186, láms. XVb-XVI; BLÁZQUEZ, 2008, 115; 2012, 89-90, figs. 16-17; SAN NICOLÁS, 1998, 901-902, lám. VIII a), de comienzos del siglo IV, podemos vislumbrar diversos aspectos formales de varias mansiones rurales: una de ellas, techada a dos aguas, está estructurada alrededor de un peristilo semicircular, con un ámbito central ajardinado, galería con pilastras en la fachada y torres de dos pisos en las esquinas (CABRERO, 2008, 1266, fig. Id); en otra de las lunetas (CABRERO, 2008, 1266, fig. Ic) decorada con escenas de género hay tres construcciones posiblemente pertenecientes a los sectores rústico y fructuario, una de ellas cilíndrica (el granero, con toda probabilidad) y otras dos de una sola planta, donde quizás se albergaría a los colonos (a semejanza del citado mosaico de Tabarka, aquí hay tanto espacios

residenciales como funcionales). En el contexto arqueológico toledano contamos con el testimonio de una *villa* con pórtico circular: la de Rielves, también de la primera mitad del siglo IV (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 111-112, figs. 53-54). P. San Nicolás (1998, 903-904) estudia el programa iconográfico de este mosaico de los Peces, identificando en él las partes urbana, rústica y fructuaria que ya en el siglo II Columela (*De r.r.* I, 6,1) distingue en toda *villa*, al tiempo que los bustos de las Cuatro Estaciones, intercalados en los ángulos de la superficie musiva y asociados a espigas, racimos de uvas, flores, ramas de árboles, una hoz, etc., hacen clara referencia a la naturaleza agrícola del establecimiento. En un mosaico de Torre de Palma (Monforte, Portugal), de tiempos de Constantino, se puede contemplar extensos viñedos, sostenidos por varas (deparándonos una prueba de la existencia en la Península de la *vitis compluviata* descrita por Colum., *De r.r.* IV, 1-8; V, 4-5, Pal., *Opus agriculturae* III, 2 y Plin., *NH* XIV, 13; XVII, 164, 166), una granja con una cuadra de planta cuadrangular y un almacén (sobre los mosaicos mencionados hasta aquí, cfr. BLÁZQUEZ, 1980, 135-136, fig. 1,4; 1982, 38, láms. 20-22; 1994, 1177, 1184-1185, láms. IX-XII, XVb-XVI).

En varios ejemplares, especialmente en sus orlas de enmarque, las residencias señoriales son insinuadas mediante estilizadas filas de arcadas, figurando galerías. Este tema, de raigambre itálica probablemente (HIDALGO, 1991, 348), se documenta en esa zona a partir del siglo I a.C., p.ej., en la Vía Ardeatina (NOGARA, 1910, 8, lám. XVI), de los inicios de esa centuria, en un mosaico ostiense del Mitreo de las Siete Puertas, cronológicamente adscrito a comienzos del siglo III (BECATTI, 1961, 198-199, lám. XVII, n.º 378), en otro del baptisterio de Grado (MIRABELLA-ROBERTI, 1975, 203, lám. LXIX-2), etc. Por citar algún otro ejemplo de fuera de nuestras fronteras, tenemos cenefas de columnillas en pavimentos musivos de Torre de Palma, en Monforte (HELENO, 1962, lám. XVIII, n.º 4) y, sobre todo, de la Galia, en cuya musivaria son bastante habituales: Vertanet, Nîmes, Grange-du-Bief, Vortault, Ause, este último de época severiana (STERN, 1963, 137, lám. LX-XXIV, n.º 449 a; STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 30-36, lám. VI, fig. 1, n.º 175; respecto a dos ejemplares de Nîmes, del siglo II, VINCENTI, 2001, 72, fig. 3), Bavay, del siglo II (STERN, 1957, 76, lám. XL, n.º 113), Vienne, datable entre los años 200-250 d.C. (STERN-BLANCHARD-LEMÉE, 1975, 31, lám. VI; LANCHA,

1981, 132, lám. LVI b), etc. Este lenguaje musivo hace su aparición en la Península Ibérica en el siglo III d.C. Un marco de arquerías coronado por frontones se puede ver en un ejemplar de Martos (Jaén), del siglo III (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 62, lám. 51, n.º 42 E). Análoga cronología se atribuye a un pavimento de Cabra y a otro de *Conimbriga*, con esa misma decoración (TORRES CARRO, 2005, 484), pero cuando ésta tuvo una especial profusión en Hispania fue a partir de la siguiente centuria. La *villa* de Torre de Benagalbón (Málaga) nos ha proporcionado un ejemplo que se puede encuadrar entre mediados del siglo III y principios del siguiente (MAÑAS y VARGAS, 2007, 334, fig. 14). En un mosaico procedente del yacimiento arqueológico de Los Cipreses (Jumilla, Murcia), del siglo IV (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 77-78, lám. 36, n.º 84), una arquería -en la que se distinguen con claridad las basas y los capiteles de las columnas- recorre el perímetro exterior del campo musivo y presenta en el centro unos rectángulos inscritos, seguramente recreando un *impluvium*. La superficie de un pavimento de la *villa* de La Quintilla (Lorca, Murcia), de idéntica cronología que el anterior, está cubierta con aves posadas sobre cálices de flores, envueltas por ramos, todo ello rodeado por una arcada que corresponde a un tipo muy esquemático (BLÁZQUEZ, *CMRE* IV, 1982a, 61, fig. 20, n.º 53), como lo es la del mosaico de la sala I de Rielves (Toledo), del siglo IV, con florecillas cuatripétalas en aspa en el interior de las ondas continuas de la cenefa exterior (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 72, fig. 40), o la de Cuevas de Soria (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 68-70, 77-78, figs. 8, 10, 20, 21, n.º 59, 61, 71 y 72). En un ejemplar lucense (de la calle Armañá) del siglo IV la volvemos a encontrar con un estilo bastante geometrizado, pues se esbozan las basas y capiteles de una columnata, pero no la arquería (TORRES CARRO, 2005, 482, fig. 5). Pórticos con columnas donde se apoyan los arcos, cuyos vanos contienen cruces gamadas y de Malta, decoran el mosaico con una nereida que tapiza una estancia de la *villa* de El Hinojal (Mérida), pudiendo apreciarse con cierto detalle el trazo de las basas y los capiteles (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1976, 450, lám. XI; BLANCO, 1978b, 51, fig. 4, lám. 93 B, n.º 63). Su horizonte cultural pertenece al siglo IV, como otro de ese mismo conjunto doméstico, que en algunas de las ojivas del festón periférico incorpora flores de Malta (BLANCO, 1978b, 51-52, fig. 5, n.º

64). En el mosaico n.º 1 de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), del siglo IV, se da la variante de incluir peltas a modo de arcos (HIDALGO, 1991, 327-330) y, por lo que atañe al de la habitación B de la *villa* de Torre Albarragena (Valencia de Alcántara, Cáceres): “Este juego de arcos parece destinado a crear en el espectador una idea de espacio porticado” (GONZÁLEZ CORDERO *et alii*, 1990, 328, fig. 21). En un mosaico procedente de Santisteban del Puerto, conservado en el Museo de Jaén, se desarrolla una escena bajo un frontón, junto al que se alza una vivienda de ladrillo, “como las casas de un mosaico del arco de triunfo de Santa María Mayor, fechado entre los años 430-440 y en un sarcófago de la mitad del siglo IV” (BLÁZQUEZ y GONZÁLEZ NAVARRETE, 1972-74, 426), disponiéndose una fila de árboles en el exterior de la misma.

La tipología de estas bandas de líneas onduladas es muy variada (cfr. BALMELLE *et alii*, 1985, n.º 96-97), pero frecuentemente se trata de una arquería corrida, en la que se refleja con mayor o menor detalle los capiteles y basas de las columnas, como en un mosaico de La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real), trazada en blanco y negro (ZARZALEJOS *et alii*, *et alii*, 2011, 96-98, figs. 40 y 63). Este modelo tuvo una gran expansión y perduró hasta muy avanzado el periodo tardío (VINCENTI, 2001, 61-74), como lo acreditan un ejemplar de Taron, de las postrimerías del siglo IV o tal vez del V d.C. (BALMELLE, 1980, 112, lám. XLIX, n.º 108), otro de Gafsa (Túnez), probablemente del siglo VI (DUNBABIN, 1978, 92, 261, lám. XXX, 78), uno de la Iglesia de Saint-Irénée de Lyon (STERN, 1967, 124-125, lám. XCIV, n.º 6), datado en el siglo XII, etc.

Esas galerías bosquejadas mediante versiones más o menos realistas en tantos mosaicos se asemejan a las que habría en muchas de las *domus* y *villae* distribuidas por todo el orbe romano. En otros, grecas de ojivas y enjutas posiblemente también constituyan una representación de los arcos de un espacio porticado (*vid. infra* capítulo XIV.5.3.10).

J.M. Blázquez llama la atención sobre el hecho de que, a pesar de las relaciones comerciales y de toda índole entre Hispania y el África romana - incluyendo una intensa influencia artística de esa zona del Imperio en las manifestaciones plásticas hispanas-, las representaciones de los trabajos del campo y de las cacerías, tan habituales en la musivaria africana, “tal y como se conocen” en ésta no se encuentran en la Península Ibérica ni en Cerdeña

(BLÁZQUEZ, 1994, 1186; 1993, 93). D. Fernández-Galiano (1992, 24) lo atribuye a que durante la Antigüedad Tardía los talleres del Norte de África estaban desarrollando un arte “mucho más novedoso y original” que el hispano, con escenas de género, cinegéticas, etc., debido a que los usuarios de estas producciones suntuarias tenían distintos intereses y valores a uno y otro lado del Estrecho. Al comparar las que contienen *venationes*, D. Fernández-Galiano (1992, 26) concluye que los mosaístas hispanos fueron artífices de un arte “bastante tradicional” por lo general, salvo excepciones como el mosaico del *oecus* de Carranque (Toledo) y el de Cardeñajimeno (Burgos). Este autor se posiciona en contra de la tesis de “una dependencia” de los mosaicos hispanos respecto a los africanos. Este otro planteamiento (el impacto artístico de los norteafricanos sobre los hispanos), en el que incidiremos más adelante, es defendido, entre otros, por investigadores de la talla de K.M.D. Dunbabin (1978, 219-222) y J.M. Blázquez (1990, 673-699; 1991, 811-926; 1993, 70-92; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 45-46; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 69; BALIL, 1965; WILSON, 1981, 176 ss.)⁴⁴. M.C. Fernández Castro (1978, 325-326) alude a la composición en registros que los talleres norteafricanos adoptaron desde mediados del siglo III d.C., poniendo de manifiesto la desintegración de la unidad de diseño de una escena hasta llegar a una visión abstracta, con actitudes estereotipadas, modalidad que I. Lavin (1963, 259 y 265) etiqueta como hispano-africana y M.C. Fernández Castro considera “una tendencia antihelenística norteafricana”, sin las “técnicas perspectivas e ilusionistas empleadas en Oriente”, que alcanza a nuestro país, con ejemplos tales como los mosaicos de El Ramalete (Navarra), Centcelles... Y, en efecto, es notoria la similitud entre muchas de estas obras, aunque, desde luego, podemos apreciar alguna diferencia, como, ciñéndonos al tema tratado en estas páginas, la particularidad de que en los mosaicos hispanos se muestra a veces la morada del *dominus* (fundamentalmente del tipo de peristilo), pero apenas las instalaciones utilitarias, quizás porque simplemente con ese singular elemento emblemático bastaba para articular el mensaje que se pretendía transmitir a través de ellos, exhibiendo su riqueza y el poder que ésta conlleva mediante las imágenes musivas de *villae* señoriales.

G. López Monteagudo (1994, 1242) advierte que, aun siendo bastante numerosas las representaciones de espacios arquitectónicos en los mosaicos

norteafricanos, en ocasiones es difícil discernir si corresponden a ciudades o a *villae* con sus respectivas explotaciones agropecuarias. Dichas representaciones, comparadas con las de otras provincias del Imperio, son especialmente abundantes en esa área geográfica.

Huelga insistir en que las residencias incluidas en contextos de cacería son muy usuales en la musivaria del siglo IV, tanto en la Península Itálica como en el África romana (además de los ejemplares ya citados, en otros de *Leptis Magna*, de Sousse, Djemila..., cfr. AURIGEMMA, 1960, fig. 107; SARNOWSKI, 1978, 75; DUNBABIN, 1978, láms. XVI, 34-35; XVII, 36; XIX, 45; CARANDINI *et alii*, 1982, fig. 100). Suele aceptarse que las construcciones incluidas en escenas de caza o de labores agrícolas pertenecen a *villae rusticae*, con sus correspondientes estructuras subsidiarias. Esta opinión emitida por la mayoría de los expertos es asumida por P. San Nicolás (1998, 891-906), quien describe los mosaicos hispanos decorados con *venationes* y seis de los ejemplares donde aparecen *villae*. Como acertadamente señala esta autora, aunque su número es muy reducido en comparación con el de las producciones musivas norteafricanas, siguen siendo “una valiosa fuente de conocimiento del llamado ‘ciclo de los *latifundia*”, en referencia a la expresión de A. Grabar (1962, 395) relativa a ese universo de grandes propiedades y opulentas mansiones campestres de los *potentiores*, sus aficiones, etc. P. San Nicolás (1998, 893, 904) pone de relieve que algunas de esas escenas tienen un aire realista, percibiéndose en ellas un estilo narrativo, como sucede en el mosaico aplicado al revestimiento de la cúpula del mausoleo de Centcelles, de mediados del siglo IV, o en los de Oued Athménia, Constantina u otros de Cartago (TISSOT, 1884, 360-361, lám. I; DUNBABIN, 1978, 62, 94, 123, 267; 56-57, 255, lám. XVI, 34; 57-58, 62, 144, 253, láms. XVI, 35; XVII, 36; 59, 62, 250, XVIII, 40; 62, 119-121, 252, XLIII, 109).

Todos esos mosaicos nos ofrecen un catálogo de imágenes excepcionales de la época. Su iconografía, de extraordinaria riqueza tanto en el orden material como simbólico, nos permite ir ilustrando visualmente algunas de las transformaciones (sociales, económicas, etc.) experimentadas entre el siglo II y el IV. P. Romanelli (1965, 280) asevera que éstas debían de haber afectado también al “aspecto y la consistencia” de la *villa*, cambiándolos.

Cabe preguntarse, al hilo de lo expuesto por P. Romanelli (1965, 275-285), cuando analiza algunos pavimentos africanos (el primero de los mosaicos de Tabarka, el del *Dominus Iulius*, el de Oued Athménia...), si los mosaístas se inspiraron en auténticas *villae*, con sus instalaciones anejas, en vez de ceñirse simplemente a los dibujos de sus álbumes de repertorio (BRUNEAU, 1984, 241-272). Al igual que P. Romanelli, J.M. Blázquez (1994, 1184, 1186-1187) argumenta que algunos elementos arquitectónicos como el largo pórtico de fachada en la planta superior, los cuerpos laterales, se repiten fuera de África, pudiendo encontrarse edificios similares en mosaicos no africanos de Siria, Hispania y Península Itálica (Oderzo...). No obstante, las representaciones de éstos varían, nunca son exactamente iguales, de la misma manera que ocurre en la arquitectura romana. J.M. Blázquez trae a colación varios de los ejemplares antes mencionados para refrendar su idea, acorde con la de P. Romanelli, de que estos encargos respondían a un expreso deseo de los ricos terratenientes de que se plasmara su forma de vida, en el marco de sus dominios y sus espléndidas casas de campo. Según P. Romanelli (1965, 280), algunos mosaicos norteafricanos siguen fielmente el patrón de la *villa* africana existente entre el siglo II y el IV d.C. Para N. Duval (1985, 163-169), por el contrario, ese tipo de *villa* que vemos en ellos, provista de un patio delantero y una vivienda principal porticada con salientes en los lados, en caso de ser real, no era generalmente el de aquélla que decoraban, sino el de residencias y haciendas que había en otros lugares. A su vez, T. Sarnowski (1978) apunta el posible uso de un convencionalismo de *villa* concreta en dichos pavimentos musivos, así, éstos mostrarían un esquema determinado de planta de *villae* (con cuatro torres...), de la que, por ahora, a juicio de N. Duval, no se tiene constatación en la arquitectura civil norteafricana. K.M.D. Dunbabin (1978, 62, 130) apostilla que muchas de ellas no eran estrictamente reales, pero al mismo tiempo refiere que los pórticos columnados, arcadas, torreones, pabellones, etc., sugieren un modelo arquitectónico corriente en la Tardoantigüedad, definiéndolo como “esencialmente contemporáneo”. Cabe coincidir con P. Romanelli (1965, 280-281, fig. 7), al hacer un repaso de algunos de estos ejemplares (la trilogía de Tabarka, el de la Casa de los Prótomos de Utica, entre otros), cuando dice que, con toda probabilidad, reprodujeron edificios y otros aspectos “traídos de la realidad”, p. ej., en los mosaicos tunecinos

acabados de citar (DUNBABIN, 1978, láms. XLIV, 111; XLV, 113), el sistema con el que se sostienen los sarmientos mediante un dispositivo circular colocado alrededor de las viñas (*vites characatae*) está bien atestiguado por Columela (*De r.r.* IV, 17, 1-8; V, 4) y Paladio (*Opus agriculturae* III, 11). Asimismo, merece destacarse que en el Norte de África (y hasta hace unas décadas, en otros países mediterráneos, como el nuestro) todavía se practica la siega, la trilla o el cultivo de la tierra de forma idéntica a como se ve en algunos de esos mosaicos, p. ej, en los de Cherchel. La musivaria nos permite, pues, vislumbrar la pervivencia de costumbres seculares, mantenidas tradicionalmente en algunas de las regiones que integraron el Imperio romano.

Tampoco en el territorio peninsular faltan pavimentos musivos con escenas rurales en las que el *possessor* tiene como telón de fondo una *villa* (GARCÍA GELABERT, 2000, 585-596), por poner un ejemplo, recordemos el mosaico de *Vitalis*, de la *villa* de Els Ametllers, en Tossa de Mar (Gerona), de fines del siglo IV o inicios del V, con el *dominus* posando en un pórtico columnado, con triple arquería y celosía (BALIL, 1965a, 35-37, fig. 13; GUARDIA, 1992, fig. 21; RODÁ, 1994, 35-40, fig. 1; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 62, 67; BLÁZQUEZ, 1994, 1176, lám. II; 2001, 24-25; 2012, 85, fig. 10; SAN NICOLÁS, 1998, 905, lám. VIII; CHAVARRÍA, 2007, 173). Sin embargo, es muy posible que con frecuencia no se trate de un retrato de la propia unidad doméstica donde se halla instalado el mosaico en cuestión (CABRERO, 2008, 1265), sino de estructuras estandarizadas o “modélicas”, reconocibles a simple vista como tales por el espectador. En sintonía con esta apreciación se expresa G. López Monteagudo (2006-2007, 198-199), quien considera que tanto en el mosaico emeritense de Opora como en los de la Vega Baja de Toledo, Arróniz, Oderzo o del Norte de África, “nos hallamos ante una representación tópica” de las *villae* y del agro circundante. También L. Neira (2009, 14, 24) habla de “construcciones de un imaginario visual”, que responden a la ideología y la óptica de la élite, como colectivo, siendo el mosaico “el soporte ideal para exponer (...) y difundir una imagen determinada y el reflejo, respectivamente, de la visión de aquellos comanditarios” (sobre el complejo trasfondo de estas imágenes, cfr. NEIRA, 2007, 263-290; 2009, 11-53; 2011, 267-282).

Con todo, aun pudiendo ponerse en duda su exacta similitud o correspondencia con posesiones particulares y concretas, lo cierto es que algunas de las características morfológicas de los edificios bosquejados en varios de estos mosaicos formaban parte de la entidad arquitectónica del sector residencial de Puente de la Olmilla, como es el caso del peristilo columnado o de la galería en la fachada, confirmando así arqueológicamente lo que nos muestran esos lienzos musivos, convertidos en una magnífica fuente documental. Las *villae* con pórtico exterior son muy comunes en Germania, Galia, Britania y algo menos en Hispania (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 155-158); entre estas últimas podemos incluir la de Albaladejo. R. Chevallier (1960, 92) sugiere que este arquetipo constructivo se transmitió desde la Península Ibérica al Norte de África y, al parecer de J.M. Blázquez (2012, 84), sigue un patrón africano. P. San Nicolás recoge la controversia relativa a su origen, proponiendo, como M.C. Fernández Castro, que quizás fuera fruto de la combinación de influjos mediterráneos con otros célticos (SAN NICOLÁS, 1998, 898; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 154-164).

En última instancia, los escenarios e imágenes plasmados en el elenco de mosaicos incluidos en la relación previa, entre otros, nos ilustran sobre distintas facetas de la vida de los habitantes de esta clase de asentamientos en el medio rural (fundamentalmente sobre la economía practicada, costumbres, actividades lúdicas, creencias religiosas...), siendo un claro y eficaz exponente de los mismos, al tiempo que los diferentes modelos iconográficos de *villae rusticae* reproducidos en estas obras musivas, como referentes formales, nos aportan algunos elementos comparativos con el complejo arquitectónico objeto de nuestra atención, coetáneo de muchos de ellos. Por lo demás, los planteamientos y argumentos de los investigadores acabados de citar nos sirven como principios de reflexión a propósito del yacimiento de Puente de la Olmilla, arrojando nueva luz a la información proporcionada por su excavación, lo que nos permite conocer mejor algunos aspectos de este ámbito geográfico meseteño en época bajoimperial, en nuestro intento de lograr un acercamiento a ese contexto histórico.

XVII. ESTUDIO COMPARATIVO DE LA PLANTA DE PUENTE DE LA OLMILLA CON LA DE OTRAS *VILLAE* DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Buena parte de los trabajos arqueológicos acometidos hasta el presente ha ido encaminada a documentar la planta de la *villa*, cuyo diseño reúne una serie de características formales que nos servirán de referente en este estudio comparativo. A fin de facilitar dicho estudio, localizamos nuestra atención en algunos aspectos generales, recapitulando brevemente todo lo anterior.

Quien trazó el plano de esta casa solariega lo hizo con una planificación previa que dio lugar a un conjunto bastante compacto, aportándole algunos detalles más o menos novedosos. A partir de él, mientras estuvo en uso, fue objeto de diversas remodelaciones, aunque éstas no supusieron una variación fundamental ni tuvieron un carácter total. Los restos constructivos sugieren que las modificaciones y adiciones arquitectónicas realizadas a lo largo de un extenso periodo de tiempo dieron como resultado la obtención de un recinto doméstico mayor, si bien, en lo esencial, se mantuvo el proyecto unitario inicial, sin desdibujar demasiado, definiendo una disposición bastante regular de los diferentes espacios habitacionales. Las *refectiones* llevadas a cabo en algunos de ellos, en unas ocasiones tuvieron como fin hacerlos más lujosos y confortables, en otras, se debieron a un cambio de función (las sucesivas fases edilicias quedan reflejadas en la fig. 308).

Parece clara la existencia de una primera instalación altoimperial, representada por algunos materiales cerámicos y numismáticos adscritos cronológicamente a los primeros siglos de nuestra Era, pero no sabemos demasiado de esos precedentes ocupacionales. En lo concerniente a ese enclave más antiguo, nos movemos en el terreno de la hipótesis. Es posible que, tras un primer momento de uso, aquel edificio fuera reutilizado años después, aprovechándose sus estructuras y rehabilitándolo. Tal vez parte del mismo se encontraba en estado ruinoso cuando se erigió el complejo arquitectónico que hemos excavado, sirviéndole de cantera, para aprovisionarse de materiales útiles. Hubiera o no una demolición parcial y, en

todo caso, fuera intencionada o mero resultado del paso del tiempo (provocando éste el desmoronamiento de los tapiales, p. ej.), lo cierto es que no se observan variaciones notables en la orientación de los muros, por lo tanto, se habría dado una continuidad al plan constructivo primigenio. De cualquier forma, los resultados arqueológicos confirman que hubo dos niveles de habitación.

La planimetría que presentamos es bastante expresiva, aun siendo parcial, pues sólo se conoce completo el cuerpo central del edificio (fig. 220). Las diferentes intervenciones arqueológicas nos permiten precisar en buena medida su estructura arquitectónica y constatar que Puente de la Olmilla corresponde a uno de los modelos más difundidos de *villa* de peristilo (GORGES, 1979, 121, fig. 19, D). A modo de visión de conjunto de la misma retomamos nuevamente la descripción de sus trazos básicos, con el propósito de apoyarnos en ella a la hora de analizar sus analogías constructivas con otros ejemplos que jalonan la Península Ibérica. Por ese motivo, en estas primeras páginas revisamos en líneas generales su esquema de diseño, que ya expusimos antes con mayor detenimiento (*vid supra* capítulo XIV.3).

En síntesis, se trata de una amplia residencia señorial en el campo, organizada sobre un eje de simetría NO-SE, alrededor de un núcleo probablemente ajardinado, consistente en un patio porticado en torno al que gira la mayoría de los ambientes que la integran. Este conjunto formado por una célula rectangular y su peristilo no se articula como una unidad de espacio cerrado, pues a él se accede a través de un corredor de entrada (n.º 11), desde la galería con columnas que recorre la fachada principal (n.º 13), abierta al Noroeste, dando así plasmación arquitectónica al propósito de tener una apertura directa al exterior. El peristilo, de medidas bien ponderadas, determina la planta centrada de la *pars urbana*, siendo clave dentro de su esquema de circulación interior.

El pórtico n.º 13 y el pasillo n.º 11 instauran el orden planimétrico del sector noroccidental de la casa. A ambos lados de dicho pasillo, hasta llegar al peristilo, se distribuyen en doble hilera dos grupos de dependencias de

pequeñas dimensiones (salvo la n.º 28), que constituyen un bloque constructivo cuya profundidad tiene la longitud de las *fauces*. Posiblemente algunas de ellas eran habitaciones subalternas y otras, *cubicula*.

En el situado al Oeste del mismo hay diversos ámbitos pertenecientes a épocas distintas, como se desprende de su falta de homogeneidad: algunos muros no tienen zanja de cimentación (se asientan directamente en el sustrato rocoso del terreno), a diferencia de los restantes, y otros fueron rotos o añadidos, además, varios paramentos estaban compuestos por mampostería alternada con tejas, un tipo de fábrica que los distingue de la mayoría de las estructuras, excepto las del Noreste, de idéntica factura. Cuando se construyeron los departamentos 26 y 28 se alteró parcialmente el diseño primitivo de esta zona, resultando de ese replanteamiento arquitectónico dos espacios angostos a modo de “pasadizos” (n.º 24 y 29), que después fueron tapiados, perdiendo así toda función práctica, al igual que le sucedió a la habitación 27. También en una fase constructiva posterior a la fundacional se levantó un muro de adobe al Noroeste del deambulatorio n.º 3, delimitando una puerta por la que se realizaba el tránsito desde el mismo a la habitación 8 (inicialmente mucho mayor), a su vez comunicada con los referidos ambientes 24 y 26, cuando este último (n.º 26) fue edificado en el área noroccidental de dicho recinto n.º 8, subdividiéndolo de ese modo, según apuntan todos los indicios. Se modificó así la organización interna.

Otro conjunto de seis compartimentos adyacentes formado por dos filas de tres se dispone al Este del corredor principal (n.º 11). En ellos se puede detectar diversas refacciones, pertenecientes a etapas distintas. A dos de los más septentrionales (el 12 y el 21) en un principio se entraba por el Noroeste, directamente desde el pórtico (n.º 13), en tanto que al n.º 30 sólo se podía llegar a través del cuarto colindante, el n.º 21, ubicado en el centro de esta alineación, la segunda de las cuales se compone de otros tres aposentos, entre los que destaca el de en medio (n.º 15) debido a su traza arquitectónica -tiene un remate absidial en el lado norte-, asimismo, a estar sobreelevado y tapizado con un armonioso mosaico, adaptado a la cabecera. La exedra semicircular

parece haber sido añadida a una planta originariamente rectangular, pues no se trasluce al exterior, ya que el muro en el que está englobada no dibuja esa misma línea curva, por ende, la habitación no fue ampliada con el ábside. La inclusión de ese elemento morfológico-decorativo acentúa la importancia de esta cámara, que recibió en esa segunda fase un acondicionamiento de calidad y está intercomunicada con una pieza posiblemente adicional (n.º 16). Esa supuesta anexión respondería, quizás, a una función subsidiaria de este último reducto con respecto al espacio aledaño, pues únicamente a través de éste (n.º 15) se dará entrada al n.º 16, una vez fue inhabilitada su puerta original, mediante la que anteriormente estaba conectada con la contigua unidad habitacional n.º 33. Así pues, aparte de la renovación de la n.º 15, constatamos la realización de ciertas modificaciones estructurales, como el cierre de tres vanos, dos de ellos tapiados con mampuestos (ambientes n.º 16 y 20) y otro con adobes (en el n.º 12, impracticable desde el pórtico exterior a partir de entonces), o la abertura de otros, uno de ellos a modo de punto de iluminación y no sólo de comunicación de los ambientes 11 y 12, u otro que permitió pasar desde la habitación 15 a la 16 en un periodo ya muy tardío. Esos reajustes afectaron incluso al pavimento de la primera estancia (n.º 15) y todos ellos corresponden a una etapa constructiva ulterior, en una fecha difícil de precisar más con los datos por ahora disponibles.

Al Este del brazo oriental del peristilo (n.º 14), desde el que son accesibles, se dispone una serie de cuatro habitáculos yuxtapuestos, bastante homogéneos en cuanto a su tamaño y morfología. Entre ellos destaca el n.º 25, especialmente por tener una gran puerta, tal vez en un principio de exterior, por lo que posiblemente fue otro punto de ingreso a la *villa* por el flanco oriental, dadas sus características formales, pero en un momento dado fue parcialmente sellada con ladrillos, con el fin de estrecharla. Todo sugiere que *a posteriori* se adosaron por el Este diversas dependencias y pasillos distribuidores de nuevas estructuras arquitectónicas, de manera que esa puerta se habría convertido en la entrada a una simple habitación más, motivo por el que se la redujo considerablemente. También la habitación n.º 33, en su mismo eje, se

comunicaba por el Este con dicha área, hasta que después fue cegado el vano que permitía un acceso directo, impidiéndose de esa manera el tránsito desde esta sección de la vivienda al nuevo módulo lateral añadido a la misma, algo alejado del peristilo y sólo en parte excavado. Por lo tanto, existen varios planos de edificación.

La planta, en conjunto, no parece haber sido demasiado alterada. Básicamente, en resumen, las reformas practicadas consistieron en varios huecos ocluidos, otros abiertos, la compartimentación espacial de algunas zonas, la reestructuración de uno de los extremos del porche exterior y la construcción de nuevas habitaciones, como es el caso de la primera crujía noroccidental (pareja a la prolongación de los muros del pasillo n.º 11) u otra ala en el lado nororiental y oriental de este complejo doméstico, que mediante dos largos corredores ensamblados (n.º 31 y 32) articula la dispersión de, al menos, otros siete departamentos al Noreste-Este del edificio primitivo (los n.º 37, 38, 39, 41, 42, 43 y 44), sin más transformaciones apreciables del plano original de la casa. No obstante, es posible que éste experimentara alguna otra ampliación en un momento más tardío.

En los sectores occidental y meridional se integran otra serie de entidades habitacionales: las n.º 1, 2, 7, 36, 45, 46, ¿47? y 48. Las dos primeras, soladas con magníficos pisos en *opus tessellatum*, están comunicadas entre sí, definiendo el paso desde la 2 a la 1 un pequeño lienzo musivo decorado con un damero, en el umbral de la puerta intermedia (sobre el virtual efecto señalizador de la decoración musiva, *vid supra* capítulo XIV.5.3.1 y 2). La n.º 2, de dimensiones más reducidas que la colindante, con la que está coordinada, se abre en el lateral suroeste del peristilo. Tras sobrepasarla, se llega a la mayor de ellas (la n.º 1), que tiene dos puertas. Al Oeste de la misma, dos columnas preceden y marcan el acceso a otro ámbito (habitación 48), en el límite de la excavación.

A la izquierda del patio rodeado de galerías porticadas se levanta una vasta habitación centrada respecto al mismo, la n.º 7. Considerando el gran tamaño de su umbral, probablemente en un principio serviría de *vestibulum*,

como una de las entradas secundarias de la residencia o incluso, en esa etapa inicial, pudo ser la puerta principal de acceso desde el exterior -concretamente por el Oeste-. Contemplamos la posibilidad de que su destino cambiara después, al ampliarse la vivienda, cuando tal vez se convirtió en una de las espaciosas estancias dedicadas a actividades sociales, pues destaca tanto por su ubicación, frente al lado mayor del patio, como por las grandes dimensiones de la sala (que superan a las de todas las demás), pero no por su decoración, al carecer de la suntuosidad que le proporcionaría un pavimento musivo, ya que está solada con un modesto *opus caementicium*... Si bien el estado actual de las investigaciones dificulta determinar su identidad, no sería el único caso en el que no se habría mantenido el uso primigenio de una habitación, dado que en varias de ellas parece haberse producido una modificación funcional, como ya expusimos (*vid. supra* capítulo XIV). Se nos plantean, por tanto, algunos interrogantes de interpretación no del todo resueltos satisfactoriamente. Comúnmente, en la arquitectura privada imperial las habitaciones de recepción, comedor y descanso se organizan en derredor del patio porticado (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 316), siendo el centro de atención decorativa de la misma.

En esta área occidental se encuentran las unidades constructivas de mayor tamaño de las excavadas hasta ahora (n.º 1, 2, 7, 8, 28, 45, 46...), a las que se une la n.º 4, al Sureste, muy cercana a las dos primeras enumeradas. La última mencionada (n.º 4) está aproximadamente en el eje principal de visión, frente a la entrada (aunque ligeramente desviada hacia el Oeste de la misma), gozando de una situación especialmente distinguida dentro de esta *villa* de peristilo. Algunas de éstas tenían un carácter señorial e indudablemente sirvieron para la representación pública. La funcionalidad de este tipo de habitaciones está marcada tanto por su diseño arquitectónico como por su posición dentro de la planta general. Además, sus pinturas parietales y, en algunos casos, los suelos cubiertos con ricas alfombras musivas contribuyeron a darles una notable importancia ornamental.



Fig. 381. Reconstrucción hipotética virtual de los sectores residencial y de servicio de la *villa*, según García Bueno. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

En la zona más meridional de la superficie sondeada están ubicadas las habitaciones n.º 4, 17, 18, 19 y otras apenas delimitadas durante el proceso de excavación (según parece, bastante afectadas por los arados), por lo que prácticamente nada podemos especificar sobre la mayoría de estas últimas, imposibilitándonos desentrañar su finalidad.

Tampoco se han puesto aún al descubierto las instalaciones que albergaban a la población servil de la *villa*, al personal de la finca (trabajadores y encargados), bodegas, cuadras, corrales, etc., es decir, la mayoría de las dedicadas a la actividad agropecuaria, todas ellas relacionadas con la vida económica del establecimiento y orientadas a su productividad, esto es, tal como las desglosó Columela (*De r.r.* I, 6,1), la *pars rustica* y *fructuaria* de la *villa*, al ser la explotación de la tierra la función principal de ésta (a propósito del tema, cfr. AGUILAR, 1991, 261-279). Desconocemos si esas otras estructuras utilitarias fueron erigidas con independencia (fig. 381) o estaban interconectadas con el edificio principal, formando un conjunto edilicio homogéneo dentro de la unidad doméstica. Por lo tanto, hasta la fecha, el área excavada muestra únicamente una parte de la extensión total que ocuparía

este asentamiento rural, para ser más exactos, un sector correspondiente a la esfera de carácter señorial, excepto media docena de dependencias que consideramos estarían destinadas al almacenaje (graneros...) o bien pudieron usarse para moler cereal u otras tareas subsidiarias (son las n.º 12, 21, 30, 28, 25 y 35). En consecuencia, la circunstancia de estar todavía incompleta supone una limitación para el estudio comparativo de la misma (como reiteradamente hemos comentado, sólo se ha intervenido de forma parcial en el yacimiento, por lo que, al no haber sido agotado su potencial, no hemos podido definir totalmente la planta de la *pars urbana* ni la de otras posibles construcciones erigidas en este solar). No obstante, a pesar de que esta *villa* no tenía la magnitud de algunas otras de la Bética o de la Meseta superior, su arquitectura es de buena calidad, cuenta con elementos de prestancia y parece ser el centro de una explotación agrícola de cierta envergadura, aun siendo difícil evaluar sus dimensiones y su importancia respecto a otras propiedades de su entorno físico, como, p. ej., la *villa* de El Calvario (Terrinches), localizada a 4 km e igualmente habitada en el siglo IV (hasta la Alta Edad Media, en este caso), o la de La Ontavia, perteneciente a ese mismo término municipal vecino y emplazada a 9 km de la de Albaladejo (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 69-124).

Aspectos constructivos tales como la serie de departamentos dispuestos a uno y otro lado del corredor que conecta el peristilo con la entrada principal de la vivienda le aporta rasgos, si no absolutamente excepcionales (pues no es una innovación arquitectónica singular, al existir algún otro caso hasta cierto punto equiparable, *vid. infra*), al menos sí bastante peculiares, como lo es también su pertenencia al tipo de las *villae* de peristilo, pero combinado con el de galería en la fachada, e igualmente inusual es su orientación general, en dirección Noroeste. A pesar de estas variantes y particularidades, la *villa* de Puente de la Olmilla es un modelo de representación paradigmático de la casa de campo romana, que se adecúa tanto en su configuración arquitectónica como en su ubicación a buena parte de las premisas establecidas por los tratadistas en agronomía, entre otros autores antiguos (como Vitrubio...).

En las páginas precedentes nos hemos detenido en su análisis distributivo, como punto de partida para cotejar su planta, a fin de encontrar algunos paralelismos constructivos con la de otras *villae rusticae* de la Península Ibérica⁵⁰. Aun siendo una obviedad, no podemos dejar de señalar que, pese a la diversidad tipológica y de proporciones de todas ellas - variaciones impuestas por las condiciones climatológicas y topográficas, los gustos de sus propietarios, etc.-, frecuentemente presentan puntos en común, útiles para establecer ciertos patrones básicos, algo lógico habida cuenta que tienen un mismo sustrato cultural. En esa línea de trabajo, no sólo nos ocupamos de su morfología, sino que hacemos alusión brevemente a otras analogías o divergencias (datación, programas decorativos, etc.) de Puente de la Olmilla con algunas de las *villae* distribuidas por todo el ámbito peninsular. Éstas han sido seleccionadas entre las más emblemáticas y, aunque no sea una recopilación completamente exhaustiva, dados los cuantiosos ejemplos existentes, al menos, hemos intentado que fuera rigurosa y lo suficientemente elocuente como para permitirnos formular una serie de consideraciones finales genéricas. Nos centramos fundamentalmente en los paralelos, pero también incluimos otros ejemplos que no presentan afinidades, en un proceso de confrontación de un buen número de ellos que nos sirve de base para intentar dilucidar si, entre otros, factores tales como su pertenencia a un mismo contexto territorial tienen alguna relación con las similitudes o diferencias perceptibles, como iremos viendo.

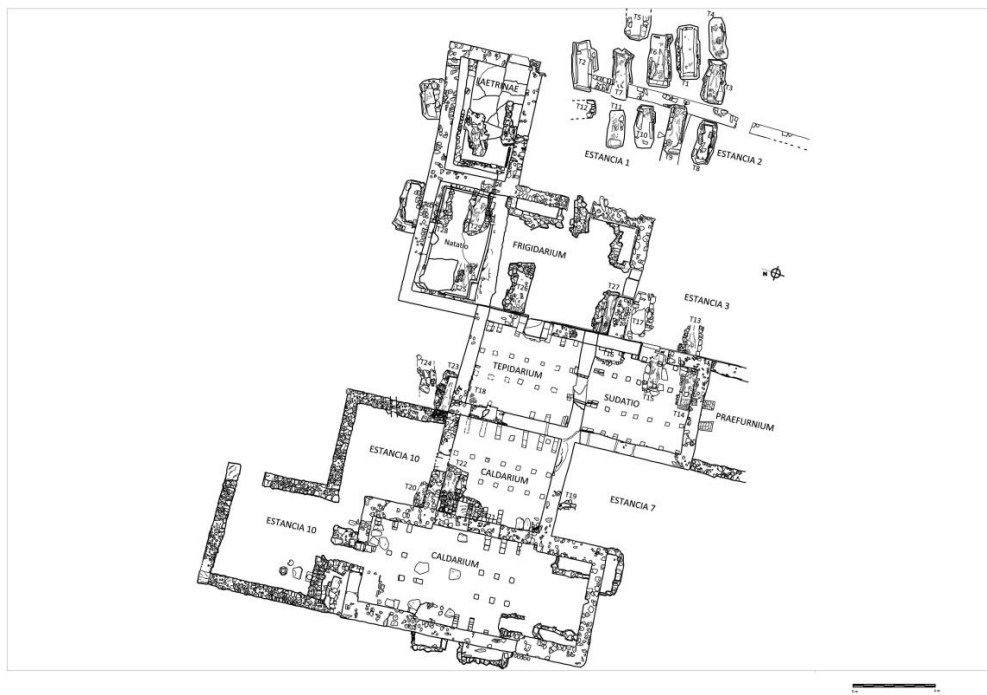


Fig. 382. Planimetría del *balneum* de la villa de La Ontavia (Terrinches, Ciudad Real).
Según BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, fig. 9.

Ateniéndonos a un criterio de cercanía geográfica, comenzaremos con la villa de **La Ontavia (Terrinches)** (fig. 382), de la que se ha excavado parte del *balneum* y de una necrópolis (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 69-124, fig. 9). Por ahora se desconoce si las salas termales estaban unificadas o segregadas del resto del establecimiento. Algunas de ellas fueron amortizadas más adelante como lugar de enterramiento. La cronología propuesta del complejo termal se inscribe entre los siglos II y V d.C. En efecto, algunos ambientes fueron reutilizados, atestiguándose un nivel de ocupación durante la Tardoantigüedad, y el cambio de funcionalidad de varias estructuras. También en Puente de la Olmilla se ha detectado la existencia de un espacio balnear y de otro funerario en el entorno de la residencia, pero todavía no han sido objeto de una intervención arqueológica.

En la Plaza del Torreón y varias de sus calles aledañas, en **Alcázar de San Juan (Ciudad Real)**, se han sacado a la luz diversas estancias y algunos de los pasillos que bordeaban un patio rectangular de una gran mansión romana, en su mayoría parcialmente delimitadas (fig. 15). Así pues, podemos

apuntar que ambas edificaciones señoriales (de Puente de la Olmilla y barrio de Sta. María) parecen tener en común la existencia de un peristilo. Esa es la única característica de su tipología arquitectónica aparentemente constatada en la *pars urbana* de la *villa* alcazareña y tan sólo en ese sentido podemos decir que constituye un paralelo relativamente próximo a la de Puente de la Olmilla. Su primer excavador (SAN VALERO, 1956, 195-199; 1957, 215-218) no dio a conocer en estos trabajos la planimetría de la sección por él excavada y más adelante tapada, de manera que no nos es posible confrontarla con la de Albaladejo. No disponemos, por tanto, de un plano que incorpore los resultados de las antiguas campañas de excavación ni dibujos de los materiales arqueológicos recuperados en ellas, a algunos de los cuales se hace alusión tanto en las citadas publicaciones como en algunas otras (SAN MARTÍN, 1953, 32-36, 39). Un dato de interés es el relativo a la existencia de un hipocausto, pues de ello se deduce que contaba con recintos calefactados (presumiblemente de unas instalaciones termales; SAN VALERO, 1956, 196; GORGES, 1979, 247; GARCÍA-ENTERO, 2005, 52, CR. Vil.2, quien la incluye, como “*villa* de El Palacio”, en su catálogo de *balnea* hispanorromanos, concretamente, habla esta autora de una “estancia con *hypocaustum* de un ámbito rural privado del siglo II”, ciñéndose a la denominación y cronología de la *villa* dadas por J. San Valero). Un diario provincial (*Lanza*, 23-1-1952) se hace eco de la opinión emitida por J. San Valero y otros especialistas, quienes pensaban que los mosaicos descubiertos en la primera campaña pertenecían a un peristilo de 26 por 28 m. De ser correcta esa estimación, cabría deducir que el núcleo centralizador de la vivienda era considerablemente más amplio que el de Puente de la Olmilla, cuyo patio mide 9,85 m de largo por 7,70 m de ancho. Los respectivos ciclos musivos pertenecen al siglo IV, destacando entre los 400 m² del alcazareño un mosaico pavimental de 90 m² (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 23-27), dimensiones que sobrepasan a las de cualquiera de las estancias soladas en *opus tessellatum* del otro conjunto doméstico estudiado, cuya área decorada con mosaicos es de unos 220 m² (no obstante, tenemos noticia de que algunos otros han sido arrasados, GARCÍA BUENO, 1994, 95-

116; 2001, 212-217). Buena parte del establecimiento romano de Alcázar se encuentra bajo la Iglesia de Sta. María y el caserío de dicho barrio, apenas excavado aún.

La fase de pleno auge de la *villa* de Puente de la Olmilla está cronológicamente enmarcada en el siglo IV d.C., con perduraciones en su ocupación hasta un momento impreciso del V, aunque también hay algunas piezas numismáticas y fragmentos cerámicos altoimperiales, indicadores de su origen en dicha época (igualmente, a consecuencia de las labores agrícolas, hay entremezclada alguna cerámica contemporánea y una moneda del siglo XIX). En cuanto a los niveles romanos del yacimiento de Alcázar, nos han proporcionado fundamentalmente materiales de la Antigüedad Tardía, salvo unos escasos fragmentos de *terra sigillata* altoimperial y un par de ejemplares monetarios del siglo I d.C., que delatan una etapa previa. Se ha podido recuperar en él un volumen apreciable de restos muebles, a diferencia de los de Puente de la Olmilla, mucho más exigüos. Tras alcanzar su momento de máximo esplendor en la segunda mitad del siglo IV, la *villa* de Albaladejo parece haber sido progresiva y pacíficamente abandonada en la siguiente centuria, sin señal alguna de violencia, pues, a nuestro entender, no cabe interpretar como tal la aparición de alguna puntual bolsada de cenizas y carbones, mientras que la de Alcázar presenta claros signos de haber sufrido algún episodio destructivo, asociado a un fuerte incendio (desconocemos si fortuito o intencionado), evidenciado por la reiterada aparición de tejas y otros materiales arqueológicos quemados, potentes estratos de cenizas, vigas carbonizadas..., si bien hubo un reasentamiento en fechas inmediatas. Por otro lado, la cultura material del yacimiento de la Plaza del Torreón atestigua un periodo de ocupación mucho más dilatado de dicho enclave, confirmado por diversos elementos arqueológicos, entre otros, una posible torre albarrana y una torre del homenaje, del Medioevo, además de otras estructuras medievales y contemporáneas, monedas medievales, un abundante repertorio cerámico que abarca hasta el siglo XX... En cambio, el edificio solariego de Puente de la

Olmilla aparentemente ya no fue habitado de forma estable después de su abandono en el siglo V d.C.

Algunas unidades arquitectónicas localizadas recientemente al Noroeste del núcleo residencial donde intervino J. San Valero permiten plantear una mayor extensión del yacimiento de Alcázar, correspondiendo a una etapa muy tardía (algunos de los materiales arqueológicos se pueden encuadrar entre los siglos V-VI e incluso VII, según sus excavadores, quienes consideran que la *villa* evolucionó hasta convertirse en un gran *vicus*). Se trata de un sector dedicado a actividades productivas, con almacenes, un pozo, una herrería y un *torcularium*, reaprovechado en época visigoda como zona de molienda, además de algunos espacios habitacionales (RUIZ SABINA y OCAÑA, 2011-2012, 241-252). El mencionado hipocausto debió de ser desmantelado *a posteriori*, en mayor o menor medida, ya que se reutilizó material latericio en el solado de una de las dependencias localizadas en uno de los últimos sondeos y se desmontarían diversos elementos de algunas de las edificaciones precedentes, empleándose sillares y tambores de columnas procedentes de ellas en la construcción de otras nuevas (*vid. infra* Anexo I.2).

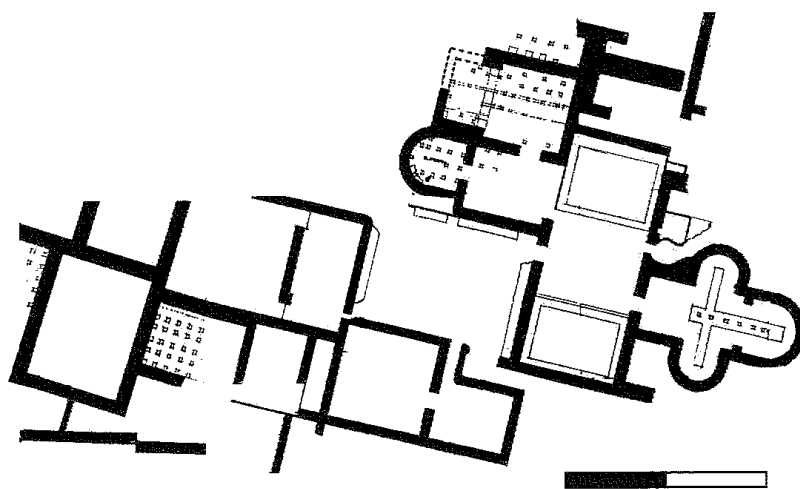


Fig. 383. Planimetría de la *villa* del Camino Viejo de las Sepulturas (Balazote, Albacete). Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 16.

De la gran *villa* áulica del **Camino Viejo de las Sepulturas (Balazote, Albacete)** (fig. 383) se conocen las termas monumentales, con una estructura trilobulada (SANTOS GALLEGO, 1977, 367-370; GORGES, 1979, 179, fig. LVIII.1; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 16; SANZ GAMO, 2006, 153-171). Al no haberse puesto al descubierto las del complejo arquitectónico estudiado, no podemos compararlas. A las mismas pertenecen la mayoría de los mosaicos descubiertos en esta residencia campestre, con los que se pueden establecer algunos paralelismos tanto en el caso de los de Alcázar de San Juan como en el del conjunto musivo de Puente de la Olmilla (*vid. supra* capítulos VI.2, VII.2 y XIV.5; BLÁZQUEZ, MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 37-46, figs. 5-6, 8-9).

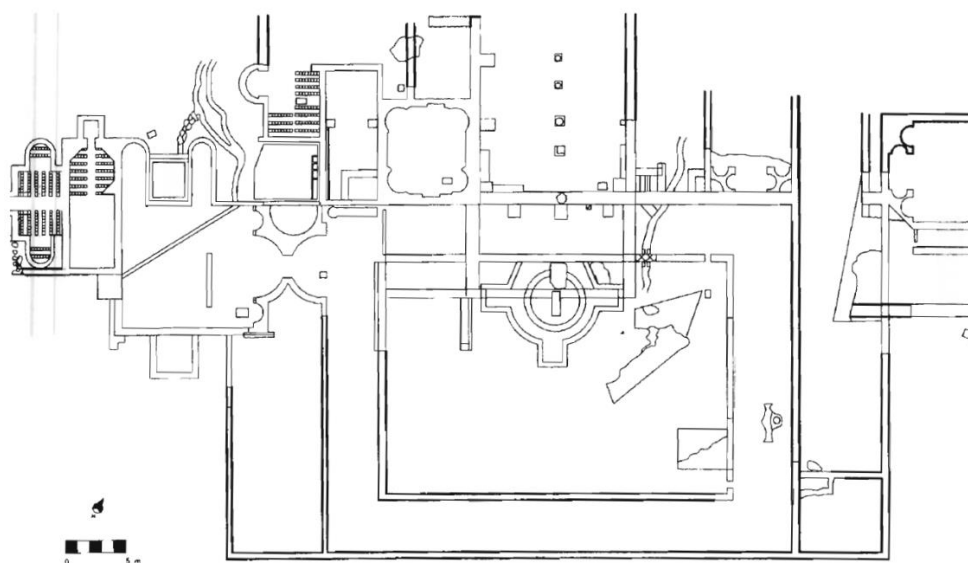


Fig. 384. Planimetría de la *villa* de El Saucedo (Toledo).

Según CASTELO *et alii*, 2006, fig. 2.

La planta de **El Saucedo (Talavera la Nueva, Toledo)** (fig. 384) no se asemeja demasiado a la de Puente de la Olmilla, aunque también sea una *villa* de peristilo, con una gran estancia rectangular -identificada con el *oecus*- dispuesta en el centro del lado mayor del patio porticado, frente al núcleo ajardinado, que nos recuerda a la habitación n.º 7 en su posición y configuración. Otro punto en común es que en ambas se documenta una etapa

altoimperial (de la que en ninguno de los dos casos parecen haberse conservado restos arquitectónicos claramente distinguibles) y otra tardía, con una pervivencia histórica mucho más prolongada en El Saucedo, en uso hasta comienzos del siglo VIII d.C. (RAMOS y DURÁN, 1988, 237-243; AGUADO *et alii*, 1999, 199; CASTELO *et alii*, 2006, 174-196). Está dotada de termas (GORGES, 1979, 423), cuyo amplio salón distribuidor se convirtió en basílica cristiana a partir de las postrimerías del siglo V. En esa etapa se reformó el edificio, reutilizándose algunos recintos como zonas de almacenaje, como pudo suceder con algunas de las dependencias abiertas al brazo oriental del peristilo. Asimismo, ambas estaban bien comunicadas, mediante su inserción en la red viaria romana. En otro orden de cosas, los ladrillos empleados en el enclave toledano presentan medidas aún más dispares que los recuperados en Puente de la Olmilla y, a diferencia de éstos, no tienen ningún tipo de marca (CASTELO *et alii*, 1997, 72-73). En ambos yacimientos se ha podido comprobar que las dimensiones del material latericio no siguen los módulos normalizados en Roma desde el siglo I d.C. (ADAM, 1992, 159), como frecuentemente sucede en los ámbitos territoriales periféricos.

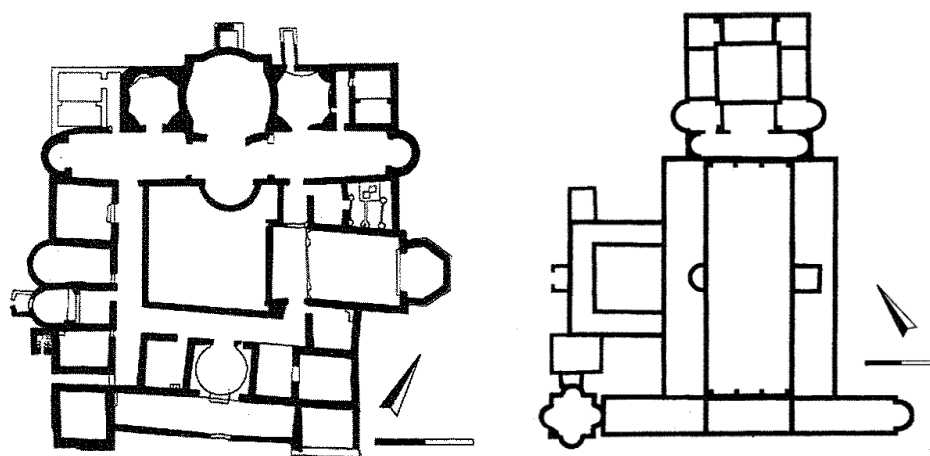


Fig. 385. Izquierda: Planimetría de la *villa* de Materno, en Carranque (Toledo). Derecha: Planimetría del edificio de planta basilical de Carranque (Toledo). Según FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, figs. 3 y 5.

A cierta distancia de la *pars urbana* de la *villa* de **Carranque (Toledo)** (fig. 385) se levanta un edificio de planta basilical (BOWES, 2006, 91 y 95, fig.

9; CHAVARRÍA, 2007, 104). Salvando las enormes distancias respecto a la magnificencia y monumentalidad de esta excepcional mansión rural (FERNÁNDEZ-GALIANO, 1992, 29-30, ficha 3), su distribución espacial se asemeja en líneas generales a la de Puente de la Olmilla, ajustándose a la tipología característica de buena parte de los conjuntos domésticos romanos, pese a ser esta última una residencia de muchas menores pretensiones arquitectónicas y ornamentales que la toledana. Ambas están articuladas en torno a un gran patio central (uno prácticamente cuadrangular y el otro rectangular), alrededor del cual se circulaba por medio de varios deambulatorios, no obstante, en el caso de Carranque, dos de ellos han sido interpretados como antesalas, más que pasillos propiamente dichos. Al Sureste, la zona de la entrada está precedida por un porche posiblemente sustentado por arcos de ladrillo, flanqueado por sendos torreones (BLÁZQUEZ, 2009, 623), dando paso al peristilo a través de un vestíbulo circular, mientras que en Puente de la Olmilla se accede desde la galería de fachada al ámbito central mediante un largo pasillo y no hay constancia arqueológica de la existencia de torres en las esquinas de la fachada (con todo, cabe recordar que su excavación está incompleta). Así pues, en la *villa* de Albaladejo documentamos un amplio pórtico exterior de planta rectangular como en la toledana, pero ubicado al Noroeste y sostenido por una columnata labrada en piedra local. Por lo demás, mientras que en la objeto de nuestro estudio sólo ha aparecido (hasta ahora) una habitación absidiada, en Carranque hay dos aposentos del mismo tipo y la referida antesala del área septentrional también está rematada por ábsides en ambos extremos, a su vez, dicha antesala precede al *triclinium*. Asimismo, en Puente de la Olmilla esa atribución funcional podría corresponder a una habitación rectangular que tiene igualmente una antecámara (n.º 1 y 2) o bien a otra estancia cuadrangular (n.º 4). Otros recintos, identificados como dependencias auxiliares, se añaden al núcleo señorial de la *villa* de Carranque por el lado oeste, en tanto que en la nuestra se accede a través de un corredor (n.º 32) a otra serie de departamentos situados en el sector oriental, parcialmente exhumado.

La llamada “*villa* de Materno” tiene una superficie de unos 1.000 m², en tanto que la de Puente de la Olmilla excede con creces los 1.225 m² hasta el momento puestos al descubierto.

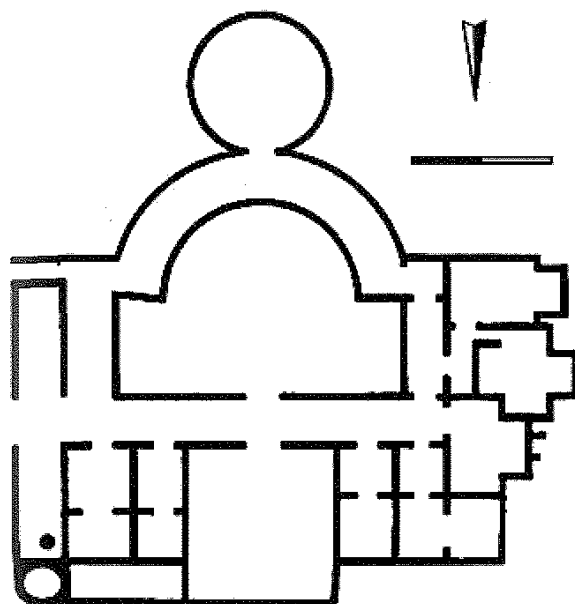


Fig. 386. Planimetría de la *villa* de Rielves (Toledo).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 53.

La gran *villa* de **Rielves (Toledo)** (fig. 386) tiene un patio que estuvo probablemente ajardinado, como el de Puente de la Olmilla e igualmente se erige en su ámbito principal, pero aquél presenta la particularidad de estar delimitado al mediodía por una galería semicircular que da paso a una sala circular, identificada con el *oecus* (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 53; FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 61-75). Por lo demás, no se aprecian concomitancias planimétricas entre ambas. Contaba con salas calefactadas (GORGES, 1979, 422-423; FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 62-65). Desde un manantial cercano a esta lujosa vivienda rural toledana partían cuatro canalizaciones en direcciones opuestas, en cambio, aún no se ha localizado el punto concreto de partida de las del yacimiento de Albaladejo, que se proveía de un arroyo muy próximo.

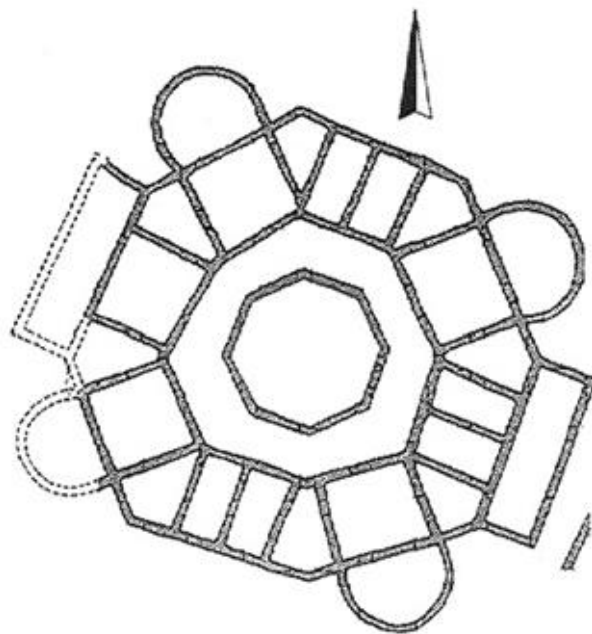


Fig. 387. Planimetría de la *villa* de Valdetorres del Jarama (Madrid).
Según ARCE, 2006, fig. 2.

El plan arquitectónico del edificio de **Valdetorres del Jarama (Madrid)** (fig. 387), interpretado por algunos investigadores como *villa*, pese a barajarse diversas teorías al respecto de su funcionalidad (cfr. ARCE, CABALLERO y ELVIRA, 1979; ARCE, 2006, 12 y 15, fig. 2; CHAVARRÍA, 2007, 293-294), es completamente diferente del de Puente de la Olmilla, pues, aunque los ambientes de habitación están distribuidos también en torno a un patio central, en la primera se encuadran dentro de un octógono, original concepción geométrica que se reproduce en el patio porticado (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 75). Además, parece ser que este establecimiento carece de instalaciones termale, mientras que el de Puente de la Olmilla sí estaba dotado de ellas, según apuntan algunas prospecciones arqueológicas realizadas (PUIG y MONTANYA, 1978, 10).

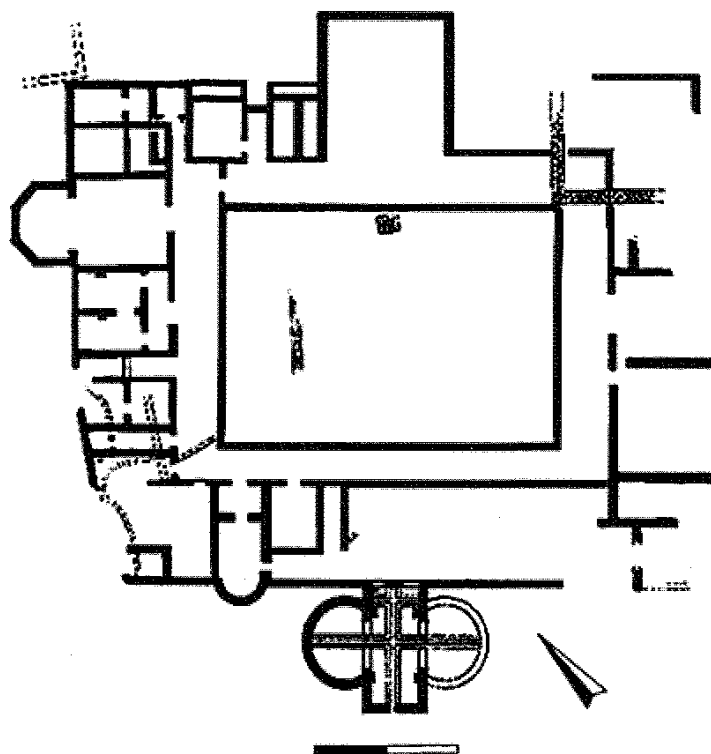


Fig. 388. Planimetría de la *villa* de Aguilafuente (Segovia).

Según SASTRE DE DIEGO, 2001, fig.1.

En la *villa* de **Santa Lucía (Aguilafuente, Segovia)** (fig. 388) se repite el esquema habitual del patio porticado rectangular como núcleo de la edificación (CHAVARRÍA, 2007, 95). Tiene igualmente una pequeña sala absidiada, localizada al Suroeste del peristilo central (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 4; SASTRE DE DIEGO, 2001, 287, fig. 1; REGUERAS, 2007, 36; 2010, 283-287, fig. 2), en tanto que en Puente de la Olmilla una habitación similar se posiciona en la esquina septentrional del mismo (n.º 15); además, sendos peristilos tienen un eje distinto (en el primer caso, el lateral más largo es paralelo a lo que parece ser la zona de entrada a la mansión, al contrario que en la de Albaladejo). Una amplia estancia de planta cuadrada se encuentra en el lado opuesto del peristilo, lo que recuerda la disposición de los dos recintos análogos de la *villa* objeto de nuestro estudio. Otro aposento, con la cabecera rematada en exedra pentagonal, debía de ser una de las habitaciones nobles de la casa. El establecimiento tenía una red de canalizaciones para la traída y

llevada de aguas, aunque no se ha dilucidado si todas las conducciones estaban destinadas al desagüe o alguna servía para el drenaje de la humedad del subsuelo (GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 202). Estaban cubiertas de lajas planas y grandes *imbrices* (LUCAS y VIÑAS, 1977, 147-148), de igual manera, las de Puente de la Olmilla fueron protegidas con piedras, fragmentos de tejas... (*vid. infra* capítulo XX). Las dependencias termas están incorporadas al sector señorial de esta gran *villa* áulica, que durante el siglo V experimentó diversas reformas (REGUERAS, 2007, 36; 2010, 279-310). No han sido excavados los ambientes utilitarios (REGUERAS, 2007, 37), como tampoco ha salido a la luz la *pars fructuaria* de Puente de la Olmilla. A diferencia de lo que sucede en ésta, la techumbre de la *villa* segoviana estaba formada fundamentalmente por tejas curvas, pues son bastante escasas las tejas planas recuperadas (GORGES, 1979, 355, fig. LV), mientras que en los ambientes cubiertos de Puente de la Olmilla ha aparecido un potente estrato compuesto tanto de *tegulae* como de *imbrices*. Ambas *villae* se encuadran cronológicamente en el siglo IV, presentando un nivel de ocupación altoimperial.

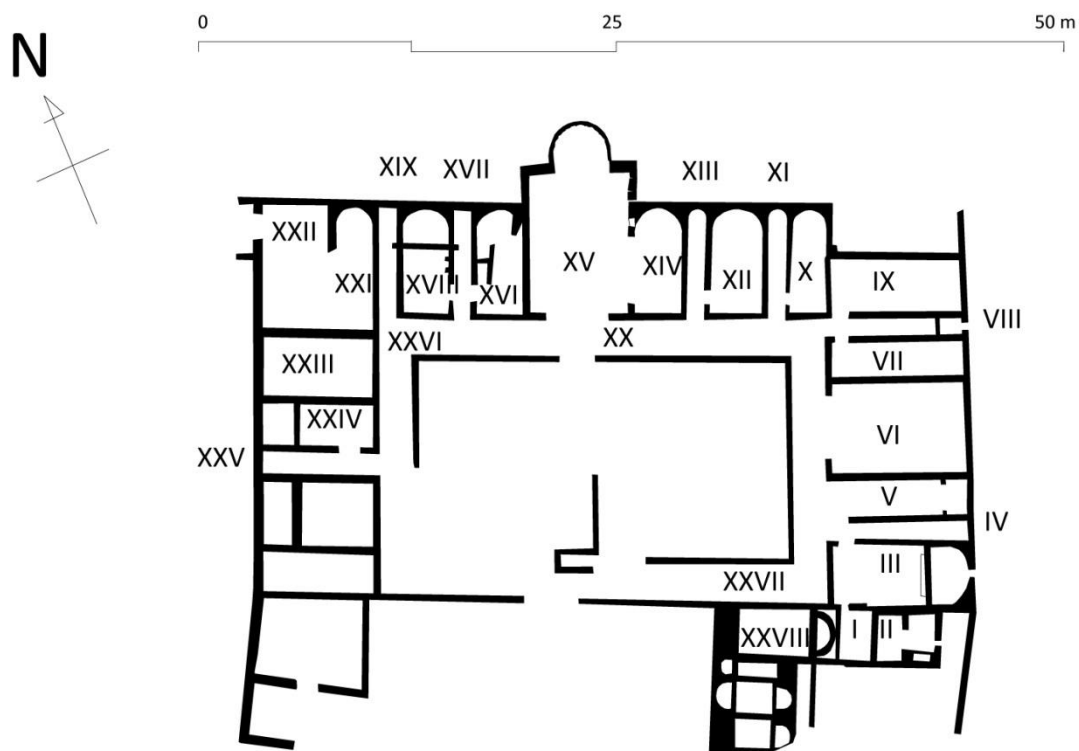


Fig. 389. Planimetría de la villa de la Dehesa de Cuevas de Soria (Soria).

Según BERMEJO TIRADO, e. p., fig. 23.

La villa de **Cuevas de Soria (Dehesa de Soria)** (fig. 389) se desarrolla en torno a un patio porticado rectangular de vastas proporciones (900 m²), con habitaciones señoriales de forma absidial a las que se accede a través de pequeños pasillos perpendiculares a una de las galerías del peristilo, salvo el gran salón central, que abre directamente a la misma (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 92-94, fig. 24; CHAVARRÍA, 2007, 95; BERMEJO, e. p., fig. 23). En el interior del peristilo había un espacio ajardinado (BLÁZQUEZ, 2001, 33), como, según creemos, ocurría en Puente de la Olmilla. Han salido a la luz treinta estancias, veintidós de ellas revestidas con mosaicos pavimentales (1.400 m²), todos ellos geométricos, lo que supone unas tres cuartas partes del conjunto doméstico. Está considerada una mansión áulica, que fue habitada entre fines del siglo II y el V (REGUERAS, 2007, 19-20). Simplemente el gran número de recintos tapizados en *opus tessellatum* evidencia que se trata de una vivienda notablemente más rica que la de Puente de la Olmilla. Con todo, es digna de

reseñar la existencia de dos mosaicos figurativos en esta última, de los que, por ahora, no se conoce ninguno en el yacimiento soriano (BLÁZQUEZ y MEQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 47). Son apreciables los paralelismos de las composiciones musivas de ambos ciclos de mosaicos geométricos, de lo que parece desprenderse su pertenencia a una misma zona de influencia artística e incluso una posible vinculación de las *officinae* que los ejecutaron (sobre el particular, *vid. supra* capítulo XIV.5.2).

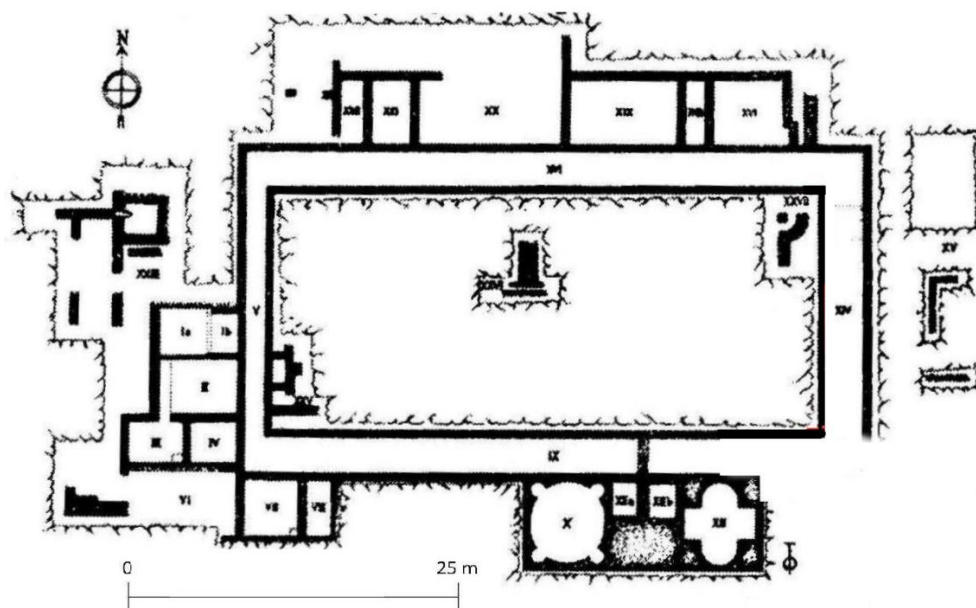


Fig. 390. Planimetría de la *villa* de Santervás del Burgo (Los Villares, Soria).
Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 62.

Lo mismo sucede en el edificio rústico de **Santervás del Burgo (Los Villares, Soria)** (fig. 390), donde se repite el patrón clásico de distribución de los distintos habitáculos alrededor de un peristilo rectangular (CHAVARRÍA, 2007, 95), que en este caso era de grandes dimensiones, con deambulatorios y un jardín en su interior, como en Puente de la Olmilla. Al Norte se distribuían los ámbitos de funcionalidad agrícola y un *hortus* (GORGES, 1979, 404, fig. XLV; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 62; BLÁZQUEZ, 2001, 33; REGUERAS, 2007, 21, 42-43; BERMEJO, e. p.). Contaba con depósitos de agua (ORTEGO, 1955, 193). Las habitaciones principales se concentran en un mismo sector (al Sur), a diferencia de Puente de la Olmilla, donde éstas se distribuyen en torno al peristilo. Cronológicamente se enmarca entre mediados del siglo II y mediados del IV d.C.

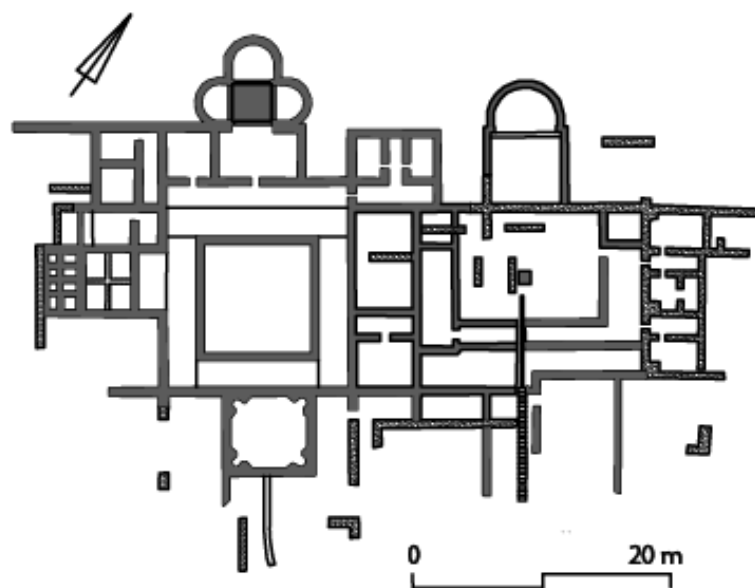


Fig. 391. Planimetría de la villa de Los Quintanares (Rioseco, Soria).
Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 49.

La villa de **Los Quintanares (Rioseco de Soria)** (fig. 391) está formada por un conjunto de habitaciones alrededor de dos peristilos (CHAVARRÍA, 2007, 95; REGUERAS, 2007, 40-42), uno de ellos de planta cuadrangular y otro rectangular. El primero está presidido por un salón con *trifolium* y el otro

por una estancia absidiada. Para J.-G. Gorges (1979, 131-132), es un claro modelo de *villa* áulica y M.C. Fernández Castro (1982, 94, fig. 49) la clasifica como *villa* residencial señorial. A su vez, J.M. Blázquez y T. Ortego (*CMRE* VI, 1983, 14) la consideran una vivienda de tipo semiurbano, por su magnificencia, amplitud y riqueza. Las termas y algunas habitaciones de invierno, sobre hipocausto, se hallan en el sector meridional del conjunto arquitectónico (GORGES, 1979, 403, fig. LII). Una conducción llevaba las aguas desde el río Sequillo, que discurre a 1,5 km de aquí (ORTEGO, 1976, 362), del mismo modo que se captarían las aguas del Arroyo de la Fuente de la Bola y probablemente del de La Comendaora, para suministrarlas a los habitantes de Puente de la Olmilla. Comparada con la suntuosa *villa* soriana, esta última era una construcción considerablemente más sencilla, pese a contar con algunos elementos lujosos tales como pavimentos de mosaico, pinturas murales, una instalación hidráulica...

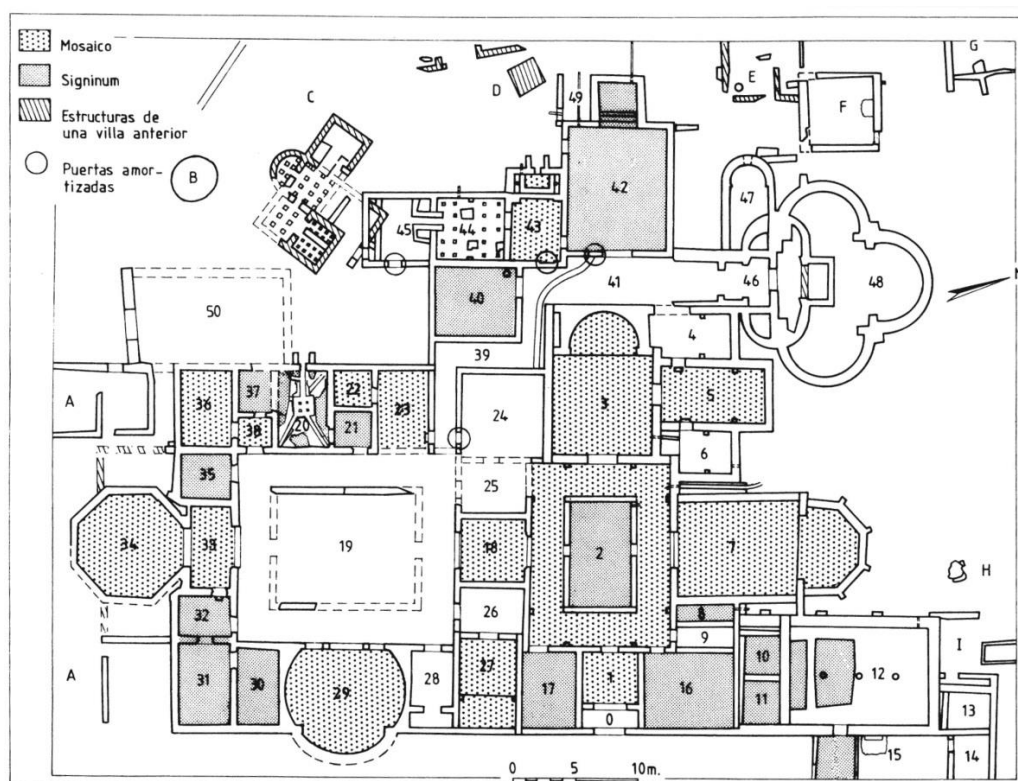


Fig. 392. Planimetría de la *villa* de Almenara de Adaja (Valladolid).

Según GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, fig. 4

Al igual que en la anterior, este esquema de casa estructurada por dos patios porticados también se da en **Almenara de Adaja (Valladolid)** (fig. 392), dando lugar a dos bloques constructivos conexos (CHAVARRÍA, 2007, 95). Al peristilo central abren dos grandes salas de prestigio, siguiendo un plano ortogonal (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 7; NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 13-16, GARCÍA MERINO, 2008; GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 1997, 99-124; 2004, 177-196; GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 194, fig. 4). Una de ellas, con una exedra poligonal, podría ser el *tablinum* y la otra corresponde al *triclinium*. Como la habitación a la que hemos asignado el n.º 15 en Puente de la Olmilla, esta última tiene una cabecera semicircular encajada en un muro rectilíneo, aunque las dimensiones de la vallisoletana son mucho mayores. Desde uno de los deambulatorios del segundo peristilo se accede a un salón con exedra trilobulada, cuya entrada es tripartita. La construcción “se organiza en función de ejes ortogonales rigurosos” (GORGES, 1979, 437-438, fig. LIII). La fachada principal está en el lado oriental, mientras que en Puente de la Olmilla se encuentra al Noroeste. Los zócalos de algunas paredes estaban pintados con imitaciones de mármoles, como en la *villa* que nos ocupa. El área residencial de la de Almenara se comunica con unas magníficas termas mediante un pasillo (sobre el avituallamiento de agua, saneamiento y drenaje de Almenara, cfr. GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 189-206). En el entorno de su *pars urbana* se disponen los edificios propios de una explotación agropecuaria, asimismo, donde se alojaban el personal de servicio y los colonos (NIETO, 1942-1943, 197-198).

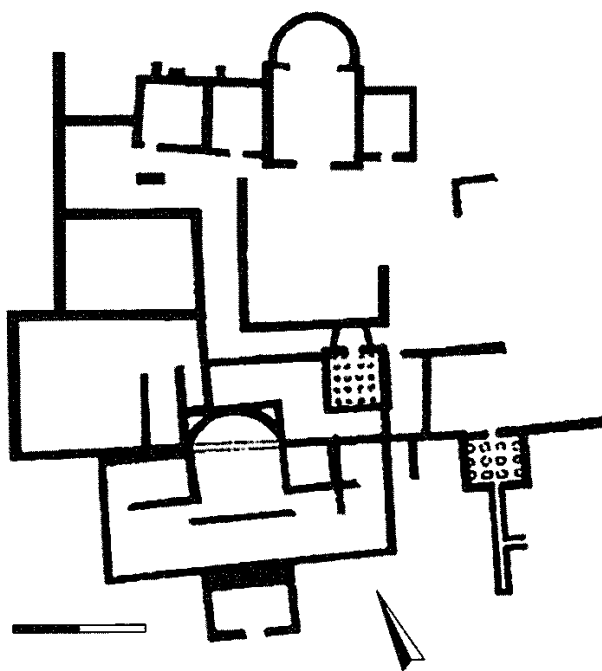


Fig. 393. Planimetría de la *villa* de Prado (Valladolid).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 45

La *villa* de **Prado (Valladolid)** (fig. 393) tiene dos salas absidiadas, una de ellas abierta directamente a un peristilo trapezoidal. A la otra se accede desde el vestíbulo. Las dimensiones de estas dependencias, identificadas como *triclinia* (GORGES, 1979, 444, fig. XXXVIII; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 45; NEIRA y MAÑANES, *CMRE* XI, 1998, 47) son mucho mayores que las de la habitación rematada en hemiciclo de Puente de la Olmilla (n.º 15), que ocasionalmente ha sido interpretada como tal (*vid. supra* capítulo XIV.3). Ambos yacimientos tienen dos niveles de ocupación. El gran complejo vallisoletano amortiza una construcción anterior, aunque en el caso de Puente de la Olmilla no disponemos de elementos suficientemente indicativos de que las estructuras tardorromanas se superpongan a las altoimperiales. No hay más concomitancias entre ambas edificaciones. La *villa* de Prado (TORRES CARRO, 1988, 177-218) cuenta con ambientes termales y otros de carácter funcional, diseminados por una amplia superficie. Según M.C. Fernández Castro (1982, 106), habría sido erigida en las primeras décadas del siglo IV

d.C. Parece ser que fue destruida en la primera mitad del siglo IV y su área residencial se volvió a ocupar después (REGUERAS, 2007, 48), tras su reconstrucción, circunstancias que no compartió con el asentamiento tardorromano de Puente de la Olmilla.

La *villa* de **Saelices el Chico (Salamanca)**, según parece, pertenece al tipo de planta dispersa, al menos la correspondiente a época tardía (MARTÍN CHAMOSO, 2007; MARTÍN CHAMOSO y HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, 1997a, 50-53; 1997b; PÉREZ OLMEDO *et alii*, 1997, 179-201). El conjunto musivo ha sido datado en el siglo IV. Hay evidencias ocupacionales de una antigua instalación altoimperial, de las dos primeras centurias, momento coincidente con la etapa inicial de habitación de Puente de la Olmilla. Igualmente, como en este establecimiento, han aparecido el área residencial y un espacio ajardinado, aunque, a diferencia de la de Albaladejo, en esa zona del jardín se ha exhumado un gran edificio con estructuras arquitectónicas absidiadas colindantes con la anterior, pertenecientes a un ninfeo, etc., además, se ha descubierto la parte rústica y restos de un hipocausto, del *balneum*. Se distingue también del yacimiento estudiado en que existen vestigios de la etapa bajomedieval-moderna y sólo se ha excavado una superficie de unos 175 m², mucho más reducida que la del sector conocido de Puente de la Olmilla.

riqueza hídrica de su entorno es mucho menor. Destaca especialmente un gran salón rectangular, al que se ha atribuido la función de *oecus* y pavimentado, como el de la habitación n.º 2 de Puente de la Olmilla, con un mosaico de tema dionisiaco (ARGENTE, 1975, 899-912). Las paredes estaban decoradas con estucos pintados, como buena parte de las de Puente de la Olmilla. El conjunto musivo documentado en esta estructura doméstica burgalesa es representativo de las novedades artísticas características de los inicios del siglo IV, evidenciando influencias africanas y orientales, en lo que también se asemeja al lote de mosaicos pavimentales de la *villa* de Albaladejo. Al excavar bajo uno de ellos se hallaron numerosas columnas del peristilo. Este hecho, unido a ciertos materiales arqueológicos recuperados, pone de manifiesto la existencia de varias etapas cronológicas -cuando menos, dos fundamentales, una de finales del siglo I o principios del II y la de máximo esplendor en época tardía-. Igualmente, en Puente de la Olmilla se han detectado restos de un primer hábitat de los siglos I-II y otros que corresponden al Bajo Imperio, pero en Baños de Valdearados hay testimonios de una más larga ocupación. Durante los siglos IV y V este edificio sufrió importantes remodelaciones arquitectónicas, siendo reutilizado en el Medievo, periodo al que pertenece una necrópolis (ARGENTE, 1979, 22). Así pues, tiene varios puntos en común con nuestra *villa*, tales como una composición musiva de contenido báquico y el hecho de que ambas fueran progresivamente abandonadas, al no presentar ninguna de ellas signos de una destrucción violenta, si bien en la de Albaladejo no hubo una reocupación durante la Edad Media.

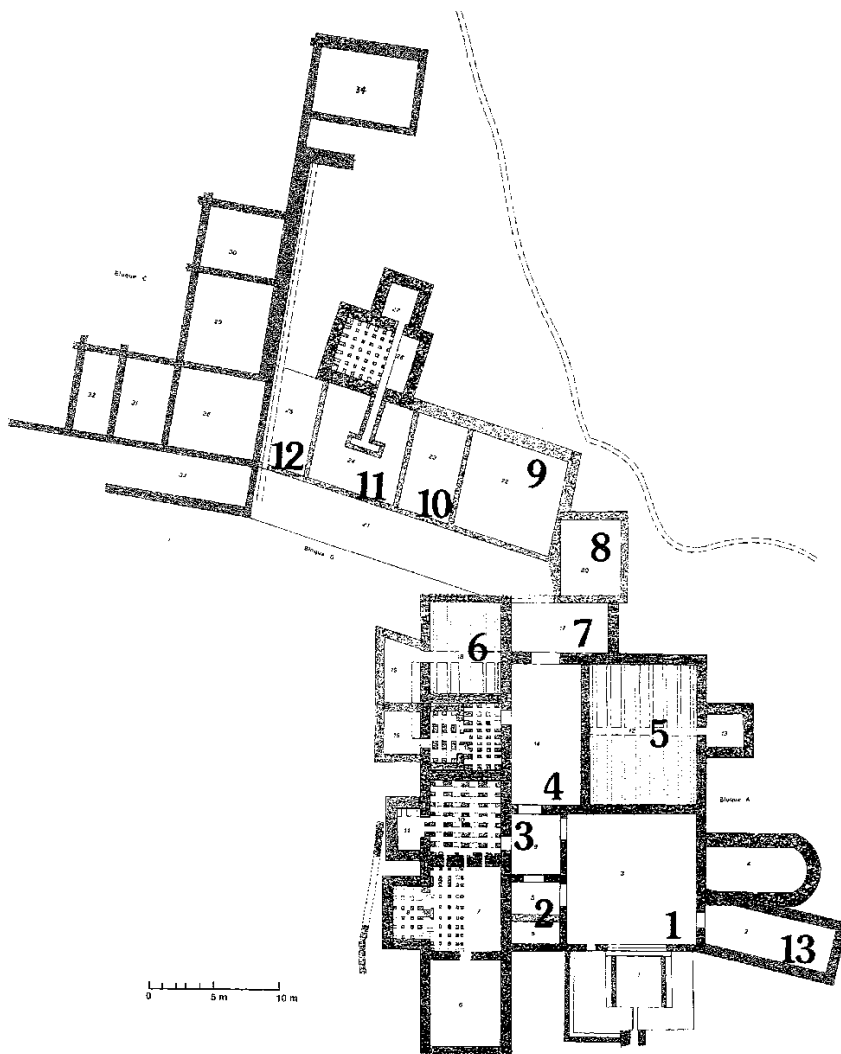


Fig. 395. Planimetría del sector excavado de la *villa* de La Tejada (Quintanilla de la Cueva, Palencia). Según GARCÍA GUINEA, 2000, lám. III.

El área excavada de **La Tejada (Quintanilla de la Cueva, Palencia)** (fig. 395) no es demasiado extensa. La interpretación de la misma apunta a la yuxtaposición de varias construcciones (termas, ambientes domésticos...), con un plan lineal, no siendo posible confirmar la existencia de un peristilo. El enclave fue ocupado a lo largo de un dilatado periodo de tiempo, pero sus materiales arqueológicos no han sido estudiados, por ese motivo no se ha podido establecer su secuencia cronológica (GORGES, 1979, 338, fig. LXII.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 51; GARCÍA-GUINEA, 1977, 187-191; 1982;

GARCÍA-GUINEA *et alii*, 2000), tan sólo que pertenece a época tardía. De este yacimiento “apenas se conocen tres bloques constructivos termales y uno rústico” (REGUERAS, 2007, 33). No es factible, por tanto, realizar un análisis comparativo.

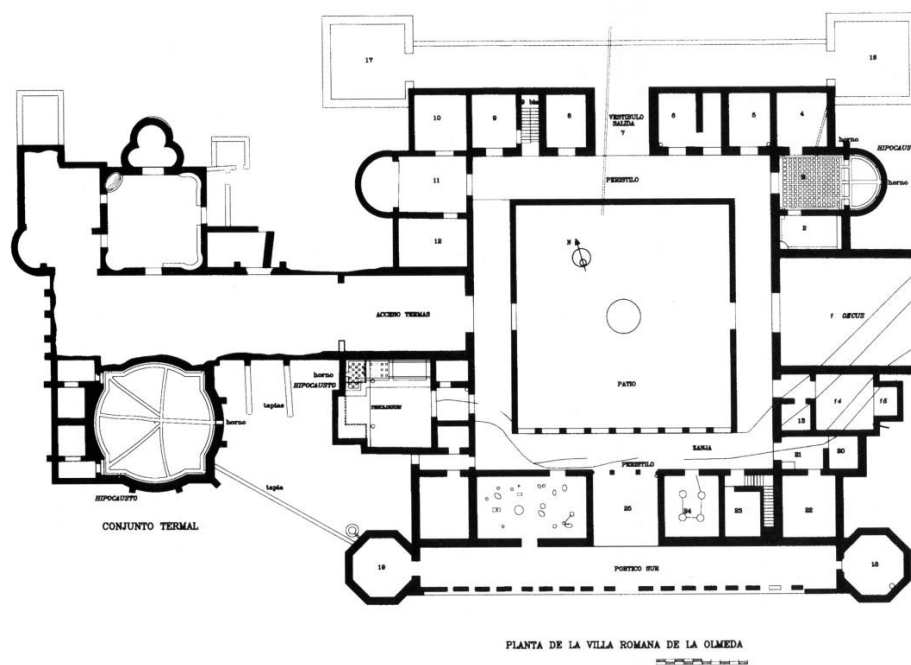


Fig. 396. Planimetría de la villa de La Olmeda (Palencia).

Según NOZAL, CORTES y ABÁSULO, 2000, fig. 1.

Salvando las enormes diferencias de dimensionalidad y opulencia, en la magnífica villa de **La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia)** (fig. 396), al igual que en la incomparablemente más modesta y sobria de Albaladejo, una amplia estancia se abre a uno de los deambulatorios del peristilo central, siendo interpretada por J.-G. Gorges (1979, 336-337, fig. XLVI) como *oecus* o *tablinum*. En opinión de P. de Palol (1975, 228), es el *oecus*. Esta gran aula, que preside el brazo oriental del peristilo, destaca especialmente por su tamaño, cercano a los 180 m², contrastando con los escasos 11,44 m² de la sala rematada en exedra de Puente de la Olmilla. En vez de una sola cámara absidiada intercomunicada con otra de planta cuadrangular, como se documenta en el establecimiento objeto de nuestra atención (n.º 15 y 16, fig.

220), el edificio palentino tiene dos, una en cada extremo del brazo septentrional del peristilo cuadrangular (CHAVARRÍA, 2007, 95), si bien es cierto que la zona opuesta a la referida habitación n.º 15 de la *villa* estudiada todavía no ha sido totalmente excavada, por lo que desconocemos cómo son esos departamentos. La superficie del *oecus* de La Olmeda es aún más impresionante comparada con la de las salas nobles hasta ahora exhumadas en Puente de la Olmilla, de dimensiones notablemente menores. Por otro lado, la fachada principal de ambos complejos residenciales consiste en una galería porticada, pero tienen distinta orientación (la de Albaladejo se abría al Noroeste, mientras que la de La Olmeda lo hacía al Sur, como sucede más comúnmente), además, de la columnata de esta última sólo quedan sus improntas y algunos restos de los capiteles corintios, en tanto que en el porche (n.º 13) de Puente de la Olmilla se han documentado basas y fustes; algunos fragmentos de capitel están desplazados más allá del pórtico exterior. La fachada de La Olmeda está enmarcada por dos torres octogonales, aparte de tener otras dos torres cuadradas en el flanco norte, fenómeno más frecuente en las tierras del Danubio que en las de Hispania (a propósito de las *villae* fortificadas en la Hispania del Bajo Imperio, cfr. BLÁZQUEZ, 2009, 623, fig. 2). En ambos casos carecen de *impluvium* (según parece, habría un jardín interior) y en algunas zonas el pavimento musivo que tapiza el peristilo está quemado, aunque conservado. La cronología del yacimiento palentino se remonta al siglo I d.C., pero los restos arquitectónicos sacados a la luz pertenecen a una mansión rural del siglo IV (MAÑANES, 1999, 347-353; CORTES, 1996, 65), al igual que en Puente de la Olmilla. La Olmeda fue abandonada en la segunda mitad del siglo V (PALOL, 1982), muy probablemente después que la *villa* de Albaladejo. El conjunto arquitectónico de La Olmeda ha sido completamente puesto al descubierto (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 94-96, fig. 41; REGUERAS, 2007, 32), incluidas sus dependencias termas (NOZAL, CORTES y ABÁSULO, 2000, 311-318), circunstancias ambas en las que también se distingue de Puente de la Olmilla.

El peristilo de la *villa* de **Maragatera-Vega de El Soldán (Santa Colomba de Somoza, León)** se abre por el lateral del fondo a una amplia estancia de planta cuadrada identificada como sala de recepción (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 66), que nos recuerda a la n.º 4 del yacimiento estudiado. Presenta la particularidad de que dicho peristilo es trapezoidal y, además, uno de sus corredores ha sido “suprimido y transformado en cuatro habitaciones suplementarias” (GORGES, 1979, 276, fig. XXXVI). Este autor se sorprende de que el plano típicamente itálico de casa articulada alrededor de un patio porticado se utilizara para construir una vivienda rústica en la región leonesa, caracterizada por inviernos fríos y lluviosos. La circunstancia de la crudeza de la estación invernal, aunque no tan extrema, se da también en la zona donde está situada la *villa* de Albaladejo, a pesar de lo cual se optó igualmente por dicho esquema arquitectónico, demostrando la importancia de los aspectos socioculturales (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 33; *vid. supra* capítulo XIV.4, pp. 524-525). Dejando aparte ese hecho, en este caso, más que buscar un lugar a resguardo de rigores climáticos, a la hora de elegir su emplazamiento se tuvo en cuenta la cercanía de una corriente de agua, poniendo así de manifiesto las prioridades de sus propietarios.

A continuación analizaremos las variantes tipológicas de otra serie de *villae* que jalonan la Península, la mayoría de ellas más allá de la Meseta, señalando las similitudes en su configuración, en los casos con los que tiene correlato el conjunto residencial de Puente de la Olmilla, o bien si, por el contrario, no existen concomitancias, en nuestro intento de comprender la influencia -o no- de los criterios de cercanía geográfica en tales cuestiones.

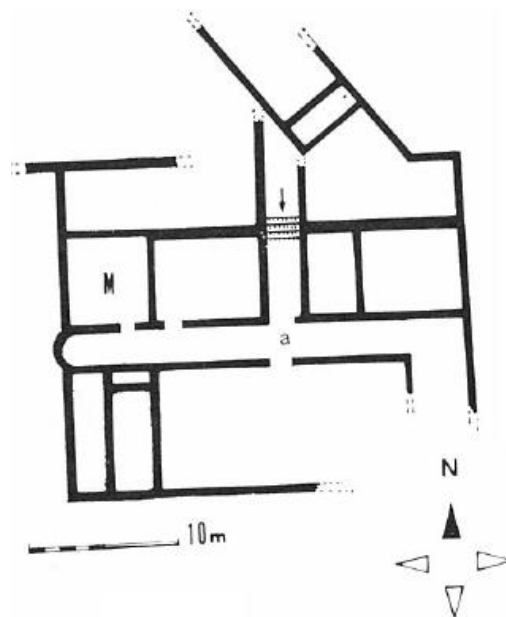


Fig. 397. Planimetría de la villa de Vega del Ciego (Memorana, Oviedo).
Según GORGES, 1979, fig. LXIII.1.

En **Vega del Ciego (Memorana, Oviedo)** (fig. 397), cerca del arroyo de Sorribas, se conserva parcialmente una villa que ha sufrido episodios destructivos incluso después de ser excavada a mediados del siglo pasado. A cada lado de un corredor central hay dos habitaciones (algunas más presenta Puente de la Olmilla). Dicho pasillo desemboca en un deambulatorio rematado por un ábside en uno de sus extremos, zona desde la que se accede a un aposento de planta cuadrada, identificado como el *triclinium*, donde ha aparecido el único mosaico pavimental de este conjunto residencial, pues los restantes ámbitos descubiertos están solados con *opus signinum* (GORGES, 1979, 334, fig. LXIII.1; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 34). Las salas distribuidas a ambos lados de un pasillo que confluye con una galería perpendicular recuerdan al sector septentrional de Puente de la Olmilla.

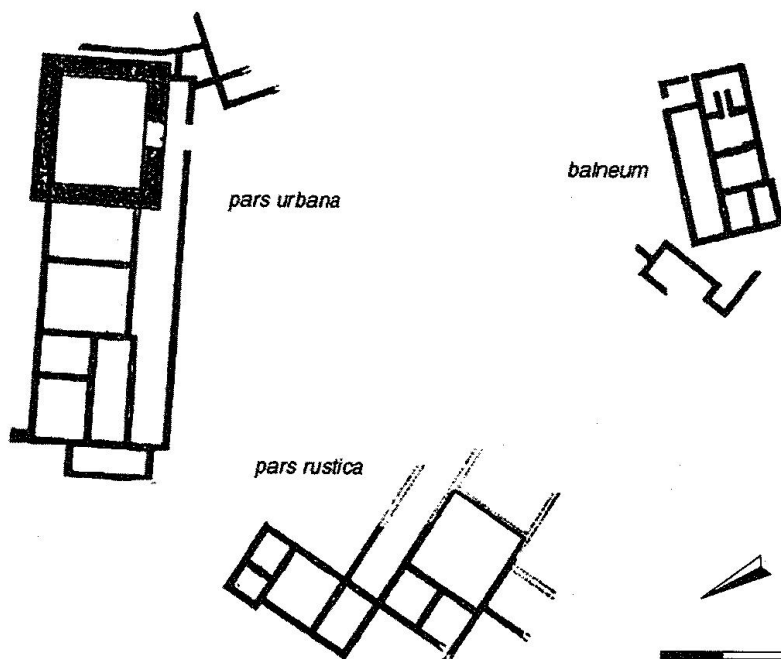


Fig. 398. Planimetría de la villa de Murias de Beloño (Cenero, Oviedo).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 37.

En la villa de **Murias de Beloño (Cenero, Oviedo)** (fig. 398) hay un recinto cuadrangular que ha sido interpretado como granero (AGUILAR, 1991, 273; JORDÁ, 1957; ESCORTELL, 1975, 65-74). Según parece, estaba fortificada con torreones (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 163, figs. 37 y 39; BLÁZQUEZ, 2009, 623). En uno de los tres edificios excavados de este complejo rústico ovetense hay una larga galería de fachada desde la que se accede a varios compartimentos (GORGES, 1979, 330, fig. XXV), similar a la de la villa de Albaladejo (n.º 13). Por lo demás, las termas estaban desconectadas del sector señorial, mientras en el caso de las de Puente de la Olmilla, lo desconocemos aún (*vid. infra* capítulo XX).

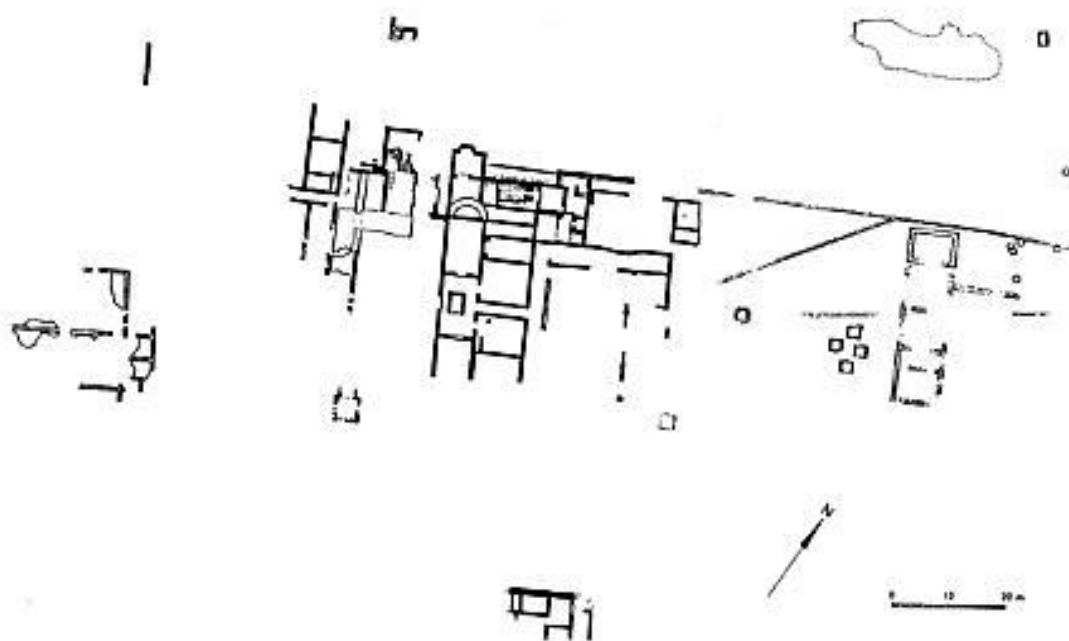


Fig. 399. Planimetría de la villa de Torre Llauder (Mataró, Barcelona).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 70.

En **Torre Llauder (Mataró, Barcelona)** (fig. 399), la entrada a la vivienda se realiza a través de un *atrium* (precedido por un pequeño patio exterior), desde el que un corredor conduce a un peristilo rectangular incompleto, cuya orientación es la misma que tiene el de la villa de Albaladejo, aunque el peristilo de ésta es más pequeño. Las termas están incorporadas al cuerpo central del establecimiento, no aisladas, como probablemente sucedía en Puente de la Olmilla. Originaria del siglo I, fue ampliada a lo largo de su extensa ocupación (RIBAS, 1966, 29; GORGES, 1979, 208, fig. XL; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 70; REVILLA, 2007-2008, 321, fig. 1.1), siendo una residencia mucho más suntuosa y vasta que la de Puente de la Olmilla. En términos generales, esta villa de Torre Llauder no se parece a la que es objeto de nuestra atención, pese a la presencia común de una sala absidiada. Las unidades estructurales productivas están integradas en el cuerpo del establecimiento, habiéndose iniciado la reconversión de algunos de

los espacios residenciales durante la segunda mitad del siglo IV (CHAVARRÍA, 2006, 26-27, fig. 6).

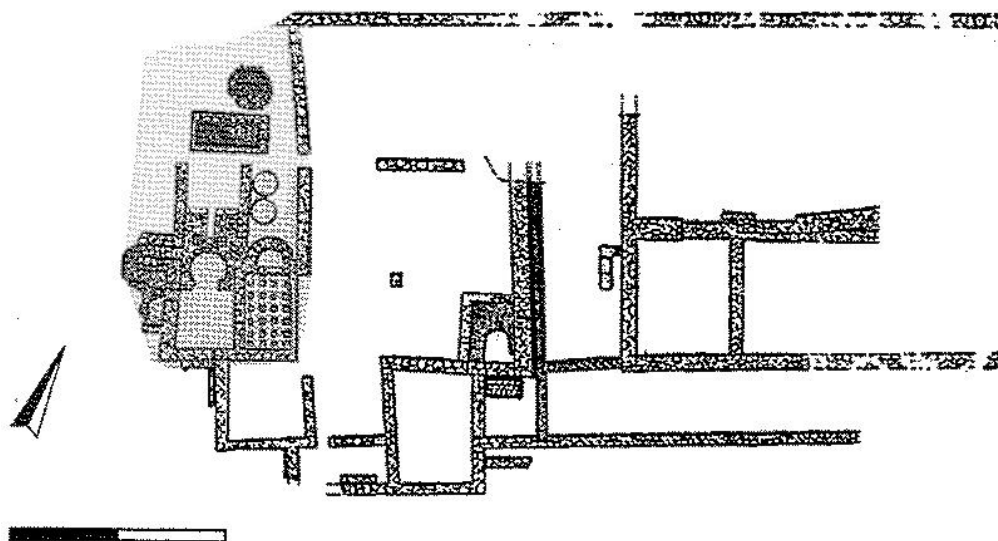


Fig. 400. Planimetría de la *villa* Can Sans (Sant Andreu de Llavaneres, Barcelona).
Según CHAVARRÍA, 2006, fig. 7.

Del mismo modo, un reaprovechamiento del complejo termal se documenta en la *villa* de **Can Sans (Sant Andreu de Llavaneres, Barcelona)** (fig. 400), relacionada con la producción de vino y destruida a mediados del siglo III d.C. (GORGES, 1979, 218; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 19; CHAVARRÍA, 2006, 26-27, fig. 7), o en la de **Torreblanca del Sol (Marbella)**, donde se transformó la zona balnearia en otra industrial, una factoría destinada a las conservas de pescado (CHAVARRÍA, 2006, 26-27, fig. 8).

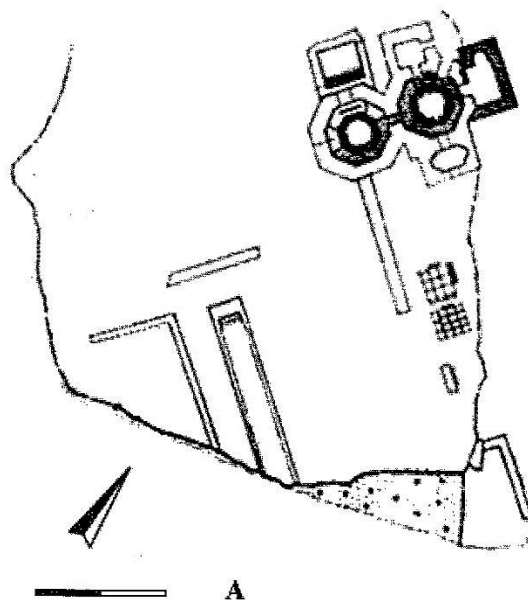


Fig. 401. Planimetría de la villa de Torreblanca del Sol (Marbella).

Según CHAVARRÍA, 2006, fig. 8.

La villa de **Pared Delgada (Selva del Campo, Tarragona)** (fig. 401) parece ser de peristilo (hoy día no queda ningún vestigio de los restos excavados, por lo que no es posible confirmarlo). Tiene un patio interior con galería, desde la que se accede a varios recintos (GORGES, 1979, 417, fig. XLII.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 43). Al margen de estos datos, la información disponible es muy escasa para poder ahondar en el estudio comparativo entre este complejo rústico y el de Puente de la Olmilla.

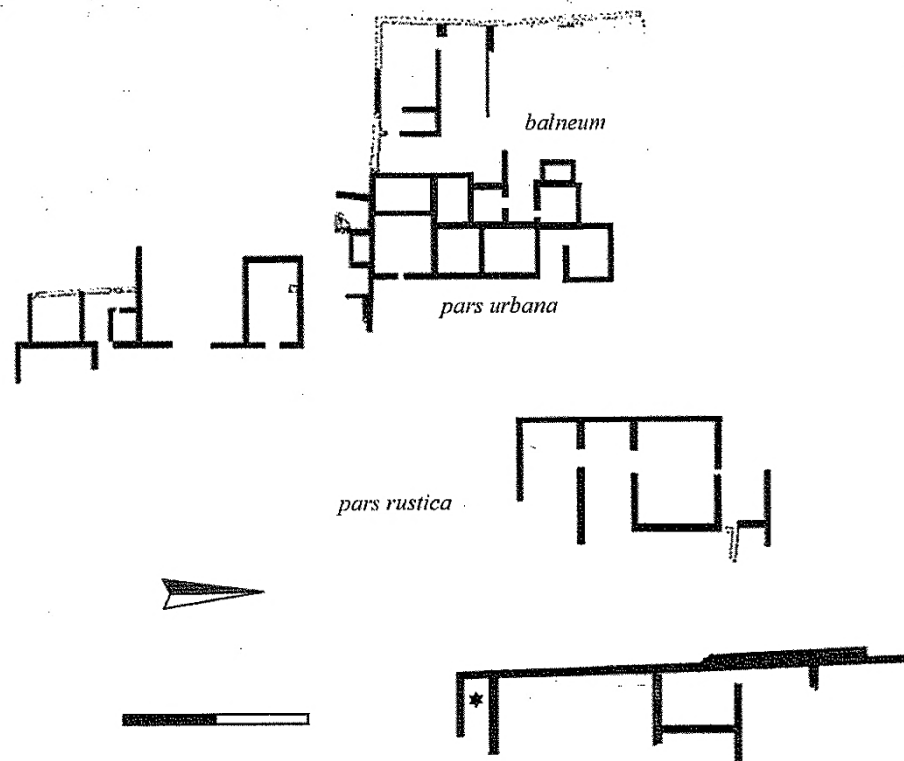


Fig. 402. Planimetría de la villa de Els Munts (Altafulla, Tarragona).
Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 36.

La villa de **Els Munts (Altafulla, Tarragona)** (fig. 402) pertenece al tipo lineal con galería en la fachada. Disponía de tres grupos de estancias termales. Ricamente decorada (mosaicos, estucos pintados, revestimientos de mármol, estatuas...), esta villa áulica, en la que se han puesto al descubierto varias cisternas, un pozo, fontanas, una gran nave rectangular que servía de ergástula, etc. (GORGES, 1979, 407-408, fig. LVI; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 36), no recuerda prácticamente en nada la planta de Puente de la Olmilla. También es distinta su datación, pues en Els Munts se atestigua una destrucción parcial del edificio hacia el 266 d.C. (CHAVARRÍA, 2006, 19)

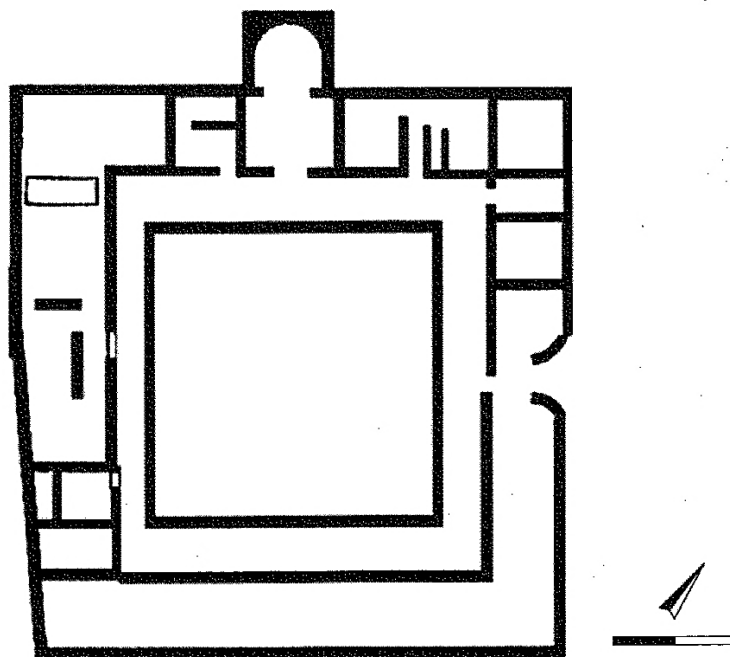


Fig. 403. Planimetría de la *villa* de El Romeral (Albesa, Lérida).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 57.

De la *villa* de **El Romeral (Albesa, Lérida)** (fig. 403) se ha excavado el gran patio porticado, ligeramente trapezoidal, y algunos ambientes de su entorno, destacando por su similitud con Puente de la Olmilla un compartimento cuadrangular comunicado con otro dotado de un ábside, coincidiendo en su situación al Noroeste. En la *villa* de Albaladejo, sendos habitáculos se hallan anexos a uno de los ejes de circulación del peristilo, mientras que en la leridana sólo la cámara de planta cuadrada es contigua a uno de dichos deambulatorios (DÍEZ-CORONEL y PITA, 1971, 173-191; GORGES, 1979, 278-279, fig. XXXVII.1; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 117-118, fig. 57; CHAVARRÍA, 2007, 95, 192, fig. 50). Experimentó diversas reconstrucciones y su etapa de mayor auge corresponde a la segunda mitad del siglo IV d.C., sufriendo después un lento deterioro (BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 13), en lo que coincide con Puente de la Olmilla. Algunas de las composiciones de los mosaicos pavimentales del asentamiento leridano presentan concomitancias

con las de varios ejemplares musivos de Alcázar de San Juan y Puente de la Olmilla (BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, láms. 1-3).

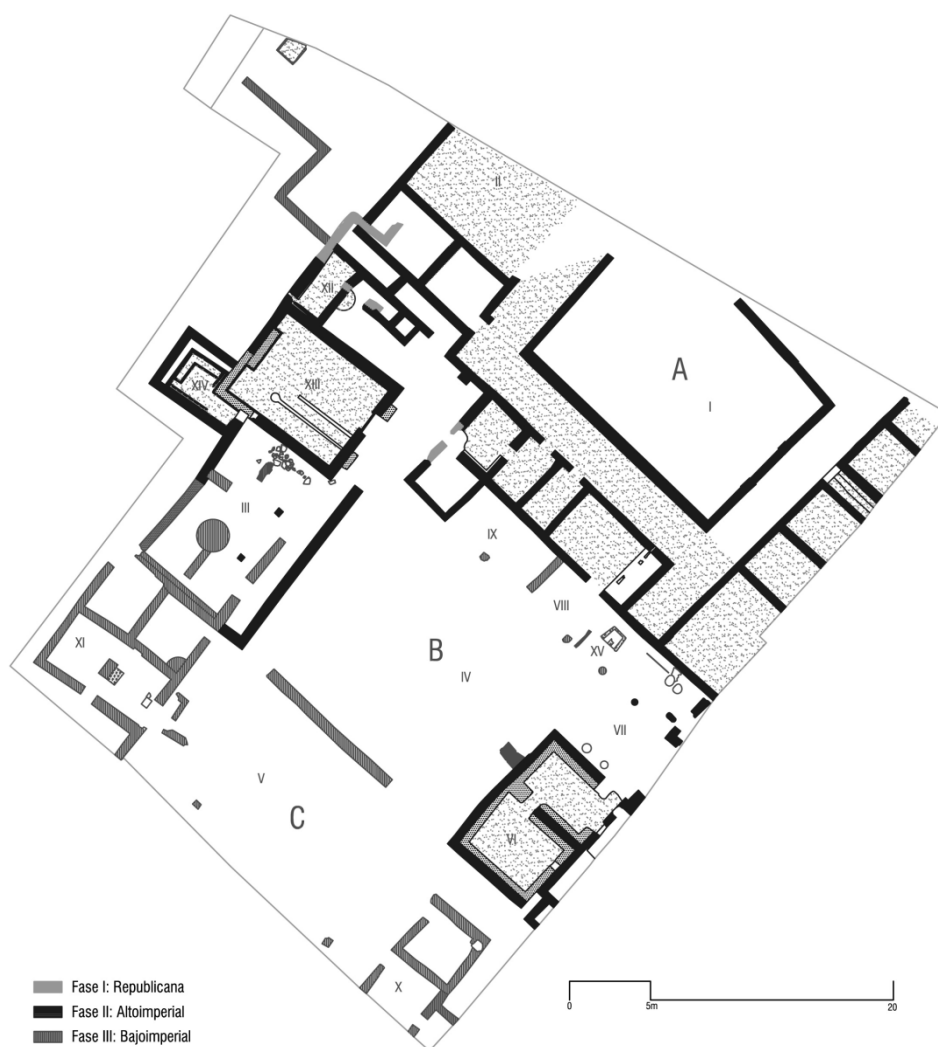


Fig. 404. Planimetría de los sectores excavados en la *villa* de Los Cipreses (Jumilla, Murcia). Según NOGUERA y ANTOLINOS, 2009, fig. 5.

Igualmente trapezoidal es el peristilo del conjunto residencial de **Los Cipreses (Jumilla, Murcia)** (fig. 404), por lo demás, como en el enclave que nos ocupa, la vivienda está organizada con un plan general rectangular (NOGUERA y ANTOLINOS, 2009, 191-220). En ambas *villae* hay una sala de

planta cuadrada, abierta a la galería que flanquea el patio por la parte posterior y próxima a otras habitaciones nobles decoradas con mosaicos (n.º 4, 2 y 1, respectivamente, en la nuestra). La estancia de la *villa* murciana ha sido interpretada como el *oecus* (GORGES, 1979, 311-312, fig. XXXVII.2) y la habitación n.º 4 de Puente de la Olmilla también es uno de los ámbitos de prestigio.

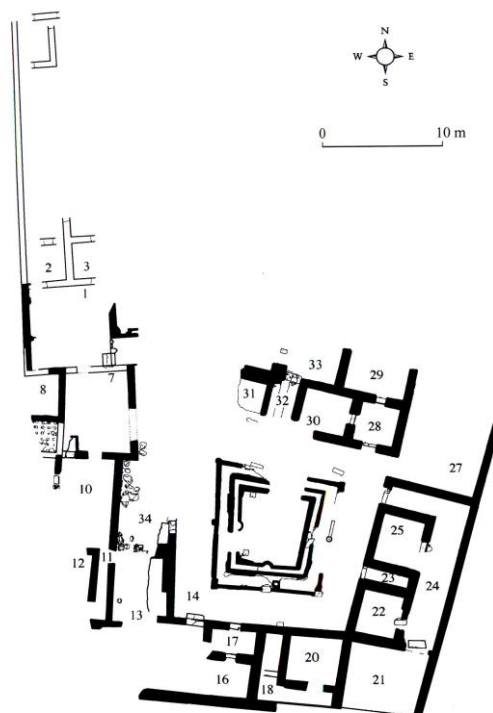


Fig. 405. Planimetría de la *villa* de La Quintilla (Lorca, Murcia).
Según RAMALLO, 2005, fig. 2.

En términos comparativos con la *villa* de Albaladejo, la de **La Quintilla (Lorca, Murcia)** (fig. 405) nos permite apreciar algunas concomitancias en su configuración, al ser el patio porticado el ámbito articulador de la *pars urbana*, con la diferencia de que el de la primera es rectangular. En esta otra, en cambio, el conjunto de espacios residenciales situados en derredor del mismo reproducen su forma trapezoidal, desarrollándose algunos otros longitudinalmente a partir de éste. El área excavada no representa la totalidad de dicho complejo, pues corresponde en buena medida a la parte nuclear del establecimiento. Apenas se conoce su zona septentrional, salvo algunos

departamentos ubicados al Noroeste, identificados como habitaciones de servicio. También se ha exhumado parcialmente el *balneum*, al Sur. Desde el peristilo se ingresaba a las dependencias de su entorno a través de pasillos acodados, siempre por el lado opuesto. Al igual que en Puente de la Olmilla, en La Quintilla hay un par de pasillos ciegos y unos escalones de piedra. Esta última *villa* se enmarca cronológicamente en el segundo cuarto del siglo II d.C., como acredita su programa ornamental, con pinturas murales asociadas a mosaicos policromos, cuya temática decorativa, típica de la época adrianea, procede del repertorio tardorrepublicano, al decir de su excavador (RAMALLO, 2005, 1001-1021, fig. 2). Algunas de las composiciones musivas, no obstante la distancia temporal entre ambos yacimientos, se basan en modelos parecidos a los de varios ejemplares de Puente de la Olmilla (con hexágonos adyacentes, esvásticas, etc.), poniendo de manifiesto la amplia difusión de estos diseños en el espacio y en el tiempo. J.-G. Gorges (1979, 316) tan sólo hace mención a la existencia de mosaicos, uno de ellos figurativo, descubierto en 1876 y posteriormente destruido, como fatalmente acaeció al de la habitación n.º 4 de Puente de la Olmilla.

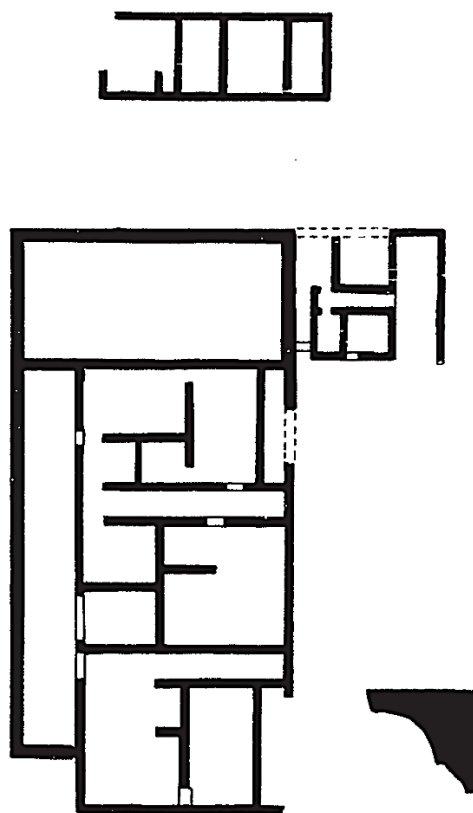


Fig. 406. Planimetría de la villa de El Castillet (Cabo de Palos, Murcia).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 20.

En la villa de **El Castillet (Cabo de Palos, Murcia)** (fig. 406), vinculada a la actividad minera, hay un corredor perpendicular al que se adosan diversas estancias, similar al de Albaladejo. En ella, dos pequeñas galerías tenían la finalidad de buscar el frescor (GORGES, 1979, 92, 309, fig. XXVIII.1), propósito que tal vez pueda atribuirse, hipotéticamente, a dos angostos espacios de la villa de Puente de la Olmilla (n.º 24 y 29), resultantes de una reforma acometida en el área noroccidental. Al quedar sellados en un momento dado, no tienen una utilidad clara, a no ser la apuntada para los del yacimiento de El Castillet, o bien la de procurar aislar unas habitaciones de otras. En el asentamiento de Cartagena hay, asimismo, un posible *horreum* (CUADRADO, 1946, 10-16; 1952, 134-156; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 20; AGUILAR, 1991, 272-273).

La *villa* del **Paturro (Cartagena)** presenta dos partes bien diferenciadas: una residencial, lujosamente decorada con mármoles, abundantes mosaicos y pinturas parietales, y otra destinada a la actividad industrial. Tuvo una primera fase republicana, relacionada con la explotación minera, y una segunda altoimperial (siglos I-II d.C.), vinculada a la elaboración de *garum*, siendo abandonada a partir de la tercera centuria. Es, por tanto, anterior a la *villa* descubierta en Albaladejo y su sector señorial parece haber sido revestido con materiales más nobles. Una descripción muy sumaria de este yacimiento, al que denomina la “Huerta del Paturro” nos proporciona J.-G. Gorges (1979, 317).

De la *villa* de **Pujol de Benicató (Nules, Castellón de la Plana)** ha salido a la luz el patio porticado central, que se distingue del de Puente de la Olmilla en que uno de los deambulatorios del mismo se prolonga mediante otro brazo, más estrecho, situado en el lateral del fondo de dicho peristilo, permitiendo el acceso a las termas y a un bloque compuesto por varios departamentos (GORGES, 1979, 245, fig. XXXIV; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 10). Al no haber sido apenas excavada esa misma sección en la *villa* de Albaladejo, salvo los compartimentos n.º 4, 17, 18 y 19, desconocemos la distribución de la mayoría de las entidades habitacionales que se posicionan al Sur del patio.

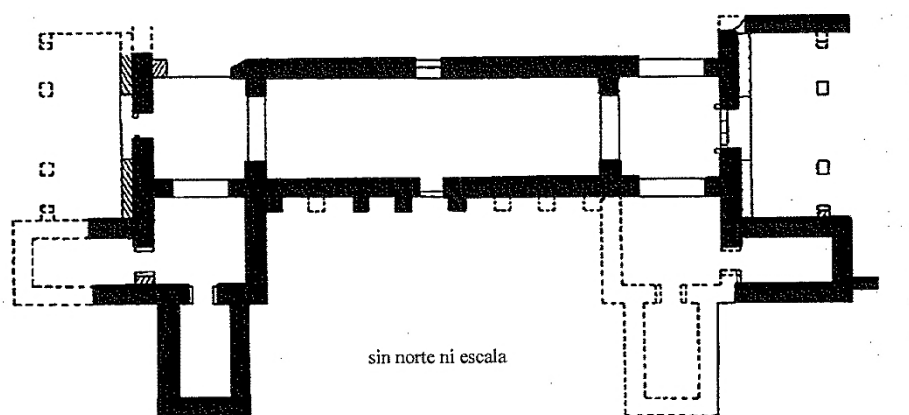


Fig. 407. Planimetría de la *villa* de Pla de Nadal (Valencia).

Según BROGIOLO, 2006, fig. 1.

La tipología arquitectónica de la *villa* más tardía de Occidente (siglo VII), la de **Pla de Nadal (Valencia)** (fig. 407), presenta dos cuerpos simétricos, con una planta baja porticada, *atrium* y algunos almacenes, en tanto que la parte doméstica probablemente se hallaba en el primer piso (BROGIOLO, 2006, 254-255, fig. 1; CHAVARRÍA, 2007, 291-292, fig. 129). Dos estancias cuadradas se disponen a ambos lados del porche principal, de forma relativamente parecida a las de Puente de la Olmilla. Asimismo, ese pórtico, a modo de vestíbulo, es de planta igualmente rectangular.

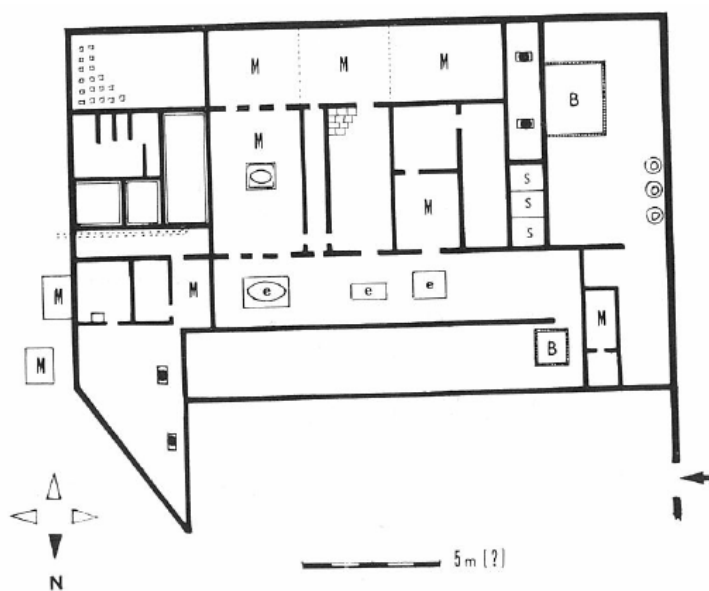


Fig. 408. Planimetría de la *villa* de Puig de Cebolla.

Según GORGES, 1979, fig. XXIX.2.

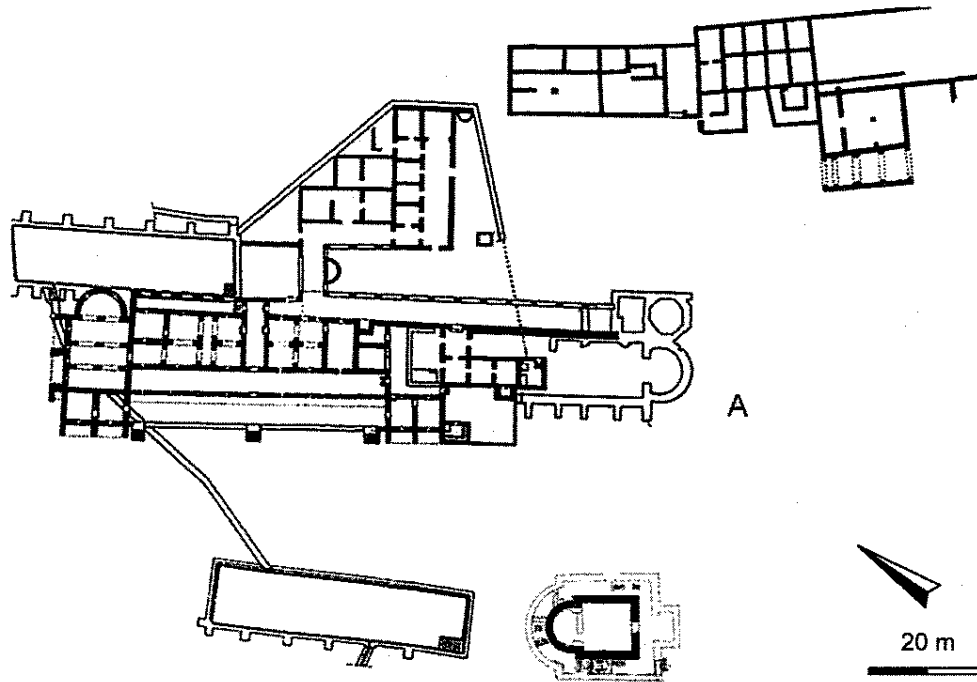


Fig. 409. Planimetría de la *villa* de San Cucufate (Vila de Frades, Beja, Portugal).

Según TEICHNER, 2006, fig. 6c.

Puig de Cebolla (El Vilar, Valencia) (fig. 408), al igual que Puente de la Olmilla, tenía un jardín interior, además, cuenta con una galería en la zona de fachada de la *villa*, desde la que parte un corredor (GORGES, 1979, 144, 433, fig. XXIX.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 123-124, 163-164, figs. 47, 87 D), como en la de Albaladejo, y ese aspecto arquitectónico concreto también se documenta en **San Cucufate (Vila de Frades, Beja, Portugal)** (fig. 409). La planimetría de esta última, sin embargo, difiere bastante de la nuestra, ya que no está estructurada alrededor de un peristilo, si bien coinciden al tener ambas una galería exterior. En este importante complejo rural del Alentejo se han puesto al descubierto numerosas habitaciones funcionales, dedicadas al almacenamiento y diversas actividades agrícolas (GORGES, 1979, 477, fig. XXXI; ALARÇAO, ETIENNE y MAYET, 1990, 188 y 193; AGUILAR, 1991, 273), pero no guardan ninguna similitud con la configuración de las de la *villa* de Albaladejo. Además, la supera notablemente en dimensiones. Por otro lado, es destacable la existencia de un templo en el yacimiento luso, lo que da idea de

su trascendencia (BOWES, 2006, 80-81; TEICHNER, 2006, fig. 6c; CHAVARRÍA, 2007, 104).

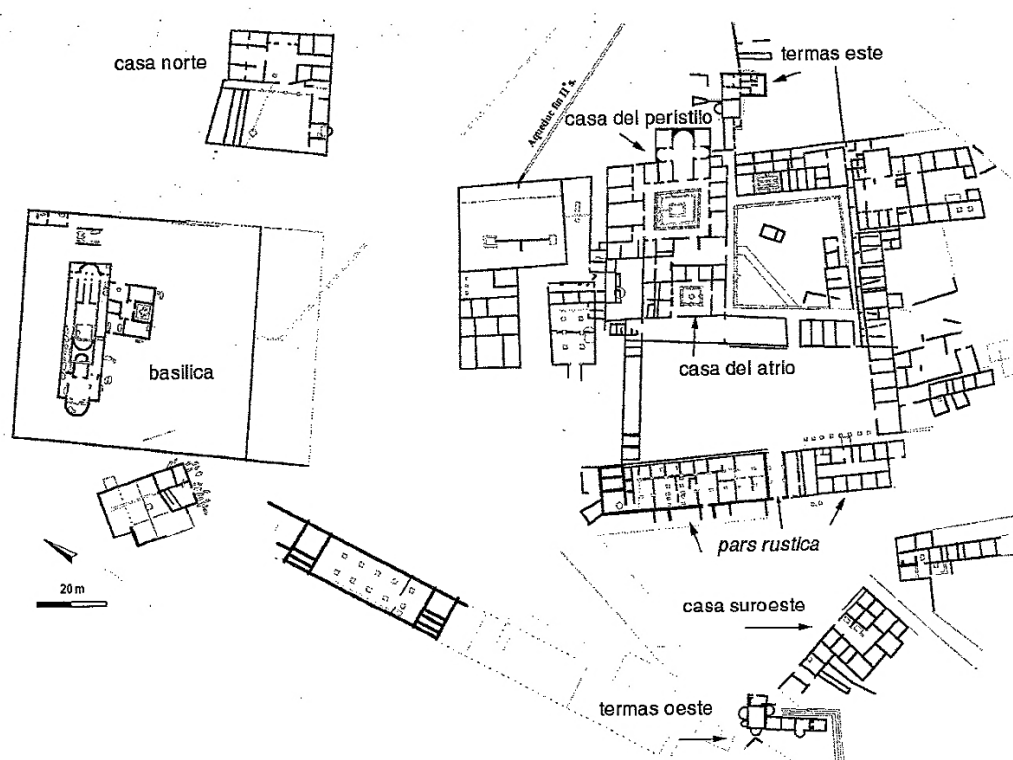


Fig. 410. Planimetría de la villa de Torre de Palma (Monforte, Alto Alentejo, Portugal).
Según CHAVARRÍA, 2007, fig. 35.

Del mismo modo, la impresionante villa de **Torre de Palma (Monforte, Alto Alentejo, Portugal)** (fig. 410) tiene un templo (CERRILLO *et alii*, 1986, 129; MALONEY, 1995, 452; BOWES, 2006, 76, figs. 2a y 2b; CHAVARRÍA, 2007, 104). En esta zona hay un pórtico y dos patios, en cuyo derredor se distribuyen espacialmente gran cantidad de ambientes utilitarios (relacionados con los diversos trabajos llevados a cabo en la hacienda). Este magnífico establecimiento se estructura en torno a dos patios trapezoidales adyacentes. El área construida ocupa más de una hectárea, incluyendo dos conjuntos termales, uno de ellos independiente, en tanto que el *balneum* señorial está integrado en el edificio principal. El sector residencial está articulado en función de un peristilo rectangular, pero no central (a diferencia del de Puente de la Olmilla, donde el peristilo parece ser el núcleo de un edificio cuyas dimensiones

son considerablemente más reducidas que las de este otro). Desde una de sus galerías se accede a un salón con tres ábsides, donde habría un posible *stibadium* (PESSOA, 2011, 787, fig. 26). La parte productiva del complejo agropecuario ha sido completamente excavada, pero todavía no se ha identificado la finalidad de cada una de las dependencias (GORGES, 1979, 465-466, fig. LIX; SARGNON, 1957, 84-88; HELENO, 1962, 313-338), salvo algunas excepciones como las prensas de aceite.

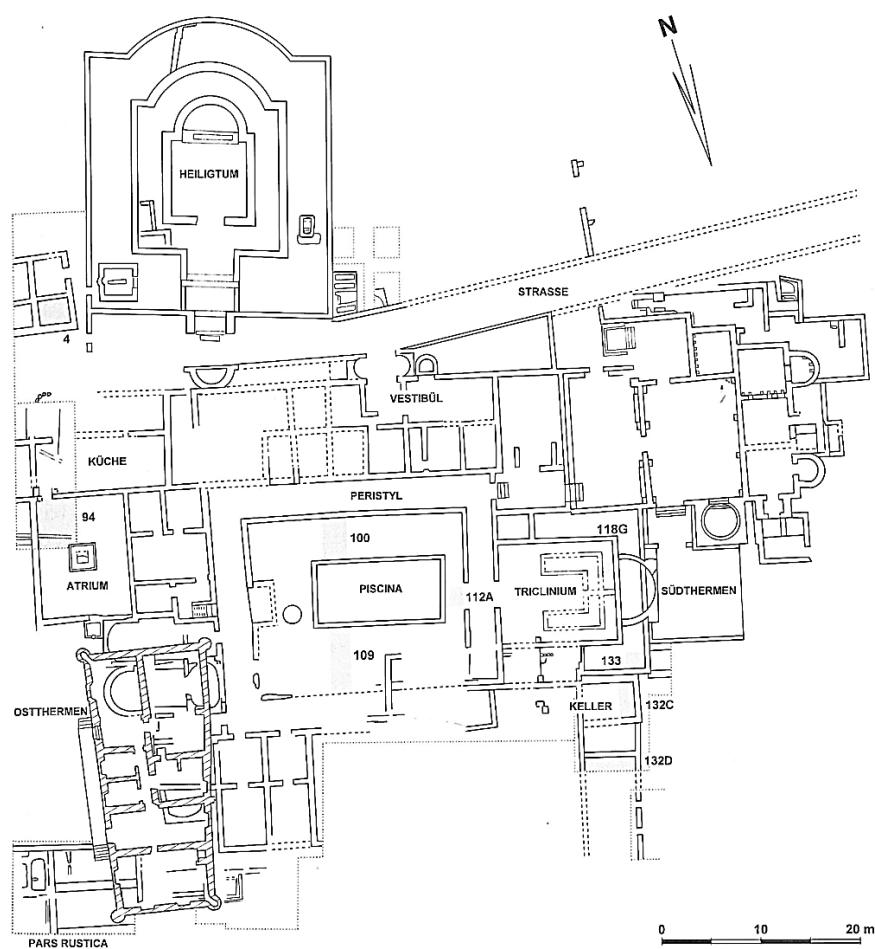


Fig. 411. Planimetría de la villa de Milreu (Estói, Faro, Portugal).

Según TEICHNER, 2006, fig. 1.

La villa áulica de **Milreu (Estói, Faro, Portugal)** (fig. 411) contaba con lujosos *balnea* dentro del recinto doméstico, además de un santuario (BOWES, 2006, 78, 83; TEICHNER, 2006, 207-220, figs. 1 y 6d; CHAVARRÍA, 2007, 104) y numerosos espacios de habitación, entre los que mencionaremos uno de

planta cuadrada que abre a la galería del fondo del peristilo rectangular, único aspecto formal común con la *villa* de Albaladejo (GORGES, 1979, 480-481, fig. LVII, quien propone la doble alternativa de la existencia de un templo o ninfeo; CHAVARRÍA, 2007, 95). Disponía también de piscinas exteriores y letrinas. F. Teichner (2006, 208-209, fig. 2) considera que la *pars urbana* se organizaba en torno a un peristilo y un *triclinium*. Además, el complejo productivo tenía una almazara, grandes sótanos de almacenaje, una bodega de vino con prensa, asociada a un posible almacén, etc. A su vez, dentro de la *pars rustica* se descubrió un *horreum* y los alojamientos de los trabajadores.

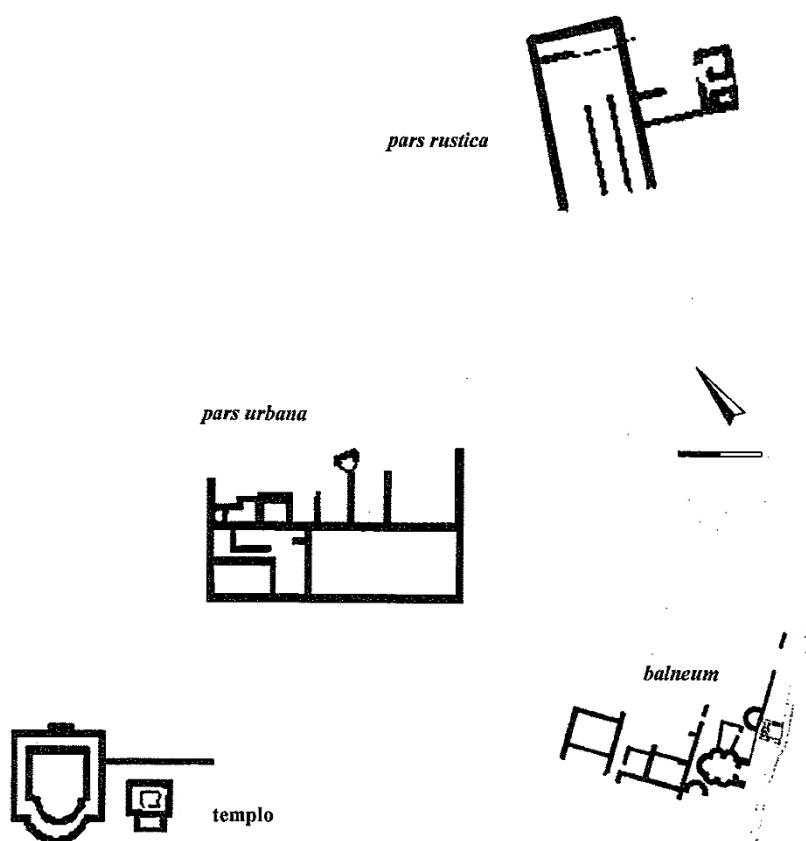


Fig. 412. Planimetría de Quinta do Marim (Olão, Faro, Portugal).
Según CHAVARRÍA, 2007, fig. 120.

No se sabe con certeza si el yacimiento de **Quinta do Marim (Olão, Faro, Portugal)** (fig. 412) es una *villa* o un poblado, cuya vida se prolongó desde comienzos del siglo I hasta su ocaso a principios del V, como probablemente sucedió también en la *villa* estudiada. Entre las construcciones

excavadas destaca un pequeño templo del mismo tipo que el de Milreu (BOWES, 2006, 79-80, figs. 3b y 3c; CHAVARRÍA, 2007, 104), una necrópolis, algunas dependencias balnearias con ábsides semicirculares, una *cella* vinaria u olearia con varias *dolia* encastradas en el suelo, etc. (GORGES, 1979, 482, fig. LXVII). No apreciamos ningún parecido con los restos que conocemos de la *villa* de Puente de la Olmilla.

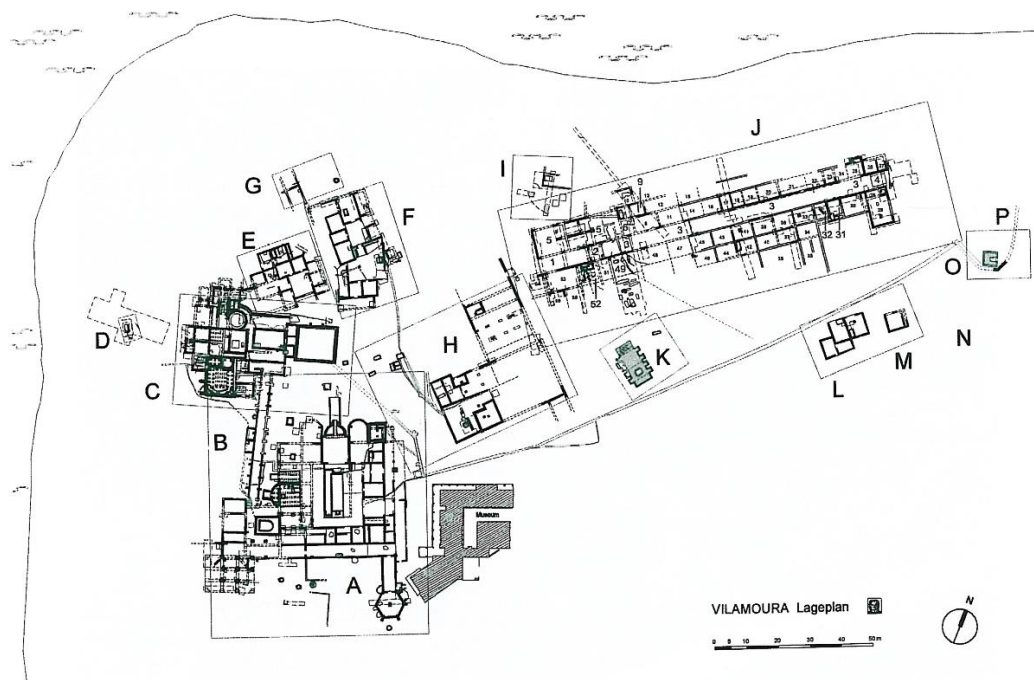


Fig. 413. Planimetría de la *villa* de Cerro da Vila (Quarteira, Faro, Portugal).

Según TEICHNER, 2006, fig. 9.

En **Cerro da Vila (Quarteira, Faro, Portugal)** (fig. 413) las amplias instalaciones termale son independientes. La vivienda tiene un peristilo rectangular con la misma orientación del de Puente de la Olmilla y algunas de las habitaciones que lo rodean son absidiadas, entre ellas, una situada al Norte del patio porticado, como la n.º 15 del enclave que nos ocupa, e igualmente aneja por el Este a un recinto cuadrangular (GORGES, 1979, 482-483, fig. LIV; TEICHNER, 2006, 207-220, fig. 9). En cambio, la entrada a la *villa* portuguesa probablemente se halla en el área meridional, no al Noroeste como en la nuestra, y el pasillo principal de aquélla está muy desplazado (hacia el lado

Este) respecto al peristilo, mientras que el de Puente de la Olmilla está bastante más centrado, pese a no estarlo completamente.

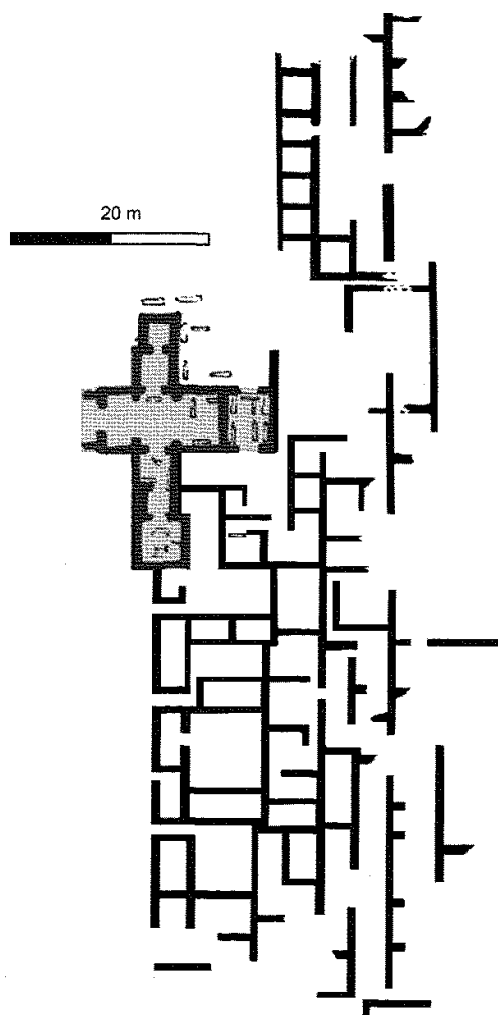


Fig. 414. Planimetría de la *villa* Montinho das Laranjeiras (Alcoutim, Faro, Portugal).
Según CHAVARRÍA, 2007, fig. 118.

En **Montinho das Laranjeiras (Alcoutim, Faro, Portugal)** (fig. 414) han aparecido diversas unidades estructurales de una extensa *villa*, entre otras, la ergástula y una piscina. La destrucción del yacimiento a lo largo del tiempo ha impedido la identificación de los diferentes espacios, pero, a simple vista, no hay ningún peristilo como elemento determinante de la casa. Según parece, anteriormente hubo otro hábitat, quizás un poblado, que habría sido reutilizado, erigiéndose encima esta vivienda (GORGES, 1979, 479, fig. LXI). Se eligió para su emplazamiento un lugar a orillas de un curso de agua (el Guadiana), lo

mismo que se hizo en tantas otras *villae*, incluida la de Albaladejo, con la que no presenta más elementos comunes, pues la distribución de sus respectivas dependencias difiere totalmente.

Amendoal (Faro, Portugal) es una gran *villa* tardorromana de la que han salido a la luz varias estancias con paramentos recubiertos de estuco pintado y soladas con mosaicos (GORGES, 1979, 480, fig. LXV.1). Un eje formado por varios reductos contiguos, algunos de ellos intercomunicados, se alinean en lo que parece ser el lateral occidental de un peristilo, aunque la parcialidad de los restos descubiertos no permite confirmarlo. No obstante, de ser así, se asemejaría a la zona localizada al Este del patio de la *villa* de Albaladejo.

La *villa* de **Boca do Rio (Budens, Faro, Portugal)** estaba enfocada a la actividad industrial de la salazón de pescado, de la que han persistido diversas instalaciones, pese a la acción destructiva del mar. Situada en lo alto de un acantilado, algunas estructuras están medio cubiertas por las aguas. Este enclave fue ocupado desde el siglo I al V (GORGES, 1979, 480, fig. LXIV.1). No apreciamos similitudes con Puente de la Olmilla, salvo que hay varias habitaciones rematadas en hemicíclo comunicadas con otras de planta cuadrada, como las documentadas en la *villa* de Albaladejo (n.º 15 y 16).

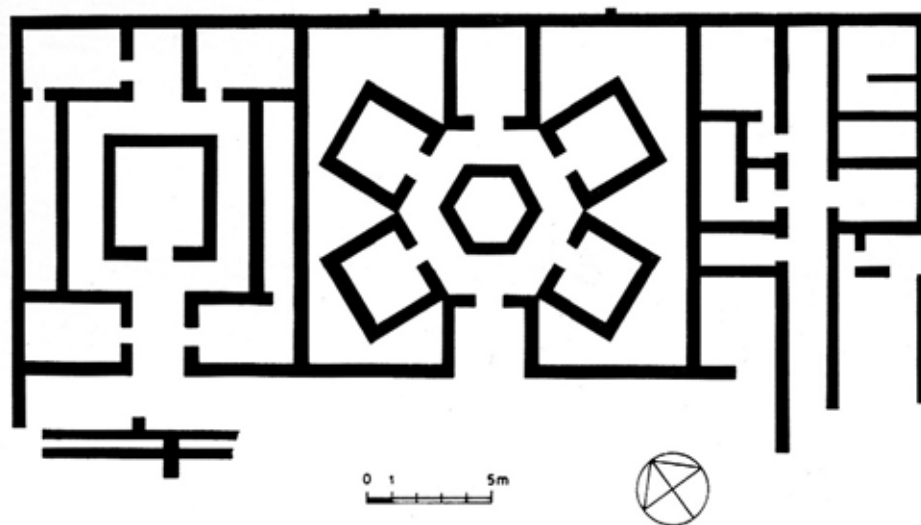


Fig. 415. Planimetría de la *villa* de Abicada (Mexilhoeira Grande, Portimão, Faro).

Según PESSOA, 2011, fig. 3.

La *villa* portuguesa de **Abicada (Mexilhoeira Grande, Portimão, Faro)** (fig. 415) tiene un plan general lineal y está dividida en tres secciones yuxtapuestas, dos de ellas pertenecientes a la zona señorial. La entrada a la vivienda da a un *atrium* con columnas rodeado por seis habitaciones dispuestas de forma hexagonal. Anexo hay un pequeño peristilo de planta cuadrada en torno al que giran cinco ambientes. La tercera parte corresponde al sector doméstico. Al igual que en Puente de la Olmilla, aún no se ha excavado las termas (GORGES, 1979, 481-482, fig. LVIII.2), por lo demás, al menos en el plano parcial actualmente conocido, salvo en la disposición de algunos habitáculos alrededor del citado peristilo (PESSOA, 2011, 780, fig. 3), no presenta afinidades con la planta de esta otra mansión rústica lusa, de la que se han excavado unos 1.300 m².

Otra *villa* portuguesa, la de **Fonte de Frades o Vila de Don Pedro (Beja)**, por el contrario, sí ofrece un cierto parentesco con el modelo de planta de Puente de la Olmilla, pues tiene un patio porticado en cuyo derredor se reparten diversos habitáculos, aunque la zona excavada de la primera es muy reducida y no nos permite vislumbrar dónde se encuentra la entrada o si, como sucede en la de Albaladejo, desde otra galería arranca un pasillo que conduce a dicho peristilo. Se han recuperado restos de columnas de ladrillo (en secciones de cuarto de círculo), estucadas. Las que hallamos en Puente de la Olmilla, en cambio, estaban labradas en piedra arenisca y no advertimos en ellas restos de enlucido. El edificio se superpone a otro más antiguo, del que se conservan las termas, asociadas a materiales del siglo I (GORGES, 1979, 471-472, fig. LXII.1). Igualmente, el lugar de emplazamiento de la *villa* objeto de nuestro estudio tuvo una etapa de ocupación altoimperial, si bien no hay evidencias claras de que se aprovecharan sus ruinas como cimientos.

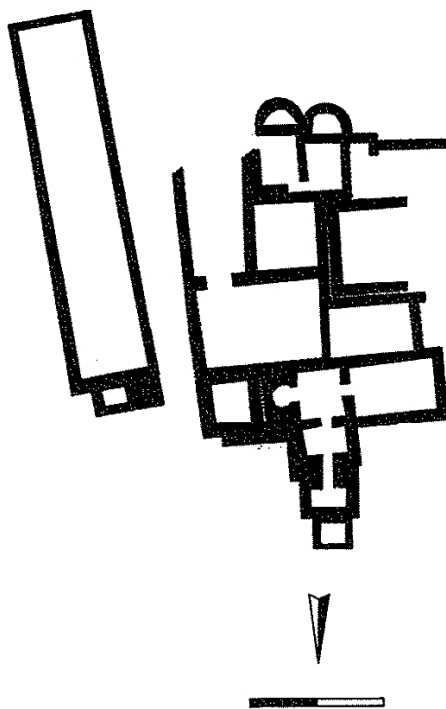


Fig. 416. Planimetría de la *villa* de Pisões (Beja, Portugal).
Según GORGES, 1979, fig. XLVIII.

La *villa* de **Pisões (Beja, Portugal)** (fig. 416) tiene una planta bastante compleja, comparada con la de Puente de la Olmilla. Se diseñó una galería en la fachada, situada ante un gran estanque rectangular. Varias unidades estructurales abren a dicho pórtico y un pasillo conduce desde el mismo hasta un *atrium* y a otro porche situado a un nivel inferior, no muy lejos de las dependencias balnearias (GORGES, 1979, 474-475, fig. XLVIII).

La *villa* de **Monte do Outeiro (Cuba, Beja, Portugal)**, como la de Puente de la Olmilla, posee un pórtico exterior, pero, en su caso, flanqueado por dos torres (GORGES, 1979, 474, fig. XXXIII.1), siendo también diferente la distribución de este hábitat, del que se ha exhumado un área bastante restringida.

La de **Torre de Cardeira (Quintos, Beja, Portugal)** es una extensa *villa* equipada con instalaciones termales, que destacan por su esquema simétrico y la profusión de ábsides, cuyo paralelo más próximo se encuentra en el complejo balneario de Piazza Armerina (GORGES, 1979, 141, 475, fig. LXX.2).

Se abastecía de agua de una fuente cercana, canalizada a través de una conducción de unos 150 m. El abundante numerario recogido indica que fue ocupada desde el año 235 d.C. hasta finales del siglo IV. Puesto que no se ha puesto al descubierto el área residencial, no nos es posible realizar un análisis comparativo con la planta de Puente de la Olmilla.

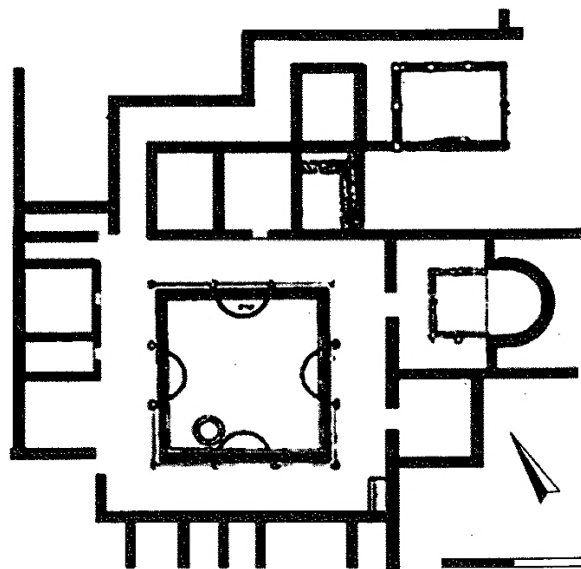


Fig. 417. Planimetría de la villa de *Cardilius* (Torres Novas, Santarém, Portugal).

Según GORGES, 1979, fig. IL.

La villa de **Cardilius (Torres Novas, Santarém, Portugal)** (fig. 417) tiene un gran patio porticado cuadrangular (CHAVARRÍA, 2007, 95), no rectangular, como es el de Puente de la Olmilla. Está decorado con fuentes y tiene un pozo. Desde una de las galerías se accede a un salón con exedra semicircular, de forma análoga a la villa estudiada, donde el pasillo oriental del peristilo conduce a una pieza absidiada, pero el ámbito de entrada no está conectado con dicho peristilo mediante un corredor, como en la de Albaladejo, sino que hay varios departamentos colindantes. Tiene más de 350 m² de mosaicos pavimentales, fechados entre el periodo severiano y principios del siglo IV, asimismo, se conservan muros revestidos de estuco pintado (GORGES, 1979, 470-471, fig. IL). Como en Puente de la Olmilla, además de contar con ese programa ornamental, se ha recuperado algunos fragmentos de

terra sigillata del siglo I d.C., época de su creación, y tiene también una fase bajoimperial.

En la *villa* de **Bôa Vista (Vila de Frades, Vidigueira, Portugal)** se ha puesto al descubierto un patio porticado, un deambulatorio que desemboca en el peristilo y un par de habitaciones situadas a ambos lados de la galería principal (SILLIÈRES, 1992, 95, fig. 3). Se asemeja a la planta de Puente de la Olmilla en que, en ambos casos, el pasillo de acceso al peristilo (n.º 11) se halla un poco desplazado hacia el Oeste del patio, esto es, no del todo centrado respecto al mismo. Algunas dependencias se disponen a uno y otro lado de dicho corredor. Dado que la propuesta de restitución del plano de la *villa* lusa es muy escueta, no podemos extraer más información que nos permita cotejarla con la de Albaladejo. Cabe reseñar que no está incluida en el catálogo de *villae* realizado por J.-G. Gorges (1979).

Otra *villa* parcialmente excavada, la de **Alto de Martim Vaz (Póvoa de Varzim, Braga, Portugal)** no guarda ninguna similitud con la de Puente de la Olmilla. Consiste en tres edificios separados, de tipo lineal (GORGES, 1979, 457, fig. XXIV).

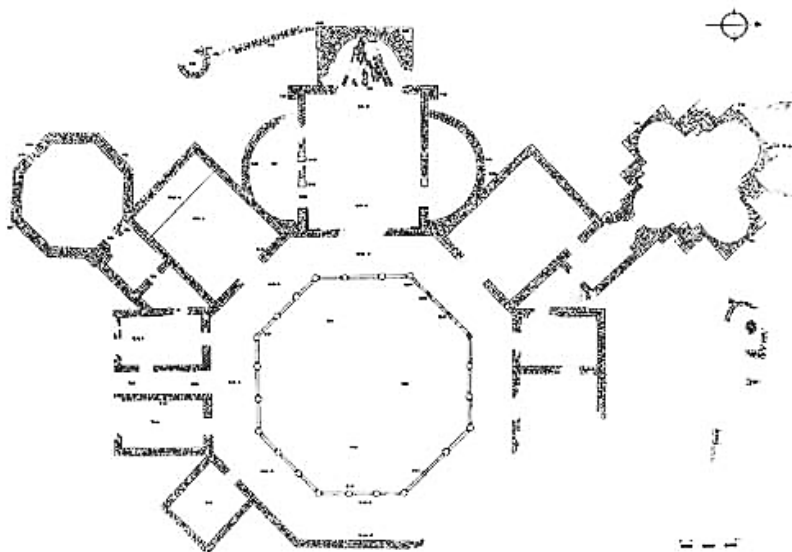


Fig. 418. Planimetría de la *villa* de Rabaçal (Penela, Coimbra, Portugal).

Según PESSOA, 2011, fig. 2.

Tampoco la recuerda en absoluto la *villa* de **Rabaçal (Penela, Coimbra, Portugal)** (fig. 418), que tiene un peristilo octogonal como espacio articulador de la *pars urbana*, girando a su alrededor los restantes departamentos. Disociada de la misma se halla, a cierta distancia, la *pars rustica*. Su *balneum* también ha sido descubierto. Una gran sala con tres ábsides ha sido interpretada como el *triclinium*, con un *stibadium* de 5,66 m de diámetro y 4,68 m de fondo (PESSOA, 2011, 779-792), dimensiones que superan a las de toda la habitación n.º 15 de Puente de la Olmilla, cuyas medidas son 5,20 x 2,20 m. Al comparar ambos datos, aún parece menos factible poder identificar ésta del mismo modo.

En **Monte do Meio (Beja, Portugal)** se ha excavado varias secciones de una *villa* (tanto de su *pars rustica* como de la *urbana*, del *balneum*, etc.), pero todo ello es insuficiente para conseguir determinar cómo era la planta global de este complejo rural, en cualquier caso, bastante diseminado, a diferencia del nuestro, que es un conjunto arquitectónico muy compacto. Parece ser que uno de los recintos de la *pars rustica* podría corresponder a la ergástula. En la zona señorial hay algunas habitaciones rematadas en ábside, con pisos musivos. Una de estas salas con suelo de mosaico fue reaprovechada en época tardía para instalar el *torcularium*. Esa reconversión de un departamento de alcornia en un área destinada a la producción de aceite (o de vino, según GORGES, 1979, 472, aunque FERNÁNDEZ CASTRO, 1983, 586 y CHAVARRÍA, 2006, 26, se decantan por interpretarlo como una prensa de aceite) denota una reutilización relacionable con la función agrícola del establecimiento, hecho que no se ha atestiguado en Puente de la Olmilla, pese a sí darse un probable cambio de destino a alguno de los recintos del ala oriental, abiertos al peristilo. En la *villa* lusa se ha documentado ocupación, al menos, desde el siglo I, produciéndose un mayor desarrollo del lugar durante el siglo IV y la primera mitad del V, por ende, su secuencia cronológica coincide en buena medida con la del yacimiento objeto de nuestra atención, tal vez algo más extensa la de Monte do Meio en su etapa final. Además, se supone la existencia en éste de un peristilo, pero no está totalmente comprobado

(GORGES, 1979, 472, fig. LXVIII). De ser así, el cuerpo principal del edificio presentaría otro elemento común con el de Puente de la Olmilla: la distribución de los diferentes ambientes en torno a un patio porticado, alguno de ellos absidiado.

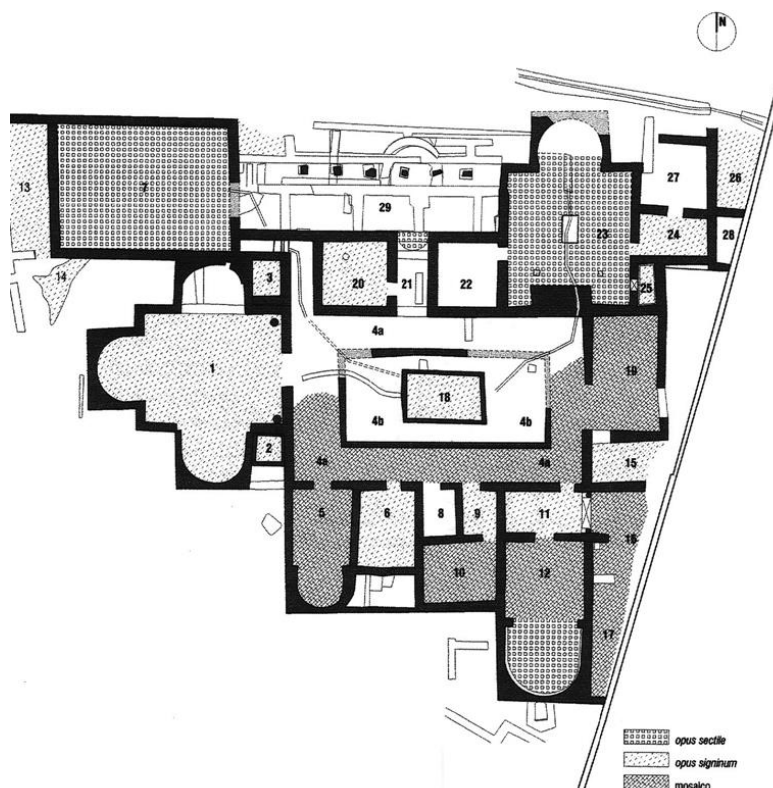


Fig. 419. Planimetría de la villa de la Quinta das Longas (Elvas, Portugal).
Según ALMEIDA y CARVALHO, 2005, fig. 3.

Para finalizar la relación de *villae* lusas con las que estamos confrontando la de Puente de la Olmilla, mencionaremos la de **Quinta das Longas (Elvas, Portugal)** (fig. 419), fechada en el siglo IV (GORGES, 1979, 467, donde se la denomina también con el nombre de **Ventosa**; CARVALHO y ALMEIDA, 2002, 13-37; NOGALES, CARVALHO y ALMEIDA, 2002, 103-156; ALMEIDA y CARVALHO, 2005, 299-368, fig. 3; OLIVEIRA *et alii*, 2011, 903-914; PESSOA, 2011, 787, fig. 25). La distribución de las diferentes estancias en derredor de un peristilo rectangular es la principal similitud apreciable, correspondiendo a uno de los tipos más característicos de la arquitectura doméstica romana de índole residencial. El *impluvium* del patio porticado

enlaza con el área termal del sector septentrional mediante varios tramos de canalizaciones hidráulicas, mientras que el patio ajardinado de la *villa* de Albaladejo cuenta únicamente con una conducción cuyo extremo opuesto no ha sido localizado por ahora. Además de solados en *opus tessellatum*, la Quinta das Longas tiene otros de *opus sectile* y de *opus signinum*, de los que carece la zona excavada del yacimiento estudiado (tan sólo un leve vestigio de un antiguo piso de *signinum* se pudo detectar en la zona de paso de la habitación 15 a la 16).

La planta de la *villa* de **Centroña (Puentedeume, La Coruña)** apenas nos es conocida, tan sólo un tramo de galería ha sobrevivido a las embestidas del oleaje. Uno de sus laterales está abierto al mar. Una sucesión de pilares montados sobre muretes, dividiendo horizontalmente el espacio, dan lugar a una serie de compartimentos. Las superficies parietales están decoradas de estuco pintado y la referida galería está pavimentada con un mosaico geométrico policromo. En esto y en su datación (el siglo IV) se asemeja a la *villa* de Albaladejo, pero no disponemos de más información, pues el mar ha hecho desaparecer la mayor parte de esta residencia costera, que se alza de cara a la ría de Ares (GORGES, 1979, 252-253, fig. LXIV.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 22).

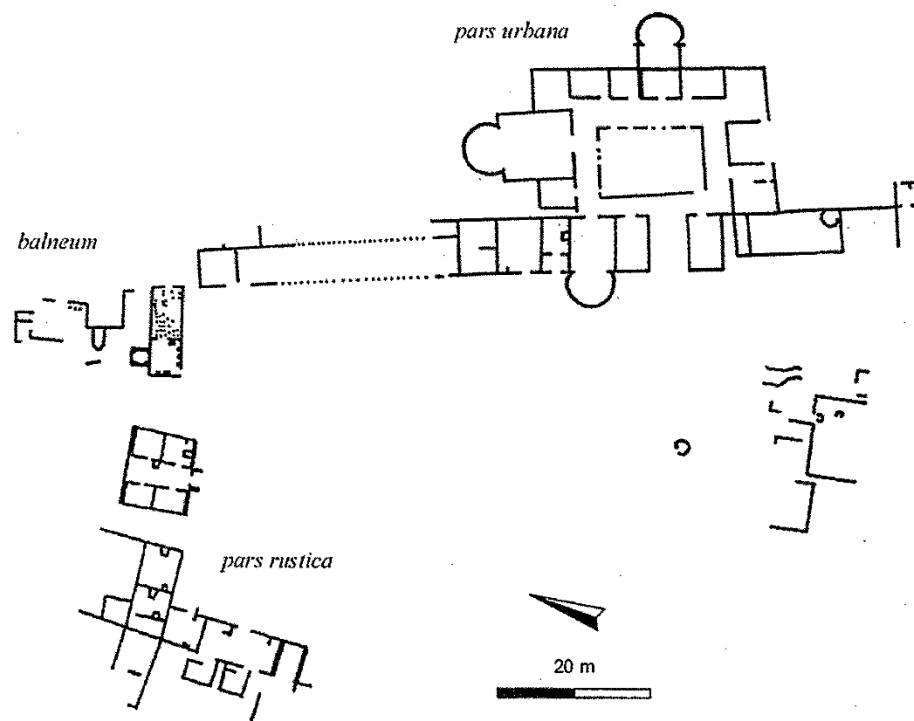


Fig. 420. Planimetría de la villa de Los Términos (Monroy, Cáceres).

Según CHAVARRÍA, 2007, fig. 107.

La villa de **Los Términos (Monroy, Cáceres)** (fig. 420) se abastecía de agua de un manantial cercano, en el que se construyó un pequeño embalse. En esto, como en la elección del paraje donde erigirla y algunas otras cuestiones, seguía los consejos de los agrónomos latinos (para más información sobre el tema, cfr. CERRILLO *et alii*, 1986, 125). Se compone de varios edificios, pertenecientes a distintas fases cronológicas, articulados en dos complejos y separados por el arroyo. En el denominado complejo sur se edificó la *pars urbana*. Tiene un peristilo central rectangular (CHAVARRÍA, 2007, 95), con un pasillo que comunica la entrada con el *tablinum*, “que debía de sobresalir del muro de cierre” (CERRILLO, 2006, 201), con la intención de resaltar su primacía en el esquema arquitectónico de la casa. Hay algunas habitaciones rematadas por ábsides de herradura, con lo que externamente se refleja mediante esos volúmenes su distinción funcional. J.-G. Gorges (1979, 239) habla de seis piezas decoradas con mosaicos y del hallazgo de basas de

columna, un fuste, un capitel... El acceso se realiza desde un gran patio rectangular, en torno al que se disponen almacenes, termas, etc. El complejo norte presenta otras construcciones secundarias, centradas alrededor de un patio de proporciones trapezoidales, fruto de diversas remodelaciones y añadidos. Algunas construcciones han sido identificadas como viviendas secundarias. Entre los distintos bloques arquitectónicos se observa una intención jerarquizante y algunos de ellos carecen de comunicación entre sí (CERRILLO *et alii*, 1986, 122-123). Se diferencia de Puente de la Olmilla en que el peristilo y el pasillo principal de la residencia cacereña estaban solados con lajas de pizarra, en vez de con mosaicos en *opus tessellatum*, además, desde dicho peristilo se podía entrar a todos los ambientes, mientras que en algunos de la nuestra su ingreso se efectuaba desde la galería de fachada o desde algunos corredores que enlazaban con un módulo lateral. En el establecimiento extremeño se han puesto al descubierto varios talleres y otros ámbitos de trabajo (una fragua), un *horreum*... (AGUILAR, 1991, 273-274, fig. 7), vestigios de un sector no documentado en la *villa* de Albaladejo, como sucede también con el termal, que en aquél está segregado del edificio principal. La secuencia de habitabilidad de este yacimiento es bastante amplia, ya que cerca del mencionado granero aparecieron materiales arqueológicos del Calcolítico.

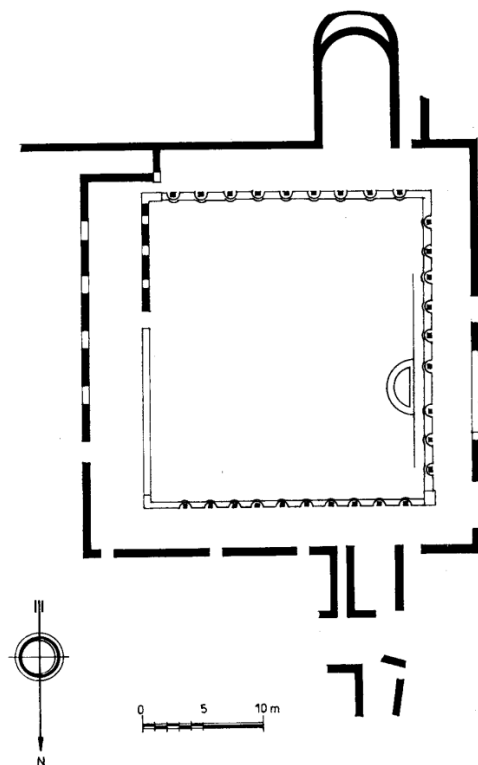


Fig. 421. Planimetría de la llamada “Casa de El Pomar” (Jerez de los Caballeros, Badajoz). Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 51.

Un paralelo formal de la planta de *villa* de peristilo, en la que se dispone en un extremo una sala absidiada abierta al peristilo rectangular central, lo encontramos en la *villa* de **El Pomar (Jerez de los Caballeros, Badajoz)** (fig. 421), citada por algunos autores (J.-G. Gorges, M.C. Fernández Castro, etc.) con el nombre de El Pumar. Su patio seguramente también estaba ajardinado (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 183, figs. 48, 96 H; ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA *et alii*, 1992), aunque sus proporciones son mayores que las del ámbito nuclear de Puente de la Olmilla. J.-G. Gorges (1979, 191) únicamente hace alusión a sus mosaicos policromos, tanto geométricos como figurativos. Entre éstos destaca uno con las figuras alegóricas de los Vientos... (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1989, 341-351, láms. 74-82), que estaban igualmente representados en el lienzo musivo de la habitación n.º 4 de Puente de la Olmilla (*vid. supra* capítulo XIV.5.3.4).

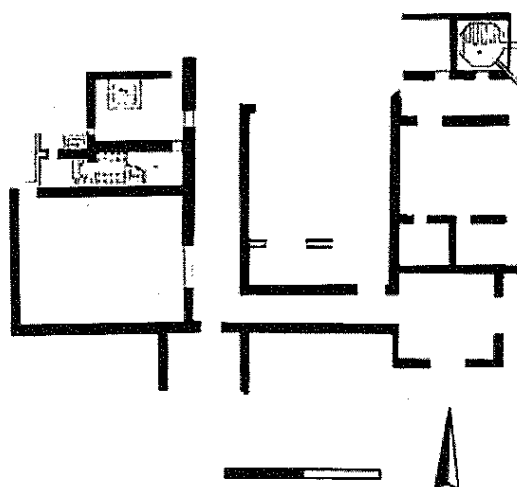


Fig. 422. Planimetría de la *villa* de El Hinojal (Dehesa de las Tiendas, Mérida, Badajoz).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 31.

El Hinojal (Dehesa de las Tiendas, Mérida, Badajoz) (fig. 422) es una mansión rural dotada de ciertos lujos (*balneum*, salas calefactadas, mosaicos...), aunque de dimensiones modestas. El peristilo sólo tiene tres deambulatorios, de modo que por el flanco oriental varios departamentos abren directamente al patio, a partir del cual discurre una canalización de agua, por lo tanto, posiblemente estaba ajardinado, como sucedía en la *villa* de Albaladejo. Los pavimentos musivos, de mediados del siglo IV, fueron puntualmente reparados durante la Antigüedad (ÁLVAREZ MARTÍNEZ, 1976, 433-488; GORGES, 1979, 194, fig. XLI; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 31). A excepción del peristilo incompleto, las restantes características presentan bastantes coincidencias con las de Puente de la Olmilla, incluida la cronología del ciclo musivo y las posteriores refacciones realizadas.

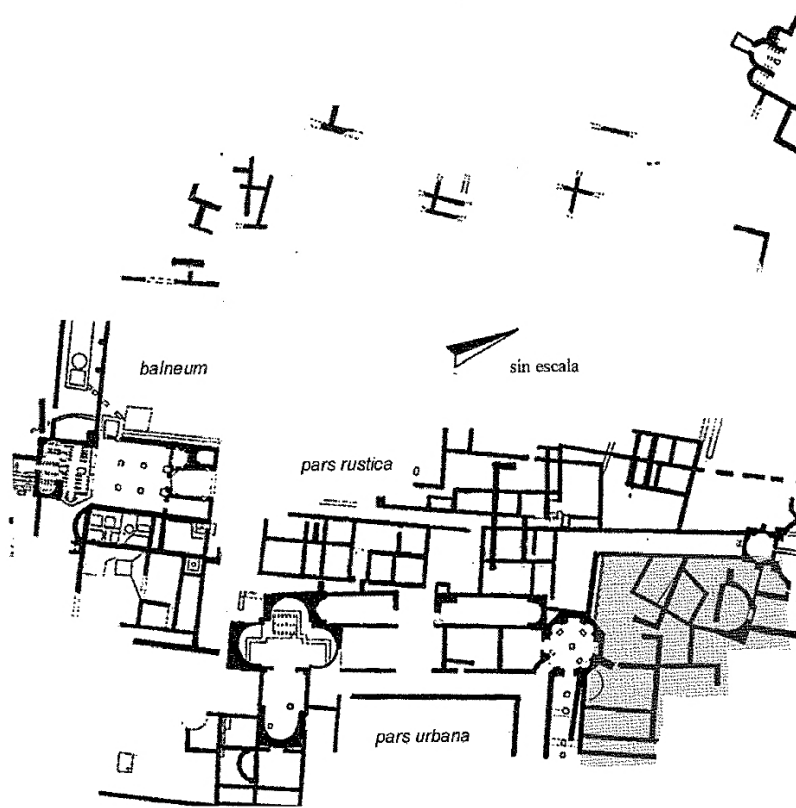


Fig. 423. Planimetría de la villa de Torreáguila (Montillo, Badajoz).

Según AGUILAR, 1991, fig. 8.

El complejo rústico de **Torreáguila (Montijo, Badajoz)** (fig. 423) tuvo una considerable extensión espacial y cronológica, desde el siglo I al VII d.C., si bien algunos de sus edificios se siguieron utilizando incluso con posterioridad. Su amplio peristilo está parcialmente excavado y no ha salido a la luz el sector oriental de su *pars urbana*. Hay diversas construcciones diseminadas a su alrededor, pertenecientes a su *pars rustica*. Como ya ha sido señalado, en un momento ocupacional avanzado algunos compartimentos del área residencial de Puente de la Olmilla probablemente fueron adaptados a un nuevo uso, siendo entonces destinados a fines utilitarios, pero carecemos de datos arqueológicos para poder afirmar si había otros disociados. En la villa de la Dehesa de Torreáguila ambas secciones están separadas por un muro de 1 m de anchura. Una de sus habitaciones de carácter industrial es rectangular y

termina en ábside, comunicándose con otra cuadrangular. Esta disposición se reproduce en las estancias n.º 15 y 16 de Puente de la Olmilla, aunque, a diferencia de éstas, la finalidad de las primeras está relacionada con el procesamiento del vino y el aceite (RODRÍGUEZ MARTÍN, 1988, 201-219; AGUILAR, 1991, 274, fig. 8). En el patio hay un espacio ajardinado (BLÁZQUEZ, 2001, 33), como en el establecimiento estudiado.

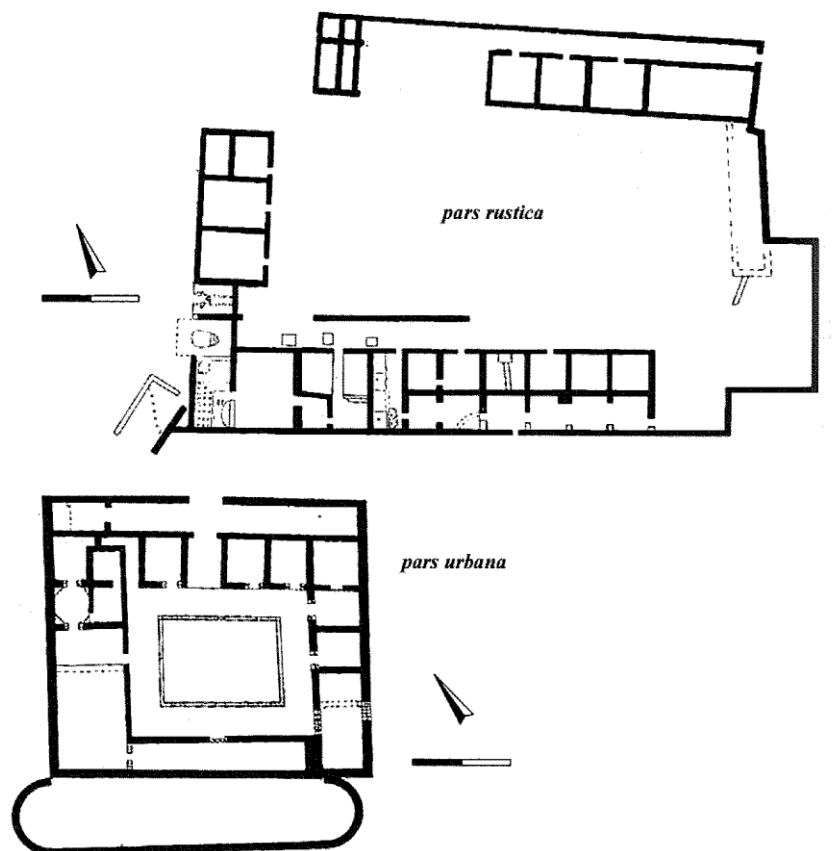


Fig. 424. Planimetría de la villa de “La Sevillana” (Esparragosa de Lares, Badajoz).

Según CHAVARRÍA, 2007, fig. 102.

La villa de “**La Sevillana**” (**Esparragosa de Lares, Badajoz**) (fig. 424) es definida por sus excavadores como “un gran conjunto urbano-rústico” (AGUILAR, 1991, 275-279, fig. 9). La estructura señorial, aislada de las otras construcciones, está organizada a partir de un patio porticado, a cuyo alrededor se disponen las galerías a las que abren las diversas estancias. Tiene una habitación absidiada, pero de mayores dimensiones que la de Puente de la

Olmilla. Parece ser una vivienda muy suntuosa, con mosaicos geométricos tapizando todas las habitaciones, cuya cronología es similar a la de los solados en *opus tessellatum* de la villa que estudiamos, el siglo IV. Un bloque arquitectónico situado a unos 20 m del mismo aún conserva las funcionalidades termas y de almacenaje. Todas las dependencias, algunas de ellas de tipo doméstico, se distribuyen en torno a su gran patio central, a la manera tradicional. Tiene un posible porche cubierto, al igual que el edificio solariego de Albaladejo.

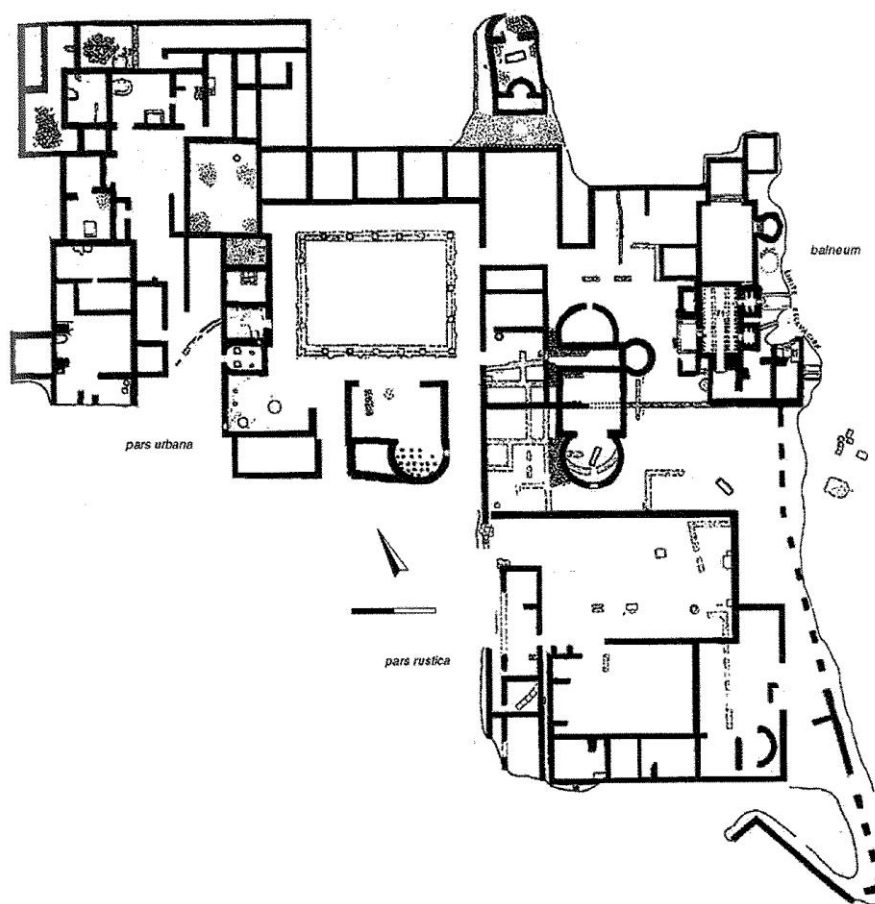


Fig. 425. Planimetría de la villa de la Dehesa de La Cocosa (Badajoz).
Según SERRA RÁFOLS, 1952, fig. 3.

La gran villa de la **Dehesa de La Cocosa (Badajoz)** (fig. 425) tiene un peristilo central rectangular (CHAVARRÍA, 2007, 95) rodeado de ricas

dependencias termales abastecidas de agua mediante un acueducto, además de varios recintos de uso agrícola organizados, a su vez, alrededor de otros dos patios (SERRA RÁFOLS, 1952, 95-99; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 23). El yacimiento ocupa más de diez hectáreas, lo que nos da una idea de la magnitud de este enclave. Otra característica distintiva respecto a los restos conocidos de Puente de la Olmilla consiste en que entre las diferentes crujías quedaban espacios intermedios. A propósito de ello dice J.C. Serra Ráfols (1952, 99): “parece como si se quisieran aislar sus diversos cuarteles, haciéndolos independientes unos de otros”. La principal semejanza apreciable con la planta de la *villa* de Albaladejo es uno de los referidos patios en torno al que se agrupan diversas unidades habitacionales, comunicadas por un amplio peristilo, como es tan habitual en las casas de campo romanas. Que era un establecimiento agropecuario no sólo queda patente por la aparición de almacenes de *dolia*, prensas de vino y aceite, etc., sino también por el hallazgo de aperos de campo: hoces y otros utensilios de hierro (SERRA RÁFOLS, 1947, 465-466; GARCÍA Y BELLIDO, 1953, 207-213; GORGES, 1979, 189-190, fig. XLIII). Cabe recordar al respecto que las excavaciones de Puente de la Olmilla nos han permitido recuperar igualmente algún utillaje agrícola, como hoces de hierro, dientes de hoz de sílex y herramientas tales como un hacha. A. García y Bellido (1953, 207-213) estudió este importante asentamiento agrícola, en el que se ha documentado parcialmente tanto el sector funcional como el señorial. A. Aguilar Sáenz (1991, 262, 267-268) pone de relieve que las construcciones de carácter urbano y los sectores relacionados con la productividad de la finca estaban asociados en la *villa* de La Cocosa, a la que define como un gran complejo urbano-rústico. Asimismo, hay un ninfeo anexo y, a unos 250 m del edificio principal, un mausoleo funerario (BOWES, 2006, 90-91, figs. 7a y 7b; sobre la edificación de tipo religioso, cfr. SERRA RÁFOLS, 1952, 62-72; CERRILLO *et alii*, 1986, 129).

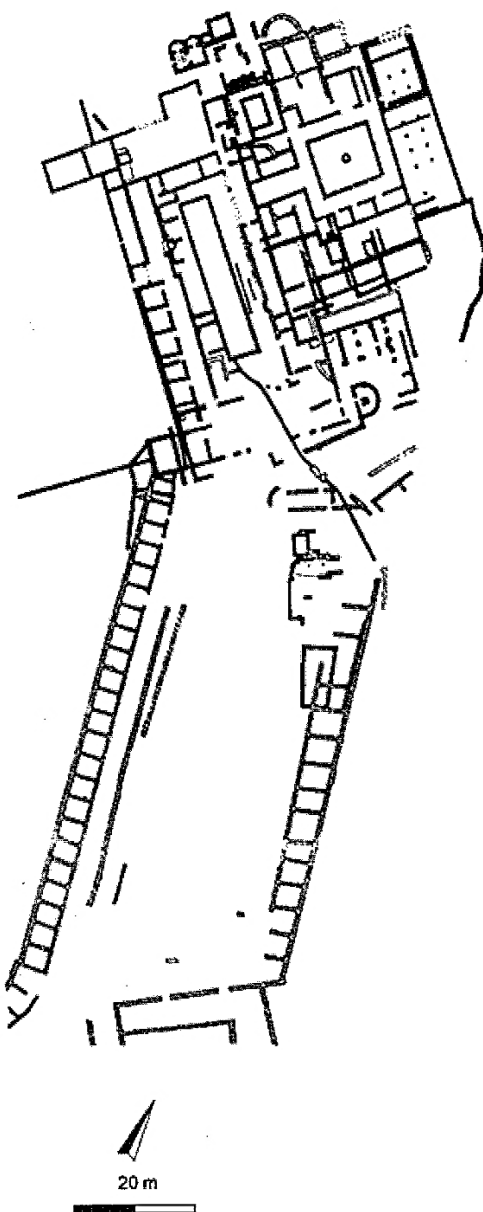


Fig. 426. Planimetría de la villa de Liédena (Foz de Lumbier, Navarra).

Según GORGES, 1979, fig. XXXV.

También en la excepcional villa de **Liédena (Foz de Lumbier, Navarra)** (fig. 426) había un “templo-tumba” (BOWES, 2006, 87; TARACENA, 1950, 9-40). El patio porticado, de la primera etapa constructiva de la villa, tiene la misma orientación que el de Puente de la Olmilla. El salón identificado como *triclinium*, indirectamente abierto a dicho peristilo (GORGES, 1979, 323-324, fig. XXXV), estaba cubierto con un mosaico báquico, probablemente decorado

con panteras tirando de un carro (MEZQUÍRIZ, 1956, 189-215). Como ya apuntamos anteriormente, en nuestra opinión, dos recintos comunicados entre sí (n.º 1 y 2), dispuestos en un extremo del deambulatorio meridional del peristilo de la *villa* de Albaladejo, uno de los cuales está pavimentado con un mosaico de contenido dionisiaco, a tenor de los dos felinos representados, estarían igualmente destinados al desarrollo de actividades sociales (recepción...). Las termas de las que estaba dotada la *villa* navarra eran independientes durante la referida primera etapa, cronológicamente adscribible al siglo II. Tras su destrucción en la siguiente centuria a consecuencia de las invasiones franco-alamanas, la *villa* fue restaurada en el siglo IV, añadiéndose un nuevo patio con estanque y otros ambientes de baño, esta vez integrados en la zona señorial. Posteriormente se amplió aún más la edificación, construyéndose un gran patio rodeado por medio centenar de habitáculos y cerrado al Sur por varias instalaciones secundarias (GORGES, 1979, 323-324, figs. XXXV, L y LI, respectivamente; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 32; AGUILAR, 1991, 262, 264-267, fig. 1; CHAVARRÍA, 2007, 202, fig. 57). La magnitud de este imponente establecimiento rural no admite comparaciones con una vivienda campestre como la de Albaladejo, mucho más pequeña y modesta.

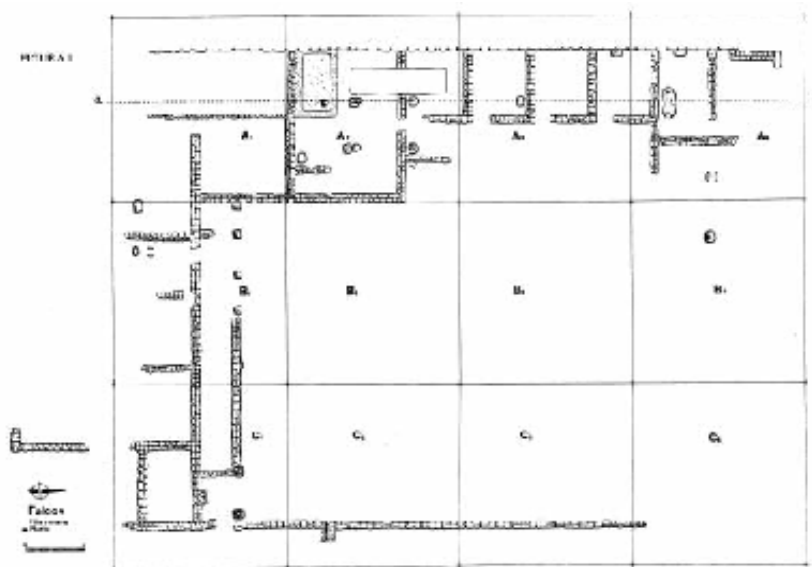


Fig. 427. Plano de los sectores excavados en la *villa* de San Esteban (Falces, Navarra).
Según MEZQUÍRIZ, 1987, fig. 1.

Otra *villa* navarra, la de **San Esteban (Falces, Navarra)** (fig. 427), ocupa una terraza dominando el Arga. Sólo se ha excavado el sector utilitario de la misma, constatándose la superposición de dos edificios. El más antiguo de ellos, de principios del siglo II, tenía un *atrium* con cuatro columnas. El otro pertenece a mediados del siglo IV. A esa etapa tardía corresponde un complejo vitivinícola formado por varios departamentos con suelos de lajas de piedra planas y una prensa de vino. El hallazgo de abundante utillaje agrícola (hoces...) y de numerosos fragmentos de *dolia* para contener vino refrenda el carácter básicamente rústico de este asentamiento (MEZQUÍRIZ, 1971, 49-76; 1976, 317-319; 1985c, 159-184; GORGES, 1979, 322, fig. LXV; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 28; AGUILAR, 1991, 262, 266-267, fig. 2), que estaría dedicado a la actividad industrial de transformación de la uva. Se han exhumado varias dependencias yuxtapuestas en un mismo eje Norte-Sur, que no se asemejan a lo que conocemos de Puente de la Olmilla. Como la parte vinculada a la explotación agropecuaria de la *villa* de Albaladejo aún no ha sido excavada, no nos es posible confrontarla con esta otra, pero traeremos nuevamente a colación la aparición en el yacimiento que nos ocupa de cierta cantidad de fragmentos de recipientes cerámicos usados como contenedores, objetos de hierro relacionados con las labores del campo (hoces, fragmentos de otros posibles utensilios...), herramientas tales como un hacha, también dientes de hoz (o de un trillo) y otros materiales que reflejan esa vertiente agrícola en el registro arqueológico del lugar.

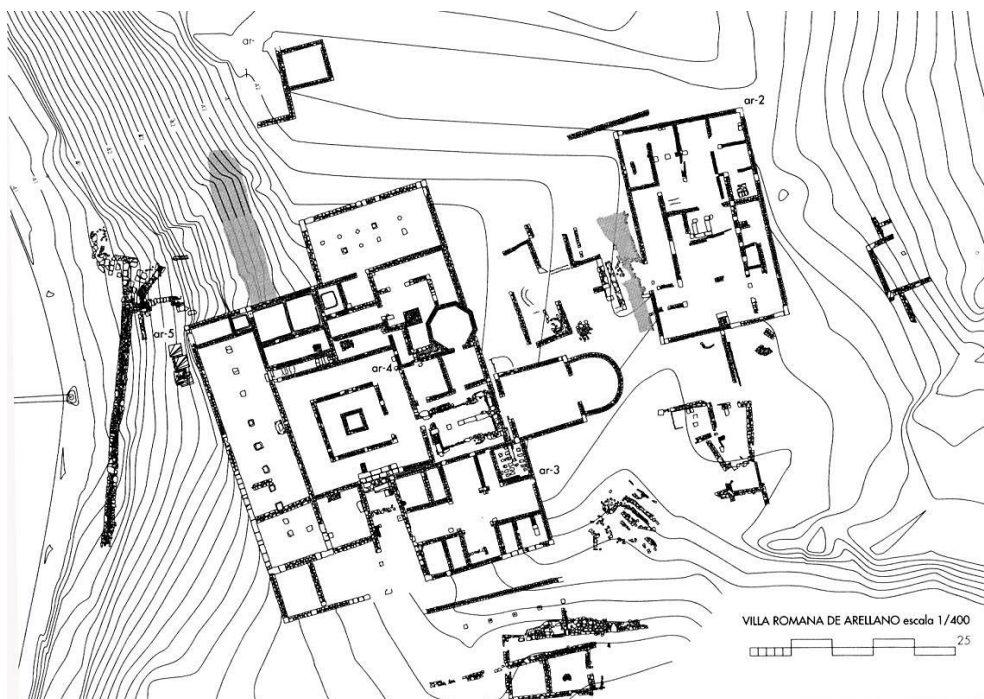


Fig. 428. Planimetría de la villa de Arellano (Navarra).

Según MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, fig. 1.

La villa de **Arellano (Navarra)** (fig. 428) fue habitada durante un periodo mucho más extenso que la de Albaladejo, abarcando desde el siglo I hasta el VI d.C., con un uso continuado. Se pueden distinguir tres fases constructivas (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 55-100, con las diferentes zonas del plano general, 83-85, figs. 1-3). A la más antigua de ellas pertenecen el peristilo cuadrangular (en este caso, con *impluvium*) y los espacios inmediatos al mismo, con importantes añadidos durante los siglos IV-V. Entre estos últimos destaca en particular una impresionante aula rectangular rematada en exedra, identificada por M.A. Mezquíriz y M. Unzu (2005, 988) como el *oecus*. Se diferencia de la habitación 15 de la villa estudiada no sólo en sus dimensiones, sino en que el ábside de ésta es una adición a un muro recto preexistente, en cambio, todo el recinto absidial del yacimiento navarro fue construido de una vez y la exedra se reproduce al exterior. No obstante, ambos espacios tienen en común un componente que los ennoblece: estar sobreelevados. Por lo demás, la distribución de los ambientes del edificio principal no guarda demasiado parecido con la de Puente de la Olmilla, salvo algunas galerías de

la etapa bajoimperial. Las unidades estructurales de la fase inicial de este asentamiento se encuentran en los flancos septentrional y oriental. Se trata de una serie de instalaciones subalternas dedicadas a la elaboración de vino (un *torcularium*, lagares...) y una bodega (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 77-79, 86-88, figs. 4-6; 1995-1996, 318-321). Otros complejos arquitectónicos aislados del núcleo residencial se extienden a su alrededor, documentándose en algunos de ellos las tres etapas mencionadas líneas arriba, mientras que otros corresponden plenamente a la primera, esto es, a los siglos I-III. A partir del siglo IV parece haber finalizado la mencionada actividad vitivinícola, transformándose este enclave en un lugar de culto a Attis y Cibeles. Las construcciones de esa época están situadas al Sur y al Oeste. Los ritos místicos de dicha religión oriental se celebraban en el *Taurobolium*, un gran recinto rectangular ubicado en el extremo oriental de la *villa* (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 61, 63, 81, 90, fig. 8). Asimismo, al Sur han salido a la luz los establos (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 61) y al Sureste otros restos de la *pars rustica* destinados a vivienda de los trabajadores de la *villa* (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 60), cronológicamente atribuibles a los siglos IV-V.

Su programa decorativo incluye una magnífica serie musiva (MEZQUÍRIZ y UNZU, 2005, 987-999).

En la cubierta se utilizaron tejas planas (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 60), en tanto que en la de Puente de la Olmilla éstas se combinaron con otras curvas. A su vez, en la de Arellano se ha detectado al Noreste la presencia de dos canales de drenaje, realizados en piedra, en la zona del potente muro de contención, donde se abre una puerta de acceso al conjunto de edificaciones. Se unen para formar uno solo que sale al exterior atravesando por debajo el umbral de dicha entrada (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 60-61). También la doble conducción oriental de Puente de la Olmilla conecta entre sí bajo una de las estructuras, en este caso para evacuar el agua del *hortus*.

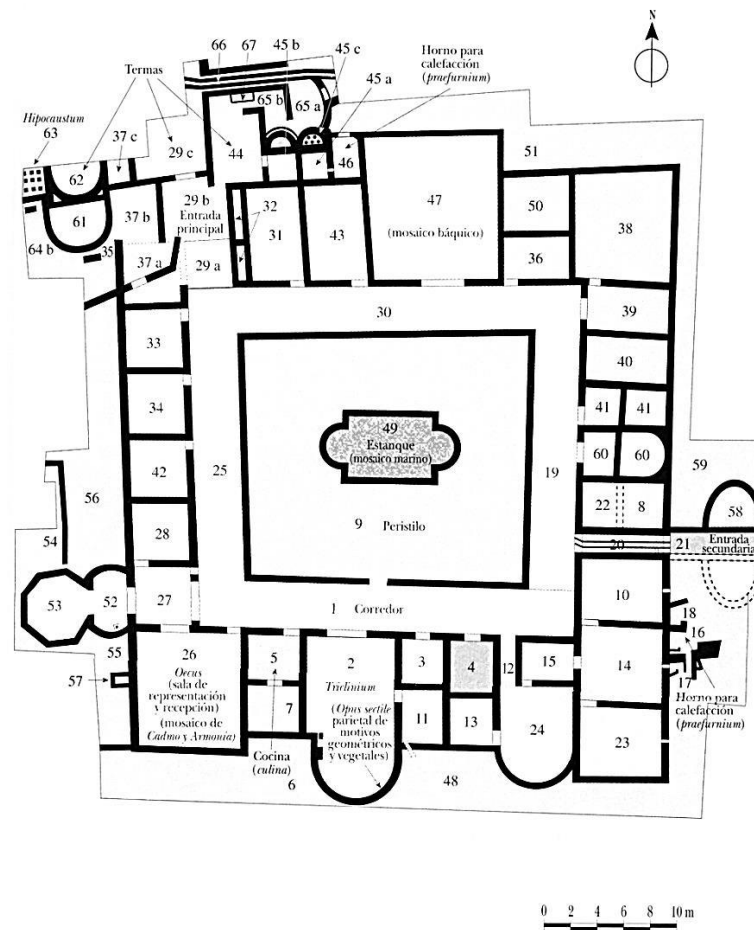


Fig. 429. Planimetría de la villa de La Malena (Azuara, Zaragoza).
Según ROYO, 2003, fig. 1.

En un paraje ribereño se levanta la hermosa villa de **La Malena (Azuara, Zaragoza)** (fig. 429). Parcialmente descubierta, al igual que la de Albaladejo, pertenece, como ésta, al tipo de peristilo, aunque su planta es cuadrangular, a diferencia de la parte conocida del yacimiento estudiado, cuyo trazado es rectangular. También se distingue en que su amplio patio central tiene un estanque revestido con un mosaico de temática marina. Los deambulatorios que lo circundan están pavimentados en *opus tessellatum*, como los de Puente de la Olmilla. Frente a los 1.225 m² exhumados de esta vivienda, se han sacado a la luz 2.500 m² de La Malena. Algunas de sus dependencias privadas estaban dotadas de un sistema de calefacción. Las dos edificaciones están agrupadas en un bloque compacto, con todas las piezas bien integradas. Sus

habitaciones más representativas se caracterizan por su orientación, una configuración especial y su decoración musivaria (todos ellos, mosaicos policromos, al igual que los de Puente de la Olmilla; FERNÁNDEZ-GALIANO, 2001, 57-65). Ambos complejos coinciden en que una de sus estancias señeras estaba pavimentada con un mosaico báquico. Como ya habíamos comentado, un aula finalizada en exedra (el *triclinium*) se contrapone a una gran sala cuadrangular (el *oecus*), hasta cierto punto similares en su disposición a las n.º 15 y 4 del yacimiento estudiado, si bien las dimensiones de la primera son considerablemente mayores que las de este otro ámbito absidiado (n.º 15). La riqueza de esta mansión rural del valle medio del Ebro queda, asimismo, acreditada por el empleo de costosos materiales constructivos, tales como mármoles y piedras nobles (p. ej., un *opus sectile* parietal ornamentaba su *triclinium*) o el hallazgo de esculturas marmóreas, como una figura acéfala de Atenea, con pátera en la mano derecha y lanza en la izquierda, que quizá pudieran ser también los atributos -no conservados- de la Minerva broncea de Albaladejo. Tuvo una ocupación inicial a finales del siglo I d.C., siendo reformada tras las invasiones franco-alamanas, proceso que concluyó a mediados del siglo IV. Su abandono definitivo hacia la mitad de la siguiente centuria ha sido fechado por los materiales cerámicos y el escaso numerario recuperado (ROYO, 2001, 46-57; 2003, fig. 1). Ambas *villae* tuvieron, pues, una amplia secuencia cronológica.

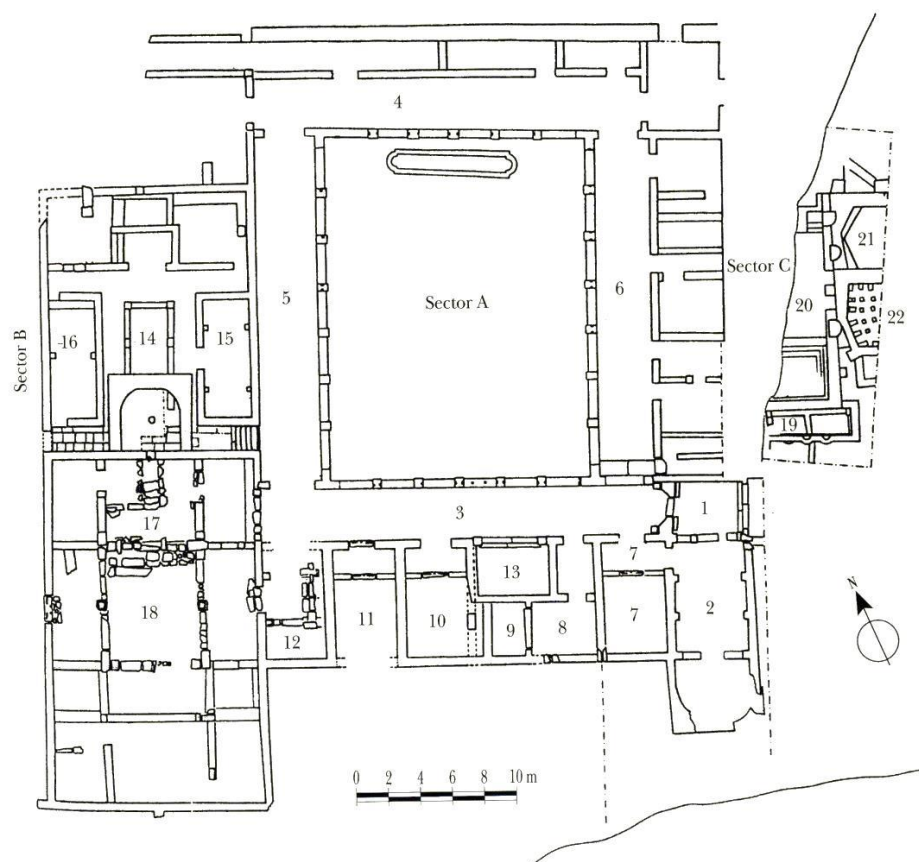


Fig. 430. Planimetría de la *villa* Fortunatus (Fraga, Huesca).

Según ROYO, 2003, fig. 3.

La *villa* **Fortunatus (Fraga, Huesca)** (fig. 430) tiene un gran peristilo rectangular, con un jardín interior, lo mismo que la de Puente de la Olmilla, según apuntan todos los indicios arqueológicos. Sin embargo, en vez de vestíbulo hay un *atrium*. Una habitación con exedra corresponde al *triclinium*, pavimentado con el mosaico más rico de todo el elenco. Hacia mediados del siglo IV, el edificio sufrió una remodelación y una parte de su programa decorativo se renovó también (SCHLUNK y HAUSCHILD, 1978, 137, lám. 28 a; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 96-98, fig. 29; GUARDIA, 1992, 94, fig. 10; BLÁZQUEZ-LÓPEZ MONTEAGUDO-NEIRA y SAN NICOLÁS, 1986, 133; NEIRA, 2008, 57-58, fig. 3). En el caso de Puente de la Olmilla, las reformas arquitectónicas fueron parciales, pero no implicaron un cambio de la

ornamentación musiva, únicamente alguna *refectio*. Tampoco aquí se ha exhumado la zona termal (SERRA RÁFOLS, 1943, 5-35; GORGES, 1979, 267, fig. XLII.1). Otro hecho digno de mención es que a finales del siglo IV o principios del V, uno de los ámbitos de la *villa* de Fraga adoptó funciones religiosas (BOWES, 2006, 93-95, fig. 10). Se trata de una amplia estancia transformada en basílica cristiana, que demuestra la conversión de los *domini* (sobre esta cuestión, *vid. supra* capítulo XIV.5.3.3).

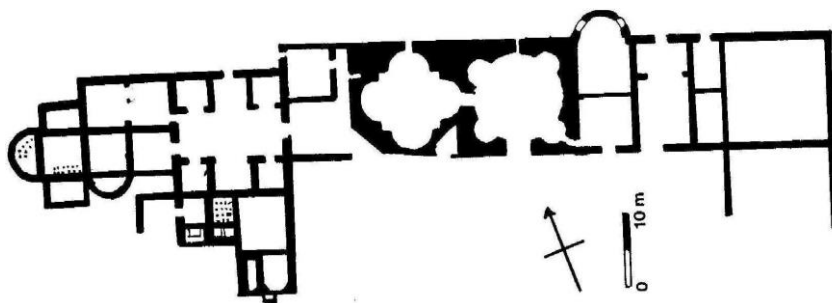


Fig. 431. Planimetría de la *villa* de Centcelles (Constantí, Tarragona).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 21.

A su vez, la existencia de un espléndido mausoleo es uno de los principales distintivos de **Centcelles (Constantí, Tarragona)** (fig. 431), al igual que el de Sádaba (BOWES, 2006, 86-87) y algunos otros que forman parte de varias *villae* de nuestra Península, además de diversos espacios rituales (en las de Azuara, Torre de Palma, etc.). Conjuntos residenciales de alto rango como éste, convertidos en símbolo del *status* y poderío de sus propietarios, incorporaron tumbas de gran aparato y otros elementos que les conferían valores monumentales (BENDALA y ABAD, 2008, 30).

Centcelles es una gran *villa* áulica, de tipo lineal, probablemente con galería porticada, aún no descubierta en toda su extensión (tan sólo el núcleo). El referido mausoleo se halla en el centro del área excavada, compuesto por una estancia cuatrilobulada y otra circular, con una cripta, a las que se añaden unas termas y varios espacios habitacionales (GORGES, 1979, 411-412, fig. LX; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 21). F. Regueras (2007, 39) considera que una parte del *balneum* (o de los ambientes de representación) se

transformó en mausoleo. En sus inmediaciones se ha detectado mediante diversos sondeos arqueológicos la existencia de ambientes rústicos (incluyendo las *dolia* encontradas *in situ*), poniéndose así de manifiesto el carácter de explotación agrícola que también tenía este complejo (SCHLUNK-HAUSCHILD, 1962; HAUSCHILD y ARBEITER, 32; BOWES, 2006, 92-93). Al igual que en el asentamiento de Puente de la Olmilla, se pueden apreciar diferentes fases de ocupación. Hay que situar su origen en el siglo I d.C. Esa etapa inicial de la *villa* tarraconense se extiende hasta la tercera centuria y, en el caso de la de Albaladejo, quizás hasta la segunda, ateniéndonos al repertorio cerámico y numismático, aunque no contamos con restos arquitectónicos claramente atribuibles a la misma, como reiteradamente hemos manifestado. Hubo una segunda etapa datada en el siglo IV, siendo totalmente transformado el edificio de Centcelles durante la primera mitad de esa centuria. Ese es el único aspecto en común entre ambos establecimientos, ya que la planimetría no guarda ninguna semejanza (salvo el citado pórtico) y, desde luego, el de Albaladejo carece de salas monumentales y de la magnificencia de aquél, en suma, no tiene parangón en cuanto a dimensionalidad y fastuosidad. Además, el recinto termal de Centcelles estaba integrado en el sector principal de la unidad doméstica (PIÑOL, 1993, 84-86), algo que no está arqueológicamente contrastado hasta la fecha en Puente de la Olmilla (*vid. infra* capítulo XX). En otro orden de cosas, en uno de sus espléndidos mosaicos se puede contemplar una torre, también aparece representada una *villa* de traza rectangular, con tejado a dos aguas y en una de sus pinturas murales se puede contemplar una construcción de planta rectangular con techumbre a doble vertiente, que J.M. Blázquez interpreta como una dependencia de la hacienda, basándose en el tamaño y el tipo de arquitectura (SCHLUNK, 1988, 18-19, láms. 4 y 36; BLÁZQUEZ, 2009, 623; 2012, 85-86, fig. 11). Se pueda o no relacionar concretamente estas representaciones musivas con estructuras reales de este yacimiento o de otros de la órbita del Imperio y, pese a que la semántica de las imágenes nos permite vislumbrar cómo a través de ellas se intentaba transmitir un determinado mensaje por

parte de la élite dominante, en última instancia, aun tratándose de tipologías más o menos modélicas, nos sirven para recrear cómo eran algunas instalaciones de las *villae* (*vid. supra* capítulo XVI.1).

En la *villa* de **la Salut o Arrahona (Sabadell, Barcelona)** apareció un recinto con gran cantidad de *dolia*, una parte del sector balneario, habitaciones con hipocausto y suelos de mosaico. Está enclavada en un paraje ocupado anteriormente por un poblado ibérico, que había sido destruido. Los restos descubiertos están dispersos, por lo que no guardan gran semejanza con la organización de los espacios de habitación de Puente de la Olmilla, bien integrados. Otros materiales arqueológicos recuperados, como ánforas y diversos útiles, subrayan la funcionalidad agrícola de esta instalación rústica, que pervivió desde la primera hasta la tercera centuria (GORGES, 1979, 214, fig. LXVI). Es, por tanto, una *villa* de plan diseminado, de cuya *pars urbana* sabemos que tiene un patio cercado, además de unas termas (MORAL y LLOBET, 1976, 57-73, específicamente sobre estas cuestiones: 61; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, figs. 60-61; AGUILAR, 1991, 263, nota 9, 269, fig. 4).

En la *villa* de **El Vilarenc (Calafell, Tarragona)**, construida a orillas del mar durante el siglo I a.C., se han localizado tres grandes cisternas que debieron de ser utilizadas como depósitos, algunos espacios habitacionales, como un posible *atrium* o bien un pequeño peristilo, asimismo, dependencias balnearias, jardines, un silo (vestigio del sector subsidiario)... (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 76). La datación del material cerámico es altoimperial, excepto un par de fragmentos tardíos, de lo que se desprende que la época de esplendor de esta residencia fue anterior al Bajo Imperio (GORGES, 1979, 410-411, fig. LXX.1), a diferencia de la de Puente de la Olmilla. Tampoco se aprecian analogías entre ambas planimetrías.

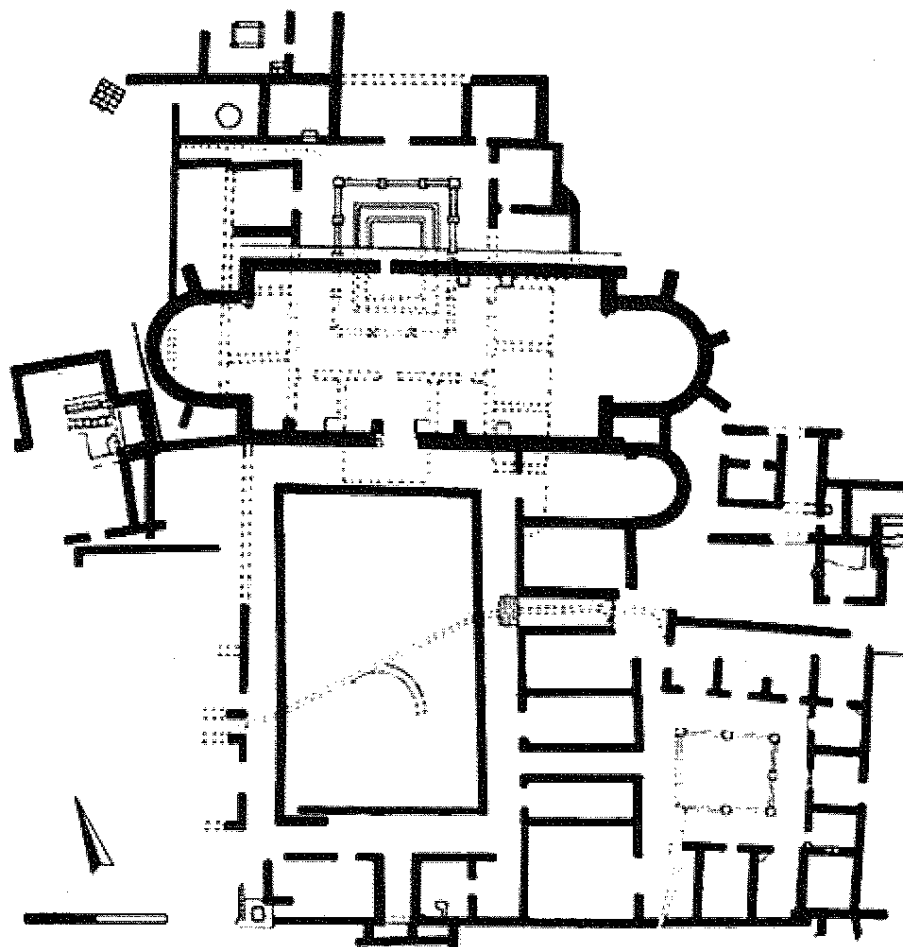


Fig. 432. Planimetría de la *villa* de Bruñel (Quesada, Jaén).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 12.

La del Pago de **Bruñel (Quesada, Jaén)** (fig. 432) corresponde al mismo tipo de la *villa* de La Olmeda y, en parte, recuerda también a la que estudiamos, estando incluidas todas ellas en el grupo de *villae* residenciales (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 84-85, 100-102, fig. 12). Está dotada, como la palentina, de una elegante simetría y magnificencia, si bien la de Quesada tiene un *atrium* y en una segunda fase constructiva se le añadió una sala de doble ábside, que serviría de vestíbulo a un nuevo peristilo rectangular, una de cuyas galerías permite acceder a una habitación rematada en exedra semicircular (GORGES, 1979, 271-272, fig. XLVII; CHAVARRÍA, 2007, 95), En

este último aspecto arquitectónico se parece a la villa de Albaladejo e igualmente ambas fueron ampliadas a lo largo del tiempo.

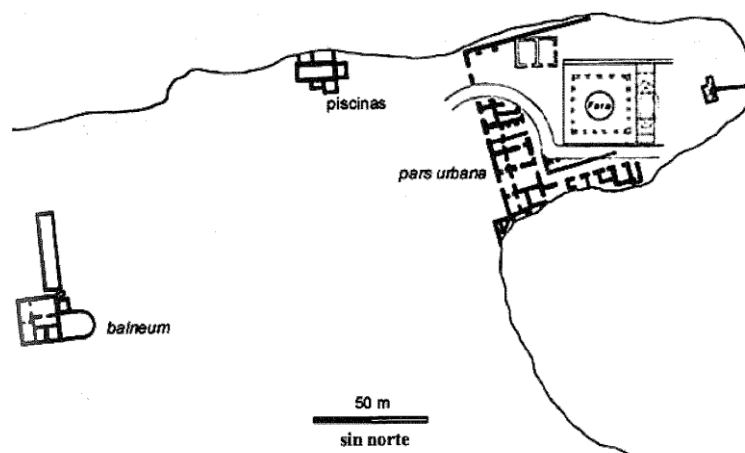


Fig. 433. Plano del área arqueológica de El Faro (Torrox, Málaga).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 72.

La villa de **El Faro (Torrox, Málaga)** (fig. 433) tiene un vestíbulo en la zona septentrional, similar al porche de Puente de la Olmilla, pero mientras en ésta un pasillo arranca del pórtico de entrada en dirección al peristilo (n.º 11 y 13, respectivamente), en la primera da paso a un *atrium* con su *impluvium*, en cuyo derredor se distribuyen las “piezas más ricas” (GORGES, 1979, 307, fig. XXXIX.1). En la parte posterior, apenas excavada, se dispone un peristilo trapezoidal (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, figs. 72-73).

La villa de **Manguarra y San José (Cártama-Málaga)** fue erigida en el ángulo formado por el río Guadalhorce y uno de sus afluentes. Han aparecido algunos departamentos y ejes de circulación pertenecientes a las unidades funcionales del establecimiento, con muros de *opus incertum*, estucos, suelos de *opus signinum* y de tierra batida. Fundada en el siglo I, fue durante el siglo IV cuando adquirió mayor auge (GORGES, 1979, 304, fig. LXIX.1; SERRANO y LUQUE, 1976, 491-523; 1980, 255-396; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 139-140, fig. 33; AGUILAR, 1991, 271-272, fig. 6), como la que es objeto de nuestro estudio. La misma valoración realizada al comparar la villa navarra de San Esteban de Falces con la de Albaladejo es válida también para la malagueña.

Las Torres (San Pedro de Alcántara, Málaga) es el nombre de una *villa* dotada de termas y con algunas estructuras que probablemente estaban dedicadas a una actividad industrial (relacionada con el *garum*, quizás). Al igual que en Puente de la Olmilla, aquí se han descubierto fustes de columnas, fragmentos de mármol y alguna pieza escultórica (concretamente, una cabeza de Apolo tallada en mármol, mientras que en Puente de la Olmilla se encontró una figurilla broncea representando a Minerva y una pequeña terracota). El yacimiento malagueño se inscribe cronológicamente entre los siglos I y III, experimentando durante las dos últimas centurias su máximo desarrollo constructivo (GORGES, 1979, 306, fig. LXIX.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 71). Por lo demás, las áreas parcialmente excavadas de sendas *villae* difieren considerablemente.

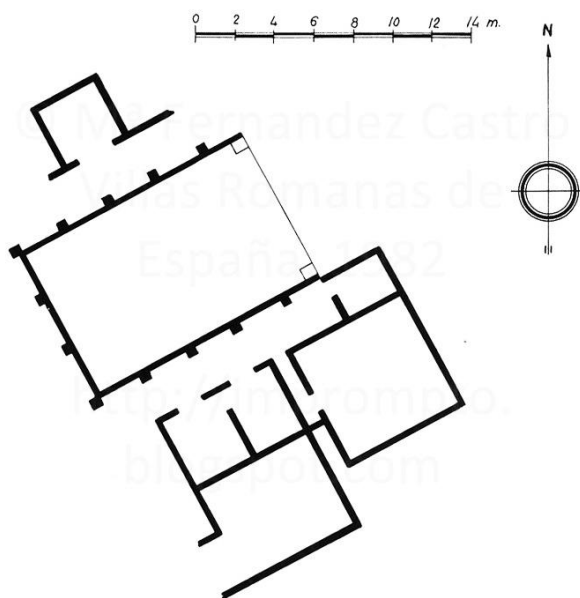


Fig. 434. Planimetría de los sectores excavados en la *villa* de Río Verde (Marbella, Málaga). Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 56.

La *villa* de **Río Verde (Marbella, Málaga)** (fig. 434) está estructurada en torno a un peristilo rectangular (GORGES, 1979, 305-306, fig. XXXIX.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 56), lo mismo que la de Albaladejo, a la manera tradicional, donde ese ámbito es el espacio de distribución primordial.

Aunque el área excavada de la *villa* marbellí es mucho menor, los restos visibles presentan gran semejanza, no obstante, dada su ubicación costera, su *pars rustica* estaría dedicada a la explotación de los recursos marinos (pesca, salazón de pescados...), en vez de a los agrícolas, como es más frecuente, incluyendo, como cabe suponer, la de Puente de la Olmilla. Sus pavimentos musivos son bastante singulares (MONDELO, 1982-83, 173-183; 1984-85, 121-130), en particular un mosaico con tema culinario (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 81-83, figs. 22-23, láms. 62-66, n.º 55).

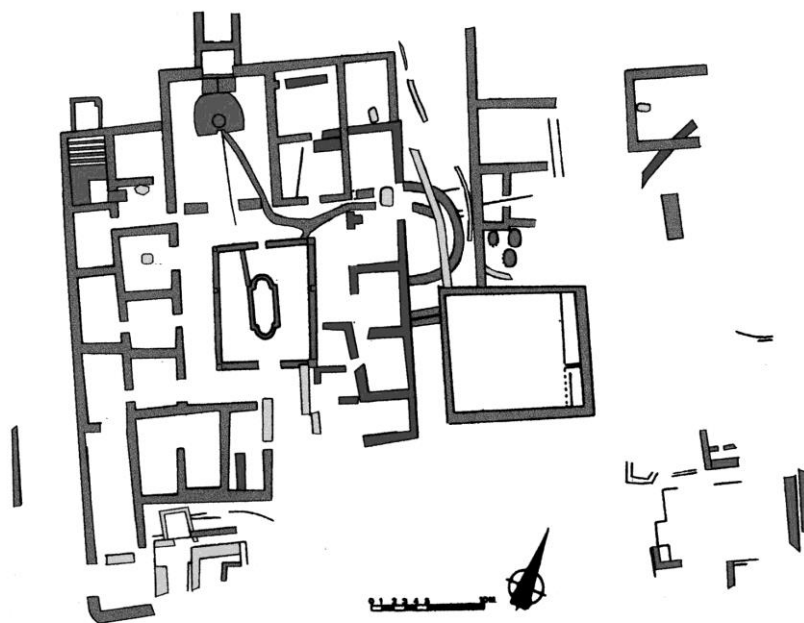


Fig. 435. Plano del sector residencial de la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba).

Según VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, lám. 8.

La residencia rústica de **El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)** (fig. 435), aun siendo incomparablemente más suntuosa, presenta una serie de afinidades constructivas con la que nos ocupa. Así, se deambulaba alrededor de un patio central rectangular, en este caso con estanque para la recogida de agua pluvial. De las crujías que comunican con el peristilo, la oriental está definida por construcciones similares a las del ala este de Puente de la Olmilla, excepto en la zona suroeste, en cambio, las dependencias de su sector septentrional presentan una organización diferente a la del flanco norte de la

villa de Albaladejo. A su vez, como en ésta, en la de El Ruedo hay una sala con cabecera semicircular (en este caso, con *stibadium* sobreelevado, mientras que en la nuestra toda la estancia se halla realzada), asimismo, se ha excavado parcialmente una infraestructura hidráulica, consistente en una canalización construida en ladrillo, con un conglomerante de argamasa de cal, que atraviesa subterráneamente el muro de una dependencia situada al Noreste del yacimiento cordobés. Existe en él, además, una cisterna. Al Sureste se ha localizado las termas. Otras edificaciones quizás puedan identificarse con la parte rústica y/o fructuaria (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997), aspectos estos últimos en los que se distingue de Puente de la Olmilla.

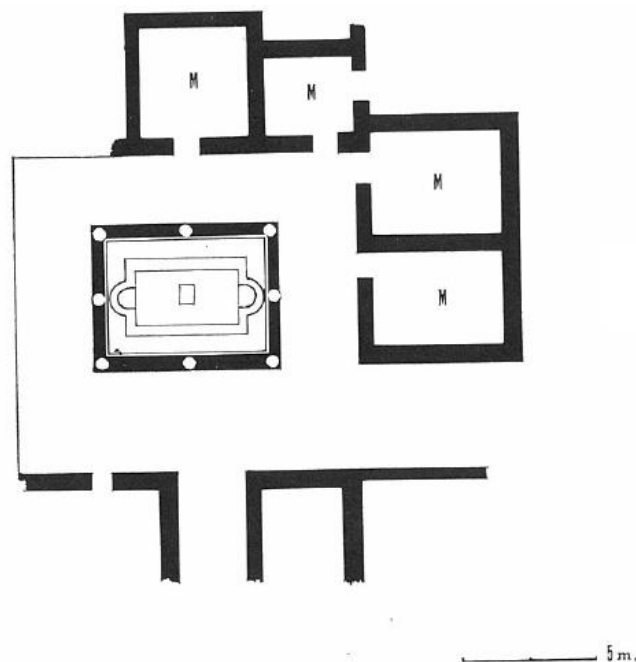


Fig. 436. Planimetría de la *villa* de Fuente de las Piedras.

Según GORGES, 1979, fig. XXXIII.2.

Sólo conocemos el ámbito central de la *villa* de **Fuente de las Piedras (Cabra, Córdoba)** (fig. 436), consistente en un peristilo aparentemente rectangular, en el que desemboca un pasillo parcialmente excavado. Se asemeja bastante al de Puente de la Olmilla, aunque el lateral mayor del patio porticado de la vivienda cordobesa se dispone perpendicularmente respecto a

dicho pasillo (GORGES, 1979, 249, fig. XXXIII.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 13) y en la de Albaladejo, por el contrario, el más largo se alinea verticalmente con el eje de circulación de acceso al peristilo (n.º 11). En ambos casos, al fondo del mismo se abre un recinto cuadrado de dimensiones considerables. Algunos de los espacios habitacionales que se sitúan en su entorno presentan similitudes con los del ala oriental del yacimiento estudiado. Además, en el patio del establecimiento cordobés hay un *impluvium*, mientras que el de Puente de la Olmilla probablemente estuvo ajardinado, como repetidamente hemos comentado. Por otra parte, la *villa* de Fuente de la Piedras sólo tuvo una fase de ocupación, en cambio, el enclave de Puente de la Olmilla tuvo al menos dos etapas cronológicas, con varias fases constructivas en la segunda de ellas, como evidencian las reformas y ampliaciones llevadas a cabo en diversos puntos de la casa.

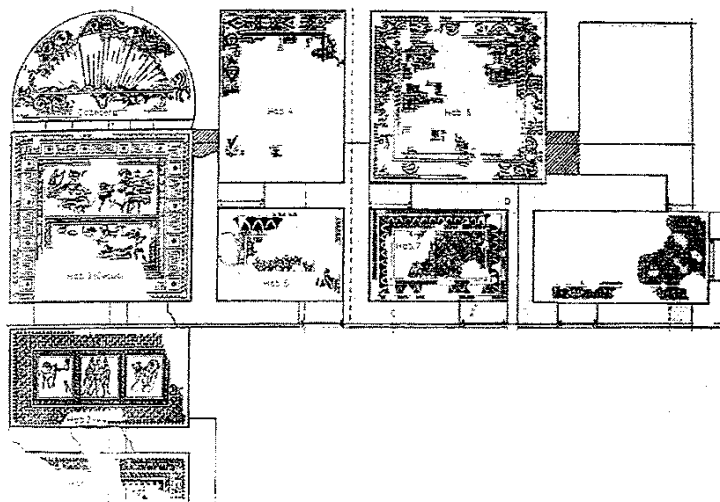


Fig. 437. Plano de un sector de la *villa* de Fuente Álamo (Almedinilla, Córdoba).

Según SAN NICOLÁS, 1994, fig. 2.

La *villa* cordobesa de **Fuente Álamo** (fig. 437), a diferencia de la de Puente de la Olmilla, pertenece al tipo “de plan diseminado” (GORGES, 1979, 311), muy difundido en las regiones nórdicas y atestiguado en algunas *villae* hispanas, como se refleja en estas páginas. Aunque ambas están organizadas planimétricamente conforme a un bloque rectangular, el del complejo rural

cordobés está “subdividido al menos en tres distintas unidades” (SAN NICOLÁS, 1994, 1289-1304, fig. 2). Además de la residencia propiamente dicha, han salido a la luz dos construcciones aisladas de carácter utilitario. Al haber sido parcialmente destruida a causa de un incendio provocado en un episodio de las invasiones germánicas, los escombros del derrumbe han permitido una buena conservación de algunos de sus pavimentos musivos. Los que decoraban algunos suelos del edificio estudiado, por su parte, han corrido desigual suerte, conservándose algunos en bastante buen estado, en contraste con otros, más deteriorados debido a diversas causas, como ya expusimos (*vid. supra* capítulo XIV.5).

El *oecus* de la *villa* de Fuente Álamo, al igual que las habitaciones 1-2, 4 y 15 de Puente de la Olmilla, se hallaba en un plano más alto (SAN NICOLÁS, 1994, 1293). Como aquél, también éstas eran de tipo señorial y, salvo la n.º 4, todas ellas estaban situadas en un lateral, no en el eje central de la vivienda.

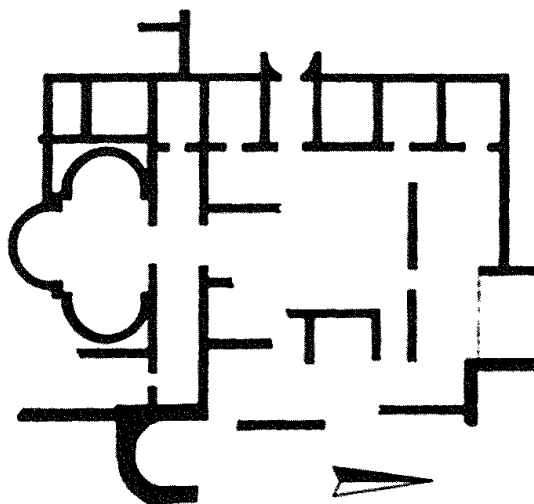


Fig. 438. Planimetría de la *villa* de Las Mezquitillas (Cortijo de Fuentidueñas, Écija, Sevilla). Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 35.

Erigida sobre un pequeño cerro, la *villa* de **Las Mezquitillas (Cortijo de Fuentidueñas, Écija, Sevilla)** (fig. 438) presenta una planta tripartita, compuesta por *triclinium*, corredor y peristilo (GORGES, 1979, 374, fig. XLVI; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 35). Como sucede en Puente de la Olmilla,

la entrada se encuentra en el frente septentrional de la casa (para ser más precisos, al Noroeste, en la de Albaladejo). Fue edificada según un eje Norte-Sur, mientras que la nuestra se halla algo desplazada respecto a esa alineación.

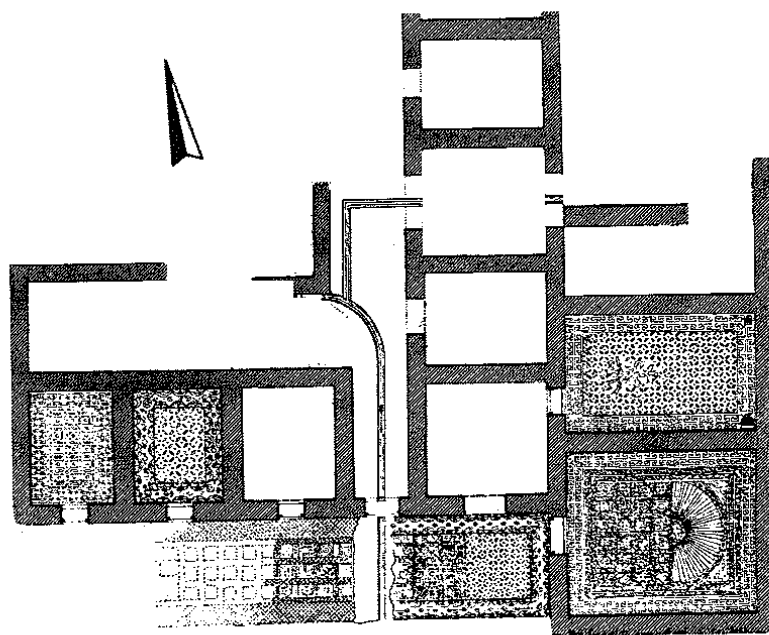


Fig. 439. Planimetría de la *villa* de Soto de Roma (Daragoleja, Granada).

Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 26.

En la *villa* de **Soto de Roma (Daragoleja, Granada)** (fig. 439) encontramos un largo vestíbulo, aunque abierto al mediodía, no al Noroeste, como sucede con el pórtico exterior de Puente de la Olmilla (n.º 13). Desde ellos se accede directamente a varios habitáculos (GORGES, 1979, 262, fig. XXVIII.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 26). En las dos *villae*, ese ámbito conduce en uno de sus extremos a una sala de amplias dimensiones, que destaca entre las contiguas. En ambas, un corredor parte de dicho espacio, que sirve de recibidor, en dirección al interior de la vivienda.

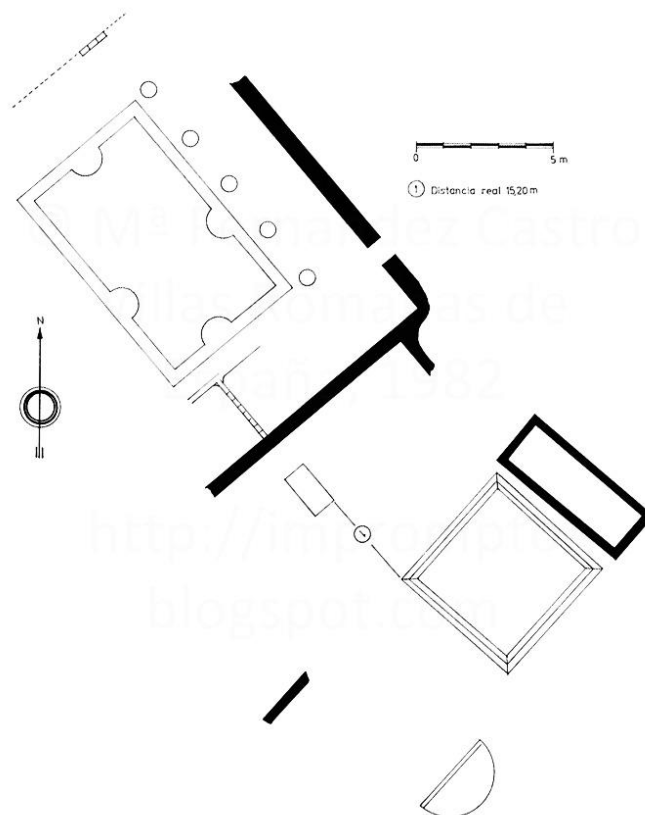


Fig. 440. Planimetría de los sectores excavados en la villa de El Santiscal (Arcos de la Frontera, Cádiz). Según FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 63.

El Santiscal (Arcos de la Frontera, Cádiz) (fig. 440) es una villa de peristilo ubicada a orillas del Guadalete. Únicamente se ha puesto al descubierto el peristilo rectangular con estanque y jardín interiores (BLÁZQUEZ, 2001, 33), los cuatro deambulatorios y algunas dependencias termales. Tiene pavimentos en *opus tessellatum* y otros de *opus sectile*. Este asentamiento tuvo una amplia pervivencia histórica, desde el siglo I hasta finales del IV d.C. (GORGES, 1979, 241, fig. LXIII.3), aproximadamente como el de la villa de Albaladejo, cuyo núcleo central se parece al de éste, incluyendo en ambos casos la referida zona ajardinada, aunque el peristilo de la mansión rural gaditana tenía además el mencionado *impluvium* (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 63).

Desde el punto de vista estructural, no apreciamos ninguna semejanza entre la villa que nos ocupa y la zona excavada de numerosas otras, tales

como las de **Els Ametllers (Tossa de Mar, Gerona)** (GORGES, 1979, fig. XXVI; CHAVARRÍA, 2007, 173, fig. 37; REVILLA, 2007-2008, 321, fig. 1.2), **Sábada (Zaragoza)** (GARCÍA Y BELLIDO, 1963a, 166-170; 1963b, 3-11; GORGES, 1979, fig. XXX.1; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 59; BOWES, 2006, 86-87, fig. 4a), **Soto del Ramalete (Tudela, Navarra)** (GARCÍA Y BELLIDO, 1953, 207-213; GORGES, 1979, fig. XXVII; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 52), **Boides (Puelles, San Salvador de Valdediós, Oviedo)** (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 11), **Las Tamujas (Malpica de Tajo, Toledo)** (PALOMEQUE, 1955, 305-317; 1963, 198; GORGES, 1979, fig. XXX.2; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 68), **Villaverde Bajo (Madrid)** (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 77), **Alcolea de Córdoba** (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 6), **Paulenca (Guadix, Granada)** (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 44) o **Navatejera (León)** (GORGES, 1979, fig. XXXII; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 163, fig. 40), que incluso probablemente contaba con torres defensivas en la fachada (BLÁZQUEZ, 2009, 623).

En algunos casos se ha excavado fundamentalmente el sector rústico o quizás los espacios de la *pars urbana* eran más reducidos de lo habitual, como pudiera suceder en la *villa* de **Sentromá (Tiana, Barcelona)**, pese a haber indicios de la existencia de unas instalaciones balnearias y al hallazgo de algunos fragmentos de mosaicos pavimentales, que son por ahora los únicos restos perceptibles de la zona residencial (GUITART, 1970, 111-165; GORGES, 1979, 223-224; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, figs. 64-65; AGUILAR, 1991, 270-271, fig. 5). No es posible, por tanto, cotejar el área descubierta de Puente de la Olmilla con la de este yacimiento, ni tampoco con la de **Funes (Navarra)**, donde se encontró una bodega (NAVASCUÉS, 1959, 227-229), o con la *villa* leridana **d'Hostal Nou, Olerdola, en Balaguer** (DÍEZ-CORONEL, 1970, 774-783; GORGES, 1979, 211; AGUILAR, 1991, 272), de la que se ha excavado un *horreum*.

En **Aedes de Comunió (Álava)** apareció una *villa* con atrio columnado, estanques y varios ambientes de distinto tamaño y rango (GORGES, 1979, 177). Tampoco ésta recuerda en absoluto al modelo constructivo de Puente de

la Olmilla, si bien coinciden en presentar ambas una larga ocupación, desde el siglo I hasta el IV d.C. (el periodo de habitación de la de Albaladejo se extiende algo más).

CONSIDERACIONES FINALES

De entre todos los conjuntos residenciales analizados, aun sin ser el de Puente de la Olmilla especialmente representativo por sus caracteres monumentales, como lo son los dos primeros que citamos a continuación, éste cuenta con sus paralelos más notables en el de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia), cuya configuración se asemeja hasta cierto punto, y en el de la Dehesa de La Cocola (Badajoz), cuya área central ofrece un parentesco notable; asimismo, la parte conocida de la *villa* de El Pomar (Jerez de los Caballeros, Badajoz) tiene un plano similar. Se deduce de esta circunstancia que, al menos en estos casos, en la similitud arquitectónica no influye el criterio de la inmediatez geográfica, pues uno de esos yacimientos se halla en la Meseta Norte y los otros dos en Extremadura, habiendo otros mucho más cercanos (en Albacete, Toledo, Jaén...), que, en cambio, difieren bastante morfológicamente.

Mención aparte merecen las variadas representaciones de *villae rusticae* en mosaicos romanos, de las que hablaremos por cuanto nos permiten hacernos una idea aproximada de cómo eran algunas de estas construcciones rurales. Como advierte J.M. Blázquez (2012, 82), son escasas en Hispania, sobre todo en comparación con lo asiduamente en que se reproduce esta clase de residencias campestres en la mosaica del Norte de África. Del mismo modo, tampoco son frecuentes en suelo peninsular las alusiones iconográficas a labores agrícolas o pastoriles. Dado que en páginas anteriores ya nos ocupamos con mayor profundidad de este tema (*vid. supra* capítulo XVI.1), sólo haremos breve referencia a algunos documentos mosaicos en los que figuran *villae* (esta cuestión ha sido objeto de diversos estudios, como el de FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 162-163, y trabajos específicos como los de

BLÁZQUEZ, 1994, 1171-1187; 2012, 77-104; SAN NICOLÁS, 1994, 1289-1304; 1998, 891-906, entre otros), pues algunas de sus características formales podrían servirnos como elemento comparativo del desarrollo arquitectónico de Puente de la Olmilla. Así, en un pavimento de Arróniz (Arellano, Navarra) se pueden ver algunas de una sola planta, con columnas en la fachada, unidas por una balaustrada (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 15-22, láms. 4, 8, 15-17, n.º 2). Se asemejan a la casa de campo que decora uno de los mosaicos de Tabarka (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, lám. XLIV, 111), de las postrimerías del siglo IV d.C. o principios de la siguiente centuria, e igualmente a las de algunos paneles musivos de Henchir Toungar (datado en el segundo cuarto del siglo III d.C., donde también hay una barandilla entre las columnas), de Zliten (DUNBABIN, 1978, 50, 61-62, 262, lám. XII, 23; 109, lám. XXXVI, 96), etc. En un ejemplar procedente de la villa de Tossa del Mar (Gerona) aparece la imagen de un pórtico con columnas (BALIL, 1965, 36-37, fig. 13; RODÁ, 1994, 35-40, fig. 1). Asimismo, en el mosaico de los Peces de la Vega Baja de Toledo, fechado a comienzos del siglo IV, se puede contemplar dos villae (una tercera está prácticamente perdida): una de ellas posee un jardín, en cuyos extremos hay sendas edificaciones de planta rectangular, destacando un posible templete con una estatua erigida sobre un pedestal. La otra es una villa de corredor o galería en la fachada, con dos torreones en los flancos y un peristilo semicircular en cuyo interior se dispone también un jardín (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 38, láms. 20, 22 y 47-48, n.º 26; 2008, 115; 2012, 89-90, figs. 16-17; SAN NICOLÁS, 1998, 901-902, lám. VIII a). Presenta grandes similitudes con la sítula del *Antiquarium Comunale* de Roma, cronológicamente adscrita al siglo IV (CARANDINI, 1966, 148-162). Encontramos en todas ellas algunos puntos en común con la de Puente de la Olmilla, como puede ser el diseño arquitectónico de villa señorial con pórtico exterior, patio ajardinado...

Según el planteamiento de J.M. Blázquez (2012, 83), la villa con galería en la fachada sigue un patrón africano (sobre este tipo, cfr. GORGES, 1979, 122-124).

A su vez, el tipo de *villa* de peristilo, del que conocemos innumerables ejemplos en todo el Mediterráneo, es el que más se prodiga en la Península Ibérica (GORGES, 1979, 125). A lo largo de las páginas precedentes hemos comprobado que cuenta con expresivos testimonios. Atestiguado en este ámbito geográfico desde el Alto Imperio (San Cucufate, El Ruedo, Torre Llauder...), es especialmente habitual durante la Antigüedad Tardía (El Romeral, Liédena, Pedrosa de la Vega, Milreu, etc.).

En el caso de la *villa* de Albaladejo, como ya apuntamos anteriormente, parecen aunarse ambos modelos constructivos.

J.-G. Gorges (1979, 151) explica que las *villae* de la Península aparentan obedecer a reglas arquitectónicas diversas que determinan tres grandes tipos de plantas, con ciertas variantes:

- La *villa* lineal con galería, que se encuentra tanto en las regiones frías y lluviosas como en las mediterráneas, donde las precipitaciones son escasas. Le atribuye un origen germánico en el Noroeste, pero tendría una influencia africana en el conjunto de la “Iberia seca”.

- La *villa* de peristilo, de inspiración itálica, que fue la más común, incluso en medios geográficos de adversa climatología. Las proporciones de dichos peristilos varían entre un simple *atrium* con seis columnas (en la mencionada *villa* de Cabra) hasta patios porticados de más de 40 m (Santervás del Burgo).

- Las grandes *villae* áulicas, a las que define como el desarrollo constantiniano de un movimiento remontable a la segunda mitad del siglo II, cuya mayor expansión se alcanzó en el siglo IV y prosiguió esporádicamente en la siguiente centuria e inclusive después.

A través de la somera revista que acabamos de pasar a buena parte de la información hoy día disponible (para ser más precisos, una muestra de la misma, pues no pretendemos evocar todos los ejemplos posibles, dada la cada vez más ingente cantidad de *villae* conocidas, sino una selección lo suficientemente significativa como para poder establecer unos puntos comunes), podemos concluir que la planta de la *villa* de Puente de la Olmilla, en buena medida, se ajusta al modelo vitrubiano (cfr. GORGES, 1979, 111-

113), como un gran número de las que hemos enumerado anteriormente, y participa de una corriente de origen helenístico, marcada por la transposición de ese tipo de vivienda mediterránea (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 317, 326). Muchas de ellas nos recuerdan a la planta simétrica detallada por Sidonio Apolinar (*Epist.* VIII, 4,1). En definitiva, se trata de un ejemplo característico de la arquitectura doméstica rural de época tardía. No obstante, insistimos de nuevo, al haberse excavado sólo parcialmente el establecimiento (en concreto, el cuerpo central de la *pars urbana*), cuya extensión era, según parece, mucho mayor, no puede extrapolarse un conocimiento del conjunto, pues carecemos de datos específicos sobre el *balneum* del que estaría provista (únicamente disponemos de posibles indicios acerca de su ubicación, como ya ha sido señalado reiteradamente) o sobre el sector productivo que, sin duda, debía de tener.

A la vista de lo expuesto, la tipología de las *villae* hispanas es muy variada, aun compartiendo ciertos parámetros formales, por lo general (sobre la variedad de tipologías de estos hábitats rurales del Occidente romano, GORGES, 1979, 109-133). En otro orden de cosas, la importancia de las actividades económicas llevadas a cabo en ellas, en los casos en que se ha excavado la *pars rustica*, se refleja en la arquitectura, dedicándose algunas de las construcciones de que constan estos establecimientos rurales al procesamiento de los productos agropecuarios, su almacenamiento..., cuya existencia se ha detectado también en algunas áreas de Puente de la Olmilla.

Para finalizar, traemos a colación, por lo oportuna al respecto, la opinión emitida por D. Fernández-Galiano (1992, 12): “Si algo sabemos con seguridad sobre las villas romanas al comparar lo investigado en nuestro país con lo sabido de otros, es la singularidad característica de este tipo de yacimientos: no existe una villa igual a otra. Lo cual no quiere decir que no sea posible establecer mediante un estudio arqueológico las características generales comunes a este tipo de construcciones”.

XVIII. CULTURA MATERIAL DE LA VILLA DE PUENTE DE LA OLMILLA

El interés de la *villa* de Puente de la Olmilla no reside únicamente en el amplio conjunto de vestigios arquitectónicos exhumados, los suelos tapizados con elaborados mosaicos y la rica decoración pintada de las paredes, sino también en los materiales cerámicos y de todo tipo proporcionados por la intervención arqueológica, que completan la visión sobre este asentamiento, coordinándose sus respectivas aportaciones cronológicas. No obstante, los hallazgos mobiliarios son más bien escasos, están bastante fragmentados y un tanto dispersos (*vid. infra*). En palabras de J.C. Serra Ráfols (1952, 27), así “acontece comúnmente en las ruinas romanas, tanto más cuanto éstas lo son de construcciones utilizadas durante largo tiempo y que han sido abandonadas de una manera progresiva, como si dijéramos a medida que la vida se ha ido apartando de ellas”. En lugares como éste, que presumiblemente se fue despoblando a lo largo de un lento declinar, no suelen aparecer objetos abundantes, como por lo general sí ocurre en otros que terminaron de una manera repentina e incluso violenta, cuyos habitantes se vieron obligados a dejar abandonados muchos de sus enseres y otras pertenencias, al huir precipitadamente. A esta circunstancia se añade que la potencia estratigráfica de este yacimiento no es muy grande (entre 30 y 50 cm, algo más en el sector oriental). Eso ha propiciado que los restos que quedaban entre sus ruinas, con frecuencia, hayan sido expoliados por clandestinos.

Más adelante estableceremos su cronología a partir de los materiales arqueológicos registrados durante la excavación y diversas prospecciones llevadas a cabo por las inmediaciones del área intervenida (*vid. infra* capítulo XIX), pero podemos anticipar que la secuencia histórica de este enclave rural se extiende a lo largo de un dilatado periodo que comprende desde el siglo I hasta el V d.C., correspondiendo a la cuarta centuria la construcción de buena parte del edificio excavado, dada la mayor densidad de hallazgos correspondientes a esa etapa (p. ej., en el grupo de piezas monetales recuperadas, el bloque más significativo es el del siglo IV), en consonancia con la datación del estilo de los pavimentos musivos y de las pinturas parietales. De acuerdo con todo ello, su momento principal de uso perteneció al siglo IV, en cuya segunda mitad debió de alcanzar su pleno apogeo, caracterizado por un gran desarrollo económico y

artístico (*vid. supra* capítulos XIV.2 y XIV.5.4). En cuanto a la existencia de un primer y más antiguo horizonte de ocupación de este emplazamiento, queda probada por la aparición de varias monedas y algunos fragmentos cerámicos (TSH, TSI, TSG), indicadores cronológicos coincidentes al respecto, que nos llevan a época altoimperial, no habiéndose encontrado huellas de otra cultura anterior a la romana. Algunas de las evidencias constructivas de la fase edilicia inicial de la *villa* no están muy claramente definidas, quizá enmascaradas por sucesivas remodelaciones y refacciones. Es posible que esa unidad doméstica fuera parcialmente demolida y amortizada por la tardía, como ya hemos referido.

Así pues, los datos proporcionados por la cultura material recuperada sugieren que un momento indeterminado del siglo V (¿primeras décadas?) es la fecha que cierra la etapa de funcionamiento de esta *villa*. El momento final es difícil de precisar con mayor concreción. La aparente escasez de fósiles directores pertenecientes al siglo V no significa necesariamente el fin del hábitat a comienzos de esa centuria, dada la potencial pervivencia en el tiempo de los mismos (cerámicas producidas mucho antes, monedas largo tiempo en circulación, a la vista de su gran desgaste...). Pudo haber una reducción o una utilización parcial del asentamiento. Lo cierto es que la documentación arqueológica apunta en este sentido, a tenor también de la serie de reajustes estructurales practicados y las refacciones reconocibles en los mosaicos.

Sobre la dinámica cronológica de La Olmeda, exponen M. Campo (1990) y F. Regueras (2013, 133) que durante el siglo V “se debió de seguir utilizando el viejo numerario de la villa, como ocurrió en otras ciudades hispánicas” y, según creemos, también en Puente de la Olmilla.

En su intento de sistematizar los hallazgos monetarios de la Meseta Sur, J.L. López y T. Escoriza (1988, 115-124, fig. 1) no registran en el contexto espacial objeto de nuestra atención la existencia de ningún ejemplar, ni aun procedente de descubrimientos esporádicos producidos aisladamente, pero en las últimas décadas la situación ha variado.

XVIII.1. METAL

XVIII.1.1. MATERIAL NUMISMÁTICO

El estudio del material numismático de Puente de la Olmilla nos permite conocer algo más sobre la economía monetaria de esta zona y las pautas de la circulación del mismo.

El conjunto monetario, hasta ahora inédito, está compuesto por un total de 21 monedas, una de ellas desaparecida y otra de época contemporánea⁵⁷. Dejando al margen esta última (de cobre), el lote está constituido por 16 ejemplares de bronce y 4 de vellón. Al ser el bronce el metal cuya circulación fue más frecuente, siguiendo la tendencia mayoritaria en la Antigüedad (cfr. ROYO y MORENO, 2008), constatamos en Puente de la Olmilla su predominio, un fenómeno bastante común, puesto que se empleaba para atender las necesidades cotidianas, siendo destinado sobre todo a las relaciones comerciales de menor cuantía (son valores fraccionarios básicos). J.P. Callu (1980, 48-50) incide en el papel de intercambio comercial que jugaría el bronce en Hispania. Entra dentro de lo habitual la ausencia de metales preciosos, sobre todo durante la época tardía, dado que la plata fue utilizada fundamentalmente para acuñar moneda con la que pagar al ejército y al carecer entonces la *diocesis Hispaniarum* de una especial importancia política, no contaba con un gran contingente de soldados destacados, por lo que no debió de circular demasiado numerario de ese tipo, al menos hasta el 364 d.C., pues la dinastía valentiniana llevó a cabo significativas acuñaciones de oro cuya distribución alcanzó todo el Imperio. Es cierto que también se utilizó la plata para el pago de tributos, al igual que el oro, pero algunos investigadores (ARCE, 1986, 129-130) sostienen que Hispania pagó sus impuestos en especie, lo que explicaría la casi inexistencia de emisiones en oro y plata pertenecientes a ese periodo (al respecto de esta problemática, cfr. ABAD VARELA, 1990, 19, 28, nota 13; 1994, 154). Por su parte, en el primero de los trabajos citados, M. Abad matiza que, según estaba estipulado legalmente, la *annona* se paga a partir del siglo IV en *solidi*, basándose en una *novella* de Valentiniano III, mientras que el *donativum* consistía en cinco *solidi* y una libra de plata. Los exigüos hallazgos numismáticos conocidos en Hispania de esos metales delatan que la realidad debió de ser otra. Muy a tener en cuenta, en orden a la aclaración de este tema, es lo que matizan J.J. Sayas y

M. Abad (2013, 198-199): “El impuesto territorial, que ya era el más importante durante el Alto Imperio, se percibía en natura. Hasta entonces las provincias pagaban sus impuestos en especie, en dinero o de ambas formas, con arreglo a determinados convenios. En algunos casos, los convenios eran muy ventajosos para determinadas regiones y ciudades. Pero a partir de las reformas de Dicleciano, con la actualización de los censos y catastros, todas las circunscripciones fiscales tributaban igual por sus bienes raíces e incluso Italia fue sometida al pago del impuesto”.

Las tasaciones dependían de las provincias, ya que en algunas se hacían en oro o en plata sobre la base de la *annona* cívica y la *annona militaris*.

Avanzando en el tiempo, ya en época visigoda, la “*Epistola de fisco Barcinonensi*” del año 592 notifica la intervención del episcopado (...) en la fijación de la carga fiscal y en las condiciones que debían tenerse en cuenta en la conmutación de los pagos de los impuestos en especie por su equivalente en dinero. En este documento se indica que los funcionarios de Barcelona (*numerarii*), designados por Escipión, conde del Patrimonio, pidieron a los obispos que dieran su aprobación a las equivalencias *según la costumbre*” (SAYAS y ABAD, 2013, 339).

Esta última expresión “*según la costumbre*”- nos retrotrae hasta tiempos anteriores.

Dentro de un ámbito local rural y geográficamente periférico como es éste, las monedas seguramente tendrían un amplio margen de circulación. De hecho, se puede apreciar un uso muy prolongado de un buen número de estas piezas monetales, al presentar la mayoría un notable desgaste. El estado de conservación de muchas de ellas es bastante deficiente, por ese motivo, algunas monedas ofrecen una gran dificultad a la hora de ser clasificadas, en ocasiones la leyenda es ilegible, no está íntegra o se ha perdido totalmente, o bien no son reconocibles las marcas de ceca, la oficina de acuñación, la efigie..., en otras, pese a todo, se ha preservado un número suficiente de características que permiten identificar al emperador y la serie.

Iconográficamente hemos podido identificar 14 emperadores en el anverso de las mismas, aunque algunas de ellas, debido a su gran deterioro (fragmentación, erosión u otras alteraciones), son atribuibles a varios monarcas. La relación es la siguiente:

Augusto. El hallazgo en la zona de paso entre las habitaciones n.º 1 y 2 de un as de época augustea resulta muy interesante, aunque, dada la práctica ausencia de otros indicadores arqueológicos coetáneos (excepto un fragmento de cerámica campaniense), en absoluto es determinante para intentar dilucidar la fecha de fundación de la *villa* de Puente de la Olmilla, cuyo origen posiblemente podamos situar en el siglo I d.C., como explicaremos más ampliamente después. Es la más antigua de las monedas catalogadas, una emisión del 12 a.C., muy gastada, circunstancia achacable al motivo anteriormente expuesto. Su presencia en Albaladejo refleja las corrientes mercantiles desde su centro emisor, *Carthago Nova*.

Tito. Uno de los ejemplares descubiertos en el pasillo n.º 11 es un as fechado en el 72 ó 77-78 d.C., dedicado por Tito a su padre, Vespasiano. Está bastante desgastado.

Traiano. Un sestercio que ha sufrido un gran desgaste y cuya cronología queda encuadrada entre el 98-117 d.C. fue recuperado en el pasillo n.º 3 (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 7, donde se hace mención a “un gran bronce”).

Antonino Pío. Sestercio del 140-144 d.C. Se registró su presencia en el transcurso de las labores de limpieza del sector noroccidental del yacimiento, cerca del porche exterior, cuando se reanudaron las excavaciones en 1985.

¿**Marco Aurelio o Cómodo?** As del 140-192 d.C. encontrado en la habitación n.º 28. Está fragmentado y gravemente erosionado.

Treboniano Gallo. Antoniniano emitido en Milán entre el 251 y el 253 d.C. Esta moneda de vellón apareció en el pórtico de la fachada (n.º 13, *vid. infra* Anexo IV, 1978, 11, en el Diario de excavación es descrito como “una moneda de bronce con emperador radiado, siglos III-IV, posiblemente Claudio Gótico”).

Galieno. Disponemos de dos ejemplares, ambos localizados en el patio, en el nivel de incendio (UE III, campaña de 1986):

- Antoniniano con la leyenda PROVIDENTIA AVG en el reverso. Datado entre el 257 y el 259 d.C.

- Radiado de la 5ª emisión. Antoniniano del año 266 d.C.

Claudio II el Gótico. Antoniniano del año 269 d.C., hallado en la galería oriental del peristilo (n.º 14).

Crispo. *Centenionalis* del año 320 d.C. Habitación n.º 8.

Constancio II. Contamos con tres ejemplares:

-Un bronce posiblemente acuñado en *Siscia* entre 335 y 341 d.C. El reverso pertenece al tipo *Gloria Exercitus*, con un estandarte. *Centenionalis* documentado en el patio (UE III, campaña de 1986).

- *Centenionalis* de la ceca de Cícico, del 336-337 d.C., recuperado en el pasillo n.º 11. Como en el anverso del anterior, se representa al emperador laureado y con paludamento.

- *Centenionalis* del 352-355 d.C., en esta ocasión de la ceca de Roma. Pasillo n.º 3 (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 7, donde se alude a “una chapita de bronce”).

Teodosio I. Tenemos dos ejemplares:

-*Maiorina* de la ceca de Constantinopla, fechada entre el 378-383 d.C. Fue descubierta en la habitación n.º 2 (se menciona un “pequeño bronce” en el Diario de excavación del año 1974, *vid. infra* Anexo IV, 1974, 6). Su peso de 4 g está por debajo del patrón teórico establecido para la serie (1/60 de libra = 5,38 g), aunque dentro de los parámetros de tolerancia perceptibles en las emisiones del siglo IV (CEPEDA, 2000, 192).

-Un *centenionalis* acuñado en la ceca de Cícico entre el 388 y el 392 d.C. Se recogió esta pieza monetaria en el pasillo n.º 3 (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 7, donde se deja constancia del hallazgo de “un bronce mediano bien conservado”). En efecto, se conserva en muy buen estado, aunque presenta algunas muescas en el borde. El reverso tipo *Gloria Romanorum* guarda conexión con una iconografía triunfal y heroica del emperador, dominador absoluto del orbe romano.

Magno Máximo. *Maiorina* del 383 al 388 d.C. En el exergo figura marca de ceca de *Lugdunum*. Su estado de conservación es relativamente bueno. Habitación n.º 12.

Honorio. *Centenionalis* acuñado en la ceca de Cícico, fechado entre el 393 y el 395 d.C. Pese a algunas pequeñas muescas, está bastante bien conservado. Se repite el reverso tipo *Gloria Romanorum*, con las connotaciones propagandísticas ya apuntadas. Procede de la habitación n.º 1 (*vid. infra* Anexo IV, 1974, 4, textualmente, se habla de “una moneda sin clasificar por el momento, con un busto de emperador con ínfulas”).

Arcadio, Honorio o Teodosio II. Es un *centenionalis* de las postrimerías del siglo IV, posiblemente del 394-395 d.C., quizás de la ceca de Roma. Fue encontrado en la habitación n.º 9, en pésimo estado de conservación (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 15, donde se hace referencia a un “pequeño bronce (Bajo Imperio)”).

Minimus de la primera mitad del siglo V d.C. Apareció en el sector noroccidental, al exterior del pórtico n.º 13. Bronce del siglo V d.C., sin posibilidad, por su enorme desgaste, de indicar una fecha más concreta.

Además, un pequeño bronce bien conservado, pero recubierto de concreciones calcáreas, por lo que resultaba inclasificable, apareció en el estrato inmediatamente inferior al nivel de derrumbe de la cubierta, en el ambiente n.º 41 (*vid. infra* Anexo IV, 1980, 5). No nos ha sido posible localizarlo entre los fondos del Museo Provincial de Ciudad Real, en consecuencia, no está incorporado al catálogo, aunque lo contabilizamos y registramos con el n.º 21.

Época contemporánea. Durante los trabajos de limpieza del yacimiento, en el área noroeste, se encontró medio céntimo de escudo de **Isabel II** de España, emitido entre 1865 y 1868. Por lo tanto, no fue recuperada en contexto de excavación.

A modo de síntesis, podemos ofrecer algunas observaciones:

Se trata de un lote de monedas romanas con más de cuatrocientos años de diferencia entre la pieza más antigua y la más moderna. Dentro de la amplia secuencia cronológica que comprende el monetario (desde finales del siglo I a.C. hasta el siglo V d.C.), la fase más ampliamente documentada abarca desde la segunda mitad del siglo III (con cuatro muestras, n.º 6-9 del catálogo) hasta las postrimerías del IV d.C. (con nueve, a las que se suma una emitida entre finales del IV-comienzos del V d.C. y otra cronológicamente inscrita en la primera mitad de esa última centuria, quizás de principios de la misma, n.º 10-19 del catálogo). Por ende, las acuñaciones del siglo IV tienen la primacía dentro de este conjunto. En la nómina de ejemplares hasta ahora conocidos se observan algunos paréntesis cronológicos, p. ej., no contamos con ningún numisma que se pueda encuadrar entre finales del siglo II (aprox.) y mediados del III d.C. La ausencia de vestigios de cultura material durante ese lapso temporal es indicio de un probable intervalo en la ocupación de este enclave, si bien es factible que éste fuera aún

más amplio, como explicaremos a continuación.

Así pues, recapitulando los datos que pueden ser más orientativos, el registro numismático comienza con un as de época augustea, del 12 a.C. (VILLARONGA, 1979, 264, n.º 992; *RPC* 1992, 167; GARCÍA-BELLIDO y BLÁZQUEZ, *DCyP* II, 2001, 98, *Carthago Nova* 13ª 22). Fue acuñada en la capital del *conventus Carthaginensis*, al que pertenecieron estas tierras. Como ya hemos señalado previamente, no es seguro que feche con exactitud los inicios de este asentamiento. La consideración de que “la circulación monetaria tiene un periodo de duración de cinco a diez años” (LÓPEZ MONTEAGUDO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 85), quizás aplicable en términos generales, en este caso concreto no debería tomarse literalmente, pues una valoración individualizada de la misma nos permitiría dar un margen algo más amplio que la fecha de emisión de esa serie (una visión crítica del uso de la numismática con valor absoluto en la interpretación histórica nos brinda ABASCAL, 1995, 143-158). A nuestro entender, por sí sola y sin estar asociada a otros restos coetáneos de datación absoluta (salvo un fondo de cerámica campaniense o de barniz negro de imitación ática descubierto en el pasillo n.º 10 durante la campaña de 1976, en un estrato muy revuelto por las labores agrícolas), esa pieza no es suficientemente indicativa de cuándo empezó a ser habitado este lugar, por la sabida prolongada circulación de las monedas, sobre todo en zonas rurales, dada la escasez de numerario disponible (a propósito del concepto de “circulación residual”, cfr. ABASCAL, 1995, 156, nota 53). En consecuencia, se podría posponer la fecha de su primera ocupación hasta el siglo I d.C., coincidiendo con la adscripción cronológica de algunos fragmentos cerámicos hallados en los niveles arqueológicos más antiguos del yacimiento, pertenecientes al siglo I-principios del siglo II d.C. (*vid. infra*). Esa etapa está representada por un porcentaje más escaso de ejemplares numismáticos que el de las especies bajoimperiales, no obstante, permiten atestiguar la adopción de una economía monetaria en esta zona. En base a algunos hallazgos cerámicos (*terra sigillata*) y numismáticos (un sestercio de Antonino Pío⁵⁸, del 140-144 d.C. y un as muy desgastado de Marco Aurelio o de Cómodo, del 140-192 d.C.), podría asignarse la fecha final de esa primera fase habitacional de la *villa* a algún momento de la segunda centuria, que oscilaría en torno a mediados o, como mucho, finales de la misma, cuando

posiblemente acabó el primer episodio de la vida de este asentamiento, ateniéndonos a dichas evidencias arqueológicas.

Después probablemente hubo un abandono temporal de la *villa*.

No pretendemos abundar en hechos históricos conocidos, tan sólo haremos un breve repaso de su evolución para enmarcar en su contexto las monedas descubiertas en el yacimiento de Puente de la Olmilla.

Los cuatro ejemplares de los siglos I-II d.C. presentan un enorme desgaste, lo que parece probar una larga duración de esos numismas altoimperiales.

Los disturbios políticos del siglo III generaron una dramática inflación, volviéndose ocasionalmente al pesaje de las piezas e incluso al trueque. Durante esa centuria continuaron circulando asiduamente monedas emitidas durante el gobierno de la dinastía de los Severos e incluso de los Julio-Claudios, como se ha podido confirmar al analizar la composición de diversos depósitos cerrados, según ponen de relieve algunos investigadores (CASTELO *et alii*, 1997, 77-78), para quienes la datación de un ejemplar del siglo II de El Saucedo “se podría retrasar casi en una centuria; (...) estos numismas estuvieron en circulación hasta bien entrado el siglo III e incluso durante el siglo IV d.C.”, por lo que engloban esa pieza en el mismo periodo que varios antoninianos, uno de ellos acuñado por Claudio II, coetáneo de una de las monedas documentadas en Puente de la Olmilla.

A partir de Galieno tiene lugar un cambio en los tipos y módulos, imponiéndose el antoniniano (RIPOLLÈS, 1979, 243), que llegó más lentamente al interior peninsular, sobre todo a un medio rural como el de esta *villa*. En la segunda mitad del siglo III hubo gran cantidad de emisiones de Galieno y Claudio II, que se mantuvieron en circulación durante la siguiente centuria. “Estas piezas fueron muy apreciadas por su peso y módulo, mayor en general que el de las emisiones del IV y todavía más del V” (CASTELO *et alii*, 1997, 77), por ese motivo continuaron circulando con posterioridad, como suponemos sucedió con los cuatro antoninianos descubiertos en la *villa* de Albaladejo (n.º 6-9 del catálogo), pues, al hilo de este planteamiento, estimamos que podría ser aplicable al numerario del siglo III documentado en Puente de la Olmilla, no obstante, “los diferentes ritmos de alimentación y los porcentajes de circulación residual varían, sin embargo, en áreas muy próximas (...). La lenta retirada de la

moneda circulante y el insuficiente abastecimiento de nuevos tipos es un problema que afecta también a la moneda del siglo IV d.C.” (ABASCAL, 1995, 149). De ello se tiene constancia en numerosos yacimientos arqueológicos, por poner un ejemplo a modo ilustrativo, en los estratos de *Conimbriga* pertenecientes a fines del siglo III y IV, los antoninianos “conviven frecuentemente con series de época constantiniana o incluso más tardía. Es decir, los antoninianos llenan el vacío entre 260 y 335, fecha esta última en que empiezan a perder su importancia al ser sustituidos por series más abundantes” (LÓPEZ MONTEAGUDO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 85; cfr. ALARÇAO-ETIENNE, 1974; PEREIRA *et alii*, 1974; ABAD VARELA, 1993, 18, 27, tablas 7a y b).

Dos monedas de Galieno, una de ellas encuadrada cronológicamente entre los años 257-259 y otra en el 266 d.C., aparecieron en el patio de la *villa* de Albaladejo a una cota de profundidad de -48 cm, mientras que una emisión de Constancio II, del 335-341 d.C., fue descubierta en ese mismo espacio a -45 cm. De ello puede desprenderse que los dos antoninianos y dicho *centenionalis* del siglo IV circularon simultáneamente.

Al decir de algunos especialistas (RUIZ, GONZÁLEZ y MEDRANO, 2005, 807), las series de Galieno y Claudio II circularían por Hispania después del 273-274 d.C., una vez fueron vencidos los usurpadores, en consecuencia, descartan la posibilidad de que coexistieran temporalmente dos corrientes de circulación de monedas emitidas “por autoridades antagónicas y la fuerte inflación durante el periodo 260-275 d.C.”. En su opinión, la continuidad del aprovisionamiento monetario entre mediados del siglo III y las postrimerías del IV evidencia que la campiña del Guadalquivir “no debió de sufrir grandes sobresaltos hasta comienzos del siglo V d.C.”.

Como es sabido, aunque los tipos de moneda más corriente (los bronce), estaban bastante devaluados, lo cierto es que en el siglo IV se consiguió establecer una circulación monetaria normal, pese a importantes problemas de aprovisionamiento en diversos momentos puntuales.

La reforma monetaria emprendida por Constante y Constancio II en 346/8-353/4, restaurando la moneda de bronce, induce a algunos investigadores a pensar que quizás se pretendía recuperar el equilibrio monetario de otros tiempos. En esta línea, las *maiorinae* recordarían a los ases del Alto Imperio

(LÓPEZ MONTEAGUDO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 84). Abona dicha idea la leyenda FEL.TEMP.REPARATIO, que en Puente de la Olmilla aparece en el reverso de la moneda n.º 13, un *centenionalis* de Constancio II. Se trata del típico reverso del “Falling Horseman”. A juicio de J.P.C. Kent (*RIC* VIII, 35), el soldado con escudo en su mano izquierda y alanceando con la derecha a un jinete caído, representa al emperador derribando al rey de los persas. H. Cohen (1888/1955, VII, 407) cree que estas escenas de crueldad, reflejo de la barbarie de aquellas costumbres, se plasmaron a partir de la difusión del cristianismo, siendo particularmente comunes en las emisiones de la dinastía constantiniana, asociadas a leyendas de elogio a la figura imperial o bien de la feliz reparación o transformación de los tiempos. H. Mattingly (1933/1977, 182-201, láms. XVII-XVIII), secundado por J.P.C. Kent (1967, 83-90, lám. VIII), arguye que el tipo monetario con leyenda FEL.TEMP.REPARATIO fue creado para conmemorar el undécimo centenario de Roma en el año 348, celebrando así “el feliz aniversario y el comienzo de una nueva edad de oro” (LÓPEZ MONTEAGUDO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 83-84).

Otros dos ejemplares de Constancio II (n.º 11 y 12) pertenecen al tipo *Gloria Exercitus*. Constantino II, Constancio II, Constante y Dalmacio siguieron emitiendo durante algunos años este último tipo iniciado por Constantino el Grande.

M. Abad Varela (1994, 149-166) puntualiza que las emisiones de Constantino I cubrieron prácticamente la demanda de circulante entre el 313 y el 337, en tanto que las de sus hijos Constante y Constancio II se emplearon fundamentalmente del 337 al 348. Las de Constancio II abundaban entre el 348 y el 364, junto a las de Magnencio y Decencio. M. Lechuga (1985, 72) hace referencia a un fenómeno verificado en toda la Península Ibérica: en torno a principios de la segunda mitad del siglo IV aumentó enormemente la cantidad de moneda circulante, correspondiendo a una etapa inflacionista (del 348 al 361 d.C., muchos de cuyos ejemplares siguieron circulando largo tiempo), que en Puente de la Olmilla está representada por una de las piezas de Constancio II (un *centenionalis* del 352-355 d.C., n.º 13 del catálogo). Después se produce un breve hiato, hasta el 378-383 d.C., periodo al que pertenece una *maiorina* de Teodosio I, con leyenda REPARATIO REIPVB en el reverso (n.º 14 del catálogo). Se acredita aquí, por tanto, el fenómeno contrario al anterior, esto es, una

escasez manifiesta entre el 364 y el 378 d.C., atestiguada en buena parte del territorio peninsular, sin que, según M. Lechuga, simultáneamente parezca haber grandes dificultades de suministro. Ese lapso temporal también se advierte, por consiguiente, en el conjunto numismático de Puente de la Olmilla.

Otro ejemplar de Teodosio I, del 388-392 d.C., pertenece al tipo *Gloria Romanorum*, al igual que uno de Honorio, del 393-395 d.C. (n.º 15 y 17 del catálogo, respectivamente).

Como recuerda J.P. Callu (1980, 100-101), el AE 2 fue acuñado en las cecas occidentales desde 381 hasta el 387 d.C., con el reverso tipo *Reipub*, en tanto que el emitido por los talleres orientales utilizando el reverso tipo *Gloria Romanorum* prosiguió del 393 al 395. J.J. Cepeda (2000, 164) señala que la abundancia de esta última serie denota una fuerte reactivación del tráfico marítimo entre sendos extremos del Mediterráneo en las postrimerías del reinado de Teodosio I. Asimismo, hace hincapié en el repetido uso propagandístico y escasamente renovado de los reversos monetarios a lo largo de la segunda mitad de la centuria. La producción de *maiorinae* fue reiniciada por Graciano a finales del 378, interrumpiéndose hacia el 386. Resurgió en las cecas orientales entre 393 y 395.

En principio, la presencia en el registro numismático de Puente de la Olmilla de la *maiorina* (378-383 d.C.) y el *centenionalis* (388-392 d.C.) de Teodosio I y, posteriormente, del *centenionalis* de Honorio (393-395 d.C.) es consecuente con el hecho de que la provincia *Carthaginiensis*, a la que entonces pertenecía este territorio, se mantuviera partidaria del emperador legítimo, pero también contamos con una *maiorina* de Magno Máximo (383-388 d.C.), por lo tanto, es arriesgado extraer conclusiones históricas de la mera existencia de unos u otros ejemplares, pues, como algunos investigadores han constatado a través de la distribución geográfica de monedas de los usurpadores Magnencio o Máximo, “en términos generales, (...) parecen ignorar la filiación administrativa de cada territorio”, debiendo valorarse también las fuentes epigráficas y literarias, como es el caso de la noticia de Zósimo sobre la lealtad a Constancio II mantenida por “determinadas zonas” del Mediodía peninsular (ABASCAL, 1995, 153). Es más, otros autores han llevado esta línea argumental hasta el extremo de resolver que “las fronteras políticas y las fronteras económicas coinciden raras veces” (PEREIRA *et alii*, 1974, 236, nota 2), relativizando estas consideraciones

cualquier reflexión como la previamente apuntada. Por ese mismo motivo, tampoco podemos formular ninguna teoría sobre la fidelidad de estas tierras a Constancio II o, más adelante, su adhesión a Magno Máximo, como, *a priori*, podría deducirse de dichos hallazgos monetarios en el yacimiento objeto de nuestra atención (a propósito de este tipo de cuestiones, cfr. ARCE, 1986, 25-26). Con todo, la presencia de un ejemplar de este último constituye una nueva aportación para establecer la dispersión geográfica de las emisiones del usurpador. Las proveedoras de éstas a Hispania son las cecas de *Lugdunum*, Arlés, Aquileia y Tréveris, siendo las dos primeras las que arrojan un cómputo total más elevado, mientras que en las acuñaciones de Honorio predominan los talleres orientales (es ilustrativa al respecto la tabla con su distribución elaborada por ABAD VARELA, 1994, 163, fig. 10). La incidencia de las cecas de la Galia se beneficiaría de los efectos restrictivos que tuvo la usurpación de Magno Máximo sobre la circulación monetaria (CEPEDA, 2000, 165).

Los aportes monetales se irán reduciendo en Hispania y el abastecimiento de nuevos tipos es manifiestamente insuficiente, además, van perdiendo paulatinamente calidad. Siguiendo los postulados de J.M. Abascal relativos a la evaluación de los ritmos de circulación y aprovisionamiento a finales del siglo IV, ésta es ciertamente muy complicada “debido a la dificultad para identificar muchos de los *minimi* que se encuentran junto a piezas emitidas en las postrimerías del siglo IV”, pues suelen imitar tipos anteriores (más exactamente, los reversos de bronces de dicha centuria). Por esa razón surgen dudas al intentar establecer su datación y cabe la posibilidad de “que algunos de ellos puedan llevarse incluso a fechas más recientes, si tenemos en cuenta que deben significar en algunas zonas el enlace monetario con emisiones vándalas y bizantinas” (ABASCAL, 1995, 150), por lo tanto, algunos debieron de seguir circulando *a posteriori*, es decir, después de principios del siglo V. M. Lechuga (1985, 75) alude a la interpretación como piezas importadas que suelen dar los especialistas en la materia a los *minimi* aparecidos en la Península, considerándolos una prueba de que el abastecimiento de moneda no era tan reducido como se había supuesto en un principio.

Las invasiones germánicas afectaron al aprovisionamiento de moneda, principalmente al área occidental de Hispania. En opinión de J.M. Gurt (1985, 167), los circuitos quedaron entonces bloqueados y, al cortarse el suministro,

habrían seguido circulando las mismas piezas acuñadas en el siglo IV.

Una investigación llevada a cabo sobre el circulante del Valle del Medio y Alto Guadalquivir en la Antigüedad Tardía desvela que no se han documentado emisiones del siglo V d.C., pero al mismo tiempo ha confirmado que los bronce de los siglos III-IV siguieron en uso durante el periodo visigodo (RUIZ, GONZÁLEZ y MEDRANO, 2005, 807).

El volumen de la masa monetaria es indudablemente menor en Hispania durante esa etapa inicial del siglo V (MEDRANO, 1990), pero no se puede hablar de una total sequía de hallazgos, por el contrario, éstos son indicativos de un cierto mantenimiento de la circulación del bronce e incluso será así en época aún más tardía. No obstante, J.J. Cepeda (2000, 175) subraya que en el medio rural (en el ámbito *villa*, en el *fundus*...), las necesidades monetarias son eventuales y podrían responder “a formas de acumulación o transferencia del excedente, bien como renta o como extracción fiscal residual, una vez que se iban configurando las estructuras de poder germánicas sobre el territorio conquistado. (...) el bronce había dejado de ser frecuente en los contextos rurales del interior peninsular”.

Teniendo en cuenta la vida de las piezas monetales analizadas, parece muy probable que perdurara la actividad en la *villa* romana de Albaladejo durante algunas décadas del siglo V, atendiendo al grado de desgaste de algunas de las piezas más recientes, p. ej., la absoluta pérdida de relieve del *minimus* (no obstante, sobre ciertas variables que se deben contemplar concernientes a este particular, cfr. ABASCAL, 1995, 157, nota 71, y referencias bibliográficas sobre los *minimi* en notas 72-74). Dicho *minimus* nos proporciona el término *post-quem* de este complejo rústico: el siglo V. Es posible, pues, que su ocupación se prolongara durante algún tiempo a lo largo de esa última centuria, hasta su abandono definitivo, un proceso aparentemente llevado a cabo de forma más o menos tranquila (recordemos que no hemos detectado la existencia de niveles arqueológicos de destrucción violenta). Ese hecho explicaría que hayan aparecido tan pocas muestras numismáticas en el transcurso de la intervención arqueológica.

A la luz de los datos previamente expuestos podemos deducir que coexistieron aquí en una misma etapa de circulación series de periodos muy distintos.

Los **módulos** son bastante variados, oscilando entre 10,5 y 34 mm. Tan

sólo dos de las monedas que integran este lote tienen un diámetro superior a 30 mm (ambas altoimperiales, las n.º 3 y 4 del catálogo).

Los **valores** que tienen aquí una mayor representación son los *centenionales* (7) y los antoninianos (4).

En cuanto a las **cecas emisoras**, hemos podido identificar la de *Carthago Nova* (1 ejemplar), la de Roma (6 o quizás 8), la de Tréveris (1), la de *Lugdunum* (1), la de *Mediolanum* (1), la de Constantinopla (1), la de Cícico (3) y, con cierta probabilidad, la de *Siscia* (1). Habida cuenta que en la *diocesis Hispaniarum* no existió ninguna ceca durante el siglo IV⁵⁹ (tan sólo, algo después, la de *Barcino*, entre 409-411 d.C.), desde principios de dicho siglo IV comienzan a afluir a Hispania especies provenientes de fuera de nuestras fronteras, fundamentalmente de cecas occidentales (itálicas, británicas, galas...), pero también de origen oriental, representadas en el yacimiento de Puente de la Olmilla con cuatro ejemplares (de Constantinopla y Cícico), al igual que en algún enclave poblacional de este mismo ámbito provincial, como La Bienvenida, donde han aparecido varios ejemplares del siglo IV d.C. (ARÉVALO y CANTO, 1994, 20-21; específicamente sobre el numerario circulante descubierto en este yacimiento, 19-20; ARÉVALO, 1995, 129-138) o en otros algo más distantes, como Cástulo (BLÁZQUEZ y ARCE, 1978, 359-386).

En la cercana *villa* de El Calvario, en el vecino término de Terrinches (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 76-77), fueron recuperadas una moneda acuñada en *Siscia* (un *foliis* de Constantino I, del 328-329 d.C.) y otras dos en *Thessalonica* (una de Constantino I, del 333-335 d.C., y un *foliis* de Constantino II, del 324 d.C.). Así pues, su ocupación coincidió temporalmente con la de Puente de la Olmilla, al menos en parte.

Según esa perspectiva, estos indicadores arqueológicos son una prueba fehaciente de la perduración de la economía monetaria y parecen constatar que estaba bien implantada en estas tierras.

Al estudiar la circulación monetaria durante el Bajo Imperio, M. Abad (1994, 156) observa que del 291 al 313 Hispania mantiene contactos con ciudades itálicas y orientales, sobre todo mercantiles, pudiendo rastrearse la existencia de radiados de Cartago, Cícico y Alejandría en la zona costera, pero no en el interior, mientras que es también por entonces cuando empieza a tenerlos con núcleos urbanos de la Galia.

Para J.M. Abascal (1995, 152, nota 89), los talleres que abastecen mayoritariamente a Hispania en el siglo IV no corresponden a las urbes con las que los intercambios comerciales son más fluidos.

En líneas generales, de ser mayoritario el aprovisionamiento monetario de la Península Ibérica procedente de cecas galas e itálicas, a partir del año 324 se inicia un gradual crecimiento en la aportación de centros de emisión orientales, llegando, a partir de la época valentiniana, a una equiparación en el abastecimiento peninsular, que revelan el mantenimiento de magníficas relaciones con esa parte del Imperio, la reapertura del Mediterráneo y el restablecimiento de las acuñaciones orientales (LÓPEZ MONTEAGUDO, en BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 85). Según M. Abad (1987-1989, 206; 1990, 17-28; 1993, 13-31; 1994, 156), durante el reinado de Constantino y de sus descendientes persistieron idénticas conexiones con la metrópolis, pero disminuyeron con las provincias más alejadas, aumentando, en cambio, notablemente con la Galia, especialmente después del 337, y defiende que no sería hasta la reforma del 348 cuando empezó una cierta apertura del mercado oriental hacia nuestra Península, acrecentándose a partir del 364. Las fluctuaciones de las cecas le sirven de base a este investigador para atribuir la razón del movimiento monetario en Hispania tanto o más a las relaciones comerciales que a las políticas. No obstante, sugiere, a modo de hipótesis, que quizás pueda deberse a la irregular producción de algunas cecas la llegada de numerario de otras más lejanas, a fin de suplir las carencias puntuales del mismo, por las necesidades de mercado. De los seis periodos en que divide este autor (ABAD VARELA, 1990, 17-28) la representación de las cecas en la *diocesis Hispaniarum* (sobre una muestra de 5.136 monedas), el primero, que abarca desde el ascenso de Diocleciano hasta el comienzo de la primera Tetrarquía (284-294), no está atestiguado en el registro numismático del yacimiento estudiado, ni tampoco el segundo (294-313), que incluye desde el inicio de la reforma monetaria hasta la muerte de Maximiano. Del tercero y cuarto (313-348), encuadrados en la Era constantiniana y desde la muerte de Constantino el Grande hasta la reforma, tenemos tres ejemplares (n.º 10-12 del catálogo, respectivamente acuñados en una ceca gala, la de Tréveris, otro, posiblemente, en una balcánica-danubiana, la de *Siscia*, y el tercero en una oriental, la de Cícico). Las cecas experimentaron reformas esenciales entre el 313 y el 337,

tanto en su número como en su funcionamiento. Dentro del lote de Puente de la Olmilla, un dato a resaltar entre las monedas del cuarto periodo es que no se ajustan a lo que M. Abad constató en su análisis, esto es, una proporción mayor de las occidentales (el 73,77%), frente a las balcánico-danubianas (el 2,49%) y las orientales (el 5,60%), pero su escasez numérica nos impide llegar a conclusiones estadísticas más concretas. Del quinto grupo (348-364), que se extiende desde la reforma hasta la muerte de Juliano II, contamos con otro numisma (n.º 13, emitido en Roma). Por último, al sexto (364-395), el de la dinastía valentiniana, hasta la muerte de Teodosio I, corresponde el bloque más “numeroso”, con cinco piezas (n.º 14-18, tres de ellas de cecas orientales, Constantinopla y Cícico, la de Máximo procede de *Lugdunum* y la otra quizás de Roma). Hay, por tanto, durante el mismo un predominio de los talleres orientales, en sintonía con lo que ocurre en toda la Península (sobre el particular, CEPEDA, 2000, 185-192, específicamente acerca de los de Constantinopla y Cícico, 189-190). M. Abad (1990, 25-26) hace una puntualización muy pertinente en lo que concierne a la datación de las monedas de ese sexto grupo: excluye las de Arcadio y Honorio, “puesto que podrían pertenecer al siglo V”. En el caso de las n.º 17 y 18 de nuestro catálogo podría ser válida esa misma apreciación.

Pese a las limitaciones impuestas por la imposibilidad de conocer la totalidad de los talleres de emisión debido al mal estado de conservación de algunas de las piezas encontradas en Puente de la Olmilla, el porcentaje de la distribución acabada de exponer basta para permitirnos consignar que existe una mayor preponderancia de los occidentales sobre los orientales: uno hispánico, dos galos, nueve itálicos y otro posiblemente balcánico-danubiano. Es de notar que la frecuencia de este último (el de *Siscia*) en la circulación monetaria hispana durante el siglo IV suele ser muy baja. En contraste, pero dentro ya de la tónica general, en el pequeño conjunto de Puente de la Olmilla sobresale el de Roma, lo que aparentemente convierte esta ceca en su fuente primaria de moneda fraccionaria.

Concluyendo, la información que nos aportan los hallazgos monetarios aquí presentados se suma a otros elementos de datación complementarios, ayudándonos a reconstruir la secuencia cronológica del asentamiento de Puente de la Olmilla, que parece arrancar en el siglo I d.C. No sólo nos referimos a los exiguos ajuares domésticos, pues como ya hemos comentado,

a juzgar por la factura y los rasgos estilísticos de las composiciones musivas, se puede establecer la fase de mayor auge de esta *villa* en torno a la segunda mitad del siglo IV. Todos los mosaicos pertenecen al mismo periodo y pueden adjudicarse a un momento avanzado del siglo IV por su técnica y su estilo barroquizante, entre otras características, sirviéndonos de orientación sus paralelismos a la hora de fecharlos (*vid. supra* capítulo XIV.5), si bien corresponden a una etapa mucho más breve que la acreditada por el numerario o la cerámica. Son principalmente éstos los que nos sirven para fijar los límites cronológicos del establecimiento y su evolución, pero los otros testimonios arqueológicos también nos permiten formular algunas consideraciones al respecto, complementándose. El tiempo en que fue habitada Puente de la Olmilla debió de ser lo bastante largo como para que esos mosaicos pavimentales sufrieran diversos desperfectos hasta el definitivo abandono de la *villa*. Buena prueba de ello fueron las consiguientes reparaciones, algunas de ellas coetáneas al uso más tardío de la vivienda señorial, que concuerda con varios de los numismas proporcionados por este yacimiento (un *centenionalis* de Honorio, un *minimus*...) y con algunos fragmentos de TSht, TSC, etc. Dicha circunstancia, unida al gran desgaste presentado por algunas de las monedas, constituye *per se* un argumento sustantivo para plantear que la ocupación perduró durante parte del siglo V. Resulta verosímil, por tanto, que se hubiera mantenido su función residencial hasta más allá de inicios de esa centuria.

CATÁLOGO



Fig. 450. As.

OCTAVIO AUGUSTO

N.º 1

Serie: Romana, hispana.

Cronología: 12 a.C., 13ª emisión.

Leyenda anverso: DIVI F AVGVS[ivs]

Descripción del campo: Busto de Augusto a derecha, laureado.

Leyenda reverso: [c·var·rvf·] SEX· IVL·POL· IIVIR·Q·

Descripción del campo: Están representados en el campo los símbolos sacerdotales: *simpulum*, *aspergillum*, *securis* y *apex*.

Ceca: *Carthago Nova*.

Tipo: As.

Soporte: AE.

Técnica: Acuñación.

Peso: 11 g

Módulo: 27 mm

Grosor: 2,88 mm

Posición de cuños: 3.

Conservación: Mala.

Referencia bibliográfica: VIVES, 1924-1926, IV, 36, n.º 28, lám. CXXXI-10; VILLARONGA, 1979, 264, n.º 992; *RPC*, 1992, 167; GARCÍA-BELLIDO y BLÁZQUEZ, *DCyP* II, 2001, 98.

Procedencia: Pasillo entre las habitaciones 1 y 2.



Fig. 451. As.

TITO

N.º 2

Serie: Romana.

Dedicada: Vespasiano.

Cronología: 72 ó 77-78 d.C.

Leyenda anverso: T CAESAR VESPASIANVS TR P C(os ¿II o VI?)
 Descripción del campo: Busto de Vespasiano a derecha, laureado.
 Leyenda reverso: En el campo a un lado y otro S C
 Descripción del campo: Esperanza caminando hacia la izquierda, con el manto recogido y el brazo derecho extendido, sosteniendo en la mano una flor.
 Ceca: Roma.
 Tipo: As.
 Soporte: AE.
 Técnica: Acuñación.
 Peso: 9 g
 Módulo: 27 mm
 Grosor: 2,78 mm
 Posición de cuños: 6.
 Conservación: Mala.
 Referencia bibliográfica: *R/C* II, n.º 622 ó 684.
 Procedencia: Pasillo n.º 11.
 Observaciones: Vespasiano en tiempos de Tito.



Fig. 452. Sestercio.

TRAJANO

N.º 3
 Serie: Romana.
 Cronología: 98-117 d.C.
 Leyenda anverso: Ilegible.
 Descripción del campo: Busto de Trajano a derecha, laureado.
 Leyenda reverso: Ilegible.
 Descripción del campo: -
 Ceca: ¿Roma?.
 Tipo: Sestercio.
 Soporte: AE.
 Técnica: Acuñación.
 Peso: 24 g
 Módulo: 34 mm
 Grosor: 3,67 mm
 Posición de cuños: -
 Conservación: Muy mala, con reverso liso.
 Procedencia: Pasillo n.º 3.



Fig. 453. Sestercio.

ANTONINO PÍO

N.º 4

Serie: Romana.

Cronología: 140-144 d.C.

Leyenda anverso: ANTONINVS AVG PI - VS PP TR P COS III

Descripción del campo: Busto del emperador diademado a derecha.

Leyenda reverso: [se]VRITAS – PV[bl]ICA en el campo S - C

Descripción del campo: La Seguridad de pie hacia la derecha, sosteniendo un cetro con la mano derecha y apoyando su brazo izquierdo en una columna; en el campo S C

Ceca: Roma.

Tipo: Sestercio.

Soporte: AE.

Técnica: Acuñación.

Peso: 21 g

Módulo: 32,75 mm

Grosor: 3,45 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Buena en el anverso y mala en el reverso.

Referencia bibliográfica: *R/C* III, n.º 641.

Procedencia: Sector noroccidental del yacimiento, cerca del pórtico exterior (n.º 13).

N.º de inventario: 3 / 1985.



Fig. 454. As.

¿MARCO AURELIO o CÓMODO?

N.º 5

Serie: Romana.

Cronología: 140-192 d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: Busto del emperador barbado a derecha.
 Leyenda reverso: Ilegible.
 Descripción del campo: Personaje femenino en pie, vestido, mirando a la izquierda. En el campo S - C
 Ceca: -
 Tipo: As.
 Soporte: AE.
 Técnica: Acuñación.
 Peso: 7 g
 Módulo: 24,80 mm
 Grosor: 2,62 mm
 Posición de cuños: 11.
 Conservación: Mala e incompleta.
 Procedencia: Habitación n.º 28.
 Observaciones: Atribuible a Marco Aurelio o a Cómodo.



Fig. 455. Antoniniano.

TREBONIANO GALLO

N.º 6
 Serie: Romana.
 Cronología: 251-253 d.C.
 Leyenda anverso: IMP C CVB TREB GALLVS AVG
 Descripción del campo: Busto radiado del emperador a derecha.
 Leyenda reverso: LIBERTAS PVBLICA
 Descripción del campo: *Libertas* con sus atributos, de pie, con un *pileus* en su mano derecha y el cetro transversal en la izquierda.
 Ceca: *Mediolanum*.
 Tipo: Antoniniano.
 Soporte: Vellón.
 Técnica: Acuñación.
 Peso: 2 g
 Módulo: 22 mm
 Grosor: 1,80 mm
 Posición de cuños: 6.
 Conservación: Buena.
 Referencia bibliográfica: *R/C* IV, 3ª, n.º 50 y 70.
 Procedencia: Pórtico exterior (n.º 13).



Fig. 456. Antoniniano.

GALIENO

N.º 7

Serie: Romana.

Cronología: 257-259 d.C.

Leyenda anverso: [ga]LLIENVVS AVG

Descripción del campo: Busto a derecha del emperador radiado y barbado, con coraza.

Leyenda reverso: PROVID AVG

Descripción del campo: Dos soldados de pie con escudo y lanza, enfrentados y, entre ambos, un estandarte.

Exergo: -

Ceca: Roma __|X

Tipo: Antoniniano.

Soporte: Vellón.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,3 g

Módulo: 18,85 mm

Grosor: 1,56 mm

Posición de cuños: 11.

Conservación: Regular.

Referencia bibliográfica: *R/C V*, 1ª, 154, n.º 267.

Procedencia: Patio. Coordenadas: 14,75 x / 20,94 y / - 48 z. UE III.

Nº de inventario: 1522 / 1.



Fig. 457. Antoniniano.

GALIENO

N.º 8

Serie: Romana.

Cronología: 266 d.C., 5ª emisión.

Leyenda anverso: [g]ALLIE[n]VS AVG

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha con corona radiada.

Leyenda reverso: VIRTUS AVGVSTI, en el campo X|

Descripción del campo: Marte avanzando hacia la izquierda y apoyándose en la lanza que tiene en su mano izquierda, mientras extiende su brazo derecho, con el que sostiene una rama.

Ceca: Roma.

Signos: X, en el campo.

Tipo: Antoniniano.

Soporte: Vellón.

Técnica: Acuñación.

Peso: 2 g

Módulo: 20 mm

Grosor: 1,76 mm

Posición de cuños: 2.

Conservación: Regular, incompleta.

Referencia bibliográfica: *R/C V*, 330 variante; DOYEN, 1985, 100, n.º 637

Procedencia: Patio. UE III.

N.º de inventario: 1522 / 2.



Fig. 458. Antoniniano.

CLAUDIO II el Gótico

N.º 9

Serie: Romana.

Cronología: 269 d.C.

Leyenda anverso: IMP C CLAVDIVS AVG

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha con corona radiada y coraza.

Leyenda reverso: GENIVS EXERCI

Descripción del campo: Genio en pie vuelto a la derecha, sosteniendo pátera con la mano derecha y cornucopia con el brazo izquierdo.

Ceca: Roma.

Tipo: Antoniniano.

Soporte: Vellón.

Técnica: Acuñación.

Peso: 2 g

Módulo: 20 mm

Grosor: 1,95 mm

Posición de cuños: 6.

Conservación: Buena.

Referencia bibliográfica: *R/C V*, 1ª, n.º 48.

Procedencia: Pasillo n.º 14 (brazo oriental del peristilo).



Fig. 459. *Centenionalis*.

CRISPO

N.º 10

Serie: Romana.

Cronología: 320 d.C.

Leyenda anverso: CRISPVS NOB CAES

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha con casco y coraza.

Leyenda reverso: VIRTVS EXERCITVS

Descripción del campo: Representa en el campo a dos cautivos sentados y entre ellos una panoplia con distintas armas y un estandarte, con la inscripción VOT/XX, a la izquierda: *

*
Exergo: STR

Ceca: Tréveris.

Oficina: Segunda.

Sígnos: *

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: AE 3.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1 g

Módulo: 16,50 mm

Grosor: 1,62 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Mala.

Referencia bibliográfica: *R/C VII*, 186, n.º 255.

Procedencia: Habitación n.º 8.



Fig. 460. *Centenionalis*.

CONSTANCIO II

N.º 11

Serie: Romana.

Cronología: 335-341 d.C.

Leyenda anverso: [fl] IVL CONSTANTIVS NOB C

Descripción del campo: Busto de emperador a derecha, laureado, con coraza y paludamento.

Leyenda reverso: GLOR - IA EXERC - [itvs]

Descripción del campo: Dos soldados en pie con escudo y lanza, enfrentados; en el centro, entre ambos, un estandarte.

Exergo: -

Ceca: ¿*Siscia*?

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: *AE 4*.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,3 g

Módulo: 15,47 mm

Grosor: 1,28 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Buena.

Referencia bibliográfica: *LRBC*, 24, lám. I, similar n.º 1028.

Procedencia: Patio. Coordenadas: 16'70 x / 21'15 y / -45 z. UE III.

N.º de inventario: 1514.



Fig. 461. *Centenionalis*.

CONSTANCIO II

N.º 12

Serie: Romana.

Cronología: 336-337 d.C.

Leyenda anverso: FL IVL CONSTANTIV[s nob c]

Descripción del campo: Busto laureado a derecha con coraza y paludamento.

Leyenda reverso: GLOR · – IA EXE[rc] – ITVS

Descripción del campo: Dos soldados en pie portando ambos escudo y lanza, afrontados, mirándose uno a otro. En el centro, entre ellos, un estandarte.

Exergo: SMKB

Ceca: Cícico.

Oficina: Segunda.

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: *AE 3*.

Técnica: Acuñación.

Peso: 0,8 g

Módulo: 17 mm

Grosor: 1,16 mm

Posición de cuños: 7.

Conservación: Regular.

Referencia bibliográfica: *R/C* VII, 659, n.º 141; *LRBC*, n.º 1266.

Procedencia: Pasillo n.º 11.



Fig. 462. *Centenionalis*.

CONSTANCIO II

N.º 13

Serie: Romana.

Cronología: 352-355 d.C.

Leyenda anverso: [d] N CONSTAN – TIVS PF AVG

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha, diademado, con coraza y paludamento.

Leyenda reverso: FEL TEMP REPARATIO

Descripción del campo: Soldado con escudo en su mano izquierda, lanza en la mano derecha y rodilla derecha doblada, alancea a un jinete caído, que levanta su brazo izquierdo.

Exergo: R...

Ceca: Roma.

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: AE 3.

Técnica: Acuñación.

Peso: 2 g

Módulo: 18,15 mm

Grosor: 1,76 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Regular e incompleta.

Referencia bibliográfica: *R/C* VIII, 274, n.º 272 ó 276.

Procedencia: Pasillo n.º 3.



Fig. 463. *Maiorina*.

TEODOSIO I

N.º 14

Serie: Romana.

Cronología: 378-383 d.C.

Leyenda anverso: D N [theo]DO – SIVS PF AVG

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha, diademado.

Leyenda reverso: RE[par]ATIO [re]IPVB

Descripción del campo: Emperador en traje militar, de pie, con cabeza a izquierda dando la mano derecha a una figura femenina con corona torreada, arrodillada,

mientras con su mano izquierda sostiene un globo terráqueo sobre el que se representa a una victoria que le está imponiendo una corona de laurel.

Exergo: CON...

Ceca: Constantinopla.

Tipo: *Maiorina*.

Soporte: AE 2.

Técnica: Acuñación.

Peso: 4 g

Módulo: 21,30 mm

Grosor: 1,60 mm

Posición de cuños: 2.

Conservación: Mala, doblada e incompleta.

Referencia bibliográfica: *R/C IX*, n.º 54, c; específicamente sobre las *maiorinae* de la ceca de Constantinopla, CEPEDA, 2000, 189-190.

Procedencia: Habitación n.º 2.



Fig. 464. *Centenionalis*.

TEODOSIO I

N.º 15

Serie: Romana.

Cronología: 388-392.

Leyenda anverso: D N THEODO – SIVS PF AVG

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha, diademado, con coraza y paludamento.

Leyenda reverso: GLORIA ROMANORVM

Descripción del campo: Emperador en traje militar, de pie, con cabeza a derecha, sosteniendo con su mano derecha el *labarum* y con la izquierda un globo terráqueo.

Exergo: SMKA

Ceca: Cícico.

Oficina: Primera.

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: AE 3.

Técnica: Acuñación.

Peso: 4 g

Módulo: 20,80 mm

Grosor: 2,22 mm

Posición de cuños: 7.

Conservación: Buena, aunque incompleta.

Referencia bibliográfica: *R/C IX*, n.º 29, a.

Procedencia: Pasillo n.º 3.



Fig. 465. *Maiorina*.

MAGNO MÁXIMO

N.º 16

Serie: Romana.

Cronología: 383-388 d.C.

Leyenda anverso: D N MAG MAXI – MVS PF AVG

Descripción del campo: Busto de emperador a derecha, con diadema y paludamento.

Leyenda reverso: VICTOR – IA AVGG

Descripción del campo: Emperador de pie, a izquierda, sosteniendo con su mano derecha una victoria sobre globo terráqueo y con su izquierda porta un estandarte

Exergo: LVG P

Ceca: *Lugdunum*.

Oficina: Primera.

Tipo: *Maiorina*.

Soporte: AE 3.

Técnica: Acuñación.

Peso: 3,6 g

Módulo: 22,65 mm

Grosor: 1,73 mm

Posición de cuños: 6.

Conservación: Regular.

Referencia bibliográfica: *RIC* IX, 49, n.º 32.

Procedencia: Habitación n.º 12.



Fig. 466. *Centenionalis*.

HONORIO

N.º 17

Serie: Romana.

Cronología: 393-395 d.C.

Leyenda anverso: D N HONORIVS PF AVG

Descripción del campo: Busto del emperador a derecha, con diadema perlada, coraza y paludamento.

Leyenda reverso: GLORIA ROMANORVM

Descripción del campo: Emperador en traje militar, de pie, a derecha, sosteniendo con su mano derecha el *labarum* y con la izquierda un globo terráqueo.

Exergo: SMKΓ

Ceca: Cícico.

Oficina: Tercera.

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: AE 3.

Técnica: Acuñación.

Peso: 4 g

Módulo: 20,27 mm

Grosor: 2,33 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Buena, pero incompleta.

Referencia bibliográfica: *R/C IX*, n.º 29, c.

Procedencia: Habitación n.º 1.



Fig. 467. *Centenionalis*.

¿ARCADIO, HONORIO o TEODOSIO II?

N.º 18

Serie: Romana.

Cronología: ¿394-395 d.C.?

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: Busto perlado a derecha.

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: Roma en pie, con trofeo en su mano derecha y victoria en su mano izquierda.

Exergo: -

Ceca: Roma, posiblemente.

Tipo: *Centenionalis*.

Soporte: AE 3.

Técnica: Acuñación.

Peso: 0,8 g

Módulo: 14,57 mm

Grosor: 1,23 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Muy mala, gravemente erosionada e incompleta.

Referencia bibliográfica: *R/C IX*, 135-136.

Procedencia: Habitación n.º 9.

Observaciones: Atribuible a Arcadio, a Honorio o a Teodosio II.



Fig. 468. *Minimus*.

ATRIBUCIÓN INDETERMINABLE

N.º 19

Serie: Romana.

Emperador: -

Cronología: Siglo V d.C.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: -

Exergo: -

Ceca: -

Tipo: *Minimus*.

Soporte: AE 4.

Técnica: Acuñación.

Peso: 1,02 g

Módulo: 10,5 mm

Grosor: 1,78 mm

Posición de cuños: -

Conservación: Muy mala, gran desgaste.

Referencia bibliográfica: LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150.

Procedencia: Sector noroccidental, al exterior del pórtico n.º 13 (coordenadas: 16'50 x / 2'25 y / -0,25 z).

N.º de inventario: 1022.



Fig. 469. ½ céntimo de escudo – cuarto.

ISABEL II

N.º 20

Serie: Española. Contemporánea.

Cronología: 1865-1868.

Leyenda anverso: Ilegible.

Descripción del campo: En el campo efigie de Isabel II a derecha.

Leyenda reverso: Ilegible.

Descripción del campo: Escudo de España de la época con la corona real.

Ceca: -

Tipo: ½ céntimo de escudo – cuarto.

Soporte: Cobre.

Técnica: Acuñación.

Peso: 24 g

Módulo: 15 mm

Grosor: 0,78 mm

Posición de cuños: 12.

Conservación: Muy mala.

Referencia bibliográfica: CAYÓN y CASTÁN, 1991, 846, n.º 14993-15007.

Procedencia: Sector noroccidental, al exterior de la galería de fachada.

Observaciones: Este ½ céntimo o un cuarto de escudo de Isabel II de España fue recuperado durante los trabajos de limpieza de la superficie excavada, en el área noroeste.

N.º de inventario: 3 / 85.

XVIII.1.2. OTROS MATERIALES METÁLICOS

Los productos de metalistería son bastante escasos en los niveles de abandono de esta *villa*, salvo los clavos, indicio arqueológico de las armaduras de madera que cubrían la mayoría de las estancias excavadas. De hecho, la clavazón está diseminada prácticamente por todas ellas. Hemos recogido un buen número de clavos de hierro de sección cuadrada, pero no resulta posible definir una seriación tipológica y cronológica de los mismos, debido a la fragmentación y alto grado de mineralización que presentan (figs. 470-471). También apareció algún cáncamo (fig. 472).



Figs. 470-471. Clavos de hierro. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

Aparte de los clavos, no se han documentado otros vestigios de esa actividad complementaria de la construcción que era la forja.

La mayoría de las piezas de metal están muy fragmentadas.



Fig. 472. Base de recipiente de bronce, arito (¿anillo?) y cáncamo.
Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

Entre los materiales metálicos destacan algunos objetos de adorno personal, tales como varias pulseras de bronce, un pequeño brazalete (4,40 x 4,20 cm, fig. 473) y una fíbula de arco (fig. 474), de bronce, sin decoración (recuperadas en el patio, el pasillo n.º 11 y el n.º 32, respectivamente), lo mismo que algún pendiente de arete y varios anillos de bronce. Uno de ellos es un pequeño anillo de sección circular, aunque irregular, pues en algunas zonas es casi triangular (pasillo n.º 10, figs. 475-476). Su diámetro exterior mide 20 mm y el interior 15 mm, con una sección que ronda los 2 mm de espesor. Es completamente liso, con una superficie homogénea, que no presenta ninguna decoración ni inscripción o incrustaciones. Se encuentra en bastante buen estado de conservación, pese a la fuerte corrosión y ciertas concreciones puntuales. Con el transcurso del tiempo había adquirido una pátina verdosa oscura compuesta por malaquita, tenorita y cuprita (fue restaurado por la ESCRBC, *vid. infra* Anexo V, 3).

Esta tipología tan sencilla es muy frecuente en las alianzas matrimoniales, pero debido a su pequeño tamaño podría ser un anillo infantil.

Hay otros aros y posibles anillos, lisos, sin cerrar (de 18 y 11 mm de diám., respectivamente, figs. 472 y 477).

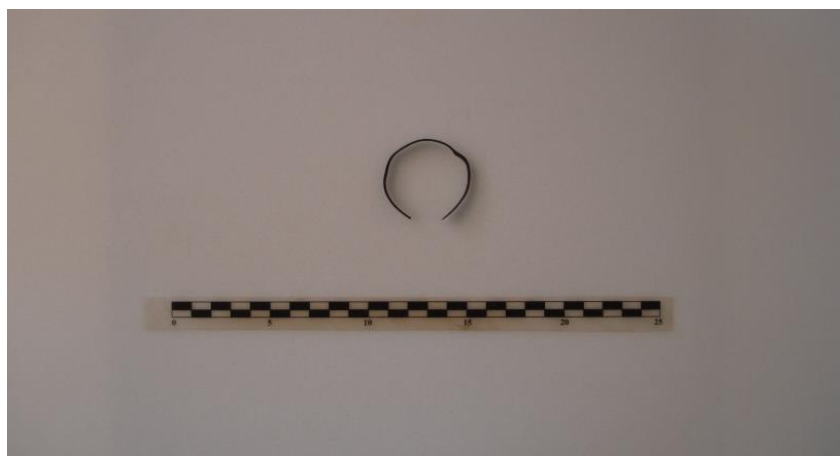
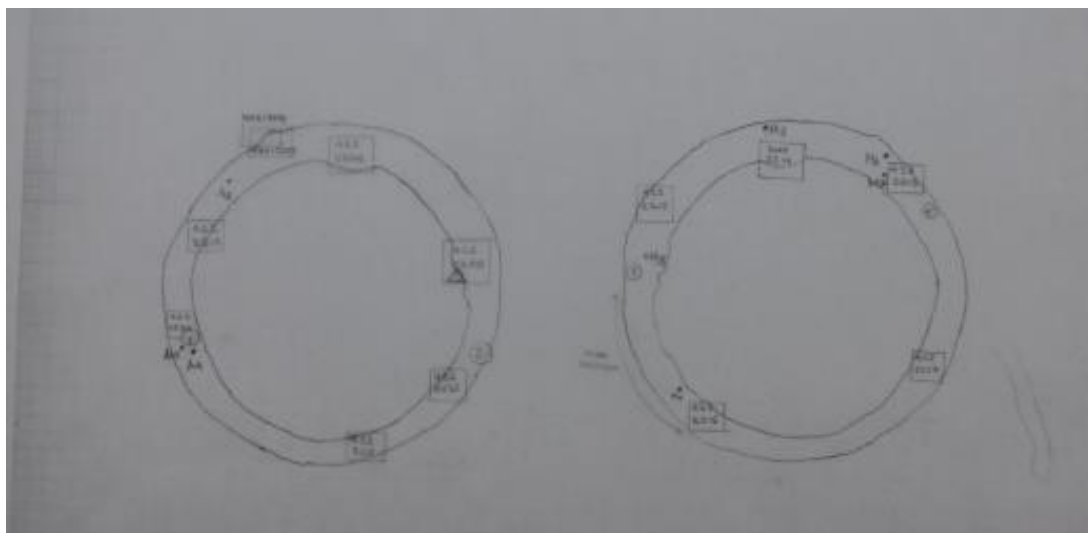


Fig. 473. Brazalete. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).



Fig. 474. Fíbula de arco. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).





Figs. 475-476. Anillo de bronce. Foto y dib.: ESCRBC.



Fig. 477. Anillos de bronce. Foto: García Bueno.

Aparte de alguno de los acabados de mencionar, en el elenco de materiales arqueológicos del patio cabe enumerar un asa de caldero de hierro, argollas (fig. 478), una llave de este mismo metal, etc.



Fig. 478. Argolla y fragmento de hierro. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

Cabe resaltar también la presencia de varias piezas de vajilla de mesa, como puede ser un pequeño plato de bronce, localizado en la habitación n.º 27 (11 x 11,58 cm de diám., fig. 479), otro plato, en este caso de hierro, asociado a una bolsada de carbones y cenizas de la habitación n.º 28. Hay dos cuchillos de este mismo metal (uno de ellos descubierto en la habitación n.º 30 y el otro en superficie, al Oeste del porche, fig. 480) y el fondo de un recipiente de bronce, cuyas dimensiones son 11,5 x 10,2 cm (fig. 472).



Figs. 479-480. Plato y cuchillo. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

Igualmente, aparecieron algunos otros utensilios y herramientas de hierro propias de las faenas agrícolas, como es el caso de un hacha, una hoz (fig. 481) y un fragmento de otra (*falx stramentaria*). Este utillaje supone la constatación arqueológica de la práctica de la agricultura en este establecimiento rural. Resulta llamativo que las hoces fueran recuperadas en los estratos inferiores de colmatación de la parte residencial de la *villa*, para ser más exactos, sobre el piso de mosaico del pasillo n.º 14, no en un almacén o una dependencia dedicada a actividades productivas, como cabría esperar, lo que nos podría hacer sospechar que fueron olvidadas o perdidas en el momento final de abandono de la *villa*, debido al posible desorden generado entonces. Teniendo en cuenta la cercanía, al Este, de varios compartimentos que hemos identificado con espacios utilitarios, probablemente destinados a almacenamiento (entre otros usos), esas hoces podrían haber sido recogidas de alguno de ellos (*vid. supra* capítulo XIV.3).

La fabricación de implementos agrícolas y de todo tipo de instrumentos empleados en el trabajo cotidiano de las haciendas debió de ser ingente, para cubrir las necesidades de esta sociedad rural. Todo aquello que se precisaba para el desempeño de actividades cotidianas como la labranza, la cosecha, etc., debieron de ocupar a innumerables artesanos.



Fig. 481. Hoz. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

A su vez, podemos consignar el descubrimiento cerca del pórtico exterior (inmediatamente al Oeste del mismo) de un regatón de hierro, de 10 cm de largo x 1,80 cm de ancho (fig. 482). La pieza, hueca y apuntada, tiene un orificio en uno de sus extremos concebido para que un pequeño clavo facilite la unión al asta de madera. También, una pequeña espátula de bronce, eslabones de una larga cadena de hierro, finas láminas de bronce, pequeños fragmentos metálicos (figs. 483-484), p. ej., una fina varilla de bronce de 3 cm de largo y un pequeño tubo de plomo, de sección ovalada, que mide 23 mm de largo x 11 mm de diámetro (figs. 485-486, lám. II, 22). En la habitación n.º 9 hay que resaltar la presencia de un puñal.



Fig. 482. Regatón de hierro. Foto: García Bueno.



Fig. 483. Fragmentos metálicos diversos. Foto: García Bueno.



Fig. 484. Fragmentos de metal. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).



Figs. 485-486. Fragmento de un tubo de plomo. Foto: García Bueno.

De esta relación de materiales únicamente hemos podido localizar en los fondos del Museo Provincial de Ciudad Real algunos de ellos, cuyas fotografías acompañan este estudio.

J. Arce (1990, 17 y 21) recalca que la producción de objetos de bronce es un fenómeno esencialmente urbano, pero también hubo numerosos talleres rurales y establecimientos en *villae*, principalmente durante la Antigüedad Tardía, en el siglo IV en particular, “para cubrir las necesidades del complejo

económico que es y significa la *villa*. (...). Los romanos usaban el bronce de modo abundante (...).”

En estas páginas mostramos algunos de los objetos que formaban parte de la vida cotidiana de los habitantes de Puente de la Olmilla.

La toréutica aplicada a usos suntuarios produjo apliques (figurativos o de la más variada tipología) para la decoración de puertas y mobiliario. Sobresale entre esta clase de elementos decorativos un pequeño aplique de bronce, probablemente de un mueble, de forma triangular, con pequeñas protuberancias remachadas a lo largo del borde, que podemos ver en el dibujo adjunto (fig. 487). Mide 4,6 cm de longitud y tiene 0,5 mm de espesor. Fue hallado en la habitación n.º 1.

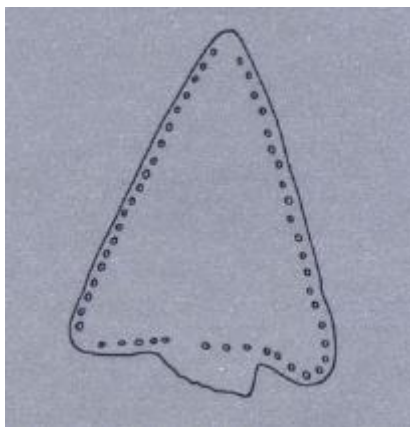


Fig. 487 Aplique metálico triangular. Dib.: Puig y Montanya (AGA).



Fig. 488. Pequeño remache de bronce. Foto: García Bueno.

Contamos también con varios objetos menores de bronce, tales como un pequeño remate circular, estampado, probablemente un embellecimiento, de 11 mm de diámetro (fig. 488), encontrado en el área occidental de la *villa* (habitación 36).

Otra pieza metálica consiste en una pequeña cerradura de bronce. Es una fina placa redonda, de 2,80 x 2,90 cm y de cuyo carácter dará mejor idea que una descripción la correspondiente fotografía (fig. 489). Apareció al Oeste del pórtico exterior (las coordenadas del hallazgo son 10-20 x/0-5 y), pero desconocemos si pertenecería a la puerta de la entrada de la *villa*, al haber sufrido esa zona una fuerte remoción debido al laboreo agrícola.



Fig. 489. Cerradura. Foto: García Bueno.

Algunos objetos metálicos se concentraban en la habitación n.º 7, relacionados con su puerta de dos batientes: goznes, parte de la cerradura (figs. 247-248, 306, 490-491), una bisagra, clavos y fragmentos indeterminados de hierro, probablemente restos de los remaches del portaje.





Figs.490-491. Cerradura. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

MANGO DE LLAVE

Asimismo, el trabajo del bronce está representado por un objeto singular expuesto en el MP de Ciudad Real, en cuyos archivos figura como procedente de Albaladejo, sin más referencias sobre su origen concreto, pero que consta en el Informe de la campaña de excavación acometida en Puente de la Olmilla por M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer durante el año 1974. En efecto, aparece en un sucinto listado de materiales arqueológicos descubiertos en la habitación n.º 1, incluyendo también su dibujo (fig. 492), lo que nos ha permitido identificar esta pieza con la expuesta en el Museo.

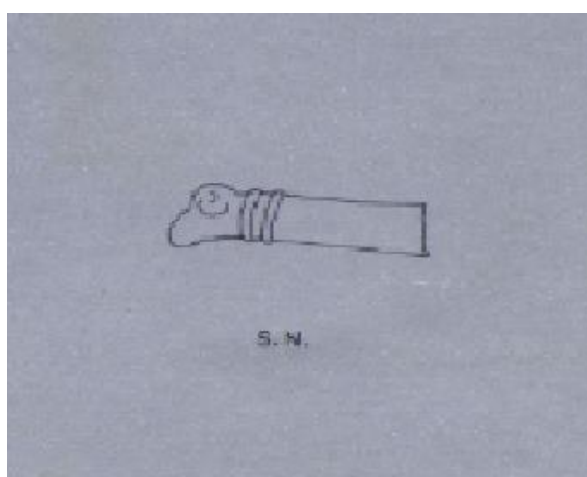


Fig. 492. Mango de llave. Dib.: Puig y Montanya (AGA).

Es un fragmento de mango de llave que mide 4,1 cm de longitud y en su extremo más grueso tiene un diámetro de 0,8 cm. Fue anteriormente estudiado

por J. Aurrecoechea Fernández (1990, 321-323), cuya descripción nos sirve de base para nuestro estudio. En palabras textuales del autor, “está constituido por un cuerpo hueco central de sección hexagonal, acabado en uno de sus extremos por dos molduras agudas que dan paso a una cabeza de carnero, y en el otro por una pequeña moldura de sección circular. Se trata de un producto de fundición en molde (...). Las molduras que recorren el cuerpo principal, presentan mínimas variantes y sólo la decoración que separa dichas molduras distingue unos ejemplares de otros” (los más habituales son los motivos circulares).

Este tipo de mangos de bronce, especialmente los que están decorados con cabezas de animales, era muy común como elemento de sujeción para llaves entre los romanos. Existía una gran variedad tipológica (manos que sostienen una bola, fauna doméstica y salvaje...). Algunos conocedores del tema opinan que, además de un carácter ornamental, tenían un sentido apotropaico, es decir, protector. Las representaciones de carneros no son tan comunes como las de lobos o leones, a lo que se añade la escasez de paralelos existentes en la Península, siendo más frecuentes los ejemplares descubiertos en territorio galo y germano, de los que J. Aurrecoechea (1990, 321-323) ofrece una amplia relación. Según aduce este autor, las referidas representaciones de carneros se asocian únicamente con mangos de tipo cilíndrico, que son las más estilizadas de todas.

ESTATUILLA DE MINERVA

Una representación en bronce de la diosa Minerva es el único hallazgo escultórico documentado en Puente de la Olmilla, por lo que, al margen de algunas figuras del ciclo musivo y una pequeña pieza de terracota (*vid. infra* capítulo XVIII, apartado 2.4), no conocemos nada más del programa iconográfico de esta *villa*, en consecuencia, no podemos saber si sus adornos eran muy parcos o esa escasez se debe más bien a que sus habitantes se llevaron consigo los objetos valiosos al abandonarla.

Según el equipo de investigación que en las últimas décadas ha intervenido en el yacimiento de El Saucedo (Talavera la Nueva), la mayoría de las esculturas (en referencia expresa a la escultura mayor) aparecidas en *villae* son de época altoimperial, concretamente, de fines del siglo I y del siglo II d.C.

En su opinión, se detecta un cese repentino de la producción escultórica en las dos centurias siguientes (a finales del siglo III) y no se conoce ningún taller hispano de plástica exenta perteneciente al periodo bajoimperial (CASTELO *et alii*, 2006, 191). De este dato se desprende, aparentemente, que dichas obras escultóricas habrían sido reutilizadas durante la Tardoantigüedad en las mansiones rurales hispanas, pero no cabe inferir de ello lo mismo en relación a la cronología de las pequeñas piezas bronceas, como la descubierta en el Puente de la Olmilla. Al parecer de J. Arce (CABALLERO, ARCE y ELVIRA, 1981), que estudia el conjunto escultórico del edificio de Valdetorres de Jarama (Madrid), es errónea la idea de que durante los siglos IV y V no se produjeron esculturas, pues hubo varios talleres radicados en ámbitos periféricos de Roma, como Cartago, Éfeso, Afrodísias, etc. Por lo que concierne a la estatuaria vinculada a las *villae* del *territorium* emeritense, J.M. Álvarez y T. Nogales (1992-93, 273-295) advierten un predominio de la estatuaria menor ornamental, con ciclos decorativos idénticos a los del resto de la Península, y proveniente de talleres de la citada entidad geográfica. Si bien establecen que el siglo II d.C., a tenor de su representatividad, fue el momento de mayor producción escultórica, amplían esa fase hasta el siglo IV, aunque entonces ya en menor cuantía e igualmente acreditada esa depreciación en su aspecto técnico. En cuanto a la monumentalización de las *villae* de la Península mediante piezas escultóricas que adornaban sus salas de prestigio, patios porticados, ninfeos y fuentes de espacios ajardinados o balnearios, F. Regueras (2013, 106-120) nos brinda una panorámica general, a modo de síntesis (cfr. también CHAVARRÍA, 2007, 111-112). Respecto a la Quinta das Longas (Elvas), F. Regueras (2013, 107) consigna que “grupos estatuarios tradicionalmente datados en época altoimperial (...) ahora comienzan a ser revisados como obras tardías donde perviven los repertorios clásicos”, dicha perduración en el siglo IV d.C., basándose en el criterio de T. Nogales, se debería al mantenimiento de los cauces para el intercambio mercantil ya existentes a comienzos del Imperio, por tal razón pueden reconocerse en esa galería escultórica temas y estilos influidos por modelos pergaménicos del círculo de Afrodísias.

En cuanto al yacimiento objeto de nuestra atención, no nos ha proporcionado ninguna obra realizada en mármol, por lo que nos centraremos en la de bronce.



Fig. 493. Estatuilla de la diosa Minerva. Foto: MP de Ciudad Real.

C. Fernández Ochoa y L. Baena del Alcázar (1992, 337-338), quienes anteriormente estudiaron esta figurilla (cuya descripción ampliamos a continuación, profundizando en su análisis iconográfico y en el de sus paralelismos), explican que ingresó en el Museo de Ciudad Real sin datos de contexto. Sin embargo, un croquis incluido en el diario de excavación de M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 18) nos proporciona información sobre dicho contexto, especificando que fue descubierta ese año cerca de la puerta occidental de la habitación 22 (un acceso que había sido clausurado en una segunda fase constructiva), ubicada en el flanco derecho del ingreso a la vivienda, y aunque no se aporta ninguna

información sobre la UE en la que apareció, suponemos que fue en el nivel de derrumbe, habida cuenta que fue en éste donde reanudamos años más tarde la excavación de esa dependencia, al continuar los trabajos interrumpidos unos años antes.

Es una escultura fundida en bronce, de factura tosca, con una pátina de color verde oscuro. De pequeño formato, sus dimensiones son 9 cm de altura, 4 cm de ancho y 2,3 cm de grosor. Está fragmentada y bastante deteriorada, como muestra la fotografía que acompaña al texto (fig. 493). M.R. Puig y R. Montanya señalan en una sucinta referencia del citado Diario (*vid. supra*) que estaba bien conservada, aunque le faltaba parte del brazo derecho y el pie izquierdo, sin extenderse más al respecto. Quizás, si ya estaba rota, los habitantes de la *villa* decidieron no llevársela en el momento de su abandono definitivo o pudo ser olvidada por descuido o prisa, mientras recogían sus enseres.

Se trata de una figura estante vestida con peplos, que la cubre en su totalidad. Sobre esa túnica talar lleva un manto y sobre el hombro izquierdo porta la égida, sesgada. Los pliegues, evocados de modo muy esquemático, presentan una acusada verticalidad, excepto el que corresponde al borde del manto, marcado por una línea oblicua. Este tratamiento de los paños acentúa el estatismo de la pieza. Está en posición frontal, salvo un leve giro de su cabeza, que va tocada con un casco ático con cimera alta. Según C. Fernández Ochoa y L. Baena del Alcázar (1992, 338), “la visera recuerda los cascos de época helenística. El rostro, apenas diferenciado, es carnoso con nariz pequeña y boca cerrada”. En efecto, la nariz es poco prominente, con las fosas nasales nítidamente marcadas. Los labios unidos le imprimen un gesto serio. La cara es redonda, con los ojos nítidamente representados, sobresaliendo las pupilas mediante un realce, y sobre ellos parece apreciarse levemente el trazo de las cejas. El paso del tiempo ha borrado en buena medida los rasgos somáticos, que están poco definidos. La superficie de la pieza está considerablemente erosionada. El brazo derecho, mutilado a la altura del antebrazo, está doblado. Probablemente con la mano derecha, en la actualidad perdida como ya hemos comentado, sostendría uno de sus atributos (una lanza, una pátera o una Victoria), que tampoco se conserva. Por la posición del otro brazo, prácticamente pegado al tronco, cabe suponer que no sujetaba con él un escudo o una lanza,

como sucede en otros casos conocidos. La parte posterior también está trabajada, de lo que podemos deducir que no fue hecha para estar apoyada en una pared, sino exenta.

Se observa en esta figura ciertos detalles típicos de la escultura de época tardía, como es la frontalidad, el esquematismo o la estilización, por lo que, atendiendo a criterios técnicos y estilísticos, refrendados por los materiales cerámicos a los que estaba asociada (un fragmento de TSHt decorada a la ruedecilla...), asumimos su pertenencia a esa etapa histórica. Los modelos constantinianos están especialmente definidos por particularidades como las que hemos mencionado anteriormente, en las que hace hincapié M. Pérez (2008, 279) al estudiar una estatua emeritense de culto doméstico.

A juicio de C. Fernández Ochoa y L. Baena del Alcázar (1992, 338), se advierte que es “una figura híbrida”, difícil de clasificar, pero, “dadas las características formales de este bronce y conocidas las circunstancias de su hallazgo aconsejan proponer una datación bajo imperial”.

Como veremos a continuación, los paralelismos cuya acotación temporal ha sido establecida abarcan un amplio arco cronológico. Es más, un ejemplar similar de una Minerva esculpida en bronce, que fue recuperado en niveles arqueológicos adscritos a los siglos IV-V d.C. del teatro de Casas de Reina (Badajoz), ha sido estilísticamente fechado en la primera mitad del siglo II (ARCE, 1990, 204), por consiguiente, no siempre el contexto del hallazgo resulta determinante a la hora de datarlo.

La estatuaria en bronce de otros yacimientos de la Península Ibérica pone de manifiesto que la imagen de esta divinidad fue asiduamente reproducida, presentando ciertas variantes (ARCE, 1990). Por lo tanto, debió de ser bastante apreciada en los ámbitos privados, aunque también en la religión pública. Entre otras de factura en bronce, dentro de nuestras fronteras, recordemos una estatuilla de Minerva hallada junto al muro de la zona occidental del llamado “Foro” de Cáceres el Viejo, que se conserva en el Museo de Cáceres (n.º inv. 3412) y se puede inscribir cronológicamente en el siglo I a.C., su altura es de 2,26 cm (ARIAS, 1987, 256, fig. XIII); la descubierta en el *Hypocaustum* del teatro de Regina (Casas de Reina, Badajoz), ya mencionada (ARCE, 1990, 204), que se encuentra en el MAP de Badajoz (n.º inv. 10433); otra aparecida en Insúa, parroquia de Sta. María de Ciadela, Sobrado dos Monxes (La Coruña), que se

inserta en un horizonte cronológico comprendido entre la segunda mitad del siglo I y el siglo II d.C., Museo de Bellas Artes de La Coruña (n.º inv. 166); asimismo, una que se exhumó, junto a varios restos escultóricos, en Arenal de Pelegrina (Sigüenza, Guadalajara) y se puede encuadrar en el siglo II d.C., se conserva en el MAN (n.º inv. 18357); otra, que procede de un Cortijo de Daimuz el Alto (Granada), se expone en el MAP de Granada (n.º inv. 12060), etc. Todas ellas presentan una serie de analogías con la figurilla que analizamos en estas páginas, pero también ciertas divergencias, como la diversidad de proporciones... Así, el yelmo es parecido al de la figura de Cáceres el Viejo, en cuya mano izquierda llevaría una *Niké*. Su tamaño es mayor que el de la Minerva de Puente de la Olmilla, esto es, 23 x 7,4 cm (PAULSEN, 1932, 349 ss.; BELTRÁN LLORIS, 1982, 84, lám. 30; BLECH, 1982, 142 ss. y 1984, 306 ss.; RODRÍGUEZ OLIVA, 1990; ARCE, 1990, 198, respectivamente). A su vez, la de Badajoz probablemente ofrecía con su brazo derecho -doblado como el de la Minerva de Albaladejo- una pátera, hoy perdida, del mismo modo que la mano derecha, como ocurre en el caso aquí estudiado; en cambio, se distingue en que el brazo izquierdo, levantado, se apoyaría en una lanza, igualmente desaparecida. Mide 13 x 4,5 cm (NOGALES, 1984, 37-38, figs. 1-2; RODRÍGUEZ OLIVA, 1990; ARCE, 1990, 204). Otra estatuilla, procedente de La Coruña, sostiene una pátera, pero, a diferencia de la de Puente de la Olmilla, el brazo izquierdo se levanta con ademán de sujetar una lanza y el casco también es distinto. Su altura duplica la del ejemplar de Albaladejo: 18,5 cm (ACUÑA, 1972; RODÁ, 1990; ARCE, 1990, 243). La citada figurilla de Sigüenza carece de cabeza. Además, como a la pieza que nos ocupa, le falta parte del antebrazo derecho. Posiblemente llevaría escudo y lanza. Dimensiones: 68,2 x 38 x 19,5 cm (GARCÍA Y BELLIDO, 1949, lám. 105; ARCE, 1990, 244, n.º 152). La Minerva de Granada tiene un tamaño similar a la aquí descrita: 8 cm de alto, pero su casco es de tipo corintio. En la mano derecha lleva un escudo y le falta el antebrazo izquierdo, mas por su actitud parece que sostenía una lanza (MENDOZA, 1984, 285-287; RODRÍGUEZ OLIVA, 1990; ARCE, 1990, 244, n.º 153). De procedencia incierta es una probable representación broncea de Minerva con casco, de la colección de A. Vives Escudero (GARCÍA-BELLIDO, 1993, 133, 258, lám. n.º 167), que tiene el brazo derecho levantado y cortado prácticamente a la misma altura de nuestro ejemplar, en cambio, el brazo izquierdo, al que le falta la mano, está adelantado,

posiblemente sosteniendo algún objeto. El casco tiene cimera. De la misma colección formaba parte otra estatuilla de bronce de Minerva, procedente de Sevilla (GARCÍA-BELLIDO, 1993, 130, 256, lám. n.º 164). Lleva una pátera en la mano derecha, estando ese brazo extendido un poco más bajo que el de la de la Puente de la Olmilla, y tiene el brazo izquierdo levantado hasta la cabeza, tocada con casco de cimera alta. Seguramente portaría una lanza. Su altura es 9,4 cm. Aparentemente, tiene una ejecución muy fina y un magnífico estado de conservación. Todas ellas corresponden a figuras en pie, como ésta, y visten peplos, con ciertas variantes, al igual que ofrecen variaciones los respectivos yelmos. Puede concluirse que, en general, se ajustan bastante a modelos iconográficos de la escultura mayor.

Por su parte, C. Fernández Ochoa y L. Baena del Alcázar (1992, 338) nos ofrecen algunos otros ejemplos parangonables: un bronce de la Galia estudiado por Boucher (1972, 2, 257-258, figs. 9-11; 1976, 139, figs. 235-238), del que éste propone como prototipo la conocida Atenea con la cista, una obra ática de fines del siglo V o comienzos del IV, que lleva “la égida terciada cubriendo el hombro y parte del pecho izquierdo”. Ambos autores hacen alusión a varias representaciones que presentan similitudes, como las de Lyon, la Biblioteca Nacional de París y Stuttgart (FERNÁNDEZ OCHOA y BAENA DEL ALCÁZAR, 1992, 338, a cuya bibliografía remitimos).

Otra cuestión a dilucidar es su pertenencia a uno de los bloques tipológicos en los que los objetos de todo yacimiento arqueológico son agrupados por un equipo de investigadores de la Universidad de Extremadura al tratar de su clasificación, análisis y explicación: domésticos, rituales y de prestigio. Recomiendan éstos observar los rasgos domésticos o de prestigio presentes en un habitáculo, combinados con los restos mobiliarios descubiertos en su interior, aunque algunas veces ocurre que no se corresponden (CERRILLO *et alii*, 1986, 121-122). De tal manera, el recinto de Puente de la Olmilla en el que fue encontrada la estatuilla de Minerva (habitación n.º 22) no parece poder ser interpretado como de uso específicamente ritual, en función de las evidencias arqueológicas (entre otras, los materiales asociados, *vid. supra* capítulo XIV.3, pp. 453-454). Bien es cierto que pudo ser uno de sus elementos decorativos, de temática religiosa, aunque quizás trascendía su aspecto meramente ornamental y tuviera un valor simbólico, a pesar de no ser un objeto cultural *sensu stricto*, pero

no por ello debemos descartar que sea un testimonio del culto privado en el contexto de esta residencia rural. El significado de una pieza dentro de la clasificación propuesta por los referidos autores puede variar “en relación con el lugar de hallazgo” (CERRILLO *et alii*, 1986, 133). Podría haber estado ubicada en origen en otra unidad constructiva de la casa; quizás fue una de las imágenes veneradas en un *larario*⁶⁰. *A priori*, su posición en él podría serle más propia que en ésta, sin embargo, como se ha advertido en las ciudades vesubianas, la dimensión sagrada de la casa romana sobrepasaba el reducto donde radicaba el *larario*, extendiéndose por jardines, peristilos, etc. (cfr. GRIMAL, 2000, 48-66, 306-308; JASHEMSKI, 1979, 115-140). Toda la unidad doméstica era una entidad sagrada en la cultura romana. Desde esta perspectiva pueden entenderse algunos espacios con un doble carácter social y religioso en viviendas hispanas (PÉREZ RUIZ, 2014, 77, 398-409).

Las estatuillas de bronce abundan entre los objetos dedicados al culto que integran los ajueres de los *lararia*, donde eran colocadas en el interior de nichos de la pared, *aediculae* y *sacraria* (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 220, lám. 14b; 2014, 369-375). Esta autora hace alusión a la importancia que este tipo de materiales tiene “para poder identificar una estructura como un posible espacio de culto doméstico”, si bien, insistimos de nuevo, cabe la posibilidad de que originariamente no se hallara donde fue descubierta siglos después, sino que llegara hasta ese lugar procedente, p. ej., de la habitación n.º 15. Esta figuración pagana, representativa de las corrientes espirituales vigentes en el siglo IV d.C. en Hispania, estaba también reflejada en el pavimento musivo de la habitación n.º 2, dejando probablemente traslucir las creencias religiosas del *dominus*, como ya hemos comentado.

La diosa Minerva, formando parte del culto doméstico, es aludida en dos epígrafes de las provincias Bética y Tarraconense (PÉREZ RUIZ, 2014, 370, fig. 10).

En su ensayo sobre los bronceos romanos de Hispania, no pasa por alto J. Arce (1990, 23-24) que los clientes ricos constituyeron una demanda continua de representaciones bronceíneas de las divinidades protectoras, de los lares... Esas estatuillas hechas en serie, que presidían las viviendas y formaban parte del ajuar doméstico, exhibidas en hornacinas o guardadas en *armaria lararia*, fueron un encargo permanente a los bronceístas.

XVIII.2. CERÁMICA

Entre los hallazgos muebles, el principal es el material cerámico, fósil director en este yacimiento, como es habitual. Al proceder de colmatación, está muy rodado y por lo general no resulta demasiado expresivo.

Se da la circunstancia de que no aparecen productos de alfarería calcinados, a diferencia del yacimiento de la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan, además, los de Puente de la Olmilla suelen ser mayoritariamente de pequeño tamaño, lo que avala la idea del abandono de esta *villa*. También difiere ésta del yacimiento de la Plaza del Torreón en que aquí no se documenta cerámica del periodo Ibérico tardío o de tradición local.

A lo largo de la descripción de los diferentes ámbitos excavados, hemos ofrecido algunos datos de los ejemplares contabilizados, por lo que no incidiremos en esta cuestión (*vid. supra* capítulo XIV.3).

Como ya avanzamos en páginas anteriores, el ajuar doméstico, de escasa cuantía, consiste fundamentalmente en cerámica común, elaborada con tierra rojiza procedente de la degradación de la roca arenisca natural propia del lugar, mezclada con limos, en la que se aprecia un tipo de desgrasante idéntico y similar factura, detalles indicativos de que son producciones de los mismos alfares locales o regionales.

XVIII.2.1. TERRA SIGILLATA

Así pues, la cerámica doméstica de este yacimiento no tiene valores muy significativos y aún mayor parquedad presentan los fragmentos adscribibles a la tipología de *terra sigillata*. En efecto, los restos de vajilla fina de mesa son muy escasos, incluso podríamos decir, pobres, sobre todo comparados cuantitativamente con los del otro yacimiento estudiado, el de la Plaza del Torreón, con el que tampoco es en absoluto equiparable el volumen de fragmentos de cerámica común hallados, considerablemente mayor en el de Alcázar de San Juan. En palabras de algunos investigadores, la presencia, “en el caso de las cerámicas de lujo, en otro asentamiento puede significar una situación no de excepcionalidad, sino de norma y de objetos de la vida cotidiana” (CERRILLO *et alii*, 1986, 133). En cambio, la *terra sigillata* sí pudo

constituir un producto de prestigio en este enclave de Puente de la Olmilla, quizás adquirido muy minoritariamente, aunque la circunstancia ya señalada de su probable abandono paulatino ha debido de influir, sin duda, en su exigua presencia en el registro arqueológico, por lo que no es un argumento definitorio. Tal vez la demanda de esta clase de cerámica no fue realmente tan reducida como podría deducirse *a priori*, pero no podemos pasar por alto que los vestigios conservados son pocos.

Dichas producciones, asociadas a diferentes momentos cronológicos de la evolución de la *villa*, sobre los que ilustran con claridad, corresponden a los dos niveles de ocupación de Puente de la Olmilla, pero la mayoría apunta al siglo IV d.C. No obstante, se han podido reconocer algunas altoimperiales, p. ej., las aparecidas al excavar bajo la cama del mosaico de la habitación n.º 1, una vez fue extraído éste. Nos sirven para fechar la primera fase del asentamiento con bastante certeza.

Concretamente, el material arqueológico que había bajo el denominado piso 2 de la habitación n.º 1 es del siglo I d.C., a tenor de un fragmento 24/25 de TSH, al que se hace referencia en el Diario de excavación de M.R. Puig y R. Montanya (*vid. infra* Anexo IV, 1975, 3).

Al profundizar por debajo de la cota de ese piso se descubrió un nivel de relleno consistente en tierra muy fina (cribada), mezclada con bastante arena, algún adobe y piedras. Lo más significativo del material arqueológico, típico de un relleno, era alguna cerámica con una cronología del siglo I d.C.-principios del II, lo que denota la existencia de una fundación de esa época. Dichos arqueólogos aportan otro dato que resulta de gran interés a propósito de este tema: el hallazgo de un fragmento de TSG con el sello OF VITA (del que no contamos con un dibujo o fotografía, ni nos ha sido posible localizarlo en los almacenes del MAP de Ciudad Real, siendo conocido tan sólo mediante una sucinta noticia proporcionada por PUIG y MONTANYA, 1975, 140; *vid. infra* Anexo 1975, 23). Entre los lugares citados por M. Beltrán (1990, 95) en los que se ha encontrado producciones pertenecientes al taller de *Vitalis*, de La Graufesenque, no figura Albaladejo.

C. Pérez y L.C.J. Tovar (1988, 147) opinan que en algunos yacimientos “el material gálico convive con productos itálicos y las primeras producciones hispánicas. (...) independientemente de que la época de esplendor de los

productos gálicos en Hispania sea entre los años 40-65 d.C., la cronología se puede y se debe ajustar mucho más”.

Destacan en Puente de la Olmilla algunas buenas producciones de TSH. Entre los diferentes tipos formales, contamos con algunos ejemplos de los estilos decorativos característicos de la TSH, que, relativamente hablando, es la más numerosa. Estas cerámicas están representadas por una serie de fragmentos que nos permiten reconstruir diversas formas, como la 8, 17, 27, 33, 37, 40...

La adjudicación tipológica de algunas de estas muestras, expuesta en estas páginas, queda reflejada en la selección que hemos realizado de las mismas, ya que poseen unos rasgos de uniformidad morfológica coincidentes.

Los ejemplares presentados, correspondientes a piezas cerámicas fabricadas en *figlinae* de Andújar, de La Rioja e inclusive otras procedentes de talleres africanos, ponen de manifiesto la existencia de relaciones con diversos centros productores de un amplio radio geográfico y la integración de este territorio en los canales comerciales del Imperio, a través de los que fueron importadas, procedentes incluso de lejanos mercados urbanos. Los contactos con ellos parecen ser menos fluidos que los mantenidos por los pobladores de la *villa* alcazareña. Este origen foráneo abona la idea de que pudieran ser consideradas cerámicas de prestigio.

Las sigillatas provenientes de centros de producción riojanos llegarían hasta el Suroeste del *conventus Carthaginensis* a través de las vías 29 (*Per Lusitaniam ab Emerita Caesaraugusta*) y 31 (*Item a Laminio alio itinere Caesaraugusta*), que ponían en contacto estas tierras de la Meseta meridional con el valle del Ebro. Algunos especialistas han estudiado su comercialización (GARABITO *et alii*, 1988, 131-140), lo que nos permite confirmar que esta zona estaba incluida en el área de distribución de la *terra sigillata* fabricada en los alfares de *Tritium Magallum*. Al analizar el tráfico comercial de *terra sigillata* realizado en los primeros siglos de nuestra Era, los citados autores puntualizan que “los hallazgos se han concentrado en los términos de Albaladejo (...), Membrilla y Moral de Calatrava, Solana del Pino y posiblemente en los núcleos de las Cañadillas, Terrinches y Almodóvar del Campo”. Se detienen en hacer constar, además, que en Albaladejo “se documenta la producción de Andújar” y que en el Museo Provincial de Ciudad Real se conservan fragmentos con la

marca de *Maternus*, *Sempronius* y *Iulius Tritiensis*, ceramistas de Tricio, pero sin especificar el lugar concreto de su hallazgo, por consiguiente, desconocemos si alguno de ellos pertenece al ámbito estudiado, al igual que sucede con cinco de las piezas dibujadas por estos investigadores (GARABITO *et alii*, 1988, 132, 134, 139, mapa 1, fig. 1.- 3-7). En dicho mapa reflejan la presencia en Albaladejo de TSH (fig. 494), alguna de ella originaria de Andújar, sin embargo, no se precisa si entre los “posibles hallazgos de TSH” hay alguno tardío.



Fig. 494. Mapa de dispersión de TSH de alfares riojanos en CLM, según Garabito *et alii*, 1988, 138-139.

Entre la *terra sigillata* recuperada en Puente de la Olmilla no hemos encontrado ningún testimonio de esas producciones de Tricio, a diferencia del yacimiento alcazareño de la Plaza del Torreón (*vid. supra* capítulo VIII.1.2.7.3 y Anexo II).

En buena medida, la TSH parece proceder de alfares de Andújar, al igual que algunas piezas de cerámica común (morteros estriados...). También aparece un tipo de cerámica fina decorada a la ruedecilla, propio de la zona de Oreto y Castulo.



Fig. 495. Fragmento de TSH con sello. Foto: García Bueno.

En una base de TSH, probablemente proveniente de uno de los alfares de Andújar, aparece la marca de *officina* EX OPT o bien EX OPF, cuya última letra está parcialmente perdida (fig. 495, lám. I). El sello rectangular, de extremos redondeados, fue estampado en el fondo del recipiente después del secado de la arcilla (postcocción). Se trata de una forma lisa, posiblemente de 27, con pie anular y barniz de buena calidad. Por lo general, cuando las piezas eran lisas, como ésta, las estampillas iban en el fondo de su cara interior, mientras que en numerosas piezas decoradas solía ir sobre la pared exterior.

Este fragmento de TSH fue descubierto durante las labores de limpieza de uno de los muros de la habitación n.º 35, concretamente, el colindante con el peristilo. La marca P.T() ha sido consignada por M. Beltrán (1990, 116) en Andújar, Sevilla y Beja. Este autor expone en su magistral estudio de la cerámica romana que los talleres de Andújar exportaron sus producciones a numerosos lugares, entre ellos, varios de la provincia de Ciudad Real, como Albaladejo, aunque no menciona expresamente el yacimiento de Puente de la Olmilla: respecto a la difusión de dichas producciones “en el ámbito hispánico (...) no se rebasan prácticamente los límites de la Bética, además de la

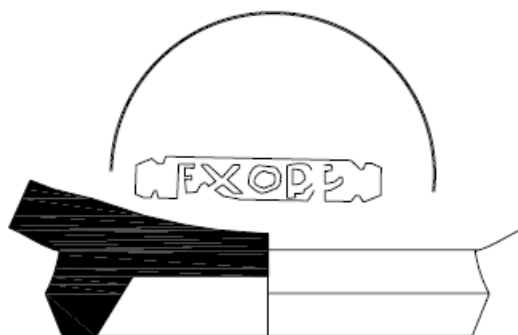
provincia de Ciudad Real (Albaladejo, (...)) y sin que se haya constatado en ningún otro punto de la Península” (BELTRÁN, 1990, 117).

La habitación n.º 35 nos ha proporcionado también un fondo de TSH con grafito y base anular (figs. 496-497).



Figs. 496-497. Base de TSH con grafito. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

En suma, la cuantificación de estas muestras, reseñada a lo largo de la descripción arqueológica (*vid. supra* capítulo XIV.3), pone de manifiesto su reducida presencia en este yacimiento. A continuación presentamos una selección de las mismas (lams. I-VI). No nos queda sino añadir que un alto porcentaje de estos fragmentos cerámicos no indican forma alguna, ya que son mayoritariamente galbos.



Base de TSH con sello (EX O[F] PT). Dib.: García Bueno.

Habitación 35 (limpieza del muro colindante con el peristilo).

Base de TSH con marca de *officina*, cuya última letra está parcialmente perdida: EX OPT o EX OPF. Posiblemente procede de un taller de Andújar. La cartela es rectangular, con forma de *tabula ansata*. Fue estampada en el fondo del recipiente, aparentemente, después del secado de la arcilla (postcocción).

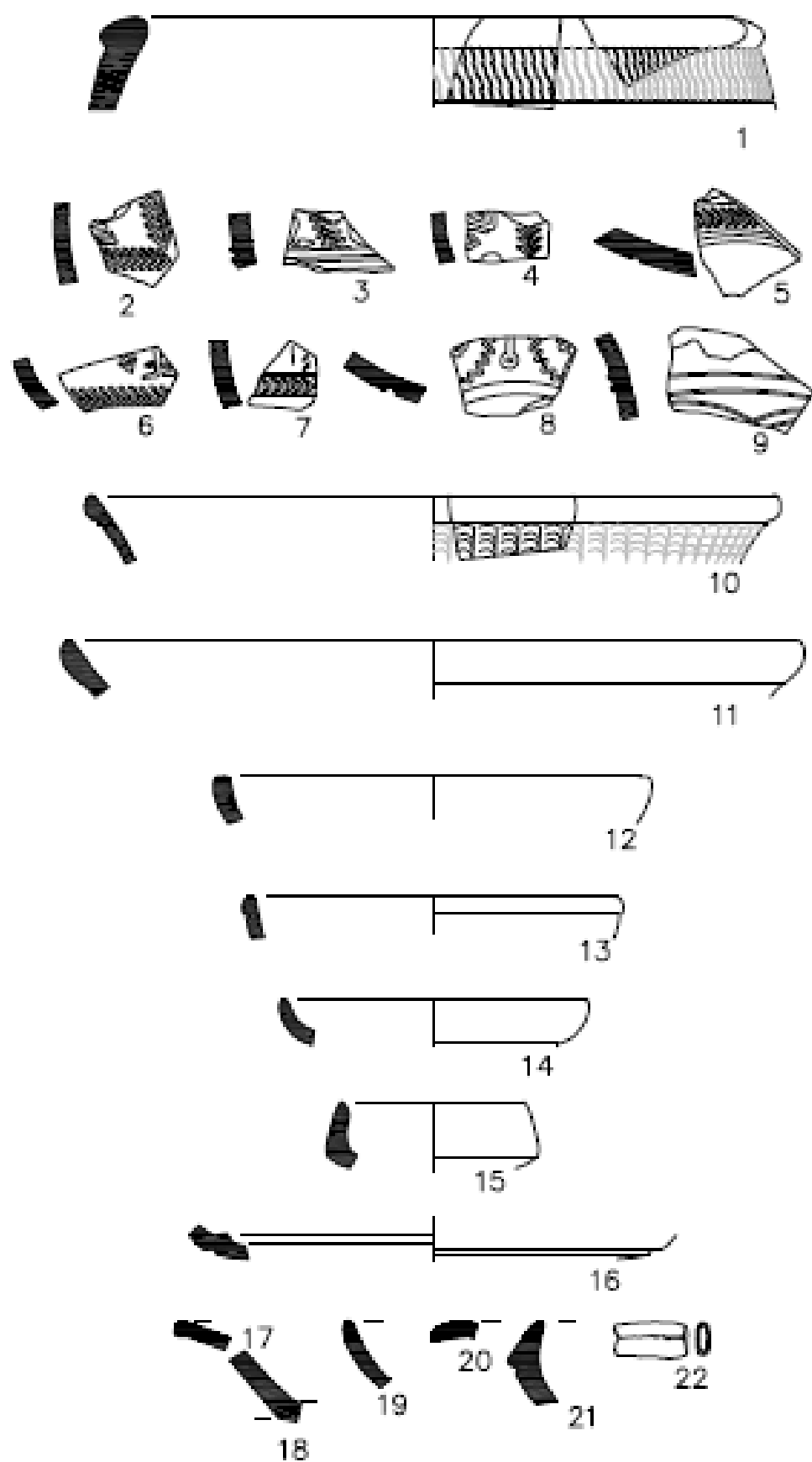
Forma lisa, probablemente de 27. Pie anular. Se aprecian las marcas de torno al interior.

Barniz de buena calidad. Fractura irregular, de tacto áspero.

Altoimperial.

Puente de la Olmilla

TS



Ambiente 31



A78.1532

A78.1606b

A78.1535

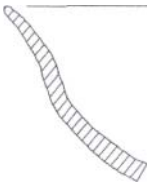


A78.1452

A78.1529



78.1527 A

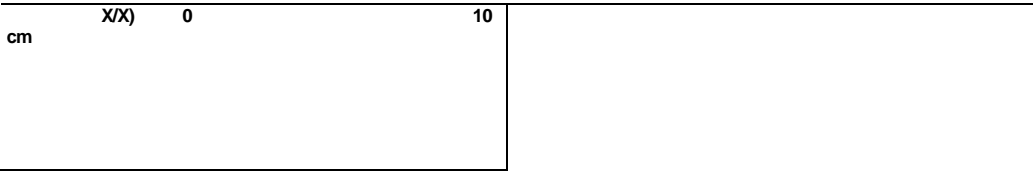


78.1523 A

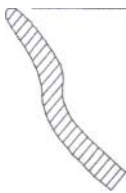


A78.1

Ambiente 31



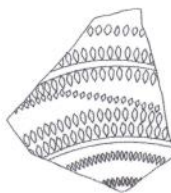
0 cm 1



78.1523 A



78.1524 A

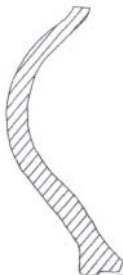


78.1605 A

78.920 A



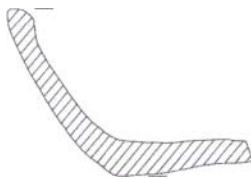
Ambiente 35



A78.1461



509

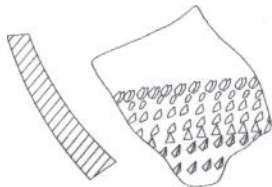


504 A78.1

78.1426 A

r

A78.1



27

A78.14



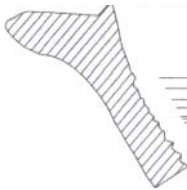
26

A78.15

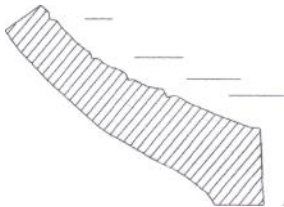
Ambiente 35



A78.1500



A78.952



A78.955

78.1451 A

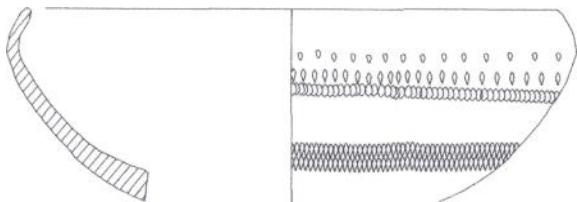
78.1452 A

78.959 A



A78.940

A78.939



A78.1447

A78.923

LÁMINA II

E: 1/50. *Terra sigillata*. Dib.: García Bueno.

SECTOR NOROCCIDENTAL (AL EXTERIOR DEL PÓRTICO N.º 13)

La estratigrafía de esta área estaba profundamente alterada por las labores agrícolas, hallándose entremezclados restos del Alto y del Bajo Imperio.

1. N.º inv. 1050 y 1040 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Dos fragmentos de borde pertenecientes al mismo recipiente. Presenta marcas de torno al interior en la zona del labio.

Buen barniz, brillante. Fractura rectilínea, de tacto suave.

Forma 37b de TSH.

La TS de este tipo fue fabricada hasta 110-120 d.C.

2. N.º inv. 1042 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Galbo. Forma 37 ó 29/37 de TSH, con decoración en metopas.

Barniz brillante, de muy buena calidad. Fractura rectilínea, de tacto suave.

N.º inv. 1043 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared de TSH (no dibujable). El barniz, brillante, presenta un estado mediano de conservación. Fractura rectilínea, de tacto suave.

Altoimperial.

N.º inv. 1044 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared curva lisa de TSH (no dibujable). Buen barniz. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Altoimperial.

N.º inv. 1045 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared de TSH (no dibujable). Buen barniz, brillante. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Altoimperial.

N.º inv. 1048 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared de forma indeterminable de TSH (no dibujable). Decorada con una acanaladura.

Buen barniz, brillante. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Altoimperial.

3. N.º inv. 1049 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Forma 37 ó 29/37 de TSH, con decoración en metopas. Buen barniz, brillante. Fractura rectilínea, de tacto suave.

Altoimperial.

4. N.º inv. 1038 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared de TSH, con decoración en metopas. Buen barniz, brillante. Fractura

rectilínea, de tacto áspero.

N.º inv. 1039 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Forma de pared curva de TSH (no dibujable). Buen barniz, brillante. Fractura irregular, de tacto áspero.

5. N.º inv. 1037 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared de TSH, con decoración en metopas. Buen barniz, brillante. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

6. N.º inv. 1046 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Forma 37 de TSH, con decoración en metopas. Buen barniz, brillante. Galbo con fractura rectilínea, de tacto suave.

Ca. 45-120 d.C.

7. N.º inv. 1041 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Forma 37, 29 ó 29/37 de TSH, con decoración en metopas. Buen barniz, medianamente conservado. Galbo con fractura rectilínea, de tacto suave.

Ca. 45-120 d.C.

8. N.º inv. 24 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 4).

Forma 37 de TSH. Galbo con barniz mal conservado. Fractura irregular, de tacto áspero.

Además, base de forma curva de TSH (no dibujable). Barniz mal conservado. Fractura irregular, de tacto áspero.

Borde de forma 8 de TSht. Barniz medianamente conservado, de color anaranjado.

Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Dos paredes de forma curva de TSht. Barniz escasamente conservado. Fractura rectilínea, de tacto suave.

Fondo plano de TSCB. Barniz de color anaranjado. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

9. N.º inv. 1023 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 4).

Forma 37 de TSht. Friso inferior corrido decorado con círculos concéntricos grandes. Está separado del friso superior mediante dos líneas. Tenuas líneas de torno al interior. Barniz medianamente conservado. Pasta y barniz de color anaranjado. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Bajoimperial

10. N.º inv. 24 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 1).

Forma 37 de TSht. Este fragmento de borde presenta decoración a la ruedecilla. Barniz medianamente conservado, de color anaranjado. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Posiblemente del siglo V d.C.

N.º inv. 1008 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 2).

Pared curva de gran plato o fuente de TSH (no dibujable). Barniz bien conservado y de buena calidad. Fractura irregular, de tacto suave.

Altoimperial.

11. N.º inv. 1009 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 2).

Forma 33 de TSH o TSG. Buen barniz. Fractura rectilínea, de tacto suave.
Ca. del 20 al 160 d.C.

N.º inv. 14 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 3).

Pared curva de TSH (no dibujable). Buen barniz. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Altoimperial.

12. N.º inv. 24. (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 4).

Forma 27 u 8 de TSH. Buen barniz, brillante. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

13. N.º inv. 31 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Forma 27 de TSH. Buen barniz. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

14. N.º inv. 1014 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 3).

Forma 27 de TSH. Buen barniz, bien conservado. Fractura irregular, de tacto áspero.

Además, dos fragmentos de galbo de TSHt (no dibujables). Pasta anaranjada. No tienen barniz o, al menos, no lo conservan. Uno de ellos tiene fractura rectilínea, de tacto áspero y el otro es de fractura irregular e igualmente tacto áspero.

15. N.º inv. 1047 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

TSH de tipo intermedio-tardío.

Forma 11,4 u 11,5. Antigua forma 32/54 ó 12. Son perceptibles las marcas de torno al interior. Barniz medianamente conservado, de color anaranjado. Fractura irregular, de tacto áspero.

De modo genérico, puede encuadrarse dentro del siglo IV d.C.

N.º inv. 1052 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Fragmento plano de TSH (no dibujable). Buen barniz. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Posible fondo de fuente.

16. N.º inv. 10 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 1).

Forma 15/17 de TSH. Buen barniz, brillante. Fractura irregular, de tacto áspero.

17. N.º inv. 37 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Posible forma 17 de TSH. Barniz bien conservado. Fractura irregular, de tacto áspero.

Ca. 60-120 d.C.

N.º inv. 38 (0 – 10 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Fragmento de pared, ligeramente curvo, de TSH (no dibujable). Barniz medianamente conservado. Pasta de tacto un tanto áspero. Fractura rectilínea, de tacto suave.

18. N.º inv. 1036 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Pared con carena, tipo 17, 40 ó 33 de TSH. Buen barniz. Fractura irregular, de tacto áspero.

19. N.º inv. 1053 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Forma 8 de TSHt. Borde con barniz brillante, de tono anaranjado. Pasta de tacto rugoso.

Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Bajoimperial.

20. N.º inv. 1014 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 3).

Forma 36 de TSH. Barniz medianamente conservado, brillante. Fractura irregular, de tacto suave.

21. N.º inv. 1014 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 3).

Fragmento de borde de plato de forma 8-8 u 8-9 o posible fuente de forma 10-9 de TSHt. Barniz muy tenue, casi desaparecido. Fractura irregular, de tacto áspero.

Su cronología se puede encuadrar entre el siglo V y el VI d.C.

22. N.º inv. 1051 (10 – 20 x / 0 – 5 y. B.P. 5).

Plomo. Fragmento de forma tubular.

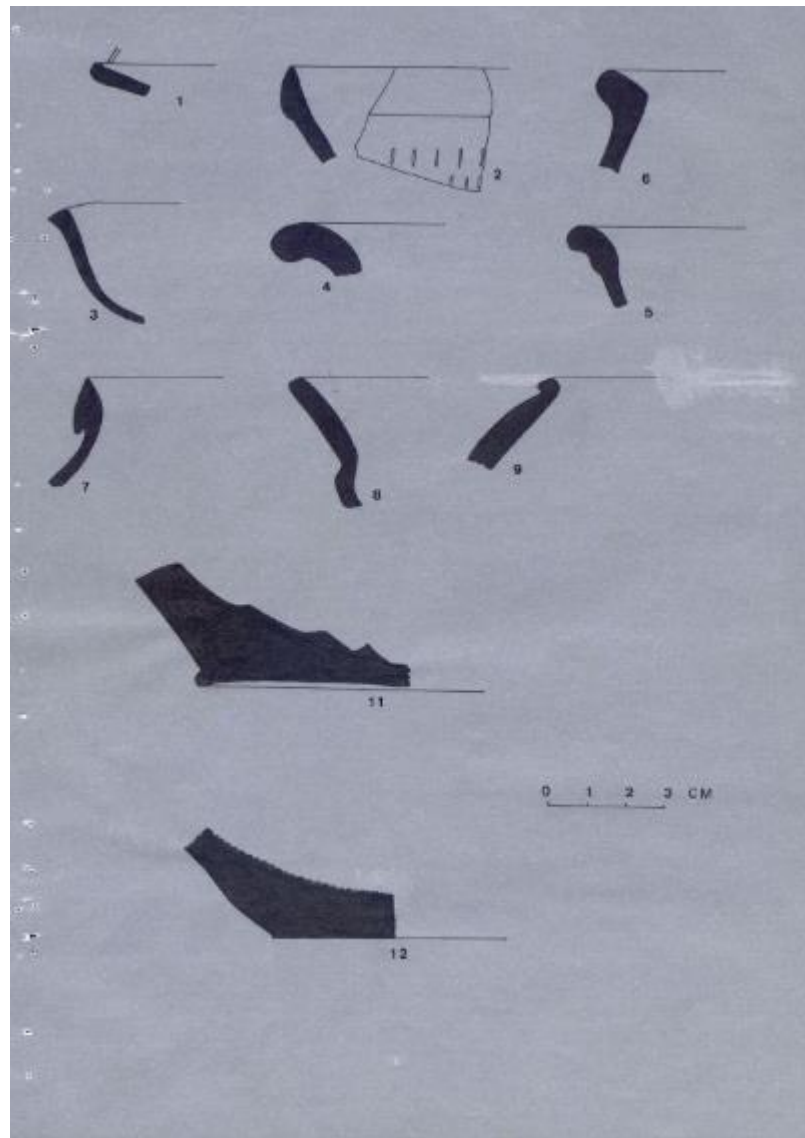
Algunos de estos fragmentos cerámicos tienen decoración en metopas y líneas de flechas.

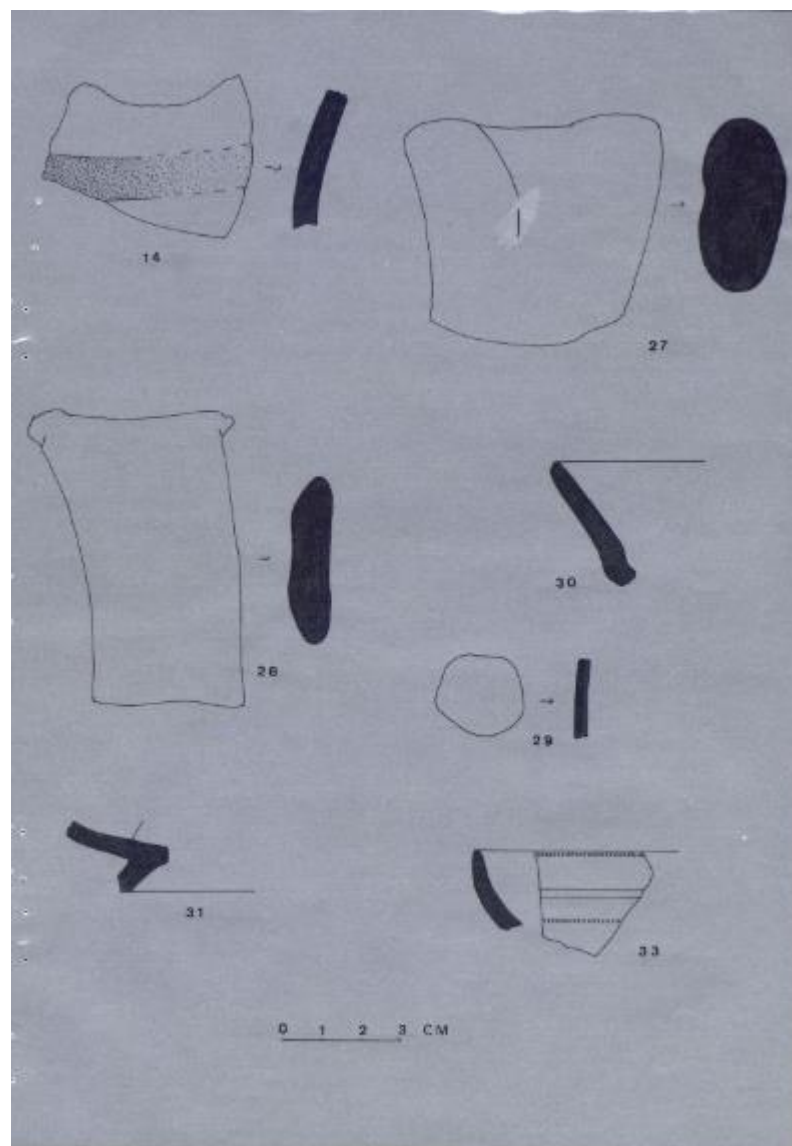
XVIII.2.2. CERÁMICA COMÚN

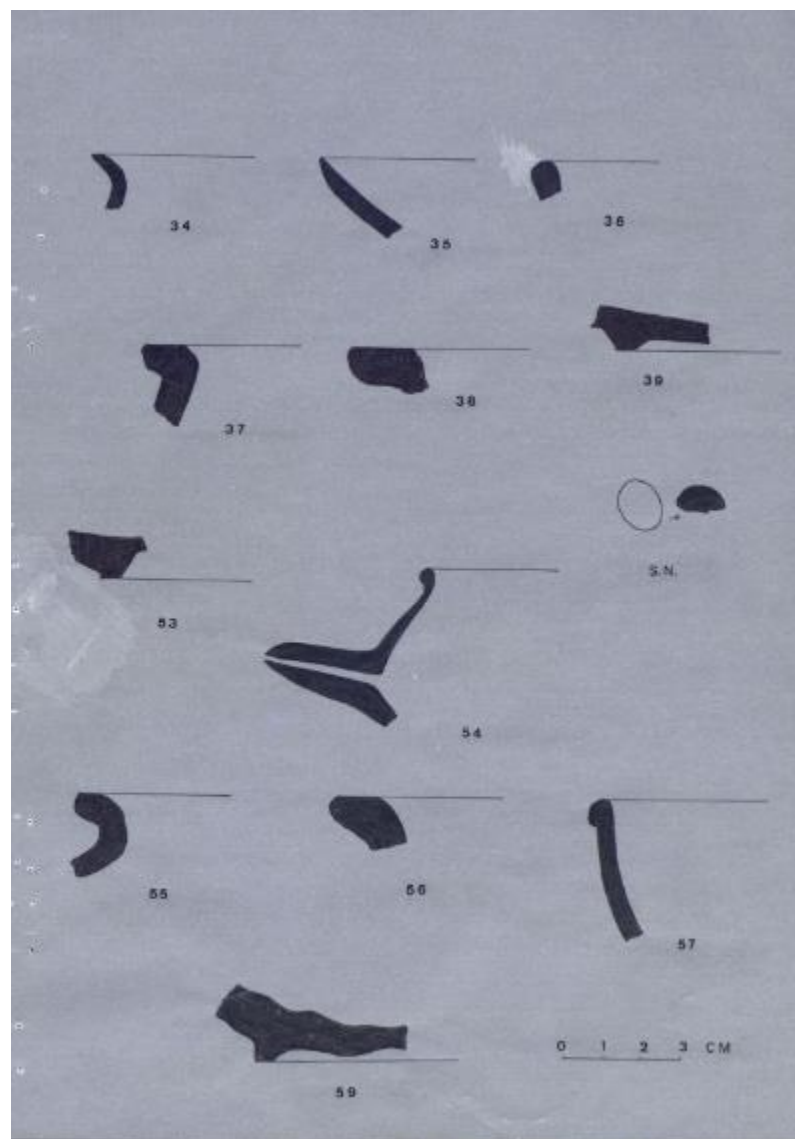
Es muy poco representativa. Hemos recuperado algunos fragmentos de recipientes de cerámica común y de cocina, de acabado grosero. Entre la cerámica doméstica, además de la empleada para la preparación culinaria, fabricada con pastas locales, figura también la utilizada para el almacenamiento y transporte de líquidos y áridos (algunos fragmentos de *dolia* y de contenedores anfóricos, inclasificables).

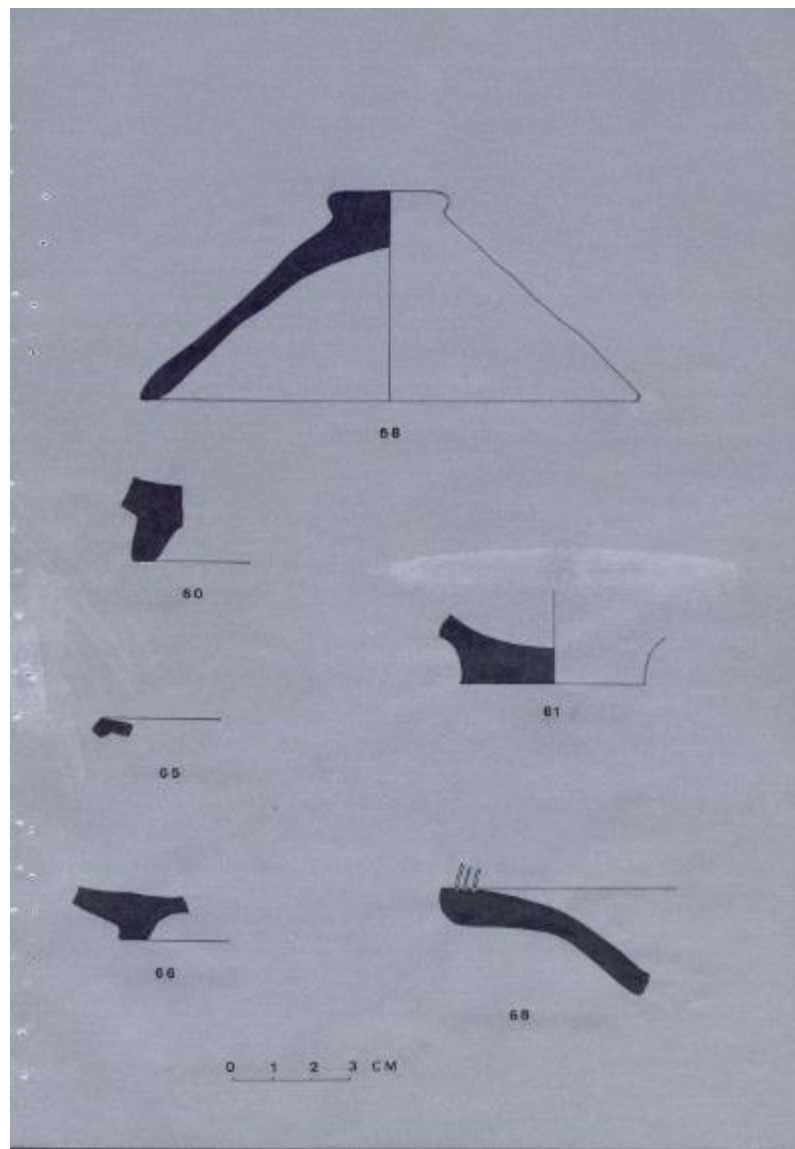
Es de subrayar que la cerámica de pasta gris homogénea documentada tanto en la habitación 1 como en el resto del yacimiento está elaborada con arcilla local.

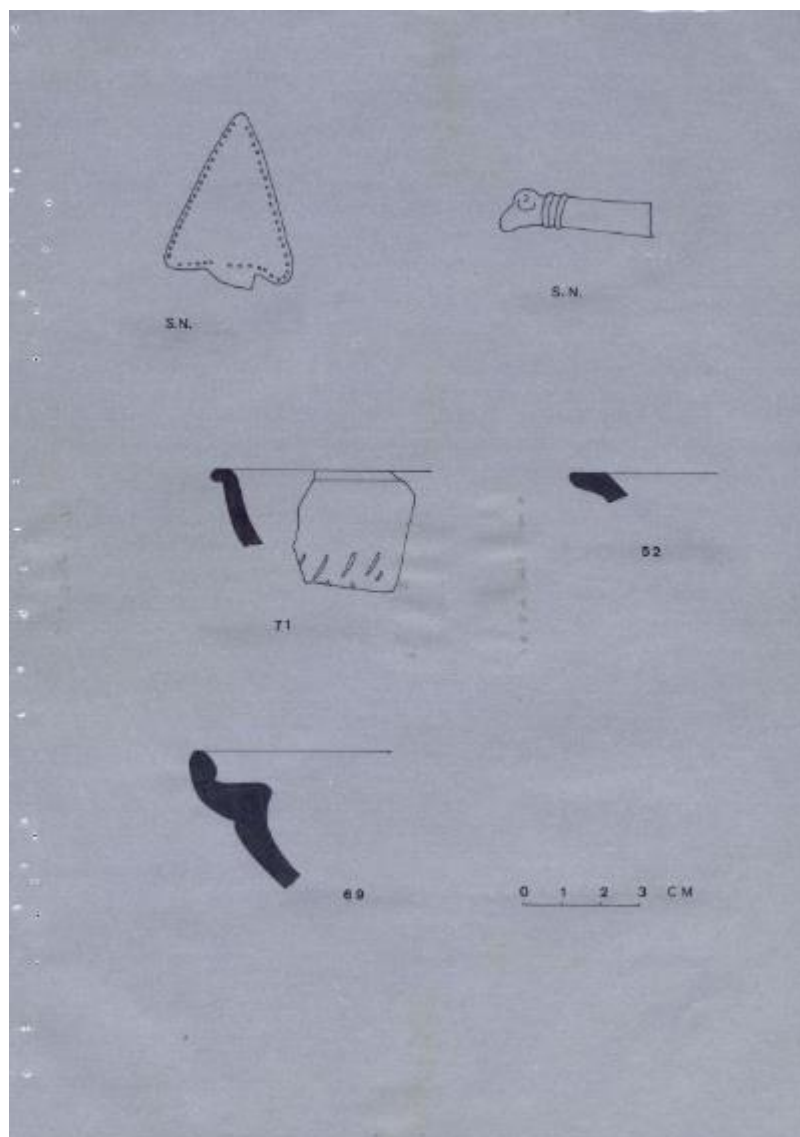
M.R. Puig y R. Montanya estudiaron algunos materiales cerámicos, metálicos y de otro tipo, que incluyeron en su Informe Arqueológico de 1974 (AGA). Los reproducimos en las siguientes páginas, por su interés, al ser materiales hasta ahora inéditos (figs. 498-502).











Figs. 498-502. Dib.: Puig y Montanya (AGA).

INVENTARIO

Habitación n.º 1. Primera semana:

- N.º 1.- Pequeño fragmento de borde de Terra Sigillata Hispánica. Barniz rojizo de buena calidad. Pasta granulada, rojo-amarillenta con desgrasante oscuro.
- N.º 2.- Fragmento de borde almendrado, Terra Sigillata Hispánica muy rodado, que ha perdido en algunos puntos el barniz rojizo oscuro. Pasta anaranjada clara homogénea, con desgrasante blanco. Decorado a ruedecilla en su exterior.
- N.º 3.- Fragmento de pico de lucerna bastante abierto. Muy rodado. Difficil cronología.
- N.º 4.- Fragmento de borde de cerámica común gris sin engobe. Pasta bastante homogénea.
- N.º 5.- Fragmento de borde de cerámica común gris. Pasta rugosa de peor calidad que el anterior.
- N.º 6.- Fragmento de borde de cerámica común gris. Pasta de iguales características que el anterior.
- N.º 7.- Fragmento de borde cerámica común gris pardo. Pasta bastante homogénea.
- N.º 8.- Fragmento de borde cerámica común color anaranjado. Pasta homogénea gris.
- N.º 9.- Fragmento de borde cerámica común anaranjada muy rodada. Pasta anaranjada homogénea, con desgrasante blanco.
- N.º 10.- Fragmento de fondo de un recipiente de grandes proporciones de cerámica común, con umbo, del que solo ha quedado éste. Pasta muy porosa, color anaranjado.
- N.º 11.- Fragmento de fondo de un recipiente de cerámica común de grandes proporciones. La cocción muestra una pasta de Sandwich anaranjada y gris. Pasta homogénea y algo porosa.
- N.º 12.- Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta gris homogénea, también de Sandwich. Desgrasante blanco muy grueso. Interior estriado.
- N.º 13.- Fragmento de asa de cerámica común de sección circular. Pasta gris homogénea con grueso desgrasante blanco cuernoso. Diámetro aprox. 2 cms.

- Nº 14.-Fragmento de cerámica común pintada, Pasta tipo ladrillo rojo con des-
grasante blanco muy pequeño. Decorada con una raya color rojo oscuro.
- Nº 15.-Fragmento de cerámica común sin forma, color anaranjado claro, en pasta
bien decentada, con pequeño desgrasante blanco. Forma quizás semiesféri-
ca.
- Nº 16.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta pesosa gris en su interior
y rosada en su parte externa.
- Nº 17.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta homogénea jabonosa, color
rosado claro.
- Nº 18.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta gris homogénea.
- Nº 19.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta homogénea jabonosa de co-
lor rosado.
- Nº 20.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta gris homogénea. Superfi-
cie exterior rosácea.
- Nº 21.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta gris homogénea. Superficie
exterior color rosado.
- Nº 22.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta roja homogénea con des-
grasante de cuarzo blanco.
- Nº 23.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta granulosa de color anaran-
jado muy claro.
- Nº 24.- Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta porosa roja con desgre-
sante grueso blanco.
- Nº 25.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta gris muy oscuro muy dura
y homogénea. Fractura recta y cortante.
- Nº 26.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta gris algo porosa con grug-
so desgrasante blanco.
- Nº 27.-Fragmento de asa de ánfora.
- Nº 28.-Fragmento de asa de ánfora.
- Nº 29.-Ficha de cerámica de color gris claro y 4 mm. de ~~diámetro~~ *espesor*.
- Nº 30.-Borde de cerámica moderna vidriada con engobe, color blanco amarillen-
to claro.
- S.H.-Dos fragmentos de vidrio blanco y uno verde.

Habitación nº 1. Segunda semana :

- Nº 31.-Fragmento de fondo de Terra Sigillata Sudgética.
- Nº 32.-Fragmento sin forma Terra Sigillata Hispánica.
- Nº 33.-Fragmento de borde cerámica común. Pasta sandwich, interior rosado claro y con una raya negra pintada en su parte externa como sucede con la forma 9 y 10 de la Terra Sigillata Clara A y en otras cerámicas comunes. Con una finísima decoración a ruedecilla en el borde y carena.
- Nº 34.-Fragmento de borde vuelto, cerámica común gris. Pasta homogénea.
- Nº 35.-Fragmento de borde cerámica común. Pasta granulosa, color rosa amarillento, con pequeño desgrasante micáceo. Muy rodado.
- Nº 36.-Pequeño fragmento de borde cerámica común, de iguales características que el anterior.
- Nº 37.-Fragmento de borde cerámica común. Pasta gris muy basta con grueso desgrasante blanco.
- Nº 38.-Fragmento de borde cerámica común. Pasta gris muy basta y mal decantada con grueso desgrasante de cuarzo blanco.
- Nº 39.-Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta rosada homogénea. Engobe exterior gris.
- Nº 40.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta homogénea rosada.
- Nº 41.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta gris parda porosa con pequeño desgrasante de cuarzo.
- Nº 42.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta granulosa de color gris claro con fino desgrasante cuarzoso. Exterior pardo.
- Nº 43.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta rojiza porosa con desgrasante cuarzoso.
- Nº 44.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta granulosa amarillenta, con desgrasante arenoso.
- Nº 45.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta amarillo-grisácea homogénea.
- Nº 46.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta muy homogénea color gris oscuro.

- Nº 47.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta gris amarillenta rugosa, con grueso desgrasante caliceo.
- Nº 48.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta amarillo-rosado rugosa, con desgrasante grueso. Exterior grisáceo.
- Nº 49.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta de sandwich. Parte externa rosada. Pasta homogénea.
- Nº 50.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta rosada homogénea.
- Nº 51.-Fragmento de cerámica común sin forma. Pasta homogénea color rosado.
- S-N.-UN botón de pasta vítrea de 1,2 cms. de diámetro aprox., color negro.
- S-N.-Dos fragmentos de sílex.

Habitación nº 2 :

- Nº 53.-Fragmento de fondo de Terra Sigillata Hispánica. Barniz rojo opaco. Pasta rosada con abundante desgrasante blanco.
- Nº 54.-Fragmento de borde de cerámica común con un pico muy alargado, de factura muy tosca. Pasta gris o rosácea según el lugar y abundante desgrasante blanco de gran tamaño.
- Nº 55.-Fragmento de ^{borde} cerámica común de pasta de sandwich amarillenta muy tosca y porosa, con grueso desgrasante.
- Nº 56.-Fragmento de borde de terracota local gris, de pasta muy tosca.
- Nº 57.-Fragmento de borde de cerámica común gris, de pasta rugosa color pardo.
- Nº 58.-Fragmento de tapadera de cerámica gris muy tosca, con abundante desgrasante cuarzoso blanco muy grueso. 13 cms. de diámetro.
- Nº 59.-Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta anaranjada muy homogénea.
- Nº 60.-Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta gris homogénea con pequeño desgrasante blanco.
- Nº 61.-Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta anaranjada porosa bastante homogénea. 4,7 cms. de diámetro aprox.
- Nº 62.-Fragmento de cerámica común sin forma, de factura muy tosca. Pasta gris rosácea con abundante desgrasante micáceo y cuarzoso muy grueso.
- Nº 63.-Fragmento sin forma cerámica común. Pasta anaranjada rugosa con desgrasante de diversos colores predominando el granate y el cuarzo blanco.
- S-N.-Cinco fragmentos de clavos de hierro.

S-N.-Tres fragmentos de vidrio sin forma.

S-N.-Un fragmento de vidrio redondo, de 3,4 cms. aprox.

Hallado junto al zócalo o rodapié :

Nº 52.-Fragmento de Terra Sigillata Hispánica sin forma. Barniz rojo opaco. Pasta homogénea rosada.

Habitación Nº 1. Tercera semana :

Nº 71.-Fragmento borde cerámica común, con decoración a ruedecilla. Pasta homogénea. Color rosado amarillento en el exterior y grisáceo en el interior.

Nº 72.-Fragmento cerámica común sin forma. Pasta color anaranjado homogénea.

Nº 73.-Fragmento de asa de cerámica común. Pasta anaranjada homogénea. 1,2 cms. de diámetro aprox.

S-N.-Aplique de bronce, probablemente de un mueble, de forma triangular, con pequeñas protuberancias remachadas a los lados. 4,6 cms. de longitud, medio milímetro de espesor.

S-N.-Fragmento de mango de bronce representando una cabeza de carnero. 4 cms. de longitud, 0,8 cms. de diámetro en su extremo más grueso. Sección redonda.

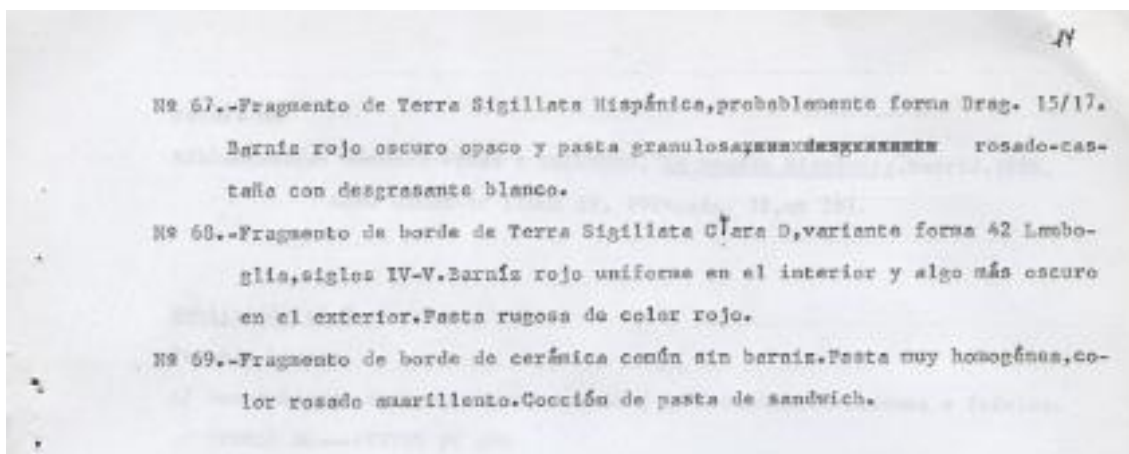
S-N.-Pequeño clavo de hierro, probablemente moderno.

S-N.-Cuatro fragmentos de hierro.

Prospección realizada al W de la excavación. Cerámica hallada en superficie en los campos contiguos a la zona excavada :

Nº 65.-Fragmento muy pequeño de borde de Terra Sigillata Hispánica de buena calidad, barniz rojo opaco. Pasta rosada amarillenta con desgrasante de cuerno blanco.

Nº 66.-Fragmento de fondo de Terra Sigillata Hispánica. Barniz rojo opaco. Pasta granulosa rosa-castaño con desgrasante blanco.



En otro orden de cosas, tal como apuntan algunos investigadores (CERRILLO *et alii*, 1986, 133), el significado de los materiales muebles varía según el lugar donde han sido descubiertos, como es el caso de la mayoría de las cerámicas de lujo encontradas en “zonas de vivienda” que rodean el patio o en los almacenes, en los “que no sería de esperar” la aparición de objetos de esa clase, pues *a priori* esos ambientes no le son propios.

El periodo bajoimperial de Puente de la Olmilla está particularmente definido tanto por las producciones cerámicas como por el material numismático y el conjunto musivo. Concluyendo, la información numismática y cerámica proporcionada por este yacimiento confirma su pervivencia a lo largo de un amplio periodo de tiempo, con algunas interrupciones notorias, aparentemente indicativas de una ausencia de vida en este enclave.

XVIII.2.3. MATERIAL CERÁMICO CONSTRUCTIVO

La cobertura de una vasta superficie del paraje de Puente de la Olmilla con cerámica constructiva es muy densa, siendo perceptible la existencia de cantidades considerables de tejas y de ladrillos diseminados por todo el campo de hallazgos, tanto es así que a veces dificulta en la actualidad las faenas agrícolas, como ya expusimos anteriormente en el capítulo XIV.1.1-2, donde tratamos con mayor detenimiento sobre este tipo de materiales. Traeremos tan sólo a colación el hecho de que en casi todas las habitaciones de la *villa* hay un estrato de grandes *tegulae* e *imbrices* fragmentadas procedentes del derrumbe del tejado y mezclados con ellas aparecen todo tipo de elementos constructivos:

de sustentación (basas, fustes y capiteles de columnas), ladrillos (muchos de ellos con digitaciones)...., de los que ya hablamos a lo largo de la descripción de los restos descubiertos (la gama formal, medidas, etc.), por lo que no insistiremos nuevamente sobre el tema.

La reutilización de ese material latericio y de cubrición es uno de los indicadores de la vida relativamente larga de esta *villa*, que se encontraba sellada por la unidad de abandono.

XVIII.2.4. TERRACOTA

Destaca la presencia de una pequeña pieza de terracota (fig. 503), que ya antes habíamos mencionado (*vid. supra* capítulo XIV.3, p. 492, fig. 281). Fue recuperada al prospectar el entorno del área excavada. Sus dimensiones son 4,01 cm de alto x 2,5/1,09 cm de ancho. La pasta es de color ocre rosado. Es un fragmento de una figura femenina amantada. Se conserva la parte inferior de la vestimenta, en torno a las piernas y parte del brazo izquierdo, cuya mano sujeta los pliegues de su vestidura drapeada. La pierna izquierda está un poco adelantada y la rodilla respectiva, bien marcada. Le faltan la cabeza, el torso y la zona de tobillos y pies. Presenta, por tanto, dos fracturas. Los laterales y la parte posterior son lisos (fig. 504), detalle del que se deduce que la terracota sería únicamente vista de frente.

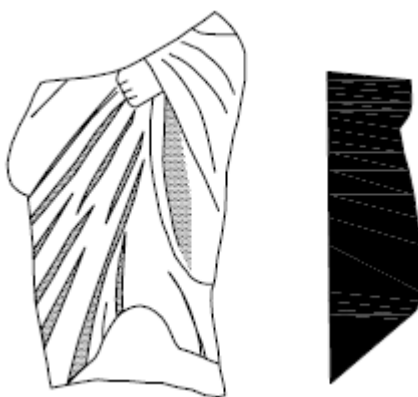


Fig. 503. Terracota. Dib.: García Bueno.

Podría pertenecer a la colección de figurillas que solían colocarse en un *lararium*, relacionándose en tal caso con los ritos domésticos del culto a los antepasados y las divinidades tutelares de la familia que habitaba la casa. Como ya hemos señalado previamente, este hallazgo, unido al de la estatuilla

de Minerva y el mosaico dionisiaco de la habitación n.º 2, pondría de manifiesto la perduración de las antiguas tradiciones y creencias religiosas romanas en este contexto cronológico tardío.

La existencia de lararios en el siglo IV, como el de *Villa Filosofiana*, en Piazza Armerina, es una evidencia material de que, en plena expansión del cristianismo, pervivía aún la veneración de los dioses protectores de la familia y del hogar, es más, incluso se les incorporó costosos elementos decorativos con el propósito de monumentalizarlos (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 225; 2008, 281-283). En el siglo V, el *Codex Theodosianus* (XVI, 10, 12) prohíbe esos cultos, que, a tenor de la información contenida en dicho documento, seguían practicándose todavía.



Fig. 504. Terracota. Foto: Racionero Núñez (MP de Ciudad Real).

XVIII.2.5. PIEZA CERÁMICA

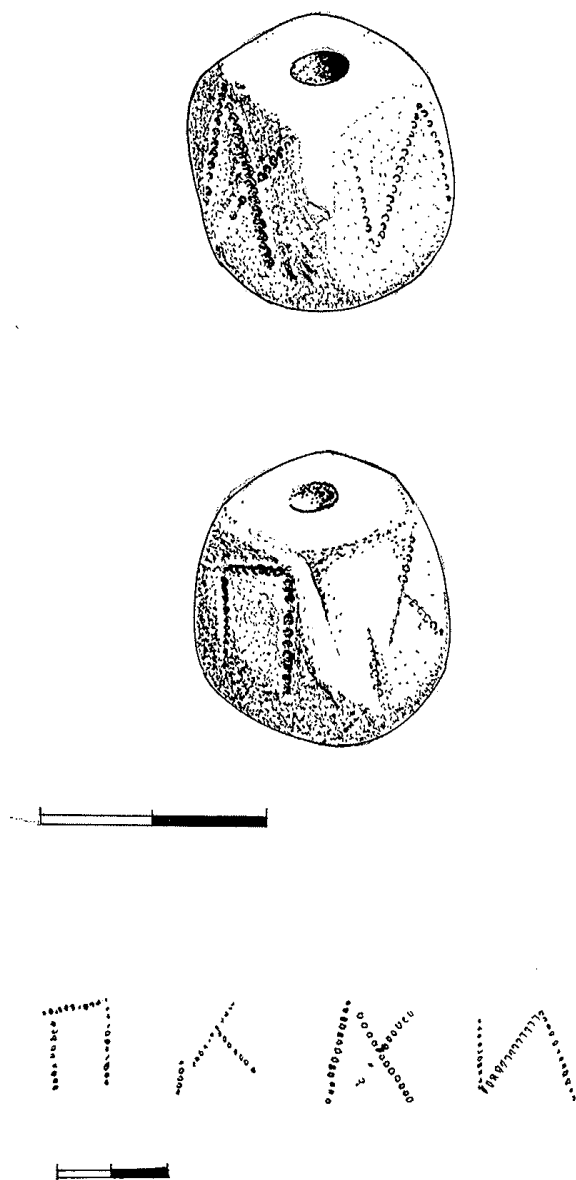


Fig. 505. Pieza de cerámica. Dib.: García Bueno.

Una valoración específica merece un pequeño objeto de barro cocido que apareció en la superficie del yacimiento de Puente de la Olmilla, pero fuera de los límites del área excavada, al prospectar sus inmediaciones (fig. 505). Está fabricada en arcilla muy depurada, compacta y dura, con desgrasantes imperceptibles a simple vista. Trabajada con esmero, su técnica es el modelado. La pasta es de color marrón claro, habiendo sido sometida a un buen proceso de cocción, en atmósfera oxidante. El desgaste de la pieza no permite apreciar nítidamente si está recubierta con un delicado engobe o sencillamente se trata de

la pátina de uso. De apariencia casi cúbica o, más bien, prismática, esto es, algo más estrecha en lo que suponemos es su parte superior, tiene perfil aproximadamente troncocónico, con las aristas suavizadas, resultando unos cantos de acusada curvatura, prácticamente redondeados.

Presenta una perforación única, central (previa a la cocción), cuyo eje mide 24,06 mm (altura). Dicho orificio, de sección circular, es mayor en la cúspide truncada (figs. 296, 506), con un diámetro que varía entre 6,59 y 6,09 mm, mientras que en el extremo opuesto el diámetro oscila entre 6 y 5,43 mm. El hecho de estar horadada delata su función como elemento de suspensión. Peso = 16,07 g, dato que nos induce a dudar de que fuera una pesa de telar, al ser insuficiente para tensar bien los hilos.



Fig. 506. Detalle de la perforación. Foto: López Monteagudo.

Es muy irregular, al haber sido elaborada a mano, no a torno. Por ese motivo, al posarla sobre algunas de sus caras muestra una ligera inclinación. Las superficies planas de su cuerpo geométrico no son absolutamente iguales, al no medir cada una de ellas lo mismo de ancho que de largo, a modo de figuras geométricas de tendencia trapezoidal. Teniendo en cuenta que no son cuadrados perfectos, no puede hablarse *sensu stricto* de una pieza cúbica. Así, las dimensiones del contorno de su base son: 19,30, 23,58 y 23,82 mm (anchura máxima) y las del contorno de su superficie superior: 15,15, 20,98 y 21,76 mm.

En uno de los lados frontales hay una pequeña depresión, como si se hubiera realizado una impresión con el dedo en la arcilla aún húmeda,

presumiblemente un movimiento de alisado efectuado cuando se estaba modelando la pieza, lo que quizás borró parcialmente un signo que decora esa cara y provocó un rehundimiento de la pasta junto a una de las aristas, creando una especie de rebaba.

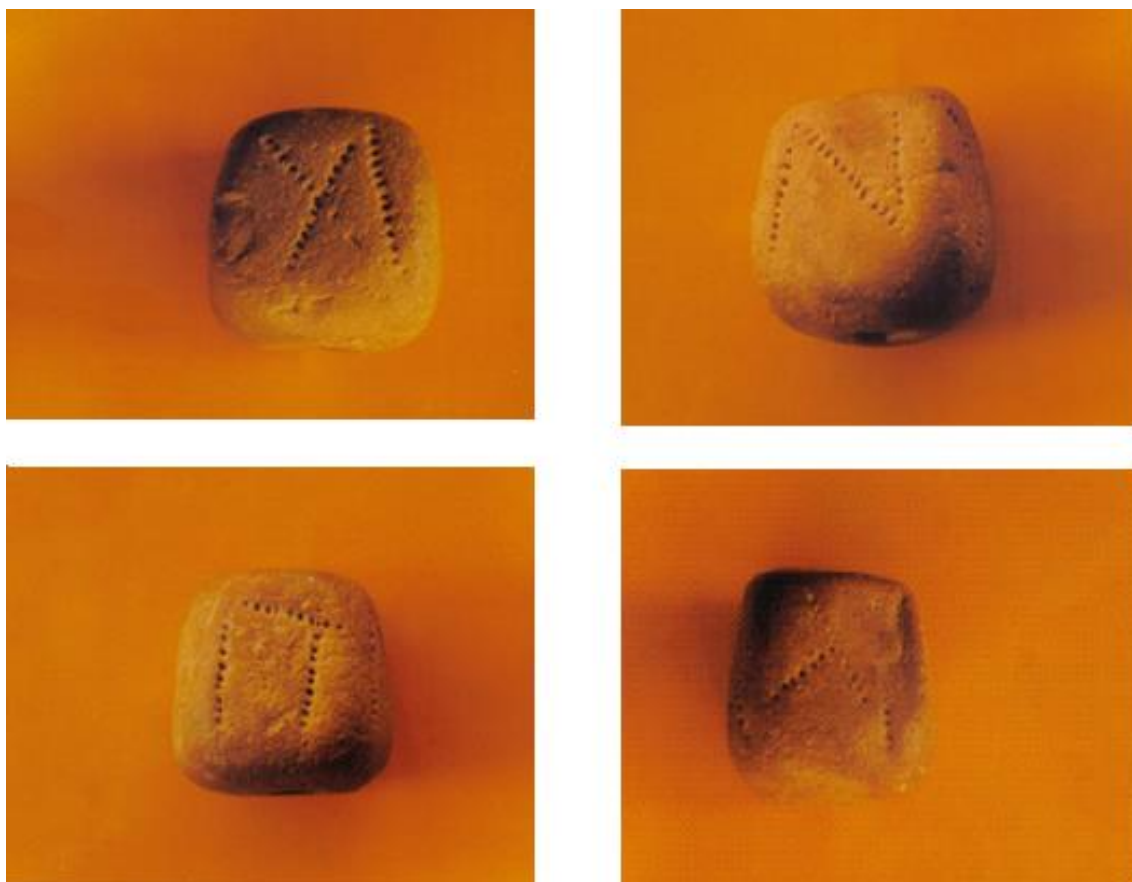
Está en buen estado de conservación, aunque se observan pequeñas pérdidas de masa arcillosa. Estos son los aspectos más destacables respecto al tratamiento de las superficies, un poco erosionadas.

Pese a distinguirse de la mayoría de fusayolas, pudiera ser catalogada como tal (*verticillus*, *turbo*, *peson*), pero con algunos detalles propios, singulares, que la convierten en un objeto peculiar.

En cuanto a su clasificación, parece ser una variante del tipo 3 C de Z. Castro Curel (1980, 137-139). Como puntualiza esta autora, a tenor de la forma de los cuerpos geométricos de sección horizontal circular, de los que derivan la esfera, el cilindro y el cono, pueden diferenciarse unos de otros. Las formas del tipo C se inscriben en una sección de cono, de cúspide truncada, de manera que el cono truncado da lugar a una superficie paralela a la base. El dibujo adjunto ilustra este concepto (fig. 505). Al no haberse hallado hasta la fecha un ejemplar de fusayola rematado en una auténtica cúspide, se ha llegado a la conclusión de que este detalle de diseño se ideó para preservar esa zona de posibles roturas en caso de caídas e idéntico propósito podría tener matar las aristas mediante bisel o bien, como veremos más adelante, pudo tener otra intención de índole igualmente práctica (¿reducir la resistencia a su libre rodamiento por un plano horizontal, facilitándolo así?), es más, dicho biselado podría ser resultado del movimiento de rotación y alisamiento durante el proceso de modelado de la arcilla. Dentro de la tipología establecida por Z. Castro Curel (1980, 139), apreciamos, asimismo, una cierta similitud con el tipo F, cuya arista se encuentra por debajo de la parte media de la pieza, y también se aproxima al tipo D, al tener la arista aplanada. En opinión de esta investigadora, la superficie lateral plana de las de este tipo fue realizada después del pulido total de las mismas, sin aplicar ningún tratamiento final a la parte recortada, lo que explicaría esa circunstancia.

De acuerdo con todo lo expuesto, la que nos ocupa podría pertenecer -con ciertas reservas- a uno de esos subtipos, no obstante, como ya hemos consignado, tiene algunas características morfológicas distintivas, pues no se ajusta a ninguna de las típicas formas de las fusayolas, cilíndricas, esferoidales,

bitroncocónicas..., y tampoco es exactamente troncocónica, aunque es el tipo más afín al de este ejemplar, de entre todas las variedades existentes, por lo que podría incrementar su nómina. En consecuencia, cabe preguntarse si se trata de un diseño local, esporádico, ya que no podemos ponerlo en relación directa con ninguna otra pieza conocida, hasta donde sabemos. Al menos, no hemos encontrado ninguna similar en las diversas publicaciones específicas consultadas relativas a fusayolas. Por lo tanto, no contamos con términos de comparación entre esos elementos de cultura material.



Figs. 507-510. Detalle de las marcas. Foto: López Monteagudo.

Otro asunto a abordar es el de sus marcas (figs. 507-510). Hay un signo inscrito en cada una de las superficies frontales: uno de ellos parece ser el numeral XI, otro, la letra N (en la cara más regular junto con la anterior, consecutiva a ésta) y en una tercera se imprimió un signo parecido a la letra griega “pi”. El cuarto está parcialmente borrado (desconocemos si fue algo intencionado, pero, desde luego, se hizo cuando la arcilla estaba a medio secar, como si fuera una corrección), por lo que su lectura no está clara, pudiendo ser

nuevamente la cifra XI, de la que habría desaparecido parte de su trazo. En cambio, no hay marcas en las superficies superior e inferior, que son lisas, salvo el orificio redondo practicado al horadar íntegramente la pieza. Su interpretación es complicada, ni tan siquiera tenemos certeza de que todos los signos sean letras (aisladas o sílabas de dos letras). Tal vez se incluyó diferentes letras o valores numéricos en cada una de esas cuatro caras, a modo de anotaciones hechas para describir o definir algún aspecto de la labor realizada con ella. También cabe la posibilidad de que se trate de una decoración arbitraria empleada por el artesano local que la produjo para no dejar lisas las paredes, o bien podrían ser marcas de identificación del mismo o del propietario (no parece tratarse de un nombre propio)... Si giramos la fusayola, invirtiéndola, podríamos leer “NUIXIX”; otra transcripción interpretativa sería “NUX IX” (nux = nuez u otro fruto cubierto por cáscara; nogal, almendro), pero son meras especulaciones, de hecho, no sabemos si son las letras “N” “U” “I” “X” y, de ser así, cuál de ellas sería la primera, pues carecemos de indicaciones del orden de lectura, es decir, de la secuencia del supuesto texto; por otra parte, si una de ellas fuera realmente una “U”, su grafía sería bastante inusual.

Estas marcas debieron de ser grabadas con un instrumento de punta redondeada (cuño), ya que los dibujos se realizaron con líneas de puntillado simétrico (impresiones lineales de cuño con leves espacios intermedios). Dichas impresiones fueron ejecutadas poco después del secado de la pieza y previamente a su cocción. Se percibe que los signos fueron bosquejados con sumo cuidado sobre la superficie, mostrando un trazo bastante regular, firme y minucioso.

Signos en cierta medida similares aparecen frecuentemente en las ánforas del Monte Testaccio (Roma), pero, según información suministrada verbalmente por uno de sus excavadores (J.M. Blázquez), no han podido ser descifrados aún.

En las caras de algunos dados romanos se hizo constar sílabas y palabras compuestas por tantas letras como números (DAREMBERG-SAGLIO, 1902, V, 127, fig. 6814; BÍRÓ, 1994, lám. LXXVIII, 668; BLANCO, 2004, 137).

Ninguna de las marcas descritas más arriba se asemeja a las del amplio repertorio compilado por Z. Castro Curel (1985, 245, 250), quien advierte que en estratos romanos las pesas de telar suelen aparecer dispersas o en escombreras. Diferencia seis tipos de formas prismáticas, cuya densidad numérica, a su

entender, “identificaría producciones homogéneas con posibles variantes tipológicas regionales” (CASTRO, 1985, 232, 252). Z. Castro (1985, 230-253) hace un estudio pormenorizado de los artefactos de arcilla denominados comúnmente “pesas de telar”, de las que existe una gran diversidad y se suelen vincular con la producción textil.

Respecto a su interpretación funcional, no parece factible que esta pieza fuera un *pondus*, pues es un objeto liviano (pesa 16,07g), y dicha circunstancia nos induce a poner en duda esa opción. Los signos, por consiguiente, probablemente no tendrían nada que ver con el sistema de pesos.

Cabe la alternativa de una diversificación de funcionalidades. Este elemento cerámico, además de estar verosímilmente relacionado con el trabajo doméstico, pudo ser utilizado en algún tipo de juego, como si fuera una ficha o un dado, proporcionando un entretenimiento durante ciertos momentos de descanso a lo largo de las arduas jornadas laborales. Los signos grabados cobrarían, en tal caso, otro significado, dentro del panorama de lo lúdico. Los romanos eran muy aficionados a los “juegos de mesa” y eventualmente reutilizaron en ellos ciertos objetos, como pudo suceder con una fíbula de esquema circular a la que le faltaba la aguja, encontrada en una tumba de incineración emeritense junto a numerosas fichas de pasta vítrea y un cubilete de plata (MARINÉ, 2001, 253). Sin embargo, dicha conjetura tiene el inconveniente de que la pieza de Puente de la Olmilla apareció aislada y, por ahora, no conocemos *tesserae lussoriae* ni dados semejantes⁶¹, lo que podría deberse a no haber sido creada principalmente como tal, de ahí que no tenga todas sus caras marcadas; no obstante, en el Museo Británico hay un dado romano que tampoco las tiene:

[:http://www.britishmuseum.org/research/collection_online/collection_object_details.aspx?objectId=433258&partId=1&object=23035&page=3](http://www.britishmuseum.org/research/collection_online/collection_object_details.aspx?objectId=433258&partId=1&object=23035&page=3),

y otro que está perforado:

http://www.britishmuseum.org/research/collection_online/collection_object_details.aspx?assetId=1357426&objectId=400037&partId=1.

Tenemos otros ejemplos de dados, generalmente con más de seis lados:

<http://www.quo.es/ser-humano/dado-romano>

<http://www.flickr.com/photos/wozza/8256685985/>

Asimismo, en el catálogo on line del Metropolitan Museum:

<http://www.metmuseum.org/Collections/search-the-collections/253530?rpp=20&pg=1&ao=on&ft=roman+dice&pos=13>

y en el Museo Británico:

http://www.britishmuseum.org/research/collection_online/collection_object_details.aspx?objectId=110576&partId=1&object=23035&page=2

Especial interés revisten dos objetos cúbicos con distintos signos incisos y apariencia de dado, uno numantino y otro calagurritano, pertenecientes a un ambiente cultural celtibérico, que han sido interpretados como téseras (BALLESTER, 1999, 257-266) y como dado celtibérico un tercero, de Sepúlveda (Segovia), fechado a finales del siglo I a.C. por J.F. Blanco García (2004, 131-139). Este último, ricamente decorado con líneas y motivos esquemáticos “que no se hicieron al azar”, tiene algunas analogías con la pieza que aquí damos a conocer, salvando la distancia cronológica entre ambos. Es de arcilla y sus cantos han sido biselados, de lo que J.F. Blanco (2004, 132-133) colige que la finalidad “de este redondeamiento hubiera sido (...) conseguir que una vez hubiera sido lanzado pudiera rodar por el suelo con mayor soltura y libertad”. Sus medidas, entre 35 y 43 mm, serían las de un dado “anormalmente grande”, en comparación con otros del mundo celtibérico o romano, excepción hecha de algunos “raros ejemplares” (cfr. BÉAL, 1983, 353-354, n.º 1290 y 1296). Una de sus dos finas perforaciones fue en su día atravesada por una delgada cuerda, por lo que su poseedor “debía de sentir gran aprecio por ella. Tanto como para no tenerla tirada por cualquier sitio (...). No sería extraño tampoco que este cubo formara conjunto con otros de sus mismas características físicas e iconográficas (pues sabemos que en las tiradas de dados siempre se empleaban dos o tres unidades), y todos estuvieran ensartados con la misma cuerda para que no se extraviaran”. Podríamos preguntarnos, como hace J.F. Blanco (2004, 134) respecto a la pieza sepulvedana, si la de Puente de la Olmilla formó parte de un grupo de piezas con las mismas o distintas representaciones que éstas en sus caras, pudiéndose haber perdido las restantes.

Al margen de este enfoque, de emplearse como fusayola, su función básica sería mantener tenso el hilo del huso y facilitar de ese modo el retorcido de las fibras. Iría insertada en lo alto de una varilla cilíndrica con un extremo fuselado, probablemente de madera (aunque también se conocen ejemplares de bronce, hueso y marfil, cfr. CASTRO, 1980, 127), dándole equilibrio e impulsando su movimiento giratorio, con la intención de obtener un hilo más fino, pero

resistente. En la publicación que venimos citando reiteradamente, Z. Castro Curel (1980, 130 y 144) afirma que sus formas predominantes eran esferoidales y cilíndricas, salvo alguna pieza esporádica, mientras que las formas derivadas del cono implican una “modernización” del huso y un avance técnico en el hilado. Al decir de esta investigadora, “es notable que las típicas fusayolas de cerámica van desapareciendo durante la romanización, posiblemente debido a la introducción de la rueda de madera para hilar (...). Se podían producir con ella hilados uniformes con mayor rapidez (...). Aparentemente queda relegada la pervivencia de husos y fusayolas a las áreas rurales con recursos adquisitivos limitados, en los siglos posteriores”. Esta apreciación podría ser aplicable a la pieza que nos ocupa. E. Gutiérrez Cuenca y J.A. Hierro Gárate (2010, 261-288) estudian algunas muestras pertenecientes al Bajo Imperio y la Alta Edad Media, que nos deparan una prueba fehaciente de su amplia perduración.

Por poner un ejemplo ilustrativo, coetáneo de la última fase de habitación de Puente de la Olmilla, en un mosaico de Tabarka (la antigua *Thabraca*, Túnez), datado en las postrimerías del siglo IV o principios del V d.C., aparece representada una *villa* rústica rodeada de viñas, árboles frutales... y, frente a ella, además de un caballo y dos ovejas, una dama sentada que hila con un huso, junto a un cesto de mimbre que contiene varios ovillos de lana (DUNBABIN, 1978, 122, 271-272, lám. XLIV, 111; BLÁZQUEZ, 1994, 1182, lám. VIIIa; 2012, 79; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 676, fig. 6). Este conjunto iconográfico hace referencia a la producción agrícola y ganadera de la finca y a uno de los productos derivados, la lana.

Tanto en las áreas rurales como en las urbanas el trabajo artesanal constituía una parte primordial de la economía doméstica romana. La hilatura, el tejido y la confección de vestidos eran fundamentalmente llevados a cabo por las mujeres de la casa y/o por esclavos. En el mundo romano se dedicó a estos quehaceres tanto mano de obra masculina como femenina. No era raro que las matronas romanas dirigieran sus propios talleres familiares. Si se trataba de familias muy extensas, con abundante servicio, estos talleres podían llegar a ser realmente grandes. En este sentido, debemos tener en cuenta que también había que vestir a la población campesina de este complejo rústico (algunas composiciones musivas donde se representan escenas costumbristas y labores campestres nos permiten contemplar el atuendo de labradores, vendimiadores,

pastores, etc. [*vid. supra* capítulo XIII]; como es lógico, la indumentaria destinada a las faenas del campo era más basta que las restantes prendas). Habitualmente, incluso en las haciendas pequeñas, se criaba ganado ovino del que se obtenía la lana que precisaba el propio taller para atender a las necesidades de la comunidad instalada en ella. No sólo disponían del rendimiento de dicho ganado, sino de especies vegetales como el esparto o el lino.

Antes de que la urdimbre fuera tensada con pesas (*pondera*), una rueca (*colus*) o un huso (*fusus*), para su hilado, había un largo proceso previo de preparación a fin de obtener fibras vegetales y animales: cultivo, siega, esquila, cardado, teñido..., labores características de cualquier explotación agropecuaria.

En las ciudades, la confección textil se había ido convirtiendo desde tiempos de la República en un oficio especializado. La *lex Metilia de fullonibus* “prueba que en la segunda mitad del siglo III la fabricación de telas estaba especializada” (BRUNT, 1971, 543). Había centros textiles por todo el Imperio, ya que se requería un amplio abastecimiento, que desbordaba la producción generada por la mera actividad doméstica. El ramo textil fue un sector industrial muy importante dentro de la economía romana, pues no sólo se demandaban tejidos para confeccionar las vestimentas, sino también velas (de lino) para los barcos, sacos de esparto o de lino para el transporte de grano u otros productos, etc.

A propósito de este particular, traemos a colación algunas fuentes literarias, en las que se alaban los tejidos de Hispania, p. ej., en su *Geografía*, Estrabón (II, 6) menciona los de la Bética, la Turdetania... La tecnología textil romana, más avanzada que la de otras culturas cronológicamente cercanas, dio como resultado producciones de gran calidad. Catulo (LXIV, 311 y ss.) detalla minuciosamente cómo era el proceso de hilar.

Siguiendo esa línea argumental, este hallazgo atestiguaría la manufactura en la *villa* de Puente de la Olmilla de tejidos para confeccionar paños, la ropa de sus habitantes, etc. El hilado, sin duda, debía de ser una más de las tareas cotidianas desempeñadas en un asentamiento como éste. Lamentablemente, este objeto está descontextualizado, como ya habíamos anticipado, al haber sido descubierto fuera de registro estratigráfico, durante una prospección de los alrededores del área intervenida, por lo que desconocemos si, como parece lógico suponer, procede de la esfera de servicio de la *villa*.

Este ejemplar no constituiría la única evidencia arqueológica de dicha actividad textil, pues se han recuperado varias pesas de telar en este yacimiento, si bien no se ha documentado un conjunto de pesas uniformes ni en cantidad suficiente como para componer un telar, ya que se precisaría un número considerable de ellas para realizar esa labor (según CASTRO [1985, 232], se necesitarían cincuenta pesas para conseguir tensar los hilos de la urdimbre de un tejido de 1 m de ancho). Difícilmente cabría esperar que aparecieran las correspondientes a un telar completo, por ser algo sumamente inusual en cualquier excavación.

Algunas otras contribuciones al tema nos ofrecen nuevas perspectivas de análisis del mismo, en el plano de lo simbólico.

A.E. Prescott (1980, 150) se hace eco de los numerosos mitos clásicos alusivos a la tarea de hilar y, más concretamente, a las fusayolas, en relación con ciertas prácticas mágicas y supersticiosas. Este estudioso plantea, a modo de hipótesis, asociar al ámbito femenino las fusayolas con inscripciones (bien es verdad que en un contexto histórico anterior, el ibérico). A su vez, S. Vich (1991, 37-39) sugiere que, siendo el huso un instrumento fundamentalmente utilizado por la mujer, y al haberse imaginado desde tiempos remotos que ésta era depositaria de poderes ocultos vinculados con la Luna y con la Tierra, podría haberse atribuido a las fusayolas una función profiláctica, como evocan algunas propuestas. En este sentido, S. Vich pone de relieve que en sociedades antiguas como la romana (también en la griega) se usaba toda clase de objetos como amuletos, inclusive algunos muy sencillos y comunes, convertidos mediante un determinado ritual en activos protectores ante el infortunio, ya fuera *per se* o conectados, a través de su función específica, con ciertas fuerzas o deidades. En virtud de ello se ha asignado reiteradamente a las fusayolas escritas y al arte de hilar vínculos con lo *cthónico* (PRESCOT, 1980, 150), como portadoras de connotaciones mágico-religiosas. Un significado parecido se ha querido ver en las pesas de telar decoradas con dibujos incisos procedentes de algún poblado ibérico (PITA MERCÉ, 1960-61, 311-313) o en el *pondus* de Albeida (Huesca), con texto circular (PITA MERCÉ, 1953, 104). Z. Castro Curel (1980, 136) comenta que, al ser ocasionalmente halladas en necrópolis ibéricas (formando parte de ajuares tanto masculinos como femeninos), con frecuencia se ha interpretado las fusayolas como elementos protectores, asociados a actividades

de mujeres hilanderas presentes en los mitos arcaicos enraizados en el mundo oriental, pero juzga arriesgado atribuirles un carácter ritual, relacionado con las ofrendas de comida y las libaciones.

Algunos escritores antiguos, como Apuleyo (*Met.* IX, 29, 1) y Petronio (*Satiricón* LXIII, 9), reflejan episodios de ese mundo oscuro, de brujería y maleficios femeninos. Por otro lado, son innumerables las alusiones a husos, fusayolas y mujeres hilanderas en la literatura greco-latina; por poner algunos ejemplos, las podemos encontrar en los poemas homéricos (*Od.* I, 367; IV, 135; II. VI, 401) y en algunas obras de Aristóteles (*Pol.* II, 4) o Platón (*Pol.* 281, A; 282, D; 309, B).

En la mitología clásica, cuyo conocimiento formaría parte del acervo cultural de muchos de los integrantes del grupo social de los *domini* hispanos, las Parcas tenían la misión de regular la vida humana: *Cloto*, la hermana pequeña, hacía rodar la rueda con hilos multicolores, *Laquesis*, la mediana, los retorció y enrollaba mediante un huso con una fusayola y *Atropos*, la mayor, lo supervisaba todo para, llegado el inevitable momento, cortar los hilos con sus tijeras, poniendo así fin a la existencia de un mortal.

S. Vich (1991, 38) hace una observación que nos lleva a reflexionar sobre esta problemática: “aquél que utilice un huso se verá repetidamente obligado a anudar las hebras, el nudo tuvo una especial significación en casi todas las culturas de la Antigüedad. Una atadura, moviéndonos siempre en un determinado marco creencial, podía equivaler al obligado cumplimiento de un acto mágico, tener un efecto paralizador cercano a la muerte (...), también la escritura presenta una vertiente mágico-religiosa”.

Pese a ser aventurado extrapolar algunos de esos conceptos a un contexto de época tardía, éstos no parecen del todo extraños a las creencias sustentadas por los romanos cultivados de la Tardoantigüedad. Algunas de esas valoraciones culturales podrían, pues, trasponerse a ese periodo (o al Alto Imperio, si perteneciera al mismo, como otros materiales documentados en Puente de la Olmilla, que testimonian esa primera etapa de ocupación de este enclave).

Lo cierto es que en el siglo IV d.C. se produjo un renacimiento de las prácticas mágicas y supersticiosas. A partir del reinado de Teodosio fueron prohibidas y perseguidas, al igual que los cultos paganos (SALINAS, 1990, 240).

El interés por la magia en los ambientes paganos había progresado notablemente desde el siglo III d.C., como se puede advertir tanto en los textos literarios como en la filosofía (TORIJANO, 2000, 544; HURTADO, 2005, 370-371). J.M. Blázquez (1986, 470, 475, nota 18, con abundante bibliografía) sostiene que la mayoría de la sociedad hispanorromana de los siglos IV-V era aún pagana y que el cristianismo tenía entonces todavía poca fuerza en Hispania (sobre el cristianismo en el siglo IV, cfr. BLÁZQUEZ, 1982b, 415-447; VV.AA., 2002). “Al final del siglo IV hay (...) un recrudecimiento del paganismo” (BLÁZQUEZ, *CMRE* III, 1981a, 88). M.A. Mezquíriz y M. Unzu (2005, 999) defienden la tesis de que las capas altas de la sociedad residentes en el campo, como básicamente toda la población rural, “fueron las más tradicionales y apegadas a las prácticas religiosas paganas”.

Según S. Vich (1991, 37), habida cuenta que las fusayolas aparecen en multitud de espacios domésticos, funerarios o en depósitos de desechos del mundo antiguo (no sólo del horizonte cultural ibérico, sino también del romano) y que su fabricación debía de ser poco costosa, sería razonable suponer que, en general, eran objetos poco valiosos para sus propietarios, además de fácilmente reponibles, por lo que no ve la necesidad de marcarlos (ni siquiera con el nombre de su dueño).

De esas consideraciones puede desprenderse que éste de Puente de la Olmilla tendría un cierto valor para su poseedor/a, de ahí que fuera marcado. Quizá era algo más que un simple tensador, un mero objeto funcional... Pudo ser un amuleto, un poderoso elemento capaz de preservar de amenazas o de atraer suerte y fortuna. Tal vez se podrían analizar en ese marco referencial los signos que contiene, inscritos cada uno de ellos en una figura geométrica, algo bastante excepcional, como ya se ha dicho.

¿Tuvo un significado subyacente, como propone J.F. Blanco (2004, 136-137) para el citado dado sepulvedano?. Ciñéndonos a este último, los signos podrían ser portadores de “dones o contenidos positivos para el ser humano, (...) en el juego o la magia (...), en la protección personal (...)”. ¿Era un objeto meramente ornamental, una matriz para sellar o marcar otros objetos de barro, se utilizaría en juegos de azar, sería “una ‘herramienta de trabajo’ de alguien relacionado con la magia”...?. Es de subrayar que, entre otros objetos, algunos dados y tabas se usaron en prácticas mágicas y adivinatorias a lo largo de la

Antigüedad (BLOCH, 1985, 47-48; LUCK, 1995, 289). En el mundo “romano-céltico”, esas prácticas fueron muy importantes (MARCO SIMÓN, 2002, 189-219).

S. Vich (1991, 37) reconoce que no se puede establecer por ahora con absoluta certeza la verdadera función de las fusayolas. Los especialistas en la materia aún no la han esclarecido de manera concluyente (JONES, 1984), ni existe unanimidad entre ellos, continuando actualmente la controversia acerca de si son exclusivamente una manifestación de la producción textil o si también eran utilizadas como parte del sistema de pesas... Por todo ello, en suma, apuntamos aquí algunas de las diversas posibilidades existentes a la hora de abordar la interpretación de esta pieza, que quizá sintetiza simultáneamente varias de ellas: contrapeso de huso (¿con marcas de propiedad?), empleado, a su vez, para jugar con él en ocasiones, como si fuera un dado, o bien una “volandera” a la que se confería una misión apotropaica, procurando la protección de su portador... En definitiva, no era inusual en culturas antiguas como la romana una funcionalidad múltiple de algunos elementos materiales, al igual que tampoco lo era la de los espacios arquitectónicos, anteriormente reseñada (*vid. supra* capítulo XIV.3-4).

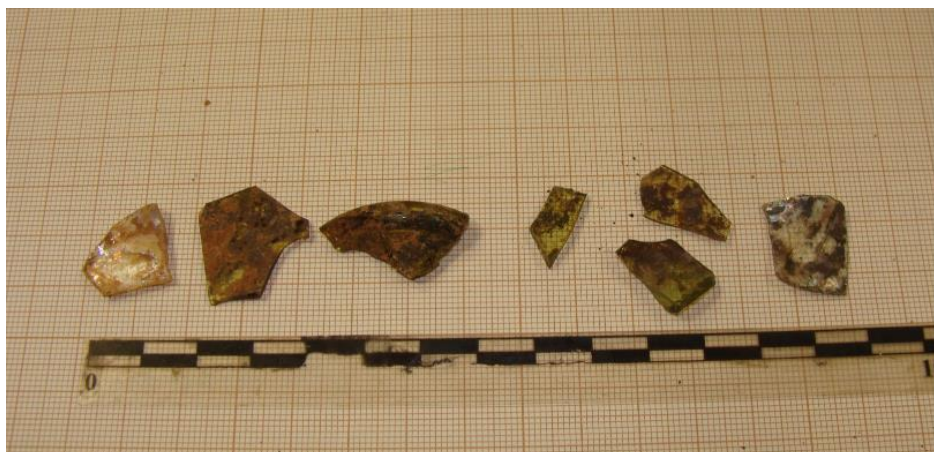
Sea como fuere, talismán o fusayola, sus peculiaridades la convierten en una pieza interesante, es más, todo indica una probable singularidad de la misma. En nuestra búsqueda de algún ejemplar de su misma filiación con el que poder cotejarla, no hemos encontrado ninguno con el que establecer paralelos formales, ni hemos visto repetida ninguna de estas “marcas” en los muestrarios consultados, en consecuencia, debemos esperar a que la publicación de materiales similares y con contexto arqueológico procedentes de futuras excavaciones arroje nueva luz sobre la cuestión, proporcionándonos algún parangón. Por ahora, según creemos, no tiene correlato en el ámbito cultural romano.

XVIII.3. VIDRIO

Haremos mención al hallazgo de unos escasos fragmentos de vidrio, vestigios de la existencia de algunos recipientes elaborados con ese frágil material, que probablemente fueron adquiridos en alguno de los núcleos de población cercanos, donde solían tener su sede talleres artesanos de todo tipo,

incluidos los vidrieros, productores de objetos de variada tipología (muchos de ellos de uso suntuario), muy demandados aún durante el Bajo Imperio, como demuestran las excavaciones de numerosos lugares arqueológicos de dicha época, entre ellos, el yacimiento de Puente de la Olmilla.

Resulta imposible identificar las piezas a las que corresponden, dado su estado fragmentario (figs. 511-512).



Figs. 511-512. Fragmentos de vidrio. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

Asimismo, aparecieron algunas cuentas de collar de pasta vítrea, una de ellas de color verde, otra gallonada... (figs. 513-515) y varias teselas de pasta vítrea (fig. 516).



Figs. 513-515. Cuentas de collar. Foto: Arias Sánchez (MP de Ciudad Real).

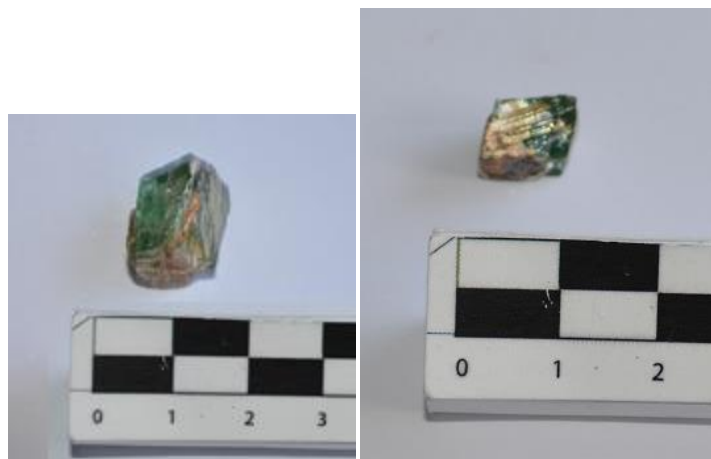


Fig. 516. Tesela de pasta vítrea. Foto: García Bueno.

XVIII.4. VARIOS

En su *Memoria de licenciatura*, A. Caballero Klink (1974, 26) menciona que en la primera campaña de excavación llevada a cabo en este yacimiento, además de los mosaicos de las habitaciones 1 y 2, apareció “una inscripción, muy deteriorada y fragmentada. Los signos que podemos distinguir son: N. A M”. Es la única noticia de que disponemos sobre dicho documento epigráfico, pues no se hace ninguna alusión al mismo en el Diario ni en el Informe arqueológico correspondientes a ese año, ni lo hemos podido localizar en el Museo Provincial de Ciudad Real.

Precisamente en el Informe arqueológico de 1974 (Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares) hay una nota final con una reseña de diversos materiales depositados en dependencias del Ayuntamiento de Albaladejo: un peso de hierro de alrededor de 1,5 kg, varios *pondera*, algunos fragmentos de cerámica común, de *dolia* y fragmentos de columnas de arenisca local. Nuestras indagaciones al respecto de su paradero han resultado infructuosas. En otro de los Informes, correspondiente al año 1976, nos brindan un dato muy interesante, relativo a la “rareza” del hallazgo de “un fragmento de fondo de cerámica campaniense o de barniz negro de imitación ática, en un estrato muy revuelto” del pasillo n.º 10. Es algo aventurado inferir de ello que ya hubo ocupación en época republicana. En todo caso, este fragmento cerámico y el as de época augustea (n.º 1 del catálogo) constituirían las únicas pruebas de la misma.

En un Acta de entrega de materiales al Museo Provincial de Ciudad Real,

con fecha 8-2-1979 (caja 248, Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares), se hace constar que su entonces Director, Rafael García Serrano, autoriza a M.R. Puig Ochoa a estudiar y publicar los materiales arqueológicos procedentes de las campañas de excavación acometidas entre 1975 y 1978. Con ese propósito “le concede la custodia temporal de los mismos, hasta la terminación del mencionado estudio”. Sin embargo, no se llegó a realizar tal publicación. El listado de materiales que acompaña este documento es el siguiente:

Campaña de 1975: 1 caja con cerámica, vidrios y fragmentos de hierro.

Campaña de 1976: 3 cajas con bronce, fragmentos de hierro y vidrio.

Campaña de 1977: 1 caja con cerámica, fragmentos de hierro, estucos.

Campaña de 1978: 5 cajas con cerámica.

2 cajas con bronce, hierro y vidrio.

Finalmente, sin especificar el año o lugar concreto de procedencia ni ningún otro pormenor, M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer enumeran diversos hallazgos muebles de las campañas iniciales de excavación que ambos llevaron a cabo. Reproducimos a continuación la relación que proporcionan de dichos materiales (expediente depositado en el Museo Provincial de Ciudad Real): una botella de cerámica, el ya citado fragmento de campaniense, otro de TS, varios fragmentos de estuco parietal (entre ellos, uno de un friso, una moldura con decoración vegetal...), ladrillos, fragmentos de vidrio, una cuenta de pasta vítrea, una aguja del pelo de hueso, un fragmento de otra igualmente trabajada en hueso, un diente humano, fragmentos óseos de fauna, un colmillo (sin especificar a qué especie pertenece), una caracola, dos fragmentos de concha (uno de ellos con restos de nácar), fragmentos de cuarzo/mica, uno de mármol, una ficha y un botón de piedra, un fragmento de sílex, una piedra volcánica, otra pulimentada, una varilla de bronce y, de este mismo metal, la placa de una cerradura, pulseras, un botón, un asa de caldero, un fragmento de caldero, un remache perteneciente a otro, placas, anillas y varias monedas, una chapa de cobre, una placa de plomo, un fragmento de tubo de ese mismo metal, una bola de plomo y un fragmento indeterminado, también de plomo, por último, se enumeran algunos objetos de hierro, tales como dos argollas, clavos, un clavo/regatón, un clavo/bisagra, un remache, dos piezas de atalaje de carro, una abrazadera, anillas, una chapa, un fragmento

de hoz, otro de un caldero, otra cerradura, un fragmento indeterminado de este metal y escoria mineral.

Para concluir, traemos a colación un breve informe de la Comisión de Monumentos de Ciudad Real (*vid. infra* Anexo VI, 2), del año 1973, donde se informa de que unos vecinos de Albaladejo habían recogido en el paraje de Puente de la Olmilla algunos fragmentos de cerámica, una piedra de molino, otra piedra de molino rota, una pesa de telar de piedra, una basa de columna, un fragmento de otra, algunas monedas, etc. Todo ello se halla en manos de particulares de la localidad. El expolio ha sido continuado, afectando seriamente al yacimiento y privándonos de numerosos vestigios de su cultura material (elementos constructivos, metales...).

Todos los materiales arqueológicos mencionados a lo largo de estas páginas son muy significativos, aunque relativamente exigüos o, al menos, no tan abundantes como los recuperados en la *villa* del barrio de Sta. María de Alcázar de San Juan. Con todo, pese a su parquedad y a no destacar especialmente por su riqueza, ponen de manifiesto el alto poder adquisitivo del *dominus*, al constatarse a través de ellos la existencia de intercambios comerciales, a juzgar por algunos restos cerámicos, provenientes incluso del Norte de África. En última instancia, son una prueba de la buena posición socioeconómica del dueño de este establecimiento, que poseía tierras y ganado cuya explotación le rendiría considerables beneficios, proporcionándole un privilegiado *status*.

Como acertadamente argumenta A. Aguilar Sáenz (1991, 264), una *villa* “sintetiza una forma de hábitat que por su trazado, su mobiliario y su forma de vida, representa en el ámbito rural el modo cultural romano”.

XVIII.5. LA ALIMENTACIÓN Y LOS CAUCES DE DISTRIBUCIÓN DE PRODUCTOS

La presencia de restos óseos faunísticos, pertenecientes a ovicápridos, bóvidos, conejos, liebres, ciervos, jabalíes y cerdos, caracolas, valvas de molusco (productos del mar a los que los romanos eran tan aficionados), etc., nos proporciona información sobre las especies de animales que consumían los habitantes de la *villa*; ejemplares domésticos complementados por las piezas cobradas mediante la práctica de la caza (ciervos, jabalíes..., fig. 517).

Esos restos faunísticos, descubiertos en distintos puntos, como son los ambientes n.º 12, 13, 15, 21, 22, 28, 31..., junto con las piedras de molino y las hoces, nos permiten rastrear la dieta alimenticia seguida por los pobladores de este asentamiento, basada en el consumo de cereales, carne y, suponemos que también en los lácteos y sus derivados (queso...), pues disponían del rendimiento del ganado vacuno, ovino y caprino, del que aprovecharían su leche. Todos los recursos alimentarios eran explotados al máximo.



Fig. 517. Colmillo de jabalí. Foto: García Bueno.

El hallazgo de conchas de molusco y caracoles marinos en este yacimiento (fig. 518), al igual que en el de la Plaza del Torreón de Alcázar de San Juan (*vid. supra* capítulo VIII.3), es una muestra del refinamiento de los *domini* en su alimentación, además, sugiere que dichos productos llegaban desde las zonas costeras a estas otras del interior peninsular a través de canales comerciales aún en activo durante el Bajo Imperio.



Fig. 518. Caracola. Foto: García Bueno.

Del mismo modo, en otro orden de cosas, se importaron piezas de vajilla de mesa fina (*terra sigillata* itálica, gálica, africana...), objetos selectos de vidrio, de hueso pulimentado (agujas para el pelo o de coser, p. ej., en la habitación n.º 7 y al Sureste de las habitaciones n.º 1-2; un punzón, en la habitación 45), de metal (clavos, pulseras, fíbulas, aretes, recipientes de diversa tipología, un punzón de hierro, encontrado en el ambiente n.º 41, cerraduras, placas y goznes de puerta, p. ej., en la habitación n.º 7, una estatuilla en bronce de la diosa Minerva, descubierta en la habitación n.º 22, etc.), entre otros elementos del ajuar doméstico (*instrumentum domesticum*), algunos de los cuales prueban la integración de este enclave en la red de comunicaciones romana.

XIX. CRONOLOGÍA DE LA VILLA

Como ya habíamos anticipado, entre el variado, aunque exiguo y muy fragmentado material arqueológico proporcionado por los trabajos de excavación practicados en Puente de la Olmilla (monedas, vajillas de mesa, objetos de metal...), cabe mencionar por su significación algunas cerámicas de los siglos I-II d.C. y varias piezas monetales coetáneas, que confirman la existencia de un primer establecimiento altoimperial (*vid. supra* capítulo XVIII.1.1 y 2.1). Por otro lado, algunas secciones del complejo arquitectónico cuyas ruinas hemos sacado a la luz fueron erigidas *ex novo* durante el siglo IV d.C. Pudo ocurrir que, al ser entonces este lugar objeto de una reocupación, la *villa* hubiera sido reconstruida sobre la base de la edificación precedente, algunas de cuyas estructuras estarían tal vez subsumidas bajo las tardoimperiales, algo difícilmente perceptible hoy día. A modo de hipótesis, si bien aquélla podría estar medio derruida al haber quedado deshabitada durante un lapso de tiempo considerable y se hubieran rehabilitado total o parcialmente algunas de sus dependencias en el siglo IV, tampoco puede descartarse que esa instalación anterior hubiera sido desmontada expresamente, en mayor o menor medida, para levantar parte de esta otra de nueva planta, utilizándola como cantera, mediante el desmantelamiento de los elementos pétreos, latericios, etc.

Son numerosos los ejemplos de *villae* en las que hay vestigios de varias etapas de habitación. Por poner un ejemplo a modo ilustrativo, en la de Liédena

hubo dos conjuntos residenciales superpuestos. El superior aprovechó algunos muros del subyacente. A tal efecto, se allanó los escombros, en vez de vaciarlos, además, se “conservó la orientación y trazado general del edificio, yuxtaponiendo muros nuevos a los destruidos, o, con más frecuencia, elevando otros paralelos y próximos a los antiguos” (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 28). Algo similar a esto último pudo haber sucedido en Puente de la Olmilla, p. ej., en el sector noroccidental (ambientes n.º 24, 26, 28, 29...).

De hecho, en este yacimiento se han detectado dos niveles ocupacionales y, dentro de éstos, se han registrado, al menos, cuatro fases constructivas diferentes. El nivel más antiguo documentado arranca en la primera centuria d.C. Evidencias de esa época de fundación son las muestras numismáticas y los escasos fragmentos cerámicos a los que hemos hecho alusión. Tras ese momento inicial parece haberse producido un paréntesis en su habitación, un vacío que dio paso a un periodo de gran reactivación. Así pues, la planta definitiva de la *villa* se habría configurado en el transcurso del siglo IV d.C., aunque probablemente hubo una reutilización de algunas estructuras de la primitiva unidad doméstica.

Su época de máximo florecimiento se enmarca cronológicamente en torno a la segunda mitad de esa centuria, a la que pertenece la interesante colección de mosaicos aplicada a la ornamentación de algunos suelos, cuya datación estilística complementa la de buena parte del escaso material cerámico y numismático. En cuanto a este último, ya hemos comentado que el conjunto contiene numerario de cronología muy dispar (*vid. supra* capítulo XVIII.1.1) Su intervalo temporal es superior a los cuatrocientos años, siendo el 12 a.C. la fecha de la pieza monetaria más antigua, un as de *Carthago Nova*, en tanto que las más modernas son un *centenionalis* de Honorio, del 393-395 d.C., otro *centenionalis* del 394-395 d.C., emitido posiblemente durante el reinado de Arcadio, Honorio o Teodosio II y un *minimus*, del siglo V. Asimismo, hay cuatro ejemplares acuñados entre los siglos I-II d.C. (en el 72 ó 77-78, del 98 al 117, del 140 al 144 y del 140 al 192 d.C., respectivamente), y cuatro del siglo III (cuyas emisiones abarcan desde el 251 al 253, del 257 al 259, el 266 y el 269 d.C.), aunque no creemos que esas monedas nos remitan a una ocupación de este emplazamiento durante el siglo I a.C., sino, más bien, a una prolongada circulación de las mismas, dado su gran desgaste y la ausencia de otros

elementos arqueológicos coetáneos asociados (a propósito de “las valoraciones circunstanciales” de los hallazgos monetarios y la prudencia aconsejable a la hora de “extraer conclusiones históricas” de los mismos, “más allá de las fechas de emisión de cada serie”, cfr. ABASCAL, 1995, 153-154). Este investigador pone de relieve que en diversos lugares de Europa occidental (la Galia, *Conimbriga*, *Baelo Claudia*, La Olmeda...) y Norte de África, al menos hasta el año 330 d.C. se atestigua la presencia de radiados del siglo III en estratos bien datados en el siglo IV d.C., renovándose progresivamente con las series emitidas bajo el gobierno de la familia de Constantino, e incluso hace un repaso de varios tesorillos de principios del siglo IV que contienen bronce del siglo I d.C., sestercios, antoninianos, etc. (ABASCAL, 1995, 149, 156-157, notas 63-69; 157, nota 70). En multitud de yacimientos se ha podido comprobar que durante el Bajo Imperio se mantienen en circulación con carácter “residual” (denominación objeto de debate, como aduce ABASCAL, 1995, 156, nota 53) especies ya obsoletas, sobre todo “en momentos de carencia en el abastecimiento o de alteración (...) de la ley de emisión” (ABASCAL, 1995, 144, 149, 156, nota 63). Al hilo de estos argumentos, se puede explicar la pervivencia de acuñaciones antiguas en los circuitos del siglo IV d.C., lo que, a juicio de J.M. Abascal, conlleva replantearse la utilización, de forma aislada, de los numismas como indicador cronológico de datación absoluta. Siguiendo esa línea interpretativa, las monedas del siglo III recuperadas en Puente de la Olmilla estarían en circulación junto a las del siglo IV, que constituyen un núcleo de nueve o posiblemente diez. Es de notar que el porcentaje más alto corresponde al siglo IV d.C.: tres a la primera mitad y seis (o quizás siete) a la segunda.

Durante la intervención arqueológica y la prospección de los contornos encontramos algunos ejemplares de TSht y TSCD, que corroboran una datación tardía (*vid. supra* capítulo XVIII. 2.1-2, láms. II-VI).

En suma, la cultura material mueble e inmueble, mayoritariamente, lleva a inscribir la plenitud de esta *villa* en un momento avanzado del siglo IV. Como ya expusimos, la decoración pictórica y musiva presenta unas características propias de esa etapa tardía (*vid. supra* capítulos XIV.2 y XIV.5).

En lo referente a su fecha final, estuvo en uso, cuando menos, hasta comienzos o primeras décadas del siglo V (o algo más adentrado éste), tal

como sugieren algunos fragmentos cerámicos y las citadas muestras monetales más recientes: las n.º 15 y 17-19 del catálogo, tres *centenionales*, cuya cronología ronda entre el 388 y el 395 d.C. (el último de los cuales, el n.º 18, tiene un alto grado de desgaste) y el *minimus*, del V, que marcan por ahora el término *post quem*. Lo delatan también ciertas alteraciones que sufrió la planta en el curso de los años, algunas de las cuales afectaron a los pisos en *opus tessellatum* de la segunda mitad del siglo IV. Hubo, pues, actividad edilicia hasta época bastante tardía. Los sondeos han puesto de manifiesto la existencia de varias obras de ampliación, la compartimentación interna de algunos espacios, distintas capas de pintura aplicadas sucesivamente sobre las paredes, el recubrimiento de algunas superficies parietales con nuevos paneles de estuco pintado y varias remodelaciones de mayor o menor cuantía llevadas a cabo en diversos puntos del edificio solariego, que no supusieron una transformación completa del mismo, pues en lo sustancial se mantuvo su esquema original, aunque sí experimentó una renovación significativa de algunas de sus estructuras y de su programa decorativo. En ocasiones, esas modificaciones dejaron un rastro muy nítido, así, se puede observar en algún pavimento y lindando con los lienzos musivos el arranque de la base preparatoria de las pinturas murales que cubrían los tramos de muro seccionados con el propósito de efectuar *a posteriori* la abertura de algunos vanos (p.ej., entre las habitaciones 15 y 16). Esas reformas y yuxtaposiciones, acometidas en diferentes momentos del periodo en que fue habitada esta unidad doméstica, reflejan una evolución de las necesidades y gustos de sus impulsores -los propietarios-, a los que se fueron adaptando. De acuerdo con todo ello, se sucederían varias generaciones de inquilinos en el devenir de la *villa*. Terminados los tiempos de plenitud de este enclave, es evidente un paulatino proceso de decadencia. Buena prueba de ello es la tosca *refectio* de los mosaicos deteriorados por el desgaste cotidiano, reveladora de una incapacidad de los operarios locales para imitar la calidad artística de la *officina* que los elaboró. Debieron de sufrir sucesivas reparaciones, hasta un momento muy cercano al de la caída en desuso de la *villa*. Conforme se fueron erosionando ya no se encargó a unos artesanos *tessellarii* la reposición de las teselas que faltaban, sino que lo hicieron manos inexpertas, como queda patente en el intento de recomponer, con una completa falta de destreza, uno

de los temas ornamentales del mosaico de la habitación n.º 1 (imitando torpemente los eslabones), o en el pasillo n.º 11, que fue objeto de alguna restauración de pequeña entidad, igualmente con un resultado poco logrado, al romper el diseño ese pretendido “arreglo” con teselas blancas. La pavimentación musiva fue reparada sin mucho cuidado tras la realización de alguna obra o bien como relleno de calvas producidas al degradarse el material original a consecuencia del constante trasiego, sobre todo en los deambulatorios, y para ello se procedió a “parchear” las lagunas con una capa de argamasa u ocasionalmente se sustituyeron las teselas de los motivos decorativos malogrados por grupos de teselas blancas e incluso eventualmente se suplieron con un ladrillo, en un tramo muy dañado (pasillo n.º 5). Sería durante la ocupación más tardía cuando se debió de colocar ese ladrillo y se enmendó otros desperfectos con mortero de cal; ya ni tan siquiera se procuró reintegrar con nuevas teselas las que se iban perdiendo, como se había ido haciendo con anterioridad, síntoma inequívoco de una continuidad del funcionamiento de la *villa* hasta fechas avanzadas, inmersa en su declive. Distinguimos, por tanto, dos fases en la manera de subsanar esos fallos (*vid. supra* capítulo XIV.5).

Todas estas circunstancias caracterizan la última etapa de la vida de este complejo rural, en su ocaso, cuando, pese a las dificultades, se hizo lo posible para mantener un nivel aceptable de confort.

No se aprecian signos importantes de devastación, salvo de la lenta e inexorable acción destructora del tiempo, de ello se infiere el abandono pacífico del lugar, producido quizás de forma progresiva a partir de inicios del siglo V, si bien ciertos cambios estructurales y algunos materiales arqueológicos (p. ej., atendiendo al grado de conservación de algunos de los numismas más recientes, que muestran gran pérdida de relieve, al estar muy desgastados) apuntan a que pudiera haberse dilatado algo más a lo largo de esa centuria, como ya se ha dicho, sin que podamos definirlo con mayor precisión, pues el cese de los hallazgos de nuevas producciones cerámicas o monetarias no implica forzosamente la interrupción de la dinámica histórica de este asentamiento, ni de su actividad económica (p. ej., el aporte de numerario disminuyó radicalmente entonces, al igual que en todo el Imperio de Occidente). Quienes lo habitaban no parecen haberse marchado de forma

rápida ni precipitada, dada la exigüidad de cerámicas, utensilios u otros objetos encontrados (casi nunca enteros), que seguramente abundarían más de haber sido así. Por consiguiente, todos los testimonios arqueológicos revelan que la *villa* fue abandonada sin violencia, no arrasada intencionadamente, al no advertirse señales claras de destrucción, salvo la provocada por el fuego, que le afectó sólo parcialmente. Probablemente no todo el edificio sufrió un incendio generalizado, en cuyo caso el tejado habría caído entero envuelto en llamas, de lo que no hay pruebas en el registro material. La mayoría de las veces las evidencias de combustión consisten en bolsadas de tierra cenicienta, aunque en determinadas zonas, al quemarse puntualmente el entramado de vigas de la techumbre, ésta se vino abajo, desplomándose sobre el suelo el maderamen y las tejas, mezclados con otros materiales de derrubio. Parece tratarse de episodios esporádicos y muy restringidos: en el pórtico exterior documentamos cenizas asociadas a huesos de cérvidos u otras especies animales comestibles, conchas de molusco... (restos de una hoguera); en algunas habitaciones, como la 2, la 12 o la 35 (entremezcladas con huesos de fauna diversa, ostras y una rueda de molino); en la puerta de comunicación entre los ambientes 39 y 31 había algunas cenizas bajo el nivel de derrumbe, también en los pasillos 3 y 32... En cambio, en el patio sí se acreditó la existencia de un potente nivel de incendio. Entre esa densa capa de carbones, cenizas y tejas recuperamos dos monedas de Galieno, respectivamente del 266 y del 269 d.C. (n.º 7-8 del catálogo), y otra de Constancio II, fechada entre 335-341 d.C. (n.º 11 del catálogo), junto a restos óseos de animales vertebrados e invertebrados (valvas de moluscos...). Pudiera ser que el foco del fuego estuviera en una hoguera encendida en dicho patio, que se habría extendido a la galería circundante. Sin embargo, en ninguno de los muros pétreos del conjunto doméstico hay huellas de calcinación, tan sólo unos fragmentos de pintura quemada en el corredor n.º 32. Algunos de los suelos de *opus caementicium* quedaron destrozados al caerles encima, de golpe, los elementos de la techumbre, p. ej., en las habitaciones n.º 30 y 39, pero al ser excavadas no aparecieron sepultadas bajo el nivel de derrumbe piezas cerámicas completas (esto es, rotas *in situ*), ni una gran cantidad de enseres u otros restos mobiliarios. De ello podría deducirse que los últimos dueños se llevaron consigo todo cuanto pudiera serles de utilidad.

Tampoco tenemos una rigurosa constancia arqueológica de que después de esa fecha de cierre hubiera una reocupación de la vivienda señorial por parte de una población de carácter residual, si bien es muy posible que pastores o gentes de paso pudieran haber buscado cobijo en ella esporádica o temporalmente, por consiguiente, ese reaprovechamiento habitacional habría tenido un carácter poco estable (entra dentro de lo razonable pensar que existió ese reaprovechamiento, pero presumiblemente pudo ser bastante breve, al menos de acuerdo con la ausencia de otros indicios de que la casa siguiera estando habitada, más allá de servir de refugio transitorio). El encendido de hogueras para calentarse o cocinar podría explicar el calcinamiento de algún tramo de pavimento musivo, no obstante, éste puede ser simplemente el resultado de un incendio fortuito que hizo desplomarse una parte de la cubierta sobre el piso de mosaico (pasillo n.º 3). En todo caso, no creemos que se deban interpretar las manchas cenicientas como los efectos de un hecho violento, sino consecuencia de esas hogueras mencionadas líneas arriba o una manifestación más del lógico deterioro producido paulatinamente tras el abandono definitivo, sin relación con una presencia humana.

La *Carthaginensis*, como toda la *Tarraconensis*, fue partidaria de Honorio, en tanto que otras provincias se adhirieron a Constancio III. Se generó entonces una sensación de inseguridad en Hispania, con la que tal vez pueda ponerse en relación ese abandono final de esta *villa*.

Como consigna J. Arce (2009), Hispania permaneció en paz desde la invasión franca del año 260 hasta la de los vándalos, suevos y alanos del 409. A raíz de esta última oleada, la Meseta fue escenario de diversas incursiones. En el 441, la *Carthaginensis* se vio sacudida por episodios de pillaje a manos del rey suevo Réchila y fue nuevamente saqueada en el 456.

J.-G. Gorges (1979, 43-44, 150-151) cree que muchas de las *villae* hispanas fueron destruidas por los invasores germanos y lo pone en relación con ciertos elementos (torres...), que tendrían un carácter defensivo (cfr. las discrepancias al respecto de A. Chavarría, 2007, 104-108). Pese a esos supuestos intentos de fortificarse, muchas de ellas habrían sido saqueadas, lo que marcaría “la época de desaparición o abandono de la mayoría de las villas”. Sin embargo, no son pocas las que persistieron en los siglos V y VI.

Otros autores defienden la idea de que muchos de estos establecimientos rurales fueron deshabitados a causa de la situación de peligro provocada por las invasiones bárbaras (CERRILLO, 1995, 3; VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 35), por las depredaciones de los bagaudas (Hidacio, *Chron.* 125, 141; Mamertino, *Pan. Lat.* II,4,5; Oros., *Hist. adv. pag.*; Salviano, *De gub. Dei* V,VI,24) o por los levantamientos de siervos contra sus propios señores, que no se pueden identificar propiamente con el movimiento bagáudico (Aug., *Epíst.* 108). En contraposición a dicho enfoque, al decir de otros especialistas en la materia, como J.M. Blázquez (1986, 471-472): “la vida continuó en muchas villas como antes, al margen de los acontecimientos bélicos, que seguramente no fueron tan catastróficos como una lectura de Hidacio supone”. Basándose en el estudio de la *musivaria* hispana, pone en duda que fueran tan generalizadas las destrucciones a manos de los invasores bárbaros descritas por este cronista. Como él, muchos otros estudiosos del tema dan por superada esa imagen de caos y devastación (CHAVARRÍA, 2007, 69-77, 158; REGUERAS, 2013, 151-154). Las tendencias historiográficas actuales dudan de la veracidad de “relatos apocalípticos” como el de Hidacio.

Desde luego, el fenómeno que quizás pudo provocar el colapso de numerosas *villae* a finales del siglo IV o a lo largo de la siguiente centuria, no encuentra apoyo en el registro arqueológico de Puente de la Olmilla, a no ser desde la perspectiva de esa supuesta sensación de inseguridad que pudieron sentir sus habitantes (el miedo a los bandidos es reflejado por Symmaco [*Epíst.* 2,22 a. 382]; sobre las luchas en Hispania antes de las invasiones de suevos, vándalos y alanos, cfr. BLÁZQUEZ, 2009, 618-622; en lo que respecta al asunto de la inseguridad y el abandono de las *villae*, cfr. ARCE, 2006, 14-15).

En el apéndice de una reciente publicación, F. Regueras (2013, 155-157) se pregunta las razones de la reafirmación pagana de la aristocracia terrateniente “en un momento en que la gentilidad parece batirse en retirada” y valora dos publicaciones en las que D. Fernández-Galiano revisa la interpretación de las *villae* tardías hispanas y de sus usuarios, los enfrentamientos religiosos, las destrucciones y saqueos de las mismas “por adversarios religiosos”...

Por último, es de subrayar que, pese a haber aparecido en Puente de la Olmilla algunos fragmentos cerámicos contemporáneos e incluso una moneda del reinado de Isabel II, no están asociados a restos constructivos coetáneos.

Al menos, a la luz de lo descubierto hasta ahora, ninguna estructura se superpone al hábitat romano, que se encontraba sellado por la unidad de abandono. Esas intrusiones son consecuencia del laboreo agrícola, que ha ocasionado ciertas alteraciones estratigráficas en el yacimiento. No hubo, por lo tanto, una perduración del poblamiento en este mismo paraje geográfico.

XX. SUMINISTRO Y DISTRIBUCIÓN DEL AGUA EN LA VILLA DE PUENTE DE LA OLMILLA. APROVECHAMIENTO DE LOS RECURSOS HÍDRICOS EN EL MUNDO ROMANO

En este capítulo abordamos diversos aspectos del uso del agua en el mundo romano, con particular incidencia en la *villa* de Puente de la Olmilla, por lo que comenzaremos intentando una aproximación a su contexto geográfico.

Toda la región castellano-manchega se caracteriza por su bajo nivel pluviométrico, padeciendo grandes periodos de sequía, especialmente durante la estación estival, lo que tradicionalmente ha generado problemas de avituallamiento en numerosos puntos de la misma. Albaladejo está ubicada en la tradicionalmente denominada “España seca”, con precipitaciones máximas en las estaciones equinocciales, fenómeno típico del clima meseteño. De ahí la gran importancia que tenía la disponibilidad de recursos hídricos para un establecimiento rústico como éste. El agua era uno de los principales condicionantes a la hora de elegir el emplazamiento de una *villa*, obviamente, al ser su provisión imprescindible para el funcionamiento de la misma. Se convertía entonces en agua “utilitaria”, pues servía para el regadío de los campos de labor, además de para el consumo humano y de los animales. Era necesario, por tanto, evaluar la potencialidad de un territorio antes de decidir la ubicación de un asentamiento de este tipo, dedicado al aprovechamiento agrícola de los terrenos circundantes. En este sentido, convenía disponer de acuíferos subterráneos o cursos fluviales cercanos como requisito previo para facilitar y garantizar el suministro, sin tener que recurrir a una complicada derivación de los mismos. Varrón (*rust.* I, 2,2) destaca lo necesario que es para una *villa* contar con la existencia de manantiales naturales o de corrientes nacidas en la montaña. En relación a esa premisa, se recortan en el horizonte de Albaladejo las Sierras de Villanueva, Alcaraz y el Relumbrar, que alimentan con su escorrentía el sistema de drenaje local, siendo destacables el río Guadalmena, el Arroyo de la Cañada, el Arroyo de la Fuente de la Bola o del Santo y algunas otras fuentes, como la de Juan Seca. I. Hervás y Buendía (1890, 16) detalla que Albaladejo “se surte de aguas de la fuente del Santo, y otros manantiales no menos abundantes riegan y fertilizan su suelo”.

A unos 3 km de Puente de la Olmilla discurre el río Villanueva (afluente

del Guadalmena), en las faldas de la Sierra de Alcaraz (concretamente, en El Rodeo) y a unos 700 m de la *villa*, el torrente conocido como Cañico de La Comendaora, en una finca prácticamente confinante con Puente de la Olmilla. La Fuente de La Comendaora nace a unos 20 m del Arroyo de la Bola.

En la cuenca del río Villanueva existen varios balnearios, entre ellos, los Baños de Albaladejo (o del Cristo), en la ladera de la Sierra de Villanueva de la Fuente, no muy lejos de los Baños del Relumbrar (CORCHADO SORIANO, 1974, 31-32).

En general, el caudal podía proceder tanto de las aguas superficiales como de las subterráneas. Tenemos rigurosa constancia de que estas últimas fueron aprovechadas ya en la Antigüedad. Así ocurría posiblemente en *Barcino*, donde se habría explotado la riqueza freática de su subsuelo (MAYER y RODÁ, 1977, 265-283). También *Valentia* se surtía directamente del mismo (ALBIACH *et alii*, 2009, 425). Los habitantes de la *villa* del barrio de Sta. María (Alcázar de San Juan) buscaron agua “en los niveles freáticos próximos a la roca madre, ya que posiblemente nos encontremos en una fase [tardía] en la cual escasea el agua corriente del arroyo norte” (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 250)

En cuanto a Albaladejo, no podemos olvidar que su t. m. está en pleno acuífero 24.

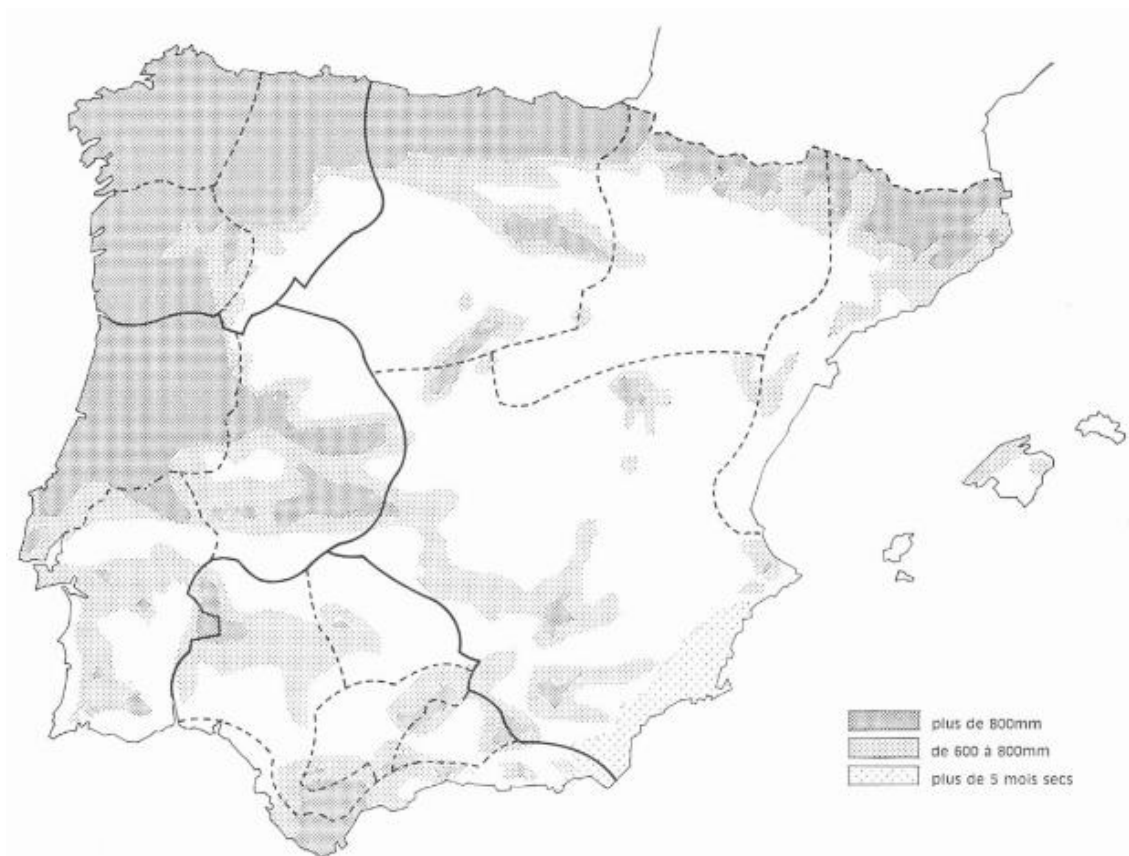


Fig. 441. Mapa pluviométrico, según Gorges, 1979, 74, fig. 11.

La abundancia de agua debía de ser considerablemente mayor en época romana, sobre todo por la cuantía de la pluviosidad (cfr. BALIL, 1977, 79, fig. 1; GORGES, 1979, 74, fig. 11), al parecer, actualmente más baja que entonces (fig. 441), cuando había una más densa boscosidad (RODRÍGUEZ NEILA, 1988, 224), entre otras causas medioambientales. Actualmente (y aún más en el pasado) existen acuíferos y zonas palustres en amplias áreas de La Mancha, como es la de Alcázar de San Juan, aunque el agua contiene un alto grado de salobridad (MORÍN DE PABLOS, J. *et alii*, 2010, 320). Sea como fuere, es sumamente difícil intentar reconstruir el estado de la red fluvial durante el periodo romano y hay que tener en cuenta las posibles modificaciones sufridas *a posteriori*, hasta nuestros días. En opinión de A. Schulten (1963, II, 45-100), los ríos de la Península Ibérica eran más caudalosos en la Antigüedad. J. Mangas (1981, 317), en cambio, sugiere que el régimen de lluvias y el cauce de los ríos no ha experimentado cambios demasiado notables desde entonces.

Algunos especialistas no han pasado por alto las importantes mutaciones climáticas que parecen haber tenido lugar con el discurrir del tiempo. Del análisis de datos “arqueológicos, arqueozoológicos y paleoambientales” recogidos en algunos yacimientos galorromanos se colige que los siglos IV y V fueron una época “muy favorable desde el punto de vista climático, lo que permitió el desarrollo de la economía agrícola” y pudo ocasionar transformaciones en el tipo de producción. A. Chavarría (2007, 83-84, notas 350-353) ha rastreado la documentación textual de Hispania, encontrando evidencias de un cambio climático a partir de las postrimerías del siglo V (hasta el VIII, al menos). Lo respaldarían también algunos “análisis polínicos y estudios de morfología territorial” de nuestra Península.

En algunas zonas ha variado mucho la situación geomorfológica, como es el caso de *Valentia* y sus alrededores, donde el nivel freático ha sufrido un acusado descenso durante las últimas décadas debido a la sobreexplotación, un panorama muy diferente al que debía de haber bajo la dominación romana (ALBIACH *et alii*, 2009, 417).

Este factor físico es fundamental para entender la existencia de un enclave agrícola como es el de Puente de la Olmilla, no sólo por ser el agua un elemento indispensable para la vida de sus habitantes, como es lógico, sino también por su determinante incidencia en la actividad económica llevada a cabo en este lugar.

VILLAS ROMANAS EN ESPAÑA CON IMPORTANTES RESTOS DE CONSTRUCCION



Fig. 442. Distribución de la villae en España, según Fernández Castro, 1982, 62-63, fig. 3 (n.º 37).

En sendos mapas de distribución de las villae más significativas (fig. 13) y con importantes restos constructivos de Hispania (fig. 442) se puede observar que los cursos fluviales aglutinaron en su entorno a la mayor parte de éstas, incluidas la de Alcázar de San Juan y la de Albaladejo (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 42-43, fig. 1, n.º 90 y 4; 62-63, fig. 3, n.º 37, respectivamente). Esa evidente concentración responde a los motivos que acabamos de exponer. J.-P. Gorges (1979, 75-76) reflexiona sobre el determinismo natural, aliado con la búsqueda de un tipo específico de producciones agrícolas para componer dicho mapa.

Al investigar la explotación agrícola del valle del Betis, G. Bonsor (1899, 126-268) defiende la tesis de que, por insignificantes que fueran, todos los manantiales fueron utilizados por los romanos. Desde luego, así sucedió en Puente de la Olmilla.

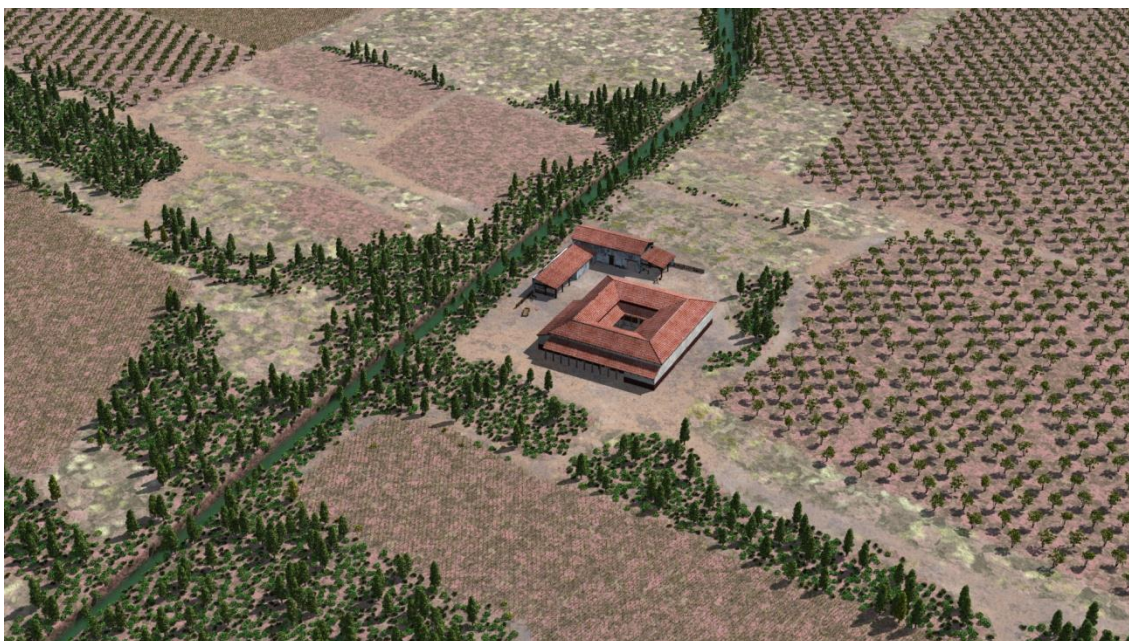


Fig. 443. Reconstrucción hipotética virtual del alzado y entorno de la *villa*, junto a la que discurre un arroyo. Imagen cedida por el MP de Ciudad Real.

Por las inmediaciones del solar excavado fluye el citado Arroyo de la Fuente de la Bola. La unidad doméstica está situada en su margen izquierda, a escasos 100 m (fig. 443). alguna de las conducciones descubiertas se alimentaría de esa corriente y muy posiblemente también del Arroyo de La Comendaora. Como ya habíamos adelantado, aunque desconocemos por ahora la localización del sitio concreto donde se produciría la toma de agua, ésta se recibiría de dicho/s arroyo/s, ya que son las fuentes acuíferas más próximas y accesibles. Dada la parcialidad de la intervención arqueológica realizada hasta el momento en este yacimiento, carecemos de elementos suficientes para reconstruir el itinerario exacto de traída de aguas, pues todavía no se ha encontrado la zona inicial de la que arrancaría el sistema de aprovisionamiento y únicamente hemos hallado el punto de partida (quizás también de destino) de uno de los cordones hidráulicos: el patio (fig. 444), donde no hemos documentado la existencia de pavimentación ni de un *impluvium*, por consiguiente, estaría provisto de tierra vegetal para plantar un jardín, como anticipamos al describir las diferentes entidades habitacionales (*vid. supra* capítulo XIV.3, pp. 431-442, fig. 220). No parece ser ésta la arteria principal de suministro hídrico de la *villa*, más bien nos inclinamos a pensar que su función estaba relacionada con el drenaje y, posiblemente, con el riego del *hortus* (si tuvo una doble funcionalidad, como después argumentaremos, a

modo de hipótesis). Es más, al no haber un estanque o ni tan siquiera una simple pileta (de acuerdo con las evidencias arqueológicas), sería necesario recoger el excedente de agua de lluvia caída a través del *compluvium* y conducirlo hasta algún otro lugar para evitar ocasionales inundaciones. Tal vez recorría, al menos parcialmente, el perímetro exterior del edificio. En todo caso, la alineación subterránea que, tras bifurcarse, gira hacia el Sur, pudo ser un canal secundario de desviación hacia el sector meridional de la casa (fig. 445). Probablemente estaba relacionada con el desagüe del líquido proveniente del patio, de hecho, en la habitación n.º 19 apareció una cloaca con un albañal que discurría en sentido Este-Oeste, por debajo del muro medianero entre los departamentos n.º 4 y 19, con la que podría estar unida (*vid. infra* Anexo IV, 1977, 5). De esta manera se cerraría el circuito, dentro de un planificado esquema de reaprovechamiento del agua.



Fig. 444. Canalización de agua: tramo del pasillo n.º 14, desde el patio hasta la habitación n.º 25.
Foto: Puig y Montanya (AGA).

Por otro lado, hasta la fecha no hemos podido verificar si alguno de los dos brazos orientales estaba conectado con la canalización de la zona frontal, que se pierde en el límite septentrional de la superficie sondeada, por esa razón ignoramos si era un conducto de abastecimiento directamente procedente del cauce cercano o si confluía con otras ramificaciones, distribuyendo quizás el agua a distintas estancias. Tampoco podemos

descartar que sirviera para avituallar de agua a otras dependencias septentrionales, aisladas o coordinadas de algún modo con la sección conocida de la *villa* (mediante algún pasillo o un patio secundario...), pues a varios metros de distancia de ésta, en el nivel superficial removido por los arados, hemos detectado diversas alineaciones de piedras, asimismo, escombros, ladrillos y tejas extraordinariamente abundantes, huellas indicativas de la existencia de otras estructuras. Cabe, por tanto, la posibilidad de que dicho conducto aportara agua a otros espacios de ocupación, acaso diseminados por los alrededores de la edificación señorial o unificados con ella, ya sea compartiendo el mismo volumen arquitectónico o bien en forma de otra ala parcialmente desprendida del cuerpo central. A falta de otros vestigios propiamente arqueológicos, sólo podemos movernos dentro del campo de la hipótesis y, pese a que no podemos llegar a conclusiones seguras al respecto, la coherencia de los datos analizados nos induce a pensar que ese tramo se prolonga por el Norte, continuando su recorrido en esa dirección, pero nada más puede precisarse sobre su origen y fin, al hallarse ambos en el área no excavada.

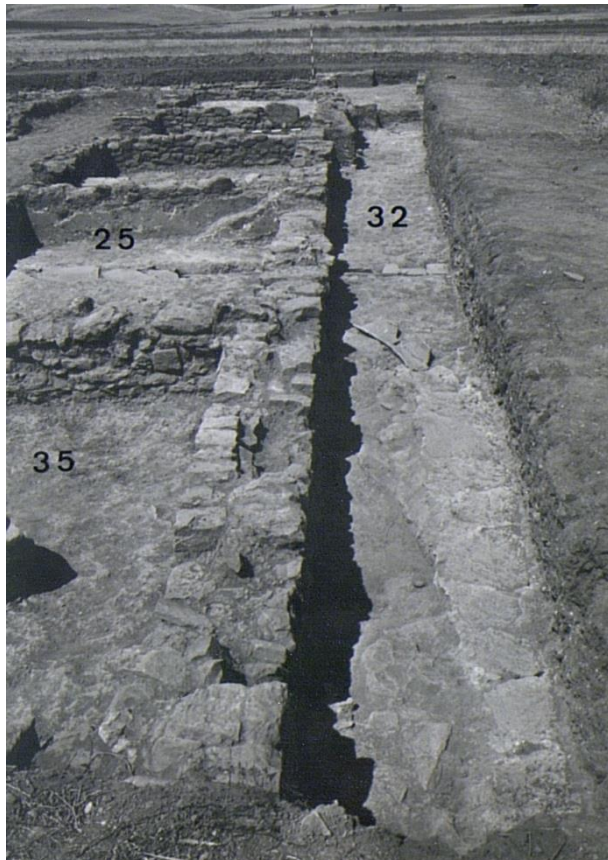


Fig. 445. Bifurcación de la canalización de agua en el pasillo n.º 32. Foto: Puig y Montanya (AGA).

AGUA PARA EL CONSUMO DOMÉSTICO Y EL REGADÍO DEL AGER

Una de las utilidades domésticas del agua en las mansiones rurales romanas estaba vinculada a la extendida costumbre del baño (cfr. MALISSARD, 1996, 105-106, a propósito de lo que éste define como “cuartos de baño en las villas”). Por el momento, en el registro arqueológico de Puente de la Olmilla tan sólo tenemos indicios de la existencia de unas instalaciones balnearias, tal vez segregadas del edificio principal o, al menos, diferenciadas del ámbito doméstico propiamente dicho, a tenor de las prospecciones realizadas (PUIG y MONTANYA, 1978, 10), pero aún no sabemos cómo se producía la llegada y distribución interna del agua en este espacio termal o si alguno de los conductos exhumados estaba relacionado con él. Sea la que fuere, en virtud de su ubicación se organizaría la infraestructura necesaria para surtirlo de agua y evacuar ésta una vez usada. De las pocas referencias proporcionadas por estos autores se deduce que no estaba lejos de los pequeños torrentes antes mencionados, el Arroyo de la Bola y el de La Comendaora (no muy distantes entre sí). De hecho, carecería de lógica tener que construir una red hidráulica muy extensa, pudiendo emplazar las salas termales en sus proximidades, con lo que el recorrido sería menor, reduciéndose, en consecuencia, su coste. En la *Memoria de las actuaciones programadas* por la Subdirección General de Arqueología se apunta muy sucintamente que “parece haberse localizado las termas” durante las prospecciones realizadas en derredor de la vivienda (VV.AA., 1979, 78), añadiendo un tiempo después: “(...) Actualmente los trabajos se centran en el descubrimiento de la zona termal” (VV.AA., 1980, 64). En una carta del 15-12-1975 dirigida por R. Montanya Maluquer y M.R. Puig Ochoa al Inspector Técnico de la Comisaría de Excavaciones, A. Blanco Freijeiro, le comunican que “(...) Por encargo del Dr. Maluquer de Motes, antiguo Comisario de Excavaciones, nos ocupamos de la excavación de la villa romana de Albaladejo (Ciudad Real) M.R. Puig y yo mismo. Dicha villa tiene un gran interés, es una villa del Bajo Imperio, con importante decoración musiva, con interesantes instalaciones termales (...)”. En un nuevo escrito de M.R. Puig al Subdirector General de Arqueología del Ministerio de Cultura, con fecha de 20-12-1979, le notifica que se ha “detectado la zona termal” (caja 248, Archivo General de la

Administración, Alcalá de Henares), pero en los Diarios de excavación nunca se alude a la misma y ni las escuetas líneas de las *Memorias* publicadas por la Subdirección General de Cultura en los años 1979-1980, ni las susodichas cartas ofrecen ninguna información orientativa al respecto. Tampoco en el Informe arqueológico del año 1977 (Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares) dan ningún pormenor que pudiera servirnos de referente: “La parte excavada hasta ahora es tan sólo un pequeño sector de una gran ‘villa’ cuya zona termal tenemos bien localizada, y cuyas dependencias se extienden sobre una gran área de terreno que tenemos claramente identificada”. Al dejarlo en la incógnita, desconocemos si se ajustaba a los postulados de Columela (*De r.r.* I, 6,2), para quien la localización al Oeste era la óptima, o a los de Vitrubio (*De Arch.* V, 10) y Paladio (*Opus agriculturae* XXXIX, 1), quienes preconizaban que si se contaba con agua suficiente el *balneum* debía estar en el lado donde se hallara la fuente de calor, un sitio convenientemente seco y soleado, por ser lo más saludable. Paladio (*Opus agriculturae* XX, 19,4) desvela que el agua sobrante del mismo solía recorrer y regar el jardín (cfr. FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 64-65).

En teoría, puede intuirse que estuviera al Sureste, a partir de la existencia de una cloaca con un albañal que va en sentido Este-Oeste, por debajo del muro entre las habitaciones n.º 4 y 19.

Algunas *villae* tenían varios complejos termales, p. ej., en la de Els Munts (Altafulla, Tarragona) había tres, cada uno de ellos con su propio sistema de captación de aguas; la de El Saucedo estaba equipada con uno dedicado a un uso cotidiano por parte de la familia del propietario y otro más monumental destinado a ocasiones destacadas (CASTELO *et alii*, 2006, 189). En las *villae* hispanas, los de cariz privado suelen tener unas proporciones en concordancia con el número de sus usuarios (CASTELO *et alii*, 1997, 71-72, con paralelos). F. Regueras (2013, 57) remarca el papel desempeñado por los ambientes termales como “escenarios en el protocolo sociopolítico de las élites tardoantiguas, aulas de recepción donde el *dominus* trataba de impactar al bañista invitado”, de lo que nos brinda unas pinceladas Sidonio Apolinar (*Epist.* II, 2, 5).

A veces se construyó las termas disociadas de la vivienda, buscando la cercanía al agua, y algo apartadas para prevenir la posible propagación del fuego desde los hornos. Ese pudo ser el caso de las de Almenara de Adaja, en Valladolid (GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 192). “A partir del siglo II los *balnea* de las villas experimentaron un proceso constante de individualización y monumentalización respecto al resto” de la morada, creándose pabellones aislados, por los mencionados motivos de seguridad, es decir, evitar incendios; su tamaño se adecuaba a los posibles del propietario (sobre los esquemas canónicos para su correcto funcionamiento y el recorrido del bañista, cfr. REGUERAS, 2013, 51-53, específicamente sobre la tipología de los *balnea* de la Meseta, 54-58).

Al estudiar los *balnea* domésticos rurales hispanorromanos, V. García-Entero (2005, 870) consigna que éstos solían estar integrados en el conjunto arquitectónico de la casa, pero “formando unidades constructivas propias e independientes”, lo que, a su entender, se debía “no sólo a cuestiones de orientación, sino también a la propia disponibilidad de agua”, en función de la cual se situaban cerca de manantiales naturales, acuíferos subterráneos o cursos fluviales “desde donde, a través de sistemas de norias no bien documentados, se trasladaba el agua hacia grandes cisternas y depósitos desde donde era repartida hacia los distintos ambientes de baño, previo paso por las calderas para su calentamiento”. Asimismo, señala que, salvo casos excepcionales, su abastecimiento hídrico no dependía de la ejecución de grandes obras (acueductos...), sino de “soluciones puntuales y concretas” (GARCÍA-ENTERO, 2005, 854). Algunos de ellos estaban dotados de la infraestructura tecnológica más avanzada del momento. En este sentido, la *villa* de Puente de la Olmilla era bastante modesta, comparada con otras como la de Monroy (Cáceres), donde se hizo un pequeño embalse (CERRILLO *et alii*, 1986, 122), la de Arellano (Navarra), que contaba con un pantano, tanto para el consumo doméstico como para el desempeño de las actividades agropecuarias (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 60, 62-63, 82, láms. 17-18), o la de San Cucufate (GORGES, 1979, 55, 111, 477, lám. XXXI; ALARÇAO, ETIENNE y MAYET, 1990), cuyo propietario construyó un complejo sistema hidráulico, incluyendo un acueducto, al igual que el de La Cocosa, Badajoz (SERRA RÁFOLS, 1952, 95).

V. García-Entero (2005, 867-868 y 870) concluye que las dependencias termaleas “estuvieron presentes en la inmensa mayoría de las *villae* erigidas a partir del siglo I d.C.” en Hispania y alude a la generalización de los recintos de baño en el medio rural, por muy humilde que fuera el establecimiento. Ateniéndonos a las pruebas arqueológicas que recoge dicha autora en el catálogo de la publicación que estamos citando reiteradamente (donde figura Puente de la Olmilla, GARCÍA-ENTERO, 2005, 52, CR. Vil.1), estos balnearios privados tuvieron una larga perduración temporal, en su mayoría, hasta las postrimerías de la Antigüedad Tardía (más información sobre los mismos en MORA, 1981, 37-90; GARCÍA DE CASTRO, 1996, 409-431; GARCÍA-ENTERO y ARRIBAS, 2000, 83-97; GARCÍA-ENTERO, 2001; 2005; 2005-2006, 61-82; 2006, 97-111; 2007-2008, 253-272). A. Chavarría (2007, 103-104) valora las importantes reformas documentadas en numerosos conjuntos termaleas como “parte del fenómeno de monumentalización de las *villae*” hispánicas a partir del siglo IV. Al ser éstos “un elemento prácticamente omnipresente” en todas ellas, constituirían una manifestación del alto grado de romanización alcanzado.

Así pues, en los usos de explotación del llamado sistema de la *villa* y en el modo de vida de los romanos era fundamental disponer de agua en abundancia, de ahí el desarrollo adquirido por sus trabajos hidráulicos, que evidencian un avanzado sentido del aprovechamiento de este limitado y preciado bien.

Una dificultad de primer orden es la parquedad de noticias proporcionadas por las fuentes escritas sobre la gestión y el uso de los recursos hídricos en Hispania, pero podemos imaginar que fue uno de los primeros problemas que los romanos se plantearon a la hora de elegir el lugar idóneo para la implantación de cualquier tipo de hábitat, por esa razón seleccionaron cuidadosamente el paraje donde se iba a edificar éste, un fértil valle que, además de tener buenas tierras para el cultivo, contaba con un suministro acuífero. Según aconseja Varrón (*rust.* I, 11,2), la traída de agua debía ser una labor previa a la construcción de cualquier *villa*. La de Puente de la Olmilla se adecúa a otra de las directrices de los tratadistas romanos en agronomía: la conveniencia de erigirla en un sitio propicio como es el aterrazamiento de un curso fluvial.

Los agrónomos latinos ponen el mayor énfasis en resaltar que la productividad de un terreno rústico depende en buena medida de su contingente de agua y recomiendan que la quinta disponga de un buen depósito o esté localizada cerca de una abundante fuente de agua, un río, etc. (Cato, *agr.* I, 1,3). Columela (*De r.r.* I, 2,3; 5,1-2) hace hincapié en la necesidad primordial de ese elemento para cualquier *villa*, omnipresente en todas ellas, e indica que el agua potable debe ser dirigida mediante cañerías de barro a una cisterna: “debe de haber una fuente que siempre tenga agua, bien nazca dentro de la *villa*, bien se introduzca de fuera..., si no hubiera agua corriente se construirán cisternas para los hombres, charcas para los ganados (...)”, apostillando a continuación: “mas para templar los calores del estío y hacer que un sitio sea ameno contribuyen muchísimo los arroyos” (Colum., *De r.r.* I, 5,4).

Considerando la dureza de la sequía estival en este territorio, caracterizado por la extremosidad climática y las escasas precipitaciones, es factible que Puente de la Olmilla estuviera provista de algún receptáculo de almacenamiento de las aguas pluviales, ya que los vecinos arroyos eventualmente serían víctimas del estiaje, provocando un bajo caudal y dejando de surtir temporalmente a la *villa*, en mayor o menor medida. Recoger y conservar el agua de lluvia sería vital entonces, como aportación suplementaria, sobre todo durante el verano, y seguramente sus habitantes no desaprovecharían esa posibilidad.

Las piscinas de los patios, que servían de depósito del agua de distribución en los jardines, y los colectores de agua aparecidos en numerosas *villae* son un ejemplo de la diversidad de estructuras construidas por los romanos para recuperar y administrar este recurso.

En contextos rurales se han conservado algunas cisternas, como la de la *villa* de Bruñel (Quesada, Jaén) o la de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), que fue objeto de algunas modificaciones durante su tercera fase de ocupación (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 28). En la *villa* de Arellano (Navarra), donde los dos arroyos cercanos tienen carácter estacional (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 62), aún se puede contemplar hoy día su aljibe desde el peristilo. En Los Villares de Santervás del Burgo había varios depósitos (ORTEGO, 1955, 193), como los que flanqueaban la trícara de Quinta das Longas (Elvas) u otro adosado al salón con exedra pentagonal de Almenara de Adaja (REGUERAS,

2013, 46). La presencia de cisternas subterráneas está documentada en muchos complejos rústicos, como el de *Fortunatus* o el de Gárgoles (Guadalajara), situadas en sus respectivos peristilos, y otras fueron excavadas en la roca, como sucedió en los de San Cucufate, El Vilarenc, Els Munts... Este último contaba, además, con un depósito para la recogida de agua de lluvia (NONELL, 1976, 703-732; GARCÍA-ENTERO, 2005, 855-856). Por mera lógica, cabe pensar, al menos a nivel teórico, que ambos sistemas se combinarían en Puente de la Olmilla, pese a que por ahora no disponemos de constatación material, como ha quedado dicho en anteriores ocasiones.

Es imposible calcular el volumen del caudal de líquido que suponemos fue conducido desde los arroyos próximos hasta esta *villa*, pero debió de ser considerable para alimentar la red de captación de aguas desplegada en la misma, con el fin de hacer posible el aprovechamiento de esas corrientes y así proporcionar el agua suficiente para el funcionamiento de la casa. En cuanto al regadío del *ager*, únicamente podemos sospechar que, al menos una porción del mismo, quizás también pudiera surtirse de ellas mediante una más amplia instalación hidráulica, extremo difícil de confirmar en el estado actual de las investigaciones (hasta la fecha, insistimos, tan sólo ha sido parcialmente descubierta). El agua para el riego de parte de la finca pudo ser encauzada mediante canales de obra, tal vez realizados con material latericio o con *imbrices*, que han aparecido en abundancia desperdigados por los alrededores. La canalización de agua, utilizando lajas de piedra, ladrillos o tejas, está bien atestiguada en numerosos enclaves romanos, como el *vicus* de *Bedriacum* (PASSI, 1996, 65 y 71, fig. 32) o la *villa* cordobesa de El Ruedo (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 26-28, 37), donde una gran cisterna, ya citada, serviría al riego, o bien se recurrió a otros sistemas de irrigación, tales como pozos. Se han encontrado varios junto a algunas *villae*, p. ej., en un complejo de transformación agraria muy tardío, próximo a la del barrio de Sta. María, de Alcázar de San Juan (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 246, fig. 2), en la de Pedrosa de la Vega (Palencia), en la soriana de Los Quintanares (ORTEGO, 1976, 362), en la de Monroy (Cáceres), donde, asimismo, se excavó una fuente, en la de Arellano (Navarra), donde hay un pozo artesiano y una presa al Oeste (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 60), en la de Almenara de Adaja (Valladolid), además de un pequeño depósito adosado a una sala practicable

desde el patio, dejando aparte algunas perforaciones y sondeos infructuosos para localizar el nivel freático (GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 193, 195-196; REGUERAS, 2013, 46), o en los patios de otras, como en la de El Hinojal (Las Tiendas, Mérida), situada cerca de un embalse, “capaz de suministrar agua tanto a los regadíos de los campos como a las viviendas” (BLANCO, 1978b, 49), en la de Fraga (Huesca), con un gran jardín, una piscina y varios pozos (BLÁZQUEZ, 2001, 29), etc. En La Olmeda había, al menos, una docena de pozos (REGUERAS, 2013, 46). En la *villa* de Santa Cruz (Baños de Valdearados, Burgos) había una importante red de abastecimiento, almacenaje y evacuación del agua, articulada en función de un pozo desde el que se distribuía ésta a través de varias galerías radiadas, discurriendo bajo el suelo de la vivienda (PASCUAL y BOROBIO, 2000, 354; REGUERAS, 2013, 45-46). Esas canalizaciones se comunicaban con la superficie mediante pozos verticales y también aportaban agua a dos colectores localizados cerca del *oecus*. Al no haber comprobación arqueológica suficiente en la de Puente de la Olmilla, formulamos esta hipótesis de trabajo como una posibilidad a tener en cuenta.

En otro yacimiento rural del término municipal de Alcázar de San Juan se ha exhumado una estructura turriforme relacionada con un pozo, que ha sido interpretada por sus excavadores como un posible fortín o “casa-torre”, respondiendo con toda probabilidad su construcción al interés en controlar uno de los pocos puntos de aprovisionamiento de agua en estas tierras manchegas (MORÍN DE PABLOS, J. *et alii*, 2010, 287, 299, 320).

Los pozos están representados en la *musivaria romana*, por poner algún ejemplo a modo ilustrativo, podemos verlos en el pavimento itálico de Oderzo (BERTACCHI, 1983, 65-73, láms. XLVI, CCXXXI; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 197; 2010, 240, fig. 6) o en uno tunecino, el de la Casa de los *Laberii* en Oudna (DUNBABIN, 1978, 51, 112-114, 265, lám. XXXIX, 101; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 672, lám. I, 2).

Evidentemente, el agua tendría un papel determinante en la explotación de algunos de los extensos campos de labor que entonces, como ahora, rodeaban la *villa* objeto de nuestro estudio y, en consecuencia, parece razonable pensar que se hubiera realizado algún trabajo hidráulico relacionado con esta cuestión.

Tradicionalmente las tierras de Albaladejo se han dedicado a cultivos de secano. El cultivo cerealístico y oleícola ha continuado activo hasta nuestros días, complementado por el regadío, cuyo aporte de agua se consigue a base de pozos, dando cosechas de patatas, maíz y diversos productos de huerta. Es de subrayar que en época tardorromana las *villae* como ésta de Puente de la Olmilla, donde primaría la autosuficiencia, aparte de procurar garantizarse la provisión de grano, aceite y vino mediante la producción obtenida en la finca, generalmente se surtían de productos hortícolas y frutales propios, que requerirían ser regados con cierta frecuencia. Con todo, el regadío probablemente debió de ocupar aquí un lugar secundario dentro de los cultivos existentes, debido a ciertos condicionantes (el tipo de suelo, los recursos hídricos...).

A. Schulten (1963, II, 118-120, 166) puntualiza que no sólo en el África romana han aparecido abundantes instalaciones hidráulicas cuya función era aprovechar y distribuir las aguas pluviales caídas, sino que seguramente en Hispania, por su clima cálido, existirían obras similares. De hecho, insiste reiteradamente en que una de las principales características de la Meseta, el Sur y el Este de la Península Ibérica es la pobreza de precipitaciones, hasta el punto de poder aplicárseles lo que Salustio (*Iug.* 17) dice sobre África: “*coelo terraque penuria aquarum*” y Mela (*De Ch.* II, 86) expresa respecto a Hispania: “*ob penuriam aquarum*”. Por ese motivo, reflexiona A. Schulten, tanto antaño como en época contemporánea era y es preciso recurrir frecuentemente a riegos artificiales en la Península, excepto después del deshielo, cuando se producen “las temibles inundaciones primaverales”, ya que en “Castilla la Nueva la mayor parte [de las precipitaciones] se dan en primavera y otoño. En especial la Mancha es una estepa árida y polvorienta. (...) Pero también se dice en una inscripción de la calzada que iba de Cástulo a Sisapo (Almadén) a través de Sierra Morena, que esta vía se había hecho impracticable a causa de las lluvias constantes (*CIL* II, 3270). Esto sólo podía suceder en primavera u otoño” (SCHULTEN, 1963, II, 179).

Aunque las condiciones medioambientales de aridez del África septentrional sean más extremas que las de la Península Ibérica, no por ello esta idea parece ir desencaminada.

J.-P. Gorges (1979, 75) sigue esa misma línea argumental al esgrimir que la irrigación es necesaria en casi toda la mitad meridional de la Península, existiendo numerosos vestigios de trabajos hidráulicos romanos, verdaderos “acueductos rurales a lo largo de muchos kilómetros” y canales de riego, por eso las *villae* hispanas debían implantarse cerca de puntos de agua suficientemente abundantes, incluso en lo más fuerte de la canícula de la estación seca. La presencia del agua en ellas podía tener distintas formas, como los ya mencionados pozos (con o sin norias), torrentes, fuentes, etc. Contemplando aspectos tanto prácticos como psicológicos, J.-P. Gorges percibe una contraposición entre los propietarios itálicos -cuyo gusto por el mar y la abundancia de agua es conocido, lo que les indujo a construir sus *villae* en el litoral mediterráneo y en las orillas de los grandes ríos, donde podían contar con un volumen importante de agua, al servicio también del buen funcionamiento de las termas- y los propietarios indígenas, romanizados, pero, a su criterio, de una mentalidad más “del terreno”, con un horizonte “más estrecho”, quienes serían los que, por lo general, tenían sus haciendas a lo largo de modestos riachuelos o cerca de cualquier curso de agua, sin que ello implique forzosamente una gradación en la categoría de esos asentamientos.

P.J. Lacort (1989, 384-385, 390-394) descubrió numerosos canales subterráneos de mampostería asociados a la explotación agrícola de la campiña cordobesa en época romana, y no alberga ninguna duda de que la finalidad de la mayoría de los depósitos encontrados era el regadío, pero sostiene que dicho regadío no era una condición indispensable para el desarrollo de la agricultura en el Sur peninsular, como sí lo fue en el Norte de África. Asimismo, nos da a conocer que uno de esos depósitos, el del Cortijo del Donadío, era una cisterna cubierta, con un vano en la parte superior por el que se llenaría de agua de lluvia, para el consumo humano, en tanto que el agua de riego se obtendría de un río cercano. A propósito de este dato, conviene recordar que Columela (*De r.r.* I, 5,2) ensalzaba las bondades del agua de lluvia para la salud. Otros canales de conducción sirvieron para regar las tierras cultivables de la *villa* tardorromana de Paulenca, en Guadix (SANTERO, 1975, 233).

En otro orden de cosas, la musivaria nos sirve de base para completar esta perspectiva, al dibujar vívidamente diversas estampas de un mundo en

contacto con la naturaleza, en el que el agua está muy presente (ACUÑA, 1974, 24-27; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2008, 2547-2568; MOURÃO, 2011, 343-352). Un amplio elenco de seres mitológicos y figuras alegóricas del medio acuático aparece representado en los mosaicos hispanorromanos y de otras provincias del Imperio. Suelen tener “un significado especial por el valor profiláctico del agua como generadora de fertilidad y prosperidad”(SAN NICOLÁS, 2004-2005, 302; 2006, 475-484). En un pavimento musivo del siglo IV descubierto en Mérida, *Opora* es la personificación alegórica de una fuente: un río emana de un *kantharos*, con cuya agua se riega la propiedad, favoreciendo la proliferación de una exuberante vida vegetal y animal. De este modo se recalca la prosperidad y abundancia que el agua lleva aparejadas. A juicio de G. López Monteagudo (2010, 237-241, figs. 1-4), un cesto con frutos simboliza ese mismo concepto, al igual que la guirnalda de flores (cfr. LÓPEZ MONTEAGUDO, 2005-2006, 347-364; 2006-2007, 188, 192-194, 196; 2012b, 684). Encierran un mensaje de resurgimiento y renovación del ciclo anual. Todo el cuadro en sí, salpicado de plantas arbustivas, rebaños de bóvidos y équidos pastando en las orillas de un torrente..., nos brinda una imagen de carácter realista -pese a ser un tanto idílica- de la existencia cotidiana en el medio rural, asociada a las *villae*. Muy similar es el panorama plasmado en el mosaico itálico de Oderzo (BERTACCHI, 1983, 65-73, láms. XLVI y CCXXXI; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 197; 2010, 240, fig. 6), con una bucólica escena campestre donde hay una *villa* amurallada, ovejas pastando, *venationes*, etc., al igual que en varios mosaicos norteafricanos y orientales (recopilados por LÓPEZ MONTEAGUDO, 2010, 240, nota 16), reflejando todos ellos “la realidad social del momento (...), de su riqueza agrícola y ganadera (...) y siempre con el agua como factor determinante de esa riqueza”.

En páginas anteriores revisamos algunos ejemplares musivos con representaciones realistas o esquemáticas de espacios ajardinados, rebosantes de plantas, flores y árboles frutales (*vid. supra* capítulo XIV.3, pp. 434-441), ahora nos centraremos específicamente en algunos que contienen alusiones al agua en esas zonas verdes, evocadas a través de diversos elementos como veneras, cráteras de las que brotan ramas o agua, cruces de *scuta*, líneas de posta, aves, peces, delfines y otras especies de fauna acuática. Como bien ha señalado G. López Monteagudo (2012a, 104-105), era

un modo de introducir la naturaleza en *oeci*, *triclinia* y dependencias termales de las *villae*. Así, los suelos de varias estancias de La Olmeda están tapizados con mosaicos cuya temática ornamental recrea “un simulacro de jardín, un deseo de prolongar el vergel externo (...), el verdor se adentra en el salón en donde los reunidos disfrutaban de esta forma en los fríos inviernos del gozo del jardín, (...) escuchando los cantos de los pájaros, deleitándose con el murmullo del agua de las fuentes (...), aspirando el aroma de las flores”.

El mosaico B de la *villa* de Rienda (Artieda de Aragón) está cubierto con cruces de *scuta* confeccionadas mediante guirnaldas de laurel que delimitan cestos de flores; a su vez, en el mosaico A puede verse una fuente de surtidor, peces y otra cesta similar (OSSET, 1965, 97-106; 1967, 123, fig. 4; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 32-33, n.º 21), además, en este yacimiento hay otros pavimentos en *opus tessellatum* decorados con un repertorio de estilizaciones florales, cráteras, etc. Algunos mosaicos de la *villa* de Arróniz (Navarra), como el del nacimiento o el de la despedida de Attis, exhiben variados motivos florales y exuberantes orlas que recuerdan una frondosa vegetación, figuras de delfines y peces... (MEZQUÍRIZ, 2003, 228, 231, 236-238; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012a, 102-103, que ofrece paralelismos de composiciones con cruces de *scuta*, como un pavimento musivo de las termas de Quintanilla de la Cueva, otro de Córdoba, algunos itálicos, norteafricanos, orientales, etc.).

Un ejemplar de la *villa* de la Estación, en Antequera, cuya cronología corresponde a las postrimerías del siglo III o principios del IV (MAÑAS y VARGAS, 2007, 315-338, fig. 5), ostenta cruces de *scuta*, al igual que el del peristilo de la Casa de las Columnas, en la plaza de la Encarnación (Sevilla), adscrito a los siglos IV-V (HIDALGO, 2008, 322-324, fig. 348), el de las nereidas del *balneum* de una *domus* astigitana y el mosaico de circo hallado en las inmediaciones del foro de Écija, con cruces de *scuta* en una de sus cenefas perimetrales (LÓPEZ MONTEAGUDO, VARGAS, BRAVO, HUECAS y SUÁREZ, 2010, 247-288).

Guirnaldas vegetales se reproducen, p. ej., en mosaicos de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), datados en el siglo IV d.C. (SAN VALERO, 1956, 195-199; 1957, 215-218; BLÁZQUEZ, CMRE V, 1982c, 24-25, láms. 5 y 44, n.º 16), también en lienzos musivos de la *villa* toledana de Relves (FERNÁNDEZ

CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, figs. 35 y 39), de la navarra de El Ramalete (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 62-63, fig. 9, lám. 55, n.º 43; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2006-2007, 194), de la de El Hinojal (Mérida), de análoga cronología (BLANCO, 1978b, 51-52, fig. 5, n.º 64), asimismo, del siglo IV son los de la *villa* leonesa de Quintana del Marco (BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, MAÑANES y FERNÁNDEZ OCHOA, *CMRE* X, 1993, lám. 13, n.º 22-23), de la vallisoletana de Almenara de Adaja (MAÑANES y NEIRA, *CMRE* XI, 1998, láms. 6-7, n.º 6; lám. 8, n.º 7; lám. 11, n.º 15) o los de El Romeral (Albesa, Lérida), del último cuarto de esa misma centuria (BLÁZQUEZ, LÓPEZ MONTEAGUDO, NEIRA y SAN NICOLÁS, *CMRE* VIII, 1989a, 16-18, láms. 1-3, 5, 21-22, n.º 4 y 9). Algunas de esas guirnaldas muestran ciertas particularidades. Es el caso de los fragmentos musivos alcazareños donde aparecen unos cuernos vegetales ceñidos en su parte más ancha por un aro o zarcillo, mientras que en el borde de los roleos de acanto hay líneas paralelas algo curvadas que acaban en un apéndice perpendicular, indicando de ese modo el movimiento de las plantas (figs. 28-29 y 446-447, *vid. supra* capítulo VI.2), similar a la temática utilizada para emular el fluir de las aguas por parte de la *officina* artífice de numerosos mosaicos del área noroccidental de la Península (ACUÑA, 1974, 24-27). Recuerda a un motivo floral empleado en dos tapices de La Olmeda y en otro de Cabezón de Pisuerga (Valladolid), fechado en la segunda mitad del siglo IV d.C. (TORRES CARRO, 1988, 187-188; MAÑANES y NEIRA, *CMRE* XI, 1998, láms. 14-15, n.º 17), con esquematizaciones de hojas de acanto bordeando cuadrados de lados curvos, de apariencia muy próxima a las de algunos mosaicos de Alcázar (BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, fig. 15, láms. 7-8, n.º 17), incluido el inédito que denominamos A (*vid. supra* capítulos VI.2 y VII.2).



Figs. 446-447. Detalles vegetales y florales de los mosaicos de Alcázar de San Juan. Foto: PMC.

Son numerosos los mosaicos romanos en los que el agua y los paisajes agrarios adquieren protagonismo, recreando con frecuencia el ambiente de las *villae*.

En un mosaico de Utica (la antigua ciudad romana de *Uthina*, en Túnez), fechado en el siglo III d.C., se representa el agro en torno a una *villa rustica*, con plantaciones de olivos y vides, y una torre cuadrada de cuya parte inferior frontal sale agua a través de una abertura semicircular. Entre las diversas interpretaciones de la misma, cabe la posibilidad de que sea una fuente o un molino de agua (FRADIER, 1986, 56-57) e incluso, más probablemente, “una torre de distribución del agua para la irrigación de los campos (*castellum aquae*)” (LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 255-256), como las citadas en un epígrafe de Lamasba (*CIL* VIII, 18587; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1997b, 463, lám. 20; 2007, 480-482, fig. 90; 2012b, 676-678, lám. II), confirmando el comentario de Plinio (*NH* XVII, 51, 22) sobre el magnífico sistema utilizado para regar los olivares de Tacape, en el Norte de África.

La extensa iconografía de estas y otras producciones musivas debió de inspirarse en la vida diaria del mundo rural romano. Confrontada con diversos

restos que la arqueología ha sacado a la luz, nos ayuda a visualizar diferentes facetas del agua como elemento vital. Así, en la *villa* de Los Quintanares (Soria), cerca del canal de entrada del agua captada en el río Sequillo, se encontró una importante obra de conducción hasta un molino hidráulico. Este asentamiento contaba con unas condiciones geográficas propicias, al dominar la cabecera de una vega, y tenía posibilidades de riego (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 13-16) e inclusive un pozo (ORTEGO, 1976, 362; GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 202).

J.M. Blázquez (1977, 160) nos transmite algunas noticias sobre la existencia de regadíos en la Hispania romana, aun siendo escasas las menciones recogidas en la legislación y los textos epigráficos. En su opinión, el método no debía de ser muy diferente al descrito por P. Romanelli (1970, 259-260) para el Norte de África, donde se construían cisternas para almacenar el agua de lluvia, se abrían pozos, se encauzaban las aguas y había depósitos de reserva, utilizados para regar las tierras de labor. A su entender, “todo el sistema de regadío árabe es la continuación del romano, heredado posiblemente del cartaginés, que a su vez lo perfeccionaron con las técnicas tomadas del Egipto Ptolemaico” (BLÁZQUEZ, 1977, 161). Asimismo, supone que los colonos itálicos introdujeron un determinado sistema de cultivo en Hispania a finales de la República, dando lugar a una “economía nueva”, esto es, la modalidad de plantar productos alimenticios en espacios ajardinados de ciudades y residencias campestres, que J.M. Blázquez (2001, 22) considera fue igualmente “copiada por Roma del Mundo Helenístico, en donde ya se remontaba al Egipto de los Ptolomeos”. Tampoco debemos olvidar la afición a los jardines y el desarrollo de la agricultura que existió en Oriente, p. ej., en la antigua Persia y Babilonia, donde el agua era controlada con absoluta maestría.

Por poner algunos ejemplos, en la *villa* de Santervás del Burgo (Soria) hubo posiblemente un *hortus* entre las instalaciones de la *pars fructuaria* y el río (GORGES, 1979, 404). La de Daragoleja (Granada) estaba situada en un área regable, la *villa* de Parets Delgades (Tarragona) se hallaba entre feraces predios, donde el agua aflora con facilidad, la de Ocata (Barcelona) estaba enclavada en una zona que reunía óptimas condiciones, con abundante agua

para el riego, y la de la Vega Baja de Toledo fue erigida en tierras de regadío, como su propio nombre indica (SERRA RÁFOLS, 1947, 455-456).

Algunos ámbitos rurales de Hispania experimentaron grandes cambios mediante labores hidráulicas probablemente vinculadas a una colonización agrícola sistemática, p. ej., en las provincias de Toledo (OREJAS, 1989, 45, 48; DE LA VEGA, 2000, 97-98) y Córdoba (LACORT, 1989, 361-404), colindantes con la que es objeto de nuestra atención.

Al respecto, viene al caso la reseña de J.C. Serra Ráfols (1947, 460, 463) sobre la existencia de numerosas conducciones romanas de cerámica, piedra o plomo dispersas por toda la vega de Sevilla, relacionadas con su explotación agrícola y la implantación rural. De hecho, en toda la Bética hay abundantes rastros de diversos sistemas de aprovisionamiento destinados a *villae*; en concreto, la investigación de la ingeniería rural hidráulica ha puesto de relieve la gran “importancia que el regadío debió tener en el desarrollo agrícola” de zonas como la campiña cordobesa (RODRÍGUEZ NEILA, 1988, 225), donde subsisten numerosos restos de infraestructuras hidráulicas, tal como P.J. Lacort (1989, 361-404) ha dejado patente mediante las prospecciones anteriormente citadas, o las del entorno de la colonia emeritense (FERNÁNDEZ CASADO, 1983, 325, 443). A. Balil (1971, II, 45) ha indagado sobre este tipo de obras, que se emplearon para el regadío en núcleos rurales o para el abastecimiento de fincas en la *Tarraconensis* y en otras regiones del Imperio. M.A. Mezquíriz (1979, 139-147), en su estudio del acueducto de Alcanadre-Lodosa, sugiere que el agua sobrante era aprovechada para riego. Igualmente, podemos traer a colación el trabajo de M. Ponsich (1974) sobre los asentamientos agrícolas en el valle del Guadalquivir o los de Collantes de Terán (1951, I, 165), L. Abad Casal (1975, 105-106) y J.C. Serra Ráfols (1956, 911-927). Este último trata del cultivo de regadío (a propósito de la agricultura de regadío durante la Antigüedad Tardía en el Sur de la Península Ibérica, cfr. VENTURA, 1989, 405-418).

Merece ser destacada la gran obra hidráulica de la *villa* de Las Tomas (Badajoz), destinada a un uso doméstico y, sobre todo, a la irrigación de una gran extensión de tierra dedicada al cultivo intensivo, posiblemente hortícola, “que hoy día vuelve a ser de secano” (SERRA RÁFOLS, 1947, 463). Asimismo, en Baja (el Alentejo), la antigua *Pax Iulia*, hay vestigios de *villae*, *vici*,

estanques y canalizaciones de funcionalidad agrícola, que revelan un “conocimiento perfecto de la calidad del suelo y el consiguiente aprovechamiento de los terrenos más aptos para el cultivo” (VIANA, 1946, 99). Es más, Serra Ráfols (1947, 463-464) hace referencia a trabajos hidráulicos hispanorromanos que permitirían regar un buen número de hectáreas, como los constatados en el yacimiento de El Albercón (Badajoz), en las orillas del Guadiana. Por su parte, P.J. Lacort (1989, 379, 393-394) está convencido de que algunos *fundi* cordobeses se explotaron de cara a su comercialización, proporcionando grandes ganancias a sus dueños. Ahora bien, cabe preguntarse qué cultivaban y si había productos de regadío en esos circuitos comerciales (frutas, hortalizas, flores, etc.). P.J. Lacort (1989, 396) afirma que la horticultura era intensa en la Bética y Levante, a tenor de la documentación arqueológica, mas reconoce la dificultad de averiguar su valor económico real. J.M. Blázquez (2001, 21-24) nos ofrece algunos interesantes datos sobre las plantaciones de legumbres, hortalizas, olivo, vid, forraje para el ganado... en las haciendas hispanas del Bajo Imperio (entre ellas, cita la de Alcázar de San Juan, precisamente en nuestra zona de estudio). Basándose en algunas fuentes clásicas (Catón y Plinio), dicho autor describe los productos sembrados en las zonas ajardinadas de las *villae*, hecho atestiguado desde el siglo II a.C. en la propia Roma, donde había plantaciones de legumbres entre la vegetación. De este modo se proveían tanto la familia de los *domini* como su personal de servicio.

Algunas áreas geográficas como la Laietania eran importantes productoras de vino, que se exportaba en grandes cantidades al Sur de la Galia y Roma, como explica J.M. Solías al analizar las actividades económicas de la *villa* de Sta. María de Sales (Viladecans), en activo hasta el siglo III d.C. (SOLIAS, 1985, 120-121).

Pese a que la agricultura de secano era el sistema dominante en buena parte del territorio peninsular durante el periodo romano, existen elocuentes testimonios que acreditan el regadío de la vid (SÁEZ, 1987, 33). Columela (*De r.r.* V, 12) habla de cierto tipo de vides de la Bética (*capitatae*) que se regaban. También Justino, en su epítome a Trogo Pompeyo (XLIV, 1,7), diserta sobre algunos ríos hispanos que se utilizaban para regar viñedos. Por último, Plinio (*NH* XVII, 248) relata que la vendimia se realizaba en Hispania en un suelo

encharcado de agua de riego, pero es poco probable que estas observaciones puedan aplicarse al ámbito geográfico que nos ocupa. Lo que sí podríamos relacionar con éste es un pasaje de Apiano (*Ib.* 64) relativo a la existencia de olivares en la Meseta inferior.

J.C. Serra Ráfols (1947, 452-456) centra su interés en los textos clásicos, pues “nos dan un conocimiento general sobre lo que era la agricultura hispana”, consignando la recopilación de muchos de ellos previamente realizada por A. Schulten.

Efectivamente, A. Schulten (1963, II, 180) rastrea las fuentes literarias y epigráficas buscando indicios de la agricultura practicada en Hispania durante la Antigüedad romana y argumenta que ya en esa etapa histórica “la Cordillera Carpetvetónica formaba una frontera climática muy precisa entre Castilla la Nueva y Castilla la Vieja”, asimismo, valora con ciertas reservas una cita de Apiano (*Ib.* 64) donde se califica de “afortunado” al territorio de Carpetania, que él identifica con Castilla la Nueva, relativizando esa apreciación del historiador griego, sólo aceptable, a juicio del investigador alemán, si se compara con la crudeza climatológica de Castilla la Vieja: “Después de las guerras en la Meseta celtibérica los ejércitos romanos inveraban en Andalucía o Castilla la Nueva. Tenemos testimonio de esto para Castilla la Nueva en el año 135 (Apiano, *Ib.* 83)”. Del mismo modo, matiza otra descripción de Hispania con rasgos ideales genéricos, alusivos a su fertilidad, mayor que la de “África y Galia” (...). No está desecada como África por un sol ardiente, ni asolada por vientos continuos como las Galias, sino que goza de una posición intermedia con calores medidos y lluvias oportunas y benéficas, así que es rica en toda clase de frutos. (...) Aquí las corrientes de agua no son torrenciales y rápidas, de forma que produzcan daños, sino suaves y apropiadas para el riego de las vides y los campos... La salubridad del clima es igual en toda España” (*Iust.* 44, 1). A. Schulten (1963, II, 182-184) asume que estos elogios se refieren únicamente al Suroeste peninsular, pues la Meseta posee “un clima extremado con bruscos cambios de calor y frío”, al pertenecer a una de las tres zonas climáticas de Iberia diferenciadas por Estrabón en su *Geografía* (III, 2,3), concretamente, la que “se compone de montañas, bosques y llanuras de suelo pobre con poca agua. (...) También el *Panegírico de Teodosio* (cap. IV) alaba el clima medido de la Península”.

Es obvia la conexión de la problemática del agua con el mundo agrario romano, tema este último extensamente tratado en obras ya clásicas (ROSTOVITZ, 1926, con una copiosa bibliografía). Por su parte, M. Torres (1935, 287-519) elaboró un amplio estudio agrario del mundo romano (incluida una serie de precisiones sobre el agua), aunque fundamentalmente desde el punto de vista del Derecho.

AGUA UTILITARIA Y ORNAMENTAL

El agua desempeñaba un papel privilegiado en toda la extensión del Imperio, no sólo como elemento vital, sino por su relación con prácticas de higiene, recreativas, etc. Tenemos noticias de su uso con las más diversas finalidades, pues en la cultura romana no poseía únicamente un carácter o valor funcional, sino que, por el efecto estético de los juegos de aguas, de una plástica perecedera, también servía para crear artificios ornamentales y espectáculos, tan del gusto de los romanos, alimentando fontanas o ninfeos monumentales, que adornaban con frecuencia los jardines, entre otros, los de numerosas *villae* (BALIL, 1977, 77-89; LOZA, 1994, 263-283; MALISSARD, 1996, 73-100, 138-139; BLÁZQUEZ, 2001, 28, 34-35), o formando parte de la escenografía y decoración de algunos teatros, que en el lateral posterior de la escena solían tener un peristilo ajardinado (teatros como, p. ej., el de Mérida, donde había una fuente de la que se conserva una pieza de mármol en el MNAR, cfr. MOSQUERA y NOGALES, 1999, 98-103).

A. Malissard vincula el agua ornamental a la civilización romana, como señal de lujo, refinamiento y progreso. Es más, atribuye a los brocales de las cisternas domésticas una presencia simbólica, indicativa del carácter precioso e incluso sagrado del agua. Evoca el pequeño *viridarium* de la Casa de los *Vetii*, donde todavía se pueden ver tuberías de plomo destinadas al riego de plantas y árboles. Por influjo de los cambios culturales y de las modas, “el huertecillo, que antaño se extendía detrás de un sombrío atrio (...), no era ya más que un vago recuerdo; los nuevos jardines, aunque heredados de una larga y antigua tradición, se beneficiaban a su vez de la abundancia propia de la época” (MALISSARD, 1996, 77-78), donde el agua servía también para organizarlos, embellecerlos y darles exuberancia, rivalizando para ello los

jardineros con los arquitectos. Se acondicionaba así espacios verdes y paseos en el centro de las mansiones o alrededor de ellas. Al ofrecernos una idílica imagen del esplendor de sus jardines, Plinio el Joven (*Epist.* V, 6, 40) menciona “arroyuelos conducidos por tuberías” (“*inducti fistulis rivi*”) y Marcial (*Epigr.* XII, 31,2) comenta que los suyos son refrescados por una corriente de agua fertilizante, “un río canalizado” (“*flumen ductile*”).

En el gran patio bordeado por un peristilo de la llamada Casa de los juegos de agua, de *Conimbriga*, había más de cuatrocientos surtidores y un estanque central, comunicado con las letrinas mediante un canalillo de evacuación, que se limpiaban al vaciar la piscina (BLÁZQUEZ, 2001, 34). Al igual que la *villa* de Albaladejo, tenía un vergel en el interior de su peristilo. Lo mismo sucedía en muchas otras *villae*, como la de El Saucedo (Talavera la Nueva, Toledo), donde se ha constatado la existencia de un peristilo-jardín. En éste, el componente central es una fuente ornamental (CASTELO *et alii*, 2006, 176; acerca de otra fuente o estanque, con un desagüe, perteneciente a un patio u otro espacio abierto, cfr. BENDALA *et alii*, 1998, 301-302). En el patio del edificio octogonal de Valdetorres hay un canalillo de desagüe del *impluvium*, pero no parece ser de alimentación, ni habría una fuente. En el *triclinium* de la *villa* de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), el agua era un elemento de enorme importancia y se buscó dar a los comensales una efectista impresión de estar junto a un riachuelo o “una pequeña isla (...), que, de alguna manera, se sumaría a esos conceptos de *paesaggio culturale* y *giardino mitologico* que tan característicos fueron de algunos de estos ambientes”, siguiendo modelos enraizados en el espíritu cultural grecohelenístico, vigente en las clases altas de la sociedad tardorromana (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 71, lám. 22, A). En otro *triclinium*, el del área del ninfeo de la *villa* de Rabaçal (Penela, Portugal), estaba presente el agua, que llegaba a través de cinco canales en *opus signinum* (cuyos orificios de salida estarían en la base de la plataforma del ábside central, donde habría un *stibadium*). Su excavador, M. Pessoa (2011, 783-787) contempla la posibilidad de que el agua cubriera eventualmente el piso, quedando por encima de su nivel el *stibadium*, realizado al estar sobre el *podium* semicircular, de forma similar a como ocurriría en el comedor de la *villa* bajoimperial de Faragola (Ascoli Satriano, Apulia), quizás para refrescar la sala de banquetes cuando las temperaturas fueran muy

elevadas. También recaba algunos ejemplos de *triclinia* con fuentes (“sigma fountains”, sigma, de la letra griega ‘s’). En suma, son numerosos los vestigios arqueológicos de conducciones de agua en las *villae* romanas y en particular en las hispanas (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, figs. 95-96).

En el mosaico de los Peces de la *villa* de la Vega Baja de Toledo, cronológicamente adscrito a comienzos del siglo IV (MÉLIDA, 1923, 19-23; BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 38, láms. 20 y 22, n.º 26; 1994, 1185-1186, láms. XVb-XVI; 2008, 115; 2012, 89-90, figs. 16-17; SAN NICOLÁS, 1998, 901-902, lám. VIII a; CABRERO, 2008, 1266, fig. 1d) están representadas dos *villae*, una de ellas con un ámbito central ajardinado dentro de un peristilo, en cuyo centro se aprecian unas líneas que han sido identificadas como canalizaciones hidráulicas. “Este mosaico constituye un ejemplo *unicum* de la figuración de la irrigación del jardín mediante canales” (SAN NICOLÁS, 1997, 147).

La combinación de reductos arquitectónicos cubiertos con otros a cielo abierto provistos de zonas ajardinadas y de agua sirvieron “para generar un ambiente armónico que convirtió el jardín en el centro de la vivienda y en distribuidor de espacios para los diferentes usos domésticos” (BLÁZQUEZ, 2001, 34), como parece ser el caso del de Puente de la Olmilla.

Esos fragantes vergeles, junto con la decoración tanto pictórica como musiva y la exposición de esculturas -sobre todo mitológicas, muchas de ellas asociadas a aspectos salutíferos del agua- en patios columnados y recintos termale de las *villae*, crearían lugares idílicos, donde alejarse de los problemas cotidianos.

Especial interés reviste la relación entre el *triclinium*, los espacios domésticos de culto y el agua, que ha sido recientemente investigada por M. Pérez Ruiz (2014, 398-409).

Cuando resalta el papel del agua para disfrute y recreo, A. Balil (1977, 87) llama la atención sobre el hecho de que difícilmente se encuentra en la Península Ibérica casas romanas, en especial si son campestres, donde “el agua y su sortilegio no haya sido motivo de goce” gracias a la presencia de fontanas, piletas, etc., con cascadas, surtidores y vertederos, para generar frescor ambiente y contribuir a un sentimiento de sosiego, propiciatorio del *otium*, en contraposición a las inquietudes del devenir diario. Aunque no hay rastro de un estanque o una fuente en el patio de la *villa* de Albaladejo, como

ya observamos al analizar esta unidad arquitectónica (*vid. supra* capítulo XIV.3), uno de los conductos cerámicos pudo aportarle agua y el segundo ramal sería el encargado de evacuar la sobrante a la cloaca o al exterior. Cabe interpretarlo como indicio de la existencia de un *hortus*, al que nos hemos referido tantas veces, pero no prueba si, además, nutría y desaguaba una supuesta fuente ornamental (incluso el hallazgo de algún fragmento de mármol es insuficiente para sustentarlo). Únicamente podemos planteárnoslo como hipótesis, sin desestimar tampoco la posibilidad de que dicho fragmento presumiblemente pudiera ser testimonio de un revestimiento con lajas de mármol en alguna zona puntual, como una acera perimetral... Al hilo de esta cuestión, conviene recordar que en la *villa* toledana de El Saucedo apareció una plaqueta sumidero de mármol blanco, comunicada con una alcantarilla de drenaje, además de un zócalo formado por placas de diverso tipo de este material lapídeo (BENDALA *et alii*, 1998, 304; CASTELO *et alii*, 2006, 185).

Con el fin de proporcionar la humedad necesaria a las plantas de los jardines se solía instalar fuentes, de las que había varios tipos (tres de ellos, representados en diversos mosaicos pavimentales y en pinturas pompeyanas son estudiados por SAN NICOLÁS, 1997, 138-157).

Hay sobrados ejemplos de figuras decorativas u otros elementos escultóricos empleados como adorno en fuentes y depósitos de almacenamiento de agua en el arte romano (BALIL, 1977, 77-89; LOZA, 1994, 263-283; MALISSARD, 1996, 76-100), aunque las fuentes no sólo tenían un carácter ornamental. A. Balil (1974, IV, 6) nos da detalles del *impluvium* porticado de una *domus* de La Alcudia de Elche, con una pila de fuente realizada en argamasa, de la que parte una cloaca con funciones de desagüe, ésta lleva el excedente de agua a un depósito y a una segunda fuente, mientras que un segundo encañado (de plomo) recogía el líquido que hubiera podido verterse entre el *impluvium* y la fuente, evitando así la inundación de los pasillos circundantes. La misión fundamental de ese depósito era regular el consumo y circulación del agua entre *impluvium* y fuente, además de servir para su acopio.

Otras excavaciones arqueológicas han deparado pruebas contundentes de la existencia de jardines, con fontanas, ninfeos o piletas, como los de las *villae* de Los Cinco Caños y las Pizarras, de Coca (Segovia), Saelices el Chico

(Salamanca), La Olmeda (Palencia), Los Casares (Armuña), Cuevas de Soria y Santervás del Burgo (Soria), Soldán (REGUERAS, 2013, 45).

En un mosaico de Saint Remy-la Varenne (Francia), de época bajoimperial, se bosqueja el dibujo de un jardín con un rectángulo que ha sido identificado como el estanque donde se hacía acopio del agua de lluvia con la que se regaba el mismo (SAN NICOLÁS, 1997, 153, fig. 14). En otro procedente del yacimiento arqueológico de Los Cipreses (Jumilla, Murcia), del siglo IV (BLÁZQUEZ, *CMRE IV*, 1982a, 77-78, lám. 36, n.º 84), una arcada que descansa en una columnata recorre el perímetro exterior de la alfombra y el centro del panel presenta unos rectángulos inscritos, con toda probabilidad recreando un *impluvium*.

LA CANALIZACIÓN DEL AGUA

En definitiva, la cuestión del agua, es decir, su captación y conducción a los lugares de hábitat y trabajo, fue una preocupación constante de los romanos, en realidad, una de las principales, de la que se hacen eco desde Catón a Columela y los restantes tratadistas en agronomía, historiadores, geógrafos... y, por supuesto, también lo fue para los arquitectos e ingenieros. Todos ellos buscaron las más variadas e ingeniosas soluciones para resolver los distintos problemas que provocaban su avituallamiento, drenaje, etc. En ocasiones se crearon complicados dispositivos y se ejecutaron obras de diversa envergadura, incluso colosales trabajos hidráulicos (acueductos, caños labrados en la roca, derivación de cauces fluviales...), con el propósito de recuperar el agua disponible (cfr. FERNÁNDEZ CASADO, 1972; sobre su recogida, distribución, evacuación, construcción de acueductos y programas termale, ADAM, 1996, 257-299). Es más, con frecuencia preferían realizar infraestructuras de gran magnitud para conseguir las fuentes de suministro de mejor calidad, antes que abastecerse de otras peores, pese a su cercanía (LACORT, 1991, 365-367). En regiones interiores de mínima pluviosidad, cuando los manantiales no reunían las condiciones requeridas de potabilidad se traía el agua de zonas bastante alejadas de las poblaciones, p. ej., en Toledo construyeron a tal fin una gran presa: el pantano de Alcantarilla (SÁNCHEZ ABAL, 1977, 359-366). Espectaculares obras de ingeniería

hidráulica estaban supeditadas a núcleos urbanos como los de Toledo y Consuegra, pero también llevaron agua a numerosas explotaciones agrícolas y mineras del territorio toledano. M. de la Vega (2000, 98) nos brinda una amplia relación de los testimonios arqueológicos aún conservados allí. En Arellano (Navarra) se hizo un lago artificial casi al pie del conjunto arquitectónico, que aportaba agua a la finca y a la *villa*, además de servir “para la práctica de la pesca y las diversiones acuáticas”. Para lograrlo cerraron con presas las salidas del valle donde estaba enclavada, pues allí confluía el agua de manantiales y riachuelos (MEZQUÍRIZ *et alii*, 1993-1994, 63).

Los lugares donde se necesitaba el agua se alimentaban a base de canalizaciones más o menos complicadas. Se recogía de ríos y manantiales mediante redes hidráulicas, transportándola así hasta los puntos de consumo. Como frecuentemente se debía salvar cierta distancia entre la zona de origen y la de destino, lo solventaron encauzando el líquido en conductos más o menos largos, que se iban ramificando. En Puente de la Olmilla se recurrió a este sistema para solucionar el problema de proveer a las necesidades cotidianas de agua, dado que no plantearía grandes dificultades técnicas a los constructores de esta vivienda rural. Lo que sí debió de tener una mayor complejidad sería la edificación del *balneum*. Por lo general, el elaborado esquema de estos conjuntos termale implicaba una cuidadosa planificación para conseguir su buen funcionamiento. Para reconstruir teóricamente el circuito del agua que abastecía aquí tanto al sector balneario como al resto de la casa hemos de pensar que, desde el pequeño torrente localizado en las proximidades del inmueble (y quizás también desde el de La Comendaora), este elemento hídrico sería tal vez conducido hasta algún gran depósito donde, mediante tracción manual o animal e inclusive utilizando ciertos mecanismos (*vid. infra*), se elevaría el agua hacia las canalizaciones que lo repartirían por las diversas instalaciones de la *pars urbana* y posiblemente también de la *rustica* o por la finca, destinada a las faenas agrícolas... En la musivaria romana se representa algunos aspectos relacionados con el agua, tales como distintos métodos de extracción (desde el más elemental, consistente en la cuerda y el cubo, hasta el uso de la garrucha, la pértiga de balancín, la rueda hidráulica...) e ingenios mecánicos para elevarla y así sacar agua de los pozos (BLÁZQUEZ, 1994, 1179; 2012, 80, fig. 3; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1997b,

453-466). Un ejemplo del uso de la pértiga equilibrada por un contrapeso fijado en uno de sus extremos y un cubo atado con una cuerda en el otro, mediante el que se sacaba el agua, se puede ver en un mosaico de la Casa de los *Laberii* de Oudna (DUNBABIN, 1978, 51, 112-114, 265, lám. XXXIX, 101; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2012b, 672, lám. I, 2). También los autores clásicos hacen alusión a algunos de esos sistemas, como Vitrubio (*De Arch.* X, 9, 21-23), que describe tres tipos de norias. Es sabido que en algunas *villae* se empleó un sistema de norias con ese propósito (GARCÍA-ENTERO, 2005, 870).

J.C. Serra Ráfols (1947, 462-463) pone de manifiesto que los romanos llevaban a cabo esta clase de trabajos con la perfección técnica y los vastos conocimientos que tenían de hidrología, demostrando su gran pericia y el dominio adquirido sobre este recurso, p. ej., en la *villa* de Las Tomas (Badajoz). La mayoría de estas técnicas procedían de Oriente y Grecia, pero la ingeniería romana las perfeccionó, aportando diferentes innovaciones, entre ellas, su aplicación a diversas actividades económicas (industrias artesanales, minería y metalurgia, etc.), lo que supuso un gran progreso tecnológico en estos campos. Así, p. ej., en la *villa* cordobesa de El Ruedo se descubrió un grupo de piletas y canalizaciones hidráulicas relacionadas con algún tipo de industria, quizás un batán, junto al horno de pan, un hogar y un posible horno metalúrgico, conectado con una cloaca de *tegulae*, todo ello perteneciente a su fase más tardía de ocupación (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 94).

Llegaron a controlar todo el proceso relacionado con el agua: la buscaban, la extraían, la encauzaban, la almacenaban cuando era preciso conservarla, la administraban y la distribuían. Aprovechaban el desnivel de la capa freática mediante ingeniosos sistemas de pozos, incluso cuando se trataba de acuíferos profundos. No sólo en las regiones de clima árido los romanos procedieron a excavar pozos para extraer el agua subterránea o drenar las aguas de infiltración (GODET, 1954, 65-72). En algunos mosaicos norteafricanos e itálicos se representa a personajes que, mediante el simple uso de la fuerza (manualmente, empleando animales...), o bien sirviéndose de algunos ingenios mecánicos ya mencionados (polea, pértiga de balancín...), sacan agua de pozos o ríos, enmarcados en el contexto de *villae rusticae* (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1997b, 460-461, figs. 15-16).

Cuando los procedimientos convencionales no bastaban, se recurrió a otros más novedosos (monumentales acueductos, *castella aquarum*, etc.), arbitrándose todo tipo de medios para obtenerla. Su dominio llegó a ser tal que planificaron entramados de conducciones, depósitos, diques y aljibes en enclaves tan desérticos como Petra (Jordania), donde crearon un sofisticado sistema hidráulico para recolectar este bien tan escaso y conseguir el máximo aprovechamiento del mismo. En ciudades como *Thysdrus*, que tenía un acueducto y un amplio sistema hidráulico constituido por canales, torres de agua, numerosos pozos y cisternas, las termas públicas eran de reducidas dimensiones, apenas había *balnea* privados ni fuentes públicas y se reutilizaba las aguas residuales para regar los jardines de las viviendas particulares (SLIM, 1995, 50-65; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2004, 315). Poseían, por tanto, una desarrollada técnica constructiva que les permitía conducir artificialmente el agua inclusive en condiciones geofísicas adversas (como, p. ej., una agreste orografía), superando los problemas geotécnicos de los terrenos por donde aquélla debía discurrir, y eran capaces hasta de desviar los ríos de su cauce natural mediante canales. Todos estos logros fueron fundamentales para garantizar su avituallamiento, dirigiendo a ese objetivo un notable esfuerzo colectivo, pues un pueblo tan emprendedor, pragmático y organizador como el romano no podía limitarse a la idea de esperar a que les llegara espontáneamente este valioso líquido literalmente “llovido del cielo”, por lo que recurrieron a los más diversos medios con ese fin. A un nivel bastante modesto, algunos de estos elementos (concretamente, el procedimiento de acercar el agua a la *villa* mediante canalizaciones) forman parte de la infraestructura básica del asentamiento que estudiamos.

Vitrubio (*De Arch.* VIII, 7) menciona que la conducción de aguas se puede hacer de tres maneras: por zanjias mediante obras de albañilería, con *tubuli* de terracota⁵¹ o con *fistulae* de plomo. Las de bronce eran escasas entre los romanos, no obstante, hay constancia de ellas en algunas lujosas *villae*⁵² y en las fuentes de algunas ciudades, como la de *Castulo* (*CIL* II, 3280). En ocasiones coexistían los dos sistemas de circulación: libre por canal de mampostería (*canalis structilis*) y bajo presión, empleando piezas tubulares de arcilla o de plomo (Vitr., *De Arch.* VIII, 6,1; cfr. DAREMBERG-SAGLIO-POTTIER, 1969, I/C, 1589.II; V, 528). En esta *villa* de Albaladejo únicamente

han aparecido conducciones realizadas con materiales cerámicos constructivos, pero no podemos descartar que hubiera tuberías de plomo, pues su hallazgo en las excavaciones suele ser escaso, al haber sido con frecuencia objeto de un saqueo sistemático desde la Antigüedad “por las posibilidades de reciclaje que ofrecían” (RUIZ y DELGADO, 1991, 52). Ese expolio está atestiguado en numerosos edificios romanos, como las termas de Cercadilla, en Córdoba (HIDALGO, 1996, 198) o la *villa* soriana de Los Quintanares (BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 15), donde se produjeron “viejas extracciones siguiendo las conducciones de agua”.

Dejando al margen el hecho de que las *fistulae plumbeae* tenían más posibilidades de ser sustraídas por el valor de su materia prima (FERNÁNDEZ CASADO, 1983, 299; RUIZ y DELGADO, 1992, 44), la ventaja de los tubos de barro sobre los de plomo es que su fabricación es más barata y son más fáciles de reponer si se deterioran. Asimismo, una idea muy extendida entre los romanos era que los de arcilla conservan mejor la pureza del agua, pues el contacto del plomo la haría insalubre, como asegura Vitrubio (*De Arch.* VIII, 7): “el agua es más sana cuando viene por *tubuli* que transmitida por *fistulae*; la razón está en que el plomo la vicia (...), del plomo nace la cerusa, que es perjudicial para el cuerpo humano”. Según explica Vitrubio (*De Arch.* VIII, 6-11), “si queremos que el gasto sea menor, se procederá como sigue: se harán tubos cerámicos de paredes con un grosor no inferior a los dos dedos; en uno de los extremos los tubos han de tener un rebaje, de forma que puedan entrar y acoplarse unos con otros. Las juntas se han de coger con cal viva apagada con aceite y en los codos que forman los cambios de dirección (...). De este modo, los tubos nivelados en relación con los tramos ascendente y descendente, no se desencajarán; pues suele producirse una fuerte corriente en las conducciones de agua (...) se haga entrar el agua desde la toma con suavidad y poco a poco y en los codos o revueltas se fije bien la conducción con anclajes o con lastre de arena. El resto de la conducción se ha de realizar como con las tuberías de plomo. Además, cuando se da entrada por primera vez al agua desde la toma, previamente se echa ceniza, para que, si alguna junta no está suficientemente cerrada, quede taponada con la ceniza. Las conducciones por tubos cerámicos tienen además estas ventajas: en primer lugar, en el tipo de trabajo, porque si hubiera una avería, cualquiera puede repararla. También

porque el agua que viene por estos tubos es mucho más sana que la que lo hace por tubos de plomo, desde el momento en que por el plomo parece que se contamina, ya que de él sale el albayalde, que se dice que es dañino para las personas. Así, al igual que lo que sale de él es nocivo, no hay duda de que él mismo tampoco es saludable. Podemos poner como ejemplo a los plomeros, que pierden el color del cuerpo y se ponen pálidos. Pues para fundir el plomo hay que insuflar aire y vapor que emana, penetra en los cuerpos y los consume hasta agotar las cualidades de su sangre. Por ello me parece que no se ha de conducir el agua por tuberías de plomo, si queremos que sea de buena calidad. Que cuando viene por tuberías de barro tiene mejor sabor queda de manifiesto a la hora de comer a diario, pues aunque en la mesa se hayan puesto vajillas de plata, todos usan vasos de barro porque no afectan al sabor”. A su vez, Plinio (*NH XXXI*, 57) declara al respecto: “no hay nada mejor que las tuberías de barro”.

Estos pasajes de algunos escritores clásicos nos llevan a esbozar, siquiera brevemente, con unas simples pinceladas ilustrativas, las aplicaciones curativas del agua en el mundo romano, que también estaba asociada a la esfera de lo religioso. A.U. Stylow (1986, 306) alude a varias inscripciones del término municipal de Córdoba en las que se vincula el abastecimiento de agua potable a la salud. A su vez, A. Balil (1977, 78) trae a colación la “pátera de Otañes” (Santander), dedicada a la *Salus Umeritana*, al hablar del significado salutífero de las aguas entre los romanos (además de sus grandes cualidades curativas, les atribuían propiedades fertilizadoras para las mujeres estériles, cfr. SAN NICOLÁS, 2004-2005, 317, nota 72). A. Balil recopila en buena medida la abundante bibliografía entonces existente sobre el culto a las fuentes y manantiales en la Península Ibérica, un tema ampliamente investigado (entre otros, por SCHULTEN, 1963, II, 100-113 y por DÍEZ DE VELASCO, 1988, a cuya bibliografía remitimos), por lo que poco más nos extenderemos sobre el mismo.

A. Canto (1999, 119-128), al estudiar uno de los pavimentos musivos de la *villa* talaverana de El Saucedo, en cuyas cercanías se descubrió un ara dedicada a las Ninfas, concluye que la imagen reproducida en ese mosaico sería la representación de una deidad acuática, curativa y fertilizadora. Otros dioses relacionados con cultos acuáticos y salutíferos son la Fortuna (ALBIACH

et alii, 2009, 421), Asclepio e Higía, que abundan en los aspectos saludables del baño (REGUERAS, 2013, 107, relativo al agua y la salud, el cuidado corporal, la belleza y la imaginería escultórica, donde figuran divinidades como Venus, Eros, Apolo...). Las fuentes eran ensalzadas por una función ritual a la que se asociaban las Ninfas, “pero también se podía encontrar a las Musas y a los dioses ríos, Narciso o Pan” (ADAM, 1996, 259-260).

Desde época republicana se atestigua la presencia en algunos núcleos urbanos de santuarios vinculados a las aguas, también algunos pozos (p. ej., en Pompeya) fueron objeto de veneración y en ocasiones los devotos de algunos cultos se purificaban mediante el baño, como sucedía en las fuentes del Aventino, en Roma. En diversos puntos del Imperio había enclaves cuyo origen estaba relacionado con afloraciones acuáticas y en varios centros religiosos había instalaciones hidráulicas donde se llevaban a cabo ceremonias ligadas a este elemento, junto con terapias termales (ALBIACH *et alii*, 2009, 419-420). El mosaico de Madaba refleja la existencia de fuentes de aguas medicinales en la costa nororiental del Mar Muerto, cuyas aguas eran conducidas a varias piscinas mediante canales, cuyas propiedades curativas eran conocidas desde antiguo, como recoge Flavio Josefo (*bell. lud.* I 33, 5; *ant. lud.* XVII 6, 5; LÓPEZ MONTEAGUDO, 1997b, 453). Los balnearios de aguas medicinales proliferaron por toda la órbita del Imperio (BLÁZQUEZ, 2001, 26). En palabras de J.-P. Adam (1996, 299, nota 110), “es prácticamente seguro que la casi totalidad de las estaciones termales explotadas en la actualidad ya eran frecuentadas en la época romana”.

Retornando al asunto de su avituallamiento, seguidamente examinamos algunas de las prácticas habituales. Cuando el agua servía para el consumo humano, buscando su limpidez procuraban quitarle las impurezas contenidas en suspensión. Una vez depositado el limo u otros residuos, el agua clara e inodora conservaría su gusto natural, señal de su excelencia. Vitrubio (*De Arch.* VIII, 6,15) y Plinio (*NH* XXXVI, 52,173) describieron diversos métodos para purificarla, tales como filtros (*cola*), por mencionar alguno (FORBES, 1964, 177; LEGER, 1875/1979, 669; MALISSARD, 1996, 139-147). Como indicación general, diremos que solía filtrarse al atravesar una arqueta⁵³ y, tras su decantación, entraba limpia en las tuberías, una vez depurada de sedimentos. Asimismo, esos receptáculos tenían la función de regular y organizar la

distribución del agua. Sin obviar que en lugares como la *Neapolis* de *Emporion* había una cisterna con un filtro formado por 23 ánforas tubulares, lo que prueba el uso de otros sistemas depurativos, aparte de las arquetas.

En opinión de A. Beltrán (1975, 1051), las *fistulae* de plomo eran más comunes que las piezas tubulares de arcilla, pero, teniendo en cuenta que no sólo era más fácil hacer una teja o un tubo de cerámica⁵⁴ que uno de plomo, al no requerir su manufactura un operario muy especializado (*quilibet it potest reficere*), sino que también era menos costoso, probablemente los de barro fueron más asequibles y sencillos de conseguir.

Además de los autores latinos, como Vitrubio (*De Arch.* VIII, 7), Frontino (*De aquaed.* XXV) o Plinio (*NH* XXXI, 57), entre otros, que hacen referencia a las cañerías de terracota utilizadas para conducir el agua -al margen de los otros sistemas de acometida⁵⁵ citados previamente-, contamos con numerosos testimonios arqueológicos repartidos por todo el Imperio.

Al decir de varios especialistas, fueron empleadas anteriormente que las de plomo (FORBES, 1964, 153; LACORT, 1989, 384). La invención de tuberías de barro cocido parece remontarse al periodo minoico; también se valieron de ellas en las antiguas civilizaciones del Indo, en Mesopotamia, en Etruria, etc. En territorio peninsular están documentadas desde época ibérica, así, en el poblado prerromano del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba), abandonado a mediados del siglo II a.C., se descubrieron dos cisternas, en una de las cuales había dos tubos de cerámica con los extremos de diferente grosor para poder acoplarlos entre sí y en la otra se halló una cubeta de plomo junto a un conducto de tubos de arcilla (VAQUERIZO, 1990, 285-286 y 288).

Se conservan restos de *tubuli* en infinidad de lugares, entre los que se cuentan, sin entrar en una prolija enumeración, las provincias romanas de Britania, Mesia y Tracia, igualmente, en Macedonia (FERNÁNDEZ CASADO, 1983, 355, 357-363, 373-377), en Éfeso (ADAM, 1984, 276-277), en Antioquía (LEVI, 1947, I, 88, fig. 33), en Ginebra, Limoges y Estrasburgo (MALISSARD, 1996, 199) o, por citar algún ejemplo de la Península Itálica, en Pompeya, en Ostia (ADAM, 1984, 285, 289; PASCOLINI, 1985, 79-81), en *Bedriacum* (PASSI, 1996, 70-72) y, para concluir esta lista rápida, en multitud de yacimientos dentro de nuestras fronteras, como La Loba (Córdoba), donde se encauzaba el agua tanto mediante tubos cerámicos como con bocas y cuellos

de ánforas “enchufados unos en otros” (BLÁZQUEZ, 1981b, 11; 1982-83, 28-39) o el poblado de Valderrepisa, situado en Fuencaliente (Ciudad Real), que tenía una amplia red hidráulica compuesta por caños de barro ensamblados cuyas uniones estaban selladas con un sólido mortero de cal para evitar la filtración del agua y donde se controlaba la distribución de ésta mediante una arqueta de plomo (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y GARCÍA BUENO, 1993, 25-50; 1994, 195-210; GARCÍA BUENO y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1995, 24-31; 1997, 193-198). En Saldaña se descubrió un posible desagüe formado por cilindros de cerámica (CORTES, 1975, 200). También se han encontrado *tubuli* pertenecientes al acueducto romano de León (SANTANDER, 1970, 472). En el acueducto de Alcanadre-Losada (Navarra) salieron a la luz abundantes tuberías de terracota y un aliviadero para regular el caudal hídrico (MEZQUÍRIZ, 1979, 139-147). En Almuñécar ha pervivido un sifón con tubos cerámicos, asociado al acueducto (FERNÁNDEZ CASADO, 1949, 313-333) y en las termas de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza) apareció gran cantidad de ellos, dispuestos para ser acoplados entre sí, sin codos (BELTRÁN, 1975, 1051). A su vez, se rastrean sus huellas en innumerables *villae*, como la de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), en cuyo peristilo hay un estanque servido por una canalización cerámica (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 69-70, lám. 20, B), en Las Tamujas de Malpica de Tajo (PALOMEQUE, 1955, 311, fig. 13; 1963, 198), en Rielves (FERNÁNDEZ CASTRO, en BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 63-64), en Cuevas de Soria (MARINÉ, 1984, 406), en La Olmeda (Palencia), en la bodega leridana de Balaguer (DÍEZ-CORONEL, 1970, 781), en El Saucedo (CASTELO *et alii*, 1997, 66, 73-75; BENDALA *et alii*, 1998, 304), con diversos tipos de tubos y clavijas, tales como piezas cerámicas de forma troncocónica, con reborde anular, que presentan similitudes con algunos ejemplares de las termas de Popilio, en el Tosal de Manises, Alicante (FIGUERAS, 1971), y en la *villa* de Daragoleja (Granada) se produjo el hallazgo de *tubuli latericii* (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978, 327). A base de éstos se configuraría el sistema de *concameratione* de la *villa* del barrio de Sta. María, de Alcázar de San Juan, donde se recuperó un *clavus coptil* en la zona de la Plaza del Torreón (figs. 180-182, *vid. infra* Anexo I.1, cuadrícula 8, nivel XI; lám. CII s, Anexo II.2; en su catálogo de *balnea* hispanorromanos, GARCÍA-ENTERO [2005, 52, CR. VII.2] incluye este yacimiento, denominándolo *villa* de

El Palacio, más concretamente, habla de una estancia con hipocausto de un ámbito rural privado, a tenor de lo publicado por SAN VALERO, 1956, 196-197). Acerca de esos tubos de ladrillo y otros medios materiales empleados para transmitir el aire caliente a las salas calefactadas nos ilustra Vitrubio (*De Arch.* V, 10).

J.P. Adam (1984, 292-293) cree que la invención de los *tubuli* tuvo por objeto combatir el inconveniente de la formación de turbulencias de aire caliente, que a veces se frenaba y retornaba en las termas. Por eso se habían fabricado las canalizaciones de cerámica de sección rectangular muy variable, que constituían conductos de humo. Algunos modelos de *tubuli* tenían aberturas laterales para permitir, aparentemente, el paso del aire caliente de un tubo a otro. Por lo demás, las piezas de forma troncocónica, al quedar perfectamente encajadas unas con otras, eran muy adecuadas para la construcción de tuberías (ADAM, 1984, 283). Frente a los *tubuli*, mediante las clavijas o fijas la circulación del aire caliente era más fluida, al producirse con la misma amplitud tanto en sentido horizontal como vertical. Ambos estaban bastante generalizados en Hispania (SANZ GAMO, 1987, 223-236, con una selección de ejemplares de clavijas).

En los procesos de evacuación de las aguas ya aprovechadas ocasionalmente se recurría a conducciones de sección semicilíndrica, en las que se empleaban sucesiones de *imbrices* o piezas de piedra acanaladas, en tanto que en los desagües verticales o bajantes solían utilizarse tubos de barro, como sucedía, por poner un ejemplo, en la factoría de salazones de “El Majuelo”, en Almuñécar, Granada (RUIZ y DELGADO, 1991, 62), aunque también los había de plomo, como el de la casa IX,1 de Pompeya, donde el “deterioro de la planta no permite decir si se trata de un descenso de agua usada o de una traída a presión” (ADAM, 1996, 284, fig. 607). A. Malissard (1996, 200) señala que los de arcilla se usaron mayoritariamente “para el riego de jardines, la instalación de cisternas o la conducción de agua sucia”, idea secundada por P.J. Lacort (1989, 384), a cuyo criterio las tuberías de plomo “se reservaron principalmente para las conducciones urbanas y para todas aquellas sometidas a presión, pues su mayor resistencia las hacía preferibles, en este caso, a las de cerámica; éstas, de uso más antiguo, eran empleadas generalmente en conducciones relacionadas con el regadío, para las fuentes

de jardines o para las cisternas que recogían agua de lluvia”. Por lo que atañe a los conjuntos termales hispanorromanos, tenemos constancia de la existencia tanto de caños de terracota como de plomo (GARCÍA-ENTERO, 2005, 857).

Siguiendo esta línea argumental, aunque los costes de producción de las *fistulae plumbeae* fueran mayores y los romanos estuvieran convencidos de que este metal era malsano, a diferencia de la arcilla, que además de inocua preservaba mejor el sabor del agua, en la práctica, pese a todo lo comentado, son muy abundantes las canalizaciones de plomo, un material más sólido y maleable, que se adaptaba mejor a las irregularidades del terreno recorrido. Sin ánimo de ser exhaustivos, baste recordar unos cuantos yacimientos de entre el ingente número existente, como Pérgamo, donde se han conservado tubos largos y curvos, también han aparecido en Lyon (FERNÁNDEZ CASADO, 1949, 328 y 332). Una alineación de *fistulae* de plomo soldadas entre sí fue descubierta en la Casa de Livia del Palatino (BELTRÁN, 1977, 121), otra en *Bedriacum* (PASSI, 1996, 70) y la citada canalización vertical de plomo en una *domus* de Pompeya (ADAM, 1996, 284, fig. 607), asimismo, ya en suelo hispano, se encontraron algunas en los alrededores de Calahorra (MEZQUÍRIZ, 1979, 144; MORET, 1766, 42), de nuevo, en Itálica (RUIZ y DELGADO, 1991, 52; 1992, 46). Un caso análogo se da en Jaén (BERMÚDEZ, HIDALGO y VENTURA, 1991, 294-296), donde una inscripción de *Ilugo* (CIL II, 3240) hace referencia a un acueducto dotado de una infraestructura de tuberías de plomo destinadas a la distribución del agua. Se localizó otra cañería de este metal cerca del puente sobre el río Ambroz (CEÁN-BERMÚDEZ, 1832, 404; STYLOW, 1986, 306). Además de los ejemplos citados, podemos traer a colación (LACORT, 1989, 364) una tubería de plomo del yacimiento de Torre Mocha (Cañete de las Torres, Córdoba). En el acueducto de la ciudad romana de Andelos (Navarra), excepcional y contrariamente a lo habitual, la tubería era de plomo, aunque la presión soportada no era muy grande: “La circulación a presión supone que la conducción se encuentra completamente llena y el movimiento de agua no depende de un desnivel continuo, sino que puede presentar contrapendientes (...). La dificultad de este tipo de obras estaba en realizar correctamente las uniones entre los tramos, descendente, horizontal y ascendente, ya que se produce un empuje del agua en los puntos en que se cambia de dirección”

(MEZQUÍRIZ y UNZU, 1985, 246, 250; cfr. MEZQUÍRIZ, 1985a, 177-179). Ante todo, debían cumplirse los requerimientos técnicos sobre pendientes, como veremos detalladamente más adelante. En el *frigidarium* de las termas de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza) destaca la presencia de un grueso tubo de plomo de 1,05 m de longitud (BELTRÁN, 1975, 1049-1054; 1977, 95), otro se halló en un edificio de La Alcudia de Elche (RAMOS FOLQUÉS, 1956, 107-108; BALIL, 1974, 6). En el Puente de Piedra de Zaragoza afloraron varios tubos con inscripciones y en la ciudad de *Valeria* los había de sección triangular. Igualmente, numerosas *villae* tenían amplios sistemas hidráulicos de este tipo, como la de La Pila (Altea, Alicante), cuyo amplio marco temporal comprende desde el siglo I al V d.C. (ABAD, 1989, 750) o la de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), donde se alcanzó un grado de sofisticación tal que el *stibadium* fue, a su vez, diseñado como fuente, siendo conducida el agua desde un ninfeo hasta el estanque central por medio de una tubería de plomo y una segunda muy similar aportaba más agua a dicho estanque (VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 61-71, lám.19). Otra tubería de plomo estaba inserta en el orificio de desagüe de una piscina de la *villa* talaverana de El Saucedo (RAMOS SÁINZ, 1992, 105-110; BENDALA *et alii*, 1998, 307). Para no alargarnos más en esta relación, llamamos la atención sobre el hecho de que todavía subsisten en la actualidad algunos conductos de plomo que suministraban el agua a diversos establecimientos rústicos romanos, como el lusitano de San Cucufate, tanto para irrigar los *horti* como para abastecer los diferentes edificios de ese complejo agrícola, cuya cronología abarca desde el siglo II al IV d.C. (ALARÇAO, ETIENNE y MAYET, 1990, 188 y 193) y en muchas otras zonas del Imperio sirvieron para el regadío de los campos cultivables (GORGES, 1992-1993, 261).

A. Balil (1977, 87) pone de relieve “la tramoya” que hizo posible surtir de agua a las mansiones rurales de nuestra Península: “Aquí y allá se advierten las cicatrices del viejo emplazamiento de tuberías de plomo”.

También había tubos de piedra (BELTRÁN, 1977, 121), como los de Arezzo y Patara (Asia Menor).

En otras ocasiones se utilizaban materiales muy modestos, como el cuero grueso, o se hacía pasar el agua por canalones de madera, que se acoplaban, uniéndose los extremos con cemento, plomo o alguna sustancia

bituminosa, asimismo, se sujetaban con tirantes, atados con cuerdas y argollas (BELTRÁN, 1977, 98; MALISSARD, 1996, 198-199). Este rústico procedimiento de llevar el agua a través de troncos ahuecados era posiblemente el menos común. Plinio (*NH* XXXVI, 52,173) hace referencia a los tubos de madera, que solían ir enterrados, y Paladio (*Opus agriculturae* IX, 11) los menciona igualmente. No hemos encontrado restos de estas materias orgánicas en el yacimiento de Puente de la Olmilla, pero, de haber existido, sería improbable que quedara alguna huella de los mismos debido a su naturaleza perecedera.

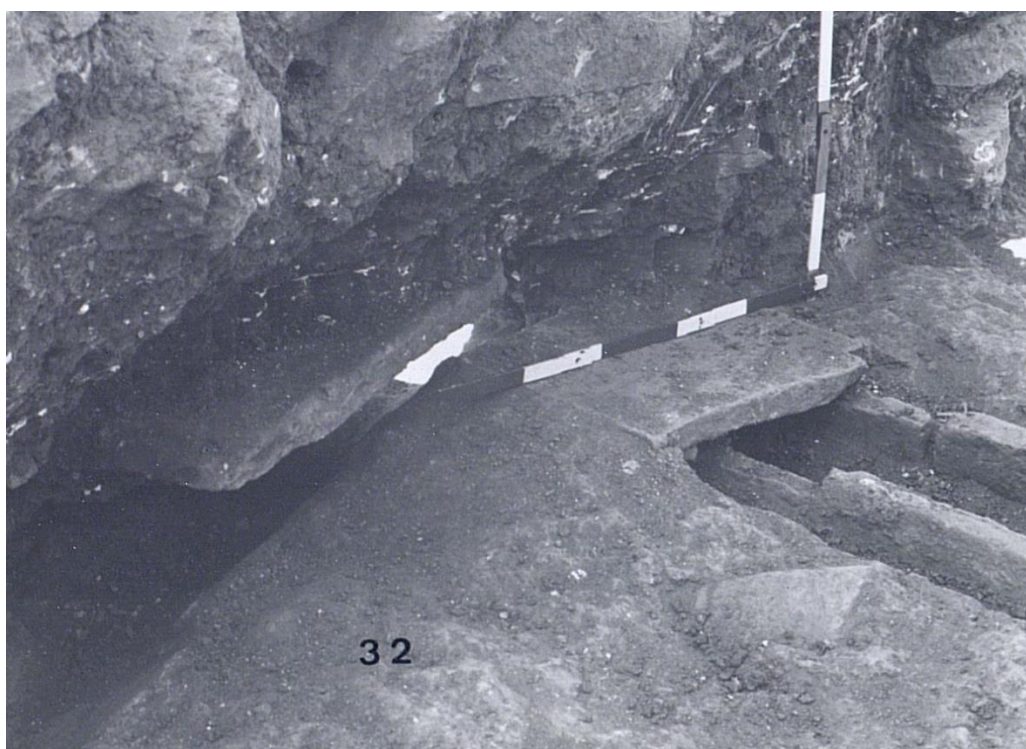


Fig. 448. Conducción de agua realizada con ladrillos (pasillo n.º 32). Foto: Puig y Montanya (AGA).

En La Cocosa (Badajoz), un canal hecho de hormigón de ladrillo machacado, con un revestimiento impermeabilizante, rodeaba el patio, y otro “canalizo” construido con ladrillos, cuyo reborde externo era de hormigón, iba por la parte interior del pórtico opuesta a dicho patio, destinado a impedir que se inundara (SERRA RÁFOLS, 1952, 34, lám. II,2). En algunas *villae*, como la de Aguilafuente (Segovia), había conducciones formadas por pequeñas atarjeas de obra, cubiertas de losas planas y grandes *imbrices*, mientras que otras estaban constituidas por *imbrices* o ladrillos (LUCAS y VIÑAS, 1977, 147-148, figs. 2 a y b), dedicadas a proveer de agua corriente a la unidad

doméstica, para su uso interno, su saneamiento y desagüe. Lo que no está claro es si éstas servían únicamente para evacuar el agua o algunas de ellas también permitían drenar de humedad el subsuelo (GARCÍA MERINO y SÁNCHEZ SIMÓN, 2010, 202). El drenaje de otras muchas *villae* fue cuidadosamente acometido para evitar humedades de muros y suelos, p. ej., en las de Cuevas de Soria, La Olmeda (Palencia) o Almenara de Adaja (Valladolid), sellando el terreno con gruesas capas de hormigón, abriendo zanjaz u orificios de evacuación (REGUERAS, 2013, 46).



Fig. 449. Canalización de agua cubierta por *imbrices* (habitación n.º 25). Foto: Puig y Montanya (AGA).

De manera genérica, podemos decir que, con frecuencia, las canalizaciones se asentaban sobre una capa de argamasa de cal, arena, polvo de ladrillo y pequeños cantos rodados. Las de Puente de la Olmilla, en cambio, se apoyan directamente sobre la tierra, por lo que pertenecen al subtipo (de los tres establecidos por FERNÁNDEZ CASADO, 1983, 359) de más sencilla colocación: baterías de tejas y ladrillos que discurren por el subsuelo desprovistos de galería, si bien en este caso concreto tienen una cubrición de lajas de piedra, tejas y ladrillos, cohesionados con argamasa (figs. 444-445, 448-449; *vid. infra* Anexo IV, 1978, 30). Para ligar los empalmes, en Pérgamo, p. ej., se ha comprobado el uso de una mezcla artificial de arena, cal y arcilla con adiciones de hidrófobos, como petróleo, grasas o aceites vegetales (un aglutinante), dando lugar a un material expansivo que al humedecerse

rellenaba de un modo perfecto las intersecciones de las piezas tubulares de barro acabadas alternativamente en un entrante y un saliente, ya que se acoplaban por el método de “enchufe y cordón”, mediante el estrangulamiento de uno de sus extremos de borde exvasado.

Algunas de las prescripciones vitrubianas (Vitr., *De Arch.* VIII, 6,8) indicaban que debían tener un grosor de dos dedos, al menos, que habría de emplearse como sujeción grapas de plomo, protegiendo los codos con ligaduras de cáñamo, que convenía aplicar una capa de cal viva empapada en aceite (“*calce viva ex oleo subacta*”) e incluso añadir cenizas para calafatear las juntas, antes de introducir el agua. El mortero de cal era muy eficaz para el sellado de las mismas, pues aunque los *tubuli fictilibus* estuvieran bien ajustados unos con otros, se lograba así una mayor hermeticidad, evitando las fugas. Como ya habíamos anticipado, en la villa de Puente de la Olmilla se optó por cubrir las conducciones con argamasa, piedras, fragmentos de tejas y de ladrillos, con el fin de protegerlas por la parte superior. No se trata de un canal abovedado de mampostería (*canalis structilis conformicatus*), asiduamente utilizado en el mundo romano (p. ej., en la villa de El Ruedo hay una galería subterránea, parcialmente de obra, construida con “mampuesto cubierto por bóveda conformada en ladrillo”, VAQUERIZO y NOGUERA, 1997, 28), sino de una sencilla cubierta colocada por encima de las *imbrices* o ladrillos adosados. Esa mezcla de cal y canto que los recubría seguramente servía también de efectivo conglomerante para impedir filtraciones, con el propósito de conseguir que las pérdidas de agua en las uniones fueran mínimas o lo más reducidas posible.

En Saldaña (Palencia) apareció una cañería compuesta por piezas cilíndricas que presentaban un rebaje en los extremos para poder encajar unas en otras, cuyas juntas estaban consolidadas con argamasa de cal. Estaba protegida mediante una pared de ladrillo, pero no se ofrece más información al respecto (CORTES, 1975, 200). En el complejo balnear de El Saucedo se conservan varias canalizaciones excavadas en la arcilla natural e intercomunicadas, que fueron construidas mediante muretes compuestos de ladrillo, guijarros y ripios, y cubiertas con lajas de piedra, de forma similar a otra del Área I, asociada a una prensa (BENDALA *et alii*, 1998, 302, 305).

Si no se requería presiones elevadas se solía encauzar el agua mediante tubos de cerámica (RUIZ y DELGADO, 1991, 51) y, por el contrario, se elegía los de plomo cuando la presión era alta (conducción forzada). En efecto, los canales cerámicos se empleaban en conducciones sin presión (conducciones libres) o de presión reducida, habitualmente dedicadas a drenajes (FERNÁNDEZ CASADO, 1983, 295 y 375), como parece ser el caso de una de las ramificaciones que llegaban hasta el patio de Puente de la Olmilla.

De acuerdo con todo ello, siempre resultaba conveniente que el manantial, ya se tratara de una fuente o de un río, se hallara a un nivel más alto que las zonas a las que se pretendía proveer de agua. M.A. Mezquíriz y M. Unzu (1985, 246), al analizar la obra hidráulica de Andelos, fijan la pendiente natural del terreno, como mínimo, en un 1 por 1000 para que pueda circular (su cronología abarca desde el siglo I d.C. hasta, al menos, el siglo IV, según MEZQUÍRIZ, 1985a, 179). En el acueducto de Alcanadre-Lodosa, posiblemente del siglo II (MEZQUÍRIZ, 1979, 139-147), la pendiente también es de un 1 por 1000 por término medio, si bien en algún tramo es del 1 %. Vitrubio (*De Arch.* VIII, 108) recomienda un 0,5% y Plinio (*NH* XXXI, 31) aconseja que sea aún más reducida. Concretamente, el primero⁵⁶ la sitúa en medio pie por cien y el naturalista mantiene que debe ser un pie por 4,800 (sobre el cálculo del *libramentum* y las propuestas de los especialistas antiguos, cfr. MALISSARD, 1996, 161-167). La pendiente *-mensura declivitatis-* adecuada hacía posible que el agua entubada fluyera durante largos trayectos. Eso facilitaría que el agua circulara por su propia presión, aunque ésta fuera escasa, incluso durante la cruda temporada invernal, evitando así, al discurrir, que se helara. Para impedir que el agua alcanzase demasiada velocidad al ser conducida, ya que su empuje podía resultar arriesgado por el peligro de rotura de las frágiles piezas cerámicas, en ocasiones se prolongaba el recorrido de las canalizaciones: estas alineaciones se alargaban y se introducían recodos en ángulo, trazados en curva, depósitos reguladores, etc. Los cambios topográficos o de sentido provocaban pérdidas de carga, que en estos puntos tenían un nivel de empuje mayor, y a partir de ellos disminuían. Al diseñar estas amplias curvas, de longitud mayor de la necesaria para cubrir un tramo concreto, los constructores romanos procuraban corregir los desniveles del

terreno que atravesaba el tendido del canal, con el propósito de lograr la *vís currendi* precisa. Estudiaban el trecho a cubrir buscando el efecto de ralentizar el agua encauzada, pues estaba comprobado que perdían fuerza al chocar en las zonas curvas, circulando después con más lentitud. C. Fernández Casado (1983, 359) ha constatado que los romanos intentaban conseguir un trazado con un mínimo de alineaciones rectas combinadas con curvas. Así sucede en alguno de los cordones hidráulicos descubiertos en Puente de la Olmilla, cuyo trazado es curvo, especialmente el que se dirige hacia el Sur. Éste dibuja un amplio arco a partir del muro oriental del departamento 25, donde se bifurca el ramal que concluye en el patio. Una vez atraviesa por debajo dicha estructura, en diagonal, cruza el pasillo 32 perpendicularmente respecto al tramo que parece continuar hacia el Este (fig. 220).

El declive medio de 0,8% es estimado como “el justo para el natural discurrir de las aguas” (FAJARDO, 1992, 78), por la fuerza de la gravedad. A. Malissard (1996, 156) advierte que el agua debía conducirse desde un punto no “demasiado alto, para evitar las interrupciones del suministro durante la estación seca, ni demasiado bajo, para impedir el arrastre de barros y lodos”. También explica que el sistema de captación debía adaptarse a la distancia por recorrer y la altura del punto de llegada, para lograr la pendiente óptima sin problemas técnicos relevantes (MALISSARD, 1996, 161-162).

Se buscaba siempre la manera adecuada de resolver la dificultad implícita de salvar cualquier desnivel. Un ejemplo significativo viene al caso, el del Cerro de Ceuta (Puerto Real, Cádiz), donde fueron más determinantes factores de tipo económico, a la hora de elegir su ubicación, que la altitud, pues ésta era considerable en dicho yacimiento, ocasionando con toda seguridad grandes inconvenientes para su avituallamiento de agua, fenómeno del que, sin embargo, hay evidencias materiales al haberse conservado allí instalaciones destinadas a tal fin (LAGÓSTENA, 1993, 96, 101). Desde luego, mucho más sencillo resultaba lo contrario, así, una conducción procedente de la superficie llevaba el agua hasta una cámara subterránea del criptopórtico de la *villa* de Las Gabias (Granada). Igualmente, en *Bedriacum* apareció una “canaleta con una fortísima pendiente hacia la calle en la zona de la *“domus dei signini”* (Fig. 33)” (PASSI, 1996, 65). Del mismo modo, el agua de manantial que los

romanos derivaron hasta la ciudad de *Barcino* “está mucho más alto que el nivel de la cima” de un edificio descrito por R. Mayer e I. Rodá (1977, 269).

La pendiente media de la Meseta es del 0,88%. Hay que tener presentes las condiciones topográficas del emplazamiento de la *villa* de Puente de la Olmilla, que fue construida sobre una suave ondulación del terreno, dentro de un paisaje bastante uniforme. El nacimiento del Arroyo de La Comendaora se encuentra a mayor altura que la *villa* y no existen obstáculos orográficos ni de otra índole entre ambos, por lo que resulta verosímil que pudiera haber sido encauzado para surtirla de agua.

LEGISLACIÓN RELACIONADA CON EL AGUA

Para finalizar, puesto que constituye una importante fuente informativa, nos ocuparemos brevemente de la vertiente legal del tema. Debido a su gran valor, el agua fue objeto de una exhaustiva regulación jurídica, pero, en cuanto al marco legislativo de la conducción y distribución del agua en la zona estudiada, nos enfrentamos a la dificultad de la deficiencia informativa, esto es, una total carencia de datos concretos relativos a este contexto geográfico. En términos generales, la situación de las áreas periféricas concerniente a este particular no se ve suficientemente reflejada en las fuentes literarias y epigráficas (OREJAS, 1989, 48), acentuándose ese fenómeno aún más durante la Tardoantigüedad. No obstante, hasta cierto punto, se puede extrapolar lo que conocemos de otros lugares del orbe romano, pues los textos legales emitidos por Roma tenían vigencia en cualquier comunidad de su vasto Imperio, como se infiere al revisar la *EJER* de A. D'Ors (1953). Aunque buena parte de la documentación pertenece a los periodos republicano y altoimperial, y no corresponde *sensu stricto* a la época objeto principal de nuestra investigación, repasaremos -siquiera sea someramente- dicha legislación atendiendo a que Puente de la Olmilla ya fue habitada durante los siglos I-II d.C., como revela el hallazgo de algunos materiales cerámicos y numismáticos (*vid. supra* capítulo XVIII.1.1 y 2; GARCÍA BUENO, 1994, 114), por lo que alguna de esta normativa específica podría contribuir a esclarecer ciertos aspectos de esa primera etapa del asentamiento. En menor medida, también

contamos con otros textos del siglo IV, coetáneos de la mayoría de los restos aquí descubiertos, e incluso con otros posteriores, ya del siglo VI.

En el año 44 a.C., la ley fundacional de *Urso* (Osuna, Sevilla) nos permite saber que en Hispania el agua de los ríos y torrentes era pública, siendo privada toda la restante (*Lex Urs LXXIX*). En este texto legal se recoge la normativa sobre la concesión de agua a particulares (*aqua caduca*), con un carácter uniformemente generalizado para la etapa republicana. En sus capítulos LXXVIII y LXXIX se establece la obligación de respetar las conducciones de agua y otros elementos inherentes a la ordenación y forma de explotación agrícola de los campos que pertenecían a la ciudad, una organización preexistente a la fundación colonial (SÁEZ *et alii*, 2002, 429-432; BENDALA y ABAD, 2008, 27). A. D'Ors (1953, 206-207, 229-230), al respecto de la *Lex Ursonensis*, indaga sobre el régimen de uso público del agua de los ríos y también del de las aguas destinadas a particulares. Es más, “según el derecho clásico toda derivación de las aguas públicas de los *rivi* podía hacerse con entera libertad, no exigiéndose ningún permiso de la autoridad pública” (RODRÍGUEZ NEILA, 1988, 230). Este autor pone el acento en que ese derecho era imprescindible en los territorios “de abundante parcelación y de intensa actividad agrícola” (RODRÍGUEZ NEILA, 1988, 230), es decir, *territoria coloniales*, pero también sería aplicable a otro tipo de ámbitos.

Después de producirse la toma de agua de un curso fluvial (*publicus*), al ser transportada mediante alguna clase de canalización hasta una hacienda, se convertía ya en *aqua privata* del *possessor*.

Por lo tanto, la legislación romana regulaba la utilización de las aguas de los cursos fluviales. Según el *Digesto* (I, 8, 5): “El uso de las riberas de los ríos es público por derecho de gentes, así como el del mismo río”, sin embargo, la posesión de dichas riberas “pertenece a los propietarios de los predios contiguos”. Este compendio de la jurisprudencia, de tiempos de Justiniano I (533 d.C.), puntualiza que cualquier persona tenía libre acceso a los cauces para proveerse de agua, incluso si éstos discurrían por terrenos privados, estableciéndose una servidumbre de paso (*Dig. VIII, 3, 17 y 38*).

Las aguas de nuestro país han sido protegidas desde antiguo por una práctica legislativa, oral o escrita, de origen consuetudinario, que ha dado lugar a nuestra actual “Ley de Aguas”, como apunta A. Balil (1977, 77). Así lo avala

epigráficamente el Bronce de Contrebia, que con toda probabilidad pretendía establecer el derecho del pueblo salupiense a construir un *rius*, “en un momento histórico en el que el derecho a la conducción de las aguas e incluso, a estas mismas, parece estar vinculado a la propiedad del suelo, sin que exista distinción clara entre propiedad y servidumbre” (FATÁS, 1981, 202). Si bien no tenemos certeza de que las diferencias de estos conceptos y términos jurídicos fueran conocidas por los provinciales hispanos, desde luego sí lo eran por el Derecho Romano. La sentencia recogida en este documento posiblemente concernía a la propiedad de un terreno adquirido y acotado para construir un canal, objeto de litigio entre dos comunidades indígenas, que recurrieron al arbitraje del procónsul romano. Los magistrados romanos debieron de aplicar en Hispania el procedimiento legal establecido en el tradicional régimen jurídico de Roma sobre administración y distribución de las aguas, acorde con una práctica comúnmente extendida por diferentes provincias del Imperio y constatada desde el edicto de Augusto *de aquaeductu Venafrano*. “Las leyes locales, al menos en lo que de ellas se nos conserva, no son demasiado explícitas en relación con la policía de aguas, pero esto se comprende fácilmente si se considera que en cualquier comunidad de derecho latino o romano tenían plena validez todos los textos legales generados por Roma” (RUIZ y DELGADO, 1991, 63). En efecto, no disponemos para Hispania (y aún menos para una zona rural del interior como la aquí estudiada) de la amplia documentación textual que nos proporcionan Frontino y otros escritores antiguos para la capital del Imperio. Fundamentalmente, contamos con las fuentes epigráficas, muy escasas en cuanto a esta problemática (cfr. RUIZ y DELGADO, 1991, 102-103) y varios decretos de los siglos I a.C.-II d.C. (RUIZ y DELGADO, 1991, 97-101), como la *Lex Rivi Hiberiensis*, reproducida en una inscripción en bronce de época adrianea (Agón, Zaragoza), con un conjunto de normas que rigen una comunidad de regantes de distritos rurales (*pagi*) de la Hispania *Citerior* (BELTRÁN LLORIS, 2006, 147-197). No pretendemos realizar una recopilación exhaustiva de todos ellos, sino presentar sucintamente algunos de estos testimonios para poder dar una idea aproximada de la situación. Frontino (*De aquaed.* XCIV.3 y CX.1) alude a un *Senatus-consultus* y a la *Lex Quinctia*, que decretan algunas prescripciones para salvaguardar las conducciones, imponiendo servidumbres de protección de las mismas, de las

fuentes y de todas las instalaciones relacionadas con ellas. Los que provocaban su deterioro o destrucción u obstaculizaban de algún modo el servicio de agua eran severamente castigados. Durante el gobierno de Augusto, si no fue antes, se crearon, por tanto, unas normas generales aplicables a todo el territorio dominado por Roma.

Igualmente, Plinio (*NH* XVIII, 188-189) nos informa del sistema distributivo de aguas entre los usuarios asentados en el oasis africano de Tacape. Una tabla de Lamasba (Numidia) transmite la reglamentación del reparto de sus aguas (*CIL* VIII, 4440 = 18587), donde se revisan anteriores disposiciones, de tiempos de Heliogábalo. P.J. Lacort (1989, 395) afirma que la “regulación legal de los usos del agua para fines agrícolas, son comunes a las explotaciones hispanas y africanas. (...) en lo que atañe a las cuestiones legales, la homogeneidad, característica del mundo romano en muchas parcelas de la vida, es claramente manifiesta”.

Pese a extralimitarse del ámbito de nuestro trabajo, al estar relacionadas con la minería de Aljustrel (siglo II d.C.), traemos aquí a colación las Leyes de Vipasca (D'ORS, 1953, 131; BLÁZQUEZ, 1977, 147-161) por ser ilustrativas de la especial atención que los romanos prestaron en todo momento y lugar a esta problemática, elaborando para ello una minuciosa reglamentación administrativa. El mero hecho de ser objeto de un ordenamiento jurídico tan prolijo pone de manifiesto la importancia concedida al agua y la atención que prestaban a las múltiples cuestiones que suscitaba su regulación.

Más cercana en el tiempo a la época de apogeo de Puente de la Olmilla es la constitución del 319 a.C. (*Codex Iust.* XI, 63,1), con la que Constantino se propuso regular los conflictos entre enfiteutas y colonos por la utilización del agua. Las llamadas “Tablillas Albertini” (LAMBERT, 1953, 196-225) hacen referencia a una comunidad agrícola que seguía realizando obras hidráulicas para el regadío bajo la dominación de los vándalos. Posteriormente, Procopio de Cesarea (*Bellum Vandalicum* II, 19,12) describe en el 534 d.C. los sistemas de riego de los campesinos de Aurés (Argelia).

Distintas autoridades en la materia se han ocupado de estudiar en profundidad los aspectos sociales y jurídicos del agua en época romana (a algunos de los cuales hemos hecho mención a lo largo de este capítulo), por lo que no nos extenderemos más sobre este asunto.

SÍNTESIS FINAL

Recapitulando, el proceso de suministro de agua implicaba, en principio, la búsqueda y captación de las fuentes de avituallamiento más adecuadas o accesibles, después, su conducción (*iter aquarum*) hasta el lugar elegido, su distribución a los diferentes puntos donde se la precisaba y, finalmente, la evacuación del líquido sobrante. La prioridad que comportaba garantizar ese abastecimiento, además del saneamiento y desagüe, justifica la construcción de una estructura hidráulica como la parcialmente descubierta en este yacimiento. Todo ello debió de implicar un cierto esfuerzo de concepción, para la traída y llevada de aguas. A tenor de la documentación arqueológica obtenida al excavar el sector residencial de la *villa*, consideramos probable que dicho sistema atendiera simultáneamente a varias necesidades: aprovisionamiento, drenaje, etc.

En resumen, en el lado oriental de Puente de la Olmilla apareció un cordón hidráulico doble y un tercer tramo en el área septentrional del establecimiento. Como la intervención no se ha prolongado más al Norte, ya que se interrumpe en lo que, aparentemente, marca el inicio del espacio extramuros, no sabemos con seguridad si este último tramo correspondía a la arteria central de aprovisionamiento. Su recorrido total originario era mayor, no habiendo sido factible verificar arqueológicamente su punto de partida ni su destino en toda su extensión, de manera que los datos al respecto tienen un carácter provisional. En consecuencia, tampoco podemos confirmar que fuera un canal perimetral. Presumiblemente se ramificaría, a modo de canalillos de desviación que distribuirían el agua, derivándola hasta distintas dependencias de la *villa*. Por lo tanto, esos conductos secundarios podrían haber llevado el agua a las habitaciones de vivienda y a otras subsidiarias, para el consumo doméstico, algunas actividades productivas, etc.

Como ya indicamos líneas arriba, hay además una canalización que se bifurca. Uno de sus extremos se halla en el patio, aunque no hemos localizado dónde finalizan los otros dos, al extralimitar el espacio excavado. Cabe plantear varios supuestos: tal vez ambas ramificaciones facilitaban la evacuación del *hortus*, desembocando una de ellas en algún punto del flanco oriental del yacimiento (podría revertir al arroyo más cercano, el de la Bola). Otra

posibilidad es que una de éstas le suministrara agua para su irrigación, llevándose a cabo algún tipo de regulación o control del agua canalizada. Este ramal, que partía desde el patio en dirección, aparentemente, a dicho arroyo, va enterrado bajo el piso de mosaico del pasillo n.º 14, pasa bajo la puerta de bloques de piedra, discurre hacia el costado lateral de la habitación n.º 25, atraviesa su muro oriental y reaparece en un corredor situado al Este (el n.º 32). O en caso contrario, cruza las dos galerías y esa estancia intermedia, sin seccionar estructuras ni pavimentos, llegando hasta el patio, quizás con la misión de regar el jardín interior. A su vez, enlaza con otro tramo, igualmente soterrado, con el que conecta bajo el muro oriental de la habitación n.º 25, y que prosigue su rumbo hacia el Sur. A modo de hipótesis (al estar incompleto su trazado), creemos que podría prolongarse hasta unirse con la cloaca situada al Suroeste, en la habitación 19. Se asemejaría, de ser como proponemos, al esquema de la ya mencionada Casa de los juegos de agua, de *Conimbriga*, donde el estanque del jardín que ocupaba el centro del peristilo estaba comunicado con las letrinas mediante una conducción hidráulica.

Los tres canales previamente descritos forman parte de una red más amplia que aprovisionaría de agua a este enclave y también lo drenaría, pero al circular por el subsuelo no es factible rastrear a simple vista sus trayectos y, por consiguiente, no conocemos su recorrido completo. Algunos de los numerosos fragmentos de ladrillos y tejas diseminados a flor de suelo por el campo de ruinas podrían pertenecer a otros cordones hidráulicos de enlace con distintas dependencias de la *villa*.

Finalmente, tratando de sintetizar cuanto hemos expuesto en páginas anteriores, insistiremos en el hecho determinante de que el paraje disponía de agua abundante. Como por lo demás no ha dejado de ser repetidamente señalado, este elemento, esencial para cualquier clase de asentamiento, era doblemente imprescindible en uno de tipo agropecuario, razón por la cual un complejo rural como éste debía tener asegurado un aporte constante y esa circunstancia se debió de tener muy en cuenta al erigirlo en los terrenos de Puente de la Olmilla, condicionando, entre otros factores, su ubicación. Por eso, la situación espacial de esta *villa* sería bien estudiada. No obstante recalcar lo evidente, era un requisito básico para poder subsistir incluso durante el verano, que entonces, como ahora, adolecería de un bajo nivel pluviométrico

-recordemos que se halla bajo la isoyeta 600-. En este sentido, las lluvias son un fenómeno crucial para la supervivencia de una instalación rústica, fundamentalmente dependiente de la fertilidad agrícola. Respecto al acopio de este preciado recurso hídrico, aunque no hemos localizado dentro del área excavada ninguna pileta o depósito receptor del agua pluvial ni cisternas donde se vertiera y conservara el agua procedente de los regatos próximos, creemos muy probable su existencia, dado que sus caudales varían notablemente a lo largo del año. Teniendo presente su efímera abundancia, contar con una reserva permitiría a este establecimiento persistir sin problemas de esa clase durante los meses más calurosos, cuando seguramente se moderaría el caudal de esos, temporalmente, frágiles arroyuelos, y así no sufriría tan intensamente la sequía estacional u otras irregularidades climáticas, causantes de momentos de gran dureza medioambiental. Con todo, aunque desconocemos el régimen de lluvias habitual en aquella época, posiblemente era más alto que en nuestros días, como sugerimos al comienzo de este capítulo.

Así pues, la cuestión del agua estaba perfectamente resuelta en esta *villa*, tanto en lo concerniente a su traída, como a su distribución interna, conseguida gracias a la actividad desplegada en la construcción de diversas ramificaciones que surtían de ella a sus habitantes. Por lo general, esto únicamente sucedía en las casas ricas de las grandes ciudades y en algunas *villae rusticae* (donde además de agua corriente, para atender a las necesidades domésticas, también la encauzaban para la irrigación de los huertos, jardines y *fundi*), como ésta de Puente de la Olmilla, las de Carranque (Toledo), Baños de Valdearados (Burgos), El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), La Pila (Altea, Alicante), etc.

El agua, en definitiva, no sólo servía para el consumo de personas y animales, sino que tenía las más variadas utilidades ya en la Antigüedad romana: termas, ornamentales, industriales... (GARCÍA BUENO, 2011, 449-472).

XXI. EL SISTEMA VIARIO

A. Aguilar Sáenz (1991, 264) indaga sobre los factores decisivos para la implantación de una *villa* romana, como son el tipo de suelo, la orografía, las condiciones climáticas, los recursos hídricos... y también sobre las transformaciones económicas que se generaron a partir de la romanización: “creación o mejora de los entramados de caminos, desarrollo de nuevas técnicas agrícolas, mejora del utillaje, creación de obras hidráulicas”. Asimismo, J.-G. Gorges (1979, 59-76) hace una valoración de todos ellos, conjuntamente con los aspectos económicos introducidos por la creación de infraestructuras (urbanas, viarias...) y de nuevos mercados (las ciudades), al ser responsables de la distribución en determinadas zonas de este característico modelo latino de asentamiento en el campo. Contempla el autor, igualmente, los factores humanos, al influir la mentalidad de los pueblos indígenas y las estructuras agrícolas preexistentes en la adopción del llamado sistema de la *villa* por parte de las distintas regiones peninsulares (fig. 519). La interacción de todos esos elementos se refleja en su mapa general de las *villae* hispanas (GORGES, 1979, 107, fig. 16).

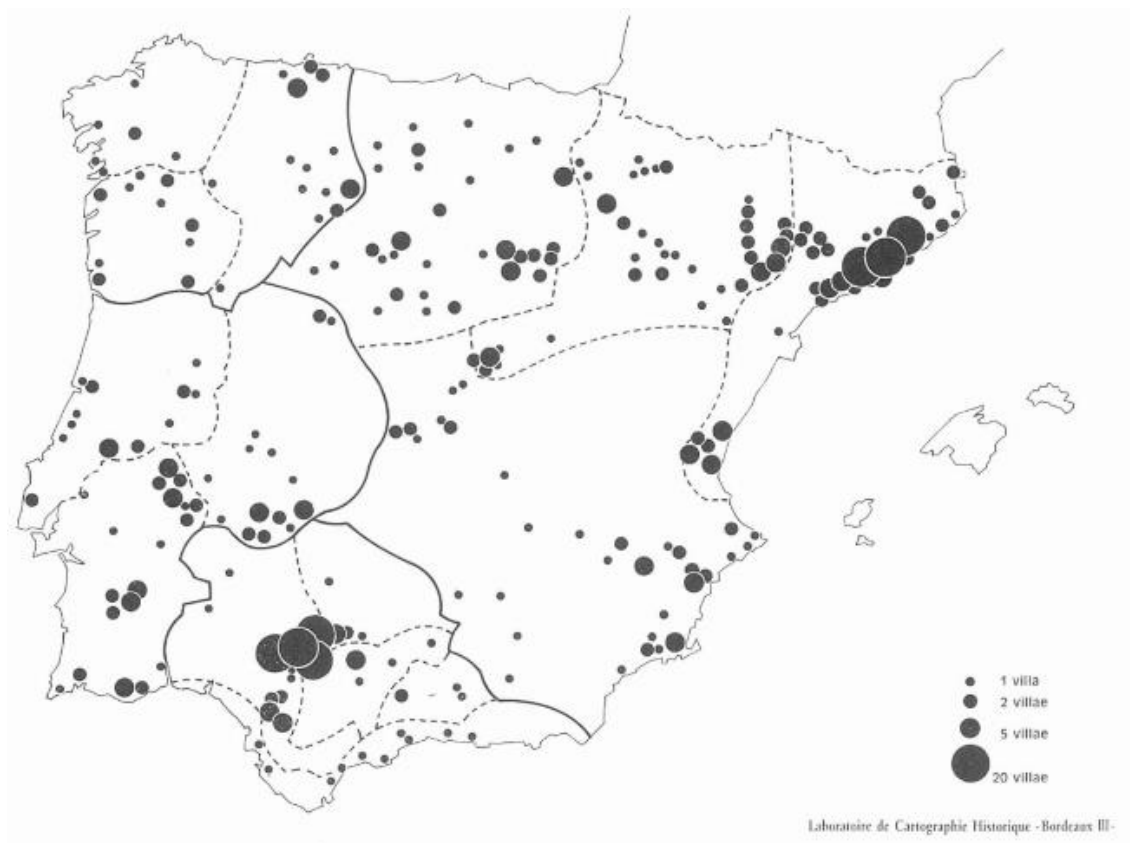


Fig. 519. Mapa de dispersión de las *villae* hispanas, según Gorges, 1979, 107, fig. 16.

Catón (*agr.* I, 1,3) daba el siguiente consejo a quienes tenían la intención de establecerse en una hacienda rural: “Cuando vayas a comprar una finca visita varias veces el lugar elegido y mira bien a tu alrededor. Asegúrate de que tienes un buen clima, no propenso a tormentas. El terreno ha de ser bueno (...). Debe tener agua abundante y hallarse cerca (...) de una calzada buena y frecuentada”.

Al hilo de estas directrices, reiteramos de nuevo que el emplazamiento de Puente de la Olmilla cumplía los requisitos imprescindibles de habitabilidad enumerados en sus tratados por los agrónomos latinos, como los ya citados Catón (*agr.* I, 1,3; V, 2), Varrón (*rust.* III, 2,9) o Columela (*De r.r.* I, 6,1). Todo ello lo hacía especialmente apto como explotación rústica y parece demostrativo de que su situación espacial fue bien estudiada. Anteriormente trajimos a colación factores como el clima, la salubridad y fertilidad del predio, la disponibilidad de agua, la potencial vista de un paisaje agradable, la orientación de la casa..., ahora nos ocuparemos de las comunicaciones, fundamentales para garantizar la circulación de viajeros, permitir una mayor

fluidez del transporte y el comercio, el intercambio de ideas, etc. Entre los criterios para elegir el lugar donde construir una *villa*, la vecindad a una vía jugaba un importante papel (GORGES, 1979, 91).

Presentamos aquí el estado de la cuestión, consignando alguna de la bibliografía disponible en la actualidad sobre este tema.

S. Palomero (1988, 153), al establecer las bases para el estudio del engranaje viario romano de la actual región castellano-manchega, pone de relieve el análisis del Camino de Aníbal realizado por algunos miembros de la escuela francesa, como P. Sillières, entre otras líneas de investigación, y sostiene que a partir de ellas se puede llegar a conocer las rutas protohistóricas reutilizadas por la red de caminos romanos, pues éstos no siempre fueron obras de nueva creación, sino que aprovecharon otros de antigüedad multisecular, rutas naturales... Se aviene con dicho planteamiento P. Mena (1988, 28-29): “En el momento inmediatamente anterior a la primera presencia romana (...). En sentido E-O (...) otra vía de gran importancia es aquélla que por el Campo de Montiel conecta con el Campo de Calatrava y llega hasta la Vía Heraklea”, desde tiempos remotos.

Efectivamente, los romanos acondicionarían o variarían la trama de caminería previa, para que quedaran integrados en ella los distintos enclaves poblacionales, algunos de ellos nuevos, si bien otros se superpusieron a asentamientos prerromanos, evidenciando que no hubo un corte cultural.

J.J. Muñoz Villarreal (2005, 144) pone de manifiesto que “las vías de comunicación son causa y consecuencia del poblamiento de una región”, favoreciendo las relaciones entre centros de interés estratégico, político y económico.

Tal como relata M. Corchado Soriano (1971, 13) en su magnífico trabajo sobre el Campo de Montiel, “el paso de la Vía Hercúlea por esta divisoria fluvial [el Guadiana], que marca la dispersión de rutas en distintas direcciones, determina que una gran parte de los movimientos bélicos entre romanos y cartagineses y entre cualquiera de ellos y los oretanos indígenas se realizaran a través o sobre esta región. (...) Las puertas de entrada de las principales migraciones e invasiones que ha sufrido el Campo a lo largo de la historia han sido, (...) desde el Norte, procedentes de Toledo, por el camino real desde Venta Quesada, Solana y Montiel”.

LAS VILLAS ROMANAS EN ESPAÑA EN EL ENTRAMADO DE CALZADAS Y CIUDADES

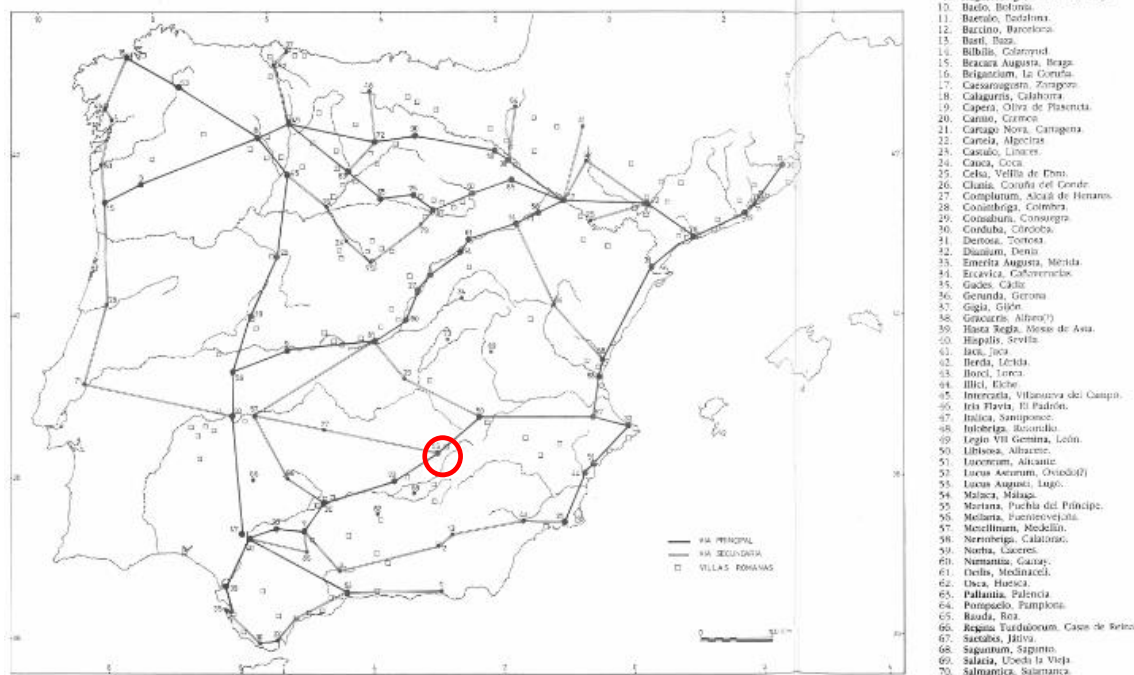


Fig. 520. La villa de Puente de la Ollilla, cercana al tramo viario que unía Libisosa (n.º 50) con Mariana (n.º 55), a partir de Fernández Castro, 1982, 46-47, fig. 2.

Puente de la Ollilla se hallaba relativamente cerca de la principal arteria de comunicación interior de nuestra Península, la Vía Augusta, que discurría por toda esta área geográfica, pasando por *Mariana* (Puebla del Príncipe) y los actuales términos municipales de Albaladejo y Terrinches (Hoja n.º 840, Bienservida), hacia *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente). La villa quedaba así enlazada con innumerables enclaves a través de ese nexo de unión que iba de Gades a Roma, constatado en los Vasos de Vicarello (*CIL* XI, 3281-3284). También constituía una espina dorsal de este territorio la calzada que irradiaba de Mérida en dirección a Levante, por Fuenllana, Villanueva de la Fuente, Montiel...

La villa estaba situada precisamente entre *Mariana* (a unos 12 km al Suroeste, coordenadas: 38º 34' N / 0º 45' 30" E. Hoja n.º 839, Torre de Juan Abad) y *Mentesa Oretana* (a 12,7 km, al Noreste, coordenadas: 38º 41' 30" N / 0º 59' 50" E. Hoja n.º 814, Villanueva de la Fuente), prácticamente equidistante de ambas y no demasiado alejada de *Libisosa* (Lezuza, en Albacete, a unos 60 km al Este, fig. 520, n.º 50 y 55, respectivamente), pero tampoco muy próxima a la zona de influencia de los dos primeros núcleos de población (podríamos traer a

discusión a qué *territorium* pertenecía la *villa*, mas su vinculación con uno u otro, esto es, *Mariana* o *Mentesa Oretana*, está aún por dilucidar).

No fue edificada al borde de la vía principal, sino a cierta distancia (fig. 521), en plena vega, con lo que se evitaban los perjuicios e inconvenientes de un trasiego constante (destrozos y ruidos provocados por los transeúntes, demandas de hospedaje, etc.), por lo tanto, algún tramo secundario de enlace con dicho vial debía de subsanar este problema, aunque no hemos registrado ninguna huella de su trazado, pese a haber realizado una detenida exploración de las inmediaciones, con el propósito de esclarecer esta cuestión. Probablemente las labores agrícolas llevadas a cabo por todo el paraje hayan hecho desaparecer cualquier vestigio del mismo.

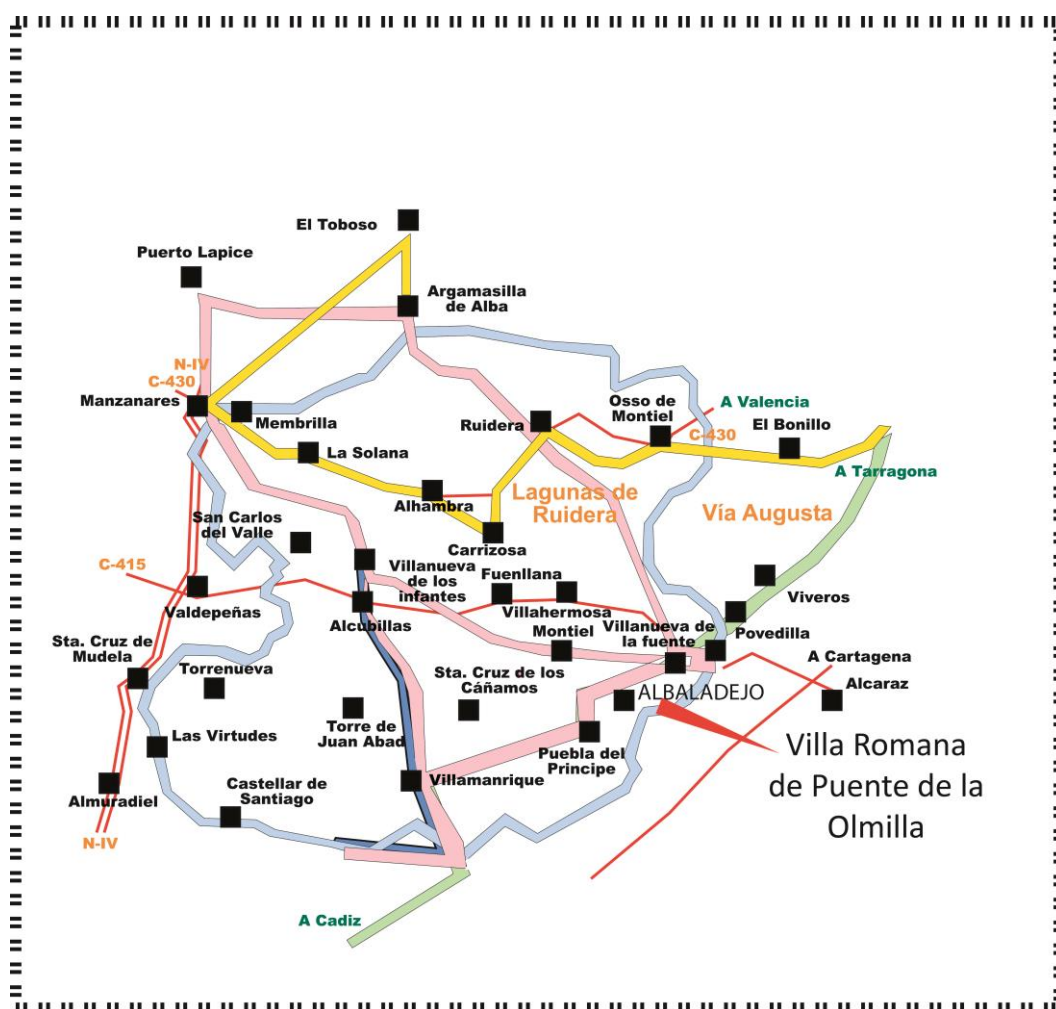


Fig. 521. Situación de la *villa* de Puente de la Olmilla en las proximidades de la Vía Augusta.
Dib.: García Bueno.

Al respecto de la controversia sobre el origen de Albaladejo, el historiador I. Hervás y Buendía (1890, 14) advierte: “(...) Los documentos anteriores nos hacen comprender que este pueblo (...) sino fué su primer destino el recoger la herencia de *Paterniana*, le siguió poco después. Además de que Albaladejo, según uno de nuestros más doctos anticuarios, se interpreta *cercano á la Calzada*”.

Esta última acepción es respaldada por G. Arias (1968, 418; 1991a, 8): “Es sabido que al-balat es palabra árabe que con frecuencia se aplicó a los caminos empedrados”; reiterando la misma idea años después en su “visión de las vías hispanas meridionales. (...) En las páginas dedicadas a toponimia llama la atención el rechazo, contra la mayoría de los autores, de *Albalat* y *Albalate* con el significado de calzada o pavimento, argumentando que según Asín Palacios esta palabra significa casi siempre ciudad o núcleo de población. Mi experiencia me dice que los ‘Albalates’ suelen estar en efecto en un viejo camino”.

J. Rodríguez Morales (1999, 7) reseña “Albalat” entre los topónimos camineros: “Un importantísimo grupo de topónimos es el de los que se relacionan con el étimo árabe *al-balât*, ‘losa, pavimento de piedra, camino, calzada’. (...) existen las siguientes variedades en España: (...) Albaladejo, Albalarejo y Albalatillo: Estos diminutivos se distribuyen por Huesca, Cuenca, Ciudad Real, Toledo y Murcia”.

En nuestra opinión, de acuerdo con I. Hervás, G. Arias y J. Rodríguez Morales, la palabra árabe “albala”, de la que procede el nombre de Albaladejo, es un claro indicio de la existencia de un atávico “camino empedrado” o “embaldosado” (traducción literal). Por consiguiente, este elocuente topónimo parece ser una prueba de la perduración del recuerdo de un antiguo itinerario, que resuena en el término actual, a través del árabe. Suponemos que esta denominación hace referencia a la Vía Augusta, que de Sur a Norte atravesaba todo este sector oriental de la Mancha -el Campo de Montiel- y desde la que quizás partía un ramal de desviación hacia esta *villa*. De hecho, a poco más de 3 km de Albaladejo, por la carretera que conduce a Montiel, se encuentra el que la tradición popular local aún conoce hoy día como “Camino romano”, perviviendo de ese modo en la memoria colectiva. Como ya habíamos comentado (*vid. supra* capítulo XI, 327-328), algunos eruditos propugnan la

equiparación de Albaladejo con la antigua *Paterniana*, fundada en los alrededores del haz de comunicación que se dirigía de *Castulo* (Cazlona, Jaén) a *Saltigi* (Chinchilla) y distinta de la ciudad carpetana homónima citada en su *Geografía* por Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 56). Siglos más tarde se habría construido sobre sus ruinas o junto a ellas el castillo de Paterna (o “Castellón de Pater[n]o”), de los que ya en el siglo XVI apenas quedaban algunos restos. Las *Relaciones Topográficas* (VIÑAS y PAZ, 1971, 8) hacen mención a la proximidad del antiguo Villar de Casa Paterna, “por debajo del, dos tiros de ballesta, pasa un camino que le dicen Camino Real y por él pasan muchas gentes” que van de Andalucía a la Mancha o a Valencia. Desde luego, la similitud etimológica invita a aceptar dicha reducción.

No obstante, apoyándose en M. Asín Palacios (1940, 46), en orden a la etimología de esa forma toponímica, M. Corchado (1971, 32) da otra opción: “su nombre se deriva del árabe Al-balat, que significa pueblo, al que se le agregó un diminutivo romanceado”, y transmite la creencia de que en el término de Albaladejo “existió la romana población de Paterniana, después evolucionada en Paterno, y por él cruzaba la Vía Hercúlea”. Apunta J. Rodríguez Morales (1999, 7, nota 70), rebatiendo la tesis de M. Asín Palacios, que en árabe clásico la palabra *balad* tiene el sentido de ciudad o pueblo, pero en árabe vulgar “sonaba *beléd*”.

Al decir de A. Ruibal (1988, 288), Albaladejo era una “zona de paso frecuente”, al ser un hito de la Vía Hercúlea o de uno de sus ramales, cuya importancia se mantuvo durante el dominio musulmán e incluso posteriormente.

Es de subrayar que a unos 4 km al Noreste del casco urbano de Albaladejo (por la carretera que lleva a Villanueva de la Fuente) se halla el yacimiento arqueológico de Villar de Casa Paterna (o Casica Paterna). A tenor de diversas informaciones, formaría parte de la antigua *Paterniana*, perteneciente al obispado de *Mentesa* (VIÑAS y PAZ, 1971, 8 [contestación a la pregunta 36 de las *Relaciones Topográficas de Felipe II*, 1575, III, fol. 317 ss.]; PORTUONDO, 1917/1972, 15; HERVÁS, 1890, 13; CORCHADO, 1971, 32, 135; 1974, 25; MONTANYA, 1977, 1134; RUIBAL, 1988, 287-288; 1993, 9). Paralelo a dicha carretera moderna circula el Camino Real de Andalucía, en cuyas inmediaciones están Villar de Casa Paterna y Puente de la Olmilla (esta

última, a unos 500 m del mismo). Lo corta transversalmente el camino de Bienservida, próximo a la *villa* objeto de nuestro estudio. El Camino Real atraviesa la zona alta del extenso páramo en cuyo extremo meridional se asienta Albaladejo. El terreno es bastante llano, salvo algunos pequeños montículos. Este camino fue utilizado durante el Medievo como ruta de trashumancia de la Mesta. A unos 4 km al Norte de la localidad de Albaladejo existe un lugar denominado “La Dehesilla” (coordenadas topográficas: 38° 40' N / 0° 55' E), donde se puede observar bastante bien un segmento del trazado del Camino Real. En sus proximidades hay un pequeño pozo, llamado “pozo de Galindo”, junto a la Fuente Seca, popularmente conocida en Albaladejo como “Juan Seca”. Un dibujo a mano alzada de Epifanio Pozo Hernández, incluido en un breve estudio inédito de la comarca, y depositado en el archivo del Museo Provincial de Ciudad Real, nos sirve para documentarlo (fig. 522). En él se puede apreciar que el camino está enmarcado por dos hileras de bloques de piedras. La anchura del carril oscila en torno a 5 m (en algunos puntos, algo más, unos 6 m). Además de las dos filas de mampuestos que lo delimitan, a modo de bordillo, se conservan algunos restos de empedrado (de granulometría pequeña o media), perfectamente dispuesto, si bien sólo se distinguen de manera bien visible algunos tramos del mismo. Esas características parecen avalar su posible identificación como infraestructura romana, aun siendo ésta una tarea compleja.

I. Moreno Gallo (<http://traianvs.rediris.es/viasromanas>) y J. Rodríguez Morales (2000b, 16-23; 2003, 24-27) nos brindan algunos datos técnicos sobre la construcción de las calzadas romanas, al igual que J.-P. Adam (1996, 300-317), quien las califica de “obras de arte viarias”. Tito Livio (XLI, 27) habla de los contratos públicos concedidos a empresarios privados para hacerlas. De este texto se desprende que algunas estaban pavimentadas con lajas de piedra o canto rodado grueso en las ciudades y con guijarros o cubiertas de tierra fuera de ellas y que llevaban bordillos. Consiguientemente, había *viae terrenae* (hechas con aportes de tierra, apisonada), *grarea stratae* o *viae glareatae* (de grava, masa de zahorra aglomerada) y *lapide stratae* o *viae delapidatae* (de piedras: losas o cantos). Este tipo es designado como *via lapide strata* (Dig. XLIII, 11, 1,2). Por lo tanto, al margen de los tramos urbanos, lo más común era

que la base de la capa de rodadura se compusiera de piedras pequeñas, guijarros, tierra..., quizá como la que muestra el dibujo adjunto.

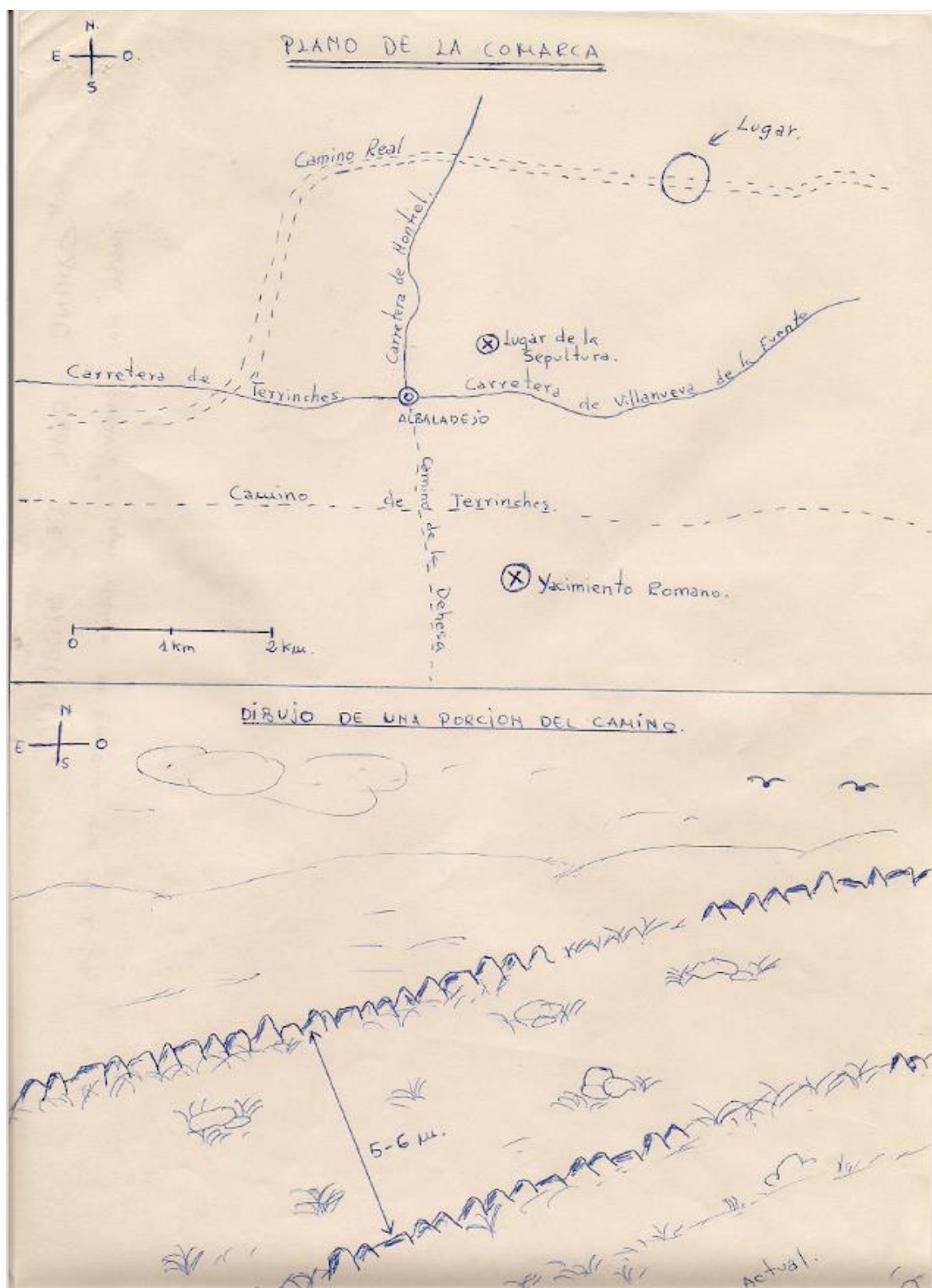


Fig. 522. Tramo del Camino Real de Andalucía. Dib.: Pozo Hernández.

El Camino Real podría ser un desvío desde el eje viario principal hacia esa supuesta *Paterniana*. Este hallazgo refrendaría la afirmación de I. Hervás y Buendía (1890, 14) de que el nombre de “Albaladejo” significa “cercano a la calzada”. En su “Ensayo de restitución” del Camino de Aníbal, P. Sillières (1977, 55-65; 1990b, 269) analiza los trayectos de *Castulo-Mariana* y de *Mariana-Saltigi*. El primero “prenait directement vers le Nord comme le Camino de Terrinches. (...) il devient le Camino de Andalucía et conduit à la Venta de Los Ojuelos, probable *mansio* sur la route antique, a 1,5 km à l’Est du site exact de *Mariana*”. El segundo de ellos iría de la Venta de Los Ojuelos, con el nombre de Camino de Valencia (un vial actualmente de tierra), hacia Villanueva de la Fuente, dejando Puebla del Príncipe a 2,5 km. No cruzaba por Terrinches ni Albaladejo, erigidos “sur les premières hauteurs dominant la vallée, ce sont des villages médiévaux alors que les sites antiques se trouvent dans la vega, près de la voie: une villa est l’objet de fouilles á Albaladejo et un autre habitat romain (...) existe au pied de Terrinches, autour de la chapelle de Santo Christo et au bord de la voie”. P. Sillières declara que sus trazas reaparecen entre Villanueva de la Fuente y Viveros con el nombre de Vereda de los Serranos, fácilmente reconocibles sobre el terreno y paralelas a la carretera moderna (SILLIÈRES, 1977, 61-62, fig. 2). A su entender, corresponderían al trayecto entre *Ad duo Solaria* y *Mentesa Oretana* (cfr. TOVAR, 1989, 171, 180; ARIAS, 1987, 512; sobre la primera, Rav. IV 44 [314, 1]; SILLIÈRES, 1977, 74; SAAVEDRA, 1862/1967, 106; CORCHADO, 1971, 163; ROLDÁN, 1975, 268, que sintetizan varias teorías sobre sus posibles localizaciones; ARIAS, 1992, 7: *Ad duo Solaria* = hacia Montizón).

De las dos hipótesis de P. Sillières sobre el *hiatus* Albaladejo-Villanueva de la Fuente, J. Blánquez (1990, 69) se inclina por la que sigue la actual carretera entre ambas localidades y defiende la correspondencia entre dicho Camino Real y el Camino de Aníbal, relacionándolo con el topónimo “Vía Romana” con que se denomina al adentrarse en la provincia de Albacete: “La superposición de la actual carretera local al Camino Real de Andalucía a la Mancha -citado anteriormente como equivalente al Camino de Aníbal- está bien documentada mediante el estudio comparativo de la cartografía del Instituto, en particular entre los Km. 4 al 11. Actualmente, pasado Albaladejo, hasta el Km. 4, marchan en paralelo y poco antes de entrar en Villanueva la carretera local

gira un poco al norte dejando al descubierto, de nuevo, el Camino Real. Consultando las ediciones antiguas (1894), previas a la construcción de la carretera local, la continuidad del Camino Real es total. Sumamente significativo es también que este Camino de Aníbal-Camino Real de Andalucía a la Mancha, en esta misma hoja, tras el paso de la provincia de Ciudad Real a la de Albacete, pasa también a denominarse Vía Romana”.

Sin embargo, en un reciente trabajo (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2012, 101-118, figs. 1, 4, 5 y 6) se ofrecen los resultados de cuatro sondeos arqueológicos practicados a lo largo de lo que sus autores denominan “Vía de los Vasos de Vicarello”. Dan noticia, asimismo, de un miliario anepígrafo aparecido entre Albaladejo y Villanueva de la Fuente (más información sobre los miliarios en LOSTAL, 1992; MELCHOR, 1992, 122; ARIAS, 1993, 21-22; HURTADO, 2005, 285-291). D. Lillo Castellanos, vecino de Albaladejo, nos ha especificado que dicho miliario está en “La Dehesilla”, junto al Camino Real de Andalucía (*vid. infra* nota 33). A juicio de los arqueólogos que llevaron a cabo la anteriormente referida intervención, la vía iría por la Vereda de los Serranos (al Noreste de Puebla del Príncipe, por los términos municipales de Terrinches, Santa Cruz de los Cáñamos...), ajustándose de esa manera a la distancia de XX millas establecida en los Vasos Apollinares entre las *mansiones* de *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente) y *Mariana* (concretamente, en la Ermita de Ntra. Sra. de Mairena, Puebla del Príncipe). En una publicación anterior (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 70-73), ya trataron sobre el Camino de Aníbal, que atravesaba *Mentesa Oretana* y fue utilizado como vía pecuaria desde tiempos inmemoriales, “llamándose hoy Camino Real de Andalucía”. En época romana este camino protohistórico habría sido consolidado y reacondicionado. Según su propuesta, para evitar los tramos de terreno arcilloso que durante los periodos de lluvias resultaban más problemáticos (en la vega), se procedió a trasladar el tráfico “hacia cotas más elevadas y de sólido firme calizo. Eso sucedió precisamente” en esta zona, produciéndose un desdoblamiento que seguramente haría, en buena medida, derivarse el tránsito “a la variante mejor acondicionada”, funcionando la otra, no obstante, simultáneamente, como puede deducirse de la disposición de varios yacimientos romanos a lo largo de ambas. Elementos viarios romanos clásicos como los “terraplenes embordillados” demostrarían una identificación con la

Vereda de los Serranos (CORCHADO, 1969, 144-145). Dicha Vereda podría ser “una reforma romana del camino preexistente” (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 71).

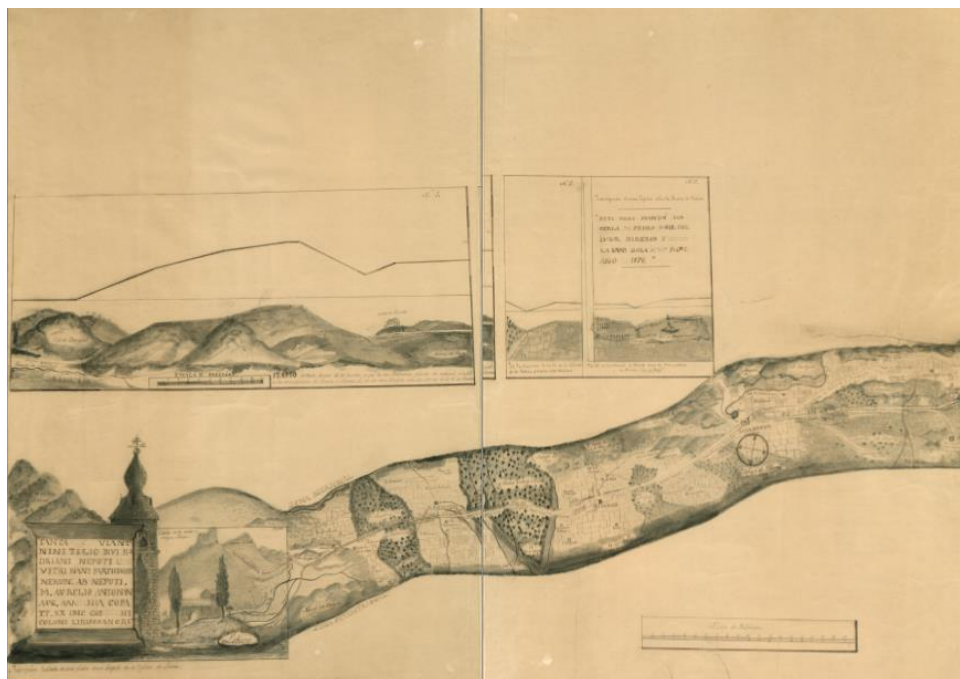
J.J. Pérez Avilés (1985, 203) da testimonio del hallazgo de cerámica romana en el paraje donde está enclavado dicho santuario, ratificando que es un yacimiento romano.

La atribución de *Mariana* al solar donde se levanta la Ermita de Ntra. Sra. de Mairena es sostenida, entre otros, por E. Saavedra (1862/1967, 97); F. Coello (1889, 21); I. Hervás (1890, 487), B. Portuondo (1917/1972, 143), A. Fernández Guerra (1859, 658) y M. Corchado (1963, 31; 1971, 96-97, 140-141). En palabras de este último historiador, hay allí un despoblado del que “restaba la ermita”, a unos 3 km al Sur de Puebla del Príncipe, sobre el Camino Real, a medio camino entre *Ad Solariam* y *Mentesa* (las *mansiones* anterior y posterior en la Vía Augusta). Por lo demás, define este municipio de Puebla del Príncipe como “sitio indudable de población primitiva, y paso de comunicaciones naturales (...); en la época romana es posible que (...) se cruzaran varias vías, y por su término es seguro que pasaba la importante vía de Gades a Roma (...), que continuó siendo usada a través de épocas posteriores bajo el nombre de Camino Real de Valencia a Sevilla, cruzándose con el de Cuenca a Granada [Relaciones de La Puebla. Tomo III, fols. 595 a 598 v.]”. I. Hervás (1890, 487) resalta la presencia de “restos de edificaciones, basas de columnas, sepulcros, hórreos, ánforas, monedas (...)” y añade que era una *mansio* del camino militar que “se dirige por la Venta de los Santos y Villamanrique, llamado hoy camino de Andalucía (...). A lo largo de él se observan aún varios trozos de afirmado contruidos con cemento romano, toca en los villares o despoblados de *Corrales* y *Mairena*”. Esta “carretera de Hércules” o Vía Augusta, “cruzaba la sierra de Montizón, caminaba por la aldea del Príncipe y cortando por Villanueva de la Fuente, dejaba á mano izquierda el nacimiento del Guadiana y torcía bruscamente en demanda del Mediterráneo por el Campo Espartario”.

A. Tovar (1989, 171) coteja sendas fuentes, el *Itinerario de Antonino* (445,3) y los Vasos de Vicarello I, II, III, IV, remarcando la variación de datos. En efecto, en el primero se hace constar que *Mariana* estaba a XXIV millas de *Ad Turres* y a XXIV de *Laminium*, en contraste con las XX millas desde *Ad duo*

Solaria y otras tantas hasta *Mentesa Oretana*, en los Vasos. Por lo demás, A. Tovar revisa las posibles equivalencias de *Mariana* e incide en que su nombre se ha perpetuado en la Ermita de “Ntra. Sra. de Mariena (Marllena en Madoz, *Diccionario Geográfico* 13, 253), en Puebla del Príncipe, provincia de Ciudad Real (Menéndez Pidal, *Toponimia* 138), a unos 20 km al S. de Villanueva de los Infantes (Schulten *RE* XIV 1746ss.). Marchetti 926a la pone, con dudas, en Almagro. (...) Se reconoce en el Marimana de Rav. 313,18”. Así pues, A. Tovar secunda las teorías de P. Sillières (1977, 31-93), para quien la vía romana pasaba a 1,5 km de la ermita (por Venta de Los Ojuelos), al Mediodía de Puebla del Príncipe, en concordancia con lo alegado por G. Arias (1987, 512).

Tanto la coincidencia de distancias como de los nombres parece corroborar que *Mariana* radicaría en el Santuario de Ntra. Sra. de Mairena. En la Carta Arqueológica del término municipal de Puebla del Príncipe figura el yacimiento de Villar de Mairena, de adscripción cultural romana, y el de Venta de Los Ojuelos I, de adscripción romana/medieval.



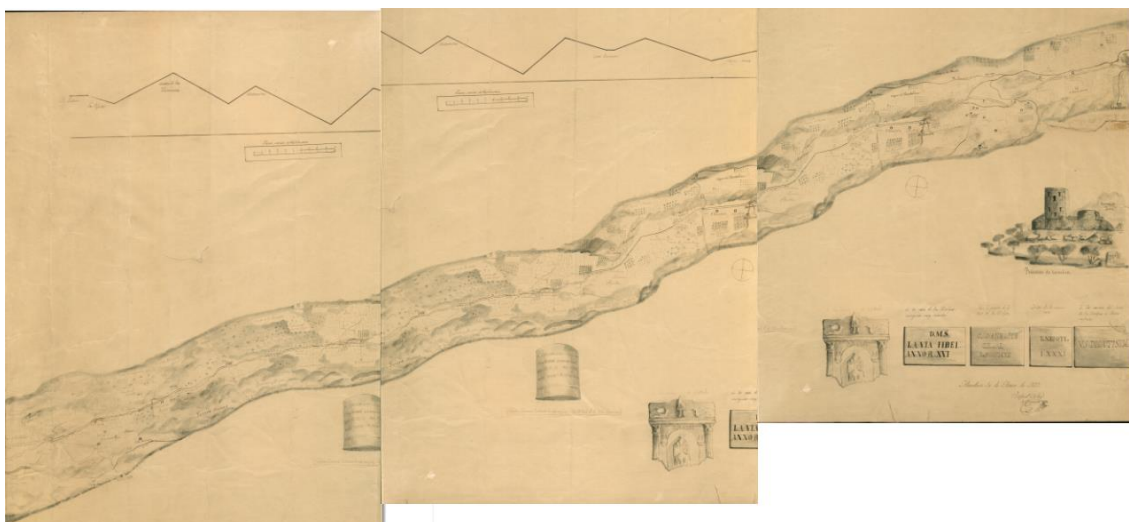


Fig. 523. Vía romana de *Libisosa* a *Castulone*, según Martínez de Carnero, 1859 (RAH).

R. Martínez de Carnero, en una “*Memoria, que tiene el honor de presentar á la Academia de la Historia, según su programa, el profesor de primera enseñanza de la Villa de Almedina, acompañando el correspondiente plano*” (fig. 523, signaturas del plano: BA-036-001 para BA-VI-1 y BA-036-002 para BA-VI-2), con fecha 10 de marzo de 1859, a la que adjunta el 23 de mayo de ese mismo año una “*Ampliación a la Memoria y rectificación de los planos en su segunda hoja. Vía Romana de Libisosa a Castulone*”, nos proporciona los pormenores más variados sobre monedas antiguas, piedras angulares, dos esculturas romanas, inscripciones y otras “particularidades halladas en Libisosa, (...) paso á describir la vía romana” (folios 12-13), cuya trayectoria detalla: “(...) Desde el Guijoso hasta Villanueva [de la Fuente] (...). Desde el Monte alto hasta los cuartos de Montiel. Sigue hasta el camino de Albaladejo á Cañamares, en vestijios marcados. Desde dicho camino continúa inclinándose más al S., en vestijios confusos. Gira á la derecha al tocar el camino de Albaladejo p.^a Santa Cruz. Yd. hasta el camino de Terrinches á Sta. Cruz, punto donde termina el 1.^{er}. plano, inclinándose á la izquierda, perfectamente marcado y conservado”. Desciende después “por la cañada del Pajar y Fuente podrida, buscando las Cavezuelas de Terrinches”. Gira al Oeste hasta la venta del Ojuelo “frente a Ntra. Sra. de Marllena de la Puebla del Príncipe, se oscurecen ya los vestijios de la Vía, quedando por único norte al explorador el camino real de herradura, cuya dirección basada precisamente sobre el trayecto romano, descubre este de vez en cuando, aunque en remotos y

salpicados vestigios (...) llega á Venta quemada”. Desde ahí enfila el camino real hacia la Aldea de los Santos, por “las viñas de Montizon, (...) y salen por bajo de Aldea-hermosa (...). Dando como resultado final de mis observaciones: que desde *Libisosa* hasta la Venta del Ojuelo, frente a Ntra. Sra. de Marllena, la Vía romana se halla marcada y aprovechable en su mayoría”, mientras que hasta *Castulone* únicamente emergen algunos fragmentos de la misma, “sirviendo solo para poder marcar la dirección de la Vía”. Concluye que “el camino real de herradura (...) no se separa de la Vía romana”.

En la citada *Ampliación a la Memoria* presentada a la RAH, R. Martínez de Carnero explica que ha “rectificado las medidas de la 2ª hoja del plano, (...) he estudiado las ruinas de Mariana, Solaria, Morum y las de Torres, (...) he procurado sacar el calco de la piedra miliaria hallada por mí cerca de Aldea-hermosa (...)”, las ruinas de *Mariana* están “alrededor de la ermita destruida de Nuestra Sra. de Marllena”.

J. Ramos (1988, 62) describe el trayecto de algunos de los sectores de la Vía Augusta recogidos en el *Itinerario de Antonino*, coincidente con el de los Vasos Apolлинаres, en lo que atañe a Villanueva de la Fuente (*Mentesa*). También da algunos valiosos detalles sobre la calzada Córdoba-Sagunto, que seguidamente transcribimos: “pasaría por Montoro y Linares al igual que otra que pasaría por Villar del Río y Cástulo, al unirse (...), Villanueva de la Fuente (...) por Utiel a Sagunto. Dejando atrás un recorrido por la provincia de Jaén (...). A partir de la estación de Andújar frente al puente romano (...). Luego cruzaría (...) por las Navas de San Juan como posible mansión Ad Morum (...). Al este iba a quedar La Puebla del Príncipe siguiendo el camino de Andalucía a Villanueva de la Fuente al pasar, de forma próxima, a Terrinches y Albaladejo. Continuará por camino de Albaladejo hasta el pueblo de Villanueva de la Fuente, donde confluye la vía transversal. Desde este pueblo prosigue unida a la vía Mérida-Puerto de Almansa”.

Este camino facilitaría la llegada de *terra sigillata* producida en los alfares de Andújar, cuya presencia está bien atestiguada en el yacimiento de Puente de la Olmilla (*vid. infra* capítulo XVIII.2.1).

E. Serrano (1983, 157) hace hincapié en lo arriesgado que resulta especificar cuáles fueron las vías que siguieron esas producciones de Andújar para su comercialización: hacia el Sur, una de ellas podría ser “la línea del

Guadalquivir”, reforzando lo dicho por M. Roca (1976), entre otras como la de *Castulo* a *Malaca* o “ramales que convergían en ella, como el de Córdoba a Antikaria”.

En sentido contrario iba otro de los que emergían de Córdoba, hacia Sagunto, mencionado más arriba.

Esta *villa* se hallaba prácticamente en el centro, entre ambas *mansiones* viarias, la de **Mariana** (*It. Ant.* [444,3; 445,3; 446,3]; *Rav.* [313, 18], con la variante de *Marimana*; Vasos de Vicarello I, II, III, IV; SAAVEDRA, 1862/1967, 97, 100; HERVÁS Y BUENDÍA, 1890, 487; COELLO, 1889, 21; FERNÁNDEZ GUERRA, 1859, 658; ARIAS, 1963, 32; 1992, 12; ROLDÁN, 1975, 248; SILLIÈRES, 1977, 74; TOVAR, 1989, 171; CARRASCO, 2007a, 29-30; 2013, 277) y la de **Mentesa Oretana** (*Liv.*, XXVI, 17, 4; mencionada como población oretana por Ptol., *Geog.* II, 6, 58, y como ciudad *stipendiaria* por Plin., *NH* III, 25; SAAVEDRA, 1862/1967, 88, 98; HERVÁS Y BUENDÍA, 1890, 609; MILLER, 1916, 181; SCHULTEN, *RE* XV, 1932, col. 963; GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 220; FERNÁNDEZ GUERRA, 1859, 658; ROLDÁN, 1975, 250; ALFÖLDY, 1987b, 39-41; TOVAR, 1989, 178; CARRASCO, 1993, 414; 1997b, 303-304; 2001, 513; 2007a, 22; 2013, 277; PINTADO, 2008, 251-252; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2004b; 2011, 69-124; ABASCAL, 2012, 166-168, 172-174; según SILLIÈRES, 1977, 74-75, la *mansio* podría estar en los alrededores de Hoya de la Sabina, a unos 6 km de Villanueva de la Fuente).

Su emplazamiento ha generado múltiples discrepancias. S. de Miñano (1828, IX, 390) y P. Madoz (1848, XI, 561) abogan por las proximidades del castillo de Montizón (Villamanrique). En el *Diccionario* Madoz se estima “muy razonable la opinión de Mariana”, para quien Montizón era la antigua “Montesa oretana”, siendo “de los más concurridos” el cercano camino real que desde Valencia va a “las Andalucías”. M. Corchado (1971, 105-106) reproduce distintas versiones y, sin adjudicarle absoluta certeza, deja patente que “autores de solvencia” la sitúan en Villanueva de la Fuente (*vid. supra* capítulos II.2 y V). Anteriormente, al intentar sentar sobre plano las conjeturas de distintos estudiosos de esta comarca, esboza el itinerario de la “Vía transversal desde Mérida, por Capilla, Caracuel, Villanueva de la Fuente, al Puerto de Almansa. (...) Sigue por el camino de la cuesta de Alcaraz, hasta enlazar con la Vereda de los Serranos y llegar a Villanueva de la Fuente, posible Mentesa Oretana, donde

confluye la vía Córdoba-Sagunto, y juntas, a la salida del pueblo, continúan por la Vereda de los Serranos, que el mapa señala como vía romana (...). Deja a la izquierda la Vereda de los Serranos, posible vía Córdoba-Sagunto, y continúa en línea recta, bajo el nombre de Calzada o Vía Romana, (...) hasta el pueblo de Lezuza, (...) vuelve a figurar en el mapa con los nombres de Cañada Romana, Calzada Romana y Cañada de Andalucía, (...) hasta la ciudad y castillo de Chinchilla, donde se cruza con la vía de Alcalá a Cartagena” (CORCHADO, 1969, 144-145).

La vecina *Laminium* (Alhambra) fue sede de otra *mansio*, encrucijada de las vías 29, 30 y 31 del *Itinerario de Antonino*, una de las cuales llevaba a *Toletum* y otra a *Caesaraugusta* (*It. Ant.* 446,4-7; 446, 8-448, 1, respectivamente). En dicho documento viario es evocada bajo la variante de *Lamini* (445,4), de *Liminio* (446,4) o de *Laminio* (446,8-448,1), y es designada como *Lamini* en el *Anónimo de Ravenna* IV 44 (313, 17), al igual que por Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 56) y Plinio (*NH* III, 6; XXXVI, 165). También transitaba por aquí la calzada que unía *Complutum* con *Libisosa* (sobre la problemática de *Laminium*, cfr. CEÁN-BERMÚDEZ, 1832, 42-43, 78-79; SAAVEDRA, 1862/1967, 98, que sigue su rastro por el cerro de la Mesa, junto a la laguna Colgada, de Ruidera, donde están las ruinas de la ciudad de Lagos, en las inmediaciones de Fuenllana; HOSTA, 1866, 93; HERVÁS, 1890, 67-69; 1914, 67-75; PORTUONDO, 1917/1972, 29-32; BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA y SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1917, 22; GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 210; ARIAS, 1963, 32; 1964, 85; 1966, 288-291; 1987, 129-152, 499-500, 512-514; 1988, 3-4; 1992, 11; CORCHADO, 1969, 149; 1971, 39-40, 95; ROLDÁN, 1975, 93-95, 245; ALFÖLDY, 1987b, 34; CARRASCO, 1987; 1989-1990, 167-179; 1990, 85-93; 1996, 71-83; 1999a, 309-310; 1999b, 251-258; 2001, 511-517; 2002, 199-210; 2011, 325-329, con bibliografía anterior; 2013, 274-275; MENA, 1988, 29; PALOMERO, 1988, 154; TOVAR, 1989, 180, quien reúne algunas de las diferentes propuestas sobre la localización de *Laminium*; FERNÁNDEZ OCHOA, ZARZALEJOS y SELDAS, 1990, 165-182; PÉREZ VILATELA, 1997b, 22; DOMINGO, 2000, 45-63; 2001, 151-170; RODRÍGUEZ MORALES, 2000b, 16-23; HURTADO, 2005, 25-26, 292-294; BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011; ABASCAL y GARCÍA BUENO, 2013, 293-298).

Plinio (*NH* III, 6) hace alusión al *Laminitanus ager*, donde nace el Guadiana, habitualmente identificado con el Campo de Montiel (PLANCHUELO, 1954, 123; CORCHADO, 1971, 95).

En el *Itinerario de Antonino* (445,5) se indica que *Lamini(o)* dista XL m.p. de *Alces* y VII millas de *Caput fluminis Anae* (ARIAS, 1966, 290; 1992, 9; CARRASCO, 1987, 36; 1990, 90-91; 2011, 329), situada en el nacimiento del Guadiana según A. de Morales (1577, 127), K. Miller (1916, 163), J.M. Roldán (1975, 228) y J. Hurtado (2005, 291), entre otros. Las fuentes de este río, de las que habla Plinio (*NH* III, 2, 6): “*Ortus hic in Laminitano agro Citerioris Hispaniae*”, estarían en las Lagunas de Ruidera (ABASCAL y GARCÍA BUENO, 2013, 298). La distancia del *Itinerario de Antonino* (446,10) se ajusta a la tesis que ubica esa estación en las Lagunas. Ptolomeo (*Geog.* II, 4, 2) coloca la fuente del *Anas* a 14º de longitud y 40º de latitud, lo que la trasladaría mucho más al Este de Ossa de Montiel (TOVAR, 1989, 179). Esta primera *mansio* de la vía de *Laminio* a *Caesaraugusta* ha sido objeto de un intenso debate. Al parecer de J.A. Ceán-Bermúdez (1832, 42, 78, 81, 86), estaba en la Ciudad de Lagos (“así llaman á un sitio que está cerca de las lagunas de Ruidera en la Mancha. V. Fuenllana”; sobre Fuenllana, cfr. CEÁN-BERMÚDEZ, 1832, 78-79), para E. Saavedra (1862/1967, 90, 92) y A. Fernández Guerra (1859, 658), al Oeste de Osa de Montiel, como recoge J.M. Roldán (1975, 228), para A. Blázquez (1898) estaría en Penarroja, mientras que M. Cortés y López (1836, 295-296) se decanta por Fuenllana y M. Corchado Soriano (1971, 67, 106) sustenta que lo más acertado es la Ciudad de Lagos o bien Cerro de la Mesa, aunque las distancias desde éste a Alhambra y Lezuza, “no coinciden”. Apostilla M. Corchado (1971, 94-95) sobre la Ciudad de Lagos que está “en término de Ossa de Montiel y sitio Mesa del Almendral, península formada por tres de las lagunas de Ruidera; (...) todavía subsisten actualmente restos de vía enlosada”. G. Arias (1987, 131, 146) se pregunta, al intentar dirimir la posición de esta *mansio*: “¿quién puede decir cuál era para los romanos el verdadero nacimiento del río *Ana* (Guadiana), siempre discutido?. (...) (*Caput fluminis Anae*), que para nosotros es el manantial del Córcoles junto a Munera, entre Lezuza y La Pasadilla” (como reafirma después en su *Índice de mansiones*, ARIAS, 1992, 9). En su búsqueda de las vías romanas de la comarca de Lezuza, G. Arias (1987, 129-147) ofrece varias alternativas para la ruta que llevaba a *Laminio* y la

correspondencia sobre el terreno de las estaciones que jalonan la vía 31, según el *Itinerario de Antonino*. Respecto a esta vía y a la 30, sugiere que, aunque todos los especialistas en la materia creen que “*Liminio*” es una errata y debe leerse como “*Laminio*”, podría tratarse de un error en la versión original del *Itinerario*, cuyo autor se habría equivocado al identificar “*mansiones* de grafía tan parecida” (cfr. al respecto SAAVEDRA, 1862/1967, 76; ROLDÁN, 1975, 94; CARRASCO, 2013, 274). Al abordar esta problemática aduce que la ecuación *Laminio* = La Pasadilla (Albacete) es bastante firme, mientras que las más tradicionales, esto es, Alhambra o las Lagunas de Ruidera, no se adecuarían a las distancias hasta Lezuza o Consuegra: pudo haber “en La Mancha una ciudad *Liminio* distinta de la *Laminio* (...). *Liminio* hace pensar inmediatamente en *limes*, *limitis*, que tiene la doble acepción de ‘camino’ y ‘mojón, lindero o frontera’; y más todavía hace pensar en *limen*, *liminis*, cuyas acepciones son ‘umbral, dintel, entrada, principio, final’. A *Liminio Toletum* podría pues significar “Desde el principio, término o límite hasta Toledo”. Desde luego, no sería un límite provincial o entre *conventus iuridicus*, pero quizás sí un límite tribal, dado que Ptolomeo atribuye *Libisosa* a los oretanos y *Laminium* a los carpetanos, en virtud de lo cual A. García y Bellido (1947, 230) fija la frontera aproximadamente en el río *Anas* (puede verse un desarrollo más amplio del tema en el capítulo I.2-3). En una nota añadida en 1986, G. Arias (1987, 146) retoma la línea argumental del año 1966 e introduce otra posibilidad: que el límite fuera “el del propio *municipium* laminitano”, cuya extensión debió de ser muy grande, como parece demostrar una inscripción de la vecina localidad de Fuenllana (C/I II 3228; CORCHADO, 1971, 80; GOZALBES, 2004b, 72-73). J.M. Roldán (1975, 93-95) disiente de G. Arias (1966, 288-291; 1987, 146), al considerar improbable que el *Liminio* del *Itinerario de Antonino* 446, 4 fuera distinto del *Lamini(o)* mencionado en 445, 4, no sólo porque esta fuente cita “muy pocos puntos de término y partida de las vías”, sino también debido a que “este camino esté entre dos rutas en donde *Laminio* juega un papel esencial -de nudo en el primero; de cabeza de ruta en el segundo-”.

En los alrededores de Alhambra se produciría la intersección de las vías Sigüenza-Toledillo y Toledo-Alhambra, de las que quedan “trozos empedrados”,

(...) “epigráficamente se identifica con *Anensemamarca*”, puntualiza Corchado (1969, 149).

En el privilegio de términos del castillo de Alhambra (A.H.N. Arch. Uclés, cajón 51, vol. I, n.º 3) figura un “camino calzado” que se dirigía hacia el castillo de Montiel y pasaba entre la cañada del Berbián y la de Ruidera, siendo interpretado por M. Corchado Soriano (1971, 63) como “la actual Vereda de Serranos o de Cuenca, antiguamente nombrada Carrera de Roidera a Alfambra y probable vía romana”, a pesar de no ir hacia Montiel, sino a Alhambra. Todo el término municipal de Alhambra era recorrido por las Cañadas Reales de Cuenca, “desde el anejo de San Isidro al Pozo de la Serna, uniéndosele otro ramal que cruza por Santa María de Guadiana”. Los “trozos empedrados” de estas vías pastoriles denotan que se trata de itinerarios romanos. M. Corchado (1971, 40, 45-46, 80, 114, 128, 155, 169) asegura que “dos vías coinciden en las inmediaciones [de Alhambra], (...) es probable cruzara por la parte sur del término la transversal entre Mérida y Levante”. En una antigua aldea de Alhambra, La Nava, al Suroeste, estaba la encrucijada de “la Cañada Real de Cuenca, o de Los Serranos, con la posible vía romana de Mérida a Sagunto”. Desde Los Palacios a Montiel iría por el término de Fuenllana, donde hay otras vías secundarias. Precisamente por Montiel iba otra importante calzada, “que quedó evidenciada en el Camino Real de Granada a Cuenca (...), viniendo desde Puebla del Príncipe y continuando por Villahermosa y La Ossa”. De igual manera, M. Corchado refiere que en Santa María del Guadiana confluían las vías Toledo-Alhambra y Toledo-Santa María, habiéndose preservado las ruinas de una posible atalaya romana, y por el Oeste del término de Torre de Juan Abad discurría otra vía romana, de Norte a Sur, por Los Hitos, Cabeza del Buey, hacia Castellar, adentrándose en la provincia de Jaén, que podría ser “el posible *Transitus ex Beronibus* citado por Tito Livio”.

Otros autores se hacen eco de la existencia de diversos tramos empedrados en la comarca de Alhambra, p. ej. en la Dehesa de Masegosa, donde se pueden vislumbrar “varios trozos” de la calzada romana en dirección “a Montiel, Alcaraz, Segura y otros puntos” (MADOZ, 1848, XI, 282), que permiten seguir su rastro (FERNÁNDEZ OCHOA, ZARZALEJOS y SELDAS, 1990, 165-182).

Por lo tanto, de Oeste a Este, uno de esos viales romanos surcaba todo el espacio comprendido en el actual ámbito provincial de Ciudad Real, avanzando por la llanura manchega e incluyendo la zona de Albaladejo en su curso hacia *Mentesa*, *Libisosa*, *Saltigi*..., como también lo hacía el de Cádiz-Játiva-Gerona... (queda bien reflejado por FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 46-47, fig. 2; asimismo, a propósito de esta vía, cfr. PALOMERO, 1988, 153; BLÁNQUEZ, 1990, 65-76; ARIAS, 1991, 22-24; 2001, 33-38; 2002b, 1317-1322; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, 2008, 33-45; 2010; SILLIÈRES, 1977, 39-40; 1982, 247-257; 1990b, 220).

Los constructores de Puente de la Olmilla se atuvieron, pues, a la recomendación de los agrónomos latinos de erigir la *villa* teniendo en cuenta insertarla en la red viaria, aunque no exactamente junto a la calzada principal, para eludir las incomodidades que eso solía acarrear. De acuerdo con todo ello, nos detenemos nuevamente en hacer constar que su ubicación es ideal desde el punto de vista de la habitabilidad y del rendimiento económico. A buen seguro, tendría fácil acceso, además de algunas comunidades cercanas con las que comerciar, tanto para adquirir ciertos artículos manufacturados que no se fabricaban en sus instalaciones (p. ej., cerámicas finas, trabajos en metal, tales como apliques, muebles, herramientas...), como para vender la propia producción. A nivel macroespacial, vemos cómo se imbrica con las ciudades citadas mediante ese entramado de caminos romanos, en función de los que se relacionarían estratégicamente. En ellas existían “estructuras económicas complejas que implican especialización y comercio, tanto interno como externo”. Por lo general, el territorio del entorno de las urbes romanas solía estar bastante antropizado, transformado en campos de labor, y más allá se extendían las tierras incultas. Por todas ellas transitaban las calzadas, que el ciudadano sentía de este modo “controlado o dominado” (BENDALA y ABAD, 2008, 19-20).



Fig. 524. La vía Saltigi-Carthago Nova, según Arias, 1987, 152.

Tomamos en consideración, igualmente, la no excesiva lejanía de este complejo rústico del próspero (y por entonces todavía activo) centro minero de *Castulo* (a unos 130 km), accesible desde aquí a través de la calzada que iba hacia Chinchilla (fig. 524, cfr. TOVAR, 1989, 173-177; BLÁNQUEZ, 1990, 69-70, ambos trabajos, con abundante bibliografía sobre la misma). La Vía Augusta llegaba hasta *Carthago Nova* y desde allí proseguía su rumbo hacia *Castulo* (la reducción de *Saltigi* = Chinchilla es asumida, entre muchos otros, por SAAVEDRA, 1862/1967, 105; COELLO, 1893, 440; SCHULTEN, *RE*, 1893, I A 2014 y SILLIÈRES, 1982, 257, en cambio, MADDOZ [1849, XIII, 708] se decanta por Jorquera y está convencido de que Chinchilla es *Parietinae*; *Saltici*, *It Ant.* 447, 2, Vicarell. I [*Saltigim*], II, III, IV [*Saltigi*]; *Rav.* IV 44 [313, 13], *Saltis*; Ptol. II, 6, 60; cfr. ROLDÁN 1975, 264; TOVAR, 1989, 167, quien recopila varios de los postulados precedentes e incluye *Saltigi* en la Bastetania). P. Sillières (1977, 31-93; 1982, 247-257) y G. Arias (1987, 375, Apéndice III, 512, fig. de la página 152; 1991, 11) centran su interés en la vía *Saltigi-Carthago Nova*, de gran trascendencia para la economía de la zona, poniendo en contacto el Oeste con el Este. G. Arias (1987, 512) formula algunas precisiones relativas al estudio de P. Sillières sobre el “Camino de Aníbal” (que conciernen al marco geográfico de la villa de Puente de la Olmilla) y rectifica al investigador francés cuando dice no haber descubierto indicios entre la Ermita de Ntra. Sra. de

Mariena y Villanueva de la Fuente: “el agger es perfectamente apreciable en la parte de la ‘Cañada de los Serranos’ que coincide con el límite de términos entre Albaladejo y Montiel (Láminas, n.º 78). La vía iba, pues, al N de Terrinches y de Albaladejo”.

Las fuentes antiguas nos aportan alguna información al respecto. Así, Estrabón (III, 4, 9) habla de una vía entre *Saetabis* y *Castulo*. En los Vasos de Vicarello (*CIL* XI, 3281-3284) y en el *Anónimo de Ravenna* (313,8-314,2) se hace mención a un segundo camino que llevaba desde *Castulo* a *Saetabis*, por *Mariana*, *Mentesa* y *Libisosa* (SILLIÈRES, 1977, 33-34, 77-78; 1990b, 261-262; 1993, 419; JIMÉNEZ COBO, 2001, 101-151), coincidiendo con la vía 31 en el tramo de enlace entre *Libisosa* (*Libisosa*) y *Saltigi* (*Saltici*) (*It. Ant.* 446,11-447,1-2). En efecto, el *Itinerario de Antonino* (445,4; 446,4 y 8; 447,1) da cuenta del *Item a Laminio alio itinere Caesarea Augusta* (la vía 31, denominada así por SAAVEDRA, 1862/1967, 77), mediante el que se podía ir desde *Laminio*, por el *Caput fluminis Anae*, hacia *Libisosa*, *Parietinis*, *Saltigi*, *Saetabis*, después giraba hacia Cuenca y se internaba en *Segobriga*, llegando finalmente a *Caesaraugusta*. En total, tenía una longitud de CCXLVIII m.p. (COELLO, 1894; CORCHADO, 1969; ROLDÁN, 1975, 94-95; FERNÁNDEZ OCHOA y CABALLERO KLINK, 1986, 35-64; ARIAS, 1987, 129-141; CARRASCO, 1987, 35-36; 2004, 132; 2009-2010, 158-159; 2011, 321-335; 2013, 275-276). En cambio, las antiguas fuentes itinerarias no nos dicen nada de otro camino que ponía en contacto las dos capitales de la región oretana, *Oretum* y *Castulo* (para SILLIÈRES, 1990a, 494-495, sería la Cañada Real de la Plata, parcialmente coincidente con la vía *Castulo-Sisapo* [*CIL* II, 3270], hasta El Centenillo) o de otro que conducía desde Córdoba a Sagunto ni de un desvío del mismo hacia *Carthago Nova*, al converger con la vía *Complutum-Carthago Nova* (CORCHADO, 1969, 146-149, 151, nota 35). Por lo que atañe al primero, en “las inmediaciones de Santisteban del Puerto (...) toma el nombre de Camino de Andalucía a La Mancha y Vía de Aníbal, (...) pasando por Montizón, probable mansión Ad Solaria (...). Continúa como Camino Real de Andalucía, pasando a 1,5 kilómetros al este de la ermita de Mairena, probable Mariana; pasa a 2,5 kilómetros al este de Puebla del Príncipe. Sigue el Camino Real de Andalucía a Villanueva de la Fuente, muy próximo a Terrinches y Albaladejo. Continúa por el Camino de Albaladejo hasta el pueblo de Villanueva de la Fuente, donde confluye

la Vía Transversal (...) Mérida-Puerto de Almansa (...) y continúa por la Vereda de los Serranos” (CORCHADO, 1969, 146-147).

M. Corchado Soriano (1963, 9-40) rastrea la citada “Cañada de la Plata” que va más o menos paralela a la Vereda de la Plata, a lo largo de unos 10 ó 15 km (Villanueva de la Reina, Hoz del Río Frío-valle de la Alcudia y *Oreto*, en sendos ramales oriental y occidental). Iría desde *Oreto*-puertecillo de la Mesada-Centenillo-Baños y desde allí quizás a Cástulo. No toca poblado actual durante más de 80 km y supera la parte meridional de la sierra aprovechando una mesa situada entre los elementos de erosión de los afluentes y subafluentes del Guadalquivir. No tiene que salvar ninguna zona abrupta y realiza buena parte de su recorrido por sitios relativamente suaves. “Esta desconocida vía viene a enlazar, por el más corto trayecto, las dos antiguas ciudades de la Oretania: *Oreto* y Cástulo; e incluso puede ser el ignorado itinerario de la vía *Castulo-Sisapo*, de la cual se conocen escasos datos; la salida desde Cástulo pudo ser, bien siguiendo el camino de Bailén a Begijar y Baeza... o pasando por el actual Linares a enlazar en Baños; y, ya en la Mancha, en las cercanías de *Oreto*, coincide con una de las calzadas de Mérida a Zaragoza, que relaciona el *Itinerario de Antonino*, la cual pasaba por la antigua *Sisapo*; ningún otro itinerario podía unir más cómoda y directamente estas ciudades, ya que, si bien la distancia entre ellas a vuelo de pájaro es de noventa millas (unos 82 Km. según el mapa), sólo aumenta cuarenta más el camino indicado”.

Algunos de esos topónimos, como “Cañada de la Plata” y “Vereda de la Plata”, son notoriamente ilustrativos de su origen romano. J. Rodríguez Morales (1999, 7-8; 2000b, 16-23) enuncia los pasos intermedios de la evolución seguida por el étimo latino “(*calciata*) *delapidata*”, preferiblemente a una supuesta evolución desde el árabe “*al-balât*”, que le parece menos verosímil.

La gran arteria que cruzaba la provincia de Ciudad Real de Norte a Sur, conectando Toledo con la Bética, se dirigía hacia Córdoba, importante enclave poblacional desde la Edad del Bronce y posible puerto de embarque, por el Guadalquivir, de los productos metalíferos de todo este rico distrito minero, fundamentalmente durante los siglos I a.C.-II d.C.

Mariana (donde estaba situada la *mansio* que servía de punto de enlace entre *Sisapo* y *Castulo*, *CIL* II, 3270; ARIAS, 1989, 22; 1991, 15; CARRASCO, 2001, 514-517) mantenía, por consiguiente, relaciones con la rica ciudad de

Sisapo, en la que confluían varias calzadas, como la de Mérida. En el *Itinerario de El Edrisi*, del siglo X, se cita el camino que iba de Toledo a Córdoba, por las inmediaciones de la *mansio* de *Sisapo* (sobre *Sisapo*, Ptol., *Geog.* II, 6, 58; Estrab., III, 2, 3; Plin., *NH* III, 14; XXXIII, 118, 121; Cic., *Phil* II, 48; Vitruv., VII, 9, 4; *CIL* X, 3964; CEÁN BERMÚDEZ, 1832, 351; SAAVEDRA, 1862/1967, 103; HERVÁS, 1890, 251; MILLER, 1916, 159; ALBERTINI, 1923, 35, 114-115; THOUVENOT, 1940/1973, 164-165, 248, 729; GARCÍA BELLIDO, 1947, 228, 277; CORCHADO, 1968, 621-634; 1969, 137-138; 1982, 43; GARCÍA IGLESIAS, 1971, 102-103; ROLDÁN, 1975, 268, con un compendio de bibliografía, fuentes literarias y epigráficas; TOVAR, 1989, 29; CARRASCO, 1987, 30-31; 1989-1990, 175-176; 1997a, 183-191; 1997b, 310-313; 1999a, 320; 2001, 516-517; 2003, 231; 2007a, 23-27; 2007b, 363-367; 2013, 279-280; FERNÁNDEZ OCHOA y CABALLERO, 1988, 201-210; VENTURA VILLANUEVA, 1993, 49-61; GARCÍA BUENO, MANSILLA, GALLARDO y BLANCO, 1995, 77-88; PÉREZ VILATELA, 1997b, 22; PINTADO, 2008, 236-237; ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 169, 171, 180-181, con toda su bibliografía anterior), en el sector occidental de la provincia de Ciudad Real, algo distante de nuestra área concreta de estudio.

A.A. Pozuelo (1988, 81-82) consigna brevemente, a modo de hipótesis, la existencia de varios caminos más: uno entre *Segontia* y *Castulo*, por *Segobriga* y *Ercavica*, otro que uniría de forma más directa *Sisapo* y *Toletum*, con un nudo de comunicaciones en *Titulcia*, mediante el que enlazaría con *Caesaraugusta* (sobre la identidad de *Titulcia*, cfr. TOVAR, 1989, 237), etc. Algunos de estos últimos itinerarios están a la espera de que nuevas indagaciones arqueológicas certifiquen con rigor sus trazados, ampliando el panorama viario.

Así pues, al ser de paso obligado el actual ámbito provincial de Ciudad Real por su situación geográfica entre la Lusitania, la Bética y la Tarraconense, ello determinó que los romanos lo incorporaran desde época temprana en su sistema de comunicaciones, para fomentar sus planes estratégico-militares, cuyos intereses lo condicionaron en buena medida, e impulsar su economía⁶³. Las investigaciones arqueológicas han revelado la profunda romanización de este sector de la Meseta⁶⁴ perteneciente al *conventus Carthaginiensis*, que estaría, como toda ella, marcado por el sello de la producción agrícola. Esa vocación rural se acentuó especialmente durante la baja romanidad, periodo al

que corresponden varias *villae* (detectadas mediante prospecciones y excavaciones llevadas a cabo en los términos municipales de Villanueva de la Fuente, Puebla del Príncipe, Albaladejo, Terrinches, etc.), cuya existencia confirma que este territorio se hallaba plenamente integrado en el modo de vida romano, como repetidamente venimos diciendo. Concretamente, en Terrinches se ha excavado una pequeña parte de la *villa* de El Calvario, se ha acometido una intervención arqueológica en las dependencias balnearias de otra *villa*, la de La Ontavia, respectivamente a unos 4 y 9 km de la de Puente de la Olmilla, además, se han localizado en ese mismo término municipal otros yacimientos romanos, como el de Charratite, Cortijo de la Cerrada, Huerta de la Gallega y Fuente de Juan Gómez. Las tres *villae* acabadas de mencionar se disponían linealmente a lo largo de la Vía Hercúlea (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 69-124, con la bibliografía anterior). La referida Vereda de los Serranos serviría como segmento de enlace entre algunos de esos hábitats romanos del término de Terrinches y de otros limítrofes, como el de Albaladejo (*vid. infra* capítulo XXIII).

E. Gozalbes (2004a, 115) argumenta que la Meseta Sur se vio inmersa en la evolución cultural de ámbitos espaciales con los que mantuvo intensos contactos de todo tipo, como son el meridional y el levantino (cfr. FERNÁNDEZ OCHOA y ZARZALEJOS, 2006, 225-250).

En Puente de la Olmilla han aparecido cerámicas finas de importación, vidrios, objetos de hueso trabajado, etc., lo que delata la persistencia de algunas relaciones comerciales en época tardía, a través de la trama viaria de comunicación interior. A criterio de C. de Ayala (1996, 51), se desconoce la auténtica dimensión socio-económica de *mansiones* como las de *Laminium*, *Mariana*, *Mentesa Oretana*, *Libisosa*, etc. Con todo, diversos artículos agrícolas, ganaderos e industriales básicos circularían por esas rutas que interrelacionaban esta *villa* con los mercados vecinos. Desde luego, al hacendado que la habitaba debía interesarle su inclusión en esas redes de distribución, que servían de cauce para el intercambio mercantil tanto de los productos de consumo de primera necesidad como de los de cualquier otra índole. Este hecho conllevaría considerables beneficios económicos, pues las hipotéticas posibilidades de comercialización de los productos de este establecimiento rústico se incrementaban gracias a ello, lo que generaría unos

lucrativos ingresos, tantos como para poder costearse el repertorio musivo que enriqueció decorativamente su residencia (esos mosaicos constituyen uno de los marcadores más indicativos de su pujanza económica, máxime a tenor de los dos mosaicos figurativos, cuyo coste sería alto). Se trata de un trabajo de calidad, tal vez obra de un cotizado taller, ya que las numerosas características comunes con otros ejemplares de la Península podrían ser indicio de haber sido elaborados probablemente por la misma *oficina*, demostrando la amplia demanda de sus creaciones, idea en detrimento de la aparente marginalidad geográfica de estos parajes (o, al menos, a la vista de su elección decorativa, resulta obvio que sus artífices conocían precedentes de la Meseta Norte, Navarra, etc.; sobre el presumible trasvase de soluciones expresivas, *vid. supra* capítulo XIV.5.2). La carestía ligada a una finca poco rentable se habría manifestado en una sencilla pavimentación de la mayoría o la totalidad de los ambientes. Está fuera de toda duda que a su dueño le sería necesario disponer de importantes recursos económicos para construir una *villa* de cierta categoría como es el caso y que éstos procederían prioritariamente de la explotación de las tierras de su propiedad, cuyos excedentes vendería. Teniendo en cuenta la potencialidad económica de esta zona, seguramente ese era el principal medio de obtener un sustento económico en un lugar como éste, cuya base económica han sido tradicionalmente sus llanuras cerealistas. No diremos que el único, porque son abundantes las minas (p. ej., de hierro) en esta comarca y otras confinantes, tales como las de Villar de Casa Paterna, Las Minas (Albaladejo), La Fundición o La Caldera (Pico Hondonero), El Villar del Pozo y la Piedra de la Hiedra (Bienservida), las de Maravillí (Montiel), etc.

Dado que la actividad comercial deja huellas visibles en el registro arqueológico, tal como evidencian algunos restos mobiliarios: joyas para adorno personal (pulseras, aretes, collares, fíbulas, alfileres para el cabello...), piezas de vidrio y metal, etc., éstos son pruebas concluyentes de que sus adinerados propietarios adquirieron diversos objetos suntuarios, acreditando la existencia de un tráfico comercial de mercancías selectas, muy demandadas aún, al igual que las artesanales e incluso algunos alimentos para gustos sibaríticos (ostras...). Su difusión, propiciada por la gran cantidad de caminos que surcaban el territorio hispano, está ampliamente documentada en innumerables *villae* bajoimperiales, entre ellas, la de Puente de la Olmilla. Algunos autores

opinan que las innovaciones arquitectónicas, las creaciones artísticas (musivas, pictóricas, plásticas...) y los bienes de prestigio o exóticos encontrados en algunas *villae* “podrían usarse como parámetro para establecer una medida de la productividad del espacio agrario circundante”, destinando a ello sus dueños buena parte de las ganancias obtenidas (CERRILLO *et alii*, 1986, 126).

En definitiva, toda esta modélica infraestructura viaria, con ramificaciones accesorias que pondrían en comunicación *villae* como la de Puente de la Olmilla con distintas sedes urbanas y comunidades rústicas por las que discurría la calzada principal, se convirtió en el eje vertebrador del comercio en esta zona del interior peninsular, de la que salían sus productos y a la que entraban otros procedentes de los más distintos puntos del Imperio. En las ciudades aún radicaban talleres de artistas y artesanos y desde ellas se exportaban sus obras o producciones de la naturaleza que fueren. Como explica G. Alföldy (1999, 467-485; 2012, 296-297), pese a las dificultades económicas provocadas por las circunstancias políticas, las invasiones de los bárbaros, los conflictos sociales, etc., dicha producción artesanal y el comercio nunca llegaron a paralizarse, aunque ya no será como en tiempos anteriores (al respecto de las producciones industriales y artesanales, cfr. BELTRÁN, 1998, 257-262; sobre la producción artesanal, la viticultura y las propiedades rurales, cfr. REVILLA, 1995, 305-338), debido a que la relación campo-ciudad se basará en la progresiva importancia de los latifundios. Esto se tradujo en que desde el siglo IV las grandes propiedades rurales cubrirán cada vez más sus necesidades de esa clase de artículos mediante sus propias manufacturas.

Una valoración específica merece el ordenamiento del proceso de comercialización de las cerámicas finas. Puesto que distintas autoridades en la materia se han ocupado ya del tema en profundidad (MAYET, 1984, 107, 236), tan sólo lo trataremos muy someramente, retrotrayéndonos a los inicios de la romanización. J.M. Abascal (1988, 125-130) expone que a principios del siglo I d.C., cuando los productos aretinos penetraron hasta la Meseta meridional, una vez se hubo reorganizado el comercio después de un largo periodo de guerras, éstos se convirtieron en una dura competencia para las producciones cerámicas indígenas. Toda la suerte de cambios políticos, jurídicos, etc. que experimenta el centro de la Península lleva aparejada una transformación económica, como anteriormente había sucedido en el litoral y la Bética.

Abascal no cree que las cerámicas finas pintadas adoptaran la estructura de mercado de la *terra sigillata*, cuya cuantía era muy superior. La existencia de una hipotética red de distribución de las primeras, sugerida por dicho investigador, se ve reforzada por la dispersión de estos hallazgos en el entorno de algunos tramos de la calzada que va desde la colonia emeritense hasta *Caesaraugusta*. En virtud de todo ello se originaría “una comercialización eficaz a través de las vías de comunicación, pero en recorridos muy cortos, sin que podamos establecer la existencia de *negotiatores* como supone MAYET para la *sigillata* hispánica, sino que serían probablemente los propios alfareros, o a lo sumo el propio grupo familiar, quienes distribuyeran las piezas”. Cuando la TSH empiece a dominar el mercado, “la producción de cerámicas pintadas se irá eclipsando para permanecer en estado latente durante los últimos años de los siglos II y III, y renacer en el siglo IV” (ABASCAL, 1988, 128). No hay ningún testimonio de ese tipo de cerámicas en el yacimiento de Puente de la Olmilla, ni, hasta donde sabemos, tampoco en otros cercanos que han sido excavados o prospectados (*vid. infra* capítulo XXIII), en consecuencia, parece que esta zona estaba al margen de dichos circuitos.

Tanto en el Sur de Hispania (Itálica, Urso, Marbella, Córdoba...) como en el África septentrional (*Thysdrus, Hadrumetum...*), en algunos mosaicos, alusivos a ciertos intereses económicos, se refleja la riqueza ganadera y agrícola de los *possessores* o la pujanza de *negotiatores* y *navicularii*. A veces concurrirían en ellos ambas facetas (latifundistas propietarios de barcos utilizados para exportar sus productos), pues, en ocasiones, las divinidades protectoras del comercio marítimo son representadas en dichos pavimentos musivos norteafricanos, invocadas para solicitar una buena travesía (FOUCHER, 1964, 237; PARRISH, 1984, 46-50), de lo que se infieren las relaciones mercantiles de las tierras del interior con enclaves costeros e incluso con otras provincias del Imperio a través del mar. La comercialización de los productos de las regiones interiores se vio favorecida por la existencia de esos bien organizados canales de distribución, que promovieron el desarrollo de numerosos núcleos de población y de las áreas rurales circundantes (FOUCHER, 1964, 293; SAN NICOLÁS, 2002, 241-266; LÓPEZ MONTEAGUDO, 2002, 251-268; 2004, 306 y 313; 2007, 469-470, 518-519; 2012b, 683-690). Hispania, al igual que África, exportaba aceite, vino, trigo,

minerales..., tanto a la metrópolis, a través del puerto de Ostia, como a otros lugares y, a su vez, importaba aquello que no producía, como ciertos objetos de lujo, destinados a los ricos terratenientes y a las élites locales de las ciudades, quienes disfrutaban de un elevado nivel de vida y podían permitirse su adquisición.

A la vista de todo lo expuesto, la zona estudiada estaba perfectamente comunicada, al contar con dos calzadas principales (además de otras secundarias): una horizontal, que de Oeste a Este transcurre de *Emerita Augusta* en dirección a Levante a través de *Sisapo*, *Carcuvium*, *Mariana*, *Lamini(o)*, *Libisosa*... y otra vertical, de Norte a Sur, con cruce en *Laminium*. Recapitulando, desde la *mansio* de *Laminium*, la vía 30 se dirigía por *Murum-Consabro* hacia *Toletum* y, ya dentro de la vía 29, *Per Lusitaniam ab Emerita Caesaraugusta* (*It. Ant.* 443,3; ARIAS, 1963, 29-33; PÉREZ VILATELA, 1997b, 20-24; CARRASCO, 2013, 273-274), se enfilaba hacia *Alces-Vico Cuminario-Titulciam-Complutum-Caesaraugusta* (sobre las vías 29 y 30, cfr. SAAVEDRA, 1862/1967, 76; de la vía 30 trata un trabajo de FERNÁNDEZ OCHOA, ZARZALEJOS y SELDAS, 1990, 165-182). También figura en el *Anónimo de Ravenna* IV 44 (313,17), como *mansio* del eje que desde *Complutum* alcanzaba *Castulo*. A su vez, una tercera ruta, la vía 31, el *Item a Laminio alio itinere Caesarea Augusta* (*It. Ant.* 445,4; 446,4 y 8; 447,1) conduciría de *Laminium* a *Caesaraugusta* a través de las *mansiones* de *Caput fluminis Anae*, *Libisosia* (*Libisosa*), *Parietinis*, *Saltici* (*Saltigi*), continuando hacia Levante... (SAAVEDRA, 1862/1967, 77; ALMAGRO, 1978, 20, fig. 5; MENA, 1988, 29; CARRASCO, 2013, 275-276).

En conclusión, la *villa* de Puente de la Olmilla, pese a no tener una posición geográfica especialmente privilegiada, tampoco estaba aislada, al poder relacionarse con las unidades de poblamiento aledañas y con otras más alejadas mediante el complejo sistema de caminería construido por los romanos. Cabe imaginar, por ende, que éste tuvo una enorme importancia en la vida económica de la comarca. Efectivamente, la arqueología pone de manifiesto la profunda romanización de estas tierras, con una cierta densidad de asentamientos romanos (MONTANYA, 1977, 1133-1142), de los que después nos ocuparemos pormenorizadamente, como son Villar de Casa Paterna, el Sumidero, las Cañadillas, varias *villae* descubiertas en el colindante

término municipal de Terrinches (*vid. supra*), etc. Todos esos yacimientos están ubicados en las proximidades del Camino Real de Andalucía a la Mancha⁶², ruta medieval que con toda probabilidad sigue el trazado de alguna preexistente y en cuyas inmediaciones se entrecruzan dos vaguadas que quizá se superponen a antiguas vías romanas.

XXII. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA VILLA DE PUENTE DE LA OLMILLA

No pretendemos caer en una visión tópica de aquel mundo rural, pero el análisis de los datos que se pueden extraer de la excavación de este yacimiento se ajusta de manera fidedigna a las líneas generales expuestas en la sección final de este trabajo. Por otro lado, las labores arqueológicas han desvelado interesantes aspectos de la configuración arquitectónica del edificio señorial, de su programa ornamental, cuestiones relativas a la distribución de las producciones cerámicas, de la circulación monetaria... e incluso nos permiten atisbar retazos de la ideología y las creencias del *dominus*, a través de la cultura material (composiciones musivas de tipo mitológico, una estatuilla de Minerva, una terracota, etc.).

Tomando como base todo lo descrito, éste no parece haber sido un centro residencial de primer orden, sorprendente por su magnificencia y aparatosidad, con estancias espectaculares por sus grandes dimensiones o por el empleo de los más ricos materiales constructivos y decorativos, a excepción de los mosaicos que tapizaban algunas de sus dependencias (*nobile pavementum*, como los define Vitruvius, *De Arch.* III, 1,10). Sin embargo, pese a no ser uno de los complejos rústicos hispanos más impactantes o representativos por su opulencia y monumentalidad, sí es reflejo del elevado nivel económico de sus dueños, cuyos ingresos tendrían su origen en los campos del entorno. A juzgar por los restos excavados, se trata de un establecimiento nacido de la mano de un *possessor* acomodado, quien posiblemente lo utilizaría como vivienda habitual o, cuando menos, podría tener aquí una presencia bastante cotidiana. No destacaría tanto como esas ostentosas y enormes *villae* palaciegas que algunos grandes *potentiores* se hicieron erigir en otros lugares de la Península, con innumerables elementos arquitectónicos u ornamentales

concebidos para impresionar por la fastuosidad, el abigarramiento de su planimetría y el derroche de lujo, pero esta casa solariega, sólidamente construida, desde luego debió de ser un admirable modelo de bien vivir. Parece ser que contaba con ciertos servicios como el agua corriente para hacer la vida de los señores más confortable (su infraestructura hidráulica pudo servir para suministrar agua al conjunto doméstico y al *balneum*, además de permitir el drenaje del *hortus*), tenía varios ambientes solados con mosaicos de buena calidad y sus muros estaban dotados de un revestimiento interior de estuco pintado, no sólo los de las habitaciones más nobles, sino también las paredes de otras estructuras de diferente rango y las de los pasillos. Los paneles murales presentaban diversas composiciones decorativas (p. ej., de imitación marmórea), de brillante policromía en muchos de los casos (en tonos rojo, amarillo, azul..., incluso con alternancia cromática en una misma superficie parietal), tan del gusto de los romanos.

Si, como creemos, al no haber signos de violencia deliberada, tras una lenta decadencia fue abandonada, sus habitantes se llevarían consigo los objetos y enseres más valiosos, por lo que no cabría esperar el hallazgo de materiales muebles de esas características. Por ese motivo, tan sólo hemos recuperado unos cuantos ejemplares de esa selecta cultura material (pulseras, pendientes, fíbulas, anillos, alfileres para el cabello, vidrios, la estatuilla de bronce...), prueba evidente de que sus refinados propietarios podían costearse la adquisición de productos suntuarios (provenientes de un comercio de larga o media distancia). Igualmente, pudieron permitirse encargar a un cualificado taller, al menos, nueve mosaicos de buena factura, con un amplio repertorio de motivos geométricos, vegetales y figurativos, recurriendo en dos de ellos a temas mitológicos, para embellecer los suelos de su residencia campestre. Combinados con la ornamentación pictórica de los muros, estas barrocas creaciones artísticas contribuyeron con sus elaborados diseños a aportarle prestancia y suntuosidad, convirtiéndose en uno de los símbolos del *status* social detentado. Podemos imaginarnos a la familia de los *domini* (y a sus visitantes e invitados) deleitándose con su contemplación.

En definitiva, Puente de la Olmilla constituye un ejemplo ilustrativo de las transformaciones acaecidas durante el Bajo Imperio, periodo marcado por una creciente ruralización, abriendo nuevas perspectivas para su estudio en esta

zona de la Meseta meridional. Como es sabido, este tipo de *villae* es exponente de un determinado sistema de organización socioeconómica que giraba en torno a los grandes *possessores* instalados en sus *fundi*, donde construyeron confortables mansiones campestres, un tipo de arquitectura en sintonía con la idea de *urbanitas* inherente al estilo de vida detentado por las élites provinciales, convertidas en centros de explotación de sus propiedades, desde donde dichos terratenientes podían administrar sus fincas, controlando el cultivo extensivo (cerealístico, olivarero, etc.) de sus campos mediante contingentes de trabajadores libres y esclavos (sobre diferentes aspectos de estos latifundistas se ha desarrollado gran número de estudios, cfr. FONTAINE, 1980, 241-330; LÓPEZ MONTEAGUDO y SAN NICOLÁS, 1994, 249-308; BRAVO, 1997b, 21-30; BLÁZQUEZ, 1998, 395-405; ALFÖLDY, 2012, 308-309). Los *possessores* serán “la auténtica élite económica de la sociedad tardo-romana, y las masas desposeídas y más humildes de la población fueron aún más dependientes que antaño de este colectivo de terratenientes”, en palabras de G. Alföldy (2012, 296). En este contexto se fraguaron unas estructuras de relación entre los *domini* y los colonos a los que aquéllos acogían bajo su protección en el marco del conocido régimen de patrocinio tardorromano. Como señala G.A. Mansuelli (1966, 1167-1168), el modo de producción de las *villae* posiblemente sentó las bases de la economía feudal del Medioevo, preludiando toda una serie de cambios de todo orden.

Puente de la Olmilla es, por tanto, una valiosa fuente de información sobre la etapa de transición entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media en esta área geográfica, puesto que la cronología de esta *villa* corresponde fundamentalmente al siglo IV y parte del V d.C., justo en el umbral de esa fase histórica altomedieval.

Esta *villa* romana de Albaladejo y otras de sus contornos atestiguan la existencia de diversas posesiones agrícolas romanas en este territorio incluido actualmente en el ámbito administrativo de la actual provincia de Ciudad Real. Todas ellas son de una significación excepcional para conocer el grado de implantación del patrón de vida rural romano en esta zona y nos ha llevado a revisar la problemática de la presencia aquí de grandes *possessores*, ya que, durante mucho tiempo, ha existido un vacío en la investigación moderna sobre el tema en esta entidad geográfica, contrastando con otras próximas como

Jaén, Córdoba e incluso la Meseta superior, donde se han excavado -y se siguen excavando- numerosas *villae* bajoimperiales.

Villae como ésta constituyen un elemento morfogenético determinante a la hora de estudiar la vertebración de su contexto espacial. Aunque debieron de existir en su *territorium* “peculiaridades estructurales y culturales”, como en tantas otras áreas del Imperio, con los datos disponibles, obtenidos a través del registro arqueológico, y a falta de otro tipo de fuentes documentales, no nos es posible saber “lo que hubo de continuidad y lo que hubo de cambio” en la organización y la distribución del campo en este ámbito geográfico, hasta qué punto fueron respetadas las estructuras previas, la “convivencia de modelos o sistemas prerromanos y romanos”, por utilizar conceptos de M. Bendala y L. Abad (2008, 26, 29), algo que, en efecto, es fundamental para el conocimiento de cualquier sociedad antigua y, por el momento, se nos escapa. Únicamente la incorporación de nuevos datos resultantes de futuros trabajos nos ayudará a esclarecer estas cuestiones.

Con todo, el estudio de este enclave nos ha permitido aproximarnos a un mejor conocimiento de la implantación del sistema itálico de la *villa* en la zona de La Mancha conocida como Campo de Montiel y, consiguientemente, de los fenómenos socioeconómicos que le afectaron.

XXIII. POBLAMIENTO ROMANO DEL TERRITORIO: YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS DE ALBALADEJO Y SU ENTORNO

A lo largo de diversas prospecciones hemos constatado en las inmediaciones de la localidad de Albaladejo la existencia de varios yacimientos arqueológicos pertenecientes a distintas fases culturales, que ponen de manifiesto una amplia extensión cronológica en la ocupación de esta zona. A continuación presentamos una somera relación de los de época romana, con el fin de integrar la *villa* de Puente de la Olmilla en el marco del poblamiento de este territorio durante esa etapa.

En el acervo documental de la comarca figuran las siguientes estaciones arqueológicas:

-Las Cañadillas (MONTANYA, 1977, 1133; CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 15), posible necrópolis de la *villa* de Puente de la Olmilla, está situada muy cerca de

ésta, al otro lado del Arroyo de la Fuente de la Bola, que la separa de la edificación doméstica. Mediante el método de prospección se distingue una especial densidad de hallazgos junto al cauce fluvial. Se puede observar en superficie la presencia de *tegulae*, cerámica común romana y restos óseos. También hay noticias de la exhumación de sepulturas rectangulares (según consta en la Carta Arqueológica confeccionada por el Museo Provincial de Ciudad Real, donde está depositada, dándosele aquí otra denominación, la de “Las Corradillas”). En una encuesta arqueológica realizada por Daniel Pozo Leal en 1974 (vecino de Albaladejo y, por entonces, alumno de 1º de Geografía e Historia), relata el descubrimiento, un año antes, de una sepultura rectangular que contenía “dos esqueletos”, cerca de la Fuente de la Bola (encuesta depositada en el Museo Provincial de Ciudad Real). Todo ello parece ser indicio de la funcionalidad del lugar, aunque sólo la excavación del mismo nos permitiría extraer conclusiones certeras. Si se trata, como creemos, de la necrópolis asociada a este asentamiento se demostraría que el yacimiento se extiende a ambos lados del referido curso de agua.

-El Puente de Carramolón está emplazado en el entorno inmediato del pueblo de Albaladejo, cerca de una fuente (MONTANYA, 1977, 1134; CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 16), en el Camino Real de Andalucía. Se localizan aquí dos yacimientos arqueológicos: uno de ellos es romano, probablemente una *villa*, el otro es una necrópolis medieval. Proliferan en superficie del primero materiales cerámicos del tipo TSH y hay vestigios de un pavimento.

-Villar de Casa Paterna (38º 37' N / 0º 55' E del MTN E: 1:50.000) difiere de los restantes yacimientos escuetamente descritos líneas arriba en que se halla enclavado sobre un pequeño altozano desde el que se domina visualmente toda la llanura circundante (figs. 525-527). Es un punto estratégico de control, que dispone de agua en sus inmediaciones, por las que fluye el Arroyo Villanueva. Actualmente en estos terrenos hay plantaciones de olivos, viñedo, cereal y huertos de hortalizas.

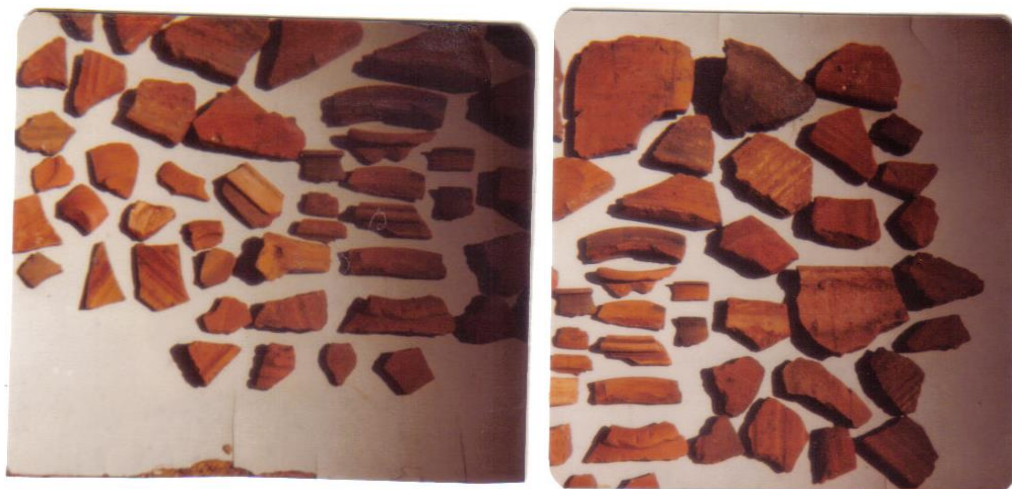


Figs. 525-527. Vista general del yacimiento. Foto: Leal García.

Se halla en la zona nororiental de este término municipal, a pocos metros de la actual carretera que conduce de Albaladejo a Villanueva de la Fuente y está muy cerca del Camino Real de Andalucía, de idéntica dirección (hacia la antigua

Mentesa Oretana). Esparcida por su superficie se documenta cerámica común romana de forma muy abundante (alguna de ella pintada, de tradición local), TSC y TSH, un vaso de paredes finas, gran cantidad de tejas romanas, etc. En algunos fragmentos se observa la existencia de una decoración a base de líneas incisas; otros fragmentos de cerámica pintada corresponden posiblemente a una fase cultural anterior (ibérica).

En el Museo Provincial de Ciudad Real está depositado un estudio sobre este yacimiento, con la descripción de un buen número de piezas cerámicas, realizado por Virtudes Leal García, vecina de esta localidad, alguno de cuyo material gráfico reproducimos, a modo ilustrativo (figs. 528-529).



Figs. 528-529. Material cerámico del yacimiento de Casa Paterna. Foto: Leal García.

R. Montanya Maluquer (1977, 1134) incluyó este yacimiento con el nombre de “Casica Paterna” (como es denominado por los vecinos de Albaladejo) en el trabajo donde dio a conocer los resultados de las prospecciones que llevó a cabo en este ámbito geográfico.

En la mencionada encuesta arqueológica realizada por D. Pozo Leal en 1974 se alude a la tradición popular existente en la comarca de Albaladejo relativa al hallazgo “de sarcófagos en la zona de Casica Paterna”.

En 1223 se hace referencia al castillo de Paterno en la *Bula Confirmatoria* del Papa Honorio III (*Bull. O. S. Jacobi*, 1223, 81), nombrado en la relación de bienes de la Orden de Santiago como “Castellón de Patero”.

En las *Relaciones Topográficas de Felipe II* (VIÑAS y PAZ, 1971, 8) se indica que “en el término de la dicha villa paresce que en Villar de la casa paterna

que dicen ha habido población, y que dicen que era tiempo de moros, aunque ellos no lo alcanzaron a saber” (contestación a la pregunta 36).

I. Hervás y Buendía (1890, 13) hace alusión a este lugar, al tratar de Albaladejo: “Existe en su término, y no lejos de él, el Villar de Casa Paterna, castillo de Paterno en la Edad Media (...); el cual bien pudo ser en la época romana *Paterniana*, distinta de la que menciona Ptolomeo en la región carpetana (Fernz. Guerra.- Obras de Quevedo). Deshecha su población y reducida á una de las muchas fortalezas destinadas a asegurar la posesión y dominio de la tierra, sobrevivió a las dominaciones goda y musulmana”.

Por su parte, B. Portuondo (1917, 15) señala que “Existe el Villar de Casa Paterna en el emplazamiento del antiguo Castillo llamado de Paterno, que la tradición local atribuye a los Romanos”, por lo tanto, identifica Albaladejo con Paterna.

También lo menciona M. Corchado Soriano (1971, 32 y 135), quien, pese a manifestar no haber detectado ningún otro resto anterior a la Edad Media en el término municipal de Albaladejo, considera que la población romana de *Paterniana*, perteneciente al mismo, evolucionó después en Paterno: “PATERNO. En el término de Albaladejo pueden existir los restos de una posible “Paterniana” romana, cuyo solar fue ocupado por población musulmana (*Relaciones de Albaladejo*. Tomo III, fols. 317 y sig.), figurando en la reconquista un castillejo de corta vida, nombrado en la Bula Confirmatoria del papa Honorio III en 1223 como “castellum de Paterno” (...); posteriormente quedó despoblado, pues en el siglo XVI se conoce por Villar de Casa Paterna, reconociéndose únicamente los cimientos, y ni estos mismos se deben notar en la actualidad, por lo que su identificación es insegura”. Más adelante, en el *Corpus de los castillos medievales de Castilla*, vuelve a esgrimir esos mismos argumentos (CORCHADO, 1974, 25).

En el *Catálogo de bibliografía arqueológica de la provincia de Ciudad Real* (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 16) es consignado este yacimiento con el nombre de Villar de Casa Paterna o Paterno, aunque no se especifica su adscripción cronológica.

Lo cierto es que el nombre de “villar” se da a lugares donde se conservan ruinas de antiguas construcciones. Es, consiguientemente, un topónimo que por sí solo delata la presencia de restos arqueológicos.

A. Ruibal (1988, 287 y 294), a tenor de la información dada a conocer

por R. Montanya (*vid. supra*), opina que el Villar de Casa Paterna estaba en Casica Paterna, no en la propia localidad de Albaladejo: “El Castellón de Patero debió ser una simple casa fuerte (...) que perdió rápidamente su importancia estratégica en beneficio del cercano Albaladejo a cuyo término fue adscrito”, si bien reconoce que varios historiadores de solvencia creen que Albaladejo fue “la romana “Paterniana” cuyo nombre evolucionaría posteriormente en Paterno”. El mismo autor (RUIBAL, 1993, 9), en otro de sus trabajos, defiende la idea de que Albaladejo era “la antigua Paterniana de los romanos”.

Un equipo de investigadores de la Facultad de Historia de Ciudad Real alude a este yacimiento como “Villar de la Casa Paterna”, inscribiéndolo en un horizonte cultural romano-medieval (GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 32, n.º 306).

Así pues, desde hace siglos se ha supuesto que el castillo de Albaladejo se asentaba cerca o sobre la antigua población de *Paterniana*, un núcleo urbano diferente de la ciudad carpetana citada por Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 56), quien ofrece las coordenadas geográficas de esta última: 9º 50' / 40º 15' y no corresponden a las de la localidad de Albaladejo ni a las de este promontorio de escasa altura, donde se halla el Villar de Casa Paterna, situado a unos 4 km al Noreste de dicho municipio (a propósito de *Paterniana*, cfr. MONTERO, 1990, 108; MANGAS y ALVAR, 1990, 89).



Figs.530-533. Fragmento escultórico. Foto: García Bueno.

En ese paraje, mientras realizaba trabajos agrícolas, un vecino de Albaladejo encontró un fragmento escultórico labrado en un solo bloque pétreo (piedra arenisca local), cuyo tamaño, al completo, debía de ser algo menor que el de una figura humana al natural. Parece tratarse de la parte central del cuerpo. Esta escultura pertenece a un tipo frecuente que se utiliza para diosas, emperatrices y personificaciones femeninas en general, apreciándose la buena factura de su ropaje (figs. 530-533). Los pliegues del *chiton* caen verticales sobre el *balteus* del manto. El *balteus* se dispone de la siguiente manera: baja del brazo izquierdo, pasa por la zona del vientre y sube por el brazo derecho hacia el hombro. No podemos decir mucho más de esta escultura femenina, a causa de su fragmentariedad.

Entre los objetos de culto pertenecientes a *lararia*, son muy escasas las esculturas en piedra de pequeño formato y aún más raras las estatuas “que se acercan o sobrepasan el tamaño real” (PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 220), con la salvedad de la figura de un Lar, procedente del entorno de Mérida (PÉREZ RUIZ, 2008, 273-287), otra de Isis, de Roma (ENSOLI, 2000, 267-287) y algunos ejemplares pompeyanos estudiados por M. Bassani (2008). Este hallazgo, por sí solo, evidencia que era un enclave rico, pues únicamente alguien

perteneciente a un grupo social adinerado y pujante podía encargar una costosa obra de arte de este tipo. Al haber sido descubierta al margen de una actividad arqueológica científica, carecemos de más datos al respecto. Otros habitantes de esta población aseguran que hace tiempo se descubrieron aquí sarcófagos y fragmentos de columnas (informantes: Antonio Pozo Gómez y Tomasa Leal Ojeda). Asimismo, un aficionado local a la arqueología, Epifanio Pozo Hernández, afirma que en este lugar aparecieron unos magníficos mosaicos.

-Pico Hondonero, también conocido popularmente como “Picondonero”, pertenece al vecino término municipal de Bienservida, provincia de Albacete, pero muy próximo al área estudiada. Epifanio Pozo Hernández nos da noticia de una explotación minera en la Sierra del Relumbrar, concretamente en la vertiente meridional de Pico Hondonero, actualmente abandonada. Se ha acreditado la existencia de un yacimiento de la Edad del Bronce (MONTANYA, 1977, 1135). Circulan en Albaladejo antiguas leyendas acerca de la existencia de tesoros enterrados “por los moros” en este escarpado pico. Este tipo de “historias”, típicas de tantos lugares, suele revelar la existencia de restos antiguos, mantenida así tradicionalmente en la memoria colectiva de muchos pueblos. Tal es el caso de otra leyenda que habla igualmente de tesoros escondidos bajo los terrenos donde se alza el castillo, en una cueva allí existente. Otra de las leyendas locales trata de unos encantamientos en torno a una piedra situada en el cruce de los caminos que conducen a Villanueva de la Fuente y a Villapalacios (38º 37' N / 0º 54' E), cerca de Albaladejo (informantes: Antonio Pozo Gómez y Tomasa Leal Ojeda).

-Terrinches, localidad en la que han aparecido restos romanos dentro del propio casco urbano (CORCHADO, 1971, 164; CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 177). Sus coordenadas topográficas son: 38º 36' 30" N / 0º 51' E (840, Bienservida). Foto aérea, vuelo 1956-57. Las *Relaciones Topográficas de Felipe II* (VIÑAS y PAZ, 1971, 500) dan cuenta de la existencia de unas torres y muros “de cal y canto de piedra caliza”, muy antiguos. J. Hosta (1866, 94) afirma que es de clima templado, al estar “en un valle, mirando al Sur”. P. Madoz (1987, II, 323) nos proporciona algunos datos interesantes, relativos a su situación “en un valle desigual mirando al Sur”, con “terreno de riego y algo de seco”, tiene una fuente en la plaza y también una fuente mineral: “Una poza sirve para tomar baños, con alivio conocido de erupciones y reumas. El manantial es muy pobre y se halla abandonado, de ahí que se use la poza”. No es de extrañar, en

consecuencia, que los romanos aprovecharan su riqueza hídrica, construyendo varias *villae* en esta zona (*vid. infra*) y aún más dada la afición de los romanos por las aguas medicinales, de cuyas propiedades curativas se beneficiaron asiduamente.

-Ermita de Ntra. Sra. de Luciana, perteneciente al término municipal de Terrinches. Ubicada al Sur, sus coordenadas topográficas son: 38º 36' 10" N / 0º 51' E (840). Es un yacimiento romano-medieval (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 176; GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 32, n.º 301). M. Corchado (1971, 96, 164) dice que posiblemente fuera levantada esta ermita “sobre ruinas de la antigüedad pagana”, (...) “según cuenta Miñano, la primera grada para subir al camarín de la Virgen era de alabastro y contenía una inscripción hebrea o griega”. Añade que en tiempos pasados recibiría el nombre de *Illiciana*. De esa misma teoría se hacen eco A. Fernández Guerra (1859) y otros autores (CABALLERO KLINK, 1974, 141).

El santuario fue erigido sobre la *villa* romana de El Calvario, amortizándola (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 77-79). Se encuentra a unos 4 km al Suroeste de Puente de la Olmilla, en las inmediaciones del referido Camino Real de Andalucía. Entre los materiales arqueológicos recuperados cabe reseñar el hallazgo de tres piezas monetarias del siglo IV d.C. y otras dos medievales.

- La Ontavia (Terrinches). Se halla a unos 5 km al Suroeste de la anteriormente mencionada, junto a la misma arteria de comunicación, muy cerca de la vía 29 y de varios arroyos, como el de Mairena. Se ha comprobado que existen dos fases culturales: la primera corresponde a una *villa* romana, de la que ha salido a la luz una parte de su sector balneario (200 m² aprox.). Siguiendo la clasificación de V. García Entero (2001, 315), sus excavadores explican que estas termas “se adaptan a un plan lineal angular de recorrido retrógrado”. Han sido exhumados el *apodyterium*, *frigidarium*, *tepidarium*, *caldarium* con *praefurnium*, *sudatio*, *prognigeum* y las *latrinae*. La cronología propuesta se inscribe entre los siglos II y V d.C. La segunda etapa del yacimiento pertenece a la Alta Edad Media y amortiza las estructuras anteriores como área cementerial. Dicha necrópolis ha sufrido un considerable deterioro a lo largo del tiempo (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 78-108). En este reciente estudio se hace una breve referencia a la *villa* de Puente de la Olmilla, situada a unos 9 km de La Ontavia, y se aporta un

dato que debemos matizar, pues se afirma que el yacimiento “se encuentra abierto” (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 75), cuando, en realidad, la zona excavada fue vallada, como ya hemos señalado anteriormente. No obstante, recientemente nos han informado de que la valla está caída (*vid. infra* nota 33).

-El Sumidero (MONTANYA, 1977, 1133-1134; GORGES, 1979, 247; CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 177; GARCÍA HUERTA *et alii*, 1994, 32, n.º 302), localizado igualmente en el término municipal de Terrinches. Sus coordenadas topográficas son las siguientes: 38º 36' N / 0º 51' E (840, Bienservida). Tiene una altitud media de 900 m, con un suelo rojo mediterráneo sobre material calcáreo y margas del Triásico. Se trata de una *villa* romana ubicada en el vecino término municipal de Terrinches (a unos 2 km de la de Puente de la Olmilla), en la que aparecen abundantes fragmentos de *terra sigillata* (TSH, TSC), cerámica común romana, pintada de tradición indígena, gran cantidad de tejas (tanto *tegulae* como *imbrices*), etc. Es destacable la TSH de la segunda mitad del siglo I o comienzos del II d.C., lo que evidencia una ocupación altoimperial.

Contaba con una fuente de agua y estaba protegida por un monte, de manera que fue construida de acuerdo con los consejos de los tratadistas romanos en agronomía.

- Algunos otros yacimientos romanos de Terrinches son el de Charratite, Cortijo de la Cerrada, Huerta de la Gallega y Fuente de Juan Podría (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 74), aunque en esta publicación no se especifica un marco cronológico más concreto de los mismos.

Todos los asentamientos previamente citados, en su mayoría poco conocidos, atestiguan el rico patrimonio arqueológico de esta comarca y su incorporación al proceso romanizador, permitiendo vislumbrar la evolución del poblamiento romano en este contexto geográfico. Entonces, al igual que ahora, estas tierras eran bastante fértiles y disponían de agua, lo que las hacía propicias para instalar explotaciones agrarias organizadas en torno a *villae*, con latifundios de mayor o menor extensión. La proximidad a la red de comunicaciones romana favorecería los intereses comerciales de sus propietarios, cuyas fortunas se basaban en el control de la tierra y la exportación de sus productos. De hecho, estos yacimientos se hallan cerca del Camino Real de Andalucía. Como ya hemos apuntado anteriormente (*vid. supra* capítulo XXI), este territorio era

atravesado en la Antigüedad por la Vía Hercúlea, que enlazaba Cádiz con Roma. El tramo de calzada que conducía de Córdoba a Sagunto pasaba por Puebla del Príncipe (*Mariana*) y los términos municipales de Terrinches, Albaladejo..., en dirección a Villanueva de la Fuente (*Mentesa Oretana*). Su conocimiento nos permite determinar los cauces seguidos en su distribución por cerámicas finas (*terra sigillata*), monedas, etc. En este territorio se cruzaba dicha vía con la 29, conectándose muy posiblemente mediante un empalme (ARIAS, 2001, 33-38).

Además de los elementos patrimoniales romanos que hemos consignado *supra*, traemos de nuevo a colación el trabajo de R. Montanya Maluquer (1977, 1135), donde, según explica el autor, las dos vaguadas que se cruzan en sus cercanías “quizá sigan los trazados (por lo menos una de ellas) de vías romanas”. También enumera de manera muy sucinta el descubrimiento casual en algunas fincas de esta zona de diverso material numismático (en particular, una gran pieza monetar de bronce acuñada durante el reinado de Adriano), varias columnas romanas, “piedras de molino romano y un fragmento de inscripción de difícil interpretación” (epígrafe inédito, del que R. Montanya no aporta ninguna otra información y no nos ha sido posible localizar en el Museo Provincial de Ciudad Real, por consiguiente, desconocemos tanto su procedencia concreta como su paradero), alguna *terra sigillata* y cerámica común fabricada con tierra rojiza procedente de la degradación de la roca arenisca natural propia del lugar, mezclada con limos, en la que se aprecia un tipo de desgrasante idéntico y similar factura, detalles indicativos de que son producciones de alfares locales.

En el mismo subsuelo de la localidad de Albaladejo (38° 37' N / 0° 53' E) hay algunas huellas de época romana, figurando en el *Catálogo de bibliografía arqueológica de la provincia de Ciudad Real* (CABALLERO KLINK *et alii*, 1983, 14) como yacimiento denominado Albaladejo-1, aunque no se ha publicado ningún dato acerca de la naturaleza de esos hallazgos.

Por nuestra parte, tanto en esta población como en la de Terrinches (38° 36' 30" N / 0° 51' E. Hoja 840, Bienservida), situada a 3 km de Albaladejo, hemos tenido ocasión de ver numerosas piezas arqueológicas romanas (y de otros horizontes culturales) coleccionadas por aficionados locales: cerámica, monedas, molinos rotatorios, elementos constructivos (basas, fustes de columnas y otras piedras labradas), pesas de telar..., además del fragmento escultórico descrito

líneas arriba. La aparición de estos materiales se produce habitualmente durante la realización de labores agrícolas, por lo que la existencia de vestigios antiguos en todo el entorno de Albaladejo viene constatándose desde hace tiempo. Al margen del enclave objeto de nuestra atención, son numerosos los parajes de esta comarca en los que han aflorado fragmentos de cerámica doméstica y constructiva (tejas, ladrillos...) de época romana. Todo ello confirma la existencia de diversos establecimientos rurales, algunos de los cuales serían pequeñas *villae*, a tenor de la extensión de las ruinas; posiblemente, en ocasiones, se trataría de simples casas de labor, teniendo en cuenta los humildes restos detectados. En estas modestas construcciones vivirían, quizás, pequeños propietarios o bien arrendatarios, dedicados al cultivo de la tierra. Coexistirían con otros complejos rústicos cuyos dueños, grandes terratenientes, podían permitirse el lujo de erigir amplias residencias pavimentadas con mosaicos y decoradas con pinturas murales, del estilo de la de Puente de la Olmilla, o disponer de instalaciones balnearias privadas, como igualmente parece ser el caso de esta *villa* u otras que están en curso de excavación, pertenecientes a la *villa* de La Ontavia, en el vecino término municipal de Terrinches (BENÍTEZ DE LUGO *et alii*, 2011b, 69-124). En general, no están demasiado cerca unos asentamientos de otros, por lo que no tenemos indicios de un intenso poblamiento durante el periodo romano (*vid. supra*), al menos, nada comparable a la densidad poblacional de otras áreas geográficas, como el valle del Betis (BONSOR, 1899, 126-268), referida ya por Estrabón (*Geog.* III, 2, 3), o ciertas comarcas catalanas (TARACENA, 1944, 337-347; SERRA RÁFOLS, 1947, 458-459).

A la vista del material cerámico disperso por la superficie de los yacimientos anteriormente mencionados, algunos de ellos tuvieron una fase de ocupación bajoimperial, coetánea a la del segundo periodo de florecimiento de Puente de la Olmilla, coincidiendo, asimismo, con la época de apogeo de buena parte de las *villae* hispanas. Ésta, en concreto, presenta una relativa densidad de restos arqueológicos cronológicamente atribuibles a esa etapa.

No obstante todo lo expuesto, la información actualmente disponible es, a todas luces, insuficiente para llevar a cabo un estudio de conjunto de las estructuras de poblamiento de este ámbito territorial.

Finalmente, es de subrayar que Puente de la Olmilla está ubicada en un paraje actualmente deshabitado, al igual que la mayoría de los yacimientos

enumerados más arriba, lo que pone de manifiesto un profundo cambio demográfico y socioeconómico acaecido en este marco geográfico desde la Antigüedad Tardía hasta nuestros días.

ANEXO I

I.1. RESULTADOS DE LAS INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS REALIZADAS EN 1992-1993 EN LA PLAZA DEL TORREÓN

El área objeto de la excavación llevada a cabo en 1992-1993 está situada en el ya mencionado barrio de Sta. María (o de “El Palacio”, según lo denomina SAN VALERO, 1956, 196), correspondiente al sector suroeste del casco urbano de Alcázar de San Juan, en una plaza aledaña al templo parroquial, que viene a coincidir con la parte más elevada de la ciudad, donde se encuentran edificios de gran interés histórico: la Iglesia de Sta. María, el “Cubillo” (como es conocida en la localidad una torre circular de mampostería, cronológicamente adscribible al Medioevo), el Torreón, tradicionalmente llamado de Don Juan de Austria, y el Museo Fray Juan Cobo, capilla del antiguo Palacio, cuyo recuerdo aún se conserva en la memoria colectiva a través del sugerente topónimo citado más arriba. Como hemos expuesto anteriormente, en los años 1952-1954 y 1982 se descubrieron en las inmediaciones (bajo la parroquia y el caserío de varias calles cercanas) importantes restos arqueológicos pertenecientes a las épocas romana y medieval (diversas estructuras habitacionales, pavimentos musivos...).

Concretamente, la zona a intervenir en 1992-1993 eran dos solares sin edificar, uno de ellos ubicado frente a la fachada principal de la Iglesia de Sta. María, que desde hace tiempo se viene utilizando como plaza pública y al que denominamos solar B. Éste presentaba un plano muy irregular, con una superficie aproximada de 400 m². Dicho marco espacial estaba claramente definido por sus características físicas: al Norte lindaba con la parroquia y el lado meridional estaba delimitado por algunas viviendas y el Torreón, que da nombre a la respectiva calle. A su vez, las dimensiones del solar contiguo (el A) eran unos 100 m². La excavación se centró en ambos solares, fundamentalmente en el primero de ellos (fig. 64).

La topografía del terreno se caracteriza por una suave pendiente, que buza desde la Plaza del Torreón hacia las vecinas calles del Carmen y Gracia (fig. 15). Esta circunstancia explica la diferencia de cotas existente entre el área excavada a principios de los años '50 y la que fue sondeada en las dos campañas de nuestra intervención, donde parece haberse producido una mayor acumulación de tierra y escombros a lo largo del tiempo.

METODOLOGÍA ARQUEOLÓGICA

En las tareas arqueológicas se empleó el método de excavación en retícula, subdividida, a su vez, en cuadrículas de 4 x 4 m, dejando testigos de 1 m de separación entre ellas, que en algunos casos fueron también excavados para poner completamente al descubierto algunas estructuras. La considerable potencia estratigráfica del yacimiento⁶³, de unos 4 m de media desde el nivel de superficie (el suelo de la plaza), implicaba una gran inversión de tiempo al proponernos, como es lógico, alcanzar los niveles más antiguos y, por tanto, los más profundos, determinando esta circunstancia la metodología arqueológica a seguir. Descartamos la posibilidad de excavar “en área”, dadas las limitaciones de tiempo impuestas por la duración de sendas campañas, pues, de haber optado por dicho método de excavación, nos habría permitido excavar únicamente los niveles superiores, es decir, los más modernos, habida cuenta la gran extensión de ambos solares. Debido a la magnitud del mismo, habría quedado fuera de nuestro alcance documentar los vestigios de las etapas iniciales de habitación de este enclave. Por ese motivo, en última instancia, nos planteamos dividir todo el espacio a excavar en cuadrículas, siguiendo el sistema clásico, mediante niveles artificiales, pero separando los materiales recuperados por UU.EE., es decir, respetando la estratigrafía arqueológica. Intentamos así distinguir las diversas fases de ocupación de este emplazamiento, cuya vida prácticamente ha transcurrido desde época romana hasta el siglo pasado, con escasos intervalos.

A lo largo de 1992-1993 se excavaron, en total, siete cuadrículas y algunos de sus respectivos muros testigos intermedios⁶⁴. La elección de estas catas, y no otras, vino impuesta, en primer lugar, por el cambio producido en los solares sobre los que se iba a actuar desde la elaboración del Proyecto de Actuación Arqueológica hasta el comienzo de los trabajos arqueológicos: en el denominado solar B había desaparecido entre tanto una de las viviendas situadas junto al “Cubillo”, por lo que dicho solar aumentó de tamaño (estos cambios permitieron unificar la planimetría general del área excavada); en segundo lugar, por el propósito de establecer una secuencia cultural de los diferentes momentos de ocupación. Para ello, al encontramos en pleno casco antiguo de esta población, donde se conservan monumentos importantes de

distintos periodos históricos, previamente citados, había que procurar escoger cuadrículas en las que, *a priori*, se pudieran documentar todas las fases existentes, desde las más antiguas hasta las más recientes. De ahí que se eligieran las catas n.º 8, 9, 11, 12, 15, 20 y 26, todas ellas presumiblemente relacionadas en los niveles superiores con la Iglesia de Sta. María y, en los más profundos, con los referidos vestigios romanos aparecidos en sus proximidades (calles Carmen, Mosaicos, Gracia...), a fin de comprobar si los restos arqueológicos de la *villa* romana parcialmente excavada en 1953-1954 y 1982 tenían su continuidad en este ámbito espacial y, de ser así, si las estructuras permanecían intactas o habían sido dañadas en el transcurso de los siglos. A tenor de los arduos trabajos arqueológicos constatamos, en efecto, su existencia, como exponemos seguidamente, teniendo siempre presente lo compleja que resulta su interpretación debido a las sucesivas destrucciones ocasionadas por ulteriores reocupaciones.

Tanto la época romana como la medieval están bien representadas en la estratigrafía de este yacimiento y, dado que las alteraciones sufridas por éste en un espacio tan dilatado de tiempo han afectado puntualmente a dicha estratigrafía, en su descripción no discriminaremos ninguna de las etapas documentadas, ateniéndonos a nuestro criterio metodológico.

DESCRIPCIÓN DE LA INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA

En función de esta premisa previa, describimos a continuación los resultados de la excavación de dichas cuadrículas y sus respectivos muros testigos (los dibujos de las plantas y secciones se presentan en el Anexo II).

CUADRÍCULA 11

DESCRIPCIÓN

Está situada en el solar B, en el flanco sur de la Plaza del Torreón, que es la zona más próxima a la Iglesia de Sta. María. Tiene unas dimensiones de 4 x 4 m.

Nivel Superficial

Es una UE formada por un relleno de escombros de hasta 40 cm de potencia en la zona oriental y algo más en la occidental. Está constituida por

piedras, tejas, ladrillos, baldosas, cristales... (pertenecientes a época contemporánea).

Nivel I

Se observa una disimetría entre los sectores septentrional y meridional de la cata. En el primero de ellos (el septentrional) la tierra es rojiza, entremezclada con piedra arenisca y tejas, mientras que en la mitad meridional documentamos una tierra de color grisáceo con presencia de cal, carbones y abundantes restos óseos humanos. Los huesos aparecen sin complexión anatómica, muy revueltos. Generalmente se deshacen al tocarlos. Se contabilizan en total unos doce cráneos, completos o en estado fragmentario. A juzgar por estos indicios, se trata de un nivel de inhumaciones secundarias, por debajo de las cuales se disponen una serie de enterramientos en cistas, formadas por una sola hilada de mampuestos irregulares, colocados uno al lado del otro, sin trabazón alguna, y tapados con lajas algo más planas. Aunque se pudieron aislar parcialmente cuatro enterramientos, sólo uno de ellos estaba intacto (la tumba n.º 2).

Tumba n.º 1. Conserva parte de la cabecera, en la que se encuentra un cráneo. Entre los mampuestos de esta tumba destaca uno de arenisca trabajada.

En este mismo nivel aparecen los restos de otro cadáver, orientado en dirección Noroeste-Sureste (de cabeza a pies), depuesto directamente sobre la tierra y sin que, aparentemente, esté asociado a ninguna estructura.

Entre los mismos hallamos varios fragmentos de cerámica, algunos de los cuales pertenecen a vasijas acanaladas de época medieval.

Tumba n.º 2. Tiene una orientación Oeste-Este. La cubierta se compone de piedras de diverso tamaño y se conserva intacta. La parte meridional consiste en una hilada de piedras irregulares de mediano tamaño que parecen conformar una alineación homogénea, mientras que las restantes están dispuestas aleatoriamente y sin un orden aparente.

El esqueleto se conserva completo y pertenece a un individuo de 1,54 m de estatura, probablemente varón, como se infiere de la robustez de la estructura ósea y la complexión de la pelvis.

Está colocado en posición decúbito supino, con los pies unidos y algo flexionados, presentando la cabeza ladeada, caída sobre el pecho. Las piernas están muy próximas, circunstancia ésta que parece más forzada que natural (debida, seguramente, a que el cuerpo del difunto fue envuelto en un sudario).

Las costillas aparecen muy fragmentadas, al igual que el cráneo, a consecuencia de la presión ejercida por el peso de la cubierta de mampostería, sin embargo, el coxis y la columna vertebral se conservan en muy buen estado.

Es muy posible que se enterrara dentro de un ataúd de madera, pese a que no han perdurado restos del mismo. Una vez descompuesta la materia orgánica del féretro, las piedras del cubrimiento de la tumba podrían haber fracturado los frágiles huesos de la caja torácica y el cráneo.

En el interior de esta tumba no se detecta ningún elemento de ajuar funerario, salvo un fragmento de borde de cerámica común sobre la cadera derecha. También es de subrayar la presencia de un ladrillo bajo los mampuestos de la cubierta.

Nivel II

Esta capa de tierra, de color marrón oscuro, está mezclada con abundante cal en el área noreste de la cuadrícula, donde se concentra particularmente. El uso de la cal suele estar relacionado con medidas preventivas de epidemias, de lo que se desprende la intención de evitar o detener su propagación.

A su vez, en los sectores sureste y noroeste de la cata hay una espesa capa de cal muy compacta y dura.

En el ángulo formado por la cara meridional de la tumba n.º 2 y una pequeña estructura de piedra situada al Este de la tumba n.º 1 descubrimos gran cantidad de cenizas y carbones, son los restos de una hoguera, rodeada de piedras tanto al Norte como al Oeste. Entre éstas aparecen fragmentos de cerámica de cocina y vidriada. También recogemos numerosos fragmentos óseos y una mandíbula inferior humana, así como una piedra de arenisca trabajada, de un tono amarillento. Es un tipo de piedra local, por lo que es fácilmente asequible, y muy blanda, por lo que se trabaja con facilidad.

Nivel III

La tierra es de color marrón, poco compacta.

En el centro del corte localizamos los restos de una hoguera (cenizas, carbones...), entremezclados con algunos fragmentos de cerámica de cocina y tejas.

Al Suroeste hallamos abundantes fragmentos de ladrillo, mientras que en el área septentrional se registra la presencia de múltiples manchas de cal.

Únicamente recuperamos cerámica común y restos óseos de fauna diversa.

Nivel IV

La tierra es de una tonalidad pardo anaranjada, de escasa consistencia, con bolsadas de ceniza y carbón, excepto al Norte, donde el terreno es de color marrón.

Al Sur descubrimos una especie de arco recubierto por esparto quemado y trenzado (fig. 534). Al no tener la posibilidad, por falta de tiempo, de ampliar esta cuadrícula, no pudimos comprobar si se trataba de la bóveda de un túnel que partía en dirección a la Iglesia de Sta. María.

En la zona septentrional documentamos un relleno de piedras, que parecen bloquear la posible entrada del túnel abovedado. Aparece una losa tallada, de forma hexagonal, cuyas dimensiones son 61 x 53 cm. Algunas de las piedras que conforman este derrumbe o relleno son de gran tamaño.

Entre el material arqueológico cabe mencionar algunos fragmentos óseos, restos de cuerda carbonizada constituida por fibras de esparto, escoria mineral de hierro, abundantes tejas, la mayoría de ellas quemadas, cerámica de cocina y común medieval (lo más relevante es un gran fragmento del borde de un cuenco).



Fig. 534. Esparto quemado y muros romanos. Foto: García Bueno.

Nivel V

Nos hallamos a una cota de -2,50 m de profundidad respecto al nivel de superficie de la plaza.

Se trata de una capa de marga, que se documenta principalmente al Norte, al Este y, en parte, al Oeste, donde está entremezclada con tierra de tonalidad marrón anaranjada, poco compacta.

En la zona suroeste se aprecia la existencia de un gran relleno que colmata el área meridional.

Los muros A y C están contruidos con mampuestos bien desbastados. Son bloques de arenisca roja, autóctona del término municipal de Alcázar, y también hay otras de color blanquecino. Algunas de ellas son lajas planas.

El tramo del muro A situado al Sur del recodo que forma en su confluencia con el muro C se compone de mampostería de arenisca blanca. Las piedras de la primera hilada están peor trabajadas que las del sector septentrional. Son más irregulares en la cara externa del paramento.

Este paquete de marga nos proporciona abundante cerámica de cocina. Algunos fragmentos tienen un color verdoso, que puede deberse a un efecto de oxidación por contacto con las margas. También podemos enumerar algunos fragmentos de teja, huesos humanos y de fauna diversa... Lo más significativo, con todo, son tres fragmentos de *terra sigillata* (de TSCD y TSHTM, lám. I, 1-3, Anexo II.1, uno de ellos es un borde de gran tamaño), un pequeño cuenco de cerámica común romana, de 6,5 cm de diámetro y 4 cm de alto, al que le falta parte de la base, y algunos fragmentos de vidrio romano (bordes de diversas piezas, fig. 86).

Nivel VI

La tierra marrón está mezclada con otra anaranjada en esta zona de derrumbe. En el sector septentrional detectamos una gran capa de marga que contiene algunos carbones. Presenta un buzamiento en sentido Este-Oeste.

Al Sureste de la cuadrícula descubrimos una estructura a la que denominamos muro A. A 89 cm del perfil norte y perpendicular a la UC anterior

aparece otra estructura de 40 cm de ancho, el muro B. En el área central de la cuadrícula se levanta el muro C.

Existe un desnivel a partir del recodo que forman los muros A y C. Este último tan sólo ha sido excavado en una mínima parte, ya que sobrepasa los límites de esta cata.

Junto al perfil meridional documentamos una bolsada de carbón de gran potencia y densidad. La parte inferior de dicho perfil está formada por material de relleno, muy suelto.

Encontramos alguna cerámica de cocina, común romana, material óseo, tejas, *terra sigillata* (TSCD, TSht y TSHTM, lám. I, 4-15, Anexo II.1), cerámica gris, una muestra de arcilla verdosa, un borde de vidrio de color verde, varios fragmentos de bronce, muy mineralizados (fig. 113) y escoria mineral.

Nivel VII

Se compone de una fina capa de tierra verdosa o marga que se asienta sobre otra de tierra roja. La primera se caracteriza por contener gran cantidad de carbón.

Al Sur hay un relleno de gran potencia, que rompe el paquete de tierra roja del área suroeste y se prolonga por encima de la forma abovedada recubierta de esparto quemado, localizada en niveles anteriores (el IV, *vid. supra*).

El muro B, parcialmente desplomado, fue construido con mampuestos de arenisca roja y blanca. Se han perdido algunos de la primera y segunda hiladas, a causa de la primitiva excavación de la fosa fundacional del muro, que aparece caído en los primeros niveles. A partir de la tercera alineación, el paramento se conserva en perfecto estado. Sus dimensiones son 72 cm de anchura por 2,70 m de largo, donde se corta abruptamente. En el ángulo noroeste, cerca del muro, se documenta la existencia de una fosa que rompe los niveles contiguos.

La cota de profundidad de la segunda hilada de piedras del muro B es de -4,08 m.

Entre el material arqueológico contamos con abundantes fragmentos de cerámica común, de cocina y vidriada (especialmente en la fosa del ángulo noroeste, atestiguando la presencia de esta última una intrusión de materiales modernos en los niveles romanos), varios fragmentos de *terra sigillata* (TSht y TSHTM, fig. 175, lám. II, 1-6, Anexo II.1), algunos restos óseos humanos (una mandíbula...) y de fauna diversa.

Nivel VIII

Está formado por una tierra anaranjada, con alguna veta de marga verdosa, de textura muy suelta. La cota inferior de profundidad es de -4,28 m.

Al Sur del muro B y paralelo a él aflora una nueva estructura (muro D), con dirección Este-Oeste, cuya cota superior es de -3,95 m.

En el sector suroeste hay un potente nivel de derrumbe, formado por gran cantidad de tejas mezcladas con tierra verdosa.

Junto al perfil meridional descubrimos otra estructura, a la que denominamos muro E. Se prolonga en dirección Oeste, fuera de los límites de la cata 11. Quedan así definidos varios espacios de habitación: al Norte del

muro B, la habitación 1; entre los muros B y D, la habitación 3; al Sur del muro D y Norte del E, la habitación 2. Los muros A y C delimitan, al Norte, la habitación 4 (TSHTM, lám. II, 7-10, Anexo II.1) y, al Sur, la habitación 5.

En la intersección de los muros A y D aparece un fuste de columna de arenisca roja reutilizado, lo que, unido a la diferente factura de los muros B y D, induce a pensar en la existencia de dos fases de ocupación o, al menos, de construcción.

En la zona norte se detecta una bolsada de forma rectangular cuyas dimensiones son 70 cm de ancho por 44 cm de altura, delimitada por una fina capa de materia orgánica quemada, de la que tan sólo ha quedado la impronta. Podría tratarse de una caja de madera.

El repertorio de material arqueológico comprende *terra sigillata* (TSH y TSHTM, lám. II, 7-10, Anexo II.1), cerámica común romana, tejas, una placa de bronce de 12 x 5 cm, con cuatro remaches y un orificio en uno de sus bordes (fig. 108), abundantes fragmentos informes de metal (sobre todo en la habitación 2) y algunos restos óseos.

Nivel IX

Habitación 1

Lo más reseñable son varios fragmentos de plomo, bronce, cerámica común, TSHTM (lám. III, 1-2, Anexo II.1), algunos restos óseos humanos y de fauna diversa.

Habitación 2

La tierra es de color ceniciento, poco compacta, con algunos fragmentos de tejas.

Al Oeste se distingue perfectamente la línea de la fosa excavada para la construcción del muro de tapial que cortó el muro B, en su extremo occidental.

El material arqueológico consiste en cerámica común y de cocina, alguna *terra sigillata* (TSC, TSCD, TSH, TSHT, TSHTM, lám. IV, 1-5, Anexo II.1), algunos fragmentos informes de hierro, otros de bronce (estos últimos pertenecen a un caldero que exhumamos después) y un ejemplar monetal de este mismo metal (n.º 5 del catálogo, fig. 123, RIC IX, 48, n.º 28, a). Es un *centenionalis* de Valentiniano II (375-392 d.C.), en buen estado de conservación, aunque presenta corrosión superficial (cuprita, capa estable de tenorita y un foco de cloruro de cobre).

Habitación 3

Aparecen grandes bloques de cal entremezclados con tierra de color marrón, poco compacta. El material arqueológico es muy escaso: cerámica común, *terra sigillata* (TSHTM, láms. II, 11 y V, 1-4, Anexo II.1), restos óseos y escoria mineral.

La fosa del ángulo noroeste

Resulta muy significativo que los materiales estén entremezclados, consistiendo en un borde de ánfora, cerámica vidriada musulmana, de la que resaltaremos un fragmento pintado con un motivo decorativo trenzado y policromo (verde, ocre y negro)...

Nivel X

La tierra es de color marrón, algo más compacta que la de niveles superiores, a causa del alto contenido en materiales edilicios procedentes de un potente derrumbe.

Al Noroeste documentamos parcialmente un muro desplomado que aún conserva restos de estuco pintado de color azul. Este derrumbe selló los estratos inferiores. Merece destacarse el hallazgo, junto al muro A, de una posible moneda de bronce, inclasificable, dado su deterioro, el ya mencionado caldero de bronce (*vid. infra*), varios fragmentos de hierro informes, un objeto alargado y fragmentado de ese mismo metal y escoria mineral.

Habitación 1

El muro B, totalmente puesto al descubierto, mide 1,34 m. de altura y se asienta directamente sobre tierra, no sobre la roca madre. Al no haber sido edificado sobre la roca natural del terreno carece de una buena base de sustentación.

Bajo el muro semiderruido (B) aparece en primer lugar una capa de tierra roja, que se dispone sobre otra de tierra de una tonalidad verde, circunstancia sobre la que incidiremos más adelante. La cota de profundidad de la primera UE mencionada (tierra roja) es de -4,33 m y la de la UE de tierra verdosa es de -4,75 m.

La parquedad de materiales arqueológicos es notable: cerámica común, un borde de cerámica pintada en color siena, *terra sigillata* (dos fragmentos de TSHTM, lám. III, 5, Anexo II.1), un fragmento de *tegula*, unos exigüos restos óseos faunísticos y un fragmento informe de hierro.

Hay varias piedras embutidas en el perfil septentrional de la cata, que parecen formar parte de la cimentación de una estructura ubicada al Norte de la cuadrícula 11. Constituyen una alineación que, de prolongarse, convergería con la del muro B. Están bien escuadradas y trabadas con barro. Es el muro F, cuya cota de profundidad es de -4,38 m. Se compone de mampuestos de arenisca blanca y roja. Está situado al Noreste de esta habitación 1 y se une a la cimentación del muro A, en su extremo septentrional.

Habitación 2

En la esquina formada por los muros A y D, a una cota de -4,40 m de profundidad, aparece un plato de TSHTM casi completo, roto *in situ*. Tiene fondo anular y decoración de ruedecilla bajo el borde (fig. 168). Su tipología corresponde a una producción del siglo IV d.C. El barniz que lo recubre es de muy buena calidad. Mide 4,4 cm de alto y su diámetro es de 13,9 cm. Al Sur del plato, a -4,54 m, recuperamos una arandela de bronce, de 1,5 cm de diámetro, muy mineralizada y en pésimo estado de conservación por la

corrosión (fig. 101). Se halla sobre un bloque de argamasa, junto a un fragmento de estuco recubierto con pintura roja.

Asimismo, cerca del plato de TSHTM encontramos una cajita de hueso con perforaciones y broche de plata aleada con cobre, cuya base está partida por la mitad. A su alrededor hay varias anillas de hueso seccionadas y superpuestas, pertenecientes al mismo objeto (figs. 87-88, lám. IV, 9-10, Anexo II.1), que quedó fragmentado *in situ*, y su posible tapadera, semiesférica, también de hueso (figs. 89-90), que estaba bajo uno de los mampuestos de la hilada inferior del muro D, correspondiente al siguiente nivel, es decir, el XI.

Hacia el centro de la habitación 2 aparece un disco de bronce decorado con dos círculos concéntricos, cuyo centro está en altorrelieve. Su otra cara es plana. Tiene 6,1 cm de diámetro y 0,6 cm de grosor (fig. 102). Junto a él, un cencerro de bronce, fragmentado e incompleto, con manchas de hierro, probables vestigios del badajo. Mide 7,1 cm de alto y 6,8 cm de ancho (fig. 109).

También cabe resaltar la presencia de innumerables tejas (se trata de un nivel de derrumbe), argamasa, cerámica común y varios fragmentos de *terra sigillata* (TSHTM, TSH, TSHT, lám. IV, 6-8, 11, Anexo II.1).

Por debajo aflora un suelo consistente en una fina capa de marga gris verdosa, de 2 ó 3 cm de espesor. Su cota de profundidad es de -4,62 m. Sobre este suelo hay numerosos fragmentos metálicos, abundante estuco pintado, policromo, en estado muy fragmentario, con variada decoración de ondas rojas, negras y blancas, o bien franjas rojas, verdes y azules...

Al Noreste recuperamos una anilla de hierro, además de otros fragmentos de ese mismo metal, un fémur de vacuno y restos óseos de aves de menudo tamaño (de pájaro o pollo), algunos de ellos quemados (prueba evidente de haber sido cocinados, lo que nos sirve de indicio de la dieta alimenticia seguida por los habitantes de la *villa*), una espátulita de hueso (figs. 85-86) y un fragmento de vidrio.

Fragmentos de teja, argamasa y carbón se hallan entremezclados. Esta riqueza de materiales arqueológicos de la habitación 2 convierte a esta estancia en una de las más interesantes de toda el área excavada.

El material cerámico nos traslada a un horizonte cronológico correspondiente al siglo IV d.C., alcanzando un momento muy avanzado del mismo.

Algunos de estos objetos están prácticamente enteros, bajo un nivel de derrumbe y madera carbonizada.

Habitación 3

La tierra es poco compacta. En la zona oeste se concentran gran cantidad de piedras, probablemente desplomadas del muro B, que ha cedido hacia aquí y ha quedado cortado en dicho sector occidental de la cata.

Consignamos la existencia de numerosos fragmentos informes de bronce y de hierro, algunas tejas, escasa cerámica común, *terra sigillata* y material óseo.

La **fosa del ángulo noroeste** no nos proporciona ningún material arqueológico.

Nivel XI

Habitación 1

Se trata de una capa de tierra marrón, con algunas tejas, escasa cerámica común, cuatro fragmentos de TSHTM (lám. III, 3-4, 6, Anexo II.1), varios huesos (fauna) y un pequeño fragmento de escoria mineral. Alcanzamos una cota de profundidad de -4,63 cm. Al Norte, cerca del arranque de la cimentación del muro A, documentamos una pequeña bolsada de carbón de 2 cm de espesor por 16 cm de largo.

Habitación 2

La tierra es de color marrón y poco compacta.



Fig. 535. Derrumbe de tejas. Foto: García Bueno.

En todo el recinto, salvo en una franja localizada al Este, hay un potente nivel de derrumbe, formado por abundantes tejas y fragmentos del revestimiento parietal de estuco de las estructuras romanas (fig. 535). Por debajo del mismo se dispone una fina capa de argamasa, que únicamente aflora en algunos puntos y parece corresponder a un suelo. La cota de profundidad del estrato de tejas es de -4,39 m. Entre dichas tejas hallamos un objeto de bronce, redondo y plano, de 10 x 11 cm de diámetro y 1 cm de grosor.

Al Noroeste aparece el ya mencionado estuco de color azul, muy fragmentado, pequeños fragmentos de bronce y otros de hierro, de gran tamaño, pertenecientes a un objeto alargado, y un fragmento de cencerro de bronce, cuyas medidas son 7,8 cm de alto por 8,5 cm de ancho (fig. 110). La cerámica común es exigua, merece destacarse un galbo decorado con una banda de pintura de color rojo siena, cerámica pintada romana de tradición local y algunos restos óseos faunísticos.

Al Noreste, en la base del muro A, localizamos un gran recipiente de bronce, un caldero, junto al que recogemos cinco monedas de bronce, muy mineralizadas y enormemente deterioradas. Están afectadas por una fuerte corrosión (con cupritas y, en algunos puntos, malaquita). Son un *minimus* en regular estado de conservación, con una capa estable de tenorita y una capa superficial de malaquita, n.º de inventario 11128 (n.º 15 del catálogo, fig. 133, LECHUGA, 1985, 75; ABASCAL, 1995, 150) y las n.º de inventario 11129 (fig. 139), 11130 (fig. 140), 11086 (fig. 141, en dos fragmentos), 11089, cuyo

módulo es de 21 mm (fig. 142, posteriormente se le reasigna el n.º de inventario 11090). Uno de estos numismas apareció en el interior de dicho caldero. El caldero está rodeado de pequeños fragmentos metálicos (esquirlas de bronce pertenecientes al mismo recipiente, fragmentos de hierro y escoria mineral). Podría parecer, *a priori*, que se trata de un depósito monetario cerrado, oculto en un escondrijo bien elegido, un lugar idóneo, dada su ubicación, esto es, en la zona inferior de una de las paredes de la vivienda, pero si la intención del propietario era proteger su dinero, lo más lógico es que hubiera ocultado una cantidad mayor de piezas monetarias y quizás de más valor, no únicamente unas pocas piezas de bronce. Como hipótesis de trabajo, podríamos pensar que tal vez fuera un depósito de carácter fundacional...

También al Noreste, en la esquina de las habitaciones 2 y 3, bajo los muros B y D, hallamos otro cencerro de bronce fragmentado (fig. 111). Mide 17 cm de alto por 10 cm de ancho. Está asociado a un estrato compuesto de tejas y madera carbonizada.

Habitación 3

Alcanzamos una cota de profundidad de -4,59 m. La tierra es de color marrón, de textura muy suelta y apenas aparecen tejas.

Ponemos al descubierto cuatro hiladas del muro D, hasta su basamento.

En el registro arqueológico figura tan sólo alguna cerámica común, tres fragmentos de TSHTM (lám. V, Anexo II.1), restos óseos de fauna diversa y varios fragmentos de bronce. De este metal es un cencerro fragmentado e incompleto, que, como el anterior, está asociado al referido nivel de tejas y carbones (fig. 112). Sus dimensiones son: 17,5 cm de altura por 6,8 cm de ancho. Se han preservado algunos fragmentos del badajo de hierro.

La fosa del ángulo noroeste

La tierra es poco compacta, con abundantes piedras de mediano tamaño en el área occidental.

La relación del material arqueológico incluye cerámica común, *terra sigillata* (TSHTM), restos óseos de fauna diversa y escoria mineral.

Nivel XII

Entre los estratos de tierras roja y verde a los que hicimos referencia anteriormente hay una UE de madera carbonizada, perteneciente a un nivel de incendio, con cerámica de cocina, común, *terra sigillata* (un galbo quemado de TSHTM...), material óseo (lo más significativo del mismo es una taba), clavos de hierro y pequeños fragmentos de estuco policromo.

Habitación 1

La tierra es de color verde, muy húmeda, con pequeñas y dispersas manchas de carbón. Las cotas de profundidad son -4,79 m al Este y -5 m al Oeste.

Una vez excavada esta UE llegamos a la roca natural, que aflora a una cota superior en la zona oriental respecto a la occidental. Dicha roca tiene un color verde, abonando la idea de que al ir descomponiéndose se fue conformando el estrato de tierra verdosa que se dispone encima.

Recuperamos un fragmento de escoria mineral, otro de hierro, cerámica común y algunos restos óseos.

Habitación 2

Alcanzamos una cota de profundidad de -4,83 m (corresponde a la cota inferior). Esta alzada se caracteriza por el cambio de coloración de la tierra: cerca del muro A es verde, mientras que la restante es una tierra marrón, ya documentada anteriormente. Contiene algunas tejas, pequeños cantos...

Los hallazgos arqueológicos se reducen a cerámica común, *terra sigillata* (TSHTM, TSC o TSHT, lám. IV, 12, Anexo II.1), hierro y bronce, carbón, material óseo (algunos de esos restos faunísticos están quemados).

Habitación 3

Es una tierra de color marrón. Su cota de profundidad es de -4,74 m.

Apenas podemos enumerar alguna cerámica de cocina y común, además de escasos restos óseos (fauna).

La fosa del ángulo noroeste

Esta UE es arqueológicamente estéril. Se trata de una tierra de color verde, que conserva mucha humedad⁶⁵. Alcanzamos también aquí el nivel de la roca base, a una cota de -5,10 m.

Nivel XIII

Habitación 2

La tierra tiene una tonalidad cenicienta verdosa, con bolsadas de carbón diseminadas por todo el ámbito. Aparecen algunas tejas y piedras de diferentes tamaños.

Se conservan tres hiladas del muro E, en el tramo occidental. Posiblemente esta estructura y el muro B formaran parte de un mismo recinto. Esta habitación habría estado solada originariamente a la altura de la base del muro D. A ese mismo nivel documentamos una capa de tierra verde de 24 cm de potencia y una cota de profundidad de -4,03 m.

El muro D queda colgado sobre tierra en su cara interna (S), por lo tanto, no se asienta en la roca natural. Se han conservado cinco hiladas del mismo, con una alzada de 53 cm.

Encontramos varios fragmentos de *terra sigillata* (TSHTM, TSH, TSC o TSHT, lám. IV, 13-14, Anexo II.1), cerámica común, algunos restos óseos y un fragmento de bronce.

Habitación 3

La tierra es de color verde, muy húmeda y arqueológicamente estéril. La roca presenta varios desniveles. En su punto más alto tiene una cota de -5,11 m y, en el más bajo, de -5,14 m.

Nivel XIV

Se trata de una tierra de color verde, con algunas manchas de carbón y una potencia de 20 cm. La cota de profundidad de este nivel XIV es de -4,83 m.

Al Noreste hay una capa de tierra de tonalidad rojiza, bajo la UE consistente en un terreno verde, que no se documenta más que en esa zona concreta. Es arqueológicamente estéril.

Nos hallamos por debajo del nivel de las estructuras de la habitación 2. Junto al muro E descubrimos algunas grandes piedras, procedentes del derrumbe del mismo.

La lista de materiales arqueológicos de este sector incluye una fíbula de bronce fragmentada, muy mineralizada, de cabeza redonda, uno de cuyos fragmentos mide 6,5 cm de largo y otro 4,20 cm (fig. 103), alguna cerámica común romana, *terra sigillata*, restos óseos de fauna diversa, escoria mineral de hierro y tejas (la mayoría son *imbrices*, pero cabe reseñar la aparición de una *tegula*).

Unificamos los ambientes que en un principio habíamos denominado habitaciones 1 y 3, respectivamente, por lo que a partir de ahora nos referiremos a este recinto como **habitación 1-3** (figs. 536-539).

La roca base tiene una cierta pendiente ascendente en el lado oriental: está a una cota más alta al Noreste (-4,60 m) y desciende al Suroeste (-4,98 m).

Recogemos los siguientes materiales arqueológicos: escasa cerámica común, nueve fragmentos de *terra sigillata*, un fragmento de bronce, dos fragmentos indeterminados de hierro, dos clavos de este mismo metal, un pequeño fragmento de vidrio y una lasca de sílex. Se trata de un útil de trabajo (probablemente relacionado con la actividad agrícola). Es una lámina de sección trapezoidal y base plana, con un retoque denticulado (figs. 80-81, CCXXXVII, 2, Anexo II.2).

Entre los mampuestos del tramo oriental del muro B aparece el fondo de un plato de *terra sigillata*, que en su superficie externa tiene un grafito con los valores numéricos romanos C X I; que podrían ser quizás una marca de propiedad; junto a él encontramos otro fragmento de la misma pieza de vajilla de mesa, con pátina antigua en sus fracturas (figs. 164-165, lám. CCXXXIII, 2, Anexo II.2).

Nivel XV

Corresponde a la última capa de tierra antes de poner al descubierto la roca natural, en la que se aprecia una variedad cromática: roja en la zona oriental y verde en la occidental. Constatamos un pequeño talud en dirección Sur, por lo que hay una diferencia de cota entre el sector noreste (-5,08 m) y el suroeste (-5,13 m).

Excepto dos fragmentos de cerámica común, el nivel XV es arqueológicamente estéril.



Figs. 536-539. Muros romanos. Foto: García Bueno.

ESTRATIGRAFÍA

Sintetizando, las UU.EE. documentadas durante la excavación de esta cuadrícula son las siguientes:

PERFIL NORTE

UE I

Tiene una potencia de unos 50 cm. Es una tierra de tonalidad rojiza arenosa, con arenisca, numerosas piedras de pequeño y mediano tamaño. Corresponde al nivel de derrumbe de la Iglesia de Santa María.

UE II

Derrumbe de un muro de tapial. Presenta un buzamiento en sentido Este-Oeste. Está formado por:

- II.a. El muro de tapial propiamente dicho.
- II.b. Tierra ocre fina.
- II.c. Tierra rojiza, con pequeñas piedras dispersas.
- II.d. Tierra de color marrón grisáceo, fina.

Ha roto estratos anteriores y, a tenor de los materiales cerámicos, cabría encuadrar cronológicamente esta UE en torno al siglo XV.

UE III

Tierra de color marrón claro, con restos óseos. En este perfil apenas es perceptible. Se documenta en el ángulo oriental del corte.

UE IV

- IV.a. Tierra roja arcillosa, con carbón y cal, asociada a materiales de época romana y a una UC (muro A).
- IV.b. Tierra de color gris verdoso, con carbón, que aparece en medio de la capa anterior, a modo de bolsada.
- IV.c. Pequeña fosa de forma pseudo-rectangular en cuyo interior hay una mezcla de las tierras anteriores. El contorno está formado por madera carbonizada.

UE V

Tierra de tonalidad ocre, fina. Al final de esta UE se documenta una pequeña capa de tierra de color claro, horizontal, probablemente un pavimento (V.b.). Por debajo se dispone una pequeña capa de tierra gris, de unos 12 cm de potencia.

UE VI

Tierra marrón, dispuesta sobre la roca madre. Asociada a ella se encuentra una hilada de piedra perteneciente a un muro (muro F). El material arqueológico pertenece, íntegramente, a época tardorromana.

PERFIL SUR

UE I

- I.a. Tierra de color marrón claro, con fragmentos óseos. En ella aparecen numerosos restos óseos humanos revueltos y sin compleción anatómica, lo que indica que se trata de enterramientos secundarios, quizás provenientes del interior de la Iglesia de Santa María.

I.b. Bajo esa capa de tierra aparecen varias fosas, que corresponden a enterramientos localizados *in situ*. Son cistas de piedra en cuyo interior encontramos inhumaciones en posición decúbito supino.

UE II

Tierra roja arcillosa, con carbón y cal. Se trata de un estrato de espesor considerable, ya que mide en su parte más potente 1,50 m. En medio de él se aprecian varias manchas de tierra negra y otras pequeñas lenguas de marga gris verdosa y gris clara, casi blanca. En la zona oriental, donde se concentra la tierra negra, apareció esparto quemado y algunos restos de trigo, asociados a cerámica vidriada. Bajo esta capa de tierra aflora otra UC (muro E).

UE III

Bajo el muro E aparece una tierra marrón, asociada a abundante material romano tardío, bajo la que aflora ya la roca natural.

PERFIL ESTE

UE I

Tierra roja arenosa, con arenisca.

UE II

Tierra de color marrón claro, que en esta zona alcanza una potencia de unos 80 cm. Hay gran cantidad de restos óseos, algunos cráneos humanos...

UE III

Tierra roja arcillosa, con carbón y cal. En ella aparecen algunas lenguas de marga verdosa y de tierra negra. Esta UE apoya directamente sobre el muro C.

PERFIL OESTE

UE I

Fosa compuesta de escombros, con abundante material de época contemporánea (hierros, cristales, fragmentos de superficie parietal, porcelana...).

UE II

Derrumbe de un muro de tapial. Consta, a su vez, de varias capas, que presentan un fuerte buzamiento en sentido Sur-Norte:

II.a. Muro de tapial propiamente dicho.

II.b. Tierra de color marrón grisáceo, fina. Hay una pequeña lengua de tierra gris con cal.

II.c. El grueso del derrumbe de la habitación, formada por tierra de tono marrón grisáceo, fina, con tejas y cerámica vidriada. En medio de ella hay una pequeña veta de tierra roja.

UE III

Tierra roja arcillosa, con carbón y cal. Es una potente UE que se ha visto seccionada por la construcción del muro de tapial de la UE anterior. En medio de ella, y de forma similar a como ocurría en el área septentrional, se dispone una capa de marga verdosa con abundante carbón.

UE IV

Tierra marrón arcillosa, con carbón y cal, que apoya sobre la roca base. Está asociada al muro D y a gran cantidad de material tardorromano. En la parte superior de esta UE aparece una pequeña capa de tierra negra.

SECUENCIA CULTURAL

Esta cata, al estar situada en el centro de la plaza, ha aportado una estratigrafía que completa, en parte, la de la cuadrícula 20. Se alcanza una cota de profundidad de -4,5 m al poner al descubierto la roca natural. Al encontrarse a mayor distancia del “Cubillo” que el sondeo anteriormente citado, no se ha visto tan afectada por las construcciones medievales, por lo que las fases más antiguas, esto es, las romanas, se han preservado bastante bien.

Al igual que en la cuadrícula 20, como veremos más adelante, hay una secuencia estratigráfica relativamente clara. La lectura de la evolución cronoestratigráfica es la siguiente:

1. Una serie de estructuras bastante bien conservadas, pertenecientes a la Antigüedad Tardía. La superposición de muros y la reutilización de algunos elementos edilicios, como es el caso del fuste de una columna, indican la existencia de, al menos, dos fases constructivas diferentes, ambas bajoimperiales, según atestiguan las evidencias arqueológicas (el material cerámico y numismático nos traslada a un horizonte cronológico correspondiente al siglo IV d.C., alcanzando un momento avanzado del mismo). Merece destacarse la gran abundancia de objetos y fragmentos metálicos (de bronce, hierro y plomo), así como la aparición dentro de un mismo recinto de varias piezas monetales y alguna de hueso trabajado, lo que denota una notable riqueza material de este ámbito n.º 2. Parte de las estructuras fueron rotas por una fosa que corresponde a la Baja Edad Media.

Del hecho de estar prácticamente enteros algunos de esos objetos (bajo un nivel de derrumbe y madera carbonizada) podría derivarse que quienes residían en la *villa* se hubieran visto forzados a marcharse precipitadamente, dejando muchas de sus pertenencias, que a buen seguro habrían recogido y llevado consigo si la hubieran abandonado tranquilamente. Resulta complicado dilucidar si esa circunstancia pudiera unirse a la aparente “ocultación” de un caldero que contenía algunas monedas, una de ellas emitida en tiempos de Valentiniano II (375-392 d.C.). ¿Podría ser un depósito monetario cerrado, tal vez indicativo de algún peligro acaecido en las postrimerías del siglo IV o comienzos del V, cuya amenaza habría

provocado la huida de las gentes que la habitaban? (puesto que no hallamos restos humanos asociados, avalando lo contrario), ¿o quizás era simplemente un recuerdo de la fecha en que se construyó esa parte del edificio, cuya intención sería conmemorar dicho momento fundacional?. Sea como fuere, es improbable que se trate de una tesaurización, dada la baja ley y reducida cantidad del numerario (sobre esta problemática, cfr. BALIL, 1957, 131; SAGREDO, 1981-1985, 94; ABAD, 1987-1989, 203-208; 1993, 13-31; 1994, 149-166).

Aunque por ahora es imposible determinar la funcionalidad de los reductos sacados a la luz, dado que todos ellos han sido sólo parcialmente excavados, extralimitando la sección del yacimiento acotada por esta cuadrícula 11, sí podemos apuntar, no obstante, que se trata de espacios cerrados de habitación, de traza rectangular, cubiertos por *tegulae* e *imbrices* y con suelos de tierra batida. Una de las estancias (la n.º 2) tenía las paredes revestidas de estuco, con decoración pictórica policroma (en rojo, negro, amarillo y blanco), cuyo estado fragmentario nos impide reconstituir las posibles composiciones ornamentales. La combinación de ese fuerte colorido aportaría una gran vistosidad a esta dependencia.

2. Una segunda etapa, de características muy diferentes a las de la anterior, está representada por una ingente acumulación de restos óseos humanos. Se distinguen dos estratos: el inferior, en el que se documentan cuatro enterramientos en posición primaria (los difuntos están colocados en decúbito supino, presumiblemente dentro de ataúdes de madera, desaparecidos, introducidos en una fosa formada por piedras hincadas y tapada con losas). Sobre este nivel se dispone otro de unos 60 cm de potencia en el que hay gran cantidad de restos óseos revueltos, correspondientes a enterramientos secundarios. A pesar de la dificultad que entraña -sin un estudio específico- cuantificar el número de cadáveres en este tipo de enterramientos, al haberse recogido quince cráneos, podemos confirmar que habría, al menos, otras tantas inhumaciones.

Dichas inhumaciones muy probablemente están vinculadas con la Iglesia de Sta. María, emplazada a escasos metros, y posiblemente pertenecerían a antiguos enterramientos situados inicialmente en el interior del templo, extrayéndose de allí a medida que la falta de espacio se fue convirtiendo en

un problema.

El estado de conservación de la mayoría de los restos óseos es deficiente, tanto a consecuencia de lo removido que está el terreno, al haberse erigido después en él otras construcciones, sino también debido a las alteraciones sufridas a causa de la humedad y acidez de la tierra.

Debido a la ausencia casi total de material arqueológico asociado, no podemos datar esta fase con absoluta certeza, pero, a tenor de las analogías que presentan los restos con los documentados en otros sondeos realizados en las inmediaciones de esta cata, cuyo contexto es medieval, nos atrevemos a asignarle la misma cronología.

3. Posterior a dichos enterramientos es un muro que aparece derrumbado. Presenta las mismas características del descubierto en la cata 20 (fase 5ª). Su construcción supuso la apertura de una enorme zanja que rompió todos los estratos anteriores. Esta zanja es claramente visible en los perfiles oeste y norte.
4. El último periodo corresponde al siglo XX, como se desprende de la presencia de materiales de ese periodo: ladrillos, vidrios, porcelanas, cerámicas...

CUADRÍCULA 15

DESCRIPCIÓN

Está ubicada en una zona intermedia entre las cuadrículas 11 y 20. Mide 4 x 4 m. Con este sondeo estratigráfico se pretende comprobar la posible continuidad de las estructuras romanas documentadas al excavar otros cortes de este yacimiento, que tuvo una dilatada perduración temporal, así como intentar descubrir posibles vestigios que pudieran adscribirse a la etapa de transición entre la baja romanidad y el Medievo, para poder estudiar ese periodo intermedio. Por esa razón, nos interesan también los niveles de época medieval e, incluso, inicios de la moderna, que aparecen de forma marginal en las mencionadas cuadrículas 11 y 20.

Nivel Superficial

Su cota de profundidad es de -0,90 m. Este nivel está formado por una tierra compacta con gran cantidad de escombros, restos de ladrillos, piedras pequeñas, bloques de yeso y cal.

El terreno es de color marrón, con manchas de cal y bolsas de tierra rojiza anaranjada en el área septentrional.

En el sector sureste documentamos un suelo compuesto de argamasa, ladrillo, tejas muy fragmentadas, cantos, arena y abundante cal.

En el ámbito central de la cata, extendiéndose en dirección Oeste, bajo un estrato superficial de tierra marrón, cuyo espesor es de 3 cm, aparece una capa amarillenta de grava y arena, a continuación se dispone otra de yeso, ladrillos, cal y tejas, muy compacta, en contraste con la anterior.

El material arqueológico pertenece a época contemporánea, consistiendo en cerámica vidriada (loza), diversos fragmentos de hierro, restos óseos de animales de gran tamaño, cristales y fragmentos parietales pintados de color azul añil.

Nivel I

Alcanzamos una cota de profundidad de -1,05 m. Está constituido por una tierra roja, poco compacta, salvo la del sector suroeste, que es de un tono grisáceo, con notable presencia de cal.

En la esquina noreste hallamos un sillar de gran calibre con molduras, de caliza roja, junto a otro sillar bien careado que está embutido en el perfil oriental de la cuadrícula. En esta misma zona sale a la luz un muro de tapial.

Recuperamos algún material óseo, cerámica vidriada, contemporánea, metal y yeso con trazos de pintura.

Nivel II

Está formado, igualmente, por una tierra de textura muy suelta, rojiza, excepto al Sureste, donde se concentra un gran relleno de escombros, producto de un derrumbe.

En el área septentrional se acumulan numerosas piedras de mediano tamaño, hasta -1,30 m de profundidad.

La cerámica es abundante, asimismo, constatamos la existencia de un fragmento de TSCD (lám. VI, Anexo II.1), material óseo, fragmentos informes de hierro, pizarra, algunas tejas, yeso con restos de pintura de colores blanco y verde claro...

Nivel III

Su cota de profundidad es de -1,55 m. Se aprecia un cambio en el terreno. Al Suroeste es de un tono marrón oscuro, al Sureste sigue apareciendo una tierra de color grisáceo y la restante es roja. La primera UE corresponde a un pavimento de tierra apisonada, que delimita el final del nivel II y el inicio del III.

Al Sureste documentamos el derrumbe de un muro de tapial que había empezado a aflorar en la alzada anterior. La superficie parietal debía de estar enlucida de yeso pintado de color verde claro. Hay gran cantidad de piedras, pequeños cantos, ladrillos, cal, cerámica y cristales modernos.

Nivel IV

Esta capa de tierra presenta una alternancia de áreas muy compactas, que corresponden a un gran relleno de piedras, ladrillos, yeso y cal, con otras de tierra marrón, de textura suelta (al Norte y al Sur). Al terminar de excavarla queda completamente exento el sillar moldurado al que hicimos referencia anteriormente. Este sillar proviene de la cornisa de la Iglesia de Santa María, pues por las noticias que tenemos, en el siglo XIX se desplomó parcialmente. Esa parece ser la explicación de la existencia del gran paquete de tierra roja que detectamos en los niveles I, II y parte del III.

Al Sureste aparece la fosa de construcción de un muro de tapial (muro A), del que se conservan ladrillos enteros y restos de su revestimiento de yeso pintado.

Encontramos grandes bloques de yeso, carbón, cerámica vidriada, algunos fragmentos óseos y escoria mineral.

En el sector noroeste, junto a cerámica vidriada, recogemos varios fragmentos de *terra sigillata* (uno de ellos, de TSHT, con decoración a molde, asimismo, hay TSH, TSHTM y TSCD, fig. 170, lám. VI, 1-4, Anexo II.1). Este material cerámico tardío está fuera de contexto y seguramente llegó hasta los niveles superiores formando parte de la tierra con la que se construyó el muro de tapial (A) o bien al realizarse fosas de construcción de estructuras asentadas encima de los niveles de ocupación romanos, que removieron dichos estratos.

Nivel V

En el sector suroeste la tierra es de color marrón, bastante suelta, con fragmentos de carbón, muy menudo, dispersos por toda esa área, además de numerosas tejas, guijarros y diversas manchas de cal.

El muro A está desplomado en dirección Este-Oeste, con un acusado grado de inclinación. En el ángulo suroeste se documenta un pozo o fosa aséptica, abierta en época moderna, que posteriormente se colmató con escombros. El color del relleno es blanquecino verdoso, quizá debido a la

diversidad de materiales allí arrojados. Tiene unas dimensiones de 1,50 x 1,20 m.

El terreno de la zona septentrional es muy consistente. Al Noroeste detectamos vestigios de otro muro de tapial (cal, ladrillos...).

Llegamos a -1,99 m (cota inferior de profundidad).

El material arqueológico está muy revuelto. El listado del mismo incluye abundante cerámica común, de cocina, acanalada, vidriada (verde, melada...), toda ella de época medieval, y varios fragmentos de *terra sigillata* (TSHTM, uno de ellos con decoración a la ruedecilla, lám. VI, 5-7, Anexo II.1), restos óseos, escoria mineral de hierro y estuco pintado.

Nivel VI

Se alcanza una cota de -2,23 m de profundidad. La tierra sigue siendo de color marrón, de textura muy suelta. En la esquina suroeste ponemos aún al descubierto la fosa de relleno, de coloración verdosa y poco compacta.

El muro A discurre en sentido Este-Oeste, de manera que se prolonga también al Suroeste, aproximadamente hasta la mitad del corte -en toda la zona meridional-. Por tanto, podemos deducir que se trataba de un paramento de gran alzado, pues cubre una amplia superficie. Bajo esta estructura aflora una capa de tierra marrón de 14 cm de potencia, bajo la que se dispone un estrato de argamasa blanca, de 13 cm de espesor.

Al Sureste de la cata se concentra una gran cantidad de tejas, de variados colores (amarillo verdoso, rojo y blanquecino), procedentes del derrumbe de la cubierta de una vivienda. La dirección del desplome es Sureste-Suroeste.

Lo más destacable del material arqueológico es la copiosa *terra sigillata*, (TSHT, TSC y TSHTM, lám. VI, 8-16, Anexo II.1, entre otros, podemos enumerar un cuenco, dos platos, veinte galbos...), varios fragmentos de cerámica común, vidriada, restos óseos de fauna diversa y algunos fragmentos de hierro.

Nivel VII

La tierra es de color marrón, de escasa consistencia, excepto en el lado suroeste, donde hay algunos grandes bloques de argamasa y yeso, procedentes del derrumbe del muro A. La cota inferior de profundidad es de -2,46 m.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende cerámica común, veinte fragmentos de *terra sigillata* (TSHT y TSHTM, lám. VII, 1, Anexo II.1), restos óseos, metal, vidrio y una tesela pequeña de pasta vítrea azul.

Nivel VIII

Esta alzada viene definida por la existencia, en el área occidental, de un paquete de tierra roja, muy suelta, con algunos fragmentos de teja, mientras que en el resto de la cuadrícula es de color marrón y poco compacta. No obstante, en el sector septentrional continúan apareciendo gran cantidad de bloques de argamasa y yeso, procedentes del derrumbe del muro A. En la zona noroeste del corte localizamos varias piedras de mediano y gran tamaño que están embutidas en los perfiles norte y oeste, sin que podamos determinar si se trata de un

derrumbe o forman parte de alguna estructura no exhumada todavía, si bien es cierto que ya habían aparecido con anterioridad algunas prácticamente dispersas por toda la cata.

La cota de profundidad alcanzada es de -2,70 m.

El material arqueológico es abundante: cerámica de cocina, vidriada, acanalada y *terra sigillata* (TSH, TSHT y TSHTM, lám. VII, 2-11, Anexo II.1, entre otros, varios cuencos, bordes y bases de TSHTM), así como algunos fragmentos óseos (fauna), escoria mineral de hierro y varios fragmentos de ese mismo metal.

Nivel IX

Son perceptibles dos zonas claramente diferenciadas entre sí. En el sector noreste hay tierras entremezcladas, de colores verde y rojo, tejas y manchas de cal. Se trata de materiales compactos provenientes del derrumbe de una estructura (A). El resto está constituido por tierra de color marrón, de textura bastante suelta.

Se puede observar cómo dicha estructura cayó entera, desplomándose de Norte a Sur, donde es más potente el derrumbe. Esta UC prosigue más allá del límite occidental de la cuadrícula. El cambio cromático de la tierra es muy acusado. Al Este y al Sur es de color marrón oscuro y al Noroeste es de una tonalidad algo más clara, con bolsadas de tierra verde y rojiza, asimismo, abundante cal. De hecho, es la alta densidad de cal la que confiere a ese terreno una coloración pardo-blanquecina. Al Norte se documenta una enorme cantidad de piedras de gran tamaño y algunas tejas, pero no aparece ninguna estructura de piedra, ni tan siquiera el arranque del zócalo que sirvió de base al muro de tapial desplomado (A), pese a que hemos alcanzado una cota de profundidad de -2,89 m y en la contigua cata 11, a esta altura (concretamente, a una cota de -2,88 m), ya habían salido a la luz los primeros muros.

Consignamos el hallazgo de cerámica común, alguna vidriada, *terra sigillata* (TSC, TSHT y TSHTM, lám. VII, 12-16, Anexo II.1, entre otros, tres bases, dos bordes...) y escaso material óseo. Recogemos varias muestras de argamasa del muro A, que contienen fragmentos óseos y cerámicos. En el área noroccidental el material cerámico es muy exiguo e incluso inexistente en el caso de la *terra sigillata*, en cambio, hay gran cantidad de restos óseos de animales.

Nivel X

Persiste la misma diferencia documentada en niveles superiores: el terreno es de color marrón y muy suelto en toda la cuadrícula, salvo al Noroeste, donde predominan la cal y la argamasa, y junto al perfil oriental, donde la tierra es rojiza, con abundantes cantos y grava. Se extiende por una amplia franja del sector oriental, presentando vetas marrones.

Al Sureste encontramos una piedra trabajada, redondeada, de color grisáceo, posiblemente parte de un fuste de columna de granito, un material inexistente en las canteras cercanas. En esa misma zona hay una gran bolsada de madera carbonizada, correspondiente a un nivel de incendio.

La cota inferior de profundidad es de -3,12 m.

La cerámica común y el material óseo son abundantes, aunque sólo recuperamos tres fragmentos de *terra sigillata* (uno de ellos con decoración de círculos concéntricos, TSht y TSHTM, lám. VII, 17, Anexo II.1).

Nivel XI

La tierra tiene escasa consistencia. Se aprecia la existencia de vetas de colores rojo y marrón, con abundante yeso, guijarros y algunas piedras dispersas de mediano tamaño.

Se documenta un derrumbe junto al perfil meridional, a una cota de profundidad de -3,43 m.

Entre el material cerámico figuran algunos fragmentos vidriados verdes y melados, otros de cocina y cuatro fragmentos de *terra sigillata* (TSC y TSHTM, lám. VII, 18-19, Anexo II.1, entre ellos, el borde de un cuenco, una base...), también hay numerosos restos óseos de fauna diversa diseminados por toda la cuadrícula y una gran ficha de piedra caliza blanca pulida.

Nivel XII

La tierra es de color marrón y relativamente compacta. En la zona sureste registramos la presencia de varias piedras acumuladas, pertenecientes al ya mencionado derrumbe.

En cuanto a los materiales arqueológicos, cabe reseñar alguna cerámica común, varios fragmentos de cerámica vidriada verde, algunos restos óseos (de fauna diversa y dientes humanos) y un fragmento de estuco policromado con decoración de bandas superpuestas de colores rojo, negro y ocre.

Alcanzamos una cota de profundidad de -3,54 m.

En el área noroeste ponemos al descubierto un potente derrumbe, con algunas piedras de gran tamaño (fig. 540), mientras que al Sureste hay abundantes cantos y guijarros.

La relación de materiales arqueológicos es muy reducida: escasa cerámica común y abundantes restos óseos de fauna diversa.



Fig. 540. Derrumbe. Foto: García Bueno.

Nivel XIII

En la mitad suroccidental hay ripios, cantos y gran cantidad de tejas, algunas de ellas quemadas. El terreno es de color marrón rojizo, poco compacto.

Al Noreste hallamos pequeños bloques de cal, yeso, cantos e innumerables tejas. En esta zona la tierra es de un tono marrón, con manchas de cal, carbón y vetas rojizas. La cota inferior de profundidad es de -3,74 m.

Entre el material cerámico contamos con un fragmento vidriado moderno, alguna común y vidriada medieval, común y de cocina romana, dos fragmentos de *terra sigillata*, siendo digno de mención un fragmento de borde de TSHTM con decoración de ruedecilla al exterior y barniz rojo anaranjado. El material óseo es muy copioso, destacando una pieza dental humana.

Nivel XIV

Hay abundante madera carbonizada, dispersa por toda la cuadrícula.

El terreno del sector suroeste, de color marrón, es más compacto que el de la zona central, a causa de la abundancia de ladrillos, tejas y guijarros.

Descubrimos varias teselas de piedra blanca de gran tamaño (oscilan entre 6 x 9 cm y 6 x 4 cm), como las que suelen componer las orlas de enmarque de los lienzos musivos. Están irregularmente talladas, pero no se hallan *in situ*, formando parte de un *opus signinum* o de un *opus tessellatum*, sino diseminadas por toda el área. Cabe la posibilidad de que originariamente existiera un suelo de mortero de tejoleta -*nucleus*- sembrado de teselas (contamos con innumerables ejemplos de este tipo de pavimento, por poner uno a modo ilustrativo, traemos a colación uno de Pompeya, cfr. ADAM, 1996, 253, fot. 542), o bien un mosaico, posteriormente destruido. Asimismo, aparece un

fragmento de alabastro blanco completamente liso, de un centímetro de grosor, que presenta una acanaladura rectilínea en su cara externa y tal vez perteneciera a un recipiente para contener perfume o ungüento. La excavación de este nivel nos proporciona también un canto con varios retoques, cerámica común y de cocina, tanto romana como medieval, alguna *terra sigillata*, un fragmento de bronce (posiblemente, el alfiler de una fíbula) y un fragmento de vidrio verde (según RODRÍGUEZ GONZÁLEZ y RODRÍGUEZ, 1994, 54, los fragmentos de vidrio verde del yacimiento orensano de Santomé que han analizado se documentan en relación con una ocupación bajoimperial, al menos en su área de estudio).

Al Noroeste sigue documentándose el gran derrumbe de piedras que empezó a aflorar en el nivel XI, dato indicativo de su considerable potencia. Junto al perfil septentrional los mampuestos tienen una mayor regularidad en su conformación. Hay piedras de gran tamaño diseminadas por todo ese sector. Alcanzamos una cota de profundidad de -3,94 m. La tierra es de color rojizo.

Entre el referido derrumbe recuperamos alguna cerámica común romana, restos óseos y de escoria mineral, abundante carbón, varias tejas, algunas de ellas quemadas y con digitaciones, consistentes en huellas de trazo paralelo, realizadas cuando el barro aún estaba fresco.

Nivel XV

Se trata de una UE de tonalidad marrón. Ya no presenta vetas de tono rojizo como en el estrato anterior. La tierra es poco compacta, aunque hay gran cantidad de tejas y cantos pequeños.

En la zona suroeste hay algunos carbones dispersos.

En el elenco de materiales arqueológicos figura alguna cerámica común, doce fragmentos de *terra sigillata*, escaso material óseo, en cuantía notablemente menor a la de estratos superiores, y un fragmento de vidrio (un borde).

Bajo el derrumbe del sector noroccidental se dispone una capa de tierra roja poco compacta, con gran cantidad de carbón, cerámica común romana quemada, un gran diente de herbívoro y otros fragmentos óseos pertenecientes a fauna diversa.

La cota inferior de profundidad es de -4,13 m.

Nivel XVI

La tierra es de color marrón, bastante compacta, con abundante gravilla.

A una cota de profundidad de -4,20 m localizamos en todo el sector occidental un estrato de *imbrices* muy machacadas, cal y argamasa, que constituyen un relleno. Parece tratarse de una posible capa de preparación de un suelo. Desaparece a 1,98 m del perfil occidental de la cata y no se extiende, en consecuencia, por el resto de la cuadrícula, aunque se prolonga por debajo de los perfiles septentrional y meridional, rebasando los límites de este corte.

Al Este disminuye la cantidad de ripios y tejas presentes fundamentalmente en el área occidental.

En el registro arqueológico hay constancia de alguna cerámica común (lo más significativo de ella son varios fragmentos de un cuello de vasija), de cocina, dos fichas de cerámica, cinco fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos

y, entremezclados con los materiales de relleno, un fragmento de estuco azul grisáceo y otro pintado de amarillo. Junto al perfil meridional hallamos un fragmento de estuco pintado de color verde y varios fragmentos de vidrio. Entre las tejas aparecen otros tres fragmentos de vidrio, uno de ellos decorado.

Al Sur se documentan algunas manchas de argamasa y cal, con teselas de diferentes tamaños, unas de cerámica y otras talladas en piedra.

En el extremo oriental la tierra es poco compacta, con apenas alguna cerámica común romana e *imbrices*. Tiene vetas dispersas de una tierra fina y escasamente consistente, de color rojizo, que contrasta con la marrón, de textura más gruesa, de su entorno.

El hallazgo más relevante es una pequeña moneda de bronce (probablemente del siglo XI, acuñada en tiempos de Alfonso VI), en muy mal estado de conservación, fragmentada y muy mineralizada. También hay doce fragmentos de *terra sigillata*, cerámica común, material óseo, alabastro, cuatro fragmentos de estuco, cinco de vidrio, uno de nácar y dos de cuarcita (un posible diente de hoz).

Nivel XVII

Los primeros 10 cm corresponden al mismo tipo de terreno marrón de la alzada superior. En la zona oriental esta UE se asienta sobre un estrato de tierra roja.

Al Noreste hay una fosa con material de relleno, que se prolonga hacia la cata 11, donde, asimismo, se documenta.

Aparecen algunas tejas, numerosas piedras pequeñas, abundante cal, argamasa, yeso, un fragmento de cerámica vidriada azul decorada con motivos lineales, cerámica común romana, tres fragmentos de *terra sigillata*, uno de ellos gris, y escasos restos óseos (fauna).

Al Noroeste el terreno es muy compacto y presenta vetas de tierra de colores marrón y rojo. Nos proporciona cerámica común romana, *terra sigillata*, material óseo, escoria de hierro, estuco y una lasca de sílex.

Al Suroeste hallamos cerámica común, alguna de cocina, dos fragmentos de *terra sigillata*, dos fichas de cerámica, material óseo y dos piedras pequeñas trabajadas, que quizás formaran parte de un *opus signinum* (incrustadas en la superficie del *nucleus*), removido desde antiguo.

Nivel XVIII

En la mitad oriental de la cuadrícula la tierra es de color marrón. Al Noreste abundan tejas y cantos, mientras que en la zona sureste es escasa la presencia de tejas. Aflora un estrato de cal cerca del perfil meridional.

El material arqueológico es notoriamente más escaso que en niveles superiores: cerámica común, cinco fragmentos de *terra sigillata*, una gran tesela de piedra, restos óseos de fauna diversa, una ficha de cerámica, un fragmento de *tegula* y otro de vidrio.

En el sector occidental ponemos al descubierto otra capa de relleno de piedras y tejas, similar a la documentada en anteriores niveles (p. ej., en el XVI) e igualmente cabe interpretarla como base preparatoria de un suelo. Entremezcladas con ellas encontramos varias fichas de cerámica, un fragmento de *tegula*, fragmentos de cerámica común romana (uno de ellos de cerámica

pintada de tradición local), dos fragmentos de *terra sigillata* y material óseo (fauna).

Las dimensiones de este relleno son 1,45 m de ancho por 3,56 m de longitud. Se prolonga más allá de los límites septentrional y meridional de la cuadrícula.

Al Noroeste recogemos alguna cerámica común, restos óseos faunísticos y cinco fichas de cerámica.

En el área septentrional constatamos la existencia de un muro de tapial caído. Sobre esta estructura hay un fragmento de *terra sigillata* decorada.

Junto al perfil septentrional aparece una veta de tierra rojiza. Materiales arqueológicos: alguna cerámica común romana, dos fragmentos de *terra sigillata*, una ficha de cerámica, un fragmento de *tegula* y escasos restos óseos (fauna diversa).

En la zona suroeste salen a la luz varias piedras, procedentes de un nuevo derrumbe. Alcanzamos una cota de profundidad de -4,49 m.

Nivel XIX

En la mitad occidental del corte son abundantes las piedras y las tejas, pertenecientes al gran estrato de relleno ya mencionado.

El terreno es de color marrón. Hay nódulos de cal, argamasa, guijarros, cantos y abundantes tejas.

La lista de materiales arqueológicos es bastante extensa: cerámica común, cuatro fichas de cerámica y de piedra, dos fragmentos de *terra sigillata*, una mandíbula inferior humana perteneciente a un individuo de edad avanzada, como se infiere del hecho de que se hayan cerrado los alvéolos de algunas piezas dentales, al haber perdido los molares de ambos lados, quedándole sólo los dientes intermedios (premolares, caninos e incisivos), asimismo, restos óseos de fauna diversa, escoria de hierro, un fragmento de un objeto alargado y plano de hierro, redondeado en un extremo, que se conserva en precario estado (posiblemente se trate de un cuchillo, no obstante, es de difícil identificación debido a la corrosión del metal), diversos fragmentos informes de hierro y bronce, cuarcita...

En el área meridional se documenta una capa de tierra batida, que presenta un cierto buzamiento en sentido Este-Oeste. Entre los materiales arqueológicos cabe enumerar ocho fragmentos de vidrio (tres de ellos pertenecen al borde de un mismo recipiente), cerámica común, *terra sigillata*, fichas de cerámica y de piedra, restos óseos de fauna diversa y clavos de hierro.

La tierra del sector oriental es de un tono marrón. El material arqueológico se reduce a cerámica común, un fragmento de *terra sigillata* y restos óseos (fauna), todo ello muy escaso.

La cota inferior de profundidad es de -4,49 m.

Nivel XX

Sigue apareciendo el potente derrumbe de piedras en la zona septentrional. La cota de profundidad de la piedra más alta de este derrumbe, al Norte, es de -4,47 m, y la más baja, -4,60 m.

En el área meridional el terreno es de un tono verdoso y en la restante es de color marrón.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende alguna cerámica común romana, *terra sigillata*, fichas de cerámica, restos óseos, un bloque de granito (piedra que no procede de las canteras de la comarca, por consiguiente, fue expresamente traída desde otro lugar) y tres lascas de sílex, bien talladas.

La cota inferior de profundidad de este nivel es de -4,71 m.

A diferencia de los cortes 11 y 20, estos últimos estratos, que se disponen sobre la roca base, no son arqueológicamente estériles, sino todo lo contrario, pues nos proporcionan abundante y variado material.

En efecto, recuperamos varias tejas, cantos y restos óseos de fauna, destacando una gran mandíbula de herbívoro (un bóvido), también cerámica común romana (dos fragmentos con decoración pintada, de tradición local), dos fragmentos de *terra sigillata* (uno de ellos es un fondo decorado con una figura de ánade), fichas de cerámica, restos óseos, una gran taba pigmentada de color naranja, varios fragmentos de piedra de molino y uno de sílex (diente de hoz o elemento de un trillo).

Nivel XXI

La tierra es de color marrón y de escasa consistencia.

Es apreciable un cambio en el relleno de escombros que habíamos comenzado a detectar en el nivel XVI: mientras que los primeros cincuenta y ocho centímetros contienen numerosas piedras entremezcladas con tierra de tono ocre-marrón claro, los siguientes sesenta y un centímetros corresponden a un terreno de color marrón oscuro, con menor presencia de piedras, pese a seguir siendo éstas bastante abundantes.

En la zona noreste afloran varios mampuestos que pertenecen a una nueva estructura, cuya orientación es Noreste-Suroeste.

Contamos con un número reducido de materiales arqueológicos: escasa cerámica común romana, alguna de cocina, nueve fragmentos de *terra sigillata*, un fragmento de ladrillo con superficie estriada, un clavo de hierro y algún fragmento óseo (fauna).

Finalmente, descubrimos la roca natural en toda la extensión de la cuadrícula.

Los dibujos del material cerámico de esta cuadrícula 15 corresponden a las láminas CXCVI-CCXIX, Anexo II.2.

ESTRATIGRAFÍA

Sintetizando, las UU.EE. documentadas durante la excavación de esta cuadrícula son las siguientes:

PERFIL NORTE

UE I

Tierra gris, con piedras y tejas. Presenta un espesor variable, con una potencia máxima de 25 cm.

UE II

Tierra roja arenosa, con arenisca. Hay abundantes piedras, pero apenas proporciona material arqueológico. No obstante, merece destacarse el hallazgo

de un gran sillar moldurado, idéntico a los del alero de la Iglesia de Sta. María. Ello nos lleva a pensar que se trata de un nivel de destrucción de la misma, puesto que en esa zona contigua al yacimiento el monumento ha sido restaurado y le faltan los sillares originales.

UE III

Tierra de color marrón grisáceo, con carbón y cal. Es un potente estrato de 1,40 m de espesor. En él se aprecian claramente los tabiques de separación que conforman un muro de tapial desplomado. Al final de este estrato encontramos la cara de dicho tapial, compuesto por argamasa blanca. El material arqueológico consiste en cerámica vidriada, común, de cocina y un fragmento de loza dorada, lo que nos sitúa en torno al siglo XV, asimismo, aparecen numerosas tejas, *terra sigillata*, cerámica vidriada verde y melada..., evidenciando una importante alteración estratigráfica.

UE IV

Tapial.

UE V

Tierra ocre, de textura fina, con un espesor de 40 cm. Materiales arqueológicos: cerámica vidriada y *terra sigillata*.

UE VI

Sector occidental

-Derrumbe de grandes piedras.

Sector oriental

-Tierra de color marrón rojizo, compacta, muy fina, de unos 20 cm de potencia. Presenta un buzamiento en sentido Noreste-Sureste.

UE VII

Tierra marrón, con cal.

UE VIII

Relleno de piedras, que forman parte de un potente derrumbe.

VIII.a. Capa de piedras más compacta.

VIII.b. Capa de piedras más suelta.

PERFIL SUR

UE I

Sector occidental:

-Fosa reciente, consistente en una gran bolsada formada por:

I.a. Tierra roja.

I.b. Escombros.

I.c. Tierra marrón.

I.d. Tierra blanca, con cal.

I.e. Tierra verde, con cal.

UE II

Pequeña capa de escombros, de unos 20 cm de potencia.

UE III

Tierra de color marrón grisáceo, con carbón y cal. Procede del derrumbe de tapiales y al final de la misma aparece la cara del muro. Presenta un buzamiento Este-Oeste.

UE IV

Tapial.

UE V

Bajo el muro de tapial se dispone una delgada capa de tierra gris, fina y con cal.

UE VI

Tierra roja.

UE VII

VII.a. Tierra de color marrón grisáceo, con carbón y cal.

VII.b. Al Este y Oeste, respectivamente, hay dos bolsadas de tierra de color marrón rojizo.

UE VIII

Sector oriental

-Dos cuñas superpuestas (niveles de relleno):

VIII.a. Relleno de piedras y abundante teja, con tierra de color marrón claro.

VIII.b. Relleno de piedras menos compacto, con tierra de color marrón oscuro.

PERFIL ESTE

UE I

Sector meridional

-Fosa de escombros que alcanza una profundidad de -1,20 m, formada por:

I.a. Escombros.

I.b. Tierra marrón.

I.c. Ladrillos, tejas y restos de paredes pintadas de color verde, de época contemporánea.

I.d. Tierra blanca, con cal.

I.e. Tierra verde, con cal.

I.f. Tierra de color marrón grisáceo, con cal y una pequeña bolsada de tierra gris y cal.

I.g. Tierra de color marrón rojizo, con una gran bolsada de madera carbonizada.

UE II

Tierra roja, con arenisca. Hay abundantes piedras y tejas. Al final de esta UE aparece un suelo de tierra apisonada, con un buzamiento hacia el Este, que no queda reflejado en el perfil debido a su escaso grosor. Podría tratarse del nivel de la superficie que existía en el momento de derrumbarse parte de la Iglesia de Santa María, en el siglo XIX.

UE III

Tierra de color marrón grisáceo, con cal.

UE IV

Tapial.

UE V

Consta de:

IV.a. Tierra ocre, de textura muy fina.

IV.b. Pequeña cuña de tierra gris, con cal, a modo de bolsada situada en medio de la anterior. Mantiene el buzamiento Sur-Norte.

UE VI

Tierra de color marrón rojizo, compacta. Pertenece a niveles removidos de época romana.

UE VII

Tierra marrón, con cal y tejas, compacta. Se trata de un estrato de considerable potencia (unos 90 cm). En medio del mismo aparece una veta de tierra de color rojo.

UE VIII

Tierra de color marrón rojizo.

UE IX

Tierra marrón, con cal.

PERFIL OESTE

UE I

Capa de arena.

UE II

Tierra gris, con piedras y tejas, de unos 30 cm de potencia.

UE III

Tierra roja, con arenisca. Procede del derrumbe de la iglesia. Tiene un espesor variable, que alcanza su máximo grosor al Norte, donde llega a medir 35 cm.

UE IV

Tierra de color marrón grisáceo, con carbón.

UE V

Sector meridional:

V.a. Muro de tapial (derrumbe).

V.b. Tierra de color marrón grisáceo.

V.c. Bolsada de tierra gris, con cal.

V.d. Tierra de color marrón rojizo, compacta. La presencia de cerámica tardorromana, unida a la ausencia de materiales medievales, nos indica que nos encontramos ya ante estratos de esa época.

Sector septentrional:

V.e. Derrumbe de grandes piedras.

UE VI

Relleno de piedras:

VI.a. Relleno de piedras más compacto, la tierra es de color marrón claro.

VI.b. Relleno de piedras menos compacto, tierra de color marrón oscuro.

VI.c. Fina capa de tierra verde, poco compacta, con menor presencia de piedras.

SECUENCIA CULTURAL

El análisis de la secuencia cultural documentada en esta cuadrícula es el siguiente:

1. El primer momento documentado, el más reciente cronológicamente, está caracterizado por la presencia de varias fosas practicadas, con toda probabilidad, en el siglo pasado.
Bajo el nivel de tierra superficial, correspondiente a un aterrazamiento de la plaza, aflora un estrato destacable por la presencia de un sillar moldurado, similar a los que forman parte del alero de la Iglesia de Sta. María. Esta circunstancia desvela que se trata de un nivel de derrumbe del templo parroquial, hecho acaecido en el siglo XIX.
2. Anterior a ese nivel de destrucción del monumento (únicamente se vio afectado el flanco posterior, donde se levantaba la torre) es un muro de tapial que aparece caído en toda la extensión de la cuadrícula. Por debajo del mismo se dispone un nivel de tejas correspondiente a la cubierta de la vivienda. Podemos datar dicho muro, a tenor del material cerámico (loza dorada y abundante cerámica vidriada), en torno al siglo XV.
3. Los siguientes estratos atestiguan la presencia de vestigios romanos de época tardía. Puntualmente han sido alterados por la excavación de fosas posteriores. Es muy significativo el hallazgo de diversos fragmentos de molinos y varias lascas de sílex, posibles dientes de hoz, que podemos poner en relación con labores agrícolas y el procesamiento de los cereales.

MURO TESTIGO ENTRE LAS CUADRÍCULAS 11 y 15

DESCRIPCIÓN

Como ya hemos comentado en repetidas ocasiones, este yacimiento ha sufrido numerosas remociones de tierra y alteraciones a lo largo del tiempo, lo que se pone claramente de manifiesto en la complejidad de este sector, quedando bien reflejado en la secuencia estratigráfica (fig. 75).

Nivel I

Al vaciar la fosa de la zona meridional que contiene un relleno de escombros, encontramos gran cantidad de ladrillos contemporáneos, cal, piedras de diferentes tamaños, azulejos, fragmentos de superficie parietal con un enlucido de yeso pintado de color verde claro, etc. La tierra mezclada con estos materiales constructivos es de un tono pardo rojizo. Asimismo, aparecen fragmentos de baldosas y de vidrio emplomado, clavos de hierro, algún material óseo y cerámica de diversa cronología.

La cota de profundidad alcanzada, una vez excavada la fosa meridional, es de -1,73 m.

Nivel II

Corresponde a un relleno de piedras de mediano y pequeño tamaño, que se prolonga a lo largo de las zonas septentrional y central del testigo. La tierra es de un tono rojo intenso. Al Sur, ponemos al descubierto un muro de tapial desplomado y, en la zona septentrional, un estrato de tierra de color pardo dispuesto sobre dicha estructura de tapial, ya que este muro se desplomó en sentido Sur-Norte. La cota superior de profundidad (al Sur) es de -1,67 m.

Entre materiales de construcción contemporáneos hay alguna cerámica vidriada, cuatro fragmentos de *terra sigillata*...

Nivel III

La tierra es de color pardo grisáceo, prácticamente cenicienta.

Al Norte se prolonga el citado muro de tapial, cuyo punto más bajo se halla en ese sector, a una cota de profundidad de -2,26 m.

Además de un núcleo de piedra trabajada, escoria mineral, unos fragmentos de hierro y restos óseos (fauna), hay algunos fragmentos de cerámica común y de *terra sigillata*...

Nivel IV

Seguimos documentando el muro de tapial, que cayó entero. Aparecen ladrillos, argamasa, cal y yeso, asociados al derrumbe de dicha UC. Están entremezclados con escasa cerámica común, de cocina, un fragmento vidriado de color melado, dos fragmentos de *terra sigillata* y escasos restos óseos de pequeño tamaño.

Nivel V

Situado al Sur del muro testigo, consiste en un pozo relleno de tierra verdosa, con algunas tejas. El terreno es poco compacto y presenta pequeñas motas de cal dispersas.

Es un estrato acerámico, con algunos carbones, un par de fragmentos óseos y varios de vidrio.

Nivel VI

La tierra tiene una tonalidad roja, con escasa presencia de tejas. Recuperamos alguna cerámica común y de cocina, tanto romana como medieval, vidriada de color melado y material óseo.

Nivel VII

Descubrimos una finísima capa de arena de un tono amarillo blanquecino, de escasa consistencia y arqueológicamente estéril.

Nivel VIII

Se trata de una gran fosa con relleno de tejas y cantos, localizada en la zona meridional. Sus dimensiones son 1,65 m de largo por 50 cm de potencia. Asimismo, documentamos una pequeña bolsada compuesta por diminutos fragmentos de carbón.

La cota inferior de esta fosa, colmatada con materiales procedentes del derrumbe de una techumbre, es de -2,69 m. Contiene también cerámica de cocina y común -tanto romana como medieval-, un fragmento de cerámica pintada con líneas onduladas paralelas en color siena, tres fragmentos de *terra sigillata*, abundantes restos óseos y, en particular, gran cantidad de elementos de cubrición (algunas tejas están quemadas, totalmente ennegrecidas, otras son de color amarillento o rojo anaranjado y varias tienen marcas digitales).

Nivel IX

La tierra es roja, de escasa consistencia. Aparece una pequeña bolsada de carbón en el área septentrional.

Lo más relevante del material arqueológico son cinco fragmentos de *terra sigillata*, uno de ellos decorado, alguna cerámica común y restos óseos de fauna diversa.

Las cotas de profundidad alcanzadas una vez terminado de excavar este noveno nivel son: -2,81 m al Norte y -2,18 m en el centro del testigo, lo que nos da una idea del grado del buzamiento de la estratigrafía existente bajo el muro de tapial derrumbado.

Nivel X

Consiste en una tierra muy suelta, fina, de color marrón, con motas de cal y escaso carbón muy disperso. Consignamos el hallazgo de dos fragmentos de cerámica común, algún material óseo -la mandíbula de un animal de pequeño

tamaño que conserva cuatro piezas dentales y, asimismo, un molar humano-, además de varios fragmentos de ladrillo.

Nivel XI

La tierra es marrón, poco compacta, con numerosas tejas, pequeños nódulos de cal, cantos y piedras de mediano tamaño.

El material óseo es relativamente abundante y lo más significativo del material cerámico es un fragmento vidriado de tono melado.

Nivel XII

Bajo un estrato de tierra roja, de textura muy suelta, en la zona suroeste aparece una capa de carbón muy fina.

Abundan las tejas (algunas de ellas quemadas, con digitaciones...) y las piedras trabajadas (losas...). En cambio, el material cerámico es muy escaso, al igual que los restos óseos.

Nivel XIII

A continuación se dispone un estrato de escasa potencia de tierra marrón cenicienta. Encontramos madera carbonizada al Suroeste, gran número de tejas -dos de ellas con digitaciones-, un fragmento de cerámica común y escaso material óseo de fauna diversa.

Nivel XIV

Es una capa de tierra escasamente consistente, de color marrón, con motas de cal diseminadas. Tiene una potencia de 1,30 m. Al Norte limita con la fosa de relleno situada al Oeste del muro B de la cata 11 (*vid. supra*).

Ponemos al descubierto la prolongación del muro D, que corresponde a la habitación 2 de la cuadrícula 11 (*vid. plano general del yacimiento, fig. 64*). En la parte occidental del muro D recuperamos un fragmento de cerámica pintada con motivos geométricos de color negro.

En esta área se aprecia un cambio cromático del terreno, apareciendo una tierra verdosa (marga) entremezclada con otra roja.

Su excavación nos proporciona algunos fragmentos de teja, escoria mineral, cerámica vidriada (especialmente al Norte), catorce fragmentos de *terra sigillata*, una lasca de sílex, cerámica de cocina, cerámica común, un fragmento de vidrio verde (un borde), una concha de molusco y varios fragmentos óseos, algunos de ellos quemados (fauna).

Nivel XV

Es un estrato de unos 10 cm de potencia, de tierra roja poco compacta, con cal, localizado al Sureste. Hay abundantes tejas, alguna cerámica común, *terra sigillata* (un fragmento pintado con decoración de bandas paralelas), escasos restos óseos (fauna) y dos fragmentos de vidrio.

Nivel XVI

Consiste en una tierra quemada, con gran cantidad de piedras, tejas, cerámica, *terra sigillata*, huesos carbonizados, dos fragmentos de vidrio verde (pertenecientes al borde de un mismo recipiente), escoria de plomo, clavos de hierro, dos fragmentos informes de hierro y otro plano, del mismo metal.

Este nivel de incendio tiene una potencia de 3,5 cm y una longitud de 0,95 m.

Nivel XVII

Sale a la luz el muro de cierre de la habitación 2, descubierta en la cata 11, al que denominamos muro G. Al limpiar la parte superior del tramo oriental de dicha estructura aparece una capa de argamasa enlucida con cal. También hay algunos pequeños nódulos dispersos de argamasa y cal.

El repertorio de materiales arqueológicos incluye alguna cerámica vidriada, común y de cocina, dos fichas de cerámica, *terra sigillata*, tejas, varias piedras pequeñas alisadas (posibles afiladores)), restos óseos, un fragmento de vidrio (un borde) de color verde y un fragmento de candil del periodo islámico.

Una vez excavado el muro testigo intermedio entre los cortes 11 y 15 quedan unificadas ambas cuadrículas.

Nivel XVIII

Afloran las primeras hiladas del muro G. En la parte superior del mismo se conserva una capa muy fina de esparto blanco, que se dispone sobre otra de tierra. Se aprecia en la zona meridional. No es uniforme ni en potencia ni en cota, sino bastante irregular. Un buen proceso de combustión explicaría su tono blanco, casi ceniciento, en contraste con otras capas de esparto quemado localizadas a cotas superiores, cuyo color es de un negro intenso.

Documentamos un gran derrumbe perteneciente a esa UC (G). Entre las piedras caídas de dicho muro encontramos los siguientes materiales arqueológicos: cerámica común, de cocina, pintada (seis fragmentos), *terra sigillata* (veintiún fragmentos), dos fichas de cerámica, restos óseos (entre ellos, una gran taba, varios huesos de gran tamaño, posiblemente de ovicáprido...), un fragmento de madera muy descompuesto, dientes de hoz, de sílex, varios objetos metálicos, tanto de bronce como de hierro (de difícil identificación debido a su mal estado de conservación), numerosos fragmentos de vidrio, entre los que destaca uno decorado con bandas de color blanco, cuentas de vidrio y dos piezas monetales de bronce, descubiertas en el recodo formado por los muros E y G, pero a diferentes cotas de profundidad (-3,71 m y -4,44 m, respectivamente), ambas gravemente erosionada. La primera de ellas es un dupondio del siglo I d.C. (37-41 d.C.), una emisión de Calígula, que ha sufrido un gran desgaste (n.º 2 del catálogo, fig. 120, *RIC* I, 112, n.º 56). La segunda es una *maiorina* de Graciano, fechada entre 378-383 d.C. y acuñada en la ceca de *Lugdunum*. Este ejemplar numismático está incompleto (n.º 8 del catálogo, fig. 126, *RIC* IX, 48, n.º 28, a).

Nivel XIX

Al Noreste, ponemos al descubierto la cimentación del muro G.

Tan sólo aparece alguna cerámica común y un pequeño fragmento de vidrio.

Nivel XX

También en la zona septentrional se constata la presencia de mampuestos pertenecientes al derrumbe de las hiladas superiores del muro G.

En el sector sureste hallamos una ficha realizada con un fragmento de teja, otra de piedra, de gran tamaño, y un fragmento de vidrio de color verde.

Nivel XXI

Del alzado del muro G se conservan ocho hiladas de piedras, al Suroeste, y van disminuyendo en dirección Norte.

Así pues, la habitación 1-3 queda delimitada al Sur por el muro G, cuya cota superior de profundidad es -4,46 m y la de la cimentación que aflora al Este del mismo (sector occidental de dicha habitación 1-3) es de -4,60 m.

Los materiales arqueológicos se reducen a cerámica común, una ficha de cerámica y una piedra trabajada.

Los dibujos del material cerámico corresponden a las láminas CCXX-CCXXXII, Anexo II.2.

CUADRÍCULA 20

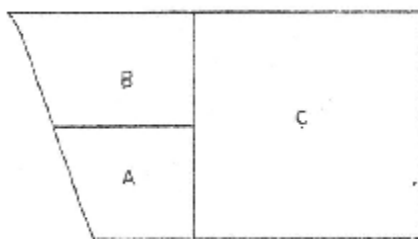


Fig. 541. Croquis de la cuadrícula 20.

DESCRIPCIÓN

Está situada en el sector occidental del denominado solar B. Mide 4 m en los lados oriental y occidental, 5,8 m en el meridional y 7,4 m en el lado septentrional. Su asimetría responde a una adecuación a las características de su marco espacial. El flanco occidental queda delimitado por la torre circular conocida tradicionalmente en la localidad como el “Cubillo”.

Nivel I

Consiste en un relleno de escombros formado por piedras, nódulos de cal, ladrillo, cristales, huesos, hierros y algunos fragmentos de cerámica tanto romana como medieval o contemporánea..., como resultado de las frecuentes remociones del terreno.

Al Sur aparece un muro de mampostería que discurre en sentido Este-Oeste, del que se conserva un máximo de cuatro hiladas, a una profundidad de -5 cm respecto al nivel de superficie. La presencia de cristales de producción industrial en los niveles inferiores del muro pone de manifiesto que se trata de una edificación de época contemporánea.

Nivel II

Debido a las grandes dimensiones de la cuadrícula (5,8 x 7,4 m) la subdividimos en tres secciones por razones prácticas. A estos sectores los denominamos A, B y C, respectivamente (fig. 541).

Bajo los escombros se dispone un estrato de tierra de color marrón rojizo, del que cabe reseñar la ausencia de piedras.

A una cota de -1,77 m con respecto al punto 0 documentamos una capa uniforme compuesta por piedras de mediano y pequeño tamaño, tejas y argamasa, que parece ser un suelo o, más bien, se trata de un nivel de obra. Junto a la torre o “Cubillo” descubrimos un bloque compacto de piedras trabadas con argamasa, a cuyo alrededor detectamos una apreciable concentración de cerámica, un hueso pulimentado y una tesela de piedra.

Sector B

Nivel III

La tierra es marrón, con manchas de cal. El “Cubillo” presenta un ensanche a -2 m de profundidad respecto al punto 0, correspondiente a su cimentación. La base de la torre fue construida con grandes sillares de piedra arenisca blanca y marrón rojiza, en su mayoría recubiertos con un enlucido de argamasa.

Debido a que se ha alterado la estratigrafía constatamos la existencia de cerámica perteneciente a diferentes culturas y un fragmento de vidrio.

Nivel IV

La tierra es de color marrón, de escasa consistencia. En la zona oriental hay un derrumbe constituido por piedras de gran tamaño.

Merece destacarse el hallazgo de una viga de madera en estado de descomposición, cerámica común y vidriada, además de algunas piezas dentales humanas.

Nivel V

Es un estrato de tierra quemada, excepto en algunos puntos, donde presenta una tonalidad rojiza, con abundantes carbones, fragmentos de teja, cal y cantos pequeños.

El material cerámico (común y de cocina) es escaso. Lo más relevante son algunos fragmentos de platos y cuencos de cerámica común romana, diez fragmentos de *terra sigillata*, uno de ellos se puede encuadrar cronológicamente entre el siglo IV-principios del V (TSCD y TSHTM, lám. X, 1-5, Anexo II.1) y algunos de escoria mineral de hierro.

Nivel VI

Bajo el nivel de derrumbe de tejas aparece una tierra de tonalidad anaranjada que, a su vez, se dispone sobre un nivel de incendio de 3 cm de potencia. Por debajo de éste aflora gran cantidad de piedras de pequeño tamaño, dispersas, una lasca de sílex, algún fragmento óseo, escoria mineral, tejas quemadas, pequeñas bolsas de carbón y cerámica de cocina, común romana y *terra sigillata* (TSHT, TSC, TSCD y TSHTM, lám. X, 6-11, Anexo II.1), que se puede fechar entre los siglos IV-V, e incluso hay un fragmento (lám. X, 6, Anexo II.1) de la forma Hayes 75, tipo que perduró hasta el siglo VII.

Nivel VII

Se aprecia un cambio en la coloración del terreno. Esta variación cromática va de marrón a rojiza, con marga verdosa y carbón. Es un estrato de 13 cm de potencia, bajo el que aparece un nuevo nivel de incendio de 2 cm, consignándose en éste la presencia de tejas quemadas y cerámica de cocina.

Junto al “Cubillo” hay una mancha de tierra gris con cerámica común romana, gris, teselas de mosaico diseminadas, ladrillos, tejas, pequeñas bolsadas de carbón, alguna cerámica acanalada y vidriada, dos fragmentos de sílex, otro de vidrio, un fragmento óseo, hierro y *terra sigillata*.

En el sector oriental sigue documentándose un derrumbe compuesto por grandes piedras, bajo el que se dispone una capa de tejas mezcladas con carbones y ceniza.

Nivel VIII

La tierra es de color marrón, poco consistente, con algunas piedras y tejas. Se registra la presencia de un nuevo nivel de incendio, con cerámica de cocina, TSH y TSHTM (lám. X, 12-18, Anexo II.1), cerámica común romana y gris. Asimismo, junto al “Cubillo” detectamos aún la fosa de tierra gris, que contiene cerámica medieval vidriada.

Nivel IX

Sale a la luz una hilada de piedras pertenecientes a una estructura (A) que discurre en dirección Noroeste-Sureste. Su cota de profundidad es de -3,60m.

En el ángulo noroeste, en un hueco localizado entre un sillar de piedra y la argamasa de la cimentación del “Cubillo” aparece un juego de tabas.

Entre el restante material arqueológico cabe enumerar algunos fragmentos de *terra sigillata*, de los siglos III-comienzos del V (TSCB, TSHT o TSC y TSHTM, 1-4, Anexo II.1), cerámica común y de cocina romana, además de una lasca de sílex (probable diente de hoz).

A continuación se documenta un nuevo nivel de incendio, de 10 cm de potencia, con grandes bolsadas de ceniza y carbón, al Noreste del Sector B (colindante con el A).

Nivel X

Por debajo de esta capa de carbón hay un estrato de tierra de color naranja, de escasa consistencia, que nos proporciona algunos fragmentos de estuco pintado policromo (beige amarillento y azul), *terra sigillata*, cuya cronología abarca desde el siglo IV a inicios del V (TSHTM, lám. XI, 5-8, Anexo II.1), un fragmento de cerámica pintada (de tradición local, con pintura de color rojo), común romana, de cocina, cerámica vidriada de color melado, varias teselas y un posible cencerro de hierro.

Ponemos al descubierto el nivel fundacional del “Cubillo” y el muro A, del que tan sólo se conserva una hilada de piedras, quedando colgado sobre tierra. Esto se debe, con toda probabilidad, a que fue arrasado en época medieval para levantar nuevas construcciones en ese mismo emplazamiento. A este ámbito situado al Norte del muro A lo denominamos **habitación 1**.

Nivel XI

La tierra de esta habitación 1 es de un tono marrón rojizo, poco compacta, aunque es más consistente y de color marrón junto al muro A, en la zona correspondiente a la fosa fundacional. Recogemos alguna cerámica común, *terra sigillata* (TSht y TSHTM, lám. XI, 9-12, Anexo II.1, tres cuencos...), una hoja de cuchillo y material óseo.

Nivel XII

El terreno es de color gris verdoso, con algunos carbones. Se alcanza una cota de profundidad de -4,37 m. El repertorio de material arqueológico comprende algunas tejas, cerámica de cocina y restos óseos de fauna diversa (de pequeño tamaño), cerámica común romana y varios fragmentos de *terra sigillata* notablemente mayores que los aparecidos en otros puntos del yacimiento. Es digno de resaltar que estas piezas de vajilla nos hayan llegado en un estado menos fragmentario.

Nivel XIII

A -4,56 m de profundidad la tierra es de una tonalidad gris verdosa y poco consistente.

Habitación 1

En el registro arqueológico figuran nueve fragmentos de *terra sigillata*. Algunos de ellos son bordes y fondos de platos y cuencos, con decoración de ruedecilla, que pertenecen al siglo IV d.C. e incluso alguna de esas formas perdura hasta principios del siglo V (TSht, TSHTM y TSC, láms. XI, 13; XI bis, 1-4, Anexo II.1), un galbo de cerámica común pintada con decoración de círculos concéntricos, en color rojo, huesos y un clavo de hierro.

Nivel XIV

Habitación 1

La tierra es de textura arcillosa, poco compacta y de color marrón. Se dispone sobre una capa de tierra verde, con abundante carbón.

En la base del “Cubillo”, concretamente en el espacio intermedio entre el borde de la cimentación y la roca natural, encontramos gran cantidad de cerámica común romana, un fragmento de TSHTM (lám. XI, Anexo II.1) fragmentos óseos faunísticos, además de algunos de hierro y de plomo.

Nivel XV

Es un estrato de marga verdosa, que tiene 23 cm de potencia. Alcanzamos una cota de -5,04 m de profundidad.

Aparece una losa de piedra de 25 cm de largo por 7 cm de alto embutida en el perfil septentrional del corte. Bajo dicha losa (a -4, 84 m) hay una gran mandíbula perteneciente a un animal herbívoro.

La cultura material identificada incluye cerámica común, *terra sigillata*, escoria mineral, un gran diente de herbívoro y otros restos óseos (fauna), una gran tesela de piedra, etc. Son especialmente significativos tres fragmentos de *terra sigillata* descubiertos bajo los cimientos del “Cubillo”, al poner en evidencia el arrasamiento de niveles de ocupación romanos para erigir esta torre en la Edad Media.

Al Este de la habitación 1 se documenta alguna madera carbonizada, lo que está en consonancia con lo acabado de exponer.

Nivel XVI

Bajo una capa de 3,5 cm de espesor tierra verde hay otra de tierra roja muy compacta, prácticamente estéril. Por debajo de ésta aflora la roca base, una caliza roja que es bastante irregular y presenta varios desniveles, así, al Noroeste su cota es de -5,09 m y al Suroeste es de -5,20 m.

En cuanto al material arqueológico, se reduce a unos pequeños fragmentos de hierro, muy desmineralizados.

Sector A

El Sector A corresponde a la zona suroeste de la cata 20. Hay aproximadamente 1 m de escombros acumulados, que corresponden al aterrazamiento resultante de la demolición de las viviendas modernas, ahí emplazadas hasta iniciarse las anteriormente mencionadas obras de remodelación de la Plaza del Torreón a finales del siglo XX.

Nivel I

La tierra es de color marrón, poco compacta. La parquedad de material arqueológico es notable: alguna cerámica común y restos óseos.

Nivel II

Estrato de tierra marrón. Los materiales arqueológicos son abundantes: cerámica común, *terra sigillata*, medieval de cocina, tejas, un fragmento de vidrio, restos óseos y una gran tesela de piedra, del tipo de las que se utilizaban para confeccionar las orlas laterales de los mosaicos romanos, bordeando las composiciones.

Nivel III

Continúa documentándose el paquete de tierra marrón de alzadas anteriores. Tan sólo cabe reseñar alguna cerámica común y escasos fragmentos óseos (fauna).

Nivel IV

Presenta las mismas características y materiales arqueológicos del nivel descrito *supra*.

Nivel V

Constatamos una fuerte concentración de tejas, mezcladas con cerámica común romana, *terra sigillata* (TSht y TSHTM, lám. IX, 1-7, Anexo II.1, algunos cuencos...) y restos óseos de fauna diversa.

Nivel VI

La tierra es muy poco compacta. Contiene numerosos guijarros, piedras de distintos tamaños y abundantes tejas. Es un estrato de relleno que se extiende por las inmediaciones del "Cubillo". Asimismo, hay restos de materia orgánica.

Habitación 2

Al recinto localizado al Sur del muro A lo denominamos **habitación 2**. En el área suroeste recuperamos dos fragmentos de cerámica vidriada.

Esta UE nos proporciona igualmente cerámica común, una fuente y un cuenco de *terra sigillata* (TSht y TSHTM, lám. XII, 1-2, Anexo II.1), una pequeña piedra trabajada, algún material óseo de fauna diversa y escoria de fundición.

Nivel VII

La tierra es de color marrón, de escasa consistencia, con tejas, cantos pequeños y yeso. En la habitación 2, bajo los mampuestos del tramo oriental del muro A, a una cota de -4 m de profundidad, encontramos madera carbonizada, cerámica común y un candil de piquera del siglo X (islámico), con un punteado decorativo vítreo de color verde. Próxima a la cimentación del "Cubillo", a una cota de -3,48 m de profundidad, aparece un pequeño bronce. Es un antoniniano emitido durante el reinado de Claudio II, entre el 269-270 d.C., posiblemente acuñado en la ceca de Roma (n.º 3 del catálogo, fig. 121, DOYEN, 1985, 108-113; *RIC* V.1, 212-219, 222-233), que se halla en un estado regular de conservación, con corrosión superficial deformante y presencia de cuprita y malaquita.

En el centro de esa misma unidad arquitectónica (habitación 2) descubrimos otra moneda de bronce (fig. 138), bastante afectada por la corrosión, cuyo módulo es de 15 mm. Podría tratarse de un *centenionalis* de Juliano II (361-363 d.C.), por la orientación del busto y su iconografía (KENT, 1950, 109-118; ROYO MARTÍNEZ, 2009, 161-186), aunque también podría atribuirse al usurpador Procopio (365-366 d.C.) e incluso, por lo que dan a entender algunos signos que parecen letras y la orientación de la figura, no tanto por su iconografía, podría tratarse de un anverso de VRBS ROMA (330-347 d.C.). Está asociada a un par de fragmentos de estuco con rastros de pintura azul y amarilla, respectivamente. Los restantes materiales arqueológicos son bastante variados: cerámica común, gris, varios fragmentos de *terra sigillata*, cronológicamente adscribibles a los siglos III-IV e incluso la tipología de uno de ellos perduró hasta inicios del V (TSHt, TSC y TSHTM, lám. XII, 3-7, Anexo II.1, entre otros, un cuenco), vidrio, metal y escasos fragmentos óseos.

El relleno de la fosa que se excavó para construir la torre conocida como el “Cubillo” contiene materiales arqueológicos entremezclados de diversa cronología. Esta fosa fundacional rompió el muro A.

En estos planos inferiores la cerámica del tipo *terra sigillata* tiene, lógicamente, una mayor presencia, pues se trata de niveles romanos, aunque alterados por las edificaciones posteriores.

Nivel VIII

La tierra es de color marrón, con manchas de yeso y cal.

El terreno de la habitación 2 es mucho más compacto que el de la habitación 1. Aparecen entremezclados fragmentos de tejas, guijarros, carbón, cal y yeso. Abunda la cerámica común. Asimismo, merece destacarse el hallazgo de una *tegula* quemada, un pequeño fragmento de alabastro trabajado, ocho fragmentos de *terra sigillata* (TSHt y TSHTM, lám. XII, 8-9, Anexo II.1), algunos óseos, escoria mineral y un galbo de cerámica vidriada (hallado bajo la base del “Cubillo”).

Nivel IX

A -4,55 m de profundidad se documenta un nivel de cenizas de 4 cm de potencia.

El material arqueológico consiste en escasa cerámica común (lám. XII, 10, Anexo II.1), cuatro fragmentos de *terra sigillata*, un fragmento de metal y algunos fragmentos óseos.

Nivel X

La tierra es de color marrón, bastante compacta, con tejas, argamasa, fragmentos de yeso, cal y pequeños cantos.

Cerca del perfil meridional se observa un corte en el terreno, cambiando la coloración del mismo, que aquí es verde, con manchas blancas de cal y yeso.

Hay cerámica común, de cocina, *terra sigillata* (once fragmentos), algunos huesos quemados (fauna), metal y escoria mineral. Junto a la base del “Cubillo” recogemos tres fragmentos de cerámica medieval acanalada.

Nivel XI

Continúa presentando la misma alternancia cromática del terreno detectada en el nivel X, con un trazado irregular.

Lo más significativo del material arqueológico es un fragmento de barro cocido, muy basto, de forma rectangular y horadado en un extremo, tal vez se trate de una *tegula* o de un ladrillo. También hay alguna cerámica común, once fragmentos de *terra sigillata* y algunos restos óseos (fauna).

A -5,08 m de profundidad se dispone una capa de tierra roja, cuya potencia oscila entre 4 y 8 cm.

En la zona septentrional aparece un nivel de incendio de 3 cm de espesor, cuya cota de profundidad es de -4,96 m. Se prolonga bajo la base de la cimentación del “Cubillo”.

La relación del material arqueológico está compuesta por cerámica común, de cocina, *terra sigillata* y varios fragmentos óseos (fauna).

Nivel XII

Este nivel tiene una potencia variable (con una media de unos 7 cm). Junto al perfil meridional la tierra es de una tonalidad roja y la restante, al Norte, es de color verde. Debajo aflora la roca natural, que presenta la peculiaridad de ser verde bajo la tierra roja y roja bajo la tierra verde, aunque con franjas verdosas, en este último caso. No es una piedra de superficie uniforme, sino que presenta pequeños altibajos, aunque, en general, es bastante lisa. Su cota de profundidad es de -5,23 m.

Entre la roca madre y la base de cimentación del “Cubillo”, cuya cota es de -4,91 m, hay una fosa colmatada de tierra marrón.

Los hallazgos arqueológicos son muy exigüos: un fragmento de cerámica común y tres óseos (fauna).

Puesto que en los niveles más profundos de las habitaciones 1 y 2, con una cota inferior al muro A (-3,60 m), continúa apareciendo material arqueológico, cabe suponer que hubo una fase de ocupación romana anterior a la construcción de dicha estructura, como revela la cerámica pintada romana de tradición local encontrada.

Sector C

Este sector corresponde a la mitad oriental de la cuadrícula 20.

Nivel I

Presenta abundantes escombros y tierra removida.

En la zona septentrional aflora parcialmente un suelo de argamasa y cal, que también se documenta al Suroeste del Sector A. Reseñamos brevemente el material arqueológico: cerámica vidriada moderna, de cocina medieval, algunos fragmentos de hierro muy oxidados y un fragmento óseo.

Nivel II

Alcanzamos una cota de profundidad de -2 m. La tierra es de color marrón con algunos cantos pequeños, gran cantidad de piedras dispersas, tejas y varios fragmentos de cerámica pintada y gris, de cocina, común romana, *terra sigillata*, adscribible a los siglos III-V d.C. (TSht, TSCD y TSHTM, lám. VIII, 1-5, Anexo II.1), acanalada medieval, un clavo de hierro, restos óseos de fauna diversa, piezas dentales humanas, fragmentos de madera y de vidrio, dos teselas, una cuenta de collar de pasta vítrea de tono azul grisáceo y una lasca de sílex.

En el área noreste de la cata hay una gran fosa, rellena de escombros y algunos fragmentos de cerámica vidriada. Descubrimos un recipiente metálico, que contiene en su interior varias placas de hierro, probablemente pertenecientes al mismo objeto (fig. 99).

Al Sureste sacamos a la luz una nueva estructura (B). En el extremo meridional puede apreciarse la fosa de fundación del “Cubillo”, que se prolonga también por el Sector A (al Sur de la habitación 2).

Paralela al muro B discurre otra UC, a la que denominamos muro C. A ambos lados de dicho muro se documenta un gran derrumbe del mismo.

Nivel III

Al Este detectamos pequeñas manchas de cenizas y carbones y al Sureste del muro C aparecen algunas piedras quemadas. Entre el perfil oriental y el muro C hay abundante cal. Reaparece la alineación del muro C, a mayor profundidad que el resto del mismo (60 cm más abajo). Sus mampuestos están cohesionados con barro.

Hallamos un fragmento moldurado de alabastro, junto al perfil septentrional (figs. 69 y 78, n.º inventario 20018), cerámica común romana, de cocina, *terra sigillata* de los siglos III-IV d.C. (TSCD y TSHTM, lám. VIII, 6-9, Anexo II.1), vidriada, acanalada, fragmentos de hueso y un diente de hoz, de sílex.

Nivel IV

Al Sureste del muro C se registra la presencia de una bolsada de ceniza y carbones. Esta estructura se corta al Oeste, a la misma altura que la fosa fundacional del “Cubillo”, por lo que resulta factible asociar ambos hechos: la construcción de esta torre habría arrasado una edificación preexistente, a la que pertenecería el muro C.

El material arqueológico es escaso: cerámica de cocina, común, varios fragmentos de *terra sigillata*, uno de ellos con decoración de círculos

concéntricos, datable en los siglos III-IV, otro se puede fechar en el siglo IV-inicios del V (TSht y TSHTM, lám. VIII, 10-16, Anexo II.1), hierro, huesos, un fragmento de alabastro blanco, otro de vidrio y una lasca de sílex (otro diente de hoz).

Las piedras del derrumbe localizado al Sureste del muro C son de mediano tamaño, en cambio, las de la zona septentrional son bastante grandes. Asimismo, en ese ámbito suroriental se acumula una gran cantidad de tejas, que se disponen inmediatamente por debajo del nivel de piedras procedentes del derrumbe de dicha UC (este nivel de derrumbe de la cubierta y los paramentos del complejo romano también se documenta en el Sector B).

Al Noreste es perceptible la impronta de un objeto, probablemente de madera u otra materia orgánica, que se ha descompuesto con el paso del tiempo. Por otra parte, en esta misma estancia descubrimos un hogar formado por dos sillares (tiene 29 cm de altura) a los que se superponen unas lajas de piedra quemada (fig. 542). El hogar está rodeado de madera carbonizada y tiene una cota de -3 m de profundidad.



Fig. 542. Muro C, hogar romano, mandíbula de herbívoro (perfil N) y potente nivel de incendio.
Foto: Fernández Rodríguez.

Nivel V

A ambos lados del hogar, en la zona norte, cerca del perfil septentrional, se dispone un potente estrato de cenizas y carbones.

Al Este de dicho hogar hay un paquete de tejas y tierra quemada, cuya cota es de -2,84 m de profundidad.

Entre los materiales arqueológicos enumeraremos un fragmento de cerámica vidriada amarilla a cuerda seca negra o parda, que parece pertenecer a un plato hondo. Otros fragmentos de la misma pieza fueron recuperados a ambos lados del muro C, anteriormente. También encontramos *terra sigillata* (de los siglos III-IV e incluso de inicios del V, TSH, TSCC y TSHTM, lám. VIII, 17-20, Anexo II.1), vidrio y algunos fragmentos óseos (fauna).

Habitación 3

Nivel VI

Quedan definidos por el muro C dos espacios de habitación diferentes: al Norte, la habitación n.º 3 y, al Sur, la habitación n.º 4, a su vez, delimitadas ambas en el flanco sureste por el muro B.

La tierra es de color marrón, de escasa consistencia. El repertorio de material arqueológico comprende cerámica común romana, *terra sigillata* (TSCD y TSHTM, lám. XIII, 1-2, Anexo II.1, adscribible al siglo IV e inicios del V, atestiguándose el tipo de decoración de uno de ellos, el n.º 1, hasta el siglo VII), restos óseos, yeso y vidrio.

Entre el hogar y el muro C se halla la fosa de construcción de éste. En esa zona la tierra es más compacta, con pequeños cantos y piedras procedentes del derrumbe de dicha UC.

Un segundo nivel de cenizas y carbones aparece bajo las losas del hogar y rodea por completo a éste, extendiéndose por toda la estancia hasta llegar a la parte inferior de este nivel. Alrededor del hogar ponemos al descubierto una especie de alfombra de esparto trenzado, quemada (figs. 92 y 543).

Próximo al muro C y bajo el referido nivel de cenizas documentamos otra capa de tierra rojiza anaranjada, de textura arenosa.



Fig. 543. Detalle del hogar y esparto quemado. Foto: García Bueno.

Nivel VII

Se trata de una tierra bastante compacta, que contiene gran cantidad de piedras pequeñas, yeso, abundante cal y tejas.

En toda la habitación el terreno es de color anaranjado, aunque en la zona próxima al muro C se aprecia un cambio, correspondiente a la fosa de fundación de este muro. Estamos ante niveles intactos de época tardorromana, tal como atestiguan los materiales arqueológicos: cerámica común romana, *terra sigillata* (TSHTM, lám. XIII, 3, Anexo II.1), fragmentos de hueso, de hierro y de escoria mineral.

Nivel VIII

La tierra sigue presentando diferente coloración: marrón junto al muro C (correspondiendo a su fosa de construcción) y anaranjada en el resto del recinto.

Escasea el material arqueológico, reduciéndose a alguna cerámica común romana, *terra sigillata*, entre la que destaca un galbo con decoración a molde de motivos florales y muy buen barniz (TSht y TSHTM, lám. XIII, 4-5, Anexo II.1), restos óseos (fauna), un objeto de hueso trabajado, plano, decorado con cuatro círculos incisos (figs. 90-91, n.º inv. 20158), y un gran clavo de hierro. Asimismo, constatamos la existencia de gran cantidad de yeso, tejas y pequeñas piedras, así como la aparición al Norte del muro C de una pequeña hacha de piedra pulimentada, con huellas de uso en el filo (figs. 78-79, n.º inv. 20159), fragmentada, y una única muestra de cerámica vidriada en la fosa de relleno de la zona nororiental (lo que evidencia una intrusión de material arqueológico medieval en los niveles de ocupación romanos).

Nivel IX

La tierra es de color marrón, poco consistente. Entre el muro C y el sillar del hogar, al Oeste, aparecen abundantes piedras pequeñas, cantos, cal, tejas, yeso y carbón.

Al Sur del hogar se observa un cambio cromático muy nítido en el terreno. Es el referido corte producido por la fosa de construcción del muro C, que ya detectamos en los niveles superiores.

Entre la tierra anaranjada hallamos varios fragmentos de alabastro blanco (figs. 69 y 78, n.º inventario 20018), una base anular de TSht (lám. XIII, Anexo II.1), hierro, huesos pequeños (fauna), cerámica común, alguna vidriada procedente de la excavación del hogar, una lasca de sílex y un fragmento de vidrio.

Nivel X

Presenta un alto contenido en argamasa, guijarros y cal. Asimismo, se mantiene la ya mencionada diferenciación de tierras en su superficie (marrón y anaranjada, respectivamente).

Entre el hogar y el muro C afloran varias piedras alineadas en dirección Noreste-Suroeste, presumiblemente pertenecientes a una estructura (F) que sufrió un arrasamiento considerable cuando se construyó dicho muro C en el Medioevo.

Esta UE nos proporciona gran cantidad de tejas, algunas de ellas quemadas, al igual que lo está parte del material óseo. La cerámica común, gris y de cocina es abundante, como lo es también la *terra sigillata* (algunos fragmentos están igualmente quemados, TSH, TSht, TSC y TSHTM, lám. XIII, 6-12, Anexo II.1), además, hay varios fragmentos de estuco, dos lascas de sílex y una pequeña piedra trabajada.

En el sector nororiental de la habitación 3, roto por una fosa moderna, documentamos un enorme relleno de piedras y tejas.

Nivel XI

Junto al hogar la tierra es de una tonalidad rojiza anaranjada. La potencia de este estrato es de 4 cm. Se dispone sobre una capa de tierra de color marrón oscuro, más compacta que la primera. En efecto, ésta es de mucha menor consistencia y tiene un alto contenido en carbón. Al Sureste del hogar registramos la presencia de una gran bolsa de madera carbonizada. Asimismo, hay abundante yeso, varias tejas, algunas de ellas quemadas, numerosos fragmentos de piedra arenisca y cantos de río, fundamentalmente alrededor del hogar. En el espacio, a modo de triángulo, comprendido entre el perfil septentrional, la cara norte de la estructura F y el hogar, aparece un lecho de argamasa que aparentemente se prolonga más allá de los límites de esta cata 20. Podría tratarse del soporte de un mosaico roto por la construcción del hogar, como avala la presencia de algunas teselas dispersas.

La argamasa de cal y arena, los guijarros..., son algunos de los componentes habituales de la base de preparación de la superficie sobre la que se asientan los paneles de *opus tessellatum*. A su vez, el hallazgo de la cubierta desplomada tras su incendio abona la idea de que, después de producirse un episodio destructivo ocasionado por el fuego (casual o intencionado), se procedió a reacondicionar el lugar, levantándose encima nuevas estructuras que afectaron a las más antiguas.

El listado de materiales arqueológicos incluye algunos huesos, vidrio, cerámica común romana, *terra sigillata* (muy abundante en el entorno del hogar), un clavo de hierro, teselas de piedra de diferentes tamaños, escoria mineral de hierro y escoria de fundición de plomo.

Nivel XII

Continúa documentándose la potente UE de tierra marrón anteriormente consignada.

El material arqueológico, no demasiado abundante, consiste en cerámica común, vidriada (un galbo vidriado verde, junto a la fosa nororiental), de cocina, *terra sigillata*, fragmentos de bronce, hierro y escasos restos óseos.

Nivel XIII

Es una tierra de color marrón, compacta, con algunas tejas, varias de ellas quemadas, carbón y yeso disgregado por todo el reducto. Al Norte de la estructura F, junto al hogar y bajo la solera del supuesto mosaico destruido, la tierra es ahora de una tonalidad verde, contrastando con la de color marrón de una cota superior (niveles XI-XII), localizada sobre la posible cama del mismo.

Ponemos al descubierto la recia cimentación del muro C, en cuya cara septentrional sobresalen notablemente los mampuestos que la constituyen. En esta zona descubrimos tan sólo varios fragmentos de metal, dos clavos de hierro, escasa cerámica común romana y dos fragmentos óseos. Por el contrario, en el área restante de la habitación 3 recuperamos abundante cerámica común, gris, otro galbo vidriado verde (sobre la estructura F), *terra sigillata* (TSCD y TSHTM, lám. XIII, 13-17, Anexo II.1, del siglo IV, hasta

comienzos del V perduró el tipo del XIII, 14), escoria mineral, restos óseos y una gran tesela blanca de talla irregular, de piedra caliza.

Nivel XIV

Alcanzamos una cota de profundidad de -5,00 m respecto al punto 0. Al Norte de la estructura F sigue apareciendo un sedimento de tierra verde. Es prácticamente estéril, salvo cinco fragmentos de cerámica común (entre los que cabe destacar un galbo pintado con decoración geométrica de color rojo), una piedra trabajada (junto al hogar) y dos pequeños fragmentos óseos.

La capa inferior de esta UE (de unos 10 cm de potencia) es arqueológicamente estéril. Por debajo aflora ya la roca natural, de arenisca roja, con una cota de profundidad, en la parte más deprimida (al Suroeste), de -5,36 m y en la más alta (al Norte), de -5,16 m.

Colindando con el muro C el nivel XIV está constituido por una tierra de color marrón oscuro, con numerosas tejas y piedras pequeñas, algunas manchas de cal y yeso disgregado.

Al llevar a cabo un pequeño sondeo con el fin de documentar la cara norte del muro C, que aún no había sido descubierta, constatamos que en la parte superior tan sólo hay tierra y en la inferior encontramos algunas piedras sueltas, tejas, restos óseos y cerámica común. Se trata de material de relleno. Comprobamos así que esta UC no da cara hacia el Norte, únicamente al Sur, lo que nos lleva a cuestionarnos si se trata de un muro de contención o bien a suponer que esta sección del paramento se ha desmoronado totalmente con el paso del tiempo o debido a los avatares sufridos por este asentamiento.

Habitación 4

Nivel VI

Al Sureste del muro C exhumamos varios mampuestos de una nueva estructura (D). Su cota de profundidad es de -3,47 m. Tal vez se trate de un muro que enlazaba con el A, pero que probablemente en época medieval fue roto por la construcción del muro C.

Nivel VII

La tierra es de escasa consistencia, de color marrón junto al muro C, con restos de madera carbonizada, y de una tonalidad anaranjada en el resto del recinto, tal como sucedía en la habitación 3.

Lo más significativo del material arqueológico es un anillo de bronce con forma de serpiente enroscada sobre sí misma (figs. 85-86, n.º inv. 20167). Además, recogemos dos fragmentos de vidrio muy finos, cerámica común, abundante *terra sigillata* (TSht o TSC y TSHTM, lám. XII, 11-12, Anexo II.1), colmillos (fauna), un diente humano, fragmentos de hierro muy

desmineralizado, un fragmento de concha de molusco y otro de cerámica pintada de tradición local.

Al Noreste descubrimos una fosa con materiales revueltos: cuatro fragmentos de cerámica acanalada medieval y un fondo de *terra sigillata* con un grafito incompleto, en el que se lee CRAI[VS] (lám. VIII, 9, Anexo II.1). Es un fragmento de TSH, posiblemente de época tardía (de los siglos III-IV d.C.).

Nivel VIII

Se documenta el mismo contraste cromático descrito anteriormente. La tierra anaranjada se extiende a lo largo de 2,30 m, adoptando una forma curva, por toda la zona meridional, hasta la cara norte del muro B.

La parquedad de material arqueológico es acusada: cerámica común, *terra sigillata* (lám. III, 7-10, Anexo II.1), algún material óseo, un fragmento de vidrio y un diente de hoz, de sílex.

En la fosa de relleno del Noreste hay alguna cerámica vidriada y acanalada medieval.

Nivel IX

La tierra es de color pardo oscuro, con fragmentos de teja, cantos y carbón. Esta UE tiene una potencia de 18 cm.

Junto al muro D aparece otra estructura (E), que confluye con él, haciendo un recodo. Mide 0,67 m de ancho y 0,37 m de alto. Se conservan tres hiladas de mampostería de piedra arenisca, aunque en algunos puntos tan sólo queda una fila. La cota más alta del muro D es de -3,57 m.

Encontramos fragmentos dispersos de losas quemadas, que posiblemente formaran parte de un antiguo pavimento (un enlosado).

Por lo demás, el material arqueológico es muy exiguo: unos fragmentos de cerámica común romana, algunos huesos pequeños, hierro y estuco con trazas de pintura azul.

Nivel X

Su potencia es de 26 cm. Contiene abundantes tejas, motas de carbón y piedras pequeñas. La tierra es de color pardo, aunque al Sureste, cerca del muro D, hay una capa de tierra verde. Se trata de un sedimento de marga, poco compacto.

El material arqueológico se reduce a algunos fragmentos de cerámica común, *terra sigillata* y restos óseos (fauna).

Nivel XI

El terreno es de color pardo grisáceo, con algunas manchas de tierra de tonalidad rojiza anaranjada. Hay una gran acumulación de piedras y tejas entre las estructuras, pertenecientes a un potente derrumbe.

A -0,56 m de profundidad bajo el muro D (concretamente a una cota de -4,26 m), en la parte inferior de la cara septentrional de dicha estructura, aparece una capa horizontal de yeso que la rodea totalmente. El muro D no se asienta sobre la roca natural del terreno, sino que queda colgado sobre tierra. Bajo la tercera y última hilada de mampuestos de dicho muro D se localiza el estrato de marga verdosa antes mencionado, que discurre a su alrededor. A continuación se dispone la fina capa blanca de yeso a la que hemos aludido *supra*.

En el espacio comprendido entre el perfil meridional, el muro B y el extremo oriental del muro D descubrimos algunos huesos quemados, vidrio verde y estuco pintado de color ocre. Asimismo, abundante cerámica común, alguna *terra sigillata*, entre la que merece destacarse un fondo de plato con decoración de ruedecilla (TSHTM), además de varios huesos de animales, gran cantidad de madera carbonizada, tejas quemadas, piedras dispersas (una de ellas trabajada), un ladrillo romano y mica.

Nivel XII

Se registra la presencia de varias bolsadas de tierra verde y roja, carbón y algunas piedras.

La relación de hallazgos es la siguiente: cerámica común, *terra sigillata* (un cuenco de TSHT, lám. XII, 13, Anexo II.1 y, entre otros, un fragmento de cuenco decorado con una banda de pintura negra), piedras quemadas, que tal vez podrían pertenecer a un suelo, una lasca de sílex, abundantes tejas, unas de color amarillento y otras ennegrecidas por la acción del fuego. En las inmediaciones del muro C aparecen varios fragmentos de cerámica medieval (con decoración de líneas de torno en la cara externa).

Nivel XIII

Es una capa de tierra de color grisáceo, de 23 cm de potencia. Alcanzamos una cota de profundidad de -4,77 m.

Hay cerámica común y *terra sigillata* en muy pequeñas proporciones. Junto al muro C recogemos otro fragmento de cerámica medieval similar a los anteriormente citados. Entre los abundantes restos óseos consignamos la existencia de un cuerno de pequeño tamaño con muescas paralelas incisas en su base (fig. 187).

En el sector suroeste del habitáculo se documenta una gran cantidad de tejas de barro de color amarillento, atestiguando el desplome de la techumbre tras el incendio de la armadura de madera sobre la que descansaban esos elementos de cubrición.

Nivel XIV

La tierra es de color pardo oscuro grisáceo.

Continúa la presencia masiva tanto de tejas amarillas como de otras quemadas; estas últimas se concentran, sobre todo, en el área suroeste, donde

la tierra es de una tonalidad verdosa, con gran cantidad de carbón y cenizas. Se trata de un nivel de incendio asociado a abundantes fragmentos de *terra sigillata*. Su cota de profundidad es de -4,94 m. El restante material arqueológico consiste en cerámica común, fragmentos óseos y escoria mineral de plomo.

El muro C consta de diecinueve hiladas de mampuestos. Al Suroeste del mismo aparece un derrumbe de piedras (arenisca), entremezcladas con fragmentos de granito, que no proceden de ninguna cantera local, como ya ha sido señalado reiteradamente.

A su vez, del muro B se conservan seis hiladas de piedra, hasta 1,06 m de su alzado. Sobre ese zócalo de mampostería se levanta un muro de tapial. Durante la Tardoantigüedad era muy común el sistema constructivo consistente en completar con adobes el alzado de los paramentos (a propósito de esta cuestión, cfr. CHOISY, 1873/1999, 18-19; de la fábrica de tapias de tierra nos da noticia Varro, *rust. I*, 14)

Nivel XV

La tierra es de color verde. Una vez rebajada esta alzada sale a la luz la roca base, que en la zona occidental aparece a -5,19 m y en la oriental a -5,07 m.

El material arqueológico es muy escaso: cerámica común (un fragmento vidriado junto al muro C), *terra sigillata*, estuco pintado de color beige y restos óseos faunísticos.

El muro C se asienta sobre la roca natural del terreno. La última hilada está conformada por ocho piedras de gran tamaño, de unos 60 cm de largo cada una, apoyadas sobre una fina capa de arcilla, que se dispone directamente sobre el sustrato rocoso, para la nivelación del basamento. La altura total conservada del muro es de 2,84 m.

ESTRATIGRAFÍA

PERFIL NORTE

UE I

Fosa situada en la sección oriental. Ha roto la UE inferior. Tiene aproximadamente una profundidad de 1,60 m y 2,5 m de diámetro en la parte superior, siendo algo más estrecha en el fondo. Está colmatada por todo tipo de materiales de época contemporánea.

UE II

Relleno de escombros formado por tierra, piedras, ladrillos, botellas de cristal, huesos, hierros, etc. Asimismo, hay algunos fragmentos de cerámica romana y medieval. Su potencia oscila entre 60-70 cm.

UE III

Está compuesta por:

III.a. Tierra de color ocre, con grandes bloques de argamasa blanca. Esta argamasa aparece formando una especie de suelo muy horizontal.

Probablemente se trata del “nivel de obra” del “Cubillo”, es decir, se corresponde con el momento de construcción de esta torre medieval y coincide con la parte superior de la cimentación de la misma.

III.b. Fosa de tierra roja, con cal y piedras, que se documenta en forma de cuña en el área occidental, junto al “Cubillo”. En una etapa posterior fue rota por la capa superior de escombros.

III.c. Es una tierra de color gris. Pertenece a la fase de fundación del “Cubillo”. Alcanza una potencia de 1,20 m junto a éste, rompiendo las UE anteriores.

UE IV

Potente estrato de tierra gris con cal, algunas piedras, abundantes tejas y diverso material arqueológico. Alcanza mayor profundidad en su parte oriental, coincidiendo con la trayectoria del muro C. En esta zona oriental ha roto estratos anteriores, lo que explicaría la presencia de materiales romanos, como un fragmento de vaso de alabastro.

UE V

Se constata la existencia de tierra de distintas coloraciones:

V.a. Tierra roja compacta. Tiene unos 40 cm de potencia.

V.b. Tierra negra. Documentamos pequeños cantos y tierra de color negro, quemada, con madera carbonizada.

V.c. Tierra roja con marga, carbón y numerosas tejas. Destaca la presencia de dos grandes sillares de piedra.

V.d. Una fina capa constituida por esparto trenzado y quemado que se extiende, a modo de alfombra, con una disposición totalmente horizontal.

UE VI

Tierra roja compacta. Afloran algunas piedras caídas y en la parte inferior hay gran cantidad de madera carbonizada. Su potencia es de unos 90 cm. En medio de esta tierra roja se aprecian algunas manchas de marga verdosa.

UE VII

Es la última y está formada por una tierra arcillosa con diferentes tonalidades de verde (claro: VII.a. y oscuro: VII.b.). El material arqueológico es escaso. Asociadas a esta UE aparecieron algunas piedras, posiblemente pertenecientes a otra estructura (muro F).

PERFIL SUR

UE I

Está formada por:

I.a. Tierra ocre que alcanza distinta potencia, mayor al Este que al Oeste (junto al “Cubillo” es algo más fina). Aparece un muro del que se conservan dos hiladas de mampuestos, quizás perteneciente a las viviendas que se demolieron hace unas décadas.

I.b. Mancha de tierra blanca que se extiende por la zona más próxima al “Cubillo”.

UE II

Está constituida por una gran fosa de 3,60 m de ancho en la parte superior y en torno a 1,10 m en la inferior. Se trata de la fosa de fundación del “Cubillo”. Esta fosa rompe el muro C. Merece destacarse el hallazgo de un candil de piqueta toledano del siglo X.

UE III

Está formada por:

III.a. Tierra de color ocre grisáceo con carbón, cal y algunas piedras caídas. Se asocia al muro de tapial (muro B).

III.b. Junto a ese muro aparece una pequeña capa de argamasa blanca con cal, al igual que ocurría en el perfil oriental.

UE IV

Consiste en un derrumbe de piedras.

UE V

Bajo el derrumbe anterior se dispone una capa de tierra de color marrón oscuro, en la que recuperamos cerámica medieval vidriada con manganeso y un fragmento de cuerda seca.

UE VI

Tierra roja compacta, relacionada con los muros D y E.

PERFIL ESTE

UE I

Fosa de época reciente, que también documentamos en el perfil norte. En ella encontramos gran cantidad de piedras de mediano tamaño, vidrios, ladrillos y un gran recipiente de hierro. Esta fosa rompe los estratos de etapas anteriores.

UE II

Tierra ocre, muy homogénea. Se trata de la misma tierra aparecida en el perfil norte, que seguramente corresponde a la fosa de construcción del “Cubillo”.

UE III

Tierra gris perteneciente a una fosa, posiblemente realizada para la construcción de un muro de tapial y piedra (muro B). Junto a ella se levanta dicho muro, cuya parte superior es de tapial y la inferior de mampostería (zócalo). Donde finaliza la fosa aparece un pequeño lecho de argamasa blanca (III.b.).

UE IV

Tierra de tonalidad roja clara, compacta, con carbón. Forma un gran paquete. Asociadas a ella afloran otras estructuras, que se disponen bajo la anterior (muros D y E).

PERFIL OESTE

UE I

Se corresponde con parte del alzado de la torre circular a la que se conoce como “Cubillo”.

I.a. Parte superior de la estructura (en otro tiempo era visible), compuesta por cuatro hiladas de sillares de distinto tamaño. Todos ellos son de arenisca, aunque tienen diferente coloración: rojiza y verdosa.

I.b. Parte inferior de la torre, probablemente perteneciente a la potente cimentación. Se caracteriza por tener una mayor anchura que el alzado de la construcción. En esta zona, que no estaría originariamente a la vista, los sillares están recubiertos de argamasa, en la que se constata la existencia de restos de materia orgánica, incrustados, al parecer,

cuando la pasta aún estaba húmeda. Se han conservado hojas de plantas, encina y restos de pelo de animal (¿jabalí?). Este fenómeno sólo se ha documentado en la mitad septentrional, coincidiendo con la zona donde no se aprecia la existencia de fosa de fundación.

La cimentación del “Cubillo” apoya directamente sobre la roca madre.

SECUENCIA CULTURAL

La potencia estratigráfica de la cuadrícula 20 es de 5 m, profundidad a la que aflora la roca natural, que es de arenisca roja o amarilla.

La secuencia cultural abarca desde época romana hasta el siglo XX, documentándose incluso algunos vestigios descontextualizados de etapas anteriores -Edad del Bronce y mundo ibérico-. La lectura de la secuencia cultural y estratigráfica que nos proporciona esta cuadrícula es la siguiente:

1. Un primer momento que corresponde a la Antigüedad Tardía. Dentro del mismo se han detectado dos fases constructivas, con un escaso margen de tiempo transcurrido entre una y otra, según apuntan los indicios arqueológicos. Por poner un ejemplo, a modo ilustrativo, traemos a colación la aparición de un lecho de argamasa que aparentemente se prolonga más allá de los límites de esta cata 20 (Sector C, habitación 3, nivel XI). Parece tratarse de la cama de un mosaico roto por la posterior construcción de un hogar, como avala la presencia de algunas teselas dispersas. La argamasa de cal y arena, los guijarros..., son algunos de los componentes habituales de la base de preparación de la superficie sobre la que se asientan los paneles musivos. A su vez, el hallazgo en ese mismo espacio habitacional de la cubierta desplomada tras su incendio abona la idea de que, después de producirse un episodio destructivo ocasionado por el fuego (casual o intencionado), se procedió a reacondicionar el lugar, levantándose encima nuevas estructuras que afectaron a las más antiguas.

Afloran algunas estructuras asociadas a materiales de lujo tales como el alabastro, la *terra sigillata*, muy abundante, objetos de bronce... y otros de uso más común: vidrios, cerámica común (incluyendo alguna pintada de tradición local), además de cuantiosos restos de fauna, que nos permiten rastrear la dieta alimenticia de los habitantes de este establecimiento, monedas de bronce, elementos de adorno personal, etc. Estamos, pues,

ante una fase de gran esplendor y auge económico, a juzgar por la riqueza de la variada cultura material mueble, alguna de ella procedente de otras provincias del Imperio (*terra sigillata* importada del Norte de África, de la Galia, etc.).

-En el registro arqueológico figuran también cerámicas pintadas con decoración geométrica, cerámica estampillada y un hacha de piedra pulimentada. Se trata de material revuelto y fuera de contexto, circunstancia que nos lleva a reflexionar sobre la cuestión. Si inicialmente hubo aquí un asentamiento protohistórico (de la Edad de Bronce, del Hierro...), no queda ningún rastro de los espacios habitacionales de ese periodo, que en tal caso habrían sido completamente arrasados por las edificaciones tardorromanas. Por otro lado, cabe plantearse la hipótesis de que se trate de materiales contenidos en la tierra acarreada hasta este lugar para construir tapias o con el propósito de rellenar algunas zonas a fin de nivelar el terreno de este solar, donde se iba a levantar el complejo arquitectónico bajoimperial.

2. Un segundo momento de ocupación atribuible a la Edad Media, a tenor del hallazgo de algunos materiales arqueológicos (un candil de piquera, cerámica vidriada...), que nos retrotraen al siglo X. A este periodo pertenece un potente muro de mampostería situado a 1,5 m de profundidad, del que se conservan veinte hiladas de piedra, con una altura total de 2,20 m.

-Al Medievo pertenece la torre circular o bastión popularmente conocida como el “Cubillo”. Para su construcción se practicó una zanja (fosa de fundación) de unos 3 m de ancho por 3,5 m de profundidad, que rompió un muro de la etapa anterior. De esta fase se han descubierto cerámicas acanaladas, diferentes tipos de cerámica vidriada, un candil de piquera en magnífico estado de conservación, varias monedas de bronce, etc.

El alzado del “Cubillo” presenta dos partes claramente diferenciadas: la correspondiente a la recia cimentación es más gruesa y está formada por grandes sillares de piedra recubiertos de argamasa, con la particularidad de que en esta mezcla se han preservado restos de hojas y pelos de animales, que proporcionan una interesante información sobre la flora y la fauna de la época.

3. El siguiente momento está representado por un muro cuya base es de mampostería y el alzado es de tapial enlucido con una mezcla de cal y

arena. Aparece asociado a cerámicas vidriadas y comunes. Podríamos datarlo a finales de la Edad Media o, como muy tarde, comienzos de la Edad Moderna.

4. Un último nivel ocupacional de este emplazamiento correspondería a la construcción de una serie de viviendas que han permanecido habitadas hasta hace algunas décadas, cronológicamente adscribibles a finales del siglo XIX o principios del XX. Sus moradores excavaron pozos y fosas asépticas, hasta de 2 m de profundidad bajo el suelo actual de la Plaza del Torreón, que han irrumpido y alterado los estratos de fases anteriores. Encontramos materiales contemporáneos tales como vidrios, porcelanas, cerámicas, objetos metálicos, chapas, etc.

CUADRÍCULA 8

DESCRIPCIÓN

Se halla al Este de la cata 11, colindando con ella. El objetivo de intervenir en esta nueva área de excavación es completar la planta de las habitaciones descubiertas parcialmente en la contigua cuadrícula 11.

Sus dimensiones son 4 x 4 m.

Nivel Superficial

Al Noroeste hay una capa de tierra roja, cuya potencia estratigráfica oscila entre 14 y 33 cm. El continuo paso de vehículos y personas ha endurecido considerablemente el terreno. Los materiales arqueológicos son contemporáneos: vidrios, porcelanas, ladrillos y otros materiales constructivos, etc.

Nivel I

Aparece una ingente cantidad de restos óseos humanos entremezclados y dispersos por toda la superficie, a partir de unos 30 cm de profundidad respecto al nivel del suelo actual de la plaza.

Registramos la presencia de grandes bolsadas de cenizas asociadas a dichos restos óseos, sobre todo en el sector suroeste, donde se concentran principalmente.

Algunos individuos se encuentran en posición decúbito prono. No hay indicios de que se hubiera abierto en el suelo fosas para depositarlos, por el contrario, están en completo desorden, ninguno está cuidadosamente colocado. Más bien parece tratarse de una fosa común, tal vez relacionada con la Iglesia de Sta. María, que se erige en sus inmediaciones, en esta misma Plaza del Torreón.

Recogemos algún fragmento de cerámica medieval (un fragmento vidriado de color blanco, otro de tono melado, un asa de cerámica común y alguna de cocina), una piedra trabajada, una anilla metálica completa y otra fragmentada, además de los referidos abundantes restos óseos humanos (entre ellos, varios cráneos).

No existe ningún vestigio de materiales perecederos como son los sudarios, sin embargo, es posible que los cuerpos inhumados estuvieran envueltos en sudarios, ya sea vestidos o bien después de ser totalmente despojados de sus ropas, dado que la materia orgánica se ha descompuesto. Por lo tanto, no sabemos si originariamente fueron amortajados en sus propias vestiduras, pues no hallamos fíbulas, botones u otros elementos de adorno personal, aunque sí recuperamos dos anillas metálicas, que tal vez tuvieran relación directa con los cadáveres en cuestión o formaran parte de la composición de los féretros, a modo de elementos ornamentales. Con todo, no parece que hayan sido inhumados dentro de ataúdes o, al menos, no hay evidencias arqueológicas que nos induzcan a suponer que algunos difuntos fueran enterrados sobre parihuelas o en cajas de madera, con tablones ensamblados mediante clavos, que no se documentaron en este ámbito, ni tampoco abrazaderas, remaches... A tenor de lo expuesto, podríamos deducir que la deposición de los cuerpos se hizo directamente sobre el suelo, pero

ninguno de esos datos contribuye a esclarecer el ritual de enterramiento (orientación originaria de los finados...).

Del hallazgo de material cerámico medieval, y al ser una costumbre de aquella época enterrar alrededor de las iglesias, por considerarlo suelo sagrado, se desprende que estos restos tienen esa adscripción cronológica. Suponemos que, posteriormente, las inhumaciones se habrían visto afectadas por alguna remoción del terreno, ocasionando su alteración. También cabe plantearse, igualmente a modo de hipótesis, la posibilidad de que se trasladaran hasta aquí desde el interior del templo en un momento dado y se enterraran en su entorno, convertido en un área cementerial, quizás por falta de espacio o por alguna otra razón que ignoramos, debido a la carencia de documentación al haberse incendiado hace años el archivo parroquial.

El terreno es poco compacto, predominantemente de color marrón claro.

Del perfil meridional sobresalen varios mampuestos pertenecientes a una UC a la que denominamos muro A. Se trata de piedras bastante irregulares, de arenisca local, en unos casos de color rojo y en otros, blanco, como es habitual en este yacimiento. Esta estructura probablemente giraba hacia el Sur, prolongándose en dirección a la Iglesia de Sta. María.

Al Sureste aparece una fina capa de tierra verde cenicienta.

Estos estratos iniciales están muy removidos. Alcanzamos una cota de profundidad de -60 cm respecto al nivel de superficie de la plaza.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende cerámica común, otra anilla metálica, un fragmento de hierro perteneciente a un objeto indeterminado (de 11 cm de largo), escoria mineral y otros restos óseos, pudiendo contabilizarse unos diecisiete individuos, que parecen haber sido apilados unos sobre otros. Algunos cráneos se encuentran alineados, como si estuvieran colocados en filas de forma intencionada. Varios de ellos son de pequeño tamaño, correspondiendo a enterramientos infantiles, tal es el caso de los cuatro que aparecen junto al perfil septentrional.

Es posible que la anilla metálica y el objeto de hierro anteriormente mencionados fueran elementos de adorno personal (no obstante, insistimos, desconocemos si fueron enterrados vestidos) o tal vez tuvieran alguna otra relación con las inhumaciones descubiertas.

Nivel II

Su cota inferior de profundidad es de -1,66 m. Es un estrato de tierra poco compacta, de color marrón. Al Sureste documentamos otra gran bolsa de cenizas.

Lo más relevante es, de nuevo, la gran cantidad de restos óseos humanos que aparecen dispersos por todo el corte. Al estar los huesos en contacto directo con la tierra, se hallan en precario estado de conservación. Recogemos cinco cráneos humanos, que se descomponen simplemente al contacto con el aire, por lo que no es posible recuperar ninguno entero e intacto.

El material cerámico se reduce a un fragmento vidriado de color melado, alguna cerámica común y escoria mineral.

Nivel III

El terreno presenta un cierto buzamiento en sentido Norte-Sur.

En el sector occidental de la cata documentamos vestigios de otros siete cráneos humanos y varias tejas quemadas. El material arqueológico es bastante variado: alguna cerámica común, varios fragmentos vidriados de color melado, ocho de *terra sigillata*, un fragmento de alabastro blanco decorado con una moldura, varios fragmentos pequeños de escoria mineral, unas finas tiras de metal aplastado y enrollado (zinc), un fragmento minúsculo de madera (¿de un crucifijo o de un hipotético ataúd?), otro de vidrio blanco y seis cuentas de azabache, tres de ellas de gran tamaño y otras tres de dimensiones más reducidas (de no pertenecer a un collar, podría tratarse de cuentas de un rosario).

En la franja oriental de la cuadrícula observamos un cambio de coloración de la tierra: es de un tono verde ceniciento junto a los perfiles septentrional y oriental, hasta el punto donde se levanta el muro A, al Sur.

La cerámica común romana es muy abundante, al igual que la común y vidriada medieval (de colores amarillo, melado, un fondo blanco en su cara externa y verde por la interna...), también hallamos varios fragmentos de cerámica de cocina, tres de *terra sigillata*, varias fichas de cerámica y de teja, una pequeña piedra trabajada, de forma circular, redondeada en uno de sus lados y lisa por el otro (un machacador), tres fragmentos de vidrio y uno de alabastro blanco, una lasca de sílex (diente de hoz), una tesela de cuarcita, perfectamente regular. Asimismo, dos candiles medievales, uno de ellos vidriado, de color melado.

A juzgar por la cultura material, es evidente que la estratigrafía del yacimiento está alterada.

Nivel IV

Se trata de una tierra poco compacta, de color verde en los extremos oriental y occidental (marga) de la cuadrícula y de un tono rojizo en el resto.

Al Noroeste se constata la existencia de un gran derrumbe de piedras (B), que mide 1,86 m de longitud por 0,86 m de anchura. Su cota de profundidad es de -2,04 m.

Al Sureste, junto al muro A, recuperamos parte de una pulsera de bronce decorada con dos cuentas de pasta vítrea (figs. 104 y 107, lám. CCXXXV, 1, Anexo II.2). Está fragmentada en uno de sus extremos, mientras que el otro tiene un remate en forma de gancho. Entre la cerámica común destacaremos algunos fragmentos pintados (de tradición local), dos fragmentos de lucerna y, en lo concerniente a la *terra sigillata*, lo más significativo son varios fragmentos de un cuenco. Otros materiales arqueológicos reseñables son dos fragmentos de candil medieval, restos óseos humanos (cuatro cráneos...), un fragmento de vidrio, varios fragmentos informes de hierro y otros de escoria mineral de hierro.

Alcanzamos una cota de -2,29 m de profundidad.

Nivel V

En general, es una tierra roja, bastante compacta, pero puede apreciarse una variación cromática: en el área septentrional es de un intenso color rojo y al Suroeste, próximo al derrumbe B, se dispone un estrato de cenizas de 16 cm de potencia, que nos proporciona una tapadera de cerámica en perfecto estado de conservación, abundantes fragmentos de cerámica de cocina y un fragmento de vidrio quemado. El resto consiste en una capa de tierra de tonalidad verde

cenicienta, poco compacta. En ella encontramos cinco fichas de cerámica (una de ellas de gran tamaño), escoria mineral de hierro y de fundición de plomo, siete fragmentos de vidrio (uno de ellos quemado), dos conchas de molusco (fig. 544), material óseo (fauna), una tesela de piedra (2,2 cm x 4,3 x 3,9 cm), *terra sigillata*, gran cantidad de cerámica común y de cocina romana, cerámica medieval común y vidriada, tanto de color verde, como amarillo.



Fig. 544. Concha de molusco. Foto: Racionero Núñez.

Al excavar el derrumbe de la zona noroccidental (B) detectamos un estrato de cenizas y carbones, a continuación, una fina capa de tierra de tonalidad verde amarillenta muy clara, por debajo se dispone un nivel de tierra anaranjada muy compacta, después, un estrato de tierra de color marrón claro, perceptible únicamente en una parte, y, por último, una UE de marga verdosa cenicienta. Al nivel V corresponde la bolsa de cenizas y madera carbonizada, con alguna cerámica común y de cocina, cuatro fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos, dos pequeños fragmentos de escoria mineral de hierro y un ladrillo.

Al Noreste aflora otro gran derrumbe (C), con piedras de arenisca roja y blanca.

Contrasta la capa de un par de centímetros de tierra verde con la UE inferior, de un tono rojo y más compacta que la primera.

Este nivel se caracteriza por la práctica inexistencia de restos óseos humanos, pues han desaparecido los enterramientos documentados en los niveles superiores; en cambio, en el registro arqueológico figuran abundantes restos óseos faunísticos.

En la zona suroccidental de la cuadrícula descubrimos una bolsa de marga, con numerosos fragmentos de carbón entremezclados. Es una tierra de un color verde más intenso que la restante aparecida hasta el momento. Esta madera carbonizada también la habíamos localizado bajo el derrumbe B.

El listado de materiales arqueológicos incluye cerámica común, 22 fragmentos de *terra sigillata* (un fondo de cuenco...), fichas de cerámica, varias piedras trabajadas, material óseo, dos clavos de hierro, escoria mineral de plomo y de hierro, dos pequeñas lascas de sílex y siete fragmentos de vidrio (unos de color verde, otros azules y dos de ellos están quemados).

Nivel VI

Al Noreste seguimos documentando el referido derrumbe de piedras (C). Al Norte del mismo la tierra es muy compacta, de color rojo. Recuperamos

escasa cerámica común, un fragmento de *terra sigillata* y seis fragmentos óseos de fauna diversa.

Al Sur de dicho derrumbe el terreno es de tonalidad verde y poco compacto. Entre los materiales, cabe enumerar cerámica común romana, treinta y siete fragmentos de *terra sigillata*, dos piedras trabajadas, restos óseos de fauna (una mandíbula, un pequeño colmillo...), escoria mineral de hierro, un objeto alargado e indeterminado de hierro, una lasca de sílex, dos conchas de molusco (fig. 545) y un fragmento de vidrio.



Fig. 545. Concha de molusco. Foto: Racionero Núñez.

Hay gran cantidad de carbón diseminado, fundamentalmente en la zona central del sector oriental, donde aparece una bolsada de cenizas y también el citado derrumbe.

El resto de la tierra es de color marrón, relativamente compacta.

El material arqueológico es escaso: cerámica común romana, cuatro fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos (fauna) y un fragmento de vidrio blanco pintado con decoración de color negro (fig. 546).

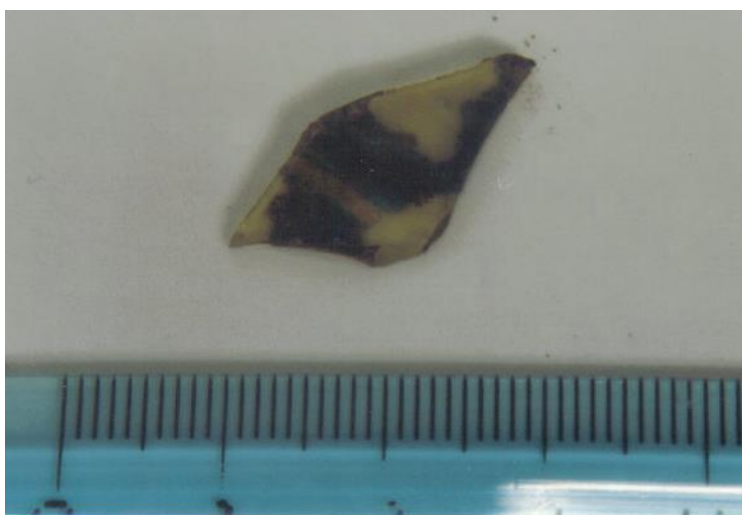


Fig. 546. Fragmento de vidrio decorado. Foto: García Bueno.

En el área suroeste, junto al perfil meridional, la tierra es de una tonalidad verde, con carbón entremezclado, en tanto que en la franja occidental es más cenicienta. Es un terreno poco consistente, con notable presencia de piedras, algunas de las cuales denotan el afloramiento de una nueva estructura: el muro D.

Hacemos una breve reseña de los materiales arqueológicos: cerámica común, alguna de cocina, abundante *terra sigillata*, varias fichas de cerámica,

restos óseos de fauna diversa, dos fragmentos de clavos de hierro, una concha de molusco, escoria mineral de plomo y de hierro.

Al Noroeste la tierra es roja, compacta, con tejas, cantos y carbón disperso. Contrastando con ella, al mismo nivel que la UE de tierra verde cenicienta detectada bajo el derrumbe B, al Este del mismo, hay una bolsada de tierra de idénticas características, dispuesta sobre un conjunto de tejas que presentan un marcado buzamiento (a -2,55 m). Alrededor hay una fuerte concentración de cenizas y carbones, asociados a un hogar descubierto en el sector septentrional (en el límite del corte), una estructura circular construida con varias piedras de mediano tamaño, a la que denominamos E, cuya cota superior es de -2,63 m (fig. 547).



Fig. 547. Hogar (estructura E). Foto: García Bueno.

Los materiales arqueológicos son los siguientes: cerámica común (merece destacarse un fragmento pintado), de cocina, dos fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos (fauna), escoria mineral, un arranque de asa de caldero de bronce, que conserva parte de una argolla, un fragmento indeterminado de bronce y otro de nácar.

Nivel VII

Se aprecia una alternancia cromática del terreno: mientras al Suroeste es de color rojizo, conforme se avanza hacia el Norte, cerca del derrumbe B, es de un tono verde ceniciento, con madera carbonizada dispersa.

En el área suroccidental abundan los restos metálicos. Así, encontramos varios clavos, fragmentos informes de hierro (posibles cabezas de clavos o apliques metálicos), escoria de plomo y de hierro, además de un fragmento de vidrio quemado (borde), un pequeño objeto redondo y cóncavo de piedra, gran cantidad de *terra sigillata* (TSHTM), algunos de cuyos fragmentos son bastante grandes y nos permiten reconstruir la tipología de las diversas piezas. Varios de ellos presentan marcas de ruedecilla y uno tiene decoración floral a molde. El barniz es predominantemente rojo.

Al Sureste del derrumbe noroccidental (B) el terreno es de color marrón, más compacto, con algunas tejas y carbón.

La relación del material arqueológico está compuesta por cerámica común, *terra sigillata*, algunas piedras trabajadas (una de ellas, posiblemente, de molino), escoria mineral de hierro y de plomo, clavos de hierro, varios fragmentos de vidrio, una concha de molusco, tres fichas de cerámica, restos óseos (fauna) y una lasca de sílex.

En la zona situada inmediatamente al Sur del hogar y al Este del derrumbe B, a una cota de -2,55 m salió a la luz el ya mencionado conjunto de tejas (*vid. supra* nivel VI), que se hallan sobre un estrato de tierra anaranjada muy compacta, de 6 cm de potencia. Por debajo aflora un suelo revocado con una fina capa de cal, de gran dureza, que se asienta sobre una UE de tierra marrón y ésta, a su vez, sobre otra formada por carbones, de 2 cm de potencia, a continuación, se dispone otro estrato de marga verde, de 1 cm, más abajo, una capa de tierra de color ceniciento, de 2,5 cm de potencia, de nuevo, una delgada capa de marga verde, de 1 cm, y otra de carbón, de 2,5 cm. El último estrato está constituido por tierra marrón.

Los materiales arqueológicos descubiertos bajo dichas tejas son: abundante cerámica de cocina, cerámica común, alguna *terra sigillata*, restos óseos (fauna), un fragmento de bronce, un pequeño cencerro o campana de bronce (de 3 cm de alto x 2,5 cm de diámetro) y varios fragmentos de escoria mineral de hierro, todo ello entremezclado con numerosas tejas.

En el sector oriental de la cuadrícula se documenta igualmente la referida tierra de una tonalidad verdosa cenicienta, con abundante carbón en su mitad septentrional (al Sur del derrumbe C) y roja junto al D. Ese cambio de coloración corresponde a la fosa de construcción de esa estructura. La cota de profundidad superior de los mampuestos descubiertos al Suroeste, pertenecientes al muro D, es de -2,43 m. En el registro arqueológico figura alguna cerámica común romana, *terra sigillata*, una ficha de cerámica, un fragmento de *imbrex* con digitaciones, otro de *tegula*, restos óseos (fauna), escoria mineral de hierro y un objeto alargado, indeterminado, que presenta el mismo grave deterioro de todos los metales recuperados en este yacimiento (sus dimensiones son 14 cm de largo por 4 cm de ancho).

Al Noreste (al Norte del derrumbe C) el terreno es muy compacto, de color rojo, con abundante carbón, huesos quemados, cerámica de cocina y algunas piedras. Lo más relevante del material arqueológico es la cerámica común, una ficha de cerámica, trece fragmentos de *terra sigillata*, tejas y ladrillos, restos óseos, un hueso endurecido al fuego y pulimentado, escoria mineral de hierro, dos clavos de este mismo metal y cinco fragmentos de vidrio (uno de ellos quemado, dos bordes...).

Al desmontar las piedras del derrumbe C recogemos un buen número de fragmentos de cerámica común y de *terra sigillata*, restos óseos, varias piedras trabajadas, escoria mineral de hierro, algunos fragmentos informes de hierro, varios clavos de hierro de diversos tamaños y seis fragmentos de vidrio. Las piedras que conforman este derrumbe son de arenisca, tanto de color rojo como blanco amarillento. La tierra es de tonalidades roja y verde, entremezclada.

En el interior del hogar (E) del ángulo noroccidental del corte aparece una tierra de tono rojo anaranjado (0,50 x 0,55 m), muy consistente, más compacta y de colorido más intenso que la del contorno de dicha estructura circular, con algunas piedras. Al Este del hogar hay gran cantidad de carbón y ceniza procedentes del mismo.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende cerámica común, de cocina, ocho fragmentos de *terra sigillata* (la mayoría de ellos quemados, varios pertenecen a un cuenco), material óseo (fauna), un pequeño fragmento de bronce, escoria mineral de hierro y un fragmento de vidrio (un borde).

Nivel VIII

Cerca del perfil septentrional, junto a la primera piedra que define la estructura circular del hogar (E), al Noreste del mismo, descubrimos un cuerno de bóvido horadado en la punta, aunque no ha sido vaciado por su otro extremo. Podría haber sido utilizado como contenedor de algún producto líquido. Al excavar dentro del hogar hallamos huesos de ave, un fragmento de cerámica de cocina y dos de *terra sigillata*.



Fig. 548. Nivel V. Foto: García Bueno.

Al Este, en la parte exterior de la estructura E, detectamos una bolsada de cenizas muy compacta (fig. 548), a diferencia del restante terreno de la zona oriental. Se trata de un enorme estrato de cenizas, de 1,45 x 0,78 m, que nos proporciona cerámica de cocina y *terra sigillata* abundantes. Al Noreste se dispone una veta de tierra roja (1,32 x 0,42 m), con tan sólo un fragmento de cerámica común.

Constatamos que la tierra de tonalidad verde cenicienta es más rica en material arqueológico -especialmente el cerámico-. En esta capa de marga hay cerámica, *terra sigillata*, dos fragmentos de teja y uno de ladrillo, dos fichas de cerámica, escoria mineral de hierro, restos óseos, un fragmento de vidrio, una pequeña piedra bien tallada y un pequeño fragmento de hierro.

Entre la estructura E (hogar) y la marga verdosa cenicienta (muy suelta y con motas dispersas de carbón) aparece una bolsada de cenizas de 0,35 x 0,96 cm, bastante compacta, a una cota de profundidad de -3,08 m.

En el centro del área suroriental observamos una variación cromática del terreno, que aquí es de color rojo, con abundantes piedras de gran tamaño, planas, de arenisca local, unas rojizas y otras de un tono amarillo blanquecino, procedentes de un derrumbe, que se acumulan al Norte del muro D, junto a esta UC. El material arqueológico es muy exiguo: cerámica común, un fragmento de *terra sigillata* y una posible ficha de piedra, sin apenas tejas.

En cambio, entre el variado material arqueológico de la zona al Sureste del derrumbe C, donde la tierra es de un tono verdoso y poco compacta, hay que consignar cerámica común, abundante *terra sigillata*, restos óseos, otro cuerno de bóvido, escoria mineral de hierro, piedras trabajadas, un fragmento de vidrio, una ficha de cerámica, dos fragmentos de ladrillo, uno de teja y un hacha votiva pulimentada de piedra negra basáltica. Además de este útil de basalto negro, encontramos otro ejemplar peor tallado (figs. 82-83, lám. CCXXXVII, 1 y 3, Anexo II.2). El primero de ellos es un hacha o azuela plana de cara trapezoidal, que conserva un buen filo, en contra de la extendida costumbre romana de dejar el filo romo, ya que generalmente las truncaban al recogerlas. Recibían el nombre de *ceraunia*. También se las llamaba “piedras de rayo”, porque los romanos creían que protegían de los rayos, y, a la vez, se las consideraba producto del fenómeno atmosférico del relámpago-rayo, de ahí que no sea inusual su presencia en este contexto cultural. No obstante, ante la imposibilidad de confirmar que esta interpretación sea aplicable a estas dos piezas concretas, planteamos también que pueda tratarse de material descontextualizado.

En las inmediaciones del perfil occidental y junto a las piedras del derrumbe centro-occidental, hay algunas delgadas vetas de tierra de color verde, entremezclada con la roja.

En el elenco de material arqueológico figura cerámica común, *terra sigillata*, restos óseos, tejas (tres de ellas son grandes *imbrices* bien conservadas, de color rojo anaranjado), escoria mineral de hierro, un minúsculo fragmento de bronce y una lasca de sílex (posible diente de hoz). Al Suroeste: una gran *imbrex* de idéntico color que las anteriores, fragmentos de ladrillo, escoria mineral de hierro, otra lasca de sílex, cerámica común, abundante *terra sigillata* y más restos óseos (fauna).

Al excavar el derrumbe del Noreste (C) se documenta gran cantidad de carbón y ceniza, que constituyen una UE de unos 5 cm de potencia, cuya cota de profundidad es de -2,80 m, basculando hacia el Este, donde alcanza una cota de profundidad de -2,92 m. Este estrato se extiende por todo el Noreste.

Bajo carbones y cenizas aparecen algunos fragmentos óseos de gran tamaño, que pertenecen a una de las extremidades de un ejemplar de ganado bovino (fig. 549), a la misma cota de profundidad que el cuerno horadado citado anteriormente (a -3,24 m). Este dato nos aporta una interesante información sobre la alimentación de los moradores de este enclave, que incluían la carne en su dieta de forma frecuente, como se infiere de los testimonios arqueológicos, descritos a lo largo de estas páginas.

A su vez, estos restos óseos se disponen sobre numerosos fragmentos de *terra sigillata* y de cerámica de cocina, abundante carbón y cenizas, además de un fragmento de concha de molusco, un fragmento de hierro, otro de escoria mineral de hierro, tres de ladrillo, varias fichas de cerámica y una lasca de sílex. Parecen ser los restos de la preparación de una comida, presentada después en fina vajilla de mesa.



Fig. 549. Restos óseos. Foto: García Bueno.

Por último, registramos la existencia de una capa compacta de ceniza blanquecina, que no contiene tejas, piedras ni carbón. Se atestigua únicamente en parte de la zona nororiental. Contamos con un reducido número de materiales arqueológicos: un fragmento de cerámica de cocina, tres de *terra sigillata* y escaso material óseo (fauna).

Nivel IX

La tierra del sector sureste es de color rojo y corresponde a la fosa de fundación del muro D. Al Norte del mismo encontramos numerosas tejas romanas y una nueva estructura, a la que denominamos C, construida con mampuestos de gran tamaño. Sobre la última hilada de piedras del tramo nororiental de esta UC, que forma un recodo, se asientan varios ladrillos de gran tamaño, a una cota de profundidad de -3,27 m (fig. 117). Tienen un espesor que oscila entre tres y cinco centímetros. Algunos presentan fracturas antiguas, que provocaron su agrietamiento. Al hallarse *in situ*, colocados sobre el paramento de piedra arenisca, comprobamos que el sistema constructivo consistía en un zócalo de mampostería al que se superponían tongadas de ladrillos para regularizar la hilada superior de piedras, en ocasiones completando el alzado, o bien con un remate de adobes. El hallazgo frecuente de material latericio romano entre los derrumbes de otros paramentos ya nos había permitido deducir, en momentos previos del proceso de excavación, el empleo de esta técnica edilicia en los espacios de ocupación pertenecientes al periodo tardorromano, que ahora queda patente.

Al Suroeste, hay algunos fragmentos de ladrillos (uno de ellos tiene marcas paralelas trazadas con dos dedos).

Materiales del sector suroriental: cerámica común (entre ésta hay cuatro fragmentos de cerámica pintada y una ficha), *terra sigillata*, una lasca de sílex, restos óseos y escoria mineral de hierro.

Al Oeste del muro C detectamos una capa de tierra de color rojo y, al Sur, otra de un tono verde. Se trata de la fosa de construcción de dicha estructura, que corta el estrato de marga verdosa. Entre los mampuestos del extremo occidental del muro descubrimos esparto quemado. Asimismo, recuperamos cerámica

común, copiosa *terra sigillata*, material óseo, escoria mineral de hierro y tres fragmentos de vidrio.

En el centro del sector norte sigue apreciándose el cambio en la coloración del terreno: es verdoso amarillento, de textura arenosa, mientras que al Este es verde, menos compacto, con abundante madera carbonizada, excepto una pequeña porción de tierra localizada al Noreste, que es roja. En el área septentrional documentamos una gran bolsada de cenizas y carbón, bastante compacta, que mide 55 cm de largo. Nos proporciona cerámica de cocina y *terra sigillata* abundantes, tejas y algunas piedras pequeñas, varias de ellas quemadas. Contiguo a este estrato de cenizas se dispone el de tierra roja, cuya potencia oscila de 15 a 20 cm.

En el ámbito nororiental se concentra gran cantidad de material cerámico, sobre todo, de cocina, pero también *terra sigillata* (es destacable algún fragmento de *sigillata* gris y TSH), hay cuantiosos restos óseos de fauna diversa, grandes bloques de escoria mineral de hierro, entremezclados con las cenizas y carbones acumulados en la zona central, varios fragmentos de bronce, fichas de cerámica, algunos ladrillos, piedras trabajadas y un fragmento de vidrio.

Como ya habíamos adelantado (*vid. supra* nivel V), al excavar el derrumbe de la zona noroccidental (B) documentamos un estrato de cenizas entremezcladas con carbón, a continuación, una fina capa de tierra de tonalidad verde amarillenta muy clara, por debajo se dispone un nivel de tierra anaranjada muy compacta, después, un estrato de tierra verdosa. Todos estos estratos están cortados por una fosa de relleno localizada en el sector noroccidental, donde el terreno es menos consistente. Hay algunas piedras de tamaño medio. A partir de esta fosa, todos los estratos mencionados presentan un marcado buzamiento, ascendiendo de Norte a Sur.

Lo más significativo de los materiales arqueológicos es la abundancia de la cerámica común y de la *terra sigillata*, destacando un fragmento de *terra sigillata* con un grafito, en el que se lee VCIE (fig. 165, lám. CCXXXIII, 3, Anexo II.2), algunos restos óseos, escoria mineral de hierro, dos pequeños fragmentos informes de bronce y otro alargado, un fragmento de hierro, dos piedras pequeñas trabajadas, varias teselas, una lasca de sílex, una ficha de cerámica y madera carbonizada.

Fosa noroccidental

Durante la excavación de la fosa noroccidental encontramos en primer lugar un estrato de tierra marrón (nivel VIII), que se superpone a otro de marga verde (nivel IX). Alcanzamos una profundidad de -3,45 m. La primera UE (tierra marrón) nos proporciona alguna cerámica común (un fragmento de cerámica común pintada...), alguna vidriada, un fragmento de *terra sigillata*, otro de hierro y unos exiguos restos óseos (fauna). En el registro arqueológico, al Sur del muro D, figura escasa cerámica común, un fragmento de *terra sigillata*, otro de escoria mineral de hierro y material óseo (fauna).

Estratigrafía de la estructura E (hogar).- Se conserva en algunos puntos una sola hilada de piedras y, en otros, dos. Son de mediano y pequeño tamaño. Se disponen sobre una capa de tierra de color amarillo anaranjado, cuya potencia es de 3 cm. Por debajo hay un estrato de tierra verde de 3,5 cm, con algunos carbones, y después, una UE de un tono anaranjado de 5 cm de espesor. A

continuación, una capa de marga de 29 cm, dispuesta, a su vez, sobre un estrato de tierra rojiza anaranjada de 30 cm. Aparecen algunas tejas dispersas. Para finalizar, hay una capa de tierra de color marrón claro, de 19 cm de potencia.

Los materiales arqueológicos procedentes del hogar son: cerámica de cocina y común, varias fichas de cerámica, *terra sigillata*, escasos restos óseos, cuatro fragmentos informes de hierro, uno de plomo vitrificado fundido, una pequeña lámina de bronce llena de concreciones, escoria mineral de hierro, dos fragmentos de vidrio, otro de mica y una pequeña piedra de granito. Dado que el material cerámico es del periodo tardorromano, nos sirve como fósil director para datar dicho hogar.

Concretamente, en el noveno nivel del interior de esta estructura E (hogar) aparece cerámica común, alguna de cocina, *terra sigillata*, dos fichas de cerámica, escoria mineral de hierro, un fragmento de hierro, la citada moneda de bronce, restos óseos de fauna diversa, un fragmento de mica (de 60 mm de espesor) y otro de vidrio.

Nivel X

En el sector oriental la tierra es de color marrón y tiene poca consistencia. En la parte inferior de esta alzada aparece una capa de marga verde con abundante carbón disperso. Hay numerosas tejas, cuya presencia es más escasa hacia el Oeste.

En el centro de la cuadrícula se documenta también esa capa de tierra verde, mientras que en la zona noroeste es de color marrón y se dispone, a su vez, sobre una capa de tierra verde cenicienta con gran cantidad de carbón y de restos óseos (fauna), cantos, tejas, abundante cerámica común y de cocina, como lo es la *terra sigillata* y la escoria mineral de hierro, tres fragmentos de baldosas de piedra, varios fragmentos informes de bronce y de hierro, tres fragmentos de vidrio (un borde, entre ellos) y cinco fichas de cerámica.

El tramo central del muro C presenta un vacío en las hiladas superiores.

Algunos mampuestos del muro D enlazan con los ladrillos del área occidental de la cata, descritos *supra*. Por lo tanto, esta alineación se prolonga hacia el Oeste, uniéndose con el muro C descubierto al excavar la cuadrícula 11 (pertenece al mismo ambiente que denominamos habitación 4). Se trata, pues, de la misma estructura, documentada en ambos sondeos (cortes 8 y 11, respectivamente).

Entre ambos tramos de muro (C y D) la tierra es de tonalidad roja, por el contrario, en la zona suroccidental, donde finaliza el tramo de muro D, es de color verde y menos compacta que la roja. Colmata la fosa de fundación de esta UC.

Al Suroeste hay escasa cerámica común, de la que lo único reseñable es un fragmento de cerámica pintada, dos fragmentos de *terra sigillata*, material óseo (destacando un hueso trabajado, vaciado y cortado en forma de cuña en su extremo), una ficha de cerámica, un fragmento de vidrio y una lasca de sílex.

En el estrato de tierra verde, al Oeste del tramo de muro al que denominamos D, encontramos cerámica común, varios fragmentos de teja y carbón, tres fragmentos de *terra sigillata*, cuatro de ladrillos, uno de metal, indeterminado, algunos restos óseos, una ficha de cerámica y una pequeña piedra trabajada.

Nivel XI

Al Noreste hay una UE de 43 cm de potencia y 90 cm de longitud, que se compone de ceniza y madera carbonizada. Se dispone en sentido Norte-Sur. Sus cotas de profundidad oscilan entre -3,35 m y -2,83 m. Se documentan abundantes cantos pequeños en el centro del sector septentrional de la cuadrícula. A partir de aquí, en dirección a Poniente, el terreno es de color verde (marga con escasísimo carbón), en tanto que al Noreste, junto al referido estrato de carbones y ceniza, la tierra es rojiza.

En los niveles inferiores constatamos la existencia de varias mandíbulas de jabalí y, asimismo, algunos fragmentos de *terra sigillata*, sobre todo en la zona donde estaba ubicado el hogar (estructura E) a una cota superior. Nuestra interpretación es idéntica a la planteada respecto al hallazgo de restos óseos de un bóvido asociados a material cerámico, exhumados al excavar el nivel VIII (*vid. supra*).

En el área noroccidental descubrimos un cencerro de hierro, del que no se conserva el badajo. Hay algunos cantos de pequeño y mediano tamaño, además de grava arenosa de color amarillo, también abundan las tejas, al igual que algunas grandes piedras localizadas en la franja de tierra roja, que corresponden a un derrumbe. Al Sur del mismo aflora una capa de argamasa que se extiende hasta el muro C, y se documenta al Norte de dicha UC. En este punto, en el sector noroeste del corte, es en el único lugar donde se registra su presencia, pues desaparece en el resto de la superficie. Su cota de profundidad es de -3,77 m y tiene un espesor de 4 cm. O bien se trata de un suelo de argamasa o de la base preparatoria de un piso de baldosas, habida cuenta la presencia de algunos ladrillos fragmentados, afectados por el desplome de los muros y de la techumbre. Otra posibilidad es que sólo una parte de este ambiente estuviera embaldosada.

La relación del material arqueológico incluye abundante cerámica común y de cocina, numerosas fichas de cerámica, gran cantidad de *terra sigillata*, cuatro fragmentos de ladrillos, varios fragmentos de hierro, que aparecen juntos, en las inmediaciones de las mencionadas baldosas, una cabeza de clavo de hierro y otros tres fragmentos informes de ese mismo metal, escoria mineral de hierro, diversos fragmentos de bronce, una lasca de sílex, abundantes restos óseos de fauna diversa y el ya citado cencerro de hierro.

Al Norte del muro C, bajo una capa de tierra verde, detectamos la fosa de construcción de dicha estructura, que consiste en un estrato de tierra roja.

Entre la marga verdosa recuperamos cerámica común, alguna de cocina, abundante *terra sigillata*, escasos restos óseos y tres fragmentos de escoria mineral de hierro. A su vez, en el estrato de tierra roja el material arqueológico se reduce a escasa cerámica común, tres fragmentos de cerámica de cocina, una ficha y un fragmento de *terra sigillata*.

Al espacio comprendido entre los tramos de muro C y D lo denominamos **habitación 1**. La parquedad de material arqueológico es notable: escasa cerámica común, tres fragmentos de *terra sigillata*, dos fichas de cerámica y una piedra trabajada.

El recinto del sector suroeste es la **habitación 2**. En ella encontramos escasa cerámica común (un fragmento de cerámica pintada...), *terra sigillata*, un fragmento de ladrillo, un fragmento de vidrio, otro de madera y uno de bronce, algún material óseo y varios fragmentos de hierro pertenecientes a un objeto

indeterminado, embutido entre los mampuestos de las hiladas inferiores del muro D, a una cota de profundidad de -3,76 m.

Al tramo de muro que denominamos D le faltan las hiladas superiores de piedra en su extremo occidental, reapareciendo a una cota de -3,80 m.

En la zona suroccidental sacamos a la luz la cimentación del tramo de muro C, cuya cota de profundidad es de -3,73 m, en tanto que la cota de profundidad de la hilada superior de dicha estructura (C) es de -3,02 m, al Oeste.

Un hallazgo muy significativo es un *clavus coptil* situado entre los mampuestos de una de las hiladas inferiores de ese tramo de muro C, en la línea de cimentación (figs. 180-182, lám. CII s, Anexo II.2). Atestigua el uso del sistema de *concameratione*, por consiguiente, podría tratarse de una sala calefactada, pero no hay ningún otro vestigio arqueológico que apunte a la identificación de este recinto como una dependencia del *balneum*.

Asimismo, ponemos al descubierto los cimientos del tramo de muro D, estructura que hemos exhumado parcialmente, ya que se prolonga al Sur, fuera de los límites de esta cuadrícula.

Nivel XII

Junto al tramo de muro C el terreno es de color rojizo, mientras que en la zona norte la tierra es de un tono verdoso. Por debajo de esta última se dispone otra UE de tierra roja. El segundo de esos estratos (la tierra verde) es menos consistente y contiene gran cantidad de tejas, que forman un nivel de relleno.

En el centro de este sector septentrional aparece una capa de argamasa blanca, que se extiende a lo largo de 70 x 32 cm, con una cota de profundidad de -4,08 m. Se interrumpe y reaparece al Noreste, cerca del muro C, a -4,02 m. Parece tratarse de la base preparatoria de un piso de baldosas de barro cocido, dado que a una cota de -4 m de profundidad, junto a dicha capa de argamasa, localizamos algunos fragmentos de ladrillo romano. Entre los restantes materiales arqueológicos cabe enumerar abundante cerámica común y de cocina, numerosa *terra sigillata*, restos óseos de fauna diversa, dos cabezas de sendos clavos de hierro y un fragmento de un objeto plano y alargado del mismo metal, indeterminado, una lasca de sílex (diente de hoz), algunas fichas de cerámica y yeso.

Al Noreste encontramos varios fragmentos óseos de gran tamaño (fauna), cuya cota de profundidad es de -3,88 m.

Descubrimos una nueva estructura, a la que denominamos muro F. Tiene una orientación Norte-Sur, prolongándose por el flanco septentrional. Su cota de profundidad, en su extremo norte, donde tiene un mayor alzado, es de -4,11 m. La última piedra del lado opuesto (el meridional) destaca por tener una forma redondeada. Entre ésta y el arranque del tramo de muro C se abre un vano por el que se accede a un compartimento delimitado por ambas estructuras, al que nos referiremos como **habitación 3**.

Las cotas de profundidad del muro F oscilan entre -4,11 m en su extremo septentrional y -4,16 m al Sur, donde se halla la puerta de ingreso a dicho habitáculo y confluye con el muro C.

Está constituido por una sola hilera de mampuestos que se apoyan directamente sobre la roca madre. Parece tratarse de la cimentación de una estructura de la que tan sólo se conserva esa parte de su fundamento.

La roca natural del terreno aflora a un nivel superior en la zona noreste. Como presenta ese desnivel, buzando suavemente hacia el Sur en sentido descendente, éste fue colmatado y de ese modo se niveló la base sobre la que se asientan los cimientos de las distintas estructuras documentadas al excavar la cata 8. Alcanzamos una cota de profundidad de -4,20 m.

Por último, hay un estrato de tierra roja de unos 10 cm de potencia.

Contamos con un amplio elenco de materiales arqueológicos: cerámica común, alguna de cocina, siete fragmentos de *terra sigillata*, de la que cabe destacar una ficha con decoración estampillada, aparte de otra de cerámica común, abundantes fragmentos de ladrillo, algunos restos óseos (dos mandíbulas y colmillos de jabalí...), varios fragmentos de hierro (un objeto plano, otro alargado e indeterminado y un clavo), argamasa, tejas y una concha de molusco.

Habitación 2

En el sector suroeste la tierra correspondiente al nivel XII es de color rojo, bastante compacta, y contiene numerosas tejas, en cambio, hay escasa cerámica común, además de alguna de cocina y un fragmento de *terra sigillata*, con ungulaciones.

Nivel XIII

Seguimos documentando la anteriormente mencionada tierra roja, asimismo, un ladrillo (baldosa) y dos fragmentos de teja, que parecen formar parte de un suelo. Su cota de profundidad es de -4'23 m.

Los materiales descubiertos en el transcurso de su excavación son: *terra sigillata*, baldosas de barro cocido, tejas (una de ellas conserva adherido un fragmento de hierro, en mal estado de conservación, lo que nos impide confirmar si es un posible clavo, en cuyo caso, podría haber servido para fijar la teja al alero del edificio), una pequeña lámina de bronce, fragmentada, que podría corresponder a una moneda muy mineralizada (n.º inv. 8310), restos óseos de fauna diversa y un fragmento de vidrio.

En el área septentrional la tierra es de color marrón rojizo, bastante compacta, con guijarros y tejas abundantes.

Al Noreste del muro C registramos la presencia de un estrato de cenizas de 2,50 cm de potencia. Su cota de profundidad es de -4,22 m y tiene una longitud de 50 cm por 35 cm de anchura. Posiblemente se trata de los restos de una hoguera.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende cerámica común, *terra sigillata*, ladrillos, numerosas tejas, algunas de ellas con digitaciones, y escasos fragmentos óseos, uno de ellos quemado.

Nivel XIV

A -4,40 m de profundidad aparece un estrato de tierra verde. Al Sur entra en contacto con una capa de tierra de color rojo. La marga verde se dispone en la parte inferior de este nivel (entre -4,20 y -4,40 m).

Los materiales arqueológicos más relevantes son: alguna cerámica común, abundantes tejas, baldosas de barro (una de ellas entera), tres pequeños

fragmentos óseos, algún fragmento de hierro y esparto quemado, que detectamos entre el perfil occidental y la base del muro D.

Se conservan siete hiladas del alzado del muro D, que se asienta sobre tierra, no sobre la roca natural.

Nivel XV

Al Suroeste, el anteriormente mencionado estrato de tierra verde tiene tan sólo cinco centímetros de potencia. En la zona de contacto con la tierra roja, donde se documentaba el esparto a una cota algo superior, encontramos abundante madera carbonizada. Por debajo se dispone un estrato de tierra de color rojo.

Un relleno de cantos pequeños y argamasa, de unos 20 cm de potencia, debió de servir de base al suelo de baldosas de barro cocido al que ya hemos hecho referencia (*vid. supra*), igualando así los desniveles de la roca natural del terreno, que desciende en el sector suroccidental. Alcanzamos -4,60 m de profundidad.

Los materiales arqueológicos se reducen a un fragmento de *terra sigillata* (un borde) y algunas baldosas de barro.

Nivel XVI

Consiste en una fina capa de marga localizada en la zona suroeste, mientras que desde el área central hasta la línea de cimentación del tramo de muro C, en su cara meridional, el terreno es de color rojo.

El estrato de marga tiene 23 cm de espesor y tan sólo nos proporciona un fragmento de cerámica común romana.

La roca madre aflora a -4,80 m, en su punto más alto.

Sector Septentrional

Nivel XIV

Al Norte del tramo de muro C hay un relleno de tejas cuya función debió de ser nivelar la roca base, que presenta un buzamiento al Sur. Dicho relleno se extiende a lo largo de 90 cm hasta el mencionado muro C, donde se documenta en una franja más estrecha, prolongándose hasta 2,27 m y desaparece a 1 m del perfil septentrional. Su cota de profundidad es de -4,29 m. Reseñamos brevemente los materiales arqueológicos: cerámica común, tres fragmentos de *terra sigillata*, dos teselas de piedra, dos fragmentos óseos y un gran fragmento de *tegula* (encontrado al Norte del muro C, a una cota de profundidad de -4,29 m).

Al limpiar el muro C, al Este de los ladrillos situados sobre la última hilada del paramento de mampostería, sale a la luz el fondo de un recipiente de hierro muy mineralizado (fig. 97). A su alrededor hay algunos fragmentos óseos dispersos. Uno de ellos, que estaba en contacto con dicho objeto, tiene adheridos restos de metal en estado de descomposición. El grado de corrosión de este recipiente es tal que, durante el proceso de extracción, se desprenden algunas esquirlas metálicas. Su cota de profundidad es de -3,87 m (sobre la cimentación de esta UC). Presenta una mancha verdosa en su superficie, que podría

corresponder a un fragmento de otra pieza monetaria de bronce, igualmente muy mineralizada e inclasificable (n.º inv. 8350). Junto al mismo aparecen varias tejas dispuestas horizontalmente que, al ser levantadas, nos permiten recuperar alguna cerámica común romana, varios fragmentos de bronce (otras posibles piezas monetarias, muy fragmentadas) y restos óseos faunísticos.

Es aventurado aseverar que se trata de una ocultación llevada a cabo en un momento histórico conflictivo y peligroso o indicar por qué otra causa se pudo depositar este pequeño caldero con monedas entre los mampuestos de la base de uno de los muros de la casa, tal vez tuviera un carácter fundacional, dado el escaso valor de los ejemplares numismáticos, todos ellos pequeños bronce (figs. 116-117).

Asimismo, durante la limpieza de la cimentación del muro C hallamos cerámica común romana, material óseo, una posible tesela, un fragmento de *terra sigillata* y varios de hierro. A su vez, al limpiar la cara externa (al Este) de esta estructura descubrimos también tres fragmentos de cerámica común y uno de *terra sigillata* decorado con tres círculos concéntricos (TSHt).

Los dibujos del material cerámico de esta cuadrícula 8 corresponden a las láminas I-CVIII, Anexo II.2.

ESTRATIGRAFÍA

La relación de las UU.EE. documentadas durante la excavación de esta cuadrícula es la siguiente:

PERFIL NORTE

Sector occidental

UE I

-Tierra roja, con abundantes restos óseos.

UE II

-Tierra marrón.

UE III

-Tierra verde cenicienta, con gran cantidad de madera carbonizada.

UE IV

-Tierra verde cenicienta.

UE V

-Tierra roja.

Sector central

Al Oeste

UE VI

-Tierra marrón.

UE VII

-Tierra roja.

UE VIII

-Tierra verde cenicienta.

UE IX

-Tierra roja.

UE X

-Tierra marrón.

UE XI

-Tierra de color marrón rojizo.

UE XII

-Tierra verde cenicienta.

UE XIII

-Tierra verde cenicienta, con abundante carbón.

UE XIV

-Tierra verde cenicienta.

UE XV

-Tierra roja.

Al Este**UE XVI**

-Tierra marrón, con importante presencia de restos óseos.

UE XVII

-Tierra roja.

UE XVIII

-Entre -2,70 m y -3,05 m hay un relleno compuesto por finísimas capas muy difuminadas, que enumeramos a continuación:

XVIII.a. Tierra de color gris oscuro.

XVIII.b. Marrón.

XVIII.c. Marrón, con cal.

XVIII.d. Rojo.

XVIII.e. Marrón oscuro.

XVIII.f. Capa de madera carbonizada.

XVIII.g. Marrón, con motas de cal.

XVIII.h. Carbón.

XVIII.i. Tierra de color marrón.

XVIII.j. Gris.

XVIII.k. Rojo.

UE XIX

-Capa de ceniza blanca.

UE XX

-Tierra verde cenicienta.

UE XXI

-Tierra verde.

UE XXII

-Tierra verde cenicienta, con abundante carbón.

UE XXIII

-Tierra verde cenicienta.

UE XXIV

-Tierra roja.

Sector oriental

UE XXV

-Tierra marrón, con gran cantidad de restos óseos.

UE XXVI

-Tierra verde cenicienta.

UE XXVII

-Tierra de color marrón rojizo.

UE XXVIII

-De -2,66 m a -3,15 m hay un relleno compuesto por:

XXVIII.a. Tierra de color rojo claro.

XXVIII.b. Marrón rojizo.

XXVIII.c. Gris ceniza.

XXVIII.d. Ocre.

XXVIII.e. Capa de carbón.

XXVIII.f. Tierra de color verde grisáceo.

XXVIII.g. Marrón oscuro.

UE XXIX

-Tierra roja.

UE XXX

-Tierra verde cenicienta.

PERFIL SUR

Sector oriental

UE I

-Tierra marrón, con importante presencia de restos óseos.

UE II

-Tierra verde cenicienta.

UE III

-Tierra de color marrón claro.

UE IV

-Tierra verde cenicienta.

UE V

-Tierra marrón.

UE VI

-Tierra verde cenicienta.

UE VII

-Bolsada de tierra roja

Sector occidental**UE VIII**

-Tierra marrón, con abundante material óseo.

UE IX

-Tierra verde cenicienta.

UE X

-Tierra roja, con varias bolsadas de carbón y cenizas.

UE XI

-Tierra marrón.

UE XII

-Tierra verde cenicienta, con dos bolsadas de tierra roja.

UE XIII

-Tierra roja.

UE XIV

-Tierra verde cenicienta.

UE XV

-Tierra roja.

UE XVI

-Tierra verde cenicienta.

PERFIL ESTE**Sector septentrional****Al Norte****UE XVII**

-Tierra marrón, con gran cantidad de restos óseos.

UE XVIII

-Tierra verde cenicienta.

UE XIX

-Tierra de color marrón rojizo.

UE XX

-Tierra verde cenicienta.

UE XXI

-Tierra marrón.

UE XXII

-Tierra verde cenicienta.

UE XXIII

-Tierra marrón.

UE XXIV

-Tierra verde cenicienta, con abundante carbón.

UE XXV

-Tierra verde cenicienta.

UE XXVI

-Tierra roja.

UE XXVII

-Tierra verde cenicienta.

Al Sur

UE XXVIII

-Tierra marrón, con importante presencia de material óseo.

UE XXIX

-Tierra verde cenicienta.

UE XXX

-Tierra de color marrón rojizo, con tres bolsadas de tierra verde cenicienta.

UE XXXI

-Tierra verde cenicienta, con una veta de carbón.

UE XXXII

-Tierra roja.

Sector meridional

UE XXXIII

-Tierra marrón, con tres bolsadas de tierra gris cenicienta.

UE XXXIV

-Tierra verde cenicienta.

UE XXXV

-Tierra de color marrón claro.

UE XXXVI

-Tierra verde cenicienta.

UE XXXVII

-Tierra de color marrón rojizo.

UE XXXVIII

-Tierra verde cenicienta.

UE XXXIX

-Tierra de color marrón rojizo.

UE XL

-Tierra verde cenicienta.

UE XLI

-Tierra roja.

UE XLII

-Carbón.

UE XLIII

-Tierra roja.

PERFIL OESTE

Sector meridional

UE I

-Tierra marrón, con abundantes restos óseos.

UE II

-Bolsada compuesta por:

II,a. Tierra roja.

II.b. Tierra verde cenicienta.

II.c. Tierra marrón.

II.d. Tierra verde cenicienta.

UE III

-Tierra roja.

UE IV

-Cuña de tierra verde (perfil meridional).

UE V

-Tierra roja.

UE VI

-Tierra verde cenicienta.

Sector septentrional-zona central

UE VII

-Tierra marrón, con material óseo y dos bolsadas de tierra roja.

UE VIII

-Relleno compuesto de:

VIII.a. Tierra verde cenicienta.

VIII.b. Tierra verde cenicienta, con abundante madera carbonizada.

VIII.c. Tierra gris.

VIII.d .Tierra roja.

VIII.e. Tierra verde cenicienta.

VIII.f. Tierra roja.

VIII.g. Tierra verde cenicienta, con gran cantidad de carbón.

VIII.h. Tierra verde cenicienta.

VIII.i. Tierra roja.

VIII.j. Fina veta de tierra marrón entremezclada con tierra verde cenicienta.

VIII.k. Tierra roja.

UE IX

-Tierra verde cenicienta.

UE X

-Tierra verde cenicienta, con abundante carbón.

UE XI

-Tierra verde cenicienta, con mayor concentración de carbón.

UE XII

-Tierra roja.

Sector septentrional

UE XIII

-Desde una cota de profundidad de -1,62 m hasta la de -3,30 m existe un relleno de gran variedad cromática compuesto por:

XIII.a. Tierra marrón, con una bolsada de tierra roja.

XIII.b. Tierra roja.

XIII.c. Tierra verde cenicienta.

XIII.d. Tierra marrón.

XIII.e. Tierra marrón más depurada.

SECUENCIA CULTURAL

La propuesta de lectura de la secuencia cultural y estratigráfica que nos proporciona esta cuadrícula es la siguiente:

1. El momento más antiguo corresponde al Bajo Imperio, de acuerdo con los materiales arqueológicos recuperados (TSht, TSHTM...). A esa etapa pertenecen una serie de estructuras, algunas de ellas muy afectadas por construcciones posteriores y otras algo mejor conservadas. Un hecho digno de reseñar es que sobre la última hilada de mampuestos de uno de esos muros, al que denominamos C, se disponen varios ladrillos de gran tamaño. Al hallarse *in situ*, colocados sobre el paramento de piedra arenisca, comprobamos que el sistema constructivo consistía en un zócalo de mampostería al que, en ocasiones, se superponían tongadas de ladrillos a fin de regularizar la hilada superior de piedras completando el alzado con tapias. Acerca de los tapias, es muy ilustrativo un texto de Varrón (*rust.* I, 14, 4) relativo a la construcción de tapias de tierra mediante encofrados, y de un texto de Plinio (*NH* XXXV, 14-4) se deduce que estaba muy extendida en Hispania (respecto a la construcción encofrada, cfr. CHOISY, 1873/1999, 18-19). El hallazgo frecuente de material latericio romano entre los derrumbes de otros muros en los niveles inferiores de este yacimiento nos había permitido

anteriormente deducir el empleo de esta técnica edilicia en los espacios de ocupación pertenecientes al periodo tardorromano, que ahora queda patente. Otro descubrimiento relevante es un *clavus coptil* situado entre los mampuestos de una de las hiladas inferiores de dicho muro C, en la línea de cimentación, que atestigua el uso del sistema de *concameratione*. A propósito de ese tipo de tubos de ladrillo y otros medios materiales empleados para transmitir el aire caliente a las salas calefactadas, nos aportan alguna información autores antiguos, como Vitrubio (*De Arch.* V, 10). Carecemos de otras evidencias materiales que nos permitan confirmar su pertenencia a unas instalaciones termale, habida cuenta el contexto arqueológico del mencionado hallazgo. No obstante, tenemos noticia de un hipocausto exhumado en sus inmediaciones, en la sección de este yacimiento excavada en los años 1953-1954 (SAN VALERO, 1956, 196; GORGES, 1979, 247; GARCÍA-ENTERO, 2005, 52, CR. Vil.2, quien alude al yacimiento del barrio de Sta. María con el nombre de *villa* de El Palacio, en su catálogo de *balnea hispanorromanos*).

- Asimismo, en el registro arqueológico figura un hacha votiva pulimentada de piedra negra basáltica. Es un hacha o azuela plana de cara trapezoidal, que conserva un buen filo, en contra de la extendida costumbre romana de dejar el filo romo, ya que generalmente las truncaban al recogerlas. Recibían el nombre de *ceraunia*. También se las llamaba “piedras de rayo”, porque los romanos creían que protegían de los rayos, y, a la vez, se las consideraba producto del fenómeno atmosférico del relámpago-rayo, de ahí que no sea inusual su presencia en este contexto cultural. Además de este útil de basalto negro, encontramos otro ejemplar similar, aunque peor tallado.

2. A un segundo momento histórico pertenece una gran cantidad de restos óseos humanos entremezclados, asociados a grandes bolsas de cenizas. Se trata de enterramientos secundarios, múltiples. Algunos individuos se encuentran en posición decúbito prono y otros amontonados, sin ningún orden aparente. No existe ningún vestigio de materiales perecederos como son los sudarios, ni hay indicios de que los cadáveres hubieran sido inhumados dentro de ataúdes. Según parece, la deposición de los cuerpos se hizo directamente sobre el suelo. De la aparición de material cerámico medieval, y dado que era una costumbre del Medioevo enterrar alrededor de las iglesias, por considerarlo

suelo sagrado, se desprende que estos restos tienen esa adscripción cronológica. Suponemos que, posteriormente, las inhumaciones se habrían visto afectadas por alguna remoción del terreno, ocasionando su alteración. También cabe plantearse, igualmente a modo de hipótesis, la posibilidad de que se trasladaran hasta aquí desde el interior del templo en un momento dado y se enterraran en su entorno, convertido en un área cementerial, quizás por falta de espacio o por alguna otra razón que ignoramos debido a la absoluta carencia de documentación, al haberse incendiado hace años el archivo parroquial.

3. La última UE corresponde a época contemporánea, como se infiere de la presencia de materiales de ese periodo: ladrillos, vidrios, porcelanas, cerámicas...

MURO TESTIGO ENTRE LAS CUADRÍCULAS 11 y 8

DESCRIPCIÓN

Nivel Superficial

La primera capa de tierra es muy compacta, de color ocre, casi marrón, con abundantes restos óseos humanos, en un estado de conservación muy deficiente, debido no sólo a que el terreno ha sido removido en diversas ocasiones, sino también a causa de su acidez y humedad. En cuanto a los materiales arqueológicos, predominan los de época contemporánea.

Nivel I

La tierra es de una tonalidad rojiza, con numerosas piedras y tejas, algo menos compacta que la del estrato anterior.

Recuperamos los siguientes materiales arqueológicos: cerámica común, vidriada de colores verde, melado, marrón oscuro..., una ficha de cerámica, dos fragmentos de *terra sigillata*, algunos huesos humanos, entre los que destacan cuatro cráneos en pésimo estado de conservación, un clavo de hierro, un alfiler de bronce, dos fragmentos de vidrio y una piedra fósil.

Nivel II

En la zona meridional del muro testigo hay una bolsada de marga verdosa de 1,07 m de longitud. Al Norte documentamos un estrato de tierra roja de unos 37 cm.

A 1,60 m del perfil septentrional registramos de nuevo la presencia del mencionado estrato de tierra roja que rompe la bolsada de marga verde. La tierra roja desaparece a 2,40 m del perfil septentrional. A 70 cm de ese mismo punto se dispone una bolsada de cenizas y carbones, contigua a la capa de tierra rojiza. Esta bolsada de cenizas mide 55 cm (en sentido Este-Oeste) y desaparece en la parte occidental del muro testigo. Al Norte del testigo hay una fosa colmatada con materiales de relleno, que rompe esta secuencia estratigráfica (mide 70 cm, en sentido Norte-Sur).

Entre los materiales arqueológicos cabe enumerar alguna cerámica común, abundante cerámica vidriada de colores verde y melado, una ficha de piedra, un fragmento de *terra sigillata*, algunos restos óseos humanos, un fragmento de vidrio y una piedra pulimentada.

Nivel III

La tierra es de color marrón, compacta, con escasas tejas, algunas piedras pequeñas y cantos.

A -2,08 m respecto al nivel de superficie y a 20 cm del perfil meridional, en el límite occidental de la cuadrícula, aparece una pequeña vasija de barro casi completa, que contiene cenizas en su interior (figs. 178 y 550, lám. CCXXXIV, 3, Anexo II.2). Otros materiales arqueológicos reseñables son alguna cerámica común, abundante cerámica de cocina, dos fichas de cerámica, doce fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos de fauna diversa (entre éstos, lo más significativo

es un hueso endurecido al fuego y pulimentado), dos fragmentos de ladrillo, un clavo de hierro, escoria de fundición de plomo, un fragmento de vidrio, dos lascas de sílex y una tesela.



Fig. 550. Vasija de cerámica. Foto: García Bueno.

Nivel IV

La tierra es muy poco compacta y no presenta cantos ni tejas.

Los materiales arqueológicos consisten en cerámica común y de cocina, gran cantidad de TSHT, TSHTM..., material óseo (fauna), un fragmento informe de hierro, dos clavos y escoria mineral de hierro, una lasca de sílex, una piedra plana trabajada, dos fragmentos de vidrio, esparto y siete monedas de bronce (n.º 4 y 9-14 del catálogo, figs. 122 y 127-132, respectivamente, *vid. infra* Anexo III, monedas 1ª-5ª, con los informes de su restauración). Éstas aparecieron apiladas y unidas entre sí a causa de su alto grado de mineralización, por lo que fue preciso extraerlas formando un solo bloque, excepto una que se desprendió durante el proceso de excavación. Es posible que estuvieran guardadas en una bolsa de material perecedero (tal vez de cuero), de ahí que estuvieran apiladas. Han sufrido un gran desgaste y están mal conservadas (es más, algunas de ellas, incompletas), como la mayoría de las piezas numismáticas descubiertas en el yacimiento de la Plaza del Torreón, muy afectadas por la corrosión. Se hallaban entre los mampuestos del muro C, lo que debió de protegerlas en cierto modo, pese a todo. A tenor del tipo de numerario, un *centenionalis* de mediados del siglo IV, probablemente (n.º 4 del catálogo, fig. 122, *LRBC*, 108) y seis *minimi* (n.º 9-14 del catálogo, figs. 127-132, *LECHUGA*, 1985, 75; *ABASCAL*, 1995, 150), junto a otras evidencias materiales de su contexto arqueológico, parece ser un depósito monetario cerrado de una etapa muy tardía, esto es, de un momento adentrado el siglo V. Uno de los *minimi*, en particular, abona esta idea, pues fue acuñado durante el reinado de Teodosio II (entre el 20 de noviembre del 423 y mayo del 425 d.C.), en la ceca de Roma (n.º 12 del catálogo, fig. 130, *RIC X*, 361, n.º 1909).

Detectamos una fosa con una compleja estratigrafía. Se trata de una secuencia de diferentes estratos de potencias diversas y variado cromatismo.

Por debajo de dicha fosa se dispone una UE constituida por cenizas y carbón, que nos proporciona numerosos fragmentos de *terra sigillata*, algunos de ellos decorados a la ruedecilla, y de considerable tamaño.

Exhumamos completamente el muro C, al unificar las cuadrículas 11

(donde comienza dicha UC) y 8 durante el proceso de excavación.

Nivel V

Se trata de otra fosa de relleno localizada al Norte del muro testigo y de la fosa previamente descrita, documentada al excavar la UE IV (*vid. infra* nota 64).

Contiene materiales arqueológicos romanos, medievales y contemporáneos entremezclados: cerámica común, gran número de cerámica vidriada en tonos verde y melado, dos fichas de cerámica, un candil islámico fragmentado, con decoración periférica de goterones vidriados, abundante *terra sigillata*, entre la que cabe destacar un gran fragmento correspondiente a un plato, material óseo (fauna), un fragmento de escoria de fundición de plomo y otro de un molino rotatorio de basalto.

Los dibujos del material cerámico corresponden a la lámina CCXXXIV, Anexo II.2.

CUADRÍCULA 12

DESCRIPCIÓN

Está ubicada al Norte de la cata 11. Sus dimensiones son 4 x 4 m.

Nivel superficial

Consiste en un relleno de escombros compuesto de argamasa y cal, con algunas piedras pequeñas. Este relleno se documenta en toda la superficie del corte, excepto en la zona sureste, donde hay un estrato de unos 60 cm de ancho de tierra rojiza, con abundantes cantos y nódulos de cal. El terreno es poco compacto.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende alguna cerámica vidriada, en tonos melado y verde, un fondo con decoración floral y un fragmento de cerámica vidriada blanca contemporánea. Asimismo, varias vértebras y una herradura de hierro.

Nivel I

Es una tierra muy compacta, de color ocre. Afloran algunas piedras en el sector suroriental. En el septentrional abundan las piedras de pequeño y mediano tamaño, que constituyen un potente relleno, inexistente en el área meridional.

En la zona suroeste sale a la luz un muro de tapial desplomado, similar a los documentados en las cuadrículas 11, 15 y 20 (fig. 75).

La relación de materiales arqueológicos es bastante extensa: gran cantidad de cerámica común y vidriada, alguna de cocina, dos fichas de cerámica, un asa de cerámica pintada romana de tradición local, con decoración de bandas paralelas negras, asimismo, material óseo, un fragmento de teja con digitaciones, trece fragmentos de *terra sigillata*, varios fragmentos indeterminados de hierro, cinco fragmentos de vidrio y tres de alabastro.

Nivel II

Al Sureste detectamos una bolsada de tierra verde, de 40 cm de potencia y 83 cm de longitud (Norte-Sur). En esta zona suroriental aparecen restos óseos humanos (algunos de ellos pertenecientes a las extremidades) y varias piedras. En este punto, a mayor cota de profundidad, localizamos una tumba, como detallaremos más adelante (*vid. infra* nivel V), por lo tanto, esas piedras forman parte de la cubierta de dicha sepultura.

La bolsada de marga se dispone sobre una capa de tierra de color marrón oscuro.

En el sector noroeste hallamos abundantes fragmentos de yeso y algunos de argamasa entremezclados. Alcanzamos una cota de profundidad de -3,07 m.

El material arqueológico es muy variado: cerámica común, escasa cerámica de cocina, vidriada de colores melado, verde y un fragmento blanco con decoración lineal de rejilla trazada en color azul, dos fragmentos de ladrillo, tres fichas de cerámica, trece fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos, varios pequeños fragmentos de hierro, estuco y un fragmento de mármol.

Nivel III

Al Este descubrimos una estructura que está alineada con el muro A de la cuadrícula 11, tratándose de la misma UC. Sobre su tramo meridional hay una capa de tierra arcillosa, roja y amarilla que lo recubre (concretamente en la parte suroeste del muro). La cota superior de dicho muro A es de -2,73 m y la inferior, de -3,30 m. Sobre el mismo, junto al perfil oriental, encontramos un fragmento de *terra sigillata* (un fondo).

El terreno es de color marrón oscuro y poco compacto.

En el sector noroeste aparecen numerosas piedras y cal dispersa, que forman parte de un gran derrumbe.

Entre el material cerámico cabe enumerar varios fragmentos vidriados de color melado, dos de color blanco, otro con decoración lineal azul, uno verde y otro marrón. Esta cerámica vidriada se concentra fundamentalmente en el relleno del Noroeste. Hay una ficha de cerámica, una pequeña vidriada de color marrón-melado y otra grande de piedra, tres fragmentos de cerámica de cocina, cuatro fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos, dos clavos de hierro, dos fragmentos de escoria mineral de hierro, una lasca de sílex, dos ladrillos (embutidos en el perfil meridional, uno de ellos, bajo el muro de tapial) y un fragmento de vidrio.

Al Suroeste afloran varias piedras. La tierra es poco compacta, de color marrón oscuro. Al Noroeste abundan las piedras y la cal, dispersa (habitualmente empleada en tiempos de epidemias).

Descubrimos (precisamente al Noroeste) una fíbula anular de bronce, fragmentada. Otros materiales son cerámica común, vidriada (sobre todo entre el derrumbe noroccidental), doce fragmentos de *terra sigillata*, fichas, algún material óseo, tres clavos de hierro, dos fragmentos de ese mismo metal, otros dos de escoria mineral de hierro, uno de escoria de fundición de plomo, dos lascas de sílex, dos fragmentos de vidrio y una piedra pulimentada.

Nivel IV

La tierra es poco compacta, de color marrón oscuro, con algunas tejas y fragmentos dispersos de escoria de fundición de plomo.

Junto al derrumbe del sector noroeste aparece abundante yeso, muy disgregado.

En el elenco de materiales arqueológicos figura una pequeña moneda de bronce, incompleta, con fractura antigua e inclasificable, llena de concreciones, abundante cerámica vidriada de color melado, ocre claro y verde, dieciocho fragmentos de *terra sigillata*, varias fichas de cerámica (una de ellas, de piedra y algunas otras, de teja), restos óseos, tres clavos de hierro, escoria de fundición de plomo, un fragmento de bronce, una gran tesela de piedra y un fragmento de vidrio.

Al Noroeste hay gran cantidad de piedras pequeñas y argamasa. Se trata de un nivel de derrumbe que nos proporciona cerámica común, de cocina, un fragmento vidriado de fondo blanco con bandas azules, fichas de piedra y de cerámica, dos fragmentos de *terra sigillata*, escasísimos restos óseos (fauna), un molino de rotación de basalto vesicular, fragmentos de granito (reiteramos una vez más que el granito no proviene de las canteras de la comarca), un fragmento de vidrio, dos de clavos de hierro y varios fragmentos de madera.

Nivel V

En el área suroriental hay tres niveles de incendio superpuestos. Delimitamos una fosa colmatada de tierra verde con cenizas, restos óseos quemados y algún fragmento cerámico.

Al excavar el nivel II habíamos comenzado a descubrir una tumba constituida por lajas de piedra, como ya hemos avanzado. Bajo la cubierta de piedras aparece una inhumación (parcialmente conservada, pues sólo encontramos el cráneo y las costillas). En el interior de la sepultura no se documentan elementos de ajuar. De acuerdo con su contexto, le asignamos una probable datación medieval.

No obstante, en la fosa sí registramos la presencia de alguna cerámica común, varios fragmentos de cerámica de cocina, dos fichas cerámicas, doce fragmentos de *terra sigillata*, uno de escoria mineral de hierro y una gran losa de piedra, que delimitaba por el flanco oeste el enterramiento descrito.

Por lo tanto, en su momento, se abrió en el suelo una fosa que contenía el cuerpo, cubierto con tierra y, finalmente, tapado con lajas o losas de piedra. En la base de esta fosa no se colocaron lajas de piedras planas, por lo que la deposición del difunto, según parece, se hizo directamente sobre el suelo natural, tal vez envuelto en un simple sudario, vestido o bien después de ser totalmente despojado de sus ropas. A lo largo del proceso de vaciado del interior de esta sepultura no se localizaron vestigios -ni tan siquiera huellas- de materia orgánica, tales como madera o tejido, que probarían la existencia de un féretro o sudario, pero al ser materiales altamente degradables, su ausencia no demuestra que no existieran originariamente.

Por otra parte, la ausencia en ésta y otras inhumaciones descubiertas en la Plaza del Torreón de determinadas piezas de ajuar, tales como ciertos accesorios del vestido (hebillas...) y otros objetos de adorno pudo deberse, quizás, a que se despojó los cadáveres de algunas de sus ropas antes de ser enterrados, o tal vez tuvo un motivo socioeconómico. Con todo, debemos recordar nuevamente la alteración que ha sufrido este yacimiento a lo largo del tiempo, como revelan los fragmentos óseos encontrados en niveles superiores, de los que apenas se han podido recuperar algunos ajuares y restos humanos, éstos, por lo demás, en muy precario estado de conservación (astillados...) y, generalmente, removidos.

En otros casos previamente documentados en este yacimiento, cabría plantearse que algunos individuos fueron amortajados en sus propias vestiduras, pues consignamos la presencia de varias fíbulas, fragmentos de bronce y algunos otros elementos metálicos (*vid. supra* la relación de materiales arqueológicos de los niveles tercero y cuarto). Quizás algunos de los fragmentos de madera y clavos de hierro recogidos al excavar el cuarto nivel de esta cata formaban parte de la composición de algún féretro, pudiendo ser restos de una caja de madera, realizada con tablones ensamblados, e incluso también algunos de los citados fragmentos informes de hierro y piezas metálicas indeterminadas pueden tener la misma relación, lo que refrendaría, en teoría, la existencia de un ataúd. Estos hechos podrían interpretarse, a modo de hipótesis, como rasgos distintivos de una cierta jerarquía social, asociada igualmente a los escasos objetos de adorno personal descubiertos, en ocasiones, fuera del contexto funerario, pero próximo a él. Pudieran ser evidencias arqueológicas de que algunos difuntos fueron enterrados sobre parihuelas o en ataúdes, con tablones ensamblados mediante clavos, e incluso que fueron enterrados vestidos, lo que podría guardar relación

con varias fíbulas y algunos otros elementos metálicos preservados.

Asimismo, es reseñable el hallazgo de algunos fragmentos de vidrio (en los niveles III y IV), que desafortunadamente, dada la alteración estratigráfica, no nos permite saber si pertenecían a algún recipiente relacionado con la referida inhumación.

Al finalizar el vaciado de la fosa situada al Sureste ponemos totalmente al descubierto el muro A, que aflora a ras del muro testigo intermedio entre las cuadrículas 9 y 12. En la zona meridional de dicho muro A la tierra es de tonalidades amarilla y anaranjada, documentándose en todo el sector sur de la cata, desde una cota de profundidad de -3 m. Es un terreno más compacto que el de los niveles superiores (tierra marrón), con algunos fragmentos de teja. Por debajo puede apreciarse una tierra muy poco compacta, de color marrón rojizo y ocre.

Al Noroeste las tejas son más abundantes que en la mitad meridional de la cuadrícula. En cuanto a los materiales arqueológicos, merece destacarse alguna cerámica de cocina, abundante cerámica común, varios fragmentos vidriados de color melado, un pequeño fragmento de fondo vidriado blanco con decoración azul, fichas de cerámica y de yeso, tres fragmentos de *terra sigillata*, algunos huesos, uno de ellos pulimentado, escoria de fundición de plomo, escoria mineral de hierro, dos lascas de sílex, una posible tesela de piedra, un fragmento de vidrio (borde) y dos pequeños ejemplares numismáticos de bronce, que aparecieron pegados, por ello inicialmente los consideramos uno solo (*vid. infra* Anexo III, monedas n.º inv. 12067, con el informe de su restauración). Son dos *minimi* emitidos durante el reinado de Valentiniano II, en el 383 d.C. Uno de ellos (n.º 7 del catálogo, fig. 125, *RIC* IX, 259, n.º 38, a) fue acuñado en la ceca de Nicomedia y el otro (n.º 6 del catálogo, fig. 124, *RIC* IX, 259, n.º 38, a o 244, n.º 21, b) posiblemente también en ese mismo centro emisor o quizás en el de Cícico.

Al Sureste recogemos un objeto alargado de metal, muy deteriorado. El remate de uno de sus extremos consiste en una cabeza de animal (quizás, un carnero), aunque no podemos identificarlo con claridad debido a su deficiente estado de conservación.

Nivel VI

La tierra es marrón, poco compacta y con escasa presencia de tejas.

Hemos alcanzado una cota de profundidad de -3'85 m.

Al Noroeste aparece menor cantidad de piedras y cantos que en niveles superiores.

En el sector sureste se concentra un derrumbe de piedras pertenecientes al muro A. Junto a esta estructura el terreno es de un color rojo intenso, que contrasta con la restante, de un tono marrón oscuro, diferencia atribuible a la fosa de fundación de esta UC.

Lo más relevante del material arqueológico son dos monedas de vellón, medievales, una de ellas, muy desgastada (n.º 18 del catálogo, fig. 136, *vid. infra* Anexo III, moneda n.º inv. 12201, con el informe de su restauración), es un noven atribuible a Alfonso XI o Enrique II (1312-1350 / 1369-1379) y la otra, incompleta, con fractura antigua, es un noven emitido por Alfonso X (1252-1284) en la ceca de Burgos (n.º 16 del catálogo, fig. 134, ÁLVAREZ BURGOS, 1998, III, 66-67, 263.1; RAMÓN, ÁLVAREZ y RAMÓN, 1974, n.º 25.05.07). Asimismo, hay

abundante cerámica común, dos fichas de cerámica y otras dos de piedra, trece fragmentos de *terra sigillata*, un fragmento de ladrillo con digitaciones, abundantes huesos, uno de ellos trabajado, clavos de hierro, escoria mineral, tres fragmentos de vidrio, una concha de molusco, cuatro fragmentos de piedra de molino y un objeto indeterminado de bronce.

Bajo el derrumbe del Sureste aparece una nueva estructura a la que denominamos muro B. Es casi perpendicular al muro A y se prolonga hacia el Este, más allá de los límites de la cuadrícula.

Entre los muros A y B hay una bolsada de tierra roja, en el recodo que forman al Noreste (figs. 551-552).



Figs. 551-552. Estructuras romanas. Foto: García Bueno.

Nivel VII

La tierra es poco compacta, de color marrón, con gran cantidad de grava, cantos y argamasa muy disgregada.

En el sector oriental cambia la coloración del terreno, que es de un tono rojo intenso y más compacto que el del suroccidental, correspondiendo a la fosa de cimentación del muro B. La cota inferior de profundidad es de - 4 m.

Al Noroeste continuamos detectando la presencia de cantos, pequeñas y grandes piedras que forman parte de un derrumbe, aunque han disminuido respecto a los niveles superiores. Entremezclados con las piedras de dicho derrumbe hay gran cantidad de huesos muy fragmentados.

En esa zona noroeste descubrimos un pequeño fragmento de bronce que quizás pertenezca a una pieza monetar.

En el área septentrional se encuentra el recinto que denominamos **habitación 2**.

El listado de materiales arqueológicos incluye cinco fragmentos de cerámica vidriada (melada, blanca con decoración azul o verde), abundante cerámica de cocina, diez fragmentos de *terra sigillata*, una ficha de yeso y otra de cerámica, restos óseos de fauna diversa (aves, ganado vacuno...), varios fragmentos de hierro, escoria de este mismo mineral y, al Noroeste, seis teselas de piedra.

En el sector noreste documentamos, asimismo, el mencionado relleno de piedras. La tierra es de color marrón.

Quedan definidos, por tanto, dos compartimentos distintos: uno al Sureste, delimitado por los muros A y B, al que nos referimos como habitación 1 y otro situado al Noroeste de la última estructura, al que llamamos habitación 2.

Habitación 1

La tierra es de tonalidad roja y muy compacta, con algunas tejas diseminadas por toda su superficie. Los materiales arqueológicos son escasos: alguna cerámica de cocina y común, pero ya no hay ningún fragmento vidriado, tres fichas de cerámica, seis fragmentos *terra sigillata* y uno de ladrillo, además de algunos restos óseos.

Sale a la luz la cimentación del muro A. La cota inferior de profundidad es de - 4 m.

Habitación 2

En este ámbito espacial se documenta un potente derrumbe.

Los materiales arqueológicos se reducen a cerámica común romana, dos fragmentos óseos, uno de vidrio, un posible machacador (piedra) y una tesela, igualmente de piedra.

Nivel VIII

En la zona suroeste la tierra es de color marrón oscuro, con abundante grava y nódulos de cal. Apenas hay tejas. Aparecen algunos restos humanos entremezclados y dispersos (un fragmento de cráneo, un fémur, etc.), seguramente una intrusión en los niveles de ocupación romanos como resultado de la remoción del terreno. Asimismo, escoria de plomo fundido, un clavo de hierro y alguna cerámica, entre la que figura un fragmento vidriado de color verde, que ponemos en relación con los referidos restos óseos. Lo más significativo de los hallazgos arqueológicos de la habitación 2 es un fragmento de alabastro, perteneciente a un recipiente que presumiblemente era un objeto de prestigio, cuya adscripción cronológica es romana. Con toda probabilidad, debió de ser importado y contendría perfume o ungüento.

El tramo de muro B confluye con el muro G, puesto al descubierto cuando se rebajó el muro testigo intermedio entre los cortes 11 y 15.

En el área septentrional constatamos la presencia de abundantes piedras pequeñas y tejas. En su mitad occidental el terreno es más compacto que en el resto de la cuadrícula.

Reseñamos brevemente el material arqueológico: un fragmento de cerámica vidriada, alguna de cocina y común, cuatro fragmentos de *terra sigillata*, material óseo (una mandíbula de rumiante...), escoria de plomo y un fragmento de ladrillo romano.

Habitación 1

En el transcurso de su excavación recuperamos alguna cerámica común, ocho fragmentos de *terra sigillata*, cuatro fragmentos óseos (fauna) y un clavo de hierro doblado.

En la confluencia entre los muros A y B, junto al perfil oriental, encontramos una gran *imbrex* con digitaciones (32 cm de largo x 23 cm de ancho, tiene marcas paralelas trazadas con los dedos en la superficie del barro antes de su cocción).

Al Suroeste, junto al muro B, observamos la existencia de argamasa, tierra compactada y tejas planas. Parece tratarse del umbral de entrada a esta habitación 1. Las *tegulae* estaban colocadas horizontalmente, trabadas con argamasa y asentadas sobre esa base de tierra compactada.

El terreno es más compacto al Sureste y contiene menos materiales de relleno que al Noroeste del muro B. En el área meridional de la habitación 1, a una cota de -4,19 m de profundidad, documentamos un nivel de cenizas de 6 cm de potencia.

Los materiales arqueológicos consisten en alguna cerámica común y de cocina, tres fragmentos de *terra sigillata*, algunos fragmentos óseos (una pieza dental humana...) y una piedra trabajada.

La cota de profundidad de este estrato es de -4,21 m en la habitación 1 y de -4,25 m en la habitación 2, una diferencia de 4 cm atribuible al descubrimiento de un suelo en la primera de estas unidades habitacionales.

Nivel IX

Al Suroeste, la tierra es compacta, de color marrón oscuro, con abundantes tejas, cantos, yeso y restos óseos. Su cota de profundidad es de -4,40 m.

Habitación 1

La tierra es de color marrón rojizo y más compacta que la de la habitación 2. Hay abundantes fragmentos de tejas, procedentes del derrumbe de la cubierta de esta dependencia.

A -4,64 m de profundidad, en el límite meridional de la cuadrícula, aparece un galbo de TSA C decorado con medallones, uno de los cuales encierra la figura de un león. Se aprecia una doble fila de medallones separados por una banda en altorrelieve. Al estar fragmentado no podemos distinguir claramente la especie de animal inserto en el medallón derecho. Tan sólo se ha conservado, prácticamente completo, el izquierdo, que tiene dos círculos concéntricos (figs. 171-172). Entre los restantes materiales arqueológicos cabe enumerar cerámica común, de cocina, otros cuatro fragmentos de *terra sigillata*, un fragmento de cerámica gris, una quijada de equino, un hueso de ave y algunos diminutos fragmentos de vidrio de color azul verdoso.

En el sector oriental aflora la roca natural del terreno, mientras que en el occidental se encuentra a un nivel más bajo. A -4,75 m de profundidad llegamos al mayor declive de la roca, al Suroeste del muro B, en el punto donde éste finaliza. En la confluencia de ambas estructuras (A y B) la roca madre se halla a -4,40 m de profundidad y en el centro de la habitación, a una cota de -4,61 m. Se advierte, por tanto, que va descendiendo suavemente hacia el Oeste.

Habitación 2

El material arqueológico es el siguiente: cerámica común romana y de cocina (abundante), un fragmento vidriado con decoración de cuerda seca sobre un fondo de tono melado (sobre este tipo de cerámica medieval islámica, cfr. PUERTAS, 1982-83, 265-279, que la fecha en los siglos XI-XII), treinta y dos fragmentos de *terra sigillata* (algunos de ellos cubiertos con un buen barniz), una

gran ficha de piedra y otra de teja, huesos de ave, de vacuno y de cerdo, una mandíbula inferior de equino, fragmentada, una mandíbula inferior humana, igualmente fragmentada, una loseta de piedra de forma triangular, varios fragmentos de baldosas de barro, una tesela de piedra (vestigios de pavimentos), escoria mineral de hierro, un fragmento de escoria de fundición de plomo y una moneda de bronce, con un módulo de 25 mm, inclasificable debido a su alto grado de mineralización, localizada a -4,27 m de profundidad, junto a una argolla de hierro, incompleta. A tenor de su análisis metalográfico (*vid. supra* capítulo VIII.1.2, fig. 115, n.º inv. 12153), esta pieza monetaria de vellón podría ser un antoniniano o, acaso, un ejemplar de época medieval. La corrosión sufrida a causa de la acidez y humedad del terreno es enorme.

Así pues, podemos comprobar que incluso los niveles más profundos del yacimiento están contaminados por materiales arqueológicos de época posterior (concretamente, cerámicas del Medievo).

La tierra es de color marrón y poco compacta. Hay numerosas tejas, cantos, yeso y carbón. Algunas de esas tejas y piedras pequeñas están quemadas. Asimismo, junto al perfil septentrional descubrimos algunas bolsadas de ceniza, con escasos fragmentos de carbón. Al estar asociadas a los numerosos restos óseos anteriormente citados, nos inducen a pensar que son resultado de la actividad de cocinar, más que de un incendio. Por otro lado, los escasos fragmentos de escoria no parecen ser indicativos de una importante actividad metalúrgica llevada a cabo en este lugar.

Al Noroeste aparece gran cantidad de tejas y algunas piedras de pequeño tamaño, mientras que al Noreste abundan más las piedras que las tejas.

A una cota de profundidad de -4,37 m ponemos al descubierto la roca natural del terreno, que aflora a un nivel superior en el ángulo nororiental: a -4,20 m. Se trata de una arenisca de color amarillo claro.

Nivel X

La lista de materiales arqueológicos se compone de alguna cerámica común, dos fragmentos vidriados de tono melado, diez fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos (dos molares de rumiante...), un fragmento de vidrio, un *pondus* troncopiramidal de plomo (más información acerca de la tipología de los *pondera* en CASTRO CURIEL, 1985, 230-253), dos fragmentos de clavos de hierro y, a -4,45 m de profundidad, un cuarto de moneda de bronce, fragmentada y en pésimo estado de conservación, por lo que es inclasificable (n.º 1 del catálogo, fig. 119, *vid. supra* último cuadro de resultados de análisis metalográficos, fig. 115). Se trata de moneda cívica, es decir, de una ceca hispana, probablemente del siglo I d.C. Corresponde a un cuarto de as, cuya circulación fue frecuente desde Augusto hasta Calígula.

La roca base es muy irregular. En el centro del sector septentrional es de color rojizo y aflora a -4,47 m de profundidad, lo que pone de manifiesto sus acusados desniveles.

Habitación 2

Varias hiladas de mampostería del muro B sobresalen una con respecto a la continua inferior, en su cara septentrional, de modo que se trata de un

paramento bastante irregular. En total, se conservan once hiladas de esta estructura.

Al Noroeste se concentra un derrumbe de piedras (pertenecientes a dicha UC), algunas de las cuales son de gran tamaño, además de varios fragmentos de tejas.

El terreno es de color marrón y poco compacto. Tanto la cerámica común romana como la de cocina son abundantes. Su excavación también nos proporciona una ficha de cerámica y otra de piedra, un fragmento de ladrillo, *terra sigillata*, escasos fragmentos óseos (fauna), un clavo de hierro, escoria de este mismo mineral, un fragmento de bronce y una lasca de sílex (posible diente de hoz).

La roca natural del terreno es de color rojo, pero no totalmente uniforme en su cromatismo, ya que son perceptibles diversas vetas de color crema.

La cota más baja de profundidad de dicha roca es de -4,47 m al Noroeste, -4,70 en el área centro-occidental y -4,83 en el sector suroeste. Al Noreste sube a -4,37 m; cerca del perfil septentrional hay una depresión, donde llega a -4,51 m. En el centro de la habitación alcanza -4,65 m y al Suroeste, junto a la cara externa del muro B, -4,63 m. Ofrecemos una relación de todas estas cotas para poner de manifiesto los altibajos que presenta la roca madre.

Los dibujos del material cerámico de esta cuadrícula 12 corresponden a las láminas CLXVII-CXCV, Anexo II.2.

ESTRATIGRAFÍA

PERFIL NORTE

UE I

Relleno, con abundantes piedras.

UE II

Relleno, con menor cantidad de piedras y una bolsada de tierra verde cenicienta en el centro.

UE III

Relleno de piedras más pequeñas, al Oeste aparece mayor cantidad de tejas y al Este hay mayor presencia de piedras.

PERFIL SUR

Sector oriental

UE IV

-Tierra de color marrón rojizo claro.

UE V

-Tierra de color marrón claro.

UE VI

-Tierra marrón.

UE VII

-Tierra de color marrón oscuro, con abundantes restos óseos concentrados junto al perfil oriental.

UE VIII

-Tierra verde cenicienta.

UE IX

-Tierra roja, junto a la que hay una bolsada envuelta en una fina capa de carbón y compuesta por:

IX.a. Tierra roja.

IX.b. Tierra verde.

IX. c. Tierra verde oliva.

IX. d. Tierra roja.

IX. e. Tierra gris.

IX. f. Tierra crema.

IX. g. Tierra de color marrón claro.

IX. h. Tierra de tonalidad blanquecina.

UE X

-Tierra roja.

UE XI

-Fina capa de tierra color crema.

UE XII

-Tierra de color marrón rojizo.

UE XIII

-Tierra roja, junto a otra verde cenicienta localizada al Oeste.

UE XIV

-Carbón.

UE XV

-Tierra de color marrón rojizo, con grava y cal.

Sector occidental**UE XVI**

-Relleno de cal.

UE XVII

-Tierra de color marrón rojizo claro.

UE XVIII

-Tierra de color marrón claro.

UE XIX

-Tierra marrón.

UE XX

-Tapial.

UE XXI

-Tierra marrón.

UE XXII

-Tierra roja.

UE XXIII

-Tierra marrón, con dos bolsadas de tierra de colores verde amarillento y verde oscuro.

PERFIL ESTE

Sector septentrional

UE I

-Relleno de cal.

UE II

-Tierra de color marrón rojizo claro.

UE III

-Tierra marrón, con un relleno de argamasa y cal.

UE IV

-Tierra marrón.

UE V

-Tierra de color marrón oscuro.

UE VI

-Tierra marrón.

UE VII

-Tierra de color marrón oscuro.

UE VIII

-Relleno de piedras y tejas.

Sector meridional

UE IX

-Tierra de color marrón rojizo claro.

UE X

-Tierra de color marrón claro.

UE XI

-Tierra de color marrón oscuro.

UE XII

-Tierra marrón, con dos bolsadas de tierra verde cenicienta, una de ellas con grandes huesos, y una tercera bolsada localizada sobre el muro A, junto al perfil meridional.

PERFIL OESTE

UE I

Relleno de cal.

UE II

II.a. Relleno de piedras. El muro de tapial arranca del perfil meridional y se prolonga hasta la mitad del perfil occidental.

II.b. Más abajo se dispone una capa de tierra roja, paralela al muro de tapial y a lo largo de 50 cm aproximadamente.

UE III

Relleno, con menor presencia de piedras.

UE IV

Derrumbe, documentado en el sector septentrional.

SECUENCIA CULTURAL

La lectura propuesta de dicha secuencia cultural es la siguiente:

1. Una primera etapa habitacional corresponde a la Tardoantigüedad. Merece destacarse el hallazgo de algunos fragmentos de alabastro, pertenecientes a pequeños recipientes que debían de ser objetos de prestigio, contenedores de perfume o ungüento. Con toda probabilidad, serían importados. Asimismo, encontramos varias piedras de molino, entre ellas, una de basalto vesicular, de un molino de rotación, también lascas de sílex, que acreditan tareas relacionadas con la explotación agrícola, y fragmentos de granito, que no provienen de las canteras de la comarca. La roca natural presenta notables desniveles. Por esa razón, los constructores romanos crearon una consistente base preparatoria con un relleno de cantos, gravilla, tejas..., con el objetivo de conseguir una superficie bien nivelada donde asentar las construcciones e instalar algún pavimento, fuera en *opus tessellatum* u *opus signinum*, como podría deducirse del hallazgo de varias teselas, o de otro tipo, tal vez, un piso de baldosas, de las que contamos con algunos fragmentos, o bien un enlosado de piedra, ya que apareció una loseta. J.-P. Adam (1996, 251) señala que la forma “más sencilla de garantizar un suelo de circulación consiste en cubrirlo con losas de piedra asentadas directamente sobre el suelo natural o, aún mejor, sobre una capa preparatoria de arena o de gravilla”. Recomendación acorde con la última de esas evidencias materiales.
2. Un segundo momento está representado por un muro cuya base es de mampostería y el alzado es de tapial enlucido con una mezcla de cal y arena. Aparece desplomado, asociado a cerámicas vidriadas... Podríamos datarlo a finales del Medievo o, a lo sumo, inicios de la Edad Moderna. A la Edad Media parece corresponder una tumba formada por lajas de piedra, de la que se conservan sólo parcialmente restos de la inhumación y en cuya fosa aparecen materiales entremezclados, de diferente adscripción cronológica (romana, medieval, etc.).
3. La última fase de ocupación es de época contemporánea.

MURO TESTIGO ENTRE LAS CUADRÍCULAS 11 y 12

DESCRIPCIÓN

Nivel I

Consiste en un gran relleno de piedras, ladrillos y tejas. El terreno es de color rojizo, con argamasa y cal entremezcladas.

En cuanto a los materiales arqueológicos, encontramos muy escasa cerámica, de la que destacaremos un fragmento vidriado de color rojo burdeos, asimismo, un objeto alargado de hierro, indeterminado, y una moneda de vellón, un cornado de Alfonso XI (1312-1350), acuñado en la ceca de Burgos (n.º 17 del catálogo, fig. 135, cfr. ÁLVAREZ BURGOS, 1998, III 80-83, lám. n.º 335-1). Está incompleta y presenta un gran desgaste.

Nivel II

La tierra es de textura fina y muy compacta, de 17 cm de potencia. Tiene un color marrón oscuro, sin apenas cal (salvo algunas motas) ni impurezas.

Es un nivel estéril desde el punto de vista arqueológico.

Nivel III

La tierra es de color marrón oscuro, con abundantes fragmentos de teja, piedras de diferentes tamaños de arenisca roja, argamasa, motas de carbón y de cal, pequeñas manchas de ceniza blanca, etc.

La relación del material arqueológico es bastante extensa: cerámica común, algún fragmento de cerámica de cocina, vidriada (melada y de un tono verde claro), un fragmento de cerámica pintada, dos fragmentos de *terra sigillata*, un pequeño fragmento de bronce, tal vez perteneciente a una moneda muy mineralizada, escoria mineral, dos lascas de sílex, cuarcita, un fragmento de molino de rotación de basalto, un fragmento de vidrio y dos grandes fragmentos de estuco pintado de marrón claro, procedente del muro de tapial que aflora en la zona central de este muro testigo.

A continuación se dispone una capa de 32 cm de potencia de ceniza de textura muy fina, sin presencia de carbones. Nos proporciona varios fragmentos de cerámica de cocina.

Nivel IV

En el sector oriental del muro testigo aparecen algunas delgadas losas de piedra de gran tamaño.

Nivel V

Según comprobamos, esas grandes losas acabadas de mencionar forman parte de la cubierta de una tumba. Al levantarlas descubrimos debajo lo que parece ser un enterramiento secundario, probablemente medieval. En el registro arqueológico figuran dos cráneos y diversos restos óseos humanos, algunos de

los cuales se embuten en el perfil oriental. Se hallan en mal estado de conservación y no están asociados a ningún elemento de ajuar funerario.

Seguimos documentando el gran muro de tapial desplomado al que ya hicimos alusión al describir el nivel III, pues se derrumbó en sentido Este-Oeste, presentando un acusado buzamiento.

El repertorio de material arqueológico comprende cerámica común, doce fragmentos de *terra sigillata*, una ficha de cerámica, restos óseos humanos y de fauna diversa, escoria mineral, un fragmento de hierro y dos fragmentos de vidrio.

Se excava por completo el muro de tapial, que al caer quedó con la cara estucada hacia abajo, sobre un relleno de escombros de escasa consistencia. El revestimiento de pintura es de color beige oscuro.

Nivel VI

Al Sureste detectamos una bolsada de tierra verde (marga), de 1,40 m de largo (en sentido Este-Oeste) por 14 cm de ancho (de Norte a Sur), a una cota de -1,61 m.

Apenas hay materiales arqueológicos, excepto un fragmento de vidrio (borde), un fragmento de *terra sigillata* pintada y una piedra trabajada, de forma redondeada, probablemente un machacador.

Nivel VII

Se trata de una fosa colmatada de piedras y escombros (sector oriental del muro testigo).

Contiene los siguientes materiales arqueológicos: cerámica común, cuatro fragmentos de *terra sigillata*, una ficha de cerámica, escasos restos óseos, escoria mineral de hierro, dos fragmentos de vidrio y un candil medieval, con fractura antigua, del que se conserva sólo la piqueta.

Nivel VIII

En el sector occidental del muro testigo, bajo el muro de tapial, la tierra es de color marrón-ocre, poco compacta, con algunas tejas, cantos, motas de carbón y delgadas vetas de tierra de tonalidad anaranjada.

El listado del material arqueológico incluye cerámica común, tres fragmentos vidriados de color melado, alguna cerámica de cocina, siete fragmentos de *terra sigillata*, material óseo (fauna), un clavo de hierro, dos fragmentos de vidrio y una piedra negra con marcas de golpes, aplastada y redondeada, que es un probable machacador.

Nivel IX

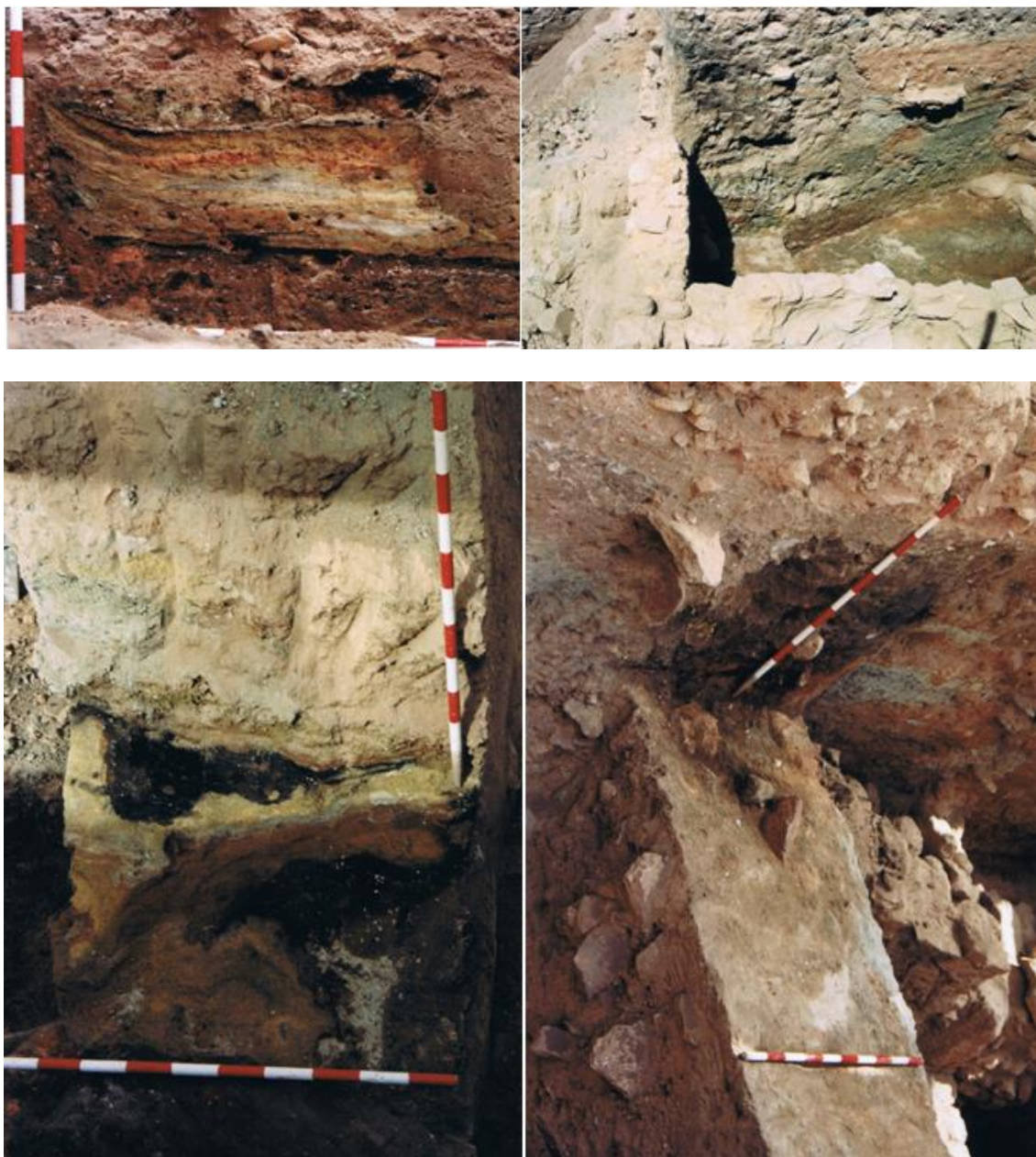
Es un terreno de color marrón oscuro, poco compacto, con escasas tejas y piedras.

Ponemos al descubierto algunos mampuestos del muro B, que delimita las habitaciones 1 y 2.

En el sector noreste del muro testigo se aprecia una estratigrafía muy compleja y variada (figs. 553-556).

La parquedad de material arqueológico es notable: cerámica común, algún fragmento de cerámica vidriada, cinco fragmentos de *terra sigillata*, una ficha de piedra y varias vértebras humanas.

Alcanzamos el nivel de la roca natural del terreno, a unos 5,50 m de profundidad respecto al nivel de superficie de la plaza.



Figs.553-556. Estratigrafía. Foto: García Bueno.

CUADRÍCULA 9

DESCRIPCIÓN

Se halla al Norte de la cata 8 y al Este de la 12. Tiene unas dimensiones de 4 x 4 m.

Nivel Superficial

Tiene 47 cm de potencia. El terreno está muy removido, no obstante, es muy compacto, endurecido por el continuo paso del tráfico rodado. Es de un tono marrón rojizo claro, con motas de cal, piedras pequeñas y guijarros.

En el área noroccidental la tierra es de color rojo y especialmente compacta.

El listado de materiales arqueológicos incluye alguna cerámica común, dos fragmentos de *terra sigillata*, varios de ladrillo, una teja roja con marcas de dedos, restos óseos de fauna diversa, un gran clavo de hierro, una lasca de sílex (diente de hoz), siete fragmentos de vidrio, una piedra de granito, que recogemos por no ser natural del lugar, un fragmento de escoria mineral de hierro y otro de estuco con restos de pintura azul. A la vista de todo ello, se pone de manifiesto la alteración de la estratigrafía del yacimiento.

Al Noroeste recuperamos algunos fragmentos de vidrio y un objeto del mismo material, de color negro, que presenta una decoración torneada, pudiendo tratarse de un aplique decorativo (figs. 152 y 557).

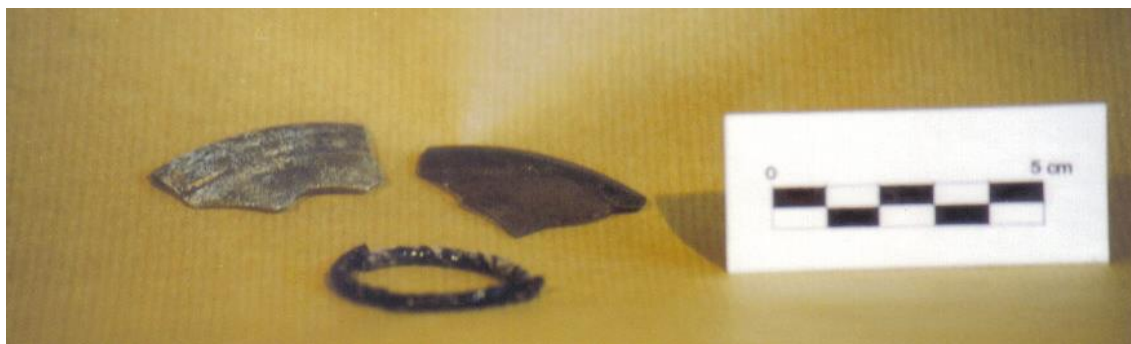


Fig. 557. Vidrio. Foto: García Bueno.

Nivel I

La tierra del sector sureste es de color marrón oscuro y poco compacta. Aparecen algunos restos óseos humanos entremezclados y en completo desorden, diseminados por toda la zona. Su estado de conservación es sumamente deficiente.

Hacemos una breve reseña de los materiales arqueológicos: cerámica común, alguna vidriada (escasa en comparación con la del anterior nivel), *terra sigillata*, fragmentos óseos, otro de vidrio y una pequeña piedra con restos de óxido.

En el área suroccidental la tierra es muy compacta, de un color marrón muy oscuro, casi negra, por la gran densidad de ceniza y carbón.

Junto al perfil meridional de la cuadrícula descubrimos los restos óseos de una mano humana.

La mitad superior de esta alzada está constituida por un terreno marrón claro, con cal y yeso, mientras que la capa inferior es de color negro cenicienta. Hay gran cantidad de guijarros.

Cabe interpretar el hallazgo de cal como un indicio probable del intento de detener el contagio de enfermedades contagiosas que con frecuencia diezmaron la población hispánica en épocas pasadas (epidemias de peste...).

El material arqueológico es bastante variado: cerámica común, en contraste con la vidriada (de colores melado y verde), bastante más escasa, dos fragmentos de *terra sigillata*, otros dos de ladrillo, huesos humanos (además de los ya mencionados, aparece un cráneo al Sureste), tres lascas de sílex, una ficha de cerámica, granito, tres fragmentos de vidrio, un clavo de hierro y un fragmento de este mismo metal, que corresponde al fondo de un pequeño recipiente.

En el sector septentrional, a una cota de -0,62 m de profundidad con respecto al nivel de superficie de la plaza, detectamos una capa de tierra prensada de 16 cm de potencia. Su tono es marrón claro, con manchas blancas de cal, que se dispone sobre otra capa de tierra de color marrón oscuro, casi negro por su alto contenido en cenizas, algo menos compacta que la primera, pero bastante consistente también. Son estratos muy irregulares.

Al Noroeste la tierra es algo menos compacta. Documentamos alguna madera carbonizada y varias piedras de arenisca roja de diferentes tamaños (destacando en particular una de ellas, bastante grande), que forman parte de un derrumbe.

En el centro de la cuadrícula aparece un cráneo de un individuo adulto. Los huesos humanos descubiertos se encuentran en un estado de descomposición tal que no es posible extraerlos completos, ya que se deshacen al intentarlo.

En el elenco de materiales arqueológicos figura cerámica común, escasa cerámica vidriada, seis fragmentos de *terra sigillata*, tejas, numerosos ladrillos, restos óseos, dos clavos de hierro, un fragmento de bronce, otro de vidrio, cinco lascas de sílex, una piedra trabajada, otra de granito y varias fichas de cerámica (una de ellas fragmentada y perforada en el centro).

Al Noreste se repiten los mismos cambios cromáticos del terreno constatados en el área noroccidental: primero hay una capa de tierra marrón clara muy compacta, dispuesta sobre otra marrón oscura y algo menos compacta.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende abundante cerámica común, algunos fragmentos de cocina, escasa cerámica vidriada, seis fragmentos de *terra sigillata*, una teja, tres fragmentos de ladrillos, dos fichas de cerámica, restos óseos (entre ellos, varias piezas dentales humanas), una lasca de sílex, dos fragmentos de vidrio, un fragmento de piedra de molino, granito, escoria de plomo y de hierro y un objeto de bronce, probablemente un anillo, muy mineralizado.

Nivel II

La tierra de la zona noroeste, de color rojizo anaranjado, es menos compacta que la de niveles superiores. Contiene gran cantidad de cantos, algunas tejas, piedras de mediano y gran tamaño..., que corresponden a un derrumbe.

Resulta muy significativa la presencia de dos molinos rotatorios: uno de ellos, de granito, está partido y mide 40 cm de longitud por 15 cm de ancho por 7 cm de espesor. En sus inmediaciones encontramos otro molino de rotación, esta vez de piedra arenisca roja, cuyas dimensiones son 40 cm de largo por 19 cm de ancho por 6,50 cm de grosor. Del perfil occidental, al Norte, sobresale lo que parece ser parte de otra piedra de molino similar, imposible de extraer para no ocasionar el desmoronamiento del terreno. Asimismo, recogemos una posible piedra irregularmente trabajada (lám. CCXXXVI, 1, Anexo II.2). Entre el restante material arqueológico cabe resaltar un fragmento del borde de un recipiente de hierro, dos teselas de piedra, abundante cerámica común, cinco fragmentos de *terra sigillata*, una ficha de cerámica, fragmentos óseos de fauna diversa y un clavo de hierro. Estos hallazgos constituyen un argumento sustantivo de la existencia de un espacio destinado a actividades productivas (molienda...), del que procederían.

Al Noreste, la tierra es de una tonalidad grisácea cenicienta. Lo más relevante del material arqueológico es la abundante cerámica de cocina, un par de fragmentos de cerámica vidriada, de color melado, dos fragmentos de ladrillo, una teja, restos óseos, un fragmento de escoria mineral de hierro, dos de vidrio y dos lascas de sílex. Es de subrayar la ausencia de *terra sigillata*.

En el sector sureste la tierra es bastante compacta, con abundante ceniza y carbón. Tiene un color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra, calcinada, y pequeños nódulos de cal dispersos.

Se documentan restos de varias inhumaciones, de las que se ha conservado una casi completa (nos referiremos a ella como enterramiento n.º 1). Se trata de un individuo de complexión fuerte, probablemente varón, enterrado en posición decúbito supino, con la cabeza orientada hacia el Oeste y ligeramente incorporada. La mitad inferior del cuerpo queda fuera de los límites de la cuadrícula, bajo el perfil oriental. Depositados alrededor del mismo hallamos otros tres cráneos, que corresponden a un enterramiento secundario. No se trata, por tanto de una inhumación individual, sino colectiva, al haber restos de cuatro individuos enterrados en la misma fosa (los tres cráneos, lógicamente, pertenecerían a los enterramientos más antiguos), lo que revela que este ámbito funerario fue reutilizado en diferentes momentos. Este sistema implica que una misma sepultura se empleaba para acoger varios cuerpos en etapas sucesivas, procediéndose a amontonar en un rincón o en los laterales los restos más antiguos.

El individuo del enterramiento n.º 1 tiene el cráneo fracturado, estando hundido el hueso occipital. Seguramente perteneció a una persona que falleció joven, puesto que conserva la dentadura en muy buen estado, sin evidencias de un acusado desgaste. La mandíbula inferior debió de caerse por su propio peso y a consecuencia de ello quedó descolgada, de tal manera que la boca estaba abierta. Presenta ambos brazos doblados sobre el tronco. La deposición del cuerpo inhumado parece haberse realizado directamente sobre el suelo, tal vez envuelto en un simple sudario, pero, dado que la materia orgánica se descompone con facilidad, no ha quedado ningún vestigio del mismo; tampoco han aparecido objetos de adorno personal (broches, botones, hebillas de cinturón, etc.) u otros elementos indicativos de que el cadáver hubiera sido enterrado vestido.

Al exhumar dichos restos óseos, se deshacen con facilidad cuando entran en contacto con el aire, además, la tierra está muy húmeda, lo que acelera el proceso de descomposición.

Junto al enterramiento n.º 1 (al Sur del mismo) recogemos tres fragmentos cerámicos de época medieval: un galbo vidriado de color melado, un plato fragmentado, del que es posible reconstruir su forma completa, y otro galbo de cerámica común. De ello se desprende que su adscripción cronológica es medieval.

Al Suroeste, el terreno se caracteriza por ser poco compacto y de un tono marrón claro-ocre.

Junto al perfil meridional del corte sale a la luz una posible estructura a la que denominamos muro A. A 1 m al Norte del mismo descubrimos una teja curva de gran tamaño y color gris. Otros materiales arqueológicos reseñables son: abundante cerámica común, escasa cerámica vidriada y de cocina, dos fichas de cerámica (una de ellas horadada), otra de piedra, dos fragmentos de ladrillos, un copioso número de restos óseos, tres clavos de hierro, una lasca de sílex, dos fragmentos de piedra de molino, uno de escoria mineral de hierro y una piedra trabajada.

Resumiendo, al Noroeste la tierra es de una tonalidad rojiza anaranjada, al Noreste es grisácea cenicienta y al Sur es de color marrón con manchas de ceniza y carbón, que forman bolsadas, particularmente al Sureste. Es muy poco compacta en la mitad meridional de la cata.

Nivel III

Esa última característica persiste en la parte meridional.

Se aprecia un cambio de coloración del terreno: al Suroeste es de un tono rojo y al Sureste es marrón oscuro, con manchas de tierra negra, calcinada, coincidiendo con la zona en la que, a una cota superior, se hallaban las inhumaciones anteriormente descritas.

Al Suroeste se documenta un nivel de cenizas y carbones, cuya cota de profundidad es de -2,24 m y tiene una potencia de 6,50 cm, mientras que al Sureste hay una bolsada de marga verdosa con fragmentos dispersos de carbón.

El sector noreste presenta gran cantidad de tejas, cantos y piedras de mediano tamaño, que configuran un potente relleno. La tierra es de color marrón, aunque en el área central reaparece el referido nivel de cenizas, a -2,40 m. Entre las mismas recuperamos un objeto de hierro de 10 cm de longitud, que parece ser un mango de cuchillo.

Podemos enumerar otros materiales arqueológicos, tales como abundante cerámica común y de cocina, tres fragmentos de cerámica vidriada de color melado, ocho fragmentos de *terra sigillata*, una teja con digitaciones, escasos restos óseos, algunos de ellos humanos, un clavo de hierro, escoria de plomo e hierro, cinco fichas de cerámica (dos de ellas perforadas en el centro), una tesela de piedra y algunas piedras trabajadas.

Al Noroeste hay varias piedras de gran tamaño. Asimismo, detectamos dos estratos superpuestos: el superior es una capa de tierra de color marrón y poco compacta, en tanto que el segundo es de color rojo.

En el centro del área septentrional constatamos la existencia de una mancha de cenizas y carbón, que localizamos también al Sur.

La relación de materiales arqueológicos está compuesta por abundante cerámica de cocina y común, dos fragmentos de cerámica vidriada, otros dos de *terra sigillata*, tres fragmentos de ladrillos, algunos fragmentos óseos de fauna diversa, varios fragmentos de hierro, uno de vidrio, una lasca de sílex (diente de hoz), cuatro fichas de cerámica y una moledera de piedra arenisca blanca.

Del supuesto muro A queda una sola hilada de mampuestos, que se asienta directamente sobre la tierra, no sobre la roca natural del terreno. Podría tratarse de una UC prácticamente arrasada.

Nivel IV

Podemos distinguir diferentes UU.EE.: una capa de cenizas de 4 cm de potencia, bajo la que se dispone otra de tierra de color marrón, de 2 cm de espesor, a continuación, un nuevo estrato de cenizas, de 2 cm, después, una capa de tierra de color rojo, de 8 cm y, por último, otra UE de color marrón, de 6 cm. La tierra roja es compacta, en contraste con los estratos restantes, que apenas lo son. Sus cotas de profundidad abarcan desde -2,40 m a -2,62 m.

Al Sureste hay una capa de tierra de color marrón, de 8 cm de espesor, sobre otra de un tono verde, de 2 cm que, a su vez, se dispone sobre un nivel de cenizas de 5 cm de potencia, a continuación, otro estrato de tierra marrón, de 3 cm y, finalmente, otro de un terreno rojo, de 4,5 cm de espesor.

La lista de materiales arqueológicos es bastante extensa: abundante cerámica común (de la que merece destacarse un asa, de un recipiente de gran tamaño), escasos fragmentos vidriados (uno de ellos con decoración geométrica verde), alguna de cocina, una baldosa de piedra, un ladrillo, veinte fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos, dos cuernos (de ganado bovino), un objeto de hierro, indeterminado, escoria mineral de hierro, un clavo y un fragmento del mismo metal, una concha de molusco, cuatro fragmentos de vidrio, una tesela de piedra, una gran piedra trabajada, tres fichas de cerámica (una de las cuales tiene una perforación) y un fragmento de pizarra pulimentada por una de sus caras.

Al Suroeste hay una capa de tierra de tonalidad verde cenicienta que se dispone sobre un estrato de color marrón claro, en tanto que al Noroeste desaparece la primera de estas UU.EE., documentándose tan sólo la tierra de color marrón. Hay numerosas motas de cal y carbón diseminadas por toda la cuadrícula. El material arqueológico se reduce a cerámica común, un fragmento de *terra sigillata*, un ladrillo con digitaciones y media mandíbula inferior (fauna).

Nivel V

Se observa una variación cromática del terreno: al Sureste es verde, al Norte es marrón, bastante compacto, y en el centro de la cata hay una bolsada de tierra verde clara, más compacta que la marga verde cenicienta, con abundante carbón, documentada en la zona meridional.

Los materiales arqueológicos son los siguientes: gran cantidad de cerámica común, dos ladrillos, abundante *terra sigillata* (hay algún fragmento de gran tamaño), numerosos restos óseos y fragmentos de hierro, escoria de plomo, fichas de cerámica y de piedra, dos teselas de piedra y dos fragmentos de vidrio.

Al Noreste hay una bolsada de tierra de tonalidad rojiza anaranjada, de 32 cm de potencia, sobre una capa de tierra verde, con carbón, cuyo espesor oscila

entre 12 y 20 cm, que se va ensanchando hacia el ángulo Noreste y corta el estrato de tierra roja.

De nuevo, es perceptible un contraste bicolor de la tierra: al Oeste es de color marrón claro y al Noreste hay un estrato de marga verde, con carbón disperso, que tiene 12 cm de potencia.

Bajo el derrumbe del sector noroccidental, formado por grandes piedras, se detecta un nivel de incendio, durante cuya excavación aparece madera carbonizada un hueso endurecido al fuego y pulimentado, un pequeño fragmento de bronce. A continuación se dispone un estrato de tierra de color rojo anaranjado en la zona oeste y verde en la parte oriental. Nos proporciona alguna cerámica común, una ficha de piedra, dos fragmentos de *terra sigillata*, material óseo (fauna) y tres pequeños fragmentos de hierro.

La cota de profundidad es de -2,80 m.

El restante material arqueológico recuperado al Norte consiste en cerámica común, alguna vidriada (un galbo con fondo blanco y decoración lineal verde), algún fragmento de cerámica de cocina, una ladrillo, 16 fragmentos de *terra sigillata*, uno de ellos de TSC), una ficha de cerámica, escaso material óseo, escoria mineral de hierro, un clavo y un fragmento informe de este mismo metal.

Nivel VI

Al Noreste hay un estrato de tierra de color verde y poco compacta, con fragmentos de carbón, de 20 cm de potencia. En esta zona nororiental constatamos también la existencia de una mancha circular de tierra marrón, que tiene un diámetro de 1,50 m, con gran cantidad de piedras pequeñas. Asimismo, en la esquina del corte aparece una delgada capa de tierra marrón. En este punto aflora una alineación de grandes piedras, pertenecientes a otro muro (B), que discurre en sentido Noroeste-Sureste.

Los materiales más significativos son: cerámica común y *terra sigillata* abundantes, escasos fragmentos de cerámica de cocina, dos fragmentos de teja, uno de ellos con decoración ondulada, numerosos restos óseos, un fragmento informe de hierro, dos objetos planos y redondos del mismo metal, al igual que un clavo y escoria mineral, dos fragmentos de vidrio, otros dos de bronce, uno de cuarcita trabajada, tres fichas de cerámica y una de piedra.

Por lo que respecta al área noroccidental, el terreno es de color marrón en la franja septentrional y de un tono verde grisáceo en la parte central.

Hay algunos fragmentos dispersos de madera carbonizada. Al Suroeste se dispone otra UE de tierra marrón.

Alcanzamos una cota de -3,02 m de profundidad.

Entre los materiales arqueológicos, es destacable la gran cantidad de *terra sigillata*, cerámica común y de cocina, además de dos fragmentos de ladrillo, una lasca de sílex, algún material óseo, dos fichas de cerámica y una de piedra, escoria mineral de hierro y un fragmento de forma redondeada de este mismo metal, por último, en el centro del sector meridional hay esparto quemado.

Nivel VII

Al Sureste aparece otra mancha circular de tierra de color marrón, con algunos cantos, muy compacta, rodeada de una tierra verde grisácea con abundante carbón disperso y menos compacta que la anteriormente mencionada.

En el sector nororiental sacamos a la luz una nueva estructura, el muro C, que discurre de Noreste a Suroeste, confluyendo con el muro B.

Al Norte se documenta una tierra de color rojo poco compacta, que corta un estrato de marga verde, con abundante carbón, próxima al muro C. Se trata de la fosa de cimentación de esta estructura.

La cota inferior de profundidad es de -3,21 m.

En el registro arqueológico figura abundante cerámica de cocina, cerámica común, *terra sigillata* (algún fragmento decorado a la ruedecilla), escoria mineral de hierro y de fundición de plomo, restos óseos, una lasca de sílex, una tesela, algunas piedras trabajadas, tres fragmentos de vidrio, cinco fichas de cerámica y madera quemada procedente de la zona suroeste.

Al Noroeste la tierra es de color marrón claro, sin tejas ni piedras.

Materiales arqueológicos: cerámica común, numerosa *terra sigillata*, escaso material óseo, entre el que cabe destacar un fragmento quemado (para endurecerlo) y pulimentado, dos teselas, dos lascas de sílex, escoria mineral de hierro y dos piedras trabajadas.

Descubrimos una gran piedra de arenisca roja, perteneciente a la estructura A, con un rebaje circular en el centro, con toda probabilidad, una quicialera perteneciente a la puerta de acceso a este recinto.



Figs. 558-559 .Estructuras romanas. Foto: García Bueno.

Nivel VIII

En el sector oriental la tierra es de una tonalidad verde cenicienta, con abundante carbón.

Junto a la cara interna del muro B documentamos una tierra roja, correspondiente a su fosa de cimentación, en tanto que la restante es de color marrón en el centro y verde tanto al Sur como al Oeste de este ámbito al que denominamos **habitación 1**.

Al Norte aflora una nueva estructura, a la que nos referiremos como muro D, quedando así definido otro espacio de ocupación: la **habitación 2**. La orientación del muro D es Este-Oeste (figs. 558-559).

Los principales hallazgos arqueológicos son: cerámica común, algún fragmento de cerámica de cocina, treinta y cinco fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos (colmillos de jabalí, un hueso quemado y pulimentado...), un fragmento de hierro (objeto indeterminado), otro de escoria de este mismo metal y dos de escoria de plomo, un fragmento de cobre, tres fichas de cerámica y una tesela de gran tamaño.

Habitación 2

Está situada en la zona septentrional de la cuadrícula.

La tierra es de tonalidad verde junto al muro D, siendo la restante de color marrón, diferencia cromática atribuible a la fosa de fundación de esta UC. La primera contiene carbón y es de escasa consistencia, por el contrario, el terreno marrón es más compacto, con algunos fragmentos de teja y algunos cantos rodados.

Reseñamos brevemente el material arqueológico: tres fichas de cerámica, escasa cerámica común, tres fragmentos de cocina, cinco de *terra sigillata*, algunos restos óseos (fauna diversa) y un fragmento de cobre.

En el sector occidental de la cata, al Sur del muro D, la tierra inmediata al mismo es de color marrón, dando paso a una marga verde con abundante carbón, tejas y piedras pequeñas.

Ponemos al descubierto otra estructura que arranca de dicho muro D. A este ambiente, localizado en el área occidental del sondeo, lo llamamos habitación 3.

Habitación 3

Encontramos cerámica común y de cocina, cuatro fichas de cerámica, cuarenta y un fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos (fauna), alguna escoria mineral de hierro, un clavo y otros tres fragmentos informes del mismo metal, un fragmento de cobre y esparto quemado.

El muro C se prolonga en dirección Suroeste. Junto a él, al Sureste, la tierra es de un color rojo intenso (corresponde a su fosa de cimentación). La presencia de tejas atestigua aquí el derrumbe de la cubierta.

Alcanzamos -3,40 m de profundidad (cota inferior).

Nivel IX

Habitación 1

Está ubicada al Sureste. La tierra es de tonalidad verde, poco compacta, con abundante carbón.

La cota de profundidad es de -3,60 m.

En el transcurso de su excavación recogemos cerámica común y de cocina, treinta y dos fragmentos de *terra sigillata* (entre ellos, dos grandes fragmentos de un cuenco con decoración de ruedecilla), material óseo, una ficha de cerámica, varios fragmentos de hierro, un clavo, escoria mineral del mismo metal, una piedra pulimentada y varios fragmentos de bronce, muy deteriorados, por lo que es difícil confirmar si pertenecen a un anillo o a un pendiente.

Habitación 2

El terreno es poco compacto, de color marrón.

Aparece cerámica común, tres fragmentos de *terra sigillata*, uno de teja, quemada, con acanaladuras, algún material óseo y una tesela.

Habitación 3

La tierra es de color verde junto al perfil meridional; contiene alguna madera carbonizada, aunque más escasa que en la habitación 1. A 15 cm del perfil meridional se aprecia un cambio en el terreno: es de color marrón hasta el muro D, donde detectamos otro de un tono verdoso. El primero es una mancha de tierra marrón, con abundantes piedras pequeñas y algunos fragmentos de teja.

El repertorio de material arqueológico incluye alguna cerámica común y de cocina, bastante escasa, veinte fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos (fauna), un fragmento de cobre, un clavo y escoria mineral de hierro, dos fichas de cerámica y otra de piedra, una tesela de piedra y esparto quemado (al Suroeste).

Nivel X

Habitación 1

Al Sur, la tierra es de color rojo, muy compacta, con algunos fragmentos de teja, carbones diseminados y motas de cal, mientras que en la zona contigua al muro B es de un tono verde. Se trata de la fosa de cimentación de esta estructura.

Hallamos cerámica común y algún fragmento de cocina, una ficha de piedra, treinta y dos fragmentos de *terra sigillata*, varios fragmentos de ladrillos, escoria mineral de hierro, un fragmento de vidrio, una lasca de sílex, material óseo y un fragmento de bronce (es una tira de metal, de forma semicircular, fracturada por uno de sus extremos).

Habitación 2

Documentamos una capa de tierra de color marrón claro, a la que sigue otra UE de color gris, donde hay abundante carbón. Junto al muro D el terreno es de un color verde intenso, perteneciente a su fosa de cimentación.

Alcanzamos una cota de profundidad de -3,77 m.

La parquedad de material arqueológico es notable: escasa cerámica común y de cocina, un fragmento de *terra sigillata* y dos fragmentos óseos (fauna).

Al limpiar el muro C encontramos entre sus mampuestos algún fragmento de material cerámico y, durante el proceso de limpieza del muro D, un fragmento (borde) de *terra sigillata* decorado con un puntillado.

Habitación 3

Al Sur del muro D el terreno es de color rojo (corresponde a su fosa de cimentación, de 17 cm de ancho), a continuación se documenta una marga verde con algunos carbones y, después, una tierra de color marrón claro, que se extiende hasta el perfil meridional.

La relación de materiales arqueológicos comprende cerámica común (un fragmento de cerámica pintada...), abundantes fragmentos de cerámica de cocina, cuarenta y dos de *terra sigillata*, algunos restos óseos de fauna diversa,

escoria mineral de hierro, un fragmento de vidrio, carbón y un fragmento de madera que no está quemada.

Nivel XI

Habitación 1

La tierra es de color rojo y muy compacta.

Aflora la cimentación del muro B, al Sur de éste, a una cota de profundidad de -3,75 m.

Al Sureste descubrimos una teja con un objeto de hierro adherido (¿un clavo?). Asimismo, escasa cerámica común, tres fragmentos de *terra sigillata*, algún material óseo (fauna), un clavo de hierro y una tesela.

En el sector oriental se acumulan varias piedras pertenecientes a un derrumbe.

Profundizamos hasta una cota de -3,97 m.

Habitación 2

La tierra es de tonalidad gris cenicienta, con abundante carbón, poco compacta. Se dispone sobre un estrato de color marrón claro, también poco compacto.

Contamos con un número muy reducido de materiales arqueológicos: cinco fragmentos de cerámica común, tres de *terra sigillata*, escasos restos óseos (fauna) y un fragmento de hierro gravemente erosionado, tal vez un clavo de gran tamaño.

Habitación 3

Al Sur la tierra es de color verde, con manchas de carbón y cal. Es poco compacta, en contraste con el terreno de color marrón, que lo es algo más, documentándose en la zona oriental del compartimento. El estrato de tierra verde desaparece cerca del perfil occidental. Al Noroeste se dispone una UE de tierra roja (de Norte a Sur). Este cambio se debe a que la fosa de cimentación del muro D ha cortado las restantes UU.EE. (figs. 560-565).

Recuperamos cerámica común (uno de estos fragmentos de cerámica tiene restos de hierro adherido), abundante cerámica de cocina, treinta fragmentos de *terra sigillata*, restos óseos, entre los que cabe destacar los de un gran herbívoro (probablemente, un ejemplar de ganado bovino), dos fichas de piedra y otras dos de cerámica, un fragmento de escoria mineral de hierro y tres teselas.

Nivel XII

Habitación 1

Se concentran numerosas piedras pertenecientes a un derrumbe en el centro de esta habitación, prolongándose hacia el Este.

Sacamos a la luz la roca natural del terreno, cuya cota de profundidad es de -4,12 m.

Los hallazgos más relevantes son: un objeto de bronce, que presumiblemente corresponde a un aplique. Junto a él aparece un objeto de hierro en precario estado de conservación, indeterminado, y otro objeto metálico alargado, de sección cuadrada, con el extremo curvo, en forma de gancho. Además de estos materiales metálicos hay alguna cerámica común, un fragmento (borde) de cerámica de cocina, dos fragmentos de *terra sigillata*, escasos restos óseos, un fragmento de vidrio y una ficha de cerámica.

Habitación 2

En el área central del sector septentrional documentamos una bolsada de carbón de 5,5 cm de potencia. Al Sur registramos la presencia de varias tejas dispuestas unas sobre otras en posición vertical, desplomadas (fig. 73).

El material arqueológico es muy exiguo: escasa cerámica común, un fragmento óseo (fauna) y una gran tesela de piedra.

Durante el proceso de limpieza del muro B recogemos otros materiales arqueológicos, tales como cerámica común, un fragmento (borde) de cerámica de cocina, siete fragmentos de *terra sigillata*, escaso material óseo, una tira de metal, un fragmento de bronce, que podría pertenecer a un alfiler de fíbula, un fragmento de escoria de fundición de plomo, un fragmento de vidrio y una ficha de *terra sigillata*. A su vez, durante la limpieza del muro D aparece otro fragmento de vidrio.

Finalmente, descubrimos la roca madre, que al Suroeste tiene una cota de -4 m de profundidad y al Noreste aflora a -4,20 m, siendo éste su punto más alto.

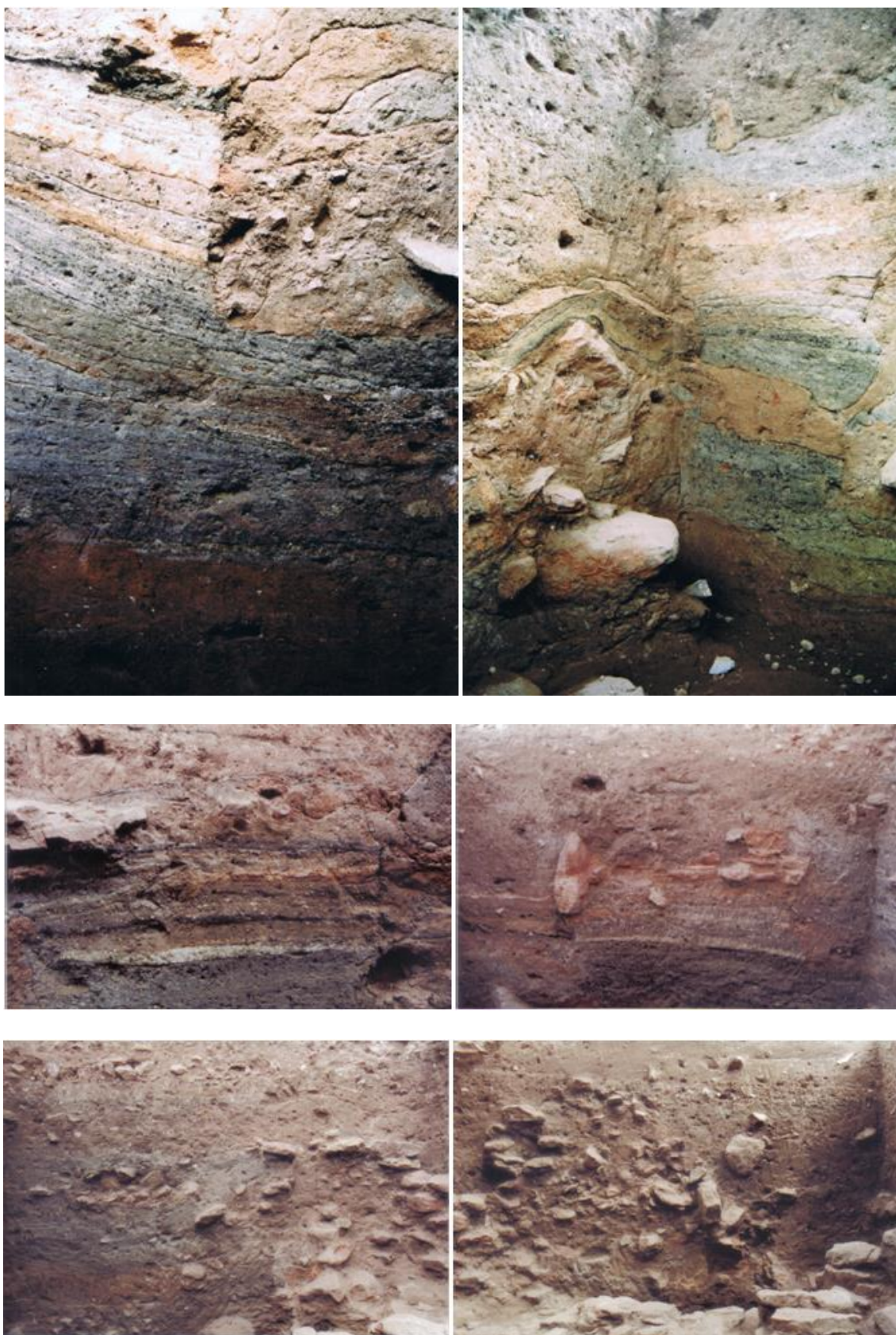
Habitación 3

La tierra es de color rojo. En la franja occidental hay varias tejas y piedras pequeñas.

Nos proporciona escasa cerámica común y de cocina, dos fragmentos de *terra sigillata*, algunos restos óseos, un fragmento de bronce, escoria mineral de hierro y una lasca de sílex.

Al poner al descubierto la roca base, alcanzamos una cota de profundidad que oscila entre -4,27 m (en una depresión que tiene la roca al Suroeste) y -4,18 m, en la parte nororiental de este espacio habitacional. Presenta, por tanto, un suave desnivel desde la zona sureste a la suroeste.

Los dibujos del material cerámico de esta cuadrícula 9 corresponden a las láminas CIX-CLXVI, Anexo II.2.



Figs. 560-565. Estratigrafía. Foto: García Bueno.

ESTRATIGRAFÍA

PERFIL NORTE

UE I

Tierra de color marrón claro, con una cuña, al Oeste, de tierra de un tono marrón rojizo claro, que presenta motas de cal.

UE II

Tierra de color marrón claro, con manchas de cal.

UE III

Tierra de color marrón oscuro, con abundantes bolsadas de tierra negra (calcinada), al Este.

UE IV

Tierra de color marrón claro.

PERFIL SUR

Sector oriental

UE I

-Tierra de color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra (quemada).

UE II

-Fina capa de tierra de color crema.

UE III

-Tierra marrón.

UE IV

-Tierra verde cenicienta.

UE V

-Tierra beige.

UE VI

-Madera carbonizada.

UE VII

-Tierra de color marrón rojizo, con bolsadas de tierra verde cenicienta.

Sector occidental

UE VIII

-Del perfil occidental sale una cuña de tierra de tonalidad roja clara. Inmediatamente debajo se dispone una cuña de tierra de color marrón claro, con cal.

UE IX

-Al Este de ambas cuñas hay un estrato de tierra de color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra (calcinada).

UE X

-Tierra roja y, al Oeste de la misma, verde cenicienta.

UE XI

-Tierra marrón, con bolsadas de tierra roja y crema.

UE XII

-Ceniza blanca y, al Oeste de la misma, tierra roja.

UE XIII

-Tierra verde cenicienta, con carbón.

UE XIV

-Tierra verde cenicienta.

UE XV

-Tierra de color marrón rojizo.

PERFIL ESTE

Sector septentrional

UE I

-Tierra de color marrón claro, con una bolsada de tierra de color rojo claro.

UE II

-Tierra de color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra (quemada).

UE III

-Bolsada de tierra verde cenicienta.

UE IV

-Tierra roja.

UE V

-Tierra verde cenicienta.

UE VI

-Tierra roja.

Sector meridional

UE VII

-Tierra de color marrón claro.

UE VIII

-Tierra de color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra (calcinada).

UE IX

-Bolsada de tierra gris.

UE X

-Bolsada de tierra marrón.

UE XI

-Tierra verde grisácea, con abundante carbón.

UE XII

-Tierra marrón.

UE XIII

-Tierra de color marrón rojizo.

PERFIL OESTE

Sector meridional

UE I

-Tierra marrón.

UE II

-Tierra de color marrón rojizo claro, con motas de cal.

UE III

-Tierra de color marrón claro.

UE IV

-Tierra de color marrón oscuro.

UE V

-Tierra de color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra (quemada).

UE VI

-Tierra verde cenicienta, con un relleno de piedras.

UE VII

-Tierra de color marrón rojizo.

UE VIII

-Tierra de color marrón oscuro.

UE IX

-Tierra de color marrón claro.

UE X

-Relleno de piedras; en el lado septentrional se dispone una cuña de tierra verde cenicienta.

UE XI

-Delgada capa de tierra de color marrón rojizo.

UE XII

-Tierra verde cenicienta.

UE XIII

-Tierra de color marrón rojizo.

Sector septentrional

UE XIV

-Tierra de color marrón claro.

UE XV

-Tierra de color marrón rojizo claro, con motas de cal.

UE XVI

-Tierra marrón.

UE XVII

-Tierra de color marrón oscuro, con bolsadas de tierra negra (calcinada).

UE XVIII

-Tierra de color marrón claro.

SECUENCIA CULTURAL

La cota de profundidad alcanzada oscila entre -4 y -4,27 m, al poner al descubierto la roca natural, que presenta algunos desniveles. La secuencia estratigráfica reproduce en buena medida la de los sondeos colindantes:

1. Afloran varias estructuras pertenecientes a la Antigüedad Tardía.

Documentamos tres espacios habitacionales, que tan sólo han sido parcialmente excavados, extralimitando la cuadrícula 9. Por consiguiente, es difícil proponer una interpretación funcional. Del hallazgo de varias teselas dispersas cabe deducir que alguno de esos recintos estaba solado con un *opus tessellatum* o bien con un *opus signinum*, en el que podrían haber estado incrustadas algunas de gran tamaño. Asimismo, apareció una baldosa de piedra, varios ladrillos y una quicialera de piedra arenisca. En cuanto a la cubierta, únicamente encontramos *imbrices* y abundante madera carbonizada. En el transcurso de la excavación se recuperaron algunas piezas metálicas, tanto de hierro (un gancho, un posible mango de cuchillo, clavos de diversos tamaños), como de bronce (un anillo o pendiente fragmentado, otro anillo muy mineralizado, un posible alfiler de fíbula...), siendo digna de mención la ausencia de material numismático. Merece destacarse también el copioso número de fragmentos de cerámica de cocina y de *terra sigillata* de época tardía (TSHTM, TSC...), con algunos ejemplares decorados a la ruedecilla. Por último, reseñaremos el descubrimiento de algunos restos faunísticos: de un bóvido, colmillos de jabalí, una concha de molusco, etc., que nos permiten vislumbrar algunos ingredientes de la alimentación de los habitantes de este asentamiento bajoimperial.

2. Una segunda etapa de ocupación está representada por numerosos restos óseos humanos. Se distinguen claramente dos niveles. En el inferior documentamos varias inhumaciones, una de las cuales, parcialmente descubierta, consiste en un enterramiento en posición primaria (el difunto está colocado en decúbito supino, con la cabeza orientada hacia el Oeste y levemente incorporada, en la que se aprecia una fractura), a cuyo alrededor se depositaron tres cráneos. Se trata de un enterramiento secundario. Así pues, es una sepultura colectiva en la que los cadáveres, a lo largo del

tiempo, fueron introducidos en una fosa cavada en la tierra, depositándose los restos más antiguos en los laterales. Junto a ellos recogemos tres fragmentos de cerámica medieval, lo que apunta a dicha datación. Sobre este nivel se dispone otro estrato, con restos entremezclados, diseminados y en completo desorden. Están asociados a cal y tierra negra, que contiene gran cantidad de cenizas y carbón. Corresponden a enterramientos secundarios. Estas inhumaciones, con toda probabilidad, están relacionadas con la Iglesia de Sta. María, erigida a escasos metros. Mientras que las del estrato inferior seguramente pueden atribuirse a la costumbre de enterrar alrededor de las iglesias, al considerarse, ya en la Alta Edad Media, que era tierra sagrada, las del segundo nivel debieron de pertenecer a antiguas inhumaciones procedentes del interior del templo, siendo extraídas de allí a medida que la falta de espacio constituyera un problema. Debemos consignar que el hallazgo de cal es, posiblemente, un indicio del intento de detener el contagio de enfermedades infecciosas.

3. Los últimos testimonios arqueológicos corresponden al siglo XX: ladrillos, vidrios, porcelanas, cerámicas..., vestigios de las viviendas modernas construidas en este lugar y derruidas a finales del siglo pasado para ampliar la plaza.

MURO TESTIGO ENTRE LAS CUADRÍCULAS 9 y 12

DESCRIPCIÓN

Nivel superficial

Es una tierra poco compacta, de tonalidad anaranjada. Hay abundantes piedras, algunas tejas y material de relleno (escombros).

Recuperamos únicamente algunos restos óseos faunísticos.

Nivel I

El terreno es de color marrón rojizo, muy compacto, con gran cantidad de piedras, cantos y algunas tejas, pertenecientes a un derrumbe.

La relación del material arqueológico incluye abundante cerámica común, alguna cerámica de cocina, gris y vidriada (de colores melado y verde), tres fragmentos de *terra sigillata* y una posible tapadera circular de bronce, de pequeño tamaño, con un clavo en el lateral.

Nivel II

La mitad meridional del muro testigo (unos 2 m) consiste en un terreno de color verde, con abundante carbón y restos óseos humanos e inmediatamente debajo de éstos aparecen restos óseos de fauna, numerosos fragmentos de cerámica de cocina y *terra sigillata*.

La tierra restante es poco compacta, con gran cantidad de piedras y motas de cal dispersas. Nos proporciona abundante cerámica común, dos fragmentos de cerámica vidriada (uno verde y otro melado), nueve fragmentos de *terra sigillata* y un hacha plana de basalto vesicular, que carece de talón.

Nivel III

La tierra es poco compacta, de color rojo, con gran cantidad de piedras, algunos fragmentos de madera carbonizada, motas de cal y escasas tejas. Documentamos también el derrumbe junto al muro B.

Entre los materiales arqueológicos, podemos enumerar abundante cerámica común, dos fragmentos de cerámica vidriada de color verde, gran cantidad de cerámica de cocina, 16 fragmentos de *terra sigillata*, un gran clavo de bronce, una lasca de sílex sin trabajar y un fragmento de concha de molusco.

CUADRÍCULA 26

DESCRIPCIÓN

Está situada en el sector más oriental de la plaza, en el denominado solar A. Sus dimensiones son 4 x 4 m, con una potencia estratigráfica de 5,26 m, desde el nivel de superficie hasta la roca natural.

Nivel Superficial

Se halla repleto de ripios y detritos. La tierra está muy removida por efecto de las máquinas y camiones que llevaron a cabo los trabajos de demolición de las casas de época contemporánea ubicadas en este emplazamiento.

Bajo esa capa de escombros aparecen un pozo ciego y una tubería de plomo pertenecientes a las citadas viviendas.

La tierra es de color marrón en el sector oriental y verdoso en el occidental, en la zona correspondiente al pozo ciego antes mencionado. Constatamos la presencia de gran cantidad de escombros, piedras dispersas, ladrillos y baldosas modernas...

El material arqueológico es muy variado: fragmentos de hierro, un jarrito de barro blanco, una anilla de hierro, un separador o atifle de barro que conserva restos de vidriado, escoria mineral, cerámica vidriada, algunos restos óseos (fauna) y una moneda de bronce en muy mal estado de conservación, tan mineralizada y afectada por la corrosión que no permite su clasificación (módulo: 1,6 cm, figs. 566-567).



Figs. 566-567. Moneda n.º inv. 26001. Foto: TEDAR.

Tanto al Este como al Oeste puede apreciarse la fosa del pozo ciego. Por debajo de la gran bolsada de tierra verde se dispone otra de color marrón, ambas perfectamente delimitadas. El terreno es poco compacto, con abundante cal y materiales diversos de relleno. Aproximadamente a un metro de profundidad (desde el nivel de superficie) ponemos al descubierto un potente estrato de cal.

Nivel I

La tierra es de escasa consistencia. En el área noroccidental es de color marrón claro, mientras que al Sureste es de un tono verde intenso. Se trata de un nivel muy revuelto, con grandes piedras, cal y materiales de relleno. Al Noreste el terreno es de color marrón rojizo.

Junto al perfil oriental se acumulan numerosas piedras, algunas de ellas de considerable tamaño. Alcanzamos una profundidad de -1,83 m con respecto al nivel de superficie de la plaza.

El material arqueológico se reduce a cerámica vidriada y común (contemporánea).

Nivel II

La tierra es poco compacta, de color marrón, con pequeñas motas de carbón al Noroeste, mientras que en la zona meridional es de una tonalidad verde, concentrándose en ella un gran relleno de piedras. En el sector noreste encontramos varias piedras que parecen formar parte de la cubierta de una tumba. Al levantarlas comprobamos que tan sólo hay algunos huesos humanos entremezclados con dichas piedras, por lo que podría tratarse de un enterramiento secundario.

Al Sureste salen a la luz un muro de mampostería (B) y un sillar de arenisca de grandes dimensiones.

Hacemos una breve reseña de los materiales arqueológicos: varios fragmentos de *terra sigillata* (lám. XIV, 1 y 6, Anexo II.1), además de cerámica común, escoria mineral, fragmentos del revestimiento de estuco con restos de pintura azul.



Fig. 568. Estructuras y sillares romanos. Foto: Fernández Rodríguez.

Nivel III

La cota de este nivel es de -4,31 m de profundidad respecto al punto 0.

El terreno del sector oriental es de un tono rojo intenso, en tanto que el del área occidental, muy poco compacto, es de color marrón rojizo.

Aflora un muro (A) que discurre en dirección Suroeste-Noreste, próximo al perfil occidental. Presenta un engrosamiento en su tramo suroccidental. Dicho muro A está asociado a cerámica común romana y a TSHT, lo que nos permite atribuir su construcción a ese periodo tardío.

Al Este, seguimos poniendo al descubierto el muro B, que alcanza una altura de 2,49 m junto al perfil oriental, disminuyendo al Oeste. Cerca del perfil oriental documentamos una gran mancha de ceniza y carbón.

Asimismo, aparece otro gran sillar de piedra arenisca al Oeste del muro A, embutido en el perfil occidental.

El muro A hace un recodo, en sentido Oeste-Este, para enlazar con el muro B, que arranca del ángulo sureste del corte y cuyas primeras hiladas, en esta sección oriental, se hallan a una cota superior que las restantes filas de mampuestos.

Al Noreste hay un potente derrumbe, con abundantes piedras. En la zona comprendida entre el perfil meridional y los muros A y B la tierra es de un tono pardo rojizo, mientras que al Oeste del muro A, en el sector occidental de la cuadrícula, se detecta una capa de terreno de color verde.

El muro A realiza un pequeño giro a partir del recodo antes señalado, para unirse con otra estructura, el muro C, que discurre en sentido Noreste-Suroeste.

Quedan, así, definidos tres espacios diferentes: al Noroeste un recinto al que llamamos habitación n.º 1, al Sur el ambiente n.º 2 y al Este la habitación n.º 3 (fig. 568).

El gran sillar que sobresale del perfil meridional (habitación 2) presenta un buzamiento, por lo tanto, probablemente pertenece a un derrumbe. Sus cotas son -3,92 m y -3,86 m, respectivamente.

Lo más relevante del material arqueológico es la cerámica común romana y medieval, abundante *terra sigillata* (TSHTM, lám. XIV, 2-5, 7-15, Anexo II.1), un ladrillo, algunas piedras trabajadas, material óseo (fauna), un gran clavo de hierro doblado, de 15,5 cm de largo y 0,7 cm de grosor (fig. 100), una argolla de hierro de 7,7 cm x 6,5 cm de diámetro, con un grosor de 1 cm (fig. 95), un cencerro de bronce de 5,9 cm de alto por 5,1 cm de ancho (fig. 65) y fragmentos de bronce, hierro y plomo.

Nivel IV

Habitación 1

La tierra es de color verde, con manchas de carbón y cenizas, de escasa consistencia. Hay pequeños cantos, piedras diseminadas y numerosos fragmentos de teja. La tierra del sector suroeste presenta también algunas de esas mismas características, ya que es poco compacta, de color verde, con madera carbonizada dispersa e, igualmente, gran cantidad de tejas.

Del perfil septentrional sobresalen algunas piedras superpuestas que parecen formar parte de un muro (D), aunque, en caso de serlo, estaría incompleto y no confluye con ninguno de los otros tres descubiertos, anteriormente mencionados.

Cabe destacar que la cerámica común romana y la *terra sigillata* son abundantes (lám. XV, 1-7, Anexo II.1). Entre el restante material arqueológico, hay que consignar un fragmento de cerámica pintada con decoración de bandas paralelas, algunos fragmentos de vidrio romano, restos óseos, escoria mineral y una piedra trabajada.

Habitación 2

Este recinto está delimitado por el muro A al Noroeste y por el B al Noreste. Ambas estructuras son de mampostería, muy potentes y de buena factura. Fueron construidas con piedras de arenisca roja y blanca, bien trabajadas. Dichos muros aparecen asociados a cerámica y vidrios romanos, lo que certifica su adscripción cronológica.

En el centro de este habitáculo hay una cavidad que contiene numerosos restos óseos faunísticos.

La tierra es de una tonalidad rojiza. En la zona suroeste se acentúa ese color rojo.

El repertorio de materiales arqueológicos comprende cerámica común, cinco fragmentos de *terra sigillata* (un fragmento de TSht, lám. XV; TSht y TSHTM, lám. XVI, 1-2, Anexo II.1), huesos, una piedra trabajada (probablemente una pequeña losa), numerosas tejas, algunas de ellas quemadas, abundantes piedras sueltas, una argolla de hierro de 6 cm de diámetro y 1,1 cm de grosor (fig. 96), un fragmento de base de hierro, que mide 3,4 cm de alto por 4,6 cm de ancho (fig. 98), un aplique decorativo de bronce en forma de hoja, de 5 cm de largo por 2,8 cm de ancho (figs. 90 y 106) y un fragmento de vidrio verde con decoración de círculos concéntricos.

Habitación 3

La tierra es de color marrón, salvo al Noreste, donde se documenta una bolsada de carbón. Su cota de profundidad es de -4,47 m respecto al punto cero.

En el transcurso de su excavación descubrimos abundantes tejas, pequeños cantos, varias piedras grandes (procedentes del derrumbe de los muros), cerámica común y *terra sigillata*.

Nivel V

Habitación 1

Es una tierra roja, de escasa consistencia, con algunas piedras dispersas, numerosas tejas y varias manchas de carbón.

Recuperamos una copiosa cantidad de cerámica, *terra sigillata* (lám. XV, 8-12, Anexo II.1, una fuente, cuencos...), material óseo, fragmentos de bronce y escoria mineral de hierro.

Habitación 2

La tierra es rojiza y poco compacta. Su cota de profundidad es de -4,61 m. Nos proporciona abundantes fragmentos de ánforas, alguna cerámica común, seis fragmentos de *terra sigillata* (fig. 174) y restos óseos faunísticos.

Habitación 3

La tierra es de color marrón, algo más suelta que la de la alzada superior. Su cota de profundidad es de -4,63 m.

El muro C tiene, en total, ocho hiladas en su tramo oriental. La cara oriental del mismo presenta la peculiaridad de que la segunda hilada de piedras sobresale entre 6 y 9 cm respecto a la primera, la siguiente (esto es, la tercera), 28 cm, la cuarta 16 cm y la quinta 5 cm. A continuación se disponen otras tres hileras y, por último, en la cimentación, esta estructura se engrosa 70 cm más. Las dimensiones de los cimientos son 1,80 m de largo por 0,36 m de alto y su cota de profundidad es de -5,06 m. Las piedras con las que se construyó dicho muro C no son homogéneas ni en tamaño ni en color. Algunas de ellas son las características areniscas rojas y otras son blancas, también de tipo calizo, todas de procedencia local.

Asimismo, documentamos gran cantidad de piedras de mediano y gran tamaño embutidas en los perfiles septentrional y oriental de la habitación 3.

La parquedad de materiales arqueológicos es notable: cerámica común, dos fragmentos de barniz negro y algunos restos óseos.

Nivel VI

Habitación 1

La tierra es de color verde, con algunos guijarros y numerosas tejas. La cota de profundidad superior es de -4,88 m y la inferior es de -5,22 m, que corresponde a la roca natural del terreno en su punto más bajo, dados sus acusados desniveles. En efecto, por debajo aflora la roca madre, que resalta en el centro de la estancia, a una cota de -5,09 m de profundidad.

En algunas zonas se dispone una fina capa de tierra marrón sobre la roca madre.

En el sector suroeste de la habitación 1 ponemos al descubierto las piedras que conforman la base de la cara occidental del muro C. Algunas son de considerables dimensiones, pero no son homogéneas, ni en su factura ni en tamaño, sino bastante irregulares. Están asentadas sobre tierra, cuya potencia es de 28 cm hasta la roca natural, aunque hay un par de piedras intermedias.

Las cotas de esta habitación son las siguientes, respectivamente: -4,01 m, el muro C, -4,35 m, el muro D y -4,61 m, la cimentación de la cara occidental del muro C. La piedra más alta del muro C, próxima al perfil septentrional, tiene una cota de -3,31 m y la más baja, -4,05 m (correspondiente a la primera hilada continua preservada de esta estructura).

En el elenco de materiales arqueológicos figura alguna *terra sigillata* (dos de ellos pertenecen a un plato de TSA, fig. 173, lám. XV, 13-18, Anexo II.1), cerámica común romana, numerosos fragmentos de grandes recipientes

(ánforas), restos óseos (fauna), una pequeña piedra trabajada, escoria mineral, la concha de un molusco (una almeja) y diversos fragmentos de hierro.

En el espacio comprendido entre los cimientos del muro C y lo que hemos dado en llamar muro D (como ya habíamos comentado, parece tratarse de una estructura, aunque incompleta, de la que tan sólo se han conservado varios mampuestos junto al perfil septentrional de la cuadrícula), aparecen abundantes fragmentos de yeso, un fragmento de nácar y, entre las piedras del supuesto muro D, cerámica vidriada.

Habitación 2

La tierra es poco compacta, de color marrón.

El muro B tiene una potente cimentación en su cara meridional, cuya cota es de -4,99 m de profundidad.

Antes de sacar a la luz la roca base documentamos una fina capa de argamasa de 3 cm de espesor.

La cara meridional del muro B consta de siete hiladas de piedra. En cuanto a la cara septentrional del mismo, que pertenece a la habitación 3, está formada por cinco hiladas completas y otra que se interrumpe hacia la mitad del paramento. A continuación se dispone un estrato de tierra marrón de 34 cm, por debajo de éste hay otras dos hiladas de piedras y, por último, otros 23 cm de tierra del mismo color, sobre la roca base.

La cota de profundidad de la cimentación de la cara norte del muro A es de -4,65 m.

La roca natural aflora a una cota media de profundidad de -5,26 m. Por lo tanto, los fundamentos de estas estructuras no se apoyan sobre el terreno rocoso.

El listado del material arqueológico incluye cerámica común, *terra sigillata* (TSHTM, trece fragmentos, cuatro de ellos pertenecientes a un mismo plato, lám. XVI, 3-4, Anexo II.1, de finales del siglo IV-siglo V d.C.), escasos restos óseos, un fragmento trabajado de mármol gris verdoso y varios fragmentos informes de hierro.

Habitación 3

Es una tierra marrón rojiza, de escasa consistencia. Las cotas de profundidad de este nivel son de -4,78 m la superior y -4,98 m la inferior.

Levantamos las piedras de lo que en un principio cabía suponer era una tumba. Estas piedras constituyen una especie de cubierta de forma circular, un tanto irregular. No encontramos restos óseos *in situ*, sino algunos dispersos, entremezclados con tierra roja, carbón, tejas quemadas, piedras sueltas..., lo que pone en evidencia que esta estructura se vio afectada por la acción del fuego.

En cuanto al material arqueológico, podemos enumerar alguna cerámica común, *terra sigillata* y los mencionados restos óseos.

Nivel VII

La tierra presenta las mismas características que la de la alzada precedente. Su cota es de -4,98 m.

Ponemos al descubierto la roca madre, que es la típica piedra arenisca de color rojo documentada en el subsuelo de la Plaza del Torreón.

Merece destacarse el hallazgo de cerámica común y escaso material óseo, además de un fondo de *terra sigillata* de gran tamaño. Es una base con pie anular, de sección biselada, de posible forma 2 de TSHTM. La pasta tiene una tonalidad tierra siena natural clara (D-36), de cocción mixta y superficie alisada, con manchas negras.

En definitiva, comprobamos el buen estado de conservación de las estructuras romanas. Los niveles inferiores no han sido alterados, a diferencia de los primeros, afectados por la canalización de las aguas residuales de las viviendas que rodean esta cata 26.

Ninguna de las habitaciones ha sido descubierta por entero. De hecho, hemos excavado el nudo de confluencia de estos tres espacios habitacionales, que se prolongan fuera de los límites de la cuadrícula. Por ese motivo, no podemos atribuirles una funcionalidad específica. Tan sólo se puede inferir del material mueble aparecido que se trata de diversas estancias de una edificación bajoimperial.

A tenor de este análisis descriptivo, exponemos sumariamente la evolución cronoestratigráfica de esta sección del yacimiento.

ESTRATIGRAFÍA

PERFIL NORTE

UE I

Está formada por un nivel de escombros de unos 60 cm de potencia, consecuencia del aterrazamiento producido después de la demolición de las casas aquí existentes hasta finales del siglo XX.

UE II

Tierra verde, con cal y distintas tonalidades, pues se trata de un nivel de detritos.

UE III

Tierra de color marrón claro. Pertenece ya a un nivel arqueológico, con abundante cerámica medieval y numerosos restos metálicos.

UE IV

Tierra de color marrón oscuro, con piedras y tejas. Está localizada en el sector oriental, junto a una estructura (muro C) de la que se conservan cinco hiladas, más las correspondientes a la cimentación. Tiene una potencia de 1,90 m. Hay abundantes piedras y restos óseos.

UE V

Tierra negra, perteneciente al suelo de un espacio habitacional, asociada a un nivel de incendio.

UE VI

Nivel de cimentación, formado por tierra roja compacta.

UE VII

Tierra de color marrón verdoso, situada al Oeste del muro C. Corresponde, por tanto, a una estancia diferente, siendo reseñable la distinta coloración de la

tierra. La abundancia de tejas atestigua que estos recintos estaban cubiertos. También hay numerosas piedras diseminadas por todo este ámbito.

UE VIII

Se dispone exactamente bajo la anterior y está formada por una tierra roja arcillosa, con carbón. La separación entre ambas UU.EE. la marcan unas piedras, posiblemente procedentes de un muro desplomado.

UE IX

Tierra verde margosa, que asienta directamente sobre la roca natural. Es arqueológicamente estéril.

PERFIL SUR

UE I

Escombros

UE II

Tierra verde, con cal, procedente de un pozo ciego. Aquí aparecen numerosas tejas mezcladas con la tierra.

UE III

Tierra roja arcillosa, con carbón. Se trata de un potente estrato que se prolonga hasta la roca madre. En medio de él descubrimos una gran losa de piedra y otras piedras dispersas. Recuperamos cerámica romana (común, *terra sigillata* y ánforas) y algunos restos de moluscos (conchas de almejas...).

PERFIL ESTE

UE I

Está constituida por un relleno de escombros que alcanzan en esta zona los 0,85 m de potencia. En medio de este estrato aparece una tubería que atraviesa un muro de ladrillo de una casa situada inmediatamente encima, junto a esta cuadrícula.

UE II

Tierra verdosa.

UE III

Tierra de color marrón oscuro, continuación del perfil septentrional. Hay abundantes piedras y fragmentos óseos. Ha roto los estratos situados en sus inmediaciones.

UE IV

Tierra roja arcillosa, compacta, con carbón. Nos proporciona cerámica romana, tanto común como *terra sigillata*, sin ningún material medieval, lo que pone de manifiesto que nos hallamos ante niveles intactos de época romana. Al Este aflora otra estructura (muro B).

UE V

Tierra negra, quemada, con gran cantidad de carbón. Es un nivel de incendio de unos 12 cm de potencia. Es muy regular y totalmente horizontal.

UE VI

Tierra roja compacta, asociada a la cimentación del muro, sin material arqueológico.

PERFIL OESTE

UE I

Escombros.

UE II

Tierra de color verde. Presenta en esta zona mayor potencia que en el resto del corte, llegando a alcanzar 1,10 m. Se distinguen varias tonalidades.

UE III

Tierra roja arcillosa, con carbón. Pertenece ya a un nivel de ocupación, asociado a un muro (muro A). Junto a este perfil apareció un sillar de gran tamaño, muy bien trabajado, y abundante *terra sigillata*.

UE IV

Tierra verde. En el registro arqueológico figura cerámica romana y tejas. Se dispone directamente sobre la roca base.

SECUENCIA CULTURAL

En este sondeo únicamente se han documentado estructuras pertenecientes a la época romana, que aparecen intactas, si bien los niveles superiores contienen materiales de periodos ulteriores (Edad Media y Contemporánea).

1. A partir del segundo nivel excavado salen a la luz tres muros de mampostería de unos 80 cm de ancho; todos ellos con un engrosamiento en las hiladas inferiores, correspondientes a la cimentación, asentada sobre una UE de unos 20 cm de potencia de tierra verdosa, que se dispone directamente sobre el sustrato rocoso de arenisca. Estas estructuras están asociadas a *terra sigillata* tardorromana (TSht y TSHTM), lo que confirma su adscripción cultural. En una de las habitaciones excavadas descubrimos un gran sillar de arenisca roja.
2. Por encima de estos muros aparece un pozo ciego, constituido por una tierra de color verdoso con abundante material de relleno. También hay una tubería de desagüe de las aguas residuales de las viviendas colindantes. Sobre este estrato se dispone otro de relleno y acumulación de escombros, correspondiente al aterrazamiento efectuado después de demoler los muros de las viviendas que se levantaban en este solar con anterioridad al mes de julio de 1992.

Se trata, por tanto, de la cuadrícula menos afectada por remociones posteriores, poniendo de manifiesto que esta zona, más alejada de la iglesia y del “Cubillo”, conserva intactos los niveles romanos, al tiempo que nos permite constatar la extensión del yacimiento fuera de los límites de la plaza. Sin embargo, al tratarse de una cuadrícula relativamente pequeña, en relación al tamaño y número de los muros, no hemos podido excavar habitaciones completas, en consecuencia, la parcialidad de los datos obtenidos nos ha impedido averiguar su identidad funcional.

I.2. LA INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA REALIZADA EN 2008-2010 EN EL BARRIO DE STA. MARÍA

Los resultados de nuevas excavaciones acometidas en la calle Gracia fueron dados a conocer en una reciente publicación (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 241-252, láms. 1-2), cuyo análisis repasamos aquí. Al margen de ésta, J.A. Ruiz Sabina nos ha facilitado algunos valiosos datos y material gráfico de dichas intervenciones llevadas a cabo en los años 2008-2010, bajo su dirección, conjuntamente con A. Ocaña Carretón, en las calles Mosaicos y Gracia, un área comprendida entre las calles del Carmen y de Don Quijote (figs. 15-16), sector donde J. San Valero Aparisi (1956, 196) excavó a mediados del siglo pasado, poniendo al descubierto “una parte del *hipocaustum*”, precisamente en la calle Gracia. J.A. Ruiz y A. Ocaña (2011-2012, 242) lo vinculan con el material latericio reutilizado en construcciones visigodas detectadas en los sondeos que han efectuado.

Estos autores consideran que originariamente la *villa* sería una pequeña hacienda altoimperial (siglos I-II d.C.), no sólo dedicada a la producción agropecuaria, sino también a la extracción de arenas, actividad acreditada en la calle Gracia, n.º 7. Evolucionaría después hasta convertirse durante el Bajo Imperio en un establecimiento con una suntuosa residencia, cuyo adinerado propietario habría invertido en ella parte de las ganancias obtenidas mediante el acopio de terrenos y la explotación de la finca, acondicionándola con espléndidos pavimentos musivos y pinturas murales. A juicio de sus últimos excavadores, se ampliaría posteriormente hasta convertirse en un gran *vicus*, lo que habría conllevado una concentración de la población de los contornos. Más adelante habría colapsado debido a un gran incendio, acaecido en época visigoda y, tras un abandono temporal, sobre los niveles de derrumbe se levantarían nuevas unidades habitacionales. Los vestigios más antiguos se vieron muy afectados por construcciones islámicas y fosas de basurero. Se pueden inscribir en el siglo XIII dos fosos defensivos que rompen las estructuras occidentales del yacimiento (calle Gracia, n.º 9). Sobre este sistema de fortificación se alzaría un recinto amurallado con torres y un castillo-palacio

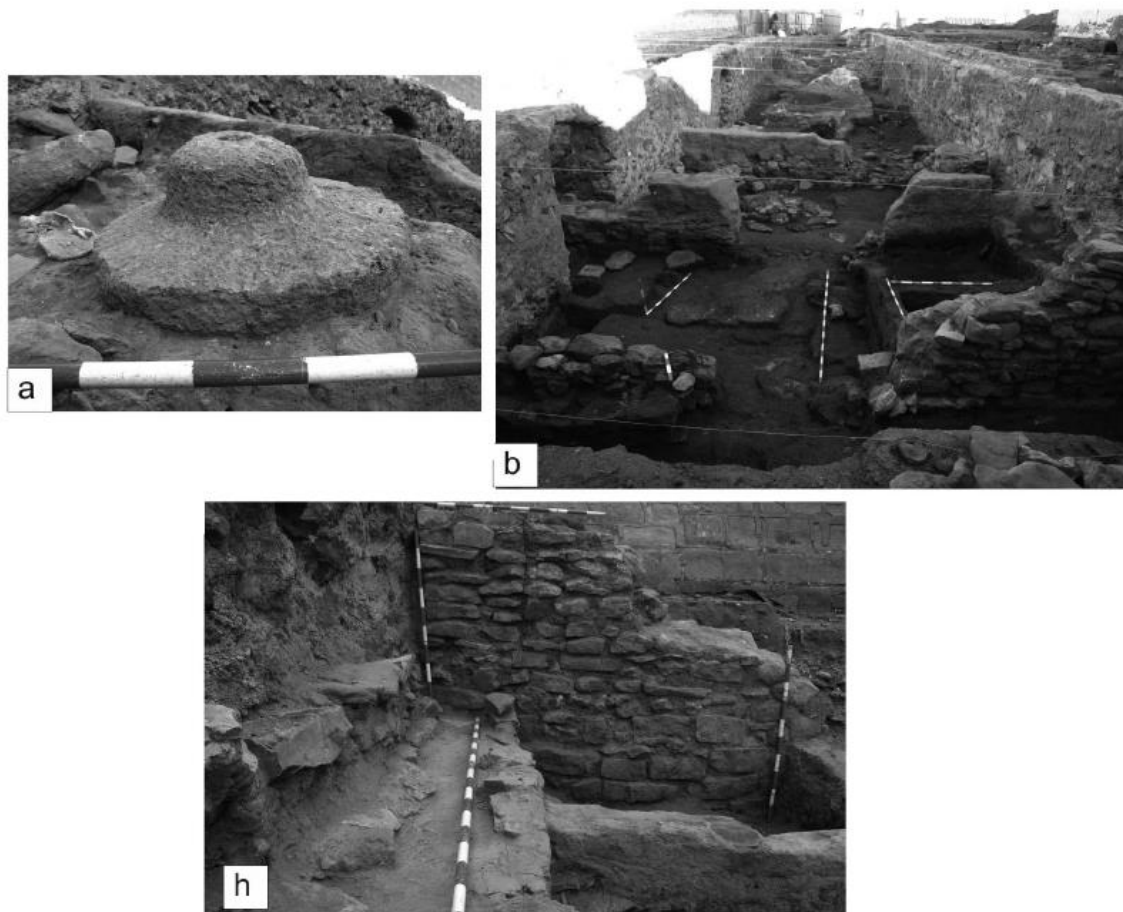


Fig.569. Instalaciones utilitarias, según Ruiz y Ocaña, 2011-2012, 247, lám. 2.

En síntesis, al reanudarse tras varias décadas la excavación de la calle Gracia, se han documentado algunas instalaciones de producción agrícola al Noroeste de la *pars urbana* de la *villa*, atribuidas por sus descubridores a la Antigüedad Tardía, correspondiendo a un momento algo posterior al de pleno auge de ésta. Desde el punto de vista topográfico, están situadas en una zona de hondonada, mientras que la vivienda señorial fue erigida en una ladera, como ya observó J. San Valero (1956, 197).

Seguidamente hacemos una sucinta relación de los restos romanos que salieron a la luz en las campañas más recientes, basándonos en el trabajo citado líneas arriba. En la calle Gracia, n.º 9, aparecieron un pozo, una pequeña herrería, un probable *torcularium*, espacios de almacenamiento y habitacionales (figs. 569-570), además de un tramo del camino que los pondría en contacto; en el n.º 7 se localizaría “su continuación urbanística residencial” (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 243).

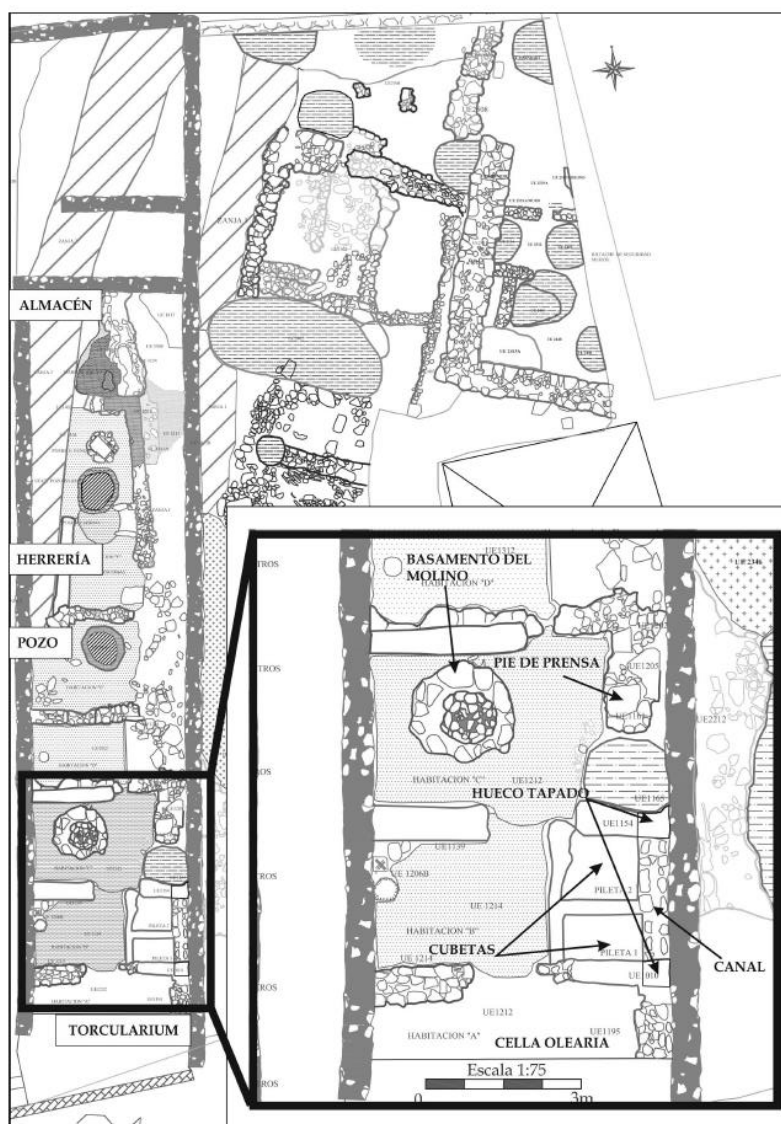


Fig. 570. *Torcularium*, según Ruiz y Ocaña, 2011-2012, 248, fig. 2.

La referida hondonada fue usada como basurero durante el Bajo Imperio, conteniendo abundantes huesos de ovicápridos, cerámicas de cocina y TSht, materiales constructivos, etc. En una segunda etapa se edificó aquí el mencionado complejo de almacenamiento y transformación agraria, que se adaptaba a la topografía de dicha depresión. Las fechas propuestas por los arqueólogos están comprendidas entre los siglos IV-V d.C. (e incluso llegarían a época aún más tardía), siendo, por tanto, los descubrimientos correspondientes al Bajo Imperio coetáneos de algunos de los hallazgos realizados en las intervenciones llevadas a cabo en la Plaza del Torreón (*vid. supra*).

A su vez, en este conjunto de estructuras de servicio se han podido distinguir dos fases: la primera corresponde al *torcularium*, parcialmente reaprovechado en época visigoda para la molienda de cereal. Se divide en un área de molturación y prensado, una sala de decantación y una *cella olearia*. Los muros se asientan sobre la roca natural de arenisca. Su fábrica consiste en zócalos de mampostería de piedra arenisca y caliza dolomítica, cohesionada con argamasa de arcilla arenosa, que sirven de fundamento a los alzados de tapial. El suelo, arcilloso arenoso, tiene restos de materia orgánica (paja y huesos de aceituna). Dentro de la primera dependencia, una meta de molino rotatorio cilíndrico o *mola hispaniense*, de roca volcánica, se apoyaría sobre un basamento cilíndrico. Alrededor de éste hay un empedrado formado por grandes lajas de arenisca. Se ha encontrado también el pie de prensa, igualmente de mampostería de piedra local (arenisca), en cuya base se recuperó un peine de hueso y alguna cerámica, destacando en particular una imitación a Hayes 59B, con decoración estampada. Los paramentos de la zona de decantación tienen un revoco de argamasa de cal y arena, cuyo revestimiento pictórico estaba desprendido y entremezclado con los materiales de derrubio. En esta habitación hay dos cubetas hechas con ladrillos de adobe y enfoscadas con argamasa de yeso, que contiene semillas de uva y huesos de aceituna. El producto previamente extraído sería conducido desde el pie de prensa a través de un canal que descargaría en esas piletas. Finalmente, de la *cella olearia* únicamente se han preservado 2 m². Lo más significativo es un fragmento de ánfora y un muro que tapa la oquedad por donde discurriría el *prelum* hasta aquí.

Al estar orientado al Mediodía y semisoterrado se pretendía “mantener el espacio para la producción del aceite con una temperatura estable y cálida” (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 250). Otro de los ámbitos excavados corresponde a una herrería, con un posible horno asociado a niveles de escoria, un pie de yunque que reaprovechó un sillar de arenisca y una piedra de afilar. Está ubicado al Norte del pozo. Al Este hay un camino de comunicación interior y al Sur del mismo, “pegado al posible *torcularium* se encuentran unas escaleras para el acceso a la villa en el nivel superior” (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 246). Al Este del camino se disponen una serie de departamentos que han sido identificados como almacenes.

Los autores concluyen que las instalaciones oleícolas o vinícolas (pues de los restos carpológicos de semillas de uva y de oliva puede inferirse que se llevaron a cabo sendos procesos) probablemente se construyeron *ex novo* durante el Bajo Imperio y que algunas estancias de la *pars rustica* de la *villa* fueron derruidas para levantar el *vicus*, pero se habría conservado el *torcularium*, aunque varió su funcionalidad. Asimismo, sugieren que la producción de estas estructuras industriales pudo estar destinada a abastecer a las poblaciones cercanas, con las que se mantendrían relaciones comerciales, si bien podría haberse limitado al consumo de los habitantes del propio *vicus*.

En la calle Gracia, n.º 7 (sondeo GR07) afloraron dos estructuras de cronología tardorromana (UE717). La primera de ellas es un muro que reutiliza un abrevadero de arenisca. Se halla por debajo de la fase visigoda y, a su vez, ha sido seccionada por un foso y una torre medievales. Al decir de los arqueólogos, el exiguo material asociado a la misma no es suficientemente expresivo como para asignarle una cronología concreta, pero al disponerse bajo las dos fases documentadas de la Antigüedad Tardía y ser cortada por la medieval, cabe deducir que es de época “romana imperial a tardía”.

Otra de las estructuras descubiertas es una fosa de basurero (5162) que contiene abundantes materiales iberorromanos y romanos, tales como un fragmento de cerámica gálica (una base de TSG, con marca de alfarero).

No se han preservado más estructuras de la etapa bajoimperial, aunque, como ya habíamos avanzado, sí hay constancia arqueológica de la reutilización de materiales provenientes de la anterior ocupación romana de este lugar. Así ha quedado atestiguado en la construcción 3 del edificio 4, en el que se recuperó abundante material latericio (fig. 571) y piedras trabajadas, tales como sillares, tambores de columnas..., probablemente pertenecientes al hipocausto del que daba noticia J. San Valero (1956, 196).



Fig. 571. Ladrillo. Foto: Ruiz y Ocaña.

En el registro arqueológico también figura, como material reutilizado, un fragmento musivo localizado en la cimentación del suelo del edificio 10.

En la calle Mosaicos se realizó una intervención que fue dividida en dos fases. La primera consistió en una serie de sondeos, cuyos resultados más interesantes fueron la localización de muros de mampostería careada trabados con mortero de cal (sondeo 12-13), orientados en sentido Noroeste-Suroeste, que estaban asociados a pisos de *opus caementicum* y en *opus tessellatum*, decorados con motivos geométricos y vegetales policromos, parcialmente destruidos (sondeo 11-14).

Asimismo, a lo largo de la fase de control de obra se encontraron restos de la solera de varios mosaicos, posiblemente extraídos por J. San Valero y, por último, fragmentos de mosaicos afectados tanto por la actuación de Valero como por fosas de cronología visigoda (figs. 572-575). En dicha calle se documentó el límite meridional de la *villa*, “como parte del patio con un encachado de tejas y dos fragmentos de mosaicos no extraídos en las excavaciones previas de Valero” (RUIZ y OCAÑA, 2011-2012, 242-243, fig. 1), que se había salvado de ulteriores reutilizaciones.



Fig. 572. Pequeño fragmento de mosaico localizado en ED17. Foto: Ruiz y Ocaña.

El fragmento musivo aparecido en el sondeo 11 tiene una orla perimetral donde se despliega una línea de postas de enrollado múltiple, de teselas negras sobre fondo blanco. Únicamente se conserva una mínima parte de la composición que decora el campo de la alfombra, aparentemente rectangular. Consiste en la mitad de un cuadrado de lados curvos con los ángulos biselados, que lleva insertas dos hojas de acanto en aspa unidas por un botón central (un pequeño círculo formado por varias filas concéntricas de teselas blancas). Lo cortan por la base dos hiladas de teselas negras y está rodeado por una serie de ondas de giro múltiple. A su derecha se dispone un semicírculo concéntrico dibujado por una trenza, seccionado por el centro mediante un sogueado contiguo de dos cabos, paralelo a una banda con una secuencia horizontal de cálices policromos (trazados con un hilo de teselas blancas que describe una línea ondulada, rellenos unos en ocre y marrón, mostrando los contrapuestos una combinación de tonalidades azul turquesa, púrpura y gris), alternativamente invertidos y adyacentes. A través de esa alternancia cromática se intenta dar una impresión de relieve. La misma onda serpentiforme en la que se desarrolla una representación esquematizada de flores de loto discurre perpendicularmente a la primera y es tangente al mencionado círculo. Está delimitada por una hilera de teselas de color azul

turquesa secundada por tres o cuatro de teselas blancas y un doble filete azul turquesa. A continuación, a la derecha de esa franja ondulada siguen cinco filas de teselas blancas que realizan un quiebro y presentan un borde superior dentellado, enmarcando medio polígono con el lado superior curvo y los ángulos matados, perfilado por teselas negras, que acoge otro homólogo en su interior. Entre ambos polígonos se desenvuelve una línea de postas de enrollado múltiple, con unas ondas de color púrpura y blanco. El polígono menor está ribeteado por dos hiladas sucesivas de teselas, así, una de color azul turquesa confina otra de tonalidad púrpura. Contiene una representación floral en tonos azul grisáceo y blanco, de la que tan sólo se pueden ver con claridad tres pétalos. El espacio que queda por encima del referido borde dentellado está ocupado por una corona de laurel de cinco hojas, de color azul grisáceo sobre un fondo púrpura.

Por lo tanto, en este mosaico, de vistosa policromía, se empleó un variado colorido, que abarca el ocre, marrón, azul turquesa, púrpura, gris, azul grisáceo, blanco y negro.

Las ondas de giro múltiples son similares a las de la greca que rodea el mosaico de las coronas, anteriormente analizado (*vid. supra* capítulo VI.2, BLÁZQUEZ, *CMRE* V, 1982c, 27, fig. 17, láms. 13 y 45, n.º 21), y a la de un ejemplar de una *domus* de La Bienvenida, en Almodóvar del Campo, Ciudad Real (ZARZALEJOS *et alii*, 2011, 72, fig. 25), por poner algún ejemplo geográficamente próximo.

Con diferente organización, podemos reconocer algunos de esos mismos elementos decorativos en el repertorio ornamental de los pavimentos descubiertos durante el siglo pasado en este barrio de Sta. María, regidos por idéntica fórmula esquematizante y un acusado barroquismo. Remitimos, por tanto, a los paralelismos aportados durante su estudio (*vid. supra* capítulos VI.2 y VII.2.3).



C/ Mosaicos. Zanja Noroeste



C/ Mosaicos. Zanja Noreste
(en primer término los agujeros de
expolio antiguo)

Figs. 573-575. Detalles de los nuevos fragmentos musivos descubiertos. Foto: Ruiz y Ocaña.

ANEXO II

II.1. DIBUJOS Y ESTUDIO DE MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Una vez concluidos los trabajos arqueológicos se procedió a dibujar a escala 1:20 toda la planimetría, así como las secciones de cada una de las cuadrículas excavadas. A la par, se intervino sobre los materiales arqueológicos recuperados durante el proceso de excavación, realizándose un inventario de los mismos. Igualmente, fueron fotografiadas y dibujadas las piezas más significativas (cerámica, vidrio, metal, material óseo, lítico...), y se acometió un estudio individualizado de todas ellas, que en parte ofrecemos a continuación.

El análisis y clasificación tipológica de la cerámica recuperada en la Plaza del Torreón (*vid. infra*) nos permite extraer algunas conclusiones relativas a la cronología de este yacimiento. Mayoritariamente, la *terra sigillata* pertenece a un sustrato tardorromano.

Así, se representa en la lámina VIII, n.º 3, una base cuya tipología se fecha entre los siglos III-IV, y en esa misma lámina, con el n.º 5, un borde que corresponde a los siglos IV-V. El n.º 8 se puede encuadrar entre los siglos III-IV, al igual que los fragmentos n.º 9, 10, 11, 14, 16, 17 y un galbo no dibujado, muy similar al n.º 14. La cronología de la pieza a la que asignamos el n.º 13 ronda entre el siglo IV e inicios del V; del siglo IV o comienzos del V es el fragmento n.º 18.

Piezas de TSCD y TSHTM se representan en la lámina X, 1-5. El n.º 4 de dicha lámina X se puede inscribir cronológicamente entre el siglo IV y principios del V. A esta última centuria pertenecen posiblemente el n.º 8 y el 9. La tipología del n.º 6 abarca un amplio lapso temporal, ya que se produjo entre los siglos IV y VII. El n.º 7 se puede enmarcar entre el siglo IV y comienzos del siguiente. Del siglo IV es el n.º 10.

El n.º 1 de la lámina XI se inserta en un horizonte cronológico comprendido entre los siglos III-IV. Las producciones del tipo representado con el n.º 3 llegan hasta el siglo IV y las del n.º 4 se fechan entre el siglo IV e inicios del V, lo mismo que las del n.º 6 y del 7. En cuanto al n.º 8, se produjo hasta el siglo IV.

Las formas representadas en la lámina XI bis (n.º 1-4) tienen una acotación temporal entre el siglo IV y principios del V.

El n.º 5 de la lámina XII es cronológicamente adscribible a los siglos III-IV, mientras que la tipología del n.º 4 perduró desde el siglo IV hasta inicios del V; también del siglo IV o comienzos del V es el n.º 6.

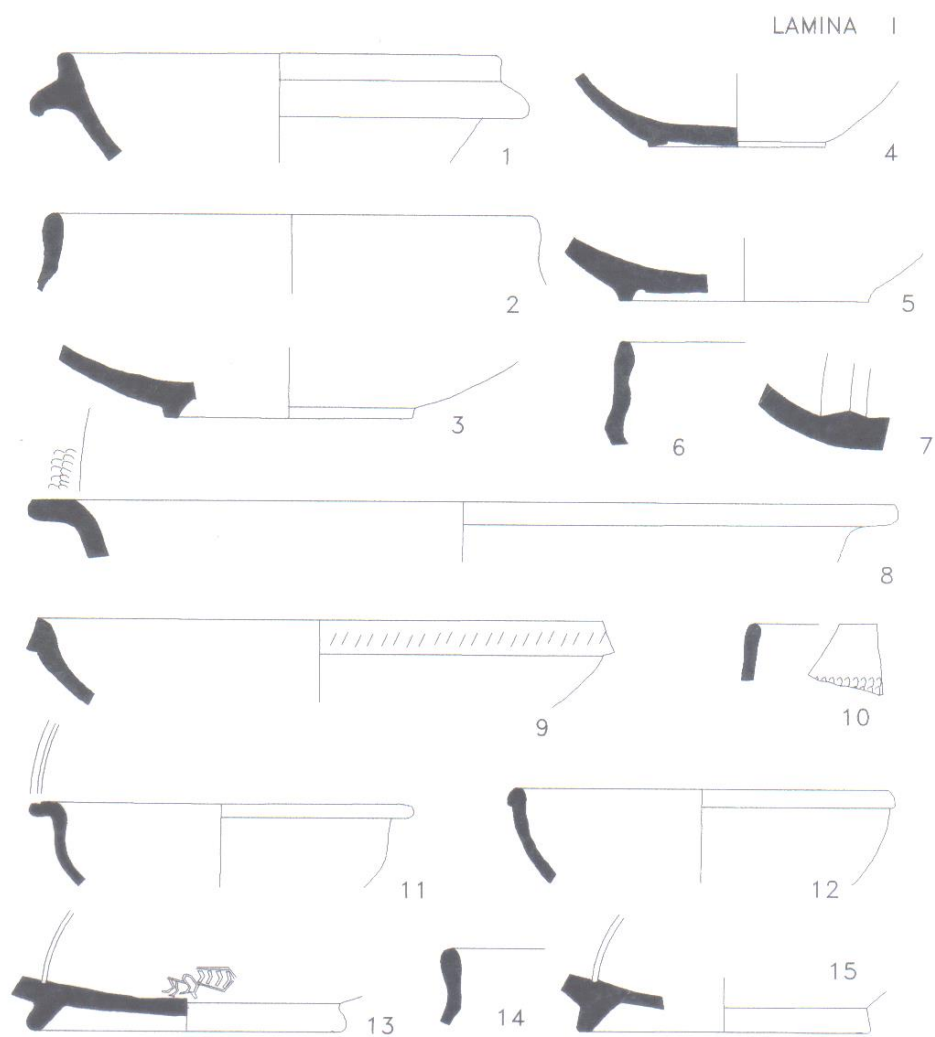
El tipo de decoración del n.º 1 de la lámina XIII se atestigua entre el siglo IV y el VII. La cronología del n.º 2 oscila entre el siglo IV-principios del V, al igual que el n.º 14 (TSCD y TSHTM).

Entre finales del siglo IV y el V puede establecerse el marco temporal del n.º 4 de la lámina XVI (TSHTM).

A su vez, la tipología de un plato de TSHTM casi completo, roto *in situ* (fig. 168), puede datarse en el siglo IV d.C.

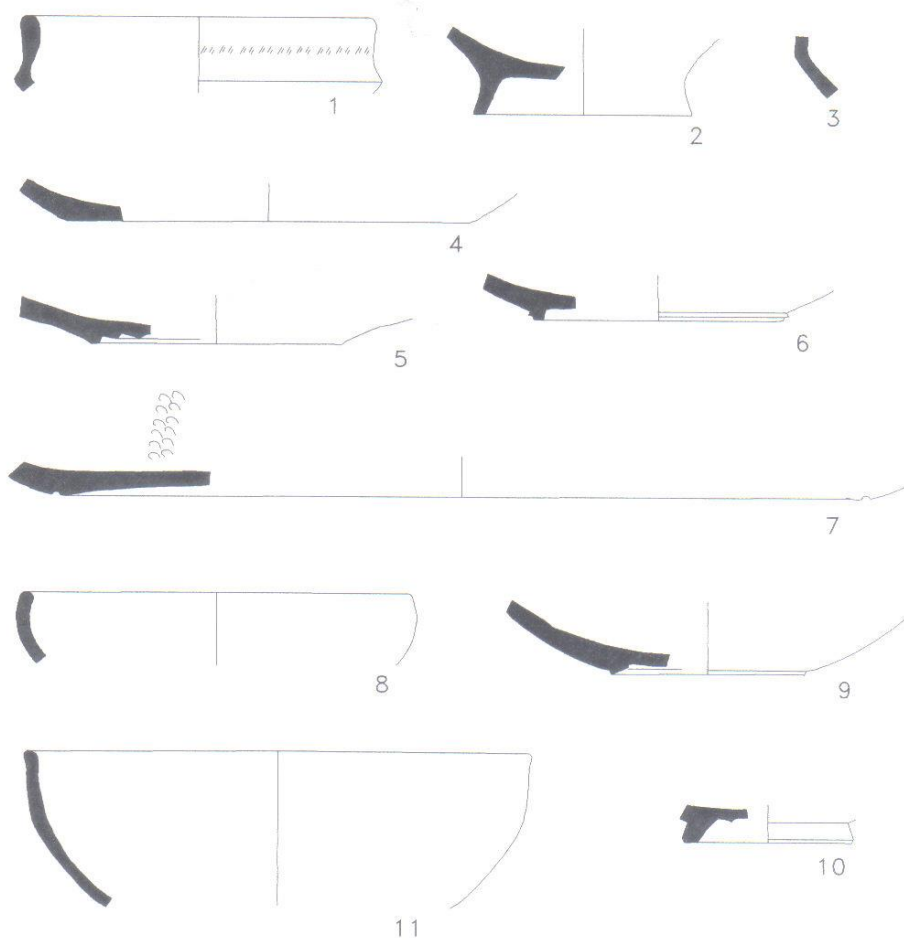
En suma, basándonos en el estudio del material cerámico del tipo TSHTM o TSC, de las emisiones monetales y de la musivaria, podemos adscribir cronológicamente el yacimiento de la Plaza del Torreón a la época tardoimperial, fundamentalmente al siglo IV d.C., aunque este asentamiento muy probablemente pervivió hasta los primeros decenios o incluso quizás algo más avanzada la siguiente centuria, ateniéndonos a las directrices marcadas por dicho numerario y la clasificación tipológica de las piezas de *terra sigillata* encontradas (*vid. supra* capítulo VIII.2.4.1 y 2.6.3), entre otros materiales arqueológicos.

La presencia de cerámicas de tradición local, de abundantes producciones de *terra sigillata* hispánica e importada (TSG, TSA, p. ej.), de numerosos objetos metálicos, del material numismático y de ricos elementos decorativos (alabastro, mármol, estuco pintado, el amplio elenco de mosaicos, etc.), que forman un conjunto muy diversificado, nos dan idea de la importancia de los restos exhumados a lo largo de las distintas intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en esta *villa*. No obstante, insistimos, la interpretación de estos hallazgos es muy parcial por estar todavía inacabado el proceso de documentación arqueológica. Aun así, hemos podido verificar asociaciones formales de la *terra sigillata* recuperada, propias de ese horizonte cronológico comprendido entre los siglos IV y V d.C., al que antes hemos hecho referencia.



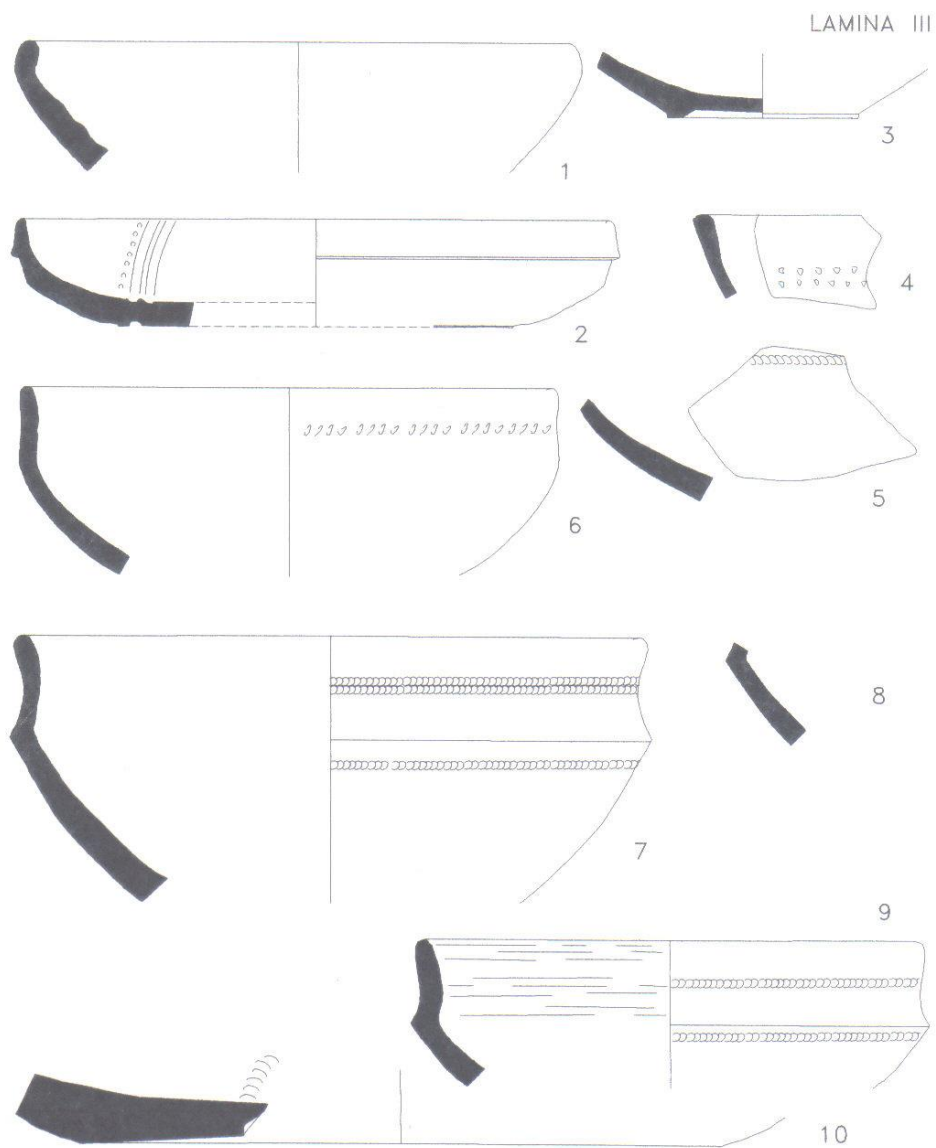
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 11. Nivel V: nº 1 al 3.
Nivel VI: nº 4 al 15.

LAMINA II

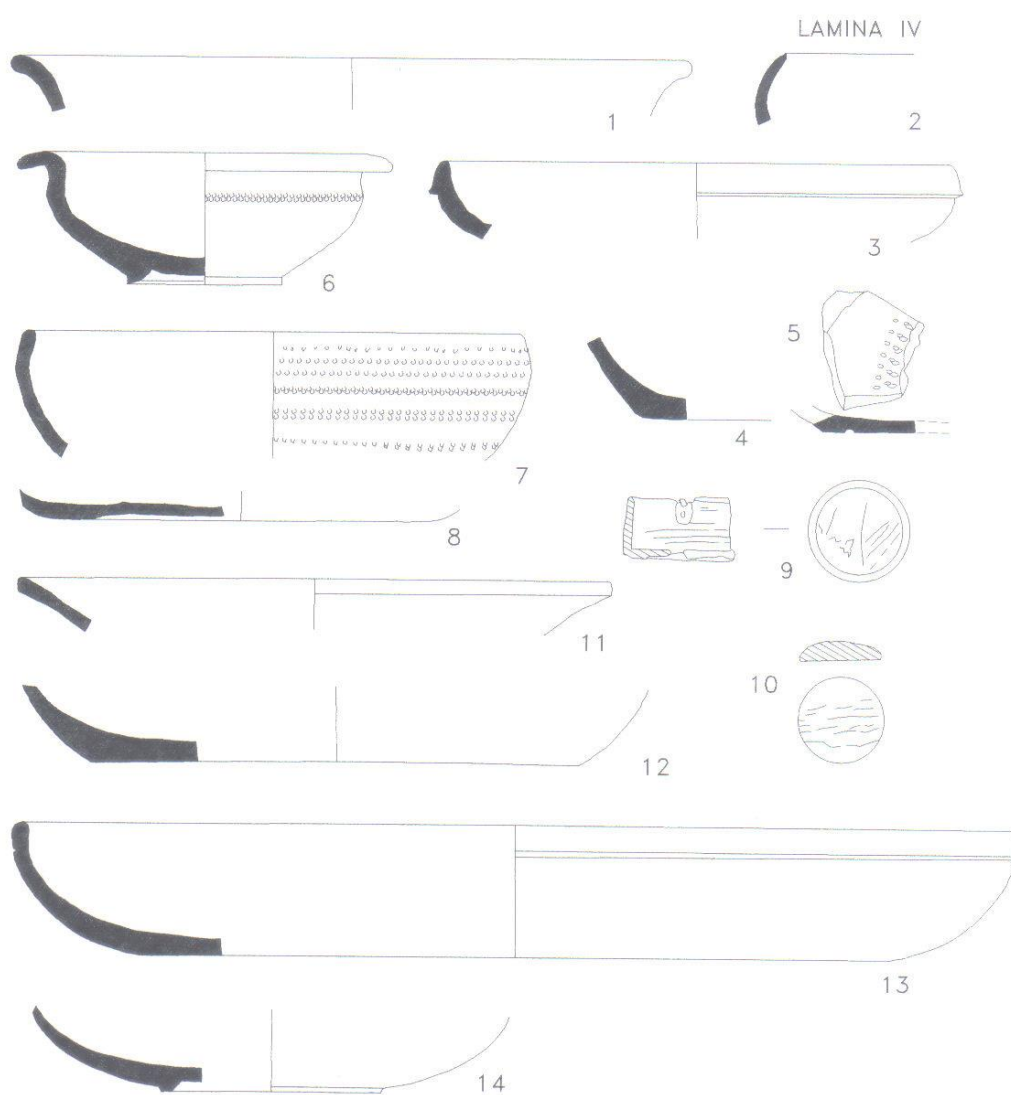


ALCAZAR DE SAN JUAN, Cuadrícula 11.

Nivel VII: nº 1 al 6. Nivel VIII: nº 7 al 10. Nivel IX: nº 11.

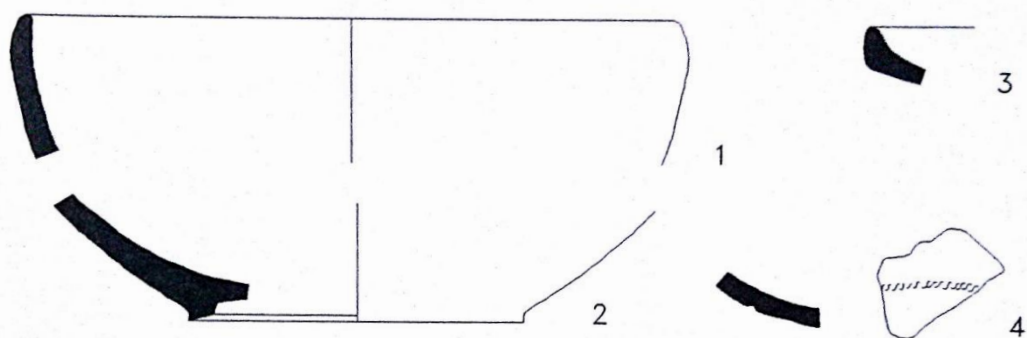


ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 11. Habitación 1. Nivel VIII
 nº 1 y 2. Nivel XI, nº 3 a 6. Habitación 4. Nivel VIII. nº 7 a 10.

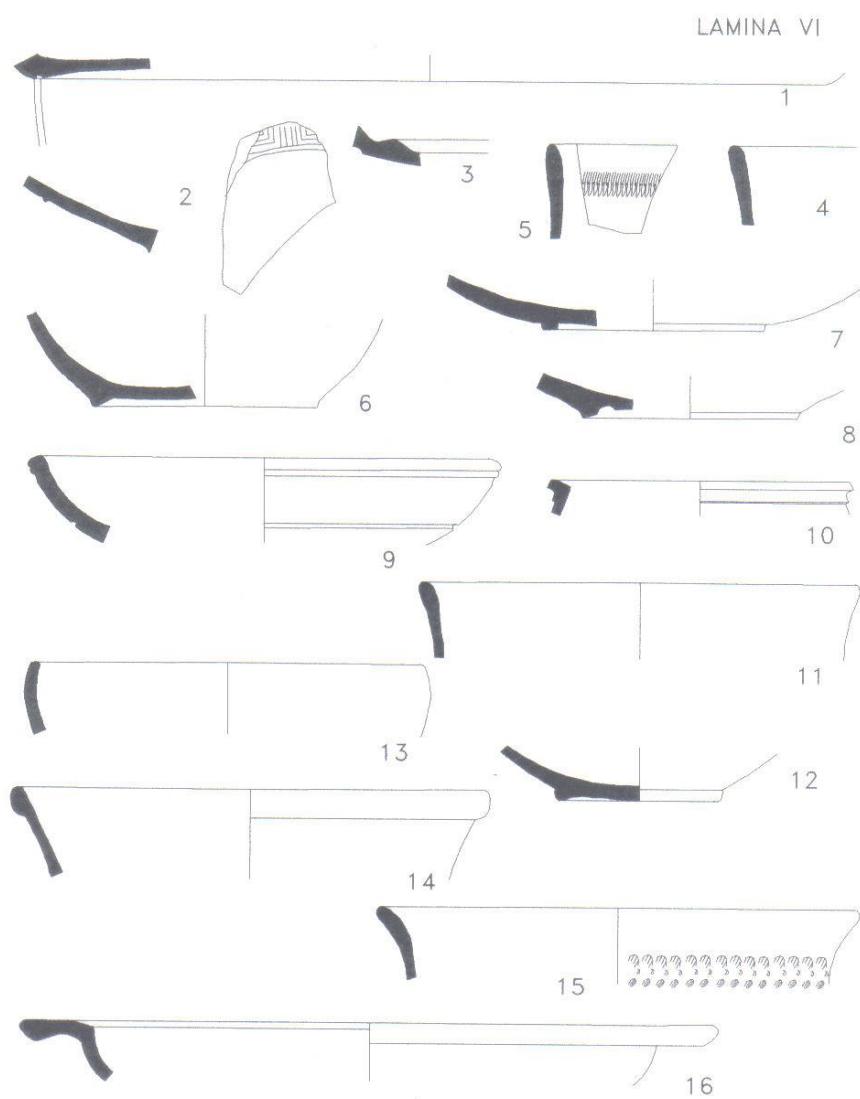


ALCAZAR DE SAN JUAN, Habitación 2. Nivel IX: nº 1 a 5. Nivel X: nº 6 a 9. Nivel XI: nº 10 y 11. Nivel XII: nº 12. Nivel XIII: nº 13 y 14.

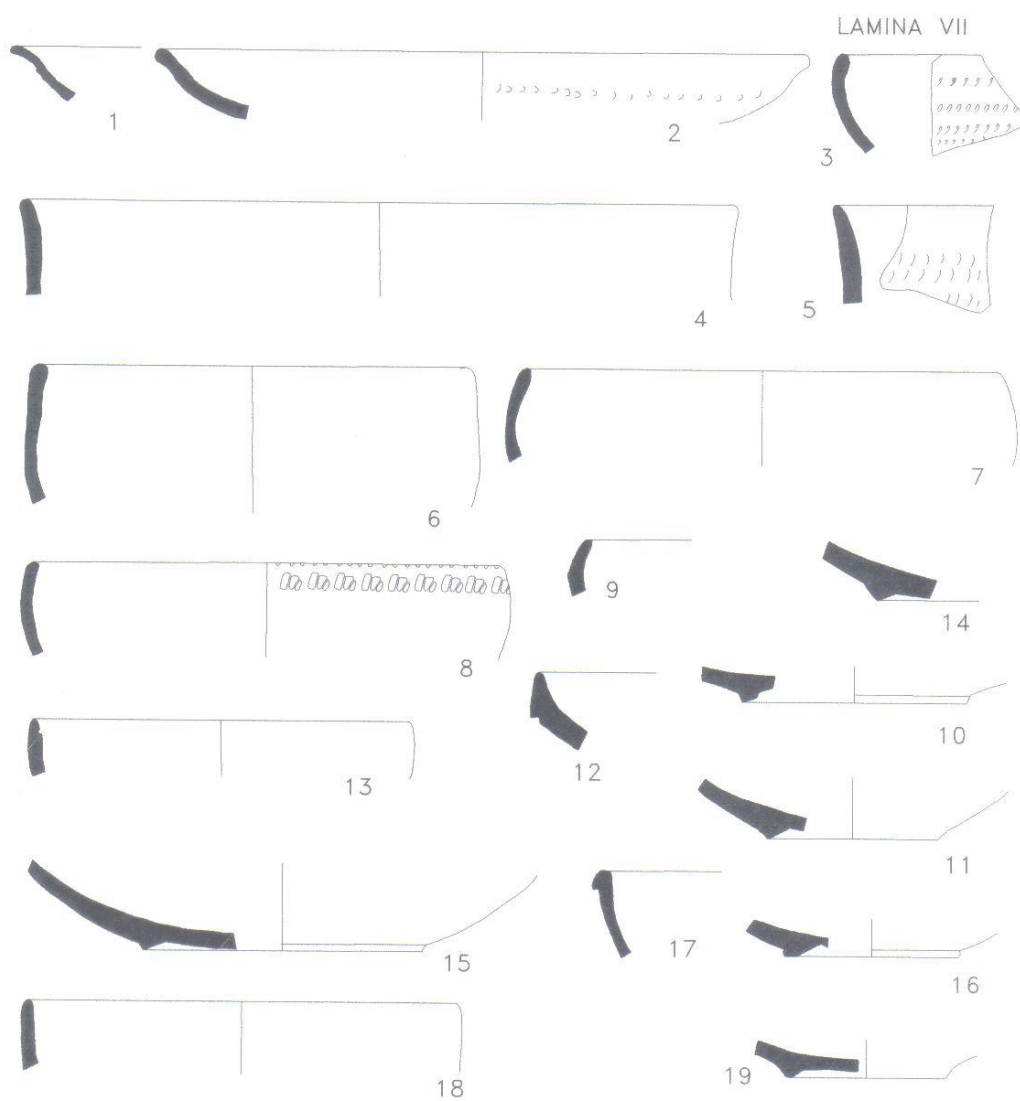
LAMINA V



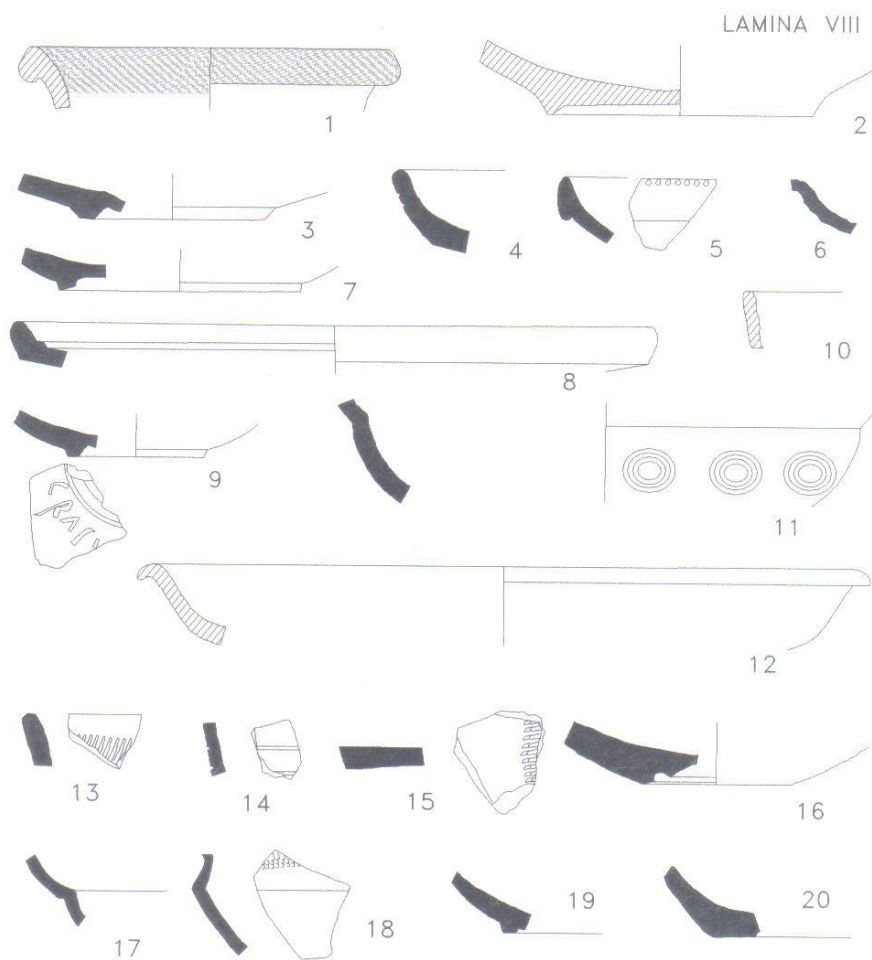
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 11. Habitación 3. Nivel IX.



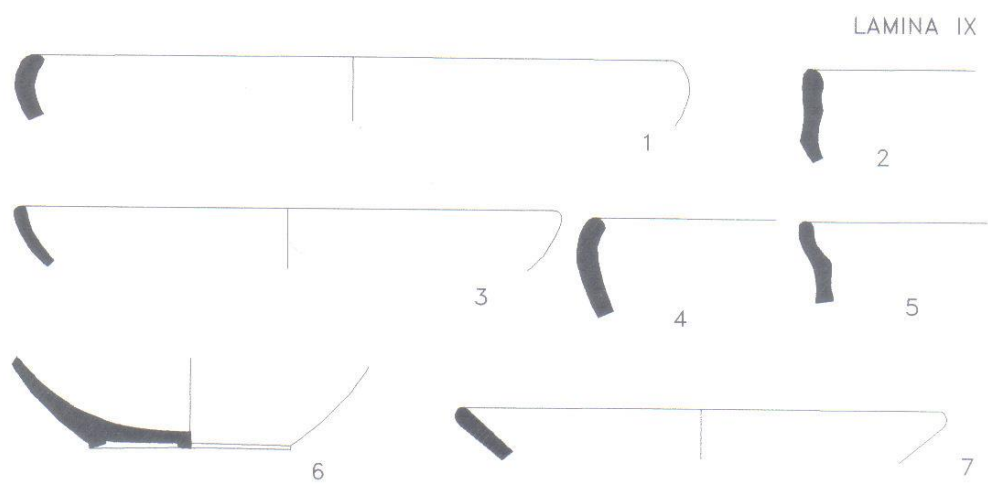
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 15. Nivel IV: nº 1 al 4.
Nivel V: nº 5 al 7. Nivel VI: nº 8 al 16.



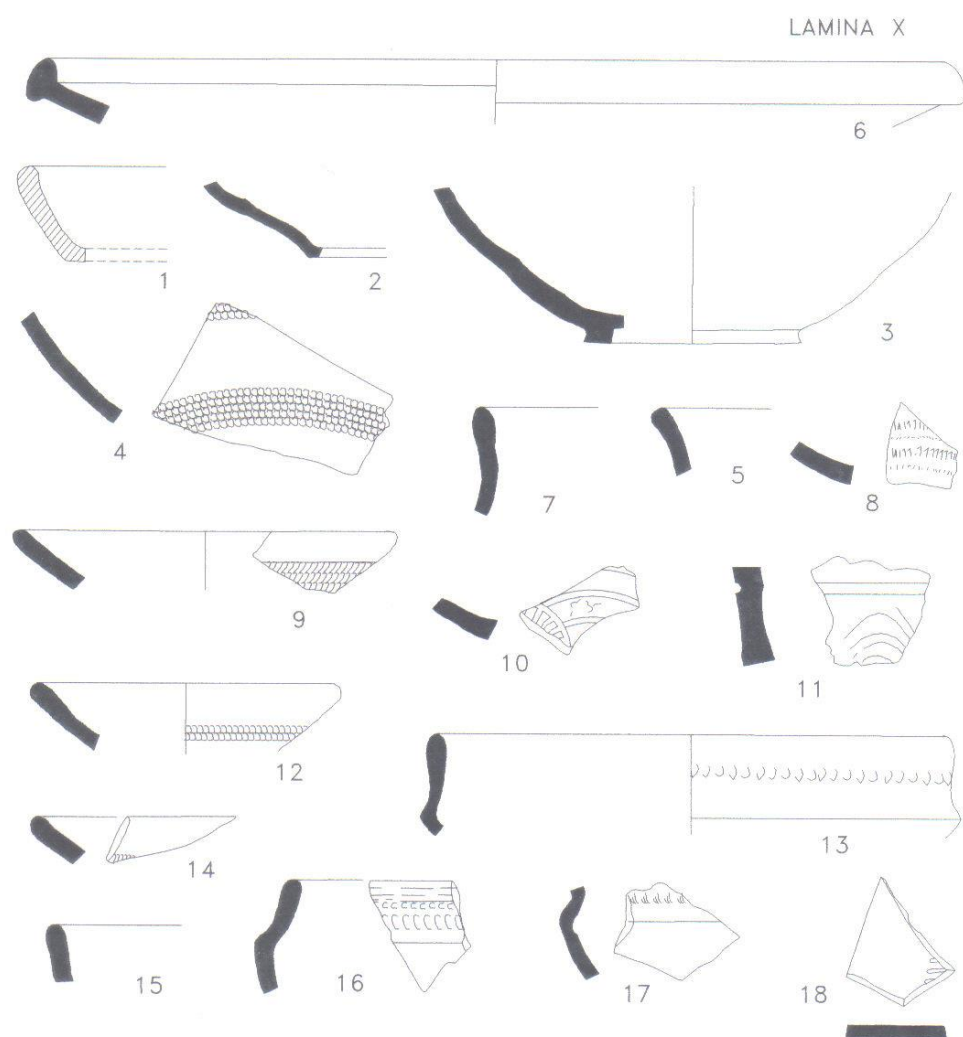
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 15. Nivel VII: nº 1. Nivel VIII: nº 2 al 11. Nivel IX: nº 12 al 16. Nivel X: nº 17. Nivel XI: nº 18 y 19.



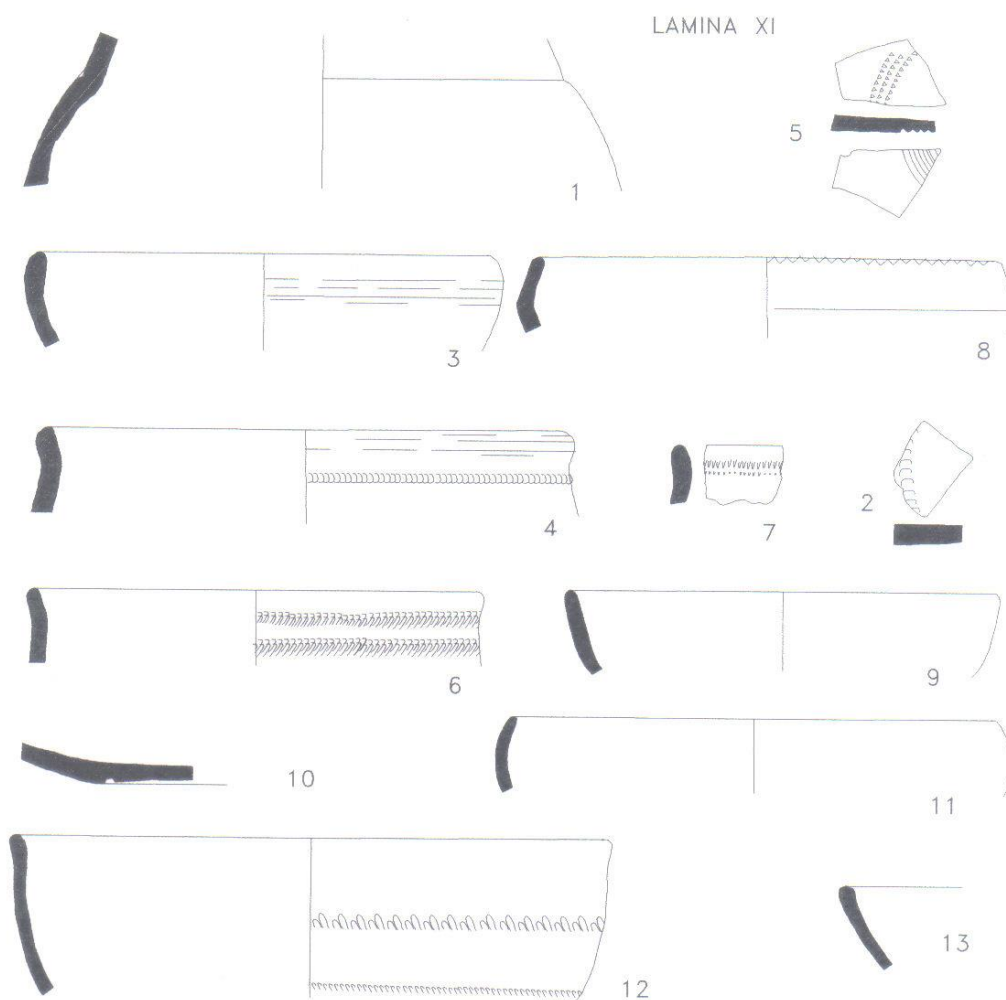
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20: Nivel II: nº 1 al 5
 Nivel III: nº 6 al 9. Nivel IV: nº 10 al 16. Nivel V: nº 17
 al 20.



ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20. Nivel V: nº 1 al 7

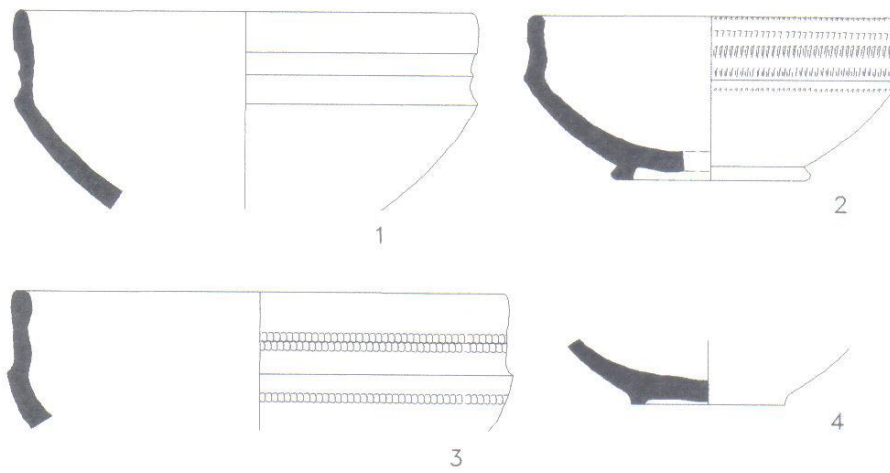


ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20. Nivel V: nº 1 al 5. Nivel VI: nº 6 al 11. Nivel VIII: nº 12 al 18



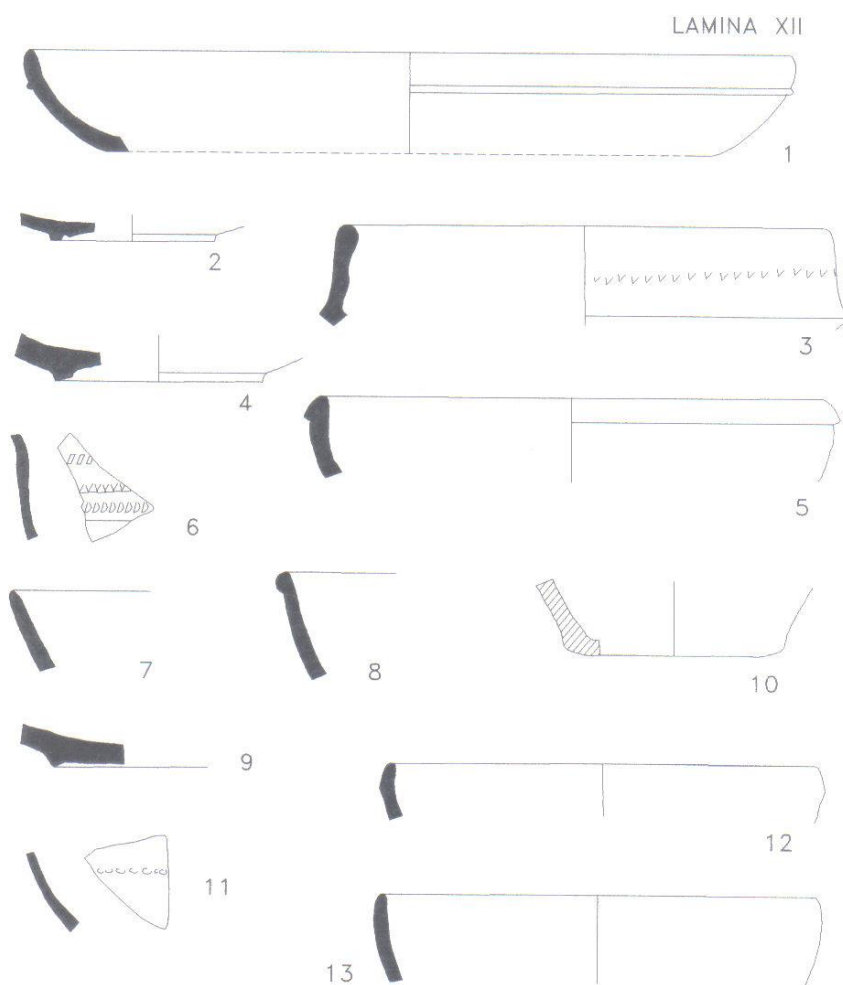
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20. Nivel IX: nº 1 al 4.
 Nivel X: nº 5 al 8. Habitación 1. Nivel II: nº 9 al 12. Nivel
 XIII: nº 13

LAMINA XI bis



ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20. Habitación 1.

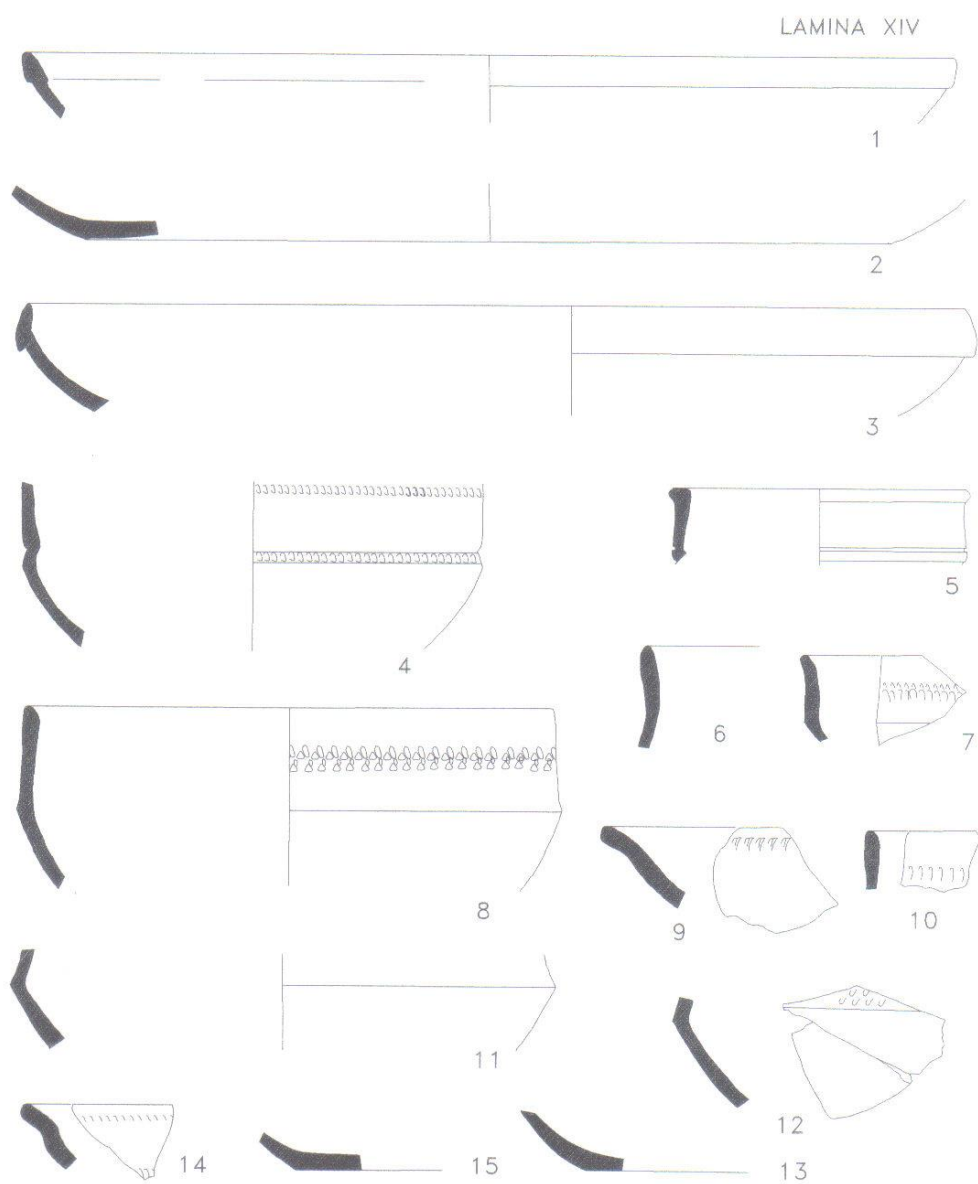
Nivel XIII: nº 1 a 4.



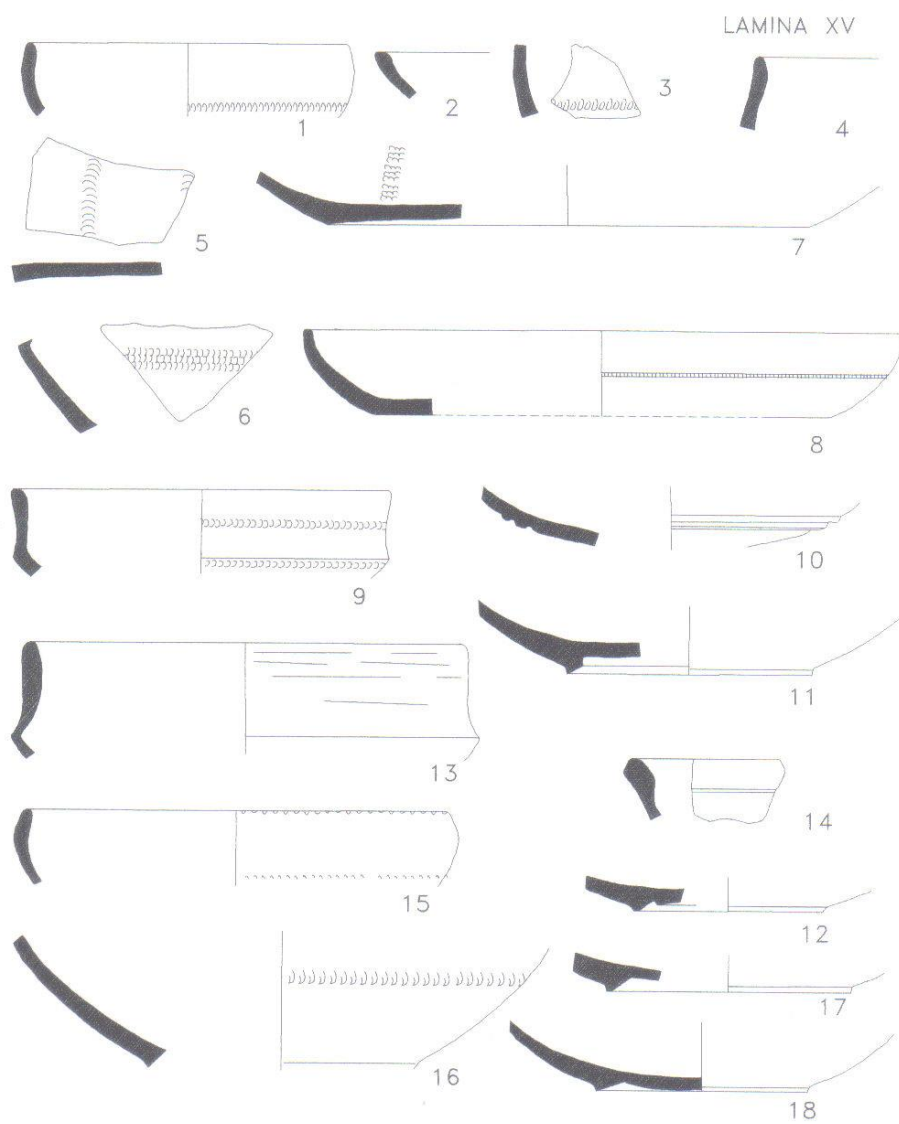
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20. Habitación 2
 nivel VI: nº 1 y 2. Nivel VII: nº 3 al 7. Nivel VIII:
 nº 8 y 9. Nivel IX: nº 10. Habitación 4. Nivel VII:
 nº 11 y 12. Nivel XII nº 13.



ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 20. Habitación 3. Nivel VI: nº 1 y 2. Nivel VII: nº 3. Nivel VIII: nº 4 y 5. Nivel X: nº 6 a 12. Nivel XIII (del resto) nº 13 a 17.

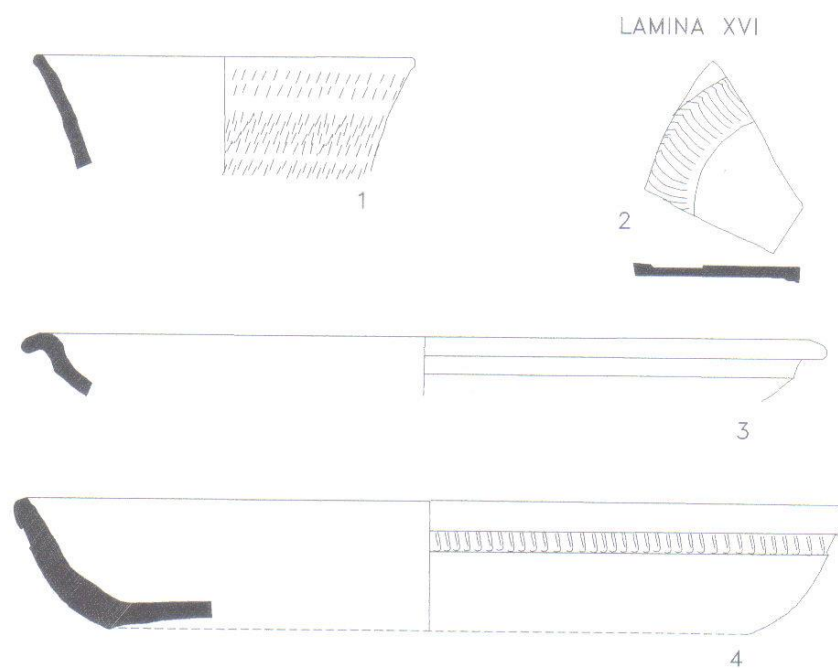


ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 26. Nivel II: nº 1 y 6
Nivel III: nº 2 al 15.

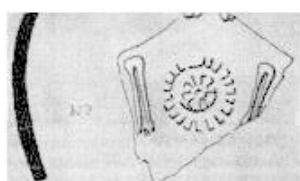
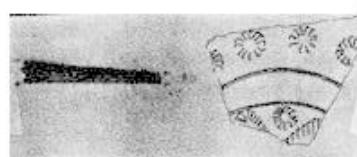
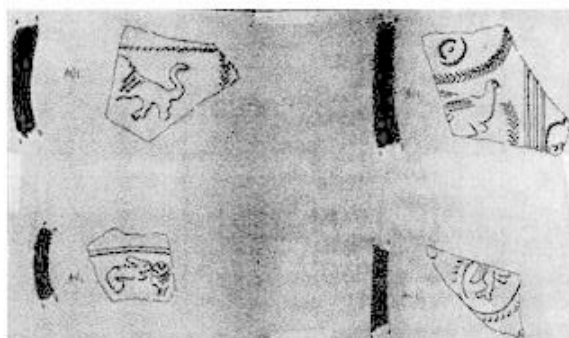


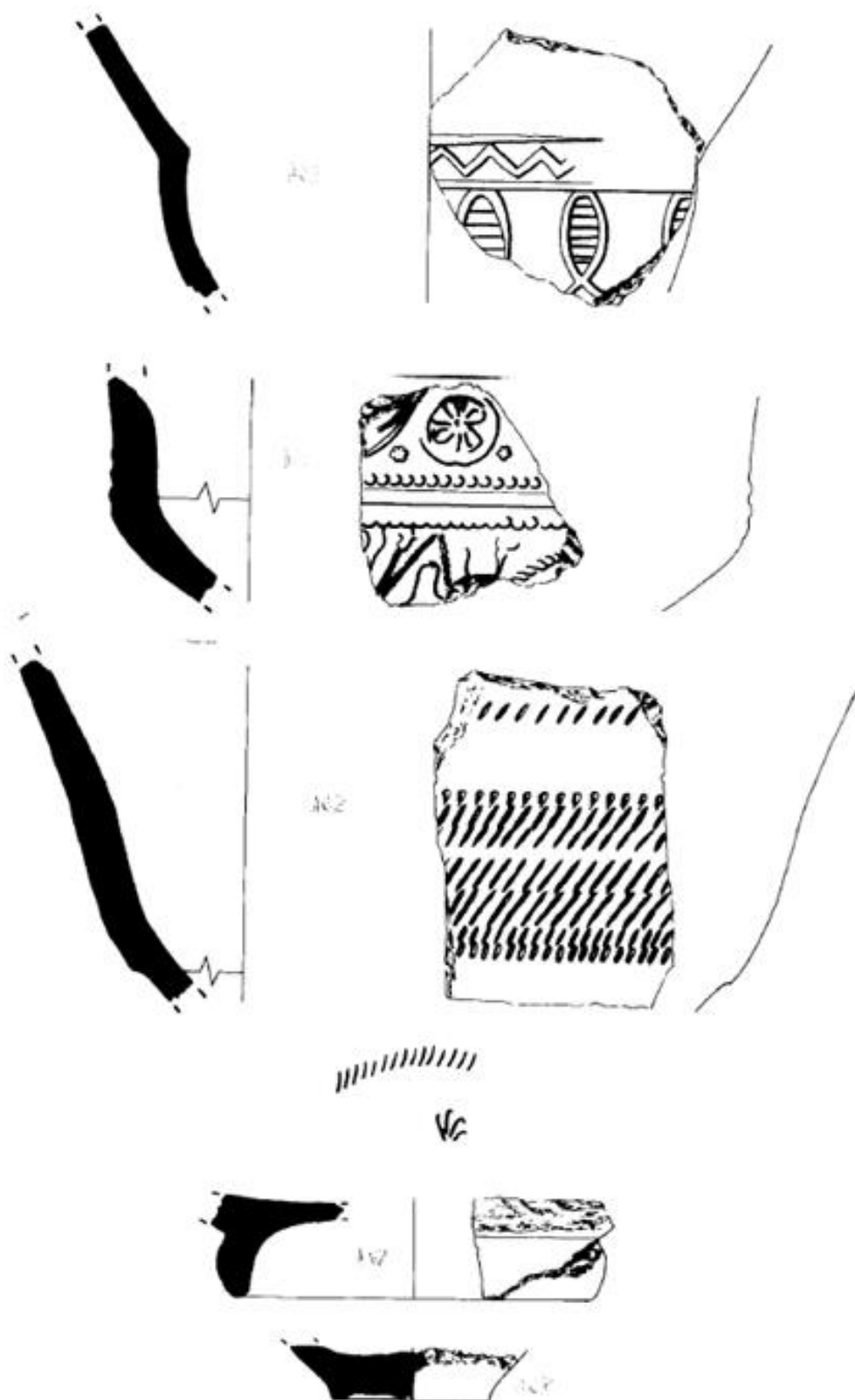
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 26. Habitación 1.

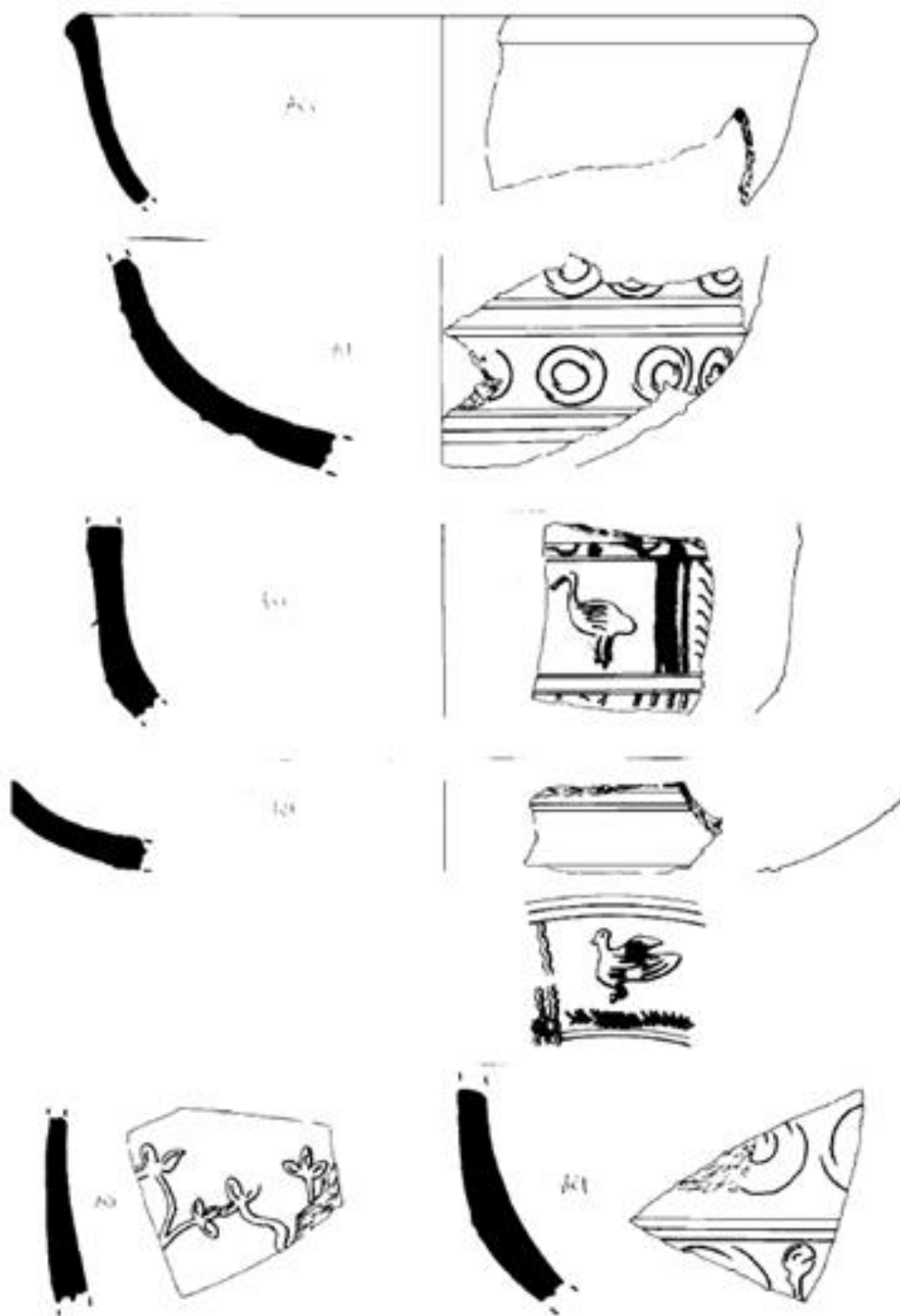
Nivel IV: nº 1 al 7. Nivel V: nº 8 al 12. Nivel VI: nº 13 a 18.

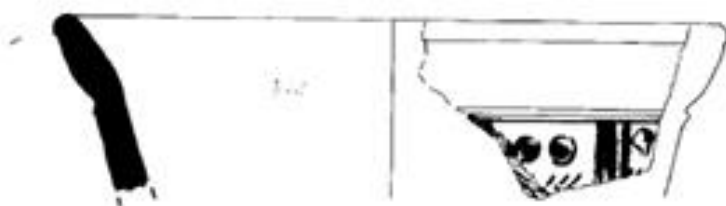
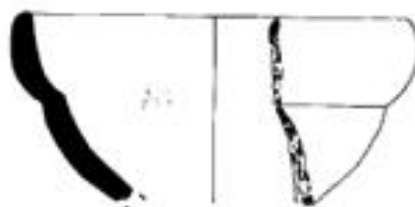
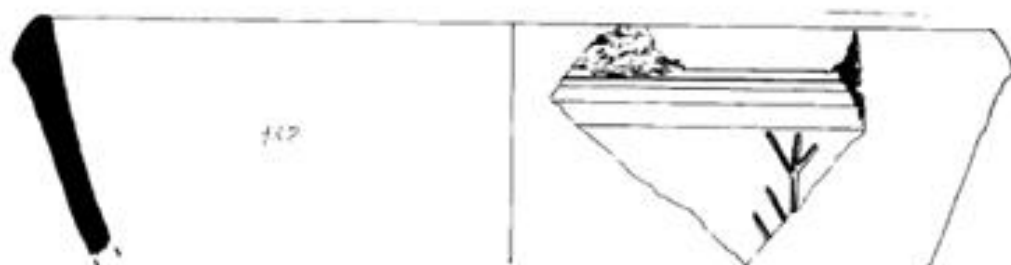


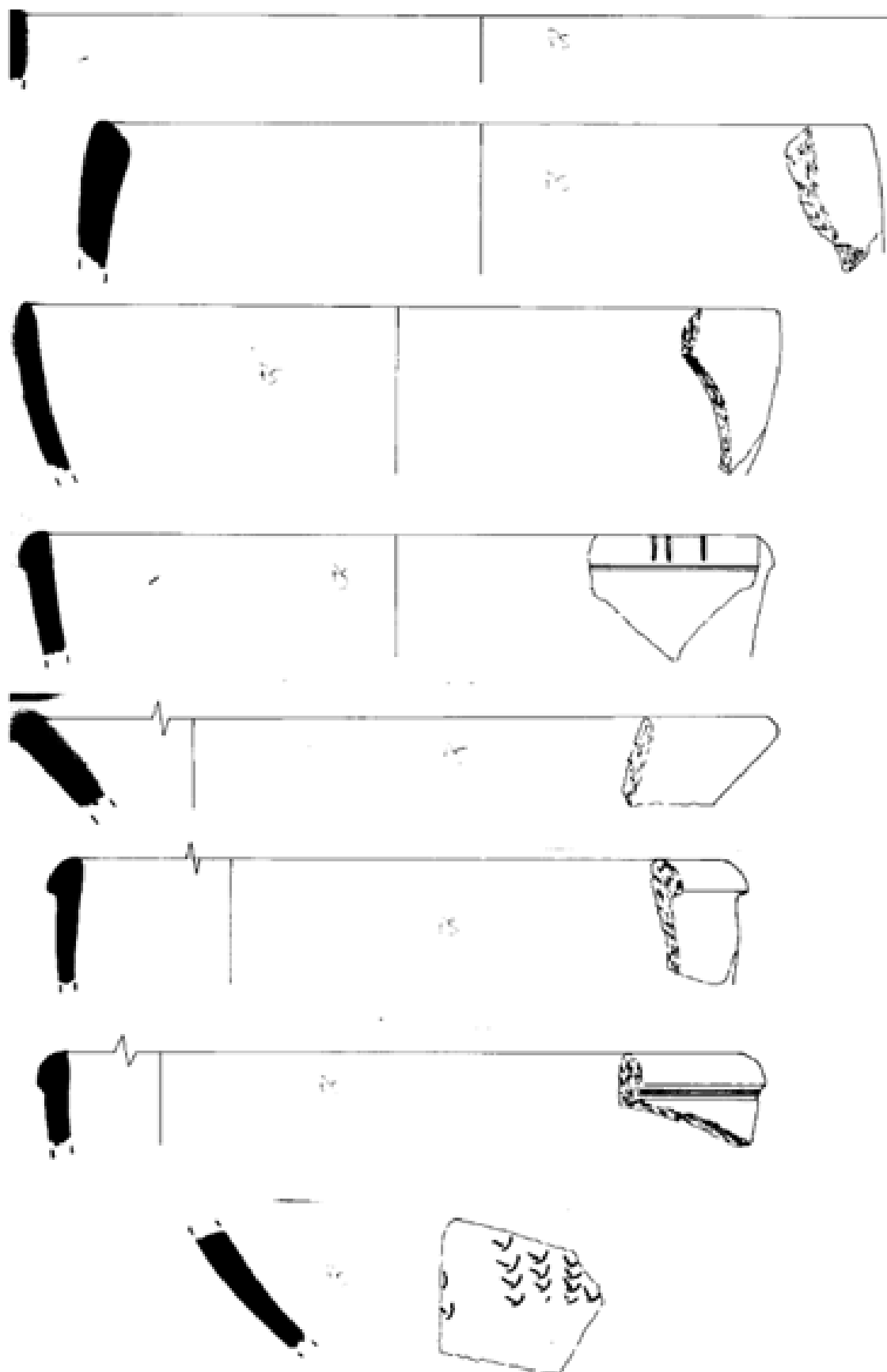
ALCAZAR DE SAN JUAN. Cuadrícula 26. Habitación 2.
Nivel IV: 1 y 2. Nivel VI: nº 3 y 4.

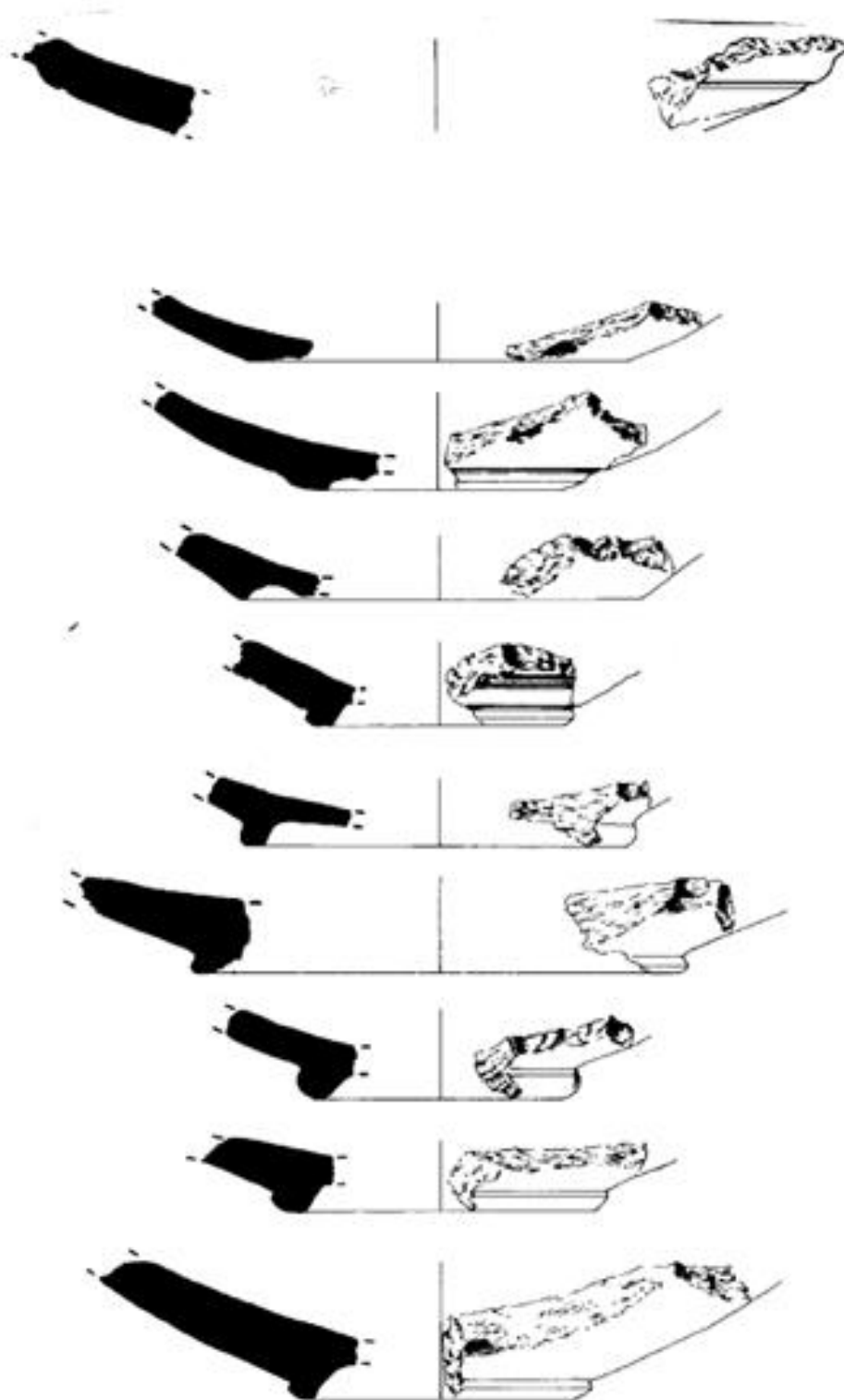


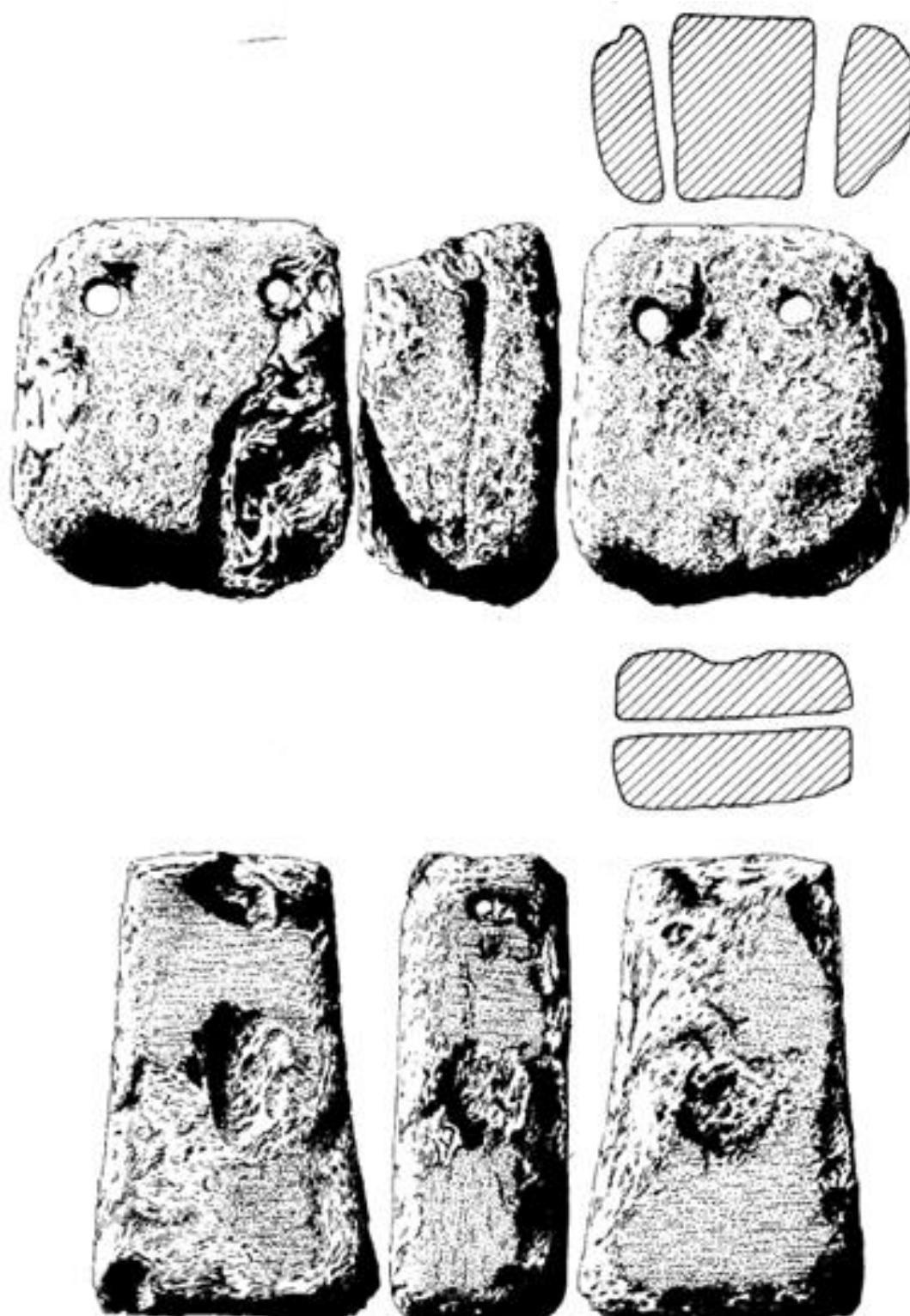


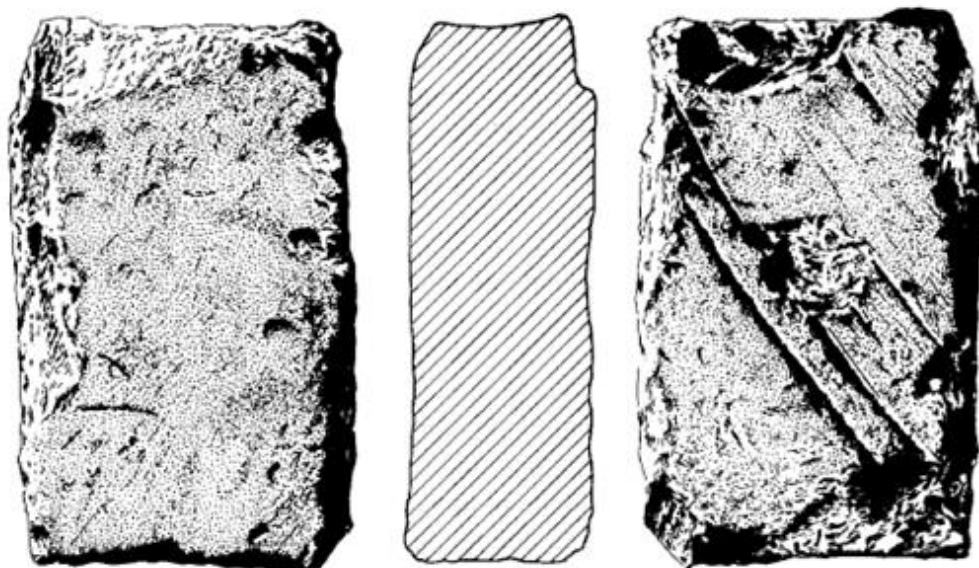
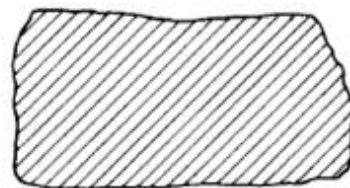
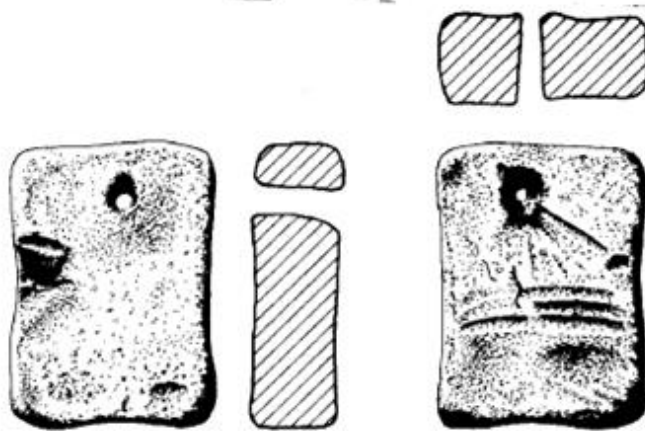












CUADRÍCULA 11

LÁMINA I

Nivel V

N.º inv. 11017.

1. Forma Lamb. 38 de TSCD.

La pasta es muy dura; desgrasante con gran cantidad de cristales de cuarzo, fractura áspera e irregular y color rojo inglés claro (D-28). Sólo posee barniz en el interior y en el labio hasta el asa incluido, cuyo tono es rojo inglés (E-26).

2. Forma 2 de TSHTM. Lisa. La pasta tiene inclusiones de cristales de cuarzo, que dan a su fractura un tacto áspero, irregular y exfoliable. Su tonalidad es tierra siena tostada clara (D-34). La superficie interna está alisada, mientras que la externa conserva algo de engobe blanquecino.

3. Base anular de sección rectangular, de un posible vaso de forma 2 de TSHTM, muy probablemente perteneciente al mismo vaso anterior, con el que comparte idénticas características de color y tipo de pasta.

Nivel VI

N.º inv. 11019.

4. Base anular, de sección rectangular, ligeramente convexa al exterior, de vaso de TSHTM, muy posiblemente de forma 2. La pasta, de color tierra siena tostada (E-36), tiene abundantes vacuolas y algunas partículas de cuarzo. Fractura irregular, textura áspera y exfoliable. Alisado muy somero.

5. Base anular, con pie de sección rectangular y pequeña moldura interna, de TSHTM. Su pasta es tierra siena tostada (E-38), de fractura irregular y áspera. Alisado muy somero.

6. Borde de forma 2 de TSHTM. Pasta tierra siena natural clara (D-38), con cristallitos de cuarzo y vacuolas, de fractura irregular y tacto áspero. Alisado al exterior con bandas de tomo que le dan un aspecto algo más oscuro.

7. Fragmento de fondo, con moldura triangular, de posible Lamb. 51 de TSCD. La pasta es de tacto arenoso, fractura irregular y color tierra siena natural clara (D-36). Barniz sólo en el interior de la pieza, de color rojo inglés (E-26).

8. Fuente de forma 4 de TSHTM, con ruedecilla muy tenue en el borde. La pasta, de color tierra siena natural clara (D-36), tiene algunos cristales de cuarzo y partículas de cerámica machacadas. Fractura irregular y tacto áspero. El interior está más cuidadosamente alisado, dando un tono algo más oscuro: tierra siena tostada clara (D-34).

9. Plato de forma 9 de TSHTM. Decorada con marcas de ruedecilla simple en el borde externo. La pasta, de fractura irregular y áspera al tacto, lleva cristales de cuarzo. Color tierra siena tostada (E-38). El interior del vaso es del mismo

color de la pasta, mientras que el alisado a bandas del exterior le da aspecto de bandas rojas y ocre.

10. Borde de posibles formas 1 ó 2 de TSHTM, con varias bandas de ruedecilla muy poco marcada. La pasta es dura, de fractura rectilínea y tacto áspero. Color tierra siená tostada (E-36), con alisado.

11. Cuenco de forma 6 de TSHTM, con hendidura a todo lo largo del borde. La pasta es de tonalidad tierra siená natural clara (D-36), con las superficies ligeramente alisadas. Fractura irregular de superficie rugosa.

12. Forma 8 de TSHT, con labio bien diferenciado. La pasta posee abundantes cristales de cuarzo. Su color es tierra verde tostada (C-44). Barniz rojo inglés (E-26).

13. Base con pie anular, de sección curvilínea, de plato cercano a la forma Hayes 103 ó 104 de TSCD. Pasta tierra siená tostada (E-36) con manchones negros, de fractura irregular y tacto áspero. El barniz, que sólo se dio originariamente en el interior de la pieza, es de color tierra siená natural clara (D-36). Se conserva la parte trasera de un ave estampada en el fondo de la pieza.

14. Borde de forma 2 de TSHTM. Pasta tierra siená natural clara (D-38), de fractura irregular y áspera. El exterior está alisado en bandas claramente visibles.

15. Base anular, con pie de sección rectangular y pequeña moldura en la parte superior. Parece tratarse de una forma 106 de TSCD. La pasta es de un tono tierra siená natural clara (D-36), de tacto áspero y fractura irregular. El barniz, sólo en su cara interna, es menos consistente que el de la base n.º 13, del mismo color que la pasta.

LÁMINA II

Nivel VII

N.º inv. 11026.

1. Forma 2 de TSHTM, con ruedecilla en el cuello, muy poco marcada. La pasta, de color tierra verde tostada (C-44), tiene alguna partícula visible de cuarzo, que confiere a la fractura irregular un tacto áspero. Superficie alisada.

2. Base anular, con pie de sección rectangular, alto, de forma indeterminable de TSHTM, parecida a la Hayes 93 ó 99 en algunas formas de TSC. Pasta fácilmente exfoliable, fractura irregular y tacto áspero, con desgrasante a base de cuarzo y mica. Color tierra verde tostada (C-44).

3. Fragmento de carena de forma 2 de TSHTM. Pasta de tonalidad tierra siená tostada clara (D-34), de fractura irregular y tacto áspero.

4. Fondo plano de plato de posible forma 9 de TSHTM. Pasta de color tierra siena tostada (D-44), de fractura irregular, rodada.

5. Fondo de TSHT, posibles formas 37 u 8. La pasta es dura, color tierra verde tostada (C-43) y el barniz es de un tono rojo inglés claro (D-28).

6. Base anular, pie de sección rectangular con doble resalte exterior, de TSHTM. La pasta es de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34), con alguna partícula de cuarzo, tacto áspero y fractura rectilínea. Es muy tosca, sin alisado.

Nivel VIII

N.º inv. 11029.

7. Fondo de fuente, ligeramente abombado, de forma 4 ó 9 de TSHTM. La superficie interna está más alisada que la externa. Al interior presenta una doble hilera de decoración a la ruedecilla en círculo, en tanto que la superficie externa posee una hendidura circular al comienzo del fondo. La pasta, con alguna inclusión de cristales de cuarzo, es de color tierra siena tostada (E-24), de fractura rectilínea y tacto áspero.

8. Forma 1 lisa de TSHTM, con alisamiento en ambas superficies. Pasta tierra siena tostada (E-24), con algún manchón gris. Fractura irregular.

9. Base anular, con pie biselado y convexo, de TSHTM, quizá perteneciente al vaso n.º 8, con el que comparte idénticas características de color.

10. Base anular, con pie de sección rectangular y moldura interna, de TSH. La pasta es de un tono rojo inglés claro (D-26), fractura áspera e irregular. El barniz es consistente y de color rojo inglés (F-28).

Nivel IX

Habitación 3

N.º inv. 11078.

11. Cuenco de forma 1 totalmente liso de TSHTM. Su pasta es dura y áspera en su fractura irregular y desconchable. Su color es rojo inglés (E-26). El alisado en distintos sentidos da a esta pieza una decoración en bandas grises y rojas.

LÁMINA III

Habitación 1

Nivel VIII

N.º inv. 11078.

1. Forma 1 de TSHTM. Pasta con alguna vacuola, tacto áspero y fractura

rectilínea, de color tierra siena natural (D-54). Lleva un engobe del mismo color, pero mate, que da a la pieza cierta semejanza con la *terra sigillata lucente*, pero mucho menos brillante.

2. Forma 9 de TSHTM, con decoración a la ruedecilla y círculos concéntricos en el fondo. La ruedecilla es muy tenue. La pasta es de color rojo inglés (E-28), con algún manchón reductor. Es de tacto áspero y fractura irregular. No lleva engobe externo ni interno, siendo esta última cara de un acabado muy áspero. Presenta una hendidura al exterior. No se conserva pie.

Nivel X

N.º inv. 11082.

Igualmente, pertenecen a este nivel dos fragmentos de TSHTM.

Nivel XI

N.º inv. 11122.

3. Base de pie circular, de sección rectangular, de posible forma 2 de TSHTM. Pasta con vacuolas, áspera al tacto y de fractura irregular exfoliable, variando en color del tono tierra siena tostada clara (D-34) al gris rojo (F-21), debido al alisamiento superficial en bandas.

4. Borde de posible forma 2 de gran tamaño de TSHTM. Se conservan dos bandas de puntos a la ruedecilla bajo el borde. La pasta está bien cocida, es de tacto arenoso y fractura rectilínea. Alisado variante del gris rojo (F-21) a tierra siena tostada clara (D-34), como la pieza anterior.

5. Galbo de posibles formas 1 ó 2 de TSHTM, con decoración a la ruedecilla. La pasta, rojo inglés claro (D-18), posee vacuolas y pequeños cristales de cuarzo. Su fractura es de tacto áspero, irregular y tendente a la exfoliación. Ligeramente alisado en sus superficies, con algún manchón gris (este fragmento pertenece al nivel X, con el n.º inv. 11082).

6. Forma 2 de TSHTM. La decoración a la ruedecilla parece haber sido hecha antes del alisado superficial, por lo que está prácticamente borrada. El tipo de pasta y el color coincide absolutamente con la base n.º 3. Ambos fragmentos podrían haber pertenecido al mismo vaso.

Habitación 4

Nivel VIII

N.º inv. 11046.

7. Forma 2 de TSHTM, con la carena bien marcada, dos bandas de ruedecilla en el cuello y otra bajo la carena, todas ellas muy poco marcadas, pero visibles. La pasta es dura, de tacto áspero y fractura rectilínea. Su color predominante es el rojo inglés (E-28), pero tiene manchones que varían del gris rojo (E-21) al negro. Esta cocción mixta se aprecia también en la superficie alisada someramente.

8. Carena de forma 2 de TSHTM. Pasta dura y bien cocida de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), de fractura rectilínea y tacto áspero.

9. Forma 2 de TSHTM. Muy similar a la n.º 7 a excepción del tamaño. Tiene la misma alternancia de colores en su pasta que aquella, pero aquí son muy visibles las huellas de alisado, sobre todo en la parte interior del labio.

10. Fondo algo abombado de posible forma 9 ó 3 de TSHTM, con ruedecilla en círculo en el fondo. Pasta dura, de tacto arenoso áspero y fractura irregular, cuyo color predominante es tierra siena natural clara (D-36), pero con grandes manchones de color negro, sobre todo en el interior, más alisado que la superficie exterior.

LÁMINA IV

Habitación 2

Nivel IX

N.º inv. 11048 y 11049.

1. Posible forma 3 de TSHTM, exvasada. No tiene decoración ni barniz. Pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-38) de fractura rectilínea. Alisada en el mismo tono.

2. Forma 1 de TSHTM, lisa, sin barniz. Pasta dura, de cocción mixta, oxidante en la superficie. Finamente alisado al interior, cuyo color es tierra siena natural clara (D-38). La parte exterior está alisada, dejando visibles las huellas de torno, que son de color algo más claro. La fractura es áspera y rectilínea.

3. Forma 9 de TSHTM. Pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-38). La fractura es áspera e irregular. El tratamiento de la superficie está más cuidado en la parte interna que en la externa, aproximándose a la misma forma de TSCD (Hayes 61).

4. Fragmento de fondo de posible forma 4 de TSHT, con pasta tierra siena natural clara (D-36), de textura áspera y fractura irregular. Alisado al interior, exterior tosco y con vacuolas. Sin pie diferenciado, plano. No tiene decoración.

5. Fondo de fuente o plato, quizá de TSCD, con ruedecilla en el interior de la pieza, muy borrada. La pieza está engobada en el interior, presentando una hendidura al exterior, que es tosco. La pasta, de textura áspera y fractura irregular, es de color rojo inglés claro (E-14).

Además, pertenecen a este nivel un fragmento de TSH, dos de TSC y otro de TSHTM.

Nivel X

N.º inv. 11076.

6. Cuenco completo, de forma 6 de TSHTM. Tiene el borde vuelto, ligeramente abombado. La pared es bastante gruesa y está decorada con dos líneas de puntos a la ruedecilla sobre la zona de máxima anchura del cuerpo. Base con pie biselado. La pasta es dura, bien cocida, de tacto áspero y fractura irregular. Está alisada interior y exteriormente.

7. Cuenco de forma 1 de TSHM, con múltiples hileras de marcas de ruedecilla que cubren todo el cuerpo. La pasta es de fractura irregular, de color tierra siena natural clara (D-36) y está engobada interior y exteriormente en ese mismo tono.

8. Fondo ligeramente abombado, con numerosas y muy pronunciadas huellas de torno en la parte interior. Se trata de una forma indefinible de TSHTM. Cocción mixta, con el núcleo reductor y la superficie oxidante. Pasta muy dura, de fractura irregular y tacto áspero. La superficie es de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34).

9. Estuche cilíndrico de pequeñas dimensiones de hueso o marfil. Tiene un enganche metálico, es la bisagra que la mantenía unida a la tapadera. Quizá pertenezca a la misma pieza que el objeto que describimos a continuación.

Nivel XI

N.º inv. 11131.

10. Ficha o tapadera de marfil, de sección plano convexa. Tal vez pertenezca a la misma pieza que la anterior.

11. Borde de forma 15/17 de TSH, bastante exvasada, como es común en época tardía. La pasta es de color tierra verde tostada (C-43) de fractura rectilínea con tacto áspero. El barniz es consistente y de color rojo inglés (F-28).

Pertenecen también a este nivel un fragmento de TSH y un fragmento de TSHT.

Nivel XII

N.º inv. 11097.

12. Fondo plano de plato de posibles formas 3, 4 ó 9 de TSHTM. La pasta tiene gran cantidad de desgrasante a base de cuarzos o calizas de mediano tamaño. Es dura, de color gris rojo (E-21), tacto áspero y fractura rectilínea. El alisado, más cuidado en el interior, es de color pardo rojo claro (C-14).

Pertenecen también a este nivel un fragmento de cerámica común y un fragmento de TSHT o TSC.

Nivel XIII

N.º inv. 11102.

13. Fuente de TSHTM de forma 3, con hendidura paralela al borde, de mala factura. Pasta de color rojo inglés (E-26) con granos de cuarzo o caliza y vacuolas, de fractura rectilínea y tacto áspero. El alisado es del mismo tono, pero más cuidado en el exterior que en el interior.

14. Base anular, con pie de sección biselada, de posible forma 1 ó 2 de TSHTM. Pasta de cocción mixta, dura, de tacto áspero y fractura rectilínea, de color tierra verde tostada (D-23), igual tono que el alisado de la pieza.

Además, pertenecen a este mismo nivel un borde de forma 1 de TSHTM con leve ruedecilla, de pasta idéntica a la pieza anterior, un fragmento de TSC o TSHT, un fragmento de TSH y dos fragmentos de TSHTM

LÁMINA V

Habitación 3

Nivel IX

N.º inv. 11057.

1. Forma 1 de TSHTM, lisa. Pasta dura, de cocción mixta, con la superficie oxidante. Es de color tierra siena tostada clara (D-34), que se combina con bandas de un tono ocre oro tostado (E-32) debido al alisado superficial. Tacto de la fractura suave y rectilínea.

2. Base de pie anular y sección biselada, de forma 1 ó 2 de TSHTM, probablemente pertenezca al mismo vaso que el n.º 1. La pasta es dura, de fractura rectilínea y alisada a bandas. Es de tonalidades tierra siena tostada clara (D-34) y tierra siena tostada (C-36).

3. Pequeño fragmento de borde de forma 9 de TSHTM. La pasta es de textura áspera y fractura irregular, mejor alisada por dentro que por fuera. Su color es tierra siena tostada clara (D-34).

4. Fragmento de galbo decorado a la ruedecilla de forma 1 ó 2 de TSHTM. La fractura es áspera e irregular, estando la pasta mejor alisada por dentro que por fuera. Su color es tierra siena tostada clara (D-34).

En este mismo nivel hay también un fragmento de TSHT, un fragmento de TSC y un fragmento de TSHTM.

Nivel XI

N.º inv. 11113.

No representables y pertenecientes a este nivel: tres amorfos de TSHTM.

CUADRÍCULA 15

LÁMINA VI

Nivel II

N.º inv. 15039.

Un amorfo de TSCD.

Nivel IV

N.º inv. 15043 y 15020.

1. Fondo ligeramente abombado, de fuente de TSHTM de posibles formas 3, 4 ó 9. La pieza tiene cocción mixta y la pasta es dura, de fractura irregular y tacto suave. La superficie, bien alisada sobre todo en su parte interior, es de color ocre carne (D-46), con algún manchón reductor.

2. Galbo decorado con un friso, quizá de grecas, de TSHT. La pasta contiene algunos cristales de cuarzo. Es dura, de fractura irregular y tacto suave. Color tierra verde tostada (C-44). Sólo se conserva barniz en el exterior, cuya tonalidad predominante es ocre carne (D-46), con manchas grises.

3. Moldura interna y carena de forma 15/17 de TSH, quizá tardía. La pasta es de color tierra verde tostada (D-24), de fractura rectilínea y áspera. El barniz es rojo inglés (F-28).

4. Borde de forma 2 ó 1 de TSHTM. La pasta es tierra siena tostada (D-44), de fractura irregular y tacto rugoso. Superficies apenas alisadas.

También pertenecen a este nivel un fondo de cerámica común, un fragmento de TSHTM, un fragmento de TSCD y nueve de TSHTM.

Nivel V

N.º inv. 15026 y 15031.

5. Borde de muy posible forma 2 de TSHTM, con dos hiladas de ruedecilla de factura descuidada y poco marcada. La superficie es alisada por fuera y suavemente engobada por dentro. La pasta es de color tierra siena tostada (E-38), del mismo tono que el engobe interno. Su fractura es rectilínea y su tacto suave.

6. Base anular, de pie con sección triangular, biselado. Es probable que forme parte del mismo vaso que la forma acampanada n.º 15 de esta misma lámina. Es una posible forma 1 de TSHTM. La pasta lleva algunos cristales de cuarzo como desgrasante. Es de color tierra siena natural clara (D-38), alisada, de fractura rectilínea y tacto suave.

7. Base anular de pie con sección rectangular, de TSHTM. La pasta es de color tierra siena tostada (E-36), con marcas de alisado superficial bien visibles.

Pertenecientes a este mismo nivel hay además siete fragmentos de TSHTM.

Nivel VI

N.º inv. 15034.

8. Base anular, pie de sección biselada con moldura interna, de TSHTM. La pasta es de tonalidad tierra verde tostada (D-32), apenas alisada y de fractura rectilínea exfoliable.

9. Cuenco que puede adscribirse, con mucha cautela, a la forma 1 de TSHTM. Con dos finas acanaladuras formando labio y una tercera en el cuerpo, cerca de la base. La pasta es de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), con alguna partícula de cuarzo como desgrasante, superficies alisadas y fractura rectilínea de tacto suave.

10. Pequeño fragmento de borde de forma similar a Hayes 110. Presenta un pequeño escalón bajo el labio. La pasta es dura, de color tierra siena natural clara (D-38), de fractura rectilínea y superficie algo más alisada en el interior y en el borde, pero sin engobe.

11-12. Dos fragmentos, muy probablemente del mismo vaso, una forma 2 de TSHTM. El borde es liso, ligeramente exvasado y la base es anular, con pie de sección triangular. La cocción de la pasta es reductora. Es de color gris (E-41), con las superficies apenas alisadas. La fractura es irregular, exfoliable y el tacto áspero.

13. Forma 1 de TSHTM, lisa. La pasta es de color tierra siena tostada (D-44), de fractura rectilínea y tacto suave. Superficies alisadas.

14. Borde con labio exvasado, de forma 37 de TSHt. La pasta es de color tierra siena tostada clara (D-34), de fractura rectilínea y tacto suave, algo untuoso. El barniz, muy deteriorado, es rojo inglés (E-26).

15. Forma 2 de TSHTM, con varias líneas a la ruedecilla de buena factura. La pasta es de color tierra siena natural clara (D-38), dura, de fractura irregular y áspera. Sólo lleva un somero alisado. Es muy probable que forme parte del mismo vaso que el n.º 6 del nivel V.

16. Plato de borde horizontal de forma 4 de TSHt. La pasta, de color rosa (C-26), tiene inclusiones de cristales de cuarzo. Su fractura es irregular y exfoliable. Barniz suave tierra siena natural clara (D-38).

Corresponden a este mismo nivel dieciocho fragmentos de TSHTM, cuatro de TSC y uno de TSHt.

LÁMINA VII

Nivel VII

N.º inv. 15049.

1. Forma 4 de TSHTM o de TSC. Borde de plato o fuente, exvasado, con pequeño resalte bajo el borde. La pasta es de cocción reductora en el núcleo,

pasando en la superficie a rojo inglés (E-28), alisado. La fractura es rectilínea y escamosa, de tacto áspero.

Pertenecen también a este nivel cinco fragmentos de TSHTM y uno de TSHT, entre otros.

Nivel VIII

N.º inv. 15053.

2. Borde de plato de forma 4 de TSHTM, similar al anterior, pero sin el resalte bajo el borde. Lleva una línea decorada a la ruedecilla, muy tenue e irregular. La pasta es de color tierra verde tostada (D-41), de fractura áspera y rectilínea. La superficie está alisada en bandas de ese color y de tonalidad tierra verde tostada (C-44).

3. Forma 1 de TSHTM, muy similar en su concepción a la ya citada en la habitación 2 de la cuadrícula 11 (lám. IV, 7). La pasta contiene alguna partícula de cuarzo. Es de fractura rectilínea y áspera. Su color es ocre carne (D-46), teniendo en ambas superficies un suave alisado.

4. Gran vaso de forma 2 de TSHTM, totalmente liso. La cocción es mixta, con la capa oxidante en superficie de color tierra siena natural clara (D-36). El alisado es somero, notándose al interior las marcas del mismo.

5. Borde de forma 2 de TSHTM, con tres hiladas de decoración a la ruedecilla, escasamente marcadas. De superficies alisadas, conserva un tono rojo inglés en su cara interna (E-28) y tierra siena tostada (D-44) al exterior, siendo éste también el color de la pasta. La fractura es rectilínea, de tacto suave.

6. Forma 2 de TSHTM. Pasta de color tierra siena tostada (E-36), predominando ese tono en el exterior, mientras que en el interior se combina con vetas de color gris. Fractura rectilínea, de tacto suave.

7. Forma 2 de TSHTM, también lisa, como la pieza anterior. La pasta contiene alguna partícula de cuarzo. Su tonalidad es tierra siena tostada (D-44), también combinada con franjas grises. Su fractura es rectilínea, de tacto suave.

8. Forma 1 de TSHTM, con líneas de ruedecilla en el mismo borde e inmediatamente debajo del mismo. La pasta es dura y presenta cocción mixta, con el núcleo gris oscuro (D-10). De fractura rectilínea, su tacto es áspero. Está alisada a bandas grises, como la pasta, siendo de color tierra de sombra tostada clara (E-22).

9. Borde de forma 1 de TSHTM, con una muy suave carena, casi imperceptible. El color de la pasta es tierra verde tostada (D-32), con la superficie alisada al exterior, acentuando las marcas. Fractura rectilínea, de tacto suave.

10. Base circular, con pie de sección biselada de TSHTM. Su pasta es de fractura áspera e irregular, someramente alisada y de color tierra verde tostada (D-32).

11. Base circular, con pie de sección triangular, de TSHTM. Pasta de color tierra siena natural (E-46), fractura rectilínea y tacto suave.

Además, pertenecen a este nivel nueve fragmentos de TSHTM, uno de TSH y otro de TSHT.

Nivel IX

N.º inv. 15059.

12. Borde de plato de forma 9 de TSHTM. Su pasta, de color rojo inglés (E-26), lleva algunos cristales de cuarzo como desgrasante. Tiene un suave alisado interno y externo. Su fractura es rectilínea, de tacto suave.

13. Cuenco de forma no identificable de TSC provisto de una suave acanaladura en la parte interna del borde. Es liso en la porción conservada. La pasta es de color tierra siena natural clara (D-36), de fractura rectilínea. Barniz muy suave, de tonalidad tierra siena natural clara (D-38).

14. Base circular, con pie de sección triangular, de TSHTM. Pasta de color ocre carne (D-46), con alguna vacuola. La fractura es rectilínea, de tacto áspero. El tratamiento de la superficie es muy cuidada, estando engobada en su parte interna, en cambio, la externa es muy áspera.

15. Base circular, con pie de sección triangular y fondo cóncavo de TSHTM. Tiene cristales de cuarzo como desgrasante y es de color rojo inglés (E-28). La superficie lleva marcas de alisado y su fractura es irregular, de tacto suave.

16. Base circular, con pie de sección rectangular, poco sobreelevado y con moldura interna, de TSHT. La pasta es de color ocre carne (D-48). Tiene fractura irregular y tacto áspero. El barniz es de una tonalidad tierra siena tostada (E-36).

Pertenecen a este mismo nivel otros dos fragmentos de TSHTM.

Nivel X

N.º inv. 15065.

17. Borde de posibles formas 8 ó 37 tardía de TSHT. Labio bien marcado. Pasta de color tierra siena natural clara (D-38), con suave barniz del mismo tono, bastante más deleznable por la parte externa. Fractura irregular y tacto suave.

Hay también de este nivel un fragmento de TSHTM.

Nivel XI

N.º inv. 15073.

18. Cuenco de forma Lamb. 43 de TSC. La pasta es de color ocre carne (D-48), con alguna partícula de cuarzo. La fractura es rectilínea y de tacto áspero. El barniz es muy fino, de una tonalidad tierra siena natural clara (D-38).

19. Base circular, con pie de sección triangular, de TSHTM. La pasta tiene pequeños cristales de cuarzo y es de color tierra siena tostada (E-36). Su superficie está más alisada al interior que al exterior. La fractura es irregular y su tacto algo áspero.

Hay otros dos fragmentos de TSHTM pertenecientes a este mismo nivel.

CUADRÍCULA 20

LÁMINA VIII

Sector C

Nivel II

N.º inv. 20104.

1. Borde de cerámica común romana, exvasado. Labio bien marcado. Pasta de buena cocción, fractura irregular y tacto suave. Su color es tierra verde tostada (D-52). Tiene una banda pintada de color ocre que ocupa la parte interior y exterior del labio. Pintura de tonalidad tierra siena tostada (E-24).

2. Fondo de cerámica engobada. Pasta muy compacta, bien cocida y textura arenosa, casi vítrea. Su fractura es rectilínea. Color tierra verde tostada (E-42). El engobe es de color tierra siena tostada (E-23). Engobe interior rojo mate. La base, sobreelevada, está rodeada de un pie circular de sección triangular.

3. Base anular, con pie de sección rectangular, de posibles formas 37 u 8 de TSHt. La pasta es dura, de tacto áspero y fractura irregular, color tierra siena natural (E-48). El barniz, rojo inglés (E-28), es igual al interior que al exterior del vaso.

4. Plato de cerámica común engobada. Lleva dos finas acanaladuras en el exterior paralelas al borde, así como una leve carena. La pasta es áspera, porosa, color tierra siena natural (D-54). El engobe es del mismo color (D-58).

5. Borde de forma 9 de TSHTM. Lleva una fina decoración a la ruedecilla, muy tenue, en el mismo borde. La pasta es de textura áspera, fractura irregular y color tierra siena natural clara (D-36). La superficie está alisada por ambas caras. No tiene barniz.

Igualmente, pertenecen a este nivel dos fragmentos de TSCD, uno de ellos con barniz en ambas caras, de tenue color tierra siena natural clara (D-36), tres fragmentos de TSHTM, dos fragmentos de CC lisa de color tierra verde tostada (D-52) y un fragmento de CC pintada, cuyo color es tierra verde tostada (D-52) y el de la decoración pintada, tierra siena tostada (E-24).

Nivel III

N.º inv. 20114.

6. Carena de posible forma 4 de TSHTM. La pasta, tierra siena tostada clara (D-34), tiene alguna vacuola y es de fractura irregular, de tacto suave. Alisada por dentro con más esmero que por fuera.

7. Base circular, con pie de sección biselada, de TSHTM. Pasta dura con alguna partícula de cuarzo. Color tierra verde tostada (D-43), de fractura rectilínea y tacto áspero. Lleva un alisado muy somero.

8. Plato de forma Lamb. 55a de TSCD. La pasta es de color ocre carne (C-46), de tacto rugoso y fractura irregular. Barniz del mismo tono en ambas caras del plato.

N.º inv. 20172.

9. Habitación 4. Corresponde a una base con pie anular, de sección rectangular, de TSH, quizá tardía, con un grafito incompleto en el que se lee *CRA/IV(S)*. La pasta es de tonalidad tierra verde tostada (D-24), de tacto áspero y fractura irregular, mientras que el barniz es de color rojo inglés (E-28), de buena calidad.

Nivel IV

N.º inv. 20120.

10. Borde de forma indeterminable de TSHT. Pasta bien cocida, de tacto suave, fractura irregular y color rojo inglés (E-28). Barniz prácticamente del mismo color, rojo inglés (E-26), líquido, de buena calidad.

11. Forma 37 decorada de TSHT. Tanto la decoración, a base de círculos lisos concéntricos, como el resto del vaso, son de factura bastante descuidada. Pasta de color ocre carne (D-46), de fractura rectilínea y tacto áspero. El barniz, prácticamente perdido en el exterior de la pieza, es de color tierra siena tostada (E-36). El interior no conserva el barniz. Probablemente pertenezca al mismo vaso que la base a la que hemos asignado el n.º 16 en esta misma lámina.

12. Imitación en cerámica común de la forma 1 de TSP anaranjada (como era conocida según la antigua sistematización). La pasta contiene grandes cristales de cuarzo como desgrasante y su textura es arenosa. Fractura rectilínea, de tacto áspero. Su color es tierra siena tostada (E-36). El borde vuelto es de factura muy tosca y áspera. Tiene un acabado muy grosero, con grandes vacuolas, al interior. El exterior de la pieza, simplemente alisado, tiene marcas de tomo muy visibles.

13. Borde de posible forma 2 de TSHTM. La pasta, que contiene algunos cristales de cuarzo, es de textura arenosa, tacto áspero y fractura rectilínea. Color tierra siena tostada clara (D-34). La superficie está alisada, algo más oscura al exterior, y en el cuello de la pieza tiene decoración a la ruedecilla muy poco marcada.

14. Galbo de TSHT, con una gruesa incisión de tipo grafito. Pasta de fractura irregular, tacto suave y color ocre carne (D-48). El barniz es denso y brillante, de tonalidad tierra siena natural clara (D-38).

15. Fondo de plato o fuente de forma indeterminable de TSHTM. Pasta de tacto rugoso, fractura irregular y color ocre carne (D-48). La ruedecilla es muy tenue.

16. Base anular, de sección triangular y moldura interna, de posible forma 37 de TSHT. El pie es muy bajo y sin resalte externo. La pasta tiene textura arenosa y fractura irregular. Color tierra verde tostada (C-41). El barniz es

ligero, también de tonalidad tierra verde tostada (E-52), pero con manchones totalmente grises (oxidante y reductor).

Pertenecen igualmente a este nivel un borde de TSHTM, de forma 9, un fondo de TSHTM, un amorfo de TSHTM y otro amorfo de TSHt. Este último es un galbo con un posible resto de grafito, una gruesa incisión similar a la del n.º 14 de esta misma lámina. La pasta está bien cocida, tiene fractura irregular y es de tacto suave. Barniz típico, bien adherido.

Nivel V

N.º inv. 20124.

17. Galbo de forma 27 de TSH. El cuerpo superior tiene las paredes casi rectilíneas. Pasta de textura arenosa, tonalidad tierra verde tostada (D-24), de fractura irregular y tacto áspero. El barniz es persistente rojo inglés (F-28), bien adherido.

18. Galbo de forma 2 de TSHTM, con varias líneas decoradas a la ruedecilla, que están muy poco marcadas, como sucede frecuentemente en este yacimiento. El color de la pasta es tierra siena tostada clara (D-34), no uniforme, con superficies alisadas, sin barniz. Fractura rectilínea y tacto áspero.

19. Fondo con pie anular, de sección rectangular. Es una posible forma 2 de TSHTM. La pasta, de superficies alisadas, es de color rojo inglés (E-28), de fractura rectilínea y tacto áspero. Este cuenco no conserva barniz.

20. Fondo plano de plato o fuente de TSHTM (posiblemente equivalente a Rig. 1 de TSP). Pasta de color rojo inglés (E-28), con fractura irregular exfoliada y de tacto áspero. La superficie interior es más cuidada que la exterior, al estar muy alisada. Del mismo tono.

Pertenecen también a este mismo nivel un fragmento de cerámica común de paredes muy delgadas, al interior de color tierra siena tostada clara (D-34) y gris rojo al exterior (F-21), un fragmento de posible TSCC, cuya pasta es de tono rojo inglés claro (D-26), con una capa muy fina de barniz de color tierra siena natural clara (D-36) y dos fragmentos de TSHTM, tonalidad tierra siena natural clara (D-36).

LÁMINA IX

Sectores A-C (unificados)

Nivel V

N.º inv. 20128.

1. Cuenco de forma 1 de TSHTM. Pasta de tonalidad tierra verde tostada (C-44), fractura irregular y tacto áspero. Está muy poco alisado por fuera y es muy vasto por dentro.

2. Borde de forma 2 de TSHTM. Pasta de color tierra siena natural clara (D-38),

fractura irregular y superficie áspera. Ambas superficies están alisadas.

3. Forma 1, lisa, de TSHTM. Pasta dura, con cocción mixta y color ocre carne (D-46). Alisado a bandas de ese color y rojo inglés (E-28).

4. Borde de gran cuenco, quizá de forma 3 de TSHTM. La pasta tiene alguna partícula de cuarzo visible, es de fractura rectilínea y tacto irregular. Color ocre carne (C-48), con un somero alisado externo hasta el borde.

5. Borde de posible forma 2 de TSHTM. La pasta, de tonalidad tierra verde tostada (C-44), tiene inclusiones de cristales de cuarzo visibles. La fractura es irregular y su tacto áspero. Está someramente alisado en ambas superficies.

6. Base anular, con pie de sección biselada, de posible forma 2 de TSHTM. La pasta es de color rojo inglés (E-28), tiene fractura irregular y tacto áspero. La superficie interna está algo alisada.

7. Borde de forma 15/17 de TSHT. La pasta es de color tierra verde tostada (C-44), de fractura rectilínea y tacto suave. El barniz es de un tono rojo inglés (E-26).

Asimismo, pertenecen a esta UE dos fragmentos de TSHTM.

LÁMINA X

Sector B

Nivel V

N.º inv. 20005.

1. Plato de cerámica de cocina, tipo Nov. 17, aunque de pared algo más curvilínea. Pasta de tacto rugoso, con partículas de cuarzo y vacuolas de mediano tamaño, de tonalidad tierra siena natural clara (D-36).

2. Galbo de cerámica común de forma incierta. Parece haber estado unido a un fondo plano (conserva el arranque de la base). Pasta amarilla de fractura irregular y tacto áspero. Alisado al exterior.

3. Base anular, con pie de sección rectangular, muy posiblemente de forma 2 de TSHTM. La pasta, de color tierra siena natural clara (D-38), está más alisada en la superficie interna de la pieza. La fractura es rectilínea y de tacto rugoso. Restos de engobe en el interior, del mismo color que la pasta (D-38). Ligerio barniz exterior.

4. Galbo de forma 4 (quizá, menos probablemente, de la 2) de TSHTM con bandas muy tenues de decoración a la ruedecilla. La pasta es de buena calidad, fractura rectilínea y tacto suave. Color rojo inglés, como el interior de la pieza (E-28), más cuidado y alisado que la pared exterior. Esta última conserva restos de un engobe casi blanco, teniendo un acabado más burdo.

5. Borde de posible forma 2 de TSHTM. Pasta de color tierra siena tostada

clara (D-34), de fractura rectilínea y tacto áspero. No conserva barniz.

Igualmente, pertenecen a este nivel un fragmento de TSCD, cuya pasta es de color rojo inglés (E-18), con barniz al interior (E-16) y tres fragmentos de TSHTM, de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34). Un fragmento de CC es del mismo tipo que el de la pieza n.º 2 de esta lámina.

Nivel VI

N.º inv. 20007 y 20010.

6. Forma Hayes 75 de TSCD. Pasta de textura arenosa, fractura irregular y tacto rugoso, color tierra siena tostada (E-24). El barniz es muy tenue y sólo se halla en el interior y en el labio de la pieza. Su tono es rojo inglés (E-28). Marcas de torno en el exterior.

7. Borde de forma 2 de TSHTM. Pasta de tacto áspero en su fractura, que es irregular. Color tierra verde tostada (C-52).

8. Galbo de forma 2 de TSHTM. Cocción reductora que da a la pasta un color gris (D-10) con manchones casi negros (D-30). Fractura rectilínea y tacto áspero.

9. Borde de la misma forma que el fragmento anterior (equiparable a Rig. g 21). También la pasta es de idéntico color y textura arenosa. Cocción reductora. Es muy probable que los dos fragmentos pertenezcan a la misma pieza. Ambos tienen decoración a la ruedecilla, muy poco marcada. Alisado interior y exterior.

10. Galbo decorado de forma 37 de TSHT. La decoración está realizada a base de grandes ruedas radiadas y secantes entre sí. La pasta es dura, de fractura irregular y tacto áspero, siendo su color predominante un rojo muy pálido (C-23) con algún manchón gris. El barniz no se ha conservado.

11. Galbo decorado con relieve irreconocible de posible TSC, aunque dado el pequeño tamaño de la muestra no se puede asegurar con absoluta certeza. La pasta es de textura arenosa, tonalidad tierra verde tostada (D-41), algo más clara al exterior (C-30), con fractura irregular y tacto áspero. Tiene algunos cristales de cuarzo. Son apreciables las marcas de torno al interior, No se conserva barniz.

También pertenecen a este nivel un fragmento de TSHTM y dos fragmentos de TSHT.

Nivel VIII

N.º inv. 20013.

12. Forma 2 de TSHTM (equiparable a Rig. g 21). Pasta con variaciones de gris oscuro (D-10) a negro (D-30), con cristales de cuarzo de pequeño tamaño, fractura rectilínea y tacto áspero. Posee una decoración a la ruedecilla muy poco marcada y un alisado muy suave. Es semejante a los fragmentos n.º 8 y 9 de esta misma lámina.

13. Forma 2 de TSHTM. Pasta de cocción reductora, de color gris oscuro (D-10) a negro (D-30), fractura irregular, con desgrasante a base de grandes cristales de cuarzo, que le confieren un tacto áspero. Decoración a la ruedecilla casi imperceptible. Alisado, sin barniz.

14. Borde de forma 2, con un ángulo de borde muy similar a los n.º 9 y 12 de esta misma lámina; también tiene idénticos color y pasta (de textura arenosa, fractura rectilínea y tacto áspero) y decoración a la ruedecilla, por lo que posiblemente pertenezcan a la misma pieza.

15. Borde de posible forma 2 de TSHTM. Pasta de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34) de fractura rectilínea y tacto áspero. Superficies alisadas, del mismo color que la pasta.

16. Borde de forma 7 de TSHTM, con decoración de distintos tipos de ruedecilla en el cuello y marcas de alisado bien visibles, especialmente en el labio. Pasta de textura arenosa, fractura rectilínea y tacto áspero. Su tonalidad es tierra verde tostada (E-42), con manchones casi negros. Cocción mixta con superficie reductora. Alisado, sin barniz. El diámetro de la boca es inferior al de la carena.

17. Galbo quizá de la misma forma que el anterior o de forma 2 de TSHTM, con decoración de ruedecilla tenue en el cuello y puntos rehundidos en el interior de la carena. Color tierra verde tostada (D-32), con algún episodio gris casi negro (reductor). La fractura es irregular y de tacto áspero. La superficie externa está más alisada que la interna.

18. Fondo plano de plato o fuente (formas 3 ó 9 de TSHTM), con restos de decoración a la ruedecilla en la parte interna. La pasta, de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34) y cocción oxidante, tiene fractura rectilínea, de tacto áspero. Alisada por ambas caras.

Pertenecen también a este nivel un fragmento de TSHTM, un galbo de cocción reductora, de fractura rectilínea, con barniz negro (D-30), muy ligero, y un fragmento de TSH, cuya pasta, de color tierra verde tostada (D-24), contiene numerosos gránulos blancos. El barniz es bueno, de tono rojo inglés (E-26).

LÁMINA XI

Nivel IX

N.º inv. 20014.

1. Forma cerrada, posible Lamb. 28 de TSCB. La pasta es de color ocre carne (C-48), de fractura rectilínea y tacto suave. El barniz, sólo en el exterior de la pieza, es de color tierra siena natural clara (D-36), poco brillante.

2. Fondo de plato o fuente de TSHTM, con decoración a la ruedecilla. Pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), sin alisado ni barniz. Fractura rectilínea y tacto suave.

3. Forma 1 de TSHTM. Como decoración exhibe marcas de torno o de alisamiento, muy marcadas, en el exterior de la pieza. La pasta es de cocción mixta, con alisado en bandas de colores tierra siena tostada (E-24) y gris (E-10), que se alternan en el interior del vaso. Su fractura es rectilínea, de tacto áspero. Debido a la cocción mixta se logró un efecto jaspeado en la superficie, a modo de vetas.

4. Forma 2 de TSHTM. Además de huellas de alisamiento, lleva una banda de decoración a la ruedecilla en el cuello que, como en tantas otras piezas de este yacimiento, es muy tenue, el barniz interior casi imperceptible. La pasta y el barniz interior son de color rojo inglés (E-28). El barniz es algo más oscuro en el exterior de la pieza, de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34). Fractura rectilínea, de tacto suave.

Asimismo, pertenecen a este nivel dos fragmentos amorfos de TSHT o TSC, uno de ellos de fractura irregular, tacto rugoso, pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), siendo el color del barniz tierra siena tostada (E-38), y otros dos fragmentos de TSHTM, cuyos tonos van del tierra siena tostada (E-23) al gris oscuro (E-10).

Nivel X

N.º inv. 20017.

5. Fondo plano de plato o fuente de TSHTM, con profundas acanaladuras en su parte externa y tres hiladas de marcas de puntos a la ruedecilla formando círculos, en la cara interna. Ambas caras están bien alisadas. La pasta es de color rojo inglés (E-28), de fractura rectilínea y tacto suave.

6. Forma 2 de TSHTM con marcas de alisado en el interior y cuatro hiladas en franjas de a dos de débiles marcas de ruedecilla en el cuello del vaso. La pasta y el barniz del interior del vaso, muy suave, son de tono rojo inglés (E-28), mientras el exterior tiene un color tierra siena tostada clara (D-34). Fractura rectilínea y tacto áspero.

7. Borde de forma 2 de TSHTM. La pasta e interior del vaso son de tonalidad tierra siena natural clara (D-38), mientras al exterior presenta restos de engobe blanquecino. Fractura irregular y tacto áspero. Decoración muy burda e irregular a la ruedecilla (dos hiladas).

8. Cuenco de forma 1 de TSHTM. Lleva pequeños puntos de decoración a la ruedecilla en el borde y tiene una carena muy poco pronunciada. Pasta de tonalidad tierra siena tostada (E-24), algo más oscura en el interior del vaso, donde se aprecia un mejor alisado. Fractura irregular y tacto áspero.

Habitación 1 (Sector B)

Nivel XI

N.º inv. 20020.

9. Forma 2 de TSHTM, lisa. Pasta de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34), con mejor alisado al exterior. La fractura es rectilínea y de tacto rugoso.

10. Fondo de plato, muy posiblemente de forma 9 de TSHTM. La pasta es de tonalidad tierra siena tostada (E-36), con superficies casi sin alisado. La fractura es irregular y el tacto rugoso.

11. Forma 1 de TSHTM. Pasta de color tierra siena tostada clara (D-34), alisada en ambas superficies. Fractura irregular y tacto rugoso.

12. Forma intermedia 1-2 de-TSHTM. Este cuenco lleva dos hiladas de distinta decoración a la ruedecilla. Pasta de color tierra siena tostada clara (D-34), con alisado interno y externo a bandas. Fractura rectilínea, de tacto áspero.

Pertenecen igualmente a este nivel una moldura interna de 15/17 de TSHT y un fragmento de TSHTM.

Nivel XIII

N.º inv. 20025.

13. Borde de posible forma 8 de TSHT, sin labio. La pasta es de tonalidad tierra verde tostada (D-32), de fractura irregular y tacto áspero. El color del barniz es tierra siena tostada (E-36).

LÁMINA XIbis

N.º inv. 20026.

1. Forma 2 de TSHTM, aunque como las restantes formas 2 documentadas en este yacimiento de la Plaza del Torreón, se asemeja más por su perfil a la Rig. g 18. Pasta oxidante con manchones reductores, en negro (D-30), fractura rectilínea y tacto áspero. Su tonalidad es tierra siena tostada clara (D-34). No tiene barniz, sino simplemente un alisado. En vez de ruedecilla, lleva en el borde una acanaladura de sección rectangular.

2. Forma 2 de TSHTM (se asemeja a la Rig. 18 de TSG tardía), de textura arenosa y fractura rectilínea. No tiene barniz al interior ni al exterior, siendo el acabado de la superficie en tonos anaranjado y gris. Su tonalidad es tierra siena tostada clara (D-34), con franjas y manchas tanto grises (D-10) como negras (D-30). El acabado es, por tanto, reductor. La decoración consta de cuatro líneas de ruedecilla en el borde y otra por debajo de la carena, todas ellas muy tenues. El pie es anular, de sección rectangular.

3-4. Forma 2 de TSHTM y base de la misma pieza. La decoración del cuenco consiste en tres líneas de ruedecilla, apenas perceptibles, la última de ellas localizada por debajo de la carena. Color tierra siena tostada clara (D-34).

Pertenecen también a este nivel XIII de la habitación 1 (n.º inv. 20026) un fragmento con moldura, quizá una tapadera o fondo de fuente, de forma indeterminable, tal vez TSP anaranjada, pero no es claramente identificable; además, un galbo de TSC y dos de TSHT.

Nivel XIV

N.º inv. 20030.

Pertenece a este nivel de la habitación 1 un fragmento de TSHTM, con decoración a la ruedecilla muy tenue. El acabado es muy tosco, sin alisado.

LÁMINA XII

Sector A

Habitación 2

Nivel VI

N.º inv. 20129, 20136.

1. Fuente de forma 9 de TSHTM, con un fino baquetón que recorre toda la pieza bajo el borde. La pasta es dura, de fractura áspera e irregular. Color tierra siena tostada clara (D-34). La superficie interna está finamente alisada y es de tonalidad algo más clara, ocre carne (D-46), mientras que la externa es algo descuidada.

2. Base anular, con pie de sección rectangular y moldura interna, de TSHT. La pasta es dura, de tonalidad tierra verde tostada (C-44), de fractura irregular. El barniz tiene dos tonos: en el interior de la pieza es de un tono rojo inglés claro (E-14), con irisaciones, mientras que al exterior es de color tierra siena tostada (E-38).

Nivel VII

N.º inv. 20149.

3. Forma 2 de TSHTM, con carena muy pronunciada y decoración a la ruedecilla bastante simple, muy tenue y descuidada (una hilada prácticamente desaparecida). La pasta lleva como desgrasante alguna partícula de cuarzo, visible, siendo su fractura rectilínea, de tacto áspero. Tiene un color tierra siena natural clara (D-36). Suave alisado en ambas caras.

4. Base anular, con pie bajo de sección biselada, de TSHTM. Pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-36) con zonas negras. La pasta es dura, de cocción mixta y fractura rectilínea, de tacto suave. Contiene algunos cristales de cuarzo. Superficies alisadas, de color rojo inglés (E-28). Alisado con mayor cuidado al interior.

5. Forma 8 de TSHT, con labio bien marcado. El color de la pasta es tierra verde tostada (D-24), tiene fractura rectilínea y tacto suave. Barniz de buena calidad y tono rojo inglés (E-18).

6. Galbo decorado a la ruedecilla (varias hiladas) y de paredes delgadas de posible forma 2 de TSHTM. Corresponde a la zona bajo la carena de la pieza. Cocción mixta. El color predominante es tierra siena tostada clara (D-34), más alisada al exterior. Fractura rectilínea y tacto suave.

7. Borde liso de TSC o TSHT. Pasta bien cocida, de color rojo inglés claro (D-18), fractura rectilínea y tacto suave. Barniz de buena calidad, ligero, por ambas caras, cuyo color es tierra siena natural clara (D-36).

N.º inv. 20162.

Al excavar la base de la cimentación de la torre conocida como “El Cubillo” recuperamos varios fragmentos cerámicos, que pertenece también a este nivel. Uno de ellos es un fragmento de cuenco de TSHTM, que conecta con uno de la habitación 1 (lámina XI, 12), y también hay un amorfo de CC, con desgrasante calizo.

Nivel VIII

N.º inv. 20195.

8. Borde de forma 37 (menos probablemente de forma 8) de TSHT. La pasta es de color rojo inglés claro (D-18), tiene fractura irregular y tacto áspero. El barniz ha desaparecido. Simple alisado.

9. Base anular con pie de sección triangular. Pasta tierra siena tostada clara (D-34), con mero alisado de las paredes. Fractura irregular, de tacto áspero.

Perteneciente a este mismo nivel de la habitación 2 hay que añadir un galbo de TSHT y cuatro galbos de TSHTM, uno de ellos es un fragmento de carena decorado a la ruedecilla.

Nivel IX

N.º inv. 20201.

10. Base plana de cerámica común.

Asimismo, pertenece a este nivel otro fragmento de cerámica común engobada de rojo en la cara interna. Es un fragmento plano, de una base.

Sector C

Habitación 4

Nivel VII

N.º inv. 20165.

11. Galbo de forma 1 ó 2 de TSHTM, groseramente decorado a la ruedecilla, que es tenue. La pasta es de color ocre carne (D-46), dura, de fractura rectilínea y tacto áspero. Bien alisado, a bandas, tanto en ese color como algunas otras más claras.

12. Forma 1 de TSHTM, lisa, con una carena muy tenue bajo el borde. Pasta de fractura rectilínea y tacto áspero, tierra verde tostada (D-32). Superficies meramente alisadas.

Pertenecen también a esta UE cinco fragmentos de TSHTM, uno de ellos de color tierra siena tostada (E-24) a gris-negro (D-10, D-30), tres de color ocre carne (D-48), el quinto de color ocre carne (D-48) con bandas grises (D-10), y un fragmento de TSC o TSHT, cuya pasta es de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), con barniz de color tierra siena natural (E-48).

Nivel XII

N.º inv. 20237.

13. Forma 8 de TSHT, sin labio. Pasta de tonalidad tierra verde tostada (C-44) y fractura rectilínea, de tacto áspero. Barniz prácticamente desaparecido, cercano al color rojo inglés (E-18). Presenta abundantes concreciones.

LÁMINA XIII

Sector C

Habitación 3

Nivel VI

N.º inv. 20133.

1. Fragmento de fondo plano de plato o fuente de TSCD. En el fondo lleva un motivo cruciforme estampado entre círculos concéntricos. Pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), de fractura rectilínea y tacto suave. El barniz, más consistente y cuidado en la superficie interna que en la externa, es de color rojo inglés (E-28).

2. Borde de forma 2, casi vertical, de TSHTM, con tenue decoración a la ruedecilla (varias hiladas). Pasta de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34), alisada por ambas caras, fractura rectilínea y tacto suave.

Hay, además, cuatro galbos de TSHTM, con marcas de torno, sin barniz. La pasta es de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34).

Nivel VII

N.º inv. 20030.

3. Base con pie anular, de sección biselada, de posible forma 2 de TSHTM. El color de la pasta es tierra siena natural clara (D-36), de cocción mixta y superficie alisada, en tonos rojos y grises con manchas negras (D-30). Sin barniz. Pasta dura, de fractura rectilínea y tacto suave.

Nivel VIII

N.º inv. 20157.

4. Borde de forma indefinida, engrosado al interior, de TSHTM. Pasta de color rojo inglés (E-28), meramente alisada en sus superficies. Fractura irregular, de tacto áspero.

5. Forma decorada 37 de TSHT, que no parece ser muy exvasada. Pasta de tonalidad tierra verde tostada (E-42), de fractura rectilínea y tacto áspero. Barniz de color rojo inglés (F-28). Se conserva un friso de flores de ocho pétalos, incompleto. Los motivos florales tienen poco relieve.

Pertenecen igualmente a este nivel dos fragmentos de TSHTM.

Nivel IX

N.º inv. 20178.

Sólo se conserva un fragmento de base anular de TSHT, de forma cerrada, no representable. Muy deteriorado y sin barniz interno.

Nivel X

N.º inv. 20263.

6. Base plana de plato de TSC. Pasta tierra siena natural clara (D-38), de fractura rectilínea y tacto suave. Fino barniz exterior e interior del mismo tono en ambas superficies (D-38).

7. Borde de forma 5 de TSHTM, bilobulado, con una muy tenue ruedecilla en el interior. Pasta de color ocre carne (D-46). Fractura rectilínea, de tacto rugoso y áspero. Superficie externa más alisada que la interna.

8. Borde de muy posible forma 15/17 de TSH, con toda probabilidad tardía. Pasta dura, de fractura irregular, rugosa, y tacto áspero, cuya tonalidad es tierra verde tostada (D-32). Barniz de color rojo inglés (F-28).

9. Cuenco de forma mixta 1/1 de TSHTM. Pasta de color ocre carne (D-48) con manchones negros (D-30), de fractura rectilínea y tacto suave. Alisado en el exterior, con marcas del mismo.

10. Borde de posible forma 15/17 de TSHT. Pasta de tonalidad tierra siena tostada (C-38), cuya fractura es rectilínea y de tacto suave. El color del barniz es tierra siena natural clara (D-38).

11. Base de pie anular, de sección rectangular y con moldura interna, de TSHT. Pasta dura, de fractura rectilínea y tacto áspero, cuya tonalidad es tierra verde tostada (D-24). El color del barniz es tierra siena tostada (E-38).

12. Base de pie anular y sección triangular de TSHTM. Pasta dura, con abundantes cristales de cuarzo. Es de fractura áspera e irregular. Superficie alisada por fuera y vasta por dentro. Color tierra siena natural clara (D-36).

Pertenecen también a este nivel cuatro fragmentos de TSHT, cinco de TSHTM y uno de TSC.

Nivel XIII

N.º inv. 20305.

13. Carena marcada de forma 2 de TSHTM. Pasta de fractura rectilínea y tacto áspero, con bandas de alisado en colores rojo inglés claro (D-28) y tierra siena natural clara (D-36).

14. Forma 2 de TSHTM, sin carena marcada y perfil ondulado. El alisado de la pieza ha borrado prácticamente la decoración a la ruedecilla, muy imperfecta y poco marcada. Pasta de color tierra siena natural clara (D-36), con superficie interna más alisada que la externa. Fractura rectilínea, de tacto suave.

15. Forma 2 de TSHTM, muy parecida a la anterior, aunque sin huellas de decoración, pero sí de alisado, muy visibles. Pasta de color rojo inglés claro (D-28). Fractura rectilínea y tacto suave. Cocción oxidante, con manchas reductoras en superficie. Sin barniz, con alisado exterior en bandas grises (D-10).

16. Base con pie anular, de sección rectangular, de TSHTM. Pasta de tonalidad tierra siena natural clara (D-36), con superficies muy descuidadas y toscas. Fractura irregular y tacto áspero.

17. Base de pie anular y sección rectangular, más cerrada que la anterior, de TSHTM. Pasta similar (D-36), de fractura irregular y tacto áspero. Superficies alisadas.

También pertenece a este nivel un fragmento de TSCD.

CUADRÍCULA 26

LÁMINA XV

Habitación 1

Nivel IV

N.º inv. 26102.

1. Cuenco de TSHTM. La pasta es dura, de fractura irregular y tacto áspero. Tanto la superficie interior como la exterior son de color rojo inglés claro (D-26). Tiene una hilada de decoración a la ruedecilla en la parte inferior externa.

2. Borde de TSHTM. La pasta es dura, de fractura irregular y tacto áspero. Al exterior, es de un tono rojo inglés claro (D-26), estando esa superficie algo quemada.

3. Galbo de TSHTM. La pasta es dura, de fractura irregular y tacto áspero. La superficie, bien alisada sobre todo en su parte exterior, es de color rojo inglés claro (D-26). La pasta es dura, de fractura irregular y tacto áspero

4. Borde de TSHTM. La pasta es granulosa, de fractura irregular y color ocre oro tostado (E-32). Está finamente alisada al interior y al exterior. La superficie interior tiene una tonalidad tierra siena natural clara (D-36).

5. Galbo de TSHTM con decoración a la ruedecilla bien marcada. Se conservan dos hiladas paralelas. Su color es tierra siena natural clara (D-36).

6. Galbo de TSHTM con decoración a la ruedecilla muy tenue. La superficie es de color ocre carne (D-46).

7. Base de TSHTM decorada con dos hiladas paralelas de ruedecilla muy somera, en su cara interna. Su tonalidad es tierra siena tostada clara (D-34), con manchones reductores (D-30).

También pertenecen a este nivel once fragmentos de TSHTM. La pasta de uno de ellos, un fragmento de base, es de color ocre carne (D-46), otro es un galbo con decoración a la ruedecilla, cuya tonalidad es tierra siena tostada clara (D-34), igual color tiene un fragmento de borde (D-34), recuperamos otro fragmento de un tono ocre oro tostado (E-32), con fractura irregular, de tacto rugoso, similar a la de otro fragmento cuyo color es tierra siena natural clara (D-36), mientras que la fractura de otro es rectilínea, de tacto rugoso y tonalidad tierra siena tostada (C-36); en cuanto a los restantes, uno es de color rojo inglés (E-28) y otros dos de tonalidad tierra verde tostada (D-24). Asimismo, dos fragmentos de galbo de TSHT, cuya pasta tiene fractura irregular y es de color tierra siena tostada (C-36), con un barniz muy deteriorado, de color rojo inglés (E-26). A su vez, en la habitación 2 aparece un fragmento de TSHT (nivel IV, n.º inv. 26202).

Nivel V

N.º inv. 26109.

8. Forma de TSHTM. La pasta contiene algunos cristalitos de cuarzo y finas partículas de mica, siendo el acabado de la superficie en tonalidad tierra siena tostada clara (D-34) combinada con franjas de color rojo inglés (E-28). La fractura es rectilínea, de tacto áspero. Tiene dos hiladas de decoración a la ruedecilla, una de ellas en el mismo borde.

9. Cuenco de TSHTM decorado con dos hiladas paralelas de ruedecilla, muy tenue, una de ellas por debajo de la carena. El alisado de la pieza es de color tierra verde tostada (D-23), con franjas grises.

10. Fragmento de posible tapadera con dos molduras, de color ocre carne (D-46).

11. Base anular con pie bajo, de sección biselada, de TSHTM (E-44).

12. Base anular con pie de sección rectangular y pequeña moldura interna de TSHTM (E-44).

Igualmente, pertenecen a esta UE cuatro fragmentos de TSHTM, uno de tonalidad tierra siena natural clara (D-38), otro es de colores gris y negro, el alisado de otro es de color tierra verde tostada (D-23), con franjas grises.

Nivel VI

N.º inv. 26115.

13. Borde de forma 2 de TSHTM. Es un cuenco con carena, liso. La pasta tiene fractura rectilínea, de tacto suave. La superficie presenta marcas de alisado (mal alisado), de color tierra siena tostada (E-36).

14. Borde de forma 2 de TSHTM. Pasta de color ocre carne (D-46). La fractura es rectilínea, de tacto rugoso. Superficie bien alisada, quizá engobada.

15. Borde de TSHTM. La pasta, de fractura rectilínea, tiene inclusiones de cristales de cuarzo y mica. Al exterior es de color tierra siena tostada (E-24), con alguna banda gris y, al interior, de una tonalidad tierra de sombra tostada clara (E-22), con banda.

16. Base de TSHTM. Pasta de fractura rectilínea. No se observa ningún desgrasante. Tiene un engobe de color tierra siena tostada (E-24), con alguna banda gris y, al interior, de una tonalidad tierra de sombra tostada, con algunas vetas grises.

17. Base anular, con pie de sección rectangular, de TSHTM. La pasta tiene un desgrasante fino, a base de algunos cristales de cuarzo. La fractura es irregular y rugosa. Color rojo inglés (E-28).

18. Base circular, con pie bajo de sección rectangular, de TSHTM. La pasta contiene algunos cristales de cuarzo, fino. La fractura es rectilínea. Las marcas

de torno son apreciables.

Hay, además, un fragmento de galbo de TSHTM. La pasta contiene algunos cristales de cuarzo y su fractura es rectilínea. Color rojo inglés (E-28).

LÁMINA XVI

Habitación 2

Nivel IV

N.º inv. 26202.

1. Forma 37 de TSHT, enteramente decorada a la ruedecilla.

2. Fondo de plato de TSHTM. La pasta presenta alguna vacuola y tiene fractura rectilínea, de tacto áspero. Tanto la superficie interior como la exterior son de color rojo inglés claro (D-26). Muy liso al exterior.

Asimismo, pertenecen a este nivel un fragmento de galbo con carena, liso, de TSHTM, otro de TSHT, cuya pasta es de color tierra verde tostada (D-24), con fractura rectilínea, de tacto áspero y barniz de color rojo inglés (E-26), un tercer fragmento, de TSHTM, tiene una pasta de fractura irregular y tacto rugoso, con exterior alisado de tonalidad tierra siena tostada clara (D-34).

Nivel VI

N.º inv. 26113-26214.

3. Fuente de TSHTM, lisa. Borde exvasado.

4. Forma cercana a la 3 de TSHTM. Pasta de cocción mixta y fractura irregular, de tacto áspero. Está decorada con una línea de ruedecilla bajo el borde. Alisado con huellas de torno al interior y al exterior. La base es lisa, sin pie, cóncava.

También pertenecen a este nivel otros diez fragmentos de TSHTM.

VARIAS CUADRÍCULAS

LÁMINA XVII

1. Pared de posibles formas 29 ó 37 de TSH.

Decoración en metopas separadas por líneas de flechas. Figura de león rampante, muy similar a una de Tricio (MAYET, 1984, n.º 1875).

2ª mitad del siglo I d.C.

2. Pared de posible forma 37 de TSH.

Presenta decoración en metopas separadas por líneas triples, con la figura de una posible paloma.

Altoimperial.

3. Pared de forma 37 de TSH. Decorada con la figura de una liebre o conejo, muy similar a algunos representados en producciones de Tricio.

Altoimperial

4. Posible forma 37 de TSH.

Figura de un *eros* en el centro de dos círculos concéntricos, uno de ellos segmentado y otro liso. Recuerda a los *erotes* de las producciones de Tricio (MAYET, 1984, n.º 2307).

Altoimperial.

5. Posible forma 37 de TSH, posiblemente tardía.

Decorada con una flor de seis pétalos incluida en un círculo en zig-zag.

6. Fondo de plato o fuente de TSHt o TSA, con impronta de flores de 11 o 12 pétalos y líneas de separación. Se pueden confrontar con motivos florales documentados en cerámicas de Tricio (MAYET, 1984, lám. CLII, n.º 819).

Bajoimperial.

7. Posible forma 37 de TSHt.

No conserva barniz o quizás no lo tenía en origen.

Friso corrido con círculos segmentados encerrando un motivo floral, separados por baquetones.

Pasta y exteriores (N-35). Fractura rectilínea.

Bajoimperial .

8. Forma indeterminada de TSHt, lisa.

Grafito: RIMI.

Pasta bien cocida (N-45). Fractura rectilínea.

Barniz poco brillante (N-39).

Bajoimperial.

9. Varios sellos de *officina* en piezas de TSH:

VA.F

Podría tratarse de *Valerius Paternus*, que aparece en las producciones de Tricio a finales del siglo I o comienzos del II d.C. y firma como OF VAPA, OF VAL PA o EX. OF. VAL. PA

IV. SIM

Las dos primeras letras podrían referirse a IVMA, igualmente alfarero de Tricio: (O)F IV.MA.

EX OL

No identificado.

10. Forma 37 de TSH.

Decoración en círculos con motivo vegetal central inscrito, separado por un zig-zag y perlas.

Encontramos términos de comparación en Tricio (MAYET, 1984, lám. CLXIX, n.º 1425 y 1426).

Pasta dura, de textura arenosa (color M-37). Fractura rectilínea.

Barniz brillante (R-20).

Altoimperial.

11. Posible forma 37, quizás tardía.

LÁMINA XVIII

1. Forma 37 de TSht.

Gran friso a base de semicírculos secantes con rayado en los husos comunes a los círculos.

Pequeño friso de líneas en zig-zag, que señala el cuello del recipiente.

Pasta dura (M-29), de fractura irregular.

Barniz marrón grisáceo en el interior (P-51) y marrón rojizo al exterior (en los tonos P-51 y R-47).

La tipología es propia del siglo IV.

2. Forma 29 de TSG.

Carena marcada por baquetón flanqueado por líneas de perlas.

Frisos vegetales típicos en la pared y bajo la carena.

Pasta dura (N-25), de fractura irregular.

Conserva el barniz (R-19).

Producción anterior al año 90.

3. Forma 37 de TSht.

Decoración a base de líneas a la ruedecilla.

Pasta dura (M-37), de fractura irregular.

Presenta barniz al exterior, de color anaranjado, en cambio, al interior se ha perdido o no lo tuvo en origen.

Bajoimperial.

4. Forma indeterminada de cerámica campaniense.

Fondo con decoración a la ruedecilla y vestigios de dos palmetas

Pasta marrón ocre, compacta.

Barniz negro muy denso y brillante.

Época republicana.

5. Fondo de cerámica de paredes finas, quizá del alfar Melgar de Tera (castellano-leonés).

Pasta amarillenta.

Barniz oscuro tanto al interior como al exterior (P-51).

Siglo I d.C.

6. Forma 8 de TSH, que perdura hasta el Bajo Imperio.

7. Forma 37 de TSH.

Dos frisos corridos decorados con círculos concéntricos. Los frisos están separados mediante líneas.

Decoración típica del siglo II d.C., aunque aparece en la centuria anterior (I d.C.).

8. Forma 29 de TSH. Decoración en metopas, con una cigüeña

Se asemeja a las de algunas producciones de Tricio, sin ser idénticas a la que estudiamos.

La forma 29 dejó de fabricarse a finales del siglo I d.C., no obstante, la decoración en metopas abarca una cronología entre mediados del siglo I y primer cuarto del II d.C.

9. Forma 29 ó 37 de TSH.

Decoración en metopas. La figura de una paloma está incluida en el friso inferior utilizándose como elemento de separación unas líneas en zig-zag (se conservan tres).

Altoimperial, de mediados del siglo I d.C. al primer cuarto del II d.C.

10. Forma indefinible (posiblemente 37) de TSH o TSG.

Decoración vegetal.

11. Forma 37 de TSH.

Frisos de círculos concéntricos, similares a los del n.º 7. Los frisos están separados mediante unas líneas y, a su vez, los círculos del friso inferior están separados entre sí por baquetón.

Decoración típica del siglo II d.C., pero se documenta ya en el siglo I d.C.

LÁMINA XIX

1. Cuenco de TSHt. Forma similar a la 8, pero con labio.

Se aprecian vestigios decorativos de una espiga o rama incisa.

Pasta dura (M-37), de fractura rectilínea.

Barniz muy diluido (N-39).

Bajoimperial.

2. Forma 27 de TSH.

Pasta de fractura rectilínea. Conserva el barniz (R-19).

Altoimperial.

3. Forma 29 ó 30 de TSH.

Decoración en metopas. Sin estrías en el interior.

Pasta dura (M-37), de fractura rectilínea.

Conserva el barniz (R-39).

Ambas formas dejaron de fabricarse a finales del siglo I d.C.

4. Forma 37 de TSHt.

Decoración a base de grandes semicírculos concéntricos rellenos de un motivo en forma de puntas de flecha, siendo destacable el acusado relieve.

Pasta dura (M-25), de fractura irregular.

Tiene únicamente barniz al exterior y no es uniforme, sino veteado (R-50, algo

más claro).
Siglo IV d.C.

5, 6 y 7. Posibles formas 8 de TSH, alguna de ellas posiblemente tardía, aunque perviven a lo largo de todo el Imperio, siendo el barniz la diferencia fundamental.

8. Posible forma 8 de TSH o 37 de TSht, con labio.
Se le puede aplicar lo anteriormente expuesto.

9. Forma 15/17 de TSH o TSht. Perdura durante todo el Imperio.

10-11. Forma 8 de TSH o 37 de TSht, con labio.

12. Pared de posible forma 37 de TSht.
Decoración a base de flechas.

13. Pared de una forma 15/17 de TSht.

14, 15, 16 y 19. Bases de TS de época bajoimperial. El pie es muy bajo.

17. Base de una forma 37 de TSH.
Está decorada con baquetones.

18, 20-22. Bases, posiblemente altoimperiales. Tienen algo más de relieve que las n.º 14-16 y 19.

LÁMINAS XX-XXI

Pesas de telar de formas prismáticas o de sección rectangular, con una o dos perforaciones.

MATERIALES VARIOS

A continuación seleccionamos para su descripción algunos de los materiales más representativos recuperados en el yacimiento de la Plaza del Torreón (descripción llevada a cabo por M^a Dolores Fernández Rodríguez y Francisco Javier López Fernández, Memoria de excavación de 1992, inédita).

Metal

Cuadrícula 11, nivel X, n.º inv. 11063 (fig. 102). Disco de bronce de forma redondeada, con una cara convexa y la otra cóncava. Presenta varios anillos concéntricos rehundidos. D= 62mm, G= 8mm.

Cuadrícula 11, nivel XIV, n.º inv. 11108 (fig. 103). Fíbula de pivote en bronce.

El puente es curvo y terminado en un pivote grueso con un pequeño estrangulamiento en la parte central. La aguja aparece suelta. Se halla en pésimo estado de conservación. L= 60mm, G/puente= 9mm, G/pivote= 15mm, L/aguja= 43mm.

Cuadrícula 20, nivel VII, n.º inv. 20167 (figs. 85-86). Pieza de bronce consistente en un hilo de sección circular enrollado en espiral hasta un total de dos vueltas (posible anillo). Se halla en mal estado de conservación. D= 20mm, H= 8mm.

Cuadrícula 26, nivel IV, n.º inv. 26207 (figs. 90 y 106). Aplique decorativo de bronce con forma de hoja, cuyo pedúnculo está fragmentado. L= 49mm, A= 27mm, G= 2mm.

Material óseo trabajado

Cuadrícula 11, nivel XI, n.º inv. 11095 (figs. 89-90). Pieza de hueso pulimentado. Tiene forma de cuarto de esfera, con la parte inferior plana. D= 30mm, G= 7mm.

Cuadrícula 11, nivel XI, n.º inv. 11125 (figs. 85-86). Fragmento de espatulita de hueso. Puede tratarse de un instrumento médico o de cosmética. H= 18mm, G= 2-1mm.

Cuadrícula 20, nivel VIII, n.º inv. 20158 (figs. 90-91). Objeto plano, ligeramente convexo. La cara superior tiene forma hexagonal, con perforación central, y la cara inferior es pseudorectangular. Presenta una decoración de cuatro círculos incisos con el centro indicado. H= 58mm, A=18mm, G= 3mm.

Piedra trabajada

Cuadrícula 20, nivel III, n.º inv. 20117. Fragmento de vasija de alabastro, de borde vertical con moldura y cuello alto. Color blanco. H= 56mm, G= 7mm.

Cuadrícula 20, nivel VIII, n.º inv. 20159 (figs. 78-79). Hachita de piedra pulimentada. Sección oval, color blanco con vetas marrones. Está fracturada y quemada después de rota y presenta huellas de uso en el filo. H=42mm, A=21mm, G=13mm.

Cuadrícula 20, nivel IX, n.º inv. 20182 (figs. 78-79). Lasca de sílex de color beige claro con manchas marrones. Talón bifacial y pequeños retoques planos en la cara interna y externa.

Cuadrícula 20, nivel X, n.º inv. 20018 (fig. 78). Fragmento de vasija de alabastro de borde exvasado y labio semiplano, galbo exvasado rectilíneo con dos acanaladuras. Color blanco grisáceo. D= 172mm, H= 33mm, G=6mm.

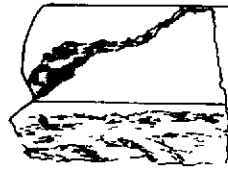
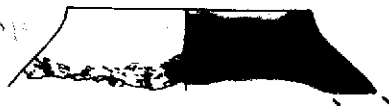
Cuadrícula 20, nivel XV, n.º inv. 20033 (figs. 78-79). Ficha circular de piedra, de color gris. D= 23mm. G= 5mm.

Cuadrícula 26, nivel VI, n.º inv. 26117 (figs. 78-79). Fragmento de piedra de color gris azulado, de forma rectangular o cuadrada, con parte inferior plana; en la parte superior están rebajadas las aristas. L=78mm, G= 10mm.

Es una paleta mezcladora perteneciente a un set de tocador romano, estudiado, entre otros, por J. Bermejo Tirado (2014, 355-358, con bibliografía).

II.2. DIBUJOS DE SECCIONES Y MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

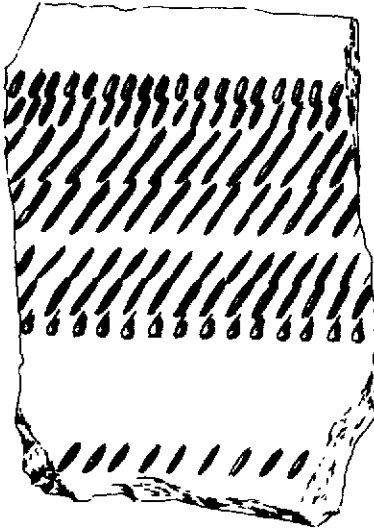
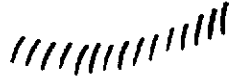
207



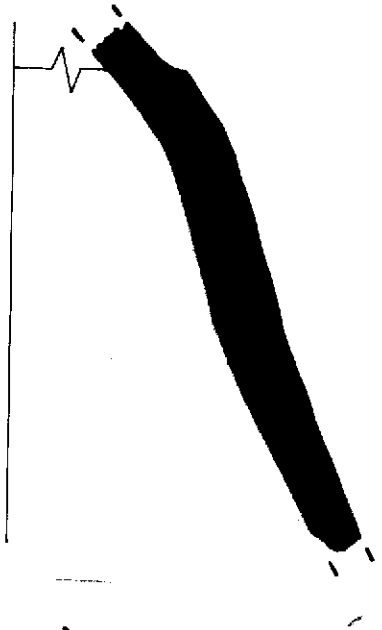
208



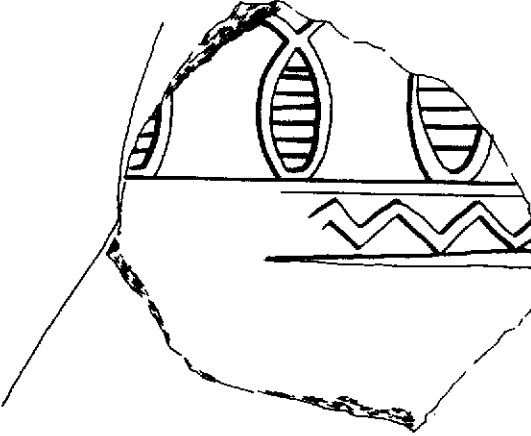
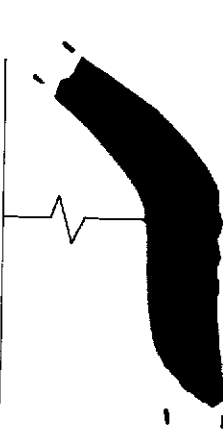
209



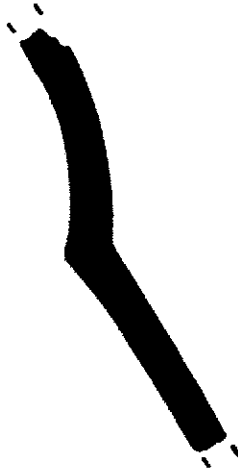
210

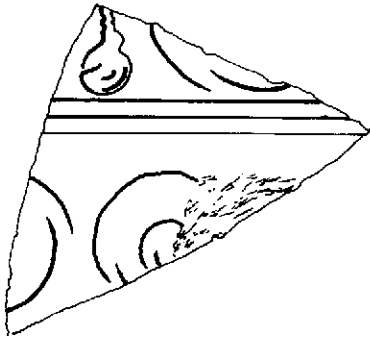


211

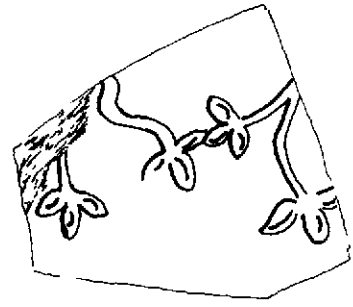


212

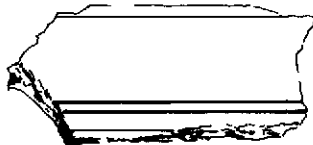




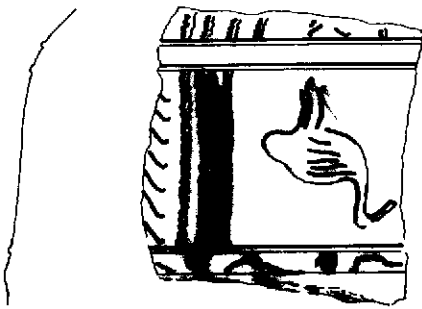
124



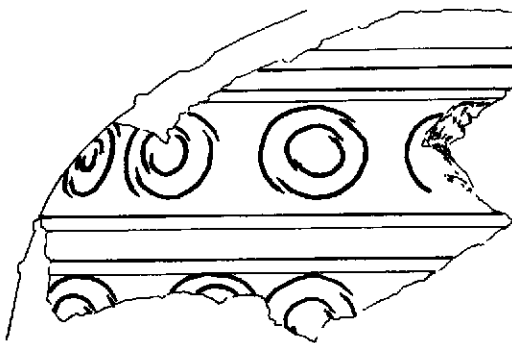
125



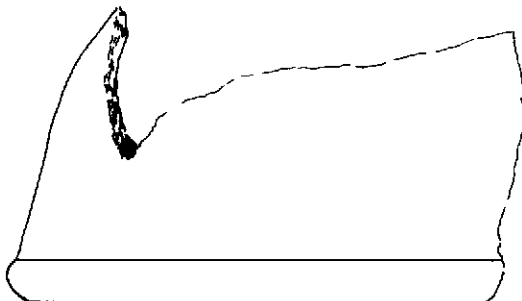
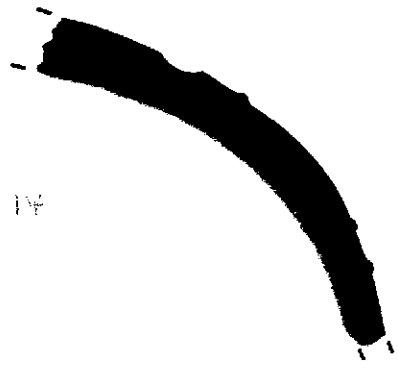
126



127

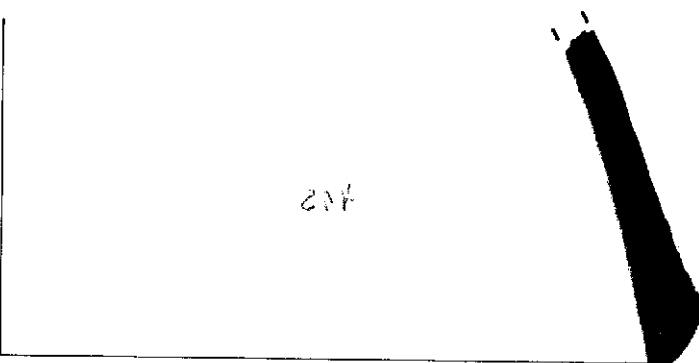
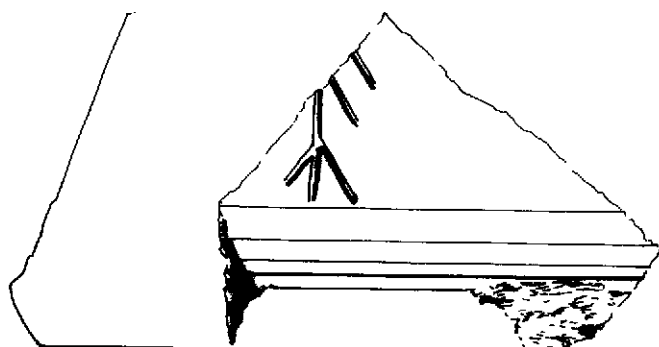
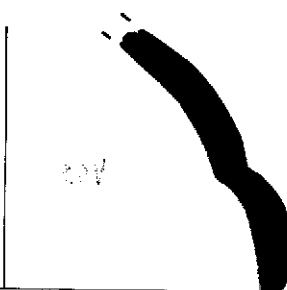
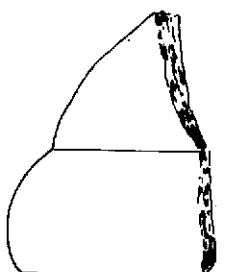
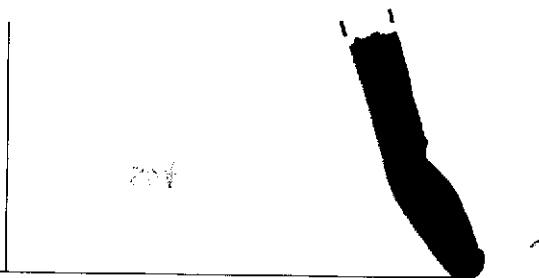
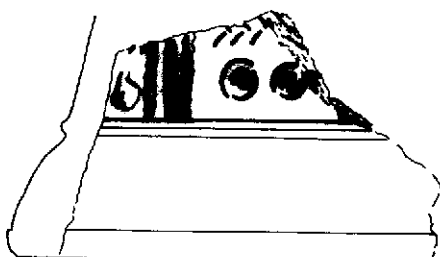
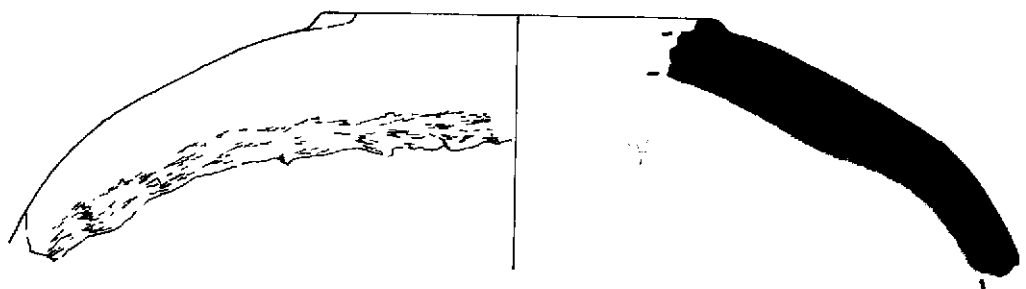


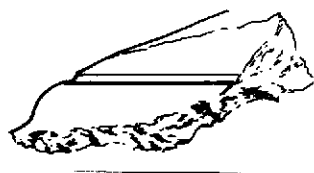
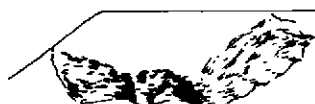
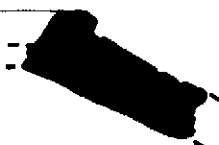
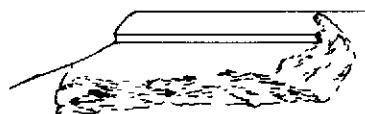
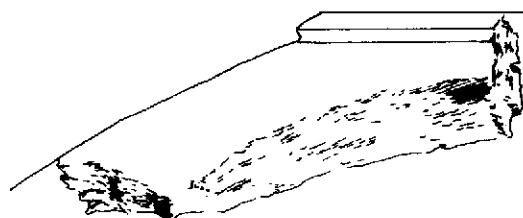
128

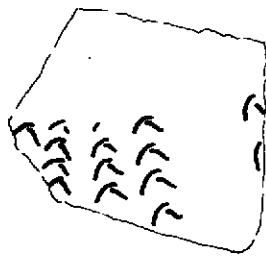


129

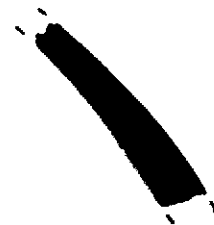




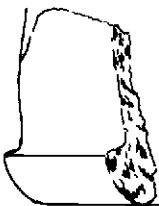
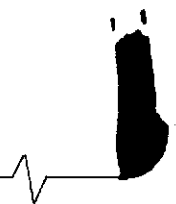




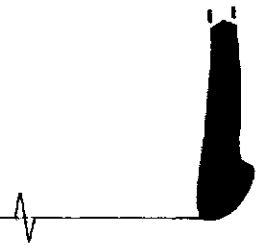
St



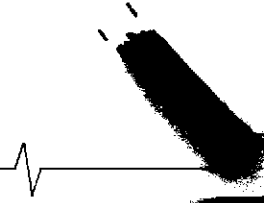
St



St



St



St



St

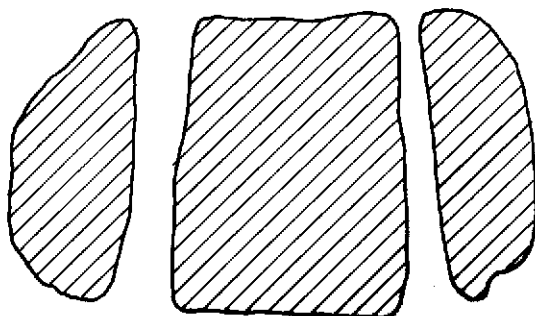
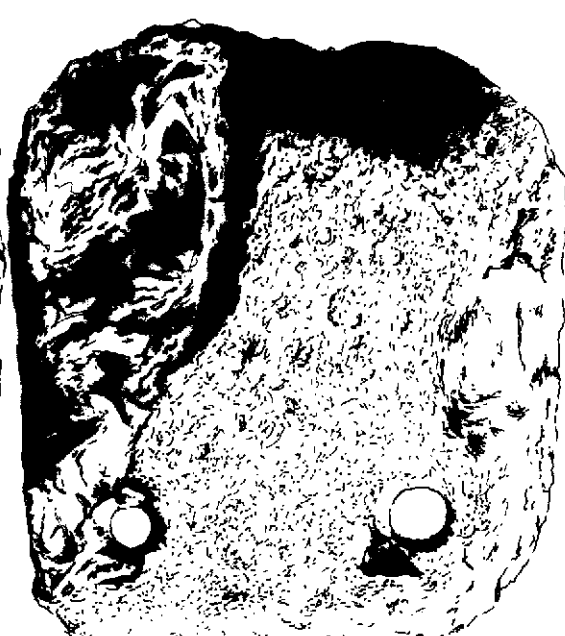
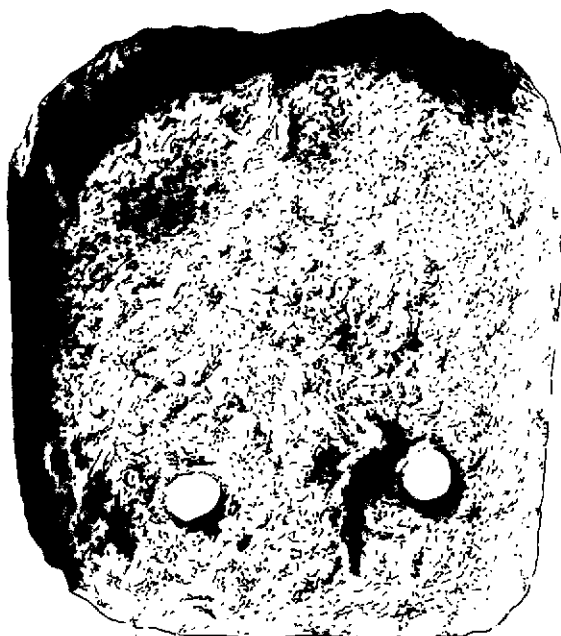
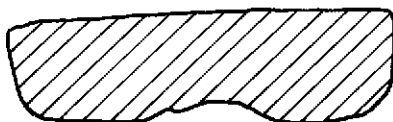
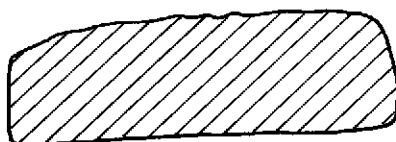
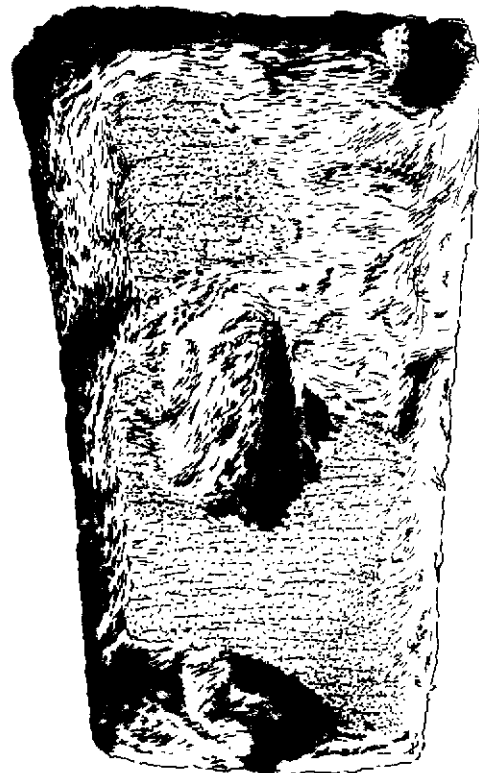
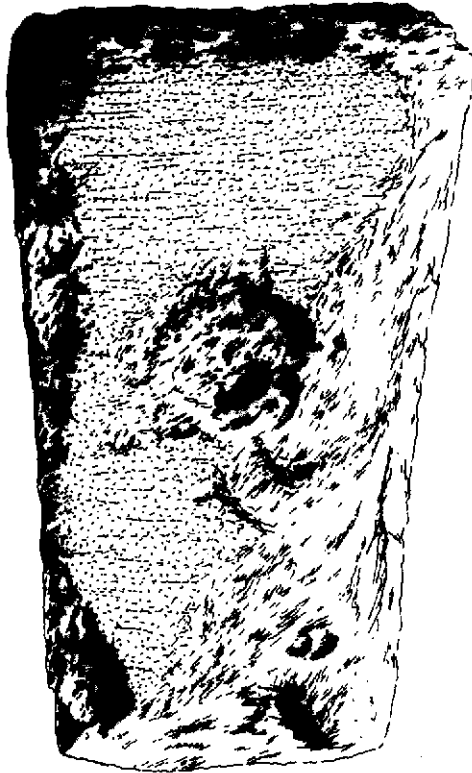


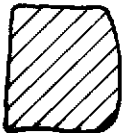
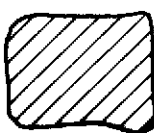
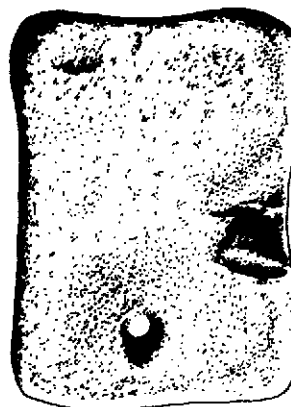
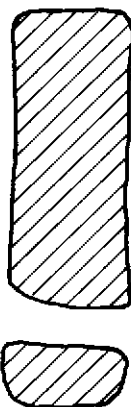
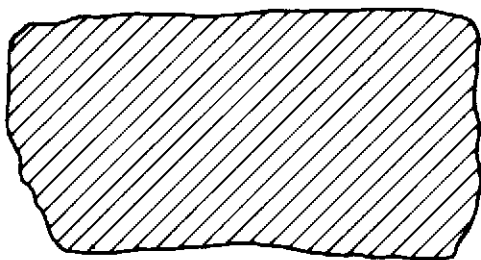
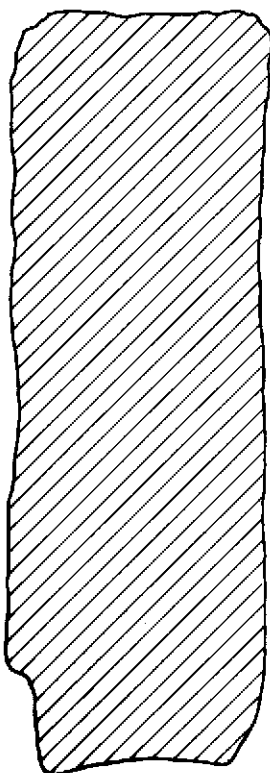
St

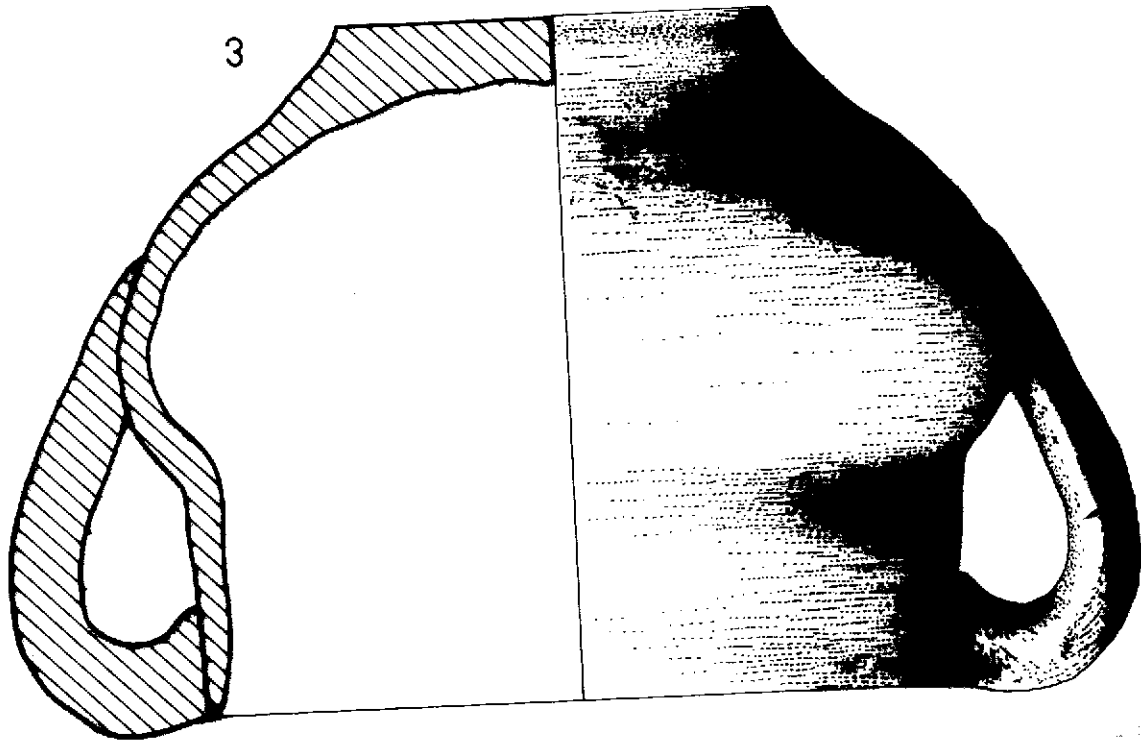


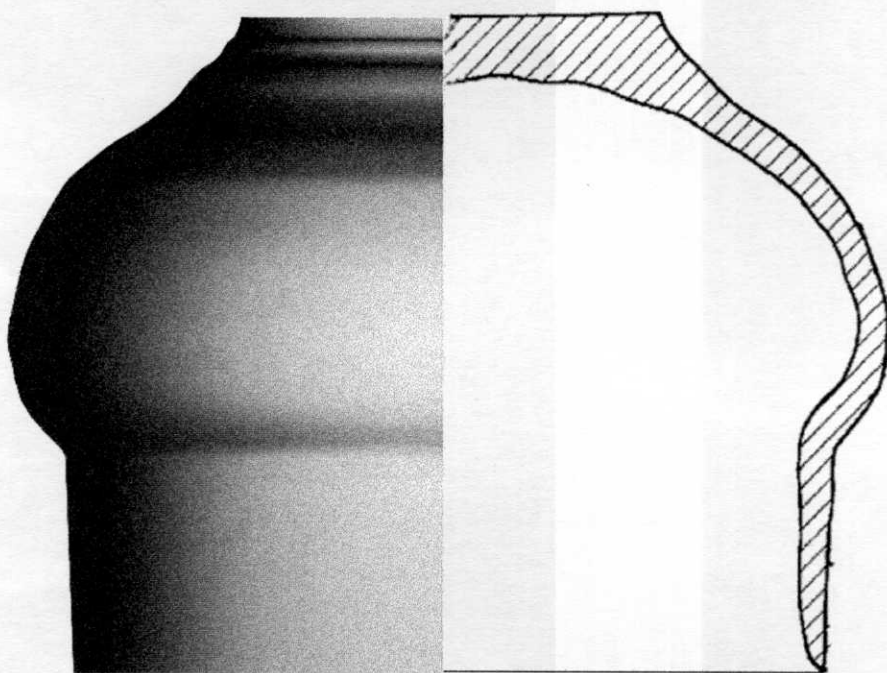
St

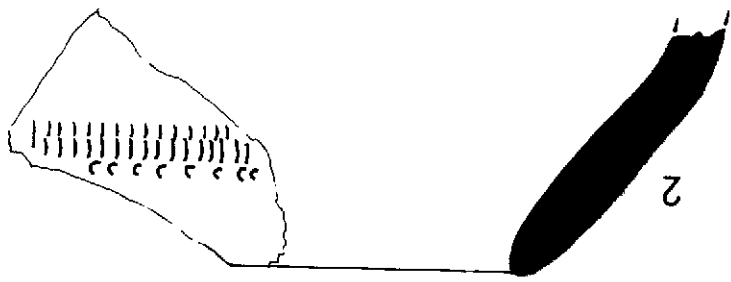
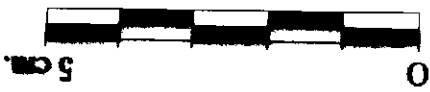


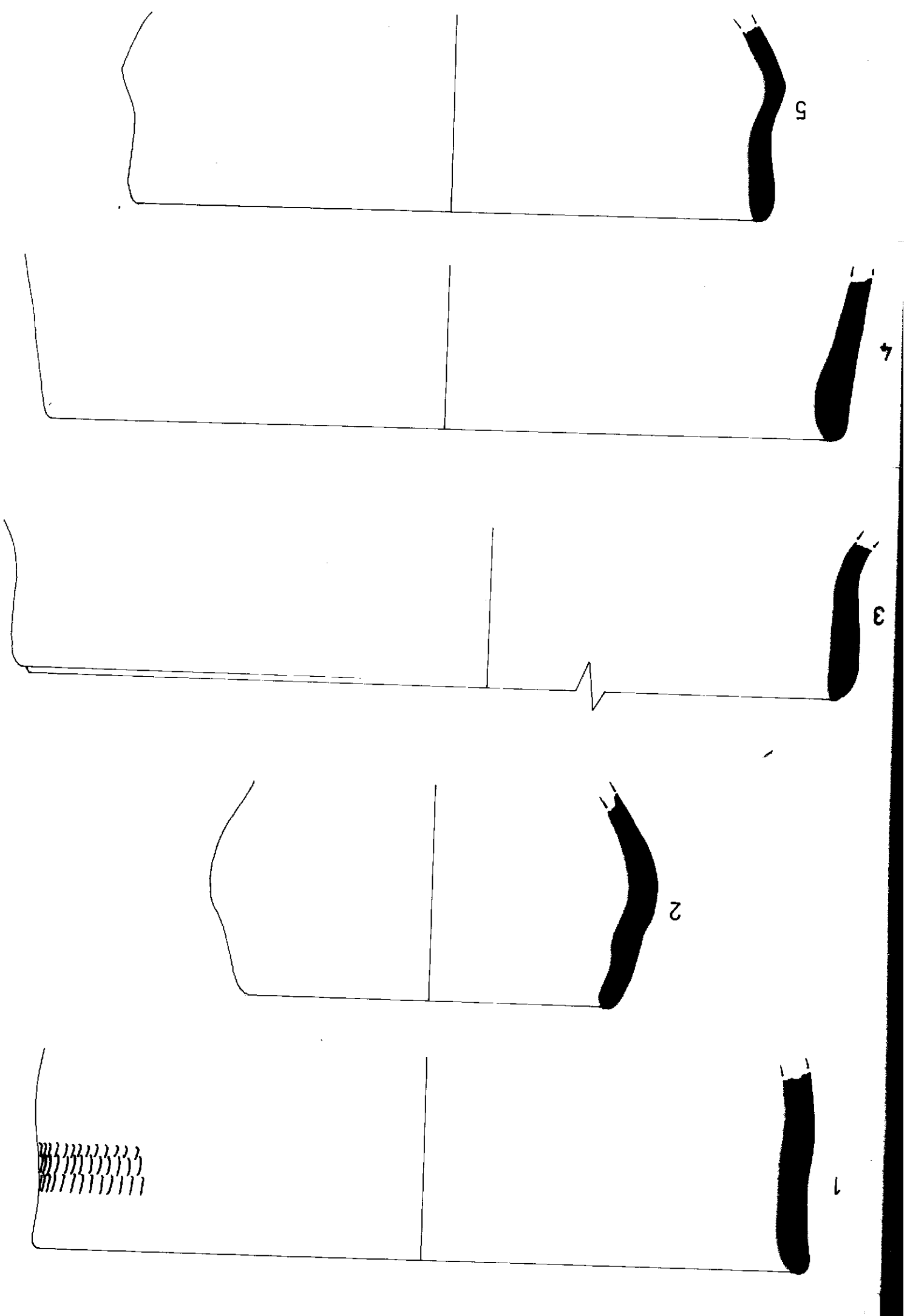


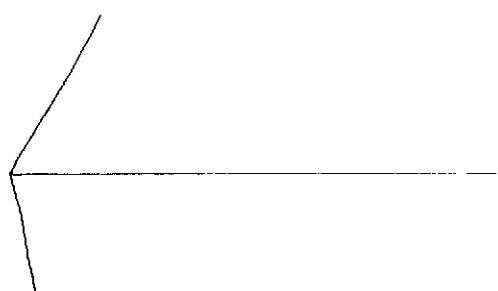
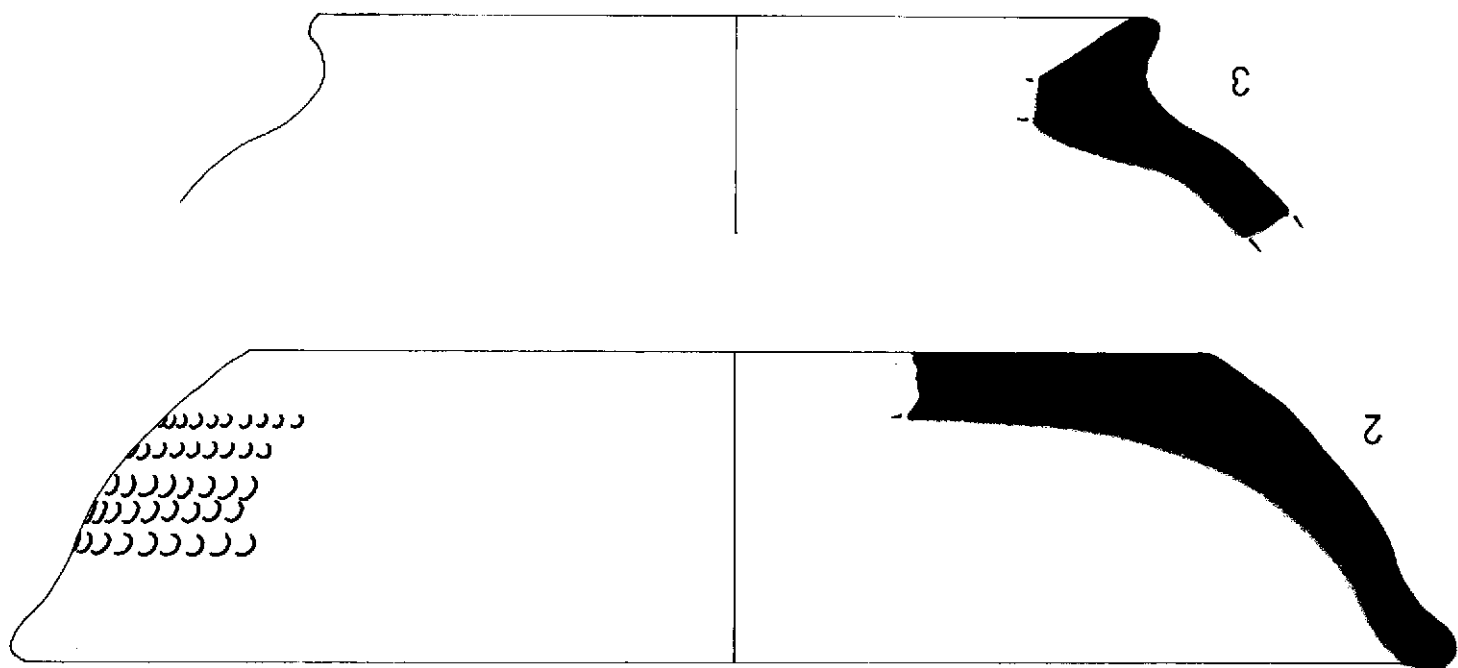






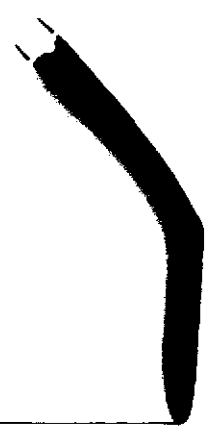
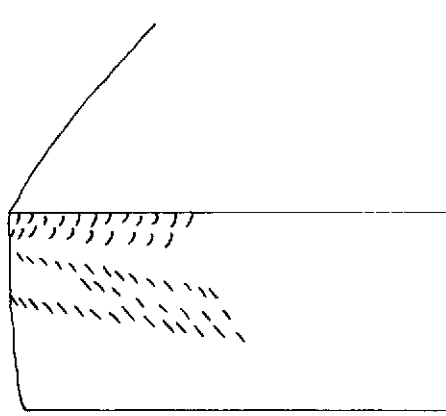
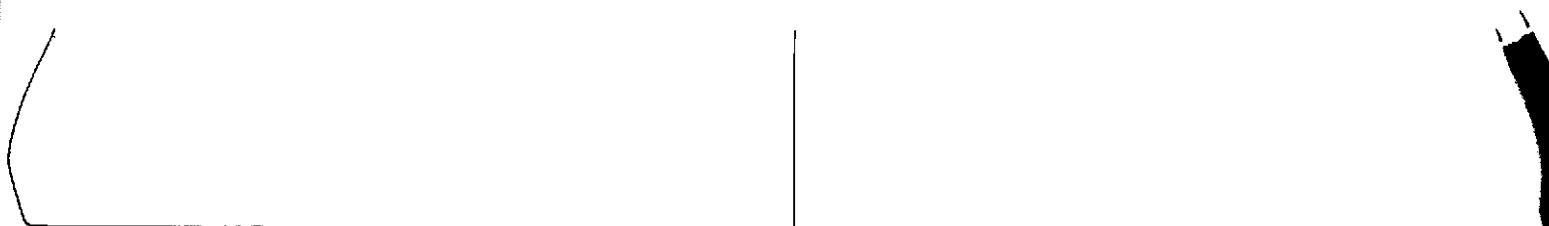




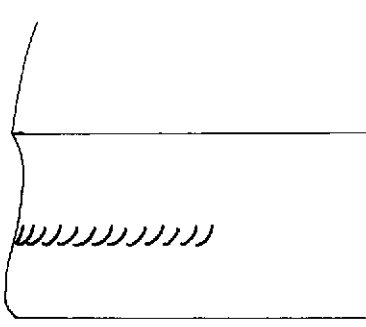


3

|||||



5



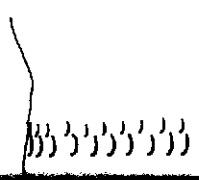
7



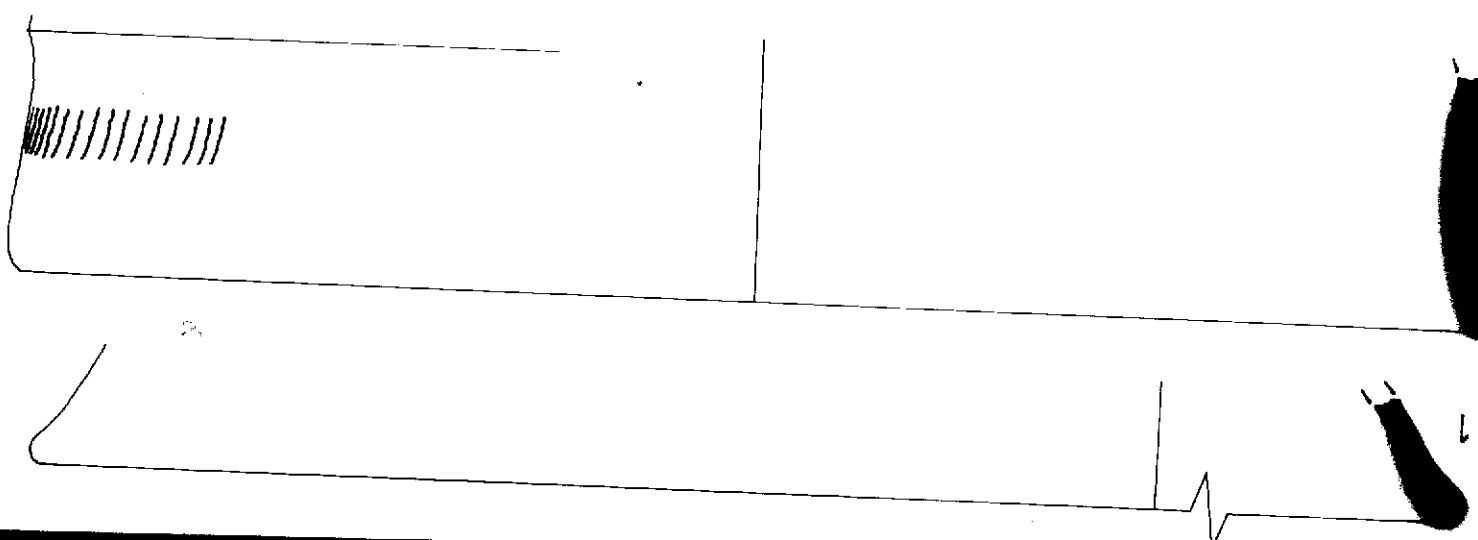
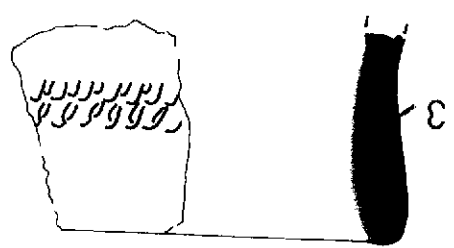
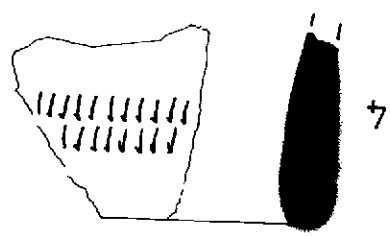
3

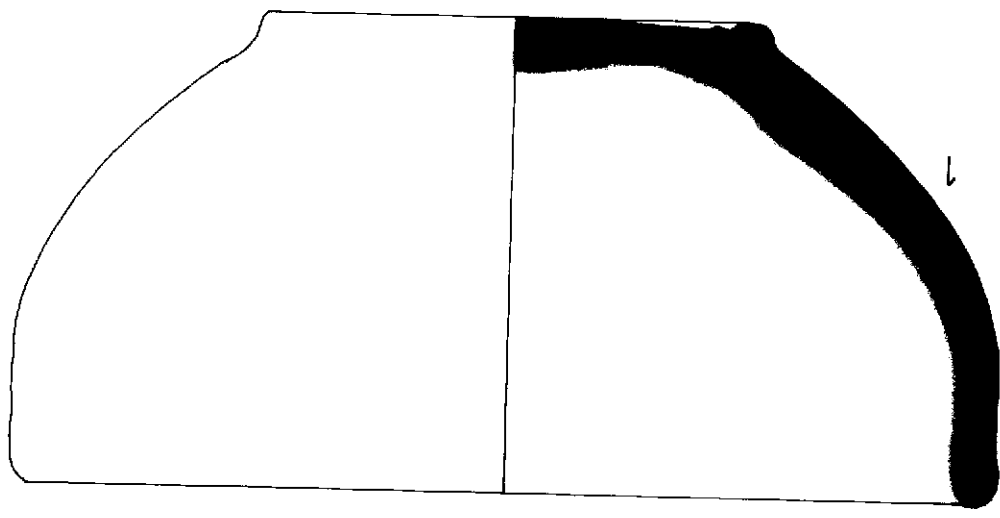
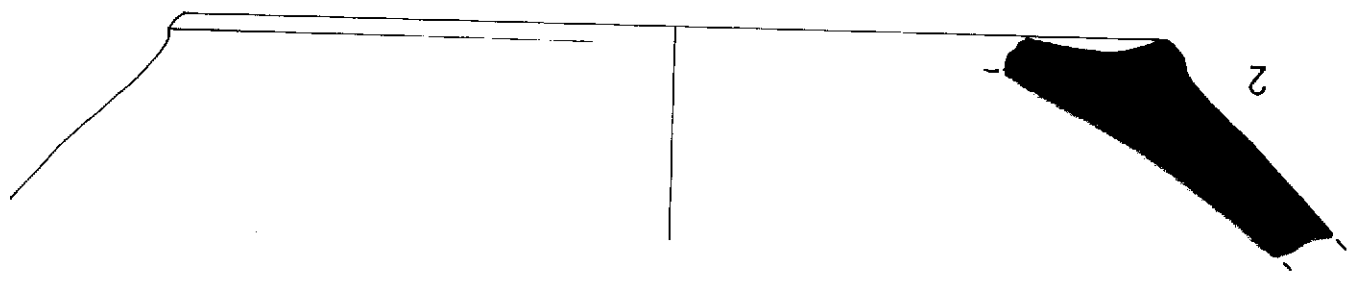
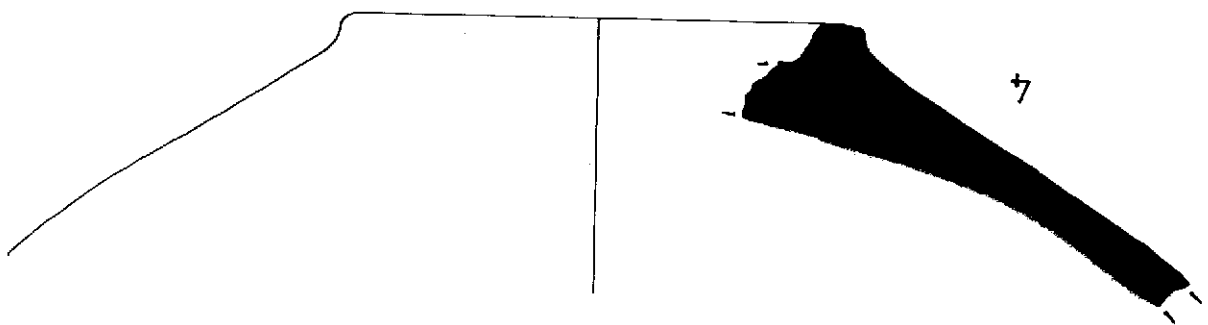
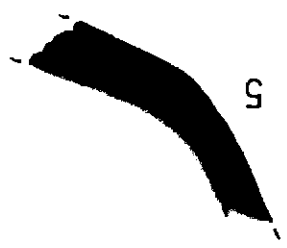
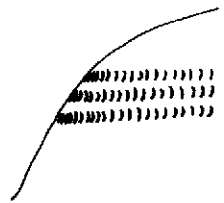
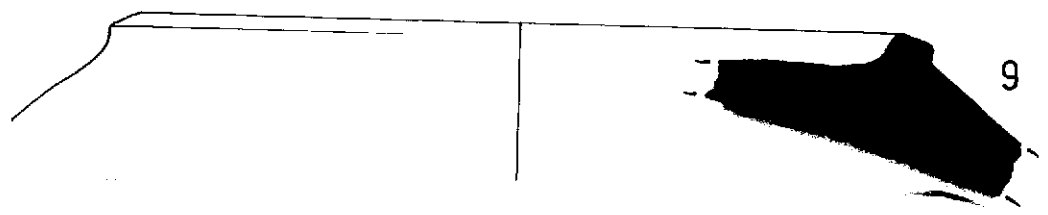


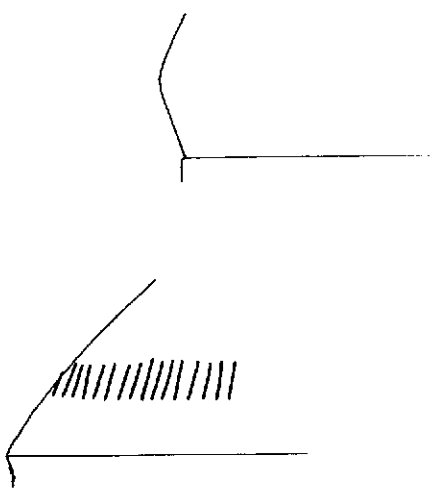
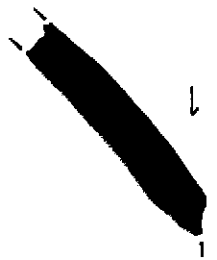
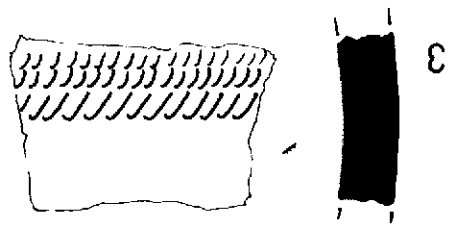
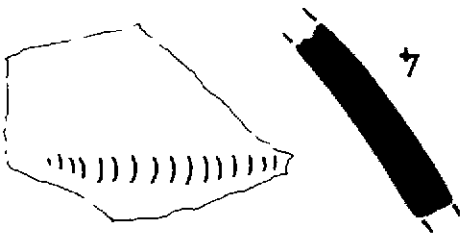
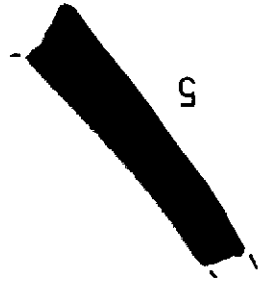
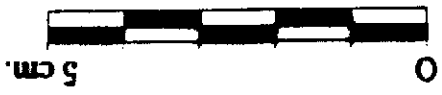
2

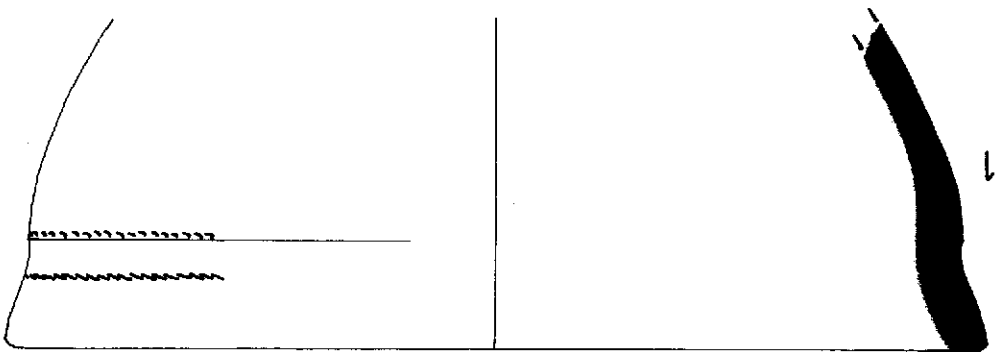
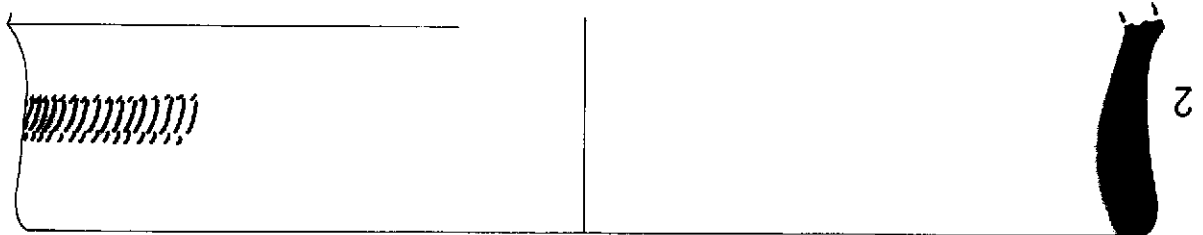
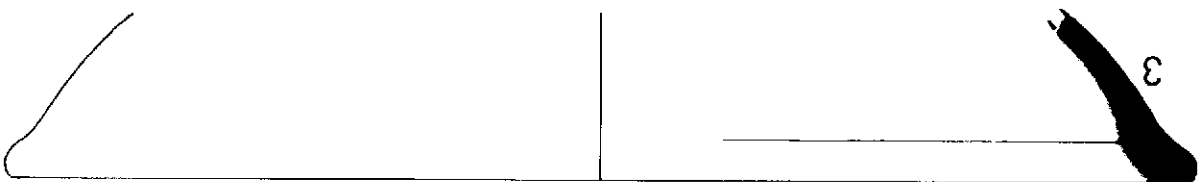
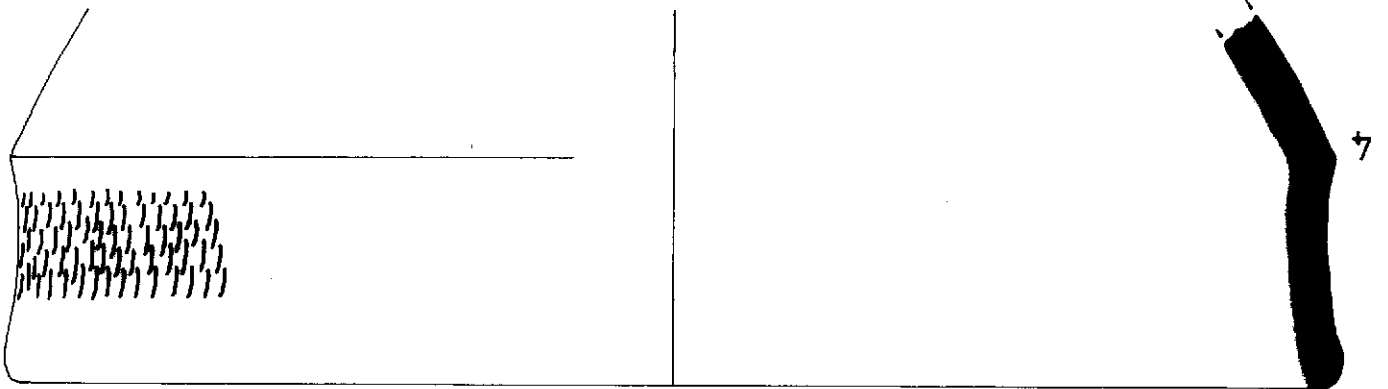
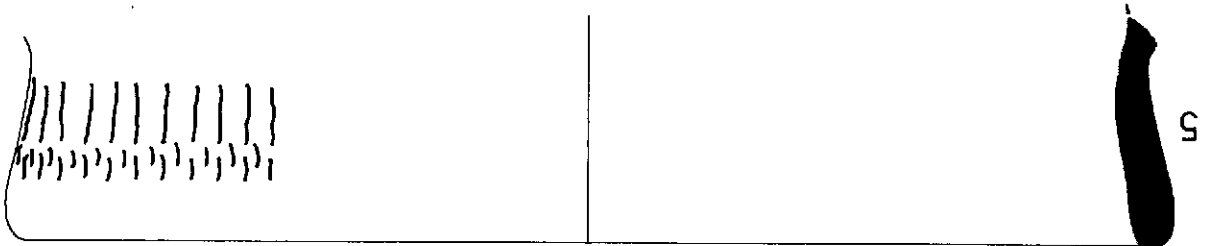
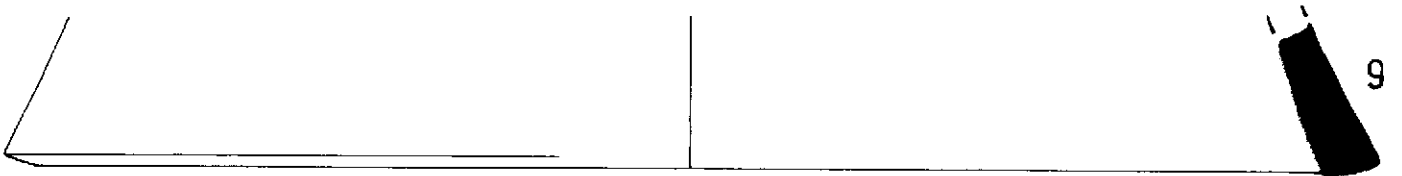
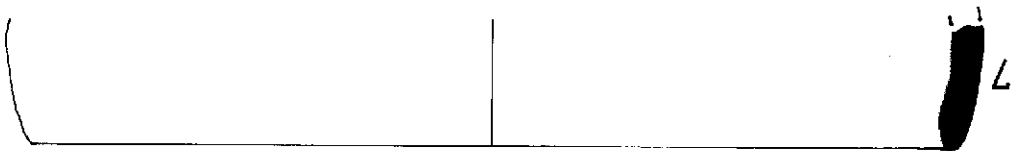


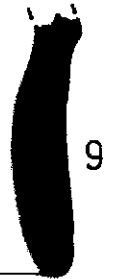
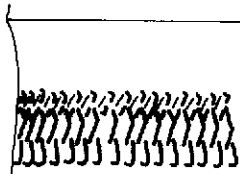
1



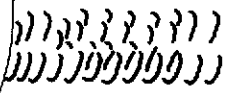




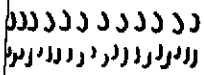




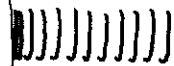
9



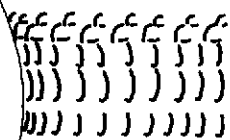
5



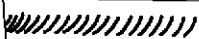
7



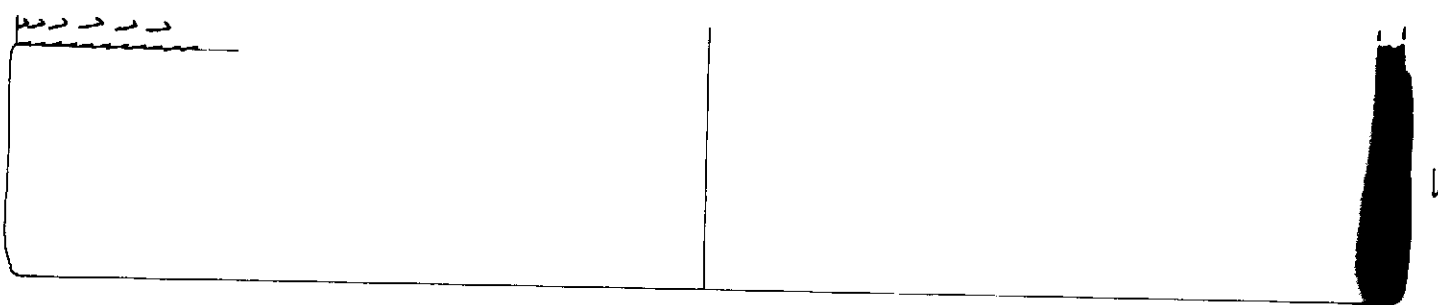
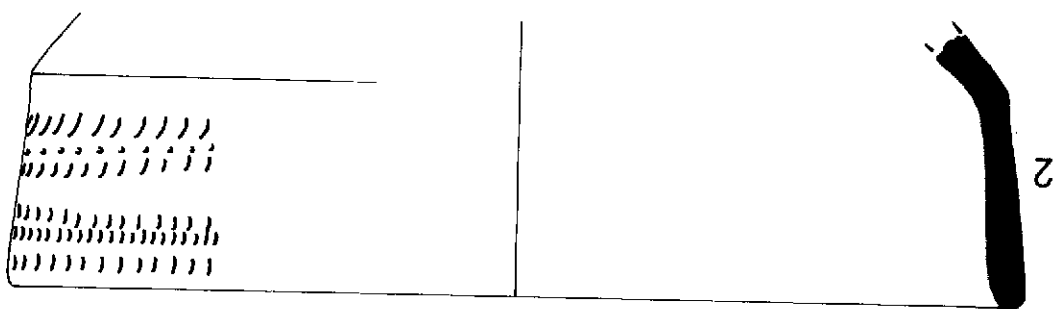
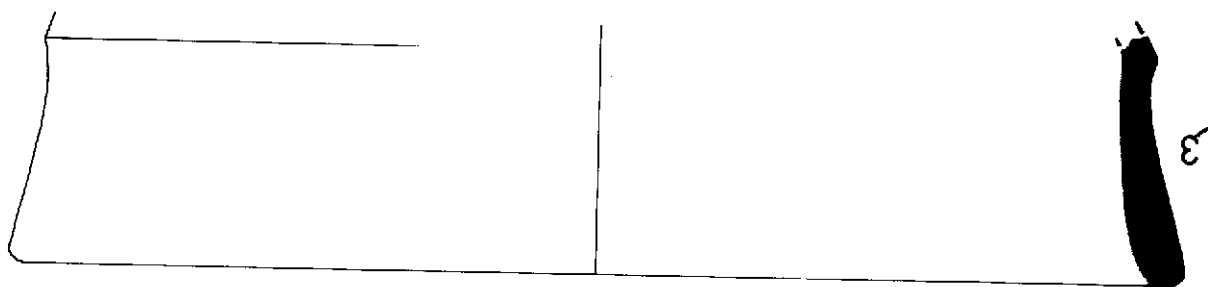
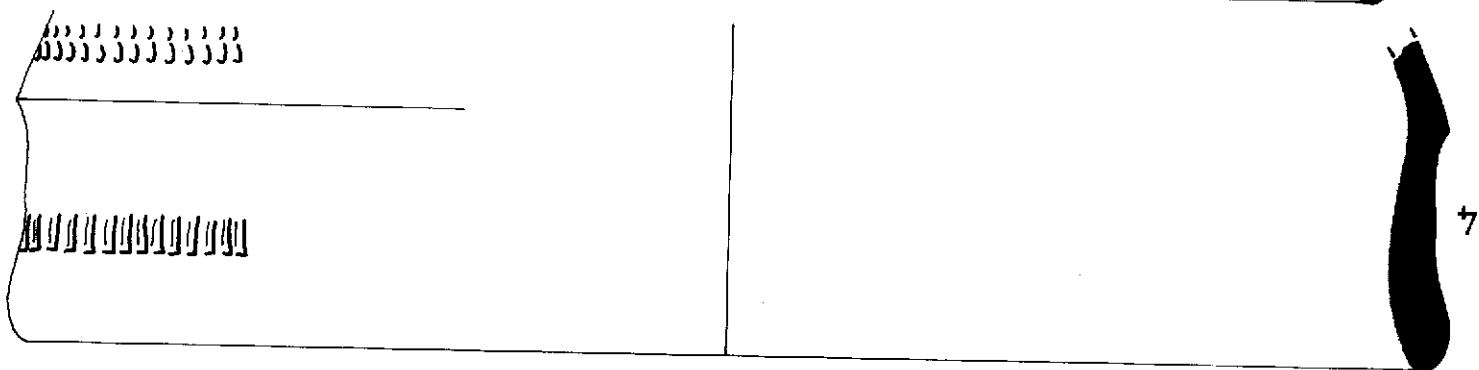
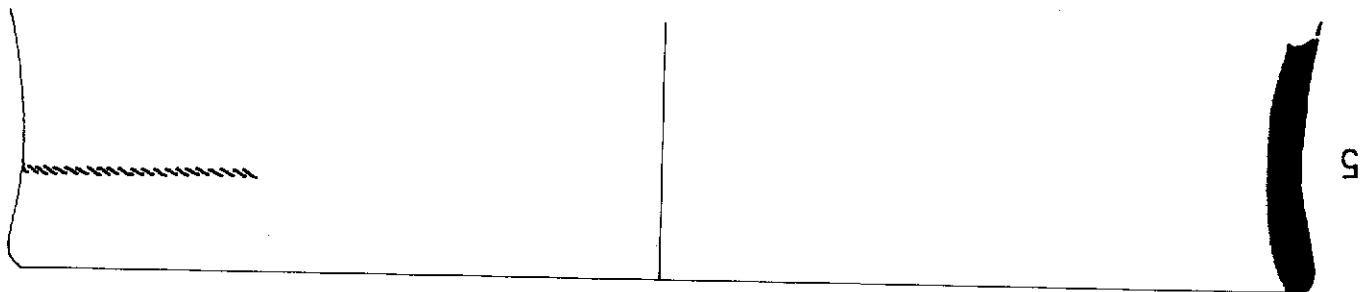
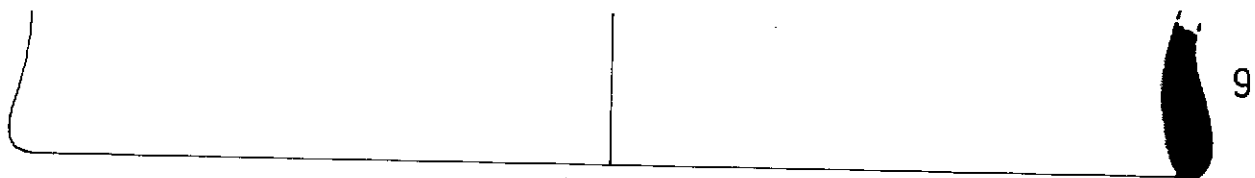
3

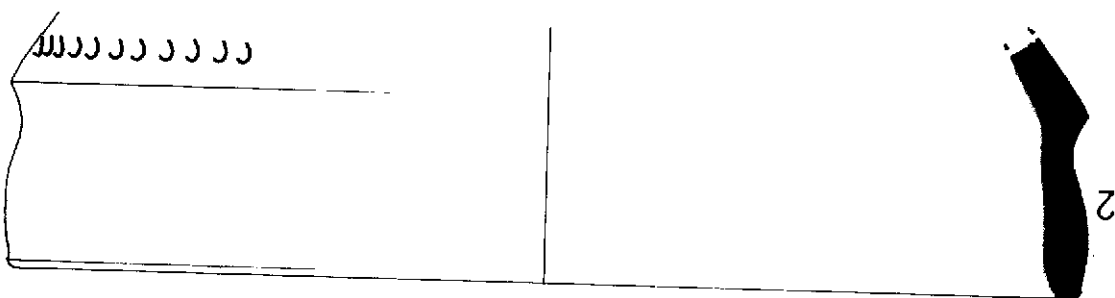
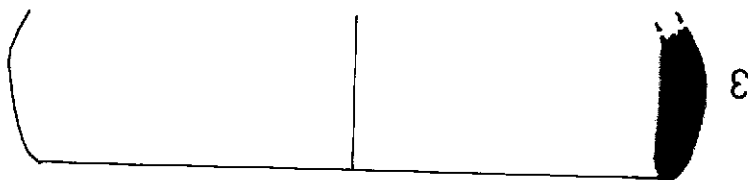
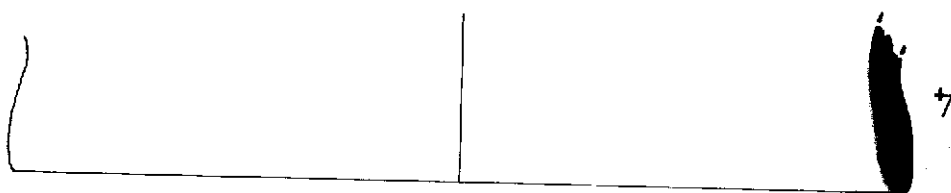
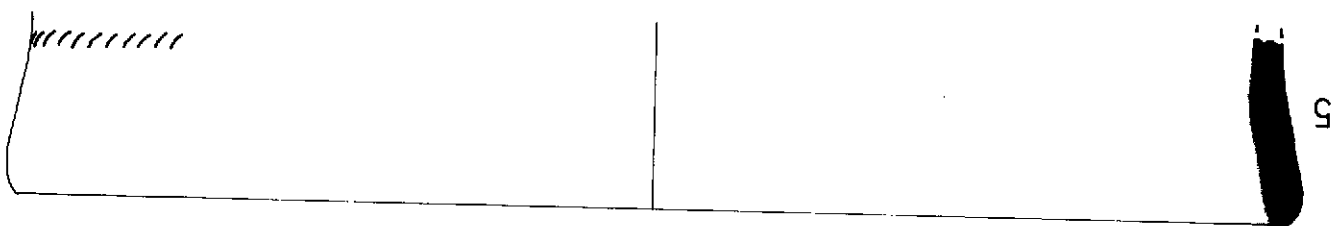
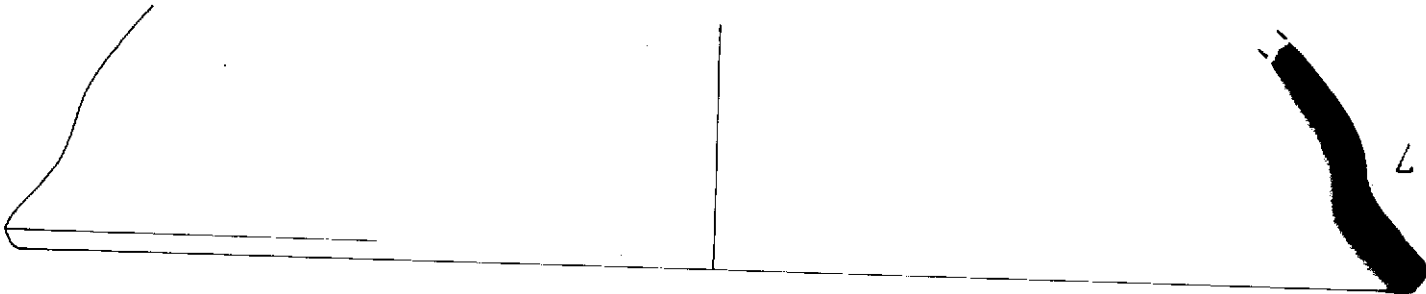


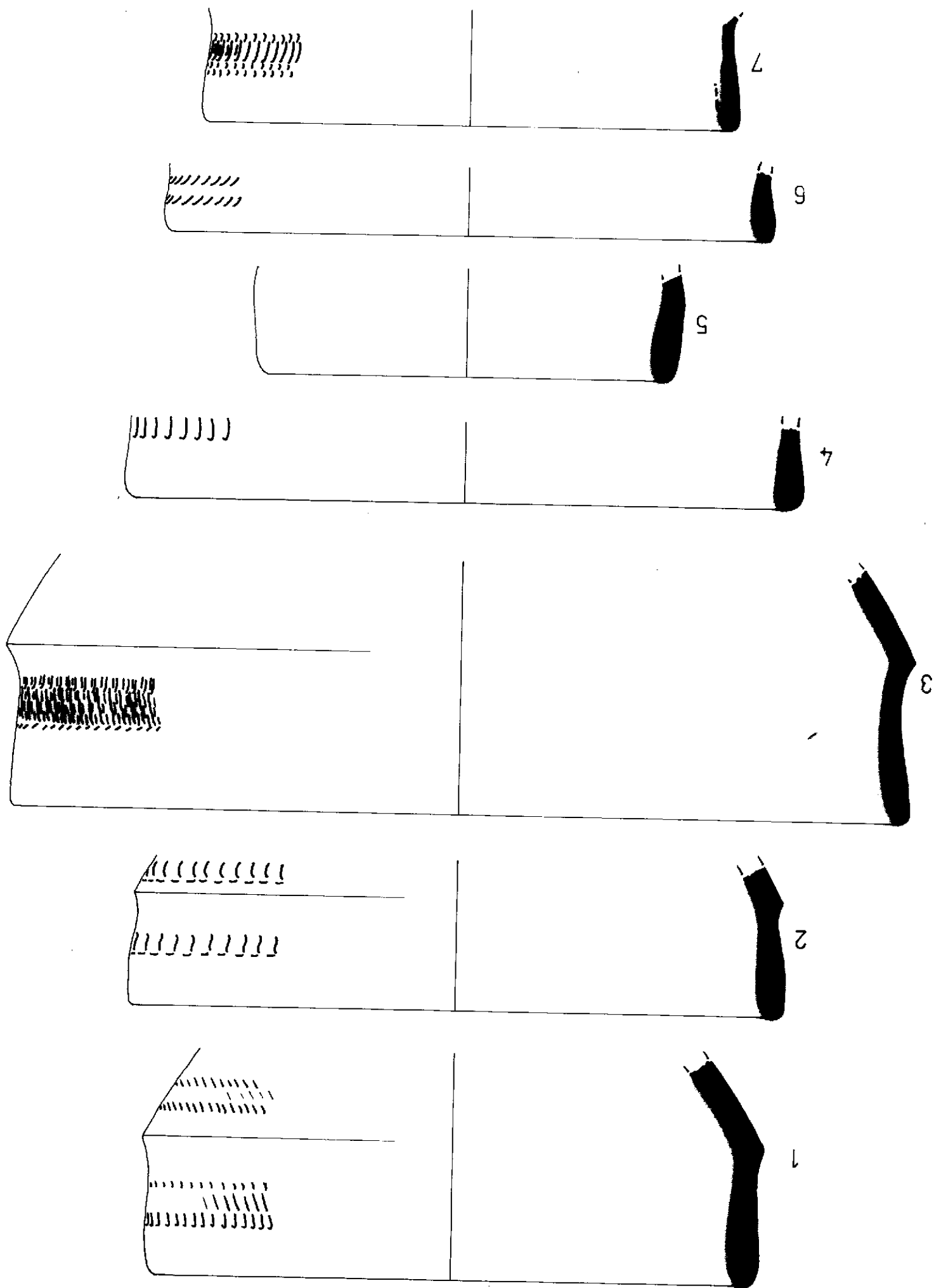
2

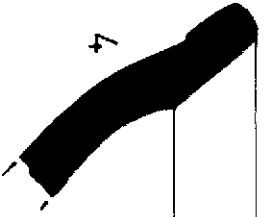
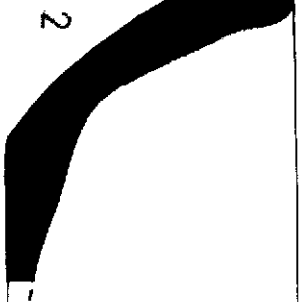


1





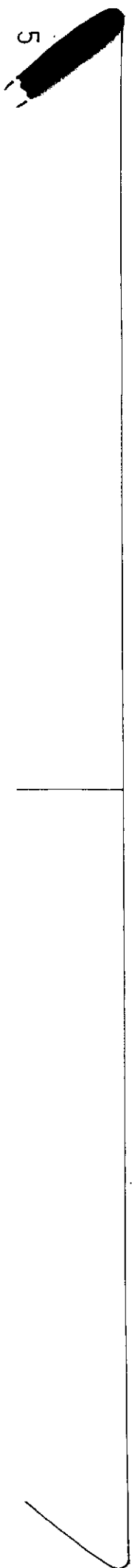
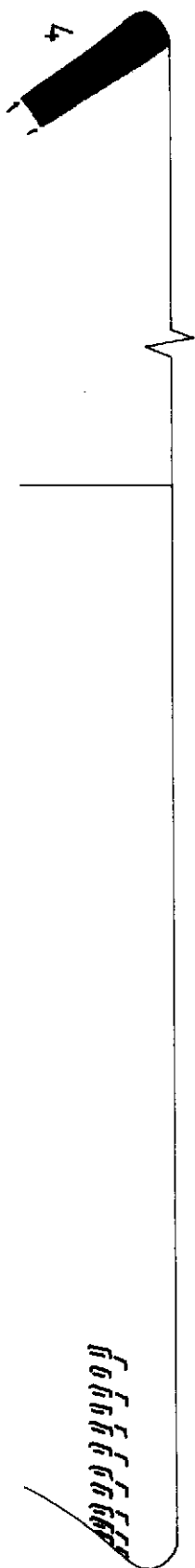
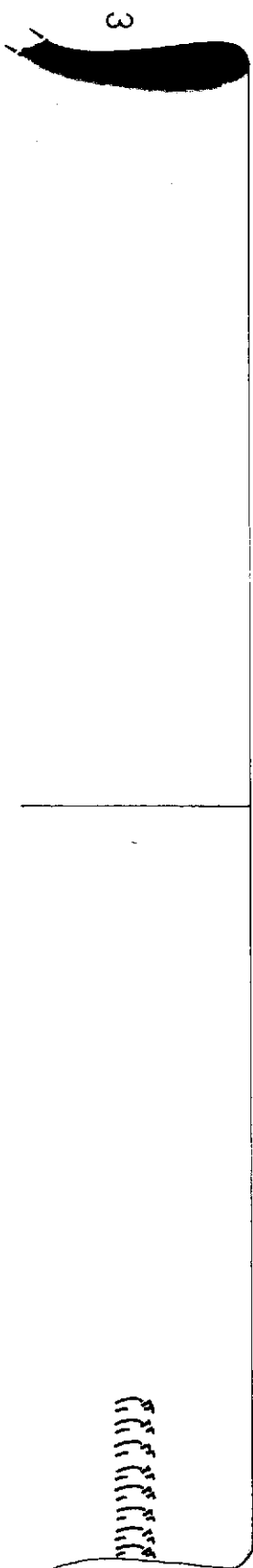
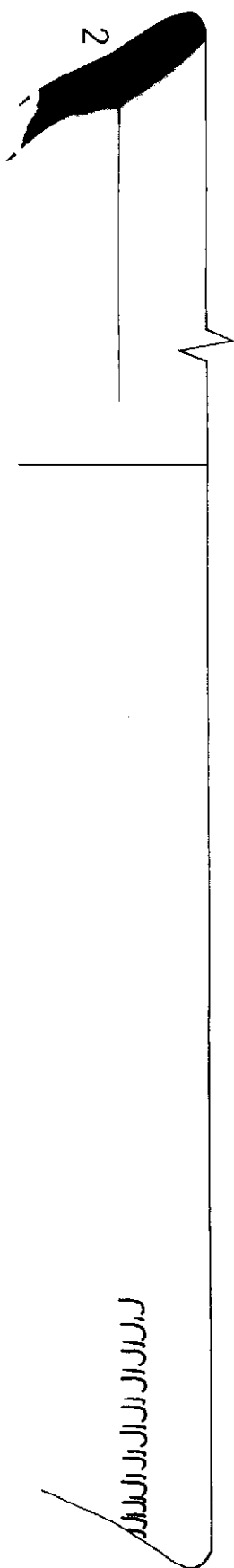


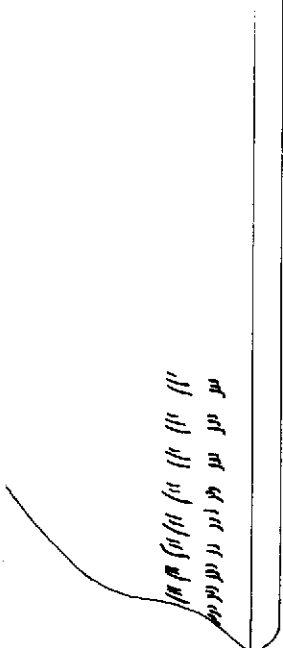
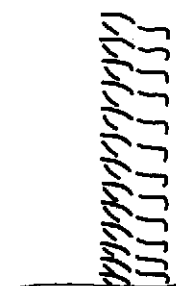
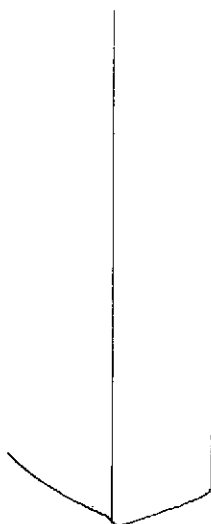
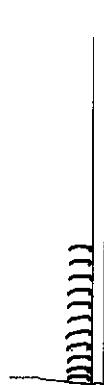


cccccccccccccccccccc

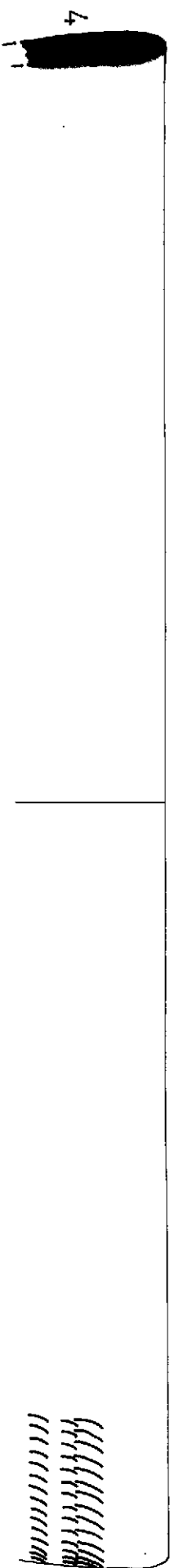
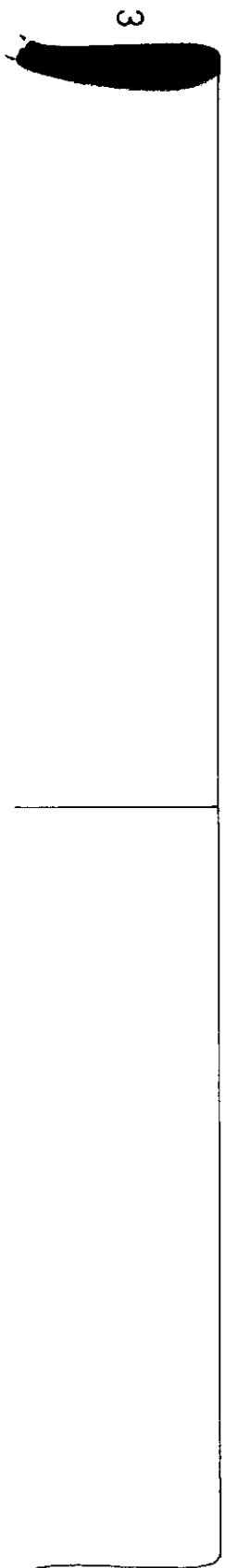
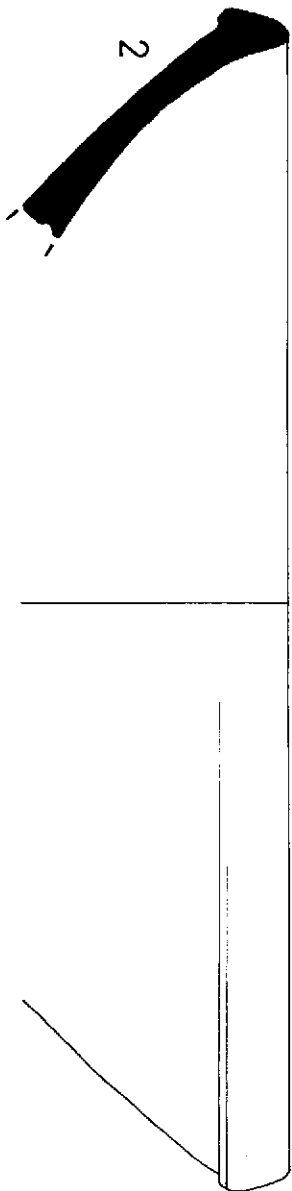
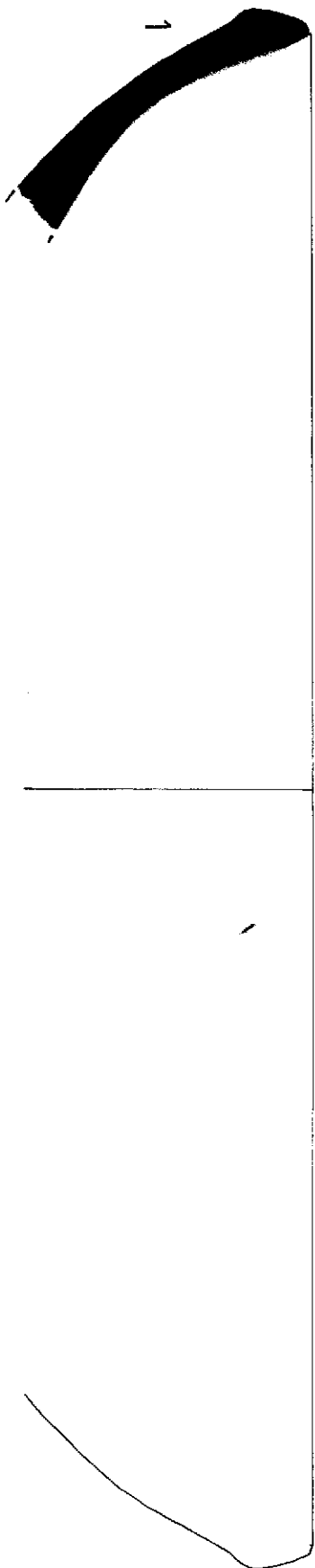
~~~~~

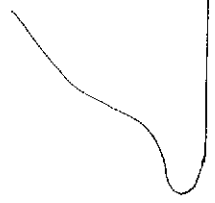
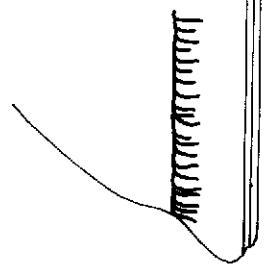
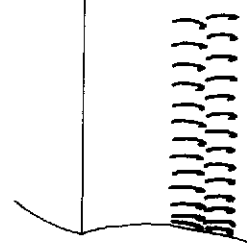
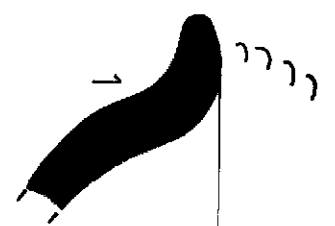
cccccccccccccccccccc  
cccccccccccccccccccc

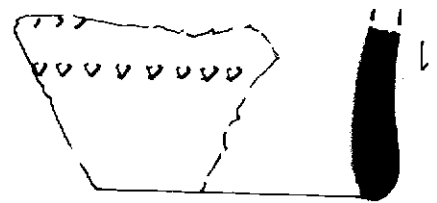
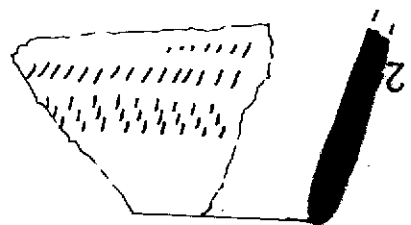
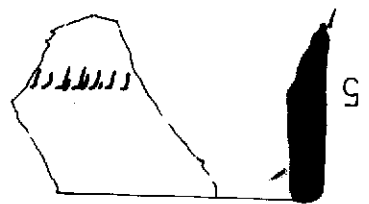
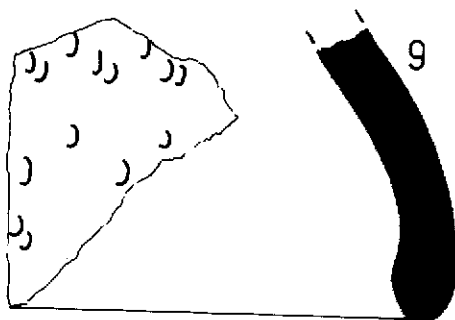
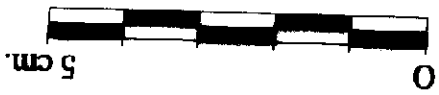


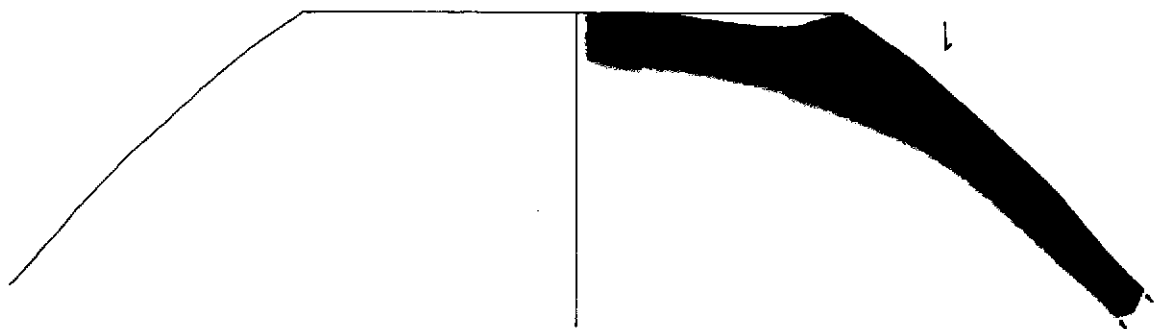
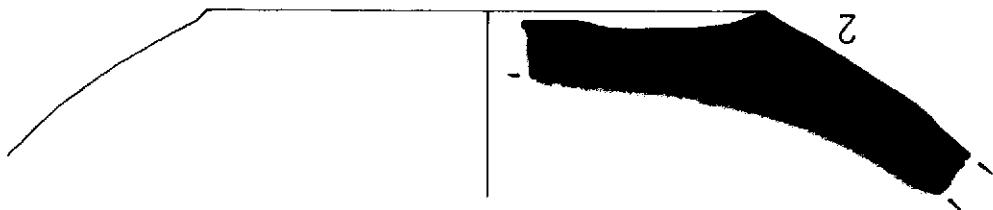
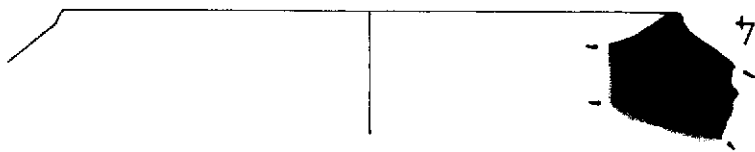
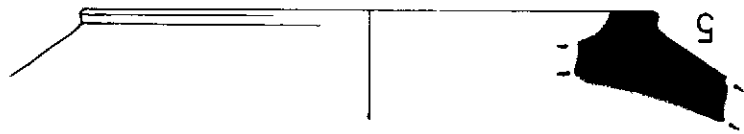
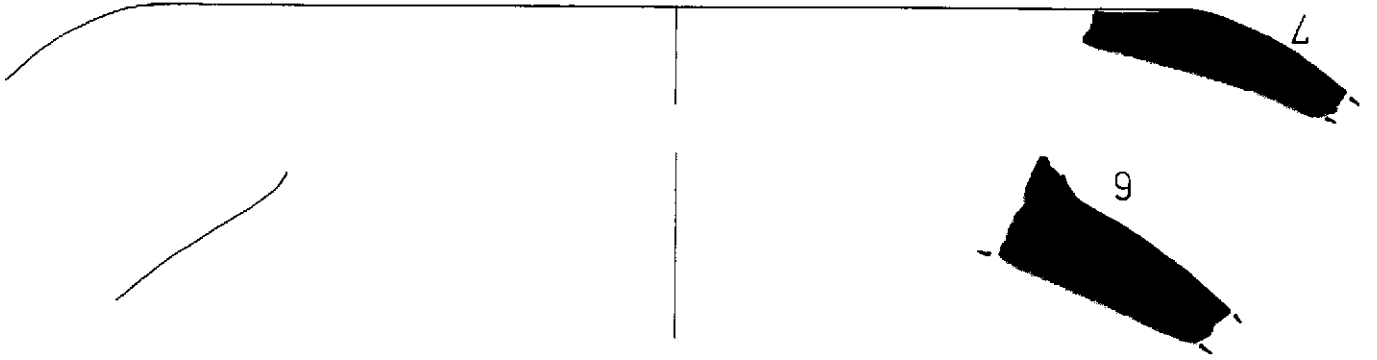
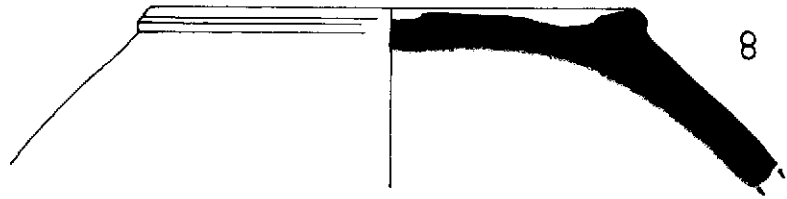
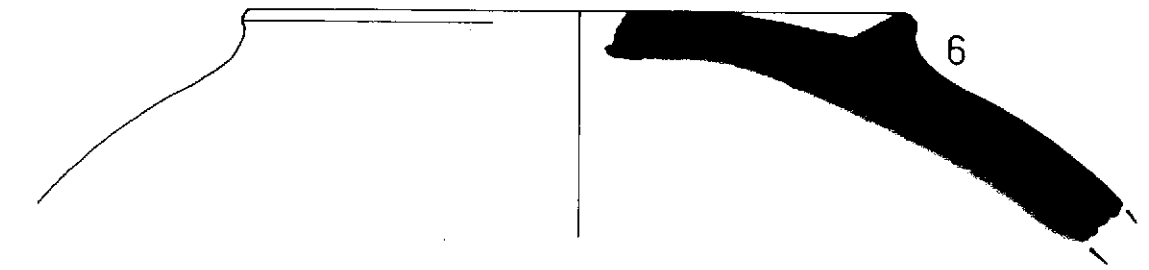


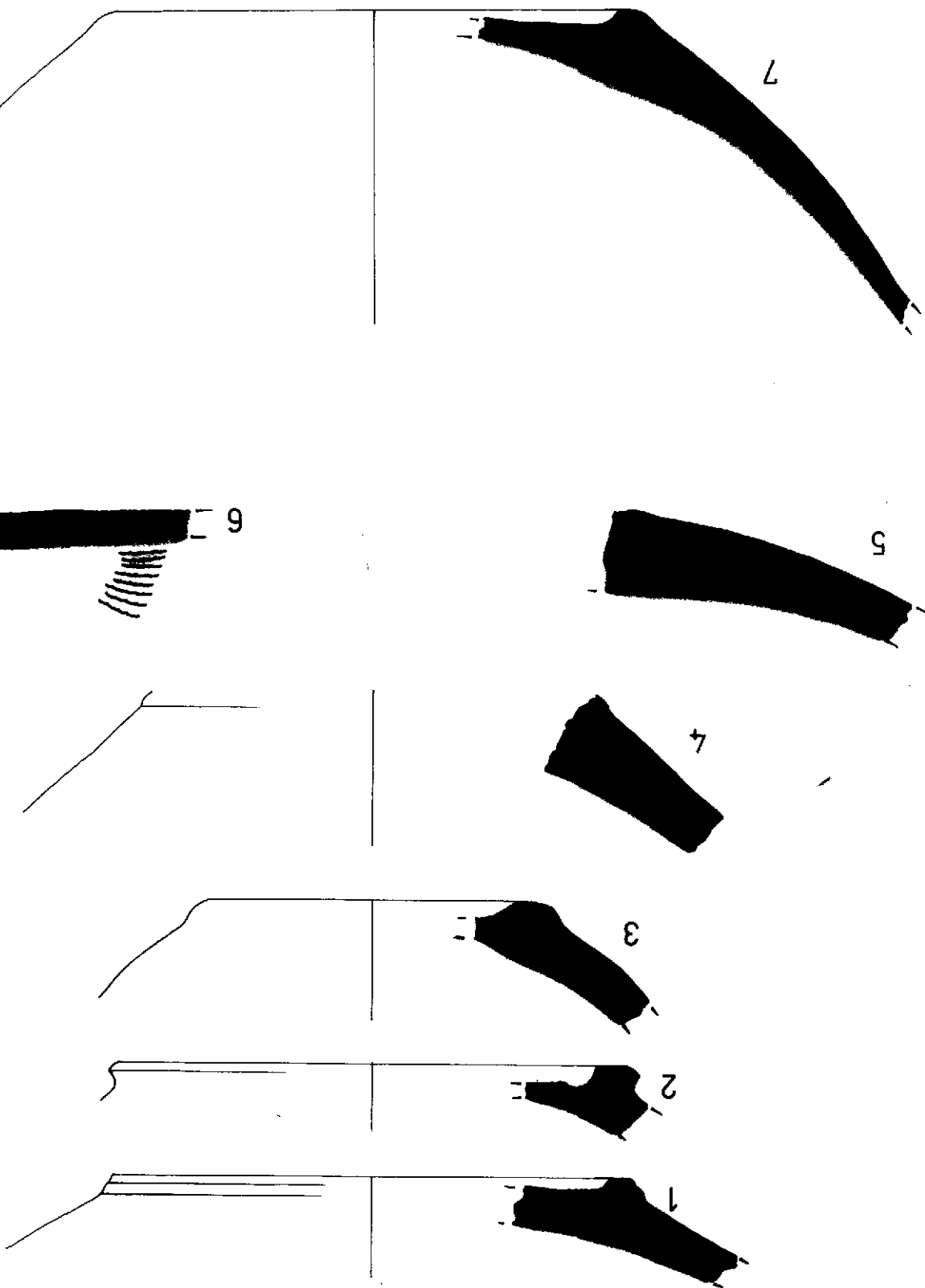










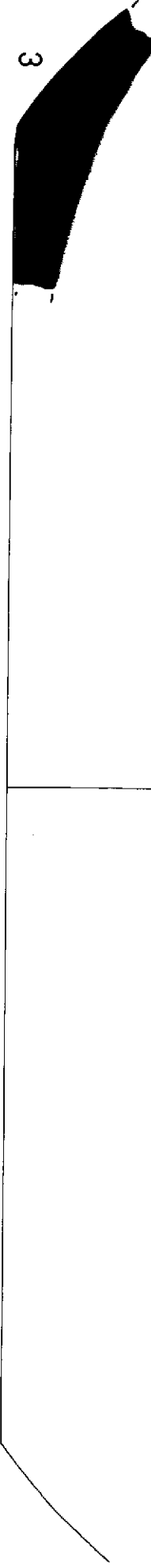


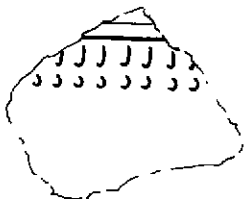
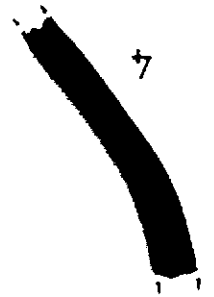
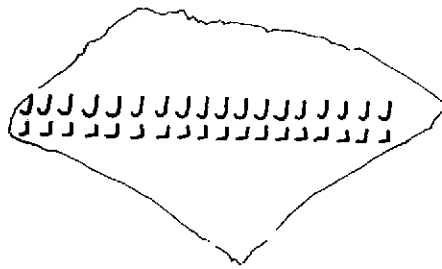
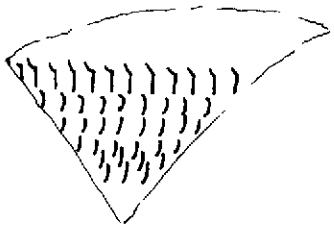
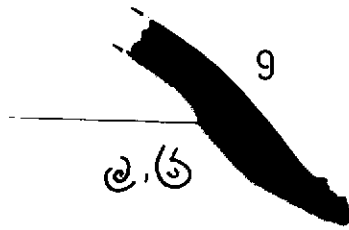
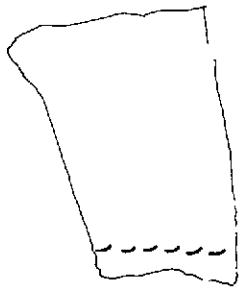


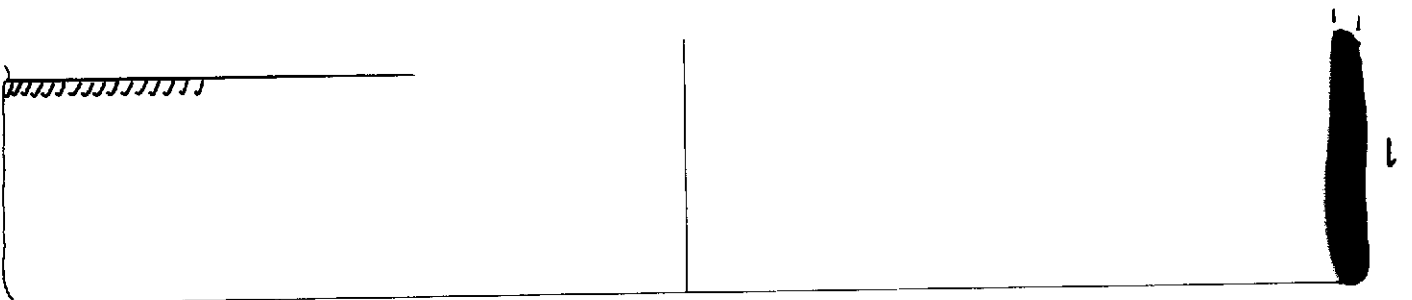
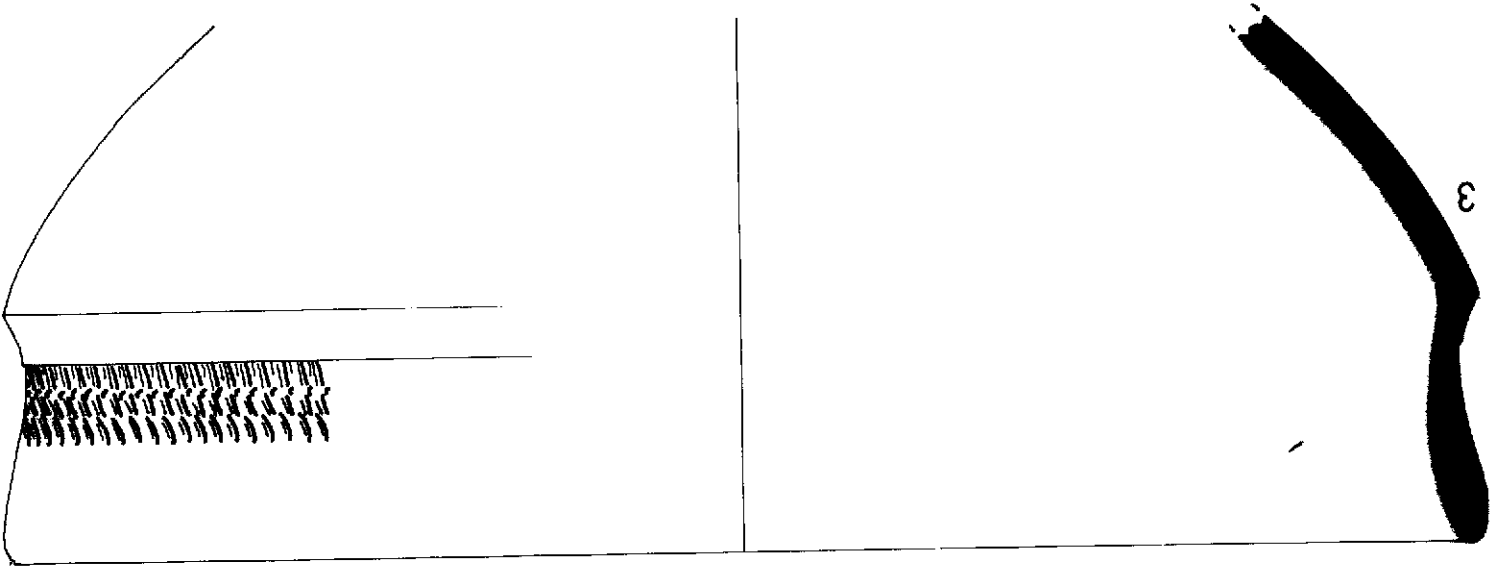
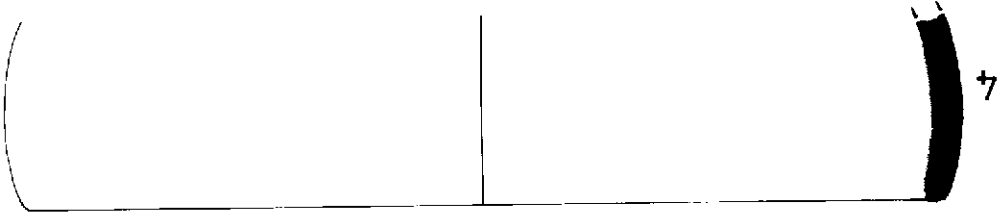
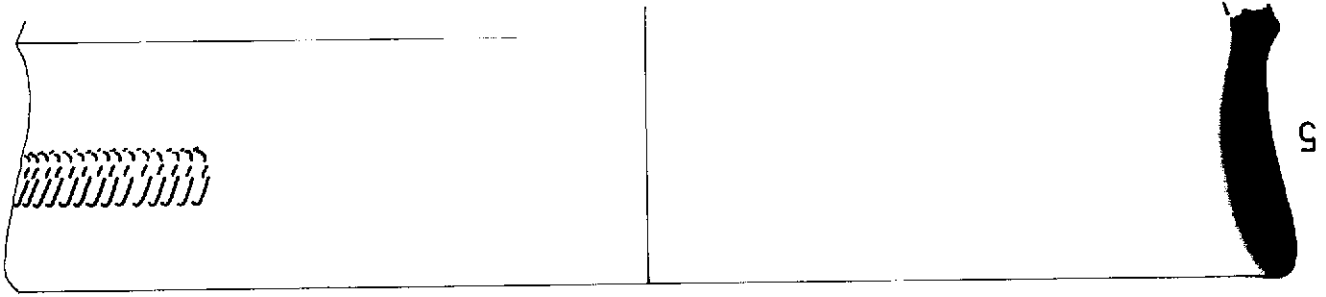
1 [REDACTED]

2 [REDACTED]

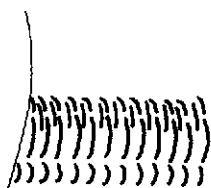
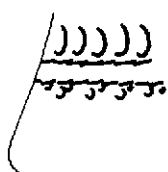
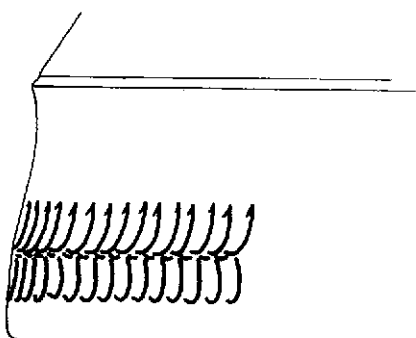
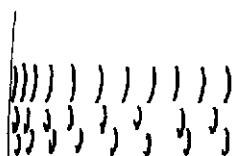
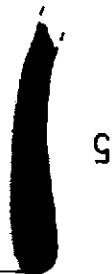
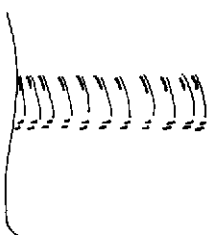
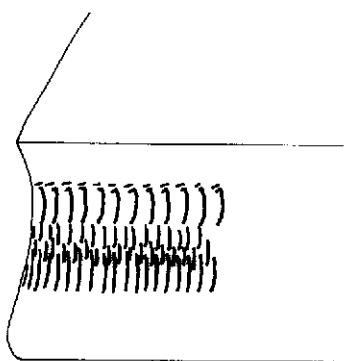
3 [REDACTED]

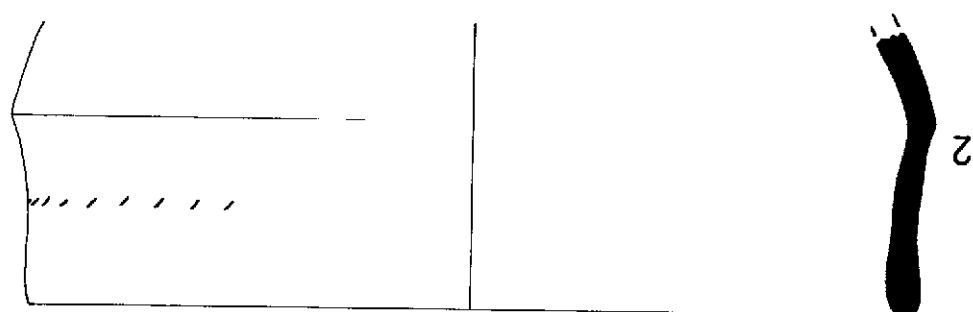
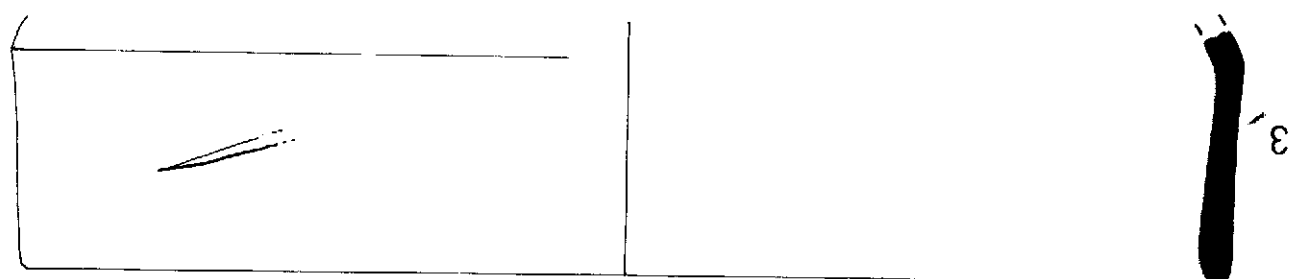
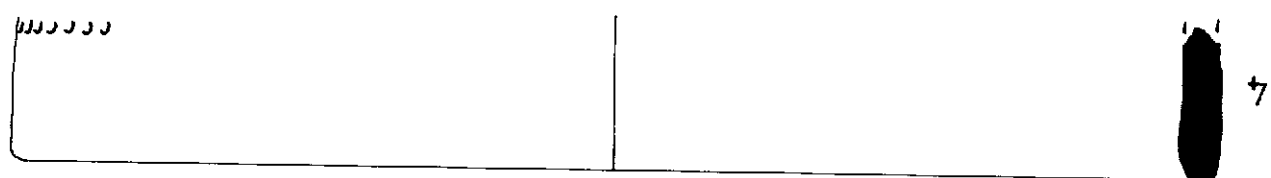
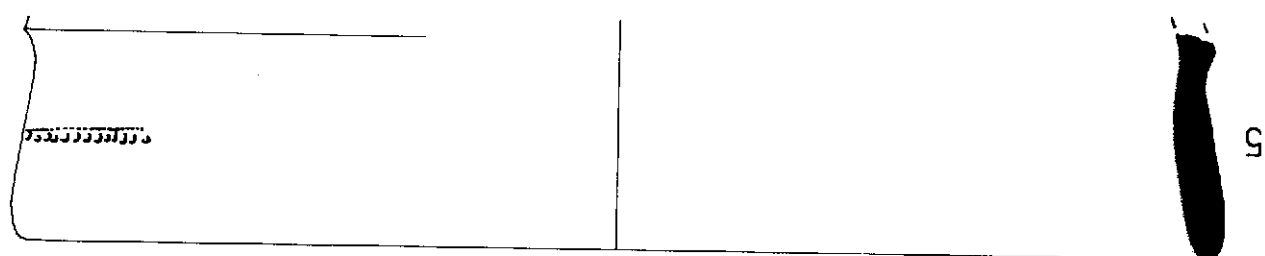
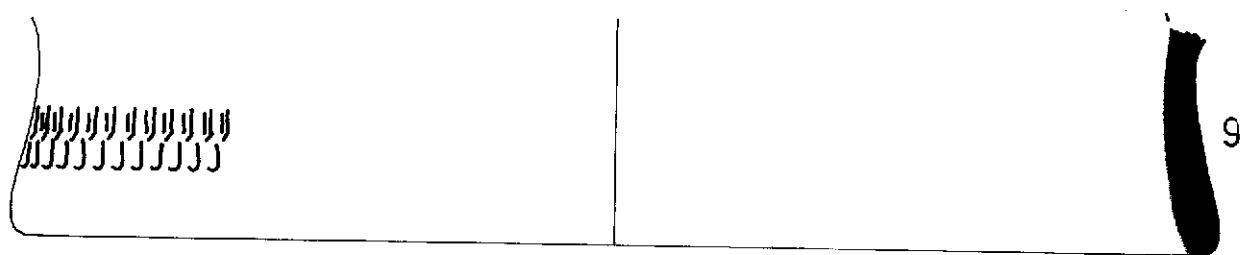
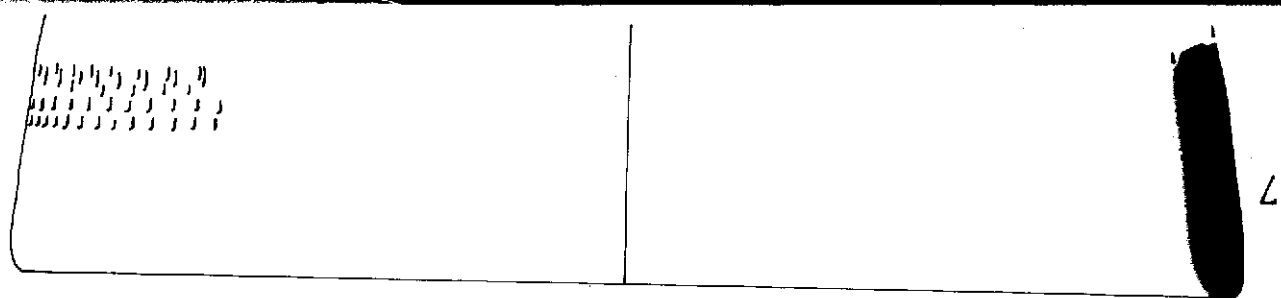


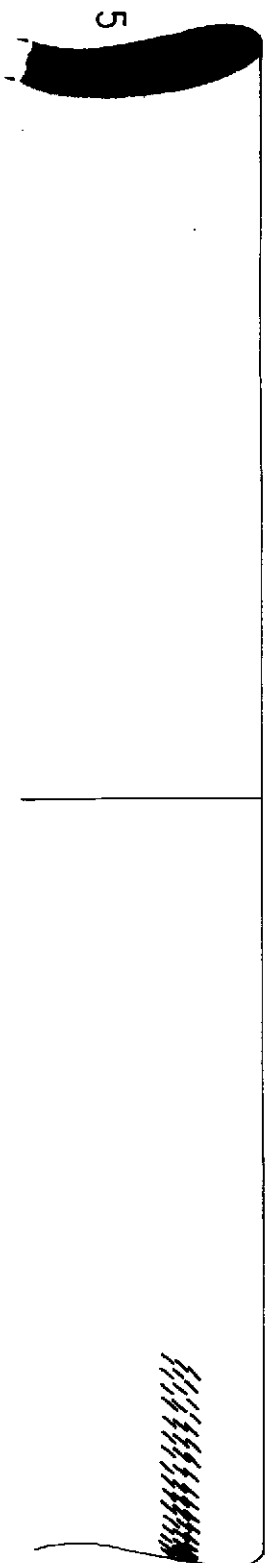
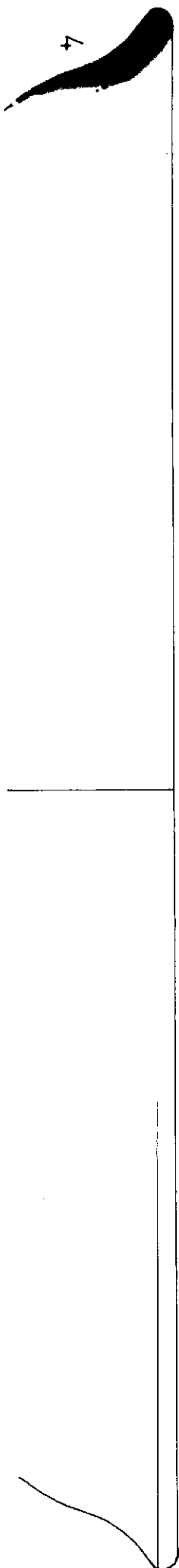
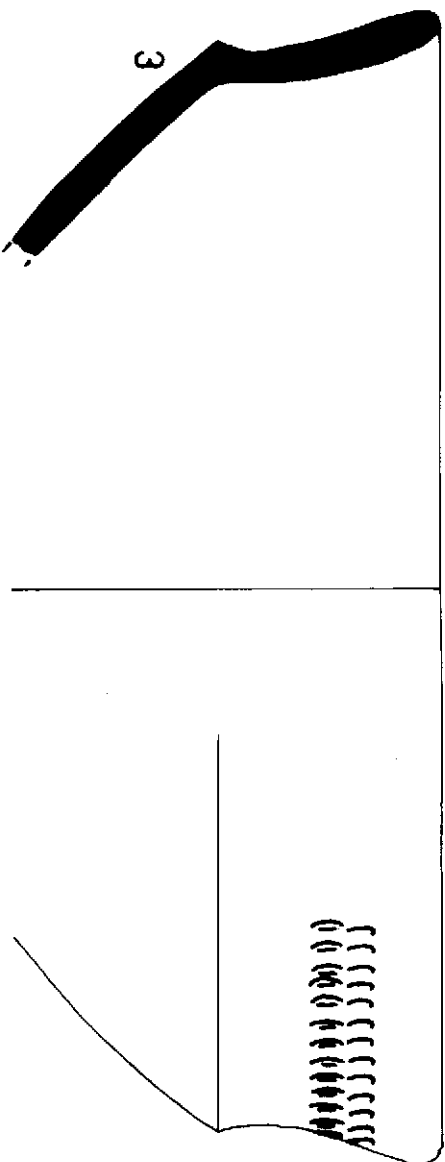
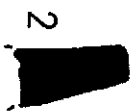
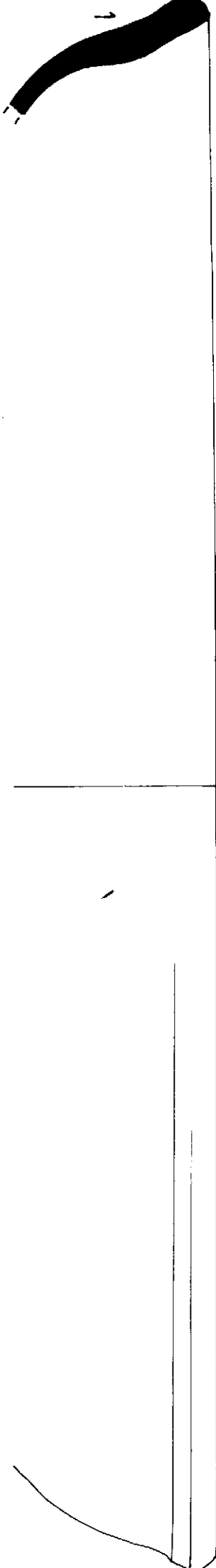


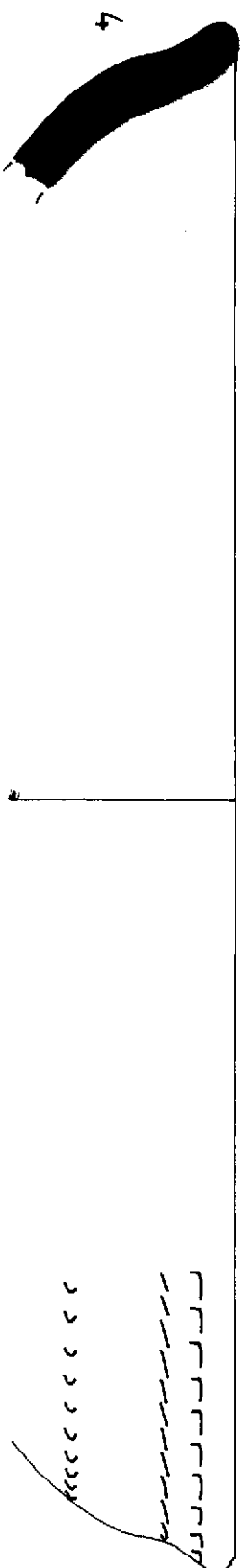
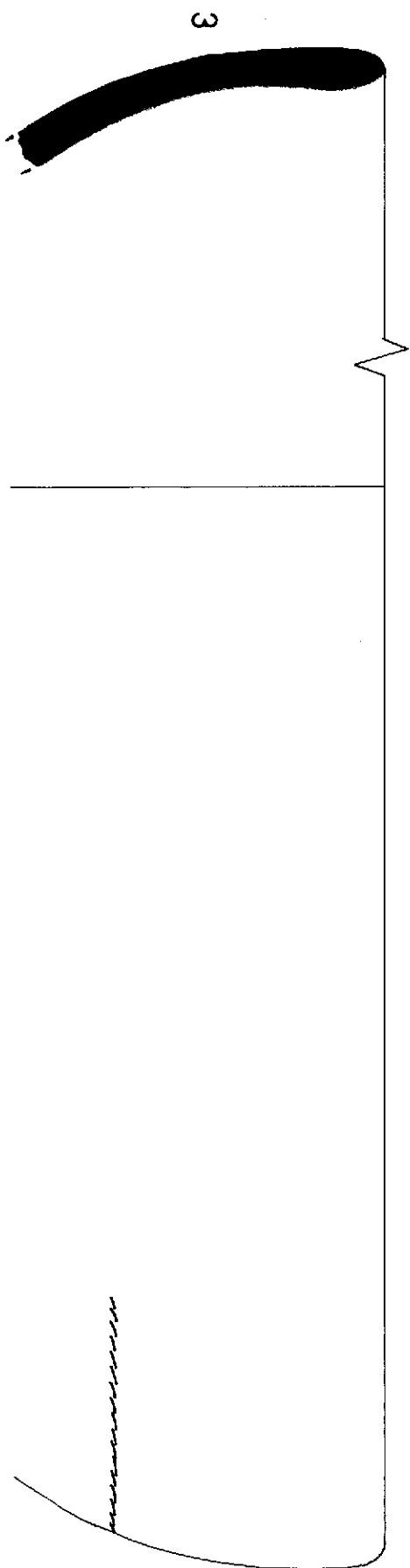
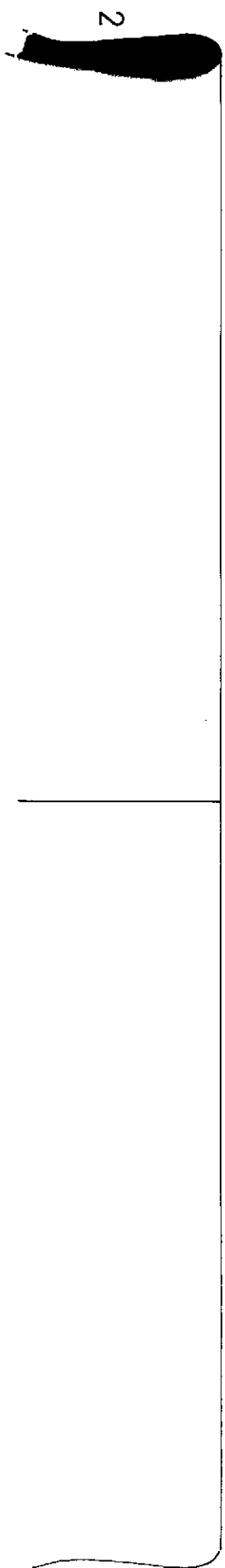
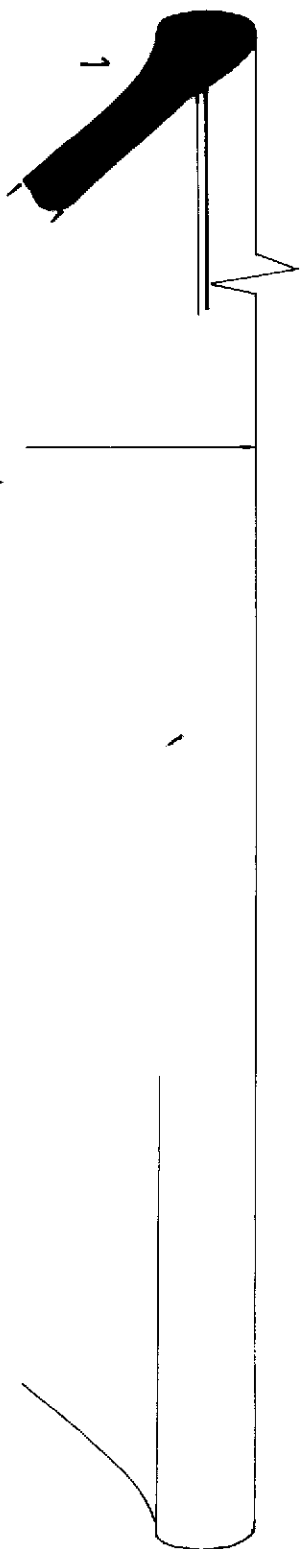


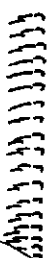
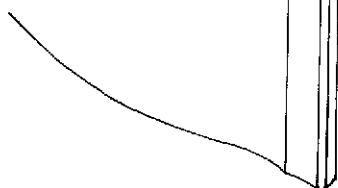
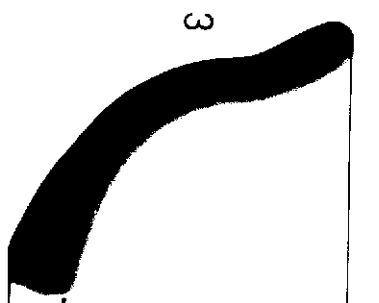


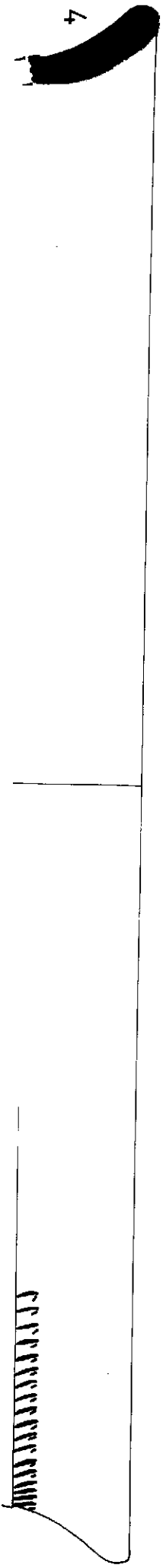
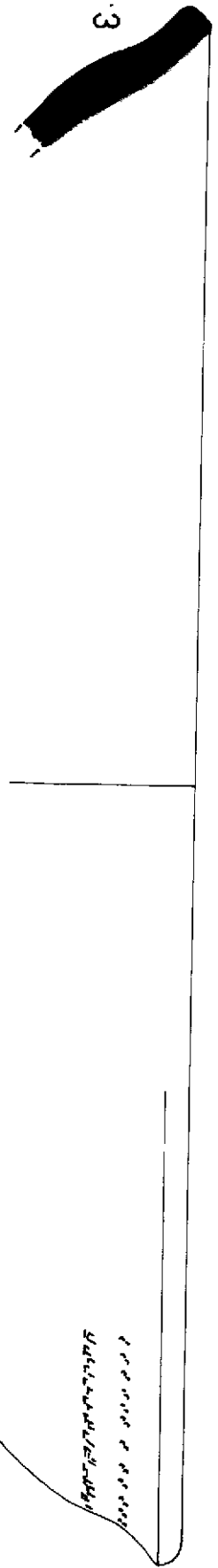
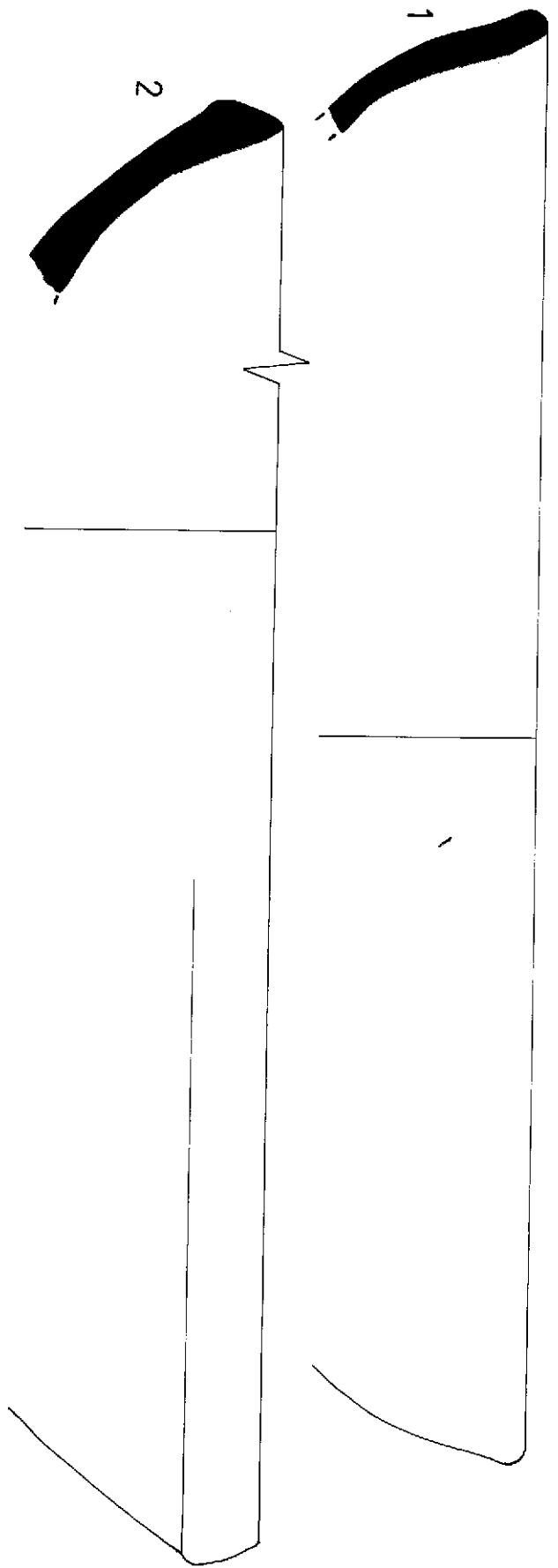


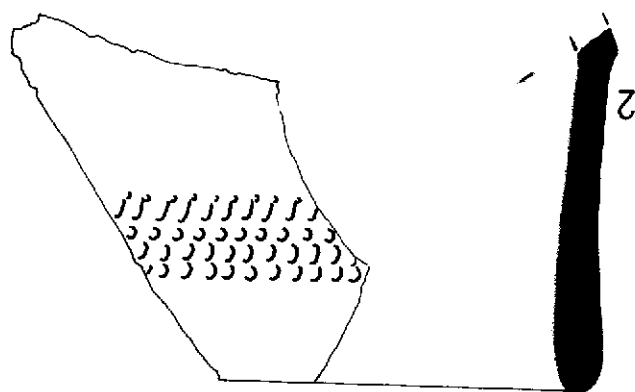
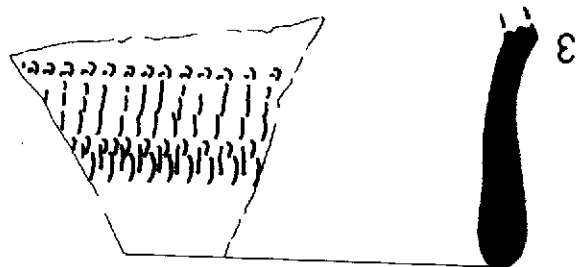
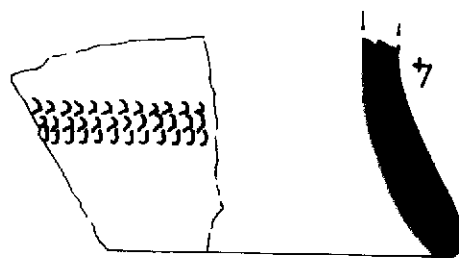
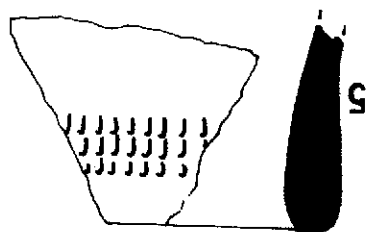
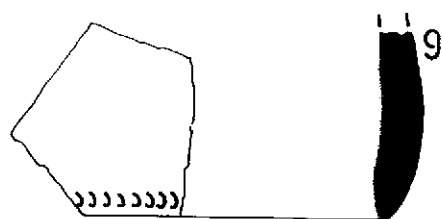
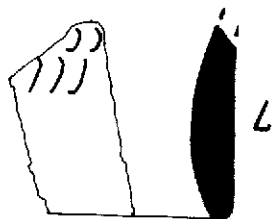


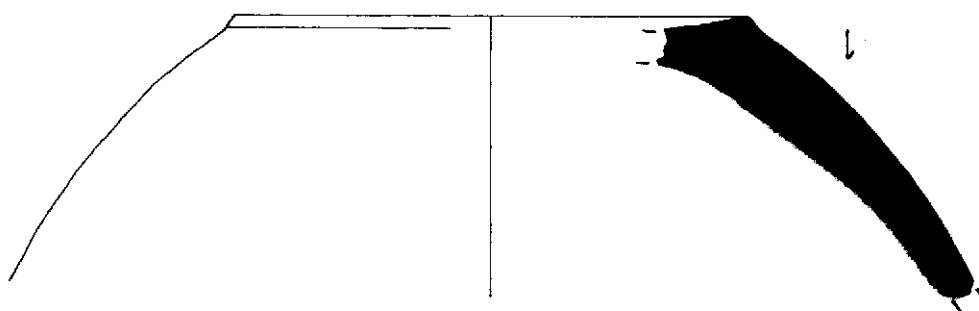
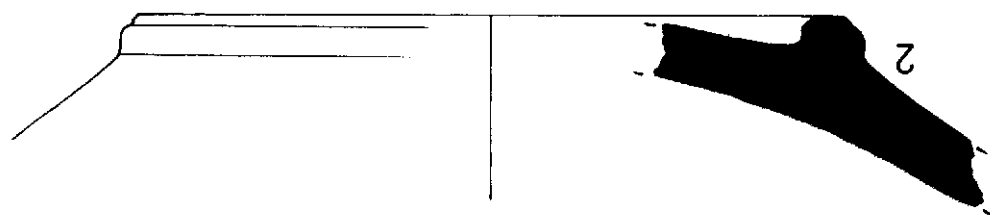
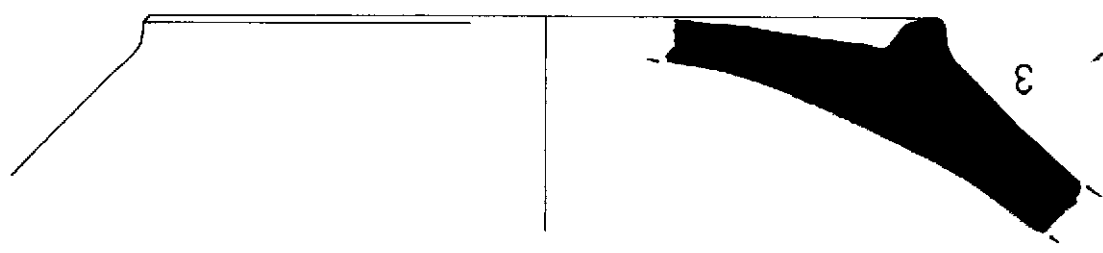
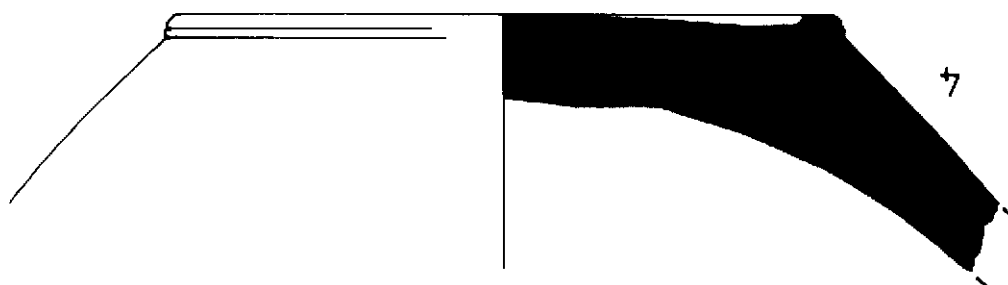
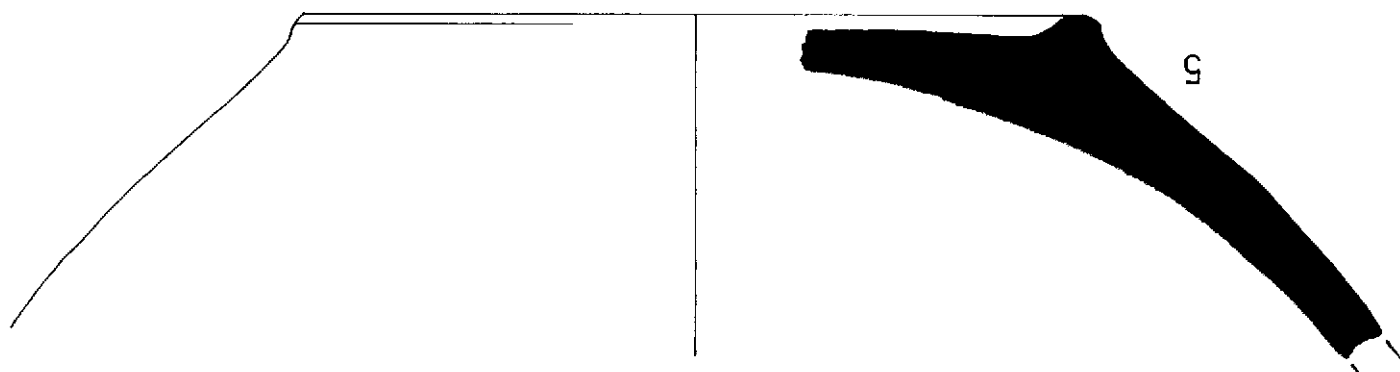
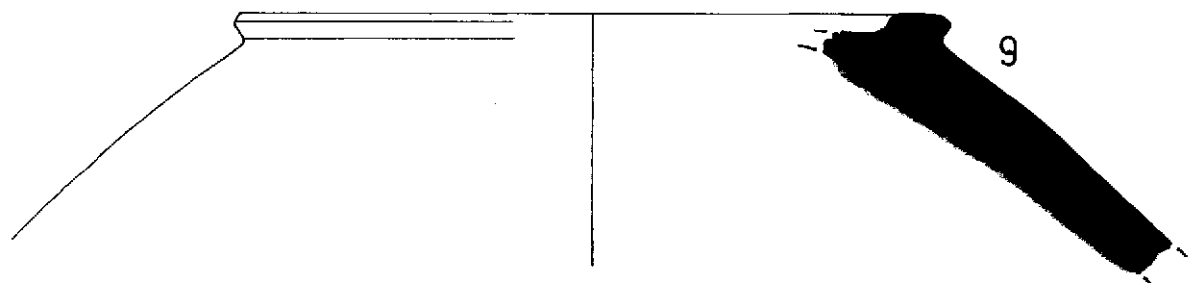




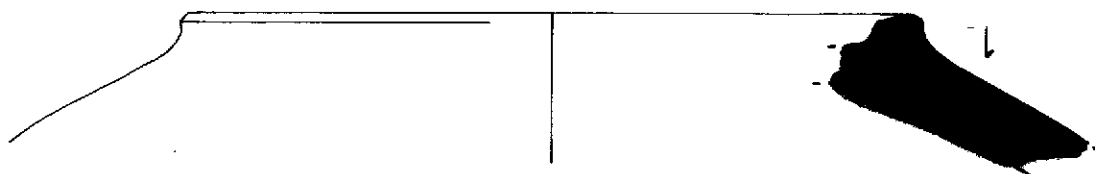
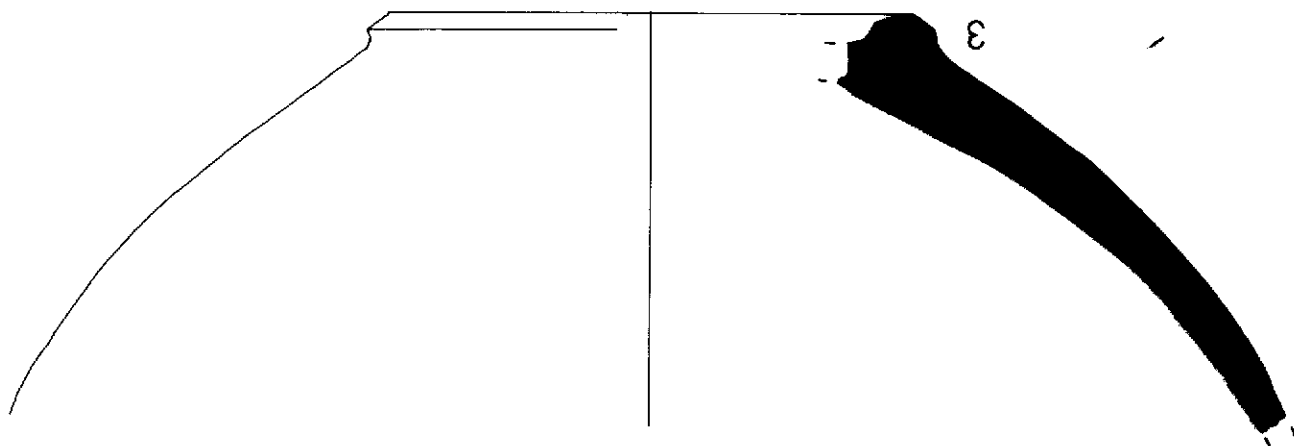
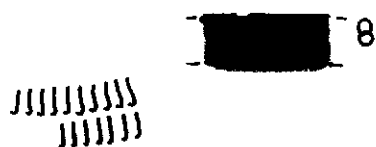
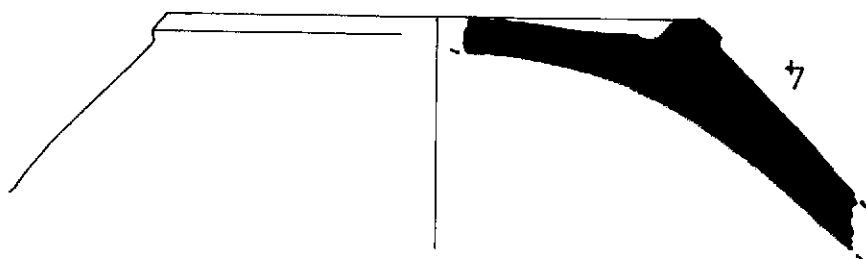
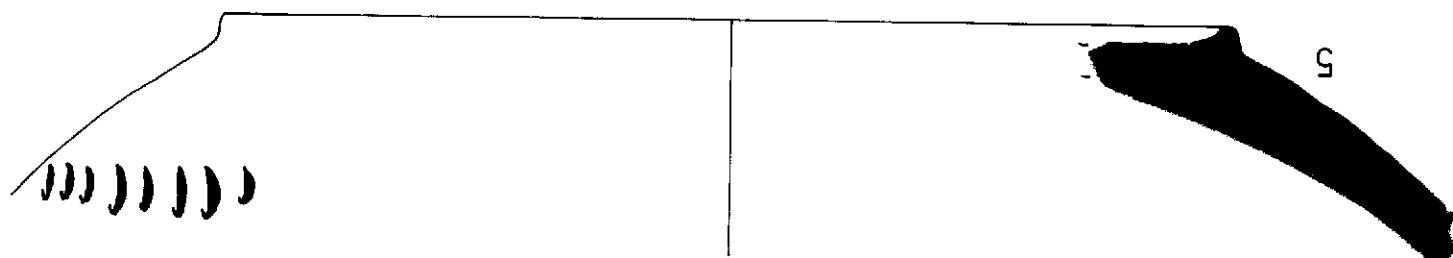
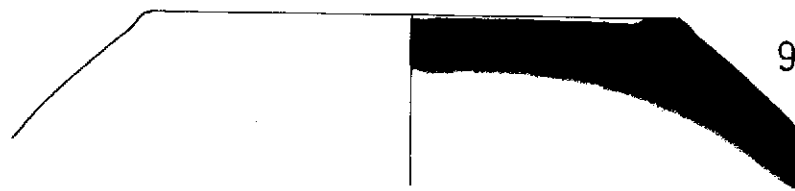














))))))  
))))))



5

))))))  
))))))



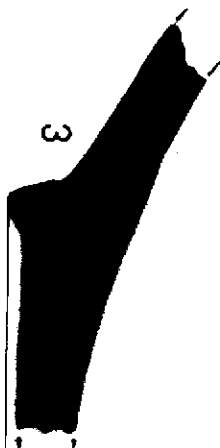
6

))))))  
))))))

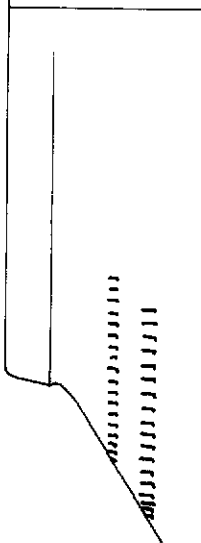


7

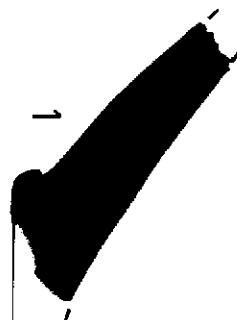
))))))  
))))))



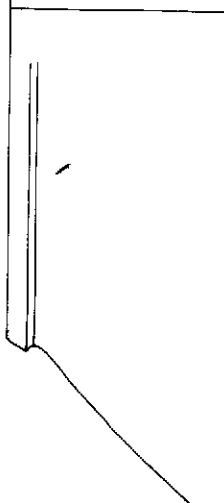
3

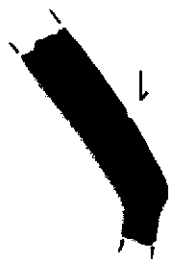
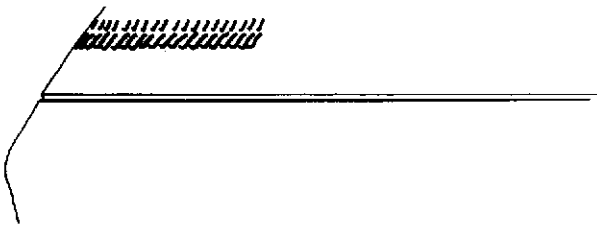
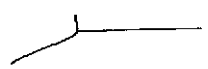
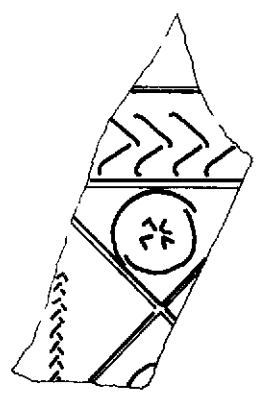
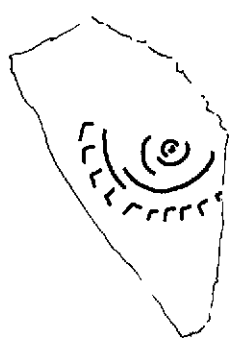
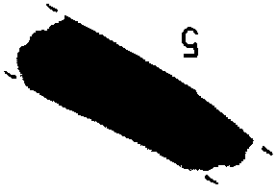
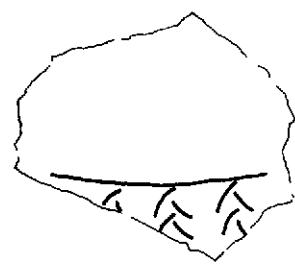
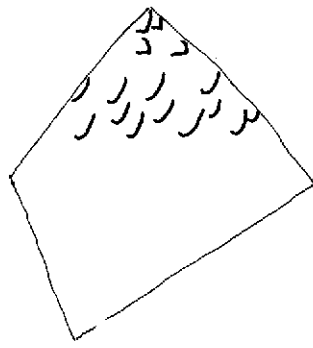


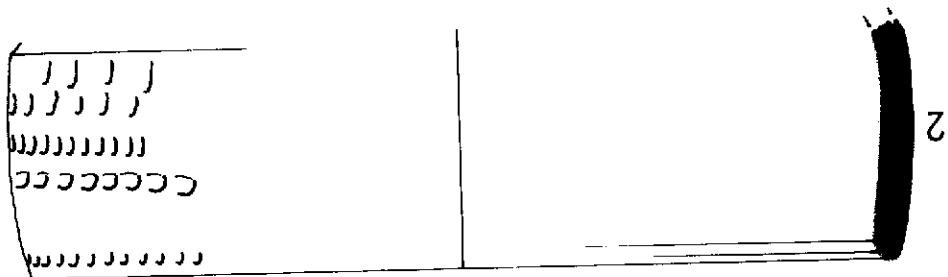
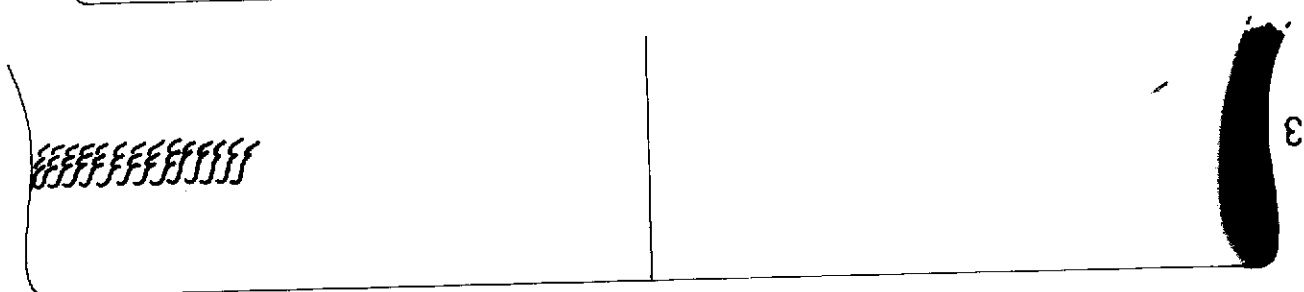
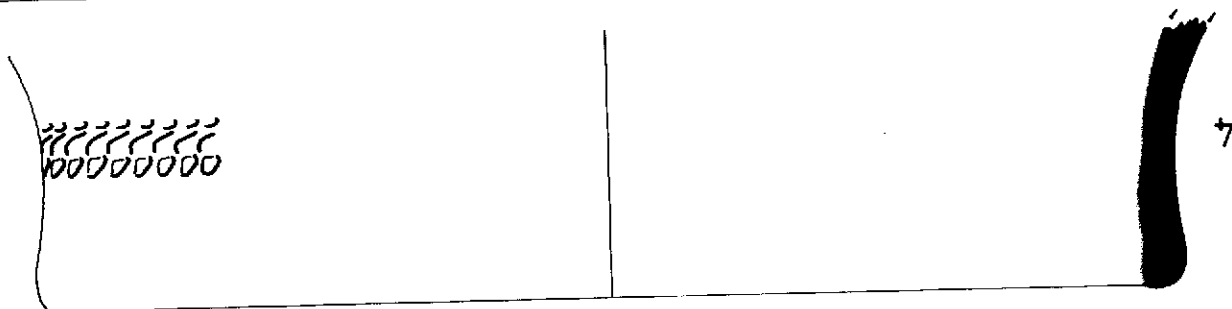
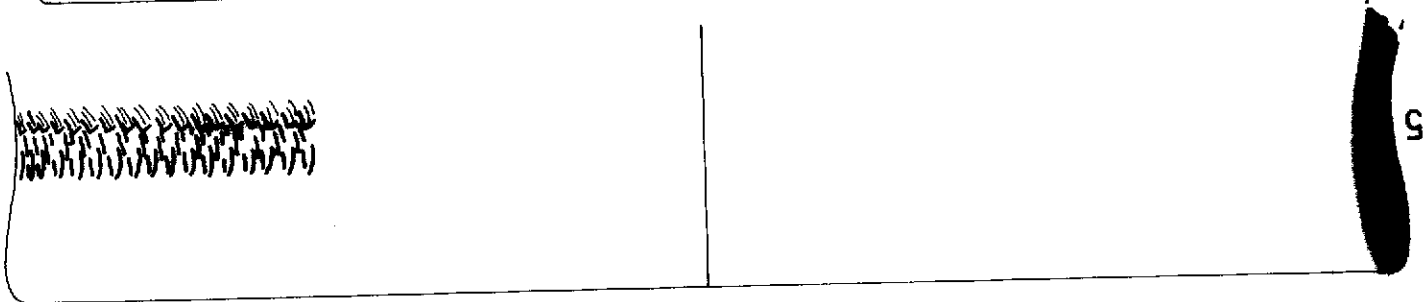
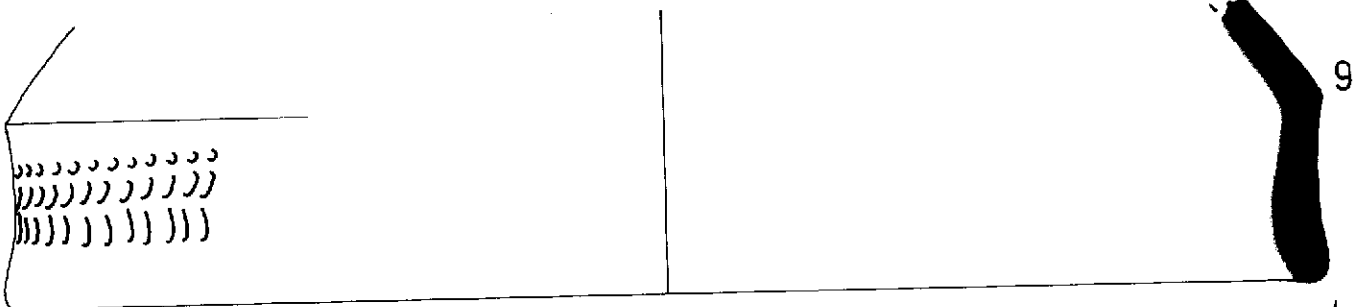
2

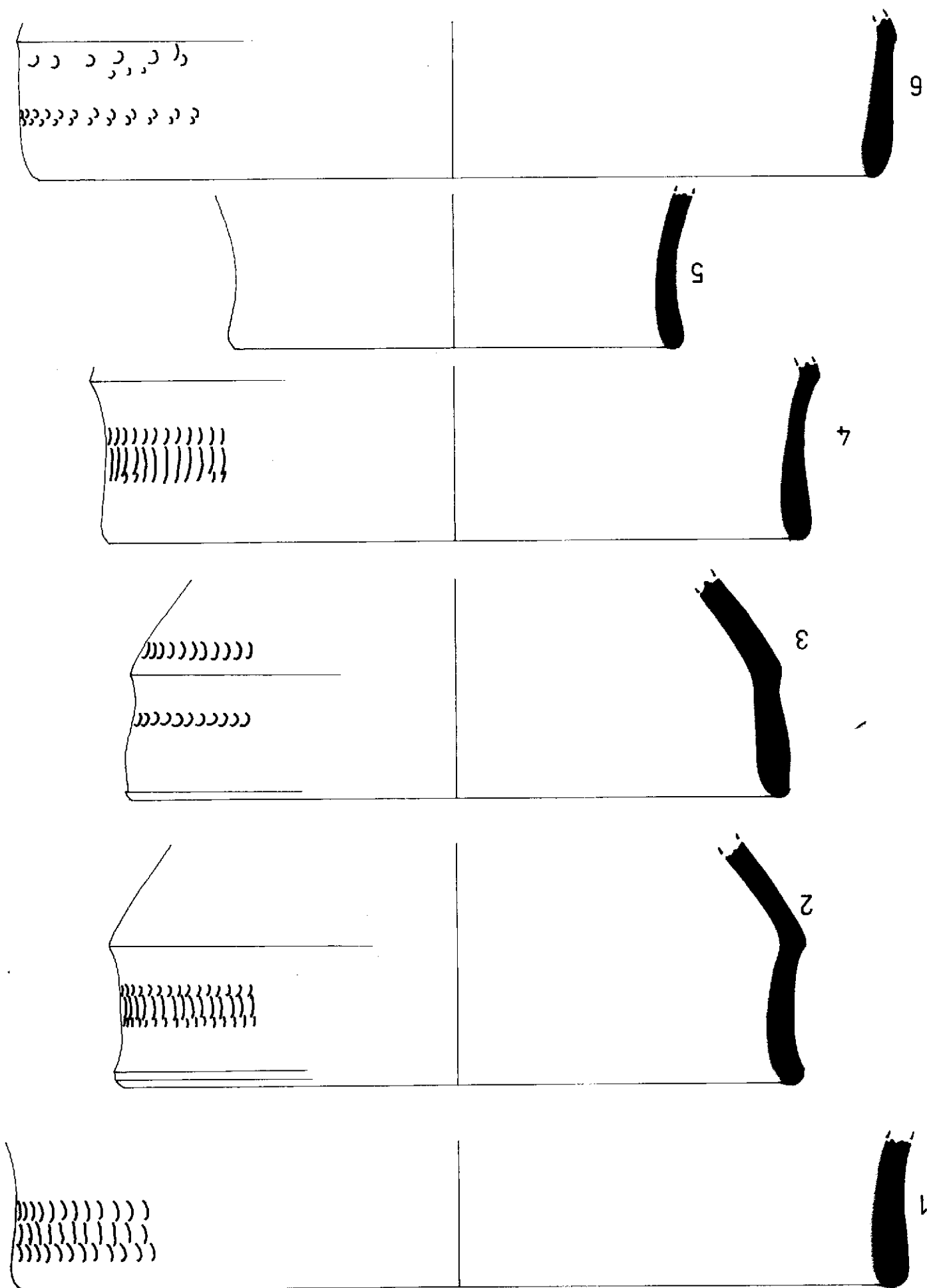


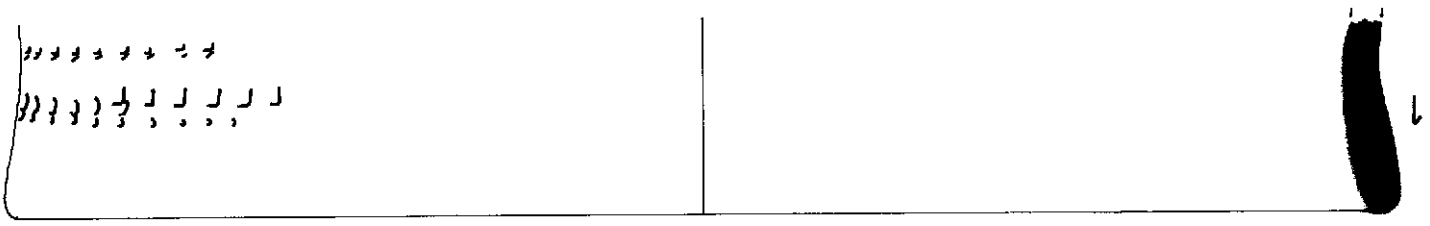
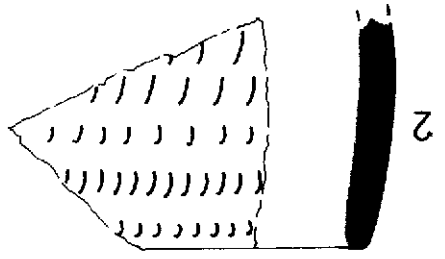
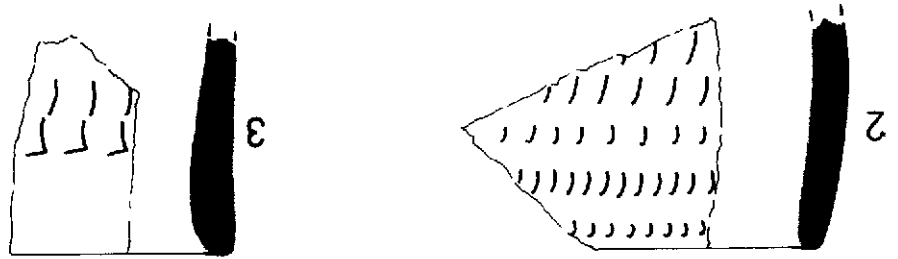
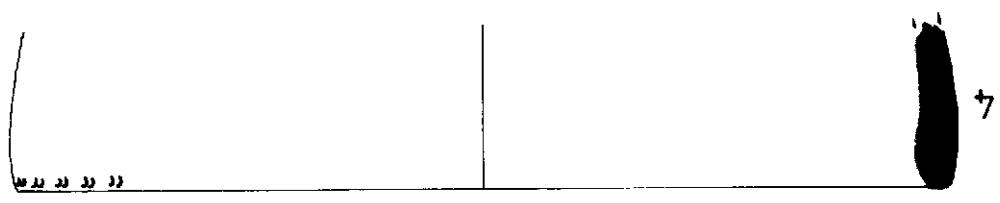
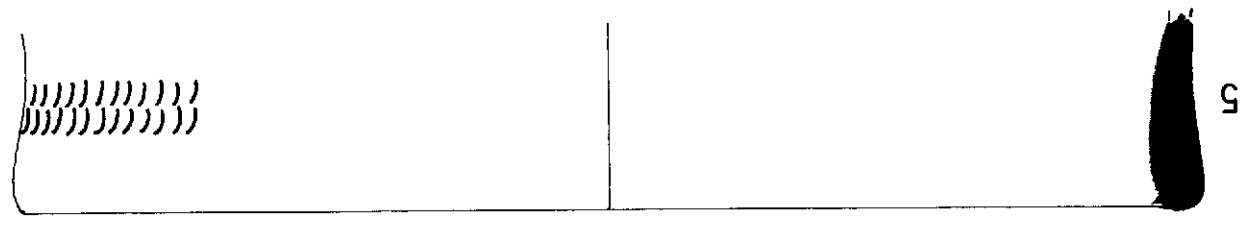
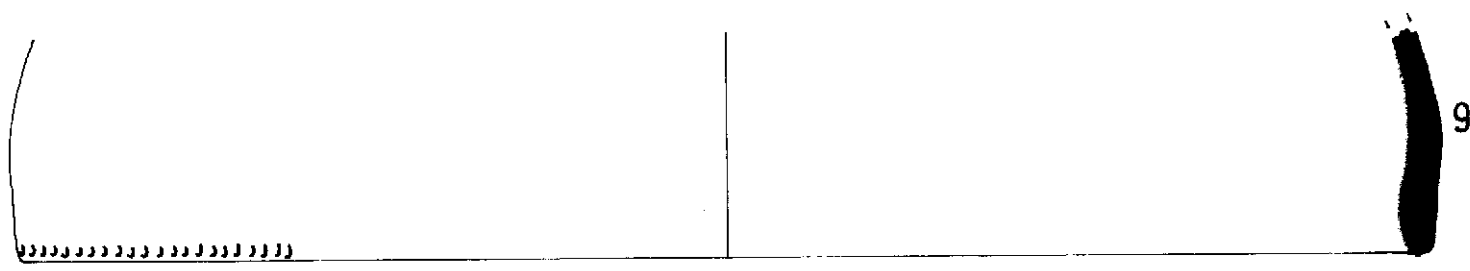
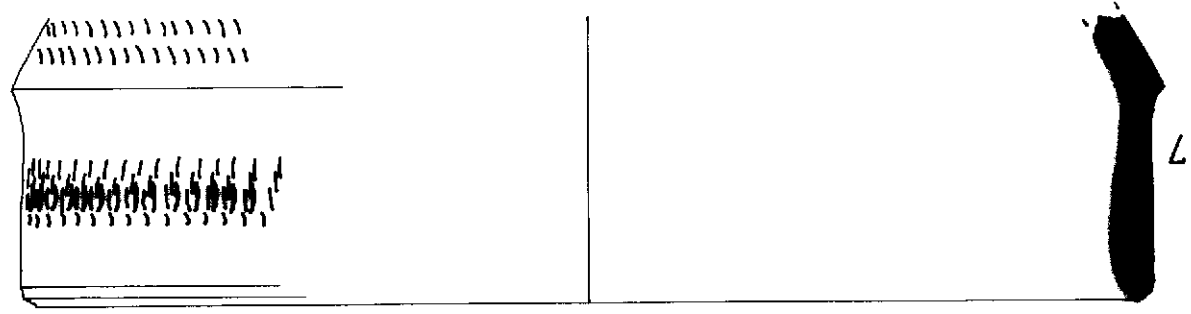
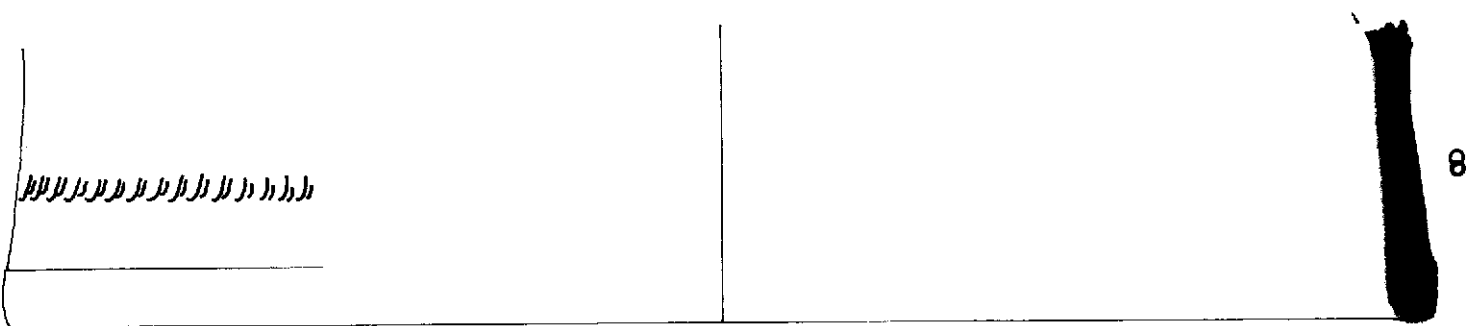
1

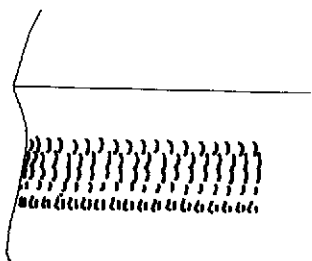
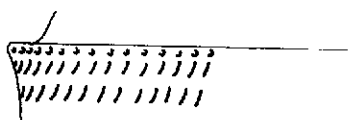
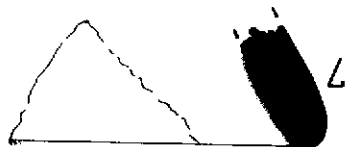
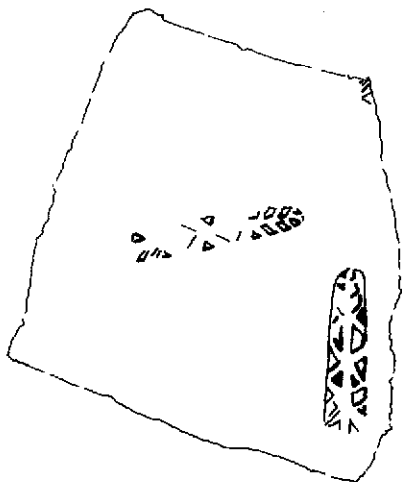


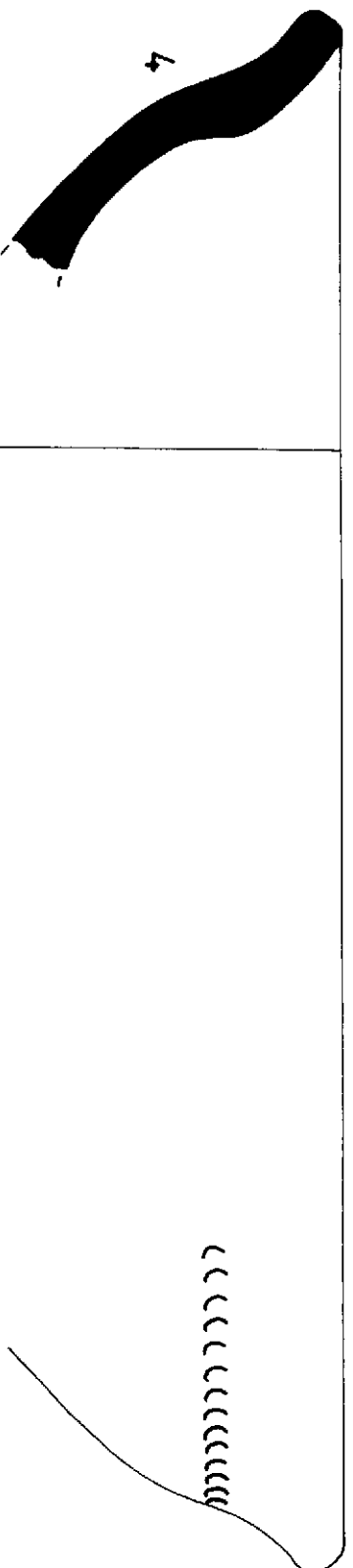
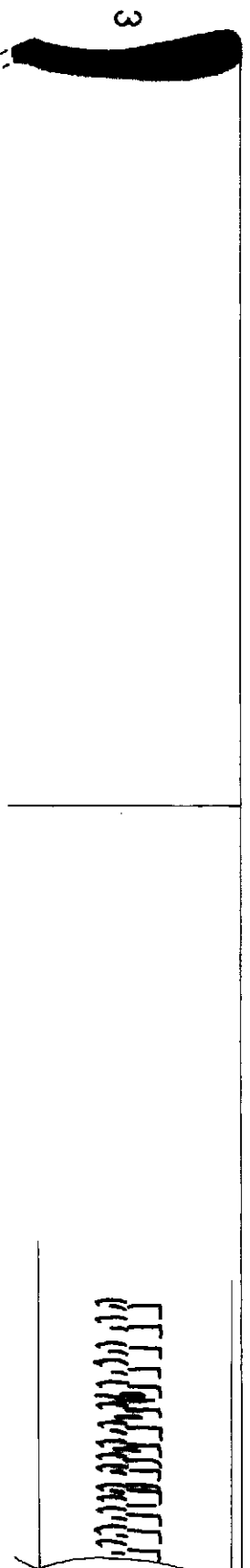
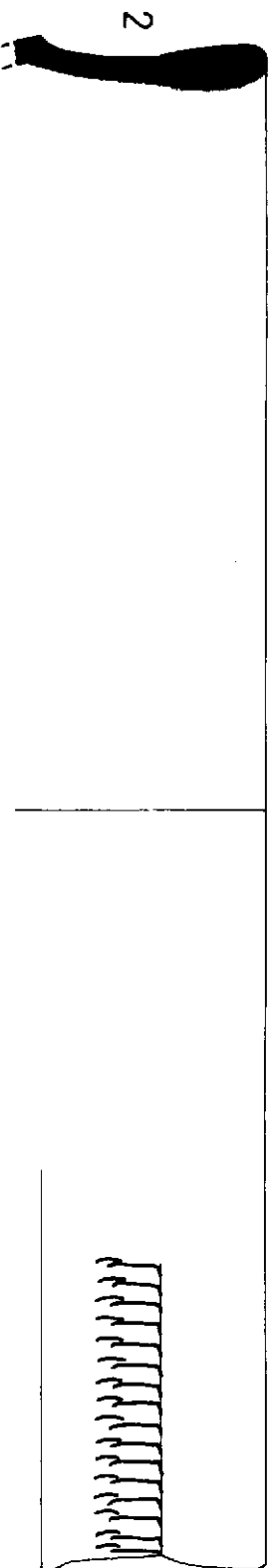
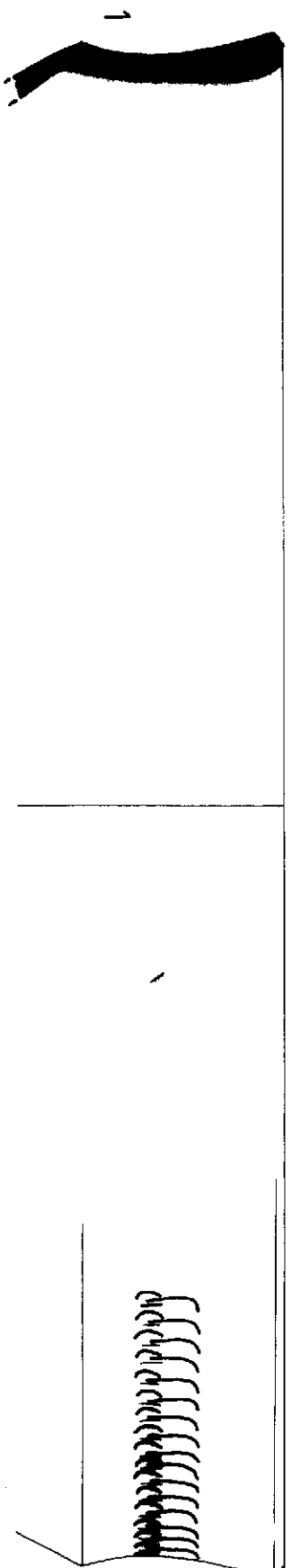




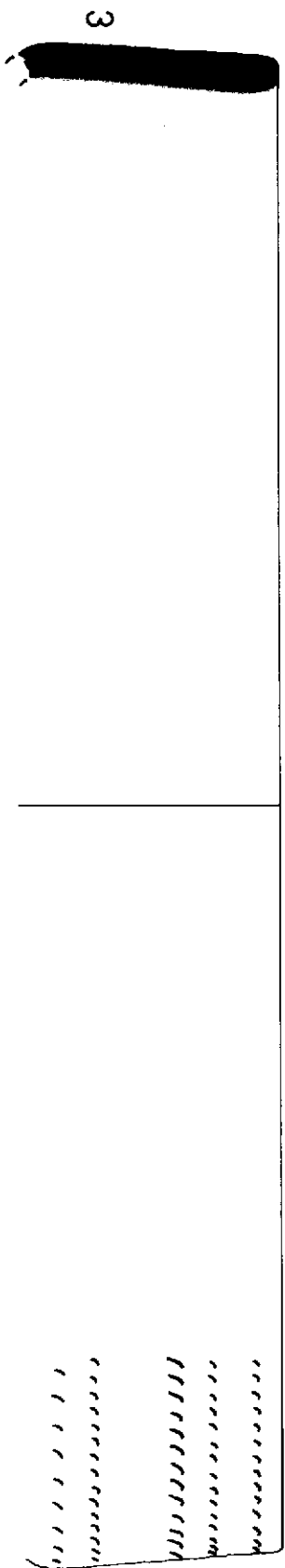
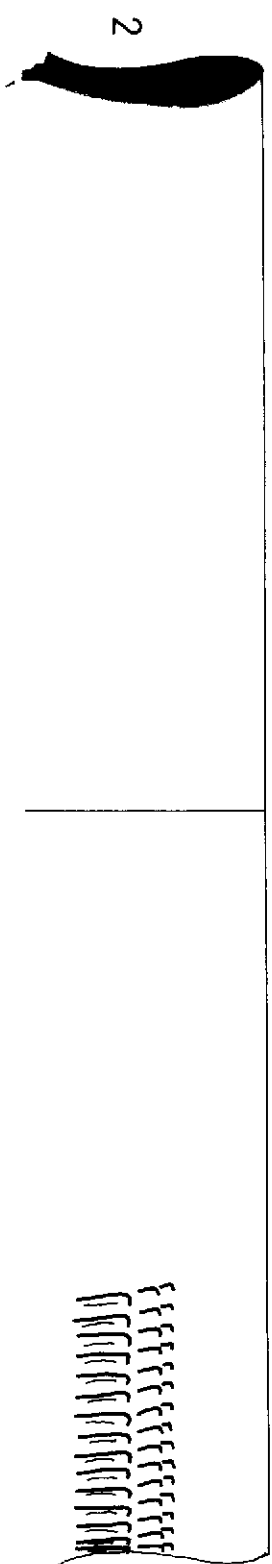
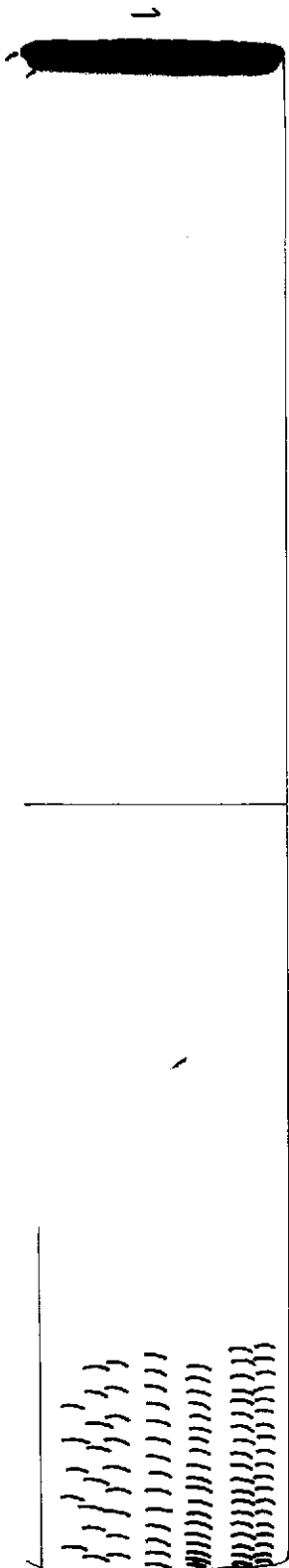


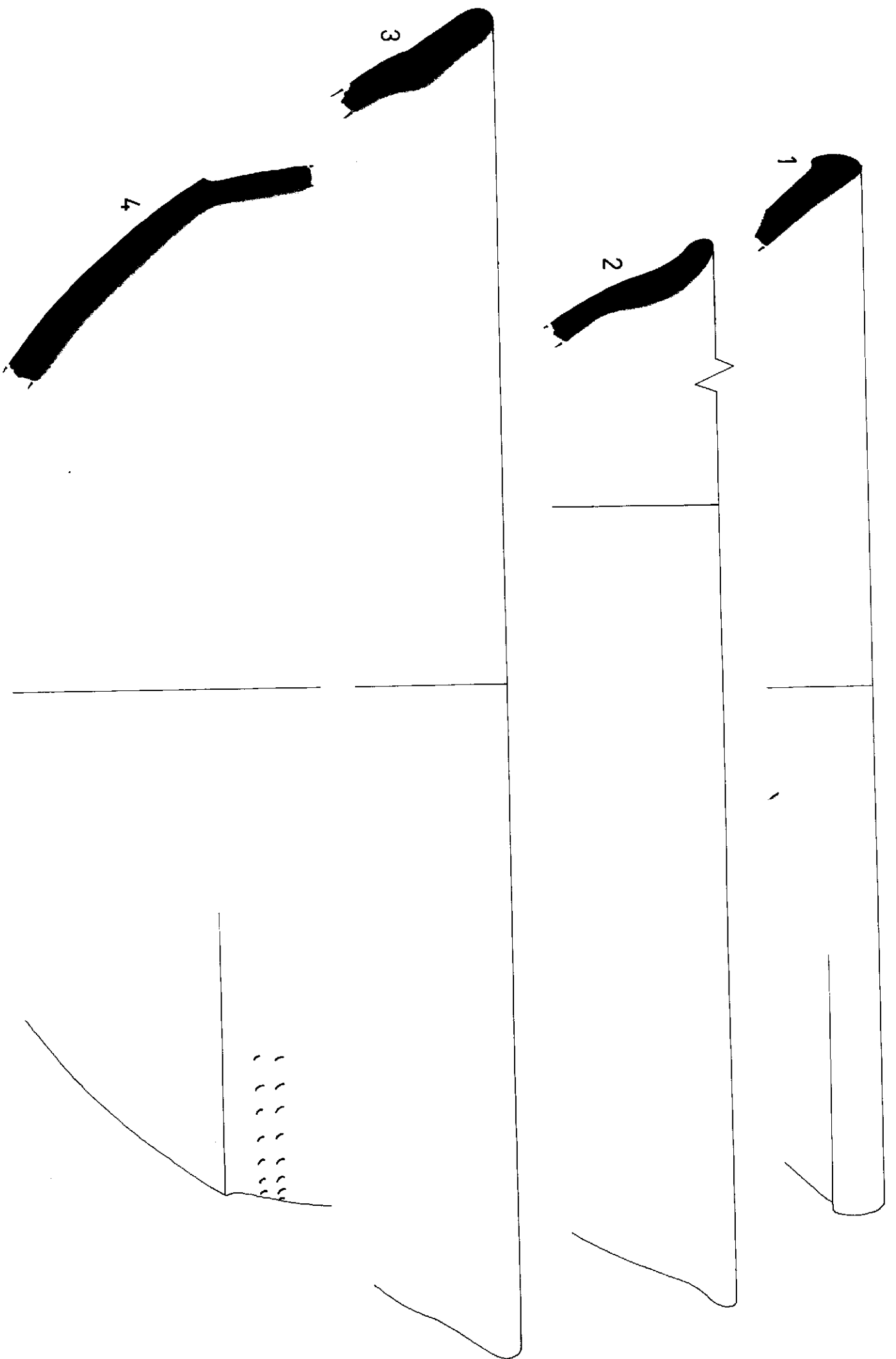


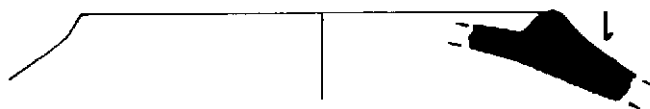
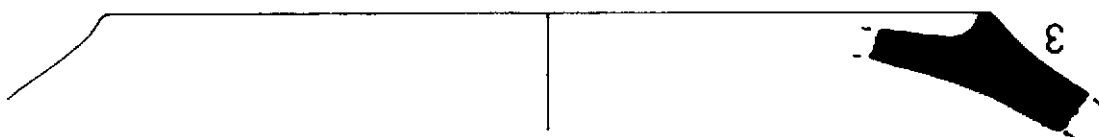
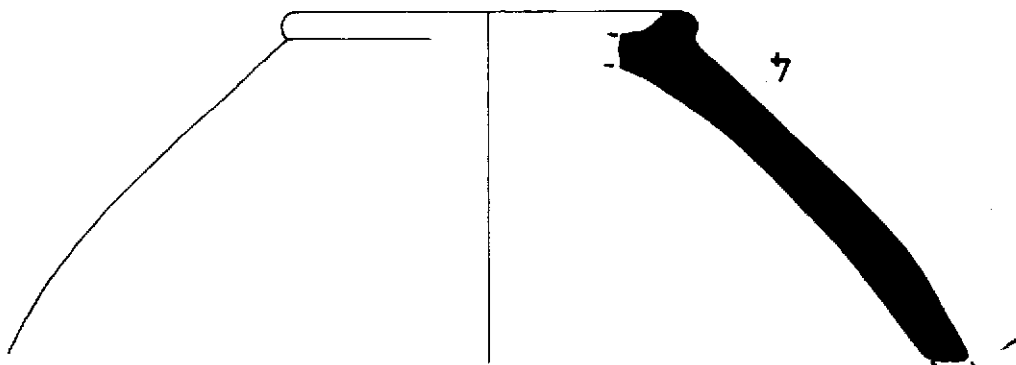
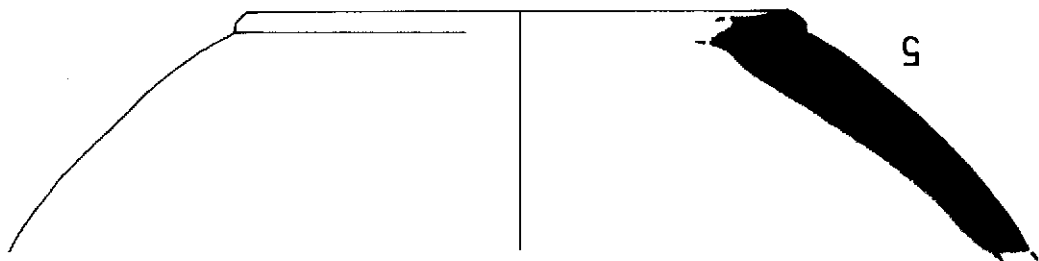
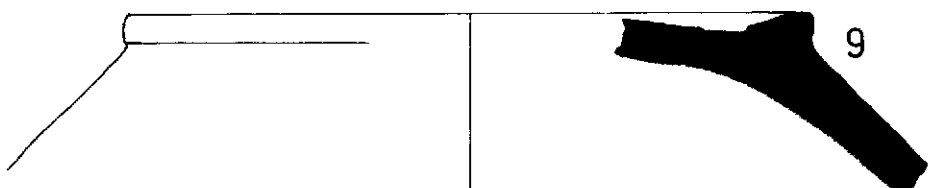
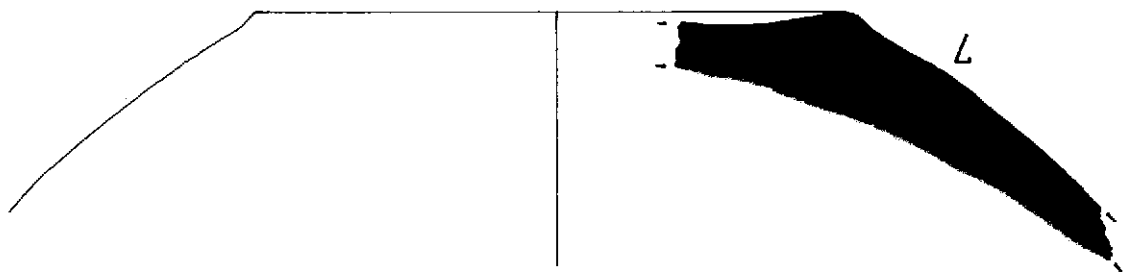


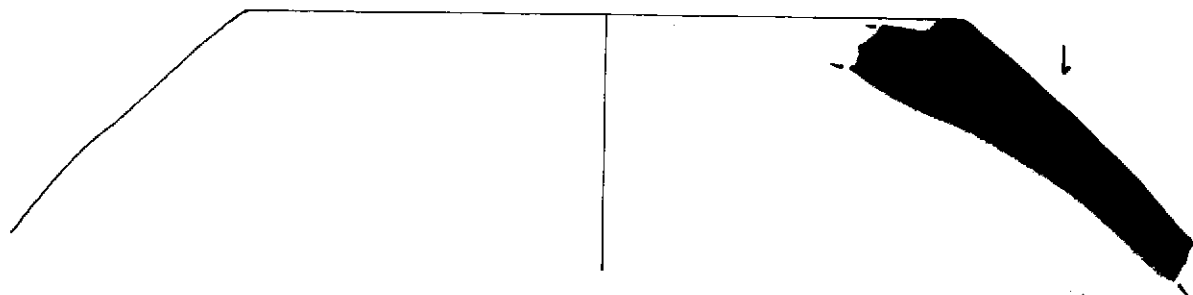
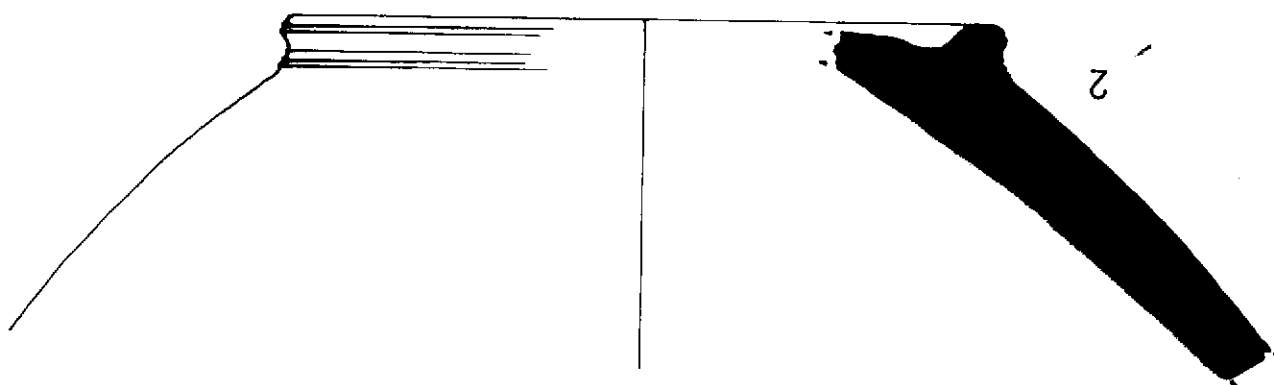
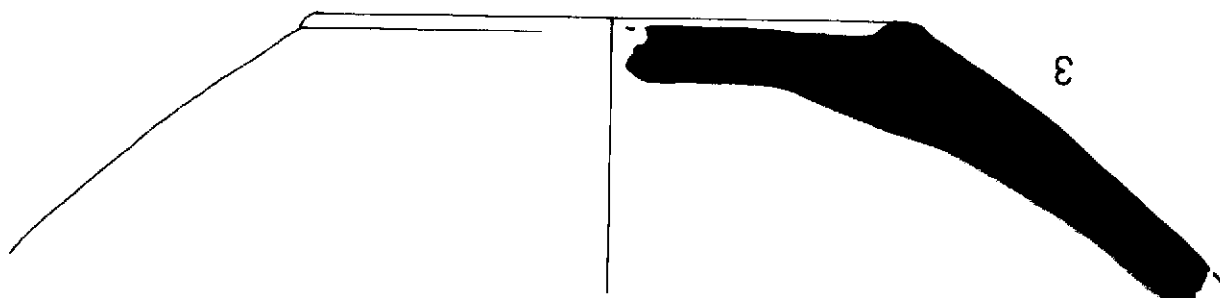
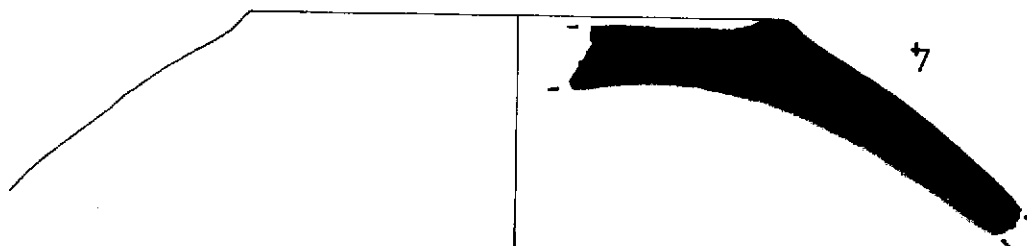
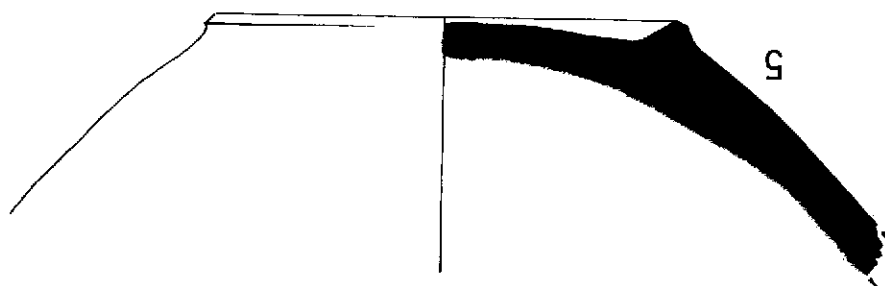
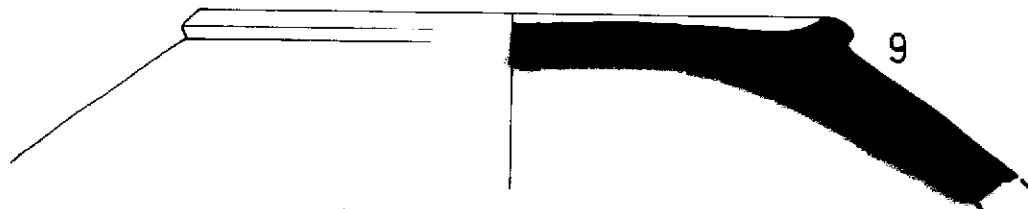


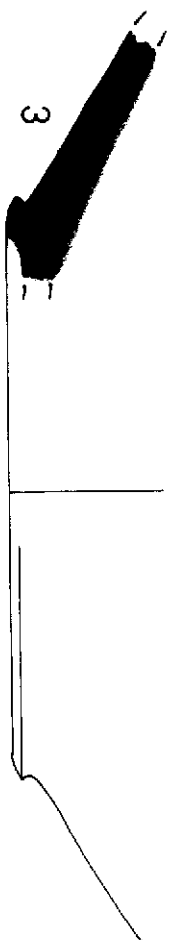
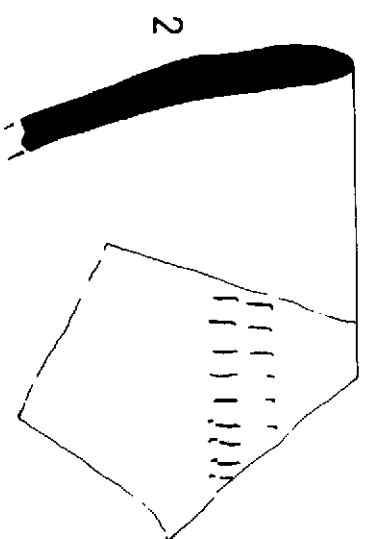
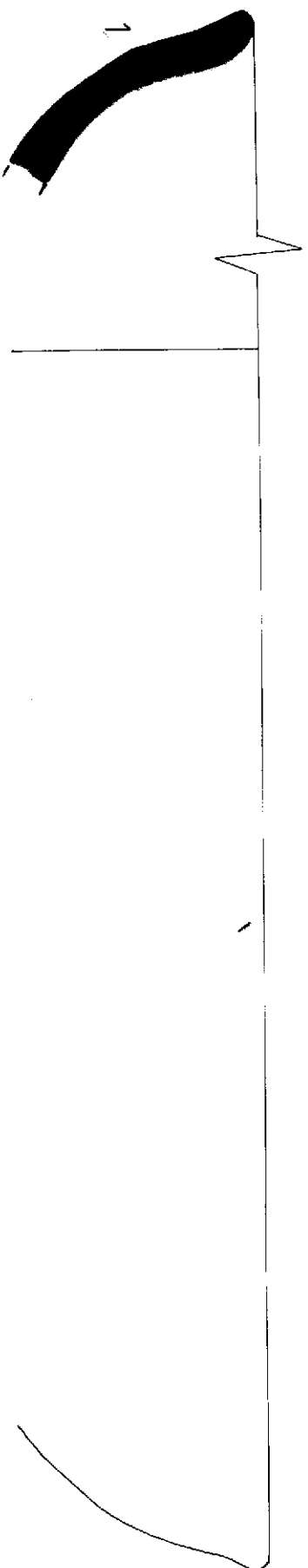








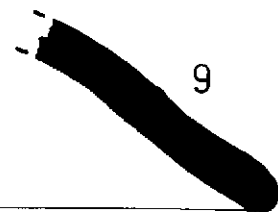
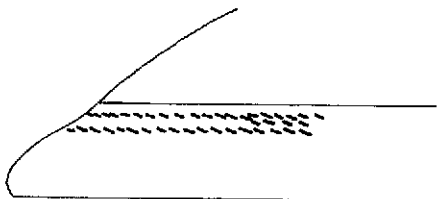




Handwritten musical notation consisting of a series of notes on a staff.



7



9

Handwritten musical notation consisting of a series of notes on a staff.



5

Handwritten musical notation consisting of a series of notes on a staff.



7

Handwritten musical notation consisting of a series of notes on a staff.



3

Handwritten musical notation consisting of a series of notes on a staff.

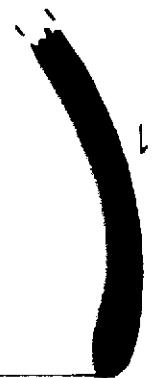
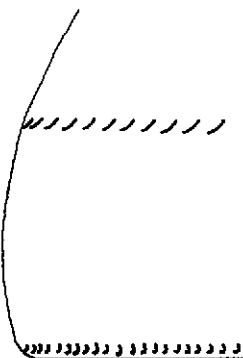
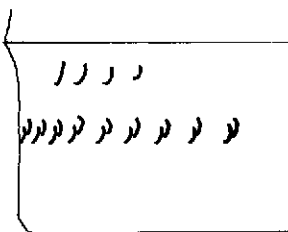
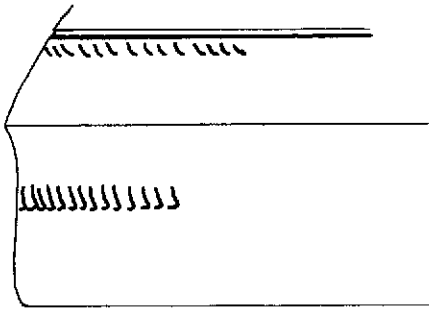
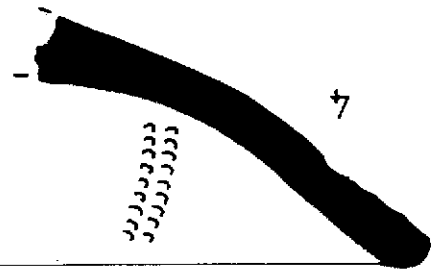
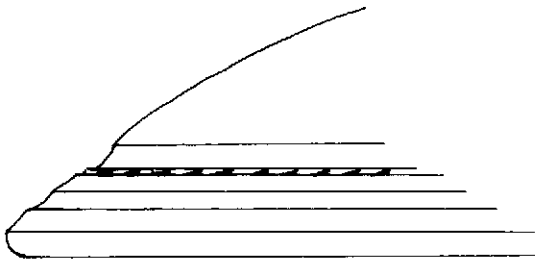
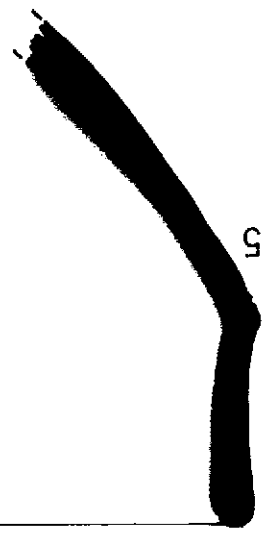
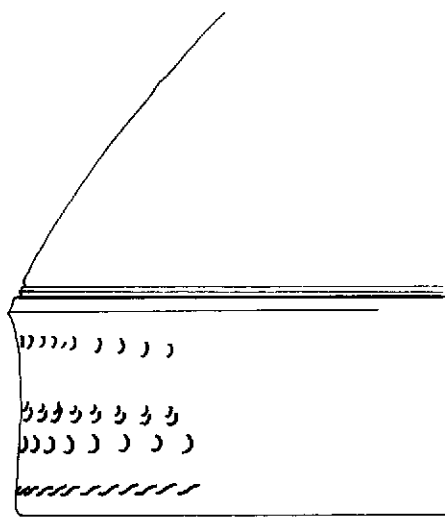


2

Handwritten musical notation consisting of a series of notes on a staff.



1



9

5

7

3

2

1



|||||  
|||||

7

|||||  
|||||

—

5

~ ~ ~ ~ ~  
} } } } }

7

|||||  
|||||

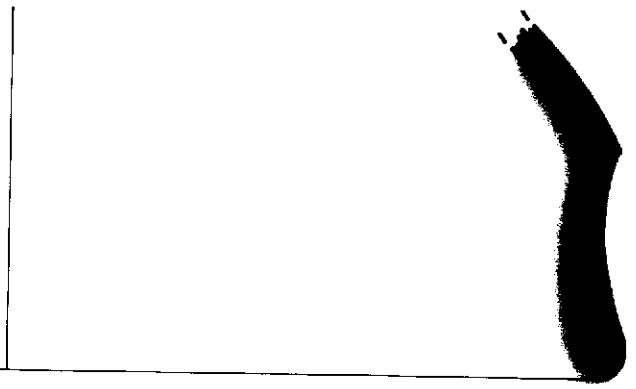
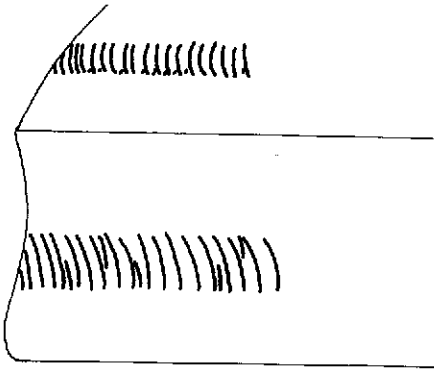
3

|||||

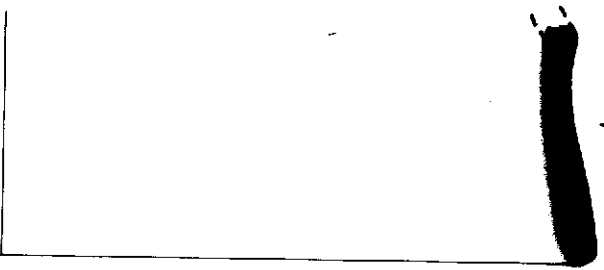
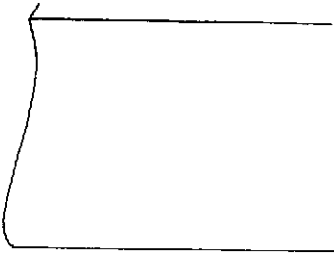
2

|||||  
|||||

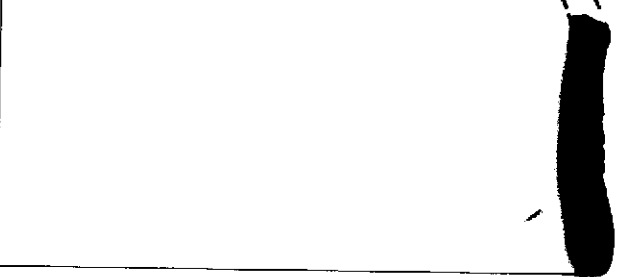
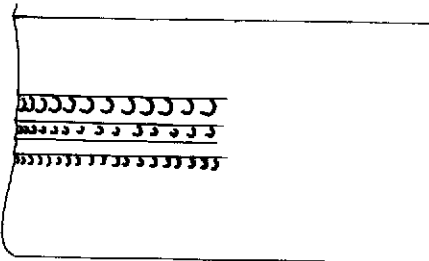
1



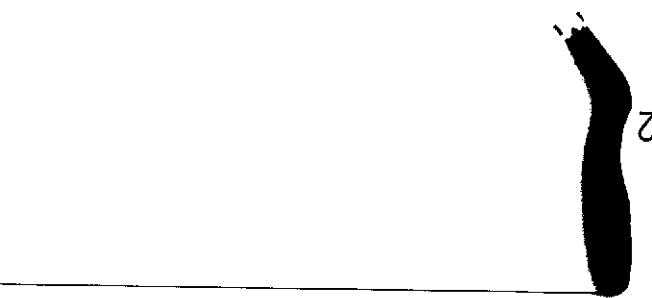
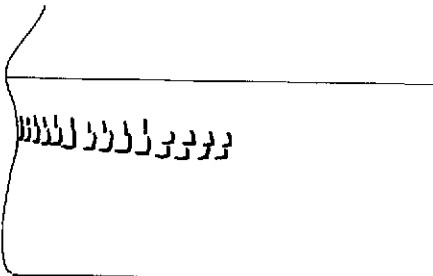
5



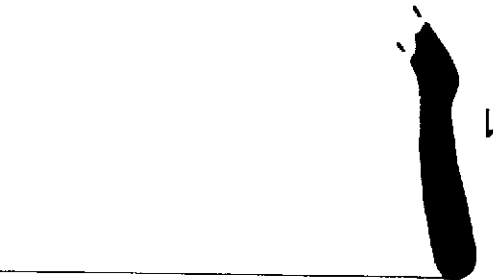
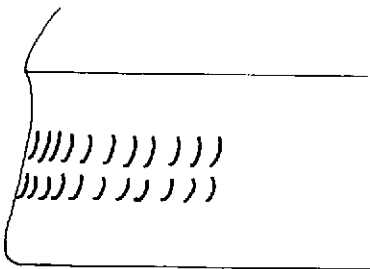
7



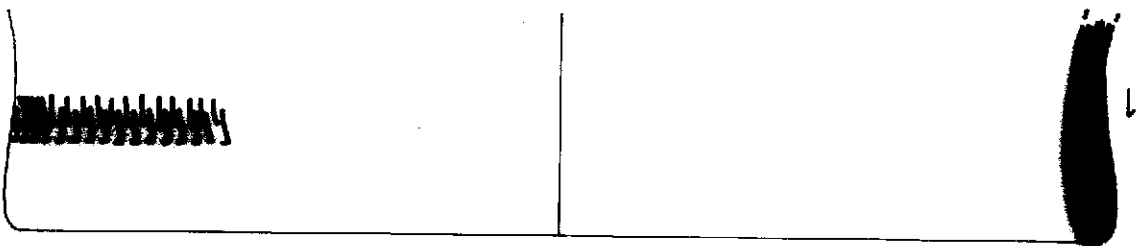
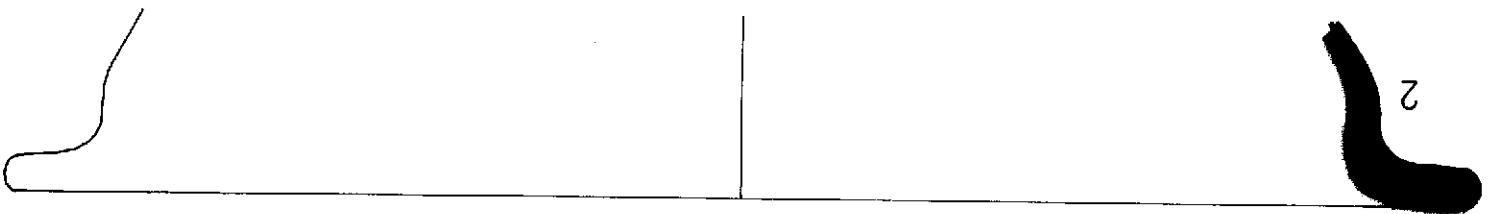
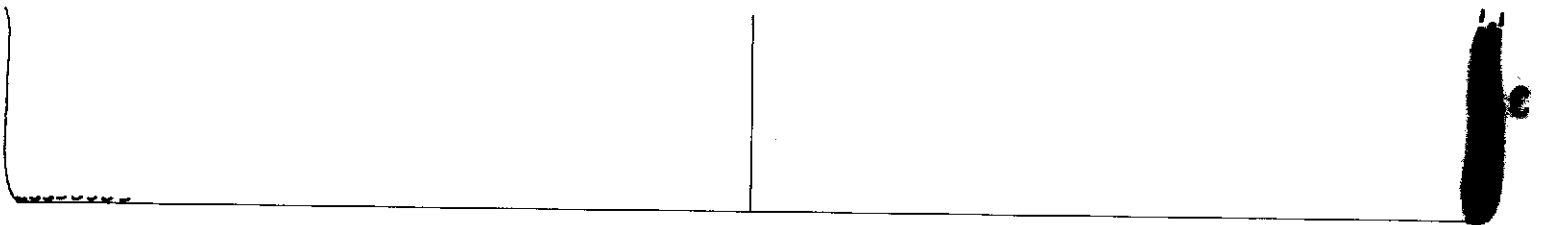
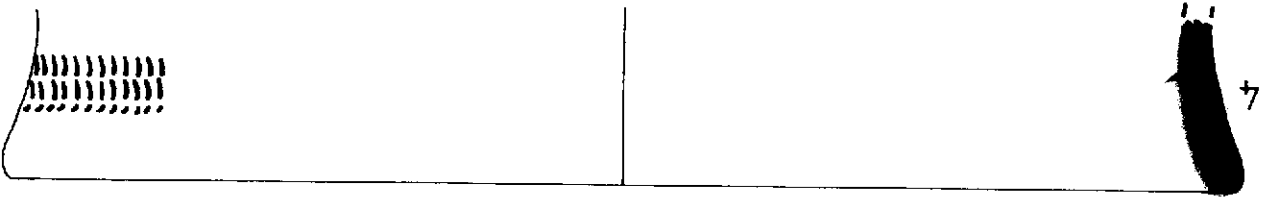
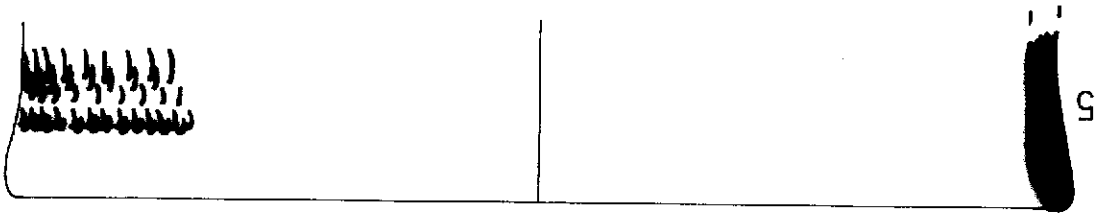
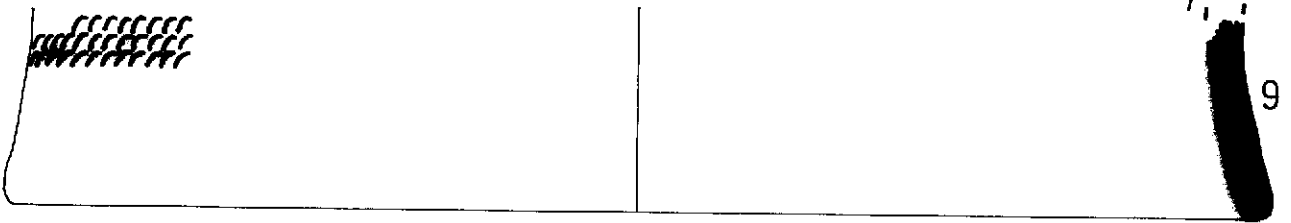
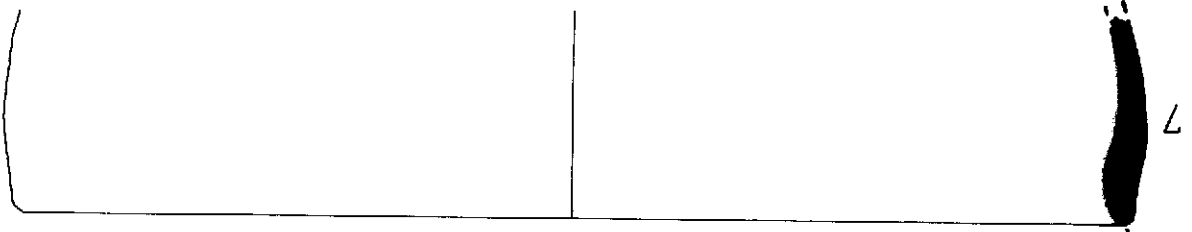
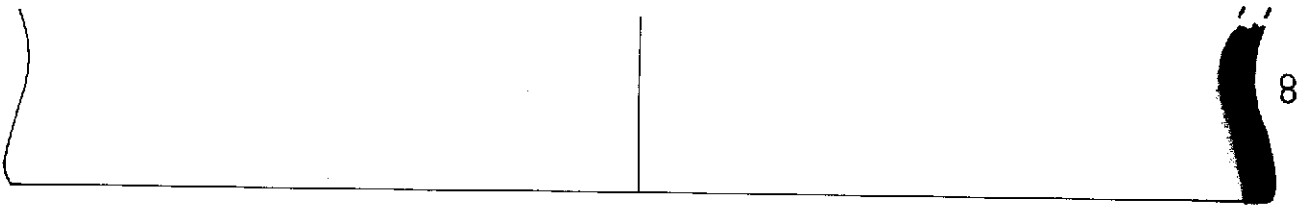
3

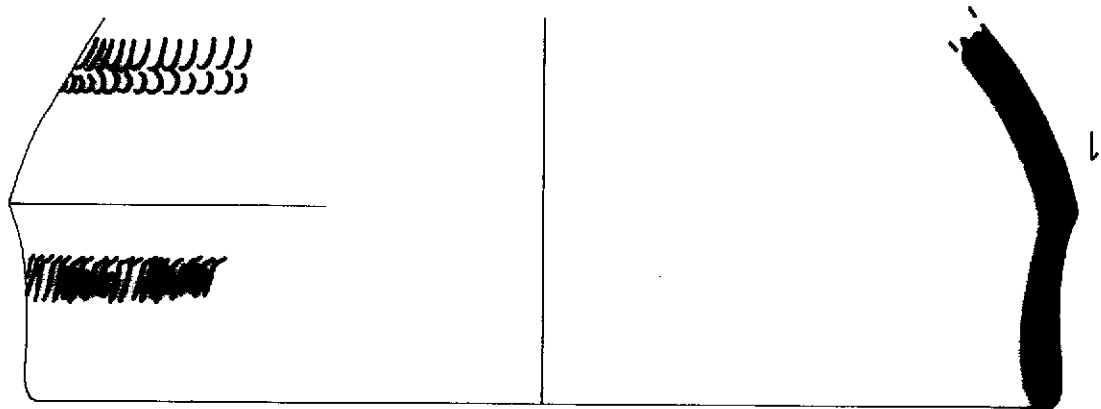
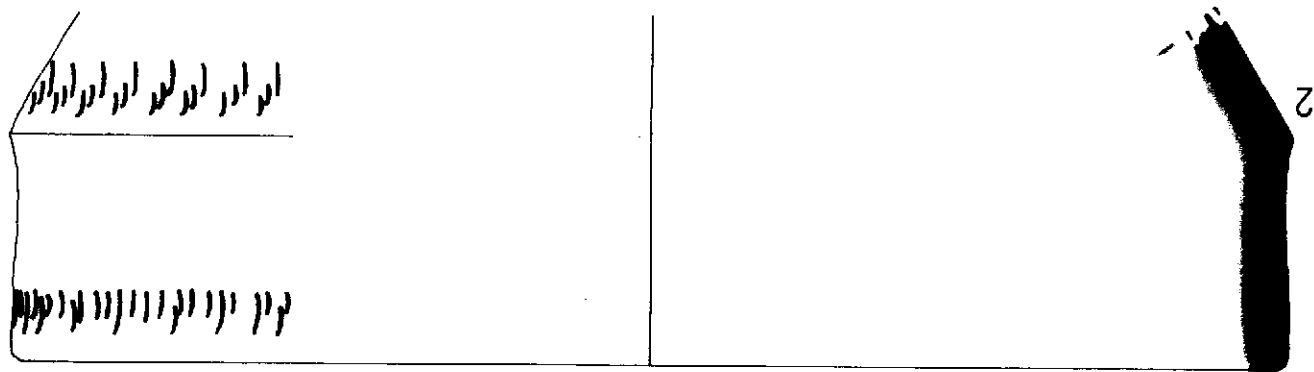
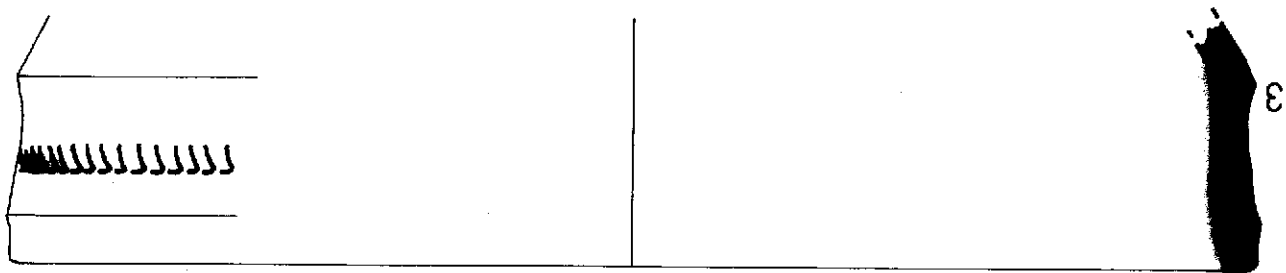
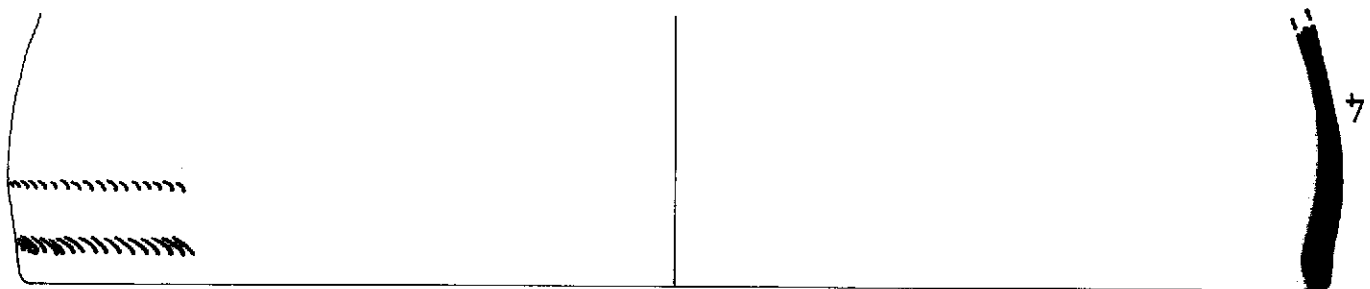
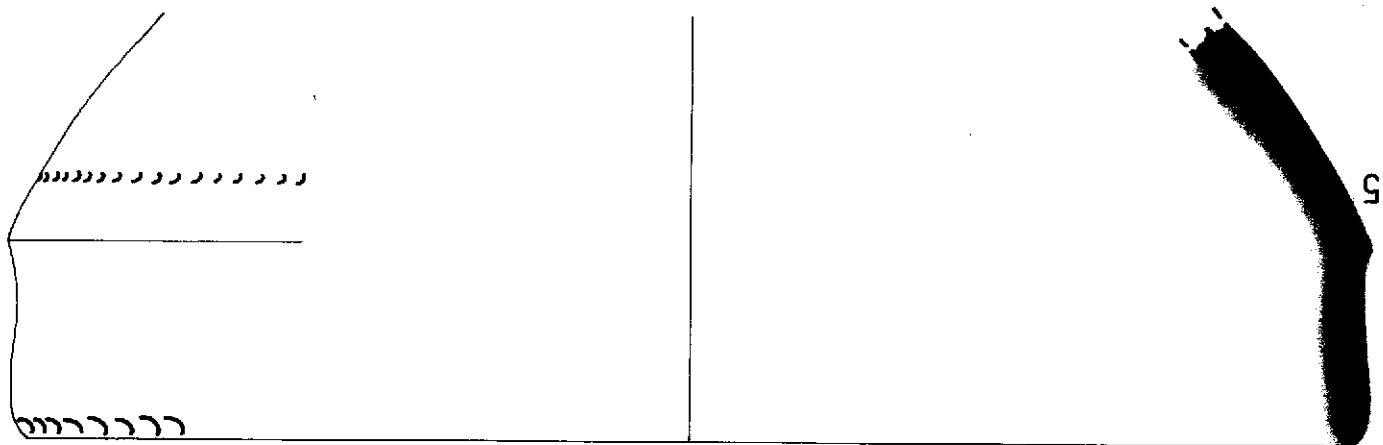


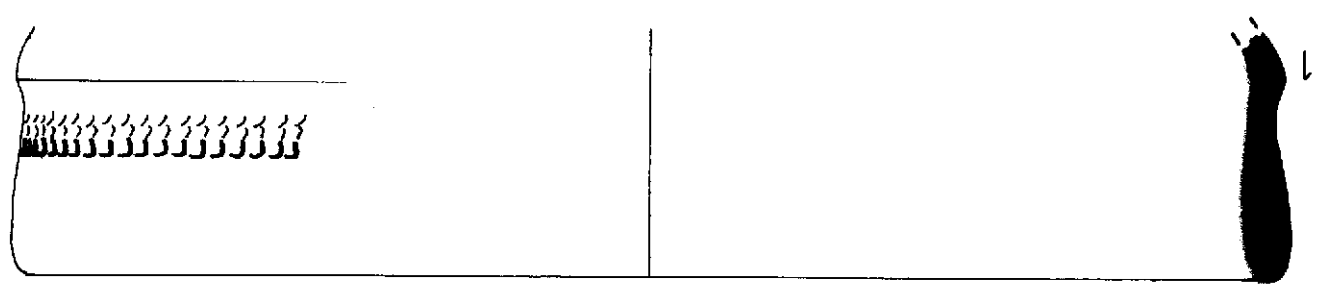
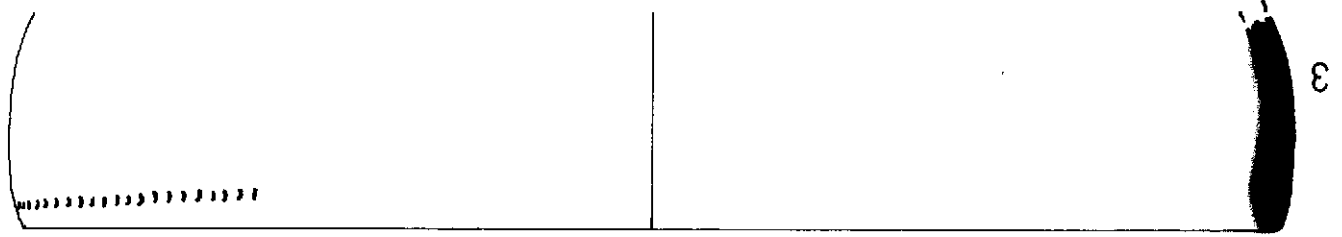
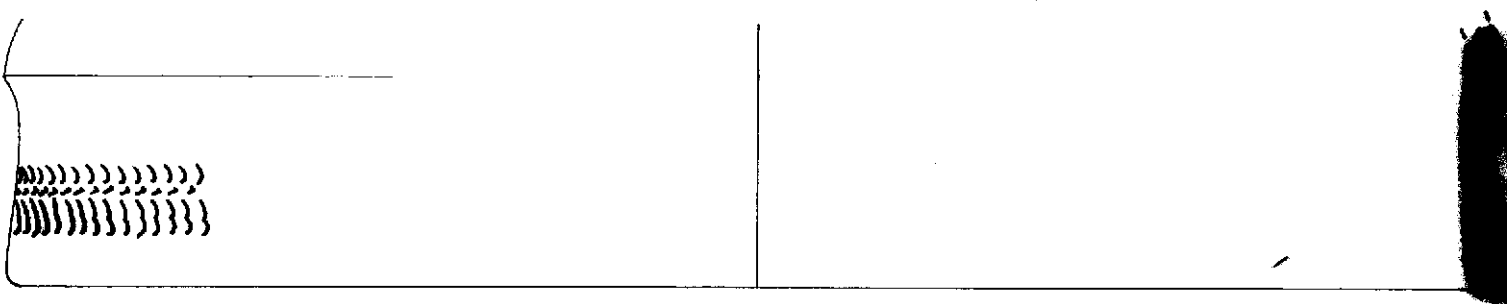
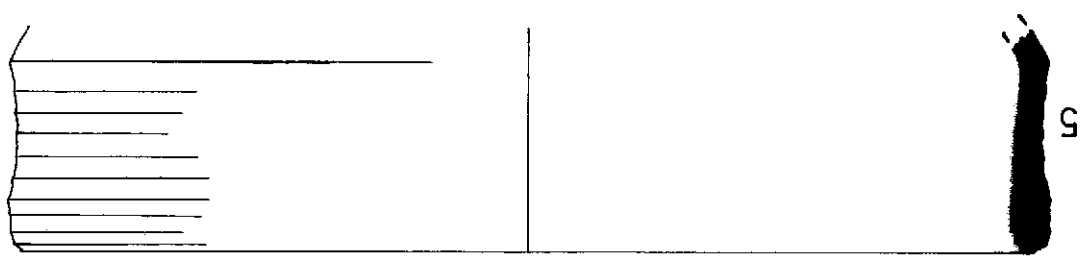
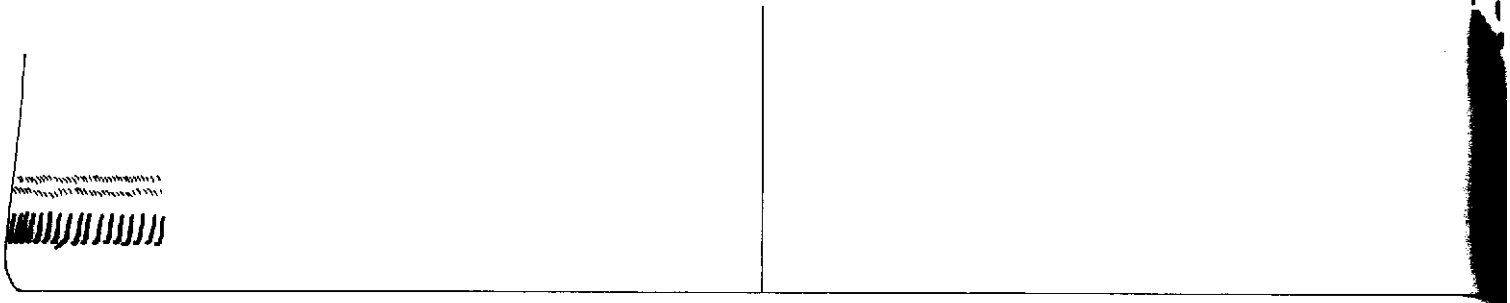
2

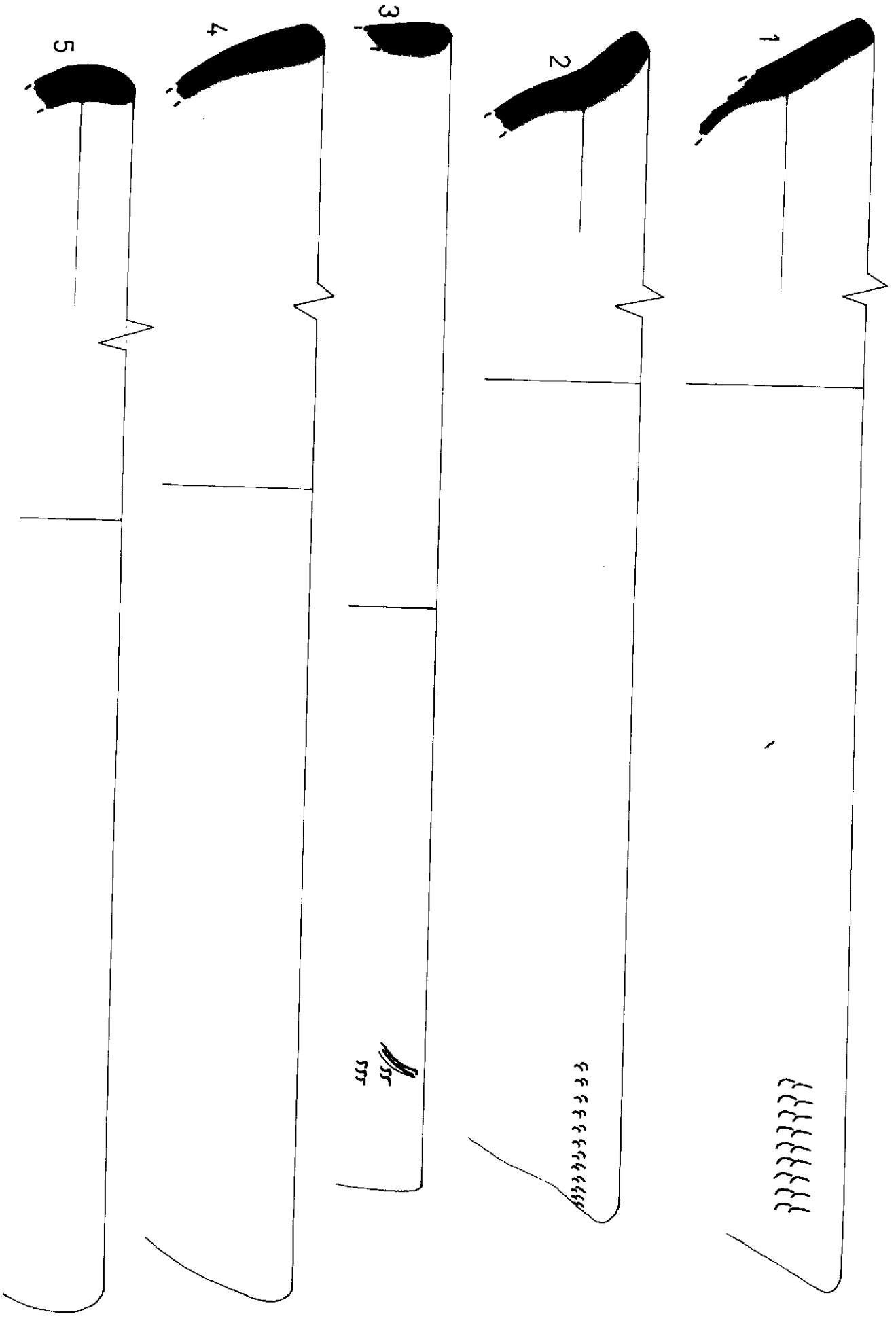


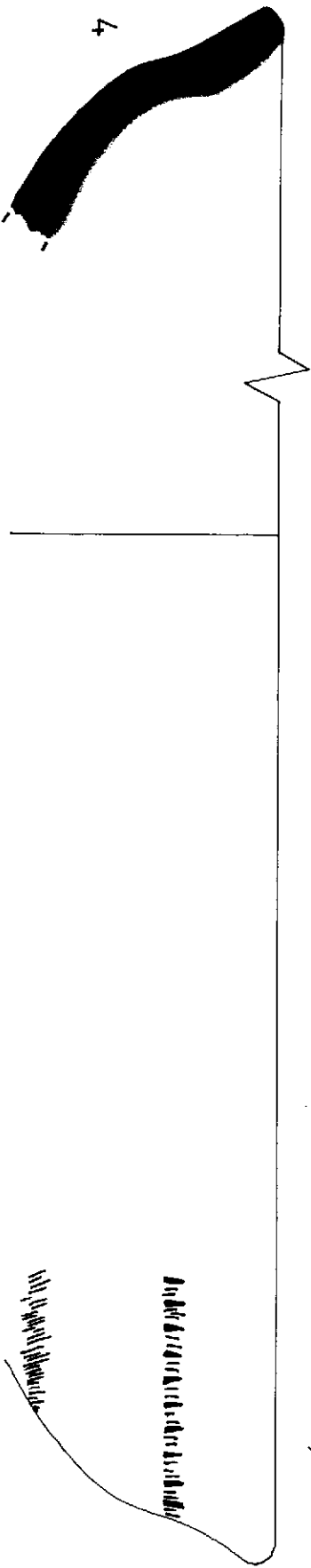
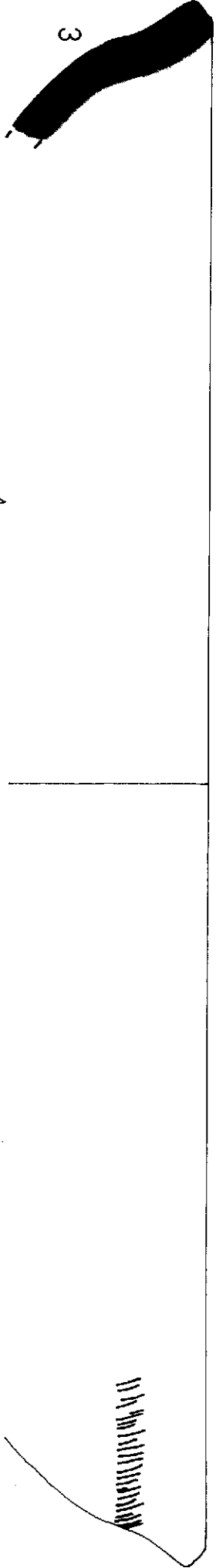
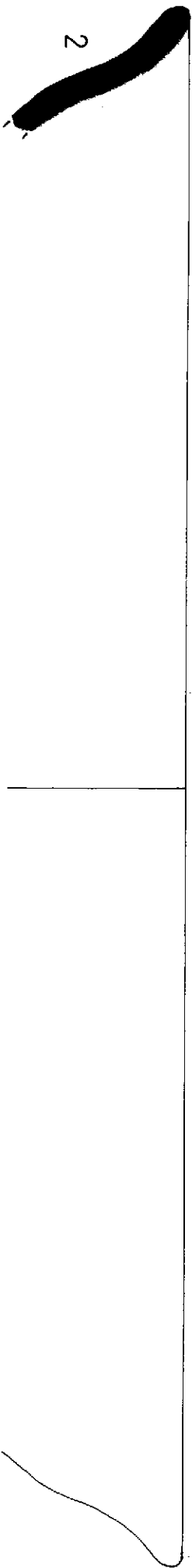
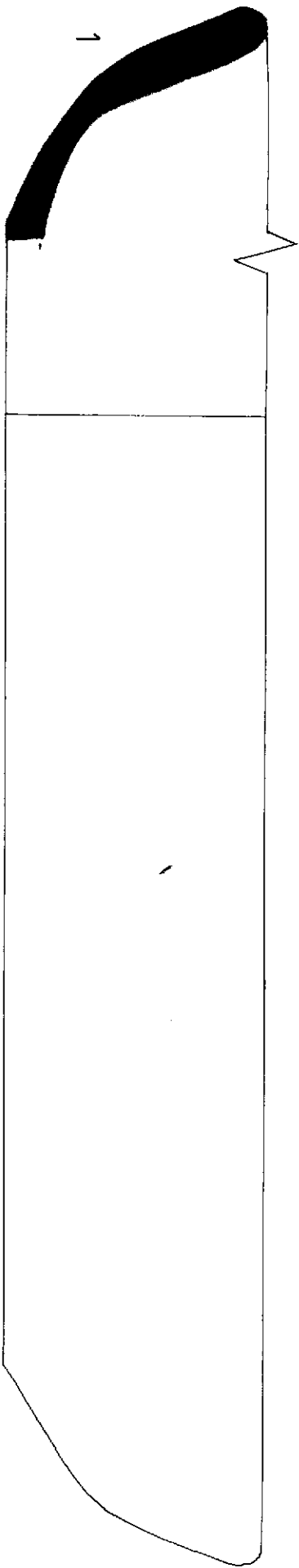
1

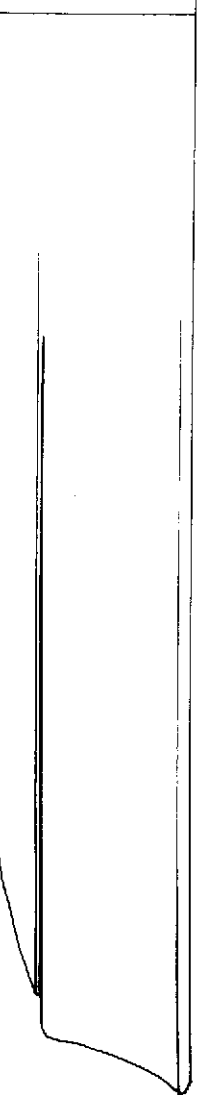
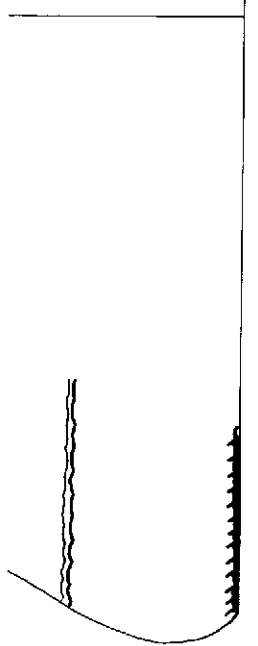
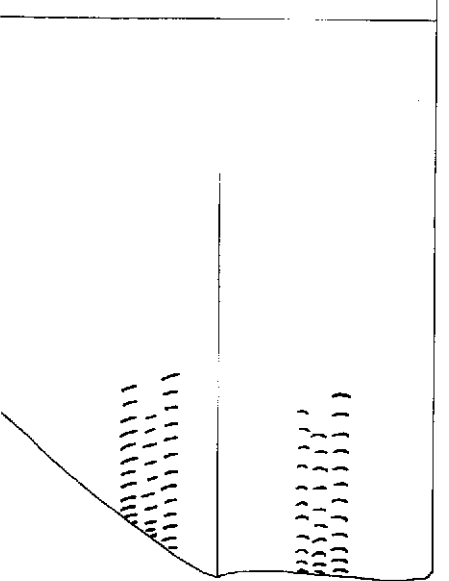
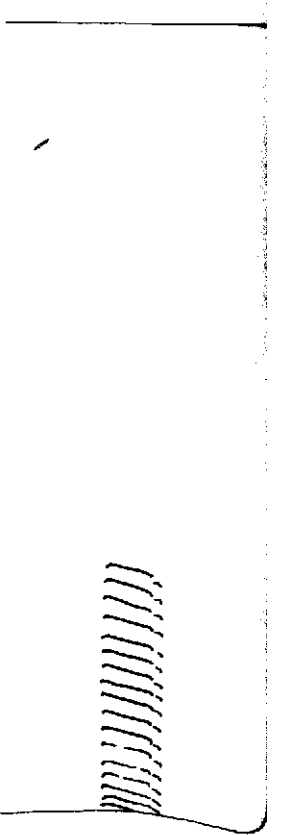
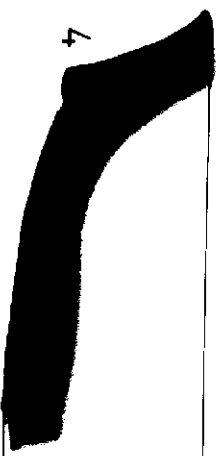
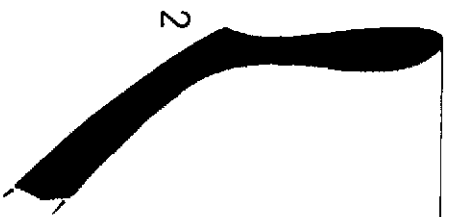




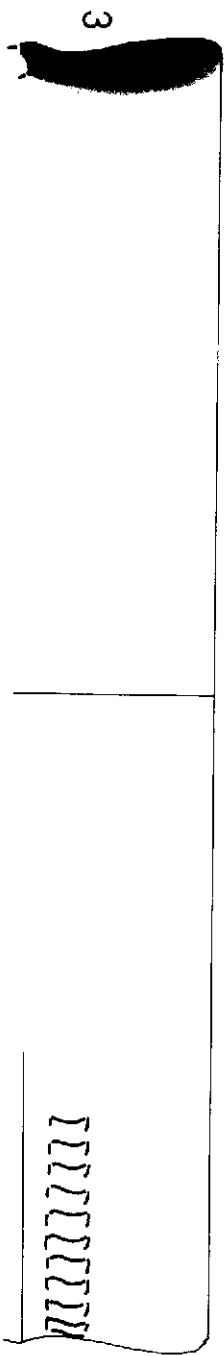
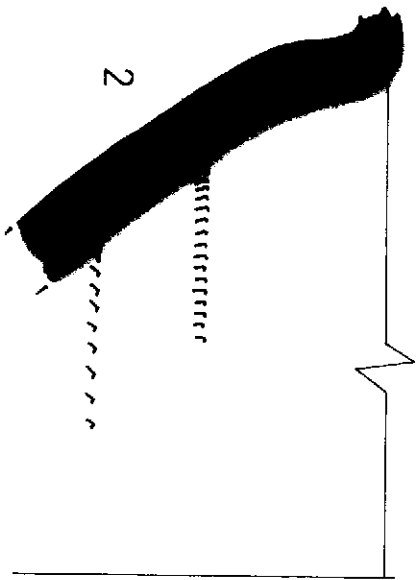
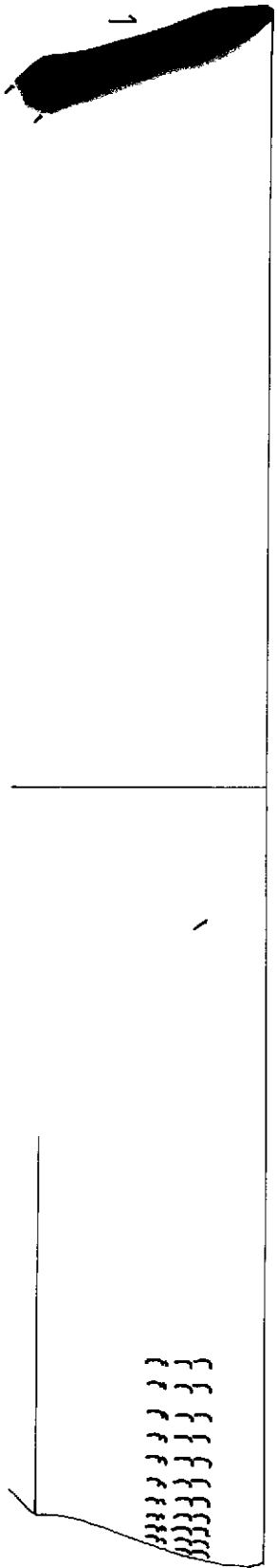


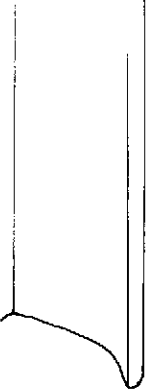
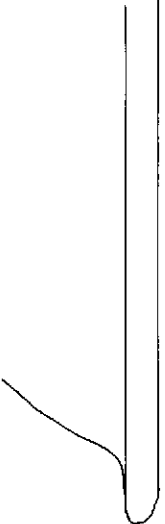
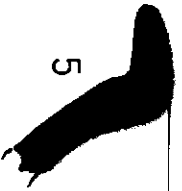
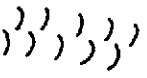
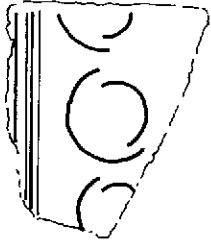
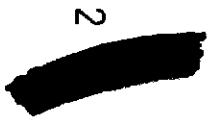


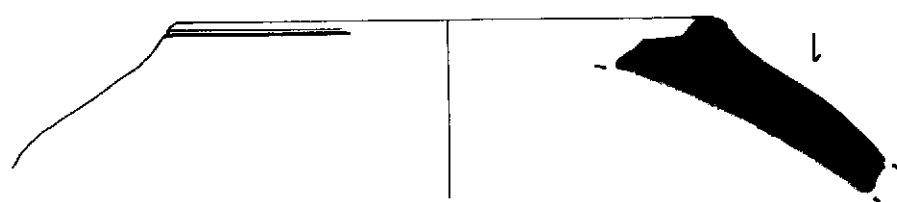
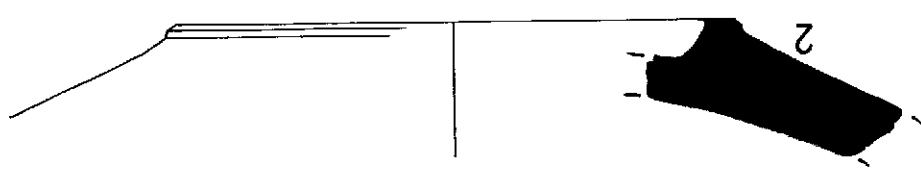
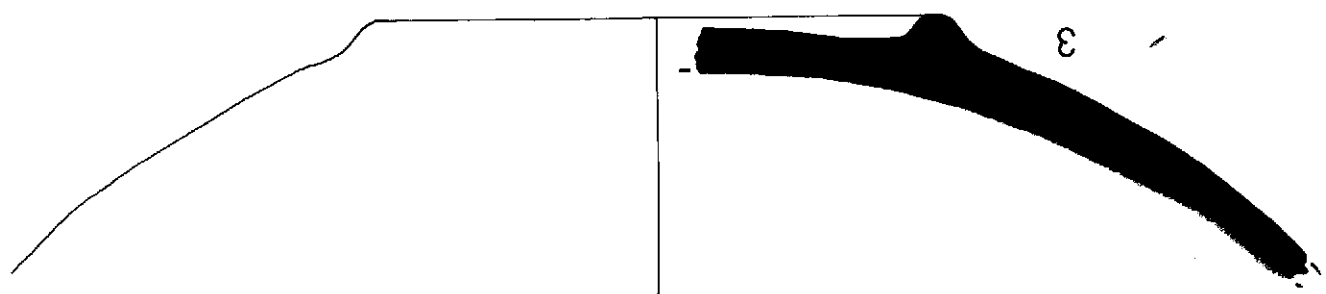
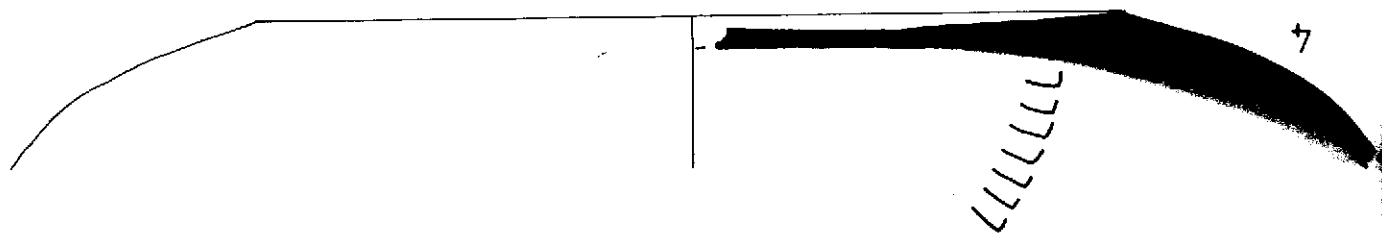
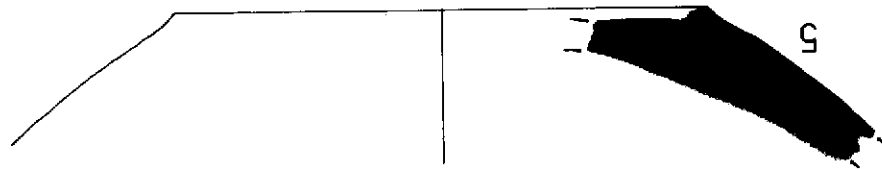
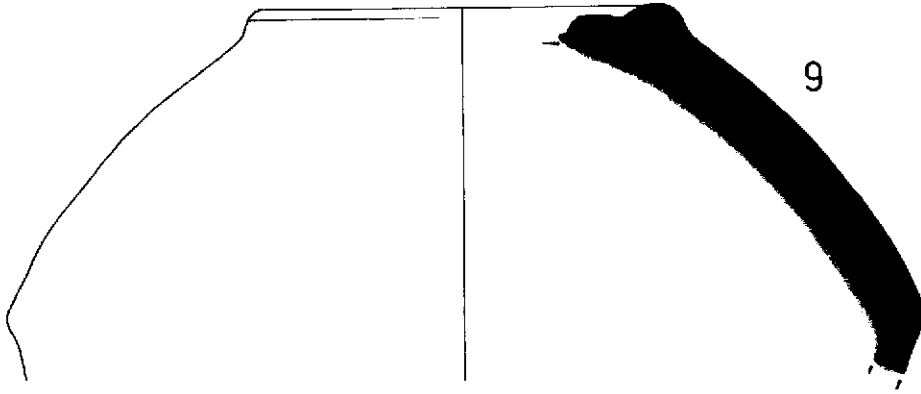


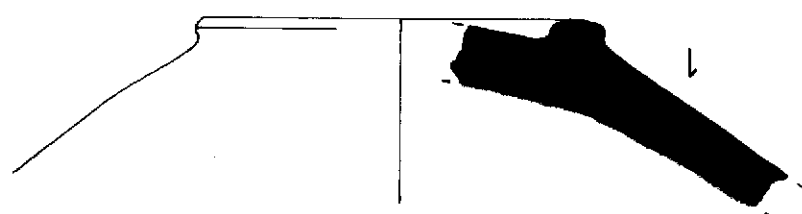
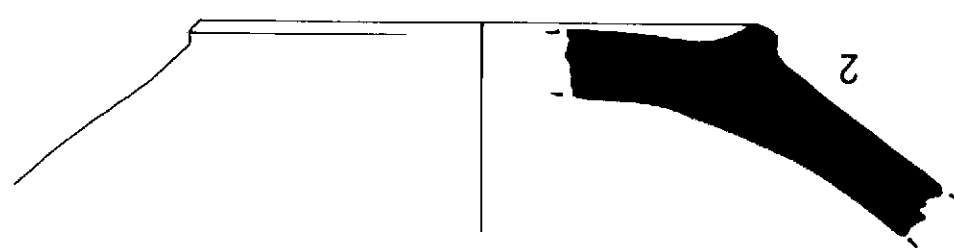
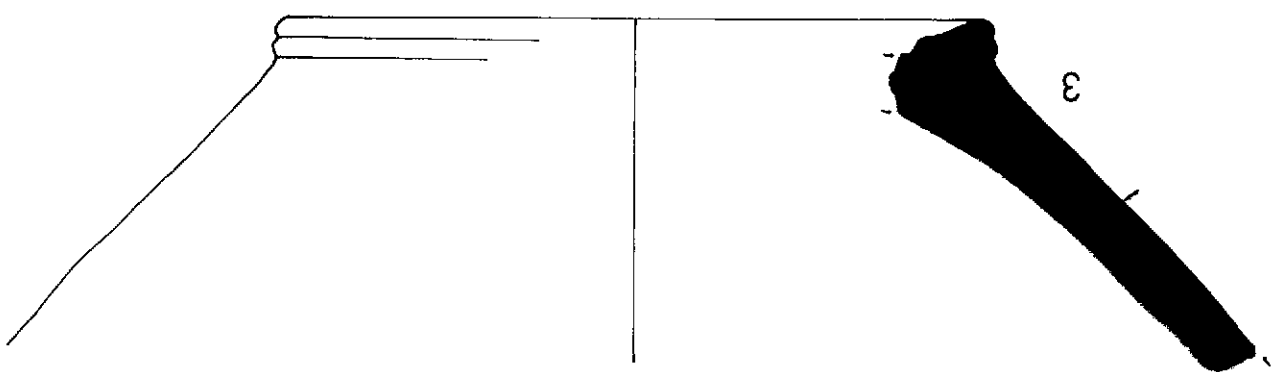
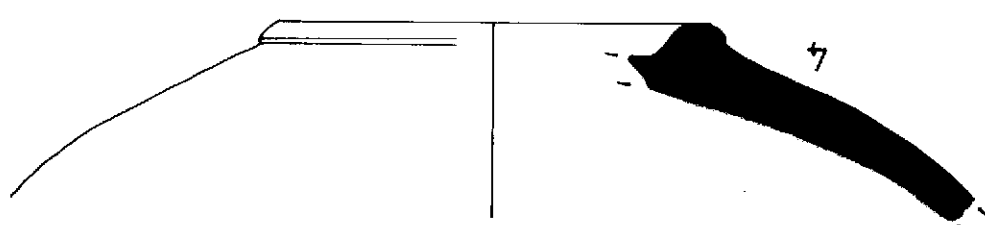
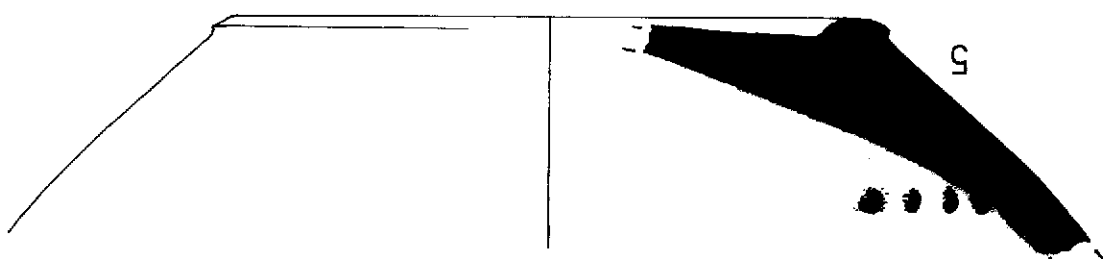
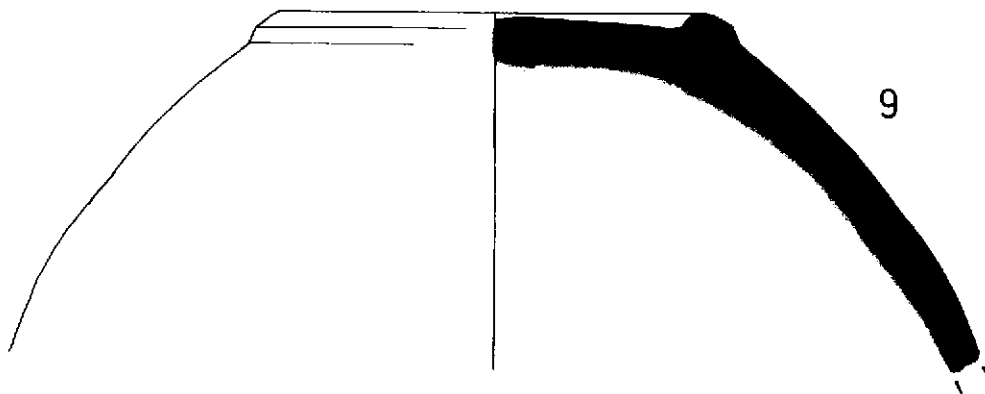


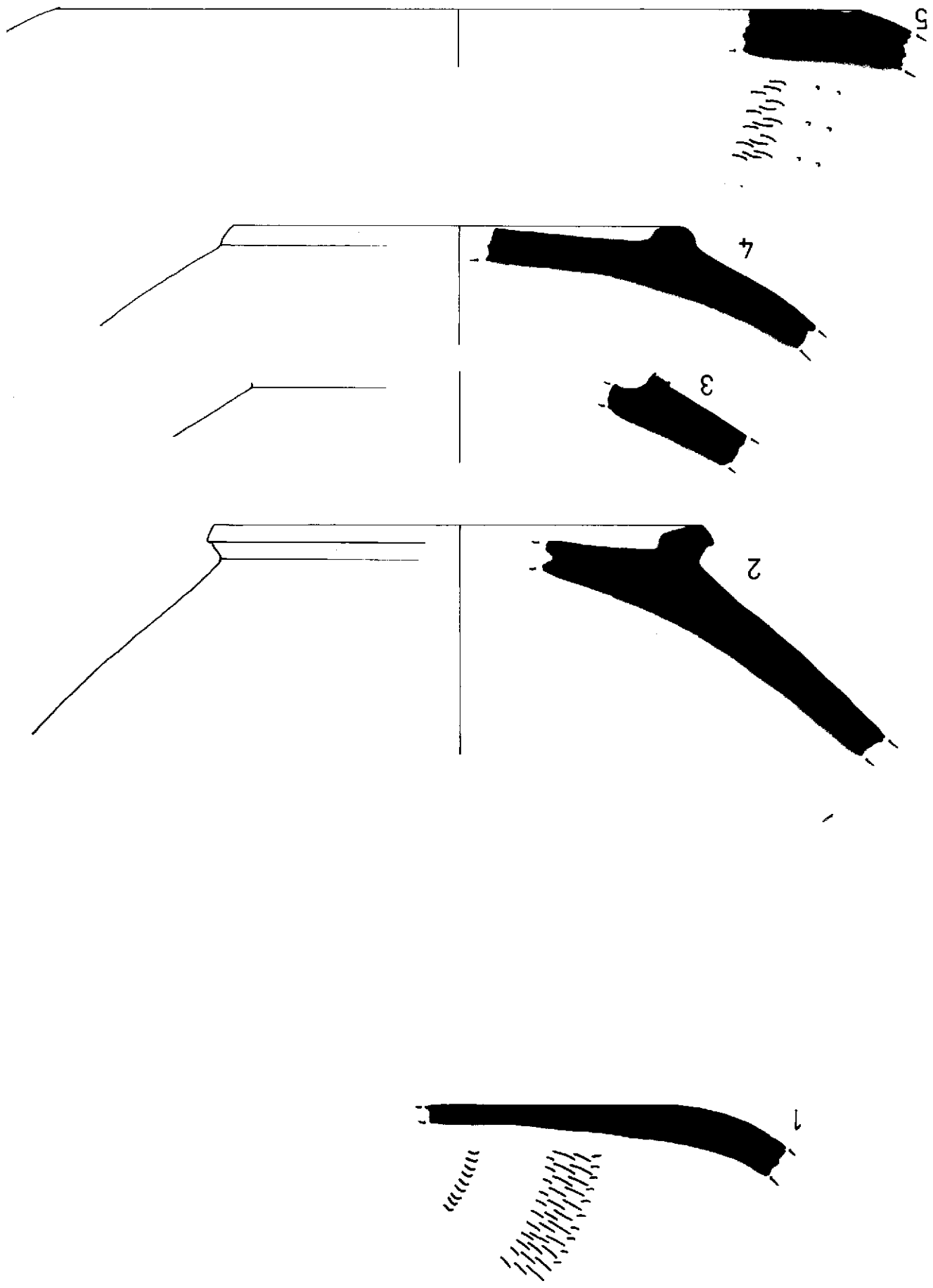


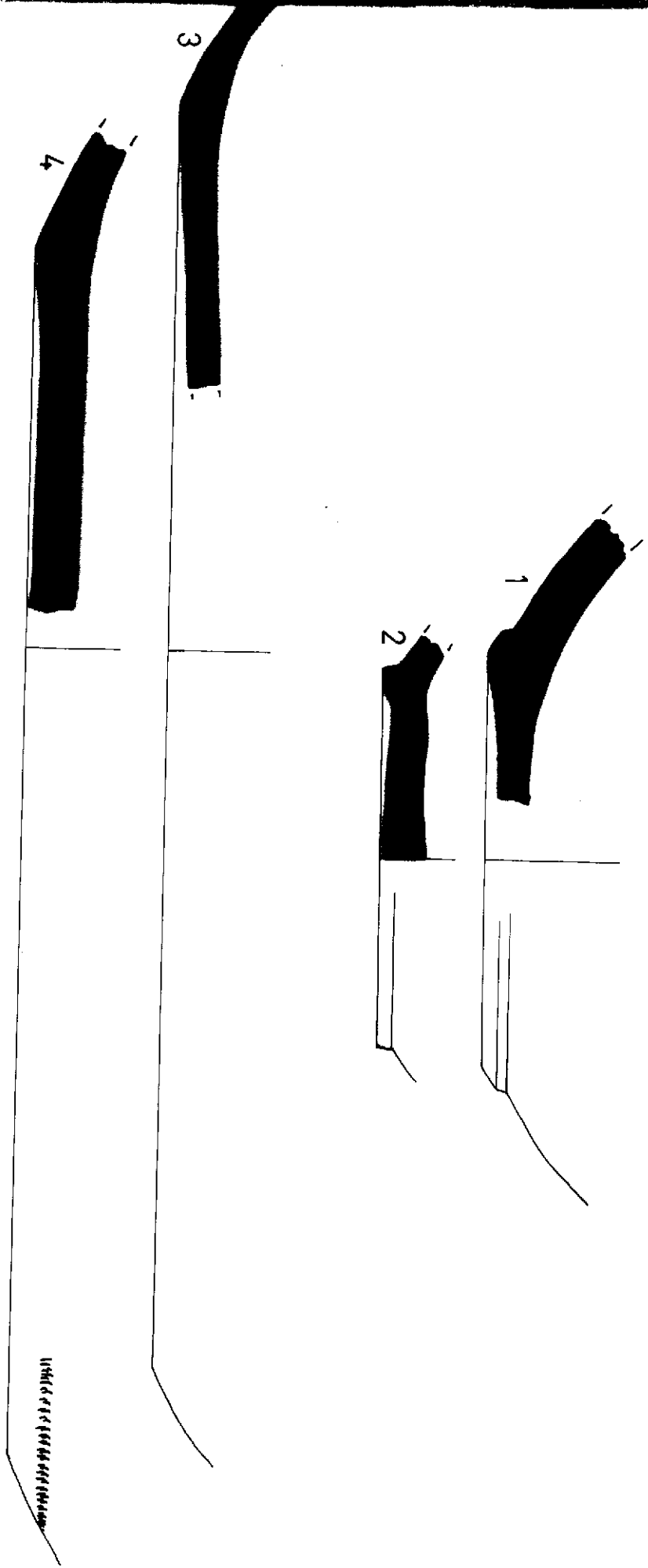


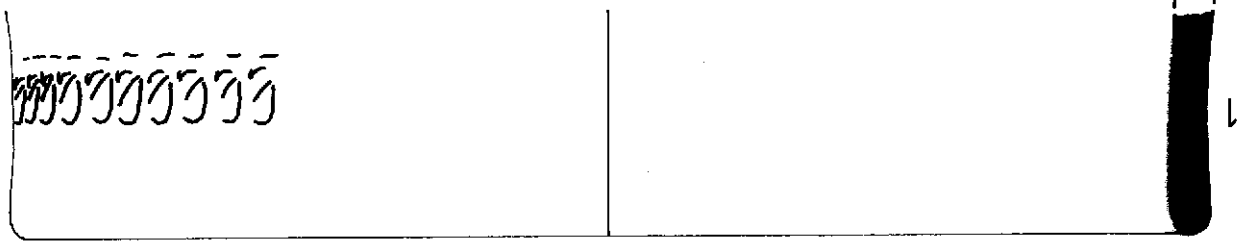
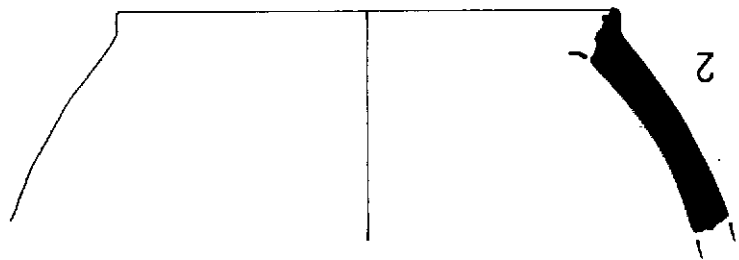
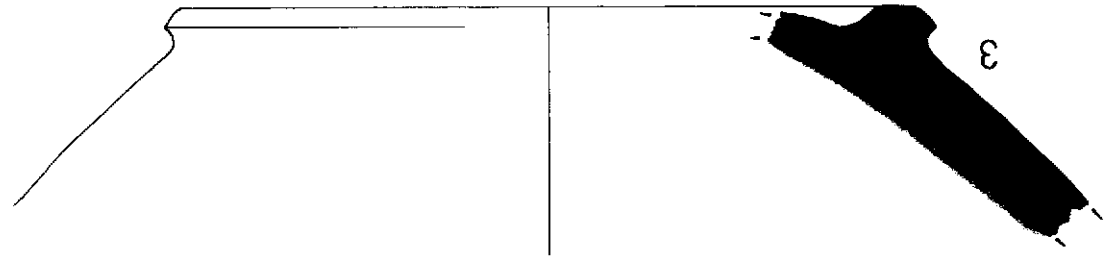
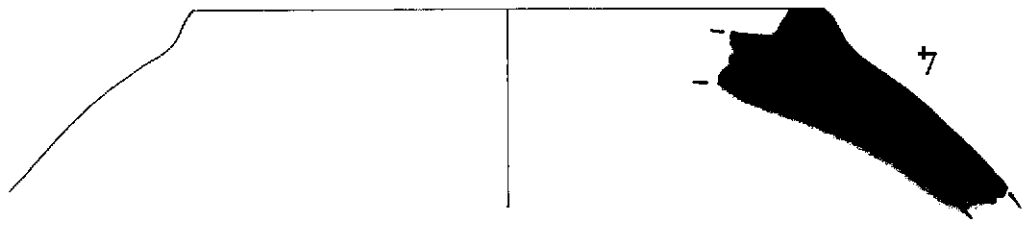
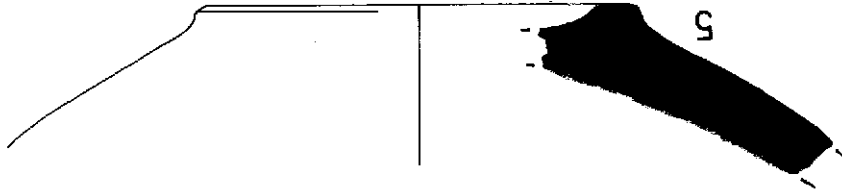






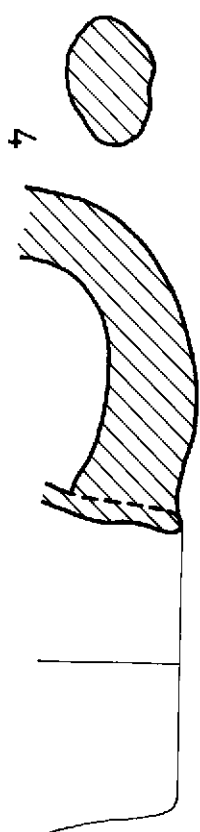
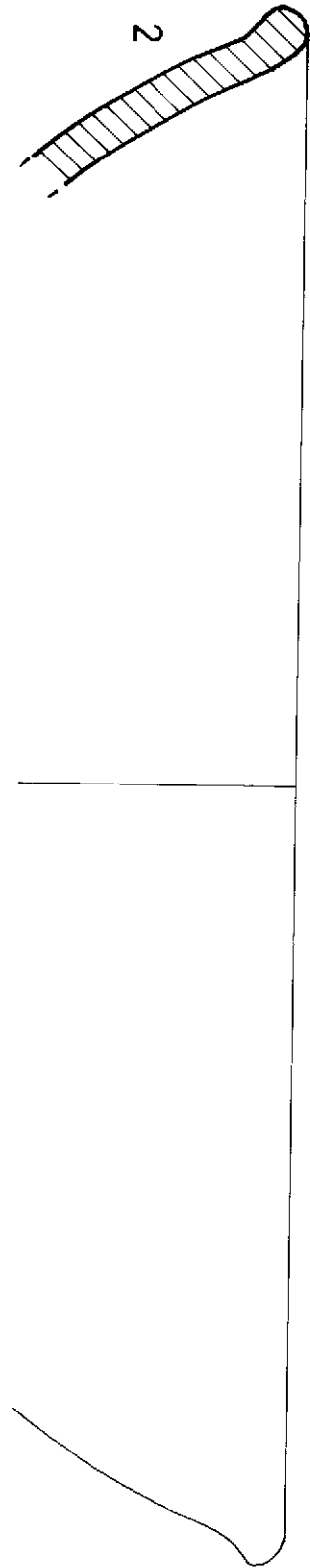
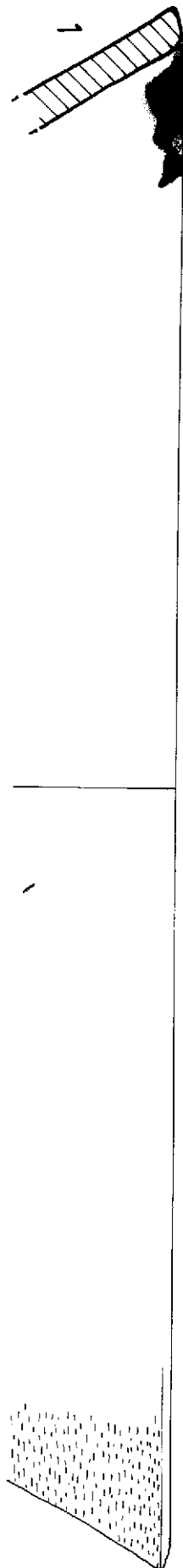


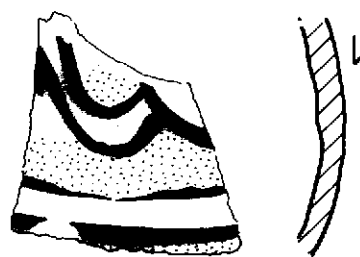
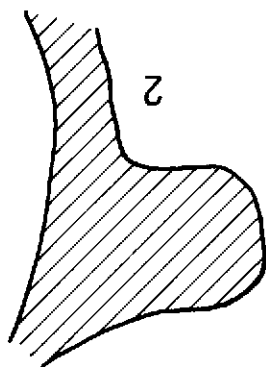
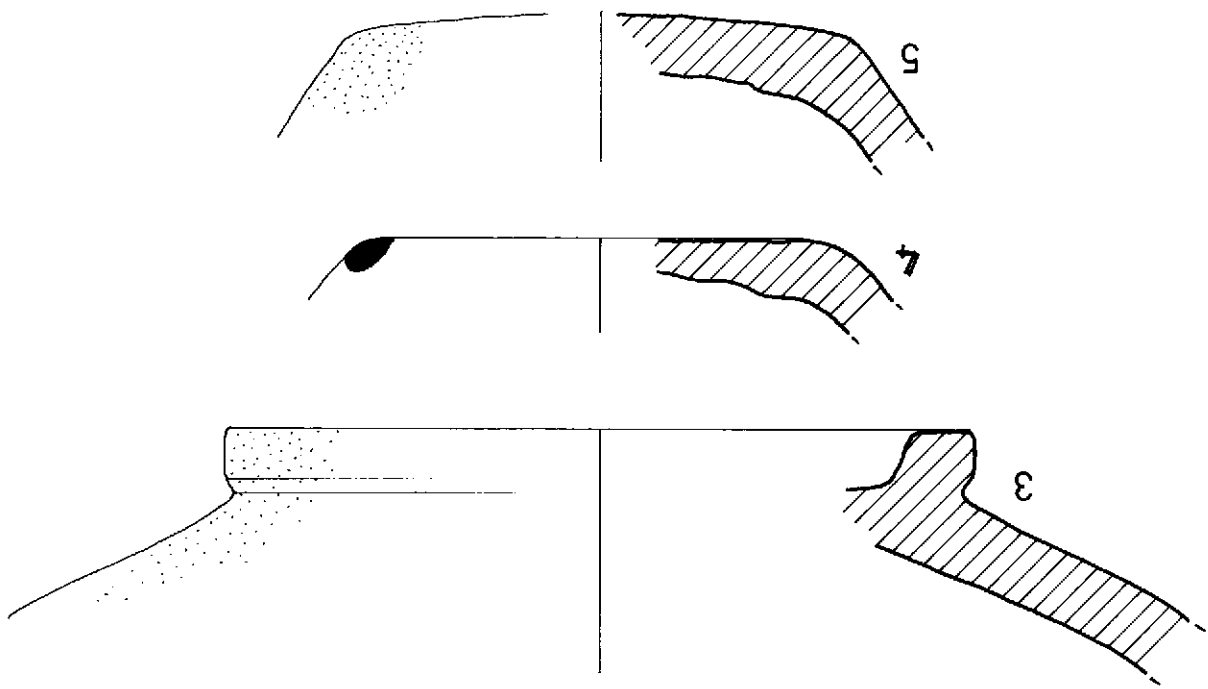


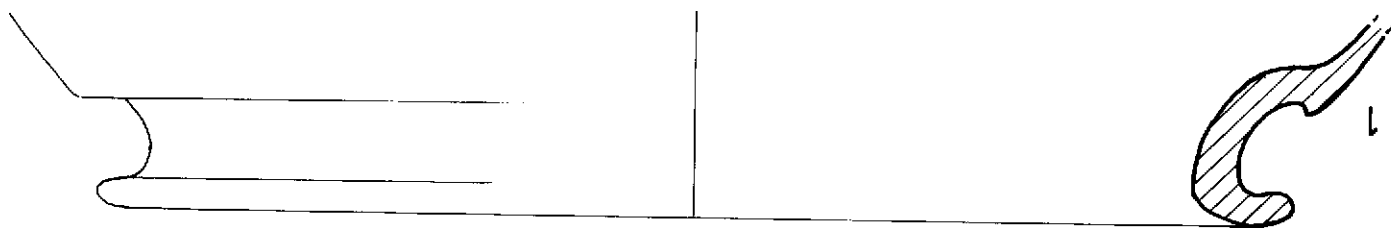
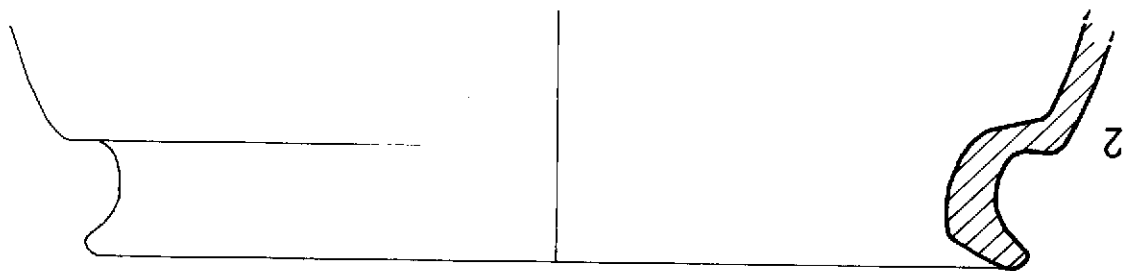
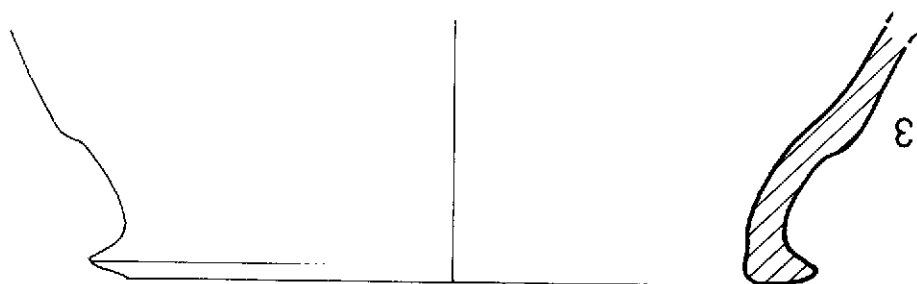
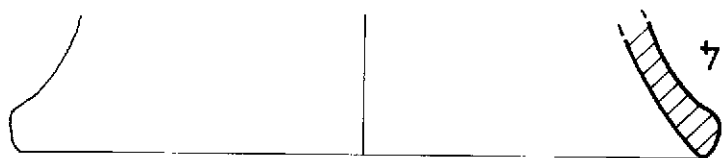
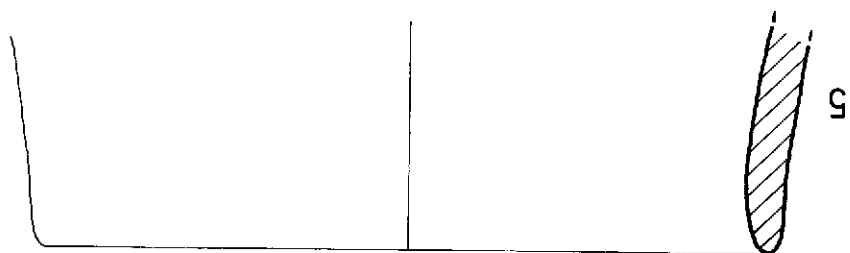
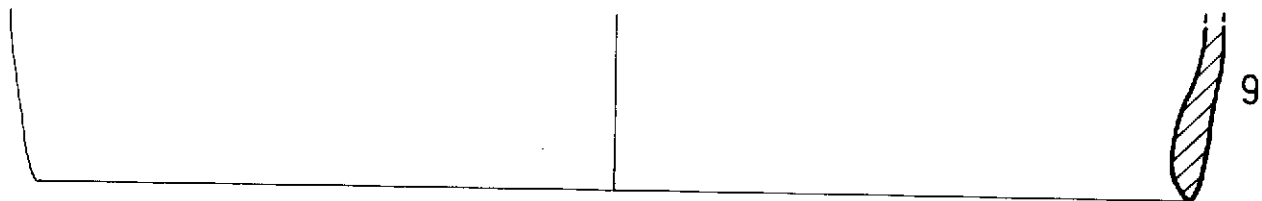


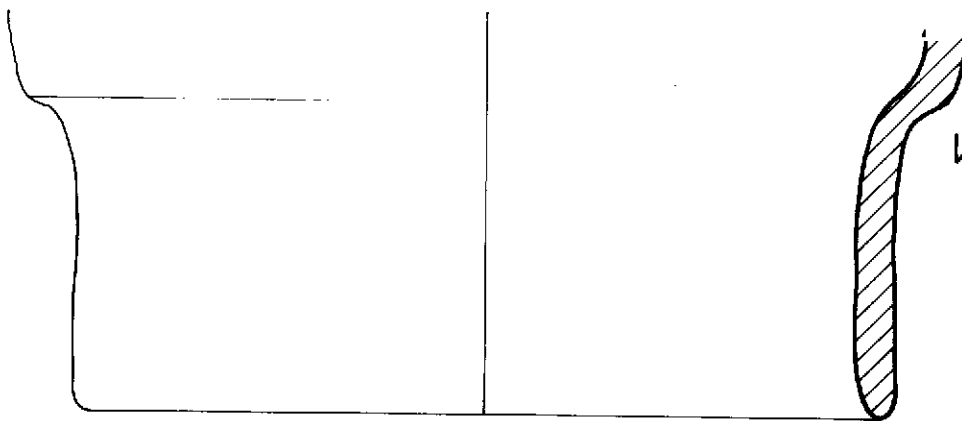
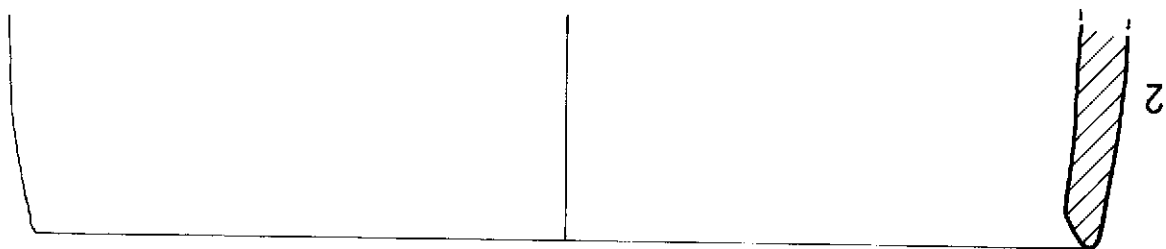
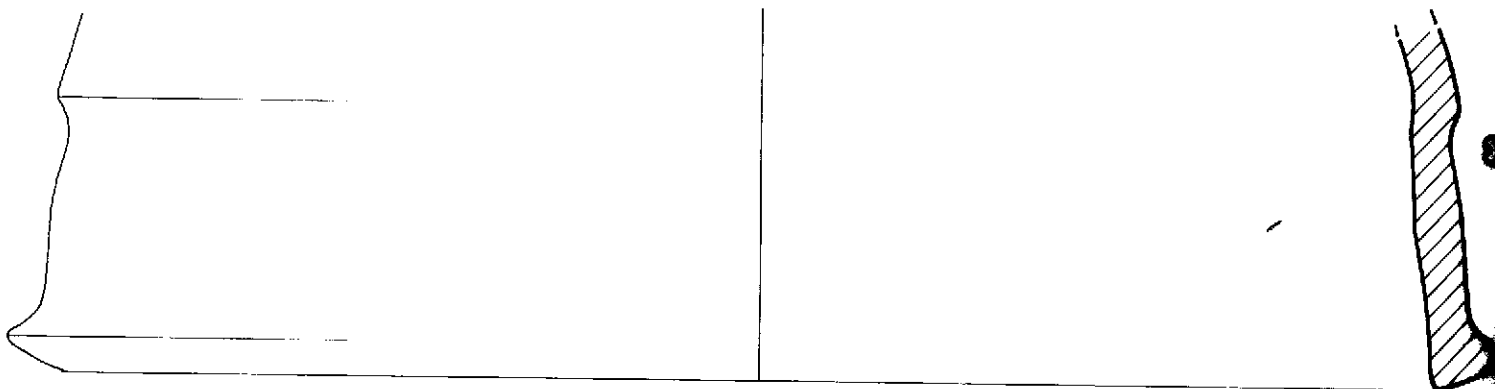
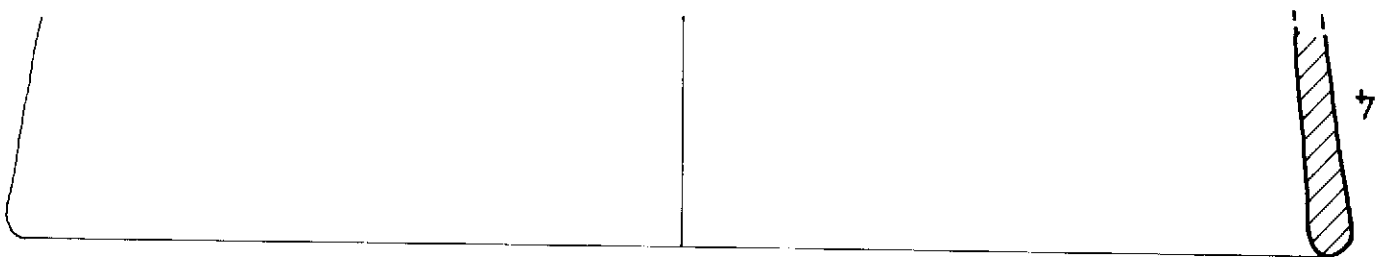
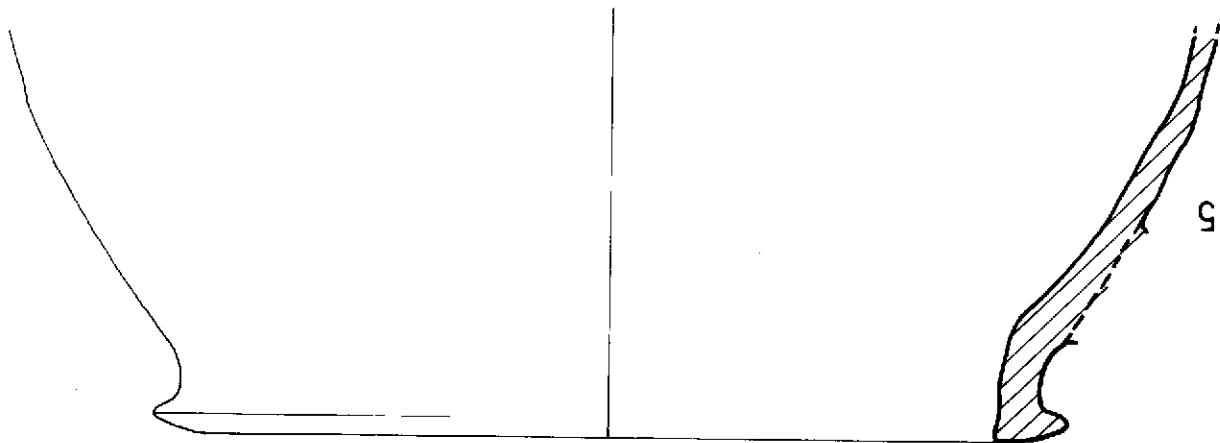
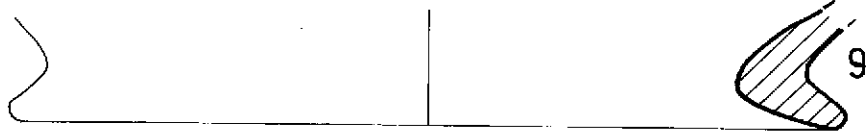


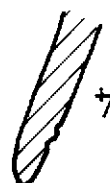
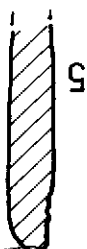
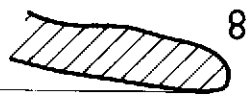


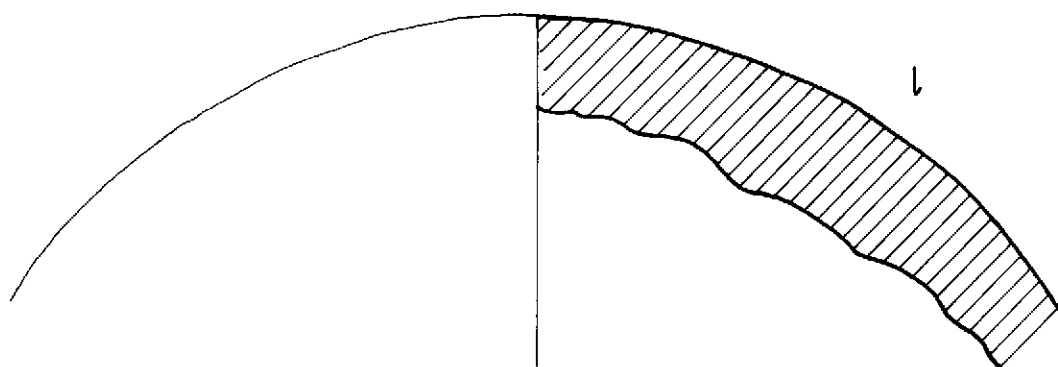
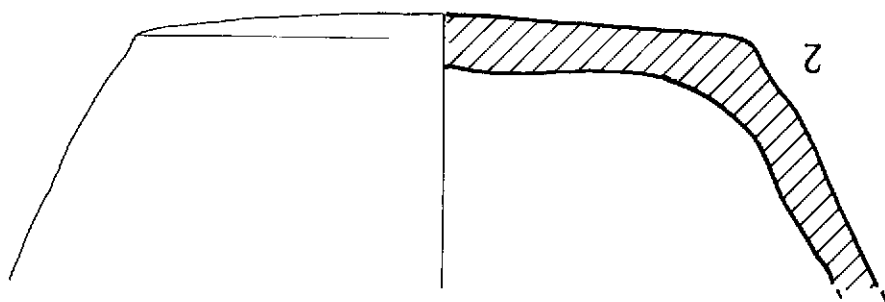
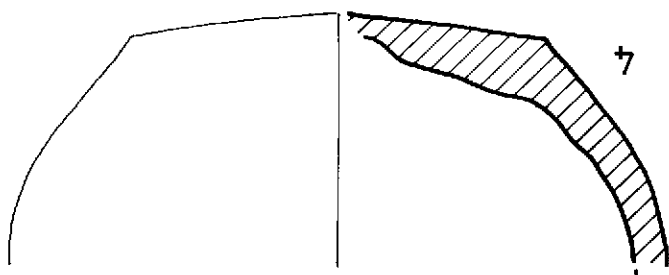
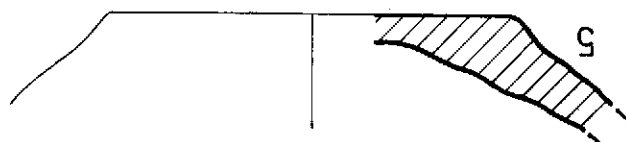


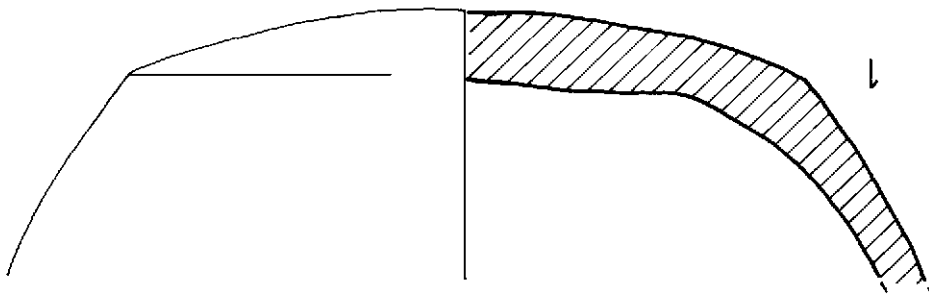
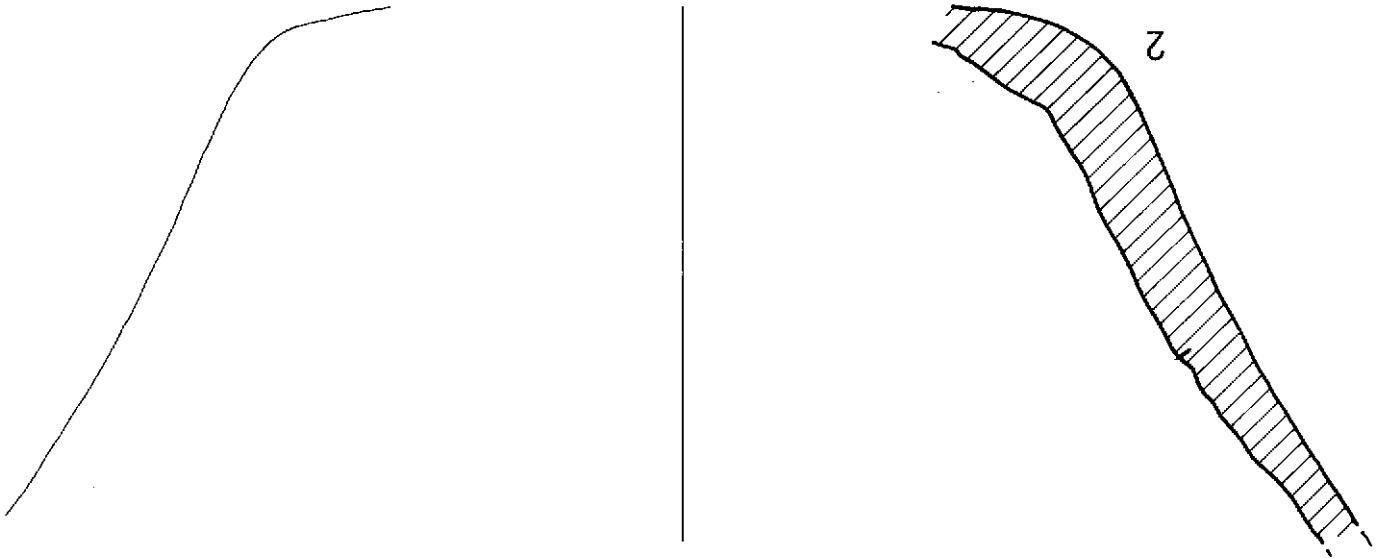
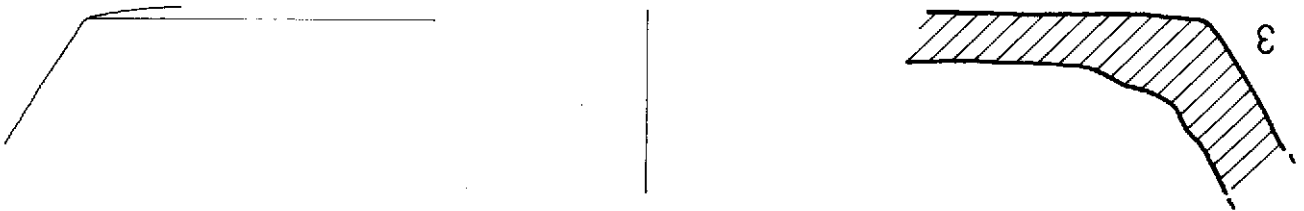
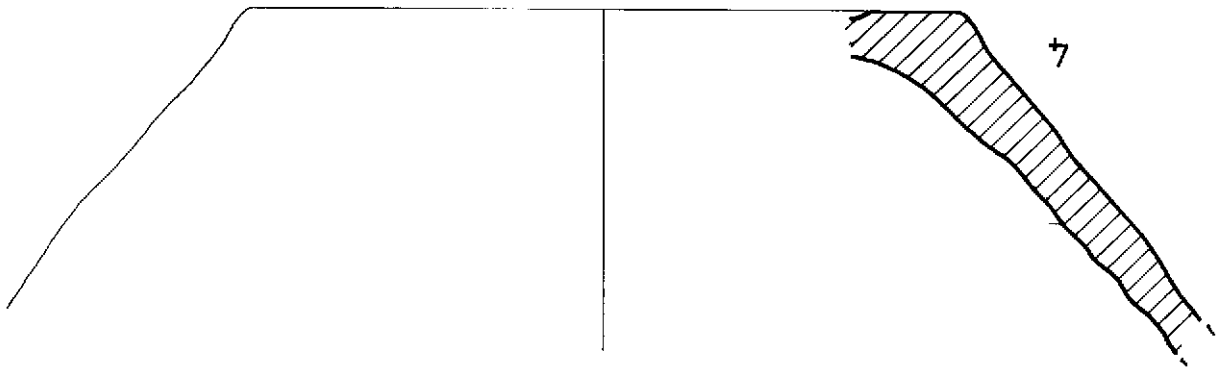


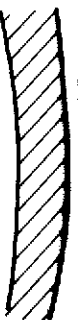
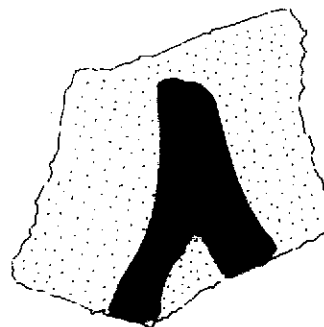
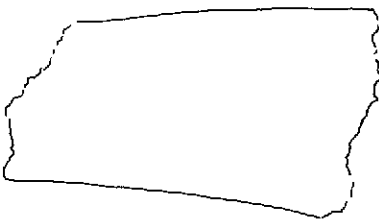
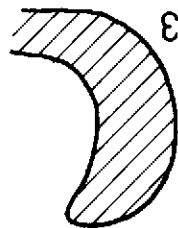
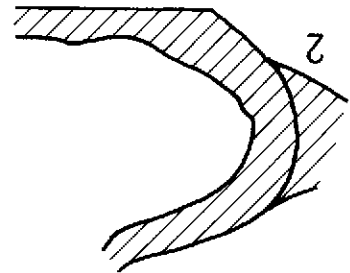
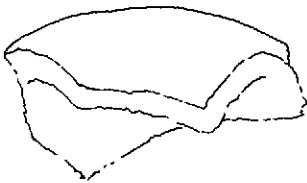
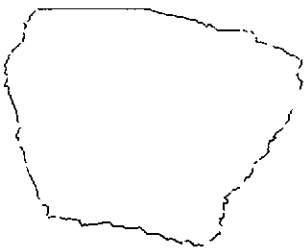
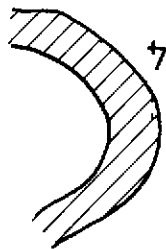
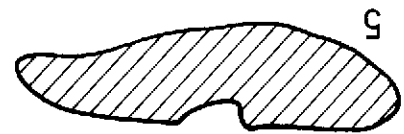
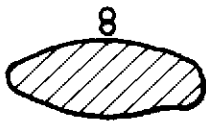
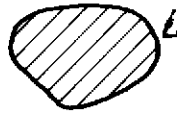
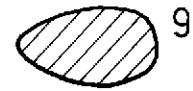
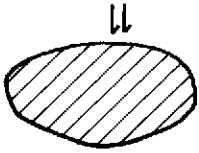
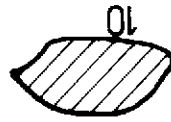
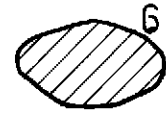
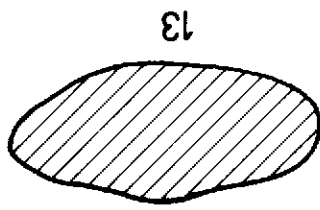
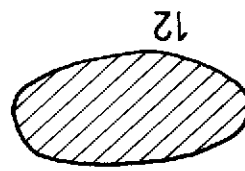




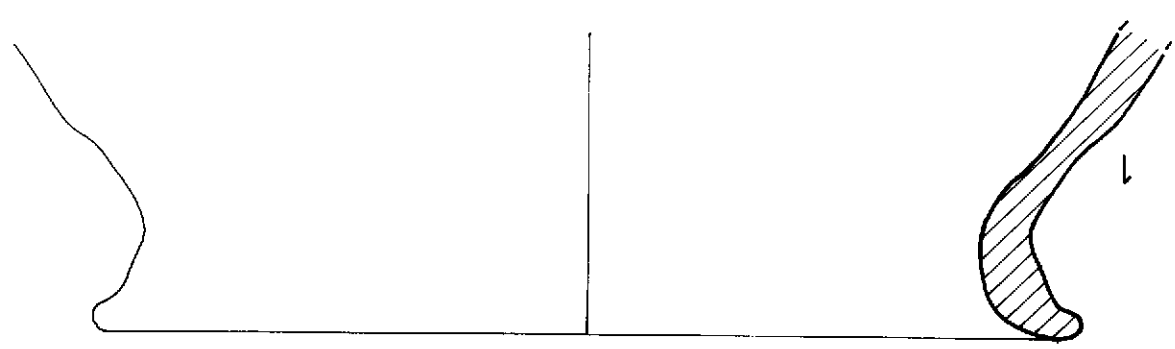
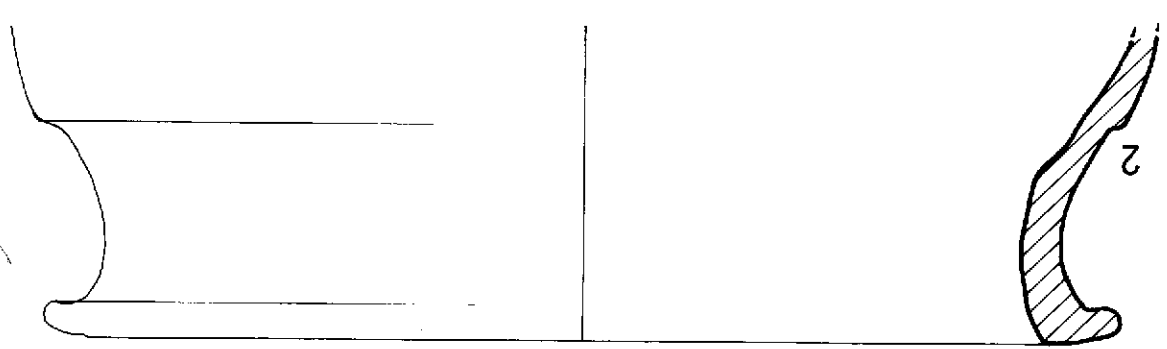
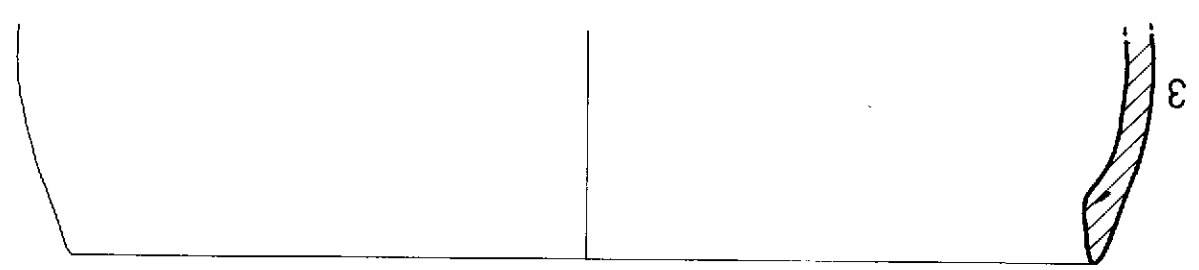
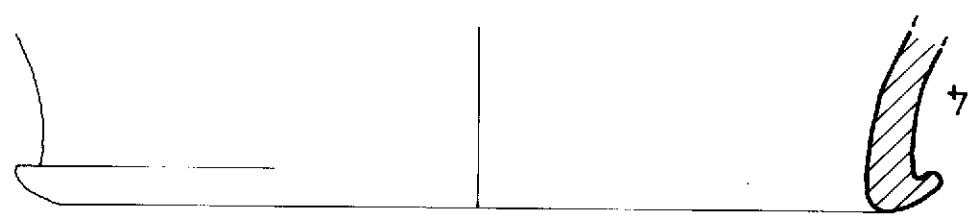
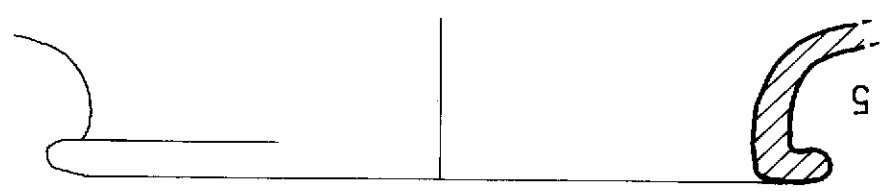


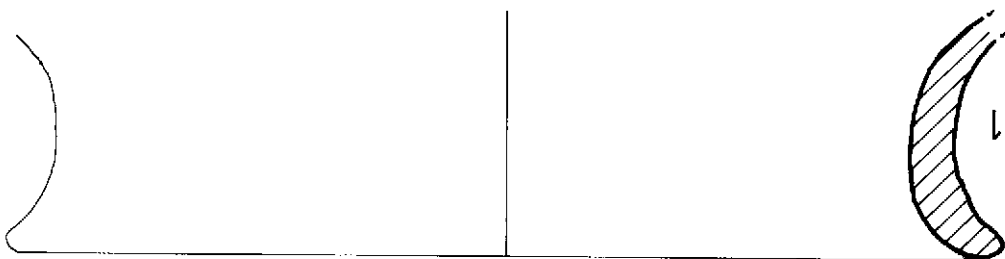
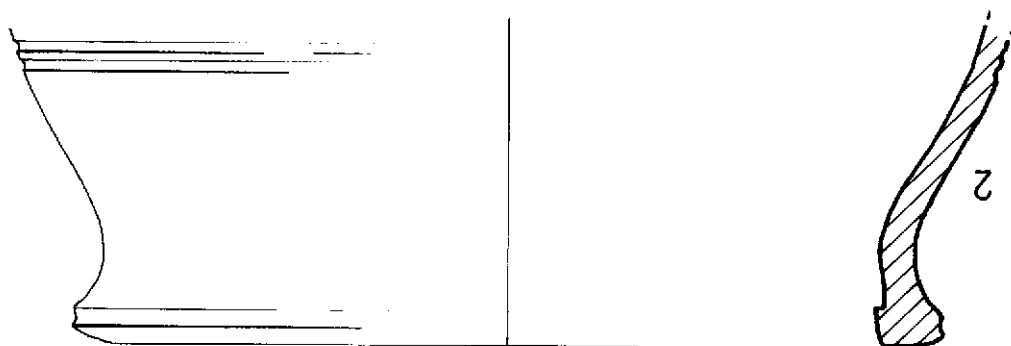
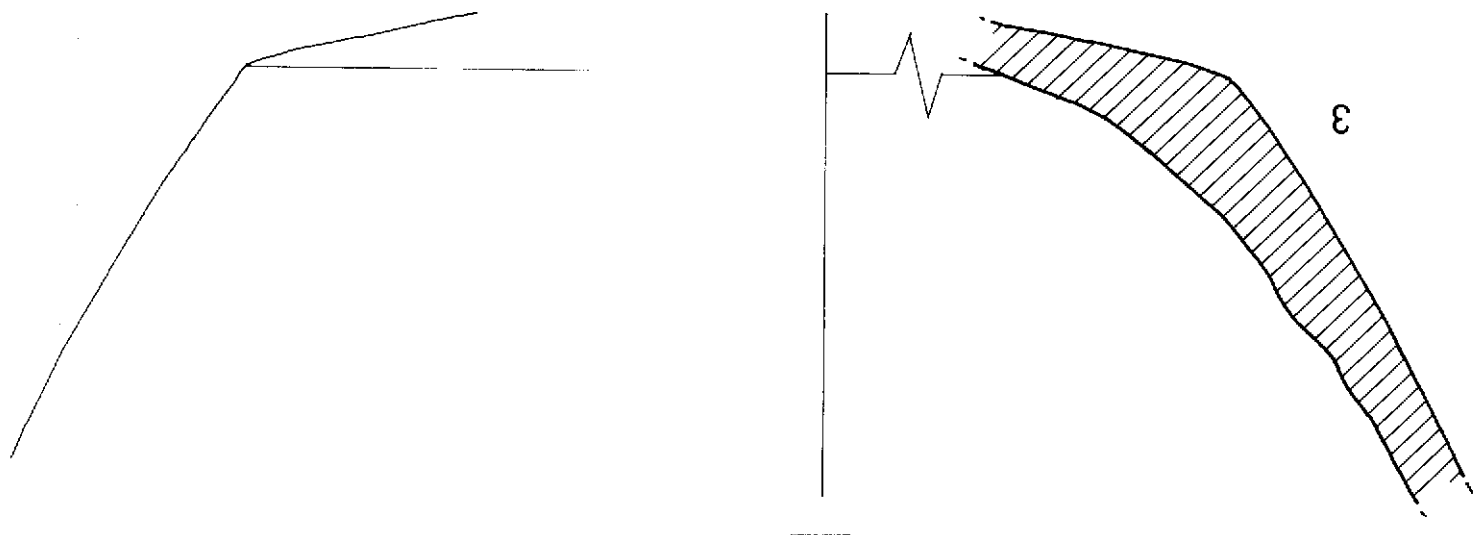


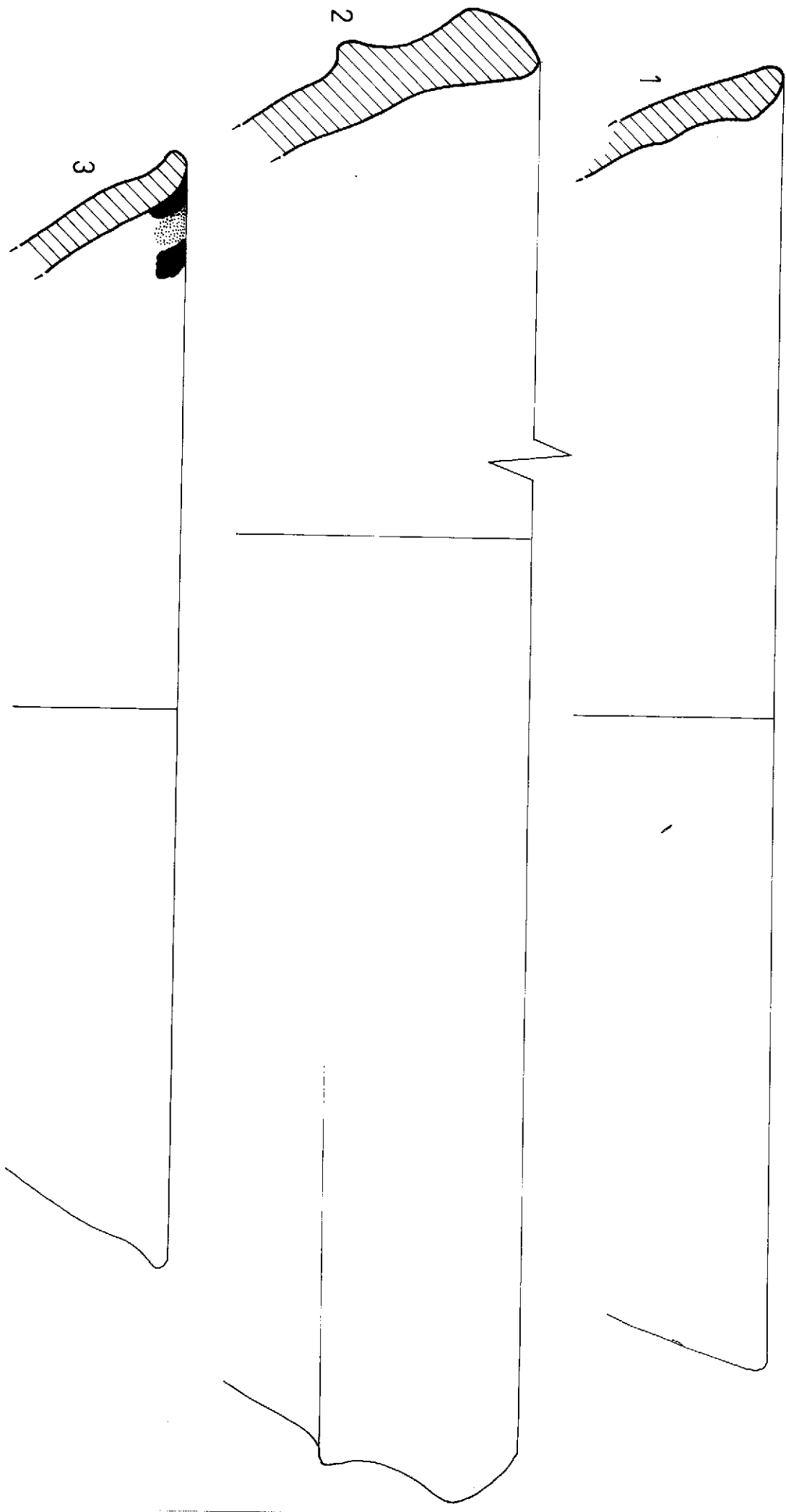


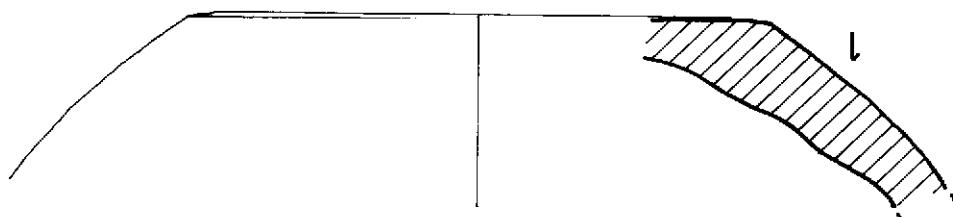
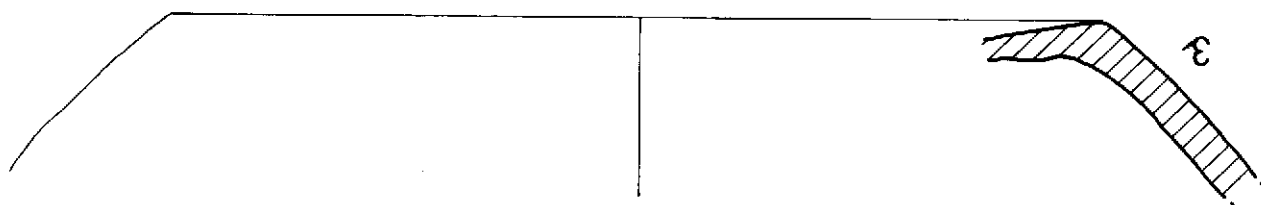
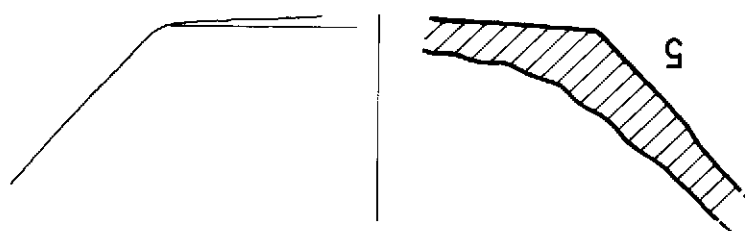
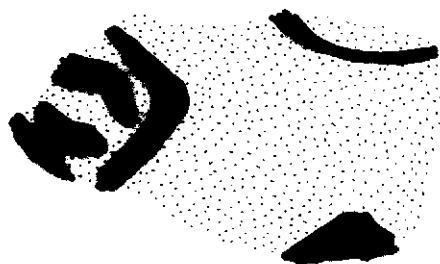
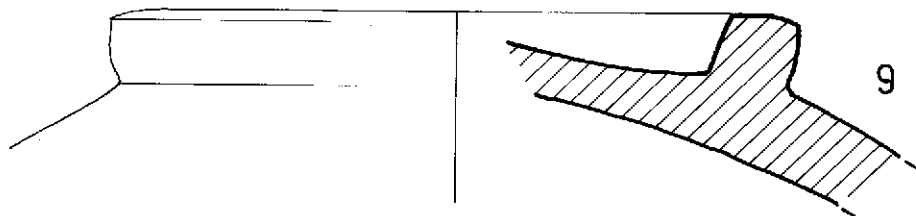


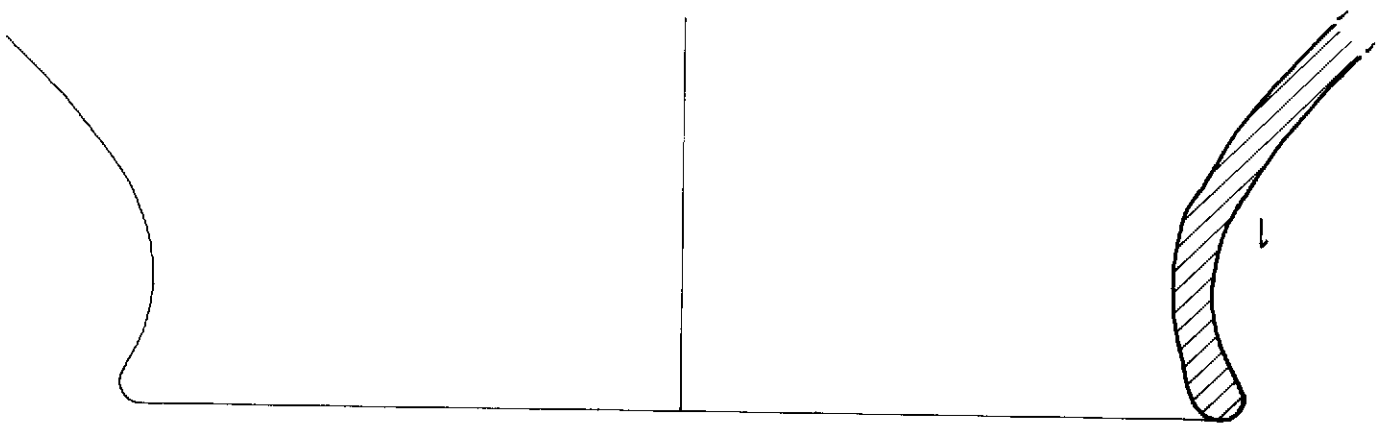
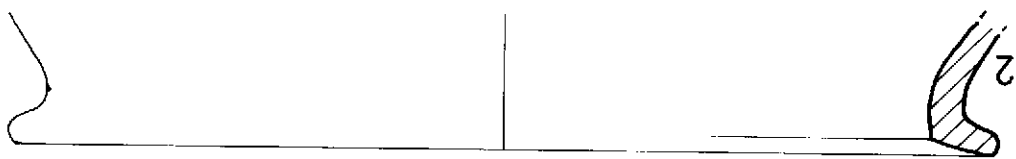
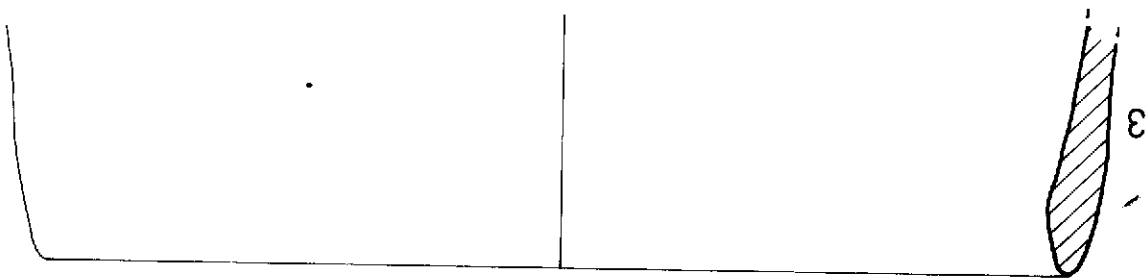
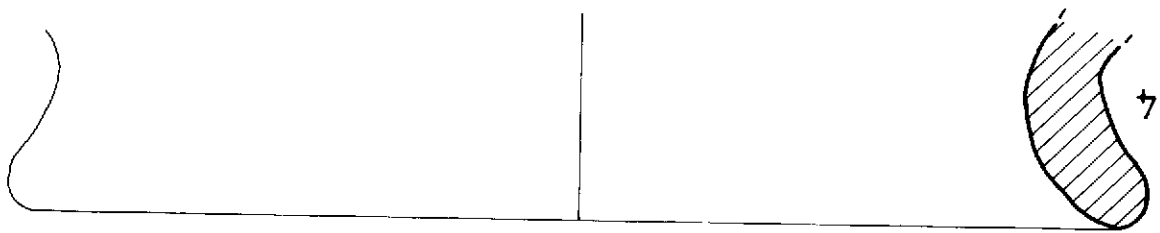
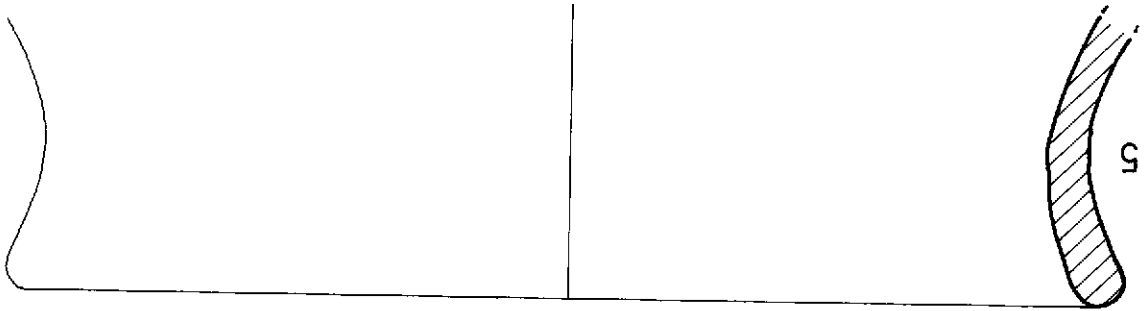
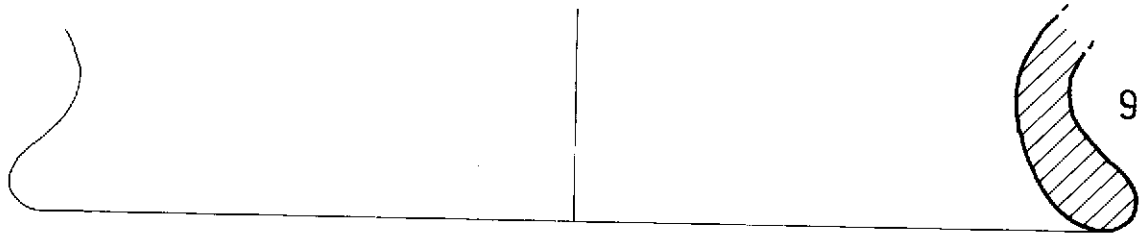


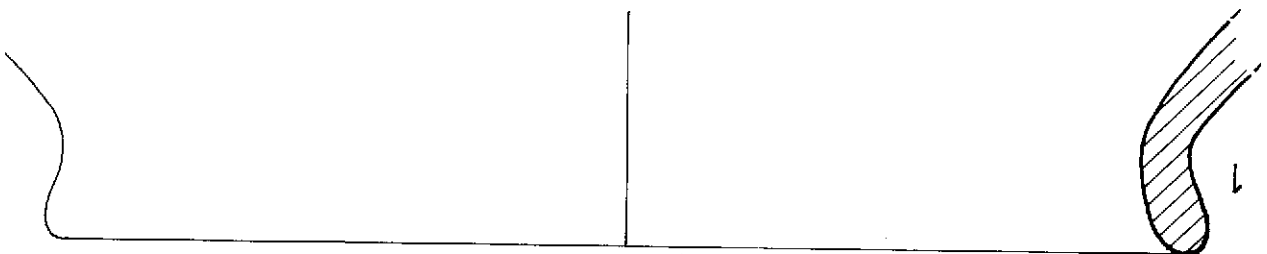
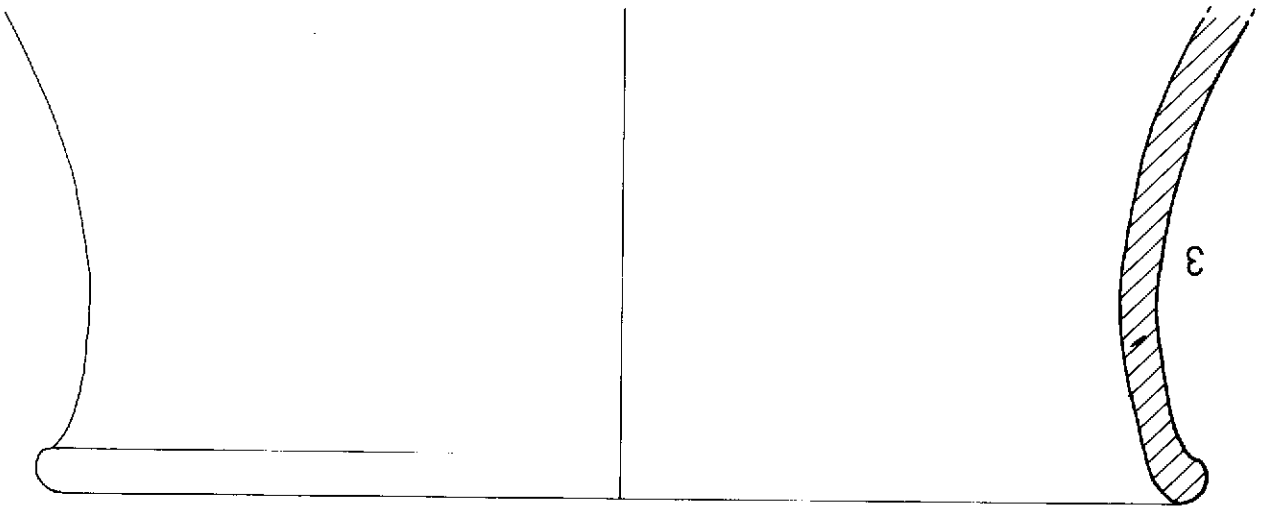
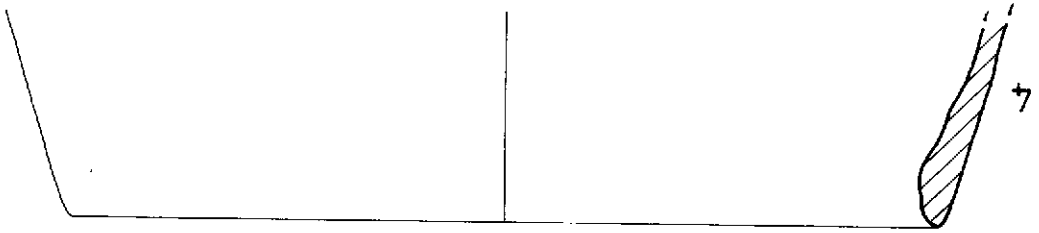
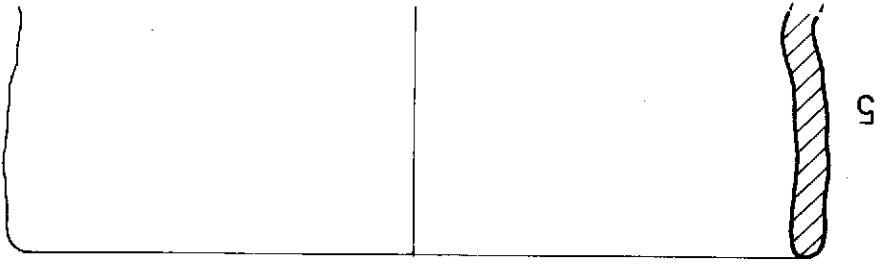
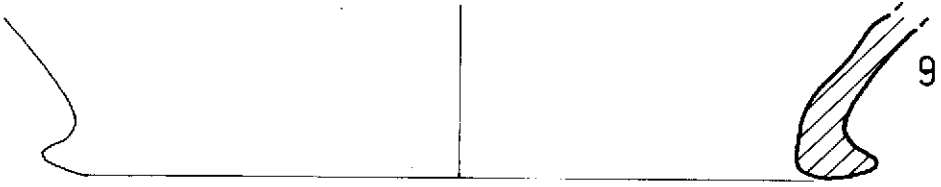


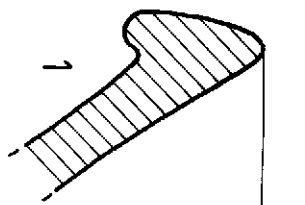


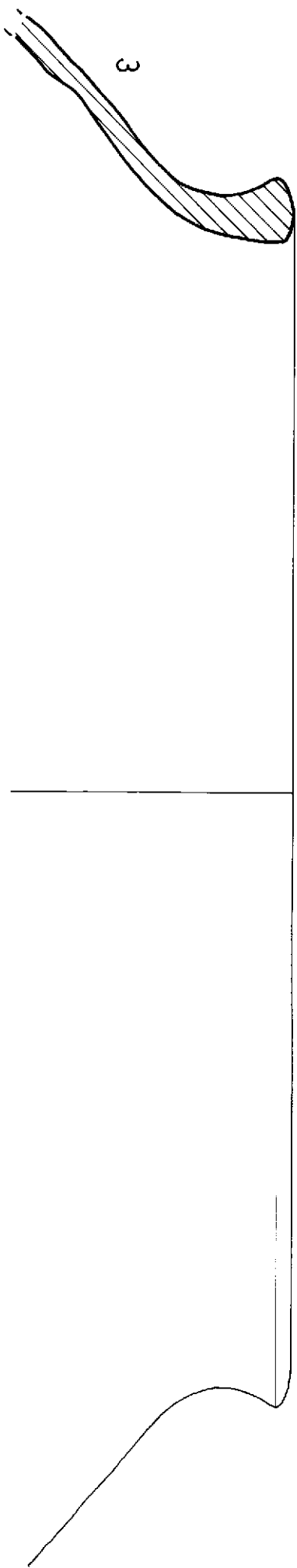
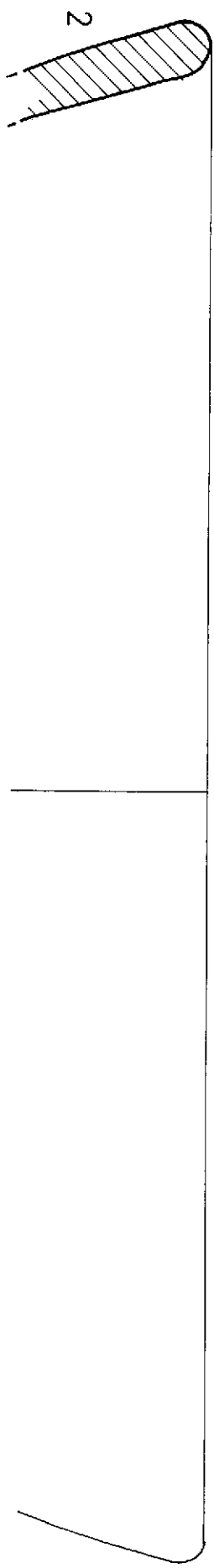
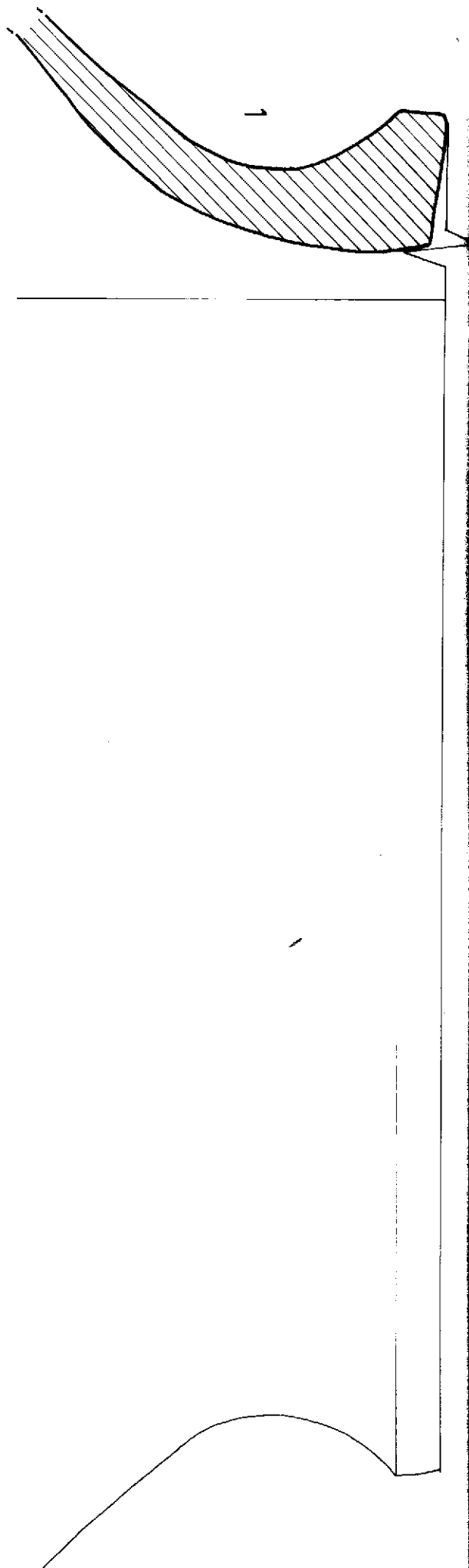




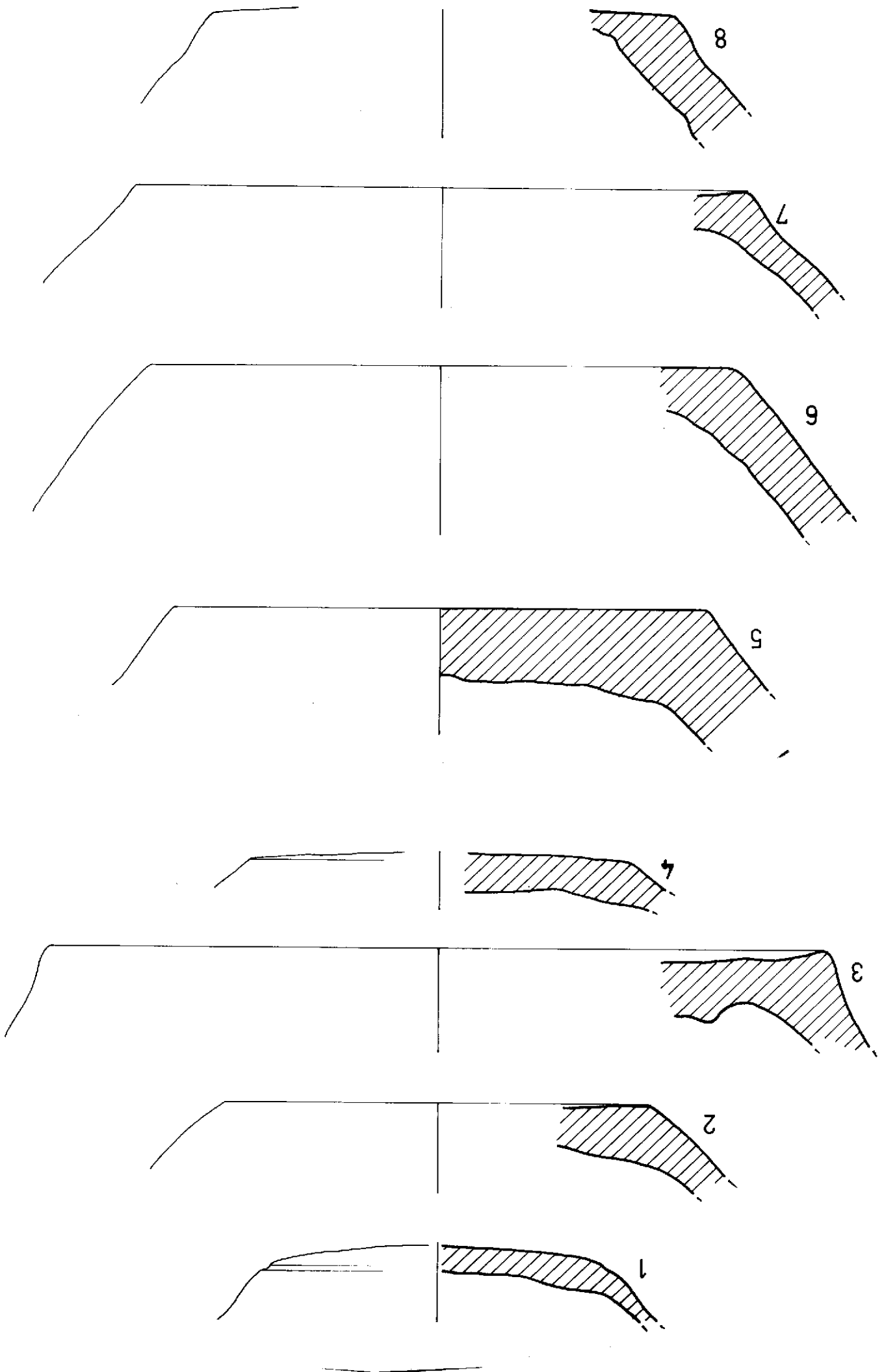


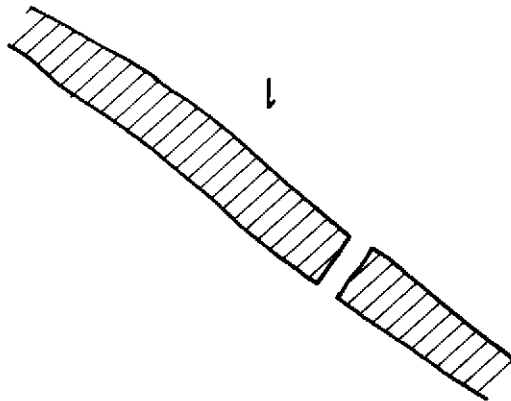
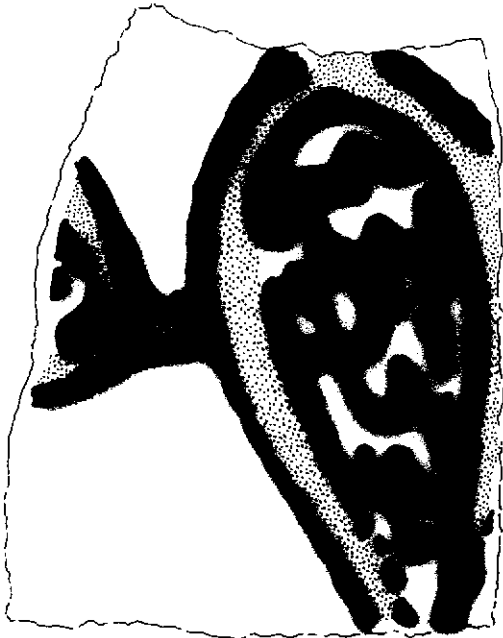
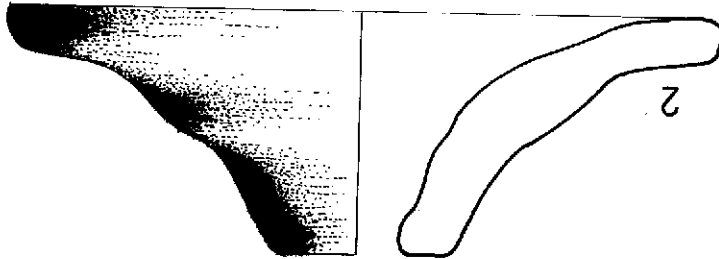
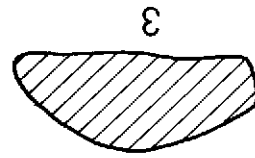
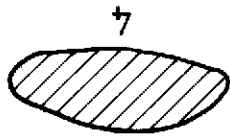


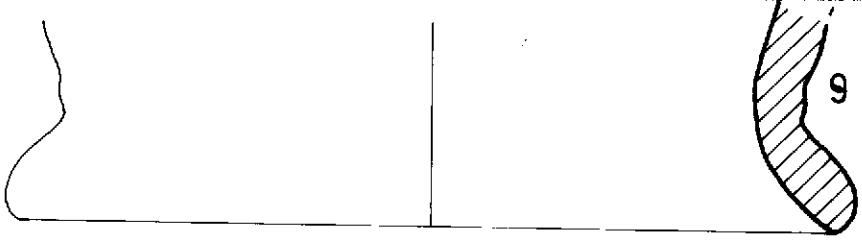
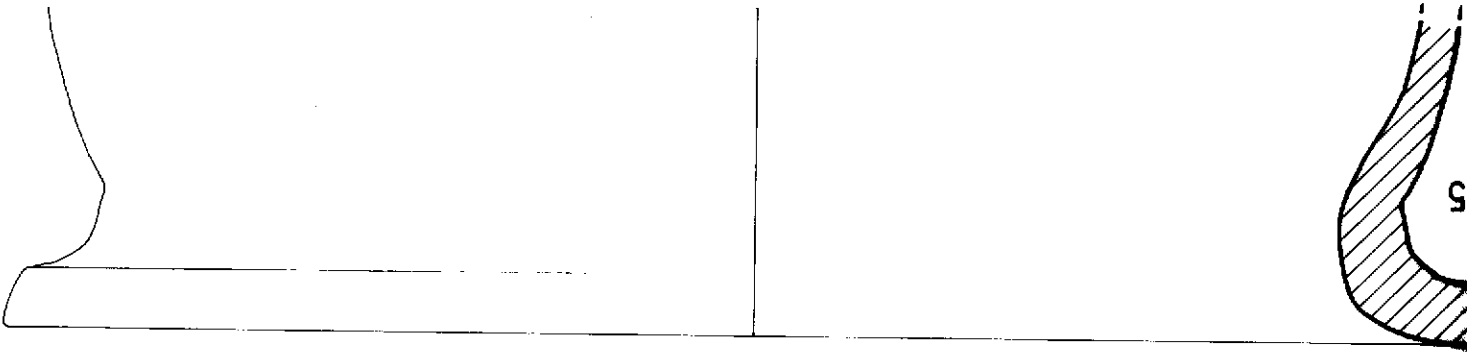
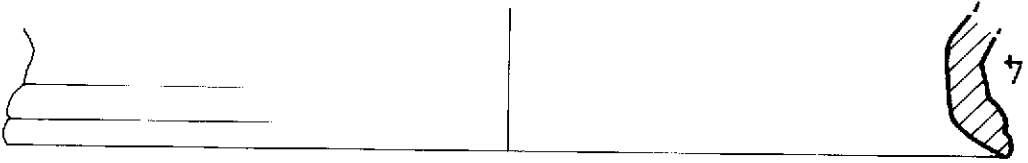
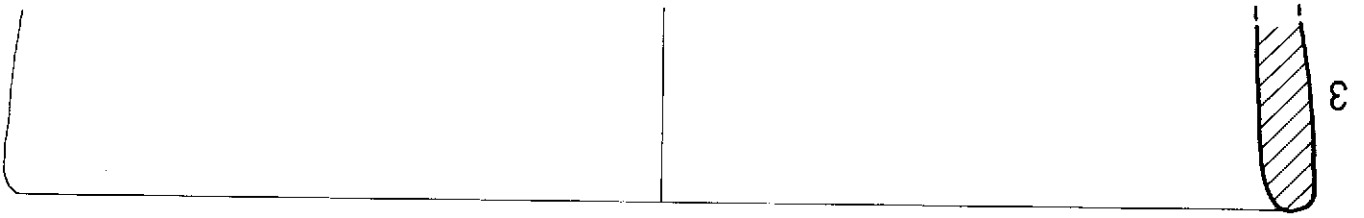
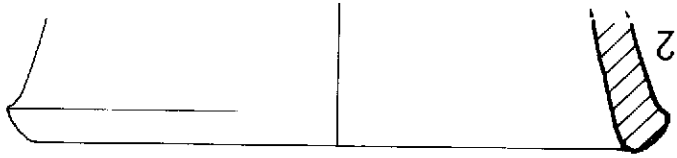
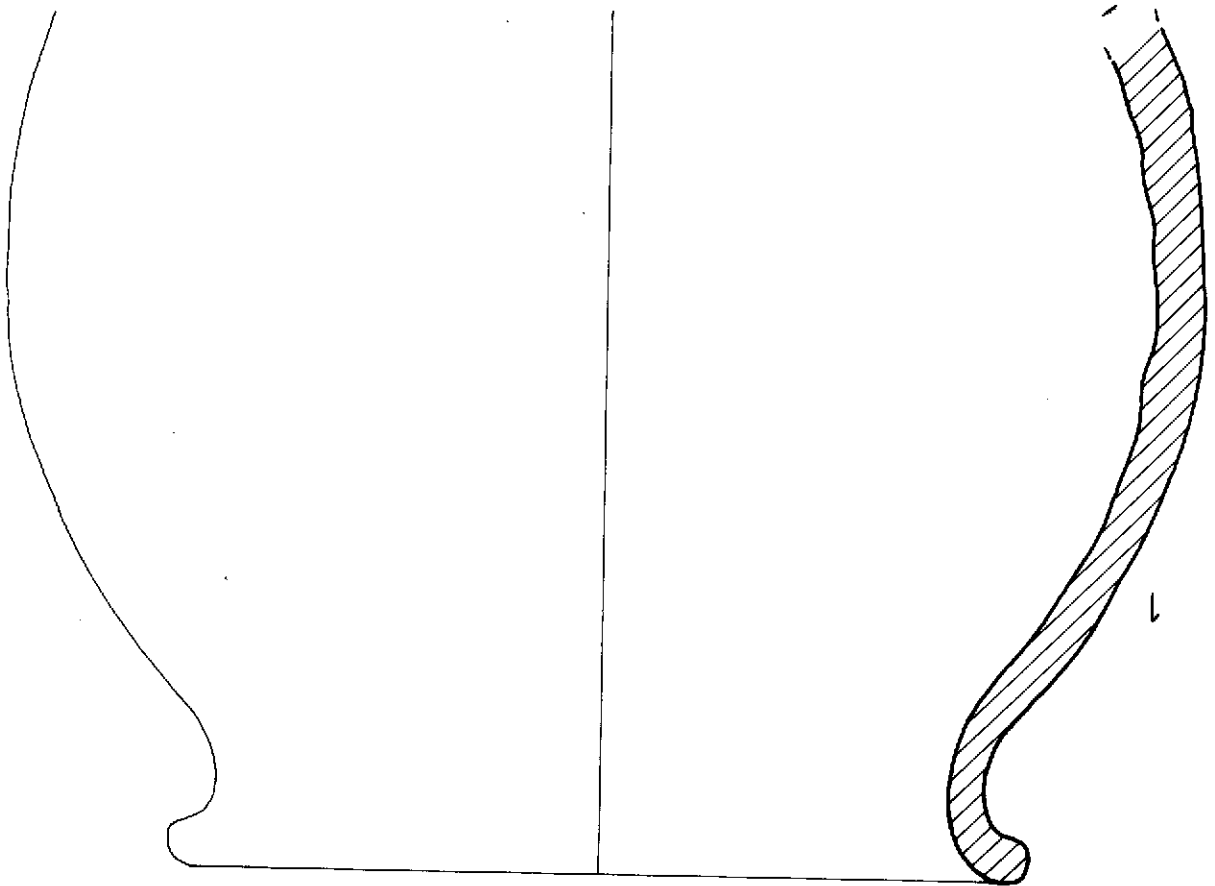


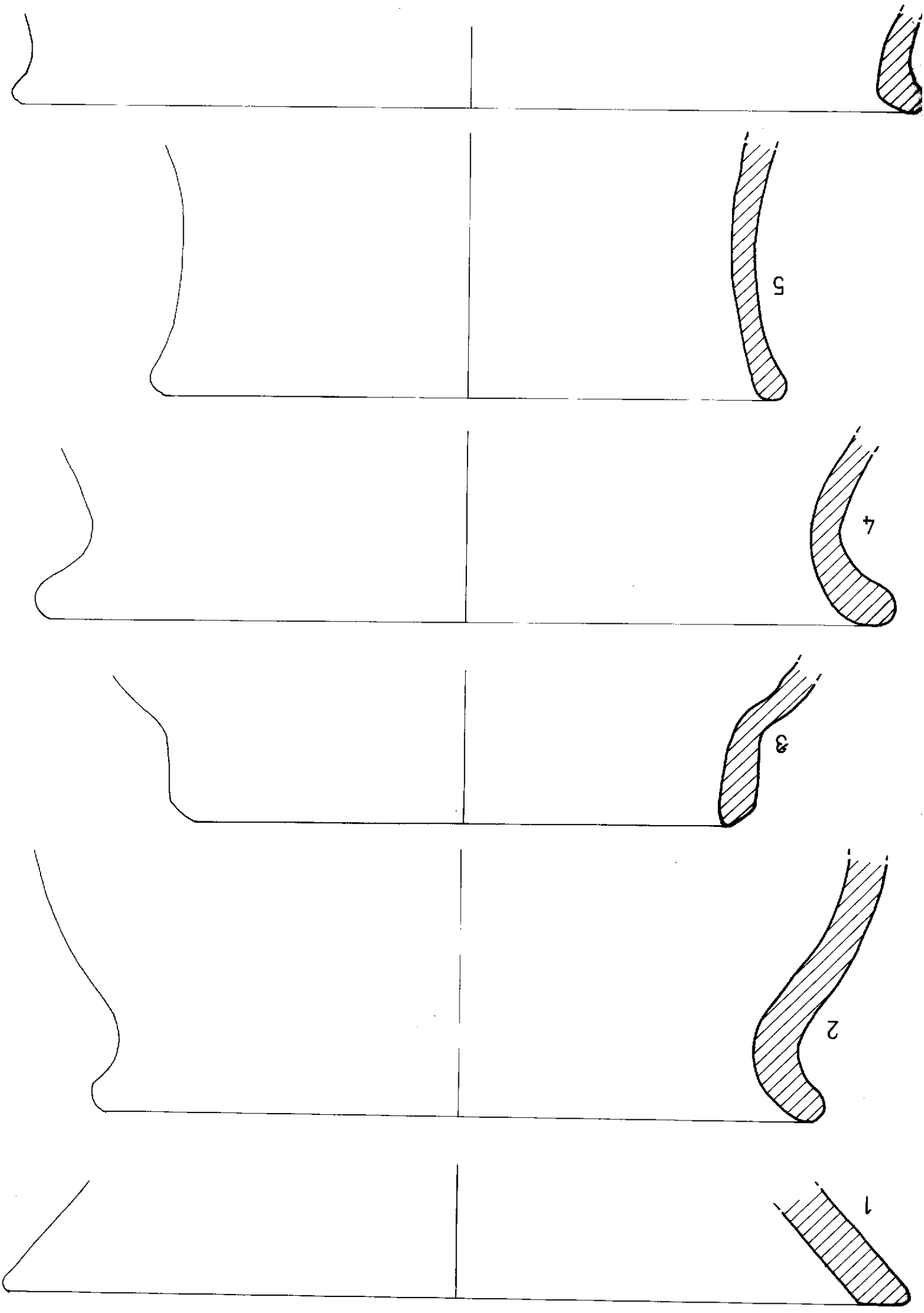


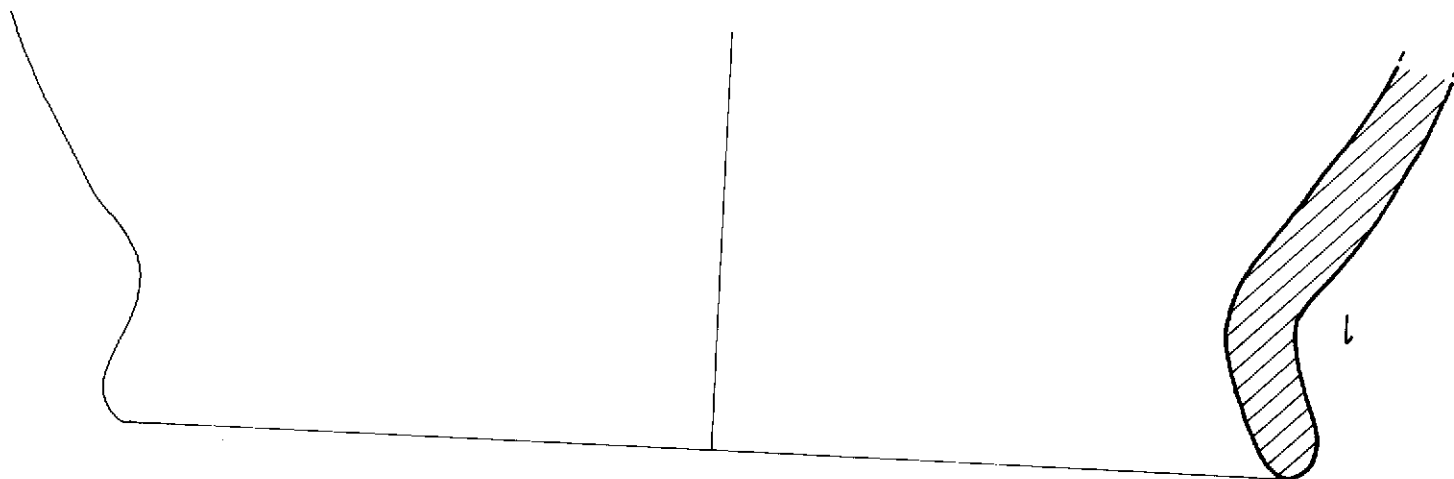
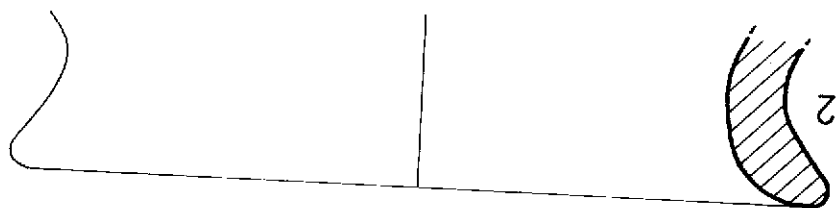
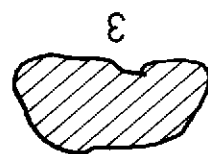
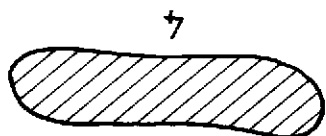
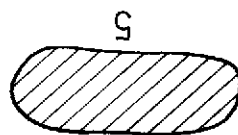
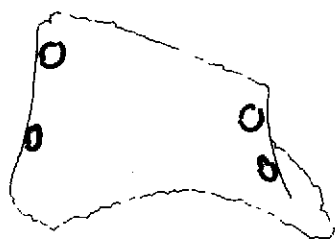


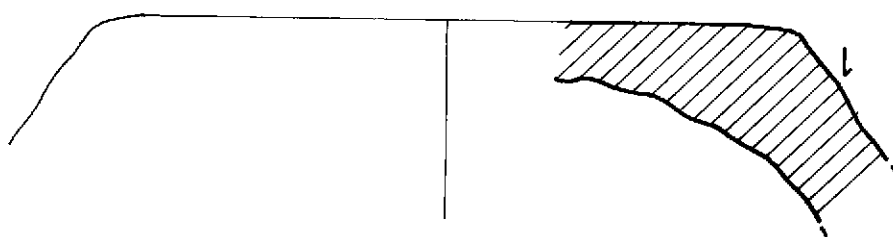
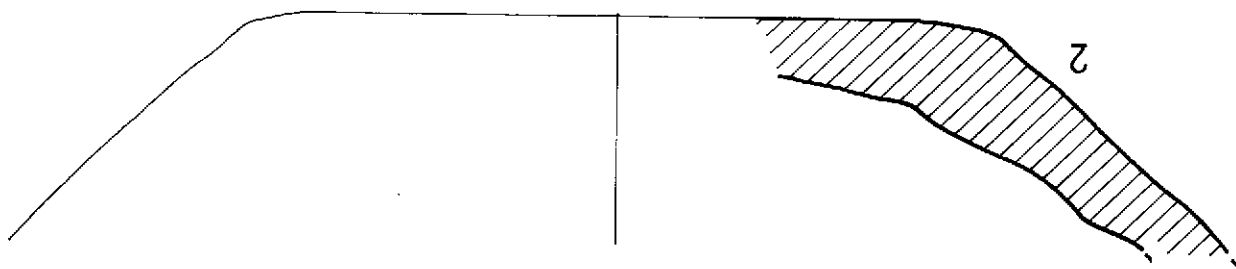
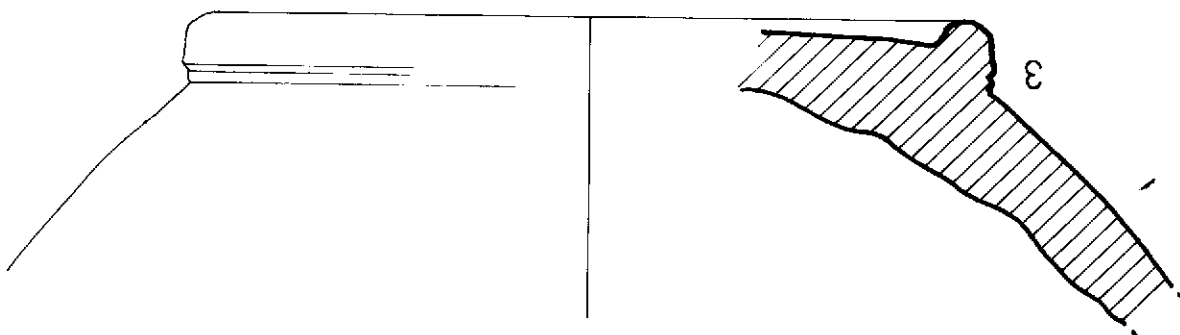
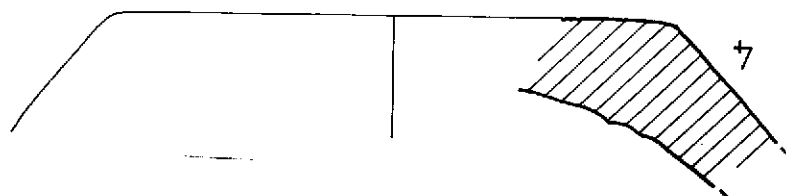
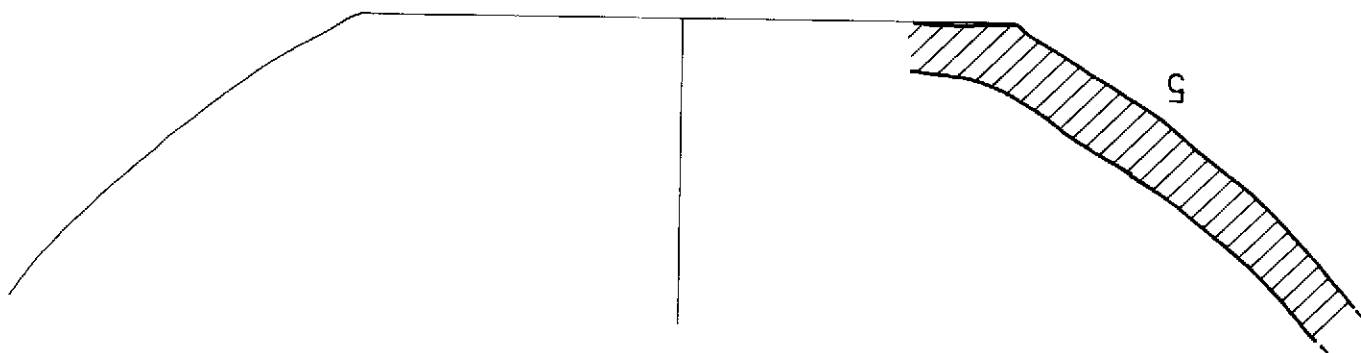


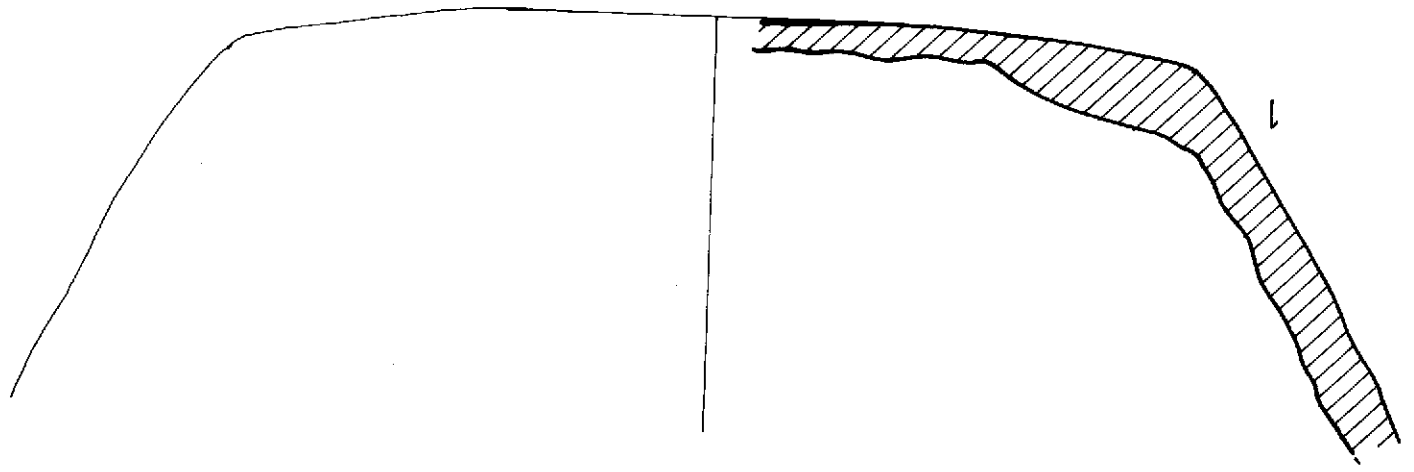
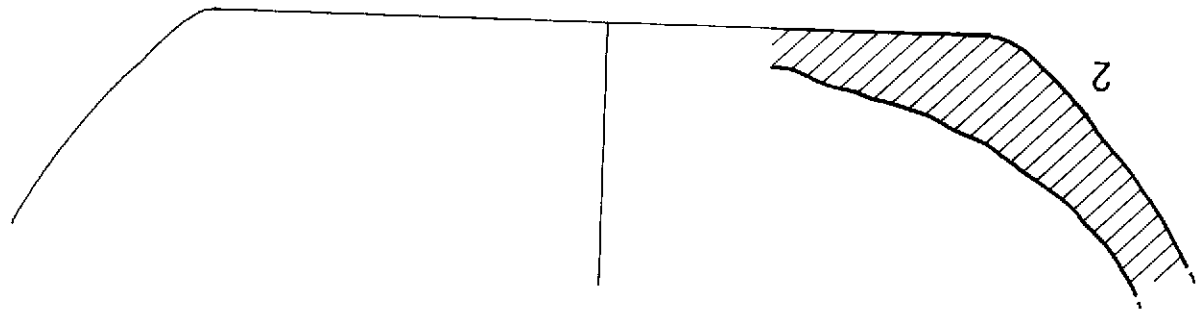
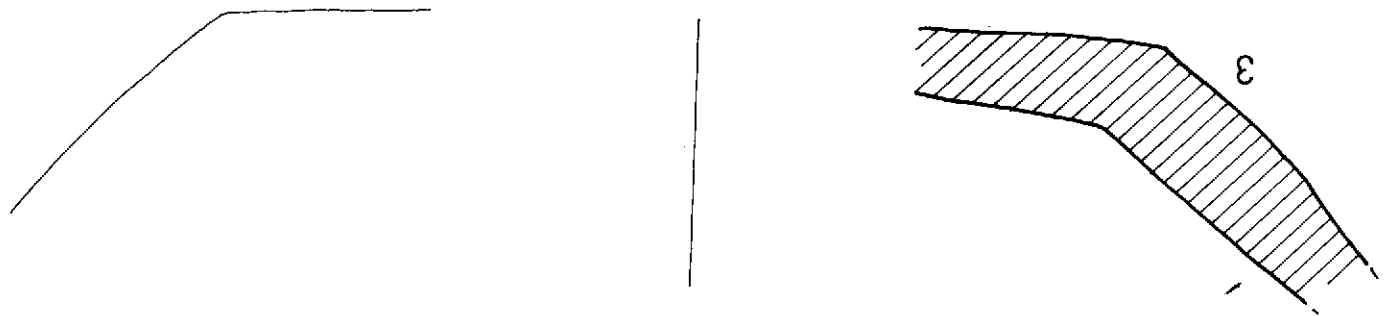
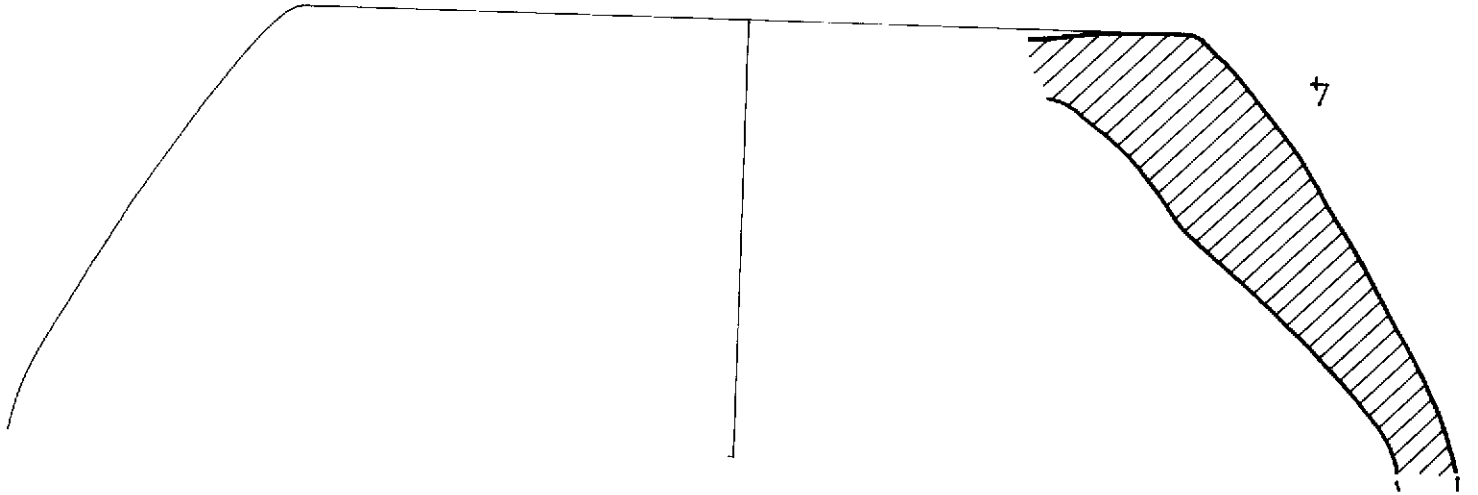
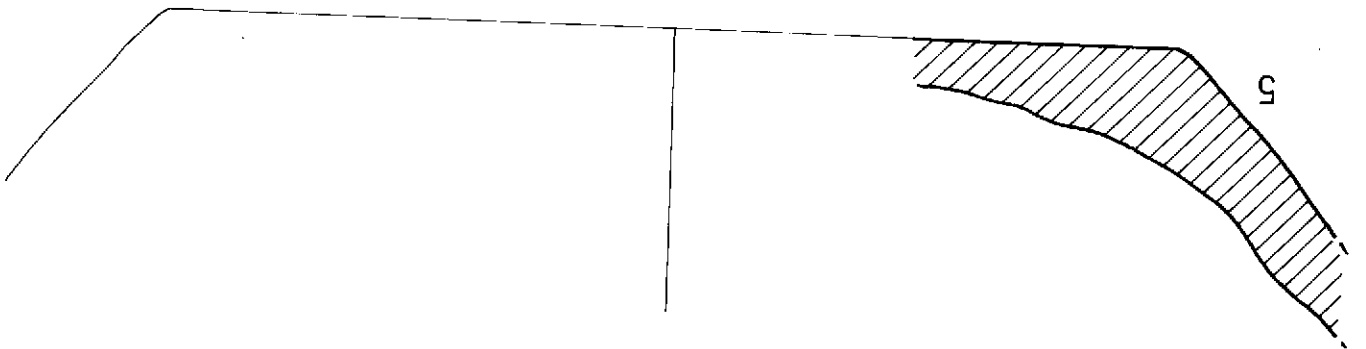


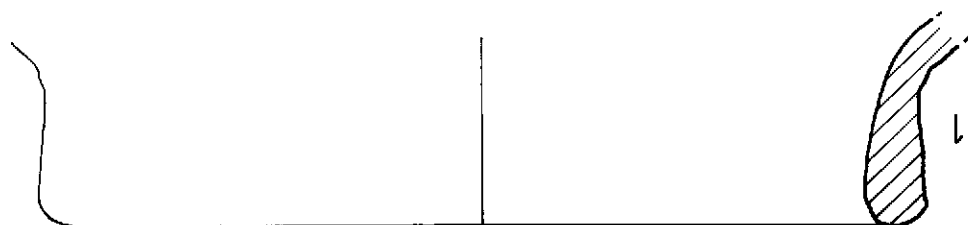
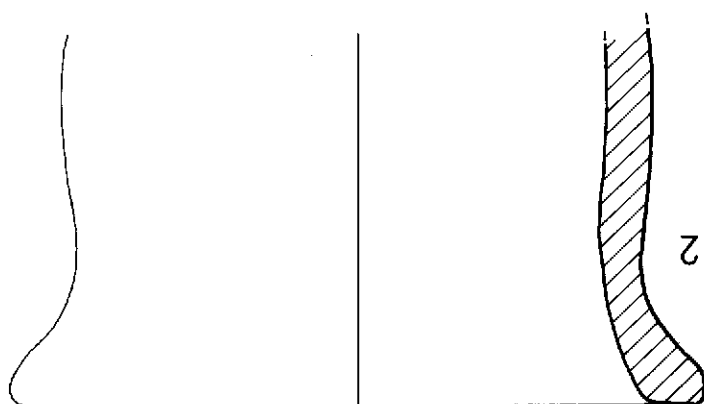
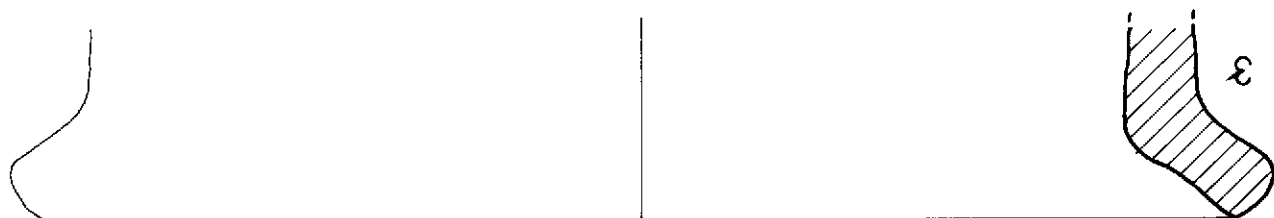
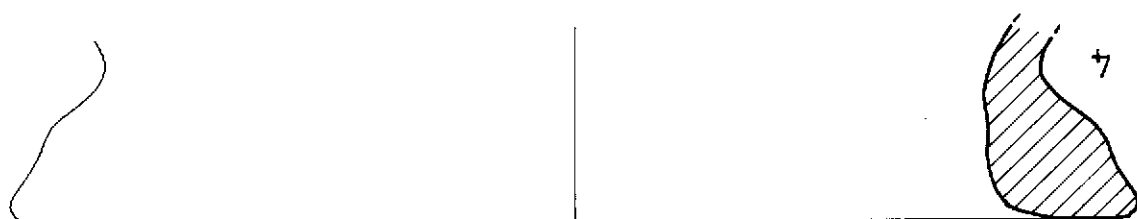
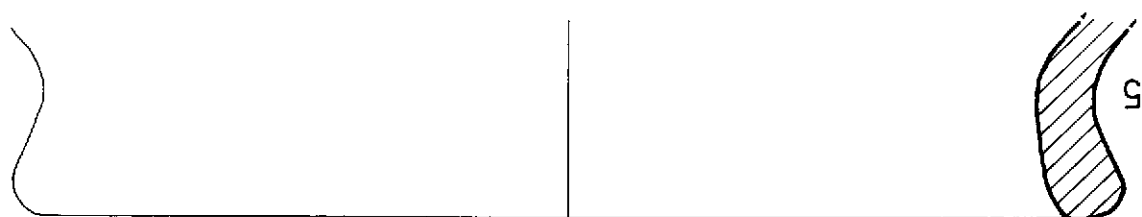
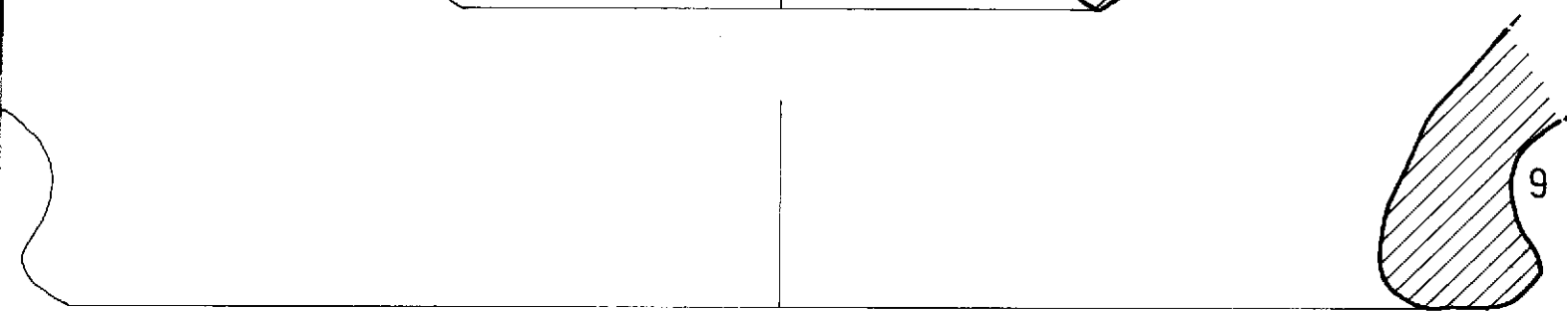
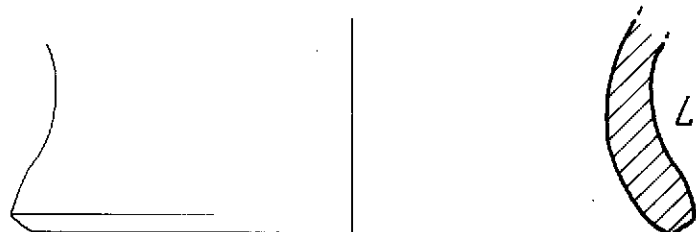




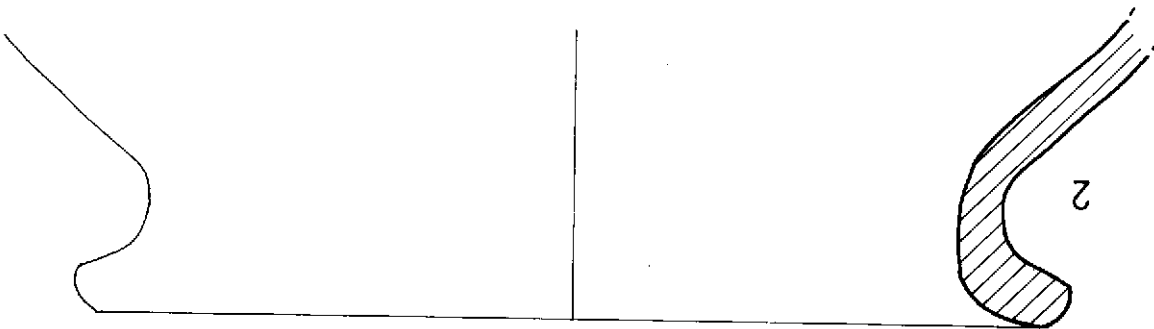
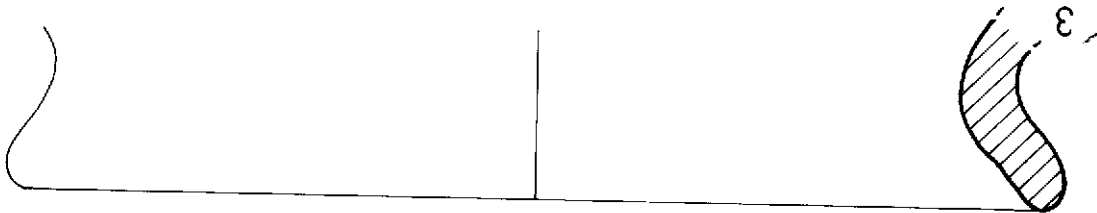
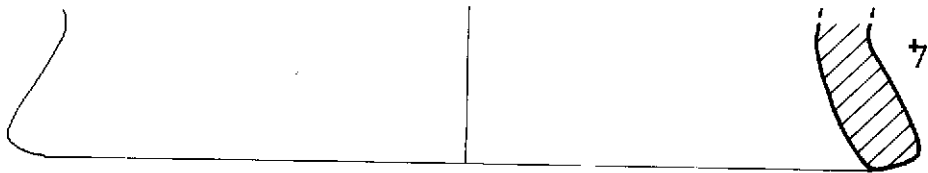
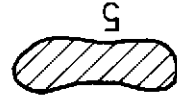
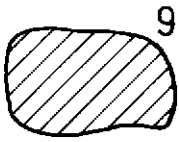
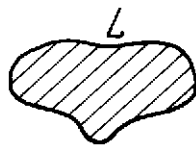


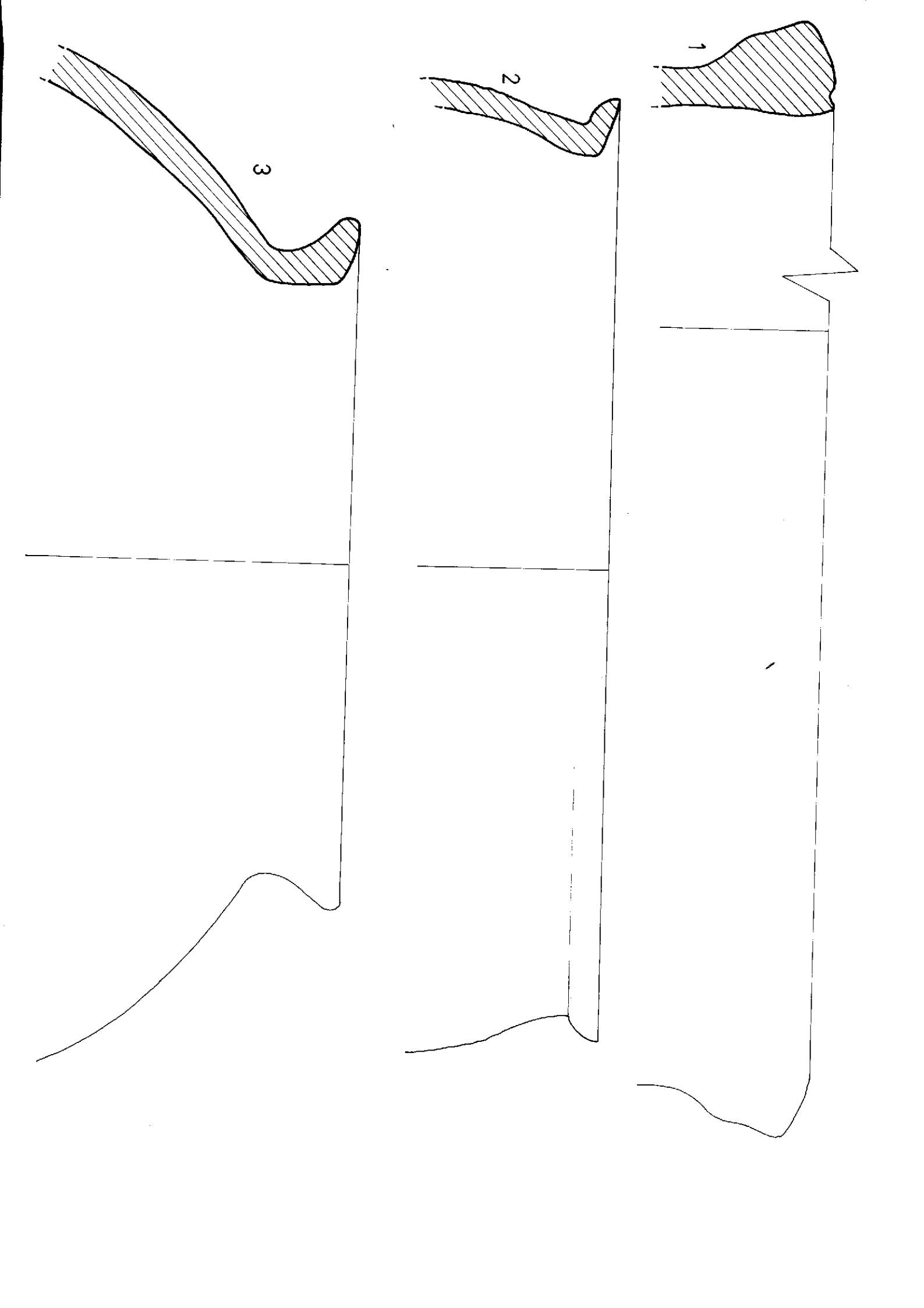


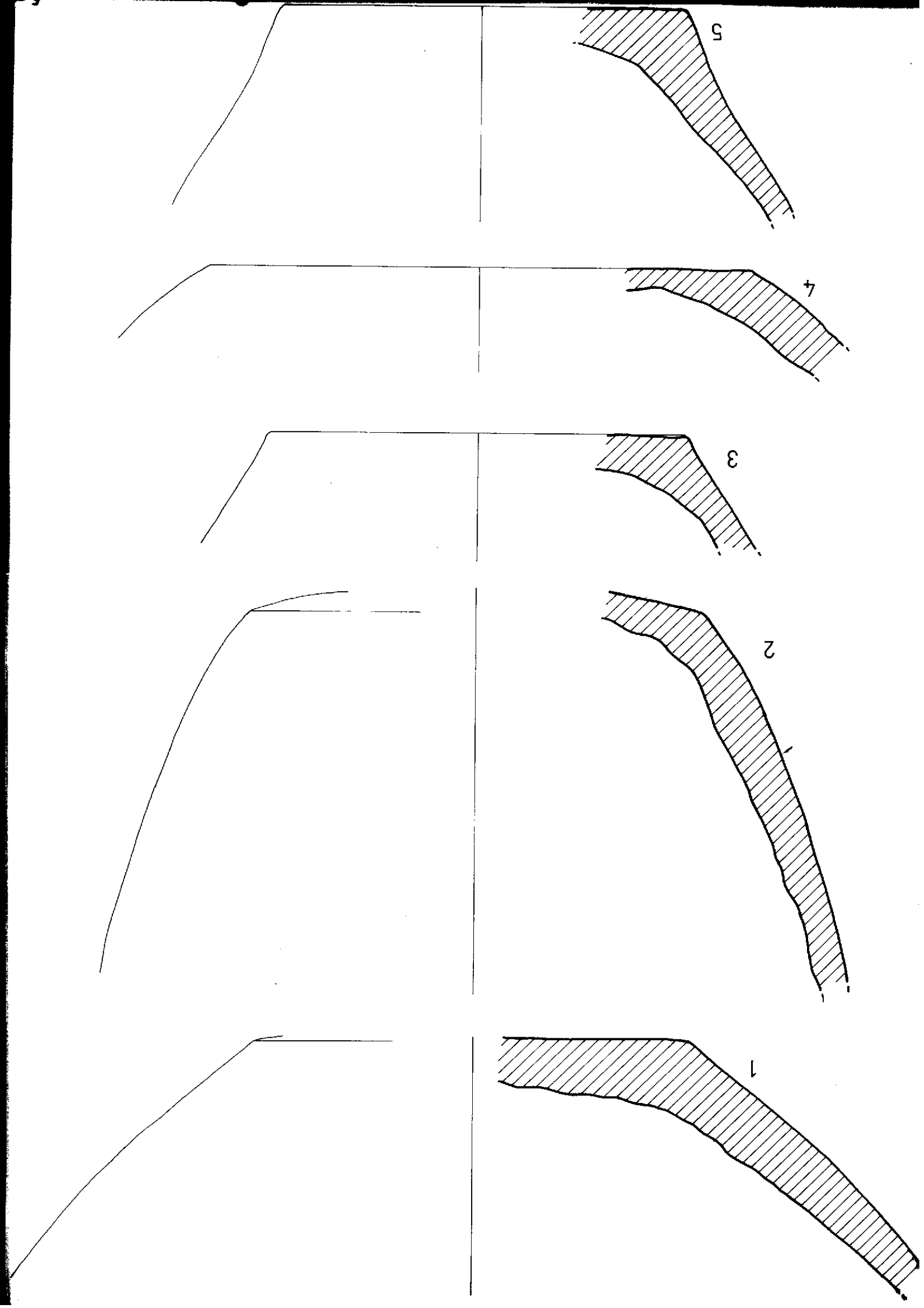


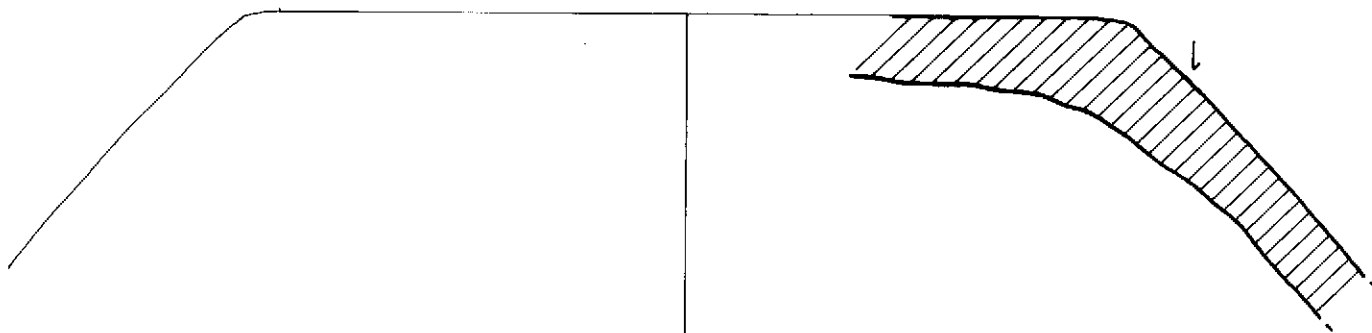
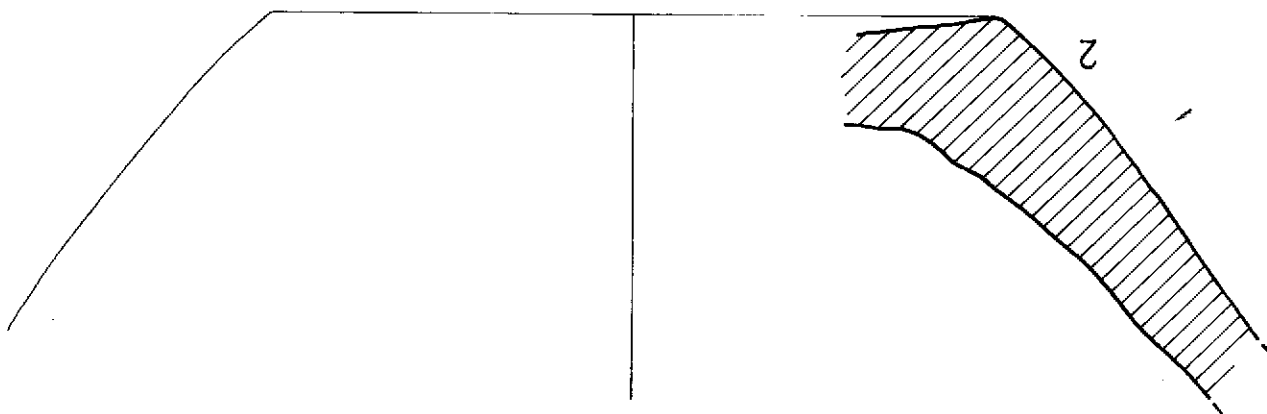
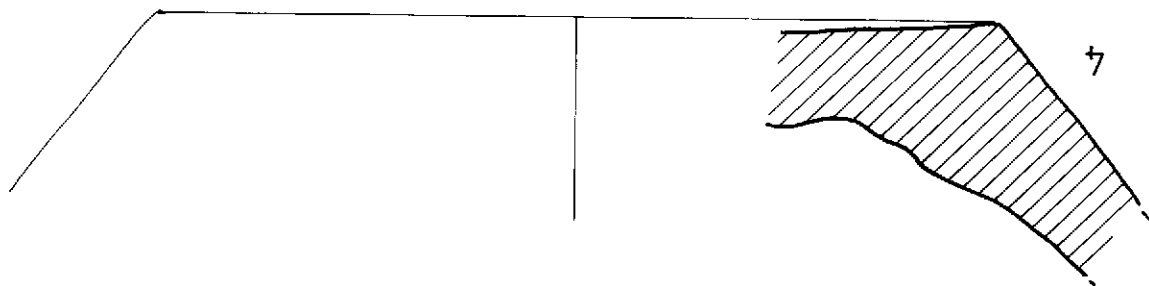
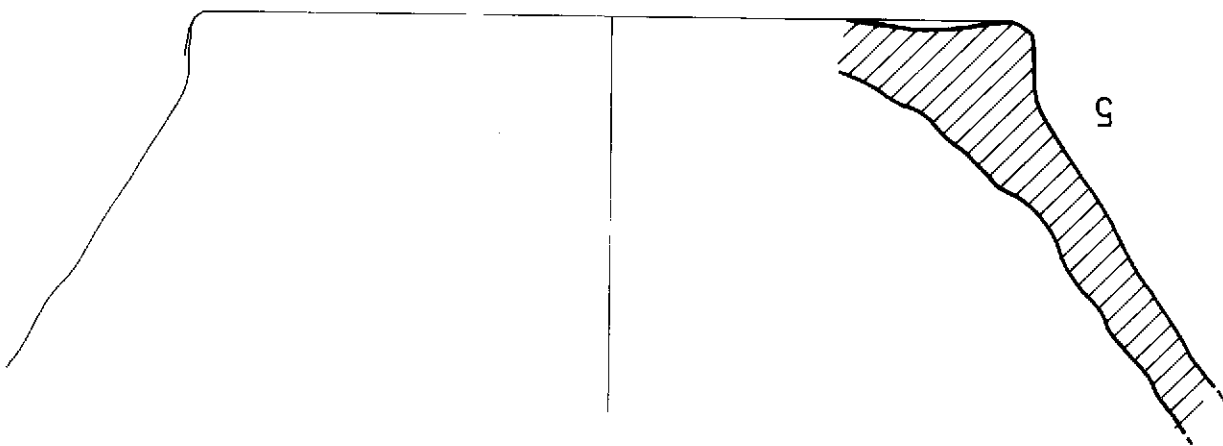


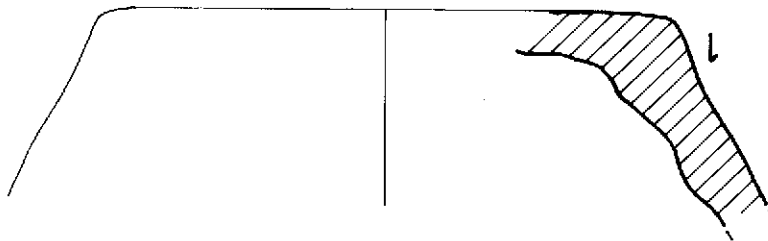
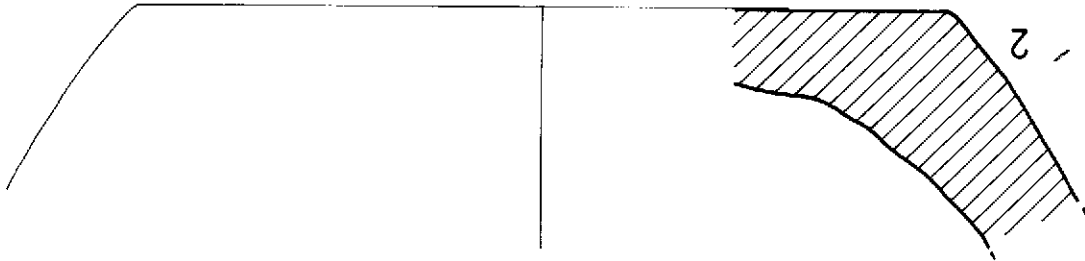
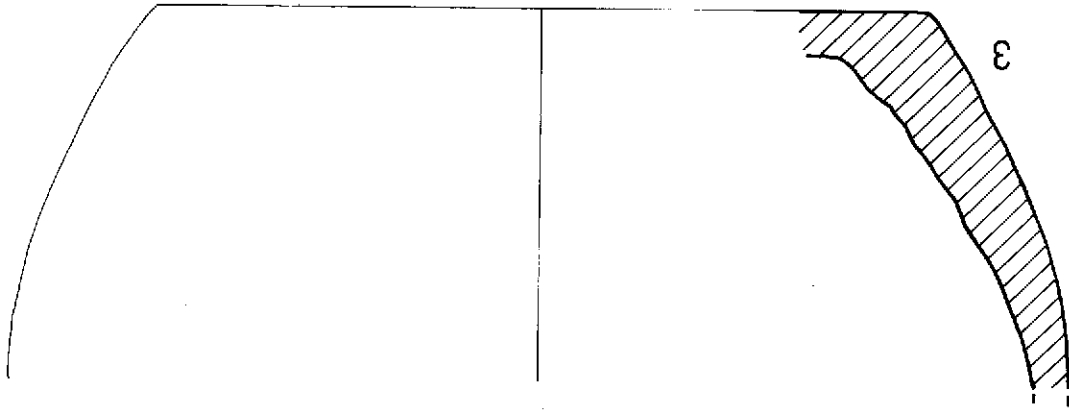
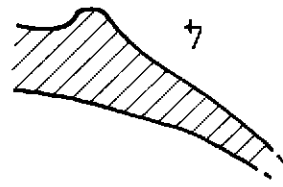


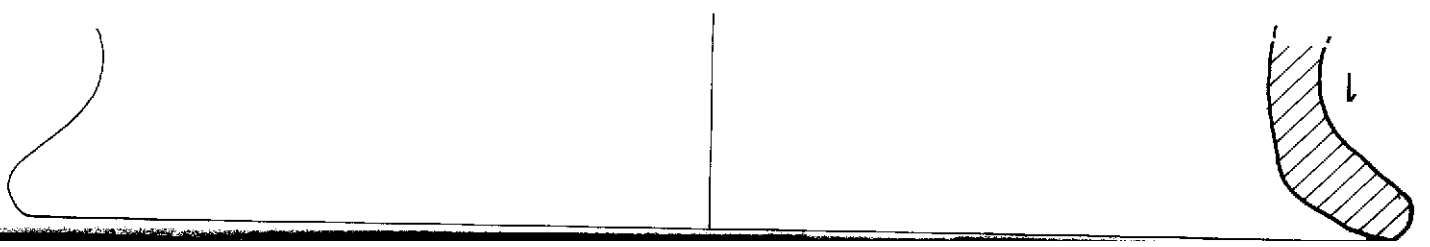
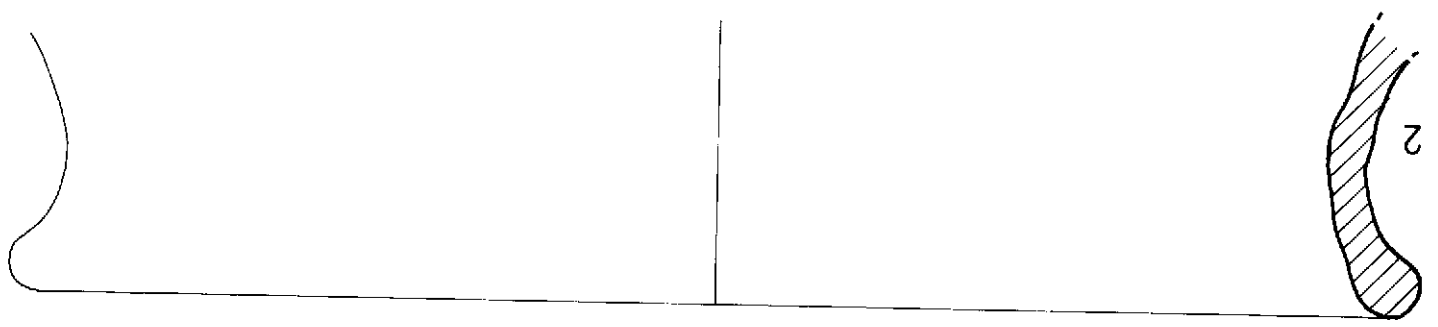
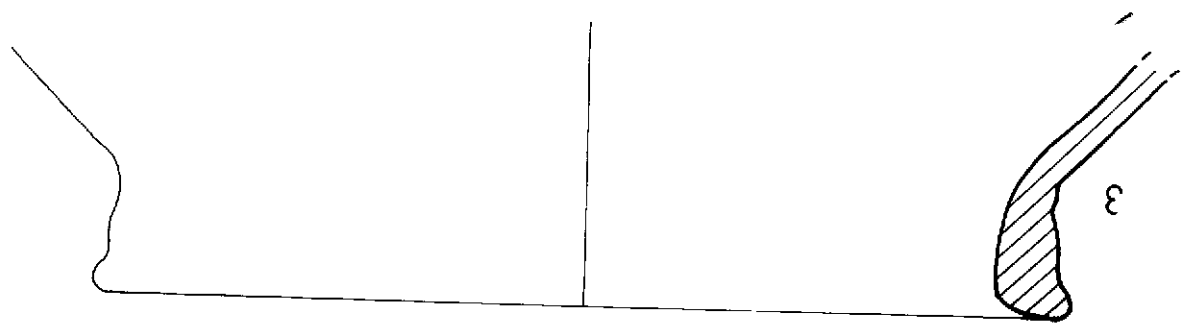
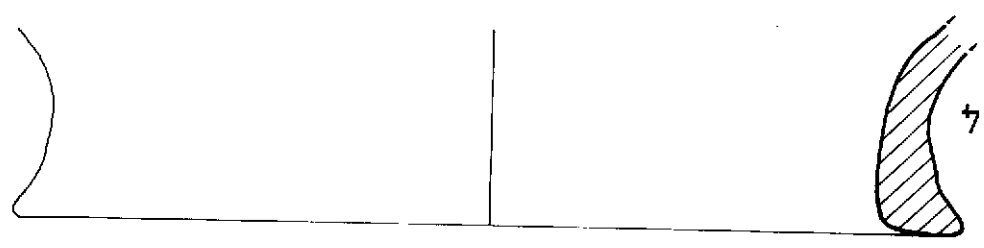
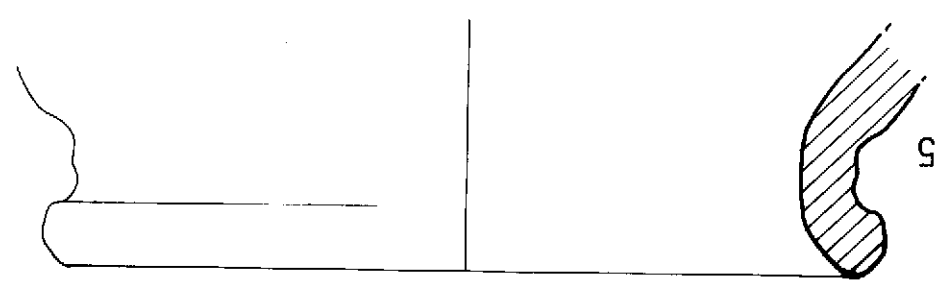
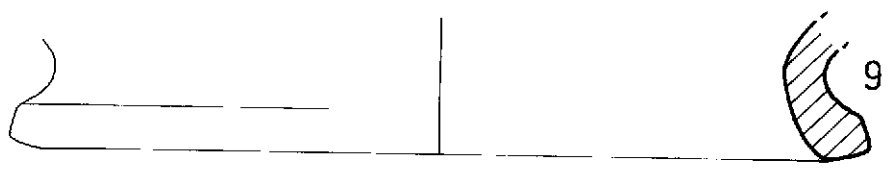
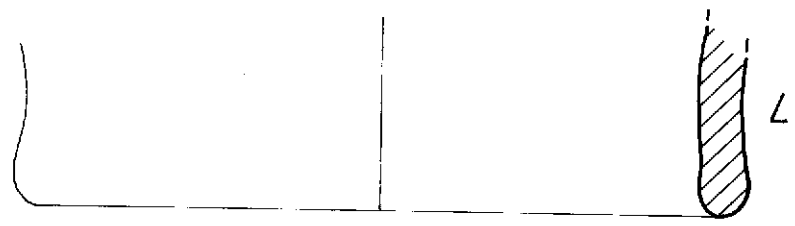
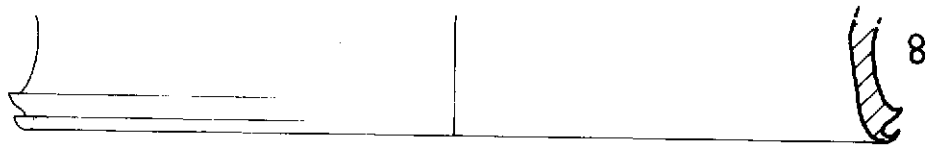


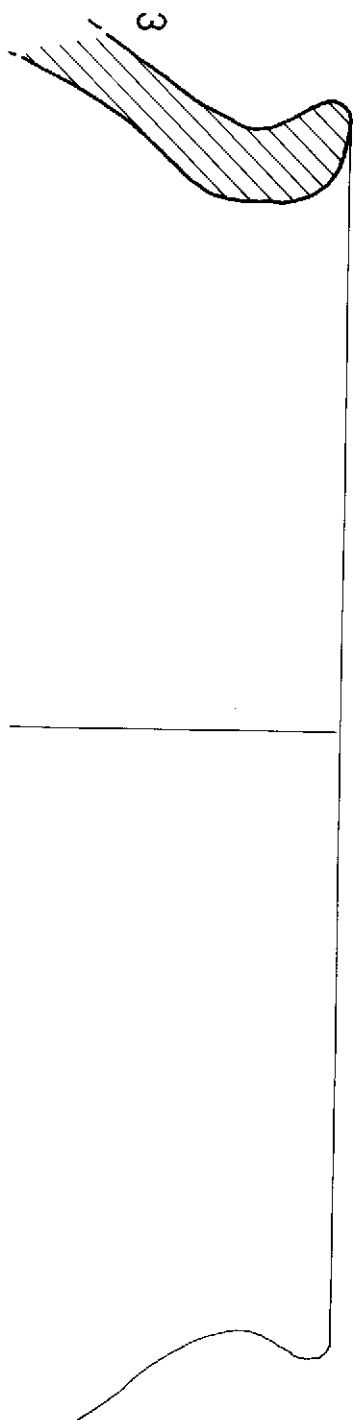
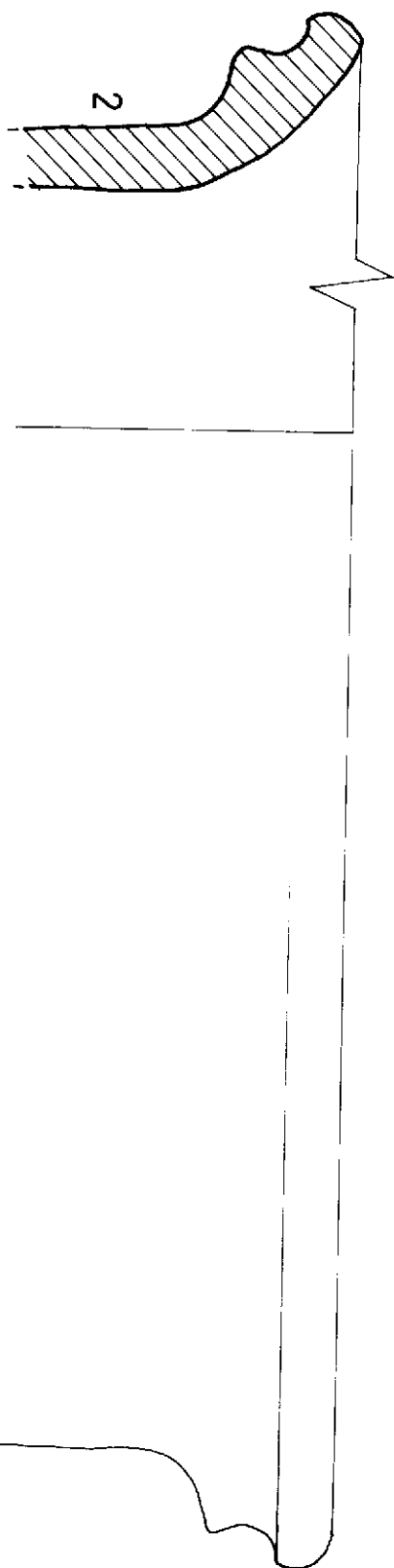
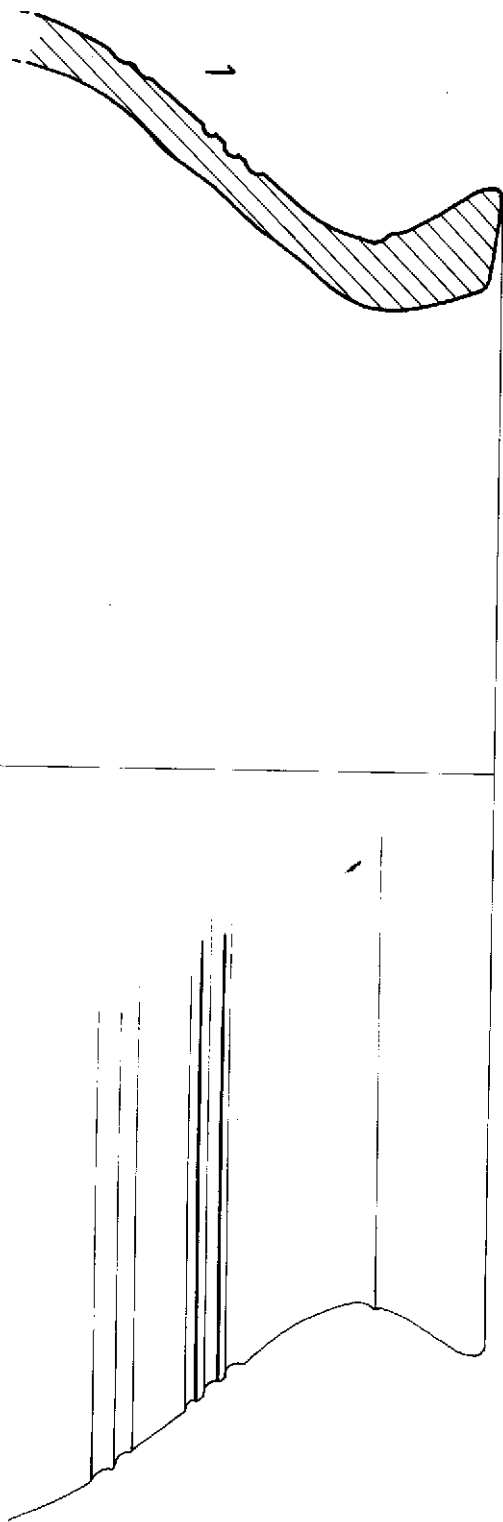


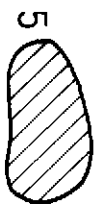
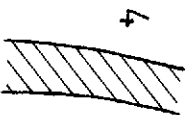
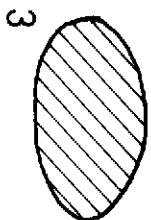
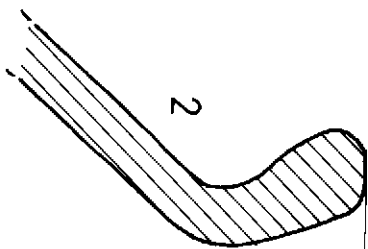
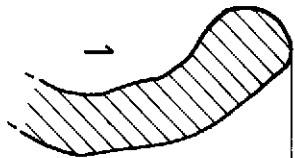




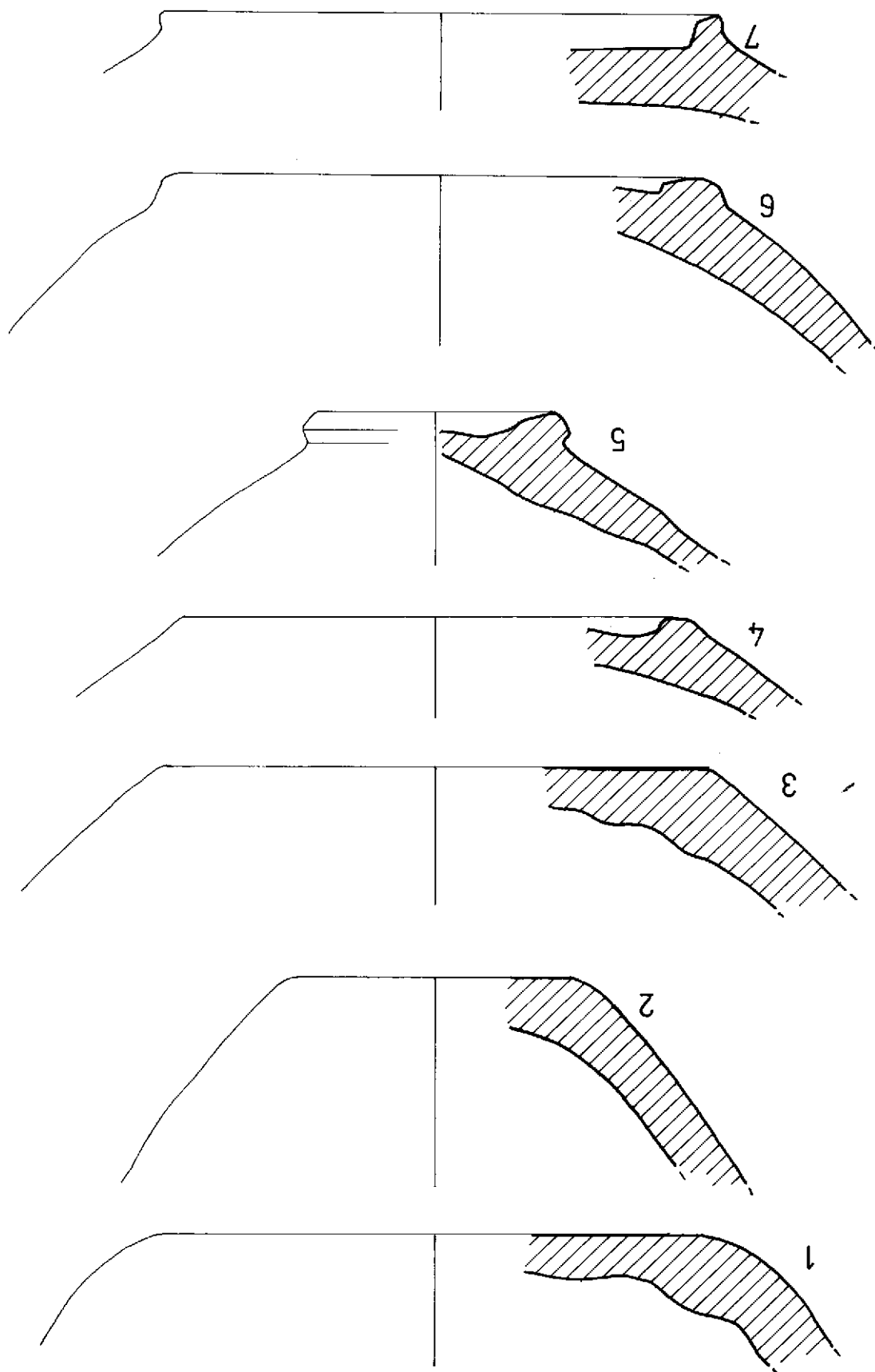


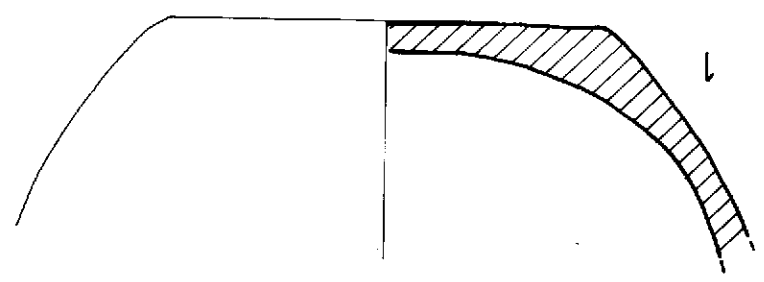
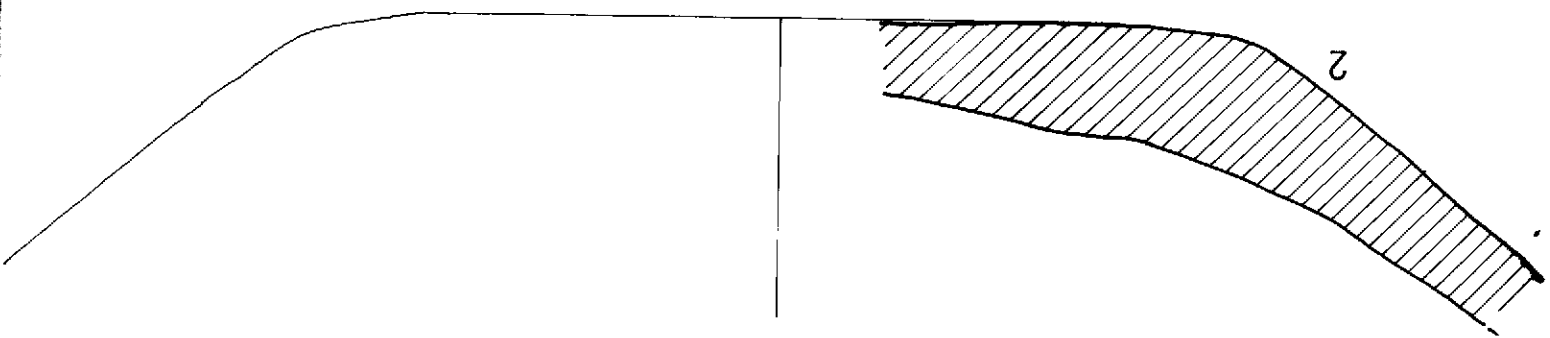
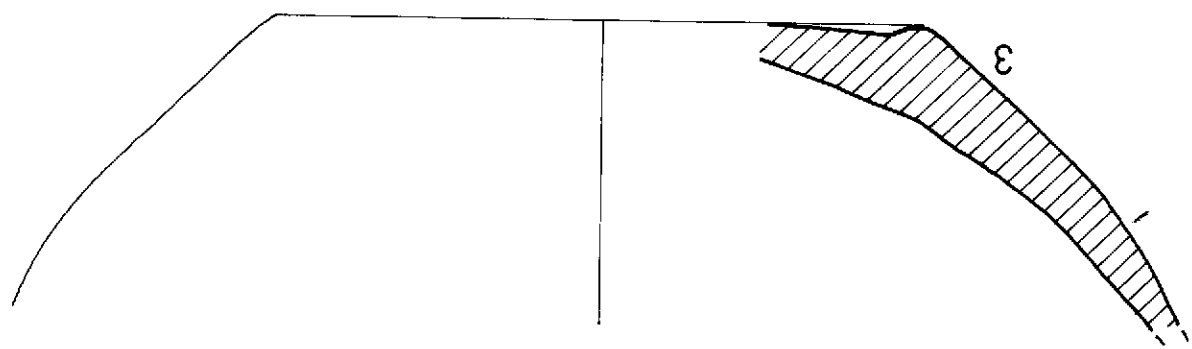
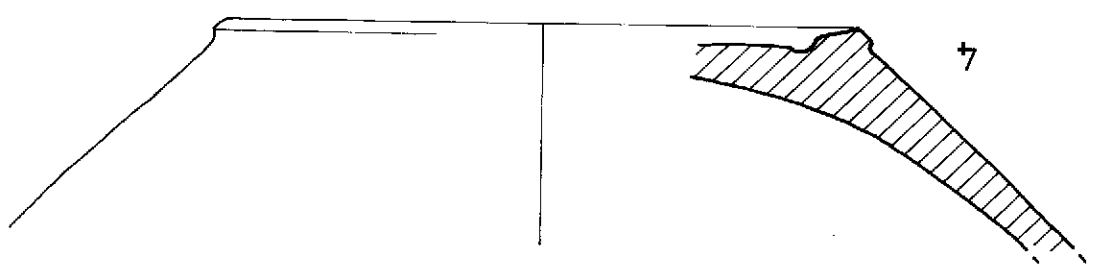
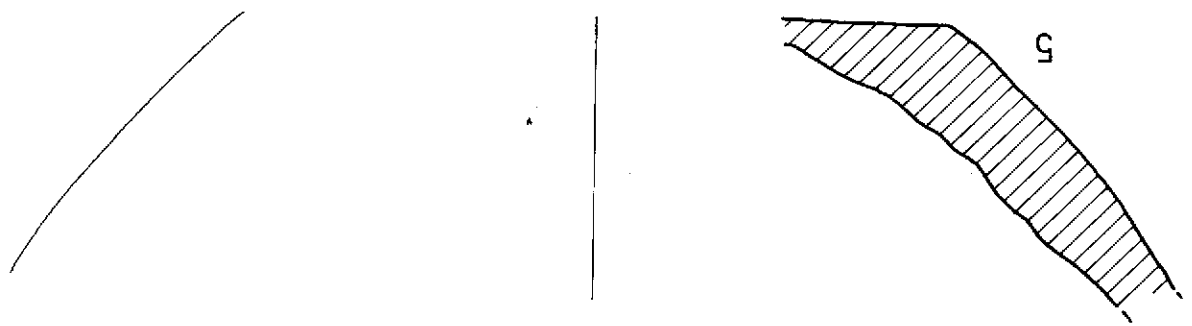
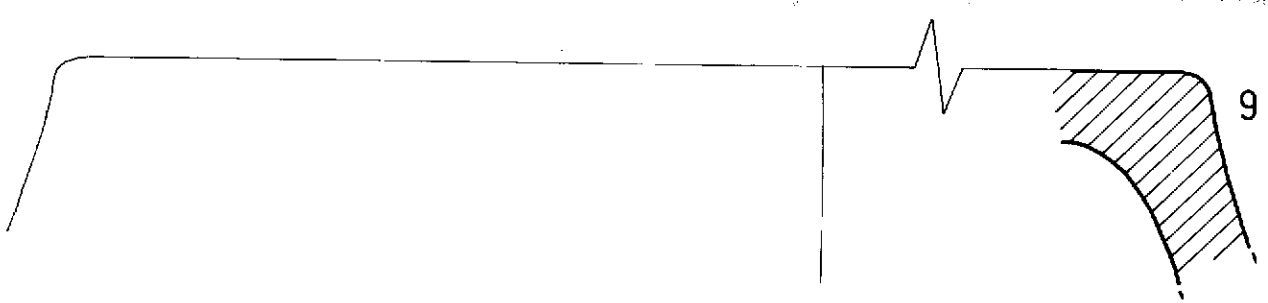


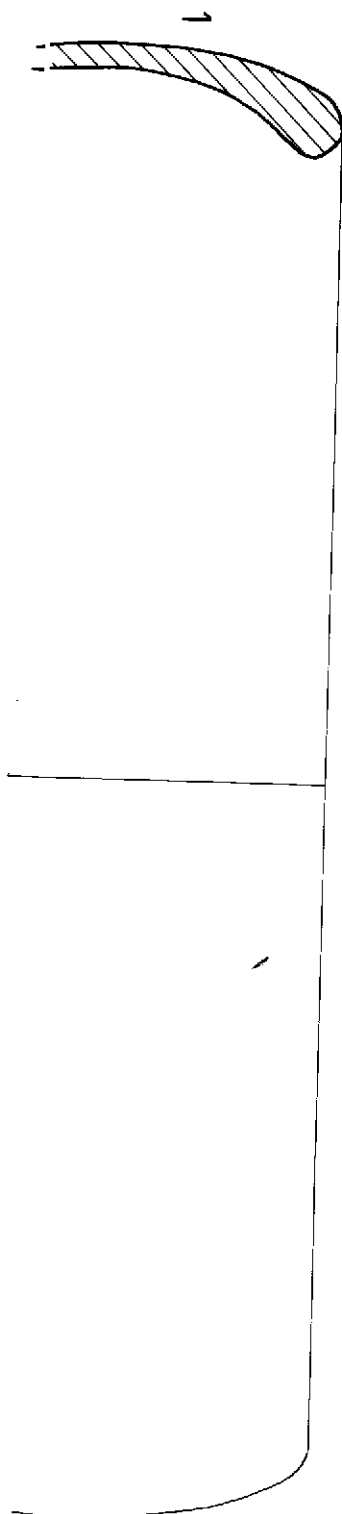
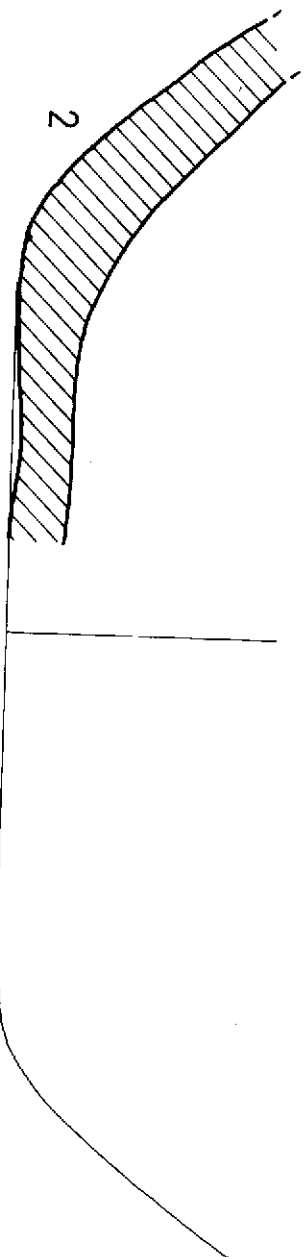
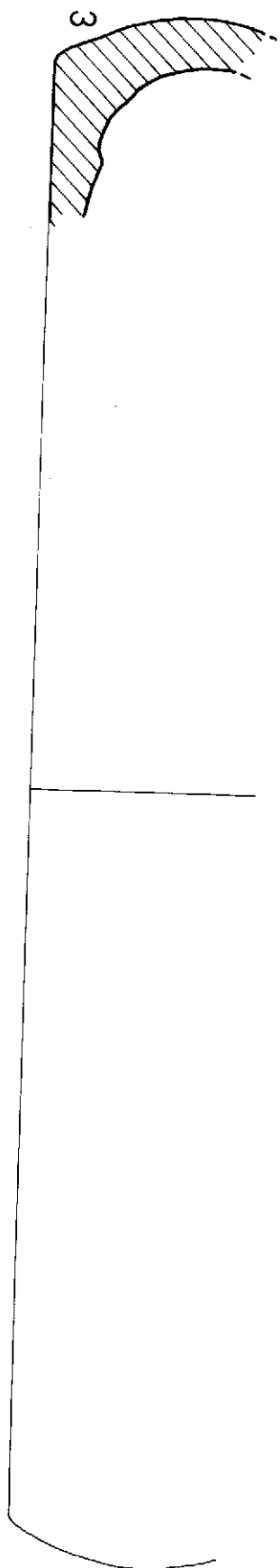


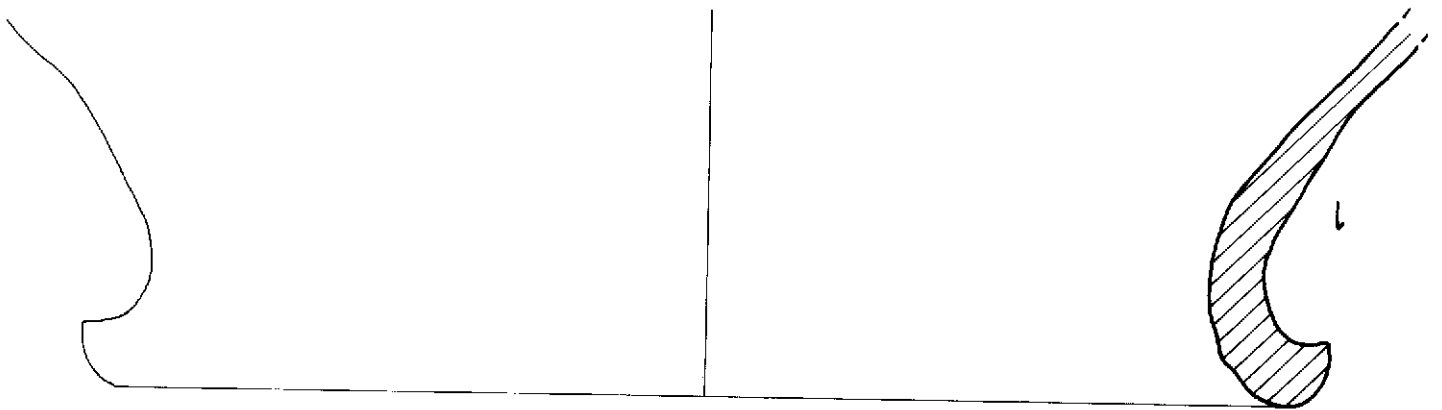
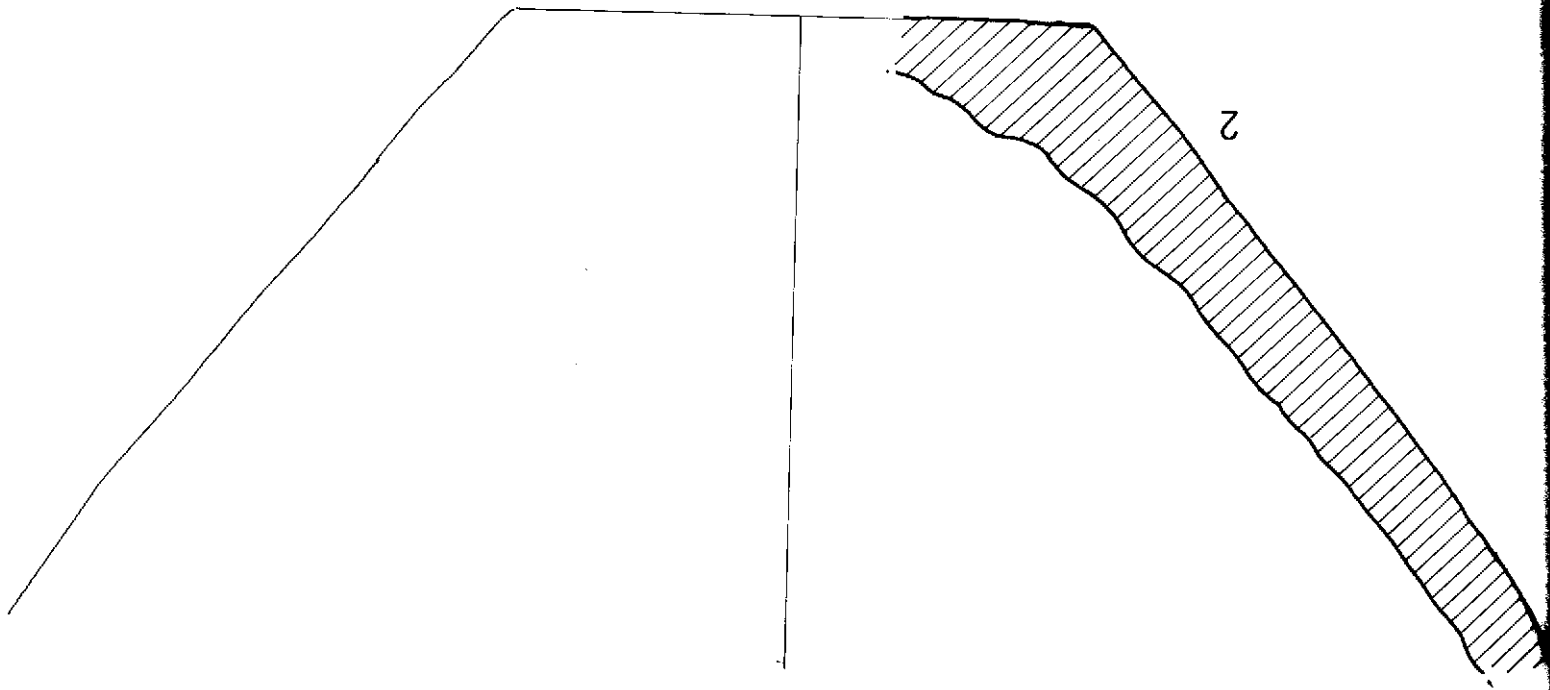


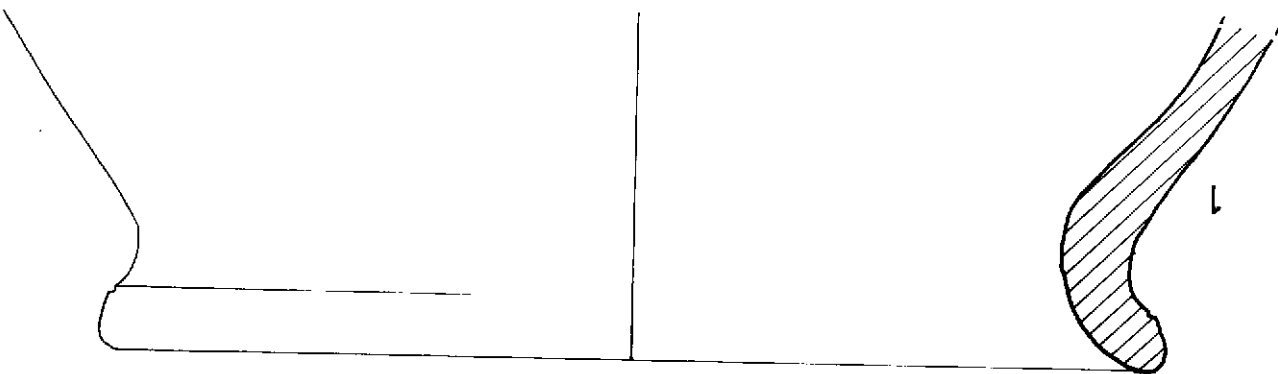
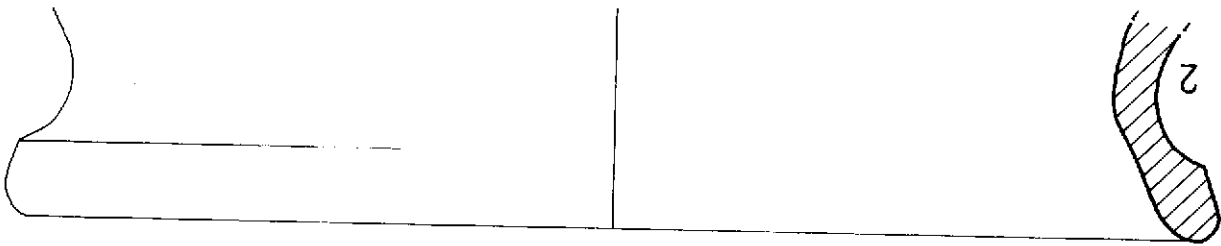
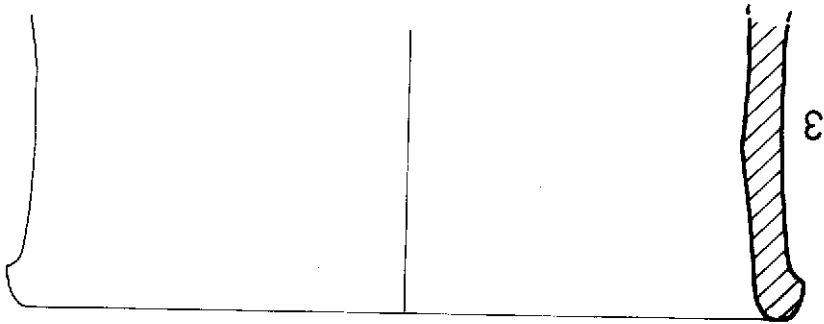
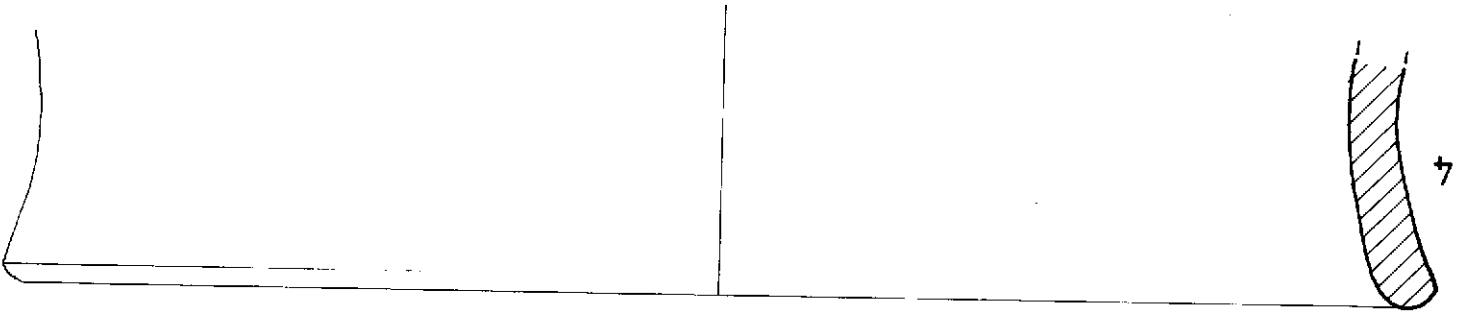
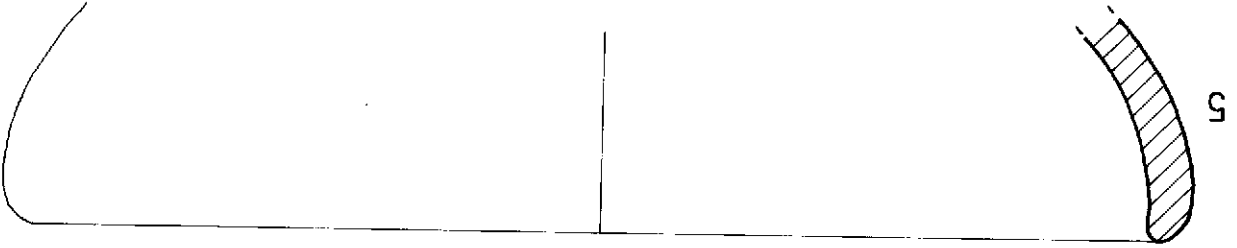
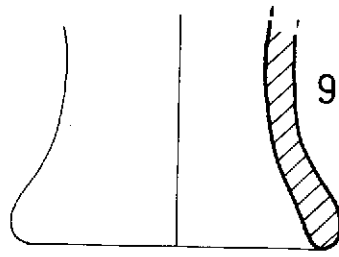


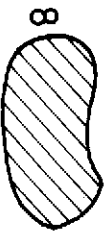
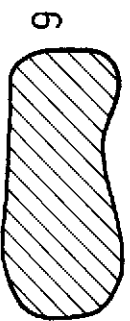
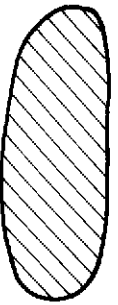
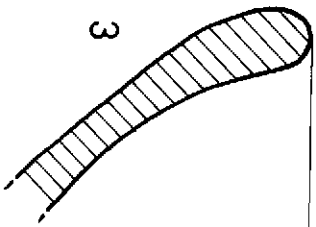
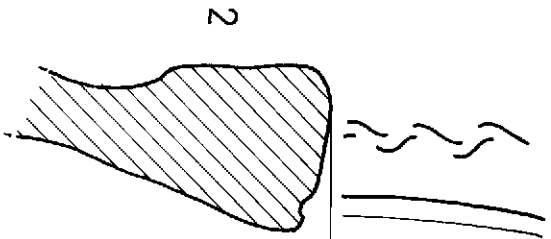
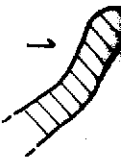


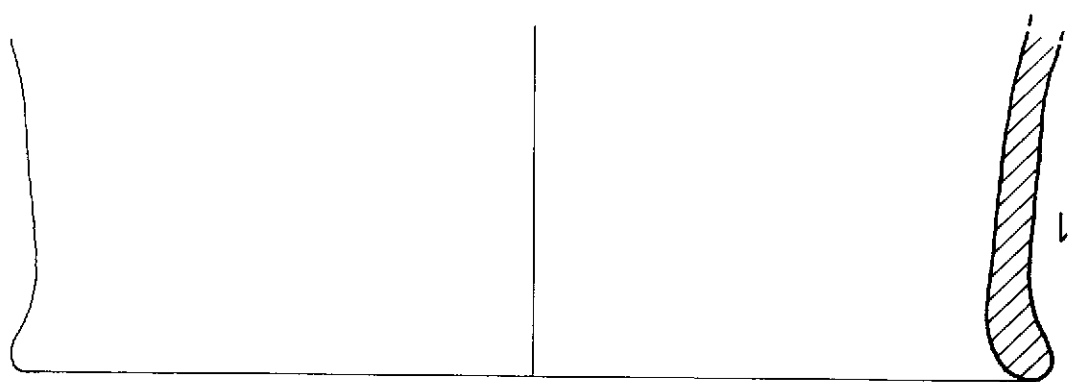
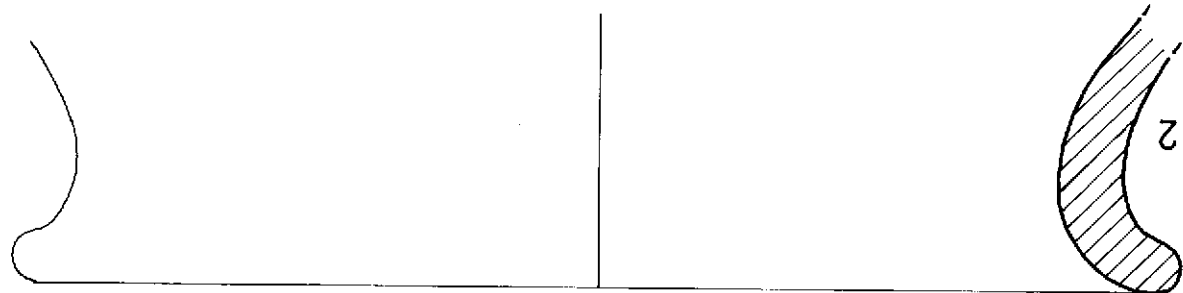
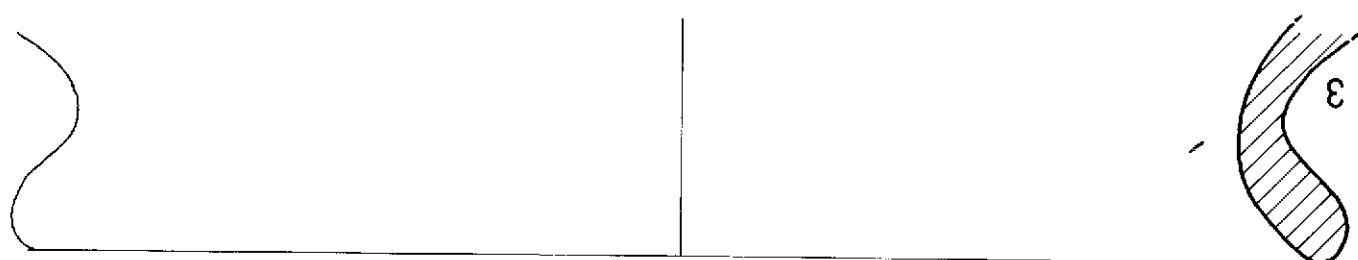
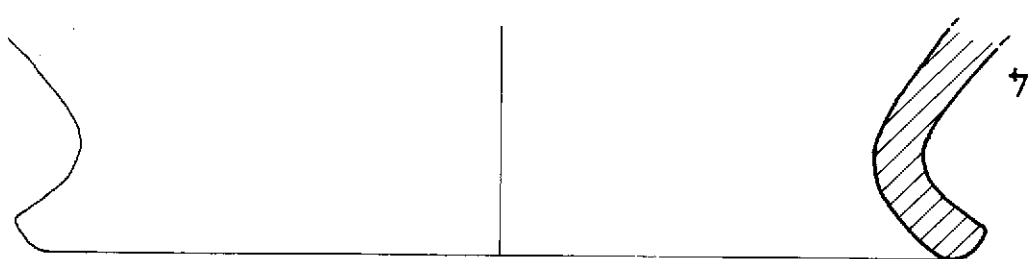
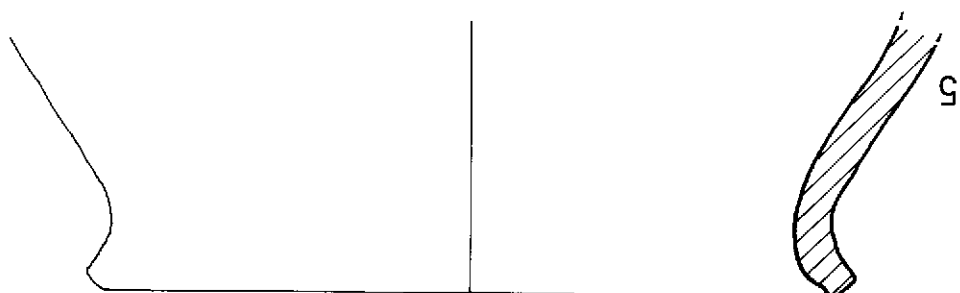
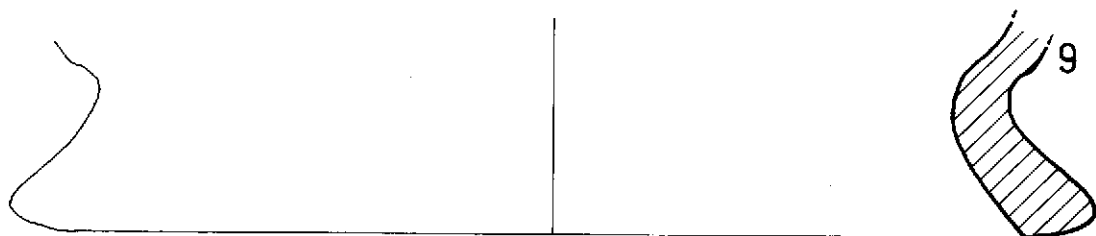


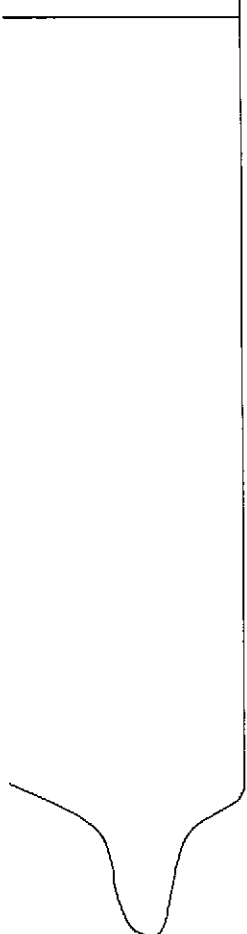
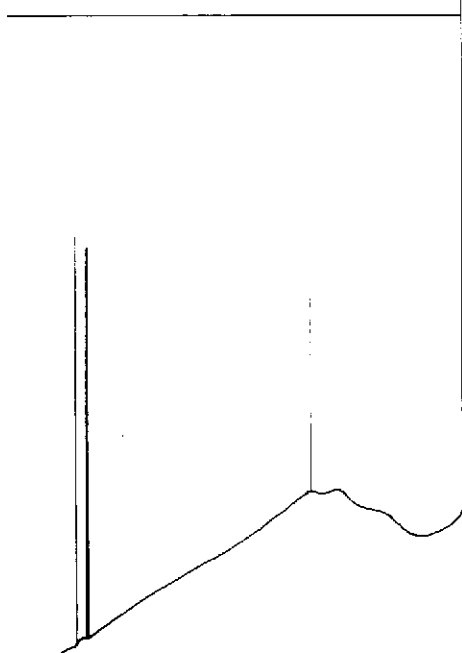
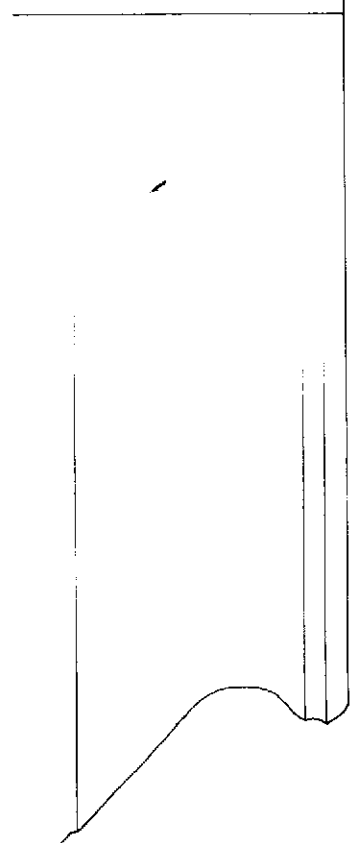
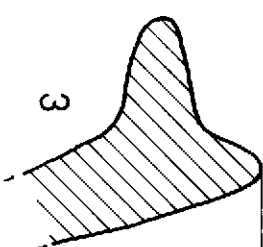
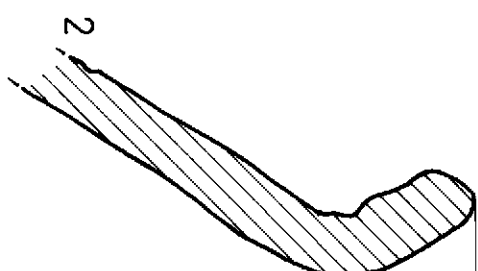
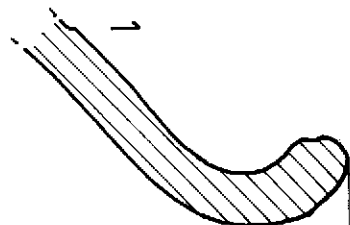




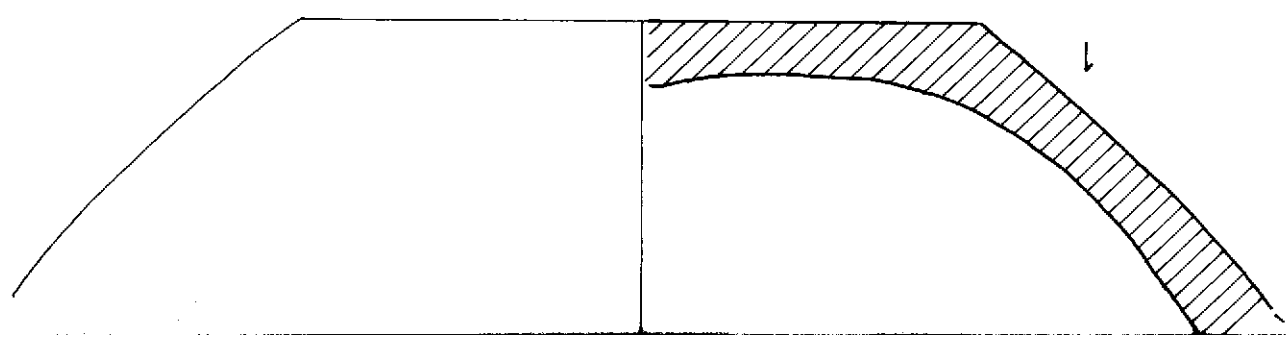
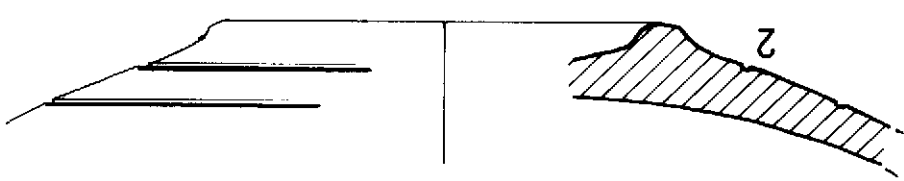
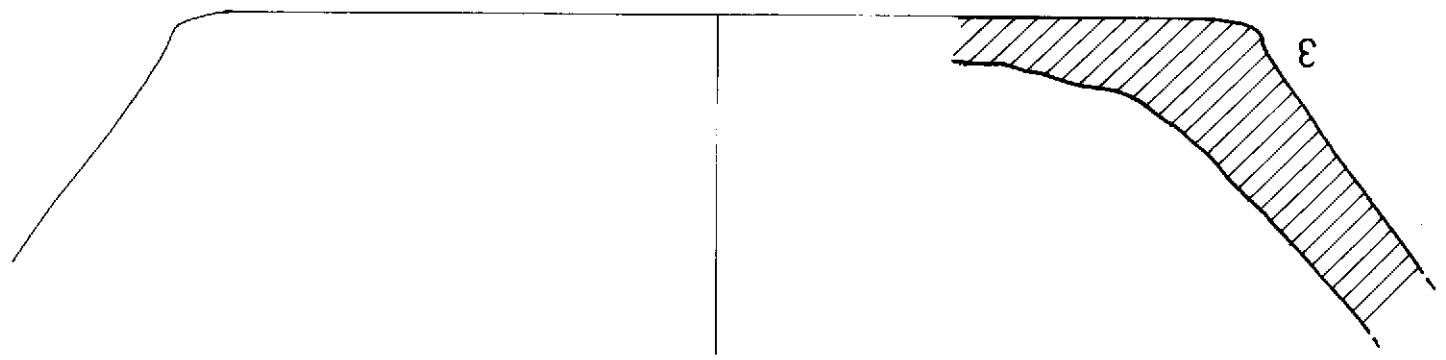
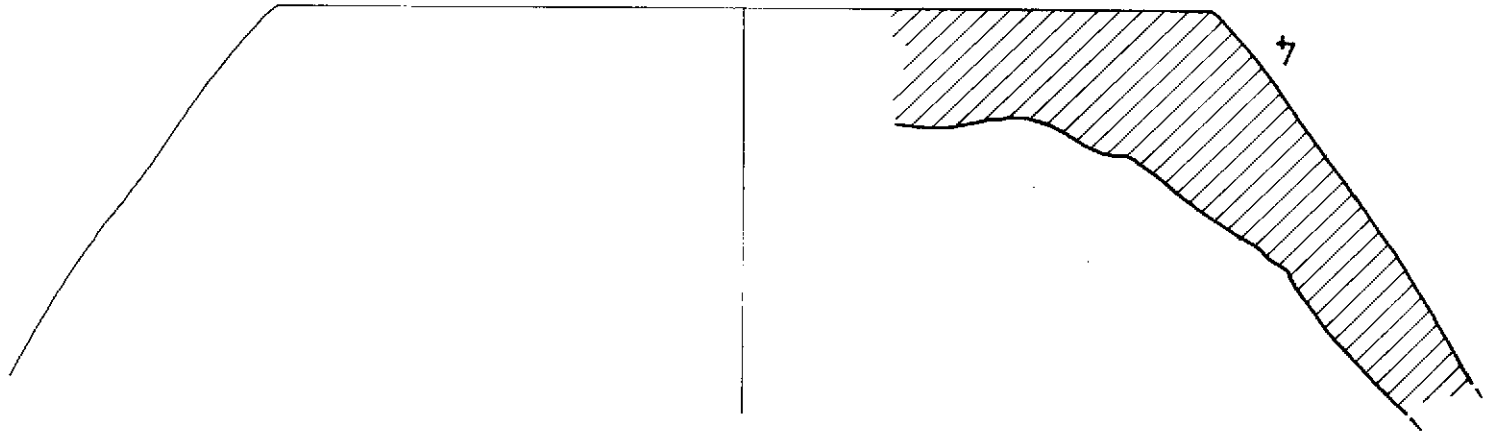
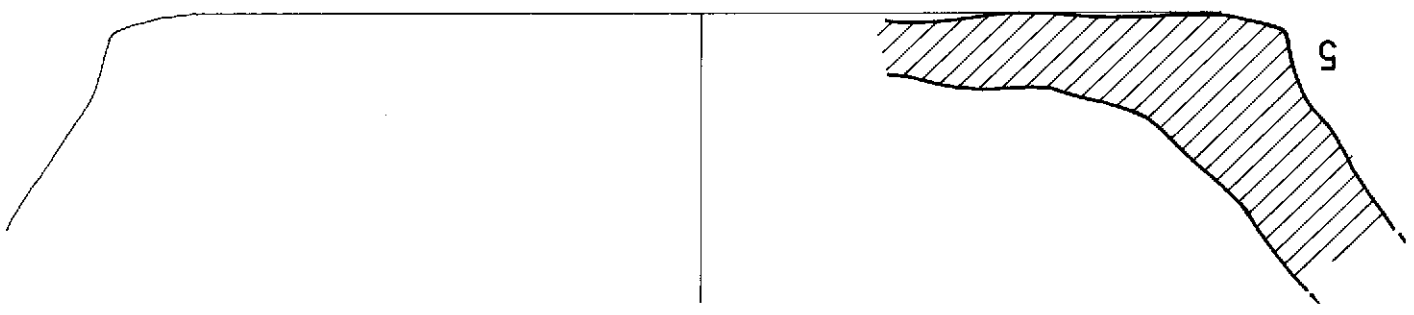
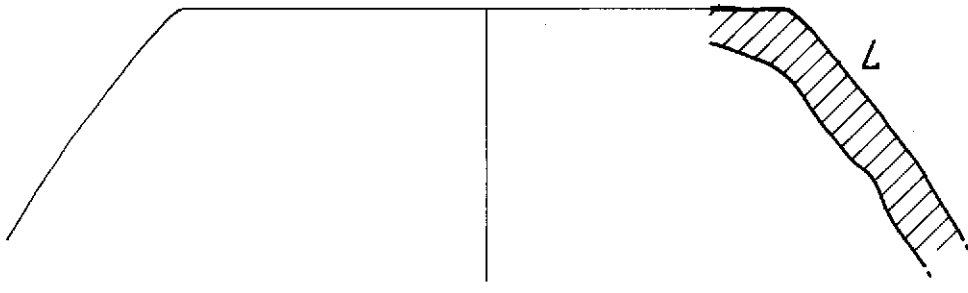


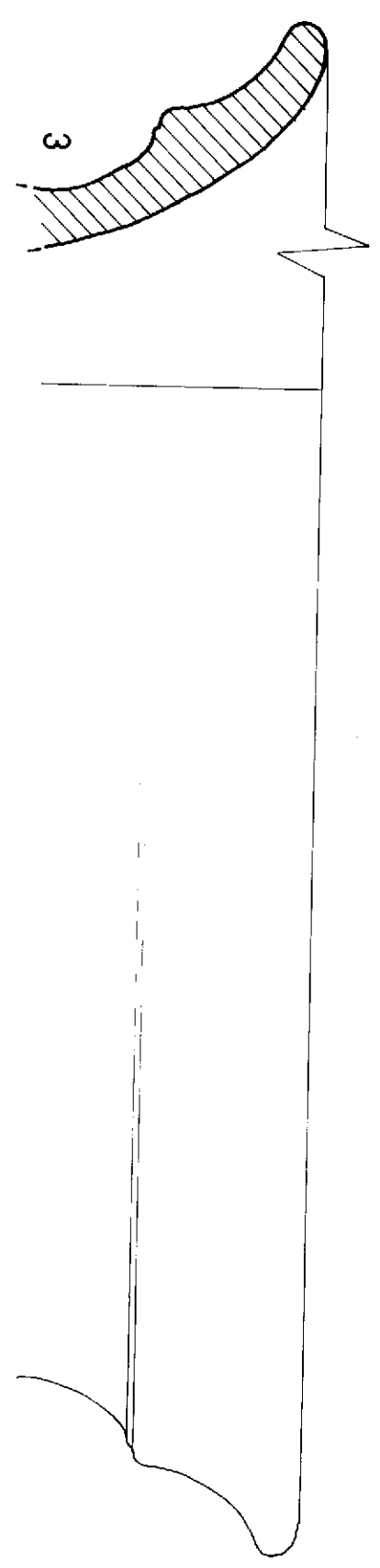
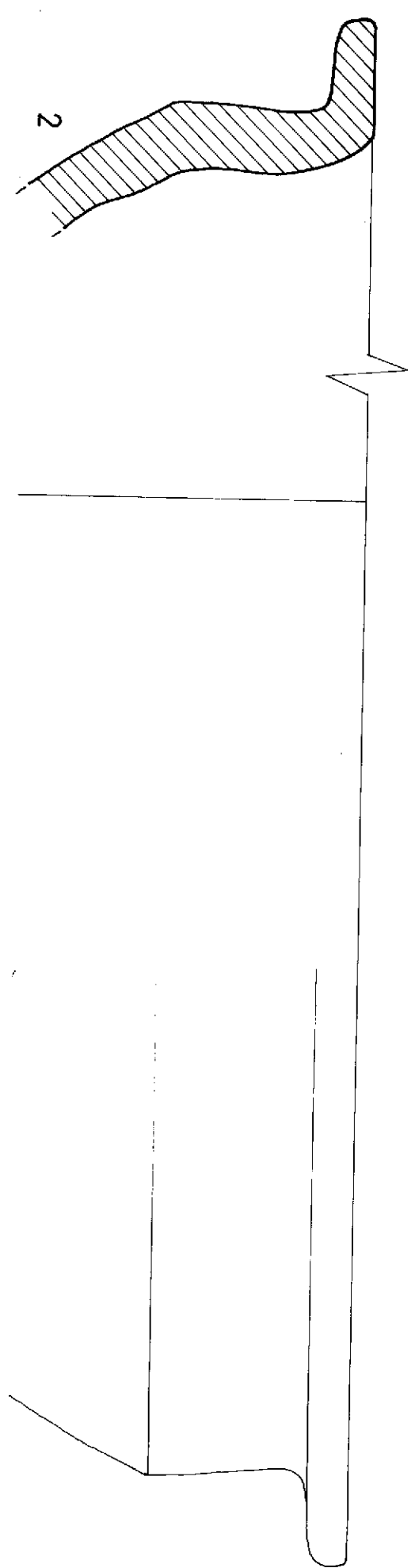
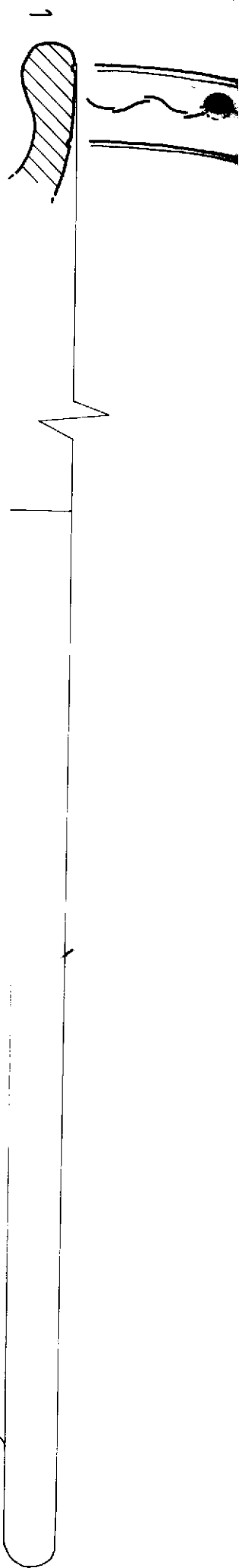


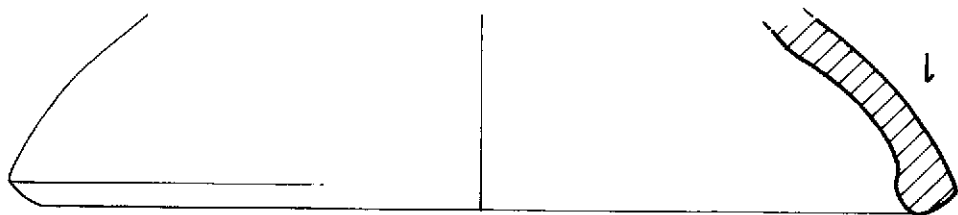
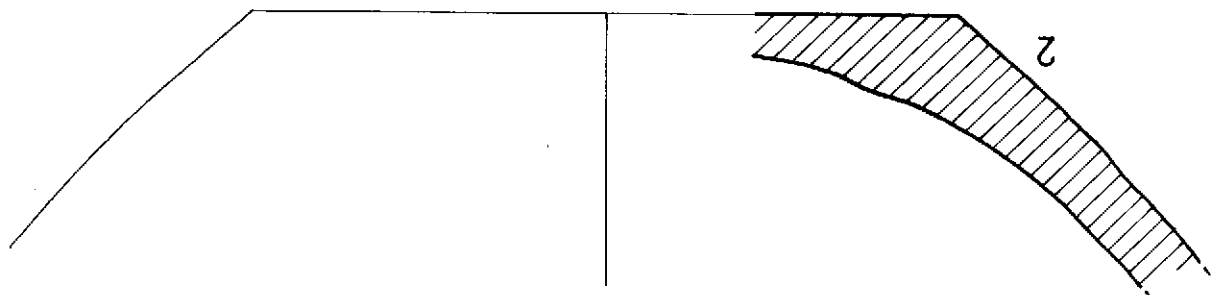
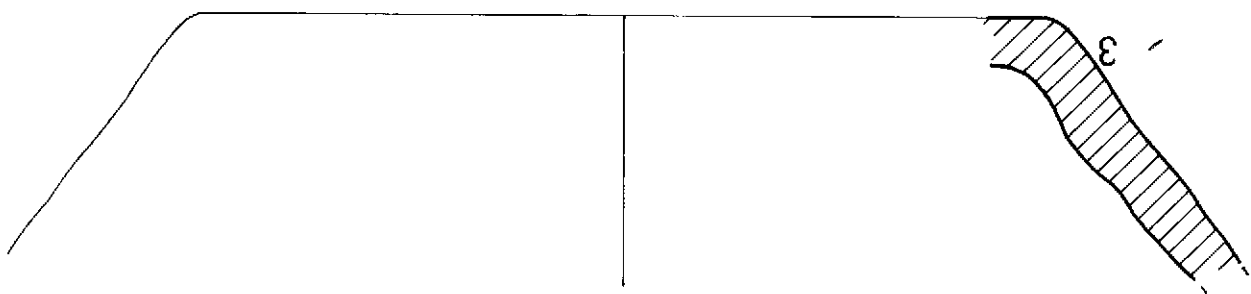
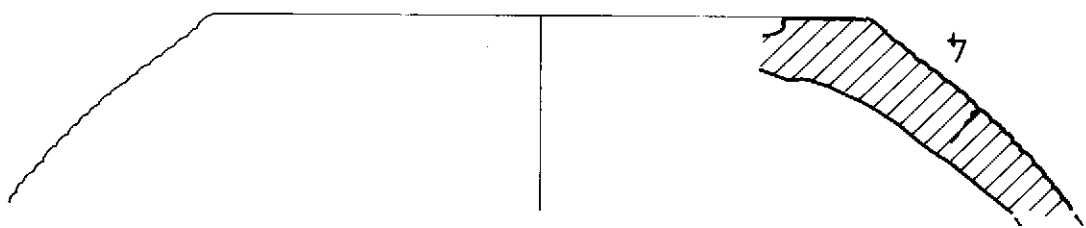
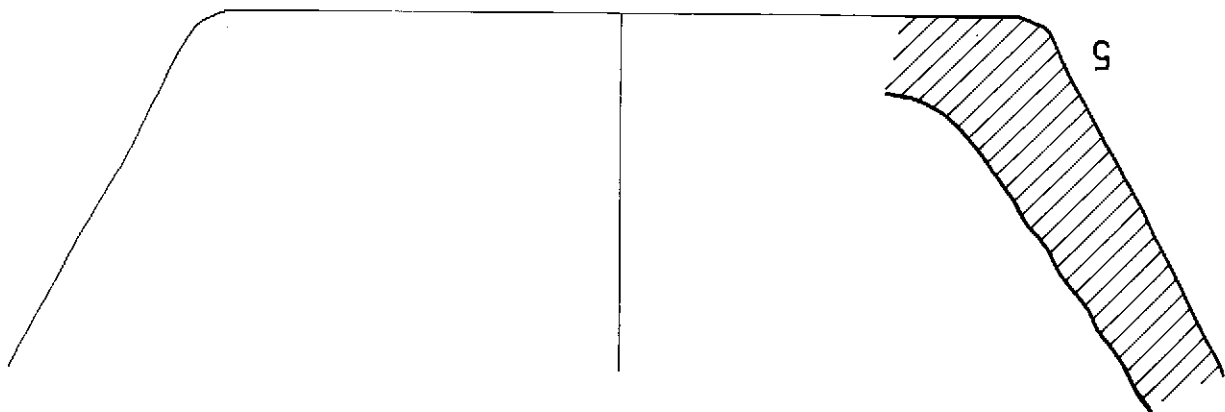
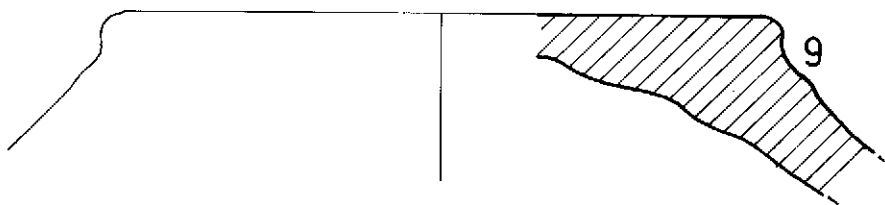




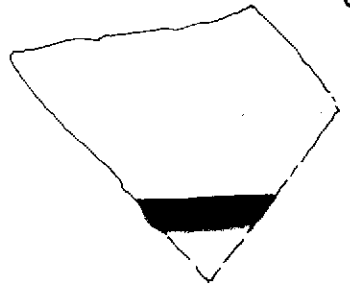




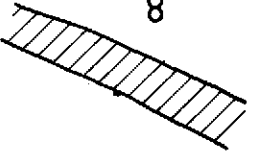




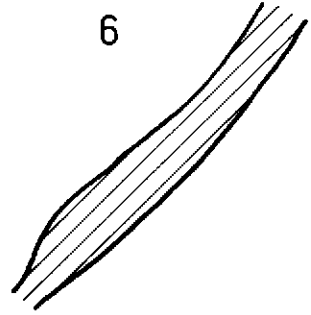
10



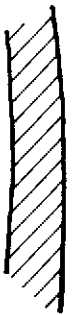
8



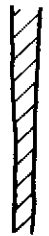
6



5



9



7



2



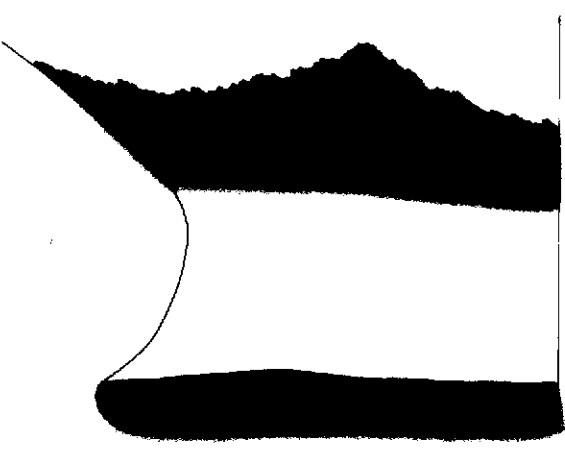
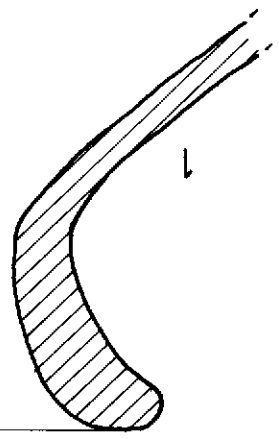
3



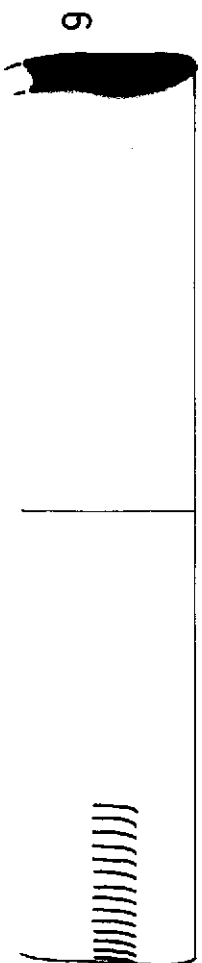
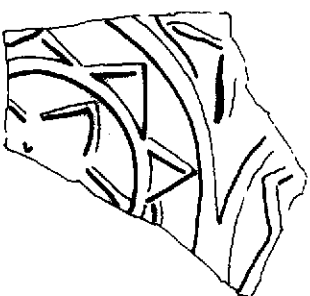
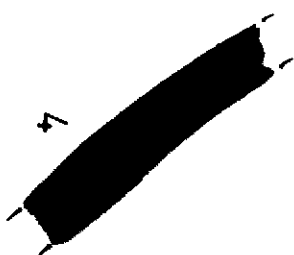
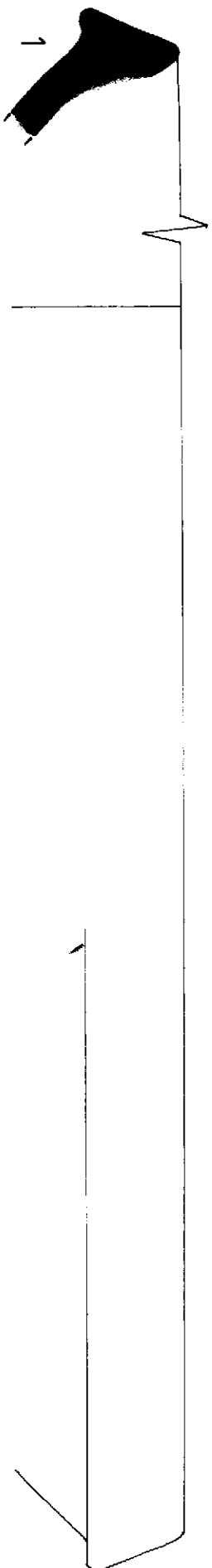
4

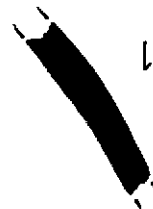
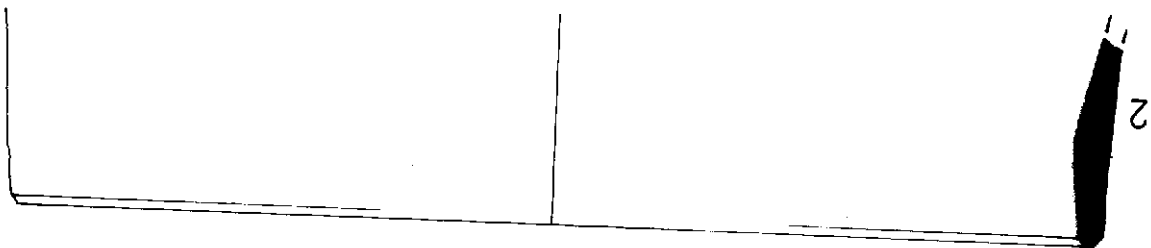


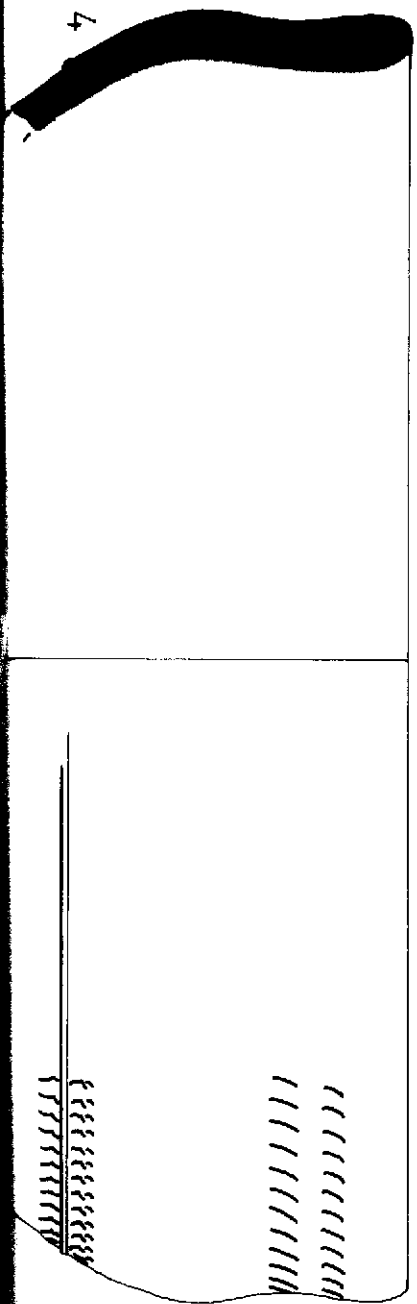
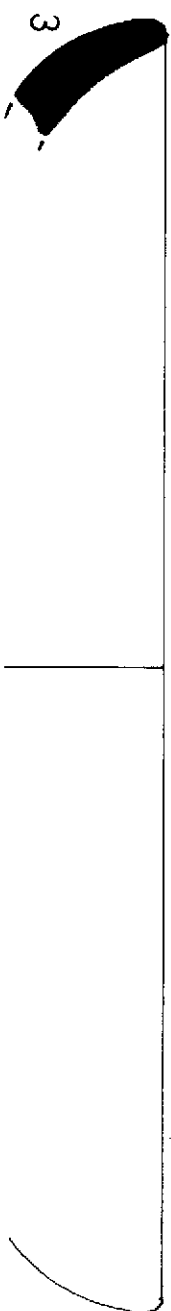
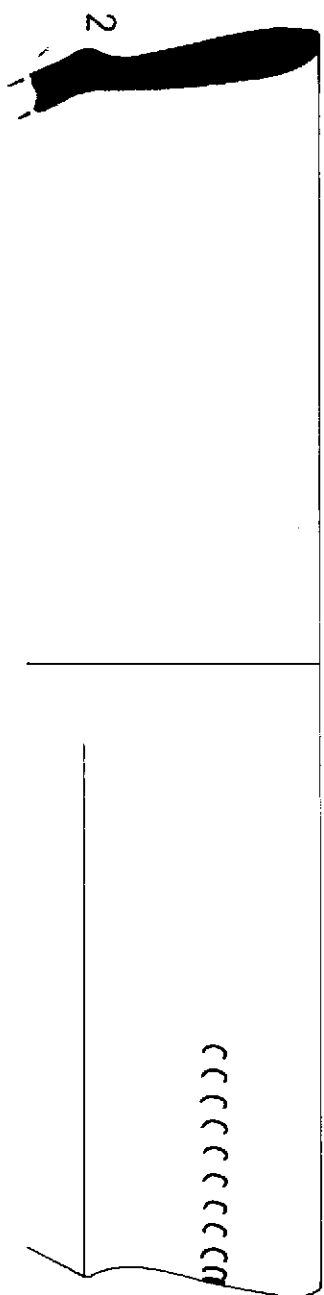
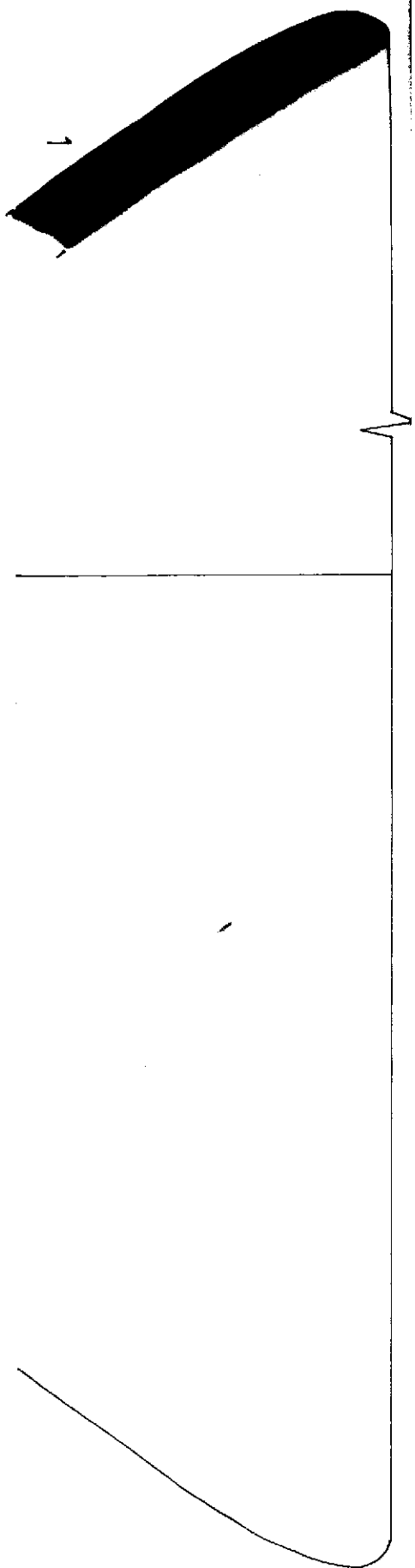
1



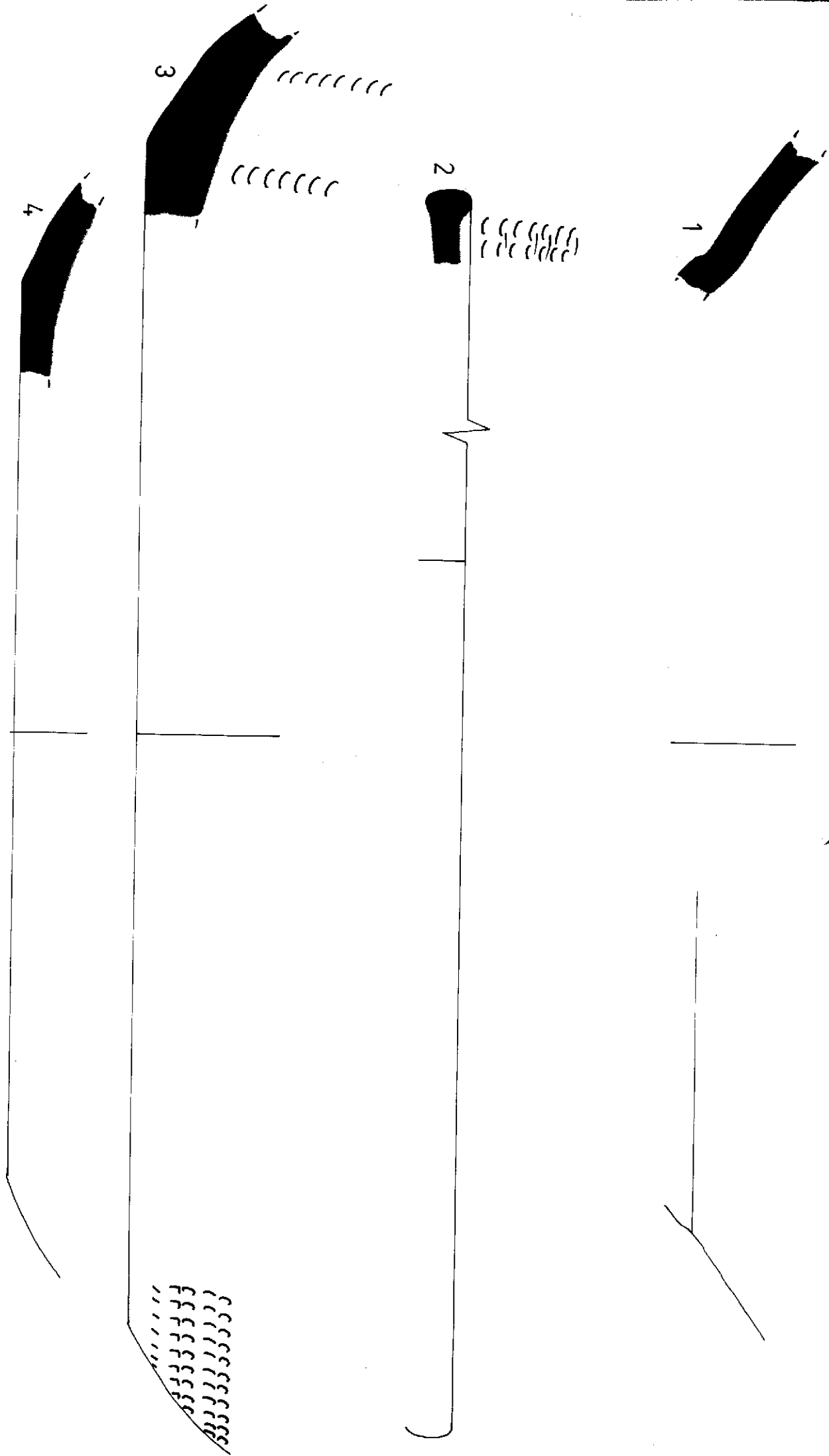
1  
[REDACTED]  
1  
5  
5  
5  
5

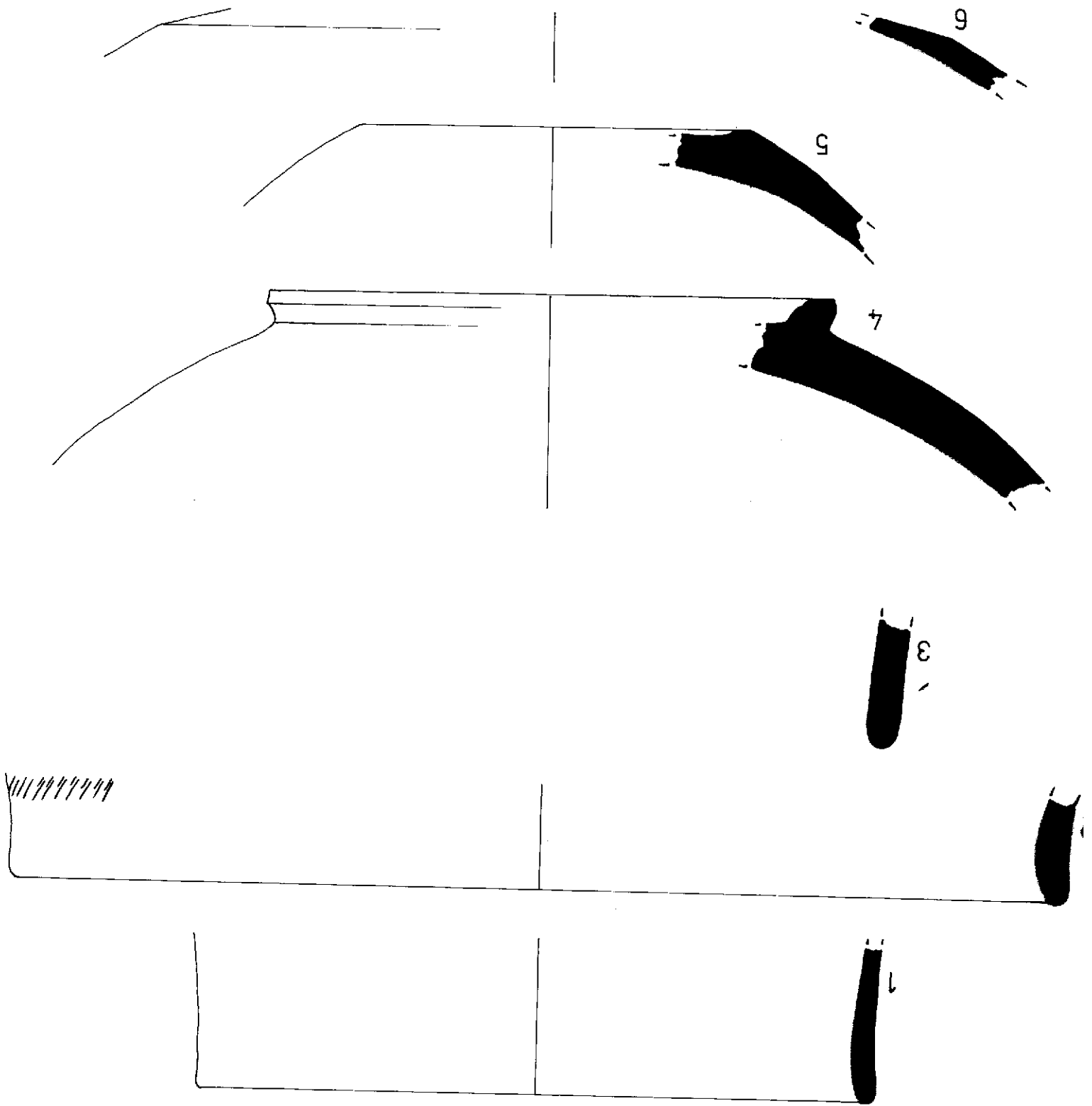


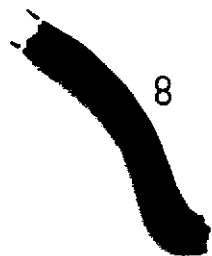




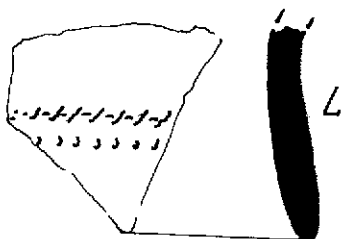




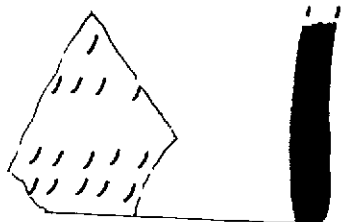




8



7



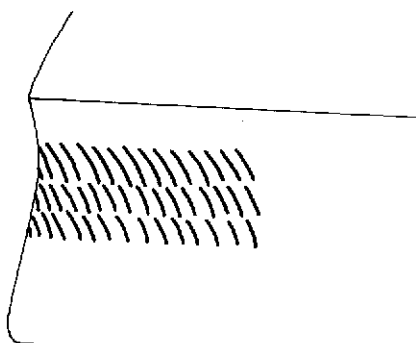
9



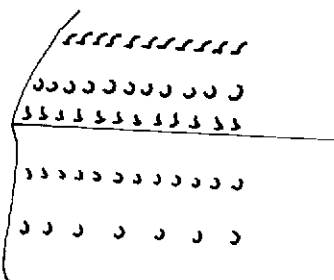
5



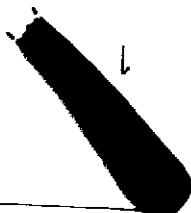
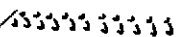
4



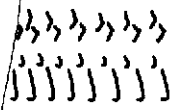
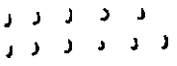
3

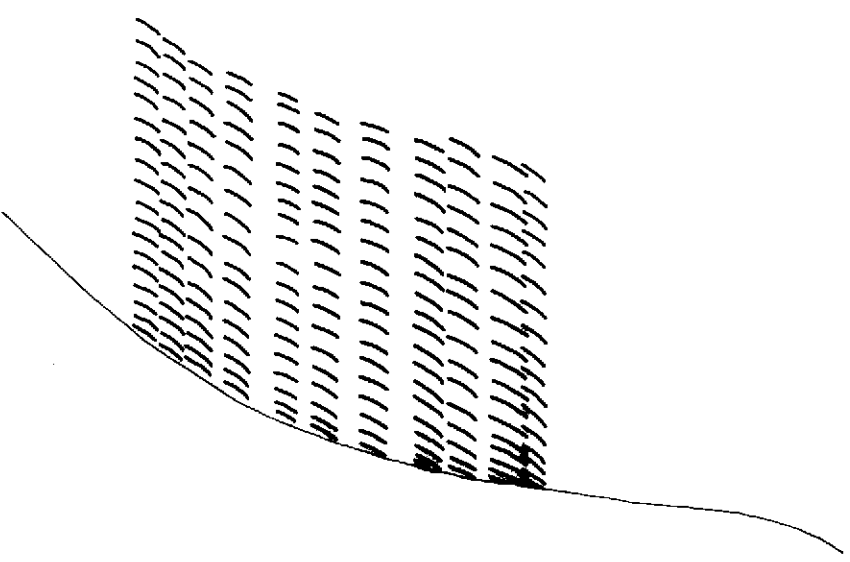
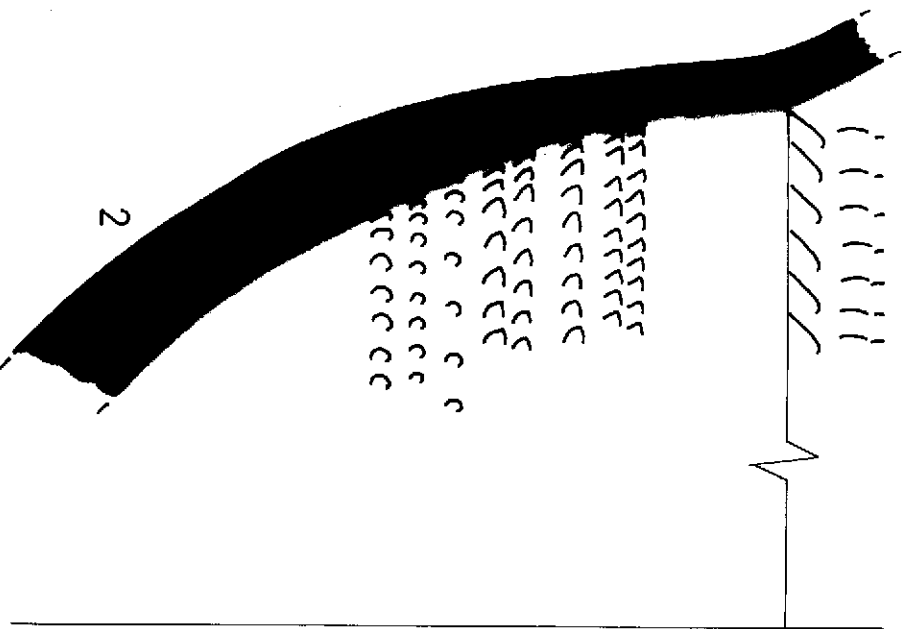
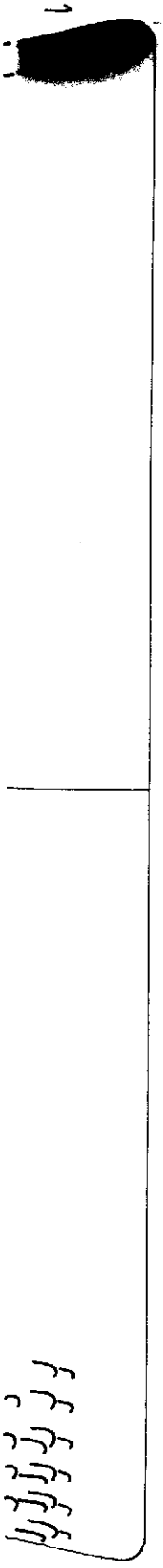


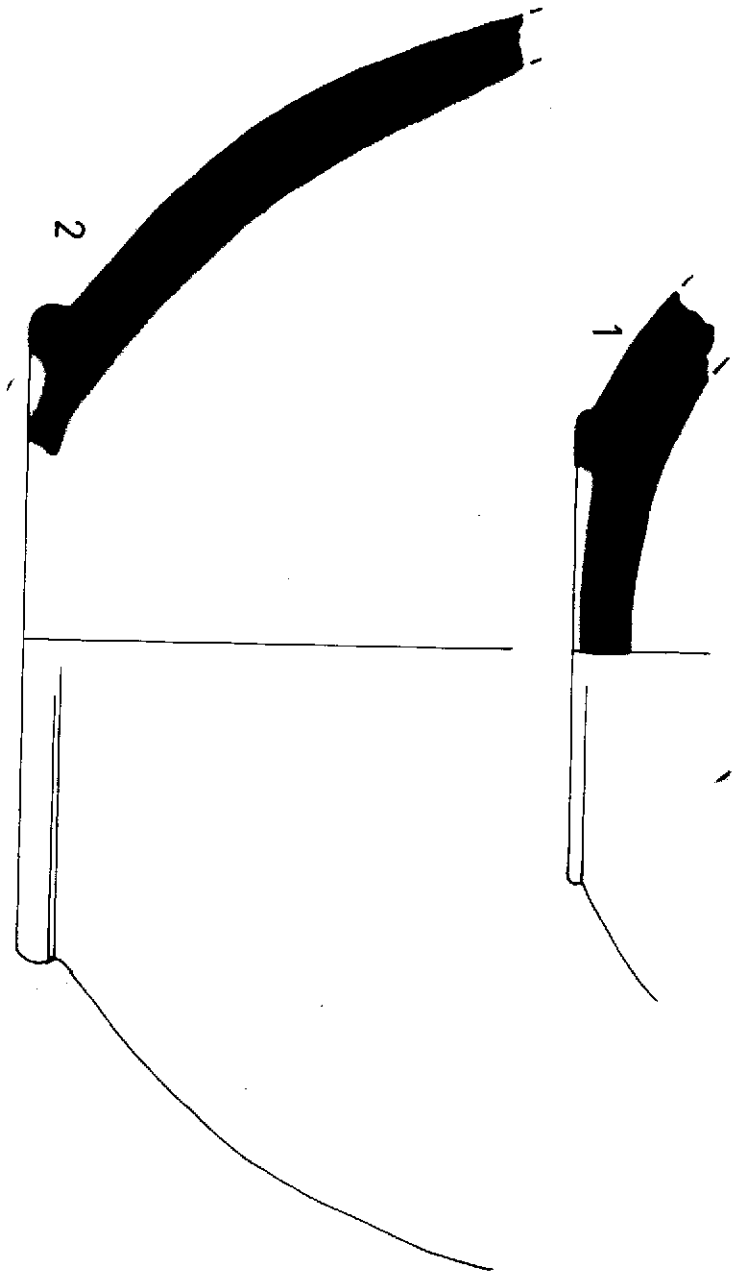
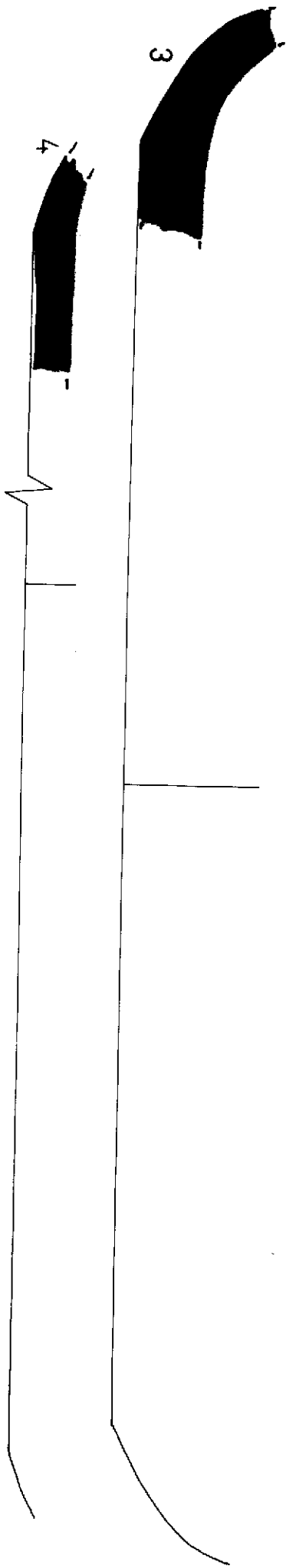
2

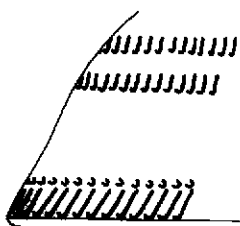
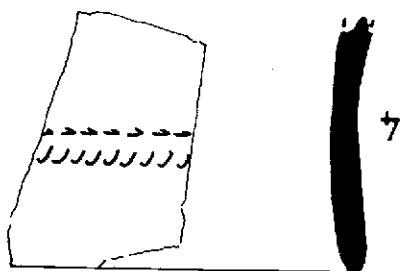
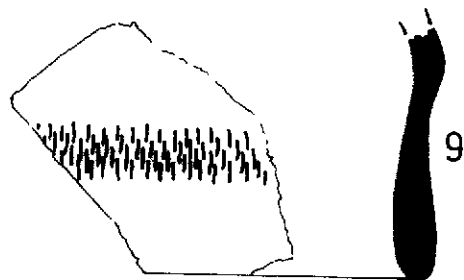
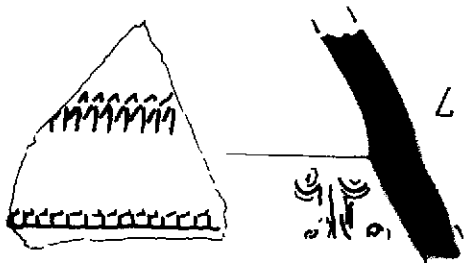


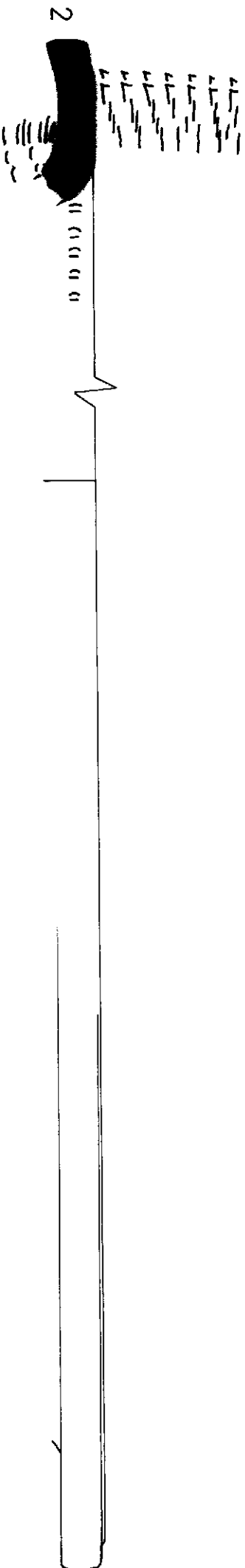
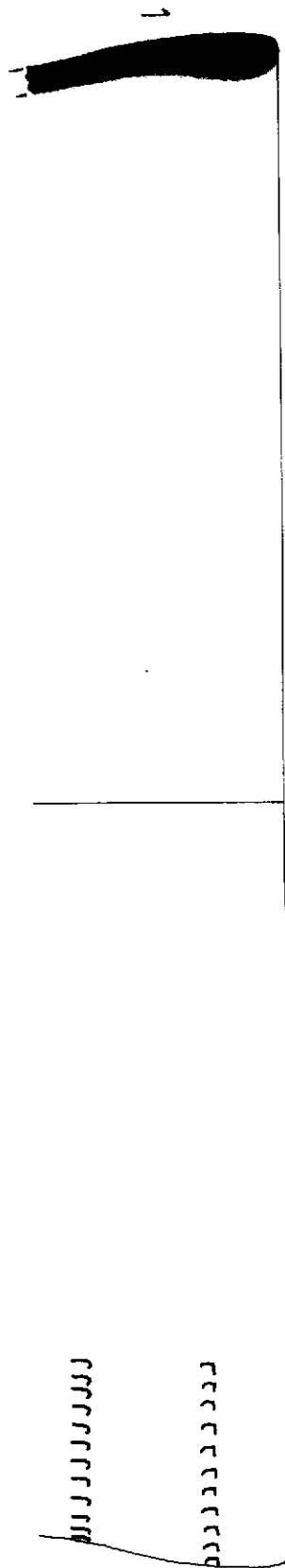
1





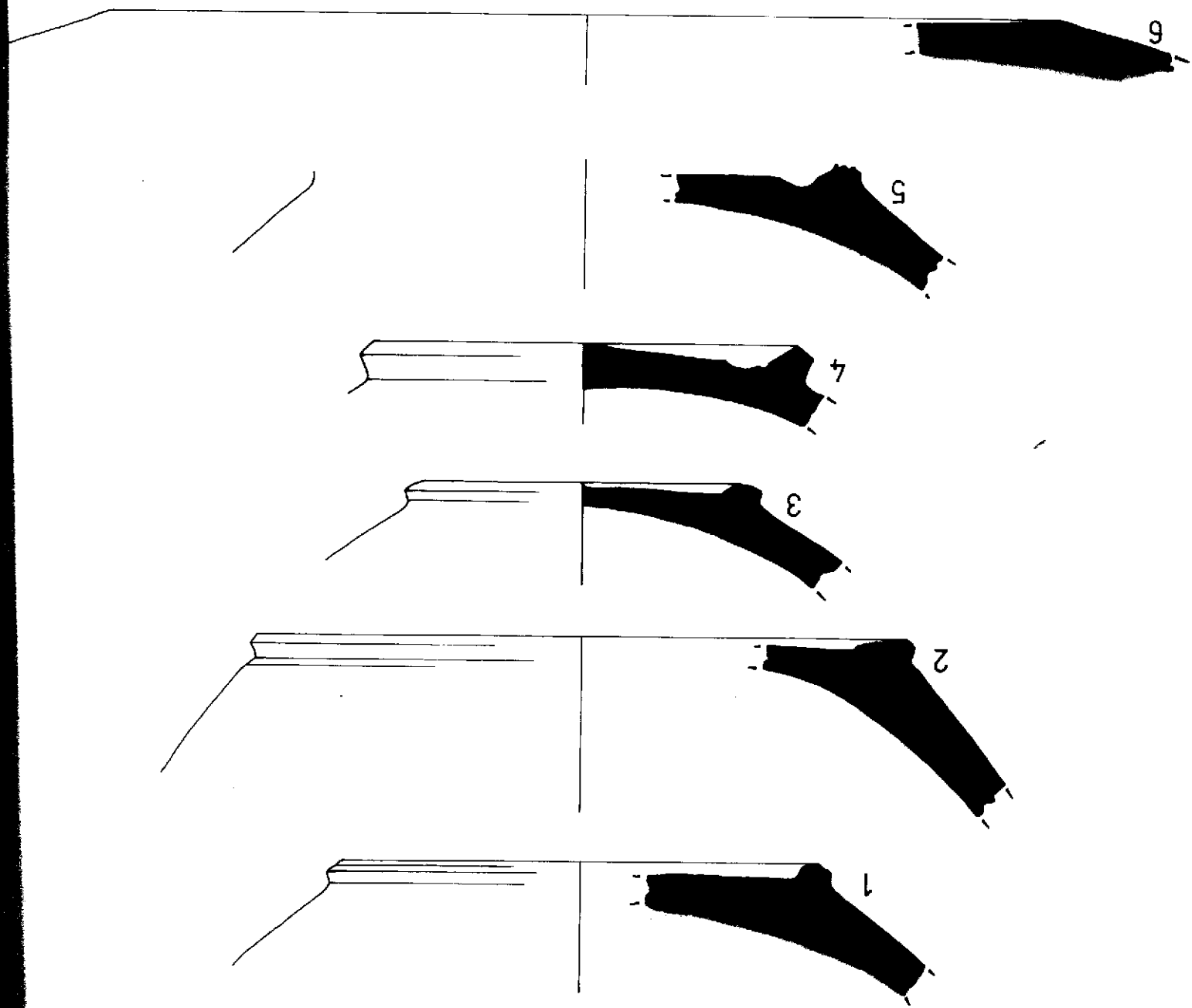
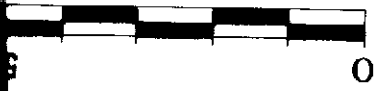


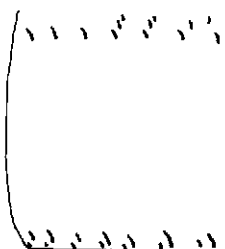
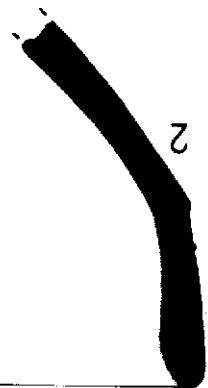
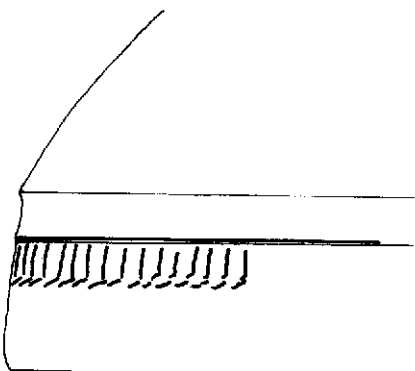
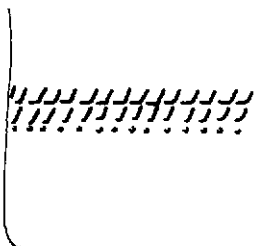
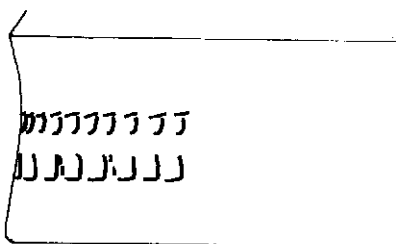
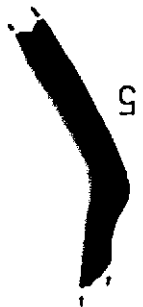
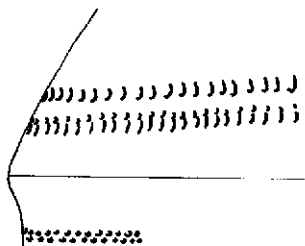
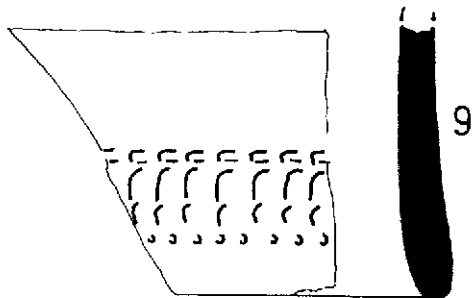


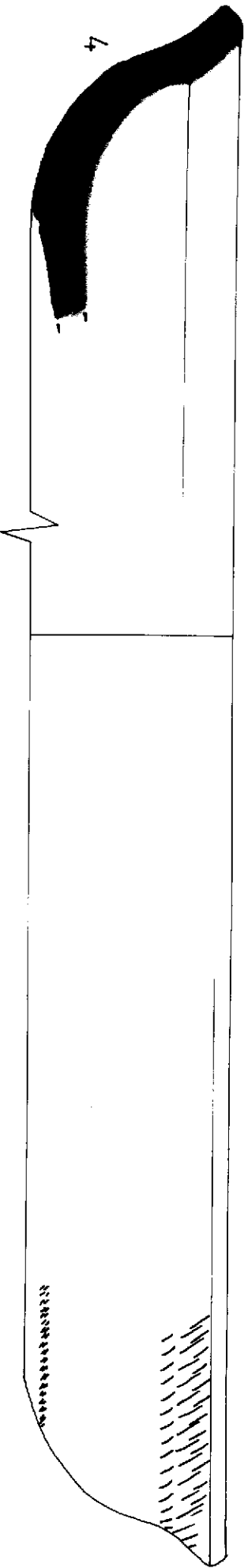
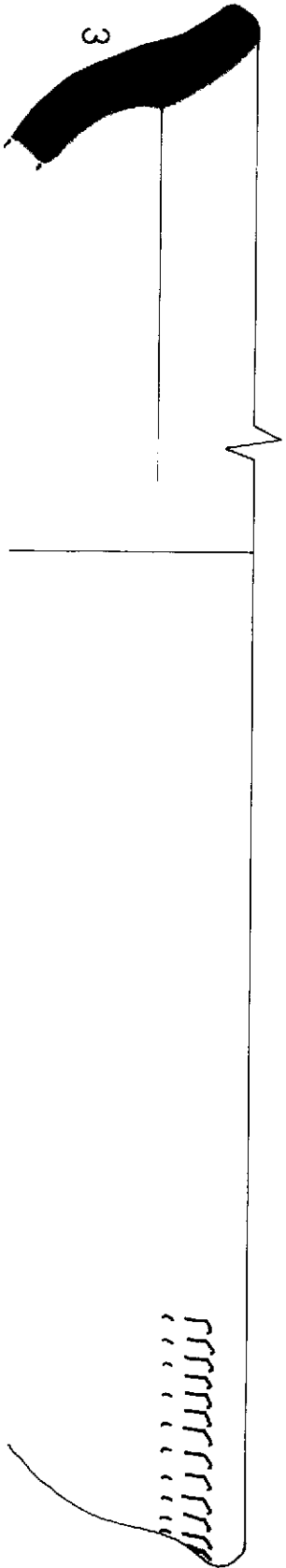
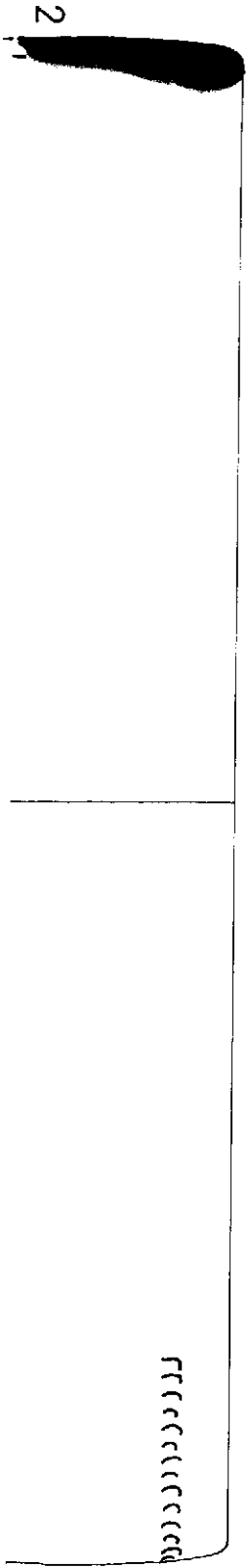
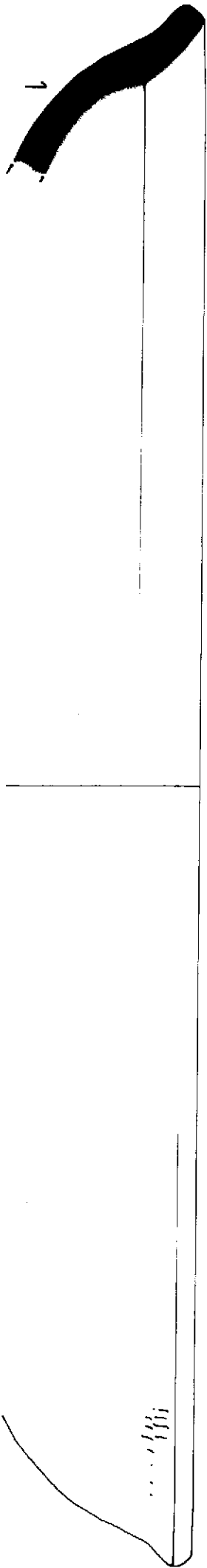


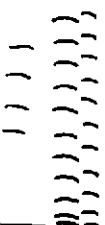
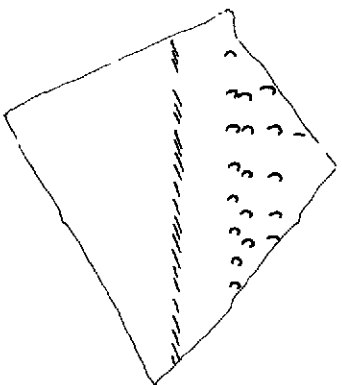
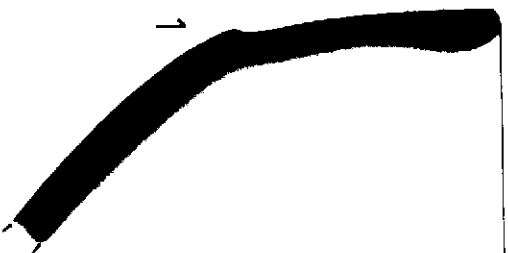


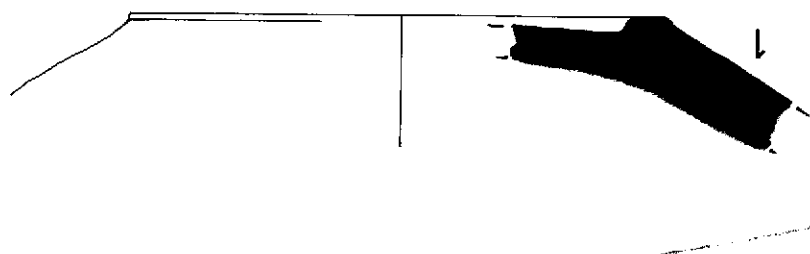
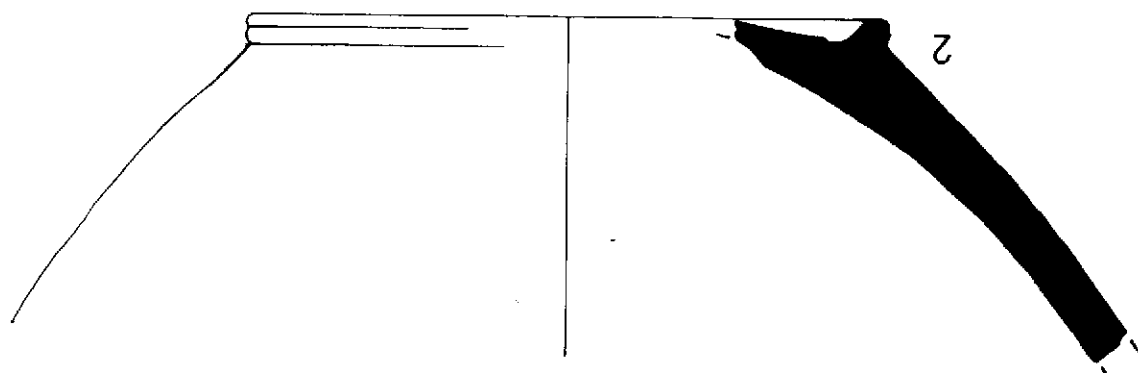
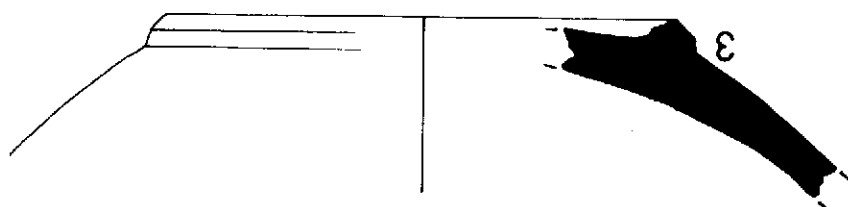
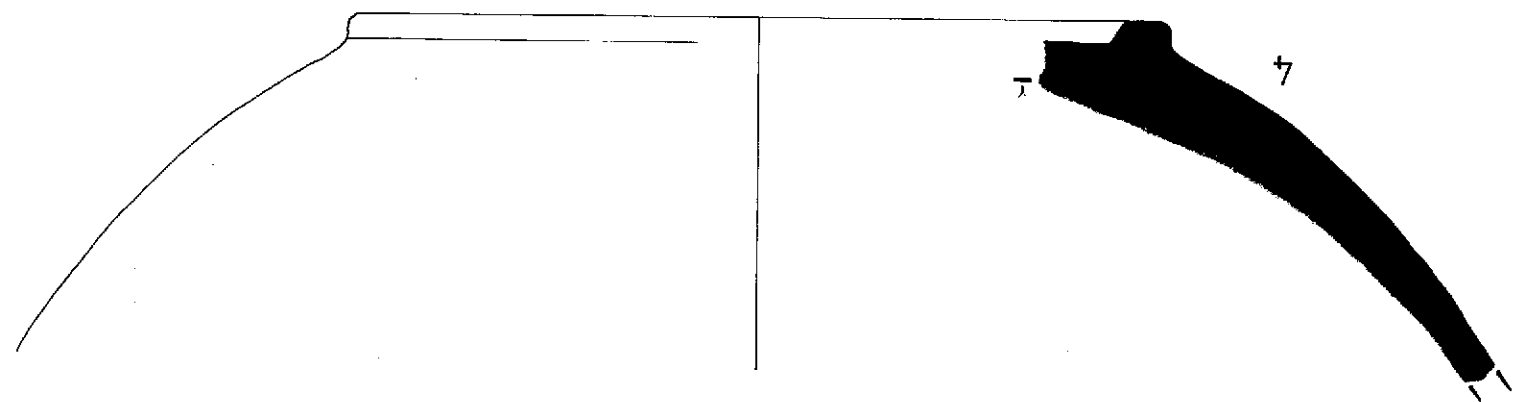


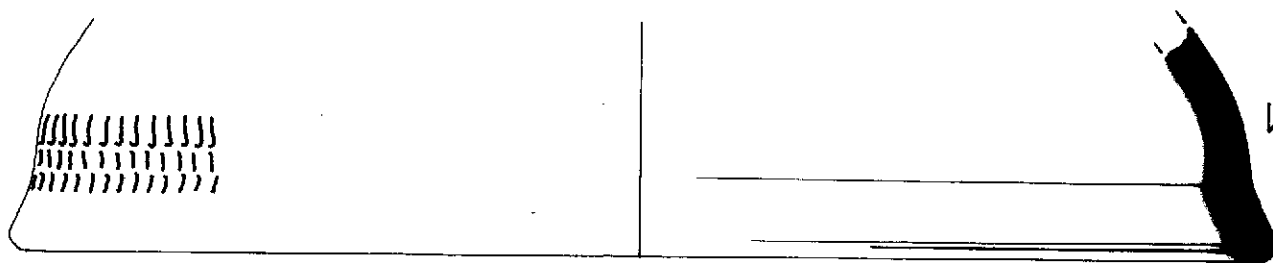
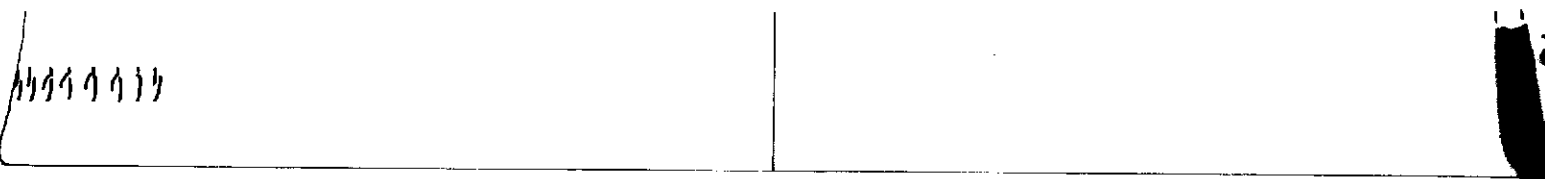
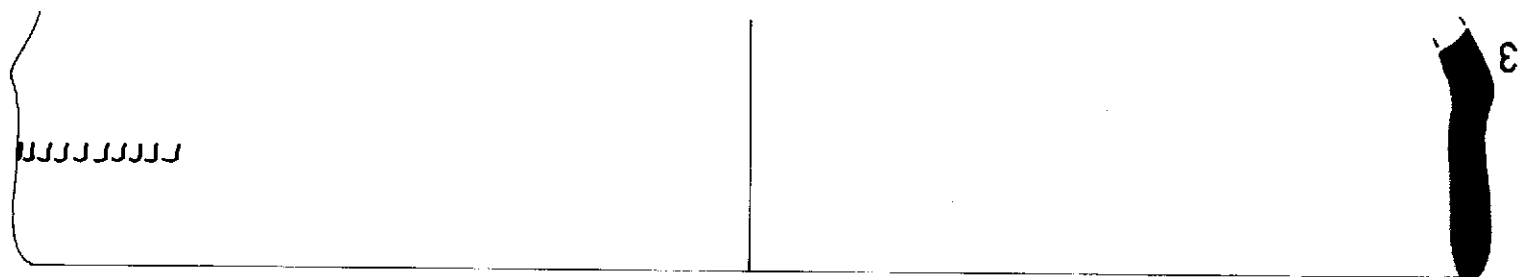
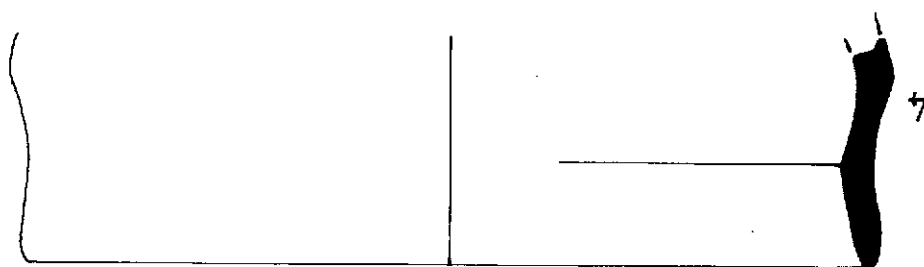
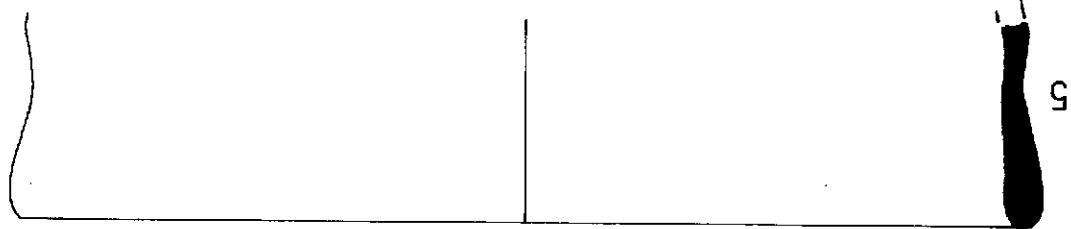


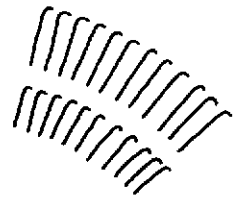
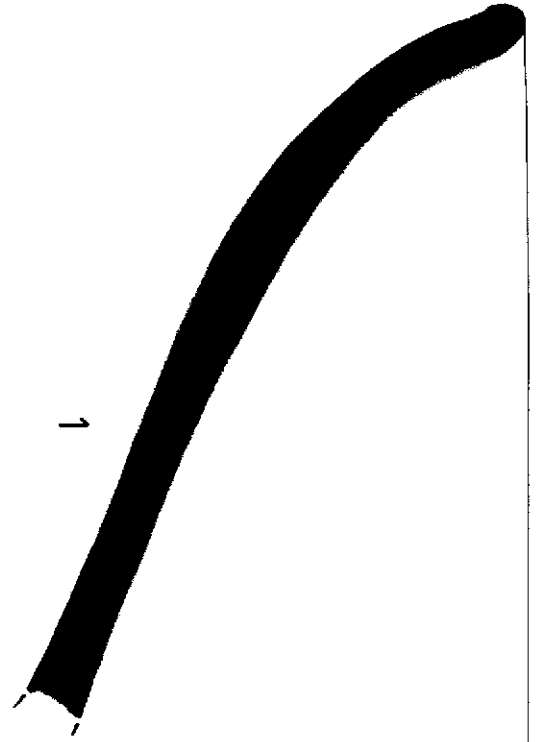




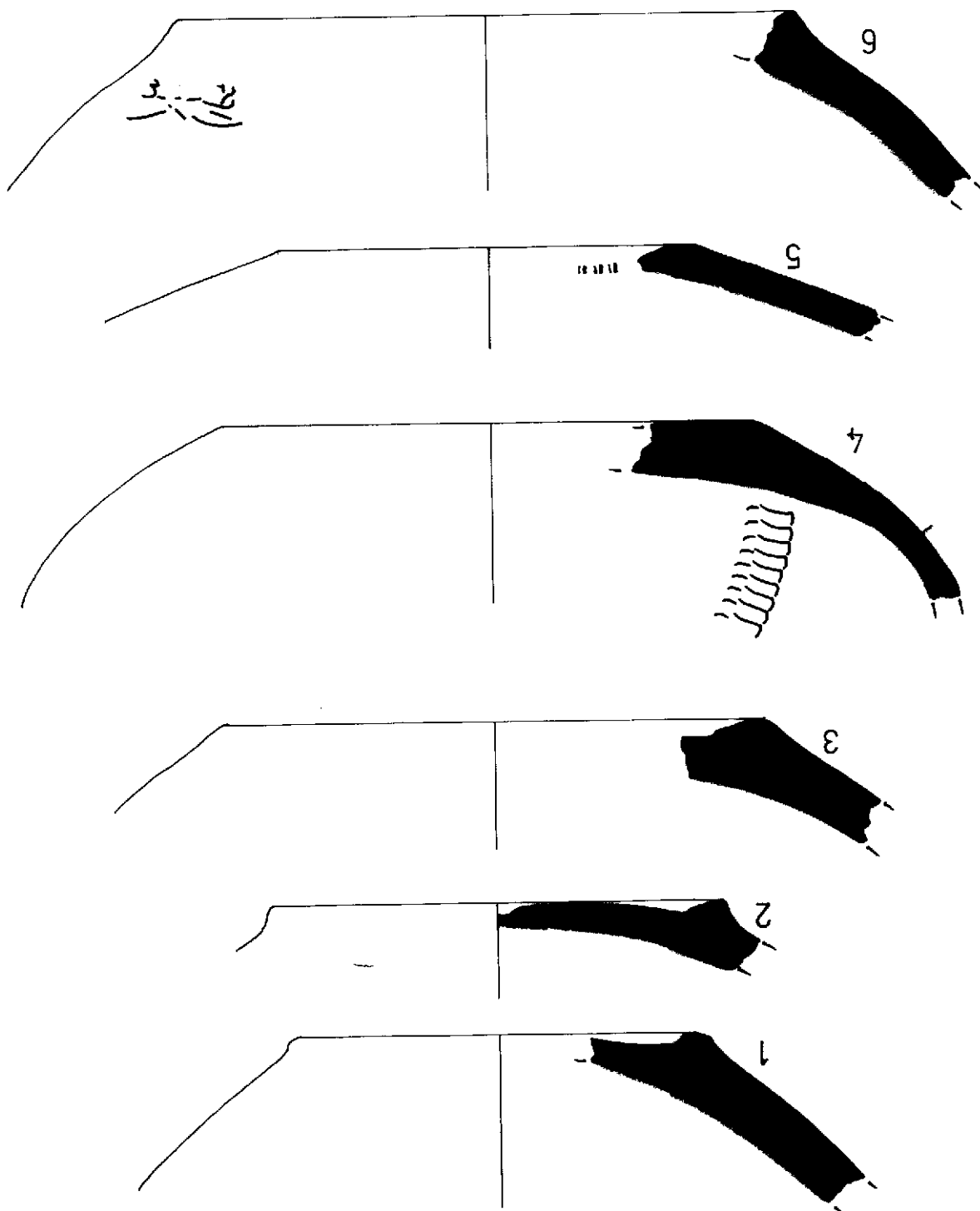
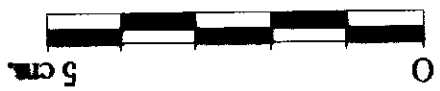


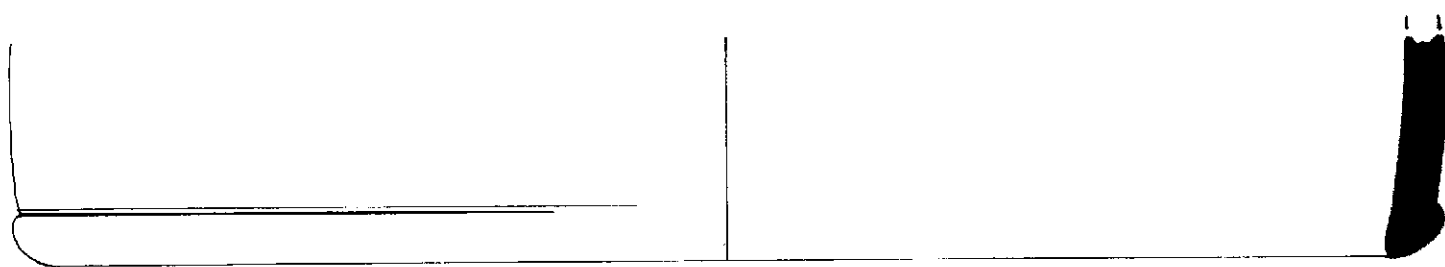
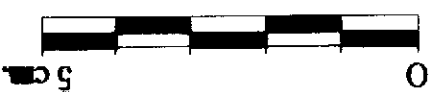


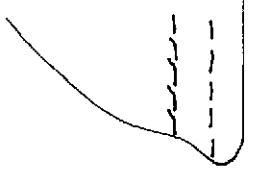
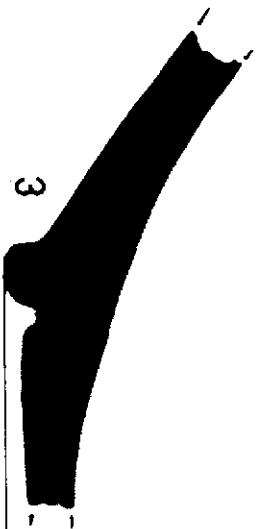
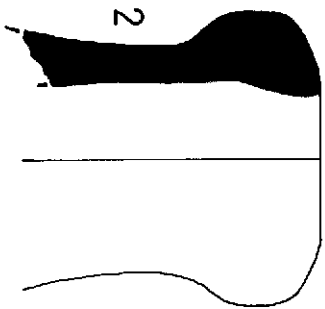
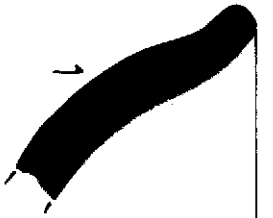


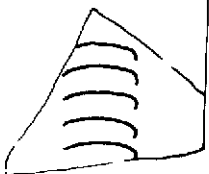
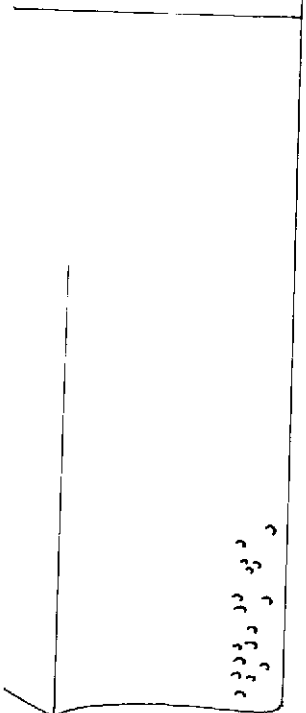
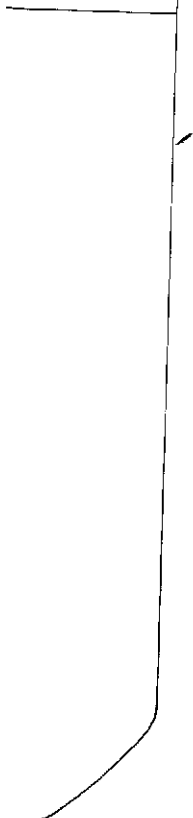


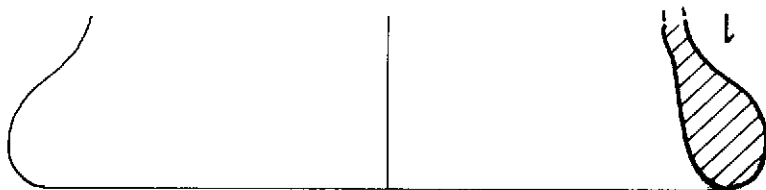
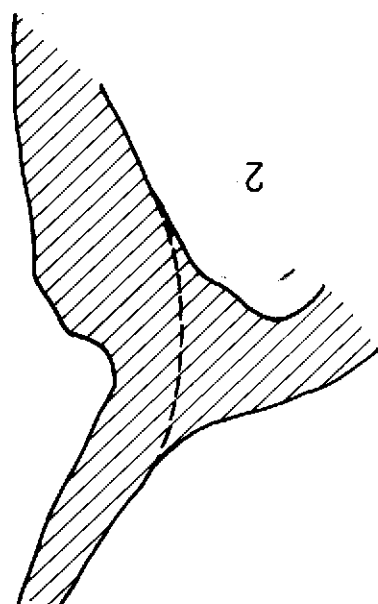
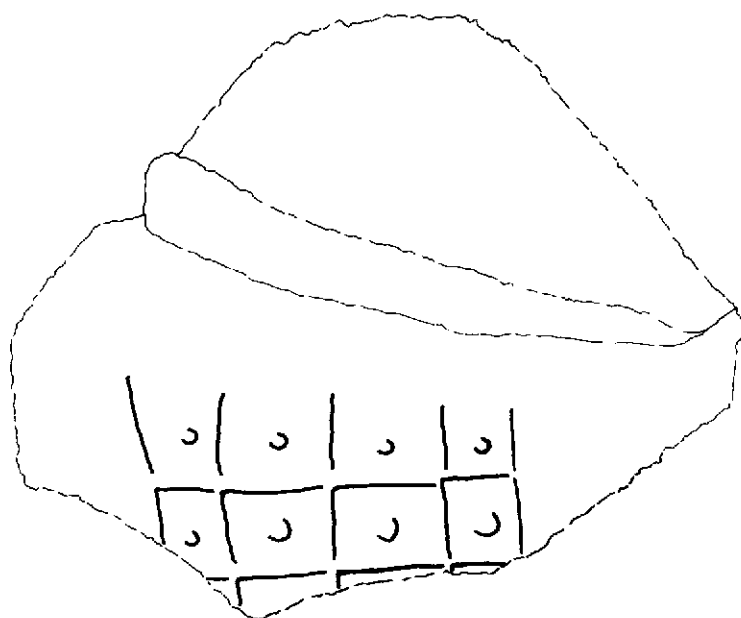
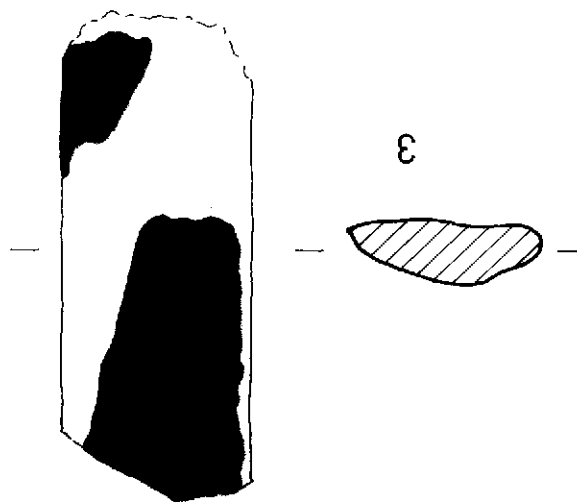


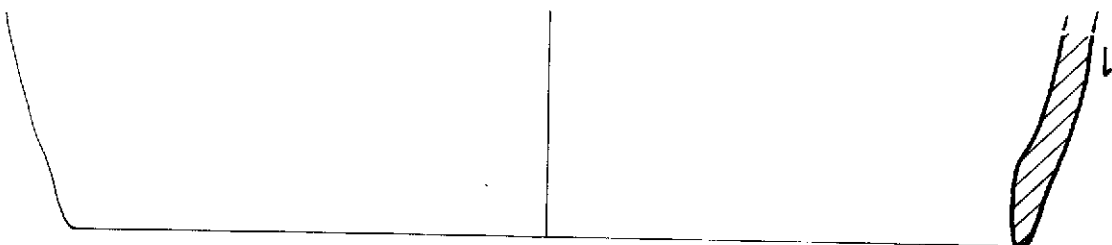
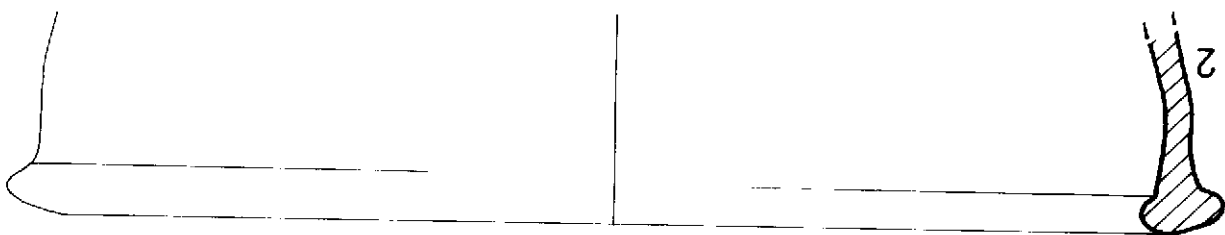
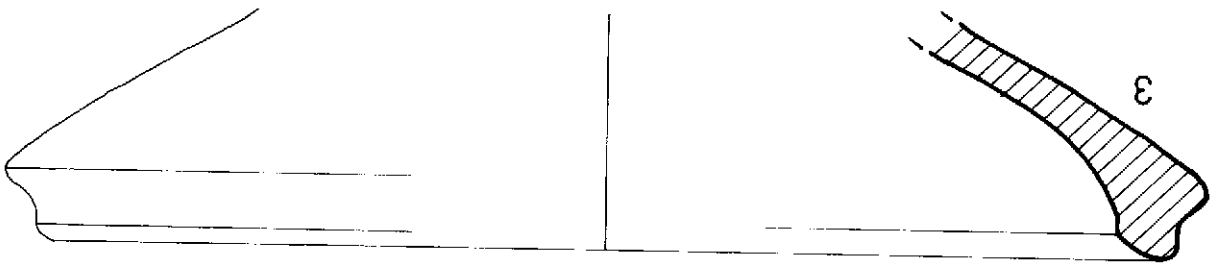
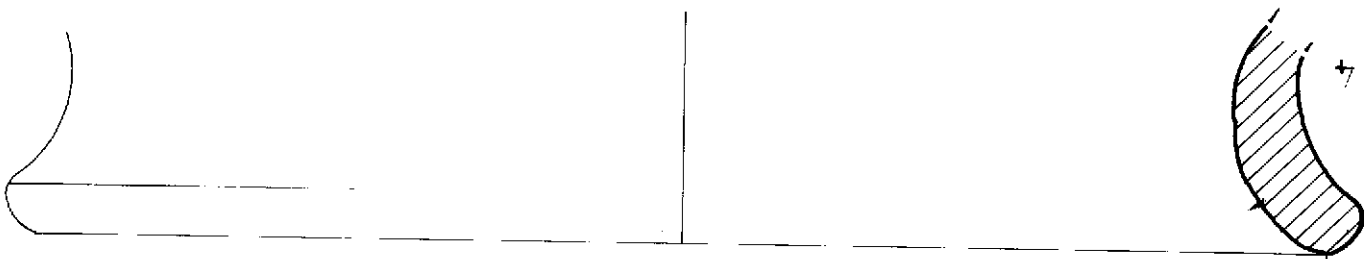
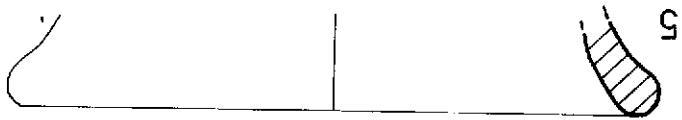
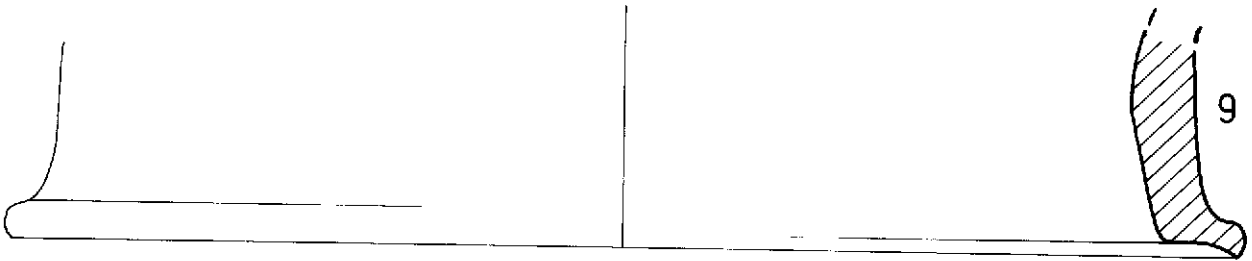
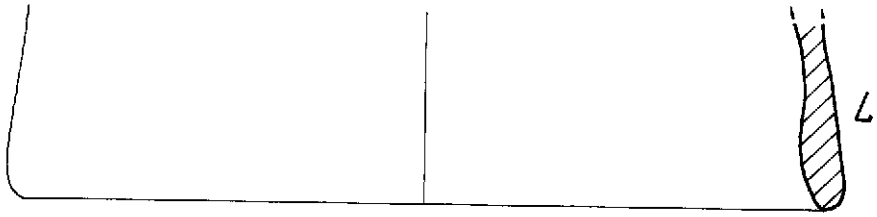
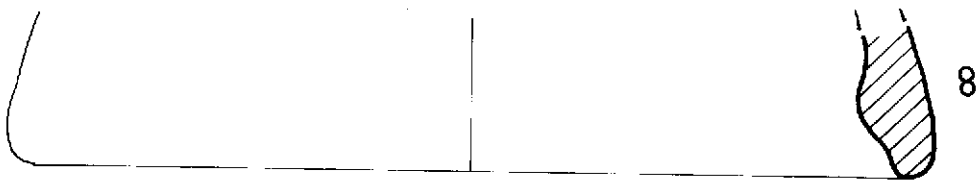


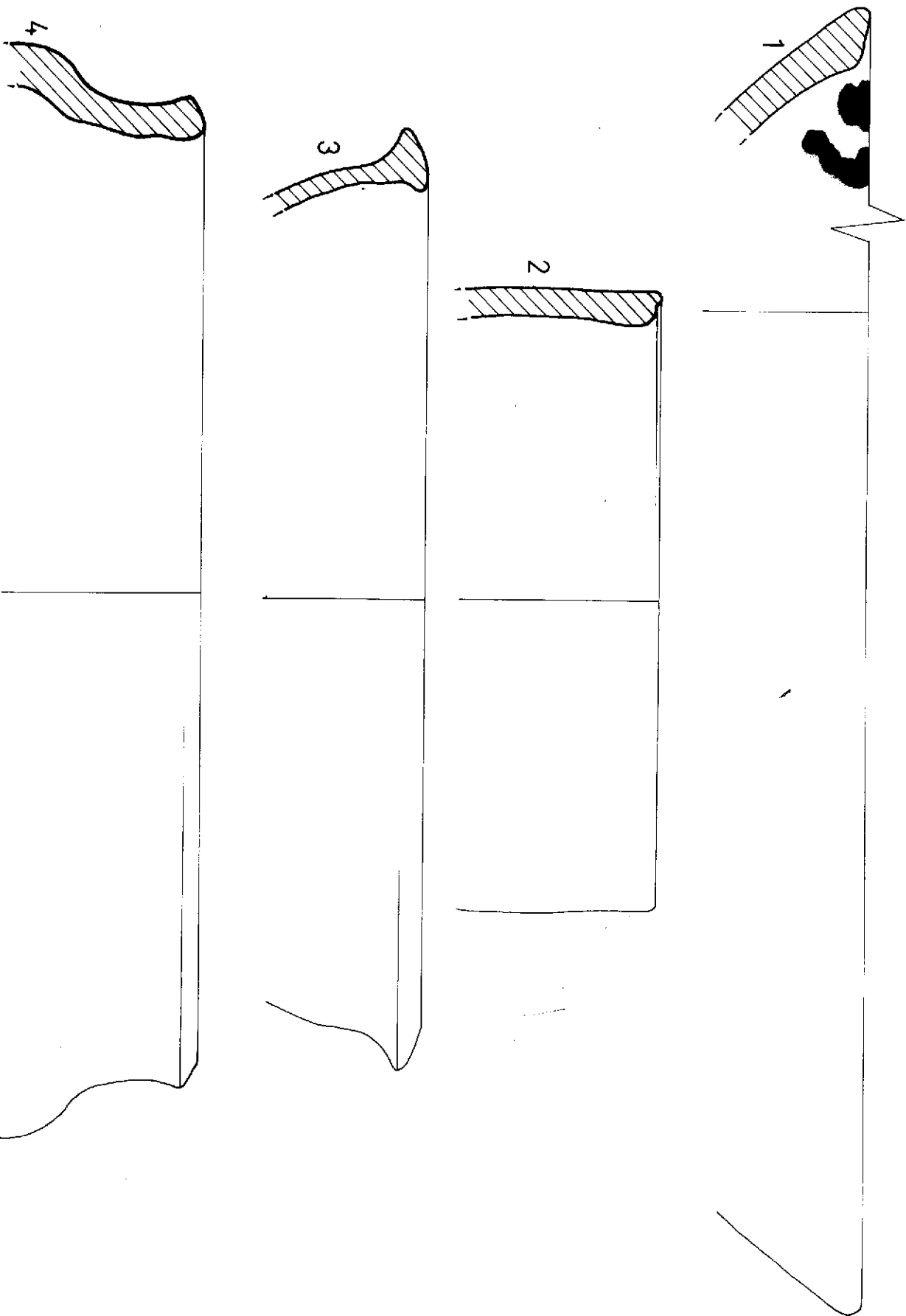


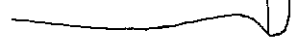
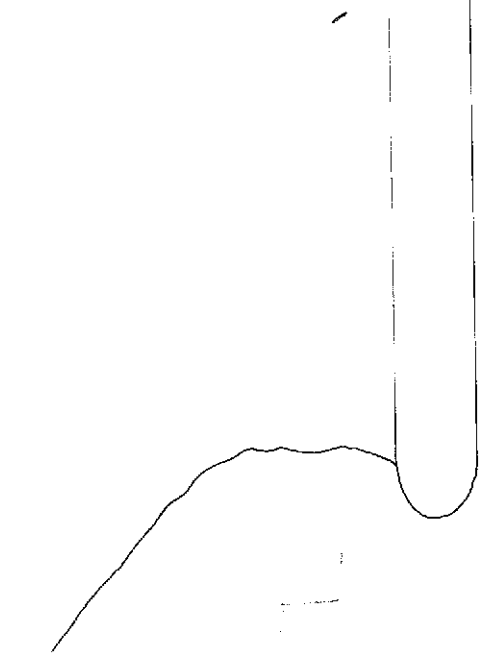
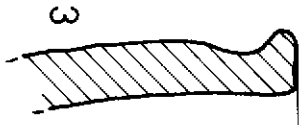
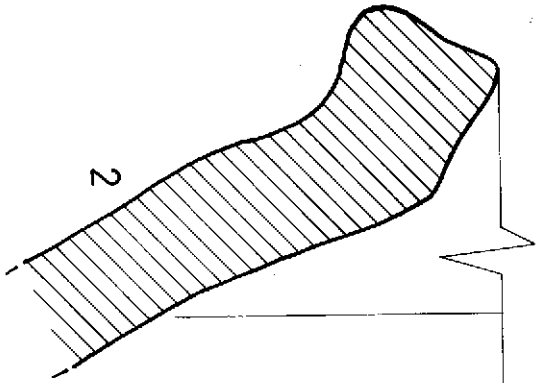
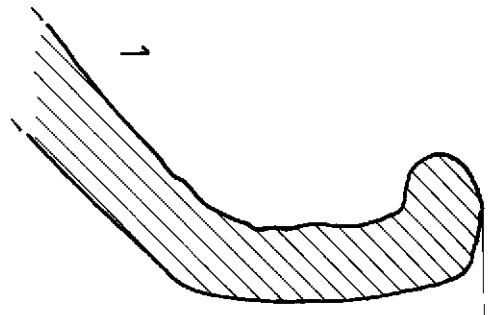




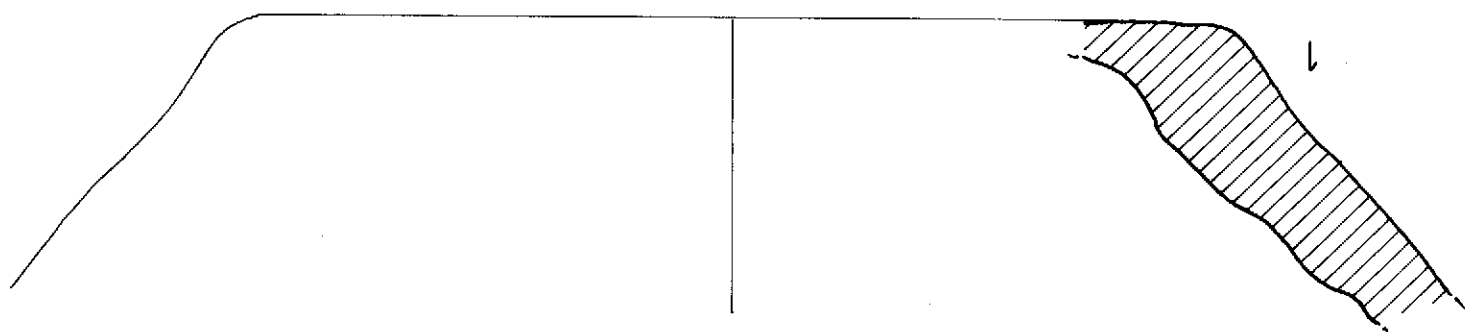
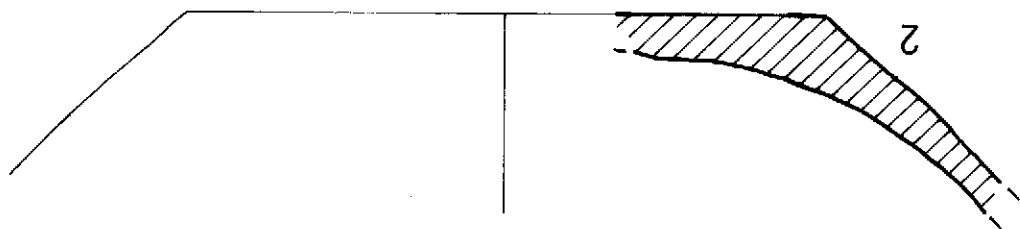
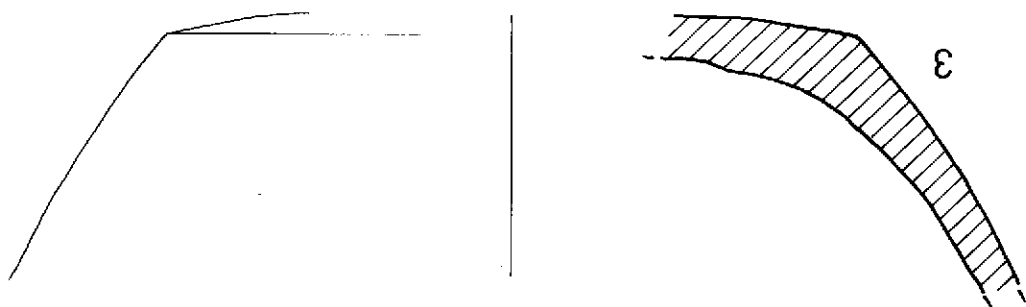
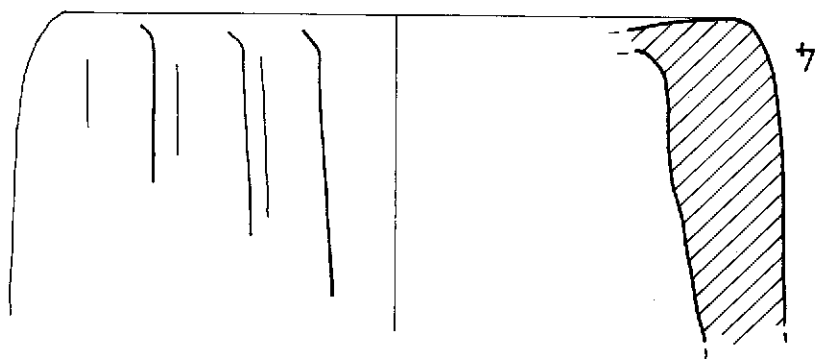
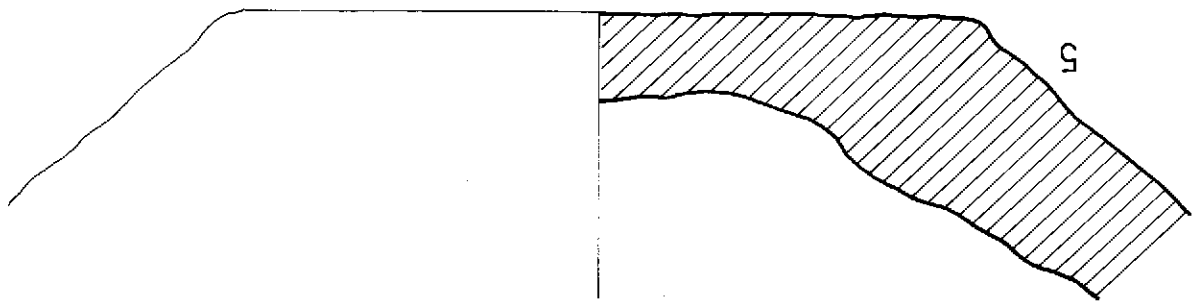


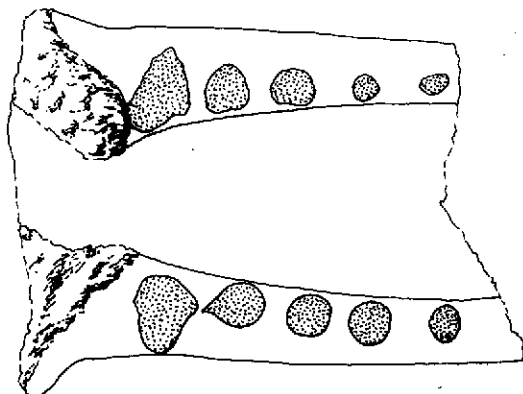
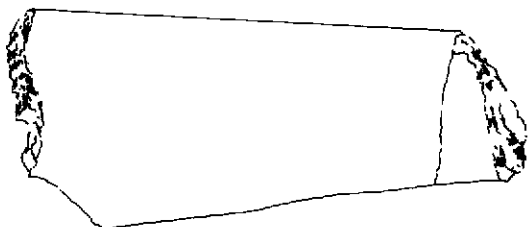
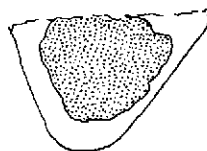
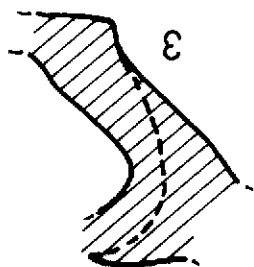
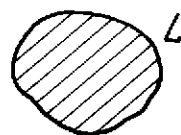
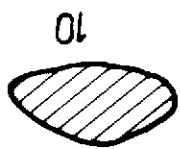




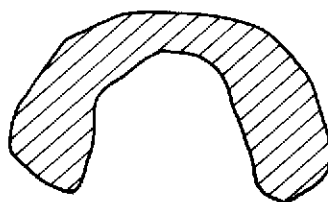


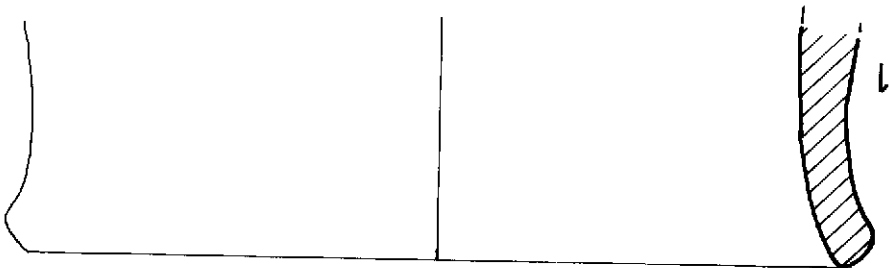
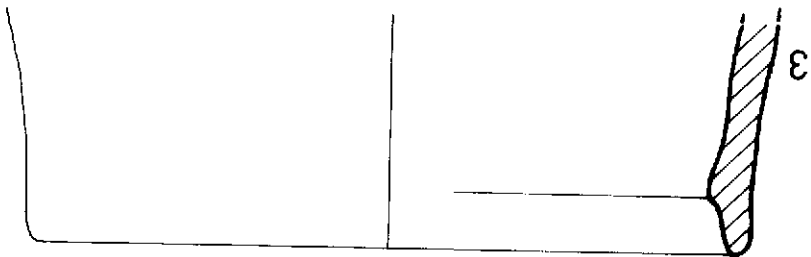
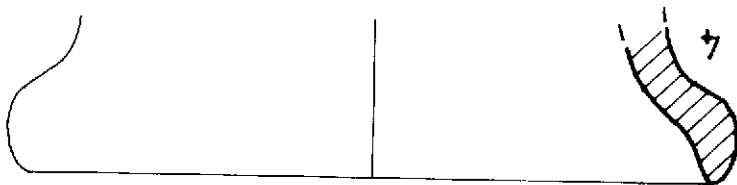
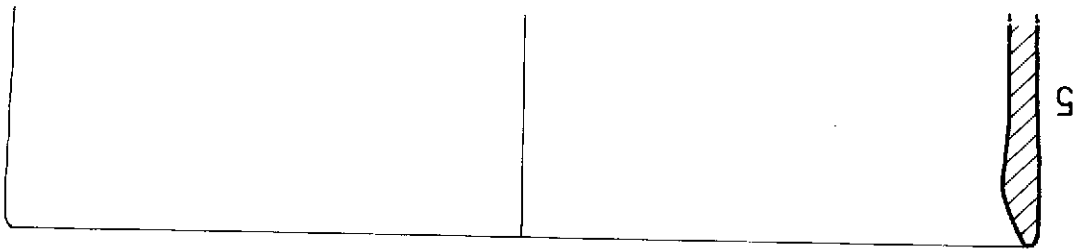
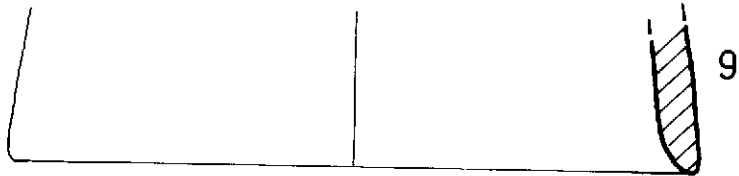
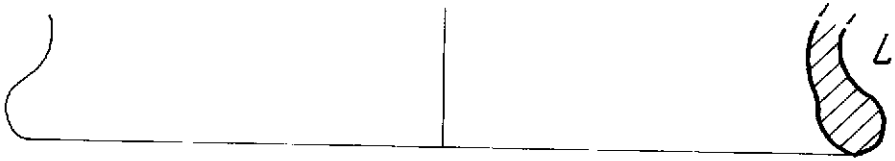
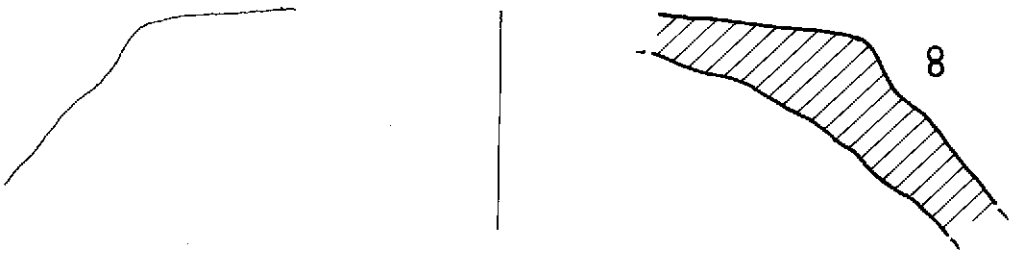


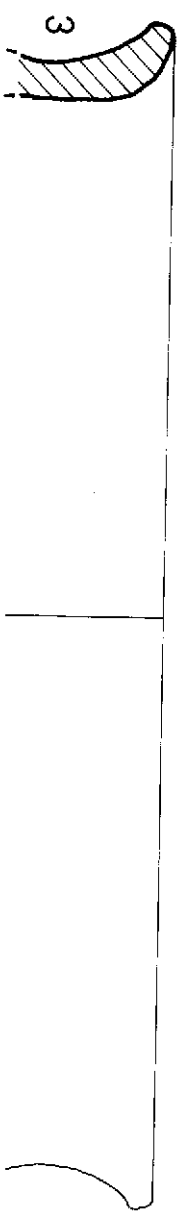
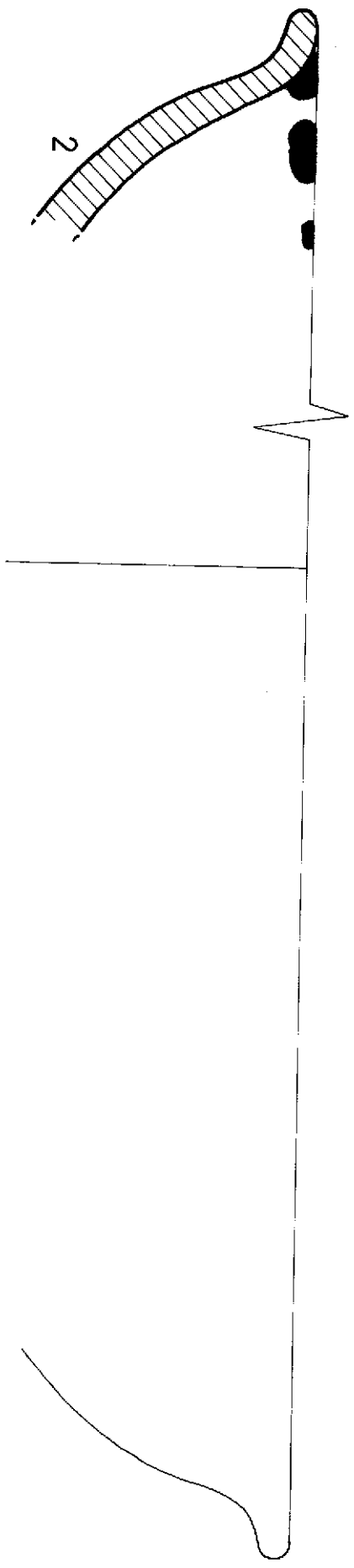
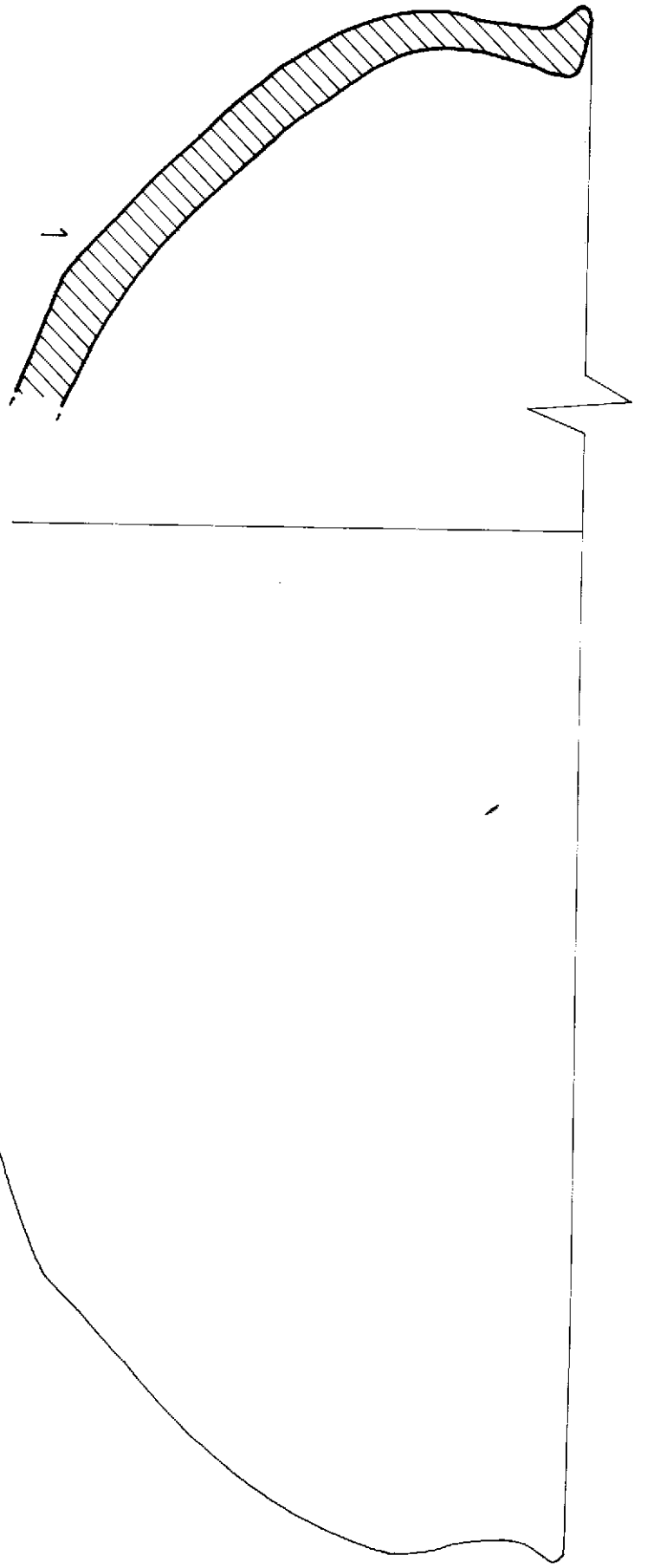


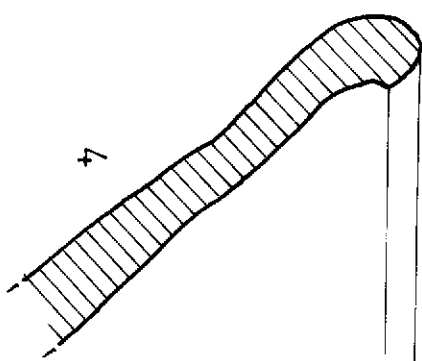
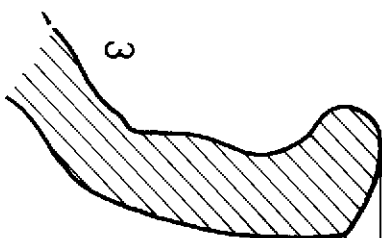


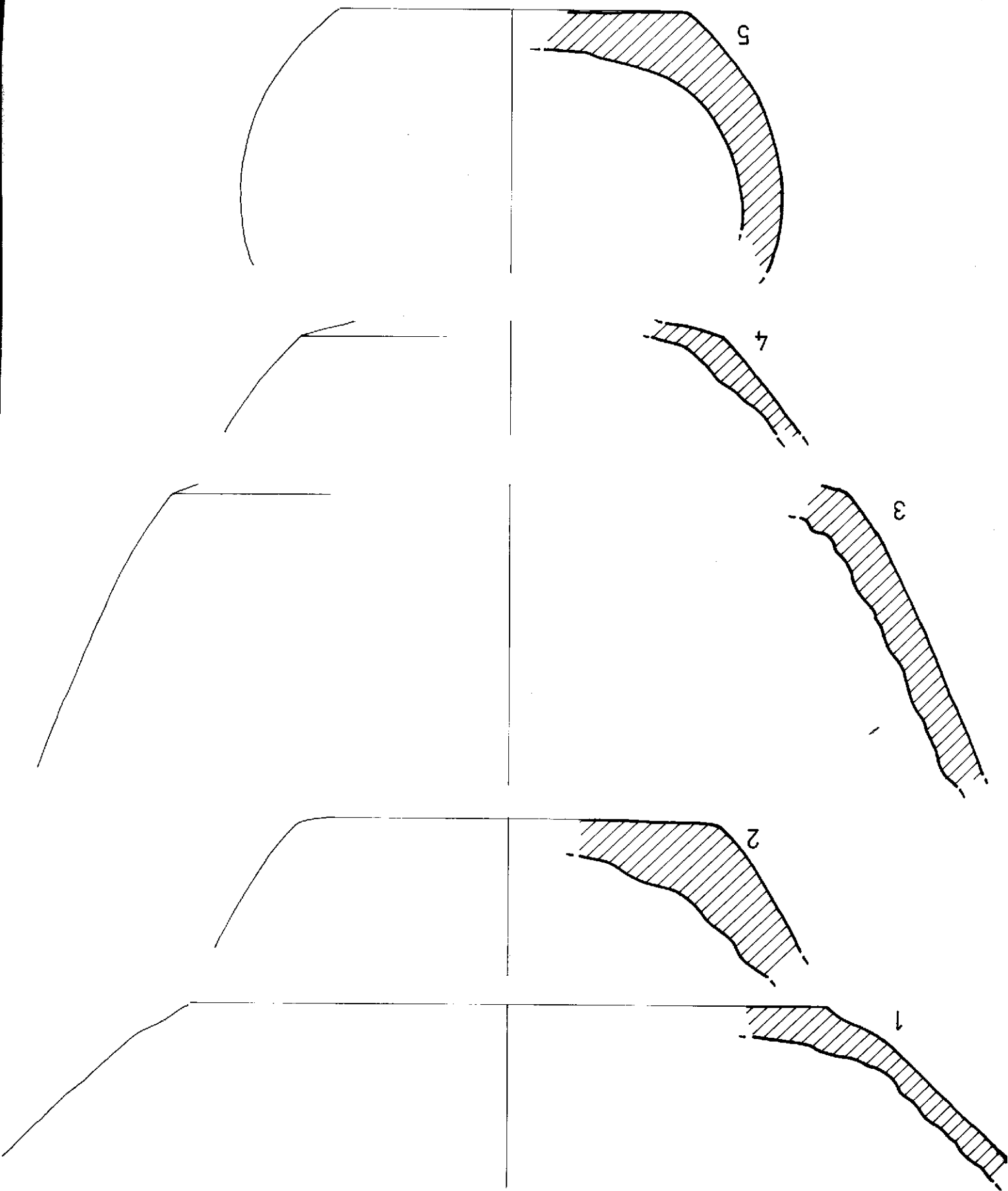
1

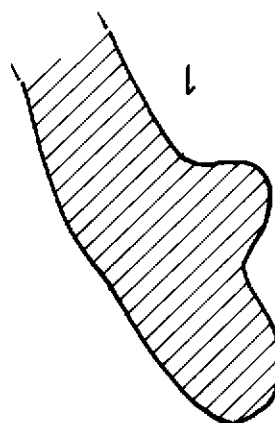
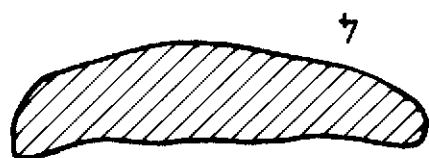


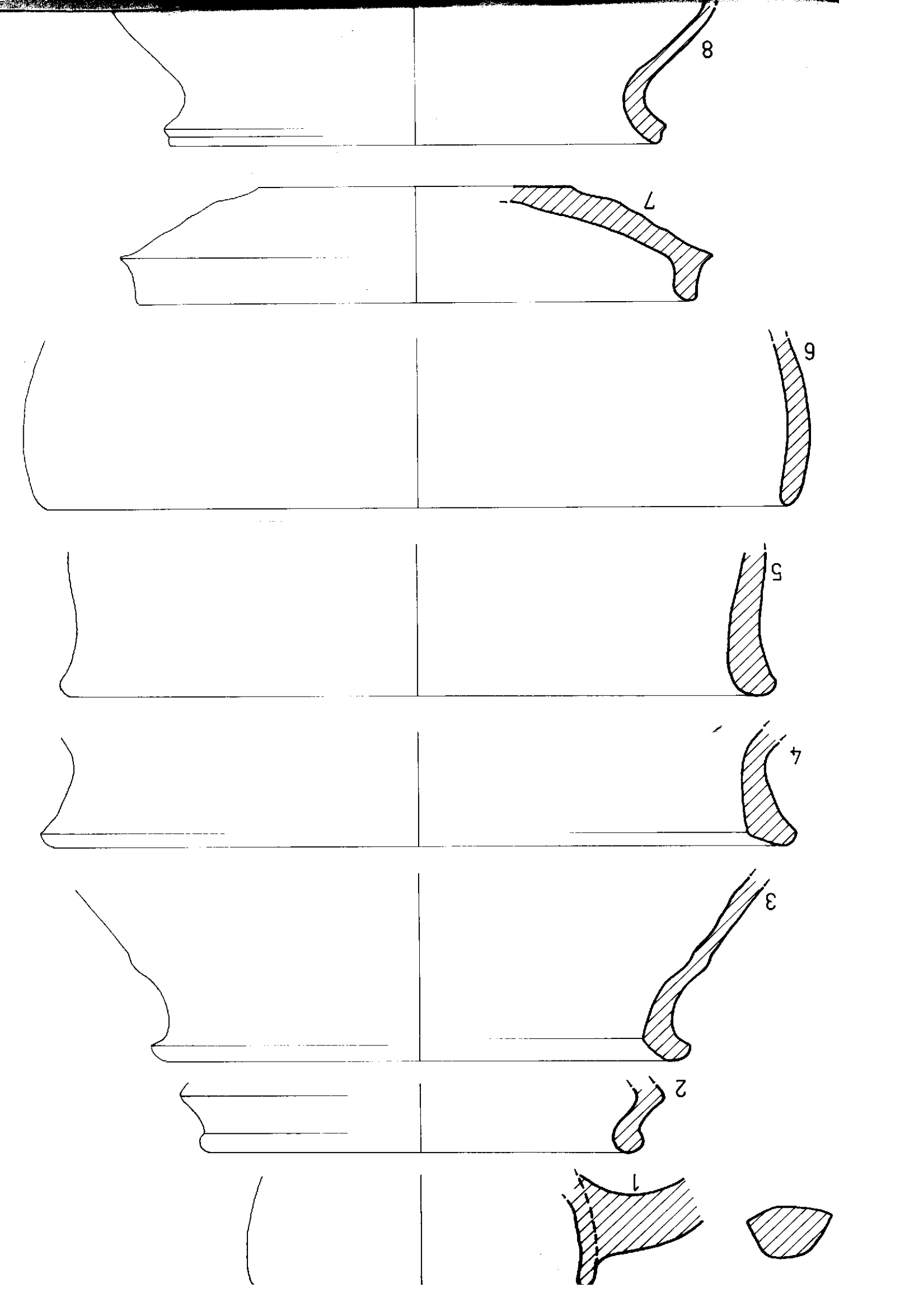




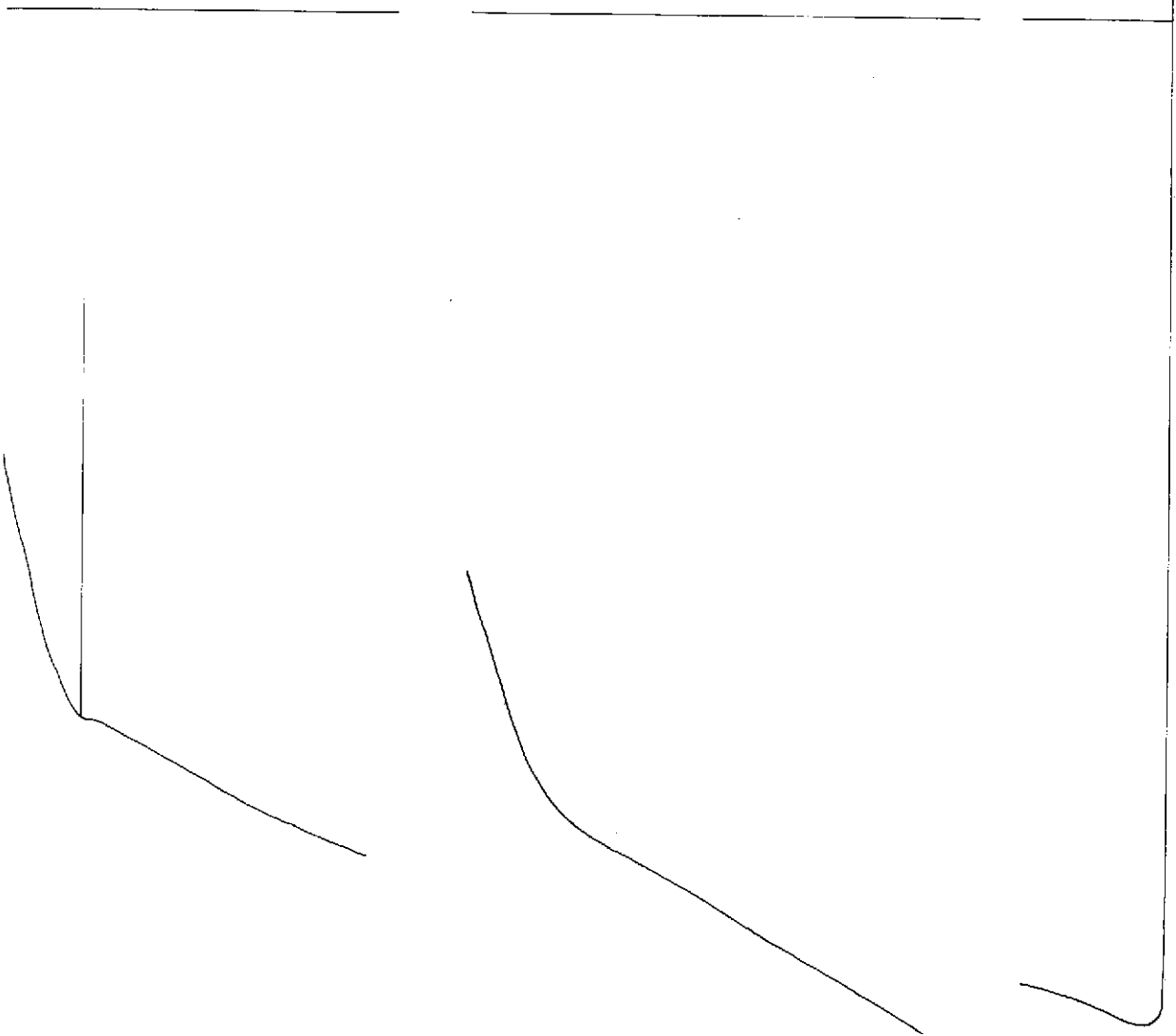
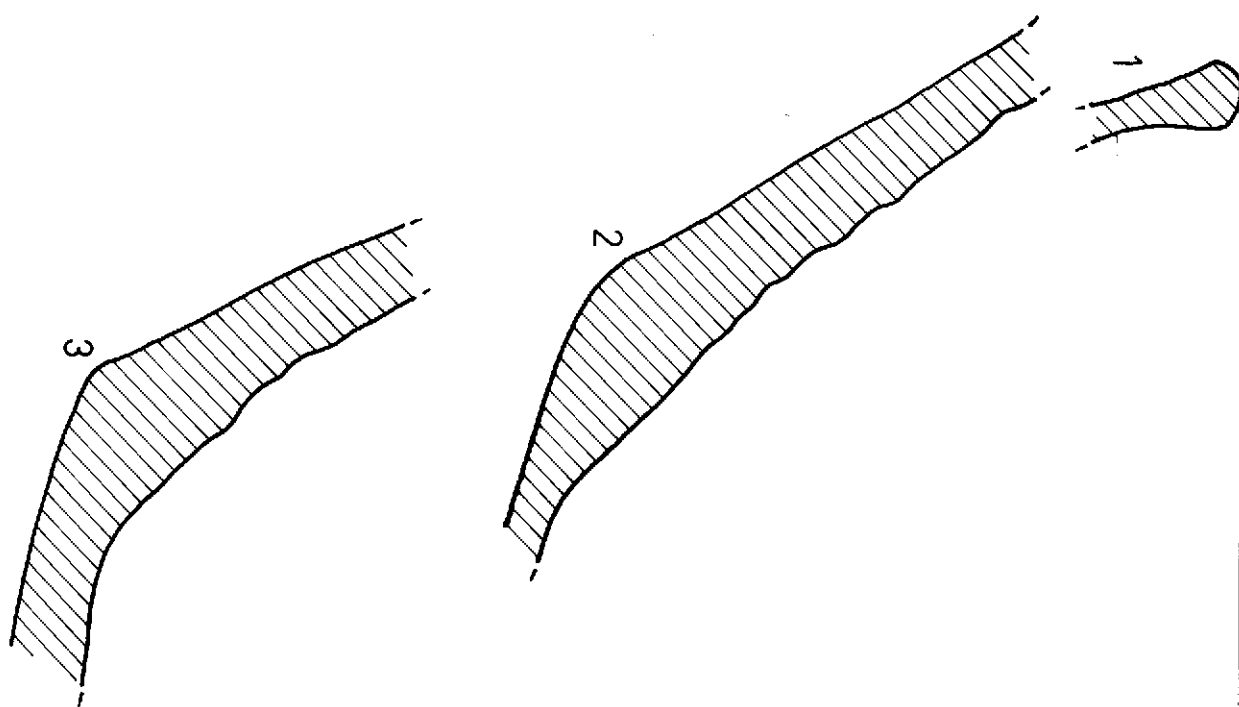


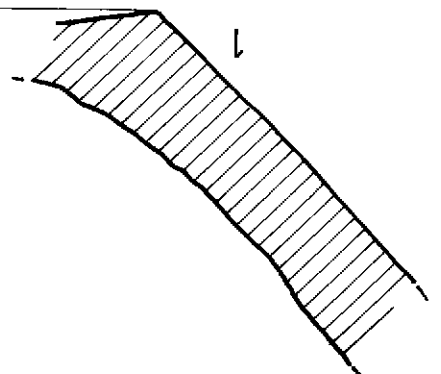
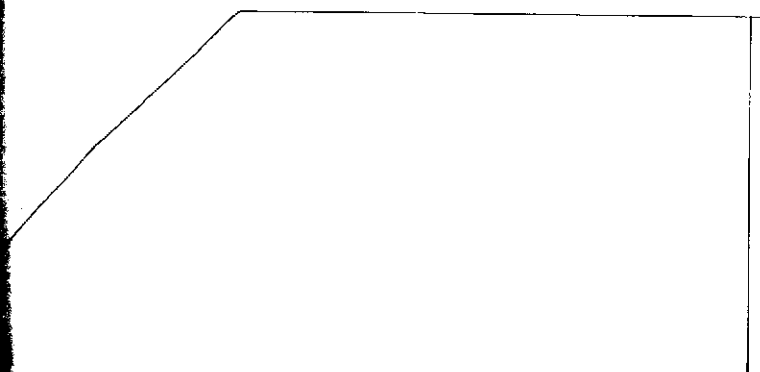
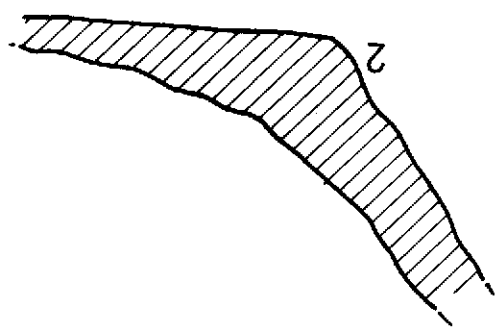
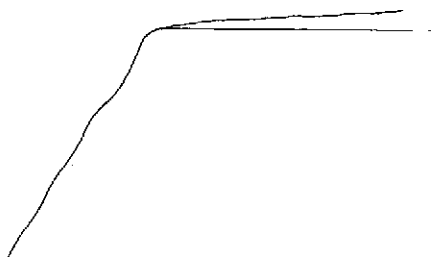
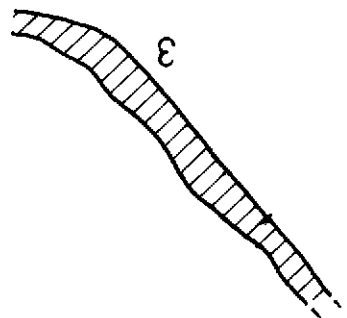
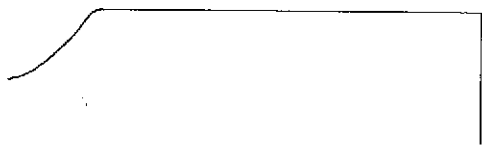
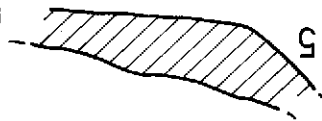
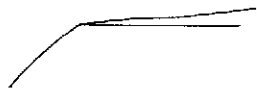
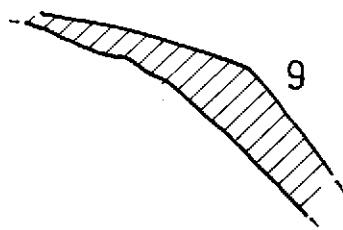
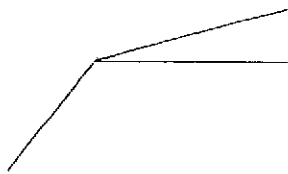
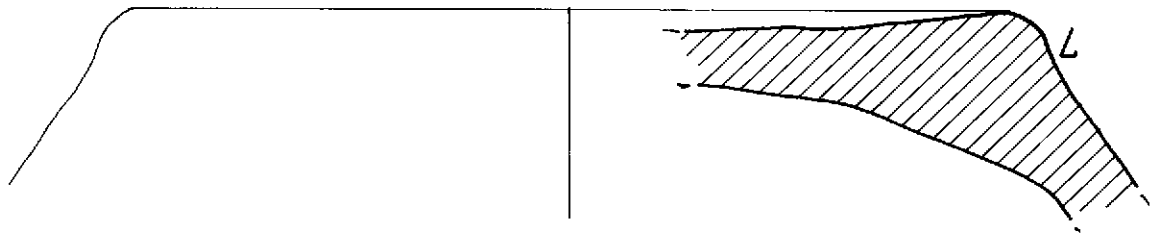


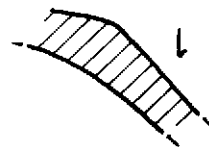
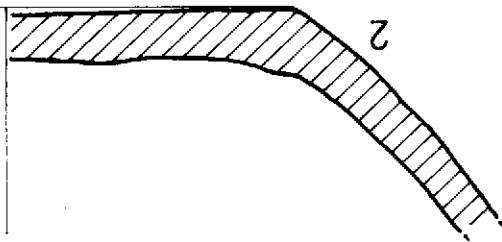
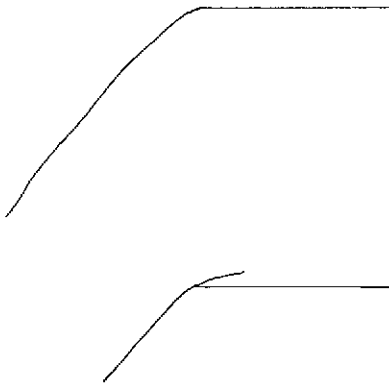
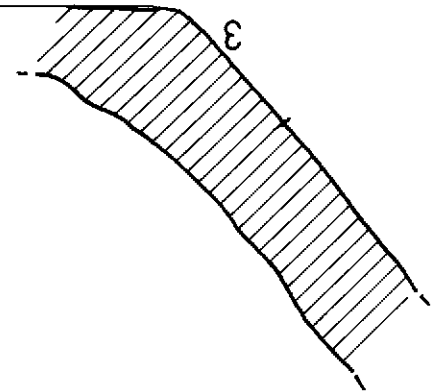
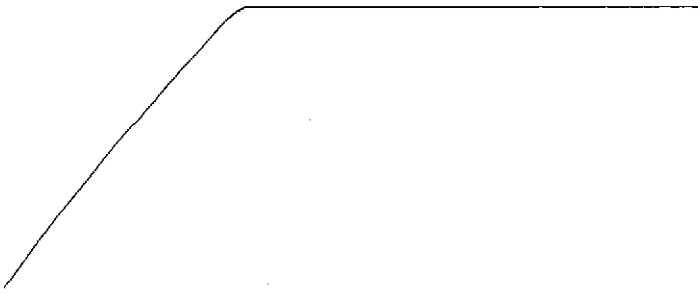
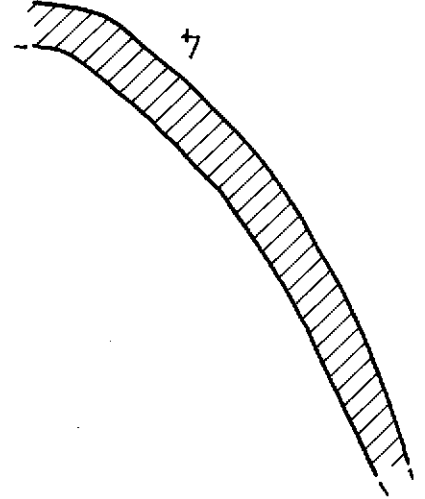
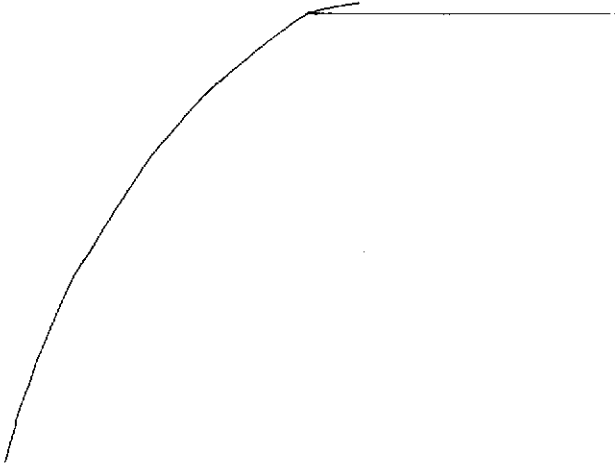
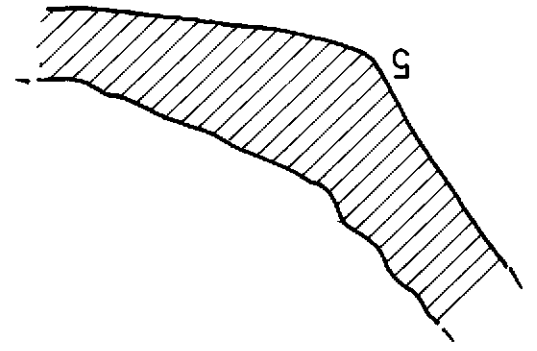
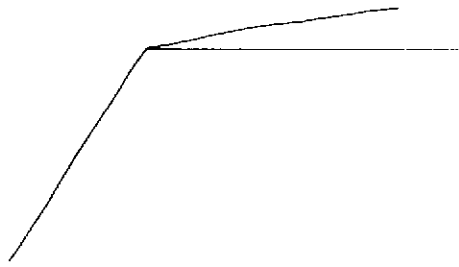


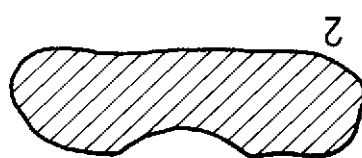


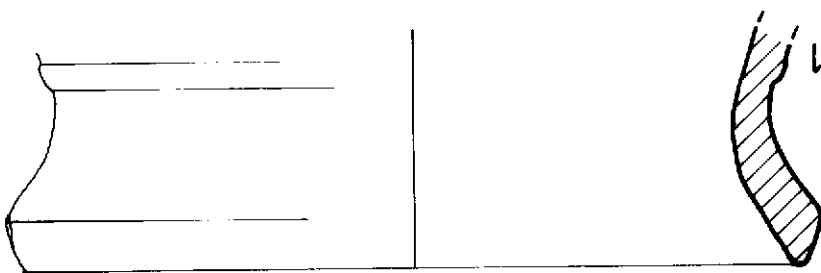
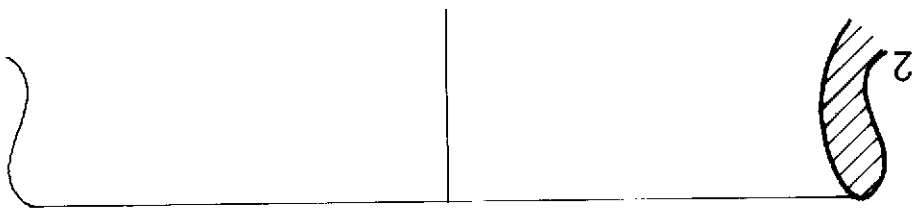
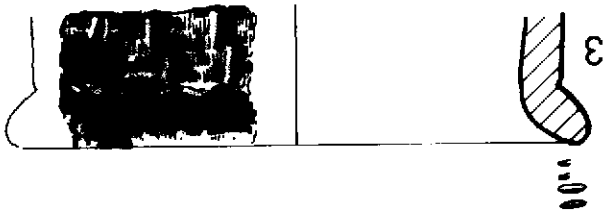
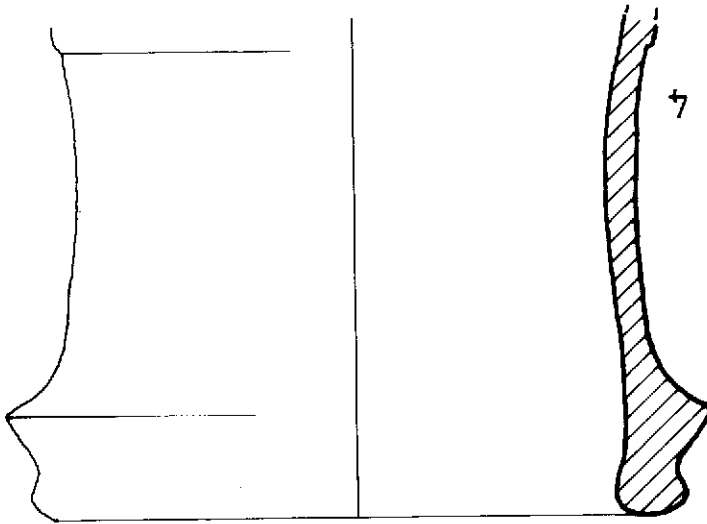
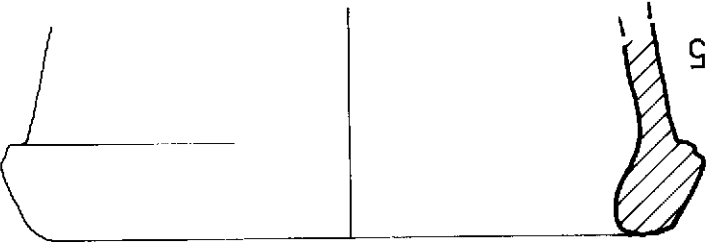
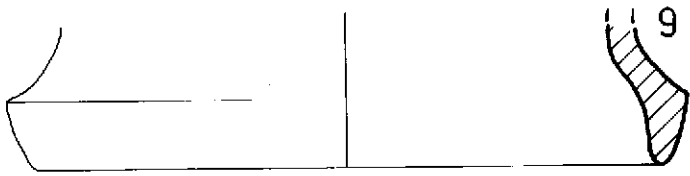


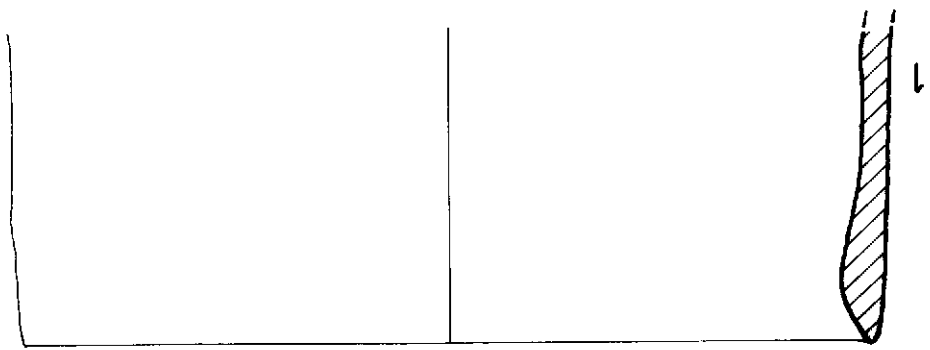
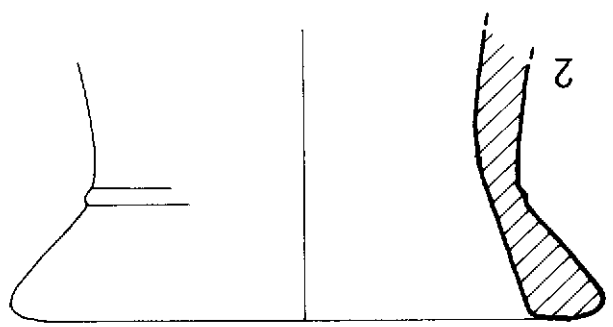
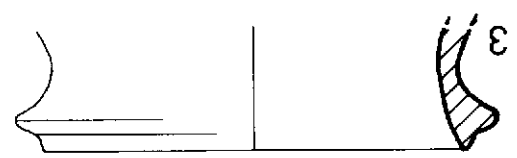
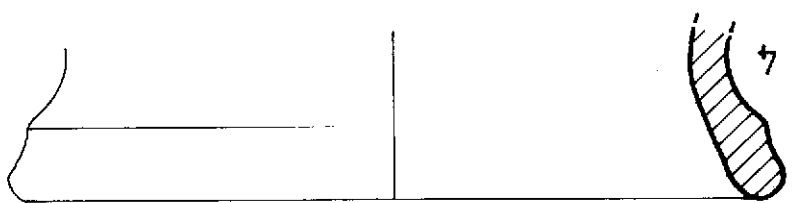
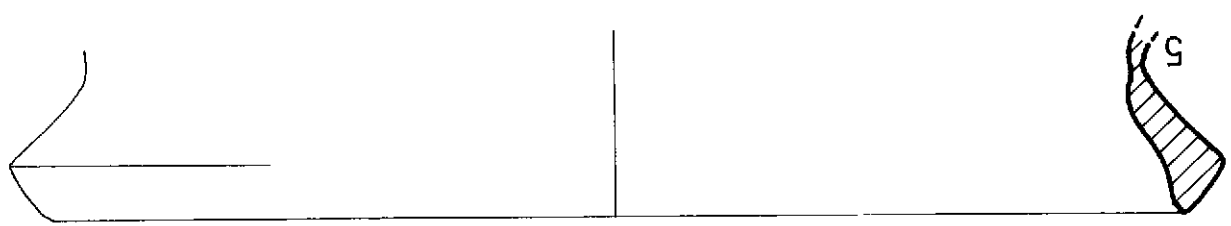
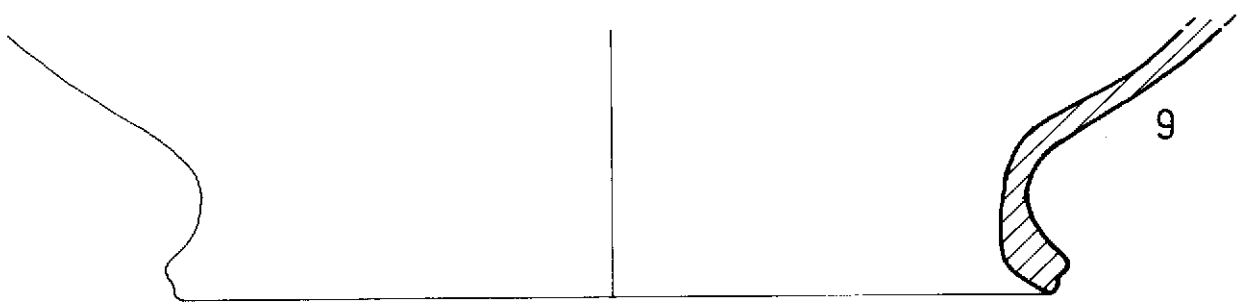
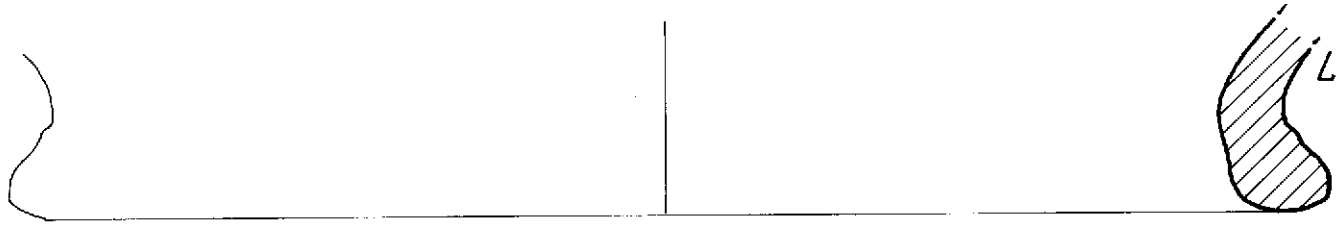


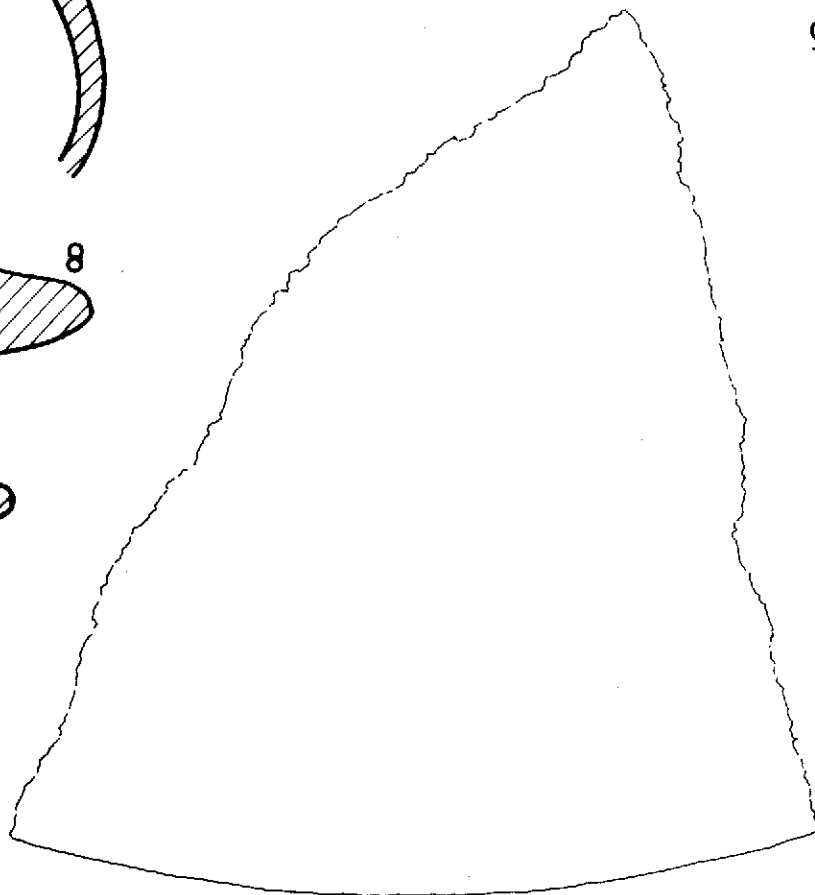




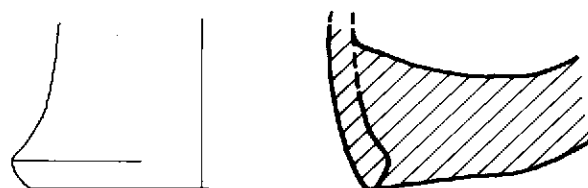
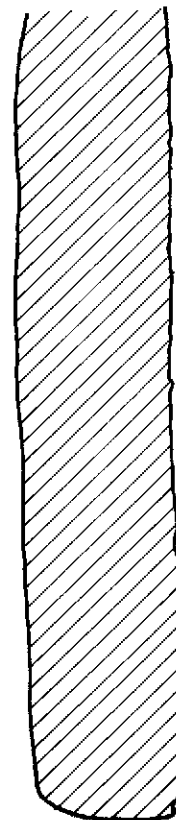




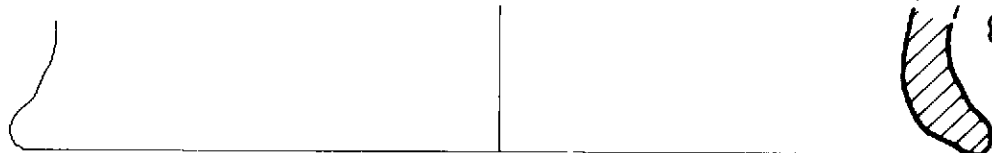




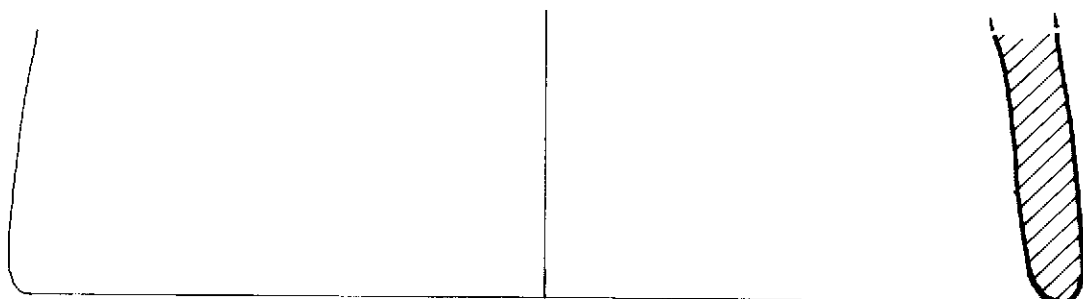
5



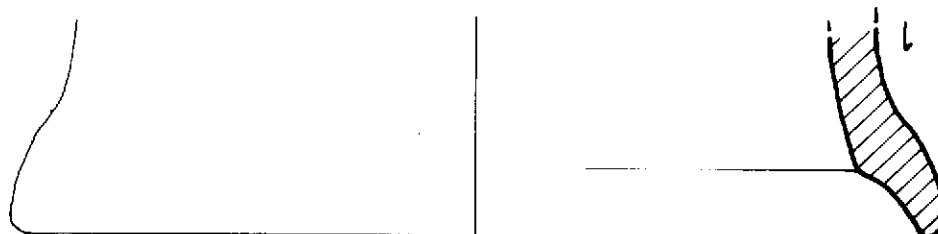
4



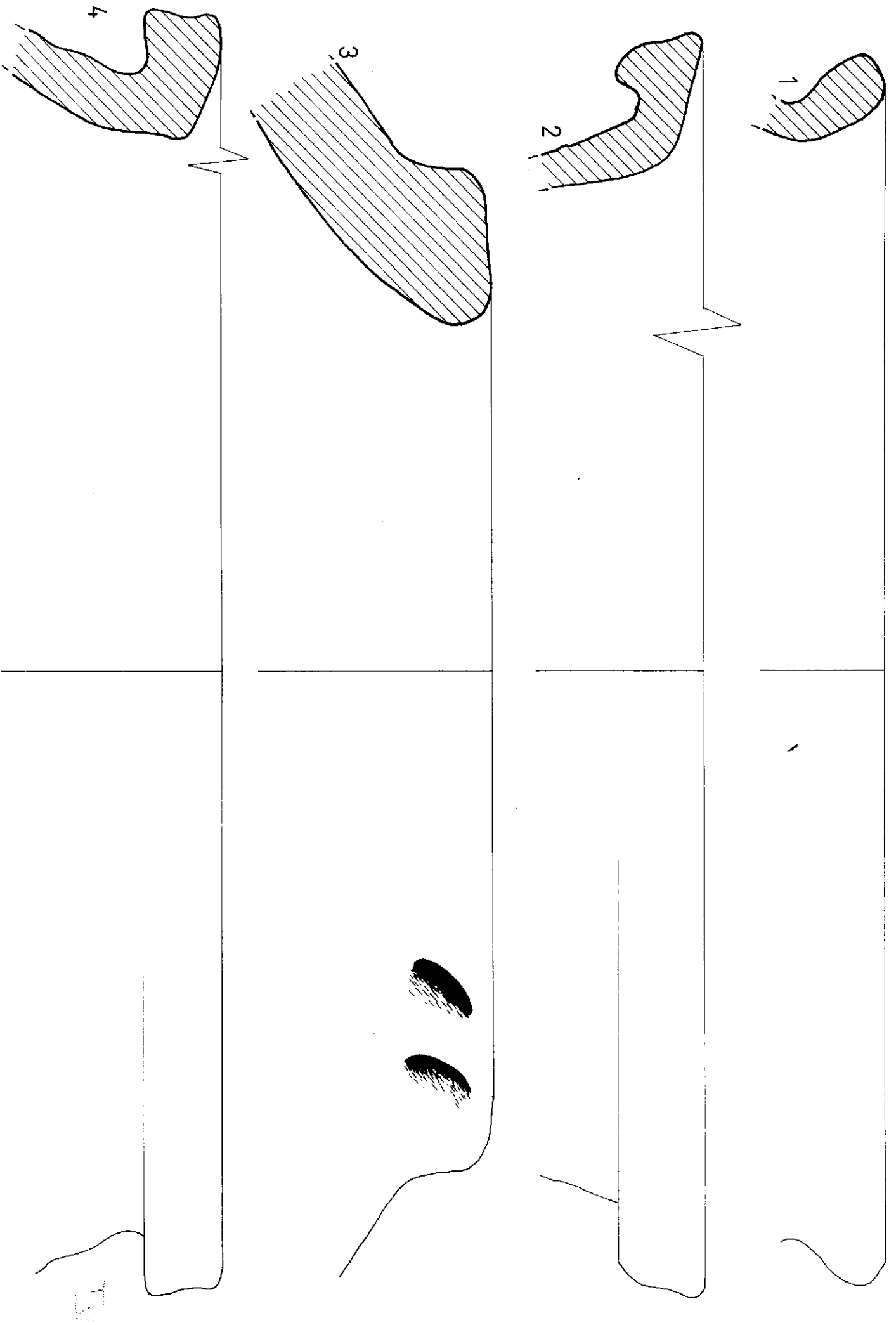
3



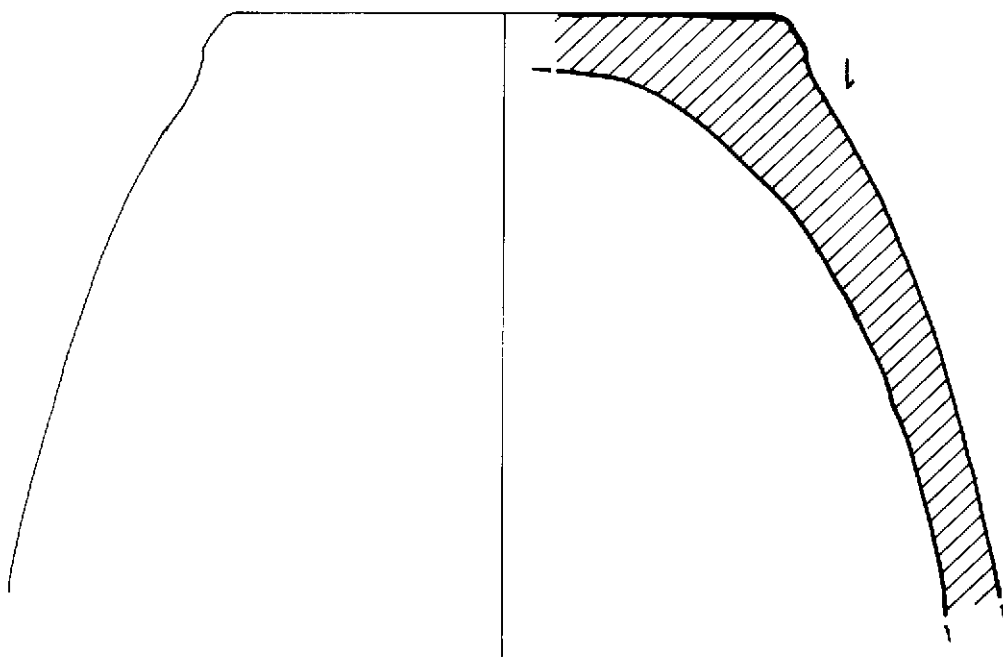
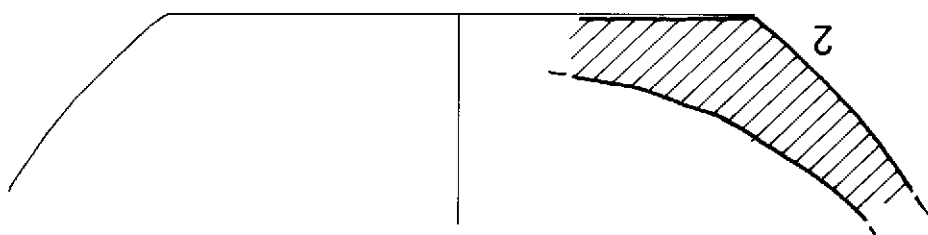
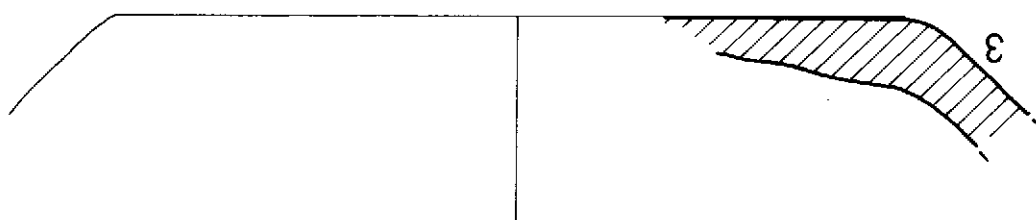
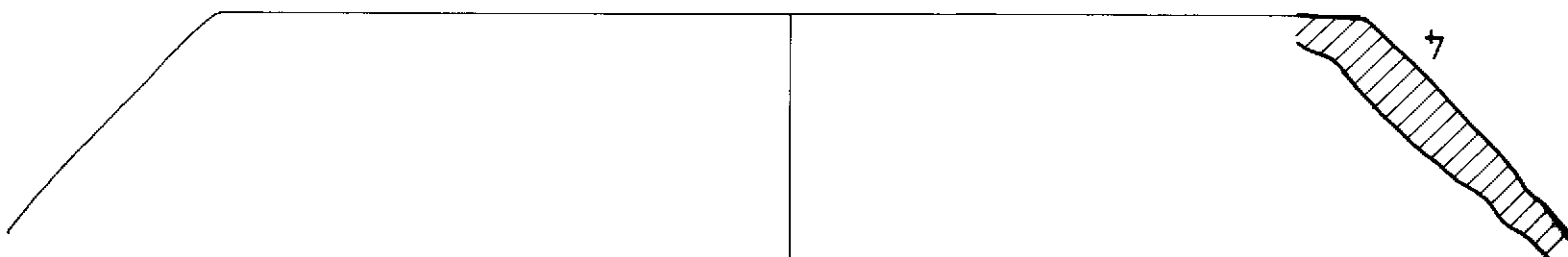
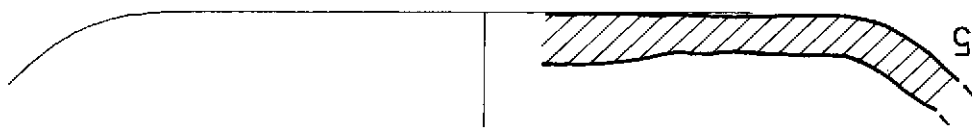
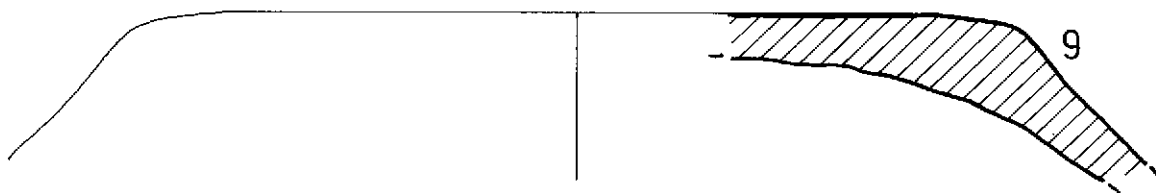
2

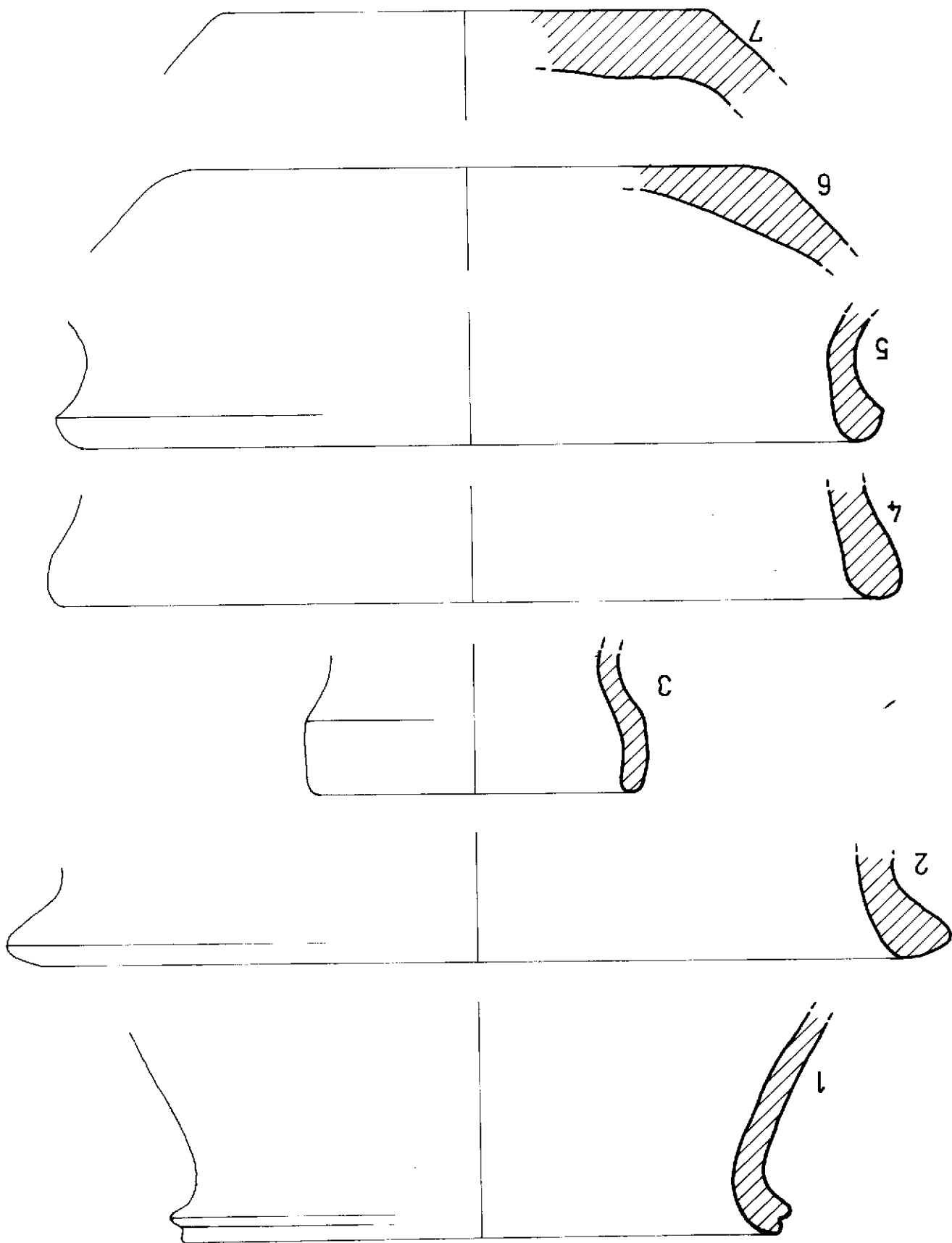


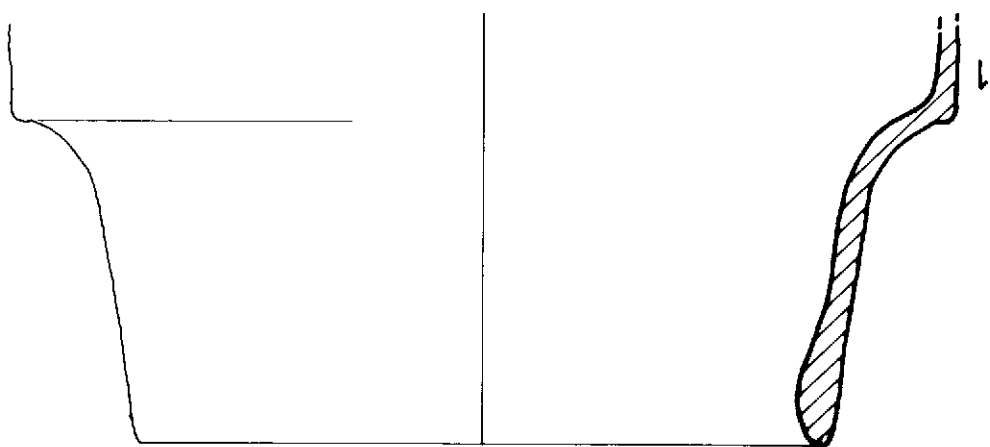
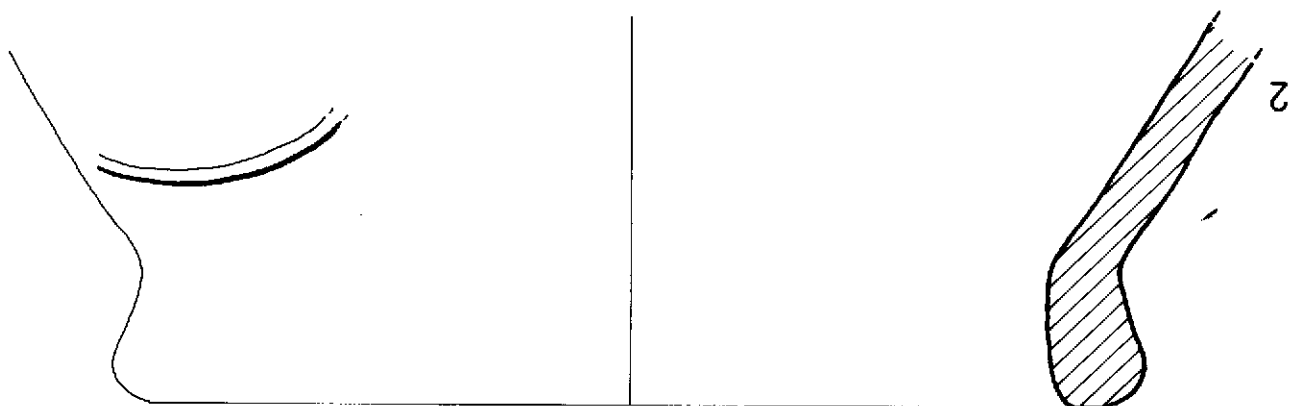
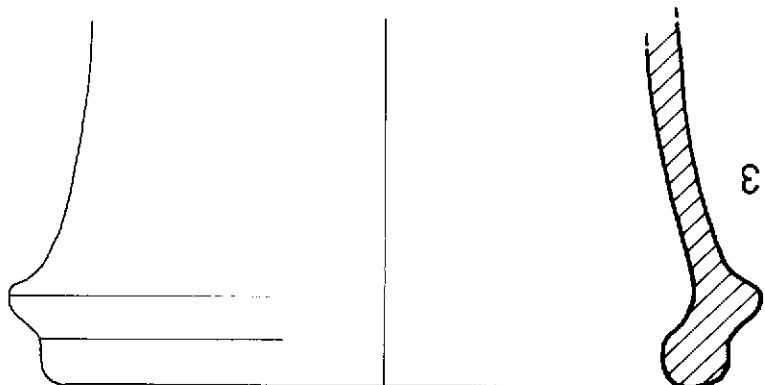
1

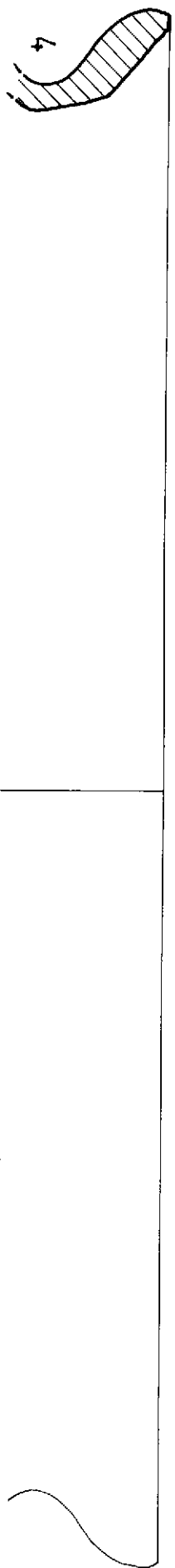
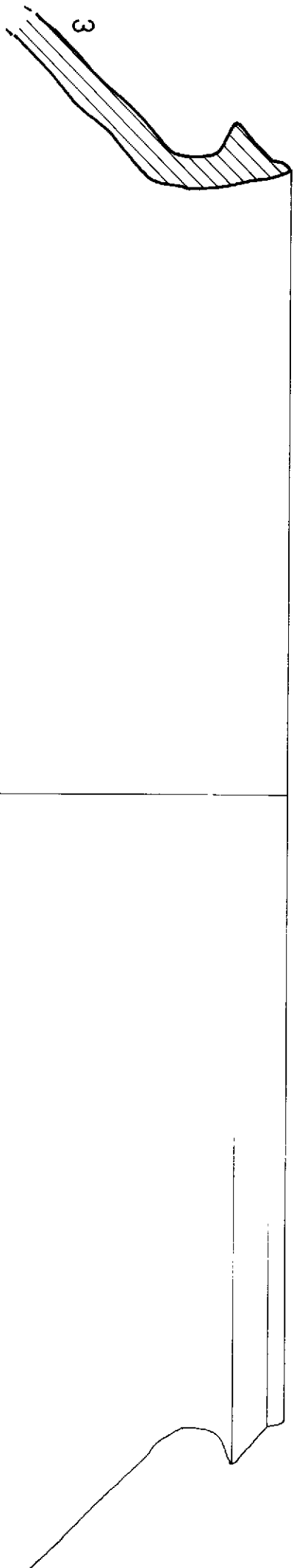
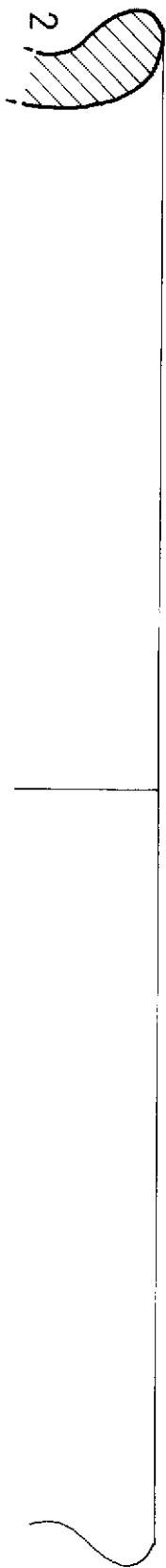
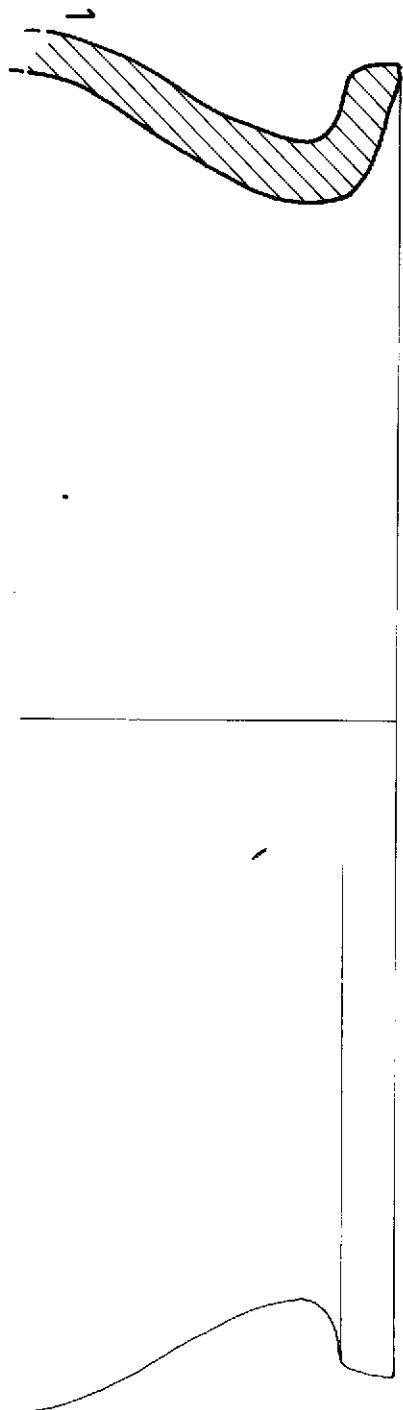


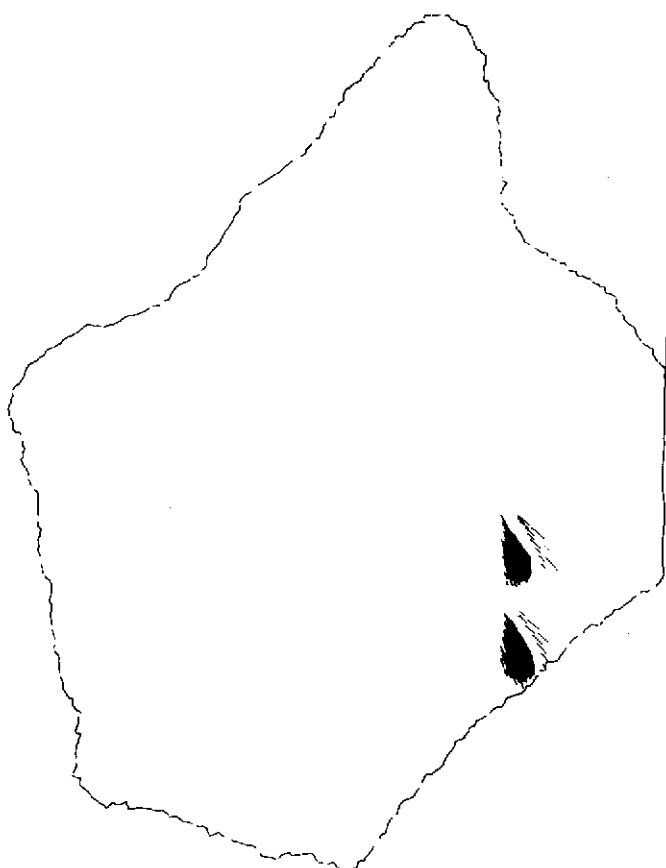
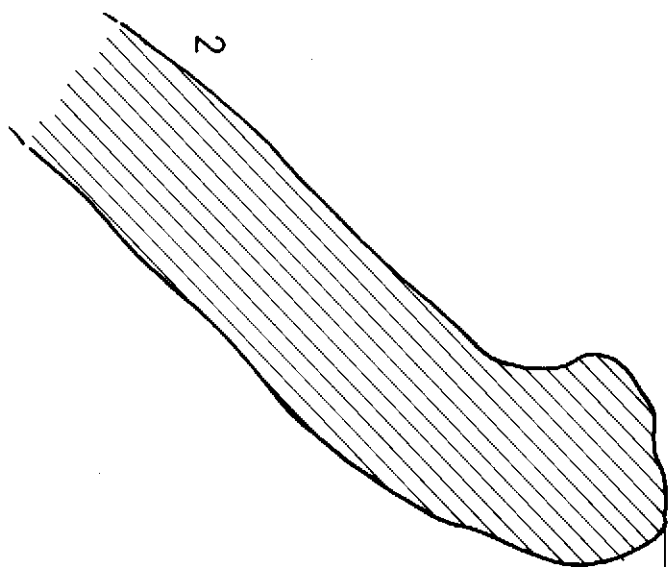
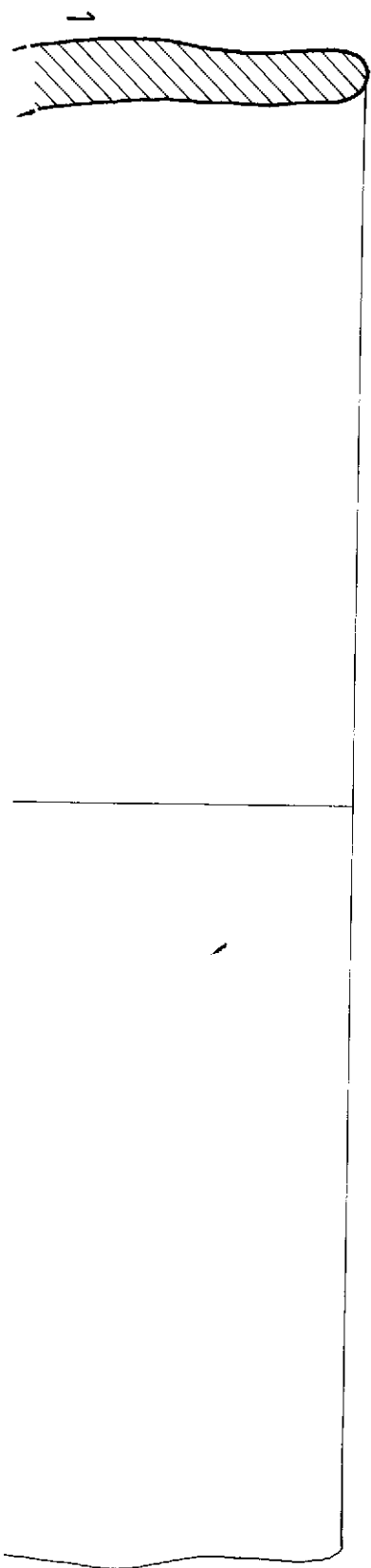


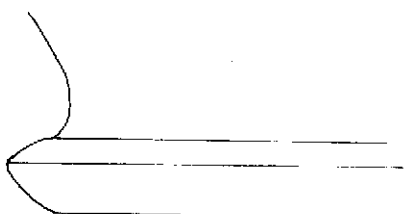
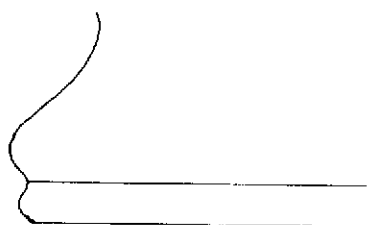


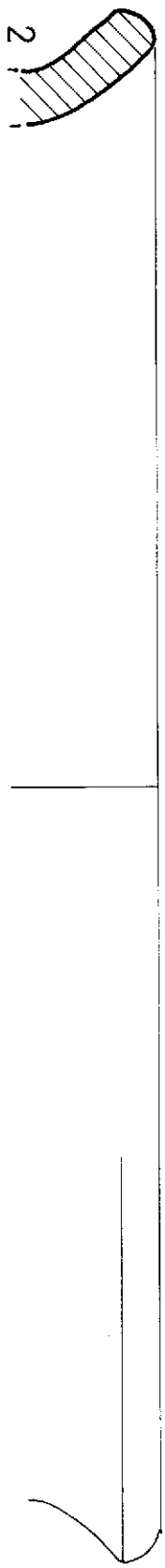
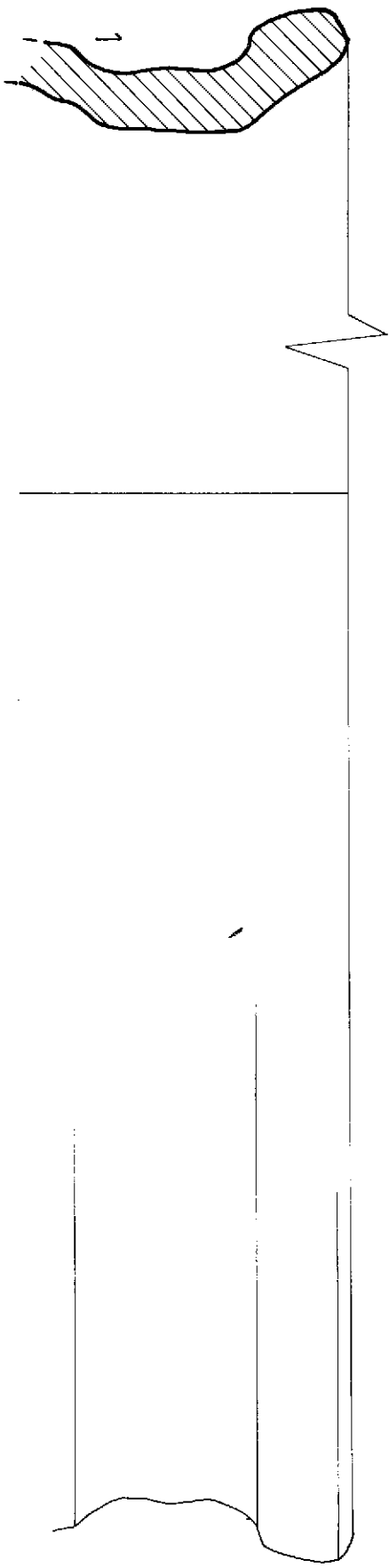




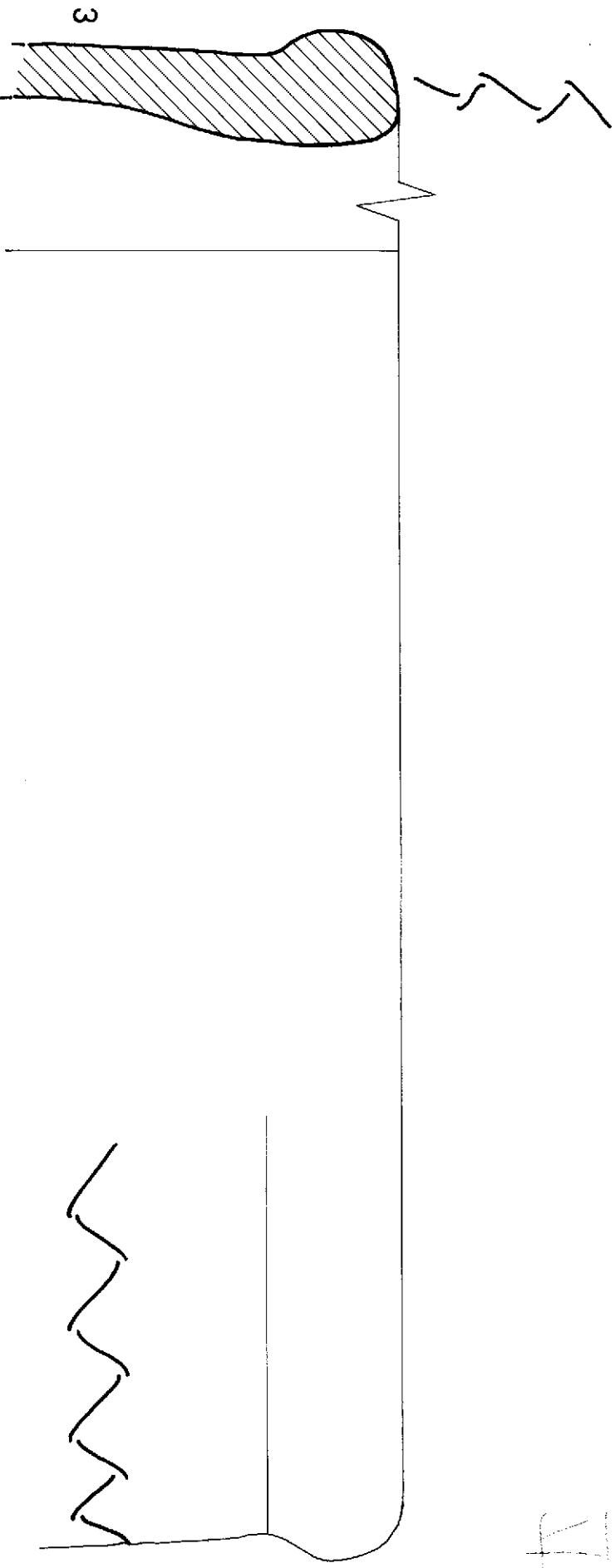


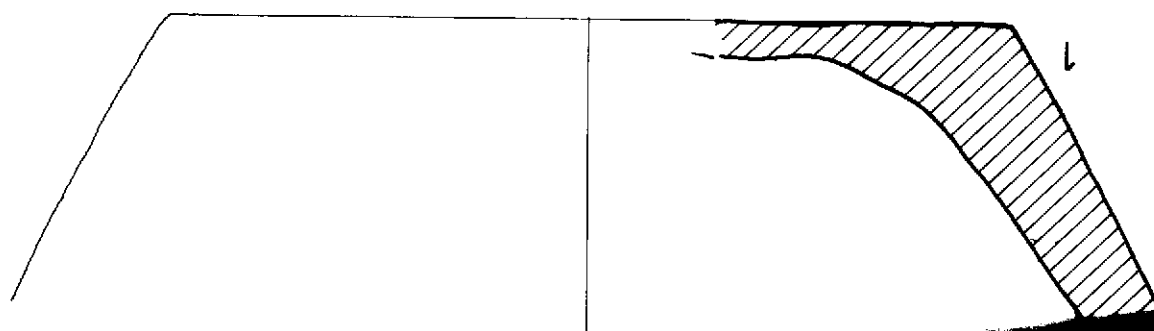
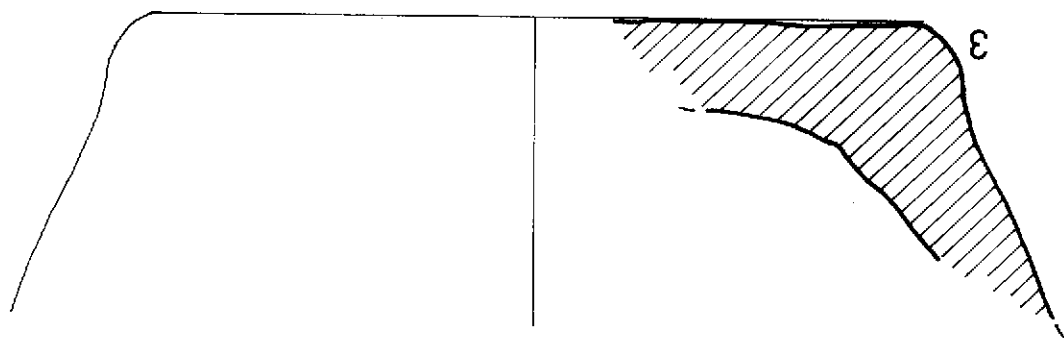
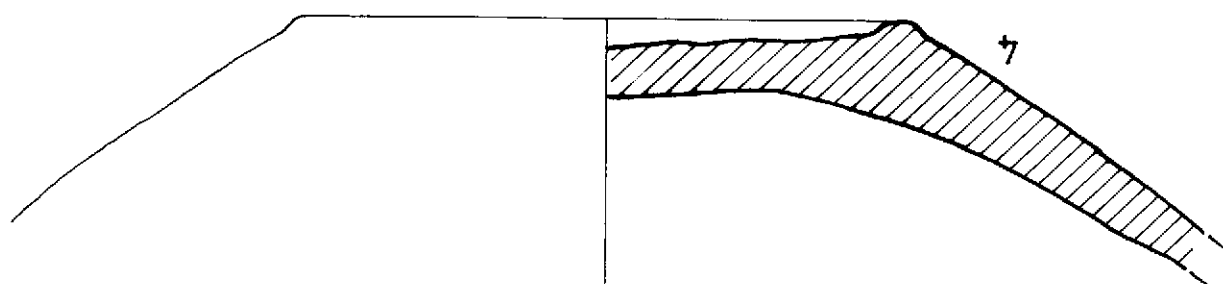
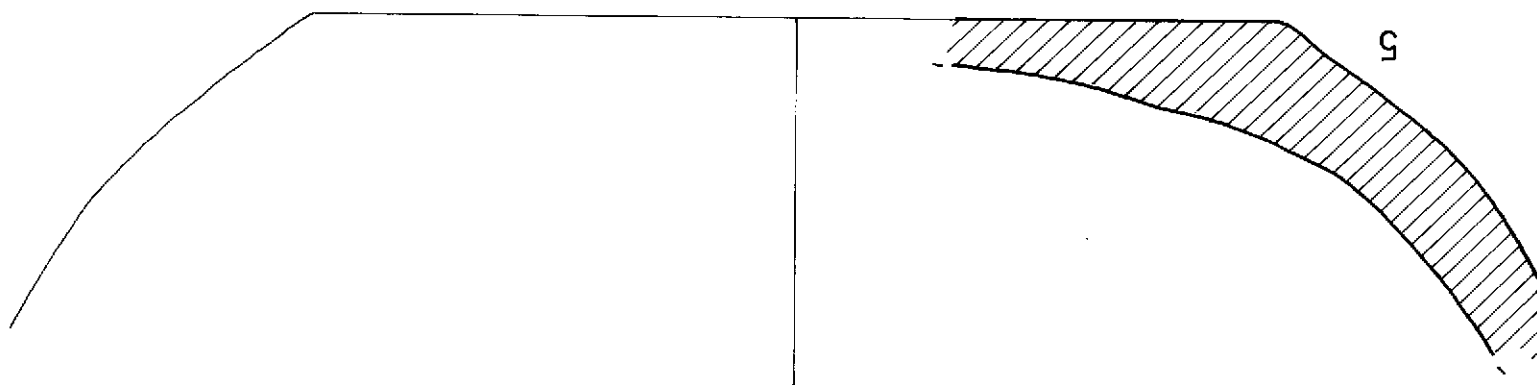
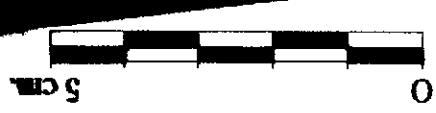




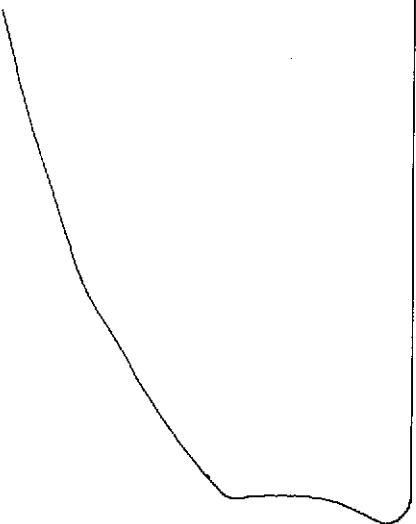
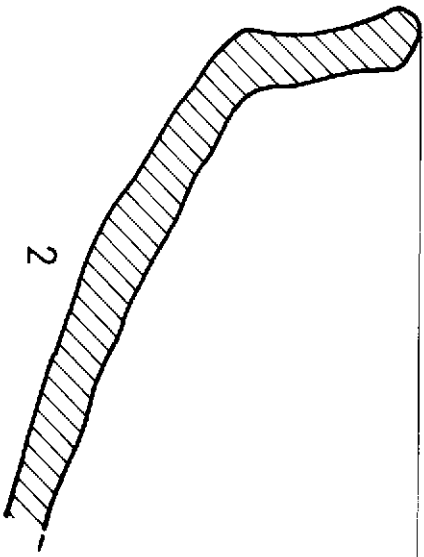
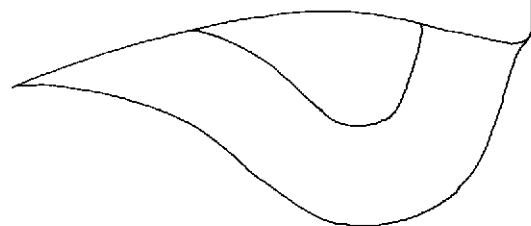
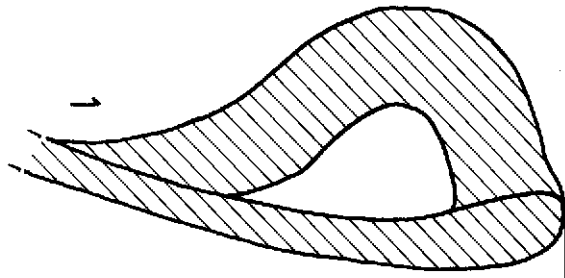


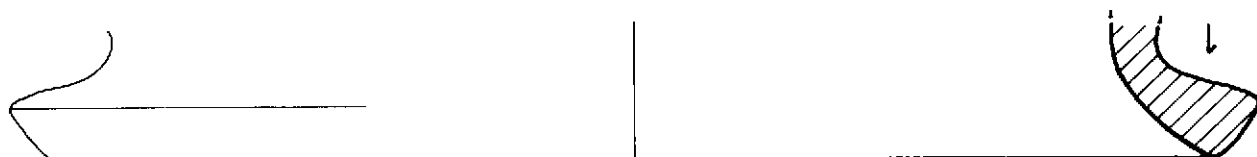
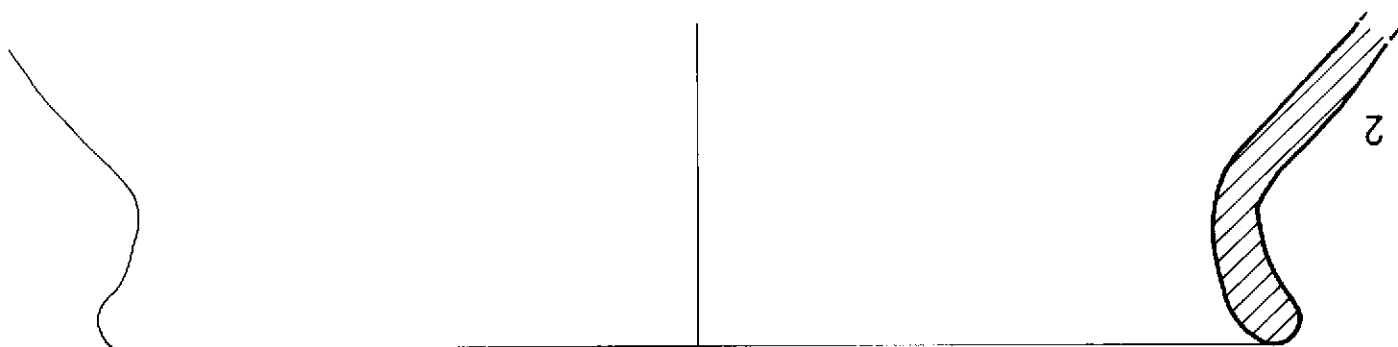
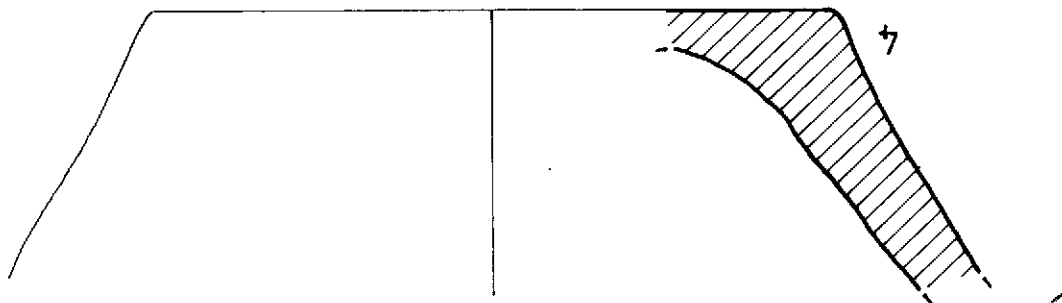
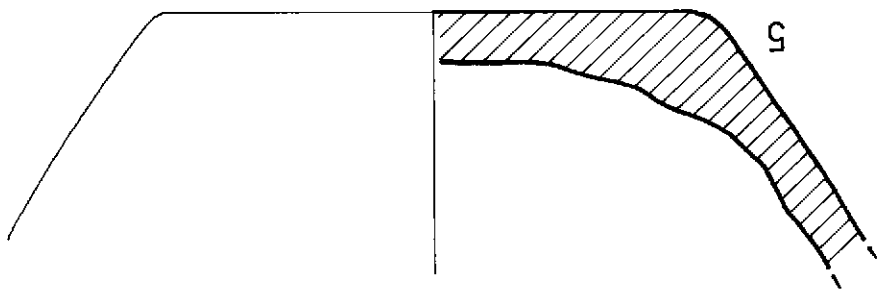
III

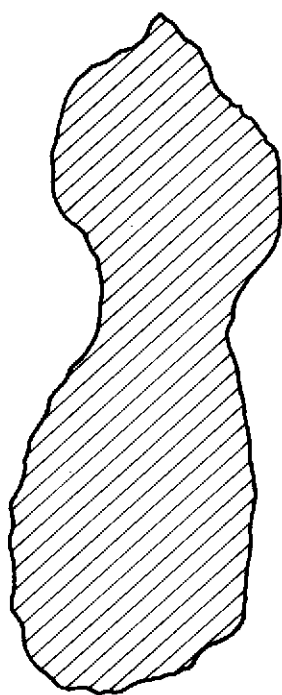
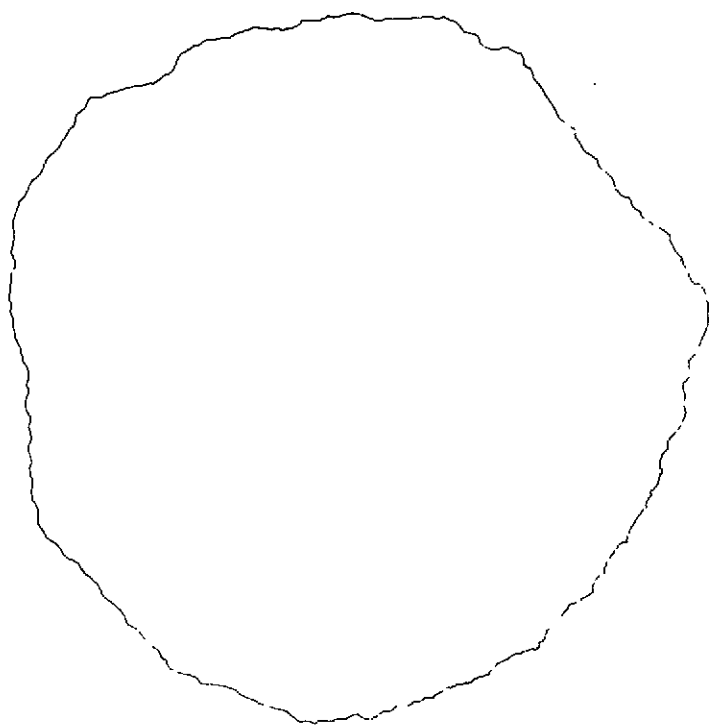






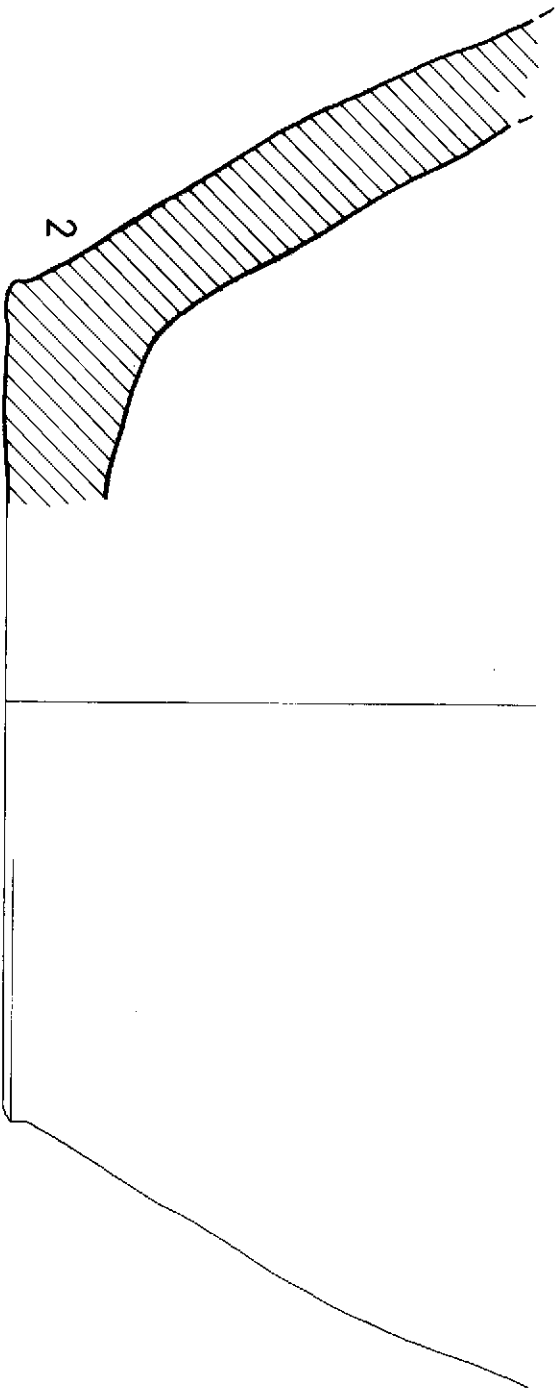
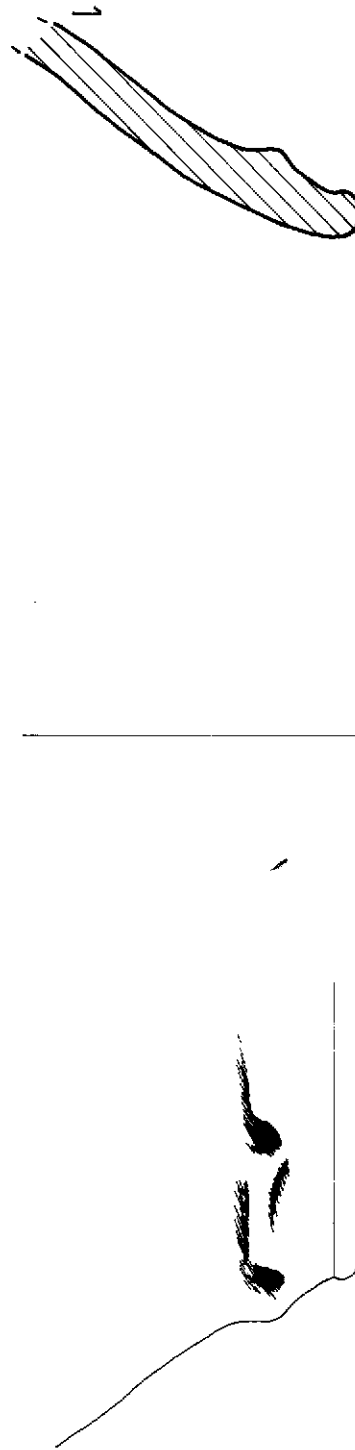


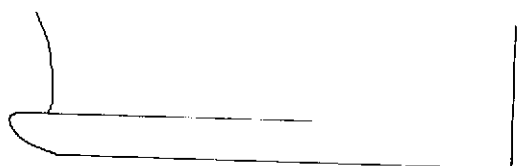
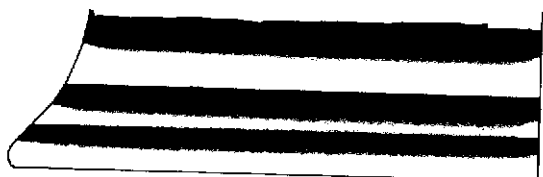
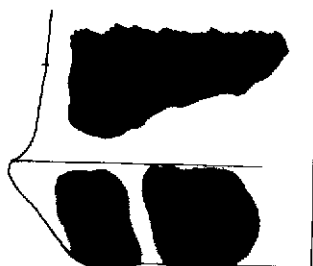
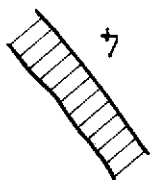
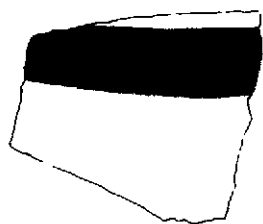


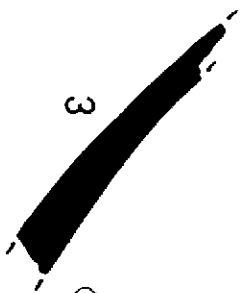
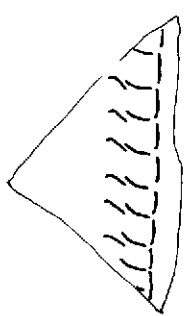
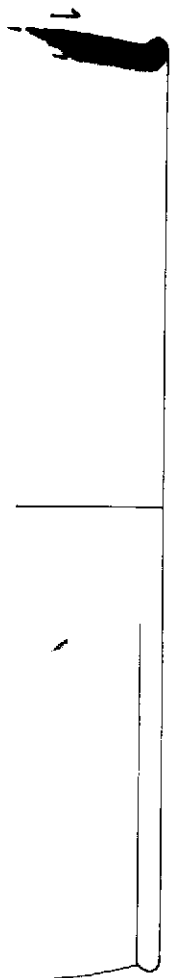


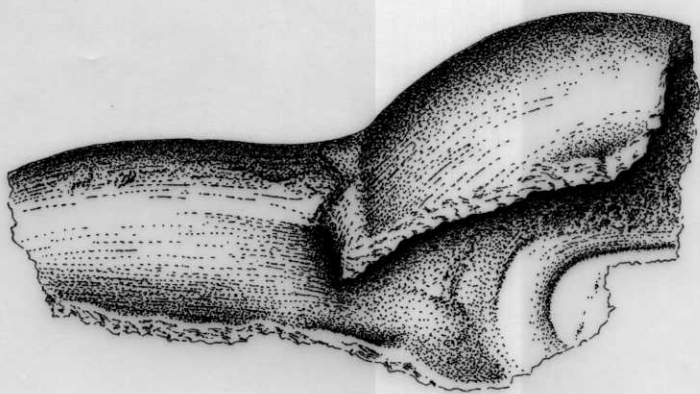
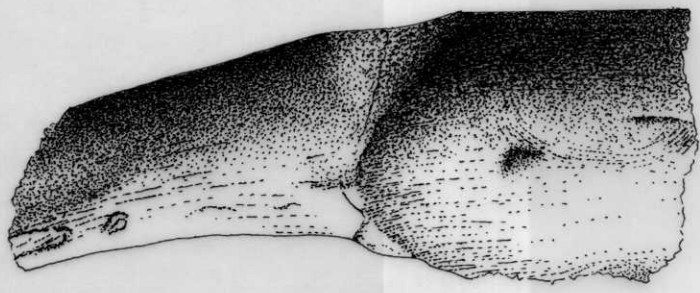
1

2

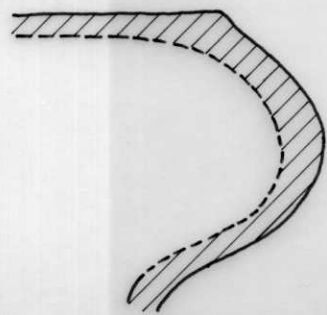
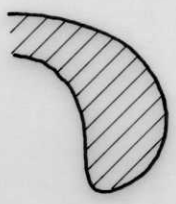


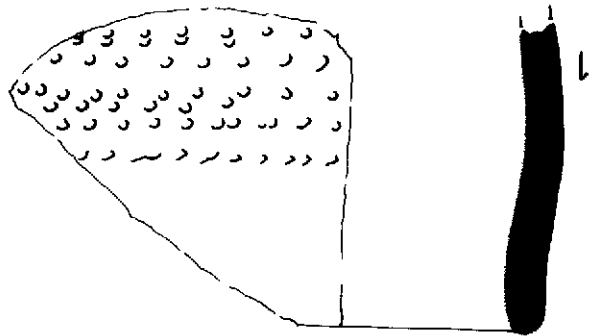
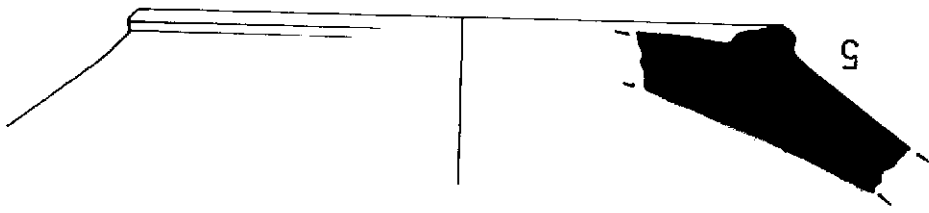




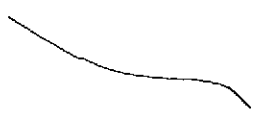
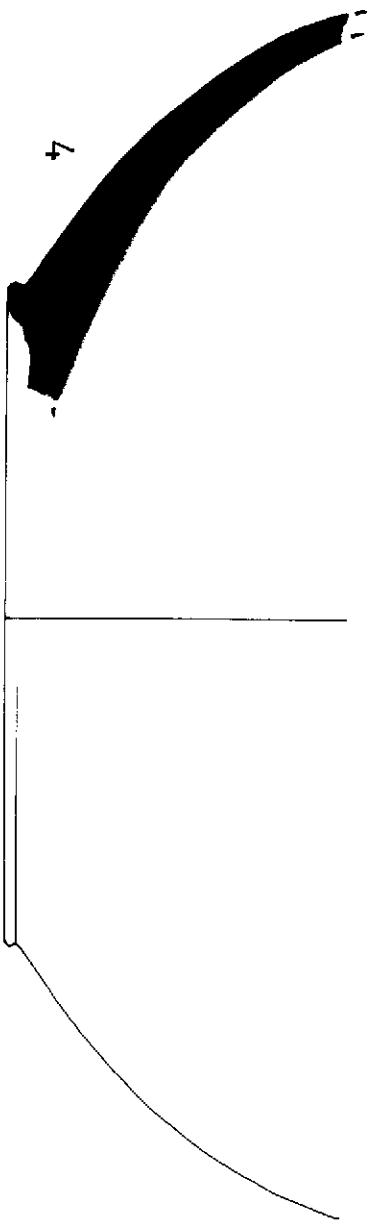
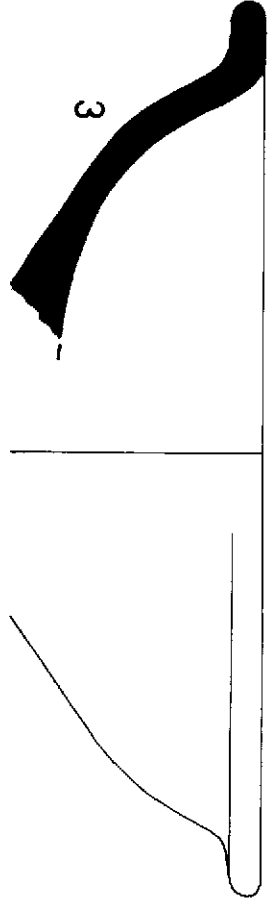
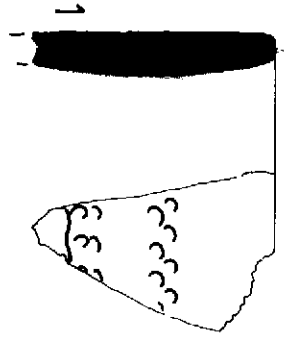


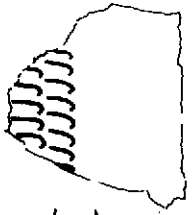
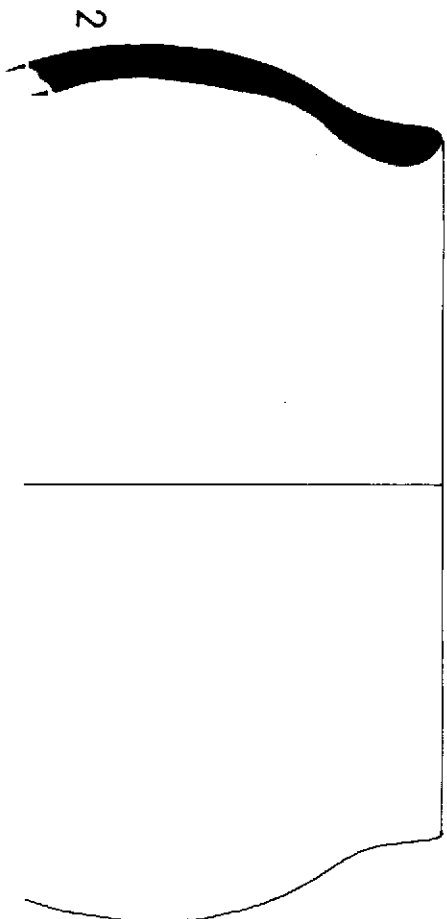
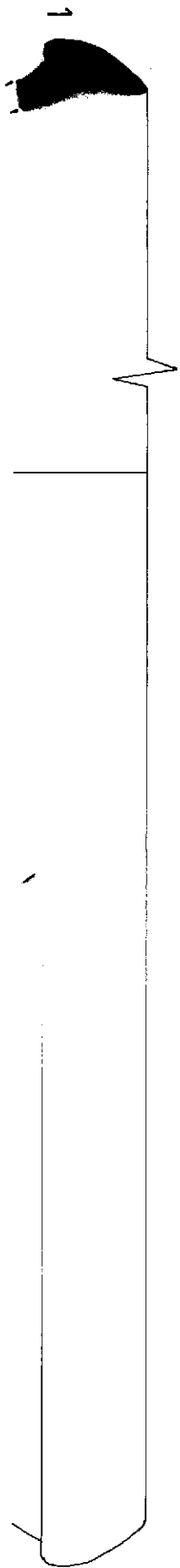
1



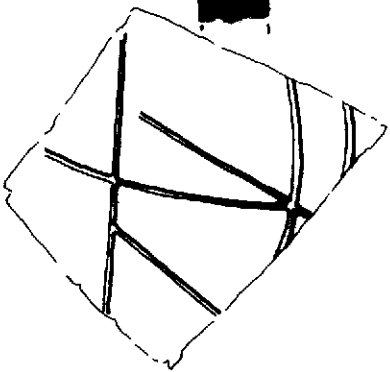


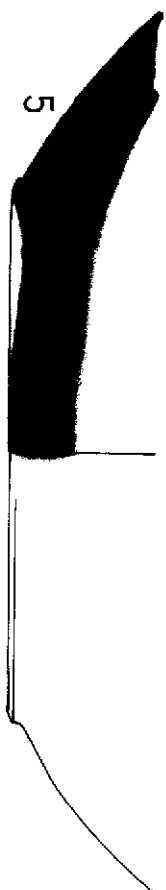
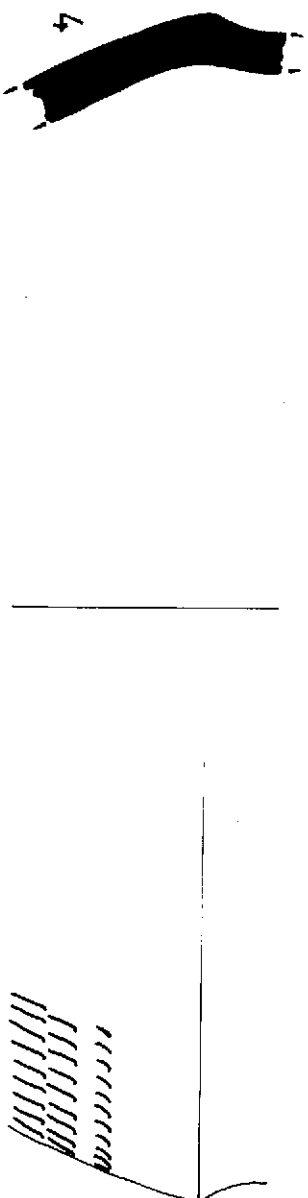
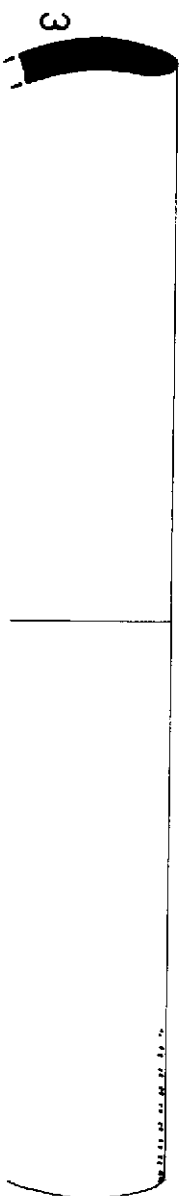
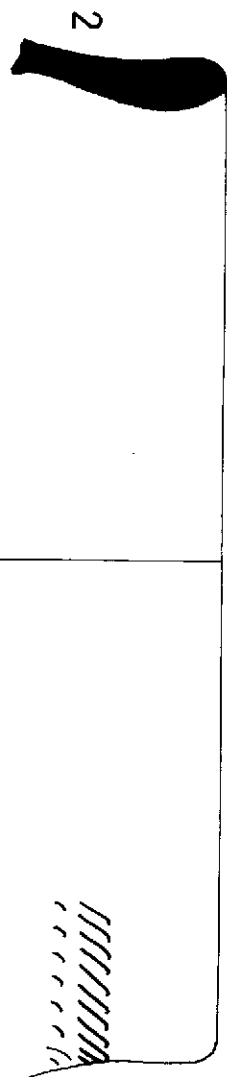
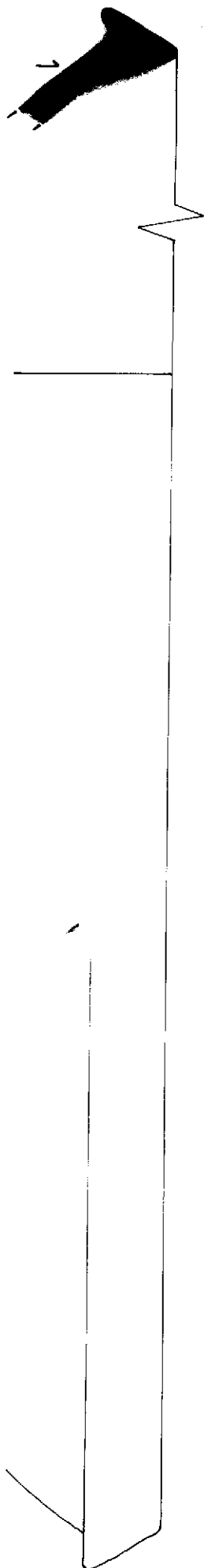


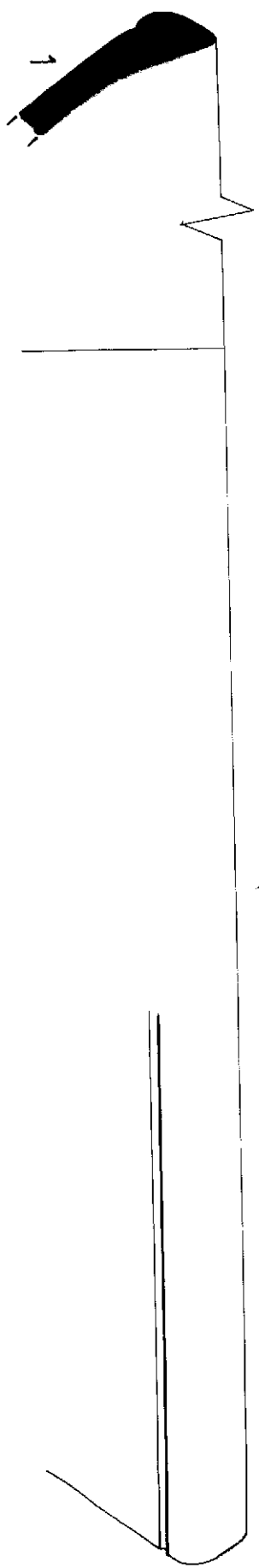




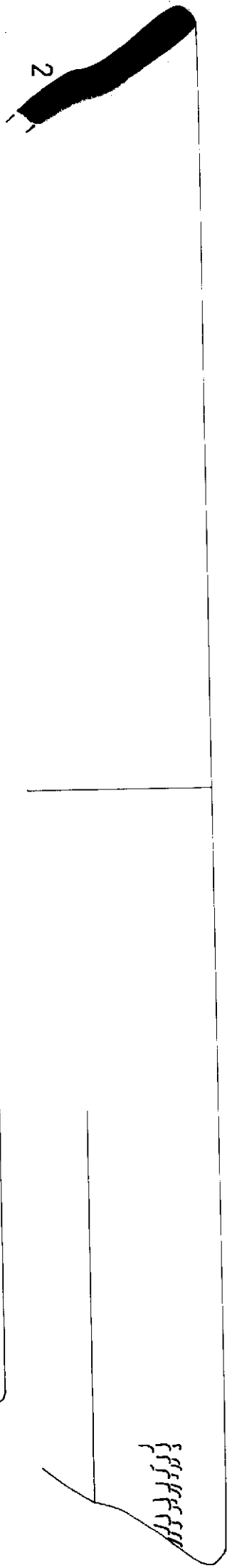
4



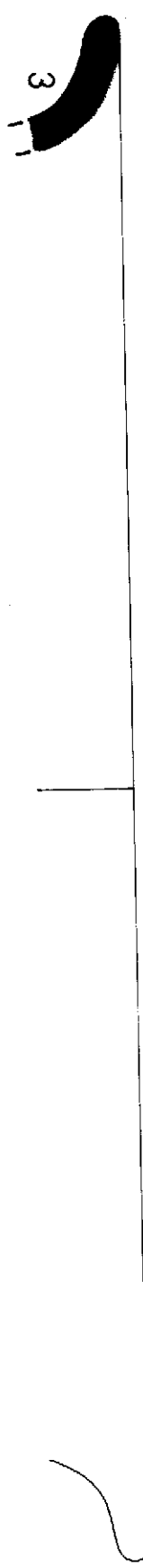




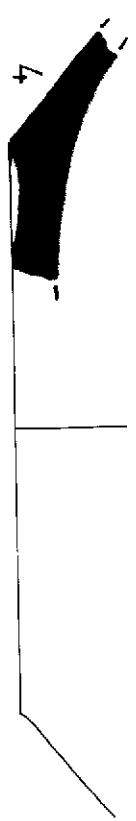
1



2



3



4

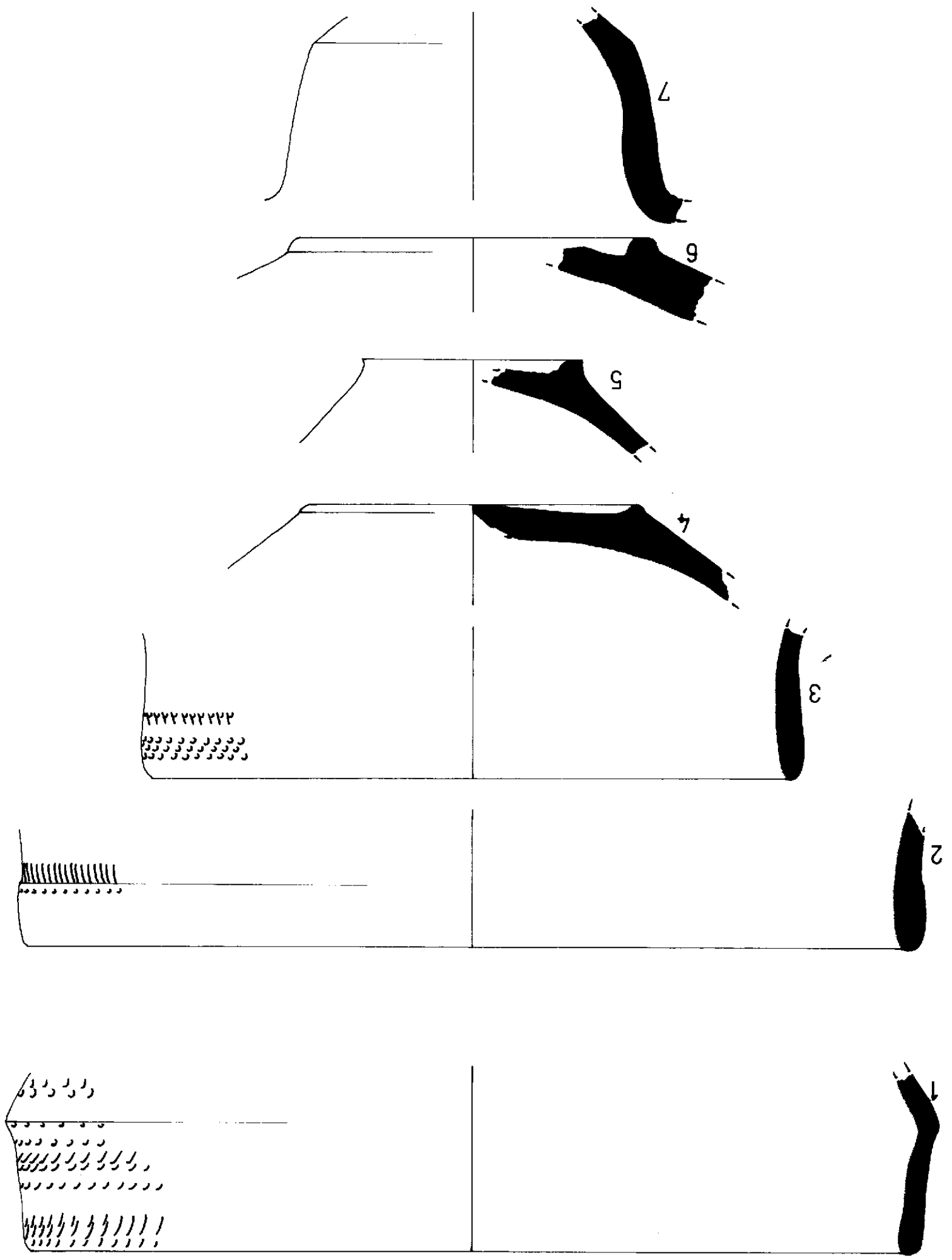
1

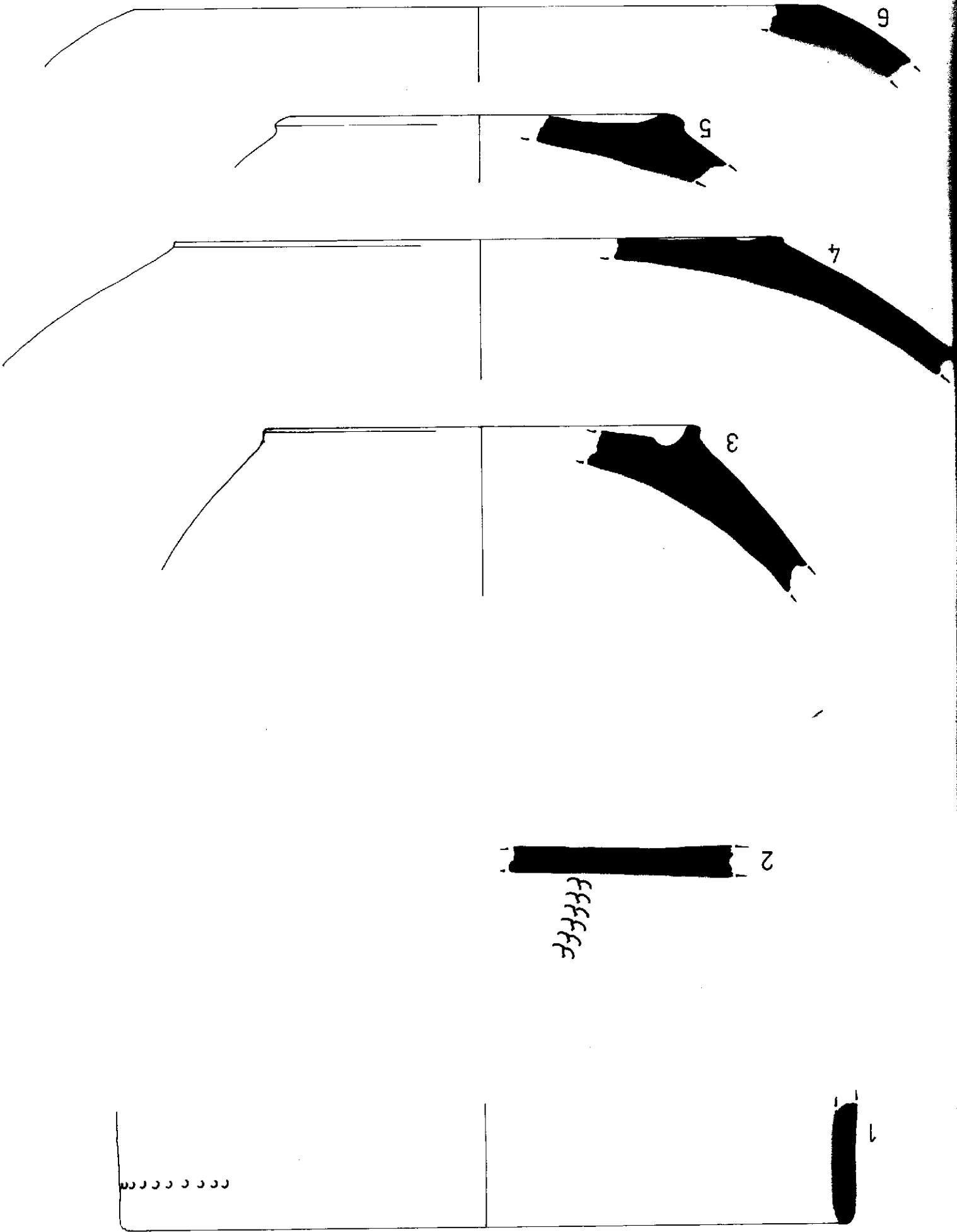
2

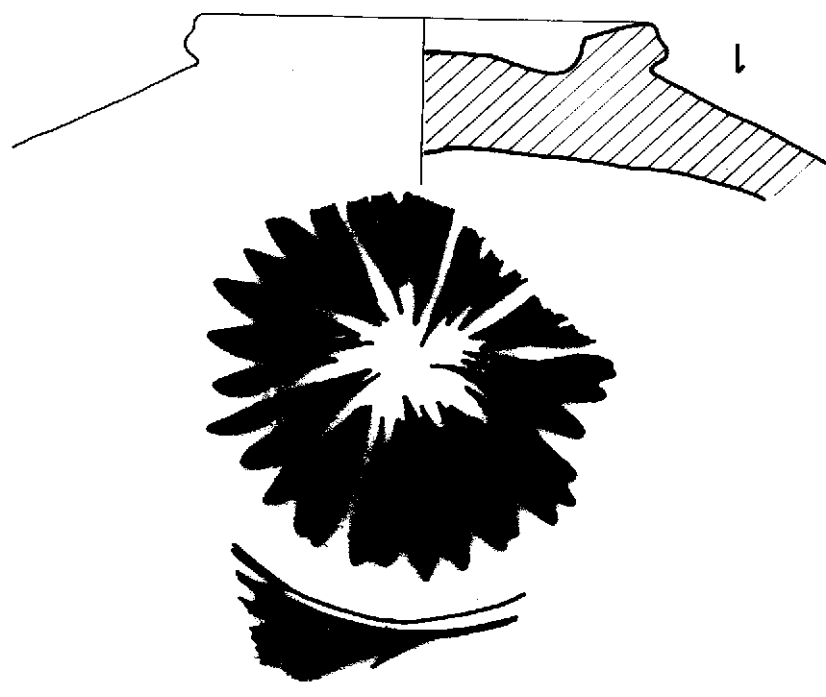
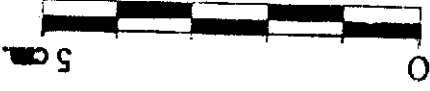
3

4

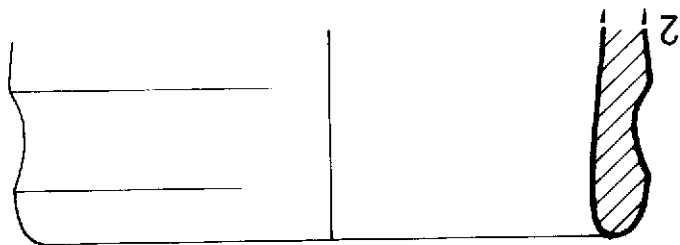
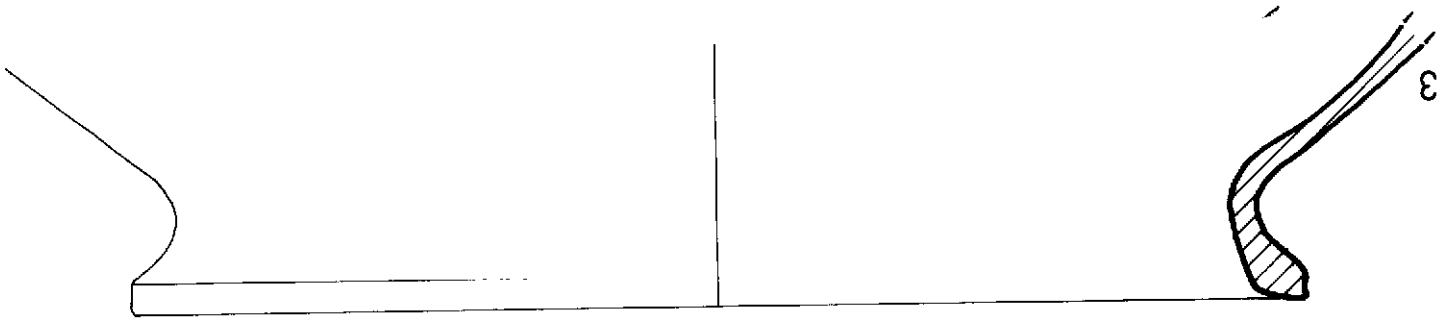
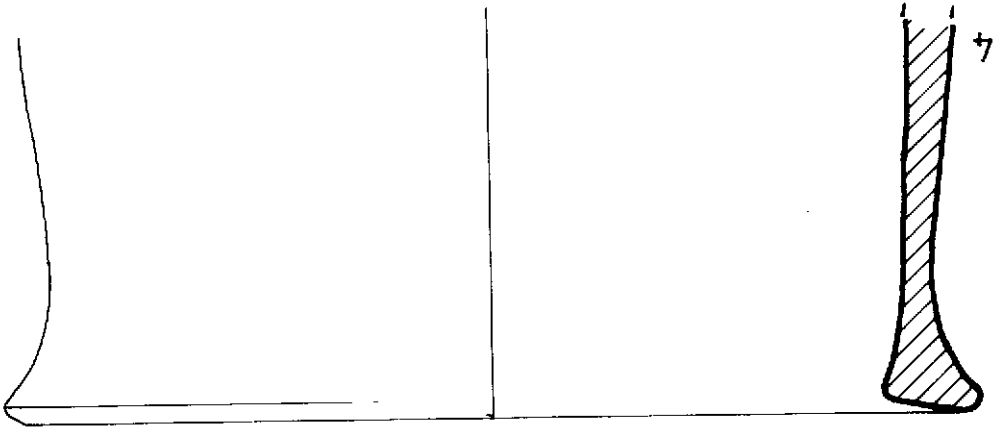
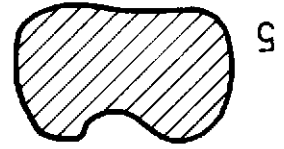
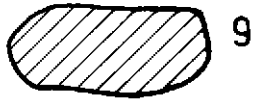
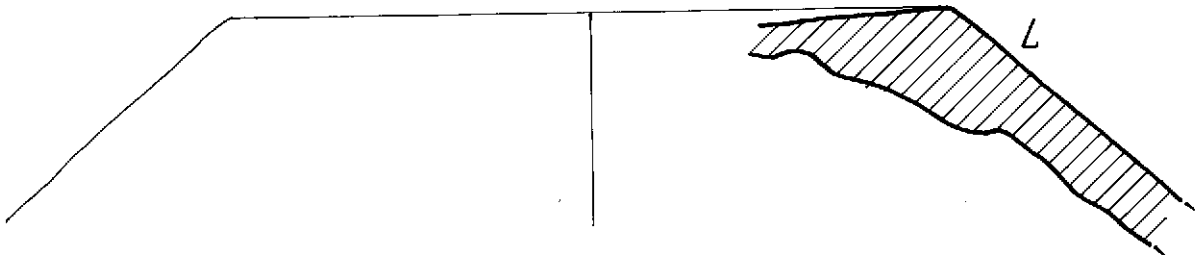
5

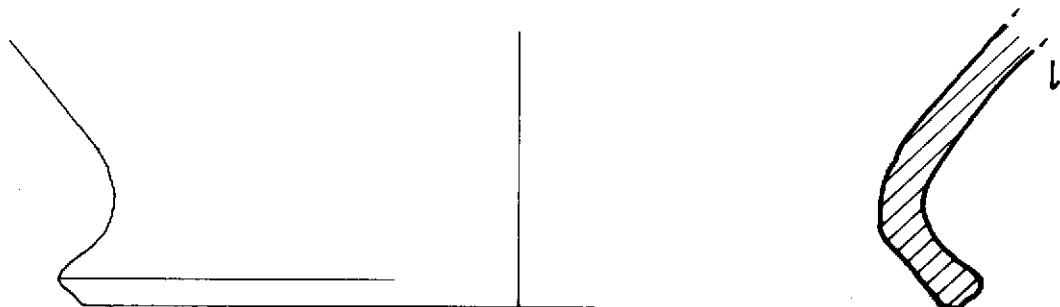
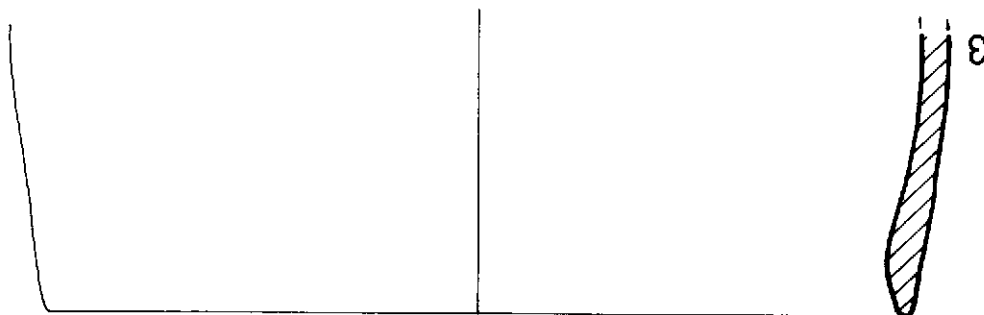
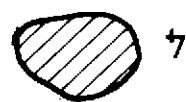
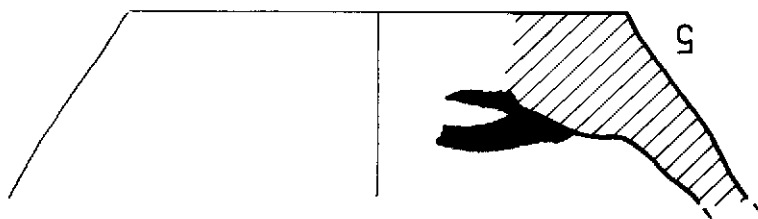












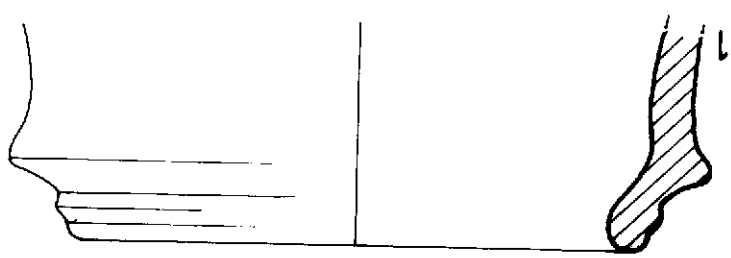
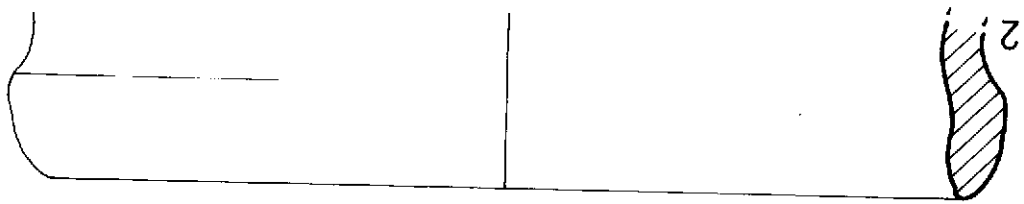
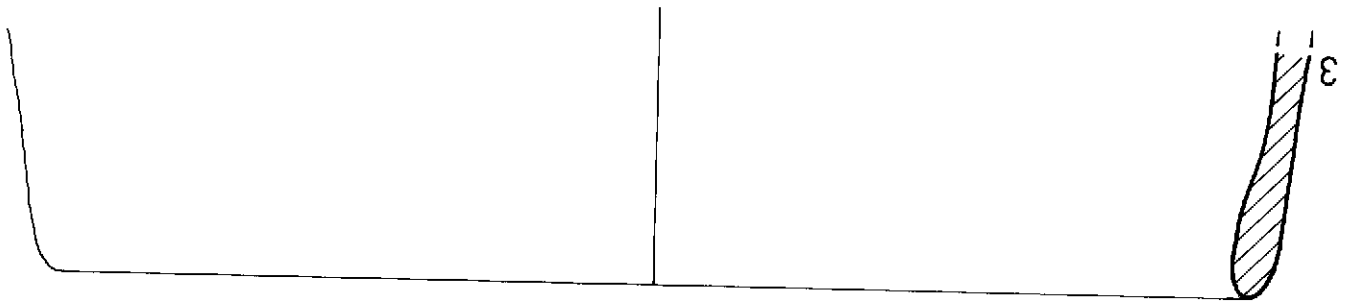
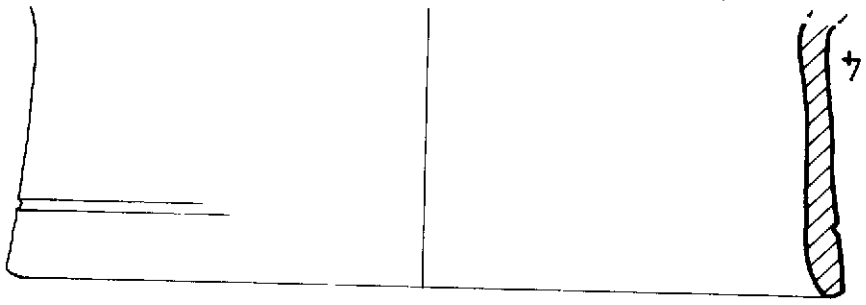
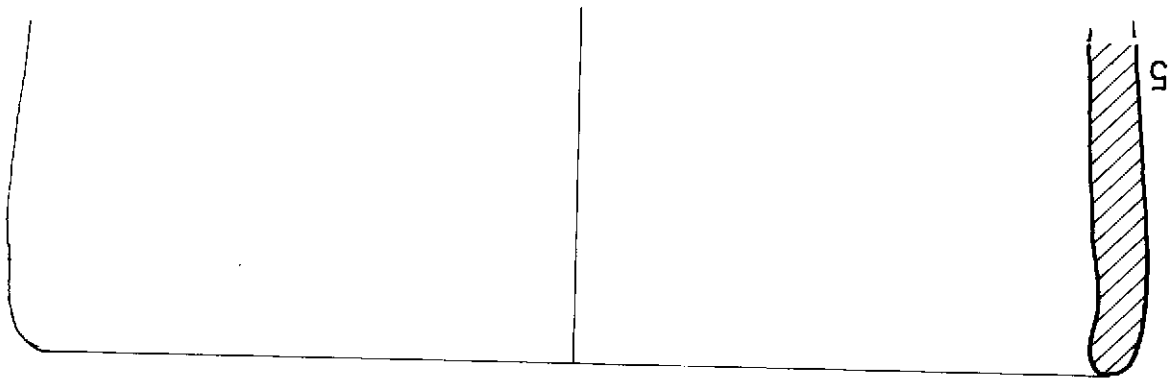
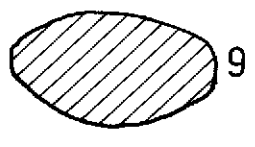
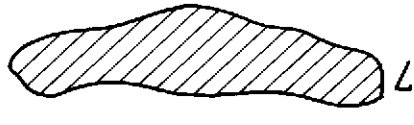
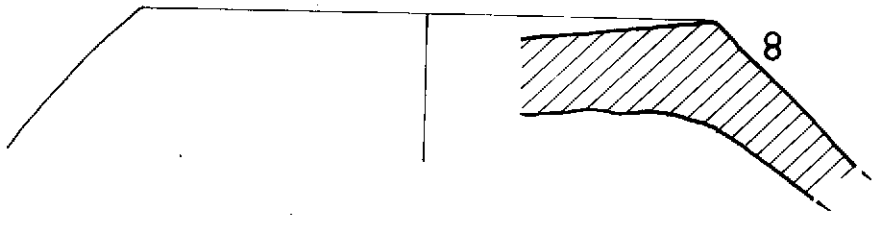
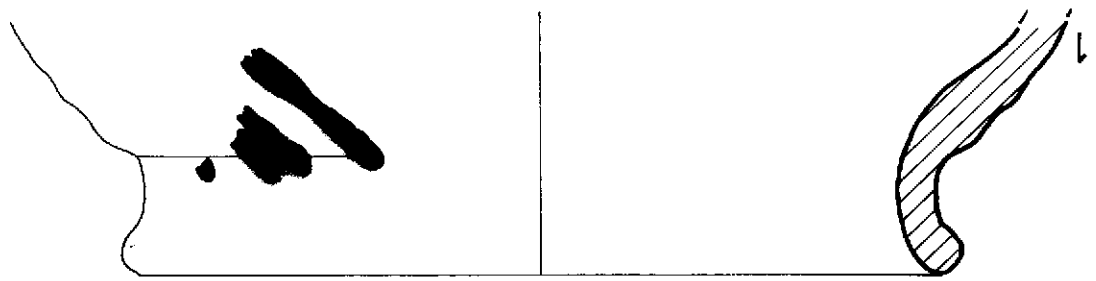
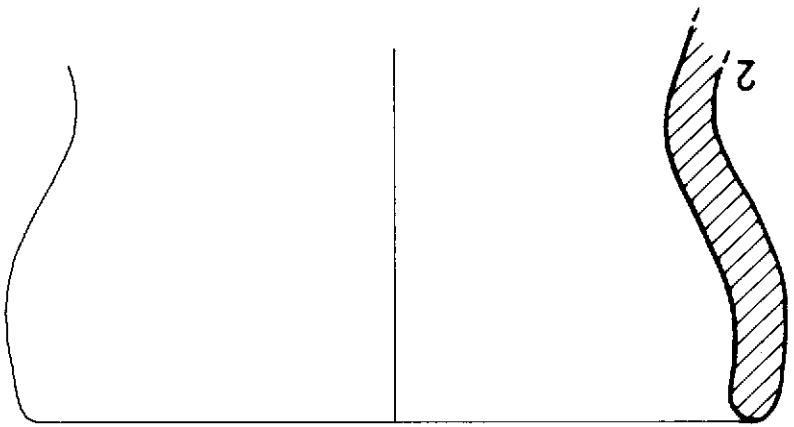
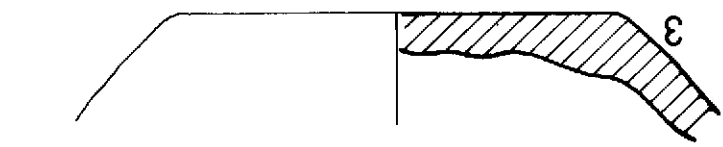
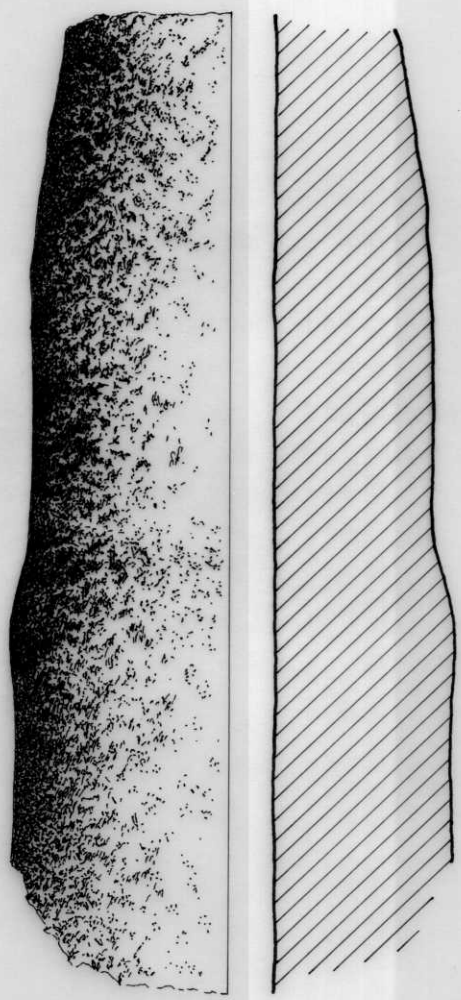
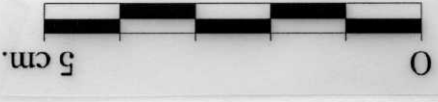
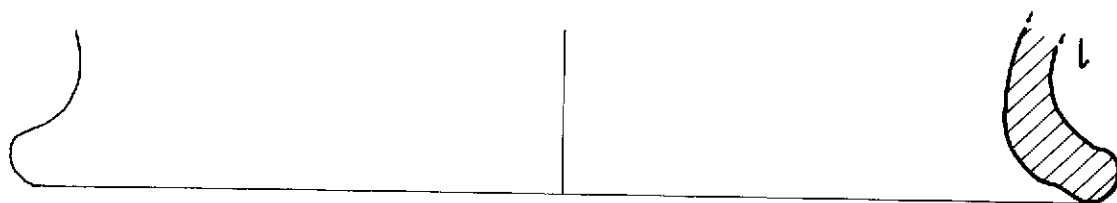
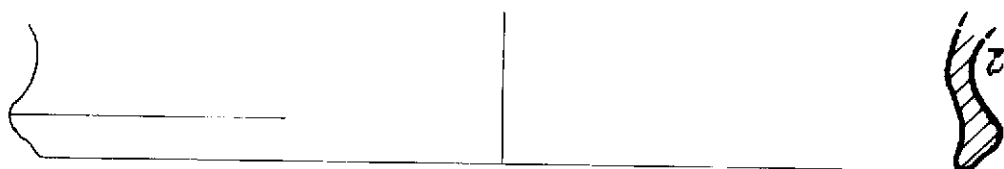
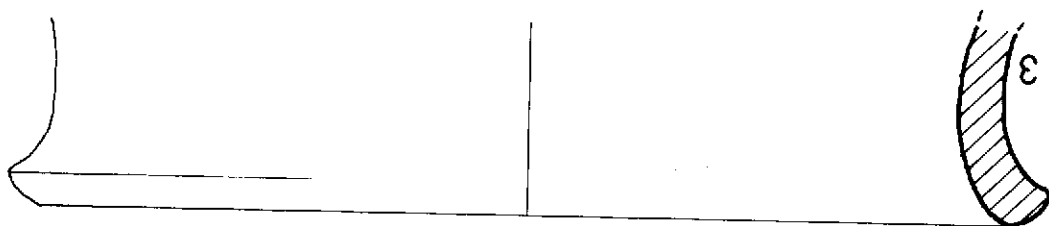
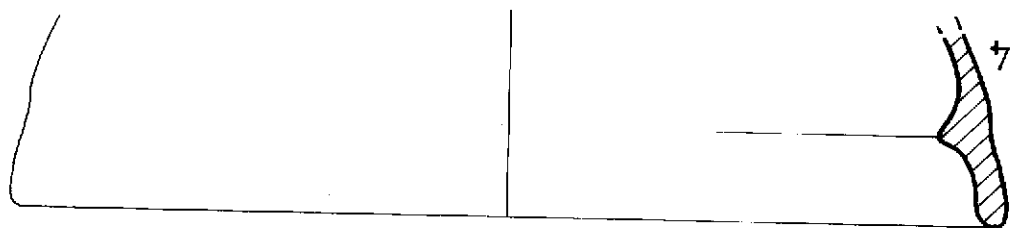
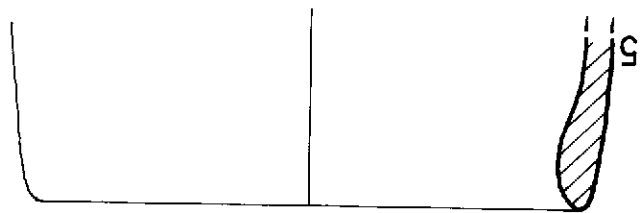


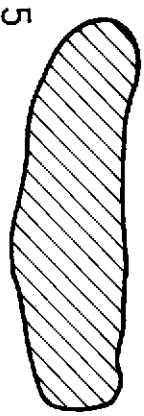
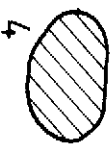
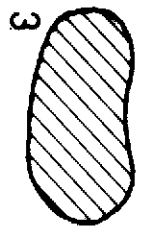
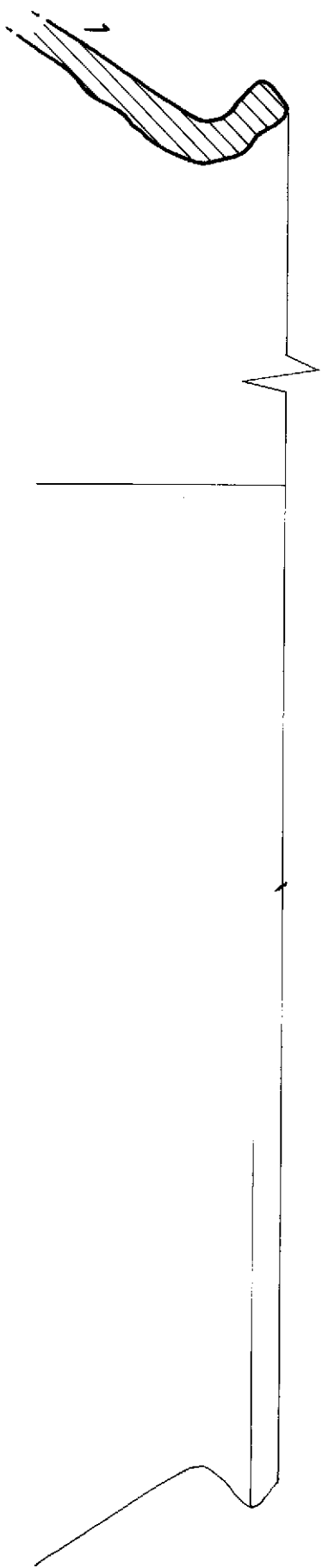
Figure 7

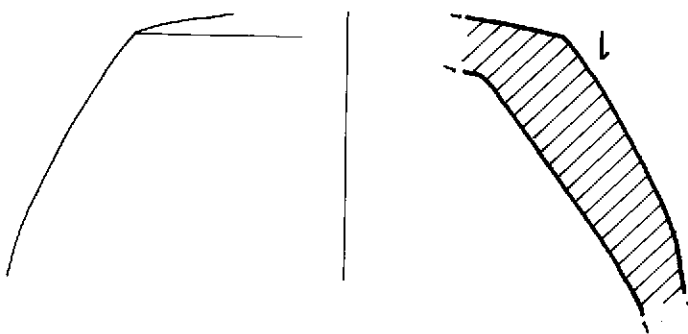
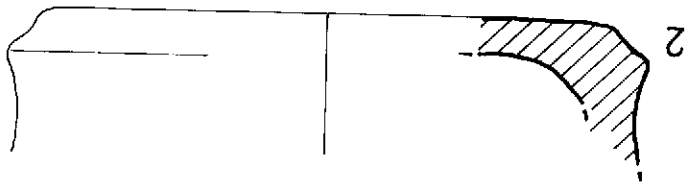
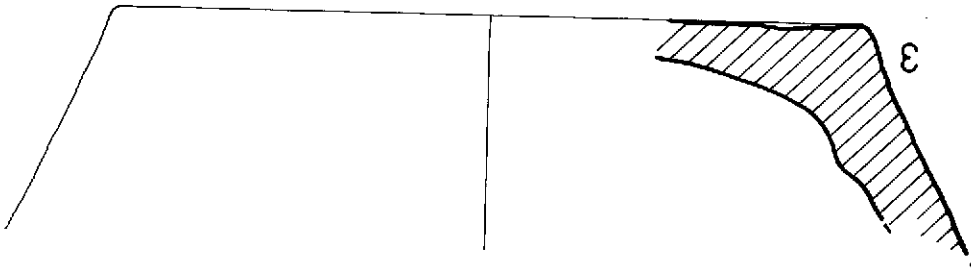
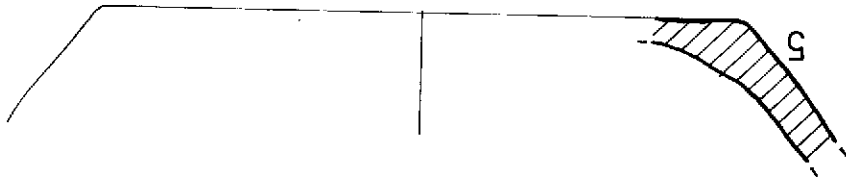
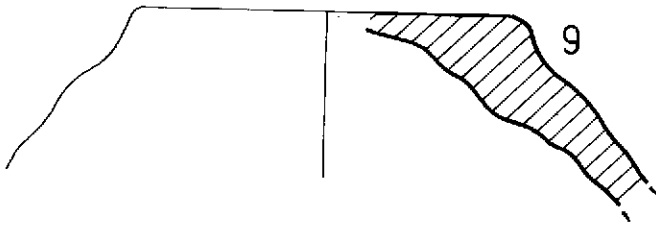




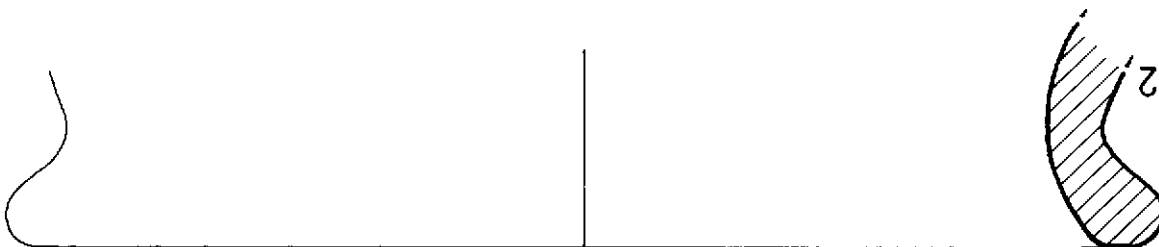
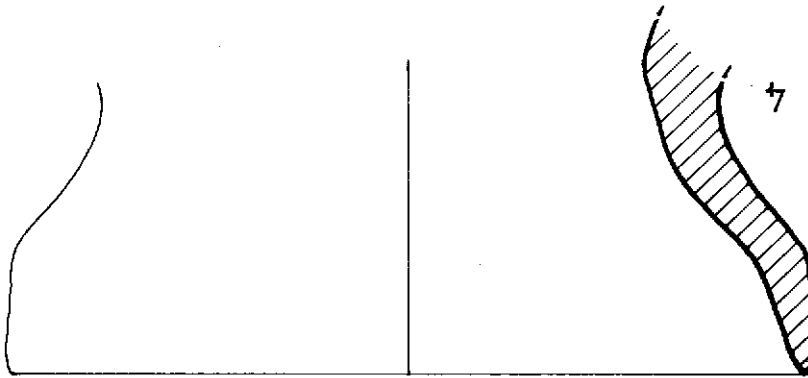
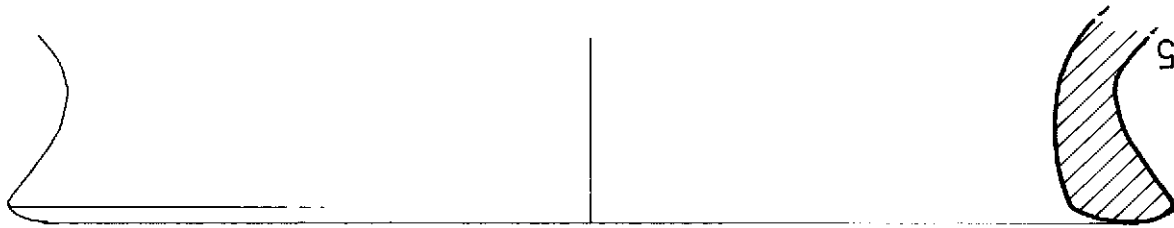
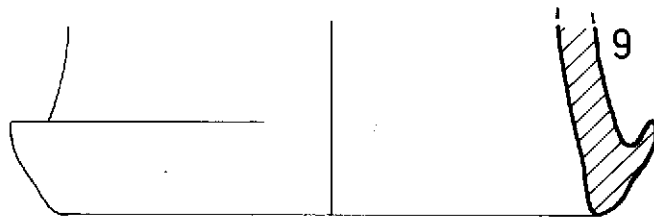
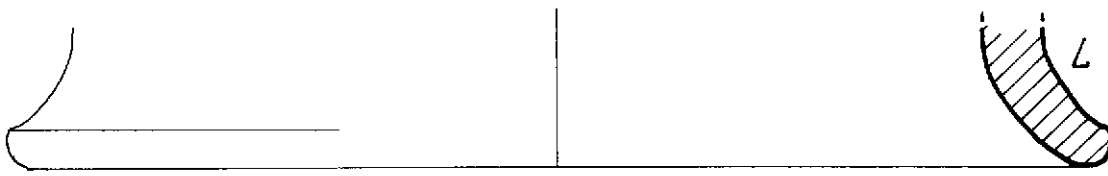
1

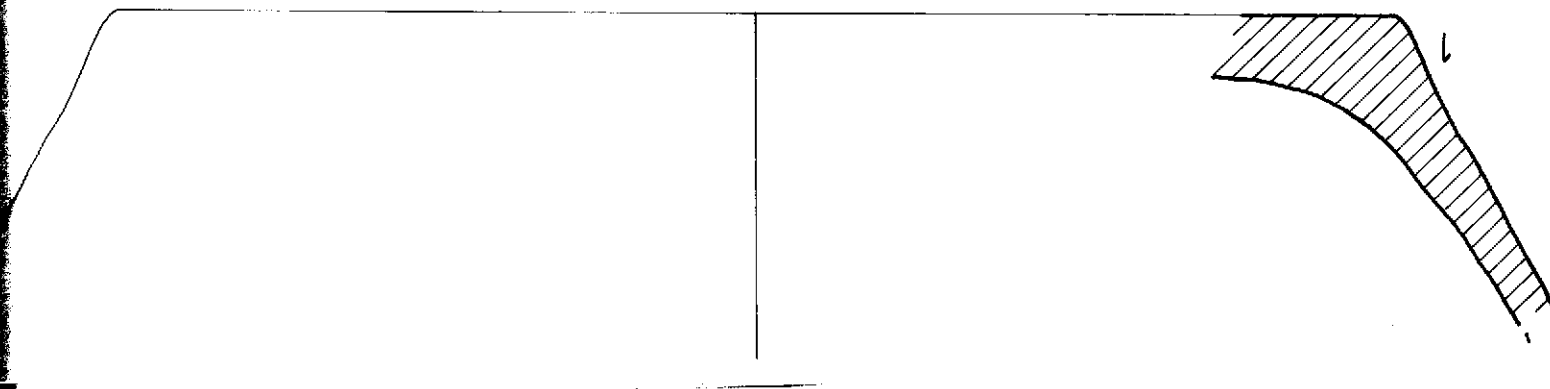
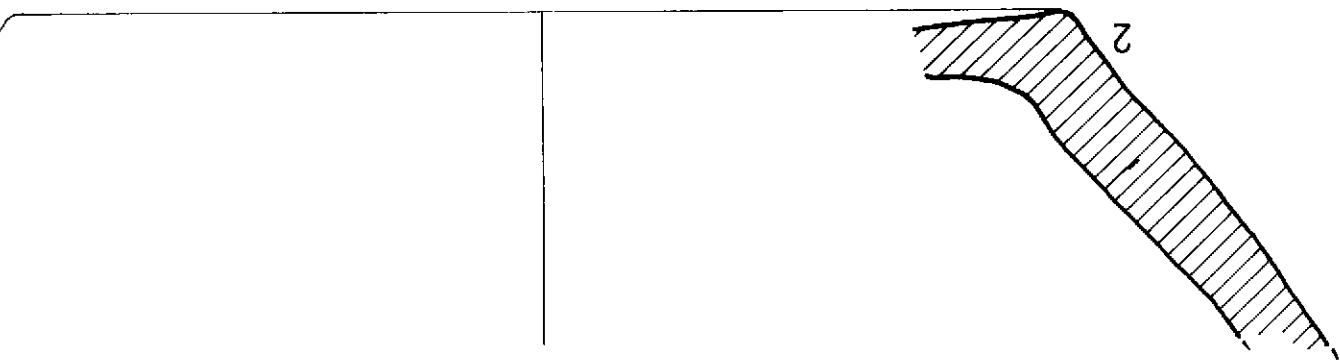
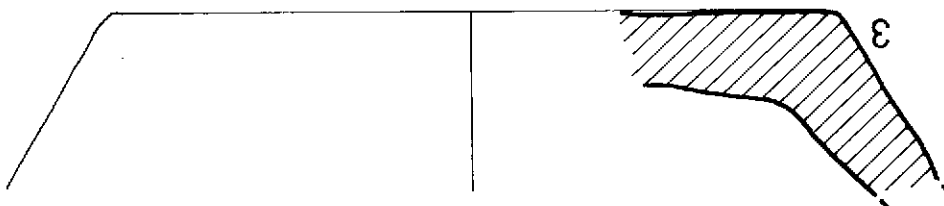
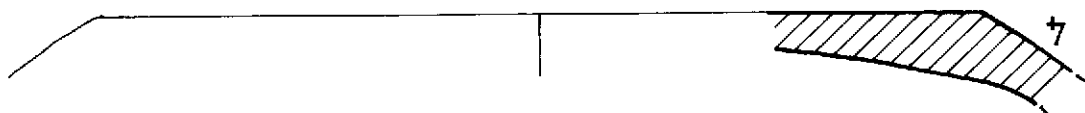
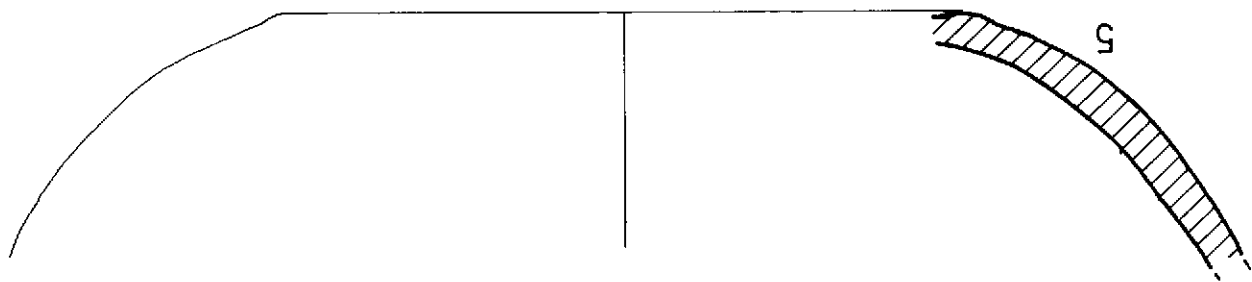


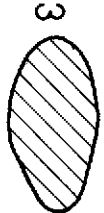
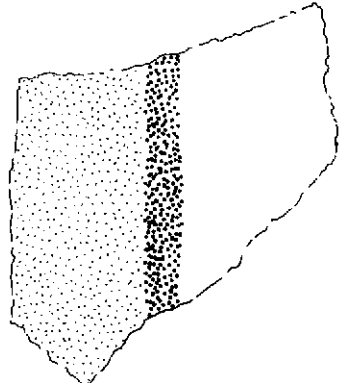
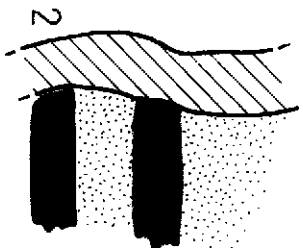
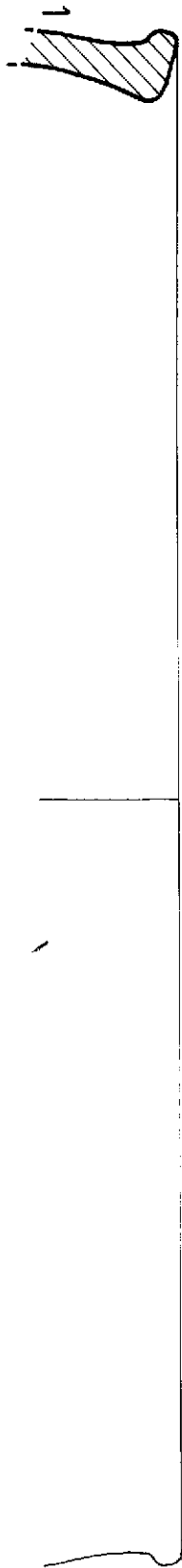


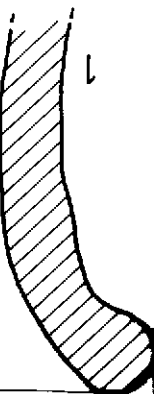
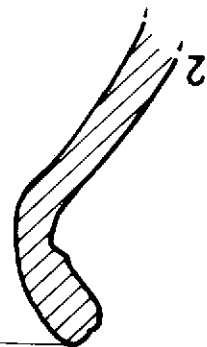
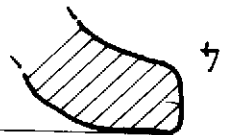
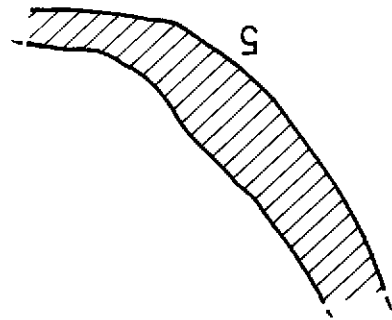
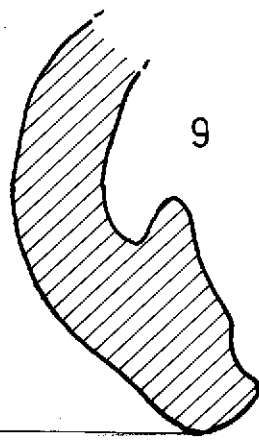


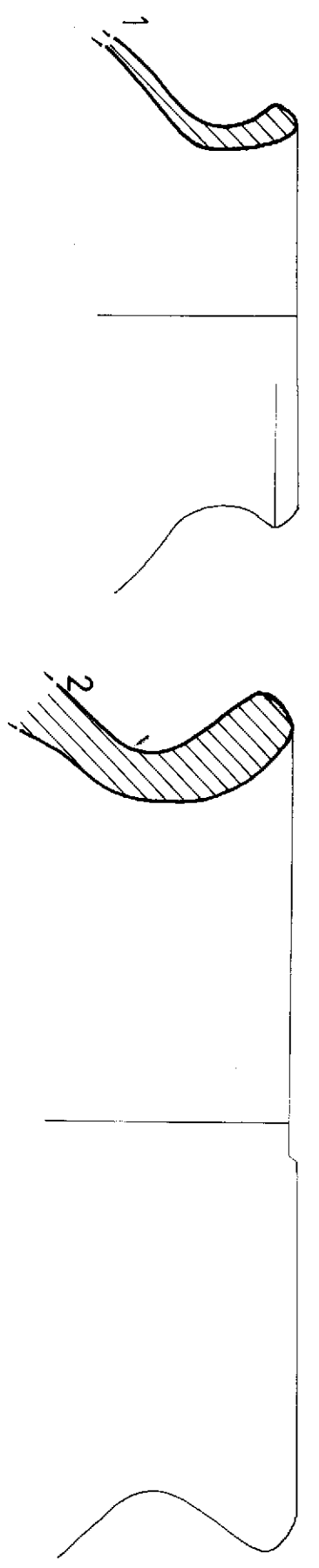
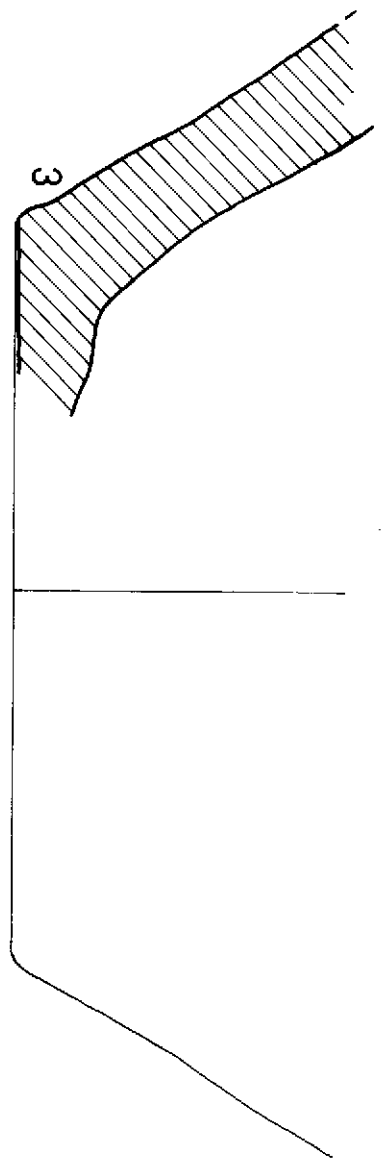
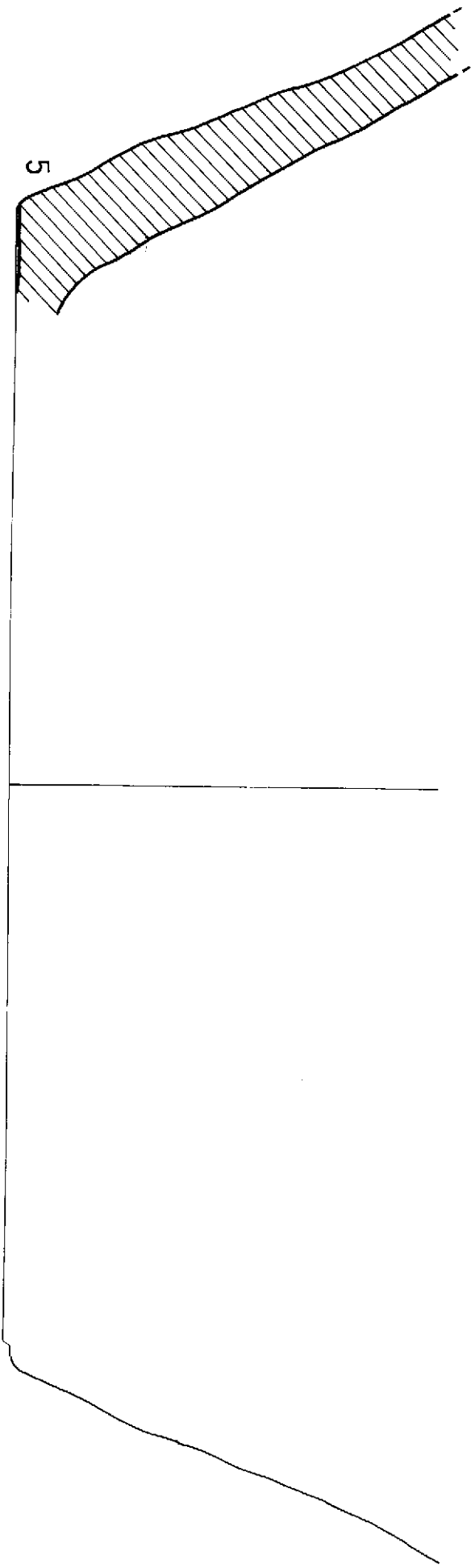


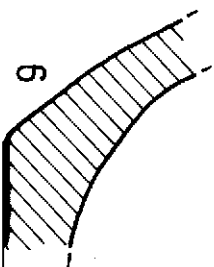
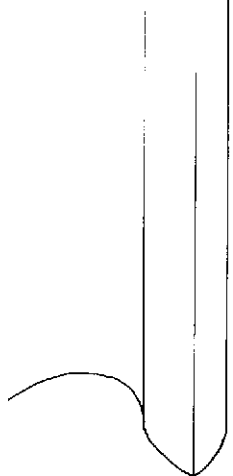
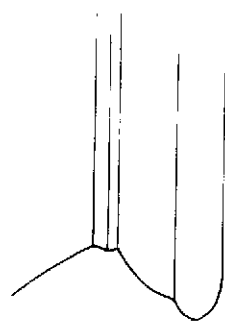
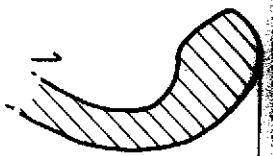


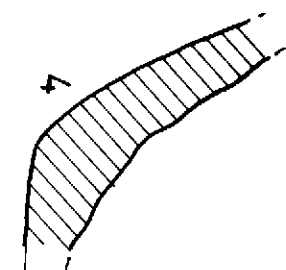
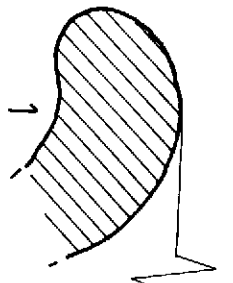


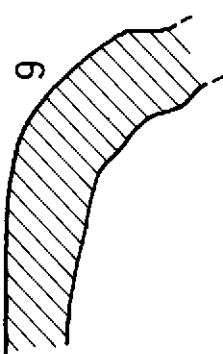
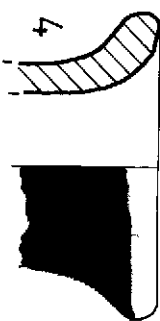
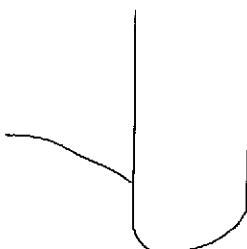
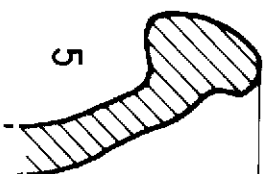
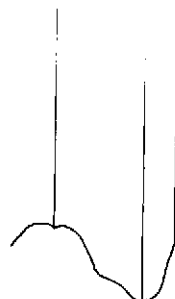
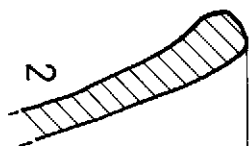
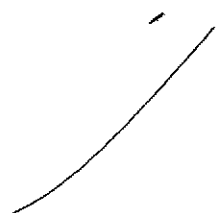
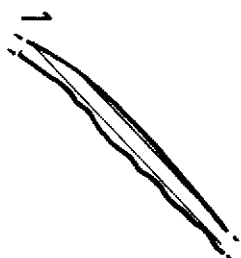




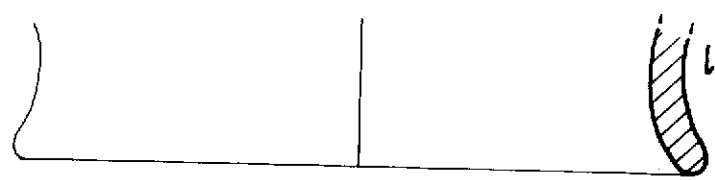
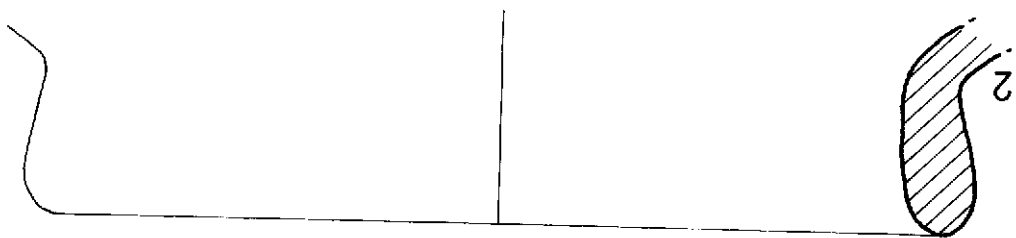
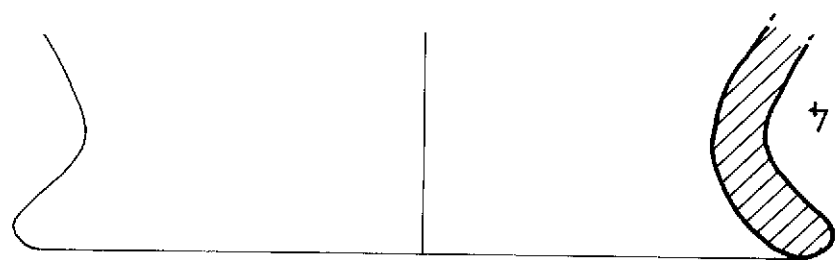
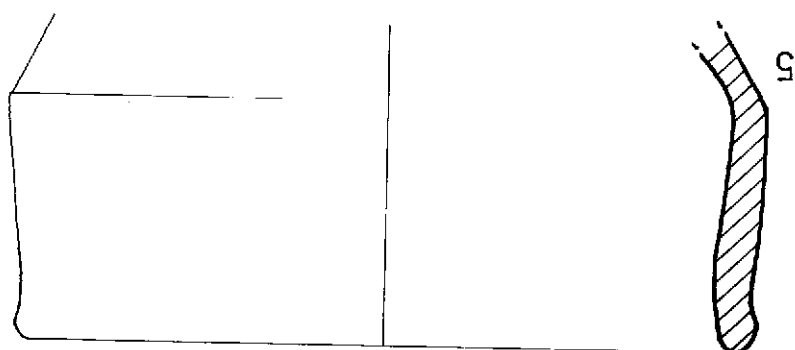


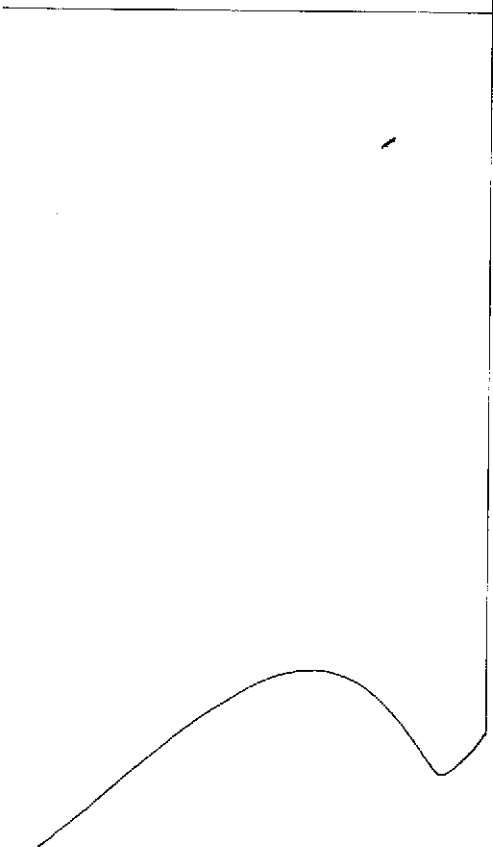
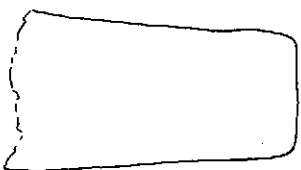
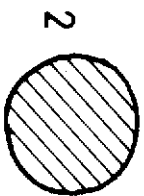
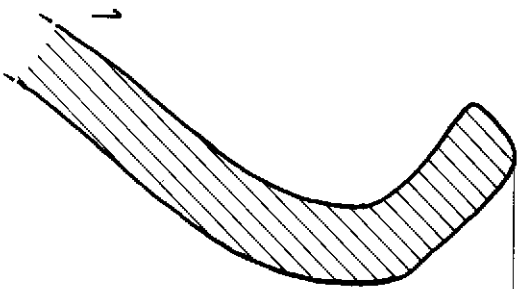


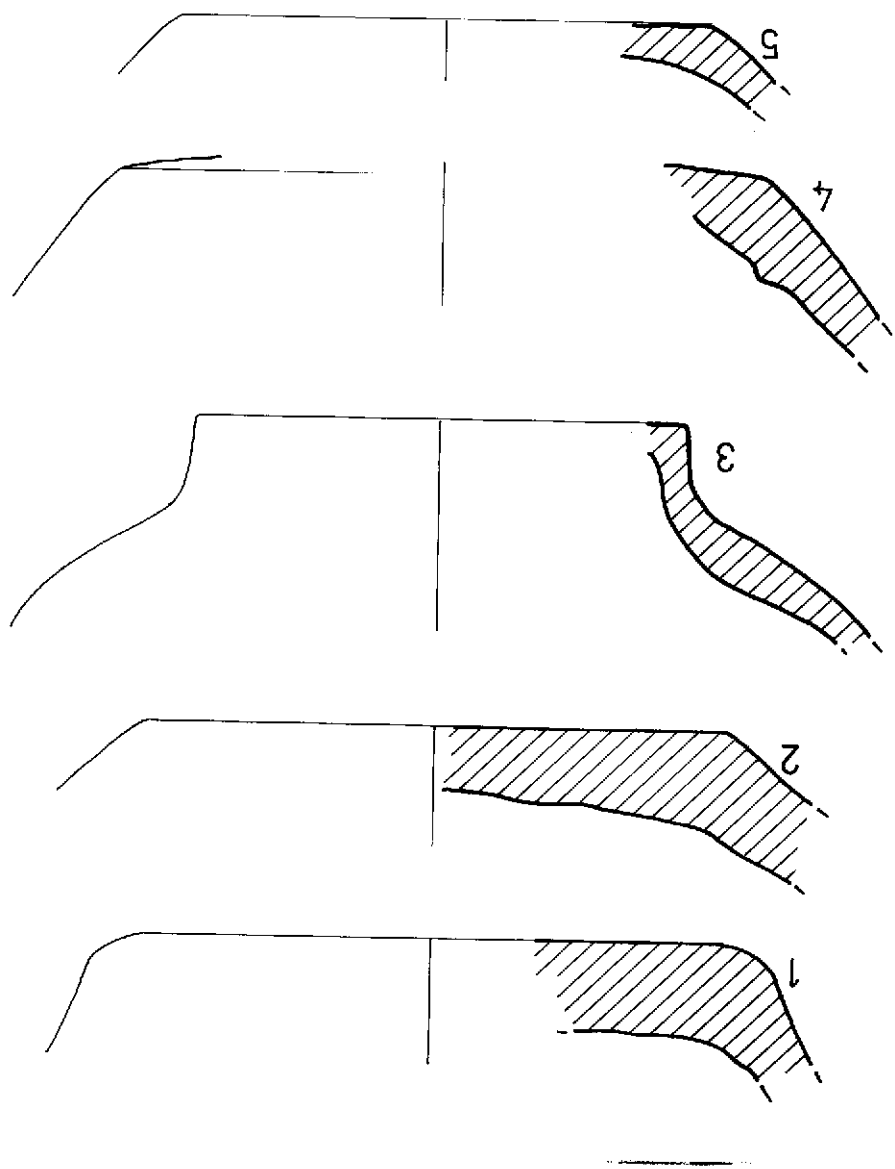


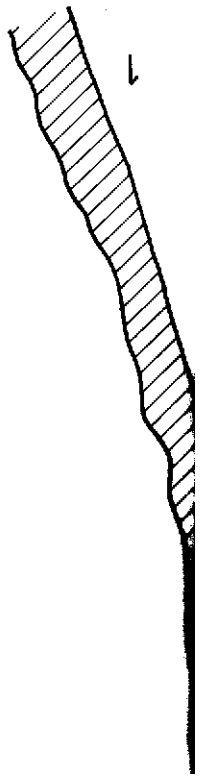
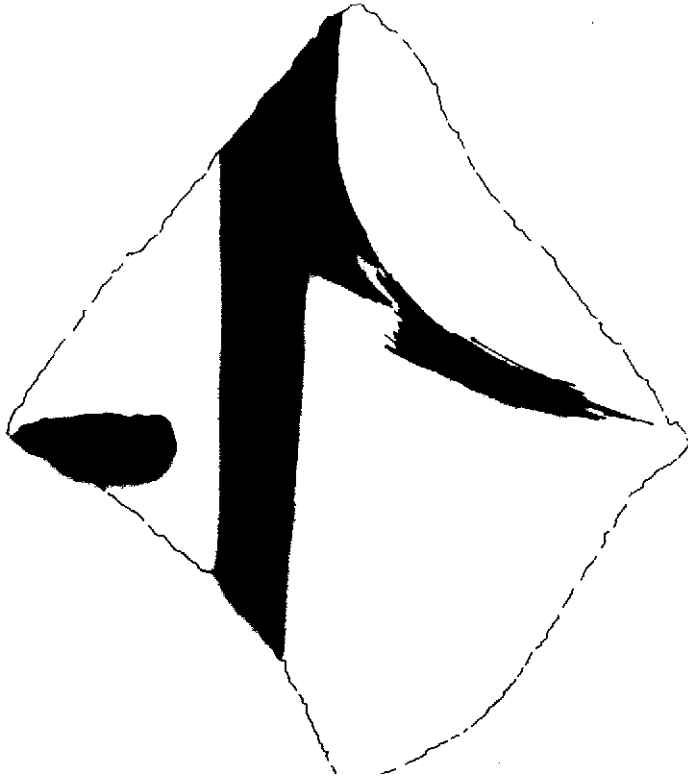
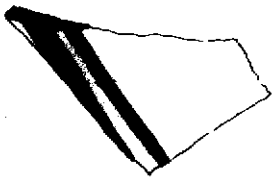
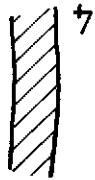
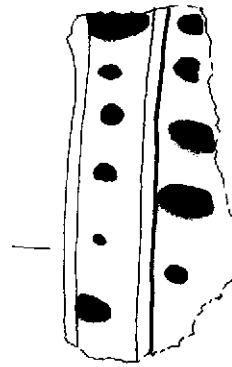
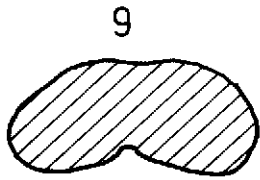
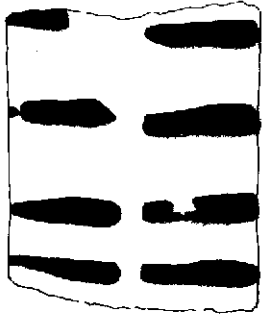
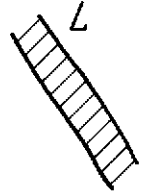
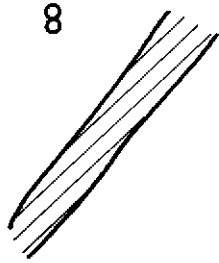
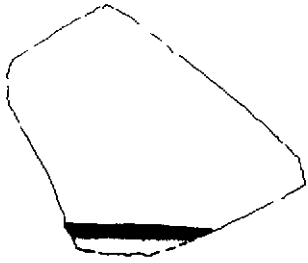
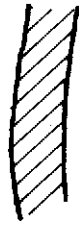
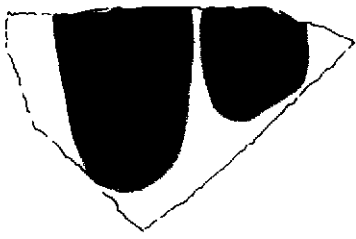


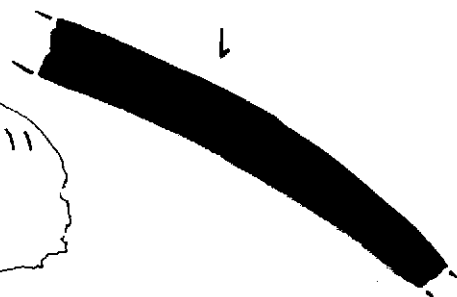
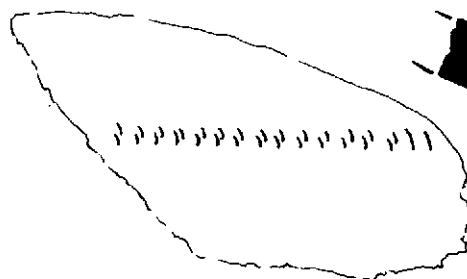
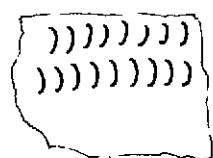
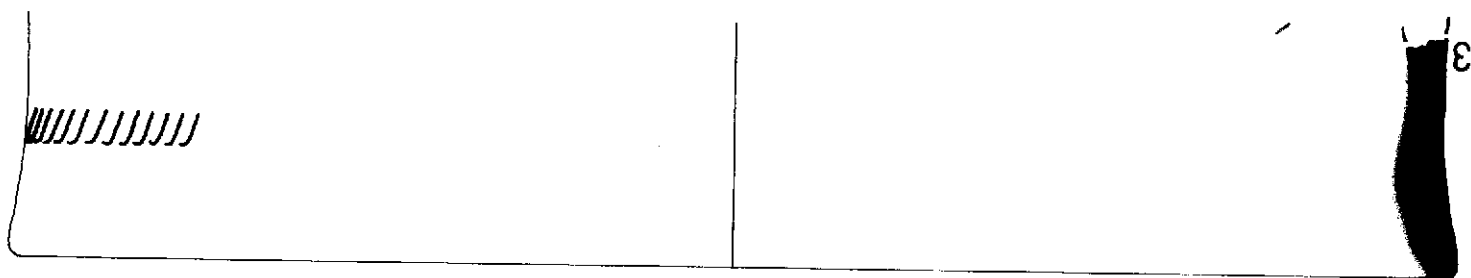
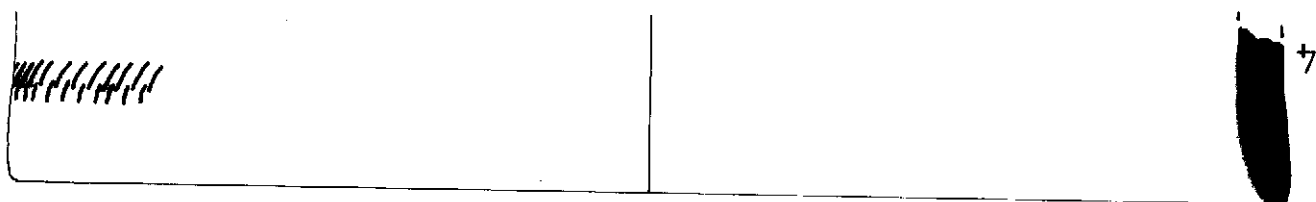
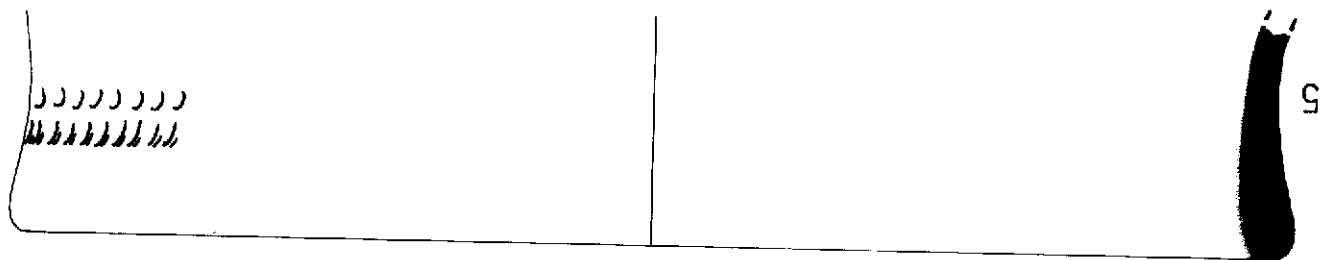
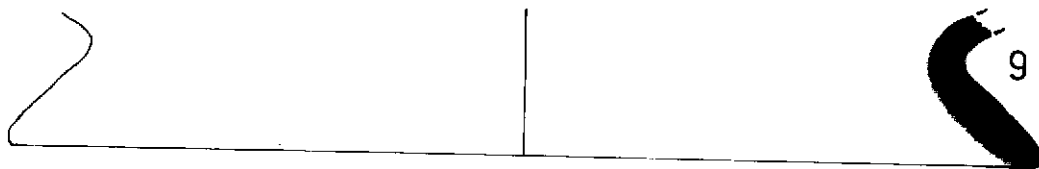


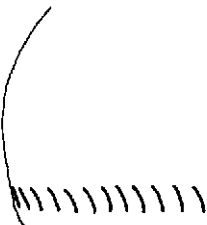
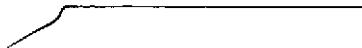
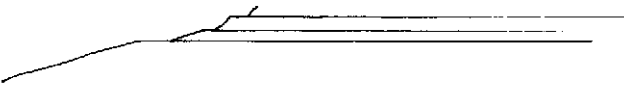
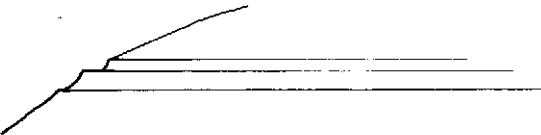
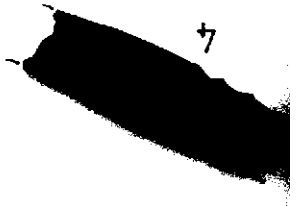


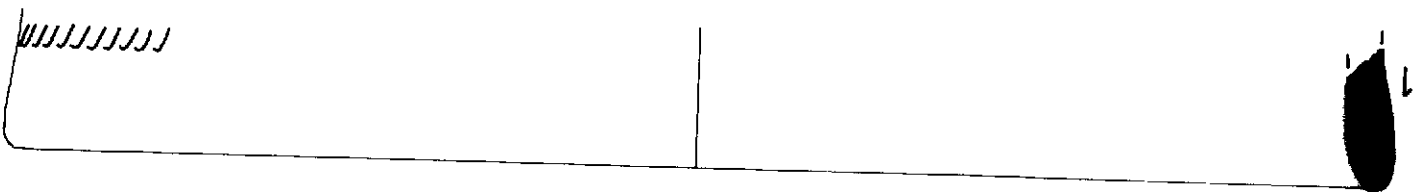
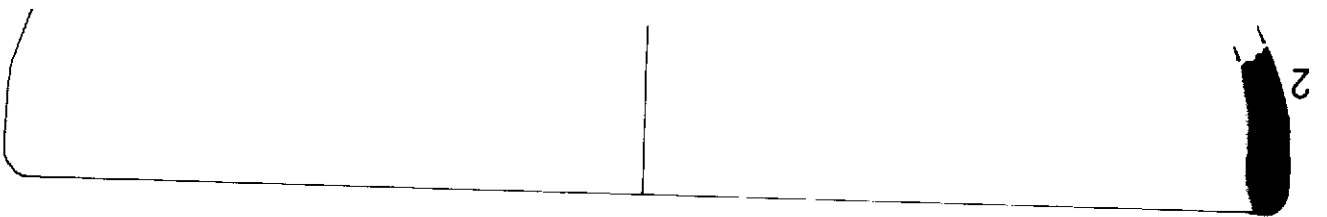
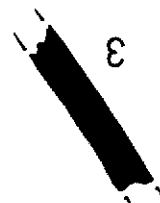
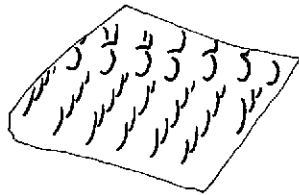
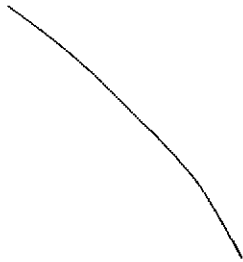
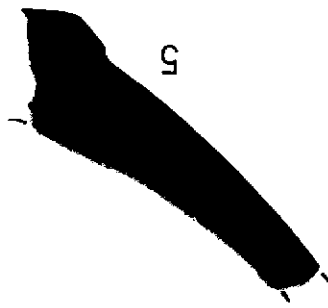


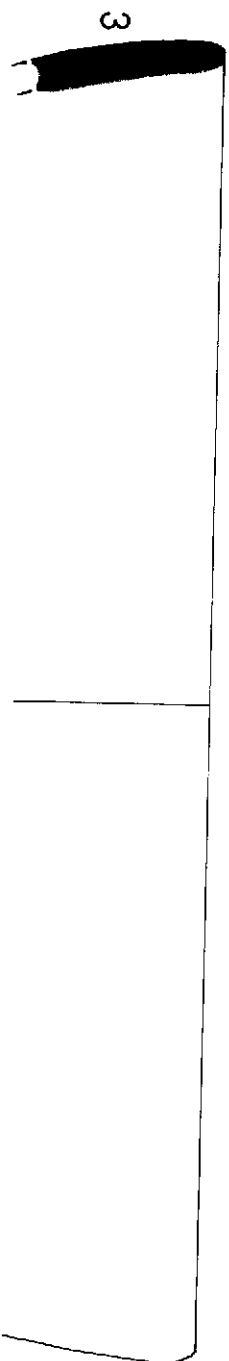
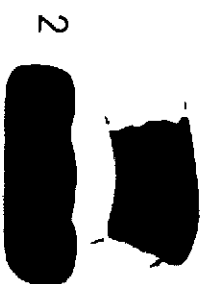
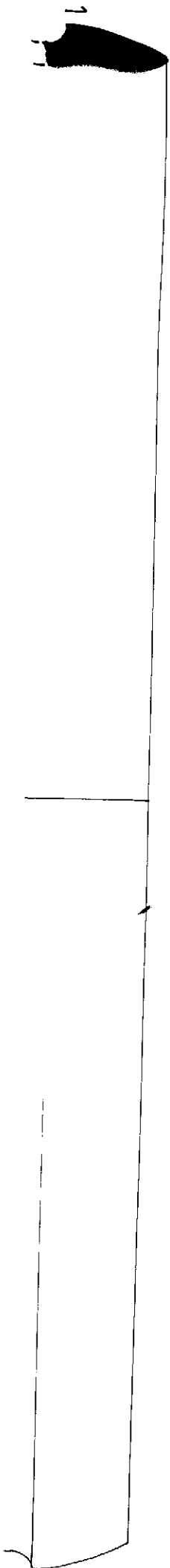




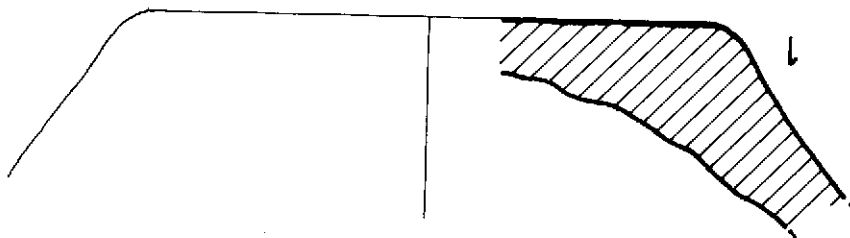
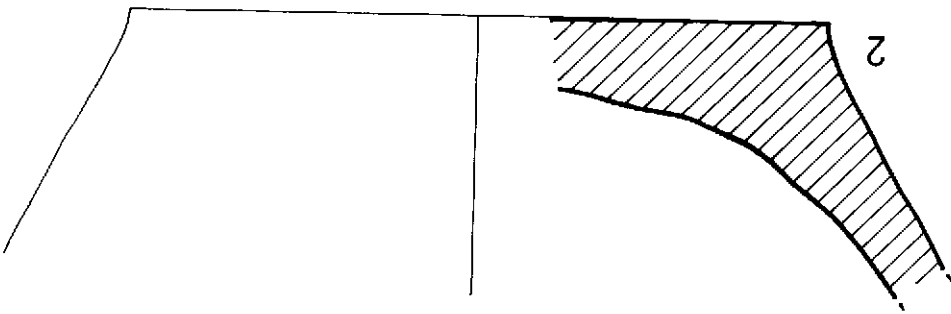
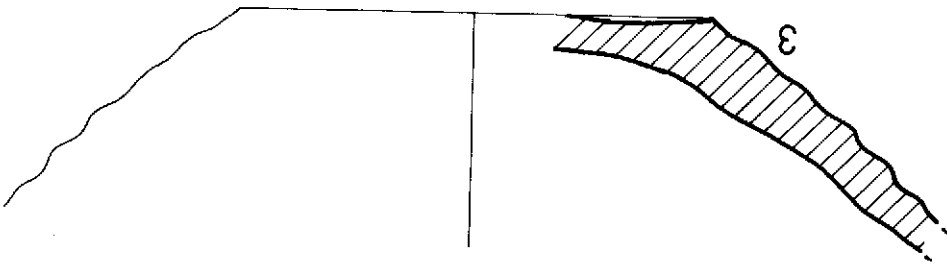
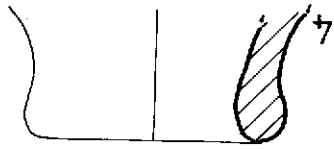


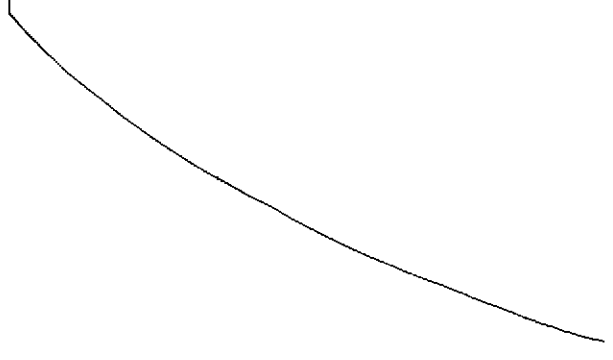
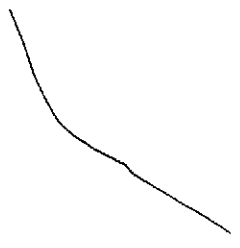
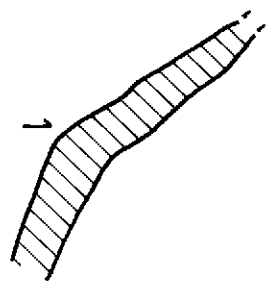
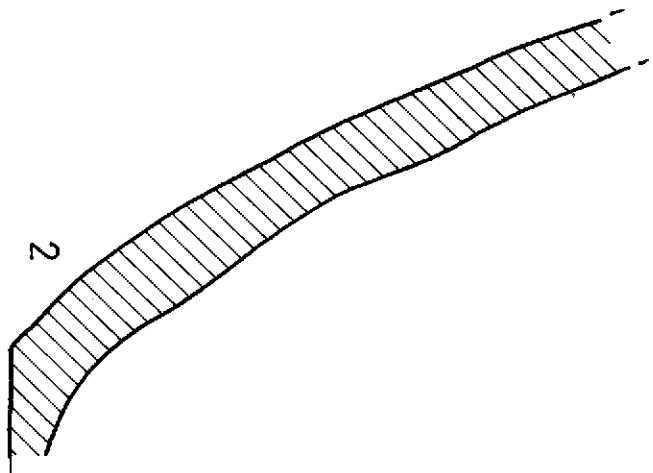


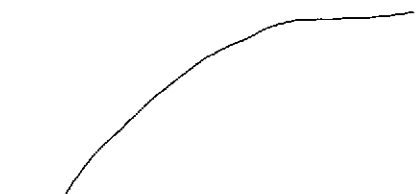
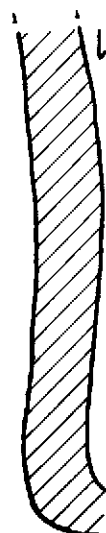
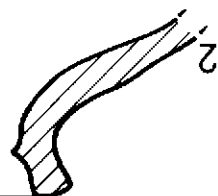
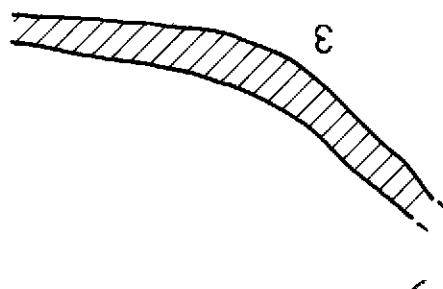
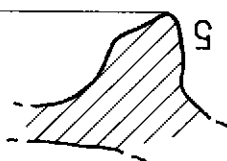
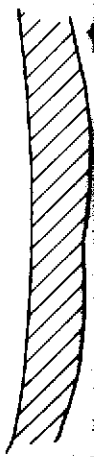


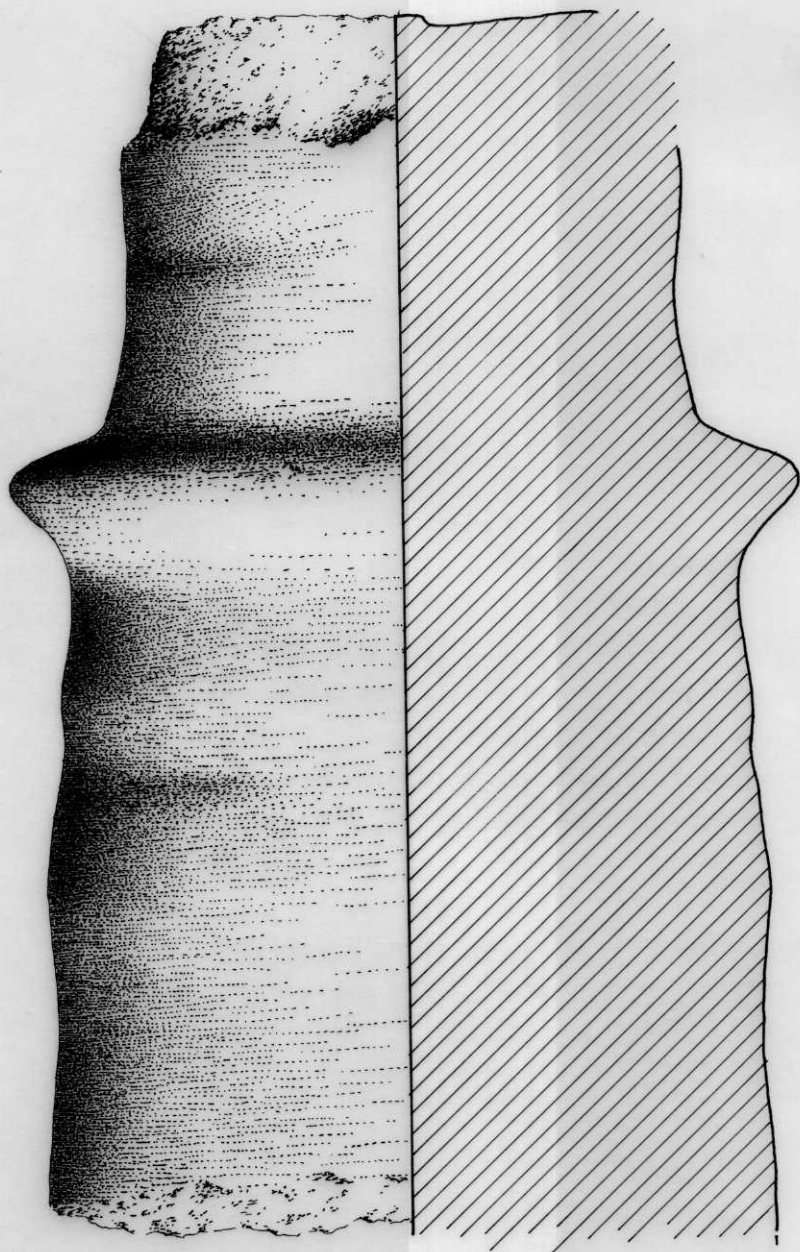


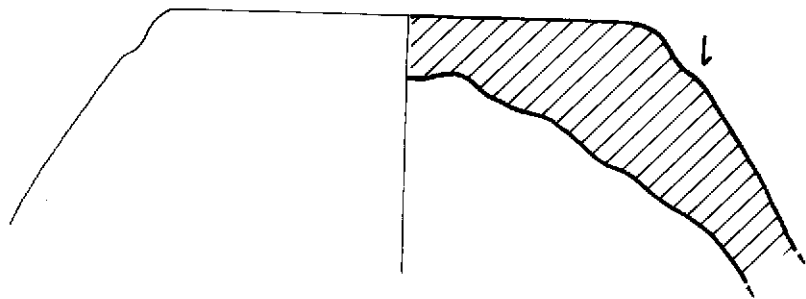
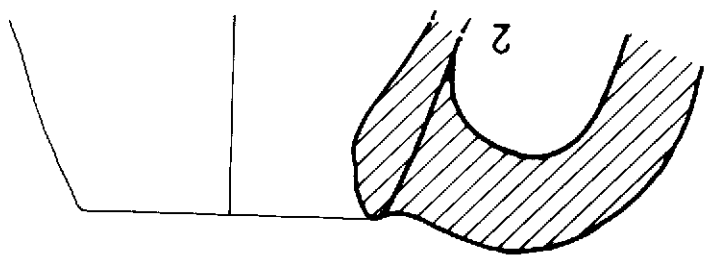
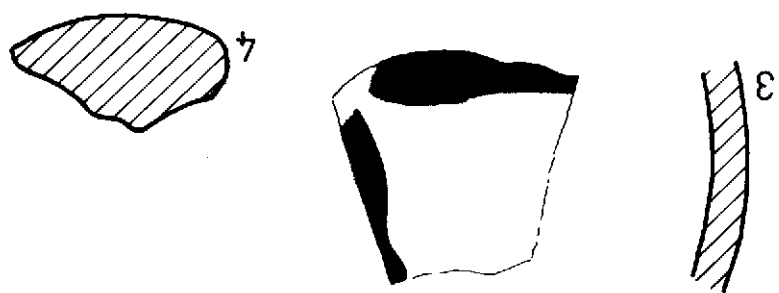
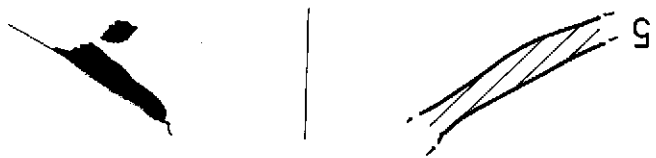


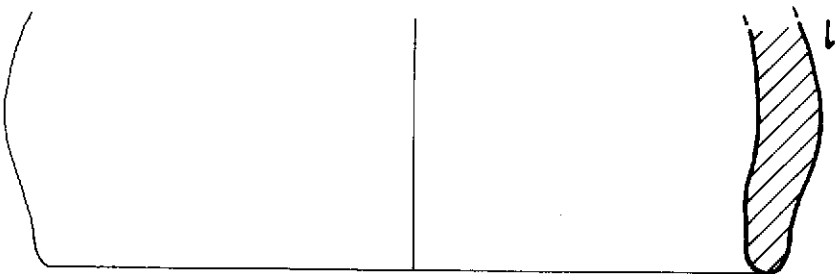
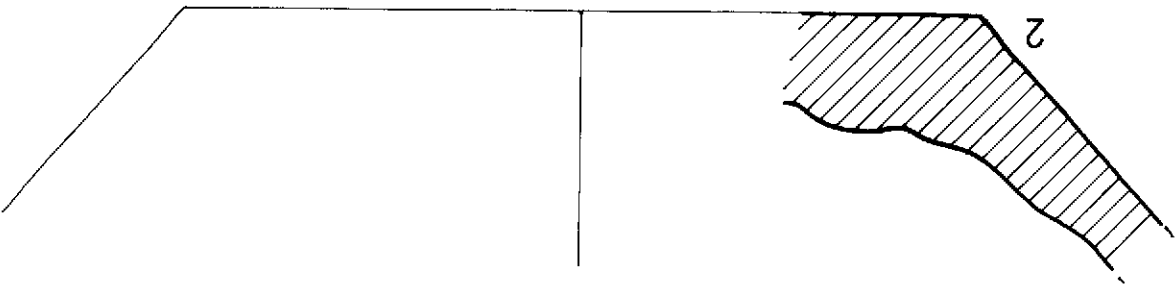
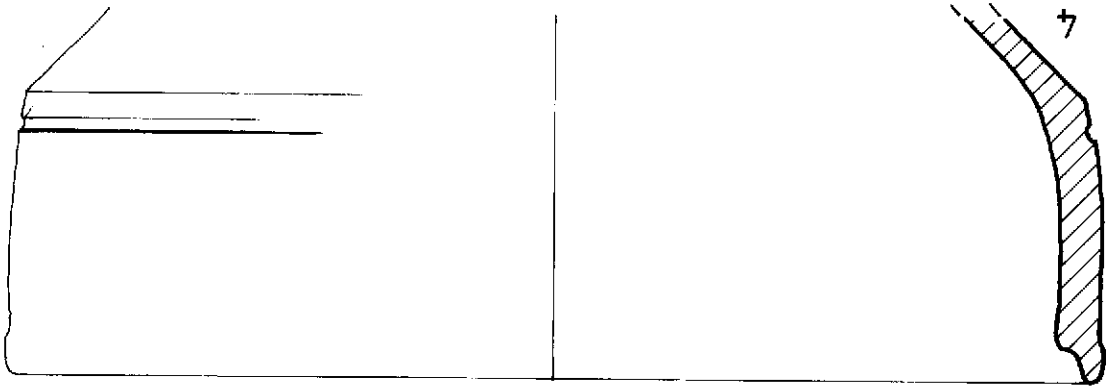
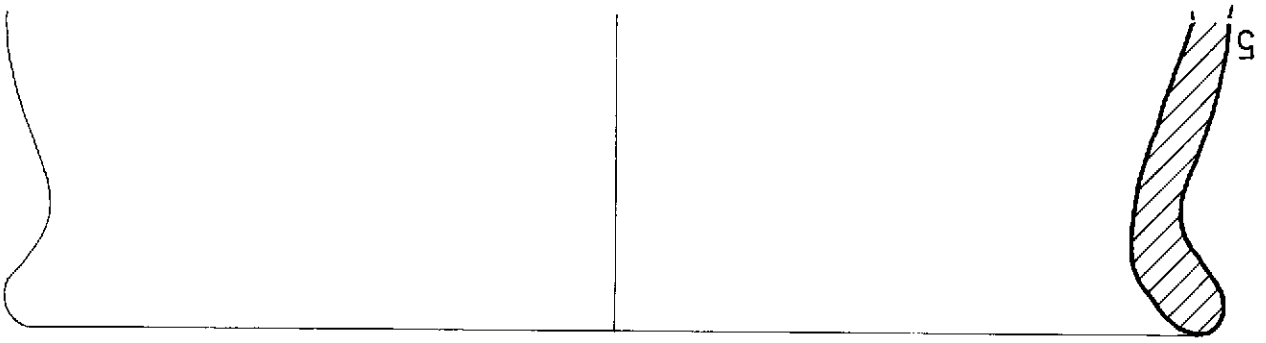


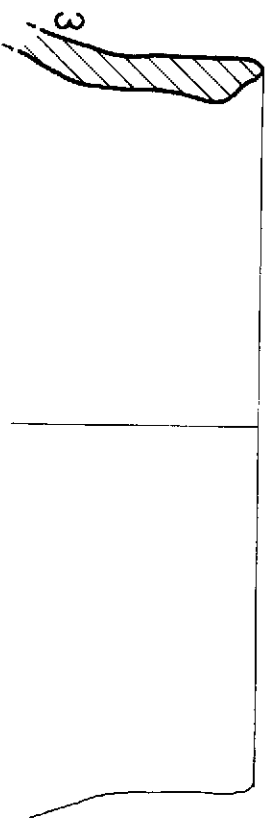
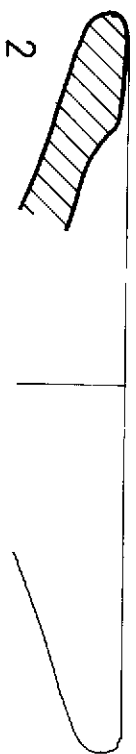
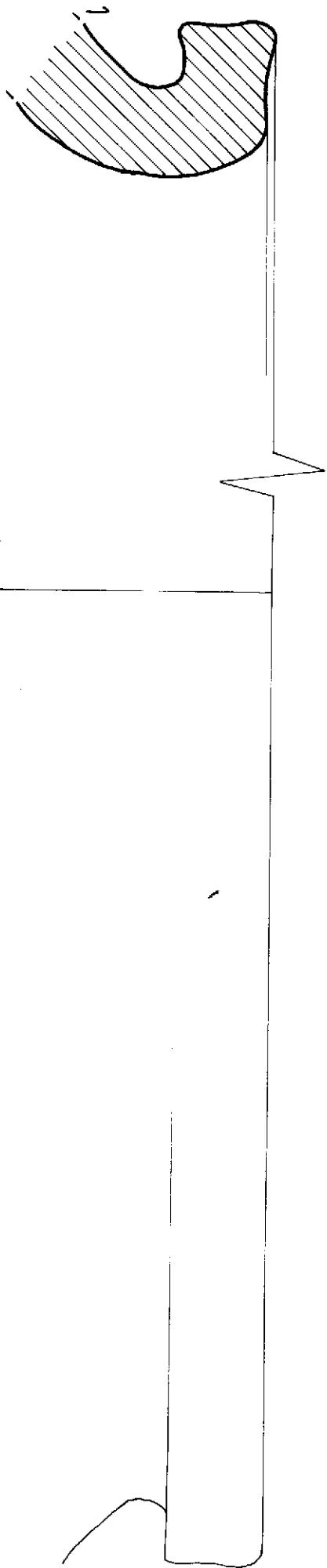


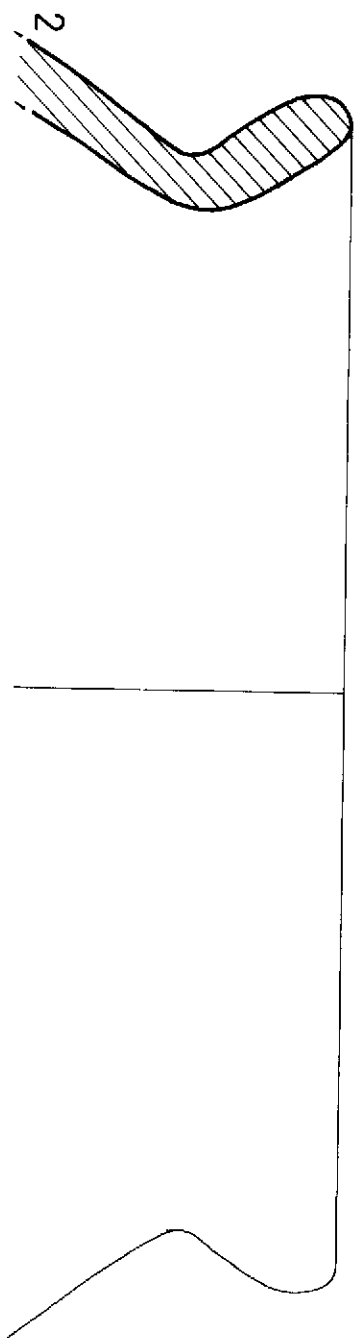
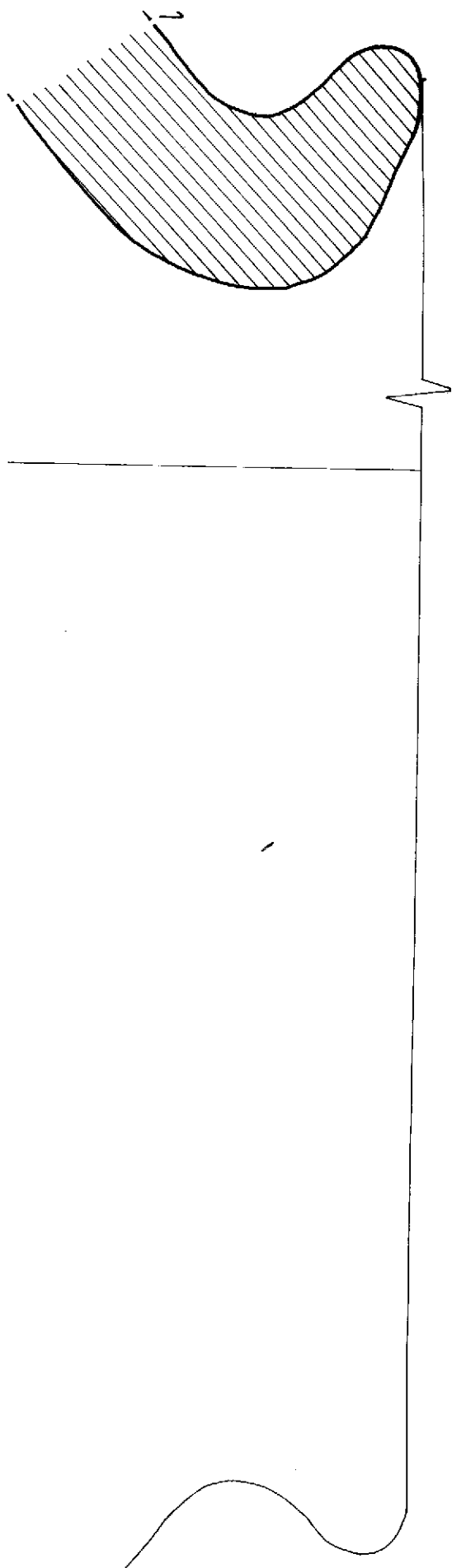




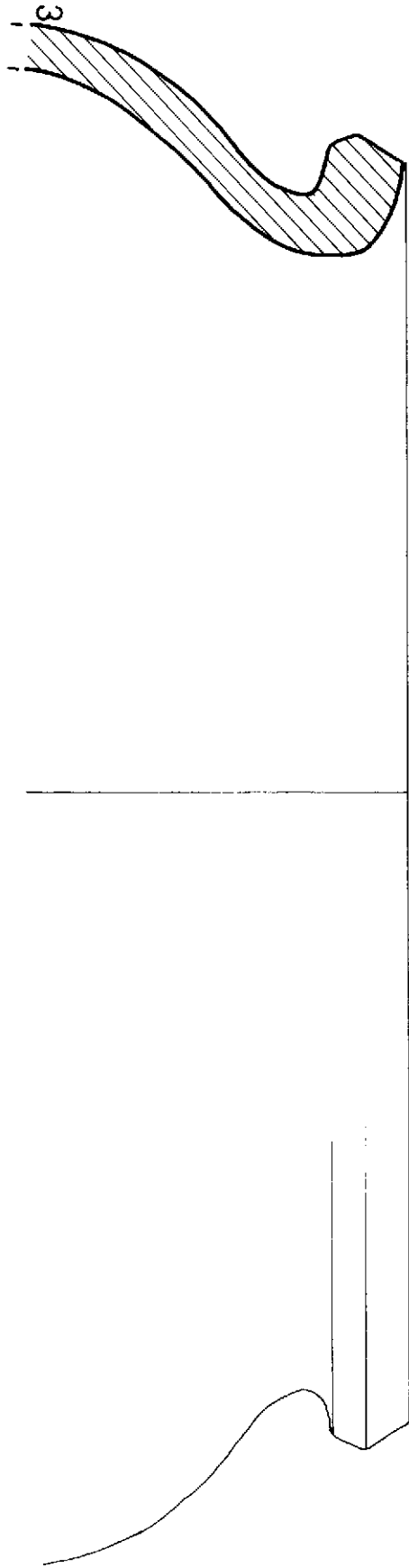
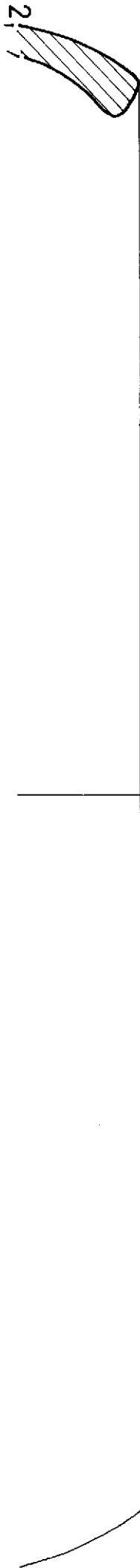
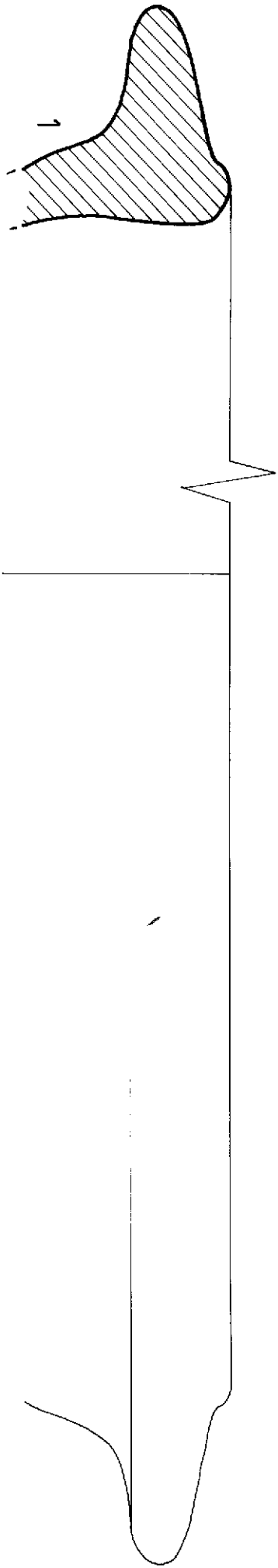


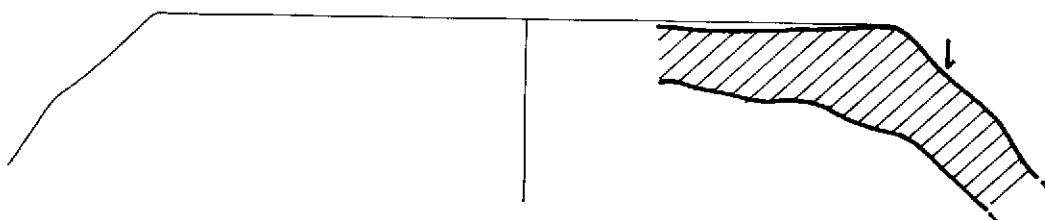
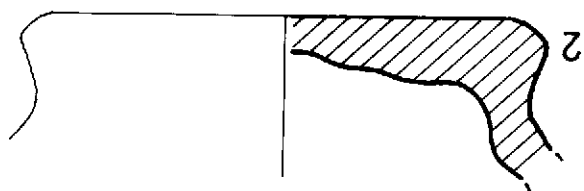
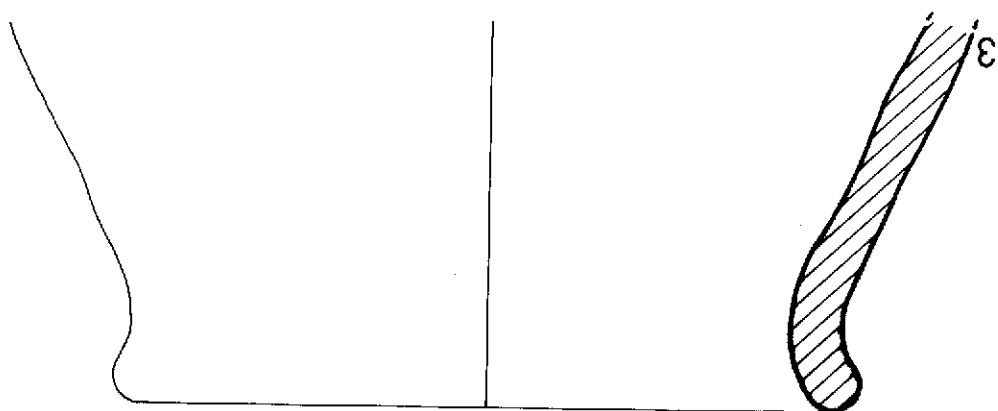
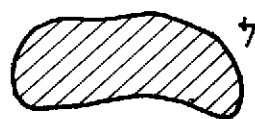
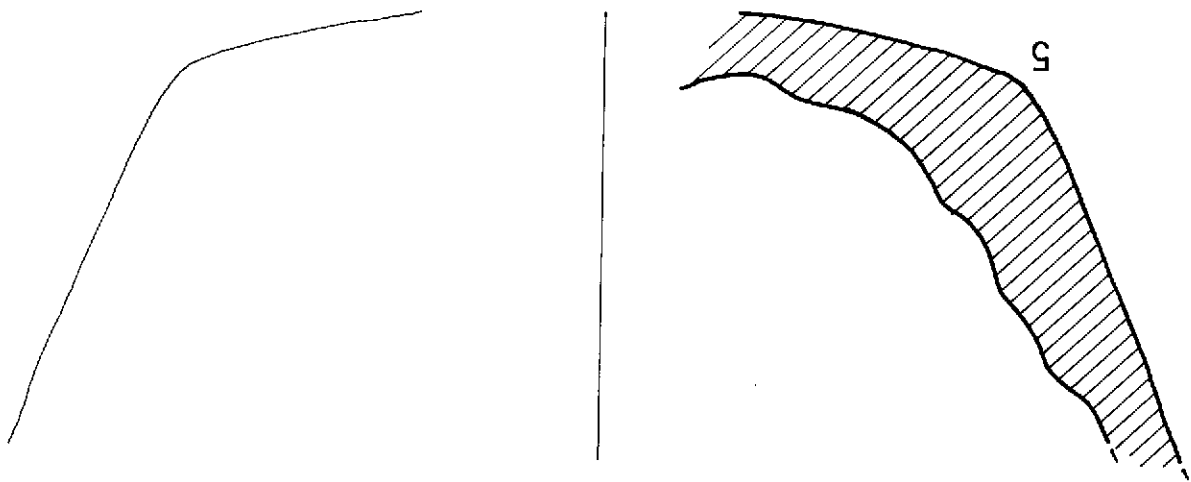


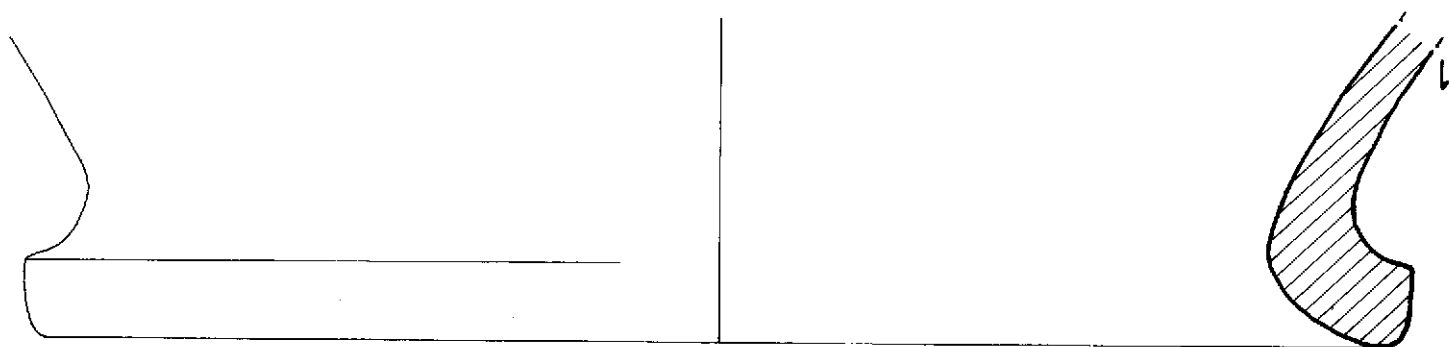
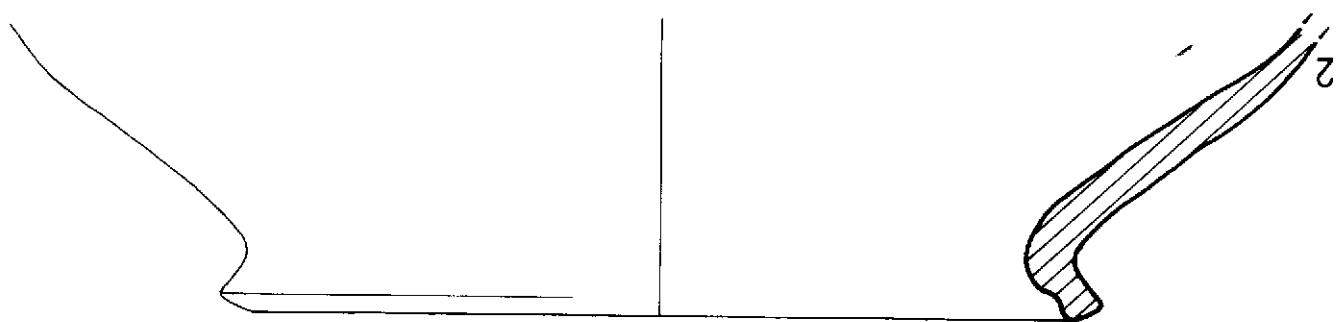
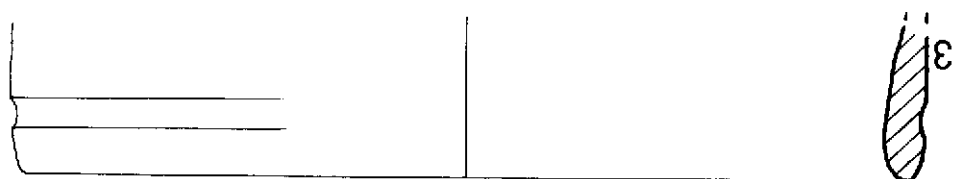
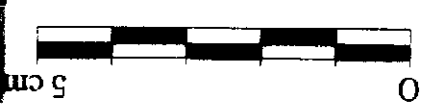


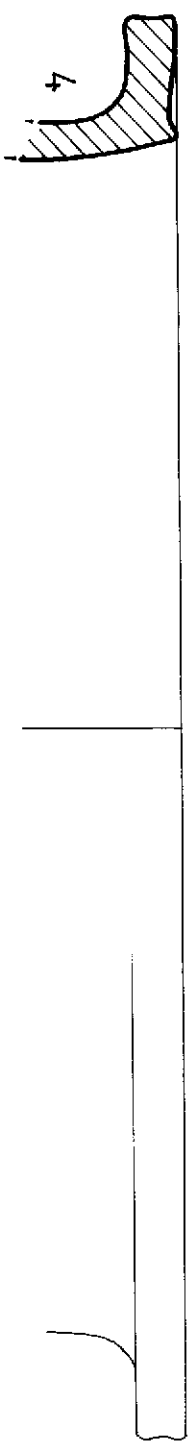
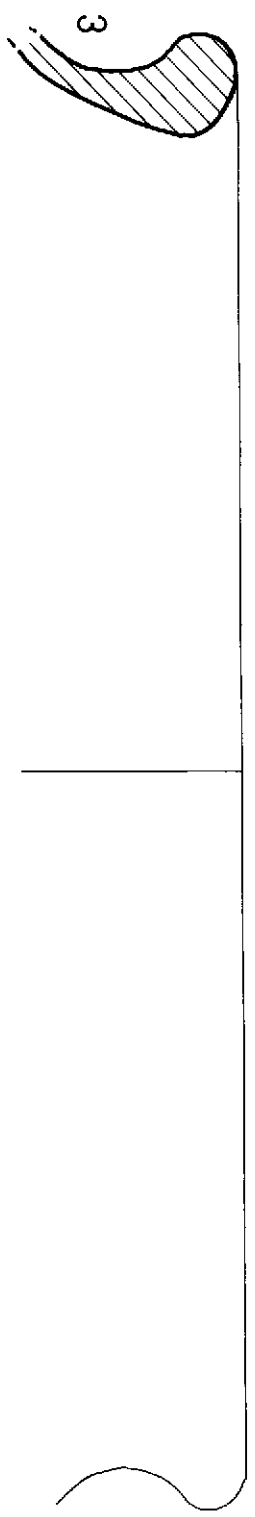
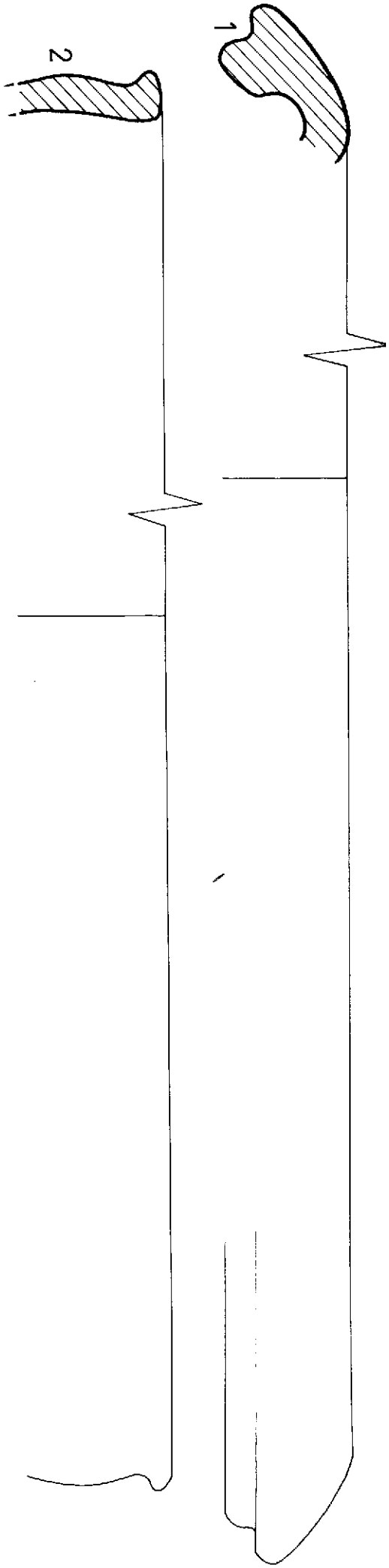


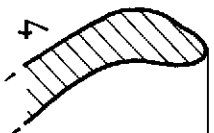
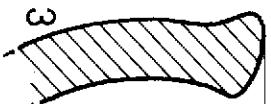
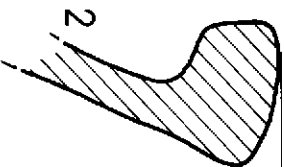


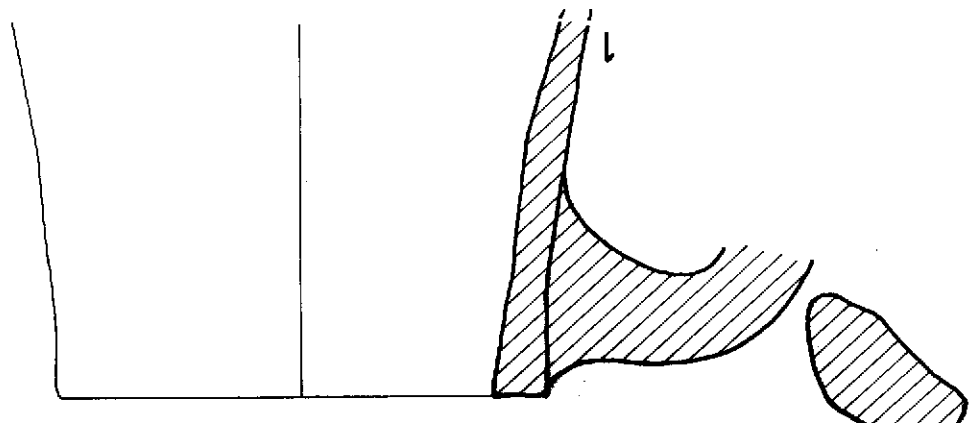
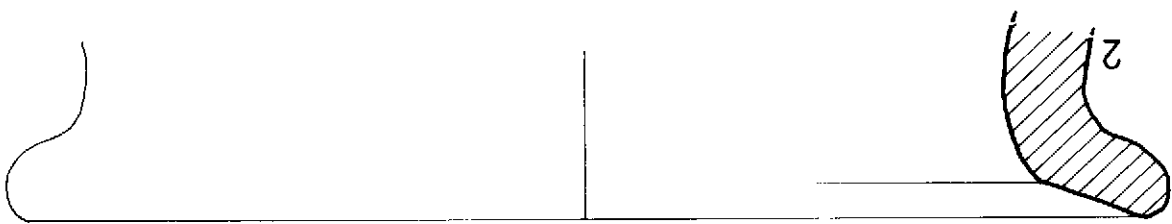
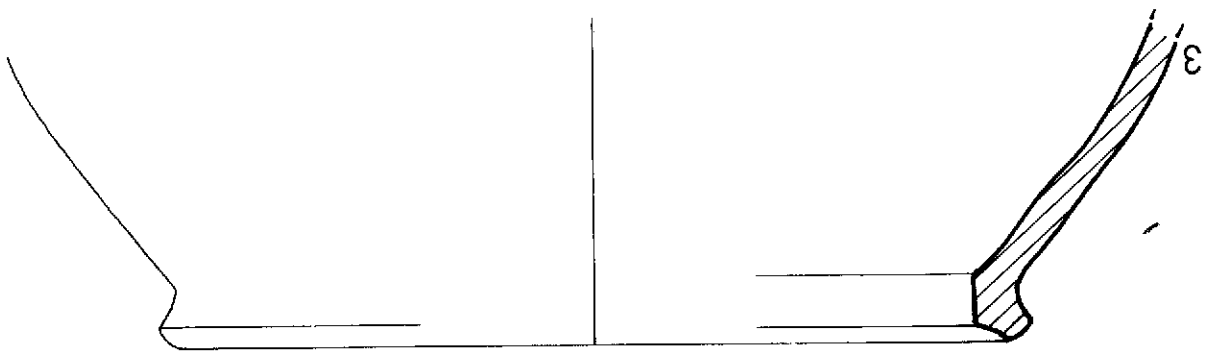
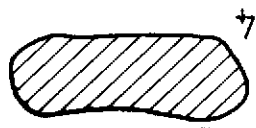
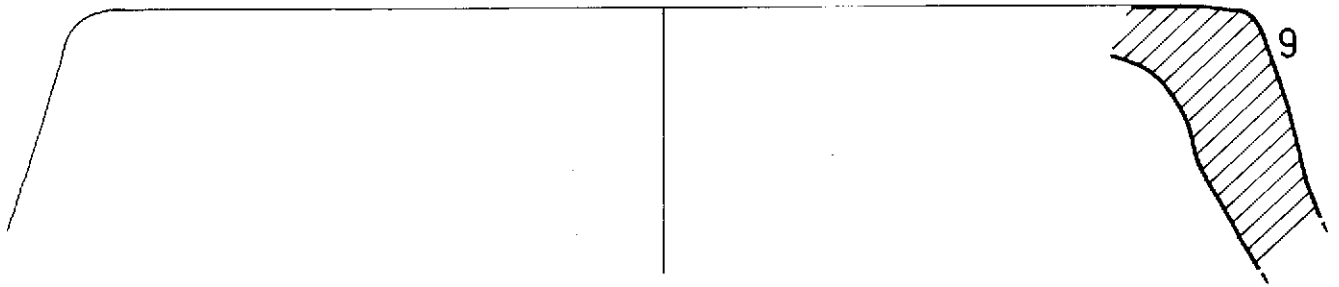


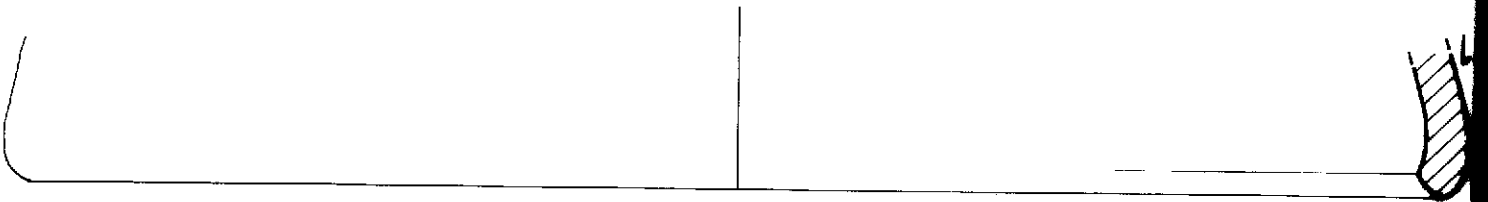
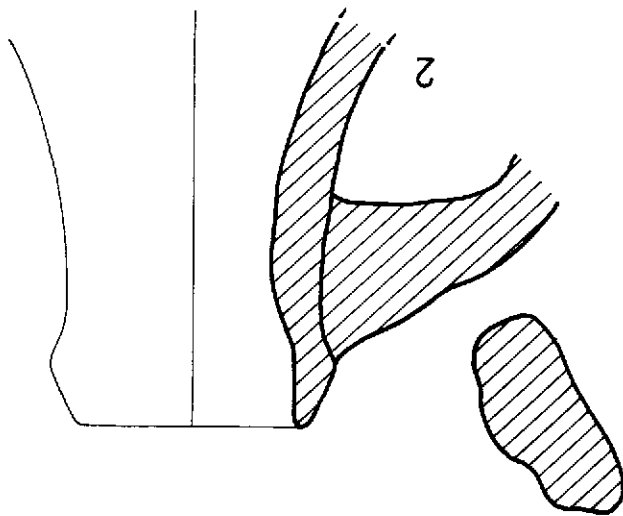
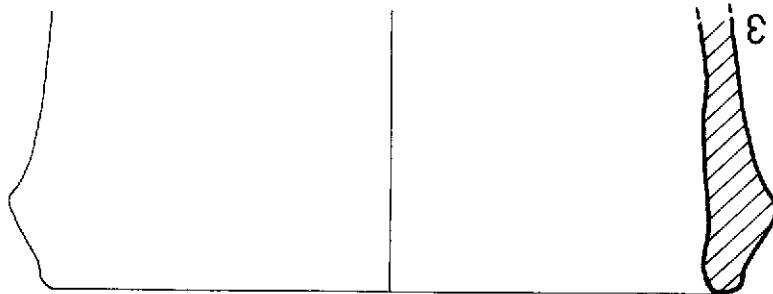
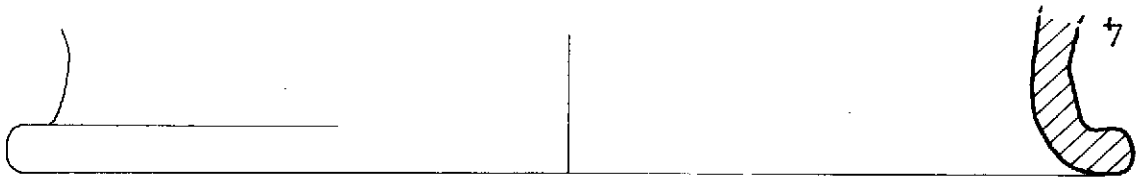
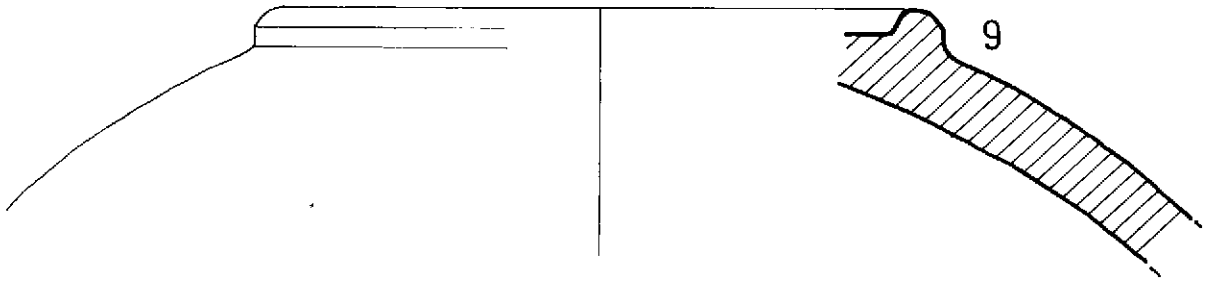
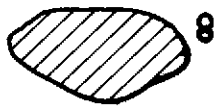


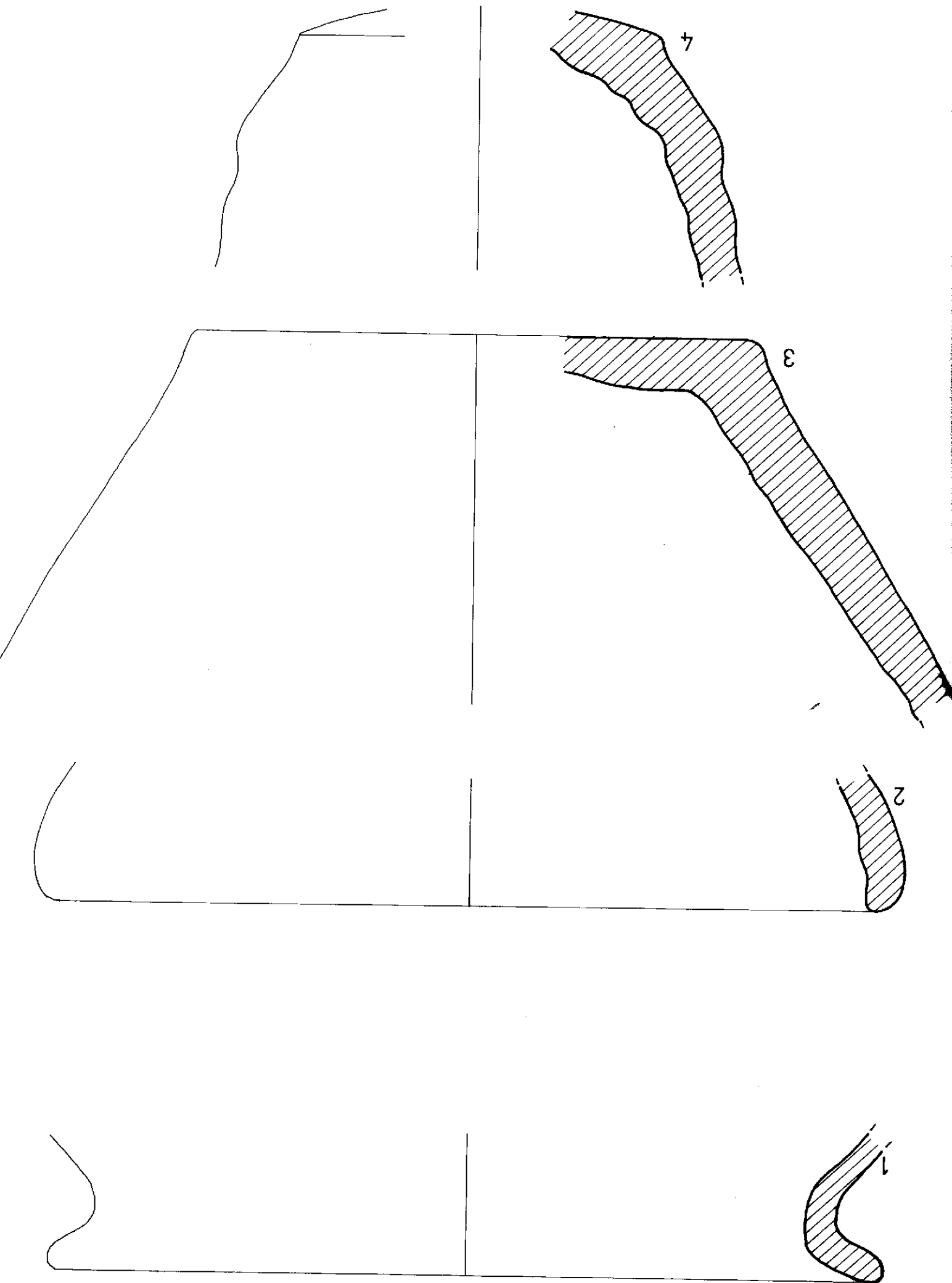




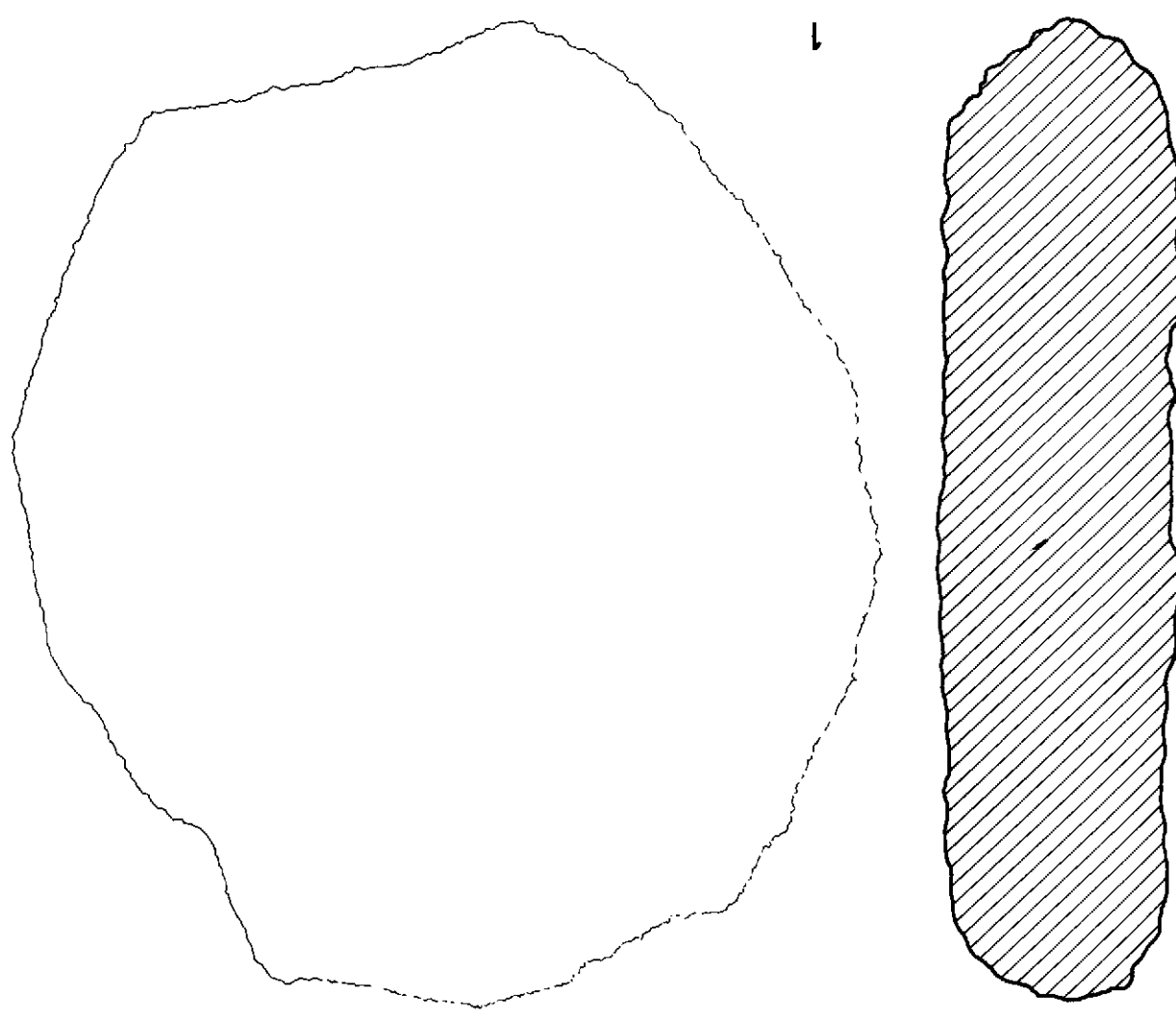
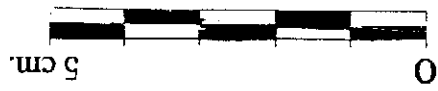


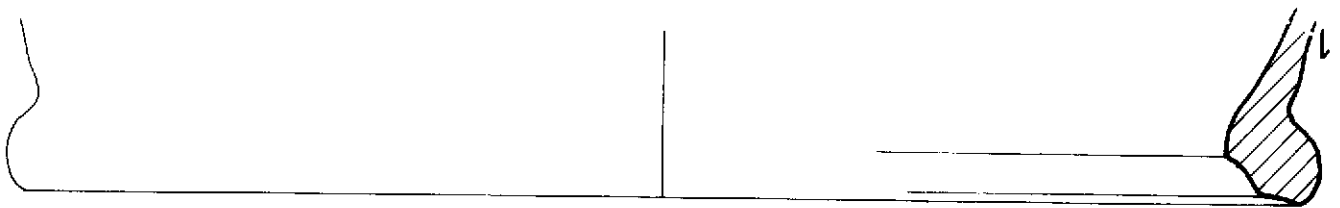
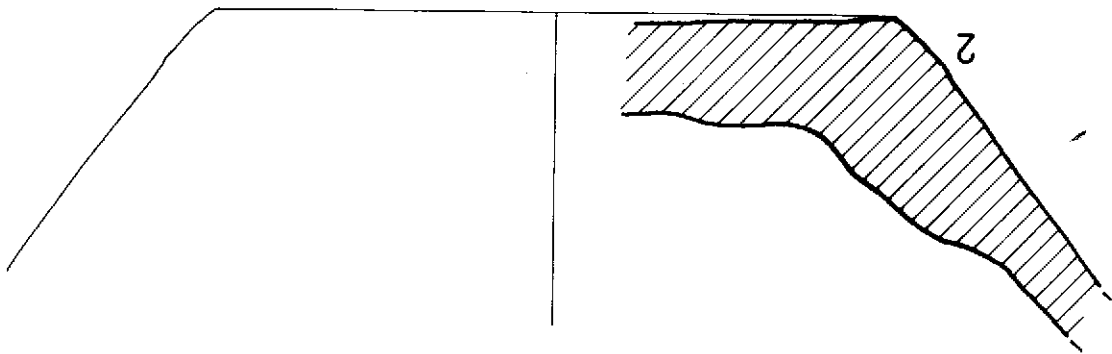
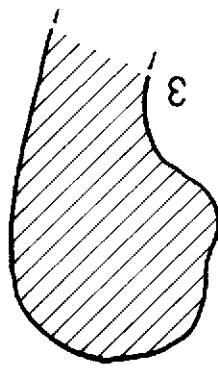


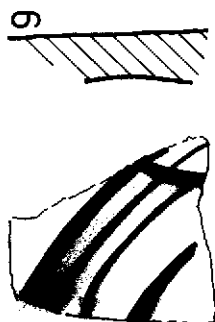
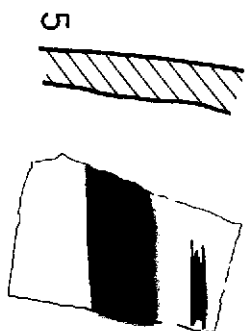
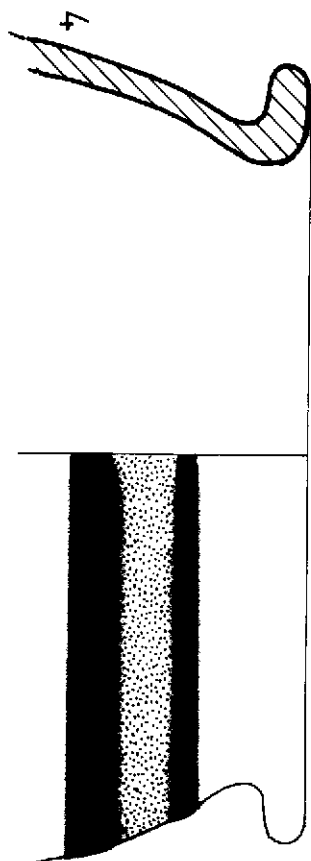
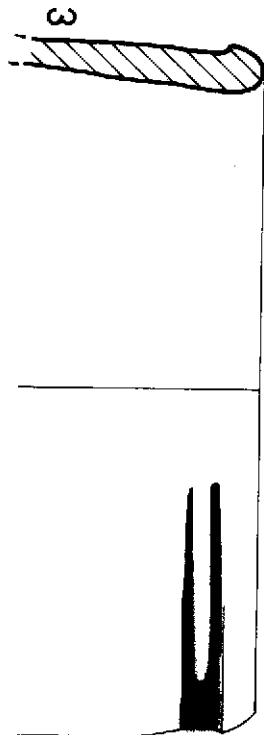
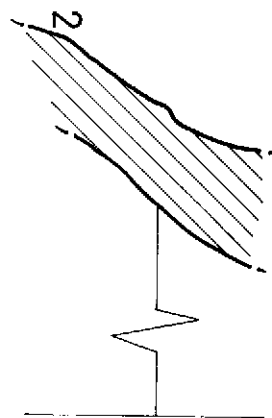
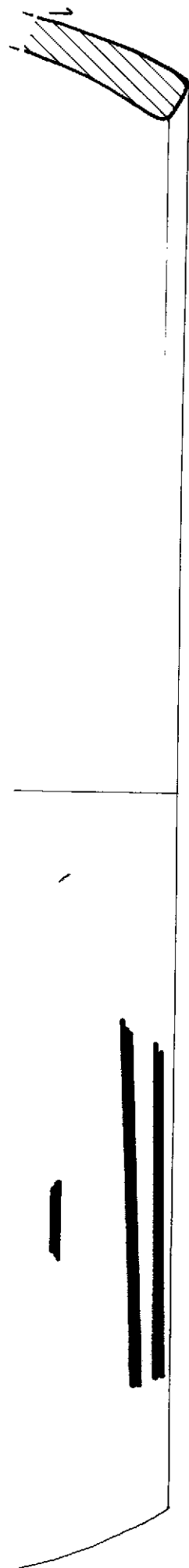


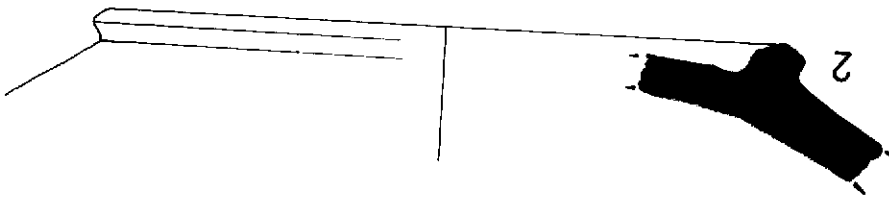


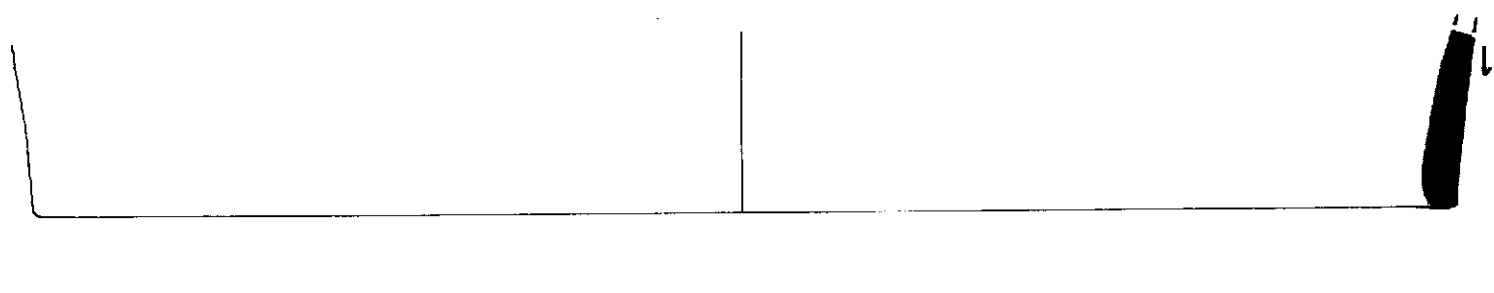


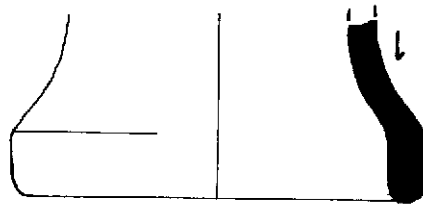
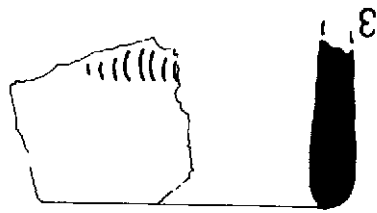


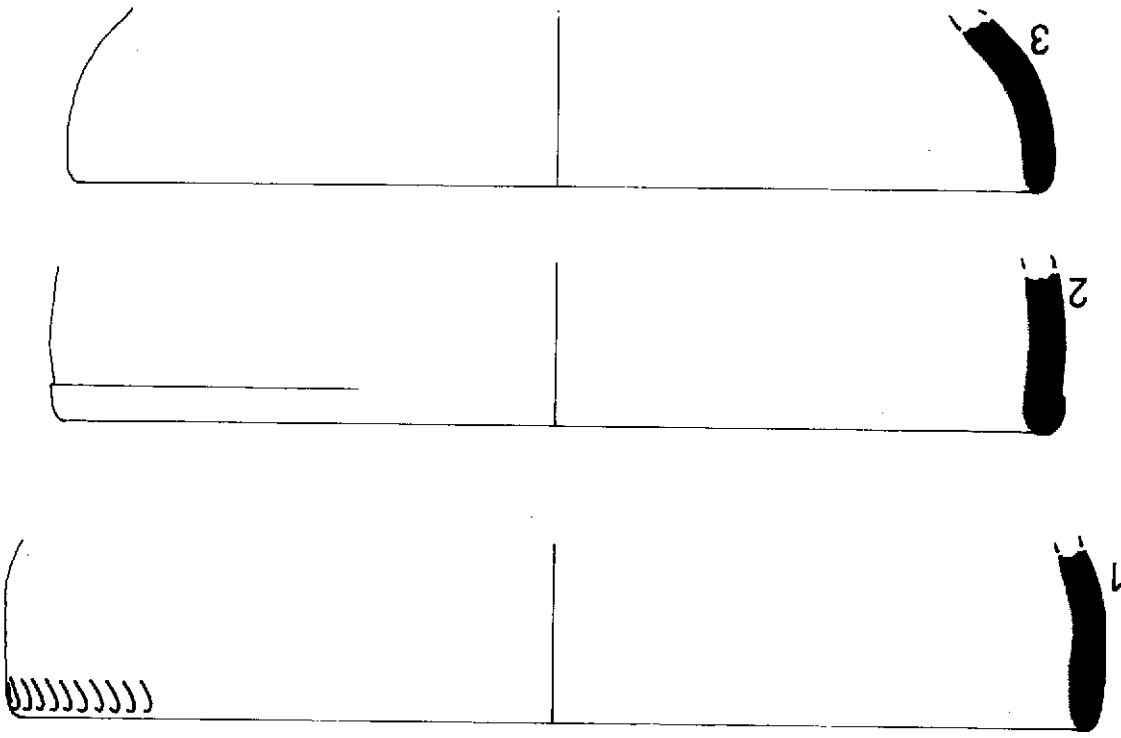


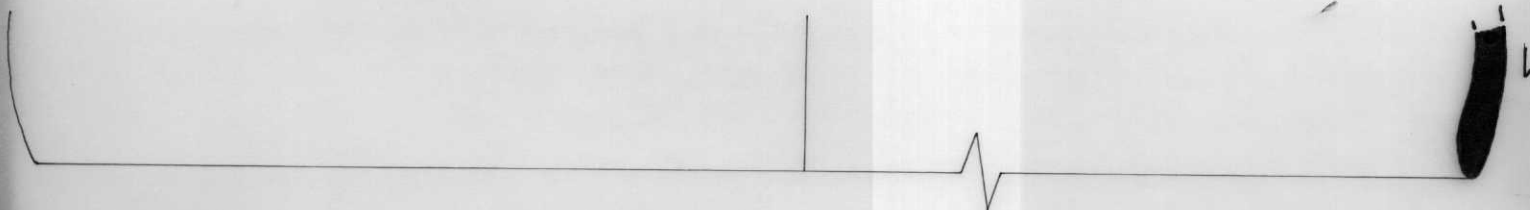
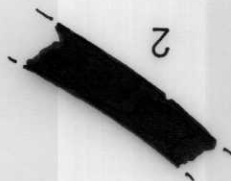
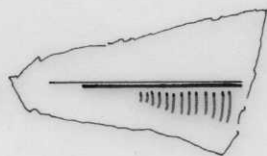




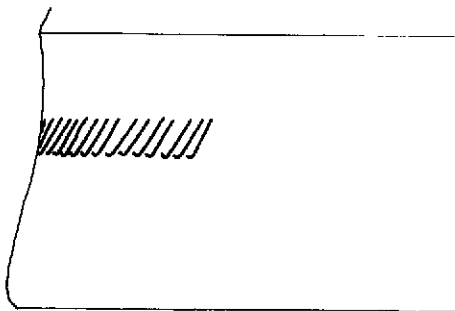
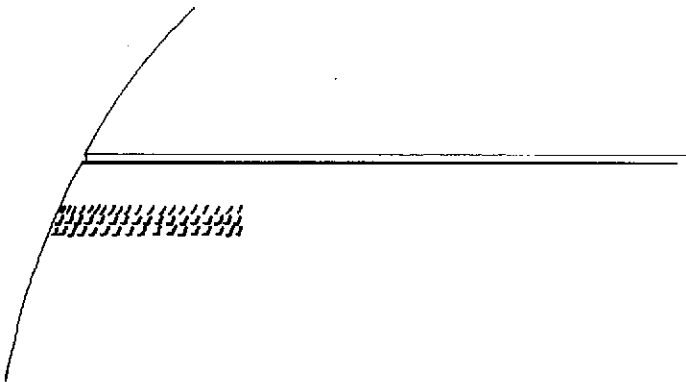
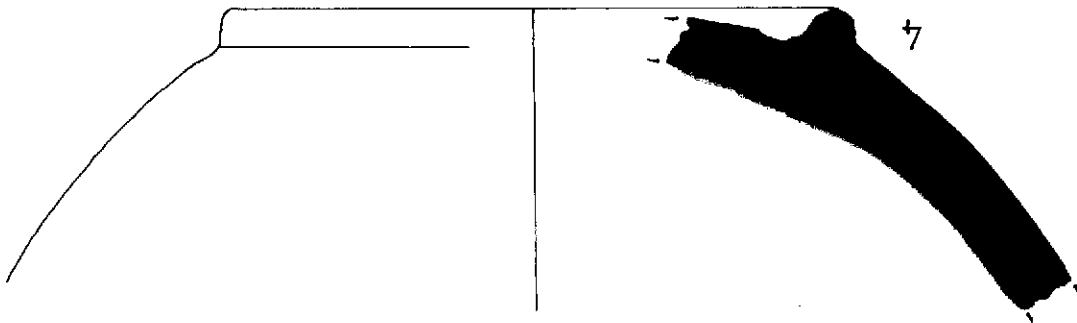
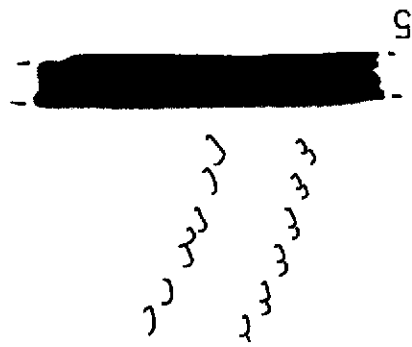
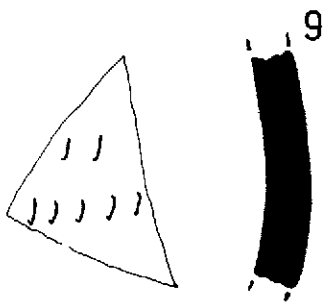


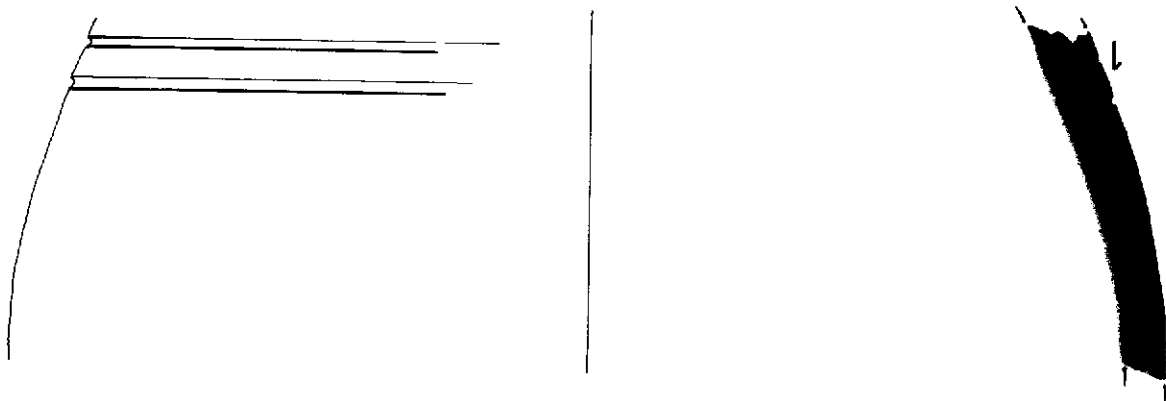
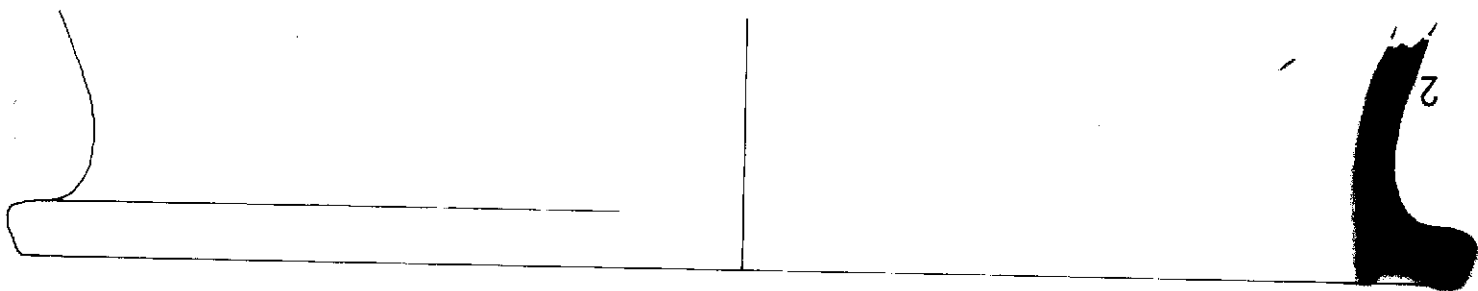
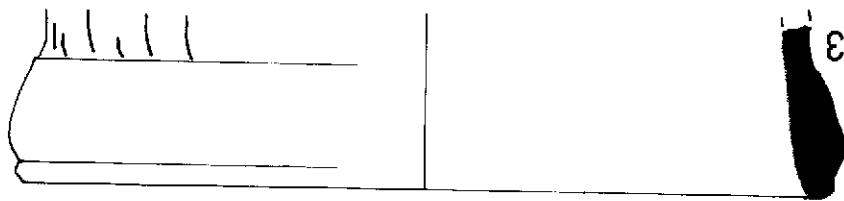


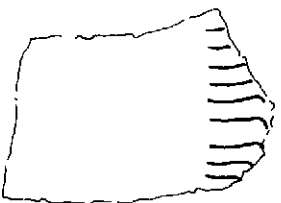
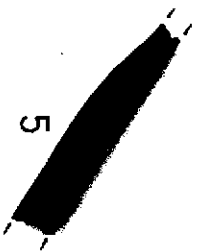
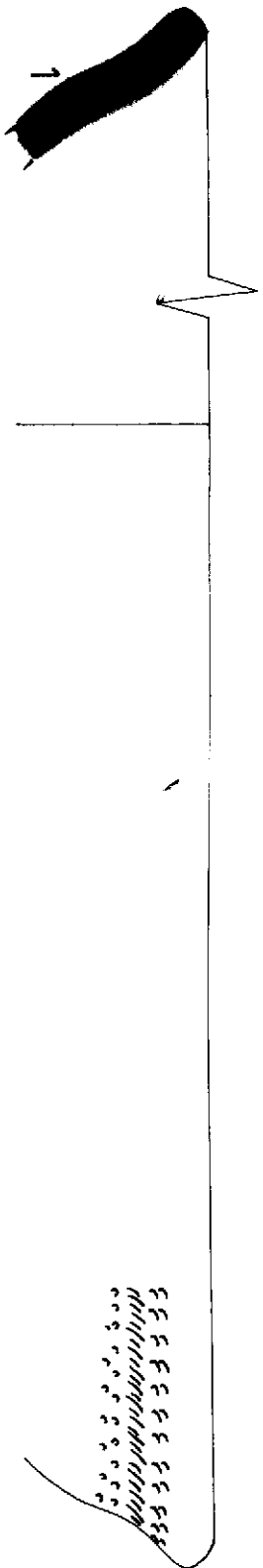


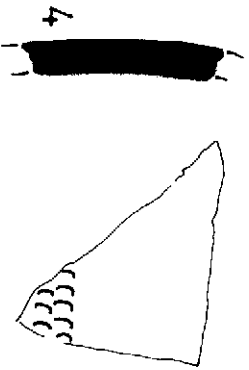
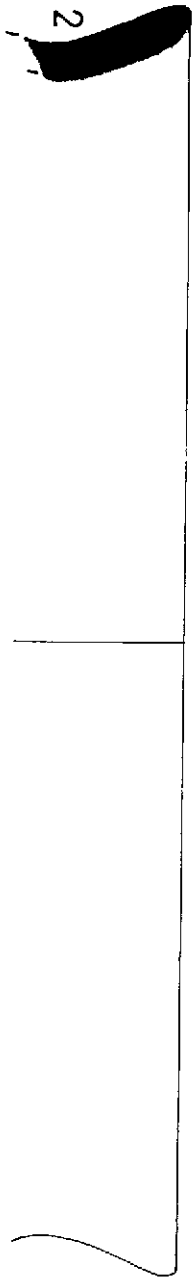
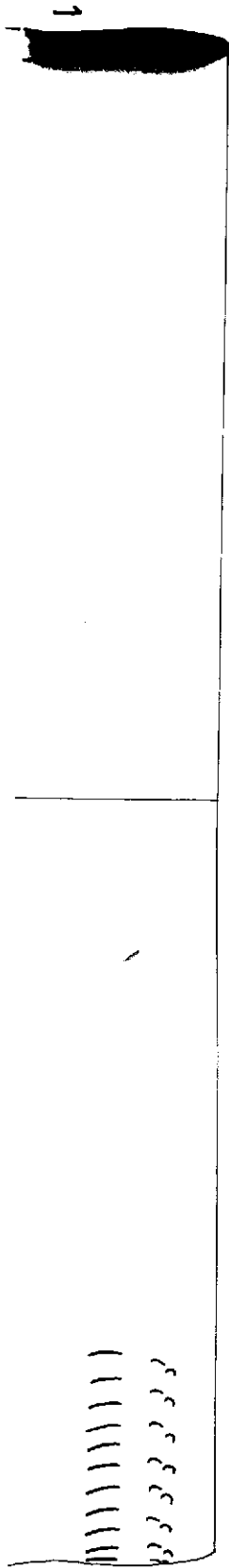


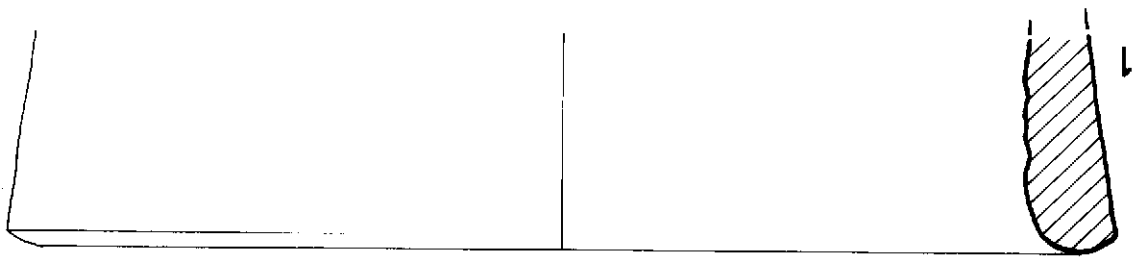
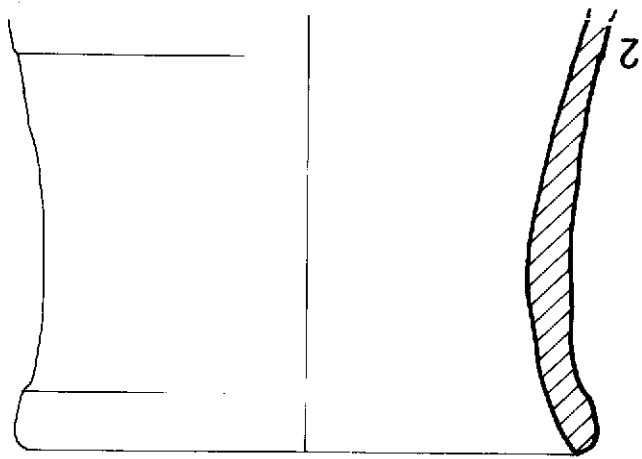
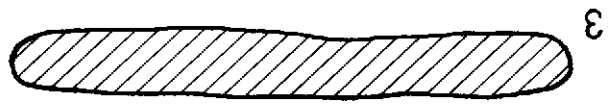


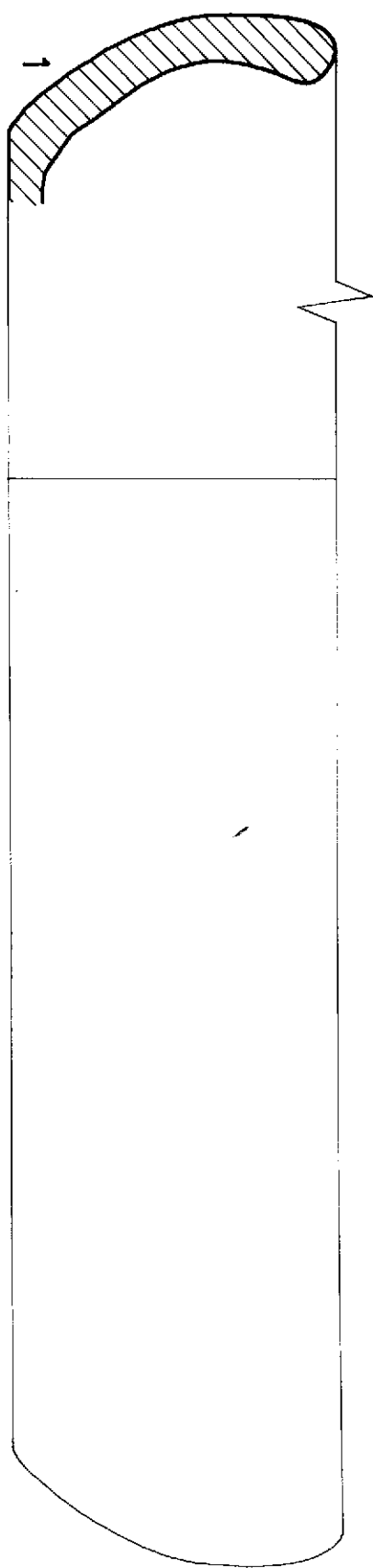


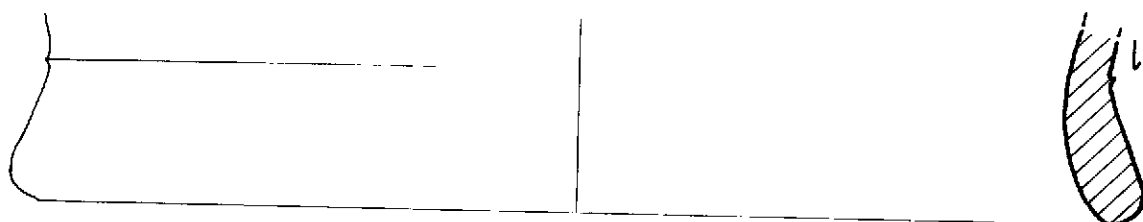
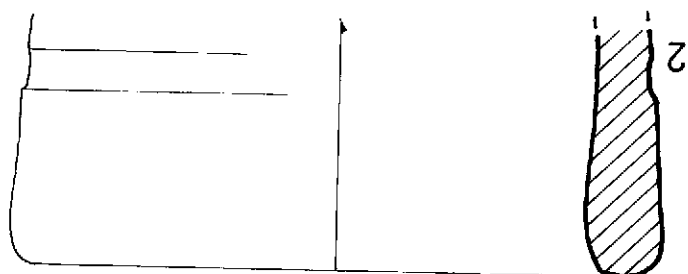
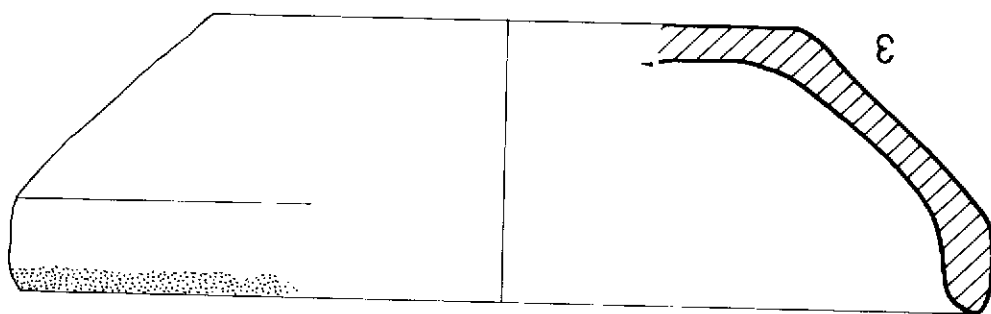
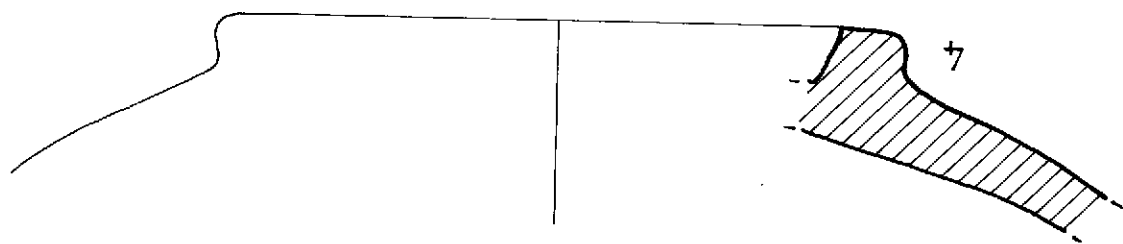


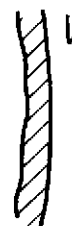
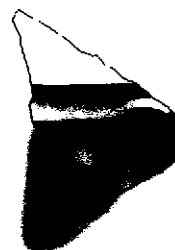
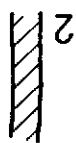
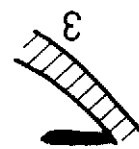
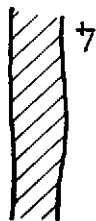
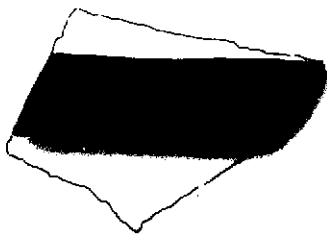
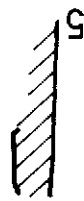
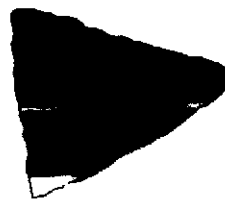
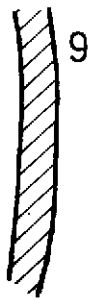
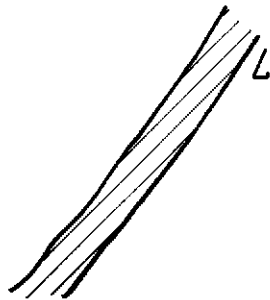
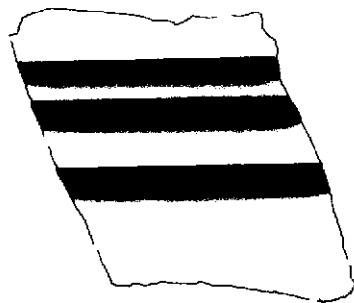
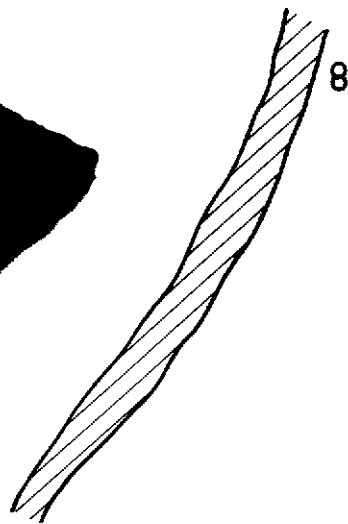
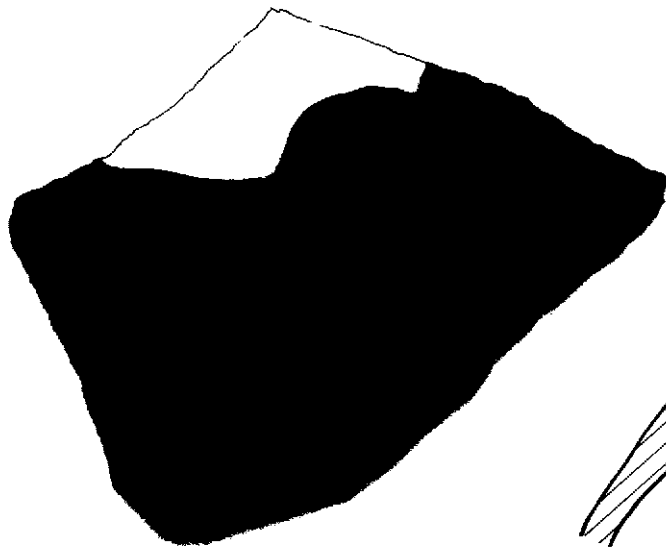










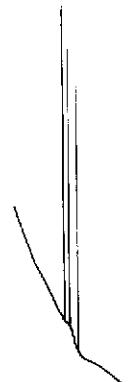
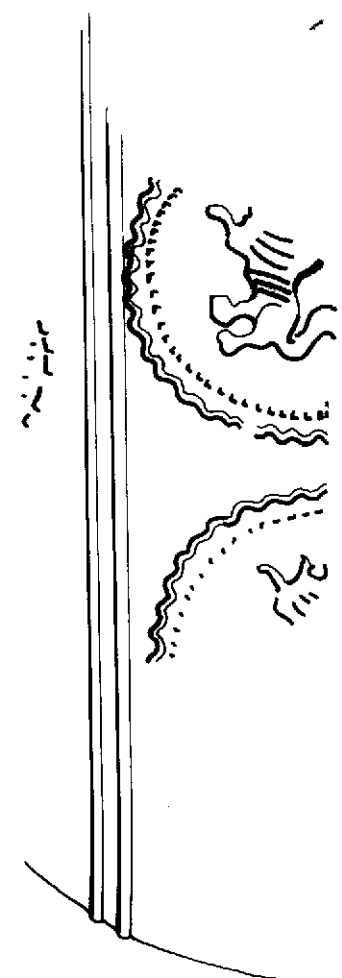


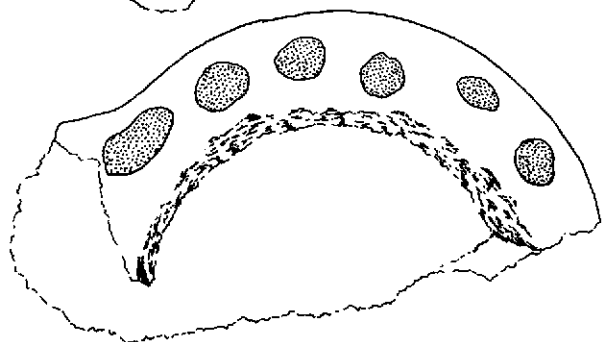
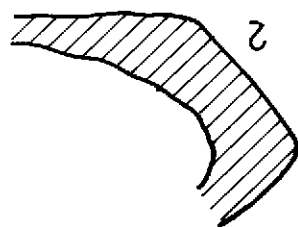
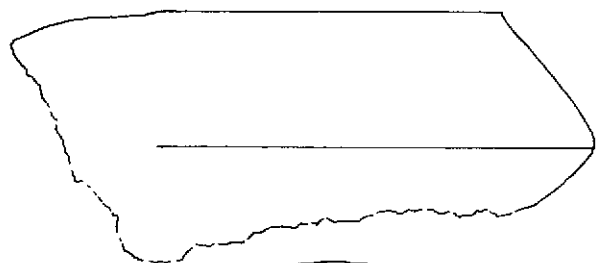


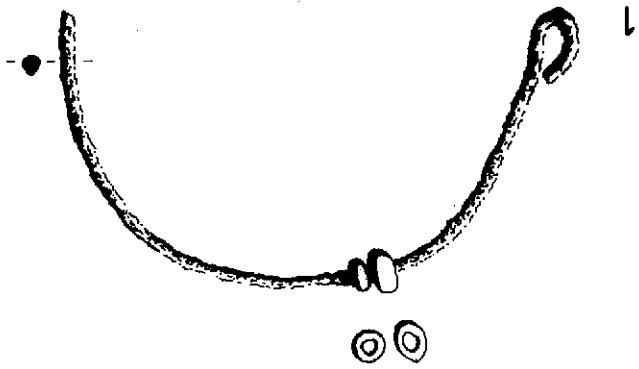
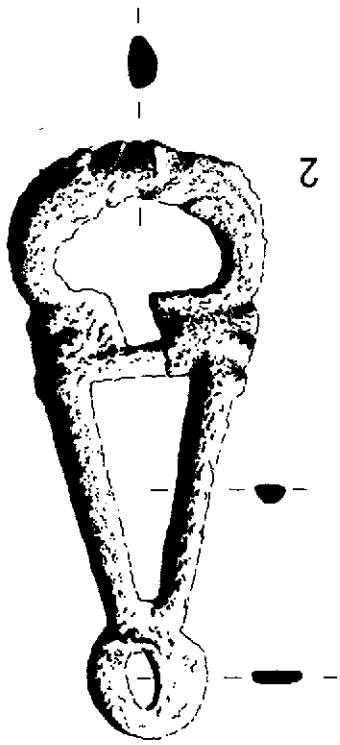


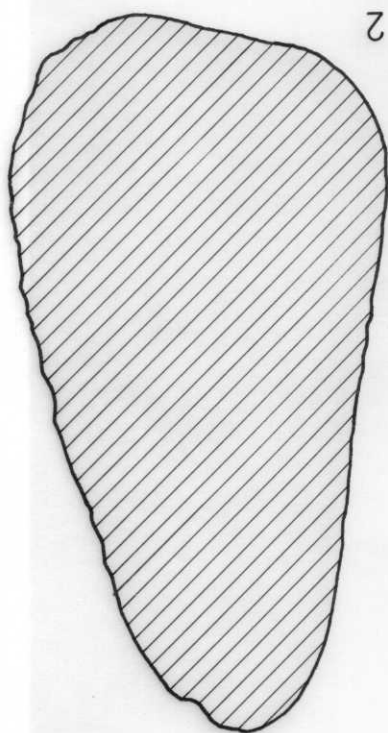
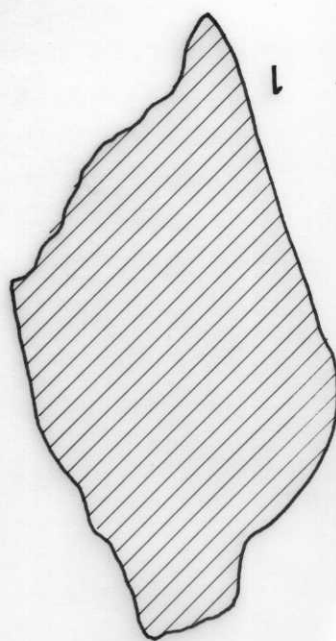
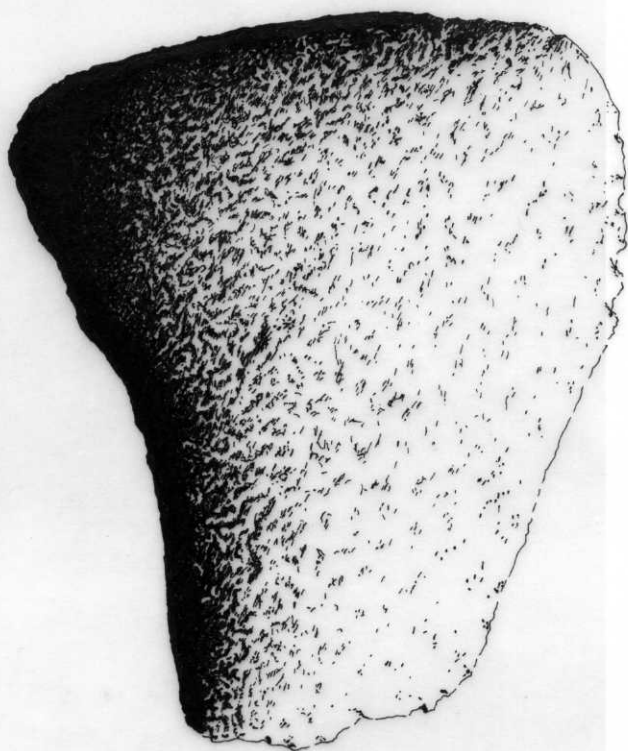
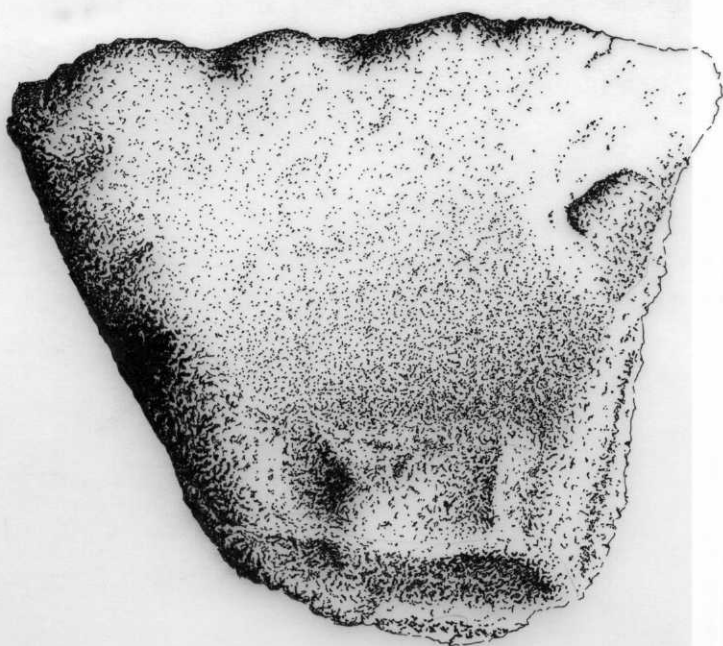
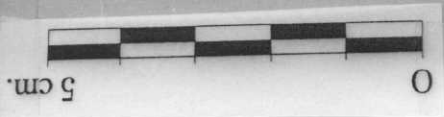
3

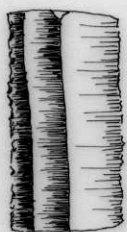
273







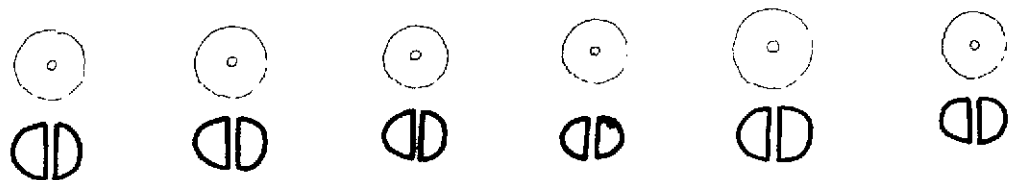




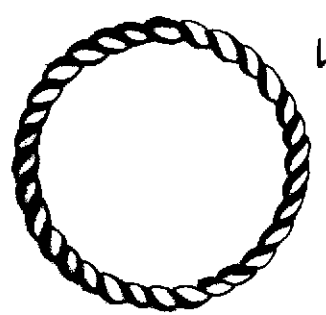
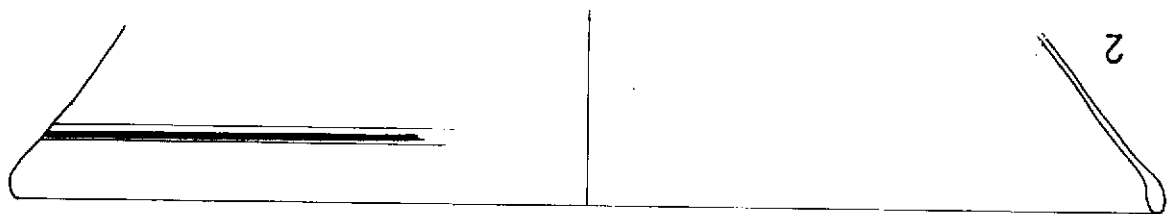
2



1



3



## CONCLUSIONES

Ofrecemos a continuación una panorámica general de las conclusiones a las que hemos llegado, aunque algunas de las que podemos extraer del estudio previamente realizado son, hasta cierto punto, provisionales, al haberse podido excavar tan sólo un área limitada de los dos yacimientos objeto de interés. No obstante, pese a que ésta no representa la totalidad del conjunto, el análisis de la planimetría, cultura material y naturaleza de sendos establecimientos ha sido determinante para obtener un mayor y mejor conocimiento de una forma de vida y de producción características del Bajo Imperio, implantada en el Suroeste del *conventus Carthaginiensis*.

Una de las señas de identidad más claras de la romanización del ámbito estudiado son las *villae* que hemos detectado a lo largo de una intensa labor de prospección y excavación llevada a cabo durante años, mencionadas a lo largo de las páginas precedentes, en particular las del barrio de Sta. María (Alcázar de San Juan) y Puente de la Olmilla (Albaladejo). No en vano, la localización e investigación de las *villae* de una zona determinada es primordial para conocer el proceso de aculturación experimentado por el territorio en cuestión. Por esta razón, su mera presencia denota el arraigo de dicho fenómeno en este contexto geográfico.

Todo ello nos permite formular una serie de consideraciones finales.

El esquema arquitectónico de estas dos *villae* corresponde al modelo típico romano: una serie de estancias dispuestas en derredor de un patio central, que les aporta luminosidad y desde el que se accede a ellas mediante las galerías de circulación del peristilo. La estructura de ambas las asemeja a las grandes viviendas tradicionales mediterráneas.

La extensión aproximada en planta de la *pars urbana* de Puente de la Olmilla supera con mucho los 1.225 m<sup>2</sup> de superficie útil que se han sacado a la luz hasta el momento actual. Como tónica general, un marcado criterio de simetría y una cierta tendencia a la regularidad caracteriza a esta *villa*, en la que prevalece su unidad interna. Nos hemos centrado principalmente en intentar averiguar la definición funcional de los distintos espacios domésticos, lo que a veces entraña cierta dificultad, pues, en ocasiones, la carencia o parcialidad de la información disponible no permite atribuciones seguras o,

cuando menos, concretas.

En síntesis, las cuatro crujías de construcciones ocupadas por habitaciones diversas, organizadas en torno a un núcleo probablemente ajardinado, forman un conjunto de planta agrupado a su alrededor de manera bastante coherente y bien proporcionada, sin llegar a caer en una monótona uniformidad, pues quien proyectó esta residencia le incorporó algunos elementos arquitectónicos no demasiado comunes, tales como el corredor (n.º 11) por el que se realizaba el tránsito desde el porche y se enfilaba hacia el peristilo, constituyendo dos ejes perpendiculares en función de los que se distribuían varias dependencias, al Norte y Oeste (fig. 220). Los *cubicula* se concentran fundamentalmente en ese flanco noroccidental, configurando una unidad orgánica integrada también por algunos compartimentos posiblemente utilitarios. Puente de la Olmilla se articula, por tanto, sobre un eje de simetría que recorre dicho pasillo de acceso al interior de la vivienda, hacia el patio porticado, presidido al fondo por una sala cuadrangular (n.º 4), probablemente la de mayor rango. Desde el punto de vista planimétrico, esa galería (n.º 13) de la que está dotada la *villa* es una de sus particularidades más reseñables. Aunque ésta sería la entrada general durante la etapa tardía, parece ser que en un primer momento no fue la única: el edificio primitivo pudo contar con otros dos accesos, tal vez secundarios, que lo pondrían en contacto con el exterior, al Este por la habitación n.º 25 y al Oeste por la n.º 7 (si bien este último pudo ser en un comienzo el punto de ingreso principal). A consecuencia de las ampliaciones paulatinamente realizadas, después ya no se podría pasar directamente desde fuera al interior a través de esas dos grandes puertas situadas en lados opuestos de la casa, respondiendo ese hecho a los nuevos planes constructivos programados, que se adaptarían a lo que requerían unas circunstancias, con toda probabilidad, diferentes a las iniciales.

En definitiva, Puente de la Olmilla parece ser una *villa* de planimetría rectangular, que sigue un patrón de construcción algo peculiar al tener una *loggia* en la fachada perpendicular al conjunto del peristilo y el pasillo de entrada, adoptando mediante estos últimos una disposición axial. En cambio, apenas se han podido delimitar algunas secciones de la planta de la *villa* alcazareña (fig. 15). En virtud de los restos arqueológicos hallados a lo largo de las distintas actuaciones arqueológicas practicadas en el barrio de Sta.



María, incluyendo la Plaza del Torreón, se observa que es un gran asentamiento con un ámbito residencial espléndidamente adornado con mosaicos y pinturas parietales, pues en el transcurso de esas intervenciones afloraron algunos cimientos y zócalos de muros que tenían un revestimiento interior de estuco pintado de intensos colores, además de otros recintos aparentemente dispersos por las inmediaciones del edificio señorial. Se ha excavado un vasto sector de la unidad doméstica, cuyo orden planimétrico instaaura un peristilo de, al menos, 26 por 28 metros, y también parcialmente el *balneum*, formando todo ello parte de un complejo arquitectónico mucho más amplio. Dentro del mismo posiblemente debía de quedar comprendido el conjunto de estructuras exhumadas en la Plaza del Torreón. La excavación del espacio acotado en ésta ha puesto al descubierto una sucesión de habitaciones con suelos de tierra batida, algunas de ellas quizá pertenecientes a la *pars rustica*, como se colige de su cultura material (molinos rotatorios, lascas de sílex tallado...). Ateniéndonos a los datos recabados en las campañas de excavación realizadas hasta la fecha, como ya hemos comentado, no podemos saber fehacientemente si estaban integradas en un solo bloque arquitectónico, en el que destacaría esa zona noble, provista de salas ceremoniales y corredores acondicionados con mosaicos, en torno a un espacio centralizador (un patio), o si, como creemos más verosímil, se trataba de un establecimiento constituido por varios cuerpos arquitectónicos, esto es, un núcleo exento (la *pars urbana*) e instalaciones disociadas: termas, subsidiarias, las que albergaban al personal servil (tanto el doméstico como el de la finca), etc.

Los ejemplares musivos que hemos denominado A y B debían de tapizar dos de los deambulatorios, en ángulo, de ese peristilo, por tanto, esta *villa* parece corresponder a uno de los tipos más característicos de la arquitectura doméstica romana.

El elenco de mosaicos que pavimentaba diversos aposentos de ambas *villae* constituye uno de los referentes arqueológicos más destacados de romanización aparecidos hasta el día de hoy en el marco geográfico estudiado.

Encontramos un denominador común entre los conjuntos musivos del barrio de Sta. María y Puente de la Olmilla, ya que ejemplifican perfectamente el gusto tardío por un estilo muy recargado. Son mosaicos policromos, de tipo

geométrico, excepto dos figurativos (*vid. supra* capítulos VI.2, VII.2 y XIV.5). Asociados a las pinturas murales, sus programas ornamentales nos ayudan a dilucidar la identidad funcional de las dependencias cuyos suelos y paredes decoraron, ya que se empleaba la pavimentación como elemento jerarquizador del espacio doméstico. Desde esa perspectiva, permiten diferenciar las zonas dedicadas a la representación pública y son indicadores de la productividad de una hacienda, pues, a tenor de los ambientes decorados con ellos, se podrían evaluar los beneficios proporcionados por el *fundus*: si no eran excesivos los recursos con los que contaba su propietario, sólo las principales estancias de recepción tendrían esta clase de pavimentos, si eran más abundantes, ésta se extendería a otras habitaciones y los circuitos internos de circulación. Indudablemente, la capacidad adquisitiva de los dueños puede estimarse por la cantidad de unidades arquitectónicas que recibieron decoración musiva, entre otros factores a tener en cuenta. Si era menor la inversión en dichos programas ornamentales, los brazos del peristilo tendrían pisos de *opus caementicium*, sin más preocupación que aislarlos de la humedad procedente de los *horti* y zonas compluviadas. De acuerdo con este enfoque, probarían la condición adinerada de sendos *domini*, como igualmente se desprende del considerable tamaño que, según todos los indicios arqueológicos, tenían ambos complejos.

Estos mosaicos son, sin duda, obra de talleres muy cualificados, como delata su buena factura. Uno de esos otros factores a tener en cuenta a los que hemos hecho alusión más arriba, como marcadores de la riqueza detentada, es su calidad. En efecto, la gran calidad técnica de estos dos repertorios musivos sugiere que quienes los encargaron, al tener un alto poder adquisitivo, pudieron contratar a artesanos de *officinae* probablemente muy cotizadas. Además de demostrar sus recursos económicos, dado el elevado precio de estas producciones, ponen de manifiesto su desarrollado sentido estético, que se expresa en la elección de los temas representados.

Están inspirados por las mismas tendencias estilísticas de algunos de la Meseta Norte y Navarra, que contienen detalles ornamentales análogos. Por consiguiente, proceden posiblemente del mismo círculo artístico e incluso podrían ser obra del mismo equipo ambulante o de otros afines al creador de éstos, al responder a idéntico gusto por la decoración abigarrada y presentar muchas otras similitudes en su lenguaje icónico (aspectos formales,

conceptuales...), pero es también evidente la equiparación que puede establecerse con otros ejemplares de la Bética (especialmente del bajo Guadalquivir) y del Levante, caracterizados por un tratamiento tendente al *horror vacui*. Todos ellos dejan traslucir un fuerte influjo estetizante de origen norteafricano, aunque, en mayor o menor medida, los mosaicos de Alcázar y Albaladejo también evocan otras corrientes artísticas provenientes de distintas provincias del Imperio (la Península Itálica, Galia, Oriente, etc.).

Las dos series de mosaicos son representativas del extraordinario desarrollo decorativo de numerosas *villae* hispanorromanas tardías. En todas ellas, su temática es una manifestación de la tradición cultural y las tendencias estéticas de mayor aceptación entre los latifundistas que constituían la demanda de estas costosas creaciones suntuarias. Al participar la musivaria del movimiento general de renovación vigente durante la Tardoantigüedad, refleja los cambios que afectaron a muy diversos campos en ese periodo, evolucionando a la par de esas transformaciones de todo orden. Los mosaicos de ambas *villae* presentan sistemas compositivos bien conocidos y muy populares entre esa clientela de grandes propietarios. En ese sentido, son un claro exponente de las modas artísticas entonces en boga y están imbuidos de los principios distintivos de ese grupo social. Por ende, nos ilustran sobre el poder económico de los terratenientes, sobre sus inquietudes espirituales e intelectuales, sus intereses, su formación cultural..., como posiblemente sea el caso del lienzo musivo de la habitación n.º 2 de Puente de la Olmilla, presidido por una escena con connotaciones dionisiacas. Por lo general, hacia mediados del siglo IV se aprecia un mayor predominio de los temas mitológicos, circunstancia que podría interpretarse como una defensa expresa de las tradiciones del mundo clásico por parte de los *possessores* o, al menos, es indicativa de sus gustos y de su conocimiento de la mitología (en su pretensión de ser identificados como partícipes de la *paideia*). Las *mores antiquae* habrían pervivido entre muchos de los miembros de ese privilegiado estamento, conscientes de los cambios provocados por el cristianismo, la nueva doctrina que estaba alterando los principios establecidos, así, tal vez estarían demostrando su adhesión a éstos mediante esas representaciones musivas.

De tal forma, la mayoría de las tramas musivas y los arquetipos ornamentales que conforman los mosaicos geométricos de Alcázar y

Albaladejo son muy usuales en la musivaria romana, de hecho, son algunos de los más generalizados a finales del Imperio. Obviamente, en su selección primaria la oferta de cartones de que disponía el taller encargado de confeccionarlos. Es de subrayar, con todo, la predilección por algunos de los que mostraban un alto grado de complejidad compositiva. Por otro lado, en Puente de la Olmilla no existe ese desinterés por el elemento figurativo que puede desprenderse de su total ausencia en los mosaicos de otras *villae* de la Península, como pudiera suceder en la del barrio de Sta. María, donde todos los ejemplares hasta ahora aparecidos están diseñados exclusivamente mediante la combinación de elementos vegetales, geométricos y florales. En cambio, en la de Albaladejo, la elección de un mosaico con la representación alegórica de los Cuatro Vientos para cubrir el suelo de una de las estancias de alcuña (la n.º 4) no fue casual, sino intencionada, respondiendo, como también el acabado de mencionar de la cercana habitación n.º 2, a una tendencia de los *domini* a decorar sus residencias campestres con temas propios del mundo rural, alusivos al dios de la agricultura y el vino, a la fertilidad de la tierra, los vientos favorables que la hacen fructificar, etc. A ello apuntaría también la presencia del medallón o colgante de joyería en el panel de la crátera y las palomas, que puede vincularse a la personificación alegórica de *Tyché/Fortuna*, la abundancia. Ese concepto de prosperidad derivada de la feracidad de los campos que podría llevar implícito este mosaico resultaría muy adecuado para ornamentar la sala ceremonial de una *villa rustica* del Bajo Imperio.

Muchos de los terratenientes que se hicieron construir estas residencias en el campo y encargaron bellos mosaicos para pavimentarlas se mantuvieron fieles a las antiguas tradiciones paganas, que fueron plasmadas en muy diversas manifestaciones artísticas. Al hilo de este planteamiento, merece una valoración específica el mundo de la espiritualidad, que ha dejado un rastro evidente en la cultura material. Aunque somos conscientes de la complejidad inherente al intento de desentrañar las creencias íntimas de los habitantes de estas *villae*, contamos con algunos indicadores arqueológicos de las mismas: imágenes que podrían formar parte de las prácticas religiosas cotidianas celebradas en la *villa* de Albaladejo, como la estatuilla broncea de Minerva y la figurilla de terracota halladas en Puente de la Olmilla (figs. 493, 281, 503-

504), el referido mosaico dionisiaco de la habitación n.º 2 (como hemos explicado pormenorizadamente al realizar su análisis iconográfico), los signos para atraer la buena suerte o protegerse de designios funestos incluidos en la decoración musiva de sus suelos o las “piedras del rayo” encontradas en los niveles romanos de la Plaza del Torreón (figs. 78-79, 82-83, láms. CCXXXVI, 1-2, CCXXXVII, 1 y 3, Anexo II.2), que fueron quizá objeto de cierta veneración. A estas piezas líticas se les atribuían poderes sobrenaturales, como elementos para contrarrestar influencias nefastas, en sintonía con el renacimiento de las prácticas supersticiosas durante el siglo IV. Incluso la fusayola de Puente de la Olmilla es susceptible de ser interpretada como un amuleto (figs. 505-510).

Se mantienen aún sin desvelar algunas incógnitas sobre la identidad de estos vestigios y sobre su relación con el entorno.

En el caso de la *villa* de Puente de la Olmilla, es indudable que era una casa de campo, sin embargo, en la del barrio de Sta. María, al tratarse de un yacimiento arqueológico ubicado en pleno casco antiguo de Alcázar de San Juan, y muy afectado por continuas obras urbanísticas, es más difícil llegar a una conclusión definitiva, pero, según argumentamos en su momento, estaría igualmente vinculada a una explotación agrícola, aunque dotada también de lujosos aposentos y otras comodidades que le conferirían un toque semiurbano, en consonancia con el concepto de la *villa* como expresión de la ciudad en el medio rural (*urbs in rure*). En este orden de cosas, por ahora no se ha resuelto la duda de si la de Alcázar era una residencia temporal del *dominus*, que habitaba en algún núcleo poblacional más o menos lejano, o bien de una casa solariega que acogía permanentemente a un rico terrateniente, convertida en centro de un extenso latifundio, a la que el *possessor* habría incorporado toda suerte de elementos técnicos (instalados, p. ej., en salas calefactadas, posiblemente termale, como se deduce del hallazgo de un hipocausto y un *clavus coptil*, figs. 180-182, *vid. supra* Anexo I.1, cuadrícula 8, nivel XI) y artísticos (bellos pavimentos en *opus tessellatum*, una vistosa decoración pictórica...) que contribuyeran a lograr una vida confortable. La de Puente de la Olmilla disponía, asimismo, de algunos de esos elementos, p. ej., se canalizó el agua para su uso interno. En cuanto a la disyuntiva de si eran *villae* rústicas o de recreo, las piezas metálicas y líticas recuperadas en la Plaza del Torreón (cencerros, dientes de hoz y/o de trillo, etc.), al igual que los utensilios

descubiertos en Puente de la Olmilla (hoces, un hacha...), ponen de manifiesto el carácter productivo de ambos enclaves, inmersos en el proceso de ruralización que se incrementó en toda la órbita del Imperio a partir de las postrimerías del siglo III d.C.

En el siglo IV d.C. tuvo lugar un importante proceso de cambio que afectó decisivamente a la sociedad de la época, abarcando desde las estructuras socioeconómicas, a la administración imperial, el arte o las creencias religiosas...

Las *villae* de Puente de la Olmilla y barrio de Sta. María son dos ilustrativos botones de muestra de todo lo expuesto. Centralizarían dos de las innumerables explotaciones agrícolas meseteñas, típicas de la Hispania bajoimperial, que eran grandes productoras cerealistas, vinícolas y oleícolas, además de contar con rebaños de ganado (fundamentalmente ovicápridos), complementando la alimentación de la familia propietaria de la hacienda y de su personal de servicio con los productos cultivados en sus huertos. En éstas y otras *villae* de la zona hemos podido comprobar la presencia de abundantes fragmentos de ánforas y *dolia*, envases para contener y transportar aceite, vino u otros alimentos.

En el registro arqueológico de ambas figuran restos osteológicos que corroboran el consumo de animales provenientes del territorio circundante (aparte de otros foráneos, p. ej., moluscos marinos). Algunos, como son los de jabalí, confirman que se llevó a cabo una de las aficiones favoritas de los *domini* hispanos, la cinegética (*vid. supra* capítulo XIII, sobre la iconografía musiva con *venationes*), de la que probablemente nos ofrece testimonio material un regatón de hierro procedente de Puente de la Olmilla (fig. 482). Desde luego, el entorno de Puente de la Olmilla, como el de tantas otras *villae* mencionadas en este trabajo, ofrece inmejorables condiciones para la práctica de la caza. No sólo está enclavada en una magnífica zona cinegética, sino también en buenas tierras de cultivo, lo que la convierte en un lugar idóneo para construir una *villa*, donde las actividades lúdicas se combinarían con las faenas del campo.

Por su parte, dispersos por varios puntos del yacimiento de la Plaza del Torreón localizamos varios hogares asociados a restos óseos de diversos animales, que debieron de ser cocinados en ellos. Resulta significativa la gran cantidad de cerámica de cocina recuperada, empleada para la cocción de

alimentos. Además, en la cercana calle de Gracia se halló un posible *torcularium*, que delata la existencia de olivos (y posiblemente también de viñedos) en estos parajes durante la Antigüedad Tardía. La producción de dichas instalaciones oleícolas y/o vitivinícolas estaría destinada al consumo de los habitantes de este establecimiento e inclusive, tal vez, el excedente pudo ser vendido a otros mercados vecinos, proporcionando beneficios económicos a su propietario, con los que podría adquirir objetos suntuarios o de cualquier otra índole.

A su vez, las molederas y molinos de rotación descubiertos son indicativos del proceso de molienda del cereal llevado a cabo en estos dos asentamientos, un producto básico en la alimentación de nuestros antepasados.

Todos estos hallazgos nos aportan valiosa información sobre la dieta de quienes habitaban sendos establecimientos y nos permiten aproximarnos a su modo de vida, en el que la explotación del olivar, el cultivo de cereales y la práctica de la ganadería constituirían sus principales medios de subsistencia, junto a otros productos de los que se abastecían a través de los intercambios mercantiles. Como es lógico, del ganado ovino, caprino y vacuno no sólo obtendrían carne, sino también leche, que cabe suponer se aprovecharía, además, mediante su transformación en queso y otros productos derivados.

Los continuos descubrimientos arqueológicos que se han venido produciendo en las últimas décadas en esta circunscripción geográfica demuestran el extraordinario interés histórico de la mayoría de estos establecimientos rústicos romanos. Algunos de ellos debieron de ser mansiones impresionantes, como la del barrio de Sta. María y, probablemente, la de Piédrola, otros serían más modestos, tal es el caso de algunos de los que hemos descrito sumariamente con anterioridad (*vid. supra* capítulos IX y XXIII). La información arqueológica que nos han proporcionado las distintas excavaciones y prospecciones emprendidas, pese a ser relativamente escasas, nos permiten elaborar unos planteamientos generalizados sobre esta problemática, que intentaremos sintetizar. En definitiva, se puede observar que las *villae* del ámbito objeto de nuestra atención están distribuidas dentro de una dispersión regular y que la extensión de las unidades de explotación está determinada principalmente por la calidad del suelo cultivable. Los restos

arqueológicos testimonian que el área correspondiente al límite nororiental de la actual provincia de Ciudad Real fue habitada con una cierta intensidad durante la Antigüedad Tardía, en contraposición, la suroriental presenta una densidad poblacional menor.

Como es obvio, los romanos se establecieron en las tierras más fértiles del medio rural. En plena coherencia con esta premisa está el hecho de que Alcázar de San Juan haya adquirido desde tiempos inmemoriales gran importancia como localidad agrícola y ganadera, lo que refuerza la idoneidad de este enclave a la hora de elegir un lugar donde instalar una explotación agropecuaria. Al margen de esa actividad, los resultados de recientes campañas de excavación en los aledaños de la Plaza del Torreón inducen a pensar que originariamente la *villa* sería una pequeña hacienda altoimperial (siglos I-II d.C.), dedicada también a la extracción de arenas (*vid. supra* Anexo I.2, con las referencias bibliográficas correspondientes).

Una de las conclusiones a las que hemos llegado tras indagar sobre estos yacimientos arqueológicos de Alcázar de San Juan y de algunos otros términos municipales vecinos (*vid. supra* capítulo IX), es que el tipo de asentamiento característico de esta área geográfica parece adaptarse perfectamente a la estructura de la clásica *villa* rústica tardorromana, lo que no descarta un poblamiento rural previo, fundamentalmente en época altoimperial e incluso republicana y augustea, como evidencian los hallazgos, por parte de algunos aficionados locales, de numerosas piezas monetales cronológicamente atribuibles a dichos periodos. El patrón de asentamiento habitual refleja que, a veces, se encuentran a cierta distancia de cursos fluviales importantes, como es el caso de la *villa* del barrio de Sta. María o la de Piédrola, si bien otras, p. ej., la *villa* localizada en la carretera que comunica Villarta con Arenas de San Juan (km 1), están ubicadas en plena vega del río Cigüela. La primera de esas circunstancias abonaría la idea del empleo de algún sistema de abastecimiento de agua, tal como atestiguan las tuberías de plomo aparecidas en Piédrola. Es sabido que los romanos habían conseguido desarrollar una técnica de ingeniería que les permitía conducir artificialmente el agua y eran capaces de desviar los torrentes de su cauce natural, canalizándolos. Según parece, algunos de estos avanzados elementos formaban parte de la infraestructura básica de la *villa* de Piédrola.



La prioridad que suponía garantizar un aprovisionamiento permanente de agua explicaría la construcción de una red hidráulica en estas *villae*, pero solamente en la acabada de citar (Piédrola) y en la del barrio de Sta. María se han documentado restos de este tipo de instalaciones. También en la otra zona de nuestro ámbito de estudio, es decir, el Sureste de la provincia de Ciudad Real, se encauzaron para su aprovechamiento las fuentes acuíferas más accesibles, como se ha constatado en Puente de la Olmilla y La Ontavía.

Cuando se trata de *villae* de pequeña entidad, como la de la Cuesta de Bernardillo, suelen estar situadas junto a corrientes de alguna importancia.

En todas ellas, inclusive en las que aparentemente son de menores dimensiones, queda patente la abundancia y riqueza del material arqueológico diseminado por toda su superficie, lo que denota la existencia de florecientes explotaciones agrícolas, en torno a edificaciones de mayor o menor tamaño, pero usualmente dotadas de elementos de prestigio, como son los pavimentos musivos, pues es frecuente el descubrimiento de teselas policromas, arrancadas por las vertederas de los arados.

Retomando el tema del material numismático, es de subrayar que los coleccionistas de la comarca han reunido un amplio monetario. Asimismo, es reseñable la aparición de abundante *terra sigillata*, fragmentos de vidrio y estuco, losas de mármol, varios fragmentos escultóricos..., que certifican la elevada condición socioeconómica de los *domini* residentes en estas casas de campo. Todo ello pone de manifiesto que, de acometerse una intervención arqueológica en cualquiera de estos yacimientos, saldrían a la luz las estancias más señeras, algunas de ellas soladas con mosaicos, cuya prueba nos deparan las abundantes teselas dispersas por la superficie de las parcelas (p. ej., en Piédrola, donde incluso se han recogido algunas de pasta vítrea), que debían de integrar el sector noble de estos complejos rústicos, además del funcional, pues en una detenida inspección ocular también se encuentran en superficie materiales relacionados con actividades productivas o *instrumenta* de uso en la vida cotidiana: azadas y otros aperos agrícolas, molederas, pesas de telar, cerámica común, de cocina, etc., muchos de cuyos fragmentos son de cocción incontrolada y defectuosa; en suma, elementos de una cultura material más tosca o modesta, probablemente indicativos de la presencia de individuos pertenecientes a grupos sociales dependientes (colonos, esclavos, etc.), que trabajaban en las faenas del campo y

en labores domésticas, al servicio de los dueños de estas haciendas.

En algunos de estos yacimientos se da el fenómeno de la superposición cultural, tal es el caso de la secuencia estratigráfica documentada en el de la Plaza del Torreón (*vid. supra* capítulo VIII.4), o la que puede observarse en Piédrola, que abarca desde el Calcolítico hasta el Medieval, a tenor de los materiales arqueológicos. En el mismo sentido, debemos señalar la presencia de cerámica romana de tradición local en la mayoría de estas *villae*. Son producciones realizadas a torno, de fondo claro y pintura roja, con decoración geométrica, que evocan una pervivencia de indigenismo. Están asociadas a otros elementos, como exvotos, fragmentos escultóricos, etc., que nos remiten a ese mismo sustrato cultural.

Otra de las conclusiones que se puede extraer de nuestra investigación concierne precisamente a la economía de estas *villae*.

Así, la existencia en Piédrola de canteras de piedras de molino sugiere la práctica de una actividad económica complementaria de la explotación agropecuaria, basada en la talla de dichas piedras de molino para su venta, sin embargo, sólo una futura excavación metódica podría ratificar esta hipótesis acerca de esa supuesta industria. En la misma línea, podemos plantearnos si el emplazamiento de la *villa* de la Cuesta de Bernardillo sobre una salitrera del río Cigüela, donde las condiciones del terreno son poco aptas para la agricultura, no podría apuntar hacia una explotación de dicho yacimiento geológico. Sería más lógico pensar que la *villa* se levantó aquí en función de esa salina y no del laboreo agrícola.

Todos estos complejos rurales debían de estar intercomunicados mediante la red viaria construida por Roma. Tramos de caminos secundarios los enlazarían con las calzadas principales que atravesaban esta región, facilitando las relaciones comerciales con los mercados urbanos y sirviendo de cauce para el intercambio de ideas e información (*vid. supra* capítulos II.4 y XXI). Junto a la circulación monetaria, ese sistema de comunicaciones constituyó uno de los más importantes elementos dinamizadores del proceso romanizador.

Tanto los acomodados propietarios de la *villa* del barrio de Sta. María como los de Puente de la Olmilla debieron de mantener contactos con otras *villae* de su entorno más o menos inmediato (Piédrola, Cervera, Casa Paterna, El Sumidero...) y con ciudades (próximas o distantes) interrelacionadas

económicamente con ellas, como se puede deducir de la presencia de cerámicas de importación, vidrios, metales, etc.

Las piezas de vajilla de *terra sigillata*, los pavimentos musivos y algunos selectos materiales recuperados durante el proceso de excavación son la expresión de la riqueza de los dueños de estas dos *villae*, quienes estaban plenamente inmersos en las corrientes económicas y culturales de su tiempo. La posesión de bienes de prestigio dejaba patente a los ojos de sus contemporáneos la capacidad económica detentada, convirtiéndose en señas de identidad de la élite a la que pertenecían. Los artículos de lujo importados y un buen número de lienzos de mosaico fueron elementos suntuarios que servirían de exponente de su poderío económico y su receptividad de las innovaciones artísticas urbanas. De esa manera, estas residencias se convirtieron en reflejo del estilo de vida refinado característico del estamento social de los *domini*, acorde con el criterio de autoafirmación imperante entre ellos. Por otro lado, la presencia de cerámicas finas, ánforas, alabastro, vidrios, objetos de metal, etc., acredita la inserción de estas *villae* en los circuitos comerciales de la época, pese a la tendencia predominante a la autosuficiencia. Se infiere de ello que no se practicaba una economía totalmente cerrada, de mera subsistencia, como pudo suceder en algunas otras *villae* tardorromanas, cuyo aislamiento y lejanía de las urbes propició su autarquía, sino que se mantenían contactos económicos con el exterior, no sólo con los mercados de las ciudades más próximas y posiblemente con otras *villae* y *vici* de sus contornos, también con algunos centros de producción más alejados, cuyos canales de distribución alcanzaban un amplio radio geográfico. Buena prueba de ello son las sigillatas documentadas en el yacimiento de la Plaza del Torreón, que nos aportan una información fundamental sobre dichas relaciones comerciales de media o larga distancia (por ejemplo, con el Norte de África y la Galia). La abundancia de cerámicas finas romanas, especialmente de la *terra sigillata*, revela que la zona de Alcázar de San Juan se hallaba integrada en el ámbito de comercialización de estas producciones de lujo en la Meseta meridional. De hecho, la existencia de ejemplares de TSCC confirma que llegaban hasta aquí esas producciones norteafricanas y no tan esporádicamente como cabría esperar *a priori* al tratarse de un área del interior.

Todos estos hábitats romanos nos invitan a replantearnos la premisa sustentada por la historiografía tradicional de que este territorio fue para los romanos una simple zona de paso hacia otras más romanizadas, dado que ponen de relieve la total asimilación de la cultura romana en este referente espacial de la Meseta Sur y su plena incorporación al modo de vida y de producción del Bajo Imperio.

Un último asunto a abordar es el de la cronología. De su análisis detallado se desprende que la zona correspondiente actualmente al centro urbano de Alcázar de San Juan ha estado habitada de forma más o menos continuada desde época romana hasta nuestros días. La superposición de unas entidades habitaciones a otras ha incidido negativamente en los restos arqueológicos, al haber ocasionado la destrucción de algunas estructuras arquitectónicas, cortadas o arrasadas por otras posteriores y, a su vez, ha producido alteraciones en los estratos arqueológicos. A nuestro entender, los escasos materiales arqueológicos de la Edad del Bronce y Edad del Hierro-II consignados están descontextualizados, pues no hemos exhumado estructuras coetáneas. Las numerosas intrusiones de periodos posteriores al tardorromano documentadas durante la excavación (fosas, derrumbes, arrastres, rellenos, etc.) ponen de manifiesto la enorme complejidad interpretativa que encierra este yacimiento arqueológico. Por lo que respecta a la evolución cronoestratigráfica del yacimiento de la Plaza del Torreón, en él se documentan varios horizontes culturales, pero nos ceñiremos al romano. Basándonos en los ejemplares numismáticos y cerámicos, su ocupación parece arrancar en el siglo I d.C., aunque los vestigios constructivos conservados de la *villa* se levantarían en el IV. Habría continuado siendo habitada hasta el V, como refrenda la existencia de algunos *minimi* y de abundante TSht. Es más, el gran desgaste de esos *minimi* sugiere un prolongado uso y, en consecuencia, la pervivencia del asentamiento hasta principios del siglo V o, quizás, durante algunas décadas de esa centuria. sin descartar su pervivencia, puntualmente, durante la siguiente centuria.

En cuanto a Puente de la Olmilla, no hemos detectado vestigios arquitectónicos claros de un asentamiento de época republicana o altoimperial, cuyas evidencias, de haber existido, podrían haber sido borradas por obras posteriores. Cabe la posibilidad de que dicho establecimiento estuviera parcialmente arruinado cuando en el siglo IV se construyó (o, más

probablemente, se reconstruyó) la mansión cuyos restos se han conservado hasta hoy día, proyectada sobre los de aquella primera implantación (es muy complicado saber si estaba en parte reducida a escombros o si permanecían indemnes, todavía sin demoler, algunas estructuras de la misma, después reaprovechadas y camufladas por las bajoimperiales, dificultando esto último su lectura). Este edificio solariego, por consiguiente, proviene en buena medida de ese segundo momento de ocupación del lugar, estando en uso hasta fechas imprecisas del siglo V, esto es, cuando menos, durante las primeras décadas del mismo, como se deduce del estado de alguno de los numismas descubiertos, cuyo gran desgaste sería indicativo de que pudieron seguir todavía en circulación adentrada esa centuria (*vid. supra* capítulo XVIII.1.1); lo avalan, además, las reparaciones de los pavimentos musivos y la extensa serie de refacciones y ampliaciones acometidas durante un dilatado periodo de tiempo sobre el plan primitivo de la unidad doméstica, que delatan su lenta decadencia.

De su etapa inicial, por tanto, en ambos yacimientos se han recuperado materiales arqueológicos del Alto Imperio, pero no se han identificado estructuras asociadas a los mismos. Utilizando el valor cronológico de la cultura material para intentar establecer el periodo de vigencia de ambos establecimientos, es perceptible una aparente interrupción de la vida en los dos casos durante una parte, al menos, de los siglos II-III d.C. Tras ese intervalo de tiempo tuvo lugar un florecimiento de ambas *villae*. Dada la cuantía de materiales adscribibles al Bajo Imperio, en contraste con la exigua presencia de los altoimperiales, complementados por los pavimentos musivos del siglo IV, resulta evidente que esa centuria fue la de mayor auge, aunque su permanencia, insistimos, está atestiguada hasta el siglo V.

Las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en Puente de la Olmilla y en la Plaza del Torreón nos han permitido apreciar ciertas diferencias entre ambos asentamientos. Así, mientras el primero parece estar sellado por el nivel de abandono, sin existir una clara reocupación posterior, en el alcazareño hemos detectado capas homogéneas de carbones disgregados y cenizas, asimismo, algunos focos concretos con mayor presencia de madera carbonizada, donde el fuego debió de ser más intenso, que atestiguan la existencia de un nivel de incendio generalizado, asociados a algunos depósitos

monetarios que contienen piezas emitidas en el siglo V, dándose una continuidad a este hábitat *a posteriori*, hasta llegar al momento presente. De igual manera, la existencia en Puente de la Olmilla de algunas hogueras encendidas sobre un pavimento musivo y otro de argamasa sugiere que posteriormente hubo alguna presencia, quizás, de carácter temporal. Entra dentro de la lógica pensar que los sólidos muros de esta *villa* fueran utilizados por gentes de paso o del entorno (pastores...), como lugar donde resguardarse de las inclemencias climáticas, pero no han aparecido restos arqueológicos que delaten un nuevo asentamiento permanente, por consiguiente, no podemos realizar tal inferencia. Ello no significa que esta confortable mansión no volviera a ser habitada, sino que, simplemente, carecemos de pruebas de que fuera algo más que un refugio transitorio.

Para finalizar, diremos que la cultura material, las fuentes clásicas e itinerarias, la epigrafía y la musivaria son fuentes informativas de diversa naturaleza que nos han permitido un acercamiento al tema del poblamiento rural de las zonas estudiadas y un mejor conocimiento de su contexto histórico, sin obviar ciertos aspectos como la estructura socioeconómica, las prácticas religiosas... En última instancia, resultan ser una inestimable fuente de conocimiento de ese ambiente rural y de la ideología de la élite, que trasciende de las mismas. Nos suministran imágenes fidedignas del medio rural romano de buena parte del ámbito mediterráneo, que son susceptibles de ser analizadas para saber más sobre su “intrahistoria”. Podemos extraer de las mismas una ingente cantidad de datos de gran utilidad para comprender mejor el sistema de la *villa*, en definitiva, el modo de vida local de este sector del *conventus Carthaginensis* y la evolución histórica acaecida entre el Bajo Imperio y el Medievo.

Nuestra intención es que el estudio de los yacimientos descritos a lo largo de estas páginas, de su disposición estructural, de los pavimentos musivos, la clasificación tipológica de las cerámicas, ambos catálogos numismáticos..., todo ello, en suma, pueda ser un elemento de consulta para futuros trabajos de investigación sobre la época tardía en este ámbito geográfico de la Meseta meridional y, quizás, pueda servir como punto de partida de los mismos.

## NOTAS

1. Según Tito Livio (XL, 49), “los pueblos, unos voluntariamente, otros por miedo, aceptaron el yugo, de manera que en pocos días recibió la sumisión de ciento treinta ciudades y se apoderó de un inmenso botín; después de lo cual regresó a *Alce* y empezó los trabajos de sitio. Los habitantes, primero, resistieron el ataque de los enemigos, después, como no sólo con armas sino con obras se les atacase, desconfiando de poder resistir en la ciudad, se encerraron todos en la ciudadela. Finalmente, después de enviar parlamentarios, se entregaron todos, personas y bienes, a la merced de los romanos. Sacóse de allí un gran botín, y se hicieron prisioneros muchos nobles, entre los cuales dos hijos y una hija de Thurro. Era éste el reyezuelo de aquellas gentes, en mucho el más potente de todos. Enterado de las desgracias de los suyos, envió emisarios a pedir venia a Graco de entrar en el campamento; llegó y preguntó en primer lugar si se le concedería la vida a él y a los suyos. Habiendo contestado Graco afirmativamente, preguntó de nuevo si se le permitiría servir con los romanos (...). Siguió desde entonces a los romanos y les ayudó en muchas ocasiones con valor y fidelidad”.
2. Indica J. San Valero (1957, 216) que “de lo investigado hasta hoy, cabe avanzar que se trata de una extensa villa romana, de difícil excavación porque gran parte de ella se halla bajo las viviendas de trece calles”, aunque en realidad después sólo habla de tres, en particular de la de El Carmen, donde dice que se realizaron fundamentalmente las excavaciones: “los mosaicos I y II corresponden a la calle del Carmen; los III, IV y V, a la de Gracia; los VI y VII, a la plaza que forman éstas en su confluencia con la de Don Quijote”. Podría quizás tratarse de un error tipográfico, ya que algunos testimonios orales sólo hacen referencia a tres calles en las que se habrían descubierto mosaicos.
3. Al hacer alusión a que la *villa* es de difícil excavación por encontrarse gran parte de la misma bajo las casas actuales, J. San Valero Aparisi (1957, 216) apunta el siguiente dato: “cuya planta tenemos en gran parte determinada”, pero, hasta donde sabemos, no publicó el plano general del área excavada, ni tampoco dibujos parciales de la planimetría ni de la estratigrafía del yacimiento, aunque sí algún material gráfico de los mosaicos descubiertos (SAN VALERO, 1957, 218, figs. 1 y 2). Asimismo, realizó “una película de 16 mm, en negro, de unos 500 metros, en que se recogen los principales momentos de los trabajos de excavación y las fases del arranque de los mosaicos” (SAN VALERO, 1957, 217), que no nos ha sido posible localizar. A esa escasez documental puede atribuirse la ausencia de esta *villa* en el catálogo de A. Chavarría (2007). En el ensayo de síntesis de J.-G. Gorges (1979, 247) se resume muy sucintamente la información proporcionada por San Valero y en el de M.C. Fernández Castro (1982, 42-43, fig. 1, n.º 4) figura tan sólo su

localización.

4. J. San Valero (1957, 216) menciona la aparición de seis mosaicos, aunque también hace referencia a un mosaico al que asignó el n.º VII, pero sin describirlo ni dar más detalles sobre el mismo: “Según nuestra numeración, en el curso de la excavación, los mosaicos I y II corresponden a la calle del Carmen; los III, IV y V, a la de Gracia; los VI y VII, a la plaza que forman éstas (...) con la de Don Quijote” (SAN VALERO, 1956, 197).
5. Cuando se celebró el IV CNA en 1955, J. San Valero (1957, 215-218) expuso sucintamente, mediante lo que él mismo definió como “nota”, las fases de su sistema de trabajo, en congruencia con sus “convicciones metodológicas” e informó de que por entonces ya habían sido consolidados y extraídos unos 150 m<sup>2</sup> de mosaico, “con los consejos de nuestro amigo y colega D. José C. Serra Ráfols, y la cooperación técnica de nuestros Ayudantes de dirección”. Posteriormente dio a conocer un breve avance sobre los hallazgos realizados, sobre todo, durante la primera campaña de excavación, la de agosto-septiembre de 1953, que a su juicio fue “la más intensa y extensa”, pues la siguiente fue dedicada a la extracción de algunos de los 400 m<sup>2</sup> de paneles musivos descubiertos en su transcurso (SAN VALERO, 1956, 195-196).
6. Presentamos un nuevo dibujo de un fragmento de este mosaico (fig. 36), cuya reconstrucción, bastante más esquemática y en blanco y negro, ya fue publicada por J.M. Blázquez (CMRE V, 1982, 88, fig. 17). También incluimos diversas fotografías de éste y de los restantes mosaicos alcazareños, hasta el momento inéditas, muchas de ellas facilitadas por el PMC de Alcázar de San Juan.
7. Con el permiso de la Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura, los trabajos arqueológicos fueron llevados a cabo por el entonces Director del Museo Provincial de Ciudad Real, Rafael García Serrano, Alfonso Caballero Klink, su inmediato sucesor como Director de dicho Museo y en aquel momento profesor de Arqueología de la UAM, y Antonio Ciudad Serrano, que era profesor de la Escuela de Formación del profesorado de E.G.B. en Ciudad Real. Tras finalizar las intervenciones arqueológicas realizadas en 1992 y 1993 en Alcázar de San Juan, intentamos conseguir alguna información sobre la campaña acometida en 1982, a través del Ministerio de Cultura, pero no consta en sus archivos la existencia de ninguna Memoria de excavación, sino tan sólo una escueta nota de R. García Serrano, Director de esta breve intervención de urgencia, solicitando el envío de algún especialista en restauración a fin de que se procediera al arranque de los dos mosaicos descubiertos en junio de ese mismo año. Por este motivo nos pusimos en contacto con el Director de dicha campaña, quien nos comunicó, en entrevista personal, que no se había redactado ningún Informe. Con el propósito de obtener



alguna otra noticia, consultamos en la Hemeroteca de la Casa de Cultura de Alcázar de San Juan la documentación disponible (recortes de prensa...) y, asimismo, nos entrevistamos con los dos restauradores que habían participado en el arranque de los dos mosaicos descubiertos en 1982, Jerónimo Escalera Ureña, técnico restaurador del Instituto del Patrimonio Histórico Español (Ministerio de Cultura, Madrid), que tuvo la gentileza de poner a nuestra disposición un croquis de estos dos mosaicos inéditos, y Francisco Gago Blanco, técnico del Departamento de Restauración del MAN, por cuya cortesía tuvimos acceso a las fotografías del proceso de extracción de los mismos. Queremos hacer constar aquí nuestro más profundo agradecimiento a ambos, por su inestimable y desinteresada colaboración, al facilitarnos documentación gráfica e interesantes datos sobre dicho proceso de extracción.

8. La Iglesia de Sta. María fue consagrada como parroquia en 1226 y conserva en su arquitectura parte de la construcción románica originaria, pero en su mayoría fue remodelada, predominando los estilos renacentista y barroco. Ha sido declarada BIC.
9. Del Palacio del Gran Prior únicamente se conserva la torre del Gran Prior (en referencia al cardenal Don Juan José, prior de la Orden de San Juan), que erróneamente es más conocida como el Torreón de Don Juan de Austria (de dicho Torreón toma su nombre el yacimiento arqueológico que estudiamos) y la capilla palatina, situada frente al Torreón, utilizada como museo (Fray Juan Cobo), hasta la construcción del Museo Municipal.
10. Entre la Iglesia de Sta. María y el llamado Torreón de Don Juan de Austria se erige una torre de planta semicircular que, según todos los indicios arqueológicos, probablemente perteneció a la muralla árabe de la ciudad. Está construida con grandes sillares de piedra arenisca, cuyo tamaño va decreciendo conforme la torre alcanza mayor altura. Tiene una puerta de paso al interior en la fachada recta y en el interior remata en una cúpula nervada. Hay varias hornacinas, que seguramente se realizaron en época contemporánea, cuando se adosaron algunas viviendas a dicha torre. Durante las excavaciones llevadas a cabo en 1992 se abrió una cuadrícula al pie del "Cubillo", obteniéndose datos reveladores de la superposición de culturas que se asentaron en este paraje a lo largo de un dilatado espacio de tiempo. La campaña arqueológica acometida en ese año nos ofreció la posibilidad de datar este monumento. Desde las primeras UE aparecieron materiales cerámicos de diversas etapas entremezclados (romanos, medievales, contemporáneos...) A una cota de -1,77 m de profundidad documentamos un ensanche de la pared de esta torre, correspondiente a su cimentación. A -2 m de profundidad constatamos que dichos cimientos están formados por grandes sillares de piedra recubiertos de una espesa capa de argamasa. A este nivel es notable la presencia de cerámica romana, pero en la base de la fosa de

fundación del “Cubillo” hallamos un candil de piqueta de la primera mitad del siglo X, junto a otros restos cerámicos medievales. Podemos interpretar, por tanto, que se trata de uno de los escasos vestigios arquitectónicos de la muralla islámica, junto con el presumiblemente coetáneo lienzo de muralla que forma parte del actual colegio “Enrique Tierno Galván”. En definitiva, podría ser el único resto visible hoy día de la fortaleza árabe integrada en la medina de Alcázar, que se asentó sobre la *villa* tardoimperial objeto de nuestro estudio.

11. Bajo la dirección de Francisco Javier López Fernández, a quien queremos agradecer los datos proporcionados sobre la cronología de los restos aparecidos.
12. La primera fase del proyecto se acometió a lo largo de cuatro meses en 1992, con el permiso de excavación de la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, concedido a M<sup>a</sup> Dolores Fernández Rodríguez y Francisco Javier López Fernández, realizando el trabajo de campo quien suscribe, como técnica arqueóloga. Queremos expresar de nuevo nuestro más profundo agradecimiento a ambos, por permitirnos hacer uso de material gráfico y dibujos pertenecientes a esa primera campaña. A su autoría se deben los dibujos de las 18 figuras correspondientes a plantas y secciones del yacimiento de la Plaza del Torreón presentadas en el Anexo II.3 (en CD).  
 A lo largo de ésta y de la siguiente campaña (1993) se procedió a registrar gráficamente todo el proceso de excavación, realizando fotografías generales y de detalle en blanco y negro, color y diapositiva. Igualmente, se dibujó, a escala 1:20, toda la planimetría, así como la estratigrafía de cada uno de los cortes. A la par, se intervino sobre los materiales arqueológicos recuperados durante la actuación, realizando un inventario de los mismos, su correspondiente documentación gráfica y el dibujo de las piezas más significativas (piedra, hueso, cerámica, metal...), que presentamos en los Anexos I y II (*vid. supra*). El frecuente hallazgo de grandes fragmentos de CC y TS, poco rodados, ha permitido una buena restauración sobre el papel.  
 La mayoría de estas piezas se encuentran depositadas en los fondos del Museo Provincial de Ciudad Real, a la espera de su consolidación y restauración, por problemas presupuestarios, mientras que una pequeña selección de las más destacadas, junto a algunos paneles de los mosaicos descubiertos en anteriores intervenciones arqueológicas, están expuestos en el Museo Municipal de Alcázar de San Juan.  
 Es especialmente preocupante el estado de las piezas metálicas no tratadas aún, afectadas por un proceso de corrosión que está causando un deterioro creciente de las mismas.
13. La segunda fase de excavación, cuya dirección nos fue encomendada por la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, tuvo lugar de junio a agosto de 1993.

14. La zona donde aparecieron los mosaicos se halla a unos 250 m de la Plaza del Torreón, por lo tanto, los restos arqueológicos de este complejo tenían una considerable extensión.
15. El estudio de las conexiones existentes entre la circulación monetaria y determinados acontecimientos socio-económicos, políticos o de otra índole, traería como consecuencia una serie de inestimables avances para intentar entender algunos aspectos de la época romana en esta área geográfica. No obstante, hay una gran desproporción entre las monedas procedentes de excavaciones metodológicamente realizadas y aquellas otras que son resultado del expolio clandestino de algunos yacimientos arqueológicos de los alrededores de Alcázar de San Juan, incorporadas a colecciones particulares (por lo general, inaccesibles para los investigadores). El valor científico de estos abundantes descubrimientos casuales (no sólo amonedaciones, sino también útiles funcionales u otra clase de piezas) para un mayor conocimiento de la historia económica de la comarca es, por tanto, frecuentemente desaprovechado. Con todo, debemos tener presente la enorme dificultad que supone intentar controlar e impedir la extracción de elementos de todo tipo de nuestra cultura material mueble e inmueble, fortuita o intencionadamente, fuera de las excavaciones dirigidas por profesionales. La intrusión de coleccionistas de piezas arqueológicas y “buscadores de tesoros” provoca un deterioro irreparable de los yacimientos, alterando su estratigrafía y dejando sin contexto histórico-cronológico los restos encontrados. El análisis y posterior publicación de esos materiales numismáticos, con indicación exacta de su procedencia, es un requisito imprescindible para desentrañar algunas claves del pasado en este ámbito territorial, que podría despejar numerosas incógnitas aún no resueltas y nos revelaría datos vitales para vislumbrar la evolución histórica de sus antiguos pobladores. Es, por tanto, necesario insistir en que, si se llevara a cabo la recopilación y elaboración de un pormenorizado inventario y la subsiguiente publicación del abundante y disperso material arqueológico de esta zona, localizado, sobre todo, en colecciones privadas, nos permitiría comprender mejor esa etapa cultural y, en última instancia, daría como resultado la protección de una parte considerable del rico patrimonio arqueológico local.
16. Salvador Rovira e Ignacio Montero se ofrecieron desinteresadamente a realizar los análisis metalográficos de algunos materiales arqueológicos de Alcázar de San Juan (diversas piezas de metal, incluyendo algunas monedas). Por ello, queremos hacer expreso nuestro más sincero agradecimiento a ambos por su valiosa contribución. Asimismo, a la ESCRBC y, en particular, a Ángel Gea, profesor de dicha Escuela, por ofrecerse a realizar la restauración de parte del numerario recuperado en el yacimiento de la Plaza del Torreón (*vid. infra* Anexo III.1). También, nuestro más profundo agradecimiento al TEDAR y muy particularmente a su Director, Sebastián Rascón Marqués, por habernos

facilitado las fichas y documentación gráfica del proceso de restauración de diversos restos de la cultura material de este yacimiento, entre ellos, varias monedas (*vid. infra* Anexo III.2). Igualmente, algunas piezas monetales fueron sometidas a un proceso de limpieza y consolidación por Raquel Racionero Núñez, por entonces restauradora de bienes culturales del MP de Ciudad Real, a quien, desde aquí, hacemos llegar también nuestro agradecimiento por su labor (*vid. infra* Anexo III.3 y 4, piezas de metal, además de conchas de molusco).

17. Hemos creado una ficha para la clasificación de las monedas. El criterio empleado a tal efecto es el siguiente: en primer lugar, el nombre del emperador (u otra autoridad) bajo cuyo gobierno se emitió, a continuación, cronología, leyendas de anverso y reverso, descripción de los respectivos campos, la ceca donde se acuñó, su denominación o tipo y el soporte. Figuran después el peso expresado en gramos, el diámetro en milímetros (módulo) y la posición de cuños en horas. Seguidamente se explica de forma muy escueta su estado de conservación y la bibliografía de referencia utilizada para la catalogación, con las abreviaturas habituales, así, p. ej., citamos como *RIC* la obra *Roman Imperial Coinage* y como *LRBC* la obra *Late Roman Bronze Coinage*, figurando en la bibliografía final las referencias a sus correspondientes autores y fecha de edición. Por último, se hace constar su procedencia y su n.º de inventario. De acuerdo con esa ficha, no siempre ha sido posible cumplimentar todos los apartados previamente enumerados. En ocasiones, la leyenda es ilegible, la ceca no es precisable o las imágenes son irreconocibles debido a la corrosión, el desgaste u otras circunstancias...
18. No hemos podido encontrar en el Museo Provincial de Ciudad Real las monedas n.º 3, 5 y 15 del catálogo y la n.º de inventario 20147, por lo que su estudio se basa únicamente en fotografías de los respectivos anversos realizadas tras su restauración, de ahí que no podamos aportar datos acerca de su peso, grosor, posición de cuños, leyenda y campo del reverso, etc. En cuanto a la moneda n.º de inventario 20147, hemos optado por no incluirla en el catálogo, al resultar sumamente difícil clasificarla, dado su mal estado de conservación, pero aportamos la fotografía de su anverso.
19. La importancia de los restos encontrados habría justificado una excavación más extensa de la Plaza del Torreón. Al finalizar la segunda campaña, que tuvo lugar de junio a agosto de 1993, nos proponíamos ampliar los sondeos al solar completo, con la intención de seguir descubriendo la planta de la *villa* en sucesivas intervenciones arqueológicas y documentar las distintas fases culturales del yacimiento. Con ese propósito, elaboramos en noviembre de 1993 un Informe solicitando continuar el proyecto iniciado en 1992, dado que un vasto sector estaba en proceso de excavación y, a tenor de lo hasta entonces exhumado, se podía vislumbrar el enorme potencial de la zona restante. Nos interesaba

especialmente documentar los niveles inferiores, donde mejor se habían preservado las estructuras más antiguas, correspondientes a la baja romanidad. Sin embargo, el equipo de gobierno municipal tenía previsto construir en este solar una plaza empedrada y así lo hizo un tiempo después. Esa actuación urbanística en el núcleo histórico más antiguo de la localidad, sin haber completado la excavación del yacimiento arqueológico localizado en su subsuelo ha conducido a la pérdida irremisible -al menos, por el momento- de valiosa información sobre la *villa* romana y las construcciones medievales aquí existentes, razón que precisamente había motivado el comienzo de la intervención arqueológica en 1992. En consecuencia, la reanudación de los trabajos no será posible, desafortunadamente, al haberse cubierto toda el área con hormigón, lo que imposibilita llevar a cabo otras campañas de excavación en este lugar concreto, aunque no en sus inmediaciones, donde existen vestigios de la época romana, según informaciones facilitadas por testigos presenciales de otros hallazgos producidos durante la realización de algunas obras en las viviendas de las inmediaciones. Asimismo, lo atestiguan recientes intervenciones (*vid. infra* nota 66).

20. Durante el siglo XIII se repobló estas tierras bajo los auspicios de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén, a la que permaneció vinculada la localidad de Alcázar de San Juan hasta el siglo XIX.
21. Como apoyo cartográfico a este estudio, puede consultarse la cartografía del Instituto Geográfico y Catastral, en su edición de 1954.
22. Tenemos noticia del hallazgo a finales de 1973 de una tumba en las inmediaciones de la Fuente de la Bola, situada al pie del castillo de Albaladejo. Consistía en una caja rectangular labrada en piedra, con orientación Este-Oeste, que contenía dos esqueletos abrazados. No ha sido posible recabar más información al respecto, pues fue cubierta de tierra posteriormente (informantes: Antonio Pozo Gómez, herrero de Albaladejo, y Tomasa Leal Ojeda, ambos, vecinos de esta localidad). Además, cerca de esta fortaleza hay un peñón llamado “del diablo”, situado sobre la cueva que hay bajo dicha fortaleza.
23. En 1985, con la autorización de la Consejería de Educación y Cultura de la JCCM, se reemprendieron los trabajos de excavación, a cargo de quien suscribe, participando también en ellos, como técnica arqueóloga, Isabel Cabrera Gómez, a quien agradecemos su valiosa colaboración. Dichos trabajos no fueron consecutivos, pues tuvieron lugar en 1985, 1986 y 1990. En la primera de estas campañas figuraría como codirector A. Caballero Klink, entonces Director del Museo Provincial de Ciudad Real. 1987 se dedicó al estudio de materiales, figurando como codirector A. Ciudad Serrano, profesor de la E.U.P. de Ciudad Real.

24. Esa premisa era una de las normas recomendadas por Varrón (*rust.* I, 12,3) y otros tratadistas latinos en agronomía para la elección del terreno donde se iba a levantar una residencia rústica.
25. Principio básico según Varrón (*rust.* I, 11,2), Catón (*agr.* I, 1,3) o Columela (*De r.r.* I, 5, 1-2).
26. Los *servientes* solían acompañar a sus amos con el fin de llevar todo lo necesario para la jornada de caza, preparar la comida... Aparecen también representados en los mosaicos de Centcelles y Conimbriga (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1991, 497-512; CABRERO, 2008, 1267-1268), entre otros.
27. Así, en un mosaico de la *villa* de Tossa del Mar (Gerona), datado en el siglo V, hay una inscripción en la que se lee: "Si Vital está a salvo (...)", en alusión al nombre del propietario de la *villa* (cfr. BALIL, 1965a, 37, fig. 13; GUARDIA, 1992, fig. 21; RODÁ, 1994, 35-40, fig. 1; BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, *CMRE* VII, 1985, 62, 67; BLÁZQUEZ, 1994, 1176, lám. II; 2001, 24-25; 2012, 85, fig. 10; SAN NICOLÁS, 1998, 905, lám. VIII,d).
28. Para profundizar en estos temas, pueden servirnos como punto de partida trabajos de investigación como el de M. Bernardi (1992), el de F. Criado (1999) o el de E. Ariño, J.M. Gurt y J.M. Palet (2004), entre otros, dedicados a la arqueología del paisaje, y son muy numerosos los estudios de arqueología del territorio dedicados a zonas específicas, p. ej., los *fundi* controlados por algunas *villae*, etc. (cfr. OREJAS y RUIZ, 2008, 167-191; GONZALO, 2008, 617-627, a cuya bibliografía remitimos).
29. Diversos aspectos de la vida llevada a cabo en estas grandes haciendas han sido ampliamente estudiados por numerosos investigadores. Destacaremos algunas de estas obras, entre muchas otras, de A. Balil (1965c, 886), P. de Palol (1970), R. Teja (1971, 611), J. Fontaine (1972, 571; 1980, 267), J.M. Blázquez (1975a, 18; 1975b; 1975c; 1976; 1978a, b y c; 1982b) y P. Veyne (1981, 245-252).
30. Queremos dejar patente nuestro más sincero agradecimiento a Víctor Antona del Val, Jefe de Servicio de Archivos, Museos y Exposiciones de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte de la JCCM, por permitirnos reproducir una serie de infografías realizadas para el Museo Provincial de Ciudad Real a partir de algunos de nuestros dibujos e investigaciones del yacimiento de Puente de la Olmilla.
31. Procedentes de la *villa* de Puente de la Olmilla hemos localizado elementos arquitectónicos tales como basas y fustes de columnas en algunas viviendas de Albaladejo, todos ellos labrados en piedra local (arenisca), idénticos a los descubiertos al excavar este yacimiento. A su vez, M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer depositaron algunos de

otros en un almacén del Ayuntamiento de Albaladejo, cuyo paradero actual se está investigando.

En el proceso de excavación fueron hallados varios fragmentos de las columnas del pórtico de fachada, que estarían regularmente repartidas a lo largo de ese espacio rectangular.

32. Con la salvedad de un pequeño fragmento de laja de mármol blanco descubierto en el patio, del que desconocemos su disposición originaria, pero que podría haber sido utilizado en el revestimiento de alguna de las superficies (¿el zócalo, p. ej.?).
33. Esa es, al menos, la opinión de Daniel Lillo Castellanos, uno de los descubridores de la *villa*, a quien queremos expresar un especial agradecimiento por la información que amablemente nos proporcionó sobre la comarca de Albaladejo y el descubrimiento de este yacimiento, poniendo de manifiesto su gran interés por estas tierras, que encierran tanta riqueza arqueológica. Este agradecimiento lo hacemos extensivo a M. Isabel Ballesteros, miembro de la Asociación Miliario de Albaladejo, quien nos facilitó diversa información, p. ej., sobre la solicitud de declaración de Puente de la Olmilla como BIC por parte del Excmo Ayto. de Albaladejo (*vid. infra* Anexo VI, 7 y 8). Esta Asociación, a la que ambos pertenecen, está promoviendo muy activamente la difusión y conocimiento del patrimonio histórico de la zona. Queremos aprovechar esta ocasión para manifestar a Daniel Lillo y a dicha Asociación cultural nuestro total apoyo para intentar contrarrestar el grave daño que los estragos del tiempo y la desidia continúan produciendo tanto al yacimiento de Puente de la Olmilla como a otros de su ámbito geográfico. En este sentido, a D. Lillo debemos la noticia de la realización hace 3 ó 4 años de unas obras de canalización subterránea de aguas desde el pantano de Los cabezuelos, en el Campo de Montiel, que, según parece, podrían haber afectado a la Vía Augusta en su recorrido por este territorio, concretamente, al menos, en el tramo de La Dehesilla, a unos 4 km al Norte de Albaladejo.
34. Denominamos crujía a cada una de las alas o conjuntos de habitaciones en que se divide la planta de la *villa*, dispuestos en torno al patio porticado.
35. Nuestro agradecimiento a M. Pérez Ruiz por facilitarnos valiosos datos al respecto, cuando su Tesis doctoral aún estaba inédita (sobre los *lararia*, cfr. PÉREZ RUIZ, 2007-2008, 199-229; 2008, 273-287; 2010, Tesis doctoral, UAM; 2011, 379-395; 2012, 241-253; 2014).
36. En esta ocasión los constructores contravinieron uno de los consejos generales de los agrónomos latinos (Colum., *De r.r.* I, 4, 10 y I, 12, 1; Varro, *rust.* I, 12, 1, etc.). La *villa* de Puente de la Olmilla está desprovista de protección o de defensas naturales. No obstante, este modelo de *villa* de peristilo se difundió mayoritariamente por gran parte de la Meseta,

frente a otros, como, p. ej., en forma de U, documentados en la zona septentrional de ésta (REGUERAS, 2007, 29).

37. Un paralelo de esta planta en la que se dispone en un extremo una sala absidiada abierta al peristilo circundante de un patio central lo encontramos en la *villa* de El Pomar, en Jerez de los Caballeros, Badajoz (GORGES, 1979, 191; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, 183, figs. 48, 96 H; ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA *et alii*, 1992). También presenta algunas similitudes planimétricas la *villa* de La Dehesa de la Cocosa, en Badajoz (GORGES, 1979, 189-190, lám. XLIII; SERRA RÁFOLS, 1952, 95-99; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982, fig. 23; GARCÍA Y BELLIDO, 1953, 207-213; AGUILAR SÁENZ, 1991, 262, 267-268).
38. En primer lugar, M.C. Fernández Castro (1982, 108, 204-206), quien disponía de escasa información sobre la *villa* de Puente de la Olmilla, pues en esa fecha tan sólo se había publicado un estudio sobre los mosaicos de las habitaciones n.º 1 y 2 (PUIG y MONTANYA, 1975, 133-143), además de la comunicación en el XV CNA sobre las pinturas murales (PUIG, 1979, 923-930), y carecía de datos que las posteriores intervenciones en este yacimiento nos han proporcionado.
39. Debemos hacer constar que frecuentemente es la documentación escrita (las fuentes clásicas), más que la arqueológica, la que nos informa sobre estos espacios accesorios anexos o independientes destinados a la producción económica (p. ej., Colum., *De r.r.* I, 6,1; Cato, *agr.* III, 2; Varro, *rust.* I, 8,1; III, 7,2; 9,2; 10,1; 11,1 y Vitruv., *De arch.* VI, 5,2). Respecto a los diferentes sectores (urbano, rústico y fructuario) que constituían las *villae* y los cambios experimentados por la *villa* a partir del siglo III d.C., cfr. BRAVO, 1993, 157-158; 1997a, 193-198.
40. Un cuarto yacimiento tardorromano, el de Las Cañadillas, probablemente corresponda a la necrópolis de Puente de la Olmilla (*vid. supra* capítulo XXIII).
41. Las labores agrícolas llevadas a cabo en los terrenos que ocupa la *villa* de Puente de la Olmilla están afectado considerablemente a sus estructuras y pavimentos, provocando el deterioro tanto de unas como de otros. En cuanto a los pastizales, son más bien pobres. En la actualidad, en un régimen predominantemente de minifundio, en Albaladejo se practica una agricultura básicamente de secano. Además del cultivo de cereal, es de destacar el extenso olivar.
42. En las últimas décadas se ha visto reducida bruscamente la población de Albaladejo, después de un tradicional auge, pasando de 3.347 hab. en 1960 a 1.535 hab. en la actualidad, con una densidad media de 31,36 hab./km<sup>2</sup> (frente a los 47,98 hab./ km<sup>2</sup> del término municipal de Alcázar de San Juan).



43. Agradecemos al Servicio de Patrimonio de la Consejería de Cultura de la JCCM el habernos concedido autorización para su consulta. Ya que legalmente es necesario un permiso de prospección concedido por dicha Consejería de Cultura para recoger materiales arqueológicos de superficie de cualquier yacimiento del área objeto de nuestra investigación, optamos por visitar todos los yacimientos previstos en nuestro proyecto, pero no recogimos material alguno, sino que estudiamos los que pudimos *in situ*, contando con que son piezas descontextualizadas, al no provenir de una metódica excavación arqueológica. Dado que el número de yacimientos visitados es considerable, se habría hecho necesario realizar los trámites correspondientes para otras tantas solicitudes. En cambio, como acabamos de mencionar, sí solicitamos autorización para poder consultar la Carta Arqueológica de Alcázar de San Juan y otros términos municipales, entre ellos, los de Albaladejo y Terrinches. Nos hemos encontrado con varios problemas a la hora de adjudicar una fecha concreta a los materiales localizados en algunos yacimientos del ámbito geográfico estudiado. El principal de ellos es que, en lo concerniente al poblamiento rural romano, salvo excepciones como los procedentes de las excavaciones realizadas en las *villae* de Puente de la Olmilla (Albaladejo) y Plaza del Torreón (Alcázar de San Juan), la mayoría de los restantes carecen de contexto estratigráfico, pues, insistimos, son simplemente resultado de prospecciones.
44. Esa influencia de la musivaria norteafricana se aprecia también en las obras musivas de otras zonas del Imperio, como Sicilia (WILSON, 1982, 413-428; BLÁZQUEZ y ORTEGO, *CMRE* VI, 1983, 46). Algunos modelos se difundieron profusamente por diferentes provincias romanas. Así, por poner un ejemplo, los mosaicos con representaciones de cacerías descubiertos en Piazza Armerina y Pedrosa de la Vega presentan muchas similitudes.
45. J.A. Díaz Pintiado y Luisa Díaz tuvieron la amabilidad de facilitarnos dos dibujos hasta ahora inéditos, que obraban en poder del primero, con el boceto del esquema compositivo de este mosaico y del de la habitación n.º 2 (*vid. supra* Anexo V, 1), además de brindarnos algunos datos sobre su extracción. La fecha de arranque fue el 28 de junio de 1974 y la de consolidación el 4 de julio del mismo año.
- Las dimensiones que nos ha proporcionado J.A. Díaz Pintiado del mosaico de la habitación n.º 1 son 4,65 x 7,40 m (hay una diferencia de 5 cm respecto a las medidas dadas por M.R. Puig y R. Montanya). Fue dividido en 23 placas. Faltaba gran cantidad del teselado en las placas n.º 16, 17, 18, 20, 21, 22 y 23.
- En cuanto al mosaico de la habitación n.º 2, compuesto por cuatro paneles, mide 3,60 x 4,65 m (también aquí hay una diferencia de 5 cm). Fue dividido en 12 placas. A la n.º 5 (correspondiente al cuadro central) le faltaba el teselado casi por completo.

La consolidación se realizó con argamasa de cemento gris Portland y arena, en proporción 1:3 partes, con agua. En el interior del fraguado se introdujo una malla metálica para dar mayor resistencia, según información suministrada por él mismo y por su hija, Luisa Díaz, a quienes queremos agradecer dicha aportación a nuestro estudio.

46. En relación a esa tendencia advertida por L. Neira (2008, 67) de la existencia de un único mosaico figurativo en los programas decorativos de diversas *villae*, cabe señalar que en la de Puente de la Olmilla se seleccionó dos temas mitológicos (uno del ciclo dionisiaco y otro con la representación alegórica de los Cuatro Vientos) para decorar sendas estancias.  
Asimismo, deseamos hacer constar todo nuestro agradecimiento a la Profª. Dra. Luz Neira Jiménez, quien tuvo la gentileza de leer el capítulo relativo a los pavimentos musivos de Puente de la Olmilla.
47. Como también sugieren M.R. Puig Ochoa y R. Montanya Maluquer (1975, 142; PUIG, 1979, 923).
48. Hemos de agradecerle esta sugerencia a la Profª. Dra. V. Kozlovskaja.
49. Es muy significativo el dato de que algunos de los mosaicos, entre ellos, los dos figurativos, hayan aparecido en el sector meridional de la vivienda, justo en el límite del perímetro excavado de la *villa*, lo que nos hace suponer que una intervención en esta zona enriquecería con nuevos ejemplares musivos nuestro patrimonio arqueológico, rescatándolos de la destructiva acción de los arados y de la proliferación de plantaciones de olivos.
50. Es posible reconocer características similares en muchas otras *villae* del Imperio romano, pero hemos acotado el marco espacial de este estudio comparativo, ciñéndonos al ámbito peninsular, incluidas diversas *villae* lusas, al formar Portugal un todo con el resto del territorio peninsular durante el periodo romano, como es bien sabido.
51. A las piezas de cerámica, madera o piedra se les denominaba "*tubuli fictiles*", mientras que se llamaba "*fistulae*" a las de metal, sobre todo a las de plomo, mucho más abundantes que las de bronce (sobre este particular, cfr. BELTRÁN, 1977, 121 y la bibliografía específica que éste recoge relativa a los *tubuli*). Vitrubio describe en su obra *De Arch.* (VIII, 6) los distintos sistemas de captación y canalización del agua para proveer su abastecimiento. "*Ductus autem aquae fiunt generibus tribus: riuis per canales structiles, aut fistulis plumbeis, seu tubulis fictilibus. Quorum hae sunt rationes. Si canalibus, ut structura fiat quam solidissima, solumque riui libramenta habeat fastigata ne minus in centenos pedes semipede eaeque structurae conformentur, ut minime sol aquam tangat*".

52. Entre otros casos, en la *villa* de Boscoreale, conocida como “la Pisanella”, apareció *in situ*, sobre el hogar, una caldera cilíndrica de plomo con fondo de cobre, que tenía tubos con grifos de bronce, mediante los que se conectaba con un depósito (ADAM, 1984, 294).
53. Había arquetas de captación de aguas formadas por sillares, como la de Fitero (MEZQUÍRIZ, 1986a, 546). Los depósitos de agua habitualmente se construyeron en *opus caementicium*, recubiertos por mortero hidráulico. En diversos puntos de Hispania han aparecido este tipo de estructuras, por lo general rectangulares o cuadrangulares e incluso algunas circulares, con revestimiento interior de *opus signinum* (LACORT, 1991, 363-381; RUIZ y DELGADO, 1991, 51).
54. En algunos epígrafes se hace referencia a esclavos municipales que fabricaban tuberías de cerámica (HALKIN, 1965, 174). También eran producidas por hombres libres asociados en colegios profesionales, como los de Venusia: los *Aquari* (*CIL* IX, 460). Por su parte, la manufactura de *fistulae* requería una mano de obra especializada (RUIZ y DELGADO, 1991, 51; MALISSARD, 1996, 203-206). Repartidos por diferentes provincias del Imperio había talleres artesanos que fabricaban tubos de plomo, un metal muy abundante en esta zona de la Península Ibérica, la actual provincia de Ciudad Real, gran productora de mineral de galena, pero a raíz de las transformaciones económicas acaecidas durante la época tardía, el panorama debió de cambiar sustancialmente también en los sectores de la minería y las industrias artesanales, sobre todo en áreas rurales como la estudiada.
55. Construcciones de ingeniería hidráulica abundan en todo el Imperio romano. En Hispania existen numerosas obras de este tipo para abastecer núcleos urbanos (entre otros, cfr. MAYER y RODÁ, 1977, 265-283; SÁENZ, 1977, 351-358; SÁNCHEZ ABAL, 1977, 359-366; STYLOW, 1986, 285-311; LACORT, 1989, 376; OREJAS, 1989, 45-67; RUIZ y DELGADO, 1991; MONTAÑÉS, 1993, 32-39; ARENILLAS PARRA, M. *et alii*, 2009) y algunas *villae rusticae* (PUERTAS, 1986-87, 145-148; LACORT, 1989, 361-404), etc.
56. Vitrubio (*De Arch.* VIII, 5): “Ahora voy a desarrollar de qué manera conviene realizar las conducciones de agua a los lugares habitados (...). La primera regla es la nivelación. (...) se conocerá la pendiente que hay (...)”.
57. Queremos hacer expreso nuestro agradecimiento al Prof. Dr. M. A. Cebrián, por su contribución a la clasificación del material numismático de Puente de la Olmilla (Albaladejo).

58. En la cercana población de Almedina apareció una inscripción dedicada a Antonino Pío en el año 143 de nuestra Era (CIL 3236), además de abundante monetario y otros vestigios de época romana (CEÁN-BERMÚDEZ, 1832, 47; HERVÁS, 1890, 118; CORCHADO, 1971, 49; PÉREZ AVILÉS, 1985, 186-188).
59. M. Hendy (1972, 81-82) atribuye la inexistencia de cecas en la *Diocesis Hispaniarum* durante el siglo IV d.C. a su escasa importancia política, al igual que su administración fiscal y los establecimientos militares.
60. M. Pérez (2008, 280) explica que en los lararios con contexto cerrado en los que ha aparecido alguna escultura, generalmente se trata de pequeños bronce, siendo escasas las estatuas en piedra. A propósito de este tema, recordemos que no muy lejos de la habitación 22 está situada la n.º 15, que podría ser interpretada como un ámbito de culto doméstico, aunque desconocemos si esta representación de la diosa Minerva fue objeto de veneración en el interior de la misma (los Lares no eran las únicas divinidades a las que se rendía culto en las capillas privadas) o simplemente decoraba la estancia en la que, de hecho, fue descubierta. No obstante, su hallazgo en esa dependencia n.º 22 puede responder a alguna circunstancia relacionada con el momento de abandono de la *villa*, como ya habíamos señalado anteriormente.
61. Queremos dejar patente nuestro agradecimiento a Cristina Jiménez Cano, por la interesante información que amablemente nos brindó sobre los juegos de azar en la Antigüedad.
62. Para mayor información remitimos al trabajo de J. Blázquez (1990, 69), quien defiende la equivalencia entre dicho Camino Real y el Camino de Aníbal, relacionándolo además con el topónimo “Vía Romana” con que se denomina al pasar a la provincia de Albacete; puede consultarse, asimismo, a P. Sillières (1977, 62, fig. 2; 1981, 256-272), que opta por un trazado diferente, anteriormente descrito.
63. Las cotas de profundidad que ofrecemos en esta descripción fueron tomadas respecto a un punto 0 situado en la base de la torre que se conoce popularmente en la localidad de Alcázar de San Juan como el “Cubillo”, concretamente, en el inicio de su cimentación, a 1,20 m de profundidad respecto al nivel de superficie de la Plaza del Torreón. Ocasionalmente hacemos referencia también a la profundidad alcanzada respecto a dicho nivel de superficie.
64. La excavación de los muros testigo intermedios entre las cuadrículas 11 y 8, las cuadrículas 11 y 12 y, por último, entre las cuadrículas 9 y 12, quedó inacabada por falta de tiempo, ya que finalizó la segunda campaña arqueológica (1993) antes de poder llegar al nivel de la roca natural del terreno. El objetivo de excavarlos era descubrir por entero algunas

estructuras parcialmente documentadas y así completar la planta de varias habitaciones pertenecientes al periodo tardorromano.

65. La humedad de la tierra fue en aumento día tras día a lo largo de la intervención, llegando a producirse la inundación de las cuadrículas 11 y 15. La causa es la rotura de la conducción de agua potable de una casa situada en las inmediaciones de la Plaza del Torreón. Hasta el momento de su reparación fue necesario extraerla con una bomba mecánica, lo que retrasó considerablemente el proceso de excavación.
66. Debemos una especial mención a J.A. Ruiz Sabina y A. Ocaña Carretón, a quienes agradecemos el habernos facilitado algunos datos inéditos de sus trabajos arqueológicos en las calles Gracia y Mosaicos durante los años 2008-2010 y permitirnos reproducir varias fotografías de algunos de sus hallazgos.

## EDICIONES CONSULTADAS PARA LAS FUENTES CLÁSICAS

AGUSTÍN, SAN. (Aug.)

*Sancti Aurelii Augustini, Opera. Epistolae ex duobus codicibus nuper in lucem prolatae*, J. Divjak (ed.), *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 88, Viena, 1981.

AMIANO MARCELINO (Amm.)

*Ammiani Marcellini, Rerum Gestarum libri qui supersunt*, V. Gardthausen (ed.), Teubner, Leipzig, 1879.

*Ammiani Marcellini, Rerum Gestarum, Obra completa*, 3 vols., Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2010.

APIANO (App.)

- *Iberica*.

*Apiano, Historia Romana*, 106-188, A. Sancho (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1980.

- *Hannibalica*.

*Apiano, Historia Romana*, 189-236, A. Sancho (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1980.

- *Bella civilia*.

*Apiano, Historia Romana*, 11-111, A. Sancho (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1985.

APULEYO (Apul.)

*Metamorphoses*.

*Apulei Platonici Madauriensis opera quae supersunt*, R. Helm (ed.), *Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, Leipzig, 1907-1908.

ARISTÓTELES (Aristot.)

- *Política*

- *Meteorologica*

*Aristóteles. Obras*, F. de P. Samaranch (trad.), Aguilar, Madrid, 1973.

AUSONIO (Auson.)

*Ausonius*, H.G. Evelyn-White (ed. y trad.), 2 vols., The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1919-1921 (reed. 1988).

AVIENO, RUFO FESTO

*Avieno, Ora marítima*, A. Schulten (ed. y trad.), *FHA I*, Barcelona, 1922/1955.

CASIO DIÓN (Cass. Dio)

*Roman History by Cassius Dio*, E. Cary (ed.), The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1917.

CATÓN, MARCO PORCIO (Cato)

*M. Porci Catonis De Agri cultura ad Fidem Florentini Codicis Deperditi*, A. Mazzarino (ed.), *Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, Leipzig, 1982.

CATULO, GAYO VALERIO

*Poemas. Elegías*, A. Pérez Vega (trad.), Madrid, 2008.

CÉSAR, CAYO JULIO (Caes.)

*C. Iulii Caesaris, Commentari de Bello Gallico*, F. Kraner, W. Dittenberger y H. Meusel (ed.), Sammlung griechischer und lateinischer Schriftsteller mit deutschen Anmerkungen, Berlín, 1920.

CICERÓN, MARCO TULIO (Cic.)

- *Philippicas*.

*M. Tulli Ciceronis orationes*, vol. 2, A.C. Clark (ed.), *Scriptorum classicorum bibliotheca Oxoniensis*, Oxford, 1909.

- *Epistulae Ad Atticum*.

*M. Tulli Ciceronis epistulae*, L.C. Purser (ed.), *Scriptorum classicorum bibliotheca Oxoniensis*, Oxford, 1901-1903.

CLAUDIANO

*De cons. St., Poemas I-II*, M. Castillo (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1993.

COLUMELA, LUCIO JUNIO (Colum.)

*De res rustica*, C.J. Castro (ed.), Barcelona, 1959.

DIGESTA (Dig.)

*Digesta Iustiniani Augusti*, P. Krüguero y Th. Mommsen (ed.), Berlín, 1962-1963.

DIODORO SÍCULO (Diod.)

*Diodorus of Sicily*, C.H. Oldfather (ed.), The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1953.

ESTRABÓN (Estrab.)

*Geographia*, Libro III (*Iberia*).

*The Geography of Strabo*, H.L. Jones (ed.), The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1949.

*Estrabón, Geografía de Iberia*, A. Schulten (ed. y trad.), *FHA VI*, Barcelona, 1952.

FESTO, RUFIO (Fest.)

*Breviarium Rerum Gestarum Populi Romani*, Th. M. Bandich y J. A. Meka (trad.), Nueva York, 2001.

FILÓSTRATO

*Im. Vida de Apolonio de Tiana*, A. Bernabé (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1979.

FRONTINO, SEXTO JULIO

- *De aquaeductu Urbis Romae*, T. González Rolán (trad.), Colección *Alma Mater*, CSIC, Madrid, 1985.

- *Strategemata*, Gottholdus Gundermann (ed.), *Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, Leipzig, 1888.

GERONCIO (Geron.)

*Vie de Sainte Melanie*, *Sources Chretiennes* 90, D. Gorce (ed.), París, 1962.

HIDACIO

*The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana*. Two contemporary accounts of the final years of the Roman Empire, R.W. Burgess (ed.), Oxford, 1993.

*HISTORIA AUGUSTA (HA)*

*Historia Augusta*, V. Picón y A. Cascón (ed.), Madrid, 1989.

HOMERO (Hom.)

- *La Iliada*. Homero. *Obras completas*, L. Segala, J. Gil (ed.), 19-338, Buenos Aires, 1946.

- *La Odisea*. Homero. *Obras completas*, L. Segala, J. Gil (ed.), 341-594, Buenos Aires, 1946.

*ITINERARIO DE ANTONINO (It. Ant.)*

*Itineraria Romana. Volumen Prius Itineraria Antonini Augusti Burdigalense*, Edidit O. Cuntz, Leipzig, 1929.

JOSEFO, FLAVIO

- *Bell. Iud.*

- *Ant. Iud.*

*La guerra judaica*, J. Ricciotti, Ediciones Eler, Barcelona, 1960.

JUSTINO (Iust.)

*Justino. Epítome de las Historias Filípicas de Pompeyo Trogo*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1995.

LACTANCIO (Lact.)

*De mortibus persecutorum*.

*Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores*, R. Teja (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1982.

MARCIAL, MARCO VALERIO

*Epigramas I-II, seguidos del Libro de los Espectáculos*, J. Fernández Valverde, A. Ramírez de Verger (trad. del latín, prólogo y notas), Madrid, 1997.

MAMERTINO, CLAUDIO

*Panegírico al emperador Juliano*, M. P. García Ruiz (trad.), *Clásicos latinos*, Pamplona, 2006.

MELA, POMPONIO

*De Chorographia*.

*La España del siglo primero de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*, A. García y Bellido, Colección Austral, Buenos Aires, 1947.



NOTITIA DIGNITATUM

*Notitia Dignitatum accedunt Notitia urbis Constantinopolitanae et Laterculi provinciarum*, Otto Seeck (ed.), Berlín, Weidmann, 1876 (reed. Frankfurt, Minerva, 1962).

OROSIO, PAULO (Oros.)

*Historiarum adversum paganos libri VII*, K. Zangemeister (ed.), *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 5, Viena, 1882.

OVIDIO, PUBLIO (Ov.)

- *Ovidio. Amores. Arte de Amar*, J. A. González, Cátedra, Madrid, 2000.

- *Metamorfosis*, A. Ramírez de Verger (ed.), Madrid, 2007.

PALADIO, RUTILIO TAURO AEMILIANO (Pal.)

*Opus agriculturae*, A. Moure Casas (trad. y notas), Biblioteca Clásica Gredos 135, Madrid, 1990.

PETRONIO, CAYO TURPILIANO (Petron.)

*El Satiricón*, M. C. Díaz y Díaz (ed.), Lumen, Barcelona, 1975.

PLATÓN (Plat.)

*Politeia*.

*Platón. Obras completas*, 1049-2001, J. A. Miguez (ed.), Aguilar, Madrid, 1972.

PLINIO EL JOVEN (Plin.)

*Epístolas*.

*The Letters of Pliny. A Historical and Social Commentary*, A.N. Sherwin-White (ed. y trad.), The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1966.

PLINIO EL VIEJO (Plin.)

*Naturalis Historia*.

*Pliny, Natural History*, W.H.S. Jones (ed. y trad.), The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1963.

PLUTARCO (Plut.)

*César*.

*Vidas paralelas VI: Alejandro-César*, J. Bergua Caverio (trad.), Biblioteca Clásica Gredos 363, Madrid, 2007.

POLEMIO SILVIO

*Laterculus. Lista de Polemio Silvio*, Otto Seeck (ed.), Berlín, Weidmann, 1876 (reed. Frankfurt, Minerva, 1962).

POLIBIO (Pol.)

*Historias*, Libros I-IV, 1990; Libros V-XV, 1997; Libros XVI-XXXIX, 1983, M. Balasch Recort (trad. y notas), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.

PROCOPIO DE CESAREA

*Bellum Vandalicum*.

*De Bellis. Procopius History of the Wars. Books V-VIII*, H.W. Dewing (ed.), 3 vols., The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge, 1919-1928.

PSEUDO-HIGINIO

*De munitionibus castrorum*, M. Lenoir (trad.), Belles Lettres, París, 1979.

PTOLOMEO, CLAUDIO (Ptol.)

*Geographia*, C. Müller (ed.), I, París, 1883.

*Ravennatis Anonymi Cosmographia et Guidonis Geographica*, M. Pinder et G. Parthey (ed.), Aalen, 1860 (reed. 1962).

SALUSTIO, CAYO (Sall.)

- *Bellum Iugurthinum*.

*Guerra de Yugurta*, J. García Álvarez (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1990.

- *Historiarum fragmenta*, L. Reynolds (trad.), Oxford, 1991.

SALVIANO DE MARSELLA

*Salvianus Massiliensis, De gubernatione Dei*, G. Lagarrigue (ed.), *Sources chrétiennes* 220, París, 1975.

SIDONIO APOLINAR (Sidon.)

*Gai Sollii Apollinaris Sidonii epistulae et carmina*, C. Luetjohann (ed.), *Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi* VIII, Berlín, 1887.

TABLAS DE VERONA

*Laterculus Veronensis*, R. Klein (ed.), *Lexicon des Mittelalters* 5, Munich, 1999.

TEOPHRASTO (Theophr.)

*Historia plantarum*.

*Teofrasto. Historia de las plantas*, J. M. Díaz Regañón (trad.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1988.

TITO LIVIO (Liv.)

*Titi Livi ab Urbe condita libri*, M. Weissenborn (ed.), *Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, Leipzig, 1889-1901.

Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación. Libros XLI-XLV*, J. A. Villar Vidal (ed.), Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1990.

VARRÓN, MARCO TERENCEIO (Varro)

*Res rusticae. Libri III*, J. I. Cubero Salmerón (trad. y comentarios), Sevilla, 2010.

VIRGILIO (Verg. Aen.)

- *Eclogae*

- *Georgica*

*Bucólicas. Geórgicas. Apéndice Virgiliano*, A. Recio García, A. Soler Ruiz (trad.), Biblioteca Clásica Gredos 141, Madrid, 1990.

VITRUBIO (Vitr.)

*Los Diez Libros de Arquitectura*, Barcelona, 2000.

## ABREVIATURAS

AGA: Archivo General de la Administración

AIEMA: L'Association internationale pour l'étude de la mosaïque antique

CC: Cerámica común

CLM: Castilla-La Mancha

ESCRBC: Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Madrid

IAPB: Instituto de Arqueología y Prehistoria de Barcelona

I.C.R.B.C.: Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales del Ministerio de Cultura

JCCM: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha

MAN: Museo Arqueológico Nacional

MAP: Museo Arqueológico Provincial

MECD: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

MNAR: Museo Nacional de Arte Romano de Mérida

MOPT: Ministerio de Obras Públicas y Transportes

M. t. (m. t.): Muro testigo

PMC: Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan

RAH: Real Academia de la Historia

TEDAR: Taller-Escuela de Arqueología y Rehabilitación (Alcalá de Henares)

TS: *Terra Sigillata*

TSA: *Terra Sigillata* Africana

TSC: *Terra Sigillata* Clara

TSH: *Terra Sigillata* Hispánica

TSht: *Terra Sigillata* Hispánica tardía

TSHTM: *Terra Sigillata* Hispana Tardía Meridional

TSG: *Terra Sigillata* Gálica

TSI: *Terra Sigillata* Itálica

TSP: *Terra Sigillata* Paleocristiana

UAB: Universidad Autónoma de Barcelona

UAM: Universidad Autónoma de Madrid

UC: Unidad Constructiva

UCM: Universidad Complutense de Madrid

UCLM: Universidad de Castilla-La Mancha

UE: Unidad Estratigráfica

UU.EE.: Unidades Estratigráficas

UNED: Universidad Nacional de Educación y Distancia

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **Abreviaturas empleadas**

*AAC: Anales de Arqueología Cordobesa*

*AEspA: Archivo Español de Arqueología*

*AF: L'Année Philologique*

*AJA: American Journal of Archaeology*

*AnMurcia: Anales de Prehistoria y Arqueología*

*BAE: Biblioteca de Autores Españoles*

*BAM: Biblioteca de Autores Manchegos*

*BAR: British Archaeological Reports*

*BCAR: Bullettino della Commissione Archeologica di Roma*

*BEFAR: Bibliothèque des Ecoles françaises d'Athènes et de Rome*

*BIEG: Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*

*BPH: Biblioteca Praehistorica Hispana*

*BRAH: Boletín de la Real Academia de la Historia*

*BSAA: Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*

*CahArch: Cahiers Archaeologie*

*CAN: Congreso Arqueológico Nacional*

*CEM: Cuadernos de Estudios Manchegos*

*CEROR: Collection Études Recherches sur l'Occident Romain*

*CIL: Corpus Inscriptionum Latinarum*

*CMRE: Corpus de Mosaicos Romanos de España*

*CNA: Congreso Nacional de Arqueología*

*CPG: Cuadernos de Prehistoria de Granada*

*CuPAUAM: Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*

*DCyP: Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*

*EAA: Enciclopedia dell'arte antica, classica e orientale*

*EAE: Excavaciones Arqueológicas en España*

*EC: Enciclopedia Classica*

*EJER: Epigrafía jurídica de la España romana (A. D'Ors)*

*FA: Fasti Archaeologici*  
*FHA: Fontes Hispaniae Antiquae*  
*HEMP: Historia de España de Ramón Menéndez Pidal (ed.).*  
*JHS: Journal of Hellenic Studies*  
*JRS: Journal of Roman Studies*  
*LIMC: Lexicon iconographicum mythologiae classicae*  
*LRBC: Late Roman Bronze Coinage*  
*MAAR: Memoirs of the American Academy in Rome*  
*MCV: Mèlanges de la Casa de Velázquez*  
*ME: El Miliario Extravagante*  
*MM: Madrider Mitteilungen*  
*NAH: Noticiario Arqueológico Hispánico*  
*PBSR: Papers of the British School of Rome*  
*RA: Revue archéologique*  
*RE: Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft, ed. de G. Wissowa et alii.*  
*RECM: Revista de Estudios del Campo de Montiel.*  
*REE: Revista de Estudios Extremeños*  
*RIC: The Roman Imperial Coinage*  
*RPC: Roman Provincial Coinage*  
*ZPE: Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*

ABAD CASAL, L. (1975): *El Guadalquivir, vía fluvial romana*, Sevilla.  
 - (1977-78): "Las imitaciones de *crustae* en la pintura mural romana en España", *AEspA* L-LI, Madrid, 189-208.  
 - (1982): *La pintura mural romana en España*, Univ. de Alicante- Univ. de Sevilla.  
 ABAD VARELA, M. (1987-1989): "Circulación monetaria en la Hispania romana del siglo IV d.C.", *Numisma* XXXVII-XXXIX, n.º 204-221, Madrid, 203-208.  
 - (1989): "Una villa romana en La Pila, Altea (Alicante)", *XIX CNA I*, Zaragoza, 743-755.  
 - (1990): "Representación en Hispania de las cecas existentes desde el 284 al 395 d.C.", *Gaceta Numismática* 99, Barcelona, 17-28.  
 - (1992): "Estudio de moluscos recogidos en la villa romana de La Pila, Altea (Alicante)", *AEspA* 65, Madrid, 318-322.

- (1993): "Currency circulation in Hispania from A.D. 284 to A.D. 395", en *Studien zu Fundmünzen der Antike (SFMA). Coin finds and coin use in the roman world, The Thirteenth Oxford Symposium on Coinage and Monetary History*, Berlín.
- (1994): "Circulación monetaria durante el Bajo Imperio romano, VIII Congreso Nacional de Numismática (Avilés, 1992), Madrid, 149-166.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*, Madrid.
- (1988): "La producción y el comercio de cerámicas como reflejo de la integración de lo indígena y lo romano en la Meseta sur", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV*, JCCM, Talavera (Toledo), 125-130.
- (1994): *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, UCM-Univ. de Murcia, Murcia.
- (1995): "Hallazgos arqueológicos y circulación monetaria. Disfunciones metodológicas en el estudio de la Hispania romana", en *Actas del IX Congreso Nacional de Numismática* (Elche, 1994), Elche, 143-158.
- (2012): *Ambrosio de Morales. Las Antigüedades de las ciudades de España. Edición crítica del manuscrito*, I-II, *Antiquaria Hispanica* 24, *Catálogo de manuscritos de la RAH* 6, Madrid.
- (2014): "Ordenación territorial romana y evidencia epigráfica en los Montes de Toledo", *Libro jubilar en Homenaje al Profesor Antonio Gil Olcina*, Alicante, 725-740.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. y GONZÁLEZ-CONDE, M.P. (2007): "Carpetania: argumentos para una definición del territorio en época romana", *Zona arqueológica. Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio* I, n.º 10, Alcalá de Henares, 291-301.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. y CEBRIÁN, R. (2009): *Los viajes de José Cornide por España y Portugal de 1754 a 1801*, *Antiquaria Hispanica* 19, *Catálogo de manuscritos de la RAH* 4, Madrid.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. y GARCÍA BUENO, C. (2013): "Inscripciones de Agudo (Baetica, *Conventus Cordubensis*) y Alhambra (Hispania Citerior, *Conventus Carthaginiensis*), *ZPE* 184, Bonn, 293-298.
- ACUÑA CASTROVIEJO, F. (1973): *Mosaicos romanos de Hispania Citerior II. Conventus Lucensis*, *Studia Archaeologica* 24, Valladolid.
- (1974): *Mosaicos romanos de Hispania Citerior III. Conventus Bracarensis*, *Studia Archaeologica* 31, Valladolid.
- ADAM, J. P. (1984): *La construction romaine. Matériaux et techniques*, París.
- (1996): *La construcción romana, materiales y técnicas*, León.
- AGRÍCOLA, G. (1556 /1992): *De Re Metallica* (trad. C. Andreu Peón), U.E., Río Tinto.
- AGUADO, M. et alii (1999): "El yacimiento arqueológico de El Saucedo (Talavera la Nueva, Toledo): balance y perspectivas", *CuPAUAM* 25 (2), Madrid, 193-250.
- AGUILAR SÁENZ, A. (1986): "Análisis del Hábitat en la Hispania Romana", *Cimbra* 231, Madrid, 21 ss.
- (1991): "Dependencias con funcionalidad agrícola en las villas romanas de la Península Ibérica", *Gerión, Anejos* III, Madrid, 261-279.
- AGUILAR SAENZ, A. y GUICHARD, P. (1993): *Villas Romaines d'Extrémadure*.

- Doña María, *La Sevillana et leur environnement*, École des Hautes études Hispaniques-Casa de Velázquez, *Collection de la Casa de Velázquez* 43, Madrid.
- ALARÇAO, J., ETIENNE, R. y MAYET, F. (1974): *Fouilles de Conimbriga III*, París.
- (1990): *Les villes romaines de Sao Cucufate (Portugal)* I y II, París.
- ALBENTIS, E. DE (2007-2008): "La tipología delle abitazioni romane: una visione diacronica", *AnMurcia* 23-24, Murcia, 13-74.
- ALBERTINI, E. (1923): *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París.
- ALBIACH DESCALS, R. et alii (2009): "El agua sacra y su vinculación con el origen y el desarrollo urbano de una fundación romana. El santuario (¿Asklepeion?) de Valentia (Hispania)", *Anejos de AEspA XLV*, Mérida, 417-437.
- ALEXANDER, M.A., ENNAÏFER, M. et alii (1973): *Utique. Insulae I-II-III*, Túnez.
- ALEXANDER, M.A. et alii (1980): *Corpus des mosaïques de Tunisie. Thuburbo Majus. Les mosaïques de la region du Forum*, Túnez.
- ALFÖLDY, G. (1987a): "Inscripfen aus Ciudad Real", *Epigraphica Hispanica IX*, ZPE 67, Bonn, 225-248.
- (1987b): *Römisches Städtewesen auf der neukastilischen Hochebene. Ein Testfall für die Romanisierung*, Heidelberg.
- (1999): "Aspectos de la vida urbana en las ciudades de la Meseta sur", en GONZÁLEZ, J. (ed.), *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, 467-485.
- (2000): *Provincia Hispania Superior*, Heidelberg.
- (2007): "Fasti und Verwaltung der hispanischen Provinzen: zum heutigen stand der Forschung", *Herrschen und Verwalten*, 325-356 (láms. XVII-XX).
- (2012): *Nueva historia social de Roma*, Univ. de Sevilla.
- ALLISON, P. (2001): "Using the Material and Written sources: turn of the millennium Approaches to Roman Domestic Space", *AJA* 105, Providence RI, 181-208.
- (2004): *Pompeian households*, University of California, Los Ángeles.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, BPH VIII, Instituto Español de Prehistoria, Madrid.
- (1978): *Segóbriga. Guía del Conjunto Arqueológico*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1992): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum 2-3, Madrid.
- ALMEIDA, F. DE (1975): "Sur quelques mosaïques du Portugal: Torre de Palma et autres", *CMGR* II, París, 219-226.
- ALMEIDA, M.J. DE y CARVALHO, A. (2005): "Villa romana da Quinta das Longas (Elvas, Portugal): a lixeira baixo-imperial", *Revista portuguesa de Arqueología* 8,1, Lisboa, 299-368.
- ALONSO-NÚÑEZ, J.M. (1990): "Aspectos de la Hispania romana del siglo IV. Límites cronológicos y consideraciones sobre las fuentes para su reconstrucción histórica", *Studia Historica VIII*, Salamanca, 7-10.
- ALONSO SÁNCHEZ, A. (1983): "Estancias absidiadas en las villae", *Norba IV*, Cáceres, 199-206.
- ALONSO SÁNCHEZ, A. et alii (1992): "Tres ejemplos de poblamiento rural romano en torno a ciudades de la Vía de la Plata: Augusta Emerita, Norba Caesarina y Capara", *Studia Historica X*, Salamanca, 205-211.



- ÁLVAREZ BURGOS, F. (1998): *Catálogo general de las monedas españolas III. Catálogo de la moneda medieval castellano-leonesa. Siglos XI al XV*, Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M. (1976): "La villa romana de El Hinojal en la Dehesa de Las Tiendas (Mérida)", *NAH* 4, Madrid, 433-488.
- (1989): "El mosaico de la villa romana de El Pomar (Jerez de los Caballeros)", en *Homenaje al Prof. D. A. Blanco*, Editorial Complutense, Madrid, 341- 351.
- (1990): *Mosaicos romanos de Mérida. Nuevos hallazgos*, Mérida.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M. y NOGALES BASARRATE, T. (1992-93): "Algunas consideraciones sobre la decoración de villae del territorium emeritense: musivaria y escultura", *Studia Historica* X-XI, Salamanca, 273-295.
- (1994-95): "Los mosaicos de la villa romana de "Panes Perdidos". Solana de los Barros (Badajoz)", *Anas* 7-8, Mérida, 89-106.
- ÁLVAREZ OSSORIO, F. (1945): "El tesoro ibérico de plata procedente de Torre de Juan Abad (Ciudad Real)", *AEspA* 18, Madrid, 205-211.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J.A. (1974): "Una casa romana, con valiosas pinturas, de Mérida", *Habis* 5, Sevilla, 169-187.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J.A. et alii (1992): *La Casa romana de "El Pomar". Jerez de los Caballeros (Badajoz), Cuadernos Emeritenses* 4, Mérida.
- AMO DE LA HERA, M. DEL (1973): "Estudio preliminar sobre la romanización en el término de Medellín (Badajoz). La necrópolis de El Pradillo y otras villas romanas", *NAH* 2 (Arqueología), Madrid, 53-131.
- ANDREU PINTADO, J. (2008): "Municipalización y vida municipal en las comunidades romanas de la Meseta Sur", en G. CARRASCO SERRANO (coord.), *La romanización en el territorio de Castilla-La Mancha*, UCLM, Cuenca, 225-260.
- ANGIOLILLO, S. (1981): *Sardinia: mosaici antichi in Italia*, Roma.
- AQUILUÉ ABADÍAS, X. (2003): "Estado actual de la investigación de la terra sigillata africana en la Península Ibérica en los siglos VI-VII", *Anejos de AEspA* XXVIII, Madrid, 11-20.
- ARCE MARTÍNEZ, J. (1978): "La Crisis del siglo III y las invasiones bárbaras", *Hispania Antiqua* VIII, Oviedo, 257-269.
- (1980): La iconografía de "Hispania" en época romana", *AEspA* 53, Madrid, 77-102.
- (1986): *El Último siglo de la España Romana (284-409)*, Madrid.
- (1993): "Los mosaicos como documentos para la historia de la Hispania Tardía (siglos IV-V)", *AEspA* 66, Madrid, 265-274.
- (2002): *Centcelles. El monumento tardorromano: Iconografía y Arquitectura, "L'Erma" di Bretschneider, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma* 25, Roma.
- (2006): "Villae en el paisaje rural de Hispania romana durante la Antigüedad tardía", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.), *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA* XXXIX, Madrid, 9-15.
- (2009, 2ª ed.): *El último siglo de la España romana*, Madrid.
- ARCE MARTÍNEZ, J., CABALLERO ZOREDA, L. y ELVIRA, M.A. (1979): *Valdetorres del Jarama (Madrid). Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas. Primera campaña 1978*, Madrid.

- ARCE MARTÍNEZ, J. *et alii* (1990): *Los bronce romanos en España*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- ARENILLAS PARRA, M. *et alii* (2009): *El abastecimiento de agua a Toledo en época romana*, Confederación Hidrográfica del Tajo, Toledo.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A. (1995): "Sobre la circulación monetaria de la ciudad de Sisapo (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)", *La moneda hispánica. Ciudad y territorio, Anejos de AEspA XIV*, Madrid, 129-138.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A. y CANTO, A. (1994): "Moneda y Arqueología: el ejemplo de Ciudad real", *Gaceta Numismática* 114, Barcelona, 13-26.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (1998): "La moneda antigua en Alarcos (Ciudad Real)", *Numisma XLVIII*, n.º 241, Madrid, 7-25.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1975): "El mosaico de Baco en la villa de Baños de Valdearados", *XIII CNA* (Huelva, 1973), Zaragoza, 899-912.
- (1977): "La villa tardorromana de Baños de Valdearados (Burgos)", en *Segovia y la Arqueología romana, Symposium de Arqueología romana* (Segovia, 1974), Barcelona, 60-75.
- (1979): *La villa tardorromana de Baños de Valdearados (Burgos)*, EAE 100, Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y DÍAZ DÍAZ, A. (1985): "Tercera campaña de excavación en la villa tardorromana de Baños de Valdearados (Burgos)", *NAH XXIII*, Madrid, 291-351.
- ARIAS BONET, G. (1963): "Miaccum, Toletum, Titultiam, Complutum", *ME* 2, París, 29-33.
- (1964): "Investigaciones en el Campo Laminitano", *ME* 3, París, 85.
- (1965): "En busca de la vía de Laminio a Toletum", *ME* 10, París, 258-261.
- (1966): "*Item a Liminio Toletum*", *ME* 11, París, 288-291.
- (1968): "Sobre la longitud de la milla en la Hispania romana", *ME* 14, París, 391-394.
- (1987): *Repertorio de caminos de la Hispania romana*, La Línea (Cádiz).
- (1988): "Niebla sobre Laminio", *ME* 14, La Línea (Cádiz), 3-4.
- (1989): "Sisapone y la vía 29", *ME* 23, La Línea (Cádiz), 22.
- (1991a): "Una visión de las vías hispanas meridionales", *ME* 35, París, 8-9.
- (1991b): "Repasando el Camino de Aníbal", *ME* 35, París, 22-24.
- (1992): "Índice de mansiones y ciudades de la Hispania romana", *ME* 41, La Línea, 7-19.
- (1993): "Los miliarios de la provincia Tarraconense", *ME* 42, La Línea (Cádiz), 21-22.
- (1997): "Vías calatraveñas", *ME* 61, La Línea (Cádiz), 13-15.
- (2001): "*Mentesa Oretana*: un difícil acuerdo entre los itinerarios y la arqueología", *ME* 77, La Línea (Cádiz), 33-38.
- (2002a): "La red viaria de la Hispania romana. Perspectivas actuales tras siglo y medio de investigaciones", *Artifex. Ingeniería romana en España*, Madrid, 1-16.
- (2002b): "la ruta de los Vasos Apolinales: Una propuesta de turismo cultural", en *Actas del V Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Madrid, 1317-1322.
- ARIÑO GIL, E. *et alii* (2004): *El pasado presente. Arqueología de los paisajes en la Hispania romana*, Salamanca-Barcelona.

- ARNAU, A.C. (2006): "Villas en Hispania durante la Antigüedad Tardía", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.), *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXXIX*, Madrid, 17-35.
- ARRIBAS DOMÍNGUEZ, R., CASTELO RUANO, R. y BENDALA GALÁN, M. (1999): "La villa de "El Saucedo" (Talavera la Nueva, Toledo): Aproximación al estudio de los materiales cerámicos", *Bol. Soc. Esp. de Cerámica y Vidrio* 38, Madrid, 307-321.
- ARROYO, M. *et alii* (2001): "Soportes rígidos aplicados a mosaicos pavimentales. Los mosaicos de la villa romana de Albaladejo (Ciudad Real)", *Pátina* 10, Madrid, 88-95.
- ASÍN Y PALACIOS, M. (1940): *Contribución a la toponimia árabe de España*, Madrid.
- ATLANTE: *Vid. VV. AA. (1985): Atlante.*
- AURIGEMMA, S. (1960): *L'Italia in Africa. Le scoperte archeologiche (a. 1911-1943). Tripolitania I. Parte prima: I mosaici*, Roma.
- AURRECOECHEA FERNÁNDEZ, J. (1990): "Mango de llave bronceo de Albaladejo (Ciudad Real)", *Espacio, Tiempo y Forma* I. 3, Madrid, 321-324.
- (1991): "Vajilla metálica de época romana en los museos de Ciudad Real, Jaén y Linares", *Espacio, Tiempo y Forma* II. 4, Madrid, 223-249.
- AYALA MARTÍNEZ, C. de (1996): "Las Órdenes militares y la ocupación del territorio manchego (s. XII-XIII)", en *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos* (coord. IZQUIERDO BENITO, R. y RUIZ GÓMEZ, F.), Ciudad Real, 47-104.
- AYMARD, J. (1951): *Essai sur les chasses romaines*, París.
- BALDINI LIPPOLIS, I. (2001/2): *La Domus tardoantica. Forme e rappresentazioni dello spazio domestico nelle città del Mediterraneo*, Bologna.
- BALIL ILLANA, A. (1957): "Las invasiones germánicas en Hispania durante la segunda mitad del siglo III d. de J. C.", *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* IX, Roma, 97-143.
- (1960): "Mosaico de Bellerofonte y la Quimera de Torre Bell Lloch (Gerona)", *AEspA XXXIII*, Madrid, 82-112.
- (1962): "Mosaicos ornamentales romanos de Barcelona", *AEspA XXXV*, Madrid, 36-69.
- (1964): "Cerámica romana vidriada en el Mediterráneo occidental", *II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 658-662.
- (1965a): "Las escuelas musivarias del *conventus Tarraconensis*", *CMGR* I, París, 29-39.
- (1965b): "Algunos mosaicos hispanorromanos de época tardía", *Príncipe de Viana* 100-101, Pamplona, 281-292.
- (1965c): "Aspectos sociales del Bajo Imperio", *Latomus* 34, Bruselas, 886-894.
- (1966): "Los mosaicos de la villa romana de El Puig de la Cebolla (Valencia)", *CNA* IX, Zaragoza, 336-340.
- (1967): "La España del Bajo Imperio: problemas y perspectivas de estudio ante una nueva etapa de investigación", *Estudios Clásicos* 51, Madrid, 175-207.
- (1970): *Estudios sobre mosaicos romanos* I, *Studia Archaeologica* 6, Valladolid.
- (1971): "Casa y urbanismo en la España Antigua" II, *Studia Archaeologica* 18, Valladolid, 34-75.

- (1974): "Casa y urbanismo en la España Antigua" IV, *Studia Archaeologica* 28, Valladolid, 5-66.
- (1977): "Fuentes y fontanas romanas de la Península Ibérica", en *Segovia y la Arqueología romana, Symposium de Arqueología romana* (Segovia, 1974), Barcelona, 77-89.
- (1979a): *Estudios sobre mosaicos romanos V*, *Studia Archaeologica* 49, Valladolid.
- (1979b): "Mosaico con representaciones de las musas hallado en Moncada (Valencia)", *BSAA XLV*, Valladolid, 19-30.
- (1986): "El oficio del musivario", *BSAA LII*, Valladolid, 143-161.
- BALLESTER, X. (1999): "Postilla al dado calagurritano (y al numantino)", *Kalakorikos* 4, Calahorra, 257-266.
- BALMELLE, C. (1980): *Recueil général des Mosaïques de La Gaule IV, Province d'Aquitaine, 1. Partie méridionale*, París.
- (1994): "Les représentations d'arbres fruitiers sur les mosaïques tardives d'Aquitaine", *Fifth International Colloquium on Ancient Mosaic* (Bath, England, 1987), *Journal of Roman Archaeology, suppl.* 9, Ann Arbor, 261-272.
- BALMELLE, C. et alii (1990): *Xenia. Recherches franco-tunisiennes sur la mosaïque de l'Afrique Antique I*, Roma.
- (1985/2002): *Le décor géométrique de la mosaïque romaine*, París.
- BALMELLE, C. y BRUN, J.-P. (2005): "La vigne et le vin dans la mosaïque romaine et byzantine", *CMGR IX*, 2, Roma, 899-921.
- BALMELLE, C. y DARMON, J.P. (1986): "L'artisan-mosaïste dans l'Antiquité Tardive. Réflexions à partir des signatures", en *Artistes, artisans et production artistique au Moyen Age* (Rennes, 1983), París, I, 235-253.
- BALTY, J.-CH. (1969): "La grande mosaïque de chasse des Musées Royaux d'Histoire et sa datation", *Colloque Apamée de Syrie*, Bruselas, 131-135.
- (1977): *Mosaïques antiques de Syrie*, Bruselas.
- BARBET, A. (1983): "Quelques rapports entre mosaïques et peintures murales à l'époque romaine", *Mosaïques. Recueil d'hommages à Henri Stern*, París, 43-53.
- (1985): *La peinture murale romaine. Les styles décoratifs pompéiens*, París.
- (1990): "L'emploi des couleurs dans la peinture murale romaine antique", en *Pigments et colorants de l'Antiquité au Moyen Age. Teinture, peinture, enluminure, études historiques et physicochimiques*, París, 255-271.
- BARRAL I ALTET, X. (1978): *Les mosaïques romaines et médiévales de la Regio Laetana (Barcelona et ses environs)*, Barcelona.
- BASSANI, M. (2005): "Ambienti e edifici di culto domestici nella Penisola Iberica", *Pyrenae* 36 (1), Barcelona, 71-116.
- (2008): *Sacraria. Ambienti e piccoli edifici per il culto domestico in area vesubiana*, Roma.
- BAUM-VOM FELDE, P.C. (2003): *Die geometrischen Mosaiken der Villa bei Piazza Armerina: Analyse und Werkstattfrage*, Universität Trier, Hamburgo.
- BÉAL, J.C. (1983): *Catalogue des objets de la tabletterie du Musée de la Civilisation Gallo-Romaine de Lyon*, Lyon.
- BECATTI, G. (1961): *Scavi di Ostia IV. Mosaici e pavimenti marmorei*, Roma.
- BELTRÁN LLORIS, F. (2006): "An Irrigation Decree from Roman Spain: The *Lex Rivi Hiberiensis*", *JRS* 96, Londres, 147-197.

- BELTRÁN LLORIS, M. (1998): "Las producciones industriales y artesanales", en *Hispania: el legado de Roma*, Zaragoza, 257-262.
- (1990): *Guía de la cerámica romana. Tipología y clasificación*, Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1975): "El tubo de plomo del *frigidarium* de las termas de los Bañales (Uncastillo, Zaragoza)", XIV CNA, Vitoria, 1049-1054.
- (1977): "Las obras hidráulicas de los Bañales (Uncastillo, Zaragoza)", *Symposium de Arqueología romana*, Barcelona, 91-129.
- (1990): "La red viaria en la Hispania romana: introducción", *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana*, Zaragoza, 45-53.
- BEN ABED-BEN KHADER, A. (1983): "Une mosaïque à pyramides végétales de Pupput", *Mosaïques. Recueil d'hommages à Henri Stern* (París, 1983), 61-64.
- (1987): *Thuburbo Majus. Les mosaïques dans la région ouest*, *Corpus de Mosaïques de Tunisie* II,3, Túnez.
- (2005): "Les mosaïques des termes de l'*apodyterium* à niches de Pupput (Hammamet)", *CMGR* IX,1, Roma, 503-517.
- BEN ABED-BEN KHADER, A. y BESCHAOUCH, A. (1994): "Les mosaïques de la Maison du "Peristyle figuré" et de ses thermes à Pupput (Hammamet) et un voeu de navigation heureuse", *Fifth International Colloquium on Ancient Mosaic* (Bath, England, 1987), *Journal of Roman Archaeology, suppl.* 9, Ann Arbor, 173-186.
- BENDALA GALÁN, M. (1992): "Materiales de construcción romanos: peculiaridades de Hispania", *Ciencias, metodología y técnicas aplicadas a la arqueología*, Barcelona, 215-226.
- BENDALA GALÁN, M., CASTELO RUANO, R. y ARRIBAS DOMÍNGUEZ, R. (1998): "La villa romana de "El Saucedo" (Talavera la Nueva, Toledo)", *MM* 39, Madrid, 298-310.
- BENDALA GALÁN, M. y ABAD CASAL, L. (2008): "La villa en el marco conceptual e ideológico de la ciudad tardorromana", en FERNÁNDEZ OCHOA, C., GARCÍA-ENTERO, V. y GIL SENDINO, F. (eds.), *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio: arquitectura y función*, IV Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, Gijón, 17-25.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. *et alii* (2000): "Primeros resultados de las excavaciones arqueológicas sistemáticas en Villanueva de la Fuente", en BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. (coord.), *El patrimonio arqueológico en Ciudad Real*, Valdepeñas (Ciudad Real), 167-189.
- (2004a): *Protohistoria y antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d.C.)*, Puertollano.
- (2004b): *Mentesa Oretana. 1998-2002*, Ciudad Real.
- (2011a): Arqueología urbana en Alhambra (Ciudad Real). Investigaciones sobre *Laminium*, Puertollano.
- (2011b): "Villae en el *municipium* de Mentesa Oretana. Termas romanas y necrópolis tardo-romana en La Ontavía (Terrinches, Ciudad Real). Resultados de la investigación y proyecto de musealización", *Herakleion* 4, Madrid, 69-125.
- (2012): "Estudio arqueológico en la Vía de los Vasos de Vicarello, A Gades Romam, entre las estaciones de Mariana y Mentesa (Puebla del Príncipe-Villanueva de la Fuente, Ciudad Real)", *AEspA* 85, Madrid, 101-118.

- BERMEJO TIRADO, J. (e. p.): *Arqueología de los espacios domésticos romanos: condiciones de vida y sociedad en la Meseta nordeste durante el periodo imperial*, Serie Instrumenta, UAB, Barcelona.
- (2014): *Arqueología de los espacios domésticos romanos: condiciones de vida y sociedad en la Meseta nordeste durante el periodo imperial*, Colección Temas Sorianos 59, Diputación Provincial de Soria, Soria.
- BERMÚDEZ CANO, J.M. *et alii* (1991): "Nuevos testimonios epigráficos referentes al abastecimiento de agua pública a la *Colonia Patricia*", AAC 2, Córdoba, 291-308.
- BERNÁRDEZ GÓMEZ, M.J. *et alii* (2002): "Las Minas romanas de *lapis specularis* de Osa de la Vega (Cuenca). Una aproximación a su estudio", en *Actas do Congresso Internacional sobre el Património Geológico e Mineiro* (Beja, Portugal), Lisboa, 291-302.
- BERNARDI, M. (ed.) (1992): *Archeologia del paesaggio*, Florencia.
- BERTACCHI, L. (1983): "Ricomposizione del mosaico opitergino con villa rustica", en *Mosaïque. Recueil d'hommages à Henri Stern*, París, 65-73.
- BERTI, F. (1976): *Mosaici antichi in Italia. Regione ottava. Ravenna I*, Roma.
- (1983): "I mosaici di lasos", *III Coloquio internazionale sul mosaico antico* (Ravenna, 1980), Ravenna.
- BIANCHI-BANDINELLI, R. (1971): *Roma. El fin del arte antiguo*, Madrid.
- BÍRÓ, M.T. (1994): *The bone objects of the Roman Collection (Catalogui Musei Nationalis Hungarici. Series Archaeologica II)*, Budapest.
- BLAKE, M.E. (1930): "The Pavements of the Roman Buildings of the Republic and Early Empire", *MAAR VIII*, Ann Arbor, 7-160.
- (1936): "Roman Mosaics of the II Century in Italy", *MAAR XIII*, Ann Arbor, 67-214.
- (1940): "Mosaics of the Late Empire in Rome and vicinity", *MAAR XVII*, Ann Arbor, 81-130.
- BLANCO FRAGA, A y GARCÍA BUENO, C. (2009): "Noticia sobre dos nuevas estelas decoradas: las estelas de La Pedrona y El Mesto (Almadén, Ciudad Real)", *Gerión* 27, Madrid, 67-89.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1952): *Mosaicos antiguos de asunto báquico*, Madrid.
- (1975, 4ª ed.): *Arte griego*, Madrid.
- (1978a): *Mosaicos romanos de Itálica*, CMRE II (1), Madrid.
- (1978b): *Mosaicos romanos de Mérida*, CMRE I, Madrid.
- (1981a): "La villa rústica romana", *Investigación y Ciencia*, 54-55.
- (1981b): *Historia de España. España romana*, Madrid.
- BLANCHARD-LEMÉE, M. (1975): *Maisons a mosaïques du quartier central de Djemila (Cuicul)*, *Études d'Antiquités Africaines* 234, París.
- (1980): "La mosaïque EUPHRONESIS de Khamisa", *Bulletin AIEMA* 8, París, 50-51.

- (2005): "Le triclinium à la mosaïque dionysiaque de Sétif (Algérie)", *CMGR* IX,1, Roma, 291-301.
- BLANCHARD-LEMÉE, M. *et alii* (1995): *Sols de l'Afrique romaine. Mosaïques de Tunisie*, París.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (1990): "La Vía Heraklea y el camino de Aníbal. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior", *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana*, Zaragoza, 65-76.
- BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, A. (1892): "Nuevo estudio sobre el Itinerario de Antonino", *BRAH* 21, Madrid, 54-128.
- (1898): *Historia de la Provincia de Ciudad Real*, Ávila.
- (1912): "Las vías romanas al NE. de Mérida", *BRAH* 60, Madrid, 373-390.
- BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, A. y SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1917): *Vías romanas del Valle del Duero y Castilla la Nueva*, 2, Junta Superior de Excavaciones. *Memoria Exploraciones*, Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1964): *Estructura económica y social de Hispania durante la Anarquía Militar y el Bajo Imperio*, Cuadernos de la Cátedra de Historia Antigua de España, Madrid.
- (1973): "Economía de la Hispania romana republicana", *Hispania* XXXIII, Madrid, 205-247.
- (1975a): "Arte y sociedad en los mosaicos hispanos del Bajo Imperio", *Bellas Artes* 6 / 75, Madrid, 18-25.
- (1975b): *Historia social y económica: La España Romana (Siglos III-V)*, Madrid.
- (1975c): *La romanización*, Madrid.
- (1976): "Rechazo y asimilación de la cultura romana en Hispania (Siglos IV y V), *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien*, Bucarest-París, 63-94.
- (1977a): "La administración del agua en la Hispania romana", *Symposium de Arqueología romana*, Barcelona, 147-161.
- (1977b): *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid.
- (1977-78): "Mosaicos romanos del Bajo Imperio", *AEspA* 50-51, Madrid, 269-293.
- (1978a): *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao.
- (1978b): *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid.
- (1978c): "Conflicto y cambio en Hispania durante el siglo IV", *Transformation et Conflicts au IV<sup>e</sup> siècle ap. J.C.*, Bonn, 52-76.
- (1980): "Los mosaicos romanos de Torre de Palma (Monforte, Portugal)", *AEspA* 53, Madrid, 125-162.
- (1981a): *Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga*, *CMRE* III, Madrid.
- (1981b): "Poblado de esclavos mineros en Fuenteovejuna", *Revista de Arqueología* 3, Madrid, 7-12.
- (1982a): *Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Murcia*, *CMRE* IV, Madrid.
- (1982b): *Historia de España. España Romana* (Menéndez Pidal), II/1-2, Madrid.
- (1982c): *Mosaicos romanos de la Real Academia de la Historia, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca*, *CMRE* V, Madrid.
- (1982d): "El mosaico con el triunfo de Dionysos de la villa romana de Baños de Valdearados (Burgos)", *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, 407-423.



- (1982-83): "Noticia sobre las excavaciones arqueológicas en la mina republicana de La Loba (Fuenteobejuna, Córdoba)", *Corduba Archaeologica* 12, Córdoba, 28-39.
- (1984): "Mosaicos báquicos en la Península Ibérica", *AEspA* 57, Madrid, 69-96.
- (1985a): "La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales", *Gerión* 3, Madrid, 157-182.
- (1985b): *Mosaicos romanos del Campo de Villavidel (León) y de Casariche (Sevilla)*, *AEspA* 58, Madrid, 107-124.
- (1986a): "Mosaicos hispanos de la época de las invasiones bárbaras. Problemas estéticos", *Antigüedad y Cristianismo* III, Murcia, 463-489.
- (1986b): "Cosmología mitraica en un mosaico de *Augusta Emerita*", *AEspA* 59, Madrid, 89-99.
- (1986c): *La romanización. Ciclos y Temas de la Historia de España*, Madrid.
- (1987a): "Transformaciones sociales. Descomposición de las formas artísticas en la Antigüedad Clásica", *Fragmentos* 10, Madrid, 25-37.
- (1987b): "Mosaico de la villa romana de Vega del Ciego", *Memorias de Historia Antigua* VIII, Oviedo, 53-62.
- (1987c): "Arte y mitología en los mosaicos palentinos", en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia* I, Palencia, 361-403.
- (1990): *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid.
- (1991): "Aspectos comunes de los mosaicos de Cerdeña, África y España", VIII *Convegno di Studi su l'Africa Romana* 2, Sassari, 911-926.
- (1992a): "Nombres de aurigas, de *possessores*, de cazadores y de perros en mosaicos de Hispania y África", IX *Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 953-964.
- (1992b): "La red viaria en la Hispania romana: Estado de la cuestión", en CRIADO DEL VAL, M. (coord.), *Actas del I Congreso Internacional de Caminería Hispánica* I, Madrid, 13-24.
- (1993): *Mosaicos Romanos de España*, Madrid.
- (1994): "El entorno de las villas en los mosaicos de África e Hispania", X *Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 1171-1187.
- (1996): "Técnicas agrícolas representadas en los mosaicos del Norte de África", XI *Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 517-528.
- (1997): "La sociedad hispana del Bajo Imperio a través de sus mosaicos", *Congreso Internacional "La Hispania de Teodosio"* (Segovia, Universidad SEK, 1995), 2, Salamanca, 395-405.
- (1998): *Relations between Hispania and Palestine in the Late Roman Empire*, *Assaph - Studies in Art History* 3, Tel Aviv, 163-178.
- (2001): "Los jardines en la Hispania romana", en *Historia de los parques y jardines en España*, Cinterco, FCC, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Madrid, 21-35.
- (2005): "Estilos y talleres de mosaicos hispanos del Bajo Imperio", *CMGR* IX,2, Roma, 725-738.
- (2005-2006): "Mosaicos romanos hispanos conocidos por dibujos o poco mencionados", *Assaph - Studies in Art History* 10-11, Tel Aviv, 265-284.
- (2008): "Mosaicos romanos en Castilla-La Mancha (provincias de Ciudad Real, Toledo, Albacete, Cuenca y Guadalajara)", en CARRASCO SERRANO, G.



(coord.), *La romanización en el territorio de Castilla-La Mancha. Simposium en la colección de estudios 120*, UCLM, Cuenca, 91-125.

- (2009): "Villas fortificadas en la Hispania del Bajo Imperio", *Limes XX, XX Congreso Internacional de Estudios sobre la frontera romana* (León, 2006), *Anejos de Gladius* 13, II, Madrid, 615-629.

- (2012): "Representaciones de villas rústicas en mosaicos del norte de África y de Hispania", en *Hommages à Yann Le Bohec* (Lyon, 2011), *CEROR* 40,1, París, I, 77-104.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. *et alii* (1986): "Atalante y Meleagro en un mosaico romano de Cardeñajimeno (Burgos, España)", *Latomus* 45/3, Bruselas, 555-564.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y ARCE, J. (1978): "Monedas del Bajo-Imperio en Cástulo", *Numisma* XXVIII, Madrid, 150-155.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y GARCÍA GELABERT, M.P. (1992): "Relaciones entre la Meseta y Oretania", *Complutum* 2-3, Madrid, 45-56.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M., GARCÍA GELABERT, M.P. y LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1989): "El museo de mosaicos del Gran Palacio de Bizancio", *Revista de Arqueología* 10, Madrid, 29-37.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1972-74): "Mosaicos hispánicos del Bajo Imperio", *AEspA* 45-47, Madrid, 419-438.

BLÁZQUEZ, J.M., LÓPEZ MONTEAGUDO, G., NEIRA, M.L. y SAN NICOLÁS, M.P. (1986): "La mitología en los mosaicos hispano-romanos", *AEspA* 59, Madrid, 101-162.

- (1989a): *Mosaicos romanos de Lérida y Albacete*, *CMRE* VIII, Madrid.

- (1989b): *Mosaicos romanos del Museo Arqueológico Nacional*, *CMRE* IX, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1990): "Iconografía de la vida cotidiana: temas de caza", *Mosaicos Romanos. Estudios sobre Iconografía*, *Actas del Homenaje in memoriam de A. Balil Illana*, Guadalajara, 59-88.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.-LÓPEZ MONTEAGUDO, G.- GARCÍA GELABERT, M.P.-NEIRA, M.L. (1990): "Influjos africanos en los mosaicos hispanos", *VII Convegno di Studi su l'Africa Romana* 2, Sassari, 673-694.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M., LÓPEZ MONTEAGUDO, G., MAÑANES, T. y FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1993): *Mosaicos romanos de León y Asturias*, *CMRE* X, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y MEZQUÍRIZ IRUJO, M.A. (1985): *Mosaicos romanos de Navarra*, *CMRE* VII, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y ORTEGO, T. (1983): *Mosaicos Romanos de Soria*, *CMRE* VI, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y REMESAL RODRÍGUEZ, J. (2007): "Las campañas de 1995, 1996 y 1997", *Estudios sobre el Monte Testaccio (Roma)* IV, *Serie Instrumenta* 24, UAB, Barcelona, 17-26.

BLOCH, R. (1985): *La adivinación en la Antigüedad*, México.

BONSOR, G. (1899): "Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis", *RA* XXXV, París, 1-268.

BORDA, M. (1958): *La pittura romana*, Milán.

BORGHINI, G. (ed.) (1998): *Marmo Antichi*, Roma.

- BOST, J.-P. (1992-93): "Villa y circulación monetaria: hipótesis de trabajo", *Studia Historica* X-XI, Salamanca, 219-225.
- BOUCHER, S. (1976): *Recherches sur les bronzes figurés de Gaule préromaine et romaine*, BEFAR 228, Roma.
- (1972): "Figurations de bronze. Grece et Gaule", *RA* 2, París, 251-266.
- BOWE, P. (2004): *Gardens of the Roman World*, Los Angeles.
- BOWES, K. (2006): "Building sacred landscapes: villas and cult", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.), *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXXIX*, Madrid, 73-95.
- BRAVO CASTAÑEDA, G. (1984): "El elemento económico de la cuestión social tardorromana: Problemas metodológicos", *Actas II Jornadas de Metodología de la Historia (Historia Antigua)*, Cáceres, 9-20.
- (1993): "La otra cara de la crisis: el cambio social", *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Casa de Velázquez y CSIC, Madrid, 153-170.
- (1997a): "De Columella a Paladio: los *rustici* y la reorganización de la economía de la villa", *Symposio sobre L.I.M. Columella*, Cádiz, 193-198.
- (1997b): "*Prosopographia Theodosiana* (II). El presunto "Clan hispano" a la luz del análisis prosopográfico", en TEJA, R. y PÉREZ, C. (eds.), *Congreso Internacional. La Hispania de Teodosio*, Salamanca, 21-30.
- (1998): "Para un nuevo debate sobre la crisis del s. III (en Hispania), al hilo de un estudio reciente", *Gerión* 16, Madrid, 493-533.
- BROGIOLO, G.P. y CHAVARRÍA ARNAU, A. (2008): "El final de las villas y las transformaciones del territorio rural en el Occidente (siglos V-VIII)", en FERNÁNDEZ OCHOA, C., GARCÍA-ENTERO, V. y GIL SENDINO, F. (eds.), *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio: Arquitectura y función*, Gijón, 193-213.
- BRUNEAU, P. (1972): *Exploration Archéologique de Délos. Les Mosaïques*, París.
- (1984): "Les mosaïstes antiques avaient-ils des cahiers de modèles?", *Revue Archéologique* 2, París, 241-272.
- BRUNT, P.A. (1971): *Italian manpower*, Oxford.
- BRUUN, P.M. (1966/1984): *The Roman Imperial Coinage VII, Constantine and Licinius*, Londres (citado como *RIC*).
- BUDDE, L. (1969): *Antike Mosaiken in Kilikien I*, Recklinghausen.
- (1972): *Antike Mosaiken in Kilikien II*, Recklinghausen.
- BURNETT, A., AMANDRY, M. y RIPOLLÈS, P.P. (1992): *RPC I (44 BC-AD 69)*, Londres.
- CABALLERO KLINK, A. (1974): *Fuentes literarias y arqueológicas de las épocas ibérica y romana en la provincia de Ciudad Real, Memoria de Licenciatura* (inédita), Sevilla.
- (1996): "Arqueología e Historia Antigua de Ciudad Real", en *Ciudad Real y su provincia II*, 1-92, Sevilla.
- CABALLERO KLINK, A. y FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1981): "El yacimiento de La Bienvenida, Almodóvar del Campo, Ciudad Real", *CEM* 11, Ciudad Real, 233-261.
- CABALLERO KLINK, A., GARCÍA SERRANO, R. y CIUDAD SERRANO, A. (1983): *Catálogo de bibliografía arqueológica de la provincia de Ciudad Real*, Ciudad Real.

- CABALLERO ZOREDA, L., ARCE, J. y ELVIRA, M.A. (1981): El edificio octogonal romano de Valdetorres del Jarama, Conferencia pronunciada en la UCM, enero de 1981.
- CABRERA, E. (1985): "Del Tajo a Sierra Morena", en GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A. *et alii*, *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Barcelona, 123-161.
- CABRERO PIQUERO, J. (2008): "La riqueza de las villas de la Meseta a través de los mosaicos romanos", *XVII Convegno di Studi su l'Africa Romana 2* (Sevilla, 2006), Roma, 1264-1273.
- CALLU, J.P. (1980): "Rôle et distribution des espèces de bronze de 348 à 392", *BAR* 76, Oxford, 41-124.
- CAMPBELL, S. (1994): "Good luck symbols on Spanish mosaics", *VI Coloquio Internacional sobre Mosaico Antiguo* (Palencia-Mérida, 1990), Guadalajara, 293-300.
- CAMPO, M. (1990): *Las monedas de la villa romana de La Olmeda*, Palencia.
- CANTO GARCÍA, A. (1987): "Sobre un hallazgo de denarios en Almadenejos (Ciudad Real)", *Oretum* III, Ciudad Real, 291-317.
- CANTO Y DE GREGORIO, A.M. (1976): "El mosaico del nacimiento de Venus de Itálica", *Habis* 7, Sevilla, 293-338.
- (1991): "Noticias arqueológicas y epigráficas de la Beturia Céltica", *CuPAUAM* 18, Madrid, 275-298.
  - (1993): "*De situ Siarensium Fortunarium*: corrección a Plinio, *N.H.* III, 13-14 (*Baeturia Celticorum*)", *CuPAUAM* 20, Madrid, 171-183.
  - (1999): "El paisaje del teónimo: *Iscallis talabrigensis* y la aspirina, *Religión, Lengua y Cultura prerromanas en Hispania*, Salamanca, 107-134.
- CARANDINI, A. (1962): "Ricerche sui problema dell'ultima pittura tardo-antica nel bacino del Mediterraneo Meridionale", *Archeologia Classica* 14, Roma, 217-235.
- (1966): "La situla tardo-antica dell' Antiquarium Comunale", *BCAR LXXIX* (1963-1964), Roma, 148-162.
  - (1967): "La villa di Piazza Armerina. La circolazione della cultura figurativa africana nel tardo imperio ed altre precisazioni", *Dialoghi di Archeologia* I, Roma-Milán, 93-120.
  - (1970): "Produzione agricola e produzione cerámica nell' Africa di età imperiale", *Studi Miscellanei* 15, Roma, 95-123.
  - (1986): "Il mondo della Tarda Antichità visto attraverso le merci", en GIARDINA, A. (ed.), *Società romana e Impero Tardoantico III. Le Merci gli insediamenti*, Roma, 3-19.
- CARANDINI, A. *et alii* (1982): *Filosofiana: La Villa de Piazza Armerina. immagine di un aristocratico romano al tempo di Constantino*, Roma.
- CARRASCO SERRANO, G. (1987): "Los itinerarios y la red de comunicaciones romanas de la provincia de Ciudad Real", *CEM* 17, Ciudad Real, 25-39.
- (1988): "Fuentes antiguas para el estudio de la Oretania", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* IV, JCCM, Talavera (Toledo), 21-23.
  - (1989-1990): "Contribución al estudio del poblamiento romano en el ámbito de la Sub-Meseta sur: la provincia de Ciudad Real", *Caesaraugusta* 66-67, Zaragoza, 167-179.

- (1990a): "Introducción al estudio de las vías romanas de la provincia de Ciudad Real: fuentes antiguas itinerarias", *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana*, Zaragoza, 85-93.
- (1990b): "La Oretania romana. Aportación a su conocimiento", *CEM 20*, Ciudad Real, 131-140.
- (1993): "Los oretanos en época romana a través de los textos histórico-geográficos griegos y latinos", en *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, 413-419.
- (1996): "Viaria romana del ámbito provincial de Ciudad Real: bases para su análisis", en *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica I*, Madrid, 71-83.
- (1997a): "Sobre CIL II 3270 y la antigua vía romana de comunicación Castulo-Sisapo", *III Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Madrid, 183-191.
- (1997b): "Núcleos de población romanos en la provincia de Ciudad Real", *Hispania Antiqua XXI*, Valladolid, 301-319.
- (1999a): "Sobre los *municipia* del ámbito territorial castellano-manchego", *Espacio, Tiempo y Forma II/12*, Madrid, 309-323.
- (1999b): "Vías, ciudades y moneda en la Oretania Septentrional", en *Rutas, ciudades y moneda en Hispania, Anejos de AEspA XX*, Madrid, 251-258.
- (2001): "Sobre las vías de comunicación romanas en la Meseta sur: la provincia de Ciudad Real", en *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid, 511-517.
- (2002): "Aportación al análisis del poblamiento romano en el Campo de Montiel (Ciudad Real)", *Hispania Antiqua XXVI*, Valladolid, 199-210.
- (2003): "Introducción al estudio de la romanización de la provincia de Ciudad Real", *Hispania Antiqua XXVII*, Valladolid, 225-244.
- (2004): "Avance para el estudio del poblamiento del territorio meridional de Castilla-La Mancha en época romana", *Hispania Antiqua XXVIII*, Valladolid, 117-140.
- (2007a): "La Oretania septentrional y las fuentes antiguas", en CARRASCO SERRANO, G. (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Cuenca, 11-36.
- (2007b): "Vías de comunicación y moneda en torno a Sisapo en época romana", *Gerión Extra I*, Madrid, 363-373.
- (2009a): "La conquista romana", 81-96, en VV.AA., *Castilla-La Mancha en su Historia, Monografías 26*, Toledo.
- (2009b): "La romanización: ciudades y *villae*", 97-112, en VV.AA., *Castilla-La Mancha en su Historia, Monografías 26*, Toledo.
- (2009c): "La economía en época romana", 113-128, en VV.AA., *Castilla-La Mancha en su Historia, Monografías 26*, Toledo.
- (2009-2010): "Contribución al análisis del proceso de romanización de la provincia de Albacete", *Hispania Antiqua XXXIII-XXXIV*, Valladolid, 157-167.
- (2010): "Sobre las comunicaciones romanas del ámbito suroriental de la provincia de Ciudad Real", *Estudios en homenaje al profesor Dr. Luis García Iglesias*, Madrid, 275-287.
- (2011): "Vías y mansiones romanas en el territorio del campo de Montiel", *Hispania Antiqua XXXV*, Valladolid, 321-335.

- (2012): "Núcleos de población romanos en el ámbito territorial de la provincia de Ciudad Real", en CARRASCO SERRANO, G. (coord.), *La ciudad romana en Castilla-La Mancha*, col. *Estudios* 134, Cuenca, 29-55.
- (2013): "Las fuentes itinerarias y las vías romanas en la Meseta sur", *Debita verba II. Estudios en Homenaje al Profesor Julio Mangas Manjarrés*, Gijón, 273-282.
- CARRILLO, J.R. (1992): *Análisis arquitectónico de la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)*, Tesis Doctoral en 3 vols., inédita, Univ. de Córdoba.
- CARSON, R.A. y KENT, J.P.C. (1978): *Bronze roman imperial coinage of the Later Empire A. D. 346-498*, Parte II, Londres (citado como LRBC).
- CARVALHO, A. y ALMEIDA, M.J. (2002): "A uilla romana da Quinta das Longas (S. Vicente e Ventosa, Elvas: uma década de trabalhos arqueológicos (1991-2001)", *A Cidade: Revista Cultural de Portalegre* 13-14, Lisboa, 13-37.
- CASTANYER MASOLIVER, P. y TREMOLEDA I TRILLA, J. (1997): "La villa romana de Vilauba, Banyoles (provincia de Girona), Excavación de un ámbito de culto doméstico", *MM* 38, Madrid, 163-175.
- CASTELO RUANO, R. *et alii* (1997): "La villa romana de El Saucedo (Talavera la Nueva, Toledo): construcciones termale y recientes hallazgos monetarios", *Boletín Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 37, Madrid, 63-98.
- CASTELO RUANO, R. *et alii* (2006): "El Saucedo (Talavera la Nueva, Toledo). Un ejemplo de villa bajoimperial en la provincia de la Lusitania", *Anejos de AEspA* XXXIX, Madrid, 173-196.
- CASTRO CUREL, Z. (1980): "Fusayolas ibéricas, antecedentes y empleo", *Cypselia* III, Gerona, 127-146.
- (1985): "Pondera. Examen cualitativo, cuantitativo, espacial y su relación con el telar con pesas", *Empúries* 47, Barcelona, 230-253.
- CASTRO, A. *et alii* (1997): "Caracterización de cerámicas vidriadas romanas mediante el estudio de la composición química del cuerpo cerámico con redes neuronales artificiales", *Caesaraugusta* 73, Zaragoza, 117-123.
- CAYÓN, J.R. y CASTÁN, C. (1991): *Monedas españolas desde los visigodos hasta el Quinto Centenario del descubrimiento de América y las de Proclamación*, Madrid.
- CAYÓN, J.R. y GARCÍA, J. (1984): *Catálogo mundial de conchas marinas*, Madrid.
- CEÁN-BERMÚDEZ, J.A. (1832): *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*, Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*.
- CEPAS PALANCA, A. (1995-1996): "La organización administrativa del territorio de la Hispania romana", *Studia Historica, Historia Antigua* 13-14, Salamanca, 143-151.
- (1997): *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*, *Anejos de AEspA* XVII, Madrid, 227-253.
- CEPEDA OCAMPO, J.J. (2000): "Maiorina Gloria Romanorum. Monedas, tesoros y áreas de circulación en Hispania en el tránsito del siglo IV al siglo V", *AEspA* 73, Madrid, 161-192.

- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. *et alii* (1988): "La villa romana de Monroy (Cáceres), campañas de excavación de 1981-1985", *Extremadura Arqueológica* I, Mérida-Cáceres, 167-186.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1995): "Reflexiones sobre las villae romanas en Hispania", en NOGUERA, J.M. (coord.), *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania (Actas de las Jornadas celebradas en Jumilla del 8 al 11 de noviembre de 1993)*, Murcia, 17-26.
- CERRILLO, E., CERRILLO, F.J., ONGIL, M.I., HERRERA, G. y ALVARADO, M. de (1986): "Espacio doméstico y espacio de prestigio", *Arqueología Espacial* 10, Teruel, 121-134.
- CHASTAGNOL, A. (1976): *La fin du monde antique*, París.
- (1981, 2ª ed.): *Le Bas-Empire*, París.
- CHAVARRÍA ARNAU, A. (2007): *El final de las villae en Hispania (siglos IV-VII d.C.)*, *Bibliothèque de l'Antiquité tardive* 7, Brepols, Turnhout (Bélgica).
- CHAVARRÍA ARNAU, A. (2006): "Villas en Hispania durante la Antigüedad Tardía", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.), *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXXIX*, Madrid, 17-35.
- CHEVALLIER, R. (1960): "Villas romaines", *RA* II, París, 91-95.
- CHOISY, A. (1873/1999): *El arte de construir en Roma*, Madrid.
- CHISHOLM, M. (1972): *Rural settlement and land use. An essay on location*, Londres.
- CIMOK, F. (2000): *Antioch Mosaics. A Corpus*, Estambul.
- CIOBANU, R. (2005): "Anemos et animus. L' iconographie des Vents sur une mosaïque d'Apulum", *CMGR* IX,2, Roma, 951-957.
- CISNEROS, M. (1988): *Mármoles hispanos: su empleo en la España romana*, Zaragoza.
- COELLO, F. (1889): "Vías romanas entre Toledo y Mérida", *BRAH* 15, Madrid, 5-42.
- COHEN, H. (1888/1955): *Description Historique des monnaies frappées sous l'Empire Romain* VII, Graz.
- COLLANTES DE TERÁN, F. (1951): *Catálogo Monumental de la provincia de Sevilla* I-III, Madrid.
- CONTRERAS DE LA PAZ, R. (1961): "La Oretania. Síntesis histórica-geográfica de la región ibero-romana", *Oretania* 8-9, Linares (Jaén), 66-71.
- CORCHADO SORIANO, M. (1963): "Pasos naturales y antiguos caminos entre Jaén y la Mancha", *BIEG* 38, Jaén, 9-40.
- (1968): "El camino de Toledo a Córdoba", *Anuario de Historia económica y social* 1, Madrid, 621-634.
- (1969): "Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir", *AEspA* 42, Madrid, 124-158.
- (1971): *Avance de un estudio geográfico-histórico del Campo de Montiel*, Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real.
- (1974): "Albaladejo", en ESPINOSA y MARTÍN-ARTAJÓ (coord.), *Corpus de los castillos medievales de Castilla*, Bilbao, 45-46.
- CORTES ÁLVAREZ DE MIRANDA, J. (1975): "Algunas piezas de arqueología romana de Saldaña", *Sautuola* I, Santander, 199-201.

- (2008): *Mosaicos en la villa romana de La Olmeda*, Palencia.
- CORTÉS Y LÓPEZ, M. (1836): *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua, Tarraconense, Bética y Lusitania* (3 vols.), Madrid.
- CORZO, R. y JIMÉNEZ, A. (1980): "Organización territorial de la *Baetica*", *AEspA* 53, Madrid, 21-48.
- CRIADO, F. (1999): *Del terreno al espacio. Planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*, Santiago de Compostela.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1946): "Resumen de hallazgos arqueológicos de la comarca de Cartagena en 1945", *Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena*, 10-16.
- (1952): "La villa romana de Cabo de Palos", *NAH I*, Madrid, 134-156.
- CURCHIN, L.A. (2001): "Circulación monetaria en la Carpetania", *Hispania Antiqua* XXV, Valladolid, 183-197.
- (2004): *The romanization of central Spain: complexity, diversity and change in the provincial hinterland*, Londres-Nueva York.
- DAREMBERG, CH.- SAGLIO- POTTIER, M.E. (1877-1919/1969): *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments*, París.
- DARMON, J.P. y LAVAGNE, H. (1977): *Recueil général des mosaïques de la Gaule II. Lyonnaise* 3, París.
- DELGADO, A. (1912): "Vías romanas de la Beturia de los Túrdulos", *BRAH* 61, Madrid, 359-370.
- DELIBES DE CASTRO, G. y MOURE, A. (1973): "Excavaciones arqueológicas en la villa romana de Almenara de Adaja (prov. de Valladolid)", *NAH 2* (Arqueología), Madrid, 9-50.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, J.J. (2008): "De la arcilla a la cerámica. Aproximación a los ambientes funcionales de los talleres alfareros en Hispania", en *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* (BERNAL CASASOLA, D. y RIBERA I LACOMBA, A., eds. científicos), Cádiz, 93-111.
- DÍEZ-CORONEL Y MONTULL, L. (1970): "Una bodega romana en Balaguer (Lérida)", *XI CAN* (Mérida, 1968), Zaragoza, 774-783.
- DÍEZ-CORONEL Y MONTULL, L. y PITA MERCÉ, R. (1971): "Informe sobre la segunda campaña de excavaciones de la villa romana de "El Romeral", en Albesa, provincia de Lérida", *NAH XIII-XIV*, Madrid, 173-191.
- DÍEZ DE VELASCO, F. (1988): *Termalismo y religión. La sacralización del agua termal en la Península Ibérica y el norte de África en el mundo antiguo*, Madrid.
- DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma.
- DOMINGO PUERTAS, L.A. (2000): "En torno al problema de la localización de *Laminium*: algunas aportaciones", *Hispania Antiqua* XXIV, Valladolid, 45-63.

- (2001): "La ciudad iberorromana de *Laminium*: evolución y municipalización", *Hispania Antiqua* XXV, Valladolid, 151-170.
- DOPICO CAÍNZOS, M.D. (1986): "Los *conventus iuridici*. Origen, cronología y naturaleza histórica", *Gerión* 4, Madrid, 265-283.
- DORIGO, W. (1966): *Pittura tardoromana*, Milán.
- D'ORS, A. (1953): *Epigrafía jurídica de la España Romana*, Madrid.
- DOYEN, J.-M. (1985): *Catalogue des monnaies antiques de Pertinax a la reforme monetaire de Diocletien (193-294)*, París.
- DULIÈRE, C. (1969): "Ateliers de mosaïstes de la seconde moitié du Ve siècle", *Colloque. Apamée de Syrie*, Bruselas, 125-128.
- (1974): *Mosaïques des portiques de la Grande Colonnade, Fouilles d'Apamée de Syrie. Miscellanea*, Bruselas.
- DUNBABIN, K.M.D. (1971): "The Triumph of Dionysus on Mosaics in North Africa", *PBSR* XXXIX, 52-65.
- (1978): *The Mosaics of Roman North Africa. Studies in Iconography and Patronage*, Oxford.
- (1991): "Triclinium and stibadium", en SLATER, W.J. (ed.): *Dining in a Classical Context*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 121-148.
- (1994): "The use of private space", *La ciudad en el mundo romano, Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica*, Tarragona, 165-176.
- (1999): *Mosaics of the greek and roman world*, Cambridge.
- (2003): *The Roman banquet. Images of Conviviality*, Cambridge.
- DURÁN PENEDO, M. (2010): "Temas iconográficos relacionados con la producción de la tríada mediterránea en los mosaicos del Norte de África y de Hispania, su interrelación con la Annona", XVIII Convegno Internazionale di Studi su l'Africa Romana, Roma, 501-526.
- DUVAL, N. (1984): "Les maisons d'Apamée et architecture 'palatiale' de l'Antiquité tardive", *Colloque Apamée de Syrie (1980)*, Bruselas, 447-470.
- (1986): "L'iconographie des 'villas africaines' et la vie rurale dans l'Afrique romaine de l'Antiquité tardive", en *Actes du IIIe. Colloque International Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord* (Montpellier, 1985), París, 163-176.
- ELLIS, S.P. (1991): "Power, Architecture and Decor", *Roman art in the private sphere: new perspectives on the architecture and decor of the domus, villa and insula* (GAZDA, E.K., ed.), University of Michigan Press, 117-134.
- (2000): *Roman Housing*, Bath.
- ENCARNAÇÃO, J.D. (1984): *Inscrições romanas do conventus pacensis I*, Coimbra.
- ENNABLI BEN OSMAN, W. (1983): "La maison de la Valiere à Carthage. L'architecture", en *Mosaïque. Recueil d'hommages a Henri Stern*, París, 129-145.
- (1986): "Les thermes du thiasse marin de Sidi Ghrib (Tunisie)", *Mon Piot* 68, París, 1-59.
- ENNAÏFER, M. (1976): *La cité d'Althiburos et l'edifice des Asclepeia*, Túnez.
- (1978): "La chasse dans la mosaïque de III siècle", *Dossiers de l'Archéologie* 31, Dijon, 80-92.
- ENSOLI VITOZZI, S. (2000): "I santuari di Iside e Serapide a Roma e la resistenza pagana in età tardoantica", *Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana* (ENSOLI VITOZZI, S. y LA ROCA, E., eds.), Roma, 267-287.



- ESCORTTEL POUSADA, M. (1975): "Villas de las Murias de Beloño", *Catálogo de las salas de cultura romana del Museo Arqueológico de Oviedo*, Oviedo, 65-74.
- ESPINOSA RUIZ, A. (1990): "Los mosaicos de la villa romana de Torre-la Cruz (Villajoyosa, Alicante)", *CuPAUAM* 17, Madrid, 219-253.
- ESTEFANÍA, D. (1958): "Notas para la delimitación de los conventos jurídicos en España", *Zephyrus* 9, Salamanca, 49-57.
- ÉTIENNE, R. (1954): "Maisons et hydraulique dans le quartier nord-est à Volúbilis", *PSAM* 10 (París: *Service des Antiquités du Maroc*), París, 25-211.
- (1982): "Mérida capitale du vicariat des Espagnes", *Homenaje a Sáenz de Buroaga*, ARCE, J. (ed.), Madrid, 201-207.
- FAJARDO, P. (1992): "El oro movió montañas", *MOPT*, Madrid, 75-79.
- FARIOLI CAMPANATI, R. (1971): *Ambientazione e idee informatrice del mosaico pavimentale Ravennate, con particolare riferimento ai mosaici rinvenuti a Classe, XVIII Corso di Culture sull'Arte Ravennate e Bizantina*, Ravenna.
- (1975): *Pavimenti musivi di Ravenna Paleocristiana*, Ravenna.
- FATÁS, G. (1975): "Hispania entre Catón y Graco", *Hispania Antiqua* 5, Valladolid, 269-314.
- (1981): "Romanos y celtíberos citeriores en el siglo I a.C.", *Caesaraugusta* 53-54, Zaragoza, 195-234.
- FENDRI, M. (1965): "Evolution chronologique et stylistique d'un ensemble de mosaïques dans une station thermale à Djebel Oust (Tunisie)", *CMGR* I, París, 157-173.
- FERDI, S. (2005): *Corpus des Mosaïques de Cherchel*, París.
- FERNÁNDEZ ALLEZ, M.C. (1976): "Mosaico romano en Puente Almuhey (León)", *NAH* 4 (Arqueología), Madrid, 375-389.
- FERNÁNDEZ AVILÉS, A. (1947): "Mosaico romano procedente de Liria", *Adquisiciones del MAN (1940-1945)*, Madrid, 113-115.
- FERNÁNDEZ CASADO, C. (1949): "La conducción romana de aguas de Almuñécar", *AEspA* 77, Madrid, 313-333.
- (1972): *Acueductos romanos en España*, Madrid.
- (1983): *Ingeniería hidráulica romana*, Madrid.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.C. (1977-1978): "Las llamadas Termas de Rielves (Toledo)", *AEspA* 50-51, Madrid, 209-252.
- (1978): "Aspectos arquitectónicos y musivarios de las villas romanas en Andalucía", *I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía en la Antigüedad* (1976), Córdoba, 309-331.
- (1982): *Las villas romanas en España*, Madrid.
- (1983): "Mosaicos de la villa de Cuevas de Soria", en BLÁZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T.: *Mosaicos romanos de Soria*, *CMRE* VI, Madrid, 59-106.
- FERNÁNDEZ CHICHARRO, C. (1952): "Andalucía", *AEspA* XXV, Madrid, 404-407.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, A. y QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2007-2008): "La configuración de la arquitectura doméstica en *Carthago Nova* desde época tardo-republicana hasta los inicios del Bajo Imperio", *AnMurcia* 23-24, Murcia, 273-309.
- FERNÁNDEZ-GALIANO RUIZ, D. (1975): "Un valioso mosaico hallado en Alcalá de Henares", *XIII CAN*, Zaragoza, 921-922.

- (1977): "Conjunto de vasos de *terra sigillata* hispánica procedentes de Alcalá de Henares", XIV CNA (Vitoria, 1975), Zaragoza, 925-942.
  - (1980): "Notas sobre talleres musivarios en Hispania", *Anales de Historia Antigua y Medieval* 20, Murcia, 100-150.
  - (1984a): "Influencias orientales en la musivaria hispánica", *CMGR* III,2 (Ravenna, 1980), Ravenna, 411-430.
  - (1984b): *Complutum* II. Mosaicos, *EAE* 138, Madrid.
  - (1984c): "El triunfo de Dionisos en mosaicos hispanorromanos", *AEspA* 57, Madrid, 97-121.
  - (1987): *Mosaicos romanos del Convento Caesaraugustano*, Zaragoza.
  - (1988): "Fuentes para la Historia Antigua de Castilla-La Mancha", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* I, JCCM, Ciudad Real, 29-37.
  - (1989): "La villa de Materno", *Mosaicos romanos. In memoriam Manuel Fernández Galiano*, Guadalajara, 255-270.
  - (1991): "La villa de Materno, Carranque (Toledo)", *Revista de Arqueología* 127, Madrid, 26-36.
  - (1992): *Las villas hispanorromanas*, *Cuadernos de Arte Español, Historia* 16, Madrid.
  - (2001): "El programa iconográfico de la villa romana de La Malena", en VV. AA. *La Antigüedad Tardía en Aragón*, col. Mariano de Pano y Ruata 20, Zaragoza, 57-65.
- FERNÁNDEZ-GALIANO RUIZ, D., GARCÍA-GELABERT, M.P. y RUS, I. (1989): *Arqueología de Castilla-La Mancha, Imágenes y palabras* 9, JCCM, Madrid.
- FERNÁNDEZ-GALIANO RUIZ, D., PATÓN LORCA, B. y BATALLA CARCHENILLA, C.M. (1994): "Mosaicos de la villa de Carranque: un programa iconográfico", *VI Coloquio Internacional sobre Mosaico Antiguo* (Palencia-Mérida, 1990), Guadalajara, 317-326.
- FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE, A. (1859): *Obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas* II, *BAE* 59 (XLVIII), Madrid.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, J. (1977): *Sedimentación triásica en el borde Sureste de la Meseta*, Tesis Doctoral de la Univ. de Granada, Granada.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias en la época romana*, Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y BAENA DEL ALCÁZAR, L. (1992): "Esculturas romanas de la provincia de Ciudad Real", *Finis Terrae, Estudios en leimbranza do Prof. Dr. Alberto Balil*, Santiago de Compostela, 333-345.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y CABALLERO KLINK, A. (1986): "La época romana", *La historia de la provincia de Ciudad Real*, *BAM* III, Ciudad Real, 35-64.
- (1988): "El horizonte histórico de la Bienvenida y su posible identificación con la antigua Sisapo", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* IV, Ciudad Real, 201-210.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., GARCÍA-ENTERO, V. y GIL SENDINO, F. (eds.) (2008): *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio. Arquitectura y función*, Gijón.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y ZARZALEJOS PRIETO, M. (2006): "La época romana en Ciudad Real. Modelos de ocupación y procesos económicos en el ámbito suroccidental de la Meseta entre los siglos II a.C. y IV d.C.", en VAQUERIZO, D. y

- MURILLO, J.F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León Alonso*, Córdoba, 225-250.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., ZARZALEJOS PRIETO, M. y SELDAS, I. (1990): "Entre Consabro y Laminio: aproximación a la problemática de la vía 30 del Itinerario", *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana* (Tarragona, 1987), Zaragoza, 165-182.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (2012): *La alfarería en Época Ibérica: La cerámica de Barniz Rojo en la Meseta Sur*, Puertollano (Ciudad Real).
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., CABALLERO KLINK, A. y JUAN GARCÍA, A. DE (1995): "Constante de poblamiento en Alarcos", *Alarcos. El fiel de la balanza*, Toledo.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y GARCÍA BUENO, C. (1993): "La minería romana de época republicana en Sierra Morena: el poblado de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real)", *MCV XXIX*, Madrid, 25-50.
- (1994): "El poblado romano de Valderrepisa", *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, JCCM, Toledo, 195-210.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y LÓPEZ FERNÁNDEZ, F.J. (1993): *Informe-Memoria final de la excavación arqueológica realizada en el casco antiguo de Alcázar de San Juan (Plaza del Torreón y del Cubillo). Primera fase. 1992* (inédita).
- FERNÁNDEZ UBIÑA, J. (1982): *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid.
- FIGUERAS PACHECO, F. (1971): *Relación de hallazgos arqueológicos en el Tosal de Manises (Alicante) 1933-1935*, Valencia.
- FINLEY, M. (1978): *La economía de la antigüedad*, Madrid.
- FITA, F. (1866): *Epigrafía romana de la ciudad de León*, León.
- (1892): "Antigüedades romanas", *BRAH 21*, Madrid, 129-150.
- FLÓREZ, E. (1747-1862): *España Sagrada*, Madrid.
- (1750): *España Sagrada V. De la Provincia de Carthaginense Theatro Geographico Histórico de la Iglesia de España*, Madrid.
- FONTAINE, J. (1972): "Valeurs antiques et valeurs chrétiennes dans la spiritualité des grands propriétaires terriers à la fin du IV<sup>e</sup> siècle occidental", *Mélanges Daniélou*, París, 571-583.
- (1980): "Société et culture chrétiennes sur l'aire circumpyrénéenne au siècle de Théodose", *Études sur la poésie latine tardive d'Aussone a Prudence*, París, 241-330.
- FORBES, R.J. (1964): *Studies in ancient technology I*, Leiden.
- FOUCHER, L. (1960): *Inventaire des mosaïques, Feuille n.º 57 de l'Atlas Archéologique de Sousse*, Túnez (= Inv. Sousse).
- (1961): *Découvertes archéologiques à Thysdrus en 1960, Notes et Documents IV*, Túnez.
- (1963): *La maison de la procession dionysiaque à El Djem*, París.
- (1964): *Hadrumetum*, París.
- (1965): *La Maison des Masques à Sousse, Notes et Documents VI*, Túnez.
- (1975): "Le char de Dionysos", *CMGR II*, París, 55-61.
- FRADIER, G. (1982): *Mosaïques romaines de Tunisie*, Túnez.

- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1994): "Las ciudades romanas de la Meseta Sur", *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 160-189.
- (1999): *Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V. Complutum y las Ciudades Hispanas en la Antigüedad Tardía*, en *Actas del I Encuentro "Hispania en la Antigüedad Tardía"*, Alcalá de Henares (1996), Madrid, 25-50.
  - (2006): *Castilla La Mancha en época romana y antigüedad tardía*. Ciudad Real.
- FUIDIO RODRÍGUEZ, F. (1934): *Carpetania romana*, Madrid.
- GARABITO, T. *et alii* (1988): "Los alfares romanos riojanos y la comercialización de sus productos en la región de Castilla-La Mancha", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV*, JCCM, Talavera (Toledo), 131-140.
- GARCÉS, A., ROMERO, H. y FUENTES, A. (2000): "Yacimiento arqueológico de Nuestra Señora de Oreto-Zuqueca", en BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. (coord.), *El patrimonio arqueológico de Ciudad Real*, Valdepeñas (Ciudad Real), 241-255.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1945/1978): *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*, Madrid.
- (1947): *La España del siglo primero de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*, Buenos Aires.
  - (1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid.
  - (1950): "Algunos problemas relativos a las invasiones indoeuropeas en España", *AEspA XXIII*, Madrid, 487-496.
  - (1953): "Dos *villae rusticae* romanas recientemente excavadas", *AEspA XXVI*, Madrid, 207-217.
  - (1960): *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid.
  - (1961): "El *exercitus hispanicus* desde Augusto a Vespasiano", *AEspA 34*, Madrid, 114-160.
  - (1965): "Los mosaicos romanos de la Plaza de la Corredera en Córdoba", *BRAH CLVII*, Madrid, 183-196.
  - (1967): *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Madrid.
  - (1979, 2ª ed./1972): *Arte romano, Enciclopedia Clásica I*, Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (ed.) y GARCÍA-BELLIDO GARCÍA DE DIEGO, M.P. (1993): *Álbum de dibujos de la colección de bronce antiguos de Antonio Vives Escudero, Anejos de AEspA XIII*, Madrid.
- GARCÍA-BELLIDO GARCÍA DE DIEGO, M.P. (1986): "Nuevos documentos sobre minería y agricultura romanas en Hispania", *AEspA LIX*, Madrid, 13-46.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. y BLÁZQUEZ, C. (2001): *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos II: Catálogo de cecas y pueblos*, Madrid.
- GARCÍA BUENO, C. (1994): "Mosaicos de la villa romana de Puente de la Olmilla (Albaladejo, C. Real)", *Veleia 11*, Vitoria, 95-116.
- (2000): "Problemática de la arqueología romana en la provincia de Ciudad Real: la villa de Puente de la Olmilla (Albaladejo)", en BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. (coord.), *El patrimonio arqueológico de Ciudad Real*, Valdepeñas (Ciudad Real), 191-203.
  - (2001): "Apuntes para el estudio de los mosaicos de la villa romana de Puente de la Olmilla (Albaladejo, Ciudad Real)", *Pátina 10 y 11*, Madrid, 212-217.
  - (2011): "Uso y disfrute del agua en la villa romana de Puente de La Olmilla (Albaladejo, Ciudad Real). El aprovechamiento hídrico en el Mundo Romano", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II/24*, UNED, Madrid, 449-472.

- GARCÍA BUENO, C. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (1995): "Minería y metalurgia en Sierra Morena. El poblado romano republicano de Valderrepisa", *Revista de Arqueología* 170, Madrid, 24-31.
- (1997): "La fundición romana de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real): alteración y protección de un asentamiento metalúrgico", en *Actas de la Iª Sesión Científica sobre Patrimonio Minero Metalúrgico* (Almadén, 1996), Cuenca, 193-198.
- GARCÍA BUENO, C., MANSILLA PLAZA, L., GALLARDO MILLÁN, J.L. y BLANCO FRAGA, A. M. (1995): "Minería romana en la región sisaponense", XXIII CNA II, Elche, 77-88.
- GARCÍA DE CASTRO, F.J. (1995): "La trayectoria histórica de Hispania romana durante el siglo IV d.C.", *Hispania Antiqua* XIX, Valladolid, 327-361.
- (1996): "Las termas en *villae* tardorromanas de Hispania. Estado de la cuestión", *Hispania Antiqua* XX, Valladolid, 409-431.
- GARCÍA-ENTERO, V. (2001): *Los Balnea de las villae hispanorromanas. Provincia Tarraconensis*, Madrid.
- (2003-2004): "Algunos apuntes sobre el jardín doméstico en Hispania", *AnMurcia* 19-20, Murcia, 55-70.
  - (2005): *Los balnea domésticos -ámbito rural y urbano- en la Hispania romana, Anejos de AEspA XXXVII*, Madrid.
  - (2005-2006): "Las transformaciones de los *balnea* rurales domésticos durante la Antigüedad Tardía en Hispania (ss. IV-VI)", *CuPAUAM* 31-32, Madrid, 61-82.
  - (2006): "Los *balnea* de las *villae* tardoantiguas en Hispania", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.): *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXXIX*, Madrid, 97-111.
  - (2007-2008): "El ocio en el ámbito doméstico de la arquitectura hispanorromana: las termas", *AnMurcia* 23-24, Murcia, 253-272.
  - (2011): "La investigación de las *villae* romanas de la Meseta", en *Actes del Simposi: Les vil·les romanes a la Tarraconense II* (Lérida, 2007), Barcelona, 27-47.
- GARCÍA-ENTERO, V. y ARRIBAS DOMÍNGUEZ, R. (2000): "Los *balnea* de las *villae* y su proceso de monumentalización", en FERNÁNDEZ OCHOA, C. y GARCÍA-ENTERO, V. (ed.): *Termas romanas en el occidente del Imperio* (Gijón, 1999), 83-97.
- GARCÍA GELABERT, M.P. (2000): "Estudio de la representación de retratos en mosaicos romanos del Norte de África y de Hispania", XIII *Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Roma, 585-596.
- GARCÍA GELABERT, M.P. et alii (1989): *Arqueología en Castilla-La Mancha*, Madrid.
- GARCÍA GUINEA, M.A. (1977): "Los mosaicos tardorromanos de Quintanilla de la Cueva (Palencia)", en *Segovia y la Arqueología romana*, Barcelona, 187-191.
- (1982): *Guía de la villa romana de Quintanilla de la Cueva*, Palencia.
- GARCÍA GUINEA, M.A. et alii (1985): "El yacimiento arqueológico de Rebolledo-Camesa", *Sautuola* 4, Santander, 207-229.
- (2000): *La villa romana de Quintanilla de la Cueva (Palencia), Memoria de las excavaciones 1970-1981, Serie Arqueología*, Salamanca.

- GARCÍA-HOZ, M.C. *et alii* (1991): "La villa romana del "Olivar del Centeno" (Millares de la Mata, Cáceres), *Extremadura Arqueológica* II, Mérida-Cáceres, 387-402.
- GARCÍA HUERTA, R., IZQUIERDO BENITO, R. y ONRUBIA PINTADO, J. (1994): "Carta arqueológica de la provincia de Ciudad Real. Avances de resultados de la primera fase", en *Arqueología en Ciudad Real, Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la UAM*, Toledo, 17-39.
- GARCÍA HUERTA, R. y MORALES, J. (2004): "Un yacimiento de fondos de cabaña: Las Saladillas (Alcázar de San Juan, Ciudad Real)", en *La Península Ibérica en el II milenio a.C. Poblados y fortificaciones*, UCLM, Ciudad Real, 233-274.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1971): "La Beturia, un problema geográfico de la Hispania antigua", *AEspA* XLIV, Madrid, 86-108.
- GARCÍA MERINO, C. (2008): "Almenara de Adaja y las villas de la submeseta norte", en FERNÁNDEZ OCHOA, C., GARCÍA-ENTERO, V. y GIL SENDINO, F. (eds.), *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio: Arquitectura y función*, Gijón, 411-434.
- GARCÍA MERINO, C. y SANCHEZ SIMON, M. (1977): "Excavación en la villa romana de Almenara-Puras (Valladolid): Avance de resultados I", *BSAA* 61, Valladolid, 99-124.
- (2004): "De nuevo acerca de la villa de Almenara de Adaja (Valladolid): excavaciones de 1998 a 2002", *AEspA* 77, Madrid, 177-195.
  - (2010): "Abastecimiento de agua, saneamiento y drenaje en la villa romana de Almenara de Adaja (Valladolid)", *Saldivie* 10, Zaragoza, 189-206.
- GARCÍA SANDOVAL, E. (1966): "Villa romana del paraje de "Panes Perdidos" en Solana de los Barros (Badajoz), *AEspA* XXXIX, Madrid, 194-196.
- GARCÍA SANZ, O. (1990): *Baco en Hispania. Economía y Religión, a través de las fuentes epigráficas, arqueológicas y literarias*, UCM, Madrid.
- (1991-1992): "Algunos apuntes sobre Baco en Hispania", *Anas* 4-5, Mérida, 105-114.
  - (1994): "El Baco hispano a través de sus mosaicos", *VI Coloquio Internacional sobre Mosaico Antiguo* (Palencia-Mérida, 1990), Guadalajara, 327-332.
- GARCÍA-DILS DE LA VEGA, S. (2004): *Intervención Arqueológica Preventiva en el entorno de la Plaza de España de Écija (Sevilla). Memoria preliminar*, Informe inédito depositado en la Delegación de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- GEA GARCÍA, A. (2003): "Consolidación de los mosaicos de la villa romana de Puente de la Olmilla. Albaladejo, Ciudad Real", *Quadrivium II. Patrimonio mueble restaurado en Castilla La Mancha*, JCCM, Arte e imagen 17, Toledo, 51-54.
- GERMAIN, S. (1969): *Les Mosaïques de Timgad. Études descriptive et analytique*, París.
- GINOUVÈS, R. (1992): *Dictionnaire méthodique de la architecture grecque et romaine* II.
- GINSBURG, L. (1973): *Les fouilles de Mariana (Corse). 5- La faune, Corsica* 32, CNRS, Bastia.
- GNOLI, R. (1988): *Marmora Romana*, Roma.

- GODET, R. (1954): "Le ravitaillement de Timgad en eau potable", *Lybica* II,1, Argel, 65-72.
- GÓMEZ FRAILE, J.M. (1997): "Etnias, comunidades políticas y conventos jurídicos en Plinio el Viejo y Tolomeo: Hispania Citerior", *Kalathos* 16, Teruel, 113-128.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1990): "Toledo y Carpetania en la Edad Antigua", Simposio celebrado en el Colegio Universitario de Toledo (6-8 noviembre de 1986), Toledo, 203-228.
- GONZÁLEZ-CONDE PUENTE, M.P. (1986): "Elementos para una delimitación entre vettones y carpetanos en la provincia de Toledo", *Lucentum* 5, Alicante, 87-93.
- (1987): *Romanidad e indigenismo en Carpetania*, Alicante.
  - (1992): "Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur", *Paleoetnología de la Península Ibérica*, *Complutum* 2-3, Madrid, 299-309.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. *et alii* (1990): "Mosaicos de la villa romana de "Torre Albarragena": un nuevo triunfo báquico en la Península Ibérica", *AEspA* 63, Madrid, 317-330.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C. (1981): *Imperialismo y romanización en la Provincia Hispania Ulterior*, Granada.
- (1998): "Colonización y municipalización en la Oretania", en *Homenaje a J.M. Blázquez IV* (coord. MANGAS, J.), Madrid, 209-230.
- GONZÁLEZ RUIZ, R. (1997): "*Hagiotopónimos hispanovisigóticos de Toledo y su Diócesis: ensayos de interpretación*", *Raíces visigóticas de la Iglesia en España. En torno al Concilio III de Toledo II* (1982), Oviedo, 73-83.
- GONZÁLEZ TASCÓN, I. (2002): *La ingeniería civil romana, Artifex, Ingeniería romana en España*, Madrid.
- GONZÁLEZ DE LA TORRE, M.A. *et alii* (2003): "Sondeos en Camesa-Rebolledo", *Sautuola* 10, Santander, 49-66.
- GORGES, J.-G. (1979): *Les villas hispano-romaines. Inventaire et problématique archéologiques*, París.
- (1990): "Villes et villas de Lusitanie (interactions-échanges-autonomies)", en *Les villes de Lusitanie romain* (Talence, 1988, ed. GORGES, J.-G.), París, 91-113.
  - (1992-93): "La place de l'eau dans les villas luso-romaines: de l'hydraulique domestique à l'hydraulique rural", *Studia Historica* X-XI, Salamanca, 253-272.
  - (2008): "*Villae* de Tarraconaise et *villae* d'Hispanie: quelques données pour un état de la question", en *Actes del Simposi: Les vil.les romanes a la Tarraconense I* (Lérida, 2007), Barcelona, 21-35.
- GOSSÉ, G. (1942): "Las minas y el arte minero de España en la antigüedad", *Revista de Arqueología, Prehistoria y Etnología* IV, Barcelona, 43-68.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (2004a): "Estudios recientes sobre la romanización en la Meseta meridional", *Hispania Antiqua* XXVIII, Valladolid, 87-116.
- (2004b): "Inscripciones romanas de la provincia de Ciudad Real", *CEM* 28, Ciudad Real, 55-92.
- GRABAR, A. (1962): "Programmes iconographiques à l'usage des propriétaires de *latifundia* romains", *CahArch* XII, París, 380-400.
- GRIMAL, P. (1981): *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona.
- (1984): *Les jardins romains* (3ª ed.), París.
  - (2000): *I giardini di Roma antica*, Garzanti (Italia).
- GROS, P. (2001): *L'Architecture Romaine*, París.

- GROSSE, R. (1959): *FHA VIII. Las fuentes desde César hasta el siglo V d. de J.C.*, Barcelona.
- GRUPO AL-BALATITHA (1984): *Los pueblos de la provincia de Ciudad Real a través de las descripciones del Cardenal Lorenzana*, Toledo.
- GUARDIA PONS, M. (1989): "El ciclo dionisiaco en los mosaicos hispano-romanos del Bajo Imperio", *D'Art: Revista del Departament d'Historia del'Arte* 15, Barcelona, 53-76.
- (1992): *Los mosaicos de la Antigüedad tardía en Hispania. Estudios de iconografía*, Barcelona.
- GUIDOBALDI, F. (1985): "Pavimenti in opus sectile dell' area romana: proposte per una classificazione e criteri di datazione", *Studi Miscellanei* 26, Roma, 171-233.
- GUIRAL PELEGRÍN, C. y MOSTALAC CARRILLO, A. (1993): "Influencias itálicas en los programas decorativos de *cubicula* y *triclinia* de época republicana y altoimperial en España. Algunos ejemplos representativos", *Espacio, Tiempo y Forma* I 6, Madrid, 365-392.
- GUIRAL PELEGRÍN, C. y SAN NICOLÁS PEDRAZ, P. (1998): *Arqueología y prehistoria: la pintura y el mosaico romanos en Hispania*, UNED, Madrid.
- GUITART DURÁN, J. (1970): "Excavación en la Villa Romana de Sentromá", *Pyrenae* 6, Barcelona, 111-165.
- GURT ESPARRAGUERA, J. (1985): *Clunia III. Hallazgos monetarios. La romanización de la Meseta Norte a través de la circulación monetaria en la ciudad de Clunia*, EAE 145, Madrid.
- GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J.A. (2010): "Instrumentos relacionados con la actividad textil de época tardoantigua y altomedieval en Cantabria", *Munibe* 61, San Sebastián, 261-288.
- HALKIN, (1965): *Les esclaves publics chez les romains*, Roma.
- HAUSCHILD, A. y ARBEITER, T. (1993): *La villa romana de Centcelles*, Barcelona.
- HELENO, M. (1962): "A Villa Lusitano-Romana de Torre de Palma (Monforte)", *O Arqueólogo Português* N. S. IV, 2, Lisboa, 313-338.
- HENDY, M.F. (1972): "Mint and fiscal administration under Diocletian, his colleagues, and his successors A.D. 305-324", *JRS* 71, Londres, 75-82.
- HERVÁS Y BUENDÍA, I. (1890/1914): *Diccionario Histórico Geográfico de la provincia de Ciudad Real*, Ciudad Real.
- HIDALGO PRIETO, R. (1990): "Esquemas decorativos pictóricos de la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)", *AAC* 1, Córdoba, 109-124.
- (1991): "Mosaicos con decoración geométrica y vegetal de la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)", *AAC* 2, Córdoba, 325-362.
- (1994): "Mosaicos de la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)", *VI Coloquio Internacional sobre mosaico antiguo* (Palencia-Mérida, 1990), Guadalajara, 15-25,
- (1996): "Sobre la interpretación de las termas de Cercadilla (Córdoba)", *Habis* 27, Sevilla, 189-203.
- (2008): "Arquitectura doméstica", *Arte Romano de la Bética I – Arquitectura y Urbanismo* (LEÓN, P., coord.), Sevilla, 303-356.



- HILL, P.V. y KENT, J.P.C. (1978): *The bronze coinage of the House of Constantine A. D. 324-346*, Parte I, Londres (citado como LRBC).
- HINKS, R.P. (1933): *Catalogue of the Greek, Etruscan and Roman paintings and mosaics in the British Museum*, Londres.
- HOFFMAN, B. (1975): "Les matériaux de construction antiques en terre cuite", *Les Dossiers de L'Archéologie* 9, París, 111-120.
- HOSTA, J. (1866, 4ª ed.): *Crónica de la Provincia de Ciudad Real*, en *Crónica General de España. Historia ilustrada y descriptiva de sus provincias, sus poblaciones más importantes de la Península y de Ultramar* (1864-1871, dir. ROSELL, C.), Madrid.
- HÜBNER, E. (1890/1956): *CIL II. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín.
- HURTADO AGUÑA, J. (2001): "La economía del área carpetana en época republicana y altoimperial", *Iberia* 4, Logroño, 71-86.
- (2005): *Los territorios septentrionales del Conventus Carthaginensis durante el Imperio romano. Estudio de la romanización de Carpetania*, BAR, Oxford.
- JÁRREGA DOMÍNGUEZ, R. (1987): "Notas sobre la importación de cerámicas finas norteafricanas (*sigillata* clara D) en la costa oriental de Hispania durante el siglo VI e inicios del VII d. de C.", *II Congreso Arqueología Medieval Española*, Madrid, 337-343.
- (1993): "El mosaico policromo con decoración geométrica de círculos intersecantes de la villa romana de Barrugat (Bítem, Tarragona)", *AEspA* 66, Madrid, 275-284.
- JASHEMSKI, W.F. (1979): *The Gardens of Pompeii, Herculaneum and the Villa Destroyed by Vesuvius*, New Rochelle, Nueva York.
- (1995): "Roman Gardens in Tunisia", *AJA* 99, Providence RI, 559-576.
- JEANMAIRE, H. (1954): *Dionysos. Histoire du culte de Bacchus*, Payot, París.
- JIMÉNEZ COBO, M. (2001): "La vía romana Cástulo-Saetabis", *BIEG* 179, Jaén, 101-151.
- JONES, A.H.M. (1984): *The Cloth Industry under the Roman Empire. The Roman Economy*, Oxford.
- (1986): *The later Roman Empire, 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1957): *Las Murias de Beloño (Cenero-Gijón): Una villa romana en Asturias*, Oviedo.
- JOHNSON, P. (1982): *Romano-British Mosaics*, Haverfordwest.
- KENT, J.P.C. (1950): "An introduction to the coinage in Julian the Apostate", *Numismatic Chronicle* 19, 109-118.
- (1967): "*Fel. Temp. reparatio*", *Numismatic Chronicle* 127, Londres, 83-90.
- (1981/2003): *The Roman Imperial Coinage VIII, The Family of Constantine I*, Londres (citado como RIC).
- (1994): *The Roman Imperial Coinage X, The Divided Empire and the Fall of the Western Parts AD 395-491*, Londres.
- KING, A. y HENING, M. (1981): *The Roman West in the Third Century. Contributions from Archaeology and History*, I-II, Oxford.
- KLEIN, R. (1999): "*Laterculus Veronensis*", *Lexicon des Mittelalters* 5, Munich, 1745-1746.
- LACORT NAVARRO, P.J. (1989): "Obras hidráulicas e implantación rural romana

en la campiña de Córdoba”, *I Coloquio de Historia y Medio Físico*, Almería, 361-404.

- (1991): “Acueducto romano en el término de Fuenteobejuna (Córdoba). Abastecimiento de agua a *Mellaria*”, *AAC* 2, Córdoba, 363-370.

LACHICA, G. (1961): “La estructura económica de Hispania en el Bajo Imperio”, *Zephyrus* XII, Salamanca, 55-169.

LAGÓSTENA BARRIOS, L. (1993): “El alfar romano del Cerro de Ceuta (Puerto Real, Cádiz)”, *Habis* 24, Sevilla, 95-104.

LAMBERT, J. (1953): “Les tablettes Albertini”, *Revue Africaine* XCVII, París, 196-225.

LANCHA, J. (1977): *Mosaïques géométriques, Les ateliers de Vienne*, Roma.

- (1981): *Recueil général des mosaïques de la Gaule III. Narbonnaisse* 2, París.

- (1983): “Florilège Viennois”, *Recueil d’hommages à Henri Stern*, París, 245-251.

- (1984): “Les mosaïstes dans la vie économique de la Péninsule Ibérique du I<sup>er</sup>. au IV<sup>e</sup> siècle: état de la question et quelques hypothèses”, *MCV* XX, Madrid, 45-61.

- (1994): “Les mosaïstes dans la partie occidentale de l’Empire romain”, *Artistas y artesanos en la Antigüedad Clásica, Cuadernos Emeritenses* 8, Mérida, 119-136.

- (1997): *Mosaïques et culture dans l’Occident Romain (Ier. et IVe s.)*, Roma.

LANCHA, J. y BARTOLOMÉ, A. (1988): “Les mosaïques de la villa romaine de Cardeñajimeno (Burgos)”, *AEspA* 61, Madrid, 305-324.

LANUZA SAN AGUSTÍN, P. (1992): “La villa de Materno. Edificio basilical y vías”, *Revista de Arqueología* 130, Madrid, 42-53.

LASSUS, J. (1950): *Le thème de la chasse dans les mosaïques d’Antioche*, en *L’Arte del Primo Millenio*, Turín, 141-146.

- (1975): “La mosaïque romaine, organisation des surfaces”, *CMGR* II, París, 327-338.

LAVAGNE, H. (1979): *Recueil général des mosaïques de la Gaule III. Province Narbonnaise 1. Partie centrale, X supplément à “Gallia”*, París.

LAVIN, I. (1963): “The Hunting Mosaics of Antioch and their Sources”, *Dumbarton Oaks Papers* 17, Washington, 178-286.

LECHUGA GALINDO, M. (1985): “Una nueva aportación para el conocimiento de la numismática tardía (ss. IV-V d.C.) del *Conventus Carthaginensis*”, *AnMurcia* I, Murcia, 69-77.

LEGER, A. (1875/ 1979): *Les travaux publics aux temps de romaines*, Nogent-le-Roi.

LEÓN, P. (1977-78): “Notas sobre técnica edilicia en Itálica”, *AEspA* 50-51, Madrid, 143-153.

LE ROY LADURIE (1973): “La civilisation rurale”, *Le territoire de l’historien*, París.

LEVEAU, PH. (1990): “L’organisation de l’espace agricole en Afrique à l’époque romaine”, en *L’Afrique dans l’Occident Romain I<sup>er</sup> s. avant J.-C.- I<sup>er</sup> s. après J.-C.* (Coll. EFR 134), Roma, 129-141.

LEVI, D. (1947): *Antioch Mosaic Pavements*, I y II, Princeton.

LIMC: Vid. VV. AA. (1986, 1994, 1997, 2009): *LIMC*.

LÓPEZ, T. (1778-1796): *Diccionario Geográfico-Histórico de España. Provincias de Albacete y Ciudad Real*, Madrid.

- LÓPEZ-BONILLA RODRÍGUEZ, C. (1951): *Una descripción de Alcázar de San Juan en el siglo XVIII*, Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. y ESCORIZA MATEU, T. (1988): "Aproximación a la circulación monetaria en la meseta Sur durante la Antigüedad", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV*, JCCM, Talavera (Toledo), 115-124.
- LÓPEZ DOMECH, R. (1979): "Aspectos económicos de los oretanos", *Memorias de Historia Antigua III*, Oviedo, 21-29.
- (1990): "La red viaria romana de la región oretana", *MCV XXVI* (1), Madrid, 75-96.
  - (1996): *La región Oretana. Estructuras indígenas y organización romana en la Alta Andalucía, Anejos de Antigüedad y Cristianismo III*, Murcia,
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1983): "Tesorillo de monedas de la villa de Los Quintanares", en BLÁZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T., *CMRE VI*, Madrid, 83-87.
- (1987): "Testimonios germánicos en la Península Ibérica", *Athlon. Saturata grammatica in honorem F.R. Adrados II*, Madrid, 527-531.
  - (1990): "El programa iconográfico de la Casa de los Surtidores en Conimbriga", *Espacio, Tiempo y Forma II/3*, Madrid, 199-232.
  - (1991a): "La caza en el mosaico romano. Iconografía y simbolismo", *Antigüedad y Cristianismo VIII*, Murcia, 497-512.
  - (1991b): "Escenas de *venatio* en mosaicos hispanorromanos", *Gerión 9*, UCM, Madrid, 245-262.
  - (1994): "Representaciones de ciudades en mosaicos romanos del Norte de África, X *Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 1241-1257.
  - (1996): "Personificaciones alegóricas en mosaicos del Oriente y de Hispania: la representación de conceptos abstractos", *Antigüedad y Cristianismo XIV*, Murcia, 335-361.
  - (1997a): "Personificaciones alegóricas en mosaicos del Oriente y de Hispania: la representación de conceptos abstractos", *Antigüedad y Cristianismo XIV*, Murcia, 335-361.
  - (1997b): "Ciencia y técnicas de las aguas. Testimonios musivos", *Termalismo Antiguo, I Congreso Peninsular sobre Termalismo* (Arnedillo - La Rioja 1996), Casa de Velázquez y UNED, Madrid, 453-466.
  - (1998): "Producción y comercio del aceite en los mosaicos romanos", XII *Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 359-376.
  - (1999): "The Triumph of Dionysus in two Mosaics in Spain", *Assaph 6*, Tel Aviv, 35-60.
  - (2002): "Mosaicos romanos y élites locales en el N. de África y en Hispania", *AEspA 75*, Madrid, 251-268.
  - (2004): "Mosaicos romanos del Norte de África: la "no frontera" entre la tierra y el mar", XV *Convegno di Studi su L'Africa Romana*, Roma, 305-326.
  - (2005-2006): "Un nuevo mosaico de *Augusta Emerita* con la representación alegórica de *Opora*", *Kalathos. Studies in Honour of Asher Ovadiah, Assaph - Studies in Art History* 10-11, Tel Aviv, 347-364.
  - (2006-2007): "Nuevos documentos del mosaico emeritense de *Opora*", *Anas* 19-20, Mérida, 185-222.

- (2007): "El aceite en el arte antiguo", en *Estudios sobre el Monte Testaccio (Roma)* IV, BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. y REMESAL RODRÍGUEZ, J. (eds.), *Serie Instrumenta* 24, UAB, Barcelona, 433-520.
- (2008): "Las riquezas de las aguas en los mosaicos", *XVII Convegno di Studi su L'Africa Romana* (Sevilla, 2006), 4, Roma, 2547-2568.
- (2010): "Nuevos mosaicos emeritenses con inscripciones", *UAM, Col. de Estudios* 143, Madrid, 235-250.
- (2012): "Los jardines de La Olmeda", *In Durii Regione Romanitas*, Palencia-Santander, 101-107.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. *et alii* (1999): "Recientes hallazgos de mosaicos romanos figurados en Hispania", *CMGR* VII,2, Túnez, 509-542.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. y BLÁZQUEZ, J.M. (1990): "Destrucción de mosaicos mitológicos por los cristianos", *Antigüedad y Cristianismo* VII, Murcia, 353-365.
- (2002): "Representaciones del tiempo en los mosaicos romanos de Hispania y del Norte de África", *Anas* 13, Mérida, 135-154.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., NAVARRO SÁEZ, R. y PALOL SALELLAS, P. de (1998): *Mosaicos romanos de Burgos*, *CMRE* XII, Madrid.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. y SAN NICOLÁS, P. (1994): "Reflejos de la vida intelectual en la musivaria romana", *Espacio, Tiempo y Forma* II/7, Madrid, 249-308.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., VARGAS VÁZQUEZ, S., BRAVO JIMÉNEZ, S., HUECAS ATENCIANO, J.M. y SUÁREZ CANO, L. (2010): "Hallazgo de nuevos mosaicos en Écija (Sevilla)", *Romula* 9, Sevilla, 247-288.
- LÓPEZ QUIROGA, J. y RODRÍGUEZ MARTÍN, F.G. (2000-2001): "El "final" de las villae en Hispania. I. La transformación de las *pars urbana* de las villae durante la Antigüedad Tardía", *Portugalia* XXI-XXII, Lisboa, 137-190.
- LÓPEZ SERRANO, F. (1988): "Crisis urbana y dinámica social en la Bética del s. III y Bajo Imperio", *I Congreso Peninsular de Historia Antigua* (1986), Santiago de Compostela, 265-276.
- LORING GARCÍA, M.I. (1986-1987): "La difusión del cristianismo en los medios rurales de la Península Ibérica a fines del Imperio Romano", *Studia Historica. Historia Antigua* IV-V, n.1, Salamanca, 195-204.
- LOSTAL PROS, J. (1992): *Los miliarios de la provincia Tarraconense (Conventos Tarraconense, Caesaraugustano, Cluniense y Cartaginense)*, Zaragoza.
- LOTZE, F. (1945): *Zur Gliederung der Varisciden der Iberische Meseta*, *Geotekt. Forsch.* 6.
- LOZA AZUAGA, M.I. (1994): "El agua en los teatros hispanorromanos: elementos escultóricos", *Habis* 25, Sevilla, 263-283.
- LRBC I: Vid. HILL, P.V. y KENT, J.P.C. (1978).
- LRBC II: Vid. CARSON, R.A. y KENT, J.P.C. (1978).
- LUCAS, M.R. y BLASCO, C. (1998): "El sustrato de la Carpetania y su relación con los orígenes del mundo celtibérico", *El origen del mundo celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico*, Molina de Aragón (Guadalajara), 239-252.
- LUCAS, M.R. y VIÑAS, V. (1977): "La villa romana de Aguilafuente (Segovia), en *Segovia y la Arqueología romana, Symposium de Arqueología romana* (Segovia, 1974), Barcelona, 239-255.

- LUCK, G. (1995): *Arcana Mundi. Magia y ciencias ocultas en el mundo griego y romano*, Madrid.
- LUGLI, G. (1957): *Tecnica edilizia romana con particolari riguardo a Roma e Lazio*, Roma.
- LUZÓN NOGUE, J.M. et alii (1980): *El Caurel*, EAE, Madrid.
- MADOZ, P. (1845-1850): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid (1987, ed. facsímil para Castilla-La Mancha, JCCM, Valladolid).
- MAIURI, A. (1953): *La peinture romaine*, Ginebra.
- (1968): *Herculaneum*, Roma.
- MALEK, A.-A. (2005): "Entre jardin et mosaïque. La verticalité et le merveilleux dans la vie quotidienne", *CMGR IX*, 2, Roma, 1335-1346.
- MALISSARD, A. (1996): *Los romanos y el agua*, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954): "Los pueblos de la España ibérica", *Historia de España I*, 3, Madrid, 310-312.
- MANGAS MANJARRÉS, J. (1971): *Esclavos y libertos en la España romana*, Univ. de Salamanca, Salamanca.
- (1981): *Historia de España I*, Madrid.
- MANGAS MANJARRÉS, J. y ALVAR EZQUERRA, J. (1990): "La municipalización de Carpetania", *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo, 81-96.
- MANSUELLI, G.A. (1966): *Villa*, *Enciclopedia dell'Arte Antica Classica e orientale VII*, Roma, 1167-1168.
- (1971): "La villa nell'organizzazione romana", *Giornale di Studi di Russi* 10, Faenza, 15-28.
- MAÑAS ROMERO, I. (2007-2008): "El pavimento musivo como elemento en la construcción del espacio doméstico", *AnMurcia* 23-24, Murcia, 89-117.
- (2010): *Pavimentos decorativos de Itálica (Santiponce, Sevilla). Un estudio arqueológico*, BAR 2081, Oxford.
- (2011a): "Dos mosaicos báquicos en casas de Itálica", *CMGR X*, Coimbra (2005), 367-380.
- (2011b): *Mosaicos romanos de Itálica II*, *CMRE XIII*, Madrid-Sevilla.
- MAÑAS ROMERO, I. y VARGAS VÁZQUEZ, S. (2007): "Nuevos mosaicos hallados en Málaga: las villas de La estación y de la Torre de Benagalbón", *Mainake XXIX*, Málaga, 315-338.
- MARCO SIMÓN, F. (2002): "Magia literaria y prácticas mágicas en el mundo romano-céltico", en PÉREZ JIMÉNEZ, A. y CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.) *Daímon Páredros: Magos y Prácticas mágicas en el Mundo Mediterráneo*, *Mediterránea* 9, Madrid, 189-219.
- MAREC, E. (1958): *Monuments chrétiens d'Hippone. Ville épiscopale de Saint Augustin*, París.
- MARIANA, J. DE (1621): *Historia General de España I y II*, Madrid.
- MARINÉ ISIDRO, M. (1984): "Las termas de la villa de Cuevas de Soria", *Actas del I Symposium de Arqueología soriana*, Soria, 403-411.
- (2001): *Fibulas romanas en Hispania: la Meseta*, *Anejos de AEspA XXIV*, Madrid.
- MARTA, R. (1981): *Sintesi schematica di tecnica edilizia romana*, Sora.
- MARTÍN, R. (1971): *Recherches sur les agronomes latins et leurs conceptions économiques et sociales*, París.

- MARTÍN CHAMOSO, C. (2007): *Memoria técnica de excavación. Villa romana de Saelices el Chico, Salamanca* (informe inédito, Biblioteca del Museo de Salamanca).
- MARTÍN CHAMOSO, C. y HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, A.B. (1997a): "La villa romana de Saelices el Chico", *Revista de Arqueología* 191, Madrid, 50-53.
- (1997b): *Informe técnico de la excavación arqueológica de la villa romana de Saelices el Chico, Salamanca* (informe inédito, Biblioteca del Museo de Salamanca).
- MARTÍNEZ DE CARNERO, R. (1859): *Memoria, que tiene el honor de presentar á la Academia de la Historia, según su programa, el profesor de primera enseñanza de la Villa de Almedina, D. Rafael Martínez de Carnero, acompañando el correspondiente plano. Año 1959. Ampliación a la Memoria y rectificación de los planos en su segunda hoja. Vía Romana de Libisosa a Castulone*, Madrid.
- MARTÍNEZ VELASCO, A. (2011): "Conquista y romanización en La Mancha y el Campo de Montiel: El campamento romano de El Real (Campo de Criptana, CR)", *RECM* 2, Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), 57-94.
- MASDEU, J.F. DE (1788): *Historia crítica de España y de la cultura española en todo género* V, Madrid.
- MATEOS CRUZ, P. (1993): "Cambios urbanísticos realizados en Mérida durante el s. IV", en *Actas del Congreso Internacional de Arqueología Clásica*, Tarragona.
- MATTINGLY, H. (1933/1977): "FEL. TEMP. REPARATIO", *Numismatic Chronicle* 94, Londres, 182-201.
- MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E.A. (1923, reed.): *The Roman Imperial Coinage* I, *Augustus-Vitellius*, Londres (citado como *RIC*).
- (1926/1997): *The Roman Imperial Coinage* II, *Vespasian-Hadrian*, Londres.
- (1930): *The Roman Imperial Coinage* III, *Antoninus Pius-Commodus*, Londres.
- (1936): *The Roman Imperial Coinage* IV.1, *Pertinax-Geta*, Londres.
- (1938, reed.): *The Roman Imperial Coinage* IV.2, *Macrinus-Pupienus*, Londres.
- MATTINGLY, H., SYDENHAM, E.A. y SUTHERLAND, C.H.V. (1949): *The Roman Imperial Coinage* IV.3, *Gordian III-Uranus Antoninus*, Londres.
- MAYER, M. (2005): "Las inscripciones de los mosaicos de la villa de Carranque (Toledo, España)", *MUSIVA & SECTILIA* 1, Roma, 109-125.
- MAYER, M. y RODÁ, I. (1977): "El abastecimiento de aguas de la Barcelona romana. Reconstrucción de su trazado", *Symposium de Arqueología romana*, Barcelona, 265-283.
- MAYET, F. (1984): *Les céramiques sigillées hispaniques. Contribution à l'histoire économique de la Péninsule Ibérique sous l'Empire Romain*, París.
- MEDRANO MARQUÉS, M. (1990): *Análisis estadístico de la circulación monetaria bajoimperial romana*, Zaragoza.
- MÉLIDA ALINARI, J.R. (1925): *Catálogo monumental de España. Provincia de Badajoz (1907-1910)*, Madrid.
- MENA MUÑOZ, P. (1988): "La época republicana en Castilla-La Mancha: inicios de la romanización (siglo III-I a.C.)", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* IV, JCCM, Talavera (Toledo), 25-51.
- MÉNDEZ de SILVA, R. (1675): *Población General de España, sus trofeos, blasones y conquistas agradables*, Madrid.

- MEZQUÍRIZ IRUJO, M.A. (1956): "Los mosaicos de la villa romana de Liédena, Navarra", *Príncipe de Viana* XVII,62, Pamplona, 9-35.
- (1961): *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia,
  - (1971): "La excavación de la villa romana de Falces (Navarra)", *Príncipe de Viana* XXXII,122-123, Pamplona, 49-76.
  - (1976): "La excavación de la villa romana de Falces (Navarra)", *Príncipe de Viana* 144-145, Pamplona, 317-319.
  - (1979): "El acueducto de Alcanadre-Lodosa", *Trabajos de Arqueología Navarra* 1, Pamplona, 139-147.
  - (1985a): "Las excavaciones de Andelos (Mendigorría, Navarra)", *NAH* 21, Madrid, 175-180.
  - (1985b): *Terra Sigillata Ispanica, Atlante delle Forme Ceramiche II, Enciclopedia dell'Arte Antica*, Roma.
  - (1985c): "La villa romana de San Esteban de Falces (Navarra)", *Trabajos de Arqueología Navarra* 4, Pamplona, 159-184.
  - (1986a): "Las termas romanas de Fitero", *Príncipe de Viana* XLVII, Anejo 3, Pamplona, 539-554.
  - (1986b): "Pavimentos decorados hallados en Andelos", *Trabajos de Arqueología Navarra* 5, Pamplona, 237-249.
  - (1987): "Mosaico báquico hallado en Andelos", *Revista de Arqueología* 77, Madrid, 59-61.
  - (1993-1994): "La villa de las Musas (Arellano-Navarra). Estudio previo", *Trabajos de Arqueología Navarra* 11, Pamplona, 55-100.
  - (1995-1996): "Villa de las Musas. Alto de la Cárcel (Arellano)", *Trabajos de Arqueología Navarra* 12, Pamplona, 318-321.
  - (2003): *La villa romana de Arellano*, Pamplona.
- MEZQUÍRIZ IRUJO, M.A. y UNZU URMENETA, M. (1985): "De hidráulica romana: el abastecimiento de agua a la ciudad romana de Andelos", *Trabajos de Arqueología Navarra* 7, Pamplona, 237-254.
- (2005): "Los mosaicos de la villa romana de Arellano (Navarra-España)", *CMGR* IX,2, Roma, 987-999.
- MILLER, K. (1916): *Itineraria Romana. Romische Reisewege and der Hand der Tabula Peutingeriana*, Stuttgart.
- MILLAR, F. (1978): *El Imperio romano y sus pueblos limítrofes, Historia Universal siglo XXI* 8, Madrid.
- MINGARRO MARTÍN, F., AMORÓS PÓRTOLES, J.L. y LÓPEZ DE AZCONA, M. C. (1986): "Los mosaicos geométricos: una nueva tecnología para su estudio", *AEspA* 59, Madrid, 163-190.
- MIÑANO, S. de (1828): *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, IX, Madrid.
- MIQUEL SANTED, L.E. DE y CASCALES VICENTE, A. (1984): "Las cerámicas pintadas de tradición indígena", *Begastri: imagen y problemas de su Historia, Antigüedad y Cristianismo* I, Cehegín (Murcia), 129-136.
- MIRABELLA-ROBERTI, M. (1975): "Motivi aquileiesi nei pavimenti musivi dell'arco adriatico e della val Padana", *CMGR* II, París, 193-204.
- MOLINA FAJARDO, F. (1977): "La *sigillata* paleocristiana autóctona y sus relaciones con la cerámica pintada", XIV CNA (Vitoria, 1975), Zaragoza, 999-1014.

- MOLINA VIDAL, J. (2008): "La villa romana: de las fuentes escritas a la creación del concepto histórico", en *Actes del Simposi: Les vil·les romanes a la Tarraconense I* (Lérida, 2007), Barcelona, 37-48.
- MONDELO, R. (1982-83): "Mosaicos ornamentales de la villa romana de Marbella-I", *Mainake* IV-V, Málaga, 173-183.
- (1984-85): "Mosaicos ornamentales de la villa romana de Marbella-II", *Mainake* VI-VII, Málaga, 121-130.
- MONTANYA MALUQUER, R. (1977): "Contribución a la carta arqueológica de Ciudad Real. Prospecciones en Albaladejo y sus alrededores", XIV CNA, II (Vitoria, 1975), Zaragoza, 1133-1142.
- MONTAÑÉS CABALLERO, S. (1993): "Ingeniería hidráulica romana en Medina Sidonia (Cádiz)", *Revista de Arqueología* 146, Madrid, 32-39.
- MONTENEGRO DUQUE, Á. y BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1996, 4ª ed.): *España romana (218 a. de J.C.-414 d. de J.C.). La conquista y la explotación económica*, HEMP II.1, Madrid.
- MONTERO VÍTORES, J. (1990): "La Carpetania en Ptolomeo", *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo, 97-111.
- MORA RODRÍGUEZ, G. (1981): "Las termas romanas en Hispania", *AEspA* 54, Madrid, 37-90.
- MORAL ROMEU, E. y LLOBET, E. (1976): "Algunas notas sobre las excavaciones de la Salut", *Información Arqueológica* 20-21, Barcelona, 57-73.
- MORALES, A. DE (1577): *Las Antigüedades de las ciudades de España que van nombradas en la Corónica, con las averiguaciones de sus sitios y nombres antiguos*, X, Alcalá de Henares.
- MORAND, I. (1994): *Idéologie, culture et spiritualité chez les propriétaires ruraux de l'Hispanie romaine*, París.
- MORENO GONZÁLEZ, M.F. (1994): "Nueva aportación al conocimiento de los pavimentos musivos en la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)", *AAC* 5, Córdoba, 223-241.
- (1995): "Aspectos técnicos, económicos, funcionales e ideológicos del mosaico romano. Una reflexión", *AAC* 6, Córdoba, 113-143.
- MORERE, N. (1989): *Las villae romanas en la Galia Narbonense*, Madrid.
- MORET, P. (1766): *Investigaciones sobre las antigüedades del Reino de Navarra*, Pamplona.
- (2004): "Tours de guet, maisons a tour et petits établissements fortifiés de l'Hispanie républicaine: L'apport des sources littéraires", en CHAPA, T. & MORET, P. (eds.), *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a. de C. – s. I d. de C.)*, Universidad de Jaén, 13-29.
- MORÍN DE PABLOS, J. et alii (2010): "El yacimiento de Pozo Sevilla (Alcázar de San Juan, Ciudad Real). ¿Un ejemplo de casa-torre en La Mancha?", en *Los paisajes rurales en la romanización: Arquitectura y explotación del territorio* (MAYORAL HERRERO, V. y CELESTINO PÉREZ, S., coord., 2008), Badajoz, 287-321.
- MORRICONE MARTINI, M.L. (1967): *Mosaici antichi in Italia. Regione prima. Roma. Reg. X Palatino*, Roma.
- (1971): *Mosaici Antichi in Italia*, Roma.
- (1975): *Mosaici Antichi in Italia. Antium*, Roma.



- MORVILLEZ, E. (1996): "Sur les installations de lits de table en sigma dans l'architecture domestique du Haut et du Bas-Empire", *Pallas. Revue d'études antiques* 4, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 119-158.
- (2005): "Sed nudo latere et parvis frons aerea lectis...", *CMGR* IX,2, Roma, 1325-1334.
- MOSQUERA, J.L. y NOGALES, T. (1999): *Una ciudad sobre el río. Aquae aeternae*, Badajoz, 98-103.
- MOSTALAC CARRILLO, A. (1992): "La pintura romana en Hispania. Estado de la cuestión", *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte de la UAM* IV, Madrid, 9-22.
- MOURÃO, C. (2011): "Mosaicos romanos com motivos aquáticos em Portugal", *CMGR* X, Conimbriga (2005), 343-352.
- MUÑIZ COELLO, J. (1994): "Pueblos y comunidades celtas e ibéricas. Un análisis de los términos literarios", *Hispania Antiqua* XVIII, Valladolid, 77-89.
- MUÑOZ Y ROMERO, T. (1858): *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España*, Madrid.
- MUÑOZ VILLARREAL, J.J. (2005): "Consabura: De Oppidum a municipio romano", *Hispania Antiqua* XXIX, Valladolid, 107-150.
- NAVARRO, R. (1980): *Los mosaicos romanos de Tarragona*, Barcelona, Tesis doctoral inédita, UAB, Barcelona.
- NAVASCUÉS Y DE PALACIO, J. DE (1959): "Descubrimiento de una bodega romana en el término de Funes (Navarra)", *Príncipe de Viana* LXXVII, Pamplona, 227-229.
- NEIRA JIMÉNEZ, M.L. (2007): "Aproximación a la ideología de las elites en Hispania durante la Antigüedad Tardía. A propósito de los mosaicos figurados de domus y villae", *AAC* 18, Córdoba, 263-290.
- (2008): "Las villae: ¿espacio de representación?. El testimonio de los mosaicos", en *Actes del Simposi: Les vil·les romanes a la Tarraconense I* (Lérida, 2007), Barcelona, 55-80.
- (2009): "La imagen en los mosaicos romanos como fuente documental acerca de las elites en el Imperio Romano. Claves para su interpretación", *Estudos da Lingua(gem). Imagens e Memória* 7, n.º 1, Bahía, 11-53.
- (2010): "Oficios relacionados con el mosaico en las provincias romanas del Norte de África", *XVIII Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Roma, 483-498.
- (2011): "Reflejo de cambios sociales en algunas representaciones de mosaicos romanos de la pars occidentalis", *CMGR* X, Lisboa, 267-282.
- NEIRA, M.L. y MAÑANES, T. (1998): *Mosaicos romanos de Valladolid*, *CMRE* XI, Madrid.
- NIETO GALLO, G. (1942-43): "La "villa" romana de Almenara de Adaja (Valladolid)", *Boletín de trabajos* IX, *Seminario de Estudios de Arqueología*, Univ. de Valladolid, 197-198.
- NIETO GALLO, G. et alii (1980): *Oreto* I, EAE 114, Madrid.
- NOGALES BASARRATE, T. (2002): *Ludi romani. Espectáculos en Hispania romana*, Mérida.
- NOGALES BASARRATE, T., CARVALHO, A. y ALMEIDA, M.J. (2002): "O programa decorativo da Quinta das Longas (Elvas, Portugal): um modelo

excepcional das *uillae Lusitanas*", en *Actas de la IV Reunión sobre Escultura Romana en Hispania*, Lisboa, 103-156.

NOGARA, B. (1910): *I mosaici antichi dei Palazzo Vaticani e del Laterano*, Milán.

NOGUERA CELDRÁN, J.M. y ANTOLINOS MARÍN, J.A. (2009): "Áreas productivas y zonas de servicio de la villa romana de Los Cipreses (Jumilla, Murcia)", *AEspA* 82, Madrid, 191-220.

NONELL, C. (1976): "Excavaciones en la villa romana de Gárgoles-Cifuentes (Guadalajara)", *NAH* IV, Madrid, 703-732.

NOVELLO, M. (2003): "Il ruolo dell'apparato decorativo nella caratterizzazione funzionale dello spazio abitativo", *Amplissimae atque ornatissimae domus (Aug., civ., II, 20,26): l'edilizia residenziale nella città della Tunisia romana* (S. BULLO, F. GHEDINI, a cura di), Padua, 356-360.

OLIVEIRA *et alii* (2011): "La villa de Quinta das Longas (Elvas-Portugal): Les mosaïques du Bas-Empire", *X CMGR*, Coimbra, 903-914.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. (1989): "Obras hidráulicas romanas y explotación del territorio en la provincia de Toledo", *I Coloquio de Historia y Medio Físico*, Almería, 45-67.

ORFILA PONS, M. (1993): "*Terra Sigillata* Hispánica Tardía Meridional", *AEspA* 66, Madrid, 125-147.

ORTEGO Y FRÍAS, T. (1955): "La villa romana de Santervás del Burgo (Soria)", *NAH* III-IV, Madrid, 169-193.

- (1961): "La villa romana de Santervás del Burgo (Soria)", *VI CNA* (Oviedo, 1959), Zaragoza, 219-228.

- (1965): "La villa romana de Santervás del Burgo (Soria)", *AEspA* 38, Madrid, 86-91.

- (1969): "Memoria de las excavaciones en la villa romana de Los Quintanares, en el término de Rioseco de Soria", *NAH* X-XI y XII, Madrid, 235-242.

- (1976): "Excavaciones arqueológicas realizadas en la villa romana de "Los Quintanares", en el término de Rioseco de Soria", *NAH* IV, Madrid, 359-373.

- (1977): "La villa romana de "Los Quintanares" en el término de Rioseco (Soria)", *Segovia y la Arqueología romana, Symposium de Arqueología romana*, Barcelona, 285-292.

OSSET MORENO, E. (1965): "Hallazgos arqueológicos en Artieda de Aragón", *AEspA* 38, Madrid, 97-106.

- (1967): "La villa romana de Rienda, en Artieda de Aragón (Zaragoza)", *AEspA* 40, Madrid, 120-129.

OVADIAH, A. (1980): *Geometric and Floral Patterns in Ancient Mosaics*, Roma.

- (1991): "The Mosaic Pavements of Sheikh Zouède in Northern Sinai", *Festschrift J. Engemann*, 181-191.

OZCÁRIZ GIL, P. (2009): "Organización administrativa y territorial de las provincias romanas durante el Alto Imperio", *Documenta* 11, Tarragona, 323-338.

PACKER, J.E. (1967): "The Domus of Cupid and Psyche in ancient Ostia", *AJA* 71, Providence RI, 123-131.

PACE, B. (1955): *I mosaici di Piazza Armerina*, Roma.

PAÇO, A. DO (1964): "Mosaicos romanos de la "Villa de Cardilius" en Torres Novas (Portugal)", *AEspA* XXXVII, Madrid, 81-87.

PALOL SALELLAS, P. DE (1967): *Arqueología cristiana de la España romana*, Valladolid-Madrid.

- (1970): *Castilla la Vieja entre el Imperio romano y el Reino visigodo*, Valladolid.
- (1975): "Los dos mosaicos hispánicos de Aquiles: el de Pedrosa de la Vega y el de Santisteban del Puerto", *CMGR II*, París, 227-240.
- (1977): "Romanos en la Meseta: el Bajo Imperio y la aristocracia agrícola", en *Segovia y la Arqueología romana, Symposium de Arqueología romana* (Segovia, 1974), Barcelona, 287-308.
- (1977-78): "La cristianización de la aristocracia romana hispánica", *Pyrenae* 13-14, Barcelona, 281-300.

PALOL SALELLAS, P. DE y CORTES ÁLVAREZ DE MIRANDA, J. DE (1974): *La villa romana de la Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia). Excavaciones de 1969-1970*, *Acta Arqueológica Hispánica* 7, I, Madrid.

- (1990): *La villa romana de La Olmeda de Pedrosa de la Vega (Palencia)*, Palencia, 1990.
- (1993): *Villa romana de La Olmeda en Pedrosa de la Vega (Palencia): guía de excavación*, Palencia.

PALOMEQUE TORRES, A. (1955): "La villa romana de la finca de Las Tamujas (término de Malpica de Tajo, Toledo)", *AEspA XXVIII*, Madrid, 305-317.

- (1963): "Memoria de la campaña de excavaciones realizada en septiembre de 1962 en la villa romana de Las Tamujas (Malpica de Tajo, Toledo)", *NAH VII*, Madrid, 197-205.

PALOMERO PLAZA, S. (1988): "Bases para el estudio de las vías de comunicación romanas en la actual región castellano-manchega", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV*, Talavera (Toledo), 151-160.

- (2001): "Una hipótesis de reconstrucción de la red viaria romana en la Submeseta Sur según el Itinerario de Antonino (vías 24, 25, 29, 30 y 31)", *II Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña* (R. VILLA GONZÁLEZ, ed.), Toledo, 305-332.

PARLASCA, K. (1959): *Die römische Mosaiken in Deutschland*, Berlín.

PARRISH, D. (1984): *Season Mosaics of Roman North Africa*, Roma.

PASCOLINI, A. (1985): *Usanze e tecniche nell' edilizia degli antichi romani*, Roma.

PASCUAL DÍEZ, A.C. y BOROBIO SOTO, M.J. (2000): "La villa romana de Baños de Valdearados, un paso más en la difusión del patrimonio arqueológico de Burgos", *Soria Arqueológica* 2, Soria, 323-363.

PASSI PITCHER, L. (1996): *Bedriacum. Ricerche archeologiche a calvatone*, 1.1, *Studi sul vicus e sull'ager*, Milán.

PASTOR MUÑOZ, M., PACHÓN ROMERO, J.A. y CARRASCO RUS, J. (1992): *Mirobriga, excavaciones arqueológicas en el Cerro del Cabezo (Capilla, Badajoz)*, Mérida.

PATÓN LORCA, B. (1992): "La villa romana de Carranque. Arquitectura y mosaicos", *Revista de Arqueología* 129, Madrid, 30-38.

PAZ PERALTA, J.A. (2008): "Las producciones de *terra sigillata* hispánica intermedia y tardía", en *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* (BERNAL CASASOLA, D. y RIBERA I LACOMBA, A., eds. científicos), Cádiz, 497-539.

- PEARCE, J.W.E. (1951/1972, reed.): *Roman Imperial Coinage IX, Valentinian I-Theodosius I*, Londres (citado como RIC).
- PEÑALOSA, M. y MARTÍNEZ, J.M. (1962): *Hallazgos arqueológicos en Alhambra*, CEM XII, Ciudad Real, 127-130.
- PERCIVAL, J. (1976): *The Roman Villa. An historical introduction*, Berkeley y Los Angeles.
- PEREIRA, I. et alii (1974): *Fouilles de Conimbriga III. Les monnaies*, París.
- PÉREZ AVILÉS, J.J. (1985): "Estudio arqueológico del Campo de Montiel", *Oretum I*, Ciudad Real, 175-237
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. y TOVAR, L.C.J. (1988): "Notas para el estudio de la Terra Sigillata Gálica en la provincia de Toledo", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV*, JCCM, Talavera (Toledo).
- PÉREZ GUIJO, S. (2000-2001): "El proceso de integración de la Beturia Túrdula en la Provincia Hispania Ulterior Betica", *Memorias de Historia Antigua XXI-XXII*, Oviedo, 105-121.
- PÉREZ OLMEDO, E. et alii (1997): "Arquitectura romana tardía en la provincia de Salamanca: el complejo de Saelices el Chico", *BSAA* 63, Valladolid, 179-201.
- PÉREZ RUIZ, M. (2007-2008): "El culto en la casa romana", *AnMurcia* 23-24, Murcia, 199-229.
- (2008): "Un caso singular de estatua romana de culto doméstico", *AEspA* 81, Madrid, 273-287.
  - (2010): *El culto doméstico en la Hispania romana. Provincias Baetica y Tarraconensis*, Tesis doctoral leída en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM, Madrid.
  - (2011): "Reflexiones al cierre de una tesis sobre el culto doméstico en la Hispania romana", en BLÁNQUEZ PÉREZ, J., ROLDÁN GÓMEZ, L. y BERNAL CASASOLA, D., *Un arqueólogo gaditano en la Villa y Corte. El magisterio del Prof. Manuel Bendala Galán a través de sus tesis doctorales (1986-2011)*, UAM-Univ. de Cádiz, Madrid, 379-395.
  - (2012): "El valor del culto en el paisaje doméstico. El caso hispano", *Antesteria* 1, Madrid, 241-253.
  - (2014): *Al amparo de los Lares. El culto doméstico en las provincias romanas Bética y Tarraconense*, *Anejos de AEspA LXVIII*, Madrid.
- PÉREZ VILATELA, L. (1990): "Estrabón y la división provincial de Hispania en el 27 a.C.", *Polis* 2, Alcalá de Henares, 99-125.
- (1997a): "Conventus Gaditanus en la Antigüedad Tardía", *ME* 60, La Línea (Cádiz), 13-19.
  - (1997b): "El uso de *per* en el Itinerario de Antonino, parte hispánica", *ME* 61, La Línea (Cádiz), 20-24
- PESSOA, M. (2011): "Stibadium with a Mosaic in the Roman Villa of Rabaçal, Penela, Portugal", *11 International Colloquium on Ancient Mosaics* (Bursa, 2009), Estambul, 779-792.
- PINTADO, J.A. (2008): "Municipalización y vida municipal en las comunidades romanas de la Meseta Sur", en CARRASCO SERRANO, G. (coord.): *La romanización en el territorio de Castilla-La Mancha*, Cuenca, 225-260.

- PIÑOL, LL. (1993): "El Conjunt termal de Centcelles (Constantí)" en R. Mar (Coord.), *La utilització d'aigua a les ciutats romanes. Documents d'Arqueologia clàssica* O, Tarragona, 84-86.
- PITA MERCÉ, R. (1953): "Datos Arqueológicos Provinciales", *Ilerda* XVII, Lérida, 99-110.
- (1960-61): "Dos pesas de telar decoradas del poblado ilergete de -Els Vilans- en Aytona, *Ampurias* XXII-XXIII, Barcelona, 311-313.
- PITA MERCÉ, R. y Díez-Coronel y Montull, L. (1964-1965): "Informe sobre la primera campaña de excavaciones de la villa romana de "El Romeral", en Albasa (Lérida)", *NAH* VIII-IX, Madrid, 177-189.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1987-1988): "Estrabón III: El territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano", *Habis* 18-19, Sevilla, 243-256.
- (1990): "Consideraciones sobre la toponimia de la Carpetania", *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo, 113-127.
- PLANCHUELO Y PORTALÉS, G. (1954): *Estudio del Alto Guadiana y de la Altiplanicie del Campo de Montiel*, Madrid.
- PLAZA TABASCO, J. (2003): "Paisajes y espacios geográficos agrarios en Alcázar de San Juan", *Alcázar y el Agua. I Encuentro de fotografía comentada*, Alcázar de San Juan, 25-42.
- PONSICH, M. (1974): *Implantation rurale antique sur le Bas Guadalquivir*, Madrid.
- PORTELA FILGUEIRAS, M.I. (1984): "Los dioses Lares en la Hispania romana", *Lucentum* III, Alicante, 153-180.
- PORTUONDO Y LORET DE MOLA, B. (1972, 2ª ed.): *Catálogo Monumental Artístico-Histórico de España. Provincia de Ciudad Real* (ed. facsímil del original de 1917, Madrid), Ciudad Real.
- POSAC MON, C. (1971): "La villa romana de Marbella", *NAH* I, Madrid, 85-113.
- POZUELO REINA, A.A. (1988): "Breve atlas histórico de Castilla-La Mancha. I Dominación romana", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* IV, JCCM, Talavera (Toledo), 79-88.
- PRÉCHEUR-CANONGE, TH. (1963): *La vie rurale en Afrique romaine d'après les mosaïques*, Túnez.
- PRESCOT, A.E. (1980): "Estudio de la inscripción inédita de la fusayola del poblado ibérico de Castell de Palmaos (Gerona) y sus relaciones con otros textos", *Cypsela* III, Gerona, 147-152.
- PUERTAS TRICAS, R. (1982-83): "Cerámica de cuerda seca en Málaga. Aspectos tipológicos", *Mainake* IV-V, Málaga, 265-279.
- (1986-87): "Los hallazgos arqueológicos de Torreblanca del Sol (Fuengirola)", *Mainake* VIII-IX, Málaga, 145-148.
- PUIG OCHOA, M.R. (1977): "Pintura romana de Clunia (Burgos)", XIV CNA (Vitoria, 1975), Zaragoza, 869-870.
- (1979): "Pintura romana de Albaladejo", XV CNA (Lugo, 1977), Zaragoza, 923-930.
- PUIG OCHOA, M.R. y MONTANYA MALUQUER, R. (1975): "Mosaicos de la villa romana de Puente de la Olmilla (Albaladejo, Ciudad Real)", *Pyrenae* XI, Barcelona, 133-143.
- (1978): "La 'villa' romana de Puente de la Olmilla", 20.000 km<sup>2</sup>, *Rev. de la Diputación Provincial* 13, Ciudad Real, 9-10.

- QUET, M.H. (1981): *La mosaïque cosmologique de Mérida. Proposition de lecture*, París.
- RABANAL ALONSO, M.A. y BRAGADO TORANZO, J.M. (1990): "Fuentes antiguas sobre Carpetania", *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua*, Toledo, 19-37.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1984): "Datos preliminares para el estudio de las cerámicas tardías de Begastri", *Antigüedad y Cristianismo I*, Murcia.
- (1985): *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)*, Murcia.
- (1990): "Talleres y escuelas musivas en la Península Ibérica", en *Homenaje in Memoriam* de A. Balil Illana, Guadalajara, 135-180.
- RAMALLO ASENSIO, S. *et alii* (2005): "La villa romana de La Quintilla (Lorca, Murcia). Análisis de su programa decorativo y ornamental", *CMGR IX,2*, Roma, 1001-1021.
- RAMÓN BENEITO, V.J., ÁLVAREZ BURGOS, F. y RAMÓN PÉREZ, V. (1974): *La moneda medieval hispano cristiana*, Madrid.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1956): "La Alcudia, Campañas de 1940-1948", *NAH IV*, Madrid, 107-133.
- (1977): "Tabas y dados", *XIV CNA*, Zaragoza, 767-768.
- RAMOS RAMOS, J. (1988): "Romanización de Castilla-La Mancha", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV. Romanos y visigodos. Hegemonía y cambios sociales* (Ciudad Real, 1985), Talavera (Toledo), 53-78.
- RAMOS SÁINZ, M.L. (1992): "Una piscina bautismal de planta cruciforme descubierta en la villa romana de El Saucedo (Talavera de la reina, Toledo)". *III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (Maó, 1988), Tarragona, 105-110.
- RAMOS SÁINZ, M.L. y DURÁN CABELLO, R. (1988): "La villa romana de Saucedo (Talavera de la reina, Toledo). Aportaciones a su estudio en relación a la implantación de villas romanas en la vega del Tajo", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV. Romanos y visigodos. Hegemonía y cambios sociales* (Ciudad Real, 1985), Talavera (Toledo), 237-243.
- RASCÓN MARQUÉS, S. (1997): "La ciudad de *Complutum* y su comarca en los siglos IV y V d.C.", en TEJA, R. y PÉREZ, C. (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre La Hispania de Teodosio* (Segovia, 1995) II, Salamanca, 649-662.
- REGUERAS GRANDE, F. (1984): "La villa romana de Requejo (Zamora). Excepcional conjunto musivario", *Revista de Arqueología* 41, Madrid, 41- 49.
- (1991): "Algunas consideraciones sobre los mosaicos de la provincia de Zamora", *BSAA* 57, Valladolid, 163-177.
- (2007): "Villas romanas del Duero: Historia y patrimonio", *Brigecio* 17, Benavente, 11-59.
- (2010): "Villae tardorromanas en Segovia", *Segovia Romana II. Gentes y Territorio*, Segovia, 279-310.
- (2013): *Villas romanas del Duero. Historia de un paisaje olvidado*, Valladolid.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J. (2008): "La villa como sistema económico", en *Actes del Simposi: Les vil·les romanes a la Tarraconense I* (Lérida, 2007), Barcelona, 49-54.
- REVILLA CALVO, V. (1995): "Producción artesanal, viticultura y propiedad rural en la Hispania Tarraconense", *Gerión* 13, Madrid, 305-338.

- (2007-2008): "Producción agrícola, territorio y formas del hábitat en el NE de *Hispania*", *AnMurcia* 23-24, Murcia, 311-329.
- RIBAS BELTRÁN, M. (1965): "Cerámica vidriada romana en Mataró", *Pyrenae* 1, Barcelona, 155-172.
- (1966): *La villa romana de la torre Llauder de Mataró*, EAE 47, Madrid.
- RIC I: Vid. MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E.A. (1923, reed.).
- RIC II: Vid. MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E.A. (1926/1997).
- RIC III: Vid. MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E.A. (1930).
- RIC IV.1: Vid. MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E.A. (1936).
- RIC IV.2: Vid. MATTINGLY, H. y SYDENHAM, E.A. (1938, reed.).
- RIC IV.3: Vid. MATTINGLY, H., SYDENHAM, E.A. y SUTHERLAND, C.H.V. (1949).
- RIC V.1: Vid. WEBB, P.H. (1927, reed.).
- RIC V.2: Vid. WEBB, P.H. (1933, reed.).
- RIC VII: Vid. BRUUN, P.M. (1966/1984).
- RIC VIII: Vid. KENT, J.P.C. (1981/2003).
- RIC IX: Vid. PEARCE, J.W.E. (1951/1972, reed.).
- RIC X: Vid. KENT, J.P.C. (1994).
- RIGOIR, J. (1968): "Les sigillées paléochrétiennes grises et orangées", *Gallia* 26, París, 177-244.
- RIPOLLÈS, P.P. (1979): "Los hallazgos monetarios de la excavación de Santa Bárbara. La Vilavella (Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 6, Castellón, 233-246.
- ROBERT, J.-N. (1992): "Un symbole dans l'Antiquité. Au nom de la rose", *Historama* 95, París, 74-79.
- ROCA ROUMENS, M. (1978): "Algunas consideraciones en torno a las influencias itálicas en la sigillata hispánica", *CPG* III, Granada, 285-302.
- RODÁ, I. (1994): "Iconografía y epigrafía en dos mosaicos hispanos: las villae de Tossa y Dueñas", *VI Coloquio Internacional sobre Mosaico Antiguo* (Palencia-Mérida), Guadalajara, 35-40.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, X. y RODRÍGUEZ, M.X. (1994): "Aproximación al conocimiento del vidrio romano en el conjunto arqueológico de Santomé (Santomé. Tibiás. Ourense)", *Boletín Auriense* XXIV, Orense, 45-93.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J. (1975): *La villa romana en España*, Salamanca.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F.G. (1988): "La villa romana de la Dehesa de Torre-Águila en Barbaño-Montijo (Badajoz)", *Extremadura Arqueológica* I, Mérida-Cáceres, 201-219.
- RODRÍGUEZ MORALES, J. (1999): "Algunos topónimos camineros y las vías romanas de la Península", *ME* 71, La Línea (Cádiz), 2-8.
- (2000a): "*Alces-Miacum*", *ME* 72, La Línea (Cádiz), 24-34.
- (2000b): "*Laminium* y la Vía 29 del Itinerario de Antonino", *ME* 73, La Línea (Cádiz), 16-23.
- (2002): "*Alce* > (Civitas) Alcanea > Ocaña", *ME* 80, La Línea (Cádiz), 28.
- (2003): "Algunos textos sobre la construcción de las vías romanas", *ME* 85, La Línea (Cádiz), 24-27.
- RODRÍGUEZ NEILA, F.J. (1988): "*Aqua publica* y política municipal romana", *Gerión* 6, Madrid, 223-252.



- ROLDÁN GÓMEZ, I. (1987): "Aproximación metodológica al estudio de la técnica edilicia romana en Hispania, en particular el *opus testaceum*", *Lucentum* 6, Alicante, 101-122.
- (1988): "El *opus testaceum* en Itálica. Edificios privados", *AEspA* 61, Madrid, 119-140.
- ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica, Anejo de Hispania Antiqua*, Valladolid-Granada.
- ROMÁN PULIDO, T. (1914): "Apuntes para la historia de Mentesa Oretana", *Don Lope de Sosa* 2, Jaén, 117-120.
- ROMANELLI, P.: (1965): "Riflessi di vita locale nei mosaici africani", *CMGR* I, París, 275-284.
- (1970): *Topografia e Archeologia dell' Africa Romana, Enciclopedia Classica* III, X, VII, Turín.
- ROMERO, M. y VARGAS, S. (2011): "Mosaic Workshop Located in the Villa de la Estación de Antequera, Málaga (España)", *XI International Colloquium on Ancient Mosaics* (2009, Bursa), Estambul, 823-828.
- ROMO SALAS, Ana. S. (2003): *Intervención Arqueológica en la Plaza de España, Écija. Memoria Final, vol. 1. Memoria I*, Informe inédito depositado en la Delegación de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- ROSTOVITZ, M. (1919): "Ancient Decorative Wall- Painting", *JHS* 39, Londres, 144-163.
- (1926): *Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford.
- ROYO GUILLÉN, J.I. (2001): "El conjunto arqueológico de La Malena (Azuara, Zaragoza)", en VV. AA. *La Antigüedad Tardía en Aragón, col. Mariano de Pano y Ruata* 20, Zaragoza, 46-57.
- (2003): *La Malena (Azuara, Zaragoza). Precedentes y evolución de una villa tardorromana en el valle medio del Ebro*, Ayuntamiento de Azuara, Zaragoza.
- ROYO MARTÍNEZ, M.M. (2009): "El emperador Juliano II y el programa iconográfico de sus monedas", *Documenta&Instrumenta* 7, 161-186.
- ROYO MARTÍNEZ, M.M. y MORENO Y CASANOVA, J.J. (2008): *Las monedas de bronce del Bajo Imperio (346-408)*, Madrid.
- RUBIO HERGUIDO, M. (1968): *Alcázar de San Juan, BAM*, Ciudad Real.
- RUIBAL, A. (1988): "El castillo de Albaladejo, ¿Villar de Casa Paterna?, un enclave medieval de origen romano", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* V, JCCM, Talavera (Toledo), 261-271.
- (1993): *Castillos de Ciudad Real, Arte y Turismo*, León.
- RUIZ ACEVEDO, J.M. y DELGADO BÉJAR, F. (1991): *El agua en las ciudades de la Bética*, Sevilla.
- (1992): "Abastecimiento de agua a las ciudades hispanorromanas", *Revista de Arqueología* 139, Madrid, 36-47.
- RUIZ ORTEGA, M.R., GONZÁLEZ TORRES, R. y MEDRANO MARQUÉS, M. (2005): "Aprovisionamiento monetario de la Campiña del Guadalquivir (Andalucía, España) en época bajoimperial romana (260-409 d.C.)", *Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática I* (2003), Madrid, 803-813.
- RUIZ SABINA, J.A. y OCAÑA CARRETÓN, A. (2011-2012): "Estructuras de transformación agrícola en el barrio de Santa María en Alcázar de San Juan



(Ciudad Real)", *AnMurcia* 27-28 (*Coloquio Internacional de vino et oleo Hispaniae. Áreas de producción y procesos tecnológicos del vino y del aceite en la Hispania romana* (2010), Murcia, 241-252.

SAAVEDRA, E. (1862/1967): *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia (con la contestación de don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe)*, Madrid.

SÁENZ RIDRUEJO, F. (1977): "Observaciones técnicas sobre el abastecimiento romano de aguas a Tarragona", *Symposium de Arqueología romana*, Barcelona, 351-358.

SÁEZ FERNÁNDEZ, P. (1987): *Agricultura romana de la Bética*, I, Sevilla.

SÁEZ FERNÁNDEZ, P. *et alii* (2002): "Le territoire d'Astigi (Écija). La centuriation", en CLAVEL-LEVÊQUE, M. y OREJAS, A. (dirs.): *Atlas historique des cadastres d'Europe*, II, dossier 2, 1A-7B, Luxemburgo.

SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L. (1981-1985): "Las invasiones del siglo III d. C. en Hispania a la luz de los tesorillos montéales", *HA* XI-XII, Valladolid, 89-104.

SALIES, G. (1974): "Untersuchungen zu den geometrischen Gliederungsschemata des römischen Mosaiken", *Bonner Jahrbücher* 174, Bonn, 1-178.

SALINAS DE FRÍAS, M. (1986): *Conquista y romanización de Carpetania*, Salamanca.

- (1986-1987): "Indigenismo y romanización de Carpetania. Observaciones en torno al proceso romanizador en la Meseta meridional", *Studia Historica, Historia Antigua* IV-V, 1, Salamanca, 27-36.

- (1988): "Indigenismo y romanización de Carpetania. Aspectos socio-económicos de Castilla-La Mancha en la Antigüedad", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* IV, JCCM, Talavera (Toledo), 13-19.

- (1990): "Tradición y novedad en las leyes contra la Magia y los paganos de los emperadores cristianos", en *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio Romano. Antigüedad y Cristianismo* VII, Murcia, 237-245.

- (1992-1993): "El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: modelos e implicaciones históricas", *Studia Historica, Historia Antigua* X-XI, Salamanca, 177-188.

- (1996): *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.

- (2007): "Los Carpetanos: siglos III a.C. al I a.C.", en CARRASCO SERRANO, G. (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Cuenca,

SALVADOR, D. (2012): *Tierra de carpetanos*, Madrid.

SAN MARTÍN, C.M. (1953): "Los hallazgos arqueológicos de Alcázar de San Juan y Torre de Juan Abad", *CEM* VI, Ciudad Real, 32-40.

SAN MARTÍN MONTILLA, C. (1988): "Castilla-La Mancha en las fuentes literarias de la Antigüedad", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* IV, JCCM, Talavera (Toledo), 5-11.

SAN NICOLÁS PEDRAZ, P. (1994): "Mosaicos y espacio en la villa romana de Fuente Álamo (Córdoba, España)", *X Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 1289-1304.

- (1997): "Los espacios ajardinados en la musivaria romana", *Espacio, Tiempo y Forma* II/10, Madrid, 137-175.

- (1998): "Arquitectura rural en los Mosaicos Hispanos", *XII Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 891-906.

- (2002): "El transporte marítimo en los mosaicos romanos", *XIV Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Roma, 241-266.
- (2004-2005): "Seres mitológicos y figuras alegóricas en los mosaicos romanos de Hispania en relación con el agua", *Espacio, Tiempo y Forma* II/17-18, Madrid, 301-333.
- (2006): "Gods and Other Mythological Beings in the Roman Mosaics in Hispania in Relation to Water", *Cura Aquarum in Ephesus. Twelfth International Congress on the History of Water Management and Hydraulic Engineering in the Mediterranean Region* (Éfeso, 2004), Leuven - París - Dudley, MA, 475-484.
- (2008): "Los productos de la tierra como motivos de *xenia* en los mosaicos hispano-romanos", *XVII Convegno di Studi su l'Africa Romana* (Sevilla, 2006), 4, Roma, 2569-2587.
- SAN VALERO APARISI, J. (1956): "Los mosaicos romanos de Alcázar de San Juan (Ciudad Real)", *NAH* III-IV. Cuadernos 1-3 (1954-1955), Madrid, 195-199.
- (1957): "Villa romana y mosaicos en Alcázar de San Juan", *IV CNA* (Burgos, 1955), Zaragoza, 215-218.
- SÁNCHEZ ABAL, J.L. (1977): "Obra hidráulica romana en la provincia de Toledo (pantano de Alcantarilla)", *Symposium de Arqueología romana*, Barcelona, 359-366.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1930): "Fuentes para la historia de las divisiones eclesiásticas visigodas", *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, 1-57.
- SÁNCHEZ LEÓN, M.L. (1978): *Economía de la Hispania Meridional durante la dinastía de los Antoninos*, Salamanca.
- (1990): "Sobre el final del bagaudismo en Galia e Hispania", *Espacio, Tiempo y Forma* II/3, Madrid, 251-258.
- SÁNCHEZ-MORENO, E. (2007): "Los confines de la Vettonia meridional: identidades y fronteras", en CARRASCO SERRANO, G. (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*, Cuenca, 107-164.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J. (2008): "La ruta de los Vasos de Vicarello. El trabajo de Martínez de Carnero para la Real Academia de la Historia sobre el tramo Cástulo-Libisosa. 1859", *El Nuevo Miliario* 6, Madrid, 33-45.
- (2010): "La ruta Gades-Roma de los Vasos de Vicarello. Un Camino de los Romanos en el *saltus Castulonensis*", en *Actas del IX Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Guadalajara, 9-29.
- SANTANDER, M. (1970): "Notas sobre el acueducto romano de León", *BSAA*. XXXVI, Valladolid, 467-474.
- SANTERO SATURINO, J.M. (1975): "Una villa tardorromana en Paulenca (Guadix)", *NAH* III, Madrid, 227-247.
- SANTOS GENER, S. (1955): *Memoria de las excavaciones del Plan Nacional realizadas en Córdoba (1948-1950). Informes y Memorias* 31, Madrid.
- SANTOS GALLEGOS, S. DE LOS (1977): "Excavaciones en la villa romana de Balazote (Albacete)", en *Segovia y la Arqueología romana, Symposium de Arqueología romana* (Segovia, 1974), Barcelona, 367-370.
- SANZ, R. (2007): "Aristocracias paganas en Hispania tardía (s. V-VII)", *Gerión* Extra I, Madrid, 443-480.
- SANZ GAMO, R. (1987): "Algunos materiales romanos utilizados en la construcción de las *concameraciones*", *Oretum* III, Ciudad Real, 223-236.

- (1988): "Una villa romana Bajo Imperial en Balazote (Albacete)", *Ier Congreso de Historia de Castilla-La Mancha IV*, Talavera (Toledo), 243-249.
- SARGNON, O. (1957): "A la ferme de Torre de Palma", *Revue Archéologique* L, julio-septiembre, París, 84-88.
- SARNOWSKI, T. (1978): *La représentation de villas sur les mosaïques africaines tardives*, A.F. 37, Varsovia.
- SASTRE DE DIEGO, I. (2001): "La villa romana de Santa Lucía (Aguilafuente, Segovia). Aproximación a un estudio treinta años después de su excavación", *Espacio, Tiempo y Forma I/14*, Madrid, 277-301.
- SAYAS ABENGOCHEA, J.J. (1984, 2ª ed.): "El Bajo Imperio", en *Historia de España II*, de M. TUÑÓN DE LARA, Barcelona, 44-50.
- SAYAS ABENGOCHEA, J.J. y ABAD VARELA, M. (2013): *Historia Antigua de la Península Ibérica II, Época tardoimperial y visigoda*, UNED, Madrid.
- SCAGLIARINI CORLAITA, D. et alii (1992): *Villa romana Desenzano*, Roma.
- SCHLUNK, H. (1988): *Die Mosaikkuppel von Centcelles*, Mainz.
- SCHLUNK, H. y HAUSCHILD, TH. (1962): *Informe preliminar sobre los trabajos realizados en Centcelles*, EAE 18, Madrid.
- (1978): *Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit*, Maguncia.
- SCHÜLE, W. y PELLICER, M. (1963): "Alcázar de San Juan. Prospecciones en Manzanares", *NAH VII*, Madrid, 75-76.
- SCHULTEN, A. (1922/1955): *FHA I. Avieno, Ora marítima*, Barcelona.
- (1925): *FHA II. 500 a.C. hasta César*, Barcelona.
- (1931): *RE XV*, Stuttgart.
- (1932): *RE XVI*, Stuttgart.
- (1949): *RE XVIII*, Stuttgart.
- (1952): *FHA VI. Estrabón, Geografía de Iberia*, Barcelona.
- (1963): *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica I-II*, Madrid.
- SCHULTEN, A. y BOSCH GIMPERA, P. (1935): *FHA III. Las guerras de 237-154 a. de J.C.*, Barcelona.
- SCRINARI, V. y MORRICONE, M.L. (1975): *Mosaici antichi in Italia. Regione Prima. Antium*, Roma.
- SERRA RÁFOLS, J. DE C. (1943): "La villa Fortunatus de Fraga", *Ampurias V*, Barcelona, 5-35.
- (1945): "El poblamiento del valle medio del Anas en la época romana", *REE I*, Badajoz, 259-273.
- (1947): "Algunos elementos que puede aportar la Arqueología para el conocimiento del estado social y de la economía rural hispanorromana", *Revista Internacional de Sociología* 5, Madrid, 451-466.
- (1952): *La villa romana de la Dehesa de La Cocosa (Badajoz)*, Badajoz.
- (1956): "El poblamiento romano en España", *IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas* (Madrid, 1954), Zaragoza, 911-927.
- SERRANO DELGADO, J.M. (1988): *Status y promoción social de los libertos*, Univ. de Sevilla.
- SERRANO RAMOS, E. (1979): "Hallazgos de cerámica romana vidriada en la Bética", *Baetica 2 (I)*, Málaga, 147-156.

- SERRANO RAMOS, E. y LUQUE MORAÑO, A. (1976): "Memoria de las excavaciones de Manguarra y San José (Cártama-Málaga)", *NAH* IV, Madrid, 491-523.
- (1980): "Memoria de la 2ª y 3ª campañas de excavaciones en la villa romana de Manguarra y San José (Cártama-Málaga)", *NAH* VIII, Madrid, 253-398.
- SFAMENI, C. (2006): "Committenza e funzioni delle ville "residenziali" tardoantiche tra fonti archeologiche e fonti letterarie", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.): *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXXIX*, Madrid, 61-72.
- SIERRA FERNÁNDEZ, J.A. DE LA (1994): "Sigillatas africanas y otras cerámicas de mesa tardías de la villa romana de El Ruedo", *AAC* 5, Córdoba, 199-221.
- (1998): "Cerámicas africanas en Munigua y el valle del Guadalquivir", *MM* 39, Madrid, 238-297.
- SILLIÈRES, P. (1977): "Le Camino de Anibal. Itinéraire des gobelets de Vicarello, de *Castulo* à *Saetabis*", *MCV* 13, Madrid, 31-93.
- (1981): "A propos d' un nouveau milliaire de la Vía Augusta, une *Via Militaris* en Bétique", *Revue des Etudes Anciennes* LXXXIII, París, 256-272.
- (1982): "Une grande route romaine menant à Carthagène: la voie *Saltigi-Carthago Nova*", *MM* 23, Madrid, 247-257.
- (1990a): *Les voies de communication de l'Hispanie méridionale*, París.
- (1990b): "La búsqueda de las calzadas romanas: desde la foto-interpretación hasta el sondeo", *La red viaria de la Hispania Romana*, Zaragoza, 411-430.
- (1992): "Les premiers établissements romains de la région de Vila de Frades (Vidigueira, Portugal)", *Studia Historica* X, Salamanca, 89-108.
- SLIM, H. (1995): "Dionysos", en *Les Sols de l'Afrique Romaine*, París, 87-119.
- SMITH, D. J. (1975): "Roman mosaics in Britain before the Fourth Century", *CMGR* II, París, 266-288.
- SMITH, E. (1956): *Architectural Symbolism of Imperial Rome and the Middle Age*, Princeton.
- SOGORB ÁLVAREZ, M.C. (1987): "Los mosaicos de la villa romana de Hellín", *Bol. del MAN* V, Madrid, 21-52.
- SOLIAS I ARÍS, J.M. (1985): "Introducció a l'estudi de les activitats econòmiques d'una vil.la laietana", *Pyrenae* 21, Barcelona, 113-122.
- SORIA COMBADIÉRA, L. (2000): *La cultura ibérica en la provincia de Albacete. Génesis y evolución a través del estudio del poblamiento*, Albacete.
- SOTOMAYOR, M. (1982): "Penetración de la Iglesia en los medios rurales de la España tardorromana y visigoda", *XXVIII Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo*, Spoleto, 639-670.
- SPIRO, M. (1978): *Critical Corpus of the Mosaics Pavements on the Greek Mainland. Fourth-Sixth Centuries with Architectural Surveys*, Nueva York.
- SQUARCIAPINO, M.F. (1987): "Riflessi di vita locale nei mosaici africani", *IV Convegno di Studi su l'Africa Romana*, Sassari, 193-200.
- STERN, H. (1957): *Recueil général des mosaïques de la Gaule I. Gaule Belgique 1, Partie Ouest*, París.
- (1960): *Recueil général des mosaïques de la Gaule I. Gaule Belgique 2. Partie Est*, París.

- (1963): *Recueil général des mosaïques de la Gaule I. Gaule Belgique 3. Partie Sud*, París.
- (1967): *Recueil général des mosaïques de la Gaule II. Lyonnaise 1*, París.
- STERN, H.-BLANCHARD-LEMÉE, M. (1975): *Recueil général des mosaïques de la Gaule II. Province Lyonnaise 2, Partie Sud-est*, París.
- (1977): *Les mosaïques des maisons d'Achille et de Cassiopée à Palmyre*, París.
- STORCH DE GRACIA, J.J. (2010): "Las villa imperial de Los Casares en Armuña (Segovia)", *Segovia romana II. Gentes y territorios*, Segovia, 363-377.
- STYLOW, A.U. (1986): "Apuntes sobre epigrafía de época flavia en Hispania", *Gerión* 4, Madrid, 285-311.
- (1998): "Ladrillo de fabricación romana, ¿encontrado en Itálica?", *Habis* 29, Sevilla, 135-141.
- SUTHERLAND, C.H.V. (1984): *RIC I, Augustus-Vitellius*, Londres.
- (1967/1984): *RIC VI, Diocletian-Maximinus*, Londres.
- SWOBODA, K.M. (1961): "The Problem of the Iconography of Late Antique and Early Mediaeval Palace", *Journal of the Society of Architectural Historians* XX, University of California Press, 78-89.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1930): "La villa romana de Cuevas de Soria", *Investigación y Progreso* IV, Madrid, 78-80.
- (1944): "Construcciones rurales en la España romana", *Investigación y Progreso* XV, n.º 11-12, Madrid, 337-347.
- (1949): "Excavaciones en Navarra. La villa romana de Liédena", *Príncipe de Viana* XXXVIII y XXXIX, Pamplona, 9-40.
- TARRADELL, M. (1955): "Sobre las invasiones germánicas del siglo III d. J. C. en la Península Ibérica", *Estudios Clásicos* III, Madrid, 95-110.
- (1968): "Poblamiento y propiedad rural en el E. peninsular durante el Bajo Imperio", *III Congreso Español de Estudios Clásicos* II, Madrid, 164-175.
- TARTAS, F., MACÍAS, J.M., RAMÓN, E. y REMOLÁ, J.A. (1998): "Excavacions a l'àrea residencial de la villa romana dels Munts (Altafulla, Tarragonès)", *Empúries* 51, Barcelona, 197-225.
- TEJA, R. (1971): "Las villas de Hispania y Capadocia en el siglo IV y su entorno económico-social", *XII CNA*, Zaragoza, 611-615.
- THÉBERT, Y. (1988): "Vida privada y arquitectura doméstica en el África romana", en ARIÈS, PH.- DUBY, G. (dirs.), *Historia de la vida privada I. Del Imperio Romano al año mil*, Madrid, 304-401.
- TEICHNER, F. (2006): "De lo romano a lo árabe. La transición del sur de la provincia de Lusitania a al-Gharb al-Andalus: nuevas investigaciones en los yacimientos de Milreu y Cerro da Vila", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J., BROGIOLO, G.P. (eds.), *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de AEspA XXXIX*, Madrid, 207-220.
- THOUVENOT, R. (1940/1973, 2ª ed.): *Essai sur la province romaine de Bétique*, París.
- (1949): *Volubilis*, París.
- TIRADO ZARCO, M. (1984): *Pedro Muñoz... Una Historia*, Mota del Cuervo (Cuenca).
- TISSOT, CH. (1884): *Géographie comparée de la province romaine d'Afrique*, París.

- TOMASEVIC, G.C. (1975): "Mosaïques paléochrétiennes récemment découvertes à Héraclea Lynkestis", *CMGR* II, París, 385-399.
- TORIJANO, P. (2000): "El estudio de la magia en la Antigüedad tardía: Algunas consideraciones prácticas", *Gerión* 18, Madrid, 535-547.
- TORRECILLA, A. y SIERRA, C. (2001): "El *lapis specularis* de Opta (Huete, Cuenca)", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 41, 119-130.
- TORRES RODRÍGUEZ, J. DE (2005): "La Carpetania: un estudio historiográfico", *Arqueoweb* 7 (2), sept.-dic., s/p.
- (2012): *La tierra sin límites: territorio, sociedad e identidades en el valle medio del Tajo* (S. IX-I a.C.), Tesis doctoral UCM T33885, Madrid.
- TORRES, M. (1935): "Instituciones económicas, sociales y político-administrativas", en *HEMP, Historia de España* II, *España romana* (218 a.C. – 414 d.C.), de R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 287-519.
- TORRES CARRO, M. (1988): "Los mosaicos de la Villa de Prado (Valladolid)", *BSAA* LIV, Valladolid, 175-218.
- (2005): "Nuevos mosaicos romanos del Noroeste de la Península Ibérica", *CMGR* IX,1, Roma, 477-488.
- TOVAR, A. (1976): *Iberische Landeskunde* II, *Lusitania*, Baden-Baden.
- (1989): *Iberische Landeskunde* III/2. *Tarraconensis*, Baden-Baden.
- TOYNBEE, J.M.C. (1964): *Art in Britain under the Romans*, Londres.
- TSIRKIN, JU. B. (1987): "The crisis of antique society in Spain in the third century", *Gerión* 5, Madrid, 253-270.
- TURCAN, R. (1966): *Les sarcophages romains à représentations dionysiaques*, París.
- URBINA MARTÍNEZ, D. (1998): "La Carpetania romana y los carpetanos indígenas: tribu, etnia, nación o el país de los escarpes", *Gerión* 16, Madrid, 183-208.
- URIBE, P. (2007): "Los espacios reservados ("cubicula") en las viviendas romanas urbanas del cuadrante nordeste peninsular", *Saldvie* 7, Zaragoza, 93-112.
- (2009): "*Triclinia* y salones triclinares en las viviendas romanas urbanas del cuadrante nordeste de la Península Ibérica (I a.C.-III d.C.)", *AEspA* 82, Madrid, 153-189.
- UROZ SÁEZ, J. (2012): "La colonia romana de Libisosa y sus precedentes", en CARRASCO SERRANO, G. (coord.), *La ciudad romana en Castilla-La Mancha*, 134 col. Estudios, Cuenca, 87-130.
- UROZ SÁEZ, J. y MÁRQUEZ, J.C. (2002): "La puerta Norte de Libisosa y su contexto arqueológico", *II Congreso de Historia de Albacete. 1. Arqueología y Prehistoria*, Albacete, 239-244.
- UROZ SÁEZ, J. *et alii* (2002): "El foro de Libisosa. Datos preliminares de una investigación en curso", *II Congreso de Historia de Albacete. 1. Arqueología y Prehistoria*, Albacete, 245-251.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. y OCAÑA JIMÉNEZ, A.M. (1988): "Cerámica de cuerda seca en un documento de La Geniza de El Cairo", *CuPAUAM* 15, Madrid, 379-383.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. y BALMASEDA MUCHARANZ, L.J. (1983): "Hacia una delimitación de la Carpetania en la Edad del Hierro II", *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch* III, Madrid, 135-142.

- VALIENTE MALLA, J. y PRADO TOLEDANO, S. (1977-1978): "Estelas decoradas de Aldea del Rey (Ciudad Real)", *AEspA* 50-51, Madrid, 375-388.
- (1979): "Nueva estela decorada de Aldea del Rey (Ciudad Real)", *AEspA* 52, Madrid, 27-32.
- VAQUERIZO GIL, D. (1990): "La villa romana de "El Ruedo" (Almedinilla, Córdoba)", *AEspA* 63, Madrid, 295-316.
- VAQUERIZO GIL, D. *et alii* (1994): *Arqueología Cordobesa. Almedinilla*, Córdoba.
- VAQUERIZO GIL, D. y NOGUERA CELDRÁN, J.M. (1997): *La villa de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba). Decoración escultórica e interpretación*, Murcia.
- VAQUERO ROMÁN, A. *et alii* (1984): *Apuntes e inventario de Arqueología de Alcázar de San Juan y su comarca*, Alcázar de San Juan.
- VARGAS VÁZQUEZ, S.J. (2013): *Diseños geométricos en los mosaicos del Conventus astigitanus*, Tesis doctoral, Univ. Pablo de Olavide, Sevilla.
- VARGAS VÁZQUEZ, S.J. y LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (2014): "Talleres musivos hispanorromanos. Formas de producción y áreas de dispersión", *Anejos de AEspA* LXV, Madrid, 125-141.
- VEGA JIMENO, M. DE LA (2000): "La religión romana en la Meseta Sur: el culto a Júpiter en la provincia de Toledo a través de la epigrafía", *Conimbriga* XXXIX, Coimbra, 85-105.
- VENTURA, F.J.S. (1989): "La agricultura de regadío durante la Antigüedad tardía en el Sur de la Península Ibérica", *I Coloquio de Historia y Medio Físico*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 405-418.
- VENTURA VILLANUEVA, A. (1993): "*Susum ad montes s(ocietatis) s(isaponensis)*: nueva inscripción tardorrepublicana de Corduba", *AAC*. 4, Córdoba, 49-61.
- VEYNE, P. (1981): "Les cadeaux des colons à leur propriétaire. La neuvième bucolique et le Mausolée d'Igel", *RA* 2, París, 245-252.
- VIANA, A. (1946): "Pax Julia. Arte romano-visigótico 2", *AEspA* XIX, Madrid, 93-109.
- VICH, S. (1991): "Fusayolas ibéricas escritas", *Revista de Arqueología* 122, Madrid, 36-39.
- VIGIL PASCUAL, M. (1969): *El vidrio en el mundo antiguo*, Madrid.
- VILLANUEVA ACUÑA, M. (1994): "Aspectos de la organización económica de las villae de Hispania", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II/7, Madrid, 105-139.
- VILLARONGA, L. (1979): *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona.
- VINCENTI, V. (2001): "Il tema iconografico degli edifici ad arcate nel mosaico romano: origine e sviluppo del motivo", *Atti del VII Colloquio dell'Associazione italiana per lo studio e la conservazione del mosaico*, Ravenna, 61-74.
- VIÑAS MEY, C. y PAZ, R. (1971): *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II - Ciudad Real*, Madrid.
- VIVES, J. (1971-1972): *Inscripciones latinas de la Hispania romana*, Barcelona.
- VIVES Y ESCUDERO, A. (1924-1926): *La moneda hispánica*, Madrid.
- VV. AA. (1974): *Memoria IAPB I*, UAB, Barcelona.
- VV. AA. (1975): *Memoria IAPB II*, UAB, Barcelona.
- VV. AA. (1976): *Memoria IAPB III*, UAB, Barcelona.
- VV. AA. (1977): *Memoria IAPB IV*, UAB, Barcelona.
- VV. AA. (1978): *Memoria IAPB V*, UAB, Barcelona.
- VV. AA. (1979): *Memoria de las actuaciones programadas*, Subdirección General

- de Arqueología, Ministerio de Cultura, Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos 110, Madrid.
- VV. AA. (1980): *Memoria de las actuaciones programadas*, Subdirección General de Arqueología, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas 96, Madrid.
- VV. AA. (1982a): *Boletín de Información Municipal* 9, Alcázar de San Juan.
- VV. AA. (1982b): *Gran Enciclopedia de Madrid, Castilla la Mancha* I-II, Zaragoza.
- VV. AA. (1984-85): *Memoria de las actuaciones programadas*, Subdirección General de Arqueología, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos 6. 6, Madrid.
- VV. AA. (1985): *Atlante delle forme ceramiche I y II. Ceramica fine romana nel bacino mediterraneo (medio e tardo impero)*, EAA, Roma.
- VV. AA. (1986, 1994, 1997, 2009): *LIMC* III, VII, VIII, *Supp.* 1-2, Zürich y Munich.
- VV. AA. (1995): *Celtas y Túrdulos: la Beturia, Cuadernos Emeritenses* 9, Mérida.
- VV. AA. (2001): *Mentesa Oretana, 1998-2000*, Ciudad Real.
- VV. AA. (2002): *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, TEJA, R. (ed.), Bari.
- WATTENBERG, F. (1962): "El mosaico de Diana en la Villa de Prado", *BSAA* 28, Valladolid, 34-48.
- (1964): "Los mosaicos de la Villa de Prado", *BSAA* 30, Valladolid, 115-127.
- WEBB, P.H. (1927, reed.): *Roman Imperial Coinage* V.1, *Valerian-Florian*, Londres (citado como *RIC*).
- (1933, reed.): *Roman Imperial Coinage* V.2, *Probus-Amandus*, Londres.
- WEITZMANN, K. *et alii* (1979): *Age of Spirituality, Late Antique and Early Christian Art, Third to Seventh Century*, Princeton.
- (1980): *A Symposium Age of Spirituality*, Nueva York.
- WHITE, K.D. (1970): *Roman Farming*, Londres.
- *Farm equipment of the roman world*, Cambridge, 1975.
- WILSON, R.J.A. (1981): "Mosaics, Mosaicists and Patrons", *JRS* 71, Londres, 173-177.
- (1982): "Roman Mosaics in Sicily: The African Connection", *AJA* 86, Providence RI, 413-428.
- WISSOWA, G. *et alii* (1893): *RE*, Stuttgart.
- WITTS, P. (2000): "Mosaics and Room Function: The Evidence from Some Fourth-Century Romano-British Villas", *Britannia* 31, Londres, 291-324.
- YACOB, M. (1975): "La mosaïque d' Achille et de Chiron au Musée du Bardo", *CMGR* II (Viena, 1971), París, 41-54.
- ZACCARIA, A. (2001): "Abbinamento *triclinium-cubiculum*: un'ipotesi interpretative", *Avitare in Cisalpina. L'edilizia privata nelle città nel territorio in età romana. Antichità Alto adriatica*, 49/1, Aquileia, 59-101.
- ZARZALEJOS PRIETO, M. *et alii* (1994): "Excavaciones en La Bienvenida (Ciudad Real). Hacia una definición preliminar del horizonte histórico-arqueológico de la Sisapo antigua", *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, JCCM, Toledo, 167-194.
- (2011): *Investigaciones arqueológicas en Sisapo, capital del cinabrio hispano (I). La decoración musivaria de la domus de las Columnas Rojas (La Bienvenida, Almodóvar del Campo-Ciudad Real)*, UNED, Madrid.



**RURAL ROMAN SETTLEMENT IN THE SOUTHEAST OF *CONVENTUS*  
*CARTHAGINIENSIS* DURING THE LATER ROMAN EMPIRE: *VILLAE* IN STA.  
MARÍA DISTRICT, IN ALCÁZAR DE SAN JUAN, AND PUENTE DE LA  
OLMILLA, ALBALADEJO (CIUDAD REAL).**

**Abstract**

The main aim of this Doctoral Thesis is to show the results of a number of archaeological investigations developed in the Roman sites placed in Sta. María district and Puente de la Olmilla. The references to both are the most repeated throughout these pages because we have studied them with more intensity and we have taken it as an archaeological model. In order to do this we have dealt not only with the architectonical analysis of the found buildings but also with decorative arts (mosaic pavements, mural paintings) and remains of their material heritage, especially ceramic and numismatic material (chapters VI-VIII, XIV, XVIII and Annexes I- III,V)

The Thesis is divided in 23 chapters and 6 annexes. As an introduction we present a summary of the historical and ethnic background of this territory when Romans arrived (chapter II. 1-2). We outline their relationship with the physical environment (rivers, weather,..) in order to delimit the studied settlements and in order to have a better understanding of both of them (chapters III and X). In this way, we have also paid attention to the historiographical tradition and the historic evolution of Alcázar de San Juan and Albaladejo because both sites belong to these municipalities (chapters IV-V and XI). In the same way, we deal with communication systems and we verify that some natural and old paths were later reused by Roman routes and many rustic and urban populated areas were created around them (chapters I.3 and XXI). Moreover, we take a trip around other Roman sites in their surroundings because commercial or any other type of relationship could have been established with them in spite of the fact that the available information is very different; some of the areas have been intensively surveyed and others are not known. We have detected the existence of a large number of Roman sites throughout a broad work of exploration developed in some of these areas during an extended period of time. As a result of these years of field work we

have obtained a large number of data about their distribution, some of them are explained in this study (chapters II.4, IX y XXIII).

We mainly concentrate on the later period of this area belonging to *conventus Carthaginensis*, because it is the least investigated period until now. Our aim is to try to close a loophole according to our possibilities.

The archaeological documentation is the main basis of this Thesis but we have also used literary and epigraphic sources and we have contrasted their information. At the same time we have made a bibliographic enquiry of different publications that deal with the subject and the investigated area both in a general and in a specific way, including the latest works within our reach that have been published.

Most of the researchers thought that this area was less Romanized than others in the Iberian Peninsula and that it was only a transit area due to the lack of data given by classic authors and to the insufficient digs made in this area. Nevertheless, archaeological prospection developed in the studied areas show the high number of Roman settlements in this geographical framework and its integration in the new organizational system. All these evidences allow us to refute that opinion. The *villae* that have been here studied are a clear proof of the deep Romanizing process suffered in the rural area of this territory. This area in the Southern plateau had a strategic nature due to its privileged geographical location in the Iberian Peninsula and that fact was one of the reasons why it was included in its transportation and communication system.

The constructing system of these two *villae* is the traditional Roman model: a number of rooms around a central patio that light them up and the surrounding corridors that led to these rooms. These rooms were covered by with mosaic surfaces (two of them decorated with figurative mosaics). Puente de la Olmilla also had an arcade in the façade, an unusual combination in Roman Hispania. In Sta. María district it has been excavated a large part in the residential area organized by a 26 x 28 meters peristyle and a part of the thermal baths that are inside a more complex architectural complex.

The objects worked in stone (toothed sickle...), some cowbells that have been found in Plaza del Torreón and the metal tools discovered in Puente de la Olmilla (sickles, an axe...) make us think that both places were used in farming and livestock activities.

Most of the archaeological materials in Puente de la Olmilla and its mural paintings and mosaics are from 4th century but some ceramic shards and five coins confirm that there was a stage of previous occupation (1<sup>st</sup> and 2<sup>nd</sup> century A.D.). The existence of architectural remains of a previous settlement could not be visible in the archeological excavations carried out because they might be eliminated by later works. We suppose that this primitive settlement was partially or completely destroyed when the house, whose remains have been preserved until now, was built (or rebuilt) in the 4<sup>th</sup> century. This building comes in a great part or totally from the second period of occupation and was inhabited until 5<sup>th</sup> century as it is implied by the condition of some discovered coins (their great wearing away indicates that they could still be used in that century), by the repair of mosaic pavements and by structural data about the number of reforms and extensions made during a long period of time. They show the slow decay.

The archaeological prospection that was made in Puente de la Olmilla and in Plaza del Torreón has allowed us to see some differences between both settlements. In this way, the first one seems to be sealed off by abandonment without existing a later occupation but we have found coal and ashes layers in some groups of bronze coins in the one in Alcázar that proves the existence of a generalized fire. It was built again above this level. According to numismatic and ceramic discoveries, the occupation of this Roman settlement seems to start in the 1<sup>st</sup> century A.D. although the remains preserved in the *villa* were built in the 4<sup>th</sup> century. Among these remains there were mosaics with geometrical style. This *villa* was inhabited until 5<sup>th</sup> century as it proves the existence of some *minimi* and plenty of TSht. The important wearing out of those *minimi* shows its extended use and the survival of the settlement until 5<sup>th</sup> century. The study of their architecture, mosaic pavements, archaeological materials (the typological classification of ceramics, both numismatic catalogues ...) of these *villae* can definitively be a good element for research in future investigation works about the later period in this geographical area placed in the southern plateau and it could be a starting point for them.

**Palabras clave:** Albaladejo, Alcázar de San Juan, Antigüedad Tardía, *villa* romana, intervención arqueológica, mosaicos romanos, establecimiento agrícola.

**Key words:** Albaladejo, Alcázar de San Juan, Late Roman period, roman *villa*, archaeological intervention, roman mosaics, agricultural establishment.